13531

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO VIGESIMOTERCERO.

Es propiedad de los Editores.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

TOMO XXIII.

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID: 1865.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en orden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA.

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

TOMO XXIII.

MADRID: 1863.

IMPRENTA DE D. MARIANO COEZ FUENTENEBRO.
Calle del Duque de Alba.

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C.....	D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L.....	D. Antonio Lopez.
C. de la V.....	Caño de la Vega (D. Juan).
C., B. C., B. S. C..	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F.....	Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N.....	Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
G. de R.....	Garcia Rodriguez (*Presbitero* D. Juan).
J. B. de R.....	D. Joaquin Maria Bover de Roselló.
M. B.....	D. Manuel Bejar.
R. y C.....	Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B.....	Sanchez Biedma (D. José).

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formación del presente volúmen
y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C. ..... D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L. ..... D. Antonio Lopez.
C. de la V. ..... Caño de la Vega (D. Juan).
C. B. C. B. S. C. .. Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F. ..... Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N. ..... Fernández Navarrete (D. Eusebio).
G. de R. ..... García Rodriguez (Presbítero D. Juan).
J. B. de R. ..... D. Joaquin María Bover de Rosselló.
M. E. ..... D. Manuel Rojas.
R. y C. ..... Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B. ..... Sanchez Biedma (D. José).

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

ROD

RODRIGUEZ (V. P. Fr. Manuel), religioso franciscano de la provincia de Santiago de Galicia; fué natural de Extremoz, en Portugal, perteneciendo á una familia tan notable por sus riquezas como por su posicion social. Vino al mundo en 1546, el año mismo, dice la Crónica, «en que Lutero acabó su miserable vida. No es fuera de propósito la grave reflexion que entónces naciese el apostólico P. Rodriguez; pues con su virtud, doctrina y enseñanza habia de ganar muchas almas para el cielo, en recompensa de cuantas con su soberbia é ignorancia habia el infeliz Lutero sepultado en el abismo. Lo cierto es que teniendo Dios especialísima providencia de dar á tiempo oportuno varones que ilustren su amada esposa la santa Iglesia católica, nadie podrá negar fué nuestro Venerable Rodriguez uno de los más ilustres de su tiempo.» Pasada apénas su infancia, le dedicaron sus padres, que notaron sus buenas disposiciones, al estudio de las letras, en que no tardó en aventajar á todos sus condiscípulos. Aprendida la gramática, le enviaron á estudiar á la universidad de Salamanca, donde durante cinco años cursó derecho civil y canónico, graduándose de bachiller en ambas facultades. La reputacion que durante su carrera habia obtenido le valió grandes aplausos

y en particular repetidos votos para ser nombrado catedrático de la universidad en que habia estudiado. Hallábase con este motivo en aquella ciudad cuando llegó á ella el célebre orador franciscano Fr. Alonso Soto, quien comenzó una mision en que obtuvo los mejores resultados. No dejó de asistir Rodriguez á los sermones de este Padre, y correspondiendo á la inspiracion divina, que llamaba á su corazon, para que dejando el mundo fuese en busca del Señor por el camino de la cruz, resolvió llevar á cabo su propósito, pidiendo el hábito de la religion Seráfica al P. Fr. Juan Reinoso, guardian á la sazon del convento de S. Francisco de Salamanca. No vaciló el prelado en acceder á sus deseos, vista su verdadera vocacion, y desde luego le impuso el santo hábito en 12 de Enero de 1570, teniendo el novicio la edad de veinticuatro años. Cumplido el de su noviciado y admitido á la profesion con especial júbilo de su alma y comun consentimiento de la comunidad, le envió la obediencia al convento de S. Francisco de Noya, casa entónces recoleta, y donde el recien profeso podia arraigarse con más facilidad en las virtudes que habia aprendido en el noviciado. Ignórase el tiempo que permaneció en Noya, que debió ser hasta que fué enviado á estudiar artes, metafísica y teología. Adelantó tanto en solos cinco años de estudio, que cuando deseaba retirarse á un convento recoleto para entregarse á la oracion, le juzgó entónces la Providencia digno de ser lector de artes para utilidad de la Orden y enseñanza de sus individuos. Era ya muy apreciado por sus grandes virtudes y conocimientos en la provincia de Santiego, cuando el P. Fr. Antonio de Aguilar, individuo tambien de la misma provincia y comisario general de España, le nombró lector de teología de la de S. Juan Bautista del reino de Valencia. Allí fué donde manifestó su profundo ingenio, su sólida doctrina, desempeñando el magisterio con grande aprovechamiento de sus discípulos. Bien lo meditaron estos, dice la Crónica, pues además de otros muchos que logró aquella provincia para las cátedras, cuatro fueron sus provinciales. En todo los instruia el oficioso y vigilante lector, en las virtudes para el gobierno, en las sutilezas para la enseñanza, no perdiendo tiempo en que adelantar tambien su estudio, pues aqui fué donde se dedicó á componer la eruditísima explicacion de la Bula de la Cruzada. Desde Valencia le trasladaron sus prelados con el mismo cargo á la provincia de S. José de Castilla la Nueva, donde permaneció por espacio de quince años, y aunque no se sabe estuviera en otro convento que en el de Alayos, que perteneció despues á la provincia de S. Pablo de Castilla la Vieja, es muy probable estuviera en otros por hallarse dedicado á la enseñanza de gran número de religiosos. Lo que no tiene duda es el grande crédito que obtuvo por sus virtudes y letras, y por los muchos y aventajados discípulos que llegó á reunir. Pero la provincia de Santiago deseaba

tenerle de nuevo en su seno para utilizar sus relevantes prendas, y darle el premio que habia ganado con sus grandes trabajos y eminente doctrina. Consiguió, en fin, despues de no pocos esfuerzos, que le restituyera la obediencia á su convento de Salamanca, y aunque sus muchos años de ejercicio en las cátedras exigian su jubilacion, fué designado sin embargo lector de teología de aquel convento. Con experiencia, dice la Crónica al hacer el elogio de este religioso, conoció la provincia de Santiago que á su hijo no le venia excesivo el aplauso, aunque era su fama en toda España muy crecida. La que tuvo en esta insigne universidad solo se deja persuadir, pues hallaban sus maestros el complejo de un hombre grande y para todo. Sus resoluciones las más autorizadas, su solidez la más profunda, sus razones las más fuertes, su inteligencia la más alta, su ingeniosidad la más sutil, su facundia la más eficaz, su erudicion la más llena; y en fin, para todo, que junto con los realces de su virtud, cuando en esta le veneraban eminente, en todas facultades le atendian oráculo. En su antigua casa de Salamanca comenzó desde luego á dar con el mayor empeño los frutos más sazonados en todo género de virtudes. En la de la santa pobreza, noble y especial timbre del instituto Seráfico, fué muy observante. Contento con solo su pobre hábito, austera cuerda y honesto sayal, nunca se hallaba más gozoso que cuando se gloriaba de su penuria. En el uso de los libros que le eran necesarios para sus continuos y penosos trabajos, pareció excesiva su pobreza, pues creyendo un lujo extraordinario para su celda todos los que necesitaba, por evitar todo lo que pudiera parecer ostentacion, se arreglaba con las ménos posibles para huir de todo lo que pudiera atribuirse á vanidad. Su sobrino y autor de su vida pondera, y con mucha razon, la admiracion de cuantos al consultarle en las materias más árduas le encontraban tan rico de erudicion, á pesar de lo pobre que de libros se hallaba su celda. «Es cierto, dice en esta ocasion su biógrafo, que en comunes providencias es más que difícil saber mucho, sin leer y estudiar otro tanto; el estudio pide muchos libros y los mejores; mas los justos tienen otro modo de saber y de estudiar, pues lo más lo estudian en la librería de la oracion.» De ser tan amante de la santa pobreza, procedia ser muy puntual en la observancia de la regla Seráfica, pues á pesar de los largos viajes que hizo á Valencia y á otras partes, jamás anduvo á caballo, ni con otras provisiones que las que le deparaba la divina Providencia. Usó del permiso que concede su regla cuando la falta de salud y notoria necesidad hacen lícito este alivio, y en particular en las jornadas largas y penosas, sobre todo no siendo voluntarias. Los productos de sus publicaciones se distribuyeron, segun dice la Crónica, de la manera siguiente: «Solo en mejoras y reparos de conventos de la provincia, se gastaron catorce mil escudos de oro. Alguna cantidad se aplicó al socorro en

propia especie de religiosos necesitados; lo ménos y con licencia de los prelados repartió entre algunos parientes pobres; mucho en limosnas pias, y el resto se entregó á los amigos espirituales que habian costeado la obra.» Fué tan extremado en la virtud de la obediencia, que le sirvió como de norte de todas sus acciones. Es cierto que su propio conocimiento le arrastraba con notable propension á la vida retirada y solitaria, huyendo de toda clase de cargos; pero cuando sus prelados querian elevarle, vistos sus muchos y grandes méritos, no creia oportuno resistirse, manifestando su humildad en el sacrificio. Era muy grande su abstinencia, cercenando de la pobre racion que se le admininistraba, y áun de esta se privó muchos años por compasion para remediar la necesidad de una pobre viuda. «Con toda esta parsimonia, añade la Crónica, no era de rostro lánguido, ántes bien de color hermoso, y nada seco, conservándose más robusto por más parco.» La humildad, base de todas las virtudes, habia llegado á enseñorear de tal manera su corazon, que más de una vez pareció demasiada. A pesar de su grande fama, reconocido saber y doctos escritos, no era posible obligarle á darlos á la prensa, y solo cuando le instaron muchos maestros, manifestándole la utilidad pública y grandes servicios que se seguirian al Señor y á su Iglesia, entónces condescendió á sus importunos ruegos más bien por obediencia que por gusto. No se fiaba de la opinion de su sobrino Fr. Gerónimo, pues aunque sabia que era muy entendido y versado en materias de teología y derecho canónico, se rezelaba que el amor de pariente habia de hacerle pareciese bien todo lo que leyera, sin atreverse á dar una censura rigurosa, poniendo únicamente su confianza en la de muchos hombres doctos y desapasionados; y áun así no solian quitar todos los escrúpulos á su profunda humildad. Siempre procuró evitar toda clase de cargos y empleos en la religion, y las dos veces que fué definidor de su provincia, procuró resignar este oficio, y viendo no podia conseguirlo, se sujetó completamente en su desempeño á lo que sobre el buen gobierno de la Orden disponen las constituciones. Para el de toda la provincia, añade la Crónica, le desearon con justicia todos, pero siempre su humildad quedó con el triunfo, y los votos con sentimiento. No perdonó, para evitar este empeño, á cuantas diligencias con notable exageracion de su insuficiencia, ponderaban sus ruegos humildes, y una vez que tuvo noticia no le valdrian los mayores para no ser electo provincial; desde el camino se volvió á Salamanca, pretextando estar enfermo para no llegar al capítulo. No se les ocultó á los vocales la humilde astucia con que huia del gobierno, burlando así sus buenos propósitos, mas hubieron de no molestar su encogimiento por no dar á su humildad un dolor tan terrible. «Favoreciales con su amistad D. Cristóbal de Mora, marqués de Castel Rodrigo y del Consejo, quien era tanto el afecto

que le tenia por sus virtudes y fama, que se complacia mucho con sus visitas, recibiéndole con gusto en su casa. Hallándose en una ocasion en Madrid, le preguntó el marqués: «Dígame, P. Rodriguez, ¿qué será el que siendo muchos los sugetos que apetecen y áun solicitan vivir en la corte para sus pretensiones, vuestra Paternidad, teniendo tan buena ocasion de obtener alguna dignidad eclesiástica, vive más que olvidado de sí mismo?—Señor, contestó al instante, sea enhorabuena esa solicitud, para quien desee semejante honra y tenga méritos para la dignidad que pretende; que para mí la púrpura, la tierra y la corona imperial renunciára con sumo gusto por vivir en este pobre y humilde hábito de S. Francisco.» No fué ménos exacto en las demás virtudes y cumplimiento de todas las obligaciones propias de su profesion; su conversacion y trato era únicamente con sugetos espirituales y devotos. En Valencia fué compañero de celda y especial amigo de San Pascual Bailon; con él trataba y comunicaba todo lo relativo á su espíritu, hacia otras muchas penitencias y mortificaciones, además de su mucha pobreza en comida y vestido. Empleaba en la oracion dos horas todas las noches, y para levantarse á sus ejercicios se quitaba lo preciso del sueño para entregarse á la dulce oracion, en que se cree recibió del Señor algunos favores particulares. Rezaba además del oficio divino el de nuestra Señora, ambos completos y con la más profunda atencion. Era tan grande su devocion al celebrar el santo sacrificio de la Misa, que muchas veces con la contemplacion de aquel divino amor de quedarse Dios en la celestial mesa hecho manjar de los hombres, vertia tiernas lágrimas, prorumpiendo su enamorado corazon en amorosos suspiros. Los tres últimos años de su vida fueron más continuas estas lágrimas; sentia se acercaba el salir de este penoso destierro en que la vida está como en depósito hasta aquel tremendo instante de la última cuenta. La hora propia de los justos es la del tránsito de esta vida á la celestial patria. El destierro prolongado en que peregrina el alma, entónces conocen que fenece; por eso al llamar á Dios con los golpes de la enfermedad para que le responda, cuando el pecador con razon teme al juez que conoce ofendido, el justo se alegra con la próxima esperanza de su gloria. Poco temor dieron al P. Rodriguez su última enfermedad y muerte; pero no omitió las más prontas y cristianas diligencias de confesarse repetidas veces para estar dispuesto para aquel postrero trance. Cuatro dias ántes de su muerte pidió el sacramento de la Eucaristía, y aunque la enfermedad le tenia muy postrado, no consintió en aquella ocasion su devocion y espíritu el dejar de vestir el hábito y abandonar la cama, y puesto de rodillas con el mayor fervor recibió la santa Eucaristía. Pidió despues, segun costumbre en su religion y provincia, le diesen un pobre hábito para sepultarse, y al mismo tiempo perdon á los religiosos de su convento, á quienes dirigió una breve

y eficacísima exhortacion sobre la observancia literal de su santa regla. Apénas pudo despedirse por sus muchas lágrimas de sus hermanos, cuando pidió, á imitacion del patriarca de su Orden, que le leyeran el Evangelio de S. Juan, que llaman de la Cena, para escuchar mejor la voz de su amado Jesus. Despues de esto pidió á los religiosos le dejáran solo durante algun tiempo para emplearle en coloquios con Dios. A los tres dias se agravó por instantes la enfermedad, y pidió el sacramento de la extremauncion, causando admiracion su grande ánimo y serenidad, pues á todas las preces y recomendacion del alma respondia con voz tan clara como si estuviera sin la menor dolencia. Continuó despues este V. Padre implorando unas veces el favor de los santos, sus especiales devotos, desahogándose otras en dulcísimas jaculatorias; abrazándose unas con un santísimo crucifijo y besando sus sagradas llagas, hasta que finalmente, haciendo todo el esfuerzo posible, se hizo á si mismo esta recomendacion de su alma: «Dios mio, á quien siempre con firme fe he venerado por mi Hacedor, Señor, Rey, Prelado, Pastor y Padre, ten misericordia de este indigno siervo, sálvame y ayúdame en este terrible peligro, y perdóname mis muchas culpas.» Despues de haberse dirigido asi á Dios, quiso descender al bien del prójimo, y dirigiéndose á un religioso de noble y esclarecido linaje, que se hallaba presente y habia dejado en el mundo grandes comodidades, le hizo esta afectuosa advertencia como última muestra de su cariño: «Carísimo hermano mio, guárdate que en la religion caigas con el peso de algunas cosas pequeñas, cuando tuviste valor para pisar en el mundo otras más grandes.» Pasó el resto de aquel dia y parte de la noche haciendo tiernísimos actos de amor de Dios, hácia quien voló su alma, segun piadosamente se cree, á las dos de la mañana del dia de S. Matías, año 1613, á los sesenta y siete de edad y cuarenta y tres de religion. Apénas se supo su muerte por la ciudad, cuando concurrieron todos á porfia publicando su virtud. Para que pudieran todos ver su cadáver se le llevó por todo el claustro, celebrándose sus exequias con la asistencia de todas las comunidades, dándosele despues sepultura al lado del obispo que habia de Salamanca, y religioso tambien de la órden de Santo Domingo, D. Diego Ordoñez. Continuáronse aún los funerales de este religioso, haciéndole una especie de novenario en que tomaron parte todas las religiones, asistiendo una cada dia, y el último todas en union con la universidad. Mas no solo en Salamanca se sintió la pérdida de este grande religioso, y en Portugal y en la villa de Estremoz, su patria, se le hicieron solemnes exequias. Su fama continuó durante largo tiempo por toda España, creciendo cada vez más su celebridad, gracias á sus obras, cuya utilidad se ha reconocido más conforme ha ido transcurriendo el tiempo, y los eruditos las han hecho objeto de sus investigaciones.—S. B.

RODRIGUEZ (Fr. Matías), franciscano español del siglo. XVII. Ignórase el lugar del nacimiento de este religioso, á quien todos los autores hacen español, no pudiendo asegurarse si lo fué únicamente de orígen. Tampoco son más explícitos en decirnos si tomó el hábito en la península, ó si lo hizo en la provincia de Méjico, donde le encontramos distinguiéndose por sus hechos y escritos. Es muy probable que pasára desde España como misionero, pues los cargos que ejerció en un convento, donde naturalmente debia haber muchos españoles, no es fácil se le concedieran dando la preferencia á un indígena, lo que era muy contrario á las costumbres de aquel tiempo en que se miraba en el Nuevo Mundo á la raza de sus conquistadores como muy superior á la de los naturales del país, que aunque algunas veces solian pertenecer á familias españolas muy ilustres, como por lo general se hallaba su sangre mezclada con la de las razas conquistadas, no solian ser blancos, y por lo tanto se los tenia en un concepto muy inferior. Tales son las deducciones que inferimos de la calidad de español, que se da á este religioso sin decirnos su patria, ni cómo ni cuándo pasó á Méjico, en lo cual pudiera influir mucho el laconismo de las crónicas, ó el haberse perdido las principales noticias relativas á su vida. Consta, sin embargo, que fué un misionero celoso y activo, y que trabajó con grande eficacia en la reduccion de los indios que vivian aún en los montes, sin querer someterse al suave yugo del Evangelio, temiendo que de la santa sujecion de sus almas se seguiria la esclavitud de su cuerpo. Pero el P. Rodriguez, como todos los demás religiosos, fué uno de los que más combatieron esta odiosa y antigua costumbre, que habia desterrado la Iglesia en Europa en los primeros siglos del cristianismo, y que hubiera tambien desterrado de América, si los sucesos políticos no hubieran venido á impedírselo. No lo hubiese hecho ciertamente por medio de una revolucion, y perjudicando graves intereses, más paulatinamente hubiera llegado á su objeto, y la libertad y la verdadera y legal democracia hubiese dominado en América, como gracias a sus esfuerzos dominó en el resto del mundo, áun en los siglos en que se los supone presas del absolutismo más odioso. Acaso se nos llame extravagantes y raros al emitir esta idea, que algunos llamarán nueva, y que es sin embargo tan antigua como la sociedad cristiana de donde emanó y tuvo su primitivo origen. La democracia, el imperio del pueblo, no se conoció en ninguno de los pueblos antiguos, ni se ha conocido en los modernos, sino por medio del cristianismo, y especial y decididamente por las órdenes religiosas. Grecia y Roma nunca obedecieron más que á un corto número de nobles, llamados ciudadanos, y cuando más extendió el pueblo su poder, que fué en tiempo del imperio, el Senado unas veces y el ejército otras, le ponian con frecuencia su ley, sin que su corto número pudiera hacer otra cosa que

doblar su cuello ante la superioridad numérica, ó la superioridad del saber de sus terribles adversarios. El cristianismo proclamó en el Gólgota la libertad del género humano, y en los primeros siglos de la Iglesia se encuentra establecida la comunidad de bienes; pero segun la máxima del Divino Redentor *Dad al César lo que es del César*, los cristianos de los siglos siguientes se amoldan á las leyes y costumbres establecidas, y conserva cada uno su influencia y su poder. Los concilios condenan, sin embargo, la esclavitud, y los obispos manumiten á gran número de esclavos, dejándoles reducidos al estado de siervos, lo que es ya una notable mejora. La edad media conserva aún la servidumbre, pero con las franquicias concedidas á los nuevos pobladores, y los fueros dados por los reyes á las grandes ciudades, se opera un gran cambio, el de la igualdad y libertad, en el seno de las poblaciones. Todavía estas se dividen, ciertos gremios aparecen como nobles, otros como privilegiados, y algunos continuan siendo plebeyos; ¿mas qué importa? La libertad y la igualdad existian ya, la habian proclamado en alta voz, la educaban y la perfeccionaban en su seno las Ordenes monacales. Todo monje era libre, todo monje tenia el derecho de eleccion, todo monje podia llegar á abad, á obispo, á pontífice: ¿Queréis una democracia mejor organizada? ¿Puede darse un sistema republicano más completo y perfecto? ¿Le creará igual el siglo XIX, luchando por una parte con la clase media, que le domina con sus riquezas y saber, y por otra con sus pasiones que han hecho y harán fracasar sus mejores planes? Y lo que hizo el cristianismo en Europa, ¿por qué no habia de haberlo hecho en América? Muchos héroes como el P. Rodriguez lucharon con este objeto, sembrando la civilizacion y las virtudes en que descansa todo buen sistema político, y en particular el democrático, si ha de tener alguna duracion, y no verse supeditado por la tiranía de un dictador, como sucedió á las repúblicas italianas de la edad media, ó tener que entregarse voluntariamente en brazos del primer soldado de fortuna, como ha sucedido á millares de pueblos despues de haber visto segadas en flor las vidas de sus más ilustres hijos, derramada la más noble y generosa sangre de sus venas. Por eso hemos elogiado siempre tanto los trabajos de los misioneros, y sus biografías nos extravian á consideraciones impropias acaso de este lugar. En cuanto al que nos ocupa, diremos para concluir, que despues de haberse ejercitado por largo tiempo en la predicacion, no solo á los indios para traerlos á la luz del Evangelio, sino tambien á los españoles para endulzar sus costumbres y hacerlos mirar como hermanos á aquellos mismos sobre los que querian reconocerse superiores, fué en premio de sus servicios nombrado guardian del convento de S. Diego, cargo que desempeñó con muy buenos resultados, y el que sin duda ejercia aún en 1696, cuando murió tan santamente como habia vivido, de-

jando una obra, que aunque parece llegó á publicarse, ignoramos la época en que lo fué, y á que puso el título de las *Proposiciones condenadas*; Puebla de los Angeles, por Bonilla.— S. B.

RODRIGUEZ (P. Nuño), jesuita portugués, natural de la ciudad de Evora. Llamábase Nuño Rodriguez de Beja, que era el apellido de su padre, por lo que algunos le supusieron natural de la ciudad de Beja, equivocados por este sobrenombre. Sus padres Juan Alonso de Beja y Lucrecia de Froes, le dedicaron á los estudios, que siguió con notable aprovechamiento, hasta que entró en la Compañía en el noviciado de la casa de S. Roque, á 7 de Enero de 1560. Pasó á la India en 1564 con el P. Alejandro Valignano y otros treinta y nueve compañeros. Antes de servir en la Compañía habia pertenecido á la servidumbre Real, siendo tan devoto y amigo de Dios en aquella época, que oia todos los dias muchas Misas y hacia oracion durante muchas horas. Desde su entrada en la religion frecuentó con más constancia este santo ejercicio, y como no faltára quien le criticase por su asídua oracion, teniendo á su cargo tantos negocios á que necesitaba dar pronto despacho, le contestó: *Que más oracion habia hecho cuando era seglar, que despues desde que era religioso.* Era tan aficionado á la mortificacion ántes de ser religioso, que acostumbraba á echar agua en los platos mejor condimentados. Cuando pasaba por la calle alguna comitiva lujosa, se retiraba luego de la ventana para mortificar sus ojos. Fué tenido por santo desde su noviciado, no solo por sus compañeros, que veian sus virtudes, sino tambien de los extraños que tenian noticia de ellas. Su celo por la salvacion de las almas le llevó á la India, donde sus virtudes tuvieron ocasion de brillar en las muchas ocasiones que para ello se le ofrecieron. La segunda vez que le quisieron hacer rector del colegio de S. Pablo de Goa, se fué á ver con un consultor de la provincia, dióle detallada cuenta de sus faltas como si fuera novicio, solo con el objeto de persuadirle que no era á propósito para superior de otros. Cuando le hicieron provincial, empleó la mayor diligencia en librarse de esta honra, protestando que no era á propósito para semejante ocupacion; pero no le valió de nada, porque se suponia que por esto mismo era más digno de tal cargo. Cuando iba á terminar su cargo, hallándose ya en Cochim el padre Manuel de Veyga, que le debia suceder, comprendiendo el Padre compañero suyo la satisfaccion que en dejar su gobierno sentia, le pidió albricias por tener ya sucesor, y él P. Rodriguez se las dió muy buenas en prueba del placer que le habia dado la noticia. Nunca despues de cesar en sus cargos le oyeron decir: siendo yo provincial ó rector se hizo esto ó aquello, evitando toda palabra que pudiera recaer en honra suya. Al cesar en estas ocupaciones, se portaba de manera como si nunca las hubiese desempeñado ni hubiera sido prelado. Siempre vivió alejado de sus

parientes, no obstante que eran muy honrados, no oyéndole nunca los religiosos mentarlos ni áun por acaso. En los cuarenta y tres años que vivió en la Compañía, manifestó siempre en sus acciones una igualdad de carácter, que es digna de admirarse en los hombres santos. Por más ocasiones que le diesen, no se le oyó nunca una palabra más alta que otra, ni que manifestase el menor género de disgusto. Guardaba exactamente el consejo que da el sumo pontífice Paulo III en la bula de la fundacion del instituto, á los superiores de la Compañía, amonestándoles imitar en el gobierno la mansedumbre de nuestro Señor Jesucristo, y las palabras con que se halla escrito este santo aviso, las tenia siempre el P. Rodriguez escritas en una cédula, que le servia de registro para su breviario. Cuando le criticaban de blando y áun pusilánime con algunos súbditos, cuyos defectos requerian más aspereza en el castigo, respondia con las palabras de S. Juan Crisóstomo escribiendo sobre S. Mateo: *Si erramus, modicam pœnitentiam imponentes, nonne melius est propter misericordiam dare rationem, quam propter crudelitatem succumbere pœnitentem?* Veíase en él un amor sincero y verdaderamente de padre, de lo que se seguia descubrirle sus súbditos sus conciencias con facilidad, porque sabian el singular don que tenia para consolar á todos los afligidos. Era muy devoto y dado á las cosas espirituales. Todo el tiempo le parecia poco para emplearle en la oracion. Despues de decir Misa se detenia en dar gracias más de una hora, brillando en su rostro un santo embarazo, y como el resplandor del fuego en que ardia su bendita alma. Siempre siguió á la comunidad, sin consentir se le hiciese distincion alguna, aunque hubiese causa muy fundada para que no se extrañase en este rigor la dispensa. La obediencia era una cosa superior en su entendimiento; si tuvo alguna vez opinion contraria, fué cuando no supo cuál era, ó de qué parte estaba la de su superior; pues tener noticia de ella y mudar la suya era lo mismo. En el tiempo en que fué provincial hubo tambien visitador y nunca hizo caso de la extension de su jurisdiccion, ántes bien la restringió en cuanto pudo. Cuando cesaba en sus cargos se postraba delante de los superiores como si fuese un novicio, poniéndose á las órdenes de todos. Hablando con el P. Francisco de Acuña dos meses ántes de morir, declaró lo mucho que sentia ser rector del colegio de S. Pablo, y acabó diciendo estas palabras: «*Ahora, poco ha de durar esto: yo acabaré, y vuestra Reverencia será rector de S. Pablo.* Así aconteció, comprendiéndose despues que no habia hablado acaso. Despues de su muerte vino de un viaje el P. Provincial, y llamó á consulta apuntando algunos Padres que podian ser rectores del colegio, mandando á todos los religiosos consultasen delante de Dios cuál de todos aquellos podia ser el mejor. Pasados algunos dias, los volvió á llamar, y todos votaron al P. Francisco de Acuña que residia en Sal-

sete, á pesar de que no era de los designados por el P. Provincial. Hallándose en la quinta de Santa Ana en los últimos dias de Diciembre escribiendo al Rdo. P. General, mandó en un escrito decir al secretario de la provincia, que esperaba en Dios, y así lo tenia por seguro, que aquella sería la última vez que escribiese á Roma. Fué á hablar con él un hidalgo sobre un asunto de alguna importancia, y preguntándole cuándo volveria por la respuesta, contestó el Padre: *Vmd. no me ha de hallar aquí.* Así fué porque falleció á los dos dias de tres accidentes mortales, que le repitieron en la misma noche. Acudieron muchos religiosos á sus exequias, y en particular los PP. Dominicos con la cruz alzada, y tambien asistió con algunos colegios el arzobispo D. Alejo de Meneses, quien dijo estas palabras: Llevóse el Señor dos varones que eran la esperanza de la India. Dando á entender al P. Rodriguez y á un religioso capuchino que habia fallecido poco ántes. Fué colocado su cuerpo en la misma sepultura en que estuvieron los PP. Antonio de Quadros y Ruy Vicente, que habian sido provinciales y hombres de mucha virtud, en la capilla mayor de S. Pablo á la parte del Evangelio. Fué el P. Nuño Rodriguez dos veces rector del colegio de S. Pablo, la primera por espacio de siete años, y la segunda por cinco. Fué electo procurador en Roma el año 1583, haciendo el viaje con él los embajadores del Japon. Durante algun tiempo fué compañero del P. Visitador Nicolás Pimenta. Gobernó durante cinco años la provincia de la India, y fué propuesto por el P. Visitador Alejandro Valignano para obispo del Japon. No fué admitida esta proposicion, porque se queria un letrado, tal como lo exigia prelacía tan difícil. Por lo demás la prudencia y virtud del P. Rodriguez merecian dignidades mucho mayores. Falleció en Goa en 1.° de Marzo de 1604. S. B.

RODRIGUEZ (P. Pablo), jesuita portugués, natural de Braga. Hijo de una familia bien acomodada, recibió una excelente educacion en que no se escasearon los santos principios de la virtud, únicos que pueden hacer la felicidad del hombre en esta vida, alejándole de los senderos de perdicion en que tantos naufragan y tan pocos llegan á seguro puerto, y áun estos no sin haberse visto expuestos á todo género de peligro y penalidades al atravesar el borrascoso mar de las pasiones. Libre de estas dificultades pasó Pablo su juventud en la paz y tranquilidad del que solo desea y solo aspira al triunfo sobre sí mismo, á la victoria del hombre interior sobre el exterior. Para conseguirla, y cuando habia dado ya pasos muy agigantados, entró en la Compañía de Jesus, donde no solo se robusteció en sus principios, sino adquirió otros nuevos muchos más saludables todavía y en los que debia esperar obtener su soñada esperanza. En efecto, apénas terminados sus estudios, fué destinado á diferentes cargos á cual más honrosos y elevados

todos, y aunque su grande humildad le impedia hacer de ellos otros usos que en beneficio de sus compañeros, sin embargo, no descuidó la máxima de ser todo para todos, y en su paternal corazon cupieron no solo los indivíduos de la Compañía, sino tambien todos sus compatriotas y áun muchas personas extrañas. Grandes y extraordinarios son los casos que se refieren de su gran caridad, de esa caridad ardiente y sincera que distinguió á la Compañía y que ha brillado siempre en todos sus indivíduos. Asistió en varias partes, socorrió á los enfermos, les curó con sus manos é hizo cuanto en su poder estuvo para su mayor alivio. Aunque su dignidad de doctor en teología y Escritura sagrada le eximia del desempeño de ciertos oficios bajos y humildes, jamás los desdeñó, ántes fué el primero en ejercerlos dando el ejemplo á sus inferiores y áun á sus prelados. Catedrático por largo tiempo en los colegios de Coimbra y Evora, procuró enseñar á sus discípulos la ciencia de la virtud, que es la de la verdadera sabiduría, al mismo tiempo que la de su asignatura en que sacó alumnos muy aventajados. Tenia profunda erudicion, grande celo y no ménos laboriosidad; y así es que á pesar de sus continuas tareas en la cátedra, el púlpito, el confesonario, y obligaciones propias de su instituto y las que le suscitaba su caridad, aún le quedó tiempo para componer diferentes obras que fueron muy apreciadas en su tiempo y se leen con gusto áun en la actualidad. Dispensados de su exámen por la imposibilidad de hacerlo de todas las que se citan en este Diccionario, no podemos ménos de recomendarlas, pues tienen un mérito especial por el grande ingenio y erudicion de su autor: sus títulos, segun el P. Rivadeneira son los siguientes: *Triunfo de la verdadera gloria de los dos Juanes, Bautista y Evangelista*; Oporto, Manuel Cardoso, 1634, en fólio. *Comentarios en el Evangelio de S. Mateo.* —S. B.

RODRIGUEZ (Pedro). El ilustrado doctor D. Félix Latassa en su *Biblioteca de los ilustres escritores hijos de Aragon*, nos da noticias de este eclesiástico; pero tan escasas, que nada nos dice acerca de su nacimiento ni de la fecha en que este se verificó en el siglo XVI en que floreció, si bien le da por patria la ciudad de Albarracin. Dedicado á la carrera eclesiástica, dirigió todos sus estudios por este camino, sin que podamos decir dónde los cursó, pero debió ser en las universidades de Aragon. Luego que recibió las órdenes sagradas del sacerdocio, fué nombrado beneficiado de la santa iglesia colegial de Alicante, desde donde pasó á la parroquial de S. Juan del Mercado de Valencia en la misma clase de beneficiado. En 1572 tomó posesion de un beneficio en la catedral metropolitana de la misma ciudad. Fué hombre de alguna fortuna y tan amigo de la instruccion de la juventud, que pocas veces han tenido los estudiantes protector más decidido. No solo quiso proteger á estos durante su vida, como lo hizo siempre con largueza, sino

que deseó seguir protegiéndoles áun desde el sepulcro, y á este fin fundó en Valencia el colegio de la Purificacion de nuestra Señora junto á la universidad, para costear en él la educacion, manutencion é instruccion de jóvenes pobres aplicados á las letras. Solicitó del ayuntamiento de la ciudad admitiese el patronato de esta comunidad, y luego que lo consiguió, se constituyó en rector del colegio que se conoce todavía con su nombre y vulgarmente por el Colegio de la Ciudad. Escribió el caritativo D. Pedro para su régimen y gobierno unos estatutos con el título de *Constituciones del Colegio de la Purificacion de nuestra Señora la Virgen María, vulgarmente de Mossen Rodriguez de la ciudad de Valencia, formadas en ella, y concluidas dia 17 de Marzo de 1572*; las cuales se han conservado manuscritas en el expresado colegio, en un cuaderno, segun lo confirma el cronista Rodriguez en su *Biblioteca Valentina*, al que se refiere Latassa. Nada nos dicen los autores consultados de la fecha de la muerte de este caritativo fundador, y solo podemos añadir á lo expuesto, que habiéndose deteriorado el edificio y disminuido las rentas con que le dejó dotado el buen fundador, el ayuntamiento de la ciudad acudió á la reparacion y ampliacion del primero, y restableció las rentas dándole estatutos nuevos por su decreto del dia 24 de Marzo de 1670. Razon tuvo Latassa para incluir al canónigo Rodriguez entre los ilustres hijos de Aragon, pues que nada puede ilustrar más á un hombre en el concepto público y para con Dios que la caridad, cuya virtud practicó tan dignamente. —B. C.

RODRIGUEZ (Pedro). Son tan escasas las noticias que acerca de este jesuita tenemos, que no se ha podido averiguar otra cosa sino que perteneció á la Compañia, sin que sepamos ni en qué época, ni en qué punto, ni bajo qué auspicios entró, ni cuál fué su carrera; por fin, nada absolutamente se sabe de él, sino lo que llevamos dicho; y sin embargo, su nombre se repite y se repetirá siempre con aplauso, y como la representacion de la idea de un sugeto muy apreciable; y esto por qué? Por que nuestro Pedro Rodriguez fué autor de una obra preciosísima y muy útil, preciosísima porque está dictada y escrita bajo un estilo enteramente desusado, pero muy provechoso en la práctica, porque es muy tangible, es muy á propósito para llevar á la imitacion de lo mismo que se insinúa, y útil porque pone patentes medios muy eficaces para lograr salud eterna. Su obra fué: *Vida del P. Fr. José de Ancheta*; por mucho tiempo estuvo sin ver la luz pública, pero al cabo Antonio de Leon la publicó por primera vez en su *Biblioteca Indica Occidental*, y despues se han hecho varias ediciones, con lo cual, como era consiguiente, ha adquirido crédito de buen escritor nuestro P. Pedro Rodriguez, de la Compañia de Jesus. —G. R.

RODRIGUEZ (Venerable Salvador), cura de Jubiles, en las Alpujarras de

Granada. Fué compañero en el ministerio sacerdotal, á la vez que en el martirio, del infortunado Martin Romero, que en otro lugar se cita, y murió degollado por órden del impío y cruel Abenfarax, caudillo de los moriscos rebelados, en 30 de Diciembre de 1586. —M. B.

RODRIGUEZ (P. Salvador), jesuita portugués, fue uno de los tres Padres que fueron al Brasil con el P. Manuel Paiva en 1550, era natural de Lisboa, y habia llevado durante algun tiempo el nombre de Juan. Entró en la Compañía en Coimbra á 4 de Enero de 1549, teniendo treinta y cuatro años de edad. Lo que se sabe de él consta por una carta del P. José de Anchieta, en que se lee lo siguiente: «En el año de 1550 vinieron de Portugal cuatro Padres, tres de los cuales han fallecido ya. El primero, que fué el P. Salvador Rodriguez, era hombre de mucha sencillez y obediencia. Partiendo el P. Manuel Nobrega de Bahía para S. Vicente, le dejó enfermo y le dijo que no muriese hasta su regreso. Recibiólo él como mandato de la obediencia, y estando despues en artículo de muerte, le parecia que no podia morir contra aquel mandato, hasta que el P. Luis de Grau le libró del escrúpulo y le dijo que le absolvia de aquella obediencia, con lo que determinó morir con mucha alegría. Era el solo sacerdote que allí habia, y sin embargo, quedó bajo la obediencia del hermano Vicente Rodriguez, y le dilató el Señor la vida hasta que llegó el P. Luis de Grau con sus compañeros. Era muy devoto de la Asuncion de nuestra Señora, tanto que nunca dejaba de hablar de este misterio, y aunque se le advertia muchas veces, era tanta la devocion que tenia hácia él, que confundia en sus conversaciones esta con las demás palabras, y quiso nuestra Señora llevarsele en el mismo dia, porque despues de estar veinte en cama, recibidos los santos sacramentos, espiró á media noche, principio del dia de la Asuncion de 1553. Fué el primero de la Compañía que murió en el Brasil. —S. B.

RODRIGUEZ (P. Sebastian), jesuita portugués, natural de la ciudad de Braganza, en el arzobispado de Miranda; entró en la Compañía teniendo la edad de diez y seis años en 1575; procedió siempre con buen ejemplo en todas las partes donde residió, parecia haber recibido de Dios una naturaleza inclinada á todo bien y contraria á todo mal; dotado de una sencillez columbina, quien lo viese ó tratase podia decir con razon lo que de Nathanael, Cristo nuestro bien: *Ecce vere israelita, in quo dolus non est.* No acostumbraba á decir mal de nadie, ni hacer cosa alguna que ofendiese á los demás; era esto tan notorio, que un Padre extranjero, que no sabia su nombre, dijo queriéndole llamar: Aquel Padre que no hace mal, ni dice mal de nadie. Asentaban tan naturalmente todas las virtudes sobre esta bondad, que el ejercicio de ellas, que es á otros tan costoso, parecia en él propension natural, tanto se habia habituado á ellas en los muchos actos que hacia con fre-

cuencia de cada una. Fué muchos años en Roma secretario del asistente de Portugal, y tenia por esto grande noticia de las cosas de la Compañía. Volviendo á su provincia, fué durante algun tiempo maestro de novicios en Evora y prefecto del recogimiento. A pesar de la debilidad de sus fuerzas, no se negaba á cualquiera trabajo en que le ocupase la obediencia. Fué tambien compañero del P. Visitador de su provincia y viceprepósito dos veces de la casa de S. Roque, en la que murió finalmente más bien por su avanzada edad que por sus achaques. Falleció á 29 de Abril de 1642, teniendo ochenta y cuatro años de edad. Esta noticia se halla tomada de un manuscrito de la referida casa de S. Roque en que ocurrió su muerte. — S. B.

RODRIGUEZ (Simon), jesuita. Fué natural de un pueblo del obispado de Viseo en Portugal. Cuando Ignacio de Loyola estableció la Compañía de Jesus, fué uno de los primeros que en ella se afiliaron, teniendo la honra de ser por mucho tiempo el compañero del ilustre fundador. Mereció por su virtud y sabiduría ser elegido preceptor del infante D. Juan de Portugal, y sus servicios merecieron tanta estima, que se le quiso premiar con el obispado de Coimbra, dignidad que su modestia no le permitió admitir, pasando de mejor gana, con el deseo de ser útil á sus hermanos, á predicar el Evangelio á los salvajes del Brasil. Despues de haber permanecido algunos años en aquellos remotos climas, pasando una multitud de penalidades y trabajos y expuesto de contínuo á perder la existencia, volvió á España, donde fué nombrado provincial de Aragon, cargo que ya habia desempeñado en las misiones portuguesas del Brasil. Murió en Lisboa en el año 1579 con grandes muestras de piedad y señalados indicios de haber obtenido la bienaventuranza. — M. B.

RODRIGUEZ (P. Vicente), jesuita portugués, natural de San Juan de Talha, junto á Sacaven, en el arzobispado de Lisboa. Llamábanse sus padres Antonio Rijo é Isabel Jorge; entró en la Compañía en Coimbra á 17 de Noviembre de 1545. Era hermano del V. P. Jorge Rijo, y muy semejante á él en virtud. Padecia grandes dolores de cabeza, desesperándose de su curacion, cuando hallándose en Lisboa en el colegio de S. Antonio llegó á aquella casa el P. Mtro. Simon, que segun su costumbre, despues de visitar al Santísimo Sacramento iba á visitar los enfermos, y entrando en la celda del hermano Vicente le dijo estas palabras: «Tened confianza, hermano, que no habeis de morir de esta enfermedad.» Palabras de tal virtud, que de repente se halló sano. Túvose el caso por milagroso, y como tal se escribió á Roma. Pasó al Brasil, donde fueron muchas las cosas de buen ejemplo que le acaecieron, y en que dió las mejores muestras de sí. Cuando el P. Manuel de Nobrega ejercitó á sus súbditos en algunos casos de obediencia muy notables, ordenó al P. Vicente Rodriguez que trabajase á jornal con un te-

jedor, de quien aprendiese el oficio y estuviera á sus órdenes como aprendiz. Hizolo así el obediente siervo de Dios, y continuó hasta que le sacó de él el mismo que se lo habia mandado. En todas las tareas en que se ocuparon los religiosos en un principio para suavizar el carácter de los indios de la Bahía, tuvo el P. Vicente una parte muy activa. Yendo una vez con un Padre para bautizar un indio, que se hallaba próximo á ser muerto por los caribes, pasaron grandes peligros, porque sospechando aquellos lo que intentaban, pusieron grande vigilancia en estorbarlo, porque el demonio les habia metido en la cabeza que el bautismo quitaba el gusto á las carnes. Estaba aquel desgraciado bastante instruido ya, y solo le faltaba el bautismo. Pero ordenó el principal que no se diese á los Padres gota de agua. Disimulando estos, se pusieron entónces á comer, y pidieron agua para apagar la sed; pero ellos, que estaban muy alerta, hicieron que no se diese tal agua ni áun para beber cuando comian. Aconteció pasar por allí una india con un jarro de agua, se la pidieron los Padres, y no sabiendo ella el pensamiento de los indios se la dió, con lo cual hubo ocasion para mojar un lienzo, que exprimió uno de los dos sobre la cabeza del indio, y le bautizó. Teniendo el Padre Vicente á su cargo los cristianos de una aldea, les encargaba mucho que no fuesen á la guerra, por lo ménos tantas veces, porque se comian unos á otros con notable barbarie. Decíales el Padre que obraban en esto contra los mandamientos de Dios, y hacian lo que queria el demonio, que da siempre mala paga á los que mejor le sirven. Cuando iban á la guerra acostumbraban á decírselo al Padre para que los encomendase á Dios; una vez, ó no se lo dijeron ó se fueron á la guerra por mar. Yendo navegando se volvió la canoa, donde además de los hombres iban muchas mujeres con niños de pecho, siendo cosa extraña que habiendo ido todos á fondo, solo se salvaron los cristianos, y todos los gentiles que iban en la canoa se ahogaron sin salvarse ninguno. Quedaron llenos de admiracion por este caso, y con grande respeto al Padre. El mismo religioso refiere en una carta, que yendo algunas veces á trabajar en sus arrozales, los mordian unos animales semejantes á las víboras, de lo que morian, queriendo el Señor con estos castigos enseñarles á tener respeto y guardar los mandamientos, lo que les encargaba el Padre amenazándoles con el castigo del cielo. Habia un indio principal, que se llamaba Portagrande; no era cristiano, y el P. Rodriguez tuvo con él grandes altercados. Decia el indio con grande soberbia, que sus dioses eran los verdaderos, y que sus ídolos, que son los fetiches, les daban las cosas buenas, como el alimento. Una vez que fué el Padre por la aldea de este indio le habló muchas cosas de Dios y de la muerte, y le contestó que él no habia de morir, que morian los ruines, pero no él que era bueno; y continuó así sin hacer caso de la muerte; mas de allí á tres ó cuatro dias, dice

el Padre, que murió este indio con muerte terrible, de lo que quedaron todos muy admirados. Entre otras muchas ocasiones corrió en una el P. Vicente grande peligro. Viniendo los indios de la guerra, traian á un hombre muerto para comérsele; luego que saltaron en tierra le sacaron de la canoa con grandes fiestas, llamaron á sus parientes para que se fuesen á vengar, por ser esta la mayor honra que se conocia entre aquellos bárbaros, no teniendo otra mayor que comer de la carne de sus enemigos, recibiendo grande consuelo cuando morian si hallaban algun pedazo de ella á la mano, y tambien se honraban mucho de tener á la cabecera cuando dormian parte de aquella carne salada. Antes que llegasen con el cadáver, lo supo el P. Vicente y su compañero el P. Manuel Paiva; acudieron luego diciendo á voces que los habia Dios de castigar, y les arrebataron el cuerpo, que tenian ya chamuscado y preparado para despadazar y repartir. «Viéndonos los indios no sin furor, temblábamos, dice el Padre, como varas verdes cuando nos le querian quitar, porque era la mayor deshonra que les podiamos hacer, y ántes preferian morir que consentir en semejante afrenta; pero aquel que es todo fortaleza nos la dió, y lo cogimos y enterramos dentro de una cerca que habia hecho yo junto á una ermita. Sabiendo los parientes de estos, que se hallaban en otra aldea, la cobardía y deshonra en que habian consentido, fueron por la noche con arcos y flechas para desenterrarlo y llevárselo. Vigilamos toda la noche, y cuando ménos pensabamos, lo tenian ya medio desenterrado. Corrimos, y faltó poco para que disparasen contra nosotros sus flechas, pero huyeron. Viéndonos muy perseguidos aquella noche, mandamos llamar al principal, que les hizo desistir, pero en recogiéndonos volvieron á perseguirnos. Siendo ya las dos de la mañana, determinamos desenterrar el muerto para tranquilizarnos, como hicimos con mucho secreto por la noche, y lo llevamos á enterrar junto á la ciudad, sin saberlo nadie, lo que fué muy extraño, porque pasaron toda la noche bebiendo, cantando y bailando, y en aquel momento se quedaron completamente dormidos. Acordéme en esta ocasion de las mortificaciones de nuestros primeros padres, porque el cadáver olia muy mal y estaba hinchado. Cuando llegó la mañana tenian ya cercada toda la quinta, y habian cavado al rededor de la casa para ver si le encontraban. Pero quedaron muy admirados, diciendo que nunca les habia sucedido tal cosa, quebrándose desde entónces las fuerzas de su soberbia, y no volvieron á traer ningun cuerpo muerto.» Infiérese de este acontecimiento los grandes trabajos que aquellos y los demás siervos de Dios pasaron para desterrar de tan bárbara costumbre á los indios cristianos, y de cómo amansaba Dios su fiera braveza, entorpeciéndoles las manos y los arcos para que no hiciesen mal á sus siervos. En esta carta, que era para los hermanos de Coimbra, acaba el Padre con estas palabras: «Fi-

nalmente, amados en Cristo, venidnos á ayudar, que somos pocos y la tierra grande, los demonios muchos y la caridad muy poca. Venid muy llenos de ella, pues consigue mucho más que todos los medios humanos. Plegue á Dios que ardamos en ella de manera que merezcamos derramar cuanta sangre tenemos en retorno de la que nuestro Señor Jesucristo derramó por nosotros, y cumplidos asi nuestros deseos, nos reunamos con él en la gloria.» Sufrió este Padre dos naufragios: prescindiremos del uno, porque no tiene nada de extraordinario, mas no asi del otro, porque se expuso á él y á otros muchos trabajos por salvar á dos cristianos, uno mestizo y otro portugués, que se habian ido con sus mujeres á vivir con los gentiles. Estos hombres, que se hallaban emparentados con algunos indios principales, entraron tierra adentro nueve jornadas de la villa de San Pablo en Piratininga, donde se hallaba el Padre. Hicieron allí sus casas muy fuertes en medio de sus parientes, siendo su intento bajar desde allí con los indios á robar las haciendas y villas de los portugueses. Tuvo el P. Vicente noticia de sus disposiciones; viendo el grandísimo daño que se le seguiria de ellas, avisó de todo al P. José de Anchieta, que era el superior. Consultaron con los principales de la tierra el modo de remediar este mal. Convinieron en que era empresa imposible ejecutarlo por la fuerza, y vista la dificultad, determinaron los PP. Vicente y Anchieta, despues de encomendar el negocio á Dios, ir ambos con un hombre honrado, con dos ó tres esclavos que les llevasen las redes y alguna cosa para comer. Antes de emprender la jornada les escribieron cartas, en que les amenazaban con que los prenderia la justicia, puesto que lo merecian por sus grandes crímenes; pero ellos rezelosos no hicieron caso de las cartas. Emprendieron el camino en que tenian que atravesar hondos rios, montes y sierras muy altas, en que escasamente se encontraba alguna vereda. Los frios eran grandes y muchos los peligros, estando expuestos á caer en manos de los caribes. Apénas anochecia, dormian en unas chozas que hacian por sí mismos. Llegaron á una aldea de indios junto á un grande rio, cerca de donde estaban los que iban á buscar, hallándose cuando más á una jornada de distancia. Los hombres habian salido á la guerra, y las mujeres y demás gentes se asustaron, creyendo que eran enemigos. El P. José de Anchieta los tranquilizó, predicándoles la ley de Dios. Metiéronse luego en una canoa, llovió mucho y dieron en malos pasos, en que era preciso sacar á tierra la canoa. Al anochecer, yendo rezando las horas de nuestra Señora de la Concepcion, metióse la canoa en medio del rio en una concavidad rodeada de piedras, por donde corria el rio con mucha furia. Habia como siete ú ocho brazas de altura. El P. Anchieta se fué á fondo, los negros y el blanco nadaron; pero Vicente, aunque sabia nadar, no se le ocurrió hacerlo, y se enredó en la ropa, hasta que un mozo le dió la mano na-

dando, y salió á tierra. Luego fueron dos á buscar al P. Anchieta, trayéndole uno á espaldas, y no pudiendo con él, volvió á soltarle; yendo otro en su busca, consiguió sacarle hasta la superficie del agua, sin poderle socorrer más; pero el P. Vicente envió á un negro por una rama de un árbol que habia junto al rio, y dijeron al Padre que se agarrase á él, consiguiendo así salir á tierra. Preguntóle el Padre lo que le habia pasado todo aquel tiempo debajo del agua. Contestó «que habia estado ocupado en tres cosas: la primera en acordarse de nuestra Señora; en no agarrarse al indio, sino cuando viese que ella queria sacarle del agua; y la tercera en no beber agua.» Con la alegría de verse libres de aquel peligro, se les olvidaron todos los trabajos que habian pasado. Siendo ya muy tarde, estando mojados y sin encontrar camino, salieron de aquellas rocas, subiendo á unos árboles para descubrir tierra y camino entre aquellas matas tan altas, por donde apénas veian el cielo. Como iban con los pies descalzos, se les hincharon con las heridas de los espinos y los vestidos se les hicieron pedazos. Así fueron andando hasta que anocheció; apénas podian con las sotanas y demás vestidos, por ir llenos de agua. Fueron estos santos varones tan modestos, que dice el P. Vicente estas palabras: «No pudiendo con las ropas, teniendo los mozos compasion de nosotros, nos la pedian; pero no nos atreviamos á quedar en calzoncillos y camisa por la honestidad. Continuaba siempre lloviendo desde por la mañana y áun toda la noche. Estábamos tan cansados el Padre, yo y mi compañero, que cogiamos ramas de los árboles para sostenernos. Mandamos á los mozos que fuesen á buscar el camino, y habiéndolo hallado era la noche tan oscura, que con ser el arbolado tan alto y no verse el cielo, nos servian los pies de ojos, con los cuales palpando donde encontrábamos matas creiamos que seria camino. Todo este espacio seria como desde el colegio de Coimbra hasta el de S. Antonio. Cuando dimos con los que íbamos á buscar y vieron nuestra situacion, se quedaron admirados. Llegáronse á nosotros con lágrimas y dijeron: «¿Con que nuestros pecados han alcanzado á VV. RR.?» Agasajáronnos y vistiéronnos con lo que tenian con grande caridad. Diéronnos de comer. Bendito sea el Señor para siempre, entónces conocimos que aquel naufragio y aquellos trabajos habian sido necesarios para que se ablandasen aquellos duros corazones. Todo lo hace Dios para lo mejor. En cuanto amaneció les propusimos la plática y que perdiesen el miedo, que bien se podian fiar de nosotros. Mucho trabajó el diablo para estorbar esta obra: bien hubiera querido ahogarnos ántes, pero gracias á Dios todopoderoso, que de fieros y bravos que estaban los ablandó. Hicieron sus aprestos en nueve dias con sus mujeres, hijos, hato, esclavos, niños y niñas. Dejaron sus casas grandes y fuertes, sus mantenimientos y parientes, que estaban allí por amos de ellos. Muchas tentaciones tuvieron en el cami-

no. Asaltábalos el demonio, poníaseles en medio, no queria ir adelante, de propósito queria quedarse. Y hubo muchas de estas cosas, como fué perderse una embarcacion, en que se perdió la hacienda de uno de ellos, y otras cosas de casa. Finalmente, anduvimos aquellos nueve ó diez dias hasta llegar á nuestras casas. Alegróse mucho toda la gente blanca y de la sierra. Dimos gracias á Dios en la iglesia de S. Pablo. Confesáronse, acercáronse á Dios. En este intermedio vinieron á pedir socorro de Rio Janeiro por haber entrado los franceses. Como estos eran hombres de guerra, fueron al socorro, tomaron una nave francesa y quedaron ricos. » Estas son las noticias que quedan de este siervo de Dios, que despues tomó el nombre de Vicente Rijo, indudablemente por respeto al V. P. Jorge Rijo, hermano suyo. Del P. Vicente se refiere que pidió á Dios le dejase vivir en la Compañía tanto tiempo como habia vivido en el mundo, y que se alegró mucho porque se lo duplicó Dios. Contando esto á su hermano el P. Jorge Rijo, dijo que habia hecho al Señor la misma peticion, y que no solo se lo duplicára, sino se lo triplicára. Falleció este Padre, lleno de años y virtudes, en Rio Janeiro á 9 de Junio de 1598. El Rdo. P. José de Anchieta le habia dicho que pronto le iria á buscar á la gloria, y así lo hizo el dia de su aniversario.— S. B.

RODRIGUEZ Barba (Sor Leonor). Nació en Sevilla, y fué hija de Rui Barba, caballero de aquella ciudad, donde tomó el velo y profesó en el monasterio de S. Clemente el Real, y fueron tan ejemplares sus virtudes y tan sublimes sus talentos, que en 12 de Febrero de 1363 dirigió una carta el rey D. Pedro al Real convento de las Huelgas de Burgos para que la recibieran por abadesa.—S. B.

RODRIGUEZ de Cepeda (D. Francisco), obispo de la santa iglesia de Cartagena de Indias. Sucedió á D. Diego Ramirez de Cepeda, religioso de la órden militar de Santiago, natural de Lima, y gran predicador. D. Francisco Rodriguez fué el tercero de este nombre en aquel obispado; era natural de Zamora, y sus padres Diego Rodriguez y Leonor Nuñez de Melendez; fué bautizado en la iglesia de S. Pedro de dicha ciuad el dia 23 de Mayo del año de 1590. Fué ordenado de órdenes menores por el obispo de Zamora D. Fernando Suarez de Figueroa. Estudió la gramática en Villagarcía, y en Salamanca jurisprudencia, manifestando en todas las clases su inteligencia, aplicacion y aprovechamiento. Fué catedrático de código en Valladolid, y beneficiado de S. Juan de Villalar, tierra de Zamora, cuya cátedra ganó en concurso de trece opositores, y cuya abadía está en el arrabal de Zamora. Le ordenó de epístola su obispo ya mencionado, y de evangelio D. Gerónimo Camargo, obispo de Ciudad-Rodrigo, y últimamente lo fué de misa por el arzobispo de Mecina D. Pedro Ruiz. Fué canónigo doctoral de la santa iglesia de Sigüenza; y en su universidad catedrático de prima de cá-

nones. Escribió tres tomos, con el fin de darlos á luz, del derecho civil y canónico. Atendiendo á sus recomendables circunstancias y grande mérito, fué electo obispo de Cartagena en 24 de Noviembre de 1648, y el juramento de la fe le hizo en manos de D. Fr. Pedro de Tapia, obispo de Sigüenza; y la santidad de Inocencio X pasó la gracia en 4 de las calendas de Julio de 1649; en el año siguiente de 50 pasó á su residencia; entró en su iglesia, y tomó su posesion en domingo 19 de Julio. D. Fr. Juan de Espinar, obispo de Sta. Marta, le consagró, asistiendo á aquel acto con mitras D. Francisco de Rivera, arcediano, y el licenciado D. Juan Martinez Giraldo, chantre de la misma iglesia. Disfrutó bien poco de la prelacía, pues solo gobernó su iglesia el corto período de tres meses, pues murió en 18 de Junio de 1651, y está sepultado en ella. Tuvo por sucesor á D. Garcia Martinez Cabezas, natural de Don Benito, obispado de Plasencia, y colegial que fué en el colegio mayor de Sta. María de Jesus.—A. L.

RODRIGUEZ DE CISNEROS (Fr. Juan), franciscano español del siglo XVIII y uno de los personajes más ilustres que produjo en este siglo esta Orden religiosa. Ignóranse las primeras circunstancias de su vida y hasta el lugar de su nacimiento, sabiéndose únicamente que desde el instante en que tomó el hábito franciscano manifestó las mejores cualidades, ya para el estudio, ora para el ejercicio de las prácticas religiosas á que se hallaba consagrado. Su capacidad, su no vulgar elocuencia, su aplicacion, su buen carácter y sobre todo su vida ejemplar, hicieron que pasase en un rápido período por los diferentes grados de la escala de su Orden. Apénas terminados sus estudios se le nombró profesor de teología en la provincia de Castilla de la observancia regular, y en este puesto prestó grandes servicios á la Orden formando jóvenes que fueron un dia las bases más firmes de su esplendor y grandeza. Aún no habia terminado esta comision, cuando se le encargó del gobierno de su casa de profesion, siendo trasladado sucesivamente á otras, en todas las cuales dejó la mejor memoria de sus talentos, actividad y celo. Estas circunstancias fueron sin duda causa de que se le nombrase definidor de su provincia, puesto delicado, pues equivalia al de miembro del consejo ó junta con que consultaba el prelado en las circunstancias difíciles. Nos es desconocido el tiempo que continuó en este puesto, siendo presumible que fuese hasta su muerte, ocurrida á mediados del siglo. Pero mucho ántes obtuvo otros honores en premio sin duda de sus méritos, siendo elegido padre de la provincia de Santiago é historiador de su provincia. Este cargo era sin duda el que más convenia á Rodriguez de Cisneros, pues dotado de una imaginacion viva y ardiente, de un carácter apasionado y de grande amor al estudio, se habia distinguido ya por sus escritos, y no tardó en publicar otros que le hicieron más honor si cabe todavía. La larga lista

de sus obras ocupa un buen espacio en la *Biblioteca universal Franciscana* del P. Fr. Juan de San Antonio; pero nosotros siguiendo un ejemplo dado ya muchas veces en esta obra, solo citaremos las que universalmente se le atribuyen, que son las siguientes: *Compendio de la vida de S. Francisco Solano;* Madrid, por la viuda de Juan García, 1727, en 8.°—*Vida de la venerable madre Sor Gerónima de Jesus Carrillo, abadesa del convento de la Inmaculada Concepcion de Priego*; Madrid, por Tomás Rodriguez, 1727, en fólio.—*Oracion fúnebre en las exequias de la V. Terciaria Isabel de Jesus*, en 4.°—S. B.

RODRIGUEZ Espinosa (María la Zapatera), hija de Manuel Rodriguez Espinosa de los Monteros, y de Inés Gonzalez de Torallo, nació en Madrid á 23 de Febrero de 1647, y á 12 de Marzo recibió el santo bautismo en la parroquia de S. Martin por mano de Fr. Plácido de Benavides, teniente cura. Criáronla sus padres con particular esmero por el camino de la virtud, y tuvo desde niña por padre y madre y maestro espiritual al venerable Padre Andrés de Prada, y muerto éste, al venerable Padre Juan Carrasco Corregidor, ambos sujetos que en letras y virtudes dieron grande honor á su religion de PP. Clérigos menores. Fué tan perfecta imitadora de sus maestros, que llegó en su vida á ser un modelo de todas las virtudes, en tanto extremo que era venerada de todo el pueblo con el mayor respeto, y á no ser conocida en Madrid con otro nombre que el de *María la Zapatera santa*. Fué casada con Juan Rubio Gonzalez, maestro zapatero, hombre tambien de costumbres muy arregladas, que falleció en 1.° de Enero del año de 1706, y á los 26 de Setiembre del mismo le siguió su esposa. Los PP. Clérigos menores, de cuya religion eran hermanos, dieron á ambos sepultura en su casa del Espíritu Santo de esta corte, en la bóveda de los religiosos, colocando el cuerpo de esta virtuosa mujer en el nicho quinto del lado de la epístola; en donde parece se conservaba el año de 1735, á 23 de Diciembre, en que se enterró allí mismo una hija suya, llamada Angela Rubio, que igualmente fué de una singular virtud.—A. y B.

RODRIGUEZ de Feijoo (Fr. Antonio), franciscano español, natural de Galicia. Floreció en el siglo XVIII, y se distinguió desde luego por sus grandes prendas de aplicacion y amor al estudio que le hicieron obtener los primeros cargos en su Orden. Tomó el hábito siendo muy jóven todavía en la provincia de Santiago de la Observancia regular, y aunque manifestó ser muy á propósito para el cultivo de todas las virtudes, sus superiores comprendieron que brillaria principalmente por su vasta inteligencia, y le enviaron á estudiar á los colegios más acreditados de su Orden. Siguió sus estudios con los mejores resultados, haciendo rápidos adelantos y distinguiéndose en todos los certámenes y ejercicios literarios, ya públicos, ya privados, por

sus grandes conocimientos y no inferior aplicacion. Viendo su excelente ingenio, y los frutos que de él se podian esperar, le enviaron sus prelados á perfeccionar sus estudios á Salamanca; emporio entónces de la civilizacion y campo el más vasto que podia presentarse á un jóven estudioso. No eran ciertamente las ciencias lo más adelantado á la sazon en nuestro país, ni áun en el resto de Europa; pero no por eso adquirian ménos celebridad los hombres que á ellas consagraban sus talentos, ni podian esperar un porvenir ménos venturoso los que á ellas se consagraban áun cuando perteneciesen á las órdenes religiosas. No fué muy afortunado en este punto nuestro Rodriguez; pero no dejó de obtener destinos elevados, y acaso hubiera llegado á las mayores dignidades, si una prematura muerte no hubiera venido á cortar el hilo de sus dias cuando se hallaban en flor sus más brillantes esperanzas. Apénas graduado de doctor por Salamanca, obtuvo el grado de lector en su religion, consagrándose á la enseñanza con celo y acierto, y distinguiéndose mucho por su grande erudicion. Compuso al mismo tiempo algunas obras teológicas, que le adquirieron notable celebridad, y cuando jubilado ya de su cargo, comenzaba á consagrarse á otros estudios para adquirir nuevos conocimientos é influir como una palanca poderosa en el adelanto de las ciencias, murió casi de repente con grande sentimiento de propios y extraños, que comprendian la pérdida que en él habia tenido su Orden y su país. Sus obras son: *Catholicum Misticæ Dei Civitatis præsidium apologeticum, et Delatorium*, dedicado á Su Santidad Inocencio XII bajo la proteccion de Cárlos IV, rey de España; Salamanca por Eugenio Antonio Garcia, 1700, en fólio. —*Invictissimum ab auctoritate theologiæ salmanticense propugnaculum pro Mistica Civitate Dei*; ibid, por Maria Estevez, 1700, fólio. —S. B.

RODRIGUEZ DE FIGUEROA (D. Juan), canónigo, natural de Ledesma en el arzobispado de Salamanca, entró en el Colegio viejo de S. Bartolomé de Salamanca en 17 de Enero de 1519, y terminados sus estudios, desempeñó en él los cargos de catedrático de decretales, y juez metropolitano. Nombrado posteriormente canónigo doctoral de la santa iglesia de Coria, renunció este cargo por servir el de provisor del obispado de Salamanca. Cuando salió del colegio fué nombrado vicario de Alcalá por el arzobispo de Toledo, cuyo provisor habia sido en Salamanca como acabamos de decir. Obtuvo el título de gobernador del arzobispado de Toledo, y desempeñaba este cargo residiendo en Alcalá en 1525, cuando pasó por esta ciudad el rey de Francia Francisco I, que habia sido hecho prisionero en la célebre batalla de Pavía, y venia custodiado por D. Fernando de Alarcon, marqués de la Valle Siciliana, conocido por el *Sr. Alarcon* por sus gloriosas hazañas en la conquista del reino de Granada y en las guerras de Italia desde 1495. Tres dias se detuvo el rey Francisco en aquella ciudad, y le asistió el vicario Figueroa muy á

su satisfaccion y á la del Sr. Alarcon, quien lo puso en conocimiento del Emperador para que premiase este entre sus demás relevantes servicios. De este destino pasó Rodriguez de Figueroa al de oidor de Valladolid, de donde fué trasladado al tribunal de la Rota, cuya plaza renunció, porque queriéndole examinar los auditores segun costumbre, les contestó: que venia él á examinar, y no á ser examinado; y dando noticia al Emperador de lo que le habia sucedido, le dió la plaza de regente de Nápoles, donde obtuvo tanto crédito, que fué nombrado del consejo y de la cámara, á pesar de ser el más moderno, y fué colmado de todo género de mercedes; desde allí fué enviado á la corte romana, donde obtuvo tanto crédito cerca del pontífice Clemente VII, que trató con el mayor cariño y consiguió conservar su amistad con el emperador Cárlos V, lo que parecia en extremo difícil, porque Su Santidad estaba muy poco satisfecho de nuestro monarca por la entrada del ejército imperial en Roma en 1529, quien detuvo al Pontífice y á algunos cardenales en el castillo de S. Angelo, encargándose de la guarda y servicio de su persona el Sr. Alarcon, quien le asistió y sirvió con todo el acatamiento que á su persona era debido, segun refiere Sandoval en su *Historia de Cárlos V.* A lo que podemos añadir, que hablando un dia Rodriguez de Figueroa al Pontífice sobre este acontecimiento, le contesto: Que se hallaba tan obligado de la atencion del Sr. Alarcon, y de la reverencia con que le habia servido y asistido, que se habia olvidado de lo pasado. Tal era, añade el autor ya citado, la prudencia de D. Juan Rodriguez de Figueroa, que sabia disponer las materias que trataba, de forma que dejaba obligado al que se publicaba más ofendido, y con la memoria de la causa del agravio, sacaba motivos de agradecimiento. Desempeñó otras varias embajadas en Alemania, Inglaterra é Italia, y es indudable no fué nunca más que tonsurado por los opuestos cargos que ejerció despues. Era hombre grave, muy medido en sus palabras, de grandes letras y juicio, dice su biógrafo. El emperador Cárlos V le concedió la encomienda de Villanueva de Alcaraz, y la privanza que tuvo con este monarca, la aprovechó para favorecer á sus compañeros de colegio, concediéndoles plazas en todas las audiencias del reino, y gran número de obispados. Felipe II le nombró presidente de la Real Chancillería de Valladolid en 1556; pero no aceptó este cargo, y continuó en el Consejo Real y la cámara de Castilla. En 1558 le nombró de su Consejo de Estado. Compró la villa de Monleon con su fortaleza en el obispado de Salamanca, en 1559, siendo á la sazon regidor de aquella ciudad. Cuando volvió á España Felipe II de los estados de Flandes, le hizo presidente del Consejo de Ordenes, con retencion de el de Estado. En el mismo año de 1559 fundó el Rey el Consejo de Nápoles, Sicilia y Milan, del que hizo presidente á Rodriguez de Figueroa, por haber residido largo tiempo

en aquellos estados. En 1563 le concedió la encomienda de Hornachos, y á pocos dias la de Yeste, cometiéndole la visita del Consejo Real de Hacienda, con retencion de los demás consejos. Le llevó consigo á las córtes de Monzon, donde le nombró presidente del Consejo Real de Castilla. Murió en Madrid á 23 de Marzo de 1565, y fué sepultado en su villa de Monleon. El Rey sintió mucho su muerte, pues perdió en él un gran ministro. Estableció el estatuto de nobleza y limpieza que se observa en la actualidad en el Consejo de las Ordenes militares, haciendo observar las mismas prescripciones que se acostumbraban en estos casos en los colegios mayores, de cuyos estatutos se sirvió para modelo.—S. B.

RODRIGUEZ DE FIGUEROA (Pedro). No hemos podido averiguar, por más diligencias que para ello hemos hecho, la patria de este sacerdote verdaderamente respetable; solo hemos sabido, que hijo de una familia de las más distinguidas de la provincia de Toledo, en esta Imperial ciudad recibió toda su educacion desde los más tiernos años de su niñez. Fué su carácter siempre dócil, amable, verdaderamente á propósito para el ministerio á que Dios nuestro Señor le destinaba. Su aplicacion tan constante, que especialmente en los primeros años, causaba cierta extrañeza á sus maestros, pues no era en verdad lo usado el que jóvenes de corta edad, como lo era Rodriguez, léjos de necesitar para el estudio excitacion y áun algun aliciente, tuviesen que ser algun tánto reprimidos en su vehemente deseo de adelantar más, como le sucedia á nuestro jóven. Estudió, como era consiguiente, humanidades, y despues estudió filosofía, y al concluir esta, sus padres le dejaron en ámplia libertad para escoger carrera, si bien tuvieron mucho cuidado de hacerle ver los inconvenientes de todas, al par que sus ventajas, para que libre y espontáneamente, en vista de unos y otros, tomára el partido que mejor le pareciese, y nunca pudiera culpar á sus padres, si desgraciadamente no le salian luego las cuentas de la manera que él se las hubiera propuesto. Por supuesto, que admirando él mucho la prudencia y tino de sus padres en esta conducta tan conforme á su hidalguía, todo esto se hacia inútil toda vez que él tenia ya de mucho tiempo formada su resolucion de ser sacerdote, si Dios nuestro Señor le concedia tal dicha; así que el estudio de la sagrada teología fué el que le mereció la preferencia, y en efecto, es el más adecuado para ponerse en aptitud de desempeñar cumplidamente los importantes ministerios que lleva consigo el órden sacerdotal. Estudió con provecho, y llegó á lograr la borla de doctor, siendo sus ejercicios sumamente brillantes, y mereciendo de sus maestros la señalada distincion de que le indicáran que sus servicios en la enseñanza serian de provecho, por lo cual ordenado, podia dedicarse á esta carrera, en la cual, sobre adquirir justísimos lauros, no dejaria de tener tambien provechos, tanto en lo material, cuanto y

principalmente en el singular beneficio que la educacion procura y proporciona siempre á toda la sociedad, que se interesa en verdad en que los que la gobiernan sepan cada cual en su línea sus deberes; y en esto no hay duda que quien los impone son los maestros con sus sabias advertencias, con sus oportunas indicaciones. No dejó de estimar nuestro Rodrigo la singular deferencia que sus maestros le mostraban en hacerle uno de sus compañeros, y compartir con él el honor de producir los buenos resultados que daba aquel acreditado centro de enseñanza; pero no eran estas sus miras, así que contestándoles con las demostraciones del más profundo agradecimiento, y manifestándoles el gran deseo que abrigaba de complacerles, si no fuera porque le parecia que el Señor le llamaba por otro camino, les hizo ver que su deseo era dedicarse á la cura de almas, y que solo en esto veia cifradas sus esperanzas. En cuanto esto se supo en Toledo, se apresuró el arzobispo á ofrecerle los más pingües curatos de la diócesis, tanto de la capital, cuanto de los pueblos; mas él no quiso aceptar ninguno sin concurso, y le hizo al de presentacion patrimonial de la villa de Escalona, pueblo no muy grande, es verdad, pero lo suficiente para ejercer su apostólico ministerio, porque tenia todas las condiciones apetecibles, hasta la de un convento de monjas donde podia el párroco ensayar sus grandes conocimientos en mística, y hacer gran fruto ayudando á alentar á aquellas esposas de Jesucristo en el mejor servicio de su amado. Grande fué el contento que tuvo Escalona al saber le iba tal párroco, y mucho mayor luego que la experiencia le demostró que en nada habian exagerado los que dieran noticias de tan excelente sujeto; porque en realidad de verdad, hombre más exacto en el desempeño de su ministerio, y más desprendido en favor de los pobres, no es posible hallarle; por lo cual como todos lo encontraban todo en su párroco, era queridísimo de todos. Nunca quiso variar de curato, por más que los prelados se empeñaban en llevarle á su lado, ni quiso tampoco aceptar prebendas con que le brindaron: cura de Escalona fué hasta que Dios quiso; empleando sus ratos de ocio en escribir una obra de muy grande utilidad, que tituló: *Médico espiritual, que contiene doctrina muy provechosa para predicadores*; impreso en Toledo, año 1623, en 8.° Tal fué la conducta del párroco D. Pedro Rodriguez de Figueroa, el cual esperó con tranquilidad la muerte, cumpliendo fielmente su ministerio, y siendo por consiguiente su pérdida muy sentida de cuantos apreciaban sus excelentes dotes.—G. R.

RODRIGUEZ DE FONSECA (D. Juan), obispo de las santas iglesias de Palencia y Badajoz. Fué quinto de este nombre en la sede de Palencia, sucediendo en ella á D. Fr. Diego Deza. Era natural de la ciudad de Toro, y sus padres Fernando de Fonseca y Ulloa y Doña Teresa de Ayala. La reina católica Doña Isabel, para mostrarle lo mucho que le queria y estimaba, man-

dó á Fr. Hernando de Talavera, obispo de Avila y despues arzobispo de Granada, se sirviese de él, siendo de poca edad, para que en compañía de tal santo le imitase, y aprendiese á serlo tambien; y aunque el obispo le dió el arcedianato de Olmedo en su iglesia, no quiso separarse de su compañia y servicio, pero al fin tuvo que aceptar, y despues fué arcediano, canónigo y dean de Sevilla; provisor de D. Fr. Hernando de Talavera, cuando este eminente religioso fué arzobispo de Granada, y despues dejando esta ocupacion, rigió algunas abadías y otras rentas eclesiásticas. Los reyes le presentaron para el obispado de Badajoz, cuya sede gobernaba en el año de 1497, juntó sínodo, y dió á sus diocesanos saludables leyes, y en el año 1498 trajo á Badajoz la copia de la devota imágen de nuestra Señora de la Antigua, tomada y copiada de la que en Sevilla se venera con la mayor fe y devocion, como lo certifican los versos que dicen:

Pacensis populi Præsul Fonseca Joannes
Ex Veteri quam nunc Hispalis alia Cœli.

A muy pocos años, en el de 1499, fué promovido para la iglesia de Córdoba por muerte de D. Francisco de la Fuente, y con el título de primer presidente de las Indias, y desde aquella silla pasó á la de Palencia, y por él tomó la posesion D. Alonso de Fonseca, que despues fué arzobispo de Toledo en 6 de Enero de 1505. En este año el obispo se hallaba en Flandes, con los reyes D. Felipe y Doña Juana, comisionado por el Rey católico y reinos de Castilla para invitarlos y manifestarles los grandes deseos que habia de que viniesen á gozar y á gobernar estos reinos. En tiempo de este prelado, con sus dádivas y los cuantiosos gastos que hizo, se edificaron la mayor parte de las capillas de esta santa iglesia, del crucero abajo, como tambien el claustro y la capilla capitular, y á su costa se hizo una escalera por donde se bajaba á la cueva de S. Antolín. Hizo el altar y retablo de la Compasion de nuestra Señora, donde el obispo está retratado al natural; en este altar dice el cabildo todos los sábados una Misa por la buena memoria de este prelado, que la dotó en treinta y tres mil maravedises de juro; reparó igualmente los dormitorios del hospital de la iglesia, regalándole y proporcionándole muchas camas. A la sacristía de su iglesia regaló un terno de brocado muy rico y de gran mérito, y cuatro tapices que tenian asuntos de la historia eclesiástica, y otros cuatro de la Salve Regina. En Toro, patria suya, fundó el hospital que llaman del Obispo, y dotó un aniversario por el descanso perpétuo de su alma, que le dice el cabildo mayor de la clerecía de Toro. En el año de 1515 todavía regía esta santa silla, en cuyo año reformó y mandó imprimir el *Breviario Palentino*, como lo dice la epístola que está al fin del breviario de aquella iglesia, en cuyo tiempo fué promovido á

la de Burgos, y fué arzobispo Rosano. Acompañó á la infanta Doña Catalina cuando pasó á Inglaterra á casarse con el rey Enrique VIII. Tambien fué enviado con embajada particular, asociado y en compañía del arzobispo de Santiago, á pedir y suplicar á la princesa Doña Margarita, esposa del malogrado príncipe D. Juan, para disuadirla que no saliese del reino. Antonio de Nebrija, maestro de este prelado, le dedicó un tratado, que intituló: *Segmenta y Escolios á las Epístolas y Evangelios que la Iglesia canta en el discurso del año*; y otro tratado que intituló: *Dichos de sabios, y el epitalamio que escribió en loor de los casamientos dichosos del príncipe D. Alonso de Portugal y de la infanta Doña Isabel.* Murió este ilustre prelado y meritísimo sacerdote el 13 de Noviembre del año de 1523, habiendo regido la silla de la santa iglesia de Burgos por el espacio de ocho años, dejando eterna memoria sus grandes hechos, y el buen gobierno y direccion de aquella vasta diócesis; y sus venerandos restos estan sepultados en la villa de Coca, en una capilla particular que expresamente fundó y construyó para aquel objeto. Su sucesor en la sede de Palencia fué D. Juan de Velasco, prelado insigne en virtud y letras, sujeto de relevantes méritos, y muy digno de los premios y dignidades que obtuvo. Y el obispo que le reemplazó en la de Burgos lo fué D. Alonso Manrique Tercero, natural de Toledo, sujeto insigne, ilustre y de grandes prendas de virtud.—A. L.

RODRIGUEZ DE JESUS MARÍA (Sor Juana), religiosa franciscana, nació en Burgos á 30 de Enero de 1564, siendo sus padres Juan Rodriguez y Juana de la Fuente, personas tan notables por su sangre como por sus riquezas. Desde su infancia fué educada en la santa virtud, y niña todavía se anunció su santidad por dos milagrosos oráculos, como refiere el autor de su vida Fr. Francisco de Ameyugo con las siguientes palabras: «El primero fué aquel ángel en carne y serafin en el amor, la gloriosísima madre Sta. Teresa de Jesus. Esta vírgen prudentísima, ansiosa de comunicar el fuego del amor divino que ardia en la ascua de su ardientísimo pecho, vino á la ciudad de Burgos á fundar el convento de José, que hoy es de sus hijas, legítimas herederas del espíritu de su santa madre. De la pura observancia, observantísima religion, religiosísima virtud de estas angélicas criaturas, solo puede ser suficiente coronista el que tuviese en decir la gracia que ellas tienen para obrar. Volviendo á su santa madre, digo que vino á Burgos á tiempo que nuestra Sor Juana tenia uno ó dos años; sus padres Juan Rodriguez y Juana de la Fuente, que como personas tan dadas á la virtud, eran sumamente inclinadas á las personas virtuosas, se aficionaron con extremo á la santa Madre Teresa, y con ánimo tan pio como bizarro, la ayudaron á conseguir el sitio para el convento y demás; á más, por no tener la Santa para pagarle, ellos salieron á ser sus fiadores. Hízose la obli-

gacion en su casa, estando presente la dicha Madre Sta. Teresa, la cual puso los ojos en la niña Juana y en mucho tiempo no la perdió de vista; viendo al fin la pureza de su alma, que resplandecia por el cristal de su cuerpo, la tomó cariñosamente en brazos, y despues de hacerle extraordinarias caricias, dijo á sus padres: Señores, tengan cuidado con esta niña, porque les hago saber son dichosísimos en tener una hija en quien Dios ha de obrar muchas maravillas. —¡Oh boca del Espíritu Santo! Quién puede poner pleito á la verdad que profetizaron esos tus labios purísimos? Grandes y gravísimos fundamentos apoyan la santidad de Sor Juana de Jesus María; mas esta profecía de la santa Madre Teresa de Jesus es el apoyo mayor. No obstante, el oráculo segundo fué tambien muy claro y muy milagroso. De edad de cuatro á cinco años era la niña Juana, cuando sus padres salieron con ella al campo á recrearse una tarde de verano; llegaron á una ermita que se llama hoy dia de Sta. Ana, y despues de hacer oracion en ella, salieron y se sentaron á esperar la merienda en un pradillo ameno, que está á un tiro de piedra de dicha ermita: á un lado del camino real que va á la villa de Anos estaban, así la niña como sus padres, congojados de sed, ocasionada por el cansancio del camino, como del grande calor del tiempo; llegaron con la merienda las criadas, y como no llevasen agua ni por allí viesen en donde poder cogerla, se entristecieron todos y dijeron: De qué nos sirve tener que merendar, si no tenemos que beber? En esta ocasion estaba la santa niña sentada en un sitio seco, y sin más fin que el de entretenerse como niña, comenzó á escarbar con los dedillos la tierra, y repentinamente brotó un copioso caño de agua, de la cual bebieron todos, dando gracias á Dios por tan singular prodigio.» Estos milagros, presagios de la santidad de la niña Juana, continúa el biógrafo en otro lugar, llenaban de alegres esperanzas los corazones de sus padres, los cuales como tan virtuosos tuvieron sumo desvelo en la crianza de sus hijos, pues aunque entregaron sus hijas á maestras entendidas para que las enseñasen á leer, escribir, bordar y otras cosas convenientes á las personas de su clase, en lo relativo á la vida espiritual no fiaron de ajeno cuidado su enseñanza, sino que ellos mismos las enseñaron los santos rudimentos de la fe, á rezar el rosario, oir misa con devocion interior, y asistir á aquel soberano misterio con exterior compostura. Pero este cuidado, aunque fué comun con todos sus hijos, fué singularísimo con su hija Juana. Estaban convencidos con los sucesos mencionados, que se hallaba destinada á un grande porvenir, y como además de mirarla como hija suya, la miraban como santa, la amaban con mayor ternura que á todos los demás. Pero costóles poco trabajo su educacion porque para las artes ó habilidades propias de su sexo tenia la niña tan buena disposicion, que aprendió brevemente y sin dificultad lo que

otras apénas pueden aprender en mucho tiempo, y esto con imperfeccion, dolor y trabajo. Para la vida espiritual necesitaba aún de ménos estímulos, por tener en su pecho tan superior maestro, que dirigia sus acciones áun ántes que en el horizonte de su alma rayáran las luces de la razon, de modo que sin saber discernir lo bueno de lo malo, reprobaba lo malo, elegia lo bueno y aspiraba á lo mejor. Tenia cuatro años, y ya aborrecia en tan tierna edad todo lo que más agrada en la vida, y así la fastidiaban los juegos y los regocijos que en las otras niñas suelen causar gozo y entretenimiento. Solo en Dios hallaba recreo, y por esto hurtaba todo el tiempo que podia á las demás diversiones para estar á solas con él y contemplar su bondad. Tenian sus padres en su casa un oratorio, en que habia un niño Jesus colocado en un trono: era hermosísimo, y estaba vestido con una túnica de brocado; este niño cautivaba de amor á la niña Juana, y así cuando sus padres daban licencia á sus hijos para irse á divertir, aprovechando ella la ocasion, se apartaba de sus hermanos, subia al oratorio, poníase de rodillas delante de su niño Jesus con tanta compostura y devocion, que parecia un serafin; hablábale con sinceridad y llaneza, y con esta conversacion tan divina y trato tan familiar, se fué introduciendo tanto el fuego del amor divino en aquel pecho tan virginal, que andaba fuera de sí, trasformada toda en su amado y dulcísimo Jesus. «No podia vivir sin él, dice su biógrafo; breve ausencia se la hacia prolija muerte; gemia y suspiraba por él como triste tortolilla por su querido consorte. En medio de estas fervorosas ánsias y congojas, sucedió que sus padres la llevaron al convento de Sta. Clara, donde tenian dos religiosas amigas; reparó la niña una vez más que otras en la compostura del hábito, en la clausura del convento, en la abstraccion del mundo, en la estrechez de aquel estado religioso; íbasele el alma por aquella buena vida, y viéndola las religiosas tan turbada y suspensa, la dijeron: Qué es, hija? quieres ser monja con nosotras. A que respondió con tanta presteza como alegría: Sí señoras, sí señoras. Desde aquel dia tuvo el firme deseo de ser monja, y como no la era posible ponerle pronto en ejecucion, para desahogar el fuego que sentia del amor divino, comenzó á probar en su oratorio lo que haria despues en el monasterio, imitando en sus juegos todas las operaciones de las religiosas. Refiere despues su biógrafo los favores que debió á la Providencia, habiéndola enseñado los gloriosos patriarcas Santo Domingo y S. Francisco á rezar el oficio y rosario de la Madre de Dios, y dándola su Santísimo Hijo por Madre á su Santísima Madre. Desposándola la Madre de Dios con su Santísimo Hijo, y favoreciéndola él como á esposa, enseñándola como maestro y convidándola con su cruz á padecer. Enseñándola muchas virtudes, que puso ella en ejecucion con grande primor. Haciéndola otros muchos favores, como el ceñirla los ángeles una cinta para

asegurar su pureza virginal; el convidarla Cristo con su cruz; y otras muchas cosas de esta especie que forman otros tantos capítulos de la vida de esta religiosa, que creemos prudente omitir para ocuparnos de otros sucesos que no tardaron en seguir á estos y acabaron por decidir su vocacion. Frecuentaban á esta sazon sus padres los conventos de Sta. Clara y del Cármen; llevando siempre en su compañía á su hija Juana, la cual en hallándose en ellos estaba en su centro; encerrábase á solas con las monjas más virtuosas y perfectas, hablando de Dios con grande aprovechamiento de sus almas; oyendo la virgen Juana á las religiosas, se abrasaba en amor divino, se confirmaba en sus propósitos, y se alentaba con valor á seguir en sus santos ejercicios. Las religiosas sentian los mismos afectos de oirla á ella, considerándola en sus doce años de edad un ángel en el cuerpo y el espíritu, hermosa en el rostro, venerable en el aspecto, grave y modesta en las acciones, suave en las costumbres, afable en el trato, agradable en la conversacion, recatada en las palabras, tierna en los sentimientos, constante en los propósitos, devota en los ejercicios; y como en aquel vaso trasparente de la naturaleza brillaba con tanto lustre el resplandor purísimo de la gracia, robaba los corazones de todas, que la hubieran querido encerrar en su convento, lo que solicitaban tambien las Madres carmelitas, proponiéndola con toda verdad las grandes conveniencias que para servir á Dios tendria en aquel instituto austero y religioso; y decianle que dentro de dos dias habian de tomar el hábito dos hijas de una señora principal, que se llamaba Catalina de Tolosa, que procurase que sus padres la llevaran á verlas, y quizá encontrarian medio para que no saliera ya más del convento. No se hallaba distante la jóven de seguir los consejos que le daban las religiosas, pero sentia como una oculta fuerza que la inclinaba á entrar en el convento de Sta. Clara; lo uno, porque era un monasterio muy afamado por las virtudes que en él florecian; lo otro porque, como dice su biógrafo, «cuando se desposó con el niño Jesus, siendo casamentera su Santísima Madre, la entregaron sus Majestades á nuestro P. S. Francisco para que cuidase de ella como verdadero padre, y ella entónces prometió de ser su hija; y aunque por ser en la dicha ocasion muy niña, no se acordaba despues ni de la promesa que hizo, ni de la palabra que dió; no obstante, con superior impulso se inclinaba al cumplimiento; este tuvo efecto en fin, porque tuvo para ella verdadera vocacion, y siendo eficaces las vocaciones divinas, es imposible frustrarse con diligencias humanas.» Pero ántes tuvo que pasar por todo género de padecimientos, y áun por otros estados, como vamos á referir. Supo su madre los intentos de su hija, y puso gran cuidado en impedirlos. Primero echó de su casa á una criada virtuosa, que era su confidente, de quien fiaba sus secretos y se valia para sus devotos ejercicios, y de

allí adelante no la queria llevar á los conventos de monjas. Procuraba no tuviese al lado quien la propusiera una vida tan pura como la monástica, sino quien la alabase la seglar, y la alabára los deleites humanos; la obligaba, aunque por fuerza, á que se vistiera de gala; y la llevaba consigo á las concurrencias, fiestas y saraos para que con el bullicio del siglo, la conversacion y familiaridad de otras niñas de sus años, se aficionára al mundo y sus vanidades y desistiera de entrar en religion. No prevalecieron los ardides de la madre contra la constancia de la hija, ántes esta abrió más los ojos al desengaño, teníalos muy ilustrados con la luz divina la religiosa doncella. Pero en medio de esta espiritual borrasca, se levantó contra la inocente virgen otra más terrible tormenta. Su confesor, dice el autor de su vida, que por ahora no se nombra, no sé con qué celo ó con qué fin (debió ser con buena intencion) dió cuenta á su madre de las rigurosas y extraordinarias penitencias que su hija hacia; la cual con rostro severo aunque con gran disimulo, cogiéndola de repente, le pidió la llave de su arca, abrióla, hallóla llena de rallos, silicios, cadenillas, rodajas, disciplinas y otros instrumentos de la penitencia, que eran las joyas que ella estimaba y guardaba; quitóselo todo su madre, dándola una reprension, y de allí adelante la miraba atentamente, por que ella no se tomase tanta mano para atormentar su cuerpo. No es creible la turbacion que este suceso causó en aquel pecho virginal, quedóse corrida y atribulada; corrida, por ver que la penitencia que ella guardaba con tanto secreto, ya habia salido á público; atribulada, porque se hallaba su amor sin instrumentos con que padecer. Oh altitud de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios! qué incomprensibles son sus juicios! ¡Cuán investigables sus caminos! Qué de veces para fines altísimos toma medios al parecer encontrados. Desposóse su altísima Majestad con la virgen Sor Juana, siendo ella de seis años; á los ocho de su edad, con aquella cinta misteriosa que le ciñeron los ángeles, dejó su cuerpo sin propensiones de cuerpo, con inclinaciones y calidades de espíritu; espiritualizó su carne virginal, purificando en ella la inficionada raíz, y ahora dispone el que la casen sus padres. Tenia en efecto trece años de edad, cuando la pretendió un jóven noble y rico, llamado Matías Ortiz, con consentimiento de sus padres, á quienes parecia conveniente este matrimonio. Para hacer los contratos habló la madre con su hija; recordóla el amor que ella y su padre la tenian, la soledad en que se encontrarian si llegaba á faltarles; que tenian puestos en ella los ojos y las esperanzas para la quietud de su vida, y que les pagase este cariño aceptando gustosa el casamiento. No se puede explicar bastante la turbacion que causó á la jóven la proposicion de su madre, y no hallando medio de convencerla, se dirigió á su padre, que sabia la amaba con la mayor ternura, y en la primera

ocasion en que pudo le habló á solas; mas éste, por no descontentar á su esposa, no hizo caso de sus súplicas, y dejando medio tratado el matrimonio, se ausentó de Burgos, dando poder á un hermano suyo para hacer los contratos y escrituras. Desconsolóse en extremo viendo que su padre no se mostraba propicio á sus intentos, y conociendo que su madre lo estaba menos, con el temor que tenia de que se metiese monja, se fué á su confesor, y le manifestó el estado de su alma, el curso de su vida, las obligaciones que debia á Dios y su madre la Vírgen nuestra Señora, la aversion que tenia al casamiento y propension al estado religioso: pidióle con muchas lágrimas la favoreciese para salir del siglo, donde temia peligros más que de muerte, y la ayudára á entrar en la religion. Oyóla su confesor, y sin consideracion de ningun género, la mandó obedeciese á sus padres, que era su principal deber, y la jóven despues de haberse encomendado al Señor, y consultádolo con él en su oratorio, se decidió á seguir la general voluntad, pues tampoco la quedaba otro camino en su angustiosa situacion. A los trece años de su edad se celebró su matrimonio con Matías Ortiz con el festejo y aparato conveniente á novios tan ricos y bien emparentados. Sin embargo, añade su biógrafo que á pesar de haber estado casada cuarenta años, conservó su virginidad toda su vida, dando detalles sobre este punto que no nos atrevemos á trasmitir á nuestros lectores. Pero se siguió de aquí, segun el citado P. Ameyugo, que Matías Ortiz vino á aborrecerla en extremo; y así todo cuanto hacia le daba en rostro; si bordaba, le ofendia diciendo que su mujer no habia menester trabajar para comer; si no hacia labor, decia que era muy señora y muy holgazana, y así en todo lo demás. Vivia en este tiempo con sus suegros, porque en los contratos matrimoniales se puso por condicion que los habian de sustentar en casa cuatro años, y como vivian juntos y veian la poca estimacion que el yerno hacia de su hija, y lo mal que la trataba, dieron en aborrecerle y él en aborrecerlos á ellos. De los disgustos de todos, llevaba la inocente Juana la pena, teniendo ellos la culpa; maltratábala la madre, maltratábala el marido, y ella misma se martirizaba á sí: la madre, creyendo que el desamor de su yerno nacia del poco cariño que ella le mostraba, le daba á cada paso recias bofetadas y reprensiones asperísimas; el marido la trataba con más crueldad y rigor, creyendo que el aborrecimiento que sus suegros le tenian, nacia de las quejas que ella les daba: ella temiendo que todo esto era efecto de sus culpas y pecados, hacia cruelísimas penitencias; por manera que en este tiempo era mártir en el alma y en el cuerpo. Aumentábase cada dia más la oposicion entre la suegra y el yerno, y al paso que tomaban más vigor estos enconos domésticos, crecian en la inocente casada las penas, los pesares y los disgustos; causaba grande compasion el

verla tan triste, descolorida y turbada, indicando en el rostro el mal de su corazon; nunca la veian enjutos los ojos, ni la oian sino tiernos y lastimosos suspiros; doliale todo esto en el alma á su padre, y no teniendo ánimo para ver tan afligida á su hija, trató de ponerles á ella y á su marido casa aparte: la madre, que al fin como madre la queria, en llegando á imaginar que su hija habia de faltar de su compañía y vivir con su marido á solas, hacia extremos de sentimiento; dábale el corazon lo que habia de suceder, pronosticaba por los principios los fines. Salió al fin la afligida hija con gran dolor y miedo de la casa de sus padres, y su marido la llevó ínterin arreglaba la suya á casa de una hermana casada con un médico de la ciudad, hombre piadoso y temeroso de Dios; éste, como conocia bien la gran virtud y buenas cualidades de Juana, la amaba y la miraba con veneracion, y así delante de él, nadie se otrevia á ofenderla, pero en ausencia suya, así su marido como su hermana, de palabra y obra la maltrataban, y la inocente casada padecia todo esto sin despegar su boca. Duró poco tiempo, porque en breve arregló su casa su marido, y despedido de sus hermanos se pasó á vivir á ella. Pero comenzaron entónces nuevos y más crueles tratamientos para la pobre Juana. Salió un dia á oir Misa con su criada y escudero á la iglesia de S. Pablo; dijéronla que estaba su madre allí, ella por no faltar á los mandatos de su marido, quiso excusar el hablarla, mas no pudo, porque al hincarse de rodillas, llegó su madre; no hablaron sino de generalidades, porque la hija, por miedo á su marido, no quiso más detencion: el cual en llegando á casa la preguntó que en dónde habia oido Misa aquel dia. Respondióle la verdad, diciéndole que en S. Pablo. Calló por entónces él, pero por la noche la impuso un terrible castigo, que la pluma se niega á referir, y se halla contado con grandes detalles en la historia de su vida que escribió el ya citado P. Ameyugo, quien añade despues: «Dieron sus vecinos cuenta á sus padres de la terrible crueldad con que trataba á su hija Matías Ortiz, los cuales traspasados de dolor, la enviaron á decir, que si queria, ellos darian órden de divorciarla y apartarla de tan mala compañía. A esto respondió, que no queria sino llevar la cruz que le habia dado Dios, que no se salva el que comienza bien, sino el que persevera hasta el fin; que con los trabajos se pelea en esta vida por alcanzar la corona, pero solo se consigue con la constante perseverancia.» De aquí se siguió el dejarla sus parientes y desampararla sus mismos padres; porque no se persuadian que era tanto lo que padecia, pues ella no mostraba ni áun el menor sentimiento. No tardó en cumplirle Dios el deseo que habia tenido de ser pobre y de que lo fuesen sus padres: estos decayeron mucho de su riqueza y felicidad, y se vieron pobres; por otra parte, Matías Ortiz dejó su comercio y malgastó su hacienda, con lo que viéndose pobre y

desvalido, donde se habia visto poderoso, dijo á su mujer: «Yo quiero vender lo poco que nos ha quedado, y marcharnos donde nunca sepan de nosotros nuestros parientes; y luego comenzó á poner en ejecucion sus intentos; mas el médico, su cuñado, le disuadió diciéndole, que adónde queria ir en compañia de una mujer tan hermosa y de tan poca edad. Que se estuviese en Burgos, que más fácil le seria vivir en su propia patria que en la extraña; que entrase á servir de mayordomo á D. Pedro Cerezo de Torquemada, caballero de los más ricos y piadosos que tuvo España en aquellos siglos. No sonó bien este consejo á Matias Ortiz, pues decia que hombres de su porte y calidad solamente deben servir al Rey; pero la necesidad le obligó á tomar este ejercicio y entrar de mayordomo del referido caballero. En cuanto comenzó á servir este empleo, dijo á su mujer, que él no podia sostenerla, que se fuese á casa de sus padres.—Señor, respondió ella, la mujer debe dejar por su marido á sus padres, pues ¿qué parecerá á Dios y al mundo, que me vaya yo á la casa de mis padres, y deje á mi marido? Además, que tambien mis padres estan pobres, y dirán que no pueden sustentarme.—No se persuadió el marido con tan eficaces razones, y tomándola de una mano, la sacó de casa por una puerta falsa que caia á una callejuela, por la que pasaba un rio, y la dijo: Váyase con Dios.—Ella hallándose sola, triste y desamparada, sentóse á deliberar á la orilla del rio lo que haria en lance tan apretado; mas animada con una luz sobrenatural, se levantó, y juzgando que su marido estaria en el escritorio de la casa, se fué á ella para entrar á escondidas: el marido, que estaba acechando sus pasos, cuando la vió venir, la dejó entrar, y al subir la escalera, la fué siguiendo con gran tiento, y puso en ella sus manos con tan terrible furor, que de resultas estuvo treinta dias en la cama. La esposa del caballero á quien servian, que se llamaba Doña Teresa de Melgosa, era una señora santa, y como tal amaba tiernisimamente á Juana, y la cuidó en esta enfermedad con más amor y ternura que si fuera su hija. No se contentaba con que sus criadas la sirviesen, sino que ella tambien la asistia por sí misma, y viendo que por no saber la causa de aquel mal, no se aplicaban los remedios convenientes, hizo llamar á un afamado médico de la ciudad, cuyo nombre era el doctor Oliva, quien consiguió en breve su restablecimiento.—Cansado entre tanto su marido de servir, se salió de casa de sus amos, y hecha almoneda de sus alhajas, se fué con su mujer á la ciudad de Calatayud, donde vivieron solo un año, y á su regreso á Burgos, sufrió la pobre Juana de nuevo crueles tratamientos, de que con tanta frecuencia era víctima. En Burgos ya pensó su marido volver á Madrid, y áun intentó vender la ropa de su esposa para los gastos del camino; mas le disuadió su cuñado, haciéndole entrar otra vez de mayordomo de D. Pedro Cerezo, lo que consi-

guió con grande facilidad, porque la señora deseaba el tener consigo á Juana, por el grande consuelo que sentia en su alma en tan dulce compañía. Tenia este caballero en el lugar de Mazuelo, á cuatro leguas de Burgos, un suntuoso palacio, donde envió á su mayordomo Ortiz para que cuidase de su hacienda y para que cobrase las rentas que tenia, así en aquel lugar como en otros de la comarca. Llevóse consigo á su mujer, y como no mejoraba en su conducta, no tardó en padecer una larguísima enfermedad, consecuencia de una herida que la causó, que la puso casi á la muerte. Acertó á pasar por allí un caballero de Burgos, el cual viéndola en tan triste situacion, le suplicó la enviase á curar á esta ciudad. Recomendóla al médico cuñado suyo, el cual la llevó á casa de su madre, que estaba viuda, y mandó que á toda priesa la diesen los sacramentos, porque estaba muy de peligro. De esta enfermedad estuvo en la cama dos meses padeciendo gravísimos dolores, sin que en todo este tiempo se acordára de ella su marido. Su madre habia llegado á tanta pobreza, que no podia sostenerla; con lo que afligida, aunque confiada en la Providencia, se fué á casa de sus amos; recibióla la señora con el mayor júbilo; mas duró poco así el gozo de una como el consuelo de otra, porque deseando la señora refrenar á Matías Ortiz, le escribió, que ó tratase de estimar como debia á su mujer, ó se despidiese de su casa. Era Ortiz no bien sufrido, y se tenia en tanto como sus amos, de modo que dejó la mayordomía, y comenzó á tratar á su mujer de forma, que padeció tantos y tan penosos trabajos, que su relacion sería tan prolija como enfadosa. El carácter y circunstancias de su marido le prueba la relacion que hace el P. Ameyugo de uno de los sucesos más tristes por que tuvo que pasar esta desgraciada señora en su triste vida. «Tuvo Matías Ortiz una pendencia con un sacerdote y dignidad de la santa iglesia de Burgos, en la cual le dejó Dios tan de su mano, que las vino á poner en su ministro. Estaba en este tiempo la Chancillería en Burgos, y teniendo noticia de un delito tan atroz, mandó prender á Matías Ortiz: ejecutóse á las nueve de la noche la prision, con alborozo de todo el lugar, porque le aborrecian por lo mal que trataba á su mujer, cuya santidad ya habia llegado á noticia de todos. Pero las penas que ella en esta prision padeció, no se pueden enumerar. Primeramente anduvo toda aquella noche de casa de oidor en casa de oidor, pidiéndoles con lágrimas en los ojos, que permitiesen que viniese á dormir á su casa su marido, á pesar de lo cual se quedó Matías en la cárcel. Tenia este un hermano sacerdote, y su mujer, acompañada con él, le iba á ver todos los dias.» No por esto dejaba de sufrir sus malos tratamientos, los que aumentaron cuando supo habia sido sentenciado en una multa tan crecida, que de ningun modo podria pagarla. Sin embargo, pasado algun tiempo, comenzó á mejorar en algun tanto la condicion de Ortiz, que

obtuvo el cargo de macero en la catedral de Burgos, en cuyo puesto continuó el resto de su vida. Pasaba ella desde entónces todo el dia en su casa haciendo labor y cuidando del regalo de su marido; el tiempo que le sobraba de estas ocupaciones, se retiraba unas veces á un aposento junto á la cocina, otras á lo alto de la casa, y en estos lugares escondidos se daba á la oracion, en que elevado su espíritu, se estaba con Dios en dulcísimos coloquios, recibiendo de Su Majestad, rarísimas mercedes, contínuos y singularísimos fervores. Fundaron por aquel tiempo los PP. Carmelitas descalzos un convento en Burgos, eligiendo el sitio cerca de la casa de Juana, quien se propuso tratar á aquellos virtuosos Padres para aprender con su ejemplo sus virtudes, y deseosa de imitarlos en todo, dijo á su marido: Que supuesto que no tenia ni podia tener escudero para salir de casa con la decencia debida á su persona, seria acertado encubrir su necesidad con un título honesto de devocion: y que así, si le daba licencia, ella se vestiria un hábito de sayal pardo, como el que traian los donados de los PP. Carmelitas, y él podria vender todos sus vestidos, y hacer algun dinero para ayuda de sus gastos. Parecióle esto bien á Matías Ortiz, con que todo se puso en ejecucion, y ella se vistió con el hábito del Cármen. Conseguido ya esto, pidió licencia á su marido para oir Misa todos los dias. Rehusólo él al principio, mas al fin se la concedió, diciéndola: Vaya, mas mire que ha de ser con condicion que vuelva á casa muy presto, porque si no, le costará muy caro.—Ella fiada en Dios, prometió de hacerlo así, y de no faltar un punto á su servicio y regalo. Con esta licencia se ponia en oracion desde media noche, y al romper el alba, se iba al Santo Cristo á oir Misa; de allí al hospital de la Concepcion, donde hacia á las enfermas las camas, y les curaba las llagas, y acabado este ejercicio, se volvia á su casa, ántes que se levantase su marido: preveníale el almuerzo, y se ponia á hacer labor. En saliendo de casa su marido, si habia algun enfermo en el barrio, le iba á visitar y á consolar. Finalmente, en aquel tiempo remediaba á los pobres, consolaba á los afligidos, y se entregaba casi exclusivamente á obras de misericordia. Mas no la faltaron nuevos trabajos que sufrir de parte de su marido, pues en cuarenta años que estuvo casada con él, vivió en un contínuo martirio. A pesar de lo cual, dice ella misma al tratar este punto: «Puedo decir con toda verdad, que de cuantos malos tratamientos me hacia, nunca me pareció los hacia sin razon, ni jamás pude entender, sino que yo le daba ocasion para mucho más; ni jamás por ello tuve rencor con él sino contra mí misma; y era de manera, que cuanto más mal me trataba, más deseaba que volviese á casa para pedirle perdon, y lo hacia postrándome á sus pies; y lo mismo tengo con todos, que por agravios que me hagan no me enojo con ellos, ántes deseo luego hablarlos; y

esto digo por grande misericordia de Dios, y por singular favor de su Divina Majestad.» Sublimes palabras que deberian aprender de memoria todas las esposas cristianas. Ni diferentes religiosos, ni el mismo arzobispo de Burgos, pudieron conseguir que Ortiz mudase de conducta, ántes bien sus amonestaciones eran causa de que su suspicacia presumiese provenian de quejas de su parte, las que creia deber castigar con mayores crueldades. Pero como el corazon del hombre está en la mano de Dios, dice el P. Ameyugo, trocó Su Majestad el de este de tal modo, que un domingo de cuaresma dijo á su mujer: «Señora, el P. Vanegas predica en su convento de S. Juan todos estos domingos por las tardes; ya sabeis cuán docto y cuán espiritual es, id á oirle y procurad encomendar á la memoria su doctrina para referirmela despues, ya que no puedo oirle. —Fué la sierva del Señor á oir la palabra divina, con gran gozo de su alma, y á la noche preguntóle su marido, qué habia predicado el P. Vanegas?—Señor, respondió ella, ha hecho un grandísimo sermon: bien se conocia en sus palabras, fervor y espíritu, que hablaba por boca del Espíritu Santo. —Pues qué ha dicho, replicó él. —Señor, respondió ella, ha dicho grandes excelencias de la oracion mental, en que elevada el alma trata y comunica con Dios, y tambien ha ponderado cuán del servicio de Dios son las obras de caridad, que se ejercitan con los prójimos; de todo lo cual sacó por consecuencia y probó con eficacia, que es pecado grave quitarlo á uno ó inquietarlo en la oracion, y estorbarle las obras que hace de caridad. —Suspenso oyó Matías Ortiz la doctrina que le referia su mujer, y tocado del cielo la dijo: Pues, señora, de aquí adelante tenga cuanta oracion quisiese, y haga las obras de caridad que gustare, que yo le doy licencia para todo, con tal que no falte en su obligacion á nada.» No se puede explicar con palabras la alegría que bañó el corazon de esta sierva de Dios viendo á su marido tan cambiado y puerta abierta para entregarse á sus ejercicios espirituales y á servir á sus prójimos. Dió con tiernas lágrimas las gracias á Dios y despues á su marido, prometiendo servirle de allí en adelante con más amor, y asistirle con mayor fidelidad, y para poner en ejecucion, con la licencia que tenia, lo que Dios la inspiraba, se fué al hospital de S. Juan, donde vivia una señora principal llamada Doña Ursula de Arganza: esta señora era gran sierva de Dios, y por más servirle se habia dedicado á servir á los pobres en aquel hospital: comunicó con ella Sor Juana sus deseos, y conviniéndose las dos para ser enfermeras de los pobres, informábanse de dónde los habia, y á todos los asistian con lo necesario, haciéndoles las camas por sí mismas, aplicándoles los medicamentos, y si moria alguno disponian su entierro, no contentándose con asistir en vida á los pobres, sino tambien despues de la muerte. «Su marido, dice el autor de su vida, no solo no le iba en este tiempo á la mano, sino que ántes

se le daba favorable, como se verá en el caso siguiente. «Un dia que las dos compañeras se hallaron sin tener donde acudir á ejercitar su acostumbrada caridad, como el amor divino no tiene paciencia para sufrir el peso de la tardanza, dijo Doña Ursula á Sor Juana. —¿Qué es esto, amiga? ¿Es posible que en toda esta ciudad no hay algun pobre necesitado, ni enfermo? No sabemos si hay alguno en estos barrios? —Tenia Sor Juana una criada antigua, tan sierva de Dios, que seguia en cuanto podia las pisadas de su ama, á la cual dijo entónces: Magdalena, que así se llamaba, ¿sabes tú por ventura si hay algun enfermo pobre por aquí? —Respondió la criada: Señora, ahí cerca está uno tan lamentable, que rompe el corazon el verle; yo he estado muchas veces para dar esta noticia, y siempre el demonio me la ha quitado de la cabeza, siendo así que todos los dias le he llevado de comer lo que ha sobrado á mi señor. —Con este aviso fueron las dos á buscarle, halláronle en un portal comun, saludáronle con cariñosas palabras, y preguntáronle qué mal tenia. El pobre sabiendo que mueve más lo que entra por los ojos que lo que penetra por los oidos, sin responderles palabra alguna les mostró las espaldas: lastimó en gran manera este espectáculo tan triste á aquellos dos tiernos y piadosos corazones, y sin dilacion trataron de llevarle al hospital; llamaron para este fin á un cirujano, el cual vino y en viendo al enfermo, dijo: Señoras, este pobre hombre está ya tal, que en hospital ninguno le han de querer recibir; lo uno porque su mal es incurable, lo otro porque temerán, y con razon, que cause algun contagio; pero si hubiese persona que se encargue de cuidar de su cura, yo daria los medicamentos necesarios para ella. —Ofreciéronse á esto las caritativas señoras, y buscando colchones, sábanas, almohadas y mantas, le hicieron cama en un aposentillo, poniéndole muy limpio y muy aseado, y le curaban por sí mismas. Supo Matías Ortiz como su mujer asistia á aquel enfermo, y dándole las gracias le dijo: Juana, mucho gusto me da en asistir como asiste á ese miserable hombre; hágalo así, y no le falte á él, aunque me haga falta á mi; y aunque falte la comida para mí, procure que no falte lo necesario para él, que primero es aquel pobre de Cristo que yo.» Sor Juana asistió á su enfermo tres semanas, al fin de las cuales murió. Tantas y tan continuas pruebas de virtud fueron probadas por sus singulares cualidades, que premió además la Omnipotencia con gran número de favores y áun de milagros, algunos de los cuales constan por la deposicion de gran número de testigos. Sin embargo, como su relacion extenderia demasiado los límites de este trabajo, nos atendremos únicamente á lo que podriamos muy bien llamar su vida íntima, es decir, á las vicisitudes y acontecimientos por que pasó en su larga carrera. Cuando parecia sonreirla la felicidad doméstica, pues su marido, completamente cambiado el genio, la permitia entregarse á sus favori-

tos ejercicios espirituales, le dió la última enfermedad, en que no le dejó un instante, haciendo con él oficio de ángel custodio, porque aunque cuidaba mucho del regalo y remedio del cuerpo, cuidaba mucho más de la salud y salvacion de su alma. Habia comprendido que moriria de aquel mal, y así sentia le diesen esperanzas de una salud que sabia no llegaria á conseguir, y así se propuso disponerle debidamente. Recibidos los santos sacramentos, se le quitó el habla y estuvo cuatro dias sin comer ni beber; pero teniendo muy completos todos sus sentidos, su mujer no se apartaba de su cabecera, asistíale siempre haciendo actos de contricion y de amor de Dios. Viendo, pues, que la enfermedad caminaba apriesa, le ayudó ella misma á bien morir, siendo su fallecimiento á 14 de Octubre de 1622. Libre ya del matrimonio, revalidó sus antiguos votos, y el arzobispo de Burgos D. Fernando de Acebedo, que ya desde mucho ántes era padre espiritual de esta sierva del Señor, apénas la vió sola, tomo por sí mismo su direccion y gobierno. Visitábala siempre que podia para informarse de su espíritu y examinar los extraordinarios favores que continuamente recibia de un Dios tan infinitamente poderoso. No podia verla con tanta frecuencia como quisiera por sus muchas y graves ocupaciones, pero lo suplia haciendo por otro lo que no podia inmediatamente por sí: tenia un capellan confidente suyo, llamado Alonso Marcos de la Torre, á quien tomó un aposento próximo á la casa de la sierva de Dios, y mandó por santa obediencia que todos los dias la visitase, la asistiese y la acompañase dentro de casa, y en particular, cuando saliese fuera, y en viendo algun caso extraordinario, le diese cuenta al instante. Hacíalo así el obediente sacerdote con grande puntualidad, teniendo por recreo aquella deleitable y útil ocupacion. En viendo algun caso prodigioso daba luego cuenta al señor arzobispo, quien con ser tan docto y prudente, no se fiaba de sí solo, y convocaba á los prelados y personas más ilustradas de la ciudad, comunicábalo con ellos y de este modo iba descubriendo todos los dias el estado de su espíritu, y solia decir: «Qué mucho, que la hermana Juana sepa tanto de la vida espiritual, si es su maestra. Ella puede ser maestra de todos, pues precede en el magisterio del espíritu á los mismos que gobernamos el suyo.» Así hablaba este gran padre de las acciones de su hija, pero la hija no se gobernaba sino por los consejos de su padre. Caminaba Juana tan obediente á sus mandatos, que acontecia muchas veces estar el arzobispo en su casa con intencion de mandarle alguna cosa, íbala á ver, y ántes que le hablase palabra, le decia ella: «Señor, ya está hecho lo que vuestra Ilustrísima me ha mandado.—¿Qué, hija?—Esto y esto, ¿no es así?» Admirábase el santo prelado de ver la puntualidad de su obediencia, y miraba por lo tanto por sus comodidades, y como la mayor que podia tener era la de oir misa en su casa, porque por sus muchos dolores y enfermeda-

des no podia salir á oirla fuera, el señor arzobispo, comprando la casa en que vivia, erigió en oratorio el aposento en que la sierva de Dios hacia sus ejercicios, proveyéndole de misales, cálices y ornamentos y todo lo necesario para que en él pudiera decirse misa, oirla la esposa de Cristo y recibir á su esposo sacramentado. Durante su viudez consagraba Juana todo el dia á ejercicios piadosos, repartiéndole con grande prudencia y proporcion. Un tiempo tenia para meditar, otro para rezar, y otro para acudir á las necesidades del prójimo. Toda su conversacion, dice su biógrafo, era oracion, porque toda su vida era una contínua presencia de Dios; pero las noches especialmente las gastaba casi todas en este santo ejercicio tomando muy limitado tiempo para su descanso. A las mañanas, al romper el alba, iba al Cármen en compañía del licenciado Alonso Marcos y de Magdalena Arce, su criada; allí estaba en oracion hasta que su confesor bajaba á confesarla; comulgaba todos los dias, y despues de recibir al Señor y darle gracias, se volvia á su casa temprano; entrábase en el oratorio con el licenciado Alonso Marcos, donde los dos rezaban el oficio mayor y el oficio de nuestra Señora. Acabados estos santos ejercicios de oracion, lo restante del dia lo empleaba ordinariamente en obras de caridad: iban á su casa muchos niños pobres con diferentes enfermedades, y á todos los recibia con más amor que la madre más cariñosa á sus hijos; dábales de comer, curábalos, aplicábales por su mano los medicamentos, y á los pocos dias los daba sanos y buenos. Visitaba despues á los presos de la cárcel, y luego á los pobres enfermos que habia en los hospitales y fuera de ellos; llevábales frutas, dulces y los regalos que podia; no eran estos pocos, porque con ser sumamente humilde y vergonzosa, la caridad la hacia pedir por amor de Dios para los pobres de Cristo, con lo que hacia al mismo tiempo dos obras de caridad, socorriendo á los pobres y haciendo caritativos á los ricos. Es increible el consuelo que los pobres enfermos tenian con sus visitas, dábales ella con mucho amor los regalos que les llevaba, haciales las camas, les curaba las llagas, limpiábalos y acariciábalos, y con palabras dulcísimas los consolaba y animaba á conformarse en su enfermedad con la voluntad de Dios. Al tiempo de despedirse le decia á cada uno con entrañas de verdadera y piadosa madre: «Hijo, ¿ofrécesele algo? ¿Antójasele alguna cosa? Dígamelo, que aunque me venda, se lo compraré y traeré.» Para acudir á estas y á otras necesidades hacia labor de manos el tiempo que le sobraba de los dichos ejercicios, y al paso que trabajaba para remediar sus prójimos, se iba su espíritu transformando en un espíritu angélico. Gastado el dia en estas y otras semejantes obras de caridad volvia á sus ejercicios. Solia algunas veces, en cayendo la tarde, otras muy de mañana, entre dos luces, subir con su criada Magdalena á la parroquia de nuestra Señora de la Blanca á andar el *Via-Crucis*. Al llegar la no-

che se recogia en su oratorio, y lo primero que hacia era rezar el rosario de nuestra Señora con gran devocion, con cuyos ejercicios alternaba otros de penitencia que continuó durante toda su vida. Pero no abandonada nunca por su antigua oracion, comenzó por este tiempo á desear tomar el velo, y aunque dudó si lo haria en la religion carmelita ó en la de Sta Clara, se decidió al fin por esta, como se lo habia propuesto desde un principio. Vencidas algunas dificultades, designó el arzobispo el dia en que debia hacer su entrada en la religion, determinando que esta funcion se hiciera con grande silencio, temiendo que si llegaba á saberse habia de alterarse la ciudad, y así aquella noche avisó al P. Guardian y demás religiosos del convento de S. Francisco para que estuvieran en Sta. Clara al otro dia al amanecer. Hiciéronlo asi, y el arzobispo con todos sus criados, que estaban prevenidos, madrugaron mucho, pero ya se habia esparcido por la ciudad la noticia de que Juana de Jesus María entraba monja en Sta. Clara, y por mucho que madrugó el prelado, cuando llegó á su casa halló, no solo el portal, sino todas las calles llenas de gente. Subió al oratorio donde lo aguardaba su hija, y díjole se echase el manto y confesase, que allá en Sta. Clara diria misa y comulgaria. Confesóla, y tomándola despues su señoría de un brazo y sus criados de otro, la bajaron á la puerta, donde ya estaba prevenida una silla de manos para llevarla. Antes de entrar en ella la humilde esposa de Cristo, allí á la vista de todos se postró á los pies de su prelado, y con profunda humildad y lágrimas le pidió perdon de lo mal que se habia aprovechado de la doctrina que la habia dado, y de la mucha merced que siempre le habia hecho; pidióle juntamente que usando con ella de su acostumbrada piedad le echase su bendicion. No pudo á vista de tantos conservar la severidad aquel prelado ilustrísimo; enterneciόse y lloró, que estos sentimientos naturales no se pueden reprimir, y sin hablarla palabra, porque no pudo, la levantó de la tierra, la entró él mismo en la silla, y comenzaron á caminar, siguiéndolos grande multitud de gente. Llegando á Sta. Clara, dijo misa el señor arzobispo, y dió la comunion á su hija espiritual; ella en este tiempo, previniéndose para tomar el santo hábito, pedia á Dios con grande instancia, que pues su Majestad la llamaba á la religion, no permitiese que fuera en ella inútil, sino que la diese salud y fuerzas para seguir la vida comun: «Señor, le decia, supuesto que estas nobles y finas esposas vuestras me reciben de gracia, solo por vuestro amor, sin reparar en mi indignidad, ¿será bien que entre á que me sirvan á mí, cuando no merezco yo el besar donde ellas pisan? No, Señor, no ha de ser con vuestra licencia, así; ó ser religiosa ó no, y asi una de dos, ó dadme salud, ó no permitais que entre en la religion, que en una comunidad no es justo ser singular entre todas la que no merece compararse con ninguna.» Acabó el señor ar-

zobispo de decir Misa y dar gracias, y volviendo á poner en la silla á la sierva de Dios, llegaron con grande acompañamiento de religiosos y legos á la puerta reglar del convento, donde aguardaban las religiosas divididas en dos coros, y leida la declaracion ú órden que habia dado para este acto é inmediatamente despues pidió Juana el hábito de esta manera: «Señoras, aquí viene la criatura más inútil y más vil de cuantas ha criado Dios, mas fiada en su caridad infinita y en la grande bondad de VV. RR. les pido por amor de nuestro Señor Jesucristo, de su Santísima Madre, de nuestro P. S. Francisco y nuestra Madre Sta. Clara, se sirvan de darme su santo hábito y admitirme en su santa compañia para mejor servir á Dios y salvar mi alma.» Dichas estas palabras, la tomó de la mano el Arzobispo y dijo en alta voz á las religiosas: «Señoras, aquí les traigo á la hermana Juana Rodriguez de Jesus María, anciana, enferma, tullida y baldada como ven: si de esta manera la quieren, sin dote ni propinas, la dejaré con mucho gusto, y si no me la llevaré, con más que sabe Dios lo que me cuesta el haberme de apartar de su compañía. Segun esto digan ahora su voluntad: ¿Quieren recibirla ó no? Entónces contestaron todas las religiosas: Sí, señor, á la Madre Juana, anciana, enferma, tullida, baldada y con muchas enfermedades que tenga, la queremos sin dote, sin propinas, sin alhajas, sino ántes bien con la obligacion de darle todo lo necesario. Así la queremos, y todas unánimes y conformes, con suma voluntad y de todo corazon la admitimos por compañera y hermana. Oida su contestacion, mandó el Arzobispo que acercasen á la puerta reglar la silla en que estaba la sierva del Señor, y sacándola S. Ilma. con otro, la tomó á la mano y se la entregó á la Madre abadesa, la cual, con otras tres religiosas, la recibió en sus brazos, y entrándola en la clausura, entonaron todas el *Te Deum laudamus*, caminando en procesion al coro, y el arzobispo y demás fueron á esperarlas á la reja de la iglesia. Acabaron de entrar en procesion las religiosas en el coro, en medio del cual estaba tendida una hermosísima alfombra sobre la cual se puso el hábito que habia de vestirse la esposa de Cristo. En la cabecera de la alfombra, en frente del altar mayor, estaba puesta una silla donde habia de sentarse la abadesa para hacer las ceremonias acostumbradas. Acabada la procesion con los versos y oraciones que en aquel convento se suelen decir en casos semejantes, se fueron colocando todos. El Arzobispo en su sitial á un lado de la reja, los Padres de la Orden en un banco al otro lado, los demás se quedaron en pie para poder ver aquella funcion mejor; la abadesa se sentó en su silla y las demás religiosas en las suyas por su órden. Estando todos así en gran quietud y silencio, partió Juana á celebrar sus bodas con el hijo de María, su amado y dulce Jesus; llegó á donde estaba la abadesa, arrodillóse á sus pies, y con grande humildad y

devocion volvió á pedir el hábito de Sta. Clara. La abadesa, con grande alegría espiritual y razones discretas, se lo concedió, y luego ella se despojó de sus vestidos y las religiosas la fueron vistiendo el hábito. Apénas le hubo recibido, fueron llegando todas á abrazarla, que es la ceremonia que se acostumbra, y luego la abadesa la llevó á que tomase la bendicion del señor Arzobispo, lo que hizo el prelado con grande alegría y júbilo espiritual. Inútil es decir que durante su noviciado se distinguió en gran manera en todo género de virtudes, de las que ya habia sido modelo durante su vida en el siglo; así que se la admitió con notable placer á la profesion, que fué una de las más célebres que hubo en aquella época. Las religiosas adornaron el coro y la iglesia con ricas y preciosas colgaduras, y lo pusieron todo como correspondia para aquel acto. El Arzobispo convidó para él á lo más notable de la poblacion, y colocado en su sitial junto á la reja, las religiosas por su órden de rodillas en el coro, y la novicia de la misma manera delante del prelado, la dirigió éste una platica tan fervorosa y devota que enterneció á todos los circunstantes. Acabada la plática se sentó la abadesa en su silla, y Sor Juana de rodillas delante de ella hizo en sus manos su profesion. Las religiosas cantaron el *Te Deum laudamus*, y dichos los versos y oraciones acostumbradas, volvió á recibir la bendicion del prelado. Desde aquel instante se distinguió tanto por su amor al hábito seráfico, que consiguió que el Arzobispo tomára el de la Orden Tercera: era en extremo observante de su regla, y ejecutaba en la religion los demás ejercicios por que tanto se habia distinguido en el siglo. Florecieron en ella todas las virtudes, obteniendo innumerables gracias y favores del cielo, aunque no sin tener que sostener gran número de combates en muy fuertes tentaciones, pero de todas salió triunfante con el auxilio divino. Amante de la obediencia y pobreza, no ménos que de la humildad y oracion, mereció de su siglo el título de extática, siendo tan grandes ó más su paciencia y perseverancia, que la hacian decir algunas veces: «Yo no puedo tener impaciencia aunque quiera, porque todo lo hallo hecho, y Dios lo hace todo, que yo no hago nada.» Y otras veces añadia: «¿Para qué he de pedir á Dios que me alivie mis trabajos si él me los da, y me da con ellos fuerzas para llevarlos? Y por último, decia: «Cuanto más combatida de los vientos, estoy más fértil en frutos.» Poco tiempo vivió en religion, lo que tampoco podia permitirla su avanzada edad; pero en él fué un verdadero modelo de santidad. Al fin, despues de muchos trabajos y padecimientos, falleció el domingo 21 de Agosto de 1654, haciéndola un solo funeral por el arzobispo Acebedo, que la honró en muerte lo mismo que la habia honrado en vida. Su historia fué publicada veintiun años despues por el P. Francisco de Ameyugo, quien la puso como apéndice varios escritos de esta religiosa, en los que se ve su no vulgar in-

teligencia y su notable ingenio, en particular en la poesía. Insertaremos algunos, con el sentimiento de no poder hacerlo con todos por no ser propio de este lugar ni de la índole de esta obra.

La vida del desierto
es gloria para el alma ya desierta,
y el vivir como un muerto
es la vida más cierta
para vivir en Dios viva y despierta.

Porque despierta al gusto
de morar en las mudas soledades,
le viene muy al justo,
conociendo verdades,
gozarse con su Dios en sus bondades.

Y habiendo recibido
este manjar en el divino pecho,
suspenso ya el sentido,
se queda él satisfecho,
durmiendo con la esposa en este lecho.

Segura de temores,
el alma quietamente sosegada
vive en estos favores,
porque no teme nada,
sino á Dios que la hizo de la nada.

Este temor precioso,
como es reverencial y no cautivo,
filial y amoroso
sirve al amor de estribo
que le ayuda á abrasar en fuego vivo.

Es verdad que es terrible
pues hace más temblar que otros temores;
mas tiene de apacible
dar paz en sus rigores,
creciendo así el valor en sus primores.

En el cual conociendo
los pecados y culpas cometidas,
las va disminuyendo,
hasta dejar rendidas
las causas que causaron sus heridas.

Como el alma desea
purificar su ser, así apetece
luchar en la pelea,
porque el cielo padece

fuerza, y él esforzando lo merece.
Mas no se llamen fuertes
aquellos, que el desprecio los lastima,
sino el que de mil suertes
busca la desestima,
pisando presunciones por encima.
¡Oh! dichoso camino
seguir en algun tiempo las pisadas
de aquel pastor divino,
que tantas tiene dadas
por traer sus ovejas regaladas.
Da pasto deleitoso,
nacido de su sangre y sus sudores,
y como tan sabroso,
ardiendo en sus amores,
le buscan los valientes amadores.
¡Oh padecer divino!
oh! gloria para el alma, fuerte sumo,
oh! cruz de esmalte fino!
Que haces al oro puro
en la fragua de amor á lo seguro.

ROMANCE.

Mi Dios, lumbre de mis ojos,
Dios, mi vida, Dios, mi amado,
responded á mis deseos
pues con suspiros os llamo.
Si yo amaros no merezco
vos mereceis ser amado;
por vos mismo os pido amor,
y lo pido para amaros.
Fuente sois, cierva os deseo,
sol sois, descubrid los rayos,
sanad, mi bien, mis heridas,
pues sois tambien cirujano.
Sois la vida, y yo estoy muerta,
sois fuego, y yo un carámbano;
sois camino, y voy perdida,
todo lo tendré, si os hallo.
Para ternuras, sois niñas,
para amistades hermano,
para sed, vino precioso,
para hambre, pan muy blanco.
En los oratorios, Cristo,

en los montes solitario,
luz del mundo en las tinieblas;
y consuelo en los trabajos.
Todo os trasformais en todo,
porque en todo os tengo á mano;
en todo os busca mi vida,
y no obstante en nada os hallo.
Dios mio, y hermoso mio,
pues que buscais á quien daros,
daos al alma que os desea,
pues me dais el desearos.
Entiende, Dios, en mi ayuda,
Señor, acelera el paso;
sois salud, yo estoy enferma,
moriré, si os tardais tanto.
Qué os cuesta el hacerme rica?
venid, mi Dios, que os aguardo;
haced de mi corazon
para vos un relicario.
Cuándo viviré en vos toda?
toda muerta á los pecados;
y cuándo al mundo y á mi,
los tendré crucificados?
Cuándo sola con vos solo
viviré sola callando,
y humilde, atenta y contenta,
sola os gozaré de espacio?
Cuándo os hallaré, Dios mio?
cuándo os tendré entre mis brazos?
cuándo moriré de amores?
cuándo he de ver este cuando?
De vuestros piés en las llagas
mis ojos pongo llorando,
y mi boca humilde besa
las rosas de vuestras manos.
Mi alma toda se esconde
en la llaga del costado,
para que abrasada sea
ceniza del amor santo.
Aquí estoy como perrilla
ante la mesa del amo,
gimiendo por las migajas
que se caen de vuestras manos.

S. B.

RODRIGUEZ DE LEON (Juan). Fué natural del Perú, y á esta circunstancia se debe indudablemente el que fuese en su época conocido, más que por su verdadero nombre, por el calificativo del Indiano. Su familia fué muy ilustre y su hermano disfrutó por mucho tiempo el cargo de rector en el Supremo Consejo de Indias, cargo que hubiera desempeñado nuestro D. Juan si hubiese querido, porque tanto en capacidad, como en las demás circunstancias, estaba en igual, si no decimos á mayor altura. El no haber obtenido nuestro Juan colocaciones análogas, ó acaso más ventajosas, fué debido á que sus miras fueron otras siempre, y con arreglo á estas miras suyas puede decirse que de nadie hacia caso; y por consiguiente, aunque algunos de sus deudos, colocados cerca del Rey, hubieran podido hacer algo en su favor, no se atrevian al ver su indecision ó más bien su reserva en lo que acerca de sí mismo pensaba. Cuando hubo estudiado filosofía, que lo hizo con gran aprovechamiento, se dedicó á la sagrada teología, y en ella profundizó lo que pudo, siendo desde luego pasmosa la disposicion que presentó y su aplicacion á este estudio importante, es verdad, pero muy difícil, y en el cual solo la gran práctica y la virtud extraordinaria son las cosas que más enseñan, porque como toda la tendencia de este estudio es hácia Dios, cuanto más se practica la virtud más se acerca la criatura al objeto de sus investigaciones y amor, y amando á Dios se aprende á conocerle, y conociéndole crecen las ánsias de conocerle más y más y de vivir segun él quiere para conseguir la íntima union con su adorable ser. Hizo, pues, tales progresos, que á los pocos años habia ya cursado todas las asignaturas que constituyen aquella enseñanza, siendo maestro y doctor en esta sagrada facultad. Ascendió á los órdenes sagrados más bien porque el prelado de su diócesis se empeñó en ello que no porque él lo quisiera; es decir, él deseaba tal honra y se daba por muy satisfecho con que el Señor le permitiera lograrla, pero se tenia por indigno, y esta misma indignidad en que se creia le hacia apartarse de los medios, ó por mejor decir, no ponerlos en juego, porque así le parecia que obraba mejor y que habia de corresponder mejor á las gracias del cielo. Luego que se ordenó y vió cómo el Señor le favorecia con auxilios los más especiales para el desempeño de este importante ministerio, se dedicó á él con afanoso esmero y logró abundantísimos frutos, porque Dios parecia bendecir sus intentos, trayendo á sus pies á los pecadores más rebeldes y dándole los indecibles consuelos de convertir á cuantos parecian más duros y ménos á propósito para hacer nada bueno. Comprendiendo el Rey católico que podria ser muy útil su cooperacion y ayuda en el nuevo continente, donde por ser del país y por otras muchas circuntancias, no podia ménos de llamar la atencion y causar las más vivas y afectuosas simpatías, le nombró canónigo de la santa iglesia de Puebla de los Angeles ó sea Tlascaláya, segun el

lenguaje del país, y le hizo ir allá, donde con efecto sirvió de mucho ayudando en todos sus ministerios á los Padres misioneros, que con tanta abnegacion como molestia procuraban conquistar aquel país, para atraer á sus moradores al conocimiento del verdadero Dios, y por este medio al del camino que conduce á la eterna ventura, única legítima aspiracion que el hombre puede tener, porque esto es lo único que puede llenar el vacío de su corazon, que con las cosas de este mundo es imposible que se sacie, porque ninguno de sus atractivos es posible que satisfaga á la miserable criatura. Fué tanto más eficaz el auxilio que prestaba el canónigo, porque en él se reunian dos circunstancias á cual más favorables; primera, la de conocer perfectamente las costumbres del país, como que en ellas se habia educado y ellas habian sido las suyas por muchísimo tiempo; y en segundo lugar, la circunstancia misma de ser canónigo, que para con las autoridades y demás personas de distincion le daba cierta preponderancia, y hacia que resultados que no se hubieran logrado por otros medios, se lograsen por su influencia, lo cual siempre era gran ventaja, pues que las buenas causas, por buenas que ellas sean, necesitan siempre apoyo, y sin este apoyo indudablemente se malean, digámoslo así, porque vienen degenerando, y en su degeneracion tienen siempre un último resultado, que muy léjos de ser el apetecido, es á las veces enteramente lamentable. Por esto valió tanto nuestro buen sacerdote, cuyo celo siempre ardiente por el bien de todos le hacia procurarlo todo para todos, mereciendo su atencion, con la debida proporcion, lo mismo el supremo gobernador que el más miserable esclavo, lo mismo el indígena más ignorante que el extranjero cuyos conocimientos, adelantos y esfuerzos capitaneaban, por decirlo así, los esfuerzos, adelantos y conocimientos de todos los demás. Era por consiguiente queridísimo el Sr. D. Juan Rodriguez de Leon, y no podia ménos de ser así, porque en él encontraba el sabio consejo que seguir, que ilustraba siempre su consejo por acertado que fuera; el ignorante un maestro, pero un maestro no como quiera, sino celoso, caritativo, que con afecto enteramente paternal y con paciencia invicta tenia el don de hacerle comprender todo cuanto le explicaba y de darle razon, no solo de las dificultades que le presentaba, sino áun de aquellas que, ó su rudeza ó su cobardía no le permitian patentizar, y que si no se las hubieran satisfecho, le habrian tal vez dejado en mayor duda de la que tuviera ántes. El pobre encontraba en el Sr. Rodriguez de Leon el remedio de sus necesidades todas, pues habiendo el canónigo reducido las suyas todo lo posible, y formádose el propósito de vivir una vida pobre y modestísima, todo lo que le restaba tanto de las pingües rentas de su beneficio, cuanto de las no escasas que poseia por sí, era para sus queridos los pobres, teniendo él buen cuidado de buscar las necesidades cuando estas no se le presentaban,

y sin desdeñarse de visitar los albergues más miserables, cuando en ellos podia hacer algun bien. El rico encontraba en su conducta la norma segun la cual podia aprender á aprovechar verdaderamente las riquezas, empleándolas de un modo conveniente, ahorrando algo de las superfluidades que se disipan, para emplearlo en la verdadera empresa cuyas ganancias siempre son seguras, que es el ejercicio de la caridad. Los enfermos hallaban en su consoladora voz un bálsamo que parecia mitigar sus dolores, y los atribulados y agraviados de cualquiera desgracia tal uncion en su palabra, que más no podia ser, y que les servia para soportar mejor sus infortunios y desdichas. Era en verdad todo para todos, y por consiguiente universal el aprecio en que se le tenia, lo cual era muy consiguiente á unas prendas tan recomendables como las que en él se reunian. Era una verdadera necesidad en Puebla de los Angeles un sujeto como nuestro buen Canónigo, porque por su prudencia se cortaron muchísimas cuestiones que habrian sido si no de muy graves resultados; él tenia un don especial para tratar á cada uno segun correspondia, y por lo tanto conseguia el aprecio de todos; en fin, verdadero hombre de paz, daba testimonio de su afecto á esta tan apetecible virtud mediante sus constantes esfuerzos para hacer que todos, sin limitacion alguna, disfrutáran de sus beneficios. Así que al saberse en Puebla de los Angeles que al señor Canónigo molestaba el mal más ligero, todos se llenaban de sentimiento, porque cada uno tenia su motivo particular para apreciarle, y cada cual recordaba este motivo mismo como emblema de su gratitud hácia él. Por supuesto que sus achaques, que se agravaban cada vez más porque él nunca tuvo gran cuidado de sí mismo, no le impedian ejercitarse en bien de todos, procurando á cada cual el alivio que habian menester; así que cuando se manifestó que su vida ofrecia peligro, y por consiguiente que era muy de temer el que pronto se perdiera para siempre al tan apreciado Canónigo, todos mostraron un vivo sentimiento que creció con su peligro, viéndose en el semblante de todos el reflejo de su estado; pues segun era más ó ménos satisfactorio, así se veia en los semblantes ó el temor ó la esperanza. Es verdad que hasta sus últimos dias fueron notables, pues á pesar de que la enfermedad le molestaba, su semblante fué siempre placentero, su conducta siempre caritativa. Con suma edificacion recibió muy entero los santos sacramentos de la Iglesia, consolándose en repetir muchas veces las magníficas preces con que ayuda á sus hijos en el trance, por el cual se decide la eternidad, y muy tranquilo veia desaparecer para él el mundo que le habia sido siempre objeto del mayor desprecio en cuanto no le llevaba á Dios, ó no le procuraba el bien de sus hermanos, que estos dos objetos lo fueron siempre de su más decidida atencion y esmero. Muy sentida fué su muerte, como habia sido él muy estimado en vida, y sus honras tan solemnes como

procedian para una persona de su calidad, y tan concurridas como era de esperar habian de serlo, logrando él como lograba el aprecio de todos. Su cadáver, expuesto por tres dias para que todos satisfacieran su curiosidad en verle y el justo deseo de encomendarle á Dios y despedirse de él, fué depositado, segun su expresa voluntad, en el pavimento de la santa iglesia catedral, y segun esta misma voluntad suya no se le puso epitafio alguno, sino su nombre, y esto era muy natural, porque no parecia razonable que quien fué tan humilde en vida permitiera despues de su muerte nada que desdijese de esa misma su profunda humildad. Se recordó siempre con respeto su nombre en aquella santa iglesia, y miéntras vivieron los que le habian conocido y tratado, se gloriaban de esto como de una cosa que honraba sobremanera. Aun cuando, como llevamos dicho, su vida fué muy activa y sus ocupaciones frecuentes é importantes, porque además de todo lo enunciado desempeñaba muchas comisiones en su cabildo, sacó tiempo para escribir muchas obras, que no podemos detenernos á examinar, pero que daremos al ménos sus títulos para que se venga en conocimiento de ellas, y así se pueda apreciar á este excelente sujeto, que valió tanto como escritor, cuanto valia como sacerdote y como caballero. La primera que se descubre como suya es *La Perla, vida de Sta. Margarita Virgen y Mártir*, impresa en Madrid año de 1629; obra muy buscada porque se aparta del estilo comun para tomar un giro especial que la da mucho mérito. *El Predicador de las gentes, S. Pablo, ciencia, preceptos, avisos y obligaciones de los predicadores evangélicos, con doctrina del santo apóstol*, obra publicada tambien en Madrid, año de 1638. — *Panegírico augusto castellano-latino al rey Felipe IV;* en Méjico, año de 1637. — *Dictámen ó parecer sobre el arte de la pintura, dado á Vicente Carducci, con diálogos que se suponen habidos entre este y el autor sobre tan sublime arte.* Publicado primeramente en Madrid, 1633, y luego en varias otras partes, por haber sido muy aceptado. Tambien publicó el *Martirologio de los que han padecido por la fe en las Indias*, del cual toma Gonzalez Dávila cuanto pone acerca de este punto en su *Teatro de la iglesia de los Angeles de Nueva España.* Por último, pasan por de nuestro autor, aunque los críticos no estan unánimes en considerarlas como suyas, las dos obras que con el epígrafe de *Cuaresma meditada en epigramas* y *El prudente Confesor*, aparecieron en su época bajo el nombre de Juan Rodriguez. Aun cuando estas sean de otro autor, las anteriormente enunciadas, que indudablemente son suyas, bastan para colocar al Sr. D. Juan Rodriguez de Leon en el número de los escritores que honran nuestra patria. — G. R.

RODRIGUEZ Martel (D. Juan Antonio), natural de Calatayud, segun el cronista Andrés en su *Aganipe*, página 89. Siguió la carrera de la jurisprudencia y obtuvo el grado de doctor en derechos. Fué familiar y muy es-

timado del Excmo. Sr. D. Fr. Juan Cebrian, arzobispo de Zaragoza, por los años de 1650, y ordenado de sacerdote, poseyó una canongía de la insigne iglesia colegial de Daroca, que residia en 1653, y en el de 1698 era juez y oficial eclesiástico de su arciprestazgo, y examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza. A los estudios referidos unió los de la poesía, y su piadoso tenor de vida acrecentó tambien su mérito. Escribió: 1.° *Práctica breve de la oracion mental, y resúmen de las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva, con las meditaciones de las postrimerías del hombre, y otras de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, repartidas por los siete dias de la semana*; en Zaragoza, por los herederos de Pedro Lanaja, 1676, en 8.°—2.° *Antigüedad de la insigne iglesia colegial de Sta. María la Mayor de los Smos. Corporales de la ciudad de Daroca, sus excelencias é historia de los Smos. Corporales de la misma, con otras memorias que la pertenecen*. Ms. que perfeccionó, parece, en 1675, y se guarda en el archivo de dicha colegial.—3.° *Directorio de la referida iglesia colegial en sus estatutos*, Ms. en fólio que se halla en dicho archivo.—4.° *Poesías varias, casi todas á asuntos sagrados, ménos algunas que son indiferentes*; 1653. Es un tomo en 4.° sin páginas, que está en mi librería. Son de mucha dulzura, amenidad é ingenio.—5.° *Versos sueltos*. En el año de 1652 se imprimieron dos de ellos en las Rimas del Marqués de S. Felices, y en 1653 se estampó un soneto suyo ántes de los poesías de D. Alberto Diez. Lo llama erudito historiador y se vale de sus noticias D. Gil Custodio de Lissa en su *Dissert. hist. jurid. por la coleg. de Daroc.* página 3, núm. 3, not. marg. 8, y en otras. El maestro mercenario Bernal del Corral, en el *Comp. hist. del conv. de S. Laz. de Zarag.* dice que fué sujeto de gran veneracion por su mucha virtud y letras, y el cronista Andrés en su *Aganipe*, páginas 89 y 90, lo celebra por poeta excelente.—L.

RODRIGUEZ MEDINA (P. Fr. José de la Encarnacion), religioso de la órden de S. Agustin, recoleto, hijo de D. Blas Rodriguez de Medina, y de Doña María de Quiñones, tomó el hábito y profesó en el convento de Madrid, año de 1659. Fué de grande ingenio y letras, y leyó artes y teología con grande aplauso. Con el mismo predicó varios sermones, que se dieron á la prensa en Madrid y Alcalá, en donde por el crédito de su mucho estudio era frecuentemente consultado de los maestros y personas más graves. En la religion tuvo los empleos de secretario general dos veces, de definidor general de toda la Congregacion, y provincial de la provincia de Castilla; y fuera de ella le eligió por su confesor y consultor el marqués de Valero, que le llevó consigo á los dos vireinatos de Navarra y Cerdeña, en donde en la ciudad de Caller le acometió la última enfermedad. Pueden ser un eficaz testimonio de la veneracion y estima que se adquirió por sus virtudes religiosas, las expresiones que mereció al fin de su vida al mar-

qués de Valero, que se hizo su enfermero, dándole por su mano el alimento y medicina. El Ilmo. arzobispo de Cerdeña le administró los sacramentos, asistiendo los Padres Agustinos observantes á recomendarle el alma hasta que espiró el dia 12 de Octubre de 1705, y al siguiente con todas las religiones, que juntas con el clero, arzobispo, virey y nobleza, le llevaron á sepultar al convento de S. Agustin de la Marina, haciéndolo cerca del sitio donde estuvo por muchos siglos el santo doctor. Las religiones todas le hicieron honras y sufragios, y al octavo dia asistió el cabildo, ciudad y virey. Además de los sermones que se dieron á luz de este docto religioso, escribió otras obras, que dejó manuscritas, y se perdieron, y con su aficion al estudio juntó una copiosa librería, que dejó á su convento de Madrid, en donde se conservan muchos volúmenes, y otros se han repartido en varios conventos. — M. B.

RODRIGUEZ MELGAR (Matias). Fué natural de Consuegra, en el arzobispado de Toledo; entró en el colegio viejo de S. Bartolomé de Salamanca en 11 de Febrero de 1556, siendo ya colegial teólogo de Alcalá, catedrático de artes y doctor por esta universidad. En el colegio obtuvo en primera oposicion una cátedra de artes, y se graduó de doctor en teologia. Salió de él á 27 de Setiembre de 1571, por haber sido nombrado canónigo magistral de Toledo, donde se distinguió mucho por su ciencia y virtudes. Ocarriz dice en su *Nobiliario* que fué canónigo de Jaen; consta que tuvo esta prebenda del libro de sucesiones de prebendados de la santa iglesia de Toledo, en la que tomó posesion de la lectoral el 13 de Junio de 1592, de lo que deduce su biógrafo Ruiz de Vergara, que la salida del colegio en 1571 sería á la lectoral de Jaen. Inútil es decir que este canónigo, durante su residencia tanto en Jaen como en Toledo, se distinguió mucho por sus buenas cualidades, pues le adornaban todas las necesarias para las dignidades eclesiásticas: virtud, saber, amor al trabajo y celo por el buen cumplimiento de sus destinos; asi fué que observó siempre la mayor regularidad de costumbres, y mereció constantemente el afecto de sus prelados y superiores, los que le distinguieron en cuantas ocasiones se presentaron, pues era acreedor á ello por sus grandes merecimientos. En Toledo, donde pasó la mayor parte de su vida, obtuvo todo género de consideraciones, no solo de los arzobispos y cabildo, sino tambien del pueblo, que le apreciaba por su inagotable caridad y constante celo por la salvacion de las almas. Predicaba con frecuencia, procurando en sus sermones más bien el provecho espiritual de los fieles que lucirse con vanas pompas y adornos, pues tal es el carácter de la verdadera sabiduria que no ambiciona una vana popularidad, halagando los sentidos, sino que se dirige derecha al corazon y busca allí su objeto ilustrándole al par que cautivándole. Murió con general sentimiento en To-

ledo en 20 de Abril de 1594, siendo obispo electo de Osma; celebráronse solemnes exequias, á que asistió no solo el cabildo, sino tambien todas las comunidades religiosas, ayuntamiento y pueblo de aquella ciudad, que se apresuraron á rendir este último tributo á tan cariñoso y excelente sacerdote. Fué enterrado junto á la pila del agua bendita, que se halla próxima al púlpito del Evangelio, donde el cabildo canta todos los años, la víspera de San Lorenzo, un responso, que dotó para su alma su hermano D. Dionisio Melgar, canónigo doctoral y colegial de S. Ildefonso de Alcalá.—S. B.

RODRIGUEZ DE MONFORTE (D. Pedro). Fué originario de una de las primeras familias de España y su educacion cual correspondia á la distincion de sus padres, sin que se le escaseára medio alguno para que fuera todo lo esmerada que convenia. Él estudió en su casa humanidades bajo la direccion de maestros tan sabios como celosos de los adelantos de sus discípulos, que aunque eran pocos en número, como que eran los más distinguidos, les daban honor cuando alguno de ellos se aplicaba lo debido para obtener resultados favorables. Despues estudió filosofía, y en ella, ya que hubo de ir á cátedra, se distinguió sobremanera, ocupando desde luego los primeros puestos en el aula y siendo designado para los ejercicios escolásticos por difíciles que ellos fueran, pues en todos y siempre con su aplicacion y con cierta libertad respetuosa que tenia hácia sus profesores, con la cual se atrevia á consultarles sus dudas y á hacerles algunas observaciones sobre sus mismas explicaciones para sacar de ellas mayor provecho, lo sacaba en efecto; pues conocia perfectamente muchas menudencias, digámoslo así, que en la argumentacion especialmente sirven de escollo para los que no las dominan como las dominó desde luego nuestro jóven Redriguez. Luego que hubo concluido la filosofía, se dedicó á la sagrada teología, que era el estudio adecuado y conveniente para la carrera eclesiástica, que es la que él se propuso seguir, y en esta adelantó tanto, que apénas habian trascurrido los años acostumbrados para ella, se hallaba perfectamente instruido en toda la parte dogmática, en la moral y en el conocimiento de la Escritura sagrada, á la cual era muy aficionado, porque comprendia perfectamente que de este estudio habia de sacar gran provecho para la edificacion de los fieles. Concluida que fué su carrera, aspiró á la brillante auréola del doctorado, y la logró mediante la unánime aprobacion de sus ejercicios, que fueron no solo muy brillantes, sino como poquísimas veces se ven áun en universidades tan célebres como la de Alcalá, que es donde se graduó nuestro apreciable jóven. Varios fueron los caminos por donde pensó llegar al apetecido término del presbiterado, pues tan pronto quiso ser ordenado á título de patrimonio, como intentó oponerse á una prebenda de oficio en alguna de las catedrales de España, pero al cabo desistió de lo uno y de lo otro, deci-

diéndose á entrar en concurso en el arzobispado de Toledo, obteniendo desde luego por unanimidad uno de los curatos que estaban vacantes, desde el cual fué trasladado, no mucho tiempo despues, á la parroquia de S. Juan de la villa y corte de Madrid, cuyo curato desempeñó con muchísimo acierto, y procurando la prosperidad de la parroquia, que fué siempre objeto de sus constantes desvelos. Por supuesto que él conocia á todos sus feligreses y todas las necesidades de cada uno de ellos, acudiendo á su remedio con la presteza que le era posible, y dispuesto siempre á toda hora á prestarles cuantos auxilios les eran no solo necesarios, sino convenientes. Su bolsillo estuvo siempre abierto para los pobres, los cuales no hacian sino indicar al párroco sus necesidades, y ya él procuraba remediarlas, verificándose muchas veces que el remedio le daba él materialmente, yendo con las ropas y áun comestibles que iba á dar de limosna, debajo de sus propios manteos, ya para no hacer notoria su caridad á otras personas que á las que precisamente habian de saberlo, ya tambien para que el socorro fuese más eficaz por lo pronto, pues no cabe duda en que una limosna dada oportunamente, parece como que favorece doble y obliga muy mucho más que cuando tiene, digámoslo así, que arrancarse á fuerza de instancias para mostrar la necesidad. Muchísimas veces se le veia anticiparse á las necesidades y alargar el socorro áun mucho ántes de que se le hubieran pedido, en lo cual era tan modesto, que no consentia nunca el que se lo agradecieran á él, sino que decia era dádiva de un feligrés de su parroquia. Para el cuidado de sus enfermos era esmeradísimo; á la casa del pobre como á la del rico acudia desde que tenia conocimiento del mal, hasta que ó convalecia el enfermo ó el Señor disponia de él, y si llegaba este terrible trance, el párroco era uno de los primeros á consolar á las familias, y áun ponia en juego sus relaciones personales para el acomodo de los que por faltar el cabeza principal de la casa, se veian reducidos, ó á mayor estrechez, ó en necesidad, ó en cualquiera otra especie de sufrimiento, en el cual su alivio les pudiera servir de alguna cosa. En el púlpito era de lo más sobresaliente de su época, y como su carácter era tan benigno y además veia que de su predicacion se lograba provecho, nunca se negó á predicar en cuantas partes le llamaban, así es que su autorizada voz se oia con muchísima frecuencia en Madrid, y todos con el mayor gusto acudian presurosos á sus sermones, porque de ellos siempre resultaba instruccion, y por consiguiente provecho. Desempeñó muchas veces en el venerable cabildo de curas y beneficiados de Madrid el importante cargo de abad, habiendo por este concepto tenido muchas veces que ponerse en contacto con las autoridades superiores de la corte por ciertos motivos, ya de etiqueta, ya de derecho, en que era preciso una resolucion que no dejára duda para lo sucesivo, resoluciones

que logró siempre teniendo el gusto de que los mismos á quienes reclamaba quedáran amigos suyos por las buenas maneras con que hizo siempre todas sus reclamaciones, y al propio tiempo por la justicia que siempre le asistia, pues el cura de S. Juan era hombre que nunca pretendia una cosa sin que para ella tuviese un derecho positivo. Todas estas apreciables dotes llegaron á noticia del Rey, y como era consiguiente, quiso premiar con alguna distincion al que era cura del territorio donde está su palacio, si bien de su persona ni casa no lo era hasta su muerte por los derechos de la jurisdiccion patriarcal, única que se reconoce en los palacios de los reyes y familia Real de España. Llamóle, pues, y le hizo su capellan, que es lo que hoy se llama capellanes de honor de S. M. El párroco aceptó por no desairar al monarca, pero nunca pasó mas allá del cumplimiento de su deber como tal capellan, sin desatender en lo más mínimo sus obligaciones de cura, y sin usar del favor que el Rey le dispensaba más que si acaso para el remedio de alguna grave necesidad. Asi trascurrieron los dias del respetable Sr. D. Pedro Rodriguez de Monfort, hasta que á Dios plugo sacarle de este mundo, á cuyo decisivo paso se previno como exige de sus fieles hijos la santa madre Iglesia católica. Fué sentidísima su muerte como irreparable era su pérdida, y su memoria quedó muy grata porque muchos eran los que le debian muy señalados beneficios. Escribió y fué muy apreciada la *Relacion de las exequias del Rey D. Felipe IV, celebradas en la iglesia de la Encarnacion de Madrid en los dias 30 y 31 del mes de Octubre del año del Señor*, 1665. — G. R.

RODRIGUEZ DE MONROY (Dr. D. Tomás), hijo de Gaspar Rodriguez, regidor de Madrid, y natural de S. Martin, en el valle de Toranzo, montañas de Burgos, y de Doña María de Monroy, su mujer, natural de Peralejos, tierra de Salamanca; fué canónigo de la santa iglesia de Avila, inquisidor de la ciudad de Granada y otras partes, y últimamente del Consejo de la Suprema y General Inquisicion, cuya plaza servia en 10 de Diciembre de 1650, en que entró por congregante de la venerable de S. Pedro de Sacerdotes naturales de esta villa; y áun consta por los acuerdos de ella, que en 11 de Diciembre de 1652 dió cuenta el capellan mayor de haber enviado dos congregantes á darle la enhorabuena de haberle S. M. nombrado presidente de la Real Chancillería de Valladolid. No consta su muerte en aquellos libros. Escribió: *Diligencias que se hicieron en Roma para restituir en los Breviarios la afirmativa que se habia quitado acerca de la predicacion de Santiago el Mayor en España*. Salamanca, 1646, en 4.° — A. y B.

RODRIGUEZ DEL PADRON (Juan), poeta español, al que la novela y la fábula han dado una grande celebridad, proviniendo esto, como dice el Marqués de Pidal en su prólogo al *Cancionero de Baena*, pág. 46, de que mién-

tras «la misma guerra con los moros tan santa, tan popular y tan poética, y que aquella brillante aristocracia hacia brillar con sus proezas y altos hechos, sus altanerías y turbulencias, no arrancaba un solo acento á aquellos poetas, que al celebrar las victorias obtenidas contra los infieles hubieran celebrado sus mismas glorias ó las de sus padres. (Miéntras) Jamás se oye en sus cantos el nombre de Bernardo del Carpio, del Cid, de Fernan Gonzalez, de los infantes de Lara, de Arias Gonzalo, ni de ninguno de los guerreros castellanos; en cambio se eleva hasta las nubes y adquiere una celebridad portentosa el enamorado Macías, víctima de su pasion; y los desgraciados amores de Rodriguez del Padron y su cancion de despedida á su amiga, se hacen tan célebres como pudiera haberlo sido la mayor empresa ó hazaña.» Los biógrafos y los bibliógrafos han prescindido sin embargo, y con mucha frecuencia, de los hechos y casi de las obras de Rodriguez del Padron, y así es que al citarle, cuando le han citado, lo han hecho de una manera tan concisa como confusa. Todos los modernos colectores de poesías le han olvidado por completo, y solo acudiendo á los manuscritos ó antiguos impresos puede rastrearse alguna noticia de su vida y escritos. Pero Rodriguez del Padron ha sido en particular mucho más desgraciado en nuestro siglo que en los que le precedieron, pues los autores de aquellas épocas, no contentos con atribuirle las cualidades que en realidad le correspondian, le adornaron con otras en extremo romancescas, las que han dado orígen á que el Sr. Marqués de Pidal publicase una de estas novelas como la *Vida de Juan Rodriguez del Padron*, cayendo en nuevas equivocaciones al querer corregirla, como veremos despues; y á que un bien reputado escritor de nuestros dias haya supuesto haber existido dos individuos de un mismo nombre, miéntras de las poesías á que se refiere se deduce que no hubo más de un personaje de este apellido, á quien todos sus predecesores reconocieron como autor de la composicion poética en que se funda para hacer una distincion un tanto arbitraria. En una nota de la *Historia de la Literatura española*, por Ticknor, traducida del inglés por el Sr. D. Pascual Gayangos, é inserta en la pág. 419 del tomo I, se lee lo siguiente: «Esto es suponiendo que el Juan Rodriguez del Padron, cuyas obras se leen en Castro (tom. I, pág. 331) y en el Cancionero manuscrito atribuido á Lope de Stúñiga (fól. 18), sea el mismo cuyas poesías se hallan el en *Cancionero general* (1573, fól. 121-4), como se cree comunmente, aunque yo tengo mis dudas de que sea el mismo.» Pero precisamente la poesía á que se refiere el autor de esta nota, que se halla en el lugar citado de la *Biblioteca Española de Castro*, es la que lleva por epígrafe: «Esta cantiga fiso Juan Rodriguez del Padron cuando se fué á meter fraile á Jerusalen en despedimiento de su señora,» poesía que conviene perfectamente á nuestro personaje, que vistió en efecto el hábito reli-

gioso y que ya habia designado como suya Nicolás Antonio en su *Biblioteca Vetus*, diciendo: «En el antiguo *Cancionero* manuscrito del Escorial (que es el publicado hoy con el nombre de *Cancionero de Baena*) hay una poesía de Juan Rodriguez del Padron con este título: *Cantiga de cuando se fué á meter fraile á Jerusalen*, etc. Esta misma poesía, de que todos los bibliógrafos hacen autor al individuo de que nos ocupamos, es la que intitulándola carta se encuentra en el manuscrito de la Biblioteca nacional, códice marcado con la signatura V, 196, pág. 76 (dado á luz por el Sr. Pidal como la verdadera vida de Rodriguez del Padron) que es tal vez el que ha dado márgen á la suposicion del Sr. Gayangos; pero aquel indice posterior á la *Biblioteca de Nicolás Antonio* no nos merece grande crédito, mayormente cuando en él se cuentan hechos completamente novelescos, y que no ha referido ningun autor antiguo ni moderno, no obstante que por su carácter histórico merecian muy bien haber llamado la atencion de los historiadores, y á ser ciertos, hubieran indudablemente sido consignados en nuestras crónicas y anales. En él se expone la vida de Rodriguez del Padron de una manera muy diferente á como la cuentan todos los biógrafos, suponiéndole además aragonés, cuando su apellido indica terminantemente que era gallego, y sus hechos se refieren al reinado de Enrique IV, época en que probablemente no existia ya, pues debió florecer en los de Juan I y Enrique III, alcanzando cuando más los primeros años de D. Juan II, y esto vistiendo ya el hábito religioso. Nos habiamos propuesto prescindir del códice de la Biblioteca nacional, contentándonos con dar una ligera idea, mas habiendo sido publicado por el Sr. Pidal, primero en la *Revista de Madrid*, tomo II, segunda série, página 16, correspondiente á Noviembre de 1839, y despues en la nota CCLIII, pág. 689, col. segunda del *Cancionero de Baena*, no vemos inconveniente en reproducirle, tanto para que nuestros lectores se formen una idea completa del personaje de que nos ocupamos, como porque es la mejor prueba de que nunca hubo más que un Juan Rodriguez del Padron. Hé aquí la historia que refiere el manuscrito citado: «Porque fué poco ántes del tiempo de Garci Sanchez otro caballero que se le puede dar por igual, ansí en las gracias de naturaleza como en la calidad de su persona, podemos poner aquí una parte de su vida (1). Este fué Juan Rodriguez del Padron, el muy afamado de gentilhombre, pues de los de su tiempo no se sabe que alguno le

(1) Estas palabras indican bien claramente que esta *Vida de Rodriguez del Padron* formaba parte de una obra más dilatada en que se hablaba de *Garci Sanchez de Badajoz*, que floreció en tiempo de Enrique IV. (*Nota del Sr. Marqués de Pidal* (a).

(a) En efecto, forma parte de un códice, como ya hemos indicado, donde se hallan otras biografías. Pero no floreció en tiempo de D. Enrique IV, sino del III y de D. Juan I, como hemos dicho y probaremos despues.

haya igualado, fué natural de Aragon, y de las más nobles casas de aquel reino, y era caballero rico, heredero de un principal mayorazgo; y desde edad de veintidos años se vino á la corte de Castilla, donde residió muchos años como criado de aquellos reyes; en este tiempo en las guerras que hubo y en los actos y ejercicios de caballería que se aventajaba á todos, y en la discrecion los excedia; por las cuales gracias fué muy favorecido de muchas damas, y vino á ser su extremo en todo tanto, que habiéndole parecido á la Reina dél lo que á otras muchas, determinó sin que él lo supiese dar órden como satisfacer su deseo (1), y parecióle el mejor medio para esto dalle una carta sin que él lo supiese quién se la daba ni cómo le podia venir; y con este pensamiento sin descubrillo á nadie, la escribió y trajo consigo para dársela en pudiendo conforme á su intento; y fué ansi que como es costumbre de los caballeros cortesanos pasear el terrado á prima noche, la Reina tuvo manera como no estuviese dama ninguna en las ventanas que estaban cerca de otra donde ella estaba; y púsose á la hora que no la pudiesen conocer, y pasando Juan Rodriguez, bien descuidado de aquel favor, le dijo una voz nombrándole: *Toma ese papel, y haz lo que en él va escrito*, echándole la carta; la cual él hizo alzar á un criado, y yéndose á su posada sin poder conocer quién estaba á la ventana, mas de entender sería alguna de las damas de la Reina, porque allí no podia llegar quien no lo fuese, la leyó, que decia así:

«Como la fortuna tenga tan poca cuenta con el merecer, no es justo »tenga vuesa merced en poco la aficion y voluntad con que esta se os escribe, »porque ni vuestras muchas gracias, ni discrecion, ni servicios que yo haya »recibido me hace hacer esto, sino un deseo y voluntad llena de amor, que »me fuerza á experimentar si Dios os hizo tan cumplido para saber callar y »tener secreto, como extremo entre todos los caballeros de la corte; para lo »cual he querido poner y aventurar mi vida y honra solo por mostrar lo que »á vuesa merced quiero, y saber lo que digo, aclarándome y rogándoos que »esta noche en dando las dos esteis á la puerta falsa de la cava, donde dando »en ella con los dedos tres golpes, os la abrirán: la que no poco debe tener »las entrañas abiertas para quereros, etc.»

«Cuando Juan Rodriguez del Padron llegó á su posada, ántes de leer esta carta, encontró con un caballero gran amigo suyo, al cual dijo cómo de las ventanas de palacio le habian arrojado aquel papel, y oido una dama que le habia echado, mas que no la habia podido conocer, y que viese lo que de-

(1) Esta reina, cuya fama no sale muy ilesa de este *cuento*, era la reina Doña Juana, hija del rey de Portugal D. Duarte: nuestros historiadores hablan todos de su vida suelta y liviana, y sabido es que su hija la *Beltraneja* fué considerada adulterina, y como tal privada de la sucesion á la corona. —(*Nota del Sr. Pidal.*)

cia; y así ambos la leyeron, y leído, acordaron que fuesen aquella noche por donde la carta decia muy apercibidos, y verian el misterio que tenia este negocio; y ansi se armaron, y á la hora dicha fueron á la puerta falsa, donde ántes á la sombra de un balcon el amigo se quedó, y Juan Rodriguez llegó y dió tres golpes como le mandaban, y dando el tercero, la puerta se abrió, y oyó una voz dentro que muy paso le dijo: Entrad, que aunque el lugar es digno de temer, al presente no hay de qué temais.—El reconoció ser habla de mujer, y sin más considerar entró, y luego fué á la puerta cerrada, que era de golpe, y á él le asió una mano blanda y amorosa de la suya, y le dijeron que tendiese la capa y se sentase en aquel poco espacio que allí dejaba una escalera, y sentados le dijo, que ella era una mujer que en aquella cárcel real se encerraba, y que fuerza de amor causada de su gentileza y discrecion le habia forzado á olvidar el riesgo de su persona y honra y ponerse en punto que habia venido, lo cual no era tan poco que no se habia de tener en mucho, y que aunque amor le habia forzado á aquello, que le estaba en obligacion en haber obedecido con tanta voluntad, y que la paga desto queria que fuese la que quisiera, y á nadie diese cuenta de aquello ni le pidiese quién era, pues podian verse por allí muchas veces, y dél no queria sino el secreto, y cuanto á ella para creer si era hermosa ó fea, que le aseguraba que en la corte á naide habia oido decir que era la más fea que en aquella casa se encerraba; y que se contentase con esto, porque ella que habia sin aquella señal y tan de veras lo amaba, sería posible puesto sin que él se lo preguntase decille quién era, ó por gusto suyo propio, ó para si viese que ella lo merecia la tomase por muger. El la escuchó siempre teniendo atencion si al sonido de las palabras la podia conocer, y acabada la plática, le respondió agradeciéndole con muy discretas razones que él sabia decir y dándole en las manos muchos besos por la merced que le habia querido hacer; y en fin, tomando la prenda que deseaba, en la cual conoció no era doncella, estuvo en aquel agradable contentamiento hasta que el alba dió lugar, á la cual se salió el más contento hombre de la tierra; pareciéndole que á otra vez le diria quién era y que alguna vergüenza debió estorbárselo; y quedó concertado que cada tercer noche viniese á la misma hora allí, y si no le abrieran al tercer golpe, se volviese. Salido Juan Rodriguez, dió cuenta á su amigo de lo que pasaba, y echando ambos sus cuentos, y dando y tornando en quién sería la dama, no podian determinadamente imaginar ni conformar por cierto ninguna sospecha, y áun pasaron confiados que otra vez ó la tercera ella lo diria, en lo cual su pensamiento salió vano, porque aunque otras muchas por allí se viesen en más tiempo de cuatro meses, jamás pudo acabar con ella le dijese quién era: y ansi viendo que no era posible saberse por ruegos, ni en ha-

bla, ni en el tacto la podia conocer, concertaron él y su amigo que á lo ménos por el interés viese si era de las ricas y principales, ó de las pobres ó criadas de damas; y con este acuerdo, estando una noche con ella le dijo que se admiraba cómo en tanto tiempo que lo trataba no le habia pedido alguna cosa que por suya trajese, á lo cual respondió que cosa suya públicamente no la traeria, porque si la trajese él se la habia de ver, y que su propósito era que no la conociese hasta que lo supiese de su boca, lo cual seria venido el Rey, que estaba á la sazon en córtes, y que entónces ó para que se casasen, ó para dalle contento lo haria, mas que no habria aquella oportunidad de la puerta, porque las llaves que ella tenia entónces poder para hurtallas, le faltarian, porque la Reina las tenia en su cámara, y estando el Rey en ella no se atreveria á tomallas; visto esto, él no la quiso importunar más, y le pidió, pues cosa suya no queria tomar, que le diese de sus cabellos unos pocos, lo cual ella le otorgó y le dijo que los daria otra vez que se viesen, él la pidió le perdonase si en caso alguna cosa temiese la satisfaccion de su gloria, y que si se los habia de dar y él creer que eran suyos, que habia de ser cortándolos con sus mesmas manos; á lo cual ella respondió diciendo, que fuese ansí, porque por aquella señal no bastaria conocella, y que otra noche traeria tiseras, y ansí lo hizo, en la cual tornados á juntar se quitó ella el tocado y le puso los cabellos en las manos, y le dijo que cortase dellos, y mirase que quien tanto lo queria le queria enlazar con ellos y con palabras para que de tales niñerías á naide diese cuenta; el cual diciendo que bastaba habérselo ya mandado, cortó unos pocos dellos y los llevó; aunque los tuvo en su poder, con la vista dellos tuvieron tan poco conocimiento él y su amigo como de ántes tenian, y en esto pasaron otros muchos dias, en los cuales hubo fiestas y regocijos, y en todos ellos salia siempre Juan Rodriguez con el aderezo y cubiertos de su persona y caballo de brocado carmesí ó tela de oro cubierto con un velo negro, que casi no dejaba ver lo que debajo iba: en la primera justa sacó por cimera el imbo donde parecian algunos rostros y manos de niños muy naturales con una letra que decia:

Esperanza es mi tiniebla
de nueva luz con vitoria,
pues del imbo saco gloria.

Desta manera pasaron estos amores otros dos ó tres meses, y en una noche dellos, estando juntos, le pidió él que si tenia como le poder dar algunos dineros, porque como no iba tanto tiempo habia á su tierra por habérselo mandado, tenia necesidad, todo á fin de entender la calidad de su persona; ella dijo que sí daria, mas que serian habidos como pudiese, y ansí á

otra que se unieron le dió cincuenta escudos y hasta mil en joyas, los cuales dijo que habia hurtado entre las damas, que las piedras quitase y el oro deshecho vendiese, por que si la falta fuese sentida, no las hallasen en su poder ó de algun criado suyo; él las tomó y salió de allí, dió cuenta á su amigo donde solo á imaginar no hallaban cabida, porque discurriendo por todas las que en la casa real habia, en ninguna dejaba de haber cosa que pareciese poder ser la que trataba ni que lo dejase de ser, y ansí guardó las joyas porque no tenia necesidad, y pocos dias fué público en palacio haber faltado ciertas joyas á una señora de título que allí estaba y á otras damas, y con grandísima diligencia fueron en la corte buscadas. Con todas estas cosas estaban más suspensos los amigos, y no dejaban de ir á tercer noche ó cuarta, y Juan Rodriguez entraba como salia sin saber un dia más que otro, ni poder acabar con la dama le dijese quién era, ántes si en ello le trataba mostraba grandísimamente enfadarse, y ansí pasaron todo el tiempo hasta que el Rey vino, en el cual no pudo saber más que hasta allí, y el Rey venido iba algunas veces á la puerta falsa y no la hallaba abierta ni quien á su señal le respondiese, y otras algunas sí; y viendo esto le dijo una noche en sus faldas acostado: Admirado me teneis, señora, de la poca confianza que de mí teneis, en no haberos querido descubrir ni manifestarme quién sois, sino del sufrimiento que habeis tenido para no hasello dándome tanto favor como me habeis dado, por lo cual de mí mesmo estoy corrido y áun de vos por lo que os quiero; por mí, porque se ve claro que no es amor el que me teneis, pues manejando las cosas de amor estais tan libre como á él le pintan ciego, por donde me paresce, aunque me perdoneis, que más es esta satisfaccion de vicio que fuerza de amor; y por vos, que es lo que más siento, porque no es posible sino que teneis de vos mesma alguna falta por donde conociéndoos yo la tenga con vos, cosa de que debiades de estar bien segura, pues sabeis que lo que he visto y me habeis dejado gozar es tal, que ello y vuestro entendimiento ha sido parte para que yo persevere en este imbo de vuestra conversacion por la muchedumbre de gloria, y siendo como es ansí, no teneis que temer la fermosura ni linage, porque cuando no sea tal como vos mereceis y quisiérades, basta que ya es lo ménos importante entre vos y mí, pues en vuestros amores comencé en lo que otros acaban cuando más merecen. —A estas palabras estuvo ella muy atenta y áun espacio de tiempo suspensa, y luego dando un suspiro le dijo: No quiero, Juan Rodriguez, dar razon á ninguna de las que habeis dicho, ni disculpar mi hecho, pues si la que diese no es á vuestro gusto, no ha de ser parte para persuadiros lo que yo quisiera, y solo servirá de aprovecharos lo que á vuestro caso hiciere para tener por firme vuestra imaginacion, que bien sé que los hombres sois de condicion que el no complaceros echais á falta de

amor y entendimiento en nosotras, y el agradaros á liviandad nuestra, ó cuando más bien nos haceis, atribuislo á vuestro merecimiento; mas porque yo de nada quiero contender, y aunque aventuro más que se puede imaginar estoy resuelta á satisfacer á vuestra voluntad, pues os quiero tanto que me parece hago regalo á la mia; y ansi os prometo que la primera fiesta que hubiere, que es la de S. Pedro, que ya sabeis se hace aquella tarde en el patio de esta casa un torneo, sacar en la cabeza una cosa ó joya vuestra que vos diérades, pues aquel dia salen con la Reina todas las que en esta casa nos encerramos, donde viéndome conocereis que no soy más fea de lo que al principio os dije, ni tenga falta encubierta más de la que en el trato de mi persona habeis visto.» El la tomó las manos, y se las besó agradecido, diciéndole ella que hasta lo concertado no podia más hablalle, y él le diese la joya, y que la noche del dia que la conociese lo esperaria á la hora que solia para ver si le habia descontentado; tornaron á abrazarse de nuevo, y él no hallándose con joya ninguna, le dió una cinta de las calzas, que acaso de color encarnado llevaba, y ella la tomó y le dijo que mirase los tocados de todas y veria su cinta hecha una rosa en su cabeza; y con esto se salió él, y ella se fué á su cámara algo suspensa aunque ya determinada á declararse, porque estaba confiada que pues que hasta allí á naide habia dicho de sus amores, ménos lo diria de allí adelante; él salió tambien regocijadísimo, pareciéndole que presto sabria su negocio que tantos dias habia deseado, y ansi de ahí á su posada dando cuenta á su amigo, fueron tratando del negocio siempre imaginando si era una señora de título viuda y moza, porque doncella ya él sabia que no lo era, y á lo que Juan Rodriguez dijo en el tacto y cuerpo ninguna le parecia que ansina lo pudiese ser; y con este deseo pasaron hasta el propio dia de S. Pedro, que aunque no tardó más que ocho dias, les parecieron á ellos largo tiempo, en el cual, siendo ya la hora que el Rey y la Reina habian de salir, Juan Rodriguez y su amigo estaban á la puerta de un corredor parlando, y los ojos atentos á las damas, y ansi fué pasando el Rey y la Reina, la cual sobre la frente, en un tocado que de muchas perlas llevaba, iba la cinta encarnada hecha una muy prima y hermosa lazada; iba ya pasando dellos, porque como el pensamiento lo tenian solo en las damas, en ellas ocupaban la vista; pero el amigo de Juan Rodriguez alzó los ojos, y vió la cinta en la frente de la Reina, y dijo: Juan Rodriguez;—la Reina tan turbada del nuevo y no pensado caso, que ella lo entendió como iba con cuidado y áun todos lo entendieran si tuvieran alguna lumbre del caso, ella pasó á su asiento sin mirar á ninguno dellos, y ellos se fueron á aderezar que habian de salir al torneo, en el cual quiso salir Juan Rodriguez, manifestando su contento, y ansi salió los padrinos y pages y atambor y aderezos de su persona de bro-

cado carmesí descubierto, y en el torneo, puesto que él era siempre de los que mejor parecian en tales ejercicios y á quien más premios se daban, anduvo tal y tan aventajado de todos aquel dia, que dió contento hasta al mismo Rey; acabado el torneo vino como es uso al sarao, en el cual la Reina jamás tuvo alegre semblante, de lo cual fueron él y su amigo tratando yéndose á su casa despues de acabado el sarao, pareciéndoles que le debia de pesar por haberse descubierto, y ansí aderezaron como solian, y á las dos él hizo la seña á la puerta, la cual como siempre fué luego abierta, y aún no estaba bien dentro, cuando la voz que le hablaba, y él bien conocia, le dijo la Reina: —Hasta aquí, Juan Rodriguez, — mostrando con el tono no aquella blandura que solia; él se hincó de rodillas y queriéndole pedir las manos, ella le atajó y le dijo: —porque ni áun de oir mis palabras sois merecedor, aunque por mi voluntad hayais merecido tanto, os mando que luego os levanteis y salgais de aquí, y luego por la mañana os adereceis y partais de la corte sin que á ella volvais, y como reina os juro que por vuestra falsedad de haberme descubierto á ese vuestro amigo, lo ménos que mereceis es la muerte, pero quiéroos dejar la vida para que con ella sintais el daño que por no hacer lo que os mandé y como caballero érades obligado, os ha venido, y no hagais otra cosa porque la razon de mi ira os castigará notablemente, y queria ántes esos cabellos que mios teneis y tirad esa puerta atras. —Y diciendo esto, huyó por la escalera sin más oille una palabra. Quedó el penado caballero tal como puede imaginar el que ha recibido algun pequeño disfavor, queriendo como se ha de querer; estuvo allí casi dos horas tan suspenso, que no sabia de sí que hacer; y al fin viendo que la Reina ni otra persona alguna volvia y la mañana se acercaba, salió á su amigo, el cual le estaba esperando con todo el regocijo del mundo, pues por los amores esperaba haber todo lo que deseaba; al cual llegó tan mortal que áun hablar no le pudo, porque aunque ántes el amor no debia ser en extremo, la calidad de la cosa amada le debió de poner en él, y luego el verse privado de tal gloria debió subir al mayor de los extremos, y así arrancando muchos suspiros, y dándose á sí la culpa por no haber dicho desde la primera hora á su dama cómo habia mostrado la carta á su amigo, al cual contó lo que habia pasado, y no osando exceder el mandato que le habia puesto, y su amigo no queriendo quedar en la corte, fueron de parecer, pasado aquel dia, que se fuesen á Italia ó Francia y gastasen algun tiempo por allá, que como él cura las cosas y consume las de más perpetuidad, gastaria la cólera de una mujer, y ansí acordaron tambien cumplir el quemar lo que tenia suyo, porque su ira más libremente se aplacase con su obediencia; y otra noche siguiente hizo traer cantidad de leña al terrero, con no poca admiracion de las damas y galanes que lo miraban, porque sabiendo

que era por órden de Juan Rodriguez, imaginaban que era algun admirable donaire ó cosa de algun gran fundamento, y ansí le aguardó mucha gente hasta la hora que vino con una bigüela en las manos, y habiendo primero mandado encender el fuego puesto como una pirámide harto alta, arrojó dentro las joyas y monedas de oro; luégo se hincó de rodillas y con un semblante tristísimo, sin mirar á ninguno de los que le miraban, se quitó los botones del jubon, y de junto al pecho debajo de la camisa sacó un relicario, que con una cadena traia al cuello, y del unos cabellos, que eran los que su dama le habia dado, y teniéndolos un poco en las manos que todos viesen lo que era, los echó al fuego con los mayores sollozos y lágrimas que escribirse puede, y con ellos se levantó tomando la bigüela, y con el extremo que él tenia en tañer y cantar, cantó esta copla:

Ardan mis tristes membranzas
como yo ardo por ellas,
pues perdí las esperanzas,
piérdase el placer con ellas.

Porque no vayan con quien
parte solo, triste y tal
memoria de ningun bien
en tiempo de tanto mal.

Y acabada de cantar la copla, dió con la bigüela en el fuego, y dijo en alta voz que todos lo oyeron:

Mejor fuera
que el cuerpo así feneciera.

Y volviendo las espaldas, se fué á su posada, donde ya su amigo, aderezado para la partida, lo aguardaba, y llegado le dijo: Partamos, no llegue la luz al que de ella no es digno. El amigo movido de lástima dél como vídole ansí, habiéndole lástima más que de sí propio, le dijo: Pues la pena, señor Juan Rodriguez, os tiene tan afligido que os fuerza á vuestro buen entendimiento para considerar que no puede ser tan dificultoso el volver á la gracia de vuestra dama, como fué el disponerse ella á hacer lo que hizo y más en querer se manifestar, por lo que á vuestro servicio y amistad debo, aunque entiendo que es avivar el dolor, no puedo dejaros de decir mi parecer, y es que ántes que partiésemos le escribiéredes una carta, que si el amor no se ha vuelto enteramente en odio, como en ellas es natural, bastará la enmienda de lo que esta noche os vió hacer para ablandar no solo un pecho de diamante, mas provocar á clemencia una figura que fuese toda hecha dél, y esta noche escribidla vos, que yo iré en la mañana y se la

daré como memorial, que bien sabeis entenderá cuya es, y lo que aquí se arriesga no es tan de pérdida que no sea en comparacion innumerable la ganancia, pues será posible que la reciba y os mande volver á su servicio; y cuando tenga la fiereza de tigre, solo se aventura mi vida, la cual llevará juntamente el castigo que mi descuido merece. Él le porfió que no se pusiese en aquello, porque sabia que la Reina era tan severa que habia de ser de poco fruto su idea, mas al fin, no pudiendo con él acabar otra cosa, tomó tinta y papel y le escribió esta carta, cuyo fin es aquella copla tan celebrada (la de la cántiga de cuando se fué á meter fraile) que dice:

¡Desgradecida, cruel!
Donde ingratitud está,
Oye las quejas de aquel
Que nunca más te verá
Ni tú verás más á él.

Puesto que determinado
Tenia de que hablarte,
No sufre mi fe y cuidado
Que no haya de avisarte
Cuán mal galardon me has dado.

Hasta en las bravas serpientes
Hay algun conocimiento,
Mas en ti ninguno siento,
Pues quieres males presentes
Por causarme á mi tormento.

Yo bien sé que no te duele
Mi ausencia ni mi dolor,
Más tu pierdes tu valor,
Porque áun de los bajos suele
Sacar grandezas amor.

De nada me levantaste
Y tu ser me engrandeció,
Para qué me condenaste,
Porque si el cuerpo pecó
El alma no es justo laste.

Y á un cuerpo glorificado
Como el mio...

Caer de tan alto estado
Culpa es de quien lo ha causado,
Mas no culpa de mi fe.

Serás de muchos querida
Y de todos deseada,
Y aunque seas obedecida
Podrás ser mejor servida,
Pero no tan bien amada.

Vive leda si podrás,
Y no penes atendiendo
Que segun peno partiendo,
Ya no esperes que jamás
Te veré ni me verás.

«Y escrito esto, se partió á esperar á su amigo seis leguas de la corte, el cual se quedó en la posada, y á la hora que la Reina fué á Misa, entre los que con memoriales la aguardaban con la rodilla en el suelo, la puso el papel en la mano, la cual conociendo el que se lo daba, dijo: *Ya está eso proveido*. Con voz alterada y el rostro sañudo con esta respuesta, se fué donde Juan Rodriguez lo esperaba, al cual no se le hizo nuevo porque no la esperaba mejor, y de allí se fueron la vuelta de Francia, y Juan Rodriguez tan triste, que ninguna cosa era parte de ver que su amigo le decia para que desechase el penoso pensamiento que le atormentaba (1), y de esta manera fueron hasta París, donde á la sazon estaba la corte; con los entretenimientos de la cual y la ausencia, fué

(1) En este tiempo, al parecer, debió escribir Rodriguez del Padron las coplas harto singulares en que se finge rabioso, y en que, como en otras muchas de sus composiciones, se deja traslucir la necesidad en que se hallaba de callar sus males y de no revelar la causa de ellos. Estas coplas se hallan en el *Cancionero de Sevilla*: véanse algunas de ellas en prueba de lo que queda dicho.

Si yo rabio por amar,
Esto no sabrán de mí,
Que del todo enmudecí,
Qué no sé sino ladrar.
Ham, ham, huid que rabio, etc.

Y concluye:

No cesando de rabiar,
No digo si por amores,
No valen saludadores
Ni las ondas de la mar.
Ham, ham, huid que rabio.
Pues no cumple declarar
La causa de tal agravio,
El remedio es el callar. — *(Nota del Sr. M. de P.)*

poco á poco desechando los pesares y entrando en regocijo con los caballeros cortesanos, de los cuales era muy amado y de las damas tan favorecido, que se iban resfriando con los nuevos los viejos y amorosos cuidados, principalmente que la Reina, que muy moza y hermosa (1) era, comenzó á poner los ojos en él y favorecelle, de manera que los amores vinieron á ser entendidos, pasando en ellos cosas notables, de manera que vino á estar preñada y sentirse, por la ausencia que el Rey tenia de la corte en las guerras, y á él le fué forzoso el salirse della, donde ántes de llegar á Calés, iba la vuelta de Inglaterra, fué muerto por unos caballeros franceses; y por esto dice Garci Sanchez de Badajoz, sobre la segunda copla de los penados en su *Infierno*, donde le da el primer lugar de buen amador:

Amor, ¿por qué me persigues?
¿No basta ser desterrado?
¿Aún el alcance me sigues? (2)»

Esta relacion, como se ve y no niega el que la ha publicado, tiene todas las apariencias de novelesca, fundándose, segun nuestra opinion, en que sabiéndose que este poeta habia pasado una buena parte de su vida en la corte de Castilla entregándose á devaneos amorosos, é ignorándose cuáles ni cuál era la causa de estos amores, algun escritor del siglo XVII supuso que no habia sido nada ménos que la reina de Castilla, y lo dejó así consignado en un escrito que no llegó á darse á la prensa, quedando la noticia en-

(1) Esta reina debia ser María de Anjou, esposa de Cárlos VII, el amante de la bella y célebre Inés Sorel, pero la historia no ha dejado ningun rastro por donde se pueda suponer tuviese amores ni con nuestro poeta, ni con ningun otro personaje.

(2) He aquí el pasaje del *Infierno de amor* de Garci Sanchez de Badajoz (*a*), en que si no da el primer lugar de buen amador á Rodriguez del Padron, porque este correspondia de justicia á Macías, le da el segundo:

Vi tambien á *Juan Rodriguez*
del Padron, decir penando,
amor, ¿por qué me persigues?
¿No basta ser desterrado,
Aun el alcance me sigues?
Este estaba un poco atrás,
pero no mucho compas
de Macías padeciendo,
su misma cancion diciendo:
vive leda si podrás,
y no penes atendiendo. —*(Nota del Sr. M. de P.)*

(*a*) Este mismo poeta, segun Nicolás Antonio, dice que Rodriguez del Padron habia estado preso, noticia que nos ha asegurado el Sr. Castellanos existe en Zaragoza como tradicion, diciéndose fué la Aljaferia el lugar de su prision, donde no es imposible estuviera por ser aragonesa la primera mujer de D. Juan I, y muy estrechas las relaciones entre ambas cortes.

teramente desacreditada, tanto por carecer de fundamento, como porque se hallaba en oposicion con cuanto se sabia de la esposa de Enrique IV. Pero hay otra poesia bastante conocida, y que pudiera muy bien venir en apoyo de esta opinion. Muy mutilada habia visto ya la luz pública en el *Cancionero general* de Valencia, impreso por Castillo en 1511, y en la *Floresta de Rimas castellanas* del Sr. Bolh de Faber, Hamburgo, 1821, de donde se ha tomado para el *Romancero y Cancionero sagrados de la Biblioteca de Autores españoles* del editor Ribadeneyra, sin que el nuevo colector haya hecho las adiciones con que se encuentra esta composicion en el periódico literario titulado: *El Bibliotecario y Trovador español, coleccion de documentos interesantes sobre nuestra historia nacional, y de poesias inéditas de nuestros poetas antiguos y modernos, acompañada de articulos de costumbres españolas*, escritos por D. Basilio Sebastian Castellanos, anticuario de la Biblioteca Nacional; Madrid, 1841. El digno director de este periódico, que lo es actualmente de esta obra, dió íntegra la poesia á que nos referimos, y que han publicado incompleta lo mismo sus sucesores que sus antecesores, como observaremos en su lugar. Es la siguiente:

Fuego del divino rayo,
dolce flama sin ardor,
esfuerzo contra el desmayo,
consuelo contra el dolor,
alumbra á tu servidor.

La falsa gloria del mundo
e vana prosperidad
contemplé;
Con pensamiento profundo
el centro de su maldat
penetré.

El canto de la Sirena
oya quien es savidor,
la cual temiendo la pena
de la fortuna mayor,
plañe en el tiempo meior.

Aqui concluye esta poesia en todas las colecciones impresas, excepto en la del Sr. Castellanos, donde continua:

Asi yo preso de espanto,
que la divina virtud
ofendí;

Comienso mi triste planto,
faser en mi juventud
desde aqui.

Los desiertos penetrando
do con esquivo clamor,
pueda mis culpas llorando
despedirme sin temor
de falso plaser et honor.

Fin.

Adios, real esplendor,
que yo servi et loé
con lealtad;
Adios, que todo el favor
e cuanto de amor fablé
es vanidat.

Adios, los que bien amé,
adios, mundo engañador,
adios, donas que ensalcé,
fermosas, dignas de loor,
orad por mi, pecador.

La palabra *real* esplendor, que emplea el poeta en esta especie de despedida, pudiera muy bien dar orígen á la suposicion de sus amores con la Reina; pero es una alusion tan lejana, que no vale la pena de detenerse en ella. Mas hagámonos ahora cargo de lo que dice el Sr. Marqués de Pidal al publicar por segunda vez el mencionado manuscrito, fruto de sus nuevas investigaciones: «Hasta aquí lo impreso en 1839. Pero posteriores investigaciones parecen poner en claro que la memoria antigua, aunque formada sobre *los conocidos sucesos de la vida de Rodriguez del Padron, no pasa de ser una narracion, en la mayor parte á lo ménos, de pura invencion*, como se echará de ver por los apuntes que siguen, debidos al autor del artículo ántes copiado: «El verdadero nombre de este trovador, á »lo que parece, es Juan Rodriguez de la Cámara, llamándose muchas veces »del Padron por ser natural de aquel pueblo. Así se ve que en el cancionero »manuscrito de Stúñiga se hallan composiciones suyas con los dos nombres, »atribuyéndose la célebre que comienza

Vive leda si podrás,

»á Juan Rodriguez de la Cámara, siendo, como es conocidamente, de Juan »Rodriguez del Padron (1).» Lo mismo sucede en los cancioneros que des-

(1) Dúdalo el Sr. Gayangos.

cribe el Sr. Ochoa en su *Catálogo de los manuscritos españoles de la Biblioteca de París;* págs. 388, 389, 515 y 516, etc., donde indistintamente se le dan los dos nombres, y se atribuye á Rodriguez de la Cámara la conocida composicion titulada *Los Siete Gozos de Amor*, que no se duda ser de Rodriguez del Padron, pág. 523. Esto aparece aún más comprobado en una composicion en prosa y verso que se halla en un códice de la Biblioteca Nacional, que viene á ser una novela de los amores de Arlindier y Liessa, la cual comienza así: «Este es el primer título del siervo libre de amor, que »hizo Johan Rodriguez de la Cámara, criado del Sr. D. Pedro de Cervantes, »Cardenal de San Pedro, Arzobispo de Sevilla.» Y despues de una especie de proemio, principia la primera parte de este modo: «Johan Rodriguez del »Padron, el menor de los dos amigos equales en bien amar al su mayor »Gonzalo de Medina, juez de Mondoñedo, requiere pas e salut, etc.» El sitio principal de los sucesos de esta novela lo pone el autor en las orillas del mar de Galicia, y en el sitio de Iria ó el Padron, cuyas cercanías, antigüedades y armas describe con marcada aficion y complacencia, dando bien á entender tanto en esto como en su dedicatoria al juez de Mondoñedo, Gonzalo de Medina, ser natural de Galicia, como afirma la tradicion, y no de Aragon, como supone la memoria antigua. Resulta, pues, que Juan Rodriguez era gallego, no aragonés, criado del cardenal de San Pedro, no de los reyes de Castilla, ni por consiguiente caballero, rico heredero de un principal mayorazgo, y de las más nobles casas de Aragon; que vivió en el reinado de D. Juan II, siendo muy cuestionable que haya alcanzado á Enrique IV; y que no apareciendo *adicionado* en el *Cancionero de Baena*, compuesto para uso de D. Juan II, y hallándose en él al fól. 156 la celebrada cancion

Vive leda si podrás

no pudo ser compuesta ni en el tiempo, ni para el objeto que en la memoria antigua se supone, siendo por lo mismo en esto como en las demás *circunstancias poco conforme á la realidad de los hechos* la narracion de la expresada memoria.»—Conformes en un todo con esta opinion, que venimos sosteniendo desde el principio, no lo estamos con algunas de sus partes, prescindiendo de si Rodriguez del Padron y Rodriguez de la Cámara son uno mismo ó distintos personajes, diremos sin embargo que el primero no pudo ser criado del cardenal de San Pedro *in Vinculis* Cervantes (1), que no

(1) D. Juan Cervantes nació en Sevilla en 1382, siguió los estudios en Salamanca hasta graduarse de doctor en decretos, y de regreso á su patria obtuvo el arcedianato titular de aquella catedral, cargo que ejerció hasta ser nombrado obispo de Avila en 1424, de cuya silla tomó posesion al año siguiente, siendo creado cardenal de la Iglesia romana, con el título de S. Pedro *in Vinculis*. Pasó á Roma á recibir el capelo, donde fué detenido por el pontífice Martino V, quien le nombró obispo de Ostia. Su sucesor Eugenio IV le envió como legado al concilio de Basilea, pero los sucesos que acaecieron en esta asamblea le pusieron en desgracia con el Santo Padre,

obtuvo el arzobispado de Sevilla hasta 1449, y solo gobernó aquella iglesia hasta 1453, por cuyo tiempo debia tener Rodriguez del Padron, si vivia, ochenta años por lo ménos. Pues habiendo contribuido en parte á la fundacion del convento de Sta. María de Hebron, como veremos despues, que se verificó en 1396, habia de ser por lo ménos de treinta en este año, y así no pudo entrar al servicio del cardenal, sino en una edad muy avanzada, lo que tampoco es posible, por estar probado que ya por entónces era religioso, y que vivió constantemente en su convento. Si se supone que entró al servicio de Cervantes cuando estaba en la corte y era obispo de Segovia, la diferencia de edad nos parece bastante pequeña, además que él mismo dice en sus versos:

Comienso mi triste planto
faser en mi juventud;

prueba de que tomó el hábito siendo jóven todavia, y Cervantes vivió hasta los últimos años del reinado de D. Juan II, en cuya época cree el Sr. Pidal, como nosotros, que no existia ya Rodriguez del Padron. Habiendo nacido su error de un códice de la Biblioteca del Excmo. Sr. Duque de Osuna, que le llama criado del cardenal de S. Pedro, equivocadamente sin duda, pues las fechas demuestran que no pudo serlo, y que por lo tanto, si no rico, era un hidalgo bastante bien acomodado en su patria, el Padron, como han dicho todos los autores siguiendo á Argote de Molina, que fué el primero que lo expresó fundándose en estos versos suyos:

Si te place que mis dias
yo fenezca mal logrado
tan en breve;
plegate que con Macias
ser merezca sepultado,
y decir debe
do la sepultura sea;
una tierra los crió,
una muerte los llevó,
una gloria los posea.

En su juventud pasó á la corte del rey D. Juan I de Castilla, donde se

que despues de varias vicisitudes le permitió regresar á Castilla. Permutó entónces su iglesia de Avila por la de Segovia, por haber pasado Fr. Lope Barrientos, que la gobernaba, á la de Cuenca; mas no debió permanecer mucho tiempo en este puesto, porque en 1448 fué elegido arzobispo de Sevilla, diócesis que comenzó á gobernar, vencidas algunas dificultades, en 1449, y donde murió en 25 de Noviembre de 1453. — Ortiz de Zúñiga: *Anales de Sevilla.* Fr. José Muñana: *Vida del cardenal Cervantes.*

educó, siendo muy apreciado por su facilidad en el arte de versificar. «Pues la poesía, dice el Sr. Marqués de Pidal, era entónces como en todos tiempos y más todavía que en los demás tiempos, una de las manifestaciones más brillantes del saber; en aquella edad caballeresca y galante era además un adorno indispensable para distinguirse en las córtes y brillar entre las damas. Por una y otra razon debia ser naturalmente el arte de trovar una cualidad muy necesaria en lo que entónces se llamaba un caballero, es decir, en la personificacion del valor, del pundonor, de la galantería y de la discrecion, llevados al grado más eminente. Por eso vemos hacer versos muy desde los principios á nuestros más principales caballeros, y por eso los historiadores y cronistas tenian gran cuidado en decirnos que metreficaban altamente y que hacian muy dulces decires y canciones. Pero sea por estas ó por otras causas diferentes, ello es constante que la poesía castellana en el siglo XV y en los anteriores, residia principalmente en los palacios de los reyes y de los grandes señores, no solo porque estos eran por la mayor parte ellos mismos poetas, sino porque albergaban ó favorecian á los trovadores de más inferior calidad.» Si Rodriguez del Padron fué á buscar fortuna á la corte de Castilla por su mérito como poeta, aunque presumible, es difícil decidirlo, pudiéndose mucho ménos asegurar si lo consiguió, pues el cargo de cronista del monarca con que le adornan los escritores franciscanos nos parece un tanto gratuito, y no creemos se funde en ningun documento. Lo que está fuera de duda, es que entregado á galanteos, segun la costumbre de su siglo, en que el amor era una de las necesidades de la vida cortesana, y favorecido ó no por las damas pasó largos años adormecido entre las delicias de la poesía en compañía del célebre Macías (1) su compatriota y amigo, con

(1) Puesto que es una de las tradiciones admitidas sobre la conversion de nuestro poeta, que fué ocasionada por la muerte de Macías, no creemos inútil decir cuatro palabras acerca de ella, aunque tomándolo de la biografía que del mismo Macías insertó D. Tomás Antonio Sanchez en su *Coleccion de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, tomo I, págs. 138 y siguientes: «Macías el enamorado, bien conocido de nuestros poetas antiguos y modernos por sus amores, fué gallego, paisano de Juan Rodriguez del Padron, vecinos ambos acaso del lugar de este apellido, como lo da á entender este poeta en la última copla de los *Siete Gozos de Amor* (que insertamos en otro lugar). Se puede dudar si Macías es nombre ó apellido. Antiguamente se decia *Macías* por Matías y áun se los llama con el primer nombre en tierra de Salamanca. Macías, siendo escudero del famoso Enrique de Villena, se enamoró de una criada de su amo. Este la casó, hallándose Macías ausente, con un hidalgo de Porcuna; pero no por eso cesaron los amores de Macías. No pudiendo el hidalgo sufrir estos amores dió cuenta á su amo, el cual despues de muchas reprensiones infructuosas, resolvió ponerle preso en Arjonilla, lugar del órden de Calatrava, de que D. Enrique era maestre, cinco leguas de Jaen. Preso allí en duras cadenas, lo estaba mucho más en los antiguos amores de su señora, á quien desde la prision escribia lastimosas canciones. Hay una de ellas en un libro de trovas que se guarda en el Escorial, de donde la sacó Argote de Molina, y la trae en la *Nobleza de Andalucía*, y es la primera de las cuatro que le atribuye el Marqués de Santillana.

Cativo, de miña tristura

quien vivió probablemente. Pero el triste fin de este poeta le afectó de tal manera, que renunció al mundo y se retiró al convento de su patria, donde

Ya todos prenden espanto,
E preguntan, què ventura
Foy que me atormenta tanto?
Mas non sé no mundo amigo
Que mais de usar quebranto
Diga desto que vos digo,
Que bem ser nunca debia
Al pensar que faz solia.
Cuydé subir con alteza
Por cobrar mayor estado,
E caí en tal pobreza
Que moiro desamparado
Con pesar e con deseio;
Qué vos direi mal fadado
Lo que yo he ben oveio,
Quando ò loco cay mas alto,
Subir prende mayor salto.
Pero què pobre sandece
Porque me den a pesar;
Miña locura asi crece
Que moiro por entonar;
Pero mas non a verey
Si non ver e desejar,
E por en asi direy;
Quen carcel sole vivar
En carcel sobeia morer.
Miña ventura en demanda
Me puso atan dudada,
Que mi corazon me manda
Que seya siempre negada;
Pero mays non saberan
De miña coyta lazdrada
E por en asi dirán:
Can rabioso e cosa brava
De su señor se que traba.

Estas coplas llegaron á manos del hidalgo, el cual irritado fué á Arjonilla, y tuvo modo de arrojar á Macías una lanza con que le quitó la vida.—Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. Catalina de dicho lugar, y en su sepultura quedó la lanza y una memoria en esta letra:

Aquesta lanza sin falla,
Ay coytado!
Non me la dieron del muro,
Nin la prise yo en batalla
Mal pecado!
Mas viniendo a ti seguro,
Amor falso é perjuro
Me firió e sin tardanza,
E fué tal la mi andanza
Sin venturo.

no tardó en tomar el hábito. Mas no todos los autores estan conformes en decir que la muerte de Macías fué la causa de su determinacion, sosteniendo algunos provino de desaires de una dama de palacio con quien se hallaba en relaciones amorosas, en cuyo caso podria tener alguna verosimilitud la historia del manuscrito, fundada indudablemente en esta especie, aunque alterada con sucesos novelescos, viniendo tambien en apoyo de nuestra opinion de que solo hubo un personaje de este nombre. Nicolas Antonio, Lucas Wadingo y otros le suponen fundador del convento á que se retiró, por lo que dice el primero que los franciscanos le conocen con el nombre de *Juan de Hebron*, pues así se llamaba aquella casa religiosa, aunque el autor de la *Biblioteca Hispana* añade que era probablemente el apellido de su familia; pero esta noticia carece de exactitud, pues Wadingo, á quien la refiere, le llama Juan Rodriguez *dal Pador*, y no Juan Rodriguez *de Hebron*. No es ménos inexacta la de que fué fundador de su convento, pues espiritual y temporalmente se llevó á cabo esta fundacion por el P. Fr. Gonzalo Mariño, á quien se hizo donacion en 1396, segun consta de una escritura, del campo llamado *Longara*, perteneciente, la mitad al cabildo del Padron, y la otra mitad á los feligreses de Sta. María de Hebron para la fundacion ó traslacion de este monasterio, que se hallaba en el Padron, aunque añade la *Cronología de la provincia de Santiago de Galicia* del P. Jacobo de Castro, de donde tomamos esta noticia, «que ayudaron mucho á su extension (la del convento)

Jimena (*Anal. Eclesiásticos de Jaen*, pág. 171) dice que la iglesia de Sta. Catalina, que ahora es ermita, fué en tiempos antiguos la iglesia parroquial, y en ella está sepultado el enamorado Macías.... como consta del epitafio de su sepulcro adonde se lee de letras antiguas lo siguiente:

AQUI YACE MACIAS EL ENAMORADO.

Argote de Molina, en el lugar citado, y el comendador griego sobre la copla 105 de las trescientas de Juan de Mena, en que este poeta hace memoria de Macías, refieren la sustancia de esta historia. Garci Sanchez de Badajoz, en su *Infierno de amor* (fólio 87-88) que se halla en el *Cancionero general de Sevilla*, habla tambien de Macías en estos términos:

En entrando vi sentado
En una silla á *Macías*,
De las heridas llagado
Que dieron fin á sus dias,
E de flores coronado
En son de triste amador,
Diciendo con gran dolor,
Una cadena al pescuezo,
De su cancion el empiezo;
Loado seas, amor,
Por cuantas penas padezo.

Todos los poetas antiguos y muchos modernos han tomado á Macías por asunto de sus versos ó composiciones, siendo bastante célebre un drama moderno, escrito para referir sus amores y muerte.

las donaciones de D. Francisco Bermudez de Castro y juntamente las limosnas de Juan Rodriguez del Padron, quien fué religioso.» En el claustro se distinguió mucho nuestro poeta por sus penitencias, austeridades y todo género de virtudes, manifestando así en su vida ejemplar la verdad de su conversion. Ignórase la fecha de su fallecimiento, lo mismo que todas las demás que á él se refieren, debiendo suponerse por la de 1396, época de la fundacion de la casa en que vivió arrepentido, que hubo de morir entrado ya el siglo XV (1) en que escribió sus obras religiosas, pudiendo atribuirse las profanas á los últimos años del XIV, en que se hallaba en la corte del rey de Castilla D. Juan I, y acaso en la de D. Enrique III *el Doliente*. Pues el reinado de D. Juan II, que comenzó en 1406, le halló siendo franciscano en Sta. Maria de Hebron. Escribió diferentes obras, tanto en prosa como en verso. *El Infierno de amor ó intolerable pena del amor*. *Cadira ó Cátedra de honor*, obra elogiada por Hernan Mejia en su Nobiliario, de que hay una copia Ms. en letra del siglo XV en la Biblioteca del Excmo. Sr. Duque de Osuna. Principia así: «Comienza la cadira de honor, ordenada por Juan Rodriguez del Padron, criado del cardenal de S. Pedro, D. Juan de Cervantes, fecha á ruego de algunos señores mancebos de la corte del rey D. Juan el II. Juventud de buenos deseos, benigna é amigable de los amigos, fiera incomportable á los enemigos, valerosa en los fechos de virtud é de caballería, etc. etc.; al fin hay una carta con este epígrafe. *Siguese una carta de Juan Rodriguez, no se sabe para quién la haya escrito, que parece haberla hecho cuando se partió á ser fraile en el Santo Sepulcro de Jerusalen, yendo desnaturado del reino*. En ella dice á la persona á quien la escribe: «A ti conviene los últimos reinos de Occidente, é á mí los postrimeros de Oriente; á ti las regiones hespéricas, á mí las indianas; tú vas en parte onde los más virtuosos, los más nobles, los más doctos te farán honor, é si non por el tu merescimiento, por el nombre que llevas escrito en la frente.» Segun Nicolás Antonio, se le atribuye un tratado genealógico, llamado *Compendio de linajes*, que sospecha pertenece á otro autor del mismo nombre; pero si era poeta, no es otro que el de que nos venimos ocupando. Hé aquí, segun Nicolás Antonio, los cancioneros en que se encuentran obras de este poeta. En el de Sevilla de 1540, por Juan Cromberger, fól. 9 vuelto: *De la vana gloria del mundo*: *A Cristo crucificado*: *A la Santísima Vírgen María recibiendo en su seno á Jesucristo bajado de la cruz*.—Fol. 44, *Los Siete Gozos de amor*. Tambien los menciona Argote de Molina, el Sr. Marqués de Pidal y D. Eugenio Ochoa, en su *Catálogo de los manuscritos españoles existentes en las Bibliotecas públicas de París* (pág. 533), en esta forma:

(1) En la *Biblioteca Franciscana* se dice que en 1450.

Juan Rodriguez de la Cámara. Siete Gozos de amor en veintitres coplas de arte menor. Empiezan

Ante las puertas del templo
do recibe sacrificio
amor, en cuyo servicio
noches é dias contemplo,

y terminan con la conocida y citada poesía;

Si te place que mis dias, etc.

Fól. 65. *Decálogo ó los mandamientos de amor.* Fól. 144 vuelto: *Cántico erótico*, y añade que en el *Cancionero manuscrito del Escorial* (el de Baena), se encuentra la poesía tantas veces mencionada con el título de *Cantiga que fiso cuando se fué á meter fraile á Jerusalen*, etc., que se halla tambien en la *Biblioteca española* de Castro, tom. I, pág. 331, como dijimos en un principio, la última estrofa, á la que al reproducirse impresa en el *Cancionero de Baena*, se añaden estas dos que menciona Castro:

¡O dolorosa partida,
de triste amador, que pido
licencia, que me despido
de tu vista é de mi vida!
El trabajo perderás
en haber de mi mas cura,
que segunt mi gran tristura,
non entyendo
que jamás
te veré nin me verás.
Pues que fustes la primera
de quien yo me catyvé,
desde aquí vos do mi fe
vos sereis la postrimera.

Esta cancion se halla en el fól. CCCLXXIX del *Cancionero general* y en el 506 del de Baena. Garci Sanchez de Badajoz la pone en boca de Rodriguez del Padron en el *Infierno de amor*. La comentaron y glosaron en el siglo XV Luis Castillo (fól. CCCXXXVIII del *Cancionero general*), y otro poeta anónimo (fól. CCCLXXIX), y en el XVI la glosó tambien el Dr. Ramirez Pagan en su *Floresta de varia poesía*, fól. z. VI. El autor del *Diálogo de las lenguas* la cita como autoridad, pág. 107, y Burguillos la glosó en una cancion que existe con otras muchas en un *Códice* manuscrito de poesías varias de la Biblioteca particular de S. M., pudiéndose citar ademas entre sus glosadores á D. Cárlos

Guevara en su *Infierno de amor*, fól. LXXVI, al Marqués de S. Julian en el *Infierno de enamorados*, y á Sanchez en el tom. I. *Syll. Poem. Hisp.*, página XXVIII, citados por Nicolás Antonio. *En la Floresta de Rimas castellanas del Sr. Böhl de Faber*. Hamburgo, 1821, y en el *Cancionero de Valencia*, por Castillo, 1511, se encuentra la poesía que hemos insertado íntegra en otro lugar tomándola da la *Coleccion* del Sr. Castellanos. En el *Cancionero* número 1, de la Biblioteca particular de S. M., hay una poesía de este autor, y en el núm. 2, otra de un Juan Rodriguez, que probablemente será el mismo. En el de Lope de Stúñiga, fól. 18, se halla otra, y por último, en el mencionado *Catálogo* del Sr. Ochoa se citan estas dos:

(Pág. 390) 18. *Juan Rodriguez*. Una cancion que empieza.

Ahunque me veades assi
cativo
libre nasci,

Siguen ocho coplas de á siete versos que acaban,

Porque diré noche y dia,
ahunque me veades asi
cativo, etc.

(Pág. 517), 13. *Juan Rodriguez del Padron*. Cancion de ocho octavas de arte menor, con este estribillo:

Aunque me veades asi
cativo, etc.

Tales son las noticias que hemos podido reunir acerca de este escritor, á quien la novela ha dado un carácter y otro la historia, por lo que se han supuesto dos personas distintas de un propio nombre, no fijándose en las cualidades que real y verdaderamente le pertenecen. Pero la unidad de sus obras no deja duda en que solo hubo un Rodriguez del Padron, cuyos amores tanto han dado que escribir, tal vez porque no existen más que en sus poesías. Prescíndase de estos como prescinde la historia, y quedará resuelto el enigma; lo que nosotros hemos intentado hacer, valiéndonos de los textos de los escritores á quienes nos hemos visto en la precision de impugnar, dándoles así una prueba de la superioridad que reconocemos en sus trabajos, pues sin ellos no hubiéramos podido llevar á cabo esta tarea, porque Rodriguez del Padron ha sido completamente olvidado en nuestro siglo á pesar de la grande celebridad que obtuvo en los que le precedieron. —S. B.

DODRIGUEZ DE PERALTA (D. Juan), canónigo. Fué natural de la ciudad de Ubeda, en el obispado de Jaen, perteneciendo á una de las familias más ilustres de aquel territorio. Sus padres le dedicaron á los estudios, deseosos de que obtuviese un rango correspondiente á su nobleza y á la de su casa, y Rodriguez de Peralta supo corresponder tan bien á los deseos de sus padres, que muy en breve hizo los mayores progresos, siendo elegido colegial del Viejo de S. Bartolomé de Salamanca, donde fué á terminar su carrera y estudios. Hízolo con brillantez y acierto, obteniendo los mejores resultados, y mereciendo por su laboriosidad y aplicacion el afecto de los hombres más ilustres de su época. En efecto, apénas se habia graduado de bachiller en teología, cuando el cardenal Jimenez de Cisneros, que comprendió todo su valor y mérito, le llamó á su lado eligiéndole para visitador general de su arzobispado de Toledo, cargo de grande importancia, si se atiende á la persona que le concedió y á las cualidades que debia reconocer en su elegido. Desempeñóle Rodriguez de Peralta durante un largo periodo, muy á la satisfaccion del Cardenal, quien le honró toda su vida con su mayor y más íntima confianza. Peralta pasó despues á la iglesia de Jaen, de la que fué nombrado canónigo magistral; ignoramos si en premio de sus servicios al Cardenal Arzobispo de Toledo, ó si por otras circunstancias cualesquiera que no nos refiere la historia. Era un orador muy elocuente y erudito, y en este cargo tuvo ocasion de manifestar las grandes dotes de que se hallaba adornado, pues sus obligaciones le imponian el deber de dirigir con frecuencia al pueblo la palabra divina. Hízolo así en repetidas ocasiones, y siempre vió su fama acrecentada por sus paisanos, que corrian con gusto á oirle y á admirarle. Tambien predicó en Toledo y en otros muchos lugares y poblaciones de España, mereciendo siempre la misma estimacion y afecto, ya de los particulares, ya de los grandes y señores, que corrian á escucharle con gusto. Sus últimos años fueron consagrados á la devocion y á la penitencia, consiguiendo la fama de santo, en cuya opinion le tenian muchos á la época de su muerte, ocurrida en Jaen en 1531. Hiciéronsele solemnes exequias, con asistencia de las personas más notables de aquella ciudad, que quisieron de esta manera dar tal prueba de estimacion á su digno paisano y distinguido orador. — S. B.

RODRIGUEZ DE ROJAS (D. Juan), obispo de la santa iglesia de Calahorra. Fué segundo de este nombre y sucedió en la sede á D. Miguel. En su tiempo, año de 1330, la provincia de Alava suplicó al rey D. Alonso XI tomase el señorío de la misma, dándole leyes y fueros; y para ello comisionó la provincia, y nombró por su embajador cerca del Rey, al obispo de Calahorra; y estando en la Real presencia, dijo al monarca: «Señor, cualquier que sea obispo de Calahorra es de la cofradía de Alava, é yo así como cofrade de esta

cofradía, vos vengo á decir de parte de todos los fijosdalgo, é labradores de tierra de Alava, que estan ajuntados en el campo de Arriaga, que es logar do ellos acostumbran á facer junta, desde siempre acá, é rogáronme que vos viniese á decir, é á pedir por merced, que vais á la junta do ellos estan, que vos darán el señorío de Alava, segun vos lo enviaron á decir por sus mandaderos.» Y dice la historia en el capítulo 100: El Rey por esto fué á la junta del campo de Arriaga, y todos los de ella le besaron la mano y le dieron la obediencia. El Obispo, que fué persona de importancia, de gran respeto y muy considerado, en el dicho reinado del rey D. Alonso XI, confirmó muchos privilegios, y llega su memoria hasta el año de 1335. Este prelado edificó las casas obispales en el barrio de Media Villa, en el año de 1340, siendo su sucesor en la sede D. Juan III de este nombre, hijo de Santo Domingo de la Calzada, habiendo sido ántes obispo de Cartagena, donde manifestó el mayor valor y celo en la defensa de la fe católica, peleando contra el sarraceno, su más implacable enemigo.—A. L.

RODRIGUEZ DE LA ROSA (Fr. Andrés), religioso franciscano de la provincia de S. Juan Bautista, nació en el lugar de Carmona, jurisdiccion de la villa de Maqueda, diócesis de Toledo, de padres tan virtuosos como honrados, los que se llamaban Bartolomé Hernandez y María Rodriguez. Al mismo tiempo que las primeras letras, aprendió el amor y temor de Dios, devocion á María Santísima veneracion á las cosas sagradas, y las buenas costumbres que deben resplandecer en todo verdadero cristiano. Todo lo que era honestidad y virtud decia tan bien con la buena inclinacion del niño, que cualquiera que observase su recogimiento en tan tiernos años creeria que iba dirigido especialmente por Dios, por no verle como á los otros muchachos en juegos, travesuras y riñas, sino muy retirado de ellos y ocupado en acciones virtuosas, por lo que era muy amado de todos. Siendo ya mancebo de catorce ó diez y seis años, y ejercitándose en la labranza del campo, lo hacia con tal perfeccion, que causaba admiracion á todos. Era muy humilde y honesto, de un carácter tan dulce y suave, que jamás le vieron airado, cuidando tanto por el contrario de ajustarse de tal manera á la ley divina y preceptos eclesiásticos, que no obligándole aún la edad, y pudiendo excusarse por sus rudos trabajos, ayunaba no solo los dias que ordena la Iglesia, sino tambien otros muchos por su devocion. La que tuvo desde su niñez á la religion Seráfica fué tan grande, que siempre que habia de descansar ó tenia algun rato de ócio, iba al monasterio de Torrijos, de la villa de S. Francisco, distante dos leguas de su lugar, á encomendarse á nuestro Señor y dedicarse á la oracion, y en habiendo satisfecho su piadoso deseo, se volvia lleno de gozo espiritual á la alquería donde trabajaba ó sitio donde apacentaba su ganado. Los ratos que vacaba al trabajo, se retiraba

á sitios apartados para leer en libros devotos que llevaba consigo, rezar el rosario y otras oraciones piadosas. Cuando se reunia con otros jóvenes, era su rostro y conversacion tan honesta, que los componia y edificaba á todos, y si hallaba oportunidad los amonestaba con santas amonestaciones y prudentes consejos, y conmovia al servicio y amor de Dios, y mucho mejor que con las palabras lo hacia con su vida ejemplar. Para decir de una vez cuánto era el deseo que tenia de llegar á la perfeccion, afirma bajo de juramento, en el proceso que se formó para beatificacion de este siervo de Dios, de donde tomamos estas noticias, el licenciado Francisco Fernandez Arroyo, cura de la casa de Misericordia de la Serma. Sra. Doña Juana de Austria, en Madrid, hermano de Fr. Andrés, que ántes que tomase el hábito de religioso, tenia entre otros libros el de la regla del seráfico P. S. Francisco, procurando ejercitarse en ella cuanto le era posible. Inspirado por la gracia divina, abandonó el mundo para hacer vida perfecta en el estado religioso, y para dar con acierto los primeros pasos, dejó su patria y se dirigió á la villa de Jumilla. Vió en ella religiosos descalzos de la provincia de S. Juan Bautista, y admiróse al ver su descalcez, su humildad y su pobreza. Subió al convento de Sta. Ana del Monte, vió entre aquellas malezas y riscos aquel seguro y tranquilo puerto, y comenzó á observar con cuidado la vida de los religiosos, su austeridad, penitencia, recogimiento; sus ejercicios de oracion y mortificacion, el divino culto en el altar y el coro, el olvido y total desprecio del mundo, y la elevacion hácia lo eterno. Vistas estas cosas, llenaron de tal modo sus deseos, que le pareció ser aquella su verdadera vocacion; y decidido á seguirla, se presentó al prelado, le dió cuenta de sus propósitos, y fué recibido en 24 de Noviembre de 1576, á los veintidos años de su edad, y al año siguiente hizo profesion á 25 del mismo mes para el ejercicio de lego, habiendo ganado en el discurso de su probacion las voluntades de los religiosos, para darle cada uno no solo su voto, sino aunque hubieran podido dar más por el convencimiento que tenian de su ciencia y virtud. Aunque su apellido era el de Rodriguez, fué llamado en la religion Fr. Andrés de la Rosa, por una señal que tenia en el rostro, «y convínole muy bien tal renombre, dice el cronista, por el suave olor que despidió de sí, mediante sus excelentes virtudes y fama de sus maravillosas obras.» Desde el instante en que profesó, procuró de tal modo obtener la perfeccion de la regla evangélica, que no parecia pasar de un grado á otro, sino que salvaba muchos de un vuelo con su grande fervor, de manera que se hallaban unidas en él la pobreza, la humildad, la obediencia, el fervor, la piedad, la compasion, la abrasada caridad y el celo por el bien de los prójimos. Este admirable conjunto de perfecciones, que de tal modo resplandecian en él, hacia que todos, asi religiosos como seglares, le tuviesen y respe-

tasen como santo, en tal extremo que habiéndole enviado la obediencia á habitar en el convento de la Magdalena de Yecla, le cobraron tanto afecto los vecinos de aquella villa, y le tenian en tal opinion, que cuando intentaban los prelados trasladarle á otro punto, sus ruegos y diligencias no cesaban hasta conseguir que le dejasen allí. Pero no solo en aquella villa, sino tambien en los lugares comarcanos le amaban y veneraban de tal manera, que no le sabian dar otro nombre que el de Padre santo de Yecla, y cuando salia á asistir á los enfermos y volvia á su residencia, le recibian con singular devocion y alborozo, y las mujeres le decian: «Benditos los ojos que le pueden ver, P. Andrés;» y sabiendo que habitaba allí, estaban tan consolados como si tuviesen el antídoto de todos sus males, y el remedio y alivio de toda afliccion y trabajo. Aunque este siervo de Dios estuvo adornado de muchas y grandes virtudes, se distinguió particularmente en la de la mortificacion, así del ánimo como del cuerpo, creyendo que miéntras no sujetase sus pasiones, no tendria la quietud y sosiego que se requiere para servir al Señor. No solo llevaba con humilde sufrimiento toda clase de trabajos y persecuciones, pero manifestaba en ellos una celestial alegría, teniendo constancia, no solo para sufrir los agravios que procedian de mano ajena, sino tambien los que le venian contra la propia voluntad y eleccion, y esto no solo en el cuerpo, sino tambien en el ánimo. Afligia el primero con todo género de penitencias, llevando un asperísimo silicio, que no le quitaron hasta despues de muerto, admirándose de que hubiera podido llevar este instrumento de mortificacion. Además de esta afliccion con que se molestaba continuamente, hacia otras penitencias y mortificaciones, y lo que es esencial en el religioso, elevaba siempre la espiritual clausura y el celo de la observancia regular, cumpliendo en cuanto le era posible los santos ejercicios que acostumbraba la comunidad. La mortificacion que impuso á sus sentidos fué como de varon tan experto y tan versado en el camino espiritual, en el que para proceder sin tropiezo, ni detencion, ni riesgo, es menester, dice su biógrafo, cerrar los ojos, los oidos y labios, porque al paso que se cierran los exteriores, se abren los interiores, para ver al que es vía de salud, oir al que es infalible verdad, y responder al que tiene palabras de vida. Nunca levantaba la vista de la tierra este varon del cielo, si no le obligaba á ello la necesidad, y áun entónces lo hacia con prudencia y recato. Del mismo modo moderaba su lengua, siendo sus palabras medidas, sencillas y ordenadas siempre á la honra de Dios, al consuelo, edificacion y enseñanza del prójimo. Sus oidos fueron tan castos, que no consintieron nunca los inficionase la murmuracion. Las faltas ó culpas ajenas, si no las podia excusar, se lastimaba benignamente de la flaqueza humana, y exhortaba á cada uno con discreto celo al cumplimiento de su obligacion. Donde manifestó más su vir-

tud fué por los medios con que procuró vencer las pasiones de su naturaleza, pues teniendo un estómago muy delicado, dice el cronista «que habiéndole el Señor concedido la gracia de curacion, no solo no le era penoso el llegarse á los enfermos llagados; mas con una caridad muy ardiente les lamia y chupaba las llagas, por asquerosas y podridas que fuesen, hasta dejarlas limpias de las materias. Tal fué la que le vió curar el licenciado Francisco Fernandez; y fué el caso que habiendo venido á la villa de Yecla con ánsia y deseo de ver á su hermano, por haberle dicho cómo andaba por los lugares sanando enfermos y lamiendo las llagas á los llagados, estando con él, vinieron á llamarle para que fuese á curar á un mozo que tenia en un muslo una grande herida, y habiendo ido juntos los dos, luego que Fr. Andrés vió al enfermo, le descubrió las llagas, quitó las hilas que el cirujano le habia puesto, y lamiéndole y chupándole con mucha devocion y piedad, le dejó limpio de la corrupcion que tenia, de que su hermano quedó admirado, bendiciendo á Dios, que así fortalece con su divina gracia nuestra flaca naturaleza.» La mortificacion con que se trataba, como hemos dicho, este siervo de Dios, le dispuso en grado sublime para observar la regla evangélica, cuya perfecta observancia es superior á las fuerzas comunes. Teníala Fr. Andrés impresa en su corazon, y tenia su corazon en ella como su tesoro y su riqueza, llevándola siempre consigo y en las manos con mucha frecuencia, leyéndola con grande aficion y con ánimo sencillo y deseo de conformarse á la simple letra, sin buscar más inteligencia para hallar la sustancia y medula de la ley evangélica, no haciéndosele dificultoso observarla, mediante la gracia divina, en todo su vigor y sin interpretaciones, ántes bien era tan nimio en no violar un ápice de ella, y áun en las cosas lícitas no admitia latitud ni dispensa. Sobrevenianle algunas veces en los caminos accidentes é indisposiciones, consecuencia, segun se creia, de las grandes penitencias que se imponia, y lastimándose los seglares de verle en aquella disposicion, pues no podia caminar por su pie, le rogaban con muchas instancias que subiese á caballo; á lo que contestaba el perfecto varon: «Hermanos, ¿cómo es posible? ¿no ven que soy fraile menor y que lo prohibe mi regla?» Ninguna ocasion parecia bastante al siervo de Dios para dispensar en precepto tan grave, y en disonando una cosa, por poco que fuese, de lo que contiene la puntual observancia de la regla, lo miraba como un precipicio. Fija siempre su vista en la regla para llegar al deseado puerto de la salvacion, caminó toda su vida con gran tranquilidad y bonanza, llevando por norte la obediencia. No dejó nunca de obedecer pronta y ciegamente como si fuese un novicio, ni por penoso que fuese encontraba dificultad en lo que le mandaban. Siempre resplandeció la honestidad en sus palabras, movimientos y acciones, acompa-

ñadas del rigor y austeridad penitente; y aunque parece que podia fiarse para vencer cualquiera ocasion, huia de ellas con grande vigilancia, y á los que veia distinguirse por la santidad los amaba con particular afecto. Al mismo tiempo y con no ménos extremo fué amante de la santa pobreza. Nunca usó más que un hábito viejo, remendado é inútil. La cama en que dormia eran unas tablas desnudas, sus alhajas una imágen de papel y una cruz de palo; los demás muebles de la celda algunos retazos de sayal, hilo y aguja para remendar, trastos propios del pobre. No era ménos la escasez de su mantenimiento, como verdadero hijo del seráfico P. S. Francisco, que jamás satisfizo el hambre ni sed, entreteniendo y engañando uno y otro, de manera que nunca se encontrase sin la dulce compañía de la necesidad. Así era tan apasionado de ella Fr. Andrés, que agasajándole mucho en los pueblos por donde pasaba, llevaba al convento sin tocarlos todos los regalos que le habian hecho, aunque se hallase atormentado del hambre. Todo finalmente le parecia sobrado, medido con la voluntad que tenia de portarse como pobre mendigo, y padecer por Cristo desnudez é incomodidades. En el deseo que tenia este siervo de Dios de ejercitar su caridad con los prójimos, se veia lo encendido que se hallaba en el amor divino, pues como dice el cronista: «Como el amor sea fuego, y propiedad suya el asimilar el amante á lo amado, de aquí es que amando y haciendo bien á las criaturas, especialmente si nos son contrarias y opuestas, nos asemejamos á Dios, el cual dice: *Amad á vuestros enemigos y hacedles bien para que seais perfectos, como lo es vuestro Padre.*» Grande era la caridad con que amaba este perfecto varon á los que le hacian injurias y ultrajes, siendo insensible á todas las persecuciones; tampoco puede ponderarse la pura y acendrada intencion y la extendida liberalidad que tuvo este siervo de Dios. Compadeciase mucho de cualquier afligido ó atribulado; dábales consuelo y alivio con palabras llenas de espíritu, y aunque muy benignas y humanas, no por eso eran ménos fuertes y virtuosas para inducir á abrazar los trabajos con mucha paciencia, y hacer de ellos instrumentos para conseguir el descanso. Visitaba á los enfermos, socorrialos, y adonde quiera que hubiese necesidad le impelia un vehemente afecto, procurando remediarla lo mejor que le era posible. Esmeróse mucho en la buena acogida á los pobres que iban á la portería, recibiéndolos como padre amoroso, siempre con el rostro alegre y afable, y nunca con las manos vacías, porque la misericordia divina, que le veia tan inclinado á socorrer los miserables y menesterosos, le daba los medios para hacerlo, aunque fuese en tiempo de hambre, y ayudaba en particular con limosnas mayores á las personas honradas y mujeres de calidad, socorriendo á los demás pobres con no ménos cuidado y caridad, no siendo la menor que les hacia el darles saludables consejos para

que viviesen cristiana y virtuosamente, y no perdiesen el merecimiento de su pobreza, sufriéndola con resignacion. No solo ejercitaba el siervo de Dios con los presentes y vivos las obras de misericordia, sino que las extendia á los ausentes y muertos, rogando á Dios por los pecadores, y ofreciendo por ellos y por las ánimas del purgatorio frecuentes oraciones y penitencias, y asimismo los socorria con indulgencias y jubileos, los cuales procuraba ganar con mucha devocion y fe, siendo grande la que tenia á la santa Sede apostólica, y asi exhortaba fervorosamente á los fieles á la obediencia, veneracion y afecto de la santa Iglesia romana. No pudiera haber alcanzado tan eminente grando de caridad sin haberse abatido á otro más profundísimo de humildad, porque estas dos soberanas virtudes son como balanzas en que fielmente se pesa la santidad de los varones justos, y no es posible que la una levante su peso sin que la otra baje otro tanto, porque el que se humilláre será exaltado y el que se exaltase humillado. Cuanto mayores eran las obras de este humilde varon, ménos caso hacia del mérito que en ellas contraia, refiriéndolas todas á la gloria de Dios, y reconociendo ser suyo lo bueno que en ellas habia, y atribuyéndose á sí lo imperfecto; y áun el mérito de lo que ejercitaba, porque no lo atribuyeran á honor suyo, como á sugeto en quien resplandecia la gracia, lo ocultaba y tenia secreto cuanto podia, siendo tanta la sagacidad que tenia para disimular su virtud, que nunca lo excelente de ella, áun en materia de austeridad, penitencia y mortificacion, llegó á ser conocido durante su vida, todo con el fin de que le estimasen en algo, reputándose él por la misma nada. «Fué la oracion de este perfectísimo varon tan levantada, eficaz y ferviente, dice la crónica, como lo muestran las cosas prodigiosas que obró Dios por su intercesion, y las singulares gracias y dones que en ella y por ella se le infundieron. Además de la continua atencion que llevaba á la presencia divina, diputaba especiales tiempos en que dedicarse más de propósito y con mayor conato á este santo ejercicio de la oracion. En la cual los que le veian por la quietud y compostura exterior, inferian cuán profunda, inflamada y piadosa era allá interiormente. No le divertian de este santo recogimiento salidas y viajes que hiciese, porque en cualquiera tiempo y lugar procuraba ir muy dentro de si y conservar la divina presencia, y para no interrumpirla con el rumor de las criaturas cuando iba de camino en compañía de otros, se quedaba atrás, como lo observó muchas veces caminando con un su devoto, vecino de Yecla, llamado Pedro Martinez, al cual le solia decir que se fuese delante, y él se metia donde hallaba espesura de árboles á hacer oracion, y espiándole este testigo, le veia estar de rodillas, y cuando no hacia esto se iba rezando el rosario ó el oficio menor de la Vírgen, el cual decia todos los dias, por ser devotísimo de la Madre de Dios, tanto que entre las virtudes á que ex-

hortaba, esta era la más principal, diciendo que de ninguna suerte permitiria Dios que algun devoto de la Vírgen se condenase, y confirmábalo con muchos singulares casos y ejemplos. Para perseverar el largo tiempo que en la oracion gastaba, y tambien para ejercitar y conmover diferentes afectos, usaba de varias posturas, ya poniéndose de rodillas, ya de pechos ó en pié. Viéronle por dos veces un dia, habiéndole acechado por el resquicio de una puerta, estando en oracion en un aposento postrado en tierra y pegados los labios á ella, que parecia quererse envolver en el polvo, y así estuvo dos horas continuas. Salia de estas mortificaciones con los ojos hinchados, y preguntándole la causa de aquello, respondia ser humores que le cargaban. En medio del rigor del invierno, cuando suelen los religiosos llegarse algun rato á la lumbre, especialmente ántes de irse á recoger de noche para poder tomar algun sueño, el siervo de Dios Fr. Andrés, no cuidando de semejante alivio, se iba al coro ó la iglesia á cumplir sus devociones, que tenia muchas y muy piadosas de santos, especiales abogados suyos, y en estos ejercicios devotos se inflamaba su corazon de manera que no le parecia necesario otro fuego. Halláronle en el coro, como imaginaron, tan helado que casi no se podia mover.» Parece que este siervo de Dios gozó de diferentes favores en la oracion, y en particular de muchas revelaciones, las que refieren las crónicas en este lugar, y omitimos por no hallarse aprobadas, que sepamos, por la Sede apostólica. Tambien parece que le ilustró el Señor con el espíritu de profecía, el de la gracia de curacion y otros, de que se cuentan innumerables casos en la crónica de la provincia de S. Juan Bautista del P. Panes, págs. 877 á 899, donde puede verlas quien desee más noticias sobre este religioso. Queriendo el cielo dar el eterno descanso á sus fatigas, enriquecer su extremada pobreza, exaltar su humildad profunda, coronar su castidad purísima, poner en feliz libertad su obediencia, y concederle el premio de sus heróicas virtudes, dando treguas al dolor del penitente cuerpo hasta vestirle de gloriosos dotes en la segunda union con el alma, le envió una enfermedad, que recibió el siervo de Dios con mucha resignacion y sufrió con tanta paciencia, que aunque se hallaba muy aquejado, no decayó un punto en la aspereza de sus penitencias, considerando, segun el referido cronista, que ella y todo ejercicio de virtud ha de ser como la buena música, que en los finales ha de estar el punto más firme y el concento más conforme y suave. Ya dijimos cómo hasta el último de su vida no se quitó el hábito grosero que traia á raíz de sus carnes, y que para mudarle con otro delgado fué menester que el prelado se lo mandase, rehusándolo sin duda, ó porque no le descubriesen el riguroso silicio que tenia vestido, ó lo más cierto, por no morir sin él, y que el enemigo en el trance mayor del peligro le hallase desarmado y desnudo, no habiendo ar-

mas tan ofensivas para que se acobarde y arredre como con los amores de la penitencia impenetrables á sus tiros más fuertes. Llegándose, en fin la partida, se dispuso con actos de caridad y esperanza muy excelentes para recibir el viático y la extremauncion; administrándosele con mucha edificacion y ternura de la comunidad, viendo la reverencia, devocion y humildad con que le recibió y la grande paz y alegría que manifestaba en su rostro sin que al noticiarle su muerte manifestase la menor alteracion, señal evidente de lo conforme que se hallaba con la voluntad divina y testimonio de su buena conciencia. Pues era tal su rectitud y pureza, que no solo no encontró jamás materia de pecado mortal en él su confesor, pero ni áun de venial declaradó, por lo cual dice que gozaba su ánimo de tal quietud y tranquilidad que parecia tener principios de gloria.» Llegada la hora de su dichoso tránsito, habiendo pedido á todos perdon, abrazado con una cruz, haciendo muchos actos de amor y de contricion, dió al criador su bendita alma con tanta serenidad y sosiego que para saber si habia espirado fué preciso hacer algunas experiencias. Murió en 19 de Febrero del año 1624, á los sesenta años de edad y cuarenta y cuatro de religion, habitando en el convento de S. Francisco de Yecla. Quedó su cuerpo tan tratable como cuando tenia vida, el rostro apacible, afectuoso y no sin alguna hermosura. Amortajáronle para enterrarle, y habiéndole puesto en la iglesia para hacerle las exequias, sin haber avisado de su fallecimiento, concurrió á su entierro toda la villa y clerecia con singular devocion y recogimiento. Vinieron muchos prevenidos con tijeras, dice el cronista, cuchillos y otros instrumentos con que cortar el hábito para reliquias, y no se contentaron con esto, sino que descuidándose los religiosos pasó á atrevimiento su devocion, cortándole los cabellos, las uñas y algunos dedos de las manos y pies, que apreciaban en mucho y guardaban con gran veneracion y decoro. Era grande el fervor y piedad de la gente á lavarle los pies y las manos y tocar los rosarios, y no hartándose de mirar el bendito cuerpo clamaban que de ninguna suerte le sepultasen ni les quitasen aquel consuelo. Lo mismo pidieron los clérigos y los regidores, y con tales importunaciones é instancias, que fué preciso condescender con ellas y dilatar hasta el dia siguiente el entierro. No se resfrió la mocion, ántes acudió innumerable concurso, llevando tantas hachas y cirios que no habia donde ponerlas, y la clerecia cantó la misa y una vigilia ó nocturno con muy grande solemnidad. Además de lo que el siervo de Dios tenia ganado con su santa vida y beneficios que habia hecho en aquella tierra, concurrió una circunstancia admirable para mover á la gente á su aplauso y veneracion, y fué que habiéndose dilatado dos dias el dar sepultura al bendito cuerpo, no se puso yerto ni heló con ser en tiempo de mucho frio, ántes estuvo siempre tratable y caliente como si no

estuviera difunto, y asimismo sudándole el rostro como pudiera á una persona viva, de lo cual hicieron experiencia muchos seglares y religiosos, y en especial Fr. Blas de Losa, que estando por guarda del cuerpo por el gran tumulto que habia, y queriendo mudar una toalla que tenia debajo de la cabeza, que con el sudor estaba mojada, y poner otra enjuta, la halló muy caliente; y quedando admirado, para más certificarse de tal maravilla, entró la mano y tocó las espaldas, y hallólas mucho más calientes y bañadas del mismo sudor, y para más calificacion del milagro llamó cuatro personas de las muchas que allí asistian, é hicieron la misma experiencia, y durándole aquel sudor nueve horas continuas, muchos de los que se hallaron presentes le limpiaban por su devocion con los lienzos, y daban muchas gracias á Dios de ver lo que su Divina Majestad honra á sus fieles amigos, pues la muerte, para los demás terrible, es para ellos apacible sueño; y al tronco que queda sin alma le deja calor y fuego sobrenatural para producir en la Iglesia frutos de edificacion y alabanzas divinas. Habiendo permanecido dos dias de cuerpo presente se trató de enterrar á este venerable religioso. Hízose así, poniéndole en el lugar propio de toda la comunidad, asistiendo á los oficios todo lo principal de la villa. Terminada que fué esta solemnidad, subió mucha gente á la celda donde habia muerto el siervo de Dios pensando encontrar en ella muchas cosas que llevar por reliquias. Halláronse frustrados en sus esperanzas por la extremada pobreza y desnudez que guardó siempre el siervo de Dios; saquearon sin embargo lo poco que tenia, llegando al extremo de raer las paredes para llevar el polvo como reliquia. El amor y afecto que le tuvo todo el pueblo en vida se aumentó despues de su muerte, y así frecuentaban con piadosa veneracion su sepulcro, y notaron muchas personas que por las junturas de la losa que cerraba la boveda, salia un olor suavísimo y celestial, y era tan viva aquella fragancia que muchos, atraidos de su suavidad, se bajaban hasta tocar con la losa, y sucedió en alguna ocasion levantar esta, causando grande admiracion y consuelo. Refiere la crónica á continuacion un gran número de milagros de este religioso, terminando de este modo el largo catálogo que de ellos forma: «Por los cuales y sus excelentes virtudes está puesto en el catálogo de los religiosos venerables de nuestra Seráfica Orden por decreto del capítulo general de Roma del año 1627 para pedir su beatificacion á la Silla apostólica. — S. B.

RODRIGUEZ DE S. JOSÉ (Fr. Diego), franciscano español de la provincia de S. Diego de descalzos de Andalucía. Pocas noticias han quedado de este ilustre sevillano, conocido por un panegírico que legó á la posteridad, y que es aún leido con gusto, y citado con elogio. Consta, sin embargo, que fué muy dado á la virtud y á las letras, pasando la mayor parte de su vida en tan loables ejercicios, por lo que mereció el afecto de todos sus contempo-

ráneos, que eran verdaderos jueces en este punto, pues el siglo XVI fué sin disputa uno de los más gloriosos de España en la historia del catolicismo. Abundaban entónces los varones doctos y piadosos entregados á las oraciones y penitencias, y no eran ciertamente un fervor y un celo vulgar bastantes para elevarlos al alto grado de perfeccion que entónces se requeria áun en las personas que no hacian profesion de vida religiosa. Mirábase en un predicador, más que su erudicion y elocuencia, su vida ejemplar, y el que no tenia en ella los más subidos quilates, debia renunciar á una profesion en que acababan de brillar los Ávilas, los Granadas, y tantos otros varones, prez y gloria del clero español. El P. Rodriguez procuró seguir sus buenos ejemplos, y en su larga carrera oratoria, siempre se distinguió por su buena vida y costumbres, procurando ser un espejo en que se mirasen los que corrian á oirle y escucharle. No carecia, sin embargo, de conocimientos ni de las demás cualidades para el púlpito requeridas, pues sin ellas difícilmente hubiera podido brillar en tan difícil y espinosa carrera; pero ponia estas en segundo lugar siempre que se trataba de la salvacion de las almas, que era el principal objeto y anhelo de su existencia. Para conseguirle no perdonaba medio alguno, y ora de dia, ya de noche, siempre se le encontraba pronto á trabajar en la edificacion de los fieles, en su consuelo y espirituales adelantos. Asistia de consiguiente con frecuencia al confesonario, y entre sus numerosos hijos en Jesucristo, se distinguieron muchos por su virtud, que mereció grande nota en Sevilla y en toda su provincia. Su fama como predicador le valió se le encargáran los sermones más solemnes que se pronunciaban en aquel país, siendo impresos muchos de ellos, pues su elocuencia tenia ese carácter especial, que no es propio de todos los oradores, de ser tan grata en su lectura, como en su pronunciacion oral. De este célebre predicador ha llegado hasta nosotros un *Sermon de S. José* pronunciado por él é impreso en Sevilla por Matias Clavijo, en 1626, en 4.°—S. B.

RODRIGUEZ DE STA. MARINA (D. Juan), presbítero secular, de costumbres ejemplares y pura vida, fué insigne bienhechor del convento de religiosas mínimas de la ciudad de Sevilla, de donde era natural, y murió en 1606, mandándose sepultar en el referido convento. En su funeral se obraron algunas maravillas que acreditaron su santidad, y exhumando su cadáver veinte meses despues, se le encontró blando, tratable é incorrupto. — S. B.

RODRIGUEZ DE SASAMON (D. Rodrigo), abad de la santa iglesia de Valladolid en 1530, cuando todavía no habia sido elevada á sede episcopal. Era hijo de Rui Perez de Sasamon y de Doña Urraca Fernandez, personas pertenecientes á las más ilustres familias del reino de Castilla, y que por consiguiente procuraron á su hijo una educacion correspondiente á su clase,

Rodrigo supo aprovecharse de ella, y aunque en las carreras del Estado le estaba abierto el más brillante porvenir, prefirió dedicarse al clero, en que no salieron fallidas las esperanzas de su familia; pues si bien no llegó á ocupar un puesto tan brillante como podia esperarse de sus buenos antecedentes, sin embargo obtuvo uno de los más encumbrados que entonces se conocian, pues la dignidad abacial en los siglos XIII y XIV era acaso preferida á la mitra. Ignóranse los hechos de Rodrigo en esta iglesia, que ha llegado hoy á ser metropolitana, lo que es tanto más extraño, cuanto se le cita como uno de los abades más afamados, lo que puede muy bien provenir del esplendor de su familia, ó de que su nombre sirve para fijar las fechas cronológicas del principio de la iglesia vallisoletana. Ignórase la época de su muerte, que es tan oscura como todas las antigüedades de la referida ciudad.— S. B.

RODRIGUEZ DE SOBARZO (Juan). Fué natural de Esquivias, en el reino de Toledo, y oriundo de una de las principales familias de su época. Pero esta es la única noticia que acerca de él tenemos y la de una obra que escribió, porque si bien se dice que fué tercero profeso de la órden de S. Francisco, no se dice si perteneció al estado secular ó si pudo ser de algunos conventos de regulares, que no pasaban de terceros; ni sabemos tampoco donde fué su residencia, ni cuál su época; en fin, todo nos es completamente desconocido en un sujeto en quien por lo ménos habia capacidad y buen deseo, pues ambas cosas se acreditan en su obra, que bajo apariencias, no solo muy modestas, sino humildes, no es insignificante, sino de mucho mérito y provecho. Efectivamente, si examinamos detenidamente su *Instruccion de Terceros Hijos de S. Francisco*, que así la llamó, hallaremos que no es como parece indicar su nombre una simple narracion de las cosas peculiares de esta familia franciscana, tales como las ceremonias con que han de celebrarse sus reuniones ó ejercicios, las observancias á las cuales estan obligados, etc.; sino un verdadero tratado de mística, pues en la exposicion de las virtudes de que han de estar investidos los que llevan el escapulario y cordon de S. Francisco, va todo lo adelante que permite la aspiracion justa y debida á la perfeccion cristiana, buscando el facilitar los caminos que á ella conducen, procurando facilitar los medios de conseguirla, y llevando de una en otra virtud, ó más bien trazando los medios de adquirirlas todas para hacerse justo y perfecto, como decia el santo Patriarca lo sean todos y cada uno de los que se afilian en cualquier concepto á su numerosa familia. Otro servicio importantísimo iba á prestar á su Orden Tercera y á todos los que estiman en algo el conocimiento de las cosas, adelantos y vicisitudes de los institutos religiosos. Era una *Crónica ó historia de la Tercera Orden de S. Francisco*, obra sobre la cual trabajó muchísimo, é hizo no solo apuntes, sino tambien trabajos de alguna extension, que se han extraviado, como se

han extraviado muchos papeles, no solo útiles, sino tal vez necesarios para la historia, como lo era ciertamente esta obra que proyectaba Rodriguez; porque es verdad que muchos, casi todos los cronistas de la religion seráfica, hablan de la Orden Tercera, y citan sus progresos y áun á aquellos de sus varones que se han hecho insignes por sus virtudes ó por otras obras grandes é importantes; pero lo han hecho de una manera incidental, como que su propósito no era este, y en realidad de verdad ninguno de ellos ha dado á las Ordenes terceras la importancia que han merecido, pues no cabe duda en que en épocas en que este instituto ha estado, por decirlo así, en boga, han influido de una manera especial en las costumbres de los pueblos y han hecho un gran beneficio. Pero dejemos estas reflexiones y lamentémonos en gran manera de que se hayan perdido los fragmentos ó el croquis, que mejor merecia este nombre, que dejó escrito Rodriguez, y que si de alguna manera se hubiese conservado, no cabe duda en que algun otro, tan celoso como él de la gloria de su congregacion, hubiera continuado la obra y hubiéramos tenido un monumento de que carecemos; pero que acaso podria proporcionar á la posteridad alguno de los que con capacidad suficiente pertenecen á la venerable Orden Tercera de S. Francisco. —G. R.

RODRIGUEZ DE TORO (D. Juan). Fué natural de la ciudad de Toro, en el obispado de Zamora, habiendo tomado de su patria su apellido. Perteneció sin embargo á una familia ilustre, puesto que fué uno de los colegiales del Viejo de S. Bartolomé de Salamanca, al que no podia pertenecer sin esta circunstancia. Entró en aquel establecimiento en 1417, y siguió su carrera hasta obtener el grado de licenciado en cánones. «Este insigne varon, dice la crónica del colegio, fué á la defensa de nuestro fundador, D. Diego de Anaya Maldonado, arzobispo de Sevilla, á Roma, cuando le privaron de su arzobispado por los años de 1420 (en el que fué restituido en 423), por traza y violencia del maestro de Santiago D. Alvaro de Luna, que quiso conservar en aquella dignidad á su hermano D. Juan de Cerezuela, de quien hablan mucho las historias de aquellos tiempos, y en particular la del rey D. Juan el II, y de él hace memoria el Dr. Lorenzo Galindez de Carvajal, catedrático de prima en la universidad de Salamanca, en las adiciones que puso á los Claros Varones de Hernan Perez del Pulgar. Este insigne colegial, habiendo despachado como deseaba en la corte del rey D. Juan, dándole memoriales representando los grandes servicios, que habia hecho á la corona el arzobispo, pasó á Roma en seguimiento del negocio, donde consiguió su pretension juntamente con los doctores Juan Mellas y Alonso de Paladinas, que habian ido ántes á la corte romana en la misma defensa, todos colegiales. Cuando el licenciado Juan Rodriguez andaba en la corte del rey D. Juan, el maestre de Santiago D. Alvaro de Luna le ofreció el obispado de Coria, que

estaba vaco, porque no siguiese el negocio, lo cual menospreció con gran valor y fidelidad. Fué dean de la santa iglesia de Coria, arcediano en la de Zamora, y canónigo en la de Salamanca, cuya canongía se conservó despues por cerca de dos siglos en su familia. Murió en la referida ciudad de Salamanca, y se halla enterrado en la capilla del colegio, junto á la sepultura del Dr. D. Guillen de Murcia. Su epitafio dice así:

Esta sepultura es del honrado Juan Rodriguez de Toro, dean de Coria, canónigo en la iglesia de Salamanca, finó á dos dias del mes de Agosto de 1463.

Tiene un escudo de armas, que debe ser el de su linaje; pero no se distingue bien, segun dice la historia ya citada.—S. B.

RODRIGUEZ Tramon (V. D. José), presbítero. Fué natural de la Nava del Rey, en Castilla, é hijo de unos ricos labradores, que si bien le criaron con mucha piedad, imbuyéndole católicas y sanas doctrinas, no le dieron otra instruccion que dedicarle al cuidado de sus haciendas y cultivo de las heredades. Correspondiéndole un beneficio simple en tiempos que este cargo no llevaba aneja la obligacion de la cura de almas, abandonó el arado para disfrutar dicho beneficio, que radicaba en la parroquial de la Nava del Rey, contando en dicha época la edad de veinte años. Pero como no obstante su falta de instruccion, se hallaba dotado de buen ingenio y bastante penetracion, conoció cuán bien le estaria aplicarse al estudio para ser útil á sus prójimos en la carrera para que el Señor le habia llamado. Al efecto pasó á estudiar gramática á Medina del Campo, pero su penetracion y su ingenio no pudieron vencer la rudeza de su natural, y adelantó muy poco en las letras, al paso que en la virtud hacia extraordinarios progresos. Era sumamente devoto de la Purísima Concepcion, y su devocion fué extraordinariamente en aumento desde que principió los estudios, profesando tambien sumo afecto á S. Francisco Javier, á quien tomó por especial patrono y abogado, erigiéndole un altar en su parroquia con una bella efigie, celebrándole su fiesta todos los años, interin le duró la vida, y dotando una capellanía para celebrar misa en el altar de dicho santo. Pasó muchos años en Medina estudiando la gramática, adelantando muy poco; pero en fin, aprendiendo alguna cosa, y áun cuando era mozo crecido y barbado, nunca perdió su sencillez, ni desdeñaba por lo tanto la compañía de los niños pequeños que estudiaban con él, á los que amaba como si fueran sus hijos, y de los que era tiernamente correspondido en vista de su ternura y candor. Prendado de sus virtudes el Ilmo. Sr. D. Julian Dominguez de Toledo, obispo de Valladolid, le ordenó de sacerdote, y entónces, cumplido el único y más fer-

viente deseo de su vida, empezó á servir dignamente su beneficio en la parroquia de la Nava, esmerándose cuanto le fué posible en su cumplimiento. Edificaba á todos, así seglares como eclesiásticos, por la pausa y devocion con que celebraba la misa, cuidando de aliviar en cuanto le era posible á los beneficiados, sus compañeros, cantando por ellos las Misas que les tocaban, especialmente las de más trabajo; pues como era tan rudo á la vez que tan humilde, conociendo él mismo la cortedad de su talento y su falta de instruccion, procuraba ayudar á los demás en cuanto posible le era, y ayudaba con preferencia á aquellos que tenian que asistir al confesonario, á fin de que por acudir á otras obligaciones no desatendiesen tan importante negocio. Dió una prueba de su profundísima humildad un dia de la Ascension, que cantando la solemne Misa, al llegar á la epístola, dijo en vez de *oh Theophile*, ó *tio Felipe*, lo cual movió á risa á todos los circunstantes y á los demás sacerdotes, que luego en la sacristía se burlaron del sencillo beneficiado, quien en lugar de ofenderse ó darse por sentido de la mofa que le hacian por una distraccion, se burló de sí mismo, riéndose como los demás, y diciendo: *Sí, soy muy bobo, conozco que soy muy rudo.* Otros casos semejantes se cuentan de él, los cuales prueban su sencillez é inocencia. Pero las prendas de su alma eran de más alto valor que la posesion de una ciencia vana é inútil, cuando no se halla acompañada de la piedad y de la verdadera virtud. Era caritativo en sumo grado, y muy limosnero y penitente. Ayunaba tres dias á la semana, y ejercitábase en muy rigorosas penitencias, aplicándose ásperas disciplinas, y pronunciando con extraordinario fervor el acto de contricion. Ningun pobre salia de su casa sin socorro, ni ningun afligido ó necesitado sin consuelo, pues sus consejos y sus expresiones eran tan tiernas, aunque naturales y sencillas, que el ánimo más afligido hallaba un grato alivio á las dolencias del alma. Ya hemos dicho que su caridad no tenia límites, y referiremos en prueba de ello el siguiente ejemplo. Un año hubo en el pueblo grande escasez de trigo, y en virtud de la penuria, y conociendo su buen corazon, acudian multitud de pobres á su puerta, y todos marchaban auxiliados. Tenia D. José por ama una mujer bastante buena en el fondo, pero económica en demasía y que no podia llevar con paciencia aquel gasto, que calificaba de desperdicio, y así contínuamente estaba excitando á su amo para que no diese limosna, riñéndole ásperamente, y llegando por fin hasta el caso de cerrar la puerta á los pobres, abusando de la especie de influjo que ejercia sobre el humilde y sencillo sacerdote. Las reflexiones que éste la hacia sobre la utilidad de la limosna y las excelencias de la caridad, no producian ningun resultado, y el buen sacerdote concluia siempre por ceder á las exigencias de su ama, como si esta se hallase asistida de razon. Cierto dia que salió el ama temprano de la casa, dejando la

puerta cerrada con llave, porque su señor aún dormia, levantóse este y púsose á la ventana, aguardando que su doméstica volviese. Pasó un pobre y le pidió limosna, y buscando alguna cosa que darle, halló en la cocina toda la hornada de pan que habian traido la noche ántes, y tomando un pan se lo arrojó al pobre por la ventana. Pasó luego otro necesitado y aconteció lo mismo, y tantos pobres iban pasando, que no quedó ni un solo pan en la casa; cuando vino el ama y vió el buen despacho que su señor habia dado á la hornada, se encolerizó de todas veras y le riñó con la mayor acritud. Pero el buen sacerdote, inflamado por el ardiente celo de la caridad, y respirando una santa indignacion, impropia hasta entónces de su carácter, reprendió severamente á la criada por su dureza, y la dió á entender que de allí en adelante no sufriria que le coartase sus facultades respecto á dar limosnas, y que lo hecho aquel dia le llenaba de tanta satisfaccion, que preferia quedarse sin comer pan una semana. Porque, ¿quién sabe, decia, si entre esos pobres habrá llegado el mismo Jesucristo en demanda de socorro? Con este rasgo de firmeza contuvo las exigencias de su ama, y pudo cumplir en adelante los deseos de su caritativo corazon. Aunque D. José se hallaba en edad avanzada, no perdió la sencillez de sus primeros años, y cumpliendo con aquella máxima de Jesucristo que recomienda el amor á los niños, gustó de rodearse de los inocentes, y observó sus costumbres, y se adaptó á sus gustos, hasta mezclándose en sus juegos, y proporcionándoles distracciones en que siempre se mezclaba la idea religiosa y el espíritu místico al juego y al pasatiempo. Gustaba, sobre todo, en la época del aniversario del natalicio del Salvador, de componer los altares llamados Nacimientos, y convocaba á los niños y sus familias, celebrando con el mayor regocijo aquella tierna y grata solemnidad religiosa. Habiendo, pues, contraido grandes méritos de virtud, penitencia y caridad, cargado de años y gozando de una vejez dulce y tranquila, descansó en paz en el Señor, rodeado de su familia y llorado de sus protegidos. Murió en año ignorado del último tercio del siglo XVIII, en el indicado pueblo de la Nava del Rey, siendo enterrado en la iglesia parroquial, donde por espacio de tantos años habia desempeñado su sagrado ministerio. La memoria de este virtuoso sacerdote se conservó por mucho tiempo entre sus favorecidos, que echaba de ménos sus socorros, su piedad, su humildad y la mansedumbre con que en todos sus actos procedia. —M. B.

RODRIGUEZ DE VALCARCEL (Francisco). Fué natural de Zamora é hijo de padres muy esclarecidos que trataron desde luego de dar al jóven una educacion lo más esmerada posible. Como á este justo deseo de los padres se agregaba una docilidad grande y una capacidad nada vulgar, no hay para qué decir que los adelantos que lográra en su carrera serían muy rápidos,

porque esto, como llevamos dicho, se comprende perfectamente. Luego que hubo hecho sus estudios de humanidades y filosofía en las universidades de Valladolid y Salamanca, se dedicó en esta tan justamente celebrada al estudio del derecho civil y canónico, no porque esta fuera su inclinacion, pues ella era decididísima por el estado eclesiástico, y por consiguiente mucho más á propósito hubiera sido la sagrada teología, sino por empeño decidido de sus padres, que le dieron este consejo, contando con que si queria el estado sacerdotal, léjos de ser inútiles para él los estudios de la jurisprudencia, le eran muy adecuados, tanto más, cuanto hay cargos, y cargos importantes, que necesitan precisamente estos estudios y que no pueden canónicamente conferirse sino á los que los poseen, bien sea de un modo especial, bien en el cuerpo científico que hoy se hace formar á las carreras, que todas comprenden todo lo necesario para ellas. Para conocer la manera con que haria sus estudios Rodriguez de Valcárcel, basta saber que apénas los concluyó fué admitido á los ejercicios que precedian á la investidura de doctor, y en ellos obtuvo señaladas muestras de deferencia de parte de sus jueces, sin que por esto se crea que dejaron de tratarle con el rigor conveniente para juzgar, y juzgar con acierto, de su capacidad, sino que viéndole tan bueno y que tanto habia aprovechado en los años de estudios, que generalmente hablando, no suelen ser en el tiempo en que más se aplican los estudiantes, deseaban darle esta prueba de deferencia laureando sus esfuerzos y desvelos con el honrosísimo título de doctor, que en verdad honra mucho á los que le poseen. Luego que ya fué del claustro, le confiaron algunas sustituciones de cátedras, y viendo que tenia grande disposicion y alguna aficion á este cargo, le invitaron para que aspirára, por los ejercicios que entónces estaban en uso, á una de las de derecho, vacante á la sazon. Efectivamente, hizo oposicion á ella, y fué preciso que se la dieran, porque sus ejercicios fueron brillantísimos; así es que desde el primer dia en que explicó fueron muchísimos los discípulos que acudieron á oirle, no solo de los que les correspondia hacer este estudio, por hallarse en aquella parte de la carrera á que pertenecia, sino de los que teniéndole ya probado académicamente, querian á su vez probar las dotes del nuevo maestro, y ver hasta dónde llegaba su suficiencia, y si era en la cátedra como lo habia sido en las pruebas. Efectivamente, salian satisfechísimos de las explicaciones del jóven profesor, y á algunos les parecia imposible el que apénas concluida su carrera tuviese tal caudal de conocimientos y una erudicion, que manejada cual él la manejaba, suponia largos años encima de los libros, sin haberlos dejado ni de noche ni de dia. Adquirió, como era consiguiente, gran concepto, y si á esto se agrega un carácter dulce, benigno, afable para todos, se forma una idea de cuán simpático habia de ser á todos. Muy contentos estaban todos con

él, y él no dejaba de estar satisfecho en su cátedra, tanto más cuanto que habiendo ascendido, como lo deseaba, al órden sacerdotal, tenia en el ejercicio de los sublimes ministerios de su estado cierto descanso y solaz que le distraia de las fatigas de la enseñanza, cuando vacó la canongía doctoral de la santa iglesia de Leon: hizo oposicion á ella, y la obtuvo por unanimidad, en razon á que fué sin disputa el más aventajado de los opositores. Por supuesto que apénas llegó allá y se tuvo noticia de su habilidad para la enseñanza, tanto el obispo como el cabildo se empeñaron en que allí tambien habia de enseñar, y como él era muy aficionado á esta ocupacion, y la juventud en verdad formaba sus delicias, y era, como si dijéramos, sus encantos, no fué difícil blandearlo, así que se consiguió que explicára derecho canónico, con indecible provecho de los estudiantes y con muy gran contento de cuantos se habian interesado en que se pusiese al frente de aquella cátedra. Se le pudo obligar tambien á que diese á luz un precioso tratado de derecho que tituló *Epitome juris canonici*, y que impreso en Alcalá de Henares en 1647, fué muy provechoso para la juventud de su época, y hoy lo es para los que se dedican á este estudio, siquiera no pueda considerarse sino como monumento histórico, pero de grande importancia. No se crea que por su nombre de *Compendio* es un volúmen reducido, y en el cual no hay materia; todo ménos que eso, el autor lo llamó *Compendio* acaso por no atreverse á darle el título de *Tratado*, pero es un libro completo, en él no falta nada con relacion á su época, y muchos escritores modernos han acudido á él para ilustrarse en puntos controvertidos, que allí se esclarecen hasta donde era posible, y que estan tratados por el autor con un tino y una elevacion admirables, sin que les falte claridad, sencillez, ni ninguna de las otras circunstancias que hacen recomendable una obra didáctica. Todos satisfechos, él con el cabildo, con el obispo y con el pueblo; y el pueblo, el obispo y el cabildo muy satisfechos con él, sin ninguna aspiracion por su parte, y sin ninguna pretension por consiguiente; cuando el Sr. Rodriguez pensaba que nadie se ocupaba de él, porque él ni se ocupaba ni ocupaba á nadie, el Sr. Rodriguez de Valcárcel se encuentra presentado obispo de Cartagena la Nueva en América, siendo la primera noticia que de tal cosa tuvo la comunicacion oficial que recibió. Puede inferirse cuál sería su sorpresa por cosa tan inesperada; hizo su renuncia al momento, pero todo fué inútil, habia un decidido empeño en que este hombre eminente en ciencia y no escaso de virtudes, fuera obispo, y como tal le preconizaron en Roma, siendo consagrado, despues de cubrir todos los requisitos canónicos y legales, el dia 21 de Junio del año 1649. Inmediatamente se puso en marcha para su diócesis, donde llegó felizmente, tomando al punto posesion de su cargo, y disponiéndose á ejercerle con el afan, acierto

y solicitud con que desempeñó cuantos hasta entónces habian estado á su cuidado. Sin embargo, no pudo realizar sus deseos, porque el hilo de su vida se cortó cuando ménos se esperaba. Acometido en Junio de 1651 de una fiebre, que en los principios no se creyó de gravedad, y que iba consumiéndole visiblemente, él mismo advirtió su peligro, se hizo administrar los sacramentos de la Iglesia, que recibió con fervor extraordinario, y el 18 de Junio del mismo año entregó á Dios su espíritu en medio del más vivo sentimiento de los que con razon habian fundado esperanzas en el obispo D. Francisco Rodriguez de Valcarcel. —G. R.

RODRIGUEZ DE VALDERAS (Fr. Gerónimo), natural de Valladolid y educado en su célebre universidad, donde desde el punto de concluir su carrera le brindaban con la cátedra á que hubiese querido dedicarse, renunció á tan halagüeño porvenir para ingresar en el convento de Mercenarios de la misma ciudad, donde fué tenido en la honra y estima que merecia, tanto por su carrera literaria cuanto por sus virtudes, que no eran en verdad menores que la ciencia, y esta fué muy profunda. Obligado por obediencia á ejercer el magisterio de sagrada teología, sacó aventajadísimos discípulos, y mereció justos elogios, porque tenia para el desempeño de su cátedra un celo y un interés como poquísimos le han tenido ni le tienen. En atencion á su literatura y prendas, fué propuesto para el arzobispado de Sto. Domingo (ultramar), pero no hubo manera de hacerle aceptar una distincion que era tan justa, ni permitió siquiera que se hiciesen las acostumbradas averiguaciones sobre familia, etc., que en tales casos son requisito indispensable; pero no pudo excusarse de aceptar el de Badajoz, que le fué encomendado por la preconizacion de Su Santidad en 6 de Abril de 1662; así es que tuvo que consagrarse é ir á gobernar su diócesis con gran placer de todos los que sabian lo mucho que valia el mercenario que, sea dicho de paso, en nada alteró en el obispado su conducta de religioso, y religioso muy observante. Con grandísimo sentimiento de los fieles y clero de Badajoz, fué trasladado en Abril de 1668 á Jaen, en cuya iglesia era por entónces necesario un hombre de su carácter, que reuniese las circunstancias que él reunia; prudencia, inteligencia y celo, porque las demasiadas libertades que su antecesor, hombre muy bueno, pero nada rezeloso de los demás y que creia que todos eran como él, habia dejado tomar á todos, hacian necesario un correctivo, pero un correctivo que no fuese motivo de mayor exasperacion y desbordamiento: para esto nadie tan á propósito como el obispo de Badajoz, que en efecto logró cuanto apetecia, así como la estimacion de todos, pues todos sintieron y lloraron su muerte, acaecida no muchos años despues de ser obispo de Jaen. Escribió y publicó en Madrid, y fué recibido con aplauso por ser de utilidad, un libro que tituló: *Compendio de las Constitu-*

ciones y todas las actas de la Orden de la Merced, aprobadas por Su Santidad.—G. R.

RODRIGUEZ DE VALHERMOSO (Fr. Miguel). Sin que sepamos nada acerca de los antecedentes de familia de este esclarecido religioso de la órden de San Francisco, las crónicas de ella nos le presentan pidiendo el hábito con la mayor humildad en concepto de lego en una de las casas de la provincia de Castilla. Hizo su probacion como era consiguiente, y en ella se encontró que su talento era muy claro, su capacidad nada vulgar, y por consiguiente que podia y debia dedicarse á estudios, con la seguridad de que en ellos habia de adelantar en gran manera. Efectivamente, por disposicion de sus superiores, y casi rehusándolo él, le llevaron á estudiar humanidades, luego filosofía, y por último, sagrada teología, en cuyos estudios adelantó tanto, que sus mismos profesores se admiraban así de sus progresos en la ciencia como de que un hombre de tanta capacidad hubiese desde luego sido tan humilde que no aspiraba á otra cosa sino á la condicion de lego, baja, muy baja segun el mundo, si bien es verdad que á muchos ha servido para encumbrarse á la importante altura de moradores de la patria celestial. Cuando tuvo edad conveniente fué elevado á las ordenes sagradas, ofreciendo las más bellas disposiciones, por cuanto era como arrastrado por la obediencia, pues él se reconoció siempre indigno de desempeñar funciones tan altas como son las del ministerio sacerdotal. Cuando llegó á tan sublime estado, no sabia lo que por él pasaba, pues á pesar de su repugnancia en ascender á tal altura, era, como no podia ménos, suma su complacencia al contemplarse sublimado á una gerarquía á la cual los ángeles tienen santa envidia. Su primera misa se celebró con extraordinaria ostentacion, y desde entónces comenzaron sus tareas apostólicas, pues que dedicado por sus superiores al púlpito para cuyo ministerio era incansable, tenia el gusto de lograr ópimos frutos de su predicacion; bien es verdad que no podia ménos de suceder así, toda vez que la hacia como los apóstoles, confiando solo en Dios y estudiando no solo en los libros donde se aprende, es verdad, la ciencia material, sino en el crucifijo, que es quien enseña á tocar oportunamente estos resortes que, sin saber como, mueven el corazon del hombre y le llevan á Dios, proporcionándole así la dicha de que se una al único bien imaginable, y le encaminan al solo término que procura al hombre su bienestar eterno, y como anticipacion de esta eternidad venturosa, el bienestar material que consiste en la paz del corazon. Como era consiguiente, tan excelente misionero no podia ménos de dedicarse tambien al confesonario, y en este lograba frutos abundantísimos en conversiones, que parecian imposibles, y como consecuencia de estas en restituciones cuantiosísimas, que inesperadamente se hacian, dando con esto la tranquilidad á los que ha-

bian defraudado aquellos intereses, y no pocas veces el bienestar á las familias, que por la privacion de ellos estaban si no en la indigencia por lo ménos más reducidos de lo que debieran, y que vueltos otra vez á su estado, digámoslo así normal, por la posesion de estos bienes que en realidad les pertenecian, podian tener más desahogo y atender con regularidad á sus obligaciones. Además de estos pecadores, que pudiéramos decir públicos, y que acudian al Padre por la conviccion que les causára su siempre oportuna predicacion, estaba su confesonario rodeado siempre de multitud de personas devotas de todos los estados, de todas las condiciones y gerarquías sociales, porque para todos eran adecuados sus consejos, para todos eran convenientes sus amonestaciones, y el grande como el pequeño, cada uno en su línea, tenian cómo aprovecharse de las indicaciones, consejos y avisos del P. Rodriguez. Entre las muchísimas personas á quienes confesaba, era una de las que más satisfechas se hallaban con él, y que en verdad podia estarlo, el duque de Alburquerque, señor de los más distinguidos de Castilla, y en su época una de las primeras figuras, porque como hombre de estado, que entendia perfectamente bien los negocios de él, era muy estimado del monarca, el cual le confiaba los cargos más delicados por la certeza que tenia de que habia de desempeñarlos á la perfeccion; siendo muchas veces el éxito favorable de asuntos del mayor interés y sumamente delicados, debido á que el duque nunca emprendia cosa alguna de importancia sin el consejo de su confesor el P. Rodriguez, y éste tenia buen cuidado de mirar las cosas sin pasion alguna para darlas el giro más conveniente, salvando siempre la honra de España, de la cual era partidario decidido, como verdadero hijo y amante cariñoso de su madre patria, lo cual en verdad no se opone, ántes algun tanto favorece, á la práctica de la virtud. Pues bien, el duque de Alburquerque fué nombrado virey de Sicilia, y por consiguiente hubo de ir allá, donde le era muchísimo más necesaria la cooperacion, consejos y ayuda de su ilustrado y piadoso confesor. Mucho trabajo costó á S. E. el reducirle á que le acompañára; pero al cabo, fuese porque las repetidas atenciones del señor duque al convento obligaban á este á que por su parte le complaciera en lo posible, ó porque el Padre conociendo que allí seria necesario al duque y útil á los demás, se doblegára á la necesidad de un viaje y demás, ello es que al partir el virey se llevó al Padre, y le acompañó éste en todo su vireinato, que duró algunos años, hasta que el Rey le trajo á España para confiarle el cargo de primer ministro de su corte. Grandes servicios le prestó su confesor, como él esperaba y no podia ménos de suceder, y además de lo mucho que hizo por el duque, hizo tambien en favor de los jóvenes estudiantes de Palermo el darles curso de teología dogmática y moral todo el tiempo que estuvo en aquella capital, con lo cual como era con-

siguiente su voz se hizo muy autorizada, su doctrina seguida por todos, y fué plenísima la satisfaccion del duque en haber llevado á su lado un hombre de las circunstancias de nuestro P. Rodriguez. Allí publicó, porque lo creyó conveniente, la única obra que de él tenemos; pero que equivale á muchas por su mérito, oportunidad y provecho que de ella resultó, y áun indirectamente resulta, pues sus principios son las bases en que descansan las que en la actualidad se escriben sobre el particular. La tituló: *Tractatus circa legata annua, seu Stipendia onerosa Missarum, aliorumque operum priorum Minoribus observantia regularis relicta.* Casa de Decio Cirilo, año 1633, un tomo en 4.° Regresado á la península, renunció constantemente todos los obsequios y honores que, tanto como particular cuanto como hombre de estado, le ofreciera el duque; y ocupado en los ejercicios de su santo ministerio, despues de una breve enfermedad en que recibió todos los auxilios espirituales, pasó á mejor vida por los años de 1650. — G. R.

RODRIGUEZ DE VARGAS (Damian). Aun cuando la mayor parte de los que han escrito de las cosas de la Iglesia, é indudablemente los que acerca de ellas lo han hecho con más acierto, han sido eclesiásticos, no han faltado tampoco seglares, que ya sobre un asunto determinado, ya sobre todas las ciencias eclesiásticas en general, han escrito, y lo han hecho con bastante acierto. Entre los que han escrito de un asunto particular, puede y debe citarse á Damian Rodriguez de Vargas, que á la verdad merece ser conocido y estimado en lo que vale, tanto como escritor cuanto como persona particular, pues en ambos conceptos puede ser modelo, y nunca ha de escatimarse el presentar estos modelos en cuanto sea posible. En primer lugar, la sola enunciacion de sus apellidos indica que su ascendencia fué noble y muy esclarecida, por lo cual su familia era distinguida y su casa bastante acomodada, sin que fuese sin embargo de esas casas sobradamente ricas, que podian despilfarrar inmensos caudales. Hizo una brillante carrera en Alcalá, su patria, y pudo muy bien haberse colocado en cualquiera de las cátedras de leyes, que fué su profesion, que vacaron en su época; sin embargo, nunca quiso figurar, y para no tener precision de tomar un partido, se quedó solo con el tanteo ó exámen para el doctorado, y sin recibir la solemne investidura de tan honroso grado académico. Tampoco quiso contraer matrimonio, áun cuando para ello hubiera tenido muy buenas proporciones, y esto en manera alguna fué por miras interesadas, porque nunca tuvo otro gusto mayor que el repartir sus bienes á los pobres, á cuyo servicio se dedicaba en cuanto le era posible. Varias veces le instaron para que, ya que tenia hechos los estudios de leyes y cánones, emprendiese, como á muy poca costa hubiera podido emprender, la carrera eclesiástica; mas él siempre dijo que era estado muy perfecto, y esta fué la única razon en que apoyó la re-

sistencia á tomarle. Por lo que hace á su conducta era arregladísima, vivia con perfecta sujecion á las reglas que establece para sus individuos la Tercera Orden de S. Francisco. En la propagacion de tan benéfico instituto empleó cuantos recursos estuvieron á su alcance, todo procedente en él de la cordialísima devocion que profesaba al seráfico Patriarca, fomentada en él por repetidos favores que por la mediacion de tan glorioso siervo de Dios se complacia en haber recibido, no solo él sino muchísimos individuos de su familia. A consecuencia de este gran celo que por extender la devocion del seráfico Patriarca, y la participacion de los beneficios de su Tercera Orden, le animaba, le encomendaron repetidísimas veces los cargos de gobierno de ella en Alcalá, y á esto se debió el que él y algunos otros, animados por su ejemplo, dotasen á la capilla donde se celebraban los ejercicios y funciones de tan piadosa reunion, de ornamentos, alhajas y otras cosas necesarias, teniendo siempre nuestro buen Damian el cuidado de ocultar hasta el más ligero resquicio por donde pudiera venirse en conocimiento de que él habia sido quien lo habia hecho. Sin embargo, no lograba tener ocultas sus buenas obras, porque cuando él ménos pensaba y por donde lo creia ménos, se descubria que Rodriguez Vargas habia mandado hacer tal ó cual alhaja, ó tal ó cual ornamento, y entónces inferian que habia sido para la Orden Tercera. Por supuesto era puntualísimo en asistir á todos los ejercicios de ella, y los pobres que á ella pertenecian eran muy ámpliamente socorridos por él; si bien ocultaba siempre su nombre para que no tuviesen ocasion ni áun de darle las debidas gracias por sus favores. Aun cuando pertenecia al estado secular, era muy respetado en Alcalá, y no pocas veces le buscaban para arreglar asuntos domésticos y diferencias entre familias, para lo cual tenia mucho acierto, porque su espíritu era verdaderamente conciliador. Sus consejos siempre iban encaminados al bien, y á él tambien se dirigian sus ejemplos, por lo cual hombre de verdadera rectitud y de buena conciencia, merecia el aprecio de cuantos le trataban, porque apreciable es el que obra en todo segun los preceptos y consejos del Evangelio. Como su bolsillo estaba siempre abierto para los pobres, era de todos muy querido, así que su muerte fué sentidísima, y para su entierro se portó la Orden Tercera concurriendo con todo el aparato que podia á las honras del que llamaban con razon su protector. La obra que escribió y que le dió justa celebridad, fué un poema en octavas reales, que tituló: *La verdadera Hermandad de los santos mártires de Arabia S. Cosme, S. Damian y compañeros;* obra impresa en Toledo el año de 1621.—G. R.

RODRIGUEZ DE VIEDMA (Fr. Alonso), de la Orden de S. Gerónimo, primer prior del monasterio de las Cuevas de Guisando. Fué de sangre ilustre, como lo muestra su noble apellido. Algunos quieren fuese hijo ó hermano

de Juan Rodriguez de Viedma, copero mayor del rey D. Pedro, y nieto ó sobrino de Ruy Perez de Viedma, el que lidió tres dias enteros en estacada con Payo Rodriguez de Avila en presencia del rey D. Alonso, padre del rey D. Pedro; y aunque actualmente existen caballeros de este apellido en el reino de Jaen, la casa y el linaje se conserva directamente en los condes de San Esteban, marqueses de Fromesta, y señores de Javalquinto y Estivel, como lo advierten los que tratan de linajes. Mandó matar el rey D. Pedro á Rodrigo Yañez de Viedma, y á Juan Rodriguez de Viedma le quitó el oficio de copero. Viendo los varones y caballeros discretos, y entre ellos Fr. Alonso de Viedma, que las cosas del Rey iban encaminadas á mal término, esperándose aún peores sucesos, determinaron, movidos principalmente del espíritu del Señor, abandonar el mundo ántes que este los abandonase. Como era jóven de valor, emprendió con resuelta determinacion dedicarse al servicio de Dios, haciendo una mudanza notable en su vida y costumbres. Tenia veintiuno ó veintidos años, y ántes de decidirse aquel noble caballero, puso los ojos en las órdenes religiosas que entónces habia en España; le pareció que no le llamaba su espíritu é inclinacion á ninguna de ellas, no porque no fuesen muy santas, ó porque no viese en ellas grande observancia, sino porque no era aquella su vocacion. Oyó decir que habia una nueva forma de ermitaños, que vivian retirados en los montes y desiertos, apartados del trato humano, al modo de aquellos Padres de los yermos de Egipto, Palestina y Tebaida, imitando á S. Gerónimo, Antonio, Hilarion y otros de esta magnitud. Sintió una voz interior que le decia siguiese aquella forma de vida y estado, que saliese de su patria y de entre sus parientes, y se fuese á buscar aquellos nuevos hombres, que pretendian resucitar aquella santidad antigua que se cultivó en los yermos. A continuacion lo puso por obra, viniendo á parar al lugar que se llama las Cuevas de Guisando, guiado de su buena estrella, ó más bien de su santo ángel. Créese que comunicó su pensamiento con sus dos amigos Pedro Fernandez Pecha y Fernando Yañez, estando los tres en el palacio y corte del rey D. Pedro. Habiendo llegado á aquel punto, halló todo lo que deseaba. Emprendió con grande ánimo la santa vida y pobreza de aquellos varones, á quienes llamaba beatos la gente comarcana, por tener ya en la tierra como una participacion de la bienaventuranza. Obedecian en estas ermitas y juntas ordinariamente á uno de ellos, que les parecia más aventajado, prudente y perfecto en la vida espiritual, y le llamaban el Padre de la Congregacion, costumbre observada de los primeros, aunque sin ningun voto, pues no podia existir concierto en el genéro de vida y virtudes que fuese duradero, si no se sujetaban á alguna obediencia; y aunque esta era casi nula, estaba tan en su punto y en tanta perfeccion puesta, que causaba admiracion. A pocos dias se echó de ver que

el llamamiento de Fr. Alonso Rodriguez de Viedma era del cielo. Comenzó el edificio de su vida y de sus altas virtudes por el perfecto fundamento de ellas, que es la humildad; despues de esta virtud tuvo como por excelencia una natural mansedumbre, bien fuese que resultára de la humildad adquirida con el deseo de caminar á la perfeccion imitando á Jesucristo, manso y humilde de corazon, bien fuese complexion ó hábito natural, como se observa en muchos que nacieron con tan buen signo. Era muy notable en este siervo de Dios una maravillosa paciencia, sobresaliendo en esta virtud sobre todos los de aquella congregacion, y le llamaban por lo tanto S. Nicolás, pareciéndoles que le representaba, siendo una copia exacta de las virtudes y santidad de aquel gran prelado; asi llegó á ser entre ellos tan señalado, que le trataban con la mayor reverencia y le tenian un santo respeto, queriendo imitarle en sus extraordinarias virtudes y vida ejemplar; agregóse á esta notoria circunstancia el obrar Dios por su intercesion bastantes milagros, con lo que acabó de calificar su opinion; el general de la Orden, P. Fr. Pedro de la Vega, historiador de la religion, no los especificó; pero en una memoria bien antigua, que se hallaba en el archivo de S. Bartolomé, se encuentran particularizadas algunas de estas maravillas y milagros. El Padre de esta congregacion de ermitaños era sugeto de grande prudencia, y quiso probar los quilates de la virtud de Fr. Alonso de Viedma; y si era tan firme en ella como manifestaba y todos creian, proporcionándoles ocasion y eficacísimo ejemplo para imitarle; á este fin le mandaba á veces hacer cosas extraordinarias en la apariencia, muy ajenas de razon, dificultosas de sufrirse y de cumplirlas; unas veces le ordenaba que se estuviese en su ermita ó cueva sin salir de ella de sol á sol, orando ó encargándole quehaceres de poco fruto, sin comer ni beber, ni acudir á otras necesidades con que nos molesta la naturaleza. Exactamente lo cumplia el siervo de Dios, tan sin dificultad ni alegar excusas, ántes bien con rostro apacible, sin mostrar pesadumbre ó tristeza, que parecia que Dios se lo mandaba, suministrándole al mismo tiempo la alegría, la fuerza y el sufrimiento. Otras muchas veces le mandaba que se pusiese encima de un risco ó al pie de un árbol, y que no se moviese de allí hasta que le ordenase otra cosa, haciéndole permanecer tanto tiempo, que áun á él que se lo mandaba le cansaba, quedando vencido de la obediencia y paciencia del súbdito, y el caballero de Cristo continuaba tan alegre como si en aquello consistiera su salvacion y gloria. Alguna vez le preguntaban sus hermanos lo que pensaba cuando estaba tanto tiempo inmóvil, sufriendo los ardorosos rayos del sol y los pies sobre una dura peña, respondiéndoles con la mayor sencillez, que únicamente pensaba en sus culpas y defectos. Otras veces decia que no le ocupaba nada el pensamiento, bastándole saber que cuando su superior le mandaba estar allí,

bien sabria porqué sin otras consideraciones. El prudente Padre de la congregacion daba infinitas gracias á Dios al verse así vencido de tan santo súbdito, dejándole confuso y enternecido el observar tan perfecta obediencia á todos sus preceptos en un jóven tan noble y generoso, envidiándole siendo un hombre pecador, y sintiendo no ser él tan obediente á los preceptos de Dios. Algunas veces le mandaba quitase piedras de donde no habia necesidad de separarlas, que plantase árboles secos y los regase á fuerza de brazos, sin provecho alguno, ó bien que arrancase otros que estaban ya arraigados y de los que se esperaba fruto, sin poner en cuestion ni dar ninguna razon que justificase tan raros caprichos; obrando de este modo sin duda para que no solo quedase sometida la voluntad á la obediencia, sino tambien el entendimiento; y como otro nuevo Abraham, creia y esperaba sobre toda humana esperanza. Llegó ocasion en que le mandó se arrancase uno á uno los pelos de la barba; rareza que no debia mandarse ni ménos sufrirla, pero el santo la obedeció y cumplió. Se arrancó muchos de ellos con indecible dolor, sin manifestar en el semblante el sufrimiento; y hubiera concluido la cruel tarea, si el superior, atónito al ver tan admirable obediencia, no le mandára cesar. Llegó tiempo en que estas ermitas se transformaron en un monasterio, pues se habian multiplicado los ermitaños, siendo así que no fueron más que cuatro los que al principio vinieron á aquel yermo. Murió el primero, que fué mirado como padre y superior, y luego de comun acuerdo hicieron que lo fuese Fr. Alonso de Viedma, dándole todos la forma de obediencia que entónces usaban hasta que se fundó el monasterio y le hicieron prior; y el P. Fr. Pedro de Guadalajara, que ya le conocia, teniendo noticia de su aprobacion, santidad y prudencia, le confirmó en el priorato por la autoridad apostólica que le habia concedido el papa Gregorio para fundar cuatro monasterios; y él mismo la cometió al obispo de Avila, que vino en persona á presidir todos estos actos y solemnidades á las Cuevas de Guisando, como lo acreditan las escrituras auténticas que se conservaban en el mismo convento. El bendito Fr. Alonso unia á una simplicidad de paloma, discrecion y gran talento en las cosas pertenecientes al gobierno de la comunidad. Aumentó aquella casa, y casi toda la hizo, no como existia en tiempos más modernos, sino ajustada á la primitiva sencillez y santa pobreza. El aumento y el celo por la religion era su principal cuidado, cultivando las almas de sus súbditos en señaladas virtudes, con ejercicios de devocion y oracion, doctrina y santas reglas; así fué que se criaron y educaron bajo la disciplina de este santo grandes religiosos, que fueron ornamento y honor de la Orden. Fr. Alonso era sumamente piadoso con sus súbditos, no pudiendo sufrir ver á otro en alguna afliccion, cargándose él mismo del trabajo por aliviarle. Respecto de su prudencia y

modo de proceder en el oficio, decian que más bien parecia gobierno del Espíritu Santo que de persona humana. Tambien se asegura, y áun afirma, que tuvo el don de profecía, y anunció muchas cosas ántes que se verificasen, dando aviso de algunas para evitar sucesos dañosos. Su muerte fué muy santa y conforme con su vida ejemplar. Vivió muchos años, para que con tanto ejemplo quedase una familia y generacion santa, que así lo acostumbraba Dios en los primitivos tiempos de la Iglesia. Al tiempo de la union de la Orden, se sabe de cierto que no era ya prior, pues desempeñaba aquel cargo Fr. Blasco ó Velasco, como consta por los nombres de los priores de todas las casas que allí se juntaron; y el año 1409 era ya prior este Fr. Velasco, como parece en la fundacion de Yuste, á quien dieron la obediencia los ermitaños que fundaron aquella casa. Y supuesto que Fr. Alonso Rodriguez de Viedma fué prior todo el tiempo que vivió, debe suponerse que ya habia muerto dicho año 1409 ó ántes. Un religioso de la órden de S. Francisco fué algun tiempo ermitaño en las Cuevas de Guisando, y escribió un libro de las maravillas y virtudes que vió en los siervos de Dios, que conoció en estas Cuevas, y áun alcanzó la union de la Orden. Este libro vino á manos del ántes mencionado general y cronista de la Orden Fr. Pedro de la Vega, en el cual dice el autor y afirma que las más de las cosas que escribia las vió por sus ojos, y otras las refirieron los que le habian precedido; y refiriéndose á la vida del siervo del Señor Fr. Alonso, dice que le enterraron con mucha reverencia, respetando su cuerpo como de santo; le hicieron un arca y le colocaron debajo del altar de la capilla de nuestra Señora, en sepultura privilegiada, y que vió venir infinita gente de toda aquella comarca á visitar el cuerpo santo, y que muchos dolientes que padecian grandes y peligrosas enfermedades recobraban la salud en entrando en la capilla y en encomendándose á tan santo varon.—A. L.

RODRIGUEZ DE VILLALON (D. Juan), obispo de la santa iglesia de Leon; fué el cuarto de este nombre, sucediendo en la sede á D. Alvaro de Isorna. Tuvo por patria á Villalon, y fué bautizado en la parroquia de S. Miguel, en la cual edificó de cantería la torre que actualmente tiene, viéndose en ella sus armas, que se reducen á una flor de lis. El retablo del altar mayor se hizo á su costa, y en él tambien estan sus armas, é igualmente en el coro, sin duda efecto de su gran devocion. Dejó en ella una dotacion con carga, consistente en que el rector y beneficiados digan por él y por sus difuntos cierto número de Misas; y es la data de la escritura en 12 de Julio del año de 1422. En la santa iglesia de Leon dotó una Misa cantada de Angeles, que se dice en los primeros martes de cada mes. Dotó otra Misa rezada, que se dice por las almas de sus difuntos. Murió, y está sepultado en su iglesia, y su sepultura tiene el conciso epitafio siguiente: *El obispo D. Juan de Villalon.*

Tuvo por sucesor en la sede episcopal á D. Fr. Alonso Cusanza.—A. L.

RODRIGUEZ Volo (D. Vicente), presbítero, beneficiado en la catedral de Valencia, hijo de dicha ciudad, parroquia de S. Esteban; nació dia 25 de Setiembre de 1726. En el año de 1750 fué nombrado segundo maestro de ceremonias en dicha catedral, y en 1761 lo eligió el cabildo primer maestro, desde cuyo año compuso hasta el de su muerte el *Añalejo*, ú órden del divino oficio con notas, especialmente en los primeros años, sobre las rúbricas del Breviario y Misal pertenecientes al oficio y misa. Murió en dicha ciudad á 12 de Octubre de 1807. Escribió: 1.° *Manual eclesiástico de las sagradas ceremonias de la Iglesia. Tratado del coro, de sus empleos y de las ceremonias que deben observar los residentes*; Valencia, por José de Orga, 1767, en 8.°—2.° *Manual eclesiástico de las ceremonias de la Iglesia. Disertacion sobre la rúbrica IV del Misal Romano de las Misas votivas, privadas, cantadas y solemnes*; en Valencia, por D. Benito Monfort, 1789, en 8.° Va sin nombre de autor.—3.° *Manual eclesiástico de las ceremonias de la Iglesia. Disertacion sobre las Rúbricas V y XIII del Misal Romano, de las Misas de requiem*; Valencia, por dicho, 1789, en 8.°—4.° *Manual eclesiástico de las ceremonias de la Iglesia. Disertacion del Breviario y partes que le componen;* Valencia, por el mismo, 1797, en 8.°—5.° *Manual eclesiástico de las ceremonias de la Iglesia. Disertacion de los comunes del Breviario*; Valencia, por idem, 1797, en 8.°—6.° *Manual eclesiástico de las ceremonias de la Iglesia. Disertacion sobre nuestro oficio y partes que le componen;* Valencia, por José Esteban, 1790, en 8.°—7.° *Manual eclesiástico sobre las ceremonias de la Iglesia. Disertacion sobre las conmemoraciones, horas menores y antífona final de nuestra Señora;* Valencia, por dicho Esteban, sin año, en 8.°—8.° *Manual eclesiástico de las ceremonias de la Iglesia. Disertacion de la práctica y modo de rezar el oficio divino. Extracto de las Disertaciones que anteceden del Breviario y divino oficio, para ordenarle segun las rúbricas y decretos de la Sagrada Congregacion;* Valencia, por los hermanos de Orga, 1797, en 8.°—9.° *Instruccion manual para celebrar y visitar con fruto las Cuarenta Horas. Tratado de la institucion, de la exposicion del Santísimo Sacramento, de la Indulgencia y diligencias que se piden para ganarla*; Valencia, por José y Tomás de Orga, 1784, en 8.°—10. *Advertencias pertenecientes á las ceremonias del coro de la santa iglesia metropolitana de Valencia, para los señores canónigos y demás residentes;* Valencia, por José Estéban y Cervera, en 4.°, sin año.—11. *Diario Valentino de las Cuarenta Horas, adornado con la noticia de las diarias fiestas, ejercicios espirituales, algunas noticias curiosas y devotas, y de todas las indulgencias que generalmente se pueden ganar en las iglesias de la ciudad de Valencia.* Publicó por cinco años seguidos é imprimió en Valencia desde 1772 hasta 1776, en 16.°, los dichos *Diarios Valentinos*,

que salieron anónimos, y merecieron mucha aceptacion del público por contener muchas noticias históricas, á más de ser unas Efemérides adaptables á otros años, si se sabe manejar con discreta aplicacion. — A. L.

RODT (Francisco Conrado Casimiro de). Nació este cardenal de una familia noble, en Mariembourg ó Marisfurgo, en Germania. Dedicado á la carrera eclesiástica, en 1726 fué nombrado canónigo de la catedral de Augusta, y en 1741 se le confirió la dignidad de dean, que renunció para poder atender mejor á sus negocios del obispado, al que le puso adjunto su prelado. El pontífice Benedicto XIV le nombró en 1744 prepósito de Constanza, en cuyo capítulo, por votacion unánime, se le designó por obispo sucesor de su difunto tio materno Casimiro Siekingen. La emperatriz María Teresa le elevó á príncipe del imperio, director del círculo de Svezia, señor de la célebre abadía de Richenau y de Oeninga de S. Benito, y á instancia de esta señora y del emperador Francisco I, en 5 de Abril de 1756, el papa expresado le creó cardenal sacerdote de Sta. María del Pópolo. Se le hizo miembro de las congregaciones de Propaganda Fide, de la Inmunidad, Obispos y Regulares, Indulgencias y sagradas Reliquias. Se le nombró protector de la cofradía del Santísimo Sacramento y de Sta. Mónica, erigida en su título, bailío y protector de la ínclita Orden de caballeros de Jerusalen, segun Rodota que le dedicó el tomo II de su obra *Rito græco in Italia*, en la que le celebra por su virtud, ingenio, doctrina, elocuencia y otras prerogativas, entre ellas la nobleza de su estirpe. Se encontró en el cónclave de Clemente XIII; pero no tuvo parte en los de Clemente XIV y Pio VI. Murió este cardenal en Mariemburg el dia 16 de Octubre de 1775, de repente, á los setenta años no cumplidos de su edad, con fama de príncipe sabio, prudente, afable, de ánimo esforzado y sumamente afecto á hacer bien á la Iglesia y á sus semejantes. Se le dió sepultura en la iglesia parroquial de aquel castillo, á la que llaman catedral las *Noticias de Roma*, en un magnífico sepulcro con un honroso y largo epitafio. — C.

RODULFO (S.), mártir. El Martirologio de Canisio y el Calendario germánico ponen su fiesta en 17 de Abril; otros autores le citan en el siguiente dia. Fué muerto en la infancia por los judíos en 1287. Canisio refiere las circunstancias de su martirio. Su cuerpo se venera en Roma, aunque otros aseguran que en Baden. Ferrario recuerda su nombre en 17 de Abril. — S. B.

RODULFO (S.), mártir, monje benedictino. Ignórase de qué pueblo era natural este religioso, y únicamente consta de antiquísimas memorias, que habia tomado el hábito en el monasterio de Fulda, en Alemania. Fué varon muy docto al par que muy piadoso y observante, versadísimo en las sagradas letras y muy elocuente predicador. Habiendo asaltado los húngaros, que

eran todavía bárbaros y gentiles, el mencionado convento de Fulda, el dia 18 de Abril del año 618, asesinaron cruelmente á todos los religiosos que cayeron en sus manos, siendo uno de los primeros Rodulfo, que aguardó el golpe de los asesinos postrado delante del altar, donde encomendaba su alma al Señor. Llegando los bárbaros donde el humilde religioso se encontraba, le cortaron la cabeza de un solo golpe, haciendo volar su bendita alma al cielo. La Orden Benedictina le considera como mártir de la fe de Cristo, por cuya razon le cuenta en el número de sus santos, conmemorándole en el dia aniversario de su muerte, y consignando sus escasas noticias, de las que nos hemos valido nosotros para redactar este sucinto artículo, en el Menologio de la Orden. —M. B.

RODULFO (S.), obispo, benedictino. Ignórase de qué punto era natural, como tambien las circunstancias de su vida anteriores á su entrada en el claustro. Unicamente se sabe por el dicho de S. Pedro Damiano, que pertenecia á una ilustrísima familia, dueña de un gran palacio ó castillo fortificado. Habiendo perdido á su padre, y determinada toda la familia, compuesta de la madre y un hermano, á abandonar el mundo, hicieron donacion y entrega de su mencionado palacio á S. Pedro Damiano, y recibieron todos la cogulla benedictina, tomándola Rodulfo en el monasterio de Eugubio, donde fué excelente ejemplo de maravillosa perfeccion. Elevado por su virtud, aunque era muy jóven todavía, al obispado eugubiense, nunca se olvidó de que era monje. Ceñíase con los mismos silicios, usaba los mismos pobres despreciables vestidos; y era tan adicto al trabajo y á la ocupacion, que cuando se sentia tentado de la pereza, ponia unas cuerdas pendientes del techo de su habitacion, y colgándose de ellas por las manos, pasaba largas horas rezando salmos y otras oraciones. Guardaba perpétuo ayuno, absteniéndose de comer manteca, leche y huevos, y aunque por su dignidad le ponian una mesa espléndidamente servida, sentábase á ella, no para tomar refaccion, no para recrear sus sentidos, sino para hacer cruda guerra á la gula, y para mortificar los ímpetus del apetito. El pan que generalmente se hacia servir era de harina de cebada, y de una calidad semejante al que se usa para los perros. Llevó ceñido toda su vida un aro de hierro al cuerpo, é inventó todo género de mortificaciones para domar el espíritu por el castigo de la carne. Conservó siempre tanta veneracion y respeto á S. Pedro Damiano, que puede decirse nunca salió de la condicion de discípulo, como lo manifiestan los siguientes pasajes de una carta escrita por dicho santo al sumo pontífice Alejandro. —«Conjurábame muchas veces, dice, pediame encarecidamente por la misericordia de Dios, que si alguna vez notaba en él falta ó exceso, lo reprendiese y castigase como al último de los monjes. Así alternaban la dignidad de obispo con la humildad y rigor de la vida monásti-

ca. Era incansable en anunciar la divina palabra en la cátedra del Espíritu Santo, y fué tan caritativo, que del gasto de su persona cercenaba cuanto podia para dárselo á los pobres. Cada año juntaba á sínodo los clérigos de su diócesis, y en vez de pedirles las ofrendas ó presentes acostumbrados, pedíales que hiciesen penitencia y reformasen sus costumbres, imponiendo severas penitencias á los que hallaba culpados. «Dios me libre, decia, de que venda el sínodo; mejor que ser rico con las ofrendas que me traigan, quiero procurar que se levanten los caidos; porque lo juzgo preferible á engordar con la sangre de mis clérigos, á semejanza del cuervo que se ceba en los cuerpos muertos.» Siendo aún de temprana edad este santo Obispo, aunque más adelantado en virtud que otros ancianos, falleció el dia 26 de Junio del año 1065, en el cual le conmemora como á santo la religion Benedictina.—M. B.

RODULFO (S), monje benedictino y mártir. Este bendito religioso, que derramó su sangre en defensa de la religion de Jesucristo, pertenece á una de las épocas más oscuras de la historia eclesiástica, no tanto por lo remoto de la época, como por haber vivido en los tiempos en que aún dominaba la idolatría en el país de los Teutones. Tomó el hábito de S. Benito, y profesó en el monasterio Sigebermense en Wandalia, y despues que profesó siguió la carrera eclesiástica, llegando á obtener el presbiterado. Habiendo hecho una irrupcion en el país donde se hallaba situado el monasterio, los bárbaros ó idólatras esclavones al mando de su príncipe Nicroto, asaltaron el edificio, destruyeron el templo, y Rodulfo murió á consecuencia de la multitud de heridas que recibió por la ardorosa defensa que hizo de la fe católica, y por las exhortaciones con que procuraba desarmar la cólera de sus bárbaros enemigos. Murió el dia 26 de Junio del año 1138, en cuyo dia le conmemora la religion Benedictina como uno de los santos de la misma. — M. B.

RODULFO (S), presbítero y mártir. Fué sacrificado por los eslavos en 1138, cuando se hallaba predicándoles el Evangelio. Refiere sus hechos Helmodus *in Chronica Sclavonum*, lib. I, cap. 64, y el Martirologio Monástico. Ferrario recuerda su memoria en 26 de Junio.—S. B.

RODULFO (S.), obispo benedictino. Fué natural de Escocia y tomó el hábito de S. Benito en el monasterio de Aberbrot, del que llegó á ser abad. Fué varon de notable virtud y suma prudencia, logrando por esta circunstancia que le nombrasen obispo de Aberdeen. Era, segun dice uno de los biógrafos de la Orden, tan humilde monje como sencillo obispo, no pudiendo decirse en qué se aventajó más, si en la observancia de la regla monástica, ó en el gobierno del obispado; porque siendo prelado rico y poseedor de grandes rentas, era tan pobre en sus vestidos y comidas como cuando desempeñaba el humilde cargo de abad, teniendo suma complacencia en manifestarse más bajo, cuanto su posicion era más superior y distinguida.

Estimáronle por esta razon mucho los príncipes y magnates de su tiempo, que le auxiliaron con cuantiosas limosnas destinadas á embellecer y aumentar la fábrica de su iglesia catedral. Murió en opinion de santo el dia 23 de Setiembre del año 1212, siendo honoríficamente sepultado en la capilla mayor de la mencionada iglesia catedral. La Orden Benedictina le venera como santo, conmemorándole en dicho dia.—M. B.

RODULFO (S.), lego benedictino. Las crónicas de la religion del gran patriarca y los menologios de la misma, hacen honorífica mencion de un santo lego llamado Rodulfo, que tomó el hábito en el convento de Cisterbak en Alemania. Son muy escasas las noticias que de él consignan, limitándose estas únicamente á decir que floreció en toda clase de virtudes, viviendo con la mayor sencillez y pureza de corazon. Ignórase el año de su glorioso tránsito, únicamente se sabe que tuvo lugar el dia 14 de Diciembre, en el cual la Orden le conmemoraba y rendia culto como á santo.—M. B.

RODULFO (S.), benedictino. Fué natural de Inglaterra, y se llamó en el siglo Rodulfo de Morston. Habiendo pasado á la Apulia á hacer un viaje para evacuar ciertos negocios, al regresar á su patria se detuvo en el monasterio de Claraval, en ocasion que era abad del mismo el melífluo doctor S. Bernardo. Movida su alma por el sublime espectáculo de santidad que á su vista en aquel paraje se ofrecia, pidió el santo hábito, que sin dificultad le fué otorgado, y dió tantas y tales muestras de piedad y de virtud, que tres meses despues de profeso se le nombró abad del monasterio de Valcelis. Aquí se condujo tan admirablemente, que, como dice un erudito cronista de la religion, no fué digno de censura tan prematuro nombramiento, porque en él concurrian todas las buenas partes y cualidades que marca S. Benito en su regla para constituir un buen abad. Fué muy atento, afable y caritativo con los huéspedes y peregrinos que paraban en el convento, pero á la vez era muy rígido con los importunos, negando con extraordinaria firmeza de ánimo las inmoderadas peticiones de algunos, como sucedió con Simon, señor de Camerata, y con el mismo emperador Conrado, á los cuales negó las contribuciones y subsidios que inmoderada é injustamente solicitaban al monasterio para sostener sus guerras y contiendas, pues no teniendo facultades del Sumo Pontífice para hacer tales repartimientos, estos no podian tener lugar sin enorme lesion del cuerpo eclasiástico que él representaba. Igual firmeza demostró cuando fué requerido por el conde Hugo, fundador de su monasterio, para que pagára el impuesto exigido; pues le contestó, que dejando á salvo el respeto y agradecimiento que como á fundador le tenia, no le era posible cooperar al pecado que intentaban cometer. Fué como José el de Egipto, pues teniendo revelacion de que habia de sobrevenir una grande escasez, compró anticipadamente abundan-

cia de trigo, admirando á todos que encerrase tal copia de grano en los trojes del monasterio, pareciéndoles á muchos avaricia ó locura que hiciese acopio semejante en un tiempo en que el grano valia muy barato. Pero cuando sobrevino la escasez todos alabaron su prevision; pues no solo no faltó pan al convento, sino que socorrió muchas necesidades de fuera, y cuando el hambre se hizo sentir con gran fuerza entre las gentes pobres de la comarca, Rodolfo daba diariamente pan y vianda á todos cuantos necesitados llegaban á las puertas del convento. Esta generosidad fué causa de que muy en breve quedáran desocupados los graneros, pero la inagotable fe y la suma caridad de Rodolfo, ayudada con el auxilio de la Divina Providencia, renovó el milagro del Evangelio, sustentando por muchos dias más de cinco mil personas, sin que nunca llegase á faltar trigo ni bastimentos, que milagrosamente se multiplicaban. En aquellas circunstancias fué á visitarle el fundador del convento, y viendo lo que hacia y que materialmente estaban viviendo de milagro, le aconsejó que ántes de repartir nada á los pobres, apartase la cantidad suficiente para el sostenimiento de sus monjes. A lo cual le respondió sonriéndose el piadoso abad: «De ninguna manera haremos eso; pues cuando nos falte el grano mataremos las vacas y demás ganado para dárselo á los hambrientos; pues estamos seguros y confiados en la divina misericordia, de que cuanto más demos, más nos concederá que dar.» Y advierte el autor de la vida de este venerable, que aunque habló de matar las vacas y demás ganados, no es porque ni áun remotamente pensase dar de comer carne á los religiosos contra la expresa prohibicion de la regla, sino para demostrar la gran confianza que en la Providencia tenia. Y en efecto, miéntras duró la escasez, nunca faltó para los monjes ni para los necesitados, sin tener necesidad de recurrir al arbitrio de matar los ganados, y áun más tarde, cuando sobrevinieron penurias de otro género, firme Rodolfo en su piadosa fe, y áun cuando el monasterio no llegó á contar con otra renta que diez carros de trigo, sustentó ciento siete monjes y ciento treinta legos, además de los pobres que en gran número acudian, con tan escasísimos medios. Fué por esta razon sumamente querido y venerado por santo mucho ántes de su fallecimiento, hallando todos en su rostro algo de sobrenatural y maravilloso, como lo prueba el siguiente suceso. Habiendo tratado Nicolas, arzobispo de Camerata, de imponer al monasterio algunas cargas tan onerosas como injustas, fué el santo abad á verse con el prelado para defender sus derechos. Mas apénas estuvo delante del arzobispo y sin que hablase una palabra, exclamó Nicolás lleno de espanto, porque su rostro estaba encendido y resplandeciente como el de un ángel: *Misericordia y perdon, Rodolfo; porque en verdad os temo más que al Emperador, nuestro señor*, y no volvió á insistir en sus

pretensiones. Vivió Rodolfo hasta el año 1180, en que lleno de gloria y merecimientos, falleció el dia 30 de Diciembre, en cuyo dia le conmemoraba la Orden Benedictina, que le ha colocado en el número de sus santos. — M. B.

RODULFO (Bto.), monje benedictino. Ignórase de qué punto era natural. Unicamente se sabe que habia tomado el hábito en el convento Alfagiriense en Flandes. A causa de haberse propuesto guardar perpétuo silencio, se le dió el sobrenombre del *Callado*, y llegó á tal extremo su virtud en este punto, que en el espacio de siete años no habló una sola palabra, permaneciendo en oracion todo este dilatado espacio de tiempo. Premióle Dios sus méritos concediéndole infinidad de gracias y especiales facultades, pues en cierta ocasion, y con solamente hacer la señal de la cruz, apagó un violento incendio. Murió de edad avanzada el dia 30 de Abril del año 1300, y es considerado como uno de los innumerables santos que honran á la esclarecida órden de S. Benito. — M. B.

RODULFO (Bto.) ermitaño y abad. Escribió su vida Augusto Florent en la sétima parte de las Historias Camaldulenses, capítulo LIII, y la citan tambien el Martirologio Monástico y los anales de aquella Orden religiosa. Murió en 1106. Ferrario pone su fecha en 12 de Octubre. — S. B.

RODULFO (Bto.), benedictino. Fué natural de Italia, sin que conste de qué punto, así como tampoco los antecedentes de su vida. Tomó el hábito del gran patriarca S. Benito en el monasterio de la Camáldula, y fué cuarto prior de aquella venerable comunidad. Fué varon de suma perfeccion y trabajó mucho en beneficio de la Orden, gobernándola en lo espiritual y temporal por espacio de veintitres años, durante los cuales fué llamado por algunos *el segundo Romualdo*, y en realidad puede considerársele como fundador, por haber sido el primero que admitió monjas en su instituto; pues habiendo dado el hábito y velo á cuatro virtuosas doncellas que lo solicitaron para vivir recogidas, muchas grandes é ilustres señoras quisieron imitar á las primeras, y así hallóse muy pronto con gran número de discípulas, á las cuales instruyó en el modo de practicar la vida monástica y eremítica, arreglándolas las constituciones á que debian de someterse. Hallándose en la última enfermedad, y próximo á su fallecimiento, ocurrido en 13 de Octubre del año 1106, no manifestaba más deseo que el ser asistido por el obispo de Areto, grande amigo suyo, y que le habia profesado suma estimacion desde la edad mas temprana. Creyóse, porque el obispo se hallaba ausente, que no se le cumpliria aquel deseo. Pero de improviso, y sin duda por celeste mano llevado, se presentó el prelado en la gran Camáldula y asistió á su amigo en aquel solemne instante. Gozoso sobremanera Rodulfo, dió humildes gracias al Todopoderoso, y llegado el instante de su glorioso tránsito, alzó los ojos al cielo y entregó su espíritu al Señor. Todos los circunstantes nota-

ron con piadoso asombro que de su cuerpo subia hácia las alturas una especie de resplandor, por lo que no dudaron era su alma que se dirigia á la esfera, coronada de inmortal gloria. El obispo de Areto, deseoso de que fuera honrada debidamente la memoria de su bueno y querido amigo, recogió cuantos datos pudieron suministrársele acerca de sus virtuosas acciones, y abrió una informacion para presentársela al Sumo Pontífice, quien enterado de ella, autorizó al obispo Aretino para que colocase á Rodulfo en el número de los santos de su diócesis, y ordenase al pueblo que le tributára culto y veneracion. Así fué ejecutado, y además del culto público que en Areto se le tributaba, la Orden Benedictina, considerándole tambien como uno de sus esclarecidos santos, tanto más, cuanto que segun hemos anteriormente dicho, le asistia el carácter de fundador por haber sido el primero que en Italia habia dado el hábito del patriarca á mujeres, le colocó en el Menologio de la Orden, conmemorándole en el antedicho dia 13 de Octubre, aniversario de su muerte.—M. B.

RODULFO, patriarca de Oriente, ántes de su elevacion era obispo de Sayette ó Sidon, residente en Sarepta: sucedió en el patriarcado á Alberto á últimos del año 1214. Gobernó dos años por lo ménos, y murió en 1216.—S. B.

RODULFO, arzobispo de Colonia, fué, segun el Alfabeto agustiniano, de la órden de los Ermitaños, aunque los autores profanos quieren se llamase Renato ó Reinaldo, y fuese conde de Dassel en Westphalia, y preboste de Hildesheim en 1159, época de su eleccion por el clero de Colonia, en ocasion en que se hallaba en Italia en compañía del emperador Federico I. En 1157 habia leido en plena dieta unas cartas del pontífice Adriano al Emperador, que fueron el orígen del rompimiento de ambos soberanos. Sin embargo, el Papa se quejó de que habia ultrajado á sus legados portadores de las cartas, y proferido blasfemias contra la Santa Sede. Mas á pesar de esto, el Emperador se hizo preceder de Rodulfo y de Oton, conde palatino, en su entrevista con Adriano. Estos dos embajadores condujeron su negociacion con tanta circunspeccion y prudencia, que consiguieron al cabo restablecer la concordia entre el sacerdocio y el imperio. De manera, dice Radaize, que nadie los igualaba en dotes exteriores, en nobleza de sangre, en prudencia, sagacidad, facilidad de hablar, extension de luces, firmeza de alma, amor al trabajo, probidad y en celo por el bien del estado; cualidades, añade, de que dieron pruebas en todas ocasiones. Así que el Emperador hubo nombrado á Renato ó Rodulfo para el arzobispado de Colonia, le hizo archicanciller del imperio de Italia. Cuando el Emperador regresó á Alemania en 1162, envió al arzobispo de Colonia á la península itálica, para que con el título de vicario del imperio arreglase de una vez los negocios que habia

dejado allí pendientes. En este viaje fué cuando obtuvo para su iglesia los cuerpos de los tres reyes magos, segun afirman Oton de S. Blas y Duchaim, autores contemporáneos. Mas el P. Herrera, aunque conviene en el fondo de esto, lo refiere en distinta forma, que es por cierto la adoptada generalmente. «En su tiempo, dice, se llevaron á Colonia los cuerpos de los tres reyes magos, los cuales fueron trasladados desde Milan, cuando Federico I, emperador de Roma, nos tomó esta ciudad en 1160. Hallábanse en poder de la hermana de un vizconde, cuyo hermano habia caido en manos de Federico, y para que le pusiese en libertad, convino con Rodulfo entregarle los cuerpos de los tres reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar, como lo hizo, mandándole Federico los trasladase á Colonia.» De la misma opinion es el P. Croiset, quien la refiere en esta forma: «Asegúrase que las reliquias de estos primeros héroes del cristianismo fueron primeramente trasportadas de Persia á Constantinopla por el celo y por la piedad de Sta. Elena: que despues, en tiempo del emperador Emmanuel, se trasladaron á Milan, donde se mantuvieron seiscientos setenta años, segun Galesino, hasta que finalmente, cuando esta ciudad fué tomada y saqueada por Federico Barbaroja el año 1163, fueron trasladadas á Colonia, donde se conservan el dia de hoy con singular veneracion.» En otro viaje que hizo en 1164 con el Emperador á Italia, llegó á su noticia que Conrado, palatino del Rhin y hermano de Federico, estaba sublevando la provincia. Expidió al momento órdenes á sus oficiales para que se pusiesen en estado de rechazar al enemigo. Hiciéronlo así, miéntras reunia él cerca de Andernac un número considerable de tropas, que hicieron pagar caro al palatino el daño que habia hecho al prelado. El Emperador mandó cesar las hostilidades á su regreso. En 1165 asistió Rodulfo al concilio de Wurtzburgo, en que se obligó el Emperador, por medio de juramento, á no reconocer jamás por papa Alejandro III, y á continuar fielmente adicto á Pascual, sucesor de Octaviano, así como á todos los pontífices creados por este partido. Rodulfo fué quien animó á Federico á dar este paso, y á que obligase á todos los obispos de la junta á prestar igual juramento. Segun la Crónica belga, en el mismo año, asistido de Alejandro, obispo de Lieja, exhumó en Aix-la-Chapelle, en presencia de Federico y de su corte, los huesos de Carlomagno, que puso en una caja de plata, y contó á este monarca en el número de los santos, conforme al decreto de canonizacion dado por el antipapa Pascual. Al año siguiente marchó al frente de una embajada que envió el Emperador al rey de Inglaterra para pedirle la mano de su hija mayor Matilde para el príncipe Enrique, primogénito del primero. El monarca inglés, que se hallaba á la sazon en Westminster, quiso que toda su corte saliese á recibir al prelado, á pesar de lo cual uno de los ministros, llamado Raul de Diceto, le negó el ósculo de paz como á cismá-

tico, y despues de su partida se derribaron los altares en que habian celebrado los santos misterios él y los sacerdotes de su comitiva. En 1166 acompañó por tercera vez al Emperador á Italia, y miéntras Federico se disponia á pasar á Roma para obligar á los habitantes de esta ciudad á reconocer al antipapa Pascual, quiso que Rodulfo marchase en la vanguardia con un cuerpo de tropas para abrirle el camino. El prelado desempeñó con gran celo su comision en todas las ciudades por donde pasó, ganando las unas con caricias y presentes, y sometiendo á las otras con el saqueo y el incendio. Llegado á Roma, derramó el oro á manos llenas, y confirmó este antiguo adagio: *Roma se pondria en venta, si encontrase un comprador.* Nada olvidó el antipapa Alejandro para tener sumisos á los romanos, pero como no podia disponer de otros medios que de la exhortacion, separáronse la mayor parte seducidos por las recompensas prometidas á su defeccion. Esta sin embargo no duró mucho tiempo. Despues que Rodulfo hubo alcanzado algunas victorias sobre los romanos, fué á reunirse al Emperador, y le acompañó al sitio de Roma. Asi que Federico hubo tomado la ciudad eterna, se hizo coronar en el Capitolio por mano del antipapa, como tambien á la emperatriz su mujer. Rodulfo asistió á esta ceremonia. Este prelado murió en el mismo mes, á consecuencia de una enfermedad epidémica que habia invadido el ejército imperial. Rodulfo se hallaba dotado de grandes cualidades, pero ya hemos visto que no siempre hizo legítimo uso de ellas. Prestó grandes servicios á su iglesia, adornó su catedral con dos soberbias torres, reedificó su palacio, y á fin de poner sus posesiones al abrigo de las hostilidades, hizo reedificar el castillo de Rineck.—S. B.

RODULFO, abad de S. Tron, nació en Monstiers sur la Sambre, en el territorio de Namur. Sus padres le enviaron á estudiar á Lieja, donde abrazó el estado eclesiástico. Siendo subdiácono fué á consagrarse á la religion á la abadía de Porcet, próxima á Aix-la-Chapelle. Como tenia talentos muy distinguidos, no tardaron en darle diferentes cargos. Tuvo en un principio cuidado de los niños que se educaban en el monasterio. Despues le nombraron celdero, y luego prior. En esta última calidad quiso reformar diferentes abusos contrarios á la regla, pero no habiendo podido conseguirlo, hizo dimision, y obtuvo permiso de pasar á la abadía de S. Tron. Llegó en sazon muy favorable para el abad Thierri, ocupado sériamente por entónces en reformar esta casa. En S. Tron como en Pouet habia una escuela, pero oscura y mal dirigida. Habiéndose encargado Rodulfo de su direccion, la puso en órden y la hizo célebre en poco tiempo. Su método para el canto era el de Guido de Aretino, desconocido hasta entónces en aquel pais. Se le enseñó á sus discípulos, y los puso en estado de ejecutarlo con grande asombro de los ancianos, que no habian visto nunca nada semejante.

No debió sorprenderlos ménos su manera de enseñar la lengua latina. Encontró á los niños apénas instruidos en los primeros principios de la gramática, y en el curso de un año los puso en estado de componer en prosa y verso. Nombrado despues prior Rodulfo, abolió muchas prácticas viciosas que conservaba la comunidad por una especie de tradicion, y consiguió, no sin trabajo en verdad, hacerles adoptar las costumbres de Cluni. Pero á la muerte de Thierri, acaecida en 1107, cambiaron las cosas de aspecto. El monje Heriman, apoyado por una intriga, se apoderó de la silla abacial. Indignados sus colegas de esta usurpacion, encargaron á Rodulfo manifestar sus quejas á los obispos de Lieja y de Metz, interesados ambos en defenderlos, el primero porque tenia derecho á ratificar la eleccion de San Tron; el segundo, porque era el que daba la bendicion al elegido. Ambos prelados recibieron favorablemente al diputado. Pero la buena voluntad que le manifestaron fué mal mirada por el Emperador, á quien Heriman habia sabido poner de parte suya. No hallando entónces Rodulfo otro recurso, tomó el partido de retirarse á S. Lorenzo de Lieja. El intruso fué sin embargo depuesto al año siguiente. La eleccion de un abad legítimo siguió inmediatamente á este suceso. Los capitulares se decidieron en favor de Rodulfo. Su virtud sufrió en aquel puesto diferentes pruebas, que solo sirvieron para aumentar su esplendor. Habiendo muerto el obispo de Lieja Olberto el año 1119, disputáronse su silla dos concurrentes, Federico, á cuyo favor se hallaba la parte más sana del clero, y Alejandro, quien sustituia con la fuerza su derecho. Partidario del primero el abad de S. Tron, se vió expuesto á las iras de los cismáticos. Godofredo *el Barbudo*, duque de Lorena, se hallaba á su frente. Este príncipe declaró guerra abierta á la abadía de S. Tron, con la mira de obligar á su superior á reconocer á Alejandro ó á abandonar su puesto. Prefiriendo Rodulfo el último partido, se refugió primero en la abadía de Affigan, al lado de su amigo el abad Fulgencio, despues en San Bavon, y por último en S. Pedro de Gante. Allí fué donde supo en 1121 la muerte de Federico por las cartas del clero de Lieja, y le invitaba al mismo tiempo á concurrir á la eleccion de un nuevo obispo. Alejandro, que quiso confirmarse en esta dignidad, procuró ver si le sería Rodulfo favorable. Nuestro abad no quiso consentir sino con condiciones que no fueron aceptadas. No habiendo tenido resultado las conferencias celebradas con este objeto con Federico, arzobispo de Colonia, se refugió á la abadía de Sibourg, gobernada entónces por Conon, obispo despues de Ratisbona. Pensaba establecerse allí, mas el arzobispo le llamó á su lado para confiarle la administracion del monasterio de S. Pantaleon de Colonia, desprovisto de jefe hacia nueve años. La reforma que consiguió establecer comenzaba á hacerle agradable esta morada, cuando cesaron las turbaciones de la iglesia de Lieja con

la eleccion del canónigo Adalberon, dean de Metz. Los religiosos de S. Tron no tardaron en llamar á su superior despues de este acontecimiento, é hicieron tales esfuerzos, que les fué devuelto á pesar de la resistencia que les opusieron los de S. Pantaleon. El deplorable estado en que encontró aquella casa despues de una ausencia de dos años y medio, hizo nacer en él el pensamiento de ir á Roma á consultar al Papa sobre lo que debia hacer. Emprendió este viaje en compañía de aquel mismo Alejandro, de que habia sido celoso adversario. Este, convertido en la apariencia, iba á pedir su absolucion á la Santa Sede, pero habiendo muerto Adalberon, poco despues de su muerte arrojó la máscara, y tuvo la imprudencia de usurpar el obispado por tercera vez. A pesar de lo notoria que era su ambicion, halló sin embargo medio de ganar al arzobispo de Colonia, con cuyo consentimiento fué instalado. Pero lo más extraño es, que habiéndole hecho ir á Roma el papa Honorio para responder á las acusaciones de simonía que se le habian dirigido, fué nuestro abad quien le acompañó. La reconciliacion de Rodulfo con este prelado no aseguró su tranquilidad. Sufrió nuevas persecuciones de parte del procurador del monasterio, y á estos males exteriores se unieron diferentes enfermedades corporales, durante las cuales no cesaba de exhortar á sus hermanos al temor del Señor y á la observancia de la regla. Murió, por último, el 6 de Marzo de 1138, despues de haber visto su abadía devastada por cuarta vez. Las frecuentes turbaciones de que fué agitada la vida de Rodulfo, unidas á las diferentes ocupaciones propias de su cargo, no le impidieron consagrarse á la composicion de muchas obras. La primera, impresa en el tomo VII del *Espicilegio*, es la *Crónica de S. Tron*, compuesta de trece libros, de los que le pertenecen incontestablemente los siete primeros. En el prefacio declara que despues de muchas investigaciones sobre el primer estado de la casa, á saber, si era en un principio de canónigos ó monjes, sobre el número y los nombres de sus antecesores, acerca de la fecha y duracion del gobierno de cada uno de ellos, no pudo descubrir nada que le satisfaciese. «Comprendo perfectamente, dice, que nuestro fundador S. Tron era clérigo y sacerdote, pero no se deduce de ningun documento que fuese superior de esta casa edificada por él. Tambien me es imposible asegurar, por falta de memorias, si fueron clérigos ó monjes los que la habitaron en un principio. Solo he encontrado en un pequeño libro los nombres siguientes.» Da despues la lista de quince abades de su monasterio, sin manifestar ni cuándo han vivido, ni cuántos años ocuparon su puesto. Despues de estos nombra Rodulfo otros tres con la duracion de su administracion; pero ignora la época en que existieron. Adelardo, primero de este nombre, es, dice, el primero tambien de cuya vida se comienzan á conocer algunas particularidades. Asi es que comienza en el libro

primero de su Crónica. Refiere sus numerosas limosnas, su prision en casa de Thierri, obispo de Metz, que le habia mandado prender á consecuencia de algunas acusaciones falsas, su libertad y su regreso, el cuidado que tuvo de aumentar el tesoro de la Iglesia, y de proveer á las necesidades de su comunidad. Gontran, que le sucedió en 1069, unia á una grande modestia todas las ventajas personales, elevada estatura, fisonomia agradable, voz sonora y armoniosa. Fué elegido por recomendacion de la emperatriz Inés, y por la autoridad del mismo obispo Thierri, á quien en calidad de hermano de la emperatriz daba un gran crédito en toda la provincia. Apreciábase de tal manera la voz de Gontran, que en los dias solemnes se le llevaba á Lieja para presidir el coro; «y alli, dice nuestro autor, atraia todas las miradas con su bella presencia y encantaba todos los oidos con la dulzura de su voz.» Adelardo II, que le sucedió poco despues en 1055, era discípulo de sus dos antecesores. En su época se verificaron milagros en la tumba de S. Tron, que atrajeron un gran concurso de gentes y ofrendas tan grandes, que ascendian semanalmente, dice Rodolfo, á cien libras, á pesar de la mala fe de los receptores. Adelardo empleó la mayor parte de estos donativos en construir iglesias en la ciudad de S. Tron y en las dependencias de la abadía. Perdió un gran protector por la muerte de Adalberon II del nombre, obispo de Metz y hermano del duque Federico, el hombre de más crédito en la corte imperial. Heriman, su sucesor, fatigó á nuestro abad con todo género de exacciones. Portándose todavía peor con el obispo de Lieja Enrique, quien le mandaba con frecuencia citar delante de su tribunal y no le dejaba descansar un momento. Continuando nuestro autor la historia de Adelardo, confiesa en el libro II que la facilidad con que habia dejado entrar á los peregrinos en el monasterio, introdujo la relajacion y dió armas á sus enemigos. Algunos clérigos, que se habian hecho educar con los jóvenes religiosos, fueron sus delatores, y áun sus calumniadores, exagerando el mal de que habian sido testigos. Tantos disgustos acabaron por hacerle perder la memoria. Hubo que trasladarle á Lieja al sepulcro del B. Wololon, donde la recobró, más no la utilizó para establecer el buen órden en su monasterio, ó al ménos no lo consiguió, muriendo por último en 1082. Poco despues de su muerte eligieron los religiosos para reemplazarle á Gerardo, preboste del monasterio, hombre de una vida ejemplar y el único discípulo que quedaba del abad Gontran. Pero habiéndose dirigido á aquel lugar los obispos de Lieja y de Metz, anularon la eleccion como hecha por personas incapaces de elegir bien, y nombraron de oficio á Lanzon, que era abad de S. Vicente de Metz. Como los capitulares manifestaron paladinamente su oposicion, hicieron trasladar á unos á diferentes monasterios, y arrojaron á los otros, sin permitir que se les admitiese en sus diócesis, y no dejaron

más que un pequeño número en la abadía, con órden á Lanzon de llevar religiosos de S. Vicente para poblarla. Todo el libro III se halla consagrado á describir las terribles consecuencias de la irregular eleccion de este abad. El obispo de Metz, que era un Heriman, tomó el partido del papa Gregorio VII contra el emperador Enrique IV, y este príncipe consiguió hacerle deponer en un concilio de partidarios suyos celebrado en Maguncia, y sustituirle con Galor, abad de San Arnoldo de Metz. Lupion, monje á la sazon de San Tron, al ver á Lanzon privado de su principal protector, se escapa de S. Lorenzo de Lieja, donde se hallaba detenido, se presenta al Emperador para obtener una órden para arrojar al intruso, vuelve autorizado á casa de sus parientes, que eran en gran número y poderosos, sitia y se apodera de la abadía con su socorro, arroja á Lanzon y se pone en su lugar. El nuevo obispo de Metz aprueba esta violencia, y no teme bendecir á Lupion; el de Lieja le excomulga por el contrario. Reúnese un concilio en Lieja sobre este asunto. Parte Lupion para asistir á él provisto de un salvoconducto, á pesar del cual es preso en el camino, apaleado y robado. A su llegada al concilio, pide ántes de responder que se le haga justicia de los insultos que ha recibido. Se le niega, sale en seguida y se pone en camino para presentar sus quejas al Emperador. Durante su ausencia el obispo de Lieja va á poner sitio á la abadía. Dispérsanse la mayor parte de sus monjes; los otros, habiendo reunido á los principales ciudadanos, se defienden con ardor. Por último, se habla de un convenio; se dan rehenes de ambas partes, y cesan las hostilidades. Por la misma época los habitantes de Breuten, vecinos y antiguos enemigos de los de San Tron, sabiendo que se hallaban próximos á celebrar un convenio con el obispo, hacen una irrupcion en la ciudad, prenden fuego á las casas y á las iglesias, y asesinan indiferentemente á cuantas personas de ambos partidos caen en sus manos. Los que pueden escapar se refugian en la abadía, que se halla reducida á sostener un nuevo sitio. Librase una batalla en la misma iglesia. Los sitiados se retiran á la torre. Arnaldo, conde de Los, va á libertarlos. Pero al mismo tiempo echa á los monjes que quedaban y hace prender á dos, que envia al obispo de Lieja para castigarlos. La abadía queda enteramente desierta. Durante estas terribles escenas, Lanzon permanecia en S. Lorenzo de Lieja. Habiéndose apaciguado algun tanto el ardor de ambos partidos, vuelve con los religiosos que quisieron seguirle á habitar las ruinas de su monasterio. Su presencia reanima la animosidad de los ciudadanos, que le miran como autor de sus desastres. Ignora el partido que debe tomar. Conservaba siempre el título de su abadía de Metz. Pero el obispo Heriman, con quien no queria comunicar, le impedia el regreso. Por último, determina pasar á Tierra-Santa despues de haber vendido una parte de las tierras del

monasterio para subvenir á los gastos del viaje. Despues de su partida ocurren nuevas turbaciones, siendo este el principio del libro IV. Los monjes eligieron por segunda vez al preboste Gerardo, que habia llegado á ser el amigo íntimo del obispo de Lieja. Este prelado aprueba su eleccion, pero le prohibe recibir la bendicion de mano de Brunon, nuevo intruso en la sede de Metz despues del destierro de Heriman. Brunon vende por su parte la abadía á un monje llamado Heriman, que se apodera de ella y se sostiene por la tolerancia de Gerardo. Su conducta corresponde á su entrada en el gobierno. Enajena ó deja usurpar los bienes de su abadía. Otro Heriman, sobrino del que habia despojado Lupion, le sucede mediante el crédito y las violencias de Godofredo, duque de Lovaina. La intrusion de éste, su incapacidad, sus rapiñas, su expulsion, son el argumento de casi todo el libro V. Por último, despues de diez y siete años de opresion que habian pasado desde la muerte de Adelardo II, la abadía comienza á respirar en 1099 por la eleccion libre y legítima de Thierri. Todo el libro VI trata de la administracion de este abad, que empleó el mayor celo para restablecer el buen órden en su monasterio y reedificarle. Sus trabajos fueron interrumpidos y casi enteramente destruidos por la invasion del duque de Limburgo. Thierri no puede obtener su seguridad más que por medio de la fuga. Habiéndose retirado el duque, el abad vuelve á su monasterio y se ocupa en las obras que habia comenzado. Es incomodado de nuevo por Giseberto, procurador de la abadía, que le pide una suma considerable por haberle dado un asilo durante la persecucion. El abad halla medio de calmarle, pero su reconciliacion no es duradera. Giseberto se conviene con el duque de Limburgo para reponer á Heriman. Thierri muere el año 1107 ántes de que ejecuten su designio. Rodulfo refiere en el libro VII el regreso de Heriman, los medios que empleó para sostenerse, su retirada, su llamamiento despues de la persecucion del intruso y su consagracion. Tal es el final de su obra en que se halla mucha sinceridad, grandes sentimientos de virtud, elegancia y áun elevacion en el estilo, aunque no carece de algunos idiotismos; pero poco órden en la narracion, repeticiones frecuentes, detalles prolíjos y minuciosos. Los seis libros siguientes se hallan consagrados por completo á la historia de su gobierno, y parecen haber sido compuestos durante su vida por algunos de sus religiosos, puesto que no se refiere su muerte. D'Acheri sostiene que proceden de la misma pluma que los anteriores, y que es el mismo Rodulfo, que fingiéndose una persona extraña describe su propia vida, á fin de referir más libremente á la posteridad las grandes cosas que habia hecho en su monasterio. La semejanza de estilo que reina en los trece libros es el único fundamento de esta pretension, cuyo juicio dejamos al lector. El último libro contiene un estado de lo que se habia proporcionado en tiempo del autor

para las prebendas de los hermanos. Vése en él que su alimento ordinario eran huevos y legumbres, y cerveza su bebida. El P. Mabillon ha publicado en el tomo XI de sus *Anales*, una carta muy juiciosa de Rodulfo á Siberto, prior de S. Pantaleon, que le habia consultado sobre este asunto, á saber, si es permitido á los monasterios recibir alguna retribucion por la admision de los niños, y el modo de hacerlo. Esta carta se halla dividida en dos partes. La primera es contra los padres que retienen, ofreciendo sus hijos á Dios, la parte de herencia que les pertenece. Tacha semejante conducta de avara y de sacrílega, no habiendo sido los monasterios instituidos y dotados, dice, para alivio de las familias opulentas, sino para alimentar á los pobres que vengan á servir á Dios en ellos. A la segunda aconseja Rodulfo á Siberto y á todos sus religiosos, que no exijan nada ni de los ricos ni de los pobres por la admision de los niños. Únicamente permite hacer entender á los padres, que convendria hacer alguna donacion en favor de la Iglesia de la parte que corresponde á sus hijos; pero prohibe obligarles á ello. En una palabra, dice terminantemente, que hay simonía por recibir algo á un niño ó un monje, porque dice: todo hombre á quien la dañada avaricia hace desear ó hacerse dar por via de exaccion ofrendas eclesiásticas; todavía mejor, el que se conduce en lo concerniente á la Iglesia con la esperanza de la retribucion, es un simoníaco, si no delante de los hombres, al ménos á los ojos de Dios. Hácia el año 1120 escribió Rodulfo otra carta á Valeran, conde de Limburgo, para instruirle de los derechos que le pertenecian en calidad de procurador del monasterio, la cual fué publicada por Auberto le Mire en su coleccion de donativos piadosos, y despues por Duchesne entre las pruebas de su historia genealógica de la casa de Limburgo. Encuéntrase tambien en la Crónica de S. Tron una tercera carta, que escribió nuestro autor en 1137 á Estéban, obispo de Metz, remitiéndole un estado de las temporalidades de su monasterio. No contiene más que una peticion á este prelado para que confirmase con su autoridad el órden que habia establecido, á fin de impedir que le derogasen los abades sus sucesores. Siendo Rodulfo abad de S. Pantaleon, estuvo presente al descubrimiento y traslacion del cuerpo de S. Gereon, uno de los mártires de la legion tebana y jefe de la cohorte de aquella legion, que sufrió el martirio en Colonia. El cuerpo del Santo se hallaba en la iglesia del mismo S. Pantaleon con los de sus ilustres compañeros. La ceremonia se verificó en el mes de Octubre de 1121, á ruego de S. Norberto. Duró muchos dias, y Rodulfo compuso la relacion que ha insertado el Padre Martenne en el volúmen sexto de su grande coleccion. Además de estas obras impresas, Rodulfo es autor de otros muchos escritos, que no existen ya ó que permanecen sepultados en el olvido, sin que hayan llegado á nuestra noticia. El más notable es un tratado en siete libros contra los simonía-

cos. El P. Mabillon, que le habia visto en la biblioteca de Gemblou, consumida despues por las llamas, nos ha conservado los sumarios de todos los libros. En el primero procura el autor probar que la simonía era la más antigua y la más detestable de las herejías. Se lamentaba en el segundo de que todas las cosas grandes y pequeñas eran venales en las iglesias, que parecian buenos todos los medios para adquirir. El tercero tenia por objeto los sacerdotes del campo, los rectores y los magistrados de las iglesias. En el cuarto pasaba del campo á las ciudades, y trataba de la venta de las prebendas y de todos los bienes eclesiásticos. En el quinto decia el motivo porqué hablando de los monjes habia ocultado sus simonías. Los dos últimos los dedicaba á ilustrar este punto. Sander dice haber visto este tratado en la biblioteca de la abadía de Villiers, donde quizá exista todavía. No era este el único ni el primer escrito que habia compuesto Rodulfo sobre este asunto. En la epístola dedicatoria dirigida á Lieberto, canónigo de Lila, hace mencion de una obra intitulada: *El laberinto de la primera simonía*. Rodulfo, segun la opinion de M. Lebeuf, es uno de los primeros compiladores de sentencias, y abrió el camino á los escolásticos que emprendieron la misma clase de trabajos. En efecto, segun la Crónica de San Tron, desde el primer año de su morada en aquel monasterio, recopiló de órden de su abad, en un grande volúmen, los mejores pasajes de la Escritura Sagrada y los decretos más notables de los concilios. «Esta coleccion, dice M. Lebeuf, diferia de la de Pedro Lombardo en que contenia muchos cánones, en que se asemejaba más á la que Graciano publicó despues.» La misma Crónica de San Tron le hace autor de dos cartas sobre el cisma de la iglesia de Lieja, la una al obispo intruso Alejandro y la otra á sus partidarios. Le atribuye además un volúmen de himnos, con notas de su mano, para las grandes solemnidades sin decir, sin embargo, si habia compuesto las palabras lo mismo que el canto. De todas maneras nos da á conocer en el mismo lugar que la versificacion le era tan familiar como la música. Tritemio asegura que dejó gran número de poesías, si puede darse este nombre á los versos de aquella época. A mediados del siglo XVII existian aún algunos de sus versos. Gropper, que vivia á la sazon, y el P. Mabillon, siguiéndole, atribuyen á nuestro autor los cuatro versos siguientes, que parece formaban parte de un poema sobre la sagrada Eucaristía.

Hic et ibi cautela fiat ne præsbyter ægris
Aut sanis tribuat laicis de sanguine Christi.
Nam fundi posset leviter, simplexque putaret
Quod non sub specie sit totus Jesus utraque.

El sentido de estos versos, como observa el P. Mabillon, no es que se

suprima absolutamente el uso de la copa para los legos en la sagrada Eucaristía, sino que se administren las especies de pan y vino separadamente, por temor de que mezclándolas no se dé á los sencillos motivo para creer que Jesucristo no está todo entero en cada una. —S. B.

RODULFO, monje del Santo Sepulcro de Cambrai. No nos es conocido más que por un escrito que algunos sabios, engañados por la identidad del nombre, atribuyen á Rodulfo, abad de S. Tron. Este escrito es la vida de Lieberto, obispo de Cambrai, muerto en 1076. Publicóla primero el P. Lucas Dacheri, en el tomo IX del *Spicilegio*, sin nombre de autor, por un manuscrito que carecia de principio y de fin. Habiendo encontrado despues otro manuscrito el P. Mabillon en la abadía de Anehin, á cuyo final se atribuye la obra al monje Rodulfo, supuso que debia ser el abad de San Tron. Pero este sabio, á quien han creido otros bajo su palabra, no habia verisímilmente leido el prólogo, en que el autor se declara monje del Santo Sepulcro, casa que no habitó nunca el abad de S. Tron. La edicion nueva y completa de este documento, hecha por los Bolandistas, conforme á un manuscrito antiguo de la reina de Suecia, quita hoy todo género de duda sobre este punto. No somos, sin embargo, de la opinion de estos editores sobre la época en que vivió nuestro autor. A creerlos, su existencia no puede remontar más allá del siglo XIII, y aquí la razon en que se fundan, la cual es que al hablar de una capilla edificada por el obispo Gerardo en un cementerio, donde se construyó despues el monasterio del Santo Sepulcro, dice, que estando casi arruinada esta capilla durante el gobierno del abad Walcher, fué reparada entónces y puesta bajo la invocacion de S. Nicolás. Pero, dicen otros autores, esta capilla construida por Gerardo, no puede ser otra que la que mandó hacer en 1047 en el nuevo cementerio situado en las afueras de la ciudad, con motivo de la peste y del hambre que afligia al país, como lo refiere en su crónica Jacobo de Guisa. Deducen de aquí que no se trata de Walcher, primero del nombre, muerto cuando más en 1095, sino de Walcher II, que vivió hasta 1283, ó de Walcher III, su inmediato sucesor. Pero se puede responder á esto: 1.° Que habiendo hecho perder su importancia á la capilla un monasterio edificado cerca de ella, no es extraño que estuviese arruinada poco despues de medio siglo. — 2.° Que Rodulfo podia ignorar la fecha de la fundacion de esta capilla, y creer por consecuencia que su deterioro provenia de su antigüedad. —3.° Que una larga duracion, en el estilo de los autores de la edad media, significa algunas veces ménos de cincuenta años, lo que se prueba con nuestro mismo autor, que hablando de un espacio de cinco ó seis años se sirve de esta expresion, *labente temporum curriculo*. Los autores de la *Nueva Galia Cristiana* son de nuestra opinion, y no vacilan en decir que la capilla en cuestion fué

reconstruida por Walcher I. La época del restablecimiento de este edificio es enteramente inútil para fijar la época de la existencia de Rodulfo. Pero su estilo presenta á los inteligentes pruebas bastante sencillas de que vivia en el siglo XII. Las consonancias de que está lleno eran de moda entre los escritores de entónces, y son muy raras en los de las edades siguientes. Su prosa está tambien mezclada con versos, uso bastante comun en el siglo XIII. Por último, da el epitafio del santo como obra suya, lo que sería ridículo en un autor que escribiese más de doscientos años despues de la muerte de su héroe. Esta última razon, unida á la que cita Rodulfo como muestra del elogio que hace de S. Lieberto, nos hacen creer que compuso su obra ántes de la mitad del siglo XII. No nos detenemos á referir lo que añaden los mismos críticos, á saber, que nuestro autor no ha hecho más que retocar y amplificar con adornos inútiles una vida escrita con la mayor sencillez. Es verdad que ha tomado mucho de la crónica de Cambrai, como lo manifiesta él mismo. Pero no confiesa en ninguna parte haberse aprovechado de lo escrito por otro, y tenia sin duda la suficiente modestia, si lo hubiera hecho, para confesarlo. Hablando del mérito de la obra, Rodulfo dice haberla emprendido á ruego de sus colegas, con la mira de alabar á Dios por su misericordia para con los santos, y de presentar los modelos de humildad, de paciencia y de caridad. Puede decirse en general que ha desempeñado bien su cometido; sus digresiones, aunque bastante frecuentes, no estan sin embargo mal colocadas. La mayor parte parecen sacadas del fondo del asunto. Son, por otra parte, muy interesantes por las máximas de moral que contienen. Se debe confesar, sin embargo, que es demasiado difuso, muy abundante en figuras, y demasiado afectado en su estilo. Se ve en esta vida, que el intendente de la casa episcopal, *procurator domus pontificalis*, que era calificado tambien *consul populorum*, desempeñaba el cargo de lo que llamamos hoy el mayordomo. El autor designa en otra parte este empleo, que habia desempeñado S. Lieberto, con los términos de provisor de la corte episcopal. El Santo era al mismo tiempo preboste de la catedral, y verisímilmente estos dos cargos no formaban más que uno, puesto que es alabado en esta última calidad como un juez muy íntegro. Los Bolandistas han insertado á continuacion de esta vida un pequeño apéndice, sacado de un manuscrito de la abadía de Vaucelle, en que suponen algunas particularidades omitidas por el autor. Otro monje del Santo Sepulcro es quien verisímilmente ha hecho esta adicion, pero no da á conocer su nombre, ni la época en que vivió. —S. B.

RODULFO (Fr.), trinitario y obispo de Morvins. Fué natural de la ciudad de Aberdeen, en Escocia, y el tercero que en la Orden Trinitaria de la Gran Bretaña tuvo la honra de ascender á la dignidad episcopal. Pertenecia

á una ilustre familia, y fué individuo del Consejo ó Parlamento alto, bajo el reinado del santo rey Guillermo de Escocia. Cuando los religiosos Trinitarios se presentaron á fundar en este reino, movido á impulsos de la divina gracia, tomó el hábito de la Orden, aunque sin abandonar nunca la corte, porque su consejo era de mucha utilidad y conveniencia para el servicio de la nacion y del monarca. Cuando este hizo donacion á los Trinitarios de la suntuosísima abadía de Aberbot, puso en ella por primer abad á Fr. Rodulfo, que permaneció muy poco tiempo en ella; pues presentado por el antedicho Rey al pontífice Honorio III para el obispado de Montidon, Su Santidad le nombró para desempeñar este cargo, en el que se condujo con tan ejemplar y santa conducta, que, como dice muy bien Tomás Demstero en sus *Vidas de obispos de la Gran Bretaña*, se dudó si fué más diligente prelado, que estrecho y observante religioso, más celoso pastor que humilde oveja, y más caritativo padre que tierno hijo de su religion. Sabio y prudente, afable y piadoso, logró captarse la estimacion de los reyes y el afecto de los pueblos, y obtuvo de los poderosos cuantiosas dádivas para aumentar el patrimonio de su iglesia. Escribió un libro de avisos saludables, dirigido al rey Alejandro, hijo de S. Guillermo, quien le profesó siempre la misma estimacion que de su padre mereciera. Murió en 19 de Setiembre de 1240, siendo sepultado con gran honra en su iglesia catedral, en una magnífica tumba, que se conservó con mucho respeto y veneracion hasta que sobrevinieron los tiempos de la persecucion de la fe católica, cuya persecucion, tomando gran incremento bajo el reinado de la impía y sanguinaria Isabela, dió lugar á que los herejes, no perdonando ni áun el sagrado de las tumbas, la profanasen con bárbara osadía, extrayendo los cadáveres de los siervos del Señor y reduciéndolos á cenizas. Tal suerte cupo á los venerables restos del obispo de Montidon; pues al cabo de más de doscientos años que descansaban en paz, con no poco dolor de los católicos, fueron sacados de su último asilo y consumidos por la voracidad de las llamas. —M. B.

RODULFO (Fr.), mártir trinitario. Fué este bendito Padre inglés segun unos autores, y escocés segun otros, siendo esto lo más probable, puesto que tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento Varrense, fundacion de S. Willelmo, corroborándose más esta creencia con la circunstancia de que debiéndose celebrar una redencion de cautivos, fueron nombrados para recoger las limosnas en las tres provincias ó reinos de la Gran Bretaña, Fr. Rodulfo, Fr. Berengerio y Fr. Humberto, tocándole á Fr. Rodulfo la provincia escocesa, país donde es de suponer tendria más relaciones y simpatías por haber nacido en él. Juntas ya las crecidas sumas necesarias para hacer una redencion copiosísima, marcharon los venerables Padres citados á Túnez, y habiendo llegado con toda felicidad, entablaron las

negociaciones, terminándolas muy en breve y tan satisfactoriamente, que en ocho dias tuvieron concertado el rescate de trescientos cuarenta cautivos de todas edades, entre los cuales habia algunas mujeres y niños. Redencion muy ventajosa, porque además del gran número de rescatados, medió la circunstancia de no ser muy subidos los precios, cosa notable entre aquellos bárbaros, que siempre procuraban sacar el mayor fruto posible del resultado de sus rapiñas. Invertido ya todo el dinero de la redencion, y enviados los libertados cautivos á sus respectivos países, y cuando ya los Padres se disponian á regresar á su convento, llegáronse á ellos unos moros, y les dijeron habian de rescatar diez cautivos que tenian para vender. y que el rescate habia de verificarse sin tardanza y poniéndoles el dinero sobre la mesa. Manifestaron los Padres que, áun cuando de muy buena gana lo harian, puesto que tal era su instituto, no podian verificarlo, por hallarse sin dinero, ofreciendo empero quedarse en rehenes hasta tanto que de Inglaterra les enviasen la cantidad en que quedasen convenidos. Contestaron los moros que de ninguna manera aguardarian, por hacerles suma falta el dinero, y que de no rescatarlos sus cautivos, habiales de sobrevenir un grave daño. Sumamente afligidos los Padres, buscaron mil arbitrios, ya ofreciéndose en rehenes á otros moros ricos para que proporcionasen el dinero, ya prometiendo á varios mercaderes crecido premio si adelantaban la cantidad necesaria. Pero nada adelantaron, porque nadie se ablandó con sus ruegos, ni en nadie encontraron el auxilio que necesitaban. Viéndose en tan grande apuro, la noche ántes de dar á los moros su última respuesta la pasaron en oracion, rogando á su divina Majestad, que si lo tenia por conveniente, les libertase de aquella opresion en que se veian; pues no sintiendo perder sus vidas en el servicio de Dios, sentian quedase malograda aquella redencion y defraudadas las esperanzas de los infelices cautivos, que ya se conceptuaban libres de sus penosas cadenas. Cuando á la mañana siguiente vinieron los dueños de los cautivos á preguntarles si tenian ya el dinero reunido, los afligidos Padres les contestaron que todas sus diligencias habian sido inútiles, porque nadie les quisiera favorecer, y ofreciéronse nuevamente, ó bien á quedarse en rehenes, ó bien á darles más subido precio si querian aguardar á que les remitieran el dinero de Inglaterra. Cuando oyeron tal cosa los moros, saliéronse sin contestar una sola palabra, dejando á los Padres bastante tranquilos, por figurarse que iban á deliberar sobre lo que les habian propuesto. Pero como el carácter de aquellos bárbaros era susceptible en demasía; como además del odio que profesaban al nombre cristiano creyeron rebajada ú ofendida su dignidad por lo que conceptuaban negativa de los Padres, sedientos de venganza, buscaron una infeliz mujer de mala vida, y excitáronla para que se quejase al cadí ó juez de

que aquellos Padres habian querido ejercer violencia contra ella. Para apoyar tan infame acusacion, proporcionáronse tambien algunos falsos testigos, y acto contínuo fué presentada la queja al tribunal. Llamados ante el juez los Padres, y presentes tambien la mujer y los testigos, preguntó aquel á los religiosos si era cierto el delito de que se les acusaba. No solamente no lo es, respondió Fr. Rodulfo, puesto que nuestra ley y condicion nos prohiben cometer semejante pecado, sino que á esta mujer la vemos hoy por vez primera, y para que te convenzas ¡oh juez! de su falsedad, pregúntala en qué lugar hemos cometido el delito de que nos acusa, y verás cómo queda desvanecida la mentira. La mujer, á quien habian instruido perfectamente de antemano, vertiendo abundantes lágrimas, desgarrándose el rostro y pidiendo á grandes voces justicia, dió muchas señales é indicó hora y sitio. Confirmado su dicho con las declaraciones de los falsos testigos, sentenció el juez, ordenando que uno de los Padres renegase de la ley de Cristo y se casára con aquella mujer, y que verificado esto quedáran libres los demás. Entónces Fr. Rodulfo, mirando fijamente al juez y á los testigos, exclamó: Bien se conoce que todos sois falsos y de falsa ley, pues por amparar la mentira y conseguir una infame venganza, dejais indefensa y menospreciais la verdad. En nombre de nuestro Dios, centro de bondad y de justicia, protestamos y juramos, que no de obra, pero ni áun siquiera de pensamiento, hemos tenido que ver con tal mujer cosa alguna. No quiso el juez oir más, é irritado por lo que juzgaba blasfemia contra su ley, á la vez que para dar satisfaccion á la queja de la acusadora, mandó que sin apelacion fuesen los tres Padres quemados vivos. Obedecieron gozosos los moros, siendo los inocentes religiosos conducidos al suplicio, al cual marcharon llenos de entusiasmo, cantando himnos de alabanzas al Señor, y exhalando su último aliento entre las llamas destructoras. Tuvo lugar el glorioso martirio de estos benditos Padres el dia 17 de Octubre de 1233. — M. B.

RODULFO (Fr.), religioso franciscano, probablemente de la provincia de Tours, en Francia; se distinguió mucho por su grande santidad, y asegura la crónica de Rebolledo, que los ángeles le ayudaban la Misa. Se halla sepultado en el convento de un pueblo llamado Redonis, ó *Redomarum* en latin.—S. B.

RODULFO (Fr.), trinitario. Este santo varon fué natural de Inglaterra, y uno de los compañeros que fueron de viaje con Roberto de San Juan, protomártir de la religion Trinitaria, de quien hablamos largamente en su lugar respectivo. Tocado de la divina gracia cuando su amigo le indicó que habia determinado abrazar la vida monástica, y no queriendo abandonar en el camino del cielo al que eligiera por compañero en las sendas del mundo, le rogó interpusiera su influencia para con el santo patriarca S. Juan de

Mata, á fin de que este tuviera á bien concederles el hábito. Igual súplica hizo el otro amigo, llamado Ricardo, y conociendo el bendito fundador cuánta honra y utilidad reportaria á la Orden la admision de aquellos dos mancebos, concedióles con sumo placer la gracia que le pedian, admitiendo gustoso por órden revelada el sacrificio que los tres jóvenes hacian á la beatísima Trinidad de su voluntad, deseos y aspiraciones. Afortunados fueron estos mancebos, teniendo la grata satisfaccion de ver á su amigo Roberto rendir la vida en obsequio de la fe, y de ser testigos del glorioso tránsito de su santo fundador y Padre. Las crónicas de la religion Trinitaria hablan muy concisamente de estos dos santos mancebos, y tan solo dicen que sirvieron á la Orden y la ilustraron con sus talentos, teniendo la dicha de lograr una muerte dulce y tranquila, paso seguro á la eterna bienaventuranza que por sus acciones merecian.—M. B.

RODULFO DE ABERDEEN (Fr.), trinitario. Ignórase de qué punto de la Gran Bretaña era natural este religioso, y solo se sabe que habia tomado el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Barrens, pasando luego al de Aberdeen, donde permaneció hasta el fin de sus dias, quedándole por esta razon aquel sobrenombre. Estudió en la universidad de París, donde obtuvo la borla de doctor, siendo numerado entre los de la sacra Sorbona. Fué muy utilísimo en la proposicion y resolucion de los argumentos, y en muchísimas ocasiones adquirió grandes lucimientos. Vuelto á su patria, recogióse á vivir en el convento de Aberdeen, consagrándose á la práctica de la oracion y de las virtudes, escribiendo varias obras, que le granjearon mucha fama de religiosa observancia. Lleno de méritos y virtudes, murió en el citado convento de Aberdeen el dia 31 de Julio de 1328. Las obras que dejó escritas son las siguientes: *Sobre el Maestro de las Sentencias*, cuatro libros.—*De los actos humanos*, dos.— *Sobre el canto Benedicite*, dos.— *Sermones de santos y de témporas para todo el año*, tres.—M. B.

RODULFO AGRÍCOLA, franciscano frisio del siglo XV, ó por mejor decir del XVI, pues aunque tomó el hábito en el primero, cuando más se distinguió y brilló por sus virtudes fué en el segundo, llegando á adquirir una envidiable fama, que no se ha atrevido á disputarle ni le disputará nunca la posteridad. Nacido con las inclinaciones propias de los hombres cuya vida debe pasar entre las tareas del estudio y las prácticas de la virtud, Rodulfo, apénas habia hecho los primeros estudios, apénas habia dado pruebas de su amor al recogimiento, á la oracion y á la soledad, cuando tomó el hábito en el convento de Heildeberga en 1489. Distinguióse desde luego por su grande humildad, y sus maestros, léjos de tener que corregir, hubieron por el contrario de moderar el rigor de sus asperezas y austeridades. Era incansable en el estudio, no habiendo conocimiento que no desease adquirir,

ni procurase cultivar con un fruto y un empeño que era causa de la general admiracion; elocuente por naturaleza, poeta de nacimiento, la filosofía, la teología, todas las ciencias profanas y divinas que se estudiaban entónces, no tardaron en ser objeto de sus investigaciones, pasto de su ardorosa y fecunda inteligencia. Recorriólas unas tras otras, y para conocerlas con más perfeccion, las buscó en sus originales, aprendiendo las lenguas sabias. Así en un breve período fué mirado como un prodigio de saber, como ser dotado de privilegiada inteligencia, y llegó á poseer todos los conocimientos que entónces eran patrimonio de los hombres más afamados y eminentes. Consagróse á su cultivo en diferentes obras de grande mérito é importancia, que áun hoy son buscadas por los eruditos, y que vivirán tanto como la literatura sagrada. No contento con lo que habia hecho en beneficio de la ciencia, no quiso olvidar al pueblo, á quien se hallaba consagrado su instituto, y ora como orador elocuente, erudito y profundo, trabajando por la reforma de las costumbres, enseñando é instruyendo á los sabios é ignorantes, ya como poeta, vulgarizando con las galas de la imaginacion las doctrinas y misterios más elevados é impenetrables del cristianismo, consiguió en un breve período una série de triunfos, de que se citarán pocos ejemplos en el país y siglo en que vivió. Quizá hubiera llegado á los puestos más eminentes de su Orden, si su amor al estudio y su grande humildad no le hubieran alejado de ellos; pero murió contento y satisfecho entre sus libros, como habia vivido, sin aspirar á superiores dignidades, dejando las obras siguientes: *Psalterium ex hebraico;* muy recomendada por los entendidos en la lengua hebrea. Tradujo del griego parte de las obras de *S. Dionisio Areopagita.—Schotta in quinque libros Severini Boetij de Consolatione Philosophiæ;* y otras muchas, que se publicaron en Colonia por Gymnisio, 1539, dos volúmenes en fólio.—S. B.

RODULFO Anglico (Fr.), trinitario y obispo de Bristol. Fué este religioso el vigésimosegundo obispo que tuvo la órden Trinitaria en la Gran Bretaña. Créese que fuera natural de Lóndres, pues segun dicen los cronistas, en esta ciudad vivia desde muy niño, siendo desde su primera edad muy bien inclinado, y manifestando sumo apego á la virtud. Tomó el hábito en el convento de Sta. Cruz de Honslou, y fué connovicio del célebre Fr. Osberto del Burgo, contrayendo por esta causa con él una estrechísima amistad, y profesándose un tierno afecto, que les duró á ambos toda la vida. Estudió en la universidad de Oxford, y distinguiéndose mucho por su piedad y sabiduría, el rey Eduardo I de Inglaterra le hizo su confesor y consejero, siendo tan ajustados sus procederes en este difícil cargo, que el monarca quiso premiarle con una mitra, y hallándose vacante la de Bristol le propuso para ella, consultando ántes su voluntad. Aceptó Fr. Rodulfo, aun-

que con intencion oculta; pues cuando el monarca iba á escribir al Pontífice; le dijo que si habia aceptado fué con objeto de que la mitra fuera para su buen amigo Fr. Osberto. Conmovido el Rey con aquella notable prueba de amistad, y siéndole muy notorios los talentos y virtudes que en Fr. Osberto concurrian, hizo la presentacion á favor de este, siendo creado obispo Bristoliense por la santidad de Honorio IV. Mas pasado algun tiempo, y deseando siempre que su confesor fuese obispo, y de una diócesis inmediata á Lóndres para tenerle cerca de su persona, solicitó y obtuvo que Fr. Osberto fuese trasladado á la silla Bostonense, que se hallaba vacante, logrando de esta manera su primitiva idea de que Fr. Rodulfo ocupase la dignidad de prelado Bristonense. Puesto ya en aquel elevado destino, consagróse enteramente al manejo de los libros y al profundo estudio de las divinas letras, sin abandonar por esto el solícito cuidado de su grey, pues desde muy pequeño fué enemigo declarado del ocio, y no supo estar nunca sin dedicarse á algun género de trabajo. Gobernando, pues, Fr. Rodulfo su obispado con gran prudencia y observancia, y dando en todas sus acciones grandes y señaladas muestras de su instruccion y su piedad, descansó con una buena muerte en el seno del Señor el dia 6 de Enero del año 1306. Su cadáver fué honoríficamente sepultado en su iglesia catedral, donde su sepulcro fué conservado por muchos años con grande veneracion. Dejó escritas las siguientes obras: *Sobre el profeta Nahum*, un libro.—*Alabanzas de la Santísima Virgen*, dos libros.—*Sermones de Adviento*, cuatro libros.—*Catálogo de los obispos Bostonenses y actos principales de su vida*, un libro.—Esta importantísima obra, que tanta luz histórica hubiera suministrado en los tiempos modernos, es completamente ignorada, y acaso se hallará perdida, puesto que los biógrafos de la Orden solo citan su título, doliéndose mucho de no poder hacer un minucioso análisis de ella.—M. B.

RODULFO DE AVERDONIA (Patriarca). Sin que se sepa á punto fijo el lugar del nacimiento de este esclarecidísimo prelado, no cabe duda en que fué escocés, y de buena familia, inclinado siempre al estado eclesiástico, y despues que hubo conocido su mayor perfeccion, al religioso. Para cumplir sus deseos recibió el santo hábito de la Trinidad en el convento de Averdonia, y fué en su noviciado no solo exacto, sino ejemplar, haciendo desde luego concebir á sus superiores esperanzas, que léjos de salirles fallidas, fueron secundadas con un acierto siempre favorable. Siguiendo la muy loable costumbre de la religion Trinitaria en aquella época, nuestro Padre, como todos sus hermanos, hizo los estudios despues de profeso, y no los hizo, como casi nunca se hacian, en la casa misma donde profesára, sino que pasó á la célebre universidad de Oxford, donde por entonces brillaban las letras y las ciencias en su mayor esplendor; siendo muy aventajados los discí-

pulos que de ella salian, y por consiguiente muy grande el crédito que se lograba por el mero hecho de estudiar allí. No se crea que nuestro Padre hizo sus estudios de una manera así vulgar, ó como si dijéramos por pasar el tiempo, nada de esto, comenzando porque fué en él deliberadisimo el ponerse á estudios, y concluyendo porque todas las cosas las hacia con la exclusiva mira de agradar á Dios y de corresponder á sus singulares beneficios y dignaciones, comprenderemos que habia de esmerarse para no perder un momento; ántes al contrario, aprovechar buenamente el tiempo para con este provecho ser útil á la religion que le admitiera en su seno, á los fieles todos, y áun si era necesario á los mismos infieles, á cuya conquista y redencion se habia comprometido, conforme dispusiera la obediencia, por su profesion religiosa. Concluyó su carrera con brillantísimas notas, y siendo el designado para sostener los públicos certámenes con que acostumbran terminar sus años académicos los colegios de las órdenes religiosas, desempeñó con tal lucimiento este cargo, que pareció á muchos de los doctores que componian aquel claustro que no habia necesidad de más pruebas para investirle con la borla de tal doctor; mas nuestro buen religioso no quiso aceptarla de esta manera por muy honrosa que le era, y la ganó con las pruebas que para tales casos se exige, pruebas que fueron cumplidas muy á ley. Todos, y él tambien, creyeron que iba á ser destinado á la enseñanza en el mismo Oxford, atendido á que habia una cátedra vacante y debian los Trinitarios proveerla en uno de sus hijos; pero no fué así, á muy poco de concluida su carrera fué llamado al convento donde habia recibido el santo hábito; pero fué llamado de un modo, digámoslo así especial, pues al manifestarle su superior la resolucion que habia tomado de hacerle volver á su primera casa, le manifestaba ser necesaria en ella su presencia y persona; lo cual todos comprendieron que significaba lo que en realidad significó, que se habian fijado acerca de él las miras de los superiores para confiarle cargos importantes, porque todo podia esperarse que sería bien hecho por él atendida su prudencia, su gran talento y su constante aplicacion, que, como es consiguiente, le habia hecho adquirir un inmenso caudal de conocimientos útiles, y que habia de aplicar prácticamente cuando se hallare en disposicion de hacerlo. Apénas llegó, pues, á su convento de Averdonia, se le hizo saber que habia sido elegido y confirmado ministro de aquella santa casa, y él, fidelísimo para prestar ciega obediencia siempre que era necesario, aceptó este cargo por no faltar á su propósito de no discutir nunca acerca de lo que le mandáran, ni dejar por un momento de observar cuanto sus superiores quisieran. Lo primero que se propuso en el desempeño de su importante cargo, fué que la observancia no se habia de relajar en lo más pequeño durante su prelacia, así es que trató de llevar todas las cosas á su debido tér-

mino sin contemporizar en manera alguna con ninguna que no fuera enteramente conforme á la letra y espíritu de las santas constituciones, reglas y venerandas costumbres, no solo de la Orden en general, sino en particular de aquella santa casa, que habia sido y fué siempre una de las más observantes, y de la cual partieron al cielo muchísimos servidores de Dios. No se crea que para establecer y exigir esta rigidísima observancia se valia nuestro P. Rodulfo de los medios de rigor que hubiera bien podido poner en juego, todo menos eso, con la mayor dulzura, con una benignidad que atraia y con palabras las más convenientes, era como obligaba á todos y á cada uno á cumplir con su deber; es verdad que él iba delante, y por consiguiente la fuerza del ejemplo es irresistible. De modo que cumplia su ministerio con un éxito mejor que lo que pudiera esperarse, y todos estaban muy satisfechos de él aunque muchos eran, no solo corregidos, sino hasta castigados por él mismo; pudiéndose con toda verdad decir, que viendo en sus determinaciones no solo la justicia de ellos sino la gran rectitud de su intencion, ni les enojaba lo resuelto, ni se les hacia duro lo que tenian que sufrir, porque palpaban los resultados. Esta conducta suya no podia ser ignorada de sus superiores, que cada vez se complacian más en haberlo traido á gobernar su convento; porque para enseñar hombres que es un cargo muy delicado, no habia otro más á propósito que Fr. Rodulfo. Reunióse el capítulo en San Nicolás de Pebles, y como la principal cosa que allí habia que tratar era de la eleccion de provincial, se examinaron las condiciones, circunstancias y prendas de algunos de los superiores de las casas de la Orden para ver á quién podria mejor darse el importante cargo que tenia que conferir esta asamblea. Miróse como una necesidad el poner al frente de la provincia un hombre, que á su entereza y rectitud allegára cierta prudencia, tino, benignidad y dulzura que le hiciese apreciable, porque no faltaban cosas que remediar y abusos que corregir, pero tenia que ser de esta manera; y nadie pareció mejor que el superior de la casa de Averdonia, pues en el gobierno de su convento empleaba un sistema talmente como se comprendia necesario para el desempeño del provincialato. Fué, pues, unánimemente designado para este cargo, que aceptó protestando que habria muchísimos otros más útiles que él, por más que sus hermanos no lo juzgáran así. La experiencia acreditó lo recto del juicio de aquellos varones probos y experimentados en el conocimiento del mundo; porque tomando á su cargo nuestro Rodulfo la provincia, y comenzando por visitar con escrupulosidad todos los conventos que pudo, viendo en ellos qué necesidades habia para remediarlas, qué sujetos merecedores de premio para otorgárselo, quiénes acreedores á castigo para no dejarlos sin él, y cómo podria cada casa alentarse, crecer tanto en importancia material como en virtud, logró hacer en su época co-

mo un plantel nuevo de sujetos todos excelentes, todos dotados de un gran deseo de aprovechamiento, que manifestándose en el anhelo con que hacian todas las obras propias de su ministerio é instituto, y en el afan con que procuraban el imitar las virtudes del superior, que no eran nada vulgares, ántes muy excelentes y acreditadas, cuantos veian á un trinitario de estas condiciones decian: No cabe duda, este es del plantel del Padre Rodulfo. Admiraba á todos esta ejemplar conducta del P. Provincial, y el que nunca deseára tregua ni descanso para las fatigas de su apostólico ministerio, ántes por el contrario, cuanto más hacia más quisiera hacer, cuanto más adelantaba se propusiese con más interés nuevos adelantos, y conforme iba reformando las casas y cosas de la Orden, tuviese siempre en su imaginacion nuevas reformas y proyectos nuevos, siempre útiles á sus hermanos y encaminados al bien de sus almas, que es el medio de lograr lo gloria y servicio de Dios. Su conducta hubo de conocerse en Roma, y no debió faltar quien al Sumo Pontífice le hiciera conocer lo que valia este excelente religioso, gloria de la Orden de la Santísima Trinidad y ornamento de la provincia de Escocia. El Papa, que era á la sazon Bonifacio VIII, habia de atender á lo que le indicaba, y convencido como lo estaba de que en vez de decirle algo de más le decian acaso de ménos, creyó que en el P. Rodulfo podria sin dificultad poner un cayado de obispo, que serviria para regir convenientemente á su verdadero destino la grey que le cupiera en suerte. Quiso Su Santidad que fuese en Escocia mismo donde el Padre fuera obispo, y esto es naturalísimo, sin que haya que demostrar su naturalidad, digámoslo así, y en ocasion de hallarse vacante la silla de Glascow, la proveyó en el Padre, causándole esto, como no podia ménos, admiracion y sorpresa. Así como muchos eclesiásticos desconociendo sus verdaderos intereses, y no sabiendo ni lo que quieren ni adónde van, tienen la temeridad de poner en juego todas sus relaciones para poder lograr una mitra, nuestro Padre puso en juego cuantas pudo para rehusar la que se le venia encima; mas como esta eleccion era de Dios, y con las cosas de Dios sirven poco los empeños de las criaturas, todo fué inútil; el Padre tuvo que conformarse con ser obispo; y mandándole Su Santidad que acelerase su consagracion, pues eran apremiantes las necesidades de su diócesis, que estaba muy mal sin prelado, no le quedó otro remedio que consagrarse prontamente, y emprender al momento su viaje para ponerse al punto al frente de su diócesis. Llegó á ella, y desde el momento mismo en que le vieron penetrar en su territorio, todos se complacieron vivamente en que se hubiera hecho tal eleccion, porque á todos pareció no solo conveniensísima, sino excelentes las disposiciones que en él vieron, y que mostró en la plática que luego repartió como pastoral, que dirigió al pueblo el dia en que fué solemnemente á tomar posesion personal de su cargo. Por

supuesto que no descansó un momento desde que llegó á la capital de su diócesis. Aquel mismo dia reunió al cabildo catedral para hacerle comprender sus intenciones y pedirle su cooperacion; llamó despues á los párrocos que tuvo á mano, y les hizo ver tambien cómo su ayuda le podria servir de muy mucho en el desempeño de su ministerio, y al pueblo á su vez le dijo, que la docilidad por su parte coadyuvaria mucho á que los desvelos del prelado y de los párrocos no fuesen infructuosos, sino que dieran resultados positivos, y asi ya se puso en aptitud de cumplir su elevado ministerio, como en efecto lo cumplió, siendo verdadero padre y pastor de todos sus súbditos en general, y en particular de cada uno, como si él fuese el único encomendado á su cuidado. Comenzó la santa visita con un celo y actividad tales, que parecia imposible pudiera resistir los trabajos y molestias consiguientes á ese estado de agitacion, necesario en tal situacion, y mucho más admira á quienes saben lo que es esta ocupacion tan importante como provechosa, el que apénas le servia de nada el secretario, pues el Obispo, por no molestarle, cargaba en sí todo el trabajo, y á su secretario no le quedaba sino esa representacion material, necesaria para la legitimidad y validez de los acuerdos tomados en santa visita. Por supuesto que por haber sido hecho obispo no habia el P. Rodulfo variado lo más mínimo; su conducta era la misma que en su convento, su porte como un pobre religioso, y cuando algunas veces le decian que eso no debia de ser así, que era preciso se diese algun tono más por su dignidad de obispo y demás, decia: «La dignidad de obispo no me ha quitado la condicion de fraile; por consiguiente quede aquella para los actos de jurisdiccion, para las ocasiones necesarias, que yo me compondré con estotra para vivir.» Que es lo mismo que si hubiera dicho: de obispo solo acepto los cargos, de religioso me reservo las obligaciones.» Esta conducta dice muchísimo en en favor de nuestro prelado, cuyo celo era el más ardiente que imaginarse puede, cuya caridad para con los pobres iba más allá de lo que le permitian sus facultades, cuyo anhelo por el esplendor del culto se dejaba ver en los adornos de que proveyó á su iglesia catedral. En fin, era un hombre completo y llamado por Dios tan expresamente, porque es preciso dejar aquí consignado, que cuando él vino á la silla Glascuense habia muchas dificultades que superar, y que en efecto superó con muy acertado tino. Todo esto lo sabia el Papa, y le parecia por consiguiente que quien en una diócesis habia hecho tanto, y habia logrado frutos tan abundantes en no mucho tiempo, al frente de un patriarcado haria mucho más, produciria todavía más abundante cosecha. Así fué que tan sin él saberlo, como le habia hecho obispo le nombró patriarca de Antioquía, siendo la primera noticia que tuvo el recibir el palio, insignia de esta dignidad tan grande, y las bulas que le acreditaban como tal patriarca. Puede

calcularse el efecto que le haria esta manifestacion tan explícita de la voluntad de Su Santidad con solo recordar la manera con que le afectó su nombramiento de obispo, y ahora no fué solo él á quien perturbó esta noticia: fué el rey de Escocia, que no queria por manera alguna privarse de tan excelente prelado; el clero, que queria á toda costa que siguiera á su frente un hombre de las especiales circunstancias de nuestro buen Rodulfo; el pueblo, que debiéndole muchísimo, no queria privarse de él; y el mismo Obispo, que decia á Su Santidad que el cargo le era pesado, pero que no era su pesadez lo que le agobiaba, sino la consideracion de que no podia dedicarse como queria al cuidado de sí propio, que su alma estaba muy abandonada desde que por los altos juicios de Dios, y acaso para su castigo (decia el Padre) el Señor habia permitido que fuese nombrado obispo. Al cabo hubieron de ser tantas y tales las cosas que dijeron unos y otros al Santo Padre, que éste tomó el partido de dejar al P. Rodulfo en completa libertad de hacer de sí lo que quisiera, ó desempeñar la patriarcal de Antioquía, ó desempeñar el obispado Glascuense, ó retirarse adonde y como quisiera á concluir sus dias en paz y en la gracia del Señor. No se puede dudar por un momento que este último partido sería el que tomase nuestro Obispo; así es que despidiéndose de sus amados diocesanos, llevando en el corazon á todos y á cada uno, en medio del más vivo sentimiento de los reyes y príncipes, de los clérigos y magnates, del pueblo todo, abandonó su grey en manos de otro pastor y se retiró á su convento de Aberdonia, pues que habiendo pedido á sus superiores obediencia sobre este punto, toda vez que ya quedaba libre del enorme peso de la mitra, resolvieron estos que viniese de nuevo á su convento para ilustrarle con sus virtudes; y porque parecia natural que siendo su fin en retirarse el concluir sus dias en paz y sosiego; parecia, decimos, natural que esta paz y sosiego la lográra allí mismo donde habia tomado el santo hábito y acreditado su capacidad para el gobierno planteando las observancias en todo su rigor, que es uno de los medios más á propósito para que prosperen los institutos. El superior que gobernaba la casa de Aberdonia, apénas supo que iba á ella como hijo que de la misma era un señor constituido en dignidad tan alta como la de patriarca, hizo disponer las cosas de suerte que encontrára el P. Rodulfo á su servicio un padre que le sirviera de capellan y un lego que ministrase á ambos en cuanto pudiera ser necesario. Mas esta diligencia fué inútil; apénas llegó y lo vió el Padre, rogó al superior retirase á aquellos otros hermanos adonde le pareciese convenian más, y en órden á él le considerára ni más ni ménos que á otro hermano cualquiera, pues su mira en retirarse de la vida pública no habia sido otra que pasar los dias que el Señor tuviera á bien concederle en la oracion y mortificacion, en la observancia y en la obediencia como cuales-

quier otro religioso, y por consiguiente que no era ni más ni ménos que un fraile y el último de todos. Nunca se pudo lograr que saliese de su propósito, así es que con la comunidad comia, como la comunidad dormia, con la comunidad asistia al coro, y solo se permitia lugar preferente cuando los fieles podian verlo, no por sí, sino por su comunidad misma. Los ratos que no eran de comunidad, los gastaba ó en el coro, ó en su celda en oracion, sin querer nunca otra cosa que el estar oculto á los ojos de todos, por no creerse acreedor á fijar en sí las miras ni las miradas de nadie. Renunció á todo cargo de prelacía, áun cuando se le exigió que no lo fuese sino para lo espiritual, y nunca más hizo sino obedecer y considerarse el último, no por presuncion ni esperanza del premio, sino porque así se lo hacia ver su muy profunda humildad. Tres años vivió de esta manera, y conociendo por revelacion de Dios que le era llegada su hora, pidió al P. Ministro el hábito con que habia de enterrarse, y el especial favor de que su cuerpo fuera depositado en el ínfimo lugar de la iglesia. Recibió los santos sacramentos con especial devocion, y dió á Dios su espíritu el dia 21 de Octubre de 1276. El ministro, por cumplir la última voluntad del prelado, le hizo enterrar en un lugar cualquiera de la iglesia, en tanto que se construyó una magnífica urna de mármol, que se colocó en la capilla mayor, y donde fueron trasladados sus restos despues de que se le hizo un suntuosisimo funeral, al que concurrió todo Aberdonia y comisiones de su cabildo, de palacio y demás, para dar todos testimonio del aprecio que les habia merecido el obispo y patriarca Fr. Rodulfo, que en verdad habia sido un hombre grande, tanto por su ciencia como por su virtud, y por el don de gobierno con que el Señor le habia dotado. Su sepulcro se conservó ileso hasta que la pretendida reforma comenzó á destruir monumentos, creyendo sin duda que así destruiria memorias, lo cual es imposible, porque la memoria de los justos es eterna.—G. R.

RODULFO DE BRIBAW, minorita citado por Fr. Juan de San Antonio en su *Biblioteca general Franciscana*, á cuya Orden perteneció Rodulfo en el siglo XVII. Escritor ascético, supo pintar en sus obras las virtudes que le adornaban y el medio de adquirirlas para caminar por la senda de la perfeccion. Este género de literatura, que casi ha desaparecido de nosotros, merece llamar la atencion, pues tiene cualidades muy superiores á todas las que conocemos, y que son con frecuencia objeto de los estudios é investigaciones de los críticos. Los escritores ascéticos se han escapado de su férula, sin que podamos atinar la causa, puesto que en sus libros se encuentra un pensamiento profundo y sostenido, un objeto altamente moral, máximas para arreglar la vida, estilo con frecuencia florido, y formas unas veces galanas y encantadoras, otras severas y graves, como la verdad que represen-

tan. No todos se encuentran escritos en latin, por otra parte, estándolo muchísimo en todas las lenguas vulgares, y formando por lo tanto una considerable seccion en la historia literaria de los diversos siglos. La obra de Rodulfo está, sin embargo, escrita en latin, pues pertenece á un siglo en que solo se usaba este idioma, y sin duda tambien porque se hallaba principalmente dirigida á los religiosos que tenian obligacion de saberla. Debe inferirse además que su autor se propuso reformar las costumbres de los indivíduos de las órdenes monásticas, y que por esto se valió del lenguaje y las formas que les eran más familiares. No consta que ejerciese ningun cargo en la suya, quizá porque como verdadero asceta queria imponer con su ejemplo la vida que enseñaba y aconsejaba en sus escritos. Tales fueron las piadosas tareas á que se consagró este religioso, sin abandonar por ello las que le imponian los deberes propios de su regla, que cumplió con tanta más exactitud cuanto que era una obligacion que se habia impuesto, y aspirando á la perfeccion, debia sér el primero en practicarla, lo mismo que era el primero en enseñarla. Por desgracia este libro, cuyo título indica una larga série de meditaciones, y áun de estudios, sobre las reglas de las diferentes órdenes religiosas y las costumbres de los monjes y de los cristianos en todos los siglos y en todas las edades, no ha llegado hasta nosotros, ya por haber quedado manuscrito en los archivos de su religion, ora porque si llegó á imprimirse se hizo la edicion sumamente rara, y no conservados los ejemplares en las bibliotecas, que eran tambien bastante escasas y un tanto descuidadas en aquellos siglos, no han llegado hasta nosotros, ni habiéndose podido hacer una segunda edicion. El título de esta obra, que nos hace recordar las de algunos Santos Padres, muy apreciadas y leidas áun en nuestro siglo, es el de *Librum de itineribus æternitatis*.—S. B.

RODULFO DE CASTELLO (Fr.) italiano, de la órden de los ermitaños de San Agustin. Nacio á últimos del siglo XIII ó principios del XIV, de una familia antigua é ilustre, que con las virtudes heredadas de sus mayores le enseñó las santas máximas de la religion y piedad. Pero deseoso de abandonar el mundo en busca de vida más perfecta, abandonó á sus parientes y familia cuando le sonreian quizá más halagüeñas esperanzas, y tomó el hábito en el convento de Rimini, donde siguió sus estudios con notable aprovechamiento. Distinguióse desde luego por sus buenas cualidades, no solo en las prácticas monásticas, que cumplia con la mayor exactitud, sino tambien por sus adelantos en las ciencias, en que llegó á ser un afamado profesor, graduándose de doctor en sagrada teología hácia 1331. El capítulo general de su religion, verificado por la misma época, le nombró lector segundo de su convento de Rimini, cuyo cargo desempeñó por espacio de cinco años al ménos, dando notables ejemplos por su saber y virtudes. Adelantaban los re-

ligiosos bajo su direccion de una manera extraordinaria y prometian abundantes frutos de prosperidad á la religion Agustiniana, elevada á la sazon en Italia al más alto grado de su esplendor, no sin celos de los prelados franceses, que por hallarse á la sazon el Pontífice en Aviñon, se rezelaban mucho de este apogeo á que habian llegado á elevarse algunas Ordenes religiosas, temiendo, como no tardó en verificarse, que el Pontífice se trasladaria de nuevo á Roma. Aún se hallaba en Aviñon, cuando en 1366 nombró á Rodulfo legado pontificio en Constantinopla, adonde marchó con otros compañeros, consiguiendo tres años despues, con grande satisfaccion de Urbano, que el emperador Juan Paleólogo volviese á la comunion católica, haciendo profesion solemne en la iglesia de San Pedro en 18 de Octubre de 1369 en manos de cuatro cardenales. Hallábase á esta sazon en Roma el Pontífice, que abandonó en 17 de Abril de 1370 so pretexto de trabajar en la paz entre Francia é Inglaterra, segun dice Petrarca. No llegó á Aviñon hasta 24 de Setiembre, muriendo poco despues, pero en este intermedio nombró á nuestro Roberto obispo de Sinigaglia, iglesia que gobernó por espacio de seis años con grande celo y acierto, pues no puede decirse ménos de su grande capacidad, de que habia dado tan fecundas muestras, ni de sus virtudes muy encomiadas por todos los autores. Habiendo muerto en 1376, conoció la fundacion de la Orden de los ermitaños de S. Gerónimo, hecha por Gregorio XI en 1373. —S. B.

RODULFO DE CASTELO, religioso agustino, diferente de otro de este mismo nombre. En 10 de Enero de 1423 era vicario general de la Marca de Treviso, y en 22 de Junio provincial. Fué desde el tiempo de Eugenio IV hasta el de Pio II, sacristan, confesor y bibliotecario pontificio. Intervino en 1430 en la traslacion de los restos de Sta. Mónica, segun se deduce de las palabras de Martino V. En los registros de 29 de Junio de 1431 se le conceden algunos indultos á súplica de Pedro, obispo Electense, y se le da facultad para que pueda desempeñar el cargo de penitenciario del Papa, y en 30 de Octubre del mismo año, fué nombrado vicario general del convento de Castellanne; leyéndose en 15 de Noviembre de los citados registros. *Fecimus litteram Fr. Rodulpho de Castello testimonialem de concessione brachii Sanctæ Monicæ ad suum conventum Castelli*: en 31 de Agosto de 1436 era todavía penitenciario apostólico, y en 29 de Junio de 1437 prior de los penitenciarios del Sumo Pontífice. Posteriormente, en 1439 ó 1440, fué nombrado sacristan, confesor y bibliotecario, como ya hemos indicado, en sustitucion de Pedro, obispo Electense. En 24 de Diciembre de 1456 era obispo de Civita Castellana, y en la misma fecha se le concedió que pudiese tener por sacristan y capellan un Padre de Orden, designándose particularmente á Fr. Angel del Burgo del Santo Sepulcro. Eugenio IV le eligió en Mayo de 1441 obispo de

la iglesia de Tiferno, la que gobernaba todavía cuando acaeció su muerte hácia 1460. Fué sepultado en la iglesia de su Orden en Roma, delante de la capilla de Sta. Mónica, en un sepulcro en que se halla su retrato con hábitos episcopales y se lee la inscripcion siguiente:

Huyus R. P. Domini Rodulphi Episcopi c. Catelli, et IV summorum Pontificum S. Eugenii IV. Nicolai V. Calixti III et Pii II confessoris, et sacrista, cura sacrum corpus S. Monicæ ab hostia Tiberina translatum est anno Dom. MCCCCXXX.

De los mismos registros aparece que Rodulfo desempeñó tambien otros cargos, pero no constando de su epitafio, que solo trae algunos de los que en su lugar hemos referido, no creemos conveniente insertarlos aqui, pues se necesitaria hacerlo al mismo tiempo con toda la polémica que sobre ellos han sostenido diferentes autores.—S. B.

RODULFO Corbeo (P.), religioso de la Compañia de Jesus, é insigne mártir. Nació este apostólico varon en Irlanda, y muy cerca de su capital Dublin, el jueves 25 de Marzo del año 1598. Sus padres eran ingleses del condado Dunelmense, los que aunque con corta hacienda y un mediano pasar, fueron muy ricos de los verdaderos bienes del alma. Despues que detestaron los falsos errores de la herejía, en la que vivieron ciegos hasta la edad varonil, les alumbró la luz verdadera por la divina bondad, y la abrazaron con tanta fe, afecto y ánimo constante, que aunque sus amigos y enemigos trataron de disuadirlos de aquella mudanza tan favorable á su salvacion, empleando todas las artes y medios que pudieron, jamás consiguieron apartarlos un punto de la religion católica, á la que ya habian profesado eterna fidelidad. No son decibles las incomodidades, trabajos y molestias que su decision y constancia les hizo padecer, estando mucho tiempo en continua peregrinacion de una provincia á otra y de uno á otro reino, hasta que finalmente tomaron seguro puerto en Flandes á los últimos años de su vida, donde disfrutaron algun tiempo de pacífico sosiego, gozando el fruto de sus muchos trabajos padecidos por su firmeza en el catolicismo. Al principio de su persecucion pasaron á Irlanda, donde las más nobles señoras se ponian á servir, juzgando que así más libremente servian y agradaban á Dios, sometiéndose á semejantes humillaciones; y allí fué donde este virtuoso matrimonio tuvieron, entre otros hijos, al P. Rodulfo, que fué ántes de nacer desterrado por la religion verdadera. Siendo de cinco años volvió á Inglaterra en compañía de sus padres, donde pasó lo restante de su in-

fancia, con tanta inocencia como su edad requeria, y con tanta virtud, que se adelantaba mucho á sus pocos años. Hablaba poco, pero sus palabras eran muy prudentes y apropiadas á la ocasion, ya virtuosas, ya de honesto recreo. Tan amante de decir siempre la verdad, que sus amiguitos, que le trataron familiarmente desde muy niño, afirmaron con toda certeza que jamás pudieron observar en él dijese la más leve mentira, y por lo que tambien era muy digno de alabanza, era por la gran aversion que profesaba á todo género de tema ó porfia, y si acaso se ofrecia alguna con sus compañeros, la cortaba con estas palabras: *Sea así por cierto, y no gastemos más tiempo sobre este negocio.* Nunca tuvo afan por dinero, ni lo poseia de buena gana, pues en cuanto le daban alguna moneda, se la entregaba á su hermano menor. Su obediencia á sus padres era ejemplar, siempre se ajustaba á su voluntad sin la menor repugnancia ni violencia, procurando que sus hermanos le imitasen en aquella virtud. Era sumamente devoto de la Vírgen Santísima, y rezaba su oficio menor todos los domingos y fiestas, aconsejando muchas veces á su hermana María tuviese devocion de rezar su santo rosario, y con ejercicios tan devotos puede entenderse cómo la Madre de Dios y su Santísimo Hijo protegian sus inclinaciones. Del modo manifestado dió principio el P. Rodulfo al ejercicio de las virtudes, pero el tiempo restante de su vida lo hace patente su propia declaracion. Éstando cercano á la muerte, le mandó el superior que le escribiese compendiadamente toda su vida: obedeció el Padre, y desde la cárcel, donde entónces se hallaba, escribió lo siguiente: «Cuando tenia poco más ó ménos de quince años pasé de Inglaterra á Flandes, y lo restante de mi vida he pasado subordinado á los Padres de la Compañia, ó siendo ya religioso en ella. Seis años estudié letras humanas en el seminario Audomarense. Cinco años empleé en España en los estudios de filosofía y parte de la teología, el uno en Sevilla con mi poca salud, y los cuatro en Valladolid. En este tiempo recibí el sacerdocio, y volví á Flandes, donde fuí admitido en la Compañía y tuve el noviciado en Watenas. Despues estudié en Lieja lo que me restaba saber de teología. Luego cursé dos años en Gante y uno de ellos en la tercera probacion. De allí me mandaron los superiores pasar á Inglaterra, donde he estado doce años ocupado en la salud de las almas, y me parece que pasé todo este tiempo tan fácilmente y sin género de impedimentos graves, que es fuerza que reconozca con mucho afecto el singular amor á la divina bondad, la mucha amistad que todos me tenian, y otros diversos auxilios, especialmente considerando mi corto talento y la poca salud que siempre he tenido. Desde el tiempo en que volví á Inglaterra puse gran cuidado y vigilancia, segun mi vocacion y mis fuerzas (sea para gloria de Dios) en servir de consuelo y alivio á muchos. Unas veces administré los sacramentos, otras

ocultamente los instruia en las verdades católicas, y otras los amonestaba para que siguiesen el camino de la virtud, porque nunca pude predicar en público, lo cual me solia dar mucha pena, si bien me producia siempre mucha humildad; por lo cual me determiné con mucho gusto y facilidad, á seguir un género de vida muy moderada y pobre entre gente de inferior condicion y fortuna, y casi siempre visitaba todo el contorno caminando á pie. Respecto al estado de mi alma, me parece, por la misericordia de Dios, que me va bien. He deseado con todas veras caminar progresiva y diariamente en la virtud, y me he ocupado mucho de la incertidumbre de la vida, y principalmente de mi flaqueza y poca salud, porque hace más de ocho años que suelo tener por el otoño y primavera abundantes flujos de sangre, lo cual no me ha causado aún notable daño á la salud general, si bien me tenia muy debilitada la cabeza, de modo que no puedo permanecer mucho tiempo en la oracion ni lecciones; pero empleo mucha parte del tiempo pensando algunas cosas devotas, diciendo jaculatorias, rezando el oficio divino y el rosario de la Virgen nuestra Señora. Y tambien hace pocos dias que por no poder ya andar á pie, es fuerza usar de cabalgadura, no sin mucha incomodidad y molestia, principalmente en estos tiempos tan apretados y peligrosos. Todas estas cosas han sido causa de aumentarme el deseo de que se me ofrezca ocasion de derramar mi sangre y perder mi vida por la causa de Cristo, lo cual le suplico por su infinita bondad se digne de concederme. Fecha en la cárcel, á 13 de Setiembre de 1644.» Esto dice este siervo de Dios á su superior con toda llaneza y sencillez. Y en sus palabras parece, aunque precisado por la obediencia, el expresar algunas cosas propias muy dignas de alabanza, pero poniendo el mayor cuidado en humillarse, lo que hace no resplandezcan como debian, porque el propio menosprecio era el principal fundamento de las demás virtudes que le adornaban. De aquí se originaba su gran deseo de que sus obras y palabras tuviesen una genuina claridad y pureza, y la propension tan discreta en rendir su voluntad al parecer ajeno; de aquí igualmente el vigilante desvelo en inquirir sus más mínimas faltas y su aversion á toda detraccion, teniendo un dominio tan superior sobre todos los movimientos propios del ánimo, que los que le trataron con más frecuencia, confesaron que nunca vieron su rostro descompuesto, sino demostrando la más serena tranquilidad; de aquí, finalmente, su austeridad, pues aunque su cuerpo estaba demacrado y enfermizo, no por eso le regalaba ni le excusaba de los trabajos y ocupaciones, sino que le acostumbraba á los más ásperos ejercicios, oprimiéndole con las penosas fatigas y cansancios que traen consigo las obras de caridad, porque así lo pedia la salud de las almas y la honra de Cristo. Habia en los lugares donde asistia muchos católicos pobres y humildes, los cuales ni podian sustentar

en sus casas á los sacerdotes por su mucha necesidad, ni les era fácil irlos á ver en las ajenas por el gran peligro en que estaban. Pero con todo eso el P. Rodulfo se determinó á consolarlos, ayudándoles con todas sus fuerzas; les administraba los sacramentos, y corria de unos lugares á otros, visitando sus casas, lo cual hacia sin temor alguno caminando de dia y de noche en el más profundo silencio de las tinieblas, ya con excesivos calores, ya con penosas lluvias y rigurosos frios; andaba en estas ocasiones á pie con un bordon en la mano, al cual graciosamente llamaba su caballo. Y para poder con más libertad frecuentar los pobres albergues de los más desvalidos, andaba sin capa ni ropilla, con un traje humildísimo, que más parecia esclavo ó correo que predicador evangélico. Puede inferirse cuál sería la comodidad del hospedaje y sustento entre gente tan pobre y desprevenida; pero siempre mostraba un rostro agradable y ánimo agradecido, señales del gozo interior que tenia con los trabajos, y por cuyos ejercicios verdaderamente apostólicos, continuados por espacio de doce años cumplidos, no es de admirar que los católicos de aquella region le llamasen amantísimo Padre y apóstol de aquella tierra. Pero despues de tantos y tan santos trabajos, padecidos con tanta constancia y continuacion, llegó á conseguir el premio que apetecia, y el deseo que abrasaba su corazon, de subir al cielo, condenado á muerte por Cristo, derramando su sangre por la causa en que habia puesto tanto desvelo. El dia 18 de Julio de 1644, hallándose el P. Rodolfo ignorante de la felicidad que le esperaba, en el rato que ocupaba celebrando Misa en un lugar llamado Hampsterleo, en el condado Dunelmense, cerca de Neocastro, y que era en una casa aislada y solitaria; en el punto en que ofrecia este santísimo sacrificio, y habiendo ya dicho la epístola, le acometieron con la mayor violencia unos soldados herejes calvinistas, encontrándole sin acabarse de desnudar los vestidos sagrados, por la precipitacion con que se presentaron, manifestando el suceso la causa de su prision, que el siervo de Dios confesó claramente. Le condujeron en seguida á Sunderland, lugar que está á orillas del mar, y le presentaron ante los comisarios del parlamento. Le empezaron por preguntar acerca del delito por que venia preso, y se informaron de uno de los soldados que le habian custodiado, quién era y lo que habia confesado, cuya declaracion mandaron que se escribiese y se les entregase. Hízolo el Padre, y con su propia mano escribió lo siguiente: *Yo Rodulfo Corbeo, sacerdote, estando asistente en el obispado Dunelmense, fuí preso hoy en Hampsterleo por los ministros del Parlamento cerca de las nueve de la mañana, estando diciendo Misa, y cogieron tambien los ornamentos sacerdotales y otras cosas.* Le preguntaron dónde habia recibido el sacerdocio, y respondió que en España; y tambien si era jesuita, y dijo: que por gran beneficio de Dios, era

de la Compañia de Jesus ; mandaron que lo escribiese, lo que hizo con gran gusto, haciendo primero la señal de la cruz, como es costumbre de los católicos, lo cual sus enemigos interpretaron supersticiosamente y lo llevaron muy á mal, porque eran tan perversos, que detestaban sacrílegamente de la señal de la cruz. Por último, despues que le examinaron cuanto quisieron, le embarcaron, cerca de las once de la noche, para que sin detencion llegase á Lóndres. Dentro del buque le encerraron en una cárcel secreta, donde estuvo un dia, pero despues le permitieron mayor libertad, y le trataron más humanamente, si bien lo que le sirvió de mayor consuelo al bendito Padre, fué hallar en el mismo navío, por singular providencia de Dios, á Juan Ducheto, sacerdote seglar, que hacia pocos dias le habian preso en un lugar vecino, y le llevaban por la misma causa destinado al mismo suplicio; varon verdaderamente heróico y constante, dotado de excelentes virtudes, y digno de particulares encomios y alabanzas. Desde que se encontraron á bordo, vivieron como dos hermanos carísimos, y eran almas muy parecidas, llenas de inefable consuelo; juntos despues los encarcelaron, juntos los citaron á juicio, y juntos acabaron felizmente la vida. En cuanto llegaron á Lóndres los presentaron ante los comisarios del Parlamento, volvieron á pedirles la confirmacion de la misma confesion que habian hecho en Sunderland, manifestando ser sacerdotes; lo cual declararon y ratificaron nuevamente con el más admirable valor y constancia; y sin más exámen mandaron que al punto los llevasen á la cárcel que llaman la *Puerta Nueva*, y lo ejecutaron, afrentando é injuriando á aquellos inocentes; porque vino una fuerza de cuarenta soldados, con su capitan á la cabeza, los que con ruido de cajas, y áun disparando las armas, llevaron á la prision á los confesores de Cristo como si fueran sublevados ó alborotadores del reino, ó prisioneros de algun ejército enemigo; pero aquel aparato les era dictado por su gran odio al sacerdocio y á la religion católica, ocurriendo la notable coincidencia de ser aquel dia en que la santa Iglesia celebra la fiesta de S. Pedro Advíncula. Desde este dia hasta el 13 de Setiembre en que habian de ser presentados á juicio solemne, emplearon aquel tiempo con grandes demostraciones de santidad, religion y constancia, causando en los que lo presenciaban mucha edificacion y consuelo, de que pudieran referirse muchos ejemplos; porque como ya habian dejado todos los cuidados humanos, y se habian dedicado con la mayor vigilancia á mirar por sí y agradar á Dios, preparaban sus almas para el último certámen, que ya les amenazaba. Estos siervos de Dios parece que tenian una santa emulacion y fervorosa contienda entre sí, procurando cada uno adelantarse en humildad, caridad, paciencia, deseo de la gloria de Dios y las demás virtudes, pero conservando siempre una union muy estrecha de voluntades, y admirable concordia en todas sus cosas. Se

habia extendido de dia en dia el rumor de que estos dos ilustres varones habian de morir dentro de pocos dias, como efectivamente sucedió, por su confesion de su católica fe y sacerdocio; por cuya razon acudian muchos para que les administrasen los sacramentos, entre los cuales recibió la Eucaristía de mano del P. Rodolfo, que decia misa, un hombre que habia hecho el perverso juramento de fidelidad á aquella infame secta, persistiendo pertinaz en defenderla. El P. Rodolfo sintió en el alma aquel sacrilegio, y le habló y amonestó con mucha amistad y mansedumbre diciéndole, que si era verdad lo que de él se afirmaba, y no estaba arrepentido de veras de haberlo hecho, se abstuviese en adelante de la comunion sacrosanta, porque él y su compañero estaban muy determinados á no admitir á la mesa sagrada á los defensores de aquel juramento, tantas veces condenado por la Sede apostólica. Esta piadosa reprension fué de grande edificacion y provecho á los fieles, y dieron los siervos de Dios grandes muestras del celo de la gloria divina que ardia en su pecho. Aunque hubo muchos indicios que declaraban las ánsias ardientes del martirio que estos dos soldados de Cristo experimentaban, y especialmente lo daban á entender aquel grande gozo que tenian y la admirable serenidad de su rostro en todo el tiempo que llevaron de cárcel. Con todo, los herejes lo observaban y lo referian á los demás, admirando su sublime resignacion, que atestiguaban los católicos con gran admiracion y abundante llanto. Los dos fieles amigos andaban con mucho cuidado, previniendo todas las ocasiones para no menoscabar su constancia, y poner en algun riesgo la preciosa corona que por instantes esperaban alcanzar felizmente. Y aunque se interesaban y pensaban algunos que si se pudieran traer á tiempo algunos documentos y testimonios auténticos, probando que el P. Rodolfo habia nacido en Irlanda, circunstancia que estorbaria su muerte; el siervo de Dios oia con poco gusto el que se pensase dar aquellos pasos, y en cuanto le daba lugar el cumplimiento de la obediencia, procuraba que no tuviesen efecto aquellas gestiones, y seguramente la divina Providencia favoreció sus ardientes deseos y fervorosos suspiros, porque de tal manera dispuso que sus amigos, deseosos de conservar su preciosa vida, hiciesen esta diligencia, que no se firmó instrumento público de su nacimiento, sino el mismo dia y casi á la misma hora que dejando la vida temporal en Lóndres á manos del verdugo, empezó á nacer dichosamente en el cielo á la eterna. Bien se echaba de ver en el P. Rodolfo que su alma se movia á procurar tan ilustre muerte por un impulso celestial y divino, pues con ocasion de llegar un embajador del emperador, con quien el gobierno empezó á tratar del rescate de un caballero preso en Alemania, el dicho embajador procuró con urgentes influencias que le diesen en lugar de aquel prisionero al P. Rodolfo. Pero noticioso este bendito Padre de aquella pre-

tension, y huyendo de aquella gracia, no encontró mejor expediente que trasmitirla en favor de su fidelísimo compañero; para lo cual alegaba que él no tenia necesidad de tan gran favor por haber nacido en Irlanda; pero si su compañero, que por ser inglés, no se podia librar sino por alguna merced ó gracia que se le hiciese, y que además Juan Ducheto era muy jóven y de buena salud, dotado de excelentes cualidades, y muy útil para poder gastar aún mucho tiempo en procurar la salvacion de las almas; pero que él tenia más años, valetudinario, y tan falto de fuerzas, que no podria trabajar como era debido en la viña del Señor. A estos argumentos añadió humildísimos ruegos, pidiendo aquella merced á sus superiores, y esperando aquel trueque de la benevolencia del embajador, á quien daba muchas gracias por la que le ofrecia. Y añadió, que si el haber nacido en Irlanda no hiciera bastante fuerza para no llevar á cabo la sentencia de muerte, se hallaba con tales alientos y brios, por la gracia de Dios, que de mejor gana moriria por tan gloriosa causa que quedar con la vida, y que los últimos cuatro años (poco despues de haber sido honrado con el grado de coadjutor espiritual formado) habian ardido estas llamas fervorosas en su pecho, por lo cual no habia cesado de suplicar á la divina bondad que dispusiese en algun tiempo las cosas de modo que sus ardientes deseos se pusiesen en ejecucion. En esta ocasion el embajador se determinó á no tratar este negocio por mensajeros, sino ir en persona á la cárcel, y que en su presencia resolviesen estos dos valerosos soldados de Cristo lo que se habia de hacer, los que tuvieron una humilde y amorosa contienda, procurando cada uno que el otro se aprovechase de la promesa de la libertad ofrecida, alegando por su parte muchas razones, causando profunda admiracion á los que estaban presentes mirando tan nueva y generosa porfia; últimamente, ninguno de los dos quiso aceptar la gracia del embajador. Finalmente, fué llamado á tribunal con su compañero el 4 de Setiembre, y habiendo leido la fórmula de la acusacion, reducida á que Rodulfo Corbeo se habia hecho sacerdote y jesuita en transmarinas regiones, y vuelto despues á Inglaterra, contra las leyes del reino (conviene á saber, contra las leyes que la reina Isabel estableció, contrarias á las divinas, con las cuales procuró desterrar la fe católica de las provincias sujetas á su jurisdiccion), le preguntó el juez, segun es costumbre, ¿si se hallaba ó no culpado de lo dicho? El Padre respondió ser verdad que era sacerdote y religioso de la Compañía de Jesus, y que no tenia esto por delito, sino ántes por mucha honra suya; no pudiendo conseguir el juez otra respuesta, volvió á preguntarle si tenia alguna razon que alegar en descargo de lo que habia manifestado y en su defensa. El Padre, para satisfacer á sus superiores, que así se lo habian ordenado, únicamente expuso ser natural y nacido en Irlanda. El juez, para dar salida y salvar este in-

cidente, hizo presente un decreto de la reina Isabel, en el que al parecer comprendia y hacia extensiva á Irlanda las mismas leyes respecto del particular que se observaban en Inglaterra, y despues de consultado el dictámen del jurado, compuesto de doce varones (segun costumbre de aquel reino), y cuya decision y voto precede á la sentencia definitiva, fueron ambos declarados como reos de muerte y devueltos en seguida á la cárcel. Al dia siguiente les hicieron comparecer nuevamente delante del tribunal, donde les repitieron las mismas preguntas y cargos que en el dia pasado, pero los Padres se limitaron á contestar lo mismo que habian expuesto en el dia precedente. El juez en seguida dictó contra ellos sentencia de muerte, segun el estilo que entónces se observaba en Inglaterra contra los sacerdotes, y que debia llevarse á efecto en la forma siguiente: que serian sacados de la cárcel, y conducidos desde allí en unos carros al patíbulo de Tiburn, sitio algo distante de Lóndres, donde despues de ahorcados, y ántes de espirar, les habian de sacar las entrañas, siendo despues descuartizados en cuatro partes, y vueltos sus miembros á Lóndres, fuesen fijados públicamente en los sitios que se designarian. Así lo escribió concisamente el P. Rodulfo en una carta dirigida á su superior, en la cual, entre otras palabras, que manifiestan claramente sus muchas y esplendentes virtudes, añade: «Regocijado con esta sentencia, he vuelto al lugar de mi prision, que se llama Nuevo Porto, adonde espero aquel dichoso sábado, víspera del dia del nacimiento de la vírgen Santísima, por cuya favorable intercesion espero que tengo de renacer á la nueva é inmortal vida para siempre.» Finalmente, despidiéndose con el mayor afecto del superior, á quien escribia, y de toda la comunidad, puso estas palabras: «Y así ahora, mi Padre amantísimo, para poner término y remate á esta carta y á mi vida juntamente, pido humildemente, por el amor que debemos á Dios, perdon á V. R. y á la Compañía universal, de todos mis descuidos, defectos, ocasiones de enfado, y de cualquiera negligencia de mi oficio en la vida pasada.» Apénas fueron separados dél tribunal estos dos constantes confesores de Cristo, cuando empezó á hacerlos sentir su bárbara inhumanidad uno de sus carceleros, porque los encerró en un zaquizamí muy malo y oscuro, entre gente facinerosa, como ladrones, homicidas y otros malhechores. Allí casi los hizo desnudar y cargarlos de pesadas cadenas y grillos, y los trató indignísimamente con acciones muy injuriosas, tanto que llegó aquella bárbarie á oidos del mismo alcaide de la cárcel, que reprendiendo su inhumanidad, no permitió que pasase adelante en su crueldad. Pero con todo eso, ántes de sacarlos de aquel inmundo encierro, los forzaron á redimir con dinero aquel no acostumbrado rigor, valiéndose para ello de la piedad y caridad de los católicos; mas los invictos siervos de Dios padecieron todas éstas penalidades y afrentas con rostro

alegre y gran sosiego de corazon, sin dar muestras de queja contra nadie. Antes bien era tanta la alegria del P. Rodulfo, que la expresion de su gozo interior resaltaba en sus ojos, derramando algunas veces lágrimas de devocion y alegría. Ya no les quedaba más que un dia de vida y una noche, por lo que determinaron emplear todo este tiempo en la oracion, ayuno y vigilias, sin permitirse un breve descanso de sueño á sus ojos, con el fin de hallarse más prontos y dispuestos para salir en aquella última hora á su padre celestial, y para tener más tiempo de consolar á algunas personas, y ejercitar con ellas la caridad, porque les iban frecuentemente á visitar, tanto de dia como de noche, muchos católicos naturales y extranjeros, como tambien muchos predicadores de los príncipes católicos, que entónces se hallaban en Lóndres; todos se admiraban de su santidad, y se llenaban de una devota veneracion con que reverenciaban á los dos valerosos soldados de Cristo, estimándoles ya como vecinos y ciudadanos del cielo. Los siervos de Dios á nada faltaron, acudiendo á todos con saludables consejos y prudentes avisos, procurando siempre, cuanto les era dable, que todos quedasen contentos y satisfechos, mostrándoles modesta alegría y mucha voluntad. Y especialmente el P. Rodulfo, recordando que habia estudiado en los seminarios de Sto. Tomé en Sevilla y Valladolid, fundados por el católico rey D. Felipe II, y que habia concluido los estudios de teología en el colegio de Lieja, fundado por la piadosa liberalidad del duque de Baviera; no quiso olvidarse en esta ocasion de tantos beneficios, y así procuró dar á entender humildemente con palabras, escritos y otras muestras de agradecimiento, que los tenia muy impresos en su memoria, y prometió rogar muy particularmente á Dios por la majestad del católico rey de España, y por el serenísimo elector de Baviera, y que esto lo haria no solo en vida, sino en la patria eterna del cielo, adonde con pasos apresurados se iba ya acercando. El embajador de Francia no solamente pasó en persona á visitar aquella tarde postrera á los mártires del cristianismo, y les pidió sus santas oraciones con devotos ruegos y el más entrañable afecto, sino que tambien se confesó, y los que le acompañaban, con el P. Corbeo, y recibió con mucho agrado y estimacion un rosario y una medalla bendita que el Padre le dió, para que entregase este rico don á la reina de Francia, y juntamente un billete en idioma latino con este contesto: *Yo Rodulfo Corbeo, sacerdote de la Compañía de Jesus, prometo de rogar á Dios por la salud del rey Cristianísimo de Francia, por la serenísima Reina, y todo el palacio*, etc. Despues que se separó de los Padres el embajador, manifestó acerca de los dos valerosos atletas de Cristo, que jamás habia visto semejante ejemplo de fortaleza cristiana, y como no solo los admiró presencialmente, sino que tambien disfrutó de sus saludables consejos causándole particular alegría, prometió tenerlos siempre

en su memoria para engrandecer su mucho valor en todas las ocasiones que se ofreciesen. Tampoco debe pasarse en silencio el devoto afecto de la Duquesa de Guisa, digna de eterna memoria, la cual siendo extranjera y hallándose en aquella ocasion en Lóndres, en cuya ciudad, á la vista de todos, se habia de hacer público este espectáculo tan agradable á Dios y á los ángeles; dicha excelsa señora se alegró mucho porque sin pensarlo se le habia presentado tan buena ocasion de hallarse en alguna manera presente, por cuyo deseo quiso ver á estas dos santas víctimas ántes que se ofreciesen en sacrificio, engrandeciendo la causa de la fe católica por que padecian. En esta accion tan devota hizo la acompañasen otros personajes, y llegó á la cárcel con el marqués de Brossay, y todos los criados y gentes de acompañamiento de ambas familias, sin rehusar esta diligencia por las incomodidades del tiempo y el sitio tan repugnante donde se dirigia. Pasó toda aquella noche, que era la última que les quedaba de vida á los santos sacerdotes, acompañándolos en sus fervorosas vigilias, y estuvo presente á los sacrificios sagrados que ambos celebraron; se confesó con el P. Rodulfo, y con suma veneracion recibió el santísimo sacramento de la Eucaristía, y luego compró con dinero que llevaba el cáliz con que habian dicho las misas, y le guardó con mucha veneracion. Tambien asistieron otros muchos católicos, que confesados y prevenidos devotamente, recibieron el divino pan de los ángeles de sus manos, y afirmaron haber sentido admirable consuelo en sus almas. Se notó con particular atencion que el P. Rodulfo, despues de haberle leido la sentencia de muerte, continuó como ántes, con mucho ánimo y alegre semblante, sin padecer cambio alguno, y cuanto más se acercaba la partida, que tanto deseaba, eran mayores las señales de su contento, derramando algunas veces con suavidad amorosas lágrimas, no como indicios de dolor ó temor, sino como testigos muy ciertos del admirable gozo que bañaba su alma, tanto más abundante, cuanto más vecina estaba la posesion de la eterna felicidad. Así lo confesó él mismo á otro religioso de la Compañía, que constantemente le asistió en la prision, diciendo que jamás habia sentido temor alguno. Pero en la última Misa que celebró, parece que aquella alegría y serenidad se oscureció un poco, como con alguna pequeña nube, porque cuando estaba ofreciendo este altísimo sacrificio, eran tardos ó pesados los movimientos de su cuerpo, y pronunciaba las palabras con ménos presteza que solia, y algunas veces se detenia cruzados los brazos, y entónces le faltaba tanto la voz, que causaba admiracion á los circunstantes. Y preguntado despues cuál era la causa de aquella novedad, dijo que se le habian presentado algunos pensamientos de pena y gran tristeza; y que pedia á Dios le librase de ellos, y luego que el Señor se lo concedió, apartándolos de su memoria, y restituyéndole á su

primera alegría; y áun se observó que hasta el último instante de su existencia conservó una alegría y valor más que natural, tanto, que cuando salia de la cárcel para el suplicio, viendo que algunos lloraban y hacian otras demostraciones de sentimionto, consolaba á todos, aconsejándolos permaneciesen serenos; y con rostro grave, á la vez que risueño, les decia, que no habia causa de llanto, ántes sí muy buena ocasion de gloriarse por la suma dicha que tenia y triunfo glorioso que le esperaba. Llegó, pues, el deseado dia, é instaba ya la hora de salir de la cárcel á dar pública muestra de su valor y constancia: estos dos insignes varones, dando animosamente sus vidas por su firmeza en la confesion de la fe, salieron con mucha alegría y fortaleza de ánimo, como quien eran y como la causa requeria. Y no temiendo salir por la misma á vista de aquel público y numeroso concurso, no se desconcertaron por ir en traje muy nuevo y nunca visto en los condenados á muerte en aquella ciudad, porque iban en vestiduras que manifestaban bien claramente lo que eran. Juan Ducheto llevaba su sotana de sacerdote, que le llegaba á los pies, como acostumbran ser vistos en los reinos católicos los sacerdotes seglares, y el P. Rodulfo el vestido religioso de la Compañía, y ambos abiertas las coronas en la cabeza con mucha decencia. Los colocaron juntos en la carreta, sentados, como es costumbre, sobre unas pajas. A mano derecha iba el P. Rodulfo como mayor de edad, y por su poca salud llevaba el rostro, aunque agradable, descolorido. Al otro lado iba Ducheto, de ménos años y más robusto, con un semblante risueño y amable. De esta manera fueron conducidos al lugar del suplicio, por medio de innumerable gente que habia acudido á tan insigne espectáculo, y tan unidos en recíproca caridad y consuelo; tan alegres y tan pacientes, que áun los mismos herejes los veneraban, y maravillados decian públicamente que era cosa muy notable ver á estos dos varones tan constantes, entregarse tan intrépidos y valerosos á semejante género de muerte por defender la religion que profesaban. Pero los católicos, viendo que iban al suplicio en sus hábitos propios, segun su estado, sin ser uso ni costumbre en aquel reino, llenos de gozo y de respeto le pedian por señas la bendicion, y ellos les complacian con mucho gusto y con semblante risueño y alegre. Y fué cosa digna de reparo, que ninguna persona del vulgo hiciese burla del hábito que llevaban, tan extraño en aquel reino y tan odiado de los herejes. Cuando llegaron al lugar destinado y comun del suplicio, besaron primeramente con devocion la horca, y la saludaron dándole á Dios muchas gracias; en seguida subieron en el carro fatal, y les echaron al cuello las sogas, hallándose los dos inocentes reos en medio de otros cinco delincuentes y malhechores, que iban tambien á ser ajusticiados. En esta ocasion Juan Ducheto resolvió no hablar palabra al pueblo, quedándose con la cabeza derecha, levantado de-

centemente, con los ojos fijos en el cielo, pareciendo la muda elocuencia de este insigne varon grande indicio de su interior alegría y tranquilo sosiego; y ciertamente fué muy á propósito en aquel tiempo, y tuvo vehemente eficacia para conmover los ánimos de los que estaban presentes; mas el P. Rodulfo declaró ser la causa de su muerte bastantemente notoria, y ser esta únicamente la defensa de la fe católica, y el gran deseo de extenderla y dilatarla. Pero el juez de la sentencia le interrumpió diciendo: que por eso habian sido condenados á sufrir la muerte en aquel dia, porque ordenados de sacerdotes en tierras extrañas, habian vuelto á Inglaterra, y contra las leyes de Dios y de los reyes, pervertido los ánimos de los vasallos de S. M. Negó el Padre ser lo que habian hecho contrario á las leyes divinas; porque ¿qué pecado habian cometido contra las leyes de Dios en haber obedecido á la ley de la caridad para con el mismo Dios, la cual es fin y complemento de las divinas leyes? Que si el haber procurado el remedio y salud eterna de otros, el haber recibido legítimamente los órdenes sacros, instituidos por el mismo Cristo, si el haber desengañado á los que andan descaminados de sus errores; si todo esto era contravenir á los decretos é institutos del reino, por lo cual mereciesen ser así castigados, que entendiesen todos que no temian la muerte que por aquel título se les daba, ántes la deseaban con los brazos abiertos. Y sin detenerse á decir más palabras se volvió luego á exhortar y á animar á un delincuente que habia de morir con ellos. Este se llamaba Havardo, y ántes que fuese sacado al suplicio renegó de la herejía, y estando ya para morir confesó públicamente con gran constancia la fe católica, doliéndose mucho, á vista de todos, de haberla conocido tan tarde. Estaban algunos sacerdotes prevenidos en secreto cerca de la horca, los cuales habian de dar á cierta señal la absolucion sacramental á los mártires, y la cual recibieron con mucho gusto, y abrazándose recíprocamente con caridad fervorosa, quedaron pendientes en el aire, apartando el carro de debajo, y así estuvieron un poco hasta que dichosamente perdieron la vida, porque el prefecto de la justicia quiso con estos inocentes mitigar el rigor de la ley, mandando que no les sacasen las entrañas, como es costumbre, hasta que hubiesen muerto del todo. Y áun usó de nueva clemencia, porque mandó que los examinasen los pulsos para saber de cierto si habian ya muerto; si bien oscureció esta benigna accion con el rigor que ejecutó despues, porque al instante mandó quemar todas las cosas ó efectos que estuviesen teñidos ó salpicados con la sangre de estos dos siervos de Dios; y áun las toallas y mangas de lienzo que los verdugos tenian puestas, mandó lavarlas, exclamando: ¡que así no tendrian los perros papistas cosa alguna para venerarla ó guardarla por reliquia. Con todo eso no faltaron algunos que alcanzaron con astucia, dinero, ó devoto atrevimien-

to, algunos pedazos rotos del vestido de Juan Duchetto y una mano suya, y tambien otras cosas, y llevaron la sotana entera del P. Rodulfo á los Padres de la Compañía, que existe en Lóndres como prenda de mucha estimacion. Así vivió el P. Rodulfo, así triunfó de la muerte, y con su ilustre victoria dió nuevo ánimo á los Padres de la Conpañía que estaban en Inglaterra para padecer semejante muerte por la propagacion de la fe católica y la salud de las almas, entre tantos y tan contínuos peligros como cada dia experimentaban. Fué su dichosa muerte el año de 1644, casi de edad de cuarenta y siete, de los cuales estuvo los últimos veinte años en la Compañía; y á 7 de Setiembre, segun el órden antiguo, pero segun el Calendario reformado, á 17 del dicho mes de Setiembre; y en este mismo dia fué cuando siete años ántes murió felizmente su P. Gerardo Corbeo, el cual despues de haber dado á la Compañía de Jesus tres hijos, y á la venerable Orden de S. Benito dos hijas en el monasterio de Vírgenes inglesas en Bruselas, no teniendo ya mas hijos que destinar, se decidió á dejar al mundo del todo, con unánime consentimiento de su mujer, y siguió la vocacion de sus tres hijos entrando tambien en la Compañia, y en ella murió santamente en Wathen, y ella la de sus hijas, tomando el hábito de S. Benito en Gante. Siendo admirable el que toda esta devota y numerosa familia se dedicase con tan señalada vocacion al servicio del Señor. El P. Ambrosio Corbeo escribió el martirio del P. Rodulfo, juntamente con el de otros dos mártires de Inglaterra, cuya obra se imprimió en Flandes. —A. L.

RODULFO DE EBIFANE (Doctor), insigne teólogo, graduado en la universidad de Paris. Era varon muy espiritual y de vida muy ajustada. Una noche, cansado del estudio y de la lectura se rindió al sueño y tuvo una pesadilla, en que el demonio se le apareció, amenazándole con que le habia de dejar ciego; pero Rodulfo se rió altamente de aquellas amenazas, bien persuadido de que aunque lo intentára, Dios le libraria de sus crueldades. La noche siguiente se repitió la misma escena, y ya le puso en algun cuidado aquella insistencia; sin embargo, no dió crédito á las fantasías de su imaginacion turbada en el sueño; pero no ignoraba tampoco, que durante este, alguna vez ha dado Dios á sus siervos avisos importantes, y por esta causa, aunque lo intentaba, no podia desechar aquellos sueños de su memoria. El dia siguiente de este último sueño predicó un sermon al rey de Inglaterra, que le dejó sumamente complacido, y como además de gran predicador era sujeto de mucho crédito en virtud y sabiduría, le quiso premiar con uno de los más pingües obispados de su reino, que estaba vacante en aquella ocasion. La Real cédula de esta merced fué el último plato que se le sirvió en la mesa. Como tenia prevenida la consideracion con la memoria del pasado sueño, rezeló al punto ser este el medio que el demonio elegia para ce-

garle, dándole en los ojos con el estiércol de la ambicion. Se retiró á su retrete un breve rato, y pidió al Señor luz y valor para el acierto de un lance tan imprevisto y tan poco prevenido, y tan favorable y seductor al amor propio. Su Majestad le inspiró que renunciase el obispado y cumpliese de este modo la amenaza que habia hecho al demonio de quebrarle los ojos. Con esta inspiracion hizo la renuncia y se fué al convento de los frailes menores á pedir su humilde hábito, pareciéndole que esta resolucion, en que de una vez renunciaba con desprecio todo lo que el mundo estima, seria la que de más de lleno diese en los ojos del enemigo de las almas, á quien nada ciega tanto como las cenizas de la humildad y el desprecio de las riquezas. Vivió y murió con gran fama de virtud y santidad. — A. L.

RODULFO Exphordiensis, capuchino inglés del siglo XIII, segun Wite en su *Catálogo de escritores*. Nacido hácia 1200, Rodulfo manifestó hallarse adornado de las mejores cualidades para el estudio y la piedad. Su carácter dulce, amable y generoso le atrajo bien pronto las simpatías de todos sus compañeros, que pusieron en él sus esperanzas para los futuros progresos de su Orden, pues en aquel siglo, el primero de la religion franciscana, se necesitaban hombres de grande talento é inmensa actividad para contribuir al sostenimiento de su débil Orden y á la mejora de la grande familia, que esparcida ya por todo el mundo, solo confiaba en la Providencia para conseguir los altos fines á que se hallaba destinada. Pero el Señor, que velaba por ella, que la tenia reservada dias mejores, la proveyó de estos hombres y la puso en estado de continuar adelante por los largos caminos que se habia propuesto, y que la fuerza de las circunstancias la obligaba á recorrer. Uno de estos hombres fué Rodulfo, constante en todas las prácticas religiosas, en extremo caritativo, dado á toda clase de obras buenas y meritorias ante Dios, su fama de santo llenaba toda Inglaterra, y era admirado y venerado por cuantos se le acercaban y tenian ocasion de observar sus costumbres sin mancha; su austera vida, sus continuas penitencias y maceraciones, su asiduidad en la oracion, etc. No por esto descuidaba los estudios á que se hallaba particularmente consagrado, obteniendo grande reputacion por su sabiduría, pues fué uno de los predicadores más notables de su época, suponiéndose que la mayor parte de sus obras consisten en sermones, que por pertenecer á un género muy comun entónces, no han llegado á imprimirse, aunque por su mérito sean superiores á todos los que se escribieron á la sazon. Tambien se cree que obtuvo en su Orden gran número de cargos, y que los administró satisfactoriamente, contribuyendo á su sostenimiento en la Gran Bretaña, donde en aquellos primeros siglos produjo gran número de santos, algunos de los cuales se veneran hoy en los altares, y otros han dejado eterna su memoria á la posteridad. Rodulfo tuvo por discípulos á mu-

chos de estos, les enseñó con sus máximas y buenos ejemplos el camino de la perfeccion, les proporcionó medios para que llegasen á conseguirla, é hizo en fin cuanto un buen padre puede hacer por sus hijos. Pues tal era la obligacion de los prelados en las Ordenes religiosas, obligacion que desempeñaban con gusto y con frecuencia con tanto acierto como celo, siendo muy raras las excepciones que pueden contarse en contrario, no perteneciendo de seguro á ellas este religioso, que á su muerte dejó grande y merecida fama por sus virtudes y santidad.—S. B.

RODULFO DE FAENZA (Bto.). Una de las más grandes figuras que en la Iglesia de Dios y en la sagrada Orden de Predicadores se presentan en el siglo XIII de la Iglesia, es sin disputa el Bto. Rodulfo de Faenza. Comencemos por consignar que pertenecia á una de las más distinguidas familias de Italia, que tanto los servicios que prestaron sus mayores, como los derechos adquiridos por su casa, le daban lugar á esperar ser uno de los primeros personajes de su siglo, cualquiera que fuese el rumbo por el cual se decidiera; consignemos que despreciando los más altos puestos de la magistratura y de la diplomacia no quiso ni áun seguir estas carreras en que hubiese sido muy ventajosamente conocido, porque tenia elementos para serlo, y se dedicó al estudio de las humanidades, filosofía, sagrada teología y derecho conónico, cursando en la célebre universidad de Bolonia, emporio entónces y siempre de las ciencias sagradas; y habremos visto en esta especial abnegacion de nuestro ilustre personaje, algo de extraordinario, alguna de esas cosas que por más que no se quiera dicen á voz en cuello que no es el acaso, sino una providencia muy sábia, quien rige, gobierna y perfecciona los destinos de los hombres. Mas hemos de ver todavía en Rodulfo rasgos que caracterizan muchísimo más la bondad de Dios acerca de las criaturas en quienes quiera ejercerla, la especial predisposicion é inclinacion de cada uno al cumplimiento de su ministerio, es decir, del fin é intento que sobre él le propusiera el Señor. Concluidos los estudios de nuestro buen Rodulfo, el prelado de Bolonia le obligó á acercarse á las órdenes sagradas, por más que él se resistia pretextando su nulidad, y más que nada lo escaso que de virtudes se hallaba para llegar á tan sublime ministerio. Ordenado, pues, y obligado á ejercer los sagrados oficios de predicar y confesar, lo hizo con tanto acierto, logró tanto fruto ya por la confianza que inspiraba como por el tino con que resolvia los casos más árduos y difíciles, que no dudó un momento el prelado en que sería no solo conveniente sino hasta necesario el hacerle capitular para que con su ejemplo se alentasen los compañeros, y despierto el espíritu de justa emulacion, se lograsen más abundantes frutos por el asiduo trabajo de unos y de otros. Constituido, pues, canónigo de Bolonia, no se crea ni que cesó un momento en el ejercicio de

su celo, ni que le arredraron nunca motivos ni respetos humanos para no obrar conforme él apreciaba que era debido; tanto en el desempeño de este destino, como cuando era simple presbítero, él no fijaba su vista más que en Dios, despreciaba lo que no conducia á su servicio, y para lograr esto, nada le parecia difícil, nada penoso, en nada encontraba ni contradiccion ni disgusto. Como su talento era tan claro, creyeron con razon los consejeros del obispo que seria el más á propósito para regir la iglesia de San Nicolas de las Viñas, que es muy importante, y que habia menester un sujeto que reuniera todas las condiciones que en el nuestro concurrian. Encargóse, pues, de ella, y á su cuidado estuvo hasta que una nueva fundacion en la Iglesia de Dios determinó, por un rasgo de espontánea abnegacion, la dicha del que tal abnegacion tuvo, la dicha de millares de millares que habian de participar de los beneficios de este gran suceso. Bien merece que le determinemos porque es muy favorable á nuestro Rodulfo. Acababa Domingo de Guzman de establecer su querida Orden, y habia, como era consiguiente, remitido por do quiera quienes animados del celo que él por la salvacion de las almas y destruccion de los errores de los albigenses, por entónces tan propalados, procuraron aumentar el número de los Dominicos para que así fuese mayor el numero de los predicadores de la verdad, y Reginaldo de Orleans habia sido mandado á Bolonia para hacer prosélitos para hacer conocer el instituto, y allí donde el error era frecuente, destruirlo en su propia cuna si posible hubiese sido. Faltaba á los hijos de Domingo, que ya eran algunos, además de los que vinieron para fundar, iglesia y casa para vivir y dar culto, cuando hé aquí que nuestro Rodulfo, rector de San Nicolas, se presenta á Reginaldo y le ofrece no solo la iglesia, casa y dependencias, sino su persona para servir al instituto en cuanto á los superiores pareciese conveniente, sin limitacion de ninguna especie y dispuesto á ser, ó el último lego si así lo querian los Padres, ó lo que ellos le mandáran, pues que iba allí sumiso como el menor de todos. Imposible es de explicar el gozo grande de que Reginaldo se llenaria con tan inesperado suceso, así como tampoco es fácil referir ni áun comprender cómo sería el que se avivase en Rodulfo el deseo de ser dominico de un modo tan extraordinario; si bien es verdad que esto no tiene otra explicacion que mediante una especialísima y decidida gracia del Señor, que fué en él sumamente eficaz, que le obligó á lo que el mundo llama pasar por todo y le hizo de superior, súbdito; de rector, novicio; y de capellan condecorado, religioso sin más título que Fray. Pero ni por esto se hizo ménos glorioso, ni desmereció lo más mínimo, ántes por el contrario adquirió una gloria que sobre ser imperecedera, porque es eterna, es todavía aún, segun el mundo, lo más grande que puede ser. Tomó, pues, el hábito por mano del Bto. Regi-

naldo, se sometió al noviciado y demás pruebas, que con los recien entrados son de costumbre, y nunca quiso ser dispensado ni considerado sino como cualquier otro, razon por la cual efectivamente no se le dieron consideraciones ningunas por entónces. Ejemplo tan raro de humildad y una tan completa abnegacion, necesario era que llegára á oidos del santo Patriarca, así es que áun ántes de conocerle le estimaba muchísimo, y apénas hubo llegado á Bolonia, le llamó para que dirigiera su conciencia, en cuyo ministerio se portó con sumo acierto, cual convenia á quien era tambien predilecto de Dios. Claro está que si algun provecho logró el santo Patriarca con la comunicacion de este siervo de Dios, fué mucho mayor el que consiguió éste con la comunicacion de aquel; así que los buenos ejemplos y acertadas doctrinas de Domingo servian para hacer más y más perfecto á Rodulfo; agregándose á esto el que Dios nuestro Señor por su infinita bondad hacia muy singulares prodigios en favor de Rodulfo, por mediacion de Domingo, y que Rodulfo, cada vez más extasiado por las divinas misericordias, trataba de corresponder á ellas con la mayor fidelidad. Cuáles fueron estos favores no hay para qué referirlos, pues consistieron en muy especiales revelaciones, en muy íntima comunicacion con su Majestad, y como especial favor puede tambien contarse el que el santo Patriarca muriera en manos de Rodulfo, como si en esto se viniese á demostrar que era el sujeto en quien el santo tenia más confianza. Cuarenta años de trabajos en la religion de Sto. Domingo fueron el camino por donde Dios quiso llevar á Rodulfo á su santa gloria; así es que apénas cumplidos esos cuarenta años le acometió la muerte, para la cual se preparó cual conviene á un cristiano, á un religioso y á un sacerdote. El dia 13 de Octubre de 1259 se le administraron los santos sacramentos, los recibió con todo fervor y edificacion suma de cuantos presenciaron la ceremonia, y al siguiente dia dejó de existir en el mundo para pasar á la patria de los bienaventurados. Todo el mundo creyó esto desde luego, así es que tanto para visitar su cadáver cuando estaba de cuerpo presente, como para sus honras, que más bien parecian solemne protesta de su virtud que no fúnebres honores rendidos á su memoria, acudió Bolonia en peso, siendo preciso establecer un órden para evitar las desgracias que en otro caso hubiese habido. Por supuesto que al momento se emprendieron las diligencias necesarias para la declaracion auténtica del grado de virtud á que habia llegado, y el resultado fué, que segun disposicion de muchísimos testigos que acreditaban obrados por él milagros y milagros de primer órden, la Iglesia le hizo inscribir en el precioso catálogo de los beatos; asignando para la celebracion de su fiesta en todas las iglesias y conventos de la Orden, que con afan y razon han pedido el que se les permitiera la misa y oficio de este Beato el dia 14 de Oc-

tubre, sin duda alguna por haber sido este el en que se verificó su preciosa muerte, que fué donde comenzó la imperecedera inmortalidad del Bto. Rodulfo de Faenza.—G. R.

RODULFO Glaber y no Raoul, como le llama la *Historia literaria de Francia*, puesto que él mismo en una de sus obras se llama Rodulfo, y en otra se intitula Glaber Rodulfo, tomando por nombre lo que no era más que un apellido, ó por mejor decir un apodo, pues Glaber significa sin bozo. Este escritor abrazó la vida monástica ántes de la edad de doce años cumplidos, no teniendo otro motivo que los deseos de un tio, que pertenecia ya al mismo estado y creia librarle de esta manera de la vida desarreglada que llevaba por entónces. Este freno no fué sin embargo capaz de contener las pasiones de una juventud ardiente, como tuvo el mismo Glaber la humildad de confesar públicamente. Pero no dejó, á pesar de los excesos de su libertinaje, de hacer bastante buenos estudios para su siglo, y adquirir cierto fondo de literatura que le fué muy útil despues. Habiendo sido arrojado del monasterio por su indocilidad, su rebeldía y demás vicios, su saber le abrió la entrada en otro diferente. Cita cuatro en que pasó los primeros años desde que abandonó el mundo S. Leger de Champaux, llamado malamente *Cappellis* en el texto de su historia, y anejo despues á S. German de Auxerre, S. Benigno de Dijon, nuestra Señora du Moutier, S. German de Auxerre y otros dos, Beze y Cluni, en los que residió durante algun tiempo. Glaber nos da en estos detalles el acta de su inconstancia y ligereza. Todos estos monasterios se hallaban situados en el ducado de Borgoña, de lo que debe presumirse que Glaber era natural del mismo país. No hay ninguna noticia clara para decir con exactitud el primer monasterio en que se consagró Glaber á Dios. Algunos modernos suponen, sin probarlo, que fué en S. German de Auxerre. Sin embargo, ateniéndose al órden de su propia narracion hay mucha apariencia de que fué en S. Leger de Champaux, de donde pasó despues á S. Benigno de Dijon. El Bto. Guillermo, que era entónces su abad, le dió ya para contener su ardiente carácter, ya para procurar atraerle á su deber, repetidas pruebas de predileccion, tomándole algunas veces por compañero de sus viajes. Hallándose Glaber con él en Suza, en los Alpes, desenmascaró á un insigne impostor, que con falsas reliquias abusaba no solo de la incredulidad del pueblo bajo, sino tambien de los obispos y del señor del país. Todas las consideraciones que guardó con Glaber el siervo de Dios no bastaron para retenerle en S. Benigno. Habiéndole ofendido gravemente un dia, huyó y se retiró á un monasterio que no era de su jurisdiccion, con el objeto de evitar sin duda la pena que la regla imponia á su falta. Esta circunstancia, referida por el mismo Glaber, conviene á S. German de Auxerre, reformado por S. Mayolo, y de consiguiente de la depen-

dencia de Cluni. Ocupáronle en renovar las inscripciones y los epitafios de la iglesia, lo que le atrajo la envidia y le hizo sentir los efectos del mal carácter de un monje extranjero, que habia sido recibido como él en el mismo monasterio con mucha caridad. Glaber salió tambien de este asilo, pero no puede decirse si se retiró á Beze ó á nuestra Señora de Moutier. En lo que no hay la menor duda es en que Cluni fué su última morada. Allí fué donde dió la última mano á su historia por órden de S. Odilon, á quien se halla dedicada. Circunstancia que manifiesta que se verificó esto ántes del 1.° de Enero de 1049, que es la época de la muerte del santo abad. Pero la publicacion de su obra precedió mucho á este acontecimiento. Créese comunmente que la terminó nuestro historiador en 1044, porque la eleccion del papa Gregorio VI, que se verificó en el mismo año, es el último hecho que se refiere en ella. Pero debe hacerse la observacion de que añade poco despues, que la buena conducta de este Pontífice borró las manchas de la de su antecesor; lo que manifiesta que hacia entónces algun tiempo por lo ménos que ocupaba Gregorio la santa sede. Además de esta prueba de que publicó Glaber su historia despues de 1044, nos da tambien otras. No solo refiere acontecimientos verificados á últimos de Noviembre de 1046, tales como algunos fenómenos extraordinarios, sino que marca además algunos de los tristes sucesos que habian presagiado, segun las ideas supersticiosas de aquella época, y en particular una gran carestía de vino que debió tener lugar sin duda hasta el año siguiente. De manera que lo más pronto fué á últimos del año 1047 cuando dió á luz su obra, y el autor vivia aún en 1048, si es que no vivió mucho despues. Sigeberto no le conocia más que de nombre, y como autor de una historia de los Francos por haberle colocado entre los escritores de los siglos VI y VII. Glaber pasaba por sabio, puesto que contaba con su reputacion cuando salia de un monasterio para ser admitido en otro. Habia estudiado las bellas letras y demás artes liberales, aunque no habia adquirido el talento de escribir bien. Se cree por las palabras tomadas del griego, que emplea con bastante frecuencia, que tenia algunos conocimientos de esta lengua. Trató algunas veces de filosofía y teología, pero no habia profundizado estas ciencias; tambien solia hacer versos, pero su versificacion no es mucho mejor que la de los demás versificadores de su época. Con estos conocimientos se propuso dejar á la posteridad algunas obras suyas. 1.° Le pertenece una historia, dividida en cinco libros y cada libro en muchos capítulos, sin contar la epístola dedicatoria á S. Odilon y dos cortos prefacios, uno al frente del libro III y otro que precede al IV. Glaber comenzó á trabajar de órden del Bto. Guillermo de Dijon, desde la época en que se hallaba en S. Benigno bajo la direccion de este grande hombre, muerto en 1031, y la tenia ya muy adelantada. Pero la obra fué

interrumpida en lo sucesivo en razon sin duda de las diversas aventuras de su autor. Hallándose, por último, en Cluni, S. Odilon y los demás religiosos le animaron á concluirla. Los motivos que dieron orígen para este designio, fueron ver que desde el venerable Beda y Pablo Warnafrido, á principios y últimos del siglo VIII, nadie se habia propuesto conservar á la posteridad lo que habia pasado en la Iglesia y en el estado. Glaber se propuso en su consecuencia escribir los principales acontecimientos sucedidos en una y otro desde el año 900 hasta la época en que escribia, es decir, como ya se ha visto, desde Noviembre de 1046 por lo ménos; no solo en Francia, sino tambien en todos los países que formaban en otro tiempo el imperio romano, ó como se explica él mismo, en las cuatro partes del mundo. Expresion que no debe tomarse á la letra, suponiendo que fuese ya entónces conocida la América, sino que era esta la costumbre, y nuestro autor procura probar con razonamientos místicos la relacion de los cuatro Evangelios, de las cuatro virtudes cardinales, de los cuatro elementos, y por último, de las cuatro edades del mundo, con estas cuatro partes, que es por lo que dice no cuenta más. Tal es el prólogo de Glaber, que no previene en favor de su historia. Así es que ha desempeñado su plan de una manera muy defectuosa. Carece de buen gusto, de eleccion, de órden en la mayor parte de los hechos y hasta de buen juicio. Es una mezcla confusa de la historia civil y de la historia eclesiástica, en que el autor ha hecho entrar visiones y apariciones nocturnas, con otras minuciosidades que no deberian aparecer en una obra séria. A estas faltas generales se reunen muchas particulares. Por ejemplo, no está siempre de acuerdo consigo mismo. Dice que Hugo, hijo del rey Roberto, fué coronado rey no teniendo aún diez años cumplidos, y que murió ántes de haber llevado este título diez años enteros, lo que hace el espacio de diez y ocho años. Sin embargo, le da veintiocho: *Ter denis minus creverat duobus*. Deberia leerse *bis* en lugar de *Ter*; pero todos los manuscritos tienen unánimemente la misma lectura. Tambien coloca dos años más tarde la muerte del emperador Conrado el *Sálico* y el matrimonio del rey Enrique el *Negro* con Inés de Poitiers; otros críticos han demostrado sus errores de etimología y geografía: á pesar de todos estos defectos la obra de Glaber no deja de contener excelentes cosas, como para la particular contiene tambien algunas noticias que se buscarian en vano en otra parte. Ningun historiador de su época nos da á conocer mejor que él al príncipe Hugo el *Grande*, hijo del rey Roberto, y al Bto. Hervé II, tesorero de la iglesia de S. Martin de Tours. Lo que nos refiere de este en particular, es una relacion casi completa de su vida, y se ha separado de la historia de Glaber para formar un escrito aparte. Encuéntrase de esta manera en algunos manuscritos, por los que se ha impreso sin saber que forma parte de

la obra de nuestro historiador. El cardenal Bona, mirando únicamente en Glaber los pasajes buenos de su obra, le cita como un historiador muy exacto: *Historiarum sui temporis accuratissimus scriptor*. El cardenal Baronio, reconociendo tambien su fidelidad, le reconviene únicamente por haber sostenido que el Papa no tiene más jurisdiccion sobre un obispo extranjero que cualquiera otro obispo. Lo que Glaber se propuso probar efectivamente hablando de la dedicacion de la célebre iglesia de Beaulieu, en la Turena. Puede consultarse para obtener una noticia más extensa sobre esta historia la sabia disertacion de Mr. Curnet sobre el mismo asunto. La historia de Glaber ha sido impresa por primera vez por Pedro Pithou, que la puso al frente de su primera coleccion de *Historiadores de Francia*, impresa en Franfort, en fólio, en 1596. El autor se califica en el epígrafe primero de monje de S. German de Auxerre y despues de Cluny, y anuncia cuatro libros en su obra, aunque la edicion comprende los cinco. Sin duda por esta equivocacion supone Le Mire que no tiene más que cuatro libros, y que él y los demás que le han seguido dan á Glaber las mismas calificaciones. Duchesne ha dado despues otra edicion de Glaber, cuyo texto han revisado cuidadosamente por un antiguo manuscrito de la Biblioteca de Mr. de Thou. Se halla colocado al frente del volúmen primero de su coleccion, impresa en París en 1641. La edicion anuncia los cinco libros que contiene la historia, y no da al autor más que el simple título de monje, conforme al manuscrito. El Padre Lelong ha sostenido que la historia de Glaber ha sido traducida en las crónicas de S. Dionisio. Pero Mr. de Sainte Palaye asegura, que despues de haber examinado con detencion todo lo que se refiere á la época en que escribió Glaber, no ha encontrado nada que se le asemeje.—2.° Glaber compuso otra obra, que publicó ántes de su historia, segun se dice en ella. Es la vida del Bto. Guillermo, del abad de S. Benigno de Dijon, de quien habia sido discípulo, como hemos dicho. Hallábase, pues, en derecho de manifestar, como lo hace en el pequeño prefacio que se lee al frente, que habia sido testigo de la mayor parte de los hechos que se propone escribir, habiendo sabido lo demás de personas muy verídicas. El santo murió en 1031, y Glaber escribió en 1047 la historia de su época, en que menciona esta otra obra. Síguese de aquí que la comenzó poco despues de la muerte de Guillermo. El autor la dirige á todos los fieles, y se califica del último de los monjes. Ha conseguido con bastante buen éxito pintar el carácter y describir las principales acciones del Santo. Pero su escrito no basta para darle á conocer completamente. Hay tres ediciones de él, la primera se ha hecho por el P. Pedro Rouvine en su *Historia de Riviné ó Moutier Saint Jean*, impresa en París, en 4.°, en 1637. Bolando volvió á publicar esta vida seis años despues, con algunas notas, el primer dia Enero. El P. Mabillon

la hizo entrar, por último, compulsándola con un manuscrito de S. Benigno, en el volúmen 8.° de su *Coleccion de actas*. Esta edicion es preferible á las demás, no solo en razon de las notas y nuevas observaciones con que se halla ilustrada, sino tambien porque se han rectificado, gracias á los manuscritos, diferentes lugares, y se ha unido en forma de suplemento lo que nos refiere del beato abad la crónica de S. Benigno.—3.° Cuando nuestro historiador vivia en S. German de Auxerre, renovó las inscripciones de los altares, borradas por la incuria de los tiempos, é hizo epitafios para adornar las tumbas de las personas ilustres enterradas en ellas. Estos altares eran en número de veintidos, lo que manifiesta que Glaber tuvo en que ejercitar su musa. Aunque estas inscripciones renovadas, que se hallaban en versos exámetros, fueron borradas algun tiempo despues por efecto de la envidia ó de los zelos, pueden haber quedado algunas. No se sabe que Glaber haya compuesto otras poesías, á excepcion de estas, más que un pequeño poema en versos yámbicos rimados sobre la muerte del rey Hugo, de que se ha hablado, y otros en versos exámetros sobre el lujo y la depravacion de las costumbres que introdujeron en Francia los pueblos de la Auvernia y de la Aquitania, es decir, de Provenza, á consecuencia del matrimonio de Constanza con el rey Roberto. Glaber insertó ambos en el capítulo último del libro III de su historia.—S. B.

RODULFO DE KARENESBURGO (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra, ignorándose de qué punto, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Lóndres. Pasó despues á estudiar á la universidad de Oxford, y concluida su carrera y condecorado con el título de doctor, pasó al convento de Karenesburgo, en el que desempeñó el cargo de ministro, terminado el cual volvió á ingresar en su casa de Lóndres. Fué este religioso desde su edad más temprana un verdadero prodigio de talento, dando de él tantas y tan raras pruebas, que á todos sus contemporáneos los dejó absortos y confundidos. Manifestó un genio sin igual para la poesía, siendo tan excesiva su facilidad para producir versos, que en los actos públicos, y ántes de empezar él á argumentar, decia en verso los argumentos anteriores y las contestaciones que se habian dado. Murió en el citado convento de Lóndres, hallándose aún en muy buena edad, causando notable sentimiento á todos sus hermanos y á cuantos le conocian, por ver defraudadas las buenas esperanzas que de él se habian formado, aunque el sentimiento se templó algun tanto con la idea de que su vida y su muerte habian sido la de un varon justo y santo. Ocurrió su fallecimiento el dia 5 de Noviembre del año 1319. Dejó escritas las siguientes obras: *Lira Davídica ó Comentario sobre todos los Salmos*, en verso.—*Cántico dulce, Comentario sobre el Cantar de los Cantares*, tres libros.—*Himnos y oraciones de Santos*, en los cuales incluyó dos de los glo-

riosos patriarcas de la Orden S. Juan y S. Félix, diez libros.—Obras diversas, cuatro libros.—M. B.

RODULFO Oeffvalter, franciscano francés ó belga del siglo XVI. Pocas son las noticias que nos han quedado de este religioso, que fué sin disputa uno de los primeros bibliógrafos de su Orden, prestándola el eminente servicio de dar á conocer una multitud de varones que la habian ilustrado, y de obras que hubieran quedado en el olvido, no pudiéndose aprovechar este cúmulo de materiales por los que los sucedieron, con grande daño para la ciencia y no ménos para los adelantos del espíritu humano. Pero en el siglo en que vivió Offvalter, aunque no se desconociese la importancia de la bibliografía, se hallaban aún muy léjos de pensar que andando el tiempo llegaria á formar una ciencia, ciencia tan difícil por su extension como por sus numerosas y complicadas divisiones y subdivisiones. Quizá lo adivinó Rodulfo; quizá este escritor, cuya laboriosidad y desvelos no pueden negarse por el asunto que eligió, comprendió la grande utilidad de que serviria á sus sucesores, y el inmenso mérito que iba á contraer á los ojos de la posteridad, pues de lo contrario hubiese sin duda elegido otro argumento y entregado su pluma á cualquiera otra de las muchas materias que entónces estaban tan en boga, y en que con ménos tiempo y trabajo hubiese adquirido una reputacion imperecedera, y su nombre hubiese sido citado con admiracion y asombro; pero segun un triste privilegio concedido al genio, prefirió pasar desconocido al vulgo de su siglo, contentarse con los aplausos de unos pocos sabios y prestar un gran servicio á la humanidad, á vivir entre la necia admiracion de sus contemporáneos por alguna obra ligera é insignificante, calcada tal vez sobre otras muchas del mismo género, y acaso tan inútil para el presente como para el porvenir. Revélanos esta misma cualidad la superior y admirable virtud de Offvalter, pues solo un hombre dotado de verdadera humildad, de carácter profundamente piadoso y con una verdadera idea de la Divinidad se hubiera sacrificado de este modo, prescindiendo hasta de su fama, ídolo de todos los escritores religiosos ó seglares, al que dan en su corazon celoso y constante culto. Pero lleno de la idea de Dios, de los altos deberes que tenia que desempeñar, y diariamente desempeñaba, convencido de que en la más profunda humildad está la verdadera grandeza, tal vez con el objeto de ser útil á los demás y prescindir de sí mismo, Offvalter emprendió una tarea grande, noble, gloriosa, que ha servido en gran manera á la posteridad, que no le han agradecido acaso lo suficiente sus sucesores, y que nosotros debemos reconocer hoy en todo su mérito é importancia. La obra que escribió y por que le creemos digno del lugar que aquí le designamos, fué un tratado de *Scriptoribus Ordinis Minorum*, impreso en 1559, en 4.°—S. B.

RODULFO PATRIGNANI DE LA MADRE DE DIOS (V. H.), religioso de las Escuelas Pias; era italiano y natural de Roma, donde siguió sus estudios en el instituto á que debia pertenecer algun dia, mereciendo que por sus grandes cualidades y las esperanzas que en su temprana edad habia hecho concebir, le vistiera el hábito por su propia mano el gran José de Calasanz, siendo, como dice la historia, «una de las más tiernas flores que cogió el Señor en el jardin del instituto en aquellos primeros tiempos, la cual trasplantó á la gloria,» porque en efecto vivió muy poco, muriendo á la edad de diez y ocho años; pero en tanto breve espacio de tiempo manifestó cualidades tan extraordinarias, que sirvió de ejemplo á toda la comunidad, á la que dejó mucho que imitar. Mereció diferentes favores y gracias especiales de nuestro Señor y su Santísima Madre, las que refiere el P. José de la Concepcion en sus *Varones insignes de las Escuelas Pias;* y omitimos nosotros por creerlo así conveniente, remitiendo á la mencionada obra al que desee más particularidades en el asunto. Murió este apreciable y virtuoso religioso en la ciudad de Roma, á 29 de Agosto de 1625, dejando la mejor opinion, y mereciendo que su nombre pasase á la posteridad.—S. B.

RODULFO SCHERWIN (V.). Fué natural de Inglaterra, sin que conste de qué punto, y habiendo seguido la carrera eclesiástica, se ordenó de sacerdote, demostrando sumo talento, extraordinario celo por el bien de las almas, y una disposicion sin límites para el púlpito y para la publicacion de muy luminosos escritos. Dotado de mucha penetracion y de no comun sabiduría, despues de haber sido graduado de doctor en la famosa universidad de Oxford, donde habia hecho sus estudios, regentó varias cátedras, ascendiendo luego á ser rector de aquel distinguido cuerpo científico. Cuando se verificó el cisma, no pudiendo asentir ni acatar las disposiciones del soberano, ni admitir los errores de la reforma que se pretendia introducir, abandonó voluntariamente su destino y pasó á Roma, ingresando en el Colegio Anglicano, fundado para formar misioneros que pasáran á las provincias de la Gran Bretaña á conservar y sostener, en cuanto posible fuera, la pureza de la combatida fe. Permaneció algun tiempo en el mencionado colegio, dedicándose al estudio y al conocimiento de los deberes de un celoso y evangélico misionero, y deseoso de padecer y morir por la católica creencia, y cuando más encendida se hallaba la persecucion y en su mayor fuerza las proscripciones de los católicos, á quienes por desprecio llamaban *papistas*, volvió á Lóndres, donde secretamente empezó á ejercer las funciones de su evangélico ministerio, tan expuesto y comprometido entónces, consiguiendo atraer bastantes herejes al gremio de la católica Iglesia, fortaleciendo al mismo tiempo el débil ánimo de algunos fieles, que sentian vacilar su fortaleza. Pero descubierto al fin y preso, fué cargado de cadenas y sepul-

tado en la oscura y asquerosa cárcel llamada del Mariscal, desde donde fué trasladado á la Torre, en la que interrogado por los ministros de la Reina, que componian el tribunal formado para proceder contra los católicos, reos entónces de estado y de lesa majestad, sufrió la tortura repetidas veces, siendo colocado en el durísimo potro, donde descoyuntaron su cuerpo por negarse á prevaricar y renegar de sus creencias religiosas y de la fe de sus mayores. Hallándole cada vez más perseverante, y á pesar de tener todo su cuerpo roto y quebrantado, le dejaron vivir por espacio de un año, sin duda para prolongar más sus martirios, permitiéndole sin embargo gozar en la cárcel de cierta especie de libertad. Durante este tiempo tuvo algunas disputas públicas y secretas con los dogmatizantes de la nueva doctrina, dejando siempre vencidos á los sectarios del calvinismo con la fuerza de sus razones, su elocuencia y la ardiente persuasion que su fe le suministraba. Impúsosele por fin la sentencia de pena capital, y el dia 1.° de Diciembre del año 1581 fué sacado de la prision en compañía del V. P. Brianto y de Campiano, que debian ser ejecutados con él y por el mismo delito de defender la religion apostólica romana. Llevároнlos arrastrando, para mayor ignominia, hasta la plaza de las ejecuciones, y llegados á ella, tocó morir el primero al V. Campiano, que sufrió la pena de horca, siendo descuartizado en seguida. Cuando el verdugo llamó á Scherwin para ejecutarle, éste lleno de gozo se acercó á él, le besó las manos, que tenia bañadas en la sangre del primero de los mártires, y se dispuso á sufrir la rigorosa sentencia, poniéndose por si mismo el dogal al cuello y exclamando con una resolucion y alegría que llenó de pasmo y admiracion á todos los espectadores: *Señor Jesus, sed ahora para mí lo que indica vuestro nombre.* (Esto es, Salvador.) Arrojado de la escalera quedó pendiente en el aire, y hallándose todavía con vida, fué descuartizado, segun se acostumbraba hacer, cumpliendo las órdenes del impio gobierno, que consideraba como reos de alta traicion y conspiradores contra el estado á aquellos cuyo único delito consistia en proclamar y sostener la pureza y la integridad de los dogmas que constituyen la más santa y verdadera de todas las religiones. — M. B.

RODULFO Suitensis, capuchino de la provincia de Helvecia en el siglo XVII. Desde su infancia manifestó ya este individuo las dotes que le adornaban para el destino á que la Providencia le queria conducir por sus ignorados y ocultos caminos. Grave, sério, opuesto á todas las diversiones y pasatiempos de la niñez, huia de todos sus compañeros y se retiraba al fondo de los bosques, donde entregado á diálogos consigo mismo y con Dios, pasaba las largas vigilias del estío en contínua inspiracion. Semejante género de vida, que en nuestro siglo hubiera parecido extraordinario, no lo era empero en el que vivió Rodulfo; entónces se comprendian mejor las ne-

cesidades del alma y del corazon; entónces no solo se procuraba cultivar la inteligencia con el estudio, sino que se la dejaba extenderse en el ancho campo de las creaciones, que solo se consiguen en la soledad, en los parajes solitarios y ocultos, donde el alma, entregada á sí misma, vaga en la inefable luz de la verdad, se alimenta de las concepciones de lo grande y de lo sublime, y acaba por obedecer á los impulsos que son pábulo de su noble actividad. Pero esta actividad se ejercia en Rodulfo en un sentido, que es sin duda el más digno en que pueda ejercerse en hombre alguno. Toda su alma, todo su corazon, se hallaba consagrado á la religion y á la virtud, á los santos dogmas del catolicismo en que creia y á los que adoraba con sincera y pura fe. En aquella especie de soliloquios, y llevado únicamente de su inspiracion, Rodnlfo aprendió todas las verdades de la religion cristiana, profundizó todos sus sagrados misterios, y llegó á poseer la ciencia teológica casi sin haber abierto los libros de esta facultad. Sus progresos fueron tan rápidos como admirables, y en breve tiempo llegó á estar al alcance de las cosas más oscuras y difíciles, y no solo sabia explicarlas á sus compañeros, sino que podia sostener fuertes polémicas con los más sabios é ilustrados de entre los herejes. Su ardor en defender la religion católica, los peligros á que por ello se vió expuesto, le valieron todo género de consideraciones de los eclesiásticos de su pais, que le manifestaron su aprecio de muy distintas maneras. Estas distinciones no halagaron una pasion, que no existia en el alma del buen Rodulfo, todo lo contrario, su humildad, que corria parejas con su precoz talento, le animó á ponerse á estudiar bajo la direccion de aquellos sacerdotes que hasta entónces habian sido sus admiradores, y desde entónces eran ya sus compañeros y guia. Sin embargo, la creciente herejía no podia dejarle por mucho tiempo este consuelo, y sus preceptores, temerosos por sus vidas, tuvieron que abandonarle, indicándole empero que se retirára á alguna casa monástica donde pudiese continuar sus estudios, y entregado á sus inspiraciones, oir la voz de su conciencia y decidir sobre su vocacion, que era indudablemente la de servir á Dios en los altares. Rodulfo se dirigio sin vacilar á un convento de la Orden Seráfica, y aunque en un principio no tomó el hábito, sin embargo, con el trato de aquellos buenos y virtuosos Padres, comenzó á amarlos, á admirarlos, á ver en ellos sus verdaderos amigos, sus sinceros y piadosos modelos. Habiase en efecto formado, miéntras vivió en los bosques entregado á sí mismo, la idea del católico, como la de un ser perfecto, exento de todas las pasiones, ajeno de todas las necesidades de la vida, haciéndose un placer en vencerlas, en despreciarlas, en manifestarse superior á ellas; no viviendo más que por Dios y para Dios, y haciéndole un constante sacrificio de su existencia, en la que el martirio hubiera sido su principal fin, si su vida hubiera sido un con-

tinuo martirio. Esta idea, que es la del verdadero católico, no la vió realizada en los clérigos, encontró sí en ellos virtudes grandes y admirables, vió en su conducta rasgos de abnegacion y sacrificios inapreciables; pero no hallaba en ellos ese contínuo sacrificio, esa separacion constante del mundo que era lo que más le agradaba, lo que se hallaba en mayor conformidad con sus hábitos, lo que habia formado siempre el objeto de sus aspiraciones y deseos. Pero desde que comenzó á vivir entre religiosos se encontró en nuevo mundo, en una nueva sociedad, tal como la habian creado sus sentidos, como su imaginacion se la habia hecho ver sin conocerla. Allí la oracion contínua, el ayuno casi continuado, el vestido grosero, la pobre celda, la soledad y el retiro, las penitencias y austeridades, la renunciacion á todo lo que halaga al mundo, presentaba á los ojos de Rodulfo el cuadro más completo y encantador que pudiera haber soñado; así sin vacilar pidió el hábito de novicio, y se creyó indigno de servir ni áun á los legos de la religion Seráfica. Pero sus superiores, que conocian sus buenas cualidades, que le veian crecer en la virtud y la ciencia, no pudieron nunca permitir su contínuo abstraimiento, el deseo que tenia de vivir consagrado exclusivamente á la contemplacion. Si en las reglas de las órdenes religiosas no se hubiera impuesto como inapelable el fallo de la santa obediencia, cuántos hombres de primer órden, cuántos genios, que son hoy la admiracion del mundo, hubieran quedado olvidados y desconocidos, pues habiéndoles dejado entregados á sus instintos, hubiesen vivido en santa contemplacion sin pensar más que en el Dios á quien se habian propuesto servir, por quien deseaban sacrificarlo todo. Pero la obediencia, en cuya virtud se habia de seguir hasta la más mínima insinuacion de los superiores, hacia que siguiesen los estudios, que brillasen en los púlpitos y las cátedras muchos que de lo contrario no hubiesen llegado á ser siquiera conocidos. Así es que Rodulfo, á pesar de sus deseos de vivir como donado, tuvo apénas profeso que continuar sus interrumpidos estudios. Brillaron entónces sus grandes y naturales facultades, admiróse su agudo y perspicaz ingenio, su profunda y madura inteligencia, sus ya vastos conocimientos á una edad y con unos principios en que otros tal vez ni hubieran sabido los primeros elementos del alfabeto. Su carrera fué de consiguiente tan rápida como podia esperarse; ordenado de sacerdote, se le destinó á la predicacion, en que se manifestó, conforme se esperaba, uno de los obreros más activos é inteligentes contra los herejes de su época. Conocia perfectamente sus errores, sabia sus medios de defensa, y el que niño y casi sin instruccion habia conseguido contra ellos tan grandes y continuos triunfos, no podia ménos de esperarse que varon provecto, obtuviera más grandes y rápidas victorias. Incansable en su celo, y ardiendo en la llama de la fe, recorria todas las al-

deas de la Suiza, se presentaba en sus principales ciudades, y por do quiera brillaba por su elocuencia y su erudicion, por su vida ejemplar y por su caridad sin límites. Temianle y le odiaban los herejes, huian su encuentro y le tendian todo género de lazos y asechanzas. ¿Mas qué se le importaba al siervo de Dios, que convencido de su grande y penosa tarea, habiendo ofrecido su vida en aras del catolicismo, proseguia impávido su camino, venciendo todo género de obstáculos, manifestando su grandeza, porque era la de la religion que defendia, y humillándose á los pies del Altísimo, á quien solo pedia fuerzas y vida para acabar de confundir á aquellos herejes? No fueron pocas las conversiones qua consiguió, los ministros á quienes confundió, los sectarios á que hizo confesar sus aberraciones y marchar avergonzados de su presencia. Pero ay! tantos triunfos, tantas vigilias, tanta actividad y trabajos, no tardaron en minar su robusta existencia, y aunque se retiró á su convento procurando reponer su perdida salud, falleció á lo mejor de su vida, dejando las obras siguientes: *Provocatio ad duellum rationis in campo amœnæ fictionis ad omnes atheistas, Machiavellis et adiaforitas;* en fólio.—*Floridum ambulacrum animæ;* 1689, en 8.°—S. B.

RODULFO DE TOSSINIANO (Fr. Pedro), religioso franciscano, natural de una ciudad situada en el campo de Imola, á las faldas de los Apeninos. Tomó el hábito en la familia de los Menores conventuales siendo muy joven todavia, manifestando desde luego las buenas dotes de ingenio de que se hallaba adornado, pues brilló en sus estudios de una manera tal, que fué la admiracion de todos sus contemporáneos. En extremo laborioso, no descansaba un solo instante, consagrándose á las más difíciles investigaciones y árduas tareas, con lo que consiguió reunir un caudal de conocimientos á que llegaban pocos en su época; fué por lo tanto nombrado lector en varios colegios de su Orden, en los que procuró adelantar la enseñanza y contribuir en cuanto en su mano estuvo al fomento de las ciencias. Mereció por lo tanto el amor de sus discípulos y superiores, que procuraron adelantarle en su carrera, nombrándole regente de varios colegios, en particular de los de Bolonia y Venecia, donde permaneció por largos años consagrado á la enseñanza, con los mejores resultados. Los ratos que sus continuas ocupaciones le dejaban libre los consagraba á sus tareas favoritas, emprendiendo una historia de su Orden, por la que fué nombrado su cronista. Teólogo erudito y orador elocuente, recorrió casi todas las ciudades de Italia electrizándolas con sus predicaciones, y admirándolas con sus ejemplos, pues era de muy buenas costumbres, amante de la regularidad y dado á la práctica de todo género de virtudes. Así es que, unidas sus obras á sus palabras, producian los mejores resultados y le captaban el general aprecio. En estas excursiones fué cuando le oyó Sixto V, quien prendado de su saber

y demás buenas cualidades, le nombró su familiar y procuró no apartarle nunca de su lado. Pero los buenos servicios que tuvo ocasion de prestarle influyeron en el ánimo del Pontífice, deseoso de mejorar su carrera, y entónces fué cuando le nombró obispo de Venusa, ciudad de la Pulla, cuya iglesia gobernó con celo y acierto por un largo período, hasta que muerto su protector Gregorio XIV, que conocia tambien por experiencia las buenas cualidades de que se hallaba adornado, le promovió á la sede de Sinigaglia, vacante á la sazon, y en la que Rodulfo de Tossiniano tuvo ocasion de prestar señalados servicios, celebrando en particular un sínodo en que se hicieron excelentes constituciones. Gobernó esta diócesis por espacio de diez años, y murió en 1601, siendo sepultado en su iglesia catedral, colocándose en el mausoleo erigido á su memoria la inscripcion siguiente:

D. O. M.
Fr. Petrus Rodulphus
Tossaniensis ex Ord. Min.
Conv., qui primum suæ
Religionis.
Muneribus perfunctus, a
Sixto V Romam vocatus,
ab eodem Episcopus ve
nusinus factus à Gregorio
XIV ad Ecclesiam
Senogalliens. translatus,
Cavit ut singulis ferijs se
cundis Missa pro defuncto
Episcopo et singulis Sa
battis Missa una in
honorem
Conceptionis B. Virginis
ab animæ salutem
celebretur.

Escribió: *Historia Seráfica*, dedicada á Sixto V, de quien fué familiar. Venecia, por Francisco de Francischi de Sena; 1585; Ibid, 1586, en fólio. *Veinte Sermones* pronunciados en las principalas ciudades de Italia; Venecia, por Francisco de Francischi, 1584, en 4.°—*Sobre el cántico de la Santísima Virgen María y las Siete palabras del Señor en la cruz;* Ibid.—*Cien Homilías latinas sobre los siete Salmos penitenciales.*—*Tres libros del Orador cristiano,* en que se tratan diferentes temas para la mejora de las costumbres,

citándose los lugares de la Sagrada Biblia y de los Santos Padres. — *Dictionarium latinum per alphabeti seriem de virtutibus et vitijs*, útil para los predicadores. Se publicó primero en Bolonia en la imprenta de la Compañía de Jesus en 1580, y despues en Lyon, por Antonio Tardif, en 1581, en 8.° — *Vida de la Bta. Micaelina de Pisaura, de la noble familia de los Metelos*; Rímini, 1583. — *Obras de S. Bernardino de Sena*, cuatro tomos; Venecia. El retrato de Rodulfo, colocado en el convento de su Orden de nuestra Señora de Salicati, tenia al pie una inscripcion castellana bastante honrosa para este personaje. —S. B.

RODULFO (Fr. Humberto), religioso de la órden de S. Bernardo, conocido únicamente por haber compuesto ó pronunciado una oracion fúnebre en presencia de Alejandro Farnesio, duque de Parma, la que se imprimió en Douai en 1561. —S. B.

RODULFO (Nicolás). Fué sobrino carnal del papa Leon X, por ser hijo de una hermana suya. Dotado de un claro ingenio y de grande aficion al estado eclesiástico, encontró en su tio un apoyo á que ciertamente era acreedor, pero que no hay duda que le sirvió de muchísimo. Acabada su carrera con un éxito brillantísimo, pues todos sus maestros quedaron prendados de su erudicion, adquirida á costa de trabajo en el tiempo mismo en que hacia sus estudios, fué nombrado protonotario apostólico, cuyo cargo desempeñó tan bien, que Julio II se creyó en la obligacion de conferirle el capelo, haciéndole cardenal diácono del título de los Santos Vito y Modesto, complaciéndose hasta en que le tocára tal título, porque cuadraba perfectamente con su carácter humilde y nunca ambicioso. Su tio, al verle ya en el cardenalato y con méritos y disposicion para regir una diócesis con acierto, le confirió primero la Udentina y luego la de Viterbo, nombrándole entónces en la creacion quinta de cardenales, que hizo Su Santidad el año 1517, presbítero cardenal, obligándole á tomar título, que primero fué el de Santa María *in Cosmedim*, y luego tambien de Santa María, pero *in Via lata*. Muchas comisiones desempeñó en tiempo de su tio, todas con el mayor acierto, por lo cual le confiaba siempre las más difíciles, y como los cardenales todos observaban su conducta y veian su grande habilidad, y al mismo tiempo cuán modesto y poco amigo de aparecer como merecedor de ninguna atencion era, le utilizaron despues, cuando muerto Leon X y alguno de sus sucesores, fueron otros ocupando la silla de S. Pedro; en lo cual se encierra una verdadera prueba del mérito de nuestro Cardenal, porque en realidad de verdad no suele ser mucho el aprecio en que se tiene en los colegios cardenalicios á los que fueron parientes de papas que ya murieron. No sucedió tal con Rodulfo; tanto Clemente VII como Paulo III le pusieron con justísima razon en los puestos más eminentes, y le dieron siempre las

comisiones más delicadas, que desempeñó constantemente á satisfaccion de todos, áun de los más descontentadizos. No hubiera sido extraño que á la vacante de Paulo III hubiese Nicolás Rodulfo sido el designado para ocupar la cátedra de S. Pedro, si su muerte, acaecida de repente en 26 de Enero de 1550, no le hiciera pasar de esta á mejor vida, con sentimiento de cuantos le conocian. —G. R.

REDULFO (Octavio), cardenal. Fué natural de Florencia, donde hizo todos sus estudios con singular aprovechamiento, logrando por esta razon la consideracion y afecto de cuantos le trataron, y muy particularmente de sus maestros, que conociéndole mejor que los demás, podian con más acierto estimar lo que podrian llegar á valer sus facultades, si las cultivaban como era de esperar. Concluidos con el éxito más brillante los estudios de sagrada teología y demás auxiliares de la carrera eclesiástica, que fué á la que desde luego mostró su grande inclinacion; muchísimo se complacieron los prelados que tuvieron noticias del brillante resultado de sus ejercicios literarios, porque en la consideracion de su gran capacidad y buen criterio, fundaban con razon las más lisonjeras esperanzas, porque comprendian perfectamente bien que á cualquier destino eclesiástico á que le destináran, tendrian en él un ministro fiel y servidor diligente, que con toda la necesaria disposicion y con el mejor ánimo, no solo secundaría, sino que se llegaria á anticipar á los deseos de sus superiores y prelados. Ordenado, pues, y facultado ámpliamente para el ejercicio de su tan importante como sublime ministerio, en el ejercicio de él logró las simpatías de los fieles como habia logrado las de los prelados, y su voz se hizo autorizadísima, de suerte que todos anhelaban oirla, porque todos veian en lo adecuado de sus instrucciones el celo que le consumia por la gloria de Dios, con lo cual á todos les obligaba á secundar sus desvelos, toda vez que ellos iban encaminados al bien general de los fieles. Por estos motivos se le encomendaron muchísimas misiones, de las cuales siempre se lograron resultados los más satisfactorios, viniendo á ser proverbial la fama de su ciencia y doctrina, como lo era la de su virtud, y sobre todo la de su caridad, pues nunca podia llegar él á conocer una necesidad sin hacer los más heróicos esfuerzos para remediarla, teniendo acerca de este particular, además de la generosidad de socorrer al indigente, la abnegacion de ocultar la mano que le prodigaba el auxilio, llegando alguna vez, cuando no podia pasar por otro punto, hasta tal término, que para no demostrar que era él mismo quien socorria, apelaba al recurso de decir que quien habia hecho tal ó cual favor habia sido un amigo suyo por su medio, y el amigo era él mismo, y así su limosna, como es consiguiente, muchísimo más meritoria. Pasando por los grados de beneficiado, canónigo y despues dignidad, desempeñó en todas estas dife-

rentes categorías los más delicados cargos, siendo siempre brillantísimo el éxito que lograba, y por consiguiente cada vez mayor el crédito que adquiria. Este llegó á ponerle en situacion de que con motivo de hallarse vacante la silla episcopal de Rímini, se pensára en él para que la ocupase como el más á propósito para el desempeño de tan alto puesto. Mucho hubo que trabajar para decidirle á que aceptase tal puesto, pues se resistia en gran manera por conocer muy bien los importantes cargos que lleva anejos tan alta dignidad, pero al cabo se le obligó á aceptarla, y despues de que con la solemnidad más notable y con complacencia de cuantos le conocian, siquiera no fuese más que de oidas, fué consagrado obispo, se dedicó á cumplir su importante ministerio con todo afan, y procurando siempre el mayor bien de las almas que le estaban encomendadas. Por supuesto que comprendiendo la importancia suma de la visita que los pastores hacen á su grey, ya para conocerla, ya tambien para procurarla toda suerte de bienes y alejar de ella todo linaje de males, dedicó á este ministerio su más atento cuidado, logrando resultados muy felices, pues claro es que estableciendo con su presencia la union entre el clero y el pueblo, que algunas veces estaba dislocada, ya por las injustas apreciaciones de este, ya por alguna que otra extravagancia de aquel, hacia de estos dos elementos de vida social una misma cosa, que á no dudarlo, daba los mejores resultados, porque venia á ser como el núcleo de una vida enteramente cristiana, en los súbditos por su sumision, en los superiores por el acierto que procuraban en todas las cosas. Él hizo mucho en favor de las iglesias de sus diócesis, ya recabando los bienes que tenian como perdidos, ya tambien procurando siempre por medios dignísimos el que los fieles hiciesen en favor de la Iglesia algunas fundaciones que asegurára el mejor sostenimiento de los párrocos, que por este medio lograban ventajas inmensas, que á la verdad les obligaban á cumplir bien y fielmente su ministerio, sin excusa alguna; aunque á decir lo que es debido decir, que es lo justo y exacto, nunca el clero de Rímini necesitó de esos alicientes materiales para llegar adonde es posible en el exacto desempeño de tan importante cometido. Era lo que se llama notable la conducta de nuestro prelado en el desempeño del importantísimo ministerio de su cargo de obispo, tanto que el padre comun de los fieles, conociendo muy bien sus méritos, y apercibido de sus importantes servicios, anhelaba premiarlos, y queria darle las más señaladas pruebas de deferencia y de aprecio, no solo en su persona, sino á la iglesia á que regia con tanto acierto. Prescindiendo, pues, de las singulares prerogativas que personalmente le concedió, vendremos á consignar solo un rasgo, que prueba la deferencia de Su Santidad, y al mismo tiempo el mérito del sujeto en quien esta deferencia se manifestaba. Era el año 1622, y el sumo pontífice Gregorio XV hacia la cuarta promocion

de cardenales, y en ella elegia cardenal presbitero á nuestro muy reverendo Octavio Rodulfo, obispo de Rimini. Cuál sería la sorpresa de este y de su cabildo, iglesia y pueblo al encontrarse nombrado para una tan excelente dignidad, sublimado á un puesto tan eminente y de una manera tan inesperada, solo puede comprenderse y de modo alguno se explica, conociendo lo que satisface y sorprende una gran deferencia de parte de un superior. Quiso renunciar nuestro Obispo á esta tan señalada honra, pero por un lado la consideracion de que era una deferencia nada ménos que de parte del Papa, y por otro la conviccion íntima de que de nada serviria el que no quisiese aceptar, pues acaso le obligáran á aceptar por obediencia, le hicieron tomar el solideo y despues el birrete, y resolverse á emprender el viaje á Roma para dar á Su Santidad las gracias por el favor que hacia á su persona y á su iglesia, y al mismo tiempo tomar título y áun ponerse en aptitud de servir como cardenal para el desempeño de las funciones de tal, y al mismo tiempo para las comisiones en que Su Santidad quisiera ocuparle. Fué en efecto á Roma, y en su viaje no solo se captó las más decididas afecciones de cuantos le veian, sino que el Colegio Sacro y cuantos tenian ocasion de tratarle se prendaban materialmente de él y le hacian todo el acatamiento consiguiente á los méritos que, permitasenos la expresion, le sobraban. Tomó el título de *Santa Inés in Agone*, y la recepcion que con tal motivo hubo de hacer, segun inveterada costumbre, fué notabilísima, pues á ella concurrieron los personajes todos de mayor distincion de Roma, sin que quedára uno que no se creyera obligado á presentarse para manifestar al Cardenal su complacencia en que hubiera sido sublimado á tanta elevacion. Muy poco pudo detenerse en Roma, porque le llamaban atenciones muy importantes de su obispado; mas cuando ya iba á partir, fué trasladado á la silla de Girgenti, donde tambien hizo mucho en favor de la Iglesia, como lo habia hecho anteriormente. Claro es que esta traslacion significaba la gran confianza que en él tenian, tanto el gobierno de su país que la proponia, como el Romano Pontífice que la confirmaba; pero la experiencia acreditó poco despues que todo cuanto uno y otro pensaban acerca del Cardenal, era ménos áun de lo que merecia, pues supo acreditarse en gran manera, arreglando de un modo estable muchos y muy importantes asuntos de Girgenti, y eso que la muerte le sorprendió cuando apénas habia tenido lugar de darse á conocer. Efectivamente, á los dos años de recibir la púrpura, y apénas año y medio despues de tomar á su cargo el gobierno espiritual de Girgenti, una enfermedad, poco grave al parecer, puso en peligro su vida; peligro que creció hasta que tuvo el terrible término de una muerte que por entónces era inesperada, porque nadie creia que iba á llegar tan pronto el fin de los dias de este prelado jóven y robusto. Muy

sentido fué este suceso, para el cual se previno con la exquisita diligencia que conviene al término de nuestra peregrinacion y principio de nuestra eternidad; así que su muerte fué como habia sido su vida, la de un justo, que temeroso de su Dios, busca en todo los medios de agradarle. Los cabildos eclesiástico y secular dispusieron sus honras con la suntuosidad conveniente, y todos los fieles que pudieron, llenos del profundo sentimiento que era debido, concurrieron al entierro de su querido prelado el cardenal Octavio Rodulfo. — G. R.

ROELAS (Fr. Juan de las). Procedió de una de las más distinguidas familias de Sevilla, habiéndose sus padres esmerado cuanto pudieron en darle una educacion conveniente, ya por gloria de su misma familia, ya tambien porque en el niño se vislumbraba un ingenio despejadísimo, que obligaba á que no se le dejase infecundo, ántes por el contrario, se le ayudase por cuantos medios fuera posible hacerlo. Sus padres hubieran querido que se dedicára al estudio de las leyes, para que hubiera brillado en la magistratura, siguiendo las huellas de alguno de sus mayores, muy hábil jurisconsulto; mas el jóven apénas tuvo el suficiente criterio para determinar con acierto acerca de su porvenir, resolvió tomar la carrera eclesiástica, y no se contentó con ella en el estado secular, sino que quiso ser religioso, escogiendo para realizar sus intentos la órden de Carmelitas, que siempre ha sido muy observante, y en la cual ha habido sujetos de muchísima virtud y excelentes prendas. Aun cuando nuestro jóven llevó hecha al convento una brillante carrera, quiso cimentarse más y más en los estudios teológicos, y los repitió en su colegio, obteniendo, como ántes habia logrado, las más brillantes calificaciones, y poniéndose en aptitud de desempeñar cualesquiera cargos que quisieran poner á su cuidado. Efectivamente, viendo sus superiores no solo su aventajada disposicion, sino su aplicacion tan constante y casi tan desacostumbrada, le dedicaron á la enseñanza, y no se equivocaron en asignarle este cargo, porque adelantaron muchísimo los jóvenes que estuvieron bajo su direccion, pues que nuestro Padre, saliéndose de la rutina ordinaria con que se enseñaba la escolástica, sin dejar nada por aprender, daba otro giro á los estudios, y el resultado era que en mucho ménos tiempo, y tambien con ménos trabajo, se lograban mejores sucesos, pues estudiando ménos cuestiones inútiles, tenian ocasion de fijarse más y más en las provechosas; así que parecia pasmoso el número de estudiantes que concurria á la enseñanza de los Carmelitas de Sevilla, porque todos querian ese ahorro de tiempo, cosa tan preciosa, que cuando se disipa apénas se comprende lo que vale, pero que despues se echa de ménos en el último tercio de la vida, y entónces, que ya no puede recogerse, se desearia su aprovechamiento. Pero dejémonos de reflexiones y sigamos refiriendo. Mucho va-

lieron los estudios, siendo en ellos catedrático el P. Mtro. Juan de las Roelas; los superiores infirieron con razon que si se ponian más inmediatamente bajo su direccion, es decir, si se le hacia á él superior del colegio, tanto en la parte literaria cuanto en todo lo demás que con su régimen y gobierno tenia relacion, el colegio adelantaria muchísimo, y la Orden ganaria no solo en crédito, sino en importancia, porque de tal suerte tendria siempre sujetos utilísimos de quienes echar mano para los diferentes cargos en cuyo desempeño se requieren dotes especiales. Púsosele, pues, al frente de esta parte de la comunidad, y no como quiera, sino con las más ámplias facultades, pudiendo él disponer en todo y por todo, y especialmente teniendo por sí la iniciativa para escoger los sujetos que de la comunidad habian de pasar á estudios, y áun si fuese necesario para desechar aquellos que no sirvieran para ellos. Con tan ámplias facultades nadie puede calcular lo que ganó el colegio; bástese decir que por toda España era muy nombrado el estudio de S. Alberto de Sevilla, y lo que hizo el P. Roelas fué aún de mayor importancia que lo que parece, pues dotó al colegio de constituciones y reglamentos, que hizo aprobar por los superiores, y declarar que eran obligatorios perpétuamente, con lo cual aseguró el porvenir del colegio, de manera que siempre tenia que ser, como lo fué, una gran cosa y lo mismo, pues ninguno podia variar el sistema allí establecido, á ménos que no hubiera acudido á los superiores y otros trámites, que no sabemos si habria podido lograr el que los que podian hacerlo condescendiesen en variarlas. Véase, pues, la importancia que en este concepto tuvo D. Juan de las Roelas, pues no se limitó á esto. Como se veia en su gobierno del colegio tanta prudencia, tanto órden y tal concierto que las cosas no podian ir mejor, se creyó con razon que siendo como características en él estas excelentes dotes, participaria de ellas el ejercicio de cualquier ministerio que se le confiára, por lo cual se le nombró superior de su convento, para que arreglára, digámoslo así, la parte espiritual como habia arreglado la parte literaria. Efectivamente, con la mayor dulzura é insensiblemente procuró remediar todos los males que aquejaban al convento, consistentes principalmente en cierta tolerancia con que el superior que le precedió habia permitido que cada uno hiciese lo que queria, pues era sumamente condescendiente y muy metido en sí, sin cuidarse de los demás, lo cual si en un súbdito es una cosa excelente, lo que es en un superior no puede ser más fatal. Como encontró Roelas este resabio, tuvo que hacer bastante para gobernar su comunidad, mostrándose desde luego inexorable con los abusos, muy opuesto áun á los más ligeros defectos, pero siempre benigno, condescendiente siempre con los que tenian la desgracia de haber incurrido en ellos, solo mostrando el lleno de su autoridad cuando veia pertinacia en la caida, ó poco esmero para el

cumplimiento de los deberes, ya fuesen estos en órden á constituciones, y muchísimo más si afectaban á la santa regla. Como por lo general los que componen las comunidades religiosas son hombres sensatos, de buen juicio, y deseosos de que todo vaya al fin que al ingresar en ellas se propusieron, que es el mejor servicio de Dios, todas las disposiciones que tomaba el superior y que eran muy acertadas, parecian bien á la comunidad, se observaban sin dificultad, y muy pronto vino á ser ella en su régimen interior, porque en lo exterior lo habia sido siempre, tan observante, tan perfecta, tan modelo, permítasenos la expresion, como deseaba el P. Juan de las Roelas, cuyos esfuerzos todos se encaminaban á esto. Fué tambien muy apreciado de todos en el desempeño de este árduo ministerio; bien es verdad que todos y cada uno veian en él un padre, pero un padre que miraba real y verdaderamente por los intereses de sus hijos, pues sabido es que áun en el órden material no está la excelencia del cabeza de familia en que cada uno de los indivíduos de ella se salga con su gusto, y se logren los más ridículos caprichos, sino en que todo marche con órden y concierto, guardando cada cual su lugar, cumpliendo con su ministerio, y obrando enteramente conforme á lo que exigieran las necesidades y atenciones de toda la familia; y este era precisamente el plan que se proponia y realizaba nuestro buen P. Roelas, que todos tuviesen lo que habian menester para sus adelantos y provecho, sobre todo para el provecho del espíritu, y al mismo tiempo que los fieles disfrutasen de los beneficios á que les hacia acreedores hasta cierto punto el entrañable afecto y gran caridad con que miraban á los religiosos, facilitándoles cuanto podian para que nada les faltase. Muchas veces pensaron los superiores en sacar de aquella santa casa á nuestro Padre Roelas, sin duda para llevarle á otros lugares donde hubiese podido hacer felices experiencias de su prudencia, celo y demás virtudes y dotes de gobierno; mas desistieron de su intento por los buenos resultados que daba en Sevilla su estancia, pues no solo para su comunidad, sino para toda la poblacion, era muy conveniente el que estuviese allí, porque gozaba de mucha autoridad, y él componia con mucha facilidad ciertas diferencias que sin la intervencion de un sujeto tan á propósito, hubiesen tenido acaso malas consecuencias; pues mala y muy mala consecuencia es, aunque no tenga otras, el que una familia se constituya en discordia, y esta discordia se perpetue y se haga que exigiendo demasiado unos de otros, ninguno pueda tener el sosiego, paz y armonía que tan bien dicen á todas las clases de la sociedad. Esta misma razon retrajo á los capítulos generales y provinciales, que en su tiempo se reunieron, de confiar al P. Juan de las Roelas los cargos de visitador ó procurador cerca de la curia romana ó provincial, que hubiese desempeñado muy bien, pero que al ménos inmediatamente habia de llevar

aneja alguna pérdida del prestigio de la Orden en Sevilla, pues en verdad le sostenia bien nuestro P. Prior. Por esto en el mismo convento en que tomó el hábito vió los últimos dias de su existencia en este valle de miserias; y el afecto que se le profesaba se hizo notar muy bien en el cuidadosísimo esmero con que preguntaban por su estado las gentes de toda clase y condicion, el sentimiento que les produjo la noticia de su peligroso estado, y la emocion profunda que causó su fallecimiento, acaecido en 1632. Aun hubo despues de su muerte una ocasion en que Sevilla acreditó lo mucho que le estimaba, y fué el dia de su entierro, cuyos honores fúnebres han sido de los más suntuosos que se conocieron, porque en darles ostentacion se empeñaron además de los carmelitas todas las clases de la sociedad sevillana, porque todos tenian que agradecerle, si no unas cosas otras, pues siquiera su consejo, no hubo, puede decirse, uno que no le recibiera de él. Así que todos le apreciaban, y su fama pasó á otras generaciones. Escribió una obrita titulada *De la hermosura exterior de la Virgen nuestra Señora*, publicada en Sevilla, año 1621. No podemos decir de ella, sino que aunque bien escrita es una cosa muy particular.—G. R.

ROELAS (El doctor Pablo de las). Muy notables son las circunstancias que concurren en este sujeto, que reune en si los extremos de hombre científico y artista consumado. Efectivamente, nacido en Sevilla de una familia de distincion y recibiendo una educacion brillante cual á su clase convenia, demostró desde luego un talento nada vulgar y una inclinacion decididísima á la carrera eclesiástica, para emprender la cual hizo los estudios convenientes, despues de que con el mayor éxito habia hecho los estudios de humanidades y filosofía. Asombró á sus maestros desde su más tierna edad, pues aunque el talento nadie pudo considerarlo como suyo, porque en hecho de verdad es un don gratuito del Supremo Hacedor, lo que es la aplicacion constante que mostró desde el primer dia en que fué llevado al aula, y que no desacreditó nunca, suya era y muy suya, y por consiguiente á él debido el elogio que ella le mereciera. Pero sigamos paso á paso esta carrera suya, y le hallaremos aplicadísimo y muy aprovechado en los estudios, demostrando muy gran capacidad en los exámenes, brillando en los actos más difíciles y comprometidos que se le confiaban siempre, dando á sus profesores la plena satisfaccion de haber sido siempre fructuosos sus desvelos para con él, y á sus padres el gusto de que ni los dispendios, ni la privacion de tenerle á su lado, ni las demás cosas que eran consiguientes á la condicion de estudiante hubieran sido inútiles, pues léjos de esto útil y muy útil era todo, pues llevaba al apetecido resultado. Esto fué el jóven Roelas en órden á sus estudios; el resultado, que concluida brillantemente la carrera de sagrada teología, recibió en dicha facultad el honrosísimo título de

doctor, y pudo por consiguiente desempeñar cualesquiera cargos en la iglesia de Dios, como en efecto desempeñó el de canónigo de la santa iglesia colegial de Olivares, cumpliendo bien y fielmente el ministerio que le estaba encomendado, siendo puntual para el coro, constante en el confesonario y no descuidado para el púlpito, llenando todos estos ministerios con tanto acierto como constancia, con tanto provecho de los fieles como gusto y complacencia de sus maestros, de sus padres, de sus conocidos todos, que se felicitaban con que el doctor Pablo de las Roelas hubiese llegado á tal grado, fuese presbítero y canónigo que cumplia bien sus ministerios, y lográra por merecerlas las simpatias y efecto de todos. Hasta aquí el hombre de ciencia, el literato, el teólogo, el sacerdote, el canónigo. ¿Pero y el artista? El artista se verá en la escuela del Ticiano, en palacio, en las iglesias de Sevilla. Efectivamente, si se va á la escuela del gran maestro y se fija la atencion en un jóven que con más juicio que los demás aprende el bello arte, y quiere como devorar los secretos que arrebata á su maestro, y le imita, y le ayuda, y se penetra de las dificultades, y con genio invencible las supera, este es Roelas. Si despues le vemos apartarse del trato con los de su casa, y pasar todo el tiempo que le permitia su ministerio en pintar, y los resultados de sus trabajos son cuadros acabados, que no desdeñaria de firmar su maestro, y eso que el pincel del Ticiano era muy delicado, y no como quiera apadrinaba no solo las obras, pero ni áun á los que las hacian; en todo esto hallaremos al artista, al gran artista, porque el doctor D. Pablo de las Roelas, tan distinguido como era por su talento, por su aplicacion y por su capacidad como teólogo y filósofo, por su celo como sacerdote, lo era como pintor por sus primorosas obras, que todavia existen como una de las muchas glorias que cuenta nuestra nacion en este ramo. Así vivió nuestro buen canónigo, dando en sus ratos de ocio ocupacion á su pincel, y en sus trabajos apostólicos gloria á Dios y consuelo y salud á las almas. Sesenta años cumplia en 1620 cuando murió en Sevilla, donde habia nacido, dejando á los pobres, de quien se consideraba como padre, pues para ellos era todo cuanto tenia, que era mucho y él para sí gastaba muy poco, y dejando tan buena memoria, así en el concepto de sacerdote y prebendado, como en el de pintor de los más clásicos de la escuela sevillana. Sus obras fueron muchas, pero las más notables además de las que hay en el patacio Real, son el *Tránsito de S. Teodoro*, que está en la parroquia del mismo santo. *El Apóstol Santiago* segun se apareció en la célebre batalla de Clavijo, y *la Virgen de los Dolores*, en el cual todos convienen que dejó ver la gran devocion que profesaba á la Señora en esta advocacion. Tales son las circunstancias del doctor D. Pablo de las Roelas. — G. R.

ROESS (Andrés), prelado francés, nació en Silgolsheim (Alto Rhin),

el 6 de Abril de 1794; fué ordenado de sacerdote en 1816, y obtuvo el cargo de profesor de teología en Maguncia, donde habia terminado sus estudios, dirigiendo en 1824 el seminario de aquella ciudad, y en 1830 el de Estrasburgo con el título de canónigo. Nombrado coadjutor de Estrasburgo en calidad de obispo *in partibus* de Rhodiópolis (1840), sucedió al titular de esta diócesis, M. Lepappe de Trevern, en 27 de Agosto de 1842. Poseyendo el aleman con la misma perfeccion que el francés, este escritor ha trasladado de uno á otro idioma una multitud de obras religiosas, impresas casi todas en Maguncia. De sus propios escritos citaremos: la *Doctrina católica*; los *Héroes cristianos durante el terror* (1821). *Ensayos de sermones* (1838). Folletos sobre la *Conversion de los protestantes* (1836), etc. Ha fundado con el abate Weis el periódico intitulado el *Católico* (1821), revista de bibliografía eclesiástica, y publicado gran número de artículos en la *Enciclopedia católica*. —S. B.

ROESTIUS (P. Pedro), de la Compañía. Nació en 17 de Abril de 1642, en Colonia, segun todas las probabilidades, pues los autores callan su patria, diciendo únicamente que era belga. Desde su infancia manifestó las mejores cualidades, no solo para el estudio, sino tambien para la virtud en que andando el tiempo debia llegar á tan alto grado de perfeccion. Su familia secundó sus deseos, y apénas llegado á la pubertad entró en el instituto de S. Ignacio de Loyola en 1656. Durante su noviciado dió inequívocas pruebas de la verdad de su vocacion, entregándose con celo y ardor á los diferentes ejercicios prescriptos por su regla, y distinguiéndose por su modestia, humildad, obediencia y demás cualidades propias de un buen religioso. Viendo sus superiores su buena preparacion y las excelentes dotes de que le habia adornado la naturaleza, le dedicaron á los estudios, en que hizo rápidos progresos, pues Roestius fué uno de esos hombres para los que no hay dificultades y saben vencerlo todo, hallando natural y sencillo lo que á otros parece árduo y espinoso; siguió toda su carrera con notable aprovechamiento, defendiendo muchos actos públicos, y siendo mirado como el jefe de su escuela. Así es que apénas terminada, fué elevado al sacerdocio y dedicado á la enseñanza para la que manifestaba particulares disposiciones. El P. Roestius fué en efecto en muy breve tiempo uno de los profesores más afamados, corrian de todas partes á oir sus explicaciones, todos se apresuraban á aprender con él las ciencias que pensaban ejercitar algun dia, y las principales ciudades de los Países Bajos se le disputaban á porfía creyendo poseer en él una joya de inestimable mérito. La Compañía asediada por las personas más influyentes de aquellos países, tuvo que ceder á sus deseos, y Roestius recorrió como profesor las principales ciudades de la Bélgica, deteniéndose particularmente en Maguncia, Molshein y Colonia. Su enseñanza representaba ade-

más entónces un interés de actualidad para unos estados en que dominaba el espíritu de la herejía, pues habiendo bebido sus doctrinas en las puras fuentes del catolicismo, enseñaba las santas máximas de la religion en toda su verdad, en toda su grandeza. Asi fué, por decirlo así, el primer jefe de la escuela católica, que tan brillantes resultados ha dado en siglos posteriores, y en sus obras se encuentra el gérmen de doctrinas, que despues han parecido nuevas, en Malebranche, Bonald y otros escritores. Consagróse tambien con grande ardor á combatir la herejía á la sazon dominante, teniendo este objeto muchos de sus escritos, y habiendo sostenido diferentes polémicas, ya en público ó en particular, lo que aumentó no poco su celebridad. Cuarenta y cuatro años, pasó el P. Roestius consagrado á este género de ejercicios, cuarenta y cuatro años que son afamados en la historia de la Bélgica y tambien en la de la Compañía. En ellos procuró oponer la triaca de sus saludables doctrinas al veneno de la herética pravedad, y consagró todos sus esfuerzos á educar jóvenes, que pudiesen algun dia seguir sus huellas y cortar de raíz el mal que amenazaba con tan terrible aspecto. Sus resultados no tardaron en tocarse, y hoy vemos á la Bélgica convertida en una de las naciones más florecientes del catolicismo, en uno de los países donde se da culto con más celo y ardor á la religion del Crucificado. No neguemos, pues, la parte de gloria que en ello le cabe al P. Roestius, cuya fama y cuyos méritos vivirán eternamente en la memoria de todos los buenos católicos. Despues de tan laboriosa vida, falleció octogenario en Colonia, donde se le hicieron solemnes exequias, apresurándose todos á rendir este último tributo á tan ilustre difunto. Escribió las obras siguientes: 1.° *Theses varias, quibus universam Philosophiam luculenter explicavit.* —2.ª *De Sacrarum imaginum, et Reliquiarum cultu, Conradi Uvostij Calviniani XLIV novitates disputationi proposuit*, 1688, 4.°—3.ª *De Communione sub una specie.* —4.ª *De justificatione pro augustissimo Missæ sacrificio, Disputationem parascevaticam.* —5.ª *Pseudo Jubilæum anno MDCXVIII, à Lutheranis celebratum; Molsheim*, 1618.—6.ª *Hallucinationes duorum Lutheranorum, de resurrectione mortuorum, seu contra Syllogismum Lutheranum.* —7.ª *Apologiam contra duos Prædicantes, maxime Argentoratensem Schadingerum, de Syllogismo Christi.* —8.ª *Apologiam pro domo lauretana contra Mathiam Bernegerum Argentoratensem.* —9.ª *Apologiam pro jure canonico, contra professorem Argentinensem doctorem V. I.* —10.ª *Disputationem Paradysiacam, sive de Paradyso terrestri, et Adamo bono, et malo.* —11.ª *Pium libellum in duos primos versiculos Psalmi XIV.* —12.ª *Pium item libellum, de signis Prædestinationis*, etc.—S. B.

ROFFIAC (Elías de). Recibió este religioso el hábito en el monasterio de S. Marcial, de manos de Pedro Barry, que fué su veinticinco abad. Fué el

continuador de la obra de Adhemar de Chaboneix, titulada: *Commemoratio abbatum Lemovicensium basilicæ Sancti Martialis.* Su catálogo fué acabado por Pedro de Barry, que murió en 1174. En la Biblioteca nueva del P. Labbe, tom. II, se encuentra la estimable obra de Adhemar. — A.

ROFFREDO DE BENEVENTO. Fué llamado este eclesiástico el segundo Papinieno. Enseñó el derecho, primero en Bolonia, y despues en Arezzo, de donde pasó á la corte del emperador Federico II, á quien acompañó á Roma en 1220, con motivo de la coronacion de este príncipe, por el que pronunció una apología en el capítulo el año 1127, cuando Gregorio IX le excomulgó. Aficionóse despues Roffredo á los papas contra los que se habia declarado en sus escritos, y entónces le nombró el expresado pontífice clérigo de la Cámara apostólica. Retiróse á Benevento despues de la muerte de este pontífice, en donde á pesar de llamarle Federico á su corte, permaneció neutral, y allí murió de avanzada edad. Entre las obras de este sacerdote, dice su biógrafo Tabaraud, la principal es la que escribió sobre el órden que deben guardar los jefes en los tribunales civiles y eclesiásticos. — A.

ROFROY DE L'ISLE, Cardenal de la santa Iglesia romana. Era natural de Italia, sin que consten más noticias, y habia tomado el hábito del patriarca S. Benito, habiendo llegado á ser abad del monasterio de Monte Casino. Fué creado cardenal en 1185, del órden de los presbíteros, y título de S. Pedro y S. Marcelino. Despues de su elevacion al cardenalato fué nombrado legado apostólico en Sicilia, donde murió en el año 1212. — M. B.

ROGACIANO (S.), mártir. Cuando la fe está arraigada en las almas, no hay poder humano capaz de arrancarla de ellas, porque los halagos la fortifican, y las amenazas la arraigan más, y así se ve en las historias de los mártires del cristianismo, que al paso que los peligros se acercaban, se fortificaba su fe con nuevo vigor, y los tormentos, léjos de marchitarla, la obligaban á brotar bellas y duplicadas flores, hasta que rodeando de preciosas rosas las almas que alimentaba, las conducian al cielo llenas de fragancia y de hermosura. Engrandecióse la iglesia de Dios con las persecuciones de los impíos emperadores romanos Diocleciano y Maximiano, por la multitud de mártires que hicieron en los cristianos, pretendiendo en su ceguedad acabar con aquella raza que tanto se oponia á sus falsas deidades, como si tuvieran poder para tanto, y no hubiese un Señor sobre todos los señores que pudiese oponerse á sus locos y temerarios designios. Entre las joyas que enriquecieron al cristianismo en estas feroces persecuciones, se cuentan radiando destellos de la divina gracia los gloriosos hermanos S. Rogaciano y S. Daciano, nobles de la ciudad de Nimes, en Francia, en donde vivian siendo el amparo de los necesitados y muy estimados de sus conciudadanos. Imperaba en Nimes como en

todas las provincias del imperio romano la idolatría, y en esta religion habian sido educados ambos hermanos; pero habiendo tenido la dicha Daciano, que era el mayor de los dos, de conocer las verdades del cristianismo y la falsedad de los dioses que adoraban los gentiles, se hizo cristiano, y empezó á trabajar por separar de la idolatría á su hermano menor Rogaciano, que no tardó en convencerse de las razones que habia tenido su hermano para abjurar de la religion de sus padres. Amaestrado Rogaciano en la buena doctrina, estaba á punto de recibir el bautismo que deseaba, cuando se publicó en Nimes el edicto de persecucion contra los cristianos, y el sacerdote que habia de bautizarle, huyó atemorizado sin haberlo verificado. A pocos dias de la publicacion del edicto fué acusado Daciano de despreciar á Júpiter y á Apolo, y de prestar adoracion á Jesucristo, y llamado ante el juez nombrado para estas causas, confesó ser cierto cuanto se le habia dicho y protestó que aborrecia á los falsos dioses, y que solo adoraria al Dios de los cristianos, que era el Dios verdadero. Ofendido el juez, mandó que le encerrasen en una oscura prision, y mandó comparecer á su presencia á su hermano Rogaciano, al que procuró seducir con halagos y promesas para que se arrepintiese y volviese su amor y veneracion á los dioses, bajo cuya religion habia nacido. Rogaciano oyó el largo sermon que pronunció el juez para catequizarle, y cuando le terminó, le contestó sin inmutarse, y con la mayor serenidad y firmeza, lo mismo que su hermano, añadiendo improperios á los dioses y considerando al juez falto de sentido comun, puesto que adoraba á pedazos de piedra y de metal, considerando en ellos excelencias divinas. Enfurecido el juez, mandó le encerrasen con su hermano, y al verse ambos juntos, se abrazaron y dieron gracias á Dios porque los hermanaba en la desgracia tambien. Afligíase Rogaciano por no estar bautizado, pero su hermano le consolaba manifestándole que si no lo habia sido con agua, lo sería con sangre, y así se lo rogaron fervientemente ambos á Dios. Al siguiente dia mandó el presidente del tribunal sacasen á los hermanos cargados de cadenas ante el pueblo, y cuando expuestos estuvieron á la presencia del público, volvió á exhortarlos á abandonar la religion del Nazareno y á postrar su rodilla ante Júpiter, y como le despreciasen y manifestasen estar prontos á morir por Jesucristo, el juez los mandó poner en un potro, y que los despedazasen las carnes. Como á pesar de que dejaban los verdugos descubiertos los huesos de los dos hermanos, estos no dejasen de alabar al Dios verdadero, mandó el juez que con dos lanzas los traspasasen las cervices, y luego que se gozó en verles padecer tan cruel martirio, hizo que les cortasen las cabezas, en cuyo caso sus benditas almas subieron á la mansion celestial á recibir de manos de Dios el premio de su virtud y heroismo. Segun lo que de estos mártires han escrito el V. Beda, Usuardo, Adon, Natalino,

Surio, el Martirologio romano, Santoro y el cardenal Baronio, el martirio de estos santos tuvo lugar el dia 24 de Mayo, en que los celebra la Iglesia, del año 303 de nuestra era. —B. C.

ROGACIANO (S.), mártir. El dia 26 de Octubre celebra la Iglesia católica á este santo mártir en union del glorioso S. Feliciano. Pertenecieron ambos á la iglesia de Asia. San Rogaciano fué presbítero, y ambos sufrieron el martirio con fe y constancia, y S. Cipriano obispo de Cartago, en su epístola á los confesores, que es la primera de la insertada en sus obras, habla de su valor en los tormentos y los presenta á los fieles para que imiten su ejemplo cuando sean acometidos por los impíos. El cardenal Baronio, en su Martirologio, cita los años 251 ó 256 como fecha de su martirio en Africa, y en esta época regian el vasto imperio romano los emperadores Valeriano y Galieno, cuyo odio á los cristianos les hizo decretar contra ellos terribles ejecuciones. — A. C.

ROGACIANO (S.). El Martirologio romano hace mencion de este santo el dia 28 de Diciembre, en union de los santos Cástor y Victor, los cuales lograron la corona del martirio en Africa; pero no nos dicen ni la fecha ni el martirio que padecieron. — A.

ROGACIANO Parisiense, religioso capuchino, natural de la provincia que indica su apellido, y en que fué mirado como uno de los prodigios de su siglo por hallarse dotado de cualidades en extremo raras á la mayor parte de los hombres. Floreció á principios del siglo XVII, siendo tan ejemplar por su vida como por sus costumbres, en las que fué un varon verdaderamente integro y virtuoso segun todos los autores que de él se han ocupado, que son casi todos los que han escrito acerca de la religion franciscana. El P. Lisboa, en su *Epítome de los Capuchinos*, no le cita sin embargo, debiendo atribuirse esto principalmente á que son desconocidas sus obras, aunque todos los bibliógrafos dicen las escribió en gran número como no podia ménos de esperarse de sus aventajadas cualidades. Consagrado á los estudios casi desde su infancia, recorrió con paso rápido todas las ciencias, y ya á los diez y siete años era contado como uno de los primeros teólogos de Francia. Verdadero prodigio de que se citarán pocos ejemplos y acaso no puede presentarse otro ninguno, puesto que la teología presupone el estudio de otras ciencias y un raciocinio completamente desarrollado, lo que no es muy frecuente en tan corta edad. Pero aumenta sobremanera el mérito que pueda atribuirse á este religioso, cuando se tiene presente lo que dice el P. Fr. Juan de S. Antonio en su *Biblioteca Franciscana*, que aprendió de memoria las obras de S. Agustin y de Sto. Tomás, de manera que afirmaban cuantos le conocian, que si fuese posible desaparecieran del mundo los libros de estos dos autores, podria él darlos á luz de nuevo. Con tan excelen-

tes cualidades no es pues extraño fuese un consumado teólogo á una edad á que la mayor parte de los hombres apénas han saludado los umbrales de esta ciencia, ni se creen en estado de llegar á beber en sus puras fuentes hasta despues de trascurridos muchos años. El P. Rogaciano hizo de consiguiente con la mayor rapidez su carrera, y no tardó en ejercer los más difíciles y delicados cargos. Predicador afamado, disputábansele los principales púlpitos de Francia, y corria el pueblo ansioso á escuchar sus sermones tan abundantes en la doctrina de los santos Padres y de todos los buenos autores de la iglesia, de los que citaba párrafos enteros con la misma facilidad y correccion que si los estuviese leyendo en el original. Las personas más distinguidas por su ciencia y posicion social, no contentas con asistir á sus predicaciones, le consultaban con frecuencia, seguros de encontrar en él un exacto y verdadero archivo de las noticias que necesitaban. Su carrera fué pues llena de triunfos, y pasó su vida entera en los más altos destinos, y apreciado por las personas más notables de Francia. Merecíalo tambien por sus buenas condiciones, pues ajeno al orgullo y á toda pretension de superioridad, el P. Rogaciano vivió siempre entre los religiosos más humildes teniendo un verdadero placer en mirarse como su compañero, y en entregarse con ellos á las tareas más ínfimas. Jamás faltó á ninguna de las obligaciones que su Orden le imponia, siendo constante en el coro y asíduo en la oracion y demás ministerios sagrados. Su misma exactitud, que en otro hubiera sido mirada con indiferencia constituia un doble mérito para él, pues como sus ocupaciones eran tan grandes y tan continuo su estudio, parecia imposible tuviese tiempo para asistir á todo y encontrarse en todas partes. No dejaba nunca la pluma de la mano, ora escribiendo obras nuevas y de grande importancia, ya apuntando los fragmentos más notables de las que leia, ora por último consignando sus recuerdos y legando á su Orden magníficas y útiles colecciones de cuanto le parecia digno de memoria en los autores más célebres. Estas obras no llegaron por desgracia á ver la luz pública, y los bibliógrafos de la Orden franciscana, al consignar el nombre del P. Rogaciano Parisiense entre los de sus más ilustres autores, no nos han mencionado ni áun sus títulos, acaso porque no llegaron á su noticia, tal vez por otra causa que nos es completamente desconocida. El Padre Génova es el que se ocupa con más extension de este religioso, haciendo mencion de sus buenas cualidades, que le merecieron el dictado de varon ejemplar. Ignoramos las circunstancias de los últimos años de su vida; segun lo que de él se refiere debió pasarlos entregado á sus tareas favoritas, el estudio y el trabajo, alternando con sus prácticas de piedad, y dejando á sns hermanos gloriosos ejemplos que imitar. Supónese murió en su convento de París hácia 1622, con la grande fama que le habia acompa-

ñado durante su vida y siendo venerado por las personas más ilustres, todas las cuales le habian tratado en vida, y acudido á consultarle en repetidas ocasiones. Mas es una verdadera desgracia que no podamos referir detalladamente todo lo relativo á estos personajes, que fueron en su época verdaderos fenómenos, pues siendo pocos los casos que existen en su género, la ciencia obtendria de su estudio grandes y fecundos resultados.—S. B.

ROGADO (S.) No solo fueron los gentiles los que persiguieron á los cristianos, fueron tambien perseguidores sangrientos los mal llamados cristianos que se afiliaron á la secta del heresiarca Arrio, enemigo mortal del catolicismo, que es la verdadera religion de Jesucristo, de la que estos son hijos espúreos, á quienes la soberbia del innovador y la perfidia de unos é ignorancia de otros de los innovados, hizo verdugos voluntarios su impiedad y fanatismo. Si grandes y sangrientas fueron las persecuciones decretadas por los emperadores romanos, no lo fueron ménos las de los soberanos de Africa que profesaron la religion arriana, persecucion aún más infame y desnaturalizada que las otras, puesto que fingiéndose cristianos en practicas y doctrinas, estos en un principio, creyéndoles sus hermanos, les confiaban sus intentos y sabias y pias ideas, con lo que entregándose como ovejas á los carnívoros lobos, estos podian devorarlos mejor, cuando les tenian asegurados. El rey de los vándalos Hunnerio se declaró en Africa contra los católicos con tanto furor, que quisiera acabar hasta por borrar este nombre de la historia, si pudiera hacerlo. A este fin dió severísimas órdenes á los gobernadores de sus ciudades, y á cuantos obedecian sus órdenes, para que se quemasen y destruyesen todos los monasterios, creyendo que quitadas las casas de meditacion, sus moradores aterrados correrian á sus pies pidiendo misericordia y sometiéndose á los errores de la religion arriana que profesaba y de la que fué celoso defensor. Habia un monasterio cerca de Capsa del que salia tan clara luz evangelica, que esto mismo llamó principalmente su atencion para empeñarse de un modo particular en destruirle. Dió órden á sus sayones al efecto, pero encargándoles aprisionar á los monjes, los infames soldados, dignos de tal monstruo, arruinaron el monasterio y se llevaron á Cartago á los siete religiosos que le habitaban. Eran estos S. Rogado y sus virtuosos compañeros, Librado, que fué su abad, Bonifacio, diacono; Severo y Rústico, subdiáconos, y los monjes Septimio, Maximo y Rogado. Llegados que fueron á Cartago estos fieles confesores de Jesucristo, trataron los infernales sectarios de halagarlos primero y amenazarlos despues para que se convirtiesen al arrianismo, y como ni una cosa ni otra fuesen capaces de separarlos del catolicismo, los encerraron en un lóbrego calabozo. Como los fieles valiéndose de mil ardides visitasen á los detenidos para consolarlos, el feroz Rey mandó que por título alguno se per-

mitiese á nadie que no fuese de su órden comunicarse con ellos, y los mandó cargar de cadenas. Viendo que ni el tiempo, ni el hambre, ni los tormentos de las cadenas les hacian abandonar su creencia, irritado como una hiena, hizo que se les metiese en un barco muy viejo y que se pegase fuego á este en medio del mar. Por más que hicieron los verdugos no pudieron conseguir que ardiese el barco, y como esto encolerizase doblemente al Rey, mandó los apaleasen con remos, y luego que estuvieron casi destrozados hizo los arrojasen al mar, de donde salieron victoriosas sus almas para volar á la mansion celestial. Las olas arrojaron á la orilla á aquellos benditos cuerpos, y los cristianos, que así lo esperaban, los sepultaron en el monasterio de Biga cerca de la iglesia de S. Celerino, recordándoles la católica el dia 17 de Agosto.—B. C.

ROGATO (S.). Hallamos en los martirologios á este santo mártir del que nada más se dice, sino que fué soldado romano de una legion acantanada en Africa, y que habiendo abrazado el cristianismo y confesado ser la religion por excelencia, recibió el bautismo de sangre con sus compañeros de legion Castulo, Modesto, Zótico y otros cuarenta, que buscaron la vida eterna por la muerte para el mundo, siendo inhumanamente martirizados por los idólatras á causa de no haber querido doblar la rodilla ante los ídolos, cuando acusados como cristianos, léjos de negarlo lo confesaron con entusiasmo, maldiciendo á los dioses falsos á quienes habian venerado hasta entónces, engañados por sus sacerdotes. La Iglesia los recuerda el dia 12 de Enero.—C.

ROGATO (S.). Otros santos de este nombre nos recuerda la Iglesia el dia 8 de Marzo, los cuales en compañía de S. Cirilo obispo, Felix, Beata, Herenia, Felicitas, Urbano, Silviano y Mamilo, padecieron el martirio en Africa en el siglo III de nuestra era. —C.

ROGATO (S.). El 28 de Marzo tambien señala el Martirologio otro santo de este nombre; pero habiéndose perdido las actas, solo se sabe de él que murió con S. Suceso y otros diez y seis en Africa, en donde fueron martirizados por la fe de Jesucristo.—C.

ROGATO (S.). Creen los Bolandistas que este santo mártir, S. Arecio y otros quince compañeros mártires á quienes la Iglesia recuerda el 10 de Junio, murió en Roma en compañía de S. Basílides.—C.

ROGATO (S.). Igualmente nada podemos decir del santo de este nombre, que señalan los Martirologios en primero de Diciembre, sino que fué martirizado en Roma con los santos Casiano, Cándida y Lucio, no diciéndose nada de la época en que fueron sacrificados por los gentiles.—C.

ROGATO, obispo de la santa iglesia de Jaen, y único de este nombre, cuya sede estaba situada en la ciudad de Baeza, adonde pasó desde Andujar

por hallarse dentro del obispado de Jaen; sucedió á S. Eutichio, que asistió al concilio Iliberitano y padeció martirio en la isla de Cádiz. Sábese del obispo Rogato, que asistió en el concilio undécimo Toledano, que se celebró en el año 675, y le confirmó por él un presbítero llamado Auderico. Asistió igualmente al concilio décimotercio Toledano, celebrado en el año 683, como tambien al décimocuarto en 684, y al décimoquinto en 688, y tuvo por sucesor en la sede á *Teodiselo*. — A. L.

ROGATO (P. Bartolomé), jesuita italiano y uno de los poetas latinos más distinguidos de la Compañía. Desde que ingresó en ella manifestó las no vulgares cualidades de que se hallaba adornado, y con ese espíritu superior propio de los que cultivan las bellas letras, procuró aventajarse á sus demás compañeros en todos los ejercicios de piedad y religion. Decidido á seguir el perfecto camino que le marcaba su regla, y á que le llamaba su vocacion, el P. Rogato dió desde luego inequívocas pruebas de su grande humildad y obediencia á los preceptos de sus superiores, siguiendo en todo sus insinuaciones, y teniéndose por inferior áun á los últimos de sus hermanos. Nunca, á pesar de la superioridad de su genio, se notó en él ninguno de esos movimientos que manifiestan desden ó despego hácia los que se hallan escasamente dotados por la naturaleza de las grandes cualidades de espíritu, ántes bien procuraba enseñarlos y doctrinarlos, y convencido de que el camino de la virtud es mucho más seguro y glorioso que el de la ciencia, hácia él los dirigia, y por ellos aconsejaba marchar con una dulzura y un afecto, que raro era el que se atrevia á negarse á sus insinuaciones. Estuvo dedicado por muchos años á la enseñanza, y manifestaba cierta fruicion y goce en vivir entre los pequeñuelos, de los que sacaba todo el partido que queria y á los que enseñaba, al mismo tiempo que la latinidad, la ciencia de amar y reverenciar al Señor. Compartia sus horas entre el trabajo y la enseñanza, sin faltar por esto á los ejercicios del coro ni demás obligaciones que su regla le imponia, los que procuraba llenar con una exactitud digna de ejemplo. Aunque parecia que los poetas profanos debian haber hecho su principal lectura, sin embargo se consagraba con especialidad á la de los poetas sagrados, que en la edad media cultivaron el arte con bastante acierto, y consiguieron imitar y exceder á veces á sus modelos, elevando la poesía cristiana á una altura digna de los que la ejercian y del asunto en que la ejercitaban Mas por desgracia, como nunca hizo gala de erudicion, han quedado en el olvido los nombres de los autores y áun de las obras que consultó, y que forman el fondo de la única que de él nos es conocida. Sus panegiristas han guardado silencio en este punto, concretando su biografía á una línea en que nos dicen escribió una obra, impresa en Roma, titulada: *Elegiarum libros IV*. — S. B.

ROGELIO (S.), mártir. Córdoba, que fué llamada con razon la segunda Atenas en los principios del califato árabe de su nombre, y muy especialmente en tiempos del califa Almumenin, que con su proteccion á las ciencias trajo de Oriente porcion de sabios que engrandecieron su reinado, puede considerarse tambien el país de los mártires modernos españoles por los muchos que sacrificó á su furor el fanatismo musulman en esta parte durante su dominacion en la península. Entre los que alcanzaron el martirio por la fe de Jesucristo en esta célebre ciudad, debemos contar al glorioso S. Rogelio. Vivia este con su compatricio Servodeo en Córdoba, entregados ambos á santas prácticas, y procurando hacer prosélitos á la religion del Crucificado entre los infieles. A pesar de las prohibiciones de los árabes, ambos santos predicaban en los sitios públicos la doctrina de Jesucristo, haciendo conocer la verdad de su Dios y la falsedad del impostor Mahoma. Como no obedeciesen á la órden que se les dió de no difamar al profeta, y ántes por el contrario continuasen manifestando que cuantos en él creian se condenaban, los pusieron presos. En esta situacion, que sufrieron con santa resignacion, y muy gozosos de padecer por Jesucristo, predicaban en la cárcel á los presos con el mismo fervor que en las calles, lo que enfureció de tal modo á los mahometanos, que les cortaron las manos y los pies. Nada de esto fué suficiente para que los bienaventurados cerrasen su boca, ántes ensalzaron de nuevo y con más brios su voz en elogio de su divino Maestro, y proclamaron el Evangelio como la única ley de salvacion que debia seguirse, pues que todas las demás conducian á la muerte eterna. Como los infieles viesen que miéntras tuviesen vida no habian de cesar sus lenguas de publicar loores á Jesucristo y maldiciones al profeta, determinaron concluir con enemigos que con solo la palabra diezmaban sus filas, haciendo que desertasen y se acogiesen á la bandera de la cruz muchos de sus más fieles sectarios. Conducidos, por último, á la plaza mayor de Córdoba, fueron ambos santos degollados en el mes de Setiembre del año 852, y por eso los recomienda la Iglesia universal en 17 del mismo mes, diciéndonos San Eulogio en el capítulo XII, libro II, *De Sanctis*, que fueron dos esforzados campeones, que en las plazas y en la prision supieron defender su fe y acreditar su valor para padecer por amor de Jesucristo, que premió, sin duda, su sacrificio con la corona de gloria con que engalana á los que le hacen holocausto de su vida. De otros autores consta que Rogelio era natural de una aldea de Andalucía, cerca de Iliberis, y Servodeo del Oriente; pero que reuniéndose en Córdoba fueron amigos. Añaden que el primero era anciano, y el segundo jóven; que el haberles cortado los pies y las manos fué porque un dia se entraron en la mezquita y empezaron á predicar las verdades del cristianismo; que profetizaron la próxima muerte de Abderraman II, y

que obraron algunos milagros; y por último, que su muerte tuvo lugar en la expresada ciudad de Córdoba, en el año enunciado, el dia 16 de Setiembre.—B. S. C.

ROGER, cardenal de la santa Iglesia romana. Era italiano, ignorándose tanto el lugar de su nacimiento, como todas las demás particularidades de su vida anteriores á su elevacion á la púrpura cardenalicia, con la que fué agraciado en 1178 por el papa Alejandro III, bajo el título de Sta. Eusebia. Murió siendo arzobispo de Benevento, sin que conste fijamente el año.—M. B.

ROGER (P), de la Compañía de Jesus. Nació en Ornans (Doubs), en 1724; dedicado á la enseñanza por sus superiores, explicó con muy buenos resultados humanidades y retórica en los diferentes colegios del instituto. Encargóse á la extincion de los jesuitas de la educacion de un jóven inglés, con quien visitó los diferentes estados de Europa. Terminada esta comision se estableció en París, donde siendo bien acogido por sus compatriotas Suard y Desmeuniers, no tardó en encontrar empleo para sus talentos. Tan modesto como instruido concurrió á diferentes empresas literarias; tradujo muchas obras inglesas; publicó gran número de artículos en los periódicos, y no consintió nunca que se pusiese su nombre en ninguna de sus obras. Fuéle muy útil su oscuridad para librarse durante la revolucion de las persecuciones que sufrieron todas las las personas de su clase. La edad no enfrió su amor al trabajo, y murió en 1810 casi sin enfermedad alguna, como un cristiano que no ha mirado nunca la vida más que como un tránsito á un mundo mejor. El P. Roger ha publicado bajo el pseudónimo de Mme. D. L. R. *Diálogo entre un autor y un cobrador de contribuciones;* 1767, en 12.°—Revisó la traduccion de Suard de la *Historia de Cárlos V*, por Robertson, y compuso el *Indice*. Ha dejado un gran número de manuscritos, de los que se han extractado las *Observaciones inéditas sobre Moliére*, que se publicaron en el *Moliére comentado de Simonin;* París, 1813, dos volúmenes en 12.°—S. B.

ROGER, impresor de la ciudad de Orthez, convertido al catolicismo hácia 1665.—S. B.

ROGER DE COLLERGE. Nació este sacerdote en París, y murió el año de 1540, de una edad muy avanzada. Fué un varon sumamente alegre y chancero. El obispo de Auxerre le recibió de secretario en 1494, y ocupaba esta plaza aún en 1530, época en la que solicitó de su señor un curato en recompensa de sus servicios, beneficio que no logró y cuya mediana renta hubiera bastado para satisfacer su ambicion; mas su buen carácter le consoló bien pronto de este desaire. En las obras que escribia tomaba el nombre de Bontemps, que se conjetura tomó para expresar su buen humor. Habia en

Auxerre, en donde vivia, una sociedad extraña, cuyo presidente se denominaba el Abate de los locos, y Roger de Collery tuvo el honor de obtener esta plaza. Sus obras se reunieron en coleccion en Paris, en 1536, en un volúmen en 8.°, y el editor le calificó de hombre sabio. Al principio de esta coleccion, ya muy rara, se halla una *sátira* dirigida á los habitantes de Auxerre, á la entrada de la Reina en esta ciudad, sátira en diálogo sumamente festiva y bufonesca; un sermon para una boda sobre el texto *Audi, filia, et vide*, y otras mil lindezas de este género sumamente divertidas, pues que Roger tenia suma aficion á divertirse, burlándose de todo el mundo. Favart hijo sacó un gracioso vaudeville de la fiesta de los locos de Roger, y por mucho tiempo se recordaron en Francia sus gracias, sus picantes y picarescas sátiras, sus graciosos y oportunos epitafios, y mil frases alegres y apropósitos que le recordaban á los franceses como uno de los hombres más festivos y de buen humor que ha producido su patria. Mr. Weis, su biógrafo, dice que el *Magasin encyclopédique* de 1809 trae noticias de este escritor especial.—C.

ROGER (Cosme). Este religioso y prelado, de cuyo nacimiento nada se nos dice por los autores, entró muy jóven en la Congregacion de los Fulenses ó de Feuillant, en la que llegó á ser un célebre predicador, distinguiéndose cinco veces en la corte predicando el adviento y la cuaresma. Habiéndole oido muchas veces el rey Luis XIV de Francia, le juzgó muy útil para ciertas negociaciones, y le confió, entre otras, la reconciliacion de Cosme III, gran duque de Toscana, con la duquesa su esposa. En 1671 fué nombrado por el rey obispo de Lombez, á la sazon de ser general de la Congregacion hacia cinco años. Tan luego como fué consagrado se fué á su diócesis, de la que solo salió una vez durante su episcopado, y esto fué para asistir á la asamblea del clero en París, pues por más instancias que se le hicieron, no quiso jamás pasar á otro obispado. Se consagró á mantener en paz su diócesis, y esta no se turbó miéntras vivió. Su conducta fué siempre igual regular y sin fausto alguno; su desinterés perfecto, su caridad sin límites, y sus rentas apénas bastaban para las necesidades de hacer bien que contrajo, y nunca tuvo más servidores que los indispensables. En sus últimos tiempos vendió su coche para tener más que dar á los pobres, y tenia especial talento para socorrer á los pobres vergonzantes, sin que pudiesen ofenderse de la limosna que les hacia ni que los demás lo conociesen. En ocasion de una imposicion extraordinaria para atender á las necesidades del Estado, él dió por sí solo la mitad de la suma que se exigió al clero de Lombez. Murió este benéfico prelado en su ciudad episcopal el dia 20 de Diciembre de 1710, á los noventa y cinco años de edad, cuarenta de obispado y setenta de religioso. Se han publicado dos oraciones fúnebres que pronunció

en 1653, la una de Enrique de Borbon, primer príncipe de la sangre, impresa entónces en Bourges, y la otra de Ana de Lorena, abadesa del monasterio de Pont-aux-Dames, impresa tambien en 1653 en París. — C.

ROGER (Eugenio), religioso recoleto y misionero del siglo XVII. Su curiosidad le hizo pasar una parte de su vida en visitar la mayor parte de las provincias de Europa, muchos lugares de Africa, Egipto, Arabia, Siria, una porcion de la Grecia, todas las islas del Mediterráneo, y las más bellas del Archipiélago y otras provincias, en las que su curiosidad le llevó á observar con la mayor fidelidad lo más considerable que existia en ellas. A pesar de todos estos viajes y multitud de observaciones que hizo, no quiso describir más que la Tierra Santa, de cuyo país salió en 1634 despues de haber vivido en él cinco años. La relacion que escribió de esta visita, se publicó en francés con el título de *La Terre Sainte, ó Descripcion topográfica de los Santos Lugares y de la tierra de promision, con un tratado de catorce naciones diferentes que la habitan, sus costumbres, creencias, ceremonias y gobierno*; París 1664, en 4.°, con láminas. Esta obra se halla dividida en dos libros: el primero describe el país; el segundo contiene los detalles sobre los pueblos que vió el autor, y áun cuando se nota á este muy crédulo, se conoce en él un buen observador. Habiendo vivido mucho tiempo en los países de que trata, sus noticias y descripciones son exactas. Fué amigo particular del emir Fakhr-eddin, y cuenta acerca de este gobernador militar árabe muchas curiosas particularidades. Dió á luz tambien la *Historia de Zaga-Chris*, que vino á Francia y murió en Ruel en 1638. Roger habia conocido á este ethiopense, que se hacia pasar por uno de los hijos de un rey de Abisinia; las láminas del libro de Roger estan muy bien dibujadas, y se atribuyen al artista Mellan, segun el biógrafo de aquel Mr Eiryes. — C.

ROGER ó Rogiero (Hugo). Fué hijo de Rogiero I de este nombre, señor de Rosier y de Guillerma de la Monstre. Fué ofrecido á Dios desde su infancia en un monasterio del órden de S. Benito, en Tulles, segun la costumbre más general de su época. Hizo profesion de la vida monástica, y habiéndose distinguido por su regularidad, se le nombró abad de S. Juan de Angely. Su hermano el papa Clemente VI le procuró el obispado de Tulles en 1342, el dia 15 de las calendas de Agosto; pero no fué consagrado, como se supone en un antiguo manuscrito de la *Biblioteca de Colbert*, y fué por lo siguiente. Deseando Clemente VI poner á su hermano en el número de cardenales, le dió el obispado de Tulles, segun la costumbre de su tiempo, á fin de que pudiese ser nombrado cardenal de Tulles con este nombre, pues que los cardenales que ántes habian sido obispos sostenian el nombre de su iglesia; pero habiendo sido Hugo creado cardenal preste de S. Lorenzo *in Dámaso*, en el mes de Setiembre del mismo año 1342, fué clamado vulgar-

mente cardenal de Tulles, obispado para el que no se consagró. En 1330 Juan, rey de Francia, dió á Hugo permiso de hacer adquisiciones en el reino hasta la suma de doscientas libras tornesas de renta perpétua y anual, y de fundar capillas ú otras obras piadosas y útiles. A fines de 1352 acompañó el cortejo fúnebre de su hermano el papa Clemente VI al monasterio de la Chaise-Dieu en Auvernia, adonde quiso enterrarse este pontífice. Hallándose reunidos en 1362 los cardenales por la muerte del papa Inocencio VI para elegir pontífice, un monje de la órden de S. Benito, obispo de puras costumbres y de una edad muy avanzada, tuvo quince votos, segun Mateo Villani, y si bien Guillermo de Aigrefeuille, que tenia estas cualidades, se hallaba en el cónclave, Sponde, Baluze y otros pretenden fué el cardenal de Tulles el que tuvo este número de votos. En efecto, el referido Guillermo solo tenia entonces cuarenta y cinco años, y esta edad no conviene al relato de Villani. Añade el historiador, que viendo el Cardenal que tenia las dos terceras partes de votos, y que sería papa, renunció en el acto á su eleccion por humildad. Murió Hugo el 21 de Octubre de 1363 en el monasterio de Mont-Olien, diócesis de Carcasona, en cuya iglesia fué enterrado. Despues fué conducido su cuerpo al Limosin y colocado en la iglesia de S. German de Maseré, muy próximo á Tulles, como lo dice Baluce en el capítulo III, lib. I, de su historia de Tulles. —A. C.

ROGER (Martina), hija de Langlois de Louvigny, natural de S. Andrés de Fontenay, cerca de Caen, protestante convertida hácia 1630. — S. B.

ROGER (Miguel). Nada nos dicen ni Alegambe ni Kircher, al mencionarle en su obra sobre la China, acerca del nacimiento y juventud de este jesuita italiano, que fué misionero en las Indias por los años de 1575. Volviendo á Roma en 1583, fué enviado con el P. Mateo Ricci á predicar la fe en la China. Encontraron estos dos varones apostólicos el medio de acercarse al virey de la provincia de Quantung, por mediacion del embajador de Portugal, que habia á la sazon en Canton, ciudad capital de esta provincia. Enseñaron á este virey muchas curiosidades que admiró, y entre ellas un reloj que marcaba diariamente el curso de la luna y del sol, y algunos mapamundis ó cartas geográficas de toda la tierra, cosa que sorprendió mucho á aquella autoridad, porque los chinos creian que no habia otro imperio que el suyo. Adquiriéndose estos misioneros el aprecio y amistad del virey, predicaron el Evangelio y convirtieron á un gran número de chinos de la provincia de Quantung, á pesar de lo que les perseguian los Bonzos. Roger volvió de la China á Roma en 1588, y murió en Salerno el año 1607. — C.

ROGER (Nicolas). Nació en Fimes de Champagne el dia 25 de Diciembre de 1602, é inclinado á la vida claustral tomó el hábito en la Compañía de

Jesus el 11 de Setiembre de 1619. Regentó durante ocho años las clases inferiores; despues profesó la retórica en Dijon, pronunciando sus cuatro votos el dia 19 de Octubre de 1636. Ejerció durante dos años el cargo de profesor de retórica, y otros dos el de regente de filosofía, y en seguida se le comisionó para enseñar la teología escolástica, lo cual hizo por espacio de seis años. Fué muchas veces rector del colegio de Pont á Mousson, y dos veces provincial de la provincia de Champagne. En 1664 fué rector del colegio de Reims, y murió el 26 de Setiembre de 1669. Las obras por que se le conoce son las siguientes: *Incarnatio mystica sive Christiformitas, opusculum ex variis Sanctorum Augustini et Bernardi locis ferè contextum;* Pont-Mousson, 1649, en 24.° — *Reponse necessaire aux griefs et plaites publiques de quelques RR. PP. Benedictins de la Congregation de S. Vannes, de Verdun et de Lorraine contre les pères Jesuites*, en 4.°, sin fecha.—*Vie du père Louis Dupont de la Compagnie de Jesus*, traducida del español del P. Francisco Cachupin. —C.

ROGER (Pedro). Fué este varon en su juventud canónigo de Arlés; pero su gusto á la poesía y el deseo de brillar en el mundo le arrastraron á ser poeta cómico, y á recorrer en esta cualidad toda la Europa. Tenia en sí cuanto necesita el hombre para agradar: entendimiento, bienes, juventud y buena figura. Compuso muchas comedias, y fué recibido con mucho agrado por los príncipes y magnates. Hallándose en la corte del conde de Foix, se enamoró de Hugueta de Baux, señorita dama de honor de la Condesa y la consagró su musa. Esta señorita casó despues con Blacas de Baudinard, señor de Aups, en la Provenza, y como se sospechase que Rogerio mantenia relaciones amorosas con ella, los parientes de esta le asesinaron en 1330. Dase razon de este eclesiástico poeta en la *Historia del Teatro francés.*—A. C.

ROGER (Pedro). Véase Clemente VI.

ROGER ó Rogerio (Pedro). Todo tiene que ser conjeturas acerca de este personaje, así que nosotros poquísimo será lo que de él digamos, toda vez que no podamos tener la seguridad que siempre deseamos para escribir. Fué catalan, en esto no cabe duda; hubo de ser eclesiástico y distiguido orador, y esto se infiere porque en el gran archivo de la corona de Aragon, bajo el número 176, existen en un tomo en pergamino *Sermones del maestro Pedro Rogerio*, y así lo consigna el Sr. Corminas en su continuacion de los *Escritores de Cataluña*. Ni más antecedentes hay acerca de este sujeto, ni otra cosa de él se sabe, ni áun el porqué unos le llaman Roger, otros Rogerio, que parece su nombre más propio y adecuado. Lamentémonos, como en ocasiones análogas nos hemos lamentado, de que no se pueda consignar nada acerca de este distinguido escritor, y contentémonos con recomendar á los que de hoy más tomen la pluma el que dejen siquiera noticias de lo que fueron. Hemos sin embargo de decir, en honor de la verdad y de nuestro es-

critor catalan, que sus sermones son muy buenos, y por esto más sensible el que nada sepamos de él. — G. R.

ROGER (Fr. Simon). Fué francés y desde niño muy inclinado á las cosas de religion, y con una constancia tal en este modo suyo de pensar, que por nada cambió de opinion, llegando al extremo de dejar sus padres, sus bienes y todas las demás cosas que pudieran halagarle en una edad muy tierna, en cuanto su santa regla dominica, que es por la que se decidió, lo permitia. Muy jóven, pues, casi niño, hizo su noviciado; mas no se crea que por esta circunstancia de ser tan jóven lo hizo ni con ménos edificacion, ni con ménos exactitud que pudiera haberlo hecho cuando su edad hubiese sido más avanzada; por el contrario, como eran en él las primicias de sus sentimientos lo que, por decirlo así, le dominaba, y la gloria de Dios mediante la salud de su alma su única y exclusiva aspiracion, á llenar fines tan adecuados encaminaba todos sus intentos, y cuanto hubiese de hacer ó de sufrir le parecia poco si le llevaba á este fin. Trasladado á París para que allí estudiase, lo hizo con tanto provecho, que áun á sus compañeros se aventajó, y no como quiera, sino de una manera extraordinaria, siendo motivo de admiracion y de complacencia estos sus adelantos, no solo á los maestros, que siempre ven con buenos ojos, digámoslo así, á sus discípulos aplicados, sino á sus condiscípulos mismos, los cuales áun deponiendo el justo sentimiento que habia de causarles el que se les adelantára, se complacian mucho en que un jovencito cuya edad parecia apénas á propósito para comenzar á aprender la filosofía, pudiese en sagrada teología estar en tan conveniente altura. Por supuesto que en vista de esta disposicion tan extraordinaria para el estudio, y que á él mostraba no solo la mayor aficion, sino la más decidida aptitud, se le designó para que con otros cinco siguiese la carrera completa hasta ser laureados en la Sorbona con el muy honroso título de doctores, distincion de por sí muy apreciable, y en el presente cáso mucho más, atendido á que la órden de Sto. Domingo no permitia llegar á este distintivo tan honroso, sino á aquellos en quienes veia que habian de corresponder fielmente á él, siendo verdaderas notabilidades en las ciencias. Laureado, pues, nuestro jóven Roger con admiracion de todos, y despues de haber sostenido dificilísimas tésis en los muchos ejercicios literarios en que tomó parte, y habiendo merecido aplausos los más sinceros hasta de sus rivales, fué designado para regentar una de las cuatro cátedras, que en su época estaban á cargo de los PP. Dominicos en el muy celebrado colegio de la Sorbona. Esto admiró á todos, pues que nunca pedian los doctores á un jóven como lo era nuestro Roger, sino á alguno de los hijos de aquella escuela, que separados algunos años de ella, habian, como si dijéramos, dejado olvidar la circunstancia de estudiantes con que en ella habian estado

anteriormente. Mas la Orden, deferente siempre con la Sorbona, y agradeciendo su deferencia, siquiera porque era para ella misma un grandísimo lauro, no solo no contradijo en nada sus deseos, ántes por el contrario como que los coadyuvó, dando á Fr. Simon Roger licencia para estar en aquella cátedra cuanto tiempo fuese necesario. Encomendósele la explicacion de la Suma de Sto. Tomás, y la hacia con tanto tino, con tal acierto, que no parecia jóven que acababa de salir de estudios, sino maestro encanecido en la enseñanza; así es que hombres de mucho más peso que él, si se atendia á sus antecedentes, tanto literarios como de los puestos que habian ocupado; no solo no desdeñaban escucharle, sino que lo procuraban concurriendo á su aula como si todavía fuesen estudiantes. Y no se crea que todas estas deferencias, muy notables en verdad, y que por lo desacostumbradas pudieran haberle llamado la atencion, le servian ni áun para hacerse considerar á sí mismo en lo que valia; léjos de eso, él creyó siempre, como debia de creerlo, que cuanto tenia era de Dios, y que al Señor solo debia referirse la gloria, y en hecho de verdad solo á Dios daba el honor, haciendo todo cuanto estaba á su alcance para no defraudar en lo más mínimo esa bondad del Señor para con él, y hacer fructificar cuanto pudiese la buena semilla que la Majestad divina habia puesto en su inocente corazon y en su privilegiado entendimiento. Por supuesto que se deja bien conocer que apénas tuvo edad para ello, los superiores le obligarian á ascender á los órdenes sagrados; y hemos de consignar acerca de nuestro Padre y para su completa alabanza, que áun acerca de este particular tambien mereció al Señor y logró grandes favores. En primer lugar, la disposicion con que iba preparándose á todas y cada una de las órdenes, cada vez con más espíritu, cada vez con más aliento; además el que no fué, como suelen ser los sabios, descuidado en aprender y practicar las cosas del sagrado ministerio sacerdotal con el esmero que es debido, por cuya razon y motivo todo en él iba conforme, y el sabio de la cátedra era tambien admirable en el confesonario, en el púlpito, en el altar y en todas partes, porque para todos los ministerios ponia el mismo cuidado; es verdad, que observantísimo de sus reglas, sabia que estas prescriben que cada cosa se haga como si no hubiese de hacerse más, y esto era cabalmente lo que él practicaba, siendo los resultados los que no podian ménos de ser, que todos cuantos le oian se convencian de su doctrina, que todos cuantos se le acercaban iban satisfechísimos de su caridad, de su celo, del amor grande á Dios con que hacia todas las cosas, y bendiciendo al Señor porque le habia dotado de tal espíritu. Su sagrada Orden habria querido, á no dudarlo, dejarle siempre en su ocupacion favorita de enseñar, y en tanto que enseñaba, predicar y confesar como sus ocupaciones se lo permitian; pero no fué posible que esto sucediera, toda vez que

imperiosas necesidades obligaron á que le separáran de la cátedra para ponerle al frente del gobierno de algunos conventos. Verdad es que como sabio y maestro era una especialidad, pero no era ménos cierto para los superiores el que sería tambien una especialidad para gobernar una casa, y quisieron experimentar hasta dónde iba la exactitud de su juicio en la apreciacion de este sujeto. Con ocasion de hallarse vacante el priorato del convento de Rotomagio, donde él habia tomado el hábito y recibido su educacion religiosa, le mandaron allá, como si dijéramos por ensayo, y salió este tan bien, que no solo remedió los males que sufria el convento, sino que proveyó de medios, para que despues de él no hubiese que lamentar lo que en su tiempo se lamentaba, é hizo esto de tal manera, que ni siquiera se enojaron aquellos mismos á quienes fué preciso mostrar el rigor que su conducta exigia; accion que fué muy celebrada por cuantos de ella tuvieron noticia, y que demuestra en el Padre profundo conocimiento del corazon humano; pues que tocar sus más delicadas fibras sin un resultado desagradable, es en la verdad don reservado á muy pocos. Colígese fácilmente de aquí cuán grande complacencia no tendrian sus superiores en haber hecho tan acertada eleccion, y cómo desearian ocasion de aprovechar en otra parte, si se hacia necesario, las excelentes dotes de tan esclarecido varon. No tardaron mucho las circunstancias, aglomerándose, como si dijéramos de intento, para probar á nuestro hombre, de poner en evidencia nuevamente sus excelentes condiciones de hombre de buen gobierno. Turon fué el lugar donde lamentaba disgustos entre los superiores del convento de Dominicos, y las autoridades civiles y eclesiásticas pusieron á unos y á otros en un estado tal de discordia, y produjeron escenas tan impropias, que iba ya á fulminarse contra los hijos del gran Domingo una sentencia de extincion, que habria sido motivo no solo de escándalo para los que lo veian, sino de lamentable pérdida para aquella capital y para toda su provincia eclesiástica. Mandaron, pues, en tal conflicto, como prior al P. Simon Roger, aceptó el cargo, y comenzó por estudiar los fundamentos de aquellas tan inmotivadas discordias, y teniendo la suficiente abnegacion para decir á las autoridades lo que habia habido de falta en sus súbditos, obligó á las mismas autoridades á confesar que se habian algun tanto excedido, y contemporizó desde luego los derechos de todos, de manera que todos quedaron de él plenamente satisfechos. Por supuesto que él, despues de haber hecho amigos particulares suyos á los que ántes eran más contrarios á la Orden, los hizo amigos de ella; les demostró su equivocado juicio cuando le fundaban en lo que hacia un desgraciado extraviado, y le aplicaban el mal de esta conducta á imperfeccion del instituto; les convenció de la injusticia con que habian querido destruir una obra tan grande como es la del patriarca

Santo Domingo; y por último, cambió enteramente la faz de Turon, porque todo se concilió, se avinieron todos, y de allí más nadie pensó sino en hacer prosperar á la Iglesia y en fomentar tambien en lo posible los intereses del estado. Aun cuando el importante cargo que desempeñaba con tanto acierto ocupaba mucho tiempo á nuestro P. Roger, le quedaba sin embargo el suficiente para entregarse al estudio, á escribir, á predicar y á dar á los jóvenes importantes advertencias para arreglar su conducta, tanto moral como escolástica, para lo cual los reunia en conferencia dos ó tres veces á la semana, siendo grande el provecho que por este medio lograban, pues que el Padre enseñaba en estas conferencias más que los maestros en las aulas. Y tenia que contentarse con mucho ménos de lo que deseaba, porque las circunstancias de su físico no ayudaban, pues su salud se quebrantó en gran manera, y si hacia lo que hacia era en virtud de su grande espíritu y de su anhelo por todo lo que podia de alguna manera facilitar los adelantos de los jóvenes, tanto en las ciencias cuanto en las virtudes; porque si no hubiese sido este inconveniente, de cierto que hubiera él mismo tomado á su cargo algunas clases, tal era la aficion que tenia á la enseñanza. Por supuesto que su nombre era conocido en todo el mundo literario, y puede ser que no se pasára una semana en que no viniesen al P. Roger consultas, y consultas de muy difícil resolucion, consultas en que á veces él mismo con su erudicion, y eso que era tan vasta, tenia precision de consultar. A todos respondia, y respondia por sí mismo, trabajo que si se hubiese podido coleccionar, habria sido un verdadero estudio de lo más difícil, y por consiguiente de lo más escogido, de la sagrada teología. Parece, pues, imposible que un hombre solo pudiese dar cumplimiento á comisiones tan diversas, todas difíciles, todas al parecer incoherentes; y sin embargo, no solo las daba cumplimiento, sino que lo que más es, nunca se le vió faltar á los actos de comunidad, pues siempre dijo, y así lo hizo, que toda vez que á él correspondia dar el ejemplo, queria darle, y no podia consentirse faltar, por lo mismo que él era el superior y cabeza. Opinion que ójalá siguieran todos los superiores, pues no cabe la menor duda, la relajacion que viene de la cabeza es imposible de evitar, así como por el contrario, cuando la cabeza está en órden y ella es la primera en cumplir, cumplen con precision los demás que de este mismo jefe dependen. Muy bien estaba el convento de Turon bajo el gobierno de este prelado tan sabio como celoso y observante, sumamente satisfechos de él y con él sus súbditos, el clero, el pueblo, los grandes, todos, en fin, y el Padre mismo tampoco estaba disgustado con nadie, ántes de todos muy satisfecho, porque cada cual en su línea le ayudaba á su importante fin; mas Dios quiso probarle á él por medio de los sufrimientos, y para que los designios de la Providencia

divina se lograran, le acometió durante algunos años una terrible parálisis, que habiéndole tomado todo un lado, le tomó tambien la lengua. La consideracion de lo terrible que es este sufrimiento, nos hace comprender cuánto sería lo que padeciese nuestro buen Prior, y la índole especial, diremos mejor, el temple particular de su espíritu y el organismo de su privilegiada cabeza, nos convencen de lo que sería para él la inaccion en que precisamente debia constituirse; sin embargo, no solo no se quejó de la Providencia divina, sino que adoró sus designios, sufriendo con heroismo los males que se le iban complicando, hasta que al Señor plugo poner término á sus dias, para llevarle sin duda á la patria de los justos, lo cual acaeció en 1675, en medio del más profundo sentimiento de cuantos le conocian, y contando la Orden su pérdida como difícil de reparar. Aun cuando su buena memoria no era fácil se perdiese, quedó consignada en sus obras, que fueron: *Le Seneque expliqué, ou parafrases sur ses epîtres avec les plus beaux ornements de sa langue;* obra impresa en 1651, y muy estimada por sus bellas formas y por la exactitud de las indicaciones que en ella se hacen. *L'explication de la dévote Confrérie des* 72 *dans l'eglise de FF. Precheurs de Tours;* impresa en Turon en 1664, y buscada con afan desde los primeros dias en que apareció; y por último, *L'Origine de l'Eglise Collegialle de l'honneur du S. Sepulcre vulgairement apellée S. George à Rouen*; esta no se sabe de cierto cuándo se imprimió, mas el manuscrito se conserva, así como los de las otras obras, con tanto esmero como respeto, y enseñándose como cosa muy notable. — G. R.

ROGERIO (S.), abad y confesor. Solo hallamos mencion de este Santo, al que recuerda la Iglesia el dia 13 de Febrero, en Croisset, que nos dice únicamente que fué abad del monasterio de Loroy, y que murió el año 1175 de nuestra era. — C.

ROGERIO (S.). Este religioso franciscano fué discípulo de S. Francisco de Asís, que le recibió en su Orden el año 1216, mandándole á España á pesar de que no fué más que un simple lego, segun Wadingo. Animado de la mayor caridad y del espíritu de pobreza, fué distinguido por Dios con el don de profecía y de milagros, los cuales le hicieron sumamente célebre durante su vida, y áun más despues de su bendita muerte, que aconteció en 1236. En Villafranca, diócesis de Astorga, en España, se conserva su cabeza, y el resto de su cuerpo en Todi, en donde se reza un oficio particular en honor suyo, aprobado por Gregorio IX. Los franciscanos le hacen fiesta el dia 5 de Marzo por concesion del papa Benedicto XIV. — C.

ROGERIO (S.), obispo. Este venerable y bienaventurado siervo del Señor fué de orígen normando y floreció en el siglo X. Como patron de Canas en Italia, dejó imperecedera memoria la fama de su santidad y virtudes,

Dedicado á una constante oracion, á continuas mortificaciones y austeridades, ejerciendo en alto grado la caridad con sus prójimos, auxiliándolos en cuanto podia espiritual y temporalmente, llegó á granjearse el afecto y el cariño de todos sus súbditos, quienes siempre le han venerado como santo, celebrando su fiesta el 13 de Octubre y el 30 de Diciembre. — A. L.

ROGERIO (Bto.). Habiendo entrado este santo varon en la órden Cisterciense en Laroy del Berri, fué nombrado en seguida abad de Elañ, cerca de Rhetel en la Champaña, y murió hácia el año 1175. En la iglesia de la abadía de Elan hubo una capilla titulada del Beato Rogerio, en donde se custodiaban sus reliquias, y en la que se le honraba y áun honra el dia 13 de Febrero; pero sin oficio, diciéndose solo la misa. Su vida fué escrita por un monje de Elan, y en el *Calendario del Cister*, impreso en Dijon, se hace referencia de él en el dia 4 de Enero. — C.

ROGERIO (Bto.), confesor, franciscano francés de la provincia de Marsella, floreció en el siglo XIII, distinguiéndose mucho por su piedad. Habia tomado el hábito siendo muy jóven todavía, y desde los primeros años manifestó estaba llamado á brillar en los puestos más avanzados del camino de la virtud. Su humildad no conocia límites, estando dispuesto á entregarse á los oficios más bajos siempre que la ocasion se le presentaba, y áun cuando no se le presentára tambien, pues las buscaba por si mismo, y cuando comprendia se trataba de preferir á otro de sus hermanos en este género de ocupaciones, se ofrecia en lugar suyo, procuraba cambiase, y empleaba toda clase de esfuerzos y sacrificios por satisfacer á esta su pasion favorita. No era inferior en obediencia, estando dispuesto á seguir no solo los mandatos de los superiores, sino tambien de sus iguales y compañeros, previniéndolos en cuanto le era posible, y adivinando sus necesidades y sus deseos. Sus oraciones y penitencias corrian parejas entre sí, teniendo destinado gran parte del dia á estos ejercicios, que hacia ya en el coro, ya en su celda, sin faltar nunca á sus demás deberes como estudiante y como religioso. Pasó la mayor parte de su vida consagrado á tan santas ocupaciones hasta que los cargos á que su Orden le elevó por sus virtudes, le obligaron á mitigarlas en algun tanto, aunque no á abandonarlas por completo, pues una costumbre adquirida en la juventud no se pierde nunca por más que la necesidad haga se abandone en todo ó en parte. Predicador afamado, Rogerio combatió con celo y ardor los vicios y herejías de su tiempo, haciendo gran número de conversiones y mereciendo esa ardiente popularidad propia de los oradores, ya dirigiese sus palabras al pueblo en las asambleas políticas, ora en las religiosas, donde los fieles dan su sancion al mérito del ilustre adalid que se lanza á defender, á veces no sin peligro, las verdades de la fe. Sus servicios en el púlpito en una época tan agitada como fué el si-

glo XIII le valieron todo género de consideraciones, y quizá á ellos debió principalmente el cargo de custodio de su provincia con que fué honrado por la eleccion de sus compañeros. Hallábase entónces en su principio la reforma de los capuchinos, y Rogerio pudo de consiguiente prestarla grandes servicios en su gobierno fomentando su desarrollo, ora con sus predicaciones, ya con su vida ejemplar, valiéndose en fin de cuantos medios se hallaban á su alcance, que le fueron dictados por su celo y fervor. Despues de tan larga ilustre carrera, murió este religioso lleno de méritos en el convento de Usez, cerca de Aletto, en la antigua Narbonense, donde fué sepultado, celebrándose por su Orden su memoria en 15 de Setiembre.—S. B.

ROGERIO (Bienaventurado Fr.), religioso benedictino, y primer prior del insigne monasterio de nuestra Señora de Meira, de la Congregacion Cisterciense, en el reino de Galicia. Fué francés, de buena familia, criado y educado con el mayor esmero, correspondiendo á los cuidados de sus padres con su obediencia y aplicacion. Salió sumamente aprovechado é instruido en letras sagradas, á cuyo atento estudio le condujo su inclinacion, pues desde sus más tiernos años manifestó sus tendencias y deseos de ser religioso y consagrar su vida y talento en obsequio y servicio de Dios. Tomó el hábito con gran complacencia suya en la floreciente órden de San Benito, y fué uno de los discípulos escogidos del gran P. S. Bernardo, que tratando de utilizar sus felices disposiciones, su gran talento y virtudes, le envió desde Francia, juntamente con S. Vidal, á este reino, que ilustró con el ejemplo de su santidad y buenas obras. Como prior dejó inolvidables recuerdos, pues además de su buen gobierno y direccion en lo temporal, era un ejemplo vivo de humildad, observancia, pobreza, austeridad y devocion. Pero su más sobresaliente virtud era la de la caridad. Siempre estaba dispuesto su corazon y su ánimo para socorrer al indigente y amparar al desvalido y menesteroso; de tal modo, que era generalmente apellidado y conocido en todos aquellos contornos por el padre y protector de los pobres. No llegaba ninguna persona al monasterio que no fuese atendida, prodigando los mayores cuidados á los peregrinos y pobres transeuntes. Su misericordia y humanidad aún era más lata con los que estaban afligidos por alguna dolencia; donde habia sufrimientos, allí se encontraba siempre á Fr. Rogerio, dispensando con el mayor celo y solicitud todos los auxilios espirituales y temporales que el caso requeria. Este amor á la humanidad y deseo de alivio del prójimo, hacia que fuesen las principales y mejor acondicionadas oficinas del monasterio la hospedería y la enfermería. Todas sus acciones fueron siempre laudables. Su actividad incansable por el bienestar de sus hermanos no le impedia cumplir con la regla de su instituto y con todos los deberes religiosos. Muchas horas dedicaba, y princi-

palmente de noche, á la oracion y contemplacion de los sagrados misterios de la pasion y muerte del Salvador del mundo. Regularmente decia Misa á la madrugada ó muy de mañana, y era imponderable el respeto y compostura con que celebraba el santo sacrificio. Todo el que tuvo la dicha de conocerle, al ver sus actos piadosos y su comportamiento, su inmensa caridad, desprendimiento y santidad de vida, le consideraba como el conjunto de todas las virtudes, y el ilustre varon á quien Dios habia favorecido con altas y recomendables prendas, formándole un corazon lo más benévolo, sensible y lleno de inmensa caridad que pudiera describirse. Siendo en tal grado la admiracion que causaba á todos los habitantes de las poblaciones inmediatas el rigor de su vida, su humildad, religiosidad y todo género de virtud, que áun los más indiferentes y que miran con descuido la salvacion de su alma, las prácticas religiosas y respeto á las cosas santas, excitados y movidos con el portentoso ejemplo del bienaventurado prior Roberto, y encendidos en el amor de Dios, muchísimos renunciaron al siglo, y entre ellos más de veinte príncipes y condes, que tomaron en aquel monasterio el santo hábito benedictino. Este prodigioso é inimitable varon floreció en la primera mitad del duodécimo siglo, y murió en el seno del Señor el dia 8 de Agosto del año 1150, despues de haber recibido tierna y devotamente los santos sacramentos, favoreciéndole el Todopoderoso con la muerte tranquila de los justos. Fué muy sentido y llorado universalmente, sobre todo de muchos menesterosos, que debian su subsistencia y bienestar á sus consejos saludables y generosos socorros. —A. L.

ROGERIO (Bienaventurado Fr.). Esclarecido y virtuoso varon, fué natural del reino de Francia, de uno de los más nobles é ilustres linajes, siendo sus padres muy poderosos, y dotados de muchas riquezas. Recibió una esmerada educacion, y criado con santas máximas y temor á Dios, su dulce carácter y su pasion al estudio y deseo de adquirir muchos conocimientos, le hicieron con el tiempo sumamente amante del retiro, manifestando una decidida inclinacion á las cosas santas, y gran vocacion para dedicarse al servicio del Señor, procurando huir de los peligros del mundo que provocan las pasiones, con las relaciones y con el trato. Sus padres, que fundaban todas sus esperanzas en que aquel hijo querido sabria sostener su posicion, y que con el tiempo dirigiria sus vastas haciendas y muchos negocios, por el pronto sintieron su marcada resolucion de retirarse de la sociedad y tomar el hábito religioso. Pero convencidos de su gran desprendimiento y del menosprecio con que miraba las riquezas, accedieron por fin á sus deseos, tomó el hábito de S. Benito en el monasterio cisterciense de Trois-Fontaines, con grande contentamiento y regocijo de su alma. Tuvo la inapreciable dicha de tener por maestro al gran P. S. Bernardo, quien viendo sus buenas

disposiciones, su capacidad y sobresalientes virtudes, le juzgó dignísimo de reemplazarle y ser maestro de otros muchos religiosos, tanto por su sabiduría como por su ejemplar vida y costumbres, siendo el mejor modelo de religiosidad, obediencia y virtudes que pudiera presentársele para su imitacion. S. Bernardo tenia una predilecion muy señalada, y profesaba el mayor cariño á aquel discípulo querido; así es que muy pronto le nombró abad del convento de las Tres Fuentes, siendo el primero de aquel monasterio, y salió tan exacto y verdadero el juicio del santo, que gobernó á sus hermanos y súbditos en lo espiritual con ejemplos de opinion de santidad, ilustrando aquel cargo con sus virtudes; y no ménos acertado fué en el gobierno temporal. Su modestia y compostura eran admirables, así es que era muy amado y respetado de todos por su amabilidad y tolerancia en las faltas leves, si bien era muy rígido en procurar se observase atenta y rigurosamente la regla de S. Benito, de modo que era notable el órden que habia establecido, siendo aquel monasterio el más perfecto modelo de quietud, de sosiego, de silencio, y del bienestar de los religiosos. Sus austeridades y mortificaciones fueron constantes, lo mismo que sus ayunos; siendo tan parco en el uso de alimentos, que solamente tomaba lo muy preciso para sostener la vida, y áun para esto se limitaba á verduras y alimentos groseros y de poca sustancia, ayunando perpétuamente á pan y agua todos los viernes del año, y la cuaresma entera. Su oracion era continua, pues además de su exacta asistencia al coro, donde constantemente permanecia de rodillas y completamente abstraido en la contemplacion de la pasion y muerte de Jesus, en su celda, en paseo ó en cualquier otro punto que le cogiese, nunca le faltaba ocasion ni lugar para entregarse á su ejercicio favorito. Su devocion á la Santísima Vírgen era imponderable, que esta gran Señora premiaba concediéndole favores singulares. Dormia muy pocas horas, y esas desprovisto de toda comodidad, pues su lecho era una dura tabla sin más abrigo que el que le proporcionaba su hábito y traje ordinario. A pesar de su rigor extremado, particularmente consigo mismo, era muy condescendiente con los demás, permitiéndoles algunas horas de recreo en la huerta y campos vecinos, pero no consintiéndoles desman de ningun género. De modo que cuando ocurrió su dichosa muerte fué un dia del mayor duelo y sentimiento para todos sus subordinados, que comprendieron lo difícil que sería reemplazar á aquel sabio, virtuoso y bienaventurado abad, cuyo gobierno, santidad y virtudes dejaron un gran vacío en el convento de Tres Fuentes. Floreció á principios del siglo duodécimo, y murió el dia 23 de Abril del año de 1120.—A. L.

ROGERIO, obispo de Chalons-sur-Marne, que ocupó esta silla desde el año 1047 hasta el 1062, habiendo sabido que habia maniqueos en algunos

cantones de su diócesis, y que tenian conventículos sacrílegos, consultó al obispo de Lieja sobre la conducta que debía observar con ellos, y si convenia, para impedirlos pervertir al pueblo, entregarlos al brazo seglar. La respuesta de Vazon, obispo de Lieja, fué que esta herejía habia sido refutada por los Santos Padres y que se debia mirar á los infestados de ella como la langosta en un campo espigado; que persiguiendo con tiempo á esta langosta ántes de la siega, sería ir contra los designios de Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino su conversion; que no se debe quitar la vida á los herejes con la espada del poder seglar, que no es una espada de esta naturaleza la que reciben los obispos en su consagracion, y que si son ungidos con el óleo santo es para dar la vida y no la muerte. Aconseja á Rogerio emplear otros medios para reducir á estos cismáticos; á saber, privarlos á ellos, y á todos los que comuniquen con ellos, de la comunion de la Iglesia católica y denunciarlos públicamente como á excomulgados, á fin de que el temor de esta censura separe á todos de su secta. Vazon da al obispo de Chalons varios razonamientos propios para refutar á los maniqueos, sostenia que no era permitido matar. El historiador de los obispos de Lieja, despues de haber insertado este carta añade, que habiendo sido prendidos en Goslar algunos sectarios de la herejía de los maniqueos, y siendo convencidos de supersticion, fueron primero excomulgados y despues ahorcados; que habiéndose informado exactamente del procedimiento, habia sabido que no habian sido tratados así más que por no haber querido matar una gallina. Desaprueba este juicio como contrario á la conducta de S. Martin, que salvó la vida á los priscilianistas que el emperador queria hacer morir á persuasion de algunos obispos.—S. B.

ROGERIO I del nombre, obispo de Oleron, en la metrópoli de Ausch, ocupó esta silla desde 1101 hasta 1112 ó 1113, sabiéndose de cierto que al año siguiente le habia sucedido Arnaldo. Se cree generalmente que era hermano de Raimundo de Llentes, obispo de Dax, y de Estéban de Basas, lo que los autores de la nueva *Gallia Cristiana* restringen á la cualidad de primo hermano. Todo lo más notable que se sabe de su episcopado se reduce á un hecho que no permite olvidarle en la historia literaria. Rogerio mandó hacer un sagrario en forma de cofre de madera, cubierto de lágrimas de plata, que se conserva aún en la actualidad, y en el que hizo grabar los ocho versos siguientes, que valen un poema completo, tanto por el mérito de la versificacion, como por lo que es su objeto y materia.

Res super impositas commutat Spiritus almus:
Fit de pane caro, sanguis substantia vini.
Sumta valent animæ pro corporis atque salute.

Dantur in hac mensa sanguis, caro, potus et esca:
Verba refert cœnæ, super hac oblata sacerdos,
Munera sanctificat, et passio commemoratur.
Hanc Morlanensis Rainaldus condidit aram,
Præsul Rogerius Olorensis jussit ut essem.

Los tres primeros versos se leen en la parte anterior, los tres siguientes en la posterior, y los otros dos, que nos manifiestan el nombre del artista, al mismo tiempo que su patria, en la parte de arriba. En los seis primeros se ve claramente expresada la fe de la transustanciacion y de la presencia real de la Euraristía.—S. B.

ROGERIO, sétimo abad de Bec: se han cometido muchos errores al tratar de este escritor, y desde luego no hay conformidad acerca de su patria, haciéndole los unos nacer en Italia, otros en Francia y otros en Inglaterra. Los primeros le suponen lombardo, algunos le confunden con uno de los primeros discípulos de Irnerio, fundador de la primera escuela en que se enseñaron las leyes romanas. Tal es la opinion de Selden, que no puede adoptarse. El Rogerio, discípulo de Irnerio, parece que no llegó á abandonar su país, estableció una escuela á su vez, donde enseñó: publicó sucesivamente muchas obras sobre la jurisprudencia romana, debiéndosele muchos antiguos compendios ó sumarios que existen todavía; se le deben tambien las primeras glosas que se publicaron sobre la parte del *Digesto* llamado *Inforciato*, denominacion que procede, segun se dice, de que: «Tratando esta parte de las sucesiones y sustituciones, lo mismo que de muchas materias igualmente importantes y que son de mayor uso, era la que producia mayores rentas á los jurisconsultos.» Se le debe tambien un tratado de las prescripciones, compuesto en forma de diálogo entre la jurisprudencia y el autor. ¿Pero cómo un hombre, cuya vida fué tan laboriosa, cuya enseñanza en Italia se ha hecho memorable, porque dió á conocer gratuitamente á los jóvenes estudiantes una parte del *Digesto* que no explicaban los profesores en sus cursos públicos, que únicamente explicaban en las lecciones particulares que daban á los discípulos que podian pagarles, cómo hubiera podido ser abad de un monasterio de Normandía? ¿Cómo de haberlo sido no lo hubiese dicho alguno de los escritores que le mencionan? Sería posible que el Rogerio, abad del Bec, hubiese ido en su primera juventud á estudiar á Italia. El descubrimiento del *Digesto* comunicó un gran movimiento á todos los espíritus deseosos de instruirse: íbase á estudiar de las diferentes partes de Europa al país designado por este descubrimiento. Debe sin embargo recordarse que no se encontraron las *Pandectas* hasta el año 1130, y que no fueron objeto de la enseñanza pública hasta muchos años despues; que Irnerio,

el primer profesor de derecho civil, no murió hasta 1190, que así áun suponiendo que hubiera vivido hasta ochenta años, no tenia entónces más que veinte ó cerca: concediéndole treinta cuando comenzó á estudiar la jurisprudencia romana, debió verificarse esto en 1140, y sin embargo, sabemos por otra parte que Rogerio fué nombrado abad de Bec en 1149, y que ántes de ser elevado á esta dignidad era ya prior del monasterio. No pretendemos deducir de aquí que no hubiese podido ir á Italia en la época misma de que hablamos; ser llamado despues á Inglaterra para enseñar el derecho romano en Oxford, como se ha dicho, cuando Estéban, que reinaba en aquella Isla, arrastrado tambien por el espíritu general, quiso fundar una escuela de este derecho para sus súbditos. Estéban habia sucedido á Enrique I, hijo de Guillermo *el Conquistador*, y murió en 1135: la Inglaterra y la Normandía se hallaban en continuas relaciones; Rogerio, despues de haber enseñado algunos años en Oxford, habria ido entónces ó entrado en el monasterio de Bec, que gobernaba poco despues. Es posible tambien que Rogerio *el Lombardo*, el discípulo de Irnerio, hubiera sido llamado por el Rey á Inglaterra, que enseñase algunos años, y volviese despues á su patria. Pero de todas maneras se ve siempre en el restablecimiento de los hechos y la coincidencia de las épocas, cuán imposible es no ver más que una sola y misma persona en el Rogerio, abad de Bec, y en Rogerio *el Lombardo*. Hemos dicho que Selden habia cometido este error. Entre los escritores que le han seguido, puede citarse á Simon en su *Biblioteca histórica* de los principales autores de derecho civil. La abadía de Bec, cuando fué elegido Rogerio para gobernarla, no era extraña al cultivo de las ciencias y de las letras. Acudian á ella un gran número de discípulos todos los años bajo la direccion de maestros, que la hacian una de las escuelas más célebres de Francia. La mayor parte de los abades que hasta entónces tuviera se habian distinguido por sus talentos y su saber, no ménos que por su piedad; basta nombrar á Anselmo, uno de los hombres más ilustres que la Iglesia galicana ha producido, elegido poco despues arzobispo de Cantorbery, donde sucedió á Lenfranc, de quien habia sido discípulo, y que habia elevado á tan alto grado de esplendor á la escuela de Bec con su ciencia vasta y profunda, y que en su tiempo iban á estudiar á ella, dice el historiador de sus trabajos, de Francia, de Gascuña, de Bretaña, de Flandes, de Alemania y de la misma Roma: corrian á ella los discípulos, enviaban los grandes sus hijos y los más famosos maestros de otras escuelas no tenian inconveniente en convertirse en discípulos suyos. Este numeroso concurso de estudiantes hizo de Bec la academia más floreciente que habia habido en los cinco siglos anteriores: *Beccium magnum et famosum litteraturæ gymnasium*. Lanfranc y Anselmo habian pasado ambos del monasterio de Bec al arzobispado de Cantorbery.

Rogerio fué destinado á la misma sede. No acaeció esto, como dice Terrason, á la muerte de Teobaldo ó Tibaldo, sino despues de la muerte de Tomas Becquet (Sto Tomás de Cantorbery), tan célebre por su resistencia á Enrique II, como por su muerte. Muchos años habian trascurrido sin que se le nombrase sucesor, Rogerio fué elegido por último; pero no creyéndose capaz de sostener en semejantes circunstancias el peso de aquel obispado, se negó á aceptar. Acaeció esto en 1174: Rogerio murió en su monasterio cinco ó seis años despues. Durante los treinta años, poco más ó ménos, que le gobernó, doce de sus religiosos fueron elevados sucesivamente á la dignidad de abades, y fueron con este título á gobernar otras tantas casas. Roberto de Thorigny pertenece á este número, y por este motivo es llamado generalmente Roberto del Monte, y ha celebrado en los escritos que de él nos quedan la memoria de Rogerio. Debemos, sin embargo, hacer la observacion de que elogia generalmente mucho más al monje que al jurisconsulto y al literato; hasta prescinde de estas cualidades; pero dice que Rogerio hizo construir cuartos con chimeneas en todos los pisos, un acueducto, una enfermeria, etc., que separó el techo de la casa, las celdas, etc. En la *Galia cristiana* tampoco se le elogia más que por estos trabajos. No repetiremos lo que hemos dicho ya de la obra que se le atribuye sobre el *Código* y sobre el *Digesto*, pues solo manifestariamos lo difícil que es suponerle su autor. Como suponer, áun prescindiendo de otras razones, que escritores que fueron discípulos, amigos suyos, que elogiaron sus trabajos, hubiesen dejado de hablarnos de una obra tan importante. Hemos procurado dar á conocer la causa verisímil de semejante confesion. Es justo, sin embargo, observar que Montfaucon coloca el manuscrito entre los de la abadía de Bec, observacion demasiado importante para que la omitamos, aunque no nos parece por otra parte quite su fuerza á las objeciones que sacamos del silencio de sus contemporáneos, y de la carrera diferente en que vivió Rogerio. Podria decirse, y se ha dicho ya, que fué la fama con que enseñaba en Inglaterra lo que le hizo elegir para abad de Bec; pero hemos visto en el mismo Roberto du Mont, religioso de aquel monasterio, que Rogerio fué su prior ántes de ser su abad. Lo que sería muy posible es que la celebridad que obtuvo la obra del profesor con quien se le confunde, hubiera hecho nacer el deseo de tenerla en Francia, que se hubiera copiado esta obra en muchos monasterios, en el de Bec en particular, y que se hubiese encontrado en él, sin que por esto se deba reconocer á Rogerio por su autor. La prisa que hubo para copiarla se expresa por el abate Lebeuf, siguiendo á Duboulay en la *Historia de la Universidad de Paris*. Por lo que no añadiremos que en la época en que se pretende que Rogerio enseñaba en Inglaterra, un concilio celebrado en 1139 en S. Juan de Latran habia prohibido á los religiosos estudiar el de-

recho romano y de consiguiente tambien enseñarlo. La obra de que se supone autor al abad Rogerio lleva el siguiente título: *Libri ex universo enucleato jure excerpto et pauperibus præsertim destinati.* Se halla dividida en nueve libros y compuesta por el órden del *Código* de Justiniano. Por los pobres á quienes el libro se halla destinado, entiende el autor los estudiantes sin fortuna, habiéndole emprendido en beneficio suyo. El historiador de la universidad de Oxford atribuye tambien otras obras á Rogerio, y entre ellas un *Tratado sobre las prescripciones,* de que hemos hablado al principio de este artículo. Rogerio es tambien llamado con frecuencia Vacarius ó Wacarius; pero era Rogerio de Baieul, segun los autores de la nueva *Coleccion de historiadores de Francia.*—S. B.

ROGERIO, abad de S. Euberto, en Orleans, fué primero canónigo de de S. Victor, en París, á mediados del siglo VII. En 1145 ó 1146, Gualtero, que gobernaba este monasterio, le eligió para reformar el de S. Euberto de Orleans, confiado entónces á seglares. Hízose de canónigos regulares, bajo la regla de S. Agustin, y fué él mismo su primer abad por su propia eleccion. El autor de la *Historia de Orleans* coloca esta reforma en 1163, pero tenia por lo ménos diez y seis años de anterioridad. Rogerio era abad de S. Euberto en 1147. La bula de Eugenio III, en favor de esta abadía se halla dirigida á él, y es del segundo año del reinado de este Papa. La *Galia Cristiana* inserta con la misma fecha un diploma de Luis el *jóven*, en favor de S. Euberto, en que Rogerio se halla tambien designado como abad. Algunos años despues recibió en su monasterio á Esteban, conocido más particularmente por la denominacion de la ciudad de que vino á ser obispo, de Tournay, y que fué uno de los hombres más distinguidos de aquel siglo. Esteban habla de él en sus cartas, y una de ellas está dirigida á él. Fué tambien elegido para reemplazar á Rogerio cuande hizo éste dimision en 1168. El nuevo abad apénas lo fué ocho años. Se le confió en 1176 el gobierno de la casa de Sta. Genoveva de París. Habiendo quedado por este motivo vacante la abadía de S. Euberto, Rogerio consintió en ser su jefe. Fué necesario verisímilmente vencer su resistencia, pues en un diploma de este mismo año, 1176, se ve que Luis el *Jóven* le llama *quondam abbas*, lo que hace suponer que en un principio no gobernó más que como antiguo abad; miéntras que en las actas siguientes es calificado de abad, sin la adicion de la palabra *en otro tiempo*. Rogerio sucedió de consiguiente al mismo de quien habia sido antecesor. No conocemos bien el año preciso de su muerte, pero vivia aún en 1182, como se ve por su firma puesta en un acta á que concurrió, y que se menciona en el tomo VIII de la *Gallia Cristiana*. Tenemos tres escritos de Rogerio. El primero se halla dirigido á los religiosos de San Ouen, en Ruan. El abad de S. Euberto habia descubierto el cuerpo del pa-

trono de su iglesia. Los religiosos de S. Ouen le habian manifestado un gran deseo de saber todas las circunstancias de este descubrimiento; Rogerio les satisfizo. Su narracion es corta, sin embargo, pues el asunto no permitia tampoco que fuese larga. Refiere particularmente cuáles habian sido con este motivo las esperanzas de los que habian estado ántes de él en posesion de esta iglesia, las suyas propias, las razones que le habian hecho vacilar, los estímulos y las promesas de Sugero en un viaje que hizo á Orleans este hombre ilustre, la excavacion hecha repentinamente siguiendo sus consejos, y el resultado que tuvo el consejo de Sugero. El P. Martenne ha publicado esta carta, que no parece completa por otra parte, por un manuscrito de la abadía de S. Ouen, en el tomo I del *Nuevo Tesoro de anécdotas*. Los continuadores de Bolando le han puesto en su gran coleccion, por otro manuscrito, aumentándole algunas notas poco importantes. Los otros dos escritos que nos quedan de Rogerio son dos cartas; una dirigida á Luis el *Jóven*. Duchesne la ha insertado en el tomo IV de su coleccion de *Historiadores de Francia*. Supone que la habian precedido otras, pues desde la primera línea Rogerio pide perdon á Luis de importunarle con tanta frecuencia con sus quejas. Uno de los oficiales del Rey habia mandado coger los bueyes de uno de los siervos de la abadía de S. Euberto; el abad pide que se restituya lo que se habia tomado por violencia, y que no se cometan en lo sucesivo excesos semejantes. La otra carta se halla dirigida á Erviro, abad de S. Victor, en París. Alejandro III mandaba reunir un concilio en Tours. Rogerio habia consultado á Erviro para saber si debia asistir. Erviro no habia contestado. Rogerio le vuelve á escribir. Esta segunda epístola se halla impresa en la *Amplissima Collectio* del P. Martenne; es todavía ménos importante que la carta á Luis el *Jóven*. Hé aquí todo lo que sabemos de Rogerio, abad de S. Euberto. — S. B.

ROGERIO, dean de la iglesia de Ruan. Hablando Gerardo de Silvestris del éxito con que enseñaba derecho en París hácia 1175, dice que un dia, como acudia de todas partes un concurso inmenso á oir á Gerardo, habiendo prorumpido al terminar la leccion en universales aplausos el numeroso auditorio, un hombre de mucho mérito, que habia enseñado las artes liberales en París, despues de haberse entregado por largo tiempo en Bolonia al estudio de las leyes, exclamó de repente (Nos servimos de las palabras empleadas por el autor que nos confia este elogio hecho de sí mismo): *Non est sub sole scientia, si Parisios fuerit forte delata, quæ incomparabiliter ibi et longe excellentius quam usquam alibi, procul dubio non prævaleat.* Gerardo nombra al que hizo esta aclamacion; fué Rogerio el *Normando*, dean despues de la iglesia de Ruan. El pasaje que acabamos de indicar manifiesta que habia estudiado con atencion la jurisprudencia, y que habia enseñado

las artes liberales: *Parisiis in artibus legerat*. Pero no nos queda ninguna huella de su enseñanza ni de sus demás trabajos. Hay una carta dirigida á él por Pedro de Pavía, obispo de Tusculum ó de Frascati, y legado de la Santa Sede en Francia, que es la sesenta y nueve entre las de Esteban de Tournay, edicion del P. Montinet. Esta carta parece haber sido escrita en 1185. En un manuscrito de la abadía de Bec se leian diferentes sermones, compuestos por varios autores de últimos del siglo XII y XIII, entre los cuales hay seis de Rogerio el *Negro* sobre la *Ascension*, *Pentecostés*, el *Domingo de Ramos* y otros asuntos. ¿Será este el dean de la iglesia de Ruan? No conocemos ningun otro Rogerio, normando, de esta época á quien puedan atribuirse. Todo lo que dice la *Galia Cristiana* se limita á estas palabras: *Rogerus* (el normando) *reperitur in tabulis ecclesiæ Rhotomagensis*, *anno* 1199, *et in tabulis belli loci*, *anno* 1200. Poco despues se lee que fué su sucesor Ricardo. —S. B.

ROGERIO. Solo se sabe de este religioso que fué abad del monasterio de S. Lenfroi, en la diócesis de Evreux, en Normandía, que vivia el año 953, y escribió la vida de Bruno, arzobispo de Colonia, segun lo confirma Sigiberto en su crónica. — C.

ROGERIO. Llamóse á este monje benedictino el *Computista*. Fué inglés de nacion, y vivia el año 1360. Dejó las obras siguientes, por las que se ha conservado su nombre entre los escritores religiosos ingleses católicos: *Expositiones vocabulorum totius Bibliæ*; *Postillæ in Evangelia*. — C.

ROGERIO. Este eclesiástico húngaro fué canónigo de Varandin, y vivia en el siglo XIII, en el que fué testigo de los desastres que hicieron los tártaros en el reinado de Bela IV. En 1242 compuso un poema histórico sobre los expresados desastres, escrito que contiene 120 páginas en folio, y que se imprimió en 1483 y 1488 en Brim y en Ausburgo. Se ha colocado á este autor entre los escritores de la *Historia de Hungría* en el final de la crónica de Twhoroes, y se le ve particularmente en la que se imprimió en Viena de Austria en 1746, con el título: *Magistri Rogerii*, *hungari*, *varadiensis capituli canonici*, *miserabile Carmen*, *seu Historia super destructione regni Hungariæ temporibus Belæ IV regis per Tartaros facta*. Las memorias manuscritas de Mr. Gouget nos han provisto, dice Moreri, de estas noticias. —A. C.

ROGERIO ó Ruotgero, obispo de Tréveris, ocupó esta silla despues de la muerte de Ratbod en 915. En 921 tomó parte en el tratado de paz que hicieron en Bonn Cárlos el *Simple* y Enrique I sobre la Lorena. Al hablar de este tratado, dice Alberico des Trois Fontaines: «Que la iglesia de Tréveris, que con sus sufragáneos habia estado hasta entónces bajo el dominio de los reyes de Francia, fué cedida á los reyes de Germania.» Pero esto no puede admitirse sin reserva, pues aunque sea cierto que el obispado de Tréveris no

era aún del todo independiente del poder temporal, consta, sin embargo, que tenia ya dos privilegios, uno concedido en 902 á Ratbod por Luis, rey de Germania y de Lorena, que no era más que la ratificacion del concedido al arzobispo Wiomado por el rey Pipino, de estar exento de la jurisdiccion de todo juez secular, y otro del rey Cárlos el *Simple*, quien así que se vió dueño de la Lorena por la muerte del rey Luis, expidió un diploma en 913, en que determinó que la eleccion del arzobispo de Tréveris se hiciese en adelante por el clero y el pueblo, de lo que se infiere el error en que en parte al ménos cayó el historiador Alberico. En 927 celebró Rogerio un concilio provincial en Tréveris, siendo este el único hecho de su vida que nos es conocido, pues segun Mabillon murió al año siguiente, aunque no puede asegurarse si fué el 929 ó el 930. —S. B.

ROGERIO Anglico, trinitario inglés, tomó el hábito en el convento de Dulman, de donde despues de profeso, pasó á estudiar á París, graduándose allí de doctor en sagrada teología. Fué un varon de tanta elocuencia y saber, que era mirado como un prodigio por franceses, escoceses é irlandeses, no solo por su manera de decir en todos estos idiomas, sino tambien en el latin, cuya lengua llegó á poseer con una increible perfeccion. Despues de haber recorrido gran parte de Europa, volvió á establecerse en su provincia, fijando su residencia en el convento de Montidun, donde escribió la mayor parte de sus obras. Consagrado á estas tareas, le sorprendió la muerte en 8 de Enero de 1281, siendo sepultado en su monasterio, que parece se hallaba en el condado de Kant. Escribió las obras siguientes: 1.ª *In Evangel. D. Joan, lib. IV.* —2.ª *Epistol. Pauli, lib. XII.* —3.ª *De Incarnatione, lib. III.* —4.ª *De auxiliis, lib. V.* —5.ª *Sermones dominicales, lib. VIII.* —S. B.

ROGERIO de Anna (Fr.), religioso de la órden de Menores Capuchinos. Era italiano y natural de Sicilia. Despues de haber pasado una juventud borrascosa, arrepentido y desengañado de lo que daban de sí los falsos placeres mundanos, se decidió á tomar el hábito de capuchino por parecerle aquella religion de más austeridad que todas las demás, y la más conforme con sus propósitos de grande penitencia, en satisfaccion de la vida distraida y mundanal que hasta entónces habia llevado. Con tal resolucion y fielmente observada y llevada á cabo, fué en la religion un verdadero ejemplo y dechado de austeridad y devocion, cumpliendo exactamente con la regla en todas sus partes, observando rigurosos ayunos, disciplinas y mortificaciones, floreciendo en santidad, y siendo querido y respetado de todos sus hermanos. En sus últimos momentos y cercana ya su muerte, que se verificó en el año de 1550, envidioso el enemigo de las almas se salvase la de aquel siervo de Dios, que ya en otro tiempo la contaba por suya,

le acometió sugiriéndole una gravísima tentacion, queriéndole persuadir que Dios ya le tenia condenado de antemano por sus culpas pasadas, cometidas en el siglo. No es decible lo que sufrió en aquella triste situacion aquel bendito religioso, tan próximo á dar cuenta á Dios de todas sus acciones. Pero Cristo no quiso que su desconsuelo pasase adelante, y se le apareció con la cruz á cuestas diciéndole así: Rogerio deposita todos tus pecados en esta cruz, en que yo padecí muerte por los pecadores, y en ella hallarás la salud y la vida. Con tan favorable y celestial advertencia, el virtuoso Fr. Rogerio puso su completa confianza de esperanza y salvacion en la cruz de Cristo, y murió abrazándola santamente.—A. L.

ROGERIO Bachonitasio, religioso franciscano. Era en 1284 doctor de la universidad de Oxford, en la que se distinguió mucho por su erudicion en todas las ciencias. Despues de haber explicado durante algunos años con grande aplauso y gloria en aquella universidad y en la de París, escribió sobre los cuatro libros de las Sentencias, comentó los de la filosofía natural y moral de Aristóteles, formó un tratado de *Nigromanna*, un compendio de *Filosofía*, otro de *Pronósticos*, curso de las estrellas y órden de los cielos, y otro de la verdadera astronomía y de la perspectiva que comienza: *Hic aliqua sunt dicenda*, los cuales Fr. Gerónimo Esculo, general de la Orden, con licencia de muchos Padres mandó que no se leyesen, y los reprobó como escritos en que se encontraban algunas supersticiones. Estaba tambien muy versado en las lenguas griega y hebrea, y se distinguió tanto por su ingenio, que le llamaron en vida el milagro de su siglo. Se halla sepultado en el convento de S. Francisco de París.—S. B.

ROGERIO de Bewineys, religioso agustino, familiar de Urbano VI, que en sus últimos dias le nombró capellan apostólico á la sazon que se hallaban ambos en Parma en 1383. La vida de este religioso se halla en extremo unida con la del Pontífice á quien sirvió durante su larga carrera. Habíale conocido siendo aún arzobispo de Nápoles, y le siguió despues durante su pontificado, en que la Iglesia pasó por uno de los cismas más terribles que la han dividido. Rogerio vivió sin embargo constantemente fiel al Pontífice, que era su amigo y que le miraba como su favorito, sin que le apartasen de su lado, ni las amarguras de su situacion, ni los triunfos de su enemigo, ni las victorias que él mismo consiguió. Roberto habia asistido á la eleccion de Urbano, y estaba seguro de su legitimidad, no haciendo caso de lo que se dijo despues, de que siendo las tres cuartas partes de los cardenales franceses, aunque habian deseado elegir un pontífice de su nacion, las amenazas del pueblo, que sitiaba el cónclave y pedia un romano ó italiano al ménos, no le permitieron obrar conforme á sus deseos, pues no tardó en convencerse de que estos cardenales viendo que el Pontífice

no obraba conforme les convenia, valiéndose de este pretexto alegaron que su eleccion no habia sido libre, y procedieron á hacer otra contraria á las leyes canónicas, lo cual ocasionó un cisma que causó grandes males á la Iglesia en los cuarenta años de su duracion, siendo tan grande la confusion que reinaba que hasta los hombres más sabios ignoraban el partido que debian tomar. Urbano sin embargo, fué reconocido por la mayor parte de Alemania, Bohemia, Hungría é Inglaterra. Procuró atraer á su partido á la Francia, que era su verdadera rival, é hizo publicar en 1383 en Inglaterra, una cruzada contra esta potencia y contra los partidarios de su antagonista, mas no obtuvo ningun resultado, á pesar de los esfuerzos de todos sus amigos. Algunos cardenales tramaron despues una conspiracion contra él, pero habiéndola descubierto en Nocera, prendió á los conjurados, dándoles algun tiempo despues el merecido castigo. Entónces fué cuando estableció su corte en Perusa, donde premió la lealtad de Roberto y sus antiguos servicios, nombrándole capellan apostólico. Pero no sobrevivió mucho tiempo á esta decision, pues habiéndose negado á pasar á Roma, conforme se le instaba, tuvo que hacerlo temeroso de una sublevacion de las tropas que le rodeaban, y en el camino cayó del caballo, muriendo poco despues. Roberto le acompañó en sus últimos momentos, y no queriendo mezclarse en las contiendas que continuaron entre sus sucesores, se retiró á su país, donde se perdió su memoria por la confusion de los tiempos. — S. B.

ROGERIO DE CAEN, monje de Bec, era natural de la ciudad de la Normandía, de la que tomó el nombre con que le conoce la posteridad. En su juventud se retiró á Bec con uno de sus conciudadanos llamado Samuel, donde se consagró al servicio de Dios, bajo el hábito de S. Benito. Fué uno de esos ciento treinta y seis monjes, que fueron en diferentes tiempos á un mismo lugar á ponerse bajo la direccion del Bto. Helouino, buscando un asilo contra la corrupcion del mundo, y muchos de los cuales fueron elevados á las dignidades de arzobispos, obispos y abades. Las letras brillaban á la sazon en todo su esplendor en este monasterio. Rogerio las estudió como los demás, pero su inclinacion le llamó principalmente á la poesía, para lo que tenia más talento que la mayor parte de los versificadores de su época. S. Anselmo que le dirige una de sus cartas, le da el título de *Dom* que no se concedia entónces más que á los monjes de un mérito distinguido, ó constituidos en cargo ó dignidad. No parece por lo demás que haya desempeñado ninguno, sino quizá el de segundo prior, es decir, subprior de Bec, durante el gobierno del abad Anselmo. Rogerio florecia aún en 1090, y segun todas las probabilidades solo vivió cinco años más. En su tiempo hubo en Bec otro Rogerio, que fué despues abad de Lessay y con quien no debe confundírsele. Es tambien diferente de Rogerio de Bayeux, mon-

je y despues abad de Fecamp, á la muerte de Guillermo de Ros. Lo es igualmente de otro Rogerio, que aunque amigo de S. Anselmo, habla de él en dos de sus cartas como de una persona extraña á la abadía de Bec. Ningun bibliógrafo ha colocado hasta aquí á Rogerio de Caen entre los escritores. Hay, sin embargo, suficientes pruebas en las producciones de su pluma para merecerle este honor. 1.° El P. Mabillon le atribuye sin la menor dificultad el hermoso poema del *Desprecio del mundo*, impreso entre las obras de S. Anselmo en la edicion del año 1573. Pero aunque el P. Hugo Menard, y quizá tambien algunos otros, le hayan citado bajo el nombre de este arzobispo, todos los buenos críticos convienen hoy en que no le pertenece. El P. Gerlleron, último editor de este santo Padre, manifestó en la crítica que ha hecho de este poema que no le ha encontrado en ningun manuscrito con el nombre de S. Anselmo. Existe un pequeño elogio histórico suyo del Bto. Lanfranc en versos rimados, cuyo estilo es muy diferente del que se nota en el poema. Además no era aficionado á la versificacion, como se deduce del consejo que da á uno de sus sobrinos, exhortándole á escribir en prosa más bien que en verso. Este poema tiene el nombre de Bernardo, monje de Cluni, en un manuscrito de la abadía de Oudembourg. Pero no hay duda alguna que es un error del copista, que habiendo hallado el códice sin nombre de autor, y sabiendo que Bernardo habia escrito en verso sobre el mismo asunto, habia tomado de aquí ocasion para atribuirle al que suponia podia pertenecer. Hay, sin embargo, una diferencia muy notable entre ambos poemas. El de Bernardo se halla en verso heróico y dividido en tres libros; miéntras que el que es objeto de esta discusion, se halla en verso elegíaco y sin division. Además, la versificacion es mucho mejor que la del otro. En un manuscrito de Jumieje, donde tambien existe, el epígrafe le atribuye á un tal Claudiano, que le dirige á los monjes, siendo quizá este el verdadero nombre bajo que le ha dado á luz el autor, ya por modestia para ocultarse con este pseudónimo, ya para aumentar la autoridad de su códice, dándole el nombre de un poeta antiguo. Por último, el manuscrito de la abadía de Bec, que contiene el mismo poema, tiene el nombre de Rogerio de Caen, monje de Bec. Testimonio auténtico al que debe ceder otro cualquiera, tanto más cuando los otros son equívocos ó están evidentemente errados. No hay, pues, dificultad alguna en que este poema pertenezca á Rogerio de Caen. Basta leerle para reconocer la pluma de un monje que profesaba la regla de S. Benito, lo que confirma la opinion que le atribuyó á nuestro autor. Hay en este poema más de ochocientos versos elegíacos de los mejores de aquel siglo. El poeta al ocuparse de su asunto expone con tanta claridad como sencillez, y áun con uncion, los deberes de un monje, y los motivos que deben obligarle á cumplirlos.

Se halla al fin la respuesta del Bto. Lanfranc á ciertas dificultades, relativas á la profesion monástica. No conocemos más ediciones de esta poesia que las que se han hecho en la coleccion de las obras de S. Anselmo, arzobispo de Cantorbery. Se halla truncada y muy imperfecta en la edicion de Colonia de 1573, en que se imprimió por primera vez. Juan Picard, canónigo de S. Victor, dió el poema completo por un manuscrito de su monasterio en la edicion de S. Anselmo, que publicó en 1612. Fué reimpreso de la misma manera en todas las ediciones siguientes de este santo Padre.—2.° A continuacion del poema anterior, en todas estas ediciones desde la de 1612, hay otros dos pequeños poemas que el primer editor habia encontrado sin duda de esta manera en el manuscrito de S. Victor. El uno está en versos rimados y tiene tambien el título *Del desprecio del mundo*, aunque trata más expresamente de la nada y de las miserias del hombre. El otro, donde hay una laguna, está en versos elegíacos y se intitula: *No se debe amar más que á Dios, en quien se encuentran y de quien proceden toda clase de bienes*. El lugar que ocupaban en el manuscrito es una prueba de que pertenecen al autor del largo poema que los precede, siendo otra el aire de piedad y el carácter de la versificacion que reinan en todo él. 3.°—Barthio habla con grandes elogios de otro escrito, pero en prosa, titulado tambien: *Del desprecio del mundo*, y copia muchos lugares propios todos para sostener la ventajosa idea que da de él. Este crítico dice despues la que tenia él mismo, hasta nombrar al escrito un tratado divino y decorar á su autor con el título de santo. Habia sido impreso poco ántes, cuando hablaba de esta manera en 1624. Pero no advierte si se ha publicado aparte ó en alguna coleccion, y no dice tampoco ni el año ni el lugar de la edicion. De manera que no conocemos este hermoso tratado más que por lo que de él nos refiere el crítico. Es de una extension regular, puesto que cita el capítulo XIX del libro primero. En algunos manuscritos lleva el nombre apelativo de Philoteo, y en otros el nombre propio de Rogerio. Camden, autor inglés, ha procurado hacer tambien inglés al autor de este tratado. Pero las razones que emplea y que da por concluyentes, no lo parecen á Barthio. Nadie ignora que los autores ingleses aprovechan la menor probabilidad para creerse con derecho de reivindicar para su nacion muchos escritores que no la han pertenecido nunca. Si no hay pruebas positivas de que el autor que ha prestado su pluma al tratado de que aquí se trata, es el mismo Roberto de Caen, monje de Bec, no puede al ménos negarse razonablemente que todas las probabilidades estan en favor suyo. Las principales circunstancias lo anuncian así. Este autor se llama Rogerio, y parece haber tomado originalmente el nombre de Philoteo, sin duda por modestia para no ser conocido. Se ha visto que Rogerio de Caen habia obrado de la mis-

ma manera con su poema más extenso, publicándole bajo el nombre supuesto de Claudiano. El tratado del autor en cuestion habla del desprecio del mundo y lleva este título, que es tambien el título y el asunto de los dos poemas de Rogerio de Caen. El autor del tratado en prosa tenia el talento de escribir bien y de escribir con uncion. Rogerio de Caen reunia en sí ambos talentos, como ya se ha demostrado. —S. B.

ROGERIO DE CASTROPETRA, religioso agustino, citado con encomio por diferentes autores, ya por las dignidades que llegó á desempeñar, ora por sus talentos y virtudes. Era natural de la ciudad que indica su apellido, y desde su juventud manifestó las grandes cualidades con que la gracia habia adornado su alma. Modesto, entendido, aplicado y piadoso, para él no habia otras diversiones ni placeres que los que se dirigian al culto del Señor, á que consagraba todo el tiempo que le dejaban libre sus estudios. Puede decirse que vivia en la iglesia, manifestando en su tierna aficion los frutos que andando el tiempo podria producir en su corazon. En efecto, cuando ya más adelantado en su carrera habia dado evidentes muestras de que algun dia llegaria á sentarse entre los varones más doctos y piadosos, no vaciló para seguir este instinto de su alma en abrazar la profesion religiosa, tomando el hábito de los ermitaños de S. Agustin; la órden religiosa quizá que alcanzaba mayor fama en el siglo XIV en que floreció este ilustre agustino. Desde el instante en que comenzó á vivir en comunidad, se apresuró á cumplir con todos los deberes y prácticas que le imponia la observancia regular, no faltando á ninguna, ántes bien excediéndose en todas á los demás colegas suyos, y procurando imitar á los más provectos y avanzados en el camino de la perfeccion. Con tan buenos auspicios hizo en breve los más rápidos adelantos, y fué apreciado por todos por sus buenas costumbres é intachable virtud. No se distinguió ménos por sus estudios, y las ciencias más difíciles para el vulgo de los hombres, y las verdades más desconocidas, aparecieron á sus ojos como si se hubiese rasgado para él el velo que las ocultaba á la vista de los demás. Comenzaron desde entónces á adelantarle en su carrera, y apénas hubo profesado, se le colocó en los puestos más notables, y en que mejor pudiesen brillar su capacidad y buenas disposiciones. Pero llamado á Roma por el pontífice Bonifacio IX, permaneció á su lado, ora en esta ciudad, ya en Aviñon, sirviéndole en los asuntos y consultas más graves y delicadas, hasta que este Papa, reconocido á sus buenos servicios, le nombró obispo de Venafro en 1396. Pasó entónces al gobierno de su iglesia, de que se ocupó por espacio de doce años, procurando manifestarse en todo un bueno y generoso pastor. Trabajó en corregir las costumbres, en mejorar la suerte de los desgraciados que á causa de las revueltas de los tiempos vivian en la indigencia y desnudez, y consiguió, en una pa-

labra, ser todo para todos, dejando una justa y bien adquirida reputacion á su muerte, acaecida en 1408, con gran sentimiento del clero y pueblo de su diócesis. —S. B.

ROGERIO DE CHESTER, monje benedictino, natural de Inglaterra, que vivia el año 1340, del que solo se sabe escribió una obra titulada: *Polycratica temporum;* la cual dividió en siete libros, segun nos dice Moreri en su *Gran Diccionario histórico geográfico.* — A. C.

ROGERIO CONNOVIUS, llamado así del nombre de su país, fué fraile de la órden de S. Francisco, en Inglaterra, y doctor de la universidad de Oxford. Escribió, segun Pitseus, en sus *Escritores ingleses*, contra Ricardo, arzobispo de Armagh, y murió el año 1360. —A. C.

ROGERIO DEES *(El Leproso)*, trinitario. Fué natural de Inglaterra, ignórase de qué punto, y muy grande amigo de Juan Anglico y de Guillermo Scoto, santos varones que con Rogerio debian ser un dia firmes columnas y bello ornato de la religion trinitaria. Era en su tiempo la universidad de París uno de los mayores y más celebrados puntos de la comun ilustracion, y á ella acudian de todas partes de Europa los jóvenes que deseaban iniciarse en los misterios de la ciencia. A ella acudieron los tres amigos, adelantando tanto en los estudios, que los tres lograron obtener el grado de doctores en teología, porque los tres se inclinaban al estado eclesiástico, aunque Dios no les habia marcado todavía la senda que habian de seguir, ni su vocacion, por lo tanto, se hallaba convenientemente fijada. El doctor Rogerio, como generalmente acontece á todos los hombres sabios y estudiosos, era de genio tétrico, silencioso y poco comunicativo. Vivia retirado en el silencio de su estudio, y habíase declarado acérrimo contrario de todas las novedades que en política y religion pretendian introducirse. Cuando el bendito Juan de Mata, fundador de la órden de la Santísima Trinidad, llegó á París con objeto de extender la institucion, los dos doctores Juan y Guillermo se sintieron tan arrastrados por la vista y elocuencia del Santo, ó mejor y más propiamente dicho, tan tocados de la divina gracia, que resolvieron abandonar el mundo para seguir á Dios en compañía del ilustre fundador. Pero como eran tan íntimos amigos de Rogerio, y por lo comun no daban un solo paso, ni tomaban determinacion sin consultarle, fuéronle á decir lo que pensaban, enterándole de la llegada de Juan de Mata, de la institucion de la Orden, y hasta de la forma y color del hábito que vestia. El tétrico doctor, á cuya noticia habia llegado la ejemplar vida que S. Juan hacia en su retiro, siguiendo su costumbre de reprobar todo género de novedades, dijo á sus amigos: Siempre tuve por sabio y santo varon al doctor Mata; pero paréceme algun tanto de liviandad el abandonar el retiro de su desierto y venirse á la corte con las pretensiones que decís. Respecto á las revelaciones y vi-

siones que me referís, aunque no niego que Dios nuestro Señor puede hacerlas y permitirlas, en la presente ocasion tengo las del doctor Mata por invenciones suyas ó puerilidades del vulgo, admirándome mucho de que á ellas den asenso hombres tan doctos y tan juiciosos como sois. Dichas estas palabras, dictadas, más bien que por malicia, por la fuerza irresistible de su adusta condicion, sintió inmediatamente sobre sí la poderosa mano divina, cubriéndosele todo el cuerpo de asquerosa lepra, no de otra manera como sucedió á María la hermana de Moises, cuando imprudente murmuró del caudillo del pueblo escogido. Conoció al punto en su buen juicio, que aquella repentina enfermedad era castigo del cielo, y arrepentido de su temeridad y derramando abundantes lágrimas, exclamó á grandes voces: «Justamente me castiga el omnipotente Dios, pues indiscreto y osado me he atrevido á blasfemar de este nuevo Redentor.» No limitó el arrepentimiento á la confesion de la culpa y á venerar sumiso los altos é inescrutables juicios de Dios, sino que más tocado aún que sus compañeros de la divina gracia, y en union de ellos, que habian sido testigos del portentoso suceso, salió de su casa y fuése en busca del santo Patriarca, á cuyas plantas se arrojó, pidiéndole, en nombre de Dios, misericordia, y acompañando sus ruegos con las fervorosas lágrimas que vertia. Resuelto ya á abandonar el mundo y á seguir en un todo los pasos del gran Santo, de cuya virtud habia temerariamente dudado, le pidió se dignára concederle el hábito de su nueva Orden, vistiéndosele al mismo tiempo que á los que hasta entónces habian sido sus inseparables compañeros. Oyó el Santo admirado las razones del doctor Rogerio, de quien en tiempos anteriores habia sido muy conocido, y á fin de que en todo resaltase más la divina bondad y la superior justicia, dijo al afligido penitente: «Dos partes, contiene vuestra súplica, y es justo que á las dos os conteste. En primer lugar me pedis disculpe la ofensa que me habeis hecho, dudando de la veracidad de los favores y gracias con que el Señor se digna honrarme. Este perdon no tengo yo que concedérosle, porque en nada me habeis ofendido; pues siendo, como soy, el más málo y el más ruin de todos los mortales, cada uno de mis hermanos tiene derecho para acusarme, dudar de mí, y creer que soy un infame embaucador, teniendo yo, en cambio de este derecho, la facultad de perdonar las injurias que me infieren. Respecto á la segunda parte, ó sea á la peticion que me haceis del hábito de mi Orden, os diré que no es negocio para de pronto resolverle, pues siendo asunto de por toda la vida y que algun dia pudierais arrepentiros de haberle abrazado, requiere mucha circunspeccion, es preciso que se medite mucho sobre ello. Remita, pues, el logro de su intento á la decision de la voluntad divina; consúltelo con el Señor en sus oraciones, y pídale que con su luz superior esclarezca vuestra inteligencia, para que conozcais si es verdadera la

vocacion que sentis, y no temais cosa alguna. Si esta proviene de lo alto, el Señor os concederá y facilitará indudablemente el logro de tan buen intento. Aunque el Patriarca no ignoraba que la vocacion de Rogerio era efectiva y verdadera, por habérselo así manifestado el cielo por medio de la revelacion, suspendió el concederle lo que pedia, obedeciendo á superior y oculta providencia, para enseñar á los prelados sus sucesores, que no se fien de los raptos de entusiasmo, y consideren que en muchos el fervor é insistencia con que piden el hábito, son llamaradas que al primer viento se enfrian, debiendo, por esta razon, ántes de todo, asegurarse de la perseverancia y firmeza de los pretendientes, pues estas señales, juntas á las instancias contínuas y á la bondad de costumbres, suelen ser los mejores indicios que pueden guiar el humano juicio para la seguridad de la prueba definitiva y segura. Tuvieron con semejante motivo los tres amigos, Juan, Guillermo y Rogerio, una larga conferencia; y como habia prendido con igual fuerza en sus almas el fuego del divino amor, ni la perseverancia faltó un momento, ni la vocacion fué desmentida. Presentándose de nuevo al Santo fundador y reiterada la súplica, éste, despues de enumerarles las privaciones, trabajos y penalidades que en la vida de religiosos les estaban reservadas, y viendo cuán inmutable era su resolucion, admitióles como miembros del santo y benéfico instituto, vistiéndoles el sagrado é ilustre hábito de la Santísima Trinidad. Tuvo efecto la solemne ceremonia en la capilla del Obispo de París, fabricada en el convento de S. Victor, en presencia de un numeroso concurso, convocado allí no solo por la fama del Santo y la reputacion de los tres sabios doctores, que abandonaban el mundo, donde tanto aplauso y consideracion merecian, sino llamado por la divina disposicion del Altísimo, que deseaba manifestar su omnipotencia y la predileccion con que á su siervo miraba, con la realizacion de un sorprendente prodigio. Apénas hubo Juan de Mata colocado el hábito sobre el cuerpo de Rogerio, pidiendo á Dios se dignára derramar sobre aquel nuevo hijo suyo todo el tesoro de sus gracias y beneficios, así espirituales como corporales, instantáneamente se cayó de su cuerpo la inmunda lepra que le cubria, quedando limpio como cumplia al que iba á servir en los altares de la purísima fe y la inmaculada religion. Este inaudito portento, obrado por el Señor tan á los principios de la fundacion, así para manifestar la eficaz gracia del instituto trinitario, como para demostrar y acreditar la virtud heróica de S. Juan de Mata, su predilecto siervo, movió la devocion de muchos, que abandonaron espontáneamente el mundo para ingresar en la Orden que bajo tan felices auspicios se inauguraba. Rogerio y sus dos inseparables amigos, segun en sus respectivos artículos biográficos se refiere, tuvieron la dicha de vivir casi siempre juntos, hasta edad muy avanzada, conociendo y admirando los pro-

gresos de la religion trinitaria, al mismo tiempo que tomando una parte muy activa en todos los grandes negocios de ella, contribuyendo con las luces de su sabiduría al mejor régimen y prosperidad de las nuevas fundaciones que cada dia fueron extendiéndose por los ámbitos de la cristiandad. Rogerio Dees, semejante á Tomás Didimo, á quien el Señor, por lo mismo que habia dudado de él, quiso tenerle siempre á su lado los dias que permaneciera en el mundo despues de la resurrecion, estuvo casi constantemente al lado del bendito fundador, para que por oculta providencia sin duda, tuviera siempre delante de los ojos aquel sublime ejemplo de virtud y de santidad. Murió Roberto como habia vivido desde que abrazára el estado religioso, virtuoso y penitente, mereciendo que su Orden le considerase como uno de sus santos, aunque no consta que la autoridad pontificia le declarase como tal, ni permitiera el libre culto á su memoria, que á todos los santos canonizados se tributa. — M. B.

ROGERIO Filcoco (P.), religioso de la Compañía de Jesus. Era inglés, y aunque seglar, cristiano católico, inalterable é invencible, ayudó cuanto pudo, y confortó por mucho tiempo á los católicos de Inglaterra, y allí mismo fué recibido en la Compañía de Jesus, con el mayor entusiasmo, atendiendo á su religiosidad, constancia y firmeza en sostener la fe católica; pero á muy poco tiempo fué preso, por el mayor delito segun los herejes, que era el ser sacerdote y jesuita, cualidades que el siervo de Dios confesó ingénuamente, manifestando cuánto le honraban, por cuya contestacion, ensañados sus crueles enemigos, fué condenado al último suplicio, y martirizado con la muerte comun de horca y despues descuartizado. Subió su alma gloriosa al cielo el 22 ó 27 de Febrero del año de 1601. — A. L.

ROGERIO Girard (P. Mtro.), religioso agustino, natural de París. En 7 de Marzo de 1780 era ya maestro de su Orden, y vicario electo del convento de París. Fué uno de los fundadores en 1743 del convento de Brieux, aunque algunos autores no le cuentan en este número, suponiendo que era aún novicio. En 25 de Abril de 1600 se le concedió licencia por el general para ser confesor de la familia Real de Francia, y en 1.° de Junio de 1602 se le concedió permiso para obtener beneficios fuera de la Orden en obsequio á la reina de Francia. En 5 de Enero de 1613 se le llama confesor de esta señora, y en Mayo del mismo año, vicario y visitador general del convento de París: fué un varon distinguido por la prudencia, integridad y probidad de su vida. En 25 de Noviembre era tambien prior de la casa de Morillac. Ignórase la fecha de su muerte, pero se sabe que vivia aún en 1620, siendole exigido por los parisienses que formase parte de su comunidad, de la que sin duda se habia separado. — S. B.

ROGERIO Glacton ó Glaston, agustino inglés, natural del condado de

Hungtington: pertenecia á una familia noble y antigua, y pasó sus primeros años consagrado á los empleos políticos, pero desengañado al fin de la vanidad de las cosas humanas, abandonó el siglo, retirándose al claustro deseoso de encontrar una tranquilidad y sosiego que estaba negada á los demás mortales si no seguian su mismo camino. Profesó, dice la crónica, ya en edad madura, y fué un varon célebre por su santa vida y notable doctrina, y muy versado en la literatura. En efecto, el piadoso Rogerio, que solo deseaba hallar una dicha á que siempre habia aspirado sin poder encontrarla jamás, desde el instante en que tomó el hábito solo pensó en consagrarse á prácticas de piedad y penitencia, pasando el dia en la oracion y la noche en obras caritativas y propias de su profesion. Sin embargo, sus talentos y conocimientos no le dejaron gozar por mucho tiempo de la apetecida paz, pues habiéndose distinguido mucho en la teología, y obtenido el grado de doctor por la universidad de Cambridge, hubo de consagrarse á la enseñanza, en que continuó por algunos años con grande aplauso de toda Inglaterra, donde pasaba por uno de los más eminentes profesores de esta difícil facultad. Su Orden al mismo tiempo deseosa de aprovechar sus conocimientes y experiencia, le eligió su provincial, puesto el más elevado que podia ofrecerle, y á cuya eleccion correspondió reuniendo diferentes capítulos generales y prestando otros servicios, ora en la enseñanza, ya en el fomenlo y los progresos de su religion. Por último, Roberto, obispo de Sarisbury que necesitaba á su lado una persona práctica en los negocios y de su entera confianza para despacharlos, llamó á su lado á Rogerio, quien manifestó era acreedor á la confianza que en él habia depositado. Pero en lo que principalmente se distinguió este religioso fué en su vida ejemplar y santas costumbres, no habiendo ejercicio de penitencia que no abrazase con el mayor celo, que no hiciese con alegría y placer, en que no se esmerase con esa ilusion propia de los verdaderos devotos. Rogerio murió, por último, en opinion de santidad en el convento de Hungtington y fué sepultado entre sus hermanos, los que veneraron por largo tiempo su memoria. Habia escrito diferentes obras, en estilo puro y agradable, segun dice la crónica, pero de las que no se conocen ni siquiera los títulos, siendo en extremo sensible, pues la celebridad que obtuvo este religioso en su época, indica que era un varon de verdadero mérito, y sus trabajos por lo tanto deben ser muy interesantes, no solo para la historia bibliógrafica, sino tambien para la literaria de su siglo. — S. B.

ROGERIO Graimo (Fr.), trinitario y obispo de Bangor. Fué natural de Escocia, descendiente de noble sangre y el cuadragésimo primero obispo que tuvo la religion trinitaria. Tomó el hábito de la mencionada Orden en el convento de Aberdeen, y pasó á estudiar á la universidad de Oxford, sa-

liendo notable y fecundísimo predicador. Desempeñó los cargos de provincial en Escocia y en Dania, y por la buena fama de sus aciertos, el sumo pontífice Clemente V le creó obispo Bangoriense en Inglaterra, cuya silla gobernó con toda la prudencia y celo que prometian sus buenos antecedentes. Murió el dia 16 de Diciembre del año 1337, dejando fama de santo pastor y de prudentísimo príncipe de la iglesia. Su cuerpo fué enterrado en su catedral en un magnífico sepulcro. Dejó escritas las siguientes obras: *Sobre el Apocalipsis de S. Juan*, once libros. — *Sobre el maestro de las Sentencias*, ocho. — *Sobre la Epístola de S. Pablo á los Filipenses*, cuatro libros. — M. B.

ROGERIO JUVENIS (P. Mtro.), religioso agustino, natural de la ciudad de Brujas é hijo de aquel convento, varon benemérito de la ilustre religion agustiniana, que gobernó y fomentó en tiempos harto aciagos la provincia de Colonia, ilustrándola maravillosamente con su doctrina y ejemplos. Es diferente de otro Rogerio, coetáneo suyo ó poco más antiguo, de quien se hace mencion en los archivos, y es digno por sus méritos y virtudes de que refiramos su vida segun se halla en los registros y epístolas en el archivo romano, de donde la ha tomado el P. Herrera. En 1531 era maestro en sagrada teología, y terminado el trienio del provincialato de Juan Unxio fué designado presidente del capítulo provincial de Colonia. Posteriormente, en el sínodo celebrado en el convento de Angers, en la diócesis de Cambrai, que presidió el Maestro Juan Bels, fué elegido provincial, y provincial en Octubre del mismo año, siendo reelecto y confirmado por segunda vez en 21 de Febrero de 1536. En 1534 remitió sus obras al convento de su Orden en Colonia, segun se deduce de lo que le escribia Seripando en 4 de Febrero: *Gratissimæ nobis fuerunt nuper redditæ tuæ litteræ, ex quibus accepimus conventum Coloniensem tua opera Ordinis restitutum, provinciamque istam passim instaurari, at indices confirmari atque amplificari magis.* El capítulo reunido en 1541 en el convento de Metz de la diócesis de Cambrai, presidido por el Maestro Guillermo Borremaus, le reeligió provincial, y en 26 de Setiembre del año 1542 fué invitado por el general Seripando para que sostuviese en Roma algunos actos públicos durante el capítulo general. Parece que Rogerio se distinguia mucho por sus conocimientos teológicos, puesto que fué invitado á manifestarlos en público, pero no brillaba ménos por su santa humildad, así es que quiso renunciar el provincialato que de nuevo se le ofrecia; mas el general Seripando le envió con este cargo á su provincia de Brujas en 12 de Setiembre de 1543, cargo que dejó de desempeñar en Mayo de 1547, siendo esta la décimasexta vez que habia obtenido provincialatos en su Orden. Deseaba ya retirarse de los honores en que habia estado ocupado la mayor parte de su vida, pero Se-

ripando le eligió en 10 de Mayo del citado año 1547 visitador y vicario general del convento de París y de toda la provincia. Marchó Rogerio á ejercer su nuevo cargo, y apénas habia llegado á la capital de Francia, cuando fué elegido prior de aquella casa por los Padres parisienses, y confirmada su eleccion por el prior general en 8 de Junio de 1548; mas duró poco tiempo en este cargo, pues en 21 del mes siguiente fué elegido provincial de la provincia de Colonia en el sínodo celebrado en el convento de Dordrech, presidido por Iodoco Ringout, miéntras el rey de Francia le expulsaba de París, con especiosas razones, prohibiéndole ejercer prelacía alguna en sus dominios. Marchó pues á Colonia, aunque deseoso de renunciar unos cargos que llevaba desempeñando por cerca de veintiun años; pero muy contra su voluntad, en el capítulo celebrado en 18 de Enero de 1555, fué nombrado presidente y se le encomendó la reedificacion del convento de Amberes: quiso abdicar en 1558, y se excusó con el general en una carta de 1.° de Junio, manifestando que no podria hacerlo dignamente atendida su avanzada edad; el general, sin embargo, volvió á nombrarle vicario general de la provincia de Colonia, puesto que ocupó por espacio de cinco años, hasta que en 28 de Enero de 1568, reunido el capítulo general, dimitió nuevamente. Lleno de años y de servicios, vivió todavía hasta 1577, en que falleció en el convento de PP. Predicadores, donde fué enterrado. Algunos autores suponen asistió al concilio de Trento en 1551, mas parece no llegó á verificarlo, porque aunque los reyes Felipe y María le invitaron á aceptar este cargo por medio del obispo de Tournai, parece le rehusó con grande humildad y modestia. El epitafio que se lee sobre su sepultura en el convento de Brujas, es el siguiente:

Fr. Rogerius Juvenis, Doctor Theologus Parisinus prior olim provincialis Coloniæ, et huyus domus, dum vivendi finem fecit, huic substernitur Sarcophagos.

S. B.

ROGERIO DE KARENESBURGO (Fr.). Fué natural de Inglaterra, no consta de qué punto, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Karenesburgo, de donde le quedó el sobrenombre. Estudió en la universidad de Oxford, y luego que hubo concluido sus estudios y obtenido el grado de doctor, se retiró á su convento, determinado á vivir en el sosiego y resuelto á no aceptar oficio alguno, porque era varon de corto ánimo, muy dado á la oracion y mortificacion, y sin tener más diversion que los trabajos de la

pluma. Como desde su entrada en el noviciado habia profesado suma devocion al glorioso S. Roberto de Karenesburgo, hijo de aquella ilustre casa, quiso dedicarle las primicias de su talento, y al efecto escribió su admirable vida en nueve sermones, que fueron predicados en la solemne novena de su festividad. Del convento de Karenesburgo pasó, sin que se sepa la causa, al de Tellefourd, donde murió á 4 de Mayo del año 1295. Algunos biógrafos de la Orden dicen que habiendo tenido durante su inculpable vida una tierna y profunda devocion al bendito S. Roberto, éste se le apareció á la hora de la muerte para recoger su alma y llevarla triunfante al cielo, por cuya piadosa creencia su cuerpo fué venerado por mucho tiempo como el de un santo. Dejó escritas las siguientes obras: *Vida de S. Roberto confesor, de la Orden de la Santísima Trinidad*, un libro.—*De los auxilios de la Divina gracia*, cuatro libros.—*De ángeles*, dos libros.—*Sobre el Maestro de las sentencias*, ocho libros.—*De la vida y pasion de Cristo*, dos libros.—M. B.

ROGERIO DE KARENESBURGO (Fr.), trinitario y obispo de Roosens. Fué este ilustrísimo religioso el trigésimo octavo obispo, que contó la religion Trinitaria despues de su introduccion en la Gran Bretaña. Nació en Inglaterra y tomó el hábito en el convento de Karenesburgo, desde el cual, vista su docilidad é ingenio, fué enviado á estudiar á la universidad de París, en donde aprendió las sagradas letras y fué graduado de doctor. Vuelto á su patria, consagróse al ejercicio del púlpito, y habiendo descubierto en él altas prendas y notando que los pueblos le seguian deseosos del bien de sus almas, empezó á difundirse tanto la fama de su nombre, que el sumo pontífice Bonifacio VIII le envió en calidad de misionero á Inglaterra y Escocia, haciendo en todas sus poblaciones gran recoleccion de abundantes frutos para el cielo. Noticioso el mencionado Sumo Pontífice de los buenos servicios que prestaba á la causa de la religion y de la humanidad, le creó obispo rosense en el año 1295. No disfrutó mucho tiempo aquella dignidad, pues falleció el dia 8 de Julio de 1302, habiéndose portado en su elevada categoría con tanta sencillez como cuando era un simple religioso; pues llevando su humildad hasta el extremo, mandó en su testamento que le enterrasen á la puerta de su iglesia, á fin de ser allí pisado de todos los transeuntes. Dejó escritas las siguientes obras: *Modo de practicar las misiones*, un libro.—*De la predicacion evangélica*, un libro.—*Sobre el profeta Jeremías*, tres libros.—*Sobre el profeta Oseas*, cuatro libros.—M. B.

ROGERIO DE LEUVES (Fr.). Religioso de la órden seráfica de Menores. Fué varon apostólico y grande y fervoroso predicador. En aquel tiempo, por los años de 1234, viendo el pontífice Gregorio IX el ardiente celo con que trabajaban á favor de la Iglesia los nuevos obreros de la religion de los Me-

nores, los destinó á varios países de infieles para que predicasen la fe católica, y levantasen victorioso el estandarte de la Cruz. Uno de los más zelosos y de los primeros de que se valió, conociendo sus recomendables prendas y elocuencia, fué de Fr. Rogerio, enviado á la mision de Egipto, donde con su poderosa palabra y ejemplo consiguió admirables frutos, favoreciéndole el Señor con el don de milagros, que contribuyeron á su gran crédito y prestigio. Entre varios refiere uno Paris en sus *Anales*, obrado por el minorita Fr. Rogerio de Leuves, con las siguientes palabras: «Predicaba un domingo, promulgando la cruzada, y una mujer, que hacia tres años que estaba impedida en una cama, sin poder moverse por sí sola; temerosa de las censuras que se promulgaban contra los que con desprecio dejaban de asistir á los sermones, se valió de un vecino suyo para que la llevase á la iglesia, pagándole bien su trabajo. La vehemencia de los dolores obligaban á la triste mujer á exhalar fuertes suspiros durante el sermon, de tal manera que llamó la atencion, y no pudo dejar de repararlo el predicador compadecido. Terminado el sermon, se llegó á la mujer y la dijo: Señora, qué tiene, á qué ha venido al sermon, inquietando con sus quejas al auditorio?—Padre, respondió, temerosa de la excomunion, no quise faltar aunque con tanto trabajo.—¿Pues váyase con Dios, señora, váyase á su casa, decia el predicador, pues con necesidad tan legítima no estaba obligada á la asistencia.—Entónces la asió del brazo para que se levantase y se fuese, ignorando estuviese baldada; pero el que la condujo se lo advirtió, diciendo que él se la llevaria, y que la pobre estaba paralítica hacia tres años, y que en todo aquel tiempo, no se habia podido levantar de la cama. Lastimado Fr. Rogerio de aquel gran trabajo, la volvió á dirigir la palabra diciéndola: ¿Y crees que Dios es poderoso para darte la salud que te falta?—Sí, padre, le contestó.—Pues ten confianza, y el Señor omnipotente, en quien tienes puesta la fe, te sane.—La mujer hizo algunos esfuerzos para levantarse, y en aquel momento empezaron á estallar todos los huesos de su cuerpo, como si se la hicieran pedazos, y á vista y con grande admiracion de los circunstantes, se levantó sana y robusta, como si jamás hubiese tenido mal alguno, y se volvió por su pie á su casa, dando gracias al Señor, admirable en sus siervos.»—A. L.

ROGERIO DE LEWEL, religioso agustino. Nació en Inglaterra segun todas las probabilidades, y fué tan ilustre por sus conocimientos como por sus virtudes; alábanle todas las crónicas de su Orden, y parece lo merecia por su saber y los elevados empleos que desempeñó. Profesor de Sagrada Escritura durante un largo período, no solo enseñó en su patria, sino tambien en Italia, donde le trasladaron sus superiores, deseosos de aumentar el prestigio y esplendor de la religion agustiniana. Sus lecciones fueron concurridas, no solo por los agustinos compañeros suyos, sino tambien por otras muchas perso-

nas de todas las clases de la sociedad que, ávidas de saber, concurrieron á beber en la misma fuente los sanos principios de las doctrinas evangélicas. Por desgracia tenemos pocos pormenores de su método de enseñanza. Los eruditos modernos han supuesto que en los siglos medios se dirigia la palabra á los discípulos en la forma oratoria que se hace hoy por algunos catedráticos, y que estos discursos, lo mismo que en la actualidad, atraian á la multitud, deseosa de fuertes emociones más bien que de verdadera ciencia. Pero nosotros con otras noticias, que tal vez algun dia y en escritos de otra índole demos al público, creemos que la enseñanza se daba entónces parcial ó totalmente al dictado, y que los discípulos, harto pobres para hacerse por sí mismos con manuscritos que se vendian á un precio excesivo, los formaban con ayuda de las explicaciones del maestro, no en pequeños extractos, sino en obras formales y con toda la extension que requeria la ciencia. Hay de esto millares de ejemplos en códices que se conservan todavía, que se han atribuido á personas que jamás fueron sus autores, ó que por el contrario se les ha supuesto meros copistas, cuando eran estudiantes que los hacian para su uso particular. A no ser así, lo incompletos y mutilados que son algunos, las variantes que se observan entre los que se atribuyen á un mismo autor, no tendrian explicacion satisfactoria, pues era difícil que un amanuense se tomase licencias de tal importancia. Lo mismo sucede con los comentarios, tan numerosos en aquella época y en la nuestra. Tambien se atribuye á Lewel un escrito de esta clase, sobre el *libro de la Sabiduría*, cuyo original parece se custodiaba en Roma en la *Biblioteca Angélica*, en un pergamino de caractéres antiguos, cuya fecha no se asegura, pues aunque se supone que este religioso floreció en 1448, parece que del carácter de las letras de sus escritos se deduce que pertenece á una época muy anterior. — S. B.

ROGERIO DE LA MARCA (Beato Fr.), religioso de la órden de S. Francisco. Este bienaventurado siervo de Dios fué italiano de nacion, y uno de los primeros discípulos del glorioso patriarca S. Francisco, que copió con la mayor exactitud las virtudes de tan gran maestro, y muy singular en el desprecio que siempre manifestó á las vanidades y halagos del mundo. Para atender á las precisas necesidades de la vida, usaba lo meramente indispensable, con tal escasez, que nunca se le conoció más que un solo hábito humilde, gresero y remendado, sin más ropa blanca que la que exigia la honestidad; igualmente celoso en la observancia de la santa pobreza, y uno de los más prudentes religiosos que en los disturbios que produjo Fr. Elías con la introduccion de innovaciones y abusos, se sacrificó, sumamente resuelto á padecer por la justicia; tambien fué muy afecto á la frecuente oracion, subiendo al eminente grado de la contemplacion, en la que adquirió singu-

lares ilustraciones del Espíritu Santo, comunicándole el don profético por el que predijo muchos sucesos futuros. Entre las muchas virtudes que le hicieron ejemplar é ilustre en la religion, poseia en grado heróico las de la humildad y paciencia, sirviéndole una y otra de escudo impenetrable á los amagos y asaltos de la vanidad, para que en medio de los aplausos y aclamaciones que excitaban sus grandes prendas hallase mortificacion, evitando el peligro. Estas dos virtudes, producto de su inmensa caridad, formaban las delicias de su religioso espíritu. Como muy humilde, se sometia á todos con el mayor rendimiento, y tuvo lugar en muchas ocasiones de ejercitar su paciencia con los desabrimientos que naturalmente produce la sujecion. De la paciencia se valió como del medio más acomodado para el uso y ejercicio de las demás virtudes, sirviéndole al mismo tiempo de recomendacion al Señor, cumpliendo sus deseos que le otorgaba eficazmente, atendiendo á sus fervorosos ruegos y oraciones. Con la misma, y el continuo ejercicio de penitencias con silicios, ayunos y rigurosas disciplinas, labró la corona á que era acreedora su admirable constancia, haciendo que la carne fuese esclava del espíritu, sirviéndole de norte de su inocente vida, teniéndola por pauta de todas sus operaciones, lo que le proporcionó la palma y ciñó la corona de una santidad admirable. Murió este santo siervo de Dios en Todi, ciudad de Italia, donde se halla sepultado. La fama de sus virtudes y santidad fué tan universal y unánime, que movió al pontífice Gregorio IX á que le declarase por santo, concediendo á la ciudad de Todi le consagrase culto público y celebrase fiesta anual. Pero á pesar de todo, se duda el que Gregorio IX concediese dicho indulto por rescripto apostólico, sospechándose fuese solamente concesion *vivæ vocis oraculo*. De cualquier modo que fuese, aunque se empezó á celebrar su fiesta con el mayor fervor, se fué entibiando con el tiempo, hasta que Angelo Cesio, obispo de aquella ciudad, renovó esta fiesta, y la aseguró en su iglesia con bula apostólica, obtenida con el informe de la tradicion y gran fama de su santidad, confirmada con muchos milagros. Bernardo de Besa, compañero del seráfico doctor S. Buenaventura, en su crónica manuscrita, refiere muchos de ellos que estan solemnemente comprobados por comision apostólica, como indicios seguros de su santidad. Además de los cronistas de la Orden, escriben de la vida y virtudes del Bto. Rogerio, Phelipo Ferrariense en el *Catálogo de los Santos de Italia;* Juan Bautista Possevino, en el de los *Santos de la Iglesia de Todi;* Juan Molano, el cual en las adiciones al martirologio de Usuardo, dice: *Tuderti in Tuscia, Sancti Rogerii confessoris Ordinis Minorum, cujus memoria ibidem celebratur consensu Gregorii Noni.*—A. L.

ROGERIO DES MOULINS, gran maestre de los Hospitalarios de S. Juan de Jerusalen. A la muerte de Joubert, que murió de hambre en un calabozo

donde le tenian prisionero los musulmanes, sus vencedores, fué elegido Rogerio para reemplazarle en una época en que las armas siempre vencedoras de Saladino iban á conquistar bien pronto á Jerusalen y á obligar á Lusiñan á una renuncia forzosa del título de rey. Algunos escritores han cometido con este motivo un doble error, le hacen gran maestre de los Templarios, y sucesor de Gerardo de Rochefort, prisionero en la batalla de Tiberiade, que ganó Saladino á los cristianos en 2 de Julio de 1187. Rogerio des Moulins fué gran maestre de los Hospitalarios y no de los Templarios; habia muerto ya cuando Tiberiade fué sitiado y tomado; no ha habido tal Gerardo de Rochefort, gran maestre del Temple, y si un Gerardo de Bedefort ó de Ridefort, y no fué gran maestre hasta 1188. Rogerio era normando. Su familia, ilustre en la provincia que le vió nacer, tomó su nombre de los molinos de una tierra que poseia en ella. Sus talentos le hicieron elevar tanto como su valor á la dignidad de gran maestre. Raimundo de Puy habia dado á la mitad de aquel siglo los estatutos á la órden de S. Juan de Jerusalen. Rogerio des Moulins los hizo confirmar por medio del papa Lucio II, y añadió algunos nuevos. Se ocupó tambien durante su magisterio en una negociacion importante, y de la que podia depender la suerte de los cristianos de Oriente. Boemundo III, príncipe de Antioquía, habia abandonado á Teodora, su legítima esposa, de la casa de Comneno y sobrina del emperador, para casarse con una de sus concubinas. El patriarca excomulgó al príncipe; el príncipe arrojó, persiguió, despojó al patriarca y á todos los obispos que seguian su opinion. Armáronse unos en favor del príncipe, y otros en favor del Pontífice. Rogerio des Moulins fué enviado á Jerusalen con el patriarca de esta ciudad, y el gran maestre de los Templarios, para apaciguar las turbaciones, cuyo resultado podia ser que se aliase Boemundo, príncipe irascible y cruel, con los enemigos de los cristianos y arruinasen así por completo todas las esperanzas de los cruzados, tan débiles ya por los triunfos de los musulmanes. Guillermo de Tiro nos ha conservado algunos detalles sobre esta negociacion. El autor de la *Historia de Jerusalen*, dice, segun Bougars, que Rogerio murió en la batalla de Tiberiade. Es el primer gran maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen á quien se da este título en las cartas que han llegado hasta nosotros.—S. B.

ROGERIO ONEL (Fr.), trinitario y obispo de Lóndres. Este insigne religioso y príncipe de la Iglesia fué natural de Irlanda, y pertenecia á la noble y antiquísima familia de los príncipes de Onel, que contaba entre sus numerosos miembros, distinguidos todos en las armas y en las letras, al santo esclarecido mártir trinitario Fr. Artos ó Arturo Onel. Nuestro Rogerio, aunque nacido en Irlanda, fué criado en Lóndres, y manifestando desde muy pequeño suma aficion á la vida religiosa, é inclinacion á la Orden Tri-

nitaria, tomó el hábito de la gloriosa Orden en el convento de Lóndres, pasando luego á hacer sus estudios á la universidad de Oxford, en la que manifestó tan sutil ingenio y tan suma aplicacion, que fué graduado de doctor con aplauso general. Vuelto despues á su convento de Lóndres y aborreciendo el fausto y el bullicio del mundo y sus pompas vanidosas, renunció cuantas prelacias y honoríficos cargos le propusieron, resuelto á vivir entregado á la oracion y al estudio. Pero teniendo noticia el rey Enrique IV de su virtud y talento, le eligió para su confesor. Aceptó el cargo por obediencia, aunque al principio lo rehusó con el respeto debido, y cumplió su mision con tanto acierto, que deseando el monarca premiarle, le propuso para el obispado de Lóndres. Firme, empero, el justo varon en su propósito de no admitir dignidades de ninguna especie, repugnó la que nuevamente se le ofrecia, y solo la obediencia pudo hacérsela admitir. Comenzó, pues, á gobernar su obispado con mucho acierto, pero tambien con harto sentimiento por el mucho tiempo que le ocupaba, privándole de asistir á sus habituales ocupaciones. Por tanto, pues, suplicó humildemente al soberano le diera permiso para renunciar la dignidad. Como el Rey le estimaba tanto, ntes de concederle el beneplácito que le pedia, trató de indagar las causas que le impulsaban á hacer la renuncia, y cuando por las respuestas evasivas del prelado conoció que lo hacia por huir del bullicio de la corte para tener más tiempo de acudir al cuidado de su alma, asintió en esta parte, aunque no en que dejára de ser prelado en sus dominios. Al efecto propúsolo al Sumo Pontífice para arzobispo evoracense, y Su Santidad confirmó este nombramiento; pasando Onel inmediatamente á su nueva diócesis, donde vivió tranquilo, separado de la corte y de los riesgos del palacio. No ha sido posible averiguar con certeza, ni el tiempo que Fr. Rogerio desempeñó su última dignidad, ni tampoco el año de su fallecimiento. Unicamente consta del libro de óbitos de la antigua diócesis, que acaso se conserve todavía, que falleció en un 19 de Agosto, dejando grandes testimonios de sus aciertos en el gobierno del arzobispado, de su ardientísima caridad con los pobres, y de su inculpable y arreglada vida, por lo cual mereció ser aclamado como santo. Fué sepultado con toda la honra que su elevada dignidad merecia, en una magnífica tumba de mármol, construida en su iglesia catedral, sobre la cual se colocó su estatua yacente y un elegante epitafio latino, conmemorativo de sus virtudes. — M. B.

ROGERIO DE PONT-L'-EVEQUE, natural sin duda de la ciudad de este nombre, en la Normandía. Era arcediano de Cantorbery cuando en 1154 fué promovido al arzobispado de Yorck, que ocupó hasta su muerte, es decir, hasta 1181, segun muchos historiadores, ó hasta 20 de Noviembre de 1182, segun la crónica de Roberto Dumont. Este prelado daria con facilidad ma-

teria para un largo artículo, pues fué legado, consagró á Enrique *an Court Mantel*, y tomó parte durante más de treinta años en los grandes negocios políticos y eclesiásticos; y como se declaró enérgicamente contra Santo Tomás Becket (de Cantorbery) es muy maltratado en los escritos en muchos autores contemporáneos, cuyos testimonios deberian discutirse. Pero estos detalles pertenecen á la historia eclesiástica de la Gran Bretaña, y no vienen muy bien en este lugar. Es verdad que los mismos enemigos del arzobispo de Yorck convienen en que era elocuente y sabio. Fleury lo repite siguiéndolos; pero no queda de Rogerio ningun escrito extraño al asunto de Becket, sino una carta bastante insignificante, dirigida á Hugo, obispo de Durham, y que ha insertado el jesuita Alford en el año 1172 en sus *Anales Eclesiásticos* de los bretones, sajones é ingleses. Se ha hablado de los derechos de la silla de Yorck, derechos de que Rogerio se manifestó siempre celoso. En un concilio de Lóndres, celebrado en 1176, disputó la primacía á Ricardo, arzobispo de Cantorbery, siendo esta la señal de una escena indecorosa, que terminó el sínodo y que ha citado David Hume para demostrar, dice, cuál era el carácter del siglo y cuáles los extremos á que se dejaban arrastrar los mismos obispos. Ambos metropolitanos se quejaron á la corte de Roma, que segun Rapino Thoyras, supo hacer valer esta querella en ventaja propia. — S. B.

ROGERIO DE PROVENZA (Fr.), religioso de la órden de S. Francisco. Este siervo de Dios, en su florida juventud favorecido por la naturaleza y de bienes de fortuna, vivia entregado á los placeres y distracciones que proporciona la sociedad, generalmente efímeros y engañosos. Un dia que se hallaba en la soledad de un monte divertido con la caza, oyó una voz del cielo que le avisaba del peligro que corria su salvacion en aquel género de vida, haciéndole ver la luz dichosa del desengaño. Inmediatamente y con la mayor decision se arrimó al árbol de la cruz, proponiéndose tomar el hábito del glorioso P. S. Francisco, para llegar con seguridad al puerto deseado de su salvacion. En su noviciado fueron sus principios tan fervorosos, que en vez de rudimentos de virtud, pudieran llamarse primores de perfeccion; á este lisonjero estado le condujo brevemente la gracia, siendo modelo y ejemplar en el noviciado áun á los muy perfectos. Hizo su profesion con el mayor júbilo y alegría, y con entera satisfaccion de su comunidad. Dios le preparaba para objetos muy superiores, ejercitando en gran manera su paciencia, para experimentar los quilates y fortaleza de su conversion; portóse con valor en estas pruebas, con su profunda humildad y el profundo conocimiento de su propia fragilidad, ayudándose mucho con la continua mortificacion de los sentidos. En los primeros años de su vida monástica, su más frecuente ejercicio era el de recordar y tener presentes los desaciertos y culpas de su vida

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

pasada, cuya cruel memoria le ocasionaba amargo llanto, del que pocas veces se vieron sus ojos enjutos. Se confesaba diariamente cinco ó seis veces con el mayor sentimiento, y otras tantas hacia confesion general en el año, y siempre clamaba de lo intimo de su corazon, pidiendo misericordia con el dolor más intenso. Oyó el Señor sus ruegos, y se sirvió revelarle que con su verdadero arrepentimiento habia borrado todas las manchas de sus culpas, que ya se las tenia enteramente perdonadas. Desde este momento prevaleció en su alma el espíritu de la caridad, desechando el temor. Llegó á disfrutar una serenidad interior tan rara, que ni los oprobios ni los infortunios le turbaban ó entristecian, ni los aplausos le conmovian ó inmutaban. En el vestir y en el uso de alimentos seguia el uso de la comunidad, si bien ingenió un extraño modo de abstinencia, y era que al tomar cada bocado, levantaba su espíritu á Dios, engañando de esta suerte al gusto, para que no percibiese el sabor de la vianda, pues si sentia algun otro género de distraccion no comia bocado. En la mortificacion pasiva de los sentidos fué muy vigilante, y muy riguroso en el silencio, que nunca quebrantaba, á no exigírselo la obediencia ó alguna necesidad precisa. El recato que observaba á presencia de las mujeres era tan extremado, que jamás las miraba al rostro, ni áun á su misma madre, que era ya muy anciana. Sentia mucho aquella buena señora esta especie de desaire al cariño filial; y el confesor de Rogerio le dijo, que no hacia bien en no dar á su madre aquel pequeño consuelo, en cuya accion por tantos títulos no debia ofrecerle peligro. Pero el jóven religioso le contestaba, que aunque era su madre y anciana era mujer, y que en puntos de castidad, por ser tan delicados, toda cautela era necesaria, y no debia mirarse como desaire ó melindre. Era tanto el horror que tenia á los pecados veniales, que decia no debia ponerse menor conato para evitar un pecado venial, aunque fuese el más leve, que en evitar el mortal y más grave, y que ántes de cometerle con advertencia, quisiera que Dios le quitára la vida. Por este camino de mortificacion pasiva subió á tan alto grado de contemplacion, que vivia generalmente como extático, y cuando hablaba de los secretos de la mística, era tanta su energía y eficacia, que con sus palabras encendia en los corazones los mas entrañables afectos. Todo el tiempo que este siervo de Dios vivió en la esfera de súbdito, fué grande la mansedumbre, y al mismo tiempo la compasion que sentia por cualquier defecto que viese en sus hermanos, dándoles comedidos consejos y santas amonestaciones, que les reducian á la razon, procurando su enmienda. En la prelacia de custodio que le fiaron por su buen talento y celo fervoroso, se trocó toda su mansedumbre en severidad respecto de los que hallaba defectuosos, para los cuales era en la reprension vehemente, é inexorable en las penitencias que les imponia. Con su mismo confesor ocurrió

que hallándole una vez en las horas de silencio diciendo algunos chistes, pues era de humor festivo y alegre, le dió una reprension muy áspera, y le mandó que postrado en tierra dijese en alta voz el salmo *Miserere mei*, el *Credo* y la *Salve Regina*, y que siempre que hablase alguna palabra ociosa, hiciese igual penitencia y en el mismo sitio donde la hablase y á presencia de los mismos que la oyeron. Su confesor era el varon más grave y benemérito del convento, y cumplió con humildad su penitencia por entónces; pero los religiosos, pareciéndoles nimiedad de rigor la que le dejaba impuesta, le rogaron, que atendiendo á la respetabilidad del sujeto y á la levedad de la culpa, se la levantase. El siervo de Dios les contestó, que ya que extrañaban tanto el buen ejemplo, que con su humildad les habia dado aquel sujeto, cumpliendo la penitencia, le dispensaba en adelante la publicidad, para que no les produjese escándalo de lo que deberian mirar con edificacion; pero que no permitia dejase de cumplir la penitencia, si volviese á cometer la culpa. Con toda esta entereza se portó con un religioso grave, y á quien reverenciaba por ser su confesor. Cuando reprendia las culpas, eran tan vehementes sus razones, que aterraba áun á los que no estaban culpados; y tan inflexible en no revocar las penitencias, que jamás se ablandaba, ni con ruegos ni con lágrimas. No faltó quien condenase tan excesivo rigor, como propio para exasperar á los súbditos; pero el siervo de Dios, sabiendo aquellas censuras, dió por toda respuesta: que bien sabia Dios que no se escandalizaba, y que se compadecia de los defectos é imperfecciones ajenas, porque tenia muy á la vista su propia fragilidad; pero que aplicando fuertes penitencias, le parecia no faltaba á la mansedumbre, pidiendo al mismo tiempo al Señor perdonase á los culpados, haciendo paso á sus misericordias, tomando aquella leve satisfaccion de las culpas con las penitencias que imponia. Como su espíritu era tan elevado y en la observancia tan rígido, corregia y no exasperaba con el rigor de su disciplina, que sabia templar muy bien con su discrecion y prudencia, dando á entender que los desabrimientos del zelo no menoscababan las dulzuras de la caridad. En el ejercicio de la predicacion fué varon eminente, pues con elocuencia y fervor movia los corazones. Su confesor dice que se halló en un sermon suyo, en que trató de las suavidades de la virtud y de las dulzuras del divino amor, con palabras tan eficaces y enérgicas, que parecia que despedia rayos por la boca, que abrasaban los corazones. Estaba tan inspirado por el Señor, que ciertamente le comunicaba su mística inteligencia, tan á propósito de los temas, que causaba la admiracion de los más doctos verle deducir de aquellos tan perfectos y acabados discursos. Sin duda por este motivo tenia la *Biblia* de su uso toda marginada con especialísimas notas y singulares inteligencias de algunos lugares de Escritura. La perpétua mortificacion de sus sentidos y

pasiones, y la total abstraccion del comercio y trato de las criaturas, tenia bien dispuesto su corazon para las influencias de la gracia, que le traian tan absorto y olvidado de todos los agentes visibles, como si no viviera entre los hombres. Llegó á términos de no percibir el sabor de los manjares, ni conocer el precio ó vileza de los objetos, notándose una candidez en su trato, como si fuera el de un niño. El guardian le dió una vez para vestirle un hábito de paño más fino y de color más oscuro que el que usaban los otros religiosos; se le puso sin fijar la atencion, y le llevó puesto más de ocho dias, hasta que un religioso muy observante de la pobreza que prescribe la regla en la vestidura, le advirtió que aquel hábito era profano, y que daba con él mal ejemplo; y el siervo de Dios le contestó con la mayor sinceridad: que ciertamente no habia caido en ello, que Dios se lo perdonase al guardian que le habia hecho aquel agravio; y en seguida pidió otro que fuese como el de todos. Donde más se echaba de ver su gran entendimiento era cuando hablaba de cosas místicas y celestiales, tratándolas con suma energía, afluencia y admirable profundidad. Se conocia la continua ocupacion de su mente, y la presencia del Criador en todas sus operaciones exteriores, porque Dios le llegó á poner en estado, que en todas partes y públicamente prorumpia en sus afectos, ya con ardientes suspiros, ya con profundas reverencias y genuflexiones. Cuando acababa de celebrar el santo sacrificio de la Misa, que decia con una devocion inimitable, se retiraba á un lugar solitario y no se dejaba ver en algunas horas. Era sumamente humilde, y aborrecia los aplausos y encarecimientos; pero en los últimos años de su vida no se recataba, ni hacia caso de estas exterioridades, pues decia que si tuviera algunas virtudes, desearia qne todos las conociesen, para que en ellas alabasen al dador de todo bien, no sabiendo porqué los virtuosos se retraian con aquellas nimiedades, quitándole á Dios la gloria que resulta de las bondades con que favorece á sus criaturas haciendo alarde de su poder y de su amor, engrandeciendo á un vilísimo gusano, como es el hombre. No tienen número las singulares mercedes y favores sobrenaturales que el Señor hizo á este siervo suyo; entre otras, una noche en unos maitines, diciendo aquel verso de David: *Immittet Angelus Domini in circuitu timentium eum;* se le apareció un ángel en forma muy hermosa y refulgente, y le confortó estando en un deliquio de aquellos que causa la fuerza del amor, y despues consoló y favoreció á los que se hallaban en el coro, segun la mayor ó menor disposicion que halló en ellos. Otra vez fué elevado en espíritu, y vió á Jesucristo, á María Santísima, á los Apóstoles y otros santos de su devocion, acompañados de innumerables ángeles, y le quedó tan presente la efigie de Cristo nuestro Señor, que desde entónces le pareció tenerle siempre á la vista. Poco tiempo despues estando en la oracion, ansioso de unirse con

el sumo bien, que tanto amaba, y deseoso de verse libre de las prisiones de la carne, se le apareció glorioso Fr. Bertrando Berengario, insigne teólogo de aquel tiempo, muy virtuoso, que habia fallecido hacia cuatro años, y le dijo: que se consolase, porque ya se acercaba el término de su peregrinacion y que moriria aquel año. Recibió esta buena nueva con gran júbilo, y desde aquel punto no sosegaba su corazon ni de dia ni de noche, trasportado con aquella venturosa esperanza. Cada dia se le hacia un penoso siglo, y le era preciso estar muy ocupado para sobrellevar aquella tardanza con perfecta resignacion. Animábase, entre tanto, con aquellas palabras de David: *Conviértete, alma mia: vuelve á tu descanso, y divierte el dolor de tu ausencia con la memoria de los bienes que has recibido de tu Dios.* Por segunda vez se le apareció Fr. Bertrando, y habiendo escuchado sus amorosas quejas, le dijo: Que ya venia á señalarle el término y dia fijo de su partida de este valle de lágrimas á la patria celestial, y que lo fué en uno de los del mes de Setiembre. Se previno para esta deseada jornada con los santos sacramentos y continua abstraccion de su alma, ocupada toda entera de Dios, y murió el dia que tenia predicho á su hermano, con gran sentimiento de todos, por el bien que perdian en tan ejemplar y perfectísimo hermano y compañero. Cuando espiró vieron algunos subir su alma al cielo en un globo de luces muy esplendente. Se halla sepultado en el convento de Usenza, de la provincia de Provenza; y obró el Señor por sus merecimientos muchos é ilustres milagros. Escribió largamente la vida de este extático varon su confesor Fr. Raimundo Pédro, como íntimo consejero suyo y árbitro de su espíritu. — A. L.

ROGERIO Rugoso ó Rugo, franciscano inglés, natural del condado de Cambridge, de cuya universidad fué doctor en sagrada teología: distinguióse desde su juventud por su amor al estudio, consagrando á él largas horas y procurando sobresalir entre sus compañeros; noble emulacion que es siempre de los mejores resultados en las ciencias. La teología, que era entónces el objeto predilecto de todos los sabios, lo fué tambien de Rogerio, que brilló en ella, no solo por sus escritos, sino tambien como profesor elocuente y erudito. Así es que forma parte de esa pleyada de ilustres varones, que ennoblecieron un dia la Gran Bretaña y la colocaron en los caminos de la civilizacion á que no hubiera llegado nunca sin sus gigantescos esfuerzos. La antigua Britania, apénas conocida de los romanos que se creyeron dueños suyos por solo haber llegado á poner el pie en ella, pero que la dominaron mucho ménos todavía que á la Germania, y que conservó su independencia á través del imperio, que únicamente estableció en ella algunas colonias, necesitó que viniese el cristianismo á ilustrarla y civilizarla para figurar en la lista de los pueblos y de las naciones. Pero la que tan zelosa se habia manifestado hasta entónces por su falsa religion druídica, se

mostró mucho más todavía por la religion del Crucificado á que se habia adherido con todo el ardor de sus profundos y constantes sentimientos. Los dinamarqueses, que se disputaron la posesion de aquel suelo, eran quizá más profundos católicos que los ingleses, y el rey, que estuvo á punto de proclamarse su dueño, ha sido inscripto por la Iglesia en el catálogo de sus santos. No así los sajones, tribus slavas procedentes de la Germania, que acabaron por conquistar á la Gran Bretaña. Este pueblo era idólatra cuando llevó á cabo la conquista; y los vencidos, como sucede siempre en ocasiones semejantes cuando son más civilizados, acabaron por vencer á los vencedores imponiéndoles su religion, sus leyes, sus usos y costumbres. Aquella época es una de las más gloriosas para la orgullosa Albion, su civilizacion figuró al par de la de las naciones más ilustradas de Europa, su piedad y religiosidad se manifestaron en la fundacion de sus numerosos monasterios, y entónces fué cuando se distinguieron en su iglesia gran número de santos, que áun hoy ilustran los anales del catolicismo. Pero á estos siglos de esplendor y engrandecimiento sucedieron otros de letargo y decadencia. Los sajones habian dejado caer la corona que adornaba su cabeza, y los ingleses carecian de ánimo para levantarla. Entónces fué cuando la conquistaron los normandos, nacion tambien procedente del Norte como su nombre lo indica *Nordmann*, hombre del Norte, *Normannos* en latin y en francés *Normandos*. Esta raza, que se habia hecho célebre por sus piraterías, saqueos, incendios y destrucciones; que habia llegado á conquistar una parte de la Francia y obligado á sus soberanos á cedérsela con el título de ducado, no cabiendo ya en el suelo que pisaba por conquista, aprovecha la primera ocasion, pasa el estrecho, vence á los degenerados sajones, y se apodera del reino británico en la batalla de Hastings; quizá no se ha hecho conquista alguna con más rapidez y en ménos tiempo, quizá ningun pueblo ha mudado de señor en tan breves horas. Pero los normandos, civilizados ya por los franceses, prestaron un gran servicio á la vieja Inglaterra. Su sangre, como procedente de la misma raza, pudo con facilidad rejuvenecer á la que corria por sus venas, debilitada ya por el tiempo y las vicisitudes; sus costumbres embellecieron las ásperas costumbres de aquellos cristianos, que echaban de ménos su perdido paganismo, y la culta y galante civilizacion francesa se abrió lugar á través de los restos de aquellas hordas capitaneadas por señores que vivian encerrados en sus castillos más estrechamente que los monjes en sus conventos. Entónces volvió á revivir la antigua Albion, y renació como el fénix de sus cenizas, brillando en una série no interrumpida de largos y gloriosos reinados, y comenzando en un período que termina en Enrique VIII, el monstruo rey, como le llama Gosmith que por entregarse á sus pasiones, cambió la religion de su país, rompió

con sus costumbres y tradiciones, trasformó completamente su patria, que sin el largo é ilustre reinado de su hija Isabel acaso hubiera desaparecido para siempre del número de los pueblos civilizados, cayendo en poder de Francia ó de España, que estuvo á punto, por el casamiento de Felipe II con la reina María, de conseguirlo, si la Providencia en sus inescrutables designios no hubiese decidido otra cosa, para tener en guardia á la Europa, que se halla á sus puertas con este centinela avanzado, enemigo unas veces de su reposo y su libertad, hipócrita amigo en otras, que la tiende una mano para hundirla acaso y con más violencia despues en el abismo de la discordia de las guerras intestinas y de la postracion y de la decadencia. Mas en el período que á esto precediera fué en el que brilló nuestro Rogerio. Hallábase entónces la dinastía normanda en todo su esplendor, la religion y costumbres de Francia ostentaban doquiera su omnímodo imperio, y el catolicismo, siempre suave, conciliador y generoso, procuraba hacer más llevadero el yugo de los oprimidos, obligando á los opresores á seguir en todo las máximas de la religion más santa y pura que han conocido los siglos, que se registra en los anales de la humanidad. Sin su moral benéfica y consoladora, sin los esfuerzos y sacrificios de sus santos y prelados, cuántos más crímenes no se hubieran cometido, cuánto mayor número de desgracias no tendrian hoy que llorar los hombres, en particular en la edad media, en esa época de barbarie caballeresca, en que al lado del culto más original y extraordinario que se haya rendido al bello sexo, se veia la efusion de sangre, el incendio, el robo y el asesinato con una indiferencia y una ligereza como si no estuviesen prohibidos por todas las leyes humanas y divinas. Al finalizar este período, fué cuando vivió el P. Rogerio, docto franciscano, ilustre religioso, cuyas obras se resienten algun tanto del espíritu de su época, pero en cuyo fondo se encuentra, segun todos los autores, no poca erudicion ni ménos elocuencia. Consagrado desde su juventud á la vida del claustro, fué en ella un modelo de regularidad y de observancia, sin que su larga permanencia en las universidades, sus continuas tareas literarias, ni su elevacion en su Orden, resfriasen por un solo momento las costumbres que habia adquirido en el noviciado, los hábitos de piedad y devocion que le habian hecho acreedor á las distinciones de sus superiores. Pasó la mayor parte de su vida en el trabajo y la devocion, sin querer aceptar ninguno de los cargos con que le brindaba su Orden, que necesitada de sujetos que la dirigiesen con celo y acierto y cuidasen de su fomento y extension, puso más de una vez sus ojos en Rogerio con este objeto, más él siempre rehusó y consiguió morir en la tranquilidad en que habia vivido, dejando las siguientes obras: *Commentaria in Magistrum Sententiarum, lib. quatuor.— De maximo et minimo, librum unum.— Opuscula quædam theologica.* Se con-

servaron mucho tiempo manuscritas en la universidad de Cambridge.—S. B.

ROGERIO DE SALISBURY. Este fué un famoso predicador, natural de Inglaterra, que fué autor de las obras tituladas: *Expositiones morales in Evangelia Dominica.—In Psalmos Davidicos*, lib. I. Vivia en 1160 en el reinado de Enrique II de Inglaterra, segun Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*. — C.

ROGERIO DE S. ALBANO. Fué natural de la ciudad de este nombre en Inglaterra. Dedicado á la vida religiosa, tomó el hábito en el convento de Carmelitas de la ciudad de Lóndres, y murió en el mismo convento el año 1450. Segun Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, y Luck en la *Biblioteca Carmelitana*, dejó escritas este religioso las obras siguientes: *Compendio de la historia de la Biblia;* un compendio de la historia de los reyes de Inglaterra, titulado *Progenies Regum Angliæ*.—C.

ROGERIO DE S. IBON (Fr.), trinitario. Era inglés, sin que conste de qué punto de la isla. Tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Huttigdon, é hizo sus estudios en la universidad de Cambridge, en la que se graduó de doctor, señalándose muy especialmente en el conocimiento de la teología dogmática. Declaróse enemigo acérrimo de los herejes que en su tiempo aparecieron, haciéndoles cruda guerra no solo con la disputa y la controversia, sino tambien con la pluma. Murió en el mencionado convento de Cambridge el dia 24 de Setiembre de año ignorado, habiendo florecido por el de 1420. Fué muy estimado de sus contemporáneos, que hacen de él grandes elogios. Véase de qué modo le retrata á grandes, aunque elocuentes rasgos, uno de los más autorizados biógrafos de la Orden. «Fué, dice, ejemplo de santidad y virtud y digno imitador de la ejemplar vida de los varones más santos de la Orden. Fué doctor cantabrigense, distinguido en todas las ciencias en cada una en particular, y por esto muy admirado y aplaudido de cuantos conocieron su virtud en la práctica de la religion, y su saber en los libros que produjo. Hé aquí sus obras: *Controversias contra los herejes*, dos libros.—*Contra Juan Orlcastell*, un libro.—*Lecturas Escolásticas*, cinco libros. —M. B.

ROGERIO DE SANTA VICTORIA, religioso agustino, italiano probablemente segun se infiere de lo que se lee en las crónicas. Vivió en el siglo XIV, y fué uno de los oradores más distinguidos de su Orden, pasando casi toda su vida consagrado al ejercicio de la predicacion. Erudito y elocuente, reunia todas las cualidades propias para esta profesion, y sus superiores, que las conocian perfectamente, le destinaron á ella al mismo tiempo que á la enseñanza, nombrándole lector de sagrada teología. Merecia Rogerio esta distincion por sus buenos estudios y su larga carrera, en que se habia distinguido en repetidas ocasiones aumentando su fama y el nombre de su Orden,

que pasaba entónces por una de las más ilustradas de Europa, pues si bien los benedictinos habian adquirido grande reputacion, provenia esta más bien de su número y riquezas que de sus trabajos literarios. Los agustinos pasaban por más profundos, más originales, más al frente en fin de los conocimientos de la época: los benedictinos, que despues hicieron tan brillantes obras, en Francia en particular, parecian entónces destinados exclusivamente á reunir los materiales que debian aprovechar sus sucesores para pasar por los primeros eruditos de Europa. Rogerio, pues, se consagró en sus estudios y trabajos principalmente á aprovechar las doctrinas antiguas, pero dándolas ese aire de novedad y originalidad que es el privilegio exclusivo del genio. Como profesor ni podia ni debia separarse de la índole de su auditorio que, profano á la ciencia, iba á beber de sus labios sus primeros elementos, y así, aunque profundo y versado en el saber, solo les trasmitia esas nociones que forman la base de la educacion literaria, y que son como la semilla que, arrojada en una tierra bien abonada y fecunda, produce despues los mejores resultados. Como orador era su deber popularizar lo mismo los conocimientos vulgares que los sublimes, vistiéndolos con las galas de la elocuencia, y adaptándolos á todos los genios; y procuró cumplir con su cometido de una manera satisfactoria, si no brillante. Su nombre pasó por lo tanto á la posteridad, adornado con la doble auréola del sabio y el orador, y áun hoy se citan con elogio sus obras, que ciertamente son desconocidas, pues aunque las crónicas dicen que se publicaron, han quedado inéditas, debiendo entenderse aquella frase en la forma que entónces se ponian en circulacion, que era reproduciéndolas por medio de las copias. Estas obras, que se dicen publicadas en 1386, consisten en *Sermones cuadragesimales*, *dominicales y santorales*, los que existian en la biblioteca de Roma, hallándose entre ellos uno de S. Nicolas de Tolentino, que entónces gozaba únicamente de los honores de beato.—S. B.

ROGERIO DE SAC, abad de S. Evroul, abrazó la vida monástica hácia el año 1071 en la abadía de Ouche, con sus dos hermanos, Roberto, apellidado Nicolas, y Odon. Roberto carecia de conocimientos literarios, pero los otros dos eran muy instruidos, y prestaron grandes servicios al abad Serlon, tanto en el gobierno interior del monasterio como en los asuntos exteriores. Odon, aunque muy jóven, fué nombrado prior; era digno de este puesto por su mérito, capaz de desempeñar su cargo por su elocuencia, y propio por su buen temperamento paro soportar el trabajo. Rogerio, que era el mayor y más versado en las letras, fué enviado á Inglaterra sobre asuntos del monasterio. Su dulce y modesto carácter le ganó el afecto general. Lanfranc, obispo á la sazon de Cantorbery, conoció bien pronto su mérito, y en atencion á él regaló una suma considerable al monasterio de S. Evroul.

Serlon, su abad, fué promovido á la silla episcopal de Seez en 1091, y Rogerio de Sap fué elegido para sucederle. Muchos abades, á cuyo número pertenecia S. Anselmo, abad á la sazon de Bec, asistieron á esta eleccion, que fué precedida de tres dias de ayuno. El nuevo abad pasó á Inglaterra para hacer confirmar esta la eleccion por Roberto II, duque de Normandia, que le invistió del báculo pastoral, le dió la administracion temporal, y escribió en favor suyo al obispo de Lisieux. Rogerio permaneció siete años sin recibir la bendicion abacial, no habiendo querido someterse á una innovacion que exigia el prelado de él como un preliminar para dársela. Los religiosos de S. Evroul se dirigieron al rey, que mandó al obispo dar la bendicion á Rogerio, conforme á las antiguas costumbres. El prelado obedeció, y Rogerio fué bendecido en 29 de Agosto de 1098 en Lisieux, adonde se habia dirigido. Despues de haber gobernado su monasterio por espacio de treinta y tres años con mucha sabiduría y prudencia en tiempos muy calamitosos, viéndose anodado bajo el peso de los años y de las enfermedades, resolvió abandonar una dignidad, cuyas funciones no le permitian desempeñar sus débiles fuerzas. Envió con este motivo á Inglaterra dos religiosos encargados de una carta para el rey Enrique I, en la que le pedia permiso para hacer su dimision. Esta carta, á pesar de su brevedad, es en extremo interesante por la piedad, la modestia y la humildad que en ella reinan. El príncipe cedió á los deseos de este piadoso anciano, le concedió su demanda, y le permitió elegir otro abad, que fué Garin, apellidado el *Pequeño*. Habiéndose libertado asi Rogerio de una dignidad, cuyo peso sentia, daba gracias á Dios continuamente por la libertad que le habia concedido, y no pensaba más que en hacer un santo uso de ella, ocupándose de la oracion y de la lectura de la Escritura Sagrada. Sobrevivió cerca de tres años á su voluntaria renuncia, y se preparó por medio de continuos ejercicios de piedad á la muerte, que le arrebató en 13 de Enero de 1126. Orderico Vital, que nos ha dado todas estas particularidades de la vida de este piadoso abad, hizo su epitafio en verso, en el que se encuentra más piedad que gusto poético.

Mitem sincerumque patrem, Rex Christi, Rogerum
Salva, nam pro te toleravit multa benigne,
Rura, domos et velle suum dimisit egenis,
Teque sequi studuit per iter virtutis anhelus.
Gervasiusque pater illi fuit, Emmaque mater,
In quibus emicuit morum jubar et decus amplum,
Presbyter instructus documentis ultro Rogerus,
Sumsit orans almi monachile jugum Benedicti;

Multa diu mores ejus possedit honestas,
Quâ meruit sociis præponi rector et abbas.
Præsule nam facto Serlone salaribus, iste
Cœnobi sancti regimen suscepit Ebrulfi,
Quinquies undenis monachus bene floruit annis,
Unde ter undenis Utici fit pastor ovilis,
Hic monachos novies denos in discipulata
Suscepit, rigidoque regè docuit monachatu,
Simplex et dulcis, studiisque nitens bonitatis;
Quos monuit verbis, exemplis profuit abusis.
Denique confectu senio, terris sua membra
Deposuit, Jani duodena luce peracta
Abstersis culpis, bone Rex, da gaudia lucis:
Pacis amator erat, rogo nunc in pace quiescat.

Aunque Orderico Vital habla siempre con grandes elogios del saber, de la elocuencia y de los talentos de Rogerio de Sap, no vemos que aparezcan de una manera evidente en sus escritos, reducidos á himnos en honor á San Evroul. Algunos de los religiosos, siguiendo la inclinacion de su abad, se consagraron á la poesía é hicieron tambien versos que se pusieron en la biblioteca de donde no han salido todavía. Odon, hermano de Rogerio, pertenecia sin duda á estos poetas, pues se ocupaba en hacer versos, pero con poca suerte á juzgar por un epitafio suyo que nos ha conservado Orderico Vital.—S. B.

ROGERIO DE TERNES, *el Fuerte*. Fué este prelado hijo de Gedefroi señor de Ternes, y de una hermana del cardenal de la Chapell-Taillefer. Nació en el palacio-castillo de Ternes, cerca de Gueret, á fines del siglo XIII. Viéndole su tio el cardenal con brillantes disposiciones, le envió á Orleans á estudiar la literatura y el derecho, y llegó á ser doctor *in utroque jure*, distinguiéndose tanto por sus virtudes cuanto por su talento. Compuso un tratado de *Actos judiciales*, cuya edicion se agotó al instante, segun lo declara en su testamento. Su piedad le obligó á abrazar el estado eclesiástico, y no tardaron en ser recompensa de su instruccion las dignidades eclesiásticas. En 1317 fué nombrado dean de la santa iglesia de Bourges; en 1320 ascendido á obispo de Orleans, y de 1328 á 1329 se le promovió á la silla del obispado de Limoges, de la que fué el prelado sesenta y uno, segun lo manifiesta la cronología del *Calendario del Limosin* de 1770. El año 1336 asistió al concilio de Bourges en calidad de sufragáneo de esta metrópoli, de la que fué nombrado arzobispo en 1348. Habiendo muerto el heredero de su familia, su sobrino Juan Roger de Ternes, sin sucesion, heredó todos sus bienes

y formó con ellos la rica dotacion de un convento de Celestinos, que estableció en el castillo de Ternes, en el que habia nacido. Viniendo á ser monasterio este castillo, hizo abrir caminos cómodos para ir á él, é hizo construir el puente llamado del Obispo. Lleno de zelo por sus diocesanos este virtuoso prelado, predicaba mucho, y con tanto éxito, que se le seguia á todas partes; en la inteligencia de que oyéndole y viéndole no podria ménos de imitársele en la virtud. Murió Rogerio *el Fuerte*, en olor de santidad, en Bourges, el dia 25 de Abril de 1367. Habia erigido una capilla en la ciudad de Mazieres, dependiente del castillo de Ternes, en la parroquia de Soulinieres, comprendida en el anejo de Pionnat, y en él habia deseado se le enterrase; pero en la actualidad solo se ve en aquella parte una cruz de piedra bastanta bella. Sus diocesanos no permitieron se les arrebatase tan precioso depósito, y le erigieron un mausoleo cerca del púlpito episcopal de Bourges, en donde se leia su epitafio en una inscripcion gótica. Reverenciado como un santo este ilustre prelado en la ciudad y diócesis de Bourges, habia, segun su biógrafo Tabaraud, compuesto muchas obras que se conservan manuscritas en la Biblioteca Real de Paris. —C.

ROGERIO DE TIFERNO (Fr.), sacerdote, religioso capuchino de la provincia de la Umbría. Nació este esclarecido siervo del Señor el año de 1535, descendiente de la familia de los Manasseos, conocida por su nobleza y antigüedad; se llamó en el siglo Pedro Rogerio, y vivió hasta la edad de diez y ocho años con tal devocion y tan poco afecto á las comodidades y placeres del siglo, que infinitas veces manifestó su inclinacion á la austeridad, pues se salia de su cama y se echaba á dormir sobre unos sarmientos en que pasaba toda la noche. Era singular devoto de la Santísima Vírgen, y tan vigilante para conservar su pureza, que viéndose solicitado en una ocasion por una mujer lasciva, la arrojó de su lado con valor desusado, afeándola y haciéndola desistir de su mal pensamiento. Habiendo dado en la flor de su adolescencia, edad en que tan vehementemente excitan las pasiones, tan aventajadas muestras de rectitud y de virtudes, anunciando lo que de él debia esperarse en lo sucesivo, menospreciando las lisonjas del mundo y aspirando á los bienes celestiales, tomó el hábito en la órden de Capuchinos, y reteniendo su nombre de pila, llamándose Fr. Rogerio, comenzó fervorosamente su noviciado. Fué admirable el estudio con que siempre procuró de seguir los pasos en la religion de su P. S. Francisco, y sobre todo trató de imitar el amor que tuvo á la santa pobreza, no queriendo jamás permitirse para su uso más que lo que enseñaba la regla seráfica. De tal manera se abstenia de lo supérfluo, que áun lo más preciso lo reducia á los términos más estrechos de la necesidad; así era que cuanto usaba era de lo más pobre y humilde. Su hábito y manto el más corto, más angosto y más

remendado; su ceñidor el más áspero y más grosero; sus pañuelos gastados y rotos; sus paños menores casi consumidos; sus sandalias renovadas muchas veces, y su cama unas desnudas tablas; y con todo eso se hallaba tan contento y se consideraba tan rico, que nunca pudo recabarse con él que usase de algunas prendas que fuesen nuevas. Su abstinencia era tan extremada, y tan cuidadoso para evitar que el deleite de los manjares no le arrastrase, que áun en los más despreciables é insipidos hallaba motivos para moderarse; tan escrupulosa llegaba á ser su mortificacion. No comia más de una vez al dia, y esto con la mayor templanza, evitando el salir satisfecho del refectorio; no habiendo avariento tan desvelado en adquirir riquezas, como Fr. Rogerio en sentido contrario, quitando á su cuerpo, áun lo de lo que era más inexcusable y preciso para vivir. Las cuaresmas de S. Francisco las ayunaba con tal rigor, que acostumbraba no hacer colacion, y en la de Todos los Santos, añadia únicamente el ayunar á pan y agua. Pero en medio de tal aspereza y austeridad, respetaba de tal suerte la vida comun, que preguntándole los religiosos en algunas ocasiones qué podrian hacer para conseguir la cumbre de la perfeccion, y qué medio sería el más conveniente y proporcionado, les respondia siempre: *La vida comun, pero fervorosa, y esto solo es bastante si se hace bien y como es debido.* La virtud del silencio resplandecia de tal modo en Fr. Rogerio, que nunca hubo quien le oyese palabra ociosa, ó que excitase á risa ó á burla, excusando cuanto le era posible las conversaciones y familiaridades, áun de los religiosos, y asistiendo en la iglesia ordinariamente ó encerrado en su celda, trataba con Dios en la soledad; mas no por eso eludia ó excusaba los ejercicios corporales propios de la Orden, y en especial los ministerios más viles y despreciados, en que se ocupaba con el mayor gusto, sirviendo á los sanos, ó ya á los enfermos. Era tan afecto á esta virtud que la ternura que le excitaba su ejercicio le hacia derramar abundante llanto. Enfrenaba de tal modo el uso de la vista, que cuando estaba en el refectorio no miraba lo que se ponia á los compañeros que tenia inmediatos, y mucho ménos á los religiosos que tenia de frente, y de ningun modo á las mujeres que hubiese dentro ó fuera de la iglesia. Era tan admirable su buen consejo y gran prudencia, que fué muchas veces elegido guardian; gobernó tan concienzudamente los monasterios y con tanto esplendor de virtudes, que daba la mayor autorizacion y lustre á las dignidades, que el que de ellas podia esperarse en el gobierno ordinario. Conociendo la duquesa de Aqua-Sparta la excelencia de tan santo varon, procuró retenerle en el convento de la Orden que habia en su estado, y se deleitaba y juntamente se edificaba con su cristiana conversacion y consejo, en tanto extremo, que viéndose precisada á pasar á vivir á Roma, no descansó hasta que alcanzó licencia de los superiores para que tambien Fray

Rogerio la acompañase. Luego que entró el virtuoso y eminente varon en el monasterio de Roma, comenzó á ilustrarle con su vida evangélica, resplandeciendo de dia y de noche con luz tan clara, que alumbraba por todas partes á la familia religiosa. Escogió la celda más pequeña y de tan escasa capacidad, que no habia donde cupiese una tabla que se acostumbraba tener para escribir, y en su lugar tenia una mesilla tan diminuta que la cubria un pliego de papel, única que usó por el espacio de doce años. Su principal estudio le fundaba en seguir los ejemplos de la Reina del cielo y de los santos de más perfeccion, no solo en las virtudes interiores del ánimo, sino en las obras exteriores pertenecientes á la enseñanza y provecho comun, haciendo extensivo el fruto de su ejemplo á un sinnúmero de personas, que á su imitacion se adelantaban notablemente en el camino celestial con la práctica de las virtudes. Entre todos sus ejercicios el más frecuente era siempre el de la oracion, en que ocupaba cuanto tiempo podia, en cumpliendo con las obligaciones de la obediencia ó la caridad. Dormia tres horas ántes de maitines, ó cuando más cuatro, y levantándose de las tablas se iba á la iglesia á orar. Concluidos los maitines continuaba su oracion hasta la mañana, tan sin cansarse, que parecia haber nacido para ser el varon más permanente en las meditaciones del cielo. En las oraciones de la comunidad siempre estaba de rodillas, levantados los ojos, y tan inmóvil como si fuera una estátua de mármol; derramaba ordinariamente copiosas lágrimas; y últimamente, su oracion era tan perpétua, que en cualquier hora y lugar se hallaba recogido y orando en presencia de Dios. Cuando residia en el convento de Roma sucedió que una vez fué acompañando á un religioso á casa del cardenal Burghesio, donde habia concurrido tal multitud de gente, que era necesario esperar tres ó cuatro horas para ser recibidos. Para no dejar pasar aquel tiempo sin fruto, se puso en un rincon del aposento á hacer oracion, y en medio del ruido de los circunstantes que naturalmente producian, permaneció orando con tanto sosiego é inmóvil, tan enajenado, que no le ofreciera más disposicion para ello la más completa soledad. El sacristan del convento de Roma vivia admirado, porque siempre le hallaba con la debida preparacion para decir Misa sin detenerse un instante. En aquel sublime acto era tanta su reverencia, su culto y devocion, que la hacia extensiva á los ánimos de sus oyentes; y solo por verle celebrar é inflamarse á su ejemplo en amor divino, frecuentaban aquel templo muchos señores, caballeros y personas principales, así hombres como mujeres; especialmente asistia con constancia Olimpia Aldrobandina y otras de su porte y autoridad en Roma. No habia para el siervo de Dios mayores delicias que estar en comunicacon con Dios en algun lugar solitario. Pero si no podia prescindir ni excusar la conversacion con las personas,

las hablaba con la vista clavada en el suelo, mucha compostura, y sus palabras medidas, pero tan suaves y persuasivas, que recreaban y les producia el mayor afecto á los que las escuchaban, pareciéndoles que no las pronunciaba un mortal, sino un ángel bajado del cielo. Y como era posible que en los oyentes no causase esta conmocion, procediendo sus voces del amor de Dios, tan ardiente en su alma, en tanto grado, que tratando una vez de materias espirituales con la princesa de Pereti, se quedó en el discurso de la plática arrebatado en éxtasis y privado de sus sentidos. Poseia Fr. Rogerio tal gracia y expediente tan eficaz para tratar cualquier negocio, que no acudia á él persona alguna desconsolada que no volviese satisfecha y contenta. Ni se hallaba odio ni enemistad, por inveterada que fuese, que no la hiciese concluir y no se rindiera á la suavidad y fuerza de sus razones. Aunque no rehusaba el trato este santo varon con las personas á quienes podia servir de provecho su doctrina ó su ejemplo para el bien de sus almas, fué tal el olvido y retiro de sus parientes desde que se consagró á Dios en la religion, y tanto lo que huia de comunicarse con ellos, que en el trascurso de cuarenta años completos, en los que ilustró la provincia de la Umbría con los resplandores de sus virtudes, y con las excelentes obras de su vida apostólica, con las que adquirió comun fama de santidad, tan solo una vez fué á su patria, y de los dos monasterios que habia, escogió el más pequeño, que se llamaba de S. José, el cual por estar desviado de la ciudad y del comercio de los seglares, era más conforme á su intento y más acomodado para la oracion. Apénas comenzó á residir en él, cuando la duquesa de Aqua-Sparta volvió á pedirle, y habiéndole llamado á Roma sus superiores, cargado de años y agravado de la vejez, pero aligerándole la virtud de la santa obediencia, hizo sin dilacion su viaje á pie, cumpliendo al punto lo que se le mandaba. Tenia dos sobrinos, hijos de dos hermanos; uno de ellos, llamado Bernardino, servia el oficio de vicario general de Espoleto. Murió su obispo y partió á Roma, donde el cardenal Peretti le hizo vicario suyo de allí á pocos dias. Algunos juzgaron que la dignidad la habia conseguido á instancia de Fr. Rogerio, y su juicio pudiera tener algun fundamento, porque como entónces habitaba en Roma el siervo de Dios, tan estimado y bien visto en la corte romana, y principalmente tan valido de señoras muy principales, que es bien seguro que á porfía, si hubiese dado lugar á ello, hubiera favorecido á su pariente con el cardenal y con el Pontífice, para que le honrára y enriqueciera con oficios y renta eclesiástica. Mas estuvo tan léjos el santo varon de haberle negociado el cargo que obtuvo del cardenal, que ántes bien, habiendo muerto despues el sobrino, y vacado unos beneficios simples que disfrutaba, y los cuales con una palabra suya, sin más diligencia ni solicitud, pudieran recaer en el otro sobrino, que se llamaba Pedro Rogerio, es-

tudiante de teología y persona desacomodada de hacienda, no fué posible reducirle á que intercediese por él, y quiso mejor que los beneficios saliesen de su familia, que mezclarse en los cuidados de sus parientes, de que completamente se habia desarraigado al tiempo de entrar en la Orden. Fué varon de tal caridad, que no habia cosa que perteneciese al provecho del prójimo á cuya ejecucion no corriese diligente y solícito. Su paciencia era tan singular, que no hubo trabajo ni infortunio que le turbase; y para examinarla el Señor, permitió que un lego del convento de Roma le hablase tan ágria y severamente, y le hiciese una tan áspera reprension, sin tener la menor culpa, circunstancia que bastaria á descomponer la mayor constancia en el sufrimiento. Mas Fr. Rogerio la llevó con raro sosiego y tranquilidad de ánimo, y oyó aquellas descompuestas palabras con tal conformidad y áun alegría, que no salió de su boca ninguna que fuese de queja, ni tampoco de excusa. Lo mismo casi le sucedió en el monasterio de Collepiper, sufriendo otra reprension semejante, con tal paciencia, y tan léjos de perder la paz interior del alma, que en lugar de inquietarse por lo sucedido, le halló un amigo suyo familiar, que llegó en aquella ocasion, acusándose á sí propio y mortificándose. Finalmente, la modestia era tan admirable, su gravedad y sosiego en el andar, la entereza de sus costumbres, su agrado y afabilidad, y cuantas virtudes adornan un varon evangélico, que los que le consideraban en edad tan avanzada, decrépito, con aspecto tan devoto y venerable, tan frecuente en el coro, contínuo en la oracion, fervoroso en el altar, solitario en la celda, abstinente en el refectorio, humilde, obediente, callado, vergonzoso, caritativo, apacible, y dotado de tanta paz y serenidad de espíritu, le miraban no como un hombre de la general especie, sino con gran mezcla de ser celestial. Despues de haber ilustrado la religion, y en particular las provincias del seráfico P. S. Francisco y de Roma, con la excelencia de sus perfecciones y con la santidad de su vida; consumido ya de los años y austeridades, pero sumamente medrado en las obras insignes y tesoro de virtudes sin número, que adquirió como asiduo negociador y fiel y predilecto siervo del Señor, pasó á gozar el premio de su santa é intachable vida en la gloria, el año de 1610 en Roma. El guardian, temiendo que si el caso se divulgaba, habia de acudir toda la poblacion produciendo la misma inquietud y perturbacion que en el tránsito del bienaventurado S. Félix, hizo que se llevase el cuerpo á la enfermería, poniendo de guardia religiosos, que le tuviesen encerrado y oculto hasta que le enterrasen, prohibiendo á todos los religiosos que saliesen del monasterio, para evitar revelasen la muerte del varon santo, y al mismo tiempo mandó que no llevasen en procesion su cuerpo, ni celebrasen públicamente sus honras. Así se ejecutó, y le sepultaron en la bóveda comun del convento, no sin la censura de mu-

chos, que atendiendo á la santidad de tan preclaro varon, juzgaban debia hacérsele la distincion de enterrarle en sepultura particular. Apénas habia espirado, cuando los religiosos, que tenian tan alto concepto de su perfeccion, y sabian cuán eficaces y aceptos á Dios eran sus sobresalientes méritos, fueron á su celda y se apoderaron de su manto, su cuerda, sus sandalias, su pañuelo; y en fin, de cuantas cosas se habia servido, guardándolas y conservándolas todas como reliquias de inestimable precio; y no sin fundamento, porque queriendo manifestar el Todopoderoso, cuán agradable le era el alma de aquel fiel siervo suyo, le ilustró despues de su muerte con algunos milagros, obrados con las prendas de que se ha hecho mencion y algunas otras. Un religioso llamado Fr. Claudio, de Civita-Castellana, que acudió el último á la celda de Fr. Rogerio cuando ya estaba despojada, no halló más que un pequeño cordel, pendiente de un clavo en una pared; le tomó, y lleno de fe y confianza se le ató en una mano, en la que padecia un vehemente dolor de muchos dias, de carácter reumático, desapareciendo en el acto aquel continuo sufrimiento. Iguales prodigios se observaron con la aplicacion de pedazos de su hábito y demás efectos de su uso. La religion de los Capuchinos concurrió á la celebridad de los milagros y excelencias de un hijo tan predilecto de la Orden, colocando diferentes imágenes y retratos del santo varon entre los Padres más ilustres de la religion, en los claustros y refectorios de diversos conventos de las provincias de Italia, Alemania, Francia, España y Flandes con la siguiente inscripcion:

El reverendo P. Fr. Rogerio de Tiferno, sacerdote pobre, humilde, devoto y vigilante, escribia cosas dignas de que se sepan, y obraba cosas dignas de que se escriban. Dió su alma al Señor en Roma en el año de 1610. — A. L.

ROGERIO TUITFORD ó GOODLUCK, religioso agustino, natural de Inglaterra. Floreció en el siglo XIV, siendo un varon tan ilustre por su ciencia como por su piedad. Dado desde sus primeros años al estudio y la devocion, llevó á cabo grandes empresas que no estaban para ningun hombre vulgar. Aventajóse tanto en la contemplacion de las cosas celestiales, que mereció ser premiado con diferentes y repetidos favores de la suprema Omnipotencia, favores concedidos á pocos mortales, y que por lo tanto ha puesto en duda la crítica moderna. Pero el escepticismo de nuestro siglo, infiltrado áun en clases verdaderamente religiosas, se ha engañado en extremo en este punto. De que una cosa no nos parezca natural, y de consiguiente no podamos darnos cuenta de ella, no se sigue que sea falsa, y no debemos condenarla de una manera absoluta. Multitud de sucesos se verifican en el mundo material é intelectual que no han podido todavía explicarse los sabios, y que si han

pretendido explicar ha sido de una manera teróica, habiendo venido despues otra escuela ú otro sistema que ha derribado todos sus argumentos y presentado una nueva explicacion, seguida á poco por otra tan falsa como la primera; prueba de que ninguna era exacta ni conforme á la verdad, y de consiguiente de que el hecho ó fenómeno era tan desconocido entónces como el primer dia. ¿Negaremos por esto su existencia? Sería negar la luz del sol, porque no sabemos lo que es en sí este planeta, el flujo y reflujo del mar que aún no han explicado los filósofos, y otras muchas cosas que estan negadas á los alcances de la pobre humanidad. No debe extrañarse pues que se diga de Rogerio Tuitfond lo que de otros muchos religiosos, que fué favorecido con dones y gracias sobrenaturales, pues la crítica al ponerlo en duda, nos hace dudar de muchos hechos que no explicará, pero que nos son bien conocidos y estan muy léjos de ser inexactos. De este religioso, dice Pitseo que fué doctor en sagrada teología y predicador afamado, distinguido por su piedad é ingenio, instruido en las letras sagradas y profanas: dejó á la posteridad algunas pruebas de su saber, las que por desgracia han desaparecido sin que ni áun sus títulos nos sirvan para darnos cuenta de ellas; el tiempo que le dejaban libre los estudios, lo empleaba en la contemplacion y meditacion de las cosas celestiales en que, como hemos dícho, salió muy aventajado. Tales son las únicas noticias que podemos dar de este religioso agustino, que parece murió hácia 1390, dejando tan buena fama por sus escritos, como opinion por sus virtudes y santidad. — S. B.

ROGERIO VARRON, religioso franciscano, doctor en sagrada teología, muy celebrado en su Orden, en la que rivalizó con los doctores más célebres de su época, superándolos en algunas ocasiones. Fué tan grande la celebridad que llegó á adquirir, que se le disputaban las principales universidades de Italia y Alemania, siendo grande la concurrencia que asistia á sus lecciones y le saludaba con sus aplausos. Rogerio fué una de esas celebridades que viven en su siglo para morir en el siguiente, y de las que la posteridad no puede ni áun citar el nombre sino despues de largas y penosas investigaciones. Flores de un dia que viven con aliento suyo ó prestado, y que mueren al siguiente para no volver á revivir jamás. Este religioso fué uno de los que influyeron en la variacion de los estudios, que por la decadencia de los tiempos, el mal gusto de ciertas edades y millares de causas de todos conocidas, habian perdido en la edad media su pureza y esplendor y en los siglos siguientes adquirieron un gusto especial, pésimo y malo, prueba de que los espíritus, cansados ya de la viva luz de la verdad, buscaban los falsos colores del sofisma para engalanar su esterilidad. Triste estado por que han pasado más de una vez las letras y que sigue casi inmediatamente á su siglo de oro, á su época de apogeo y engrandecimiento. Roge-

rio por lo demás nos dió un ejemplo de lo que es el espíritu humano en determinadas ocasiones, el espíritu que guiado en sus primeras investigaciones por los sentimientos naturales de la curiosidad y el asombro, se lanza siguiendo el método de intuicion en busca de su existencia y de la del universo, elevándose naturalmente á la nocion de un Hacedor de todas las cosas. Pasado este primer éxtasis que inspiran el espectáculo de la naturaleza y la concepcion de Dios, las inteligencias despliegan su actividad, su reflexion, sus frios raciocinios para examinar los atributos del Dios que habian adorado espontáneamente, dejándose llevar de las fuertes impresiones de las cosas. Pero cuando nació el cristianismo, la filosofía fué admitida á participar de la elevacion de sentimientos é ideas que caracteriza el culto más perfecto que ha embellecido y consolado la tierra. Entónces recibió la filosofía un código admirable de máximas prácticas, y muchas luces para el conocimiento del corazon humano: el sentimiento moral se purificó y adquirió una energía nueva, las nociones del alma y de la divinidad quedaron limpias de todas las hipótesis ridículas, que léjos de hacerlas más claras y más sublimes, no hacian más que oscurecerlas y materializarlas: los designios de la Providencia sobre el universo fueron evelados; y el hombre pudo al fin conocer á su autor y el objeto final de su existencia. S. Justino mártir, al principio del siglo II, fué el primero de los Padres de la Iglesia que hizo profesion de cultivar la filosofía. Habia estudiado en las escuelas de Zenon, de Aristóteles, de Platon y de Pitágoras. Un anciano venerable hizo nacer en su corazon la idea de leer los libros sagrados; y en ellos, dice él mismo, fué donde únicamente halló la sola filosofía verdadera y cierta. Sin embargo, conservó una grande estimacion á los sabios cuyas lecciones habia seguido. La filosofía, dice S. Justino, es un bien muy grande, es agradable á Dios, puesto que nos conduce á él. Taciano, nacido en Siria hácia el año 130 de la era vulgar, fué discípulo suyo; habia cultivado la filosofía de los griegos, é iniciado en las tradiciones orientales, quiso trasportar su fondo al seno del cristianismo, lo que le condujo á alterar la creencia. S. Teófilo era un filósofo de Alejandría: despues de haber abrazado el cristianismo, continnó cultivando la ciencia filosófica, y concedió siempre una preferencia exclusiva á la doctrina de Platon. Atenágoras, filósofo convertido al cristianismo lo mismo que el anterior, fué un verdadero ecléctico, y conservó siempre las costumbres y título de filósofo. A ejemplo de S. Justino, dirigió á Marco Aurelio la apología de la religion cristiana. S. Panteno, filósofo de la escuela de los Estóicos, abrió en Alejandría la primera escuela establecida por los cristianos para la enseñanza de las ciencias. S. Clemente de Alejandría, discípulo del anterior, sucesor suyo y contemporáneo de Ammonio Saecas, fué émulo de éste é intentó lo mismo que

él, reducir á la unidad todas las doctrinas filosóficas; edificio inmenso con que la obra de S. Clemente coronaba la cúpula del cristianismo. Sucedióle el célebre Orígenes, que asoció las lecciones neoplatónicas á las del doctor cristiano. S. Gregorio Niceno, nacido hácia el año 331, compuso un tratado de psicología en que, siguiendo el método de Platon, distingue en el alma una vida vegetativa, otra sensitiva y otra intelectual. Calcidio, filósofo del siglo III, era cristiano; segun diferentes autores escribió un *Comentario sobre el Timeo* de Platon, que indica pertenecia á la escuela neoplatónica. Combatiendo S. Ireneo las herejías que atribulaban y desgarraban el seno de la Iglesia, las atribuyó á la filosofía de los griegos. No era desconocida á Tertuliano esta filosofía, pero miraba con gran prevencion á todos los filósofos, y particularmente á Platon, porque tenia su doctrina como la fuente de todas las herejías. Arnobio, convertido á la religion cristiana en el siglo IV, atacó con ardor las opiniones filosóficas que habia seguido anteriormente, y acusaba á la lógica de ser impotente para la demostracion de la verdad. Siguió su ejemplo su discípulo Lactancio, y comparando todas las opiniones de los sabios de la antigüedad, se esforzó en demostrar en sus recíprocas contradicciones la falsedad de los principios en que se apoyaban. «La ciencia, dijo, no puede proceder de la inteligencia humana, ni ser aprendida por solo las fuerzas del pensamiento; porque es prerogativa de Dios, y no del hombre, poseer la ciencia por sí propio.» S. Agustin merece ocupar el primer puesto entre los filósofos cristianos. Si en algunos de sus tratados asocia las doctrinas filosóficas al desenvolvimiento de la teología, en sus diálogos académicos, en sus libros sobre la vida bienaventurada, sobre el órden, etc, no ha mirado á la filosofía sino en sí misma, y en la esfera de los principios que la son propios; en una palabra, la ha tratado como una ciencia independiente. Habia nacido en el año 354 en Tagaste (Africa), y abrazado en su juventud los errores del maniqueismo, pero vuelto ya de sus extravíos, fué elevado á la silla episcopal de Hipona en 395. Nemesio, natural de Emeso, ciudad de Fenicia, era obispo y filósofo católico. Compuso un tratado de psicología, en el cual cita á todos los grandes filósofos, y siguiendo verdaderamente el eclecticismo, no adopta sus opiniones sino despues de una crítica muy razonada. Define el alma de esta manera: «Es una sustancia inteligente, á la cual sirve el cuerpo de instrumento.» Su filosofía se funda por lo general en la observacion y en la experiencia. Sinesio, pagano en un principio, convertido luego á la religion cristiana por el patriarca Teófilo, y elevado en seguida al episcopado, creia poder conciliar el fondo del cristianismo con el sistema de los neoplatónicos. S. Máximo, monje y mártir, nacido en el siglo VII, compuso con las doctrinas contenidas en las obras apócrifas que se atribuian á Sine-

sio con las de S. Gregorio Niceno, con el sistema de los platónicos nuevos y con la teología cristiana, una poco ordenada miscelánea, en la cual las indicadas nociones desiguales y diversas estan más bien forzadas á aproximarse que reunidas en realidad. Eneas de Gaza, discípulo de Hierocles, se propuso combatir las opiniones filosóficas que fuesen imcompatibles con la fe cristiana que habia abrazado. Zacarías el Escolástico escribió dos libros sobre los principios contra los maniqueos, y un diálogo contra los filósofos que admiten la eternidad de la materia. Claudio Mamerto, obispo de Viena en el Delfinado, refutó al obispo Fausto que habia sentado que el alma era corpórea. El ilustre Boecio se cree que fué discípulo de Proclo. Su filosofía era un eclecticismo razonado, cuyo jugo bebió en Pitágoras, Platon, Aristóteles, Zenon, Plotino y Porfirio. Parece que fué el que echó los fundamentos de la inmensa autoridad que ejerció Aristóteles en las edades siguientes. Casiodoro fué contemporáneo y compatriota de Boecio, á quien se unió para dar á conocer á los latinos la lógica de Aristóteles, que era, á su parecer, el círculo en que se halla encerrado el entendimiento humano, opinion que fué admitida ciegamente en los siglos sucesivos. A esta lista de los Padres de la Iglesia que se ocuparon de filosofía, puédense añadir los nombres de S. Atanasio, S. Macario, S. Hilario, S. Crisóstomo, y otros muchos, que admitieron en parte las doctrinas de los antiguos ó que las refutaron, formando, por decirlo así, el siglo de oro de la filosofía cristiana. Ahora veremos lo que sucedió en los siglos posteriores en que comenzó á reinar el escolasticismo, de que fué uno de los fundadores nuestro Rogerio. En el siglo VII no se encuentra en el Occidente sino á S. Isidoro de Sevilla, cuyos trabajos conservan algunos títulos á la memoria de la posteridad. Abrazó este santo en sus obras, entre otros muchos ramos de la ciencia, la dialéctica, las matemáticas y la historia natural. Puede decirse que el principio del siglo VIII fué el apogeo de la ignorancia. Los esfuerzos que hizo Carlomagno para que floreciesen las ciencias, no produjeron sino resultados casi estériles. Es verdad que se multiplicaron las escuelas, pero ¿qué se aprendia en ellas? A cantar, á leer y casi nada más. Juan, distinguido con el sobrenombre de Escot, ó escocés, por razon de su patria, y con el de Erígena por el lugar de su nacimiento, fué un verdadero fenómeno en aquellos tiempos de barbarie. Sabia la lengua griega, pero en vez de elegir entre tantos autores admirables como pudo presentar á su siglo, fué desgraciadamente á escoger unos escritos apócrifos en que se reproducian todos los extravíos de las especulaciones ociosas que se habian dado á luz en la decadencia de la filosofía, y los tradujo, á peticion de Cárlos *el Calvo*, donde vivió mucho tiempo. Juan Escot se esforzó por identificar la filosofía con la teología, y la influencia que ejerció se debe mirar como una de las principales cau-

sas del misticismo dogmático de los siglos que le siguieron. Hácia el fin del X se presentaron dos hombres extraordinarios, á saber: Gerberto y su amigo el monje Constantino. El primero desde la condicion más oscura, llegó á ser pontífice con el nombre de Silvestre II, y se le atribuye la introduccion de las cifras árabes en los pueblos cristianos. El segundo recorrió el Oriente, el Egipto, y áun la India; recogió en todas partes las riquezas científicas que todavía circulaban en aquellos puntos; fué á su regreso mirado como mágico, y fundó la escuela de Salerno. Citanse áun de aquella misma época poco más ó ménos á Gunzo de Verona, que habia estudiado los autores latinos y los griegos, y S. Hernico, el cual compilando los autores eclesiásticos, pareció abrir el camino á una especie de escepticismo. Pedro Damian, escritor italiano de principios del siglo XI, con pocos años de diferencia, reprodujo en el seno de la teología algunas ideas neoplatónicas. Al fin en el siglo XI se manifiesta cierto movimiento en las ideas. Este fenómeno no es todavía el brillo de la luz; pero al cabo el astro filosófico, aunque pálido y oculto tras las nubes de la aristotelomanía, empieza á brillar sobre la tierra. Berenger, que á ejemplo de tantos otros, hacia servir las especulaciones racionales para la explicacion de los misterios de la fe, quiso disertar sobre la transustanciacion. Una multitud de doctores se levantaron contra la temeridad de sus opiniones; y de aquí nacieron controversias que fueron favorables al desarrollo de los entendimientos, imprimiéndoles una actividad saludable. Entre sus adversarios se distinguen Lanfranc y su discípulo S. Anselmo. El primero dió un gran esplendor á la escuela de Bec, en Normandía, y se dice que manifestó una habilidad extraordinaria en la dialéctica, y que inspiró á sus muchos discípulos una pasion por este ramo de los conocimientos. S. Anselmo dió una demostracion de la existencia de Dios, análoga á la que Descartes hizo tan célebre, y deducida de la idea del mismo Dios. Este santo es el que acabó de dar su forma constitutiva á la filosofía escolástica. Berenger tuvo un discípulo en Hildeberto de Labardin, el cual no imitó la temeridad de su maestro. Poseemos de este autor un tratado de teología; Guillermo de Champeaux, en quien se hace principiar la universidad de París, y el cual fué obispo de Chalons, pasaba por muy hábil en la controversia. Habia hecho un tratado de la invencion; pero solo de la invencion silogística, la cual consiste en descubrir el término medio para formar un argumento. Su discípulo Abelardo, que fué bien pronto su rival, escribió muchas obras, en las que se encuentra tratada con extension, y de una manera especial, la gran cuestion de los universales. Gilberto de la Porée, obispo de Poitiers y contemporáneo de Abelardo, escribió tambien sobre las mismas materias. Pedro de Lombardía, ó el lombardo, discípulo tambien de Abelardo y autor del libro *Maestro de las Sentencias*, fué el prín-

cipe de los realistas. Gualtero, abad de S. Victor de París, ataca en un libro de los *Cuatro laberintos*, á los autores que se esforzaban por introducir la dialéctica en la teología. «Este arte, decia, no puede legitimar más que la forma de las deducciones; no puede dar los principios fundamentales en que estas deducciones deben apoyarse.» Hugo de S. Víctor es el primero de los escolásticos que se entregó decididamente al estudio de la psicología. Bernardo de Chartres hizo un ensayo de reconciliacion entre los dos príncipes de la filosofía. Fué imitado por Guillermo de Couches y por Abelardo de Bath, el cual habia visitado á los moros de España, el Egipto y el Asia menor. Amalrico de Chartres resucitó hácia el fin del siglo XII el panteismo místico con una libertad y una franqueza que ocasionaron un grande escándalo en la Iglesia. Segun él, dice Gerson: «Dios es todo y todo es Dios.» Alano de la Isle procuró prestar á la filosofía el lenguaje y las formas de la poesía; é intentó tambien elevar á su esplendor á la filosofía moral. Juan de Salisbury, discípulo de Abelardo, tomó parte en las controversias de los nominales y de los realistas, y presenta con bastante claridad la opinion de los conceptualistas. Murió en 1180, y fué obispo de Chartres. Alejandro de Hales, Guillermo de Auvernia y Vicente de Beauvais abren la tercera edad de la filosofía escolástica. Alejandro de Hales fué uno de los primeros en llamar la atencion sobre los escritos de los árabes, é introdujo las formas silogísticas en la enseñanza de la teología. Guillermo de Auvernia habia estudiado los filósofos árabes, los judíos y los de la antigüedad; pero no recibió como oráculos las opiniones que encontró en estas fuentes diversas. Por el contrario, combatió alternativamente los errores que encontró en ellas, y abrió de este modo con su eclecticismo ilustrado el camino que habia de conducir á una reforma saludable. Vicente de Beauvais, á quien S. Luis eligió para lector suyo, fué un realista pronunciado. Despues de haber comparado las opiniones de Platon y de Aristóteles, concluyó que los universales existen no solo en el entendimiento, sino tambien en la naturaleza. Tras de estos eligieron á Aristóteles por guia y por modelo, Alberto *el Grande* y Sto. Tomás de Aquino, de la órden de Santo Domingo. El primero fué la luz de la Alemania y fijó su residencia en Colonia, donde murió en 1280. El segundo enseñó en Colonia, en París y en diferentes ciudades de Italia; murió en 1274 cuando iba al concilio de Leon, en Francia. Se ha creido que era obra suya el libro de la *Imitacion de Jesucristo*, ese libro que Fontenelle reputaba como la primera de todas las obras maestras despues del Evangelio, y al cual atribuye Mr. Degerando una gran parte de la reforma filosófica. Ambos filósofos fueron realistas. Santo Tomás tuvo por discípulo á Egidio Colonna, cuyo mérito todo consiste en querer ilustrar las doctrinas de su maestro. Juan de Fidanza, nacido en Toscana en 1221, y conocido con el nombre de

S. Buenaventura, habia bebido en los escritos de Hugo de S. Victor el misticismo que respira su doctrina. Pedro de Lisboa, que ocupó la cátedra de San Pedro en 1276 con el nombre de Juan XXI, compuso un *Manual* de lógica, que al parecer está tomado en gran parte del de Miguel de Pselo, é introdujo en él algunas mejoras en el artificio mecánico del silogismo. Enrique de Ginebra, que murió en 1293, fué realista; atribuia á las ideas una existencia real; tuvo el mérito en psicología, de justificar con algunas observaciones el concurso de la actividad del alma en el pensamiento. Ricardo Middleton, de la órden de los Mínimos, se distinguió por cierta claridad en los pensamientos, poco comun en aquella época, y fué mirado como muy hábil en el arte de destruir los sofismas. Murió en Oxford, su patria, en 1300. Juan Dunsio Escoto estudió en París y recogió las lecciones de S. Buenaventura y de Sto. Tomás; llevó á su más alto grado el arte, tan adelantado ya de las distinciones, y se manifestó ardiente partidario del realismo. Al principio del siglo XIV florecian Hervey, Natalio, Breton, que llegó á ser general de la órden de Sto. Domingo, y Durando de S. Pourçin, el cual enseñó con esplendor la filosofía en Roma y fué promovido á la dignidad episcopal. Llamósele el *Doctor resuelto*, pero merecia un título más honroso: el de amigo único de la verdad. No fué realista sino en el nombre. «Todo lo que existe, decia, es individual: lo que no reside sino en el pensamiento es general; lo general se individualiza recibiendo una determinacion por la existencia fuera del pensamiento.» Al final del siglo XIII aparece en la escena Raimundo Lulio, uno de los hombres más extraordinarios por la singularidad de su vida y de sus obras, que la historia del espíritu humano ha señalado en el curso de los siglos. Rogerio Bacon, nacido en el año 1214 en el condado de Sommerset, viene á coronar este cuadro de la tercera edad de la filosofía escolástica. Este filósofo adivinó los brillantes descubrimientos de la física moderna, y señaló de antemano los métodos de que debian proceder. Puede decirse que Rogerio fué el sucesor de Hipócrates y de Galeno, y el predecesor de Galileo y de Newton. Supo descubrir en Aristóteles algunas verdades fecundas, descuidadas por su escuela, y se propuso el fin de procurar en el estudio de las ciencias una reforma que desgraciadamente no fué ni siquiera intentada. Al principio de la era cuarta de la filosofía escolástica, vemos á Guillermo Ockan reproducir la lucha del nominalismo contra el realismo. Discípulo de Dunsio Scoto, habia seguido su método, y combatió, valiéndose de sus mismas armas, la opinion por la cual Scoto atribuia una realidad objetiva á las nociones generales. Volvió á introducir en la filosofía la autoridad, por tanto tiempo desconocida, de la experiencia. Vió que no era posible hacer separar la ciencia en el fundamento de las nociones generales. Manifestó seguir las indicaciones de Rogerio Bacon, y entónces fué cuando

se vió rayar la aurora de la filosofía moderna. Habia nacido en Inglaterra, y perteneció á las órdenes de los Franciscanos. Duns Schot halló un defensor en Walter Burleigh, uno de sus discípulos, el cual sostuvo la realidad objetiva de las nociones generales. Tomás de Estrasburgo, agustino y lector de teología en París, sostuvo tambien el realismo desfalleciente; pero los doctores más célebres de aquella edad siguieron las banderas del nominalismo. Juan Buridan, rector de la universidad de París, fué el primero que ejerció igual cargo en la de Viena, en Alemania. Atribúyesele la lógica nueva que apareció en la universidad de París hácia el año 1270. Pedro de Ailly, llamado el *Aguila de la Francia*, buscó un término medio entre la duda académica y las afirmaciones indefinadas del dogmatismo. Juan Charlier, conocido por lo general con el nombre de Gerson, fué canciller de la universidad de París. La piedad tierna y dulce de este filósofo, le hacia hallar en el amor de Dios un alimento para el amor de los hombres. Fué la gloria de la universidad de París, la luz de los concilios de Pisa y de Constanza, y consagró los últimos años de su vida á instruir los hijos de los pobres. Nicolas de Antricourt se atrevió á poner en ridículo la obcecacion de los escolásticos, que perdian su vida y su salud sobre los libros de Aristóteles y sobre sus comentarios, en vez de consultar el gran libro de la naturaleza. Pero los entendimientos no estaban aún preparados para la luz de las ciencias, y así no fué más feliz que Rogerio Bacon. Entre tanto, Petrarca y su amigo Bocacio despiertan con su ejemplo el culto á los modelos de la literatura griega y latina; y así preparan la gran revolucion que se hallaba á punto de nacer. Pereció sin remedio el escolasticismo, porque bastaba reanimar el gusto de las letras para pronunciar la merecida sentencia sobre las escuelas de aquella edad. Tal es el cuadro que presenta la historia de la filosofía de los Padres cristianos que la profesaron en los primeros siglos de la Iglesia, y los que la siguieron despues dando orígen al escolasticismo. Este, sin embargo, no fué en un principio lo que posteriormente, cuando degenerado ya dió el ser á una filosofía bastarda y corrompida. El eclecticismo, que tanto se ha alabado despues, formaba el fondo de las doctrinas de Aristóteles; Schot y Rogerio Varron que le siguieron, no tenian la pretension de caer en ridículas y eternas disputas, como aconteció á sus sucesores. Léjos por lo tanto de acusarlos, debemos elogiarlos, y creer justa y merecida la distincion otorgada á nuestro Rogerio, cuyo retrato se encuentra en la sepultura de Escoto en la iglesia de los Capuchinos de Colonia. Parece que escribió muchas obras, aunque no las citan los bibliógrafos, mencionando únicamente su nombre el estado de la filosofía en su época, y los servicios que la prestó en union de su maestro. — S. B.

ROGERIO VIGNER (Bto.), mártir. Fué este religioso frnciscano uno de los

muchos que perecieron en las fratricidas guerras de los hugonotes en Francia, sin que ni por sus hechos ni por sus virtudes hubiera merecido más que los aplausos y elogios de amigos y enemigos. Pero la sed de sangre que en las luchas civiles se apodera de unos y otros, convirtiendo hasta en homicidas á los mismos hermanos, viéndose en distintas filas á los padres y á los hijos, hizo una víctima de este religioso, que vivia tranquilo con sus compañeros en el convento de Lautrec en la Bretaña, entregado á la oracion y prácticas piadosas, propias de su clase y profesion. Siempre en las órdenes religiosas se ha procurado que se observe la disciplina regular con todo rigor, y nunca se han esmerado tanto, como cuando estas han sido atacadas, en esto que constituye la perfeccion claustral. Así los religiosos franceses del siglo XVI, que se encontraban frente de una numerosa falange de enemigos que los perseguian sin piedad, porque los miraban como los más decididos adversarios de sus doctrinas, procuraban conservar las suyas en toda su pureza, y que sus costumbres correspondiesen al nombre que llevaban. Pero esto, léjos de ser un freno para sus adversarios, era una espuela que los aguijoneaba más en su odio contra los religiosos, que por otra parte llevados de un ardoroso y justo zelo, hablaban contra sus falsas doctrinas, les brindaban á un combate literario, en que podrian probarles su error como les convencian con frecuencia. Sus triunfos, sin embargo, solian ser la señal de su martirio; y muchos venerables é ilustres varones, como del que ahora nos ocupamos, cayeron bajo el puñal del asesino ó bajo el dogal de los motines, únicamente por haber cumplido con un deber justo é imprescindible. La pacífica Bretaña fué entónces tan agitada ó más que las otras provincias francesas, y los religiosos que en ella habitaban, se vieron expuestos al furor y venganza de los revoltosos. Rogerio vivia tranquilo en su convento de Lautrec, ocupándose en el culto del Señor, al que consagraba dia y noche sus oraciones. Mas de repente entran los hugonotes en la ciudad, y se dirigen al convento en su sed de sangre. Los religiosos los esperan sin temor, y áun dispuestos á recordarles su impiedad y sus errores. Pero ellos sin oirlos todo lo saquean, todo lo asolan, y á los cinco compañeros que encuentran con Rogerio, los hacen sufrir todo género de tormentos, dándoles por último la más cruel muerte á 4 de Marzo, en cuyo dia se celebra su memoria. —S. B.

ROGERIO (Fr. Jacobo), franciscano italiano, natural de Nápoles. Ignóranse las principales circunstancias de la vida de este religioso, cuya piedad y virtudes se elogian sin embargo, prueba de lo mucho que ilustraron su siglo y de la grande fama que en él adquirieron. Fué el P. Rogerio uno de esos seres nacidos para el bien, y cuya vida y costumbres sin mancha son la admiracion de los que las contemplan de cerca, y todavía más de los que

viéndolas de léjos y conociéndolas acaso únicamente por la tradicion, solo ven en ellas maravillas y prodigios que excitan su devocion y veneracion. Créese que desde su nacimiento dió muestras Rogerio de las grandes cualidades de que se hallaba adornado, de las extraordinarias virtudes que debian ser algun dia patrimonio de su hermosa alma. Enemigo del bullicio y de las ruidosas diversiones de los niños de su edad, amante por el contrario del silencio y el retiro, vivia en santa contemplacion, absorto no en meditaciones, pues sus años no se lo permitian, pero sí en sus sueños juveniles, que consistian por lo general en creer imitaba en sus acciones las del santo á quien habia elegido por patrono: era este S. Antonio de Pádua, el más popular de los héroes del catolicismo, el taumaturgo por excelencia, áun en el siglo que alcanzamos, para las imaginaciones del pueblo. Con tan buen patrono, y sobre todo con tan bella alma, inútil es decir los pasos agigantados que daria Rogerio en el camino de la virtud. Niño todavía, abrazó el instituto seráfico por seguir los pasos de su santo abogado, que á él habia pertenecido, y entónces redoblaron sus virtudes, aumentaron sus penitencias, ayunos y vigilias, y empleó cuantos medios sabia ó le enseñaban para llegar á su anhelado objeto, el logro de sus esperanzas, la perfeccion evangélica. Sacerdote ya, procuró con sus predicaciones encaminar las almas por la senda que con tanto ardor habia emprendido, convencido, y con razon, de que este sería el más meritorio de todos sus esfuerzos. No por esto abandonó los estudios en que siempre se habia distinguido, y llegó á componer una obra que ha pasado á la posteridad, la cual es más bien fruto de su piedad que de sus conocimientos; pero es suficiente, sin embargo, para probar su laboriosidad y no vulgares conocimientos. Brindósele en los últimos años de su vida con algunos cargos de su Orden, que jamás quiso aceptar su excesiva humildad, prefiriendo vivir tranquilo en el rincon de su celda, á lanzarse en una vida oscura y erizada de peligros, donde por cuidar de las ajenas estaba expuesto á descuidar su propia salvacion, la que se cree piadosamente consiguió por haber muerto tan santamente como habia vivido. Publicó, como arriba indicamos, *Officium parvum S. Antonii de Padua*.—S. B.

ROGERIO (P. Luis), de la Compañía de Jesus. Nació en Areto en Italia, y ántes de tomar el hábito se habia distinguido ya mucho como profesor en jurisprudencia, manifestando despues la misma disposicion en otros estudios, por lo que sus superiores le nombraron profesor de filosofía en Roma. Despues pasó á Nápoles, donde se consagró sucesivamente á la predicacion y la enseñanza de la teología. Enviado á Polonia, defendió en diferentes controversias las verdades de la fe, siendo destinado por último á Pultow para fundar allí un colegio de la Compañía, al mismo tiempo que para cu-

rarse de una enfermedad que le aquejaba, y de la que falleció en aquella ciudad en 1602 con grande sentimiento de todos, á la edad de cuarenta y cinco años. Dejó las obras siguientes: *Apologeticum per Roberti Cardinalis Bellarmini libris: De Translatione Imperii ad Germanos*, lib. III; *adversus Matthæum Dresserum Hæreticum*; Posnania, 1510, 8.°—*Defensionem pro libris de Purgatorio Cardinalis Bellarmini, etc.*—*Ministrum delirantem*, seu, *Colloquium Rhetorum Posnaniensium De Purgatorio*; Posnania, por Juan Varalti, 1611, 8.°—*Defensio adversus Matthæum Dresserum Hæreticum, pro operibus Roberti Cardinali Bellarmini.*—S. B.

ROGERIO (Fr. N.), religioso franciscano, varon religiosísimo, muy dado á la oracion y contemplacion. Grandes cualidades muy apreciadas en ciertas épocas, y que nuestro descreido siglo ha pretendido desterrar para siempre. Pero la experiencia vendrá á convencerle de su grave error, porque en efecto no solo la religion, sino tambien el corazon humano, tiene necesidades que llenar, las que no sacian ni pueden saciar las ocupaciones mecánicas á que quisiera someterse á los genios más elevados. La religion ha mirado siempre la contemplacion como una de las gracias que más difícilmente concede la divina Providencia, y que es dado obtener á pocos hombres; pero esta gracia tan grande, tan eficaz y fecunda para los que ya la han obtenido, es de escasos resultados para los que, sin comprender en lo que consiste, sin conocer el grande trabajo que en ella tiene el espíritu, la suponen como una capa con que se cubre la vagancia, como el gérmen de la holgazanería y áun del vicio. Desgraciados de los seres que pensando de esta manera, matan de una plumada ó con una palabra lo más noble que existe en el hombre, la imaginacion y la fe, ó la poesía y la moral. Porque la poesía y la moral han marchado siempre unidas, y en vano alguna cabeza extraviada ó corazon corrompido, habrá en épocas determinadas prostituido el sagrado númen que recibió de la divina Omnipotencia; en vano, filósofos ligeros y superficiales habrán dado latitud á las santas máximas grabadas en el cielo por el dedo de la Omnipotencia; en vano, porque en seguida se habrá levantado contra ellos la voz de la humanidad, esa conciencia que forma el sentido comun, y la edad siguiente deshojando las coronas que cubrian sus tumbas, habrá acudido á la religion para que purifique la atmósfera que habian infestado. Por eso la contemplacion religiosa, superior á la humana, ha sido apreciada en tanto por todos los pueblos. La encontramos en la cuna de todas las naciones, las acompaña en sus dias de apogeo y de grandeza, y si desaparece un momento es para volver á presentarse de nuevo, cuando ya la voz del Eterno les indica que han tocado el límite señalado en el libro de su destino, que ha llegado la hora de su ruina y desolacion. El P. Rogerio fué uno de estos varones contemplativos

que indicaron á su siglo el camino que debian seguir, y le animaron á confiar en la divina Providencia, y le marcaron su principio y su fin en un *Tratado* poco conocido, pero bastante notable, de *varias consideraciones*.—S. B.

ROGIER (Hugo de), cardenal de la santa Iglesia romana. Fué natural del Lemosin, en Francia, y hermano de Pedro, que despues ascendió al trono pontificio bajo el nombre de Clemente VI. Consagrado á Dios, segun costumbre, desde muy temprano fué admitido en el monasterio de Benedictinos de Tulle, donde más tarde profesó, distinguiéndose por la regularidad de sus costumbres y la estricta observancia de la regla, que le hizo acreedor á que más tarde le nombrasen abad del referido monasterio, y más tarde del de S. Juan de Angelis. Su hermano el Pontífice le elevó á la dignidad cardenalicia, y le nombró obispo de Tulle en el año 1342. Pero Hugo, aunque elegido, no llegó á ser consagrado, porque su hermano, para hacerle ingresar en el colegio de Cardenales, llevase el título de pastor de alguna iglesia. En 1359 obtuvo Hugo del rey de Francia, Juan, la facultad de hacer adquisiciones en el reino para poder fundar una renta anual y perpétua, destinando su producto á obras piadosas. En fin de 1352 acompañó el convoy fúnebre de su hermano Clemente VI á la abadía de la Chaise Dieu, en la Auvernia, donde el pontífice habia manifestado deseos de que le sepultáran. Diez años despues, ocurrida la muerte de Inocencio VI, en el cónclave celebrado para nombrar sucesor al pontífice difunto, obtuvo el cardenal de Tulle quince votos, la tercera parte para ser nombrado; pero su profunda humildad le obligó á renunciar en el acto aquella suprema dignidad, y habiéndose retirado al convento de Monte-Olivete, en Carcasona, murió el dia 21 de Octubre de 1363.—M. B.

ROGON, Melech y Sarasar enviaron una diputacion á los sacerdotes y á los profetas de Jerusalen para saber si debian ayunar aún y macerarse en el mes quinto del año santo, en memoria de las ruinas y del incendio y del templo, que habia sido incendiado por los caldeos el dia décimo de este quinto mes. La respuesta del profeta Zacarías es que Dios no hacia gran caso de sus ayunos, que no iban acompañados de justicia y de caridad; pero no respondió directamente á la pregunta que le habian hecho sobre el ayuno del quinto mes. Lo que fué causa de que continuasen observándole, como le observan aún en la actualidad. Pregúntase quiénes eran Rogon, Melech y Sarasar. Unos creen que eran prosélitos del judaismo, naturales de Babilonia, temerosos de Dios y oficiales del rey David, que observaban las prácticas religiosas de los judíos de su país. Teodoreto conjetura que eran los jefes de los chutenos, establecidos en la Palestina, de algunos otros pueblos venidos de aquel país. Grocio, Sanctius y Menochius suponen que eran judíos que habitaban léjos de Jerusalen, que tenian á su cabeza á Sarasar y Rogon

Melech; y en efecto, segun todas las apariencias, esta diputacion procedia de judios establecidos al otro lado del Eufrates, de los que eran los principales Rogon, Melech y Sarasar. ¿Hubieran podido ignorar lo que se debia practicar en los paises en que vivian los que iban tres veces todos los años á Jerusalen? — S. B.

ROHAN (Armando Gaston de), cardenal y obispo de Estrasburgo, nació en 1654 y murió en 1749; era el quinto hijo del primer príncipe de Soubise (de la rama de Rohan Guémené). Nombrado en 1701 coadjutor del cardenal de Furstemberg, le reemplazó en 1704 en la silla de Estrasburgo; fué creado cardenal en 1712, limosnero mayor de Francia en 1713; consagró á Dubois, arzobispo de Cambray, y entró en el consejo de regencia en 1722. Habia sido admitido en 1704 en la Academia Francesa. Despues de él, los títulos de cardenal y obispo de Estrasburgo no salieron de la familia, y los llevaron: 1.° Armando de Rohan, hijo de un sobrino suyo (1717-56), más conocido con el nombre de cardenal de Soubise, que le sucedió en 1749. — 2.° Luis Constantino de Roan, primo de los anteriores (1697-1799) que reemplazó en 1756 al cardenal de Soubise. — 3.° Luis Renato Eduardo, príncipe de Roan, sobrino de Luis Constantino, conocido especialmente por sus escandalosas aventuras. — D. de M.

ROHAN (Julio Armando de) cardenal de la santa Iglesia romana. Fué natural de París, y nació en 5 de Febrero de 1630; pertenecia á la nobilísima familia del ilustre apellido que contaba príncipes soberanos en su distinguido casa, y era el sexto hijo de Cárlos de Rohan, tercero de este nombre, príncipe de Guemené y duque de Montbazon, y de Carlota de Cocheptel, su segunda esposa. Habiendo, segun costumbre de todos las nobles casas en que habia muchos hijos, y donde todos los derechos se concedian al prigénito, seguido el jóven Armando una de las dos carreras que entónces eran el recurso de los nobles segundones, esto es, la de las armas ó la de la Iglesia, abrazando la última, fué por recomendacion de su ilustre cuna y por su propio mérito y virtudes, ascendido en breve tiempo á las más brillantes dignidades eclesiásticas. Nombráronle sucesivamente abad de Gard, en Picardía, canónigo de Estrasburgo, y últimamente arzobispo de Rheims. En 1722, por denegacion de Fleury, consagró al rey Luis XV en la suntuosa catedral de la diócesis, segun antigua coetumbre, ejecutando por penúltima vez aquella importante y magnífica ceremonia. Elevado despues al cardenalato, murió en la mencionada ciudad de Reims el dia 28 de Agosto de 1726, en lo más florido de su edad, habiendo llegado á ocupar, siendo aún tan jóven, uno de los más importantes puestos de la Iglesia, y desde el cual solo media un breve paso para ascender á la cátedra de S. Pedro.—M. B.

ROHAN (Luis Constantino de). Este cardenal, procedente de la familia

de Guémené, fué primo del cardenal Armando Gaston de Rohan, y hermano del arzobispo de Reims que consagró á Luis XV. Nació en París el dia 24 de Marzo de 1697. Primero fué caballero de Malta, y nombrado capitan de navío en 1720; pero abrazando despues el estado eclesiástico, obtuvo un canonicato de la santa iglesia de Estrasburgo, y fué designado coadjutor de esta silla en 1730, cosa que no tuvo efecto por entónces. Fué nombrado limosnero del Rey, abad de Lira, y despues de S. Epure. A la muerte de su primo el cardenal, en 1756, Benedicto XIV le preconizó obispo de Estrasburgo, y Clemente XIII, en 23 de Noviembre de 1761, le creó cardenal sacerdote sin título, porque jamás fué á Roma. Murió en París el dia 11 de Marzo de 1779, á los ochenta y dos años de edad. —C.

ROHAN (Luis Renato Eduardo, príncipe de) cardenal, nació en 1744, y murió en 1803, conocido primero con el nombre de príncipe Luis, fué nombrado muy jóven coadjutor de su tio, obispo de Estrasburgo, marchó en 1772 á Viena como embajador de Francia; solo se ocupó allí en sus placeres, y escandalizó de tal modo á la corte de Austria, que la emperatriz María Teresa pidió se le retirase, mas no por eso dejó de conseguir á su regreso en 1774 muy pingües beneficios, como el de capellan ó limosnero mayor del Rey, obispo de Estrasburgo (1779), y por último cardenal. Juguete de los intrigantes que le rodeaban, el cardenal de Rohan se dejó persuadir que conseguiria el cariño y favor de la reina María Antonieta, comprándola un magnífico collar de diamantes, que aquella princesa no habia querido tomar anteriormente por su subido precio. Hizo, pues, su adquisicion y le puso en manos de bribones, que le hicieron creer habia gustado mucho á la Reina; mas como no pudiese pagar la enorme suma que costaba aquella alhaja (1.600.000 libras), el negocio se hizo muy ruidoso, é instruido el monarca le mandó prender y comparecer ante el parlamento (1785). Rohan fué absuelto, pero perdió todos los empleos que habia recibido de la corte, y Luis XVI le desterró á la abadía de la Chaisse-Dieu. Sin embargo, pudo volver bien pronto á su diócesis, y adoptó al parecer un método de vida más conforme á su estado. En 1789 fué diputado á los Estados generales por el clero de Haguesseau; pero no tomó asiento más que un instante en aquella asamblea, negó su voto á la constitucion civil del clero y se retiró á la perte de su diócesis situada á la orilla derecha del Rhin. El abate Georget, que habia sido su vicario general y el agente de todas sus intrigas, ha dado en sus memorias pormenores curiosos acerca de este personaje. —D. M.

ROHAN (María Eleonor de). Nació esta religiosa en 1628. Fué hija de Hércules de Rohan Guémené, duque de Montbazon, montero mayor de Francia, y de María de Bretaña su segunda mujer. Descendia esta por la línea paterna de un hermano mayor del mariscal de Gié. Habiendo entrado

María á la edad de siete años en un convento para recibir en él su educacion conforme al rango de su familia, cuando pudo pensar en su situacion, resolvió abandonar el mundo y abrazar la vida religiosa. El duque de Rohan, que en un principio se opuso á este designio, acabó por ceder á los ruegos y á las lágrimas de su hija, y entró en el monasterio de benedictinas de Montargis, en el que despues de haber sido modelo de fervor durante su noviciado, pronunció sus votos el dia 12 de Abril de 1646. Nombrada en 1651 abadesa de su convento de la Trinidad de Caen, aceptó este cargo con mucha repugnancia, movida por su excesiva humildad, y cuando vió que no se admitian de modo alguno sus excusas. Tomada posesion, manifestó en el gobierno de esta casa tanto celo y prudencia, que se hizo un lugar muy distinguido entre las demás de su clase, opinion que acrecentó su firmeza en sostener sus derechos abaciales que se la disputaron. Fatigada de luchar contra los que pretendian privarla de los expresados derechos, y siéndola muy perjudiciales para su salud los aires cercanos del mar, permutó su abadía con la de Malnone, cerca de Lagny, diócesis de Meaux, que era mucho ménos considerada que la primera, y tomó posesion el dia 13 de Noviembre de 1664. La peticion y expediente que se formó con este motivo para mandarse á Roma, puso tan á las claras sus virtudes, que el papa Alejandro VII quedó edificado diciendo que en lo que allí veia, habia suficientes méritos para canonizar á la jóven abadesa. En 1669 las religiosas de S. José de la calle de Cherche-Midi en Paris, que á causa del mal estado de sus negocios temporales se veian amenazadas de ver destruida su comunidad, hicieron un concordato con la abadesa de Malnone y se pusieron bajo la dependencia de esta abadía adoptando la regla de San Benito. Esta casa fué erigida en un priorato perpétuo de esta Orden con el nombre de nuestra Señora del Consuelo, haciéndose ir á él á dos religiosas de la abadía de la Trinidad de Caen para empezar el nuevo régimen. María de Rohan, sin abandonar á Malnone, se encargó de gobernar el monasterio de Paris, y escribió las constituciones que se imprimieron y que se han considerado un excelente comentario de la regla de S. Benito. Esta santa abadesa murió en este monasterio el dia 8 de Abril de 1681, á la edad de cincuenta y tres años. Su oracion fúnebre fué pronunciada el dia 11 de Abril de 1682 por el abad Anselmo, conocido en su época por un famoso predicador. El epitafio en francés, esculpido sobre su sepulcro, que fué compuesto por Pellison, se ve en el tercer volúmen de las cartas de este autor, y ambas cosas fueron impresas despues con una latina de Gilberto de Choisseur, obispo de Tournay, y una traduccion italiana. Además de las constituciones de que hemos hablado, se han impreso muchas exhortaciones llenas de uncion, que habia escrito María de Rohan con mo-

tivo de las tomas de hábito ó profesiones de sus religiosas. Compuso tambien algunos retratos escritos con mucha gracia; pero sus principales obras son las siguientes: *Moral del Sabio, ó los Proverbios, el Eclesiástico y la Sabiduría, en latin, con una paráfrasis en francés*; Paris, 1665, 1667, 1675, 1681 y 1691, en 12.° — *Los siete Salmos penitenciales en forma de paráfrasis*; Paris, 1697, en 16.° — Estas dos obras, reimpresas muchas veces reunidas, inspiran una alta piedad y anuncian un profundo conocimiento de las santas escrituras. Moreri en su gran *Diccionario Histórico y Geográfico*, con referencia á los autores anteriores á él que cita, consagra en su lugar un artículo á honra de esta célebre abadesa, y lo propio hace la *Biografía universal francesa* de Michaud, en la que Philbert, uno de sus buenos redactores, consagró tambien un artículo en su memoria, cuyos escritos hemos tenido presentes al escribir este. — B. C.

ROHAN Chabot (Luis Francisco Augusto de). Este príncipe de Leon, cardenal con el título de la Santísima Trinidad del Monte-Pincius (título que llevó el abate Maury), nació en Paris el dia 29 de Febrero de 1788. Fué hijo de Alejandro Luis Augusto de Rohan-Chabot, mariscal de campo, par de Francia y gentilhombre primero de cámara del Rey en 1815, despues de la muerte del duque de Fleury. Su madre pertenecia á la noble y antigua familia de los Montmorency. La revolucion francesa obligó á sus parientes á retirarse á Inglaterra, pero volviendo pronto á Francia, recobraron una parte de sus bienes, sometiéndose al gobierno imperial de Napoleon I. Despues de haber servido ó más bien sido protegido de la princesa Borghese, el jóven Rohan fué sucesivamente gentilhombre de la reina de Nápoles Mad. Murat y del emperador Napoleon. En aquella corte, en que se practicaba poco la religion, no temió manifestarse francamente piadoso, ni tuvo inconveniente, ántes lo hizo llevado de su catolicismo, de ir á Fontainebleau á recibir la bendicion del pontífice Pio VII, que se hallaba en aquella ciudad como preso. Se dirigió á Italia, de donde volvió en 1814. En la época de la restauracion entró á servir en las compañías rojas, y cuando fué disuelto este cuerpo, obtuvo el grado de coronel. Si bien es verdad que fué uno de los señores más elegantes de la corte de Luis XVIII, tambien lo es que fué uno de los más virtuosos. La pérdida de su querida mujer, la señorita de Serent, que pereció abrasada por las llamas que prendieron sus vestidos cuando se disponia á ir á un baile en casa del embajador de Austria, le recordó la religion y los engaños y miserias de esta vida. En la época de los cien dias de la vuelta de Napoleon en 1815, el príncipe de Leon, pues que despues de la restauracion tomó este título de los primogénitos de su familia, siguió al duque de Angulema al mediodía y despues á España. De vuelta á Francia perdió á su padre el dia 8 de

Febrero de 1816, y le sucedió en sus títulos de duque y de par de Francia. Ofrecióle Luis XVIII por nueva esposa á una princesa de Sajonia; pero prefirió á tomar de nuevo el estado de matrimonio á consagrar á Dios el resto de sus dias, y entró con este fin en el seminario de S. Sulpicio el 21 de Mayo de 1819, y en él fué ordenado sacerdote el dia 1.° de Junio de 1822. Nombrado poco despues vicario mayor de París, y en 1828 arzobispo de Auch, fué ascendido á la silla arzobispal de Besanzon en 1829, y solo abandonó su diócesis para asistir á la cámara de los Pares en 1829 y 1830. Promovido al cardenalato en 5 de Julio de 1830, se encontraba en París cuando estalló la revolucion, y se vió precisado á huir. Maltratado en Vaugirard por los agentes de la revolucion, continuó su camino con sumo trabajo. Fué á Friburgo desde donde se dirigió á Roma, y en esta ciudad permaneció hasta que amenazando el cólera invadir su diócesis, volvió á ella á participar de los peligros de los fieles confiados á su cuidado, no deteniéndole para esto la memoria de los ultrajes que habia sufrido ántes. Dedicado con celo y con la mayor caridad á socorrer y asistir y consolar á los apestados, le atacó el cólera en Chenecey, pequeña poblacion cerca de Besanzon, y sucumbió al fin víctima de su caridad evangélica el dia 8 de Febrero de 1833. No ha dejado otros escritos este prelado que sus Ordenes, sus cartas pastorales, y bajo el título de *Manual*, un libro de oraciones que es una obra maestra de piedad, de uncion y de sabiduría. Las bellas obras que hizo en su catedral, y las que aún preparaba, atestiguan su exquisito gusto y su amor á las artes. Su testamento fué á la vez una obra de beneficencia y un acto religioso. La fábrica de S. Juan, la escuela de los niños coristas, el seminario, los pobres, nadie fué olvidado en su fúnebre disposicion. Cuando murió, se publicó una *Noticia necrológica sobre el duque de Rohan*; Besanzon, 12.° y en 18.°, de la que se hicieron muchas ediciones. Despues el abate de Marquerye celebró las virtudes de este prelado en su panegírico pronunciado en la catedral de Besanzon, el cual se imprimió en 8.° en 1833. Añade un biógrafo anónimo al terminar la biografía de este piadoso cardenal, que Armando Cárlos Justo de Rohan, uno de sus tios, sirvió con mucha distincion en las guerras de la Vendée, en donde mandó en la provincia del Maine como comandante general, y que firmó el año de 1800 el tratado de paz con la república, y que despues fué ayudante de campo y primer escudero del duque de Orleans. Cardenales de las condiciones del que acabamos de hablar y prelados de sus virtudes, que en momentos dados sepan despreciar la vida por ejercer la caridad y atender á las necesidades de sus diocesanos, razon es que sean ensalzados en la tierra por todos los que en algo tienen la virtud, la religion católica y el patriotismo bien entendido. —B. C.

ROHAN POLDUCH (Juan). Gran maestre de la órden de S. Juan Jerusalen, natural de Francia, donde vió la luz primera en 19 de Abril de 1725, siendo baile honorario fué elegido el año de 1767 almirante, y gran maestre en 12 de Noviembre de 1775. El primer proyecto que concibió el maestre Rohan despues de su promocion, fué evitar las conspiraciones que tan frecuentes habian sido durante el gobierno de su antecesor. No podia ocultar los escasos recursos con que contaba la religion en las azarosas circunstancias por que atravesaba, como tambien la ineficacia de los medios que podia emplear contra una sublevacion general. Las potencias europeas estaban alarmadas, por otra parte, al ver el baluarte católico expuesto á caer bajo la dominacion de los infieles apénas sin defensa, y cuyas armas podian volverse despues contra los que habian puesto en él sus esperanzas. Fueron de tanto peso estas consideraciones, en concepto de las potencias, que se ofrecieron á atender á la seguridad de Malta, con tal que la religion dejára de ocuparse de ella. A consecuencia de lo cual se decidió adoptar medios eficaces para reprimir las sediciones interiores y rechazar los ataques del exterior. Mandó el gran Maestre organizar un regimiento de infantería bajo el mismo pie que los franceses, permitiendo Luis XVI que la órden de Malta tuviese depósitos en Lion y Marsella, concediendo por su parte Pio VI igual permiso con respecto á Aviñon. Se nombró coronel de este cuerpo al baile de Freslon, teniente coronel del regimiento de infantería de Hainault, y los demás oficiales subalternos fueron elegidos entre los caballeros, siendo esto sin duda lo más acertado que podia hacerse en aquellas circunstancias. El regimiento estuvo muy pronto completo, y en estado de llenar el fin que los que le habian creado se proponian. Las potencias quedaron en la apariencia satisfechas, y no insistieron más sobre el levantamiento de otras tropas regimentadas; pero como este cuerpo se hallaba destinado principalmente á dar guarnicion á la ciudad y á los fuertes de la Valette, se creó otro, compuesto de mil doscientos malteses, para la defensa de la campiña y de las costas, como tambien para servir de cuadros á las milicias del pais en el caso de que los berberiscos tratáran de hacer alguna incursion. El 1776 convocó Rohan una asamblea general de la Orden, que presidió en persona. Ocupóse principalmente de la administracion, de un nuevo reparto de impuestos sobre las mandas, y se perfeccionaron los reglamentos relativos á los hospitales, aumentando las rentas; renovóse la tasa para la manutencion de buques, y se fijó el sueldo del regimiento de Malta; adoptáronse asimismo medios capaces de restablecer en todo su vigor la disciplina interior del convento; se confirmaron los antiguos estatutos contra los concubinarios, los jugadores y los duelistas; se designó un dia por semana en que los caballeros de cada lengua ó nacion estarian obligados á servir á los enfermos del hospital, y

finalmente se trató de todo lo que podia contribuir á la gloria ó prosperidad de la Orden, y dificilmente podrá citarse otra asamblea en que esta religion ostentára un carácter más noble ó desplegára más talento. El 1781, las órdenes de S. Lázaro y de Malta hicieron un nuevo reparto de los bienes de la de S. Antonio, reunida ya á la de Malta desde 1768. Por este tratado la órden de S. Lázaro quedó en inmediata posesion de sus rentas, sin carga alguna, y la de Malta agravada por los grandes adelantos que tuvo que hacer, que se calculaban no poder ser reembolsados hasta el año 1789, en cuya época disfrutaria de una renta de más de cien mil escudos. La órden de Malta no consintió en perjudicar sus intereses, sino por complacer al gran maestre de S. Lázaro, despues Luis XVI, y á la reina María Antonieta, que obtuvo por la dotacion de las canonesas de S. Juan de Jerusalen, la casa abadial de S. Antonio y la renta á ella afecta. Cárlos Teodoro, elector de Baviera, fundó en el siguiente año de 1782 una nueva lengua en la órden de Malta. Dióse á esta lengua, denominada bávara, una renta de trescientas sesenta mil libras tornesas; componiase de un *turcopolier* del priorato de Baviera, del bailío de Neuburg, de veinte encomiendas de caballeros de justicia, y de cuatro encomiendas capellanías. Todos estos beneficios fueron espléndidamente dotados con los bienes que habian pertenecido á los jesuitas. Súpose en Malta en 1783 que un terremoto habia causado grandes estragos en la Calabria y la Sicilia, y que Reggio y Mesina habian sido completamente destruidas. El gran Maestre mandó equipar al momento las galeras y pertrecharlas de cuanto podia ser necesario á una poblacion arruinada y sin recursos. Sus órdenes fueron ejecutadas con admirable prontitud, partieron las galeras, desembarcó la tripulacion en la Calabria, y en medio de increibles peligros distribuyeron socorros de todas clases en Reggio y en Mesina á los enfermos y pobres con una generosidad digna del mayor elogio, segun refieren cuantos se hallaron presentes. No solo asistieron los caballeros á estos actos, sino que lo hicieron todo por sí mismos. En 1784 estableció el gran Maestre un tribunal en última apelacion, quedando él mismo de magistrado supremo, para evitar con su fallo la arbitrariedad que reinaba en la administracion de justicia, y hacer desaparecer las numerosas apelaciones que cansaban y arruinaban á los litigantes. Este tribunal daba comunmente audiencia dos veces á la semana, y diariamente en caso necesario. Se hallaba dividido en dos secciones, compuestas de un presidente y seis consejeros. Con el objeto de facilitar el conocimiento de las leyes, publicó Rohan el código de Malta, redactado con grande detenimiente por los jurisconsultos más sabios del pais. En 6 de Mayo de 1784 envió algunas galeras de la Orden á las costas de Africa para unirse á la marina española, donde hicieron prodigios de valor, y hasta despues de haberse retirado la flota del rey de España continuaron en

las mismas aguas defendiendo las costas de los ataques de los africanos; no regresando á Malta hasta 9 de Setiembre, despues de haber sostenido una campaña de cuatro meses. Quedó tan satisfecho el rey de España de la conducta del baile Alejandro de Freslon durante el bombardeo de Argel, que le mandó escribir una carta en extremo honrosa por conducto del ministro de marina. En 1786 se ocupó el gran Maestre de la instruccion pública y de completar los medios que se habian adoptado para la educacion de la juventud, cuando tuvo lugar la supresion de los jesuitas: fundó un nuevo colegio, aumentó el número de los profesores, y se encargó de los gastos que debia ocasionar su sostenimiento. Formó además en su palacio una biblioteca escogida, cuya entrada se permitia diariamente al público, procurando inspirar gusto á las ciencias cultivándolas él mismo. Construyó un observatorio sobre la torre del palacio, al que dotó de todos los instrumentos necesarios, nombrando al caballero de Angosto, célebre por sus conocimientos en la astronomía, para dirigir los trabajos y presidir las observaciones. Todo hacia esperar los más brillantes resultados, cuando un rayo vino á defraudar tan bien fundadas esperanzas: el observatorio, los instrumentos y los libros fueron destruidos, sin que ni los tiempos ni las circunstancias permitiesen volver á restablecerlos. La cuestion del caballero de Loras y del comendador Dolomieu, acaecida en el año 1788, vino á comprometer de un modo lamentable á las cortes de Roma, Nápoles y Malta. Habiendo caido en desgracia en la corte de Nápoles el comendador Dolomieu, fué desterrado del reino de las Dos Sicilias. A su vuelta á Malta experimentó una segunda desgracia, que fué como consecuencia de la primera, pues se le privó de su puesto de representante en el Consejo supremo de la Orden. La Rota absolvió al comendador, y motivó así su decision: «Porque la causa de la proscricion del comendador Dolomieu es secreta y no parece criminal.» La corte de Nápoles se ofendió de esto, y acostubrada á no guardar miramientos en sus relaciones con el Pontífice, pidió con altanería la anulacion de una sentencia tan poco meditada como errónea y absurda. El cardenal secretario de Estado no se atrevió á hacer por sí mismo la revocacion que se le pedia. Consultóse á una congregacion de cardenales, la cual decidió que debia admitirse siempre el recurso á la Santa Sede en las causas criminales de los caballeros de Malta. Firme con esta decision, contestó el cardenal Buoncompagni que la Rota estaba autorizada á hacer lo que habia hecho, y que de ninguna manera habia merecido las inculpaciones que se la dirigian. La corte de Versalles protegia al comendador Dolomieu, pero sus enemigos habian hallado medio de interesar en favor suyo á muchos elevados personajes, y se hacia recomendar eficazmente por todas partes, miéntras la corte de Roma se preparaba á una lucha en que contaba con terribles adversarios. Supie-

ron estos tambien que admitia con demasiada frecuencia las apelaciones del gran Maestre, y que esta afectacion de poder dañaba cada vez más á los gobiernos, que naturalmente la miraban con prevencion: el de Nápoles, en particular, era el que se manifestaba ménos dispuesto á reconciliarse. Comenzaba entónces la revolucion francesa: el ministro Necker habia pedido en forma de contribucion voluntaria la cuarta parte del producto de las rentas de todas las propiedades del reino, y el receptor de la lengua de Francia en Paris, se apresuró á cumplir las órdenes del ministro haciendo los primeros pagos. En 1791 las galeras de la religion recobraron, frente á las costas de la Provenza, dos buques mercantes que pertenecian á los armadores de Marsella y habian sido aprendidos por corsarios tunecinos. Los buques fueron devueltos en el acto á sus dueños sin retribucion alguna, cuya noble conducta determinó á las cámaras de Lion y Marsella á presentar una peticion á la Asamblea Constituyente para la conservacion de la órden de Malta. La Asamblea consideró á la Orden como un soberano extranjero tributario de la Francia, y se limitó á decretar que se sometiera á todas las contribuciones del reino, pero que se aboliesen sus diezmos. Pero esta resolucion no tardó en ser anulada por la de 30 de Julio y 6 de Agosto de 1792, en que decidió la Asamblea legislativa que todo francés alistado en una órden de caballeria que exigiese pruebas de nobleza, perderia la cualidad de ciudadano en caso de no renunciar á su título, y en 19 de Setiembre, 22 y 23 de Octubre de 1792, despues de largos debates, decretó la supresion de la Orden y la reunion de todos sus bienes á las propiedades de la nacion. La Orden estaba entonces representada en Francia por el bailio de Brillane, que hizo grandes esfuerzos para defenderla. A su muerte, que fué repentina, en el acto de salir de una conferencia con el conde de Montmorin, fué reemplazado por un encargado de negocios, cuyo nombramiento recayó en la persona del comendador Estoumnel, bajo la direccion del bailio Virieu, ministro del infante duque de Parma. Los disturbios de Francia obligaron en tanto á un gran número de caballeros á refugiarse en la isla de Malta, donde fueron recibidos por Rohan con todo el cariño de un buen padre, prodigándoles todos los cuidados de la caridad más ardiente. Sus liberalidades excedian de tal modo á los recursos de que podia disponer, que uno de los empleados de su casa se permitió en una ocasion hacerle algunas observaciones sobre el caso, á lo cual repuso él con la mayor sencillez: «Guardad un escudo diario para mi manutencion, y distribuid el resto entre mis hermanos.» El citado Maestre publicó un manifiesto en 1.° de Octubre de 1793 declarando que la Orden no admitiria en Malta á ningun agente ni representante de la república francesa, que no podia ni debia reconocer por haber violado en Francia el derecho de las naciones. A pesar del estado de escasez en que se hallaba su

tesoro, quedábale un recurso en el legado de Ostrog; pero por el desmembramiento de la Polonia habia pasado al dominio de la Rusia, y era preciso reclamárselo. El 7 de Octubre de 1795 el bailío de Litta, ministro plenipotenciario de la religion, presentó sus credenciales á Catalina II, y fué admitido el mismo dia en audiencia por los príncipes de la familia imperial. Pero Catalina murió ántes que se termináran las negociaciones, y ocupó el trono Pablo I; suceso que no podia ser más fausto para la órden de Malta, hácia la cual sentia el nuevo monarca el mayor afecto y entusiasmo, de que no tardó en dar pruebas inequívocas. En 4 de Enero de 1797, el conde Besborodsko, canciller del imperio, y el príncipe Alejandro Kourakin, vicecanciller, en nombre del emperador, y el bailío Litta en el del gran Maestre, firmaron un tratado que contenia treinta y siete artículos de una parte, y por otra cuatro artículos separados y ocho adicionales. Por los primeros concedia el emperador una renta de trescientos mil florines, que debia distribuirse entre un gran prior de Rusia, diez comendadores caballeros y tres capellanes conventuales. Los comendadores no debian entrar á la percepcion de su renta hasta el 18 de Mayo de 1798, el título de comendador no podia darse más que á súbditos rusos, que se hallasen en actitud de entrar en la órden de Malta. Estableciéronse además todos los reglamentos y estatutos adoptados en la Orden para el caso de defuncion, vacante ó reposicion. Debia conservarse la encomienda patronal, puesta bajo la proteccion del emperador, siendo permitido á los católicos fundar nuevas encomiendas bajo las mismas bases que se habian adoptado en Polonia. El gran priorato de Rusia fué incorporado en la lengua anglo-bávara. El canciller y el vicecanciller fueron condecorados con la gran cruz, y hasta el emperador manifestó deseos de que adornára su pecho, así como el de todos los príncipes de su familia. El bailío Litta espidió un correo extraordinario, el cual no llegó á su destino, por lo que envió otro que encontró al gran Maestre en los últimos instantes de su vida, no pudiendo de ningun modo oirle, ni menos decidir sobre los asuntos por que era enviado. Rohan murió en 2 de Julio de 1797, habiendo sido el penúltimo y quizá el más ilustre tambien de los grandes maestres de la órden de S. Juan de Jerusalen. —S. B.

ROHOB, padre de Adarezer, rey de la Siria de Soba. II, *Reg. III*, 12. —S. B.

ROHOB, israelita que volvió del cautiverio de Babilonia. II, *Esdr. X*, 21. —S. B.

ROHOBIA, primer hijo de Eliezer y nieto de Móises. I, *Par., XXIII*, 17. —S. B.

ROHRBACHER (El abate Francisco Renato), historiador eclesiástico francés, nació en la Meurthe en 1789, estudió en el seminario de Nancy, y

fué ordenado de sacerdote con dispensa de edad en 1812. Párroco sucesivamente de Luneville, misionero diocesano, director del gran seminario de Nancy, ha desempeñado con grande celo todos estos cargos, sin abandonar sus estudios, pues se graduó posteriormente de doctor en la universidad de Lovaina, ni sus trabajos literarios. Antes de su muerte, ocurrida en Nancy en 17 de Enero de 1856, habia publicado las obras siguientes, á saber: *Carta de un miembro jóven del clero á Monseñor de Chartres* (1825).—*La Religion meditada*; 1826, dos volúmenes en 18.°—*Motivos por que se han convertido un gran número de protestantes á la Iglesia católica;* 1836, dos volúmenes en 18.°—*Cuadro general de las principales conversiones;* 1837, dos volúmenes.—*La Gracia y la Naturaleza;* 1838.—*Relaciones naturales entre los dos poderes segun la tradicion universal*; 1838, dos volúmenes.—*Observaciones respetuosas á los adversarios de Mr. de Lamennais*; 1842.—*Historia universal de la Iglesia católica*; 1842 y 1845, veintinueve volúmenes en 8.°, seguida de *Nuevos documentos justificativos*; 1849, segunda edicion, 1849, 1853, y de las *Observaciones á Mr. el abate Caillon*, uno de sus críticos; 1849. El autor de esta obra notable sigue las ideas de Bossuet sobre la continuidad de la accion de Dios en el gobierno de la Iglesia y del mundo; contiene investigaciones tan exactas como nuevas. Citaremos para terminar la *Vida de los Santos para todos los dias del año*; 1852, seis volúmenes en 8.°, y numerosas *Memorias*, *discursos*, *noticias*, etc.—S. B.

ROIA (Gil de). Este religioso, conocido tambien con el nombre de *Ægidius de Roia*, fué de nacion francesa, y floreció en el siglo XV. Aficionado á la vida contemplativa, tomó el hábito en la religion Cisterciense en Citeaux, y fué abad en el monasterio de Beauvais. Doctor tambien de la universidad de París, enseñó en ella la teologia por espacio de diez y nueve años, y despues se retiró á Dunas de la Flandes, en donde escribió un compendio de la crónica de Juan Brandon, religioso de Dunas, desde la creacion hasta el año 1431. Aumentó esta obra que lo fué despues tambien por Adriano de Buot, religioso igualmente de Dunas, de suerte que se extiende hasta 1479. El P. Andrés Schot la sacó de una biblioteca de los Países-Bajos, y Francisco Swert la hizo imprimir en 1610. Murió Roia en Brujas en el monasterio de Sparmaillé, despues de haber escrito sobre el maestro de las sentencias; pero ni Cárlos de Visch en su *Biblioteca Cisterciense*, ni Valerio Andrés en su *Biblioteca Belga*, nos dan, segun Moreri, la fecha de su fallecimiento ni más noticias que las expresadas.—C.

ROIAS ó Roxas. Así se llamó un obispo de Guigentin en Sicilia, en donde murió el año 1577. Publicó diversos tratados, y entre ellos: *Singularia juris in fidei favorem hæresisque detestationem.—De hæret.*—C.

ROIAS ó Roxas (Martin), eclesiástico orador de la ínclita órden de Mal-

ta, ó sea de la órden de S. Juan de Jerusalen. Asistió al concilio de Trento en el que hizo gala de sus dotes oratorias, y por lo tanto se le cita con elogio por Nicolas Antonio como español, por Le Mire en sus *Escritores del siglo XVI*, y por Andreas Schot en la *Bibliotheca Hispana*.—C.

ROIG (Antonio), agustino, natural de Felanitx, de la casa solar de *Turtix*. Vistió el hábito en el convento del Socorro de Palma; concluidos sus estudios fué creado lector, y despues se le confirió el magisterio de teología. Fué prior definidor de la provincia de Aragon, vicario provincial, comisario visitador de los conventos de su Orden en Mallorca y Menorca, examinador sinodal de este obispado, prior provincial de los conventos de Sicilia, y segun escribe D. Miguel Juan de Padrinas, autor de varias obras ascéticas, que quedaron manuscritas. Murió en Palma á 4 de Setiembre de 1701, de sesenta y cuatro años de edad; contaba entre sus predecesores y consanguineos á Antonio Roig y Sard, conseller de Mallorca en 1628; á Gabriel Roig y Sard, presbítero beneficiado en esta catedral, y uno de los fundadores de limosnas perpétuas para pobres y menesterosos, y al P. Pedro Binimelis y Roig, que habiendo profesado en la órden de S. Agustin el dia 5 de Febrero de 1655, fué religioso muy ejemplar, docto en todas facultades, particularmente en la teología mística, sobre cuya materia era frecuentemente consultado; fué prior del convento de su patria, la villa de Felanitx, y habiendo predicho el dia de su muerte, murió en 25 de Setiembre de 1699.—J. B. de R.

ROIG (Juan), cuyo apellido latinizado se nombraba *Rojo* el mismo sujeto; fué sacerdote doctísimo, natural de Valencia y beneficiado en la santa Iglesia de la misma ciudad, elevada ya á la dignidad de metrópoli por el papa Inocencio VIII desde el dia 9 de Julio de 1492. Amante del saber y de las ciencias, y llevado del deseo de adquirir conocimientos, peregrinó por varias ciudades de Francia, como fueron Lion, Tours y otras. Llegó á la de París, y habiéndose detenido en aquella famosa escuela, hizo tan sobresalientes progresos en el estudio de la sagrada teología, que restituido á su patria, empezó á difundir la luz de su doctrina con utilidad y aprovechamiento de muchos, y gran aprecio y alto concepto del cabildo. Vino graduado de maestro en artes y de doctor teólogo, si bien no se sabe con certeza dónde recibió los grados. Gozó gran opinion de ser un varon muy celoso del culto y de la religion; porque habiendo llegado á sus oidos una proposicion que se habia proferido públicamente contra los dogmas de nuestra santa fe, diciendo que el Padre Eterno, y no el Hijo, asumió nuestra humana naturaleza, se opuso á tan enorme y herética blasfemia, y dió á la prensa un tratado muy docto, que existia en la librería de aquella santa iglesia, con el título siguiente: *Opus de Patre non incarnato*; en Va-

lencia, 1494, en 4.° Le dedicó á los canónigos de aquel ilustre cabildo. La dedicatoria está manuscrita al principio del libro, y de ella se han tomado las noticias referidas. — A. L.

ROIG (Lorenzo), religioso observante, natural de Lluchmayor, é hijo de Pedro Roig y Avellá y de Margarita Noguera. Tuvo un hermano, que tambien fué franciscano, y llegó á honrarse con la dignidad episcopal. Fué Fr. Lorenzo calificador del Santo Oficio, lector jubilado y examinador sinodal de este obispado, y en 15 de Setiembre de 1668 creado provincial de Mallorca. Murió en su convento de Palma á 16 de Diciembre de 1861. Dió á luz en Pamplona, año 1667, en un tomo en 4.°: *Promptuarium morale Examinatorum.* — J. B. de R.

ROIG (Fr. Nicolas Pascual), religioso agustino calzado, natural del lugar de Ruzafa en la vega de Valencia, tomó el hábito en el convento de Agustinos de dicha ciudad, donde fué excelente organista y muy consumado en el arte musical; murió en Alcoy en el año de 1787. Escribió: *Explicacion de la teórica y práctica del canto llano y figurado*; Madrid, por Don Joaquin Ibarra, año de 1788, en 8.° mayor. — A. L.

ROIG Y JALPI (Fr. Juan Gaspar), natural de la villa de Blanes, tomó el hábito de S. Francisco de Paula, y hecha su profesion se dedicó á los estudios, entre los cuales le llevaba particular atencion la historia. En 1667 era corrector de su convento de Gerona, y despues fué provincial. Era extraordinaria su laborioridad y deseo de saber, no solo en las materias eclesiásticas, sino tambien en todo lo perteneciente á la historia. D. Dalmau en Mur, en su *Resúmen historial*, dice de él lo siguiente, pág. 293: «Fué muy aficionado á la historia y á los que la profesaban, á los cuales socorria para sus gastos con cantidades considerables... y no la estiman sino los cuerdos que saben conocer sus provechos; como ni la huyen, ultrajan y envilecen, sino los necios é ignorantes, y los que tanto quieren preciarse de escolásticos, que bien averiguado no saben ni uno ni otro. Sabedor de esto el rey Felipe IV, le nombró cronista de los reinos de Aragon, desde cuya época se dedicó con más ahinco á estudiar cuantos códices ó manuscritos pudo encontrar en los archivos y bibliotecas. Infatigable en apuntar cuantas noticias le venian á la mano, é imposibilitado de hacerlo con su mano derecha, por el accidente de apoplejía que le acometió á la edad de setenta años, aprendió á escribir con la izquierda, y dice el P. Francisco Solanes, de su mismo convento y testigo ocular, que con esta escribió la *Historia de la ciudad de Manresa;* véase la censura de dicha obra que va al frente. Murió en su convento de Barcelona el año de 1691. Escribió una *Crónica general de Cataluña*, cuyo primer tomo manuscrito vió Serra, y dice que tenia el segundo de su apología, llamada *Verdad triunfante;* pero así este como los

demás tomos se han perdido. La tenia ya concluida el año 1674, pues que el corrector general Fr. Pedro de Cosenza le dió en dicho año permiso para imprimirla, precediendo el exámen correspondiente. Se cree que esta crónica y otros escritos del P. Roig desaparecieron con motivo de las guerras. — *Un Epítome histórico de la ciudad de Gerona*, que se imprimió en Barcelona el año 1678 en fólio, en la oficina de Jacinto Andreu, con este título: *Resúmen histórico de las grandezas y antigüedades de la ciudad de Gerona; vida y martirio de S. Narciso*, etc. Esta obra se imprimió en Barcelona por cuenta del autor, en la oficina de Jacinto Andreu en 1678. En este resúmen menciona su crónica, y otra obra que seguramente sería curiosa. Dice así en la pág. 525: «Se verá esto largamente en mi Crónica general de Cataluña, si Dios me concede fuerzas y salud para darla á la estampa, que cierto sería lástima se hubiera de quedar manuscrita, por ser tantas y tales las noticias importantes de que está enriquecida, y grande el trabajo que para adquirirlas de varios archivos he aplicado, sufriendo no pocas descortesías de algunos hombres groseros á cuyo cargo estaba su guarda, como lo digo en el prólogo á esta obra, y le sucedió al V. P. Fray Antonio Vicente Domenec, para la composicion del *Flos Sanctorum de Cataluña*, segun el mismo V. Padre lo significa en el prólogo de aquella, y lo refiere expresamente un curioso en un catálogo y censura que hizo de los escritores catalanes, valencianos, aragoneses, castellanos y de otras naciones, que escribieron de las cosas de este principado, el cual quizá á su tiempo daré á luz de la estampa con algunas notas y adiciones más; y en él se hallará que dice hablando de aquel venerable escritor: *Padeció grandes trabajos por sacar y saber la verdad de lo que buscaba; y no fué el menor haber de tratar con gente idiota, de quien habia de sacar verdades para mejor escribir*. Mucho de esto me ha sucedido, por todo lo cual sea Dios alabado. Amen. — *De las antigüedades y excelencias del priorato de santa María de Meya*, impreso en Gerona el año 1668, en 8.°, por Gerónimo Pallol. — *Apología de los santos mártires de Blanes, Bonoso y Maximiano*, impresa en Barcelona en 1664, por Antonio Lacaballería. — *Paralipomenon de los Santos de Cataluña ó Catálogo de los Santos que han nacido ó vivido en el principado de Cataluña, con la historia de su vida, milagros y martirio, y lugar en donde estan las reliquias*. Tenia esta obra manuscrita Serra y Postius, como dice en su libro *Fineza de los Angeles;* añadiendo que habia escrito el P. Roig muchas obras que han dado á luz. Es de advertir que no siempre escribió el autor, y especialmente en esta obra, con la justa crítica que sería de desear, sino que se dejó arrastrar muchas veces de su excesivo amor á la gloria de su patria; lo que le hizo ensalzar hechos de sus antepasados, sin tener datos fidedignos, fiándose su buena fe de varias tradiciones y escritos vulgares. *Ser-*

mon de S. Cristóbal mártir, predicado en Barcelona, en Santa María del Mar, en 1680. Añadióle despues la vida y pasion del Santo, con notas, 1689, por Jacinto Andreu.— *Carta apologética* por la entrada de Carlomagno en Cataluña, en fólio, la escribió el año 1676, y está impresa al fin del *Resúmen historial de las grandezas de Gerona*, etc. — *De la fundacion y grandeza de la villa de Feliu de Guixols*, en carta escrita á sus regidores é inserta en un *Manifiesto-Apología de su historia de Gerona*, que concluyó en 23 de Noviembre de 1679, y salió impresa en 1680.—*Desengaño del año cierto en que se fundó la órden de la Merced*; Barcelona, 1684, en 4.° — *Historia de la ciudad de Manresa*, impresa en Barcelona por Jaime Suria, en 1692, un tomo en 4.° La publicó despues de su muerte Fr. Pedro Masera, de la misma Orden. — *Blanda laletana illustrata*; proposicion del rey D. Martin, ilustrada con notas y traducida al castellano. — *Abecedario* de varias cosas históricas, principalmente de Cataluña, cuyo original manuscrito le tenia Serra y Postius en su librería, como él mismo dice en el índice manuscrito en la *Historia de Monserrate*. — *Vida de S. Narciso*. — *Vida de santa Eulalia de Barcelona*, manuscrita. — *Vida y milagros de S. Francisco de Paula*, impresa en Barcelona. — *Vida de S. Francisco de Sales*.— *Verdad triunfante* sobre el artículo XXII del *Resúmen*, etc.; Barcelona, 1680, por Jacinto Andreu, en fólio. — *Enchiridion de las glorias de Cataluña*, que tenia ya pronto para la prensa el año 1673. Hace mencion de él en la pág. 71 del *Resúmen histórico de Gerona*, al márgen. El original le tuvo Serra y Postius, y cree que no se imprimió; y ha venido á parar y se conservaba en San Felipe el Real de Madrid, de PP. Agustinos, en la librería de los *Continuadores de la España Sagrada;* su título es: *Reales elogios de Cataluña*, ilustrados y aumentados. — *De su nobleza y gloriosas hazañas de sus héroes*. — *Enchiridion*, con discursos en el fin, muy curiosos, por Fr. Juan Gaspar Roig y Falpi, cronista de S. M. en todos los reinos de la corona de Aragon. Es un tomo en 4.°, manuscrito, de 231 páginas de letra muy menuda, y acaba con advertir la extraña equivocacion del sabio Pedro de Marca, en la copia que dice sacó por sí mismo de la rara y antiquísima inscripcion, grabada en peña viva en el monte *Puig-Aguilá*, sobre Badalona, que es la antigua *Bétulo*. El Sr. Marca leyó: *Soli D. Saporum* en la primera línea; *A. P.*, en la segunda; y *Abasoanus*, en la tercera; y la interpretó diciendo que una vieja llamada Abaso, la cual habia perdido el gusto y no podia digerir nada, ni hallaba sabor alguno en lo que comia, habiendo recobrado el gusto, consagró aquelle peña al *Sol*, *Dios de los sabores*. El P. Roig dice que en 26 de Octubre de 1663 copió con todo cuidado dicha inscripcion, y que solamente dice: *Soli D. Sacrum et P. Abascanus*. Estando yo en el vecino monasterio de Gerónimos de la Murta en el verano de 1826, donde el

Sr. Marca escribió su obra *Marca hispánica*, cuando era comisionado de Luis XIV en Cataluña, acordándome de lo que escribió sobre dicha inscripcion, sin tener noticia de esta correccion del P. Roig, pedí á algunos monjes que me acompañasen á verla, y quedé admirado al observar que solo tenia dos líneas, y no tres, y que el Sr. Marca no habia leido bien su contenido. Formé una pequeña disertacion de la exacta copia que saqué, y la leí despues en 1850 en la Real Academia de la Historia. Posteriormente en 1853 me enseñó mi buen amigo el P. Mtro. Canal el manuscrito del P. Roig, y vi con agradable sorpresa que ya este habia descubierto la equivocacion del Sr. Marca. Además escribió la obrita: *Modo pera cumplir ab la obligació del rezo del divinal ofici, y celebració de inefable sacrifici de la missa; tret de la instrució de sacerdots que compongnelo P. D. Anton de Molina, monjo cartuxo, traduhit en llengua catalana, y anyadidas algunas cosas útils per lo M. R. P. Fr. Joan Gaspar Roig*, etc.; Barcelona, en casa Antoni Lacaballería, any 1663. — A.

ROIG DE LA PEÑA (D. Juan Bautista, presbitero. *Epílogo de la Católica Monarquía*, en ocho libros; parece original manuscrito de la Biblioteca Real; tres tomos. — A.

ROIG Y REXART (Antonio), hijo ilustre y predilecto de la isla de Menorca, varon elocuentísimo y muy distinguido por sus asombrosos talentos, sólida y vasta erudicion, profundos conocimientos en la ciencia teológica, pureza de costumbres y otras muchas cualidades que, segun dice el doctor Ramis, le hicieron descollar sobre los hombres más eminentes de este y del pasado siglo. Nació en Mahon el dia 7 de Setiembre de 1750; su padre Don Juan Roig y Cardona, doctor en ambos derechos y asesor del juzgado eclesiástico de Menorca, si bien era natural de aquella Isla, pertenecia á una familia originaria de Mallorca, que poco despues de la conquista fundó aquí el esclarecido solar que ha dado á la patria tantos varones ilustres y notables por su virtud y saber. Condiscípulo desde sus tiernos años de nuestro benemérito padre, cuya amistad conservaron hasta el último periodo de su vida, hizo como él los estudios de primera educacion con los Padres de la Compañía de Jesus. Protegido despues por el obispo D. Lorenzo Despuig, acompañó á su Ilma. á Tarragona cuando fué promovido á aquel arzobispado, y muerto su favorecedor, continuó aquí su carrera universitaria hasta tomar los grados de maestro en artes y doctor en filosofía, que recibió en 11 de Abril de 1767. De esta Isla pasó á Aviñon, en cuya famosa universidad se doctoró en teología y en ambos derechos. Contaba la edad de veinticuatro años cuando en concurso público, y no siendo aún presbitero, ganó el curato de la parroquia de Ferrerías en Menorca, que se le confirió en 13 de Setiembre de 1774: tres años despues fué

nombrado provisor y vicario general eclesiástico de aquella Isla, y en el de 1782 obtuvo los empleos de subdelegado de Cruzada y comisario de la Inquisicion en la misma, destinos que desempeñó con la entereza, prudencia y justificacion que le caracterizaban, hasta 13 de Agosto de 1790, en que, con sentimiento de todos los menorquines, fué trasladado al curato de la iglesia parroquial de Felanitx en Mallorca. Siendo ya examinador sinodal de este obispado, lo fué tambien de los arzobispados de Valencia y de Sevilla: el Emmo. Sr. D. Antonio Despuig y Dameto, patriarca de Antioquia y despues cardenal de la santa romana Iglesia, en 31 de Mayo de 1796 le nombró su teólogo consultor de cámara; la Academia Médico-práctica Balear le creó en 15 de Marzo de 1798 socio de erudicion; pertenecia tambien en clase de indivíduo numerario á la Sociedad Mallorquina de Amigos del país; con fecha de 1.° de Febrero de 1807 el inquisidor general de España le confirió los honores de inquisidor con voto del tribunal de este reino, y con Real título de 2 de Julio del mismo año le nombró S. M. canónigo magistral de esta santa iglesia, dignidad que desempeñó hasta 6 de Marzo de 1808, dia en que herido del sueño de la muerte pasó de esta á mejor vida. Fué sepultado su cadáver en el panteon de los señores condes de Montenegro y de Montores, sus protectores, construido bajo la grada exterior de la capilla de la Concepcion de nuestra catedral. Si el carácter interno de un sujeto se hubiese de juzgar por sus circunstancias extrínsecas, es decir, por los grados que le condecoran ó por sus dignidades y empleos, parece que lo dicho de nuestro benemérito menorquin sería más que suficiente para patentizar el suyo; pero, como dice un sabio de este siglo, los honores, los empleos y las dignidades que dan los hombres, no prueban aptitud, capacidad, ni mérito en quien las recibe: los de los ojos y entendimiento más sutiles no alcanzan, no penetran hasta el fondo de los corazones; ó el interés los corrompe, ó la pasion los ciega, ó la adulacion los emboba, ó la hipocresía los deslumbra; y escogen con error, proceden con desacierto, premian el vicio, y dejan sin remuneracion la virtud. ¡Cuántas estatuas se han levantado á hombres sin mérito, y se ha envilecido el nombre de otros que hubiera sido un heroismo eternizar su memoria! ¡Cuántos Lucianos han prodigado elogios á los Nerones, escándalos de las repúblicas y oprobios del género humano! ¡Cuántos Asueros han tropezado en soberbios y ambiciosos Amanes! ¡Cuántos Davides han sido preocupados de las astucias y ficciones de los Sibas! ¡Cuánta inquietud, cuántas pérdidas, cuántas lágrimas han costado á las monarquías semejantes errores y desaciertos! Hago y debo hacer gran diferencia, dice el P. Almeyda, de merecimientos á fama, que son dos cosas muy diversas que ahora andan juntas, ahora encontradas. Vemos muchas veces sin fama alguna allá en un pequeño rin-

con del mundo, un gran merecimiento, una virtud bien probada, unas prendas sólidamente heróicas; miéntras que una leve accion, un ademan ó un viento favorable, elevan hasta las nubes las cosas más viles y ligeras. Esta misma idea nos impulsa á creer que de nada sirven las cualidades externas de un sujeto para formar seguro concepto de su carácter y de sus prendas recomendables. Era el doctor Roig de estatura regular, corpulento y bien formado; tenia el pelo blanco y la nariz y demás facciones tan perfectamente hechas, que podia decirse de él lo que de José el antiguo asegura el Espíritu Santo: *Erat Joseph pulchra facie et decorus aspectu*: ó más bien lo que Ester asegura del rey Asuero: *Valde mirabilis es, Domine, et facies tua plena est gratiarum*. Sus ojos eran negros, brillantes y llenos de expresion. Las cualidades de su grande alma eran análogas á las de su cuerpo, pues siendo aquella madre de la razon, gloria de la humanidad y primor exquisito de la mano de Dios, puede decirse en verdad que la divina sabiduría no le negó nada de cuanto se necesita para agradar. Dotóle de un espíritu vasto, pronto, fecundo y lleno de perspicacia, de un talento asombroso, de una comprension amplísima, y de una tenaz, firme é ilimitada memoria. A este conjunto de preciosos dones reunió una aplicacion y atencion constante á todo lo escolar, y distinguiéndose ya desde su infancia entre sus coetáneos, cultivó con fruto las flores de la literatura, llevándose siempre el aura popular. Apénas hay ciencia que no saludase, y sus progresos á cuanto se dedicó, siempre fueron rápidos. Modesto y áun tímido, tenia una conversacion elegante, dulce, amena é instructiva; fué muy sobrio y templado en su conducta, y su porte era el mismo de un pastor irreprensible. Los que le trataron, pudieron observar en él la más íntima y estrecha familiaridad: que los placeres ningun ascendiente tenian sobre su alma, y que en los intervalos de recreo que le ofrecian las visitas de amigos, manifestaba siempre una impaciencia si no podia hacer servir aquel tiempo en beneficio de sus ideas literarias. Eran pocos los oradores de su tiempo que se producian con tanta gracia, dulzura, claridad, delicadeza y precision; y los que haciendo justicia al mérito, vieron y oyeron los hermosos partos de su elevado ingenio, reconocieron que Roig, así como Ciceron, por la felicidad con que extendió su saber á todos los ramos de la elocuencia, sirvió de modelo á los oradores, pudo tambien servir de norma á los de su siglo. En efecto, el doctor Roig lo mismo que aquel monstruoso fénix del saber, habiendo reunido todas las gracias del inglés, italiano, francés, aleman, latin, griego y castellano; con la fuerza de la elegancia, con un estilo claro, unos conceptos sublimes, unas descripciones exactas, metódicas y cabales, unas hipótesis adecuadas, unas figuras vivas y naturales, y con el modo melífluo de producirse en sus discursos bre-

ves, compendiosos, ajustados y ceñidos á la inteligencia comun, deleitaba á los auditorios llenos de energía, robustez y penetracion; sus expresiones tenian una eficacia incontrastable cuando exhortaba á la virtud y declamaba contra el vicio. Puesto incesantemente sobre los libros, de que tenia una numerosa y escogida coleccion compuesta de las mejores obras de teología, Santos Padres, concilios, bularios é historias, llegó á estar tan versado en las obras de la más sana ética, sagradas letras y exposiciones más famosas, que era su alma el reservatorio de la Biblia y Santos Padres, un pozo de erudicion, un almacen de todas las ciencias y una biblioteca ambulante; y muchas de sus homilías, pronunciadas áun sin prepararse, eran como deben ser las de los ministros de Jesucristo, los textos mismos de las santas Escrituras y de sus expositores. Con este motivo el obispo D. Pedro Rubio le eligió para pronunciar las platicas en los ejercicios espirituales que dió al clero secular de su diócesis, bien penetrado de que no podia echarse mano de mejor orador en toda la Isla: en efecto, sus oyentes pudieron admirar los rasgos de su sabiduría; y el rico erario de su sólida y basta erudicion, le hizo del elogio que de otro orador escribió el dulcísimo abad del Claraval: *Diffusa est gratia in labiis ejus vehementer, mel et lac sub lingua ejus, et eloquium ejus dulce.* Mirando la predicacion como la primera obligacion de todo pastor de almas, fué tan exacto en el desempeño de este deber, que deseoso de alimentar á su grey con la palabra de Dios, y cumplir por este medio con el precepto que Jesucristo impuso á los apóstoles y á todos los que le sucedieron en el delicado encargo de apacentar su rebaño, eran raros los domingos en que no distribuyese á sus feligreses el pan de la divina doctrina, explicándoles con majestad y sencillez las verdades sublimes del Evangelio mediante unas homilías, que llenas de moralidad y proferidas con un estilo familiar, nos hacen decir de él lo que de Claudio presbítero de Viena dejó escrito Sidonio Apolinar: *Destruit ut Lactantius... ut Basilius corripit, etc.* Por último, amando Roig á la iglesia de Felanitx con el amor que debe un esposo á su esposa, su distinguida piedad no cesó todo el tiempo que la rigió de procurarla utilidades y decoraciones, de aumentar en ella el número de sagradas funciones, y de acrecentar sus adornos. Fundó en Felanitx una mision cada siete años, dotó con más de cien libras censo, un colegio de Hijas de la Caridad: instituyó el lavatorio del jueves santo, la procesion de las reliquias en las pascuas de Resurreccion, la accion de gracias del dia último del año, la comunion de los niños, y el toque de la agonía á las tres de la tarde de cada viernes. Aumentó la devocion al Corazon de Jesus: enmendó varias corruptelas: costeó la habitacion del vicario de semana; pagó un hermoso tálamo y dos banderas de lama de plata, un crecido número de preciosas casullas, ternos y frontales,

una estátua de plata de S. Francisco de Borja y otros muchos objetos que en aquella parroquial harán eterna su memoria. Su muerte que, como á Josías, le hizo descansar para que sus ojos no viesen los males que poco despues de ella padeció su patria, destruyó una vida edificante y un constante y acérrimo defensor de la verdad; quitó á la mies de Jesucristo uno de sus más fervorosos operarios, á las letras humanas uno de sus más hábiles profesores, á la oratoria sagrada el más exquisito ornamento, al arte literario uno de sus más gloriosos colonos, y á los siervos de Dios un constante y verdadero amigo. Murió, como lo persuaden sus virtudes, la muerte de los justos. Una pulmonia, que le asaltó al bajar del púlpito de la catedral de dar varios puntos de meditacion la tarde del 29 de Febrero de 1808, dia segundo de las Cuarenta Horas que á impulsos de su devocion se celebraban por primera vez en aquella santa iglesia, le hizo descender al sepulcro el 6 de Marzo siguiente. Como su vida fué una série continua de aflicciones y trabajos, al tiempo de morir pudo decir de si mismo lo que á Faraon respondió Jacob cuando éste preguntó á aquel qué edad tenia: *Los dias de la peregrinacion de mi vida, si bien son cincuenta y ocho años, son cortos y malos.* Pocos fueron los que despues de su muerte hablaron de sus prendas y virtudes con la sinceridad que la imparcialidad exige; pero si su mérito ha de medirse por los sinsabores y reveses de la fortuna que sufrió, hecho un triste juguete de la envidia y de la malignidad, puede asegurarse que fué un hombre insigne, tanto por sus letras como por su bondad moral. Los escritos que tenemos de él son estos: 1.° *De sacris apud Minorem Balearem Antistibus, Severo potissimus, deque istius epistola exercitatio, et in eamdem epistolam animadversiones*; Palma, imprenta de Antonio Miralles, año de 1787, un tomo en 4.° — 2.° *Adiciones al Catecismo y Ritual diocesano del obispado de Mallorca.* — 3.° *Reflexiones crítico-apologéticas sobre algunos escritos relativos á la isla de Menorca y sus naturales*; Barcelona, por Francisco Suria, un tomo en 8.° sin año de impresion. — 4.° *Tiburtii Palmensis ad Christophorum Atheniensem*, epistola teológico-crítica contra el *Compendium censurarum et casuum in diœcesi Balearium reservator.*, que bajo el nombre de Buenaventura Pol publicó en 1787 D. Juan Payeras, presbítero; Mahon, 1788. — 5.° Sermones impresos: 1.° *El predicado en 28 de Abril de 1782 en el convento de la Concepcion de Mahon en accion de gracias por la rendicion del castillo de S. Felipe.* — 2.° *Predicado en la parroquial de Mahon en 15 de Febrero de 1782, por el feliz alumbramiento de la Serma. princesa de Asturias, nacimiento de los infantes gemelos D. Cárlos y D. Fernando, y ajuste de paz con la nacion británica.* — 3.° *De la Virgen del Cármen en su fiesta del convento de Mahon, año 1804.* — 4.° *De Sta. Juana Francisca Fremiot en la iglesia de Mínimos*

de Palma á 21 de Agosto de 1784. —5.° *De la Bta. Catalina Tomás, en 13 de Agosto de 1793, en la parroquia de Valldemosa.* —6.° *De S. Vicente de Paul en su iglesia de Palma, el dia de su fiesta de 1798.* —7.° *Traslacion del Santísimo Sacramento de nuestra Señora del Cármen de la iglesia vieja á la nueva del convento de Palma, en 5 de Julio de 1802.* —8.° *Panegírico del Bto. José Mariano Thomasi en la fiesta de su beatificacion celebrada por los Teatinos de esta ciudad en 23 de Setiembre de 1804;* Barcelona, por Juan Francisco Piferrer. —9.° *Sermon de S. Estanislao de Kostka, predicado en la iglesia de Capuchinos de Palma el dia de su fiesta de 1804.* —Y 10. *Sermon de S. Francisco de Paula en la fiesta que le celebró la comunidad de Mínimos de esta ciudad en 14 de Abril de 1806.* El célebre italiano Vicente Facini, habiendo visto unas excelentes epístolas latinas del doctor Roig, le dedicó una obra con este título: *Fr. Vincentii Facini, Ord Præd., in pissano Atheneo sacr. lit. pub. profess. regiæque Cartonensis Academiæ sodalis de Alexandro Magno ingresso Hyerosolimam antequam ad Hammonis oraculum transferrentur exercitatio in qua Flavii Josephi narratio defenditur; Florentiæ*, 1780.

Præstantissimo doctissimoque viro
Antonio Roccio,
In insula Minoricensi generali vicario
Auctor obsequentissimus.

J. B. de R.

ROIS (P. Jacinto), religioso cisterciense, natural de San Pedro de Avante, obispado de Mondoñedo. Tomó el hábito en el monasterio de Sobrado en 5 de Abril de 1698, donde pasó probablemente la mayor parte de su vida. Dióse á conocer como poeta escribiendo en verso algunas obras. Lo está en prosa la que intituló: *Desembarco, camino y estancia que hizo en el monasterio de Sobrado la Reina nuestra señora Doña Mariana de Neoburg, Palatina del Rhin*, manuscrito. Le pertenece además la siguiente *Relacion del mismo asunto en verso, en la que describe la hermosura y bellas prendas de dicha señora.* Empieza así:

Inclita flor Palatina,
Cuyo primor más feliz,
Que nunca el hado condujo
A lograr los de Madrid.

A esta relacion siguen unas décimas alusivas á la esperanza con este principio:

Quitaráse España el luto
Que la de Francia causó,
Cuando vea que llegó
La flor del Rhin á dar fruto.

S. B.

ROIS y MENDOZA (V. P. Fray). Nació este religioso en la coronada corte de Madrid, y floreció en el siglo XVII. Fué hijo de D. Diego Rois y Bernaldo, tambien natural de Madrid, señor de la casa de Rois, gentilhombre de cámara de los reyes D. Felipe III y IV, y de la señora Doña María Gamiz y Mendoza, dama nobilísima, natural de Viena de Austria. Consta por Real cédula de 10 de Noviembre de 1625, que le hizo el rey merced de hábito de la ínclita órden de Santiago, como consta de la genealogía que para la toma de su hábito hizo el ilustrado D. José Alvarez y Baena, autor de la interesante obra *Hijos ilustres de Madrid*, en la que le dedica un artículo del que tomamos lo que más nos ha convenido para este. El P. Fr. Bernardo Alvarez, monje bernardo, en su obra: *Lustre primero del púlpito*, al tratar de los *Hijos ilustres del monasterio de Valparaiso*, nos habla de este venerable, pero sin decirnos nada acerca de la época en que tomó el hábito, ni de la de su muerte. Se reduce á decir que fué hijo mayor de sus padres, y que heredó la casa de Rois, en Vizcaya; que habiendo abrazado la profesion de las armas, á los veintidos años de edad se encontraba de capitan de caballería, con mucha fama, en los estados españoles en Flandes; que teniendo en Madrid á su querida madre, su cariño le obligó á volver á esta corte, en donde se puso á cuidar de los intereses de su casa. Que tenia las libres costumbres de soldado mozo, lo que le ocasionó algunos lances desagradables, y que los escarmientos que experimentó le hicieron variar de camino, y buscando uno que le condujese á más seguro puerto de salvacion, determinó abandonar la carrera militar, cuyo proyecto comunicó á su madre. Pasó á Burgos á visitar á dos hermanas religiosas que tenia en el célebre monasterio de las Huelgas, y conociendo allí á una sierva de Dios llamada Doña Antonia Jacinta, tuvo con ella varias conferencias sobre puntos de religion, consiguiendo esta por fin convencerle de que convenia á su alma retirarse del mundo para buscar á Dios por otro camino más seguro. Viéndole convencido la sierva de Dios, y conociendo que tenia vocacion para ello, le mandó vestir el hábito de S. Bernardo, y obedeciendo el arrepentido Rois, se fué al monasterio de Valparaiso, y haciendo ver quién era y su deseo, logró ser admitido en aquella santa casa. Cumplida fué la resolucion de nuestro jóven, pues que no se hizo esperar mucho la prueba de su verdadera vocacion, una vez que á los pocos meses de ejercicios fué el modelo de san-

tidad en que aprendian todos los religiosos. Su modestia, dice Baena, fué admirable; su silencio tan constante que jamás hablaba sin ser preguntado; sus penitencias tan frecuentes y tan ásperas, que los superiores se veian precisados á moderarlas con su mandato, lo que él hacia por obediencia, pero con gran sentimiento. Fué en el coro el primer asistente; en la humildad era dechado seráfico, y en la obediencia tan ejemplar, que áun cuando discípulo, todos los religiosos le veneraban como maestro. Generalmente hemos advertido, al escribir las vidas de los españoles que se han dedicado al claustro, esa humildad y obediencia que son las principales virtudes que constituyen, despues de la piedad y de la caridad, la vida monástica, llevadas hasta el extremo; y dice esto tanto más en favor de estos venerables siervos de Dios, cuanto que dotado el español por su naturaleza de un carácter vivo y altanero, y de un amor á la independencia extraordinario, da á conocer el gran sacrificio que tuvieron que hacer para vencer su natural, para vencerse á sí mismos y someter su característica altanería á la más santa humildad, y sus ímpetus de señor á la condicion de esclavo. Este vencimiento de sí propio es el mayor triunfo que puede el hombre alcanzar en esta vida, puesto que le pone en el camino de la gracia, y este es el que alcanzaron tantos venerables religiosos españoles, á los que premió el Todopoderoso, sin duda porque fueron mártires de sí propios al vencer sus pasiones, martirio á veces más grande que el de sangre, y por el que veneramos á muchos sobre los altares para honra y gloria de nuestra católica religion. Recorria el P. Rosi el Aragon, edificando á cuantos tenian la fortuna de acercársele, ya con su ejemplo, ya con su elocuencia evangélica, cuando dispuso Dios llamarle á sí para premiar sus virtudes en la gloria eterna, y habiendo llegado al monasterio de Espina despues de su viaje, le acometió una enfermedad, de la que murió santamente, segun Baena, á mediados del siglo XVII, siendo muy sentido de todos los religiosos de su Orden, que le veneraban por su virtud y consideraban una gloria de la misma religion. Como el monasterio de Valparaiso desease poseer sus restos, se hicieron las diligencias necesarias para su exhumacion, y concedida que fué, se trasladaron sus cenizas desde el monasterio de Espina, y fueron recibidas en Valparaiso con aprecio y veneracion, y en la iglesia de este monasterio se han conservado con las de sus padres y de su hermano el ilustrísimo Señor D. Francisco Rois, arzobispo de Granada, del que vamos á hablar, que tambien dejó una buena memaria. — B. S. C.

ROISS Y MENDOZA (Fr. Francisco), hermano del anterior religioso, fué hijo segundo de D. Diego de Roiss Bernaldo, hijo de Madrid, gentilhombre de los reyes Felipe III y IV, y de Doña María Catalina Gomez de Mendoza, natural de Viena de Austria, segun Baena, en sus *Hijos ilustres*

de Madrid, al que seguiremos en este artículo. Así como su hermano Don Diego, tomo la cogulla del Cister en el monasterio de Valparaiso, abandonando su mayorazgo, á la edad de diez y seis años. A fin de que su instruccion fuese sólida, le mandaron sus superiores á su colegio de Alcalá de Henares, y despues pasó á Salamanca, en cuya célebre universidad se graduó de doctor en teología el año 1643, y de artes en 1659. Dedicado á la enseñanza y con disposicion para ella, obtuvo por los medios que exigia el sistema de instruccion pública de aquella época las cátedras de Escoto y Durando, la de filosofía moral y vísperas de teología, y se distinguió tanto en estas asignaturas por la bondad de su doctrina, y por su profunda elocuencia y buen decir, que á pesar de que en aquella Atenas española habia á la sazon doctores de gran saber y de fecundo ingenio, fué considerado como un prodigio de ciencia. Su congregacion, admiradora de su mérito, le distinguió confiriéndole sucesivamente los principales empleos; y llegando á oidos del rey Felipe IV su merecida reputacion, le nombró su predicador de Cámara, le confirió la presidencia de la junta de la Inmaculada Concepcion de María Santísima, y le elevó á la dignidad de gran prior del Sacro convento y milicia de caballeros de Calatrava. Siguiendo el Rey en su aprecio, y empeñado en premiar su virtud y los servicios que habia prestado á la religion y á su Real persona, le presentó á la Santa Sede en 1667, para la mitra de la iglesia de Badajoz, que gobernó con ejemplar conducta hasta el año 1672, en que fué promovido al arzobispado de Granada, sucediendo en esta silla á D. Diego Escolano. Tomó posesion de su iglesia metropolitana y diócesis el dia 28 de Julio de 1775, é inmediatamente se dedicó al buen gobierno de su iglesia y al apacentamiento espiritual de sus ovejas, á las que hizo muchos beneficios. Fué este prelado, segun Baena, varon consumadísimo en virtud y letras, de alto talento y acertadísima comprension para el manejo de los negocios; de costumbres suaves y apacibles, y observador puntual de la religion que habia profesado. Teniendo la pobreza como rica presea del religioso, la conservó toda su vida, á pesar de su elevacion, y vivió en su palacio arzobispal como en una celda, y con el mismo rigor monástico que si estuviese en su convento, en todo aquello que el conveniente esplendor de su dignidad lo permitia, sintiendo mucho cuando este le obligaba á presentar su persona con la ostentacion exigida á su elevada clase y posicion. Cuando un pastor católico cumple estrictamente con las reglas evangélicas, y por su medio solo gobierna á sus ovejas, estas son dichosas y veneran con verdadero amor la mano que las dirige; de suerte que cuando se les priva de tan buena direccion, se las hace verdaderamente desgraciadas, sucediendo al gozo el luto y las lágrimas del más acerbo dolor. Esto aconteció á los granadinos: felices con tan virtuoso y amoroso arzobispo, cuan-

do Dios se le arrebató para premiarle, sin duda, en el cielo, su desconsuelo fué terrible, y debió serlo, puesto que perdieron un verdadero padre. Murió santamente el prelado Rois en Granada, el dia 16 de Marzo de 1677. Segun lo que se ve en la obra titulada: *Lustro primero del púlpito*, en que imprimió el P. Fr. Bernardo Alvarez la oracion fúnebre de este prelado, y las noticias del archivo de la santa iglesia de Granada, el Ilmo. Rois dejó ordenado en su testamento se trasladasen sus cenizas al monasterio de Valparaiso, á la capilla que para entierro de sus padres y el suyo habia hecho edificar; pero su voluntad no se cumplió hasta el año 1688, en el que con gran pompa fúnebre se le colocó en su sepulcro el dia 16 de Mayo, haciéndole la funcion lúgubre el dia 18, en la que cantó la misa el obispo de Zamora. —B. C.

ROISSARD (El Abate). Escasas son las noticias que se tienen de este sacerdote, del que únicamente podemos consignar que era un elocuente orador, á cuya circunstancia sin duda debió ser nombrado predicador del Rey cristianísimo, y que dejó escrita una importante obra, á la que debe su celebridad, titulada *El consuelo del Cristiano, ó razones para confiar en la misericordia de Dios en las varias circunstancias de la vida;* obra que vió la luz pública por primera vez en 1775 en dos volúmenes en 12.°, y que despues se ha reimpreso repetidas veces en diferentes formas, y que siempre ha sido buscada con solicitud por los fieles. —M. B.

ROISSEL (Enrique), oficial jóven, hijo de un presidente de consistorio en Alsacia, se convirtió al catolicismo é hizo su abjuracion en 1827 en manos de Mr. Janson, obispo de Nancy. —S. B.

ROISSEL (Enrique Federico Guillermo), natural de Alsacia, hijo de un expresidente del consistorio luterano, entró en el seno de la Iglesia católica y abjuró en la capilla del hospital Necker, en París, el 24 de Mayo de 1829. Hacia largo tiempo que la gracia habia tocado su corazon, y por último en este dia despues de las instrucciones y preparaciones convenientes, hizo abjuracion en manos de M. de Janson, obispo de Nancy. Este hombre, que tenia treinta y ocho años de edad y que era un militar antiguo, recibió el bautismo bajo condicion. Los ministros protestantes de París procuraron separarle de su nueva creencia, mas él cedió á su conviccion y á un concurso de circunstancias en que era difícil no ver la misericordiosa prevision de la Providencia con respecto á él. — S. B.

ROISSY (Pedro de). Montfaucon cita dos manuscritos del Vaticano, en que se halla un manual *(Manuale)* de Pedro de Roissy, canciller de la iglesia de Chartres. Como estos manuscritos contienen al mismo tiempo el penitencial de Ricardo de S. Victor, el tratado de Juan Beleth, *De officiis ecclesiasticis*; el *Liber clericalis disciplinæ* de Pedro Alfonso, se cree que el

manual de Pedro de Roissy se refiere tambien al oficio divino, los deberes ó funciones de los clérigos y la administracian de los santos Sacramentos, y que no se ha redactado mucho tiempo despues de las obras de que forma parte. Esta es la única noticia que tenemos sobre el autor, que sin duda era natural de Roissy, cerca de Gonesss, siendo este tambien el único indicio que nos autoriza á suponer que su carrera no se prolongó más allá de 1230.—S. B.

ROIZ ó Rodriguez (Juan). Fué portugués y desengañado del mundo áun ántes de conocer sus riesgos, resolvió huir de tan peligroso enemigo, acogiéndose al sagrado de una religion aprobada; idea que concibió casi desde el punto y hora en que estuvo en el pleno ejercicio de su razon. Como persona que obraba con juicio ó más bien á quien Dios guiaba en sus operaciones, no se dejó llevar de esa impetuosidad con que los jóvenes hacen todas las cosas, sino que tomándose tiempo para reflexionar, y ver qué era lo que estaba más en armonía con su carácter, ó más bien cuál el instituto donde podria él servir á Dios mejor; examinó todos y halló que ninguno le convenia tanto como la Compañía de Jesus, por ser este instituto especialmente dedicado á buscar la mayor gloria de Dios en la salud de las almas y todos los medios por donde moralizándose las indivíduos y haciéndose virtuosos, pueda venir á constituirse una sociedad, si no de santos, por lo ménos de hombres que ven su fin, y procuran hacerse lo perfectos que pueden en su estado, que es el único medio de asegurar la eterna salud. Pidió, pues, la sotana del gran Loyola, y no hubo inconveniente alguno en acceder á su demanda, porque los superiores conocian estas dos cosas: primero, que sería de gran provecho para la Compañía, por el vivo deseo que le animaba de buscar en ella la salud de los fieles sin descuidar la suya propia; y segundo, porque una oracion tan decidida, un llamamiento tan especial, tenia por precision que ser secundado, porque si no se exponia al sujeto á quien esto se habia hecho, á que dejando infructuosa, aunque no por su culpa, aquella primera gracia, no recibiese otra, y entónces tuviese que lamentar terribles consecuencias. Tomó pues la sotana, hizo su noviciado con extraordinario aprovechamiento y edificacion de todos cuantos tenian ocasion de verle y observarle, y siguió despues estudios con tan buen exito que ántes del tiempo acostumbrado tuvo aprendido lo que es necesario saber para poder llamarse teólogo, y se dedicó al estudio de idiomas, al cual quisieron sus superiores que se aplicára sin duda alguna por las miras que desde luego se llevaron de mandarle al Japon en tiempo oportuno, para que allí pudiera servir, como sirvió muy mucho, á su querida Compañía. Tan grande como habia sido su aprovechamiento para los estudios que podremos llamar serios y profundos de la sagrada facultad de teología en que tanto brilló, lo

fué en estos otros, que casi podrian considerarse como de mero pasatiempo, aunque pasatiempo útil, porque al cabo daba sus resultados; y en confirmacion de este aserto bastará decir que cada idioma que aprendia lo hablaba luego como si fuese su idioma propio; diciendo él con mucha gracia, que se asombraba de que un portugués hubiese podido llegar á dominar fácilmente lenguas como la inglesa, la japona y otras. Esta facilidad que para idiomas tuvo, sirvió para que en las diversas ocasiones en que la Compañía de Jesus tenia que mandar comisiones á soberanos, ya para dilatar el instituto, ya para otros fines, cuando el P. Rois no era comisionado fuese intérprete, y en ambos conceptos uno de los más activos y diligentes servidores de la Compañía; porque considerando como propios los triunfos de ella, los facilitaba en cuanto estaba á su alcance. Despues de haber prestado muchos y muy importantes servicios en estos ministerios, fué mandado al Japon, donde no fué ménos útil. Por supuesto que además de los servicios que prestaba como hombre de gabinete, los prestaba no menores como sacerdote, pues incansable en el ejercicio de tan sublime ministerio predicaba sin cesar, confesaba á todas horas, y en uno y otro ejercicios lograba abundantísimos frutos; es verdad que le hacia muy recomendable además de su ciencia su carácter, pues era muy dulce y atraia con sus modales finos y delicados áun á aquellos que más parecian repeler los preceptos del Evangelio. En el Japon ayudó muchísimo á los Padres misioneros, y prestó tambien un gran servicio á nuestra península y á toda Europa; porque, si bien en estilo de cartas, dictó y lo hizo en verdad con muchísimo acierto, la crónica de aquellas apartadas regiones, así como los sucesos de la mision en los años desde 1514 al 1526, cuyos trabajos reunió el P. general Aquaviva, y los hizo imprimir, con lo cual se ilustró mucho la opinion, se fomentó aquella gran obra, y á nuestro buen P. Juan Roiz ó Rodriguez resultó tambien la parte de gloria que le cabia, pues el Padre General no quiso ocultar que á él se debian las noticias que publicaba. Esto es todo lo que podemos decir del P. Roiz, considerado por sus hermanos como uno de los escritores de la Compañía de Jesus. — G. R.

ROJARDO (Fr. Juan), franciscano flamenco, natural de Amberes. Nació á principios del siglo XVI, y desde su infancia se manifestó llamado á dar los más brillantes pasos en la carrera de la virtud. Sin embargo, su amor al estudio, su imaginacion ardiente y fogosa, debian destinarle á otro porvenir el que no tardó mucho en abrazar. Llamado por una verdadera vocacion á la Orden Seráfica, tomó el hábito de esta religion, y ya como novicio ó como profesor se distinguió por sus cualidades á propósito para vivir en el claustro. Piadoso sin afectacion, dado á la oracion y á la penitencia, pasaba dias y áun noches enteras en los ejercicios propios de su pro-

fesion, sin dejar por eso de consagrarse á los estudios en que hizo los más rápidos adelantos. Así apénas terminó su carrera, fué llamado á los primeros cargos de su Orden, distinguiéndose principalmente en el ejercicio de la predicacion, que ejerció no solo en su patria, sino tambien en extraños paises, adquiriendo la reputacion de orador enérgico y elocuente. Su carácter consistia principalmente en atacar los vicios donde quiera los encontraba, y así es que su palabra corria rápida y afluente como un torrente que corre despeñado hasta lanzarse en el mar. Este estilo tiene sus ventajas, pues es muy propio para atacar, más no tanto para la defensa tan necesaria á los que se dedican á hablar en público. Carece ciertamente de la ternura, el afecto y la uncion de los que procuran conmover y hablar al corazon, atrayéndole por los caminos dulces y tranquilos de la persuasion, pero en cambio causa una impresion más fuerte en el ánimo, y desde los primeros momentos, ó le somete por completo, ó le obliga á declararse en abierta rebeldía. Pero los tiempos en que predicaba el P. Rojardo no eran ciertamente de los en que nadie se hubiera atrevido á oponerse á sus máximas y principios, y así sus ataques fueron dirigidos en particular contra los pecadores, procurando su correccion, que consiguió en muchas ocasiones. Sus superiores, viendo el buen efecto de sus discursos, le mandaron imprimirlos; y lo hizo así, habiéndonos quedado de él muchos tomos de sermones, cuyos títulos citaremos despues. De estas ocupaciones fué llamado á las del gobierno, y pasó de comisario general á Escocia, donde trató negocios de la mayor importancia, y permaneció por un largo período. Ignórase el motivo por que vino despues á España, pero se sabe que murió en Burgos en 1547, y fué enterrado en el convento de su religion en la nave de la iglesia. Sus obras son las siguientes: *Homilias in Epistolas et Evangelia Dominicalia et festivitates Sanctorum temporis æstivi;* Colonia, 1573.—*Enarrationem Dominicæ Passionis;* Amberes, 1550 y 1560.—*Soliloquium Deum precandi*; Id. por Juan Sterium, 1546, en 8.°—*Apologiam contra Zelotem*; París, por Andoeno Petit; 1544, en 8.°—S. B.

ROJAS (Fr. Alvaro de). Este esclarecido varon, que es tambien conocido con el nombre de Alvaro de Sta. María, fué uno de los más bellos ornamentos de la provincia de S. Gabriel en la órden de religiosos observantes de S. Francisco. Desde luego se conoce muy bien que en él habia gran fondo de virtud, en el mero hecho de no haber permitido que se consignen de un modo especial y terminante sus acciones; mas esto, que dice mucho en favor de su profundísima humildad, es para nosotros motivo de privarnos de noticias que habian de sernos provechosas, porque indudablemente nos inducirian á la virtud, pues es imposible conocer el bien y no caminar hácia él con toda la presteza posible. Fué observantísimo no solo

de sus reglas, sino hasta de las costumbres que encontraba bien establecidas, y este fué un motivo por el cual era mirado y tenido por todos como modelo, y consultado frecuentísimamente no solo por los religiosos de su convento, sino, lo que es más extraño, pero que dice mucho en favor del Padre, por los de otras partes, que venian atraidos del buen concepto y reputacion de que gozaba. Como era hombre metido en sí, por expresarme de esta manera, no demostraba á primera vista su gran capacidad; pero el que le trataba se penetraba de ella al momento, porque desde luego se veia que no era un hombre vulgar, pues tenia siempre respuestas sobre muy adecuadas muy convenientes, y que no era posible venir á ellas sin una detenida premeditacion y estudios profundísimos. Desde que comenzó su carrera escolástica demostró mucho afan y no poco interés por el estudio de las Escrituras sagradas, y en él logró muchos adelantos, pues pudo á costa de trabajo, eso sí, pero pudo al cabo hacer buenas cosas en este órden, que le han conquistado el nombre de que entre los literatos y hombres de ciencia goza. Sin poder, pues, decir más acerca de su vida, dejaremos consignado como una prueba de que era un hombre notable el que el eminentísimo señor D. Gabriel de Trejo, de la santa romana Iglesia presbítero cardenal y arzobispo distinguido, no solo estimaba en mucho la ciencia, doctrina, antecedentes y demás de nuestro P. Rojas, sino que no daba un paso de importancia ni tomaba una resolucion de trascendencia sin consultarle, y no como quiera, presentando el prelado su opinion á la sancion del religioso, sino preguntando al religioso la suya, y no aquietándose hasta que lograba saberla, obrando de conformidad con el parecer del Padre, áun cuando alguna vez era discorde del de los que componian el verdadero cuerpo consultivo del prelado. Esto le valió al Padre algunas rivalidades, que despreció altamente, convencido de que no merecian la pena de fijar en ellas la atencion. Sus dias, pues, pasaron en la paz y sosiego del espíritu, apartado del bullicio del mundo, sin aspiraciones, ántes por el contrario renunciando todos los honores, consideraciones, títulos y demás con que le brindaron en su Orden, y contentándose siempre con su rincon, su observancia, la exactitud más recta en el desempeño de los cargos puestos á su cuidado, y aquello en fin que hace al hombre apreciable, áun cuando los detalles de su historia sean enteramente desconocidos. Nos legó para que pudieramos apreciar su ciencia y erudicion las obras siguientes: *In Apocalipsim Sancti Joannis commentarios*, obra que dedicó al cardenal, y que tuvo la abnegacion y modestia de consignar bajo el nombre de su eminencia hasta que este se empeñó en que habia de descubrirse, porque no queria el prelado defraudarle la gloria que justamente merecia, ni engalanarse digámoslo así, con lauros que por todo derecho eran del que los mereció.

Fué, como no podía ménos, muy estimada esta obra, que áun hoy se consulta, porque contiene las interpretaciones más conformes al dogma, á la tradicion, las buenas costumbres y hasta á la razon, pues no es dable poner más al alcance misterios como los que encierra el importante libro que se comentó con tanto acierto por nuestro buen P. Rojas. Tambien explicó con felicísimo éxito y verdadero acierto el *Capítulo VII de Daniel*, que por las profecías que encierra necesita tanta copia de conocimientos, así teológicos como históricos y de tradicion, como los que reunia este sabio, que además de teólogo, era filólogo, y conociendo en lo que en su época era posible los originales hebreo y griego, podia, como lo hizo, dar acertada version á los difíciles pasajes del enunciado capítulo del profeta. Y por último, escribió: *In caput IV Zachariæ*, opúsculo preciosísimo que no se publicó por ser su obra postrera y por no haberse atrevido los padres de su convento á concluir lo poquísimo que le falta, á pesar de tener apuntes y áun una especie de clave que para su gobierno y para no distraerse habia sin duda dispuesto. Esto es todo lo que podemos decir acerca de las apreciables obras del Padre Fr. Alonso de Rojas, de la Orden de S. Francisco. — G. R.

ROJAS (Fr. Alonso de). Fué sevillano y acreditadísimo por su ciencia y erudicion, habiéndose hecho acreedor á ocupar las primeras dignidades de la Iglesia, desde el momento mismo en que, concluida su carrera, sostuvo con la brillantez que lo hizo las tésis dificilísimas que en los ejercicios públicos con que terminan siempre los estudios en Sevilla quisieron ponerle sus examinadores, que ya iban á hacerle lucir, porque esperaban con fundamento que este y no otro resultado darian las pruebas que con él hicieran. Por supuesto que recibió la investidura de doctor en sagrada teología, y se le hubiera dado una cátedra si no lo hubiera resistido hasta con tenacidad, en lo cual el claustro tuvo bastante disgusto, pues hubiesen tenido suma complacencia en tenerle por compañero áun cuando despues hubiese renunciado para entrar en religion, como efectivamente entró en el convento de religiosos Mercenarios de Sta. Catalina mártir. Muy grande fué la satisfaccion que tuvo desde luego la órden de Redencion de cautivos en que un hombre del mérito del P. Rojas pidiese su hábito, pero nunca creyó ni que fuese tan ejemplar, ni que se aferrase como se aferró en no pasar de simple religioso, sin que fueran bastante motivo para sacarle de su opinion las reflexiones de los otros muchos Padres, que hubiesen querido verle al frente de los destinos de la religion. El se conocia muy bien; comprendia perfectamente que no era este el camino por donde Dios le habia llamado, y no queria, y esto era muy justo, no queria obrar nunca ni en nada contra la voluntad del Señor, así es que á la primera indicacion que le hicieron para que desempeñase una cátedra, en cuanto le iniciaron que habia de poner

se al frente de una expedicion que salia para redimir, el Padre estuvo dispuesto, el Padre no vaciló, porque sabia que para esto le habia llamado Dios y no para el gobierno de sus conventos; y por esto no se crea que no era capaz de gobernar, error y muy craso sería el imaginarlo siquiera, y ocasion vendrá en lo poco que de su vida sabemos en que esto se demuestre: la dificultad estaba en que conocia su carácter, conocia ciertos defectos que habia en su religion, y por esto y no por otra cosa creia como imposible el ponerse él al frente de un convento, porque acaso hubiera tenido por conciencia obligacion de tomar resoluciones, que no hubiesen dado otro resultado que producir disgustos. Pero dejemos esto, y veamos cómo los resultados demostraron que el Padre era á propósito para la cátedra, era á propósito para la expedicion. En esta, nunca hasta entónces habia empleado la religion mercenaria ni ménos tiempo ni ménos dinero, pues ningunos cautivos se habian hasta aquella fecha rescatado en tan bajo precio, y esto por qué? Porque nuestro P. Rojas no tuvo al lado del soberano que les tenia presos la debilidad que habian tenido sus antecesores, debilidad excusable, porque pareciales que la resistencia que los religiosos hubiesen hecho no sola á las determinaciones justas, sino á las más ridículas exigencias del emperador de Marruecos habia de empeorar la causa de los cristianos; y esto de empeorar la causa de sus protegidos era horrible para los religiosos y no podia ni áun sufrirlo su mente, por eso transigian atemorizados á cosas que no debian transigir; ofrecian al punto rescates á precio alto; creian, en fin, que el soberano les hacia algun favor en rescatar, y se le presentaban desde luego anonadados. Nuestro P. Rojas, al contrario, guardaba al monarca todas las consideraciones debidas á su dignidad, eso es cierto; pero le hacia comprender lo que venia al caso, que si bien es verdad que daban precio por el rescate y nadie da precio por lo que no le conviene, la conveniencia de los rescatados en órden al que los rescata es de futuro y muy contingente, al paso que en órden al señor, á quien se da el precio, es de presente y sumamente segura, porque tiene el doble beneficio de dar el dinero y quitar la boca que come, pues aunque es verdad que miéntras estan los cautivos en cautiverio trabajan, y por lo general mucho; tambien es cierto que moral y legalmente estan los señores obligados á la conservacion de la vida hasta de sus esclavos, y esto les cuesta dispendios y molestias de que los libran por el rescate. Pues bien; hizo presente todo esto con respeto y energía, y el resultado fué que no se gastó todo el dinero que llevaba disponible, y que en muy breves dias fueron despachados trayéndose á España cuantos cautivos habia en Marruecos, no solo españoles, sino franceses y de las demás naciones, que tambien tenian muchos. Por consiguiente la Orden de la Merced se complació mucho en esta designacion que

hizo del P. Rojas, porque palpó los resultados, sin que en manera alguna al demostrar el acierto, el feliz éxito que esta empresa logró, queramos hacer un cargo á los otros Padres, que ántes que él hicieron las redenciones. Cada uno trabajó lo que pudo; á Rojas le ayudó Dios para que con pocos elementos hiciera mucho; á otros tal vez permitiera el Señor que con muchos recursos hicieran ménos, ó acaso no hicieran nada. En cuanto á lo que fué el P. Rojas en la cátedra, baste consignar que lo primero que dijo cuando le encargaron tan importante cometido, fué que solo lo aceptaba por conciencia, y por esto se comprende que habia de hacer esfuerzos para cumplir su cometido, siendo el resultado, como no podia ménos de ser, el que acudieran multitud de jóvenes, no solo de aquellos á quienes obligaba porque entónces habian de probar, sino de todos los de la poblacion, aunque hubieran concluido estudios, para afirmarse más y más en la ciencia y para beber en aquella fuente de erudicion la doctrina que se derramaba á torrentes. Así es que la enseñanza de los Mercenarios de Sevilla se puso á una altura á que no habian llegado las de ninguna otra comunidad por entónces; pues el Padre puso en evidencia lo mucho que habia leido especialmente por lo que hacia relacion á lo que por entónces iba adelantando la ciencia, y en su clase se daban noticias que eran ignoradas áun de muchos maestros, y maestros no como quiera, sino de crédito. Muchísimo crédito hubiera alcanzado el colegio de Mercenarios de Sevilla, si el P. Rojas hubiese seguido al frente de él; pero una de esas cosas irremediables, un respeto justo y hasta cierto punto debido por parte de la comunidad, obligó á que se privase á la juventud estudiosa de este sabio maestro. El obispo D. Baltasar Moscoso y Sandoval, á quien la comunidad, merecia muchísimas atenciones, ya por sus dádivas, que para remediar sus necesidades la hiciera, ya por las cantidades que facilitaba para la redencion, fué nombrado arzobispo de Toledo para luego ser, como efectivamente lo fué, cardenal en la santa romana Iglesia; y como era su director espiritual el P. Fr. Alonso de Rojas, se lo quiso traer á Toledo, donde habia convento de la Orden, y fué preciso complacerle. En esta nueva casa, como no le conocian apénas y ya estaban provistos de maestros y demás, no le emplearon en la enseñanza, y ya concluyen aquí los trabajos que en esta línea hizo nuestro P. Maestro. Pero no por eso cesa su crédito, ni el Cardenal esquiva tampoco las ocasiones de mostrar á la faz del mundo la gran estima en que tiene al P. Rojas. No hay asunto por grave que sea que su Eminencia tenga que resolver, que no consulte al Padre, no hay dia en que no despache con él ántes que con el provisor y vicario general, y no hay asunto, ni áun los de cabildo, en que no se asesore del Padre; todo lo cual muestra hasta la evidencia lo que valia, pues necesario era que valiese mucho para que así le considerára el carde-

nal Moscoso. Cuando se supo el aprecio en que le tuvo fué cuando el Padre falleció, pues á su muerte estuvo el Cardenal en su convento, y á sus honras asistió y ofició, dando así testimonio de lo muchísimo que le apreciaba, bien es verdad que lo merecia tanto por su talento como por sus virtudes, pues si bien aquel habia sido muy claro y debidamente cultivado, estas ni eran ménos ni habian dejado de ser probadas por todos los medios imaginables. Dejó las obras siguientes: *El Gobernador eclesiástico colegido de la sagrada Escritura, Cánones y Concilios, necesario principalmente á los que tienen cura de almas*; impreso en Cuenca en 1627. Esta obra puede decirse que fué la norma de conducta del Cardenal, especialmente desde que faltó su autor, y no será de extrañar que á haberse ceñido tan estrictamente como lo hizo á los muy sanos principios que contiene, fuera debida la justa celebridad que por sus resoluciones como prelado y por sus obras como patrono adquirió el señor cardenal Moscoso. Escribió Rojas el *Catálogo de los varones ilustres en santidad, letras y dignidad, que han florecido en la Orden Mercenaria;* Toledo, 1609. Esta obra puede considerarse como el guion para la crónica de la Merced; y si se mira con el detenimiento que se debe, se encuentran en ella dos apreciables circunstancias, á saber, una exactitud matemática, infalible si cabe la expresion, y un órden el más arreglado posible. Por último, tiene el P. Rojas otra obra de mística, que titula *Dia espiritual y de contemplacion de lo que debe de hacer el que procura la perfeccion*; Cuenca, 1604. Tal es la reseña histórica de este buen religioso, prudente y observantísimo, y merecedor por consiguiente al respeto que le ha tenido siempre su Orden y cuantos le han conocido. — G. R.

ROJAS (Venerable P. Alonso de). Fué natural de Bujalance, en el obispado de Córdoba, é hijo de una de las familias más distinguidas y ricas de aquella provincia. Desde luego mostró inclinacion al estado eclesiástico, y cuando tuvo edad para ello aprendió, despues de las humanidades y filosofía, sagrada teología y las demás cosas que convienen á un sacerdote, habiendo para esto ido á Salamanca, universidad que con razon ha merecido siempre la consideracion de ser uno de los lugares de enseñanza donde la ciencia ha estado á más altura. Cuando hubo hecho sus estudios, se ordenó de todos los órdenes hasta el presbiterado inclusive, y logró, tanto en la recepcion de los órdenes anteriores como en la del sagrado presbiterado, y particularmente en la Misa nueva, especialísimos auxilios de Dios y un espíritu todo especial para buscar su propia santificacion, sin descuidar por esto la santificacion de los demás, mediante el ejercicio asiduo de su importante ministerio, en cuyo desempeño iban á la par su gran capacidad y su extraordinaria virtud. Apénas ordenado, y viendo que las rentas que sus capellanías le producian eran todavía cuantiosas, despues que hubo distribuido entre los

pobres con extraordinaria largueza cuanto tenia y quedádose con solo esto, tambien lo renunció generosamente en la persona de un pariente suyo, porque eran vinculadas, quedándose él sin embargo con la carga de las misas y demás, y dejando todo el producto á quien debia heredarlas despues de su muerte. Merece darse una noticia de su vida y de los rigores de sus penitencias, porque del conocimiento de ellas han de surgir necesariamente el mayor aliento para los fieles y la mayor estima de sus excelentes virtudes. Diremos, en primer lugar, que siempre iba aseado, pero sus manteos eran todo lo ordinario posible, en todo tiempo de paño, y grueso, y nunca tuvo más de dos juegos, uno para su uso y otro por si era necesario alguna vez para darle á algun otro sacerdote más pobre que él. En órden á su comida, debemos consignar que todos los dias consistia en unas yerbas muy mal sazonadas, pan y agua, pues el vino, que muchas veces le indicaron como conveniente á la salud, no hubo forma de hacérselo tomar sino en la Misa, pues decia que fuera de allí, la natural repugnancia con que lo miraba, serviria para causarle daño indudablemente. Su cama era un poco de estera sobre el duro suelo, y por almohada un tosquísimo madero; mortificando su cuerpo con muchísimos y muy ásperos silicios, y llevando al cuello siempre, como símbolo de su devocion á la Madre Vírgen, su santísimo rosario. Su descanso era brevísimo, y muy de mañana acudia á confesar y á celebrar el santo sacrificio de la misa, lo cual hacia con extraordinaria devocion y sirviendo, como era consiguiente, de indecible edificacion á los fieles. Nadie puede ponderar, y es muy difícil referir, los triunfos que logró en el confesonario y en el púlpito cuando desempeñaba tan importantes ministerios, y esto es muy obvio; como sus palabras estaban autorizadas con el ejemplo, él podia con toda energía reprender los vicios y obligar á todos á seguir la senda de la virtud, pues en él se verificaba el consejo que el apóstol da á todos los sacerdotes, es decir, que procuraba que nadie tuviera que decir de él cosa alguna, no digamos mala, pero ni áun imperfecta. Estaba continuamente en la presencia del Señor, y este ejercicio tan provechoso le daba como era consiguiente grande aliento para la vida del espíritu, porque este crece, como es natural, cuando sabe que tiene á su amado cerca, y con los triunfos que logra segurísimos cuando los hace ayudado del que, fuerte é indestructible, le comunica su indestructibilidad y fortaleza. Aun cuando la vida del venerable Alonso era toda de recogimiento, y nunca, ni áun en su juventud, tuvo para el mundo otro apego que el que indispensablemente impone la necesidad de vivir en él, habia dos épocas en el año en las cuales nuestro Padre se apartaba de este mismo mundo para darse más especialmente á Dios, y eran la cuaresma y el adviento. Para morar durante estos dos períodos del año, habia erigido á sus expensas y áun casi por sus manos, pues él

tambien con humildad profundísima habia acarreado para la obra los materiales, una ermita muy reducida á honor de María Santísima del Rosario, con una habitacioncita, que podia con justicia envidiar algo á muchas cabañas de pastores, y que era donde nuestro buen Alonso moraba los dias sobredichos. Por supuesto que nadie le acompañaba en su retiro, y eran extraordinarísimas entónces tanto las penitencias en que se ejercitaba, cuanto las dignaciones que Dios tenia con él en justa recompensa del amor grande que á su Divina Majestad mostraba en llevar en aquellos dias una vida que no tenia nada que envidiar á la de los más rígidos anacoretas. Y no se crea que estos favores del cielo, que abundantísimos logró nuestro venerable, eran esas dulces consolaciones con que recrea Dios algunas veces los espíritus de sus escogidos; no, fueron favores mucho más singulares, pero logrados á fuerza de sufrimientos y á costa de luchas encarnizadas con el fatal adversario de nuestras almas, que bajo todas formas, de todas maneras y con cuantas trazas le inspira su dañina astucia, procuró, aunque inútilmente, vencerá nuestro esclarecido sacerdote; mas este invocaba en su auxilio, de una parte, la gracia del Señor, que nunca le faltó, como no falta á quien de veras la implora; de otra parte, los auxilios de sus rigorosas mortificaciones, y así se vió libre de las asechanzas de Satanás, aunque no como quiera prontamente, pues por más de veintiseis años duraron sus valerosas luchas, despues de las cuales el Señor ya le permitió vencer é impuso al tentador para que en modo alguno molestára á su siervo. Muchos milagros hizo su Divina Majestad en favor del venerable sacerdote, segun llevamos indicado; para confirmacion de nuestro aserto, solo diremos dos de los más notables, él uno puede decirse personalísimo para él, y que fué el que en algunas ocasiones en que no tenia quien le ayudase á celebrar el santo sacrificio de la Misa, un ángel en figura humana cumpliese este oficio, para que el siervo de Dios no se viera privado del indecible consuelo que tendria á no dudarlo en la celebracion y participacion del más sublime misterio, del más admirable sacramento, y el otro prodigio, que continua todavía permanente para testimonio inconcuso de la virtud de nuestro buen sacerdote, y que fué el que en una ocasion en que el Padre iba cansado á lavar unas ropas, y no podia andar ya, porque se lo prohibia la fatiga que á efecto de su rigorosa penitencia habia contraido, el Señor hizo brotar allí donde el Padre descansaba una fuente cristalina, que refrigeró con su agua la sed que le devoraba, le dió medio de lavar las ropas que habia menester poner limpias, y existiendo hoy todavía con el nombre de manantial del Sto. Rojas, pudo acreditar, como hemos indicado, lo aceptos que eran á Dios los méritos de su siervo. No nos es posible referir los grandes provechos que en la gente del campo y pastores de Sierra Morena logró nuestro venerable sacerdote, así como no

es posible tampoco consignar cuántos y cuán excelentes discípulos tuvo; baste saber que entre otros lo fué el beato martir Pedro Garrido, quemado en Argel en 1667. Muchos otros pudiéramos citar, así como pudiéramos tambien decir grandes cosas acerca de sus virtudes; pero de lo expuesto se puede ya deducir que ellas serian, como lo fueron, heróicas, cuando lograron el que la Iglesia haya permitido el que pública y solemnemente se le dé el dictado de venerable; y esto al momento mismo de su muerte; es verdad que esta ya fué una especie de tránsito más bien que otra cosa. Efectivamente, cuando volvió de su retiro en la Navidad del año 1644, ya venia muy quebrantado, porque sus rigores habian sido más excesivos aún que otras veces; siguió decayendo, celebró la santa Misa el 16 de Enero de 1645, y vino á su cuarto ya mortal. En medio de penosas congojas vió amanecer el siguiente dia 17, hizo le administráran los santos Sacramentos, que recibió con fervor, y á las tres de la tarde dió su alma á Dios. Comenzó á propalarse rápidamente el buen olor de su virtud, y desde luego se consideró como santo el venerable P. Alonso de Rojas. — G. R.

ROJAS (Ilmo. Sr. D. Antonio de). Fué sin disputa uno de los hombres de más valer del siglo XVI. No nos son conocidos sus antecedentes hasta que desempeñó los importantes cargos de maestro del infante D. Fernando y obispo de Mallorca; pero no puede desconocerse que seria una de esas figuras gigantescas que la España ha tenido y tiene en todas épocas para poderlas presentar á la admiracion de las naciones, á la envidia de los que no las poseen. Considerándola, pues, como la presenta la historia desde el importante suceso de su obispado, y no de ántes, podremos, sin embargo, formarnos una idea de lo que fué, con atender al gran disgusto y pena que tuvieron los mallorquines en su marcha del obispado; que fué á la verdad sentidísima, y eso que no tuvo desde luego el carácter de perpétua, sino que todos pensaron en que era una cosa interina y por consiguiente transitoria. En órden á la educacion del príncipe, puso todo el esmero apetecible, hasta tal punto que logró complacer á todos los de la corte, cosa muy difícil, y tanto más cuanto era una corte exigente, y que teniendo como tenia fijas las miras y las esperanzas en el príncipe, habia de tener y mostrar mucho interés por la educacion de persona tan interesante. Pues en tales circunstancias acertó nuestro buen Obispo á agradar á todos, y el mismo príncipe le tenia tal afecto, que era para S. A. un verdadero disgusto si le anunciaban que el Obispo le dejaria, y que se pondria en manos de otro tutor su educacion. Siguió, pues, bajo los mejores auspicios desempeñando su cargo, y cada vez se hacia más estimable por sus prendas verdaderamente especiales, tanto que la Reina particularmente formaba siempre acerca de este Obispo las más lisonjeras esperanzas. En primer lugar, no habia asunto

árduo para el cual no se le consultase, dándose á sus resoluciones la importancia que merecian, pues que muchas veces en divergencia de opiniones entre el Consejo y el Obispo, la Reina seguia las del Obispo, y no la importaba nada desatender las del Consejo; porque sabia bien que no habria de tener ningun mal resultado en seguir las del esclarecido prelado. Tan acreditado en el concepto universal de cuantos le conocian, y siendo sus obras como sus palabras objeto de la más profunda admiracion de parte de todos, hubo un acontecimiento, que acreditándole muchisimo, le dió mayor importancia aún de la que tenia, si mayor importancia podria lograr algun sujeto. Acababa de fallecer en Granada su obispo, el Ilmo. Sr. D. Fernando Talavera, á quien sus heróicas virtudes habian dado por parte de todos la denominacion del *Santo*, y por consiguiente el sujeto que habia de ocupar su vacante tenia por precision que ser un hombre no solo de extraordinario mérito, sino que pudiera desde luego captarse las simpatías de aquellas buenas gentes, porque si no, sobre valer poco para el desempeño de su importante cometido, estaria expuesto contínuamente á disgustos, cuyos resultados nunca serian favorables al gobierno de su diócesis, ni mucho ménos á los intereses de su crédito y estimacion. Los Reyes comprendieron perfectamente la importancia de este nombramiento, conocieron que no se podia hacer sino en persona de especiales circunstancias, y dando una prueba de abnegacion, porque á la verdad lo era y grande el privarse de los consejos y buenos oficios del Sr. Rojas, á este fué á quien nombraron para el desempeño de tan importante cargo, y por consiguiente fué preconizado por Su Santidad tal arzobispo de Granada. El pueblo de Granada, con una sensatez que le honra sobre manera, evitó la precipitacion con que otros suelen juzgar á las personas desconocidas, y esperó como debia á que sus acciones le acreditáran ó le desacreditáran, y como era hombre de gran talento, de no menor virtud, de excelentes y muy relevantes circunstancias, esto hizo no solo que no se echára de ménos á su antecesor, sino que en algunas cosas se hallase á nuestro buen Rojas preferible á él, por más que hubiese justamente adquirido el renombre de *Santo*, pues á la verdad puede ser muy heróica la virtud de un sujeto, y en el gobierno, si bien no cometeria ninguna torpeza, ni causaria ningun daño, podrá acaso no producir tampoco beneficio alguno. Por esto, como á todas las demás dotes tan excelentes, añadia nuestro buen prelado un don de gobierno todo especial, digámoslo así, pues acertaba á las veces á descifrar y á resolver cuestiones las más árduas y asuntos los más difíciles, y se captó la benevolencia de todos de una manera singular. Por supuesto que las cosas de su santo ministerio las desempeñaba con celo admirable. Él no dejó de hacer la santa visita, mirando con exquisita atencion por las necesidades de sus fie-

les súbditos, sin perdonarse nunca ni sacrificio ni molestia, con tal que de su modestia ó sacrificio pudiese resultar algun bien. Además tenia tambien sumo apego á las cosas materiales de su diócesis; así que sobre fomentar siempre con el mayor interés cuantos proyectos de mejora en las iglesias se le proponian, hizo loables esfuerzos para concluir la obra de la catedral; no como quiera, sino con magnificencia, con suntuosidad, logrando como logró su intento, y procurando despues, ya que habia reformado la parte material, reformar tambien el canto y áun el rezo de maitines, que se hacia no con tanto esmero como él deseaba, y que por consiguiente necesitaba esta reforma que nuestro buen Arzobispo le diera á sus expensas, con trabajo por su parte, y teniendo que luchar con algunos obstáculos, que solo su paciencia, su tino y su acierto pudieron superar para bien de su iglesia: tampoco cabe duda en que luego que llegaba á comprenderlos, y lo mucho que para superarlos hiciera el esclarecido prelado, no podia ménos de admirar, de una parte, su nunca desmentido celo y siempre atento cuidado y vigilancia; de otra, su constancia y su acierto para buscar en las cosas más difíciles las soluciones más convenientes; soluciones en las cuales quedando no solo ilesos, sino amparados los derechos y prerogativas de la Iglesia, se fomentaban y se amparaban tambien los particulares intereses de aquellos mismos, que fundáran memorias ó hicieran favores á la santa Iglesia catedral ó cualquiera de las de su obispado. Así que tan ejemplar conducta, y una manera de obrar tan conveniente, no podia ménos de excitar no solo el aprecio, sino el afecto de cuantos le conocian, ó por lo ménos llegaban á tener alguna idea de sus grandes obras, tanto de caridad como de interés general de la Iglesia y particular de los favorecidos. Mucho halagaba á la Reina que hubiera sido tan acertada la eleccion que por su medio se habia hecho, y cada vez se complacia más en que un hombre tan eminente en todos sentidos estuviera al frente de la importante diócesis que gobernaba, porque en hecho de verdad lo hacia con grande acierto. No pareció á la Reina que los importantes servicios prestados por el Ilmo. Rojas estaban suficientemente recompensados, por una parte, y por otra creyó que podria todavía prestar otros más eminentes, colocándole en posicion á propósito, y estos motivos la indujeron á elevarle á la presidencia de Castilla, en cuyo importante puesto no podia ménos de prestar importantísimos servicios. Efectivamente, hubo que trabajar mucho para vencer su repugnancia á tomar sobre sí cargo tan importante; mas luego que se logró el que lo aceptára, lo desempeñó con la conciencia que él acostumbraba, y que no podia ménos de esperarse de su rectitud suma, y al mismo tiempo con el acierto que era consiguiente á su extraordinaria ilustracion. Esto sucedia por los años de 1519, y entónces era cuando los religiosos Victorios hacian

los mayores esfuerzos para establecer un convento en Valladolid ; teniendo, como era consiguiente , que luchar con elementos que les eran contrarios, sin duda porque no conocian ni la importancia del instituto , ni la sinceridad de los deseos de los que la establecian con la sola mira del bien de las almas ; mira que se logró , porque no podia ménos de lograrse , desde el instante mismo en que con el eficaz apoyo del Ilmo. Rojas , los PP. de la Victoria se vieron no solo constituidos canónica y legalmente , sino protegidos de un modo especial por los mismos que ántes habian sido sus más terribles adversarios ; y no se crea que un temor servil al Sr. Rojas pudo ser lo que les indujo á observar esta conducta , todo ménos que eso , el Sr. Rojas los convenció , y sabido es que la conviccion obliga á que se obre , y obliga á que se obre como en ningun otro asunto , porque obliga á que se obre con todo ahinco , con todo afan , y con la más exquisita atencion. Muy bien parecieron en cuantos pudieron estar al alcance de ellos los esfuerzos que hubo de hacer para conseguir el tan feliz resultado que se propuso y logró ; y la Orden , como era consiguiente , le consideró siempre como uno de sus más decididos protectores , pues sin su apoyo tal vez hubiese en esta como en las anteriores ocasiones , quedado defraudado el buen deseo de los que en Valladolid querian á los hijos de S. Francisco de Paula. Mas no fué esta la única fundacion que se debió á sus buenos deseos y ardiente celo por la salud de las almas. Dos conventos de religiosas , el de Zafra y el de *Sancti Spiritus* , se debieron á su influencia y cuidados , y en estas fundaciones tuvo que hacer mucho más que en las otras ; pues aquella , como los religiosos no necesitaban recursos materiales , tuvo suficiente con su cooperacion moral ; mas en estas necesitó tambien hacer grandes desembolsos , pues era hombre que no le gustaba que sus obras quedáran imperfectas , así que en la que ponia mano salia tan al primor , que no habia nada que desear acerca de ella. Por supuesto , que interesó á la Reina para lograr su patronazgo en ambos conventos , y no un patronazgo como quiera de honor , sino que hizo las dotára con algunas rentas ; rentas que les han servido de mucho , por cuanto que siendo de propiedad del patrimonio , y solo el usufructo lo que las comunidades podian tener , en épocas de turbulencias políticas , en las que de un modo ó de otro se han apoderado de los bienes de las religiosas , los de las de estos conventos han quedado ilesos ; bien es verdad que las autoridades no solo eclesiásticas , pero áun las civiles , han procurado siempre conservar estos bienes para que se conserváran las comunidades que los poseian, convencidos todos de los importantes servicios que prestan las religiosas, áun cuando no hagan sino pasar en sus celdas cuanto Dios permite , y hacerse acreedoras á eternales recompensas. Las poblaciones agraciadas con estas fundaciones piadosas estimaron mucho el beneficio que de ellas habian de

reportar, porque no cabe duda que beneficio y grande resulta para un pueblo en que haya en él convento de uno ú otro sexo, bien que parezca á primera vista que ni los religiosos, ni mucho ménos las monjas, pueden prestar servicio alguno, por ser clase de personas que parece que cuando no gravosas, al ménos no pueden ser provechosas para la poblacion; y sin embargo, lo son y mucho, porque como el móvil principal de todas sus acciones es la caridad, esta tiene que ser fecunda, como no puede ménos, y tiene que derramar los inmensos beneficios que les son, digámoslo así, connaturales, toda vez que la caridad no es otra cosa sino el amor del prójimo para con Dios y solo por Dios. Todas estas cosas hacian muy apreciable al ilustrísimo Rojas; pero no fueron estas las únicas por donde se acreditó. En su tiempo se concluyó el monasterio de los monjes Gerónimos, que estaban hacia pocos años establecidos en la capital de Castilla; pero lo estaban, como si dijéramos, sin casa ni hogar, en una habitacion particular, sin aquel conveniente desahogo, y sin tener tampoco las oficinas necesarias, tanto para el buen gobierno de la comunidad, cuanto para que teniendo esta los medios de subsistencia convenientes, pudiera dedicarse más al servicio de sus hermanos en el cumplimiento de su instituto; pues bien, apénas se hubo concluido el monasterio, que fué en 1521, el mismo prelado fué no solo á bendecirlo, sino á consagrarlo, causándose con este motivo el regocijo que siempre acompaña á una solemnidad de esta especie, y dando así un testimonio de afecto á los monjes, con los cuales pasaba muchos dias, encantado, digámoslo así, por la manera con que rendian á Dios el homenaje debido á su altísima soberanía, pues es muy justo confesar que para la solemne celebracion de los divinos misterios, y para el culto esplendoroso y magnífico, ha puesto Dios en el mundo á los Gerónimos, que sabiendo y conociendo perfectamente lo que es debido á Dios por parte de la criatura, le rindan el debido homenaje en sus suntuosísimas fiestas religiosas, siempre en perfecta armonía con la Iglesia, cuyas prescripciones sobre el particular son acertadas y convenientísimas. Otro servicio no ménos importante prestó nuestro Ilmo. Rojas á la religion y al estado en aquella misma época, ó en una un poco posterior, pues fué por los años 1522 al 1523. Trataban los Cartujos de fundar en Castilla, y encontraban abierta oposicion hasta en los prelados; en estos no de mala fe, sino porque la rigidez misma del instituto como que les hacia desconfiar de que pudiera sostenerse, y por consiguiente vacilaban un tanto en aprobarlos y admitirlos en sus diócesis. Esta opinion de los prelados, personas tan autorizadas en la materia, hacia vacilar á los superiores en el órden secular, y como que les era obstáculo para darles su aprobacion en la parte que les competia, agregándose á todo esto el que habiendo pretendido entrar en tan observante religion el hijo de

una de las personas que más favor lograban de parte de la Reina, no habia podido conseguir el estar en aquella santa casa más que muy pocos dias, porque su vocacion no era para un instituto tan estrecho, ni por consiguiente podia sufrir las observancias rigorosísimas de que no quisieron dispensarle, porque no lo creyeron conveniente; y esto fué muy bien dispuesto y pensado con mucho acierto. Sabido es de cuánta influencia es en el ánimo de los reyes el parecer de un favorito, y mucho más en órden á conceder ó negar las cosas, y por consiguiente se puede de aquí colegir cuán desfavorable seria á los Cartujos aquel personaje, que injustamente enojado contra ellos, haria valer su influjo para no permitir que se establecieran en Castilla, donde habian de hacer tanto bien como los tiempos lo han acreditado. Mas los Cartujos acudieron en su conflicto al obispo Rojas, y lo hicieron ver todo lo ocurrido, sin ocultarle ninguna circunstancia; él en su buen juicio se convenció no solo de la conveniencia, sino hasta de la necesidad de que un instituto de esta especie estuviese en el posible auge, para que siervos fieles del Señor, como habian de serlo los que le abrazasen, pudieran conseguir de su divina Majestad infinitos beneficios para el suelo sobre que vivieran, al propio tiempo que harian alejarse de él los rigores de la divina justicia aplacada por sus buenas obras. Tomó, pues, por su cuenta esta grande empresa, y tuvo que trabajar mucho para lograr su intento, porque el ánimo de la Reina, que era muy bueno, estaba muy prevenido contra los Cartujos, y era muy difícil hacer cambiar de opinion á aquella señora, que aunque excelente, no dejaba de estar algo apegada á su propio juicio, y alguna vez recordaba, quizás sin que viniera muy á cuento, que ella era la soberana de la nacion. A muchos medios tuvo que apelar el Sr. Rojas para lograr su intento; pero al cabo lo consiguió, sacando para la instalacion de los Cartujos un privilegio, que con razon han conservado como una de las cosas que más merced les hacian, pues á la verdad no poco tardó el obispo Rojas en conseguir su intento, pero le logró por completo; habiendo sido para la Reina misma despues ocasion de admiracion la más extraña el progreso y aumento que logró una religion, cuya observancia parece imposible si se toman en la mano sus estatutos, y para cumplirlos no se mira á lo que Dios puede ayudar y ayuda de hecho á la criatura que le invoca para lograr su fin, que es el servicio de Dios, para luego llegar á poseerle eternamente. Muchísimo se alegraron todos de esta nueva fundacion, tan admirable por su observancia y espíritu de oracion, y mucho creció el aprecio que todos ya profesaban al Ilmo. Rojas, porque todos comprendieron que sin su constante apoyo á obra tan importante, así como sin su energía é influencia cerca de la Reina, ella habria fracasado, y Castilla se hubiera visto privada de los importantes servicios que en todo órden y siempre la prestó la religio-

sa familia de los hijos de S. Bruno. Continuó, pues, cumpliendo á satisfaccion con los cargos de obispo de Granada y presidente de Castilla, hasta que en 1524 fué promovido á la silla de Palencia y al patriarcado de las Indias, que acababa de crearse. Es imposible describir el disgusto y pena de que se llenaron en Granada cuando supieron que se les privaba de su querido Obispo; pues aunque es verdad que estaba ausente mucha parte del año, tambien lo es que en la que se hallaba en su diócesis proveia á las necesidades todas de ella, y no como quiera, sino con una prevision extraordinaria, de suerte que no habia ni áun necesidad de que él estuviese durante sus largas ausencias, y aún en estas, ya con consejos, ya con sus pastorales, alentaba al clero y al pueblo, de modo que apénas se conocia que él no estaba allí. Pusieron en juego cuantos medios estuvieron á su alcance para ver de retener á su lado á tan esclarecido prelado, pero todo fué inútil; por una parte la necesidad que de él tenia Palencia, y por otra el deseo de que arreglára el patriarcado, fueron motivos más que suficientes para que ni el gobierno ni Roma accediesen á las pretensiones de Granada, por más que viesen como justo y hasta debido su sentimiento profundo. En una visita que hizo á Palencia y sus pueblos, gobernó todos los asuntos de manera, que con muy pocas sinodales que ó recordó ó impuso, pudo asegurar no solo el acierto en el gobierno en los que vinieron detrás de él, sino el que les fuera fácil gobernar, porque previstas por él la mayor parte de las circunstancias que podian combinarse, las determinaciones que tomaba para remediarlas, léjos de ser transitorias, eran perpétuas, y por consiguiente sus resultados enteramente positivos. Por lo que hace al patriarcado, sabido es cuán necesario es el órden y concierto en una cosa que de nuevo se establece; pues si bien él buscó y halló ese órden y ese concierto en las muy acertadas disposiciones que tomára, tanto para apoyar en seguras bases esta nueva dignidad que se creaba para honrar al monarca de España, ó más bien de Castilla, cuanto para evitar los disgustos que pudieran en lo sucesivo surgir con los prelados que en concepto de ordinarios hubiesen con ménos prevision de parte de Rojas podido poner algun obstáculo al libre ejercicio de las facultades que al Patriarca conferia la bula de creacion de esta alta dignidad. Así que las acertadas resoluciones del Ilmo. Rojas, dejaron á los que habian de sucederle en el desempeño de tan difícil cargo el camino expedito, la senda bien trillada, por decirlo así, para que no les quedára duda ni dificultad que no estuviese allanada desde luego. Y lo más notable de este asunto es que tan importante y delicado trabajo le hizo Su Señoría ilustrísima en solo un año, que fué lo que disfrutó de esta dignidad, porque luego pasó á Burgos. Indudablemente que el motivo que induciria tanto á la corona á trasladarle como á la Santa Sede á aprobar la traslacion, seria la necesidad que pudiera haber

en Burgos de un prelado de las circunstancias y condiciones del Ilmo. Rojas; y tampoco puede dudarse ni por un momento que á haber tenido tiempo, como lo tuvo, en los otros cargos que desempeñó, se hubiese logrado el intento, habiendo sido indudablemente tan feliz el éxito de esta empresa como lo habia sido el de las varias otras que acometió; mas los designios de Dios acerca de él eran otros, y por consiguiente otros tenian que ser los resultados. Apénas tomó posesion, y cuando conquistándose el afecto de todos, como habia sucedido en las demás partes, empezaba á dictar providencias las más acertadas, el Señor permitió que le acometiera una terrible enfermedad, que por momentos ponia en peligro su preciosa vida. Inútil fué apelar á todos los recursos de la ciencia de curar: ni sus más hábiles profesores, ni sus más indicados medicamentos, ni nada, en fin, pudo oponerse á los designios de Dios, que eran, á no dudarlo, el que el Obispo pasase de esta á mejor vida para recibir en ella el lauro y recompensa de sus tan acreditados merecimientos. Preparóse á la muerte con la recepcion de todos los santos sacramentos, de una manera extraordinariamente conmovedora, pues que á una entereza grande, agregaba una conformidad mayor aún, y todo lo coronaba con una suma confianza en Dios y una perfecta abnegacion de sí mismo; así que pasando bajo estos sentimientos los últimos dias de su vida, su muerte no pudo ménos de ser envidiable, tanto más, cuanto se verificaba despues de momentos tan meritorios para la vida eterna. Imposible seria describir el sentimiento que hizo el pueblo de Burgos en tan triste acontecimiento, y eso que apénas era conocido el prelado; pero hemos de decir en justicia que tampoco seria posible describir lo suntuoso de las honras fúnebres que por él se hicieron. Todo lo más escogido de la ciudad y de los pueblos limítrofes; todas las autoridades y corporaciones y el pueblo en masa acudió á honrar la memoria del venerable prelado, el Ilmo. Sr. D. Antonio de Rojas, que á la verdad merecia esto y más por haber sido como particular virtuoso; como prelado, digno; como maestro, sapientísimo; como hombre de estado, muy solícito siempre del bien de los que le estaban encomendados; y en todos conceptos un varon perfecto.—G. R.

ROJAS (D. Cristóval de), arzobispo de Sevilla. Fué único de este nombre en aquella elevada dignidad, y sucedió al ilustre y virtuoso prelado Don Gaspar de Zúñiga y Avellaneda. Nació en Fuenterrabía, y fueron sus padres los ilustres Sres. D. Bernardo de Rojas y Sandoval, marqués de Denia, y Doña Dominga de Alceda, noble señora y natural tambien de Fuenterrabía. Nació en 26 de Julio, dia de S. Cristóval, del año de 1502: cuando tuvo la edad conveniente, pasó á estudiar á la universidad de Alcalá, y continuó en ella hasta que se graduó de doctor en teología, con una vida tan recogida, tan cuerda y discreta, que desde luego se echaba de ver y podia pronosti-

carse lo que con el tiempo podia prometerse de sus grandes conocimientos, virtudes y capacidad; fué colegial en el colegio mayor, que al fin tuvo que abandonar para pasar al servicio del Emperador, que le dió el título de su capellan. En las muchas jornadas y viajes que hizo, hallándose en Ratisbona, le presentó para el obispado de Oviedo; en seguida partió á su residencia, y gobernó aquella santa iglesia, con pública aclamacion de sus ovejas, siendo querido, estimado y reverenciado de todos; como era tan religioso y tan devoto, quiso visitar la cámara santa, donde se halla un paraiso de reliquias de santos, pocas veces visto, y mucho ménos otro igual; mas ocurrió que sus canónigos le requirieron que abandonase aquel intento y cesase de tener aquel deseo, haciéndole presente y poniéndole delante de los ojos el peligro que tendria y á que se exponia, con los ejemplos de otros, pero á pesar de aquellas observaciones perseveró en su deseo, subiendo y llegando á la mitad de la escalera; pero sin duda arrepentido de su gran atrevimiento, volviéndose á todos, se contradijo á si mismo diciendo: *No se ha de ver, no se ha de ver*. En el año de 1549 partió al concilio de Trento, y en el de 1556 le presentó el Emperador para el obispado de Badajoz, cuya sede gobernó siete años, y de la cual fué promovido para la iglesia de Córdoba, y siéndolo, presidió como más antiguo en el Concilio provincial, que se celebró en Toledo en el año de 1565. En el año de 1571 murió Don Gaspar de Zúñiga, arzobispo de Sevilla; y el rey D. Felipe II le presentó por arzobispo de aquella santa iglesia. Partió á su nueva residencia, y advirtieron y celebraron todos los que observaban sus acciones y modo de vivir, que era tan puntual á la asistencia del coro, y en dar ejemplo en este y otros deberes á sus prebendados, que siempre era el primero en entrar en el coro y en su silla. En tiempo de adviento, cuaresma y jubileos asistia al confesonario, confesando sin distincion á todo género de personas sin excepcion alguna. Fué gran limosnero, pues era una de sus más resplandecientes virtudes la caridad, honró mucho á los sacerdotes y religiosos, premiando sus virtudes y zelo religioso, ayudándoles en cuanto podia. En el trato era sumamente afectuoso y muy llano, y en la liberalidad tenia condiciones de verdadero príncipe cristiano, nunca contaba ni hacia aprecio de lo que daba, pues decia que su parecer era que los obispos para dar y cumplir con la obligacion del cargo, no han de saber contar, ni examinar las cantidades, que bastaba que Dios las apuntase en los libros de las buenas obras y cuenta de cada uno. Con esta consideracion, que siempre fué su norma, ayudaba y socorria á los pobres con larga mano, no olvidando tampoco á los varones virtuosos y doctos, escasos de medios ó recursos. En el año de 1572 celebró sínodo diocesano. Imprimió un libro con el título de *Documentos para Curas*, y un *Catecismo* para los que sabian ménos. Acabó el trascoro

de su iglesia, y trasladó los cuerpos de los reyes D. Fernando *el-Santo* y D. Alonso *el Sabio*, poniéndoles en sitio más decoroso y conveniente, que es en el que actualmente se hallan. En el año de 1580 el rey D. Felipe II le mandó viniese á Badajoz, en la ocasion en que entró á tomar la posesion del reino de Portugal; asistió en su corte algunos meses, y concediéndole el Rey licencia, partió á Lerma, y cuando llegó á Cigales, lugar del obispado de Valladolid, enfermó de una afeccion catarral, que concluyó con la existencia de un prelado tan insigne y tan célebre. Ordenó su testamento, y fué la muerte muy semejante á su tranquila y ejemplar vida. Espiró en un domingo 22 de Setiembre del año 1580, en el de su edad setenta y ocho años, un mes y veinte dias. Sus ilustres deudos le dieron sepultura en la iglesia colegial de S. Pedro, de la villa de Lerma; el duque de este nombre D. Francisco Gomez de Sandoval, le mandó poner en su sepulcro una estátua de bronce, de mucho valor y coste, honrando de este modo la santa memoria de su tio el arzobispo. Siéndolo en Sevilla, fundó en ella la santa Madre Teresa su convento de Carmelitas descalzas; el arzobispo la visitó y ayudó grandemente, y puso de su mano en su custodia el Santísimo Sacramento. A este prelado le dedicó Garibay la *Historia general de España*, y de su notable vida y sobresalientes méritos hicieron memoria los cronistas Marineo Sículo y D. Fr. Prudencio de Sandoval. Con el virtuoso prelado trató y comunicó el rey D. Felipe II, si sería bueno reformar cierta religion, y el modo y forma que se habia de guardar con arreglo á dicha reforma; el erudito cronista Gil Gonzalez Dávila poseia su respuesta original, y asegura era escrito notable y que daba á conocer la profundidad de tan sabio y entendido varon. Le sucedió en su alta dignidad el cardenal de la santa Iglesia D. Rodrigo de Castro, sujeto ilustre y eminente, hijo del conde de Trastamara y de Lemos. — A. L.

ROJAS (Fr. Francisco), franciscano. Ignórase á punto fijo de dónde era natural este religioso, aunque muy fundadamente se cree que de Castilla la Nueva, puesto que siendo muy jóven todavía, tomó el hábito de la Seráfica Orden en el convento de la ciudad de Toledo, perteneciente á la regular observancia. Habiendo cursado las ciencias y terminado su carrera con mucho lucimiento, fué catedrático de sagrada teología y teólogo censor del supremo tribunal de la Inquisicion. Fué tambien predicador elegante y de erudicion poco comun, llegando por esta cualidad á adquirir bastante renombre. Ignórase el año y lugar de su fallecimiento, y únicamente se sabe que florecia á principios del siglo XVII. Escribió y publicó las siguientes obras: *Comentarios sobre las Concordancias de los Evangelios*, obra escrita, parte en latin y parte en castellano, é impresa en Madrid por Juan de la Cuesta, año de 1621, en dos tomos en fólio.—*Catena aurea Sanctæ Ecclesiæ Doctorum*

per maris abysmum Evangelicæ Historiæ navigantium, in qua translationes antiquiores et neothericæ adducuntur quæ ad litteralem et moralem sensum utilius conducunt; Leiden, 1631, tres tomos en fólio. — *Anales de la Orden de los Menores, que comprenden desde el año primero de la fundacion hasta el ciento dos*, obra dedicada á Felipe IV, rey de España; tres tomos en fólio, impresos en Valencia en 1632. — *Dos libros sobre el Pentateuco*, que se ignora si llegaron á publicarse. — *Orationes vespertinas en desagravio de las ofensas hechas á Cristo*; dos tomos en 4.°, 1634, en la imprenta Real. En el tomo II hay un *Tratado sobre las siete palabras que el Señor habló en la cruz*. — *Sermones de Cuaresma*, el mismo año é igual imprenta, un tomo en fólio. — *Elucidarium Sanctarum Virginum et Martyrum*; Madrid en la imprenta del Reino, 1634, un tomo en fólio. — *Elucidarium Deiparæ semper Virginis*, en la misma imprenta, año 1643, un tomo en fólio. — *Theatrum funerale Ecclesiæ*, el mismo año. — *Fragmenta SS. PP. à dominica Septuagessimæ usque ad dominicam in albis*; Zaragoza, 1647, cuatro tomos en 4.° en dos volúmenes. — *Oracion fúnebre en la muerte de Felipe III, rey de España*, la cual no consta que llegára á publicarse, pero se sabe que se conservaba en la Biblioteca Real de Madrid, en un tomo manuscrito que lleva por título: *Sucesos del año 1619.—Panegírico de las sagradas llagas de N. P. S. Francisco*; Madrid, 1626, un tomo en 4.°, impreso por la viuda de Alfonso Martin. Habia prometido publicar el tomo IV de los *Anales de los Menores*, y otro tomo de sermones de la *Dominica de Pasion*; pero la muerte le impidió realizar su promesa, encontrándose despues de su fallecimiento apuntes muy incompletos sobre las referidas obras, que no pudieron formar tratado completo, no obstante las diligencias practicadas para ello. — M. B.

ROJAS (D. Francisco de Sandoval y), cardenal de la santa Iglesia romana. Este ilustre personaje, uno de los hombres que más ocuparon la atencion pública de toda Europa en su tiempo, y que tuvo por muchos años en sus manos no solo las riendas del estado, sino tambien el destino de poderosas naciones, es uno de aquellos genios que de vez en cuando aparecen sobre el mundo para admirarle, y para trastornarle en muchas ocasiones. Es una de aquellas almas grandes destinadas por la Providencia á acometer grandes empresas, que muchas veces no les es dado llevar á felices términos, ora porque sus medios de accion sean más escasos que su talento, más pequeños que sus intenciones; ora porque en las cortes donde generalmente pulula la envidia, la intriga, la mala fe, ó cuando ménos la emulacion de mal género, el genio no puede tender sus alas con toda la libertad que deseára, ni dirigir su vuelo hácia el elevado objeto que se propone alcanzar. El Cardenal-Duque, como generalmente se le llamaba, ha sido juzgado con harta severidad por los historiadores contemporáneos, así nacionales como extranje-

ros: decláranle y reconocen en él muy grandes prendas, y le acumulan no ménos grandes vicios y defectos; vicios y defectos que examinados hoy con imparcialidad, con la imparcialidad que suministra el trascurso de dos siglos y medio, pierden mucho de su magnitud, porque más bien pertenecen á la época que á la persona, y porque eran acumulados en su mayor parte por cortesanos envidiosos, que siempre miran con malos ojos, aborrecen y zahieren á todo personaje, sea cual fuere, llámese como se quiera, cuando ha logrado alcanzar el favor y confianza del soberano, que todos ambicionan disfrutar. No pretendemos hacer aquí un extenso estudio biográfico de D. Francisco Sandoval y Rojas: ni nuestras fuerzas alcanzan á tanto, ni los límites de esta obra nos lo permiten tampoco, áun cuando el talento nos acompañára. Para escribir la historia del duque de Lerma, sería preciso escribir la del reinado de Felipe III, puesto que dicho personaje fué casi el ministro universal de aquel tan débil como descuidado soberano, y el ministro favorito que por más tiempo haya disfrutado la confianza de su señor. Contentémonos, pues, para darle un lugar en las páginas de la *Biografía Eclesiástica* con hacer una breve reseña de su vida política, pues política lo fué casi toda, y de los principales sucesos que ocurrieron durante su ministerio. D. Francisco Sandoval y Rojas era hijo del marqués de Denia, casa que aunque noble no poseia la grandeza de España, por lo cual era mirada con alguna indiferencia por los que poseian aquella cualidad, cosa que no debe extrañarse en un tiempo en que tanta importancia se daba á estas pequeñas circunstancias, y en una corte donde la etiqueta era con tanto rigor observada. Entró siendo muy jóven al servicio del príncipe de Asturias en clase de paje, y como era de un genio sumamente débil y de un carácter simpático, pronto logró captarse la voluntad y el afecto de su señor, afecto que no perdió áun despues que el príncipe ascendió al trono de sus mayores. Criado el jóven marqués de Denia en la ceremoniosa y austera corte de Felipe II, donde la política lo dominaba todo; enterado por su señor de los graves asuntos que se trataban en el Consejo de Estado que se celebraba por lo ménos dos veces á la semana, y al cual concurria el príncipe por disposicion de su padre á fin de que fuera acostumbrándose al conocimiento y despacho de los negocios, el jóven Rojas, que era de un claro entendimiento y de una perspicaz imaginacion, comenzó á aficionarse á los estudios políticos fijando, si así nos es lícito decirlo, su vocacion hácia una carrera donde no le faltarian laureles, pero tampoco penas, disgustos y sinsabores, como adelante veremos. Muerto Felipe II en 1598, subió al trono Felipe III á la temprana edad de veintiun años, heredando unos vastísimos dominios, aunque amenazados por todas partes y muy decaidos de la grandeza que les habia impreso el austero y prudente Felipe y el victo-

rioso Cárlos V. Bien conoció el Rey padre lo poco que de su sucesor podia esperarse. De genio indolente, de carácter apático y abandonado, enemigo del trabajo, y poco capaz para dirigir el timon de tan vasta monarquia, no podia satisfacer las esperanzas que su padre habia formado al procurar recibiese una educacion política y religiosa cual convenia á su clase y de que la época era susceptible. Fué uno de sus preceptores el sabio y virtuoso canónigo de Toledo D. García de Loaisa, y este fué el único que obtuvo satisfactorio resultado y cogió ópimos frutos de sus tareas, pues los sentimientos religiosos que procuro inspirarle, quedaron en él tan arraigados, que su observancia fué siempre el móvil que le guiaba, mereciendo por su religiosidad el sobrenombre de *Piadoso*. El Rey prudente, que con su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas presintió lo poco que de su hijo podia esperarse, y temiendo lo que efectivamente vino á suceder, hallándose en los últimos momentos de su vida, habló al príncipe con toda la energía que le era propia, manifestándole cuántas y cuán graves eran las obligaciones que sobre él pesaban, el deber que tenia de cumplirlas, y la grande responsabilidad que ante Dios y ante el mundo contraía. Recomendóle que escuchase los consejos de D. Cristóbal de Mora, marqués de Castel Rodrigo, y de D. Juan Idiaquez, personas de grandes talentos, fidelidad y honradez á toda prueba, y las más á propósito para guiar sus pasos en el espinoso terreno por donde principiaba á caminar. Pero los consejos del Rey no surtieron efecto alguno, olvidándolos el nuevo monarca apénas hubo ocupado el trono. Dominado enteramente por su favorito Rojas, que no sufria compañeros en la privanza, apartó de sí con pretextos honrosos á los dos consejeros que su padre le recomendára, nombrando á Castel Rodrigo virey de Portugal, y concediendo á Idiaquez un empleo más inferior del que tenia y de que era digno, pero con el cual se contentó aquel probo y desinteresado personaje, por dar gusto al favorito marqués de Denia, que alguna vez para halagarle y cubrir las apariencias, se dignaba consultarle en los negocios del estado. Deseoso el monarca de honrar á su mencionado favorito, y no contento con entregar en sus manos la direccion del gobierno, le creó duque de Lerma con la grandeza de España, y le hizo consejero de estado, revistiéndole de un poder absoluto, y mandando á todos los tribunales, órdenes y corporaciones del reino que le obedecieran y acatáran como á su misma persona; parcialidad que excitó la envidia de los demás cortesanos y que originó los síntomas de un general descontento. Los grandes del reino no podian sufrir con paciencia que un hombre de clase inferior á la de ellos hubiera llegado á colocarse á su nivel; el pueblo auguraba mal de la ilimitada autoridad con que se le habia revestido, y todos temian que el reinado de Felipe sería en alto grado borrascoso. No se oian por todas

partes sino quejas y murmuraciones, tanto más fundadas, cuanto que el favorito empezó á demostrar que le faltaban las dotes necesarias para el gobierno; pues aunque su exterior y sus palabras prometieron mucho en un principio, pronto desmintió con su conducta aquellas halagüeñas esperanzas. La nobleza fué, sin embargo, poco á poco cediendo en su antipatía, deseosa de agradar al Rey agradando al favorito, y éste pudo afiliarse con lo más distinguido de España, contrayendo matrimonio con Doña Felicidad Enriquez de Cabrera, hija del almirante de Castilla. A fin de adquirirse un apoyo sólido y permanente, procuró captarse el afecto y la voluntad del clero, que tanto poder disfrutaba en aquella época, y no perdonó medio para halagarle y atraerle. Esto, sin embargo, no bastaba para que se advirtiese la falta de talento político y económico del ministro, talento más que nunca necesario en la situacion en que Felipe subió al trono; pues si bien es verdad que España á la muerte de su padre disfrutaba una paz completa, las desastrosas guerras sostenidas por tanto tiempo habian empobrecido á la nacion, que á pesar de los inmensos y casi fabulosos tesoros sacados del Nuevo Mundo, tenia sobre sí al advenimiento de Felipe III una deuda de ciento cincuenta millones de ducados, deuda que necesariamente habia de ocasionar la ruina de la monarquía á no encargarse de su direccion una mano hábil y entendida que supiese y pudiera poner en práctica las reformas convenientes para eludir el grave riesgo. Este talento precisamente era el que le faltaba al duque de Lerma, por más que le concedamos sana intencion y buen deseo. No podia ignorar, criado como estaba en el palacio de Felipe II, el estado de penuria en que el país se encontraba, pero en vez de acudir á su remedio empezando las economías por la supresion de muchos destinos costosos é innecesarios, en su afan de popularizarse y de hacerse muchos amigos, creó nuevos destinos, aumentando de esta suerte los gastos y los descubiertos. Demostró una vez más su incapacidad y falta de tino con motivo del casamiento del Rey, celebrado en Valencia con Doña Margarita de Austria, y en el cual se desplegó tal lujo y magnificencia, se hicieron gastos tan exorbitantes, que los hombres de juicio no podian ménos de condolerse del estado á que el país iba á verse reducido por la ineptitud de un ministro, que atento solo á captarse la voluntad de los reyes, no dudaba en promover la ruina de la nacion conduciéndola á una bancarota casi inevitable. El casamiento del Rey fué seguido del de la infanta Doña Isabel con el archiduque Alberto, quien poco despues de celebrarse partió con su esposa á los Países-Bajos rebelados, cuya soberanía, aunque nominal por entónces, les habia cedido el Rey, ofreciéndoles con el debido acuerdo de su ministro, que no reparaba en nada tratándose de desplegar magnificencia, socorro de tropas y dinero, tanto para sostener su ilustre

rango cuanto para reducir á la obediencia aquellos dominios, ya casi emancipados. Esta oferta era más aventurada y perjudicial de lo que parecia, y de muy fatales consecuencias por la necesidad de mantener un ejército numeroso á costa de España en aquellos lejanos países, poniéndose en abierta oposicion y casi pugna con Francia é Inglaterra, que protegian á las Provincias Unidas, exponiéndose á las eventualidades de una guerra con ambas potencias; pero el Rey determinó cumplir su palabra, cegado por el amor excesivo que á su hermana profesaba, y seducido por las sugestiones de su ministro que, figurándose se cubriria de gloria en aquella empresa, decidió al soberano, tocándole por el lado piadoso y ponderándole cuán meritorio seria reducir otra vez aquellos estados á la obediencia de la apostólica silla. Envió, pues, un buen cuerpo de ejército á Holanda, á las órdenes del márqués de Guadalete, Mendoza, quien cumpliendo con las órdenes del archiduque abrió la campaña, apoderándose de varias poblaciones y plazas fuertes de los rebeldes, exigiendo grandes tributos á los habitantes, y obligando á los protestantes á abrazar el culto católico, violenta condicion á que la mayor parte se sometian por el momento, obligados de la necesidad y temerosos de mayores males, pero que de ninguna manera surtió el efecto que se propusieran sus autores. De este modo volvieron á entrar, aunque momentáneamente, bajo la obediencia del archiduque Horsoy, Rinberg, Wesel, Rees y Emmerik, aproximándose el ejército á las fronteras de la Holanda. Mauricio, statouder de las Provincias Unidas, reunió apresuradamente sus tropas para contener á los españoles, y aunque no les dió ninguna batalla por considerarse inferior en número, permanecio á la espectativa hasta que llegó el invierno, en cuya estacion rigorosa, faltos los españoles de bastimentos y agobiados por el frio y el hambre, comenzaron á desertar á bandadas dejando tan disminuido el cuerpo principal del ejército que Mendoza, temeroso de ser atacado en aquella disposicion, abandonó las Provincias Unidas retirándose á invernar en el territorio neutral de Westfalia, dejando sus enfermos y sus heridos á la merced de los habitantes que con tanta inhumanidad habia tratado, causándoles tan extraordinarios daños y tan inmensos perjuicios. El general holandés le siguió en la retirada, haciéndole perder más de seis mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Las plazas de que Mendoza se habia apoderado volvieron á caer en poder del enemigo, y el general español, que despues de haber hecho una campaña con tan poco fruto estaba retirado en Westfalia, puso el sello á su impopularidad manteniendo las tropas á costa del pais, permitiendo que sus soldados cometieran mil desmanes, robando y saqueando á los particulares de toda clase, estado y condicion, erigiéndose algunos fanáticos en tribunal religioso, condenando á morir en las llamas á los que calificaban de

herejes por sospechas de que habian ocultado riquezas, asesinando entre otras personas notables al señor de Bruck, conde de Falconstein, en union de toda su familia, porque eran protestantes. Estas atrocidades llenaron de indignacion á los príncipes alemanes, y ántes de proceder á un rompimiento abierto con el archiduque, se quejaron al rey de España del comportamiento de sus tropas, y para estar preparados en el caso probable de no ser atendidos, se armaron y dispusieron á echar del país á aquellas enemigas tropas. Confederados los príncipes alemanes, el emperador mandó un rescripto á Mendoza ordenándole que se retirase; pero no habiendo querido obedecer, determinóse juntar un poderoso ejército para obligarle por la fuerza. Como eran tantos los interesados en este asunto, las tropas no estuvieron dispuestas en todo el invierno, permaneciendo durante él los españoles en el territorio que ocupaban, sin cesar en sus tropelías. Pero al llegar la primavera y al ponerse en movimiento las tropas confederadas, abandonó Mendoza el país con las reliquias de su ejército. El imprudente paso dado por el Rey, aconsejado de su ministro, originó una multitud de lamentables complicaciones. Declarada ya la guerra y apoyada por Enrique IV de Francia, que nunca desmintió el afecto que á los protestantes profesaba, se comenzaron las hostilidades en los Países-Bajos, pero los españoles merced á las disposiciones del cardenal infante, gobernador de los Países-Bajos, tomaron tan bien sus medidas fortificando las plazas, que cuando Mauricio se internó en el país, no pudo apoderarse de ninguna. La guerra siguió con vario suceso, cuyos pormenores no consignaremos por no abultar demasiado este artículo, y solo diremos concretándonos al personaje que lo motiva, que el duque de Lerma, deseoso de manifestar era muy apto para desempeñar el puesto que el Rey le encomendára, mandó equipar una flota de cincuenta bajeles de guerra, destinada á cruzar contra los ingleses auxiliares de los países rebelados; pero tan soberbio armamento, levantado á costa de inmensos sacrificios, como si pesára un triste destino sobre la pujanza marítima de España, fué deshecho por un horrible temporal y precisado á volver al puerto. Esta desgracia no abatió el ánimo del ministro, que deseoso de adquirirse partidarios excitó al Rey á que pasase á Zaragoza con objeto de aplacar la animosidad que aún pudiera existir contra la corona de Castilla con motivo de los sucesos acaecidos en el reinado anterior con el secretario Antonio Perez. Este viaje fué precedido de un manifiesto en que el soberano declaraba no poder estar tranquilo ni satisfecho, interin abrigára el temor de que uno solo de sus vasallos se encontrase disgustado. El manifiesto produjo el efecto deseado. Los reyes fueron acogidos en Zaragoza con las mayores muestras de alegría y entusiasmo, celebrándose en su honra magníficas funciones, terminadas las cua-

les, y habiendo el soberano prestado juramento de conservar los fueros y privilegios aragoneses, dieron la vuelta á su corte. La guerra continuaba entre tanto en los Paises-Bajos, aunque tratándose por ambas partes de terminarla y haciendo muchas gestiones para reconciliar á España y á Inglaterra; pero no habiendo surtido ningun efecto la buena intencion de los mediadores, pasaron los españoles á la vista de Ostende con designio de tomar esta plaza; mas acudiendo á su socorro el príncipe Mauricio, se dió en sus cercanías una terrible batalla, en la cual el ejército español quedó casi completamente destruido. Estas desgracias, los enormes gastos que ocasionaba sostener aquella guerra, la escasez de los años y la carestía que en Madrid empezaba á manifestarse, hicieron formar al ministro la idea de trasladar la corte á Valladolid, tanto porque allí era más fácil vivir con abundancia y economía, contribuyendo al mismo tiempo la presencia de la corte á dar animacion á aquella antigua y hermosa ciudad, como porque la agricultura, riqueza principal del país castellano, saliese de la lamentable postracion en que se encontraba. Consultada la idea con los consejos, mereció la aprobacion unánime de todos sus individuos, y con efecto, el año 1601 á mediados de Enero, se verificó la traslacion, siendo los monarcas recibidos con grande pompa y con las mayores señales de júbilo. A poco tiempo de la instalacion de la corte, llegó á ella el embajador francés, solicitando que el Rey ratificase la paz de Vervins, concluida por Felipe II. Lerma, no obstante que el rey de Francia protegia secretamente á los protestantes de las Provincias Unidas, dando con este motivo suficiente lugar á quejas y á dudas acerca de su buena fe, aconsejó al Rey que hiciese lo que se le pedia, y éste, que solo obraba por ajena inspiracion, se prestó gustoso, y en 27 de Mayo del antedicho año juró la paz con solemne pompa en la iglesia mayor, á presencia de los grandes, ministros extranjeros y obispos. El nacimiento de la infanta Doña Ana, futura reina de Francia, colmó de júbilo á los reyes y á la corte, volviendo con este motivo á celebrarse las fiestas que tanto agradaban al soberano, y que con tanta magnificencia sabia disponer el opulento favorito. Habiendo ocurrido la sublevacion de los católicos irlandeses, España, aunque estaba tan exhausta de dinero por lo mucho que gastaba en los Paises-Bajos, quiso dar fomento á la rebelion, y al efecto el ministro hizo equipar una flota en la que iban seis mil hombres de desembarco y muchas familias españolas, destinadas á formar una colonia; pues era tal la confianza que los animaba, que creian que apénas saltase la tropa en tierra, se apoderarian facilmente del país. Nombróse jefe de esta escuadra á D. Juan de Aguilar, discípulo del duque de Alba y que se habia altamente distinguido en las guerras de Flandes, el cual arribando á la ciudad de Kinsal, echó en tierra cuatro mil hombres sin aguar-

dar el resto de la expedicion, que se habia separado á causa de un temporal. Apoderóse de la plaza, aumentó las fortificaciones y aguardó se le unieran las restantes fuerzas, verificado lo cual, y ya en combinacion con los sublevados, empezó las hostilidades, declarándose jefe de la guerra santa, promovida contra la impía Isabel, declarando en un manifiesto que habia venido á libertar al país de la esclavitud del demonio que se habia apoderado del ánimo de la reina. Pero habiendo acudido una escuadra inglesa, mandada por Levisot, echó en tierra las tropas que, unidas á las de Montjoy, virey de Irlanda, atacaron al ejército coligado, compuesto de irlandeses mandados por el conde de Tiron y de un tercio español que iba á las órdenes de Ocampo, el cual quedó vencido y dispersado por el mayor número, quedando muertos ó prisioneros la mayor parte de los que le componian, salvándose en Kinsal las reliquias de la expedicion, viéndose en el mayor trance y apuro. Conociendo Aguilar que no era posible sostenerse, manifestó á su rey cuán conveniente sería abondonar aquella temeraria empresa. Al mismo tiempo, y sin aguardar contestacion, temeroso de mayores males, propuso á Montjoy que entregaria la plaza si se le ofrecia conducirle con sus tropas á los puertos de España, garantizando á los habitantes de Kinsal la libertad y la vida, y conceder á los rebeldes una completa amnistía y perdon de todo lo pasado, ó que de lo contrario estaba resuelto á defenderse hasta el último extremo. Aceptó el virey las proposiciones, los españoles fueron conducidos á la península en buques ingleses, y la temeraria cuanto inútil intentona quedó terminada con mucha satisfaccion del Rey, que dió expresivas gracias á Aguilar por haberle suministrado un medio decente de salir de aquel compromiso, y por haberle devuelto un ejército que ya se creia enteramente perdido. Ratificó el tratado de capitulacion, y nadie volvió á tratar de aquel asunto. Entre tanto el archiduque Alberto, deseoso de afirmar su vacilante soberanía, continuaba la guerra esperanzado en los socorros de España. Tenia sitiada la plaza de Ostende sin adelantar nada despues de muchos dias y de hacer muchísimos esfuerzos. Sus generales le aconsejaron que abandonase el sitio, calificando tiempo perdido todo el que en aquella empresa se invirtiera; pero el archiduque no les quiso dar oidos, pues obrando en todo segun las inspiraciones que recibia de la corte de Madrid, hasta haber enviado aviso y pedido parecer, no se decidia á tomar ninguna determinacion. El duque de Lerma, en su insaciable deseo de gloria, y anhelando adquirir fama de hombre capaz en toda clase de negocios, mandó que el sitio continuara, y así en efecto se hizo, adelantando muy poco, porque los sitiados, confiados en sus inmensos recursos, en sus valerosos jefes y en sus inexpugnables fortificaciones, hacian tan poco aprecio del ejército que asediaba la

plaza, que el general Vere, comandante de ella, fué á pasar una temporada á Inglaterra por via de recreo, dejando encomendado el mando á su segundo, Federico de Dorp. La conquista de la plaza de Ostende se consiguió por fin al cabo de mucho tiempo, y á costa de grandes sumas y de innumerables vidas, siendo debido el triunfo, en primer lugar á los talentos militares y á las acertadas disposiciones del célebre Spínola, y en segundo á la circunstancia de haber fallecido la reina Isabel de Inglaterra, protectora de la república de Holanda por su cualidad de protestante, pues su sucesor Jacobo, dotado de un genio dulce y pacífico y poseyendo entre otros severos principios el de que los vasallos habian de respetar ante todas cosas la autoridad de sus soberanos, pareciale que faltaba á aquellos principios atendiendo y auxiliando á unos súbditos rebeldes. En su consecuencia retiró las tropas ingleses que habia en Ostende, y aunque pasó á Lóndres una comision del gobierno de los Estados para suplicarle que ratificára los tratados celebrados con la difunta reina, lo único que Jacobo hizo, fué brindarse á ser mediador entre el rey de España y las Provincias Unidas. Poco era esto en verdad para los que á costa de tanta sangre y tanto oro habian echado los cimientos de su independencia; pero por muy resueltos que estuvieran á llevar adelante su idea, tan larga guerra, tan enormes desastres y tan continuados gastos tenian cansados á aquellos fieros republicanos, no ménos que á sus antiguos dominadores. Todos anhelaban una ocasion para pronunciar la palabra paz, mas ninguno queria tomar la iniciativa, llevando hasta el extremo el mal entendido orgullo de los que en política sobre todo, juzgan tener de su parte la razon. Al mismo tiempo surgian graves complicaciones en Italia, y para colmo de angustia, por más de una vez se tragó el mar á los buques que conducian los tesoros de la América, produciendo la carencia de recursos una crísis monetaria tan espantosa, que por un momento se vió á la bancarota asomar su aterrador aspecto, anunciando la ruina de la nacion. En estos graves apuros, que es donde se conoce el talento de los grandes hombres, y donde es forzoso que se despleguen los recursos extraordinarios, el ministro duque de Lerma no halló otro medio que aquel de que comunmente echa mano el abandono y la ignorancia. Solicitó gruesos préstamos de los comerciantes de Cádiz, Barcelona y otras plazas mercantiles, dando por garantía del pago los tesoros que periódicamente se recibian de las Indias, y aunque este medio proporcionó recursos por el pronto, aumentó la penuria á causa de las exorbitantes sumas que por réditos habia que pagar. Así las cosas, y prosiguiendo la guerra con vario éxito en los Paises Bajos, llegó el año 1607, á principios del cual, reconociendo los Estados que su situacion empeoraba, y que la industria y el comercio, base de su futura prosperidad, se hallaban completamente abandonados, empezaron

á hablar de paz. El archiduque Alberto por su parte, que no habia disfrutado un solo momento de tranquilidad desde que se sentára en el vacilante trono de los Países Bajos, y que temia llegar á perderlo todo, procuró reservar algo, y tambien dió oidos á las insinuaciones que comenzaron á hacerle. Los ministros de España tambien se inclinaban á la terminacion de la desastrosa lucha, y el mismo Spínola, no obstante las ventajas que el mando le proporcionaba, temeroso de que algun dia pudieran llegar á faltarle los recursos, y condenado á una forzosa inaccion perder su gloria, no cesaba de insinuar á Alberto la necesidad de que terminase la lucha, haciéndole ver que su continuacion no solo le haria perder sus estados, sino que tambien comprometia los del soberano de España. Movido de tales consideraciones, Alberto se resolvió á hacer por sí mismo proposiciones de paz á los confederados, y envió para el efecto á Wittenhorst y Gebart, á fin de que sondeasen las intenciones de los jefes de la república, y conocidas que fuesen, presentáran sus propuestas, á cuyo fin iban competentemente autorizados y revestidos de todas las formas legales. Grandes debates hubo, no solo para tratar, pero hasta para admitir á los comisionados, porque los pareceres se hallaban muy encontrados, y el partido militar queria la guerra á todo trance; pero el gran político Barnevelt, hombre tan recomendable por sus luces y por su integridad, habló tan alto y con tal vehemencia en favor de la paz, enumerando sus ventajas, á la vez de los peligros que la guerra ofrecia para consolidar su gobierno, y más si las córtes de Inglaterra y Francia se llegaban á unir con la de España para vencer su obstinacion, que todos quedaron convencidos, y contestaron á los comisionados que por entónces no estaban dispuestos á tratar hasta que el Archiduque modificase algunas cláusulas de sus proposiciones, y muy particularmente la que suponia que aún eran súbditos suyos; pues jamás tratarian sino bajo el concepto de pueblo libre. La necesidad hizo asentir á todas las exigencias, y habiéndose nombrado plenipotenciarios por ambas partes, despues de muchos debates, infinitas juntas y acaloradas discusiones, se concertó, no una paz perpétua, sino una tregua de doce años. Corta cosa en verdad; pero que fué recibida por la generalidad con sumo gozo, porque al fin concedia algun respiro despues de cuarenta años de tan funesta desolacion y de tan crecidos gastos. El tratado de Bruselas fué ratificado en Madrid inmediatamente; pues el Ministro Duque, no obstante su sed de gloria y su deseo de popularidad, conoció que la guerra no podia prolongarse por más tiempo. Con la terminacion de esta guerra, y con la paz con incluida poco ántes con la Gran Bretaña, cuyas luchas habian despoblado el país y consumido los enormes tesoros de la América, España trató de reponerse y levantarse. Pero el mal habia sido muy grande, y era preciso tener mucho tino y muy grande habili-

dad para aplicar el remedio conveniente. La falta de talentos rentísticos y económicos del Ministro fueron causa de que el remedio fuese aún más perjudicial que la dolencia. No halló otro recurso que acudir al perjudicial y oneroso de los impuestos, y como ya no habia sobre qué fundarlos, los colocó sobre las producciones naturales é industriales, con grave perjuicio de la masa general de los ciudadanos, puesto que les coartaba la libertad de comercio é industria y el libre uso de la propiedad. El Ministro se valia de todos los recursos para allegar dinero; y no bastando ya los cuantiosos tributos, recurrió á los empréstitos con los particulares y pidió subsidios al clero, no dudando que el crédito de la nacion le facilitaria recursos para todo. Esta fatal invencion del crédito nacional, peste de los estados y plaga desconocida de los gobiernos antiguos, no sirve más que para acelerar la ruina de los pueblos y el descrédito de los gobernantes; pues la deuda, aumentada con los intereses, crece, y crece cada dia, porque la nacion, no resintiéndose al pronto, se halla al fin con un peso que le es imposible soportar. Esta invencion que los gobiernos del dia han protegido y aumentado, ha sido la causa más poderosa para eternizar la miseria de los países; pues no bastando ningunos medios para pagar los exorbitantes intéreses, hay necesidad de acudir á los impuestos más onerosos, que colocan al país en el borde del abismo. Y sin embargo de todo, el fastuoso lujo de la corte no se disminuia, y el Ministro continuaba celebrando con grandes fiestas los nacimientos de los príncipes y cualquier suceso que ocurriera, aunque fuese de muy escasa importancia. Ocurrió entónces en España un acontecimiento de suma gravedad, que ha sido juzgado de diferente manera en el trascurso de más de dos siglos, y que áun en el dia de hoy los políticos economistas le consideran como el orígen de la despoblacion y decadencia de España. Hablamos de la expulsion de los moriscos, restos de los antiguos dominadores de la Iberia, gente pacífica al parecer é industriosa en sumo grado, que habia quedado diseminada en todos los pueblos, ejerciendo los oficios mecánicos y el comercio por menor despues de la conquista de Granada. Pero estas reliquias del islamismo, aunque habian abrazado la religion de Jesucristo, jamás olvidáran su orígen, y musulmanes en el fondo, aunque creyentes en la forma, mantenian secretas relaciones con los moros de Africa, y hasta con los turcos, que podian contar con unos poderosos auxiliares el dia que tratasen de invadir las costas españolas. Todo el mundo estaba persuadido de la conducta que observaban los moriscos, y á todos les llenaba de inquietud, especialmente á los eclesiásticos, que en último caso, cansados ya de lidiar con aquella incorregible gente, y conociendo que se sacaria poquísimo fruto de ella, manifestaron al Rey que siendo obstinados infieles, no habia medio posible para traerles al buen camino,

siendo inútil la blandura de la persuasion, y más inútil aún la amenaza del rigor, por lo cual debia considerárselos como declarados enemigos de la patria, de cuyas desgracias se congratulaban, celebrando con fiestas y regocijos sus derrotas, y manteniendo correspondencia secreta con sus enemigos, á los que incitaban viniesen á invadir la España, ofreciendo reunirse con ellos y auxiliarlos. Añadíase que en algunos puntos eran tan numerosos y tan ricos los moriscos, que se debia temer no llegáran á corromper la fidelidad y las buenas costumbres de los cristianos, y era de temer que si abordase á España un ejército de moros, podria muy bien con tales auxiliares establecerse en el país, del que sería harto difícil arrojarle. Por todos estos motivos suplicaban á S. M. se tomasen medidas prontas y eficaces para cortar de raíz aquellos males, y que el único medio que á su parecer podia adoptarse para asegurar la tranquilidad del país, era arrojar de él á los moriscos como traidores é incorregibles. Pero contra las razones del clero y demás personas ilustradas y piadosas, representaron tambien los barones y señores de Valencia, en cuyos estados era muy grande el número de los moriscos, y en cuya conservacion tenian interés, porque les cultivaban sus tierras y pagaban con puntualidad los tributos que les imponian. Decian los mencionados señores que no tenian fundamento alguno las quejas y acusaciones del clero, pues la obstinacion religiosa que en los moriscos se advertia, más era efecto de la ignorancia y poco cuidado que en su instruccion se ponia, que de la mala fe que en ellos residir pudiera; pues además de no procurar suconversion y su permanencia en la fe por medios dulces y suaves, se les amenazaba de continuo y se les trataba con el mayor desprecio, haciendo entre ellos la odiosa distincion de cristianos viejos y nuevos, distincion que les humillaba por cuanto heria su amor propio, y les hacia concebir un odio mortal hácia los que los motejaban creyéndose de una clase superior. Que la traicion de que se les acusaba, y correspondencia que se les atribuia, era falsa á todas luces, inverosímil y falta de prueba, y que nada habia que temer de ellos, porque era gente pobre, ruda é ignorante, únicamente ocupada en las labores del campo, é incapaces de formar reuniones tumultuarias por hallarse completamente desarmados. Añadian que de expulsarlos del reino, siendo en número tan excesivo, quedarian incultas las tierras, se perderian las artes más necesarias, y se arruinaria el comercio á la menuda á que aquellos se dedicaban, causándose de este modo unos gravísimos males que en mucho tiempo no sería dado reparar. Todos los exponentes tenian razon. Los abusos eran claros y patentes por una parte, y por la otra se notaban claramente lo fatales que serían las consecuencias de la expulsion, siendo tan grandes y poderosas las razones que en pró y en contra existian. Pesáronse, pues, con madurez y detencion las mencionadas razo-

nes en el Consejo de Estado, y despues de muchas conferencias quedó resuelta la expulsion, firmándose el decreto en el Escorial el dia 11 de Setiembre de 1609, ordenando al capitan general de Valencia y á los de las demás provincias, que los encaminasen á los moriscos á todos los puntos del litoral, donde ya estarian dispuestas las naves para conducirlos al Africa, previniendo que procurasen causarles la menor molestia, permitiéndoles llevar consigo sus bienes muebles, y haciendo que les acompañase una buena escolta á los puntos en que debian embarcarse, á fin de evitarles atropellos y desazones. Inmediatamente el capitan general de Valencia, punto en que, como hemos dicho, residia el mayor número de moriscos, publicó un bando para que tuvieran efecto las disposiciones de la suprema autoridad. Apénas se hubo tomado semejante medida, conocióse que no estaba tan destituida de fundamento la creencia de que los moriscos conspiraban. Los más audaces, llenos de furor, tomaron las armas y se retiraron á las fragosidades de los montes, resueltos á empeñar una sangrienta y desesperada lucha. Los más débiles, ora temiendo ser víctimas del furor de los cristianos, ora deseando salvar las personas de sus hijos y mujeres, se sometieron á lo dispuesto, marchando con los efectos que se les permitia sacar, á los puntos destinados para el embarque. A fines de Setiembre llegaron á Denia más de trescientos mil moriscos, casi todos habitantes de la huerta de Gandia; pero no habiendo trasportes para tanta gente, solo se embarcaron unos cuarenta mil, todos ellos viejos inútiles, mujeres y niños, lo cual infundió sospechas de que la gente jóven y apta para el manejo de las armas se quedaba en el pais con algun siniestro objeto. Efectivamente, pronto se supo que en el valle de Ayora se habian levantado innumerables moriscos, eligiendo por su rey á un moro muy valiente é instruido, y á su ejemplo, los que habitaban en la costa del mar tambien tomaron las armas, invadiendo los lugares de los cristianos, donde cometieron mil atrocidades y atropellos, particularmente en las personas de los eclesiásticos, renovando las crueles escenas de la sublevacion de los andaluces en el reinado de Felipe II. En el pueblo de Navarrés, entrando á deshora de la noche quemaron el palacio del señor con todos los que se hallaban dentro, asesinaron infinidad de personas, y arrojaron al párroco en un pozo. Los moriscos de la costa eligieron por su rey á un molinero de Guadalest llamado Millini, nombraron sus jefes y se atrevieron á atacar como tropa reglada algunos castillos y fortalezas, refugiándose en los ásperos montes del valle de Alhahuar. El capitan general mandó tropas contra ellos, y despues de varios combates en que perecieron muchos moros, viéndose acorralados en los montes, sin armas, víveres ni capitanes que los dirigiesen, hicieron proposiciones de paz y se rindieron, siendo llevados por secciones con buena escolta y aherrojados como prisioneros de

guerra para embarcarlos en Valencia. La rebelion les quitó el derecho á los beneficios que en un principio se les dispensáran, y se prohibió que sacasen del país otra cosa que lo estrictamente necesario, nombrando comisarios para registrar cuidadosamente á los que se embarcaban y quitarles todo el oro, plata y alhajas que llevasen, y que debian confiscarse á favor del Real erario. Esto no obstante, y á pesar de la exquisita vigilancia ejercida sobre ellos, muchos lograron fugarse á las provincias de Cataluña y Andalucía, pasando tambien á Francia, y respecto á la prohibicion de llevar dinero, hallaron medio de entregar gruesas sumas en España, recibiendo letras de cambio para hacerlas efectivas en paises extranjeros, asegurándose que el embajador de Francia les suministró algunas que representaban crecidos valores. Todos los bienes raíces pertenecientes á los desterrados fueron puestos en secuestro y vendidos, y su producto, léjos de ser empleado en remediar las urgencias del estado, fué repartido por el Rey con una prodigalidad escandalosa entre sus favoritos, regalando al duque de Lerma doscientos cincuenta mil ducados; al duque de Uceda, su hijo, cien mil; al conde de Lemus, cien mil, y cincuenta mil á la condesa su esposa. Calculóse que habian salido de España cerca de un millon de personas pertenecientes á las familias moriscas, quedando en el país muchos que eran reputados por buenos cristianos. Verificada la expulsion, era tan grande el desórden que reinaba en la corte, que no pasaba noche sin ocurrir algun asesinato, achacándose su perpetracion á los esclavos moros que tenian en sus casas los señores, los cuales tomaban venganza de este modo de los malos tratamientos inferidos á sus coreligionarios. En su consecuencia se dispuso que no pudiera haber esclavo ninguno en la corte, ni á cinco leguas de distancia. Tales fueron las consecuencias de aquella violenta medida, que nosotros no calificaremos, por no ser las páginas de esta obra oportuno lugar para verificarlo. Aunque el monarca español carecia de fuerzas, y aunque era de muy limitado talento, por excitacion de su ministro no dejaba de soñar en planes de engrandecimiento, procurando extender su dominacion en Italia y Alemania á favor de tenebrosas intrigas, señales las más ciertas de debilidad y falta de resolucion. Pero las disposiciones de la corte fueron muy en breve traslucidas, y todos los soberanos que temian algun menoscabo de su poderío, decidieron reunirse y formar una liga para contrarestar el poder de la casa de Austria. Aunque por el tratado de Vervins la Francia estaba en paz con el Rey Católico, el soberano francés, bastante rezeloso, y no olvidando su orígen protestante, se alió secretamente para una eventualidad con los príncipes luteranos de Alemania. La eventualidad temida apareció muy pronto convertida en realidad, con motivo de la muerte del duque de Cleves y Juliers, que falleció sin sucesion, y cuyos estados pretendian varios príncipes,

entre ellos el duque de Brandemburgo y el conde Palatino de Neubourg. El emperador de Alemania, deseoso de evitar la efusion de sangre, porque algunos aspirantes se disponian á reclamar con las armas en la mano, citó á todos los pretendientes, poniendo entre tanto los estados en administracion en poder de su hermano Leopoldo, obispo de Estrasburgo y de Passau, levantando tropas apénas hubo tomado la posesion; por lo cual los dos pretendientes Brandemburgo y Neubourg, que eran los más poderosos, tomaron tambien las armas y convinieron en repartirse los estados sin aguardar decision ni sentencia de árbitros. El rey de Francia, en cuyos vastos planes entraba la idea, no solo de abatir á la casa de Austria, sino de cambiar por completo el sistema político de la Europa, se declaró en favor de los príncipes protestantes, prometiéndoles que iria á su socorro él mismo en persona al frente de un ejército numeroso y aguerrido. El imperio iba á verse envuelto en una sangrienta lucha, en la que España no podia ménos de secundarle; el peligro era inminente y la tempestad se aproximaba. Pero de repente la mano de la Providencia, que destruye los humanos proyectos cuando más grandes son y con mayores visos de probabilidad se presentan, disipó los negros nubarrones que cubrian la atmósfera. El rey de Francia fué asesinado en medio de una calle por Francisco Rabaillac; desgracia que colmó de sentimiento á todos los soberanos de Europa, que empezaron á temer el funesto vuelo que iban tomando las doctrinas sobre el regicidio; pero desgracia que contuvo la conflagracion general que amenazaba. En esta ocasion únicamente dió un golpe de acertada política el duque de Lerma. Hizo marchar á París un enviado extraordinario con objeto de dar el pésame á la Reina viuda, y de felicitar á Luis XIII por su elevacion al trono, al mismo tiempo con objeto de hacer algunas insinuaciones relativas al mútuo enlace del rey de Francia con la infanta Doña Ana, y del príncipe D. Felipe con Isabel de Borbon. Las proposiciones fueron acogidas favorablemente, y á su tiempo se verificaron los enlaces, desplegándose por parte de España tal lujo y magnificencia, haciéndose tan enormes gastos y multiplicándose de tal modo las fiestas y diversiones de todo género, que los caballeros franceses quedaron absortos y admirados, confesando ingénuamente que al entrar en algunas provincias de España les parecia hallarse trasportados á las encantadas regiones que en los fantásticos cuentos del Oriente se describen. Mas este gasto, inútil é improductivo, venia en último resultado á caer sobre los contribuyentes, y así fué que concluidos los festines, comenzaron los apuros, y empezó la miseria á dejarse sentir de nuevo. Condenada España á no disfrutar de una tranquilidad completa, apénas hizo la paz con Francia á favor de los casamientos, se vió envuelta en los nuevos conflictos que surgieron con la república de Venecia y con las reclamaciones del duque de Sa-

boya, conflictos de que al fin pudo salirse, aunque no dejando muy honrosamente puesta la dignidad de la nacion. El duque de Lerma, que como ya hemos dicho en otros lugares de esta obra buscaba la popularidad á toda costa, viéndose tan desgraciado en las empresas diplomáticas exteriores, quiso aplicarse al cuidado de los intereses nacionales, y procuró al efecto dar movimiento é impulso á la decaïda industria y á la espirante agricultura. Al efecto prometió recompensas á los que se distinguieran en algunos de estos ramos; procuró atraer á los extranjeros con la esperanza de grandes ventajas para que se establecieran en el país. Pero como los impuestos sobre la industria y la produccion eran tan exorbitantes, nadie quiso acudir al llamamiento, y la nacion empezó á verse despoblada, siendo preciso tratar acerca de este asunto en las córtes, que por entónces (1618) se hallaban reunidas en Madrid. Entre otras proposiciones se hicieron las siguientes: Disminuir los impuestos y contribuciones á fin de que los artistas, artesanos y labradores pudieran vivir con desahogo en el país, sin necesidad de expatriarse. Que se suprimieran la multitud de destinos inútiles que se habian creado, y que se suspendiese el pago de las infinitas pensiones que se concedieran sin más mérito que el favor y el capricho. Que se obligase á salir de la corte á los señores, y que fueran á residir en sus estados, á fin de que allí mantuvieran á los jornaleros, protegiendo la agricultura y sus ramos auxiliares. Que se pusiese tasa en el lujo de los trajes, prohibiendo introducir telas ricas y manufacturas preciosas del extranjero, en cambio de las que salian del país el oro y la plata acuñada. Que se obligára á restituirse á sus pueblos los infinitos pretendientes que en la corte habia, sin otro oficio que importunar á los ministros y aumentar el número de los necesitados; y que se disminuyese el número de pajes, lacayos y demás gente de servicio, que tenian no solamente los grandes señores, sino hasta los simples particulares; pues toda esta gente, que venia á llenarse de vicios viviendo en la ociosidad, era mucho más útil en sus pueblos dedicándose al trabajo del campo; y propúsose, en fin, que se prohibiera fundar nuevas órdenes religiosas, ni edificar más conventos de los ya establecidos, porque habia llegado á comprenderse que muchos tomaban el hábito sin otra vocacion que asegurarse la subsistencia. Estas sabias disposiciones, para cuya ejecucion debia el Rey dar ejemplo disminuyendo el primero los gastos y el esplendor de su casa, no llegaron á tener efecto, así por los intereses encontrados que existian, como por la oposicion de los grandes, que no querian, por un resto de su antigua orgullosa independencia, acceder á lo que creian depresion de su dignidad. Tales medidas, que hubieran podido salvar en gran parte á la decaida España, no se pusieron en práctica hasta el reinado siguiente, y no en su totalidad, no produciendo por lo tanto el

efecto deseado. En este mismo año de 1619 pasó el Rey á Lisboa con objeto de celebrar la jura del príncipe heredero. Excusamos decir que este acto se verificó con todo el esplendor y pompa imaginables, y con el fastuoso lujo que el Ministro acostumbraba. Esta fué la última ocasion en que dió Lerma pruebas de su afan por el brillo y la magnificencia. Habia llegado el Duque al apogeo del poder, y solo el nacimiento le separaba del trono, porque en lo demás, siendo tan inmensamente rico, se le podia creer un verdadero monarca. Tenia su corte más numerosa, si cabe, que la del mismo Rey; rodeábanle multitud de aduladores, entre quienes repartia cuantiosos donativos; y todos los empleos, grados y distinciones repartianse por su mano, concediéndose siempre, ántes que al mérito, á la recomendacion y á la intriga. La omnipotencia de este hombre se extendia hasta la administracion de justicia, pues los magistrados no pronunciaban sentencia sino bajo sus inspiraciones; y las facultades que se concedió á sí mismo fueron tan extrordinarias, que hasta creó, como el rey de España, títulos de grandeza, siendo un ejemplo su paje D. Rodrigo Calderon, á quien hizo conde de la Oliva y marqués de Siete Iglesias, asignándole gruesísimas rentas, que contribuyendo á elevar su imaginacion y á fomentar en él un orgullo desmedido, le arrastraron á un lamentable fin despues de la caida de su dueño y protector. Tanta grandeza debia necesariamente de llegar á la decadencia, porque nada hay estable en este mundo y hasta el brillante sol tiene su ocaso. Hallábase el Duque viudo, y ya habia contraido por el enlace de su hija grandes relaciones con la antigua nobleza catalana, creyendo más cimentado que nunca su poder, cuando empezó á verse combatido y minado por los que ménos hubiera creido. A fin de asegurarse hechuras que contribuyeran á sostenerle, introdujo en la corte á su hijo el conde de Uceda, que era de un carácter artificioso é intrigante, y logró que el Rey admitiera por su confesor á un religioso llamado Fr. Luis de Aliaga, hombre oscuro y de mediano talento, aunque dotado, segun voz pública, de una extremada probidad. Pero estos medios en que el Duque confiaba, volviéronse en contra suya, porque el conde de Uceda se aprovechó del ascendiente que habia adquirido sobre el Rey para obtener sus propios adelantos, y el confesor Aliaga, tan ingrato como el Conde, no hizo nada en favor del que le sacára de la oscuridad y de la ignorancia. Furioso el Duque al ver que todo se volvia en contra suya, tuvo con su hijo muy ágrias disputas, que dieron por resultado un escandaloso rompimiento, con notable menoscabo del respeto filial y de la autoridad paterna. Viéndose el Duque abandonado por esta parte, y conociendo que le hacia suma falta un protector cerca del Rey, introdujo en la corte al conde de Lemus, su sobrino, pero con muy poca suerte, pues el carácter altivo de este señor no

agradó nada á D. Felipe, que amable y tierno por naturaleza, preferia el genio dulce, aunque disimulado, del conde de Uceda, que continuó siendo el favorito predilecto, miéntras que Lerma iba perdiendo más terreno cada dia en la estimacion y en el concepto del Rey. Su imaginacion le sugirió un medio que se figuró podria dar favorable resultado. Conociendo la extremada piedad de D. Felipe y la veneracion con que miraba á todo lo que pertenecia al estado eclesiástico, solicitó el capelo de cardenal, que le fué fácilmente concedido por mediacion de sus inmensas y poderosas relaciones. Pero tal medida no produjo tampoco el efecto deseado, y sus enemigos se apoderaron de aquella circunstancia, que él juzgaba salvadora, para acelerar su ruina. Hicieron observar al Rey, que investido ya el Duque de aquella dignidad suprema, no podia tratarle con la misma familiaridad que ántes, puesto que era un príncipe de la Iglesia, á quien los mismos reyes deben tratar con respetuosa deferencia. El monarca, por otra parte, celoso de que el favorito debiese aquella dignidad á otro protector, empezó á mirar al Duque con prevencion y hasta con repugnancia, recibiéndole con notable indiferencia en los actos públicos, y no teniendo privadamente con él la misma confianza que ántes. Los cortesanos observaron con ojos malignos esta novedad, y se aprovecharon de ella para conseguir el fin que se proponian de arruinar por completo al favorito. Tomando por pretexto el bien del país y el servicio de S. M., empezaron á manifestar el estado lamentable á que el país se hallaba reducido por efecto de la mala administracion del ministro favorito, que habia contribuido al desquiciamiento general colocando en los puestos públicos hombres inútiles por su incapacidad, y sin otro mérito que el favor y las conexiones. Acusábanle de haber rebajado la dignidad española en todas las guerras que se habian suscitado, ya concluyendo la deshonrosa tregua con las Provincias Unidas, con las que habia tratado como un pueblo libre, no pasando de ser súbditos rebelados, ya tomando parte en la guerra del Piamonte, que costára sumas inmensas á la España, siendo el beneficio para otros. Todas estas acusaciones surtieron el efecto deseado, porque Felipe, que amaba la justicia, se indignó de haber sido engañado, y ya ni pidió consejos al Duque, ni atendió para la provision de los destinos á las recomendaciones que de su parte venian. Conociendo Lerma por estas señales que su desgracia era cierta, se llenó de amargura y de tristeza, porque en medio de que la costumbre del mando fuese en él una segunda naturaleza, no podia ménos de profesar al Rey un entrañable cariño, como lo demostró cuando se declaró completamente su desgracia. No podia en manera alguna separarse de la corte, y así áun cuando no se le hizo invitacion alguna, pasó al Escorial cuando el monarca se trasladó á este sitio. Cansado Felipe de ver continuamente tras de sí aquel viejo mi-

nistro, que por más desaires que le hacia no abandonaba el puesto, le escribió una carta de su propio puño, dándole permiso para que marchase donde quisiera. Ya no pudo entónces dudar el desgraciado favorito de que se le despedia, y cediendo á un rapto de dolorosa angustia, sin consideracion á su elevada dignidad, se echó á los pies de su protegido Aliaga, pidiéndole por lo más sagrado que no le abandonase en tan angustiosa situacion. El ingrato religioso se hizo sordo á las súplicas del protector á quien tanto debia, y le despidió con fútiles pretextos. Recurrió luego á su hermano el arzobispo de Toledo, que le debia su opulenta dignidad, y tampoco fué atendido, excusándose por su poca salud de presentarse al soberano, y contentándose con enviar en lugar suyo al P. Gerónimo Florentino, predicador de S. M., que habló largo rato con el Rey sin poder obtener ni una dilacion para la partida del Duque. Todavía es un profundísimo misterio la conducta que el soberano observó en aquellas circunstancias con su antiguo ministro, y créese muy fundadamente que más que por conviccion, obraba por los consejos de los enemigos del Duque, y en particular por los de su ingrato y pérfido hijo el conde de Uceda. Cuando Lerma supo que ya no habia remedio, depuso su humildad, y revistiéndose de la grandeza de alma que poseen en la adversidad los varones eminentes, dispúsose á partir á los estados de sus padres. El dia 4 de Octubre de 1619 salió para su destierro, y mandando dirigir su coche hácia el palacio Real, cuando estuvo á su vista se apeó, y dirigiendo sus ojos bañados en lágrimas hácia las habitaciones donde estaba el Rey con sus hijos, les echó su bendicion, tomando el camino en seguida. Esta tierna accion, último desahogo acaso de un corazon ulcerado, fué indignamente comentada por sus encarnizados enemigos, que la presentaron como la escena más ridícula de una risible comedia. Aquella noche durmió en Guadarrama, donde se avistó con él un emisario del Rey, que le llevaba de parte de S. M., por via de regalo, un ciervo muerto por el soberano, y una carta cuyo contenido jamás ha podido saberse. Llegado á Valladolid, pasó su vida en esta ciudad y en Lerma, observando el mayor retiro y la más extremada sencillez. Pocos favoritos han caido de su elevada posicion con más suavidad y ménos violencia, teniendo tantos enemigos. Verdad es que estos pertenecian á la elevada clase que ambicionaba ocupar los puestos que dejaba vacantes, y que conseguido este fin, ningun interés tenian en dañarle personalmente. Todos los destinos que en palacio desempeñaba fueron á recaer en el conde de Uceda, quien demostró claramente de este modo cuál fuera el poderoso móvil que le guiára para declararse mortal enemigo del autor de su existencia. La historia se ha hecho cargo de la vil conducta de este ambicioso y desnaturalizado hijo, cuya conducta hizo ver que no es ciertamente en las cortes don-

de reside la lealtad, ni la buena fe áun entre aquellos mismos que más obligados estan á guardársela. Despues de la caida del Duque, nadie volvió á hablar de él ni á ocuparse de su persona, lo cual prueba que el odio que inspiraba era á la dignidad, y en modo alguno al personaje. Dejando aparte su errada conducta como hombre público, sus debilidades y sus desaciertos, los historiadores contemporáneos no dejan de conocer que poseia excelentes prendas. Era muy afable, hablaba bien y recibia perfectamente á todos cuantos se le presentaban. Aunque de escasas luces y de limitada penetracion, sus sentimientos eran nobles y su alma generosa. Una de las circunstancias que hablan muy alto en favor suyo, y que demuestran no era tan criminal como llegó á suponérsele, es el encarnizamiento con que se cebó en él la venenosa y mordaz pluma de los satíricos escritores. Acumuláronse contra él las calumnias, prodigáronle las más soeces invectivas, y no hubo falta ni crimen de que no fuera acusado. Cuando á tal arma se recurre para combatir al poderoso, es señal evidente de que la razon está muy escasa por parte de los que atacan. La guerra que en el terreno político se haga debe ser franca y leal; porque lo contrario no es guerra, sino ataque de bandidos, guerra de salteadores. El reprobado medio de la acusacion embozada y las repugnantes armas del ridículo, que por desgracia se han empleado tan frecuentemente en nuestros dias, solo indican cobardía, mala fe y deseos de conculcar hasta lo más sagrado que existe sobre este mundo. De todas maneras, el Duque de Lerma es una de las figuras más grandes de la historia nacional, y su vida pública y privada está exenta de aquellos grandes desaciertos, de aquellos inútiles crímenes que mancharon la ominosa carrera del ambicioso Richelieu, Cardenal-Duque como él, ministro universal de Francia, é imitador suyo en infinitas ocasiones. — M. B.

ROJAS (P. D. Gaspar), natural de la ciudad de Valencia, monje cartujo, profeso de Porta-Cœli. Fué escritor fecundo y erudito, de grande imaginacion, vida austera, muy ejemplar y religiosa, prior de aquella casa y de la cartuja de Ara-Christi. En el año de 1673 intervino en el capítulo general de su religion, predicó en aquel gravísimo congreso, y el mismo año murió, perdiendo su religion uno de sus más virtuosos y eminentes varones. Dejó diferentes manuscritos, que con título de *Alegaciones* refiere Rodriguez en su *Biblioteca Valentina*, y son los siguientes: 1.° *Sobre la validez de cierta profesion que pretendió anularse coram superiore locali, et Ordinario Valentino, juxta decretum S. Concilii Tridentini, Sesione 25. De Regularibus, et monialibus, cap.* 19.—2.° *Sobre la facultad que tiene cualquier comunidad religiosa de adquirir ó repudiar la herencia que pertenece á algunos de sus hijos ex testamento, vel ab intestato.*—3.° *Sobre que en la recepcion de los novicios basta la mayor parte de los votos de la comunidad.*—4.°

Sobre si deben ser admitidos á la profesion aquellos novicios, que proponiéndolos á la comunidad tienen la mitad de los votos. —5.° *Contra lo pretendido por los religiosos legos de cierto convento que pretendian cubrirse delante de los sacerdotes en capítulo y refectorio, un dia que se les da lugar, que es el jueves santo.* Todos los referidos manuscritos quedaron en Porta-Cœli.—A. L.

ROJAS (Fr. Juan), minorita. Segun el parecer de doctos y entendidos biógrafos, este es el mismo Francisco de Rojas, de quien anteriormente hemos hablado; pues dicen que firmó varias de sus obras con el nombre de Juan, al paso que otras con el de Francisco. — M. B.

ROJAS (Fr. Juan de). Este distinguido hijo de Toledo, fué religioso de la órden de S. Francisco, habiéndose desde luego hecho apreciar tanto por sus virtudes, cuanto por su ciencia, pues una y otras fueron nada vulgares. Estudió en la universidad de Toledo, muy célebre en su época, lo que entónces abrazaba la sagrada teología, que era la parte dogmática, la parte moral y muy poco de la pastoral; y tanto con el estudio cuanto con la consulta de los sagrados libros tan necesaria para el teólogo si ha de desempeñar bien su cometido, se excitó en vivos deseos de comparar por sí mismo los textos de los santos cuatro Evangelios, no solo en las versiones, sino lo que es más y mucho más importante en los originales. Para lograr su intento, le fué preciso aprender hebreo y griego, y este es uno de los rasgos más originales de su vida, pues indudablemente seria cosa de ver un hombre encanecido, sacerdote y profeso muchos años ántes, acreditadísimo en el púlpito, en el confesonario y demás, colocado entre los jóvenes que aprendian las lenguas primitivas para gustar de su belleza, conocer su mecanismo, y hacer las convenientes aplicaciones. Por supuesto que sin un fondo de virtud tan grande como la que tenia este buen religioso hubiera mil veces desistido de su empeño, pero él todo lo contrario, insistiendo en vencer las dificultades que se oponian á su intento, cuantas más cosas tenia que sufrir para ello, estaba más satisfecho, se complacia más y hubiese sido para él un verdadero disgusto si la obediencia interviniendo en el asunto le hubiese prohibido el estudio. Claro es que no habia fundamento para semejante prohibicion, porque áun cuando hubiera podido prohibirse, si no hubiese tenido fundamento este estudio, como le tenia, logró el gran propósito, el muy noble propósito de proporcionar la posible seguridad en la lectura de los santos Evangelios, lectura que es para el cristiano no solo conveniente, sino precisa, necesaria, casi indispensable. Hecho su estudio de hebreo y griego, se retiró por largo tiempo á su celda, dando de mano á toda otra ocupacion para estudiar los cuatro santos Evangelios, notar sus diferencias, explicarlas por los textos originales y por antecedentes y consiguientes, sacar el sentido genuino, verdadero, propio. Luego

que hubo hecho para sí este trabajo, es decir, luego que logró la posible seguridad de que su modo de interpretar el texto sagrado era el adecuado, el que se acercaba todo lo posible á la exactitud; pues ya sabia él que en versiones ni interpretaciones no es posible encontrar la exactitud matemática que puede obtenerse en otras cosas, comenzó á arreglar su trabajo para darle al público, se encerró en su celda, y sin más trato que sus libros ni otra comunicacion con las gentes que la puramente indispensable por el ejercicio de su elevadísimo ministerio, se dedicó á hacer los comentarios que pudo acerca de los santos cuatro Evangelios. Castigó su obra con la escrupulosidad más rigorosa no perdonándose la más mínima inexactitud; luego consultó su obra con los hombres más entendidos en el asunto, porque siempre temió una equivocacion, que habria sido de trascendencia suma tratándose de una materia en que no solo una palabra, sino una coma, un tilde, pueden tergiversar el sentido y poner un error ó acaso una herejía donde se consigna una verdad fundamental; pero al cabo de este maduro examen, y hallada favorable la opinion de los sabios con una protesta de adhesion la más íntima y de sujecion la más completa al sentir de los Padres y á las decisiones de la Iglesia, publicó en casa de Juan Cuesta, el año de 1627, la obra que tituló: *Commentarium in concordiam Evangelistarum juxta translationes litterales, anagogicos morales et allegoricos sensus*; tres tomos. Llama muchísimo la atencion, y no se explica la razon que para ello tuviera, el que esta obra con título latino la escribiera despues en castellano, ó que á la obra castellana la pusiera título latino; pero es lo cierto que está en castellano y se titula en latin, que esto fué así desde su orígen, que nunca habia habido otra con cuya version pudiera ser confundida, y por último, que al advertirle algunos críticos á su autor la rareza de esta manera de titular su obra, no lograron moverle de su dictámen, con lo cual parece dar á entender que estaba tan aferrado por cualquier conviccion, tal vez ridícula, que se le hubiera puesto en la mente. Y estas y nada más son las noticias que de todas las partes de donde ellas pudieran ser habidas hemos logrado acerca de nuestro muy respetable P. Fr. Juan de Rojas, religioso franciscano, digno de que se conociesen sus actos todos. —G. R.

ROJAS (Juan de). Fué natural de Toledo, y habiendo hecho los estudios convenientes para optar á algun curato, se presentó á la Compañía de Jesus pidiendo la sotana del gran S. Ignacio, porque un dia el Señor le inspiró esta buena idea, que no dudó en fomentar en su espíritu, y que le dió por resultado el ser muy ajustado en su conducta, muy celoso por la gloria, y enteramente un hijo digno del gran Patriarca. Como su vocacion fué, por decirlo así, repentina, y no se habia nunca pensado en que tomaria tal de-

terminacion, los superiores, cuya prudencia no puede ménos de admirar quien considere sus actos, por insignificantes y de poca importancia que estos parezcan, quisieron probarle bien, y por esto su noviciado fué más rigoroso y áun algo más largo que lo de costumbre, pero muy provechoso para unos y para otro; para la Compañía, porque tuvo ocasion de convencerse más y más de que ingresaba en ella un miembro útil y que en cualquier ocasion podria servir para lo que se le mandára, toda vez que era de muy buena capacidad y á todo dispuesto; y él tenia la seguridad de que habiendo podido sobrellevar este rigor, algun tanto excesivo, con que le trataran en los dias de su probacion, no ménos podria con lo que en las circunstancias normales exigiria de él la obediencia, que no sería nunca ni tanto ni tan costoso como ahora. Efectivamente que fué muy útil á la Compañía, pues si bien es verdad que no desempeñó funciones de superior ni nunca tuvo cargo, que pudiéramos decir era de lucimiento ó de esplendor en la sagrada religion, tuvo el no ménos importante ni difícil encargo de oir confesiones, y en el desempeño de este ministerio fué no solo incansable sino favorecido por Dios con un don especial, pues parecia que tenia á la mano las conciencias de sus subordinados, y que las veia tan á las claras como si nada le ocultase sus secretos; de aquí que penetrando casi los secretos del corazon, tenia muchos medios de moverle siempre para el bien, siempre para la eficaz detestacion de las culpas y para el mejor aliento á la virtud. Muchísimas conversiones hizo por ese su espíritu de discernimiento, y porque tenia tal tacto para tratar á los penitentes, tanto agrado áun para reprenderlos, y por más que sus pecados fuesen enormes, que lograba convencerlos, por consiguiente corregirlos, y jamás se le exasperaba, por lo cual todos le buscaban y se consolaban con él, dejándole tambien á él el consuelo de haber procurado la mayor gloria de Dios por el medio más directo, que es sin duda el procurar la salvacion de las almas. Otra ocupacion tambien muy provechosa le llevaba gran tiempo con utilidad asimismo de las almas, y de almas más acreedoras á la exquisita vigilancia con que él las cuidaba, porque eran muy inocentes. El Padre tenia mucha aficion al latin y mucho afecto á los niños, y uniendo estos dos sentimientos, hacia que los niños viniesen á su celda á repasar latin, y les daba no solo la leccion que pretendian recibir, sino otras muchas de virtud y de humildad sobre todo, teniendo un sistema de premios y castigos perfectamente arreglado, segun el cual lograba tenerlos muy satisfechos á su lado, libres de malas compañías, aplicados á un estudio que él les amenizaba cuanto podia, y dispuestos siempre á cumplir con su deber, segun que era preciso para sostenerse en puestos de honor que él mismo les daba para que se alentasen al estudio, y con este aliento pudiesen satisfacer cumplidamente los desvelos de sus padres y

encargados, que querian siempre para sus hijos todo cuanto les llevase á ser un dia útiles. Cuántas simpatías le captaba esta conducta á nuestro buen jesuita se deduce fácilmente, porque no cabe duda que estiman mucho los padres cuanto se hace por sus hijos, y bien mirado este favor era muy especial, porque no era en un órden solo, sino bajo muchos conceptos. Por último, nuestro buen jesuita tambien se distinguió como escritor. Tradujo, pero con mucho esmero y teniendo tanto mérito y valor como pudiera una obra original, el precioso libro que publicó en Madrid, en 1609, el impresor Pedro Madrigal, titulado *Historia Lauretana de las traslaciones, milagros, sucesos de la santa casa de nuestra Señora de Loreto.* Obra erudita y que hubo de corregir mucho, pues el original latino estaba lleno de erratas y áun de equivocaciones que no hubieran podido pasar. Preparaba una obra original de *Vita et morte Jesu-Christi*, que hubiera sido teológica, mística, expositiva, en fin obra maestra, pero la muerte le arrebató cuando apénas tenia trazado el órden con que habia de desenvolver su pensamiento, ni áun este le tenia terminantemente consignado; sin embargo, lo estaba lo suficiente para inferir que habria sido excelente en todos sentidos la obra del Padre Juan Rojas, jesuita.—G. R.

ROJAS (Fr. Juan de). Fué natural de Toledo, é indudablemente pariente de otros dos religiosos de su apellido, que de la misma naturaleza y época brillaron, el uno en la órden de S. Francisco y el otro en la Compañía de Jesus, y ambos en el orbe literario, porque de sus bien cortadas plumas salieron obras, que harán imperecedera su memoria. Nuestro Juan de Rojas perteneció á la órden de la Santísima Trinidad de Redencion de cautivos, é ingresó en ella apénas cumplida la edad que sus santas constituciones prescriben para tomar el santo hábito, por cuyo motivo al mismo tiempo que aprendió las virtudes necesarias para cumplir bien y fielmente con el instituto de redimir cautivos, aprendió letras y ciencias; habiendo vuelto á hacer bajo la direccion de los Padres todos los estudios de humanidades, que ya traia cuando entró religioso, y los de filosofía, teología en toda su extension, cánones y Escritura sagrada, á cuya interpretacion y exámen, siempre de acuerdo con el sentir de los Concilios y Padres de la Iglesia, era muy aficionado por parecerle muy ameno y muy provechoso; porque en realidad de verdad, si el sacerdote y lo mismo el religioso estuviesen muy impuestos en la verdadera inteligencia de las santas Escrituras, no hay duda que otro y muy otro seria el aliento que habian de dar á las almas para hacerlas llegar al grado de perfecciones que Dios quisiera que llegasen. Por supuesto que parece excusado decir que siendo el Padre teólogo, y teólogo tan aventajado, le obligarian sus superiores á ascender al sagrado órden del presbiterado, aunque para ello hubieron de vencer su natural repugnancia, fundada en la

consideracion de su pequeñez y miseria; pero que la obediencia hizo cesar cuando le aseguró que Dios no niega su gracia al que de su parte hace lo que puede. Ordenado de sacerdote, se dedicó con asiduidad al púlpito y al confesonario, pues á su gran ciencia agregaba una prudencia que habrá con dificultad quien en tal virtud le excediera, y muy pocos que se le igualasen, por cuyo motivo en las difíciles cuestiones que sobre todo en el confesonario han de ventilarse, estaba él siempre al lado de la justicia, y esta justicia misma, que demostraba hasta la evidencia á sus penitentes, como que le aseguraba más bien el éxito de su empresa, pues no desea en verdad el pecador que el sacerdote condescienda con sus culpas ni mucho ménos las autorice, lo que quiere es que le amoneste y advierta como padre y no le vaya á exasperar atormentándole. Esta misma prudencia y ciencia de nuestro P. Rojas fueron sin duda el motivo de que el tribunal de la santa Inquisicion, que siempre anhelaba escuchar á sacerdotes que supiesen bien cuanto es conveniente, y que además ni se arrebatasen ni se dejasen llevar de otras pasiones que en hecho de verdad envilecen á la criatura, fijó en el Padre sus miras para hacerlo censor en materia de teología, y no se equivocó en verdad, porque no hay miedo de que él se dejára ni sobornar, ni ninguna otra cosa, para faltar á su deber, y lo que es más, ni áun para preferir en el despacho unos asuntos á otros. Muchísimos libros, á cuya exámen se dedicó, fueron expurgados de errores, y sus autores convencidos de ellos, pues nunca puso su pluma para un informe sin razonarlo, ni dictó una resolucion sin que estuviese basada en apoyos indestructibles. A los compañeros de tribunal era muy útil, porque su grande expedicion y facilidad para despachar los asuntos le hacia tomar mayor número de ellos que los otros, y por consiguiente les ayudaba de esta manera, siendo para ellos ménos el trabajo en cuanto que el P. Rojas se cargaba con el más. Fué cordialísimo devoto de María Santísima, y si bien veneró siempre á su señora por sí misma y por sus excelencias y grandezas, le llamó muy particularmente la atencion la veneranda imágen de las Virtudes, que estaba en el convento de su Orden en Toledo, donde residió casi toda su vida religiosa, y debido á este cordial afecto que á la Señora profesó, fué sin duda el que publicára una obra que tituló *Historia y milagros de nuestra Señora de las Virtudes, cuya imágen está en el convento de la Santísima Trinidad en Toledo*. La obra fué muy estimada, porque tenia datos muy curiosos y porque alentaba grandemente la devocion de los fieles, pues no cabe duda de que esta se excita más y más cuando se les hace comprender los favores que María Santísima bajo tal ó cual advocacion ha dispensado á sus devotos. Tranquila y pacíficamente vió el P. Rojas sus últimos dias allí mismo donde hiciera su profesion religiosa, y recibidos los santos Sacramentos, entregó á Dios su espíritu con edificacion de todos

los que lo presenciaron, siendo enterrado en el lugar en que se acostumbraba hacerlo con los religiosos de su convento y clase.—G. R.

ROJAS (Fr. Juan Bautista de), religioso mercenario, natural de Buenache en la diócesis de Cuenca, fué maestro de sagrada teología en su Orden, y se distinguió por su piedad y conocimientos; gobernó los conventos de Cuenca, Segovia y Madrid, y fué en Segovia fundador de la congregacion llamada Escuela de Cristo, que se hallaba á la sazon esparcida por toda España: Escribió: *Vida del V. P. Fr. Juan Falconi;* Madrid, 1674, en 4.°—*Reloj con despertador;* ibid. en 16.°—*La verdad vestida*, en que procuró unir el deleite con la utilidad, segun aquella máxima de Horacio: *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci;* ibid. in 4.°—*Catecismo y alfabeto coronado, historial, político y moral*, ó sea de las virtudes propias de los reyes; ibid, 1672, dos vol. en 4.°—*Cadena de ejemplos y milagros*; Madrid, 1675, dos vol. en 4.°—*Compás de perfectos*, *Cristo crucificado*, etc.—S. B.

ROJAS (Fr. Juan Perez de), religioso mercenario, natural de Córdoba, donde probablemente tomó el hábito, fué comendador del convento de Guadix, en cuya época publicó una obra intitulada: *Sermones de las Dominicas de Pentecostés*, ibid. por Simon Fajardo, 1624, en 4.°—Parece habia escrito además: *Marial, Cuaresma, Santoral*; *Dominicas para todo el año* y áun se le atribuyen unos *Comentarios sobre Tobías*, que parece no concluyó.—S. B.

ROJAS (D. Fr. Martin de), obispo de Canarias. El pontífice Paulo II, habiendo admitido la cesion del obispo D. Diego, antecesor de Fray Martin, proveyó la mitra de la iglesia de Rubicon en la persona de Fray Martin de Rojas, monje del monasterio de Sta. María de Almedilla, del órden de S. Gerónimo en el obispado de Segovia, á quien se despacharon las bulas, dadas en S. Pedro de Roma con la misma fecha con que se concedió al otro la pension. El nuevo electo dió sus poderes á D. Juan de Argüelles, presbítero de la diócesis de Palencia, residente en Roma, para que á nombre suyo ofreciese á la Cámara Apostólica y Sacro Colegio de Cardenales el servicio comun de la iglesia rubicense por razon de la provision del obispado en su persona, que era de treinta y tres florines y un tercio de oro de cámara, en que dicha iglesia estaba tasada, además de los cinco minutos servicios de costumbre. Así se ejecutó el dia 24 de Abril de 1469. Hace memoria de esta eleccion de D. Fr. Martin de Rojas á la mitra de las islas Canarias, D. Rodrigo de Herrera en su Memorial genealógico de la casa de Ampudia, publicado en 1639. Tambien la hace el P. Wadingo en sus Anales franciscanos. Hácela finalmente Argote de Molina en su Nobiliario, asegurando que D. Fr. Martin de Rojas era hijo de Hernan García de Herrera y de Doña Ines de Rojas; pero aunque este prelado tenia tan inmediato parentesco con Diego de Herrera, entónces señor de las Cana-

rias, como que era su tio, no quiso pasar á dicha iglesia pensionada en la cuarta parte de sus frutos, y parece que fué promovido á la de Zamora como el mismo Argote de Molina, citado de Gil Gonzalez Dávila, da á entender. — A. L.

ROJAS (P. Pablo Albiniano), de la Compañía de Jesus. Nació en Valencia en 1583, y diez y siete años despues, en 1600, entró en el instituto de S. Ignacio de Loyola donde se distinguió por su saber y virtudes. Terminado su noviciado siguió con muy buen éxito sus estudios, mereciendo ser nombrado despues catedrático de retórica y humanidades, cargo que desempeñó por espacio de seis años. Elegido por confesor por el marqués de Aytona, D. Francisco de Moncada, nombrado gobernador de los Paises-Bajos, pasó á aquellos estados en 1635, donde se granjeó el aprecio y estimacion de las personas más distinguidas por sus cualidades y conocimientos, segun dice el P. Juan Antonio Xarque y refiere Ericio Puteano en sus cartas impresas. A su regreso á España fué nombrado catedrático de teología moral en el colegio que tenia la Compañía en Zaragoza, donde residia en 1647, y escribió muchas de sus obras. Trasladado de nuevo á Valencia, regentó la cátedra de la Sagrada Escritura en el colegio de S. Pablo, y fué nombrado calificador del Santo Oficio. Al mismo tiempo que estos cargos desempeñó otros en la Compañía, manifestando en todos su grande prudencia y dando repetidos ejemplos dignos de imitacion. Fué rector del expresado colegio de San Pablo y prepósito en dos distintas ocasiones de la casa profesa de Valencia, yendo otras dos á Roma comisionado por su provincia para intervenir en dos congregaciones generales, lo que hizo con no poco crédito de su persona y de la Orden. Su grande laboriosidad solo podia compararse á sus vastos conocimientos, que hicieron decir á Jimeno: «Fué enemigo jurado del ocio, anticuario famosísimo y muy amigo de la verdad.» D. Tomás Tamayo de Vargas, en una *Defensa de Flavio Dextro*, que publicó el año 1624, le cita por defensor de aquel cronicon fabuloso, pero el P. Tomás de Leon, jesuita muy docto, á quien llamó D. José de Pellicer *varon de los mayores de nuestros tiempos en letras divinas y humanas y lenguas peregrinas*, asegura en una carta, que dirigió á D. Gaspar Ibañez de Segovia, marqués de Agropoli y despues de Mondejar, fecha en Granada á 20 de Setiembre de 1668, que el P. Rojas le dijo en Valencia, *cómo él tenia y habia tenido al Dextro por intruso y supositivo, y más despues que estando en Flandes con el marqués de Aytona, gobernador de aquellos estados, halló ser supuesta la remision de la copia de Fulda, de que hizo muy exacta averiguacion.* Véase la misma carta publicada por D. Gregorio Mayans al fin de la *Censura de historias fabulosas* de D. Nicolas Antonio: y así mal pudo ser defensor de Dextro quien fué tan diligente en averiguar la ficcion de aquella copia que

se suponia enviada á España del monasterio fuldense, la cual hizo un daño casi irreparable á las historias propias de nuestra nacion. No se distinguió ménos el P. Rojas por sus estudios en geografía, y de su práctica en la ciencia de las medallas es inequívoca prueba un erudito discurso que compuso sobre las desconocidas de España, y cayó en manos de D. Vicente Juan de Lastanosa, quien le dió á la prensa. Entre los muchos autores que han elogiado al P. Rojas, debe citarse á Ainsa en su *Historia de Huesca*, donde le llama docto anticuario, aunque equivoca su nombre suponiendo tenia el de Pedro. El P. Rojas vivió hasta la edad de ochenta y cuatro años, siendo cada vez mayor su reputacion, tanto en Valencia como fuera de ella, y murió en la casa profesa de esta ciudad, despues de haber hecho el cuarto voto, la víspera de la Natividad del Señor del año 1667, dejando tan buena opinion por su santidad como la que habia merecido por su doctrina. Sus obras, segun las cita Jimeno, son las siguientes: 1.ª *Lágrimas de la ciudad de Zaragoza en la muerte del católico rey de España D. Felipe III, con la oracion fúnebre que predicó el autor en sus honras;* Zaragoza, por Juan de la Quartanet, 1621, en 4.°—2.ª *Consultatio theologica ad onera reipublicæ Valentinæ levanda, circa imposita jam olim quædam tributa ab encentibus victui necessaria, exigi solita respectu immunium restitutione*; Valencia, 1636, fólio. Publicó este libro ocultando su nombre con el anágrama de *Adrianus Palajus Labienus.*—3.ª *Disertacion latina* sobre el mismo asunto citada por Rodriguez.—4.ª *Discurso sobre las medallas desconocidas en España.* La escribió en Zaragoza en 1643, proponiéndose probar que las medallas antiguas españolas de plata son el *Argentum oscense* citado por Tito Livio. Este discurso fué impreso en el Museo de Medallas que publicó D. Vicente Juan de Lastanosa en Huesca, por Juan Nogués, 1645. Fué este escritor el primero, como él mismo dice en una carta que se halla al principio del discurso, que trató de propósito esta materia; porque aunque Beuter ya la inició, lo hizo de una manera indirecta. El erudito arzobispo de Tarragona, D. Antonio Agustin, á quien impugna el P. Rojas, en la página 127 hace la misma indicacion en el diálogo de las medallas, aunque de una manera muy distinta de como se halla en Tito Livio, porque en este autor no se ve, como equivocadamente afirma, *Pecunia Osca*, sino *Argentum Oscense* ó *Signatum Oscense*, y no puede significar una moneda antigua, como se propone probar, suponiendo que *Osca* es lo mismo que *Vetusta*, lo que podria muy bien ser cierto si Tito Livio dijera *Argentum*, ó *Signatum Oscum*, pero no diciendo *Oscense* para indicar el lugar de donde era la plata ó moneda.—5.ª *Commentarius litteralis in Canticum Canticorum Salomonis, commentariis, enarrationibus, et notationibus illustratus*; Génova, por Benito Guasch, 1656, en fólio. En el prólogo de este tomo, dice el autor que tenia

dispuestos otros cuatro para darlos á la prensa con los títulos siguientes: 6.° *Commentarius dramaticus.* — 7.° *Commentarius misticus, sive litteralis secundarius.* — 8.° *Commentarius parthenicus de beata Virgine.* — 9.° *Stromatens (si tamen Commentarius) cum multa messe ad conciones.* Manuscritos que se conservaron por largo tiempo en la librería del colegio de S. Pablo de la Compañía de Jesus, ignorándose dónde han ido á parar posteriormente. La lectura del primero, que llegó á imprimirse, indujo á muchas personas entendidas á animar á su autor á que publicase los restantes, y principalmente le escribió una carta D. Juan Bautista Francés de Uritigoiti, arcediano de Valpuesta en la santa iglesia de Burgos, en 18 de Junio de 1657, en que le dice: —Certifico á V. R. con toda verdad que la erudicion y novedad con que se explican los Cantares despues de tanto escrito, es, sin lisonja alguna, de lo mayor que en estos tiempos ha salido. El estilo sale con toda perfeccion. Tantas cuestiones nuevas, erudicion tan extraordinaria. En fin, si la provincia de Aragon ha tardado algo á imprimir, solo este libro (hablo sin lisonja) basta á acreditarla. Salga, Padre, el segundo tomo.»—10. *Reloj del alma*; Valencia, por Bernardo Nogués, 1653, en 8.° De las muchas obras manuscritas que dejó este autor, hace una larga indicacion Lastanosa, y aunque bastante diferente, tambien Rodriguez en su *Biblioteca Valentina.* — 11. *Vida del venerable Hermano Alonso Rodriguez, de la Compañía de Jesus;* la que parece se leia en los colegios del instituto.— 12. *Zaragoza antigua.* Obra citada por Lastanosa en el *Discurso de las medallas*, página 119, de donde se infiere que se halla escrita en latin, porque segun dice, apunta en aquel *Discurso* lo que habia tratado más largamente en latin en su *Zaragoza antigua.* Lastanosa la llama *Ilustrada.* Muéstranse en ella, dice, los venerables vestigios de su antigüedad, apurase el tiempo de su reedificacion, explícanse diferentes medallas de Augusto César, Tiberio, Cayo, Marco Agripa, Agripa, Neron, Druso y otras curiosidades que ofreció su autor en las *Lágrimas de Zaragoza*, capítulo 38. — 13. *Vida de Don Martin Bautista de Lanuza, Justicia de Aragon.* Varon digno de tal cronista, dice Jimeno, y cuyo manuscrito, segun Lastanosa, se hallaba en poder de su sobrino D. Miguel Bautista de Lanuza, del Consejo de S. M. y su secretario en el sacro y supremo de Aragon. Rodriguez, equivocadamente sin duda, llama D. Juan á este justicia de Aragon, asegurando sin decir de dónde tomó esta noticia, que no continuó este trabajo el P. Rojas por haber sabido que estaba escribiendo la misma vida D. Manuel de Faria de Sousa, caballero portugués.—14. *Primacía de la Sta. iglesia de Tarragona*; manuscrito, dice el tantas veces citado Lastanosa, en que se descubren grandes noticias, ignoradas de algunos escritores antiguos y modernos; averíguanse puntos de mucha importancia y utilidad para el lustre de nuestras

historias, apurados en los crisoles de escrituras auténticas, y privilegios que se guardan en el archivo de aquella iglesia, y en otros del principado de Cataluña, que trasladó su autor de los originales. Tambien omitió Rodriguez esta obra, por no haber visto á Lastanosa; pero á más de este autor hacen memoria de ella el marqués de Mondejar en sus *Disertaciones Eclesiásticas*, y D. Gregorio Mayans en la *Vida de D. Antonio Agustin*, con ocasion de un discurso que segun Rodriguez dejó manuscrito este prelado sobre el mismo asunto.—15. *Descripcion del reino de Aragon*. Tratado breve, dice Lastanosa, y digno de su ingeniosa puntualidad, no inferior al que escribió el secretario Lupercio de Argensola para el mapa del mismo reino. El doctor Juan Francisco Andrés de Uztarroz alaba y cita esta obra en su *Discurso de las medallas*, página 166, publicado por el mismo Lastanosa; y dice en la página 172 que tenia este manuscrito en su biblioteca, noticia que repite en su *Museo aragonés*, obra manuscrita en 4.° que poseyó D. Gregorio Mayans, y en que se leen estas palabras sobre nuestro asunto: «Escribió una descripcion del reino de Aragon Ms., y tiene ocho pliegos en fólio, de letra muy inculcada, cuyo traslado tengo copiado del original del autor.»—16. *Tabla geográfica del reino de Aragon*, de que hace tambien memoria el expresado Lastanosa, en estos términos: «A su mucha diligencia y cuidado se debe la conclusion del mapa de este reino, que hizo Juan Bautista Cabaña, caballero del órden de Cristo, cosmógrafo y cronista mayor de Portugal, muy eminente en buenas letras.—17. *Carta al marqués de....excusándose de no haberle escrito en mucho tiempo, y pidiéndole algunos favores*, publicada por D. Gregorio Mayans en las *Cartas morales, militares, civiles y literarias de varios autores españoles*, y segun Jimeno, es muy discreta.—S. B.

ROJAS (Fr. Pedro), franciscano español del siglo XVII. Debió pertenecer á la provincia de Castilla, pues aunque los autores no lo mencionen en el elogio que de él nos han dejado, todas las circunstancias de su vida indican que esta fué su patria. Dotado de excelentes cualidades para el estudio, se aventajó mucho en el de latinidad, en que hizo progresos muy superiores á sus años, llegándole á hablar y escribir con grande perfeccion en muy corto período; y ya que hemos citado la costumbre que hasta principio de nuestro siglo ha existido en muchos colegios y seminarios de España, no estará de más que nos detengamos por un momento á hacer algunas observaciones acerca de ella. Creémosla inútil, tratándose de lenguas muertas, pues siéndonos desconocida su pronunciacion y hasta las verdaderas formas dela conversacion, de que nos quedan escasos fragmentos, á nada viene, porque no contribuye á la perfeccion del discípulo, que malgasta desgraciadamente su tiempo y su inteligencia en un trabajo que ninguna utilidad le re-

portaria despues. No sucede así con las lenguas vivas, con tan mal plan enseñadas en todos los establecimientos públicos. Increible parece que despues de dos años de un estudio asíduo y penoso, apénas aprende el discípulo á traducir, y decimos apénas, porque idiomas hay, como el inglés y el aleman, en que el que quiera dedicarse á traducirlos, ya para ganarse el sustento ó con otro objeto cualquiera, tendrá que estudiar despues mucho más de lo que estudió durante la enseñanza académica. Cuando decimos esto de las traducciones, ¿cuánto más no podriamos decir del hablar aquellos idiomas? ¿Con qué otro objeto se aprenden sino para poder entenderse con los naturales de aquellos países, ya en la misma nacion donde se ha estudiado, ó en la en que se habla el idioma, en un viaje casual ó necesario, ya que tan fáciles son hoy y que cada dia se harán más frecuentes? Por qué no enseñarlos por completo, ocupándose de esta, que es su parte principal, y que bien aprendida facilitaria tanto lo demás á que se aspira en los idiomas? Un comerciante, un pintor, un artista, no necesitan ciertamente traducir el francés con tanta perfeccion como un literato; pero sí les es necesario hablarle, escribirle, y esto no lo aprenden en ninguna cátedra de España, en las que malgastan su tiempo para ir despues á balbucear aquel idioma al extranjero, habiéndose llegado ya á hacer vulgar el dicho, de que los idiomas de cualquier modo se aprenden mejor que con los profesores y los libros. Creemos á éstos interesados en desmentir semejante aserto, y elevar la enseñanza á una perfeccion de que por desgracia carece en este ramo. No les falta recursos para ello, y libros de texto hay á propósito, no sabiendo á quién culpar, si á su indolencia ó á cualquiera otra causa en este punto. Los antiguos, aunque equivocadamente en cierta manera, habian comprendido mucho mejor lo que es un idioma y el objeto con que se aprende. Ciertamente que los alumnos no obtendrian grandes ventajas con hablar el griego y el latin; pero como este idioma se escribia entónces con más generalidad que el romance, la costumbre de manejarle en lo grande y en lo pequeño, que adquirian en las escuelas, les servia despues muy ventajosamente para este objeto. Reprodúzcanse, pues, aquellos métodos mejorándolos en cuanto á las lenguas vivas, y nuestros hijos podrán decir que han aprendido los idiomas que han estudiado, como pudo decirlo el P. Rojas en sus obras latinas escritas con perfeccion, acierto y esmero. Aún no habia terminado su carrera, cuando deseoso de retirarse del mundo para consagrarse exclusivamente á los ejercicios de piedad y devocion, tomó el hábito de la religion seráfica probablemente en Madrid, donde pasó una buena parte de su vida. Humilde, devoto, modesto y laborioso, sus cualidades eran las mejores para el claustro, y en él estaba llamado á vivir y brillar por un largo período. Apreciábanle sus superiores, y le honraban sus compañeros, pues veian

en él una nueva lumbrera de la religion Franciscana. Hubiéralo sido Rojas si la muerte no hubiese venido á cortar en breve el hilo de sus dias; pero miéntras vivió dió pruebas de su talento y virtudes, obteniendo justa y merecida fama. Predicador elocuente y erudito, no solo en los templos de Madrid, sino en otros muchos de España, resonó su enérgica y ardorosa palabra, oyéndosele siempre con gusto por un auditorio inmenso, que concurria á aprender en sus lecciones las santas y puras máximas de la religion cristiana, á formarse con sus ejemplos, á recibir aliento de sus palabras, para continuar caminando por la áspera y difícil senda de la virtud. Caritativo en extremo, sus penitentes encontraban en sus consejos un atractivo, que léjos de retraerlos, los llamaba cada vez más hácia la senda de la virtud, que sabia él facilitarles con sus palabras y su experiencia. No por esto abandonaba la parte más elevada y sublime de su carrera, estaba llamado á dejar á sus sucesores modelos de elocuencia sagrada, ó de temas al ménos en que pudiesen beber con fruto la materia de sus sermones; y lo hizo en efecto, en una obra notable, poco leida hoy, tanto por su rareza como porque se han escrito otras más modernas sobre el mismo asunto y que lleva el título: *De Concordia Evangelistarum*, que contiene dos libros ó partes, y fué impresa en Madrid en 1620, segun afirma Lucas Wadingo. — S. B.

ROJAS (Frey D. Pedro de), caballero de la órden de Calatrava, natural de Toledo, conde de Mora, señor de las villas de Layos y el Castañar, siguió sus estudios en la universidad de Alcalá, y se graduó en la facultad de filosofía. Destinado á la carrera eclesiástica, obtuvo la dignidad de vicario de coro en la santa iglesia catedral de Toledo, que hubo de renunciar á la muerte de su hermano mayor, por cuya falta entró á poseer los mayorazgos de su casa, mereciendo además los empleos de consejero en el supremo de Italia, y mayordomo de la reina Doña Mariana de Austria y de los infantes. Murió en 1665, á la edad de setenta años, dejando las obras siguientes: *Discursos ilustres históricos genealógicos;* Toledo, por Juan Ruiz Pereda, 1636, en 4.° Esta obra trata, segun Nicolas Antonio, de la vida y muerte de Leovigildo, rey de los godos; del Cid D. Rodrigo de Vivar y su descendencia, del origen y antigüedad de las sucesiones de los Toledos, y del apellido de Escobar y casa de los condes de Mora.—*Historia de la imperial nobilísima ciudad de Toledo*, parte primera, Madrid, por Diego Diaz de la Carrera, 1654, en fólio. Esta historia parece está compuesta en la mayor parte de los fingidos cronicones de Dextro, Máximo, Luitprando y Juliano. *Et ob hanc causam*, añade D. Nicolas Antonio, *reliquæ partes minus desiderantur*. En el *Semanario erudito* de Valladares y Saavedra hay gran número de opúsculos del conde de Mora, bien poco notables por cierto, debiendo, sin embargo, men-

cionarse la defensa del rey D. Pedro el *Cruel*, y una *Historia del Conde Duque de Olivares*. Parece censuró el mismo año de su muerte el libro intitulado: *Relaciones genealógicas*. — S. B.

ROJAS (Lic. Pedro Soto de), presbítero y canónigo de la iglesia colegial de S. Salvador de Granada. Nació en esta ciudad á últimos del siglo XVI ó principios del XVII, segun los autores que han hecho investigaciones más profundas acerca de nuestros antiguos poetas, tan desconocidos hoy por desgracia como la mayor parte de sus obras. Siguió la carrera de jurisprudencia en la universidad de su patria con notable aprovechamiento, y despues de graduarse de licenciado, se consagró al ejercicio de esta facultad, trabajando durante algunos años como abogado en la chancillería de Granada. Pero habiendo abandonado esta carrera por el estado eclesiástico, obtuvo la referida canongía, que sirvió hasta su muerte, ocurrida por los años de 1655. Distinguióse mucho entre los poetas de su tiempo por sus grandes talentos, y sus composiciones tienen mucha propiedad, belleza é ingenio, y no ménos amenidad y belleza de estilo. Sus principales poesías consisten en sonetos, batallas, églogas, canciones, madrigales y toda especie de composiciones de metro italiano. Sus églogas son lo mejor de sus obras, por su espíritu y propiedad de lenguaje, tanto que acerca de ellas ha dicho uno de nuestros méjores críticos: «Entre los poetas que más se han señalado en la égloga castellana, es uno nuestro Soto de Rojas; pero sobre las que compuso merece particular estimacion (una de que copiaremos á continuacion algunos fragmentos, por lo poco conocido que es este poeta, siendo una desgracia atendido su gran mérito), por sus apreciables cualidades, y entre todas, lo nuevo y extraordinario de la idea, con que produjo una de las buenas piezas de la lengua castellana, por la enumeracion que va haciendo de tantos nombres de peces, aves, animales, frutas, piedras, metales y demás producciones, que va ofreciendo el pastor Fenixardo en nombre de aquel mayoral á la dama que celebró nuestro autor con el nombre de Fénix, y es el objeto de todas sus composiciones, como de la presente, á que completa con la suma pureza, abundancia y propiedad del verso.»

Pastora, más vistosa
que el cándido mensaje del lucero,
que el sol cuando amanece placentero;
más activa y hermosa
que los colores de la fresca rosa.
Más tratable que el heno,
y deseada más que en Mayo lluvias;
más que las mieses por Agosto rubias;

dulce cual prado ameno;
cual cielo azul tras tempestad sereno.

Tú de aquestas riberas
escándalo bizarro no entendido,
presta á mi voz templada atento oido;
ten las plantas ligeras,
toma ejemplo en las aves y en las fieras.

Estos pequeños prados
indignos son de tu ceñida huella:
duros influjos de elevada estrella
son tan cortos ganados,
á tus méritos tantos dilatados.

Esta rústica gente,
corta en el trato, en el trabajo corta,
poco interés á tu riqueza importa:
sigue mi paso ardiente,
y á las dehesas de mis prados vente.

Vente, hermosa pastora,
vente á los anchos horizontes mios,
que miden fuentes y terminan rios;
y si tu luz los dora,
tendrán al sol por su pequeña aurora.

Vente, que en sitio alegre
tengo una granja junto al Bétis sano,
á quien cuidan los cielos de su mano,
y hacen la más alegre
que hay de Pirene al Calpe, y Duero al Segre.

La fábrica eminente
al Mediodía ostenta al sol su seno;
el aquilon la cubre, y al ameno
Bétis mira al Oriente;
al mar de Cádiz deja al Occidente.

Señorea elevada
cercados rios, campos deleitosos,
pastos á los ganados provechosos,
de inundacion guardada,
que está del rio á un alto retirada.

Harála paraíso,
si la pisa tu planta generosa;
no huyas, no, mi canto desdeñosa
que imitaré á tu aviso
en liquida corriente á Cipariso.

La tiniebla destierra
que (ausente tanto sol) la deshonora,
y ofrezco darte, si tu luz la dora,
cuanto el móvil encierra,
y engendra con su sémen en la tierra.

El diamante invencible
A los pechos del adamas criado,
con roja sangre le verás labrado,
y entre el oro apacible
tendrá en mi mano precio inaccesible.

Del sol la rubia cara
tu hermosura deshará valiente
en el topacio que á su padre afrente;
y por tu vista cara
tendrás de Chipre la esmeralda clara.

Daráte el Gange hermoso
el desigual aljófar igualado,
sus conchas el Cuesino delicado,
y el Hidaspe famoso
de su márgen las piedras generoso.

A la ufana amatista,
de las fuerzas de Bromio vencedoras,
y al jacinto orgulloso que enamora
haré que de oro vista
los esplendores que dará á tu vista.

En tu mano de nieve
rico pondré el rubí de color roja,
y la concha que cauta al mar se arroja,
despues que el llano bebe,
que honora de Menon la muerte breve.

Traeré la negra Erites,
compañera del ave coronada
de la orilla de Gange plateada,
con que dolencias quites,
y el mal comun en la mujer evites.

Desde el árabe seno
haré á la cornerina que te trate;
lustroso del antípoda granate;
y en el zafiro ameno
verás el móvil círculo sereno.

Traeréte en tiempo breve
las indianas cilindras prolongadas,
cincel valiente en ágatas manchadas;

tendrás cual Pirro nueve
ninfas que Apolo con su lira mueve.
Daráte resplandores
la dorada crisólita, cristales
la helada Hibernia, el rubio mar corales,
cuyos ganchos mejores
de ver las tuyas tomarán colores.
Más bella que Campaspe
te verás retratar entre mis ojos;
y porque el suelo no te cause enojos,
haré que se le raspe
blanco alabastro y remedando jaspe.
Para gusto cumplido
telas dará Milan, que vestir puedas,
varias tu patria de colores sedas,
porque el campo florido
en tu rostro se mire y tu vestido.
Con ojos penetrantes
verá Cintio del Tauro cauteloso
colgar su adorno á Priapo curioso,
entre ramas vagantes,
cunas que son de brótanos infantes.
Cuando tú, Fenix bella,
sobre tapete tribunal de flores
mil querellantes oigas ruiseñores,
heridos por aquella
del cielo espuma, de la mar centella,
A tus honestas faldas
se vendrán los claveles vergonzosos,
los nevados jazmines olorosos,
y las retamas gualdas,
de que tus manos tejerán guirnaldas.

La grande extension de esta relacion nos impide darla completa, creyendo basta con lo expuesto para que el lector pueda formarse una idea del mérito de este poeta tan notable como poco conocido. Sus obras, reunidas en un volúmen bajo el título de *Desengaño de amor en rimas*, se publicaron en Madrid en 1623 por Lope de Vega, que era muy amigo de Soto de Rojas. Tambien parece que escribió sobre arte poética, lo que deduce Sedano, en su *Parnaso español*, de un *Discurso sobre la poesía* que se encuentra al frente de estas obras, en que se trata detalladamente de los metros castellanos, diferentes partes de la poesía, el cual fué el que pronunció Rojas al abrirse en Madrid la *Academia Salvaje* por los años de 1612, en que tomó una parte

muy activa este escritor usando el epiteto del *Ardiente*. Tambien dió á luz en 1639 otra obra poética, intitulada los *Rayos de Faeton*, que como la anterior se ha hecho sumamente rara. Lo más extraño es que Lope de Vega, el amigo, el colector y editor de las obras de este poeta, no se haya acordado de él en su *Laurel de Apolo*, siendo así que los mejores literatos de su siglo le conocieron, trataron y prodigaron sus elogios.—S. B.

ROJAS (D. Sancho de), obispo de la santa iglesia de Palencia, único de este nombre. Sucedió en la silla á D. Juan de Castro-Mocho. Fué hijo del esclarecido mariscal Diego Fernandez Rojas, y de Doña Mencia Martinez de Leiva. Su esmerada educacion, feliz ingenio é innata vocacion al estado religioso, por su grande inclinacion desde muy niño á dedicarse al servicio de Dios, le hizo progresar y ascender en su cristiana carrera, habiendo sido abad de Salas, canónigo de Burgos, obispo de Astorga, embajador por el rey D. Juan al de Navarra, habiéndole dado para que le acompañase en tan honroso ministerio al aposentador mayor de Castilla Pedro Lopez de Ayala y al doctor Fernan Gonzalez de Avila, del Consejo de Castilla; poco despues le nombró el mismo monarca embajador para que le representase en el reino de Inglaterra, nombrando igualmente para que le acompañasen á Pedro Carrillo de Toledo, copero mayor del Rey, y á Fr. Juan de Corral; fué presidente de Castilla, y de la iglesia de Astorga fué promovido para la de Palencia, y despues de haber tomado posesion de esta sede, acompañó al infante D. Fernando, tutor del rey D. Juan, en la jornada que hizo contra los moros en el año de 1410, confirmando la historia que en esta ocasion se ganó á Antequera, y que con la gente que el obispo llevaba, y de la ciudad de Palencia, defendió heróicamente un otero, del cual arrojó con el mayor valor y entusiasmo á dos príncipes moros, que vinieron de Granada á socorrer á Antequera, que se hallaba en grande aprieto. Dice la tradicion palentina, que en aquel dia llevaba el pendon del obispo Fernan Gutierrez de los Barrios, arcipreste de Astudillo, hombre de gran cuerpo y extraordinarias fuerzas, y que á pesar de la energía y resistencia de los moros, logró colocarle en la cima del otero, por cuyo triunfo y señalados servicios el Rey agradecidísimo le concedió el título de conde de Pernia. En tiempo de este notable y renombrado prelado se juntó el concilio Constantiense en el año de 1415, y asistió á él, con el carácter de embajador del rey D. Juan, el doctor Diego Fernandez, dean de la santa iglesia de Palencia. Concurrió este obispo en Valencia á las bodas que celebraron, Don Alonso, príncipe de Gerona, y la infanta Doña María, hija del rey D. Enrique el III y reina Doña Catalina, y en estas bodas hubo la particularidad, que estuvieron tambien en ellas el antipapa Benedicto y el rey de Aragon. A este prelado, como sujeto de tanto peso y de tan buen consejo,

le consultó el infante D. Fernando acerca de si el derecho que tenia á la corona de Aragon, por la muerte del rey D. Martin, era bastardo ó legítimo, y el prudente Obispo le manifestó que el derecho que tenia al reino era el mejor é indisputable, á cuyo dictámen completamente se adhirieron el arzobispo de Sevilla D. Alonso y D. Vicente Arias, obispo de Plasencia. El obispo D. Sancho de Rojas mandó construir para su iglesia las sillas de coro, y su cabildo le escribió la carta gratulatoria siguiente, dándole cuenta cómo estaban concluidas, y la carta dice así:

«Señor: El vuestro cabildo de la vuestra iglesia de Palencia, vuestros servidores y capellanes, con humildad y reverencia besamos vuestras manos, y nos encomendamos en la vuestra merced, á la cual plega á saber, que las sillas del coro desta iglesia, que V. S. mandó hacer, estan en buen estado, y serán acabadas en breve, placiendo á Dios; é la silla principal obispal está acabada, en la cual por vuestro servicio hicimos poner cuatro escudos en campo dorado, con sus estrellas, segun que vuestras armas se suelen poner en semejantes obras; para lo cual hizo V. S. ayuda de dos mil florines, de los cuales la vuestra merced mandó pagar al colector cincuenta mil maravedís, y más veinticinco mil maravedís, que mandásteis dar al arcipreste de Cuellar, vuestro familiar, y al maestre Centellas, que face las sillas, le mandásteis dar mil maravedís, que son todos setenta y seis mil maravedís: así quedan para cumplimiento de los dichos dos mil florines, veinte y cuatro mil maravedís, los cuales suplicamos á la vuestra señoría los mande dar á Pedro Estévanez de Alcántara, vuestro familiar y nuestro canónigo, á quien encomendamos la obra de la iglesia, para que las sillas sean acabadas. Ca, Señor, si la vuestra señoría non acorre, quedará la obra por facer, segun las costas presentes; é, Señor, mantenga vos Dios á su santo servicio.»

Tambien se edificó en su tiempo la capilla mayor, que ahora es parroquia de esta iglesia. Fué promovido para la santa iglesia de Toledo, que se la dió el papa Benedicto, á instancias y súplicas de la reina Doña Catalina; en ella edificó la capilla del glorioso apóstol S. Pedro, y la dotó ilustremente. Que fuese arzobispo en esta sede, y en las demás dignidades que tuvo, con las que honró notablemente la memoria de su vida, lo confirman y refieren sus hechos, las historias, y el epitafio de su sepulcro; la historia manifiesta que fué de agudo ingenio, grande y animoso guerrero contra los moros, teniendo particular estrella para aconsejar, siendo de mucha consideracion y fundamento sus dictámenes y advertencias; fué muy querido y muy grato á la gente de guerra, por su ánimo enérgico y valeroso, y que vivió como ejemplar prelado, siendo casto y limpio; estimado en mucho de su clero, al que siempre tuvo muy atendido. Socorrió con gran desprendi-

miento, generosidad y larga mano, á las viudas, huérfanos y menesterosos, á los encarcelados, y á los monasterios pobres. Tuvo espíritu y le dominó siempre el deseo de engrandecer su casa, aprovechándose de la gracia que el Rey constantemente le dispensó, y del gran poder que tenia y ejercia. El infante D. Fernando, en una merced que hace á Diego Gomez de Sandoval, manifiesta los merecimientos del arzobispo en estas palabras: «E por facer bien y merced á D. Sancho de Rojas, obispo de Palencia, vuestro tio, hermano de vuestra madre, del nuestro Consejo, é oidor de la Audiencia del Rey de Castilla, nuestro muy caro, é muy amado sobrino, é su Canciller mayor, é de su Consejo, é por los muchos, notables, é señalados servicios que nos fizo, é face de cada dia, por honrar el su linaje, etc.» Cuando el infante D. Fernando fué segunda vez sobre Antequera, los miembros del consejo de guerra fueron de parecer que era necesario que una parte del ejército se apoderase primero de la sierra de Rebeca, para cercar la ciudad; todos aprobaron la proposicion, mas ninguno se atrevia ni ofrecia á encargarse de tan árdua empresa, tanto que el infante, como resentido, dijo: «Menga hace en esta ocasion mi bisabuelo D. Juan Manuel.» Pero el obispo de Palencia D. Sancho de Rojas, cuyo ánimo esforzado era notorio, salió á la palestra, y se encargó de aquella expuesta y difícil jornada, logrando su grande y guerrero valor ocupar la sierra, acompañado de muchos caballeros, siguiéndose la consecuencia favorable y prevista de tomar á Antequera. Habiendo muerto el rey de Aragon, cumplió sus disposiciones, por ser el principal de los cuatro testamentarios que dejó para que tuviese fiel cumplimiento su última voluntad. Murió este insigne y memorable Arzobispo en la villa de Alcalá de Henares, en dia miércoles 21 de Octubre del año 1432. Estando la corte en ella, el pontífice Martino V le dió licencia para testar en el año de 1418, en el primero de su pontificado; en jueves 1.° de Junio del mismo año 1418 amaneció muerta la reina Doña Catalina, y el Arzobispo se halló presente á su Misa. Habiendo sabido el rey D. Juan la muerte del rey D. Fernando de Aragon, mandó celebrar sus exequias, y dijo en ellas la Misa el arzobispo D. Sancho de Rojas. Acompañó á la infanta Doña María cuando fué á casarse con D. Alonso, rey de Aragon, llevando en su compañía á los obispos de Leon y Mondoñedo. En el año de 1418 efectuó el casamiento del rey D. Juan el II con la reina Doña María, en miércoles 20 de Octubre de dicho año, y los desposó en Toledo. La historia del rey D. Juan el II dice, que cuando el Arzobispo murió, el Rey andaba de monte en el real de Manzanares, y que no se hicieron sus honras hasta la venida del Rey, y luego que llegó llevaron á enterrar á Toledo los restos mortales del gran prelado, y se disputaron el llevar las andas muchos buenos caballeros de la corte, acompañándole el Rey á pie,

sumamente afectado, hasta la puerta de la villa, y allí montó á caballo, y continuó acompañándole una media legua, continuando el viaje funeral hasta la ciudad de Toledo; muchos caballeros, parientes del finado, su, amigos y criados, y añade la misma historia que el arzobispo D. Sancho fué varon notabilísimo, muy entendido, letrado, casto, honesto, esforzado, de gran corazon, y muy franco con sus parientes: era hombre muy señalado en el buen consejo, y dulce conversacion, y muy bien hablado con los que negociaban y trataban con él. Fué sepultado en su iglesia de Toledo, en la capilla de S. Pedro, que fundó viviendo, dotándola con seis capellanías por la pia memoria de su alma. Y dice el Dr. Blas Ortiz, canónigo de Toledo, en la historia que escribió de aquella santa iglesia, que creciendo las rentas de esta capilla, el cabildo aumentó el número de los capellanes, y que en su tiempo eran veinte. La sepultura de este preclaro Arzobispo tiene el epitafio siguiente:

Hic jacet in sacra suaque rutilante capella
Conditus in tumba primatum gloria fulua,
Sanctius Ecclesiæ huic Archiepiscopus alte,
Hesperiæ primas multum, ac famosus, in Orbe
De Roxas heros generoso, in sanguine magnus,
Pollens ingenio, solers, reverendus in ævo,
In Mauros rigidus, animosus, sicque ferendis,
Consilijs quædam pulchra et perfulgida Stellas,
Aceptus Regi Castellæ valde Joanni,
Tum quia tam fide ipse servire coronæ,
Illustri semper nimirum proposse studebat;
Tum quia vivebat (ut pastor) prorsus ab omni
Crimine longiquus, cujuslibet criminis atri
Præsertim caste, mite, omnia a tempore honeste,
Militibus placidus, sine fine benignus
Ac clero gratus, cujus devotio tanta.
Obsequiumque Dei fuit, ac eleemosyna in arctis
Carceribus positis, viduis, necnon egenis,
Atque Monasterijs sacris, Mestis, ve pupillis
Nobilitate sua, suasu laudanda vita.
Quoque magis gratusque, nec par tempore in ullo,
Fulsit in Hispana penitus Regione tyara.
Pergit ad excelsa primatis tam ardua mitra,
Mille quadringentis undenis protinus annis.
Bis simul adjunctis, decimo sed mense Supremo
Octo ter, ac deni residebant transitu diei.

De este prelado sin igual se querellaron al rey D. Juan el II los grandes y señores de Castilla, porque con la privanza que tenia con la reina Doña Catalina, todo lo abarcaba y mandaba, llevándose la palma y el premio de la gloria, y los demás sirviendo mucho, quedaban avergonzados y corridos, porque siempre el privado, con buenas ó malas cartas, quiere ganar en el juego. Esta querella puede leerse en el capítulo CCLXXII en la *Historia del rey D. Juan el II*, y por ella se ve que consiguieron su intento. Tuvo por sucesor en la iglesia de Astorga cuando fué promovido á la de Palencia, á D. García Alvarez de Toledo, y en esta última á D. Fray Alonso de Argüelles. — A. L.

ROJAS Y BORJA (D. Francisco de). Natural de la ciudad de Valencia, caballero nobilísimo de la esclarecida sangre de los marqueses de Poza. Fué hijo de D. Juan de Rojas y Borja, y de Doña Teodora Artés de Albanell. Dió principio á sus estudios en aquella universidad, de donde pasó á la de Salamanca á estudiar jurisprudencia, y entró colegial en el colegio llamado del Arzobispo por su fundador D. Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago y despues de Toledo. Estando en el colegio le nombraron auditor de la sagrada Rota por los reinos de la corona de Aragon, en cuya judicatura permaneció en Roma, por espacio de veintidos años, como lo dice tambien D. Nicolas Antonio, aunque D. Francisco Orti los rebaja á diez y ocho. Entre tanto obtuvo algunos beneficios eclesiásticos, principalmente el arcedianato mayor de su patria, dignidad primera en aquella santa iglesia, y un canonicato de la misma. Volvió á España y fué promovido por el rey D. Felipe IV á la mitra arzobispal de Tarragona á 8 de Enero de 1653. Celebró en aquella santa iglesia dos concilios provinciales, uno en 1654, año primero de su ingreso; y otro en 1659. La gobernó dignamente por espacio de diez años, y fué trasladado á la de Avila, con retencion del título de arzobispo, en 23 de Abril de 1663, y despues á la de Cartagena y Murcia, donde falleció á los ochenta años de su edad, el dia 17 de Julio de 1684. Está enterrado en la iglesia de las monjas Agustinas descalzas de la ciudad de Murcia. D. Hipólito de Samper menciona á este arzobispo con los apellidos de Rojas Artés de Albanell, y D. Juan Tamayo con los de Rojas, Artés y Borja; pero este prelado no usaba sino los de Rojas y Borja, á imitacion de su padre. Escribió: *Decisiones Sacre Rotæ*; en Leon de Francia, por Juan Antonio Hugueta, y M. Antonio Ranaud, 1662, en fólio. Son las que él habia sentenciado miéntras fué auditor, las cuales hizo imprimir el doctor José Vileta, catedrático de jurisprudencia en la universidad de Barcelona. — A. L.

ROJAS Y SANDOVAL (D. Bernardo de), obispo de la santa iglesia de Jaen, único de este nombre. Sucedió á este prelado D. Francisco Sarmiento que

habia sido tambien obispo de Astorga. D. Bernardo fué hijo de D. Hernando de Rojas y Sandoval y de Doña María Chacon. Nació en la villa de Aranda, y le bautizó en su iglesia parroquial de Sta. María su cura Diego de Oviedo, en 20 de Abril del año 1546, expresando la fe del bautismo que fueron sus padrinos Juan de Rodrigo y la hija de Sancho de Aranzo. Dió principio á sus estudios en la universidad de Alcalá, y tuvo por maestro en las primeras letras y retórica al cronista Ambrosio de Morales, sujeto de un nombre universal y de inmensa reputacion por su gran saber y eminentes cualidades; y el mismo Arzobispo lo manifiesta así en una cláusula de su testamento, con estas palabras: Item declaramos, que el maestro Ambrosio de Morales, catedrático de retórica en la universidad de Alcalá, coronista de estos reinos, mi ayo y maestro, y de quien fuí muy querido, está enterrado en la iglesia de Córdoba; y porque somos informados que no está con la decencia que se debe á sus muchas y buenas partes y el haber sido su casa seminario, crianza y enseñanza de la nobleza de España, queremos y es nuestra voluntad, que con brevedad nuestros testamentarios se informen si hay necesidad de ilustralla, y componella, y habiéndola, den órden como se ponga el entierro de dicho maestro con propiedad y lucimiento, y un letrero en latin ó en castellano, que haga memoria de lo expresado en esta cláusula. Así lo hicieron sus testamentarios, cumpliendo su voluntad. De los primeros estudios y de los de retórica, pasó al estudio de las artes, y al divino de la sagrada teología; en este tuvo por maestro al doctor Valvas, catedrático de prima, y al Padre Deza de la Compañía de Jesus. Retiróse á pasar en Brihuega, donde tuvo por maestro en este ejercicio al que despues fué insigne obispo de Málaga el doctor D. Juan Alonso de Moscoso, se graduó de licenciado en teología en la universidad de Salamanca. Su tio D. Cristóbal de Rojas, arzobispo de Sevilla, le dió un canonicato en su iglesia, y en ella fué dean y tuvo otras rentas eclesiásticas con título de gobernador del arzobispado. Su extraordinario mérito, sus virtudes y relevantes cualidades llegó con su fama á oidos de la majestad de Felipe II, que le presentó por obispo de la iglesia de Ciudad-Rodrigo. Consagróle en Sevilla en la iglesia arzobispal, y en su capilla de los Reyes, el cardenal D. Rodrigo de Castro, su arzobispo, en el año de 1586 en la dominica *Ego sum pastor bonus*. Fué muy amado de sus ovejas con particular afecto, compuso muchas cosas y arregló muchos negocios con suavidad y blandura, lo que no pudieron conseguir sus antecesores con la dureza y el rigor. Dió clausura á los conventos de religiosas que no la tenian, y tan necesaria para el buen régimen y observancia, pretension en que se habia gastado mucho, sin provecho y sin conseguir el objeto. Dió muchas limosnas con mano liberal, pues era extraordinaria su caridad y amor al prójimo, parti-

cipando todo el obispado del ánimo generoso de su piedad. Gobernó con la mayor prudencia y celo por el culto, esta iglesia por espacio de tres años, al cabo de los cuales fué promovido para la de Pamplona; Su Santidad pasó la gracia en 10 de Marzo del año 1588, y tomó su posesion en 27 de Junio del mismo año, entrando en su iglesia en un lunes 10 de Agosto, acompañado de toda la clerecía y religiones, y llegando al cementerio de la iglesia, estaba puesto un sitial con una reliquia del *Lignum Crucis* y un misal, y despues de hacer oracion, prestó el juramento que acostumbran los obispos, y entrando en la iglesia dió su bendicion á los que se hallaron presentes á la solemnidad de su entrada y juramento. Visitó todo el obispado, que se compone de mil quinientas pilas, la mayor parte tierra montuosa y misera, dejando en todas ellas muchas y crecidas limosnas, consolando con su presencia y dádivas hasta el más humilde pastorcillo. No hay noticia de que otro prelado de los que fueron ántes y despues de él hayan sido dispensadores de tanta caridad. Celebró sínodo; compuso los bandos del convento de Sta. Engracia de Pamplona, porque tuvo este don y gracia especial que le concedió el cielo para reconciliar ánimos desavenidos, convirtiendo el odio en amor y en paz la guerra. Asistió en tres cortes que se celebraron en el reino, las dos en Pamplona, y las terceras en Tudela, habiéndose hallado en unas de ellas el rey D. Felipe II, y en las que fué jurado el príncipe D. Felipe, despues rey III de este nombre. Fué el primer obispo que proveyó las dignidades de la iglesia de Pamplona, que andaban en discusion y pleito, dejando todas las cosas tan aseguradas y terminadas, que el contento y la buena armonía era universal en toda la sede; así es que cuando fué promovido al obispado de Jaen, lamentaban su suerte, considerándolo como una fatalidad y una desgracia, por lo mucho que perdian en la buena direccion y gobierno, tanto de las cosas divinas como humanas; tan considerado, respetado y querido era en todo aquel obispado de la iglesia de Pamplona y que con tanto aplauso gobernó durante siete años, y de la que fué promovido para la de Jaen. Partió de Pamplona para la nueva residencia en 18 de Noviembre del año 1595, y tomó la posesion de su sede en el mes de Agosto del de 1596, donde luego manifestó lo infatigable de su carácter, pues no descansando en el ministerio de su obligacion y cargo, visitó el obispado atendiendo á sus necesidades, consolándole con limosnas, doctrina y santas exhortaciones. No puso límites en dar ni á su constante generosidad y gran caridad, no habiendo hora señalada, pues en todas se le encontraba propicio y dispuesto á socorrer á sus semejantes menesterosos, ó en estado de afliccion. Gobernando esta sede con tan sin igual prudencia, piedad y caridad, el santísimo pontífice Clemente VIII, en la cuarta creacion que hizo de cardenales en el dia 3 de Marzo del año 1598, le creó

cardenal, y le remitió el bonete con D. Jaime Palafox, caballero español y camarero secreto de Su Santidad. Siendo obispo de esta sede trasladó de la montaña de Valdeman, que es una del reino de Galicia, distante una legua del ilustrísimo convento de Samos de religiosos Benitos, una notable reliquia del cuerpo de S. Eufrasio, discípulo de nuestro apóstol Santiago, y primer obispo de Andújar, cuya preciada reliquia la recibió y colocó con solemne pompa y aparato religioso en un sitio digno de tal alhaja. Habiendo muerto D. Garcia de Loaysa en Alcalá de Henares, meritísimo arzobispo de Toledo, el Rey presentó al virtuoso y esclarecido obispo de Jaen por arzobispo de la primada de las Españas; y el Sumo Pontífice pasó la gracia en 18 de Abril del año 1599 y le envió el palio, el cual recibió en el convento de S. Bernardo de Toledo en el dia de S. Gerónimo, de mano de Don Andrés Pacheco, obispo de Segovia. Tomó la posesion de la dignidad en su nombre D. Bernardo de Rojas, dean de la santa iglesia de Jaen en 29 de Junio, y el cardenal entró en su iglesia en 29 de Setiembre, dia de S. Miguel Arcángel, y asistió en los oficios divinos, habiéndole salido á recibir su cabildo, á lo que vulgarmente llaman las Llanillas. Con la nueva dignidad pudo dar pábulo y mayor incremento á sus sentimientos generosos y caritativos, y así aumentó considerablemente la gerarquía de limosnas, obras pias, santas dádivas y notables servicios, hechos á la corona y clemencia de sus reyes. Todo este acumulamiento y avenida de dignidad y grandeza le sucedió por la gracia de Dios, que le llamo y escogió por instrumento del bien de infinitas almas, y por el favor que le prestaron el valor de su virtud y piedad; y tambien porque en aquel tiempo tenia la gracia y benevolencia de su poderoso Rey su sobrino D. Francisco Gomez de Sandoval, duque de Lerma, por la suavidad, afabilidad, ánimo generoso y franco al mismo tiempo que dadivoso y magnífico, dignísimo en superlativo grado de las voces de la primera fama. Asistió el Cardenal en Madrid cuando el rey Felipe III venia de Valencia de celebrar sus bodas con la felicisima Señora Reina Doña Margarita de Austria. Entró el Rey en su corte á caballo y el Cardenal á su lado, y en llegando á su real palacio le dió el título de consejero de estado. Volvió á su residencia de Toledo, y los reyes dentro de pocos dias partieron á visitar la suntuosidad, fama y santidad de la santa iglesia de Toledo y demás grandezas de su ciudad imperial; los festejó y obsequió el Cardenal haciendo grandes y extraordinarios gastos como requeria la estancia de tan excelsos huéspedes. A poco llegó el capelo, que trajo el mismo D. Jaime Palafox, que fué el que igualmente condujo el bonete, y le recibió con gran veneracion, como gracia y dádiva de tan santo y señalado Pontífice, de mano del cardenal D. Fernando Niño, en su iglesia primada. Acercábase el año santo del gran jubileo, que se cumplia en

el de 1600, principio de nuevo siglo, y se habia de celebrar en Roma con ceremonias y santas demostraciones. El santísimo Clemente VIII escribió al Cardenal un breve, que existia original en poder del licenciado, Sebastian de Huerta, secretario del Cardenal y del Consejo Supremo de la santa Inquisicion, y del rey Felipe IV, el cual dice así:

Clemens P. P. VIII.

Venerabilis Frater, salutem et Apostolicam benedictionen, anno millessimo sexcentessimo, in quem Sanctissimi Jubilei secularis celebritas incidit appropinquante, tot nobis, ac tanta divinæ miserationis beneficia apertis omnibus indulgentiarum thesauris in animo obversantur, ut teneri nequeamus, quin dum venerabilis fratres archiepiscopi, ubicumque terrarum existentes, ad colligenda hujusmodi beneficia in hac summi sacerdoti et apostolici domicilii urbe, in qua placuit Deo illa dispensari. Amanter solicitèque mutamus tuæ fraternitati hisce litteris significamus fore nobis gratissimum, si una cum frequenti numero subditorum sese ad Nos transtulerit. Benigne eam cumulaturos spiritualibus donis, atque muneribus, quæ sunt à Nobis expectanda. Ut verò cum quanto maximo poteris tuorum grege, tam sancto itinerite accingas, summoperé á te requerimus. Nam præterquam quod Nos paratissimos habebit, ad omnia pastoralis beneficentiæ, ac liberalitatis officia, et gregique suo coram præstanda divinæ etiam benignitatis magnitudo, tot tantisque beneficiis omnes cumulabit, ut nemine planè pœniteat peregrinationis huc susceptæ. Quamobrem hortamur iterum, atque iterum fraternitatem tuam, ut ad hoc iter se paret, atque adornet de sacrosanctis urbis ecclesiis, ita existimans illarum cultu et conspectu, considerationeque rerum in his gestarum uniuscujusque pietatem, de religionem, vehemente auctum iri, futurumque Dei benignitate ut ex illarum frequentatione, non mediocrem faciant salutis suæ accesionem, quicumque ad eas piè, ac devotè accesserint. Sed neque ipsi scribendo facilè percenseamus illarum commoda, atque utilitates, neque absentis cujusque animus tantum conjectura ulla consequatur, quantum experiendo cognoscunt, qui pietate ducti illas colunt, atque invisunt. Qua etiam de causa, non sumus longiores, contenti hoc de Nobis polliceri, daturus esse operam, ut et fraternitas tua, et qui cum ea venerint, paternam nostram erga se agnoscant charitatem. Datum Romæ apud sanctum Petrum sub annulo Piscatoris, die 30 Octobris 1599, Pontificatus nostri anno octavo. — M. Vestrius Barbianus.

Y para no apartarse del santísimo Clemente VIII, conviene saber, que el Cardenal cumpliendo con su conciencia y obligacion de su iglesia, dió fin á la pretension que su dignidad tenia del adelantamiento de Cazorla; cantóse la victoria por el Cardenal, y la sentencia se publicó á favor suyo.

Dió cuenta de todo lo sucedido al santísimo Clemente VIII, que le dió el parabien de la perseverancia que habia tenido en la pretension y conclusion de esta causa; y este breve satisfactorio dice así:

Clemens P. P. VIII.

Dilecte fili noster, salutem et apostolicam benedictionem. Tuis secundis rebus afficimur æquè à tui actu, qui cum omnem ingenij aciem ad Dei gloriam intendas, et jure potes lætari vehementer tibi cum quid accrescit tua diligentia. Finem igitur cum imposueris controversiæ, in qua multum opere, et laboris consumpsisti, magnaque te liberaveris molestia, tibi plurimum gratulamur, gaudemusque in agro domini colendo tuæ qui fidei est creditus, expeditiorem, te fore in posterum, incumbes facilius, nunc in pias tuas cogitationes et si quid tibi acciderit durius, feres æquo unimo, forensimus jam assuetus, quæ majores forsitam tibi sunt visæ, quam reliquæ. De te multa Nobis dum pollicemur ad divinum cultum amplificandum quæ pertinent, tu plura præstas, quam quæ postulet etiam prædurus exactor, asperque. Datum Romæ apud sanctum Marcum sub annulo Piscatoris, die 20 Septembris 1604, pontificatus nostri anno decimo.—Martius Malacrida.

Los servicios que este memorable y eminente prelado hizo á los reyes, fueron grandes, extraordinarios y de la mayor importancia que pudieron ofrecerse en su tiempo, ejecutados con grandeza de aparato y grandes gastos, consecuencia de su amor y de su interés por el brillo del reino y sus monarcas. En el mes de Noviembre del año de 1601 bautizó con toda solemnidad en el convento de S. Pablo de Valladolid, de Religiosos dominicos, á la serenísima infanta Doña Ana Mauricia, despues reina de Francia. En el año de 1605, en el dia 28 de Mayo, bautizó igualmente en la pila donde fué bautizado el gran patriarca Sto. Domingo de Guzman, al príncipe D. Felipe, despues rey IV de este nombre. Este sacramento le administró en el convento de S. Pablo de Valladolid. En la capilla real del palacio de Madrid bautizó al Serenísimo infante D. Cárlos. En la misma capilla bautizó á la Serenísima infanta Doña María, que despues fué reina de Hungría y emperatriz de Alemania. En el año de 1610, en 10 de Junio, bautizó en Lerma á la infanta Margarita en el convento de Sta. Clara. En el mes de Junio del año de 1611, bautizó en el convento real del Escorial al Serenísimo infante D. Fernando, que fué cardenal arzobispo de Toledo, y murió en el gobierno de los países de Flandes. En este mismo año de 1611 puso la primera piedra del convento real de la Encarnacion de Madrid, de religiosas agustinas. Administró el sacramento de la confirmacion al rey D. Felipe IV en el convento de S. Gerónimo de Madrid en el dia que fué

jurado príncipe, y en sus manos se hizo el juramento. Todas estas honras y distinciones prueban la gran consideracion y aprecio en que era tenido este gran arzobispo por sus señaladas virtudes, comportamiento y sabiduría; dejando nombradía eterna por su gran celo religioso y por el sostenimiento de la majestad y decoro del culto católico; y continuando sus grandes y meritísimos hechos, fué uno de los más dignos y señalados el interés con que edificó en la santa iglesia de Toledo la capilla de nuestra Señora del Sagrario, gastando en aquel magnífico monumento de arquitectura y decorado ciento veinte mil ducados; y en el dote de un capellan mayor y otros doce capellanes, ochenta y cinco mil ducados y lo que gastó en fiesta de la traslacion de la santa imágen á cuyo acto asistió la majestad de Felipe III, ascendió igualmente á una suma considerable. En Alcalá de Henares edificó el convento de religiosas Bernardas Recoletas, gastando en aquella construccion ciento cincuenta mil ducados, y en alhajas y sacristía cincuenta mil, proponiéndose facilitar desahogado local para veinticuatro religiosas, que habian de tener la circunstancia de ser deudas suyas, y de sus criados; y le dotó en tres mil y quinientos ducados de renta y doscientas y cincuenta fanegas de trigo. Las que fuesen admitidas por religiosas, lo habian de ser sin dote, y sin que la religiosa hiciese en su entrada y profesion gasto de un solo maravedí, ni de cosa que diese cuidado ó gravase á sus deudos. El convento es de los más observantes que tiene el reino de España. Puso en él la primera piedra Juan Gomez de Mora, maestro mayor de las obras Reales de los reyes D. Felipe III y IV, varon insigne en la arquitectura y construcciones públicas, gozando de gran nombre por la felicidad, fecundidad y facilidad de su gran ingenio. En Toledo fundó el convento de Capuchinos, donándoles una casa de recreacion, que llamaban la Ribera, por estar á las orillas del Tajo. Labró la iglesia y convento, y un artificio de agua, en que gastó la suma de diez y seis mil ducados. En su santa iglesia adornó la capilla de la Descension de nuestra Señora, en cuyo decorado gastó catorce mil ducados. Dotó una capellanía en la capilla que hay en las casas arzobispales, dedicada á la Concepcion de nuestra Señora. Aderezó su retablo, y lució la capilla, en que se gastaron, sin el dote de la capellanía, tres mil ducados. En Ventosilla de Tajo, que es una recreacion de la dignidad, orilla del mismo rio, fabricó la capilla de su palacio; fundó una capellanía para que en los domingos y fiestas se diga Misa, y acuden á oirla muchos pastores y gente del campo, que hasta entónces no la oian por faltarles este beneficio. En capilla y capellanía gastó veinte mil ducados. En Aranda de Duero, donde nació, fundó otra capellanía en la iglesia de santa María, que es la mayor de la villa, en la capilla donde subsiste la pila donde fué bautizado este eminente prelado. En Roma, en su título de Santa Anas-

tasia, gastó una suma muy considerable en el reparo de su iglesia, como lo certifica un mármol que existe en el mismo templo, y que á la letra dice así:

*

Bernardus de Sandoval et Roxas, tituli Sanctæ Anastasiæ S. R. E. presbyter Cardinalis, Toletanus Archiepiscopus Hispaniarum Primas, summus Castellæ Cancellarius, Phillippo III, Catholico Regi pro imperii administratione à Consiliis omnium Provinciarum, quæ illius Majestate reguntur, generalis Inquisitor, templum hoc rudi fabrica inelegans, et vetustate penè collapsum, commodiore structura, ad specie à fundamentis restituit. Anno Domini 1606.

En las iglesias donde fué obispo dotó la fiesta de S. Bernardo con vísperas, Misa y sermon, y tambien en las iglesas colegiales de Alcalá y de Talavera, y en el cabildo de curas y beneficiados de Madrid. En Jaen, además de la fiesta de S. Bernardo, dotó las salves de las nueve fiestas de nuestra Señora, que el cabildo dice con grande solemnidad y Misa de *Requiem*, con su responso, que se dice en 7 de Diciembre, dia en que murió. Daba de limosna anualmente en todos los arciprestazgos y vicarías del arzobispado cincuenta mil ducados, que en diez y nueve años que fué arzobispo, monta esta partida novecientos cincuenta mil ducados. En la puerta de su palacio se daban de limosna á los pobres mendicantes, todos los años, doce mil ducados. Cuya partida asciende y suma en los diez y nueve años á doscientos veintiocho mil ducados. Y sin estas limosnas hizo otras muy cuantiosas á obispos perseguidos por la fe, encomendado de los Santos Pontífices Romanos, que vivieron en su tiempo. Los breves originales que existen y son muchos, haciéndole dichas recomendaciones, prueban el gran nombre que disfrutaba por su desinterés y religiosa generosidad, pues siempre tenia sus arcas y sus entrañas abiertas para hacer todo el bien, y remediar cuantas necesidades se presentaban á su alcance. Siendo inquisidor general, acrecentó los sueldos de los inquisidores. Dió á muchas iglesias del arzobispado cálices, custodias y ornamentos, que se distribuian con limosnas extraordinarias en dinero, por mano de religiosos de la Compañía de Jesus, llegando con sus misiones hasta lo más apartado del arzobispado, de que resultaron notorios y manifiestos provechos para las almas de muchos habitantes de lugares pobres, y el quedar el culto divino más atendido, acomodado y servido. En las casas arzobispales de Toledo, abrió en peña viva la entrada principal, y la dejó dispuesta para que pasasen las procesiones de la Semana Santa, y acomodó los oficios que tocan á la dignidad en el patio principal de ella, y dispuso za vivienda del palacio á la santa iglesia, proporcionándole adornos de comodidad y grandeza, é igualmente renovó un pasadizo, y edificó una es-

calera desde el palacio á la santa iglesia. En una y otra construccion gastó ochenta y seis mil ducados. En las casas arzobispales de la villa de Alcalá de Henares acomodó la vivienda y los oficios de la dignidad, y dió principio al edificio de la fachada, en que gastó cincuenta mil ducados. En la restitucion del adelantamiento de Cazorla, pretension de muchos años, gastó grandes sumas, hasta que se declaró la justicia por la dignidad, y volvió el adelantamiento á ser provision, como antiguamente, de los arzobispos de Toledo. Dicho adelantamiento valia de renta veinte mil ducados, teniendo cinco mil vasallos ó habitantes contribuyentes. A la majestad del rey D. Felipe III y reina Doña Margarita les sirvió en ocasiones forzosas con importantes donativos y cuantiosos gastos, que pedian las ocasiones en que fué llamado; en la última, para acompañar y llevar á la señora reina de Francia, y traer de regreso á la reina de España Doña Isabel de Borbon, aunque se excusó por sus achaques y falta de salud, no se excusó en dar lo necesario para jornada de tanto lucimiento, grandeza y magnificencia. La hizo en su nombre su sobrino el duque de Lerma, y sirvió al Rey con cincuenta mil ducados. Favoreció mucho con dádivas y limosnas á los conventos de religiosos, y á los de monjas de su obediencia, como tambien á los hospitales pobres y que carecian de rentas suficientes. De tal suerte y tan espléndida fué su generosidad, que reasumiendo y sumando todo lo que gastó en limosnas, en edificios santos y públicos de su dignidad, y en servicio de sus reyes, asciende esto, sin contar las limosnas secretas, á dos millones ciento y cincuenta mil ducados, teniéndose en cuenta que en todo lo que dotó y fundó no fué levantando préstamos, ni beneficios, sino echando mano únicamente de su hacienda y renta. Otra grandeza suya y que no debe omitirse es que nunca firmó libranza para sí, que no se firmase otra para los pobres. Sea otra de sus resplandecientes y virtuosas prendas, el que andaba por el arzobispado enseñando la doctrina, confesando, predicando y dando limosnas, y á las iglesias pobres, regalándolas y proporcionándolas cálices, casullas y misales, no negándose jamás á ello, procurando no faltase nada de lo necesario al brillo y majestad del culto; y así era que todo lo que pedian alusivo á tan sagrado objeto, se ejecutaba inmediatamente y con toda puntualidad, llegando su prevision y cuidado hasta Orán y hasta lo más apartado de todo el arzobispado. Tambien celebró un sínodo en que dió á su clero leyes, y le publicó en 15 de Junio del año 1601. Su gobierno fué como de verdadero padre de los suyos; honró la paz, y cerró la puerta á diferencias y pleitos. Era de condicion sumamente afable y comedido, circunspecto, pio, caritativo, prudente, de señalado y seguro consejo, y muy atento en el cumplimiento y deberes tanto de las leyes divinas como humanas, porque estimaba en mucho el tener buena conciencia, y en todo hacer justicia, no permitiendo ni apoyando jamás pre-

ferencias ni parcialidades, siendo uno de los varones más rectos que en su tiempo se conocieron, haciendo siempre justicia al mérito y á la virtud. Bastará para probar su buen criterio una carta que existe suya, y que escribió á su sobrino el duque de Lerma, en que le hace demostracion del peligro que corria su alma en el estado de la privanza y favor en que el Rey le tenia, donde con palabras muy lastimosas y suaves consejos, le pide cese y huya de muchas cosas no provechosas para su conciencia. Algun fruto consiguió con esta carta, pues como el Duque era privado dócil, benigno y de buenas palabras, obedeció á la razon, y conformándose con la voluntad de su Rey, que dió crédito á las verdades de muchos, con su gracia y beneplácito se retiró á sus estados, donde acabó con los honores públicos de la púrpura y capelo. En este paso y determinacion el Arzobispo atendió á lo principal, no á los respetos ni resplandores de la carne y sangre. *¿Qué importa*, decia, *que seais señor de dos mundos, si el alma con rigurosa fortuna va derecha á su perdicion y daños?* En premiar á la virtud y letras fué pastor muy vigilante; tenia solamente respeto á los que lo merecian, no atendiendo nunca á intercesiones ni ruegos. Decia, que por dar honra y provecho á otros, se agraviaba á sí mismo si tenia con él mejor lugar el ruego y recomendaciones que la justicia, quedando con razon justamente quejoso el benemérito. De este modo y tacto en su modo de obrar, procedió aquel maravilloso efecto, logrando el feliz resultado en su tiempo de tener en los beneficios curados de su arzobispado personas doctas en virtud y letras; las prebendas que proveyó en su iglesia se dieron á sujetos calificados en costumbres y suficiencia de estudios. Llegó la hora de pasar á coger el fruto de su vida y buenas obras en la bienaventuranza; vinieron á llamarle juntas las enfermedades y la muerte, terminando su existencia en breve espacio de tiempo, ocurriendo su feliz tránsito el dia 7 de Diciembre del año de 1618, á las diez de la noche, teniendo de edad setenta y dos años. Su cuerpo, ilustremente acompañado de religiosos y clerecía, y de toda su familia, fué llevado á Toledo, y su ilustrísimo cabildo le recibió á la puerta del Cambron, y le dió sepultura en la capilla de nuestra Señora del Sagrario, que viviendo habia fundado. Predicó en sus honras el Dr. Alvaro de Villegas, canónigo de la santa iglesia. Dió principio á su oracion funeral con las palabras del Salmo XV *Et caro mea requiescet in spe*, y dijo del ilustre y virtuoso difunto lo que merecian la calidad y santidad de sus obras, por haber sido una de las mayores lumbreras que tuvo en su tiempo la santa Iglesia de España, y su sepulcro tiene el epitafio siguiente:

*

Regi Sæculorum immortali

D. Bernardus de Sandoval et Roxas,
Ferdinandi filius;
S. R. E. Presbyter Cardinalis
tituli Sanctæ Anastasiæ:
Post Archiepiscopatum Hispalen. gubernatum
sub patruo Archiepiscopo Civitatensem,
Pampilonensem, et Gienensem magna cum
laude administratos.
Archiepiscopus Toletanus
Inquisitor Generalis max.
et Philippo III. à Consiliis Status.
Vir genere clarissimus, ad maxima quæque natus, et institutus.
Doctrina, Prudentia, Consilio, cum admirabili ingenitæ eloquentiæ vi.
Dignitate, et urbanitate, morum gravitate, et vitæ integritate,
Præstantissimus. Sine jactantia, Pius; sine superbia, Nobilis;
Sine invidia, Princeps; sine asperitate, Constans.
Ob omnia naturæ felicitatisque dona spectabilis, comes, beneficus in
pauperes precipuè larguissimus.
Qui Casorlæ præfecturam Toletanæ Ecclessiæ restituit, et ædem hanc
Virgini Matri semper immaculatæ paciferæ, cum monumentis
paterno, ac suo magnificentissimæ condidit,
construxit, consecravit.
Hic requiescit in spe,
Obdormivit in Domino A.M.DC.XVIII. Die septima
Decembris. Sui ex officio, Amore, et Fide, Domino Parenti
Benemerenti æternum colendo, multis cum lacrymis
inscripsere
Videas in Lumine lumen.

Toda esta verídica y auténtica relacion histórica fué franqueada y facilitada en el año de 1644 al cronista mayor de las Indias y de las dos Castillas, el maestro Gil Gonzalez Dávila, por el secretario de aquel excelso prelado, el Lic. Sebastian de Huerta, secretario igualmente de S. M. Católica y del Consejo supremo de la santa Inquisicion, que á imitacion y semejanza de su príncipe, ilustró y honró á la Guardia, su patria, con muchas y buenas obras pias en beneficio de sus vecinos, sin los socorros que le proporcionó su piedad, gran caridad y pureza de alma. El cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval tuvo por sucesor en la sede de Jaen á D. Sancho Dávila, que murió siendo obispo de Palencia.—A. L.

ROJAS y SANDOVAL (D. Cristóbal de). Fué natural de Fuenterrabía é hijo

de los muy nobles y muy esclarecidos duques de Denia. Educado con el esmero que era debido á su muy alta alcurnia, y tratando él de hacerse apreciar por sí mismo más que por los timbres, blasones y hechos de sus mayores, aunque en estos se gloriaba, como no podia ménos, trató de hacer una carrera brillante, porque el Señor le dotára de buena capacidad, y se hizo alumno del colegio de S. Ildefonso de Alcalá, para de esta suerte lograr la consecucion de sus deseos. Sabido es que el tal colegio tenia siempre los mejores profesores, y el personal de alumnos que le componia era tambien de lo más escogido, pudiéndose asegurar que la mayor parte, si no todos, eran hijos de grandes de España, ó cuando ménos de títulos de Castilla, porque eran necesarias ciertas y ciertas condiciones para ingresar en el tal colegio. Y no se crea por esto que los discípulos de él serian, como comunmente son los hijos de los grandes, poco aplicados ó ignorantes; todo ménos que eso, ponia el mayor esmero en adelantar y corresponder á los desvelos de sus maestros, porque todos los que allí se educaban estaban llamados á ocupar un dia puestos eminentes, y no era cosa de ocuparlos de cualesquier manera, era preciso hacerlo de un modo digno, decoroso, conveniente, que nadie tuviese que tacharlos por lo más mínimo. Concluidos sus estudios en el colegio, hizo el Sr. Rojas las pruebas que se requerian para alcanzar el grado de doctor, y le obtuvo con un éxito el más brillante, porque en verdad hizo unos ejercicios tan buenos, que causaron admiracion á cuantos los presenciaron. Si bien es verdad que en todas las partes que abraza la sagrada teología tenia nuestro Rojas conocimientos más que medianos, es indudable que en la parte de hermenéutica se aventajó á todos sus compañeros, y aquí fué precisamente donde más lucimiento logró en su grado, pues hizo un ejercicio que admiró á cuantos asistieron á él. Con tan buena hoja de estudios y con las pingües rentas de que sus padres disponian, nada difícil le fué ordenarse, para lo cual fundaron sus padres una gran capellanía en el mismo pueblo de su nacimiento, y el Obispo de la diócesis, á quien se suplicó la ordenacion del jóven, se complació tanto en esto, que apénas le habia impuesto las manos en el sagrado presbiterado, cuando ya le confirió licencias absolutas para predicar, confesar y celebrar; y no solo esto, sino que le confiaba muchas veces asuntos delicadísimos para su resolucion, y confesó explícita y terminantemente que nunca tuvo que enmendarle la plana en lo más mínimo, y lo que es más, que el jóven obraba en todo y por todo con más aplomo que lo hubiera hecho un anciano, y con tanto acierto como los más experimentados en asuntos de aquella especie. Esto no se crea que lo decia el Obispo por adular, ni á él ni á su familia, no, era porque lo sentia así, porque de hecho tenia conviccion, y esta conviccion confirmada por la circunstancia de que cada dia le encomendaba nuevos en-

cargos, hacia que el Sr. Rojas y Sandoval, hasta ahora simple capellan que servia la suya propia, fuese por todos conocido como un hombre de mucho juicio, de gran capacidad, de extraordinaria expedicion para los asuntos tanto canónicos como teológicos, y áun pora las arduísimas cuestiones que tienen por base la Escritura Sagrada; tanto más difíciles de resolver, cuanto que hay que atemperarse en todo á la gran autoridad que merece con sobrada razon el sagrado texto. La fama corria por todas partes, y llegó, como era consiguiente á oidos del monarca, quien conociendo los antecedentes de la familia de Rojas y Sandoval, y queriendo recompensar, por una parte, los méritos personales del presbítero D. Cristóbal, y por otra los méritos, digámoslo así, heredados de su familia, le nombró obispo de Oviedo, sin que él tuviese de ello la más mínima noticia. Admiróle en gran manera hallarse con la comunicacion que le presentaba para aquella silla, y él mismo cómo que se asombraba de tal cosa; le miró una y mil veces como para pedirse una razon de este suceso, y por último, se decidió á aceptar, inclinándole á ello los ruegos de su mismo prelado, que le hacia ver en un nombramiento tan inesperado una especial providencia del Señor, ó más bien que la divina Majestad le llamaba para este cargo por ese medio, que segun la prudencia humana tenia tanto de extraño y de singular. Aceptó, pues, el cargo, fué preconizado y consagrado, y partió á tomar posesion de su destino, que desempeñó todo el tiempo que tardó en trasladarse á la silla de Badajoz, donde tampoco estuvo mucho tiempo, pues fué trasladado á Córdoba. Allí ya hizo más parada; y el afecto que en las demás partes le habian profesado por sus dotes personales, aquí ya pudo lograrlo por su manera de gobernar como obispo, que á la verdad lo hizo muy bien. Aquí fué donde publicó su precioso libro, que dió á manera de pastoral, titulado: *Documentos y avisos á los rectores de nuestro obispado, de la prudencia que deben guardar consigo y sus penitentes*; obra de teología pastoral importantísima, hoy rara y que sería de mucho provecho como lo fué en su dia. Tranquilo y satisfecho gobernaba su diócesis, cuando fué trasladado con ascenso á la silla metropolitana de Sevilla. No duró mucho en ella, porque habiendo tenido precision de pasar á Valladolid para arreglar unos asuntos de familia que requerian su presencia, en Cigales sufrió la última enfermedad, de que falleció en 20 de Setiembre de 1580, á los setenta y ocho años de edad. Fué muy sentida su muerte, porque era muy apreciado. Todas las iglesias que rigió hubieran querido su cadáver, pero se llevó á Sevilla, donde está depositado con el decoro que compete á su clase, y en un panteon que él mismo se preparó. —G. R.

ROJAS Y SANDOVAL (V. P. Cristóbal), presbítero, fundador de la Congregacion Filipense de Málaga. Fué natural de Iznatoraje, villa de la provincia

de Jaen, y nació el año 1700. Su madre, mujer en extremo piadosa, no obstante hallarse viuda y exhausta de recursos, procuró darle una esmerada y cristiana educacion, y habiéndose inclinado desde muy temprano al estado clerical, á la edad de catorce años pasó á estudiar á Baeza, donde se acomodó en clase de paje de un virtuoso canónigo, adelantando tanto en el estudio que á los diez y nueve años ya habia cursado artes y teología, y era de vida ejemplar y de intachables costumbres. Muerto su buen amo, que le habia dispensado miéntras vivió todos los auxilios y proteccion que necesitaba para seguir la carrera, hallándose sin humano recurso, fué acogido por un bienhechor, amigo del difunto canónigo, que estimaba sobremanera las virtudes y buenas prendas del jóven y aplicado Cristóbal. No queriendo ser gravoso á su nuevo protector, ideó abrir en la casa una especie de cátedra para repasar á otros estudiantes las materias que él poseia, y surtió tan buen efecto su idea, que muy pronto se halló rodeado de jóvenes, que estimándole como compañero y respetándole como maestro, oian sus lecciones y le remuneraban por ellas con algunos socorros, que le servian para irse sosteniendo sin ser gravoso á nadie. Obedecianle todos, amábanle entrañablemente, y seguian gustosos el género de vida que les habia señalado; vida arreglada y cristiana, y que prometia á los que en ella perseverasen llevarlos algun dia al cúmulo de la perfeccion. A los dos años de hallarse ejercitando este empleo, fué nombrado pasante del seminario eclesiástico de Baeza, que dirigian los PP. Filipenses, cuyo cargo desempeñó con tanto celo como exactitud, contribuyendo mucho á que los alumnos de aquella casa saliesen muy adelantados en piedad y en sabiduría. En el seminario, y á favor de los auxilios que en él recibia, pudo concluir su carrera, y se graduó de doctor en sagrada teología. Diéronle la investidura sacerdotal á título de suficiencia, concediéndole las licencias de confesar y de predicar, que fué lo mismo que darle el título de misionero apostólico. A los treinta años se alistó en la Congregacion del Oratorio de aquella ciudad, y dió principio á la tarea de sus misiones, sin desatender los penosos trabajos y cuidados que le imponia el destino de rector del antedicho seminario, para el cual habia sido nombrado por el Obispo, cuando ocurrió la vacante, en atencion á la buena fama que en la corporacion y en el pueblo disfrutaba, desempeñando el mencionado cargo de rector por espacio de cuatro años. En Enero del año 1734, despues de haber hecho misiones con notable fruto en Veas y en Chiclana, pasó á Málaga á instancias del Emmo. Cardenal Molina, portándose en esta ciudad como un verdadero apóstol. En las cárceles, en los cuarteles, hospitales, templos, oratorios privados y hasta en las plazas públicas, se le vió desempeñar con ardoroso y evangélico entusiasmo las funciones de su sagrado ministerio. Confesaba á cuantos penitentes acudian á sus pies,

predicaba diariamente, y en muchas ocasiones dos veces cada dia, logrando con su incansable celo reformar muchas vidas relajadas, inflamar muchos tibios corazones, no pudiendo ni áun las almas más empedernidas, escuchar sus inspirados acentos sin verter abundantes lágrimas de contricion y arrepentimiento. Conservó su afan de predicar hasta el año 1755, en que por resultas de los ejercicios de semana santa, se vió atacado de la terrible enfermedad que le condujo al sepulcro. Murió en 19 de Julio del citado año 1757, universalmente llorado de cuantos le conocian y trataban. Su fallecimiento causó en Málaga un general duelo, y todas las clases de la sociedad se esmeraron en rendir en muerte un tributo de honor merecido al evangélico varon, cuya profunda humildad habia impedido que en vida se le tributára el más pequeño obsequio y la más insignificante expresion de alabanza. La venerable Congregacion de S. Felipe le hizo solemnísimas honras, predicando en ellas el panegírico fúnebre el P. D. Juan Soriano, uno de los más apasionados discípulos del V. Rojas. Entre los pasajes de aquella brillante oracion, merece citarse el en que dice el orador dirigiéndose al santo patriarca Felipe: «Vuestra Congregacion tuvo un hijo, que llegó al sacerdocio, despues de haber aprovechado á muchos, para aprovechar á más; un hijo que no tenia hora de tiempo suya, ni momento de descanso, que andaba por todas partes con tierna solicitud en busca de afligidos que consolar, de pecadores que reducir, y valiéndonos de una vulgar expresion, andando siempre á caza de *almas*. Fué incansable en el púlpito, incansable en el confesonario, y siempre se hallaba pronto á acudir donde quiera que la necesidad se encontraba. Limosnero para el pobre, piadoso para el afligido, paciente con el molesto, y constante en llevar á cabo todo lo que juzgaba que podia redundar en mayor honra y gloria de Dios, cruzó las sendas de la vida derramando el bien y prodigando el consuelo.» Las musas malagueñas, con motivo de su ejemplar vida y de su dichosa muerte, templaron sus liras, y con acordes sonidos cantaron en suavísimos versos latinos y en elegante metro castellano las alabanzas de aquel insigne varon. Llamaron á su vida *angélica*, *inocente*, *santa y pura*. Comparóse su boca, á causa de la dulce elocuencia que respiraba, con la del leon de Sanson, que estaba llena de miel. Su celo sin límites fué puesto al nivel del de los mayores Apóstoles del cristianismo, y entre la multitud de epítetos que le aplicaron, son dignos de notarse los siguientes: *Vir maximus*, *vir inclitus*, *virtutis honor*, *scelerumque flagellum*, *doctus magister*, *dux gregis*, *patriæ decus*, *lingua Dei*, *pater pauperum*, y otros no ménos elevados y honoríficos, de los cuales uno solo bastaria para formar la reputacion del mayor héroe del mundo. El citado sermon de honras fué impreso en el mismo año 1757, en el tomo IV de la coleccion de opúsculos, titulada: *Conversaciones malagueñas*.—M. B.

ROJO (Fr. Ambrosio), franciscano de la regular observancia. Ignórase de donde era natural este religioso, aunque se supone que de Castilla la Nueva; puesto que en esta provincia residió la mayor parte de su vida. Habia seguido carrera literaria, y fué lector de teología, obteniendo al cabo de algunos años su honorífica jubilacion desempeñando tambien el cargo de definidor de la provincia mencionada. Mereció la nota de varon tan justo y piadoso como ilustrado, y dejó escrita é inédita una obra titulada *Bulario seráfico*. Esta obra, de suma importancia y utilidad para la Orden, le costó muchos años de improbo trabajo y de contínuas investigaciones para reunir la multitud de documentos en ella contenidos. Constaba de ocho grandes tomo en fólio, que se conservaban en la librería del convento de Madrid, y comprendian las siguientes materias: —Tomo I, *Exenciones, libertades, privilegios, indultos é inmunidades, tanto comunes á todo el Orden Seráfico, como particulares á varias congregaciones, provincias y conventos.* —Tomo II, *Trata de los privilegios concedidos á todas las religiosas, así á las Clarisas de la segunda y tercera Orden, como á las de la tercera de la Anunciacion, Concepcion y otras.* —Tomo III, *Privilegios concedidos á la Orden Tercera.* —Tomo IV, *Indulgencias concedidas á las tres órdenes.* —Tomo V, *Trata de la canonizacion, beatificacion y culto de los santos de la Orden.* —Tomo VI, *Bulas concedidas sobre el misterio de la Purísima Concepcion de la Santísima Vírgen.* —Tomo VII, *Bulas dadas á los inquisidores de la Orden sobre la herética pravedad.* —Tomo VIII, *Privilegios concedidos á la Custodia seráfica de la Tierra Santa.* Tambien dejó manuscritos seis tomos en fólio de *sermones varios.* —M. B.

ROJO (Antonio). Este esclarecido personaje fué honra del foro ántes que de la Iglesia, pues en aquella tan brillante carrera logró muy notables aplausos, porque en efecto fueron muy especiales sus méritos. El habia desde luego puesto el mayor cuidado y la atencion más exquisita para estudiar la jurisprudencia en toda la extension que en su época alcanzaba; además era excelente lógico, gran retórico y humanista muy distinguido, por lo cual podia manejar con todo acierto los grandes conocimientos que poseia, y dar de ellos una idea en cualquier ocasion que se presentára. Así es que los asuntos más árduos, como que le venian al encuentro, y cuando no como abogado defensor, como consultor al ménos tenia casi por precision que intervenir en todos ellos, siendo muchas veces consultado por los jueces mismos que habian de fallar, y áun en alguna que otra ocasion obligando su parecer á retirar dictámenes que se habian emitido con sobrada ligereza, por no calificar de otro modo el proceder de aquellos administradores de la justicia. Por esta su erudicion y vastísimos conocimientos jurídicos fué nombrado oidor de la audiencia de Barcelona, y el obispo de su época lo tomó por con-

sultor, estando siempre á su opinion y sin que nunca le pesára, pues era hombre que á su gran ciencia agregaba la dote especialísima de una prudencia suma, segun la cual regulaba siempre todas sus acciones y dictámenes de un modo verdaderamente admirable. Escribió para que sus doctrinas sirviesen á la posteridad tres libros, que tituló *Memorabilium*, y preparaba otros tres, que no pudo concluir, *De rebus forensibus*; y fué lástima el que no terminára esta segunda obra, porque venia á ser un excelente tratado de procedimientos, en el cual, sobre todo acerca de la manera de examinar los reos y de prevenir las pruebas de testigos, para que sorprendidos ellos no pudieran sorprender á los jueces, tiene cosas admirables. Iba á ser promovido á alcalde mayor del principado de Cataluña, que es como si dijéramos virey, cuando resolvió abrazar el estado esclesiástico, renunciando al importante puesto que ocupaba; y sin querer tomar ni otro destino, ni ninguna prebenda, con lo cual disgustó algun tanto al obispo de Barcelona, que hubiera querido hacerle su vicario general. En este olvido, y cumpliendo fielmente sus deberes, pasó á mejor vida como á los fines del siglo XVI.—G. R.

ROJO (Fr. Julian), religioso dominico, natural de un pueblo intitulado Martin, en la isla de Mallorca, seis leguas de la capital. Fué hijo de una familia de labradores, que gozaban de modesta fortuna. Siendo niño de pecho se la cayó á su madre en la lumbre, quemándose gran parte del rostro. No paró el daño en quedar lastimado, sino que se le maltrataron los huesos de aquella parte. Quedó muy feo y su afligida madre hizo promesa de consagrarle al clero ó al claustro si el Señor le favorecia en aquella desgracia. Accedió el Señor á su súplica, y continuando la madre en su primera resolucion, apénas tuvo la edad conveniente procuraron los padres que estudiase. Para aprender las primeras letras le enviaron á un monasterio que se llamaba Nuestra Señora del Oreto, que pertenecia entónces á la Orden Seráfica, y despues pasó á la de PP. Predicadores. La direccion de estos religiosos influyó en gran manera en que con las primeras letras adquiriese los rudimentos de la virtud y buenas costumbres. Enviáronle despues al monte de Rauda, donde estudió gramática con grande aprovechamiento, haciendo muchas veces el oficio de maestro. Ya en esta edad comenzaban á manifestarse sus buenas inclinaciones, y daba muestras de lo que seria con el tiempo, siendo muy grande el ejemplo que de él recibian sus compañeros, viendo en el jóven cosas que áun en un hombre hubieran servido de edificacion. Hallábanle recogido, devoto, modesto, callado y sufrido, de manera que su maestro le miraba con particular afecto y le agradaba que le acompañase en diferentes ocasiones. Cobró el estudiante tan buena opinion, que muchas de las personas principales de la ciudad y áun de las que no lo eran, enviando sus hijos á estudiar al referido monasterio, tenian como una fortu-

na que se encargára Julian de ellos, y aprendiesen virtud y letras de su ejemplo. Procurólo esto particularmente un caballero llamado Gaspar Fortoza, á cuyo cargo estuvieron sus hijos, haciendo él oficio de ayo ó maestro. Cargo en que continuó despues durante algunos años con grande satisfaccion del padre, el cual acordó enviarlos en su compañía á la universidad de Lérida para concluir sus estudios. Estudiaron artes en el convento de Sto. Domingo de esta ciudad, y tomando Julian aficion á los santos ejercicios de la Orden y á la religion y modestia de los Padres, pidió el hábito en Sto. Domingo de Mallorca, y examinados sus santos propósitos, y vistas sus buenas inclinaciones, se le concedió el P. Fr. Antonio Creus, prior del referido monasterio, á 17 de Diciembre del año 1571. Comenzó Fr. Julian el nuevo camino y la nueva vida, con la devocion que pide el estado y el conocimiento de la merced que acababa de recibir de mano del Señor. Se convenció desde luego, que para aprovechar, era lo primero hacer firme y enérgica renunciacion de su propia voluntad. Como verdadero hijo de la obediencia, no tenia otro fin más que la ejecucion de lo que se le mandaba, sin examinar otras razones. Distinguíase mucho en los ayunos de la Orden, sin admitir dispensa alguna. Para conservarse en todo lo que era virtud y aprovechar en la buena vida, comenzó á frecuentar el santo ejercicio de la oracion, ocupando en él buena parte del dia y de la noche, deseando no perder tiempo, con lo que procuraba aprovecharle en todas ocasiones. Habia en aquella sazon pocos hermanos de los llamados de la obediencia ó legos, por lo que era menester el socorro de los novicios para ayudarlos en sus diferentes ministerios. Ofrecióse para esto Fr. Julian, y acudia á todo con grande diligencia. Vivia tan poco satisfecho de sí y tan ajeno á todo cuanto pudiera valerle estimacion, que apénas acababa de desempeñar su cargo se arrojaba á los pies del prelado ó del maestro de novicios, y le pedia perdon de las faltas que habia cometido contra la obediencia. Ocupábase con grande placer en el servicio de los enfermos, siendo muy puntual en la ejecucion de cuanto mandaban los médicos, sin turbarle ni las palabras, ni los sollozos, ni la agitacion de los enfermos. Su alivio cuando se veia fatigado y cansado de estas y otras ocupaciones, era acudir á la oracion en el coro ó en su celda. Tales eran los ejercicios del buen novicio. Aficionado á la santa virtud de la pobreza, vestia siempre los hábitos más rotos de la casa de novicios, y si algun hermano tenia el hábito estropeado y el suyo era algo mejor, se le cambiaba. Su cama era un jergon de paja, y áun este, dice la crónica, que le tenia por cumplimiento, porque el poco rato que dormia era sobre las tablas, y pasaba por lo comun toda la noche ó la mayor parte de ella en oracion de rodillas ó postrado. Hacia otras muchas penitencias, como era estar dos dias sin comer, y algunas veces tres, y comer un pan muy duro y ya mohoso. En estos ejer-

cicios pasó Fr. Julian el año de noviciado; terminado este hizo profesion, teniendo ya la edad de veintiocho años. Eran nuevas las obligaciones del recien profeso, y con ellas creció el rigor en todo lo que era observancia. Los ayunos de las constituciones de su Orden eran en él ordinarios, y dejaba para los pobres la mayor parte de la comida que se da en el refectorio, contentándose muchas veces con comer una cosa sola, dejando todas las demás para los necesitados, sirviéndole de mortificacion. Siempre que se le presentaba ocasion, dejaba el pan que comen los Padres, y comia el que se amasaba para los pobres. El tiempo que vivió sujeto al maestro de novicios, moderaba en parte sus rigores, porque los que tienen á su cargo la enseñanza de los nuevos religiosos, procuran con mucho cuidado moderar sus demasías. Ordenado de sacerdote, y viéndose por una parte libre de la censura y disposiciones del maestro, y considerando por otra las obligaciones del sacerdocio, comenzó de nuevo el áspero tratamiento de la carne. En continuacion de sus penitencias, no contentándose con el pan de los pobres, andaba buscando por la casa mendrugos secos, fingiendo que queria darlos de limosna. Vivia contento con esto, teniendo por el mayor regalo la comida del pan que no se podia llevar á la boca. En los ayunos de la Iglesia jamás hizo colacion, ni bebia siquiera un poco de agua, aunque le fatigase la sed, y si acontecia velando á algun enfermo ofrecerle colacion, no la recibia. No habia en su pensamiento diferencia entre ricos y pobres, entraba en las casas de todos cuando le llamaban las necesidades. Quedábase muchas veces sin dormir, y aunque durase el trabajo ocho ó diez dias, le sufria con el mayor ánimo, tan sin afectacion de ningun género, que en volviendo al convento no se acostaba, sino que decia misas ó se ocupaba en confesar, ministerio en que se ejercitó toda su vida. Concedióse á la Orden un convento en la villa de Manacor, y debiendo enviar Padres á la fundacion, y considerando los prelados la importancia de que las casas nuevas comenzasen por los varones más santos y piadosos de la Orden, eligieron con este objeto al P. Fr. Antonio Creus, y le dieron por compañero al P. Fr. Julian, eleccion muy acertada porque con su buen ejemplo y viendo sus santos ejercicios, se comenzó en la villa á mejorar de vida y costumbres, lo que provino principalmente de la virtud y doctrina de los Padres. En este convento vivió muchos años Fr. Julian, distinguiéndose de diversas maneras, y una de las principales fué acudir á las confesiones á todas horas, y muy en particular empleando el tiempo en la visita de los enfermos. Y si eran ricos, consolábalos y los exhortaba al sufrimiento y paciencia, y haciendo lo mismo con los pobres buscaba limosnas para el remedio de sus necesidades, haciéndolo con mucho amor y grande diligencia. No eran excusas para el Padre ni la noche ni el dia, ni los ardientes calores de la canícula, ni el rigor del

invierno, no pudiendo ninguna de estas cosas detenerle en la ejecucion de su ministerio. Ni se negaba á asistir en sus enfermedades á algunos enfermos extremadamente pobres, que puestos sobre un jergon sin otro alivio, pasaban sus males acompañados de las cosas que se deben suponer en su miserable estado, de las cuales no cabia poca parte al bendito Padre, sin que pudieran poner término á su mucha caridad, la que empleaba no solo con los miserables que tenia la villa, sino que acudia tambien á los caseríos donde salia haberlos, y aunque estuviesen una legua ó dos, iba á pie en todos tiempos, aunque lloviese, nevase ó hiciera gran calor, que todo lo facilitaba la caridad que en él habia. Corrió esta fama y opinion por algunos pueblos, y en las ocasiones que se ofrecian á los que vivian en ellos, ora fuesen ricos, ora pobres, si le buscaban, iba con el mayor contento á pie, sin querer admitir cabalgadura aunque se la ofreciesen. Estimábanle y amábanle mucho los curas de los pueblos, viendo en él entre las demás virtudes el riguroso trato de su persona, que no admitia regalo, ni cosa que se le pareciese, contentándose con comer algo de la comida que preparaban para la gente que iba á trabajar al campo. Comprendiéndose muy bien de todas sus obras, que solo Dios habia de ser el premio de sus trabajos y de sus obras, no queriendo admitir áun lo que pudiera conforme á los ordenamientos de regla. Comenzó el nuevo convento de S. Vicente de Manacor á recibir novivios; iba aumentándose su número, y tuvieron por conveniente los superiores darles por maestro al P. Fr. Julian, que con su religiosidad y ejemplo encaminaria aquellas plantas y las pondria en estado, de que pudiera la religion honrarse y servirse de ellas. Bien comprendió el bendito Padre que de aquel modo si no se cerraba de todo punto la puerta al remedio y consuelo de los enfermos pobres, por lo ménos con la nueva ocupacion, no podria servirlos tanto como él quisiera; pero como desde el principio fundó todos sus aciertos en dejarse llevar por la voluntad ajena, renunciando la propia, no vaciló en desempeñar el cargo de maestro de novicios. Comenzó su ministerio más bien con ejemplos que con palabras; sabiendo cuán seguro camino es para que salgan los novicios aprovechados. Su humildad, la observancia de las constituciones de su Orden, los ayunos y la abstinencia habian sido siempre observados con grande rigor por este religioso, señalándose de nuevo en ellas desde que se encargó del nuevo oficio, queriendo que se educasen en esta forma los que corrian por su cuenta. Era el convento pobre y se sostenia de limosnas que recogia de la poblacion, y como la pobreza no permitia mejor tratamiento, pasaban algunas veces los religiosos con legumbres cocidas ó sardinas saladas. Este modo de vivir hubiese podido hacer que estuviesen los novicios descontentos y con deseo de volver á las casas de sus padres, donde lo pasaban me-

jor, y no era así, sino que con las exhortaciones y ejemplos del santo maestro vivian muy consolados, viendo la caridad y vida del santo Fr. Julian, y que muchas veces estando en la mesa cambiaba su pan, que era algo mejor, con el de los novicios, y si le daban algun hábito nuevo, le mandaba vestir á un novicio y le tomaba el suyo viejo, haciendo lo mismo con los zapatos. De esta manera andaba siempre remendado y roto. En los capítulos, la correccion era llena de mansedumbre y caridad; era general su buen ejemplo en todo, pero como comprendia que el religioso sin oracion, cerraba la puerta á los grandes adelantos que habian hecho por este camino los hombres más piadosos, pasaba con frecuencia la noche en el oratorio, como lo vieron muchas veces los novicios. Encontrábanle unas veces arrodillado, otras postrado, otras puestos los brazos en cruz, y alguna vez, que estaba muy cansado, se echaba sobre una tabla siendo su cabecera una piedra. Advirtieron no solo los de la casa de novicios, sino tambien algunos Padres de su convento de Manacor, que tenia don de lágrimas, que no podia leer vidas de mártires ó santos muy distinguidos por sus penitencias, sin llorar de tal modo, que nunca podia acabar las lecturas que le encargaban en el coro. Duróle por mucho tiempo el llorar de esta manera, hiriéndose en el pecho y teniéndose por un grande pecador, procediendo esta consideracion de las muchas lágrimas que derramaba. Muchos años permanecio el P. Julian en el convento de S. Vicente de Manacor, y en ellos consiguió grandes beneficios para la comunidad, pues sus penitencias y ejemplos influyeron mucho en el crédito que alcanzó la casa, y no ménos en que los Padres fuesen socorridos en sus necesidades, que no eran pocas. Hacian grandes instancias los religiosos del convento de Sto. Domingo de Mallorca, y llevaban á mal la ausencia de este Padre, deseando que lo que le restaba de vida lo emplease en el servicio de aquella ciudad y del convento en que se habia educado, porque aunque no tenia muchos años, habia sido tal el tratamiento de su persona desde que tomó el hábito, no perdonando ninguna penitencia, que podia decirse era ya viejo y carecia de fuerzas. Mandóle, por último, la obediencia, volver á su casa nativa, y para que comprendiese que no le llamaban á descansar, le nombraron maestro de novicios. Encargóse de él el religioso Padre, confiado en que el Señor le daria las fuerzas de que carecia y eran necesarias para el desempeño de aquel cargo. Animóse con esta seguridad, y enseñó á muchos religiosos que con sus buenos ejemplos llegaron á distinguirse tanto que fueron la honra y el esplendor de su Orden. Comenzaron á inquietarle algunas enfermedades, que le pusieron en tal estado, que no podia acudir á las obligaciones de su cargo con la puntualidad que era menester, lo cual obligó á los superiores á que le eximiesen de él, animándoles á esto al mismo tiempo la inclinacion ó celo por la salvacian de las

almas que le aguijaba á tratar de su remedio en las confesiones y en las visitas y socorro de los enfermos. Tenia muy buen concepto con los vireyes del reino de Mallorca y señores del Consejo, sabiendo el noble ánimo con que favorecia en lo poco que en sus fuerzas se hallaba á los que tenian negocios en las audiencias. La buena fe con que se ocupaba de esto y la voluntad con que aquellos señores le oian y servian en sus pretensiones, daba orígen á que acudiesen muchas personas de la ciudad y fuera de ella á pedirle su proteccion, con lo que no podia amalgamar la continua asistencia que exige la enseñanza de los novicios. Apénas se vió libre de este cargo, consagró el P. Julian todas sus fuerzas á ejercicios de caridad, siendo su frecuente ocupacion confesar y ayudar á bienmorir á los enfermos, empleando en esto dias y noches hasta la hora de su muerte, sucediéndole algunos casos extraordinarios de que hay una relacion que copiaremos en parte. Salió una vez el P. Fr. Julian de la casa de un caballero enfermo que se llamaba Jorge S. Juan. De allí partió á media nòche bien cargado de regalos y cosas, las que habian menester sus enfermos. Dijo á su compañero: Vamos á buscar algunos dolientes pobres y necesitados con quien partiremos estos regalos. Con estos y otros que de dia habia buscado, muy cargados él y el compañero, llegaron á un meson que suele ser albergue de pobres labradores. Informóse si habia allí algun enfermo. Enseñáronle un hombre miserable, que estaba en el suelo, teniendo por regalo solo un jergon de paja. Animóle, consolóle y partió con el de los regalos que traia. Luego acudió á otro meson y preguntó lo mismo, y sabiendo que habia un hombre enfermo, con el espíritu de un ángel, le esforzó y le regaló. Quedaba espantado el compañero y con razon, viendo que el santo fraile se encaminaba á solos aquellos mesones donde habia enfermos, como si de ellos tuviera muy particular noticia, y con ser la hora tan desacomodada, como si le estuvieran aguardando le recibian. Díjole el compañero: «Padre, sabia vuesa Reverencia que estaban aquí estos enfermos?» Respondió que no. «Pues cómo, dijo el compañero, ha encontrado con estas casas?» La respuesta fué: «Dios nos guia, y así no es mucho que acertemos dónde estan los necesitados y con estos que padecian, á lo cual la Providencia divina nos ha llevado.» Hechos estos dos oficios, partió á otra calle y llamó en una casa como si entre mil la trajera señalada en la memoria. Allí preguntó lo que sabia, y halló un enfermo pobrísimo, que por no tener cama estaba echado sobre una tabla. Dióle de los regalos que traia, habiendo hecho el oficio que habia menester á un hombre puesto en tan extrema necesidad, sirviendo una tabla de colchones y sábanas que pudiesen aliviar al mal que padecia. Acabado esto, tomó resolucion de ir al lugar donde estan las mujeres perdidas. Reparaba el compañero y advertia-

le de que los lugares por donde caminaban eran infames, y que podria ser ocasion de escándalo esta determinacion. Con la seguridad de su buena conciencia, respondió el bendito Padre: «Hermano, quien va con buena intencion, solo atento al cumplimiento de la voluntad de Dios, por su cuenta corre proveer en la reputacion y fama de los que entran en algun peligro.» Reduciendo á la memoria el compañero lo que en el discurso de aquella noche les habia sucedido, creyendo que el Señor era el autor de cuanto el santo hacia, siguióle, y llegó al lugar ya dicho, en el cual halló una mujer muy perdida y muy enferma. Predicóla, y con el espíritu de santo la hizo entender cuán á punto estaba de partir de aquel lugar tan infame y miserable á otro donde pagaria con eternas desventuras los breves deleites. Reducida al conocimiento de su yerro, la persuadió que no perdiese la buena ocasion, sino que aprovechándose de ella, se confesase, y viendo el mal estado en que habia vivido, teniendo de cristiana poco más que el nombre, la confesó y la sacó de la casa de perdicion. Acomodóla en casa de una señora muy virtuosa, en que perseveró en el buen estado en que el Señor la habia puesto. Tales eran las ocupaciones y ejercicios en que se empleaba este siervo de Dios, y cuando cansado del trabajo pudiera retirarse á su celda á descansar un rato, empleaba gran parte de las noches en tan santa tarea, siendo su cama regalada remediar las necesidades de los pobres, con que mereció el nombre de padre de pobres. Con este pensamiento dejaba la comida y racion para acudir con todo al remedio de las necesidades. Si tenia algun regalo que provenia del afecto de personas devotas, era de los pobres. Por esta razon despues de su muerte le retrataron con una olla en las manos, como hombre que va á dar de comer á personas enfermas. Pintaron sobre la olla una escudilla con pedazos de huevos y de pescado, para remedio de los pobres á quienes socorria con las sobras del refectorio y de su comida. Pero aún fué mucho mayor la diligencia que ponia en remediar las necesidades de las almas, que eran grandes. Mucha parte del tiempo le ocupaba en oir confesiones, y muchas veces desde que amanecia hasta la hora de vísperas, estaba en el confesonario. Lleno de este divino celo, no se acordaba si era hora de comer ó no, si perdida la ocasion, ó no habria que comer, ó seria muy poco y frio; ninguna de estas cosas era de consideracion en los pensamientos del santo, abrasado en celo de ganar almas á Dios, pues como dejase consolados á los que llegaban á sus pies, no reparaba en lo demás. En tiempo de jubileo acostumbraba á pasar toda la noche confesando, y si el cansancio hacia le atormentase el sueño, contentándose con lavarse los ojos, no abandonaba la ocupacion. Miéntras estuvo en su convento de Mallorca confesaba muchas personas recogidas y de diferentes calidades, y aunque sus ocupacio-

nes eran diarias, las de los domingos y fiestas eran sin comparacion mucho mayores. En tiempo de grandes prisas sus penitentes ordinarios se confesaban de manera que pudiese acudir á las confesiones de los pobres. Nunca le faltaban tampoco negocios de esta gente, los que procuraba arreglar con el virey y oidores. Trataba con mucho cuidado la libertad de los presos, alcanzando el perdon de la parte y la gracia de los jueces. Los grandes trabajos del siervo de Dios, sus muchas ocupaciones y penitencias, le pusieron en lo último de la vida, queriendo el Señor premiar con larga mano tantos merecimientos y tan santas ocupaciones. Rogáronle algunas personas, que vivian en la villa de Muro, seis leguas de la ciudad de Mallorca, que fuese á verlas. Púsose en camino sin reparar que en tiempo tan caluroso correria riesgo la salud de un hombre tan acabado y que andaba el camino á pie. Reparando poco en la salud, cuando importaba aventurarla en beneficio de las almas, partió en los últimos dias del mes de Julio. El alivio del camino fué pasar todo el dia en la iglesia confesando y rezando de rodillas. Con este motivo volvió á la ciudad muy cansado, y luego fué por obediencia á confesar á las monjas de Sta. Margarita, que eran más de sesenta, y aunque estaba muy cansado y débil no replicó. A tanto trabajo y fatiga sucedió una fuerte calentura, que le quitó la gana de comer por completo, y como se hallaba tan débil con la inapetencia que padecia, no tardó en caer en la cama, y aunque se hicieron las diligencias posibles para su curacion sin que faltase ninguna cosa de cuantas parecian á propósito, ninguna lo fué; ántes de recibir el santo Viático, hizo confesion general con un Padre presentado, lector de teología del convento, el cual dijo despues de su muerte en presencia de muchos Padres, que le dejó maravillada la santidad y pureza de Fr. Julian. Recibidos los santos Sacramentos, quedó muy alegre y contento y muy conforme con la voluntad divina, esperando llegase la hora de su partida. Comprendiendo se acababa brevemente, rogó á un sobrino suyo, que le asistia por lo comun, no dejase entrar visitas para consagrarse por completo á la oracion. Mas no se pudo hacer esto por el gran número de personas de importancia que acudieron á verle en aquellos momentos. Fué una de ellas D. Fr. Simon Bauzas, obispo de Mallorca y compañero de Fr. Julian en el noviciado. Díjole el obispo en esta ocasion: «¿Padre Fr. Julian, quiere algo, no me dice algo?» A lo que le contestó: «Monseñor, lo que le digo es que se acuerde de los pobres y los socorra en sus necesidades, teniendo esta por una de sus precisas obligaciones.» Visitóle el tesorero de la catedral y canónigo D. Gerónimo Fortesa, y estando ya en lo extremo le dijo: «Prométame que rogará á Dios por mí.» La respuesta fué: «Sr. Tesorero lo que digo es que haga aquello que quisiera haber hecho á la hora de su muerte. Aconteció este suceso la vigilia de la

Natividad de nuestra Señora, y se hallaba ya tan débil el siervo de Dios, que temieron que su muerte fuese el dia de la fiesta. No sucedió así, sino que á 9 de Setiembre de 1613, por la mañana, hallándose presente todo el convento y algunos seglares, trocó la vida temporal por la eterna. Murió de sesenta y nueve años, de los cuales habia empleado cuarenta y dos en su religion y en los ejercicios referidos. Trató el prior con los Padres la resolucion que se habia de tomar en la sepultura del cuerpo del siervo de Dios, y si se haria con algun aparato más del ordinario, habiendo acabado el bendito Padre con tan grande opinion de santo, debido á sus muchas virtudes. El acuerdo fué que no se hiciese novedad alguna, sino en el caso de que alguna cosa inesperada hiciera mudar de opiniones. Apénas las campanas anunciaron su muerte, acudieron muchos con deseo de verle. No se dió entrada á nadie, por tener que vestirle todos sus hábitos conforme á la costumbre de la Orden; algunas personas de calidad quisieron que se le retratase, mas á pesar de esto no le vieron hasta que le sacaron para llevarle á la iglesia. Fué el Obispo, y se acordó, con determinacion suya, que hasta acabada la Misa mayor de aquel dia no se sacase el cuerpo á la iglesia, y se le hiciese el oficio al siguiente. Encargóse del sermon, como amigo y compañero suyo, pues nadie podia hacer mejor su elogio, ni referir su vida. Aunque no se habia publicado su muerte ni hecho ninguna diligencia, quiso el Señor honrarle de tal manera, que al sacar el cuerpo de la enfermería se ofrecieron muchas personas nobles, así eclesiásticas como seglares, á llevar las andas en hombros. Llegaron con el cuerpo á la iglesia, donde se habian reunido personas de todos estados, y luego caballeros y ciudadanos, clérigos y religiosos, llegaron al besarle las manos y pies con tanta frecuencia y devocion, que se atropellaban unos á otros, teniendo á dicha ser los primeros. Muchas eran las lágrimas que derramaban, por estar llenos sus corazones de gozo espiritual, al ver la manera con que el Señor habia movido los de tan diferentes personas. Encomendóse á algunos religiosos la guarda del cuerpo; pero vino un gran número de personas con tan ardiente deseo de tener alguna reliquia del Santo, que le desnudaron, no dejándole capa, ni saya, ni escapulario, quedando con solo un pedazo de túnica, sin que los religiosos, ayudados de algunos seglares, pudiesen impedir su devocion y determinacion, de manera que fué necesario encerrar el cuerpo en la capilla del Sagrario. Llegó á esta sazon la comunidad, y viendo el desconsuelo del pueblo reunido, nacido de que no les dejaban ver al santo religioso, y que pedian con grande instancia que les dieran, aunque no fuese más que algun pedazo de hábito, vieron los Padres que no era posible remediar el alboroto y las voces sino vistiendo el santo cuerpo. Hiciéronlo así, y le pusieron junto á las gradas del altar mayor, tomando diferentes precauciones. Duró más de cuatro horas la

concurrencia, procurando los religiosos que no cortasen los hábitos al Padre, y temerosos quisieran cortarle algun dedo para reliquia, hicieron un túmulo muy alto, donde pusieron las andas con el cuerpo, creyendo impedir por este medio la subida de la gente, y aunque se opusieron seis religiosos para estorbarlo, no pudieron conseguirlo, pues muchos, y en particular los enfermos, tuvieron licencia para subir á besar las manos ó pies del cuerpo del bendito P. Fr. Julian. Algunos de los enfermos que subieron, confesaron haber recobrado la salud. La gente, viendo que no podia cortarle los hábitos, traia cintas, que presentaba á los religiosos que se hallaban allí, para que tomasen la medida del santo cuerpo, con lo que quedaba satisfecha su ambicion. Fueron sin número las que se distribuyeron. Tambien algunos Padres, que tenian los niños enfermos, los ponian en manos de los religiosos que se hallaban de guarda del cuerpo para que le tocáran. Juzgaron los que estuvieron presentes que pasarian de seiscientos. Corrió la voz de que habian sanado muchos, y acudian muchos más á valerse del siervo de Dios y á representarle sus necesidades y miserias, para que las remediase con su intercesion delante de su Divina Majestad, acudiendo á sus religiosos deseos. Todo el tiempo que permaneció el cuerpo en el túmulo, estuvo la iglesia llena de gente. Las calles se hallaban no ménos concurridas. No hubo caballero, ni ciudadano, ni labrador, que no fuese aquella tarde á ver al santo religioso. Con este motivo decian todos admirados: *Verdaderamente este era siervo de Dios, que obra suya es la honra que se hace á los que son santos.* Al anochecer fué el virey D. Cárlos de Coloma, acompañado de los señores del Consejo, y subieron todos al túmulo, donde permanecieron por largo rato mirando al cadáver, y admirando la hermosura que se retrataba en su rostro. Cogiéronle las manos, y vieron que las tenia blandas y tratables, como si fueran de un hombre vivo, y todos se las besaron, y publicaron el crédito que les merecia su santidad. Creciendo el concurso, y siendo muy entrada ya la noche, mandó el prelado á los religiosos legos que despidiesen al pueblo con buenas palabras, asegurándole que á la mañana siguiente tendria lugar de ver lo que tanto deseaban. Con mucha dificultad se pudo conseguir esto de las gentes, cerrándose las puertas de la iglesia, mas hubo que abrir las de la portería á algunas personas principales con quienes no se podia ménos de guardar esta consideracion. Habiendo visto el trabajo que pasaron el dia ántes los religiosos, y la manera con que se habian llevado el hábito de que estaba vestido el cuerpo, acordó el prior, con parecer de los Padres, poner el cuerpo en una capilla de la iglesia, donde pudiera visitarle la gente. Hízose una tumba á un lado de una capilla de la bienaventurada vírgen santa Catalina de Sena, donde le pusieron. Resolvióse que sería bien cubrir el cuerpo del siervo de Dios ántes que se abriesen las puertas de la

iglesia, pues de otra manera, ni se podrian celebrar los oficios, ni predicar el Obispo los elogios del Santo. Hízose así; cerraron el cuerpo en una caja de madera, pusiéronle en la tumba, y abrieron las puertas de la iglesia, en las que se hallaba un inmenso concurso esperando para entrar. Hiciéronlo, pero con tan grande tropel, que en un momento estuvo la iglesia llena de gente. Sintieron mucho lo que se habia ejecutado, pues no podian ver ni venerar al santo cuerpo, mas se contentaban con besar la tumba, tomar medidas de ella, tocar rosarios y medallas para manifestar su grande devocion, siendo tan grandes las diligencias que hacian por verle eclesiásticos y seglares, nobles y plebeyos, teniendo á grande fortuna llegar y besar la tumba, cuando no se les daba licencia para otra cosa. Fué este acontecimiento tan extraordinario, que jamás se habia conocido, ni oyó nunca hablar en Mallorca de otro semejante. Las parroquias todas, aunque no habian sido invitadas, fueron á decir un responso con cruz levantada. Igualmente lo hicieron los conventos de los religiosos en al mismo Orden, y la iglesia catedral, acompañada de cinco parroquias con cruces levantadas, y la música de la iglesia cantó tambien su responso. Tomó tanta parte la clerecía en estas exequias, que apénas hubo clérigo en la capital que no asistiese á ellas. A la salida de la iglesia catedral se celebró la misa, en que ofició el prior del convento, con acompañamiento del coro, pronunciando el Sr. Obispo la oracion fúnebre, como ya hemos indicado. Estaba toda la iglesia llena de cera blanca, que habian regalado muchos caballeros y gente devota, y estaba la sepultura rodeada de blandones con cera blanca, siendo obra de Dios que sin diligencias humanas se viese tanta grandeza en recomendacion de tan pobre monje. Sin embargo, parece que entónces, como ántes y despues, se obraron por su intercesion gran número de milagros, los que refiere detalladamente la crónica de su Orden, y nosotros creemos oportuno omitir. —S. B.

ROLAND, cardenal de la santa Iglesia Romana. Era francés, sin que conste de qué punto. Habiendo seguido la carrera eclesiástica, fué nombrado abad de Bourg Dieu en Berry, y ascendió á la dignidad cardenalicia en 1185 por el papa Lucas III, que le nombró cardenal de la clase de los diáconos y el título de Santa María *in Porticu*. Fué despues nombrado obispo de Dol en Bretaña, y legado apostólico en Inglaterra. No consta el año de su muerte, ni el punto donde tuvo lugar. —M. B.

ROLANDINO (Bto.), confesor, religioso franciscano, natural de Florencia, una de las ciudades en que más y mejor acogida tuvo la Orden Seráfica en sus principios, pues aunque era tambien una de las más célebres en la lucha en que entónces se hallaba dividida Italia, desgarrando su seno y derramando su propia sangre, esta grande agitacion que la dominaba, hacia que

no le negase la Providencia los grandes ejemplos que la eran necesarios para contrabalancear en cierto modo los crímenes que en ella se cometian. Rolandino, como otros muchos religiosos, se ofrecian con gusto como víctimas expiatorias en aras de su patria, sacrificándose, no á las pasiones de sus conciudadanos, sino presentando su vida al Señor por la salvacion de tantos extraviados. Nada más austero, más penitente, más terrible que el género de penitencias á que se sometian estos buenos sacerdotes. Ni el dia ni la noche tenian un momento que no dedicáran á las expiaciones á que se sometian, siendo contínuos sus ayunos, sus vigilias, sus silicios y sus oraciones. Viviendo retirados en lo más profundo del claustro, ó en montes ó en ermitas distantes de toda comunicacion humana, consagrábanse constantemente á la devocion, y con frecuencia tenian revelaciones extraordinarias. No es por lo tanto extraña la admiracion con que los miraban las ciudades cuyas cercanías les servian de habitacion. En aquel tiempo en que se creia en todo lo grande y maravilloso, en que los héroes para serlo tenian que luchar con millares de enemigos, en que se necesitaba no solo un brazo sino tambien un corazon de hierro, creíase con facilidad cuanto se contaba de estos otros héroes, que sin ir á buscar la muerte en los combates, sin exponerse á un seguro peligro, imponian, sin embargo, á sus cuerpos tormentos mucho más crueles que las mismas heridas, y padecian voluntariamente toda clase de dolores y tormentos. Estos hombres, dotados de una grandeza de alma superior, pues abandonaban todas las comodidades y placeres de la vida en una época de pasiones desenfrenadas, no podian ménos de ser mirados con un respeto y veneracion, que verdaderamente merecian, siendo buscados, consultados y mirados como oráculos en todas sus decisiones y determinaciones. Rolandino gozó de esta fama como tantos otros; individuo de una religion ilustre y recientemente creada, le alcanzaron en parte sus triunfos, y fué rodeado de la auréola que á estos adornaba; así es que las crónicas al citar su nombre elogian en pocas palabras sus virtudes, diciendo mereció le fuese revelada en la oracion la salvacion de su alma, y se hizo ilustre por sus milagros ántes y despues de su muerte. Extraño laconismo, pero que revela muy bien el genio de la época y el carácter de los que le empleaban. La Orden Seráfica recuerda á este bienaventurado en 27 de Octubre.—S. B.

ROLANDO (S.), religioso benedictino en el monasterio Tereriaco Cisterciense; varon de sobresalientes virtudes y notable santidad. Fué este siervo del Señor muy favorecido del Altísimo, pues desde su niñez dió muestras de lo que llegaria á ser con el tiempo. Su grande candidez, su amor á las cosas santas, su constante obediencia y sumision á sus padres y mayores, junto con su aplicacion y aprovechamiento, le hacian en extremo singular

entre todos los niños que con él concurrian á la escuela y estudios. Desde su nacimiento parecia que estaba incrustada en su alma una inclinacion y profunda vocacion al estado religioso, conociendo que únicamente en el retiro y contemplacion podia entregarse segun sus deseos al exclusivo servicio de Dios. Así fué que en cuanto tuvo la edad conveniente, abrazó con el mayor gusto y beneplácito de sus padres dicho estado en la órden de S. Benito, para gran prez y honra de la misma, siendo el dechado y el más ejemplar modelo de todas las virtudes religiosas, siendo admirable su observancia, obediencia y humildad, sus austeridades y mortificaciones, su prolongada y atenta oracion, y por último su inimitable caridad. El Señor quiso premiar tantos merecimientos, honrándole en vida con la gracia de hacer milagros, y muchos más verificados despues de su muerte por su poderosa intercesion. Bucelino dice que fué canonizado, y que su sepulcro fué siempre muy frecuentado por las muchas mercedes y alivios que experimentaban los dolientes que con fe le iban á visitar. — A. L.

ROLANDO (B.). Confesor, llamado en italiano *Orlando*. Perteneció este caballero á la Orden tercera de S. Francisco, y su verdadero nombre fué Rolando de Catania; era señor del valle Casentino y de los estados adyacentes, é hijo menor del conde Clusio, el grande amigo del fundador de la Orden Seráfica, que le cedió el monte Alverna para establecer un monasterio, ó probablemente un gran número de ermitas, donde tuvo orígen la Orden tercera. Retirado allí del mundo y de los halagos que la fortuna y su posicion podian ofrecerle, vivió Rolando en continua penitencia, satisfaciendo por los pecados de sus semejantes, que en aquel siglo y su patria eran harto frecuentes y áun escandalosos. Educado en las santas máximas de la religion y piedad, habiendo crecido puede decirse que á la vista del patriarca de los franciscanos, nada habia en su educacion que no fuese altamente religiosa, y sus hábitos y costumbres se avenian muy bien con unas prácticas á que estaba avezado de toda su vida. Hubiera podido sin duda continuar en el siglo ejerciendo las mismas penitencias y los propios actos, y áun siendo útil á la Orden á que pertenecia; pero prefirió retirarse á un desierto, y allí entre gran número de compañeros, que eran otros tantos anacoretas, dirigir al Señor sus preces noche y dia, macerar su cuerpo con continuas penitencias y someterle á los más rudos y crueles tratamientos; creia de este modo hacerse superior á sí mismo, á sus compañeros y amigos, que vivian en el mundo olvidados de las necesidades del espíritu, arrastrados por las de la materia, á la sociedad entera en fin que se agitaba en masa en busca de placeres fáciles, y por lo tanto ficticios. Consiguiólo sin duda, pero su sacrificio fué grande y heróico; en su lucha con la materia tenia que vencer toda clase de enemigos, el amor propio, los consejos y

adulaciones de amigos y extraños, las sonrisas, los desprecios y hasta el vilipendio. No era ciertamente entónces mucho más fácil que ahora abandonar la sociedad por quien se obtiene todo, á la que todo se debe, la que de consiguiente todo lo espera del que de ella todo lo ha recibido. Fuertes barreras, indisolubles lazos, se oponian á ello, y todos pudo y supo romperlos Rolando, abrazando una vida retirada, eremítica, pobre en fin y miserable, llena de toda clase de padecimientos, y expuesta á una prematura muerte. Su carrera fué sin embargo tan rápida como gloriosa, y en su último término no tardó en ver la esperanza de una vida mejor, la confianza de que sus trabajos serían premiados en la patria celestial, como lo creen sus hermanos desde la hora de su muerte, habiéndole colocado en el catálogo de los beatos de la Orden Seráfica. —S. B.

ROLANDO DE CREMONA (Bto.). Extraordinaria fué la manera que Dios tuvo de llamar á su servicio á este esclarecido confesor, que fué sin duda uno de los más preciosos ornamentos de la muy justamente celebrada órden de Predicadores. Estaban en Bolonia bastante discordes los religiosos de tan excelente instituto, sin que se haya podido averiguar el fundamento de sus injustificadas desazones, pues en hecho de verdad el celebérrimo Reginaldo, beato en la Iglesia de Dios y muy acreditado, tanto por sus virtudes como por su indisputada capacidad, no podia hacer más que lo que hacia para allanar las dificultades que injustificadamente hacian surgir los que querian la disolucion de la comunidad de Sto. Domingo en Bolonia. Rolando habia llegado á aquella ciudad para pasar en ella algunos dias alegremente. Era un doctor muy acreditado, pero no eclesiástico, sino secular, hombre de muy vastos conocimientos y de nada vulgar erudicion. Pasó el dia en toda especie de diversiones y en relajaciones y áun extravios, no habiendo fijado su atencion en que acaso aquella misma noche podria ser llamado por Dios á su supremo é inapelable tribunal, y entónces su ruina no podia ménos de ser completa. Vino, pues, el ocaso del sol, y entónces reunió Reginaldo á sus religiosos para hacerles una fervorosa plática, en la cual les diese á entender lo absurdo de sus pretensiones acerca de la disolucion y exterminio del instituto de Sto. Domingo en aquella capital, y cuán agradecidos debian estar á Dios nuestro Señor por haberles hecho el favor de contenerlos en tan sagrado recinto, con el piadoso fin de excitarlos más y más á la fidelidad á la gracia y á que correspondiesen á los singulares beneficios del Señor. Tocóse, pues, la campana del convento para este fin, y su sonido hirió el corazon de Rolando, el cual conociendo que Dios le llamaba corrió presuroso, obligó al portero á que le franquease la puerta y se presentó al capítulo ataviado con todo el lujo que habia traido para asistir á la fiesta. Allí postrado y con lágrimas del mayor sentimiento, rogó á los Padres le admitieran por el

último de los legos de aquella santa casa, y con tan repetidas instancias manifestó sus deseos, que no pudieron por ménos de acceder á ellos, quitándose el mismo P. Reginaldo su escapulario para investir con él al pretendiente. Claro está que un suceso tan inesperado como singular habia de producir su efecto en aquella comunidad, y este fué el que todos protestaron su obcecacion, ofrecieron al superior la más fiel obediencia, cesaron en las tentaciones que les habian perturbado de suerte que habian resuelto salirse de aquella santa casa, y ya procuró desde aquel momento cada cual hacerse más y más perfecto y enaltecer con sus virtudes, cada uno en su línea, el instituto á que tenian la singular honra de pertenecer. Rolando por su parte, despues de un noviciado que se le hizo pasar mucho más rigoroso que lo que era costumbre, en razon á que habia venido á pretender de una manera tan extraordinaria, profesó con universal consuelo y fué excelente religioso. Utilizando la ciencia que ya traia y haciéndole como era justo completar sus estudios, le obligaron á ascender al sacerdocio, y en él dió pruebas de celo por el bien de las almas, dedicándose incansable á las más penosas tareas de la predicacion y de la enseñanza de la doctrina cristiana á los niños y á los rudos, con lo cual logró mucho fruto para las almas de sus hermanos y no poco aprovechamiento para la suya. Cuarenta años pasó de esta manera, al cabo de los cuales el Señor le llamó para sí á recibir la recompensa de sus merecimientos. Padeció mucho, aunque en muy pocos dias, y en esta ocasion demostró invicta paciencia é indescriptible espíritu de conformidad en la voluntad de Dios. Su muerte acaeció el dia 27 de Agosto de 1259, y desde el momento mismo en que se verificó, comenzó el Señor á hacer glorioso su sepulcro. Muchísimos milagros se obraron por su medio, y esto obligó á los fieles y á los superiores de su Orden á que suplicasen á Roma se dignára proceder á la justificacion debida de todos ellos. Efectivamente, de esta resultó que Rolando de Cremona fué declarado beato, y á su fiesta se asignó el 27 de Agosto. — G. R.

ROLANDO (Guichardo), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula, distinguido predicador contra los herejes, á los que atacó y venció repetidas veces en los principales púlpitos de Francia, de cuya nacion fué provincial, visitador, vicario general y particularmente modelo de todo género de virtudes, á las que añadió siempre su grande amor á la observancia regular. Cuando llegó el plazo de su muerte y última enfermedad celebró Misa, segun su antigua costumbre de no dejar nunca de celebrarla y predicar por gravemente enfermo que se viese. Llamó á su compañero y le dijo: «Hijo, el fin viene, viene el fin de esta miserable carne; llamen al Padre corrector y religiosos;» lo que se hizo con la mayor diligencia, y hallándose toda la comunidad reunida en su celda, se despidió de todos los religiosos

con graves y piadosas palabras, pidiéndoles perdon de las faltas en que habia caido y malos ejemplos que les habia dado, hasta que al fin recibidos los santos Sacramentos falleció con notables muestras de santidad en 1613, en el convento de su Orden de Lyon, siendo sepultado con grande veneracion en lugar distinguido por si fuere necesario exhumarle despues en vista de sus muchas virtudes. — S. B.

ROLANDO Oberstrat (P.), jesuita belga, nació en Bruselas en 1560, desde su primera juventud manifestó las mejores disposiciones, no solo para el estudio, sino tambien para los ejercicios de piedad y devocion en que estaba llamado á pasar la mayor parte de su vida. En efecto, apénas llegado á la edad competente ingresó en la Compañía, siendo uno de los religiosos más notables por su saber y virtud. Amábanle sus profesores y deseaban honrarle sus superiores, elevándole á puestos correspondientes á su capacidad; pero él modesto y humilde, se negó siempre á llenar estas aspiraciones contentándose con la ocupacion de profesor. Distinguióse mucho en la enseñanza, y sus discípulos tuvieron mucho que aprender de él, pues á una vasta erudicion, reunia una no vulgar elocuencia y era un modelo de buenas costumbres; que es lo principal en la vida religiosa, y en lo que más tienen que aprender los que á ella se consagran. Además de sus ocupaciones literarias se consagraba con frecuencia al ejercicio de la predicacion, en que obtuvo numerosos triunfos en la conversion de empedernidos pecadores, en la reforma de las costumbres y áun en la confusion de los herejes, cuyas doctrinas sabia pulverizar con su elocuencia y su verdadera fe. Pues la verdad en boca de un corazon verdaderamente inspirado tiene siempre un valor, un encanto, una grandeza que no pueden negar los que siguen el error, sintiéndose vencidos áun á pesar suyo, y teniendo que confesar su derrota. En la época en que vivió el P. Oberstrat, la herejía andaba muy válida en los Estados Unidos, que la defendieron á costa de su sangre, y aunque fuesen más bien miras políticas é interesadas las que sostuvieron aquellas largas y sangrientas guerras, el soldado sin embargo á quien se alucinaba y creia presentarse en el campo á defender su religion, más bien que los cálculos de un soberano extranjero, necesitaba ser convencido de su error, atraido á la fe de sus padres y sacado de la funesta senda por donde caminaba. Esto fué lo que se propusieron hacer las órdenes religiosas, y en particular la Compañía de Jesus, fundada principalmente para destruir al protestantismo, y si no lo consiguieron por completo, combatieron el ménos por todos los medios imaginables para conseguir sus designios, exponiéndose con frecuencia á la misma muerte, que sufrieron como gloriosos confesores de las verdades que defendieron. No cupo esta fortuna el P. Oberstrat, que falleció santamente como habia vivido, dejando una *Vida de Sta. Teresa de Je-*

sus impresa en Bruselas por Velpio, 1619, y despues aumentada en Amberes por Aetsem, 1634.—S. B.

ROLENDIS (Sta.), vírgen. Religiosa belga del monasterio de Eijock, entre el Brabante y Güeldres, cerca de Ruremunda junto al Mosa. Obtuvo el cargo de abadesa probablemente despues de su hermana Harlinda, llamada tambien Relenda y Renula. Refiere su historia Molano *in Natalibus SS. Belgii.* Su fiesta se celebra segun Ferrario en 6 de Febrero.—S. B.

ROLENDIS (Sta.), vírgen. Religiosa belga del convento de Gerpinia, que es una aldea llamada así en el obispado de Lieja. Refiere su vida Molano en las adiciones á los Santos de Bélgica. Se celebra su festividad en 13 de Mayo.—S. B.

ROLENDO (Bienaventurado), monje cisterciense. Nació en Portugal, siendo hijo de padres virtuosos y honrados, y medianamente acomodados. Fué dotado por Dios de singular ingenio y de otras partes excelentes naturales y adquiridas. De tal suerte sobresalió en las escuelas, que fué la admiracion de sus maestros y condiscípulos por su gran penetracion, gran memoria y fácil adquisicion de todo cuanto estudiaba. Habiendo llegado á los veinte años y considerando la frivolidad de las cosas terrenales, y menospreciando el mundo y sus vanidades, llevado de una grande y poderosa inclinacion, tomó el hábito de la órden de S. Benito, y Congregacion Cisterciense, la cual honró con sus muchos conocimientos y relevantes virtudes, siendo ejemplar su observancia regular, de austeridades, penitencias y gran devocion. Desempeñó algunos cargos en la Orden con completa satisfaccion de sus superiores, que celebraban sobremanera su celo, inteligencia y actividad, por lo que todo el instituto estaba agradecidísimo á sus muchos y buenos servicios, causa principal por la cual fué sentida generalmente su muerte, y mucho más ofreciéndose la dificultad de poder encontrar otro religioso que pudiera reemplazarle en el desempeño de los árduos asuntos sometidos á su cuidado é inteligencia.—A. L.

ROLIN (Antonio). Fué este esclarecido varon jesuita y muy dado al púlpito y al confesonario, en cuyos lugares sacó los abundantísimos frutos de una sólida piedad acompañada de una ilustracion nada vulgar, y mediante una prudencia como conviene para desempeñar con todo acierto tan importantes cargos. Es sin embargo muy lamentable que un hombre de tan recomendables prendas, y que por tantos conceptos merecia el que sus acciones se conocieran, porque indudablemente del conocimiento de las acciones buenas de nuestros prójimos resulta siempre un aliciente para ejecutar nosotros aquello mismo que admiramos, pues cuando vemos que el obrar bien conduce á nuestra dicha y sobre todo á la paz del espíritu, no podemos ménos de obrar así, porque solo para el bien, ó real ó aparente, es para

lo que está templado el espíritu del hombre. Dejándonos pues de reflexiones que por ahora no son muy del caso, diremos que ignorándose la época y lugar en que floreció nuestro buen Rolin, tiene adquirido sin embargo gran crédito en la república literaria por haber publicado una preciosa obra que tituló: *Vida, doctrina y muerte del venerable P. Alonso Rodriguez*; obra tan buena en el órden literario como en el histórico. —G. R.

ROLIN (Juan), hijo de Nicolas Rolin, favorito y canciller de Felipe el *Bueno*, duque de Borgoña, floreció en el siglo XV. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica, fué arcediano y despues consagrado obispo de la iglesia de Autun, despues de haber servido el obispado de Chalons-sur-Saone. El papa Nicolas V le creó cardenal el 13 de Enero de 1449. Hizo grandes bienes á su iglesia y al hospital de Beaune, construido por su padre, y segun Frizon en su *Gallia purpurea*, Auberi en la *Historia de los Cardenales*, y Munier en la *Historia de Autun*, murió de edad muy avanzada el dia 22 de Junio de 1483. —C.

ROLING (venerable Alejandro), presbítero. Fué natural de Oxford en la Gran Bretaña, y habia hecho sus estudios en los seminarios católicos de Roma, desde donde pasó á su desgraciada patria, ordenado ya de sacerdote, con objeto de contener en cuanto le fuera posible la marcha y progresos de la herejía, y de reparar las brechas que la impiedad habia causado en la fortaleza de la iglesia. Descubierto y preso en Lóndres, fué juzgado como reo de traicion al estado, y por su cualidad de misionero de la religion católica condenado á morir en la horca y ser descuartizado despues. Espiró valerosamente, invocando el sagrado nombre de Jesus, el dia 7 de Abril del año 1595. —M. B.

ROLLE (Anselmo). Profesó este religioso benedictino en el monasterio de Vannes el dia 23 de Mayo de 1612. Entró en la congregacion de S. Mauro, en donde obtuvo empleos superiores. Murió en Sta. Cruz de Burdeos el 13 de Agosto de 1627. Publicó este religioso muchas pequeñas obras que se han atribuido falsamente á S. Benito por algunos escritores, segun Moreri, y fué el primer escritor de la congregacion de S. Mauro. Olvidóle le Cerf en su biblioteca de autores de esta Congregacion, pero habla de él en una carta escrita á Mr. Le Clerc, de la comunidad de S. Sulpicio, contra muchas de sus observaciones de la *Biblioteca de Sichelet*, cuya carta tiene la fecha de 29 de Abril de 1731, y se halla en el tomo XVI de la *Biblioteca francesa*. —A. C.

ROLLEAU (Esteban Teodoro de), sacerdote francés, nació en Verdum (Alto Garona) en 1799, siguió los estudios elementales y la teología en Tolosa, pasó un año en la casa de los Lazazistas, y dirigió uno de los pequeños seminarios de París ántes de ordenarse de sacerdote, lo que hizo en

1826. Perteneciendo sucesivamente al clero de la iglesia de nuestra Señora de la Buena Nueva, y de S. Esteban del Monte, fué nombrado por último párroco de nuestra Señora de Loreto en 1833, y contribuyó á hacer á esta iglesia, que no se hallaba aún concluida, el templo más rico y más hermoso de la capital. La moda le tomó bajo su patronato y le bautizó con el mundano título de *Boudoir*. Los *meses de María* fueron en particular admirables por el lujo de los adornos y la belleza de la música. Mr. Rolleau obtuvo la fama de un administrador hábil, y se le ha mirado siempre como un orador elegante y un genio nada vulgar, no habiendo decaido nunca su celebridad en la capital del imperio. — S. B.

ROLLIN (Cárlos), historiador y rector de la universidad de París, en cuya ciudad nació el 31 de Enero de 1661. Era hijo de un cuchillero, y fué destinado á la misma profesion de su padre desde su primera infancia. Un benedictino de la casa conventual titulada de Blanc-Manteaux, en la que el niño solia ayudar á misa, habiendo reconocido que concurrian en él las más felices disposiciones, le sacó una pension para que hiciera sus estudios en el colegio de Plessis. El director de este establecimiento, Cárlos Gobinet, se declaró su protector, y el jóven Rollin supo ganar su aprecio con su aplicacion y su amable carácter. Despues de concluir las humanidades y la filosofia en el colegio de Plessis, cursó tres años de teologia en la Sorbona; mas no puso mucho cuidado en este estudio, por cuya razon, aunque se inclinaba al estado eclesiástico, no recibió más órdenes que la tonsura. El célebre Hersan, su profesor de humanidades, hizo renuncia de la plaza en su favor, y con efecto Rollin la desempeñó como segundo en 1683, explicando la retórica en 1687, y pasando á la cátedra de elocuencia del Colegio Real en 1688. A fines de 1694 fué nombrado rector, plaza que se le dejó durante dos años para recompensar y honrar su mérito. Bajo su gobierno la universidad tomó una nueva fase, pues reanimó el casi olvidado estudio del griego, y sustituyó las tragedias á los ejercicios académicos. Habiendo sido llamado á la corte el abate Vittement, coadjutor del colegio de Beauvais, hizo dar su plaza á Rollin, que gobernó este colegio con acertada direccion hasta el año 1712, en cuyo año se retiró completamente de la enseñanza para consagrarse á la composicion de las obras que han inmortalizado su memoria. La universidadad volvió otra vez á elegirle por rector en 1720, y la Academia de Bellas Letras le nombró por su presidente en 1701. Rollin murió en París en 1741. Fué sumamente estimado, asi por la dulzura de su carácter como por la sencillez de sus costumbres. Léjos de avergonzarse de su humilde nacimiento, era el primero en hablar de él, ocurriéndosele muchas y picantes epigramáticas razones acerca de los que desprecian la cuna donde nacieron. No se le conoció más falta que una especie

de vanidad, sobre todo para estimar sus obras, de las que los elogios enfáticos de sus admiradores le habian hecho concebir una alta estima. El decia naturalmente lo que pensaba, y sus juicios, alguna vez muy favorables, son efecto ménos de su presuncion que de la franqueza de su carácter. Era, en fin, uno de esos hombres vanidosos sin orgullo. Rollin hablaba bastante bien, pero tenia más facilidad para escribir que para explicarse, y por esta razon se le leia con más gusto que se le escuchaba. Su nombre era conocido en todos los países de la Europa. Federico el *Grande*, rey de Prusia, cuando era príncipe real, mantenia con él una activa correspondencia, y cuando ascendió al trono lo puso en su conocimiento por medio de una carta autógrafa, á la que Rollin contestó con una larga epístola, sumamente edificante, en la cual indicaba á Federico cuáles eran los principales deberes de un soberano cristiano. Todos saben que aquel excéntrico monarca era, si no completamente ateo, por lo ménos bastante irreligioso, y así en su contestacion le decia al sabio filósofo. «Mr. Rollin, en vuestra carta encuentro los consejos de un sabio, la ternura de una nodriza y la solicitud de un buen amigo.» Y más abajo continuaba. «Vuestros avisos, mi querido y venerable Mr. Rollin, me son mucho más útiles y agradables que los falsos cumplimientos de los aduladores.» Estas últimas palabras doraban algun tanto la píldora anterior; pero Rollin no pudo sufrir con paciencia la expresion de *la ternura de una nodriza*, y resentido con el monarca, trató de romper sus relaciones, contestándole que, en atencion á los graves cuidados de que le veia circuido, tenia el sentimiento de verse privado del honor de escribirle como anteriormente lo hacia. Y con efecto, no le volvió á dirigir ninguna carta. En cuanto al mérito literario de sus obras fué tan ensalzado en su tiempo como poco estimado en el dia. Sus principales producciones son: una edicion de *Quintiliano*, publicada en 1715, en dos volúmenes en 12.° para uso de las escuelas, ilustrada con notas y un interesante prólogo sobre la utilidad de este libro para formar tanto al orador como al hombre de bien. Tuvo al tiempo de publicar esta obra la feliz idea de quitar de ella una multitud de pasajes, que le parecian tan inútiles como oscuros. — *Tratado de la manera de enseñar y de estudiar las bellas letras*, cuatro volúmenee en 4.°, publicados en 1726 y reimpresos muchas veces. Esta obra es recomendable por los sentimientos de religion que respira, por el celo del bien público y por los escogidos tratados de los mejores y más célebres escritores griegos y latinos, que en ella se contienen, así como por la elegancia de su estilo. No puede, por lo tanto, ménos de ser sumamente útil para los profesores que deseen sacar discípulos excelentes, y es al mismo tiempo una buena refutacion de la pedagogía moderna; pues además de los saludables frutos que ha producido cuando se la consultára, aún continua-

rá produciéndolos siempre que se la tome por guia. — *Historia antigua de los Egipcios, Cartagineses, Asirios, Babilonios*, etc.; trece volúmenes en 12.°, publicados desde 1730 hasta 1738. Pocos autores han procurado presentar los análes del género humano con intenciones más puras y más sabias, á la vez que con mayor copia de esa simplicidad, de esa honradez mil veces más preciosa y persuasiva que la estudiada afectacion que algunos talentos despliegan. Varios críticos se lamentan de que su plan cronológico no es ni exacto ni correlativo; que presenta los hechos bastante inexactos; que no examina con cuidado las exageraciones de los antiguos historiadores para evitar imitarlas, y que su estilo no es siempre igual, naciendo esta desigualdad de que el autor ha intercalado en su obra trozos enteros de producciones modernas contemporáneas, en número á veces de veinte y treinta páginas seguidas. Pero sin disputa, sin género de duda, nada hay más noble ni más elevado que sus reflexiones.—*La Historia Romana desde la funducion de Roma hasta la batalla de Actium.* La muerte le impidió concluir esta obra que su discípulo Crevier continuó despues desde el volúmen 9.° *La Historia Romana* no tuvo tanta aceptacion ni tan buen éxito como la *Historia Antigua*; porque se advierte que más bien que historia es un discurso histórico-moral. El autor no hace en ella más que indicar algunos acontecimientos de los más memorables, extendiéndose con prolijidad suma en aquellos que le presentaban ancho campo para moralizar. Hizo tambien varias traducciones latinas de diferentes escritos publicados con motivo de las querellas y disputas que en su tiempo se movieren entre los impugnadores y los partidarios de Jansenio. Rollin fué uno de los más celosos adeptos del famoso diácono de Paris, Nicole, y no tuvo reparo en manifestar sus opiniones sobre este punto, haciendo en sus cartas un mérito de la especie de culto que por aquellas doctrinas profesaba, y en su testamento dejó una respetable suma con destino á la caja establecida para reunir fondos é invertirlos en las empresas útiles á los intereses del partido jansenista. — *Opúsculos que contienen diversas cartas, arengas, discursos, acciones de gracias*; París, 1771, dos tomos en 12.° Coleccion poco interesante y que podia haber sido formada con más gusto y mejor eleccion de los asuntos. El abate Talihé publicó un compendio de la *Historia Antigua*, en cinco volúmenes, adornados de láminas, é impresos en Lausana y Génova. *La Historia Antigua, la Romana y el Tratado de estudios*, fueron reimpresos en 1745, y forman diez y seis volúmenes en 4.° En 1782, Bassompierre, impresor de Lieja, publicó una hermosa edicion de la Historia Romana, con la continuacion que forma diez y seis volúmenes en 8.° Mr. Letronne, del Instituto francés, ha publicado una edicion completa de las obras de Rollin, con notas y observaciones históricas, cuya coleccion fué impre-

sa por Didot en 1821, y consta de treinta volúmenes en 8.°, ilustrados con varios atlas. Mr. Lequien publicó igualmente otra coleccion completa de dichas obras, desde 1821 á 1827, que componen treinta volúmenes en 8.°, y en la cual las notas sobre las principales épocas de la *Historia Antigua y la Romana* son obra de Mr. Guizot. En 1818, uno de los temas propuestos para los premios de la Academia Francesa fué el elogio de Rollin, el cual lo obtuvo el abogado Berbille y se puso á la cabeza de la edicion de Mr. Letronne. En suma, Mr. Coffin, profesor de la universidad de Paris, tan ventajosamente conocido por sus apreciables producciones latinas, y sucesor del célebre historiador en el colegio de Beauvais, hizo á fin de colocarlos debajo de su retrato los siguientes versos, que creemos verán con gusto nuestros lectores.

Ille est formandæ solers cupidusque juventæ
Assiduus morum cultor et ingenii.
Vivus adhuc hominum volitat renatque per ora.
Famæ idem testi pretor et ipse suæ.
Unica pertentat generosum gloria pectus;
Spargere doctrinæ quas cumulativit opes.

El autor del *Genio del Cristianismo* que ha consagrado un capítulo de su obra á la gloria de Rollin, le termina con estas palabras: «Rollin es el Fenelon de la historia, y, como él, ha embellecido el Egipto y la Grecia. Los primeros volúmenes de la *Historia Antigua* respiran el genio de la antigüedad. La narracion y el lenguaje del virtuoso rector es robusto al par que sencillo, y el cristianismo, brotando de su pluma, le presta un no sé qué que conmueve las entrañas. En todos sus escritos se reconoce y se encuentra al hombre de bien, en cuyo corazon hay una fiesta continua, segun la maravillosa expresion de la Escritura. No conocemos obra que conmueva más dulcemente el alma. — M. B.

ROLLON ó Raoul, primer duque de Normandía, uno de los jefes principales de los daneses ó normandos, que hicieron tantas correrías y talas en Francia en los siglos IX y X. Para hacer la paz con ellos, concluyó el rey Cárlos el *Simple* en Saint-Glair-sur-Epté, en 912, un tratado, por el que dió en matrimonio á Rollon, su jefe, su hija Gisla ó Guella, con la parte de la Neustria, que obtuvo despues el nombre de Normandía, á condicion de que le haria homenaje y que abrazaría la religion católica. Habiendo aceptado Rollon las ofertas del rey de Francia, le instruyó el arzobispo Francon y le bautizó en 912; el duque Roberto le acompañó á la pila, le dió su nombre y le hizo grandes regalos. Roberto de Normandía, pues así es como

se intituló Rollon, despues de su bautismo, hizo tambien instruir á sus condes, á sus caballeros y á todo su ejército. Roberto ó Rollon se consagró principalmente á indemnizar á la religion de los males que la habia causado. Reedificó muchas iglesias que habian arruinado él y sus normandos, y elevó en poco tiempo á la religion en su ducado de Normandía á tanto esplendor, como desolada se habia encontrado ántes. Al siglo siguiente, estos mismos hombres, que tantos daños habian causado á la cristiandad, se convirtieron en sus más firmes apoyos, los señores normandos arrojaron á los sarracenos de Italia, é hicieron juramento de fidelidad á los papas como reyes de Sicilia y Nápoles. — S. B.

ROLLWINCK (Wernerus de Laet). Nació en la diócesis de Munster, fué cartujo en Colonia, floreció á fines del siglo XV, y murió en 1502, á la edad de setenta y siete años y cincuenta y cinco de religioso. Compuso una crónica titulada: *Le Fascian des temps*, que comprendia desde el principio del mundo hasta el año 1481, la cual se encuentra entre los *Historiadores de Alemania*, por Pictorius, impresa en Francfort el año 1584, de la que habia ya una primera edicion de Lovaina hasta el año 1476. Fué tambien autor de la obra titulada *Le Paradis de la Conscience*, impresa en Colonia en 1475; de un *Tratado sobre el sacramento de la Eucaristía y del fruto de la Misa*, impreso en Colonia en 1553; un *Sermon* sobre S. Benito, y otras muchas obras que no se han impreso. Entre estas se halla un *Calendario* ó *Martirologio*; un *Comentario* sobre las Epístolas de S. Pablo; siete libros de la *vida de S. Pablo*, y algunos otros, de los que dejó catálogo, que publicó Tritemio en sus *Escritores ilustres alemanes*, y Dupin en la *Biblioteca de autores eclesiásticos* con relacion al siglo XV. — C.

ROMA, concubina ó mujer de segunda clase de Nachor, hermano de Abraham. Roma fué madre de Tabeas, de Gaham, de Tahas y de Maaca.

ROMA (Fr. Alberto de), religioso dominico, llamado así del lugar de su nacimiento y profesion. Floreció á últimos del siglo XIII ó principios del XIV, manifestando desde luego si no un ingenio de primer órden, la suficiente capacidad al ménos para ocupar un puesto de una manera digna, y áun legar su nombre á la posteridad. No era ciertamente el siglo con todo su esplendor y vanidades en el que estaba llamado á brillar Alberto, debia ostentarse en otra esfera, recoger en ella más distinguidos y gloriosos laureles, llamando la atencion de sus contemporáneos, y áun prestándoles servicios de mayor ó menor importancia. En efecto, apénas hubo terminado Fray Alberto sus estudios, profeso ya en la Orden Dominicana, cuando comenzó á consagrarse á las sagradas tareas que le imponia su instituto. Era una de estas y la principal la predicacion, en que al mismo tiempo que á enseñar al pueblo, se consagraban estos religiosos á mejorar sus costumbres y á in-

fluir en su bienestar. Ciertamente que los dominicos no emprendieron nunca misiones tan largas y penosas como los capuchinos, que aunque establecidos despues, tomaron esta parte de las diferentes que á aquellos estaban cometidas, pero en cambio trabajaron mucho más en defensa de la fe, siendo los constantes campeones contra todas las herejías que nacieron durante su época. De aquí provino el empleo de inquisidores, que por lo general desempeñaban los PP. dominicos, aunque tambien en algunas ocasiones se cometiese á religiosos de otras órdenes, pues estos cargos á pesar de cuanto se ha dicho eran siempre de nombramiento real, por lo que no es raro el que este tribunal sagrado, y por lo general independiente, tuviera en alguna ocasion que tomar parte en los asuntos políticos, no de *motu propio*, sino por mandado del soberano, y la influencia y presion que en él ejerciesen los empleados y hechuras suyas. ¡Desgracia de la humanidad, que siempre ha de caminar entre dos escollos, sin poder encontrar el término medio, que constituiria su felicidad y salvacion! Alberto se distinguió mucho como predicador, y fué uno de los oradores más notables de la ciudad eterna, que acudia con gusto á sus sermones, aplaudiéndole y entusiasmándose al oir su elocuente palabra y sus discursos llenos de ciencia y erudicion. Parece tambien que estuvo consagrado á la enseñanza, aunque no pueda esto asegurarse definitivamente; pero se deduce de una obra que escribió y estaba indudablemente destinada al estudio. Sábese que falleció en Roma, aunque se ignora la época de su muerte. El título de su escrito, que no llegó á ver la luz pública, es el siguiente: *Commentarium in quatuor libros Sententiarum.*— S. B.

ROMA (Fr. Bernardino), religioso dominico del siglo XV. Fué natural probablemente de Florencia, donde debió tomar el hábito y pasar la mayor parte de su vida, segun se infiere de las escasas noticias que acerca de ella nos han quedado. Consta, sin embargo, que desde el momento en que tomó el hábito se distinguió mucho por sus costumbres ejemplares, siendo el primero en el coro y en los demás oficios propios de su profesion. Humilde y obediente, no conocia otra voluntad que la de sus superiores, cuyos mandatos prevenia, contento con seguir en todo sus inspiraciones, pues tenia la firme conviccion de que solo por ellas obtendria los buenos resultados que se habia prometido. Profeso ya, siguió su carrera con aprovechamiento, aunque no fué ciertamente el estudio en lo que más se distinguió, pues dotado de un ingenio vivo y penetrante, de grande facilidad para expresarse y de elocuencia natural, estos dotes, que le hacian sobresalir en todas partes, le hicieron perder mucho de la profundidad que de otra manera hubiese adquirido. Mas no por esto dejó de obtener ménos reputacion, ni de figurar en primera línea, no solo en su Orden, sino en

su siglo. El saber lo mismo que la virtud se manifiestan de maneras bien distintas, y no siempre son los eruditos los que figuran en primera línea en la república de las letras; con ménos trabajo, con ménos asiduidad y atencion brillan á veces algunos hombres, y dejan un nombre á la posteridad gloriosamente conquistado, pues es fruto de su ingenio, de esa inspiracion que son pocos los hombres á quienes la concede el Señor; pero que una vez obtenida, se lleva la admiracion de los contemporáneos y áun de la posteridad. Hállanse principalmente en este caso los oradores y los poetas, unidos por cualidades comunes, y sin las cuales son inútiles toda la ciencia y todo el estudio. No faltará algun erudito que, á fuerza de laboriosidad, llegue á componer una poesía ó un discurso; pero á ambas composiciones les faltará una cosa, la espontaneidad, la naturalidad y la gracia, que es lo que da la vida á ambos géneros de literatura, lo que hace que pasen respetados y reverenciados sus nombres á la posteridad. De esta manera conocemos á Fr. Bernardino de Roma, orador afamado en su siglo, aplaudido por todos y apreciado hoy por los curiosos y bibliógrafos, que nos han conservado los fragmentos de un manuscrito suyo, que se guardó por largo tiempo en la biblioteca de Florencia con el título: *Sommario d'una predica della divina misericordia di frate Bernardino da Roma, predicatore preclarissimo, senza il fine.* — S. B.

ROMA (Fr. Cesáreo de), franciscano italiano, muy erudito y dotado de no ménos ingenio é imaginacion. Devoto de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen Santísima, solo esta cualidad basta para recomendar al P. Cesáreo, pues puede asegurarse que la mayor parte de su vida fué consagrada á la adoracion de tan santo misterio. Objeto era este á que se habia dedicado toda su Orden desde muchos siglos ántes, y en el que se habian distinguido en particular los franciscanos españoles, que habian salido á su defensa en numerosas obras, citadas aún con encomio por los entendidos en este género de literatura. Quizá los esfuerzos de nuestros compatriotas tuvieron una parte muy activa en los de sus hermanos en el resto del mundo, pues sabido es que para las órdenes religiosas no habia otra patria ni otra ley que su hábito y su regla. Así, el que afiliado en una de ellas, tenia una idea ó un plan que le parecia útil á la iglesia ó á la religion, le proponia á su Orden, y una vez admitido y aprobado, estaba seguro de su desarrollo y áun de su triunfo. De esta manera se explica la superior actividad de los religiosos en gran número de siglos, sus esfuerzos y buenos resultados para salvar á la Europa de la barbarie, en que sin ellos hubiera irremisiblemente caido, siendo tanto más gloriosa su victoria, cuanto más grandes fueron los obstáculos con que lucharon, mayores las dificultades que tuvieron que vencer. Cesáreo fué uno de esos héroes, que semejantes á los que predicaron

las Cruzadas y consiguieron lanzar repetidas veces á lo más florido de Europa contra los infieles para arrebatarles los Santos Lugares, se propuso llevar á cabo una idea grande, santa, divina, fundamental quizá para el dogma cristiano. Tal es la de la Inmaculada Concepcion, misterio sostenido ya por los Santos Padres y doctores del catolicismo; aprobado en algunos concilios, y que nuestro siglo debia tener la gloria de ver elevado á dogma de fe. Ciertamente él no hizo más que poner su piedra en el gran edificio que debia coronar Pio IX, pero sus esfuerzos no por esto merecen ménos aprecio ni deben dejar de exponerse para que la historia los dé su verdadero valor. Su trabajo consiste en un *Stellarium Conceptionis Deiparæ Mariæ*, que dedicó al Sr. D. Pedro Pablo Crescenti, cardenal de Palestrina y Orvieto, y se imprimió en una magnífica estampa ó carta, dado á luz en Nápoles en 1626. S. B.

ROMA (Fr. Diego de), franciscano italiano, de la órden de los Observantes reformados. Floreció en el siglo XVII, y fué tan ilustre por su doctrina como por sus virtudes, á juzgar por los elevados puestos que desempeñó, y confianza con que siempre le honraron sus superiores. Tomó parte en las cuestiones principales que en beneficio de la religion se ventilaron en su siglo en Italia y en otros países, pues su grande reputacion hacia que recurriesen á él sus hermanos de toda Europa para que les ayudase en sus empeños y venciese las dificultades que sus solicitudes encontraban en la Curia romana. El P. Diego, varon docto y piadoso, pero amante de su religion, procuraba adelantarla en cuanto estaba en su mano, y siempre que á ello no se oponia la rectitud y la justicia procuró prestarla toda clase de servicios, y serla útil en las circunstancias más difíciles y delicadas. Cuando más se distinguió fué en la causa de la canonizacion de S. Juan Capistrano, de que fué procurador. Habia pertenecido este Santo á la Orden Seráfica, y sido uno de sus más gloriosos ornamentos, por lo que sus hermanos tenian un deber en procurar le rindiese la Iglesia universal el culto que le tributaba ya la religion franciscana. Para conseguirlo empleó el P. Diego los mayores esfuerzos, escribiendo la *Vida del Santo*, que se imprimió en Roma en 1690, año de la canonizacion de Capistrano, hecha solemnemente por Alejandro VIII. Prestó otros muchos servicios nuestro religioso á sus hermanos, y por ellos se hizo acreedor á la estimacion y aprecio que le conservan todavía. Era por otra parte un varon de puras y buenas costumbres, muy dado á la oracion, penitencia y recogimiento, y entregado á todos los ejercicios propios de su profesion religiosa, sin que ni sus muchos negocios, ni los contínuos cargos que desempeñára, le separasen un punto de su método de vida, ni de los buenos hábitos que adquiriera desde su entrada en la religion. Carecemos de monumentos para juzgar de su ciencia y saber, pues

la *Vida de S. Juan Capistrano* arriba referida, como hecha en un momento de grande solemnidad, y en que Roma y la Iglesia entera querian saber los méritos del Santo recien elevado á los altares, corrió con la mayor profusion, de manera que ha desaparecido, y si existe algun ejemplar deberá mirarse como una curiosidad bibliográfica, perdida entre el polvo de las bibliotecas, é ignorada quizá de los mismos encargados de custodiarlas. — S. B.

ROMA (Fr. Egidio ó Gil). Tradujo una obra suya del latin al castellano Don Bernardo, obispo de Osma, para la enseñanza del príncipe D. Pedro, hijo del rey D. Alonso de Castilla; impresa en Sevilla, año de 1494, en fólio. En la edicion catalana se añaden al fin de cada capítulo glosas muy eruditas. Corrigió esta obra Alejo, director de las escuelas de Barcelona. — A.

ROMA (José). Este religioso mínimo, bibliotecario del rey de Cerdeña, nació en Pau de Bearne en 1687. Estudió las humanidades en el colegio de Jesuitas de Tolosa, y en 1701 tomó el hábito en los Mínimos del convento de S. Roque. No teniendo aún edad para profesar, estuvo dos años en el noviciado hasta el año 1703, en que pronunció sus votos. En los dos años que permaneció aún en esta casa, se aprovechó de las lecciones del P. Saquem, religioso de la misma, muy conocido por sus obras y por lo bien que profesaba la lengua griega. Fué enviado el P. Roma en 1705 al convento de Mínimos Franciscos de la Trinidad del Monte, en Roma, para que estudiase la filosofía y la teología, y fueron tales los progresos que hizo, que en 1711 se le nombró profesor de las mismas ciencias en este convento. A pesar de no contar más que veintiocho años, en 1715 el cardenal Annibal Albani le nombró su teólogo consultor. No haciéndose su salud al aire de Roma, dejó á esta ciudad en 1717 y se dirigió á Tolosa. Pasando por Turin fué á saludar al rey de Cerdeña Victor Manuel Amadeo, que quedó tan encantado de oirle, que le detuvo para que fuese uno de los profesores de la universidad que se proponia crear en la capital. Volvió al fin á Tolosa el P. Roma y permaneció en ella un año como fraile particular, y otro como superior. En 1719 le llamó á Turin el rey Victor Amadeo, y le obligó á enseñar la física experimental, ciencia desconocida hasta entónces en aquel país. Señalóle dos mil libras de Saboya de renta, y mesa. Abierta la universidad de Turin en 1720, el P. Roma se aficionó á los principios de Descartes. Creyéndolo por esto criminal, se le acusó de querer trastornar la religion; pero justificóse haciendo ver la ignorancia de sus delatores de tal modo, y desengañó tan perfectamente al Rey, que este príncipe en los últimos estatutos que dió á la universidad, mandó se enseñase en ella la física experimental conforme á la doctrina de los filósofos modernos. Confióse enteramente el Rey al P. Roma, y le encargó frecuentemente sus negocios más secretos; y luego que el jóven príncipe de Soissons, sobrino de corta edad del príncipe Eugenio,

vino de la corte de Viena á la de Turin, le confió su educacion; pero hubo la desgracia de que el jóven príncipe murió á poco de haberla empezado. Hacia trece años que era profesor el P. Roma, cuando empezó á alterarse sensiblemente su salud. El rey Cárlos Manuel, hijo y sucesor de Victor Amadeo, en atencion á que no podia continuar en la enseñanza, le hizo su consejero de estado y su bibliotecario, confiriéndose su cátedra al P. Francisco Garro, de la misma Orden, y natural de Cosenza en el reino de Nápoles, el cual fué propuesto al Rey por el mismo P. Roma. Desde entónces solo se ocupó en arreglar y dirigir la Biblioteca Real de Turin, la cual aumentó mucho. Murió el P. Roma en Turin el dia 13 de Marzo de 1736, á los trece dias de enfermedad. Sabia este docto franciscano el hebreo, el griego, el latin, el francés, el italiano, el español y el aleman, cuyas lenguas, en su mayor parte, hablaba con facilidad. Fué provincial de Aquitania y colega del general de su Orden; y cuando murió era vicario general de la provincia de Saboya. Estuvo en relacion con muchos sábios de varios países. El *Mercurio* de Mayo de 1736 publicó su elogio, y tambien lo hizo el *Mercurio* suizo del mismo año. — A. C.

ROMA (Julio), patricio milanés. Fué este cardenal del Sacro Colegio Romano originario de la nobilísima y antigua familia Orsini. Terminado que hubo sus estudios en la universidad de Pavía y de Perugia, se fué á Roma. Introducido en la audiencia del pontífice Paulo V, le preguntó éste acerca de los estudios que habia hecho, á lo que le contestó con mucha modestia, y como al pedirle razon de su familia le respondiese que eran diez y seis hermanos, todos hijos de su padre Pablo Camilo, por esta circunstancia, que reunia ambos nombres el uno de bautismo y el otro de pontificado, y agradándole mucho su elegante aspecto y buena disposicion, le invitó á quedarse en Roma dándole esperanza de cuidar de su porvenir. Como le manifestase Julio que dudaba consintiese su padre en ello por hallarse ya en la corte del cardenal Federico Borromeo de familiar, para no gravar á su familia ya tan numerosa, el Papa insistió en su invitacion, encargándole dijese á su padre que era su gusto se quedase en Roma. Volviendo á Milan y manifestando Julio á su padre cuanto le habia dicho el Papa, le hizo volver á Roma, y apénas volvió á presentarse al Pontífice, este le dió plaza entre los abogados consistoriales, tocándole, por fortuna suya, perorar en el público consistorio que se celebró para la canonizacion de S. Cárlos Borromeo, y lo hizo con tanta gracia y sublime elocuencia, que mereció el aprecio y aplauso del Sacro Colegio y que el Papa quedase tan complacido, que le nombró abogado de su casa Borghese, referendario de la signatura, y sucesivamente gobernador de Fesy, Orvieto, Camarino y Perugia, en cuyos destinos se portó con tanta prudencia y justificacion, que á los dos años fué creado cardenal

sacerdote de Sta. María de Minerva, el dia 11 de Enero de 1621. Muriendo pocos dias despues el Pontífice, su magnífico protector, su sucesor el papa Gregorio XV le nombró en el mismo año obispo de Recanati y de Loreto, en cuyo episcopado, además del sínodo que celebró, hizo muchos beneficios. Fortificó y adornó la catedral de Recanati; erigió un bellísimo baptisterio de metal, regaló seis grandes candeleros para el altar mayor, edificó un coro nuevo, y enriqueció su sacristía. Aumentó la renta de la mesa capitular, amplió la habitacion episcopal, fundó el monasterio de Sta. María para la educacion de doncellas, y alivió mucho á los monjes de S. Benito que se hallaban con necesidad de recursos. En 1634 fué trasladado á Tívoli por el papa Urbano VIII, y al año siguiente demolió la catedral, que amenazaba ruina, y fabricó otra nueva que se concluyó en 1641, habiendo reedificado casi del todo la casa episcopal al propio tiempo. Edificó un gran seminario, al que asignó las rentas necesarias, aplicándole algunos beneficios simples que tenia ántes el suprimido convento de S. Agustin. Provisto de la competente autoridad apostólica, terminó el pleito que habia entre la mesa episcopal y la ciudad de Tívoli por razon de intereses. Compuso igualmente las diferencias que existian entre los obispos y abad de Subiaco, que lo era entónces el cardenal Barberini, cediendo por el mismo y sus sucesores la jurisdiccion espiritual que el obispo de Tívoli tenia sobre once tierras pertenecientes á la abadía, que pagaban todos los años cuatrocientos escudos á la mesa episcopal. Empleaba Roma la mañana en la oracion mental y vocal, recitando solo, y casi siempre de rodillas, con gran fervor y devocion, las horas canónicas y el oficio de la Vírgen, el de los difuntos, y el del rosario, añadiendo á esto la lectura de los libros sagrados y devotos, y ántes de comer no acostumbraba á dar audiencia, á no ser en casos indispensables. Los miércoles guardaba abstinencia, el sábado rigoroso ayuno, pues que solo comia legumbres ó yerbas, y en los demás dias su comida era muy frugal. Detestaba la avaricia é impureza, y hablaba con las mujeres siempre delante de sus familiares. Una mujer vana, que pretendió hablarle un dia de sorpresa, la hizo decir que si el asunto que la llevaba era espiritual enviase á su confesor, y si era temporal que fuese su marido. Fué padre cariñoso de sus criados y familiares, procurando no les faltase nada de lo necesario, tanto para el alma cuanto para el cuerpo. En 1645 hizo dimision de su título y fué nombrado obispo de Porto, en donde fabricó el hospital en 1652. Pasó despues al obispado de Ostia y de Velletri, y en los ocho meses que le gobernó fundó el seminario, siendo en este tiempo ya decano del Sacro Colegio. Despues de haber intervenido en tres cónclaves y dejado por herederos á sus sobrinos para recompensar á su familia de cuanto habia hecho por él, murió lleno de méritos en Roma el año 1752, á los sesenta y ocho años de

edad, en el dia y hora misma en que habia nacido. Dióse sepultura al cardenal Roma en medio de la iglesia de S. Cárlos del Corso, bajo una losa de mármol en la que se grabó un magnífico elogio. Fué Roma de una integridad completa, exacto observador del ayuno eclesiástico, asíduo en la oracion, sóbrio, continente y grave, demasiado austero, y diligentísimo conservador de la disciplina eclesiástica. Escribió algunas obras, cuyo catálogo puede ver el curioso, segun Moroni, en la *Biblioteca de los Escritores milaneses*. —C.

ROMA (Fr. Nicolas), minorita italiano del siglo XVII. Nació segun todas las probabilidades en el reino de Nápoles, aunque tomó el hábito en el convento de la ciudad que le sirve de apellido. Consagróse desde su juventud á los estudios, en que hizo notables adelantos, siendo muy apreciado de sus maestros y condiscípulos, que se esmeraban á porfia en concederle su amistad y prodigarle todo género de obsequios. Acaso hubiera brillado en los primeros puestos de una carrera literaria, si su piedad sincera y su amor á la oracion y al retiro no le hubieran hecho preferir la vida del claustro para la que contaba con particulares disposiciones. Apénas hubo tomado el hábito, manifestó todas las prendas que eran el patrimonio de su hermosa alma, y las virtudes de la humildad, obediencia, oracion, penitencia y mortificacion brillaron en él hasta el heroismo, siendo por lo tanto amado de sus superiores y compañeros, que veian en él un espejo de buenas costumbres, un modelo de practicas religiosas y un ser, en fin, privilegiado para todos los ejercicios propios de su profesion. En los muchos años que vivió en el convento de Roma el P. Nicolás, fué un verdadero religioso, amado de todos y querido igualmente de sus compañeros que de cuantos le trataban. Distinguióle su devocion á María Santísima en el misterio de la Inmaculada Concepcion, á que fué siempre muy afecta su Orden, y que defendió áun en contra de otras órdenes religiosas que no pensaban de la misma manera sobre este asunto, aunque sin negar ninguna de las glorias y grandezas de la Madre del Verbo humanado. Hoy que este misterio se ha declarado dogma de fe, en que no cabe ya sobre él duda alguna, todas las religiones y todos los católicos pensamos de la misma manera, y los sucesos antiguos, aunque pertenecen á la historia, ápenas merecen mencion sino como un recuerdo de las equivocaciones en que pueden caer hasta los genios más extraordinarios, los hombres más grandes que han figurado en la série de los siglos y que, sin dejar de ser eminentemente católicos, tenian sin embargo opiniones contrarias en ciertos puntos, que eran entónces cuestionables, y que el tiempo ha manifestado despues se hallaban fuera de toda duda y de toda discusion. Siguiendo el P. Nicolas la costumbre de su Orden, escribió ó formó, segun dice el P. Pedro Alba en su *Mili-*

cia universal, un mapa ó lámina intitulada: *Stellarium Immaculatæ Conceptionis Deiparæ Mariæ*, compuesto sobre las palabras *Tota pulchra es*, que se imprimió en Nápoles en 1626.—S. B.

ROMA (Fr. Urbano de), religioso franciscano de los Observantes reformados. Fué natural de la ciudad eterna, donde pudo beber en el más puro manantial, con las verdades de nuestra sacrosanta religion, las aguas de la inspiracion divina, que debia dar vida en su alma á las creaciones del vivificante genio, que Fr. Urbano demostró tener con sus escritos, de los que no se conocen ni áun los títulos, contando solo su existencia por la mencion honorífica que de ellos hacen los autores. Fué un excelente religioso, distinguido por su piedad y doctrina; pasaba largas horas entregado á la oracion ó á las más profundas meditaciones, y era un modelo de humildad y obediencia. No ménos notable por su erudicion, fué uno de los oradores más celebrados de su época y obtuvo los cargos de predicador y teólogo del soberano pontífice Clemente VIII, los que desempeñó con los mejores resultados, aumentando la reputacion que de antiguo habia adquirido y que ha llegado incólume hasta nosotros. Tambien en su Orden obtuvo diferentes y elevados cargos, como lo merecia por sus buenas cualidades, y áun tuvo ocasion de prestarla recomendables servicios por la elevada posicion en que llegó á colocarse; posicion debida exclusivamente á su talento, que no mendigó ni obtuvo por favor, pues retirado constantemente en el fondo de un claustro y viviendo únicamente por la obediencia y para la obediencia, no podria aspirar á superiores dignidades, que solo obtuvo porque convencido el Pontífice de lo útiles que le serian sus conocimientos y de la gloria que resultaria á la Santa Sede de tener cerca de sí varon tan ilustre, le llamó á su lado para ilustrarse con sus consejos y brillar con su sabiduría en las ocasiones de grandes ceremonias y solemnidades de primer órden. A pesar de todo son escasas las noticias que han quedado de este religioso. Unicamente se sabe por relacion de Próspero Mendonio en su *Biblioteca Romana*, que fue un varon distinguido por su piedad y doctrina; que floreció en tiempo de Clemente VIII de quien, como ya hemos dicho, fué predicador y teólogo, y no se hizo ménos notable por sus conocimientos en filosofía y literatura, en que llegó á conquistarse una merecida reputacion; y que muchos volúmenes de varia erudicion, escritos por él mismo, se conservan en la biblioteca de su convento de Castel-Gandulfo. Breve reseña en verdad, que apénas nos indica la patria y principales circunstancias de la vida de este individuo, debiendo deducirlas de tan escasa relacion; pero esto sucede con otros muchos religiosos que se encuentran en igual caso y de los que solo la atenta observacion puede formar, y áun esto no con certidumbre, una incompleta biografía.—S. B.

ROMAGESE (Matías le Groin de la), obispo de Saint Brienne. Nació en Saint Lauvier, diócesis de Moulins, de una antigua y noble familia. Despues de haber hecho los estudios de filosofía y teología en el seminario de S. Sulpicio, recibió en la Sorbona los grados académicos, y en el año 1783 fué nombrado canónigo teólogo y gran vicario de Chalons-sur-Marne, y luego vicario general de Bourges y de Clermont. Cuando estalló le revolucion francesa, y en su primera época, demostró una constancia inquebrantable y una extremada firmeza, pues detenido á la fuerza en su diócesis y sin poder refugiarse en los bosques, como otros perseguidos sacerdotes, se vió en la precision de gobernar por si solo y de despachar todos los asuntos. En 1793 fué arrestado en compañía de su hermano, tambien sacerdote y gran vicario de Bourges, y conducidos ambos á las prisiones de Moulins. En los primeros meses de 1794 se les trasladó al puerto de Rochefort en union de otros setenta y dos sacerdotes del departamento del Allier, condenados como ellos á la deportacion en las colonias. La Romagese, no pudiendo llegar á figurarse fuera tanta la barbarie de los que les habian condenado á tan dura pena, que consintieran y aprobasen los tormentos y malos tratos que se aplicaban á los confesores de la fe, expuso al capitan del buque las respetuosas quejas de sus compañeros de desgracia, y aquel le aconsejó redactase una súplica, que prometió entregar á la administracion civil del distrito de Rochefort. Hizo Romagese lo que le aconsejaban y redactó la memoria, que firmaron con él catorce sacerdotes. Mas apénas la hubo leido el capitan, lleno de cólera al ver los términos en que estaba redactada, condenó á todos los firmantes á ser cargados de cadenas, como en efecto se hizo, poniendo á cada uno un par de grillos y colocándolos como malhechores en una fila sobre el puente. Romagese pasó por el duro trance de ver morir á su lado muchos de sus compañeros, entre ellos á su querido hermano. La caida de Robespierre le devolvió la libertad, y regresó á su patria lleno de santo celo y dispuesto á trabajar en favor del restablecimiento de la religion. Por premio de sus trabajos y merecida recompensa de sus virtudes, fué elevado en 1819 á la silla episcopal de Saint Brienne, y se consagró exclusivamente el resto de su vida al cuidado de la grey que le estaba encomendada. Su caridad y su celo le granjearon la estimacion y el aprecio de sus súbditos, que aún recuerdan con gratitud las pruebas que dió de aquellas virtudes cuando ocurrió la terrible invasion del cólera-morbo. El seminario de Plougernével, la casa de retiro para los sacerdotes enfermos, la Caja de Socorros, el Hospicio de los Hermanos de S. Juan de Dios, la institucion del Colegio de los Sordo-mudos y la publicacion de un nuevo breviario y de algunas otras obras útiles, prueban que la direccion de su episcopado no dejó de producir abundantes y saludables frutos

para el bien del país y aprovechamiento de las almas. La Romagese murió en Saint Brienne el dia 19 de Febrero de 1841, á los ochenta y cinco años de su edad. — M. B.

ROMAGUERA (Dr. D. José), canónigo penitenciario de la santa iglesia de Barcelona, vicario general del obispado, y en dicho nombre inquisidor ordinario, capellan de honor de S. M., catedrático de cánones en su universidad, abogado del estamento ó brazo eclesiástico en las cortes. Escribió: *Sobre varios puntos de la inmunidad eclesiástica*; un volúmen. — *Sermon de S. Sever*, en 1687, á 6 de Noviembre, cumpleaños del rey Cárlos II. — *Sermó de la Concepció*, predicat en la catedral, impreso en Barcelona por José Llopis, 1695. — *Sermó en acció de gracias per lo recobro de salut del rey Cárlos II, relació de las fiestas feu la ciutat*; *impres per Tomás Lorient en* 1695, *en* 4.° — *Sermó en la translació del cos de S. Olaguer*; Barcelona, 1700. Dejó manuscritas las obras siguientes: *Morfeo despert en las vulgaritats catalanas.* — *La Fama en Cataluña.* Feliu (Anales, tomo III pág. 490), dice que el brazo militar le eligió para formar la representacion á las Córtes en 1702. *Jurídico desengaño á la inaudita novedad con que el vicario general del real Ejército pretende extender su jurisdiccion al conocimiento de las causas de fe de sus súbditos en perjuicio de la jurisdiccion ordinaria del Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona y del Santo Tribunal, cuando vuelva en su ejercicio, que consagra á la S. C. y R. M. del Rey nuestro Sr. D. Cárlos III (q. D. g.), prospere, y en su sucesion eternice*; Barcelona, por Rafael Figuero, año de 1709, un tomo en 4.° Existe en S. Gerónimo de la Murta. Escribió en catalan *Atheneo de grandeza sobre eminencias cultas, catalana facundia ab emblemas ilustrada, parte* 1.ª *Conságrala al Fénix de Barcelona S. Olaguer glorios, lo Doctor Josef Romaguera. Offeréixla en llengua catalana ab estil millorat de molts equivochs, singular gala de tan ayrós idioma. Ab llicencia; en Barcelona en casa de Joan Jolis, al carrer dels Cotoners, any* 1681. En el prólogo dice lo siguiente: «Y si benevol lo illustre orisont de las discretas conventículas, me abona lo intent, continuaré en segona y tercera part, y en altres dos obras la impresió, la una que intitulo *Morfeo*, despert en las vulgaritats cathalanas, jovial discurs que cultiva pensil mon capritxo aout absent divertia los cariños de ma patria; y la altra que inscrichs: *La fama en Cataluña.* Mes si esperimento lo solit despreci, las enterare totas en lo pols, que ya las cobribale» Sin enterrarlas él, las ha sepultado el tiempo en perpétuo olvido. La 2.ª y 3.ª parte ignoro si se imprimieron. Las tenia trabajadas el autor, segun dice en el prólogo; en el que tambien hace mencion de las otras dos obras suyas *Morfeo* y la *Fama.* — *Relacion de las festivas y majestuosas prevenciones con que Barcelona celebró el arribo y feliz himeneo del rey Felipe V y de la reina Doña Gabriela de Saboya*; Barcelona,

por Rafael Figueró, 1702. Pongo la siguiente muestra de su númen poético.

ENDEXLAS DEL CANONGE D. JOSEPH ROMAGUERA.

Al arc iris.

I.

Iris de la esfera
Florit orizont,
Emulo de Croris
Meteoro ayrós.

II.

Del compás de Febo
Paralelo en flor
Es de la bonansa
Triunfo y blasó.

III.

Al aygua en diluvi
Templa sos colors
Del ira celeste
Fiador hermos.

IV.

Los nutols esmalta
Pinta sas regions,
Rua de matisos
Guirnarda de flors.

V.

Si de arch blasona,
Es traste de amor;
Mes, ventlo sens fletza
Ningu l' tem arpó.

VI.

Sols viu á la llum;
y á son ardor mor
Fenix, que renaix
Ab los raigs de sol.

A. C.

ROMAIN, cardenal de la santa Iglesia romana. Era natural de la capital del mundo cristiano, ignorándose todos los antecedentes de su vida hasta su promocion al cardenalato. Fué elevado á la púrpura por Clemente III en 1188 con el título de Sta. Anastasia, del órden de los diáconos, pasando despues al de los presbíteros. No consta el año de su muerte. —M. B.

ROMAIN (Bonaventura), cardenal de la santa Iglesia romana. Fué natural de Roma, siendo elevado á la púrpura cardenalicia por el sumo pontífice Inocencio III en 1212, perteneciendo al órden de los diáconos, bajo el título de Santo Angel. Promovido despues al obispado de Palo, desempeño el cargo de legado apostólico de Su Santidad en Francia é Inglaterra, y murió siendo vicario del Papa, sin que conste á punto fijo la época de su fallecimiento. —M. B.

ROMAIN ó ROMANI (Guillermo). Fué natural de París este religioso celestino, y floreció en el siglo XV. Era ya eclesiástico cuando tomó el hábito en la órden de los Celestinos el año 1435, no faltando quien diga que fué ántes canónigo regular. Se dedicó al púlpito, y predicó con mucha aceptacion, y de tal suerte que el rey Luis XI, acompañado de toda su corte, iba frecuentemente á oir sus sermones á la iglesia de S. Pablo. Conociendo este príncipe el gran talento del P. Romain, le envió de embajador suyo á Cárlos *el Atrevido*, último duque de Borgoña, para tratar con él la paz. Murió el P. Romain en París en el año 1575, diciendo algunos que fué envenenado de órden del mismo rey Luis XI, ante el que se le habia calumniado. En un libro de sermones suyos que se conserva, se le titula embajador y predicador del rey; pero algunos dicen que estos sermones son de un fraile de S. Francisco. Puede consultarse sobre este religioso al P. Becquet, en su *Historia latina de los Celestinos de la congregacion de Francia*, impresa en 4°. en París. —C.

ROMAIN ó ROMANI (Nicolas Claudio). Fué doctor en derecho y prevoste de Pont-à-Mousson. Tradujo en francés é imprimió la *Nanceide* de Pedro de Blatu, dedicada á Francisco de Lorena, conde de Vaudemont, padre del duque Cárlos IV, del que fué Romain consejero y secretario, obra que se conserva en la Biblioteca de Sta. Genoveva en París, y en otras varias. El P. Long le cita en su *Biblioteca histórica de Francia*. —C.

ROMAN (S.). Escasísimas son las noticias que hemos podido lograr acerca de este santo, que debió sin duda ser muy esclarecido por lo mismo que han quedado tan escasos vestigios de sus méritos y virtudes. Está fuera de toda duda que perteneció á la iglesia de Cesarea en Palestina, y que tanto por su erudicion y ciencia, cuanto porque estaba muy versado en las ciencias eclesiásticas, se puso á su cargo en los primeros años de la Iglesia el enseñar á los fieles la doctrina de Jesucristo. Sabido es que en aquella época primera

del cristianismo, los diáconos eran quienes tenian sobre sí tan importante incumbencia, y como nuestro Roman era tan á propósito para su desempeño, por esto fué que se le encomendó, así como el diaconado, pues una y otra cosa eran inseparables. Con grande diligencia procuraba desempeñar los importantes cargos que su sagrado Orden le imponia, y era de admirar verle tan pronto rodeado de jóvenes á quienes enseñaba la fe, como correr presuroso de lugar en lugar para llevar el auxilio, el socorro, la abundante limosna á la viuda desvalida, al infeliz huérfano, á la tímida doncella, ó recoger los bienes que á la Iglesia legáran los fieles con afan, no por utilizarse él de ellos, sino porque con el afan mismo con que los procuraba se saciaba el incansable anhelo que tenia de poder socorrer las miserias de los redimidos de Cristo, hermanos todos en el Crucificado. Esta conducta tan noble del santo diácono concitaba contra él las iras de los enemigos de Cristo y de su Iglesia, así que intentaron quitarle la vida por ver si acaso podian destruir la religion que el mártir predicaba. Pero esto era imposible; el apoyo del cristianismo está en el cielo. La sangre de Roman se derramó al golpe de la espada que segó su cabeza; pero el cristianismo vive y vivirá miéntras exista el mundo. Fué el glorioso martirio de este santo el dia 16 de Marzo; se ignoran no solo el año, sino áun la persecucion que motivó su muerte; pero es de presumir que fué una de las primeras que sufrió la Iglesia, porque todos los datos así lo acreditan contestes.—G. R.

ROMAN (S.). La Iglesia hace mencion el dia 22 de Mayo de este santo, del que nos dice Croisset que fué natural de Italia, íntimo amigo de S. Benito, al cual sirvió miéntras vivió en la cueva, y cuyas lecciones y ejemplos adelantó extraordinariamente en la perfeccion y en la vida contemplativa. Posteriormente fué mandado este santo varon á las Galias por San Mauro, y edificó un monasterio cerca de Auxerre, en el que dejó muchos discípulos de gran santidad, y murió al terminar el siglo VI de nuestra era.—C.

ROMAN (S.). Fué martirizado en 1001. Es, con S. David, uno de los patronos de los moscovitas. Se celebra su fiesta en Rusia el 29 de Julio.—D. de M.

ROMAN (S.), mártir. No hay cosa más eficaz para la enseñanza que el ejemplo. Inclinado el hombre á la imitacion, que le cuesta ménos que la invencion, es bueno ó malo segun lo que ve que más halaga á sus instintos, y á veces corrige estos tambien por el ejemplo en buen ó en mal sentido. Hé aquí por lo que es de suma importancia, y muy especialmente para aquel cuyo talento es muy claro y cuya instruccion es corta, el que se le presenten buenos ejemplos, porque los imitará, así como copiará los malos si estos se ponen ante su vista, porque no conocerá en ellos más que la parte que

más halague á sus pasiones. Ejemplo palpitante de esta doctrina es el santo de que tratamos, el cual á la vista de una acendrada fe perfeccionó la suya, y buscó su gloria en la imitacion de un grande ejemplo. La vigilia del glorioso mártir español S. Lorenzo, honra de nuestra santa religion católica y de Aragon su patria, ó sea el dia 9 de Agosto, hace conmemoracion nuestra madre la iglesia de S. Roman mártir. Dice Croisset, en su *Santorio*, que como soldado que era del emperador Valeriano, le tocó de servicio en el martirio de S. Lorenzo. Participaba este soldado de las absurdas ideas de la idolatría cuya religion profesaba; pero debia tener un alma sensible é inclinada al bien, y por lo tanto dispuesta convenientemente para recibir inspiraciones de la divina gracia. Empezado el terrible martirio de S. Lorenzo, reparó que al tiempo que le atormentaban en la *catasta* y desgarraban sus carnes con escorpiones, descoyuntando sus miembros, este esforzado guerrero, cuyo valor en los combates por el Señor no podia ser mayor, daba gracias á su Dios con la mayor alegría por el extraordinario favor que le hacia en hacerle padecer de aquel modo en su cuerpo por su amor, para que su alma se pusiese en disposicion de gozar despues de mayor gloria. Esto tenia absorto al soldado Roman, que sentia en su alma una emocion tan agradable y tierna que le obligaba á tener fija la vista en el angelical rostro del mártir, que con sus centellantes ojos parecia tenerle magnetizado. Empero si el santo con su santa alegría tenia absorto al soldado Roman, lo que más hirió el alma de este fué ver con los ojos de su ya incipiente fe un hermosísimo mancebo que limpiaba á S. Lorenzo el sudor del rostro. Un rayo de la divina gracia abrió á Roman los ojos del alma, con los que pudo ver claramente y comprender con facilidad, que aquel mancebo era un ángel del verdadero Dios, que venia á dar fuerzas al mártir para sufrir sus tormentos. Persuadióse Roman que no podia ménos de ser verdadera una religion que en penas tan terribles daba tanta alegría á los que las experimentaban, y llegándose á S. Lorenzo, cuanto lo permitia la hoguera en que le estaban atormentando, le manifestó lo que habia visto, le expresó su deseo de hacerse cristiano, y le suplicó que no le abandonase. Alegróse infinito, dice Croisset, el santo de aquella conversion producida por su martirio, y como no pudiese responder al soldado, le puso el rostro tan amoroso que su muda elocuencia habló al alma de Roman un lenguaje que le dejó más convencido que los discursos del orador más distinguido hubieran podido hacerlo. Quitando á S. Lorenzo del tormento, se le entregaron á un tal Hipólito, que era cristiano oculto, para que le custodiase. Viendo esto Roman, cuyo corazon se abrasaba ya de amor al verdadero Dios, y cuya alma era un volcan de deseos de hacerse cristiano, y hablando á Hipólito, con quien le fué fácil entenderse, logró hacerse introducir en la prision del santo. Tomó Ro-

man una vasija con agua, y llegando á S. Lorenzo, se arrojó á sus pies y con la mayor devocion y ternura, le suplicó le bautizase. Enternecido el santo y muy gozoso de ver venir al redil del Señor á aquella humilde oveja, tomó el vaso de las manos de Roman, y bendiciéndole le bautizó, abrazándole despues como á hermano en Jesucristo. Al saber Valeriano este suceso, rugió como un tigre sediente de sangre y ambicioso de nuevas víctimas que sacrificar á su furor, y mandando degradar y apalear al soldado, hizo que le llevasen despues á su presencia. Llevado Roman al tribunal en que habia de ser juzgado, ántes que aquel juez sanguinario le dirigiese la palabra, exclamó con voz elevada y clara: *Soy cristiano, soy cristiano;* y creyendo en esto ajada el emperador su dignidad, lleno de rabia le mandó degollar inmediatamente, sentencia que recibió Roman con tanto gozo, que irritó doblemente al tirano. Llevaron á Roman fuera de la puerta Salaria, y él iba bendiciendo á Dios por el camino con semblante tan alegre que admiraba á cuantos le veian, y llegando al punto del sacrificio, levantó la vista al cielo para ofrecerle su vida en holocausto, y darle gracias por haberle iluminado, y entregando su cabeza á los verdugos que la separaron del cuerpo á los golpes de su segur, su bendita alma fué á recibir la corona del martirio á las regiones celestiales. Abandonado su cuerpo por los sayones, un presbítero llamado Justino le recogió y enterró aquella misma noche del 9 de Agosto en una cueva del campo llamado Verano. En las actas del glorioso S. Lorenzo se dan todas las noticias que hemos dado de S. Roman, al que llevó al cielo el buen ejemplo del mártir aragonés. — B. S. C.

ROMAN (S.), obispo y mártir. Otro santo de este nombre nos señala la Iglesia el dia 24 de Agosto, del que hallamos en Croisset que fué convertido á la religion cristiana por S. Tolomeo, y consagrado obispo de Nebi por el mismo santo, que habia sido enviado á Toscana por S. Pedro, príncipe de los apóstoles. Por último, añade, despues de haber trabajado con infatigable celo en la propagacion del Evangelio, selló su apostolado con su sangre en el siglo I de nuestra era en que floreció su santidad. — C.

ROMAN (S.), obispo y mártir. Dice Croisset que fué este santo el obispo diez y seis de Auxerre, cuya Iglesia gobernó por espacio de tres años. Los Bolandistas son de opinion de que este santo floreció en el siglo V; pero no lo prueban con documento alguno, de modo que dejan en duda la cuestion, pues que tanto el Martirologio romano como los demás, le suponen anterior á este siglo dándole el título de mártir: la Iglesia le recuerda el dia 6 de Octubre segun Croisset. — C.

ROMAN (S.), obispo de Ruan en 626; era descendiente de los reyes de Francia. Se refiere que libró milagrosamente á los habitantes de Ruan de un dragon monstruoso, que tenia su guarida en aquellas inmediaciones y

desolaba el país. Todos los años se celebraba una solemne procesion el dia de la Ascension, en memoria de aquel acontecimiento, y se perdonaba á un reo. S. Roman murió en 639 el 23 de Octubre, en cuyo dia se celebra su fiesta. —D. de M.

ROMAN (S.), presbítero. Era francés, y desempeñaba el cargo de sacerdote en Castro Blabio, diócesis de Tours, en las Galias, bajo el imperio de Teodosio *el Grande*. Ilustró con el ejemplo de su piadosa vida y doctrina pura el rebaño que á su cuidado encomendáran, y con su persuasiva elocuencia atrajo para Dios una infinidad de almas gentiles. Murió en 1.° de Noviembre, y la memoria de su santidad y virtudes se conservó por tanto tiempo, que más tarde el obispo S. Martin de Tours recogió sus preciosas reliquias y las hizo colocar en la iglesia catedral en honorífica sepultura. — M. B.

ROMAN (S.), mártir. Otro S. Roman nos recuerda la Iglesia el dia 19 de Noviembre, cuya historia se hace en los martirologios. Era este Santo diácono de la iglesia de Cesarea en la Palestina, y cuando vió encendida la persecucion contra los cristianos, lleno de entusiasmo por la fe de Jesucristo, y sin temer los peligros á que iba á exponerse, ántes buscándolos con avidez, se dirigió á exhortar á los fieles, para que sin temor del mundo y con la esperanza en el cielo, combatiesen valerosamente con las armas de la humildad y del sufrimiento contra los enemigos del cristianismo. Con este fin hizo un viaje á Antioquía, en donde se hallaban acosados los cristianos, y llegando á la corte del juez Asclepiades, tan luego como le informaron de que algunos de los fieles que se hallaban presos vacilaban en la fe, se dirigió á ellos, y con las palabras que Dios inspira á los héroes á quienes escoge para mantener la fe de su Iglesia, los exhortó al sufrimiento y á la constancia en sus creencias, haciéndoles conocer lo mucho que ganarian para con Dios si persistian en su amor, y las graves penas que sufririan en el infierno si le abandonaban. Habiéndole dicho al juez Asclepíades lo que hacia S. Roman, le mandó prender, y cuando se informó por su misma boca de su creencia y de sus intentos le hizo azotar cruelmente y descarnar el cuerpo, condenándole á ser despues quemado vivo á fuego lento. Como á la sazon llegase á Antioquía el feroz emperador Diocleciano, enterado que fué de los hechos de S. Roman y de su sentencia, le pareció ésta aún muy dulce, y mandó que ántes de todo le cortasen la lengua hasta la raíz. Hiciéronlo así sus verdugos; pero ¡oh poder de Dios! este Señor quiso ostentar su omnipotencia, permitiendo que la falta de la lengua no impidiese á Roman el uso de la palabra, y por lo tanto continuó el Santo, despues de tan cruel operacion, cantando himnos de alabanza al Señor y exhortando á los fieles á sacrificarse por su amor. Conducido otra vez á la prision por órden del Emperador, al

que el milagro encendió en cólera, se le puso en el cepo con grillos, argollas y esposas, todo de hierro de mucho peso; pero á pesar del tiempo que así le tuvieron, no dejó de bendecir al Señor, ni parecia hacer mella en él este tormento, por lo que el bárbaro Diocleciano le mandó degollar, cuya ejecucion tuvo lugar dentro de la misma cárcel el dia 17 de Noviembre del año 303 de nuestra era. —S. B.

ROMAN (S.), presbítero. En el libro *De Gloria conf.*, cap. 46, dice San Gregorio de Tours, que este Santo vivió en la misma ciudad de Tours en el reinado de Teodorico el *Grande*, y que dió sepultura al cuerpo de su maestro S. Martin, añadiendo el Martirologio Romano, que la santidad de su vida se comprobó con la gloria de sus milagros. Murió este Santo el año 385 de nuestra era, y la Iglesia le recuerda el dia 24 de Noviembre. —C.

ROMAN (S.), abad. La Italia, á la que si no podemos llamar la cuna del cristianismo, pues que esta gloria le cabe á la Palestina, debemos considerar su segunda patria, y en donde se robusteció con la predicacion del príncipe de los Apóstoles y con la del Apóstol de las gentes, y se selló con la sangre de ilustres primeros mártires de la fe de Jesucristo, ha producido héroes que con su humildad católica avasallaron la soberbia idólatra de los anteriores héroes, pues si estos fueron grandes para el mundo, aquellos lo fueron para el cielo, con la ventaja de que la grandeza de los héroes paganos se disipó como humo que se pierde en el espacio; y la de los católicos aumenta y se eterniza en la gloria celestial. La historia religiosa de Italia nos presenta entre sus muchos héroes católicos al glorioso S. Roman, abad, al cual celebra la Iglesia el dia 22 de Mayo, porque supo, abandonando al mundo y su soberbia, buscar á Dios por el camino de la humildad. Fué este bienaventurado italiano íntimo amigo de S. Benito, y retirándose con él á la cueva que buscó el Santo para hacer penitencia, le sirvió en ella con el mayor cariño y humildad. Aprovechóse Roman de la sabiduría de su santo amo y compañero, aprendiendo en su ejemplo la práctica de las virtudes y de la mortificacion por Jesucristo, y estudió tan á la letra sus lecciones, que adelantó extraordinariamente en su perfeccion y tomó un verdadero placer por la vida contemplativa. Notando tanta piedad y virtud S. Mauro, quiso que estas prendas redundasen en bien de la religion cristiana y de las almas dóciles al llamamiento del Señor, y le mandó á las Galias á predicar el Evangelio. A fin de que quedasen monjes que fuesen adelantando en la viña del Señor y la sostuviesen para que sus frutos se aumentasen, edificó S. Roman un monasterio en Auxerre, del que fué su primer abad, y en el cual dejó muchos discípulos de gran santidad. Murió este Santo en la paz de los justos y con las bendiciones de los buenos al terminar el siglo VI de nuestra era. —C.

ROMAN (S.), fundador y abad. Entre las muchas congregaciones que se derivan ó se unieron á la antigua y famosa Orden de religiosos de S. Benito, hallamos la abadía de S. Claudio, llamada tambien de S. Oyan y de Condat, la cual reconoce por fundador al glorioso S. Roman, que floreció en el siglo V de nuestra era. Habiendo conocido este bienaventurado que el camino de la perfeccion no ha de buscarse en el regalo y la ociosidad, sino en la austeridad y en el trabajo, huyendo del mundo y de sus placeres se retiró á los desiertos del Monte-Jura en Borgoña, sitio que juzgó muy á propósito para hacer penitencia y vivir apartado de la sociedad, que solo podia proporcionarle peligros para su alma que le apartasen del camino del cielo, á cuya elevada morada se dirigian todas sus aspiraciones. Buscó en aquella soledad el lugar más agreste, y encontrándole en un sitio llamado Condat por los antiguos galos, y Constant por los modernos, á causa de la union de los rios Vienna y Aliere, que se estrechan en él, uniéndose para formar en lo sucesivo un solo cáuce, allí construyó una ermita y celda con sus propias manos y empezó su vida eremítica y contemplativa. Algunos años despues, advertido por una vision del sitio en que se hallaba haciendo oracion y penitencia su hermano Roman, Lupicino corrió á unirse á él para hacer la misma vida. No tardaron en unirse á los dos hermanos dos eclesiásticos y otras varias personas del país, que deseaban hacer penitencia, y poniéndose á su obediencia, formaron ya una comunidad de fieles entregados enteramente á la vida contemplativa. La esterilidad de la montaña obligó á los solitarios á retirarse á un lugar cercano más cómodo, y en el que la tierra les facilitase mejor lo que les era indispensable para llenar las necesidades de la vida, y en él empezaron á levantar un monasterio, que terminaron el año 450. Y como el número de solitarios se aumentase cada vez más, se vieron obligados á construir otro monasterio, á dos leguas del primero, en un sitio llamado Lauconne, cuyos dos monasterios fueron indistintamente gobernados por los dos hermanos Roman y Lupicino, los cuales se llevaban perfectamente, á pesar de sus distintos caractéres, puesto que uno era demasiado severo y exacto, y el otro, por el contrario, sumamente dulce y afable. Ambos hermanos edificaron un tercer monasterio en estas montañas para las doncellas, que deseaban consagrarse á Dios, al que denominaron *Beaume* ó de la Roca, pues que esto significaba aquella voz del antiguo lenguaje galo, que aún se conservaba en el país. La hermana de Roman y de Lupicino, que habia seguido su piadoso ejemplo, fué nombrada superiora de aquella comunidad de mujeres, que se compuso desde luego de ciento cinco religiosas que guardaron una continua y exacta clausura, hasta el punto de no vérselas más desde que entraban en el convento, que cuando se las llevaba á enterrar al cementerio, y fué tan estrecha esta observancia, que áun cuando este monas-

terio se construyó cerca del de Lauconne, en el que la mayor parte de las religiosas tenian sus padres ó sus hermanos, el órden establecido por S. Roman no permitia á los religiosos acercarse á hablar á sus parientas. Llegando á conocerse la imposibilidad de continuar las religiosas en un sitio demasiado desierto para que pudiese proporcionárselas por mucho tiempo la subsistencia, tuvieron que abandonarle poco despues, y como S. Roman fuese enterrado en él, se cambió despues de la muerte de este santo fundador en un priorato, que ha conservado su nombre hasta nuestros dias, y se unió á la dignidad de gran prior de la abadía de S. Claudio. Construyó San Roman otro cuarto monasterio, en Alemania, en el país de Vaux, cerca de Lausanne, al que se denominó tambien con su nombre *Roman Monstier*. Como al retirarse S. Roman á la soledad del monte Jura habia llevado con él las instituciones de Cassieno, se cree le sirvieron de regla para los solitarios de Condat y de los demás monasterios que fundó, pero principalmente en el primero es en el que la vida fué más austera que en los otros. En este monasterio no se comia carne ni bebia vino, y solo se permitia la leche y los huevos á los enfermos, siendo su comida ordinaria sopas de pan en agua fria, que tomaban con una tosca cuchara. Su pobre vestido se reducia á una túnica hecha de pieles de animales; usaban dentro del monasterio sandalias de esparto ó de madera, y solo se ponian zapatos cuando se veian obligados á salir de él para servir al prójimo. Murió el Santo fundador de esta austera congregacion el año 460, y continuó gobernándola solo su hermano San Lupicino. Parécenos del caso decir alguna cosa más de esta pia fundacion, máxime no habiéndose hablado ántes de su segundo fundador con la extension debida á asunto tan importante del catolicismo, en cuya comunion esta congregacion se ostenta con galas que brillan esplendentemente por su misma humildad. No parece sino que se habia reunido en el monasterio de Condat lo más selecto de la sociedad que en aquellos tiempos deseaba la mayor perfeccion, imitando en todo á los solitarios del Egipto. A ejemplo de estos, vivian en celdas separados los unos de los otros, y habiendo religiosos tan perfectos en santidad, que les habia concedido Dios el don de milagros. Aun cuando S. Lupicino fué de una sorprendente austeridad, y sus religiosos de Condat practicasen las mortificaciones de que les daba él ejemplo, usaba de grande indulgencia con los del monasterio de Lauconne. Estos religiosos no subsistian solo con el producto del trabajo de sus manos, sino que el santo Abad les proveia de plata de un tesoro que Dios le descubrió. Este tesoro se hallaba oculto en el desierto, y sin hablar á nadie de él, sacaba cada año lo que consideraba necesario para sostener á la comunidad, pero de manera que aún necesitase trabajar para completar sus menesteres indispensables. A fin de proveer á su Congregacion de recursos, representó San

Lupicino al rey Chiperico de Borgoña que sus religiosos se hallaban en tal pobreza, que muchas veces les faltaba el sustento; ofrecióle este príncipe tierras y viñas, pero él le dió las gracias, no aceptando el don, temiendo que las riquezas inspirasen vanidad á sus discípulos, lo cual fué causa de que el Rey mandase se le diesen todos los años trescientas medidas de trigo y otras tantas de vino para alimento de los religiosos, y cien piezas de oro para vestirlos. De la misma manera que la vida de los religiosos de Lauconne era ménos austera que la de los de Condat, el número de estos era tambien mayor, pues que llegaron á reunirse ciento cincuenta cuando S. Lupicino murió, el año 480. Fué enterrado este Santo en el mismo monasterio que llevó despues su nombre, como el de Beaume el de su hermano S. Roman. San Injurioso, abad XI de Condat, desenterró en 648 los cuerpos de los dos santos hermanos, y los colocó decorosamente en la iglesia de la abadía; pero en esta piadosa obra se equivocó en cuanto al cuerpo de S. Lupicino, puesto que á fines del siglo XVII, al levantar el altar mayor de la iglesia de Lauconne para ensanchar el coro, se encontraron los huesos y cabeza de su cuerpo, que por la inscripcion hallada con estos despojos, se reconoció ser los de S. Lupicino, en cuyo caso se deshizo la equivocacion despues de haberse consultado sobre el particular al arzobispo de Besanzon, al P. Mabillon y á otras personas piadosas é instruidas. Aun cuando á la muerte de S. Lupicino fué nombrado su sucesor Minause, hallándose enfermo, se vió precisado á abdicar en S. Oyan en el monasterio de Condat, puesto que se nombró ya otro superior para el de Laucoune. S. Oyan varió la forma dada por S. Roman y S. Lupicino á la Congregacion. Empezó por abolir las prácticas orientales, mandó derribar todas las celdas particulares, reuniendo á todos los religiosos en un mismo dormitorio, no conservando celda y mesa particular más que á los enfermos. Ningun religioso podia poseer nada en propiedad; la lectura y la oracion se hacian en comunidad; quitó muchas de las primitivas austeridades, á pesar de ser tan estrecho para sí mismo, que permitiendo á sus religiosos comer dos veces al dia, él solo lo hacia una vez. Estableció en la comunidad que la lectura se hiciese en el refectorio, y otras prácticas que cambiaron el modo de vivir de aquellos religiosos, y áun cuando S. Oyan no afectase seguir enteramente las costumbres de los orientales, no por eso dejó de hacer leer á sus religiosos las reglas de San Pacomio y de S. Basilio, las instituciones de Cassieno, y áun las costumbres que se derivabau de la regla de S. Macario. Grandes discípulos tuvieron los primeros abades de la fundacion de S. Roman, distinguiendo la Iglesia á San Paladio y S. Sabiniano, que vivieron bajo la obediencia del glorioso fundador S. Roman; y á S. Antiolo y S. Valentin bajo la de S. Oyan. Murió este santo abad el año 510, y fué enterrado en Condat, cuyo monasterio tomo su

nombre como los otros dos los de sus santos antecesores, nombre que llevó esta casa hasta el siglo XII, en el que se cambió por el de S. Claudio, á causa de los muchos milagros obrados por este santo, que habia sido enterrado en su iglesia el año 696, manteniéndose incorrupto su cuerpo.—La congregacion de Condat, fundada por S. Roman, fué un asilo verdadero de santos, pues que además de los ya expresados, produjo solo en los abades sucesores de S. Oyan los siguientes: S. Antidiolo, que hizo construir una iglesia sobre la tumba de S. Oyan; S. Olimpo, que hizo venir á Condat, á quien se debe la poblacion de este nombre; S. Sapiente, que mandó construir una capilla al primer mártir S. Esteban, para que sirviese de parroquia á los habitantes de Condat, S. Talasio, S. Dagaumondo, S. Auderico, S. Iñjurioso, S. Rústico, S. Claudio, S. Anfredo, S. Hipólito, y S. Wulfned; todos los cuales se hallan citados en una crónica de este monasterio de Condat, que se ve en el primer volúmen de los *Anales Benedictinos* del P. Mabillon. Todas estas glorias del monasterio de Condat son gloriosos blasones de S. Roman su fundador, pues que sin él tal vez no hubieran existido. La santidad de tantos abades llamó la atencion de soberanos, príncipes y potentados para enriquecer á este abadía, y si bien sus rentas habian disminuido mucho en tiempo de S. Claudio Abad, el rey Clovis III volvió á favorecerla, y no dejaron de darla pruebas de su piadosa liberalidad los soberanos de Francia Pipino, Carlomagno, su hijo Cárlos el *Calvo*, y otros, concediéndola el emperador Federico *Barbaroja* el derecho de acuñar moneda propia el año 1184, siendo grandes las mercedes que la concedieron los duques de Borgoña. Créese que en el siglo VIII, bajo el reinado de Carlomagno, fué cuando esta abadía abrazó la regla de S. Benito, sobre lo que se habla largamente en los *Historiadores de la Orden Benedictina*, adonde pueden acudir los curiosos, bastándonos decir, que al ingresar en esta Orden la abadía de Condat, quedó extinguida en ella por completo la forma que diera á su congregacion el glorioso S. Roman, que quedó unido á la religion benedictina, como todos sus santos abades sucesores, pues que las diferentes reformas que se suscitaron despues, más ó ménos todas ellas se sujetaron á la regla de San Benito, hasta que llegó una completa relajacion, en la que todo se varió con el trascurso de los tiempos. Pueden consultarse sobre este particular los tomos I, II y III de los *Anales Benedictinos* de Juan Mabillon, en donde encontrará el curioso cuanto concierne á la fundacion de S. Roman y de su santo hermano desde que abrazó la regla de S. Benito.—B. S. C.

ROMAN (S.). Este esclarecido confesor de la fe de Cristo y mártir por ella, se educó desde su niñez bajo las máximas de la única religion que produce la salud del espíritu; así que inclinado á las virtudes que practicaba con afan, y dado á la contemplacion de las verdades eternas, en que encon-

traba el consuelo y solaz que la criatura no puede hallar en otra parte, fué unánimemente designado para el estado eclesiástico, tanto por los mismos clérigos de Cesaréa, su pueblo, cuanto por los mismos fieles, que en aquella época tomaban tambien parte en la eleccion de los ministros del santuario, para que el testimonio que daban de la confianza que les inspiraba, fuese como la garantía de sumision que de su parte no podian ménos de ofrecer á los mismos ministros del santuario. Ejerció su ministerio con todo acierto, hasta que la terrible persecucion de Diocleciano dispersó á los fieles, haciéndoles ocultarse, cuando no tenian el suficiente valor para sufrir el martirio. Como la humanidad es tan miserable, muchos habia que con motivo de las amenazas del tirano y por un temor excusable, pero que no era nunca justificado, se acercaban á los ídolos y defraudaban así los esfuerzos de los ministros de Jesucristo, encaminados todos á hacerlos perseverar; pues bien, á estos desgraciados se acercaba sin miedo nuestro buen Roman, y al pié mismo de los ídolos, les hacia ver su error, les mostraba lo mucho que perdian en esta su infidelidad, y cuán fácil les era con poco sufrimiento y á costa de breves instantes, lograr con la corona del martirio la dicha que está reservada á los valerosos atletas de la fe de Cristo. El resultado era el que no podia ménos de ser; que se apartaban de los ídolos, confesaban de nuevo á Jesucristo, y muchos de ellos sellaban con su sangre su sincera confesion. Claro es que el ver que todos estos prosélitos con quienes contaba el tirano se le escapaban de entre las manos, por decirlo así, habia de causarle cierto enojo y grande rabia, pues no hubiera querido otra cosa, sino que todos los cristianos hubieran abjurado su fe; y como él conocia perfectamente que esto era obra del diácono, así que contra él era toda su saña, y en él queria lo que llamaba vengar esta su misma rabia, para lo cual ni evitaba ocasion, ni dejó de dictar sentencia que fuera para nuestro Roman tan gloriosa, como que le habia de proporcionar la auréola de la inmortalidad. A consecuencia de este deseo del tirano de que se le presentára el Santo, éste fué con efecto á su tribunal, y allí con invencible constancia publicó las grandezas de la religion verdadera, siendo tal la energía con que hablaba en pro de esta sociedad salvadora, que muchos de los allí presentes, dejado el culto de los ídolos, se declararon seguidores del verdadero Dios, y de allí mismo fueron encaminados por el diácono á los sacerdotes, que les administraron el santo bautismo, y con él la fuerza para luchar como lucharon por la fe de Cristo. El tirano, como era consiguiente, dió sentencia contra el diácono, y esta fué el que se le quemára públicamente en un potro, mandando que inmediatamente se llevára á cabo la sentencia; mas dijo que queria que fuera en su presencia, para gozar sin duda del bárbaro espectáculo de este humano sacrificio tan ignominioso para los

tiranos como glorioso para los siervos de Dios. Todo estaba dispuesto, el potro, el monton de leña, la tea en manos del verdugo, y éste esperando solo la órden del Emperador, el cual en vista del ánsia con que el mártir deseaba la muerte, mandó suspender el que le quemáran, no tanto para darle treguas, cuanto para ensayar en él nuevo género de suplicio que le hiciera sufrir aún más. En efecto, acordándose Diocleciano de que con sus palabras habia alentado á muchos á la vida eterna, y les habia hecho evitar los escollos de este miserable mundo, mandó que le cortáran la lengua, con lo cual, decia, se castiga al instrumento con que vilmente has insultado á los dioses; pero el Santo, como que no tenia otro deseo que sufrir por su Dios, presentó al momento su lengua al verdugo para que la cortára, lo cual, y la sangre que le saltó á las ropas al mismo verdugo, fueron motivo para que se convirtiera; el mártir fué llevado á la cárcel, y dejado allí en el mayor abandono, para que el hambre, sed y dolores acabáran con él; pero Dios no lo permitió, sino que por el contrario, refrigerándole, le sostuvo en perfecta salud, y cuando vinieron á buscar su cadáver, encontraron al siervo de Dios que con semblante el más afable, y con una tranquilidad de espíritu envidiable, cantaba aunque sin lengua las divinas misericordias, dando al Señor gracias por los sufrimientos que soportaba por su gloria, y pidiéndole el don de la perseverancia para concluir la obra que en el nombre del Señor y por su gloria comenzára. Claro es que noticioso el tirano de que Roman no habia sucumbido, se exasperó grandemente y se amontonaron en su cabeza mil tormentos con que afligirle, ansiando el momento de que pereciera, y queriendo que el pueblo todo hubiera presenciado su castigo; pero por el temor de que la mayor parte de los infieles abjurasen su error como lo habian hecho en diversas otras ocasiones, y rezelando que su muerte sería un triunfo para los cristianos, determinó que en la cárcel misma se le quitase la vida, descoyuntándole todos los huesos, con cuyo tormento, terrible á la verdad, puso fin á sus dias, ofreciendo al Señor su vida llena de buenas obras, y recibió de su Majestad adorable la corona de la inmortalidad. Cuando se verificó en Roman la primera de las sentencias, el pueblo cristiano especialmente se propuso seguir paso á paso al mártir hasta llegar á su término feliz, mas como este se verificó en la cárcel, no supieron tan pronto como querian la muerte del siervo del Señor. Sin embargo, luego que lo hubieron sabido, acudieron á recoger su cuerpo para darle honrosa sepultura, cual convenia á sus merecimientos; recogiéronle, en efecto, y embalsamado despues segun la costumbre de la época, le dieron sepultura en un oratorio subterráneo, donde se celebraban los divinos oficios á escondidas, porque de otra manera no era posible. Dieron cuenta desde luego al obispo, que aprobó las

buenas obras de Roman, y calificando de excelentes sus virtudes, hizo que al padre comun de los fieles se le noticiara la muerte ignominiosa segun el mundo, pero gloriosa segun Dios, y él mandó que se averiguasen canónicamente sus virtudes y sus sufrimientos, cuyo expediente dió por resultado, como no podia ménos, el que Su Santidad en cátedra declarase que Roman diácono era santo y mártir en la Iglesia de Dios. Algunos escritores han confundido á nuestro S. Roman con otros varios del mismo nombre que en diferentes épocas han ilustrado la Iglesia, y algunos tambien con el que se conmemora el dia 9 de Agosto, vigilia de S. Lorenzo; sin embargo, no hay porqué confundirlos, pues sus antecedentes, sus épocas y todas sus circunstancias son enteramente distintas de las que llevamos apuntadas de nuestro Santo. Su sagrado cuerpo se conserva en Cesarea, aunque los habitantes de Palestina hicieron grandes esfuerzos para llevarle allá por ser natural de aquel punto nuestro esclarecido mártir; mas hubieron de conformarse con una reliquia insigne que se les envió, porque en realidad de verdad, parecia más lógico y prudente el que estuviese triunfante allí donde habia conseguido los lauros y contraido los méritos que le proporcionáran tal enaltecimiento.—G. R.

ROMAN DE COMPIANO (Fray), religioso lego capuchino de la provincia de Bolonia, en el convento de Comaquio; fué hijo de honrados labradores, y habiéndose ejercitado en el siglo en la agricultura, consiguió en ella el noviciado de asperezas y austeridades, que continuadas desde su primera juventud en la religion, le parecieron suave yugo, al paso que habia carecido de lo que el mundo llama placeres y deleites, que no traen otra cosa que peligros y penalidades. Lo primero que determinó despues de haber entrado en la Orden, fué dedicarse enteramente á Dios, y abstraerse con la misma generalidad de la comunicacion y trato de las criaturas. Oraba de dia y de noche con tan atento ánimo, que parecia mirar á Dios con más luz que la de la fe. Aunque las dilatadas horas de este ejercicio le tenian muy quebrantado y falto de fuerzas, sacándolas de su misma flaqueza, con las rodillas clavadas siempre en tierra, perseveraba por largo tiempo en la contemplacion de todo lo celestial. Por más que los rigores del invierno le maltratasen, nunca buscó contra su violencia el menor alivio; pues por espacio de treinta años, ni una sola vez se arrimó á la lumbre, con el fin de templar sus ateridos miembros, y porque de noche no usaba para cubrir su cuerpo, áun en años mayores, sino de una frazadilla la más corta y la más delgada, y así era que casi siempre andaba yerto y atormentado del frio. Ejercitó por espacio de cuarenta años el oficio de cocinero, con tan ardiente caridad, que se concilió en debida correspondencia el afecto y veneracion de los religiosos. Solicitaba por todos los medios posibles, á la estrechez y

penuria del estado religioso, que ya que la comida habia de salir á la comun mesa, pobre y grosera, por lo ménos saliese limpia y condimentada cual requeria. Resplandecia este caritativo afecto con los enfermos y achacosos, sin perdonar trabajo alguno ni de dia ni de noche, que pudiese conducir á mayor alivio y consuelo. Empleaba largos ratos en meditar la acerba y rigorosa pasion de nuestro Señor Jesucristo, especialmente en el tormento de los azotes, y decia muchas veces que este solo misterio, considerado con la ternura y compasion que le correspondia, bastaba á encender en fervor los más descuidados afectos. Cuando algunos de los religiosos, no tan mortificados, rehusaban el ir á aquellos conventos señalados de la obediencia, ó por el temor del mal temple, ó por la inclinacion á la propia comodidad, los exhortaba á obedecer con pronta alegria el siervo de Dios, diciendo: «Ruégoos, muy amados hermanos, que emuleis la paciencia de nuestro Redentor Jesucristo, que padeció tanto por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas. Este soberano Señor bien habia conocido que en el palacio del pontífice Caifás, y en el pretorio de Pilato, le estaban aguardando diferentes y crueles tormentos, y sin embargo se encaminó á ellos con ánimo pronto y alegre, para consagrar con su presencia el camino de los trabajos, y hacerle fácil á los que le conciben tan horroroso. Fijad en vuestro corazon una constante máxima, y sea que no basta toda la humana industria para huir de trabajos y penalidades en siglo tan fecundo de ellos; de este modo se cansa en vano quien solicita la excepcion de ley tan comun. Tambien debeis tener por cierto, que es más suave y más llevadera la cruz que pone sobre nuestros hombros la voluntad divina, que la que el propio arbitrio nos ocasiona, y que viven más sin trabajo los que más se dedican á la virtud. De aquí inferia ser indudable el oráculo, que dice estar en las manos de Dios las almas de los que obedecen, siendo por el contrario casi infalible la infidelidad y perjuicio de todas aquellas operaciones que se ejecutan contra el dictámen de los prelados. Confirmaba el varon de Dios no sin eficacia lo que decia con lo que obraba, porque no habia cosa por árdua y penosa que fuese, que naciendo del arbitrio y órden del superior, no hallase tan pronto su ánimo para la ejecucion, como si el mismo Dios se la hubiera determinado, sin que de esta regla general hubiese jamás lance, ni en materia grave ni leve, que pudiese señalarse por excepcion. Como era tan amante de la oracion, lo era tambien de lo que más la ayuda y promueve, que es la soledad y el retiro; y así comunicaba poco, áun con los religiosos de la familia. Tenia bien conocido, que en excusables conversaciones, además de malograrse la preciosa alhaja del tiempo, de ordinario se desazona la quietud y calma interior del ánimo, por lo cual huia con singular precaucion y cuidado de todas las ocasiones de hablar, y cuando no

le era posible, se valia de ellas preguntando con humildad ingenua á los religiosos presentes la inteligencia, ya de algunos puntos de la oracion, ya acerca de la misma regla seráfica. Gobernando entónces la religion, como su ministro general, Fr. Clemente de Noto, varon señalado en virtudes, llegó al convento de Comaquio, en cuya familia moraba Fr. Roman, y habiendo adquirido noticias de sus heróicos merecimientos, y en particular de su ardentísima caridad para con Dios y los prójimos, poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo: *Alégrate, carísimo hermano, que por el fuego de amor divino que arde en tu pecho, has de ser libre de la llama del purgatorio.* Ultimamente murió, pues, este siervo del Señor en el convento de Comaquio, el año de 1625, en el mismo dia de S. Roman, santo de su nombre, inmediato á la fiesta de S. Lorenzo, español glorioso y esclarecido, de cuyo incendio habia experimentado alguna parte entre los tizones de la cocina; cercano á los cuales, bien que poseido de la más ardiente llama de divino amor, habia vivido por espacio de cuarenta años. Despues de su muerte y exequias, estando enferma y muy de peligro una matrona de la misma ciudad de Comaquio, y habiendo implorado su intercesion, se quedó dormida, y vió en el sueño al siervo santo del Señor, y oyó que la hablaba en los siguientes términos: *Bien puedes, hija, dejar el lecho, porque segun lo has deseado y pedido, te hallas en perfecta salud.* Despertóse admirada y gozosa de lo que habia visto y oido, y se reconoció al mismo tiempo del todo libre de su dolencia. Pasados ocho meses despues del enterramiento de Fr. Roman, fué hallado su cuerpo, no solo incorrupto, sino con apariencias de vivo: prodigio con que quiso Dios hacer más públicas y venerables las virtudes y méritos de su siervo.—A. L.

ROMAN Melodio (S.), presbitero. Este sacerdote fué muy célebre en su tiempo por haber descollado notablemente en la música y en la poesía. Nació en Emesa, ciudad de la Siria, y habiendo merecido por sus virtudes ser ordenado de levita, pasó imperando Anastasio, á la corte de Oriente, donde obtuvo el cargo de mansionario ó custodio de la iglesia de la Santísima Vírgen, llamada iglesia de Ciro por haberla edificado á sus expensas el cónsul de este nombre. Tomó tanto afecto Roman á su iglesia, profesó siempre tan tierna devocion á la Purísima Vírgen María, que esta Señora quiso premiar su amor con celestiales favores. Una noche de Navidad se le apareció con un libro en la mano, y como á otro Ezequiel le ordenó que se le comiera. Obedeció, y al punto se le infundió el número poético y el arte musical, comenzando á componer y cantar himnos con suma dulzura, elegancia y melodía, en alabanza del solemnísimo y virginal parto de María, y en loor de su divino Hijo. Compuso despues infinidad de himnos en honor de varios santos, los cuales aún se hallan insertos en el oficio eclesiástico de la iglesia

griega, A la vez que por su sabiduría, resplandeció por la inculpabilidad de su vida, y lleno de méritos y gozando opinion de santo, murió hácia el año 500, siendo enterrado honorificamente en el coro de la antedicha iglesia, la cual por espacio de muchos años celebró su memoria como la de un bienaventurado.—M. B.

ROMAN (Ambrosio). Este religioso nació en la coronada villa de Madrid, corte de las Españas, el año 1586, sin que nos diga el biógrafo madrileño Baena, en sus *Ilustres Hijos de esta villa*, la familia á que perteneció, ni el dia y mes de su nacimiento. Inclinado al recogimiento y á la oracion, abrazó la vida conventual, tomando el hábito en 1600, en la casa del Espíritu Santo de PP. Menores de esta corte, cuya iglesia, quemada el año 1823, en ocasion de hallarse en ella oyendo misa el Duque de Angulema, general en jefe del ejército francés de cien mil hombres, que invadió en este año la Península para derrocar el sistema constitucional y reponer á Fernando VII en su absolutismo, está hoy reducida á Congreso de los Diputados. Su ciencia y saber le elevó á primer maestro de letras de su religion en esta provincia, y leyó artes y teología en las universidades de Alcalá y de Salamanca con aplauso universal. Aficionado al estudio, que nunca abandonó, y con un ingenio fecundísimo de que Dios le dotó, formó un varon esclarecido por la solidez de su doctrina y su profunda erudicion, de suerte que llegó á ser uno de los más sábios doctores, cuyos escritos se ambicionaban en las universidades y religiones por la utilísima enseñanza que daban. Como á la ciencia acompañaba la virtud, en su Orden mereció los más distinguidos honores y en el siglo merecidos aplausos, con lo que su fama se extendió extraordinariamente. Fué este buen religioso prepósito de la casa de su Orden en Alcalá de Henares, asistente provincial, y procurador y visitador de toda la provincia de España. Despues de haber servido todos estos cargos á satisfaccion de sus superiores y de haberse granjeado las simpatías de cuantos le conocieron por su buen carácter y por el buen ejemplo que á todos daba, murió el P. Roman en su convento de Madrid el dia 9 de Octubre de 1645, con sentimiento general y en especial de los religiosos de su Orden, dejando de su mano muchos manuscritos de teología que despues de la extincion de los religiosos debieron pasar á la Biblioteca Nacional de Madrid, adonde se llevaron los libros de todos los conventos de esta corte el año 1835, en que se verificó la última extincion de las comunidades religiosas de varones y se redujeron las de mujeres, á efecto de la revolucion que cambió el sistema político de la Península española. Segun Baena, el retrato de este ilustrado varon existia entre los de los hijos ilustres de su Orden en el expresado convento.—B. C.

ROMAN (Bernardo de San), que fué abad de Tournus, no era áun más

que prior de Loudun, cuando redactó una corta relacion de los tres milagros obrados por S. Filiberto; relacion que ha dado á conocer el P. Mabillon. Bernardo era abad de Tournus en 1200; pues en esta época renovó un tratado de alianza y confraternidad concluido entre su antecesor y la abadia de la Ile Barne. Pero tenia ya sucesor en 1202. Puede conjeturarse que pertenecia á la familia de San Roman en Maçonnais, que dió otros abades en el curso del siglo VIII.—S. B.

ROMAN (Fr. Bernardo de San), general de la órden de nuestra Señora de la Merced. Habiendo muerto en el año de 1269 el segundo general de la Orden Fr. Guillermo Bas, fueron convocados los religiosos en el convento de Sta. Eulalia de Barcelona por el santo varon Fr. Pedro de Corvaria, en aquel tiempo prior de la Orden; y unánimemente eligieron por tercer maestro general á Fr. Bernardo de San Roman, natural de Francia, de la noble familia de los Romanos, que en el momento en que fué nombrado y elegido pertenecia á los caballeros religiosos encomendados, pues que tenia la encomienda de S. Miguel del monasterio de Játiva; y si bien se llamaba en el siglo Bernardo Romano, por pertenecer á aquella noble familia, colateral de la casa de Rohan, patria y familia de quien pudiera preciarse este caballero, con todo esto, por ser devotísimo del glorioso mártir San Roman desde sus primeros años, compañero y discípulo en el martirio del glorioso S. Laureano, prefirió aquel apellido y le tomó cuando recibió el hábito, desde cuyo punto se llamó Fr. Bernardo de San Roman. Advirtiéndose que en la órden de la Merced, el caballero prelado se llamaba comendador de aquel monasterio y casa; y el prelado de los sacerdotes, prior del mismo monasterio. El primero tenia el cargo y la direccion de las redenciones, rentas, depósitos y limosnas; y el prior sacerdote tenia el de celar por la puntualidad y asistencia al coro y oficios divinos, y así era que habiendo, como habia hermandad santa, hacian su oficio activo y contemplativo, para cumplir con los fines de la Orden, y con las dos vidas activa y contemplativa. Fr. Bernardo de San Roman fué electo en maestro general de toda la Orden el año de 1269, entrando el de 1270 en las infraoctavas de la solemnidad de la pascua de Navidad de aquel año. Despues de hecha esta eleccion con tanta paz y conformidad de todos los religiosos, se despachó nueva del nombramiento al reino de Valencia al rey D. Jaime, que entónces se hallaba en Biar. Este monarca recibió con la mayor alegría y satisfaccion la nueva de aquella eleccion, porque conocia personalmente á Fr. Bernardo, á quien acompañó, y presenció la toma de hábito de este caballero, por mano de S. Pedro Nolasco; estando penetrado el Rey desde entónces de su grande virtud y recomendables prendas. Igualmente toda la ciudad de Barcelona y la de Valencia celebraron la eleccion. Por el momento

no se mandó á Roma por la confirmacion del Pontífice de aquel nombramiento, por hallarse la silla apostólica sede vacante hacia ya dos años, y se esperaba por momentos la nueva eleccion de pontífice, la que á pocos dias se verificó en Viterbo siendo electo Teobaldo, arcediano Leodiense que se llamó Gregorio X. La entrada del año 1270 y fines del 69 fué muy desgraciada para la cristiandad, por las muchas muertes de príncipes cristianos que entónces ocurrieron, como fueron la de S. Luis rey de Francia, la de Teobaldo rey de Navarra, la de su mujer la reina Doña Isabel, la del infante D. Juan su hijo, y la de la reina de Francia Doña Isabel, hija del rey D. Jaime y esposa del rey Felipe, sucesor de San Luis. Al nuevo general Fr. Bernardo de S. Roman se le cometió la embajada de ir á dar el pésame al citado rey Felipe de Francia por la temprana muerte de su esposa, atendiendo el rey D. Jaime á lo muy caballero y religioso que era, y el alto concepto que de él hacia. Hizo el santo varon este viaje con el mayor gusto por complacer al monarca, pero tan desinteresadamente y con tal sencillez y desprendimiento de todo respeto humano, y esperanza de premios temporales, que á pesar de todo volvió rico, si no de rentas, de opinion de humilde y de prudente, con tanta voz y crédito, que no le llamaban ménos que el varon santo. Tambien en los tratos de casamientos, entre el rey de Castilla y el vizconde de Bearne, con el infante D. Sancho y Doña Guillerma de Moncada, quiso D. Gaston, vizconde de Bearne y señor de Moncada, que se encargase de este negocio el virtuoso General, de cuya comision pudo excusarse Fray Bernardo sin que se resintiese ni disgustase el Vizconde, que le llamaba pariente y deudo como realmente lo era, obrando con tal acierto, que habiéndose excusado por lo repugnante que le era ocuparse ni entrometerse en negocios seculares, parece que obró inspirado por un espíritu profético, porque aquel enlace no tuvo efecto, y aquella señora vino á casar despues con el infante D. Pedro, hijo del rey D. Jaime como lo afirma Zurita. Desembarazado de las ocupaciones que el Rey se dignó confiarle, emprendió la visita de las casas y monasterios de la Orden, empezando por la de Vich, siguiendo por la de Zaragoza, y concluyéndola en la de Játiva, Puch y Valencia. En la del Puche descansó algunos dias, porque era muy devoto de aquella santísima imágen, dando, en los dias que permaneció, tan grandes muestras de su virtud y santidad, que acudia todos los dias la nobleza de Valencia á visitarle y conocerle personalmente. Era Fr. Bernardo de rostro severo, aunque adornado de tan santa modestia, que todos los que le trataban no podian ménos de respetarle y obedecerle, aunque fuesen personas elevadas y de calidad. Circunstancia que facilitó el que terminase favorablemente algunos disturbios, componiendo y apaciguando algunos bandos y enemistades secretas, que existian entre algunos caballeros catalanes y arago-

neses, sobre heredamientos y particiones de tierras, que les habia proporcionado su conquista; de todo lo cual, sabedor el rey D. Jaime, que se hallaba en Huesca, le escribió una carta gratulatoria, acompañada con muchos agradecimientos y regalos. Desde el Puche, con permiso del rey de Castilla, envió algunos religiosos á fundar dos casas de la Orden; aumentó aquella casa, proporcionando con su estancia algunas limosnas importantes que se hicieron á la santa imágen. Sentia mucho dejar aquella casa, por la situacion que disfrutaba, su grande quietud, y sobre todo, por su gran devocion á aquel santuario, que encerraba aquella portentosa imágen de la celestial señora, madre suya y de toda la Orden, y así decia muchas veces á los religiosos que en ella vivian, que además de envidiarles su sosiego, tendria á gran dicha, y trocaria de muy buena gana la dignidad de maestro general por la humildad de una de aquellas pequeñas celdas. Reparaba mucho y ponia gran cuidado, examinando con la mayor cordura y prudencia á todos los que pedian el hábito, particularmente el de los caballeros; y así habiéndole propuesto cuando estuvo en Vich á cuatro caballeros franceses, de la flor de la nobleza de la Provenza, no les concedió la gracia hasta salir del Puche, remitiendo el darles el hábito á Barcelona, porque el de los caballeros solo el mismo maestro general podia darlo por sus manos. Otros hábitos dió de religiosos sacerdotes, y entre ellos algunos que brillaron en virtud y letras. Pero aunque era tan amigo del aumento de la religion y deseaba ver en sus dias gran número de profesores de la heróica caridad que prescribe el cuarto voto, decia que este motivo debia hacer se mirase bien á quién se concedia el hábito; y que esta clase de milicia pedia soldados de más ánimo y valor, y capaces de sobreponerse á mayores peligros, que los que prometia la guerra ordinaria y comun; y que aunque no era versado en las letras divinas, su parecer no distaba mucho de los consejos que en ellas da el apóstol en la carta que escribe á los de Roma, que parece habla con los que abandonan el mundo, y con los que los admiten en religion, pues la voluntad y el corazon han de ofrecer en sacrificio los soldados de la ley evangélica á la religion y yugo de la obediencia, á cuyo santo fin consagraron, no solo las fuerzas del espíritu, sino tambien las corporales. Y firme en este propósito, siempre que concedia hábitos á caballeros, y á los que habian de emplearse en las redenciones, exigiendo una vocacion tan fuerte y decidida, cual se necesitaba para exponer la vida por amigos y enemigos; siendo necesaria la doble circunstancia de valor y fortaleza, como lo da á entender Séneca, refiriendose á la última: *Non quia difficilia sunt, non audemus, sed quia non audemus difficilia sunt.* No por ser las cosas dificultosas somos cobardes, sino que por serlo se nos hacen dificultosas. Una de las virtudes que resplandecieron más en este caballero y santo religioso fué la de la caridad,

expresando continuamente sus alabanzas, de tal suerte que casi siempre que saludaba á algun inferior suyo, decia las palabras de S. Pablo: *Charitas Dei sit cum omnibus vobis.* La caridad de Dios sea con todos vosotros; y añadia: ¿qué seríamos sin caridad? El que llega á conocer la caridad de Cristo, y desea imitarla, ese es el que llega al mayor conocimiento; y así os ruego por la caridad y amor del Espíritu Santo, que me ayudeis para acertar á gobernaros y á conservaros en amor y paz; porque la caridad del Señor es la que nos une y enlaza, teniéndonos á raya y procurando no vivamos discordes y desconsolados. Estas razones y otras semejantes eran las que usaba de ordinario con los que saludaba, visitaba ó consolaba, siendo este uno de sus principales entretenimientos, en los que confesaba recibia el mayor placer. En una ocasion fué preguntado cómo era que no habiendo sido de los hombres más versados en letras, era tan consumado en tantas cosas y en las principales virtudes; á que respondió: que el amor de Dios era la cátedra y escuela en que habia estudiado, y así era como habia aprendido en Dios el valor de la virtud de la caridad, no habiendo cosa tan preciosa á sus ojos, tanto que por ella se hizo Dios hombre y se humilló á padecer y á morir. No quiso el Señor dejar de consolar á este siervo suyo, y regalarle con darle que merecer, y en que ejercitar este don de caridad de que tanto aprecio hacia. Tenia en Francia Fr. Bernardo de San Roman un hermano menor, llamado Ludovico Ruhen, educado toda su vida en la guerra, particularmente en los combates de Italia; y como en este tiempo permaneciese todo quieto y pacífico, por hallarse ocupados los más de los príncipes de la cristiandad en la asistencia al Concilio general, que celebraba en Lyon el santo pontifice Gregorio X, con la suspension de la guerra, y por lo tanto por hallarse sin ocupacion su hermano Ludovico, se vino á España, siendo ya conocido con nombre y experiencia de un gran capitan, con el fin de ver á su hermano y arreglar sus negocios. Pero desgraciadamente á poco de llegar á Barcelona le acometieron unas fuertes calenturas, que le consumieron brevemente, viniendo á morir en los brazos de su mismo hermano. Toda la ciudad sintió aquel triste acaecimiento, tanto por el cariño que profesaban al maestro general Fr. Bernardo, como por la compasion y el dolor que experimentaron viendo malogradas todas las esperanzas que prometian las grandes dotes que poseia aquel caballero, tan jóven, tan noble y tan gran soldado, acabando su vida extraña, y á los ojos de un hermano que tanto le queria. Solo este fuerte y santo varon fué el que mostrando valor y ánimo, acudió á Dios por el remedio, poniéndolo todo en sus manos, y como tenia tanto corazon y valor á la par que tanta virtud y santidad, viendo el próximo término de su hermano, le dijo estas palabras: «Hermano, aunque en causas y ocasiones de infundir ánimo y esfuerzo parecerá extraño que un humilde

religioso trate de confortar á un capitan valiente, como este combate en que ahora entras, no solo es con enemigos del cuerpo, sino tambien del espíritu, no será inoportuno, que conforme á mis consejos, peleeis vos, para que el clementísimo Dios use en este trance con nosotros de la gracia que dispensó á Josué cuando peleaba y por él lloraba Moisés. Soldado sois y hecho á las armas, y acostumbrado á pagar el tributo de paciencia á que sujetan la influencia de las inclemencias del tiempo, sin buscar regalos, ni perdonar trabajos, no acobardándoos el temor de perder la vida, ántes bien despreciando los peligros en la campaña; aquí no es la muerte más poderosa, ni allí ménos terrible, siendo entónces más apetecible la vida, por la comodidad de la salud y vigor que proporcionan las fuerzas que hacen apreciar la existencia; pero de cuyos bienes os ha privado la enfermedad, dejando en el alma solamente el recuerdo para el arrepentimiento de los tiempos pasados, y en el cuerpo el dolor de los males presentes; pero tambien los galardones serán mayores, pues que los trabajos bien sufridos son el precio con que se alcanzan grandes mercedes del Señor, no siendo la menor de ellas poner al hombre en ocasion apretada de merecerlas, como lo es la presente; y pues la tribulacion de tan larga y penosa enfermedad os representa batalla, obrad como caballero cristiano; y puesto en medio del peligro, aseguraos con el escudo de la fe, suficiente para resistir todas las saetas del enemigo. Finalmente, vos que en tan honrosos ejercicios habeis empleado lo mejor de vuestra vida, haced agradable sacrificio á Dios del resto de ella, que sabrá premiarlo. En cuanto á mí, harto hago en veros padecer y acompañar vuestros dolores con el mio, que en parte es más fuerte. Si con mi vida pudiera rescatar la vuestra, ninguno más pródigo de su hacienda que yo lo fuera de ella; y si mi sangre pudiera suplir la falta de la de vuestras venas, ninguno fuera más liberal en darla; siento vuestras penas, y sobre todo la mayor, que mucho me lastima, de no poder remediarlas; aquel Señor de cuya mano os vienen, os defienda y ampare con su infinito poder: pues el mundo y sus cosas al mejor tiempo desaparecen como humo, y los vuestros no somos poderosos á detenerlas, dejadlas ir, y asíos de las eternas, que solas pueden dar reposo á vuestro corazon. Poned los ojos en el puerto á que os acercais de la bienaventuranza, y cuando los pensamientos y congojas de la muerte, como olas de mar inquieto, más combatieran vuestra alma, no desmayeis y esperad, hermano, con viva fe y verdadera humildad, poniéndoos en las soberanas manos de la clemencia de Dios, de quien pende todo vuestro remedio.» Con estas y otras semejantes razones, aunque lleno de lágrimas, alentó el santo general Fr. Bernardo á su hermano, consiguiendo que saliese de esta vida para la eterna tan rendido como confiado en la misericordia de aquel Señor que murió por él. Tenia una notable pa-

ciencia este santo General, admirando no solo á los varones ejemplares de la religion, sino tambien á sus émulos y enemigos, pues tuvo algunos; y así para que no le preguntasen el orígen de tan grande sufrimiento, dándole y proporcionándole bastantes ocasiones para indignarse y enojarse, hizo escribir en la puerta de su celda las palabras de David: *Verumtamen Deo subjecta esto anima mea, quoniam ab ipso patientia mea.* Qué mucho que yo tenga paciencia, si el tenerla viene de procurar tener sujeta el alma á la voluntad del Señor, que sin merecerlo me constituyó en esta dignidad. Le sucedieron en el ejercicio de esta virtud cosas notables y dignas de referirse; entre otras, una vez que caminaba para la corte del rey D. Jaime, que se hallaba entónces en Zaragoza, despachó adelante con toda diligencia un criado seglar, porque así convenia, pero se le encontró en el camino, y no solo no habia cumplido con ir á la corte donde era enviado, sino que cometió la atrocidad de cortar las patas á la cabalgadura en que iba, con el pretexto de que no andaba tanto como él quisiera; y estando temblando por su mal hecho, temiendo el rigoroso castigo á que se habia hecho acreedor, respondió únicamente el santo varon con gran mansedumbre á quien le anunció lo que pasaba: «Paciencia, que yo seré el primero que daré el despacho al Rey, solo me pesa de su incomodidad, pues tendrá que seguir á pie.» En otra ocasion llegó al monasterio un seglar de vida relajada, solicitando le confesase alguno de los religiosos sacerdotes de aquel convento de Barcelona, y no acudiendo tan pronto como él quisiera, como sujeto poco sufrido y áun facineroso, acostumbrado á cometer muertes y robos, denostó al sacerdote, y echó mano á su cuchillo para matarle; llegó en este crítico momento el santo Fr. Bernardo, contuvo á aquel desalmado, é informado del motivo, puso en paz al penitente, y mandó al sacerdote que le confesase, pero éste le manifestó que aquel sujeto no traia la disposicion que se requeria, puesto que ni áun en aquel caso se contenia ni reportaba su natural y mala costumbre; pero el santo varon le replicó: «Pida, Padre, á Dios paciencia para oirle, que Dios dará al penitente disposicion y arrepentimiento de haberle ofendido, que es oficio suyo y no de hombres.» Otros muchos sucesos pudieran referirse en prueba de su aventajada paciencia y notable sufrimiento, de cuya virtud estaba tan dotado por el Señor, siendo sin la menor duda este tercer santo General de los más consumados y perfectos varones que tuvo en el principio el gobierno de la Orden. Cuando hacia capítulo de visitas particulares y le presentaban algunas quejas de unos religiosos contra otros, en seguida los sosegaba y pacificaba, amonestándolos con las palabras de S. Agustin sobre los Cantares: «Mostrad que sois vos el bueno con sufrir al malo, que Cristo Señor nuestro, y que fué nuestro ejemplar y dechado, sabia que Judas era ladron, y lo

sufrió y lo envió á predicar con los demás, y le dió su cuerpo santísimo.» A lo que añadia: «Disimulad, hijo, no deis mal por mal, perdonad á vuestro hermano; pues no sereis en todo tan perfecto que no venga dia en que él tenga que perdonaros.» Eran tan poderosas sus platicas y razones, que á quienes las dirigia, por muy obstinados que fuesen, los hacia ablandarse y volver á la razon. En sus últimos tiempos fundó un convento en Montpellier, y de los primeros religiosos que llevó para gobernarle, fueron dos algo ásperos de carácter y condicion. Hizo una falta un novicio, y el maestro le castigó con bastante dureza. Lo observó Fr. Bernardo, y dijo al que le estaba castigando: «Basta, hermano, basta;» y como es costumbre en la religion en semejantes casos decir el salmo *Miserere mei, Deus*, cesando el castigo al decir el verso *Gloria Patri*, viendo que no suspendia el castigo del novicio á pesar de su advertencia, dijo: *Gloria Patri* etc., y como con todo no hiciese caso, le dijo con su acostumbrada paciencia: «Pues que no quiere dar gloria al Padre, que como tal perdona las faltas y defectos de los hijos, ni al Hijo, que como hermano nuestro se compadece de nosotros, désela al Espíritu Santo que hizo esta ley de la religion, ley de espíritu y amor, y no ley carnicera y cruel;» con cuyas razones quedó tan avergonzado el maestro de novicios que se echó llorando á sus pies, y le pidió clemencia y perdon por lo que se habia excedido. Todo cuanto fuese de obligacion, oficio ó caridad, lo miraba con el mayor interés el santo General, acudiendo á todo como si únicamente perteneciera á su cuidado; así fué que á consecuencia de las revueltas y trastornos de Andalucía y de Castilla, se aprovechaban los moros, cautivando á algunos cristianos de cuenta, siendo forzoso acudiese la religion á sus acostumbrados rescates, haciendo algunos personalmente, sin fiarlo á otras personas, siendo tanta su humildad, que tampoco se retraia de salir á pedir las limosnas para aquel objeto tan humanitario, dando un ejemplo señalado de su humildad y caridad. Tambien envió al rey de Castilla y al de Aragon algunos religiosos de crédito, en casos, juntas y consultas que se ofrecieron, por pedírselo así aquellos monarcas. Y en estos casos, no solo cuidaba de elegir los sujetos más dignos, graves y doctos, sino de que no se saliesen de los límites que pide la circunspeccion, modestia y buen ejemplo de un religioso observante y humilde, pues de aquel modo les decia serían más respetados y lograrian mejor acierto en sus dictámenes. Despues los abrazaba y bendecia, mandando darles lo necesario, y enterneciéndose siempre al verlos partir. No solo sirvió á los reyes el general Fr. Bernardo con su persona y con las de los principales religiosos de la Orden, sino que igualmente sirvió á la santa Iglesia romana, con aventajados maestros y consumados Padres. Por este tiempo celebró concilio en la ciudad de Leon, en Francia, el pontífice Gre-

gorio X, que fué el tercero celebrado en aquella ciudad, siendo este último el más concurrido y numeroso, pues se reunieron quinientos obispos. A este concilio envió el general Fr. Bernardo de San Roman en su representacion á Fr. Antonio Marin, francés de nacion, catedrático de teología en la ciudad de Tolosa, á Fr. Jorge Lopez, doctor en derechos, entrambos hijos de hábito de Fr. Guillermo Bas, y eminentes en sus facultades. Tambien se hizo notable el tiempo de su gobierno, aunque fué corto, por la abundancia de limosnas y los muchos rescates que se hicieron; llegando al número de siete las que se hicieron en el espacio de trece años, rescatándose en todas ellas más de setecientas personas, siendo más de ciento de calidad. Tal era el fervor de este gran religioso, y tal y tan extrordinarias las limosnas que con mano liberal daban los fieles para aquella obra tan digna y meritoria, pudiéndose hacer en tan poco tiempo tan grandes rescates, aconteciendo en ellos no pocas maravillas que obró Dios en favor de los tres Pedros que fueron redentores en este tiempo, á saber, Fr. Pedro de Valencia, Fr. Pedro Formica, y Fr. Pedro Amerio; y todas estas redenciones y rescates, incluyendo las que hizo por su persona, todo el cuidado y mérito de ellos, es debido á este General, pues su diligencia, sus lágrimas su continua oracion miéntras los redentores estaban ocupados en su ministerio, y especialmente entre los moros, sus extraordinarios ayunos y secretas disciplinas, admirando con sus virtudes á todos los religiosos. Universalmente le llamaban padre de los pobres, principalmente en la ciudad de Barcelona, porque con el más alegre semblante acudia á mediar y componer las discordias de la gente humilde, con el mismo interés que si le encomendáran negocios árduos y espinosos que ocurrian entre personas acomodadas y poderosas. Tan presto amanecia en los hospitales como en palacio, y más noches permanecia en los primeros que en el último; y aunque debió ocurrirle en algunos casos, se sabe positivamente de dos en los cuales volvió casi desnudo á su monasterio por haber dado sus hábitos á pobres araposos y desnudos, para que se cubriesen y abrigasen con ellos. Besaba los pies á los pobres muchas veces, diciendo que veia á Jesucristo en ellos, siendo los verdaderos hermanos y parientes, mayormente en la religion, con mayor vínculo y estrechez por la particular profesion de su Orden. Se complacia mucho cuando le pedian licencia para edificar algun monasterio de la misma, así como tambien le disgustaba mucho el que los fundadores prometiesen suntuosos edificios y que los religiosos no conviniesen acerca de las cantidades y hacienda que debian darse para las nuevas fundaciones. Así fué que en la visita general que hizo á toda la religion, una de las cosas que más procuró reformar fué el edificar monasterios con suntuosidad, pues era contradictorio que en una religion tan humilde, se gastase lujo en las

edificaciones, quitando aquellas sumas á los pobres cautivos á quienes pertenecian. Por este motivo hizo un acta ó constitucion, que despues confirmó S. Pedro Amerio, cuarto maestro general, y que siempre ha permanecido, la cual ordena que los religiosos tengan y funden casas de mediana y ordinaria construccion, atendiendo á la razon expuesta de impedir con otros gastos lo que pertenece y está destinado á las redenciones. Pudiera formarse un grueso volúmen si se refiriesen todas las particulares virtudes del santo general Fr. Bernardo de San Roman, siendo tan señalado en las de la caridad y humildad en tanto grado, que se retiró del palacio del Rey bastantes veces rehusando aceptar los honores y grandes destinos que el rey D. Jaime le ofrecia cerca de su persona y de su consejo; y aunque en la religion habia distintos pareceres llamando la atencion á su conciencia, diciéndole que debia aceptar los oficios y cargos que el Rey le proponia, porque además de considerarle muy digno de ellos, se seguia á la misma religion grande honra; todas estas razones no bastaron para que aceptase ninguno, prefiriendo más la quietud de su celda, y sobre todo asistir á la limosna diaria que se daba á los pobres en los conventos y sus porterías, que todas las privanzas y honores de la corte. Como era natural y correspondia á su alta dignidad el servirle con algunas cosas de regalo, atendiendo igualmente á la poca salud que de ordinario gozaba, debiéndose aquel quebranto á sus continuas penitencias, nunca lo permitió ni consintió, manifestando sentimiento y pena por que se le tuviesen aquellas atenciones, diciendo que los maestros generales y prelados habian de traer escrito aquel título y blason de que tanto se preciaba el Hijo de Dios, debiendo el prelado ser lo mismo: *que no vino al mundo á ser servido de los hombres, sino á administrarlos y redimirlos.* Tambien resplandeció en sumo grado en este santo varon la virtud de la castidad con tan grandes ventajas que áun en sus palabras se descubria la pureza de su corazon. No se sabe que fuese manchada su alma desde que salió al mundo, ni tampoco su lengua, con ninguna deshonestidad, presumiéndose por lo tanto que en el cielo goza de la palma y auréola debidas á esta virtud, siendo tan celoso en su observancia como lo prueban las palabras de reprension con que amonestó á Doña Berenguela Alfonso, hija del infante D. Alonso, señor de Molina y de Mesa, de quien la pública voz decia que trataba no tan lícita y honestamente como era justo con el Rey, á quien tambien muchas veces por verle culpado de este vicio á los ojos de sus vasallos, reprendió ásperamente á solas con el valor y licencia santa y cristiana que él se tomaba, recibiendo el Rey estas amonestaciones y consejos como de un amigo íntimo, y de un vasallo celoso de su bien, y de un santo religioso; y esta era la razon porqué el Rey procuraba tenerle más cerca de su persona, cuanto más le reprendia y se reti-

raba del palacio; pero no pudo excusarse enteramente el santo general Fray Bernardo de los cuidados en que el Rey le ponia: y así en los últimos dias de su vida tuvo que hacer el viaje á Tolosa en compañía del obispo de Barcelona y de Fr. Alonso de Castelnou, maestre del Temple, y de D. Guillen, su hermano, para mediar y componer las desavenencias del rey Felipe de Francia y el conde de Foix, las cuales pudieron agriarse mucho y llegar á un rompimiento, porque el rey de Aragon estaba resuelto á favorecer la causa del conde, teniendo de su parte al conde de Almagnac y al vizconde de Bearne. D. Ramon Folch, vizconde de Cardona, estaba apoderado de los castillos y villas que el de Foix tenia en feudo del rey de Aragon; por estos motivos estaban á pique de un grave rompimiento los dos reyes, suegro y yerno, y lo arregló de tal modo el santo varon, que el de Francia se volvió con su ejército á Tolosa, y el de Aragon á Montpellier. Y en agradecimiento de este feliz resultado se le dió licencia al Padre General para fundar en Tolosa el monasterio de Sta. María de la Merced, tan célebre por tantos años en aquella universidad. Volvióse á Barcelona Fr. Bernardo á principio del mes de Marzo de 1272, donde halló á Fr. Bernardo Corvaria, que habiéndole nombrado el año antecedente prelado de los sacerdotes de la casa de Barcelona, y por comision del mismo General visitado todo lo tocante al gobierno espiritual de la religion con nombre de prior general, estaba ya de vuelta, y así casi entraron á un mismo tiempo en Barcelona, el uno de la visita y el otro de la fundacion de Tolosa; pero poco duró el contento que ambos recibieron en verse, y generalmente el de todos con la venida de un padre tan amado de sus hijos, porque de allí á muy pocos dias murió de una fiebre poco intensa al parecer, pero que concluyó brevemente con su vida. Partió á la patria celestial con un gozo extraordinario, mostrando en todo lo mucho que se prometia de ir á gozar de la presencia del Señor, á quien tan de veras habia servido. Para manifestar toda la pena, sentimiento y dolor que experimentó toda la Orden con tan grande pérdida, bastará citar las palabras que el maestro Zumel dice acerca de su muerte, y dignas del concepto que hizo de su ejemplar vida. Concluye así: Murió nuestro Maestro general Fr. Bernardo de S. Roman, y quedó toda la religion como desmayada, y caidas y quebradas las alas que le habian nacido ricas y llenas de las esperanzas que prometian los aventajados méritos de su santidad, valor y virtud.» El Señor hizo manifiesto, despues de su muerte, cuán acepta habia sido su vida á su Divina Majestad, pues además de haber obrado por aquel santo cuerpo y sus reliquias gran número de milagros, permanece entero y se conserva como el dia que lo enterraron en el convento de Barcelona, como así lo afirma el obispo de Jaca, que le vió en el mismo año de 1591, que escribia la historia de la Orden, y cuya depo-

sicion, por ser de un prelado tan virtuoso y calificado, no se puede ménos de insertar con sus mismas palabras: «Murió el tercero general de la Orden Fr. Bernardo de San Roman, varon santísimo como lo muestra su cuerpo el dia de hoy, que, como en la vida del P. Giliberto diremos, con haber pasado de trescientos diez y seis años que murió, está entero, incorrupto y tan palpable su carne como si poco ha muriera.» —A. L.

ROMAN (Fr. Gaspar), franciscano español de la provincia de Granada, y natural probablemente de esta ciudad. Floreció en el siglo XVII, y se distinguió no ménos por sus virtudes que por sus conocimientos. Hallábase dotado de las mejores cualidades, y supo aprovecharlas en beneficio de la órden á que perteneció, que le miraba como uno de sus miembros más ilustres, prueba de ello los diversos cargos que desempeñó durante su larga y meritoria carrera. Desde novicio manifestó la grande humildad y notables virtudes de que se hallaba adornado; modesto, estudioso, obediente, piadoso y dado á todo género de obras de caridad, compartia el tiempo entre sus deberes religiosos y sus tareas literarias. Jamás dejó de asistir á ninguna de las prácticas de la comunidad, y empleaba largas horas en la oracion, además de las prescriptas en la regla. No fueron menores sus adelantos en la ciencia. De ingenio agudo y perspicaz, comprendia con facilidad cuanto se le explicaba, y las ciencias más difíciles y oscuras eran para él inteligibles y claras, así fué que sus profesores le recomendaron decididamente, y apénas terminó sus estudios, obtuvo ya el grado de lector en su convento de Granada. Como la observancia de la regla era lo que más le habia distinguido, procuró que la aprendieran bien sus discípulos, seguro de obtener por este medio grandes ventajas para su Orden, en la que creia que podria influir de tal manera tanto ó más que con los adelantos en los estudios, que no descuidaba en los alumnos. Siguió por un largo espacio desempeñando este cargo, siempre con acierto y celo, siempre con grande aplauso de sus superiores y de las personas que de él oian las explicaciones de la ciencia y virtud. La práctica que alcanzó en este ejercicio le valió despues mucho para el púlpito, en el que figuró como uno de los primeros oradores de su siglo. Enérgico y brioso en el decir, más amante de la verdad que de la elocuencia, la religion cristiana y sus santas máximas fueron proclamadas por él en el púlpito con tanta grandeza, afecto y uncion que sus contemporáneos le admiraron y nos han dejado pruebas inequívocas de su mérito oratorio. Pero la edad, y todavia más los puestos á que le fué poco á poco elevando su Orden, le privaron del ejercicio de esta santa ocupacion en que tan buenos resultados habia conseguido. Nombrado ministro provincial de la provincia de la regular observancia de Granada, ocupó este puesto el tiempo prefijado en los estatutos de su Orden, dedicándose despues á la compo-

sicion de algunas obras, de las que solo nos es conocida la que lleva el siguiente título: *Resolutionem moralem adversus falsa sigilla monetarum*; Granada, imprenta Real: 1652, en 4.°—S. B.

ROMAN (Gerónimo), religioso español de la órden de S. Agustin, del que solo sabemos que murió en Medina del Campo el año 1597, y que compuso en español la *Crónica de su Orden*, y otras diversas obras históricas.—C.

ROMAN (Gerónimo). Apellidóse este jesuita español, natural de Toledo, *de la Figuera*, sin que podamos decir el motivo ni nada referente á su vida, sino que segun Herrera *in Alphab. August.*, Alegambe en su *Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesus*, y Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana*, fué autor de diversos tratados de historia y de geografía.—C.

ROMAN (Fr. Gerónimo de San), religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced. Fué natural de Francia, se educó en Lion y en París por los años de 1510 y 1512, é hijo de hábito de Fr. Juan Urgel. Era muy estudioso y aplicado, y muy dado á las letras divinas, las cuales profesó tan aventajadamente, que por ellas mereció, despues de haberse graduado, leer y regentar cátedra pública en la universidad de París con gran satisfaccion de todos los profesores de esta facultad. Tuvo algunos sinsabores, originados de la emulacion y envidia, pero se condujo con grande prudencia, y no le pudo hacer salir de sus límites la guerra que le hacian ocultos y apasionados enemigos, provocándole para que se alterase y descompusiera, y hacerle perder el crédito que tan ganado tenia de hombre circunspecto y ejemplar; de todo salió triunfante, venciendo con su silencio, moderacion y paciencia las mayores dificultades, consiguiendo con sus grandes prendas y virtudes que le mejorasen de cátedras y puestos; pero por último, habiendo servido á la universidad de París por espacio de muchos años, desengañado de lo que es el mundo, de su falacia y de sus pretensiones y ánsias por lograrlas, las abandonó, y se retiró al convento donde primero habia vivido, con tanta humildad y tanto desprecio de sí mismo como si fuera el fraile más ordinario, dando buen ejemplo, hasta que llegó la hora de su muerte no ménos ejemplar que su vida.—A. L.

ROMAN (Fr. Juan), religioso carmelita, nació en Sevilla en 1655, y profesó en 1671 en el convento del Cármen de la misma ciudad. Jamás quiso admitir prelacías, tan grande era su humildad y bajo el concepto que tenia de sí mismo. Su celo por el bien de las almas le animó á ocuparse en los trabajos del púlpito con mucho fruto de los fieles, y su ardiente amor y devocion le hacia permanecer largas horas en fervorosa oracion. Preparóse así para una feliz muerte con que coronó su vida en 1709.—S. B.

ROMAN (Juan José Teresa). Nació este eclesiástico literato en Aviñon,

en Mayo de 1726, de padres pobres. Acabados sus primeros estudios en las escuelas de jesuitas, fué admitido en el seminario, en el que hizo una estrecha amistad con su condiscípulo el abate Arnaud. Reunió á ambos jóvenes su gusto á la literatura, compensándoles con placer el cultivo de la poesía lo que les disgustaba el árido estudio de las materias teológicas. Describió el abate Roman la vida que llevaba en el seminario, en una carta que desgraciadamente llamó la Cartuja de Gresset, razon por la que sin duda no la publicó. A la edad de veinticinco años fué á París con multitud de recomendaciones para personas acreditadas, y entre ellas los más distinguidos literatos. Poco tiempo despues de su llegada á esta capital, fué agregado como asistente á la parroquia de S. Meri, modesto empleo que le dejaba tiempo para completar su instruccion. No tardó en familiarizarse con las obras maestras de la literatura latina é italiana, y aprendió el aleman á fin de conocer mejor á los poetas de esta nacion en su propia lengua. Cuando él se hallaba ya con estos adelantos, obtuvo el abate Arnaud, su amigo, el privilegio de publicar el *Diario extranjero*, coleccion que enriqueció Roman con diversas piezas, y entre ellas debe mencionarse especialmente una traduccion abreviada de la *Muerte de Adan*, tragedia de Klopstock, la cual le valió una lisonjera carta de Voltaire, al que visitó despues en Ferney, cuya fecha es de 16 de Junio de 1762. Además de la amistad que conservó siempre al abate Arnaud, intimó tambien con Alembert, la Condamina, Champfort y otros no ménos notables. Puesto en moda el juego del ajedrez por Filidor, llegó á ser la diversion más comun de los literatos; aprendióle el abate Roman, y no tardó en distinguirse entre los más afamados jugadores que hacian la tertulia á la condesa de Verne, en San Assise. En esta reunion compuso mucha parte de su *Poema del Ajedrez*, imitado del de Vida, al que superó por la exactitud en la descripcion de las reglas y en la marcha del juego. Hizo un *Poema sobre la inoculacion*, á ruegos de la Condamina, y este libro acrecentó mucho su reputacion. Cartas de los Reyes de Prusia, de Suecia, y de la emperatriz de Rusia, á cuyos soberanos dedicó esta obra, forman el elogio del poeta, que tuvo la modestia de guardar el anónimo; pues jamás apareció su nombre al frente de las obras de su mano que hizo imprimir. Antes de conocer este feliz éxito de su obra, habia aceptado la plaza de vicario general de la diócesis de Vence, y abandonó á París para obtener tan brillante posicion. No léjos de la fuente de Vaucluse, compró una modesta posesion adonde se retiraba siempre que se lo permitian sus ocupaciones, y en esta posesion fué donde Roman, sumamente apasionado del Petrarca, compuso la vida de este gran poeta italiano, y emprendió la tarea de traducir sus más bellas obras. En relaciones amistosas desde 1775 con lord Fitz-William, par de Irlanda, consintió acompañarle en sus viajes,

cuando aquel ilustrado prócer le invitó á ello. Ambos visitaron la Italia como la recorren las personas instruidas y observadoras que desean sacar fruto de sus viajes, y en una incursion que hicieron al Vesubio, el abate Roman, habiéndose acercado temerariamente demasiado al cráter para mejor observarle, fué gravemente herido en una pierna por un pedazo de lava. Luego que estuvo curado de este percance, que pudo costarle la vida, recorrieron ambos amigos la Alemania, la Prusia, la Rusia, la Suecia, la Dinamarca, la Holanda y la Inglaterra, y en todas partes Roman, que era ya conocido por su poema del Ajedrez en todas las cortes del Norte, fué acogido y obsequiado con distincion. Dejando enfermo en Lóndres á lord Fitz-William, volvió Roman á Provenza provisto de una porcion de observaciones hechas en los países que habia visitado. Habitando la mayor parte del año en su posesion de Vaucluse, dividia su tiempo entre las letras y la amistad. Hacia algun tiempo se ocupaba en traducir el *Paraiso perdido de Milton*, cuando una grave enfermedad le obligó á suspender su trabajo. No disimulándose á sí propio el peligro de su estado, hizo todas sus disposiciones, y murió con la calma de un sabio, segun la expresion de su biógrafo Weis, en el mes de Agosto de 1787. Desde su llegada de París no habia dejado de corresponderse con los amigos que allí tenia, y en especial con Rivarol y Champfort, que sintieron mucho su fallecimiento, como se acredita en sus obras, en las que se han insertado algunas cartas del abate Roman. Además de muchas composiciones métricas publicadas en las colecciones de su época, y entre otras una *Epístola sobre la salud*, datada en 1760, se conocen de este autor las siguientes obras. *La muerte de Adan*, tragedia traducida del aleman, de Klopstock, precedida de varias reflexiones sobre ella, y publicada primero en el *Diario extranjero*, en Setiembre de 1761, y por separado en París, en 1762, en 12.°—*La Inoculacion*; poema en cuatro cantos, id. 1763, en 8.°—*El Genio del Petrarca*; ó imitacion en verso francés de sus más bellas poesías, precedidas de la vida de este célebre poeta; Parma (París), 1778, en 8.° Esta edicion ha sido contrahecha muchas veces con la misma fecha, en 12.° Logrando el librero Cussac recoger muchos ejemplares de la edicion en 8.°, cambió su portada, y la publicó con el título de *Vida de Petrarca*; 1786, como se dice en el *Diccionario de los anónimos* de Mr. Barbier. Las imitaciones que hizo el abate Roman de los sonetos del amante de Laura, son muy débiles en general; pero su vida está llena de noticias curiosas, y es una excelente *biografía* que ha reimpreso Mr de Fortia d'Urban con algunas correcciones, bajo los auspicios de la Academia de Vaucluse, en Aviñon, en 1804, en 12.°, habiendo unido á ella la traduccion de la carta de Petrarca á la posteridad, por Mr. F. Tissot de Mornas.—*Memorias históricas é inéditas sobre las revoluciones de Dinamarca y Suecia*, en los

años 1770, 71 y 72; publicadas por Aug. Couvret; París, 1807, en 8.° Contiene este libro una parte de las noticias que el abate Roman habia recogido en sus viajes, sin que pueda decirse, como su editor, que hubiese sido testigo ocular de los sucesos, pues que á lo más recogeria las noticias de los que los hubiesen presenciado. La primera parte es un cuadro rápidamente bosquejado de la elevacion y caida de Struensée, ministro de Dinamarca; el segundo una relacion superficial de la revolucion de Suecia en 1772; y siguen á esta anécdotas sobre el papa Ganganelli (Clemente XIV), y la historia de la abdicacion de Victor Amadeo, primer rey de Cerdeña, en 1730. El editor ha puesto al principio de esta obra una noticia sobre la vida y obras del abate Roman. *El Ajedrez*, poema en cuatro cantos; París, 1806, en 16.° El editor Mr. Couvret le publicó con noticias históricas sobre este juego, cuya invencion atribuye á un filósofo indiano llamado Sissa, y sobre los autores que en prosa ó verso han tratado de este juego, bibliografía especial que Cancellieri extendió mucho más, como puede verse en los *Anales enciclopédicos*, Octubre de 1807 y en el *Magasin Encyclopédique* de 1806, tomo I. El largo prefacio de Roman solo contiene el análisis del poema de Gregorio Ducchi: *Il giuoco de gli scacchi;* la versificacion del abate Roman, segun su biógrafo Weis, es correcta, pero bastante floja.—C.

ROMAN (Luis Galindo de San). Fué natural del Perú, y su familia tuvo desde los primeros años de la infancia el mayor interés en darle una educacion conveniente, para que un dia fuese útil en la sociedad. Los desvelos de sus padres eran superabundantemente recompensados por el jóven, pues dotado de una índole excelente y de una aplicacion nada comun, no tuvieron por su causa ocasion del más leve disgusto, ántes por el contrario tuvieron esa satisfaccion que produce el ver adelantar á un jóven en su carrera, y que los disgustos y dispendios que se hacen para que esta sea brillante son aprovechados en vez de ser infructuosos, como con algunos acontece desgraciadamente. Desde luego mostró grande aficion al estado eclesiástico, y por lo mismo, luego que hubo estudiado filosofía, emprendió sagrada teología, en cuya difícil ciencia hizo notables adelantos. Sus padres hubiesen querido que hubiera optado por alguna prebenda ó cargo eclesiástico que les hubiera permitido vivir á su lado, mas él se decidió por el estado regular, y encantado del instituto de los PP. Mercenarios Redentores de cautivos, pidió el hábito en tan esclarecida religion. Excusado es decir que apénas manifestó sus deseos, cuando presurosos los padres, se los permitieron realizar, y que fué grande el contento, tanto de los religiosos como de la familia, á pesar de que á esta se la contrariaba algun tanto el justo deseo que tenia de vivir con tan excelente miembro de ella. Hizo su noviciado sin que hubiera motivo, no digamos para la menor reconvencion, pero ni áun

para que sus superiores tuviesen que tildarle en nada; pues más bien parecia que enseñaba, que no que aprendia, así es que el dia que se votó su recepcion en la comunidad, paso que indispensablemente ha de darse ántes de que sea admitido á profesion el novicio, ni un solo voto le faltó, ántes todos le fueron favorables; tal era el deseo que todos tenian de que ingresára en la comunidad un hombre de quien con razon esperaban podria sacarse gran provecho. Profesó efectivamente, y comenzaron los superiores á utilizarle, ya confiándole asuntos importantes para que los resolviera, ya haciéndole ir á misiones, donde lograba conversiones en gran número, porque tenia mucho acierto para conmover sin aterrar, y al propio tiempo hacer comprender la importancia de las verdades eternas, y los chascos tan pesados á que nos expone el no hacer de ellas el caso que es debido. Luego en el confesonario completaba su obra, pues allí en particular ratificaba, digámoslo así, lo que en el púlpito habia dicho para todos; y todos sumamente contentos de él, se complacian en seguir sus consejos, porque los encontraban no solo sanos, sino muy provechosos y enderezados al solo bien verdadero, que es la posesion de Dios por la gracia, que asegura, en cuanto es posible asegurarla en este valle de miserias, la posesion de Dios en el cielo. No hay más memorias acerca de este excelente religioso, así como tampoco se ha podido saber á punto fijo la época de su fallecimiento; sin embargo, todos los cálculos más prudentes hacen creer que seria sobre el último tercio del siglo XVII, pues poco ántes publicó una obra de suma importancia y utilidad de que daremos razon aunque brevemente. La tituló: *Voces que da el entendimiento á la voluntad*; y bajo este epígrafe hizo un verdadero tratado de virtudes cristianas, persuadiendo con muy sólidas razones á que todo lo que puede darnos de sí nuestra conviccion es la necesidad de amar el bien en sí mismo, porque es lo único amable en este mundo, y por consiguiente de amar á Dios, único bien verdadero, positivo y que no tiene ninguna de las desfavorables circunstancias de los otros bienes del mundo. Por esto mereció desde luego aplauso, y dió fama al P. Luis Galindo de San Roman su preciosa obra, hoy rara en las bibliotecas.—G. R.

ROMAN (Fr. Manuel). Fué romano, si bien no nació en la ciudad misma sino en el monte Pincio, donde sus padres tenian una no muy grande vivienda. Desde luego mostró un natural dócil, y una inclinacion decidida al estudio, por cuya razon apénas tuvo edad para ello le aplicaron al de filosofía, despues que hubo aprendido muy bien humanidades y todo lo que hacia falta para haber aspirado con buen éxito al desempeño de una cátedra de retórica. No quiso, sin embargo, dedicarse á esto, si bien tuvo siempre aficion á la crítica literaria, en la cual hizo muy buenas cosas segun más adelante veremos. Tuvo especial afan por emprender una carre-

ra mayor, á lo cual se oponian sus padres; pero al cabo cedieron y emprendió la de sagrada teología con muy buen éxito y muchísimo aprovechamiento, logrando desde luego los primeros lugares en el aula, y despues los premios todos que se ofrecian en aquellos estudios, en los cuales por el bien entendido sistema de una justa y creciente emulacion, se sacaba de los jóvenes todo el partido posible. Sus catedráticos estimaban en gran manera á nuestro jóven, y ellos mismos al concluir su carrera, en la que se doctoró con universal aplauso, le habrian proporcionado una cátedra si hubiesen comprendido que era este el rumbo que queria seguir; mas como les expresó sus deseos de ascender al sacerdocio, y en el ejercicio de tan sublime ministerio buscar y hallar el medio de adquirirse el concepto de verdadero y celoso ministro de Jesucristo, le proporcionaron manera de que se ordenára, con lo cual creyeron todos que quedaban satisfechas las aspiraciones del jóven. Pero no fué así, y no se vaya á creer por esto que ambicionaba ni los altos puestos de la Iglesia, ni las lucrativas ocupaciones en que su ciencia y discrecion hubieran podido colocarle, todo ménos esto; lo único que queria era un reposo para su espíritu, porque decia que si él obraba por sí mismo, áun en el ejercicio del importante ministerio á que se dedicó, estaba expuesto á equivocar los medios, y en vez de buscar y hallar el justo, que conducia á su bien, encontrarse con otro que le llevára á su mal, y en lugar de ser útil á los demás y á sí mismo, ser perjudicial á unos y á otros por no tomar el debido camino; por lo cual si se agregaba al sagrado de una religion aprobada entónces, ya á ciegas y siguiendo la obediencia que se le impusiese, llegaria á cumplir bien, porque seguro de que lo que le mandaban estaba bien mandado, él con hacerlo tenia más que suficiente. Así que despues de meditarlo mucho y de buscar en todas las religiones el mayor atractivo que para él pudieran tener, se decidió por abrazar y abrazó con efecto la de los Carmelitas, entrando en el convento que estos religiosos tienen en Roma, que ha sido siempre, y es en el dia de hoy, muy observante de su santa regla y hasta cierto punto muy austero en sus prescripciones y prácticas. Mucho contento recibieron los Carmelitas cuando les indicó su resolucion, y no hubieran trocado la dicha que les cabia en recibir á tan excelente sacerdote por la de tener en su casa á otros de más noble alcurnia. Por supuesto que no permitió se le tuviese consideracion alguna, porque decia, y con razon, que él no era ni más ni ménos que otro novicio cualquiera, así es que en este estado se sujetó á todas las pruebas, no admitiendo prerogativa ninguna y cumpliendo en todo con tal fidelidad que no se podia desear más. Luego que se cumplió su noviciado, en el cual por más empeño que en ello tuvieron, no consintió que le dispensáran un solo dia, hizo su profesion solemne, lo cual fué motivo de inde-

cible gozo no solo para aquella santa comunidad, sino para toda la Orden, que ya tenia noticias de lo que él era, y áun para todos los fieles que veian en todas sus maneras un modelo de la más acabada perfeccion. Ocupóse desde luego en ministerios de gran provecho para la salud de los fieles y en comisiones importantísimas para el buen órden y progreso de su sagrada religion carmelitana. Nunca quiso obtener puestos de honor en su Orden, ni áun desempeñar prelacías, pero esto no era obstáculo para que muchas veces hiciera oficio de superior, y lo hiciera con tal acierto, que todos deseaban lo hubiera sido, y sin duda se le habria hecho aceptar el gobierno de algun convento si no se hubiese creido que servia mucho más á sus hermanos estando libre para acudir á las necesidades de todos. Efectivamente, él era quien obtenia toda la confianza de los superiores de su Orden, y por consiguiente á él se confiaban los más delicados asuntos, viniendo y yendo á las casas donde estos radicaban sin llamar la atencion y produciéndose por consiguiente los buenos resultados sin el estrépito de que se habian procurado siquiera. Con una de estas comisiones reservadas fué mandado á Madrid en 1628; la cumplió como cumplió todas las que se le confiaron, pero quiso el Señor que esta fuese la última que desempeñára, porque inopinadamente y sin que en los primeros momentos ofreciese ni áun síntomas de gravedad, fué acometido de una enfermedad que fué la que le llevó al sepulcro. Quiso ponerse en camino para su convento, pero no fué posible, porque á los facultativos les pareció una temeridad, y en el convento de Carmelitas descalzos de Madrid, despues de haber recibido los auxilios espirituales que la Iglesia presta á sus hijos en lance tan apurado como es la hora de su muerte, dió á Dios su espíritu á los fines del próximo año 1630. Sus hermanos, desde Roma, para demostrar el afecto que le profesaban, pidieron que se les mandase el cadáver embalsamado y bien guardado, pero no se les pudo complacer, porque declaró su expresa voluntad de que se le enterrase como á sus hermanos en Madrid, y que por ningun concepto se permitiera que se tocáran sus despojos despues de su primera inhumacion. No se le puso epitafio alguno, porque tampoco consintió en ello, y su memoria se veneró desde luego tanto por la noticia que de sus virtudes habia llegado desde Roma, cuanto porque en los pocos meses de su residencia supo acreditar que no era inmerecida la buena fama de que gozaba. Esta fama tambien la mereció como escritor, ya por su obra titulada *Epítome de la vida y milagros de S. Andrés Corsino, obispo de Fiesoli*, que publicó en Madrid en 1627, ya por sus *Elucidaciones varias de la antigüedad, dignidad y escritores ilustres de la Orden del Cármen*, que tambien publicó en Madrid en 1630, y en la cual refuta con admirable maestría, con copia de datos irrecusables y con lógica contundente, las apreciaciones depresivas al

instituto carmelitano, que con demasiada ligereza quizás se habia permitido el P. Juan de Cartago, de la órden de S. Francisco. Obra inmortal á la cual han tenido que acudir la mayor parte de los cronistas carmelitanos, tanto por la precision con que estan dadas las noticias, cuanto porque hay referencia de hechos que solo él consignó. Bien merecida es, pues, la reputacion del P. Manuel Roman.—G. R.

ROMAN (Miguel de San). Fue natural de Palencia, é hijo de padres tan acreditados por su piedad como por los antecedentes de su familia, en la cual se contaban sujetos que habian llevado á cabo empresas de la más alta importancia. Desde luego trataron de educar al jóven con el mayor esmero, pero por un destello de su buen juicio y de su hidalguía le dejaron la más ámplia libertad luego que llegó á la edad de tomar estado, ó ántes á la de decidirse por carrera. Hizo la de filosofía y sagrada teología, y luego que en esta difícil facultad hubo concluido todos los estudios, manifestó sus deseos de ingresar en la Compañía de Jesus, á los cuales accedieron gustosísimos los padres, que conocian muy bien lo mucho que para gloria de Dios habian hasta entónces hecho los hijos de Loyola, y que no ménos se podria esperar de ellos despues, pues que invariable el instituto, invariables habian de ser tambien los favorables resultados que daria. Recibido, pues, Miguel de San Roman en la ínclita Compañía de Jesus, hizo su noviciado por su parte como si aquellos fueran los primeros pasos que en la virtud daba un hombre que ni siquiera sabia lo que era virtud; es decir, con una docilidad suma, con una abnegacion completa, con una obediencia ciega; por lo que respecto á los que le observaban, sus primeros pasos fueron admirables, sublimísimos, porque estas mismas disposiciones tan adecuadas, hacian presagiar que despues vendria á ser, como lo fué, un hombre de todo provecho, de ciencia y de virtud. Hecho su noviciado sin que hubiese motivo para la queja más pequeña, con igual afan el último dia que el primero, con la misma desconfianza de sí y el mismo sosiego en la voz y mandato del superior; conociendo que los estudios que traia hechos no eran los fundamentales y sólidos que él creia convenirle, pidió y obtuvo permiso para hacerlos de nuevo, y fué tal su abnegacion, que ni áun quiso aprovechar los de filosofía, sino que poniéndose entre los jóvenes, aunque él ya no lo era mucho, hizo sus años completos, y luego emprendió la sagrada teología, hasta que tambien la concluyó. No hay para qué decir que sus progresos eran rapidísimos, porque es claro, como él estaba acostumbrado al estudio, en primer lugar, y además como que lo que habia de aprender lo tenia estudiado aunque no tan fundamentalmente, no podia ménos de suceder que adelantára mucho; luego como era sumamente aplicado, todo se reunia en su favor, y de todo sacaba él y

despues la Compañía de Jesus, el gran logro de que se hiciera un sabio en toda la extension de la palabra. Así fué que apénas salió de estudios le obligaron á que se pusiese al frente de la enseñanza, empezando primero por filosofía y luego pasando despues de haber instruido á varios colegios, que así se llamaba á los jóvenes que comenzaban con un maestro y con él seguian toda la carrera hasta completarla, á enseñar sagrada teología; pues tal era la costumbre de los Padres, observada con todos los maestros, que luego que se acreditaban en filosofía, explicáran teología, ya porque así iban ellos mejor dispuestos para enseñar, ya porque infundian más respeto, ó acaso por motivos que á nosotros nos sean desconocidos. Cuando el P. Miguel de San Roman se sentó por primera vez en la catedra, creyeron sus discípulos que no iba á ser muy á propósito para el desempeño de un cargo tan importante, porque su carácter algo tímido parecia hacerle ocultar lo que sabia; mas como él se impuso de que tenia por precision que hacer de su parte cuanto pudiera para que las esperanzas tanto de los alumnos, cuanto de los superiores que le confiaban tal cargo, no saliesen fallidas, sacó todos los recursos con que contaba, é hizo un colegio, que en muchos años atrás no habia salido otro más aventajado; por manera que los mismos que ántes de oirle se temian si no sería capaz de desempeñar su puesto, iban despues á aprender de él materialmente, porque él enseñaba no solo á los jóvenes, sino á los ya avezados al estudio, no solo á los escolares sino á los maestros, y si esto sucedió en filosofía, que no era ni con mucho su fuerte, y en cuyo estudio no habia él puesto el esmero y atencion que puso para la sagrada teología; puede inferirse lo que sería en esta tan difícil ciencia, que le habia, por decirlo así, absorbido los mejores dias de su existencia. Así es que los PP. Jesuitas estaban cada dia más complacidos en la adquisicion de nuestro San Roman, porque es claro les valia muy mucho, no tanto por lo que él hacia, sino porque los aventajadísimos discípulos que sacaba, habian de ser un plantel que haria extensiva la ciencia de su maestro hasta donde era posible, porque no cabe duda que los sabios comunican lo que aprenden, y sabios puede decirse que salian los discípulos del P. Miguel de San Roman, porque él sabia tambien hacer retirar, con muy buenas maneras, y que se dedicase á otro ministerio, al que veia que en los estudios no habia de aprovechar lo conveniente; y era tal la consideracion que merecia á sus superiores, ó mejor diremos, la confianza que en su rectitud tenian, que no se verificó nunca que le obligasen á admitir á ningun discípulo que habia desechado, ni el que los superiores le mandasen á otra escuela. Muchos años pasó en la enseñanza, y claro es, sus fuerzos se agotaban aunque su espíritu no decaia nunca. Quisieron los prelados de su Orden conservarle y premiarle al mismo

tiempo y le mandaron á Roma para desempeñar el cargo de censor de obras, que casi desde su fundacion desempeñó la Compañía de Jesus, siempre con gloria y siempre con acierto. Muy bien recibido fué en la capital del mundo cristiano por los antecedentes que de él se tenian, pero mucho más se arraigó el afecto que le profesaban cuando le fueron tratando, pues era sabio, prudente, afable, hombre, en fin, de virtud y de ciencia. No disfrutaron mucho en Roma de sus luces y compañía, porque acometido de una enfermedad que obró en él lentamente, bajó al sepulcro apreciado y respetado de todos, siendo siempre un recuerdo evocado con respetuoso afecto, como lo merecian sus acciones. Durante su permanencia en Roma, escribió una obra que tituló: *Expeditionum spiritualium Societatis Jesu libri V, continentes modum agendi et conversandi cum proximis, confesiones audiendi, verbum Dei seminandi et reliqua.* Obra de un mérito singular, porque siendo expresamente escrita para jesuitas, y no faltando circunstancia por donde no les sea peculiar, sirve tambien para sacerdotes seculares y para los regulares de cualquier órden. Tambien publicó el *Panegírico en las honras del Padre Luis de la Puente.* — G. R.

ROMAN DE LA HIGUERA (Gerónimo). Fué natural de Toledo, y allí hizo con grande aprovechamiento los estudios de humanidades, filosofía y sagrada teología, en cuya facultad recibió la borla de doctor con aplauso de sus maestros y de todos aquellos que conociendo su capacidad presumian lo mucho que de él podia esperarse. Recibió los órdenes sagrados hasta el presbiterado inclusive; y aunque se ocupaba con la asiduidad debida al ejercicio de los altos ministerios de su importante estado, mostró siempre mayor aficion á los estudios y en estos á los de filosofía é historia. En filosofía fué una verdadera notabilidad, tanto que por unánime parecer del claustro de Toledo se le confió una cátedra, que desempeñaba con grande acierto, segun costumbre de la época, empezando con unos discípulos lógica, y alternando despues con los mismos hasta haber concluido de enseñarles todas las materias que entónces abrazaba la filosofía escolástica. Cuando todos estaban más satisfechos, porque los discípulos del Sr. Roman eran los más aventajados, y porque él iba ya siendo de los más antiguos en su facultad, y esto fundaba esperanzas de que la pondria á su modo, y que los profesores que entraren despues de él, como que todos ó la mayor parte habian sido discípulos suyos, secundarian enteramente sus esfuerzos y su método puede decirse que seria el que predominase; él manifestó al claustro que sus miras no eran continuar, por lo ménos allí, la enseñanza, por lo cual quedaba á su disposicion su cátedra, que no regentaria ya más. Esto produjo gran disgusto y sus amigos particulares interpusieron todo su valimiento para hacerle continuar al frente de la enseñanza; pero todo fué inútil, pues él habia tomado una re-

solucion y esta era ya inevitable, por lo cual ni sirvieron los ruegos de unos ni el disgusto de otros, á pesar de que él, complaciente hasta el extremo y de un trato esmeradísimo, hubiera querido encontrar manera de complacer á todos, pues el desairar á alguno le era no solo sensible, sino hasta cierto punto insoportable. Efectivamente, desembarazado de su cátedra y dejadas las demás atenciones que en Toledo tenia, emprendió su viaje á Alcalá, y presentándose en la casa de la Compañía de Jesus, pidió y obtuvo la sotana de S. Ignacio el año 1563. Claro es que los Jesuitas tenian noticias de este hombre tan eminente en historia y filosofía, y por consiguiente no se puede dudar el contento con que le recibieron entre sus alumnos. Hizo su noviciado con toda exactitud, satisfaciendo en todo y por todo á sus superiores, y logró profesar con indecible contento de los de la casa y los forasteros, que conocian las excelentes dotes del P. Gerónino Roman de la Higuera. Como la Compañía de Jesus ha tenido siempre ese acierto para dar á cada cual el destino para que Dios le llama, al P. Gerónimo le destinó al estudio de la historia, y en verdad que vino á ser de grandísimo provecho para la Compañía y para todo el mundo literario, pues que el mundo todo se aprovechó de su grande erudicion. En primer lugar, como crítico era consultado por cuantos habian de hacer algun trabajo en que se hubiesen de mirar antecedentes; y era tal su acierto por una parte y por otra su inteligencia, que nadie quedaba de él descontento, ni dejaba tampoco ningun género de duda acerca de los puntos mismos que le consultaban. Lo demás de su tiempo lo empleaba en escribir, así que como el Señor le dió largo tiempo de vida, pues llegó á una edad avanzadísima, fueron muchas y muy eruditas y provechosas las obras que se debieron á su bien cortada pluma. Su fuerte, digámoslo así, era la geografía y la historia, y tanto en uno como en otro ramo le llamaban más la atencion, como era consiguiente, las cosas de nuestra patria, poniendo todo su empeño en esclarecerlas, para evitar en cuanto estaba de su parte las tergiversaciones en que propios y extraños incurren cuando se trata de las cosas de nuestra privilegiada nacion, la cual, sea dicho de paso, parece que por lo mismo que á la naturaleza ha debido tanto, ya en obras puramente naturales, ya en ingenios los más esclarecidos, es siempre objeto de las más injustas depresiones, queriendo todos hacernos aparecer en concepto ménos alto de lo que en realidad merecemos. Pero dejemos digresiones, y siquiera sea con brevedad por exigirlo así la índole de este artículo, ocupémonos de las obras de Ramon de la Higuera, haciendo de ellas no un exámen, porque esto requeriria un libro, sino una reseña muy ligera para que se pueda formar una idea si no cabal, por lo ménos aproximada, de lo que fué este célebre jesuita, honra del instituto, de su patria y de su época. Ha de admirar á cuan-

tos lo consideren el que, aunque bajo el punto de vista histórico, abraza materias muy inconexas; pero esto lo que dice, y lo dice muy alto, es que su capacidad era extraordinaria, y por consiguiente alcanzaba á todo aquello á que se habia dedicado, que á la verdad en su época no pudo ser mucho más de lo que él aprendió. Sus obras no vieron la luz pública como suyas casi ninguna; pero sobre ser muy miradas y buscadas donde existen sus manuscritos, sirvieron á muchos otros sabios para extractarlas, y así extractadas publicarlas, siempre consignando que la doctrina era de nuestro autor. Vamos, pues, á enumerarlas. En primer lugar la que tituló *Historia eclesiástica de la Imperial ciudad y reino de Toledo*, ocho volúmenes, que sirvieron para que sobre ella escribiesen D. Lorenzo Ramirez de Prado, D. Pedro de Rojas, conde de Mora, D. Gerónimo Mascareñas y otros, que con justicia recibieron y llevan el nombre de cronistas, por decirlo así, concienzudos, de aquella ínclita ciudad. Escribió despues en dos tomos la *Geografía general de España*, obra por entónces de un mérito indisputable, pues que á fuerza de trabajo, de estudio y de molestias, estudio hecho sobre mapas no muy perfectos, con noticias muy equivocadas, que más de una vez hubo de rectificar, llegó á dilucidar muchas cuestiones y á desvanecer grandes errores que venian posesionados, por decirlo así, de la ciencia desde tiempos los más remotos. Luego escribió: *El Martirologio español*, notable porque sobre dar razon, y razon exactísima, de muchos santos hasta entónces desconocidos, pone á cada cual en su patria, y distingue perfectamente aquellos que fueron por circunstancias particulares á los lugares donde sufrieron su martirio ó donde triunfaron como confesores invictos. Tambien escribió la *Historia de Carlomagno*. El *Nobiliario de los linajes de Toledo*, obra que ha servido para esclarecer muchos orígenes de títulos muy importantes que han sido y són honra y prez de Castilla en el tan privilegiado como antiguo y noble reino de Toledo. Como obras crítico-religiosas tiene dos memorias, la una sobre *la venida de Santiago á España*, y la otra sobre la *Descension de Nuestra Señora á la santa iglesia de Toledo*; en ambas muestra sus vastos conocimientos como teólogo, y su juicio tan sano y acertado como crítico. Tiene una defensa de las *Reliquias del Sacro Monte de Granada*, que escribió con motivo de una injusta acusacion acerca de tan respetable monumento, que anónima y embozadamente vió la luz en su época. Tiene además: *Historia del levantamiento de los Moriscos de Granada*; *Historia de la ciudad de Cuenca*; *Historia de la ciudad de Plasencia*; *Historia de Caravaca*; *Tratado de los montes y rios de España*, que viene á ser como un compendio de esa parte de su geografía, y un prontuario para los que no quieren ó no pueden profundizar mucho este estudio. Tiene tambien unos *Comentarios á Marcial*, obra de escaso mérito, pero muy bien escrita. Esto por lo que respecta

á su idioma patrio: en latin tambien tiene algunas obras de buen estilo y de las mismas condiciones que las castellanas. Daremos siquiera los títulos de ellas por no hacer este artículo demasiado molesto. *In Fl. Lucii Dextri Chronicon, notas.* Obra erudita y muy buscada por los críticos de su época. *In Luitprandum Ticinensem notas*, que vinieron á ser como una explanacion de todo lo dudoso ó ménos claro que habia en el autor. *Diptychon Toletanum, sive de tabulis Toletanis Episcoporum Primatum ejus sedis. Notæ in Chronicon Juliani Petri*, que tambien son muy notables. *Poema de S. Torpete Martiri* con toda clase de metro latino, arreglado exactamente á las reglas de arte, si bien los pensamientos no son gran cosa, llegando alguna que otra vez á ser frívolos; pero es de indisputable mérito por su forma muy conveniente. Por último, como papeles sueltos, tiene un *Memorial por Sta. Victoria mártir española*; *Vida de S. Narciso; Antigüedades de Badajoz*; *Vida de S. Mancio; Historia de Mérida*; y la *Lusitania*, ó sea descripcion de sus antigüedades y cosas importantes. Todo esto y muchísimas cartas de diferentes estilos, que si se hubieran coleccionado habrian hecho un gran epistolario, fué debido á la incansable pluma de nuestro P. Gerónimo Roman de la Higuera; siendo lo notable que ni en sus primeras obras aparece la ligereza del jóven, ni en sus últimas la decrepitud del anciano, sino que todas parecen escritas á un mismo tiempo, todas con igual criterio, todas con la misma erudicion, así es que no extraña el aprecio que logró en el orbe literario, ni la consideracion en que como á una de sus primeras plumas en geografía é historia le tuvo su siempre querida madre la Compañía de Jesus.—G. R.

ROMAN DE UGARTE (Dr. D. Diego), madrileño de nacimiento, la corte de las Españas le cuenta entre sus ilustres hijos. Fué hijo de Diego Roman y de Doña Inés de Ugarte, ambos naturales y vecinos de Madrid. Nada sabemos de su niñez, y sí solo que fué colegial teólogo de la universidad de Alcalá de Henares, fundacion del eminente español el famoso hombre de estado y cardenal de la santa Iglesia romana D. Fr. Francisco Gimenez de Cisneros, que de simple fraile francisco supo remontarse á un tiempo á las más elevadas dignidades del estado en todas las carreras, pues que con el sayal seráfico vistió la púrpura cardenalicia, ciñó la espada de valiente y esforzado general conquistador de Oran, y gobernó á España en ausencia del monarca Cárlos I, emperador de Alemania, dando evidentes pruebas de ser un estadista profundo y un general esforzado. Dedicado Roman á la carrera eclesiástica, fué nombrado canónigo de la santa iglesia magistral de Alcalá, tan eminente por sus ministros en teología escolástica y expositiva, cuyo cargo desempeñó con ejemplar prudencia y virtud. En 28 de Junio de 1630 fué admitido miembro de la venerable Congregacion del apóstol S. Pedro de Sacerdotes naturales de Madrid, la cual ha respetado la revolu-

cion y la impiedad, y se halla hoy en mucho auge, presidida y dirigido su buen hospital por nuestro ilustrado amigo el capellan de honor de S. M. Don Ildefonso Serafin de la Fuente, bibliotecario de la Real Academia Española de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso, que tuvimos la honra de fundar como Sociedad Arqueológica en 1837. Sirvió Roman á la Congregacion perfectamente en los varios ejercicios de virtud y caridad en que se emplea este piadoso cuerpo. En su iglesia labró el altar al apóstol Santiago, y el de S. Isidro Labrador, patron glorioso de Madrid, dejándola por legado en su testamento una rica colgadura bordada, de gran precio, que hizo traer de Flandes. Hácese mencion honorífica del doctor Roman en el alegato de la iglesia de Alcalá contra la de Talavera, presentándole como una de las personas más ilustradas de aquel cabildo, como consta tambien de los libros de la expresada Congregacion de S. Pedro; en la cual tuvo un hermano, tambien sacerdote, llamado el maestro Luis Roman de Ugarte, en cuya congregacion llegó á ser capellan mayor. — B. S. C.

ROMANA (Sta.), vírgen. Ilustre por su alcurnia fué esta santa, pues que procedia de la célebre familia de los Pisones. Floreció en el siglo IV de nuestra era, y moró por algun tiempo en la ciudad de Todi, del antiguo reino de Hungría. Convencida de que la felicidad no puede conseguirse completa en el mundo, y de que solo se encuentra en el cielo, se propuso buscarla en esta region divina, y para hallar el camino que la condujese á tan seguro puerto de salvacion, abandonó el borrascoso comercio del mundo, dirigiéndose al desierto; hizo vida celestial habitando las agrestes grutas y haciendo penitencia, hasta que Dios la llamó á sí para premiar su santa abnegacion mundana con la corona de la gloria el año 324 de la era cristiana. La Iglesia católica la recuerda el dia 23 de Febrero. — B. C.

ROMANA (Sor Gregoria), religiosa capuchina de la provincia de Roma. Fue una vírgen inclinada desde su niñez á las cosas santas, siendo extraña á todos los juegos, distracciones y entretenimientos que son patrimonio de la puerilidad y de la infancia. Su mayor placer era el acompañar á sus padres al templo, donde era admirable por su compostura y devocion. Con tan buenos principios no debe extrañarse se manifestase desde luego en esta singular niña una grande vocacion al estado religioso, cifrando todo su porvenir en dedicarse al servicio exclusivo de Dios y preparar su alma para conseguir los goces de la vida eterna. Muy jóven aún, tuvieron cumplido efecto sus constantes deseos, siendo admitida en el convento de Capuchinas de Roma, prefiriendo por sus prácticas y austeridad aquella religion, cuya hábito vistió con el mayor placer, como si fuese el traje de mayor gala que hubiera podido proporcionársele. Bien pronto se señaló en el monasterio entre todas sus hermanas por sus sobresalientes virtudes, prendas y santidad. Era no-

table por su rigida abstinencia, vigilias prolongadas, y otras mortificaciones con que afligia su cuerpo, siendo asídua y fervorosa su oracion, y la primera en acudir al cumplimiento de los deberes que impone la regla, de tal suerte que el Señor, para complemento de sus altas virtudes y probar adonde llegaba su sufrimiento y resignacion, la afligió con un padecimiento que le duró trece años hasta el término de sus dias, consistente en una hemiplejia ó parálisis, que se hizo general á todos sus miembros, viéndose obligada á permanecer constantemente en el lecho todo aquel largo periodo sin haberse jamás podido levantar ni siquiera un dia, salvo por pocos instantes y una sola vez, en la que Dios quiso probar su pronta obediencia, que siempre habia observado con la mayor escrupulosidad. Un dia por via de gracia la mandó la abadesa que se levantase aprisa y cerrase la puerta de su celda. No fué tan proto el mandato, cuanto fué seguido de la más rápida obediencia. Con notable sorpresa y admiracion de la superiora, se levantó al momento, con tanta velocidad y soltura como si nunca hubiera tenido achaque alguno, cerró la puerta y se volvió á la cama, donde perseveró hasta su muerte con aquel impedimento é imposibilidad de moverse. En otra ocasion y de otro modo resplandeció tambien su admirable obediencia. Despues de haber recibido tranquila y devotamente la santa extremauncion, luchando con las últimas ansias de la agonía, se le acercó un religioso sacerdote capuchino, que era su confesor y administraba y dirigia aquel monasterio; y sabiendo la devocion que tenia con S. Gregorio, la mandó en virtud de la santa obediencia, que hasta de allí á tres dias, en que se celebraba la fiesta de este santo Pontífice, dilatase el morir, para que guiándola al cielo dicho santo en su dia, la premiase su devocion. Aunque se hallaba *in extremis*, y en el aprieto que se acaba de referir, juzgándose á cada instante que aquel era último que habia de vivir; en cuanto escuchó el precepto que le imponia la obediencia, comenzó á respirar tranquila y pausadamente, y cual si tuviera eleccion, poder ó arbitrio sobre la muerte, la suspendió hasta el tercer dia, en que vino á ofrecer al clementísimo Señor su espíritu obediente, digno de las celestiales recompensas que habia granjeado con sus heróicas virtudes, su mansedumbre, resignacion y paciencia en sufrir los trabajos anejos á la flaqueza de la humana y mortal vida. Murió esta ínclita religiosa el año de 1603. —A. L.

ROMANA (Venerable vírgen Lúcida), religiosa de la V. Orden Tercera de penitencia de la religion seráfica. Resplandeció entre las demás religiosas, como el sol entre los astros, en el monasterio de Sta. Inés de Fulgino, de Terceras reglares, esta virtuosa vírgen, religiosa franciscana. Fué singularísima, y modelo inimitable en la puntualidad de las observancias regulares. Sabia y estaba bien penetrada de que la principal devocion de una

alma religiosa debia hacerla consistir en esta puntual y exacta observancia, y como deber tan importante le antepuso perpétuamente á otros particulares ejercicios, llamados de supererogacion; los cuales así como hermosean al alma, cuando se siguen á las asistencias comunes y obligatorias; así, si á ellas se prefieren, desordenan toda la hermosura y debido concierto de las operaciones santas, dejándolas monstruosas, por hacerlas parecer más bellas. Sobre esta sólida base de la exacta puntualidad en las obligaciones y comunes regularidades, levantó la venerable Lúcida la fabrica de su perfeccion, hasta llegar á la perfecta imitacion de Cristo crucificado, de quien fué finísima amante. Era sumamente obediente y servicial con todas sus hermanas, y sin faltar á las obligaciones y horas de coro, meditacion y oraciones, se ocupaba con el mayor interés en todos los quehaceres domésticos, no pudiendo permanecer un instante en la inaccion. Sobre todo era solícita enfermera, y la más á propósito para desempeñar aquel cargo, por su limpieza, dulzura y cariñoso trato. Ayunaba frecuentemente y observaba otras austeridades, sin darlas jamás á entender á sus hermanas. Era muy expresiva en la oracion, y muy atendida por el Señor; y entre otras mercedes que el divino Esposo la hizo en premio de sus finezas, fué una de las más principales hacerla sentir en el cuerpo, aunque no con señales visibles, el dolor de sus sacrosantas llagas. Disfrutando en debidas correspondencias la fineza de tan gran favor, acabó felizmente el destierro de esta miserable vida, y entró en el goce del Señor, para vivir en él eternamente como fidelísima sierva y regalada esposa.—A. L.

ROMANCE DE FERRERUELA (D. Bruno Plou y). Estudió artes y teología en la universidad de Zaragoza, y obtuvo la rectoría de su patria hasta el año de 1781, en que murió en el mes de Diciembre. Fué eclesiástico que tuvo ingenio é invencion para varias curiosidades, y sumamente apasionado de las que pertenecian al partido de Daroca, donde existe su patria. Con este motivo publicó en 1773 en ilustracion de las medidas de granos: 1.° *Disertacion aritmética de la mensura fanega por analogías de números, ilustrada de algunas noticias del verso sacro, cronologías y políticas.*—2.° *Clave de tiempos para sincronizar mensuras*, que va unida con la antecedente desde la página 103 hasta la 155, dedicándola á los señores diputados, muy ilustre junta de gobierno de la comunidad de Daroca. A esta dedicatoria acompaña otra más breve dirigida á S. Victoriano abad. Se imprimió en Zaragoza en la oficina de Juliana Destre, viuda de José Fort, el año de 1773, en 8.°

ROMANDIOLA (Fr. Graciano). Religioso franciscano, natural de la provincia que indica su apellido, segun dicen las crónicas, donde se distinguió mucho por la santidad de su vida y por sus grandes cualidades oratorias, á que sin duda la piedad de los fieles atribuye las numerosas maravillas que

la tradicion refiere de este Padre, que debe toda su celebridad á sus muchos milagros. Son en tan grande número, que no sin temor nos atrevemos á callarlos, aunque por otra parte sea mucho mayor el que tengamos de referirlos. La crítica moderna ha dado en negar, con demasiada ligereza tal vez, lo que siglos anteriores creian de buena fe y con cándido espíritu, de donde procede que en las obras que en ellos se escribieron, más bien que los gloriosos hechos de sus contemporáneos, se describen citando testigos unas veces, otras sin ellos, multitud de milagros que el redactor de la *Biografía eclesiástica* omite con sentimiento, pero de los que con frecuencia se ve obligado á dar alguna, siquiera sea corta y sucinta idea. Su cometido en esta parte es en extremo espinoso, ni puede ni quiere negar la historia ni la tradicion, y sin embargo tampoco debe luchar con el espíritu del siglo, del que arrastrados con frecuencia áun algunos verdaderos cristianos, llegan á dudar de sucesos de que pueden hacerlo por no estar aún aprobados por la sancion de la Iglesia, pero que se hallan admitidos por la sancion del tiempo y áun por el culto y rezo de algunas diócesis y órdenes religiosas, en cuyas crónicas es donde principalmente se tropieza con esta no pequeña dificultad. Salvarla es nuestro principal objeto; *legos* como somos en la materia, nos valdremos de las palabras y las explicaciones dadas sobre este punto por el P. Félix, en una de sus *Conferencias*, intitulada *El Milagro ante la nueva ciencia crítica*, procurando siempre atenernos á ellas en lo sucesivo, siquiera algunos de los cooperadores de esta obra, en cuyo número nos contamos hayamos preferido siempre, y estemos dispuestos á preferir en adelante para nuestras reseñas históricas la sola relacion de aquellos milagros decididamente aprobados por la Iglesia católica. Sin embargo, la doctrina del célebre orador de la Compañía de Jesus es tan apreciable en este punto y su trabajo de un mérito tan eminente, que creeriamos causar un verdadero perjuicio á nuestros, lectores si los privasemos de ella en una ocasion en extremo oportuna. «La cuestion del milagro se plantea en nuestros dias por ciertos hombres del modo más extraño. Si aceptáramos, dicen, el hecho milagroso, tendriamos que admitir al mismo tiempo, y como si estuviese por fuera y por encima de la naturaleza, otro mundo que no cae bajo el dominio de la naturaleza; porque como se comprende perfectamente, la existencia del hecho milagroso se halla ligada á la existencia del órden sobrenatural; de modo que la una es el signo, el testimonio y la garantía de lo otro. Ahora bien, no podemos, sin renegar de nosotros mismos, admitir la realidad de un mundo sobrenatural. Si consintiéramos en admitir eso, no podremos afirmar el racionalismo y el naturalismo, esas dos conquistas del espíritu moderno; y nosotros queremos seguir siendo racionalistas y naturalistas, segun nuestro derecho tan bueno como el vuestro para seguir siendo cris-

tianos y católicos. El milagro además no es científico, y tampoco podemos por lo tanto admitirle como hombres de ciencia.—Este modo de tratar el milagro equivale á decir: No queremos que el milagro exista, porque el milagro echa por tierra nuestras ideas y no concuerda con nuestros sistemas. La razon no acepta soluciones de este género, y vuestro buen sentido, más perspicaz que todas las ciencias críticas del mundo, se obstina en sostener que se trata precisamente de saber si hay en efecto milagros. Nosotros no nos dejaremos engañar por esa argucia filosófica, que consiste en dejar á un lado la cuestion. De buen ó mal grado, volveremos á poner frente á frente á la crítica racionalista la cuestion del milagro, porque el milagro y lo sobrenatural estan estrechamente unidos y se enlazan de la manera más íntima, y porque lo sobrenatural encierra precisamente la cuestion capitalísima entre la ciencia crítica moderna y la religion cristiana. El racionalismo contemporáneo, al encontrarse frente de la cuestion del milagro, se halla ante una dificultad evidente. En otro tiempo, en los bellos dias de la filosofía volteriana, esa grande cuestion quedaba decidida por la ironía; pero hoy hay que considerarla formalmente, y se debe hacer la justicia á nuestro siglo de que comprende mejor que el que le ha precedido la importancia científica y religiosa del milagro. Esa gran cuestion del milagro le importuna, le asedia y le irrita á veces: desearia para su mayor comodidad poder partir como de un axioma del hecho de que la razon y la ciencia no deben ocuparse de la cuestion de los milagros; quisieran desterrar de la historia al milagro, á fin de desterrar al milagro de la religion; y para extirpar lo uno y lo otro, tratan de desvirtuar, ó por lo ménos de alterar, los documentos que los atestiguan. Así pues segun lo que debia esperarse, la ciencia crítica en presencia del milagro se manifiesta, como se manifiesta en todo, versátil, fugitiva, variando como el camaleon bajo las miradas que le observan: á veces se afirma que el milagro es en sí mismo una contradiccion, una imposibilidad, y derrotada en este terreno metafísico y obligada á reconocer la posibilidad del milagro, dice que el milagro es posible en sí mismo, pero que no puede ser probado. Vencida tambien en este segundo, retrocede y se refugia en su último baluarte, declarando que el milagro, como hecho, nunca ha sido probado, y tratando así de blandir con esta última afirmacion su postrera arma contra lo sobrenatural. Vamos á derribar uno por uno y sucesivamente estos tres medios de defensa que la ciencia crítica opone al milagro, dándoles, sin embargo, á todos el desarrollo proporcionado á su importancia relativa. En primer lugar, en lo que se refiere á la posibilidad relativa del hecho milagroso, hé aquí cómo formulan los críticos los argumentos que hemos indicado: ¿Cómo nos hablais aún del milagro? El hecho milagroso ni siquiera tiene un sentido que nuestra razon pueda comprender. La sola idea del mi-

lagro implica en sí misma contradiccion, supone una cosa que se realiza, ó fuera, ó por encima de la naturaleza, una cosa que nosotros no podemos ni siquiera concebir. Lo que está en la naturaleza, nada es y por nada debe contarse; principio fundamental que abre un abismo insondable entre la ciencia crítica y el cristianismo. Por otra parte, áun admitiendo que la idea del milagro no encierra una contradiccion metafísica absoluta, siempre será cierto que el hecho milagroso es inconciliable con la naturaleza divina, porque el milagro supone un cambio accidental en una voluntad cuya naturaleza es la de ser necesariamente inmutable, ó lo que es lo mismo, supone en el Criador dos voluntades contradictorias: una por la cual quiere la permanencia de una ley de la naturaleza; otra por la cual quiere la derogacion de una ley de la naturaleza. De este inconveniente que se halla en el fondo del mismo Dios, resulta otro que surge del fondo de la naturaleza, á saber: la falta de armonía constante en las leyes de la creacion, y por lo tanto la falta de toda certidumbre física, porque si Dios puede siempre derogar la ley no cabe tener una fórmula cierta para expresar la ley. Si Dios puede hacer un milagro, todo cálculo es una impertinencia. No creo haber disminuido la fuerza de la objecion de la ciencia crítica, no he hecho más que presentar esa objecion un poco desenvuelta de las nubes con que la ciencia crítica se complace en rodear sus fórmulas. La objecion se reduce á poner el milagro en contradiccion flagrante con la esencia de las cosas, con la naturaleza de Dios y con la armonía de la creacion. Puesto que la crítica lleva su racionalismo hasta negar á veces á fondo el concepto mismo del hecho milagroso, debemos restablecer la nocion misma del milagro en su verdad elemental. ¿Qué significa esa famosa frase, *milagro*, *monstrum horrendum* de la ciencia crítica anticristiana? Esta es la primera cuestion que hay que plantear. No faltan hombres que han hablado mucho del milagro, tronando fuertemente contra él, y que nunca se han preguntado á sí mismos si habian comprendido lo que era un milagro. La palabra *milagro* en su acepcion más genuina significa una cosa que admira por su grandeza fenomenal ó por la novedad de su aparicion. En el lenguaje humano, todo lo que atestigua en la humanidad la presencia de una gran fuerza toma ese nombre magnífico; y así se habla de los milagros del genio, de los milagros de la industria, de los milagros de la elocuencia ó de la poesía. Se dice tambien los milagros de la naturaleza, los milagros de la germinacion, de la fecundidad, de la luz, de la atraccion, y como lo hace notar S. Agustin, la creacion entera es un milagro universal. Pero eso solo es el milagro impropiamente llamado así. Para entender bien lo que queremos significar aquí por esa palabra milagro, es preciso recordar que un hecho, un fenómeno, un efecto de que somos testigos, puede concebirse como producido de dos modos enteramente

distintos: ó por la fuerza que Dios ha creado expresamente para reproducirlo, ó por la accion inmediata y directa del mismo Dios. En otros términos; ó bien se le considera como resultado de una ley permanente, establecida por el Creador para la produccion de ese efecto y la realizacion de ese fenómeno, ó bien se le considera como resultado de una libre derogacion de la ley establecida por el mismo legislador. Sin afirmar todavía que esa distincion existe, y que esas dos categorías de hechos son igualmente reales, podemos por lo ménos concebir esa distincion, formándonos una idea de esas dos categorías, que á la vez forman juntas todo el tejido de los hechos contingentes. Llamamos milagro á todos los hechos de la segunda categoría, es decir, á los hechos que teniendo por agente inmediato al mismo Creador, se hallan por encima, ó por lo ménos por fuera, de las fuerzas que obran en la naturaleza y de las leyes que la gobiernan; y Sto. Tomás de Aquino os dice en su lengua angélica: *Illa simpliciter miracula dicenda sunt quæ divinitus præter servatum ordinem in rebus fiunt.* Ahora bien, un hecho puede hallarse por encima ó por fuera de las leyes de la naturaleza de dos maneras principales, ó lo está por sí mismo, es decir, en cuanto á la sustancia que le constituye, ó lo está en cuanto al modo, es decir, en cuanto á la manera con que se realiza, que es lo que los teólogos llaman milagro de primer órden ó milagro de segundo órden. Un muerto resucita, y este es un milagro de primer órden, un milagro en cuanto á la sustancia, porque nada en la naturaleza puede producir semejante resultado. Un hombre se fractura un miembro y cura instantáneamente y sin ningun socorro del arte, este es un milagro de segundo órden, y un milagro en cuanto al modo; porque si bien puede curarse naturalmente un miembro fracturado, es de experiencia natural y de certidumbre física que la naturaleza, si á sí misma se la deja, no cura nunca de esa manera. Definido así y distinguido claramente el milagro de todo otro hecho que se realiza en la naturaleza, la primera pregunta que se presenta á la inteligencia es esta: ¿Es posible el milagro? Rousseau, que tenia con frecuencia en medio de sus extravagancias filosóficas alguna chispa de buen sentido, se hacia esta pregunta; y, ¿sabeis que contestacion se daba? Pues escuchad. —Esta cuestion tratada formalmente, decia, sería impía si no fuera absurda; y sería honrar demasiado á quien la resolviera negativamente castigándole, porque sería preciso encerrarle. ¡Ah, señor, ni el filósofo de Ginebra alcanzaba siquiera á concebir lo que algun dia llegaría á decir la locura entre nosotros! El remedio que propone es severo, y si se hubiera tenido que ejecutar lo que él pedia hace cien años, temo que habria habido que encerrar á muchos hombres de mucho ingenio. Tal es hoy nuestro progreso, que nos vemos reducidos á plantear sériamente esa pregunta que el mismo Rousseau declaraba absurda y casi

ridícula; pero nos lo perdonará el célebre autor de las *Cartas de la montaña*, porque nos vemos obligados á ello por los distinguidos ingenios que han salido de su escuela. Hace aún poco tiempo que algunos herederos de su racionalismo decian y repetian: «El milagro no tiene sentido, el milagro es una contradiccion, el milagro no puede existir.» Solo en dos hipótesis se concibe que el milagro es imposible; la hipótesi del panteismo y la hipótesi del ateismo; dos hipótesis que solo forman una, asemejándose por una misma locura y una misma base irracional. Suprimid por el pensamiento á un Dios creador del mundo y legislador de la creacion, y es evidente; cómo y por qué habia de hacer milagros? En esa hipótesi solo podeis concebir hechos que se suceden y fenómenos que se repiten en virtud de las fuerzas constantes de la materia. ¿Cómo podria haber leyes si no hubiera legislador, y cómo se concibe que se derogáran leyes que no existen? El panteismo, el ateismo y por lo tanto el positivismo, son perfectamente lógicos al negar la posibilidad absoluta de los hechos milagrosos. Pero hablamos á la ciencia crítica, que aún afecta creer en Dios, y la decimos: puesto que rechazas el ateismo y el panteismo; puesto que tu filosofía no pretende enterrarse entre esos dos negros sepulcros en que el hombre pierde hasta la última luz de la razon; puesto que hablas de Dios, de Dios creador, de Dios providencia, ¿cómo te atreves á oponer á la posibilidad del milagro esas argucias desacreditadas, que no pueden sostenerse ante una mirada de tu propia razon? ¿Cómo no ves que la cuestion de la posibilidad del milagro, reducida á sus términos no puede ni áun plantearse, ó viene á resolverse por el hecho mismo que la plantea? ¿Es necesario á Dios para realizar el hecho milagroso suspender por un solo minuto la constitucion de la naturaleza, que es su obra? ¿Es preciso al Creador dar un golpe de estado en la creacion, ó acaso vosotros podeis decir al Creador mostrándole esa constitucion de la naturaleza escrita en los astros, en los soles, en los mundos: No, no podeis derogar la ley fundamental creada y concebida por vos mismo.— Pues bien, qué otra cosa es el milagro despues de todo sino un golpe de Dios en la creacion?—De dónde procede esa manía torpe de negar en unas partes á Dios lo que en ninguna os atreveis á negar al hombre? Cómo! ¿Admitis que hay un Dios autor del mundo y de las leyes que rigen al mundo, y negais la posibilidad de una derogacion de esas leyes del mundo? ¿No es esto decir que negais á Dios la facultad de derogar por si mismo la legislacion que él mismo libremente creára? ¡Cómo! ¿Proclamais á un Dios supremo legislador de la naturaleza, y encontrais que es una cosa esencialísima el hacer de ese legislador infinitamente libre, un cautivo eterno de las leyes que ha creado su independencia absoluta y su libertad soberana? Decidnos, ¿quereis por ventura despojar al autor de la creacion de una

facultad inherente á su soberanía? Dios ha querido que la naturaleza siguiera en su conjunto un movimiento regular, que sirviese de base á la certidumbre física, una marcha constante que garantizára en el mundo material la perpetuidad del órden y la armonía general; ¿y quereis vosotros que Dios se ponga á sí mismo el veto de derogar en un caso particular y previsto por su sabiduría, la ley que regula ese movimiento y dirige la marcha del mundo? ¿En que se funda esa prohibicion insolente? — Ah! Vosotros ¿quién lo duda? os tomais gran cuidado por poner á cubierto la inmutabilidad del Creador y la armonía de la creacion. Segun vuestras palabras, Dios no puede cambiar su obra sin cambiar él mismo, y añadís que por esas libres derogaciones hechas por él á las leyes que rigen el universo, la permanencia de esas leyes se pone en duda, y la certidumbre física perece con ella por defecto de continuidad, de constancia y de perpetuidad. ¿Con que el milagro contradice de esa suerte la inmutabilidad? Pues en ese caso, decidnos: ¿Que idea os habeis formado de esa voluntad divinamente infalible y divinamente inmutable? ¿Acaso que la voluntad de Dios al obrar fuera de sí en la creacion no es un acto puro, esencialmente *uno*, que asienta á la vez la ley general y la derogacion particular? Acaso no es carácter propio del Ser el realizar la multiplicidad de sus obras por la unidad de su voluntad, siempre indivisible é inmutable en sí propia? Acaso la voluntad, como su pensamiento, no abraza en un solo acto lo que nosotros llamamos lo pasado, lo presente y lo porvenir, lo universal y lo individual, lo general y lo particular? Pues si es así, ¿cómo la voluntad divina que quiere en la naturaleza una ley permanente, puede ser distinta de la voluntad divina que quiere en esta ley permanente una derogacion transitoria? ¿Por dónde se os figura que el estipular una excepcion que deroga la regla, encierra un cambio cualquiera en la voluntad que asienta y determina esta regla? ¿En qué pues, pregunta en este punto la razon, en qué la inmutabilidad de la voluntad creadora se encuentra comprometida ó aminorada por las derogaciones particulares de la legislacion general que rige el imperio de la creacion? — Es verdad que áun tranquilizados con eso sobre la inmutabilidad de Dios, temeis que el milagro concluya con la armonía de su obra y perturbe la esencia de la naturaleza; pero permitidme preguntaros: ¿Temeis verdaderamente eso? ¡Cómo, señores! Quereis poner al milagro en contradiccion con la armonía de la creacion y con la ciencia de la naturaleza? Pues qué, se trata acaso de multiplicar el milagro hasta lo infinito, y de sustituir en todas partes la excepcion á la regla? Un cojo anda, un ciego ve, un sordo oye, un rio vuelve hácia su nacimiento, un muerto sale de su tumba: ¿Impiden estos prodigios que el sol salga por la mañana y se oculte por la tarde, que los astros sigan su curso y los rios

mueran en el mar, que la medicina ejerza el arte de curar, y que los hombres sigan la ley soberana que les lleva hácia la muerte?—Suponeis á Dios ocupado en deshacer por un acto de su voluntad lo que ha hecho por otro, en poner á la excepcion en competencia universal con la regla, y al milagro en lucha perpétua con las leyes de la creacion? Es decir, que suponeis en la sabiduría infinita unos raptos de locura que no os atrevereis á suponer en la sabiduría limitada del hombre. Haceis á Dios ridículo, atribuyéndole en el órden sobrenatural una accion incompatible con su accion en la naturaleza. Imaginais milagros que son una irrision hecha por Dios respecto de sus obras, y decis: El milagro es imposible, el milagro es necio, el milagro es irrisorio. ¡Y decis todo eso, hablándonos tambien de metafísica y de filosofía! Lo que es necia é irrisoria es esa filosofía mezquina que mide por sus limitadísimas visiones las visiones infinitas de la sabiduría divina; y no hay aquí más cosa imposible que la existencia de ese Creador soñado por una metafísica grosera que ata á Dios en las leyes de la naturaleza; por esa metafísica que tiene estúpidamente encerrado en su círculo, como á un cautivo de la fatalidad, al Dios de la infinita sabiduría y de la libertad infinita. Pero ¿por qué insistir más sobre este punto fundamental de la cuestion que nos ocupa? La posibilidad del milagro es ya una causa ganada ante el tribunal de la ciencia crítica anticristiana, y ella misma ha reconocido que no podia marchar por ese camino sin salida, en que tropieza á cada paso su metafísica defectuosa, habiéndola visto ejecutar de pronto en ese terreno un cambio de frente que no podiamos esperar. La ciencia crítica no dice ya que el milagro no es posible, que no pueden hacerse milagros; pero en cambio dice otra cosa. ¿Qué dice? oidlo. Decimos que no es dado hacer constar el milagro: sea la que quiera su posibilidad metafísica y absoluta, no nos ocuparemos de ella en la ciencia crítica histórica y en los estudios religiosos, porque no tenemos ningun signo infalible para reconocerlo, y todo cuanto se nos dice que ha pasado por fuera ó por encima de las leyes de la naturaleza es para nosotros sospechoso, y por lo tanto lo rechazamos como si no existiera. Pero ¿en qué, pregunto, se ha demostrado que es imposible hacer constar un milagro? Sigamos escuchando para saber cómo formula la ciencia crítica su objecion: No, dice, el hecho religioso no puede ser científicamente probado, porque la ciencia no consiente esa prueba, porque precisamente por su calidad de milagroso y sobrenatural está por fuera de la naturaleza, y como tal se escapa á la mirada y no le alcanza la demostracion. Por otra parte, como la ley general, á la cual se supone que ha derogado el hecho milagroso, es hoy una ley físicamente cierta, esa certidumbre de la ley nos obliga siempre á dudar de la derogacion de la ley, y debe hacernos prejuzgar la imposibili-

dad del milagro, de modo que colocados entre dos certidumbres que se rechazan, preferimos suponer que la ley sigue su curso, y que la pretendida derogacion es una ilusion del pensamiento, un error de óptica. Pero aún hay contra las pruebas del milagro una cosa más grave, y héla aquí: Concibiéndose el milagro como un hecho contradictorio ó superior á las leyes que rigen la naturaleza universal, para llegar á obtener la prueba formal y científica de la existencia de un milagro, sería preciso conocer perfectamente los secretos de la naturaleza, y conocer á fondo todo el mecanismo de las leyes que gobiernan la creacion; condicion que no pudiendo verificarse nunca, nos deja en la imposibilidad fatal de distinguir el hecho verdaderamente milagroso del hecho que simplemente no tiene explicacion ninguna. Pues bien, esas grandes razones que la ciencia crítica anticristiana cree incompatibles con las pruebas del milagro, no son sino juegos de la sofistería moderna, juegos muy parecidos á los de la sofistería antigua. En primer lugar, decidme: ¿Por qué el hecho milagroso, por serlo, se oculta así á la mirada y se escapa á toda prueba? ¿Y por qué en virtud de su misma naturaleza, ha de verse necesariamente excluido del dominio de las averiguaciones y de las pruebas científicas? ¿Acaso el hecho milagroso no cae bajo el dominio de los sentidos como cualquiera otro hecho? ¿Acaso no puede verse, tocarse, en una palabra, probarse como el hecho más natural y más vulgar? ¿Acaso un hecho milagroso, cuando existe, se halla más condenado que otro hecho de distinta naturaleza á huir de las miradas y á hacerse inaccesible? Este hecho tiene á veces varias fases; pero todas pueden ser vistas, y se dejan abarcar sin dificultad por todos los ojos que saben ver y mirar. Un ejemplo hablará mejor en este punto que el raciocinio. Supongamos por un momento que acaba de realizarse un milagro; por ejemplo, la resurreccion de un muerto. Tenemos el derecho de suponerlo, porque hemos reconocido, y la ciencia crítica lo reconoce generalmente, que puede hacerse un milagro. Yo he conocido á un amigo vivo; cien veces, mil veces le he visto, le he hablado, le he abrazado, y no me negareis, á lo que creo, la posibilidad de probar ese hecho. Pero un dia he visto enfermo á ese amigo, despues le he visto moribundo, y en fin muerto. Yo he asistido á su última hora, y he recogido su último suspiro. En vano queria hacerme vanas ilusiones. Le he tenido á mi sado tres dias, cuatro dias, esforzándome por persuadirme, contra toda evidencia, que acaso no ha pasado por la muerte, sino que está pasando por un letargo. Aún queria prolongar para con el cadáver esa hospitalidad consoladora; pero imposible: se manifiesta de pronto una horrorosa descomposicion que horroriza á la misma amistad, y huyo exclamando: *muerto, muerto.* ¿Me negareis que exista la posibilidad de probar este segundo hecho bajo pretexto de que un letargo puede con frecuencia parecerse á la muerte? ¿Me

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

hibireis ante aquella descomposicion infesta y aquel cuerpo putrefacto, el que exclame con dolorosa certidumbre: *Cadáver, cadáver, nada más que cadáver!* Hé aquí hechos que se manifiestan, y que pueden ser probados como cualquiera otro hecho. Pero hé aquí ahora un tercer hecho. Llega un hombre, se pone á orar delante de ese cadáver, mira al cielo, y dice: *Levántate.* Yo estaba allí, y veo á mi amigo levantarse lleno de vida, de salud y de fuerza, con la auréola de su resurreccion. Es él, el mismo; hé aquí su rostro, su actitud. ¿Me negais la posibilidad de reconocer á quien yo he conocido, de tocarle y de decirle: ¿Eres tú, tú mismo? ¿Qué veis que sea imposible, impalpable y problemático en esas tres partes del hecho milagroso? He visto á mi amigo vivo, he visto á mi amigo muerto, y vuelvo á ver á mi amigo vivo, es decir, resucitado. ¿Sobre cuál de esos tres puntos cabe la falsa posibilidad de la prueba científica? Que el escepticismo, que se llama la ciencia, venga á decirme y repetirme que acaso yo no he visto al vivo, que acaso no he visto al muerto, que acaso no he visto al resucitado, nada importa, porque el escepticismo en este punto, aunque se llame y aunque realmente pueda ser científico, no puede echar por tierra mi certidumbre. Sé lo que he visto; lo que he visto, lo atestiguo; y si me negais bajo el pretexto de la ciencia crítica la prueba histórica de ese triple hecho, yo os niego la prueba posible de cualquier hecho de la historia. Pero no, dice la ciencia crítica, ciega en medio de la luz; no podeis deducir rigurosamente que esté probado el milagro. ¿Y por qué, si os place decírmelo? Porque, contesta, sea lo que quiera de las pruebas que creeis tener de la existencia del hecho milagroso, siempre y *à priori* teneis contra ese hecho una certidumbre que anula la prueba. Es certidumbre universal y constante que un cuerpo humano que ha caido ya en la putrefaccion no resucita; todas vuestras supuestas pruebas del hecho de la resurreccion nada pueden para acabar con esta certidumbre; y siendo esto así, aunque tuviérais todas las pruebas que pretendeis tener de la derogacion de esa ley constante de la naturaleza, nada podria resultar de ello. De dos fuerzas que se encuentran en un mismo punto y en una direccion opuesta, nada resulta; y del mismo modo, de dos certidumbres opuestas una á otra, la certidumbre de la ley y la certidumbre de la derogacion de la ley, ninguna conclusion puede salir, ó más bien la conclusion está de antemano en favor de la ley y en detrimento del hecho milagroso. Hénos envueltos con esto en grandes dificultades; encerrados entre dos certidumbres que se disputan el honor de convencernos, rechazándose una á otra. ¿Cómo haremos para salir de esta dificultad? Saldremos de ella simplemente por medio de una suposicion inocentísima, y que os hablará con mayor claridad que todas esas grandes fórmulas de las que no tenemos que ocuparnos en este momento, y cuya aplicacion á este órden de

cosas es cuando ménos torpe. Sois ciudadanos franceses, y ese honor, que no es pequeño, os impone una carga que no es tampoco mínima; esa carga se llama el impuesto. La ley del impuesto os alcanza á todos en la medida de vuestra posicion, porque todos los ciudadanos son iguales ante la ley; teneis, pues, la certidumbre adquirida de que el impuesto este año os pedirá una parte de vuestra propiedad. Pero supongo que mañana por la mañana anuncia el *Monitor*, que por decreto imperial dado con el consentimiento de las cámaras, el gobierno, para recompensar servicios que juzga brillantes, os exceptua de la obligacion de pagar el impuesto. Aun bajo el régimen de los principios de 1699, no hay en esto nada que sea absolutamente imposible; porque en que el estado os exceptue del impuesto para recompensar vuestros servicios, ú os enriquezca con una dotacion á costa de los contribuyentes, la diferencia solo es verdaderamente nominal. Pues bien, en ese caso; ¿qué hareis? ¿A qué os atendreis? La ley que os obliga al impuesto es muy segura, pero el decreto del *Monitor* que os libra del impuesto tiene una certidumbre que no es ménos evidente. Y sin embargo, cuando el cobrador de contribuciones, habiendo olvidado ese decreto auténtico, viniera á pediros que pagaseis al estado la carga que os impone el título de ciudadano francés, ¿os vereis, yo os lo pregunto, muy embarazados en vuestra situacion? Nada de eso. Iriais á coger discretamente el mencionado decreto que muy cuidadosamente hubiérais tenido guardado; y diriais: Ved, señor mio, ese documento, y decidme luego qué os debo. Creeis que el cobrador os llegue á decir: Nada me importa que vos tengais un decreto que os libra de pagar el impuesto: yo tengo una ley que me obliga á percibirle? Esta observacion, si se os hiciera, solo os causaria risa; pero no es de temer que suceda nada de esto. Despues de haber leido el decreto que deroga la ley general, y saludándoos de modo que toque con la cabeza al suelo, el cobrador os dirá: Os felicito por haber servido tan bien á la patria, y sobre todo, porque os haya recompensado tan grandemente. La cuestion de que se trata es tan sencilla como esta que acabamos de exponer. Se halla en la legislacion de nuestra naturaleza, y es de certidumbre física, que un organismo roto por la descomposicion no se rehace por sí propio, y que un muerto no resucita; morir y en seguida descomponerse, es pagar en cierto sentido el tributo á la naturaleza. Pero si place al Criador dar una excepcion á esta ley del tributo general que pagamos todos á su soberanía sin igual, ¿por qué pretendeis quitarle la posibilidad de dar á conocer con certidumbre esa derogacion realizada por su voluntad? Si el Criador puede derogar por una excepcion particular una legislacion general, y ya hemos dejado establecido que lo puede; ¿por qué quereis privar á Dios hasta del poder de dar á conocer su voluntad particular, como tiene el poder de manifestar su voluntad general?

¿Por qué se ha de establecer entre esas dos manifestaciones un conflicto imposible? ¿Por qué estableceis entre una certidumbre y otra certidumbre un antagonismo imaginario? Y si Dios puede darnos con evidencia la certidumbre de la ley creada por él mismo; ¿por qué no podria con la misma claridad darnos la certidumbre de la derogacion que ha querido y ha realizado él mismo? ¿Y qué falsa ciencia matemática es esa de dos certidumbres que se anulan, sino es un juego de imaginacion propio para entretener á la falsa ciencia, y que no puede sostenerse ante las miradas del comun sentido? No insisto más, y llego á la dificultad que se cree la magistral, la más fuerte entre todas, y que se reduce á decir, que debiendo suponerse que el hecho milagroso es contradictorio y superior á las leyes de la naturaleza, sería preciso tener un conocimiento perfecto y adecuado de todas esas leyes para poder decidir formalmente la certidumbre de su existencia. Esta objecion, que no deja de ser especiosa, tiene para aquellos que la presentan un inconveniente gravísimo, que es el de ir más allá que el objeto con que la proponen; porque á nada ménos tiende, si se la admite, que á suprimir la misma ciencia. Tened en efecto gran cuidado; esa dificultad, sí, es fuerte contra vosotros y os conduce lógicamente á la impotencia de probar de un modo científico ni una sola ley de la naturaleza. Ante todo hecho que se presenta con la evidencia de su certidumbre, mostrándoos con su propia luz la causa que lo produce, áun á la evidencia física podreis siempre llegar á oponer ese sobreseimiento de causa. Podriais decir: ¿Quereis saber si ese hecho atribuido á una causa que pretendemos conocer, no es el efecto de otra causa que no conocemos todavía hoy, pero que acaso conoceremos mañana? quién sabe si ese fenómeno, cuya causa nos alabábamos tener encerrada en nuestras fórmulas científicas, no es el producto luminoso de un agente que permanece desconocido para nosotros, y que acaso vendrá mañana á presentarse ante la ciencia reclamando para sí el honor glorioso de esa paternidad hasta ahora desconocida? Quién no ve que siendo esto así no existiria nunca, hablando con propiedad, la ciencia de la naturaleza, puesto que los hechos más palpables y las leyes más conocidas de la ciencia no llegan á ser nunca sino hechos inexplicados y leyes problemáticas? ¿Por qué sucederia otra cosa? ¿Por qué lo desconocido que vosotros suponeis existe, no puede echar por tierra la certidumbre que poseeis? ¿Por qué no se le ha de admitir á dar testimonio contra la ciencia crítica? ¿Por qué no? Porque admitís ciertas leyes de la naturaleza, cierta armonía de la naturaleza, porque sabeis que igualmente que Dios, la naturaleza no se miente á sí misma; porque estais absolutamente seguros de que la naturaleza que ayer os decia *sí* en un punto determinado, no puede deciros *no* nunca; porque en fin, seguros como lo estais científicamente de esa ley de la naturaleza, lo estais

tambien científicamente de que no será desmentida por otra ley de la naturaleza. Pues bien, esa base que dais vosotros mismos á la ciencia de la naturaleza, nosotros la aceptamos, y sobre esa base establecemos la probabilidad de probar el hecho milagroso, diciendo con vosotros: Del mismo modo que en el órden matemático no puede haber fórmula verdadera que se halle en contradiccion con otra fórmula verdadera, así en el órden físico no puede haber una ley real de la naturaleza que se halle en contradiccion flagrante con una ley tambien real de la naturaleza: pues bien; siendo esto así, yo me pregunto: ¿Por qué dado que existe el hecho milagroso, no he de poder nunca llegar á la prueba del hecho milagroso? Si, por una parte, tengo aquí un hecho que se manifiesta radiante con su propia luz, y si por otra abrazo en el círculo de una forma científica una ley de la naturaleza, una sola, la ley misma de que procede el hecho, ¿no tengo demostrado de antemano que nunca otra ley de la naturaleza llegará á desmentirla? Sea cual fuese el poder de lo desconocido, sé que no destronará lo conocido que se halla en pie sobre la base de su certidumbre y radiante con los fulgores de su evidencia. Si fuera de otro modo no podria haber ciencia, porque no podria llegarse en ella á una conclusion exacta. Es preciso, en efecto, optar entre esto, ó bien admitir que no nos hallamos en posesion de ninguna ley exacta dentro del imperio de la naturaleza, ó bien admitir que nunca puede apelarse á lo desconocido como testimonio contradictorio y contra la certidumbre de lo conocido. Sentado esto, decidme: ¿Con que bajo el pretexto de que mi razon no conoce la última palabra de los misterios del mundo, y de que mi mirada no abraza la universalidad de las cosas, habriais de condenarme á la impotencia de probar en un caso dado una derogacion de una ley de la naturaleza? Se me demuestra, por ejemplo, que todo cuerpo abandonado á sí mismo gravita por su propio paso hácia el centro de la tierra, esa ley se proclama como ley soberana, y estais muy seguros de que ningun descubrimiento nuevo vendrá á mostraros que existe otra ley en virtud de la cual un cuerpo dejado á sí mismo sobre la superficie de la tierra huya de su centro en vez de buscarlo; la ciencia está muy segura de hallarse en posesion de esa certidumbre. Pues bien, si yo veo con mis propios ojos, con la luz de la evidencia, á una masa enorme de granito que de pronto ella por sí misma se desprende de la tierra y sube hácia el cielo, ¿por qué en este caso me prohibireis afirmar con certidumbre que el granito se eleva en virtud de una fuerza que no es una fuerza del mundo material? No me digais que acaso soy víctima de mi propia alucinacion, y que la supuesta piedra solo sube en mi mente. Esa no es la cuestion en este momento; hay que admitir que yo puedo ver con la misma certidumbre la subida ó la caida de una piedra, ó bien hay que destruir por su base todo

el imperio de la certidumbre física, volviéndose vuestra objecion contra vosotros mismos para destruir la ciencia que pretendeis poseer. No está en eso, repito, la dificultad presente; la cuestion está en saber si habiendo visto con mis propios ojos, á quince pasos de distancia, á una masa de granito tan grande como esta catedral, elevarse por sí misma de abajo arriba en presencia de diez mil hombres reunidos para verlo; la cuestion es de saber si yo puedo, sí ó nó, declarar que ese hecho se realiza por fuera de las leyes de la naturaleza, ó en otros términos, si han presenciado mis ojos un hecho milagroso. Es cosa demostrada tambien para vosotros por una experiencia universal, que todo organismo, una vez roto, no se rehace instantáneamente por sí mismo; que el hombre vivo, una vez muerto, no surge en un minuto de la podredumbre de su carácter para volver á aparecer en la vida con la integridad de su forma y de su sustancia. Por maravillosas que sean todas las trasformaciones de que la naturaleza guarda el secreto al mostrarnos su variado espectáculo; á pesar del límite en que se ve detenida vuestra ciencia en el dominio de la vida, ni áun en las profundidades que permanecen ocultas para vosotros, no hay ninguna ley de la naturaleza en virtud de la cual el cuerpo que ha llegado á ser cadáver pueda salir en un minuto libre y radiante del seno de su propia putrefaccion. Si fuera de otro modo, el mundo orgánico solo sería una fantasmagoría, y toda la naturaleza una sucesion de mentiras y una série de engaños. Si, pues, ese fenómeno llega á realizarse ante mí, ante vosotros, ante diez mil, ante cien mil testigos; ¿nos llegareis á prohibir acaso en virtud de la autoridad de la crítica que declaremos que ese fenómeno no se ha realizado en virtud de una fuerza de la materia y de una ley de la naturaleza? ¿Acaso para darme científicamente cuenta de ese hecho, ha de serme preciso que me eleve por cima de la naturaleza, que me salga de la materia para llegar hasta aquel que habiendo creado la materia y la naturaleza, tiene á una y otra bajo su dominio, como á esclavas sumisas de su autoridad absoluta y de su libertad soberana? ¿Necesitaremos ir á buscar unos despues de otros á todos los grandes doctores en ciencias fisiológicas para tratar de ver si la naturaleza encierra por ventura en su seno profundo una fuerza misteriosa, que solo aparece en rarísimas ocasiones, operando de tiempo en tiempo resurrecciones instantáneas como esas generaciones espontáneas que se suponen opera en el mundo orgánico? No, no os condenariais á la humillacion de ver á la Academia burlarse de vosotros, y la de oir que los maestros de la ciencia os decian con grave ironía: «No, señores, la ciencia fisiológica no conoce ninguna resurreccion instantánea, y la naturaleza no da de sí aparecidos.» Asi, pues, queda perfectamente demostrado que para afirmar con certidumbre que un hecho se realiza ó por fuera ó por encima de las

leyes del órden natural, no es necesario en modo alguno conocer de una manera perfecta las leyes de la naturaleza, tanto porque siendo la naturaleza una armonía, y una armonía necesaria, no puede tener el poder de desmentirse á sí misma, cuanto porque si ese sobreseimiento de causa se aceptára, resultaria de ello que para reconocer con seguridad algo en el dominio de la naturaleza, debia empezarse por conocerlo todo, lo cual seria simplemente empezar por el fin, ó bien debutar por lo imposible. *Todo ó nada*, ó conocerlo todo ó no afirmar nada; ó saber cuál es la última palabra de las leyes de la naturaleza, ó bien admitir que no se tiene la seguridad de conocer una sola de ellas. ¿Admitís esa alternativa? —No, no, mil veces no, no la admitimos; el hombre sin que lo sepa todo sobre las leyes de la naturaleza, puede tener la certidumbre de que conoce alguna de ellas ó algo sobre ellas. —Sea en buen hora, pero en ese caso teneis que decir con nosotros, que áun sin conocer todo el mecanismo de las leyes de la naturaleza, podeis en una situacion dada probar científicamente que se ha realizado un hecho fuera ó por encima de las leyes de la naturaleza, es decir, que se ha realizado un milagro.—Sea, me contesta la ciencia crítica, vencida tambien en este segundo punto; si hablando con todo rigor y dando por supuesto que existe el milagro, reconocemos que el milagro puede ser probado; pero qué ganais vosotros con ese nuevo triunfo? añade batiéndose hábilmente en retirada por segunda ó tercera vez. El milagro es posible, convengo en ello: el milagro puede ser probado, tambien llego á conocerlo; pero, ¿qué importa en cuanto al triunfo de vuestra causa, es decir, en cuanto á la existencia de lo sobrenatural, si no por eso se habrá llegado á probar lo sobrenatural? No en nombre de una constante experiencia, no en nombre de tal ó cual filosofía, hago yo que desaparezca el milagro de la historia. Yo ya no digo hoy, como decia ántes, que el milagro es imposible, que el milagro no puede ser probado; abandono francamente esos dos medios de defensa, y os digo con la mayor sencillez, suplicando á los polemistas que se dignen comprenderme. El milagro hasta hoy no ha sido probado nunca. De este modo, la cuestion del milagro en general se vuelve á reducir así, por la misma ciencia crítica, á una cuestion de hecho, que es la cuestion que nos queda aún por examinar.—Existe respecto del milagro una cuestion muy débil, y que á veces produce su efecto en ingenios que se tienen por fuertes, y que dicen: No creo en el milagro, por una razon muy grande, porque no he visto nunca milagros. Padre, me decia en cierta ocasion un hombre honrado, pero en aquella época muy incrédulo en cuanto á los milagros, os aseguro que no soy exigente con exceso, solo pido á Dios que me haga ver un solo milagro, y me declaro satisfecho, creyendo por solo eso en la divinidad de Jesucristo y el

cristianismo. ¿Cómo es, suele añadirse, que descansando todo el cristianismo sobre la existencia del milagro, no nos haga Dios á todos el favor, que tan de desear es racional y cristianamente considerado, de dejarnos ver con nuestros propios ojos y tocar con nuestras manos un solo milagro, uno solo? Cómo! con que para creer en el milagro necesitais de un modo absoluto llegar á ver siquiera un milagro? Pero, ¿cómo no veis que hay en la historia infinitos hechos que no habeis visto, que nunca podeis ver? ¿Habeis visto á Cesar pasar el Rubicon? ¿Habeis visto á Ciro tomar á Babilonia? ¿Por qué, si creeis en todo eso, no habiais de creer en una resurreccion sin haber presenciado ninguna resurreccion? Vuestra exigencia parece hasta inocente, pero no reparais en la enormidad de sus consecuencias. Decís que quereis ver y que teneis el derecho de quererlo; pero como á lo que parece, todos los demás simples mortales como vosotros tienen el mismo derecho que vosotros, será preciso que cada hombre para creer sea admitido una vez por lo ménos á ver el hecho milagroso; ¿y qué digo, una vez? Eso no será bastante: áun despues de haber visto el prodigio, áun despues de haberlo, por decirlo así, palpado, ¿quién os garantiza que el hecho á medida que su recuerdo se pierde entre nosotros, no disminuirá la fuerza de vuestra certidumbre? ¿Estais bien seguros de que á través de treinta años de distancia, no se trasformará la claridad del hecho milagroso en un fulgor dudoso y pálido? Y yo mismo, ¿estoy seguro acaso de que el milagro que haya convencido á un hombre de veinte años, bastará para convencer á un anciano de sesenta? Será pues preciso que para robustecer su conviccion, Dios haga de nuevo, y para cada uno de nosotros, primero un milagro, despues otro, y así sucesivamente. Ya veis cuántos milagros deberia hacer el Criador para complacernos! ¿No veis que con esa excepcion al parecer tan sencilla, llegaria á multiplicarse el milagro hasta lo infinito, á sustituir la excepcion á la regla, y como última consecuencia á introducir en la creacion esa misma perturbacion con la que nos objetais sontra la creencia de los hechos milagrosos?—La ciencia crítica aún formula otra dificultad contra la existencia del milagro, que se reduce poco más ó ménos á lo siguiente: El milagro no es científico, la ciencia no tiene para nada en cuenta al milagro, porque el milagro no se ha realizado nunca en las condiciones que requiere la ciencia, es decir, en condiciones que permitan probarlo científicamente. ¿Pero cómo sabeis eso? Nosotros tenemos milagros que declaramos han sido probados; y decidnos, ¿dónde estabais vosotros en el momento de la prueba? ¿Habeis estudiado todos los hechos, ó habeis visto siquiera todos los documentos? ¿Cómo, pues, sabeis que nunca se ha realizado un milagro en condiciones que permitan probarlo científicamente? ¿Cuáles son esas condiciones? ¿Quereis que los milagros sean comprobados por comi-

siones científicas al efecto establecidas y convocadas? Pues entónces es preciso llevar nuestra idea hasta su último extremo, y lo ménos que en su consecuencia podemos pedir, es que esos jurados para los hechos milagrosos se multipliquen en todas partes, y que al ménos cada ciudad tenga su comision permanente establecida para juzgar el milagro; porque si vosotros, sabios de la capital, necesitais una especie de facultad encargada de examinar científicamente los hechos milagrosos, ¿por qué no habiamos de tener otras en Nantes, Lyon ó Marsella, en todos los puntos en fin, donde pudieran presentarse hombres de gran curiosidad? Sin duda que nuestro siglo realizará este progreso más. Tiempo vendrá en que veamos á nuestras buenas ciudades de Francia y de Europa en posesion de esas nuevas academias; entónces se harán los milagros en toda regla, bajo la inspeccion de las autoridades competentes, en circunstancias marcadas por una legislacion especial. De todas maneras, la ciencia crítica quiere una comision. Pues bien, la tendrá, la tiene. ¡Grandes hombres, es preciso satisfaceros! La comision existe, funciona con un rigor, una perseverancia y una solemnidad inimitables. En esa comision se exponen, se atacan, se defienden, se discuten, y por fin se comprueban todos los milagros tan científicamente como podrian hacerlo todas las comisiones y todas las academias del mundo; y sin embargo, vosotros recusais esa reunion escogida de sabios, que atestigua perpétuamente á los ojos de la humanidad entera la evidencia de los testimonios, que la obligan á proclamar la certeza de los milagros. Pues que haceis un llamamiento á la ciencia, ¿por qué no creeis en su testimonio? Verdad es que entre esos sabios llamados á examinar los milagros de los santos, no teneis vosotros puesto, y que en ese senado de la ciencia histórica y teológica no teneis tampoco voz ni voto. Es verdad, por último, que vosotros no habeis nombrado esa comision, y que ella no os llama á participar del insigne honor de presidir sus debates; pero ¿qué importa eso? No porque no os cuente entre sus filas, ni porque no os ponga á su cabeza deja de ser una asamblea de sabios. Y decidme: ¿creeis sériamente enseñarle algo á esa asamblea sobre la cuestion de los milagros, tantas veces discutida por ella, y en que vuestra ciencia desorientada vacila á cada paso? Así pues, ponéos de acuerdo, y sed consecuentes con vosotros mismos; ó no nos hableis de vuestras comisiones y vuestros congresos científicos cuando se trata de probar el milagro, ó aceptad á la más competente de las asambleas científicas, que hace ya siglos examina, discute y prueba la existencia del milagro. Pero no, ni siquiera aspirais á tener el honor vulgar de poneros de acuerdo con vosotros mismos. Esas condiciones solo son una añagaza de que vosotros sois los primeros en burlaros, hasta tanto que el público la imponga tambien su burla solemne. Aun cuando todas las comisio-

nes del mundo vinieran á atestiguaros la existencia del milagro, siempre contestariais con estas palabras: ¡Quien sabe! ¡Ah! confesad de una vez que estais decididos á no admitir en modo alguno la existencia del milagro y de lo sobrenatural, y que las condiciones que fingís poner para eso no son sino una ironía para con la ciencia y un insulto para la razon. Es tambien un insulto para Dios. Sí, señores, en el rarísimo procedimiento imaginado por la ciencia crítica, no solo hay un insulto al sentido comun del hombre, sino tambien un insulto á la Majestad divina. ¿Quién no ve hasta qué punto con esas condiciones ridículas impuestas por vuestro despotismo científico á las libres manifestaciones del poder de Dios, ultrajais á su Majestad soberana? ¡Cómo! ordenais que el taumaturgo, es decir, Dios mismo que obra en él, venga á tomar vuestras órdenes para obrar un milagro, cuando Dios solo trae el milagro para imponeros sus órdenes, y para significaros por esa manifestacion de su poder la voluntad soberana? ¡Cómo! vosotros los súbditos, los servidores, vais insolentemente á prescribirle el lugar, la hora y las circunstancias en que debe obrar, y no contentos con esto le designais el teatro de sus operaciones y la naturaleza del prodigio que debe realizar, y el modo con que ha de realizarlo? Vosotros decis al infinito con el tono de un gran señor: Vendreis á esta hora y no á otra; vendreis á este lugar y no á otro lugar; solo aceptamos de Vos aquellos milagros que nuestros sabios pueden someter á las leyes de una crítica rigurosa y á la prueba de un análisis físico, químico y fisiológico, exigimos que el milagro que se realice sea visto por una asamblea, aprobado por cada uno de sus miembros, y proclamado como tal por el presidente. Hé aquí nuestras condiciones, y vosotros estais obligados á respetarlas. Así, pues, escuchad las órdenes que en virtud de la soberanía de nuestra ciencia, imponemos á la manifestacion de vuestro poder. No nos toca á nosotros esperaros; sino que á vosotros toca esperarnos. Dejareis á vuestros hombres célebres en la ciencia el tiempo de prepararse, de unirse y de concertarse. Si vuestro milagro no se verifica á las dos ó las tres de la tarde, en el anfiteatro de la escuela de medicina ó en el salon de la Academia de Ciencias; si no se verifica como os lo prescribimos, ante diez, veinte ó treinta notabilidades, consideramos á vuestro milagro como nulo, aunque se verificára en la plaza de la Concordia en presencia de mil testigos, y se hallará atestiguado por la ciudad entera. En vista de esto, yo os lo pregunto, ¿es demasiada severidad calificar esos procedimientos como una burla de Dios hecha por el hombre? ¿Qué es esto sino reducir al taumaturgo, es decir, al hombre que obra en nombre Dios y por la causa de Dios, á las proporciones de un prestidigitador, cuya habilidad se trata de coger en falta, al papel de un charlatan á quien se llama para descubrir su charlatanería y abrumarle bajo el peso de la humillacion

pública? ¿Qué es eso, en fin, sino intimar al mismo Dios que suba en persona al teatro levantado por una filosofía que se puede llamar de carnaval, y que pide al Ser infinitamente sabio é infinitamente poderoso, venga á mostrar su fuerza y su sabiduría en el *forum* de la publicidad y multiplique los milagros para contentar la curiosidad del pueblo y satisfacer la vanidad de los sabios? Aún digo poco, ¿qué es eso sino querer prostituir el ejercicio del poder divino para mayor distraccion del ánimo del hombre? ¡Ah! teniamos muy sabido que la razon á fuerza de oponerse á la verdad, llega á fascinarse de tal modo que cae en el vértigo; pero no nos imaginábamos que pudiera llegar á tal grado de alucinacion sacrílega, en que lo absurdo excede á lo sacrílego, y en la que uno no sabe qué es lo que debe admirar más entre el exceso de la impiedad ó el prodigio de la locura. Despues de esto ¿qué me importa que el milagro no se haya hecho en las condiciones propuestas por una ciencia crítica insensata, que en fuerza de querer ridiculizar los milagros y á los taumaturgos, solo logra entregarse ella misma al desprecio de los verdaderos sabios y al ludibrio de las naciones? Nuestros milagros no han sido sancionados por un jurado científico, delegado por un Instituto de Francia ó la Academia de Lóndres, de Viena ó Berlin; pero eso ¿qué importa? El milagro católico ha sufrido una prueba más decisiva que todo eso; ha comparecido delante del jurado de la humanidad; ha obtenido el sufragio de todas las ciencias, de todas las santidades, de todos los apostolados y de todos los martirios; ha pasado por el exámen de todas las grandes inteligencias y de todos los grandes corazones que ha producido hace dos mil años la fecundidad de la Iglesia, esa fecundidad que por sí sola es el mayor de los milagros. ¿Dónde hay asamblea comparada con esta asamblea? ¿Dónde sufragio comparado con este sufragio? ¡Ah! si este tribunal ante el cual ha comparecido el milagro para ser examinado, discutido y probado; si este tribunal verdaderamente excepcional, en el que se sientan como jueces todos los talentos, todos los genios, todas las virtudes y todas las santidades; si este tribunal verdaderamente excepcional, que no tiene otro que se le asemeje en ninguna parte; si este tribunal ha podido engañarse al dar el testimonio de la existencia del milagro, ¿qué pueden añadir á mi conviccion vuestras comisiones y vuestros comités de las ciencias físicas, químicas ó fisiológicas? Nada, absolutamente nada, os dejo en vuestra escuela con los pocos librepensadores que os piden argumentos contra lo sobrenatural y razones contra el milagro; y alistándome en el gran jurado de los pueblos y de los siglos, digo, repitiendo el decreto que han promulgado sobre el milagro que pone hoy en duda vuestra crítica miope y vuestra ciencia mezquina. «Creo que el milagro es posible; creo que el milagro puede ser examinado; creo que el milagro ha sido comprobado, y creo que el milagro

atestigua para siempre en la humanidad la intervencion de lo divino y la existencia de lo sobrenatural.» —S. B.

ROMANELLI (El abate Domingo). Nació este anticuario cristiano, miembro de la sociedad Pontaniana y del Instituto de Nápoles, el año 1756 en Fossaceca, cerca de Lanciano, en los Abruzos. Estudió en el seminario de Chieti, en el que se hizo eclesiástico. Volvió á Nápoles en 1805 para dirigir la impresion de su primer obra, titulada «*Descubrimientos de las ciudades destruidas en la patria y de otras antigüedades en la region Fontana;*» dos volúmenes en 8.° Sus pesquisas no pasan de los siglos bárbaros, y la primitiva historia de los pueblos y ciudades de esta antigua region apénas se toca en esta obra. Colocado al frente de la Biblioteca de los Ministros, pudo Romanelli entregarse á nuevos trabajos, y llevado de su aficion á las antigüedades, reunió los materiales para escribir un *Viaje á Pompeya, Pesto y Herculano*, que se publicó en 8.° en 1811, al que añadió el de Pouzzoles, en la reimpresion que se hizo en 1817 en dos volúmenes en 8.° Escribió tambien una *Guia de Nápoles*, en tres volúmenes en 12.° Una *Descripcion de la isla de Capra*, en 8.°, y otra de *Monte-Casino y sus cercanías*, tambien en 8.° Todos estos manuales, sin ser de gran recurso para los eruditos, son muy útiles para la mayor parte de los viajeros que visitan estos lugares. Habia concebido Romanelli el plan de una obra, que le hubiera dado honor si en la ejecucion no se hubiese desgraciado. Este fué un libro publicado á expensas del gobierno en 1815, titulado: *Antigua Topografía histórica del reino de Nápoles*, tres volúmenes en 4.°, con figuras. Pocos países hay que ofrezcan tantas dificultades para un trabajo de este género como el reino de Nápoles, dice su biógrafo Mr. Angelis; quedan aún que hacer muchas pesquisas, muchas dudas que aclarar y un gran número de errores que rectificar, razon por la que se necesitan mayores conocimientos que los que tenia Romanelli para tratar de esto; ser versado en las lenguas, profundo en el estudio de la antigüedad, habituado á la inspeccion de monumentos, muy sagaz para saber apreciar las opiniones de los que han escrito, y sobre todo, muy cauto en emitir las suyas; cualidades esenciales para ser buen anticuario, que faltaban al abate Romanelli. Tenia más acierto en los pequeños artículos que escribia sobre antigüedades, que en las obras que emprendia por lo sério, como puede verse en los artículos que publicó en el *Diario Enciclopédico de Nápoles* (Mayo de 1808 y Junio de 1816), estan llenos de interés y de erudicion, comparándolos con sus obras de mayor extension en las que no resaltan tanto estas cualidades: *Noticias y observaciones sobre la literatura bibliográfica*, de los siglos llamados bárbaros en el reino de Nápoles, 1811. Murió Romanelli en Nápoles el año 1819, á los sesenta y tres años de edad. Dejó inédita una traduccion en versos libres del libro *De rebus Nomannis di Gul.*

Apulo, y otros varios pequeños apuntes sobre antigüedades.—C.

ROMANENGO (Fr. Arcángel), franciscano italiano de los Menores reformados de Milan. Floreció en el siglo XVI, y se distinguió por su piedad y virtudes mucho más que por su saber y ciencia. Nacido de una familia ilustre, abandonó riquezas, honores y todo con cuanto el mundo le brindaba y ofrecia para para retirarse á un claustro, y consagrarse allí á sus favoritos ejercicios. Humilde y modesto novicio, fué todavía mucho más humilde y modesto como profeso, y sus continuos ejercicios fueron las prácticas de religion y devocion. Qué más podia exigirse á hombre tan bien nacido y que todo lo sacrificaba por el amor de Dios y del prójimo? Hubiera sido ninguno más caritativo que él que recogia los pobres do quiera que los encontraba y los buscaba albergue, reunia limosnas para curarlos, ó socorrerlos en sus necesidades, y los buscaba y proporcionaba medios de vivir? Increibles parecen muchos de los actos que se refieren de este religioso, modelo de almas caritativas y angelicales. Contarlos uno por uno daria objeto á una obra en extremo dilatada, y que no es propia de este lugar y mucho ménos de nuestro propósito. Baste decir que cuando Fr. Arcángel comprendió que le faltaban las fuerzas, y no podria ya llevar adelante las obras que tan santamente habia comenzado, para que no quedasen en lo sucesivo dadas al olvido y mucho ménos olvidados sus pobres, formó una cofradia, cuyo objeto era reunir los pobres que andaban perdidos en las calles y alrededores de Milan, y cuidarlos y socorrerlos, haciendo así más ligera y amable su precaria existencia. Esta cofradía, formada en un principio de un corto número de personas, se extendió mucho despues, y llegaron á pertenecer á ella la nobleza y las personas más distinguidas de la ciudad de Milan. No contento con esto el buen fundador la dió estatutos y leyes para que pudiese en lo sucesivo subsistir de una manera estable, tener vida propia y echar fecundas y sólidas raíces. Aún fué más alla, hizo que muchas personas ricas y piadosas la donáran sus bienes y con otras mandas y legados la constituyó un patrimonio con que podia vivir á través de los siglos continuando sus santas y caritativas obras. Esta cofradía puede decirse que resume toda la vida del P. Romanengo, pues aunque llevó á cabo otros ejercicios, siendo predicador distinguido, muy amante de la reforma de las costumbres, asistente al coro y demás prácticas piadosas, los hermanos de su asociacion, y los pobres que eran su objeto, fueron los que le ocuparon principalmente y á los que se consagró áun despues de su muerte, segun se infiere de lo que de él dicen los cronistas. Murió hácia 1600 en su convento de Milan, dejando los *Estatutos de la Cofradía de la Caridad y de la Santísima Virgen María*, impresos en 1697 en 8.°—S. B.

ROMANI (P. Benito). Nació este religioso en Nanci, y profesó en la aba-

día de S. Evre el 16 de Setiembre de 1659 en la congregacion de S. Vanne, de los Benedictinos. Pasó por ser uno de los mejores predicadores del país, y predicó muchas veces en las primeras iglesias de Lorena. El dia 22 de Abril de 1695 pronunció en Ligni de Barrois, en la iglesia de los frailes de San Francisco, la oracion fúnebre de Francisco Enrique de Montmorenci, duque de Luxemburgo, sermon muy aplaudido, que se imprimió en Toul en 1695 en 8.°, segun Dom Calmet en su Biblioteca de la Lorena. Murió este religioso en S. Mansui el dia 28 de Agosto de 1615.—C.

ROMANI (Fr. Guillermo), religioso dominico, natural de la Bretaña francesa. Ignórase la época en que tomó el hábito en la órden de PP. Predicadores, aunque se sabe siguió sus estudios en Paris hasta graduarse de doctor en 1367. Pero debió terminarlos mucho ántes de esta época, puesto que desde 1361 ejercia el cargo de maestro del Sacro Palacio por nombramiento de Inocencio VI, á cuyos últimos momentos asistió. Este Pontífice, elegido en 18 de Diciembre de 1352, es demasiado célebre en la historia de la Iglesia para que dejemos de decir cuatro palabras acerca de sus hechos más notables. El fué quien al año siguiente de su eleccion envió delegado á Italia al cardenal Gil Albornoz, arzobispo de Toledo, que arrojado injustamente de su silla por el rey D. Pedro *el Cruel*, habia ido á buscar un asilo en Aviñon contra las demasías de su monarca, y conociendo el nuevo Pontífice sus grandes cualidades, le envió á los antiguos dominios del papado, que no solo recobró, sino que hizo someterse por completo á la obediencia de su natural señor, haciendo respetar la autoridad del Papa en toda la Italia. No contento con que esto sería suficiente gloria para su pontificado, aún emprendió y llevó á cabo una reforma muy notable en las costumbres del clero de aquella época, suspendiendo las reservas decretadas por Clemente VI, revocando absolutamente todas las anunciadas, lo mismo que las concesiones de todas las prelacias, dignidades y beneficios seculares y regulares. Uno de los autores de su vida nos dice que mandó á todos los prelados y beneficiados retirarse al punto donde estaban situados sus beneficios, debiendo residir en él sopena de excomunion; pero estos brillantes hechos fueron acibarados por un acontecimiento no extraño en aquel siglo, y que vino á sembrar la amargura y el dolor en los últimos instantes de su vida. En 1361, los bandoleros conocidos con el nombre de grandes compañías, que llenaban de luto y terror toda la Francia, no ménos que la Italia, despues de apoderarse del puente del Espíritu Santo donde establecieron su plaza de armas, atraidos por las riquezas que encerraba la corte pontificia, penetraron en el condado de Aviñon, cometiendo sus acostumbradas tropelías, robando las casas y tambien las iglesias, quemando los objetos que no podian llevarse, violando las mujeres y asesinando á los hombres sin distincion de

edad. Los excomulgó el Papa, aunque sin resultado alguno, por lo que mandó predicar contra ellos una cruzada, de la cual se hubieran burlado tambien, saqueando el palacio del Pontífice á su misma presencia y tratando peor aún á los cardenales, á no ser por el marques de Monferrato que ideó el plan de prometer á aquellos bandidos, en nombre de Su Santidad, sesenta mil florines con la absolucion de sus pecados, tomándolos al mismo tiempo á sueldo para ayudarle á hacer la guerra á los Visconti, señores de Milan. El Papa ratificó este convenio con la mayor alegría desembarazándose así de estos peligrosos huéspedes, los que siguieron al marqués á Italia. Poco despues murió Inocencio en su palacio de Aviñon el 12 de Setiembre de 1362, despues de nueve años y cerca de nueve meses de pontificado. Acúsase á este Pontífice por su demasiado interés en colocar y ascender á sus parientes, lo que hace suponer si perteneceria á ellos Romani, mas carecemos de datos para asegurarlo miéntras se sabe que los parientes de Inocencio le honraron en extremo en los puestos en que fueron elevados, siendo además muy económico, y habiendo introducido grandes reformas en los gastos de su palacio. El mérito de Romani es incuestionable, por otra parte, por la sola razon de que los dos papas siguientes le conservaron en su cargo, figurando por lo tanto en los grandes acontecimientos que se verificaron en aquel largo período. Urbano V, abad de S. Victor de Marsella en 1358, fué elegido papa estando ausente, y sin ser ni siquiera cardenal, en el mes de Setiembre de 1362. Inocencio VI le habia enviado como nuncio á la corte de Nápoles, y se hallaba en Florencia cuando el correo del cónclave le llevó secretamente la noticia de su eleccion, la que no se quiso publicar hasta que el nuevo Pontífice llegase Aviñon, y en cuanto estuvo en esta ciudad, en 30 de Octubre, fué proclamado al dia siguiente, siendo despues coronado y consagrado en 6 de Noviembre. A poco de su elevacion al trono pontificio hizo justicia á las quejas que tenian sus súbditos de los arzobispos de Reims y de Sens. Mandó que estos compareciesen en su presencia, y les reprendió por los excesos que cometian contra sus súbditos, recordando al de Sens aquellas palabras que dijo al Papa cuando no era más que abad de S. German: «Cuando seas Papa te vengarás.» Porque dicho arzobispo le visitaba con frecuencia. En 1366 las grandes compañías, despues de haber asolado la Borgoña, el Lionés y el Delfinado, regresaron al condado de Aviñon, donde difundieron el alarma. Urbano envió á un cardenal para que se enterára de lo que deseaban Bertran Du-Guesclin, que los mandaba, dijo que siendo treinta mil cruzados los que el Papa habia alistado para ir á hacer la guerra á los sarracenos de España, le pedian ántes de marchar la absolucion de sus pecados, y una limosna de dos mil florines. «En cuanto á la absolucion, contestó el Cardenal, la

obtendreis sin duda, pero en cuanto al dinero, me guardaré muy bien de asegurarlo.» —«Señor, replicó Du-Guesclin, aquí hay muchos que apénas hablan de absolucion y prefieren seguramente el dinero, porque nosotros les hacemos buenos á pesar de su mala índole.» Ofreciéronseles cien mil francos, con los que se contentaron desde luego, pero al saber Du-Guesclin que esta suma se habia recaudado entre los vecinos de Aviñon, la devolvió, lo que obligó al Papa y á los cardenales á sacar del tesoro de la Iglesia el dinero que se les pedia. Cedió al fin Urbano á los deseos que le habian manifestado los italianos de que regresase á Roma. En vano la corte de Francia le envió á Nicolás de Oresme para disuadirle de este propósito. Partió el papa Urbano de Aviñon en 30 de Abril, y llegó el 23 de Mayo á Génova, haciendo su entrada en Roma en 16 de Octubre, donde fué recibido con tanta mayor alegría, cuanto que desde el año 1304, época de la salida de Benedicto XI, habia estado la ciudad eterna privada de su rey y pastor. El 17 de Abril de 1370 abandonó Urbano la ciudad de Roma para regresar á Aviñon, con la idea más bien, si debe creerse á Petrarca, con el pretexto de procurar hacer la paz entre Francia é Inglaterra. De todas maneras llegó Urbano el 24 de Setiembre á Aviñon; pero pocos dias despues fué atacado de una grave enfermedad, que le condujo al sepulcro el 19 de Setiembre de 1370, á la edad de sesenta y nueve años, despues de haber ocupado el solio pontificio por espacio de ocho, un mes y catorce dias desde el de su coronacion. Murió Urbano santamente, habiéndose confesado muchas veces durante su enfermedad y recibido tambien los demás sacramentos; declaró en presencia de un considerable número de personas notables, que creia firmemente en todo lo que tiene y cree la santa Iglesia católica y apostólica, y que sí en alguna cosa se habia separado de ella, habia sido contra su voluntad, y que las revocaba desde luego sujetándose á sus disposiciones. El cuerpo de Urbano fué trasladado á S. Victor de Marsella. Este Papa manifestó siempre un gran celo por la propagacion de la fe y la pureza de las costumbres. En 1369 recibió á la comunion de la Iglesia romana al emperador de los griegos Juan Paleólogo. Despues de la profesion de fe que habia hecho éste en 18 de Octubre en la iglesia de S. Pedro en Roma en presencia de cuatro cardenales. En Marzo del año siguiente envió á Guillermo de Prato, de la órden de S. Francisco, con doce religiosos, despues de haberle creado obispo, á predicar el Evangelio á los tártaros de Cathai. Por la misma época envió tambien otra mision á los georgianos comprometidos en el cisma de los griegos. Urbano se consagró con particular empeño á extirpar el vicio de la simonía. Edificó muchas iglesias, y fundó muchos cabildos seculares. Aprobó las órdenes de Sta. Brigida, y de la Compañía de Jesus. Juan XXII habia erigido á Monte Casino en obispado. Urba-

no restableció en este punto el título de abad y la disciplina monástica, que no se observó en lo sucesivo. El mismo era un modelo de vida religiosa, y por no perder de vista su primer estado, conservó el hábito de monje benedictino, llevándole hasta la muerte. La universidad de Montpellier, en que habia estudiado y enseñado, le cuenta en el número de sus bienhechores. Fundó una iglesia con doce legados piadosos para otros tantos estudiantes de medicina, y tenia subvencionados en otros establecimientos hasta el número de mil escolares. No debemos omitir, por último, que en 1368 sacó Urbano de la capilla de Letran, llamada *Sancta Sanctorum*, las cabezas de S. Pedro y de S. Pablo, custodiadas allí debajo del altar, para colocarlas en nuevos relicarios de plata del peso de mil doscientos marcos. Sobre el busto de S. Pedro se ve aún una tiara de tres coronas, lo que ha hecho suponer á Sponde fué el primero que usó la tiara de este modo. Sin embargo, no se ve más que una corona en los retratos que de él nos quedan. Sucedióle Gregorio XI, sobrino del papa Clemente VI, que le habia elevado al cardenalato en 1340, á la edad de diez y ocho años: fué elegido en 30 de Diciembre de 1370, ordenado de sacerdote en 4 de Enero de 1371, y coronado y consagrado al dia siguiente. Una de sus primeras atenciones fué el restablecimiento de la paz entre los reyes de Francia é Inglaterra, con cuyo objeto, no solo les escribió directamente, sino que les envió diferentes legados; mas estos fracasaron en sus negociaciones, no siendo mucho más afortunado el Pontífice en los esfuerzos que hizo para que reinase la paz entre los demás príncipes de Europa. La libertad de Italia se hallaba amenazada por el triunfo de las armas de Bernabé Vizconti, señor de Milan; Gregorio hizo una alianza con el conde de Saboya, el marqués de Monferrato, el marqués de Este, y otros príncipes italianos para contener los progresos del ejército de Vizconti. Necesitando acudir á los gastos de la guerra á que se comprometió en esta confederacion, recurrió el Pontífice á los diezmos que impuso al clero de Inglaterra y de muchos señores del Norte. A las armas temporales unió Gregorio las espirituales, excomulgando á Bernabé y á su hermano Galeazo, y prohibiendo contraer matrimonios con los indivíduos de esta familia. Aun cuando esta prohibicion fué extraordinaria, dice Fleury que influyó mucho en que se retiráran de su alcazar gran número de personas que ántes le habian buscado con interés. Los Vizconti no dejaron de continuar en actitud hostil contra sus enemigos. Gregorio, dice Muratori, era un buen Papa, pero tenia en Italia malos empleados, que solo se ocupaban en devorar las rentas de la cámara pontificia, y en vejar á los pueblos por medio de exacciones, sin cuidarse de administrar justicia. Habiendo terminado la guerra con los Vizconti, Guillermo, legado de Bolonia, dió motivo para que se encendiese de nuevo en el año 1375, queriendo arrebatar á los florenti-

nos el hermoso territorio de Prato. Estos, para defenderse de tan injusta agresion, se coligaron nuevamente con la reina de Nápoles y las ciudades de Sena y Pisa, sin contar con algunas, y sublevaron la mayor parte de los estados de la Iglesia. Los mismos romanos, cansados ya de la ausencia de su pastor, amenazaron con nombrar un antipapa, y tenian puestos ya sus ojos en el abad de Monte Casino, el cual les habia dado su consentimiento, si Gregorio no se apresuraba á fijar su residencia en Roma. Temeroso de tales amenazas y afectado al mismo tiempo por las amonestaciones de Santa Catalina de Sena y de Pedro, infante de Aragon, consintió en fin Gregorio en acceder á los deseos de sus ovejas, y partió de Aviñon el dia 13 de Setiembre de 1376, á pesar de los esfuerzos que hicieron para detenerle en esta ciudad su padre, que áun vivia entónces, el rey de Francia y otras personas respetables, pasando á embarcarse á Marsella, con direccion á Roma, el 22 de Setiembre. Las aclamaciones del pueblo hicieron un verdadero triunfo de la entrada del Papa en Roma, la que se verificó en 17 de Enero de 1377. Con motivo de hallarse arruinado el palacio de Latran, en que habian vivido sus predecesores hasta su marcha á Aviñon, fué Gregorio á habitar el Vaticano, edificio que han procurado despues engrandecer y adornar sus sucesores, de manera que su circunferencia es hoy dia de cuatro millas, y el conjunto de sus edificios, áun cuando irregular, encierra obras maestras de arquitectura, áun prescindiendo de las inestimables pinturas y esculturas de que está decorada la parte interior de aquellos. A pesar de la brillante acogida que hicieron los romanos á Gregorio, pronto experimentó graves disgustos, que le obligaron á abandonar á Roma para retirarse á Agnani, á cuyo punto llegó en 1.° de Junio de 1377. Durante su residencia en esta ciudad publicó diferentes bulas contra los errores de Wiclef, y se estaba disponiendo para regresar á Aviñon para complacer á los cardenales franceses, cuando murió en Roma en 27 de Marzo de 1378, despues de siete años, dos meses y veintidos dias de pontificado, á contar desde el dia en que fué coronado. Tenia la edad de cuarenta y siete años, y fué el último papa que dió la iglesia galicana á la Iglesia universal. Los romanos llamaron despues al tiempo de la residencia de los papas en Aviñon, años de destierro y de cautiverio. El célebre abate Duguet los califica del mismo modo, y pretendian que eran precisamente los setenta años de destierro del rey de Tiro, á los que se refiere Isaías. Gregorio fué recomendable por la bondad de su carácter y sus conocimientos en derecho civil y canónico. Tuvo siempre á su lado al jurisconsulto Baldo, y es muy probable que tambien á Roman, quien renunció su cargo ó murió dos años ántes que este Pontífice hácia 1376, dejando las obras siguientes: *Scripti in IV libros sententiarum.*—*Sermones de Tempore et de Sanctis.*—S. B.

ROMANI (Santiago). Este religioso, de la órden de Sto. Domingo á fines del siglo XIV y principios del XV, compuso, segun Leandro Alberti, en sus Varones ilustres de la órden de Predicadores, los tratados siguientes: *De victoriis virtutis.* — *De Persecutionibus.* — *De Virtutibus et vitiis Regum Romanorum.* — *Homiliæ morales.* — C.

ROMANIANA (Sta. mártir). En el año de 1624, despues de haber extraido los restos y cuerpos de los santos, que existian en la catacumba ó iglesia, donde se hallaron los cuatro protomártires, lustre y honor del reino de Cerdeña, á saber S. Priamo, S. Luciano y compañeros, S. Mauro y San Lello. Continuando las excavaciones, al principio del mes de Diciembre, en busca de los venerandos y sagrados restos de los mártires sacrificados por impías persecuciones, se halló una puerta como derribada ó caida de una iglesia ó catacumba, tan destruida, que solo existia un pedestal con un pedazo de columna; y prolongando las excavaciones, para examinar bien todo aquel terreno, se descubrió otra iglesia ó catacumba, con su capilla y presbiterio, y habiendo reconocido minuciosa y cuidadosamente el pavimento de la capilla, se encontraron tres sepulturas con sus letreros grabados y abiertos en losa de mármol, con labores de mosáico, de los cuales por estar carcomidos y áun rotos, faltando lo más esencial, no se pudo llegar al conocimiento de lo que expresaban y no se pudieron descifrar; pero sí se sacaron los cuerpos que indicaban para depositarlos en las tumbas y carneros sagrados, destinados á contener los innumerables mártires cuyos nombres no se han podido inquirir. Habiendo pasado más adelante en el reconocimiento del piso y pavimento de dicha catacumba, en el dia 8 de Diciembre, se obtuvo un feliz hallazgo. A la parte que correspondia al Evangelio, y junto á la pared que divide el presbiterio de la iglesia, se encontró un letrero bien conservado en mármol de color verde, cuya forma era la siguiente:

B. M. ROMANI
ANA QE VIXIT A
NIS PL. MI. XL. Q
IN PACE

Dice este letrero: *Beata Martir Romaniana, quæ vixit annis plus minus quadraginta quievit in pace.* — «Descansó en paz la bienaventurada mártir Romaniana, la cual vivió cuarenta años poco más ó menos.»

Costó mucho trabajo separar la losa ó lápida que contenia esta inscripcion, tanto que fué necesario destruirla en parte para poder penetrar y cavar debajo de ella en busca del cuerpo de la santa mártir. Por último, y con cuidadosos esfuerzos, el dia 10 de dicho mes se quitó el letrero y la lápida, y

ahondando ocho palmos perpendicularmente más abajo de la losa sepulcral, se halló una sepultura construida de ladrillo, que contenia el cuerpo bendito de Sta. Romaniana, muy bien conservado, observándose que tenia atravesado el cráneo de parte á parte por un fuerte y grueso clavo de metal; rodeando el cuerpo además una cinta, que por su forma y dimensiones debia de ser un silicio. Se sacó con todo respeto el cuerpo de la Santa, hallándose presente el señor obispo Carta, y otros innumerables testigos, muchos de ellos nobles personajes, y cuyos nombres se expresan en el auto de la invencion, y se llevó procesionalmente á la Iglesia mayor, donde fué colocado con solemnidad, venerándose siempre en aquel santuario. Acerca de cuál fué el dia del triunfo y martirio de Sta. Romaniana, nada indica la antigua inscripcion de su primitiva tumba, si bien dejó grata memoria de que triunfa mártir en el cielo, manifestando claramente el clavo que la taladró la cabeza, que aquel fué el instrumento doloroso y cruel del martirio, cuyas puntas más que si fueran de diamante, enriquecen y aseguran su corona. La invencion y hallazgo de Sta. Romaniana se celebra el dia 10 de Diciembre, pues en ese dia se tuvo la dicha de encontrar su santo cuerpo. — A. L.

ROMANIANO (S.), mártir. Dos blancas azucenas, regadas un tiempo con su propia sangre, brotaron y abrieron en siglos posteriores, para honra y gloria de su patrio suelo el reino de Cerdeña. Estas fueron S. Romaniano y Sta. Valeria, cuya historia no puede separarse, puesto que en lo más florido de su edad y simultáneamente padecieron ambos el martirio por su firmeza en confesar la fe católica que profesaban. Fueron descubiertos y salieron á luz el dia 9 del mes de Diciembre, despues de haber estado enterrados y desconocidos de una gran parte de los hombres, si bien conocidos de los ángeles, por el largo espacio de más de mil y trescientos años. Sus sagrados cuerpos estaban ocultos en una catacumba ó iglesia subterránea, sobre cuyo sepulcro la sucesion de los tiempos habia hecho camino real; hollando los transeuntes con sus pies aquel sagrado terreno que atesoraba un bien tan precioso. Hubo la fortuna de encontrar la puerta de aquella iglesia, y junto al sepulcro de la mártir Sta. Romaniana se halló otro, orlado todo con labores de mosáico, y adornado con flores de la misma labor. Tenia en su inscripcion las letras siguientes, pues aunque faltaban algunas, por no ser sustanciales, no impedian venir en conocimiento de lo que expresaban, pudiendo descifrarse fácilmente.

B. M. ROMANIANVS QV. VIX...
NVS XV. DEPOSITVS KAL AVG...
B. M. VALERIA QVE VIXIT AN...
XII DEPOSITA XVIII. KAL. S...

Dice esta inscripcion: *Beatus Martir Romanianus, qui vixit annis plus minus quindecim, depositus Kalendis Augusti.—Beata Martir Valeria, quæ vixit annis plus minus duodecim, deposita decimo octavo Kalendas Septembris.*

Y en romance: El bienaventurado mártir Romaniano, que vivió quince años, poco más ó ménos, fué depositado en este lugar á primeros de Agosto. La bienaventurada mártir Valeria, que vivió doce años poco más ó ménos, fué depositada en este sitio á 15 de Agosto.

Como estaba tan clara, bien labrada, y tan perfectamente conservada esta inscripcion, mandó el Ilmo. Señor D. Francisco de Esquivel, arzobispo de Caller, que se dejase patente desde por la mañana hasta la tarde, á cuyo tiempo bajó con el obispo Carta, vicario general, y el doctor y canónigo Sisinnio Martis, y otro sinnúmero de sujetos, que sería difuso enumerar, muchos de los cuales se expresan en el auto de aquel dia. En presencia de todos los circunstantes se mandó romper la fábrica mosáica, para poder penetrar y sacar los cuerpos que las dichas inscripciones prometian, y aquel mismo dia por la tarde, se halló el sepulcro fabricado de ladrillos, cubierto con tres losas, conteniendo los cuerpos de los dos santos, cuyas santas reliquias, con mucha piedad y tierna devocion se extrajeron, y la misma noche fueron llevados al palacio arzobispal, y despues fueron decorosamente colocados en el santuario mayor de la catedral iglesia de Caller. En este suntuoso templo con el debido culto se celebraron sus dias triunfales, el de S. Romaniano el 1.° de Agosto y el de Sta. Valeria el 15 del mismo mes. La invencion se celebra el dia 9 del mes de Diciembre. No debe pasarse en silencio la correspondencia que guarda la armazon de los huesos de estos dos santos cuerpos con la edad que manifiesta el cenotafio, pareciendo más que probable conjetura que estos niños fueron hermanos, como casi lo prueban, la correspondencia en las edades, el entierro comun, la inscripcion ó epitafio en una misma pieza, y hallarse juntos dentro de un mismo sepulcro, habiendo muerto en diferentes dias. Y áun no sería sin fundamento el suponer que Sta. Romaniana, cuyo sepulcro estaba inmediato, fué madre de estos dos santos niños, pues á esta opinion conduce el órden del entierro, la correspondencia de las edades y nombres, y ver que padecieron el martirio por Cristo en una misma persecucion.—A. L.

ROMANIANO, natural de Tagaste en Africa, paisano y amigo de San Agustin, es conocido por una carta de S. Paulino, en que le manifiesta la alegría que le causaba la promocion de Agustin, su amigo comun, al episcopado. Le manifiesta, sin embargo, que se apresura á participarle esta noticia, ménos para regocijarse con él que para hacerle observar la misericordia que

tiene Dios de las iglesias de Africa, concediéndoles la gracia de poder oir los oráculos del cielo por boca de tan sabio varon. Añade que para no faltar en nada á los deberes de la caridad fraternal, le envia cinco panes como otros tantos bizcochos de la milicia espiritual, en que se ejercita diariamente segun las reglas de la temperancia y de la sobriedad. Le suplica dé alguna parte á su hijo Licentio, pues, no podemos, dice, excluir de la participacion de estos símbolos sagrados al que deseamos estar unidos por los símbolos de la gracia. Le suplica tambien no tome á mal que escriba una palabra á Licencio, y cita con este motivo un verso de Terencio, de que se arrepiente despues diciendo que es inútil tomar palabras profanas, teniéndolas tan enérgicas en los libros sagrados. Buscar, dice, en los extraños lo que tenemos nosotros mucho mejor, no es señal de una cabeza sana, tal como es gracias á Dios la nuestra, que tiene el honor de reconocer por jefe á nuestro Señor Jesucristo. Este Romaniano era uno de los habitantes más ricos de Tagaste y de los que mayores servicios prestaron á S. Agustin durante su juventud y larga carrera. —S. B.

ROMANIS (Nicolás de). Este Cardenal natural de Roma, en donde floreció en el siglo XIII, ilustró á su patria con su excelente y extraordinaria erudicion y con la integridad de sus costumbres. El papa Inocencio III le hizo su capellan doméstico y secretario, y en el mes de Marzo de 1205 le creó cardenal y obispo de Frascati. Mandado á Inglaterra de legado, adquirió mucha gloria en aquella legacion por las grandes ventajas que de la Santa Sede consiguió para aquella iglesia, las cuales fueron tan meritorias para las cortes de Roma y de Lóndres, que el pontífice Onorio III, á cuya eleccion asistió, le llamó ángel de paz y de salud. A presencia de Romanis, hizo el rey Juan ante el clero y el pueblo, sobre el altar, oblacion solemne de su real diadema y de los reinos de Inglaterra y de Irlanda á la Iglesia romana en el pontificado de Inocencio III, renovando la promesa del tributo que acostumbraba á pagarse á la misma por los dos reinos. El cardenal, como legado, prometió á las catedrales vacantes prelados idóneos, y áun cuando á la protesta que hizo el cardenal Langton, arzobispo de Cantorbery, que al efecto reunió un sínodo de obispos sufragáneos, con cuyo apoyo apeló á la Santa Sede, esta se declaró en favor del legado, y confirmó cuanto habia hecho en su nombre. En el concilio reunido por el cardenal, y celebrado en 1214 en la iglesia de S. Pablo de Lóndres, con todos los obispos, abades y grandes del reino, consoló á Inglaterra, levantándola el entredicho que pesaba sobre esta nacion hacia seis años. Confirióle Onorio III la misma legacion para promover la santa guerra para la conquista de Tierra Santa. Con igual carácter fué mandado á Prusia, en cuyo reino cumplió fielmente la comision que le fué encomendada, solicitando de Federico II partiese para dicha cru-

zada, amenazándole con las más terribles censuras de no hacerlo así. En nombre del Papa avisó al expresado soberano, que ántes de emprender el viaje á Roma para recibir la corona imperial, protestase y declarase que el reino de Sicilia, del que estaba investido por la Iglesia, no estaba de hecho anejo al imperio, y que renovase con los príncipes del imperio el juramento de fidelidad al Papa. Fué muy amigo este Cardenal de Santo Domingo, y contribuyó con él á la reforma de los monasterios de monjas de Roma, reuniéndolas en clausura en el de S. Sixto, con cuarenta y cuatro religiosas de Sta. María de la Torre y con otras veintiuna de los monasterios de Sta. Balbina ó Bibiana, de las que el Santo hizo priora á Blanca. Murió este Cardenal lleno de gloria el año 1219, y Ciaconio ha errado mucho cuando le ha confundido con otros. — C.

ROMANIUS (Fr. Pedro mártir), dominico, natural de Etruria. Floreció en el siglo XVI. Habia manifestado desde su niñez las mejores cualidades para el estudio, y sus padres, que le destinaban á una carrera literaria, procuraron adelantar su educacion en cuanto en sus fuerzas se hallaba. Romanius, sin embargo, que preferia consagrarse al servicio divino, huia constantemente de todo lo que pudiera halagar su imaginacion y sus sentidos, evitando las grandes ceremonias literarias, en que el amor propio herido suele animar á hacer esfuerzos que no se avienen muy bien con la humildad cristiana. Ni su familia ni sus condiscípulos pudieron obtener de él que tomára parte en ningun acto público, aunque fué elegido para ellos por sus maestros, y cuando vieron que todos su esfuerzos eran inútiles, le dejaron seguir sus propias inclinaciones, seguros de que brillaria más en el camino que se habia trazado que en otro á que se le quisiera conducir en contra de su voluntad y deseo. Pedro, en efecto, no tardó en manifestar su decision en tomar el hábito en la órden de Sto Domingo, y aunque á disgusto, accedieron sus padres, dejándole llevar á cabo la vocacion que le habia inspirado la gracia. No le habia engañado la voz interior que le llamaba al claustro. Todas sus cualidades parecian formadas con este objeto, y su humildad, su obediencia, su amor al retiro, á la soledad, la oracion y la penitencia solo eran á propósito para vivir en el fondo de un monasterio. Allí consagrado constantemente al servicio de Dios y del prójimo, empleando sus horas de ocio en tareas literarias, vivia contento y feliz este buen religioso, cuyas desinteresadas miras y principal objeto era labrarse en esta vida un bienestar para la eterna. Trabajaba sin cesar, por lo tanto, en su propia perfeccion, y no olvidaba la del prójimo en sus oraciones, discursos y áun estudios, pues sus obras piadosas todas no iban encaminadas más que á conseguir la mejora de las costumbres, el bienestar de las familias y el cultivo de las virtudes en que aquel depende. Así, cuando al llegar sus últimos momentos pu-

do dirigir una mirada atrás y ver el largo espacio que habia recorrido, contento de sí mismo y de sus obras, pudo ir á descansar tranquilo en el seno del Señor hácia el año 1646, segun piadosamente se cree. Las obras que habia escrito ó publicado son las siguientes: 1.ª *Lucubrationum Exageticarum in Rosarium B. Mariæ; tomi duo, uno volumine contenti, scilicet commentariorum et contemplationum*: Macerata; herederos de Salvioni y Agustin Griseis; 1634, 4.°—2.ª *Carmina in laudem B. Virginis.*—3.ª *De Columba cœlesti.*—4.ª *Historia B. Mariæ super Quercum.*—5.ª *Sermones de Rosario.*—S. B.

ROMANO (S.), mártir. La santa Iglesia de Jesucisto recuerda el dia 24 de Julio á este santo con su compañero S. David. Solo hallamos que ambos santos fueron misioneros, que publicaron las verdades de la fe católica y que padecieron el martirio por defenderla el año 1010, habiendo logrado por su santidad que la Rusia los venere como á sus patronos celestiales y sus piadosos protectores ante el trono de Dios.—C.

ROMANO (S.), ermitaño, estableció su morada cerca de Antioquía en una celda extremadamente pequeña, en que vivió largo tiempo sin usar nunca ni fuego ni luz, no teniendo otro alimento que pan, sal y agua pura. Sus cabellos, su traje y sus cadenas eran semejantes en un todo á las del abad Teodosio. Dirigia á los que iban á verle diferentes exhortaciones sobre la amistad fraternal, la union y la paz en que se debe vivir con todos. Ha sucedido alguna vez, dice su historiador Teodoreto, obispo de Ciro, que su sola mirada ha bastado para hacer amar las cosas sagradas. Pues quién no se llenaria de admiracion, viendo á este santo tan débil por su ancianidad, cargado voluntariamente de tantas cadenas, sin otro vestido que una túnica de piel de cabra, y no tomando más alimento que el necesario para no morirse de hambre? Su historiador refiere gran número de milagros de este ermitaño.—S. B.

ROMANO (S.), presbítero. Fué natural de Cesaréa en Palestina, y ejerció en su iglesia el cargo de exorcista. Penetrado de dolor é inflamado al mismo tiempo en santo zelo al ver á las gentes correr en tropas á adorar al demonio bajo la representacion de los falsos ídolos, para cumplir las órdenes dadas por el impío y cruel emperador Diocleciano, y afligido al mismo tiempo por notar que algunos cristianos flaqueaban, atemorizados por el rigor de las penas promulgadas contra ellos, levantó el grito, reprendiendo tan criminal obediencia en unos y tan repugnante cobardía en otros. Preso y conducido á Antioquía, y habiendo dado cuenta al Emperador del valeroso arrojo de aquel cristiano, que se atreviera á contrariar sus órdenes superiores, le condenó sin más informacion á perecer en la hoguera. Hallábase el santo confesor de Cristo tan alegre de padecer por su creencia, ape-

tecia tanto la hora de terminar su martirio, que estando ya atado al palo del suplicio, requeria á los verdugos, pidiéndoles que encendieran el fuego sin dilacion. Ofendido el Emperador de aquella entereza, no comprendiendo la superior fuerza que le animaba, y juzgando hacia mofa de su elevada dignidad, mandó que le cortasen la lengua, y lo encerráran en un oscuro calabozo, á fin de prolongar cuanto le fuera dable su martirio. Ocurrió en esto la promulgacion del indulto general concedido por el Emperador con motivo de la celebracion de los bienales, esto es, por haberse cumplido el año vigésimo de su reinado; pero en esta gracia no fueron comprendidos Romano ni los demás cristianos que con él se hallaban ya sentenciados á muerte. Así, pues, cuando en virtud del decreto imperial eran puestos en libertad los falsarios, los ladrones y los asesinos, á Romano, conceptuándole sin duda de más mala condicion por profesar el cristianismo, se le reiteró la sentencia de muerte, como complemento de las angustias y penalidades que en la cárcel habia sufrido. En virtud de la mencionada sentencia, fué públicamente decapitado en la plaza de Antioquia el dia 17 de Noviembre del año 303.—M. B.

ROMANO (S). Fué vigésimo obispo de Ruan, y se halla su vida en las de los santos de la Galia de Renato Benedicto. El Martirologio Romano le cita en 23 de Octubre, pero en su diócesis se celebra su fiesta, segun Ferrario, en 18 de Noviembre.—S. B.

ROMANO (S.), diácono, natural de Mosseniga. Floreció en tiempo de Anastasio: fué llamado el *Melodioso* por la suavidad de su canto. Se le venera, segun el Menologio Griego, en 1.° de Octubre.—S. B.

ROMANO (S.), presbitero escocés, floreció hácia el año 603. Se halla citado en el Menologio de Escocia, y en el *Nomenclator de los escritores escoceses, lib. XVI.* Se celebra su fiesta en el país de que fué natural, en 11 de Diciembre y 7 de Febrero.—S. B.

ROMANO (S.), ermitaño. Pocas son las noticias que nos han quedado de este ilustre catalan, á quien únicamente mencionan los autores para sostener largas polémicas sobre la órden á que perteneció, suponiendo unos fué la de S. Agustin, y otros la de S. Gerónimo y los antiguos monjes de Oriente. Mas en este punto creemos que no es posible averiguar la verdad, tanto por la antigüedad de este personaje, cuanto por las escasas noticias que han quedado de las reglas que observaban entónces las órdenes monacales, si es que existian en realidad, lo que es tambien muy dudoso. Puesto que los ermitaños son muy anteriores á las comunidades, y áun las de Oriente no siempre vivian sometidos á un abad, siendo muchas veces monjes que se habian separado da sus casas para retirarse al desierto, y hacer en él una vida mucho más perfecta. Es muy probable que Romano

fué, como su título lo indica, un ermitaño que hizo vida solitaria en las montañas, pues aunque su historia nos dice que llevó á Mérida una imágen de nuestra Señora de Nazareth, que se hizo célebre por sus milagros, no nos refiere de dónde llevó esta santa imágen, siendo lo más probable lo hiciese de la caverna ó ermita en que habitaba, con el objeto de que despues de su muerte, si no encontraba sucesor, no se viese expuesta al descuido é incuria de los tiempos, y tal vez á los agravios ú ofensas de los transeuntes. Podia definirse la cuestion de si Romano fué ó no ermitaño, sabiendo la época de su existencia, pero sobre este punto no hay nada averiguado, pues los autores la hacen remontar á los primeros siglos de la Iglesia, es decir, á los últimos de la dominacion romana en España y primeros del gobierno de los godos. El orígen de las congregaciones monásticas no remonta por otra parte más allá del siglo en que S. Antonio Abad instituyó sus monjes en la Tebaida, en Egipto, en el monte Nitria, sucediéndole S. Pacomio, que estableció los tebanitas en un lugar llamado así, en una de las islas del Nilo, siguiéndole los santos abades Ammon é Hilarion, que extendieron en gran manera su instituto por la Siria y Armenia, de donde fueron procediendo las demás religiones, fundando S. Basilio sus monjes en el Ponto en 363, á los que dió la admirable regla que tanto se extendió despues por toda la Iglesia griega. Hasta aquí, pues, se ve, que nada se habla de la regla de S. Agustin, cuyo establecimiento es muy posterior, aunque algunos autores suponen la fundó el santo en 389, junto á Milan, trasladándolos poco despues á Tagaste, en Africa, y luego á Hipona, donde los estableció el santo en un huerto que le regaló con este objeto el obispo Valerio. Esta Orden fué la que dió á sus monjes el título de ermitaños, que tanto se extendió despues, y ha sido causa de que se mirase como religiosos á muchos que hicieron vida solitaria, sin estar sometidos á regla alguna, lo que duró hasta el siglo XVI, en que la Santa Sede, para evitar los abusos á que daban lugar, les mandó unirse á las comunidades establecidas, lo que hicieron en su mayor parte. Pero Romano se halla muy distante de esta época, para que se pueda juzgar por lo que ha pasado en siglos posteriores, y como los Agustinos le reivindican para su Orden, mencionándole en el catálogo de sus santos, no somos nosotros los que debemos arrebatársele, aunque hayamos citado algunas de las muchas opiniones que se han levantado en contra de su asercion, sin negar sin embargo la santidad de aquel varon ilustre, que hizo una vida asperísima, de contínua penitencia, y consagrado continuamente á la oracion, meditacion y servicio de los caminantes extraviados, que era muy útil en aquellas épocas remotas, en que los caminos estaban enteramente abandonados, pues los godos, temerosos de los romanos, habian cortado las numerosas vias que conducian á las

provincias desde la capital del imperio, y aquellas que eran únicamente militares tampoco prestaban grande utilidad á los transeuntes que pasaban de una á otra ciudad, de uno á otro lugar. Los ermitaños prestaban tambien otros grandes servicios, socorriendo á los enfermos, y contribuyendo á la seguridad de los caminos, con exposicion á veces de sus vidas, pues no siempre eran respetados por los foragidos que habitaban en los bosques y las montañas. Romano vivia en una de las más fragosas de Cataluña, y es muy probable que murió tambien en ella poco despues de haber llevado á Mérida la santa imágen que arriba mencionamos, pues en cuanto á lo que se dice de que fué sepultado en el monasterio de Orienchiensi, consagrado á su nombre, suponemos es una traslacion muy posterior á su muerte, como se infiere de haber sido dedicado el convento á su memoria, lo cual es prueba de que era ya venerado y tenia culto público en la diócesis, cuando se edificó una iglesia con este objeto, adonde sin duda se trasladaron sus restos como reliquias, y siendo habitado por religiosos agustinos, quizá de aquí proviene el haber adoptado la Orden este santo como hijo suyo, siéndolo en cierta manera, pues la pertenece por su gloriosa invencion. Sin embargo, y á pesar de todo, no podemos ménos de mirar todo esto como una tradicion piadosa á que se debe dar el correspondiente culto, segun la costumbre de la Iglesia y porque en ella solo se venera á la religion y la virtud. — S. B.

ROMANO. Cardenal sacerdote del título de Tígrido ó de S. Sixto, al que otros llamaron Rómolo. Floreció en tiempo del papa S. Gelasio I el año 492, y fué nombrado legado de la Santa Sede á los obispos de la Marca para extinguir los errores que extendian en el Piceno los pelagianos con relacion á la gracia divina. — C.

ROMANO. Cardenal de la santa Iglesia católica, sacerdote del título de S. Juan y S Pablo, que se halla autorizando con su firma el concilio celebrado en Roma el año 853. — C.

ROMANO. Cardenal arcipreste con el título de Sta. Potenciana, que intervino en el concilio que el papa S. Leon IV celebró el año 853. — C.

ROMANO. Cardenal diácono que suscribió el privilegio de Benedicto IX, concedido al cabildo de Florencia. — C.

ROMANO. Cardenal del órden sacerdotal y del título de S. Clemente, que florecia por los años de 1061, bajo el pontificado de Alejandro II. — C.

ROMANO. Cardenal diácono de Sta. María in Pórtico, creado por el papa Pascual II en 1099, el cual siguió despues el partido de Inocencio II contra el antipapa Anacleto II, y con él fué á Siena y despues á Pisa. Fué arcediano de la santa Iglesia. Intervino en las elecciones de los papas Calixto II, Onorio II é Inocencio II. Despues de treinta y cinco años de un cardenalato glorioso, murió el año 1134. — C.

ROMANO. Cardenal sacerdote del título de Sta. Prisca, floreció desde 1099 en tiempo del pontífice Pascual II; fué al concilio Lateranense en 1112 contra las investiduras eclesiásticas, y suscribió la bula del expresado Papa para el obispo de Marsi en 25 de Febrero de 1115. —C.

ROMANO. Cardenal subdiácono de la santa romana Iglesia, que suscribió en 1123 la bula de Calisto II en favor del monasterio de S. Remigio de Provenza. —C.

ROMANO. Cardenal diácono de Sta. Lucía en Septisolio ó Selci, en Marzo de 1159. Adriano IV le agregó al Sacro Colegio, en donde fué esforzado sostenedor de su sucesor Alejandro III, cuya eleccion participó con sus colegas al emperador Federico I. —C.

ROMANO. Cardenal llamado Roberto. Clemente III le creó cardenal diácono de S. Teodoro, y despues fué elevado al órden de sacerdotes con el título de Sta. Anastasia. Despues de haber firmado muchas bulas de este pontífice y de Celestino III, en cuya eleccion tuvo parte, murió el año 1193. —C.

ROMANO (Buenaventura). Cardenal de la santa Iglesia. Véase Buenaventura. —C.

ROMANO Falisco, Papa. A los fines del siglo IX de la Iglesia y despues de Esteban VI, segun unos, y VII, segun otros, ocupó el sólio pontificio Romano Falisco, natural de lo que hoy se llama Monte Fiascone, y sobrino del papa Constantino Marino. Las noticias que acerca de él se tienen son escasísimas, y como su pontificado fué tan breve que apénas pasó de cuatro meses, tampoco en él pudo señalarse, porque claro es, poquísimo podia hacer quien por tan breve tiempo ocupó su puesto. No hubiera dejado de procurar el bien de la Iglesia si hubiera estado más tiempo en su trono pontificio; pero como los secretos de Dios son inescrutables, solo su adorable grandeza es capaz de saber el fundamento ó motivo de porqué desapareció tan pronto teniendo tan rectas intenciones; por lo cual, respetando nosotros á nuestra vez los divinos designios, dejemos estos secretos sin procurar averiguarlos, y contentémonos con consignar que falleciendo en 18 de Setiembre del año 897, fué sepultado con grande ostentacion en la basílica de San Pedro; y consignaremos tambien, que así como al ascender él al sólio pontificio este habia vacado solos tres dias, en la muerte de este no vacó sino uno, pues al siguiente fué nombrado Teodoro II. —G. R.

ROMANO de San Angelo, religioso agustino de la congregacion de Descalzos de Italia, donde floreció á últimos del siglo XVI. Hallábase dotado de esa sencillez de alma y de esas cándidas virtudes que son la verdadera felicidad en esta vida. Su excesiva humildad no le permitió adoptar otra profesion que la de lego, viviendo de consiguiente entregado á los más rudos y

groseros trabajos. Pero los sobrellevaba con tal alegría, con tanto gusto, que era la admiracion de todos sus hermanos y de los demás religiosos. Las horas que le dejaban libres sus penosas faenas las consagraba á la oracion y meditacion, precioso bálsamo de salud que sana y fortalece los corazones llagados, y que da dobles fuerzas y vigor á los que habiendo vivido en santa sencillez desean tomar nuevo aliento para salvar con facilidad las dificultades de la vida. Nada más notable, nada más digno de atencion que sus continuas penitencias; entregábase á ellas constantemente, y nunca le parecian suficientes aplicándolas por sus pecados, de los que no se creia exento á pesar de la pureza de su vida. Vivió siempre en el convento de San Nicolás de Tolentino en Roma, y á pesar de encontrarse en una grande ciudad, rodeado de todas las miserias y grandezas de la vida, ni cayó en unas, ni llegó á envidiar las otras, ántes bien sabia aprovecharlas en beneficio de sus desgraciados prójimos, pues era tan caritativo y limosnero que sabia repartir lo que adquiria de los grandes para los pequeños, haciendo á estos que los encomendasen en sus oraciones, cuando se veian aquellos en las necesidades y apuros que son consiguientes en la vida áun de las personas más elevadas. Era de consiguiente amado y venerado de todos, que le miraban con el respeto que por su piedad y grandes cualidades se merecia. Conoció diferentes pontificados y pontífices, y fué espectador de grandes y extraordinarios acontecimientos. En su época se hizo la eleccion de Clemente IV, aquel papa satirizado desde el dia de su instalacion, porque lleno de un necio júbilo en medio de las aclamaciones del pueblo, sonreia sin cesar, no manifestando más dignidad en las audiencias en que le reconocieron los embajadores. Comprendió los sucesos que no tardarian en seguirse, pues partidario decidido de España, lo mismo que toda su familia, se declaró Clemente en favor de la liga contra el rey Enrique IV, y empleó contra la Francia las armas espirituales y temporales de la Santa Sede. Prometió dinero y tropas á los coligados, y envió un nuncio encargado de un monitorio contra el partido del Rey. Entónces los obispos de Francia, reunidos en Chartres, hicieron en 21 de Setiembre de 1591 una constitucion, en que declararon nulas las bulas del Papa, dadas á solicitud de los enemigos de Francia, é incapaces de unir á los obispos católicos con el Rey. El ejército que habia levantado para devastar la Francia á expensas del tesoro que dejó Sixto V para defender la Italia, tuvo la misma suerte que las bulas, pues fué batido y dispersado. Admiró, sin embargo, las grandes cualidades de este Pontífice y todavía más las de sus sucesores Inocencio IX y Clemente VII, que cuando oyó que era proclamado, se postró en tierra para pedir al Señor que le quitase la vida si su eleccion no habia de ser ventajosa á la Iglesia. Su divisa consistia en estas palabras: *Compadeceos de nosotros ¡oh*

Dios, nuestro protector! Al principio de su pontificado siguió el partido de los coligados contra los disturbios de Francia, pero mudó despues de opinion con respecto á Enrique IV, y acudió á darle su bendicion en 1595. La ceremonia de este acto se verificó en Roma, con grande aparato, en 17 de Setiembre, en la plaza de S. Pedro, delante de la iglesia cuyas puertas estaban cerradas, las que no se abrieron hasta que los señores Ossat y de Perron hubieron abjurado en nombre del Rey y recibido la absolucion por este. Despues de haberla pronunciado el Papa, golpeó con una varilla, conforme al pontifical, á los dos representantes. Imitacion de la costumbre de los romanos al manumitir los esclavos, queriendo la Iglesia manifestar de este modo que da la libertad cristiana á los que estan atados con las cadenas de las censuras. Pero en la bula de absolucion, que publicó el Papa algunos dias despues, costó mucho trabajo á los enviados el impedir que usase de esta fórmula: *La rehabilitacion en la dignidad Real.* En este mismo año recibió el Pontífice á tres obispos rusos, que prestaron obediencia á la Iglesia romana en nombre de todo el clero de su nacion; pero al regresar á su pais encontraron los ánimos más obstinados que nunca en el cisma. En 1595, despues de la muerte de Alfonso II, duque de Ferrara, que falleció sin hijos en 27 de Octubre del mismo año, hizo uso Clemente de las armas espirituales y de las materiales para apoderarse de este ducado en perjuicio de César de Este, que pasaba por heredero de Alfonso; lo consiguió é hizo su entrada solemne en Ferrara en 8 de Mayo de 1598. Desde 1595 habia mandado se tratase de la cuestion suscitada entre los dominicos y jesuitas sobre la materia de la gracia, lo que produjo las célebres congregaciones *De auxiliis*, que se celebraron durante este pontificado en presencia de los cardenales y de los teólogos más distinguidos de todas las órdenes, las que empezaron en 2 de Enero de 1598. En 1061 concedió Clemente un cuarto exámen á los jesuitas, el que tuvo lugar en treinta y siete asambleas, desde 25 de Enero á 31 de Julio. Habiéndose quejado aún los jesuitas al Papa de la decision de los consultantes, abrieron un nuevo exámen que presidió él mismo, y se tuvo en sesenta y ocho congregaciones desde 20 de Marzo de 1602 hasta 22 de Enero de 1605; pero la muerte de Clemente impidió la resolucion de este asunto. En 1604 habia aprobado la reforma de la órden de San Benito de Lorena, bajo el título de S. Vanne é Hydulfo. Este pontífice fué el que instituyó las Cuarenta Horas en Roma. Reunia Clemente todas las cualidades necesarias para formar la mezcla admirable del poder espiritual y temporal, que se halla en la mano del Sumo Pontífice. Sabia hermanar perfectamente estos dos poderes, y apoyaba las prerogativas del primero sobre el segundo, lo que le atrajo la veneracion de todos los corazones y áun de la cristiandad entera. El fué quien quiso coronar al Taso, llamándole al Capi-

tolio, en prueba de lo mucho que apreciaba la poesía. Le habia enviado á buscar con este motivo, y salieron á recibirle dos cardenales sobrinos suyos, con una multitud de prelados, los que debian conducirle á Roma. Habíase fijado el dia de la coronacion para el 15 de Abril de 1595, pero el Taso cayó enfermo y murió el dia ántes de esta ceremonia. Conoció tambien Romano á Leon XI, á quien Clemente habia vaticinado su elevacion, diciéndole: *Monsignor Alessandro, sarete nostro sucessore;* mas este pontífice solo gobernó algunos dias, y Romano alcanzó pocos dias del reinado de Paulo II, que comenzó restableciendo las congregaciones *De auxiliis*, de las que se celebraron diez y seis desde el 14 de Setiembre de 1605 hasta 1.° de Marzo de 1606, presidiéndolas todas el Papa, quien en 17 de Abril de 1606 publicó una bula monitorial, dirigida á la república de Venecia, que ocasionó grandes cuestiones. Extraño á todas nuestro pobre lego, vió sin embargo pasar á su vista tan grandes sucesos, ora ventajosos, ya adversos para la Iglesia, congratulándose con los unos, admirando al Señor con los otros, cuya Providencia guiaba por tan ocultos caminos á los hombres para mayor gloria suya. Parece que profetizó algunos de ellos, pero reverente siempre y sumiso, no salió nunca de los estrechos límites que su profesion le imponia, obedeciendo en todo á sus superiores y alabando á Dios de quien todo procede. Murió con grande edificacion de los presentes y notable opinion de santidad en 22 de Setiembre de 1611, siendo enterrado en el convento donde habia vivido. — S. B.

ROMANO DE SAN BRIOCO (P.), capuchino francés del siglo XVII, natural probablemente de la aldea que indica su apellido, pues segun costumbre establecida en esta religion, todos los que tomaban en ella el hábito, cambiaban el sobrenombre porque era conocida su familia, bien por el nombre de su patria ó por el de la ciudad en que se hallaba situado el convento donde ingresaban, y á que miraban como su patria adoptiva. Educado en los santos principios de la piedad, Romano dió muestras desde su primera juventud de hallarse llamado á la vida religiosa, siendo muy amante del retiro, del silencio y la contemplacion, cualidades muy á propósito para los destinos á que le llamaba la Providencia. En efecto, apénas habia llegado á la edad juvenil, tomó el hábito en uno de los conventos de París, manifestando ser desde entónces en su modestia, humildad y obediencia un modelo de buenos religiosos. Su amor á la observancia regular en nada era inferior á estas sus demás virtudes, y así apénas profesó, mereció toda clase de distinciones de parte de sus prelados. Dedicado á los estudios por la buena aptitud que para ellos manifestaba, hizo rápidos progresos y siguió su carrera con grande aprovechamiento. Mas no era la ciencia el campo en que el Señor le llamaba á brillar. Ejemplo de buenas costumbres y de áspera y pe-

nitente vida, eran otros los senderos por que le encaminaba la Providencia. En efecto, poblada Francia á la sazon por gran número de herejes que turbaban la paz de la Iglesia y de aquel reino, causando otros males no ménos grandes ni temibles, Romano fué destinado á combatirlos, y nombrado por lo tanto predicador de la provincia de París, una de en las que más abundaban las falsas doctrinas. Contaba con las mejores disposiciones para este cargo; vasta y profunda erudicion, ingenio agudo y penetrante, carácter dulce y amable, fe entusiasta y enérgica, y sobre todo una regularidad de vida á la que nada tenian que oponer los adversarios que iba á combatir. Comenzó así sus predicaciones con grande fruto y acierto, obteniendo gran número de conversiones, no sobre los herejes, sino tambien de los cristianos extraviados por sus máximas, ó por otra de las muchas causas inherentes á la naturaleza del hombre. No contento con esto, sostuvo grandes y reñidas polémicas con los ministros de las falsas religiones, á quienes venció repetidas veces, despreciando todo género de peligros y áun las amenazas que le hacian, viéndose derrotados por un talento tan superior, y cuando por último, su mucha edad y los grandes trabajos que habian debilitado su existencia no le permitieron continuar en sus antiguas tareas, tomó la pluma para combatirlos, y escribió una obra que se conoce todavía y lleva el título de *Defensionem Kalendarii Romani Gregoriani adversus hæreticos et schismaticos*; Paris, Dionisio Thierry, 1647, en 4.° — S. B.

ROMANO Ursino (Bto.). Fué oriundo de una de las más distinguidas familias de su época, como que el Santo Padre Nicolao III fué tio suyo en un grado muy próximo, y el beato Mateo Ursino hermano carnal suyo. Desde luego mostró mucha inclinacion á las cosas de la iglesia y el más vehemente deseo de servir á Dios en todo y por todo, así que apénas tuvo la edad suficiente para que le permitieran ayudar en las iglesias á los sacerdotes y demás ministros inferiores, que se dedicó á este importante servicio con todas las veras de su alma. Así fué tomando aficion á las cosas del culto, y al mismo tiempo penetrándose hasta cierto punto de los secretos de las prácticas religiosas, pues veia el resultado que daban á aquellos que á ellas se dedicaban con el afanoso anhelo que es consiguiente para secundar los siempre caritativos designios de Dios, que procurando en todo la felicidad de los hombres, encamina á esta áun las acciones, que segun la apreciacion de los mismos, parecen más indiferentes. La consecuencia natural de esta comunicacion íntima de nuestro buen Romano con los ministros del Señor, fué como no podia ménos, un vivo deseo de procurarse él tan importante ocupacion, y esto, como era consiguiente, siempre bajo la mira de buscar en ella el mejor servicio de su Dios, y además el mejor servicio de su alma. En ambos conceptos creyó que se conseguirian sus deseos, si daba su nombre á

la respetable y siempre acreditada familia de los hijos del gran Domingo, que en su órden de Predicadores cimentó una de las glorias más grandes de la Iglesia de Jesucristo, y una de esas sociedades, que valiendo siempre mucho para alentar á los fieles á la observancia de las leyes, en que el Señor, imponiéndoles el debido vasallaje les obliga á procurar su dicha, y al propio tiempo hasta á fomentar sus intereses, pues sobre ellos gira tambien la inefable providencia del Señor. Pero dejemos á nuestro jóven, que pretendiendo con el mayor entusiasmo el hábito de Sto. Domingo, lo reciba con tan vivo deseo de perfeccionarse como plena satisfaccion en los que se le daban, porque preveian que habia de ser hombre de gran provecho. No le perturbemos tampoco en sus estudios, á los cuales, como era consiguiente, le dedicaron porque preveian que su gran talento y no menor aplicacion habrian de dar excelentes resultados, y contentémonos con examinar estos, para deducir el gran mérito é importancia de este verdadero sabio. Efectivamente, sin otras muchas cosas que podriamos referir, y que dicen mucho en favor suyo, tal como el que para todas las conclusiones y actos públicos, científicos y literarios, no solo se contára con él, sino que muchas veces se le nombraba para que dirigiera estos mismos certámenes, estas mismas academias y actos públicos; prescindiendo de que su cátedra estuvo llena de oyentes desde el dia en que por primera vez ocupó la silla presidencial, y no contando en nada el que los mismos que habian ya estudiado con él volvian á oirle de nuevo, como si fuesen estudiantes, y se complacian mucho, porque conocian bien hasta dónde llegaba su gran ciencia, diremos solo que Sto. Tomás de Aquino estrechó con él la más íntima amistad, lo cual dice muchísimo más de lo que nosotros pudiéramos reflexionar. El fundamento de tan estrecha union fué que nuestro Romano fué discípulo del angélico doctor, y éste encontró en él siempre quien comprendia perfectamente bien, no solo sus explicaciones, sino hasta sus pensamientos, y quien podia á la verdad comunicar su doctrina, porque con facilidad suma la hacia suya. Nuestro Ursino estimó como debia la tan singular deferencia del angélico doctor, y por consiguiente se aprovechó, no solo de su doctrina, sino de sus ejemplos; por lo cual, discípulo como lo era de un santo, y de un santo no como quiera, sino muy esclarecido, tenia él que aspirar á la santidad, para no desmerecer de las singulares deferencias que el santo le dispensaba. Aunque en todas las virtudes procuró brillar á imitacion del doctor angélico, su esmero todo lo puso en la humildad, fundamento de todas, y en la obediencia, que es como la hija predilecta de la virtud más agradable á Dios. Llegó por consecuencia de la íntima conviccion de su miseria y pequeñez hasta el extremo de despreciarse totalmente á sí mismo y de sujetarse á los superiores de tal manera, que hasta para satisfacer las necesidades de la vida contaba

siempre con su opinion, y ni un ápice se separaba de ella, tal era el deseo que tenia de procurar en todo la mayor gloria de Dios y su eterna salud. La gran fama, tanto de su aplicacion como de su capacidad, llegó como era consiguiente, á la capital del orbe católico, y en el vivo deseo que los romanos pontífices han tenido siempre de aprovechar para que desempeñen las más difíciles misiones, tanto de gobierno como de dogma y disciplina, los hombres de más valor, claro es que el papa Nicolao III pensaria muy mucho en su pariente, ya para demostrarle encumbrándolo cuanto era conveniente el justo aprecio con que le miraba, ya tambien para hacerle utilizar las excelentes dotes de que estaba adornado; mas igualmente débiles fueron en el concepto del jóven una y otras razones, aferrado en que su instituto pobre y mendicante era opuesto á las dignidades y más aún al fausto, pompa y ostentacion, que por precision llevan consigo; nunca quiso aceptar ni la más leve distincion ni áun aquellas comisiones, que por lo muy honrosas decian mucho en favor del sujeto á quien se confiáran. Nunca estuvo más satisfecho que en las pocas ocasiones que se le dejó en el olvido, por no haber parte donde mandarle á ejercer su santo ministerio; y en esto como en todas las cosas puestas á su cuidado, su exactitud era tal, tanto su acierto, tan invicta su paciencia y tan acreditada y autorizada su voz, por lo que su conducta exigia de esta autorizacion, que todos eran como arrastrados de la irresistible fuerza de sus palabras; consecuencia legítima de la íntima conviccion que en él obraba la gran virtud de que el Señor le dotára. En el ejercicio santo de la oracion era una especialidad; por supuesto que ni las graves y continuas ocupaciones que le imponia su ministerio, ni los cargos que le confiaba su Orden, eran un obstáculo para que él se diese á tan excelente práctica; al contrario, cuanto más tenia que hacer, cuanto ménos dispuesto le parecia encontrar al auditorio para que la palabra de Dios, emitida por su medio, diera su resultado, tanto mayor era su esfuerzo para obligar á Dios por el trato íntimo que con él tenia en la santa oracion, á que le hiciese conocer su voluntad, que una vez conocida prontamente se lleva á ejecucion, y se logra por consiguiente la correspondencia á la gracia que debe ser el blanco de todas las aspiraciones de los hombres todos. Tenia tambien, como era consiguiente, espíritu de penitencia, segun el cual llevando con toda resignacion y paciencia los sufrimientos que el Señor le permitia, de todos y de cada uno lograba nuevos méritos, con los cuales se hacia acreedor á las eternales recompensas con que el Señor premia á sus escogidos; pero para llegar á las cuales les acrisola haciéndoles pasar por todas las situaciones en que destellándose su misericordia, se demuestra hasta el extremo su inextinguible caridad, por más que la criatura tenga que elevarse hasta Dios para comprenderlo así. Justo es que sin divagar en pormenores que

nos darian mejor idea de la virtud y excelencia de Romano Ursino, pues que ya la hemos formado bastante exacta, digamos algo de sus últimos dias, para decir tambien, aunque muy poco, de lo que despues de su muerte aconteció. Acompañado, como llevamos dicho, del angélico doctor y en su mismo convento, vió Romano acercarse la hora de su muerte, é indicó á su confidente que aquella estaba muy próxima. Suplicó con instancias á sus superiores le permitiesen recibir los santos Sacramentos; los recibió en efecto con extraordinaria edificacion de cuantos presenciaron tan imponente acto y el dia 9 del mes de Noviembre del año de Jesucristo 1263, pasó de esta á mejor vida dejando á todos tan edificados de los últimos momentos de su existencia como del resto de su preciosa vida, toda empleada y consagrada especialisimamente al servicio y amor de Dios. Como era consiguiente, faltando el dique de su profunda humildad, que ya no era posible en él, porque muerto era incapaz de virtudes, todos comenzaron á decir lo que sabia cada cual acerca de él, obrando Dios nuestro Señor por su medio muchos milagros; comenzándose desde luego su comprobacion canónica, que con la de muchas revelaciones que Dios le hiciera durante su vida y él mismo por permision del Señor despues de su muerte, dieron por resultado, como no podia ménos de ser, el que la Iglesia, luego que se hubo satisfecho con el interés, que tan bien ella sabe, de la exactitud de todo, le declarára beato y toda la Orden dominicana aceptase esta declaracion como muy honrosa para ella, complaciéndose mucho en que el Santo Padre la hiciera. Pareció conveniente que su recuerdo se hiciera el mismo dia aniversario de su muerte al mundo, y por esto rezan los Dominicos de él el dia 9 de Noviembre cada año. — G. R.

ROMANO (Fr. Anibaldo), religioso dominico tan distinguido por su nobleza como por su virtud. Creóle cardenal Urbano IV, y era tan amigo y partidario de Sto. Tomás de Aquino, que le dedicó unos libros que habia escrito como *comentarios al de las Sentencias*. Fué maestro del Sacro Palacio, y honró á la Orden con su mucha ciencia y santidad de vida. Tuvo grande facilidad en explicar las cosas más oscuras con brevedad, exactitud y claridad. Fué muy humilde en su modo de vivir y trato; era hombre de grande caridad, y muy dado á socorrer á los pobres. Amable con todos, muy penitente y austero, y añade la Crónica: «No era amigo de médicos. En cierta enfermedad, diciéndole que no tenia sino un remedio contrario á su castidad, respondió: Más quiero conservar la castidad, cuando haya de ser eso perdiendo la vida, que perder la virginidad, y perdiéndola, perder la fama, y á vueltas de eso ir á al infierno; más quiero morir que perder la reputacion y opinion que es razon que tenga quien viste este santo hábito.» Clemente IV le envió por legado suyo á Cárlos de Anjou en compañía de otras

personas de la primera distincion que envió á Sicilia, y despachó su comision satisfactoriamente con grande ventaja de la Iglesia romana. Murió en Civitavechia en 1282, con la mejor opinion por sus servicios y virtudes.—S. B.

ROMANO (Fr. Antonio de Santo). Fué natural de Palencia, oriundo de una casa muy noble, si bien por su nobleza misma, y por no haber querido nunca ni por nada faltar á los deberes de la mas estricta rectitud, no era, como hubiera podido serlo, tan rica como si no hubiesen sus fundadores tenido tan justo reparo en la manera de adquirir. Dedicaron al jóven á los estudios desde que tuvo edad para ello, y siempre se vió en él una excelente inclinacion y una marcada preferencia al estado eclesiástico sobre todas las otras carreras á que hubiese podido dedicarse, y en las cuales hubiera logrado puestos importantes, pues ni le faltaba disposicion natural, ni mucho menos aplicacion y constancia en adquirir aquellos conocimientos que pudieran llevarle, no solo al esclarecimiento de la verdad, sino á la posesion de las noticias necesarias al desempeño de su cargo, cualquiera que este fuese, pues esa gran dote si la tuvo de darse siempre con el mayor ahinco al cumplimiento de su deber, porque decia que esta era su primer obligacion de conciencia; y vemos cuán exacta era su opinion, pues el exacto cumplimiento de nuestros deberes respectivos puede llevarnos y nos lleva no solo á la virtud, sino á la perfeccion de la virtud. Estudió, pues, humanidades, filosofía y sagrada teología, todo con notable aprovechamiento, y siendo él casi siempre el designado para sustentar los actos mayores en la siempre célebre universidad de Palencia, y en la muy conocida y loada de Valladolid, logrando siempre el ser preferido á todos, no por otra cosa sino porque á su aprovechamiento y ciencia unia una modestia tal, que en medio de los más justos aplausos, y cuando con razon se celebraban sus buenas condiciones y demás, él léjos de alegrarse por este triunfo, que en el órden literario halaga mucho más que en cualquier otro órden, no diremos que se entristecia, porque esto no sería exacto, pero permanecia impasible, y no se le importaba nada de esa alabanza tan justamente adquirida. Concluyó, pues, su carrera, y nada difícil, ántes al contrario facilísimo hubiese sido el que se hubiera podido lograr para él una cátedra en la universidad, si por este camino se inclinaba, ó un destino cualquiera eclesiástico si queria seguir aquella senda; pero él renunció con igual generosidad lo uno y lo otro, diciendo que no podia en conciencia sofocar las inclinaciones con que Dios le auxiliaba, por lo que no podia ménos de seguir su vocacion, que era á la vida monástica. Un poco de repugnancia causó á sus padres esta resolucion de Antonio, y acaso pensáran por algun tiempo en oponerse á ella; pero desistieron de su propósito cuando supieron, en primer lugar, lo resuel-

to que estaba el jóven á seguir su vocacion, si no le era posible en España en país extranjero, por remoto que fuese; y en segundo, que los monjes benedictinos de Carrion estaban muy dispuestos en favor suyo, porque comprendian que el que este jóven fuese monje era la voluntad del Señor. Por esto no hicieron abierta oposicion al ingreso de su hijo en el monasterio, y él hizo su entrada y noviciado con grandísimo contento de todos, por lo cual él tambien estuvo, si cabe, más satisfecho, pues su carácter pacífico y bondadoso sentia mucho cualquier disgusto que ocurria, y mucho más si era por su motivo. Los monjes, que le habian tratado superficialmente, y habian juzgado que seria como la generalidad de los hombres, se llevaron agradable sorpresa cuando en el noviciado vieron que no era este para él enseñanza de virtudes que ya no trajese, sino práctica de las que son necesarias, es verdad, en todos los estados, pero muchísimo más en el estado religioso; así es que segun se iba acercando el momento en que los religiosos habian de manifestar por su votacion los sentimientos que les animaban acerca del pretendiente, crecian los deseos de todos de hacer ver que le eran sus votos tan favorables como era posible, así es que sucedió con la aprobacion de Antonio una de esas cosas que ocurrian raras veces en la órden de S. Benito, que fué aprobado por unanimidad, es decir, que no habia entre los monjes uno siquiera á quien no pareciese bien que nuestro jóven tomase la cogulla. Claro es que un éxito tan favorable en negocio para él de tanta importancia, habia de serle de muchísima satisfaccion, así es que al dar las gracias á los religiosos, tanto en comunidad como particularmente en sus celdas, pues de ambas maneras se acostumbraba en aquella santa casa, estaba Antonio tan conmovido, manifestaba con tanta verdad sus sentimientos, que no podia menos esta misma manifestacion suya de hacer á todos más y más afectos hácia él, si por acaso habia todavía algun motivo por el cual no le fuesen tan íntima y cordialmente apreciables como era debido. Profesó pues, y en tan solemne ocasion se creyeron sus padres obligados á demostrar lo elevado de su alcurnia por medio de una esplendidez conveniente á ella, así que vino á ser esta una de las más suntuosas ceremonias en su clase, lo cual unido á las simpatías que desde luego manifestaron todos hácia el jóven, fué motivo de que fuese concurridísima esta fiesta, que sin exageracion fué de las más solemnes que presenció el monasterio de S. Zoilo. Despues de claustros adentro, por decirlo así, nuestro jóven se preparó para recibir los órdenes sagrados, que en la santa Órden de S. Benito se cônferian luego que los profesos tenian edad, y como nuestro Fr. Antonio esperó algun tiempo más para hacer estudios y convencer á su familia; de aquí el que al momento en que profesó, pudiera ser ascendido al sagrado presbiterado. Aun cuando nada dicen ni las crónicas ni

los demás monumentos de la Orden acerca de este esclarecido personaje, es lo probable que en vista de su capacidad lo consagrasen al ejercicio del confesonario, tanto en la casa cuanto por los pueblos, pues tenian los Padres Benedictinos, no sé si por constitucion ó por costumbre, el auxiliar á los párrocos en esta parte penosa de su ministerio, y tanto mas importante cuanto que los fieles, por esas cosas que son efecto de ignorancia y tal vez de miseria, no quieren á las veces por motivos muy frívolos confesar con sus propios párrocos, y lo hacen á gusto con otros, para lo cual tenian buen cuidado los monjes de enviar sus parejas á los pueblos de tiempo en tiempo, todo esto sin perjuicio de las misiones, en que tambien lograban grandes frutos espirituales y que muchas veces hizo con muy buen éxito nuestro P. Antonio de Santo Romano. Era hombre muy metido en sí, sin tener nada ni de desatento ni mucho ménos de descortés; por lo cual el coro y la celda, y alguno que otro paseo por el campo eran sus ocupaciones, fuera de las que le imponia la obediencia como llevamos dicho. En varias ocasiones se le propuso para que desempeñára cargos en su convento; mas cuando llegaban las elecciones, no se sabe de qué modo se las gobernaba que nunca obtuvo ninguno; así es que el rincon de su celda, y nada más, era lo que ordinariamente le ocupaba. Sin embargo, tampoco por eso hemos de decir que no era útil á su religion y al mundo literario; porque hombre como lo era de suma erudicion y de gran ciencia, no podia ménos de hacer algo en beneficio de los demás. Dos son las obras que le debemos, á cual más importantes, y ambas recibidas con grande aceptacion desde la época de su publicacion hasta nuestros dias; pues aunque antiguas son hoy todavía consultadas, porque tienen la importancia de los hechos, que no envejecen ni varian, porque los sucesos nunca pueden ser mas que lo que fueron. Titúlase la primera: *Historia general de la India Oriental, los descubrimientos y conquistas que han hecho las armas de Portugal en el Brasil y en otras partes de la Asia y Africa desde su principio hasta el año de MDLVIII.* Esta obra la imprimió Diego Perez en 1603, y de su título se deduce naturalmente su importancia. La otra es *Jornada y muerte del Rey de Portugal D. Sebastian,* sacada de los comentarios de Geronimo Francisco, impresa tambien en el mismo año, y de no ménos importancia, porque fué debatida la razon de la célebre jornada en que murió D. Sebastian. Estas son todas las noticias que hemos podido adquirir del muy reverendo Padre Fray Antonio de Santo Romano, de la órden de San Benito. Es muy sensible que no haya medio de lograr más pormenores acerca de este y otros muchos hombres esclarecidos, que han ilustrado al mundo con su doctrina y virtudes.—G. R.

ROMANO (Fr. Antonio de Santo). Fué granadino é hijo de padres mu-

cho más distinguidos por su piedad aún que por sus circunstancias personales, y eso que estas, tanto en ellos como en su ilustre prosapia, eran altamente recomendables. Desde su infancia comenzó el niño Antonio á dar muestras de una vocacion decidida al estado eclesiástico, pues los juegos y puerilidades que otros suelen referir á los pasatiempos del mundo; él los referia siempre á las cosas de la iglesia, anhelando en cuanto tuvo edad para ello, el prestarse al servicio del altar siquiera fuese en el ejercicio del acolitado. Hizo, como era consiguiente, los estudios elementales bajo la direccion de los más hábiles maestros de su época, habiéndose logrado de él mucho aprovechamiento en la lengua latina, porque él mismo confesaba la grande utilidad que de su estudio habia de resultarle. Luego que tuvo edad para decidir el estado que habia de abrazar, ó más bien la religion de las aprobadas en la cual hubiera de procurar la gloria del Señor en el aprovechamiento de su espíritu, optó por los ermitaños de S. Agustin, familia religiosa observantísima, y que habia dado y daba, como da hoy, constantes ejemplos de las virtudes más sublimes, base y fundamento de la perfeccion cristiana, á cuya consecucion encaminan todos sus esfuerzos. Por supuesto que fué indecible el contento que tuvieron los padres con tal adquisicion, pues contando, como contaba por la misericordia del Señor, con tan buen talento, no era menor su virtud, y por consiguiente se podia fundar la esperanza de que seria todo un religioso, muy útil para la comunidad, muy convenientes sus amonestaciones, y el ejercicio en que se ocuparia de su santo ministerio para el bien de los fieles, y sobre todo muy aceptos á los ojos del Señor los trabajos apostólicos con que procuraria el bien de sus hermanos. Hizo su noviciado sin que fuera necesario hacerle la más pequeña advertencia, y ántes por el contrario, siendo preciso que sus superiores le viniesen á la mano para moderar los rigores con que hubiera logrado destruirse sin gran provecho de su comunidad ni de los fieles; emitió su solemne profesion con indecible júbilo, del cual participaban no solo sus hermanos, que en el tiempo de su probacion habian tenido ocasion de conocerle y comprender perfectamente bien cuán verdadera era su vocacion, y qué á propósito él para seguirla, sino de cuantos le vieron, pues todos comprendieron, como no se podia ménos, el indecible contento de que él estaba lleno, y por consiguiente participaban de él. Desde el momento mismo en que recibió las órdenes sagradas, que fué á muy poco de profesar, fiados sus superiores en su ciencia y prudencia, que tenian experimentadísima, le destinaron al tan difícil como importante cargo de la predicacion, y en su ejercicio logró no solo muy abundantes frutos en los individuos que á él se acercaban, sino la reforma de algunas familias, pero reforma no como quiera, sino radical, completa, entera y durable. Mucho llamaba

la atencion á sus superiores el que un hombre que no aparentaba cosa alguna ni en el órden literario ni áun en el órden moral, sino que hubiera podido pasar por un hombre vulgar, buen religioso si, pero nada más, hiciese lo que hacia tan espontánea como fácilmente; pero se convencian de que el Señor le habia puesto en el mundo para esto, y por consiguiente á esto tenia que servir y en esto ejercitarse para gloria de Dios, bien de las almas, y satisfaccion suya propia. Comprendieron, no sin razon, que quien tan á propósito era para el gobierno de las conciencias, lo seria tambien para el gobierno de la comunidad, y muchas veces pensaron en ponerle al frente de los destinos que para su buen régimen son necesarios; mas reparaban en que al pueblo se le privaba del gran recurso que en él tenia en todas las necesidades de sus habitantes, porque claro está que constituido el P. Antonio en un cargo, cualquiera que este fuese, no podia con tanta asiduidad entregarse á los ministerios de caridad en que lograba tan abundantes frutos. Así es que por mucho tiempo le dejaron sin más que su púlpito y su confesonario, haciendo grandes cosas, prestando grandes servicios, aunque sin ruido y sin que nadie apénas se lo apercibiera. Hubo sin embargo un momento en que no se pudo prescindir de separarle de entre sus queridos los fieles, para ponerle al frente de sus no ménos amados los religiosos. La casa de Cuenca acababa de perder un prefecto de esos que parece no pueden sustituirse, de esos que más bien que superiores son los padres de las familias religiosas que les estan encomendadas, y miran á cada uno de sus súbditos como si fuera su hijo más querido; era, pues, preciso dar á esta casa otro superior que llenára el inmenso vacío que aquel dejára. No habia otro más á propósito que el P. Antonio de Santo Romano, por lo cual hácia él se dirigieron las miras de todos, y solo en él pensaron como único que podria ocupar aquella vacante sin que se echára de ver la dulzura del que faltaba, y supliendo si necesario fuera alguna omision que él hubiera podido tener, y que tal vez hubiese dejado infiltrar alguna pequeña relajacion que un dia pudiera perjudicar al instituto: no se equivocaron en su pronóstico; en nada se echaron de ménos las excelentes dotes del que falleciera, pues Santo Romano, con un cariño cual convenia, con una entereza dignísima, hizo lo que se propuso, conservar todo lo bueno que halló de su antecesor y arrancar con mano fuerte alguna que otra yerbecilla, que si bien por entónces no era nociva, creciendo hubiera podido perjudicar en tan fecundo campo. Plenamente satisfechos estaban tanto la superioridad que le obligó á tomar el cargo como sus súbditos, á quienes gustaba todavía más que su antecesor; y claro es que este contento que á los que le trataban inundaba, se hacia saber fuera, así como las prendas todas relevantes que le adornaban, así es que todos sin excepcion alguna se deshacian en justos elo-

gios del superior de los ermitaños; y como la fama de su ciencia y de la solidez de su doctrina corria por todas partes, dió por resultado el que el santo Tribunal de la Inquisicion le nombrára juez, con lo cual tuvo ocasion de demostrar su tino y su ciencia en el despacho de los asuntos pendientes, lográndose por medio de sus acertadas indicaciones y por sus eruditos dictámenes el que aquellos mismos que habian tenido la desgracia de delinquir, se convencieran de su desvarío, y doliéndose de su falta, viniesen con las señales de verdadero arrepentimiento á recibir el condigno castigo y al propio tiempo la absolucion del santo Tribunal, depositario y guardador de la fe, cuyas verdades eran objeto de sus constantes desvelos. Hubiera podido llegar á ocupar algun puesto más elevado en el santo Tribunal, pero de una parte su modestia, y de otra el deseo de no abandonar su convento y la necesidad de que no dejára su oficio, fueron todos motivos para que no saliese de su cargo de juez. Efectivamente, tuvo mucha aficion á la casa de Cuenca, que consideró como suya aunque lo era solo por adopcion; é hizo mucho en ella, tanto en lo material cuanto en lo moral, pues sobre los muchísimos bienes que produjo su ejemplo en todos los religiosos, hay el inmenso beneficio de su observancia y hasta rigidez, pero rigidez y observancia justísimas hasta sobre las más ligeras faltas. Lleno estaba de merecimientos, y coronados estos por el aprecio de todos, absolutamente de todos; así que al contraer la enfermedad que le llevó al sepulcro, no se puede explicar el sentimiento que produjo su estado, y luego su muerte, á la que se preparó por cuantos medios pone en juego en favor de sus hijos la santa Iglesia católica, siendo el fin de sus dias, como lo habia sido su vida, conforme en un todo á lo que debian ser los religiosos á quienes Dios en su vocacion hace una especialísima merced. Se le hicieron las honras cual convenia á la dignidad que tenia y al aprecio con que todos le miraban, y su fama quedó imperecedera, porque además de los motivos por los cuales podia perpetuarse su recuerdo, segun llevamos indicado, hay tambien el de sus obras literarias, que no son ménos importantes que sus demás servicios. Publicó el *Consuelo de Penitentes*; en dos tomos, Salamanca, año 1583, cuya obra tuvo tanta aceptacion que su edicion primera se agotó en ménos de dos años, dando ocasion á que hiciese otra, que con notas y aumentada publicó en Sevilla en 1585, bajo el título de *Mesa franca de espirituales manjares*, que fué mucho mejor recibida que la primera edicion, en razon á que las anotaciones y comentarios que hizo eran tan buenos como la obra primitiva. Por último, escribió un precioso libro de la *Historia de nueve Santos Augustinos de Méjico*, en cuyo libro se dan noticias no solo biográficas de los esclarecidos personajes objeto principal del escrito, sino geográficas del país, de sus costumbres, y en fin de crítica, pero todo manejado con sumo

acierto, lo cual hace á la obra una de las más importantes en su línea, y no cabe duda en que áun cuando no hubiera tenido más obra que esta, hubiera merecido un lugar, y no de los inferiores, sino preferente entre los literatos y cronistas, pues no es lo que comunmente se hace en obras de su género la historia que con tanto acierto como buen criterio y puro lenguaje escribió el agustiniano P. Fr. Antonio de Santo Romano. —G. R.

ROMANO (Fr. Bonagracia), religioso franciscano de la provincia reformada de Roma. Floreció en el siglo XVII, y fué uno de los miembros más ilustres de su Orden. Habia nacido dotado de las mejores disposiciones, y supo aprovecharlas en beneficio de la Orden en que tomó el hábito y de que llegó á ser uno de los primeros jefes. Sus estudios fueron tan sólidos como profundos, sus virtudes tan notables como dignas de elogio. No aspiraba ciertamente á obtener cargos elevados, y para ello habia renunciado á su familia y amigos, al mundo, á la patria, á todo en fin, ocultándose en el rincon de un claustro. Mas la Providencia le habia señalado con el dedo de los elegidos, y no podia consentir en que quedase oculto el virtuoso é ilustrado varon que debia dar dias de gloria á su Orden, obtener para ella grandes ventajas y elevarla al apogeo de la grandeza. Sus hechos merecerian dilatada narracion, é inútil es decir que forman parte de la historia de su instituto, que no pertenece á este lugar. Sin embargo, desde que Bonagracia fué elevado al provincialato, aumentáronse las fundaciones, tomaron nuevo incremento las misiones, y todos los objetos de su regla fueron llenados con creces y con grandes ventajas. No influyó ménos en la observancia regular, en la arreglada y santa vida de los religiosos, en la mejora de sus estudios, y en todo, en fin, lo que formaba el objeto de su cargo. Empleó para esto grandes vigilias, hizo todo género de esfuerzos, y no perdonó medio ni sacrificio alguno. Reunió diferentes capítulos provinciales, asistió á otros, habló, persuadió, obró en fin con celo y energía para conseguir su designio, y pudo realizarle de una manera tan firme como sólida. Sus últimos años fueron consagrados á ejercicios de piedad y devocion. Ya habia conseguido su objeto, veia ya á su Orden en el grado de esplendor que habia apetecido, que no podia ménos de esperar, é inútil es decir, que al ir á descansar en el Señor, únicamente deseaba presentarse purificado de todas las debilidades humanas y aumentar los méritos personales á los que en otro género habia contraido. Oraciones, ayunos, penitencias, nada perdonó, y todo lo puso en práctica con tan laudable propósito, hasta el extremo de que no pudiendo sus fuerzas resistir tan contínuas penitencias y maceraciones, comenzaron á decaer visiblemente, falleciendo lleno de años y de méritos á últimos del siglo XVII. Habia publicado, ilustrados con adiciones suyas, los *Comentarios*

morales in statuta Ordin. Seraph. R. P. Fr. Sanctori de Melphio; Venecia por Bertanos, 1664, 4.°—S. B.

ROMANO (Fr. Cipriano), religioso dominico, primer profesor de sagrada teología en el colegio de Roma, llamado de la *Sapienza.* Floreció á mediados del siglo XVI, y fué el tercero de los cinco teólogos, elegidos por el soberano pontífice Paulo III, en 1546, para censurar las obras que Lutero comenzaba á esparcir en contra de la religion católica. No se conoce escrito alguno de este religioso, á pesar de su grande celebridad y de las polémicas en que tuvo que tomar parte, lo mismo que sus demás compañeros, y que dieron orígen á los ataques que se han dirigido despues, y que ya desde entónces comenzaron á dirigirse, á la Iglesia católica, de ser enemiga de la discusion de que brota la luz de la verdad, siendo así que á pesar de cuanto desde Lutero vienen diciendo los protestantes, apénas damos un paso en la historia del catolicismo sin que tropecemos con hombres consumados en la ciencia y en las discusiones, sin que veamos á institutos y órdenes monásticas, como la de los Dominicos á que pertenece el escritor cuya biografía nos ocupa, en las cuales se ventilaban las más importantes cuestiones de las ciencias divinas y humanas. Conociendo el cristianismo que en el hombre hay algo inmortal, que le asemeja á su Criador; que no es solo polvo que se convierte en polvo, sino que brilla en su frente el emblema augusto de hijo de Dios; que tiene un alma en la que ostenta impreso el sello de la beatísima Trinidad; sabe tambien que ese espíritu, esa alma inteligente han menester de un alimento proporcionado, porque el hombre no vive solo de pan material que fortalece sus fuerzas físicas. Por otra parte, el alma humana, ilustre desterrada que espera en el mundo el término de su peregrinacion, no puede considerarse en la tierra solitaria y abandonada, sin comunicacion con la patria de donde procede y por la cual suspira. La ciudad del mundo se halla muy distante de la ciudad de Dios: la vista de los mortales no avanza á ver las maravillas divinas, el collado magnífico de la santidad; pero el alma católica recibe resplandores inexplicables; una ráfaga luminosa rasga el velo que oculta aquellas maravillas, y el alma humana se inunda en purísimo gozo y reconoce toda su grandeza; se realiza el misterio de la fe. Sentado este principio, que obliga á los fieles á confesar humildemente que hay algunas verdades que se ha dignado el Señor ocultar á la vista del mortal, la Iglesia es la primera en fomentar la discusion, convencida como se halla de que esta es un medio poderoso de adquirir mayores conocimientos, de extender la esfera de las luces humanas, de abrir nuevos caminos á la inteligencia, de guiarla, de conducirla por ellos. Por esta razon, apénas el inmortal Guttemberg dió á conocer al mundo los primeros medios y caractéres de que se sirve la imprenta, cuando la Iglesia acarició su pensamiento, fo-

mentó su desarrollo, extendió su dominacion; en una palabra, se sirvió de todas sus combinaciones para difundir sus verdades, las verdades de que era depositaria. Mas así como entónces condenó, hoy tambien reprueba el abuso de la libre discusion, el prurito dominante en los tiempos que atravesamos de escribir sobre materias desconocidas, sobre lo que no se entiende, sobre lo que no se conoce, y acerca de asuntos sobre los cuales estan los ánimos desfavorablemente prevenidos; lo que nadie negará que es un mal gravísimo, un empeño temerario y sacrílego. Nuestro siglo adolece de esta grave enfermedad; vemos muchos escritores que, prevalidos de su reputacion, se lanzan á la arena y dan á la imprenta libelos en que con el mayor desenfado se ventilan las más árduas y delicadas cuestiones, que exigen para ser dignamente tratadas dilatada experiencia y multiplicados conocimientos. No, no desconocemos la grande, la inmensa importancia de la imprenta, que propaga y multiplica extraordinariamente las ideas, que difunde la luz de la verdad por todos los puntos del globo, y que da á conocer á los habitantes todos de la tierra los admirables inventos de quien en el rincon de su gabinete ó en el ángulo de una biblioteca halló medio de favorecer é ilustrar á la humanidad. Fuerza es tambien convenir que si el empleo de la discusion es altamente útil, su abuso es más peligroso, porque entonces se convierte en medio de tergiversar las más sanas ideas, de destruir cuanto de útil y sagrado puede haber en la sociedad. En prueba de ello, obsérvese la inmensa órbita recorrida por el espíritu humano desde la época en que fué descubierta la imprenta, en que comenzó á generalizarse la discusion, y se observará que ha crecido el número de las opiniones en una proporcion asombrosa, miéntras ha menguado, por decirlo así, el número de las verdades. En particular, desde que la prensa se ha hecho periódica, desde que una parte de la sociedad hase dedicado exclusivamente á la ventilacion de todo género de cuestiones, grandes y pequeñas, árduas y fáciles, la historia del espíritu humano es la rapidísima y veloz representacion de un gran drama, en que unas escenas se suceden á otras con espantosa celeridad, sin dejar apénas tiempo al numeroso concurso de espectadores para escuchar una palabra fugitiva de los labios de los actores. Nos hallamos á mediados del siglo XIX, y son tantos y tan diversos los acontecimientos que ha presenciado esta generacion, tantas las vicisitudes que hemos visto, que no parece sino que han trascurrido muchos siglos. Tantas son las escuelas que han nacido, que han aparecido como metéoros que brillan en medio de la oscuridad de la noche bajo la azulada superficie del firmamento, y que se han ocultado en el inmenso sepulcro de la nada! Tantas son las reputaciones que se han encumbrado muy alto, que han seducido al mundo con sus admirables ingenios, y que luego han declinado su frente para perderse por

completo en las tinieblas del olvido! Esta rápida sucesion de ideas', léjos de contribuir á la rápida multiplicacion, al robustecimiento de las mismas, acarrea indispensablemente su flaqueza y deplorable debilidad. El órden natural de las ideas, así como el de los indivíduos, ha sido en todos tiempos, primero el aparecer, luego difundirse con paso más ó ménos rápido, más tarde realizarse en alguna institucion que las represente y las custodie, y por último, derramar su benéfico rocío sobre la muchedumbre por medio de la institucion en que han sido personificadas. En todas estas alternadas trasformaciones es necesario que las ideas conserven su crédito y fama, si es que han de producir algun resultado benéfico sobre el mundo intelectual y moral, lo que por cierto no puede verificarse en corto espacio de tiempo, sino que es necesario que pasen dilatados años y quizá dilatados siglos. Este tiempo falta cuando las ideas se suceden unas á otras con excesiva rapidez, pues las nuevas luchan por desacreditar á las antiguas, llegan á dominar paulatinamente el campo de la opinion, inutilizándolas de esta manera, hastª que estas á su vez son desacreditadas y lanzadas á los espacios del olvido por otras nuevas; como sucede en las orillas de los mares con las incansables olas que azotan sus apacibles arenas. Esta es la causa porque creemos con fundamento que nunca ha sido de ménos utilidad la fuerza de las ideas, ó sea los consejos de la filosofía, para producir un órden moral consistente de alguna duracion, de alguna estabilidad. Bajo este aspecto la Iglesia no puede ménos de mirar con favorable desprevencion las discusiones periódicas, porque es muy controvertible el bien que hayan podido hacer en este sentido á la sociedad moderna. Se concibe mejor, pero tampoco puede explicarse cómo lo que gana el entendimiento en extension, lo pierde en profundidad, y cómo su doble esplendor contrasta lastimosamente con su impotencia práctica. Vivimos y caminamos al vapor, buscando afanosos los medios de vivir y caminar mañana por medio de la electricidad. No nos cuidamos, ni de nuestra historia política, ni de nuestra historia religiosa, aunque indique lo contrario el inmenso número de libros que producimos, que leemos, que aplaudimos tal vez y que olvidamos al inmediato dia. Quizá esos libros, multiplicados hoy hasta lo infinito, sirvan de apuntes para que fundados en ellos más tranquilas las generaciones venideras, escriban su historia y juzguen de nuestros hechos grandes en el camino del bien, pero mucho mayores por desgracia en el camino del mal. En el loco placer de destruir, en la hidrópica sed del libre exámen, que ha turbado la inteligencia de tantos insignes pensadores, se descubren al punto el dominio de la duda y la existencia del más absurdo escepticismo. Todavía no se han uniformado nuestras opiniones, respecto al carácter y tendencias del monarca español, que tres siglos ha llevaba en sus sienes la corona de ambos mundos. El con-

ciso apunte que dejó para su historia está grabado en piedra berroqueña, sus apasionados y sus detractores descifran á su manera el logogrifo, el enigma del Escorial. Otro monarca, célebre tambien y de no tan remota antigüedad, figura con muy diversos colores en las obras histórico-críticas de nuestros tiempos; para unos es solo el enemigo de los jesuitas, para otros el fundador del Museo y del Botánico, el promovedor de los intereses públicos, el principio del progreso en España. ¿Qué opinion han formado los modernos sobre el tribunal del Santo Oficio? ¿Qué ideas abrigamos sobre las comunidades religiosas? ¿Cuáles sobre otras mil cuestiones de inmensa trascendencia? Estos y otros mil puntos yacen sumidos en laberintos sin fin, merced á esa monomanía de hablar y discutir sobre todas las materias, condenada por la Iglesia como opuesta que es á hacernos formar ideas fijas sobre asuntos de la mayor magnitud. Y si para hablar de épocas que ya pasaron y sobre personajes que ya tocó é igualó la descarnada mano de la muerte, se observa tanta ambigüedad, tanta vacilacion, ¿qué no sucede sobre los de nuestra época, agitada por la disolvente lucha de intereses encontrados en medio de la inquietud de los ánimos y de la sobreescitacion de afectos. ¿Quién puede hoy detenerse á juzgar imparcialmente de los hombres y de las modernas instituciones, de los que tanto se puede esperar, de los que tanto se puede temer? Si hubiera un ser afortunado, que elevándose á otra esfera superior que esta en que se agitan las pasiones y chocan los intereses, y mirando á todos desde igual distancia pudiera recoger los pensamientos de justicia y de equidad, que por dicha se alzan desde la tierra, este sería el historiador imparcial, y el perfume que aspirase allá en la altura sería la verdadera opinion pública. Pero desde el suelo mismo que contiene á los habitantes, desde la esfera misma en que resuenan ecos tan diversos como la risa de los festines y los gemidos del dolor, ni la vista puede hallar un punto en que fijarse, tal es la movilidad contínua, ni la voz del raciocinio puede dejarse escuchar, tal es la confusa y horrible gritería. Y cuando los indivíduos no acaban de ponerse de acuerdo, cuando cada uno se cree depositario único y exclusivo de la verdad, cuando hay tantas opiniones como hombres, ¿con qué razon se defiende y se sostiene la utilidad de la libre discusion, que tan aciagos frutos ha producido? No negamos en manera alguna, ni desconocemos los beneficios que á la comun ilustracion pudiera producir, bien manejada, la discusion periódica y continuada; pero tampoco son para negados ni desconocidos los abusos á que se ha prestado la necesidad de escribir con tanta ligereza, de iniciar todas las cuestiones grandes y pequeñas, y mucho más cuando esos pretendidos intérpretes de la verdad se dirigen á un auditorio, á una generacion que vive demasiado deprisa para poder consagrarse á la lectura de los buenos libros, que á pesar

de su ligereza, desea, sin embargo, tener alguna idea sobre todas las cuestiones, y que por lo mismo considera al periódico como un alimento diario, inexcusable. Las sociedades de Europa pasan por una crísis violenta; no se remedia esta difícil situacion, si ántes no se regulariza esa manía de discutir, no ahogándola, no cerrando los labios de los ilustrados publicistas, sino dirigiéndola, ordenándola. Esto ha hecho siempre la Iglesia católica; cortar el abuso, mantener el uso de lo útil y bueno. Los hombres que en los siglos medios ocultábanse en las silenciosas soledades del claustro, incurrieron tambien quizá en un abuso de discusion, quisieron sondear demasiado en el fondo de cuestiones delicadas. El abuso del escolasticismo, sobre ser mucho más remediable, procedia de distinto orígen que el nuestro; el nuestro es hijo de la superficialidad y la ligereza; el de aquellos grandes hombres era resultado de la investigacion de verdades ocultas al hombre. En cambio de esos pequeños lunares, que se descubren en los discutidores vestidos de sayal, que se albergaban en los conventos, en esos centros donde encontraban hospitalidad todas las ciencias, produjeron grandes beneficios al mundo todo, resultado de investigaciones detenidas, de trabajos penosos y continuados por largo espacio de tiempo. ¿Qué importa que nuestros antecesores no fuesen tan diestros en improvisar vanos y pomposos discursos sobre las cuestiones más elevadas, sociales y políticas, científicas y morales, si consiguieron fundar admirables y benéficas instituciones? Los célebres arquitectos, que levantaron los suntuosos edificios de los siglos que nosotros, llenos de ilustracion, llamamos bárbaros, y que no serían ciertamente ni tan eruditos ni tan cultos como los de nuestra época; pero sin embargo, ¿quién se sentiria en nuestros dias con el suficiente ánimo para comenzar siquiera uno de esos monumentos que ellos coronaron con su constancia y afanosos desvelos, con la fijeza de sus ideas, con la marcha firme, encaminada siempre á un mismo fin? Hé aquí la imágen más completa y acabada de lo que está sucediendo en nuestra epoca en el órden social, en el órden moral, en el órden político. Es necesario no olvidarlo; los grandes pensamientos nacen más bien de la instruccion que del discurso; el acierto en la práctica de esa inestimable cualidad, que Dios deposita en el corazon ó alma de algunos hombres, llamada tacto, que una detenida reflexion y la experiencia misma atestiguan, son como una inequívoca prueba de que no siempre ve más el que más sabe. El genio de Platon no hubiera sido en verdad el más adecuado para dirigir con sus sabios consejos la marcha que hubieran de seguir Licurgo y Solon; toda la elocuencia de Ciceron no hubiera logrado fundar sobre la nada y constituir con un puñado de malhechores una poblacion de ciudadanos honrados y patricios leales, como lo consiguieron dos hombres rudos, Rómulo y Numa. Véase porqué asegu-

ramos de nuevo que es controvertible la utilidad de la discusion, al ménos en el órden social. Las grandes ideas, los inventos útiles son hijos de la reflexion. Aun en el mismo baño no dejaba Arquímedes de pensar en sus investigaciones, y allí fué donde se le ocurrió su célebre principio; léjos del bullicio y agitacion de los discutidores, concibió Colon sus inmortales proyectos; en el fondo del claustro se ocurrieron pensamientos que hoy infatúan á nuestra generacion orgullosa. En vista de tan poderosas razones, léjos de parecernos extraña, encontraremos muy acertada la conducta de la Iglesia en lo relativo á la libre discusion de todo género de cuestiones, siendo, por otra parte, la institucion que ménos teme la discusion razonada, que más ama el exámen, que lo acepta, que lo desea y obtiene más ó ménos tarde los más brillantes resultados. Cuando los teólogos de la edad media y de los siglos posteriores se empeñaban en acaloradas discusiones sobre dogmas venerandos, complaciase la Iglesia en esas mismas investigaciones, en tanto que pudieran contribuir al mayor esclarecimiento de las verdades católicas. Pero si, como sucedió, la inteligencia de los escolásticos, á fuerza de ponerse en tortura, se extravia del sendero recto, cuando unos hacian vislumbrar en sus cavilaciones á un Dios fatídico que oprimia el alma, miéntras otros presentaban á un Dios impotente; cuando la razon humana osaba penetrar donde le está vedado, entónces la Iglesia aconsejaba la necesidad de la mesura y prudencia en la discusion. No vacila en someter sus juicios y creencias al exámen razonado de una filosofía verdadera; y al presentar sus motivos de credibilidad, léjos de proponerse esclavizar la inteligencia humana, cual lo aseguran con nimia ligereza malévolas plumas, da una prueba inequívoca de que respeta la dignidad humana, de que quiere dirigir al hombre por los medios apropiados á un ser dotado de razon é inteligencia. Abre sus escuelas á todos, para que todos crean y se afiancen en su fe por medio del libre exámen, limitándose como madre cariñosa á hacer dulce y amable la verdad. Pero este mismo catolicismo, amante de la discusion, es la divina institucion en que se hallan personificados los dogmas más sacrosantos é inmutables, que resisten á los embates de los tiempos, á diferencia de las concepciones erróneas del hombre, que pasan con asombrosa celeridad; condena tambien la desmedida libertad en la discusion en los modernos tiempos, como en los tiempos antiguos; condena el que cualquier individuo se ocupe en ventilar cuestiones de la más alta importancia filosófica, religiosa, social, sin datos suficientes, sin la necesaria experiencia ni la rectitud debida, tergiversando descaradamente las leyes divinas y humanas, abusando, en fin, de la impunidad en que quedan los crímenes científicos y literarios, merced á las circunstancias de los tiempos. No, ¿cómo es posible que la depositaria de la verdad, la encargada de velar por los sagrados intereses de la

sociedad, se muestre indiferente ante los odios, los rencores, las venganzas que produce el relajamiento de los vínculos de la familia y de la sociedad, abriéndolas el camino de la desmoralizacion y de la corrupcion? Esto bien se ve que no es libertad de exámen, que es licencia del escritor; es el libertinaje del publicista. ¿Quereis que á un malvado, haciéndose intérprete de los inmundos vicios que hay en una parte corrompida de la sociedad, se le consienta que se ocupe en divinizar el vicio, en corromper á la sociedad, á la parte que todavía abriga en su seno los sentimientos del pudor, de la honradez, de la dignidad? ¿Adónde iria á parar? ¿qué seria de la sociedad presente? ¿qué seria del mundo en estos momentos si el catolicismo no vedase con enérgico lenguaje el maligno proceder de hombres que predican la rebelion, la inmoralidad, el vicio, el desenfreno, que enseñan al hombre que es libre de ejecutar cuanto convenga á sus intereses particulares, sin temer otra cosa que las agresiones de su víctima; que es absolutamente dueño de sus talentos y de emplear sus fuerzas en lo que crea ser de su agrado, sin que nadie tenga derecho á imponerle silencio por mucho que contribuya con sus errores á la conculcacion de los más santos principios de la moral, de la virtud, del pudor, de la honestidad? ¡Ah! si la Iglesia no protestase con enérgica voz contra tamaño desenfreno, ya ha tiempo que no habria sociedad posible ni gobierno imaginable; paulatinamente veríanse marchitadas todas las glorias patrias, todo lo respetable y santo, sucumbiendo bajo el peso de una anarquía feroz y desenfrenada. Cuando llega este caso, los pueblos envilecidos déjanse arrastrar insensiblemente á los más detestables crímenes, seducidos por hombres perversos que osan mancillar sus labios despóticos invocando el nombre augusto de la santa libertad. Entónces los pueblos, henchido el corazon de todo género de vicios, imaginan que para ser libres basta ser revoltosos, que gozar de los beneficios de la libertad es tener el derecho de conculcar los más sanos principios de la justicia y de la moral. La dominacion que bajo la sombra de la libertad pretende ejercer sobre el mundo la incrédula enseñanza, podrá seducir á escaso número de hombres que ahora se lanzan á una insurreccion tumultuaria, y un momento despues se preparan á otra mucho más sangrienta, esperando el correspondiente galardon; pero á los ojos de los hombres cuerdos y honrados, siempre tendrán una terrible exactitud estas palabras de un profundo publicista del siglo anterior: «¡Allí donde todo el mundo desea obrar conforme á su voluntad, nadie hace lo que quiere; donde no hay señor, lo son todos; donde todos son señores y monarcas, todos los habitantes son miserables, despreciables esclavos.» Hombres hay, sin embargo, que califican de intolerante á la Iglesia católica, porque guiada de salvadores pensamientos opone un dique al torrente devastador que amenaza envolver á su paso todas las

sociedades. Hombres hay que miran como ilusa á la Iglesia, porque mira desde una elevada esfera la precipitada marcha que sigue nuestro siglo, caminando al abismo más horroroso; la acusan de frenética, porque quiere detener un momento su rápido vuelo, para que contemple los peligros de su viaje. Tal es la confusion de las ideas que reina en algunos cerebros en órden á los principios fundamentales de la sociedad, en órden á la religion, en órden á las ciencias, que consideran al catolicismo como sinónimo del oscurantismo. La legislacion, las instituciones respetables, los grandes ingenios que ilustraron las ciencias, que abrieron horizontes de luz y de felicidad á los mortales, que los facilitaron los medios de lograr su dicha á poca costa, todo, todo es ocultado para algunos filósofos, ó envuelto en el anatema de la proscripcion, sin otra razon que la de que no tuvieron la dicha de ser bautizados en este siglo, ni lograron ver los vapores que hoy surcan los mares, las locomotoras que acortan las distancias, los telégrafos que nos han puesto en comunicacion con todo el linaje humano; sin tener en cuenta que á no ser por los materiales que aglomeraron nuestros antepasados en torno nuestro, no obtuviéramos hoy ciertamente la solucion de los problemas de que tanto nos vanagloriamos. Son diversas las causas que á esto contribuyen; pero si entre ellas se quisiera señalar la principal, se pudiera repetir la notable sentencia del anciano Caton, cuando enervado por la ancianidad, y cuando ya los blancos cabellos plateaban su cabeza, las arrugas surcaban su rostro, á la edad avanzada de ochenta años, contestó muy oportunamente á sus detractores: «Difícil es dar cuenta exacta y hacer formar cabal idea del siglo en que nací á los hombres que no han vivido en él.» Si pudiéramos trasladarnos á esas épocas, si pudiéramos estudiar los grandes inventos que se meditaban en el silencio y el retiro, si descubriéramos los grandes pensamientos que se encerraban en aquellas respetables cabezas, encanecidas del polvo de los manuscritos, no los acusaríamos de retrógrados. Mas, ¿será recto el fallo pronunciado de esta manera? ¿Será un juicio formado con pleno conocimiento de causa? Veamos lo que un pensador razonable debe hacer al encontrarse con uno de esos cuadros que con harta frecuencia trazan nuestros modernos pensadores al tratar de la monarquía, de las instituciones monásticas, de todos los asuntos más debatidos en la época actual. Extiende el filósofo más allá sus miras; sigue á la institucion de que se trata de formar juicio en todas las épocas de su existencia; vuelve al objeto mirándole con atencion, observándole en todas sus fases; aprecia los benéficos resultados que ha producido, despues de hacerse cargo de los males por él ocasionados; considera los hechos esparcidos á grandes distancias, en el curso de los siglos; estudia el estado de la opinion reinante en aquellos puntos y épocas, en que las instituciones florecieron; en una palabra, compara

los bienes y los males, los perjuicios y los beneficios con equitativa imparcialidad, con justa indiferencia. Este es el medio razonable de apreciar los fastos de la historia de la humanidad; esta es la conducta que desea el catolicismo se observe con sus instituciones, con sus dogmas, con sus intereses; este es el movimiento que le impulsa á coartar la licencia y libertinaje de los mentidos sabios, cuya ignorancia ó mala fe tiende á extraviar la opinion. ¿Es por ventura exigente en demasía el catolicismo? ¿No es un deber al dirigirse al público el contenerse en los límites de la razon, de la justicia, de la verdad? Qué extraño será por lo tanto que viendo desobedecidas una y otra vez las cariñosas amonestaciones que, como benigna madre, dirige la Iglesia á los fieles sus hijos, se valga de los medios de represion, únicos de que dispone, de la excomunion, del anatema! Infelices de los pueblos si no observan esta sábia conducta. Sin ella en el mundo intelectual reinaria hoy el escepticismo, la corrupcion en el mundo moral, el mundo material sería un vasto campamento en que se disputarian á sangre y fuego sus intereses materiales. Ni se entienda por lo expuesto que la Iglesia proscribe en el anatema de excomunion á todos los hombres. Entre ellos hay algunos que no solo no aman la divina religion del Crucificado, sino que la miran con prevencion odiosa, ora impelidos á su aborrecimiento por un funesto extravío de ideas, ora por considerarla como obstáculo insuperable al logro de sus pasiones y perversos designios. Estos hombres son en extremo intolerantes, y su intolerancia ni áun es enfrenada en materias religiosas por sentimiento alguno moral. En semejante situacion se hallan en guerra consigo mismos, por verse precisados á sofocar los gritos de su propia conciencia entre el ruido de acusadoras voces que lanzan á la Iglesia y hacen guerra además con el linaje humano, que únicamente protesta contra el insensato y temerario que quisiera alejar del mundo á su autor y conservador. En el corazon de estos desgraciados hierve el despecho y la desesperacion, sus palabras destilan amarga hiel; echan mano del insulto, del sarcasmo y de la calumnia, á falta de otras razones más nobles, para atacar las venerandas doctrinas que constituyen terrible pesadilla. Otros hay en la moderna sociedad, que si bien carecen de religion, que si bien no arde en su pecho la llama de la devocion, tampoco tienen formada una opinion decidida acerca de ella, la miran con ojos indiferentes, ignoran quizá si es útil y conveniente, ó inútil y perjudicial. Viven adormecidos en una especie de escepticismo á que han sido conducidos por la lectura impremeditada de malos libros, ó por las reflexiones dañosas de una filosofía superficial y ligera, sin que jamás se hayan tomado el trabajo de investigar el mayor ó menor precio que á los ojos de la razon pueden tener las sofísticas y penosas consideraciones de los malignos defensores de erróneas y deletéreas doc-

trinas. Si se quiere no son amigos de la religion, pero en su corazon tampoco la aman ni la aborrecen; quizá es á sus ojos una institucion indiferente, más ó ménos útil segun las diversas apreciaciones de los hombres, cual pudiera serlo una asociacion mercantil ó financiera. Estos hombres son tolerantes hasta el extremo, áun cuando si bien se mira, la tolerancia no procede en ellos de un principio, ni es hija de la virtud, sino simplemente una necesidad que resulta de su misma posicion. Mal puede indignarse contra las ajenas opiniones quien no tiene ninguna fija sobre los asuntos más capitales, y no encuentra por lo mismo oposicion con ninguna teoría. Mal puede indignarse contra la religion quien no la considere necesaria al bienestar de los pueblos, ora la mire con indiferencia, ya presuma que sin ella no hay sociedad posible, ya crea que es un obstáculo para la marcha progresiva de la sociedad, inclinándose á la opinion más generalmente admitida en los círculos que frecuenta, como el endeble arbusto se dobla hácia uno ú otro lado segun es herido á diestra ó siniestra por el furioso vendaval. Mal puede abrigar contra ella sentimientos rencorosos, quien tal vez en ocasiones determinadas la echa de ménos en el fondo de su corazon, quien la mira como un rayo de esperanza entre vacilantes sombras, quien fija tal vez con espanto sus trémulos ojos en el pavoroso porvenir por ella dibujado en lontananza. En semejante caso, la tolerancia es comprensible, es natural, necesaria, y lo contrario fuera inconcebible. Entre estas dos clases de personas, claro es que las primeras son miradas con mayor sentimiento por la Iglesia que las segundas, de quienes aún se puede prometer grandes resultados. En particular si se convencen de que hay cosas sobre las cuales no es dable formar un juicio acertado, ni adquirir un conocimiento cierto sin haber sido testigo ocular de la época en que acaecieron, sin haber conocido á los personajes que en ella florecieron, sin haber apreciado los intereses que fueron los móviles de su proceder, sin tener en cuenta las opiniones á la sazon dominantes. Hoy son enteramente opuestas las ideas que dominan al vulgo á las que estaban en boga en los siglos medios, ¿y quién es el que despojándose del poderoso influjo que ejercen en nosotros los sentimientos de educacion, sobreponiéndose á las ideas actuales, se traslada, por decirlo así, á épocas atrasadas, identificándose con aquellas situaciones? Cabalmente el siglo en que vivimos se halla en abierta oposicion con los siglos calificados de ignorantes, y hé aquí la primera dificultad que debería vencer al ventilar los oscuros acontecimientos de esos siglos, que nos imaginamos cubiertos de tinieblas y con toda la rudeza de la barbarie. El acaloramiento y mala fe de algunos publicistas que procedieron á su exámen, han tenido mucha parte en el general extravío, por lo fácil que es seducir sin más que presentar la parte desagradable del cuadro de la historia, prescindiendo de

la buena y bella. Sabido es que este método se halla expuesto á multiplicados errores. ¿Qué institucion, por santa, por veneranda, por grande que sea, resiste al empeño de los que solo citan los vicios y los defectos cometidos á su abrigo, sin mencionar ni una sola de las cualidades buenas que en ella se destacan? Nada hay en el mundo que no se preste al ridículo, al desprecio de la crítica, si solo se mira por un lado; porque las cosas así expuestas son falsas, ó por mejor decir, son diferentes de sí mismas. Equivale esto á sostener que un triángulo tiene un solo lado, porque solo se le quiere presentar por el que más conviene al escritor, en cuyo caso no es un triángulo, no es la figura geométrica cuya esencia consiste en constar de tres lados. Todo cuerpo tiene tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad; quien solo atienda á una de ellas, realmente no se forma idea del cuerpo, sino cuando más de una de sus dimensiones. Tomad una institucion cualquiera, la más veneranda, la más grande, la que ha producido mayores beneficios á la humanidad en la série de los siglos; contempladla solo bajo el aspecto de algunos daños que haya acarreado al mundo, pintad estos con los más vivos colores, cuidando de agrupar en pocas páginas lo que en realidad ha pasado en larga sucesion de siglos, y la historia será para vosotros un cuadro repugnante, fecundo en horribles sucesos, los personajes que se os describan en ella dignos de la mayor execracion, sin que os sea dado hallar en toda la série de los acontecimientos que se vayan representando á vuestra vista, ni una sola época apacible, ni un solo campo florido, ni una sola sociedad digna de serlo; todo terror, todo calamidad, por doquiera ayes quejumbrosos de las inocentes víctimas que espiran bajo la férrea mano de sus despóticos señores; en todas partes confusion, negros crímenes, infaustos acontecimientos, que angustian el alma con su amargura y tristeza. Dejad que á su vez un amante de las instituciones monárquicas os pinte las sociedades democráticas, y ¿entónces qué idea os formareis de la democracia? Esas sociedades se presentarán á vuestra vista como un conjunto de individuos ocupados en destrozarse los unos á los otros, en tender malignas asechanzas á su compatricios, conspirar mutuamente, y vivir todos dormidos en los brazos de la muelle voluptuosidad, sin freno para contener sus pasiones, sin rubor para enmascarar su frente, rotos los vínculos de la familia, de la asociacion! Estos son los inmensos inconvenientes que tiene el mirar las cuestiones por una sola fase. Es indudable que los monjes, los anacoretas, los religiosos, los clérigos regulares, las escuelas católicas, los dominicos, los jesuitas, y en fin, todas las instituciones católicas, han sido en alto grado útiles y beneficiosas á la sociedad, áun mirando la cuestion bajo el solo punto de vista temporal, prescindiendo del aspecto religioso y del moral; y el pensador profundo, lógico, exacto apreciador de los hechos,

se siente inclinado á amar á esos pueblos é instituciones por más que en ellas descubra algunos abusos. Pero viene un mal intencionado, un enemigo del clero, reune en confusa aglomeracion varios hechos particulares, ocurridos en la série de los tiempos, los pinta con vivísimos colores, y presentándose despues al público con aire ufano y triunfante, dice: «Hé aquí las instituciones religiosas; hé aquí lo que eran esos centros de barbarie, de nulidad.» ¿Cómo es posible dejar hablar así á estos hombres? Ellos, sin embargo, continuan adelante con su empresa. Encuentran al vulgo prevenido, dan fuego á la hoguera, y á una señal suya se lanza de improviso la muchedumbre, ébria de sangre, sobre los monasterios, talando, incendiando, asesinando á aquellos mismos á quienes dias ántes se presentaba en demanda de una limosna, de un consuelo, de un bálsamo para sus dolencias. En un dia olvida todos los beneficios, solo se acuerda de lo que se le ha predicado con dañada intencion, y corta al árbol bajo el cual gozaba de placentera sombra, para lamentarse quizá de su desacierto al inmediato dia. Reunid en un cuadro los males ocasionados por los grandes adelantos de los pueblos, enumerad las relaciones aisladas, el rompimiento de los vínculos sociales producido en estas y otras épocas, y la civilizacion y la cultura os parecerán detestables. Vagando en busca de hechos en los fastos del espíritu humano, no es difícil convertir la historia de la ciencia en la historia del crimen y de la locura. Acumulando los funestos accidentes ocasionados por la impericia de los profesores en el arte de curar, no es dificultoso presentar esta institucion bienhechora como la carrera sangrienta del homicidio. En una palabra, todo se puede falsear adoptando este sistema, todo se puede desnaturalizar de esta suerte. El mismo Dios, que miéntras recibe en la patria de los bienaventurados las fervorosas adoraciones de millares de séres inteligentes, preside los destinos del mundo, se nos presenta como un vengador inexorable y cruel, si haciendo abstraccion de su infinita bondad y misericordia, de su sabiduría y omnipotencia, de su justicia y equidad, solo atendemos á los males que acaecen en la tierra, creada por su poderoso brazo y gobernada por su bienhechora providencia. Estas consideraciones, á la vez que nos demuestran la necesidad de dirigir la discusion para que no se precipite á los pueblos en horrendos precipicios, á la vez que nos convencen de la conveniente conducta observada por el catolicismo en lo relativo á la libre discusion, nos hacen comprender la injusticia de nuestros detractores al acusarle de intolerante. Dejando aparte la sucesion de los tiempos, olvidando el órden de las cosas enteramente distinto al nuestro que entónces reinaba, nos presenta la historia de la intolerancia de los católicos, sin recordar que los rigores de Felipe II, las severas medidas tomadas por Felipe III, las represivas de María Estuardo en Inglaterra, de Luis XIV, y todo

lo acaecido en la dilatada série de tres siglos, se halla reducido á pocas páginas con recargados colores, y el lector, que recibe en pocos momentos las vivas impresiones de sucesos que se han ido realizando en el espacio de trescientos años, el lector que viviendo en una sociedad en que las cárceles se han convertido en casas habitables, en que los infractores de la ley son mimados, quizá defendidos, tal vez encomiados, y en unos pueblos que combaten sin tregua ni descanso la pena de muerte, ve ante sus ojos tanto hediondo y lóbrego calabozo, tantos horribles aparatos de crueles tormentos, hogueras, hachas, tajos, personajes misteriosos, siente latir con ardor su corazon, llora sobre el infortunio de los que perecen, y se indigna contra los autores de las que él designa con el nombre de horrendas atrocidades, concluyendo por adquirir profunda conviccion de que eran en efecto bárbaros los siglos mencionados. Nada se ha dicho de los principios deletéreos que en la época de nuestro personaje comenzaron á sembrar los protestantes; nada se ha referido de las crueldades de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra, que mancharon con sangre inocente todos los ámbitos de la nacion inglesa, llenaron las cárceles de presos inofensivos, enviaron innumerables personas á la emigracion, complaciéndose en disponer que á pesar de las diferencias de su sexo, estado y condicion, pasasen su vida léjos de su patria, exhalando quizá su postrer suspiro en inhospitalarias islas, concentrándose todo su odio sobre los católicos, y acostumbrándose á mirar á la más benéfica de las instituciones como el sistema de la tiranía, que solo sirve para cubrir el mundo de horrores y de sangre. Tal es el resultado de la exageracion en los sistemas, exageracion que habia desterrado para siempre el catolicismo, que renació con los protestantes, cuyas doctrinas estuvo ocupado en combatir la mayor parte de su vida el personaje que ha dado orígen á esta disertacion. — S. B.

ROMANO (Fr. Constancio), franciscano italiano de la provincia de Roma, de la Observancia regular. Este religioso, segun lo indica su apellido, debió ser natural de la ciudad eterna, donde probablemente tomó el hábito y profesó. Es difícil decir si merece ser citado entre los profesores italianos de bellas artes, aunque todo está por la afirmativa, siendo muy frecuente que en las órdenes religiosas se encontrasen individuos, que hallándose adornados de un mérito relevante en sus nobles profesiones hubieran buscado en el rincon de un claustro un asilo contra la desgracia, ó tambien contra el dolor y los desengaños de la vida. Tampoco era raro, y de ello hay muchos ejemplos en los siglos medios, que hombres dotados de grande piedad y devocion, creyesen prestar un grande servicio al culto y la religion, dedicando sus fuerzas y sus inteligencias á la construccion de esas magníficas basílicas que han sido el asombro de los siglos posteriores,

que en vano han procurado imitarlos, manifestando únicamente lo raquítico de su ingenio, lo pobre é incompleto de sus fuerzas, que no podian ménos de serlo cuando no las animaba una grande idea, un grande objeto, como sucedia á aquellos nuestros gloriosos antepasados, que arrastrados por su entusiasmo y por su fe, acometian las empresas más gigantescas y las llevaban á cabo con una constancia y decision que hará su memoria eterna. Uno de estos heroes fué el P. Constancio, aunque los historiadores se ocupan de él muy ligeramente, y las noticias que nos han dejado tengan cierta vaguedad que no nos permitan asegurar la parte que le cupo en las empresas que acometiera y llevára á cabo con tan buenos resultados como brillante fortuna. La historia nos dice de él que construyó con grandes gastos la torre del convento Tiburtino, dejándonos en la duda de si la dirigió como arquitecto ó inteligente, ó únicamente siendo superior de aquella casa procuró la construccion. Sensible es en verdad esta oscuridad, que nos priva de más detalladas noticias en una época en que tanto se aprecian las de este género, y en que los hombres dados á los goces materiales y huyendo de los grandes y verdaderos placeres del espíritu, aprecian en más un edificio, un camino ó una cosa cualquiera, con tal que se vea y palpe, que el mayor esfuerzo del ingenio, que la obra más grande y más útil para los siglos venideros, que aprovechándola podrán hacer extraordinarios adelantos en el camino de la civilizacion. Del P. Romano se nos dice tambien que escribió la *Crónica del monasterio de Clarisas de la ciudad Tiburtina*, prueba inequívoca de su grande instruccion, de su mérito y piedad, pues sin estas cualidades no se hubiera atrevido á emprender cosas de índole tan diversas, y en que salió airoso segun los historiadores de la Orden Seráfica. Nada diremos de sus virtudes y buenas costumbres, cualidades muy frecuentes en todas las religiones y propias de hombres, que abandonando el mundo por conviccion ó vocacion, rara vez se extraviaban del camino ya emprendido, procurando distinguirse en él hasta donde llegaban sus fuerzas. Tales son las noticias vagas y escasas que hemos podido adquirir de este célebre religioso, cuya biografía desearíamos fuese más extensa y sobre todo más detallada por creerla tan útil como importante para la historia de las artes. — S. B.

ROMANO (D. Diego), prelado de la Santa Iglesia de la Puebla de los Angeles, y primero de este nombre. Sucedió á D. Antonio Ruiz de Molares y Molina, natural de Córdoba. D. Diego Romano nació en Valladolid en el año de 1538, y sus padres fueron Gregorio Romano y Doña Ana Isabel de Vitoria y Govea. Fué bautizado en la parroquia de Santiago. Hizo los estudios en Valladolid y Salamanca con la mayor brillantez y aprovechamiento, y despues se graduó de doctor. Colegial mayor de Granada y canónigo en su Iglesia, tambien fué provisor del arzobispo D. Pedro Guer-

rero, inquisidor y reformador de la Inquisicion de Llerena, de Barcelona y Granada. El rey D. Felipe II le presentó para el obispado de la Puebla en el año de 1577, y le consagró en Madrid el Cardenal D. Diego de Espinosa. Pasó á su iglesia, y su Majestad le cometió la visita del virey de Méjico D. Alvaro Manrique, que duró seis años. Visitó la audiencia de Guadalajara y á sus ministros, y con su bondadoso carácter sosegó algunos alborotos, causados del mal gobierno y administracion. Visitó igualmente los oficiales reales de la Nueva España, de que resultaron numerosas condenaciones. A los indios de su obispado los ilustró, en lo que cabia, con su doctrina, y los consoló con numerosas limosnas. En la ciudad de la Puebla aumentó el vecindario á la parroquia de S. José, y dotó un colegio de doncellas nobles. En su Iglesia catedral fundó la capilla de Santiago. Ayudó para los edificios de los conventos, que se construyeron en la Puebla y su obispado. En Valladolid, su patria, fundó el colegio de la Compañía de Jesús, dedicado á S. Ambrosio. Fundó un moderado mayorazgo para sus deudos; dió á su Iglesia estatutos para el gobierno de lo divino y humano, y acrecentó sus rentas. En su tiempo, en el año de 1585, se celebró el segundo concilio mejicano; y este célebre Obispo asistió en él, y con su licencia se fundó en la Puebla, en 16 de Julio de 1586, el muy religioso convento de Carmelitas Descalzos, dedicado á nuestra señora de los Remedios, y fué su primer prior Fr. Pedro de S. Hilarion, celebrado en las Historias sacras de su Orden. En el tiempo que rigió el obispado, se fundó el convento de Atlisco, de la misma Orden, que dista de la Puebla pequeña distancia; se colocó el sacramento en su custodia, y se dijo la primera misa en 21 de Octubre de 1589. Tambien en su tiempo vinieron á la corte del rey D. Felipe, á tratar negocios en nombre de la república de la Puebla, los muy nobles caballeros D. Antonio de Guevara, D. Diego Tellez, D. Pedro de Torres y D. Zacarías de Santiago, indios principales; y habiendo besado la mano al Rey, despues de hablarle de otros negocios, le suplicaron alcanzase de Su Santidad concediese jubileos é indulgencias para un hospital, y para la Iglesia catedral, y Cofradía de nuestra Señora del Rosario; y el Rey, complaciéndoles en todo, escribió á Su Santidad en 15 de Febrero de 1585, y el Papa lo concedió. Murió de enfermedad, en edad avanzada y ciego, en 12 de Abril de 1607, y se dió sepultura á su cuerpo en su Iglesia catedral; y aunque en su testamento mandó que su cuerpo se trasladase al colegio que fundó en Valladolid, no llegó á realizarse su deseo; tuvo por sucesor á D. Alonso de la Mota, natural de Méjico, el cual mereció gran concepto de su Rey por sus relevantes prendas y virtudes.—A. L.

ROMANO (P. Francisco), jesuita italiano, natural de Mamertino. Ingresó

en la Compañía de Jesus en 1594, y desde luego comenzó á dar pruebas de sus buenas disposiciones para el estudio. Convencidos los padres del gran partido que de él podian sacar, le enviaron á diferentes colegios, en todos los cuales siguió su carrera con aprovechamiento, pasando por uno de sus mejores discípulos. Así apénas hubo terminado sus estudios, fué dedicado á la enseñanza, en que procuró cumplir con los sagrados deberes de todo el que encargado de la direccion de la juventud, tiene en su mano no solo el porvenir de muchos hombres, sino tambien el de una nacion que en ellos tiene vinculadas sus esperanzas. Romano procuró desempeñar su cometido comprendiendo toda su grandeza, para lo que no perdonó medio ni desvelo, obteniendo merecida celebridad en recompensa de sus asíduas tareas: Cuando sus superiores vieron sus buenos resultados le destinaron á otras provincias, y en particular en Bélgica, donde permaneció un largo período, manifestó en toda su extension sus excelentes dotes y mejores deseos. Los Países Bajos, como repetidas veces hemos tenido ocasion de manifestar en estos escritos, se hallaban á la sazon infestados por la triunfante herejía, que apoyada por naciones extrañas, pensaba arrancar aquel floron de la corona de Castilla. Romano combatió con grande ardor las doctrinas de los herejes y en union con sus demás hermanos de la Compañía, prestó inapreciables servicios, no solo al catolicismo, sino tambien al órden y al gobierno establecido. Mas costáronle duros sinsabores y persecuciones, viéndose con frecuencia expuesta su vida y obligados á huir de una en otra ciudad, de uno en otro convento para buscar un asilo hospitalario en contra de la tormenta que tan de cerca les amenazaba. Libre de estos peligros, y cuando las necesidades de su instituto le llamaron á Italia, continuó consagrado á la enseñanza, haciéndose acreedor por los buenos resultados que en ella obtuvo, á diferentes distinciones de sus superiores; todos los cuales le honraron hasta su muerte, ocurrida en su ciudad patria á 2 de Agosto de 1625. Sus exequias fueron muy concurridas, pues habia dejado grande fama por su virtud, y sus compatriotas se honraban en pronunciar y venerar su nombre. Dejó una obra titulada: *De Sacro Ecclesiaste, lib. III;* Colonia, por Bernardo Gualtero, 1622, 4.°—S. B.

ROMANO (Fr. Jacobo), religioso dominico elogiado por Leandro, quien dice fué socio de Domingo de Peccioli, y que floreció en su siglo, es decir, á últimos del XIV y principios del siguiente. Siguen á Leandro, Pio, Fernandez, Fontana y Altamura, que coloca á este escritor en 1406, citando las obras siguientes: *De victoriis, de persecutionibus, de virtutibus, et de vitiis* segun *Romanorum liber.—Sermones de tempore et de Sanctis.*—S. B.

ROMANO (Fr. Juan), religioso dominico del siglo XIII. Nació quizá á últimos del anterior, manifestando desde luego las buenas cualidades que le

adornaban, y que prometian hacerle brillar en una época en que no era el saber tan raro como generalmente se cree, pero en que la falta de medios de circulacion y áun de conservacion, hacia que las personas de conocimientos populares fuesen ménos conocidas que en nuestros dias y que sus escritos, cortos por lo general en número, cuando no les favorecian las circunstancias, se perdiesen muy en breve y no hayan llegado hasta nosotros, salvo raras excepciones. En nuestro siglo, en que hay hombres de todas las opiniones y partidos, en que el individualismo reina hasta en los partidarios de las antiguas escuelas, queriendo al sostener las ideas más opuestas, extrañas y contradictorias, que se crea á cada uno, inclusos á hombres verdaderamente vulgares, como un oráculo infalible, se ha supuesto que la edad media estuvo poblada por sabios, que fué una especie de siglo de oro de una literatura hoy desconocida, y que la debemos cuanto somos, cuanto llegaremos á ser. Pero esto es un error nacido del espíritu de oposicion contra los que sostienen que en aquellos siglos reinó la barbarie más completa, la ignorancia más crasa. Entre ambas opiniones hay un término medio, y ese terminó medio, inclinando la balanza un poco en contra, es el que pertenece á la época á que nos referimos. Sostener que en la edad media nada se supo, nada se ideó, nada se inventó, es manifestar una ignorancia crasa, una falta de erudicion, un espíritu de mala fe, impropio de todo hombre ilustrado que se aprecia en algo á sí mismo y á la sociedad en que vive, y á que pretende engañar. Pero querer comparar aquellos siglos á los siglos que los sucedieron, suponer que en el siglo X se sabia tanto como en el XVI, es un argumento que se vuelve contra el mismo que lo emplea, que demuestra á primera vista su tenacidad y obcecacion. En la edad media hubo muchas cosas nuevas, grandes y admirables. La cortesanía de los caballeros valia bien la política moderna; la gaya ciencia, aunque se quedó muy atrás del romanticismo, creó una escuela que merece muy bien estudiarse; la ciencia de los escolásticos, confusa y embrollada, dió el ser á hombres eminentes que no podemos citar hoy sin veneracion, y los pintados manuscritos y las catedrales góticas serán eternamente imitados por nuestros mejores artistas, sin que consigan llegar á la gracia y belleza de los originales. Pero en medio de estos destellos de vivísima luz cuántas tinieblas, cuánta confusion, cuánto error. Entónces domina el derecho del más fuerte, apénas la Iglesia puede establecer la tregua de Dios. Entónces todos los vasallos se creen con el derecho de hacer armas contra su soberano, usurpar los estados de su reino, y se los dejan en administracion; entónces en fin los mismos eclesiásticos tienen que sufrir la ley del más fuerte, y dejar sus iglesias en patronato á los poderosos señores. Esto no es ciertamente una prueba de civilizacion, y si la ciencia hubiese estado tan adelantada como se pretende, hubiese dominado el de-

recho sobre la espada, la razon y la justicia sobre la obcecacion y el error. La ventaja está, pues, de parte de los siglos modernos, que desde la época del renacimiento vienen haciendo gloriosas conquistas para honra de la humanidad. Nosotros hemos descubierto la pólvora y mejorado su empleo hasta el extremo de que ya no es el valor ni la fuerza personal, sino la inteligencia y la buena direccion la que domina en las batallas. Nosotros hemos descubierto la imprenta, y aumentado los medios de circulacion de una manera que pareceria increible á los pueblos antiguos. Nosotros hemos descubierto y civilizado al Nuevo Mundo; nosotros hemos puesto en comunicacion á los pueblos más distantes del globo por medio del telégrafo eléctrico y las locomotoras. Nosotros hemos mejorado y cultivado las ciencias, no solo las que se conocieron en aquellos y los anteriores siglos, sino muchas de que ni áun tenian la ide amás remota; nosotros en fin reconocemos la ley y el derecho individual y colectivamente, pecando quizá por el extremo opuesto de dar mucho valor al individuo suprimiendo ante él la sociedad, cuyos derechos son mucho más grandes, inviolables y sagrados. De aquí proviene la lucha, lucha terrible, sangrienta, homicida, que nos hace desconfiar del porvenir, que si alguna vez creemos el complemento de la felicidad humana, en otras, y son por desgracia en mayor número, nos hacen suponer al borde de un abismo insondable, sin fin, en que nos perderemos con nuestras glorias y nuestras conquistas, con nuestros descubrimientos y nuestra ciega ambicion. Por eso miéntras unos gritan adelante, les dicen otros: atrás. Los unos son fanáticos cegados por el orgullo; los otros fanáticos tambien cegados por el temor. No imitemos ni á unos ni á otros, no reneguemos del pasado, no temblemos por el porvenir. Marchemos con la vista fija en el cielo, de donde procede toda inspiracion, y confiando en Dios caminemos con planta segura hácia ese porvenir que tanto se quiere oscurecer, pero en el que no dejará la Providencia de enviarnos el arca santa de la alianza que nos guie al puerto de salvacion, si hemos sabido hacernos dignos de su proteccion por nuestras virtudes y nuestro respeto á todo lo que lo merece, no olvidando que de esta manera llegó la edad media al renacimiento, conservando y respetando los restos del pasado, aunque fuesen obras tan desconocidas como la de Fr. Juan Romano que lleva el título de: *Speculum quoddam historiale adinstar Speculi Vincentii Belvacensis.* —S. B.

ROMANO (P. Juan Bautista), de la Compañía de Jesus, natural de Alejandría en Egipto, é hijo de padres hebreos, que le pusieron el nombre de Elías. Llevado á Alemania siendo todavía niño, permaneció allí durante algun tiempo, habiendo viajado despues por Egipto, con cuyo motivo estuvo en Jerusalen y Constantinopla, teniendo ocasion de aprender los idiomas hebreo, latin, español, aleman, turco y arábigo. Llevado á Venecia, donde ha-

bia abrazado su hermano la religion cristiana, fué presentado por Juan Bautista Contareno al P. Andrés Irmio, como un hombre muy docto en el hebreo y de excelente vida y costumbres. Cuando este vió á Elías admirando su singular modestia y gravedad, le pareció haber visto un ángel, segun dice su biógrafo. Animado por sus buenas costumbres y virtudes, le abrió los ojos á la luz de la verdad, y recibió el bautismo el dia del Evangelista S. Mateo del año 1551, poniéndole el nombre de Juan Bautista, y como apellido el de Eliano. No mucho despues manifestó al P. Irmio sus deseos de entrar en la Compañía, los que manifestó este á S. Ignacio, quien accedió á ello convencido de lo útil que seria para la salvacion de muchas almas. En 1561 fué nombrado socio del P. Cristóbal Rodrigo, que fué enviado como nuncio por el soberano pontífice Pio IV al patriarca de los coftos, á causa no solo de su pericia en los idiomas y las naciones, sino tambien por su excelente virtud. Apénas se presentó Eliano en Alejandría, cuando le reconocieron todos los hebreos, y sabiendo que no solo se habia hecho cristiano, sino que habia publicado muchos de sus libros descubriendo sus errores, comenzaron á perseguirle, fingiendo que les debia grandes cantidades por las que pedian se les entregase, pues se habia convertido al cristianismo con solo el objeto de no pagarlas. Los mercaderes cristianos hicieron cuanto estuvo de su parte para librarle de sus enemigos, y viendo no podian conseguirlo, le proporcionaron una nave en que partió para Italia. Mas habiendo naufragado en las costas de Chipre, Eliano solo salvó su vida por un favor especial de la divina Providencia. De regreso en Roma fué nombrado vicario del arzobispo de Nicosia, y enseñó de nuevo el hebreo y el árabe, pero fué enviado de nuevo á Egipto, Siria y otros pueblos orientales, como socio primero del P. Tomás Razio, y despues del P. Juan Bruno, acompañando por último al P. Francisco Gano. Pero despues de todos estos viajes, en que pasó gran número de trabajos, murió en Roma en 3 de Marzo de 1589, dejando las obras siguientes: *Doctrina cristiana*, que tradujo á diferentes idiomas.—*Catecismo en lengua hebrea, arábiga, masonítica, en que se refutan los errores de los herejes orientales*, escrito primero por el P. Juan Bruno.—*Concilio Tridentino*, traducido al árabe.—*Ochenta cánones del Concilio Niceno I*, que tradujo al latin del árabe de un códice traido de Alejandría.—S. B.

ROMANO (P. Lorenzo Magnonio), religioso de la Compañía de Jesus. Era natural de Roma, aunque su apellido propio era Magnonio, y por ser de más suave pronunciacion le llamaban los abisinios el P. Lorenzo Romano, dándole el sobrenombre de su patria. Salió de Roma, y se dirigió á Portugal, con el solo y único objeto de solicitar, pretender y conseguir ser uno de los varios de la Compañía que se alistaban para marchar á la India, adonde llegó en el año de 1602, en aquella copiosa mision, que gobernaron los

PP. Vieyra y Laertio; de Goa salió para Etiopía el año de 1605, y al siguiente entró en el imperio. Este celoso y virtuoso varon P. Lorenzo Romano, segun dice el P. Tellez, era propiamente uno de aquellos antiguos romanos en lo magnánimo de su corazon, y de los modernos, en el respeto y atencion á la religion. Aprendió con toda perfeccion el idioma abisinio, facilitándole este superior conocimiento el ser un infatigable operario, tanto en el púlpito, como para doctrinar y catequizar á los abisinios, y confesar y administrar los sacramentos á los católicos; siendo con estos tan caritativo y amoroso, que le llamaban comunmente su padre. No fué solo una vez, sino muchas, las que se le ocurrieron de asistir á enfermos asquerosos, á quienes no bastando el ánimo, el estómago, y la caridad á los hermanos y más cercanos parientes, abandonaban al enfermo, y el P. Romano con el mayor valor y abegacion se encargaba de toda su asistencia, ocupándose algunas veces de amortajar y componer los cadáveres, obrando en el siervo de Dios más el parentesco de la caridad que el de la sangre; por esta razon fué tan llorada y sentida de todos su muerte, porque en él perdieron padre que los amaba, maestro que los doctrinaba, virtud que los edificaba, y doctrina que los instruia. Falleció el 4 de Enero de 1621, á los cincuenta y dos años de su edad, treinta y dos de Compañía, y diez y seis de incansable operario en los trabajos apostólicos de Etiopia. — A. L.

ROMANO (Fr. Lucas), religioso franciscano, natural probablemente de la ciudad de Roma segun indica su apellido. Floreció en el siglo XIII, y se distinguió por su doctrina tanto como por sus virtudes. Contaba con grandes cualidades para la vida del claustro, y así fué que desde sus primeros años dió los más avanzados pasos, prometiendo los frutos más brillantes. Asíduo en la oracion, amante de la obediencia, del retiro y de las demás prácticas claustrales hizo, como no podia ménos, grandes adelantos en el estudio y la virtud. Despues de haber manifestado como novicio que estaba llamado á ser un eminente religioso, probó el profeso que no se habian engañado los que vincularon en él semejantes esperanzas, y así se le vió manifestar como orador sagrado una erudicion y celo evangélico, de que habia á la sazon pocos ejemplos en la ciudad eterna. La elocuencia siempre admirada, y al contrario de la poesía, su hermana gemela, ha sido constantemente el orígen de la prosperidad y la fortuna del que de tan admirable don se ha hallado adornado. Así le sucedió al P. Lucas, pues apénas habia dado muestra de sus grandes cualidades oratorias, comenzó su Orden á buscarle, proponerle y elegirle para los primeros destinos. Rehusólos en un principio por humildad, mas no pudo negarse despues á tan repetidas instancias, y aceptó el cargo de guardian del convento de Aracœli, uno de los mas célebres de Roma. Dábale este puesto grande importancia, poniéndo-

dole en comunicacion con el pontífice, cardenales y principales personajes de la corte pontificia, mas el P. Lucas jamás utilizó su posicion sino en beneficio de los desgraciados penados, que fué un manantial inagotable de todo género de dichas y felicidades. Sin embargo, no rehuyó las consideraciones de sus prelados, y cuando despues le eligieron definidor de la misma provincia romana, de la Observancia regular, cargo más bien honorífico que otra cosa, aceptó esta dignidad procurando con sus consejos ser útil á la Orden que tan asiduamente procuraba premiar sus méritos y sus servicios. Hallábase ocupando ambos puestos, cuando falleció en 1647 dejando la mejor fama por su santa vida y benéficas costumbres, la que realzaron despues sus escritos, que son los siguientes: *Stellarium Immaculatæ Conceptionis B. Virginis Mariæ, una cum devotione super salutatione melliflui nominis Mariæ;* Velletri, por Alfonso de Insula, 1640, 12.° *Exercitia spiritualia, sive fundamentum ad ædificandum excelsum perfectionis ædificium*; Roma, 1644.—S. B.

ROMANO (Fr. Modesto), religioso capuchino natural de los Estados Pontificios, floreció en el siglo XVII, siendo uno de los varones más eminentes de su Orden por su ciencia y virtud. Educado en las santas máximas de la religion cristiana, supo corresponder desde luego á los desvelos de sus buenos padres, y ántes de llegar á la juventud era ya un modelo de puras costumbres y de vida ejemplar. Aspirando, sin embargo, á mayor perfeccion, tomó el hábito en el convento de Capuchinos de Roma, donde se distinguió por sus estudios y sus virtudes, entre las que sobresalió en la de la humildad y obediencia. Viendo sus rápidos adelantos y convencidos sus superiores de que podian esperar el mejor fruto de tan fecunda semilla, le enviaron á los principales colegios de la Orden para terminar su carrera y ampliar sus conocimientos; correspondió Modesto á la distincion que se le hacia, y en un breve período pudo figurar entre los miembros mas afamados de la Orden. Ordenado de sacerdote, se le destinó al sagrado ministerio de la predicacion de la divina palabra, y como tenia tanta elocuencia como erudicion, fué por largo tiempo el ídolo de la ciudad de Roma, el predicador favorito de los civilizados hijos de la ciudad eterna. Sus discursos, sin embargo, eran graves y severos, y abundaban en esa dignidad propia de la religion católica, que desechando todos los falsos y vanos adornos, solo aspira á mejorar los hombres y corregir las costumbres. Pero á pesar de esto era escuchado con placer, admirando todos la uncion de sus palabras, la profundidad de sus pensamientos, lo acertado de sus ideas y la grande elocuencia en fin que desplegaba en todas ocasiones. La fama que adquirió con este motivo llegó á valerle todo género de distinciones, y no tardó en ser elevado á los primeros puestos de su Orden. Elegido guardian de su convento de

Roma, desempeñó este cargo con celo y acierto, dando nuevas muestras de la piedad en que siempre habia brillado su espíritu y su corazon, y procurando con esmero se observase la regla de que siempre se habia manifestado celoso amante y partidario decidido. El buen nombre que adquirió en este destino fué causa de que poco despues se le nombrase definidor de su provincia de Roma de menores Capuchinos, nuevo puesto en que tuvo ocasion de prestar grandes servicios á su Orden y utilizar en beneficio suyo su antigua y no vulgar experiencia. En esta época fué cuando tradujo del latin al italiano un opúsculo á que titula el P. Génova en su Biblioteca Capuchina: *Regla de la perfeccion, dirigida únicamente al cumplimiento de la voluntad divina*: Roma por Mascendi, 1650.—S. B.

ROMANO (Fr. Pablo), religioso dominico. Tomó el hábito en la provincia de Calabria, y fué maestro de sagrada teología en su Orden, distinguiéndose mucho por su piedad y amor á la disciplina regular. Fué prepósito del colegio de Sta. María de Minerva, y miéntras se hallaba allí consagrado á la educacion de la juventud, publicó una obra con este título: *Compendio dell' Orazione mentale, dove con modo facile e breve s'insegna á principianti á farla.* Roma por Varese, 1662: segunda edicion, ibidem 1676, en 24.°—S. B.

ROMANO (Fr. Raimundo). Fué calabrés, y habiendo renunciado á todas las aspiraciones que en el mundo pudiera haber tenido, tanto por su capacidad, cuanto por sus buenas relaciones, quiso más que otra cosa asegurar su salud eterna, y se hizo religioso dominico en uno de los conventos de su país. Allí hizo completa la carrera de sagrada teología, con extraordinario aplauso de sus maestros, y cuando hubo concluido sus cursos con el éxito más brillante, mereció y le dieron el título de maestro, que estimó en mucho, no porque él tenia aspiraciones algunas, sino porque este dictado, como que le aseguraba de que para el desempeño del púlpito y del confesonario reunia las dotes á propósito, especialmente la capacidad; pues bien sabia él, y en todo esto su juicio era exactísimo, que no podria ser, no digamos laureado como maestro, pero ni áun aprobado si no lo merecia. Dedicáronle y dedicóse á la predicacion y á oir confesiones, y logró en estos ministerios muy abundantes frutos. Su voz era autorizada, su consejo siempre sano; sus miras no otras que el bien de las almas; y como no otra cosa procuraba ni queria, esto lo lograba, bendiciendo el Señor sus esfuerzos y haciendo que moviera, siempre que hablaba en público, á algunos de los que le escuchaban, y que nunca dejára de alcanzar sus resultados el especial trabajo que ponia para dirigir bien á las almas en el confesonario. Por supuesto que él era observantísimo para sí, pero para los demás tan dulce, que encantaba; tan angelical, que atraia, y hombre cuyas

palabras eran autorizadísimas, por ser declarado enemigo de la mentira. Conocia casi en la cara á las personas de verdad, y con estas se complacia, causándole verdadero horror un espíritu mentiroso. La Orden habria deseado que en Calabria, donde tantos frutos hacia, hubiese concluido su carrera con su vida; pero las necesidades de la misma religion dominicana exigieron el que se le trasladára, no muy lejos, á Roma, al convento de Santa María de Minerva, donde desempeñó el importante cargo de maestro de estudiantes y de los religiosos jóvenes que acababan de salir del noviciado. Claro es que todos ellos estuvieron muy contentos con tal maestro, y la Orden muy satisfecha de habérsele enviado, porque ciertamente era una especialidad. El se amoldaba á la rudeza de los rudos, para instruirlos segun necesitaban; él se elevaba á la altura de los sabios, si era necesario enseñarlos algo ó desvanecer sus errores ó extravíos; él sabia ponerse en todo, para bien de todos, y hacia bien á todos casi sin él pensarlo. No dejó en Roma de predicar y confesar, miéntras que fué allí maestro, pues aprovechaba el tiempo que le dejaban libre sus importantes ocupaciones, y cuando otra cosa no era, se iba á los hospitales y cárceles, y allí con los pobrecitos pasaba sus ratos santamente entretenido, y procurándoles un aprovechamiento tanto mayor, cuanto que ellos tenian que sufrir para lograrle la dulce violencia que el Padre les sabia hacer. Quisieron muchas veces poner á su cuidado los más importantes cargos de la Orden; pero él lo resistió, y sus superiores estimaron sus excusas, porque veian el provecho que de él se sacaba, teniéndole así en su centro, y que no se lograria ningun adelanto si se le sacaba, por decirlo así, de quicio, y se le ponia en otra atmósfera que no le fuese tan adecuada. Así se pasaron sus dias, llenos de merecimientos, porque no habia uno en que no hiciera algo para gloria de Dios; así esperó la muerte, preparándose cuando la vió próxima con todos los auxilios que la santa religion de Jesucristo presta á sus hijos; ofreciendo á todos los más acabados ejemplos de perfeccion, y siendo sentido como habia sido admirado; y muy llorado, especialmente de sus discípulos, que contaban perder, no un maestro, sino un amigo; no un superior, sino un padre cariñoso y tierno. Dejó escrito un libro, titulado *Compendio dell' Orazione mentale, dove con modo facile é breve s' insegna à principianti à farla.* Esta obrita fué recibida como merecia con grande aplauso, y en su favor diremos que la primera edicion, muy numerosa, se agotó en poco más de dos años, y que hecha otra segunda, por su autor mismo, en 1676, fué de igual manera arrebatada, contándose por dichoso quien lograba un ejemplar. —G. R.

ROMANO (Fr. Rodulfo), trinitario y patriarca de Alejandría. Fué natural de Cremona, en Italia, y pertenecia á una distinguida familia. Pasó su infancia estudiando gramática latina y retorica, pasando luego á la famosa

universidad de Bolonia, donde cursando las leyes y los cánones, salió gran estudiante, y se graduó de doctor en ambos derechos, obteniendo una cátedra en la misma universidad, que regentó con notable aplauso y comun utilidad por espacio de algunos años. Pasó á Roma á evacuar ciertos negocios, y en esta ciudad fué donde decidió abandonar el mundo para seguir á Dios en el estado religioso. Visitando el convento de Santo Tomás de Formis, del órden de la SantísimaTrinidad, tuvo la suerte de ver y hablar con el gloriosísimo Padre y fundador S. Juan de Mata, quedando ambos tan satisfechos de la conversacion que tuvieron, que Rodulfo determinó visitarle de contínuo, como en efecto lo hizo, acudiendo tambien á algunos sermones predicados por aquel bienaventurado Patriarca, los cuales, cautivándole por su doctrina, le determinaron con más ahinco á abandonar el mundo y á vestir el hábito de la Santísima Orden Trinitaria. Pidiósele, pues, al bendito Juan de Mata, quien gozoso sobremanera, se le otorgó sin dificultad alguna, tanto porque sus letras le hacian muy digno y muy á propósito para la religion, cuanto porque por divina revelacion le constaba que era un futuro martir de la fe. Tuvo, pues, el glorioso Patriarca la satisfaccion de vestir con su propia mano el hábito trinitario á Rodulfo, teniendo tambien al año siguiente el santo placer de recibirle la profesion. A poco tiempo, y á fin de que el mundo gozase el esplendor de las luces que en ól brillaban, dispuso que saliera á predicar al pueblo romano, teniendo con este motivo ocasion de difundir por todas partes el rico tesoro de su sabiduría. Tanto se divulgó su fama, que el Sumo Pontífice Inocencio III mandó llamarle, y tuvo con él una larga conferencia, de la que quedó tan satisfecho, que le encomendó el desempeño de algunos graves é importantes negocios, de todos los cuales dió muy cabal y señalada cuenta, porque era hombre sumamente hábil y práctico en extremo en toda clase de negocios, así eclesiásticos como políticos. Habiendo convocado dicho Pontífice el Concilio Lateranense, llamó á él al Patriarca de Alejandría; pero viéndo que se excusaba, acaso con intenciones de no asistir, envió á Fr. Rodulfo con el carácter de legado á invitarle personalmente. Llegando el buen religioso á Alejandría, y viéndose con el Patriarca, le habló empleando tan persuasiva elocuencia, que aquel prelado superior y todos los obispos que no se hallaban dispuestos á obedecer las órdenes ni el llamamiento del Papa, se convencieron de tal suerte, que todos vinieron á Roma en compañía de Fr. Rodulfo, y asistieron al Concilio con notable satisfaccion del Sumo Pontífice, que veia destruidos los primeros gérmenes de un cisma, por la habilidad y penetracion de Fr. Rodulfo. Terminado el Concilio, en el que fueron resueltas muchas graves é importantes cuestiones, tomando parte Fr. Rodulfo en la discusion, y emitiendo en todas su parecer con mucho acierto, predicando tambien muy luminosos

sermones; el Pontífice, á causa de haber fallecido el Patriarca de Alejandría, puso los ojos en él para sustituirle; y con efecto, fué consagrado como tal en su convento de Santo Tomás de Formis, celebrándose el acto con el mayor lucimiento y solemnidad, asistiendo todo el colegio de Cardenales y el Sumo Pontífice en persona. Pasó inmediatamente Fr. Rodulfo á tomar posesion de su iglesia, y empezó á gobernarla con tanto acierto, esparciendo por do quiera tales rayos de luminosa sabiduría, que causó la admiracion general, venerándole todos como á un santo desde el primer dia que llegaron á conocerle. Puso el nuevo Patriarca su más especial cuidado en vigilar sobre la pureza de las costumbres públicas, convencido íntimamente de que la desmoralizacion de un pueblo es la causa principal de sus desgracias y de su ruina. Pero su extremado celo en esta parte le ocasionó infinitos sinsabores. Vivia en Alejandría cierto caballero principal, observando públicamente tan relajada conducta, que tenia escandalizados con ella áun á los más viciosos libertinos de la ciudad. Reprendióle algunas veces el celosísimo Patriarca, y le amenazó si no se enmendaba, con emplear en contra suya las poderosas armas espirituales de la Iglesia. Aunque todas las amonestaciones de Fr. Rodulfo llevaban el sello de la caridad, de la mansedumbre y la dulzura, el obcecado caballero, dándose por ofendido, no solo no puso enmienda á sus desórdenes, sino que más desenfrenado continuó escandalizando con su procaz incontinencia. Viendo el prelado que sus amonestaciones se despreciaban, que sus consejos no se oian, y que aquel infeliz iba cada vez más encenegándose en el lodazal de la culpa, se halló, aunque con profundo sentimiento, en el terrible caso de excomulgarle públicamente. Mas irritado con esto el caballero, y juzgando ofensa á su honor aquella medida, se dejó llevar de la cólera, y buscó medios para quitar la vida al santo prelado. Acostumbraba éste salir algunas tardes de la ciudad con objeto de visitar los monjes de un convento situado en las márgenes del Nilo, y aprovechándose de esta circunstancia el desalmado caballero, salió en busca del Patriarca con algunos parciales suyos, y valido de la oscuridad de la noche, le acometió, causándole tantas heridas que le derribaron moribundo en tierra. Creyéndole difunto, y á fin de ocultar en lo posible su mal hecho, tomaron el ensangrentado cuerpo y le colocaron en una barquilla abandonada que en la ribera encontraron, dejándole flotar á merced de las olas. Pero la barquilla, dirigida por mano superior, arribó á la mañana siguiente con el Patriarca vivo á un puerto distante sesenta millas de Alejandría. Habia surgido allí la armada del Soldan de Babilonia, y encontrando los soldados la barca con el mal herido prelado, le presentaron al jefe, quien dispuso que le curasen, y le mandó llevar cautivo á Babilonia, procurando, cuando se enteró de su calidad, que no se le muriese por el crecido rescate

que esperaba sacar de su persona. Luego que le vieron restablecido, y con objeto de adelantar el momento de la redencion, le encerraron en un oscuro calabozo, donde le hicieron sufrir infinidad de martirios, que él resistió con la mayor fortaleza, sin querer por más que le instaban, ni tratar de su rescate, ni dar parte á la religion para que esta lo verificára, hallando sumo placer y fundando su gloria en padecer por Jesucristo y en llevar hasta el término de su viaje la pesada cruz que el Señor se habia dignado presentarle. Llegó, por último, á noticias de la religion lo que estaba sucediendo; pues los infieles, deseosos de obtener el lucro que se habian prometido, hicieron correr la voz de que se hallaba en su poder el Patriarca Rodulfo. Juzgó la Orden Trinitaria que en nada podia emplear tan dignamente los caudales destinados al piadoso objeto de la redencion, como en sacar de la esclavitud á su dignísimo Patriarca. Reunida una considerable suma, pasaron dos religiosos á Babilonia, pero llegaron tarde, porque ya el Señor se habia dignado premiar los méritos de su siervo, llevándole al eterno descanso, habiendo terminado su ejemplar vida en la estrechez del calabozo, y á consecuencia de los malos tratos recibidos. Murió aquel esforzado mártir de Jesucristo el dia 15 de Agosto del año 1243, dia señalado por celebrarse en él la festividad de la gloriosa Asuncion de la Santísima Virgen. Fué señalada la muerte del bendito Patriarca con algunos exteriores signos, que atestiguaron su gloria. Viéronse sobre su cadáver celestes resplandores, y obró Dios algunos portentosos milagros. Fué en vida Fr. Rodulfo muy devoto de la Virgen, por lo cual sin duda quiso su augusta patrona llevarle á descansar en el solemne dia, aniversario de aquel en que esta Señora subió á las eternas mansiones á coronarse de triunfante gloria. Todos los cronistas de la Orden citan á Fr. Rodulfo honoríficamente, y hacen especial mencion de su terrible martirio. — M. B.

ROMANO COLONA (Fr. Marcelo), religioso franciscano, natural de Catania, donde vió la luz primera, siendo hijo de una de las familias más antiguas é ilustres de aquella ciudad. Tomó el hábito en la provincia de Sicilia de la Observancia regular, de que fué uno de los miembros más ilustres. Distinguióse por sus talentos tanto como por sus virtudes, llegando muy en breve á obtener diferentes cargos, tales como los de lector en sagrada teología, predicador general y definidor de su provincia. Desempeñólos todos con celo y acierto, y hubiera continuado por más tiempo en su desempeño, si el cardenal Gerónimo Colona, que habia tenido ocasion de conocerle y apreciar sus buenas cualidades, no le hubiera elegido por confesor, puesto de confianza que ocupó durante algun tiempo. Murió en Catania en 1679, á la edad de sesenta y nueve años, dejando las siguientes obras: *La Sacra Deitá Catanesa*: Verona, por Francisco Rossi, 1648, 4.°—*Apologiam pro opere laudato*: Roma,

por Ignacio de Lazariis, 1669, 4.°— *Adventuale:* Catania, por Pablo Bitagni, 1670, 4.°— *Sermones del Santo Crucifijo:* ibid, Juan Russo, 1690, 4.°— *El Triunfo de la Sta. Cruz:* Catania, Pablo Biragny, 1681, 4.°—S. B.

ROMANONES (Fr. Juan), franciscano español de la provincia de Castilla, de la Observancia regular. Despues de haber tomado el hábito en esta provincia, en que hizo sus estudios hasta ordenarse de sacerdote, pasó fray Juan á la del Santo Evangelio en Méjico, llevado por su celo por la salvacion de las almas. Celoso obrero de la fe, trabajó con incansable actividad en la viña del Señor consiguiendo los mejores resultados. Una de sus primeras obras fué aprender la lengua del país, sin ella no podia hacer grandes adelantos, pues como dirigió la palabra á tribus bárbaras, escondidas en las montañas y en los bosques más espesos, por su odio á los dominadores, no solo su idioma sino áun todo lo que de ellos proviene, les parecia contrario á su independencia y libertad. Pero el P. Romanones, como otros muchos ilustres misioneros, trabajó con grande celo y muy buenos resultados en convencerlos de su error, en hacerles comprender que trabajaban contra sí propios y contra su país, al que privaban de la civilizacion, de la gloria y grandeza que quizá en lo futuro estaba destinado á obtener. Grandes fueron los trabajos á que se sometió para llevar á cabo semejante empresa. Largos y penosos viajes, peligros de todo género, y áun la misma muerte que tuvo que arrostrar con frecuencia, debian ser el premio de sus esfuerzos y fatigas. Mas no desmayó por esto, animábale la más firme conviccion, sabia que su reino no era de este mundo, y que todos sus dolores y penas serían premiados en el otro en justa retribucion de los beneficios que á sus hermanos hiciera en este. Así en un siglo no hubo en Méjico misionero más activo y celoso, no hubo hombre que trabajára con más acierto y buenos resultados en la predicacion, sabiendo adaptarse al genio de los naturales, á sus usos y costumbres, y viviendo en fin entre ellos en la más dulce armonía como individuos de una misma familia, como hijos de un mismo padre. Era por lo tanto amado y venerado por los pobres indios, que hasta olvidaban su calidad de castellano en gracia de las buenas cosas que los enseñaba, de lo mucho que trabajaba por ellos y se interesaba en su felicidad y bienestar. No contento con tan penosos esfuerzos, quiso dejarlos consignados á la posteridad para que pudiesen utilizarlos sus sucesores, y entónces fué cuando emprendió diferentes obras en idioma mejicano, que llevó á cabo con grande rapidez y los mejores resultados, reuniendo en una todos los *Sermones* que habia pronunciado en esta lengua, y dejó manuscritos para que pudieran aprovecharlos los misioneros sucesores suyos, y compiló en otra varios *Tratados* que ignoramos á lo que se refieren, dejando, por último, en latin una obra intitulada *Strommata quædam Scripturæ Sacræ.* —S. B.

ROMANS (Humberto de), ilustre y venerable general de la Orden de PP. Predicadores. Este excelso varon, tan elogiado por todos los historiadores contemporáneos como uno de los más santos religiosos y de los más ilustres generales de la órden de Sto. Domingo, nació á principios del siglo XIII en Romans en el Delfinado, en la diócesis de Vienne, á cuatro leguas de Valencia, y situado á las márgenes del rio Isere. Un autor moderno dice que sus padres eran de calificada nobleza, muy acomodados y de gran piedad. Tomás de Catimpre cita y sale garante de su nobleza; y su santa educacion y virtudes justifican y prueban la piedad de sus progenitores, que se esmeraron en dar igual ejemplo y educacion á todos sus hijos. Así era que se complacian en ejercer la más oficiosa hospitalidad con los siervos de Dios, particularmente con los cartujos, cuando la ocasion ó la necesidad les obligaba á pasar por aquella poblacion. La edificante conversacion y el trato con estos piadosos cenobitas sembraban en el tierno corazon del jóven Humberto las puras semillas de la virtud, que la gracia ya le habia concedido, inclinándole y concibiendo el más vehemente deseo de abrazar su instituto y de imitar su penitencia. Este deseo no fué lo que ménos contribuyó á hacerle caminar desde sus más tiernos años por la senda de la justicia, como un hombre, que habiendo renunciado al siglo, no debia tomar parte alguna ni en sus diversiones ni en sus placeres. Habiendo sido enviado por sus padres á seguir los estudios á las escuelas de París, no solamente evitó con el mayor cuidado las ligerezas de la juventud, y travesuras que la son propias, sino que constantemente vivió entregado al ejercicio de varias prácticas de piedad y de penitencia, poco comunes en los estudiantes. Esta precaucion era muy necesaria, sobre todo, en una época y en una ciudad, donde segun la historia de aquel tiempo, las costumbres de los estudiantes eran muy viciosas y corrompidas. La disolucion y los excesos más punibles los consideraban como un simple juego y distraccion, pareciendo invitarles la ocasion y el mal ejemplo. Santiago de Vitry, testigo ocular, dice que en una misma casa estaban en reunion las escuelas y los lupanares y lugares infames. Los clérigos que dispensaban más aquellos excesos, y áun observaban una vida criminal y licenciosa, eran los más estimados y mejor recibidos; y á los que observaban una vida contraria de frugalidad, y las reglas de la modestia y de la virtud, se les trataba de avaros, hipócritas y supersticiosos. La mayor parte no estudiaban otras materias que las que lisonjeaban su vanidad, la curiosidad, su ambicion ó su interés. Estaban divididos no solo por la diversidad de escuelas, sino tambien por las naciones á que pertenecian, franceses, ingleses, alemanes, normandos, borgoñeses, bretones, lombardos, sicilianos, flamencos y otros. A cada nacion se la atribuia su vicio particular, viniendo muchas veces en sus disputas á pasar de las palabras á las ma-

nos. El abad Fleury, cura de Argenteuil, recarga mucho este cuadro, de que debe suprimirse la parte más vergonzosa, ofensiva á la buena moral. Perfectamente se comprende lo difícil que sería á aquel virtuoso jóven sustraerse al torrente que todo lo invadia, y en que podia ser envuelto áun á pesar suyo; pero se sostuvo valerosamente contra el mortal contagio del ejemplo. Humberto lo contrarestaba con la práctica de buenas obras, con la oracion, los ayunos, la limosna, y la mas séria y constante aplicacion al estudio. Sin querer pasar por devoto, ni temer la censura de los libertinos y sus picantes burlas y chanzas, acudia con frecuencia á oir la palabra de Dios, y á hacer oracion todos los dias, bien en la iglesia de la parroquia, ó en la de nuestra Señora, asistiendo algunas veces al oficio de la noche. Muy léjos de que estos ejercicios de piedad fuesen un obstáculo ó impidiesen el progreso de sus estudios, por el contrario los hacia muy grandes, tanto en las bellas letras como en las ciencias superiores, principalmente en la teología y en el derecho canónico. Su cuidadoso esmero para huir del trato y conversacion de las malas compañías, no siempre le evitaban el presenciar con frecuencia escándalos, que ofendian á su tímida piedad y recato, dándole motivos para suspirar y desear con más ardor el llegar al puesto destinado á su santificacion. Para acelerar su alejamiento y retiro y confirmar su vocacion, la Providencia se valió de las predicaciones del bienaventurado Jordan de Sajonia, y de los sabios consejos que le dió el párroco de San Pedro de las Vacas, cierto dia que le encontró en un rincon de su iglesia, donde el piadoso jóven hacia oracion con mucho recogimiento. La buena opinion, que se extendió por todas partes de los primeros hijos de Santo Domingo, le animaban por una parte para pedir su hábito, pero el recuerdo de su primitiva vocacion le detenia, haciéndole dudar por cuál se decidiria. La resolucion que habia tomado casi desde su niñez de pertenecer á los Monges Cartujos la consideraba como una especie de voto, no creyendo le fuera permitido alistarse en otro estado y religion. Habiendo propuesto su duda á varones entendidos y desinteresados, le hicieron comprender que una simple resolucion no era un compromiso indispensable, que estaba en tiempo hábil para poder hacer su eleccion, y que tanto en uno como en el otro instituto podria santificarse; pero que entre los santos solitarios no hubiera podido, como en una órden apostólica, hacer valer los recursos y los talentos de que Dios le habia dotado, sin duda para que los emplease en la instruccion de los pueblos y en la salud de las almas. Haciéndole fuerza y complaciéndole este dictámen, Humberto nada más tuvo que desear; recibió el hábito de los hermanos Predicadores en el convento de Santiago, el dia de S. Andrés del año 1224. Y tres meses despues atrajo con su ejemplo á la misma profesion al célebre Hugo, bajo cuya direccion habia es-

tudiado derecho en las escuelas de París, como consta en la historia de este notable cardenal. Si el retiro al claustro de un doctor de tanto mérito y de la reputacion de Hugo, fué un grande motivo de alegría para el nuevo religioso, que ciertamente parecia comenzar sus conquistas por la de su maestro, no le fué ménos sensible la marcha de uno de sus hermanos, el cual despues de haber estudiado con mucho aprovechamiento en París y en Bolonia, se consagró al servicio del Señor bajo el hábito de S. Bruno. Pareció sin duda alguna que la Providencia habia influido en aquella separacion, señalando el destino de aquellos dos hermanos. Así correspondieron el uno y el otro y con igual fidelidad á la gracia de la vocacion. El cartujo en el silencio y la soledad, vivió como viven los amigos de Dios, que no tienen sobre la tierra más que el cuerpo, y que murió en olor y en opinion de santidad. El dominico añadió á la práctica de todas las virtudes cristianas y religiosas, los trabajos del apostolado, que le elevaron á la más alta perfeccion. Bien pronto, despues de hecha su profesion religiosa, fué elegido y empleado, segun sus sobresalientes talentos, para instruir á los fieles en el púlpito y en la cátedra. Desempeñó ambos empleos en Lyon con el mayor aplauso, y en París con un suceso imponderable. Su profundidad é inteligencia en las santas Escrituras, el don de la palabra y la inocencia de su vida, le adquirieron desde luego gran celebridad; segun lo hace constar Tritemio y Douboulai, que le cuenta entre los más ilustres académicos. No se sabe con certeza el año en que el P. Humberto pasó á ejercer el ministerio de la predicacion en la Palestina; pero él mismo dice que habia visitado los Santos Lugares, y que podia hablar con seguridad y certeza de las profanaciones que los sarracenos habian cometido en la retirada del emperador Federico, y en los registros que hicieron, pues él mismo vió por sus ojos el ultraje que hicieron en la capilla donde se aposentaron y durmieron los sarracenos; en cuyo supuesto debe colocarse este hecho, segun la historia, hácia el año 1229 y ántes del de 1236. A su vuelta de Palestina se le encargó la direccion de la provincia Romana, donde se comportó con tanta sabiduría, prudencia y habilidad en el ejercicio de aquel alto cargo, que se granjeó el afecto y el amor de todos sus hermanos, ganándose al mismo tiempo el aplauso y admiracion de los pueblos, la estimacion de los prelados, y la confianza de los cardenales. Tomás de Catimpré asegura que despues de la muerte del papa Gregorio IX, muchos cardenales pusieron sus miras en el P. Humberto para elevarle al pontificado; sin embargo, no se conoce otro autor contemporáneo que cite este hecho; pero sábese que durante el largo periodo que hubo de sede vacante, los cardenales, en sus juntas y reuniones, propusieron con el mayor interés á varios célebres varones, ántes de decidirse en favor del cardenal Sinibaldo de Fiesqui, que no fué elegido hasta pasados veintiun

meses despues de la muerte de su predecesor, y que tomó el nombre de Inocencio IV. El nuevo Pontífice empezó concediendo la púrpura romana á Hugo de Saint Cher, sucediéndole Humberto en la direccion y gobierno de la provincia de Francia, cargo que desempeñó sin intermision por el espacio de diez años. En pocos superiores y dignidades eclesiásticas se han visto reunidos tanta capacidad, instruccion y talento para conservar la Orden en toda su pureza, y la disciplina regular en todo su vigor, obediencia y energia, del mismo modo que para inspirar respeto y cariño á los demás particulares con su santo ejemplo, y su invariable amor á su estado y el exacto y fiel cumplimiento de sus deberes. Los religiosos franceses no eran los únicos que tenian tan brillante opinion y concepto de su ilustre superior; los italianos, los alemanes, los polacos, los ingleses y los españoles, reconocian y ensalzaban igualmente su sobresaliente mérito; y se lo dieron bien á entender en el capítulo celebrado en Buda el año de 1254 para la eleccion de general; los votos y sufragios no fueron repartidos entre varios sujetos, el P. Humberto los tuvo todos, y únicamente el sabio varon fué el que recibió con la mayor sorpresa aquel alto nombramiento que no esperaba y de que era digno por sus relevantes cualidades. Como sus predecesores, el bienaventurado Jordan, S. Raimundo y Juan el Teutónico, siguió exactamente los pasos y el plan de su bienaventurado fundador, teniendo formado su espíritu y disposicion, por decirlo así, por divina gracia para el bien y prosperidad de su Orden. Humberto de Romans, por lo tanto, se propuso marchar siempre por la senda que ellos habian abierto, tomándolos por modelo, tanto para su propia perfeccion como para la buena direccion de sus hermanos y la instruccion de los pueblos. Todos los reglamentos que se habian dado y formado en los treinta y dos capítulos precedentes, los confirmó en el tenido últimamente en Buda, tomando nuevas y eficaces medidas á fin de que se guardasen y observasen en todas las provincias con la misma exactitud y fidelidad que Humberto habia hecho observar anteriormente en las de Roma y de Francia. Con el tiempo pudo verse que despues del espíritu de oracion y de obediencia regular, que debe ser como el primer fundamento y el principal apoyo y sosten de toda órden religiosa, este sabio superior dirigió todos sus conatos y los deseos de su corazon en formar buenos predicadores, haciendo florecer en su Orden el estudio de las ciencias y de los idiomas para conseguir aquel resultado. Estaba bien persuadido que un ministro de la palabra, jamas conseguiria todo el fruto que debia esperarse de su alto y cristiano ministerio, si no era verdaderamente sabio, no pudiendo difundir las luces de la fe á remotas naciones y países, si no era conocedor profundo de los idiomas en que debia darse á entender. La primera provincia que visitó el general

Humberto fué la de Hungría; en aquella época tenia una grande extension; sin embargo, no dejó por eso de recorrerla á pie toda ella, y de observar sin la menor contemplacion ni condescendencia, si se cumplian las abstinencias y los ayunos que previene la regla, al mismo tiempo que se ocupaba de anunciar la palabra de Dios á todos los pueblos y en los que los intereses de su Orden podian necesitarle. Los religiosos sacaron gran provecho con su ejemplo, los fieles de su instruccion y cristiana predicacion, ganando igualmente infinito la corte de Hungría con sus saludables advertencias y consejos. Bela IV no se contentó con honrarle con su amistad y cariño, y quiso darle pruebas más señaladas de su estimacion y de su confianza, suplicándole y pidiéndole como un gran favor el que se detuviese algun tiempo más en sus estados para recibir los votos de la jóven princesa Margarita de Hungría. Bolando, despues de otros historiadores, cuenta que la reina Margarita, princesa tan ilustre por sus virtudes como por su nacimiento, hallábase en cinta en ocasion que los tártaros, en 1241, asolaban y destruian toda la Hungría, como un torrente impetuoso, con una crueldad bárbara é inaudita. El Rey y su esposa, consternados, ofrecieron y prometieron á Dios consagrar á su servicio la criatura que les habia concedido y que estaba aún en las entrañas de su excelsa madre, pidiéndole fervorosamente les mirase con ojos de piedad y de misericordia y no permitiese se apoderase de ellos aquella nacion feroz é impía. Sus votos y sus súplicas fueron acogidas por el Señor, y aquellos infieles, tan enemigos del altar como del trono de los príncipes cristianos, hartos de derramar la sangre de sus semejantes, salieron prontamente de aquel país, adonde habian llevado la desolacion y el exterminio; y la Reina dió á luz con la mayor felicidad una hermosa niña, á la que se puso el nombre de Margarita. Cuando esta princesita llegó á la edad de tres años, se vió con el mayor placer y satisfaccion que sus inclinaciones y su buen natural principiaban á desenvolverse, haciéndola mucho más propia y digna de tener á Jesucristo por esposo, que á propósito para pasar su vida en las delicias y distracciones de la corte. No se encontró por entónces lugar más acomodado y favorable para llevar á cabo este designio y la promesa de sus régios padres que el monasterio de religiosas de Sto. Domingo, construido poco despues que el de Vesprime, y que ya era muy célebre por la santidad de un gran número de vírgenes que en él se habian consagrado al servicio de Dios. El Rey y la Reina, para cumplir debidamente su promesa, condujeron á aquel monasterio con gran ostentacion y aparato á la jóven princesa, que avanzó cada dia más y más en la piedad y ejercicio de las virtudes, á medida que adelantaba en edad. Sus augustos padres conocieron desde luego que la víctima que habian ofrecido en holocausto, y presentado al altar, era agradable al Señor, produciéndo-

les aquel suceso tanta alegría, que determinaron construir de nueva planta una iglesia y un nuevo monasterio en honra y gloria de la Madre de Dios. Se eligió para aquel piadoso objeto una isla, solamente distante media legua de la ciudad de Buda, y que en lo sucesivo se llamó Isla de Sta. Margarita. Habiendo terminado la construccion de estos edificios en 1254, el rey de Hungría los puso en seguida á disposicion del ilustre general Humberto, suplicándole se dignase conducir y acompañar á la princesa con cierto número de religiosas de Vesprime, con el fin que en este nuevo santuario, más próximo á la Real ciudad, continuase sirviendo á Dios bajo el hábito de Santo Domingo. El P. Humberto asintió tanto más voluntariamente á los deseos de su majestad, cuanto conocia de bastante tiempo todo el mérito y sublimes virtudes del precioso depósito que se le confiaba. Con todo eso, examinó con el mayor cuidado y atencion las disposiciones de la bienaventurada Margarita, que acababa de dar nuevas pruebas de su firme vocacion rehusando la alianza y peticion de su mano por los reyes de Polonia y de Bohemia. No tenia todavía más que doce años, cuando el P. Humberto recibió sus votos solemnes de religion, pues lo permitian pudiese hacerlo así la practica de aquel tiempo, y la Santa Sede hubiera concedido la dispensa necesaria; y la mejor prueba que se tuvo de que no se obró en este caso con precipitacion, fué la perseverancia, ó mejor dicho, el progreso continuo de esta casta vírgen, en la que resplandecia la santidad y un género de vida inmaculada, de que era sabedor todo el reino de Hungría; no hay más que consultar la historia de esta Santa, donde estan consignadas sus virtudes y sus muchos milagros, escrita por un autor de la misma nacion, é insertada despues en el segundo tomo de las actas de los santos, y finalmente traducida al francés por Mr. Arnaud d'Andilly. Despues de haber cumplido y satisfecho las intenciones y deseos del rey de Hungría, y llenado todos los deberes de su cargo en aquel país, el P. Humberto dió la vuelta á Italia, en donde en cuanto llegó recibió dos cartas del papa Alejandro IV. Una y otra estaban escritas y fechadas en Nápoles en el último dia de Diciembre de 1254. La primera, dirigida al general de la órden de Sto. Domingo y á todos sus religiosos, no era propiamente ni llevaba otro objeto que participar la noticia de la exaltacion del nuevo Pontífice pidiendo á la religion el auxilio de sus oraciones. La segundo revocaba algunos breves de Inocencio IV, que parecia favorecian poco á las órdenes regulares. Estos habian tenido en la persona de Alejandro IV un celoso y potente protector, que durante todo el tiempo de su pontificado no cesó de darles señaladas pruebas de su amor de padre. A fin de que estas favorables disposiciones pudiesen servir con mayor utilidad para la edificacion de los pueblos y para la salud de las almas, los superiores generales de las dos órdenes de Sto. Domingo y de San

Francisco, animados del mismo espíritu evangélico, concertaron de consuno procurar los medios de estrechar más y más los lazos de una santa amistad que perpétuamente debia unir á sus hermanos. Consérvase una extensa carta del 10 de Febrero de 1255, dirigida á todos los religiosos de uno y de otro instituto, y firmada por los dos generales Humberto de Romans, y Juan de Parma. Bien puede considerarse este contrato como un precioso monumento que atestigua el gran celo, piedad, humildad y el santo amor encendido en los corazones de aquellos dos grandes personajes. Así es que su objeto era el más laudable, pues era el de restablecer la excelencia y la necesidad de la caridad fraternal, prescribiendo sábiamente el modo de practicarla, previniendo y haciendo cesar todo motivo de division, de descontento ó de queja, y tratando de utilizar todos los medios que pudiesen contribuir á que fuese eterna y permanente aquella perfecta union, que siempre fué admirada en los bienaventurados fundadores, y que miraron como la más rica herencia que podian dejar á sus hijos. Esto mismo era lo que el P. Humberto en aquel memorable documento, lleno de fuerza y de uncion, acaba de recomendar á sus religiosos, repartidos en los diferentes reinos, y que él propuso nuevamente á todos aquellos que se encontraron pocos meses despues reunidos en el segundo capítulo general, que se celebró en Milan. El gran número de misioneros que era necesario enviar continuamente al Oriente y á las vastas regiones del Norte, era el principal objeto de estas frecuentes asambleas y de la solicitud de un superior cuyo celo y cuidados se extendia á todo. Como si la Providencia le hubiese confiado especialmente el procurar la reduccion de los cismáticos y la conversion de los judíos, moros é idólatras, no omitió nada en cuanto estuvo de su parte para dar á todos el conocimiento de Jesucristo, de su Evangelio y de la verdadera Iglesia. Aún no satisfecho con haber hecho partir desde el mismo capítulo de Milan muchos predicadores de la fe para misiones extranjeras, escribió una epístola general á todos sus hermanos, en cualquier parte del mundo en donde se hallasen, recomendándoles especialmente tres cosas. La primera era una asídua y constante aplicacion al estudio de los idiomas orientales, el hebreo, el griego y el árabe, cuyo conocimiento era tan indispensable y preciso para comunicar y hacer comprender las luces y verdades del Evangelio á los griegos cismáticos, á los judíos, á los mahometanos, y á los gentiles. En la segunda encargaba un completo desprendimiento de todas las conveniencias y comodidades que cada uno podia disfrutar en su país y entre sus parientes, haciéndoles entender que los verdaderos discípulos de Jesucristo no debian conocer otra patria que el cielo, estando siempre prontos y preparados para pasar sin ninguna excusa ni dilacion á todos los países donde la Providencia les llamase para los intereses de la religion.

Finalmente, exhortaba á todos aquellos que se hallaban ya con tan felices disposiciones á que lo hiciesen saber á todos, á fin de que distribuyendo los obreros evangélicos segun las necesidades de los pueblos, él pudiese procurarles todos los socorros espirituales de que tuviesen necesidad. Para inspirar á sus hermanos los mismos sentimientos de caridad, y del voluntario sacrificio de que estaba lleno su corazon, el celoso superior les recordaba el ejemplo de los apóstoles, que despues de la Ascension de su divino Maestro no permanecieron ociosos en la Galilea, repartiéndose por todas las naciones de la tierra, alumbrando con la antorcha de la fe por un lado á los indios, por otro á los etiopes, unos en Asia, otros en Africa, del mismo modo que entre las naciones conocidas. La extension de esta epístola impide su completa traduccion; pero produjo el efecto más favorable, pues segun S. Antonino, que puede contarse dignamente entre los primeros de estos fervientes religiosos, manifiesta que desde los paises más remotos no solamente se presentaron con la mayor alegría y abnegacion para desempeñar aquellas arriesgadas misiones, sino que todavía rogaban encarecidamente á su santo General, por la sangre derramada por Jesucristo, les enviase segun su voluntad por todas las partes donde juzgase eran más á propósito, porque estaban dispuestos á sufrir el martirio entre los gentiles por la confesion y la propagacion de la fe. S. Raimundo de Peñafort, que vivia todavía en su retiro en Barcelona, le dió en aquella ocasion un nuevo motivo de consuelo y alegría al infatigable General, manifestándole que sus religiosos de España, de los que muchos poseian varios idiomas, trabajaban con el mayor éxito y buen suceso en la conversion de los moros, particularmente en los reinos de Granada y de Túnez. Pero á fin de que los frutos de sus misiones fuesen siempre copiosos y más abundantes, el papa Alejandro IV exhortó al provincial de España á que aumentase y multiplicase los ministros de la predicacion entre los infieles; concediéndoles Su Santidad además muchos privilegios, dispensando de todas las irregularidades con igual poder que los legados *ad latere*; y cuyo breve tiene la fecha de 27 de Junio de 1256. Humberto se hallaba entónces en Paris, donde y durante se celebraba su tercer capítulo general, el rey de Francia S. Luis le honró y le dió señaladas muestras de su estimacion. La más preciosa y considerable fué la de elegirle para tener en las fuentes bautismales á uno de sus hijos el príncipe Roberto, conde de Clermont, glorioso tronco de la casa de Borbon. Entre los modernos que refieren este hecho, puede citarse la autoridad del autor de la historia genealógica y cronológica de la casa Real de Francia y al sabio D. Denis en su *Gallia christiana*. Las sensibles disputas y excisiones promovidas despues de algunos años entre los doctores seculares y los regulares en la universidad de Paris, metieron mucho ruido en

aquella época. Un varon tan amante de la paz y la concordia como lo era este fiel servidor de Dios, no podia ménos de afligirse y deplorar el escándalo que daban estas continuadas discusiones, y del gran perjuicio que ocasionaban al reposo de los que únicamente consagrados al servicio de la Iglesia y del prójimo, se encontraban por estos disturbios faltos de la tranquilidad tan necesaria para dedicarse al estudio, á la oracion, y á la predicacion. Toda la elocuencia, habilidad y crédito que poseia el P. Humberto, lo empleó con su proverbial celo para pacificar los espíritus conturbados y conseguir la deseada paz, que todos en general tenian igual interés en su establecimiento. Pero el momento suspirado y marcado por la Providencia aún no habia llegado. Todos los esfuerzos del piadoso General fueron inútiles, habiendo de contentarse con mandar se hiciesen oraciones en particular en todas las casas de su Orden para lograr el fin deseado, y por consejo de S. Luis volvió á Italia con el designio de proponer al vicario de Jesucristo los medios que á su parecer podrian adoptarse para echar los primeros fundamentos y disposiciones para conseguir la paz, miéntras que la sabiduría y el celo del santo monarca las hacia ejecutar para llegar á la conclusion que se apetecia. El libro intitulado *De los peligros de los últimos tiempos*, obra nacida en medio del fuego de aquellas encarnizadas disputas habia servido únicamente para fomentarlas y hacerlas más vivas. El autor fué acusado de muchos y graves errores y Su Santidad, despues del exámen de este libelo, juzgó ser necesario empezar los procedimientos contra el que parecia no llevar otro objeto al darlo publicidad, que hacer abortar todos los proyectos de reconciliacion. Sto. Tomás de Aquino, llamado á Italia, trabajó felizmente por órden y bajo la direccion del P. Humberto, para contrarestar y hacer conocer las punibles máximas que este libro contenia, contrarias á la piedad y á la verdad. El parecer de Hugo de Saint Cher, y el de los demás cardenales nombrados para su exámen, estuvieron conformes con las reflexiones del santo doctor. La escandalosa obra fué proscripta y condenada. El Papa y el Rey trataron con la mayor severidad al autor, obstinadísimo en sus opiniones particulares; pero á pesar de todo no se restableció por entónces la calma tan deseada. Las perturbaciones continuaron todavía por largo tiempo para ejercitar la paciencia y aumentar la solicitud y el celo del vigilante superior. De su parte, continuó llorando y suplicando al Señor, excitando y renovando en el corazon de sus hermanos todos el fervor, la piedad, confiando en Dios y en la poderosa proteccion de la Vírgen Santísima á fin de obtener del cielo por su intercesion lo que parecia imposible se consiguiera por los esfuerzos y la industria humana. Todo esto consta estar especialmente recomendado en sus cartas, como tambien por un discurso muy patético, que hizo en su cuarto capítulo general, congregado

en Florencia en el mes de Mayo de 1257. Pero en el que el año siguiente celebró en Tolosa, tuvo el gran consuelo de poder anunciar á toda su Orden que el Señor le habia mirado con ojos de misericordia. La epístola de este santo prelado, dictada por la más sublime caridad y llena del espíritu de Dios, es la siguiente:

«A todos los hermanos Predicadores, que nos amamos en la caridad de Jesucristo, el hermano Humberto, su inútil servidor, os desea salud y contínuo adelantamiento en la santidad. La sábia Providencia, siempre atenta á las necesidades de los hombres y principalmente á los elegidos, ha ordenado, en la profundidad de sus determinaciones, que todos aquellos que quieran vivir en el amor de Jesucristo, se hallen expuestos á sufrir la persecucion de este siglo maligno, á fin de que acrisolados con sus pruebas busquen con ardimiento en su corazon al Señor, su reino y su justicia, y que se hagan tanto más dignos de reinar algun dia con él, cuanto más hubiesen sufrido y practicado por su amor las más heróicas virtudes. Pero por el temor de que la humana fragilidad no sucumba al poder de las aflicciones, este Dios misericordioso cuida de endulzar las penas y sinsabores, con inefables consuelos. El Señor la sostiene con su poderoso brazo, y abrevia los dias de tribulacion. Lo que un dichoso y feliz ejemplo acaba de probarlo y enseñarnos. Vosotros bien lo sabeis, mis más queridos hermanos, entre estas largas y crueles persecuciones que todos habeis experimentado, y que á Nos han afligido con la mayor crueldad por el deber de nuestro cargo que nos impone ser el escudo y la defensa de todos, ¿de cuántas maneras no habremos sentido en nuestra alma la fuerza victoriosa del divino auxilio? Sin hablar de los consuelos interiores que el Dios de paz no ha cesado de derramar en el corazon de muchos, ¿no ha dado á todos pruebas brillantes de su divina proteccion, por los sentimientos que ha inspirado á nuestro favor, como igualmente al Santo Padre, á todo el Sacro Colegio, al Rey cristianísimo y á otra infinidad de varones, que no nos han olvidado en la tribulacion? Vosotros no podeis desconocer todo lo que nuestros gloriosos patrones han impetrado y obtenido del Señor en nuestro favor: como en otro tiempo el pueblo de Dios fué deudor de su libertad á la reina Ester y al fiel Mardoqueo, del mismo modo lo somos nosotros á la Santísima Madre de Dios, nuestra gloriosa protectora, y bienaventurado patriarca Sto. Domingo. Creo en verdad que estareis bien persuadidos de estos grandes beneficios, si atendeis á todas las circunstancias de tan feliz desenlace, que no debeis jamás olvidar, pues aunque parecia que el Señor nos habia abandonado por algun tiempo cuando rugia la tempestad, por fin vino á nuestro auxilio. Los vientos y el mar han respetado sus órdenes, y una dulce tranquilidad ha reemplazado á la borrasca, continuando del mismo modo. Todos nuestros

hermanos, reunidos aqui en gran número, nos afirman que en todas las naciones gozan en el dia de una profunda paz, dedicados únicamente al servicio de Dios y de la Iglesia, segun el espíritu de su vocacion. No nos resta más, mi muy queridos hermanos, que entresacar de entre estas punzantes espinas las flores de todas las virtudes, y asegurar nuestra vocacion con la práctica de las buenas obras. Hagámoslo de modo que se encuentren en nosotros estos frutos de bendicion que las tribulaciones de esta vida acostumbran á producir en los elegidos, pues todo contribuye al bien de aquellos que aman á Dios. Pero al mismo tiempo que demos las más dignas acciones de gracias á aquel que nos ha sacado de tan grandes peligros, imploremos la clemencia de Jesucristo de no hacer cargo en su juicio de este pecado á los autores de todas aquellas turbulencias; por nuestra parte, más vigilantes que nunca para evitar todo lo que pueda disgustar al prójimo, ú ofenderle de cualquier modo, procurando con el mayor cuidado conservar la paz con todos. No nos contentemos con vivir con piedad y que no se nos pueda censurar, redoblemos con más ardor nuestros oficiosos servicios á todos aquellos que crean encontrar el daño, cuando por el contrario deseamos facilitarles el bien; porque si censuran tan rigurosamente áun nuestras mismas prácticas de virtud, ¿qué no será si les damos ocasion para acriminar acciones verdaderamente reprensibles? En los más secretos repliegues de nuestro corazon, debemos buscar y examinar todo lo que merezca ser corregido; y profundamente humillados delante del Señor, si descubrimos en nosotros alguna cosa que los ojos de su divina Majestad debe mirar como ofensas, acudamos inmediatamente al saludable remedio de la penitencia. Aun cuando la persecucion se volviese á renovar, vuestros espíritus no deben turbarse ni abatirse vuestros corazones; bajo la proteccion de Dios, deben despreciarse los esfuerzos del hombre enemigo. Lo pasado debe servirnos de ejemplo para lo porvenir, haciendonos más reflexivos, más esforzados, pudiendo acudir siempre á la confianza de aquel cuya poderosa mano nos ha libertado de estas tribulaciones pasajeras: pues que el oráculo de Jesucristo nos dice que *el siervo nunca es superior al maestro*, ¿cómo podemos lamentarnos de agravio, cuando no nos hace sufrir más que una pequeña parte de lo que él mismo ha padecido? Alegrémonos, por el contrario, porque ha querido asociarnos á sus sufrimientos y partir con nosotros su cáliz de amargura, del mismo modo que lo ha hecho con sus apóstoles y con tantos héroes de la primitiva Iglesia. Y eso mismo nos será una prenda preciosa de la gloria, que esperamos poseer entre el resplandor de los santos por la misericordia del Padre y la gracia de su hijo Jesucristo, nuestro Dios soberano, bienaventurado y glorioso por todos los siglos. Continuad siempre, carísimos hermanos, pidiendo los unos por los otros, y haced

oraciones especiales por un gran número de fervientes religiosos que el Señor ha llamado á sí en el curso de este año; su muerte ha sido un lauro y un gran beneficio pare ellos, así como una pérdida para nosotros. No olvideis sobre todo en vuestras oraciones al que siendo servidor de todos, tiene mayor necesidad de los dones del Señor para trabajar útilmente en bien de su propia salud y de vuestra perfeccion. Dado en el capitulo general de Tolosa el año de nuestro Señor de 1258.»

El obispo de Tolosa era entónces Raimundo de Felgar, uno de los primeros discípulos de Sto. Domingo. La alegría que experimentó este ilustre prelado no fué menor que la de Humberto, al considerar en aquella congregacion tantos santos varones, y las bendiciones con que el Señor habia colmado á su Orden, mayormente habiendo presenciado sus débiles cimientos en su orígen; pero al mismo tiempo dió un nuevo motivo de edificacion á todos sus hermanos por la intachable regularidad de su vida religiosa y episcopal. Felipe de Monforte acababa de fundar un convento en la villa de Castrer, país de los albigenses, y habia igualmente obtenido el consentimiento del abad y de los religiosos que ántes poseian la célebre iglesia de S. Vicente Mártir, y les dió uno y otro á los hermanos Predicadores. El P. Humberto, habiendo aceptado la fundacion y el donativo en su capítulo de Tolosa, se puso en camino en el mes de Mayo para hacer la visita del monasterio de Prouilla. Como estaba tan instruido y era tan celoso observador de las máximas de Sto. Domingo, y sabia lo bien que se seguia el espíritu de la regla en esta primera casa de su Orden, el piadoso General nada encontró en ella que tuviera necesidad de correccion ó de reforma, limitándose á dar algunas reglas para la administracion de lo temporal y ordenar que el número de religiosos se fijase en el de ciento, bastando los recursos de aquella casa para su servicio y sosten, sin que hubiese necesidad de recibir ningun dote de las virtuosas jóvenes que Dios llamaba á su servicio. Esta ordenanza, que cita Bernardo Guidonis, é insertado por Dom. Martene en el cuarto tomo de sus Anécdotas, tiene la fecha de 11 de Junio de 1258. El dia 8 de Setiembre del mismo año, S. Luis dió otra prueba de su gran confianza en las luces y en la probidad del P. Humberto. El conde de Clermont disputaba sus derechos entre el rey y los condes de Poitiers y de Anjou. S. M. para que se examinasen los derechos de cada uno, y que se consiguiese una decision justa y segura, hizo reunir sus consejeros, muchos arzobispos y obispos del reino, y entre estos grandes personajes segun dice Budée en sus notas sobre las Pandectas, se encontraba el General de los hermanos Predicadores. Verdad es que el padre Humberto, no era menos hábil jurisconsulto, que sabio teólogo, y el santo monarca creia con razon poder contar y adherirse tanto más á su dictámen cuanto que le conocia por inca-

paz de hablar contra sus convicciones y rectitud. Al salir de París continuó su visita y sus acostumbrados trabajos, hasta que llegó el tiempo del capítulo que celebró el año siguiente en Valenciennes, en el condado de Hainaut. Su solicitud por el progreso de los estudios fué felizmente secundada por el celo del bienaventurado Alberto el Grande, de Sto. Tomás de Aquino y de Pedro de Tarantaise, que fué despues cardenal y papa, que se hallaron con otros muchos doctores célebres de París en el mismo capítulo. En aquella ocasion, otro negocio de importancia le ocupaba, el cual consideraba ser el más preciso y apremiante. Los tartaros empezaban de nuevo á hacer sus incursiones y ejercitar sus crueldades ordinarias, en tierras de cristianos, particularmente en el reino de Hungría, y la caridad cuidadosa del P. Humberto le hizo tomar las medidas necesarias para procurar sitios seguros y defendidos para los religiosos, que la proximidad de los bárbaros obligaria á alejarse de aquellos lugares devastados, y para reemplazar á los que ya habia inmolado la cuchilla de los infieles, procurando evitar que los pueblos, despues de haber perdido sus bienes y sus fortunas, no se encontrasen tambien desprovistos de todo socorro espiritual. Unió tambien sus humildes representaciones á los consejos del papa Alejandro IV y sus advertencias para desviar al rey de Hungría de su incertidumbre, temeroso de que escuchase las proposiciones de los tártaros; porque la alianza y las condiciones humillantes que ofrecian los infieles, eran igualmente vergonzosas para la gloria de un príncipe cristiano y á la religion, de la que hasta entónces Bela IV habia sido celoso defensor. No se sabe positivamente que este soberano hubiese contratado ninguna alianza particular con los infieles enemigos del nombre de Jesucristo, pero sí que la Providencia se sirvió de otros medios para salvar los restos de su pueblo, y desde el año de 1260 el rey de Hungría disfrutó de una paz duradera, no interrumpida á lo ménos por los infieles, pues solo fué alterada la tranquilidad del reino por el carácter díscolo del rey Esteban, hijo del anterior, ó por la ambicion de sus ministros. Eso es lo que puede deducirse de las cartas que el rey y la reina de Hungría escribieron al P. Humberto, en el tiempo que presidió su capítulo de Strasburgo, el año de 1260. Al mismo tiempo recibió el General otras de Roma, que le anunciaban que Su Santidad acababa de elegir á Alberto el Grande para ocupar la sede de Ratisbona: noticia fué esta que le afligió sobremanera, porque temia que esta promocion fuese más bien perjudicial á uno de sus más ilustres religiosos y á su Orden, que ventajosa para un pueblo, que conocia por su indocilidad y mala moral. Al punto escribió al bienaventurado Alberto, para persuadirle dimitiese y rehusase aquella dignidad, y que permaneciese firme en su renuncia. Con este motivo le suplicaba considerase y tuviese presentes los emba-

razos y obstáculos que se encontraban en el gobierno de las iglesias de Alemania; y lo muy difícil que era permanecer en estos puestos sin ofender á Dios y á los hombres. Le rogaba que una persona, que tanto habia amado los libros santos y la pureza de su conciencia, no se expusiese á verse comprometida en el tumulto de los negocios temporales, y á los continuos peligros de pecar. Finalmente, le hacia presente que el bien que pudiera hacer en el episcopado era muy incierto, miéntras que por su cambio de estado iba á perder los grandes frutos que habia conseguido ya, no solamente en Alemania, sino en toda la Iglesia, por su gran reputacion, por sus ejemplos y por sus escritos. Esta viva y patética exhortacion la terminaba protestando que preferia ver á uno de sus más estimados religiosos en el ataud, que sobre una silla episcopal. El bienaventurado Jordan en el mismo sitio se habia expresado del mismo modo, y esta manifestacion en la boca de uno y otro era muy sincera. A pesar de los deseos del santo General, de sus súplicas, de sus advertencias, todas sus exhortaciones no tuvieron entónces efecto ni resultado. Verdad es que Alberto el Grande no pensaba de diferente modo que el General, y que temia tanto como su superior, ó puede ser aún más, el peligro que le amenazaba, pero que no le dejó la libertad de rehusar aquella carga. El vicario de Jesucristo quiso ser obedecido, y Alberto aceptó temblando una dignidad que estaba muy léjos de haber deseado. Las consecuencias dieron bien pronto á conocer sus verdaderos sentimientos. Tres años despues, habiendo conseguido por fin que su dimision fuese admitida por el papa Urbano IV, el santo doctor volvió á su convento de Colonia, al mismo tiempo que el P. Humberto, por la cesion voluntaria de su cargo, volvió igualmente á su primitivo estado de religioso particular, despues de haber celebrado su octavo capítulo general en Barcelona, y el noveno en Bolonia, y últimamente en el de Lóndres, tenido en 1263, obtuvo de los definidores el permiso de renunciar un empleo, que solamente la obediencia habia podido hacérselo aceptar, y en el cual habia llenado cumplidamente los santos deberes que se le habian confiado durante nueve años. Habiendo dejado aquel alto destino, Humberto dejó á sus sucesores grandes ejemplos que imitar: razon por la que siempre fué considerado como el más perfecto modelo de un superior sabio, celoso, vigilante, siempre dispuesto á compadecerse de la fragilidad de los débiles, como á reprobar la vileza y las malas acciones, ó disimular, por deferencia, todo lo que pudiera enervar el vigor de la disciplina regular; nunca le abatieron los mayores trabajos; los contratiempos más sensibles no pudieron quebrantar jamás la firmeza de su alma; y los favores de los príncipes, los honores que recibió en Roma, en Francia, en Hungría, bien léjos de inspirarle el sentimiento del orgullo, no sirvieron de otra cosa que

de hacer conocer mejor la sólida humildad de su corazon, su modestia y su desinterés; virtudes meritorias, de que dió tan señalados ejemplos en los diferentes estados donde fué colocado por órden de la Providencia, y que aparecieron con un nuevo brillo cuando el papa Urbano IV quiso arrancarle de las delicias de su retiro y soledad para elevarle á la dignidad de patriarca de Jerusalen. Sensible á las necesidades de la Iglesia, que con tanta inteligencia habia gobernado durante muchos años, el soberano Pontífice deseaba ardientemente que un hombre del carácter del P. Humberto se encargase de ayudarle cerca de él. Mas los intereses de su primera grey le eran tan queridos, que deseaba dirigiese todas sus atenciones para con ella un pastor, de cuyas virtudes estaba bien penetrado, como igualmente de su talento, de su celo, de su larga experiencia en la direccion de las almas y su constancia en el trabajo. Pero la gran modestia del servidor de Dios se opuso á los deseos de Su Santidad. Nada fué capaz de hacerle consentir en su elevacion, permaneciendo siempre firme en rehusar aquella dignidad y cualquiera otra, puesto que renunció muchas, segun el testimonio de un autor contemporáneo. No le movia para ello la falta de celo que pudiera suponérsele, ni el temor del trabajo y responsabilidad, sino porque este varon santo rehusaba abandonar su delicioso retiro. Durante estas gestiones del gobierno, él supo encerrarse en el retiro de su corazon, para ocuparse á solas con Dios; y en el silencio del claustro gozaba perennemente con las dulzuras del reposo, y la variacion en muchas ocupaciones útiles. Más unido á Dios, y observando una vida toda celestial en las prácticas y ejercicios de la religion, no cesaba de rogar se le permitiese predicar y escribir. Las obras de piedad que salieron de su pluma, para señalar á todos los cristianos las vias seguras de salud, ó para ayudar en particular á los religiosos para que adquiriesen la perfeccion de su estado, dan bien á conocer que fué su preferente empleo y de eleccion, durante los catorce años que vivió aún en el convento de Valencia en el Delfinado. Los escritores eclesiásticos, el abad Tritemio, el cardenal Belarmino, M. Dupin, el P. Echard, y otros muchos han elogiado los escritos del P. Humberto, de los cuales han dado el catálogo. Se halla: 1.° Un tratado referente á los tres votos de la Religion, impreso en Haguenau en el año de 1508 y en Venecia en 1603.—2.° Un comentario sobre la regla de S. Agustin, y otro sobre el prólogo de las constituciones de los PP. Predicadores. El primero se imprimió en Como, en el ducado de Milan, en 1605, y en Mons en 1645; el segundo ha llegado á hacerse muy raro, parte de él se encuentra en la glosa sobre el prólogo y los primeros capítulos de las constituciones de la órden de Santo Domingo.—3.° Un tratado de los siete grados de la contemplacion, donde el autor explica con tanta uncion co-

mo precision y claridad todo lo que hay de más perfecto en las vias interiores.—4.° Una historia abreviada de la vida de Santo Domingo.—5.° Una pequeña crónica de su Orden, desde el año 1203 hasta el de 1254. Esta última obra la atribuyen algunos al P. Gerardo, del convento de Limoges, como tambien la historia del orígen de la órden de Predicadores y de sus hombres ilustres; sin embargo, se dice que el P. Humberto habia reunido la mayor parte de sus piezas, y dirigido la composicion en una y otra obra. Tambien se conservan del mismo autor doscientos sermones, impresos en Haguenau y Venecia; además dos libros para la instruccion de los predicadores, que fueron impresos en Vicencia en 1604, y en Barcelona el año de 1607. No debe confundirse esta obra con otra que enseña el modo de predicar la Cruzada contra los sarracenos. Nada era más comun y frecuente en el decimotercio siglo que la costumbre de predicar la Cruzada; pero se deslizaban en ella bastantes abusos; y si los ministros de la predicacion no hubiesen sido siempre muy cuidadosos de reglar su celo por la prudencia, lo que debia ser un medio de salud pudiera en muchos convertirse en una ocasion de ruina. La mayor parte de los que tomaban la cruz para ir á combatir los infieles en Oriente, creian que la indulgencia que se les prometia, unida á los trabajos y peligros á que iban á exponerse en aquella guerra santa, les aseguraba plenamente el perdon de sus crímenes y pecados; aunque por otra parte se cuidasen poco de mudar y mejorar sus costumbres y género de vida, de satisfacer sus deudas y de reconciliarse con sus enemigos. Se concibe fácilmente lo importante que seria que los ministros del Evangelio, en lugar de mantener á los pueblos en esta loca presuncion, por el contrario trabajasen en hacerles comprender bien los deberes más esenciales de la religion, y los motivos particulares que debian tener para hacer meritorios los sufrimientos inseparables de la empresa á que con tanto valor se habian entregado. Y sobre este particular versa todo lo que escribe este piadoso autor en la obra que se acaba de citar. Entre los manuscritos del Vaticano se halla uno con este título: *Libro del Venerable P. Religioso Hermano Humberto, quinto general de la Orden de Hermanos Predicadores, relativo á lo que debe tratarse en el próximo Concilio general de Lyon, bajo el papa Gregorio X, el año de nuestro Señor* 1274. Este excelente manuscrito, que se conservaba en otro tiempo en la biblioteca de la reina Cristina de Suecia, y que el P. Mabillon habia leido despues en la del Vaticano, está dividido en tres partes. En la primera, subdividida en veintisiete capítulos, el P. Humberto se propone demostrar 1.° Por qué medios se podrian recuperar los Santos Lugares, y conservarlos y defenderlos contra los esfuerzos de los infieles. 2.° Qué deben ser y cómo deben portarse los oficiales y los soldados que se empleen en aquella

expedicion. 3.° De qué manera deberá atenderse á su subsistencia. 4.° El autor insiste principalmente sobre la necesidad de hacer observar á las tropas las leyes de la disciplina militar, y más todavía las de la Religion, á fin de desterrar de los ejércitos de los Cruzados esos crímenes monstruosos, que han acarreado la cólera de Dios sobre las armas de los cristianos y frustrado los proyectos de los papas y de los más santos reyes. La segunda parte, que contiene diez y nueve capitulos, se ocupa del cisma de los Griegos. Despues de haber hecho entender la magnitud de este mal, y de explicar con toda claridad las causas que lo han originado, y las que le sostienen despues de tantos siglos, el P. Humberto propone en seguida los remedios que podrian aplicarse con el mejor suceso. Para facilitar la vuelta de los cismáticos á la fe verdadera, queria: 1.° Que se tolerase con una oportuna condescendencia la diversidad de sus ritos, de sus costumbres, de sus ceremonias, en todos los puntos que no interesasen á la fe. 2.° Que se impidiesen las vejaciones de los ministros, tanto de la Iglesia romana como de los príncipes latinos. 3.° Que los nuncios que se enviasen á los griegos, evitasen sobre todo el tratarlos con modos altaneros y el hacer grandes gastos. 4.° Aconsejaba que los Patriarcas orientales tratasen de someterse á pedir su confirmacion á la Santa Sede, juzgando el P. Humberto ser necesario el poner su obediencia á contínuas pruebas. Finalmente, hacia notar que en su tiempo, apénas se encontraba alguno en la corte de Roma, que pudiese leer las cartas de los orientales; de lo que tomaba ocasion para recomendar fuertemente el estudio de los idiomas, como tambien el de la teología, muy descuidado por aquellos mismos que debian esgrimir estas armas de su milicia. Este pequeño resúmen puede hacer conocer el mérito de toda la obra, que sin embargo no ha sido impresa; debiendo presumirse que el P. Humberto la compuso, por órden del papa Gregorio X, hácia el año de 1273, despues de la publicacion de la bula para la convocacion de un segundo concilio general en Lion. A todos estos escritos sigue otro que pudiera haberse colocado entre los primeros, porque el P. Humberto le compuso por el año de 1254. Como todos los religiosos estaban penetrados de su gran capacidad y del ardoroso celo que le animaba para el servicio de Dios, por lo principal que le recomendaron los definidores en el capítulo de Buda fué para ordenar, segun su prudencia, fuesen observados todos sus escritos respecto al oficio divino del dia y de la noche, las leyendas, la distribucion de salmos, el canto, las rúbricas; en una palabra, todas las partes del breviario, el misal, el martirologio, y los libros corales para el uso de la órden de PP. Predicadores. El P. Humberto puso la mayor diligencia, para que todo se ejecutase con exactitud, método y claridad. Ya en tiempo de su predecesor, á muchos religio-

sos de diferentes naciones les fué encargado el mismo trabajo, no pudiendo decirse quiénes de ellos lo descuidaron, pues hasta entónces no se habian presentado más que ensayos, colecciones ó retazos, que si bien algunos tenian su mérito y su belleza, carecian de correccion y del grado de perfeccion que se deseaba. Todos estos diferentes trabajos fueron puestos á disposicion del P. Humberto, tomando de ellos lo que juzgó conviniese más á la decencia y á la majestad del culto divino; pero se sirvió especialmente del Oficio que estaba entónces en uso en la iglesia de Paris, para arreglar aquel que ha sido siempre generalmente observado en toda la Orden de Sto. Domingo. El sucesor del Rdo. P. Humberto le hizo autorizar por una bula de Clemente IV, dada en Viterbo en 7 de Julio de 1267. Este Pontífice, despues de elogiar la sabiduría del autor y la utilidad de su obra (dividida en catorce libros) prohibe se haga en ella ninguna modificacion ó cambio sin un permiso especial de la Santa Sede. El parecer del vicario de Jesucristo ha sido siempre muy respetado; así es que principalmente en la celebracion de los santos misterios, la Orden de Predicadores ha seguido constantemente y sin la menor variacion el antiguo rito. Respecto de las rúbricas de la misa, la que prescribe al sacerdote servirse de la mano izquierda para recibir el cuerpo del Salvador, y de la derecha para su preciosa sangre, es más antigua que el P. Humberto y no la adoptó sino porque estaba entónces en uso áun entre los obispos y los cardenales; y puede verse la prueba de esto mismo en un manuscrito del siglo XIII, que se conserva en la biblioteca del Rey, con el título de *Cœremoniale Romanum multiplex*. Tambien se atribuye al P. Humberto, un escrito titulado: *Espejo de los religiosos*. Un libro que trata *De las verdaderas y falsas virtudes*; y una *Coleccion de sermones* para la Cofradía del Rosario. La primera de estas obras, como se ha dicho ántes, pertenece á Guillermo Perrault, y los antiguos no hacen mencion de los otros, ni los colocan entre los que son verdaderos de este autor, teniéndolos en el concepto, por lo ménos, de dudosos. No sucede lo mismo con la obra que señala en detall los deberes particulares de todos los religiosos, encargados de algun oficio de la órden de Predicadores; verdad es que en la edicion de 1625 recomiendan las obras de Fr. Luis de Granada como una de las principales que deben estudiar y leer los novicios; pero es indudable que esto último ha sido añadido por el editor, pues efectivamente no se encuentra ni en las primeras ediciones, ni en los antiguos manuscritos, bajo el nombre del P. Humberto. Como si nada debiese escaparse al celo de este digno sucesor de Sto. Domingo, su atencion parecia tenerla siempre fija en cada uno de sus hermanos, facilitándoles luces y conocimiento en todo aquello que pudiera servirles y serles necesario, tanto para dirigir su espíritu, como para designar las funciones correspondientes á cada empleo. Así

es que era muy considerado y respetado como hombre lleno de espíritu de su Orden, y justamente atendido, como regla viva de todo lo que es bueno y perfecto, y por sus excelentes ejemplos de virtud y santidad. En estas laudables ocupaciones, y en el ejercicio del ministerio de la predicacion, pasaron los últimos años de la vida de este gran siervo del Señor, practicando con más exactitud y perfeccion todo lo que enseñaba á los demás, y esto todos los dias de su existencia. Finalmente, consumido con tantos trabajos y vigilias, y mucho más cargado de méritos que de años, murió en el seno del Señor el dia 14 de Julio de 1277. Su memoria permanece eternamente bendita en el corazon de todos sus hermanos; y sus santos restos reposan en la iglesia de Dominicos de Valencia, en el Delfinado, donde en el epitafio se lee su elogio y la fecha de su muerte, como ántes se señaló, conforme á las actas del capítulo celebrado en Milan en el mes de Junio de 1278. Ha sido sin duda por un error la fecha que marca una pequeña crónica, que se encuentra al final de las constituciones de su Orden, pues fija la fecha de la muerte del P. Humberto en el año de 1274. Igualmente se equivoca Mr. Dupin, cuando dice que este gran varon, despues de su voluntaria dimision, se habia retirado al convento de Lion; bien es verdad que Leandro Alberto, Miguel Pio, Bzovius, y el jesuita Teófilo Raynaud, en su Catálogo de los Santos de Lion, habian dicho lo mismo. Pero segun los autores contemporáneos, el convento de Valencia fué el lugar donde se retiró el P. Humberto, y el mismo en donde acabó sus dias tan santamente. Muchos historiadores, atendiendo á su gran fama y á la reputacion adquirida por sus virtudes, le dan el título de santo, pero la Iglesia todavía no lo ha confirmado.—A. L.

ROMARICO (S.), abad y confesor. Pocas veces se anida la virtud en los palacios, corte frecuentemente de los vicios, de la envidia, de la soberbia, del orgullo y de la perfidia en todas sus fases; pero la historia no deja de presentarnos, por fortuna, reyes y reinas santas, príncipes virtuosos, y palaciegos que no se han inficionado con los pestilenciales miasmas de la vanidad, ni dejado arrastrar por la ambicion, ni por la lisonja que forma el ambiente empozoñado de los alcázares reales, por santos que sean sus señores. Si no fuera así, no habia para qué venerar instituciones que la experiencia presenta por las mejores para la tranquilidad de las naciones, ántes fuera deber atacarlas por perniciosas; pero Dios quiere que el bien y el mal se presente en todas partes, para que el hombre, á quien ha concedido el libre albedrío, pueda elegir el ejemplo que más convenga seguir á sus instintos, porque de este modo prueba su amor ó su desvío. Príncipe de sangre real nació Romarico en Aquitania, y como tal se crió en la corte y palacio del rey Teodoberto, llegando por su posicion social y por su inteligencia natural á ocupar los puestos más distinguidos del estado. Empero como en su alma

germinaba el amor de Dios, la misma magnitud de su grandeza le daba á conocer en la comparacion de las cosas divinas y humanas su pequeñez y miserias; y por lo tanto, no llegó á apoderarse de su corazon la soberbia ni la ambicion, ántes bien la humildad y la pobreza, en cuanto lo permitia su posicion, fueron virtudes que le caracterizaron. Muy afecto á su rey y señor, el premio de su lealtad le atrajo disgustos y persecuciones, pues que sus enemigos, que no fueron otros que los aduladores, moscones que zumban los oidos de los reyes para indisponerlos con sus buenos servidores, y colocarse sobre sus ruinas en el favor y en el poder, lograron que se le desterrase de la corte. Convencido Romarico de las miserias humanas, y de que las pompas y vanidades del mundo son humo pestífero que mata al fin al que no logra despejarle de su atmósfera, abandonó la corte en tiempo de Clotario II, y para no volver á ella y servir mejor á Dios, á cuyo servicio se consagró completamente, vendió cuantos bienes poseia, y despues de haber repartido á los pobres la mitad de lo que le produjo la venta, empleó la otra mitad en fundar un monasterio en la diócesis de Toul, bajo la regla de San Columbano. Pobre y desprovisto de todos sus honores reales, empezó el santo príncipe á vivir en su monasterio como un simple religioso, distinguiéndose solo en lo piadoso y austero de su vida; pero habiendo fallecido el abad, le obligaron el año 627 á encargarse del gobierno del monasterio, que ejerció por más de veinte años, hasta el de 653, en que murió en el mismo, despues de haber admirado á todos con la austeridad de su vida, su humildad, su ardiente caridad y práctica de todas las demás virtudes cristianas. La Iglesia le conmemora el dia 8 de Diciembre todos los años. — B. C.

ROMBAUT (S.). Este santo Obispo y mártir, del que se hace especial mencion en la letanía histórica de los santos de Bélgica, fué natural de Inglaterra, en donde nació en el siglo VIII. Debió ser de familia ilustre y de bienes de fortuna; pero abandonando los bienes terrenos por los del cielo, abrazó con fe la doctrina del cristianismo, y siguiendo el ejemplo de San Willebrodo y de otros muchos misioneros, se dedicó á ganar almas al cielo por medio de la predicacion del Evangelio. A este fin salió de su país, y dirigiéndose á Bélgica, empezó á difundir por este reino la fe católica con tal entusiasmo, que no tardó en hacer á la Iglesia numerosos prosélitos. Como los idólatras viesen lo mermadas que iba dejando sus filas el Santo con sus exhortaciones, empezaron á perseguirle, y despues le martirizaron cruelmente, muriendo el Santo confesando á su divino Señor y maestro, que premió tanto heroismo con la gloria. La ciudad de Malinas le confesó y reconoce por su apóstol y patron. — B. C.

ROMEA Y TAPIA (D. Juan Cristóbal). Nació en Daroca, y fué bautizado en su parroquial por el licenciado Juan de la Cuesta el 12 de Mayo de 1732. Si-

guió los estudios de humanidades con aplicacion, y la tuvo en los de filosofía y teología en la universidad de Zaragoza, inclinado siempre á la literatura varia y amena, cuyos conocimientos los manifestó en Madrid. D. Diego Antonio de Cernadas, cura de Fruime, en el tomo V de sus obras, pág. 285, núm. XI, le cuenta entre los académicos de una de poesía nuevamente establecida en dicha corte, y refiere su nombre el primero en un *Romance*, que allí estampó. Obtuvo en la iglesia parroquial de su patria una racion, y se ordenó hasta de subdiácono. Murió en la flor de su edad en Zaragoza el año 1766, y fue sepultado en su iglesia parroquial de Santa María Magdalena, dejando escritas las obras siguientes: 1.ª *Amante desahogo del nunca bastante sentido estrago; golpe terrible que el dia 10 de Agosto del año de 1759 ejecutó la parca en la preciosísima vida de nuestro católico monarca D. Fernando VI (que de Dios goza), escrito en diversos metros*; en Madrid, por Miguel Escribano, en dicho año, en 4.°; acaba con un *Epígrama satírico*.—2.° *Espejo más cristiano que político, que acuerda los especiales y distinguidos favores de la divina mano en la proteccion de la Nacion Española, referidos desde su fundacion hasta el último de haber conducido con la deseada prosperidad á nuestros católicos monarcas D. Cárlos III y Doña María Amalia de Sajonia, tributándole las más rendidas gracias, y ofreciendo respetuosa rendida enhorabuena á la Reina Madre nuestra Señora el afecto más que las voces*; en Madrid, en 4.°, por Manuel Martin, 1759; es en verso de diferentes metros.—3.° *El escritor sin título; son diferentes discursos periódicos; I. Dirigido al Autor de las Noticias de Moda, sobre las que nos ha dado á luz en los dias 3, 10 y 17 de Mayo, traducido*, dice, *del español al castellano*; Madrid, por Manuel Martin, 1763, en 8.°; son papeles joco-serios.—4.° *Discurso II. Sigue la misma materia algo más en forma*; impreso como los siguientes en la referida oficina.—5.° *Discurso III. Sigue la misma forma con algo más de materia.*—6.° *Discurso IV. Apología de los Autos de D. Pedro Calderon de la Barca, contra la carga cerrada, que les sacude el Pensador, sin saber porqué.*—7.° *Sigue el mismo asunto, y se repica la misma tocata. Es el Discurso V.*—8.° *Discurso VI. Desengaño de un desengañador.*—9.° *Discurso VII. Crítica de un Sainete de cierto criticante, con cierto sermoncillo contra ciertos vicios de nuestros teatros, ciertamente cometidos por sus más ciertos opositores.*—10. *Discurso VIII. Carta de un Señor, que yo quier, en que da cuenta del desarreglo de su casa, los despilfarros de su mujer, estafas, visitas, modas, y todo el tren, que tiene sembrado el abuso.*—11. *Discurso IX. Se responde á la antecedente, y se esperan las consecuencias.*—12. *Discurso X. Sigue, y se le dice cuántas son cinco á un Doctor modista, sobre aprobar las borlas, que nos tienen pobres.*—13. *Discurso XI. Fe de erratas de fe; retractaciones, encomiendas, y colada de los discursos sursum estampados; con una contera en*

romance adulto, castellano, de los que tienen once sílabas, y no son heróicos por no tener héroe. Estos once discursos forman un tomo en 8.°, de 437 páginas, advirtiendo en la 431, *en el segundo tomo me tendrás más puntual y más exacto;* y poco ántes: *Yo voy á encajarte este Romance que quise fuese Epílogo de todos mis papeles.* El penúltimo de estos discursos lleva la fecha de 1764, y un *índice* al fin. — *Otros versos y papeles*, que muchos han corrido copiados. — L.

ROMEDIO ó Remedio (S.), confesor. (Véase Remedio.)

ROMEDIO, padre de Faceas, rey de Israel. (4 Reg., xv, 25.)

ROMEI (Francisco). Nació en Castiglioni, cerca de Arezzo, en Toscana. Tomó el hábito á principios del siglo XVI en la órden de Santo Domingo, y fué por grados provincial de Roma, procurador general, y general de su Orden en 1546. El papa Paulo III le mandó al Concilio de Trento, en donde se halló hasta su prorogacion, y despues viajó por Italia, Francia y España. Volviendo al Concilio en 1551, fué uno de los teólogos que dirigieron las cuestiones sobre el sacramento de la Eucaristía, y en 1552 volvió á Roma, en donde murió de apoplejía el dia 20 de Julio del mismo año. En 1538 habia hecho imprimir en Lion un tratado *De libertate operum et necessitate gratiæ*; y entre las cartas que escribió siendo general, se han impreso muchas veces, la de 10 de Diciembre de 1548, en la que segun Echard, en sus *Escritores de Predicadores*, hace elogio de la naciente sociedad de la Compañía de Jesus. — A. C.

ROMEO (Beato). Fué este religioso, ilustre ornamento de la órden de Sto. Domingo, español de nacion, por haber visto la luz del mundo en Levia en Cataluña. Sus padres, nobles y piadosos, sin otro anhelo que el de que su hijo cumpliera bien y exactamente los designios que Dios nuestro Señor formára acerca de él, despues de procurarle con el mayor esmero una educacion conveniente, le dejaron en plena libertad de tomar el rumbo que quisiese para constituirse en la carrera que le pareciera mejor. El desde luego se inclinó al estado eclesiástico, y varios fueron los rumbos que pensó tomar, pues quiso por algun tiempo ingresar en la Orden Benedictina, sin dejar de desear el pertenecer al estado secular; mas en uno y otro propósito no encontró la seguridad y firmeza para la consecucion de sus intentos que logró en el que se decidió por último, que fué el de ingresar en la órden de Predicadores, acerca de cuya sagrada familia tenia sobre muy exactas noticias muy íntimas afecciones. Pidió, pues, el santo hábito, y se le concedió con completa satisfaccion de cuantos le conocieron, pues convenian unánimemente en que para la Orden era una verdadera adquisicion el que aquel jóven entrára en su seno. Hizo su noviciado de tal manera, que parecia más un hombre ya acostumbrado á todas las prácticas y envejecido en la santa

observancia de todas sus reglas, que no un jóven que principiaba entónces, así que á todos admiró desde luego su conducta, habiendo los más rígidos extrañado sobre manera tal exactitud en el cumplimiento de todas las prescripciones de la Orden, y siendo notable el efecto que esto producia, tanto en sus compañeros, cuanto en algunos que otros tibios y descuidados, que no faltan nunca en las comunidades por arregladas que ellas sean, y que claro está con tal ejemplo de modo alguno podian continuar en su tibieza, si no querian, como no querian en efecto, pasar por el bochorno de que el último novicio les aventajase en exactitud en el cumplimiento de sus deberes. Pasado ya el tiempo en que su probacion debia concluir, y al llegar á profesar, fué unánime el consentimiento de aquellos excelentes padres, lo cual alentaba en gran manera al novicio, cuyo carácter tímido le hacia formarse la ilusion de que verdaderamente inútil para todo, no podria ni áun servir en la religion en que queria consagrarse al Señor. Excusado es decir que esta ilusion suya se disipó por completo cuando despues de su profesion fué dedicado á estudios, y en ellos logró tal aprovechamiento que no solo era siempre el primero de su curso, sino que alguna vez, áun siendo estudiante, le hacian sus maestros dar leccion á toda su aula, y muchísimas, ó por mejor decir siempre, ponian á su cuidado el repaso de aquellos pobres estudiantes que por demasiado cortos ú otro cualesquier motivo no iban á la altura de los demás, y necesitaban mayor esfuerzo de parte de su maestro. Como era consiguiente, su sagrada religion queria aprovechar en favor de los fieles las excelentes dotes de que el Señor le adornára, y como las principales fueron un celo nunca satisfecho por la gloria de Dios, y un anhelo incansable tambien por trabajar para la santificacion de los fieles, le encomendaron el importante cargo de misionar por Cataluña, logrando tan abundantes frutos como no es posible referir. Es verdad que en él se reunian un sin número de especialísimas circunstancias, que más bien podremos considerar como prodigiosa combinacion de las misericordias del Señor derramadas en favor de su siervo. En primer lugar, tenia superior ilustracion acerca de los vicios, tanto sociales como personales que dominaban á cada pueblo, y esto le hacia desplegar su celo contra ellos principalmente, y sin dejar tregua ni descanso hasta que lograba la conviccion y la enmienda; luego tenia tambien en su favor el que acertaba con un tino indecible á aconsejar á cada cual conforme á las necesidades de su espíritu; y aun en aquellas cosas en que la fragilidad humana halla gran resistencia, sabia él de tal suerte contemporizar, que atraia por decirlo así á su bando, áun á aquellos que parecian más rebeldes. Nadie puede referir las conversiones que hizo de sujetos por una parte tan avezados al crimen que parecia este naturaleza en ellos, y por otra tan descreidos, que nadie se creia capaz de convencerlos; y él sin pretensiones ningunas, sin

apénas procurarlo más allá de donde era conveniente, lograba lo que sin un especial auxilio de Dios habria sido de todo punto imposible. Además de todas estas obras, que eran por decirlo así para bien y provecho de sus hermanos, para su propio provecho y para su adelanto espiritual, estaba tambien poseido de una tiernísima devocion á la santísima Vírgen María y á nuestro adorable Redentor Jesucristo, Señor nuestro; así que para conciliar, por decirlo así, estos dos extremos en un término adecuado, conveniente, digno, toda su devocion se cifraba en el misterio de la Encarnacion del Verbo en las entrañas de la Vírgen y en la anunciacion á la Señora de tan portentoso suceso. Por supuesto que honraba este misterio por cuantos medios estaban á su alcance, y excusado es decir que no habia ni sermon ni amonestacion piadosa suya, en que no se dejára ver con entera claridad que á este fundamental dogma de nuestra sacrosanta religion queria él referir, no solo los esfuerzos todos de sus penosos trabajos apostólicos, sino las miras de todos los fieles puestos á su cuidado, cualesquiera que fuese el concepto en que bajo su férula hubieran de estar. Muchas veces quiso su Orden aprovecharse de los buenos servicios que como prelado la hubiera podido prestar indudablemente; pero hallaron un escollo insuperable para sacarle de su estado, y era el gran bien que sus predicaciones y el ejercicio del confesonario producian; razon por la cual prefiriendo el bien de todos al peculiar de su comunidad, le dejaron que en su apostólico ministerio completase, y los completase en verdadera plenitud, los dias que el Señor tuviera por bien concederle de vida. Cuán acreditado estaria en todo Cataluña se comprende con solo recordar el nombre por el cual era conocido en aquel vasto territorio, pues nadie llamaba á Fr. Romeo más que el amado de Jesus y de María; y en efecto puede decirse que lo era, pues que tanto el Señor como su santísima Madre le asemejaron en gran manera á su augusta grandeza, haciéndole muy paciente, sumamente sufrido, muy exacto en todo y cada vez más celoso de la gloria de Dios, consecuencia la más legítima de la extraordinaria dignacion del Eterno en la encarnacion del Verbo. Creciendo pues en virtud y santidad; haciéndose cada vez más perfecto; acrecentando frutos de buenas obras, Romeo pasaba sus dias sin siquiera apercibirse de que se abreviaban, sin siquiera desear el que ellos fuesen más largos en un mundo donde todo es falacia y mentira, donde todo es pequeñez y miseria. Llegaba pues el en que las desdichas habrian de concluir para este justo, y era preciso prepararse al paso del mundo á la eternidad, y con efecto, apénas supo que su vida se iba á cortar, recibió con devocion suma los santos Sacramentos; predicó de nuevo la más ciega observancia de todos y cada uno de los preceptos y consejos del Evangelio; exhortó á sus hermanos á la necesaria union, como único medio de lograr la prosperidad y ventura de toda la Orden, y entregó

á Dios su espíritu con la más apacible tranquilidad el dia 25 de Noviembre de 1261, siendo notable coincidencia el que fuese presentado al templo de la inmortalidad aquel siervo de Jesus y de María en el mismo dia en que la Iglesia recuerda la presentacion gloriosa de la Vírgen en el templo de Jerusalen. Sus honras fueron como era debido á un hombre de su virtud y crédito; y todo Carcasona, que fué donde falleció, se creyó obligado á rendir tributo á su buena memoria, asistiendo á su entierro. Por de pronto se le colocó bajo tierra en un enterramiento comun; pero pasando tiempo y haciéndose cada dia más fuerte el rumor de sus virtudes, ya fué preciso, al mismo tiempo que se adelantaba el proceso que habia de dar por resultado el esclarecerlas, darle más honrosa sepultura, como se verificó á los veinticuatro años de su muerte, época en que fué hallado su cadáver incorrupto y exhalando un olor gratísimo. Continuóse con afan el proceso de la declaracion de sus virtudes, y Roma tuvo por conveniente decir que Fr. Romeo las habia practicado en grado heróico, que sus merecimientos eran acreedores á que se le inscribiera en el número de los beatos, y como á tal se le diese culto y veneracion; y para que esta veneracion y culto se le diese de un modo especial designó el dia 21 de Noviembre de cada año; aniversario de su gloriosa muerte.—G. R.

ROMEO DE BURGARIA, (Fr.), religioso dominico, natural de Mallorca, tomó el hábito en el convento de la misma isla, y se distinguió mucho por su piedad y doctrina. Siguió sus estudios con grande aprovechamiento, graduándose de doctor ó maestro en sagrada teología en la universidad de París el dia de San Juan Bautista, ó poco ántes, del año 1306, segun lo escribe el cardenal Fr. Nicolas Rosell y el inquisidor de Tolosa Fr. Bernardo Guidon en los índices de los religiosos de esta Orden graduados en París, donde fué Fr. Romeo regente de teología, como él mismo lo dice en una carta que escribió desde aquella ciudad al rey de Aragon D. Jaime II, refiriendole la acusacion que se habia hecho contra los caballeros del Temple, y aconsejándole la presentase tambien contra los de sus dominios á instigacion probablemente del rey de Francia. La importancia de esta carta, que vió el P. Diago en el archivo de Barcelona, nos anima á trascribirla en la misma forma que lo hizo aquel autor, sintiendo las mutilaciones que en ella hizo probablemente porque entónces no se daba á este asunto la importancia que en la actualidad: *In omnibus autem his ergo interfui et á sex mensibus citra in diversis consilijs fui, in quibus erat consultatio de prædictis. Hæc ergo scribo vestræ Regiæ Majestati ut accintus zelo fidei quid in tanto negotio in vestro regno de dominio agere debeatis, requisitis viris ecclesiasticis viam possitis eligere tutiorem et ex vestro processu coronam á Deo recipere et ab hominibus commendari.* Lo traduce el P. Diago en la forma

siguiente: En todo esto me he hallado bien presente, y de seis meses acá he estado en diversos consejos, en los cuales se consultaba de ello. Esto pues escribo á vuestra Real Majestad, para que ceñido del celo de la fe, mire lo que en negocio tan importante debe hacer en su reino y dominio, y llamados varones eclesiásticos, pueda elegir el modo más seguro, y por su proceder recibir corona de la mano de Dios, y ser de los hombres engrandecido. De este religioso escribe un autor que fué el primer provincial de la provincia de Aragon y el último de los que lo fueron en toda España, lo cual dice Diago que no es así, porque es evidente que el último provincial de los que lo fueron en toda España, fué el célebre maestro Fr. Domingo de Alquesar, aragonés, hijo de hábito del convento de Predicadores de Zaraza, como consta por las actas del capítulo general celebrado en Colonia en 1301, en el cual se separó la provincia de Aragon de la España. El maestro Fr. Romeo de Burgaria no fué pues ni el postrero de los que fueron provinciales de toda España, ni el primero de los de la nueva provincia de Aragon, sino el tercero segun el referido P. Diago. Desempeñó su cargo de una manera satisfactoria, como no podia ménos de esperarse de un religioso adornado de tantas y tan notables prendas. Trabajó con grande celo en establecer en su provincia una cátedra de arábigo, con el objeto de que los religiosos pudieran consagrarse con mejores resultados á la conversion de los moros. Estableciólaen el convento de Játiva en 1312, por acuerdo del capítulo celebrado en el mismo año en la ciudad de Lérida, designando á cinco religiosos para que asistiesen á ella. Hizolo así, no sin fundamento grande, dice la crónica, porque viendo el maestro de la Orden el cuidado que la provincia de Aragon habia tenido siempre de hacer aprender á algunos frailes el arábigo, y que habia muchos en ella diestros por extremo en él, escribió y dió poder á Fr. Romeo de Burgaria para enviar frailes á Africa é instituir vicario en ella, como consta por la siguiente denunciacion que en el citado capítulo se halla. «Denuncia el prior provincial á todos los frailes que del reverendo Maestro de la Orden tiene potestad para enviar frailes á Africa y hacer vicario en la misma. Por eso yo, Fr. Romeo de Burgaria, prior provincial, absuelvo de la vicaría de Africa á Fr. Pedro Sceorramat, y en su lugar hago vicario en la misma provincia de Africa á Fr. Pedro Ferrer de Manresa, dándole plena potestad sobre todos los frailes que en ella estan ó por tiempo estuvieren, aunque vinieren de cualesquier provincia á la misma, de donde es que si algunos frailes tuviesen devocion á la sobredicha provincia, deben denunciármelo á mi ó al sobredicho vicario.» Este Fr. Pedro de Manresa que aquí se cita, era un religioso muy ilustrado que en el capítulo provincial celebrado en Gerona, en 1310, habia sido asignado por profesor al convento de la Seo de Urgel. Viendo, pues, Fr. Romeo

de Burgaria que se hallaba obligado á enviar nuevos religiosos á la vicaría de Africa, renovó el estudio del arábigo en el convento de Játiva para que aprendiéndolo algunos no faltáran nunca individuos que enviar, amaestrados ya en el idioma del país, para poder predicar á los moros y convertirlos. Acordábase el religioso provincial de aquella maravillosa vision que habia tenido cincuenta años ántes el bienaventurado P. S. Raimundo de Peñafort, de que se debia procurar por Padres de la órden de Predicadores la conversion de muchos infieles á la fe católica, y tenia en la memoria el grande fruto que así entre los moros de España como entre los de Africa habian obtenido veinte religiosos de la órden de Predicadores, quienes por mandado de S. Raimundo para dar cumplimiento á aquella vision habian aprendido las lenguas hebrea y arábiga, y fueron á predicar á los infieles, con poderes especiales que para ello obtuvieron de Su Santidad. Porque habiendose llevado á cabo esta jornada en vida de S. Raimundo, cuando renunciado ya el magisterio de la Orden desde el año 1240 habitaba en el convento de Barcelona, no puede menos de deducirse que esta jornada fué la que se hizo al territorio ocupado por los moros de España, Túnez y otras partes de órden del soberano pontífice Alejandro IV, en el año segundo de su pontificado, que fué el 1276, en cuyo año vivia aún S. Raimundo, no muriendo hasta veinte años despues. Este papa Alejandro IV fué un protector tan decidido de los religiosos, que les dió facultad para fundar nuevas iglesias, purificar las profanadas y proveerlas de rectores. Para permitir á los nuevamente convertidos quedarse con las mujeres con quienes habian contraido matrimonio en grado no prohibido por la ley divina. Para dispensar en aquellos irregulares en que solo sabe dispensar el legado de la Sede Apostólica, y finalmente para otras muchas cosas de importancia, segun se deduce de una bula, de que tomamos algunos párrafos por formar parte de la historia de nuestro Fr. Romeo de Burgaria. «Entre otros defensores de la fe cristiana, á los frailes de tu Orden, segun el oficio de la religion que profesaron, los abrasa el celo de las almas.» No solo manda en ella el papa Alejandro IV al provincial de España que enviára religiosos de su provincia á los países que ocupaban en España los sarracenos y moros y á todo el reino de Túnez, sino tambien que enviára religiosos de la misma provincia á la nacion que tuviera por conveniente. Sabia muy bien Alejandro que los religiosos de Sto. Domingo habian abierto el camino para predicar la fe de Jesucristo á casi todas las naciones infieles del mundo, pues la estaban predicando entónces en los países de los Griegos, Húngaros, Cumanos, Etíopes, Sirios, Iberos, Alanos, Gazaros, Gotos, Armenios, Indios, Tártaros, cristianos cautivos de estas y otras naciones orientales, como consta por una bula del papa Inocencio IV, dada en Asís el año undécimo de su pontificado, que

fué el de 1294, dirigida á los religiosos dominicos que se hallaban evangelizando en tierra de infieles. Prosiguió siempre la órden de Sto. Domingo, y llevó á cabo tan santa empresa, aunque nunca con más fervor que en tiempo del pontífice Juan XXII, quien se hallaba animado de tan grande celo en este punto, que escribió al maestro general de la Orden y al capítulo general reunido en Tolosa de Francia en 1328, mandándoles que de todos los conventos sacasen por lo ménos cincuenta religiosos, ni muy jóvenes ni muy viejos, y los enviáran á tierras de gentiles, donde se hallaba ya en muy buen estado la predicacion de la fe cristiana. Despachó esta bula en Aviñon en 9 de Mayo del año XII de su pontificado, que fué el de 1328, pues habia sido electo á 5 de Agosto de 1316. Insértala el inquisidor de Tolosa Fr. Bernardo Guidon, tomándola de las actas del capítulo general celebrado en el mismo año en aquella ciudad, en que se lee lo siguiente sobre este punto: «Como el santísimo padre y señor nuestro el Sumo Pontífice, haya enviado al maestro de la Orden y á los definidores del capítulo general celebrado ahora en Tolosa, unas letras exhortatorias para que se enviasen frailes suficientes á convertir los gentiles á la fe de Cristo, con la indulgencia que se suele dar á los que pasan en subsidio de la Tierra Santa: significamos á todos los frailes que el R. P. Maestro de la Orden ha cometido á todos los priores provinciales que á la compañía de los que peregrinan por Cristo puedan asignar aquellos frailes que para esto hallasen voluntarios, ni demasiadamente mozos, ni demasiadamente ancianos, bastantemente religiosos discretos y suficientemente letrados. Los cuales así asignados no puedan volver á sus provincias hasta que allí hubiesen experimentado el fruto que por ellos hiciese Jesucristo entre los infieles. Y los provinciales procuren lo más presto que pudiesen dar razon al Maestro de la Orden qué tantos y qué frailes hubiesen hallado en sus provincias para esta obra, y el tenor de la sobredicha carta del santísimo Señor nuestro invia el Maestro de la Orden en lugar de su carta por toda la Orden, engerido en las actas del capítulo general.» Llamábase la compañía de los que peregrinaban por Cristo á los religiosos de la Orden que estaban ya predicando la fe en tierras de gentiles. Palabras que usa tambien otro escritor, cuando diciendo que en su tiempo tenia ya la órden de Predicadores veintiuna provincias, y en ellas cuatro mil ciento cuarenta y tres conventos, y en ellos veintiseis mil cuatrocientos sesenta frailes, de los cuales cerca de mil quinientos eran maestros de teología, añade: «Y no entran en esta cuenta los muchos religiosos de la misma Orden que estan en Armenia y en Etiopía, la de sobre Egipto, que se llama India, ni tampoco las compañías de los que peregrinan cerca de Bizancio, cuyo número es grandísimo y no se puede contar.» A esta compañía de peregrinos fueron asignados los

cincuenta arriba mencionados, y así á ellos como á los que se hallaban consagrados anteriormente á la misma tarea, envió una bula, dada en Aviñon á 1.° de Octubre de 1329 el papa Juan XXII, cuyo original vió Diago en el archivo del convento de PP. Predicadores de Barcelona, en la que dadas primero gracias á nuestro Señor por los muchos infieles que habian recibido ya el santo bautismo en algunos lugares de las partes de Oriente, los exhorta á llevar siempre adelante tan prósperos principios, y concede así á los arzobispos y obispos de la Orden como á los demás frailes de la misma que estaban predicando en tierra de infieles, amplísimos poderes que no creemos oportuno enumerar, y dispuso que el vicario de los referidos religiosos continuase desempeñando su cargo, aunque cesára en el suyo el general de la Orden. Este pontífice continuó tomando otras medidas sobre el mismo asunto durante su gobierno, pues no mucho despues escribió al maestro de los Padres Predicadores y á los definidores del capítulo general celebrado en Dijon en 1333, mandándoles enviáran más religiosos á convertir gentiles á la fe de Jesucristo. A consecuencia de lo cual se mandó por el maestro de la Orden á todos los provinciales que designase cada uno seis religiosos de su provincia á la compañía de los que peregrinaban por Cristo entre gentiles segun se lee en las actas del referido capítulo. Donde se añadió que el vicario de aquellos frailes tuviese cuidado de señalar algunos religiosos hábiles en idiomas en los lugares y conventos de Pera y Jafa para enseñar á los que llegasen allí. «Y siendo lo dicho así, añade el P. Diago, no se puede poner en duda sino que de esta provincia de Aragon fueron asignados seis á la dicha compañía de los que por Cristo peregrinaban entre gentiles, á los cuales no se les pudo hacer dificultosa esta empresa por estar ya tan hechos los de esta provincia á predicar á infieles no solo en España, pero áun en Túnez y en toda Africa, desde los principios de la Orden y más particularmente desde el provincialato del Mtro. Fr. Romeo de Burgaria, á quien dió poder el maestro general de la Orden Fr. Berenguer de Landorra para enviar religiosos á Africa y nombrar vicario en aquel país. Que fué lo mismo que dejar á su cargo y de la provincia la conversion de los sarracenos de Africa y la prosecucion de lo mucho que allá tenian andado en el negocio de la misma conversion los frailes de la corona de Aragon desde aquella dichosa jornada que se hizo en vida de S. Raimundo de Peñafort, de la cual dió razon larga al maestro de la Orden este mismo santo en una carta que debió escribir hácia el año 1256.» Acordándose pues de esto y de la nueva obligacion que para ello se le habia añadido por órden del maestro general, puso notable cuidado en este negocio el religioso provincial, por ser tan propio de su instituto. Tampoco olvidó los demás puntos relativos á la observancia como es el de no comer carne sin licencia del prelado en el convento ni fuera de

él. Para dentro del convento no señaló más pena que la marcada en las constituciones, pero para fuera de él se manifestó más riguroso, porque en el capítulo celebrado en Gerona en 1310, mandó juntamente con los demás definidores: «que cualquier fraile que por cualquier ocasion comiese carne sin licencia fuera del convento, tuviese obligacion de acusarse de ello en el primer capítulo de culpas, en el cual se hallare, para ser castigado por el prelado segun su exceso, y que si á sabiendas dejase de acusarse de ello en el primer capítulo ó en el siguiente, desde entónces fuese privado de voz y de predicar y confesar, y de todas las gracias de la Orden, á las cuales no pudiese ser restituido dentro de un año.» Lo mismo debió mandarse en el capítulo reunido en Calatayud en 1311, y en el de Lérida de 1312 se hizo una larga memoria, «denunciando por privados y privando de nuevo de todas las gracias de la Orden á los que no hubiesen guardado lo que se habia establecido dos años ántes en el de Gerona. En este mismo año asistió el provincial Romeo al capítulo celebrado en Carcasona, en que se hizo la eleccion de Fr. Berenguer de Landorra, provincial de Tolosa, para maestro general de la Orden. A su vuelta de este capítulo celebró otro provincial en Lérida, y otro tambien el año siguiente en Pamplona. Pero despues falleció á 9 de Agosto de este año de 1313 en el convento de Barcelona, segun las actas del capítulo celebrado en Valencia en 1314, en que se da cuenta de su muerte.—S. B.

ROMEO DE CASTILION (P. Francisco), general de la órden de Sto. Domingo, era natural de Toscana, y fué electo á 13 de Junio de 1546 por muerte del general Fr. Bartolomé de las Casas, siendo procurador y vicario general de la religion. El pontífice Paulo III tenia tanta confianza en él, que siendo á su parecer el general Fr. Juan Ferrerario de un carácter más dulce y ménos riguroso de lo que Su Santidad deseaba, le dió por compañero al Mtro. Romeo para las visitas que hizo á España, confiado en su religiosidad, en que influiria mucho en las cosas de la reforma. Fué definidor del capítulo en que se hizo esta eleccion por la provincia de España el P. Mtro. Fr. Domingo de Soto, catedrático de prima de Salamanca, por la de Portugal el Mtro. Fray Marcos de Ledesma, catedrático de prima de la universidad de Coimbra, y asistió tambien el provincial de Andalucía, que era Fr. Francisco de la Cerda, hijo del conde de Cabra, obispo que fué de Canaria y hermano de Fr. Martin de Mendoza, obispo de Placencia y Córdoba. El nuevo elegido dirigió inmediatamente una carta á toda la Orden, en que despues de hablar de las pocas dotes que en él se hallaban para el desempeño de tan grande cargo, manifiesta los daños que se seguirian si los religiosos olvidasen el rigor y la primitiva observancia de los antiguos padres, siendo sensible se diera ocasion para que el patriarca Sto. Domingo manifestase por segunda vez en alta

voz en el sepulcro donde se halla encerrado su cuerpo, lo hizo ya en otra ocasion con aquellas terribles palabras que sus verdaderos hijos no olvidarán nunca y repiten siempre con harto sentimiento: *Nec ego pater, nec vos filii*, que es el mayor castigo que se puede imponer á los que merecen el nombre de verdaderos hijos: «Tengamos siempre, dice el General, delante de los ojos la santidad de nuestro Padre, la constancia y celo de S. Pedro mártir, la doctrina de Sto. Tomás, el fervor y espíritu de S. Vicente Ferrer, la vigilancia de S. Antonino. Que teniendo muy en la memoria sus ejemplos, y viviendo como vivieron, se honrará la Orden en nosotros como se ha honrado en los que fueron santos. Procuren mucho los predicadores que no sean los perros que dijo un profeta, que siendo mudos no tenian fuerzas para ladrar, los lobos hacian un daño irreparable en el ganado, y por su culpa la Iglesia trabajaban herejes y tanta diversidad de hombres perdidos, lo que no sería si los frailes puestos sobre el monte dieran virtud á su voz con sus buenas obras, siendo maestros con las palabras y con la vida reprendan los vicios, persuadan las virtudes.» Estas y otras muchas cosas decia la carta, todas las cuales eran prueba de su celo y del cuidado con que procuraria la reforma de los conventos y provincias, los seis años que continuó en el cargo, si se exceptua el tiempo que permaneció en el Concilio de Trento, que no fué mucho. Manifestóse varon de mucho celo y grande caridad, y conservó con la debida reputacion la autoridad de su cargo. Fué muy riguroso en mandar, que observasen los Padres la pobreza que habian profesado, dando licencia para que solo un mes pudiesen tener los religiosos dinero en depósito comun. Revocó la obligacion que tenia el coro de decir diariamente el oficio de difuntos, contentándose con que fuese una vez á la semana y se dijera todo el oficio. Admitió las provincias de Santa Cruz de Méjico, del Perú y la Española; y las dividió por tener un gran número de conventos. Se ocupó constantemente en visitar las provincias de Europa. Celebró un capítulo general en el convento de S. Esteban de Salamanca á 17 de Mayo de 1551, siendo provincial de la provincia de España el Mtro. Fray Bartolomé de Miranda, con quien asistieron el P. Mtro. Fr. Francisco de Soto, Fr. Domingo de Bobadilla, hijo de la provincia de Castilla y provincial de Portugal, y Fr. Jaime Ferran, provincial de Aragon. En este capítulo se tomaron diferentes medidas relativas al fomento de la religion, algunas de ellas sobre la recepcion y educacion de los novicios. «Mandóse que si en algunos conventos pequeños, vistiesen algunos hábito, luego los remitiesen á casas religiosas, donde hubiese número de novicios y maestros virtuosos y discretos que los enseñasen religion y virtud. Que no se les diese licencia para estudiar, si primero no pasase un año despues de haber hecho profesion, habiendo de dar principio á las letras y preceder á los estudios, ora-

cion, devocion y virtud, para que sean cuales conviene los que han de ser maestros y verdaderos predicadores del Evangelio, siendo la virtud las zanjas sobre que se ha de levantar el edificio de los que han de ser padres de los fieles. Encargóse mucho el cuidado con que se habia de tratar el remedio de las necesidades de los enfermos, porque habiendo renunciado el regalo que tenian ó podian tener en el siglo, y con el voto de pobreza voluntaria hecha entera resignacion de todas las cosas, siendo así que á los tales los obligan á guardar el rigor de la Orden en salud, en los ayunos, en el manjar, en la ruin cama, en la túnica, en faltando esta mandaron que con verdad se acudiese á su regalo, y obligacion que corre por cuenta de los prelados visitar muchas veces las enfermerías y los enfermos, no por ceremonia, ni de cumplimiento, sino por saber el cuidado que los oficiales tienen de los enfermos y proveer las faltas y los descuidos si los hubiese. Mandóse tambien que en todas las provincias, á lo ménos en los conventos principales, se leyese una leccion de Sagrada Escritura, cosa de grandísima necesidad é importancia, para que los predicadores, como maestros que han de ser del pueblo, usen de ella en los legítimos sentidos que los santos enseñaron.» En este capítulo fueron designadas como universidades y estudios generales de la Orden y en la de España los conventos de Salamanca, Valladolid, Segovia y Trianos. Mandóse tambien, lo mismo que en otros muchos capítulos, que se leyera siempre y se defendiese la doctrina de Sto. Tomás, advirtiendo que no se debian mirar coma legítimos intérpretes del doctor Angélico más que á Capreolo y Cayetano, cardenales conocidos con estos nombres. «Ordenóse que á ninguna mujer se le diese el hábito de beata, no habiendo de vivir en monasterio encerrada, que no tuviese cuarenta años por lo ménos y hacienda de que vivir.» En este capítulo se reformó tambien con licencia de Su Santidad el Breviario antiguo, usando el nuevo la Orden hasta el año 1705, en que con autoridad del pontífice Clemente VIII, el maestro general Fr. Gerónimo Xavierre, siendo general de la Orden, hizo otra nueva reforma del Breviario y Misales, reduciendo el rezo en muchas cosas conforme al estilo del Breviario Romano, particularmente en las epístolas y evangelios. Por esta misma época celebró capítulo la provincia de España, presidiéndole el P. Mtro. Fr. Bartolomé de Miranda, y en él recibió la Orden el monasterio de monjas de la Madre de Dios de Valladolid. Tambien admitieron en las actas el magisterio del P. Fr. Mancio del Corpore Christi, hijo del convento de S. Esteban de Salamanca, que despues fué catedrático de prima en aquella universidad, concediéndose iguales honores á los PP. Fr. Tomás Manrique y Fr. Diego de Chaves, confesor que fué de Felipe II. El general habia venido con mucha priesa á España á celebrar el capítulo general de Salamanca, á peticion del cardenal de Burgos D. Fr. Juan de Toledo, que

quiso honrar así su casa de profesion con la reunion de tan ilustres personajes. La premura del tiempo y necesidad de marchar al Concilio de Trento le impidió visitar otras provincias y conventos de España, y se marchó en seguida á Roma, donde nombró por vicario suyo, interin asistia al concilio á Fr. Esteban Ususmaris, genovés, hombre que desde jóven habia tenido grande reputacion, celoso por la observancia y deseoso de que fuera en aumento todo lo que se refiere al primitivo rigor, y que en los estudios no se permitiera ningun descuido, pues tan necesario era para el objeto de la Orden, que consistia en enseñar, predicar, servir á los obispos y ayudarlos en sus obligaciones, remediar conciencias y defender la fe contra los herejes. Era afecto á los prelados que viven con la opinion de que la Orden les da aquel lugar para que sean verdaderos padres de los súbditos, y si faltando á esta pretension de la Orden eran crueles, con sola esta razon y sin más exámen ni averiguacion de otras cosas, ni consideracion de delitos, los absolvia de los oficios. Huia de los negocios de los seglares, convencido de que no era este el objeto con que habia recibido el cargo, sino para ocupar su tiempo y fuerzas en servicio de la religion, pues si bien conforme á las constituciones de la Orden no se profesa en ella vida solitaria, y en esta cuenta principalmente entran los prelados, pero esta ha de ser con mucha moderacion, y mayor en quien tiene toda la Orden á su cargo. Convencido de esto el P. Mtro. Romeo, tuvo mucho cuidado en que emplease la mayor parte del tiempo en el servicio de la Orden para que los negocios se despachasen con facilidad y brevedad. Poco tiempo permaneció en Trento el General de los PP. Predicadores, y habiendo regresado despues á Roma, murió de apoplejía á 20 de Julio de 1552, despues de haber gobernado por espacio de seis años y reunido dos capítulos generales. Fué sepultado en el convento de Minerva, con grande sentimiento de los religiosos, que no pudieron ménos de llorar la pérdida de una persona que con su ejemplo, virtud y diligencia hubiese hecho grandes reformas en todos los conventos de su religion. —S. B.

ROMEO DE LEVIA, dominico. Compuso dos opúsculos. Uno es una regla de la vida monástica: *Regula honestatis vitæ monachi*. Otro enseñaba en prosa y verso á temer á Jesucristo: *Liber prosá et metro, de timendo et amando Domino Jesu Christo, per themata et capitula distinctus, verbis mellifluis, exemplisque consolatoriis plenus, qui incipit:* « Advocatum habemus. » Pero no se conocen más que los títulos de estos dos libros, de que no subsiste copia alguna segun todas las apariencias. Hablaremos, pues, muy sucintamente del autor, que era catalan, natural de Levia, cerca de Puigcerdá. Pasó, sin embargo, la mejor parte de su vida en Francia, tomando muy jóven el hábito de los PP. Predicadores en Narbona, Montpellier ó Tolosa. Fué en 1225

prior del convento de Lion, provincial en 1232, y prior de Burdeos en 1235. Murió en Carcasona el 21 de Noviembre de 1261. Todo lo que dicen de él en diferentes obras inéditas Esteban de Borbon ó de Belleville, Salanhac y Bernardo Guidon lo han insertado en su obra los PP. Echard y Quetif; pero son detalles completamente extraños á la historia de las letras. Ignórase si los versos de Romeo de Levia valian más que los tres que se leian en su sepultura:

Hac sunt in fossâ fratris venerabilis ossa
Dicti Romei, qui fuit archa Dei.
Hic Jesumque piam dilexit valde Mariam.
S. B.

ROMEO Ortiz de Sanctia, franciscano español, de la Observancia regular. Ignóranse casi todas las circunstancias de su vida, ó al ménos las callan los biógrafos si es que llegaron á su noticia, viéndonos precisados á copiar un elogio suyo que por casualidad hace una de las crónicas de su Orden. Consagrado desde su juventud á todo género de prácticas piadosas, dió muy en breve las mejores muestras de sí, obteniendo fama de bueno y virtuoso. Siguió por el mismo camino, y cuando llegó á la edad para tomar el hábito, iba precedido por su buena reputacion, de manera que léjos de negársele, se apresuraron á dársele sus superiores. Entrado con tan buenos auspicios en la religion franciscana, puede decirse que toda su carrera fué una carrera de triunfos, si á tal aspiraba su modestia y humildad. Obediente, sumiso, recogido, dado á la oracion y devocion, corrieron sus dias en la tranquilidad del claustro, sin que viniesé á turbarlos el emponzoñado hálito de las pasiones humanas, y sin que hallasen entrada en él los sentimientos de orgullo y ambicion que solian manchar á veces hasta las moradas del candor y la inocencia. Siguió sus estudios con aprovechamiento, distinguiéndose en algunas ciencias, á las que sentia particular inclinacion, y figurando en muy alto grado entre los más distinguidos, fué mirado como un varon docto y erudito. Dedicado al púlpito y confesonario, se dió á conocer como predicador elocuente, de vida ejemplar y deseoso de la salvacion de las almas, á que consagraba todas sus vigilias. Pasó la mayor parte de su vida consagrado á tan santos ejercicios, mirando como la mayor de sus felicidades el volver al redil una oveja descarriada, el conseguir á fuerza de trabajos y penalidades poner en el buen camino á quien de él se habia separado. Continuó así su larga carrera, negándose constantemente á todos los cargos con que le quiso honrar su Orden, que conocedora de sus grandes cualidades, comprendia el fruto que de ellas podria obtener; pero el Pa-

dre Sanctia preferia vivir en el osuro rincon de su celda, á lanzarse en una senda de espinas, de que su timidez natural le hacia ver los peligros mucho mejor todavía que los buenos resultados. Vivió así y murió con la mejor opinion, edificando á todos sus compañeros, que no sabian qué admirar más en él, si su firme y sólida piedad, su desinterés y abnegacion, ó la grandeza de alma que manifestó áun en la misma muerte. Dejó la siguiente obra: *De regimine Regularium.* —S. B.

ROMEO (Fr. Bernardo). Nació este religioso dominico en la inmortal ciudad de Zaragoza el año 1591. Habiéndose inclinado desde niño á las cosas de la Iglesia, fué creciendo con él la piedad, y el deseo de consagrarse á servir á Dios en el claustro, para lo cual se sentia con entera vocacion. Luego que su edad se lo permitió, tomó el hábito de religioso en el Real convento de Santo Domingo el Real de Zaragoza, en donde cumplió su noviciado conforme á la regla de esta insigne Orden de PP. Predicadores. Su capacidad y estudios le valieron el aprecio y consideracion de sus hermanos de hábito, y en este convento tuvo el grado de maestro y otros empleos monásticos, en los que acreditó no solo su saber, si que tambien su devocion. Fiel observante de la regla del glorioso Santo Domingo, murió en el mismo convento el dia 18 de Setiembre de 1651. Latasa, en su *Biblioteca de Aragon*, le considera entre sus ilustres hijos, y lo propio los cronistas de su Orden con relacion á esta. En el libro de registro de su expresado convento se dice que dejó este Padre algunos escritos dignos de elogio, que bajo el título de *Mártires priorats*, 48, núm. 31, constaban en su archivo; pero nada se nos dice acerca de la materia á que se referian. — B. C.

ROMEO (Fr. Jorge). Presupone Latasa en su *Biblioteca de Aragon*, por el año que cita al hacer mencion de este religioso franciscano, que floreció en la primera mitad del siglo XVII, y constando como escritor en su obra, debemos suponer que fué aragonés, pero sin que podamos citar el pueblo de su naturaleza, ni la fecha de su nacimiento y primeros pasos en la vida. Tomó el hábito de la Orden Seráfica, y debió distinguirse bastante en ella, cuando consta que fué predicador general de número de la provincia franciscana de la regular observancia de Aragon y maestro de novicios en la misma, cargo que en esta religion, como en todas las demás, no se daba nunca más que á Padres que habian probado suficientemente su capacidad para la enseñanza, mucha ciencia y saber en las materias religiosas y en las letras profanas, y un fondo de virtud á toda prueba. Los monjes y los frailes, por más que la impiedad haya pretendido desacreditarlos, no daban cargos de tanta monta á un cualquiera, sino que considerando que en la direccion de los novicios estribaba la suerte ó desgracia futura de la comunidad y hasta de la Orden, ponian gran cuidado en escoger para maestros los religiosos

más entendidos en todas las materias y los más virtuosos, y esto nos hace creer que el P. Jorge tendria estas cualidades, cuando fué encargado de tan alta mision. Dice Latasa que el genio dulce y nada austero de este Padre fué causa de que se aficionase á la música con tal pasion y estudio, que llegó á ser un buen organista. Habiendo viajado por Italia, residió algun tiempo en Sicilia con el cargo de confesor de D. Pedro Fajardo, marqués de los Velez, y virey de este reino, sujeto á España en aquella época, y este honroso empleo nos da tambien á entender que no sería lego en ciencia el franciscano aragonés, cuando fué elegido para dirigir en lo espiritual á tan elevado personaje. Dice el cronista de la Orden Seráfica Fr. Felix Vallés, en su *Catálogo de Escritores*, que el P. Jorge Romeo murió en la villa de Mula, de la provincia de Cartagena, pero nada nos pone sobre el año en que esto se verificó, ni añade nada á lo que llevamos expuesto. Conócese de Romeo un libro, publicado en la ciudad de Palermo, capital de la isla de Sicilia, en 4.°, el año 1647, titulado: *Sermones fúnebres en las repetidas exequias celebradas por el Excmo. Sr. Marqués de los Velez, virey de Sicilia;* cuyo libro, segun Latasa, que le cita, se imprimió despues de su muerte.—B. C.

ROMEO (Miguel), natural de Marsala, en Sicilia, tomó el hábito de la Compañía de Jesus, pero cultivó más las musas que la teología. Su gusto poético y su talento en este género de literatura fueron causa de que muchas academias le abriesen sus puertas y le ambicionasen. Fué miembro de la de los *Ricovrati* de Padua, de los *Geniali* de Palermo, de los *Occulti* de Trápani, y de los *Vaticinati* de Marsala. Murió este poeta en Draparn, el dia 6 de Setiembre de 1729. Fué autor de la *Lire à due corde*, coleccion de poesías, llamada así porque son italianas y sicilianas.—*La Correspondenza in Parnasso, overo la lyra à due corde, parte II.* Esta segunda parte de las poesías italianas y sicilianas se publicó despues de la muerte de su autor, en Palermo, en 1732, en 4.°, con el nombre de Melchior Pomé. Romeo habia ya publicado en vida, en versos sicilianos, *La Solitudine di Manresa raddoluta da l'armonia delle Muse siciliane*; que son los ejercicios de S. Ignacio de Loyola, en versos sicilianos. En las Memorias de Trevoux, de Julio de 1733, se hace mencion de las obras de este autor. —A. C.

ROMEO (Lic. D. Pablo García). En el pintoresco reino antiguo de Aragon, pais de héroes, tanto por santidad cuanto por el valor de sus hijos, y en que la honradez supo hermanarse con lo altivo de su carácter y con el apego á sus fueros y apego á las costumbres de sus mayores; en ese país privilegiado de la Vírgen María, bajo la advocacion santa del Pilar de Zaragoza, que vino á santificarle y honrarle en las riberas del Ebro para mantener su felicidad, dándoles otra mayor con su poderosa proteccion. En ese venturoso pais, repito, y en la célebre villa de Belchite, nació á fines

del siglo XVI nuestro D. Pablo García de Romeo. Nada nos dice Latasa ni los autores consultados por este acerca de su juventud y estudios; pero desde luego puede concebirse, que inclinado á la vida religiosa, haria sus estudios con este fin, y que terminados sería consagrado sacerdote, pues que nos asegura el expresado autor, que fué docto teólogo, eclesiástico ejemplar y de discreto celo. Añade Latasa que ejerció con mucha piedad y prudencia las funciones de párroco en el arzobispado de Zaragoza, ya adelantado el siglo XVII, y no debió ser nulidad en su clase, cuando fué condecorado con los honores de protonotario apostólico, en una época en que se escaseaban estas gracias y en la que solo se concedian á la virtud y al talento, no prodigándose, como hoy sucede, hasta el punto de que hayan perdido mucho de su valor y aprecio. Nombrósele rector de Cosuenda, y no solo atendió al bien espiritual de las almas con el mayor esmero, sino que en lo temporal se dedicó tambien al amparo y socorro de los labradores, proporcionándoles medios efectivos para el mejor éxito de sus tareas agrícolas, tanto presentes como futuras. En esta idea y con este laudable fin, escribió y publicó las obras siguientes: *Ordinaciones de la Union de labradores del lugar de Cosuenda, instituida por el licenciado Pablo García Romeo, Rector de él, y por sus Jurados, Concejo y Universidad, dirigidas al Excmo. Sr. D. Fr. Juan Cebrian, Arzobispo de Zaragoza, del Consejo de Estado de S. M., Virey de Aragon;* Zaragoza, por Diego Dormer, 1647, en fólio. Fué la *Union* una sociedad monte pio que creó para librar á los labradores en algun modo de las contingencias y desgracias á que estan expuestos á cada paso, obra de gran importancia, que aún hoy se procura establecer por todas partes, si bien con miras más interesadas por los fundadores que las que llevó este buen párroco, pues que los actuales llevan la idea de que les resulte un lucro propio á costa de sus administrados, y aquel solo tuvo presente el bien de estos, y de manera alguna el suyo personal, pues que buscó en el cielo el interés que aquellos tratan de granjearse por este medio especulativo en el mundo. No solo acudió Romeo á su monte pio con sus luces y conocimientos, trabajando en su formacion y conservacion miéntras vivió, sino que estableció su primer fondo, entrando en sus arcas generosamente, no ya un real como el piadosísimo Piquer, fundador del Monte de Piedad de Madrid, real que fué un poderoso iman que ha atraido muchísimos millones á su arca, sino mil escudos, que fué la primera cantidad con que contó este piadoso banco agrícola. Deseando confirmar más la bondad y utilidad de su monte pio, y á fin de darle á conocer y atraer á él fondos para el mayor desarrollo de sus operaciones, escribió y publicó la obra titulada: *Tratado de la ejecucion de la Union; tesoro y reparo de labradores del lugar de Cosuenda, dedicado al Supremo Hacedor de todas las cosas, Dios, y á su divina Providencia;* Zarago-

za, por Diego Dormer, 1654, en 4.° — Religioso que de tan buena manera entendió los deberes de párroco, y que tan perfectamente supo poner en práctica la santa ley del Evangelio, no podia ménos de ser elogiado por los escritores amantes de la buena doctrina y de la virtud, y asi es que recomiendan la literatura y la caridad de este celosisimo rector los célebres maestros de la insigne órden de S. Agustin, que tantos hombres ilustres ha producido para gloria del catolicismo y honra de su religiosa Orden, Fray Melchor Angel y Fr. Gerónimo Marta en las censuras de esta última obra, y en los versos latinos y españoles, que se encuentran á su frente, le elogian con harta justicia D. Lorenzo de Villanueva, D. Martin Gomez, D. Nicolás de Miedes, Bernabé, el Dr. D. José Campo de Arve y otros poetas de Aragon. Elogio y muy especial es para nuestro Romeo la solicitud con que se pidió este libro de todas las provincias de España para establecer en muchos pueblos monte pios análogos al de Cosuenda, como lo hizo en 1782 en Consuegra el ilustrado infante de España D. Gabriel de Borbon, gran prior de Castilla de la Orden de Jerusalen, abuelo del actual gran prior de la misma Orden el Sermo. Infante D. Sebastian Gabriel de Borbon y de Braganza, hoy uno de los príncipes más ilustrados de Europa en ciencias, letras y artes, que él mismo practica con brillante éxito, y al que como caballero de la expresada ínclita Orden, como gentilhombre de cámara de la reina Isabel II, con ejercicio, y como bibliotecario, cronista y anticuario de la cámara de su Real casa y patrimonio, tenemos el honor de servir al escribir este artículo. El monte pio de Consuegra fué el segundo establecido para labradores en España, el cual fué aprobado y protegido por el Rey y el Infante expresado, como dice D. Juan Cavero en su *Disertacion sobre caballos*, edicion de 1789, y otros autores. — B. S. C.

ROMEO (D. Pedro Gregorio de Padilla y). Nació en Alhama el 14 de Abril de 1650, de una antigua familia muy conocida por su nobleza. Estudió en Calatayud las humanidades, y la filosofia y teologia en la universidad de Zaragoza, donde tomó el bonete de doctor en esta facultad con grandes méritos literarios. Los tuvo tambien en la ciencia canónica, y estando adornado de estas prendas le eligió por teólogo de cámara el Ilmo. Sr. D. Jaime de Palafox, arzobispo de Palermo y despues de Sevilla, donde estuvo con esta calidad y la de la confianza del prelado, motivo porque lo envió á Roma á proteger los expedientes que seguia en esta corte contra su cabildo sobre la visita de su iglesia. Desde 1688 estuvo allí hasta 1700; tiempo en que obtuvo una canongía de la metropolitana de Zaragoza, de que se posesionó en 3 de Julio de 1693, y en 8 de Octubre de 1634 del deanato de la misma. En 1708 fué nombrado obispo de Barbastro, y en 1714 fué trasladado al de Huesca, de que tomó posesion el 18 de Noviembre del mismo.

Tambien fué diputado del reino de Aragon, y siempre muy celoso en el cumplimiento de sus obligaciones, entre las que contaba la útil liberalidad, como lo reconoce su patria. Murió en esta ciudad el 24 de Octubre de 1734. Se le sepultó en el presbiterio de su catedral y publicó: 1.° *Constituciones sinodales del obispado de Huesca, hechas y promulgadas en la sínodo que se celebró el 23 y 4 de Junio de 1716;* en Huesca, por José Lorenzo de Larumbe en el referido año, en fólio.—2.° *Estatutos y Constituciones para el colegio seminario conciliar de la Cruz de la ciudad de Huesca;* en esta ciudad, 1728, en fólio.—3.° *Posiciones hispalenses, son siete tomos en fólio, que formó de las diligencias y dubios que se propusieron en las congregaciones de Roma sobre los referidos litigios.*—4.° *Relacion del principio, progreso y estado de los dichos pleitos.* Es un tomo en 4.º con fecha de Roma y Febrero 28 de 1700, y lo escribió para instruccion del agente y comisionado que le sucedió en este destino. Este volúmen original perteneció al difunto Dr. Don Miguel Monserde, prior del sepulcro de Calatayud. Es muy alabada la memoria de este ilustrísimo prelado.—L.

ROMERA (P. Fr. Alonso), religioso dominico de la provincia de Jaen, en la que fué maestro de novicios por su mucha prudencia y piedad con no poco fruto; fué prior en algunos conventos de ella y en otros de Andalucía, en la que le hicieron predicador general, cargo de difícil desempeño en todas épocas, pues para llevarle dignamente á cabo el que le ejerce, necesita estar dotado de unos conocimientos que no son siempre comunes á todos los siglos, y á todos los predicadores. Si se hubiese tenido presente esta verdad en todas épocas, hubiéranse evitado grandes desgracias, y el cristianismo, cuyo triunfo ha sido siempre seguro, no hubiera tenido que pasar por terribles pruebas. Mas por desgracia se olvidan con frecuencia estas, que son, por decirlo así, como las primeras bases de toda eleccion, y el favoritismo suele ganar en luchas que despues redundan en su contra y de los que tanto le atendieron. Ciertamente que no todos los predicadores han de ser letrados de primer órden, ni oradores sublimes por su elocuencia y saber, pero entre ambos extremos hay un buen medio, y este medio es el que debe buscar el que elige para salir airoso en su empresa. No es ciertamente el P. Romera á quien podamos aludir en esta ocasion, pues todas las cronicas estan muy conformes en que llenó dignamente su cargo: mas esto no siempre se verifica, ni siempre se llena de un modo tan fácil el cometido en estas elecciones, difícil en el de ellas encargado y mucho más en el que las encarga. Muchas son las circunstancias que deben concurrir en un orador católico, pero no es la ménos principal la de estar enterado de las necesidades y tendencias de su siglo, comprenderlas, seguirlas ó evitarlas, tal es el deber de todos los oradores, y de ello han dado inequí-

vocas pruebas algunos modernos, que citariamos con gusto si fuera este el lugar á propósito; pero á qué cansarnos cuando á cada paso se encuentran citas y textos de aventajados oradores que han llenado dignamente su deber y han dado, por decirlo así, una satisfaccion á la sociedad de lo que ellos eran, de lo que de ellos se podia esperar. Sígase, pues, su ejemplo, y ya que no se pueda mejorarlos, imítense sus discursos y se conseguirá el anhelado objeto de que la predicacion católica sea la primera del universo, y sus oradores se coloquen á la altura que por su doctrina y dignidad les corresponde. Para ello tienen buenos modelos, estúdienlos sin cesar, y llegarán al fin de su carrera por la senda del verdadero progreso que en todo, y principalmente en la religion, ha penetrado en nuestro siglo, como ha probado un célebre y eminente orador de nuestros dias.—S. B.

ROMERA (Sor Juana García), franciscana. Ignórase á punto fijo de dónde fué natural esta ejemplarísima religiosa, y únicamente se sabe que tomó el hábito de S. Francisco en el convento de Sta. Clara de la villa de Alcázar de Consuegra. Cuando ingresó en la religion tenia más de cincuenta años, y aunque en el siglo habia sido mujer rica y principal y gozado de todas las comodidades, apénas hubo tomado el hábito, se convirtió en pobre, humilde y sencilla, tanto que parecia una niña de corta edad. Fué muy dada á la oracion, y levantábase siempre á media noche, permaneciendo orando hasta bien entrado el dia. Llegó á adquirir con este ejercicio tal seguridad de conciencia, tal firmeza de carácter y tan exacto conocimiento de lo malo y de lo bueno, que en notando cualquier falta en las demás religiosas, por muy insignificante que fuese, por muy leve que pareciera, al punto se la hacia advertir, reprendiéndolas por ella, y llevaba á tal grado su deseo de que todas vivieran inculpables, que no solo á sus hermanas, sino á la misma abadesa reprendia con humildes y modestas expresiones cuando la parecia haber ejecutado alguna accion poco arreglada ó conforme á las prescripciones de la virtud ó de la observancia, lo cual ni es reprensible ni debe tomarse como muestra de atrevimiento ó falta de respeto al superior; pues sabido es que S. Pablo, con ser más jóven y el último de los apóstoles, reprendió á S. Pedro, sin ser notado de atrevido, y produciendo efecto la reprension por ser justa y arreglada. Decia esta religiosa que muchas veces hallándose en oracion sentia una suave y deleitosa música, no siendo extraño, por lo tanto, que se recrease con tal extremo en aquel santo ejercicio que la proporcionaba inefables placeres; pues aquella música, y en semejante ocasion, no podia ménos de proceder de los angélicos coros. Estando ya en el artículo de la muerte esta bendita religiosa, rodeada de todas sus hermanas, dijo que veia entre ellas á Sor Juana de Cervantes, que estaba difunta hacia un mes, coligiéndose de aquí

que la mencionada religiosa estaba gozando de Dios, ante quien estan perpétuamente vivos todos los justos siervos. Al cantarla las religiosas el *Credo*, segun está prevenido en los estatutos de la Orden cuando algun individuo de ella se encuentra en el último trance, Juana, aunque con voz desfallecida, les ayudó á cantarle, ofreciendo de este modo el alma á su Criador con la alegría del justo que está persuadido del feliz cambio que experimenta trocando esta vida caduca por la eterna felicidad de la gloria. Quedó su cuerpo hermoso y flexible, y su rostro sereno y libre de la fealdad que generalmente imprime la muerte á todas sus víctimas, siendo esto en ella una evidente señal de la gloria que disfrutaba. Ignórase á punto fijo el dia y año en que ocurrió su fallecimiento; pues el cronista de la religion franciscana en la provincia de Cartagena y de la Mancha, adonde correspondia el citado convento de Alcázar de Consuegra, no acostumbra desgraciadamente á fijar con exactitud las fechas de las épocas en que vivieron y murieron los religiosos cuyas noticias pretende consignar. —M. B.

ROMERO (Fr. Andrés), religioso dominico de la provincia de Andalucía en que fué uno de los más ilustres oradores. Tomó el hábito en el colegio de Sto. Tomás de Sevilla, en que siguió sus estudios con grande aprovechamiento, comenzando muy en breve una carrera en que tantos triunfos debia obtener para sí y para su Orden. La predicacion de la palabra divina ha sido siempre en nuestro país una de las cosas que más ha distinguido y acreditado á todo sacerdote. A esto debieron su grande reputacion los Avilas, los Granadas, los Nierembergs, y tantos otros que son citados áun hoy como modelos de elocuencia oratoria, y cuyas obras son leidas con gusto y provecho. Mas para desempeñar dignamente tan alto ministerio necesita el que á él se consagra poseer grandes y vastos conocimientos en los diferentes ramos de la literatura sagrada y profana, siéndole familiares la sagrada Biblia, los santos Padres y demás expositores, los teólogos más eminentes y las doctrinas dominantes en su siglo sobre los diferentes ramos del saber humano. Ciertamente que la fe y el celo religioso han obtenido con frecuencia grandes resultados, mas el predicador que no sea verdaderamente instruido, puede prometerse escasa aceptacion en su auditorio. Podrá ciertamente pasar un período más ó ménos dilatado dirigiendo la palabra únicamente al pueblo, cuyas escasas luces no exigen grande erudicion en su orador favorito. Pero en el instante en que su fama y demás circunstancias arrastren á éste á otro campo más vasto, á un teatro conforme á su pretendido mérito, entónces si no sabe sobreponerse á sí mismo, manifestar los tesoros de ciencia que hasta entónces ha tenido ocultos, todos sus recursos toda su práctica fracasarán ante un auditorio más entendido, y léjos de conseguir su objeto, quedará relegado para siempre en la oscuridad y el ol-

vido. Estas circunstancias, tan necesarias en todos los siglos á los oradores cristianos, se hallaban reunidas en el P. Andrés Romero, quien recorrió todas las capitales y pueblos de Andalucía electrizando á sus oyentes con sus discursos, haciéndoles aumentar la idea que en un principio habian formado de él, y dando á su reputacion toda la grandeza y esplendor que haya podido adquirir jamás predicador alguno. Por desgracia nos son desconocidos sus discursos, pues si alguno llegó á darse á la estampa no ha podido conservarse, privándonos así de conocer su mérito, cosa sensible, porque en este caso se encuentran los demás oradores sagrados españoles, procediendo de aquí que acudamos aún hoy á los franceses, olvidando ó desconociendo los tesoros de ciencia y erudicion que en este ramo del saber humano hay ocultos en nuestro suelo. —S. B.

ROMERO (Fr. Diego), franciscano español, natural de Villanueva de los Infantes, en el arzobispado de Toledo. Pertenecia á una familia más ilustre por su orígen que por sus bienes de fortuna; y Romero, desesperanzado de encontrar en su patria una riqueza que le habia negado la suerte, se lanzó como tantos otros al Nuevo Mundo en busca de los tesoros que tanto halagaban entónces la imaginacion de los españoles. Pero los tesoros que debia encontrar Romero eran de una naturaleza muy diferente á lo que esperaba. El jóven apuesto, valeroso, un tanto aventurero, al desembarcar en Méjico se encontró sin más recursos que su espada, sin más riquezas que sus esperanzas un tanto ambiciosas. Pero como tantos otros tomó el servicio de uno de los señores ya avecindados en aquel país, confiado en encontrar bajo su proteccion lo que tanto codiciaba. Empero amargos desengaños no tardaron en manifestarle que habia equivocado su camino, que América no debia ser para él un venero de dichas, sino una fuente de amarguras y sufrimientos hasta que imitando á Jesucristo le siguiese por el camino de la cruz, empleando el valor y las buenas dotes de que le habia adornado en servirle sembrando la santa semilla del Evangelio. No se decidió tan fácilmente la vocacion del P. Romero, pues sin duda la más difícil de desarraigarse de todas las pasiones es la avaricia, que ha echado profundas raíces en el corazon del ambicioso. Pero la Providencia habia decidido su destino, y á pesar de las continuas batallas en que tuvo que luchar consigo mismo, quedó al cabo vencedor, y tomó el hábito de la religion Seráfica en aquella provincia llamada generalmente del Santo Evangelio. Desde aquel instante, vencido el hombre viejo, Fr. Diego fué completamente otro, y sus oraciones, sus penitencias, su abnegacion y sacrificios le hicieron mirar como uno de los varones privilegiados de aquella provincia. Dotado de no vulgar capacidad y con algunos estudios, no tardó en adelantar en el camino de las ciencias y de brillar por su doctrina lo mismo que brillaba por su pie-

dad. Hízose tambien célebre por sus revelaciones, y mereció que escribiese su vida el P. Fr. Agustin de Betancourt en la crónica de aquella provincia, insertándola en el dia 12 de Febrero, que fué el de su muerte, en el año 1680. Dejó escrito un tratado *De Passione Domini*, que no ha llegado á ver la luz pública.—S. B.

ROMERO (Fr. Domingo), religioso dominico del convento de la villa de Cervera. Fué obispo de Utica en 1559, y era célebre por sus estudios y su piedad. La órden de PP. Predicadores, de que fué uno de los primeros ornamentos en su siglo, le dedica grandes elogios que merecia por cierto por su larga carrera y no vulgares conocimientos. Nacido en un siglo en que el espíritu humano tomaba un vuelo gigantesco, en que la ciencia parecia despertar de su letargo, y lanzarse en busca de nuevos é inesperados caminos, Romero comprendió la marcha que debia seguir, y fué desde luego uno de los profesores más hábiles de su siglo, pues admitiendo lo nuevo con cierta reserva, no abandonó por completo lo antiguo, formando así una amalgama que es el justo medio de los verdaderos pensadores. Profesor durante muchos años en las universidades de Cataluña, obtuvo grande reputacion, ya con sus escritos, ora con sus explicaciones, á que concurrian personas de las clases más distinguidas de todas las ciudades de España. No por esto olvidaba sus deberes religiosos, pues orador celoso é incansable le oyó con asombro toda Cataluña, ora en elocuentes y eruditos panegíricos, ya ensalzando las virtudes de los héroes del cristianismo y animando á imitar sus santos ejemplos, ora reprendiendo los vicios y atacándolos con enérgica voz para conseguir la reforma de las costumbres, objeto principal de la religion cristiana. Obtuvo tambien varios cargos en su Orden, desempeñándolos todos con celo y acierto, y mereciendo la estimacion de sus iguales y superiores, que le estimaban como padre, llenando las veces de tal en sus severas pero no extralimitadas correcciones, en sus buenos consejos y en su atinada direccion á los fines principales de su instituto. Tambien asistió á varios capítulos provinciales y generales, ya como definidor, ora como sustituto de su provincia; tratábase en estas asambleas de los asuntos más interesantes de la religion, proponiéndose reformas y mejoras, todas las cuales eran examinadas y discutidas detenidamente para ver si se hallaban conformes con los santos fines del fundador, ó si debian desecharse por contrarias al plan que se habia propuesto al establecer su Orden. Todos los que en ellas tomaban parte, á la vez que los representantes de las provincias, eran los sujetos más sabios y prácticos de ellas, los más á propósito para decidir las cuestiones que se tratasen, ó representar las necesidades de que estas surgian. En estas asambleas adquirió Romero la práctica de los negocios, que no tardó en elevarle al obispado *in partibus*

de Utica, probablemente como coadjutor del arzobispo de Tarragona, á quien no llegó á suceder por haber muerto ántes que él, segun se deduce de las pocas noticias que nos han quedado de este ilustre religioso.—S. B.

ROMERO (Eugenio). Escasísimas son las noticias que de este excelente eclesiástico tenemos, y sin embargo, ellas por sí solas nos hacen comprender que fué un hombre nada vulgar y sobre todo acreditado en virtud y en ciencia. Estudió filosofía y sagrada teología con grande provecho, habiendo llegado á la honra del doctorado y merecido de sus catedráticos muchas veces la distincion de permitirle regir las cátedras en sus ausencias y enfermedades, lo cual era una prueba de que tenia capacidad y aplicacion, pues sabido es que los profesores, y especialmente en la época de nuestro Romero, que debió ser segun todas las conjeturas á mediados del siglo XVII, tenian especial esmero en que sus puestos estuviesen dignamente ocupados cuando ellos por cualquier circunstancia imprevista los habian de dejar. En el estado eclesiástico, en que siempre se ocupó con atencion, esmero y diligencia en todos y cada uno de los difíciles al par que importantes oficios de tan elevado ministerio, ejerció la cura de almas con mucho contento de sus feligreses, y fué por esta razon promovido á una silla canonical en la santa Iglesia de Oajaca, donde fué recibido con extraordinario contento de todo el cabildo, porque todos sabian que podian prometerse los más lisonjeros resultados, tanto de su capacidad como de su buena y siempre recta intencion. Muchas fueron las comisiones que le confiaron y algunas de ellas de muy difícil ejecucion; sin embargo con todas salia adelante, siempre obtenia el éxito más favorable posible, y cuantos con él trataban, fuera cualquiera el motivo por el cual le conociesen, quedaban prendados de él: es verdad que sobre ser muy prudente era muy afable con todos, y por consiguiente todos tenian que serlo con él, para que no desdijera de su tan excelente carácter cualquier otra manera que le fuese ménos adecuada. En sus ratos de ocio escribió en lengua vulgar para los habitantes del país una obra preciosísima, y muy útil tambien á los que no lo eran, y que tituló *Arte para aprender las lenguas Mejicana y Totonaca*, en cuyo precioso libro da muchas reglas de gramática general, y ventila cuestiones importantísimas, tanto de filología como de historia en sus relaciones con las diferentes variantes que las épocas ó los pueblos han introducido en el lenguaje. Tales son las noticias, escasísimas por cierto, que tenemos del canónigo D. Eugenio Romero, lamentándonos de nuevo de este irreparable descuido.—G. R.

ROMERO (P. Fr. Francisco). Sin que sepamos el lugar donde nació el P. Francisco Romero, nos le presenta la historia de la órden de S. Agustin como uno de los ministros útiles que ella tuvo en las misiones de Filipinas.

Dice, pues, la crónica, que al querer el P. Provincial enviar gentes á la mision del estado de Igolot, echó mano del P. Francisco Romero, sacerdote de la misma religion agustiniana en el convento de Mechoacan. Mucho aprecio merecia á sus superiores nuestro P. Romero, en atencion á que estos le confiaron desde luego la educacion de muchos indígenas, con los cuales tenia especial atractivo; bien es verdad que para ellos debia importar mucho el encontrarse con uno de su país, y á esto sin duda era debido el que él tomaba, es cierto, el mayor empeño para el éxito de la mision; pero lograba tal vez más de lo que se proponia, pues nunca el Señor le defraudó en sus aspiraciones todas; porque Dios, que penetra hasta el fondo de los más íntimos sentimientos de la criatura, vió las de este celoso misionero, y conociendo que no procuraba sino su gloria, quiso que la alcanzase bendiciendo sus apostólicas tareas, penosas como no podian ménos de ser. Y esto es todo lo que hemos podido averiguar acerca del Pr. Fr. Francisco Romero. — G. R.

ROMERO (Fr. Francisco), religioso de la órden de S. Gerónimo, tomó el hábito y profesó en el monasterio de la Murta de Valencia, donde se distinguió mucho por sus virtudes. Atento á cumplir con las obligaciones que le imponia su regla, era el primero en asistir al coro, donde pasaba largas horas en oracion entregado á piadosos y santos ejercicios, en los que manifestaba su grande devocion. En extremo humilde, negóse siempre á admitir los diferentes cargos para que fuera nombrado y en los que hubiera dado la mejor cuenta de sí, pues á una inteligencia no vulgar reunia cualidades que le hacian muy á propósito para el gobierno. Pero prefirió el camino de las virtudes y servir á Dios áun sin ese interés, que redundaba hasta cierto punto en beneficio suyo. Pasó de esta manera toda su vida consagrado á obras piadosas, sin que tuviera otras pretensiones más que cumplir con la obligacion que por sus votos se habia impuesto. Caritativo con los enfermos, pasaba la mayor parte del dia en la enfermería cuidándolos en sus dolencias y procurando su alivio por cuantos medios se hallaban á su alcance; su caridad se extendia hasta fuera del convento, y en sus cortas excursiones se dirigia á las casas de los labradores, cuyas necesidades socorria, y á los que ayudaba en todas sus miserias y apuros. Cuando carecia de recursos para proporcionarles socorros, y no podia obtenerlos de la comunidad, cuya situacion no era siempre floreciente, se dirigia á las personas acomodadas, que le ayudaban con gusto en sus santas empresas. Era de consiguiente amado de los pobres, que le miraban como su padre y bienhechor, buscaban en él su consuelo y el auxilio en todas sus necesidades. Pero no solo de las temporales, sino tambien de las espirituales, cuidaba el P. Romero, y valiéndose de aquellas como medios para conducir á los

pobres á su objeto principal, que era el cuidar de la mejora de sus costumbres y de su felicidad, pues introluciéndose en sus casas y obteniendo en ellas el consiguiente respeto por los buenos servicios que tenia ocasion de prestarles, no vacilaban los pobres labradores en prestar atento oido á sus instrucciones, en seguir sus ejemplos y dar con frecuencia agigantados pasos en el camino de la virtud. De esta manera obtuvo el buen religioso los más sazonados frutos, y mereció el aprecio y estimacion de sus superiores y áun de toda la Orden, que le miró siempre como uno de sus más dignos miembros. Sorprendióle la muerte ocupado en tan misericordiosas obras, y recibidos los santos Sacramentos y dispuesto de una manera conforme á su reconocida virtud, voló su alma al seno del Criador, siendo su muerte muy sentida, no solo por los pobres sino tambien por los religiosos que en él veian un excelente amigo y consejero. Sus exequias fueron tan concurridas como solemnes.—S. B.

ROMERO (Fr. Francisco), religioso franciscano descalzo de la Observancia de la provincia de S. Gabriel, de quien hace un largo y detenido elogio Fr. Antonio Trugillo en la cronología que escribió de esta provincia. Nació á principios del siglo XVII de una familia antigua é ilustre, que le consagraba á los ejercicios del campo, en que hubiera conseguido aumentar la hacienda de sus padres, si la Providencia no le hubiera llamado por distinto camino. Presentáronsele en un principio grandes dificultades para vencer la falta de recursos que encontraba para imponerse en los primeros rudimentos de las ciencias. Aprendió á leer y escribir con un maestro que casualmente estuvo una temporada en su pueblo, pues completamente desorganizada entónces la instruccion, eran pocos los lugares que tenian escuela, y áun esta solia estar cerrada la mayor parte del año. La gramática la aprendió con un P. franciscano, que solia residir en el pueblo como ecónomo del párroco, á quien su extremada ancianidad le impedia desempeñar las funciones sacerdotales. Con estos elementos se decidió á declarar su voluntad á su familia, que le puso en un principio grandes dificultades por ser el único hijo varon con quien contaba y en quien tenia fundadas grandes esperanzas; pero vencidos ya estos inconvenientes por los buenos consejos del religioso que le servia de maestro, pudo tomar el hábito, comenzando desde entónces una vida verdaderamente ejemplar y digna de los mayores encomios. Varon verdaderamente virtuoso, siempre fué mirado como un modelo en su provincia, y sus grandes austeridades citadas con elogio para la imitacion no solo de los novicios, sino aun de los ya profesos. Estudiante aventajado, el amor que desde su juventud habia profesado á la ciencia le hizo dar en ella rápidos pasos, así fué que la filosofía y la teología fueron aprendidas por él en corto número de años, sirviéndole de base

para su futura carrera. Ordenado de sacerdote se consagró al ejercicio de la predicacion, para el que contaba con particulares dotes, y en muy breve tiempo en efecto se conquistó una reputacion que llenaba ambas Castillas y áun el resto de España. Era buscado en las ocasiones más solemnes, y no solo sus prelados, sino los cortesanos, los grandes y todas las personas distinguidas, le llevaban á las iglesias de que eran patronos ó en que celebraban funciones á sus expensas, deseosos de admirar su elocuencia y de aprender con sus ejemplos. No tardó en ser elevado á diferentes destinos de su religion, ejerciendo durante algun tiempo el cargo de guardian en el convento de Valencia de Extremadura, donde indudablemente murió, habiendo publicado una *Oracion que pronunció en el capítulo provincial celebrado por su religion en* 1675.—S. B.

ROMERO (P. Fr. Juan), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula y uno de los oradores más celebrados en su siglo en nuestro país. Era natural de la Mancha, é hijo de la provincia de Andalucía. Profesó en Granada en 31 de Mayo del año 1547, donde siguió sus estudios, y tuvo comienzo la grande fama que se adquirió despues en la elocuencia sagrada. Pasó á la provincia de Castilla, siendo ya un orador consumado, y conocidas sus grandes cualidades, fué muy apreciado de diferentes príncipes y señores, siguiendo con los mejores resultados una carrera en que recogió gran número de ovaciones. Despues de haber gobernado muchos años la religion y sido provincial en Castilla, se retiró al convento de S. Bartolomé de la Vega, donde murió hácia 24 de Junio de 1599, dejando una excelente biblioteca que habia reunido con no pocas expensas y trabajos.—S. B.

ROMERO (Fr. Juan), religioso gerónimo del monasterio de Guisando. Siempre dieron aquellas admirables cuevas y desierto, situado entre peñascales, admirables ejemplos de virtud y santidad en sus moradores. Uno de ellos fué Fr. Juan Romero, en quien se vieron como resucitadas y traidas de nuevo al mundo las virtudes y austeridades de sus primitivos fundadores. Desde el momento en que recibió el hábito, manifestó el gran deseo y el ánsia de llegar al último término de la perfeccion, procurando hacer verdadera su vocacion, con entregarse por entero á la penitencia, olvidando los falsos placeres con que convida el mundo. Probaron sus superiores los quilates de su virtud en todo género de obediencia y en todos los oficios que le encomendaron, en todos los cuales aprovechó infinito; siendo su único deseo no distraerse jamás, y cumplir fielmente todos los encargos que se le hacian, siendo la admiracion de sus superiores. Era sujeto de juicio muy sólido y vasta instruccion, mas nunca pasó por su pensamiento que aquellos méritos, de que estaba adornado, hiciesen que fijasen en él la vista para ocuparle en cargos más superiores. Se habia criado en el siglo con regalo y abundancia,

por ser hijo de padres muy acomodados; pero aquellos recuerdos no le servian de otra cosa que de motivo para entregarse con más ardor á la mortificacion y penitencia; siendo esta la causa que alegaba Fr. Romero, diciendo: «Que él más que otro alguno tenia precision y necesidad de hacer penitencia, porque habia venido á la religion de muy léjos y con peores hábitos que sus demás hermanos. Rezaba las horas canónicas, cuando estaba fuera del coro, con gran compostura y reverencia, permaneciendo de rodillas, sin ponerse la capilla ni apoyarse en ningun lado, porque decia era faltar á la crianza y al respetuoso decoro debido al Altísimo. Concluidas las horas, se ocupaba en otras santas tareas, que hacia con igual compostura y comedimiento. Rezaba diariamente el oficio de finados y los salmos penitenciales. Otras santas devociones tenia además de las referidas, que no las cumplia con la boca, sino con el corazon. Era notable su honestidad, la modestia de sus ojos y la compostura de su semblante, acciones y palabras, siendo constantemente un modelo de sinceridad y de pureza; extremadamente solícito para ejercer obras de caridad, asistiendo con el mayor amor á los enfermos, dando de comer á los pobres, animándolos y consolándolos en sus aflicciones y trabajos. Tal conducta y tal género de vida hacia el que fuese muy respetado de todos, religiosos y seglares. Era tan completa su devocion, que en el altar se abstraia enteramente, contemplando el fin y objeto de aquella maravilla, así es que decia la misa con un afecto imponderable, enterneciéndosele los ojos, pero conservando el rostro igual y severo, aunque algo más encendido, produciendo aquel efecto su profunda meditacion. Su reputacion de sabiduría y de ejemplar religioso produjo el deseo en toda la comunidad de nombrarle prior, cogiéndole este nuevo cargo muy descuidado, no juzgándose ni creyéndose digno de que se acordasen de él para ejercer aquel elevado puesto. Se resistió cuanto pudo, pero obligado por la obediencia tuvo que aceptarlo, diciendo entre sí, cómo habia de ser espejo donde tantos siervos de Dios habian de mirarse é imitarle; no habiendo ninguno de sus hermanos que no lo fuese suyo, y de los cuales tenia tanto que aprender. Por fin se esforzaba cuanto podia en cumplir con aquel grave cargo, y pareciéndole poco cuanto hacia, se disculpaba con sus súbditos, diciéndoles que su verdadero prior era el Señor, maestro y rey de las virtudes y príncipe de los pastores, no siendo él más que uno de tantos del rebaño, y que allí hallarian todas las perfecciones que procuraban poseer, y que procuraria hacerles compañía para lograr iguales fines. Un devoto caballero que se retiraba á Guisando los dias santos de la Natividad y Epifanía, recogiéndose á aquel monasterio para celebrar dignamente aquellas festividades, iba algunas noches á maitines: la de la Epifanía, cuando el santo prior salia á los *laudes*, con la capa para el cántico *Be-*

nedictus, al tiempo de incensar el altar, vió que resplandecia el rostro como si fuera un luciente sol, y de la boca le salia una columna de fuego clarísimo que le regocijaba el alma. Era el santo varon de rostro enjuto, de color quebrado y amarillento, consecuencia de sus muchas austeridades y penitencias, pareciendo por lo tanto más extraño aquel cambio á los ojos de aquel caballero; mas sin embargo, certificó á los religiosos con solemne juramento la verdad de aquella mudanza en el rostro del santo varon. Llegó con esta vida ejemplar á una edad avanzada, y aunque siempre se le observaba valetudinario ó enfermizo, no perdonaba un punto al trabajo y á la buena direccion y provecho de la comunidad; cuando llegó al extremo su vejez y cansancio, se aumentaron sus padecimientos, siendo admirable la paciencia y áun alegría con que los soportaba, no oyéndosele otras palabras que loores al Señor, viéndose en este gran siervo de Dios, con extrañeza de todos, un cuerpo flaco, débil y sin facultades, con un espíritu muy fuerte y robusto. Conservó siempre su estado de pobreza, tanto en el vestir cuanto respecto á la celda y muebles, pues decia que no debia poseerse más que lo indispensable para el uso y para la necesidad, y que no siendo así, todo le parecia supérfluo. Viéndose muy apurado y agravado por la enfermedad, llamó este santo religioso á sus hermanos é hijos al mismo tiempo, y les manifestó cómo nuestro Señor queria saliese de esta vida, y sencillamente y sin ninguna pretension, les anunció el dia de su fallecimiento, hizo que le llevasen el santo cuerpo del Señor, recibiéndole con los demás sacramentos con la mayor alegría y devocion, y sin faltar un punto á su vaticinio, reposó en el Señor, de quien esperaba el premio á que los justos se hacen acreedores. Fué universalmente sentido y llorado por los religiosos y seglares, no por él, pues sabian su término glorioso, sino por su falta y su pérdida de tanto interés para todos. — A. L.

ROMERO (V. P. Juan), religioso de la Compañía de Jesus y primer provincial de Chile. Uno de los varones apostólicos que trabajaron gloriosamente en el extendido campo de las Indias, recogiendo copiosísima cosecha de almas al conocimiento de Dios entre aqnella numerosa gentilidad, fué el P. Juan Romero, varon religiosísimo, abrasado en el fuego de verdadera caridad para con sus prójimos, amado de Dios y de los hombres, y digno de eterna memoria. Nació el ínclito P. Juan Romero en la ciudad de Marchena, en el reino de Andalucía, el año 1559, de padres nobles y ricos en los bienes temporales, pero mucho más de los espirituales, adornados de muchas y ejemplares virtudes, y como tales criaron y educaron á su hijo en el santo temor de Dios; y porque desde su niñez dió muestras de grande ingenio y disposicion para las letras, le dieron estudios á que le conocieron muy inclinado, correspondiendo á aquellos cuidados con su aplicacion y deseo de

saber. Le enviaron á estudiar á la universidad de Osuna, donde cursó en la facultad de cánones, aventajando á todos sus condiscípulos por su aplicacion y superior ingenio. Con motivo de la comunicacion y continuo roce y trato con otros jóvenes de costumbres dudosas, comenzó á distraerse y á desdecir de aquellas santas virtudes en que le criaron sus padres; pues el mayor peligro para la juventud es el de las malas compañías. Usaba de galas, cursaba en la esgrima, manejaba las armas más que los libros, rondaba de noche, y se dedicaba á entretenimientos de mozo de poco juicio. Pero Dios, que no se habia olvidado de sus buenos principios y oia las oraciones que sus buenos padres hacian por su hijo, le dió un aviso bien marcado para detenerle en aquella mala carrera, y volverle á traer al camino de la verdad y á la vocacion santa para que le habia escogido. Salió una noche á rondar, armado como solia, y pasando por el cementerio de una iglesia adonde poco ántes habian enterrado un clérigo amigo suyo, caminando bien olvidado de él, y pensando en sus devaneos, se abrió de improviso la sepultura y salió de ella el amigo, no difunto sino vivo, revestido de fuego, con aspecto terrible, y mirándole con indignacion, le dijo en voz alta, espantosa é imponente: *Por esos pasos se viene á estos tormentos.* El pobre mozo cayó en tierra desmayado y sin sentido, atónito y espantado con el trueno de aquella voz y con la vista horrenda del difunto. Estuvo mucho tiempo sin poder hablar, perdidas las fuerzas y el uso de los sentidos, hasta que pasado aquel asombro, se levantó lleno de temor y miedo; y tropezando y cayendo volvió á su casa, donde estuvo dos meses enfermo, paralizada la sangre del espanto, y turbados los sentidos, sin acertar á pensar en otra cosa que en lo que habia visto y oido, cuya escena tenia tan impresa en la memoria, que no podia olvidarla ni desecharla un punto; pensaba en aquellas llamas que habia visto, repetia en su corazon las palabras del difunto, consideraba los malos pasos en que entónces andaba, y el fin y paradero donde le llevaban; el fuego tan terrible que su amigo padecia, y que sin duda habia sido enviado de Dios para avisarle y prevenirle, y refrenar su desordenada vida; y atemorizado con este miedo y escarmiento de ver las penas que padecia su amigo, se arrepintió de su vida pasada, y resolvió firmemente huir del mundo, sus pompas y brillantes esperanzas del porvenir, sacrificando á Dios su vida en el ara de la religion de la Compañía de Jesus, la cual pidió en levantándose con la mayor instancia y anhelo; y observando los superiores su milagrosa vocacion, le recibieron, creyendo que sin duda le traia la mano poderosa del Altísimo para grandes empresas de su santo servicio. Nada dice su historia del fervor de su noviciado, pero bien se deja presumir cuál seria en un hombre que no era niño, y entró con tanto desengaño y conocimiento de la verdad, y con tan rara vocacion; con cuánta resolucion y fer-

vor se entregaria á la mortificacion y penitencia, á la humildad y desprecio de sí mismo, á la oracion y observancia, y al estudio de las demás virtudes de que son irrefragables testigos las que profesó con edificacion de todos en el resto de su vida, y el fervor con que la ofreció en servicio de Dios y conversion de los infieles, en que trabajó más de cuarenta años continuos. Caminando tan veloz en la mortificacion y penitencia, y siendo tal su aprovechamiento, bien pronto llegó á la cumbre de la perfeccion. Cada dia tomaba tres disciplinas; interiormente iba vestido de un áspero silicio; sus ayunos eran continuos, su sueño escaso y su oracion mucha; profundo su silencio con los hombres, porque era muy frecuente su conversacion con Dios. Era admirable su observancia, guardando escrupulosamente la más mínima regla de la religion; á todos era ejemplo de virtud, y un vivo dechado de santidad y perfeccion. No le faltaron guerras que vencer en sus principios al nuevo soldado de Cristo, porque el comun enemigo, temeroso de que tan favorables principios habian de tener en adelante gloriosísimos progresos, procuró trastornarle y vencerle, infundiéndole tedio en los ejercicios de la religion. Esta lucha comenzó casi con su vocacion, porque sometiéndole á ejercicios que prescribe la regla de la Compañía, cuando se vió en un pequeño aposento, con poca luz y ningunas vistas, la cama pobre y estrecha, sin género de colgadura ni abrigo, una disciplina colgada á la cabecera, á la otra parte un silicio, un triste candil y un serijo en que sentarse, se afligió de manera que soplando Satanás el fuego triste de la melancolía, le asediaban pensamientos que le ahogaban, y sumian en un abismo de tentaciones para volverse al siglo; pero animado con el ejemplo de los de la Compañía, y esforzado con la vista de un santo crucifijo, encomendándose muy de veras en su auxilio, se levantó con esfuerzo, y llamando á Dios con la boca y el corazon y castigando al mismo tiempo su cuerpo con una recia disciplina, venció aquella tentacion y alcanzó la victoria sobre aquel astuto enemigo, que, como el Redentor enseña, se vence con la oracion y el ayuno, y así le venció con la oracion y penitencia, con tan gloriosa victoria, que nunca más se atrevió á molestarle con semejante tentacion. Prosiguiendo en su observancia, y añadiendo cada dia nuevos modos de aprovechar en la perfeccion, corrió el curso de sus estudios, y salió el más aventajado estudiante de toda su clase. Se ordenó de sacerdote, y cuando habia de emplear y lucir el privilegiado talento que Dios le habia concedido, y hacerse notable en su provincia, como lo fueron algunos de sus condiscípulos, anteponiendo el servicio de Dios á todos sus merecimientos, pidió pasar á las Indias á predicar á los infieles, y traerlos al conocimiento de Cristo. Mucho sintieron los superiores de Andalucía deshacerse de un sujeto tan religioso y entendido, y que con sus relevantes prendas habia de

honrar su provincia. A pesar de eso, teniendo presente los consejos de S. Francisco de Borja, que ordena enviar á misiones y empresas importantes los religiosos más señalados, cual era la de la conversion de los infieles en las Indias, que solicitaba el P. Juan Romero, le dieron, atendiendo á lo expuesto, grata licencia para pasar á las Indias. En su viaje rápido y seguido llegó al Perú, y estuvo y predicó en Lima y en otras partes de aquella provincia con gran crédito y aplauso, y con tal séquito de gente, que era necesario anticiparse con tiempo para lograr puesto para oirle donde predicaba, porque fuera de su vasta instruccion, le dotó el Señor de una elocuencia y animacion tan extraordinaria, que se hacia dueño de los sentimientos de su auditorio. Sus palabras eran tan propias, tan bien aplicadas y tan significativas de lo que pretendia decir, la doctrina tan sólida y provechosa, dirigida siempre á la reformacion de costumbres, y su vehemencia para reprender los vicios y aterrar á los pecadores con el temor de la justicia divina, que parecia un segundo Elías, de tal suerte que obtuvieron maravillosos efectos sus sermones, conversiones ejemplarisimas de muchos y obstinados pecadores; y era tal la influencia que ejercia en su auditorio, que parecia que Dios le habia concedido el don de dominar los corazones de todos, para encaminarlos á la virtud y buenas costumbres. De paso para Roma predicó en Madrid, porque en su celo no perdia ocasion de ganar las almas, lo que siempre conseguia; y oyéndole el P. Gerónimo de Florencia, primer predicador de S. M. que hubo en España perteneciente á la Compañia, y que seguramente era el rey de los oradores, afirmó que era el predicador de mayor espíritu y fervor que habia oido en su vida. Con esta superioridad en la predicacion, unia una gran facilidad en preparar ó prevenir los sermones, la cual era tan notable, que en una noche ó en medio dia disponia un sermon, fuese del asunto sagrado que quisiese, por de empeño que fuera, y como si lo hubiese estudiado de mucho tiempo; pero lo que más contribuyó á la gran concurrencia que acudia á escucharle, al fruto que conseguia y á la alta estimacion y aprecio que se habia granjeado, fué la santidad de vida con que resplandeció en todas partes, predicando más con el ejemplo que con las palabras; porque fué muy mortificado, pobre y humilde, de continua oracion, tan recogido en su interior y de tanta compostura al exterior, que con solo su aspecto y presencia inclinaba á las personas á refrenar las malas costumbres, moviéndolas á piedad y devocion. Era sumamente parco en el uso de alimentos, pobre en el vestido que siempre usaba viejo y remendado; en su aposento no se encontraba más que un zarzo duro de mimbres, que era su cama, una silla vieja y pequeña de costillas, y una mesa de pino con algunos pocos libros en que estudiaba, y una imágen ordinaria de Cristo crucificado, delante de quien oraba, y solia decir:

que en las mayores persecuciones y trabajos, que nunca le faltaron, cuando llegaba á la presencia de aquel Señor, y á la sombra de aquel árbol, todas las fatigas se le trocaban en descanso, y las espinas en flores, y solo sentia no tener más que padecer por quien tanto habia padecido por él; esta persuasion le hacia ser sufridísimo sin alterarse jamás ni volverse contra los que le injuriaban. En una ocasion se desmandó un predicador contra el padre Romero, diciéndole muchas injurias desde el púlpito, sin haberle dado causa. Habia de predicar al dia siguiente, y esperando el auditorio que habia de volver por su causa y rebatir sus calumnias concurrió mucha gente; pero el santo predicador no hizo mencion alguna de la ocurrencia ni dijo palabra alguna en su defensa y mucho ménos contra quien le habia agraviado, por lo que salieron todos de la iglesia admirados al mismo tiempo que edificados, ponderando su mansedumbre y aclamándole á una voz por santo, venerándole como á tal, no sabiendo qué mayor honra dar á sus merecimientos; siendo positivo que con aquel grande ejemplo de humildad y paciencia se gana infinitamente más crédito y reputacion, y estimacion de Dios y de los hombres, que con las venganzas injuriosas más propias de gentiles que de cristianos, escandalizando al pueblo y perdiendo el crédito y la honra los que no saben moderarse y son esclavos de sus pasiones. Fué un tipo de humildad, y siendo súbdito y áun superior tomaba siempre lo peor para sí, prefiriendo dar á los demás lo mejor, y esto no se referia solamente al aposento, alhajas, vestidos y comida, sino en los mismos sermones; virtud tan rara como difícil de observar por los predicadores de nota. Constantemente cedia á los demás los sermones de más lucimiento, celebridad y seguro auditorio, contentándose con que quedasen para sí los más comunes y ordinarios; pero Dios le pagaba con creces esta abnegacion y humildad, con el numerosísimo auditorio que siempre tenia cuando predicaba. Vivió siempre con grandísimo recato y tan rara modestia, que jamás miraba á una mujer cara á cara, rara vez las visitaba, y solo cuando lo exigia la urgencia para confesar á las enfermas, aliviarlas en algun trabajo, y entónces teniendo siempre á la vista el compañero; y cuando en las misiones le faltaba, llevaba consigo un indio de conocida virtud que estuviese presente como testigo de su recato. La presencia de Dios la tenia de continuo sin perderla jamás de vista en cuanto decia y obraba, y así era su vida una oracion continuada, hablando con Dios y con sus santos en lo más íntimo de su corazon. Hallándose en la provincia del Perú y en la ciudad de Lima, con el crédito y aplauso que queda referido y con la consideracion de hombre doctísimo, llegó á ser consultado en todo el reino de las personas más graves y en los negocios de mayor importancia, dando un valor á su parecer como emanado del cielo, así es que eran venerados y

fielmente seguidos sus dictámenes por los vireyes, Inquisicion, y Real Audiencia, como tambien por los obispos, y las iglesias catedrales. Desestimando, como humilde, esta celebridad y estimacion universal, y deseando huir de estas honras, que más bien le parecian grillos dorados con que le sujetaban para no dedicarse á la conversion de los infieles, principal móvil que le habia hecho desear el trasladarse á aquellos remotos países, pidió encarecidamente á Dios y á los superiores no pusiesen impedimento al logro de sus intentos, dándole licencia para ir á predicar á los gentiles, y convertirlos á la fe de Jesucristo, porque le afligia el escrúpulo de tantos como se condenaban por falta de doctrina y de quien les enseñase el camino de la vida eterna. Bien se deja comprender el sentimiento que produciria en los Padres religiosos de Lima el conceder esta licencia y apartar de su lado al santo y sabio varon que los ayudaba con tan alentado fervor en sus ministerios de la predicacion, confesion y resolucion de casos graves, á quien tanto les acreditaba con sus sermones, autorizaba con sus acertados consejos, y edificaba con el ejemplo de su santidad; pero tales fueron sus instancias y las razones que alegó tan eficaces, obrando Dios con ellas, que aunque con pesar le concedieron la licencia que solicitaba, y con universal sentimiento de la ciudad de Lima y de toda su comarca, partió á Yucumen, país todo habitado por gentiles, á una distancia de seiscientas leguas por caminos fragosísimos, poblado de tigres, de serpientes venenosas y de otras fieras, á buscar, no metales preciosos, principal objeto de los que pasan á Indias, sino las preciosas margaritas de las almas. Firme en su propósito nuestro fervoroso operario de la viña del Señor, se encaminó por aquellos incultos desiertos, llenos de cardos y espinas, á dirigir y salvar las almas de aquella descarriada gentilidad. Allí permaneció quince años trabajando y alumbrando á aquellos idólatras con la luz del Evangelio, trocándolos de fieras en hombres racionales, en discípulos devotos de Cristo rendidos á su servicio. Pero todos estos beneficios los consiguió á gran precio, exponiendo constantemente y con inminencia su vida, ya por las persecuciones de los indios idólatras, que intentaron muchas veces asesinarle como á enemigo capital suyo, pues les aconsejaba dejasen sus amancebamientos, embriagueces y hechicerías; ya por las fieras que habitaban aquellos montes y selvas, donde pasaba los dias y las noches sufriendo las inclemencias de las estaciones. Bien necesitó de la penitencia á que se habia acostumbrado en la religion para llevar la vida que hizo en aquellos desiertos, porque si en los colegios tenia un zarzo por cama, ó una gavilla de sarmientos, allí tenia el duro suelo, sembrado de espinas y abrojos, y no pocas veces se veia obligado á dormir entre la copa de los árboles, asi para evitar la grande humedad de la tierra y de los pantanos, como el ser aco-

metido por las fieras y serpientes, que se crian en aquellas selvas, y si ántes comia parcamente, allí despues de grandes fatigas, no habia de que echar mano sino de yerbas silvestres, y alguna vez por gran regalo un poco de maiz, y rara vez algun pescado; y si en la ciudad vestia pobremente, allí se vestia de pieles mal enjutas, sin curtir, ásperas y desabridas, más propias para silicios que para reservarse de la intemperie; y si allá tenia un pobre y desalajado aposento, allí una humilde choza fabricada de ramos y por gran cosa cubierta de heno; único abrigo para resguardarse de los frios y de los calores del verano, cuyos extremos son rigurosos en aquella tierra, reinando constantemente aires impetuosos y muy desabridos. Todo lo sufrió el paciente siervo de Dios con resignacion, y más bien con placer y alegría por amor de Cristo, endulzando sus fatigas el grande provecho que conseguia y el grande fruto que cogia á manos llenas de inmensas almas que trajo al verdadadero conocimiento de Dios, bautizando millares dé millares, derribando sus idolos, y edificando iglesias para la adoracion y culto de Jesucristo. Formó muchas poblaciones de los que se convirtieron, reduciéndolos á vida política y racional; porque cuando fué vivian diseminados como fieras. Se dió órden para edificar algunos colegios de la Compañía, que fuesen como plazas ó castillos de aquella nueva milicia de Cristo, dándose principio por la provincia del Paraguay; pero siendo pocos los obreros, se unieron en congregacion los que habia, y con el voto de todos enviaron al P. Juan Romero á España y á Roma, á dar cuenta al Rey y al general de la Compañía del estado de aquella cristiandad, la ocasion tan favorable para propagar la fe de Cristo en aquellos vastos territorios, y la necesidad de más obreros. El santo P. Romero, abrasado del celo del amor de Dios, y del bien de aquellas almas, tomó aquella grande empresa á su cargo, y atravesando mares y tierras, llegó á España, y negocio en la corte el logro de sus intentos. Pasó en seguida á Roma, donde fueron atendidas sus gestiones por el Pontífice y el P. General, consiguiendo cuanto pretendia para aquella nueva cristiandad; y cargado de riquezas, no de oro ni de plata, sino de reliquias de santos, jubileos, indulgencias, imágenes, y muchos y buenos sujetos, volvió al Paraguay, dejando en todas partes suavísimo olor de santidad y celo de las almas, sin perder ocasion de ganarlas en cuantas partes se ofreció. Ya parecia tiempo despues de tan largo viaje de tomar algun descanso, y hacer pie en los colegios quien tanto habia trabajado fuera de ellos; pero como el amor divino que ardia en el pecho de este varon apostólico, crecia con los trabajos, y á proporcion de las muchas almas que ganaba á Dios con ellos, cada dia pensaba en nuevos medios y en nuevas empresas para ganar más y más; por lo cual, viendo ya formada la provincia del Paraguay y edificados muchos co-

legios y residencias, pobladas de buenos obreros, puso los ojos en Chile, que dista de allí cuatrocientas leguas, tierra muy necesitada y poblada de los más bárbaros y terribles indios, y más encenagados en sus vicios que todos los que se habian visto hasta entónces; tan belicosos y valientes que jamás se les ha podido dominar, de que es buena prueba el valor y resistencia de los de la provincia de Arauco. Entre esta gente indómita y cerri- pasó el apostólico Padre el último tercio de su vida; llevó consigo algunos compañeros, y fué el primer fundador de aquella viceprovincia; y si habia padecido mucho en Paraguay, mucho más padeció en Chile, y á medida del trabajo le concedió Dios el fruto, convirtiendo infinitas almas á la fe santa de Cristo, fundando colegios y residencias, y animando como buen capitan á todos con su ejemplo. Fué superior todo el tiempo que estuvo en aquella tierra no para su comodidad, sino para la de todos sus súbditos, de los cuales cuidaba como verdadero padre de sus hijos, asistiéndolos, consolándolos, ayudándolos á llevar sus trabajos y enfervorizándolos así en los ministerios con los prójimos, como en su propio aprovechamiento. Para todos era un gran consuelo ver su solicitud y vigilancia, en particular con los enfermos y con los misioneros, dándoles cuanto necesitaban, sirviéndoles por sí mismo, y no solo á los de casa, tambien á los de fuera se extendia su gran caridad, haciendo buenas limosnas á los pobres de lo poco que poseian; y sucedió alguna vez pedirle licencia un padre para dar de limosna la frazada de su cama en tiempo de invierno á un pobre necesitado, y oyendo esta piadosa peticion se enterneció el siervo de Dios, y con lágrimas en los ojos se levantó y le abrazó, dándole con el mayor gusto la licencir que le pedia y á Dios infinitas gracias por la piedad que habia concedido á aquel Padre de quien él aprendia á tenerla con los pobres. Ocupado en obras tan santas y meritorias, lleno de canas y de ejemplarísimas virtudes, le envió el P. General Mucio Viteleski, patente de provincial de la provincia de Paraguay, que habia fundado á costa de los inmensos trabajos que quedan referidos; pero el sentimiento de todos sus hijos con esta nueva fué tal, que todos, así religiosos como seculares, le pidieron con lágrimas que no los dejase huerfanos, pues por tales se consideraban faltándoles tan amoroso y santo Padre, el cual condescendiendo con sus ruegos y hallándose de setenta años, quebrantado con los trabajos y cercano á la muerte; con deseo de prevenirse para ella y juzgándose imposibilitado para tan largo camino y ejercer tan trabajoso oficio, no le admitió, manifestando las causas poderosas que tenia para dimitir que P. General tuvo por buenas, relevándole de aquella carga. El siervo de Dios trató con todas veras de prepararse para la muerte, como si no lo estuviera el que toda su vida, desde que entró en la religion, se habia estado preparando. Se dió la

recogimiento y oracion excusando cuanto podia el trato con los seglares. Se le oian tiernos coloquios con Dios y con la Santísima Vírgen, de quien fué siempre muy devoto, con los santos y los ángeles, y en especial con el de su guarda. Multiplicaba las penitencias, tanto que los superiores le fueron á mano por que no acabase con su vida tan preciosa á los ojos de todos, y á sus almas tan importante; siendo muchos de parecer que habia tenido aviso del cielo. Poco á poco se le fueron agravando sus continuos padecimientos, que toleraba con admirable paciencia, hasta que el miércoles santo, diciendo la misa de pasion, le sobrevino una fuerte calentura que le derribó en la cama, y comprendiendo que era el mensajero de su muerte, se preparó para aquel trance, recibiendo con suma devocion los santos sacramentos. En cuanto se publicó por la ciudad el estado en que se hallaba el bendito padre, acudieron á verle todas las personas de algun valor, á visitarle y recibir su bendicion; entre los cuales fué un oidor de la Real Audiencia, que mostró gran sentimiento de su enfermedad y del peligro en que se hallaba: el Padre le consoló, y entre otras cosas le dijo que se previniese para la muerte, porque sin duda sería muy presto, y que le daba este aviso por el amor que le tenia. Dios cumplió aquel vaticinio, pues á los tres meses murió el oidor. Le visitó el obispo y le dió su bendicion pidiéndole que cuidase en el cielo de aquel rebaño, como habia cuidado viviendo en la tierra. El Padre lo prometió, y en dulcísimos coloquios dió su bendita alma á Dios, al comenzar el dia alegre de la gloriosa Resurreccion del Señor, queriendo su divina Majestad llevar por compañero de su gloria aquel dia al que lo habia sido viviendo en llevar su cruz y traerle tantas almas á su conocimiento. Al punto se divulgó su muerte viniendo toda la ciudad á venerar su santo cuerpo y á tomar algo de sus reliquias, como de verdadero santo, que en tal estimacion le tenian. El obispo con su cabildo se encargaron del entierro, haciéndole honrosísimos oficios. Asistió la Real Audiencia, y el obispo dijo la misa de pontifical, y predicó un canónigo magistral, haciendo grandes encomios y alabanzas del finado, todas cortas para sus muchos merecimientos. Fueron repartidas á todos sus pobres alhajas, que con instancia pedian por reliquias, y Dios patentizó los méritos de su siervo, haciendo algunos milagros por ellas con los enfermos y necesitados, dándoles alivio y salud en sus dolencias. Y para que no faltasen testimonios de su gloria tan merecida por sus santas obras y esclarecidas virtudes, encomendándole á Dios cuando estaba agonizando, aquella mañana de la Resurreccion, una sierva de Dios muy devota del P. Romero media hora despues de su muerte se le mostró Dios glorioso, vestido de sacerdote, que iba al cielo en compañía de los ángeles á gozar eternamente de su vista en la bienaventuranza. Estas cortas noticias da el P. Alonso de Ova-

lle de la esclarecida vida de este señalado varon, dejando en olvido sus grandes fatigas y desmedidos trabajos, que pasó en tantas y tan largas peregrinaciones y en la conversion de tanto número de infieles como trajo al conocimiento de Dios; y los casos particulares que le sucedieron en su predicacion, que sin duda fueron muchos y dignos de recordacion, y no se han podido saber por la variedad de tierras en que discurrió, y las grandes distancias de unas á otras. Su dichosa muerte fué á 31 de Marzo del año de 1630, á los setenta y uno de su edad y cincuenta de religioso en la Compañía de Jesus. — A. L.

ROMERO (Juan de la Concepcion), hijo de Madrid, nació en 1.° de Julio de 1724. Tomó el hábito de religioso agustino recoleto en 1740. Despues de los estudios escolásticos, pasó á Filipinas, donde estudió artes y teología. Tuvo varios ministerios y prelacías. Falleció en Manila en 1787. Escribió las obras siguientes: *Historia general de Filipinas, eclesiástica, política y militar*; Manila, doce tomos en 4.° — *De potestate romani Pontificis*, dos tomos. — *Traduccion de la Biblia Sacra al castellano*; tres tomos. — *Sucesos manuscritos de la guerra de los ingleses en las Islas Filipinas*; 1762, un tomo en 4.° — D. M.

ROMERO (Martin), presbítero. Era párroco de Jubiles en las Alpujarras de Granada. Cuando en el año 1568 ocurrió la sublevacion de los moriscos, estos, comandados por el cruel Abenfarax, entraron en dicho pueblo el dia 24 de Diciembre de dicho año, y prendieron á las personas más pudientes y distinguidas y á los dos sacerdotes Martin Romero y Salvador Rodriguez. Despues de haberlos molestado mucho para que renegáran de la ley de Cristo y abrazasen la de Mahoma, viendo que eran inútiles todos los esfuerzos y tentativas hechas para conseguirlo, mandó el impío caudillo en 30 del mencionado mes de Diciembre que les quitasen la vida, empezando por los sacerdotes. Lleváronlos desnudos y maniatados en compañía del sacristan de la parroquia y de dos personas distinguidas de la poblacion, que prefirieron la muerte á la apostasía, á un campo inmediato, y allí con inaudita barbarie, propia únicamente de séres encarnizados contra la cristiana religion, les quitaron las vidas á repetidos golpes de alfanje, haciéndoles materialmente pedazos los cuerpos; martirio que sufrieron con mayor paciencia y evangélico valor, pidiendo misericordia á Dios y ofreciéndole el trabajo que experimentaban en descuento de sus culpas, esperando alcanzar por premio la eterna bienaventuranza. — M. B.

ROMERO (D. Miguel). Al decirnos Latasa, en su *Bibliotheca Nova de los ilustres escritores aragoneses*, que fué natural de Aniñon, pueblo del antiguo reino de Aragon, nada nos dice de la fecha de su nacimiento, ni de sus estudios. Estos debieron ser buenos, cuando consta que tomó la borla de doc-

tor en ambos derechos, sin duda en la universidad de su patria, pues que tampoco se designa. Sin decirnos más que fué canónigo del Santo Sepulcro de Calatayud, ni si fué monje, y en este caso, cuándo y en dónde tomó el hábito, nos manifiesta el expresado autor, que fué abad Real del monasterio de la O, en cuya dignidad le coloca D. Martin Carrillo en la *Historia de San Valerio* en el año 1602, dándole ya sucesor en el de 1609. Consta tambien que fué muy instruido, y celoso defensor de los derechos y honores de su Iglesia. Solicitándose en su tiempo, dice Latasa, la union de esta con las otras dos colegíatas de Sta. María y de la Peña de aquella ciudad de Calatayud, sostuvo con gran firmeza su separacion, defendiéndola con la naturaleza de su fundacion y con muchas razones y prerogativas que le asistian, representándolo todo al rey D. Felipe II en un discurso é informe, suplicando al propio tiempo que no se promoviese dicha pretension, segun consta en el tomo I de las *Historias de Aragon* al cap. VI del lib. III, á cuya demanda accedió el Rey, como se ve por su Real carta dada á 13 de Mayo del año 1590. —C.

ROMERO (Fr. Miguel). Son escasísimas las noticias que tenemos de este sujeto, que sin embargo debió de ser de mérito á juzgar por la obra que de él nos ha quedado. Es muy sensible que no se sepa siquiera ni la época, ni la categoría que ocupó en su religion, ni cosa ninguna en fin, sino que fué religioso de la órden de S. Francisco, en la cual brilló como no podia ménos, pues á la verdad lo merecia el gran talento que desplegó en la sola obra que de él tenemos; pero que es más que suficiente para calificarle de sabio. El título de esta obra es *Tractatum scholasticum de Conceptione Virginis Mariæ;* obra altamente importante, y que con el afan que los franciscanos han tenido siempre por la singular prerogativa de la Santísima Vírgen, que la ha distinguido entre todas las criaturas, defendió como era consiguiente la inmunidad de la Vírgen, y puso en claro con argumentos irrecusables esta tan especial gracia de Dios. Quisieron, como era consiguiente y merecia disertacion de tanto mérito, haberla impreso, pero la abierta oposicion de su autor por una parte, y tal vez el descuidarlo por otra, hicieron que pasada su época y terminada, digámoslo así, su oportunidad; solo cuando se agitó por el sumo pontífice Pio IX esta importante cuestion para darla una solucion completa y terminante, como lo fué la declaracion del dogma, en 8 de Diciembre de 1854, fué cuando los franciscanos hicieron uso de este importante documento, dándole así publicidad, pues está comprendida en la gran coleccion que reunió Su Santidad, en que consta la opinion universal de la Iglesia acerca de tan importante punto. Por supuesto que ha merecido á su autor los mayores elogios, y sobre todo de parte del bibliógrafo Pedro de Alba y de D. Nicolas Antonio, en su *Bibliotheca nova Hispana*, donde le

coloca entre los más distinguidos escritores. Muchísimo nos lamentamos de que no se hayan podido reunir más datos para decir algo de este grande hombre, que no se ha podido aún saber ni siquiera donde reposan sus restos mortales, lo cual hubiera sido verdaderamente agradable, tanto para la literatura, cuanto para la religion Seráfica, que al cabo tiene en Fr. Miguel Romero un hombre verdaderamente distinguido. —G. R.

ROMERO (Fr. Miguel), religioso de la órden de S. Juan de Dios, varon de distinguida virtud, de la que dió inequívocas pruebas todo el tiempo que estuvo sirviendo en los hospitales de España, dando á todos grande ejemplo de modestia y santidad. Pasaron en su tiempo muchos religiosos al Nuevo Mundo, y deseando ir con ellos, pidió á sus prelados que se lo concediesen, y como muy en breve enviáran á pedir religiosos de Tierra Firme para los nuevos hospitales que se iban allí fundando, le cupo en suerte el pasar á aquellos nuevos orbes con destino al convento y hospital de Cartagena. Hízose á la vela en San Lúcar de Barrameda con otros religiosos de su misma órden, que iban á servir á los hospitales, y llegaron con próspero viaje á aquellos países. Estuvo el siervo de Dios sirviendo en el hospital de San Sebastian algunos años con admirable caridad y amor á los enfermos pobres. Continuaba en el ejercicio de las virtudes á que habia dado comienzo en España, logrando en sus progresos adelantarse en ellas hasta llegar á coronarse de perfeccion. Era varon verdaderamente santo, y aunque estuvo contento en Cartagena porque estaba obediente á sus prelados, no dejaba sin embargo de sentir cierto disgusto y desconsuelo, procedente de saber que habia tantos millones de indios que no estaban convertidos á la fe, y que vivian en las tinieblas del error, llegando algunos hasta la barbarie de comer carne humana. Con este dolor y sentimiento deseaba penetrar en el interior del país para predicarles y convencerles, aunque le costase la vida, que estaba dispuesto á dar en servicio del Señor. Accedió la Providencia á sus ardientes deseos, y para que consiguiese el predicar y perder la vida con glorioso martirio por la fe, dispuso que fuera á visitar el hospital y convento de Cartagena el comisario general de la Tierra Firme Fr. Bartolomé Gutierrez de la Paz. En el discurso de su visita conoció las prendas y grandes virtudes que adornaban al siervo de Dios, y sabiendo que el prior del hospital de la Concepcion de Tunja terminaba los tres años de su gobierno, le nombró prelado de aquel hospital. Fué tan grande el alborozo que tuvo al saber que iba no á gobernar, sino á un país donde tenia por vecinos á los indios caribes llamados Chocoes, que no podia contenerse y lo manifestaba en la alegría que brillaba en su rostro. Aumentóse el gozo de que se hallaba lleno su puro y santo corazon con la licencia que recibió para pasar á las minas de Pamplona, que se hallaban cercanas al territorio donde residian los indios, para

pedir limosna para su hospital. Tomó sus despachos, y dirigiéndose á Tunja encontró en el camino á un religioso franciscano menor, de grandes virtudes, y hablando de diferentes materias, le manifestó el siervo de Dios el gran servicio que harian al Señor y al rey de España, si se dirigiesen al sitio ocupado por los indios Chocoes y hablasen y procuráran reducir algunos caciques y traerlos á Cartagena para tratar de la paz, asentada la cual podria predicarles la fe y convertirlos como á todos los demás de aquellas provincias. Conformóse con tan santos designios el religioso franciscano, y habiendo llegado á la ciudad de Tunja, despues de haber permanecido en ella durante algunos dias, trataron de proseguir su viaje. Tuvieron tan buena suerte que fueron bien recibidos, así de los caciques como de los demás indios Chocoes. Predicáronles la fe, y convirtieron con muchos indios alarbes á los principales caciques. Manifestáronles luego que no solo deseaban su conversion, sino que hicieran la paz con los españoles, y que puesto que ya se habian convertido, no estaria demás que bajasen á Cartagena para tratar de un convenio, de modo que terminase la guerra en aquellas provincias. Accedieron á ello y se reunieron con los caciques algunos indios pricipales, que se ofrecieron á acompañarle para ajustar las paces que se les prometian, aunque estos no se hallaban todavía convertidos. Bajaron por el rio hasta Urabia, y yendo predicando por el camino á los indios principales que se habian reunido á los caciques, que se convirtiesen á la fe como lo estaban los demás indios vecinos suyos, y dejasen la supersticion de los ídolos con que vivian engañados, no lo creyeron así los caciques y demás indios, y suponiendo que era una emboscada para prenderlos y llevarlos á Cartagena, se rebelaron contra los santos religiosos, haciéndoles sufrir todo género de crueldades, hasta que atravesándoles con las lanzas les quitaron las vidas. Temerosos de los españoles, los dejaron envueltos en su propia sangre y regresaron á su territorio. Llegó esta noticia á Cartagena, donde se hallaba el comisario general Fr. Bartolomé Gutierrez, que era el que habia enviado al bendito mártir á que lograse la corona del triunfo, y tampoco tardó en saberlo el provincial de S. Francisco de aquella provincia de Cartagena; pero fué tan grande la dicha de este provincial, que enviando por el cuerpo del mártir de su Orden y súbdito suyo, se le enviaron con la lanza que habia sido el instrumento de su martirio, la que se conserva en el convento de S. Francisco de Cartagena con los restos de este santo mártir. No tuvieron igual fortuna los hospitalarios de S. Juan de Dios, pues no habiendo hecho á tiempo la diligencia, cuando enviaron á buscar el cuerpo del religioso de su Orden, dijeron muchos que era el llevado al convento de S. Francisco, asegurándolo formalmente, porque sostenian haber sido equivocados los cuerpos, dándose al provincial de S. Francisco el del religioso de S. Juan

de Dios. Consistió esta equivocacion en que los que recogieron los cadáveres eran unos pobres pescadores, que no supieron distinguirlos, aunque los entregaron sin vacilar apénas se los pidieron. Con estos religiosos padecieron tambien martirio gran número de cristianos, porque insistiendo el comisario general en que se buscase el cuerpo ó los restos del santo mártir Fray Miguel Romero, dijeron los pescadores que no podian reconocer los huesos, porque se hallaban envueltos en sábanas con los demás cristianos que padecieron con ellos. Hiciéronse nuevas diligencias, pero con el sentimiento y dolor de que si se hubiesen hecho á tiempo se hubiera tenido la seguridad de encontrar el cuerpo de este glorioso mártir y conducirle á Cartagena. Acaeció este suceso el año 1646. —S. B.

ROMERO (Fr. Pedro). Fué dominico de la casa-convento de Campillo de Alto-Buey, muy docto y erudito; por cuyas circunstancias el duque de Alba, Excmo. Sr. D. Antonio Alvarez de Toledo, le llevó á Nápoles, donde estuvo de virey, porque era su confesor y queria que fuese su consejero como en efecto lo fué, dando sus consejos un resultado acertadísimo siempre. Allá (en Nápoles) predicó con mucho éxito y con gran fruto. Pudo lograr los primeros puestos tanto en su religion como en la carrera eclesiástica, pues sus méritos le hacian acreedor á una mitra; pero renunció siempre á todo puesto visible, y áun el que fuese con el duque no se consiguió sino á costa de trabajo. Publicó en Venecia un folleto que tituló: *Venetia Evertina, Discorso Theologico Academico del Licentiato Pietro Romero Spagnalato da Campiglio d'Altobuey, Domenicano.* Año 1641. Publicó tambien un *Santoral* seu *Santorale* sive *Contiones de Sanctis.* Obra muy apreciable, porque contenia los panegíricos de muchísimos santos españoles apénas conocidos en Nápoles, y que por esta circunstancia lo fueron; y por último, publicó tambien un *Mariale* ó sea *Sermonario de las principales virtudes de María Santísima.* Todos estos escritos excelentes y justísimamente aplaudidos. —G. R.

ROMERO (P. Presentado Fr. Urbano), religioso cisterciense, natural de la villa de Carrascosa en el obispado de Cuenca, tomó el hábito en el monasterio de Sobrado en 12 de Setiembre de 1642, y fué sucesivamente abad de los monasterios de Ovila y Sobrado. Dióse á conocer como poeta, escribiendo diferentes obras, y en particular una á imitacion de la benedictina del Mtro. Bravo, pero todas desaparecieron poco despues de su muerte, pues segun Muñoz, en su Biblioteca, los sujetos que las tenian las ocultaban con el mayor cuidado. Los títulos de estas producciones son: *La Bernardina*, en 4.°—*Varias poesías latinas*, en 4.°—S. B.

ROMERO Y ABAD (Fr. Felipe). Fué este religioso mercenario, segun Latasa en su *Biblioteca de Aragon*, natural de Carenas, poblacion de este antiguo reino de España. Habiendo tomado el hábito en la milicia religiosa de

nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos, llegó por su capacidad reconocida á ser maestro de número de la Orden, rector del colegio de la ciudad de Huesca, comendador del Real convento de S. Lázaro de Zaragoza, examinador sinodal de su arzobispado, y catedrático de artes de la universidad de Huesca, en cuyos destinos acreditó suficientemente su saber y excelentes dotes. Murió este religioso en Zaragoza el dia 3 de Mayo de 1699. Dedicado tambien al púlpito, escribió varios sermones, y de ellos solo se conoce impreso el siguiente: *Oracion fúnebre en las exequias celebradas en dicho convento de Zaragoza por el reverendísimo P. Mtro. Fr. Juan Antonio de Velasco, Maestro general de su Orden*; Zaragoza, 1698, un tomo en 4.°

ROMERO DE CARMANIOLA (Fr. Inocente), religioso minorita del siglo XVII. Italia fué la patria de este franciscano, que desde su primera juventud dió las más inequívocas pruebas de su piedad y virtudes, distinguiéndose en particular por su grande devocion á María Santísima. Así es que toda su vida fué consagrada á este santo objeto, mereciendo inefables favores de tan augusta Señora. Sus estudios, sus oraciones, sus meditaciones, todo tenia por único fin en este religioso los elogios de la Reina de los ángeles, excelsa abogada y patrona de la Orden Seráfica. Escribió con este motivo una obra que ha pasado á la posteridad, y que se cita todavia con encomio por los bibliógrafos de la religion franciscana. Sus demás hechos son los comunes á todos los que profesan las órdenes monásticas, aunque haciéndose un tanto notable por su saber y virtudes. Novicio, fué un dechado de obediencia, un modelo de humildad, un espejo de penitencia y mortificacion, un vaso purísimo de santidad. Sus superiores jamás encontraron en él nada que reprender, si bien por el contrario, procurando mejorarle en su carrera, él siempre lo rehusó, negándose á aceptar toda clase de cargos que pudieran apartarle de sus ocupaciones favoritas. Profeso ya y sacerdote, fué por un largo espacio de años confesor de religiosas, á las que condujo conforme á sus inclinaciones á la perfeccion de la vida, poniéndolas como modelo á la que fué toda pura y sin mancha y perfecta desde el principio de la creacion hasta la consumacion de los siglos. Tal era la guia que en su conducta como confesor se propuso el P. Romero de Carmaniola. Inútil es decir consiguió los mejores resultados, pues muchas de las religiosas á quienes oyó en el tribunal de la penitencia murieron con fama de santidad, y otras obtuvieron la mejor opinion, tanto en vida como en muerte. Quizá dedicadas á ellas escribió sus obras, y procuró de esta manera inculcarlas una devocion que debia constituir la felicidad de su vida. Ignóranse las demás circunstancias de este religioso, cuyos escritos piadosos principalmente le han recomendado tanto á la memoria de los siglos. Parece, sin embargo, que se ha perdido alguna de sus obras; al ménos las que han llegado hasta nosotros, si bien suficientes

para el lugar que le damos en la *Biografía eclesiástica*, no lo son sin embargo para figurar dignamente entre tantos y tan ilustres varones como ha producido la religion Seráfica. Titúlase el libro que dió á luz: *Origo Coronæ septem decadum B. Mariæ Virginis*, el que parece tiene un apéndice intitulado: *Tractatus devotus de S. Antonio Patavino*. Imprimióse en Monte Regali en 1626, segun Rossoto en su *Biblioteca Pedemontana*. — S. B.

ROMEU (Fr. Francisco), del órden de Menores, predicador apostólico. Escribió dos obras con el título, la una de *Asuntos apostólicos predicables*, etc., que se imprimió en Barcelona por Juan Piferrer, en 1736. La otra: *Novenario de sermones á las almas del purgatorio*. Aunque en estos discursos se alegan muchas autoridades de la Santa Escritura y Santos Padres, es solo para dar más satisfaccion á los lectores; pero ya se advierte que el predicador no debe mezclar palabras latinas á imitacion del célebre predicador de la misma órden el Bto. Fr. Bernardino de Feltro, llamado el *Demóstenes christiano y Nacianzeno de Italia*, que preguntado porqué no citaba en latin los textos sagrados, respondió: «Hícelo asi por dos razones, la primera, por evitar la ostentacion del erudito, que pocas veces produce fruto; la segunda, porque interrumpida la oracion suelta y vehemente, se resfrian con la interposicion de textos latinos, no solo la vehemencia del orador, sino tambien los afectos excitados en los oyentes. A los predicadores que llenan sus sermones de textos, que comunmente se llaman *empedrados*, se les puede decir que trabajan para ostentarse doctos; y aunque son innumerables los empedradores semejantes, no por eso hay ménos lodos en las costumbres. En el *Diario de los literatos* se alaba mucho el prólogo de esta obra por las máximas juiciosas. — A.

ROMEU (Fr. Francisco). Nació en Castiglione, de una familia ni ménos noble ni ménos rica que las más distinguidas de su época, por cuyos motivos la educacion que recibió fué esmeradísima, tratando desde luego sus padres de que correspondiesen los resultados que esta diera á lo que merecia su tan ilustre prosapia. Ingresó por deliberada y muy espontánea eleccion suya en el convento de Padres dominicos de S. Marcos de Florencia, y siendo la admiracion de todos, tanto por su talento cuanto por su aplicacion y virtudes, reunió cuando se cumplió el tiempo de su probacion todos los votos para su profesion, é hizo esta con la mayor solemnidad y con el decoro y ostentacion que convenia al crédito y antecedentes de su familia. Aun cuando al ingresar en la Orden estaba ya más que medianamente versado en las ciencias eclesiásticas, quiso instruirse más completamente, é hizo profundos estudios, en los cuales aprovechó muchísimo, bajo la direccion de los hombres más esclarecidos de su época, á los cuales no solo pudo compararse, sino que á muchos de ellos se hizo superior, no tanto por su asiduidad en el estudio

y otras muy excelentes y notables circunstancias que en él concurrian. Apénas él mismo dió por terminada su carrera, pues los superiores lo habrian hecho mucho ántes si á ello no se hubiese opuesto su expresa y terminante voluntad, le comisionaron primero para pasar y luego para enseñar como maestro á los jóvenes las ciencias filosóficas y sagrada teología, haciéndolo con tal éxito y con un tan extraordinario suceso, que se llenaban las aulas, y no como quiera de solos los jóvenes, que por precision tenian que hacer estos estudios, sino de hombres muchas veces encanecidos en la ciencia, y que habiendo dejado pasar á muchos maestros sin haberse querido siquiera acercar á oir su doctrina, en el escuchar la de este mostraban no solo la simpatía y deferencia con que le miraban, sino el aprecio que hacian del talento y la aplicacion, pues que á su aplicacion y talento se debieron esas mismas demostraciones de afecto. Con el mejor éxito, segun llevamos dicho, desempeñó el importante cargo de la enseñanza, y como al acierto para cumplir lo mucho que sabia, vertiéndolo casi con profusion cuando para ello se presentaba ocasion adecuada, reunia un celo el más ardiente para que la disciplina regular de la debida observancia, no solo no se relajase lo más mínimo, sino que por el contrario se observára hasta donde es posible y todos trabajarán de consuno á su perfeccionamiento y á lograr los frutos ópimos del órden y de la religiosa observancia, no cupo al Mtro. Juan Fenario la menor duda en tomarle por su socio, y en tal concepto llevarle á Tierra Santa; y de intento hémosle dado el nombre de socio, porque como el superior conocia las buenas partes de su compañero, no de otra suerte le trató que si hubiese estado investido en la Orden de las mismas condecoraciones y títulos que él, que era no ménos que ministro general de toda ella. No tuvo ocasion de arrepentirse de su eleccion, pues fué acertada hasta más no poder, porque el P. Romeu tenia las mismas miras y los mismos intereses idénticamente que el P. Fenario, por lo cual uno y otro, con todo ahinco, procuraban el bien de la religion Dominicana, el servicio de Dios en el provecho de sus hermanos, al cual les atraian por frecuentes y acertadas predicaciones, por un cuidado sumo de sus intereses espirituales y áun materiales, y por la práctica de los demás medios que les hacian deponer al hombre viejo para revestirse del nuevo, olvidarse de sus iniquidades para emprender un camino de justicia, y haciendo en todo y por todo lo justo y lo debido en conformidad con la ley santa del Señor, alentarse más y más para cada cual en su línea lograr la perfeccion á que Dios llama á la criatura. Muy satisfecho Romeu al lado de Fenario, y este con la compañía de su hermano muy querido, parecíales á ambos que nunca tendrian ni otra ocupacion que la de procurar juntos el bien de las almas, ni otro cargo que el de regentar y gobernar con el sumo acierto que lo hacian la comunidad é intereses de los fieles

de Tierra Santa. Mas Dios en sus inescrutables designios formaba otros acerca de estos dos siervos suyos. A Fenario le llamaba para sí, á Romeu para los altos puestos de su órden sagrado, así que comisionado por su superior para pasar á Roma en 1539 para celebrar un capítulo general, ocurrió el fallecimiento de Fenario miéntras esta reunion, y quedó en Roma nuestro Romeu nombrado por sucesor del Bto. P. Juan, en atencion al acierto con que habia desempeñado el tan importante cargo de compañoro del difunto. No duró mucho tiempo en el cuidado de puesto tan delicado; pero no fué en realidad separado para dejarle oscurecer en una celda, sin más ocupacion que procurar la gloria de Dios mediante su santificacion y el bien de sus hermanos, todo ménos que eso, para este bien mismo de sus hermanos, para trabajar en el espacioso campo en que Dios le puso, para brillar más y más y hacer ver las dotes con que el Señor le habia adornado, para esto vuelve Francisco de Tierra Santa, para esto es con afan llamado á Roma. Efectivamente, apénas regresó, que lo hizo por mandato superior, pero de esos mandatos que por una parte no dejan lugar de vacilar, y por otra no permiten siquiera presumir adónde irán enderezados; y apénas hubo tomado el preciso descanso despues de su viaje, cuando se le participó que á lo que venia era á ser prefecto de la provincia, en lo cual tenia que trabajar muy mucho, pues es, puede decirse, quien lleva el cargo de todas las cosas en ella. No le arredró, en verdad, la consideracion de lo muchísimo que tenia que hacer, y que hizo en efecto, para cumplir bien y fielmente su delicado encargo; salió con él adelante, de igual manera que habia cumplido anteriormente con los de socio, y despues superior de la casa de Tierra-Santa. Mucho ganó la Órden con tal nombramiento, porque reunia circunstancias muy especiales, y que poquísimas veces concurren en un mismo sujeto. El era extraordinariamente atento y delicado para su trato y demás, y al mismo tiempo sumamente celoso de que todos y cada uno cumplieran con sus deberes respectivos; pero en él jamás hubo ni violencia para reprender, ni falta de decoro para tratar, sabia bien discernir entre la enormidad y detestabilidad de la falta, y la miseria y pequeñez que eran inherentes á quien la cometia; así es que sin dejar de apiadarse del delincuente, era inexorable con el delito, buscando siempre manera de salvar del castigo á quien le habia merecido, pero no consintiendo nunca que se vislumbrára siquiera la impunidad. Puede bien inferirse lo que ganaria su provincia con un hombre de tales condiciones puesto al frente de ella; y esto quien lo conoció perfectamente fué el muy Rdo. P. Mtro. Alberto de Casaus, ministro general de la Orden, el cual, luego que vió lo que era para el gobierno, le nombró procurador general en la corte romana en 1542. Cumplió con este destino tan bien como lo habia hecho con los demás en que habia sido cons-

tituido, y por consiguiente mereció, como en todos los otros, los aplausos y afecto de cuantos le conocieron; siendo esta nueva posicion que ocupára motivo para que se pusiera en relacion con el Sumo Pontífice, el cual no pudo ménos de guardarle las mayores deferencias y tenerle especialísimas atenciones, debidas todas á su carácter tambien especial. Efectivamente, desempeñando el P. Romeu el cargo de procurador, hubo de participar al Pontífice, inmediatamente despues de acaecer, segun es costumbre y hasta necesidad, la muerte del Rmo. P. General, y el Papa, que tiene el derecho de nombrar un vicario miéntras se reune el capítulo para que nombre superior general, nombró á nuestro buen Romeu, porque comprendia que en él habia todas las condiciones y circunstancias convenientes para tan elevado cargo. Aun cuando él comprendió perfectamente que el desempeñarlo en interinidad no le daba ocasion más que para el despacho de aquellos asuntos propiamente del momento, y sumamente perentorios; sin embargo, en su resolucion mostró tal acierto, en su eleccion tanto tino y siempre tal cordura, que por todo y por todos fué considerado el más á propósito para desempeñar el cargo en propiedad; y así todos lo consignaron en el capítulo general, reunido en Roma el año 1546, y en el cual hubiera sido declarado general por aclamacion, si á ello no se hubiese opuesto abiertamente, para no sentar mal precedente con respecto á otros, y dejar por consiguiente libérrima la eleccion, y amplísima la facultad de emitir cada uno su voto con esa seguridad que da el secreto, que es á la verdad el más breve camino para llegar á las situaciones claras, por decirlo así. Si esta singular prueba de deferencia demostraba, como sin duda alguna lo demostró, la singularísima que le tuvieron todos los capitulares que á esta proclamacion concurrian, y que claro es le estimaban tanto, porque conocian sus prendas; no es ménos de notar la que despues adquirieron hácia él todos los que con motivo del nuevo cargo que comenzó á desempeñar desde luego, tuvieron algun roce, y áun aquellos mismos que solo le conocian de vista ó de oidas, pues solo el oirle era más que suficiente para formar de él el concepto que se merecia. Por supuesto, que quien tuvo de él ventajosísimo concepto fué el sumo pontífice Paulo III, el cual le prodigó las más distinguidas consideraciones, poniendo á su cargo comisiones de la mayor importancia, y haciéndole depositario de sus secretos; pues áun acerca de estos nunca obraba sin la cooperacion y parecer del Padre. Cuando por instancia de este se reunió el Concilio de Trento, el Papa le hizo ir allá, y ciertamente que valió mucho en el sínodo; tanto por el acierto con que desde luego sabia resolver las cuestiones teóricas, como por las varias maneras con que hacia las explicaciones acerca de los casos prácticos que el santo sínodo habia de resolver, y para cuya acertada resolucion era preciso que un hombre de la capacidad y del

tino del P. General pusiese las cosas tan en situacion de resolucion como nuestro Padre las ponia. De aquí se siguió el sumo aprecio que todos los Padres del Concilio tuvieron hácia él, y á que él supo corresponder prestando á cada cual la cooperacion que estaba á su alcance, para que cumpliera bien y debidamente su cometido; no á la verdad porque él se metiera nunca á decir ni á hacer acerca de nadie, sino porque todos, conociendo por una parte su capacidad y por otra su buena índole, le consultaban y seguian ciegamente su parecer, porque su parecer era siempre, cuando ménos, prudente y arreglado á lo que podia y debia exigir el mejor éxito de todas las cosas. Cuando en 1548 se trasfirió á otra más á propósito época la reunion de las sesiones de esta vasta asamblea, él dejó á Trento como le dejaron todos los Padres, y con todos estos dejó establecida la más estrecha amistad, hija de su excelente carácter, y debida á que siempre fué todo para todos. De regreso á Roma, visitó al Santo Padre, de quien recibió nuevas muestras de la mayor deferencia, y con quien consultó sobre varios asuntos referentes á su Orden, logrando las más ámplias facultades para hacer en órden á su régimen y gobierno cuanto le pareciera prudente, pues comprendiendo muy bien Su Santidad que no tendria motivo de arrepentirse por muy especiales que fuesen las deferencias que le otorgára, pues que sabia bien que nunca abusaria de ninguna de ellas, le dió tantas atribuciones como si fuese su propia persona. Revestido de estas extraordinarias facultades, y lleno de celo por la honra, bien y prosperidad de la sagrada familia á que se honraba de pertenecer, enunció y emprendió la santa visita de sus conventos. Julio III, que habia sustituido á Paulo III en el solio pontificio, quiso que Roma y sus contornos fuesen los primeros que disfrutáran el favor, que indudablemente era grande, de esta visita pastoral, y áun Su Santidad misma estuvo algunos dias en una de las casas visitadas, con lo cual, si era posible, acrecia más y más la estima que el Santo Padre tenia del fiel servidor de la Iglesia, ministro general de los dominicos. En todos los conventos adonde iba, encontraba algun favor que hacer, y si era necesaria su cooperacion para cortar algun abuso, para reformar alguna imperfeccion ó hacerse alguna innovacion provechosa, para la cual hubiese de contrariar algun tanto á alguno de los Padres, era tal su tino y tanta su delicadeza, que no usando nunca el tono imperioso de que pudiera haber echado mano, porque en verdad á nadie competia esto como á él, se contentaba y conformaba con inspirar la conviccion, y luego lograba muy muchas veces no solo lo que queria, sino muchísimo más. Para dar á este acto de la visita, en que, como llevamos dicho, iba investido de las facultades más ámplias por parte del Sumo Pontífice, toda la importancia que en sí tenia, y al propio tiempo para que á él no le quedára el más ligero remordimiento de si lo habria he-

cho bien ó mal, y para tener con quienes consultar cualquier duda que se le ofreciera ó cualquier cosa que hubiera de resolver, llevó consigo á los muy reverendos y esclarecidos PP. Angel Betini y Félix de Castelfranco, hombres de gran talento y ciencia, tan acreditados por estas circunstancias como por su virtud extraordinaria, y en quienes hubiese la Orden acaso fijado su atencion para nombrar á alguno de ellos general, si no hubiese tenido á nuestro P. Romero. Estos respetables señores se complacieron vivamente en poder admirar á nuestro Romeu, y ellos mismos, haciéndole justicia, son los primeros á proclamar que era un hombre especial, y que muy bien merecia el elevado puesto en que se le habia colocado. Despues de hacer la santa visita en Roma y sus contornos, pasó á Francia, donde ántes que él habia llegado la fama de sus tan especiales circunstancias. El mismo monarca quiso admirar de cerca á hombre tan singular, y sin esperar á que se presentára á él, vino á visitarle á su convento; deferencia que si en cualquier soberano hubiéra tenido altísima importancia, en un hombre como Enrique II, que era el á que nos referimos, fué un verdadero suceso, que en un principio asombró á la corte toda, pero que luego sirvió á confirmar la idea que del criterio y dotes del monarca se tenia formada; porque en verdad que solo un hombre de su talento pudo apreciar cuánto valia el General de Dominicos, para otorgarle una tan señalada muestra de deferentísima atencion. El Padre la correspondió dignamente, secundando de muy especial manera las miras del monarca, y siendo tanto en su recibimiento, como en las sucesivas visitas, tan obsequioso como merecia el elevado carácter y las prendas del rey de Francia. La visita de sus conventos se hizo tan felizmente como era de esperar, dando tan buenos resultados como se prometieron, y viniendo á ser, como si dijéramos, una reforma en las cosas que sin culpa de nadie habian relajado los tiempos: era preciso un arreglo, y ni se podia ni se debia de hacer con estrépito, sino poco á poco y de muy buena manera, que es como lo hizo nuestro buen religioso. Habrian deseado todos en Francia, los dominicos y los cortesanos, el pueblo y el clero, que hubiese permanecido en el reino, y especialmente en París por más tiempo, pero esto no fué posible. Se habia señalada el dia de Pentecostés de aquel año (1551) para celebrar en Salamanca capítulo general, y era preciso que el Padre y sus socios vinieran á él, por lo que abandonó á Francia, pasando á España, donde no fueron ménos señaladas las muestras de aprecio con que le distinguieron. Su viaje en este católico reino hubo de ser muy precipitado, porque al venir le apremiaba el tiempo, porque habia estado todo el que pudo en Francia, y ya no le quedaba más que el preciso para disponer el capítulo general; al regresar tenia que ir tambien aceleradamente, porque volvia á Trento para continuar el interrumpido Concilio; así es que apénas pudo detenerse sino

lo indispensable en los conventos de tránsito, los cuales puede decirse que visitaba de una ojeada, pero ojeada que le servia de muchísimo. Llegó á Salamanca, y allí puede decirse que él fué quien arregló el capítulo general; siendo muy de admirar su carácter, ó más bien el resultado práctico de su ciencia y de su virtud, porque á pesar de ser el superior á quien todo debiera darse no solo hecho, sino hasta resuelto; él, léjos de desdeñar, se complacia en disponerlo todo, y todos queria que descansáran miéntras él trabajaba, no molestaba á ninguno, ni áun permitia que los que tenian algun cargo dejáran el desempeño de este por arreglar las cosas del capítulo general, siendo de todos apreciado cual era debido una conducta tan admirable. Por supuesto que nunca recibió de sus hermanos las distinciones con que al superior general debe tratarse, porque decia que esto era faltar á la fraternidad debida y acostumbrarse mal, para cuando hubiese de dejar el generalato, que tendria que volver á vivir como simple fraile particular; por esto nunca se dejó tratar de otro modo, y si alguna vez en público ó de una manera oficial tenia que ser tratado como era justo, tenia él, segun dijo muchas veces, gran cuidado de no permitir á la persona usurpar nada á la dignidad, no fuese que se quedase luego con algo que le estorbase. El capítulo general de Salamanca ha sido uno de los monumentos más grandes que ha levantado la órden de Predicadores, es verdad que á él concurrieron hombres como nuestro Melchor Cano y otros; pero tambien es cierto que contribuyó en gran manera á su feliz éxito el acierto con que se presentaron los asuntos para su discusion, el tino con que en las cuestiones más delicadas y difíciles se buscó siempre la más clara y más recta decision, y la constancia con que se procuró que nunca se traspasáran los límites establecidos para cada cosa, hermanándose así el órden y el concierto debidos con la amplitud más lata para la discusion, pues nadie en esta asamblea quedó sin emitir su opinion por insignificante que pareciera, y aun que fuese su personalidad ó su cargo en la sagrada familia dominicana. Por supuesto que hubo de trabajar algo nuestro buen Romeu para conciliar algunos ánimos que divergentes en opiniones escolásticas, querian sostener tambien su diversidad de pareceres en los asuntos de gobierno interior, que eran los que más agitó esta asamblea; pero supo hacerlo tan bien el ministro general, que unos y otros cedieron cual convenia, y fueron los sucesos altamente favorables para todos. En la propuesta de sujetos para el desempeño de los cargos vacantes, procuró llevar á cada parte de los que estaban más en armonía con la índole especial de los de allí, y de esta suerte logró el que todos quedáran satisfechos, y admirándose del acierto con que por la misericordia del Señor les habia dirigido un capítulo, que se temia hubiese sido algun tanto borrascoso, porque algunas circunstancias, hasta políticas, lo hacian

presumir así; pero que al cabo fué de los más gloriosos para la Orden, gracias al tino y acierto con que nuestro esclarecido Maestro y Ministro general dispuso todas las cosas en peso y medida para que á todos fuesen favorables y en ninguno cupiese justo resentimiento, ni fundado motivo de desazon, disgusto, perplegidad, duda ó desconfianza. Dejemos á toda la Orden Dominicana complacerse vivamente en esta obra, que se cumplió tan á su satisfaccion, y sintamos con toda España el verse tan pronto privados de los buenos servicios que á su sagrada religion hubiera podido prestar Fr. Francisco Romeu, si le hubiese consentido el tiempo de que disponia recorrer, siquiera hubiese sido á la ligera, los conventos de España, donde tambien habria introducido las provechosas mejoras que le debieron los de Francia é Italia, y que aunque con mayor lentitud tambien llegaron á nuestra amada patria, y acompañémosle en su viaje, que bien pudiera decirse ovacion contínua, pues en España, Francia é Italia á porfía se esmeraban en hacerle comprender el afecto que habia merecido á todos; dejémosle llegar á Roma, donde apénas se detendrá más que lo preciso para ofrecer sus respetos á Su Santidad y recibir de él cargos especiales y áun algunas manifestaciones que de parte de su beatitud debia de hacer á algunos de los Padres del Concilio, al cual concurrió por haberse reanudado sus sesiones. Merece mencion el júbilo con que él veia á los Padres del Concilio con quienes ántes trató, y el afecto con que estos mismos le miraban, habiendo todos preguntado por él segun iban llegando, pues tal era el afecto que habia sabido captarse el dominico. Sabido es el grande interés con que se reanudó el Concilio general, y como á los Padres que á él concurrieron se les encargó muy particularmente que prestasen la mayor diligencia en el despacho, tanto de las consultas dogmáticas, cuanto principalmente de las *de reformatione*; por consiguiente, excusado es decir que nuestro P. Romeu, que áun en circunstancias ménos apuradas de trabajo habia siempre en el concerniente á su ramo llevado una parte no escasa, tendria en esta ocasion muchísimo que evacuar, tanto más, cuanto que prelados, regulares y todos, le daban á él dictámenes para emitir y cuestiones que resolver, porque contaban con su grande acierto. Se volvió á reunir el Concilio en 1.° de Mayo de 1551, siguió hasta Abril del año siguiente, y en todo este tiempo se tuvieron hasta catorce sesiones, que es muchísimo, si se atiende á lo que ocupan, llevan y es preciso disponer y estudiar para cada sesion. Las que se ocuparon del adorable misterio de la sagrada Eucaristía, tanto en la parte dogmática cuanto en la disciplinal, fueron dirigidas por nuestro P. General; y cada vez que en las comisiones, es decir, cuando solo se reunian los Padres que habian sido encargados de este asunto, el nuestro daba su dictámen, crecia el asombro de los demás, por dos razones, porque sus dictámenes eran siem-

pre concisos, y porque estaban de tal manera dispuestos, que tampoco se habia omitido el más ligero detalle. Como el Padre era excesivamente modesto, si exceso cabe en las virtudes, costaba sumo trabajo el hacerle dar como suyas en las asambleas generales las consultas y demás que presentaba; y de todo hubiésemos estado ignorantes, si alguno de los mismos que concurrieron á Trento no hubiera cuidado de consignar todo esto para gloria de la órden de Sto. Domingo, que en estas como en otras muchas ocasiones la logró bien cumplida, porque los hombres más grandes de Trento puede decirse que fueron dominicos. Vuelto á suspender el Concilio en Abril de 1552, se volvió nuestro Reverendísimo á Roma, donde estuvo con ánimo de continuar su visita, habiendo escogido ya á España como el lugar más á propósito para la realizacion de sus intentos. Sin que se sepa por qué motivos estaba todavía en la capital del orbe católico, es lo indudable que á más de la mitad de Julio de aquel mismo año estaba aún en Roma, y fué acometido de una apoplejía, de la cual falleció el 20 del mismo Julio de 1552. Tan grande como habia sido el aprecio que habia logrado captarse, fué el sentimiento que produjo la noticia de su muerte, casi repentina. La Orden, los Obispos, el Papa mismo, tuvo gran sentimiento en este suceso, y fué universalmente llorado el General de los dominicos, siendo sus honras acaso tan concurridas ó más que las de algunos papas. Se le erigió un magnífico mausoleo de mármoles junto al altar mayor de santa María de Minerva, y este homenaje de respeto á sus restos patentiza el recuerdo de sus merecimientos, que pregonan en la parte moral los recuerdos de sus virtudes, como en la parte literaria sus imperecederas obras. Daremos de ellas una ligera noticia, aunque no penetremos á su exámen, por no ser este conforme á la índole del presente artículo. La primera, que imprimió en Lion en 1538, se titula: *De libertate operum et necessitate gratiæ adversus pseudophilosophos christianos F. Francisco Romeo à Castillione Tusco, Ord. Prædic. provintiæ reformatæ, artium et sacræ theologiæ proffesore, auctore.* A esta acompaña una disertacion del mismo, que titula *Brevis deductio ad animæ immortalitatem christianæ et peripateticæ ostendendam.* Ambos trabajos importantísimos, el uno por su brevedad, y el otro más lato, da una idea de lo que su autor era como teólogo y como filósofo. Sus *Epistolæ encyclicæ ad universum ordinem ex capitulis generalibus quibus præfecit Romæ et Salmanticæ datæ*, le acreditan como hombre de gobierno; y por último su *Libri ritualis ad usum Ordinis Prædicatorum expurgati et editi jussu R. P. M. Generalis F. Francisci Romeu*, indican cuán celoso era por que todo en su sagrada religion fuese ordenado para que todo llevase á la perfeccion, y perfectos los religiosos pudieran ser lo que Dios queria que fuesen. Se ha perdido la memoria de sus sermones, que eran preciosísimos; así como tampoco la hay de su apre-

ciable correspondencia que un religioso quiso recapitular, pero que despues no lo logró; obra que si se hubiera podido reunir habria sido utilísima para los superiores, porque en estas comunicaciones familiares se dejaba bien ver el espíritu que debe animar al que gobierna, para que ni decaiga la autoridad que tiene sobre sus súbditos, ni estos de modo alguno sufran la más mínima depresion. Tal como lo hemos examinado fué Fr. Francisco Romeu, dominico.—G. R.

ROMEU (Fr. Juan). Escribió: *Piolech prime sobre la incepció de la exposició de la postilla de Papa Inocent III. sobre los VII psalmos penitencials segons la translació romana... Induhit per lo reverent senyor frare Berenguer March per la gracia de Deu maestre de la casa de cavalleria de Sta. Maria de Muntesa. Comença la expositio dels VII psalms penitencials feta per Papa Inocent III trayadada de lati en romanc per frare Johan Romeu del orde dels frares preycadors.* Estas son las únicas cláusulas que copió D. Jaime Ripoll Vilamajor de un códice de letra muy hermosa en fól., que existia en la biblioteca de los Carmelitas descalzos de Barcelona ántes de 25 de Julio de 1835 Constando, como consta, por el documento que va extractado en el artículo March (J.), pág. 366, que Fr. Berenguer March era maestre de Montesa en 1397, es de colegir que Fr. Juan Romeu, dominicano, floreció á fines del siglo XIV.—A.

ROMEU (Fr. Martin), religioso de la órden de S. Gerónimo. El escritor *Flores* le llama *Agustin*, sin duda porque así se nombraria en el siglo; fué natural de Valencia, en cuya universidad recibió el grado de doctor en teología, presbítero y beneficiado de la iglesia parroquial de S. Juan del Mercado, donde se ordenó de sacerdote, siendo muy estimado en ella y en todo aquel reino por su virtud y letras, y renunciando las esperanzas de cátedras y otros empleos superiores, que fácilmente hubiera podido obtener segun su acreditada inteligencia en la teología; á los veinticinco años de su edad, revestido de un verdadero espíritu apostólico, renunciando al mundo, abandonando hacienda y honores con el mayor desprendimiento y desinterés, prefirió ponerse en manos de la obediencia en la órden de S. Gerónimo, en el monasterio de Gandía, profesando con el mayor placer su instituto, y siendo acogido con el mayor gusto por todos los religiosos. En este nuevo estado vivió con mucha observancia, sirviendo mucho á su religion, así en la cátedra como en diversas prelacias, procediendo siempre y dando admirable ejemplo de actividad y de cumplimiento en sus deberes. Fué á suplir una colegiatura de teólogo en el real colegio de S. Lorenzo, y acabado el curso entró en la pasantía, que regentó algunos años, hasta que pasó al colegio de la Orden en Salamanca, y desde allí al de Sigüenza, donde fué juntamente prior; lo fué tambien otras

dos veces en su casa y en S. Miguel de los Reyes, y visitador general de su Orden, dando en todas partes singulares muestras de su sabiduría y virtud. Siempre trató de su aprovechamiento espiritual, consiguiendo igualmente abundante fruto en las almas con su predicacion, doctrina y ejemplo. Fuera de las horas que la obediencia ó el coro ocupaban, su principal estudio era el de las sagradas Escrituras; y así acaudaló un gran tesoro de noticias y conocimientos, que indudablemente serían de suma utilidad si se publicasen. A pesar de todo no le faltaba el tiempo necesario para dedicarse á la oracion y al rezo, á que unia el ejercicio de la penitencia y un grande amor á la pobreza y humildad, en que tanto se señaló, pues cuanto adquiria lo daba á la comunidad, no reservando nada para su uso. Mucho tiempo despues de su muerte se conservaban en el monasterio algunas alhajas que le dió, que probaban su desprendimiento, el que igualmente manifestó en la admision de prelacias, pues de las que tuvo renunció algunas, y todas las renunciára si atendiera á su voluntad, humildad y desprecio que hacia de sí mismo. Discurria doctamente con autoridades de la sagrada Escritura, en cuyo estudio, como se ha dicho, ocupaba todo el tiempo que podia, y sobre cuyos libros escribió tratados de grande erudicion. Especialmente escribió sobre el Apocalipsi y sobre las Epistolas de S. Pablo seis tomos, que de su misma mano se guardan en la librería de su casa, muy enriquecidos de doctrina. Se tiene por muy seguro hubiera dejado otras muchas obras, á no haberle quitado la pluma de la mano grandes persecuciones y enfermedades que padeció, en las que se experimentó su paciencia, y con las cuales el Señor le fué purificando y preparando para mas dichosa vida. Murió este sabio religioso á los setenta años de su edad en el de 1636. El erudito Vicente Mariner dice así en alabanza de este laborioso escritor:

Hinc similis multo Romevius omine surgit
Romanam qui alto condit honore facem.
Atria Phœbœis nimium modo consita sylvis
Vcloci pernix atterit ipse pede.
Inspicit umbrosos Phœbi sub lumine saltus
Musarum et totum possidet ipse nemus.

Su principal obra, ya indicada, es la siguiente: *In Apocalypsim, et Epistolas Pauli, tomi sex*, que se guardan originales en el convento de Gandía, como dice Fr. Francisco de los Santos, de quien se han tomado las noticias referidas.—A. L.

ROMEU (Nicolás). Fué belga, y muy distinguido tanto por su ingenio, que se mostró muy claro desde los primeros albores de su razon, cuanto por su familia, en la cual se contaban personas de la mayor importancia en su época; de suerte que su porvenir hubiera sido brillantísimo segun el mundo, si él hubiese querido dejarse seducir por los halagos del mundo y secundar las intenciones, aspiraciones y deseos de este mundo mismo. Mas como su claro ingenio le daba á conocer que el mundo pasa veloz, que no es para la posesion de él y de sus goces para lo que Dios ha sacado de la nada á la criatura, sino que ha sido para que busque al mismo Dios, y en buscarle halle su dicha, á esto dedicó desde entónces todos sus designios, á esto encaminó todas sus aspiraciones. Recorrió en su imaginacion todos los institutos religiosos, en los cuales podia su espíritu y su mente hallar la plena satisfaccion á que aspiraba, y sus deseos la realizacion que habian menester; y no encontrando otro instituto en que entrasen cumplidamente todos sus intentos, ni en el cual viese más á las claras el camino derecho para buscar y procurar la *mayor gloria de Dios*, que el de Ignacio de Loyola, gloria de España y admiracion del mundo, acudió allá para encontrar en la Compañía de Jesús el asilo, el puerto, el lugar de salvacion y de ventura que le era preciso hallar para secundar los designios del Altísimo acerca de él. Antes de recibir la sotana tenia ya hechos con grande aplauso los estudios de humanidades en su país natal; lógica en París, el resto de la filosofía en Wurtzburgo, y leyes en Bourges y en Poitiers. En todas partes habia sustentado los actos más difíciles que correspondian á los diferentes estudios que en cada una habia hecho, y siempre habia logrado gran estima de sus profesores, viniendo á considerarle todos ellos no como á un discípulo sino como compañero, pues es la verdad que apénas le hacian algunas ligeras explicaciones sobre ciertos puntos delicados é importantes, ya estaba él impuesto y daba satisfactoria respuesta á las cuestiones más árduas. Así es que si en cualquiera de las escuelas á que con tanto aprovechamiento concurrió, hubiese querido quedarse de maestro, se le hubiera visto regentar cátedra cuando todavia no parecia tener edad para concurrir á ella, pues que todos estos estudios los tuvo hechos para la edad de veintiun años en que ingresó en la Compañía. Apénas hubo estado en esta sociedad tan importante como benéfica, los Padres, que conocieron su capacidad por una parte, y por otra sus excelentes dotes, le propusieron y él lo aceptó en seguida, el que para completar los estudios convenientes á un sacerdote, se dedicára al de sagrada teología, en que aprovecharia mucho, y cuya aplicacion en determinados casos le era indispensable, si habia de cumplir bien y fielmente con la obligacion que se imponia. Lovaina fué el lugar donde le destinaron para tan provechoso como necesario es-

tudio, y efectivamente él y la Compañía de Jesus alcanzaron el merecido lauro, porque el jóven Nicolás Romeu se distinguió desde luego como el más aprovechado de todos los de su colegio. Brillantísimos fueron los ejercicios que hizo á la conclusion de su carrera, tanto que fué laureado con la borla de doctor, sin haber pretendido expresamente tal distincion, y solo como un premio que se creia de justicia, para de alguna manera pagar los esfuerzos que hiciera para corresponder á las miras de sus superiores al darle estudios; pues decia que era ingratitud en el estudiante no hacer cuanto pudiera para no solo llegar, sino ir mas allá de las aspiraciones de sus maestros. Por supuesto que desde el momento mismo que concluyó sus estudios, se le encomendaron colegios para su instruccion, y fué tan admirable la manera que tuvo de desempeñar su cometido, que le llevaban materialmente de colegio en colegio para que en todas partes admirase con su ciencia, y todos tuvieran ocasion de convencerse de lo muchísimo que valia este hombre, que á su tan aventajado talento agregaba una aplicacion suma, cosa que no es muy fácil hallar reunida, pues por lo comun los que son de tan extraordinaria capacidad suelen querer que su capacidad misma lo haga todo, y descuidarse hasta en el retener lo ya aprendido; por manera que algunas veces se verifica que hombres de grande ingenio olviden lo que aprendieron y no quieran aprender de nuevo. No fué así nuestro P. Romeu. Catorce años nada ménos ejerció el magisterio, pues es bien seguro que en ellos apénas un solo dia pasaria sin estudiar, pues áun en sus enfermedades era para él cierto alivio el leer ó que le leyeran alguna cosa. Sabiendo esto, no extraña que tuviesen sus explicaciones aquella erudicion que las embellecia en gran manera, dándolas importancia suma, ni á nadie parecerá mal, atendido esto, el que un jóven que este año le oyó en un colegio y le admiró porque no podia menos, fuese al año siguiente, ó diremos mejor cuando comenzase otro estudio, fuese á otro colegio y allí le admirára más, porque admirable se hacia cada dia más por estas circunstancias, por estas razones que hemos expuesto; porque hacia estudios nuevos cada dia y siempre creciendo el provecho, porque, como es natural, crecia la ciencia y se acreditaba más su capacidad aguzándose su ingenio. Hubieran sus superiores querido que siempre hubiese estado dedicado á la enseñanza, ocupado en dar instruccion conveniente á los muchos jóvenes que la recibian no solo con afan y con gusto, sino con verdadera ánsia; pero las necesidades de la Compañía exigian imperiosamente el que operarios tan útiles como nuestro buen Romeu la prestasen el apoyo que estaba en su mano el prestarla, trabajando en beneficio de la sociedad particular como trabajaban en beneficio de la sociedad general. El primer cargo que desempeñó fue el de rector en la casa de Mosa, dónde demostró su capacidad

para el gobierno tanto como para el estudio, y fué tan apreciado de todos, que hubieran de buen grado suscrito su perpetuidad en aquel cargo, si no se hubieran hecho cuenta de que tambien era preciso que este beneficio se extendiera á otras casas, pues si no ellas quedarian perjudicadas, miéntras los hijos de esta lograban ventura incomparable. Desde Mosa le mandaron á recorrer la Holanda, ya regentando en algunas casas el oficio de rector, ya visitándolas como por extraordinario, y en ambos conceptos fueron tales los provechos que logró, que los superiores no quisieron que dejára de visitar ninguna, y por consiguiente pudo bien considerársele como reformador en cierto modo de aquella santa provincia; y decimos en cierto modo, porque la sabiduría suma con que estan dictadas las reglas de S. Ignacio es tal que no permite relajacion, pues apénas un miembro suyo se corrompe, impone á los sanos la obligacion de separar al podrido; y de aquí que todos son dichosos, porque el malo se aparta y los buenos no se contaminan. Luego que conocieron los superiores, por el espíritu que él mismo demostraba en todos sus actos de gobierno y en su conducta particular, que además de ser un hombre tan lleno de ciencia, era tambien hombre de espíritu; le confiaron el delicado cargo de disponer á los padres que han de hacer su tercera profesion, magisterio por más de un concepto delicado; delicado por lo que es en sí mismo, y tal vez más delicado porque no se trataba de novicios recien entrados, sino de padres provectos, acaso más antiguos que él en la Compañía; hombres de mérito, y que valian mucho en tal ó cual concepto, cada uno por el camino á que Dios le llamaba; y por último hombres algun tanto apegados á su opinion, que para que la dejasen, y la dejáran espontáneamente, necesitaban del aguijon oportunamente manejado que nuestro buen P. Romeu dirigia con tanto acierto. Desempeñó este cargo por espacio de algunos años; y puede reducirse todo su elogio á decir que ninguno de los que estuvieron bajo sus órdenes estuvo nunca descontento de él, lo cual prueba su esmero, su atencion, su delicadeza para tratar á todos, y su rectitud y observancia, porque nadie puede oponerse á las cosas justas, y por consiguiente fijo su empeño en que lo justo fuera lo único que por sus hermanos se procurase, necesario era el exito que logró, para mayor gloria de Dios, como son todas las obras buenas de la Compañía de Jesús, que por la misericordia del Señor no son pocas. De modo que tenemos en nuestro P. Nicolás Romeu un hombre de gobierno, un hombro esclavo, por decirlo así, de la observancia de sus santas reglas, hasta el extremo, si extremo cabe en el cumplimiento del deber, de no permitirse ni áun el más pequeño alivio como no estuviera autorizado por su santa regla; y por último, tenemos al hombre del sufrimiento, pero del sufrimiento llevado con el heroismo de la virtud, con la fuerza que da

la conviccion de que de Dios vienen los males de igual manera que los bienes, ó lo que es lo mismo que á su mano liberal debemos los sufrimientos que nos acrisolan y enaltecen cuando los llevamos por Dios, y los beneficios más singulares con que Dios alguna vez se digna favorecernos. Permitió Dios que á nuestro P. Romeu le acometiese una enfermedad de piedra, ó sea *cálculo*, que le hizo sufrir los atrocísimos padecimientos que la son consiguientes; pero que sirvieron para demostrar lo invicto de su paciencia, lo heróico de sus sufrimientos, y que podia tambien dar lecciones de conformidad con la voluntad de Dios el que las daba tan acertadas de todas las otras materias propias de su ministerio. Hubo de sufrir las operaciones que se hacen para mitigar algun tanto los padecimientos que causa tan terrible mal, y nunca se oyó de sus labios la menor queja, ni otra cosa sino el decir que todos los diamantes del Oriente valian en su apreciacion ménos que la piedrecilla que el Señor le habia dado, con cuya expresion, repetida mil veces con la más espontánea libertad, animaba muchísimo á los que veian sus sufrimientos casi con más sentimiento que él mismo. Este fué el padecimiento que puso fin á sus dias, despues de hacerle sufrir lo que se sabe sufren quienes tienen tal dolencia. El dia 20 de Diciembre de 1632, cuando contaba sesenta y nueve años de edad y cuarenta y ocho de jesuita, el Señor le llevó á recibir el premio de sus tareas apostólicas, siendo su muerte apacible y tranquila, así como su vida habia sido toda empleada en la mayor gloria del Señor. Su pérdida fué muy sentida, y su memoria, imperecedera por sus virtudes, se hizo tambien imperecedera por la reputacion que mereció su obra titulada: *Joannis Calvini Noviodunensis nova effigies centum colloribus ad vivum expressa: quæ S. Thomæ Theologia tota strictum attingitur; Calvini tota ferè fusè refutatur;* añadiendo á esto: *Digressio de Prædestinatione et justificatione* y *Confessio Calvini:* impreso todo en un volúmen en Amberes, para que se convenciesen todos de lo mucho que sabia este gran maestro, y aprovechándose de su doctrina tanto mas apreciable cuanto que no se aparta un tilde del catolicismo, se diese así tributo de homenaje á la justa reputacion de Nicolás Romeu, de la Compañía de Jesus. —G. R.

ROMILLON (Isabel). Fué natural de Lisle, en el condado Venusino, y se casó muy jóven con un sujeto distinguido, del cual enviudó muy pronto, quedando con varios hijos que tambien fué perdiendo, no restándola por último, más que una hija llamada Francisca, que nació en el año 1573; la cual profesando á su madre un entrañable cariño, y viéndola resuelta á abandonar el bullicio del mundo para consagrarse enteramente á Dios, formó igual propósito y trataron de fundar una órden religiosa bajo la regla de la tercera órden de nuestro P. S. Francisco. Isabel murió en 1619 sin haber tenido el consuelo de perfeccionar esta fundacion; pero la cupo esta gloria

á su hija, que dió la última mano á la obra, formando las constituciones para sus hijas, á las cuales denominó *Religiosas de Sta. Isabel.* Despues de haber fundado muchos conventos de su Orden, volvió á París, donde falleció con fama de santidad en el año 1645.—M. B.

ROMILLON (Juan Bautista), uno de los fundadores de la Congregacion de los sacerdotes de la Doctrina cristiana, habia sido educado en el calvinismo; hizo abjuracion en Cavaillon, recibió despues las órdenes sagradas, y fué un celoso misionero; convirtió á su padre y á otros muchos protestantes. (Siglo XVIII.)—S. B.

ROMO Y GAMBOA (Emmo., Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Judas José). Fué natural de Cañizar, pequeño pueblo del arzobispado de Toledo en la provincia de Guadalajara, donde nació en 7 de Enero de 1779. Sus padres tenian una mediana posicion; pero siempre tuvieron grande esmero en procurar á su hijo la más brillante educacion, porque sus condiciones especiales demostraron desde luego que se podian fundar en él esperanzas de que sería algo con el tiempo, y en efecto, bien acreditado está que no solo algo sino mucho, y todo consecuencia de sus merecimientos, que fueron relevantes. Omitiremos el dar pormenores acerca de sus estudios hechos con el mayor aprovechamiento, ni de sus primeros trabajos en el ministerio sacerdotal, que emprendió como párroco y despues continuó en el servicio de algunas prebendas que logró por oposicion, no sin que para concurrir á estas tuviese que mediar más de una vez la autoridad de sus prelados, que obedeció siempre, como que comprendia que este era uno de los verdaderos caminos para la dicha eterna. Impensadamente para él y sin que supiese cuál habia sido la persona que le presentó á S. M. el Rey D. Fernando VII, se halló propuesto para el obispado de Canarias en 20 de Julio de 1833. No le valieron las muchas razones, á su parecer de gran fuerza, pero en verdad fútiles y de ningun valor, que adujo para excusarse de tomar sobre si tan difícil como importante cargo; así que fué preconizado en Roma en 20 de Enero de 1834, y consagrado en Madrid en la iglesia de S. Felipe Neri el dia 1.° de Mayo del mismo año, festividad de los santos apóstoles Felipe y Santiago. Al momento arregló su viaje, que hizo felizmente, siendo recibido con el aprecio que merecian sus ausencias, y que despues se confirmó por su conducta enteramente pastoral, digna y muy conforme á lo elevado de su ministerio, á lo importante de su cargo. Apénas llegó á su diócesis supo los trastornos políticos de España, y como la revolucion afectó tanto á las intereses de su iglesia, y sus derechos y fueros se vieron, siquiera sin culpa de nadie, tan extraordinariamente conculcados; el nuncio de Su Santidad separado de su cargo y todas las cosas trastornadas por haberse roto las relaciones entre España y Roma, el prelado de Canarias tuvo

el gran disgusto que á estos sucesos tan lamentables era consiguiente, tanto más cuando vió á algunos de los esclarecidos obispos de la católica España expatriados, sufriendo destierros penosísimos, y él mismo impedido de procurar siquiera su venida á la Península, por ser tambien de los sospechosos al gobierno. Lamentaba, pues, el señor Romo las desgracias de España en los excesos de la revolucion, y al mismo tiempo defendia la independencia de esta Iglesia, siempre católica, unida siempre al Papa por los lazos más estrechos, pero siempre viviendo una vida propia, independiente, exclusiva, como no podia ménos de ser la vida de la iglesia de los Isidoros, Ildefonsos, Borjas, Tostados y Canos, sin millares de otros que pudieramos citar. El folleto que publicó, bajo el epígrafe de *Independencia constante de la Iglesia de España*, acreditó al señor Romo no solo en el reino, sino en el extranjero; y todos los paises católicos, y con especialidad Francia, tuvieron mucho honor en traducir á su idioma el precioso folleto del distinguido prelado, como un testimonio de la justa admiracion con que veian que hubiese en nuestros dias quien hiciera contemporáneas las glorias de nuestros mayores. Mas dejemos que pase el vértigo revolucionario; que los mismos que incurrian en esos incalificables arranques, que más bien dicta la pasion que no la atenta y reflexiva consideracion de las cosas, esos mismos llamarán á su lado al esclarecido sacerdote, al probo obispo y al elocuente defensor de la verdad, como en efecto sucedió cuando entabladas, aunque extraoficialmente, relaciones entre el gobierno de S. M. la Reina Doña Isabel II y el santo P. Pio IX, se nombro al obispo de Canarias senador del reino, manifestándole en la Real órden en que esto se le comunicaba, que el gobierno veria con agrado el que desde los escaños de la alta cámara le ilustrase con sus acertadas advertencias. Vino en efecto al Senado, y ayudó mucho á ventilar las diferencias que surgieron hasta arreglar definitivamente las bases del reconocimiento de la Reina por el Papa y de la mision del nuncio apostólico, á quien tambien ayudó mucho luego que, vencidas todas las dificultades, vino este á Madrid. Por todos estos relevantes méritos, el gobierno se creyó obligado á proponer á Romo y Gamboa para la silla arzobispal de Sevilla, y en efecto, en 10 de Setiembre de 1847 fué propuesto, y preconizado en Roma el 17 de Diciembre del mismo año. Antes ya se le habia dado la gran cruz de Cárlos III, pues la de Isabel la Católica la tenia desde que fué á Canarias, y por consiguiente era precisa una recompensa que le ascendiera en categoría. El sábado 1.° de Enero de 1848 fué el dia en que, acompañado del Sr. Bonel y Orbe, arzobispo de Toledo, tomó su Excelencia el Sr. Romo en la iglesia de S. Isidro el palio de arzobispo de Sevilla, á cuya solemnidad acudió un gentío inmenso, ya porque hacia muchos años que no se verificaba tan solemne ceremonia, ya tambien por-

que esto tenia gran significacion para la católica España. Asistió, como era consiguiente, á esta solemnidad una comision del cabildo de Sevilla, cuyos capitulares llevaron con la certificacion del acto los poderes de su Excelencia para que á su nombre se tomára la posesion, áun cuando él no tardaria, les dijo, en ir á su metropolitana y patriarcal basílica. Efectivamente, en 4 de Abril de 1848 hizo su solemne entrada, y tomó posesion personalmente de su silla, dedicándose desde entónces al gobierno de su diócesis con el esmero con que siempre habia desempeñado todas cuantas cosas habian estado á su cargo durante su larga carrera. Uno de sus primeros cuidados fué plantear el seminario conciliar, para cuya instalacion y entretenimiento habia dejado cuantiosos bienes el Sr. D. Francisco de Paula Rodriguez, vecino de San Lúcar de Barrameda, pero cuyos herederos tuvieron bastante dificultad en darlos, con lo que sufrió no poco el Excmo. Arzobispo. Al cabo logró su intento, y para que nada quedára que desear, fundó además de las becas para internos, una cátedra para externos, que puso á cargo del muy erudito P. Montemayor, de la Compañía de Jesus, miéntras este vivió, y luego al del P. Jáuregui, de la misma Compañía. Por supuesto que el seminario de internos estaba á cargo de los mismos padres, y por consiguiente excusado es decir que estaba perfectamente regido, en lo cual el prelado tenia suma complacencia. Estableció conferencias para los sacerdotes, abrió sínodo, que presidia él mismo, para la provision de los curatos y para hacer la santa visita, que emprendió desde luego con el mayor ahinco, porque estaba persuadido de la importancia de esta tan noble como provechosa mision del obispo: mandaba delante una mision, casi siempre de padres de la Compañía, que le preparaba, digámoslo así, el terreno, para que produjese más felices resultados el apostólico trabajo del prelado. Cuando Pio IX tuvo que refugiarse en Gaeta, porque la revolucion le obligó á ello, el prelado de Sevilla escribió como las circunstancias requerian, siempre defendiendo los fueros de la Iglesia, siempre animando á los fieles á la union con su cabeza, y siempre diciendo cuán bien arraigados tenia los fundamentos de su catolicidad, asegurada en su constante estudio de la Escritura y tradicion. Otra de sus más notables obras ha sido un folleto, que con motivo de las últimas preguntas que Su Santidad hizo acerca del dogma de la Concepcion purísima, escribió y dedicó á S. M. la Reina; obra acabada, resúmen de toda su ciencia, libro en fin merecedor del alto concepto en que le ha tenido y le tiene todo el orbe católico, que ya le conoce, porque figura en la gran coleccion que ha hecho publicar el Santo Padre. Por todas estas razones, tanto el romano Pontífice cuanto el gobierno de España, necesitaban sublimar á Romo y Gamboa á la más alta dignidad de la Iglesia, á la dignidad cardenalicia. El 30 de Setiembre de 1850 fué proclamado presbítero

cardenal de la santa Iglesia romana. Un guardia noble de Su Santidad fué comisionado al momento para llevarle el solideo, que presentó á su Eminencia en el palacio de Sevilla el dia 18 de Octubre del mismo año; manifestándole dicho comisionado que Monseñor conde Ledo Mowschi era portador de los birretes para su Eminencia y para el cardenal Bonel, que habrian de recibirlos de mano de S. M. la Reina católica. Efectivamente así fué; con la suntuosidad que Doña Isabel II despliega en todos sus actos se dieron por S. M. los birretes á los cardenales, observando el ceremonial acostumbrado, y despues de un brillante discurso del ablegado, á que contestó la Reina, dando luego las gracias el cardenal Bonel con aquella dulzura y agradable manera que le hacen inolvidable. Pocos dias despues volvió á Sevilla el cardenal Romo, y allí siguió ocupándose en el desempeño de su apostólico ministerio cuanto tiempo se lo permitió su salud. Estaba delicado áun ántes de que le acometiese la enfermedad que le llevó al sepulcro, por cuya circunstancia esta se hizo más peligrosa desde los primeros momentos. Por más que se buscaron recursos en la ciencia de curar, todos fueron inútiles; el Cardenal comenzó á sentirse malo en el otoño de 1854, le dijeron que Ombrete le seria residencia más adecuada que Sevilla, allí estuvo; á principios de Enero recibió los santos sacramentos con edificacion de cuantos estuvieron presentes á esta solemne al par que triste ceremonia, y el dia 11 de Enero de 1855 pasó á mejor vida, á los setenta y seis años de edad y treinta y uno de obispo. Su muerte fué muy sentida, porque además de las excelentes dotes de que como prelado hemos hecho mencion, tenia la de ser muy caritativo; sus exequias se hicieron como Sevilla sabe cuando ha de honrar la memoria de una persona que la es querida, y tanto por sus escritos como por sus buenas acciones ha quedado indeleble la memoria del Emmo. Sr. Dr. D. Judas José, cardenal Romo y Gamboa.—G. R.

ROMORANTIN (Fr. Francisco de), capuchino francés de la provincia de Bretaña, donde tomó el hábito y profesó, distinguiéndose mucho desde luego por su zelo y su piedad. Pertenecia el P. Romorantin á una de esas familias históricas de la antigua Armórica, que tan poéticos recuerdos ha dejado en el imperio francés. Tenia de consiguiente con el carácter de su país, esa fe, ese celo, esa constancia y heroismo, que tanto le ha distinguido en siglos posteriores y eternizará su nombre en la historia. El buen breton debia de consiguiente hacer un papel muy brillante en la de su Orden, ocupar puestos más bien de peligro que de honor, y manifestar en todos las cualidades de buena fe, energia y decision que han distinguido siempre á sus compatriotas. Comenzó su carrera como predicador de su provincia, cargo que manifestaba su erudicion y vida ejemplar, pues sin estas disposiciones, nadie era para él nombrado. Cuán grande fué su zelo, su constancia y su

abnegacion para desempeñar las tareas propias de su ministerio apostólico! Recorria una á una las aldeas y las alquerías de la vieja Bretaña, subia por sus montañas, penetraba en sus valles, y en todas partes hacia resonar su voz, encaminada á la reforma de las costumbres, constante perseguidora de los vicios, y enemiga de todos los abusos. Por fortuna, en aquel pais eran más bien las supersticiones que los pecados los que tenia que atacar. Allí no se habia dudado de las verdades de nuestra santa religion, todos creian firmemente en sus sagrados dogmas, y jamás la herejía le habia manchado con sus perniciosos errores. Las costumbres eran, por otra parte, en extremo sencillas y puras entre aquellos rudos campesinos, á quienes las faenas del dia solo daban lugar para ocuparse en el descanso de la noche, necesario para volver á la otra mañana con la misma energía y vigor á sus acostumbradas tareas. Así es que el P. Romorantin halló poco que corregir, poco que variar, poco que reformar ó mejorar. Esta parte de su vida fué por lo tanto serena y tranquila como un arroyo que sigue su majestuoso curso á través de prados y praderas, lamiendo el pie de las montañas y sonriendo entre los cañaverales, hasta perderse en el rio, que le llevará á mezclarse entre las olas del mar. Pero creíase llamado á superiores destinos, se sentia con fuerzas para desafiar la tempestad, para luchar con la tormenta y recorrer los peligros más conformes á su carácter que la tranquilidad y paz de que en su provincia disfrutaba. Pidió, por lo tanto, pasar á las misiones extranjeras, y aunque sus deseos hubieran sido ir á predicar la fe á los indios y convertirlos á nuestro santa religion, sus superiores pensaron de distinta manera, y le enviaron á la obra pia de Jerusalen, á cargo desde muy antiguo de la religion Seráfica. Obedeció el franciscano breton, y marchó á la Palestina, á ese glorioso país reconquistado y perdido por los cristianos, vuelto á reconquistar y perder, y que á pesar de toda nuestra grandeza y nuestro orgullo, continua en poder de los bandidos mahometanos, miéntras la vieja Europa desgarra sus entrañas y vierte la mejor sangre de sus hijos por cuestiones vanas y ridículas de estériles resultados y que solo sirven para satisfacer el orgullo de algun reyezuelo, que acaso no ocupe sino un lugar muy secundario en la historia, eclipsado por las gigantescas hazañas de sus antepasados. La edad media, esos siglos que llaman algunos de barbarie y desórden, fueron en este punto muy superiores á nosotros. Comprendieron que para los cristianos habia empresas más grandes, más nobles, más santas que el usurpar unas cuantas tierras á su vecino, é idearon las Cruzadas, la empresa más ilustre y más gloriosa de que hacen mencion los anales de la humanidad; empresa que hubiera sido para Europa el orígen de su engrandecimiento, que lo fué quizá aunque solo ejecutada en parte, si los pueblos y los grandes no hubieran malgastado su poder y fuerzas en rencillas

interiores, olvidando el enemigo comun. A este pais tan célebre entre nosotros marchó el P. Romorantin: solo, sin más armas que su cruz, sin otro apoyo que su báculo, sin más esperanza que el cielo, sin otros deseos y aspiraciones que dar su vida por la fe, sufrió toda clase de penalidades y fatigas, padeció todo género de tormentos y dificultades, y todo supo vencerlo con su grande celo, con su excelente carácter, con su heróico corazon, con su noble franqueza y no interrumpida abnegacion. Oró, suplicó, rogó, se encomendó al Padre de las misericordias y mereció que le encaminase como misionero apostólico por la senda del amor y de la caridad. No fueron ciertamente muy grandes los resultados que obtuvo en su cristiana cruzada, más echó los cimientos para que otros los alcanzasen en una obra que subsiste todavía y es conocida bajo el título de *Asmatome Alcorani Mahommeti*, un tomo en fólio. —S. B.

ROMUALDO (S.), confesor. Con este nombre, y con el de Romualdo, encontramos citado á este santo en el *Itinerario de Lelan*; pero como ninguna noticia hayamos encontrado acerca de su vida y profesion, solo podemos decir que está inscripto entre los santos en el dia 3 de Noviembre. —C.

ROMUALDO (S.), abad, fundador de la Orden Camaldulense. Más confiados en el auxilio de Dios, nuestra salud, y en el patrocinio de María Santísima, nuestra Madre y Señora, que en nuestras débiles fuerzas, vamos á acometer la grande empresa para nuestra corta capacidad, de bosquejar la historia de la vida del glorioso siervo del Señor, S. Romualdo, padre y fundador de la venerable órden religiosa de los Camaldulenses, seminario de la vida solitaria perfecta, llevando por guia de este nuestro humilde trabajo, que hacemos á la mayor honra y gloria de Dios, honor del santo, y procurando el bien de nuestra pobre alma, al Mtro. Fr. Juan de Castañiza, monje de la ilustre religion de S. Benito, en la vida que escribió de este Santo, al que y á las inspiraciones que nuestra fe reciba de Dios y de su Santísima Madre, á quienes imploramos al efecto, se deberá cuanto bueno pueda encontrarse en este escrito, cuyos lunares y defectos nos pertenecerán, atendida nuestra corta capacidad y escasa instruccion para una empresa en la que solo nos acompaña una decidida voluntad y un ardiente deseo del acierto. En este propósito rogamos á nuestros lectores nos dispensen los defectos en que sin duda incurriremos por ignorancia y nunca por voluntad. Nació el glorioso S. Romualdo el año 907 de nuestra era, en la ciudad de Rávena de la Romanía, en Italia, cerca de Florencia y á muy corta distancia del mar Adriático. Fueron sus padres los duques de Rávena, familia ilustre italiana de nobilísima sangre, que ha producido varones insignes que la han ensalzado con gloria de su patria. Fué criado Romualdo por el duque Sergio, su padre, con el regalo que convenia á su alta clase é imbuyéndole el orgullo y

vanidad con que debia presentarse á sustituirle, de modo que su educacion é instruccion fueron dirigidas más á agradar al mundo que á Dios. Cuando ya estuvo en años de poder seguir á su padre en sus francachelas y romerías, iba con él á caza, procurando instruirse en las reglas del arte venatoria, y le acompañaba á las tertulias, en las que las pasiones del corazon se excitaban á vista de hermosas mujeres que tentaban con sus hechizos é incentivos al jóven heredero del ducado de Rávena, el cual se envanecia tanto con su posicion y los honores y vanidades que le esperaban, cuanto por verse alabado y pretendido por las bellas que aspiraban á ser un dia duquesas. No obstante estos incentivos, que inflamaba y alimentaba el demonio con empeño, Dios, que queria para sí á Romualdo, iba conteniendo sus pasiones para que no se desbordasen, y librándole de los precipicios á que á cada paso le ponian al borde. Veinte años llevaba corridos Romualdo en el camino de la vida, engolfado parte de ellos en los placeres y entre los deseos, cuando un accidente grave, que estuvo á pique de perderle, le salvó para una eternidad, porque quiere Dios muchas veces salvarnos del abismo cuando más próximos estamos á caer en él, haciendo que el mismo mal que á tal punto nos condujo, se torne en bien que nos salve. Mantenia su padre Sergio un pleito contra un pariente suyo sobre la propiedad de una dehesa; tramáronse un dia de palabras, y llegaron en la contienda hasta el punto de desafiarse. Procuró Romualdo apartar á su padre del peligro á que iba á exponerse en ofensa de Dios y con perjuicio de sí mismo; pero era Sergio tan porfiado como soberbio, y tan ciego en punto de lo que los de su clase entienden por honor, áun en este siglo llamado malamente de las luces, que desoyendo las razones de su hijo, no solo persistió en el desafío, sino que obligó á Romualdo á acompañarle so pena de desheredarle por cobarde. Obedeció el jóven este precepto y asistió al desafío en el que se hallaron parientes por la una y la otra parte. Verificado el duelo, Sergio mató á su contrario y huyó para librarse de la persecucion de la justicia, que no podia ménos de aplicarle la pena, segun el castigo que en casos tales imponian las leyes del país; y áun cuando Romualdo fué solo testigo presencial, se vió tambien precisado á huir para no ser preso. Condujo Dios su resolucion, que fué la de recogerse á sagrado, lo cual verificó en un monasterio de la órden de S. Benito, llamado Clasense, de la ciudad de este nombre, cercana del mar, que fué en lo antiguo la *Clasis* de los romanos, llamada así porque en su ensenada se ponian los buques de guerra para guarecerse de los vientos perjudiciales, como refiere Gerónimo Rubeo, en su *Historia de Rávena*, por el que tambien se sabe que aquella ciudad se fué arruinando y quedando desierta, á causa de las guerras que se sucedieron, sin quedar en pie más que el expresado monasterio de la Orden Benedictina, dedicado al glorioso mártir San

Apolinar, natural de Antioquia y uno de los setenta discípulos de Cristo, al que mandó S. Pedro con título de patriarca y arzobispo á Rávena para que anunciase y encendiese en aquel país la luz del Evangelio. La iglesia de Rávena, en la que se hallaba el cuerpo de S. Apolinar, que fué martirizado en este sitio, llamado en antiguas escrituras el Trono Apostólico, la tercera, en consideracion, despues de Roma y Antioquía, es á la que se habia acogido á la inmunidad eclesiástica Romualdo cuando le perseguia la justicia; pero sin la más remota idea de ser religioso, porque aún estaba más por el mundo y los placeres que por el retiro y la penitencia del claustro. Habian puesto los religiosos al servicio del jóven Romualdo un donado lego sumamente virtuoso, el cual emprendió la empresa de convencerle de la mala vida que llevaba y de atraerle al buen camino, aconsejándole tomase la vida religiosa, que era más á propósito que la que seguia para salvarse; pero entusiasmado aquel con el fausto del mundo, no le atendia en lo que él juzgaba sería perder su libertad, como si fuera posible encontrarla mayor que la que se logra cuando se deja todo por seguir á Jesucristo. La perseverancia es un yunque, que acaba por hacer mella en las cosas mas duras, y así fué que Romualdo, que no se rendia á las razones del religioso, empezó á sentirse ménos obstinado al vér su insistencia, y se rindió por fin á una prueba milagrosa que inspiró Dios al donado, para que con ella convenciese á aquel pecador, que queria para el cielo. El P. Castañiza nos refiere las apariciones del glorioso S. Apolinar en el templo en que oraba Romualdo con el lego que le catequizaba, apariciones que lograron por fin la conversion de este empedernido pecador. Convencido Romualdo de verdades que desconocia, y alumbrado de la divina gracia, determinó abandonar el mundo y sus pompas y encerrarse en el claustro á llorar sus pecados y procurar borrarlos con las aguas saludables de la penitencia. Hecho este propósito, fuése con la mayor humildad y con los ojos bañados en lágrimas del más sincero arrepentimiento, á ver al abad y demás monjes del monasterio, á pedirles el hábito de su religion. Mucho alegró al abad esta peticion, y hubiese accedido desde luego á ella; pero temiendo los arrebatos del carácter irascible de su padre el Duque, le negó lo que con tantas instancias pedia y él mismo deseaba concederle. Este rehuso hubiera desalentado y apartado del propósito á cualquiera; pero avivando, por el contrario, más el deseo de Romualdo, escribió á su tio Honesto, arzobispo de Rávena, que habia sido abad de aquel mismo monasterio, cuanto le pasaba; vino este prelado al monasterio, y persuadió al abad recibiese en la religion á su sobrino, sin respetos á Sergio ni á nadie más que á Dios, que queria por aquel medio salvar su alma de la perdicion eterna. Convencido el abad por el prelado, dió con gran gozo de toda la comunidad el santo hábito de S. Benito á Romualdo, que recibió en él

un consuelo tan grande, que avivó su piedad y abrió los ojos de su alma para columbrar en lo alto la gloria cuyo camino empezaba en aquel dia. Como entró en la religion despues de convencido de lo mucho que ganaria en el cambio de vida, no se entibió su ardor con el ejercicio de las abstinencias y la práctica de las penitencias, ántes se vigorizó de tal manera, que empezó siendo modelo de los demás religiosos, y reformador por el ejemplo de sus costumbres algun tanto relajadas. Tan grandes principios y determinaciones tan sublimes hicieron columbrar fácilmente los fines. Su noviciado fué una verdadera série de penitencias, que acrecian con el tiempo, y cuando estuvo ya en disposicion de profesar, habian ya germinado en su piadosa alma frutos riquisimos de divina gracia que le aproximaban al cielo. Habia procurado estudiar cuidadosamente la regla de S. Benito, enterarse de la hi storia de la Orden, y de la santidad de su glorioso fundador, al que eligió por modelo, procurando imitar las muchas virtudes de sus muchos esclarecidos hijos; y como no nos parezca fuera de propósito para seguir mejor despues la vida de S. Romualdo, vamos á insertar en este lugar lo que nos dice el P. Castañiza de S. Benito y de los varones notables que ha producido su regla.

« Nuestro glorioso P. S. Benito nació el año de 480, cuando estaba el Oriente ardiendo en herejías, los monasterios y religiosos de Grecia acabados y abrasados con estas infernales llamas, y con las de las guerras: y cuando en Europa toda no habia príncipe católico, sino herejes ó infieles, y solo en algunos reinos habia prelados eclesiásticos católicos y algunos pueblos sujetos y obedientes á la Sede apostólica. Cuando los vicios y pecados eran tan generales en los reinos, y tan irremediables con industria humana, que daban voces al cielo, pidiendo gran castigo, ó gran misericordia (que una de estas dos cosas Dios acostumbra á hacer cuando hay muchos pecados en los reinos), hizo Dios esta gran misericordia al mundo, que dió su gracia especialísima, y tanta industria y maestría del cielo á este santo, que introdujo y fundó una religion en la Iglesia latina, de que tantos provechos ha recibido por espacio de mil años y más. Luego se vió que era planta de Dios para este efecto, porque en muy pocos años se hicieron de toda Italia, Francia, Sicilia, España, Inglaterra, Escocia, Hibernia, Flandes y Alemania, tantos monasterios, tan observantes y tan regulares, que á todos alcanzaba la bendicion de Dios, tan copiosa fuera para el mismo santo y para sus discípulos, que justa y propiamente le cuadra el nombre de pila (Benedictino). Luego que se fué al cielo, fué mayor su cuidado, y el bien que desde allá hizo á su religion y al mundo, pues tan en breve comenzaron á criársele en ella hombres insignes en santidad y letras, que son la sanidad del mundo, como lo dice la Escritura Sagrada tratando de los justo

Luego Dios escogió del monasterio de S. Benito, que se llama S. Andrés en Roma, á S. Gregorio Magno, tres veces Máximo y doctor de su Iglesia, para que la rigiese en ocasion y tiempo que estaba perseguida y afligida, tanto ó más que se ha visto jamás, y tan necesitada de que la gobernase un hombre tan incomparable y tan divino como fué S. Gregorio el primero. Fuéronle sucediendo en la Sede apostólica, y en tiempos diferentes, otros muchos (monges de S. Benito y hábito negro, que es lo que usaba el santo) tan beneméritos, que bien mostraban ser hijos legítimos y herederos de aquella santidad de sus primeros padres: como fueron S. Bonifacio IV, profeso del monasterio de S. Sebastian en Roma; S. Adeodato, profeso del monasterio de S. Erasmo en Roma, S. Agato, profeso del monasterio de S. Hermes en Pálermo; S. Estéfano III, profeso del monasterio que fundó S. Benito en Casino; S. Estéfano IV, profeso del monasterio de S. Crisógono en Roma; S. Pascual I, profeso del monasterio de S. Estéban de Roma; S. Gregorio IV, profeso del monasterio Fossanova en Terracina; San Leon V, profeso del monasterio de Brandalo; S. Leon IX, profeso del monasterio Tulense; S. Estéfano X (que llaman otros IX), del monasterio Casinense; S. Gregorio VII, del monasterio de S. Pedro y San Pablo Cluniacense; S. Victor III, del monasterio de la Sma. Trinidad, en Caná de Nápoles; S. Urbano VII, profeso del monasterio Cluniacense en Francia; S. Pascual II, profeso de S. Lorenzo en Roma; S. Gelasio II, profeso del monasterio Casinense, que fundó S. Benito; S. Urbano V, profeso del monasterio Cluniacense en Francia. Otros siete fueron tambien del mismo hábito y religion, de que no he averiguado donde fueron profesos, que son: S. Benedicto I; S. Benedicto II; S. Gregorio II; S. Pelagio II; San Gregorio III; S. Zacarías y S. Sergio IV. Y lo que más admira es que todos estos sumos pontífices fueron santos notorios; y algunos de ellos electos en las mayores tribulaciones y aprietos en que se ha visto la Iglesia; y muchas veces en tiempo de más rabiosos y más tiranos emperadores ha escogido Dios para sumos pontífices, que los atropellasen y rindiesen, monges de S. Benito, por las causas que sabe su divina Majestad, y sus secretos juicios (como yo mostraré, cuando tratare de ellos). Algunos historiadores, tratando del número de los sumos pontífices que han sido electos de la Orden de S. Benito, dicen que han sido veinte y cinco; y querian decir que todos estos veinte y cinco fueron santos; pero hay otros tambien que por ventura lo fueron, y esto solo puede llamarse ventura, pero no lo ha declarado la Iglesia, como fueron: Estéfano VII (que conforme á la cuenta de otros es el VI) siendo monje del monasterio de Brandalo de la primera congregacion de S. Benito, fué electo obispo de Agnania, y al fin sumo pontífice, año 858; Juan IX, monge del monasterio de S. Benito,

fué electo cardenal, y últimamente papa; Silvestre II, monje del monasterio Floriacense, que fundó S. Mauro, discípulo de S. Benito, fué electo obispo de Rennes en Francia, y despues de Rávena en Italia, y al fin sumo Pontífice. Estéfano VII (que segun otra cuenta es Estéfano VI), monje profeso del monasterio de Brandalo, de la primera congregacion de S. Benito: Juan IX, del monasterio de S. Benito Tiburcio de la misma congregacion: Silvestre II, profeso del monasterio Floriacense en Francia, que fundó S. Mauro, discípulo de S. Benito: Juan XIX (que segun otros es XX ó XXI), fué profeso del monasterio de S. Atanasio en Roma, de la congregacion Cluniacense: Calisto II, que se llamaba Guido, hijo de Guillelmo, conde de Borgoña, profeso del monasterio de Falleri en Francia; Anastasio IV, que se llamaba Conrado, de la noble familia romana de Subura, monje profeso de S. Rufo en Roma: Adriano IV, inglés de nacion, hijo de padres muy bajos, monje profeso del monasterio de S. Albano, por su valor y santidad le hizo cardenal Eugenio III, y al fin fué electo papa despues de Anastasio IV: Inocencio IV, de la noble familia Fuesca en Génova, monje del monasterio de S. Benigno en Turin de Francia: Clemente VI, monje del monasterio Casadei en Claramonte: Alejandro IV, de la noble familia de los condes de Signia, Herniens de nacion, y natural de Agnania. Algunos otros papas hay duda si fueron de esta misma religion: S. Sergio I, S. Juan VI, San Leon III, S. Valentino y Gregorio VIII. Otros fueron electos en tiempos de cismas, y fueron antipapas, que son Anastasio III, y Felipe Romano y Benedicto IX (que otros llaman X), y Silvestre III y Pascual III. Otros que fueron antipapas, cuando los depusieron determinaron recogerse y morir en monasterios con hábitos de S. Benito, que son: Constantino II y Cristóforo, hijo de Leon, y Benedicto V, y Alberto Abellano, y Gregorio VIII. El número de los cardenales que fueron monjes Benitos de hábito negro fué mayor, porque dice Tritemio que habian precedido ciento ochenta y cuatro hasta el Concilio Constanciense, que se celebró el año de 1417. Despues acá fueron electos otros catorce con que se cumple el número de doscientos cardenales, conforme á la cuenta de Genebrardo. Y ahora en este año presente de 1596, en la última creacion de cardenales que hizo su santidad Clemente VIII, es uno de ellos Fr. Ana de Scars, monje de S. Benito. El número de arzobispos es mayor, porque de algunos historiadores consta que habian ya en su tiempo precedido mil quinientos sesenta y cuatro; y otros dicen mil seiscientos y tantos; y no hago caso de los que dicen que fueron muchos más, porque no son autores fidedignos. El de los patriarcas de diferentes títulos é iglesias ha sido cincuenta y uno. El de los obispos de hábito negro, que hay en historias antiguas, es cuatro mil más. Y de estos ó se saben los nombres, ó los autores que lo dicen son muy graves; y no es

mucho que algunos hayan dicho que fueron quince mil; pues es cierto que en diferentes tiempos en algunos reinos hubo iglesias episcopales, donde no podia ser obispo sino quien fuese monje de S. Benito; cuales fueron en Sicilia las dos de Siracusa y Catania, y la metrópoli, que es Monreal: en Aquitania, que es provincia de Francia, la Sarlatense y Vabiense, y en Inglaterra, la Vimitonense y Visigormense, y en Suecia la Otomense. Todas estas iglesias, aunque catedrales, eran como unos monasterios de San Benito, á quien eran anexos los obispados. Y algunos historiadores ingleses dicen que en Inglaterra, desde que los monjes de S. Benito que S. Gregorio envió para este efecto, convirtieron á la fe aquella provincia, que fué año de 596. Por el espacio de seiscientos años no vivian los obispos en casas apartadas episcopales, sino en los monasterios, con el mismo vestido, traje y observancia que los demás monjes. Y otros historiadores de Alemania dicen que se usaba lo mismo en ella en tiempo de los emperadores Carlomagno, Ludovico Pio y Oton I. Y es cosa cierta que en casi todas las iglesias de Alemania fueron monjes benitos los primeros que las fundaron y gobernaron; y que en todo Occidente no hay casi iglesia alguna que no haya sido obispo de ella monje de S. Benito. Y que el rey D. Ramiro I de Aragon se halló pues ante un concilio de muchos obispos, y que de comun acuerdo de todos ellos se decretó que desde allí adelante no pudiesen ser obispos en Aragon sino monjes benitos. Porque consideraban que el noviciado y la escuela de los obispos es el ejercicio de las virtudes que se profesan y platican en las religiones, pues el religioso está obligado á estudiar y procurar ser perfecto, y el obispo á mucho más que es serlo. El número de los escritores eclesiásticos es quince mil, sin otros que han escrito despues que historiadores pasados dijeron esto. Y es cosa particular, que muchas de las antiguas de esta sagrada religion son más sabidas y averiguadas que las modernas, porque en algunos reinos (particularmente en Inglaterra) era estilo, por mandado de los reyes, que en cada monasterio real de S. Benito hubiese un monje curioso, que tuviese á cargo escribir las cosas señaladas de aquel tiempo, y que se hallase en el primer concilio celebrado despues de los dias del Rey; y allí se examinase su historia, y dándola por buena se pusiese en el archivo el original, y pudiese imprimirse, ó publicarse como auténtica. Y entónces hubo aquellos famosos historiadores Sigiberto, Mariano Escoto, Hermano Contrato, Riginon, Lamberto, Anastasio Bibliotecario, Leon Ostiense, Pedro diácono Rodechino, Roberto Tritemio, Hamonio, Helinando, Mateo Paris, Mateo Vuest Monasteriense, Tomás Vualsingamio, Vuitichindo, Guntero, S. Amando, Paulo Langio, y otros muchos. No han sido solos eclesiásticos los que trajeron el hábito de S. Benito, y quisieron ser discípulos suyos, sino tambien grandísimos monarcas, empera-

dores, reyes y otros príncipes de que pudiera tratarse largamente. Algunos de ellos dejaron los imperios, y profesaron vida religiosa con el hábito negro, trocando las insignias imperiales por una cogulla, que fueron: Lotario III, emperador de los romanos, y Hugo V, emperador, que para este efecto hizo un monasterio en Borgoña, y Arduino X, emperador de Italia. Hay otros diez y ocho emperadores, que no he podido averiguar si profesaron la regla de S. Basilio ó S. Benito, y por eso no pongo aquí sus nombres. Hicieron otro tanto muchas emperatrices; unas son tenidas por santas, que son: Sta. Ricarda, hija de Gregorio de Escocia, mujer de Carlo Craso, emperador; Sta. Matildis, hija de Teodorico, duque de Sajonia, mujer de Enrico I; Sta. Adelheide, hija del emperador Rodulfo de Borgoña, mujer de Oton I, en Alemania; Sta. Cunegundis, hija de Sigefrido, Conde Palatino, mujer del santo emperador Enrico II, que otros llaman I; Sta. Agnes, hija de Gulielmo, duque de Aquitania, mujer de Enrico III, que otros llaman II; Sta. Práxedes, hija de Larislaw, rey de los Rufos, mujer de Enrico IV. Otras que no tienen título de santas y podria ser que lo hubiesen sido mayores, son: Indita, mujer de Ludovico Pio, Angel Pirga, mujer de S. Lotario I, despues que la primera murió en la religion; y Hermingarda, mujer fecunda del mismo santo emperador; y Vuilla, mujer de Berengario II. Hay otras que no he podido averiguar la regla que profesaron, y por esto callo sus nombres, aunque tan dignos de memoria eterna. Mayor ha sido el número de los reyes, que en tiempos diferentes y diversas provincias hicieron otro tanto. Pondrélos conforme al órden del tiempo en que reinaron. Unos son ya recibidos por santos que son: S. Sigisberto V, rey de Inglaterra; S. Tafilo II de este nombre, que para este efecto hizo un monasterio en Helvecia; S. Indica el I, rey de Bretania; S. Wamba, XXXIV rey de los Godos, en el monasterio de Pampliega, junto á Burgos; S. Alfredo XIII, rey de Nortumbiza en Inglaterra; S. Inas, rey de Sajonia, en Inglaterra; San Carlomagno, hermano del rey Pipino en Francia, S. Rachisio, rey XXI en Lombardia; S. Tafilo, rey III de Barbaria; S. Salomon III, rey de Britania la Menor; S. Snatocopio, penúltimo rey de Moravia, pero el primero que recibió la fe de Cristo. Otros hay que no tienen comunmente nombre y título de santos como son: Etelredo VII, rey de los Mercios en Inglaterra; Coenredo, que le sucedio en el reino, y le imitó en tomar estado de religioso; Ofa, rey de Sajonia Occidental, que es Inglaterra; Eadberto, rey de Nortumbria; Fortunio García, rey de Navarra, en el monasterio de Leyre; Alfonso IV, rey de Leon, y XVI en número de los reyes de España; Constantino III, rey LXXV de Escocia; Salomon VI, rey de Hungría. Otros hubo que trajeron el habito de S. Benito por devocion; pero no fueron monjes profesos, ó porque murieron muy en breve, ó porqué no quisieron más que re-

tirarse para acabar la vida en la quietud del monasterio, dejados todos los cuidados temporales, que aunque son buenos y santos, son peligrosos en algunos tiempos. S. Sebi VII, rey de Inglaterra, en el monasterio de S. Pedro y S. Pablo de Lóndres; S. Wenceslao I, rey de Bohemia, que murió martirizado; Balduino II, que fué tercer rey de Jerusalen; Estéfano II, que fué décimo rey de Hungría; Erico VI, que fué rey septuagésimo octavo de Dacia. Otros hubo que no tomaron de su propia voluntad el hábito, sino vencidos en guerras, ó por otros desastres, tuvieron por remedio ó por castigo vivir y morir en monasterios con hábito de religiosos, como fueron: Pipino, rey de Aquitania, sobrino del emperador Ludovico Pio: venciéle Carolo Calvo, su tio, y precisóle á que se recogiese y fuese monje en S. Medardo; Carolo, hermano de este Pipino, rey tambien de Aquitania, por la misma causa, fué monje en Corbella, que es en Francia. Ludovico, rey vigésimo octavo de Francia, á quien llamaron *el inútil*, por esto le fué forzoso ser monje en el monasterio de S. Dionisio de París. De los tres sábese el monasterio en que se recogieron: hay otros que no se sabe en qué monasterios, como son, Tolgan, Tulgas, rey trigésimo de los Godos, aunque hay autores que lo niegan. Eborico, ó Eurico, rey sexto de los suevos en España, vencido de un tirano Andecas que le sucedió en el reino, y fué sétimo rey de los suevos; Bernardo, rey de Italia, sobrino del emperador Carlomagno; Magno II, que fué rey sexto de Noruega. Otros tres hubo, que siendo religiosos fué necesario que saliesen á gobernar sus reinos, y despues de haber remediado la necesidad que hubo de sus presencias y personas, se volvieron á la quietud de la vida monástica; Childerico III, rey de Francia; Beremundo, rey octavo de Asturias y Leon, profeso de la casa de Sahagun, que está enterrado en S. Juan de Corias, que tambien es casa de la misma órden de S. Benito; Ramiro II, rey de Aragon, hijo de D. Sancho el I, fué abad de la misma casa de Sahagun, y despues de haber reinado, hizo en Huesca un monasterio en que vivió diez años. Otros que siendo monjes fueron electos reyes, y murieron reinando: Sigardo, que fué monje en el monasterio de S. Pedro y S. Pablo en Lóndres, y rey de Sajonia Oriental; Chilperico II, rey de Francia, que habia sido monje junto á París en el monasterio de Sta. María de Kale; Teodorico II, que fué monje en el mismo monasterio, y despues rey quince años; Alfonso II, rey de Asturias y Leon, que llaman por sobrenombre *el Casto*, habia sido monje en Sahagun; Simeon Greco, rey de Bulgaria; San Casimiro, rey de Polonia, que habia sido monje en el monasterio Cluniacense; Alfonso el VI, rey vigésimo sétimo de Asturias y Leon, y tercero de Castilla, habia sido monje en Sahagun, donde está enterrado; Bela II, rey de los Húngaros; Vladislao V, rey de Polonia. Otros dos hubo que tomaron el hábito, y despues le dejaron para ser reyes, que son: Teodorico I,

rey en Francia y Cormario, rey de Hibernia. Hicieron otro tanto muchas reinas, y buena parte de ellas fueron reinas de España. Las diez y ocho son tenidas por santas, y escritas en los martirologios de los santos. Las que no tienen este título, aunque deben estar gozando de Dios, son veintisiete. Las diez y nueve consta en qué monasterios recibieron el hábito; de las cuatro, no más de que fueron monjas. Y otras cinco, siendo ya religiosas, salieron de los monasterios para ser reinas, y al fin volvieron á vivir y morir en ellos. Tambien hay diez y siete príncipes hijos de emperadores, si bien que de algunos de ellos no consta ciertamente si profesaron la regla de San Basilio ó S. Benito, porque algunos lo fueron en Oriente. Hay veintiuna infantas, hijas de emperadores, y otras ocho hijas de emperadores en Oriente, que algunos creen fueron monjas de S. Benito; yo entiendo que de San Basilio; pero es cosa notable que hay veintiun príncipes hijos de reyes que consta el tiempo y monasterios en que fueron monjes y que estan recibidos, y en el catálogo de santos. De otros que no se sabe si lo fueron, hay cinco de que constan los monasterios en que profesaron, y otros tres que no consta, y otros ocho que por fuera entraron en religion, y hay autores que afirman que los dos fueron príncipes de España. Infantas hijas de reyes hay treinta y siete, que estan en posesion de santas; y consta su santidad, y se saben los monasterios en que fueron profesas. Y otras veintiseis que no tienen título de santas, aunque debian de tener las obras: y algunas de ellas fueron hijas de los reyes de España, y otras nueve que no me consta el monasterio do fueron religiosas, aunque lo fueron en efecto. Otros príncipes hay que lo fueron tambien y muchos de ellos santos. Hay de Venecia nueve, y seis hijas de príncipes de aquesta señoría. Y por la brevedad no digo el grande número de duques, condes, marqueses y barones; ni trato de otras muchas religiones, unas monásticas y otras militares, que podia escribirse grande libro de cada una como estan escritos de algunas de ellas. Estas sagradas religiones se diferencian en los hábitos; pero todas profesan la regla del glorioso P. S. Benito, que son estas, por el órden del tiempo en que fueron fundadas. Orden Camaldulense fundada por S. Romualdo, Orden de Valleumbroso, fundada por S. Juan Gualberto. Orden del Cister, fundada por S. Roberto, que propiamente se llama de S. Bernardo, pues le dió nombre y renombre con su valor y santidad. Orden de Monte Virgini, fundada por S. Guillermo Vercelense. Orden de los Humillados, fundada por S. Juan Medacomense. Orden de los Celestinos, fundada por Fr. Pedro Mosino, que despues fué papa Celestino V. Orden de Monte-Olivete, fundada por S. Bernardo Ptolomeo. Otras pone Tritemio; pero muchas de ellas en el dia de hoy no profesan la misma regla, sino solas estas: órden de Fontevrand; órden Grandimontense; órden Specuense; órden de Silvestrinos; aunque

esta no es propiamente órden, sino reformacion de la órden de Valleumbrosa. Orden Premostratense ó Premontre, cuyo fundador fué un monje de S. Benito en Colonia, llamado S. Norberto. Al principio guardaron la regla de S. Benito, y al fin tomaron la de S. Agustin. Orden de Gilbertinos, fundada por S. Gilberto en Inglaterra. Orden de los ermitaños de S. Gerónimo. Las órdenes militares de caballería que profesan la misma regla de S. Benito, moderada conforme á sus constituciones y estatutos particulares y diferentes, son estas, conforme al tiempo en que fueron fundadas. Orden de Avís, fundada por el rey D. Alonso I de Portugal. Orden de Calatrava, fundada por el rey D. Sancho y el abad S. Raimundo. Orden de Alcántara, fundada por D. Gomez. Orden de Montesa, fundada por D. Guillermo Erilio y sujeta en su principio á Calatrava. Orden de Christus, fundada por el rey de Portugal Dionisio Perioca. Orden de S. Esteban, fundada por el gran duque de Florencia Cosme de Médicis. Otras dos órdenes se dice que profesaron la misma regla, porque la de S. Juan de Jerusalen tuvo principio de unos monjes Benitos, como dicen autores, y el órden de los Templarios, á quien el glorioso S. Bernardo dió forma de vida. Todas estas cosas representan mucha grandeza; pero no es la mayor, sino la multitud de santos conocidos que de esta religion ha tenido la Iglesia, sin otros innumerables que aunque estan escritos en el libro de la vida, no lo estan en historias, no más de porque no hubo quien escribiese sus nombres y sus vidas. Y advierto, que en estas cuentas de santos y hombres insignes, no hablo de los que ha habido en la órden de S. Bernardo, y en la Camaldulense y otras, sino de sola la que se ha llamado y llama de S. Benito, de hábito negro. No todos los historiadores señalan un mismo número, pero todos muy grande. Tritemio dice que hasta su tiempo habia quince mil; pero Mejía dice que treinta mil. Andomaro dice que treinta y siete mil. Raulin (que fué predicador insigne de los reyes de Francia, ménos ha de cien años, y escribió doctamente), y Pedro Bugiano, historiador curioso y Fr. Arnoldo Union, dicen que el papa Juan XXII hizo diligencia en esto, y averiguó que habia cincuenta y cinco mil quinientos cinco; y es cosa muy creible, pues hasta el mismo tiempo habia tenido la religion treinta y siete mil monasterios principales, y quince mil prioratos: y no es mucho que cada monasterio haya tenido un santo conocido, pues todos deben haber tenido muchos no conocidos; mayormente que aunque los hubo y hay en todos siglos, dice Tritemio, que en más de setecientos años desde que comenzó esta religion, estuvo siempre floridísima y hubo varones muy insignes. Y no sé si es mayor, que no contentos algunos de ellos con haber sido santos, hicieron que lo fuesen otros y plantaron la santa fe católica en algunas provincias, que los tienen por sus patronos, y los llaman apóstoles suyos. San

Chiliano en Franconia, S. Enualdo en Sajonia ó Westphalia, S. Lamberto en Taxandria, S. Bonifacio en Alemania y Frigia, S. Estéfano en Suecia y Helfinga, S. Unicpetro en morabos y frisios, S. Albo en la Vascuña, San Adalberto en Bohemia, Hungría y Polonia, S. Benedicto en la misma Polonia (que algunos acabaron lo que otros comenzaban), S. Bonifacio *el discípulo de S. Romualdo, y pariente del emperador Othon III*, y otro S. Adalberto, en los hunos, esclavos y rusos. S. Gerardo en Hungría y Panonia, S. Bruno el Arzobispo, en Prusia y Lituania. Todos estos santos varones apostólicos fueron mártires en estas mismas provincias en que predicaban la fe de Jesucristo. Hubo otros que tambien redujeron á la fe otras provincias, aunque no fueron mártires, como aquellos santos monjes que S. Gregorio papa sacó del monasterio mismo que habia edificado en Roma, y donde habia él sido religioso. S. Agustin, S. Mellito, S. Justo, S. Pedro, San Paulino, S. Juan, S. Laurencio, que convirtieron á Inglaterra, y en ella plantaron la fe católica, y S. Chilleno á los Alvetatenses, S. Willibrodo á los de Frisia, y S. Amando á Flandes, Brabancia, Esclavonia y Vascuña; y S. Bulfrano tambien á los de Frisia, y S. Unilfrido á los de Holanda, y Unillehado á los de Franconia, y S. Subiberto y San Ludgero á los frisos, sajones y holandeses, y S. Ausgario á los danaos, suevos, godos, y los historiadores no solamente le llaman apóstol, sino apóstol magno; y S. Vicelino á los esclavos y vándalos; y S. Lobuino á los de Transilvania, y S. Vuimo á los danaos y godos de hácia el Norte, y S. Othon á los pomeranos en Sarmacia. Y ahora en nuestros tiempos quiso nuestro Señor que los primeros que predicaron el Evangelio en las Indias fuesen monjes de S. Benito, porque el papa Alejandro VI en la bula que concedió el mes de Mayo de 1495, en que nombra á los católicos reyes D. Fernando y Doña Isabel, por señores de las Indias, que el año ántes habian descubierto con la navegacion de Cristóbal Colon, con condicion que enviasen predicadores de la santa fe católica, que enseñasen á los infieles que las poseian. Pusieron los ojos en Fr. Buil, monje de S. Benito, catalan de nacion, á quien el Papa dió otra bula en que le nombra por vicario suyo, y como legado para todos los casos necesarios, con título de patriarca y arzobispo de Indias. Y acompañado de otros doce sacerdotes que parecieron á propósito, se embarcaron y salieron de Cádiz á 25 de Setiembre del mismo año. Pero en particular España tiene singularísima obligacion á dos discípulos de S. Benito, que son el papa S. Gregorio Magno y S. Leandro, arzobispo de Sevilla; pues con su industria, favorecidos de la gracia de Dios, trajeron á la fe católica los godos, que eran arrianos dentro de España: y comenzó esta conversion por el rey Recaredo y la reina Badda. Cosa que ha sido para tanto bien y general provecho de la Iglesia católica. Y pues la re-

ligion de S. Benito llegó á tanta ventura como esta y á tan altos efectos, no hay para qué pasar de aquí; que bien deja entenderse cuán imposible cosa es hacer historia de tantas cosas, dichas por mayor y tan en fama, pues cada una de ellas es bastante para un tratado, y algunas no caben en un grande libro. Muchos escriben la vida de un solo santo, otros de un rey, otros de un papa, otros de las costumbres ó conversion de una provincia. Muchas se gozan y honran con que hubo un santo que nació en ellas. Puede una religion autorizarse con solo un santo que haya tenido conocido y canonizado; segun esto, no es mucho que no haya habido historia general de S. Benito, pues parece imposible tratar en singular, y por menudo, tantas y tan insignes cosas como ha tenido esta monarquía; no más de porque Dios puso en ellas los ojos. Puede (como dice el Bautista) hacer de piedras hijos de Abraham. Pudo servirse de otros en su Iglesia, y fué su voluntad divina, por sus secretos juicios, de escoger á este santo y á su sagrada religion para tan altos fines de su gloria. Todo esto me condena, pues parece temeridad acometer yo cosa tan difícil; pero eso mismo me disculpa pues que es razon que tome este trabajo, y quien viere las faltas no se espante. Gran parte de esta historia hubiera yo acabado, si no me sucediera lo que á S. Agustin en esta parte, que desde que determinó escribir los libros *de Civitate Dei* hasta que los pudo acabar, pasaron treinta años; y disculpándose de la tardanza, dice: He tardado en esta obra algunos años, porque se entrometian y ocurrian otras ocupaciones y obligaciones, que no podian dilatarse, y me necesitaban á responder á ellas de presente y cumplirlas. Entre otras semejantes ha sido la peticion tan justa de dos Padres Camaldulenses, que han venido á esta corte á suplicar á V. M. les den licencia para introducir en España su religion tan santa. Dijéronme, que pues en el discurso de la historia se habia de tratar de su fundador S. Romualdo, que fué monje Benito, y entendian que habia ya juntado algunas cosas del santo y de su religion, que pues andando el tiempo se habia de tratar é incorporar con ella, que se las diese ahora y se imprimiesen para que hubiesen más noticias y devocion del santo Romualdo. Yo temiendo que llegasen á manos de V. M., encogíme porque aunque son cosas divinas las que se cuentan de este santo, puestas en mal estilo no pueden parecer ante los ojos de V. M.; pero considerando que (como dice él apóstol) no busca la caridad su crédito ni su interés, sino el bien de sus prójimos, y que V. M. recibe y ampara con su acostumbrada clemencia las cosas de la religion, mayormente las de S. Benito; pues es verdad, que V. M. desciende de sus mismos abuelos de este santo, como yo mostraré con evidencia en el principio de su historia, determinéme á hacer lo que quisieron estos padres, con deseo de que nuestro Señor sea glorificado en

este santo, y en él se vea cuáles fueron los hijos y discípulos que S. Benito ha tenido; pues todos profesaron una regla, y muchos igualaron á este santo. Las cosas que se dicen de él son tan del cielo y tan admirables, y esto tambien me hacia reparar un poco; pero esto es lo que más me convidó, y puso espuelas á mi deseo, que iba ya corriendo, para mostrar cuán singulares cosas han sucedido en esta religion y la gracia que Dios ha dado á muchos hijos de ella. Para quedar seguro de la duda que puede alguno tener en esta historia, baste saber que son quinientos los autores de ella que, aunque son fidedignos, si no lo fueron todos bastará el principal que fué Pedro Damian, uno de los doctos, valerosos y santos hombres que ha tenido la Iglesia. Fué monje de S. Benito y obispo de Ostia, y al fin cardenal, que con sus letras, predicacion, ejemplo, industria y santo celo, sirvió á la Iglesia, y singularmente en muchas ocasiones de negocios graves. Despues de muchos años dejó las dignidades que tenia, y retiróse á un yermo, donde vivió con muchas religiosas, que le tomaron por maestro, y guardaron la regla de S. Benito. Júntase á esto la certeza que tuvo de lo que cuenta de S. Romualdo, porque ambos fueron de un mismo pueblo de Rávena, ambos de un hábito é iguales intentos, ambos de un tiempo, y solo trece años despues de la muerte de S. Romualdo, escribió su vida.»

Notó Romualdo en los tres años que vivió en el monasterio que la vida comun de los religiosos estaba relajada, y como esto contristase su corazon, lloraba amargamente á sus solas por las faltas á la regla de la Orden de sus hermanos, faltas que no podia remediar con su ejemplo, ántes bien esto le creaba enemigos, porque sabia mal á los demás que les echase así en cara sus defectos. Los que así pensaban trataron de librarse de hermano tan adicto á la disciplina establecida por su glorioso fundador, y nuevos Caines concertaron matar á su hermano Abel, lo que impidió la vigilancia que tenia en tratar con Dios. Acostumbraba el Santo á ir á orar al oratorio por las noches ántes de que fuese á él á maitines la comunidad, que siempre le encontraba ya en su puesto, y siempre salia de orar cuando todos habian vuelto á recogerse, de suerte que hubieran logrado fácilmente asesinarle si Dios, que le guardaba, no hubiera dispuesto que supiese á tiempo la trama por uno mismo de los conjurados, lo cual le proporcionó burlar á sus asesinos. No el temor de la muerte, sino el deseo de asilo en que pudiera practicar mejor la penitencia, le obligó en 910 á pedir á sus superiores le concediesen licencia para ir á vivir en mayor aspereza, y concedida que le fué se dirigió á buscar á Marino, venerable ermitaño que hacia vida solitaria cerca de Venecia, y encontrándole le suplicó le admitiese bajo su obediencia. Recibióle con amor este sencillo idiota para el mundo y sabio en la ciencia del cielo, que haciendo una severa peniten-

cia, que ayunando á pan y agua tres dias á la semana, solo comia en los demás un cocido de yerbas y bebia un poco de vino, ocupándose siempre en la recitacion de los salmos y en la oracion. Reunidos los dos anacoretas continuaron la misma vida, y como Romualdo no supiese todos los salmos de memoria, haciaselos estudiar el ermitaño castigándole severamente con una vara siempre que se equivocaba para que se ejercitase en sufrimiento, llegando hasta el punto de rogarle el Santo le pegase en el lado opuesto de la cabeza, porque iba perdiendo el oido del lado en que acostumbraba á darle; y como viese ser cierto, admirando Marino la paciencia de este nuevo San Lorenzo, que pidió á sus verdugos le quemasen por el lado opuesto, pues que ya estaba bien asado del en que le tenian, miró á su compañero y discípulo en adelante con más consideracion y respeto. Habia en Venecia un dux ó soberano de su república, llamado Pedro Urseolo, el que habia consentido quemar su propia casa para que se quemase en la suya, que estaba medianera, su antecesor Vital-Candiano en la conmocion popular que le proclamó dux. Sabido esto por Guarino, abad de Francia, que habia ido peregrinando á Venecia, se concertó con los ermitaños Marino y Romualdo, para hacer conocer á aquel criminal dux su maldad é inclinarle á hacer penitencia para que Dios le perdonase. Salieron á este fin del yermo, y se fueron al palacio del dux, cuya conciencia estaba tan lacerada de remordimientos, que luego que los monjes expusieron su pretension, temblaba delante de ellos como un azogado. Aconsejáronle que, pues que habia adquirido de tan mal modo aquel estado, no solo le restituyese, sino que abandonase el siglo y se hiciese monje, para hacer penitencia. Fué tal la elocuencia que prestó Dios á los tres religiosos, que convencido el dux, se decidió á abandonarlo todo por el servicio del Señor, y confiando á su criado Gradenico, del que tambien se habia valido para pagar á los conjurados que le subieron al poder, algun dinero y joyas, pretextó ir á una romería con aquellos religiosos, para que ni la familia ni el pueblo le estorbasen su piadoso intento, y salió de Venecia en tan buena compañía y con tan laudable intencion. Llegados que fueron á Francia, el dux Urseolo y su criado Gradenico tomaron el hábito de la órden de S. Benito en el monasterio de S. Miguel, de que era el abad Guarino, y Romualdo y su maestro Marino se volvieron á su yermo, al que movidos por su ejemplo se vinieron á vivir y á hacer penitencia con ellos, al cabo de un año, el expresado abad, el dux y su criado. Como en talento, en virtudes y áun en penitencia sobrepujaba Romualdo á su maestro y á todos, le eligieron por superior con gran contentamiento del severo Marino, que quiso ser el primer discípulo de su propio discípulo. «Tal es, dice Castañiza al dar razon de este incidente, la competencia de la universidad en que se aprende la cien-

cia de los santos, cuya pretension no es más que aventajarse á los demás en virtudes, y sujetarse al que puede mejor guiarlos para el cielo.» Grandes dotes dió el Supremo Hacedor á Romualdo, y si le hizo vestir el hábito de la Orden Benedictina, fué indudablemente con el fin de que la reformase, pues que á causa de las guerras de Italia, Francia y Alemania se encontraba muy relajada. Al cabo de algunos años que pasó en el yermo Romualdo, intentó reformar la órden de S. Benito, y emprendió con tal fe, tal fuerza de voluntad y tan esmerado celo su tarea, que Dios no pudo ménos de coronarla para gloria suya y fama de su siervo. A fuerza de trabajo improbo, de enfermedades y áun de grandes oposiciones y áun persecuciones, logró el Santo reformar los monasterios de Italia, Etruria, Piceno, Flaminia, Venecia, Histria y los de Francia y Alemania. Hizo que se sujetasen los monjes á sus reformas; construyó en el trascurso de los años cien monasterios de Benitos de habito negro, hasta que el mismo Santo mudó el color en blanco, y edificó otros muchos de cenobitas, poblando despues los desiertos de ermitaños de la misma religion. El glorioso S. Gerónimo dijo que habia tres clases de monjes; pero S. Benito al principio de su regla establece cuatro, porque despues de aquel debió sin duda aumentarse la última. Llámanse cenobitas los unos, porque viven en comunidad bajo la direccion de un superior; otros anacoretas ó ermitaños, porque siempre han vivido en los yermos separados de la sociedad; y de las otras dos clases, dice S. Benito, que es mejor no definirlas, porque no podria hacerse favorablemente á la religion y á ellos mismos. La disciplina de estos religiosos fué decayendo con el trascurso de los tiempos, y la religion benedictina, fundada por S. Benito en el siglo V de nuestra era, experimentó la relajacion consiguiente, encontrándose á los cinco siglos de su fundacion en un estado lamentable, que acabára con ella si no mandase Dios en su auxilio á S. Romualdo y á algunos ilustres hijos de la misma. Cuéntanse entre los piadosos restauradores de la Orden á San Odon, fundador de la órden Cluniacense en Francia el año 920; á S. Gualberto, que lo fué de la congregacion de Valleumbrosa en Florencia en 1040; á S. Roberto, á S. Esteban Averino de la órden Grandimontense en Aquitania en 1070; á S. Roberto Molismense, de la la órden del Císter en Francia en 598; á S. Bernardo, que tomando el hábito en ella, le ensalzó tanto que desde él recibe la Orden su nombre; y á nuestro S. Romualdo, que asombró al mundo católico con su reforma. Considerando S. Romualdo que los dos estados de cenobitas y anacoretas tenian su pro y su contra en cuanto á la perfeccion de los que los abrazaban, hizo sus fundaciones de tal modo, que acomodase á la opinion é instintos de todos sus religiosos; al edificar un monasterio, á ménos de media legua establecia un eremitorio para que viviesen anacoretas, pero bajo la obediencia del abad de aquel, de suerte que

los religiosos pudiesen llevar la vida que más les agradase, no diferenciándose más que en el traje, pues que los unos habian de llevar cogulla y los otros capa, observando todos una misma regla, y los ermitaños además unas constituciones especiales. Para los que deseaban ni áun ver las cosas del mundo para que no les distrajese de su continua contemplacion en las divinas, hizo el Santo unas celdas, llamadas de reclusos, en las que se encarcelasen voluntariamente por el tiempo que gustasen los que así lo pidieran, con un torno para introducirles la comida, y por el que ellos pidiesen lo que deseasen ó contestasen á lo que fueren preguntados, pues que no debian hablar con nadie, más que con el que iba á confesarlos ó á ayudarlos á decir misa, y esto nada más que lo necesario en el primer caso, y lo que previene el santo sacrificio en su celebracion, sin una palabra más. Penitencia austerísima por lo que debe atormentarles el enemigo de la curiosidad, que han practicado tambien los cartujos, y los carmelitas reformados ó descalzos; aquellos en todas sus casas, y estos en el célebre Carmelo y en el monasterio del famoso desierto de Bolarque, en las riberas del Tajo y el Guadiela que se unen á su falda, país de la provincia de Guadalajara, desierto y monasterio vendido por el estado en la supresion de las comunidades de 1835, que hoy posee un particular, que le conserva, y tambien sus pintorescas ermitas. Para dar ejemplo á sus monjes, y para mortificar su cuerpo y quitar todo incentivo á las pasiones, que son las que franquean las puertas del alma al demonio, procuraba Romualdo imitar cuanto podia á los santos en el ejercicio de todas las virtudes, y en especial en la abstinencia, y hay quien dice que solo comia los domingos, y cuando más entre semana, algun puñado de garbanzos, judías ú otra legumbre cocida; pero si para su cuerpo era tan parco que solo podia vivir con el alimento espiritual por el auxilio de Dios, no permitia á sus subalternos le imitasen en esto, y á los que pretendian ayunar les obligaba á comer al ménos tres dias por semana, obligándoles á trabajar para este indispensable sustento, en cuyas faenas ya que no en el ayuno, porque no podia y Romualdo le dispensó, excedió á todos el dux Urseolo, que despues de haber profetizado á su hijo que sería dux de Venecia, como en efecto lo fué, encargándole que conservase siempre sus fueros á la Iglesia, y de darle sabios consejos para gobernar bien, murió tan venturosamente que fué tenido por un gran santo. No pudiendo sufrir el demonio tanta santidad, tentó á Romualdo de mil maneras para hacerle caer en la tentacion; pero el Santo, que tenia constantemente fija la mente en Dios, y cuya vista no se levantaba jamás sino para mirar al cielo, resistió con tal tenacidad á los crueles ataques que le dirigió, que le venció por completo. La santidad es un iman de tanta fuerza que atrae á los pecadores más empedernidos al conocimiento de su Dios y al arrepentimiento.

Como desde el yermo cercano á Venecia se fuese Romualdo á Francia con sus monjes á un nuevo monasterio que fundó el conde Olivano, en cuyo señorío estaba este monasterio, fué á visitarle. Encontrándose el conde con Romualdo en la celda, le contó toda su vida, y como Romualdo le hiciese presente que si no lo abandonaba todo y se apresuraba á hacer penitencia se condenaba sin remedio, el conde, teniéndose por injuriado, salió á buscar á los prelados que llevaba consigo, entre los que estaban sus confesores, y manifestándoles el que tomó por insulto de Romualdo, les preguntó si era verdad lo que aquel fraile le decia; y como le contestasen que así era, pero que el temor y la persuacion en que estaban de que no habia de hacer caso alguno habia cerrado sus bocas, el conde recibió de repente en su alma tal golpe de gracia divina, que aclarándose su inteligencia con la luz de la fe que disipó las tinieblas en que la tenia sumida la ignorancia y la irreligion, determinó abandonarlo todo, y dejando dispuestas las cosas de manera que su heredero entrase pacíficamente en posesion de sus bienes, tomó el hábito de S. Benito en la iglesia del Monte-Casino el año 992. Aun cuando S. Romualdo habia ordenado á Juan Gradenico que no abandonase al conde, y se quedase con él en el Monte-Casino, se empeñó en acompañar al abad Guarino á su peregrinacion á Jerusalen; pero su desobediencia quedó castigada por la coz de un caballo que le rompió una pierna, lo cual le obligó á quedarse con el conde, en cuyo monasterio fué por quince años modelo de penitencia y murió santamente; el Abad continuó su peregrinacion, y Marino, que tambien acompañó al conde, aficionado á la vida eremítica, se fué con esta idea á la Apulia, en donde murió á manos de unos bandoleros. Hubiérase Romualdo ido con el conde Olivano y sus monjes, si no le viniese la noticia de que movido su padre el duque Sergio de la fama y ejemplo de su hijo, se habia retirado del mundo y tomado el hábito de religioso en el monasterio de S. Severo; pero que inconstante en su buen propósito, estaba á punto de abandonar la buena vida que habia emprendido. Determinó S. Romualdo ir á contener á su padre para que no diese el escándalo de abandonar el hábito, y como lo supiesen los vecinos cercanos al monasterio, que le querian tener siempre en él, su exagerado é imprudente celo les sugirió matarle, para que ya que no le tuviesen vivo, pues que presentian que si se iba no volveria, le poseyese muerto. Súpolo el Santo, y fingiéndose loco, logró que por tal se le considerase y dejase, sin cuidarse de su permanencia, con lo cual el Santo pudo evadirse fácilmente y procurar la salvacion de su padre, que cedió de su propósito, hizo ejemplar penitencia y murió en la paz de los justos poco despues, el año 992. Luego que murió el duque Sergio, se retiró su hijo S. Romualdo á la iglesia de S. Martin del Soto, en la Saginata, á una ermita que estaba abandonada, y

quedando en ella, continuó sus ejercicios de ermitaño con el mismo celo, y tuvo que sufrir tanto del demonio, que solo Dios pudiera salvarle si su devocion contínua no le alejase de aquel infernal enemigo. Pertenecia este monasterio á la Orden, pero aún no habia penetrado en él su reforma, por lo que se puso á verificarla, lo cual le costó no poco, porque como el marqués de Hugo lo mandase una cantidad y él la dividiese entre este monasterio y el de Palacio para que le reedificasen, porque se habia quemado, se le revolucionaron los monjes, que pretendian que todo aquel dinero era para ellos y no para que se le diese á otros; pero Dios les castigó terriblemente en el hundimiento del techo de una parte de la casa que les dejó sitiados á los descontentos. Fuése Romualdo de este monasterio maltratado y desechado por los monjes, y vivió algun tiempo en la isla Peteto, á doce millas de Roma, en donde fundó otro monasterio, desde el cual por lo mal que sentó á su salud, pasó al de Cania, adonde dice Castañiza, en su Vida del Santo, se le apareció S. Apolinario y le mandó volviese al monasterio Clasense en donde estaba su cuerpo, y en donde Romualdo habia recibido el hábito, y que lo reformase por gratitud de que allí la Orden le habia recibido por hijo. Habia en aquel pais un ermitaño llamado Venerio, que hacia penitencia sin sujecion á regla alguna, y Romualdo le aconsejó volviese á ponerse bajo las órdenes de su abad, lo cual verificó humildemente, y viviendo con su anuencia en una cueva cercana al monasterio, hizo tan grandes penitencias que un dia se le encontraron muerto, de rodillas y con los codos sobre una piedra, sosteniendo con sus manos la cabeza. El emperador Oton III proveia los beneficios eclesiásticos, y habiendo vacado la abadía Clasense, concedió el Emperador á los monjes hiciesen á su gusto la eleccion de abad. Ya fuese por lisonjear al Emperador, ya porque áun cuando relajados, eran aficionados á la fama y virtud del Santo, si bien fuese más bien lo primero por ser Romualdo pariente cercano del soberano, le eligieron abad del monasterio el año 995, con lo cual quedó este sumamente complacido. Temiendo Oton III que se resistiese su santo pariente á admitir el cargo, además de escribirle rogándoselo, fué él mismo á visitarle á su ermita, que estaba á la sazon en el valle de Pereo, en medio de lagunas cenagosas, por lo que aquel sitio, á doce leguas de Rávena, era sumamente enfermo. No habiendo en la ermita otra cama que el monton de paja sobre que descansaba el Santo el poco tiempo que daba este reposo al cuerpo, el Emperador durmió en aquel lecho con más gusto que lo hacia en su dorada y bien mullida cama, y llevándole al dia siguiente á palacio, fué necesario que el soberano se lo mandase con imperio para que S. Romualdo admitiese la abadía. Empezó el Santo su gobierno con gran prudencia, pero con tal observancia de la regla, que los religiosos, acostumbrados á vivir á su libertad, se daban al

diablo por haberle elegido abad. Viendo Romualdo á los dos años que no podia vivir en paz con aquellos indisciplinados monjes, imitó á su gran Padre S. Benito en otro monasterio de que fué abad ántes de fundar su religion, que fué abandonarlos; pero queriendo ántes dar satisfaccion al Emperador del motivo de abandonar el monasterio, fué á la ciudad de Tiboli, en donde tenia la corte. Resistióse el soberano, que llamó en su auxilio al arzobispo; pero ni áun esto bastó para vencer á Romualdo, que empeñado en retirarse, arrimó á la pared el báculo abacial, señal ó insignia de su autoridad, con ánimo deliberado de no volverle á tomar. Hallábase á la sazon esta ciudad rebelada contra el Emperador, cuyo delegado ó gobernador, llamado Mazolino, habian asesinado los revoltosos, razon por la que la estaba sitiando para castigarlos severamente; pero tomando parte el Santo en la contienda, se dió tan buena maña, ayudado de Dios, que logró que la ciudad entrase en obediencia, que el Emperador levantase el sitio y no la castigase; que los conjurados mandasen atado de pies y manos al matador de Mazolino á la afligida madre de este, y que esta señora le perdonase por amor de Dios, de suerte que todas las partes quedaron en su lugar y complacidas. Tenia el Emperador un privado llamado Tamno, al que queria tanto, que cambiaba con él hasta el propio traje. En las guerras que tuvo el Emperador con el senador Crescencio, hombre ambicioso, que pretendia derribar á Oton para ponerse en su trono, y que maltrató á los papas Juan XVI y Gregorio V, se hizo este fuerte en un castillo, y yendo á esta fortaleza Tamno, como parlamentario y embajador para tratar de paz, convenido en rendirse Crescencio, cuando salió del castillo con el antipapa Juan que se habia encerrado con él, les hicieron pedazos los alemanes, y los restos de sus cuerpos los colgaron en una horca, segun habia mandado el Emperador, que no contento con esto, tomó á la viuda de su enemigo por concubina. Sabido esto por S. Romualdo, afeó al Emperador y á su privado tan villanas acciones, manifestando á este que solo abandonando el mundo y haciendo ejemplar penitencia podria salvarse. Las fuerzas de las razones y la divina elocuencia que salió de la boca del Santo, movieron á arrepentimiento de tal modo al Emperador, que á pesar de lo gozoso que estaba por haber hecho nombrar en Roma papa á su pariente Gregorio V y recibido de sus manos la corona, le prometió vestir su hábito luego que quedasen arreglados los asuntos de Italia. Mas deseando no demorar su penitencia, fué despues de confesarse con Romualdo por Roma descalzo y á pie, á visitar la iglesia de S. Miguel Arcángel del monte Gargano cerca de Manfredonia, y ántes de ir á Alemania estuvo la cuaresma entera del año 998 en el monasterio Classense, en donde habia profesado Romualdo, ayunando y asistiendo á los divinos oficios, cubierto de silicios y durmiendo en una estera áun cuando en rica cama. Grande fué el

ejemplo de penitencia que Oton III dió á los de su clase, movido por las santas exhortaciones de su pariente Romualdo; pero como por ocupar un trono no se borran los pecados, sino por el camino de la penitencia, esta obliga más cuando el que ha delinquido tiene la dignidad tan alta, porque viéndosele de todas partes, dió mayor escándalo, y porque es espejo en el que se miran sus súbditos que se complacen en vivir imitando á su señor; de suerte que si este vive mal, no viven mejor estos, y por el contrario contaminados y alentados por el ejemplo aún se exceden y hacen más enormes sus delitos, fiados en que sabrán disimulárselos siquiera porque el castigo de ellos no ponga patente el modelo de que copiaron, y por lo tanto siendo más grave la falta en los grandes que en los pequeños, mayor debe ser la pena; y de consiguiente para librarse de ella, debe imponerse mayor la penitencia el que quiera lavar la mancha que dejó caer sobre su alma. Hablándonos Fr. Juan de Castañiza de algunos de sus discípulos insignes, y especialmente de S. Bonifacio, que predicó la fe á los rusos, nos dice lo siguiente:

«Fué Bonifacio criado del emperador, Tamno como añagaza, con cuyo ejemplo cayeron en la red de la religion muchos hombres principales, y entónces fué cuando se convirtieron y pidieron el hábito á Romualdo algunos alemanes de los que andaban en la corte y ejército del Emperador, y de los más insignes fueron un pariente del mismo Emperador, que se llamaba Bonifacio, y Busclavino, hijo del rey de los esclavos, que dió al Santo un caballo hermosísimo suyo, en que caminase, asegurándole que bien podria, porque era manso y bueno. El santo, que ninguna cosa deseaba tanto como imitar á Cristo por acordarse de su entrada en Jerusalen, que fué en un jumento (y porque estimaba en tan poco todas las cosas terrenas, que no apreciaba más unas que otras en su aficion), trocó el caballo por un jumento, en que fué en romería al monasterio Casinense, año siguiente de 998, acompañado de todos estos nuevos religiosos convertidos. Y todos deseaban en extremo ver siquiera el santo cuerpo difunto del grande patriarca S. Benito, que habia sido casa y morada de aquella alma, que tan crecidos favores habia recibido de Dios, y sido instrumento de tan insignes maravillas de aquel grave maestro de tantos religiosos. Cuando se vió ya Romualdo en el monte Casino, retrato del monte Sinaí, en que Dios da la ley, y en el monasterio Casinense, donde vivió y compuso su regla S. Benito, no cabia de gozo; y el mismo gozo tenian los religiosos casinenses de ver en su casa á Romualdo, cuya fama era tan señalada, y así le recibieron y hospedaron como á un ángel del cielo. Allí estuvo muy malo, más de para mostrar Dios lo que estimaba sus santas oraciones, que con las del mismo S. Benito á quien se encomendaba, con un milagro le alcanzaron salud, porque llevase algo de gran estima de casa de este santo. Luego convaleció Romualdo, y

se fué con todos aquellos caballeros, que ya eran sus discípulos, al monasterio Pereo, donde se le sujetaron otros muchos, á quienes dividió en celdas apartadas, y gobernaba con su doctrina y ejemplo, practicando la vida eremítica en su puntual rigor y observancia, tanto que la fama llegaba á los muy remotos, que estaban admirados, y acudian como de tropel á pedirle su hábito, teniéndose por venturosos cuantos le alcanzaban. ¿Pero quién podrá dejar de admirarse y convertirse, viendo unos hijos de príncipes, y los demás cortesanos, que poco ántes vivian regalados, libres, acompañados, respetados, ahora tan trocados en penitencia, soledad, aspereza, frio y ayunos y menosprecio de todo lo primero? Vivian pobres, mal vestidos y solos, y para mayor humildad, y para llevar en penitencia la que Dios puso al primer hombre en pecando, que trabajase para sustentar la vida, y por los demás fines buenos que los santos padres antiguos pretendian, hacian obras de sus manos. Cuál hilaba, cuál tejia, cuál labraba la tierra, todos trabajaban de manos, y de sus trabajos sustentaban la vida (que era á bien poca costa). Todos fueron muy señalados en religion, porque allende de su observancia, resplandecia más la santidad, porque estaba esmaltada en los que eran de tan noble sangre. Y para que en mirando á uno hagamos cuenta que vemos los demás, pues todos hacian una vida, por no divertir, tratando de ellos, solo diré la vida y muerte de Bonifacio, que fué de estos discípulos. Fué Bonifacio pariente del emperador Oton III, y tan querido suyo, que le llamaba su alma, como le veia tan virtuoso. No vivia contento cuando no padecia; y así no se satisfacia con solo ejercicios de virtudes, sino que deseaba en extremo ser mártir. Y así un dia viendo la iglesia de S. Bonifacio el Mártir antiguo, dijo: « A ti te agradan los confesores; á mi los mártires. » Como quien dice, que los santos confesores procuran que sus obras sean secretas, y los mártires que sus tormentos y testimonio de la fe sean en público. Al fin sus deseos no quedaron burlados; pero ¿quién hay que tenga deseos buenos y lo queden? Dios es quien da buenos deseos, él mismo el que da gracia y ocasiones para cumplirlos. En aquel yermo le vino gran deseo de publicar la fe de Jesucristo, y de convertir almas con su predicacion é industria. Pidió licencia al superior, con que se partió á Roma para pedirla al Papa. El Papa le mandó que fuese á Rusia, dióle otros que le acompañarian para el efecto mismo; hízole superior de los demás, dióles su bendicion pontificia, para que Dios los encaminase. En todo aquel camino fué descalzo, á pie, y aunque en compañía de otros, pero de ordinario solo, retirado, y rezando salmos. Entónces no ayunaba tanto, comia cada dia, pero no más que medio pan y agua, y los dias de fiesta añadia frutas ó verduras, porque cosas cocidas, nunca jamás las probaba. El Sum Pontifice le dió título de arzobispo, y él aceptólo por ser oficio propio de su

propósito y predicacion, y lo que sacaba del oficio era que todos los dias rezaba doble que ántes, como prelado y como religioso. Fuése de Roma para los rusos en tiempo de invierno, y pasando los montes, cuando nevaba, descalzo, y con muy poca ropa, dice S. Damiano que como le caia nieve y rocío para despegar los pies de los estribos helados. Llegado á los rusos infieles, predicaba con tanto fervor á Jesucristo, que se veia clara la sed que llevaba del martirio; pero los traidores bárbaros, ilusos del demonio, porque no hiciese milagros si le martirizaban, como S. Adelberto en Esclavonia, de industria no le mataban. Quisieron estorbarle su provecho y su predicacion, porque la gente no dejase la ley antigua de sus antepasados, y ritos gentiles; pero más le temian si muriese, que no cuando vivia; y así todo su afan, era más que estorbarle. Cuando vino á predicar en la corte, persuadido el rey (como ciego y gentil) que aquel hombre roto, y pobre y descalzo, no debia de pretender más que sacar dineros para remediarse, díjole que no predicase aquellas cosas, que le daria cuanto hubiese menester. Bonifacio respondió, que sus riquezas eran guardar pobreza, y que si quisiera las del mundo, no le faltaban; y porque lo creyese fué á casa, y volvió á palacio, vestido ricamente de pontifical. Díjole el Rey: Ahora digo, que no andais pobre más de porque os tengan por bueno, y por llevar trás vos la gente. El Santo respondióle desengañándole y diciendo lo que habia, hizo una larga plática en que declaraba y le daba á entender la verdad é importancia de la fe católica, y cuán ciega y errada era la vida y profesion de los gentiles, cuán burlados andaban con sus dioses, y que no habia más que uno en cielo y tierra. El Rey para probar esta verdad le dijo: Háganse dos montones grandes de leña juntos, que no quepa más de una persona por medio, y si pegándolos fuego, pasares de parte á parte sin recibir daño, todos creeremos que nos predicas á Dios verdadero, y si no, acabaremos de quemarte como á gran burlador. Fué muy contento Bonifacio (porque fiaba de Dios), y estaba todo el pueblo á la mira. Hízose un fuego grande en dos montones, y estando ya encendido, llegóse Bonifacio á él vestido de pontifical, echando agua bendita, rociándole y luego le incensó todo alrededor, y de la misma suerte paso por medio de él, sin quemarse, ni chamuscarse, ni un pelo solo, con que todos los miradores daban gritos de admiracion, y llorando se le arrojaron á los pies, y el mismo Rey, pidiendo que les enseñase y diese á conocer á aquel su Dios tan poderoso y admirable. Fué tan grande tropel de gente, que parecian los millares de hombres que S. Pedro convertia en la primitiva Iglesia; y para bautizarlos, salióse al campo en que habia un rio donde los bautizaba, y les predicaba despues. El Rey estimando en más la compañía y trato de Bonifacio que cuanto hay en la tierra, por andarse con él toda la vida renunció el reino en su hijo, y aunque con

celo indiscreto, sin dar parte á Bonifacio hizo matar á un hermano suyo, que vivia en su casa, porque no queria recibir la fe que él habia profesado. En tanto que disponia todas las cosas el Rey, fué Bonifacio á predicar en otra ciudad, en que vivia otro hermano del Rey; furioso contra Bonifacio por los nuevos acaecimientos, año milésimo, le hizo matar en su presencia, ántes que su hermano el Rey lo quitase de las manos (gran milagro); al punto quedó ciego el que tan ciegamente las habia puesto en el Santo: y cuantos á la vista estaban pasmados sin sentido, sino como piedras. El Rey cuando lo supo, sintiólo grandemente, y fué determinado á pasar á cuchillo á su hermano y á todos los culpados; pero cuando llegó y los vió pasmados, túvoles tanta lástima, que ántes mandó que se pusiesen en oracion por ellos los que habian recibido la fe de Bonifacio, para que Dios usase de misericordia con los que le mataron, con determinacion de que si volviendo en sí no recibian la santa fe los habia de degollar. Entónces Dios, que tan rico es en misericordia, la mostró bien grande oyendo las oraciones de los recien convertidos, por que se confirmasen en la fe y creyesen que Bonifacio muerto podia tanto, que todos volvieron en su juicio y sentidos, y pidieron bautismo: y (como agradecidos á tan gran bienhechor) hicieron un templo al Santo en el lugar que le habian martirizado. Recibióle la Iglesia en número de mártir, y está escrito en el Martirologio Romano á 19 de Junio, que fué el dia de su dichoso martirio. Supieron los de Polonia este suceso, y el rey, que se llamaba Bulselano, ó Bolselano, deseando tambien que aquella misma fe se practicase y plantease en su reino, envió el año de 998 embajadores al emperador Othon, que le enviase personas de satisfaccion para predicar é introducir el Evangelio en su reino, que casi todo era de gentiles. El Emperador luego puso los ojos en aquellos hombres puramente apostólicos y evangélicos. Tratólo con Romualdo; pero el Santo no quiso mandar á sus súbditos que hiciesen aquella jornada, porque no sabia si Dios queria que se estuviesen solitarios. Dejólo en voluntad de los que tuviesen llamamiento interior para aquella conquista de almas, á que se ofrecieron solo dos; uno se llamaba Juan y otro Benedicto. A estos sustentaba el rey Buselano ó Boleselano, en un yermo, y daba quien les enseñase la lengua esclavónica, hasta que la hablaban despiertamente; y cuando habian de ir á Roma á pedir licencia y bendicion, rogóles el Rey que le llevasen un muy rico presente, y alcanzasen y trajesen título é investidura del Rey. Los monjes le pidieron perdon, diciendo que su vocacion y renunciacion de todas las cosas del mundo no permitian que se entrometiesen en negocios y cuidados seculares; y acordando que otros tratasen de eso, se volvieron los monjes á sus celdas. Algunos habian sabido el presente que determinaba el Rey enviar al Papa, no la determinacion de los monjes tan sacudidos del siglo, y en-

tendiendo que lo habian llevado consigo á las celdas para tomar desde allí el camino, fueron de noche con armas, abrieron las puertas, mataron dos criados que estaban con los monjes, por mandado del Rey, y á los mismos monjes por hurtar más á su sabor el tesoro. Cuando vieron que no habia nada, quisieron encubrir el mal recado que habian hecho; y parecióles que si quemaban la ermita, con eso se disimularia el daño, porque los que lo viesen, entenderian que acaso ó por descuido se habia pegado fuego á todo. No quiso Dios que una maldad tan impía (como era por codicia quitar á los santos las vidas y á los esclavos sus predicadores) quedase sin castigo y sus siervos sin honra, y así no pudieron jamás pegar fuego á la madera, porque le despedia como si fuera un jaspe. Quisieron ponerse en cobro, y en esto hubo otro grande milagro, y fué que toda la noche anduvieron por entre los árboles, por fuertes riscos y despeñaderos, sin acertar á huir ni poder desenvainar las espadas, los brazos secos. Y otro milagro fué que sobre toda la ermita y cuerpos santos habia una muy grande luz, que se veia desde muy léjos. A la mañana pareció toda la verdad, y hallaron á todos los homicidas como atados contra sus mismas espadas para que los castigasen con ellas. El Rey dió una sentencia discretísima, que los llevasen aherrojados con grillos y cadenas á la ermita, y los dejasen allí, donde ó moririan presos y rabiando de hambre, ó los santos los perdonarian, si bien les fuese visto. ¡Oh cuán piadoso es Dios! Sucedió otro milagro que luego delante de todos se soltaron los grillos y quebraron las cadenas, como si los santos se lo suplicáran á Dios, y como si fueran sus bienhechores, en reconocimiento de la gloria que ya gozaban, que de esto les habia servido la muerte. Y el Rey mandó que luego se hiciese una iglesia para honra de aquellos dos santos monjes, donde por espacio de muchos años hizo Dios otros muchos milagros. Esto sucedió en Polonia, en tanto que Romualdo trataba con el emperador Oton que hiciese un convento en Pereo en honor de los mártires de Prusia, para que así fuesen conocidos y honrados. Hízole año de 1001, y dióle muchas heredades que confinaban con las del monasterio Classense para el cual habia dado otras muchas, poco ántes en Firmiano. Los monjes guardaban la regla con mucha puntualidad; aunque el primer abad no salió á gusto del Santo, porque le tenia ordenado que estuviese en el yermo entre semana y viniese todos los domingos á visitar, exhortar, consolar y enseñar á sus súbditos, y con la licencia que tomó, viéndose superior, se hizo tan exento y aseglarado, que no pudiendo corregirle ni quitarle Romualdo, se fué con ánimo de vivir en otro monasterio, y de camino á visitar al Emperador y pedirle cumpliese la palabra que le habia dado de ser religioso (como arriba dijimos). El emperador era muy virtuoso y de santos propósitos con que remedió muchos

abusos; y con esto y con los santos consejos del papa Silvestre II, que habia sido maestro suyo y monje de S. Benito (que por ambas causas procuró que le hiciesen papa), tuvo en grande paz y justicia á Roma hasta que súbitamente los del pueblo se rebelaron contra él, porque el Emperador y Gregorio V les quitaron la eleccion del imperio: y con mano armada le acometieron en su palacio, de suerte que le fué forzoso, por evitar la furia popular, salirse de Roma. Luego comenzó á juntar gente para volver á castigar aquel desacato del pueblo, y á este tiempo le habló Romualdo, y dijo que olvidase aquel enojo y dejase aquellos cuidados, que cumpliese la palabra y propósito que tuvo á ser monje y acabase la vida en quietud y paz. No se atreve el demonio á proponer á buenas almas que dejen los propósitos que tienen buenos, y así procura con su astucia en ganarlos, persuadirles no más de que los dilaten; y esto acaba con muchos fácilmente y los burla, porque despues no faltan estorbos, ó la muerte, con que nunca se cumplen aquellos buenos deseos, y los que los tuvieron se quedaron burlados, y es culpa haber faltado á las inspiraciones de aquellos buenos propósitos. Esto le sucedió al Emperador, que propuso de acabar esta guerra, y despues recogerse en volviendo á Rávena. Díjole Romualdo: Si vas á Roma, no verás á Rávena;—y fué verdad, porque volviendo á Roma el Emperador por vengar su agravio y castigar al pueblo, le sucedió la muerte, y desgraciada, en Paterno, año de 1002, y décimo octavo de su imperio; porque la mujer de Crescencio, á quien habia él muerto (como ya dije) le hizo matar á traicion con un tósigo, y él cumplió lo que le dijo Romualdo. ¡Cuánto mejor le fuera al Emperador asegurar la vida recogiéndose luego, y siendo monje morir en una celda pobre, y acompañado de hermanos religiosos, que no dentro de palacio, rico monarca, tal muerte desastrada en poder de enemigos de su cuerpo y alma! Mas sucedióle lo que dice S. Agustin de los hijos de Babilonia, ciudad terrena; que ellos mandan á otros, y á ellos la gana de mandar, son señores de otros, pero siervos de su deseo y ambicion de mandor. *Terrena avitas cum dominari appetit, et si populi serviant ipsa ei dominandi libido dominatur.* Cuando Romualdo entró en la religion era idiota, mozo de veinte años, y más ejercitado en la caza que en los estudios; pero como tuvo despues al Espíritu Santo por principal y continuo maestro, vino con este favor y con meditacion cotidiana á tener gran inteligencia de los misterios de la fe y de la sagrada Escritura (como la tuvieron S. Antonio Abad y S. Benito y otros), tanto más apurada y mística, cuanto más puramente destilada por el Espíritu Santo en su alma. Estaba muy aprovechado en esto; pero cuando se recogió tres años en un monasterio junto á la ciudad Perentina, que es en tierra de Italia, y junto á otro que hizo allí poblándole de hombres que venian desengañados hu-

yendo de los peligros del siglo, tuvo grandes ventajas en esta sabiduría, y en la profecía tambien, y grandes favores y revelaciones. Deseaba mucho tener el don de lágrimas; porque si bien la santidad y el aprovechamiento no está en ellas, pero como andan de ordinario acompañadas con devocion, ayudan mucho al fervor para servir á Dios, y al fin camina el alma con gran gusto, y hallándole se anima; pero en muy largo tiempo no pudo alcanzar esta gracia (que por ser estos dones pura gracia, no los concede Dios cuando el hombre los desea, sino cuando conviene dárselos, porque entienda que son gracia y los reciba con más humildad y agradecimiento). Estaba rezando un dia, y llegando al verso *Intellectu tibi dabo et instruam te in via hac qua gradieris; firmabo super te oculos meos*:—Que quiere decir: Yo te daré el don del entendimiento, y te enseñaré cómo has de ir por este camino, y pondré siempre los ojos en ti;—súbitamente se vió tan regalado y tan bañado en lágrimas, con tanto conocimiento é inteligencia de verdades, que le parecia se le abrian los ojos para verlas, como si los lavára con las lágrimas para aclararlos más, y le quedaron como fuente perennal de lágrimas y compuncion, y cada vez con inteligencia nueva de las verdades místicas. Esto fué por todo el resto de la vida; pero algunas veces llorando se arrebataba tanto y estaba tan absorto en Dios, que con dulcísimo y vehemente amor decia: *Chare Jesu, mel meum dulce, desiderium ineffabile, dulcedo sanctorum, suavitas angelorum, chare Jesu.* Que quiere decir: Jesus amado mio, querido mio, miel y dulzura mia, inefable deseo mio, dulzura de los santos, suavidad de los ángeles, carísimo Jesus; y otras palabras que le hervian en el pecho, y el Espíritu Santo le dictaba, que ni decirlas ni entenderlas sabe quien no le tiene, como habia dicho S. Pablo: No sabemos nosotros orar como conviene, sino que ora por nosotros el Espíritu Santo con gemidos inenarrables. Desde aquel dia en adelante de ordinario no decia misa en público, ni donde le pudiese ver más del que le ayudaba, porque la corriente de sus lágrimas, los sollozos y devocion eran tan abundantes que se recataba de los miradores para llorar más á su sabor. Y como tan humilde, no miraba que se aventajaba en esto á los demás, sino que todos recibian el mismo favor de Dios, y que los otros, ó sin trabajo alguno, ó que con el mismo trabajo le habian alcanzado. Decia muchas veces en conversacion á los otros: No lloren mucho, que hace daño á la vista y á la cabeza; pero no tomaba para sí aquel consejo, porque de allí adelante lo primero que hacia en el monasterio donde entraba, era un oratorio retirado en su celda, donde no permitia entrar á otros, porque allí era su quietud, soledad, lágrimas, sollozos, gustos, raptos, meditaciones, descanso, paz, silencio, cuidados y conversacion del cielo. Los que le trataban se tenian por venturosos, y los que no tenian tanta ventura, la procuraban, siquiera consultándole; parti-

cularmente los monjes del monasterio Bisurco deseaban tratarle y verle; y como nunca pudo desocuparse para ir á su casa y doctrinarlos, ellos determinaron enviarle dos monjes, que le tratasen y consultasen por todos, cómo habian de vivir en el yermo, cómo resistir á las tentaciones, y otras cosas tocantes al camino de la perfeccion. Estaba la ermita de Romualdo léjos del monasterio, y cuando vió en espíritu que habian llegado los monjes mensajeros á él, dijo al abad del monasterio Ausonio, que con él estaba, que fuese allá, para que recibiesen y regalasen unos huéspedes que habian llegado. El Abad interiormente juzgábale por mal adivino, estábase quedo. Volvióselo á mandar, y cuando fué ya estaban rezando en la iglesia (como manda la santa regla), y despues de regalados y descansados, se los envió al Santo, que fué donde hallaron el verdadero regalo del alma, resolucion de sus dudas y quietud de sus conciencias, y se volvieron consolados. Despues de conferido entre sí los Padres del yermo lo que Romualdo habia dicho, le volvieron á hacer otra segunda embajada, con dudas de nuevo; y despues que los satisfizo de palabra, díjoles: Yo voy escribiendo ahora un libro de cómo hemos de pelear con los demonios, ó le enviaré, ó yo le llevaré en persona, que será lo más cierto. Los mensajeros se arrojaron á sus pies, suplicándole hiciese tanto bien á todos aquellos Padres, que siquiera los visitare para su doctrina y consuelo. Aquel dia lo tomó en acuerdo y encomendó á Dios, y á otro dia se determinó de ir y que buscase navío en que pasar á Bisurco. Los mensajeros le buscaban, y cuando lo supo el obispo de la ciudad Parentina, donde estaba, entristecióse y enojóse con ellos, y mandó publicar que cualquiera que diese recado á Romualdo para salir de aquella tierra fuese desterrado de ella, y que los marineros que le llevasen no fuesen recibidos á la vuelta; pero con todo eso no lo pudo estorbar, porque los monjes enviaron un propio al obispo Polense, que deseaba verle en aquella tierra donde estaba el monasterio, y muchas veces le encargaba la conciencia, y le reprendia, porque se arrinconaba en los yermos, pudiendo socorrer á tantas almas con su doctrina y ejemplo. Decíale, que pues Dios le habia hecho vela encendida, y puesto en alto para que alumbrase á todos, no cumplia con ser carbon inflamado para sí solo. Este le envió recado y un navío para que le trajesen. Otro dia despues que partió el mensajero para el Obispo, dijo el Santo á los monjes: Aquel mensajero que enviamos ha de tardar forzosamente, pero no importa, que iremos en otro navío. El domingo siguiente, cuando queria amanecer, dijo á un monje que le acompañaba de ordinario (que se llamaba Ingelberto, que fué despues arzobispo): Ora mirad el mar, que dos navíos vienen. Mirando el monje no vió nada; entrado bien el dia vió muy lejos dos bultos pequeños, sin divisar lo que eran, pero al fin vió dos navíos; y cuando llegaron al puerto preguntaron á los dueños de ellos

si querian de vuelta llevar á Romualdo. Ellos dijeron que se tendrian por venturosos y le servirian, y desde luego ofrecian sus haciendas y personas para servicio suyo. Aquel dia se levantó un viento recio con que no se atrevian á salir del puerto. Díjoles entónces Romualdo: Vamos, que pues la causa es de Dios, no puede tampoco tener mal suceso. Con todo esto, no quisieron los marineros alzar velas hasta la noche, que se habia echado el viento; pero á la mañana, que estaban ya engolfados, fué la tempestad tan brava, que unos se amarraban con sogas, otros se abrazaban con los remos ó tablas para ayudarse, otros se desnudaban para salir á nado, otros buscaban otros remedios, y todos tenian tragada ya la muerte y daban gritos al cielo. Romualdo, inclinada la cabeza, estuvo gran rato en oracion y sin hablar palabra; y al cabo dijo al abad Ausonio: «Dígales que no tengan miedo, que ninguno correrá peligro;» y muy en breve volvió tanta bonanza, que se vió la fuerza de Romualdo, y todos dieron gracias á Dios infinitas, con cuyo favor tomaron puerto en la ciudad Capreola. De allí fué á Bisurco, visitó los religiosos todos, que le recibieron y estimaban como á un ángel venido del cielo; pero como su trâto era todo con veras, luego les dijo, que le descontentaban mucho las celdas, porque estaban bien aderezadas y ajenas de la pobreza, que pide la observancia monástica y rigor de personas dedicadas á penitencias y á menosprecio del mundo. Todos le convidaban con ellas, pero no quiso estar más que en la de Pedro el Venerable, que fué discípulo suyo, grave y docto hombre, de grande abstinencia, virtud, oracion y santidad, y tanto recogimiento, que no permitia que para sí, ni para sus discípulos ó súbditos (cuando los tenia), se hiciese celda mayor que de cuatro codos en largo y ancho, á imitacion de la que tuvo S. Hilario. Este referia despues que rezaban juntos, y que Romualdo cada noche fingia que tenia necesidad de apartarse de él y salir fuera del oratorio trece ó catorce veces; y era por ocultar el fervor y corriente de lágrimas en abundancia tanta, y los gemidos y sollozos, que no podia estar delante de hombre. Allí estuvo muchos dias componiendo aquellos ermitaños en la forma que pedia su estado, enseñándoles muchas verdades y cosas de importancia, y persuadiéndoles que eligiesen un superior, por que no careciesen de tanto mérito, como lo es el de la obediencia, porque vivian todos en igualdad y como en un beaterio. En esto habia dificultad, porque aunque eran virtuosos, hallábanse bien así, y no querian probar otro nuevo modo; mas Romualdo, como ponia todo su estudio en la imitacion de Cristo, queria que rindiesen su propia voluntad, como el que fué obediente al Padre hasta la muerte y muerte de cruz, y por que la obediencia volviese los hombres al cielo, pues que la desobediencia los habia desterrado de él, y porque no hay mortificacion que iguale al quebrantamiento de la propia voluntad, de que se hace á Dios

tan agradable sacrificio.» Siguiendo al mismo autor, vamos á dar razon del célebre y sagrado yermo de la Camáldula, del que se llama la Orden Camaldulense. Dice así: «Aunque S. Romualdo con la gracia y espíritu que tuvo tan apostólico, edificó y reformó gran número de monasterios y eremitorios, el que entre todos ellos tuvo más fama y ha quedado preservado de la injuria y corrupcion del tiempo y de las guerras y mudanzas de reinos, y en que puso los ojos por particular revelacion del cielo, y en que su nombre se ha conservado, como en solar conocido, heredero de su divino espíritu y de las grandes riquezas de santidad y observancia, es el sagrado yermo y monasterio de la gran Camáldula; y pasa de esta suerte. Hay en Italia un monte que la divide y corta por medio, que se llama Apenino; es altísimo y agrio, de los más ásperos y altos que se conocen, y en muchas partes inaccesible y cargado de nieve. Hay en lo alto de él otro monte, que cae entre las dos ciudades ilustrísimas, Florencia y Arezo, cinco leguas de la una y diez de la otra; divide las provincias de Etruria y de Emilia, y mira hácia dos mares, que son Tirreno y Adriático; y de una parte se descubre y está enfrente del monte santo Alvernia, consagrado con la presencia y valor de S. Francisco, pues en él recibió las llagas estando en oracion. Es fragoso y muy áspero desde la falda de él, porque se sube por dos millas rodeando, y tiene otras seis millas de circuito; está cercado y lleno de pinabetes, que son como los pinos que hay en España, pero aquellos son mucho más altos, más hermosos, y tan espesos que cubren todo el cielo á los que van por debajo, y hacen una gran sombra. Nacen de él siete fuentes, claras y vistosas, con que todo el suelo se hace fértil y gracioso; y por esto, y mucho más porque los religiosos le habitan, dedicados al servicio de Dios, parece un paraíso; y antiguamente se llamaba *Campo amable*. Llámase Camáldulo, porque era de un señor que se llamaba Máldulo (como quien dice campo de Máldulo) cuando S. Romualdo lo consagró con su presencia. Teniendo ya este Santo ciento y dos años de edad, el año de Cristo 1009, habia trabajado tanto y tan venturosamente en la viña del Señor, que habia edificado cien monasterios que profesasen la regla del glorioso San Benito, y vistiesen de negro (como dijo), y reformado muchos otros en diferentes provincias, y poblado con monasterios y ermitaños muchos yermos; quiso entregarse todo á dar traza y modelo, cómo de allí en adelante fundar ermitas, y que hubiese muchos eremitorios en que viviesen ermitaños y solitarios religiosos, del todo retirados de la gente. Y aunque en los años pasados habia ya escogido y ordenado á algunos; pero este era el cuidado que más le fatigaba, ya en el fin de sus dias; y viendo el Apenino, monte áspero, inhabitable, parecióle que aquel era buen sitio para tratar del cielo y de contemplacion del alma. Entróse poco á poco, y caminando

cuesta arriba del monte, no le espantaban riscos ni peñascos, ni los despeñaderos, ántes cuanto más ásperos, eran más á su gusto; ni la gran nieve que tiene todo el año le encogia, sino como el agua (siendo poca) hace que el fuego grande cobre fuerzas, así parece que con el frio y la nieve de la tierra iba creciendo más el fuego vivo de amor de Dios y de la quietud que ardia dentro de su pecho; y como la aspereza iba creciendo más, más le llenaba el alma, hasta que al fin vino á verse en lo más alto, y allí le pareció que era más á propósito y más cerca del cielo. Estúvose parado grande rato con un palo en las manos estribando los brazos, y cargado todo el cuerpo cansado sobre el báculo, mirando á todas partes, y como no se veia más que el cielo, y en las tierras unos árboles sombríos, y algunas aves que ayudaban á la contemplacion, y hacian que se echase de ver más el silencio de aquella soledad innaccesible, puso los ojos en el sitio y parecióle yermo horrendo y triste, acomodado para penitencia larga, y para contemplar quietamente, y escogióle con singular amor y complacencia. Estaba tan cansado el santo viejo, que no pudo tenerse en pie, y sentóse junto á una fuente, donde le sobrevino un sueño muy profundo, pero no tanto como misterioso, porque fué semejante al que tuvo el santo patriarca Jacob. Vió desde el suelo una escala, y que sus religiosos iban por ella á Dios; pero el color del hábito era blanco, aunque de la misma forma del que traian ántes; y cuando despertó dió gracias infinitas á nuestro Dios, que tanto favorece á quien le busca y ama, y así descubre su santa voluntad á los que desean cumplirla. Luego determinó de dar parte de esto al obispo en cuyo distrito estaba el sitio, que es de la ciudad Aretino. Y cuando ya bajaba del monte, se encontró con el señor de aquella tierra, que se llamaba Máldulo, á quien Dios habia dado el mismo sueño. Viendo al santo viejo, conocióle conforme al bulto y la figura que de él habia visto, y quiso hablarle. Cuando el Señor revela en sueños alguna cosa, juntamente tambien le certifica al que recibe la revelacion, que es de Dios, y con tanta certeza que no le queda duda. Confiriendo pues ambos lo que habian visto, trataron del modo que tendrian cómo aquel yermo se poblase de monjes. El conde Máldulo dijo que se tendria por dichoso en que Dios escogiese aquella tierra para casa en que fuese servido y glorificado, y que luego á la hora la ofrecia, y una casa de campo que allí tenia buena, que podria ser iglesia ó monasterio. Y algunos dicen que él mismo se ofreció tambien á Dios y tomó el hábito. Fuése con nuevo gozo el santo viejo, ya mucho más seguro de que Dios lo ordenaba; viendo que se iba todo ya cumpliendo y facilitando conforme á sus deseos y á la revelacion; y refiriéndoselo todo al obispo de Arezo, que se llamaba Theobaldo, le alabó sus propósitos, y dió la traza del edificio, y tuvo por bien de hallarse presente cuando comenzaron á edificar la iglesia, y él puso

la primera piedra, y dió su bendicion episcopal al sitio todo, y al Santo muchas tierras y heredades con que se sustentasen sus discípulos. Hizo allí cuatro celdas apartadas, en que vivian al principio cuatro de sus discípulos (que fueron despues muchos), y una para sí, donde vivió tres años, hasta el de 1012, en compañía de ellos, platicando por obra la forma de vivir que hasta hoy dura. Entónces fué cuando mudó el color del hábito conforme á la revelacion que habia visto, aunque no se eximió, ni á sus discípulos, de la regla de S. Benito que habia profesado. Y el dicho que hay vulgar, que el hábito no hace al monje, pudo tener principio en texto de su regla, donde dice: *De colore non causentur monachi*, que no reparen en el color del hábito, como no se relaje ni deje la observancia; y así este santo y los demás reformadores de la sagrada religion de S. Benito, aunque han mudado casi todos el hábito en diferentes siglos y conservado la figura de hábito, no era por renunciar el negro que trajeron en sus principios, sino para diferenciar sus monasterios reformados, de los que no lo estaban. Y como despues los Sumos Pontífices confirmaban aquellos estatutos nuevos, y aquellas reformaciones santamente ordenadas, llamábanse órdenes y congregaciones diferentes. Como S. Juan Gualberto quiso que sus monjes vistiesen de color gris; y S. Estéfano Avernio en Aquitania, quiso que vistiesen de blanco; y S. Roberto Molismense, de la órden del Cister en Francia (que más comun y propiamente se llama de S. Bernardo) quiso que se vistiesen de negro y blanco; y S. Juan Novo Comense, año de 1180, que fundó la órden de los Humillados en Lombardía, les dió color blanco; y S. Pedro Morono, que es Celestino V, papa, fundó su religion en Italia el año 1270, y quiso que vistiesen tambien de blanco, y otros tres caballeros que el año de 1319 fundaron los de Olivetanos en Toscana, fué con el mismo color blanco. Otro tanto hizo Romualdo, que aunque recibió el hábito negro en el monasterio Clasense, cuando se convirtió, año 907, le trajo siempre negro, hasta el de 1009, que le mudó en el blanco, que hasta hoy usan sus religiosos y discípulos, porque de este vistió en Camáldulo y allí se recogió con los primeros. Cuando más descuidados y olvidados estaban de la gente, fué cuando más de veras le buscaban. Y es condicion secreta de la virtud, que como la luz busca resquicios por do salir, y comunicarse á todos, ella tambien arroja de sí rayos con tanta fuerza, que da en los ojos de los miradores; y no se cómo, cuanto más se esconde, tanto es más conocida, tanto mayores rayos y más claros arroja, y tanto más de lejos la buscan y la adoran. Y así, cuando este Santo imagina que habia hallado el lugar más secreto y apartado del mundo, entónces fué adorado, buscado y combatido de gentes que le deseaban tratar y preguntar cosas del alma. Esto le pareció que era de inconveniente, y el remedio que puso fué que de la casa de

campo, que solia ser del conde Máldulo (que se llamaba Fontebona, y estaba más abajo de este sagrado yermo, á la lengua del agua de un rio caudaloso que baja de lo alto), se hiciese hospedería para los que venian. Allí los recibian, allí los regalaban y servian, allí era todo el ruido y concurso de gente. Y á lo alto (que era como un *Santa sanctorum*), no se les permitia subir, sino muy solos, muy quietos, y muy devotos para solo rezar, y cuando mucho para oir en silencio algunas palabras que los ermitaños les decian muy graves y muy pocas, porque la misma vida y aspereza de ellos y el mismo suelo hablaba. Y es cosa milagrosa, que como Dios habia escogido para su gloria aquel monte desde la creacion del mundo, hizo que cuanto habia en él fuese á propósito de penitencia y de contemplacion. Aquellas siete fuentes que corren por el yermo, parecen prendas y señales de la grande abundancia, y de la corriente de los siete dones del Espíritu Santo. Parecen un diluvio de las gracias que siempre ha destilado, y por mejor decir, llovido á cántaros, en tantos santos como han vivido y muerto en aquel sitio. Parecen unas muestras de las fuentes de lágrimas que aquellos santos Padres con abundancia siempre han derramado por sus pecados, y por los de los hombres que viven en el mundo. Los árboles tan altos convidan á mirar al cielo, á bendecir quien lo crió y sustenta en un verdor perpétuo de invierno y de verano, y son vivo retrato de los justos, que, como dice la Escritura, conservan el verdor y vida de las gracias, sin que las ramas ni apariencia buena y el buen ejemplo se marchite. La nieve en abundancia es una gran señal de la pureza y castidad de vida, y de la altura que tantos años ha que allí conserva esa divina gracia. Y hay dos cosas que son naturales y parecen gran milagro. La una es que aquellos arboles tan grandes y en tanta abundancia, desde su nacimiento y raíz van figurando la imágen de la cruz, porque á los lados del tronco principal, que es muy alto, nacen de trecho á trecho unos ramos en figura de cruz, de cuatro en cuatro, que se responden con cruces, y las hojas tambien estan partidas de modo que forman una cruz, como la vida tan santa y tan perfecta que toda es una cruz, una imágen de Cristo, evangélicos hombres, hombres crucificados, como dice S. Pablo. La otra es que si con un cuchillo cortan un nudo de los árboles, que (como dije) son pinabetes, nace al momento aceite del corazon del árbol, que llaman aceite de abete; y en toda aquella tierra le guardan y le aplican para curar heridas. Que parece retrato de la cruz de Jesucristo, en quien está la vida, y de ella sale el óleo y medicina para nuestras heridas y llagas de las almas. De suerte, que si antiguamente cuando el patriarca Jacob vió en sueño la escala misteriosa, luego que despertó quedó admirado y dijo: «Verdaderamente este lugar es santo, no hay otra cosa aquí sino casa de Dios, puerta del cielo; tambien de este lugar y sacro yermo se puede

propiamente decir lo mismo, pues no solo es lugar santo, sino donde tantos santos han vivido. Casa es de Dios, pues ha seiscientos años que vive en observancia: Dios la conserva, Dios la gobierna, Dios la sustenta, que si no ya estuviera arruinada. Puerta es del cielo, sino es que ya digamos que es otro cielo; pues la vida, ejercicios y el oficio divino y los gemidos, la alabanza, la quietud y paz, y la contemplacion, la continua oracion y los deseos vivos son del cielo. Esto es lo que llevaba tantos á ver aquel desierto, desde sus principios, y no han faltado sucesores de aquesta devocion que siempre dura. Y en todos tiempos ha sido respetado aquel sagrado yermo; y algunos santos y personas insignes, de cuando en cuando, han dado muestras de grande reverencia. Cuando S. Romualdo florecia, hubo otro santo que no tuvo ménos fama, y se llamaba Juan Gualberto, natural de Florencia. Recibió el hábito negro de S. Benito en aquella ciudad, en el monasterio de S. Miniato (en que hay en el dia de hoy un crucifijo que inclinó la cabeza un Viernes Santo, como haciendo reverencia á este Santo, porque aquel dia, siendo seglar, perdonó á un caballero con quien andaba enemistado, pudiéndole matar). Hiciéronle despues abad de aquel monasterio, y Dios permitió que tuviese tantos émulos, y entre ellos al obispo de la ciudad, y á otros tocados del vicio de simonía, que por quitar la renta al monasterio le persiguieron, y se fué á vivir al desierto. Entónces muchas veces se vió con Romualdo en este yermo de Camáldula. Los dos trataron allí de que Gualberto fundase monasterios y juntase discípulos; y de comun acuerdo de los dos, se retiró una parte de aquel desierto, seis leguas de Florencia, en el mismo monte Apenino, en que está la Camáldula: hizo con unos compañeros un monasterio pobre en un valle sombrío, que se llamaba Valleumbrosa, y vino á crecer tanto el número de monasterios y de discípulos, que se le llegaron despues que murió S. Romualdo, que fué cabeza y fundador de la Congregacion de Valleumbrosa, que hoy hay en Italia, y ha sido muy observante, y ha tenido muchos hombres insignes, prelados, cardenales, obispos y grandes religiosos. Y algunos dicen que todo esto se lo profetizó S. Romualdo. Pocos años despues, el bienaventurado S. Francisco, despues que recibió del cielo aquel favor tan singular, como fueron las llagas, volviendo desde el monte Alvernio, que es doce millas de este (cuatro leguas), tuvo allí una cuaresma, y estuvo recogido, siendo dechado de virtudes, retrato de Jesucristo muerto, estando él vivo; vivo maestro de santidad, y gran consuelo de aquellos santos Padres. Quiso, por su gran humildad, la ermita más vecina á la que habia tenido S. Romualdo, y siempre ha sido tan respetada, que hasta el dia de hoy se llama casa de S. Francisco, y ninguno presume vivir en ella, ni se lo permiten, sino á los que son generales de su Orden, cuando residen en el yermo. Pasados otros años, el

cardenal Hugolino ó Fugolino de Conti, cansado, acobardado y enfadado del siglo, determinó encerrarse en una ermita y estar con solo Dios en un yermo. Serviale un converso (que así se llaman los religiosos que son para el coro), ayudábale á misa y tratábale mucho; llamábase Leonardo, y era muy estimado, porque era muy gran santo y observante. Un dia, en acabando de ayudarle á Misa, postróse arrodillado, y con grande humildad besó los pies al Cardenal, que fué gran novedad para él, y retirándose dijo, que para qué hacia aquel extremo. El religioso habia tenido revelacion estando en Misa, de lo que habia ya pasado en Roma, y respondióle que estaba ya electo, y que así le adoraba como á vicario de Cristo; que se esforzase y encomendase á Dios, y que le pidiese gracia para hacer bien su oficio, porque á otro dia vendrian á avisarle. Fué así puntualmente, que otro dia le trajeron la nueva al Cardenal, y se llamó Gregorio IX, que fué el que recopiló el volúmen de las decretales, poniéndolas en más perfeccion que habian tenido desde que Honorio III las habia juntado. Fué quien canonizó los gloriosos Padres Sto. Domingo y S. Francisco, y otros santos. Fué quien supo domar la soberbia y arrogancia infernal de Federico, emperador enemigo de la iglesia, y quien hizo muchas cosas notables. Antes que saliese á la Camáldula, dió muchas indulgencias á la iglesia de aquel sagrado yermo; y el oratorio que hizo para sí, dedicó á la Anunciacion de la Virgen, que hasta hoy se conserva, y llama el oratorio de Gregorio IX. Van los Padres del yermo en procesion á estos dos lugares, y ganan todas las indulgencias que hay en Roma. El Papa deseó llevar consigo á su santo profeta Leonardo, por el gusto y provecho que habia hallado con su trato. El religioso lo sentia mucho, ¿por qué dejar aquella quietud y paz del cielo? ¿quién podia quererlo? ¿cómo no habia de llorarlo? ¿Qué navegante, despues de muchos malos pasos y peligros, si estuviese en el puerto, querria volver á verse en los mismos peligros? ¿Pues qué mar hay tempestuoso, ni de tantos peligros como el siglo y el trato de la gente? Habíase librado Leonardo de todos ellos cuando se fué al desierto; y en la luz del cielo veia y sabia estimar el gran bien que tenia, y así estaba medroso de que le hiciese el Papa volver consigo á Roma, y andar entre privados y entre cuidados seculares, que tan secreta y tan mortalmente dañan y destruyen las almas; y tanto más irremediablemerte, cuanto que los que padecen estos males, los echan ménos de ver, ciegos del amor propio, porque su perdicion está en alcanzar lo que en la tierra más desean. El modo que tuvo para asegurarse de todos estos daños fué ponerse de rodillas y suplicar al Papa lo dejase vivir en la misma ermita que él habia tenido cuando era cardenal, y que podria desde allí mejor servirle con oraciones, que en Roma de otra cosa; y que esto le importaba más al Papa que no tenerle junto á si, donde podria ser, como le

faltasen las comodidades de aquella soledad, se entibiase en cosas de devocion, y como no tenia experiencia de negocios, viniese á tiempo que ni en unas ni en otras les sirviese. Con esta condicion le dejó papa, y dió su bendicion, y todos aquellos santos, y se fué á Roma el año 1227. Pocos años despues se fué Leonardo á la corte del cielo; y esto fué tan notorio, que vieron llevar su alma por los aires en un globo de fuego (como vió S. Benito la de Germano, obispo), y al momento que acabó de espirar, se oyó tañer la campana del yermo, sin que tocasen á ella. Enterráronle con gran solemnidad y reverencia, como era justo, en el mismo oratorio de Gregorio IX, en que este Santo cada dia le ayudaba á misa. Ahora en nuestros tiempos, el papa Pio V, que tantas muestras dió de santidad y grande piedad, fué una vez á visitar este sagrado yermo, reverenciándole como á tierra del cielo, y consolándole de ver por sus ojos la mucha santidad que se publica de él; y otras personas insignes hacen lo mismo. No se permite llegar mujeres más de á cierto lugar, léjos del yermo; y de esto trataré despues, por no cortar el hilo tan despacio con cosas de estos tiempos, sino acabar primero el que llevaba, de cómo Romualdo estuvo incluso en aquel yermo. Vivió tres años, hasta el de 1012, con sus discípulos en esta soledad, y cuando ya estaba bien entendida y asentada la forma de vivir que pretendia, fué necesario acudir á otras partes y responder á su divina vocacion, que era convertir y reformar las almas y muchos monasterios.»

Despues de la Camáldula fundó S. Romualdo el monasterio de Valle de Castro, en la provincia Camerina, y otro en tierra del conde de Farulfo, en los que hizo cuanto pudo para desterrar el vicio de simonía, tan comun en aquella época; mas como no podriamos tratar de estas fundaciones mejor que lo hace el P. Castañiza, vamos á trasladar su relato en este lugar.

«Era tan grande el fuego del deseo de la gloria de Dios y de las almas, que ardia en el pecho de Romualdo, que nunca tenia fin, y cuantas más adquiria, eran como leños de madera, que más encendian el fuego, y le movian á tratar de salvar otras. Por esto, en visitando y componiendo lo mejor que pudo las cosas del yermo, envió un recado á los condes de la provincia Camerina, pidiéndoles licencia para ir á tratar con ellos de que se hiciese algun monasterio en sus tierras. Los condes se regocijaron oyendo el nombre de Romualdo, y le respondieron que se tendrian por venturosos en que honrase la tierra con su venida, y que de toda ella podia disponer como señor absoluto. Despues que los visitó y dió parte de sus intentos, pusieron los ojos en un valle que llamaban de Castro, rodeado de montes, cerros, árboles y fuentes, que tenia un llano grande, como si para este efecto solo le hubiera Dios señalado desde el principio del mundo; y áun estaba desde años atrás hecha allí una iglesia ó ermita pequeña. Allí se comenzaron cel-

das para pocos discípulos suyos que llevaba entónces; pero como en la comarca se tuvo noticia de su venida con su predicacion, unos recibian el hábito, otros, que no podian recibirle, frecuentaban los sacramentos, y comenzaban, y todos le tenian por maestro y hacian penitencia. Con esta fama fué toda la tierra acudiendo á él por su mérito. El predicaba de ordinario, porque le oian como á embajador del cielo. Tenia grande fuerza en sus palabras (aunque muchas veces dejaba el sermon á lo mejor, porque los sollozos y las lágrimas le ahogaban las palabras), y con todas estas cosas vino á ser innumerable el número de los que se convertian á bien vivir, y de los que recibian su hábito. Todo esto parecia pronóstico del favor que Dios le hizo muchos años despues, porque vino á morir en este monasterio en que tanto fruto habia hecho. Durábale siempre aquel don de lágrimas, y por eso nunca podia ni acostumbraba estar despacio mucho tiempo con los que le trataban, y cuando iba de camino, enviaba un poco delante á sus compañeros, por irse quieto, solo rezando y llorando. Aunque tenian tanta fuerza con todos su ejemplo y sus palabras, como tengo dicho; pero en una manera de gente hallaba gran dificultad y dureza, que eran simoníacos, que con dineros, ó compraban ó pretendian, y obtenian rentas eclesiásticas. Y para que mejor se entienda cuán fuerte vicio es el de codicia y avaricia, y cómo sabe rebozarse y áun trasfigurarse con color, hasta llegar á dar en herejía, y el gran valor y celo de Romualdo, advierto que entre otros vicios y abusos que reinaban en aquel tiempo, el más pernicioso fué el de simonía; porque se compraban y vendian públicamente sin vergüenza las cosas espirituales, y los beneficios eclesiásticos andaban en comun almoneda. Y de esta codicia (que es la raíz de todos los males) nacian daños notables, y la herejía de los simoníacos, que fué la primera que se levantó en la Iglesia primitiva, por industria de Simon Mago, en quien el apóstol S. Pedro hizo público y milagroso castigo. La religion de S. Benito (de que nuestro Señor se ha querido servir en muchos de los mayores aprietos y trabajos que ha tenido su Iglesia, considerando esto, hizo diligencias grandes en atajar esta peste por todas las vias posibles, aunque fuese necesario poner la vida de algunos religiosos, por un bien tan general de la Iglesia católica. En su tiempo habia hecho S. Gregorio, papa I, monje de esta religion, muchas diligencias, y escrito cartas gravísimas á la reina de Francia Brunechilda, y á los dos reyes Teodorico y Teodoberto, y tambien á los obispos Siagrio, Beterio, Virgilio y Desiderio, y juntado Concilio para este efecto; porque como él mismo dice, dábale gran pena y tristeza este vicio, porque además de ser ofensa de nuestro Señor, es tambien perniciosa para el gobierno de la república. Y despues, en tiempo de S. Gualberto, el papa Estéfano IX, monje de la misma Orden en el monasterio Casinense, el primero y principal cuidado

que tuvo fué en siendo electo, limpiar la Iglesia de este vicio tan pernicioso. Para esto juntó el segundo Concilio florentino, por consejo del cardenal Hildebrando (que fué papa Gregorio VII), monje de la misma Orden, por cuyas manos é industria pasaba todo cuanto se ordenaba en la Iglesia; porque fué el hombre más valeroso que hubo en aquel siglo y que puso remedio á este mal en Borgoña, por comision del Papa. Y Nicolao II, sucesor de Estéfano, tambien envió á Milan para el mismo fin á otro monje de la misma Orden, que fué Pedro Damiani, cardenal y obispo de Ostia, varon eminentísimo en letras y valor, y grandísimo penitente, que atajó este cáncer con su mucha prudencia, y castigó al arzobispo de Milan y á los obispos de Bresa, Turin, Asti, Alba y Verzeli, y á algunos otros clérigos y prelados de ménos cuenta, con que aquella tierra quedó reformada. Para conquistar á los simoníacos y arrancar de raíz tan mala yerba de su Iglesia, proveyó Dios en aquella sazon de estos varones tan insignes y valerosos. Y no fué ménos Romualdo, que en fama y crédito igualaba á los más aventajados, si no los excedia; y con la prudencia que del cielo tuvo, á un género de gente trataba con grande mansedumbre y compasion, y á otros con un rigor y sacudimiento extraño. A todos los que veia deseosos de Dios y de su salvacion, y que deseaban convertirse y hacer penitencia, consolaba, ayudaba y amparaba como mejor podia; pero á los arrogantes, codiciosos, y que fian mucho en las cosas del siglo, menospreciábalos y confundíalos. Y como S. Juan Bautista cuando predicaba, consolaba y enseñaba á todos, pero á los fariseos los reprendia muy ásperamente; asi Romualdo, que tan pio y suave para todos era, reprendia y castigaba de palabra á estos simoníacos, diciendo que eran herejes y no podian salvarse. Tan público era este vicio entónces, y tan señalados muchos, que no pudiendo sufrirlo, trataron de matarlo, como otros tales en su tiempo trataron de afrentar á S. Gerónimo. Estaba este vicio tan introducido, que con el grande abuso vino á parecerles lícito, pues que todos lo usaban. Rindiéronse las leyes al pecado, y consintieron con él; y la ignorancia fué tan grande, que en todo aquel señorío no lo tenian por pecado, y decian que aquellos eran encarecimientos de hombre ignorante. Un dia que algunos le trataron de esto, les dijo: «Dad acá los libros de los sagrados cánones, y convencéos con ellos de cuán grave pecado cometeis.» Con esto se confundieron ó reportaron muchos eclesiásticos, canónigos y clérigos, que le pidieron forma de vivir para salvarse. Haciales á estos convertidos que renunciasen para pobres todo lo que tenian, ó que fundasen casas en que viviesen juntos en comunidad y congregaciones, y que tuviesen algun superior ejemplar, para que se animasen unos á otros, y para que mortificándose con la obediencia, granjeasen los grandes frutos de ella, y fuesen sus congregaciones escuelas de virtudes y competencia en ellas,

como ántes lo tenian sobre sus beneficios ó intereses. Algunos obispos, que tambien habian estado tocados de este vicio de simonía, se confesaban con él, decian que lo renunciarian todo por salvarse, y no saldrian de lo que Romualdo les enseñase. El don de profecía (aunque no permanece de asiento, sino las veces que Dios quiere comunicarle), le tenia casi en todos los monasterios, y en algunas ocasiones, por ventura, porque le respetasen como á profeta de Dios. Ya estaba este monasterio muy poblado de monjes en los años que allí asistió Romualdo, y todas las cosas bien asentadas; púsoles un abad, y dejóles, porque la caridad (que le deportaba cada día para mayores cosas), y el estudio que ponia en que todos se salvasen le obligaron á pasar adelante, y conquistar nuevas tierras y almas; y esto era con tanto deseo, como si pretendiera que todos los hombres dejasen sus casas, y se viniesen al yermo; de suerte que los yermos estuviesen poblados de gente convertida, y los pueblos despoblados del todo. Envió al conde Farulfo otro recado en la misma forma que al pasado Camerino (que hemos dicho), y obtuvo el mismo suceso y aprovechamiento extraordinario de almas, sino que como la caridad suya cada dia se aumentaba y cobraba fuerzas; así los efectos eran mayores y mayores los aprovechamientos que sacaba. Porque en esta tierra no hizo un monasterio solo (que no bastaba), sino muchos en que repartia los que venian á recibir el hábito, y parecia más poblado aquel yermo que los pueblos de religiosas monjas. No fué sola gente ordinaria, sino tambien hijos de los más nobles, los que dejaban el siglo y á sus padres por tener á Romualdo por su padre. Fué señalado entre tantos el jóven hijo del conde Guido, que recibió el hábito, y poco despues le llevó Dios, para darle en el cielo otro mayor estado del que heredaba de sus padres.»

No hay caridad mayor, dice un autor, que dar la vida por quien bien se quiere, y como Romualdo amaba á su Dios de todas veras, deseaba dar la suya en defensa de la fe. Habiendo sabido que los rusos habian martirizado á su caro discípulo S. Bonifacio, envidió la suerte de este mártir, y deseoso de lograr igual fortuna, determinó ir á Hungría á predicar el Evangelio. Como no pudo llevar á cabo tan pronto como quisiera su determinacion por oponerse á la brevedad algunos obstáculos, á fin de no estar ocioso en la tardanza, creó tres monasterios para acomodar la multitud de hombres, que arrepentidos de sus pasados extravíos, deseaban hacer penitencia, y á este fin le pedian el hábito. Hizo uno en el valle de Castro, cerca del que acabamos de mencionar; otro cerca del rio Isino, y otro no léjos del pueblo que llaman Herculano. Verificado esto, escogió entre los discípulos veinte y cuatro, y se fué con ellos á tomar la bendicion del Papa, que nombró á dos arzobispos y dió licencias á los demás para que predicasen. Salió S. Romualdo de Roma con sus misioneros, pero al llegar á Pano-

nia, cayó en una grave enfermedad que le detuvo; ya mejorado, intentaron volver á emprender el viaje; pero cuantas veces lo pretendieron, tantas veces volvió á enfermar, por lo que se convenció de que no queria Dios que siguiese adelante, por lo que resolvió volverse, invitando á seguir á los que quisiesen. Fueron de este número quince de los veinticuatro, los cuales fueron maltrados en el curso de su predicacion, pero ninguno padeció el martirio, como al despedirse de ellos se lo profetizó el Santo. Volvióse Romualdo á su país con los que no quisieron seguir á aquellos, y en el camino se les fueron uniendo nuevos neófitos, entre ellos un pariente del duque Aldeverano, y con ellos se refugió en un monasterio que habia fundado junto á la tierra llamada *Ciudad Vieja*, en donde si no fueron mártires de obra, como deseaban, lo fueron en el ánimo, martirio que considera S. Gregorio tan meritorio como el primero. El abad de este monasterio no guardaba tanto como debia la observancia de la regla, y cuidaba más de sus propias comodidades que de las de los demás y de las cosas del convento. No pudiendo introducir el Santo la reforma con superior tan incorregible, abandonó el monasterio, y se fué al estado de Raynerio, marqués de Tuscia, en donde fundó otro monasterio para los que se convertian, diciendo este Marqués que no habia conocido hombre, por elevado que fuese, que le infundiese mayor respeto que S. Romualdo, ante el cual no se atrevia á levantar los ojos, pues que se creia ante el tribunal de Dios; y no se engañaria, pues que Dios estaba en el alma del Santo, por ser justo, los que dice S. Pablo que son verdaderos templos del Espíritu Santo. Sabedor S. Romualdo de que un beneficiado habia granjeado por simonía la abadía Classense, fuése á este monasterio para hacer salir al codicioso; pero este, entrando de noche silenciosamente en la celda del Santo y echándole mano á la garganta, trató de ahogarle; pero despertó Dios á su discípulo Ingilberto y le defendió vigorosamente. Libre de este peligro, se embarcó el Santo para Parencio, en donde recibió cartas del Sumo Pontífice que le mandaba ir á Italia para ver de reformar con su asistencia los males que se pudiesen. Con este motivo estuvo dos años en los montes Callenses, de donde pasó al monte Petrano, cerca del rio Candiliano y del monasterio de S. Vicente, y á todas estas partes le seguian pecadores arrepentidos en demanda del hábito y de penitencias, que muchos cumplian en sus casas. Deseando el Santo fundar un monasterio en aquel monte, rogó á un ermitaño que vivia en él, les enseñase aquel yermo; pero como este tratase de excusarse de acompañarles por temor de que durante su ausencia no robasen su celda, el Santo le dió seguridades de que no le robarian, y así fué, pues aunque un clérigo que se mandó á buscar algo que comer, encontró á un ladron en la ermita, le prendió y llevó ante Romualdo, el cual dándole una religiosa reprension le perdonó y

mandó le dejasen en libertad. Como habia mandado al abad del monasterio de Castro que no dejase la ermita que tenia, pero que desde ella gobernase á sus monjes y á los que fuese á visitar todos los domingos, y supiese que nada de lo que se habia encargado cumplia, se fué á hacer entrar en razon al expresado abad; pero este se puso de tal modo en contra de su fundador, que intentó levantar el país contra él, y le quitaron los señores de la tierra las maderas que le habian cedido para levantar un monasterio, si la elocuencia del Santo y su humildad no les hubiera convencido de las malas artes del calumniador abad. Mártir de ánimo hicieron muchas veces á nuestro Santo los agravios que pasó hasta de los que más gratitud le debian, y los infinitos trabajos que sufrió para llevar á cabo su reforma y llenar la mision que Dios le habia encomendado. Determinóse á ir á Sistria, pero ántes fundó un monasterio en un sitio que llaman *Aquabella*, junto al monte Apenino, en donde se detuvo algunos dias, el cual se halla en el reino de Nápoles, reuniendo al efecto algunos seculares que allí hacian penitencia, con los que quisieron recibir el hábito de monjes, y reunidos construyeron el edificio con sus propias manos. Como ya Romualdo no podia trabajar, porque era muy anciano, guardaba orando la caseta de la obra, aconteciendo varios milagros en tanto que el Santo dirigió la construccion. Fuése el Santo á Sistria desde el monte Apenino, y llegado á aquel punto dió trazas como formar nuevos monasterios para los muchos arrepentidos que se le reunian. Entre los religiosos que llevaba habia uno llamado Romano, de buena y noble familia, pero de tan malas mañas que el Santo se vió precisado á castigarle de obra, ya que no pudo hacerle entrar en razon con sus amonestaciones. Deseoso de vengarse este mal religioso, calumnió al Santo de tal modo, que muchos de los monjes llegaron á creer hipocresía su santidad, y reuniéndose en concilio condenaron á su maestro á que no dijese misa, como indigno de llegar al altar, sentencia á que se sometió el Santo con la mayor paciencia, privándose por seis meses de decir Misa, siendo modelo de paciencia entre aquellos malos religiosos, como lo dice en la vida de Romualdo S. Pedro Damiano. Luego que el Santo dió en el yermo de Sistria á sus monjes abad y modo de vivir, se retiro á una ermita como las que usan los Camaldulenses llamados reclusos, y en ella se estuvo encerrado sin hablar palabra alguna más que con Dios. En este tiempo el traidor religioso Romano alcanzó por el favor de sus parientes y por simonía que le nombrasen obispo de Nucerino, dignidad que solo le duró dos años, pues que murió al fin de ellos malamente, como habia vivido. Bien conocia Romualde que siendo su edad tan avanzada, no podia vivir mucho tiempo, y por eso arreciaba en la oracion y en las penitencias, no obstante la debilidad de su naturaleza; pero Dios fortificaba su flaqueza, para que pudiera resis-

tir los trabajos que se imponia su piedad; y lo propio hacia con los buenos religiosos de esta fundacion, que fueron los más observantes de las reglas establecidas por su maestro, que les servia de modelo. El P. Castañiza, en su *Vida del Santo*, dedica el cap. XV de su obra á dar una narracion de los milagros que obró el Santo miéntras estuvo en el yermo de Sistria, y á este lugar debe acudir el curioso que desee enterarse de ellos. Ofreció Jesucristo que al que le glorificase le honraria, y que haria infames á los que lo menospreciasen, y esto puntualmente se cumplió con S. Romualdo, puesto que para premiar su valor y grandeza en este mundo, quiso que los príncipes le honrasen. Ya dijimos ántes de la manera con que le trató su pariente el emperador Oton III, pues no fué ménos obsequioso con él su sucesor Enrique II, que áun cuando casado con Amigunda, hija del conde Palatino del Rin, ambos perseveraron en la fe católica, guardando ambos la virginidad en sacrificio al Señor. Fué este príncipe electo por los prelados y príncipes de Alemania, conforme al decreto de Gregorio V, que quitó á los romanos la eleccion, y duque de Baviera. Hallándose Romualdo en Bisurco, adonde se habia venido desde Sistria el año 1013, recibió cartas de este príncipe que vino á Italia, suplicándole se viese con él, que le ofrecia hacer cuanto quisiese. Excusóse el Santo de ir á ver al Emperador, que tan humildemente le llamaba, por no dejar su celda, silencio y quietud; pero sus discípulos le suplicaron fuese, pues que tal vez el soberano le diese con que hacer un monasterio, en que tantos como allí estaban pudieran acomodarse. Las súplicas de sus súbditos y esta idea pudieron más con el Santo que la invitacion del Emperador, con la que se hubieran ensoberbecido hasta los príncipes, profetizándoles ántes de salir de su retiro que el Emperador habia de concederles el monasterio del monte Ausiato. En cuanto el soberano vió á Romualdo delante de sí, le abrazó diciéndole: *Oh utinam anima mea esset in corpore tuo.* ¡Oh, si mi alma estuviese en tu cuerpo! Todos los cortesanos siguiendo el ejemplo de su amo veneraron al Santo, y arrodillándose le pedian su bendicion. Pidió el Emperador consejo al Santo para la buena gobernacion de sus pueblos y el mejor cumplimiento de sus deberes, y el Santo inspirado de Dios se le dió tan cumplido y acertado como de quien procedia, lo cual dejó muy consolada el alma de aquel monarca, que vió salir de sus puros labios la palabra del mismo Dios. Dió el Emperador á Romualdo el monasterio de Ausiato para sus monges, y el abad que le poseia en encomienda, ayudado del demonio, le hizo una cruda guerra que venció con el auxilio divino: puso nuevo abad, pero fué este tambien malo, de lo que valiéndose un mal religioso, á quien no acomodaba la reforma, trató de matar al Santo, y lo llevára á cabo á no detener su mano el mismo demonio que le sugirió la mala idea, volviendo el arma homicida contra sí mismo:

así le libró Dios de este peligro, notándose lo mucho que queria conservar su vida para que dejase bien patente su santidad y asegurada en todas partes su reforma. Salió un dia Romualdo por los bosques cercanos al monasterio en busca de lugares á propósito para establecer ermitas, llevando por toda comida unas pocas castañas, y llegando á faltarles estas y encontrando un rio que no podian vadear, lo que afligió á todos ménos á S. Romualdo que con rostro alegre les hizo concebir que no les faltaria Dios: así sucedió, pues que no tardaron en llegar dos hombres desconocidos, cargados de vituallas para ellos, con lo cual conocieron los religiosos ser un milagro de Dios por intercesion de su maestro, que le daba infinitas gracias por atender de este modo á sus súbditos. Vamos llegando al fin de la vida del glorioso S. Romualdo, honra y prez de la insigne Orden Benedictina, émulo por su propia gloria de su gran Padre, y fundador de la reforma de la órden en su fundacion de los Camaldulenses; y bueno será que ántes de dar razon de su santa muerte y de los sucesos que se siguieron á ella hasta que la Santa Sede le declaró digno de ser colocado en los altares de la Iglesia católica, para que el que habia sido admiracion del mundo fuese venerado como héroe que se sienta junto al trono de Dios en los cielos, demos razon de la regla y forma de vivir que este Santo dejó á sus ermitaños; de los tres votos que hacen estos religiosos y de las condiciones con que deben guardarlos, todo lo cual vamos á tomar del ilustrado Castañiza, erudito autor de la vida de nuestro Santo, porque nadie mejor que él, como de la misma Orden, puede instruirnos. Dice así:

«La religion Camaldulense, hija y heredera de los tesoros de santidad y observancia de S. Romualdo, padre suyo, tiene tres generos de religiosos. Unos llaman conversos, ó donados, que se ofrecen á servir en obras de humildad y caridad: otros monjes, que viven en conventos y dedicados al coro y ministerio del altar: otros ermitaños, que viven en sus celdas, retirados y solos. Estos acuden al oficio divino en una misma iglesia, y en lo demás viven solos, como ermitaños, que lo son: y algunos tan reclusos, que no tratan ni ven á persona viviente, ni son vistos sino de solo el que los ayuda á misa, sin hablarse palabra, más que las de la misa. Los primeros profesan vida activa; los dos últimos la contemplativa, y todos tres son como tres gerarquías en la tierra, deseosas de servir y alabar á Dios, como en el dia hay otras tres gerarquías de los ángeles, que siempre le bendicen y le alaban. Y aunque S. Romualdo fué padre y fundador de esta religion y Orden Camaldulense, no es porque escribiese regla, sino porque con su vida y ejemplo, y de palabra, le dió la forma de vivir que ha conservado. ¿Y quién ignora que es más fuerte doctrina, y de más eficacia, la que se enseña con ejemplo que las palabras solas? ¿Vida tan áspera y tan

rigurosa como la que se enseñaba? ¿Con solo aconsejarla? No, sino con ejemplo vivo, y obras, pudo persuadirla. En el tiempo que vivió, no habia más que la observancia y regla de S. Benito, y los buenos consejos que él mismo fué añadiendo: y esta su vida era la viva regla. Muchos años estuvo toda su Orden sin otras leyes, ni constituciones: en todo tiempo de S. Pedro Daguino, que fué su sucesor, prior del yermo de Camáldula, treinta y cinco años, hasta el de 1051 de Cristo. Y de Altizo, que luego sucedió, fué prior once años, hasta el de Cristo de 1062, y de Kústico, que sucedió y vivió veinte años, hasta el de Cristo de 1082. Todo este tiempo se gobernaban por las buenas costumbres y tradiciones, que iban de mano en mano conservándose y enseñándose los unos á los otros, hasta que el año de 1082 fué electo prior de Camáldula S. Rodulfo, y vivió veintitres años; considerando que la memoria es flaca, los buenos usos se van trocando en abusos muy grandes, determinó escribir unas constituciones, no de su propio arbitrio, sino que fuesen la misma forma de vida que habian aprendido por palabra y por obras de S. Romualdo. El discurso de todas, y el estilo es muy conforme á la regla de S. Benito. Y como el Santo en ella hizo un capítulo que llama los instrumentos de las buenas obras, así Rodulfo comienza en otro los instrumentos de la vida eremítica, que son: Hacer el religioso tres votos solemnes, de obediencia, pobreza y castidad; y guardarlos inviolablemente. Profesar la regla de S. Benito, y si viviere en el monasterio, guardarla como suena, y si en el yermo, como se compadece con vida solitaria, y conforme con sus constituciones. Amar la soledad cuanto pudiere, vivir á solas dentro de la celda: huir del trato de la gente, y de ocupaciones y de administracion de cosas temporales, cuanto la caridad y obediencia permiten. Tener fuera del yermo una casa, ó monasterio, que se llama hospicio, en que ejerciten la caridad con pobres y peregrinos, y sirvan y curen á los enfermos con gran cuidado. Tener á cargo estas ocupaciones los que tienen gracia de Dios y espíritu para ejercitarlos con ejemplo y provecho, pero sin allojar por eso en la observancia y penitencia. Anhelar y caminar por las virtudes á la perfeccion de ellas, no con tibieza, sino con gran calor, y cuanto fuere más aventajándose, tener más humildad, y estar más persuadido que desmedra y que es más imperfecto. No hacer á nadie mal, y procurar á todos el bien posible; no desear oficios y dignidades, ni cuando se ofrecieren dejarlas porque son trabajosas, sino por la humildad y persuasion de que no las merece: mas si por obediencia las tomare, no pretenda mandar sino servir á todos, ni aprovecharse de las exenciones, sino aprovechar á los demás; no tener arrogancia ni mostrarla en el aspecto. Acudir al oficio divino muy puntualmente de noche y de dia: rezarle conforme á su religion y ceremonias de ella, no por costumbre adquirida por tiempo, sino

con devocion adquirida de nuevo cada dia y mejorada. Decir muy de ordinario misas y procurar aparejarse de suerte que la diga cada dia: rezar sus devociones particulares, despues de haber cumplido con la que tiene obligacion; pues que esas tienen la calidad y los nuevos quilates que le da la obediencia. Tener leccion muy de ordinario, meditacion contínua y oracion fervorosa, si no perpétua á lo menos cotidiana: y si fuere posible, acompañarla de vivas lágrimas. Confesar cuantas veces viere que le conviene para limpieza de su conciencia y frecuentar los sacramentos, y el del altar con grande estimacion y reverencia. Guardar la gravedad y modestia en el vestido, aspecto, habla y en todo, como lo pide la presencia de Dios y de sus santos, que estan mirándole. Procurar la abstinencia, sufrir ayunos y trabajos cuanto fuere posible. Guardar silencio, que es la guarda de todas las virtudes, hablar poco, y prudentemente, las cosas que edifiquen, y no dañen, con voz muy baja; pero no delgada ni afectada. No tener con personas larga plática, no murmurar, no estar ocioso, no tratar de las nuevas ó las cosas que pasan por el mundo, no entrometerse en cosas de gobierno, y negocios de príncipes, no preguntarlos, no referirlos, ni oirlos. No recibir presentes, no darlos, ni cartas, ni recados, á los extraños nunca, y á los ermitaños muy pocas veces, que es cuando no se excusa, y cuando su prelado lo tuviere por bien. Guardar clausura, estarse dentro de su celda, nunca ocioso, no salir del yermo; y cuando la obediencia ó la necesidad le obliga á ello, guardar su regla y observancia do quiera que estuviese, dormir lo necesario y en cama dura, y vestido, y procurar que el sueño sea breve y las vigilias largas. Tomar la disciplina los dias que se manda, y amar las asperezas y la pobreza. Al superior obedecerle como á escogido por Dios, reverenciarle, no juzgarle. Si vive bien imitarle, y sino, al menos tomar su buen consejo, y obedecerle en todo, como al mismo Dios, que cada cual llevará su merecido al fin. Y el que fuere superior, amar á sus menores, sin acepcion de personas, consolarlos, y remediar sus males y sus necesidades con más cuidado que las propias, pues para eso le dieron el oficio: si viere falta en ellos, tenerse por culpado él mismo, atribuyéndolo á su negligencia ó insuficiencia, y entender que es la causa del mal de sus inferiores; pero si los viere aventajados en virtudes, imagine que el mismo súbdito es el que las ha adquirido solo. Atender con cuidado á las obediencias y ocupaciones que le encargaron. Si los mayores le dieren alguna penitencia ó reprension, llevarla con modestia y gran paciencia; si le mandasen dar consejo en algo, encomendarlo á Dios, y luego dar su parecer con humildad, y rendirse á lo que juzgaren sus mayores ó la mayor parte de la comunidad. Tener gran celo de la gloria de Dios, servirle y procurar que le amen todos, y rogarle al mismo que á todos comunique su espíritu y temor: guar-

dar sus leyes y constituciones con cuidadoso recato, hablar con gran modestia, prudencia y apacibilidad á los que van en peregrinacion al yermo. Vivir de suerte que todos vean sus buenas obras, no haciendo ninguna por respetos humanos, sino por acudir á sus obligaciones, y para que Dios sea servido, y vean todos que sigue el bando de la virtud, y que se precia de ello. Cuando hubiere hecho todo esto, persuadirse que es siervo inútil, y que aún no lo ha comenzado; y en fin, tratar y procurar tener estudio perpétuo en cómo aprovechar en la perfeccion evangélica; y ejercicio continuo de virtudes, en cómo conservar inviolable la caridad con todos, y amarse á sí mismo perfectamente. Lo primero que manda la regla, que cuando alguno pide el hábito, no se le pueden dar hasta que viva un mes en el yermo, y puedan considerar y notarle si es á propósito. Si pareciere que lo es, tengan capítulo los ermitaños, y le admitan, con condicion que tenga veinticinco años de edad: si no fuese de tan aventajadas prendas, ó viniese de tan lejanas tierras, que fuese justo dispensar con él, que en tal caso bien bastaria que fuese de veintiun años. Recibido pues el novicio, y habiendo ya pasado un año de probacion, se tenga consejo si conviene admitirle para la profesion, y si fuere admitido, haga voto solemne de guardar obediencia, castidad y pobreza, y no tratar ni esperar jamás dispensacion de estos tres votos. Otro dia en la misa públicamente le den el hábito, y en tono alto haga profesion de guardar la regla de S. Benito, conforme á las constituciones de los ermitaños de la Camáldula, y que ha de perseverar en esta profesion y vida en tanto que viviere. Si fuese religioso de otra órden ya profeso, no tiene que repetir los votos, sino en la misa pública profesar de nuevo la regla de S. Benito y constituciones de ermitaños. Si fuere de la órden de S. Benito, y hubiere profesado ya la regla, ora sea en otra congregacion y órden, ora sea en la Camaldulense, y en vida cenobita y monasterio conventual, en ese caso no tiene que profesar más de sola la observancia de sus constituciones de ermitaño, y de no dejar la profesion del yermo, si no fuese que sus superiores se lo mandasen, ó dispensasen, ofreciéndose causas legítimas andando el tiempo. Que las celdas y casas de ermitaños sean en despoblado, y siempre se conserven los privilegios imperiales que tienen de que ninguna persona, de cualquiera calidad y condicion que sea, pueda edificar, ni vivir sino más lejos de mil pasos de este yermo; y los motus proprios de los Sumos Pontífices, que mandan que las celdas no esten juntas, sino apartadas, y cada cual por sí, de suerte que no parezcan monasterio, sino ermitas, y esas no muy costosas, ni muy grandes, y que se cierre todo el yermo, y haya puerta y portero, que no permita entrar á persona ninguna sin licencia y órden del superior. Que haya particularísimo cuidado y rigor en que se guarde la quietud y silencio que pide el sagrado

yermo, y no haya comunicacion de gente, mas de en los casos que no puede excusarse. Si alguno fuere por devocion á verle, sea recibido con crianza y humildad; pero en rezando en la iglesia, y en viendo el yermo, luego le despidan los que le acompañaban por mandado del superior. Si fuere necesario hospedarse, sea en el hospicio, que quiso S. Romualdo que estuviese apartado mil pasos del yermo, para este efecto de servir á los huéspedes y á los enfermos; pero si fuese algun pariente cercano de los ermitaños ó religioso, ó persona de calidad, que sea forzoso hospedarle más cerca, no sea dentro en el yermo, sino en un cuarto que para esto ha de estar junto á la portería. Y en ningun caso permitirá que alguna persona esté allí mas de cuatro dias, por que no se diviertan y entretengan los ermitaños con amistades y trato, aunque sea de deudos, ó religiosos, si no fueren los que vienen á pedir hábito. No se permitirá en tanto del oficio divino estar presente á nadie si no fuere algun monje de S. Benito. Ni comer en el refectorio con los ermitaños los doce dias del año que comen juntos, si no fuere con acuerdo comun de todos los padres del capítulo. Ni entrar persona dentro del yermo con armas, ni á caballo, ni á vender cosas, aunque sean libros. Ni haya tiendas, ni oficios, ni ocupaciones que puedan distraer, ó quebrar el silencio y quietud del yermo. Que mil pasos del yermo haya una casa, que se llame hospicio, en que reciban huéspedes y peregrinos, y allí se curen los enfermos de casa y peregrinos, y tambien los ermitaños cuando estuviesen malos. Allí recoja un mayordomo todo lo necesario para el sustento y vida de todos los de la casa y de los ermitaños. Y sean muy liberales en regalar enfermos, y dar limosna, pues deben estar ciertos, que no solo tendrán el premio eterno del cielo, sino tambien aumento de lo temporal. Para el gobierno y administracion de aquella casa, señálese cada año un ermitaño, que viva en ella, sin que tenga dinero ni administracion de cosas temporales, mas de lo que no se puede excusar, para que mande á todos los oficiales, y haga que se viva con gran modestia y concierto, y que todos oigan misa cada dia, y comulguen á sus tiempos y no falten confesiones á los huéspedes. Désele otro ermitaño ó religioso cual pareciere mas conveniente. Haya junto con ellos por lo menos un portero, monje ó converso, que asista siempre á la puerta, y un hospedero que reciba los huéspedes y los regale, y guarde la ropa de la hospedería, y tenga cuidado que esté limpia. Otro que haga lo mismo en la enfermería, y dos en la cocina, el uno para que aderece la comida de todos, el otro que le ayude para eso y para repartirla; y á todos ellos les den quien les ayude, criados ó religiosos, como fuese posible. Y todos estén sujetos á la obediencia del superior del yermo, y no sean como dos cosas y casas diferentes, sino como una misma, repartida en dos vidas, activa y contemplativa. Los religiosos que vivieren en

este hospicio y monasterio, guarden cuanto fuere posible la regla de S. Benito, mayormente en las cosas que no contradicen á la hospitalidad. El oficio divino se diga con puntualidad de dia y de noche; pues no puede haber cosa para no pagar á Dios este oficio tan debido. Las confesiones y comuniones sean muy ordinarias, infalibles, como siempre se ha acostumbrado. Procuren que haya gran rigor en la abstinencia. Ayunen todos los dias que la regla manda, que son desde Santa Cruz de Setiembre hasta Pascua de Flores. Y los viernes del año no coman sino fruta y legumbres con pan y vino; pero los viernes de las dos Cuaresmas no beban vino. Y se les amonesta que los tres dias de cada semana en las dos Cuaresmas ayunen á pan y agua, y siempre tengan leccion á la comida. Tengan sus capítulos en que traten de la enmienda de los defectos, y el superior del yermo baje cada mes una vez para visitar las oficinas, y ver si hay cuidado y limpieza en servir á los enfermos y huéspedes, y si hay necesidad de alguna cosa, si hay faltas en el oficio divino, ó en la observancia: y sin licencia suya no puedan salir de los límites de la clausura que se les señalare, así los religiosos monjes del monasterio como los ermitaños, pues la mayor y mejor libertad que tiene el hombre, y mayormente los religiosos, es no tenerla, sino estar en todo sujetos y conforme á sus leyes.»

Sujetó S. Romualdo á sus ermitaños á tres votos, que juzgó indispensables para que viviesen en el yermo, con sujecion á ellos como complemento de la ley que les impuso, y previniéndoles tambien las condiciones con que deben guardarlos, á fin de que no pudieran jamás dudar sobre el cumplimiento y práctica de los deberes á que se sujetaban, y para que no pudieran llamarse á engaño por no habérselo enseñado, quiso que antes de darles el hábito á sus hijos, se les amaestrase en su observancia: á fin de que queden una vez consignados y sirva de instruccion á nuestros lectores, trasladaremos á este lugar lo que sobre los tres votes dice Castañiza en su vida del Santo:

«Porque no basta la determinacion de servir á Dios y de guardar su profesion los religiosos, porque se ofrecen ocasiones con que se corta el hilo á los buenos deseos, y el demonio acude con mayor astucia y tentaciones, para estorbar los propósitos buenos. Por esto no se contentaron los fundadores de las religiones con ménos de poner muchos reparos, por que no haya entrada por donde se quebranten los votos que profesan. Y para guarda de ellos quiso S. Romualdo, y sus constituciones mandan, que el voto de pobreza se guarde con rigor. Que ninguno pueda tener dineros por sí, ni por tercera persona, ni áun en depósito, ni pedirlos jamás á parientes, ó huéspedes ó peregrinos, por cartas ó en presencia, porque los grandes Santos y hombres graves tienen por género de propietario al religioso que pide algu-

na cosa. Las celdas solas tengan, y no con aficion más á una que á otra, sino con desamor y voluntad de dejarla y tomar la que les dieren. De las cosas que la religion acostumbra tener en las celdas para servicio de los que las habitan, no puedan darlas, ni trocarlas, sin expresa licencia del superior, el cual en cada cuatro meses, por lo ménos, las visite, acompañado de otros dos, y sálgase el que vive dentro, aunque sea recluso: los tres miren cuanto hay en ella, y habiendo alguna cosa, aunque sea supérflua, ó que no se recibió con licencia, se le quite y le castiguen, y si algo le faltare, le provean de ello. No haya mas que una llave comun á todas, porque cuanto hay en el yermo sea comun y de todos; y áun las yerbas y las legumbres de los huertos, y el que quisiere algunas pueda tomarlas, sin pedir licencia al que las puso en su huerto, y en cada celda le haya para que las divida unas de otras. Para más observancia y guarda de la castidad interior se manda, que mil pasos ántes de llegar al yermo, haya dos cruces grandes de madera, como señal de que de allí adelante no puede pasar mujer ninguna, de cualquier condicion y calidad que sea: para lo cual hay breves de los Sumos Pontífices, que así lo mandan con censuras graves, reservando para sí la absolucion de las que á esto contravinieren. Y que los ermitaños no puedan escribir ni recibir cartas, ni recados, ni regalos, sino de solas madres y hermanas, y esto muy pocas veces: y las cartas las lea el superior todas enteras, siquiera sean para ellas, siquiera para otras, á quienes fuese necesario escribir alguna vez. La obediencia es el quicio sobre que anda la puerta de los cielos: y así los Santos Padres no acaban de alabarlo; y porque no faltase tanto bien á sus hijos, quiso S. Romualdo que la vida eremítica de sus discípulos no fuese libre, como la de otros ermitaños y anacoretas antiguos y modernos, que aunque santísimos, pero viviendo solos, no se mortificaban obedeciendo á otros; y porque la vida de ermitaños es muy áspera, quiso S. Romualdo que no faltase la mayor aspereza, que es la obediencia. Y que para ejercicio de ella, todos los ermitaños tengan un superior, sin cuya voluntad ó licencia no hagan cosa alguna, y él pueda hacer y deshacer, mandarlos y mudarlos, como á personas que no tienen cosa propia, ni áun la voluntad misma. Y porque en las entrañas de esta virtud hallaron los Santos Padres tesoros grandes, y minas de valor del cielo, y que cuanto se cava y ahonda más en ella, se descubren más méritos, por eso consideran que hay muchos grados de esta virtud, que con divino artificio y celestial ingenio los puso todos S. Benito en su regla, cifrados y sumados en un solo capítulo. Tratando el mismo Santo de la humildad, compuso doce grados con tanta perfeccion, que muchos Santos, y muy graves autores, no tienen que decir más, ni que quitar ni que añadir. Tan docta y gravemente escribió San Benito su regla, como quien tuvo particular favor y ayuda del Espíritu

Santo, para ser gran maestro de religiones; y el bienaventurado Santo Tomás de Aquino, lumbre de la Iglesia, trata de cuán perfectamente escribió estos doce grados de la humildad. Y S. Bernardo para imitarle hizo un libro de los doce grados de soberbia contraria. Pero tratando de la obediencia no dijo S. Benito expresamente que habia doce grados, haciendo distincion de ellos, sino con sutileza y agudeza extraña, díjolos todos en un capítulo tan breve, que no solo el capítulo y cada cláusula, sino cada palabra, fue divina. Y como dijo S. Agustin (aunque otros graves autores lo declaran de otra manera), que citando el evangelista S. Mateo en el capítulo XXVII un lugar del profeta Zacarías, puso en su lugar Jeremías, no porque desde luego no lo advirtió, sino porque volviendo á leer lo que una vez habia escrito, y viendo que habia escrito Jeremías por Zacarías, no le quiso mudar ni borrar, sino entendió que se lo habia dictado así el Espíritu Santo, para mostrar que él mismo hablaba por todos los profetas: y que pues el mismo Espíritu Santo hablaba por Zacarías que por Jeremías, era lo mismo y la misma verdad poner el nombre del un profeta que el del otro. Así tambien S. Benito, escribiendo capítulo particular de la obediencia, comienza así: *Primus gradus humilitatis est obedientia sine mora;* quiere decir: El primer grado de la humildad es obediencia sin tardanza. Podria imaginar alguno que no debió comenzar así: *Primus humilitatis gradus est*, sino *Primus obedientiæ gradus*. Pero no es yerro de impresores, pues en todas las impresiones y manuscritos está de esta manera, sino que quiso el Santo poner una palabra por la otra, para enseñar que la obediencia tiene otros doce grados, como los que él mismo enseña en el capítulo de la humildad; y esta primera palabra fué como indicio, como despertador, y para provocar los ánimos de sus discípulos á que se detuviesen y reparasen en considerar la causa por que trocaba las palabras, y cuando lo mirasen más despacio saliesen más aprovechados: y si tuviesen atencion, verian que habia doce grados de obediencia, que él mismo señalaba en sus palabras. Dice, pues: *Primus humilitatis gradus est obedientia sine mora.* El primer grado de obediencia es no tener tardanza en obedecer. Y quiso el santo Padre que el verdadero religioso fuese tan obediente, tan puntual, que añade una nueva fuerza y declaracion de esta palabra con las que dice luego: En mandando una cosa el superior, luego obedece, como si el mismo Dios se lo mandára; y dice más: Está como colgado el súbdito de la boca del superior, y vienen á concurrir á una el mandato del uno y la obediencia del otro en un mismo momento. El segundo grado es, cuando no se contenta con solo obedecer, si está desocupado; pero áun cuando tiene algun negocio propio, y de su gusto y voluntad, le deja por rendirle á la ajena: y eso quiere decir en aquellas palabras: *Hi tales relinquentes statim qua sua*

sunt. El tercer grado de obediencia es cuando no solo deja el religioso lo que era de su propio gusto; pero lo deja así imperfecto, porque más es habiendo comenzado alguna cosa dejarla de entre las manos, que si solo quisiera comenzarla. Como fué siempre muy alabada la obediencia de un monje que escribia una carta, y llamándole, no solo dejó sin acabar la carta, sino tambien la letra que estaba ya formando cuando le llamaron; y eso quiere decir en aquellas palabras: *Mox exoccupatis manibus et quod agebant imperfectum relinquentes, vicino obedientiæ pede intentis vocem sequuntur*. El cuarto grado es, si dejando imperfecta la obra que tenia ya entre manos, no la deja con imperfecta voluntad, sino con voluntad perfecta y mucho gusto de obedecer, y no volver á lo que hacia hasta hacer lo que entónces le mandan; y eso quiere decir: *Et voluntatem propriam deferentes*. El quinto grado de obediencia más alta y más perfecta es, cuando no se contenta con esto (que es mucho dejar su voluntad y lo que le causaba gusto), sino que cuando no le mandan nada, desea que le ofrezcan ocasiones, en que le manden cosas contra su voluntad, mortificarse y caminar al cielo por el camino estrecho, y adquirir por momentos tesoros celestiales y aumento de sus méritos; y eso quiere decir: *Augustam viam arripiunt, ut non suo arbitrio viventes, vel desideriis suis et voluntatibus obedientes, sed ambulantes alieno inditio et imperio in cœnobiis degentes, Abbatem sibi præesse desiderant*. El sexto grado es, si no contento con lo dicho, ántes en viendo la ocasion de obedecer en algo, aunque sea cosa vil y baja, dificultosa, prolija, trabajosa y áun imposible, no se excusa, ni se amedrenta, ni se acobarda, sino fiado de Dios, acomete la obra, y sea la que fuere; y esta obediencia dice que es á Dios muy acepta y á los hombres; eso quiere decir: *Sed hæc ipsa obedientia tunc acceptabilis erit Deo et dulcis hominibus, si quod intentetur non trepide efficiatur*. El séptimo grado es, si no solo comienza su obediencia con todas estas buenas circunstancias dichas, sino que persevera con las mismas veras, y prosigue hasta el cabo sin desmayar. Este grado tanto es más perfecto y más alto que los pasados, cuanto lo es más la perseverancia que los buenos principios; eso quiere decir: *Non tarde efficiatur, sed sustinens, non lacessat aut discedat*. El octavo grado es, si no contento con lo dicho, procura obedecer con gran fervor, porque de otra manera sería gran defecto, si fuese con tibieza, pues no es razon hacer lo que es de propia voluntad con mucho gusto, y lo que manda la obediencia con tibieza; y es mala cosa que los hijos del siglo traten de sus codicias y ganancias con hipo grande; y los hijos de Dios que tratan en cosas que tienen tanto más valor, viendo que en la obediencia hay tantos intereses y ganancia, no los igualen y se aventajen más en el fervor con que las deben procurar; eso quiere decir: *Non trepide*. Y en tres palabras dijo estos tres grados de obediencia, sexto, séptimo y octavo,

Non trepide, non tarde, non trepide. El nono es, si habiendo ya aplicado su voluntad á obedecer con todas estas condiciones, no murmura, porque si murmurase de palabra, ó con algun visaje, ó movimiento de manos ó cabeza nacido de disgusto ó rebeldía (que es tanto ó más como si murmurase con la lengua), eso bastaba para deshacer y afear toda la perfeccion y hermosura de la obediencia; esto quiere decir: *Aut cum murmure.* El décimo si no murmura solo exteriormente, pero ni áun interiormente en su corazon, porque para ser perfecto debe ser *acceptabilis Deo, et dulcis hominibus;* y que no vean los hombres murmuracion en lo exterior, ni Dios en lo interior, porque ha de castigar lo uno y lo otro, y en vez de merecer con la obediencia, desmerece si acaso murmurase; eso quiere decir: *Et non solum ore, verum etiam corde si murmuraverit; et si impleat missionem, tamen acceptum jam non erit Deo, qui cor respicit murmurantis, et pro tali facto nullam consequitur gratiam, nisi pœnam murmurantium incurrit.* El undécimo grado es, si está tan léjos de murmurar, que ántes recibe muy particular gozo de que le manden cosas, aunque sean contrarias á su gusto y propia voluntad. Este grado es más alto que los pasados, porque en los diez vanse quitando y advirtiendo las faltas y las imperfecciones que podria tener la obediencia; mas este ya consiste en una luz tan grande del Espíritu Santo, que ve el religioso el camino del cielo, que es el de la cruz, por la mortificacion de la propia voluntad, pues va tan contra ella, y haciendo guerra á sus propios antojos; y de esto nace un gozo tan extraño, que no solo hace fáciles las obras, sino tambien las dobla en mérito y valor; eso quiere decir: *Et cum bono animo à discipulis præberi oportet, quia hilarem datorem diligit Deus.* El duodécimo y más alto grado es, si obedeciere en todo con tan pura intencion, que no le mueva más que solo amor de Jesucristo, sin que haya en esto mezcla, no solo de respeto humano, pero ni áun imperfecto; porque si es la obediencia por miedo temporal, por fuerza, por vanagloria, por venganza ó competencia, esa es mala. Si por miedo del infierno ó esperanza del cielo, esa no es mala, buena es, pero imperfecta. Para ser muy perfecta y en el último grado, no ha de tener otro blanco ni otro intento, sino á Dios solo. Como el temor de Dios, si es por no ir al infierno, ó por ganar el cielo, buen temor es; pero el uno es de siervos, y el otro de interesados, y el fino temor es el filial, reverenciando á Dios como á su padre verdadero. Así no es obediencia fina del todo, y del todo perfecta, sino la que se cumple por solo Dios, en cuyo nombre está quien manda. Y aunque este grado es el último, es lo primero que dijo S. Benito en su capítulo; y tuvo gran industria y arte en eso, porque en filosofía dicen, que lo primero y principal que se pretende, viene despues á ser postrero al tiempo de la ejecucion; y así dicen, que primero es intencion, es último ejecucion; pues

lo primero que pretende el Santo, es que haya en la intencion suma pureza, y que todo cuanto se hiciere sea todo por Dios, á imitacion de Cristo, y el fin y efecto es este; y así le pongo en el último lugar para obrarle: eso quieren decir estas palabras: *Hac connuentiis qui nihil sibi Christo clarius aliquid esiflimant, propter servitium sanctum, quod professi sunt.* Y porque no todos viven tan descarnados de amor propio, sino muy pocos son los que dejándose á sí mismos y soltándose ponen su amor, su intento, su esperanza y deseos en solo Dios (los más ponen los ojos en ir al cielo y en librarse de las penas del infierno), por no desconsolar á tantos imperfectos, y porque escribe regla no solo para los perfectos y aprovechados, sino tambien para imperfectos y principiantes, á todos aconseja que obedezcan, y dice que será buena obediencia, aunque sea por esos miedos y esas esperanzas; y eso quiere decir: *Seu propter metum gehennæ, vel gloriam vitæ æternæ, mox et aliquid imperatum à majore fuerit, ac si divinitus imperetur; moram pati nesciunt, in faciendo.* »

Hemos llegado, por fin, al punto en que terminar debemos la vida de tan gran Santo por lo que respecta á este mundo, puesto que si larga fué su vida en la tierra, en donde murió su cuerpo, la vida de su alma es eterna, y por lo tanto no tendrá fin. Ciento veinte años vivió S. Romualdo, edad á la que poquísimos mortales llegan. De ellos, segun el P. Castañiza, fué seglar los primeros veinte, tres conventual, y noventa y siete ermitaño en diferentes yermos y lugares, porque las muchas almas que le seguian venian á poblarlos, y á veces habitó en los monasterios para reformarlos. Desmiéntese en S. Romualdo el dicho de los herejes, que llaman á los penitentes homicidas de sí mismos, porque se quitan el sustento, duermen sobre duros lechos y poco, y maceran sus carnes con silicios y disciplinas, debilitándose con ayunos. Y no se desmiente solo en este Santo, sino en otros que vivieron muchos años con tan austera vida, muriendo sumamente viejos y áun haciendo penitencia en su mayor decrepitud, como puede verse en las obras de S. Casiano, y en los dos príncipes de los ermitaños, S. Pablo primer ermitaño, que vivió ciento trece años, y S. Antonio Abad, maestro y padre de los Padres del yermo, que murió de ciento y cinco. Y si no quieren convencerse con nuestra doctrina, acudan á los príncipes de la medicina, Hipócrates y Galeno, que como S. Clemente Alejandrino y Antífanes, médico doctísimo, prueban que los ayunos y el rigor con el cuerpo le dan salud y larga vida. Además deben entender los tales herejes, que á los penitentes los ayuda Dios confortándolos y vigorizándolos en sus penitencias, y que siendo S. Romualdo varon apostólico, recibió esta gracia del Altísimo. Fué providencia divina que algunos discípulos de los Apóstoles viviesen muchos años para que publicasen la doctrina evangélica para bien del mundo,

como S. Dionisio Areopagita, discípulo del apóstol S. Pablo, y S. Quadrato, que sucedió en Atenas á S. Dionisio; Publio y S. Hermas, que tuvieron el mismo maestro; S. Ignacio y S. Policarpo, discípulos de S. Juan, que todos ellos vivieron cien años; y por último, S. Simeon, obispo de Jerusalen, que vivió ciento veinte años como nuestro S. Romualdo, discípulo del gran P. S. Benito, en cuya religion hubo muchos Padres centenarios ó muy próximos á esta edad. Ya hemos visto que S. Romualdo, imitando á S. Benito, levantó monasterios en los yermos, lo que despues S. Gregorio y otros papas vieron que convenia crearlos en las poblaciones para bien de los pueblos; pero en la reforma hizo S. Romualdo volviesen á los yermos para cobrar espíritu, ejemplo que siguieron S. Juan Gualberto y S. Estéfano Avernio en Aquitania de Francia, de la Grandimontense, y S. Roberto Abad, que fué principio de la órden del Císter en Francia, á la que ensalzó despues el gran P. S. Bernardo con su doctrina, santidad, ejemplo, valor prudencia, industria y milagros, de cuya Orden se hicieron bien pronto cuatro mil monasterios de religiosos y seis mil de religiosas, por lo que la Orden tomó el nombre de S. Bernardo, sin perder por ello el del Císter del sitio en que tuvo principio. Poco ántes habia S. Bruno establecido su órden de los Cartujos, la cual si no se originó de la de S. Benito como las anteriormente mencionadas, tomó mucho de la regla de esta y de la clausura y apartamiento de poblado que introdujo S. Romualdo en su reforma. «Alcanzó á San Romualdo, dice Castañiza, aquel dicho de S. Gerónimo en una de sus epístolas: Dichoso y bienaventurado á quien alcanza la vejez sirviendo á Cristo..... porque entónces le dirá á la entrada del paraíso: «¿Recibiste males en vida? pues ahora descansa y gózate.» Los que son verdaderamente religiosos, no pueden morir de repente, porque siempre se hallan preparados para este tránsito, y así sucedia en S. Romualdo, que siempre se imaginaba muerto; pero á pesar de esto, dice su historiador, que veinte años ántes de pasar al cielo, habia señalado el año y dia en que habia de suceder sin que nadie le viese, para lo cual se habia hecho una ermita con su oratorio, retirado cerca del monasterio del valle de Castro en la Marca de Ancona, del que ya hemos dado noticia, y abandonando todos los cuidados, empezó á disfrutar en aquella soledad de una gran paz, al paso que sus fuerzas corporales se iban agotando en medio de los agudísimos dolores. Cargóse medio año ántes de su muerte de humor tan flemático, que le destrozó el bazo y produjo tan obstinada tos, que no podia sosegar de modo alguno. Empero el mal estado en que su salud se iba poniendo no fué bastante á hacerle cejar en sus austeras penitencias, ántes bien, considerando se acercaba el fin en que habian de ser premiadas ó castigadas sus acciones, las aumentaba extraordinariamente cuanto la naturaleza le permitia, afligiéndole solo

que no pudiese triunfar más su voluntad de la decadencia de su cuerpo. El dia 19 de Junio de 1027, al anochecer, mandó á dos religiosos, que le acompañaban y servian, saliesen de la celda y le dejasen solo conversando con Dios. Resistiéronse los dos religiosos, suplicándole les dejase permanecer á su lado; pero el Santo se empeñó en quedar solo, y les dijo que volviesen cuando tocasen á maitines. Obedecieron los discípulos, pero no pudiéndose separar mucho de su maestro, se quedaron á la puerta, y viendo á poco que no sentian nada, impacientes de volver á ver á su maestro, se decidieron á entrar con luces y le encontraron ya difunto; su bendita alma habia volado al seno de su Dios, muriendo sin ser visto de nadie como habia predicho. Divulgada la noticia de su muerte, los religiosos acudieron á contemplar, vertiendo lágrimas, el santo cuerpo, y como su amor á sus hijos fué inmenso, grandes fueron las exequias que le hicieron, contándonos su historiador muchas maravillas y milagros que sucedieron próximamente á su glorioso tránsito, con los que quiso Dios dar á conocer el grande amor que le tuvo, y lo mucho que podian esperar los que pusieran por intercesor á S. Romualdo. Los milagros que se sucedian, fueron causa de que se sacase el cuerpo del Santo de entre los de los demás con quienes se le habia sepultado, y se le depositase debajo del altar mayor como santo, costumbre seguida en lo antiguo con los mártires por la Iglesia católica. A este fin pidieron los monjes á la Santa Sede les concediese levantar altar á S. Romualdo, y el abad Atho fué al monte en busca de una piedra capaz en la que se labrase un sepulcro en que colocar sus santos huesos, y se asegura que cuando abrieron la sepultura hallaron el cadáver como si se acabase de enterrar. Puso Dios tanta devocion en los ánimos de los habitantes de aquel país, en que murió S. Romualdo, que acudian á su sepulcro los enfermos, los afligidos y cuantos necesitaban consuelo, á hallarle en su visita y á pedirle rogase al Señor les concediese y despachase bien sus peticiones, y en poco estuvo el producir una revolucion la voz que se extendió de que el santo cuerpo no estaba ya en el monasterio del Valle de Castro. El año 1466, el 1.° de Diciembre, un religioso tuvo la osadía de abrir el sepulcro del Santo, y viéndole incorrupto, quedó tan petrificado, que no solo la comunidad, sino todo el país, se enteró del suceso, con lo cual se aumentó la devocion, viniendo muchas gentes al monasterio, y entre ellos el obispo Camerinense, que concedió cuarenta dias de indulgencias á cuantos fueren á ver aquel prodigio, consintiendo ántes de volver á cerrar el sepulcro, que tocasen muchas prendas al santo cuerpo para que quedasen como reliquias á los fieles. Desde 1466 á 1481 estuvo el santo cuerpo de Romualdo, como queda dicho, en la mayor veneracion, hasta que los religiosos Tadeo de Rávena, que era sacerdote, y Roque, donado, vinieron al monasterio de Valle de Castro: de-

seosos de que el cuerpo del Santo estuviese en su convento Clasense, que fué donde el Santo habia recibido el hábito, se quedaron una noche ocultos en la iglesia, y osaron sacar el santo cuerpo de su sepultura y meterle en un costal para llevársele, ocultándole en tanto que lo verificaban. Hicieron estos religiosos correr la voz de que el Santo no estaba en su sepulcro, y grande fué la perturbacion del abad y de los monjes al ver que así era, y la de toda la comarca, haciendo todos oracion de rogativa, en la que prometieron que si el Santo se presentaba otra vez, habian de colocarle dignamente en la iglesia de S. Basilio de Fabriano, que era priorato de Valle de Castro. Despues que cesaron unas grandes lluvias que hubo en aquellos dias, salieron los religiosos huéspedes para su convento, llevándose como equipaje propio el saco donde iban los huesos del Santo, y además algunas alhajas que robaron en la sacristía, para lo cual alquilaron un burro á un rústico del país. Echados de ménos los vasos sagrados por el sacristan, se sospechó en los religiosos que se habian marchado. El abad mandó monjes y aldeanos en su persecucion, que despues de haber preguntado en el monasterio de S. Lorenzo de Masaccio, en donde pernoctaron, fueron á la ciudad de Esina, en donde hallaron alarmado al pueblo con prodigios que los descubrieron á los sacrílegos ladrones, de los que da razon Castañiza y otros escritores del Santo. Como el abad de S. Lorenzo se hubiese unido á los monjes del Valle de Castro, luego que vieron los huesos declararon ser los de su gran Padre S. Romualdo, conduciéndolos en casa del obispo de la diócesi; enterado que fué del caso, mandó encerrar á los religiosos ladrones, á los que encontraron ciegos los monjes que les conocieron, los cuales mandados á su tierra despues, fueron comidos en el camino por unos lobos que les asaltaron; de este modo castigó Dios el terrible sacrilegio de aquellos desgraciados. ¡Oh, si su divina misericordia se apiadase del desconsuelo de los fieles del siglo XIX, haciendo igual escarmiento con esa horda de foragidos y malvados sacrílegos que diariamente roban nuestras iglesias, particularmente en España, llevándose los vasos sagrados, sin respetar las más veces las sagradas y santas formas, haciendo escarnio del Santísimo Sacramento del altar, al que llevan osados sus sacrílegas manos! Horror causa la repeticion de estos actos en una nacion católica por excelencia, y bien pueden los gobernantes, que no ponen más cuidado en evitar estos escándalos, y los jueces que entienden en estas causas, temer mucho, en el dia de su juicio, la cólera divina; si no hacen éstos ejemplares castigos en los delincuentes convencidos del sacrilegio, y aquellos no dan severas leyes que cumplan con el deber de poner á raya á los malvados sobre este particular. Si el atentar á la vida de los monarcas de la tierra es un delito de muerte, y el asesinar á los ciudadanos se castiga con la pérdida de la vida en nuestros códigos muy justamente,

¿por qué no han de sufrir, al ménos, igual suerte los sacrílegos que atentan á nuestra honra religiosa, asesinando nuestra creencia en lo más sagrado, y llevando su temeraria y sacrílega mano hasta el Santísimo Sacramento, guiados de la vil codicia? Nosotros creemos que nuestro actual código penal es demasiado blando para crímenes de esta clase, y que son necesarias leyes más severas y escarmientos mayores para que en lo sucesivo nos libremos de escándalos que tan mal dicen con nuestro catolicismo y proverbial piedad, que tanto perturban las conciencias y que deshonran á nuestra patria, con tanto daño de la religion y ofensa del Rey de los reyes, del Señor de los señores y de los pueblos.—Mandó el obispo de Esina llevasen los santos huesos de S. Romualdo á la iglesia mayor, y esto produjo una contienda entre el prelado y los monjes, que pretendian llevárselos á su monasterio, y despues una alarma en el pueblo que no querian se lo llevasen, en la cual tomaron parte las autoridades, el abad de Castro, que llegó tambien en demanda de sus derechos, y los gobernantes de la ciudad de Fabriano; pero al fin se tuvo que decidir quedasen los santos huesos en Esina para evitar una revolucion. Mandando el papa Sixto IV al cardenal de S. Jorge por nuncio de la provincia de Piceno, los fabrianenses le obsequiaron mucho, y le suplicaron les hiciese restituir el cuerpo de su patron S. Romualdo, lo que les acordó. Con este motivo fué una comision á Esina el 2 de Enero de 1481 á la ciudad de Mazerata, y dándoles sus cartas el nuncio, se fueron los comisionados á buscar el santo cuerpo, yéndose unos á la iglesia en donde estaban depositados por temor de que los sustrajesen, y otros á dar las órdenes que llevaban para las autoridades y para el obispo. Nuevamente se agitó la poblacion para impedir la salida del santo depósito; pero conviniéndose en dejarles un brazo por reliquia, les permitieron llevársele; y como se suscitase otra contienda sobre llevársele ántes al monasterio de Valle de Castro que á Fabriano, y así se determinase, la mula que le conducia se empeñó en no seguir otro camino que el de Fabriano, en donde al fin fué recibido con grande alegría de la poblacion y con extraordinaria ostentacion, llevando la caja en hombros desde la ermita de S. Anton, cercana á la ciudad, los monjes Camaldulenses á la iglesia del monasterio de S. Basilio, que era de la misma Orden. Empero como el descontento de los de Esina acudiese al nuncio en solicitud de que se llevase el santo cuerpo á Valle de Castro, de donde habia sido robado; y como así se acordase, tuvieron los fabrianos que acudir á Su Santidad, y con beneplácito suyo y del general de la Camáldula y abad del monasterio de Valle de Castro, se quedó al fin el santo cuerpo en el referido convento de S. Basilio, votando el ayuntamiento de Fabriano una festividad y feria franca en honor á su santo Patron, el 19 de Junio, dia en que se despueblan los lugares cercanos para ir á festejarle y

cumplir el voto. Hízose una buena capilla detrás del altar mayor, y en ella labraron un sepulcro de mármol, en el que escribieron: *S. Romualdus, Ravenas, ducali stirpe cretus, hìc situs est*; y encima de la entrada de la capilla se colocó una lápida con la siguiente inscripcion: *Divo Romualdo Camaldulensis Ordinis auctori, multa reipublicæ impensa ab Esinis restituto S. P. Q. F. Sixto Pontific. IV. S. D. P. dicavit. MCCCCLXXXII* (El Senado y pueblo Fabriano dedicó este edificio á S. Romualdo, fundador de la órden Camaldulense, haciendo muchos gastos para sacarle de poder de los Esinos, siendo papa Sixto IV, año de 1482). El general de la órden Camaldulense y toda la comunidad de Camáldula suplicaron á los de Fabriano les diesen una reliquia del Santo, en atencion á que fué el fundador de la Orden, y de que aquel monasterio, fundado por él, era la cabeza de toda la Orden, y habiendo obtenido el brazo derecho del Santo, le llevaron al yermo, y en aquella santa casa se empezó á venerar, celebrando la fiesta de la traslacion de la reliquia el dia 14 de Mayo todos los años.—Si permite Dios para dar á entender nuestra miseria y nuestra nada, que el tiempo acabe con todas las obras de los hombres, áun las más grandes, quiere tambien que se perpetuen los gloriosos nombres de los santos y los de los demás hombres que hicieron grandes cosas para nuestra enseñanza y para que los imitemos, y áun perpetúa los de los grandes criminales á fin de que escarmentemos en sus desastrosos fines y huyamos de cometer sus vicios y de adquirir tan funesta celebridad. Por lo tanto, si decayeron y áun concluyeron del todo muchos ó la mayor parte de los monasterios fundados por S. Romualdo, su bendito nombre subsiste y subsistirá siempre miéntras se conserve la Iglesia católica, que segun la promesa del Salvador del mundo, que no puede faltar de modo alguno, subsistirá hasta la consumacion de los siglos contra los poderes del infierno. En el año 1539 instituyó la ciudad de Rávena, patria del Santo, se guardase su fiesta, y que el cabildo y el ayuntamiento fuesen en procesion al monasterio Clasense, que está media legua de la ciudad, por ser el en que tomó el hábito el siervo de Dios. Deseando los PP. Camaldulenses que toda la cristiandad disfrutase de su gozo, suplicaron á la Santa Sede el año 1595 mandase que en toda la la cristiandad se rezase de este Santo, y que se le pusiese en el *Calendario*. Remitió el Santo Padre esta súplica á la Congregacion de sagrados Ritos, en la que se acordó que el 19 de Junio, que fué el de la muerte del Santo, no podia verificarse por estar ocupado con el rezo de los mártires S. Gervasio y Protasio, y por la tanto que deberia rezarse de S. Romualdo el dia 7 de Febrero, que fué el de la traslacion de su santo cuerpo; y así lo acordó su santidad Clemente VIII, en el *motu proprio* que da razon del Santo, dado en S. Marcos de Roma, bajo el anillo del *Pescador*, á 9 de Julio de 1595, año cuarto de su pontificado, cuyo docu-

mento puede consultar el curioso en la vida expresada del Santo, por Castañiza, á la pág. 115. Como sienta el autor citado, la canonizacion de S. Romualdo la hizo la Santa Sede sin necesidad de demandas, ni procesos, ni congregaciones, porque su vida y milagros fueron tan sabidos y claros, que nadie podia dudar de ellos como se habia hecho con S. Pedro, S. Clemente y otros cuya santidad nadie habia puesto en duda, ni la Iglesia habia hecho averiguacion de ella, por ser general y universalmente reconocida. Los Padres Camaldulenses rezan el oficio divino segun la instruccion y regla de San Benito, diverso del romano que sigue toda la Iglesia. Guardan perpétuo silencio en sus dos cuaresmas, de las que una es la que celebra toda la Iglesia, y la suya particular que empieza en S. Martin y acaba el dia de la Natividad del Señor, cuaresma que tambien observan los frailes franciscos; y además guardan silencio todos los domingos y viernes del año, y todas las fiestas solemnes. Guardan tambien silencio todos los dias despues de completas hasta el siguiente despues de nona, y en fin, tienen además otros muchos dias silencio, y en todos ellos no pueden conversar con nadie sin licencia del prior. Dice el mismo S. Romualdo, que fué el primero que escribió constituciones, que hay tres maneras de silencio: uno mental, otro vocal y otro por obra. «Mucho importa el silencio de la lengua, pues manda S. Benito que por guardarle se dejen muchas veces de tratar cosas buenas; pero que no basta si el corazon está parlando y pidiendo alguna cosa ociosa y mala y no calla el deseo. Las malas obras tambien hablan muy alto, pues que dan voces al cielo pidiendo castigo, como en la Sagrada Escritura dice Dios por los malos que le dan voces y le llaman para que los castigue. Mas cuando hay este sumo y general silencio de malas obras, malos pensamientos y de malas palabras, entónces el silencio mismo habla y está dando voces al cielo, porque le penetra la oracion y dice Dios al alma lo que dijo á Moisés: ¿Qué voces son esas que estan dando llamándome? Como el hombre se compone de alma y cuerpo, los fundadores de las religiones cuidaron de que sus reglas alcanzasen á la una y al otro, para que no se extraviasen, ántes bien caminasen á un mismo paso por el camino de la perfeccion; y si S. Romualdo estableció las oraciones, ayunos y mortificaciones fué con este intento, lo cual fué con tanta rigidez como puede ver el curioso en el capítulo XXIV de su expresada obra, en donde se trata extensamente de estos ejercicios y de los trabajos de manos que para evitar la ociosidad y hacer cosas útiles al prójimo y á ellos mismos impuso á los Camaldulenses su piadoso fundador. La Orden Camaldulense tuvo el especial privilegio de que pudiesen pasarse á ella los religiosos que quisieran de todas las demás, por concesion de cuatro pontífices. El primero que los concedió esta gracia fué Gregorio IX, que habiendo vivido con ellos fué conocedor de su virtuosa

vida, y se la otorgó por su breve de 1227. Doscientos años despues les confirmó en este privilegio el papa Eugenio IV, año 1405; Leon X, natural de Florencia, cerca de Camáldula, volvió á confirmarles en él en 1513, y Sixto V lo hizo, por último, en su pontificado; cuyos privilegios pueden consultarse en Castañiza ya citado. Por esta razon figuran insignes varones en esta religion que tuvieran su principio en otras, de los que y de todos los que se han distinguido en primer grado en ella, y de los sucesos que ha tenido la Orden desde su fundacion, vamos á dar el relato que hace el expresado autor.

«Cuando el R. P. fundador S. Romualdo se fué al cielo, dejaba ya en la tierra fundados muchos monasterios y eremitorios: los unos y los otros en desiertos, en que habia increible número de religiosos, que ó eran ermitaños en el yermo, ó monjes cenobitas en los monasterios que fundaba vecinos, para los que se acomodaban más á la vida de comunidad que á la solitaria: y todos se llamaban Romualdinos, tomando el apellido de su padre. Como quedaron estas ovejas sin tan gran pastor, y sin que se hubiese hecho de todos una congregacion, que se ayudase y sustentase, fuéronse con el tiempo disminuyendo y acabando poco á poco, entibiándose aquel grande fervor que con el fuego de la predicacion y ejemplo de S. Romualdo habian cobrado. Dios, que puso los ojos entre todos aquellos eremitorios en el camaldulense, fué ordenando las cosas de suerte, que cuando los demás iban en disminucion iba este en mayor aumento: porque los cinco discípulos primeros con que este Santo pobló aquel yermo (que son Pedro Daguino, Benedicto, Viso, Tenco y otro Pedro) fueron insignes y aventajados en santidad: y eso fué causa que el obispo Aretino Theobaldo, y el conde Máldulo, les volvieran á dar las tierras, heredades, diezmos, rentas y montes que allí tenian, cuando se supo que el Santo era ya muerto. Habia poblado aquel yermo y vivido tres años en compañía de estos discípulos: y cuando los dejó por acudir á otras fundaciones, nombró por superior de ellos á Pedro Daguino el año de 1016, y fué prior treinta y cinco años. Sucedióle Albizo, que lo fué otros once, luego Rústico, que lo fué veinte años, y Rodolfo, sucesor suyo, fué veintitres: y todos estos cuatro priores son tenidos por santos. Tales fueron aquellas primeras piedras de este edificio del cielo. La observancia y ejemplo con que vivian era milagrosa y notoria, en toda aquella tierra más particularmente; pero tambien llegaba ya la fama á otros reinos extraños. Venian de ellos á pedir el hábito muchos para dejar el siglo, y algunos de ellos hombres muy nobles, y que ayudaron con hacienda para que se hiciesen ermitas, y la casa que estaba junto á ellas, que se llamaba Fontebona, y era hospicio de los peregrinos y pobres, se hizo monasterio grande para los que deseaban ser religiosos, y que no se atrevian

á ser ermitaños, y allí vivian en comunidad, y guardaban la regla de San Benito. Esto llegó á noticia de todos los demás hijos y monasterios de San Romualdo, que habia en diferentes reinos, y entre todos se comenzó á tratar de que se hiciese una congregacion, que escogiese por cabeza á Camáldula. Esta congregacion fué confirmada el año de 1050 por el papa Leon IV; despues por Nicolao II y Alejandro II, dándole el título de Orden Camaldulense, que siempre ha conservado. Y los emperadores Oton IV, Enrico VI, Cárlos IV y Sigismundo, les dieron privilegios de profesion y propiedad de muchas tierras, pueblos, iglesias y haciendas de la Orden. Y desde entónces por el mismo caso que uno era prior electo de aquel yermo Camaldulense, era general y superior de toda aquella Orden, hasta nuestros tiempos del papa Leon X, en que se concertó que tuviese su superior el yermo y el general fuese electo en el capítulo, que no reside en Camáldula sino anda gobernando y visitando la Orden, aunque sea ermitaño al tiempo que le eligen. El primero que siendo prior de la Camáldula fué juntamente general de toda la Orden, se llamaba Guido: fué electo por el sumo pontífice Pascual II, y murió el año de 1128, y fué tenido y recibido en el número de los santos. En esta forma le fueron sucediendo varones muy aventajados en observancia. Eran generales perpétuos hasta el año de 1525, en que murió el último de ellos, que fué Pedro Delfino, veneciano (de quien despues haré mencion) hombre valeroso, prudente y docto. Y despues de él fueron los generales trienales hasta el dia de hoy. Hubo de los perpétuos cuarenta y cinco (dicen algunos que cuarenta y seis) y de los anales veinte y dos. No escribo aquí sus nombres, por causa de la brevedad, estan en Fr. Arnoldo Union, que los pone por órden. El hombre más insigne que en esta religion ha habido en el yermo Camaldulense fué Hugolino de Conti, natural de Anagnia, sobrino del santo pontífice Inocencio III, que estando en una ermita, parece que le prevenia (sin entenderlo) con oracion y ayunos para los trabajos grandes y empresas que le tenia Dios guardadas. Ayudábale á misa (como ya dije) un donado, que fué S. Leonardo: y veia muchas veces una paloma blanca, que bajaba de lo alto y se le ponia sobre la cabeza: y un dia tuvo revelacion que le habian elegido por papa en Roma, sin dilacion ni competencia, sino el dia siguiente despues que falleció el papa Honorio III. Como vió que aquella era la voluntad de Dios, aceptóla y llamóse Gregorio IV, uno de los más valerosos y ejemplares pontífices, y cual habia menester la Iglesia, perseguida y afligida por mano del impío y rabioso emperador Federico II, á quien ningun tirano de cuantos hay en las historias hizo ventaja en crueldades contra los católicos: habíalo sido en sus principios, y como por seguir y servir á sus antojos y libertades perdió el respeto á Dios y al Papa, vino á cegarse de esta suerte en pena de sus

vicios y pecados. Dios, que siempre gobierna y ampara á su esposa la Iglesia y acostumbra en tiempo de crueles enemigos poner de su mano y en su silla pontifical valerosísimos vicarios suyos, escogió á Gregorio que por espacio de quince años la gobernó con gran prudencia y gran valor, como fué menester para las ocasiones de guerras muy sangrientas que hubo en Italia; en medio de ellas hizo cosas señaladas de paz, porque recopiló cinco libros de las decretales, como grandísimo letrado jurista que lo fué. Confirmó la órden de la Merced, instituida por el rey D. Jaime de Aragon para redencion de cautivos. Canonizó cuatro santos: á los gloriosos padres de las dos religiones (que son como dos luminarias en el cielo de la Iglesia) Santo Domingo, padre de los Predicadores, y S. Francisco, padre de los pobres de Cristo: y á San Antonio de Padua, español, natural de Lisboa, y á Santa Isabel viuda, mujer que habia sido de Santzgrane de Turingia, hija del rey de Hungría. Instituyó é introdujo tambien la costumbre loable de que cada dia al poner del sol se tañese á las Ave Marías, y se rezase la salutacion del Angel, á instancia de S. Buenaventura, doctor de la Iglesia, que dicen tuvo revelacion del cielo para se lo persuadir. Asimismo mandó que se cantase en la Iglesia aquella famosa oracion y salutacion de la Salve Regina, que muchos años ántes habia compuesto el hermano Contrato, monje de S. Benito, tan devoto de la Madre de Dios, que tuvo ciencia infusa que le alcanzó la Vírgen en premio de su devocion. Y que en la misa cuando alzan el Santísimo Sacramento se tañesen campanas. Hizo muchas cosas notables Gregorio IX, que dejo porque piden un libro entero, y no las digo porque no pueden contarse todas brevemente, remitiéndome á los que escriben vidas de pontífices. Han sido electos de esta sagrada religion tres cardenales; uno fué Fray Angel de Ana, napolitano, que llamaron el obispo Landense, á quien el papa Urbano VI dió el título de Santa Lucía en Septisolio, y el papa Bonifacio IX el de Pudenciana; y el papa Juan XXIII le hizo decano del Colegio. Murió en Roma, año de 1528, fué trasladado á Nápoles, y en el sepulcro tiene unos versos que califican mucho; y uno de ellos es este: *Angelus angelicam pia mens revolavit in aulam.* Que quiere decir: *Aquí yace Fr. Angel, cuya alma se fué volando á la recámara de los Angeles.* El otro cardenal fué Fr. Mateo Gerardo, veneciano, abad de S. Miguel de Murano. Dióle Inocencio VIII el título de S. Nereo y Archileo: murió el año de 1492 viniendo del Concilio de Alejandría para Venecia, que era su propia tierra; y en el sepulcro tiene este epitafio. *Mathæus Gerardus Patriarcha Venetiarum et Dalmatiæ Primas, S. R. E. cardinalis: locus carnis propriæ terra est.* Que quiere decir: *Mateo Gerardo, Patriarca de Venecia, Primado de Dalmacia, cardenal de la Santa Iglesia de Roma, volvió su propia carne á esta tierra de donde fué formado.* Fué electo cardenal Pedro Quirino, aun-

que no recibió el hábito. Han sido electos once obispos, todos muy ejemplares, y uno fué S. Gerónimo de Praga, teólogo y jurista, gran predicador, y que hizo gran provecho en la Iglesia. Hallóse en el concilio de Basilea, y escribió algunas obras. Hallo doce señores de título, y en nuestros dias (el año de 1580) recibió el habito de ermitaño en Camáldula D. Ambrosio de Moncada, hermano del conde de Aytona, de la familia de los duques de Moncada y Cardona, mozo de grandes esperanzas; pero como supo tenerla de los bienes eternos, quisolos asegurar desde una ermita propia para la quietud y contemplacion, menospreciando los bienes y esperanzas vanas de este siglo, que á tantos traen burlados y engañados. Los que han escrito no son muchos, porque el mayor estudio de aquel yermo es meditar de noche y de dia en la ley de Dios; y no tanto ser maestros y enseñar á otros, como ser discípulos del Espíritu Santo (cuales eran los ermitaños de la primitiva Iglesia) y asi no hallo más de quince escritores eclesiásticos. Es uno de ellos Fr. Ambrosio, que fué trigésimo quinto general de su Orden y tenido por santo: fué muy docto y muy aventajado en la lengua griega. Tradujo del griego en latin la vida de S. Juan Crisóstomo, el libro *De Virginitate* de S. Basilio: el de S. Crisóstomo *De Providentia ad Stagirium monachum*: los libros de S. Juan Clímaco, algunos de S. Atanasio, y otros de S. Efren Siro; y al fin las obras del divino S. Dionisio Areopagita, discípulo del apóstol S. Pablo. (Y es cosa notable que hay cuatro traslaciones de este Santo, y las tres son de tres monjes benitos, que son estos: Ambrosio, Juan Escoto y Benedicto Perionio.) Fué al concilio de Basilea por nuncio y orador del papa Eugenio IV, y oró pública y elegantemente en presencia de aquellos Santos Padres. Murió en Florencia, año de 1439, llevároule á Camáldula y está enterrado junto al altar mayor. Tiene este epitafio, que por honrarle hace semejante á S. Ambrosio, doctor de la Iglesia, jugando del vocablo de Ambrosio, que significa *néctar y manjar del cielo*, y hace alusion al enjambre de abejas que vinieron á la boca de S. Ambrosio, como á labrar dentro de ella el panal de miel y dulzura que habia en sus palabras.

Qui legis hunc tumulum, legeres si scripta Spulti
Possintq, lucoculis, unda patere tuis:
Quam fluit eloquio, quam dulciter afluit utq.
Nil nisi nectareum quolibet ore sapit.
Divinus fieres: nec quamlibet ante scijsses
Jurares dictum protinus Ambrosium.

Que quiere decir: Si como lees este epitafio, leyeras los escritos del que

está enterrado aquí, si oyeras y probaras la dulzura de sus palabras, y el sabor de sus razones, y cómo su boca parecia panal de néctar, eso bastára para hacerte divino, y ántes que supieras quien está aquí enterrado, tú mismo adivináras y dijéras: «Yo jurára que está aquí S. Ambrosio.» El número de Santos de esta sagrada religion forzosamente es grande, porque en seiscientos años (como dicho queda) siempre ha sido santísimo, inviolable y observantísimo el yermo de Camáldula, sin otros yermos y monasterios de esta sagrada Orden que hay hoy, y muchos más que ha habido; pero no tengo noticias de más que cuarenta y cuatro conocidos de nombres y recibidos por santos: y por ventura lo han sido, y son mucho mayores otros que no estan en este número, por los secretos juicios de Dios, que da esta honra á las personas y tiempos que es servidor. Quiero poner ejemplo en uno de ellos, en lugar de otros muchos, que fué Fr. Miguel, y no sé el sobrenombre, porque se ha quedado con solo el nombre de S. Miguel ermitaño, que fué recluso veinte años enteros en Camáldula en nuestros dias, año de 1520, hombre de vida milagrosa, extremada abstinencia, contemplacion contínua, penitencia admirable, inviolable silencio y regular observancia. Este santo varon inventó la Corona de nuestro Señor, á imitacion de la que suele rezarse á la Madre de Dios, de sesenta y tres Avemarías, porque se cree piamente que vivió ese número de años, acompañándolas de la oracion del Padre nuestro siete veces; así le pareció que sería muy buena devocion rezar treinta y tres veces el Padre nuestro, en reverencia de los treinta y tres años que vivió Cristo, y acompañarlos de las cinco Avemarías en memoria de las cinco llagas del mismo Jesucristo. Salió tan acertada y acepta esta corona que el papa Leon X, por una bula suya, concede á todos los que la rezaren, por cada vez diez años de indulgencia (de las penas que se habian de padecer en el purgatorio) y al que la rezare cada dia por espacio de un año, mil años de indulgencia: y á quien la acostumbrare toda la vida, dos mil años. El papa Gregorio XIII, no solo confirmó estas indulgencias, sino que añadió otras mayores. Al que rezare esta Corona cada dia en un año, y confesare y comulgare la Pascua de Resurreccion (como estan obligados todos los cristianos) concede indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados: y al que perseverare en esta santa devocion hasta fin de la vida, le concede jubileo plenísimo en el artículo de la muerte, si confesare y comulgare: ó si esto no le fuere posible, si diere muestras exteriores de contricion interior y la tuviere.»

Los monasterios y las ermitas que fundó S. Romualdo fueron todos en los desiertos, en donde permanecieron por mucho tiempo: pero las contínuas guerras que se sucedieron en Italia fueron causa de que se arruinasen unos y se abandonasen otros, y por lo tanto se vieron obligados los monjes á

abandonar los yermos é irse á vivir á las ciudades y pueblos grandes ó á sus cercanías, construyendo sus casas con las limosnas de los fieles. Haciéndose cenobitas todos los monjes del yermo, solo vino á quedar la casa principal de la Orden, ó sea la Camáldula, en donde siempre hubo ermitaños, viviendo todos bajo la regla de S. Benito, y vistiendo la misma cogulla y hábito, pero de color blanco, como lo hacian los Benedictinos de España. La perturbacion de los tiempos trajo la division de la Orden en Observantes y Conventuales, mal que procuró evitar el último general perpétuo de la Orden, Delfino, el cual reunió un capítulo general en Florencia el año 1513, en el que volvieron á reunirse todos los monasterios de Italia, Venecia y otras provincias á la Camáldula, la cual se denominó Congregacion Camaldulense, que abraza cenobitas y ermitaños. Estableciόse en Italia otra Congregacion Camaldulense de solos ermitaños, llamada Montecorona, que no se diferencia de su madre la Camáldula sino en tener general y las casas en despoblado. El orígen de esta nueva congregacion fué el siguiente: «Tomás Justiniano, natural de Venecia, tomó el hábito de ermitaño en la Camáldula el año 1476, variando su nombre por el de Paulo Justiniano, por la devocion que tenia al glorioso Apóstol de las gentes. Su familia fué de noble y antigua estirpe senatorial. Estudió filosofía y teología en Pictavia en compañía de los caballeros Paulo Canal, Gaspar Cantareno, que fué despues cardenal, y Vicencio Quirino, ermitaño, electo cardenal más adelante. Al terminar sus estudios trataron sus padres de acomodarle en palacio; pero él, que aborrecia las cosas mundanas, y que conoció desde luego lo mucho que podia valerle el abrazar la carrera que le condujese más pronto y felizmente al logro de las cosas divinas, se determinó á retirarse del mundo y de sus pompas y consagrarse solo al servicio de su Dios; pero ántes quiso prepararse y asegurarse de su vocacion haciendo un viaje á Jerusalen para visitar los Santos Lugares en que se obró nuestra redencion. A su vuelta estuvo dos años con su familia, en los que ayudó á sostenerse á sus dos hermanas viudas y otros parientes pobres, y como pasase por Venecia y encontrase á Delfino, general de la Camáldula, le manifestó su deseo de abandonar el mundo, lo que aprobó el anciano religioso, dándole santos consejos. Con anuencia y consentimiento de este, se fué á la Camáldula, y despues de vivir durante un mes solo en una ermita, viendo que le convenia este género de vida, volvió á Venecia, y arreglando sus cosas lo mejor y más pronto que pudo, regresó á la Camáldula, en la que recibió el hábito de ermitaño el 25 de Diciembre de 1510. Empezó una vida tan observante de la regla de S. Romualdo y tan ejemplar, que llegó á ser el pasmo de los religiosos y la admiracion de toda la comarca, si bien tuvo que trabajar muchísimo para librarse de las infinitas tentaciones con que pretendió el de-

monio apartarle de su buen propósito. Sus dos amigos ya citados vinieron á reunírsele, y tomaron tambien el hábito, ejemplo que siguieron otros muchos caballeros que glorifican el monasterio de Camáldula. Visitóles el cardenal Julio, que fué despues papa con el nombre de Clemente, y el cardenal de Médicis, que llegó al pontificado tambien con el de Leon X. Amó este Padre Santo tanto á Justiniano, que cuando subió á la silla de S. Pedro, le concedió, en el año ya citado de 1513, reformar la Orden de la manera expresada, acordándose que cenobitas y ermitaños viviesen bajo un general que se nombrase cada tres años, una vez por los primeros, otra por los segundos. Concibió Justiniano extender los Camaldulenses por todo el mundo católico, y nombrado general de la Camáldula, le concedió su amigo el papa Leon los breves y licencias necesarias para que llevase á cabo su designio, al que le alentó y para lo cual le dió su apostólica bendicion. Provisto de estos breves, dimitió su generalato con sentimiento de los monjes, y llevando por compañero á un ermitaño donado llamado Olivo, partió para España en 1520, con ánimo de pasar á fundar á las Indias, idea que tuvo tambien S. Romualdo y no quiso Dios que llevase á cabo, porque sin duda lo reservaba para otros de sus hijos. Visitó al paso en el monte Alvernia el oratorio en donde el glorioso S. Francisco de Asís recibió las santas llagas, y en el hizo voto de vivir siempre pobre á imitacion de Jesucristo y de S. Francisco, y para empezar á serlo, repartió á los pobres cuanto llevaba para su viaje, encomendándose por completo á la Providencia, y á pedir limosna para su sustento. No queria Dios que Justiniano saliese tampoco de Italia, y así fué que mudó su voluntad, y decidido á fundar yermos en este país, empezando por el de la cueva de Pascilupo en el Apenino, entre Piceno y Umbría, para cuyo monasterio de ermitas é iglesias le dió auxilios el duque de Urbino. Despues juntó las ermitas de las cuevas de Massacio, dos leguas de la Camáldula, en la diócesis de Yesis; y luego el de la Marca de Ancona junto al mar Adriático, en la cueva de un peñon en que dicen hizo penitencia, como la Magdalena, una pecadora llamada Nicolasa, y despues S. Gerónimo el Anconitano. Dió Justiniano á sus ermitaños la forma del hábito un poco diferente de la de los Camaldulenses para que no se confundiesen, admitió á sus discípulos á la profesion, y les dió forma de vivir aún más áspera de la que señaló S. Romualdo. Verificadas estas fundaciones, fué nombrado Justiniano general de todos los ermitaños de los cuatro yermos. Mucho ayudó esta segunda rama de la Religion Camaldulense para la formacion de los Padres Capuchinos de S. Francisco, que empezó el año 1526 del modo que expresa Castañiza, y que no estampamos, porque aunque salieran los dos primeros franciscos que la dieron orígen, se puede decir, de la Camáldula, no pertenece esto ya á la Orden Be-

nedictina, ni á la reforma de S. Romualdo de que tratamos. Muerto Paulo Justiniano, sus discípulos poblaron otros cuatro yermos, que fueron el de Monserrate, á veinte millas de Roma, en donde murió aquél; el de Monte Rua cerca de Pádua; el del Monte Anconitano, en un monasterio que habian desamparado los ermitaños de Gonzaga, situado en Piceno, á tres leguas de Ancona, junto al mar Adriático, y el de Monte-Corona cerca de Nápoles. De estos ocho yermos se formó la congregacion de este último nombre, que vino á ser ya distinta de la Camáldula, con diferencia en el hábito y costumbres, pues que dormian vestidos sobre jergones ó sobre tablas, viviendo en la mayor pobreza. Parécenos habernos detenido demasiado en contar las glorias de S. Romualdo con respecto á los límites de una obra de esta clase; pero muy poco para trazar debidamente la vida de tan gran santo y las excelencias y consecuencias de su gran reforma de la venerable é ilustre Orden Benedictina; por lo que encargamos á los lectores piadosos, y en especial á los que hayan de predicar las glorias de este Santo, no dejen de consultar su vida, escrita por el citado Castañiza, que se extiende en doctrinas y reflexiones tan santas, que podrán aprovecharles mucho para sus almas á los unos, y para conducir á buen camino las de los fieles á los otros. En esta vida encontrará el amigo de la soledad un verdadero deleite, puesto que se le presentan datos suficientísimos y sábias razones con que probar cuán provechosa es la vida solitaria á los que la siguen; lo mucho que conviene la quietud y el silencio para la contemplacion de las cosas divinas; los goces de la penitencia, por austera que sea, y sus gloriosísimas consecuencias, y en fin hallar una segura via por donde marchar sin temores ni obstáculos á la bienaventuranza, en la que se halla S. Romualdo sobre un glorioso trono desde el que protege á sus devotos y pide incensantemente al Padre de las gracias y de las misericordias, las derrame sobre los fieles observantes de la santa ley del Evangelio, con cuya luz le rogamos pida á Dios nos ilumine en esta miserable vida, para que las tinieblas del pecado no nos oculten el sendero de la gloria, en la que deseamos acompañarle para servir á Dios por toda la eternidad.—B. S. C.

ROMUALDO (S.) abad, religioso benedictino en el monasterio de San Emeramno en Ratisbona. Fué varon de grande perfeccion, muy respetado y querido de todos sus hermanos y súbditos por su gran prudencia, tolerancia y amabilidad, siendo ejemplar en el ejercicio de todas las virtudes; muy austero consigo mismo, muy moderado y parco en los alimentos, observando casi constantemente un contínuo ayuno, siendo todas sus demás mortificaciones correspondientes á su grande abstinencia. Vivió gran número de años, y en su extrema vejez cegó, permitiéndolo Dios así para aumento de sus méritos, siendo tanta su conformidad que consolaba á los que iban á

consolarle. Pasados dos años en aquellas tinieblas, estando una noche orando en la iglesia, y postrado delante de la imágen de Cristo crucificado, derramando muchas lágrimas, cansado se quedó dormido, y le pareció que bajaba Cristo nuestro bien, y que le volvia la vista, y despertando se halló con que era realidad el recobro de la vision. Le tuvieron gran devocion y respeto S. Heriberto, arzobispo de Colonia y el emperador Othon III. Sintiendo que se aproximaba la hora de su muerte, se despidió de los monjes, y se hizo llevar á la iglesia, y mandó que se celebrase el santo sacrificio de la Misa en su presencia; recibió la sagrada comunion, y elevando los ojos al cielo, espiró, habiendo cumplido cien años de edad. S. Enrique, duque de los Boyos, que despues llegó á ser emperador, llevó el sagrado cuerpo sobre sus hombros, y le colocó en un sepulcro que mandó construir cerrado con llave, la cual se llevó, para que ninguno hurtase ó profanase aquel tesoro. Murió el 17 de Junio del año 1443.

ROMUALDO DE FEBRIANO (Fr.), religioso benedictino. Este venerable varon perteneció á la gran Camáldula. Aunque privado de letras y de conocimientos humanos, fué muy superior en la sabiduria divina, en buenas inclinaciones, virtudes y costumbres ejemplares. Su constante propósito, y que bien jóven llevó á cabo, era huir de los peligros, ruido y vicisitudes del siglo, tratando de ocuparse y de atender solamente á las cosas celestiales, y lo consiguió tan completamente, y en tales términos, que se cree con toda seguridad, que nunca pecó gravemente. Consiguió con las prácticas de su santa vida, tal tranquilidad de ánimo y de espíritu, siendo tan moderado y prudente en todas sus acciones, que jamás se observó cambiase su semblante tranquilo y risueño en ninguno de los acontecimientos de la vida. Ocurrió una vez, hallándose de camino, el que diese en manos de unos ladrones salteadores, que le ataron á un árbol para escarnecerle y maltratarle á su sabor. Pero el siervo de Dios, con inalterable semblante, les dijo: *Haced de mí cuanto Dios permitiere, pues lo mismo me es morir hoy que mañana.* Resplandeció entre todas sus virtudes su gran paciencia, ocupándose constantemente en la oracion y santas obras; siempre se le observó estar alegre, y áun en la misma hora de la muerte se le vió sonreirse. Su muerte fué la de los justos, sin dolor ni horror, dando su alma al Señor el dia 23 de Octubre del año 1579. Hablan de este virtuoso varon Aug. Flor., en su *Historia de la gran Camáldula*, y tambien Bucelino.—A. L.

ROMUALDO DE PARMA. (Fr.), religioso capuchino, de la ilustrísima casa de los condes de Castetína en la Lombardía. Nacido en noble cuna el humilde Romualdo, manifestó desde su infancia las grandes cualidades con que le habia adornado la Providencia para servirla en el claustro. Aunque rodeado de todos los esplendores propios de su elevada gerarquía, huyó siempre

las grandezas humanas, y vivió en su casa lo mismo que en el fondo de un monasterio. Huia siempre el trato con los seglares, prefiriendo el de religiosos, con los que aprendia las santas máximas de la piedad. En la capilla de su palacio, que procuró se adornase con el mayor lujo y magnificencia, estableció cofradías compuestas de sus parientes, amigos y criados, haciendo se celebrase el culto con la mayor magnificencia y esplendor, preluciando así en la juventud lo que habia de ser al llegar á la edad madura. No contento con esto, procuraba que todos los de su familia cumpliesen con todas las prácticas religiosas, y corregia todos sus defectos, áun los mas pequeños, deseando que el nombre de su casa brillase aún mas que por la nobleza de sus antepasados, por la religiosidad y piedad de los contemporáneos; así era amado y respetado de todos, que no obstante su corta edad, veneraban en él la superioridad de su vocacion, y le miraban como un futuro santo. Romualdo, en efecto, sin llegar á merecer esta denominacion, fué durante su vida un verdadero siervo de Dios, y cumplió, en cuanto cabe en las fuerzas humanas, con los preceptos evangélicos. Comenzados sus estudios, distinguióse mucho por su claro talento y aplicacion, haciendo tales progresos, que fué la admiracion de sus profesores. Para él no habia dudas ni dificultades, todo lo sabia, todo lo adivinaba, é iba con frecuencia mucho más allá de los mismos autores. Su carácter dulce y amable, y sus buenas cualidades, daban doble realce á aquellas dotes, pues respondiendo siempre con modestia á cuanto se le preguntaba, y procurando llenar su cometido de una manera correspondiente á su carácter y dignidad, sin altaneria ni presuncion, supo conquistarse el afecto de cuantos le rodeaban, y hacerse amar de iguales y superiores. Aún no habia terminado sus estudios, cuando determinó tomar el hábito en la religion seráfica; su familia veia con sentimiento esta determinacion, pues hubiera deseado que únicamente perteneciese al clero secular, donde podia esperar grandes ascensos, y caso de que no los obtuviese, vivir á su lado con cierto esplendor de que careceria de todo punto en una órden mendicante. Mas Romualdo era de opinion distinta, pues sus aspiraciones consistian en vivir en la pobreza y obediencia, escuela de Cristo á que habia deseado consagrarse desde su niñez con todo su corazon. Supo vencer estas dificultades con su misma humildad, y desde el instante en que tomó el hábito religioso, manifestó más grandeza, si cabe, que la que en el siglo habia manifestado. Pero su grandeza no consistia en la pompa mundana, que por lo general rodea á los grandes, sino por el contrario, en el alejamiento de esta pueril vanidad, en la carencia absoluta de toda grandeza, de todo fausto. Tratábase como el último de los religiosos, procuraba imitar sus más humildes acciones, y hasta procuraba fingirse idiota para que no se pudieran elogiar las luces naturales con que la Providen-

cia le habia dotado. Sus prácticas de penitencia y devocion eran tan continuas como fervorosas, y temiendo por su salud le mandaron mitigarlas sus superiores, lo que hizo él con grande sentimiento, pues miraba como su sola grandeza, como el único resto de lo que debia á su nombre y á su familia, vencer á los otros en austeridad y mortificaciones, en ejercicios de amor y santidad. Pasó así el año del noviciado, y cuando profesó, depuso con la mayor alegria á los pies de sus superiores la especie de independencia que suponia le daban desde entónces, queriendo vivir siempre fuera de sí mismo, y entregado á la obediencia, en lo que veia su verdadero camino de perfeccion. No quisieron, sin embargo, aceptar aquellos tal ofrenda más allá de los límites que imponia la regla, mandándole se conformase con sus santas prescripciones. Fué de consiguiente el P. Parma un modelo de observancia regular, no separándose un ápice de lo que habian dispuesto los reformadores de la Orden seráfica, y no procurando tampoco ir más allá, pues lo creia una transgresion de su voluntad y preceptos; fué por este motivo una especie de oráculo de todos los religiosos, que acudian á él en sus dudas y dificultades, y le consultaban con placer, seguros de que conseguirian la tranquilidad de sus conciencias, la paz que buscaban, y el alivio que necesitaban para vivir en religion. Ordenado de sacerdote, aunque á pesar suyo, pues no se creia acreedor á esta dignidad, cumplió con todos sus deberes con exquisito celo y escrupulosidad, procurando no decaer de la buena opinion que habia adquirido, no solo en el convento sino tambien fuera de él, por su celo religioso y por sus piadosas prácticas. Destinado al púlpito consiguió gran número de conversionos, pues como su ejemplo precedia á la eficacia de su palabra, toda Parma acudia á sus predicaciones y las tomaba como norma de su conducta, convencida de que le serviria para el camino de la virtud, por el que todos, áun los mas criminales, quisieran andar, aun cuando de él los alejen sus instintos y pasiones, que no pueden dominar, pero que procuran por lo ménos ocultar. El P. Parma comprendia, sin embargo, que la hipocresía es peor que la misma maldad, y se apresuraba á desenmascararla siempre que se le presentaba ocasion para ello, sin que por esto se aumentase el número de sus enemigos, pues su dulzura y amabilidad desarmaba áun á los mas airados, y todos caian á sus pies confesando su doble falta, sin atreverse ni áun á murmurar contra el que la habia descubierto. Asistente al confesonorio, hallábase rodeado en él de penitentes, á los que animaba á expiar sus flaquezas y abandonar la senda de perdicion en que se hallaban enredados: sus palabras, su ejemplo, como hemos dicho ya, y su carácter, le hacian conquistar áun los corazones más empedernidos, y no habia pecador que no se atreviese á confiarle áun los más graves errores, ni jóven que al entrar vacilante en el torbellino de la vida no acu-

diese á él para pedirle sus consejos y someterse á su direccion. Fué de consiguiente tanta la popularidad que llegó á obtener en Parma, que no le era suficiente el dia para acudir al gran número de penitentes que se acercaban á su confesonario, teniendo á veces que habilitar parte de la noche para no dejar sin consuelo á las ovejas descarriadas que acudian á él como á un buen pastor. Muchos fueron los hijos espirituales que llegó á reunir, algunos de los cuales elevó al más alto grado de perfeccion; y otros si no consiguieron que la Providencia les pusiese en tan buen camino, tuvieron al ménos la fortuna de que este Padre los animase con sus consejos y los aliviase en sus desgraciados remordimientos. Pero tantas fatigas, tantos trabajos, tan contínuos sufrimientos, no podian ménos de alterar su salud, como en efecto se verificó. Debilitáronse sus fuerzas, faltóle la cabeza y el estómago, y los últimos años de su vida los pasó entre todo género de dolores y padecimientos. Ni la mudanza de aires, ni los más experimentados remedios, ni los médicos más reputados, nada bastó para restablecer sus fuerzas, ni dar una sola esperanza de vida, y al cabo murió con la paz de los justos, con la alegría del hombre que, seguro de que ha cumplido con todos sus deberes, solo ve en el tránsito á la eternidad el cumplimiento de una ley divina, el término de las imperfecciones, el cumplimiento de las leyes de la Providencia.—S. B.

ROMUALDO DE SALERNO. Este prelado fué de una ilustre familia, á la que honró con su prudencia, su piedad y sus escritos. Fué nombrado arzobispo de Salerno en 1153, y gobernó esta iglesia hasta 1181 con gran reputacion y sabiduría. Murió en este año, muy sentido de sus diocesanos. Fué uno de los prelados más sabios de su época; se habia aplicado á la historia, á las bellas letras y á la medicina, tanto como á las ciencias que convenian á su estado. Tuvo mucho ascendiente con los reyes de Sicilia, y especialmente con Guillermo II, llamado *el Bueno*, á quien habia coronado, y el cual nada hacia de importante sin consultarle. Envióle este príncipe á Venecia con otros, para negociar la paz entre el papa Alejandro III y el emperador Federico *Barbaroja*, en cuya ocasion fué muy obsequiado. Se conserva de Romualdo una crónica que empieza en la creacion y acaba el 1178, que es la primera pieza del séptimo volúmen de la *Coleccion de escritores de la Historia de Italia*, publicada por Luis Antonio Muratori en 1725, en fólio, en Milan. Además de esta crónica, escribió tambien Romualdo la vida de muchos santos, y es autor del *Breviario* de que se sirvió la iglesia de Salerno hasta el año 1587, que segun el prefacio de Muratori, de donde se han tomado estas noticias, es diferente del *Breviario romano*. —C.

ROMUALDO DE TURIN (P.), religioso capuchino de la provincia de Génova, natural de la ciudad que indica su apellido, donde probablemente tomó

el hábito y profesó. Siguió sus estudios con grande aprovechamiento, distinguiéndose en los de teología y sagrada Escritura, en cuyas ciencias estuvo muy versado, mereciendo por ello notable reputacion en su Orden y fuera de ella. Era muy amante de la observancia regular y de todas las virtudes religiosas, en cuya práctica fué un verdadero modelo, por lo que le honraban igualmente sus superiores que sus compañeros. Nombrado misionero apostólico, desempeñó este cargo por largo tiempo, adquiriendo en él tal práctica y experiencia, que pudo escribir una obra de texto para los que á él se dedicasen, lo que hizo en efecto, imprimiéndola en Vercelli en 1614. Hallábase dotado de muy buenas cualidades para el ejercicio á que se consagraba, pues á su hermosa voz y majestuosa presencia, reunia una facilidad y gracia en el decir, que cautivaba á cuantos le escuchaban; y sus profundos conocimientos y regulares costumbres aumentaban la influencia que naturalmente poseia, de manera que pocos se atrevian á negarse á seguir sus conceptos, ni obedecer á sus exhortaciones, siendo en su siglo uno de los misioneros más afamados de Italia. Honráronle los pontífices con varias gracias espirituales, que él usaba con la correspondiente mesura, prefiriendo que sus penitentes siguiesen el camino de la cruz, lavando sus pecados con sus lágrimas, á que se aprovechasen de la bondad del vicario de Jesucristo en extremo benévolo con los pecadores, á quienes como perdidas ovejas, desea volver, aunque sea sobre sus hombros, al rebaño de la Iglesia. Esta ha sido siempre la costumbre de los PP. Capuchinos, que sin dejar de ser buenos y amables para con los pecadores, han procurado constantemente que coman el pan de la expiacion para que con más dificultad vuelvan á encenagarse en sus antiguas faltas, conservando su memoria como eterno remordimiento en su corazon, y negra mancha que cubre y ofusca su vista, para conocer de esta manera su propia pequeñez y la grandeza del que como padre eminentísimo no tiene inconveniente en admitirles á su seno. Esta era tambien la costumbre de la Iglesia primitiva, tan rigurosa con los pecadores, y cuyas grandes penitencias nos asombran hoy con solo su lectura. Tales fueron, pues, los modelos que se propuso y siguió el P. Romualdo, como consta más detalladamente en sus obras, que son las siguientes: *Disputationum theologicarum, lib. II,* en 4.° — *Adnotationes in Sacram Scripturam, tomos III,* en 4.° — *Manuale præcipuarum controversiarum catholicæ fidei ad usum et commoditatem missionariorum;* Vercelli, 1616, en 4.° — S. B.

ROMULA (Sta.). Hallamos en el libro IV de los diálogos del Pontífice San Gregorio, que esta Santa, á la que recuerda nuestra Iglesia católica el dia 23 de Julio, fundó en el siglo VI de nuestra era en la ciudad de Roma, de donde fué tal vez natural, una especie de monasterio, en donde vivia con otras dos compañeras, llamadas Redenta y Erundina, practicando las tres las

virtudes cristianas con la mayor perfeccion, y siendo modelo de castidad, de paciencia, de sufrimiento y de penitente austeridad. Probólas Dios con graves enfermedades, que sufrieron con santa resignacion, bendiciendo la mano del Señor, que así las trataba, para mejor recompensar despues su santidad, y despues de haber vivido muchos años, persistiendo siempre en la virtud y amor á Dios, las llamó este sucesivamente en los últimos años del siglo VI, para premiar su piedad constante, y quiso que llegase hasta nosotros la memoria de su santa vida. — C.

ROMULO (S.). Escasísimas son las noticias que nos han llegado de este santo, cuyas actas se perdieron, si bien se conservó la memoria de sus heróicas acciones, y al mismo tiempo de sus milagros, pues el Señor se dignó hacer muchos por la mediacion de este su tan favorecido siervo. Sábese, sin embargo, por tradicion, pero tradicion competentemente autorizada, que Rómulo fué diácono y sirvió bajo las órdenes y direccion del glorioso San Sabino, obispo canusino, el cual como tenia superior ilustracion acerca de las virtudes y dotes de este fiel ministro del Señor, se empeñó en tenerle á su lado, presumiendo, con razon, que un hombre de tanto mérito le serviria para muchas cosas, que pudiéndoselas confiar con entera libertad, habian de lograr felicísimo éxito; por lo cual en el sagrado órden del diaconado y con las más ámplias facultades y la más íntima confianza del Obispo, pasó su preciosa vida atesorando sus merecimientos para cuando al Señor plugo llamarle á su posesion. Desde los primeros momentos logró el crédito que merece un hombre justo, benéfico y caritativo, y sus virtudes, por más que él tratára de ocultarlas bajo el velo de la profundísima humildad, que era en él como fundamento de todas, no pudieron pasar desconocidas, por cuya razon, verificado apénas su fallecimiento, se trató por los del pueblo, y principalmente por el cabildo eclesiástico, que tuvo más ocasion de admirarle y de conocerle á fondo; se trató, decimos, de justificar canónicamente los heróicos hechos de este verdadero siervo del Señor, que merecieron, como no podia ménos, la calificacion de sublimes, y el que los ejecutó el epíteto de santo y la consiguiente consideracion de tal. Nada pareció más lógico que enterrar á este hombre excelente, y ya condecorado con tan ilustre dictado, al lado de su maestro y señor S. Sabino, así que ambos estan en un suntuoso mausoleo de mármoles riquísimos, del cual fluye cada año en la víspera y dia de su festividad (que es el 9 de Febrero) un licor suavísimo y delicado, que es recogido con cuidadoso esmero, y que sirve para curar enfermedades sin cuento. Los de Aripalda, en los Alpes, escogieron por su patrono á nuestro S. Rómulo, y se glorian mucho de haber hecho tal eleccion, porque el Señor les ha dispensado muchos favores por medio de su querido siervo.—G. R.

ROMULO (S.). Fué este ilustre Santo célebre en más de un concepto. Oriundo de una de las más distinguidas familias de Palestina, renunció voluntariamente al porvenir que le esperaba al lado de sus padres y dueños, y desde luego confesó la fe en Jesucristo con un ardor y con una aplicacion y constancia al estudio é inteligencia de los divinos misterios, en lo que puede nuestra frágil miseria llegar á comprenderlos, tal que era la admiracion de todos, y lo fué hasta el extremo de obligarle los prelados á que ascendiese al ministerio importantísimo del subdiaconado, ministerio que en la época en que florecia nuestro Santo, que fué por los fines del siglo III de la Iglesia, era tanto más importante, cuanto que para este como para los demás cargos en la Iglesia del Señor se buscaban, y se buscaban con esmero, los sujetos, lográndose como se lograba el que fuesen santos casi todos los ministros del Altísimo. Si ántes de pertenecer al estado eclesiástico habia dado Rómulo testimonio de las muchas y excelentes virtudes que le habian hecho acreedor á tan singular prerogativa, luego de ser subdiácono habia de corresponder con tanta fidelidad á esta misma dignacion que la Iglesia habia tenido con él, así es que si virtuoso era ántes de su ordenacion, mucho más virtuoso si cabe fué despues, porque ya entónces se hizo como una ley obligatoria para él, no solo dar buen ejemplo, sino alentar á los fieles al mejor servicio de Dios, mediante la más exacta observancia de los preceptos santos y útiles consejos del Evangelio. Muchísimo aliciente le dieron los ejemplos de otros jóvenes como él, tan esclarecidos como él en santidad, y esto sin duda, alentándole en gran manera y cooperando la gracia de Dios, le hizo admirable en sus obras y dió á su palabra tal fuerza y tal conviccion, que áun cuando no era su ministerio la predicacion, pues esta como es sabido está confiada á los obispos, presbíteros y diáconos; no obstante, se le obligó á predicar, porque se presumia, con razon, que serian muchos los frutos que de esto se sacaria, y tambien porque el prelado de Diospolis, que fué la iglesia á que le agregaron, pensaba en obligarle á ascender al diaconado, aunque él mucho lo repugnaba, á consecuencia de su profundisima humildad. Por supuesto, que no dejó de estudiar las verdades, principios y misterios de nuestra sacrosanta religion, y claro es que cuanto más estudiaba y más comprendia sus arcanos, más á ella se aficionaba, y más y más comprendia cuán conveniente era sostener la verdad de su doctrina, y confundir á cuantos á esta confesion se opusieran. Sabido es que en los primeros tiempos de la Iglesia la guerra que al catolicismo hacian sus enemigos era más violenta, más marcada, por decirlo así, que en épocas posteriores; pero tampoco se ignora que el heróico sufrimiento y la valentía con que los confesores de la verdad hacian la protestacion de esta ante los tiranos más crueles, era sobre una prueba incontestable de la verdad, un camino segu-

rísimo de dicha para los que la confesaban; así que por este camino echó nuestro esclarecido subdiácono Rómulo. Gobernaba á Cesaréa Urbano, y no era amigo ni del cristianismo ni de los que le profesaban; pues bien, á este hombre inhumano y descreido se presentó Rómulo con otros siete valerosos jóvenes y le dijo ser cristiano, ser esta religion la única verdadera, ser el seguir sus máximas el solo medio seguro para lograr la salud eterna; y le dijo, en fin, tantas y tales cosas, que quedó confundido, avergonzado, pero ni convencido, ni mucho ménos movido á abrazar el camino de la verdadera felicidad y dicha. Su enojo se convirtió contra los jóvenes que tan valerosamente confesaron á Cristo, y los hizo padecer tormentos inauditos coronándolos con la auréola del martirio que ciñeron, siendo degollados el dia 24 de Marzo del año 303. Claro es que averiguadas sus virtudes y halladas heróicas, se hizo ver al Padre comun de los fieles que merecian estar en el catálogo de los santos, y despues de cumplidos los requisitos para que recayera sobre ellos tan glorioso dictado, le lograron, así como muchísima veneracion, no solo en su época, sino hasta el dia. La circunstancia de no ser conocidos apénas los nombres de los demás mártires, fué el motivo de que Rómulo adquiriera más nombre; bien es verdad que Dios ha hecho por su medio muchos milagros.—G. R.

ROMULO (S.), mártir. Croisset nos da razon de otro santo de este nombre, hermano de S. Segundo, señalando su memoria el dia 24 de Marzo; pero no nos da otra noticia de su vida, más que ambos fueron sacrificados en Berbería por los vándalos, pero sin decir la fecha ni el lugar y suplicio que les dieron.—C.

ROMULO (S.), mártir. Igualmente nos da el propio autor al mismo dia 24 de Marzo, razon de este otro santo; pero extendiéndose algo más que el anterior, nos dice que fué martirizado en Cesaréa de Palestina durante la persecucion de Diocleciano, con los santos Agapio, Alejandros, dos Dionisios, Pamides y Timolao. Añade acerca de su martirio que su muerte fué gloriosa por la constancia con que tanto S. Rómulo como todos sus compañeros sufrieron por tres ó cuatro veces los golpes de una hoz, con la que fueron degollados el dia 24 de Marzo, en el que les recuerda la Iglesia, del año 303 de la era de Cristo.

ROMULO (S.), mártir. Entre los muchos mártires que ennoblecen la Iglesia católica por haber derramado su sangre por la fe de Jesucristo, cuenta la Iglesia en su conmemoracion relativa al 17 de Febrero, al glorioso S. Rómulo, el cual segun Croisset, con referencia á sus actas, fué martirizado con S. Donato y S. Secundiano en Concordia, ciudad de Italia, del distrito de Venecia, el año 303 de nuestra era, por no haber querido prestar adoracion á los ídolos, cuyo ejemplo imitaron otros ochenta y seis cristianos,

que murieron sacrificados con ellos en el mismo dia y ciudad. —C.

ROMULO, Donato, Hermogenes y Silvano (Stos.), presbíteros. Todos estos santos fueron naturales de Panonia y sirvientes de la iglesia de Sirmio. En la horrible décima persecucion de la Iglesia, principiada en 23 de Febrero del año 303, y cuando ménos esperaban estos santos jóvenes verse arrebatados á sus dulces y piadosas ocupaciones, llegó á la ciudad el presidente Victoriano nombrado por el emperador Diocleciano, con órden de perseguir y atormentar á todos los cristianos. Dió principio á su infame comision ensañándose con los clérigos; prendiendo y sepultando en un horrendo calabozo á los santos que motivan el presente artículo, no perdonando medio alguno, y empleando ora el rigor y la dureza, ora los halagos y las seducciones, para apartarlos de la verdadera creencia y hacerlos prevaricar, ofreciéndoles la vida, la libertad, honores y riquezas si consentian en sacrificar á los falsos dioses del paganismo. Pero no pudiendo obtener fruto alguno con sus promesas ni sus amenazas, ordenó que los santos jóvenes fueran degollados, ejecutándose la inhumana sentencia en un mismo dia, sucumbiendo con el mayor valor y glorificando al Señor aquellos ínclitos mártires de la fe. Sus reliquias fueron recogidas y cuidadosamente conservadas por algunos fieles amigos de los venturosos clérigos, trasladándolas á Italia y exponiéndolas á la pública veneracion luego que la Iglesia adquirió la paz y la libertad. Venerábanse en la ciudad de Forli, donde se celebraba la memoria de estos santos el dia 2 de Agosto, aniversario de su martirio.—M. B.

ROMULO, obispo y mártir (San). Empezó el cristianismo á esparcirse por la autorizada lengua de los apóstoles, que obedeciendo la órden que les diera ántes de su desaparicion de la tierra, se repartieron por el mundo predicando el santo Evangelio, ley de gracia que da la salud eterna al que la observa. Eligiendo el príncipe de los Apóstoles, guiado por Dios, la ciudad de Roma para establecer la silla del cristianismo sobre el trono de los Césares, aquella ciudad que, señora del mundo, habia de serlo despues de la Iglesia católica, destruyendo para ello sus falsos dioses para que sus hijos militasen bajo el estandarte de la cruz. Apénas empezó S. Pedro á esparcir las verdades de la fe por la cesárea ciudad, se acercó un dia á él un jóven noble romano, natural de la misma ciudad y de muy ilustre prosapia, el cual, de talento claro y muy versado en las ciencias humanas, era apreciado de sus conciudadanos por su saber y buen carácter. Entrando en plática con el príncipe de los Apóstoles, le manifestó sus deseos de hacerse cristiano, y le pidió unirse á él y á sus hermanos por medio de las aguas bautismales de la gracia. Despues de larga plática, en la que conoció San Pedro la verdadera vocacion y conversion del jóven Rómulo, le bautizó y

dió su bendicion, con lo que quedó aquella alma pecadora en estado de gracia y henchida de gozo celestial. Regenerado Rómulo de este modo, empezó á vivir como cristiano, despreciando todo lo que hasta entónces le habia halagado y procurando lavarse de las manchas que en él pudiera haber impreso el politeismo, á cuyos dioses y doctrina se decidió hacer cruda y eterna guerra. Dió tales pruebas de piedad y virtud evangélica desde luego el jóven Rómulo, que conociendo S. Pedro lo útil que habia de ser para la propaganda cristiana que él inauguraba, lo consagró obispo, y le mandó á predicar el Evangelio por los demás pueblos de Italia. Dirigióse á Fiesoli, y predicando la verdadera luz, dió vista á muchos ciegos de fanatismo, que á la claridad de la verdad confesaron á Jesucristo, haciéndose el Santo el primer obispo de aquella ciudad, el pastor de aquella grey. De Fiesoli pasó el Santo á Bérgamo, y de aquí á Brescia y otras ciudades, logrando en todas arrancar al demonio almas para el cielo, y aumentar el número de cristianos en Italia. Despues de haber hecho una copiosa cosecha de fieles, y dejado por todas partes quien continuase la propaganda, se volvió á Fiesoli con cuatro compañeros que le seguian á todas partes, ayudándole en sus tareas apostólicas. Promulgóse la persecucion de Domiciano contra los cristianos, y como el obispo de Fiesoli, léjos de intimidarse y huir de su furor, empezó á predicar con más ardor para sostener la fe de sus ovejas, fué martirizado por los fieros idólatras, y la Iglesia le venera como Santo mártir el dia 6 de Julio.—B. C.

ROMULO Martir (San). Débil y miserable es el poderoso mundano ante la omnipotencia de Dios. En su loca soberbia, si se vé sobre el trono de una gran nacion, cree poderlo todo con su voluntad, mira á los hombres como un rebaño de ovejas dóciles á su voluntad, y los juzga miserables instrumentos de sus caprichos. Asi juzga á la humanidad el que debiendo al nacimiento ó á la fortuna su alta posicion, olvida que si Dios le colocó á aquella altura, fué para que representándole en la tierra, fuera el padre cariñoso de sus subordinados, y no su tirano, su protector decidido y no su opresor. Empero si alguna vez permite el Señor, en sus altos juicios, que el pastor tiranice á sus ovejas, es solo para probar á ambos por distintos medios; al primero para que sirva á veces de instrumento de su divina justicia, ó para que dejándole en la libertad de su albedrío escoja el camino de su gloria, ó el de su perdicion eterna; y á las segundas para probar su fe y para que con su resignacion y virtud logren un dia verse ensalzadas por sus propios sufrimientos, y puedan comparar su dicha con la desdicha de su opresor. De mil maneras manifiesta Dios diariamente su omnipotencia, y de gran manera la significó en los principios del cristianismo abatiendo el orgullo de los soberbios señores del mundo antiguo, los idólatras emperadores

romanos, ante la constancia de los mártires de la fe de Jesucristo, que con las poderosas armas de la humildad y del sufrimiento, insultaron su arrogancia y les vencieron en singular pelea, alcanzando por premio de su victoria coronas y tronos de gloria eterna, y áun si se quiere mundana, más esplendentes y preciosas que las de los Césares que á los ojos del verdadero creyente son solo humo que disipa el más ligero céfiro, al paso que pesadísimos yugos que oprimen la cabeza de los soberbios hasta convertirse en contrapesos que les obligan á precipitarse en el lóbrego averno. Si los emperadores idólatras romanos pudieron gozarse un dia en derramar la sangre cristiana á torrentes, más se gozáran los mártires al verterla por su Dios, pues que en cambio de los sufrimientos finitos, obtuvieran una dicha sin fin, y viéndose unos y otros en la eternidad, la rabia de los tiranos al ver reyes á sus víctimas aumentó su martirio interminable, viéndose convertidos en miserables reptiles del infierno á disposicion de los caprichos de Lucifer, del que fueron fieles satélites en la tierra. Entre los muchos mártires, que ilustraron con su sangre la religion católica, debemos contar á S. Rómulo, idólatra convertido á la fe en lo más encumbrado de sus creencias, y no seducido por los halagos que le ofreciera la apostasía de la doctrina de sus padres, sino vencido por la razon, que iluminó su alma á la vista de la sangre de las víctimas, y á presencia de los mártires que él mismo preparaba al sacrificio; pues Dios ha permitido muchas veces, para confusion de sus enemigos, que el mismo verdugo se convierta en víctima y entregue á otro el cuchillo con que se preparaba á herir á los que se destinaban al sacrificio, para ser él mismo inmolado á la vez con ellos. Era el glorioso S. Rómulo un gentil bien aleccionado en las doctrinas de la idolatría, y por lo tanto adorador de Júpiter, de Venus y de todas las monstruosidades del politeismo, y enemigo irreconciliable de los cristianos. Fuera de esto era un hombre honrado, fiel á su señor, y no le faltaban las virtudes que se asociaban á sus creencias, lo que fué causa de que mereciese la entera confianza del famoso César español el emperador Trajano, emperador romano que, fuera de su enemiga por los cristianos, porque estaba cegado por la idolatría, fué en lo demás la mayor honra del imperio de los Césares y gloria de España de la que fué hijo. Envió Trajano á Rómulo á las Galias á fin de que se enterase del estado en que se encontraban las legiones acantonadas en aquel país, y á que obligase al ejército todo á que adorase á los dioses, pues que tenia noticias de que habia entre los soldados algunos cristianos. Llego Rómulo á los cantones, deseoso de llenar su mision, y como encontrase resistencia en su jefe Eudoxio á prestar adoracion á los ídolos, y viese que le seguian en esto algunos otros jefes y no pocos soldados, dió cuenta á Trajano de lo que sucedia Esta con-

tradiccion ofendió tanto al Emperador, que era ciego adorador de los dioses y por lo tanto enemigo irreconciliable de los cristianos, que mandó á Rómulo hiciese marchar en castigo inmediatamente á aquel ejército de las Galias á Melitina, en Armenia, sin consideracion alguna á su jefe, á pesar de su cualidad de ciudadano romano, y de estar adornado con las más altas condecoraciones del Imperio. La resistencia de jefe tan condecorado y de tantos soldados á la vez á adorar los ídolos, hizo á Rómulo entrar en sí mismo y estudiar un poco las máximas del cristianismo, y como Dios aclarase las tinieblas de su alma y le hiciese ver con la luz vivísima de la fe las verdades del Evangelio, se arrepintió de todo corazon de haber sido instrumento de las iras de su señor, y conocida que fué por él la falsedad de los dioses á quienes hasta entónces habia prestado adoracion, y la bondad y verdadera existencia del de los cristianos, abjuró de sus antiguas creencias, y abrazando la cruz del que proclamó la verdad en el Gólgota, se presentó al Emperador y le confesó que él tambien era cristiano, y que como tal aborrecia á los dioses paganos y adoraba á Jesucristo, único Dios verdadero. Trajano, que de tal modo vió renunciar á su favorito á su confianza y á todos los honores de la corte, se encendió en ira creyendo ultrajada su dignidad, y llamando á sus guardias, mandó que inmediatamente y sin consideracion á su clase y circunstancias fuese decapitado su mayordomo. Con ánimo sereno y rostro alegre oyó su sentencia Rómulo, y despidiéndose de su señor temporal, no sin anatematizar de nuevo sus creencias y manifestarle sus errores, siguió á sus verdugos cantando alabanzas al Dios verdadero, muy gozoso de que le proporcionase el bautismo de sangre que habia de conducirle á su servicio. Ejecutóse la sentencia, y el alma de Rómulo subió coronada en el martirio, en alas de los ángeles, que le confortaron en él, á recibir de manos de su Dios la auréola de la victoria, y á poseer un trono de gloria eterna en donde no tardó mucho en envidiarle Trajano, que murió en su error, para ser juguete del demonio en las lóbregas cavernas del infierno. Recuerda la Iglesia el heroismo de Rómulo el dia 5 de Setiembre, y con él á los santos Eudoxio, Macario y Zenon, jefes de los expresados cantones de las Galias, que con mil ciento y cuatro soldados de sus legiones, que como ellos se convirtieron al cristianismo, fueron sacrificados por la fe de Jesucristo. En efecto, reinando Maximiano, se enviaron nuevas órdenes al prefecto de Melitina, á fin de que obligase á todo aquel ejército contaminado por los cristianos á prestar adoracion á los ídolos, y para que hiciese matar á cuantos no obedeciesen, fuesen jefes ó soldados, y como Eudoxio, Macario y Zenon se confesasen cristianos, fueron decapitados, así como, despues de atormentados, todos los soldados que se manifestaron cristianos. De este modo quiso Dios castigar la soberbia de

dos emperadores y premiar la humildad de sus víctimas, llevándolas al Paraíso celestial en premio de su heroismo.—B. S. C.

ROMULO (S.), martir. Era prefecto del palacio de Trajano, y viendo la crueldad con que perseguia el Emperador á los cristianos, no pudo ménos de oponerse á ella, por lo que fué desterrado á la Celtiberia, donde no tardó en ser martirizado. Los autores andaluces le suponen natural de Itálica, copiando la siguiente inscripcion, que ignoramos de dónde se ha tomado: *S. Romulus Trajani Cæsaris præfectus, patria Italicensis Hispanus in Hispaniam ab eodem relegatus, in Celtiberia patitur.* Pues el Martirologio Romano en el dia 5 de Setiembre en que se celebra la fiesta de este Santo únicamente dice: *Eodem die S. Romuli aulæ Trajani præfectus, qui cum sævitiam Imperatoris in christianos detestaretur, cæsus virgis, capite truncatus est.* El arzobispo de Zaragoza, Marco Máximo, dice únicamente que era célebre en Itálica su memoria: *Celebris est memoria Italicæ in Hispania Romuli sub Trajano passi.* Citan á este santo Metafraste, Surio y otros autores. El arzobispado de Sevilla comenzó á celebrar su festividad en 1620. — S. B.

ROMULO (S.), obispo de Irlanda, en cuyo Martirologio se encuentra su vida, como tambien en las adiciones de Molano. Escríbela Joselino en el capítulo 152. Se celebra su fiesta en 1.° de Octubre. —S. B.

ROMULO (S.), confesor. Citado por Canisio en su Martirologio, y por Molano en las adiciones. Se recuerda su memoria, segun Ferrasio, en 26 de Diciembre. — S. B.

ROMULO (P. Fr. Angel de San), franciscano italiano, de la provincia de Génova. Floreció en el siglo XVII, distinguiéndose mucho por su ciencia y saber, pues consagrado desde sus primeros años á estudios lingüísticos llegó á poseer con grande perfeccion los idiomas latino, griego, hebreo, caldeo, arábigo y siríaco, siendo el asombro de su siglo, que admiraba sus vastos conocimientos en tan complicadas materias. Este vasto fondo de erudicion y y la no menor que poseia en las sagradas Escrituras, le puso en estado de hacer uno de los más delicados y difíciles trabajos que pueda concebir el ingenio humano. Tal fué su *Gran Diccionario* de voces latinas con sus correspondencias en los idiomas hebreo, caldeo, griego, siríaco y arábigo, ilustrando de este modo la Biblia, y facilitando en gran manera su traduccion á los que le han seguido. Este género de trabajos, tan poco brillantes como laboriosos, son por desgracia escasamente recompensados á los que á ellos se consagran, y sus autores tienen que contentarse con el aprecio de unos cuantos sabios, que apreciando sus tareas en su verdadero valor, les hacen la merecida justicia. Así es que el nombre de Fr. Miguel Angel de S. Rómulo ha quedado casi desconocido, y no obstante ser un verdadero políglota, apénas se le cita entre los que se han adquirido esta tan laudable fama.

Nuestro siglo, que á todos los ramos del saber ha concedido innumerables prerogativas, que para todos tiene sueldos, honores y condecoraciones, casi ha olvidado los idiomas, á pesar de que le son más necesarios que nunca, y relegádolos á el último lugar en las universidades, puesto que sus catedráticos carecen de categoría, y hasta se prefiere á los extranjeros advenedizos, sin educacion ni carrera literaria, cuya pronunciacion es acaso superior á la de los naturales, lo cual es cuestionable, y lo sería mucho más si de este ramo se hiciese una carrera especial, dependiente de la Interpretacion de lenguas, á cuyos empleados, que no son extranjeros, se les concede la gracia de que saben traducir mejor que estos, pero de ningun modo se hallan en igualdad de circunstancias para obtener una cátedra, aunque es sabido que en estas se aprende únicamente á traducir, siendo ya vulgar el dicho de que los idiomas se aprenden mejor sin maestro que con él, lo cual procede de la ignorancia de los que desempeñan esta profesion. Hubiérase fundado una escuela, puesto que ya existe su junta superior, por decirlo así, y con muchos ménos sacrificios que en las de Montes ó Minas, tendriamos excelentes profesores é intérpretes, de que carecemos por completo, teniendo que valernos de extraños en este ramo en países extranjeros, pagándolos con raudales de oro, cuando en el nuestro hay tantas personas beneméritas y entendidas, que podrian desempeñarle dignamente, y tantos jóvenes ganosos de saber y progresar, que por resultado de todos sus estudios ó no encuentran un pedazo de pan, ó tienen que abandonar sus favoritas tareas, lanzándose á la política, la hidra del siglo XIX, que ha segado en flor tantas cabezas, que podrian reposar tranquilas y coronadas de laureles en el seno de la patria que les vió nacer, que hubieran sido nuevas y florecientes glorias de su país, y que hoy son recuerdos amargos para muchos, y á los que ignoramos cómo juzgará la historia; pero que de todas maneras, aunque coronadas de laureles, sus laureles no han reverdecido, sino regados con sangre y lágrimas, lágrimas y sangre que hoy son un arroyo, que estan próximas á convertirse en un rio, y ójalá no lleguen á ser un extenso mar. Créense nuevas carreras, procúrese dar una salida á la juventud laboriosa, y los siglos futuros bendecirán al nuestro, elogiarán sus progreses, pues serán sus herederos. Ciertamente que los hombres que bajo este concepto nos sucedan, no participarán sino en una pequeña parte de la gloria de Miguel Angel de S. Rómulo, que buscarán en un trabajo el lucro al mismo tiempo que la honra; pero quién sabe si ya que no la virtud de la abnegacion, cultivarán virtudes de otro género, si no se distinguirán por su caridad y su religion. Mas de todas maneras no debemos negar el mérito que corresponde al individuo que nos ocupa, citando su nombre y el de la obra que ha dado orígen á esta digresion, que es el siguiente: *Diction-*

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

rium vocum latinarum, quibus exponuntur hebraicæ, chaldaicæ, syriacæ et arabicæ in concordanciis hebraicis Marrie de Calasio; Roma, 1622, cuatro volúmenes. Cuatro años duró la impresion de esta obra, de que cuidó con grande esmero, puesto que á cada palabra, además de las raíces de que se deriva y de su significacion usual, aumentó las voces caldea, siríaca y arábiga, y los vocablos rabinos, con su consonancia hebrea, y la version latina con sus variantes en las ediciones de la *Vulgata* y de los *Setenta*. —S. B.

ROMUALDO, dominico aleman, natural de Argentina, hijo de una familia acomodada, que no perdonó medio alguno para darle una esmerada y brillante educacion. Las aspiraciones más vehementes de su piadoso padre eran las de ver á su tierno hijo en el estado eclesiástico, siempre que el Señor le hubiera llamado á tan santa profesion, mejor que no á la carrera del foro, que era la seguida ordinariamente por los jóvenes bien acomodados en aquella época; mas nuestro personaje no se sentia inclinado ni á desempeñar las elevadas funciones del sacerdocio, ni ménos á consagrar su existencia á los áridos estudios del bufete, dedicándose exclusivamente al contínuo y desagradable empleo de defender intereses materiales encontrados siempre y no justos con frecuencia. Era tan grande y decidida su aficion á las ciencias exactas, que deseoso de encontrar maestros capaces de instruirle en ellas, pasó á Francia, y estableciéndose en París bajo un nombre supuesto, permaneció oculto con él hasta que hubo conseguido completamente su objeto. No tardó mucho tiempo en anunciarse como profesor de matemáticas, ciencia en que le quedaban todavía que adquirir algunos conocimientos, aunque merced á los pomposos elogios con que fué anunciada su enseñanza, no tardó en ser frecuentada su cátedra por gran número de personas, entre las que habia algunas damas y extranjeros. Daba además lecciones particulares, con cuyo producto atendia á su subsistencia, pues demasiado pundonoroso para incomodar á su disgustado padre, molestándole en pedirle recursos, procurábase honrosamente por medio de su trabajo lo que necesitaba para la satisfaccion de sus necesidades. Sus afortunados y rápidos progresos le dieron mucho nombre y excitaron la envidia de sus colegas, los cuales se convirtieron más tarde en encarnizados enemigos suyos, por efecto de su genio susceptible en demasía, y su arrogancia y atrevimiento en la gestion de sus negocios. Las contínuas persecuciones de sus enemigos consiguieron al fin derribarle, y no tardó en ver su clase abandonada por todos sus discípulos, lo que vino á aumentar las amarguras de su situacion, pues hacia poco habia sido desheredado por su padre, ofendido por su constante desobediencia. Agotados sus recursos, á pesar de sus económicos gastos, contrajo deudas que le hicieron su situacion todavía más precaria, y en un estado tan angustioso, recibió algunos socorros de un amigo, con los que

partió á pie á Génova, pasando algun tiempo despues á Friburgo. Más tarde trabajó por obtener una cátedra de filosofía ó matemáticas y le fué negada, sosteniéndose entre tanto de copiar libros, ó tal vez de escribirlos; no se puede asegurar la verdad en este punto. Pasó de este modo algun tiempo en Prusia, saliendo despues para la Suiza y recorriendo luego la Alemania y Holanda, componiendo algunas obras, vendiéndolas, y procurándose de este modo lo apénas necesario para su sustento. Merced á la recomendacion de personas caritativas, obtuvo la colocacion de ayo de los niños, y lector de la princesa Guillermina de Prusia, esposa del príncipe Enrique, con una corta consignacion, lo que empezó á mitigar algun tanto su precaria suerte. Este sueldo era una cantidad considerable en su triste situacion, y con sus ahorros no tardó en proyectar un viaje á Berlin, como lo ejecutó efectivamente, y á poco tiempo de su permanencia en la capital de Prusia, fué recibido en calidad de profesor en aquella universidad. Mas no tardó en malquistarse con sus colegas, ensañándose en particular con uno de los que más generosos y desinteresados servicios le habian prestado, aunque muy luego reconoció la inconsecuencia de su conducta, reconciliándose con su sabio protector. Se consagró despues á dar lecciones de gramática, de historia y de matemáticas, compartiendo su tiempo entre el cumplimiento de sus deberes académicos y el cuidado de sus discípulos, entre los que habia algunos muy aventajados, que hicieron honor á su maestro. Las contínuas ocupaciones de su estado le pedian consagrarse á otros trabajos más grandes é importantes, á pesar de lo cual parece dió á luz algunos escritos, aunque de poca importancia, destinados á refutar las doctrinas filosóficas reinantes en su siglo, así como tambien para refutar las picantes críticas que le dirigian sus adversarios. Estos trabajos, aunque pequeños, obtuvieron muy buena acogida en Alemania, en ese país de los pensadores, y con el prestigio que habia adquirido, pretendió ser nombrado catedrático en una escuela ó clase particular, que el rey de Prusia habia creado en el colegio militar de Berlin; pero viendo frustradas sus más bellas esperanzas, cuando supo que la referida cátedra se habia dado á uno de sus mayores enemigos, bastó esto para que la violencia del dolor le ocasionase una penosa y larga enfermedad. Sumido en el más cruel delirio, solo preguntaba á cuantos se le acercaban, si era verdad que habia sido derrotado por su terrible contrincante. Parecia que la muerte sería el término de su dolor, pero su poderosa naturaleza venció al fin y fué restableciéndose poco á poco. Entónces se efectuó en él un cambio mucho más completo; el hombre de carácter díscolo, airado y violento, se volvió amable, complaciente y cariñoso. No mentaba nunca á sus antiguos enemigos, hasta manifestaba desear su aprecio y en cierto modo su perdon. Restablecido ya, vende cuanto poseia,

dirige una despedida inesperada á sus amigos, que no volvieron á saber de él, suponiendo algunos que se habia suicidado. Mas por el contrario, habia nacido á una nueva vida, consagrádose á un nuevo magisterio, y emprendido una carrera mucho más gloriosa y fecunda que la que despues de tantos sinsabores habia abandonado. Religioso dominico en uno de los conventos más pobres y oscuros de Alemania, procuraba borrar con sus lágrimas sus pecados, y merecer un perdon de que no se creia digno. Comenzó entónces una série de penitencias y mortificaciones, de austeridades y rigores, que serían tan largas de referir, como útiles quizá para ejemplo y edificacion de los lectores. Aquel hombre, que hasta entónces solo habia sabido herir, se convirtió de repente en un manso cordero, deseoso de llevar siempre la cruz, insignia de la redencion y en la que fundaba su única esperanza. Humilde entre los humildes, obediente áun entre los que eran guiados por la más ciega obediencia, no tenia voluntad propia, ni conocia otros deberes que los de su regla y los que le imponian sus superiores. Hubiera querido poder servirles á todos á la vez, ser el último de los siervos del convento más bien que un religioso, cuyo hábito no creia merecer vestir. Pasó así muchos años en santo aborrecimiento de sí mismo, huyendo de todos, viviendo en el paraje más retirado y oculto, y saliendo únicamente para cumplir con sus deberes y entregarse á sus oraciones y penitencias. No queria comer sino lo que dejaban los demás religiosos; jamás consintió en mudarse de vestido, y no tenia otra cama que el duro suelo. Pasaba largos ratos en cruz; sus silicios tenian la forma de cruz, y áun echado era esta su postura favorita. Obedecia sin contestar, apénas se le oyó una palabra, si no era orando; en los últimos años de su vida y cuando sus superiores, viendo su capacidad, querian dedicarle á puestos más elevados, se acercaba humildemente, manifestando no su insuficiencia, sino su indignidad para ser superior á hombres á quienes tan inferior habia sido por sus desarregladas costumbres. Continuó así hasta la hora de su muerte, que fué tan santa y penitente como lo habia sido su vida, manifestando en medio de los mayores tormentos una conformidad que fué el asombro de todos los religiosos. Así es tradicion, que exhumado su cadáver algunos años despues de su defuncion, apareció en los huesos desnudos de la carne una cruz, cuyas extremidades terminaban en azucenas, y en la parte inferior tenia como un hierro de lanza. — S. B.

RONCAL (Fr. Basilio Iturri). En 1674 nació en la villa de Tauste. Recibió el hábito de S. Francisco, de la regular observancia, en su Real convento de Zaragoza el 24 de Julio de 1691, y completó la carrera de los estudios. En los empleos de predicador general y de definidor sirvió á su provincia de Aragon como en la oratoria evangélica, y en los cargos del consuelo

y edificacion comun. Los Diaristas de España, haciendo crítica de su Clarin evangélico y Eco armónico, hicieron un elogio cumplido de su mérito, tomo I, art. 6, pág. 87. Murió en 1758. Los títulos de las obras que escribió, son: 1.° *Explicacion de la Doctrina cristiana, ilustrada con sermones y varias pláticas, de las cuales tambien se forma una Cuaresma y un Adviento, concluyendo con una Selva de 1340 ideas morales y panegíricas.* En Zaragoza, 1722, por los herederos de Diego de Larumbe, en fólio.—2.° *Oracion panegírica del glorioso Bernardo, abad, que dijo en el Real monasterio de nuestra Señora de la Oliva.* En Pamplona, por Alfonso Burguete, 1726, en 4.°—3.° *Clarin evangélico, dirigido á los curas de almas.* En Pamplona, por Alfonso Burguete, 1727, dos tomos en 4.°, de los cuales hubo dos ediciones en Barcelona, 1768, tambien dos tomos en 4.°—4.° *Historia de nuestra Señora de Sancho Abarca, abogada de los reinos de Aragon y Navarra, su santa novena y la del glorioso S. Francisco de Asís.* En Pamplona, por Alfonso Burguete, 1729, en 8.°, de 318 páginas.—5.° *Sermones breves de las dominicas de todo el año, juntamente con la exposicion del Catecismo romano.* En Pamplona, por Alfonso Burguete, 1730, en dos tomos en 4.°—6.° *Eco armónico del Clarin evangélico, con duplicados sermones ó pláticas de asuntos panegíricos, místicos y morales para las fiestas solemnes de Cristo nuestro Señor, de María Santísima y de los Santos cuyos dias son festivos.* En Madrid, en la imprenta de la V. M. María de Jesus de Agreda, 1736, dos tomos en 4.°—7.° *Sermones panegíricos católicos, en los cuales se explica la doctrina cristiana conforme al decreto de N. S. P. Benedicto XIII;* Zaragoza, por José Fort, 1745, en 4.°—8.° *Sermon panegírico, místico, moral del Deífico y amoroso Corazon de Jesus, nuestro misericordiosísimo Redentor;* Zaragoza, 1750, en 4.°, por José Fort.—9.° *Cordero muerto y vivo. Retrato en el Calvario de Cristo nuestro Señor. El devotísimo Crucifijo venerado en la villa de Calatorao;* Zaragoza, por José Fort, 1753, en 8.°, de 216 páginas.—10. *Norte cristiano que aparta al pecador de los escollos del vicio, y lo conduce seguro al puerto del cielo. Da noticia de toda la moralidad en la explicacion de los mandamientos. Enseña las devociones que hacen al hombre más dichoso, y más agradable á Jesus y su Madre. Contiene la regla de la tercera Orden de S. Francisco, con algunas advertencias dignas de saberlas los terceros;* Pamplona, por Alfonso Burguete, 1727 y 1752, en 4.°—11. *Pláticas doctrinales*, un tomo en fólio. Todas estas obras se han reimpreso varias veces: *otros escritos* han quedado sin ver la luz pública. Asunto de que trata el maestro Cisterciense P. D. Antonio Rodriguez, en la censura que dió á la obra núm. 9, y otros censores hacen lo mismo alabando las tareas apostólicas de este escritor.—L.

RONCESVALLES (Pedro de), arzobispo de Burdeos, fué promovido á

este cargo por Urbano IV, de quien era capellan y camarero; durante su gobierno se celebraron dos sínodos, el uno provincial en Cognac, en 1262, del que quedan siete cánones; donde se hacen con frecuencia las excomuniones, tan en boga entónces, y que obligaban al poder espiritual á reclamar la justicia temporal de los barones, para ayudar, con la ocupacion de los bienes, á la ejecucion de las sentencias eclesiásticas: el otro diocesano, celebrado en un lugar de que no se dice el nombre, en 1263, y cuyos siete cánones se refieren tambien en su mayor parte á excomuniones. Se decide que los que lo hayan estado durante un año serán declarados herejes: lo que equivalia á abandonarlos al brazo seglar. Se ordena á cada párroco tener un papel, *papyrum*, para escribir los nombres de los excomulgados, que podrán así, á pesar de los cambios ocurridos en la parroquia, ser denunciados al juez. Fleury vitupera este abuso de las excomuniones, que el rey de Francia San Luis se hallaba muy distante de aprobar. El arzobispo Pedro es llamado por aquel autor *Pedro de Roncesvaux*, siguiendo á los hermanos Sainte-Marthe que le nombran de *Rosaida Valle*. Otros, sin decir el motivo, le llaman *Guillermo de la Roue*, lo que es sin duda un error de imprenta. En los fragmentos de constituciones sinodales que nos quedan con su nombre, y generalmente en los que fueron redactados durante aquel siglo, en particular en el Mediodía de Francia, se ve la autoridad episcopal deseosa de conservar intactos los derechos que ejerce ó que delega en sus cooperadores seglares. Es evidente que procura por todos los medios que la dan los antiguos cánones, oponer un dique á la invasion siempre creciente de los nuevos religiosos, de los que llama los hermanos. El mismo ejemplo de la provincia eclesiástica de Burdeos prueba cuán prudente hubiera sido ocuparse de ello mucho ántes. El antecesor de Pedro, el arzobispo Gerardo, ó Geraldo de Malemort, fué el primero que admitió en Burdeos á los frailes menores, prévia condicion de que no recibirian por las misas más que la luz y el incienso, que no tomarian parte en las confesiones ni en los entierros sin permiso del ordinario, y no serían propietarios de ninguna posesion perteneciente á las parroquias. El acta sellada por el arzobispo de Burdeos y el obispo de Comminges, en Octubre de 1217, es un principio bastante modesto para un poder que no fué siempre tan dócil. Una treintena de años despues, durante el gobierno del mismo arzobispo, en el sínodo convocado en Ruffée el 21 de Agosto de 1258, se dan graves quejas de los regulares, que á pesar de sus votos de obediencia, desprecian las sentencias de los prelados, y que suspendidos, conminados y áun excomulgados, profanan los oficios divinos con una celebracion sacrílega. Hénos aquí muy léjos ya del humilde convenio aceptado por los frailes en 1227; poco les importa ya tener en favor ó en contra suya al episcopado; *suos ordinarios contemnentes eorum sententias*

vilipendunt. El sucesor de Gerardo, Pedro, alejado durante muchos años de la silla de Burdeos por un competidor dominico, amenaza tambien con la excomunion á los que impiden la jurisdiccion eclesiástica. Era esta otra de las quejas de los prelados. En vista de los artículos de procedimiento multiplicados por los concilios de aquella época, los benedictinos reconocen en cierto modo el espíritu de envidia que reinaba entónces en el clero. Era que el clero tenia que defender su poder á la vez de las nuevas autoridades rivales en el interior, de los empleados diocesanos y de las nuevas órdenes religiosas procedentes del extranjero.—S. B.

RONCHETTI (El abate José). Era italiano, y nació en la ciudad de Bérgamo en el año 1758, muriendo octogenario en la misma ciudad en 1838. Asistió al Concilio de Lyon, convocado por Napoleon, como igualmente al celebrado en París en 1811. En 1805 publicó una notable obra en idioma italiano, titulada: *Memoria histórica de la ciudad é iglesia de Bérgamo*. Tambien tomó parte en la publicacion del *Codex diplomaticus*, en union del canónigo Lupi.—M. B.

RONCIONI (Fr. Marcos), religioso dominico, natural de Pisa, descendiente de una familia tan antigua como ilustre, tomó el hábito en su patria y gobernaba como prior su casa nativa, cuando fué promovido por Clemente VI, en 20 de Noviembre de 1342, á la sede episcopal de Urbino, que gobernó como buen pastor hasta el año 1347. Habiendo hecho un viaje á Aviñon sobre diferentes negocios de su Iglesia, fué víctima á su regreso de una violenta tempestad, que sumergió su nave en lo profundo del mar. Parece que dejó manuscrito un *Librum censuum Ecclesiæ Urbinatensis*.—S. B.

RONDA (Fr. Andrés de). Madrileño sin duda fué este religioso, cuando entre los hijos ilustres de la corte de las Españas le coloca Alvarez Baena; pero nada nos dice acerca de su nacimiento, familia, ni nos da noticia alguna de su niñez y estudios preliminares, empezando la narracion de su vida desde el momento en que entró en el claustro. Tomó el hábito en el monasterio de S. Basilio el grande de Madrid, el año 1650, monasterio que con gran pena nuestra por estar dedicado al Santo de nuestro nombre, y por lo que nos repugnan estas impías profanaciones, acabamos de ver convertido en teatro público, cuyo escenario ha ocupado el mismo sitio, precisamente, en que se hallaba el tabernáculo de su espaciosa y magnífica iglesia; templo que se está derribando al propio tiempo que escribimos estas líneas, porque ha parecido mejor á los especuladores de los bienes de la Iglesia convertirle en habitaciones que devenguen el material y miserable interés mundano, que dejarle de tesoro de bienes espirituales que dan por réditos una riqueza infinita, la vida eterna. Y no se diga que se ha tomado esta providencia porque el monasterio y su iglesia ofreciera un as-

pecto ruinoso; no, el templo se mantenia tan fuerte y bien conservado, á pesar de haber servido de cuartel de artillería y de teatro, que está costando muchos miles de reales y gran trabajo su demolicion, por los robustos muros y valientes bóvedas que le formaban. Y esto sucede en un país esencialmente católico, y en una poblacion que carece de templos espaciosos, y en la que este era uno de los de mas grande capacidad, robustez y belleza, y situado en el centro de la corte. ¡Cuánta aberracion, cuánta impiedad, y aun no tememos decirlo, cuánta estupidez! El cielo se apiade de nuestra generacion, que trocando los frenos, ha producido tantos males con intencion unos y por ignorancia otros. Fué el P. Andrés de Ronda un pobre ciego, pero profesor de órgano de muchísima habilidad, y como su aficion á la música llegó á convertirse en pasion, fué un compositor estimable. Inclinado desde niño á los cánticos sagrados, apénas tenia uso de razon, y ya sabia de memoria todos los Salmos, á lo que añadió como religioso un exquisito celo por el culto divino, que por su parte promovió cuanto pudo, procurando avivarle tambien en sus hermanos. Observante fidelísimo de la regla de su Orden, nadie le aventajó en esto, y así es que era el más puntual en la asistencia al coro, y cuando sus deberes le dejaban lugar, empleaba todo su tiempo en la oracion, lo que le hizo sumamente apreciado de sus superiores y de sus iguales. Murió este virtuoso religioso en su expresado monasterio el dia 27 de Marzo de 1687, muy sentido de toda la comunidad, que le recordó por muchos años, y no le olvidó en sus anales.—C.

RONDA (P. Fr. Jorge de), religioso gerónimo en el monasterio de nuestra Señora del Rosario de Bornos, monje insigne y ejemplar, y uno de los varones más señalados que tuvo aquella casa, así en virtud como en letras; su religiosa vida y su exactitud en el cumplimiento de las obligaciones que su estado le imponia era muy notable; muy recatado y silencioso, estudio particular que siempre se observó en este gran siervo de Dios. Tuvo por excelencia, en cuanto á las letras, una grande inteligencia y conocimiento de los idiomas griego y hebreo, como lo manifiestan muchos manuscritos originales suyos, que se conservaban en la selecta librería de aquel monasterio, así de estudios particulares suyos, como de consultas que le hacian personas doctas de otras religiones. De la del P. Fr. Jorge le consultó y trató mucho el reverendísimo P. Fr. José de Sigüenza, por escrito, habiéndose conocido en el Real colegio de S. Lorenzo, donde fueron colegiales y condiscípulos. Fué fácil y entendido escritor, escudriñando, con la mayor paciencia y de raíz, los misterios de la historia sagrada. Sobrepujó en el púlpito á los mejores oradores de su tiempo, y con la mayor aceptacion, y escribió en la facultad con gran discernimiento y sabiduría, como le acreditan sus obras, que allí se guardan originales, llenas

de erudicion y doctrina. Le hicieron prior de su casa, cuyo puesto desempeñó con grande edificacion, cumpliendo exactamente con las obligaciones de superior, no olvidando sus particulares estudios, devociones y santos ejercicios, siendo muy extraordinaria la que tuvo al glorioso S. José, cuyo santo le hizo mil favores y mercedes. Murió ejemplarmente ántes de acabar la prelacía, produciendo su falta á sus súbditos el mayor dolor, por los bienes que conseguian imitando su porte y doctrina. —A. L.

RONDAMINI (Fr. Bartolomé), religioso dominico, natural de Favenza, floreció á principios del siglo XVI, distinguiéndose por sus ejemplares costumbres, piedad, erudicion y elocuencia, no ménos que por sus buenas cualidades para la expedicion de los negocios eclesiásticos. En 1511 fué enviado de propósito con otros dos compañeros los PP. Agustin Nallio y Mateo Lulmo, por el maestro general de la Orden R. P. Fr. Tomás de Vio Cayetano á la provincia de la Lombardía inferior, y despues se le comisionó cerca del obispo de Laodícea, que defendia en esta ciudad el partido de Julio II en un concilio reunido por algunos cardenales contra la voluntad del Pontífice, comision que desempeñó pronto y de una manera satisfactoria. Todas las crónicas hacen grandes elogios de Rondamini y le atribuyen las obras siguientes, aunque equivocadamente al suponerlas impresas, pues solo las dejó manuscritas: *Apologia adversus Concilium Pisanum secundum.* —*Tractatus de auctoritate Papæ.* — *Sermones quadragesimales, de Dominicis et de festis per annum.*— S. *B.*

RONDINI (Pablo). De Florencia salió este religioso de la órden de nuestra Señora del Carmen en el siglo XVI. Fué prior del convento de esta ciudad, y murió en ella en 1592. Tambien fué provincial de la provincia de Toscana, y segun Alegre en su Paraíso de los Carmelitas, y Surius en la Biblioteca Carmelitana, predicó con mucha elocuencia y dejó escritos varios sermones.—A. C.

RONDININI (Natividad). Este poeta latino y eclesiástico piadoso nació en Roma en 13 de Julio de 1628, de una familia antigua y muy distinguida, tanto por la linea paterna, que descendia de la ilustre progenie de Crivelli de Milan, como de la materna, que descendia de la noble y antigua casa de Liguria: su padre se llamaba Alejandro Rondinini y su madre Felicia Sachia. Esta señora habia aprendido por sí sola sin necesidad de maestro la lengua latina, y se habia instruido mucho en la antigüedad sagrada y profana; murió su marido á la edad de cincuenta y un años dejándola nueve hijos, á cuyo cuidado se consagró. Nueve años de edad tenia entonces Rondinini, y ya manifestaba grande amor al estudio. Luego que con notable éxito acabó sus primeros estudios, se le

mandó á Bolonia á estudiar filosofía, y como le agradase esta ciencia, se aplicó con entusiasmo á ella y no tardó en hacerse admirar por la penetracion y facilidad de su genio. Unió á este estudio el de las matemáticas, y en especial la parte de esta ciencia que corresponde al arte militar. Deseando abrazar la profesion de las armas, creyó deber perfeccionarse en cuanto la teoría pudiese presentarle por más útil, y áun cuando tomase despues un estado muy diferente, gustaba mucho conversar del arte militar con los que le poseian, y brillaba en esta parte por su sagacidad y talento. Despues de haber pasado algunos años en Bolonia, volvió á Roma, en donde se entregó al estudio de la jurisprudencia y de la teología, y á poco se le concedió permiso de enseñar públicamente el derecho, y un gran número de discípulos, ávidos de oir sus lecciones y de ser sus discípulos, llenó su cátedra. No le impidió esta ocupacion el estudiar las obras de los Santos Padres de la Iglesia y las de los mejores historiadores sagrados y profanos, aficionándose extraordinariamente á la lectura de las de los escritores más apreciables en bella literatura, ya griegos ya latinos, y á la poesía latina. Recibiendo las órdenes sagradas, luego que fué ungido sacerdote, se le nombró canónigo de la basílica del Vaticano. Instruido de su raro mérito el papa Alejandro VII, le nombró su secretario particular para que le llevase la correspondencia que mantenia con los soberanos y con los príncipes. Esteban Gnadio, conservador de la Biblioteca del Vaticano, le mandó con motivo de este nombramiento una composicion en versos latinos que se encuentra en la coleccion de poesías de su mismo autor. Enteramente protegido Rondinini por el pontífice Alejandro VII, le hacian la corte todos los magnates de Roma, y hubiera adelantado seguramente mucho en la carrera eclesiástica si no le alcanzase la muerte el dia 11 de Setiembre de 1657, y sobre su sepulcro se escribió este epitafio:

D. O. M.
NATALI RONDININO ROMANO,
ALEXANDRI FILIO, PAULI AEMILI CARDINALIS FRATRI,
PIETATE, INGENIO, ERUDITIONE,
ROMANÆ JUVENTUTIS FACILI PRINCIPI,
QUI XXVII ANNUM AGENS,
AB ALEXANDRO VII, PONTIFICE MAXIMO,
PRÆFECTUS EPISTOLIS AD PRINCIPES,
OPERAM SUAM PONTIFICI SAPIENTISSIMO ITA PROBAVIT,
UT MOX AB EO CANONICATU VATICANÆ BASILICÆ AUCTUS FUERIT,
NOVA IN DOMESTICAS IMAGINES DECORA ILLATURUS,

NISI MAJORA IN DIES DE SE POLLICENTEM REPENTINA,
VIS MORBI, IN IPSO ROBORE ÆTATIS,
REIPUBLICÆ ERIPUISSET.
FELIX ZACHIA FILIO DULCISSIMO,
CONTRA VOTUM SUPERSTES, POSUIT.
OBIIT ANNO MDCLVII, ÆTATIS SUÆ XXX.

El ilustre Fernando de Fustemberg, obispo de Paderborn, lloró sinceramente la muerte de Rondinini, con el que habia tenido estrecha amistad, y manifestó su dolor en una carta que escribió, con este motivo, al célebre poeta Santiago Wallino, jesuita. Agustin Favoriti compuso sobre el mismo objeto una pieza en versos latinos, que dedicó á Felicia Zachia, madre del difunto, la cual se lee en las poesías de Favoriti. Esta pieza, escrita con elegancia, es al propio tiempo un bellísimo elogio de la madre de Rondinini. Segun los autores consultados, solo se han impreso de Rondinini algunas poesias latinas, que se pueden ver en la coleccion titulada: *Septem illustrium virorum poemata*, que publicó en Roma Fernando de Funstemberg, y que se ha reimpreso en 8.° en Amsterdam el año 1672.—C.

RONDININI (Pablo Emilio), natural de Roma y sobrino del cardenal Zachías, fué este príncipe de la santa Iglesia católica, por el lado materno, hijo de padres nobles, é hizo con éxito el estudio de las leyes en la universidad de Perugia, en donde tomó la borla de doctor, y recibido entre los familiares del Papa, sustituyó á Rapaccioli en el cargo de tesorero general. Urbano VIII, en 13 de Julio de 1643, le creó cardenal diácono de Santa María en Aquino, y despues sacerdote con el título de San Eusebio. Inocencio X, en 1653, le nombró obispo de Asisi, en donde en 1661 celebró el sínodo, en el que promulgó decretos para la reforma de las costumbres, acogiendo á los que asistian á él y á la reina de Suecia Cristina, no obstante su severa economía, con espléndida magnificencia. Despues de haber gobernado su diócesis por muchos años, en paz y con gran provecho de las almas, murió de repente en Roma el año 1668, á los cincuenta y dos años de edad, con fama de sólida piedad, y bendecido de sus administrados, que admiraron su vida retirada y contemplativa, y sus buenas costumbres y excelentes cualidades. Fué sepultado sin ceremonia fúnebre en la iglesia de Santa María de Minerva, en el panteon de sus antepasados los marqueses de este nombre. Asistió al consistorio en la eleccion de tres pontífices.—C.

RONDISIO (monje benedictino). El venerable varon Rondisio floreció en tiempo del abad Desiderio, en el monasterio de Casino. Vivió ejemplarmente en aquel santuario, siendo un modelo en todo género de virtud, de notabilísima abstinencia, oracion, austeridades, y muy señalado en la obe-

diencia y observancia de la regla. Cuando llegó al fin de su vida, y estándole asistiendo los monjes que rogaban á Dios por él, prorumpió en estas voces: *Callad, callad; ¿por ventura no ois cuántas alabanzas resuenan en el cielo? ¿No veis los muchachos que me cantan alabanzas? Una cosa os pido por Dios encarecidameute, y es que calleis, y no me pongais impedimento á este dulcísimo sonido.* Y dicho esto espiró. Y añade Pedro Diácono: *Este, todo el tiempo que vivió, era tenido por admirable y santísimo en sentir de todos.*—A. L.

RONEO (Fr. Dionisio), religioso de la Orden de nuestra Señora de la Merced. Entre muchos varones santos que ilustraron la Orden mencionada, brilló como radiante luz Fr. Dionisio de Roneo; era de noble sangre y de familia esclarecida, puesto que la de Roneo era muy célebre entre los caballeros franceses, que llaman de *sangre calificada* en la provincia Narbonense. Fué natural de la misma ciudad de Narbona, y en ella tomó el hábito de la Orden como caballero; debiendo advertirse que el convento de Narbona era como una especie de encomienda y particular priorato, si bien habia licencia para dar hábitos de religiosos, como muchas veces se dieron. Pero como este convento y casa estaba más bien destinado para los caballeros que para los sacerdotes, cuando llegó el caso de extinguirse los primeros, cesando el gobierno, régimen y estilo militar, se quedó reducida la religion únicamente á la vida monástica de freiles ó frailes sacerdotes, por cuya razon se extinguió igualmente y se consumió aquella casa y encomienda con tal olvido, que pasados cien años, casi no habia memoria de la existencia en Narbona del dicho monasterio. En dicha encomienda y ciudad, como viene manifestado, tomó el hábito de caballero el santo varon Fr. Dionisio Roneo, y como desde luego fuese descubriendo su mucha humildad, y grande compostura y modestia, importantes virtudes para vivir en comunidades mayores, para enseñar y edificar con su ejemplo á los demás, á muy pocos dias de haber profesado en las manos del comendador de aquel convento, fué traido desde Francia á Cataluña, y señalado por conventua de Santa Eulalia en Barcelona, en donde vivió algunos años tan santa y loablemente, que su fama se extendia por muchas partes, y su virtud era bastante para enriquecer y honrar muchas religiones. Le ocuparon en algunos oficios, aunque trataba de excusarse lo posible, efecto de su grande humildad; cedia al precepto de la obediencia, que le consideraba necesario para el desempeño de algunos menesteres, saliendo sumamente airoso en todo cuanto le encargaban, y mereciendo se hiciese nueva estimacion de su persona; tal era en todos sentidos su observancia y cuidado acerca de lo que le era encomendado. En el año de 1293, fué nombrado redentor, en compañía de Fr. Vicente de Protis, catalan, é hijo del convento de Barcelona,

para pasar á redimir cautivos cristianos en los países de Africa. Aceptaron ambos el oficio de redentores con el mayor placer, como aquellos que deseaban padecer algo por Dios, á quien habian venido á buscar y á servir en la religion. Se apresuraron á disponerse para tan caritativa empresa, haciéndose á la vela y navegando con ánimo de ir á desembarcar en Túnez; pero habiendo entrado en el golfo de Lepanto, se presentó una gran borrasca, que el navío en que iban conducidos, que era de unos mercaderes catalanes, aunque se tomaron todas las providencias y medidas para reparar el buque y oponerse al embate de las olas, dió muestras de que se iba á pique. Y como entre otros medios de que en semejantes ocasiones y aprietos suelen valerse, es uno de ellos desembarazar la nave, descargarla, alijando efectos, arrojándolos al mar; entre otras cosas comenzaron á hacer lo mismo con las ropas, efectos y cajas de dinero que llevaban los Padres redentores destinados á la redencion. Profundamente se afligieron, y suplicaban les evitasen trance tan cruel. Viéndolos tan atribulados, el maestre y piloto del buque, compadeciéndose de ellos, con el respeto y amor que les habian tomado, determinaron se suspendiese por algun rato la ejecucion de arrojar sus efectos al agua. Pero á pesar de todo, viendo que de todo punto se perdian, y que la tempestad no amainaba, estando ya para echar al mar el dinero destinado á la redencion, vieron en lo alto del navío, cerca del bauprés de la gavia mayor, vestida del mismo hábito que traian los dos santos religiosos una señora, que con un azote en la mano ahuyentaba las nubes; conociendo al punto los siervos de Dios que era la Santa María del Socorro. Todos se admiraron, y dieron infinitas gracias al Señor, encomendándose á aquella Santa su intercesora, y Dios fué servido de hacer cesar al punto la tormenta; y como habian corrido más de dos dias y medio desorientados y á impulsos de los elementos desencadenados, tuvieron necesidad de repararse y de tomar tierra, hallándose, sin saber cómo, en una ensenada cerca del cabo que llaman de Carbonera, casi tocando á la isla de Cerdeña, y entendiendo que estaban en parte segura, sufrieron un cruel desengaño al presentarse unos bajeles de corsarios, que estaban escondidos en aquellas inmediaciones, y no pudiendo hacer la menor defensa, y sin que á los enemigos les costase sangre ni trabajo, se apoderaron del buque, del dinero y de todos los efectos. Pero el Señor, que mostró interés en favorecer la causa de aquellos santos varones, lo dispuso de modo que los religiosos y el dinero que llevaban para aquella redencion, escapó del poder de los moros que les habian cautivado, por un camino impensado, pasando el caso del modo siguiente: «Era cerrada la noche cuando el navío dió en las manos de aquellos corsarios infieles, los cuales, repartida la presa, habian puesto en un esquife aparte las cajas de dinero de la redencion, como tambien su

ropa y á los dos religiosos, y á otros dos pasajeros, para disponer de ellos y de los demás efectos de provecho que habian quedado en el buque de los catalanes, dándose mucha prisa los moros, porque como estaban en la costa de tierra de cristianos, temian ser sentidos por los de la isla; y con este apresuramiento y turbacion, hallándose suelto de la amarra del navío el esquife, y habiéndose vuelto á renovar la tormenta de parte de tierra, el impulso del aire le metió tan de pronto mar adentro, que desapareció á la vista, sin que los corsarios pudieran evitarlo; beneficio y resultado debido sin duda alguna á la Santa de la Orden María del Socorro, porque los Padres redentores, aunque sufrieron varias vicisitudes, y muchas veces tuvieron trabajada la muerte, confiaron siempre en la proteccion de aquella Santa, y al mediar el otro dia hubo la fortuna de que avistaron dos buques genoveses que los ampararon y socorrieron, y teniendo noticia que tenian salvoconducto y que se dirigian á Argel, determinaron marchar en su compañía á aquel punto, y amparados con el salvoconducto de los genoveses, rescataron noventa y siete cautivos y los embarcaron con ellos para Barcelona, á cuya ciudad llegaron por fin salvos; habiendo pasado los siervos de Dios Fr. Dionisio y Fr. Vicencio notables tribulaciones y trabajos por mar y tierra.» Un autor dice que este rescate se hizo en la isla de Cerdeña; en la creencia que por los años de 1296 dicha isla estaba en poder de los moros, siendo la verdad que por aquella época habian transcurrido muchos años despues de haber sido recobrada del poder de los infieles, siendo entónces cuando existian grandes guerras sobre el derecho de posesion entre los genoveses y pisanos. No debe extrañarse que otros autores aún más antiguos se deslumbrasen y afirmasen que en tiempo del papa Clemente V se habia dado la investidura del Reino é isla de Cerdeña al rey D. Fadrique, para que la libertase del poder de los moros, de cuya opinion se lamenta mucho Gerónimo Zurita en sus Anales, siendo estas sus palabras: «Es mucho de maravillar que Platina diga, que por la guerra que habia entre pisanos y genoveses, y por estar la isla de Cerdeña ocupada por los moros, el papa Clemente la dió al rey D. Fadrique, con condicion que luego tomase la empresa y echase de ella á los enemigos. Y no causa menor admiracion, que conforme con él Blondo en su Historia: y no puedo entender á quién siguiesen en cosa tan desvariada dos tan grandes autores. Volviendo á los santos varones Fr. Dionisio Roneo y Fr. Vicencio de Pratis, despues de la meritoria y humanitaria jornada que hicieron á Argel, vivieron constantemente en su convento de Barcelona, aventajándose cada dia más en todo género de virtudes, de manera que siempre fué notoria en toda Cataluña, Aragon y Francia, la fama y opinion de su grande santidad, y con esa misma acabaron y murieron, dejando de sí imperecedera memoria; siendo bien

corta correspondencia el hacerse mencion honorífica de estos grandes siervos de Dios, á quien su Divina Majestad enriqueció y favoreció por tantos caminos, áun despues de los trabajos que experimentaron en la navegacion y viaje del rescate que se acaba de referir, porque despues de haber regresado á su convento, continuaron aquella vida tan observante, en que siempre vivieron y perseveraron, que es el verdadero camino con que se perfeccionan todas las demás virtudes; por lo que el magno S. Gregorio dice á este propósito, que lo trabajado se pierde, aunque sea bueno, cuando no se persevera hasta el fin; bien asi como aquel que corre en la tela ó justa, habiendo comenzado con aventajado brio, valor y ánimo, si desmaya á la mitad de la carrera, ántes de llegar al sitio donde está la joya, precio ó premio, á que se aspira y por quien se pelea ó corre, es como si no hubiese trabajado ó corrido; tanto puede y vale esta virtud de la perseverancia, siendo en ella tan constante el excelente varon Fr. Dionisio Roneo, que en todas las ocasiones en que la religion le ocupó, con la misma igualdad procedió en el fin de sus acciones y obras que al darlas principio; ni hubo tentacion, inquietud, emulacion ni envidia que fuese poderosa á sacarle de la paz que siempre gozó en su alma, debiendo esperarse que el Señor haya premiado á un siervo tan predilecto, gozando aquella de la bienaventuranza en aventajado lugar.—A. L.

RONCAGLIA ó RONCALLA (Constantino). Nació este teólogo italiano en Luca el año 1677. Afecto á la vida contemplativa, entró aún muy jóven en la Congregacion de la Madre de Dios, y allí terminó sus estudios bajo la direccion de hábiles maestros. Fueron tan rápidos sus progresos, que desde luego se le confió una cátedra de filosofía, y despues otra de teología, que desempeñó muchos años con distincion. Despues de haber desempeñado los puestos más importantes de la Orden, fué ascendido al de vicario general, que era el más eminente. Se le atribuyó tanta virtud como instruccion, y murió en Luca el dia 24 de Febrero de 1737. A pesar de la debilidad de su salud y de los multiplicados deberes de su estado, dejó escritas un gran número de obras, que manifiestan su laboriosidad y amor al estudio. La más considerable de todas ellas és un *Comentario sobre la Historia Eclesiástica del P. Alejandro*, que se publicó en Luca en 1734, con el título: *Natalis Alexandri Historia ecclesiastica Veteris Novique Testamenti notis et animadversionibus aucta et illustrata, operâ et studio Constantini Roncaglia*; nueve volúmenes en fólio. Tuvo tanto éxito este trabajo, que á pesar de su extension, el P. Mausi dió de él una segunda edicion en Luca, y poco despues reapareció la obra en Nápoles y en París (Venecia), en 1740, en diez y ocho volúmenes en 4.° Sus demás obras fueron las siguientes: *Alcune conversazioni examinate co' principi della teologia*; sin nombre de autor, Luca, 1710,

en 8.° — *La familia cristiana instruida en sus obligaciones*; id., 1711, en 8.°, la cual fué reimpresa en Venecia en 1713 en 12.°—*Historia de las variaciones de la Iglesia protestante*; id., 1712, en 8.° — *Efectos de la pretendida reforma de Lutero, Calvino y del Jansenismo;* id., 1714, en 8.° — *Quæsita dogmatica et monalia de SS. Ecclesiæ Sacramentis*; id., 1715, en fólio. — *Vida del emperador Leopoldo I;* id., 1718, en 4.° — *Lecciones sagradas sobre la venida, costumbres y monarquía del Antecristo;* id., 1718, en 8.° — *Las conversaciones modernas llamadas vulgarmente del Chichisveo*, id., 1720, en 8.°, y reimpresa en 1736, con muchas variantes hechas por el autor. — *Universa moralis theologia*; id., 1730, dos volúmenes en fólio, y reimpresa en Venecia en 1736. Hállase una breve noticia de Rongaglia al frente de la segunda edicion de Luca, de la *Historia eclesiástica del P. Alejandro*, y en la obra de Santeschi, titulada: *De scriptoribus Congregationis Clericorum regularium*; Mr. de Angelis escribió su biografía en la *Universal francesa de Michaud*, á la cual nos hemos sujetado en este artículo. — C.

RONGEFRIDA ó RAGENFRIDA (Sta.), abadesa de la órden de S. Benito. Esta esclarecida y virtuosa sierva del Señor, fué de ilustre nacimiento, hija de Adelberto, conde de Austrobandia, y de Regina, sobrina de Pipino, rey de Francia, cuyo matrimonio tuvo la gran dicha de tener dos hijas santas; la mayor, cuya vida vamos á reseñar; y la segunda ó menor Sta. Aba, que sucedió á su hermana Sta. Rongefrida en la abadia, siendo casa tan venturosa y familia tan favorecida por el Señor, que además de ser tenidas por santas sus hijas, sus padres estan igualmente considerados por santos. En sus primeros años tuvo Sta. Rogenfrida anticipada discrecion, y unas luces más que naturales y propias de aquella tierna edad, porque como escogida del Señor, la quiso dar á conocer desde luego los pocos quilates en que deben apreciarse las cosas terrenales, principiando á inclinar su corazon y pensamientos, para que con la mayor vocacion abrazase la vida perfecta, empleándola dignamente, alumbrando su entendimiento con divinos esplendores. Vestia honesta y sencillamente, profesando una verdadera aversion á los dijes y galas, virtud tanto más admirable, cuanto por su clase y nacimiento la correspondia y era más propio su uso. Era apasionada á la lectura de obras santas, selectas y escogidas, y á toda clase de libros devotos, y con particularidad preferia las obras de S. Gregorio, que fueron siempre la regla más estimada y la principal guia de las buenas costumbres, despues de las sagradas letras; obra que como universal pastor, y á quien más de propósito correspondia, escribió con el mayor interés, como tan celoso del bien y salvacion de las almas, de las que habia de dar rigurosa cuenta. Desde muy jóven llevaba oculto y con la mayor reserva un silicio muy áspero, aplicado á las carnes, sin que sus padres lo supiesen ni otra persona alguna de

la servidumbre de la casa. Frecuentemente dormia sobre el duro suelo, desnudo de todo lo que pudiera proporcionarla algun alivio ó blandura, y pasaba larguísimos ratos en oracion. Sobremanera la querian, tanto sus padres como todos los de la casa, por su extremada amabilidad, sencillez, compostura y sumision, produciendo su infantil aspecto, al mismo tiempo que cariño, respeto á sus tempranas y señaladas virtudes, inspirando amor é inclinacion al bien obrar. Fomentando, por último, sus deseos con tan santos ejercicios, todos sus conatos iban dirigidos á consagrarse definitivamente al Señor en el estado de religiosa, para emplearse de corazon y con todas veras en el servicio de Dios, libre de los embarazos y peligros del siglo. Para poner en práctica su pensamiento y firme resolucion, habló á su padre con las palabras más amorosas y eficaces para lograr su intento, persuadiéndole y suplicándole encarecidamente la edificase un monasterio donde pudiese emplear y pasar santamente la vida, invirtiendo en aquel laudable y virtuoso deseo los bienes que tuviese destinados para su dote. Pocas súplicas y excitaciones fueron necesarias para alcanzar el favorable despacho de aquella peticion, porque la gran cristiandad del Conde no deseaba otra cosa que el bienestar y la salvacion de sus hijas, juntamente con la suya, y para conseguir este preferente y ansiado resultado no perdonaba medios, por dificultosos que fuesen. Pero el proyecto propuesto por su santa hija se le hizo su ejecucion muy fácil y hacedera, y muy á propósito para lograr su principal intento; así fué que sin demora y en terreno de su propiedad, llamado *Pago Dodonio*, á dos millas de Valencennes, fundó para habitacion y reclusion de su hija un monasterio de los mejores que ha tenido Flandes. En este severo convento, de construccion notable, se entabló una observancia maravillosa de la santa regla, porque el activo Conde tuvo habilidad para llevar allí personas muy santas, que introdujeron la práctica regular en todo su fervor; y aunque santa Rogenfrida era abadesa, se sujetaba y sometia humildemente á todos los actos virtuosos, no haciendo distincion ni mejoría de lugar en su ejercicio, porque á todas las religiosas las estimaba, apreciaba y consideraba como hermanas y fieles compañeras. En el mismo dia tomó el hábito con ella Sta. Aba, su hermana menor, y que fué siempre su mano derecha en el gobierno y direccion del monasterio. Léense en las Memorias de Sta. Rogenfrida la particularidad de que desde el momento que entró en el convento Dodonio, jamás vió ni habló á hombre alguno, llevando á tal extremo el rigorismo de su pudoroso celo y gran honestidad. Tampoco se la oyó hablar palabra, que no fuese para el bien de sus monjas, objeto exclusivo de su amorosa caridad, desterrando con su ejemplo las pláticas ociosas y las conversaciones en los claustros del monasterio, consintiendo únicamente el trato con Dios, la leccion espiritual, la asisten-

cia al coro, y demás ocupaciones religiosas. Constantemente llevó un áspero silicio, pero con tanto recato, que hasta despues de su muerte, nunca permitió se le viese persona alguna; durmió siempre sobre una simple tabla, y jamás se entregó al sueño, sin que le hubiese precedido y prevenido con una asperísima disciplina. Su asistencia al coro siempre era frecuente y exacta, á cuyo ejemplo todas las religiosas se apresuraban á acudir con santa envidia. Era muy rigurosa en la abstinencia de manjares y en el ayuno; ayunaba todas las semanas tres dias: en adviento y cuaresma no probaba más que sustancias simples sin condimento alguno. No probó jamás carne, ni bebió vino, ni usó de lienzos ni sábanas, áun cuando le sobreviniesen graves dolencias; era su humildad tan profunda, que con la mayor pulcritud aseaba y barria su celda, sin consentir que aquel mérito se le llevase otra religiosa; hacia la semana en la cocina, con tan señalado ejemplo, que jamás permitió excepcion de su persona en este acto y en aquellos humildes quehaceres. Visitaba las enfermas, asistiéndolas asíduamente con la mayor solicitud y cariño, no desdeñándose de asearlas, limpiarlas, administrarlas metódicamente las medicinas y el alimento, contribuyendo infinito á su alivio, restablecimiento y curacion sus palabras amorosas, sus consuelos, y el obsequio y regalo de sus obras. Era, más que abadesa, amantísima hermana y compañera, acudia á las celdas con propicia voluntad, y consultaba con cada monja los actos penitentes que ejercia en particular, y de todas se aprovechaba; libando como abeja en su jardin lo dulce de aquellas flores. Era tan notable y extraordinaria en la virtud de la caridad, hija de la nobleza de su corazon sensible y generoso, que nadie como ella se dolia de los quebrantos y necesidades de sus prójimos; así es que distribuia entre los pobres cuanto podia haber á las manos, dando á conocer en la expresion de su semblante el gran placer que experimentaba con proporcionar alivio al indigente, socorriendo sus más perentorias necesidades, admirándose mucho los desvalidos de que tuviese tan en la memoria sus miserias, y tan en olvido el trato de sus personas, y haciéndola alguna vez reflexiones acerca del particular algunas monjas de la casa, solia contestarlas con aquellas palabras de S. Gregorio, que tan releidas tenia en sus escritos: *Dum quælibet necessaria indigentibus damus suâ, illius reddimus, non nostra largimur*. Lo que es propio de los pobres les damos en sus necesidades cuando les socorremos, sin poner cosa alguna de nuestra parte; y así para restituir lo que tenemos suyo, no necesitamos de su familiaridad y trato. Con estos santos ejercicios alcanzó soberanos regalos del cielo, favores suavísimos y agradables para llevar lo gravoso, al parecer, de sus penitencias. De ordinario hablaba el ángel de su guarda con Sta. Rogenfrida, animándola para que perseverase en aquella vida tan agradable y placentera á su

Esposo, y el Señor la distinguió y favoreció con revelarla el dia futuro de su muerte, prometiéndola en aquella hora suprema la asistencia de sus ángeles, para que no temiese y padeciese en aquel acerbo momento, tan cruel y decisivo para la humana naturaleza. Llegado, pues, el plazo señalado, la Santa esperó con la mayor conformidad y alegría aquel último trance, fortalecida con los santos Sacramentos, dió su último aliento el dia 8 de Octubre del año 790, entregando el alma al Señor, viendo á los coros de ángeles que la asistian, y que la hicieron escolta para ponerla en la presencia de Dios. Es Santa celebradísima en el condado de Henao y en el monasterio Dodonio de Benedictinos se conserva su precioso cuerpo, encerrado en una arca riquísima, colocada en el altar mayor, y en otras dos arcas, situadas á ambos lados, estan su madre Sta. Regina y su padre S. Adelberto. Se reza de esta Santa en Valencennes, con oficio doble, siendo extraordinaria la devocion de todos aquellos habitantes, y de muchas leguas en su contorno. Juan Molano la pone en el Martirologio en las adiciones á Usuardo, y en el Indículo de los Santos de Flandes. Ubion y Menardo en dicho dia 8 de Octubre. *Yepes, centur. IV*, tomo III, año de 790. —A. L.

RONNAT (Constantino), de la órden de los Recoletos. Este religioso era francés, aunque se ignora de qué punto, así como todas las particularidades de su vida. Floreció á mediados del siglo XVII, distinguiéndose por su elocuencia en el púlpito. Escribió y publicó unos *Sermones para la octava de difuntos*, que forman un volúmen, impreso en Lion en 1678, y otro tomo de *Sermones para la octava de la Asuncion de la Santísima Virgen*, impresos tambien en la indicada ciudad de Lion en el año 1682. De estas dos obras ya no existen ejemplares. — M. B.

RONOVIL (Fr. Bruno), franciscano francés del siglo XVII, muy distinguido por sus buenas cualidades. Ignóranse las primeras circunstancias de su vida; pero desde el instante en que tomó el hábito brilló por sus eminentes virtudes. Atento á cumplir con sus deberes religiosos, pasaba noche y dia empleado en prácticas de piedad y devocion, siendo contínuo en el coro, en que además de las prácticas de su regla se ocupaba en otras muchas cuya detallada relacion sería demasiado extensa. Inútil es decir que no perdonaba penitencias ni ayunos, haciendo además de las acostumbradas otras muchas tan peregrinas como notables. Vivió así muchos años consagrado á diferentes ejercicios, sin olvidar por eso el púlpito y confesonario, objeto principal de su religion. No carecia de elocuencia ni erudicion, y su vida ejemplar le hacia sobresalir en el púlpito, siendo muy numeroso el auditorio que concurria á escuchar sus notables discursos. Refiérense algunos acontecimientos harto extraños que le sucedieron durante su carrera, exponiéndose á diferentes peligros y salvando grandes dificultades por ganar un alma para

el cielo y volver á una oveja descarriada al redil de salvacion. Pero su grande prudencia y consumada virtud le sacaron siempre vencedor en una lucha, desigual sí, pero en que contaba con los auxilios de la gracia que pedia continuamente en sus oraciones. Su asistencia al confesonario era contínua, sin que las ocupaciones ni las enfermedades le alejasen de aquel sagrado lugar en que tantos beneficios tenia ocasion de prestar todos los dias. Era además muy caritativo, olvidando sus comodidades y áun prescindiendo de lo necesario para socorrer necesidades ajenas, y así su vida fué un modelo de pastores evangélicos, y más bien que un religioso parecia un ángel enviado del cielo para consuelo de la humanidad. Sus ratos de ocio, ó por mejor decir los que hurtaba á sus laboriosas tareas, los consagraba á la composicion de diferentes obras que merecieron siempre grande aprecio, y han sido muy estimadas de la posteridad, pues de ellas se han valido los autores que le siguieron para la formacion de las suyas, leidas hoy con aprecio. Por desgracia las de Ronovil se han perdido, influyendo sin duda en esto la buena acogida que merecieron las de sus superiores. Murió este religioso hácia 1696, dejando en latin: *Vita prossaica admirabilis servi Dei Fr. Sebastiani ab Apparitio*, citada por Fr. Isidoro de San Miguel en la *Vida* del mismo siervo de Dios impresa en Nápoles en 1695 en 4.° — S. B.

RONQUILLO (Fr. Juan). Sin que se sepa la patria ni antecedentes de este religioso franciscano, la crónica más exacta de su Orden nos le presenta como lector jubilado y uno de los más hábiles maestros de su época en la provincia de Andalucía. Alguna vez fué visitador de ella y por ausencias y enfermedades desempeñó tambien el cargo de provincial, distinguiéndose en todas ocasiones por su prudencia y por su celo esmeradísimo en el cumplimiento de su deber. Nombrado examinador sinodal del arzobispado de Sevilla, fué tambien consultor del santo Tribunal de la Inquisicion, siéndole confiados los asuntos más árduos y de más difícil desempeño. Escribió un precioso libro de mística, que en su época tuvo grandísima aceptacion, y en la nuestra como en todas la tendria si fuese más conocido, al cual tituló: *Duelo espiritual, combate entre la carne y el espíritu, victorias que este alcanza mediante el ejercicio santo y siempre provechoso de la oracion.* Contiene dos partes, y en ambas reglas muy seguras para evitar el cansancio que suelen producir las arideces de espíritu. Fué impreso con el mayor esmero por primera vez en Sevilla, casa de Tomás Lopez de Haro, año de 1678, en 4.° — G. R.

RONQUILLO de Córdova (Don Fr. Luis), obispo de Cartagena de Indias. Sucedió á Don Diego de Montoya y Mendoza. Era religioso de la órden de la Santísima Trinidad, natural de la ciudad de Granada, y sus padres Luis Fernandez de Córdova, preclaro cognomento, y Doña María Briceño Ronquillo.

Estudió en Granada con el mayor lucimiento, y considerado como sobresaliente. Su vocacion decidida al estado religioso le hizo tomar el hábito de la Orden ya dicha en el convento de Ubeda, y profesó en 23 de Febrero del año de 1608, en manos del maestro Fr. Alonso Maroto, y concluida su profesion, volvió á Granada. La gran suma de conocimientos que poseia y su distinguido talento fué muy tenido en cuenta entre los de su orden; así es que en seguida leyó en su religion artes y teología. Fué ministro del convento de Málaga, y dos veces del convento de Sevilla, provincial y vicario provincial de Andalucía. En 22 de Junio de 1630 el Rey le presentó para el obispado de Cartagena de Indias, y le consagró en el convento de la Santísima Trinidad de Sevilla Don Bernardino de Almansa, arzobispo de la Nueva Granada; y asistieron dos obispos de anillo, Camargo y Godinez. En seguida pasó á su obispado, el cual gobernó y rigió con el mayor acierto y prudencia por el espacio de ocho años. Dió muchas limosnas y socorrió infinitas necesidades, pues era muy caritativo, y de tan sano corazon, que se dolia extraordinariamente de los trabajos y calamidades de sus prójimos. En su iglesia catedral edificó la sacristía, pues la que existia era demasiado modesta en correspondencia con lo demás del templo. A su rey D. Felipe IV le sirvió en una ocasion con la cantidad de diez mil pesos. Al convento de Sevilla le donó dos blandones de plata, fuentes, candeleros, vinajeras y excelentes consejos; y otro tanto á los conventos de Granada Málaga y Ubeda, ménos los blandones. Siendo memorable en su obispado por las grandes cantidades que invirtió en limosnas y en todo género de socorros. Vino á España sin licencia de Su Santidad, y cuando llegó á Sevilla, supo que la majestad del rey Don Felipe IV le habia presentado para el obispado de Trujillo, cuya prelacía no disfrutó. Murió en el convento de Granada el dia 16 de Noviembre del año de 1642, y en el mismo se halla sepultado en el coro de su iglesia, y tuvo por sucesor en el obispado de Cartagena á Don Fr. Cristobal Perez de Lazárraga, natural de Madrid y religioso Bernardo, y en la iglesia de Trujillo, por falta de su presentacion, le sucedió Don Pedro de Ortega y Sotomayor. — A. L.

RONTHO (Mateo). Este poeta latino moderno nació en Grecia, de padres venecianos, en el siglo XV ó á fines del XIV. Tomó el hábito de religioso entre los olivetanos, y pasó toda su vida en un convento de su orden en Siena, en donde murió el año 1443. Dice su biógrafo Angeli, que abusando de su facilidad de hacer versos, trató de traducir la *Divina Comedia* del Dante, en tantos tercetos latinos como italianos tenia el original, lo que fué poner en ejecucion la primera idea del poeta florentino, el que segun Boccacio, Manetti y otros autores y biógrafos, tuvo el proyecto de escribir en latin su poema. Sábese que en su época la lengua vulgar estaba menospreciada, por lo que

Petrarca casi se excusa de haber escrito en esta lengua, y contaba mucho más en la duracion de un poema latino, del que solo se conocia el título, que sobre su cancionero que le ha hecho inmortal. Quísose por esta razon latinizar las obras maestras de la poesía italiana, y el Taso, el Ariosto, el Dante y otros encontraron hombres bastante atrevidos, si no osados, que se encargaron de este trabajo, cuyas ediciones son algunas citadas por Angelis en la biografía de Rontho en la universal de Michaud, ya bastante raras; pero estas traducciones desprovistas, como sucede á todas, del verdadero carácter que en la lengua patria imprimieron á sus creaciones sus autores, no tardaron en mirarse con el menosprecio que debian al volverse á apreciar los originales de que emanaban. En muchas bibliotecas de Italia se conservan copias de la version de Rontho, y áun se cita un ejemplar de singular belleza, que poseia la familia Tiscite de Asolo, adornada de miniaturas, y en la que cada canto está precedido de un argumento en prosa italiana por Boccacio, y cada cancion terminada por un capítulo en tercetos que contiene el epílogo, el cual se atribuye tambien á Boccacio, y áun por otros á Santiago, hijo del Dante. Para juzgar del éxito de Rontho en semejante empresa, basta examinar los fragmentos citados por Vandelli (Gori *Symbolæ litter.*, tomo VI), Mens de los Agustinos, y Zacarías. Escribió Rontho, tambien en italiano, como todas sus obras no latinas, la *Historia de la invencion y traslacion de los sagrados cuerpos de san Maurelio y del beato Alberto*, ambos obispos de Ferrara. Los PP. Bolandistas no han hecho mencion alguna de esta obra, áun cuando han hablado de esta traslacion (*Acta SS.*, tomo II, pág. 156). Escribió tambien una *Vida de Alejandro V* en mal latin, publicada en el tomo IV de las Miscelánéas de Luca. Segun Rontho, este Papa fué natural de Grecia y no de Italia como han asegurado muchos escritores. En la biblioteca del Marqués Ricciarli, en Florencia, se conservaba una traduccion de este mismo autor, en prosa italiana, de los siete Salmos penitenciales. Puede sospecharse en vista de esta traduccion, que no le gustó la paráfrasis que habia compuesto el Dante en verso. Por mucho tiempo se ha disputado sobre la verdadera patria de Rontho, habiéndole tenido por veneciano Lancellotto, en su *Historia Oliveta*, y Belfonti, en su *Monte Oliveto*; pero Eneas Sylvio, en su Comentario publicado bajo el nombre de Gobellinas, le ha creido siciliano, no habiéndole comprendido Mongitore en su Biblioteca Sicula, porque no le tuvo por siciliano. Todo debe callar sobre este particular cuando el mismo Rontho se declara griego al frente de su version latina del poema del Dante, cuando dice:

Clara satis genuit vatem Florentia Dantem,
Græcia sed fratrem peperit me Rontho Mathæum,
Vaticulum sciolum, Venetique fuêre parentes. C.

ROOKES (S. P.), vicario de la iglesia anglicana de S. Salvador en Leedss, se convirtió al catolicismo con otros cinco ministros protestantes de la misma parroquia. Encuéntrase su nombre al pie de un llamamiento público, hecho el 20 de Setiembre de 1851 en favor de una mision católica de los *Oblats*, de María, cuyo objeto era volver á su antiguo rebaño al aprisco en que ellos habian tenido ya la dicha de entrar.—S. B.

ROOLEDO (Fr. Domingo de), religioso dominico, confesor de los reyes D. Fernando IV y de su madre la célebre Doña María de Molina, fué natural del reino de Navarra, de la ilustre familia de su apellido, solar bien conocido en aquel país. Consagró sus primeros años al estudio de las letras, uniendo á esta ocupacion otra no ménos importante, que fué emplearse en ejercicios piadosos, lectura de buenos libros y frecuencia de sacramentos; y como la piedad es grande auxilio del ingenio, fué mucha la ciencia que adquirió Fr. Domingo en breve tiempo. Procuraba huir la compañía de los jóvenes poco modestos, y reunirse á los que bien instruidos de su obligacion, buscaban el principio de la sabiduría en la pureza del alma. Prevenido del favor de la gracia, puso tanto cuidado en la pureza de su conciencia, que alcanzó gran caudal de sabiduría sin perder las buenas costumbres, cosa harto fácil en los jóvenes de corta edad. Aunque lo ilustre de su nacimiento y el nombre que habia adquirido en el estudio podian dar vida á sus halagüeñas esperanzas, brindándole con grandes honores y dignidades; él, discípulo ya del desengaño, dirigió sus deseos á más noble rumbo, buscando en la humildad la honra y en la pobreza aquel tesoro que comunica á los que la aman los bienes del cielo. Célebres eran en todo el orbe cristiano la santidad y el saber del órden de Sto. Domingo, porque como aquel siglo, y en particular España, ofrecia copiosa materia á los desvelos apostólicos de la predicacion y la enseñanza por las parcialidades y tumultos que fomentaban la ambicion y la envidia, eran de mucha valia las exhortaciones y prudentes medios con que los PP. Predicadores reprendian desde el púlpito los excesos; y el ardoroso anhelo con que procuraron se extinguiesen las llamas de tan porfiada division. El crédito de esta Orden fué el que llamó la atencion de Domingo, que deseoso de adelantar en la virtud, creyó este el campo más á propósito. Confirmó la experiencia la verdad de su vocacion, pues apénas tomó el hábito manifestó un espíritu muy fervoroso y tan observante, que guardaba con extremado rigor todos los artículos de las constituciones de su Orden, y no contento con estas austeridades, hacia otras muchas, con edificacion y asombro de todos los religiosos, que admiraban en un novicio el espíritu y valentía que debiera llamarse heroicidad, en quien despues de muchos años de religion hubiese adquirido el hábito de todas estas mortificaciones y acostumbrádose á su observancia. Túvole por hijo el in-

signe convento de Santo Domingo de Jerez, que desde su fundacion se esmeró mucho en la puntualidad de la disciplina religiosa. Ignórase cuáles fueron sus primeros estudios; mas los grandes progresos con que manifestó despues su sabiduría en el púlpito y en las consultas, no dejan duda de que fueron profundos y muy universales; porque sin esta base, ni la predicacion puede ejercerse dignamente, ni es fácil resolver con acierto las dudas que ocurren en las consultas y confesonario, y más cuando los asuntos son de la importancia de los que ocuparon á Fr. Domingo. El celo que ardia en su corazon por la salvacion de las almas, y los santos deseos de cumplir lo que habia profesado, le arrastraron con benéfica influencia á las apostólicas tareas de la predicacion, que cuando se ejercita con ejemplo, modestia y sabiduría, como lo hacia este insigne operario del Evangelio, es grande la utilidad que produce y copiosísimos los frutos con que Dios le remunera. Predicó en diferentes ciudades con grande elocuencia y erudicion, extendiéndose por lo tanto cada vez más su fama. No tardó en ser elegido prelado del convento en que tomára el hábito, esperando grande aumento de la direccion y zelo de tan excelente religioso. No salieron fallidas sus esperanzas, pues apénas Fr. Domingo tomó posesion de su prelacía, cuidó con el mayor desvelo de la rígida observancia de su regla, haciendo el mejor argumento de su ejemplo, como que comprendia que es más á propósito para reconocer el ánimo lo que se ve con los propios ojos, que los preceptos que sin este medio entran tan débilmente por los oidos. Habíale dotado Dios de un carácter amable, pero tan enérgico al mismo tiempo, que conseguia por medio de la dulzura y el agrado más de lo que se propusiera con la entereza y el imperio. Sus palabras tenian cierto atractivo tan dulce y tan suave, que sin saber cómo dominaban á la persona á que se dirigian: «Ponderando un dia, dice la crónica, las arriesgadas contingencias de los que viven en el siglo, y la seguridad y quietud de la vida religiosa, oró con tal eficacia, que once niños, convencidos de aquel blando desengaño, vinieron á pedirle el hábito; y el bendito Padre complaciéndose en la devocion tierna de aqnella inocencia, se le dió, haciendo primero una discretísima plática y tomando por tema aquellas palabras de Cristo: *Sinite parvulos venire ad me.* De esta suerte el celoso Fr. Domingo se acomodaba á todos, para lograrlos todos á su amado Jesús. Generosa empresa, digna verdaderamente de un hijo de nuestro glorioso Padre Santo Domingo de Guzman.» Cuidó al mismo tiempo el V. Prior de la fábrica de la casa, infundiéndole su pobreza mayor aliento, porque confiaba para todo en la Providencia. Habíase edificado el convento de Jerez con grandes dificultades y falta de lo necesario, y la estrechez de la iglesia, celdas y demás dependencias era un grande embarazo, así para el numeroso concurso que asistia al templo á oir la palabra divi-

na, como para los muchos que pedian el hábito. Lleno, pues, el prior de santa confianza, dió principio al suntuoso edificio de aquella casa que por este y otros títulos venera como padre á tan ilustre varon. Pero las virtudes, ejemplo y doctrina del V. Fr. Domingo tenian mucho esplendor para que su fama no volase fuera de los muros de la ciudad de Jerez, y llegára hasta el trono de la reina Doña María de Molina, gobernadora á la sazon de los reinos de Castilla por su hijo D. Fernando. Esta ilustre heroina, conocedora de las buenas cualidades de Fr. Domingo, le llamó á la corte para encargarle de su conciencia y despues la del Rey su hijo, como lo ejecutó cuando llegó este príncipe á la edad oportuna. Nunca se vieron más agitados los reinos de Castilla que en la época en que entró en palacio este religioso; ardian en todo su furor las discordias á que daban abundante materia las pretensiones de los infantes, los intentos de los señores, los planes que meditaban contra Castilla los príncipes vecinos. Pero la Reina contando con su valeroso corazon y animada por los consejos de Fr. Domingo, venció todas las intrigas de sus émulos, hasta asegurar la corona en las sienes del Rey su hijo. Pronto comprendió aquella magnánima señora el caudal de prudencia y virtud que adornaba á su confesor, y así no decidia ningun negocio de importancia sin buscar primero en los consejos de Fr. Domingo la seguridad de su éxito. Pero mayor y más útil servicio hizo á la Reina el V. Fr Domingo en la direccion de su alma, pues con tan entendido maestro adelantó mucho en las virtudes, en particular en la paciencia con que ofreció á Dios las continuadas y temibles tribulaciones que combatian su ánimo. Pero una prueba inequívoca de la importancia de este religioso durante la regencia de Doña María de Molina, es que no contenta esta señora con los servicios que la prestaba en lo interior de su palacio y reino, llevó la confianza que tenia en su discrecion y juicio hasta enviarle á Francia para que tratase con el rey Felipe de la paz, rota poco ántes entre ambas monarquías. Fué tan acertada esta eleccion, que el rey francés le eligió por árbitro en union de Don Alonso Rooledo, que gobernaba á la sazon en su nombre á Navarra, para que ambos terminasen las diferencias que existian entre las dos coronas. Terminada satisfactoriamente esta negociacion, volvió Fr. Domingo á Castilla, donde continuó durante algunos años en el cargo de confesor y consejero de la Reina y del Rey, tratándose bajo su direccion los más árduos negocios, sin que los repetidos favores que mereció á los monarcas, ocasionasen mudanza alguna en su corazon, ni las distinciones que obtenia en palacio alterasen ni áun levemente su religiosa humildad. Tampoco le inquietaron las calumnias con que sus émulos procuraron destruir su privanza; pero como se hallaba al lado de los reyes en cumplimiento de un deber religioso más bien que por miras de ambicion, miraba las intrigas como un bien,

convencido de que el mejor que podian hacerle, era restituirle al retiro de su celda donde, como pronto veremos, le esperaban otra privanza y otros favores, tanto más apetecibles cuanto eran más seguros. Mas la Reina, cuyo perspicaz ingenio comprendia bien el orígen de aquellas intrigas, las convertia en otros tantos motivos de estimacion, lo que manifestaba cada dia con nuevas distinciones. Viéndose el V. Fr. Domingo muy avanzado ya en edad y con poca salud, hizo instancias para retirarse á su convento á disponerse para su próxima partida. Obtuvo la licencia, aunque con dificultad, y retirado á un convento, se ejercitó con grande rigor en toda clase de penitencias y mortificaciones, de manera que más que á descansar parece se habia retirado á comenzar con nuevo fervor los trabajos religiosos. Pero sus pasadas fatigas y actuales padecimientos le eran en extremo agradables, por el singular y dulce alivio que encontraba en nuestra Señora de la Consolacion, milagrosa imágen que habia sido conducida al convento de Jerez de una manera maravillosa. Todo el cuidado del V. Padre era adornarla con cortinas y velos, para que así fuese mayor la veneracion y más profundo el respeto, como lo consiguió, siendo aquella santa imágen desde entónces la felicidad y consuelo de la noble ciudad de Jerez, correspondiendo sus milagros y gracias al piadosísimo título de Consolacion bajo el cual se venera. Tenia tal confianza Fr. Domingo en esta imágen, que acudia á ella en todas las desgracias, así públicas como particulares, consiguiendo siempre los mejores resultados. Ni su provecta edad, ni los fervorosos y contínuos trabajos de la predicacion, ni las fatigas de tantos viajes á que le obligó su celo, ni las penosas vigilias dedicadas á la oracion y estudios, templaron el santo ardor de cumplir sin faltar en un ápice la severidad de su regla, añadiendo todavía muchísimas y muy graves mortificaciones. Además de los ayunos impuestos por la Orden, ayunaba á pan y agua todos los lunes, aplicando este sufragio por las ánimas benditas; los miércoles por los que estaban en pecado mortal; viernes y sábados en satisfaccion de sus culpas, y la abstinencia de los viernes era tan rígida que no tomaba alimento alguno. En la oracion era contínuo no faltando noche alguna á los maitines: despues de ellos bajaba á la iglesia, y descubriendo á la sagrada imágen de la Señora de la Consolacion, objeto de todo su cariño, derramando lágrimas y pronunciando tiernas palabras con el corazon y con los lábios, pasaba muchas horas en este dulce y santo recreo, y cuando le era necesario apartarse de aquel lugar, besaba con mucha ternura los pies del Niño Jesus y la mano de su adorada Reina, y con esta expresion templaba el sentimiento de aquella breve ausencia, pues volvia por la mañana temprano á decir misa en el altar de nuestra Señora. Dando tan virtuosos ejemplos vivió todavía algunos años el V. Fr. Domingo, siendo tan respetado en aquella comunidad que por mu-

chas razones le veneraba como padre y le obedecia como maestro. A últimos del año 1311 le acometió una enfermedad, que por su violencia indicó que sería la última. Sintieron mucho los religiosos el riesgo de aquella vida que para ellos era tan preciosa; pero Fr. Domingo escuchó esta noticia con la dichosa paz que infunde en el alma de los justos el testimonio de su buena conciencia, y apeló á los favores de María Santísima, recibiendo despues los santos Sacramentos, sin dejar por ello de llamar á su dulcísima protectora. Oyó sus humildes y amantes ruegos y le concedió que exhalase el último aliento entre la dulzura de estas voces: *María Mater Gratiæ, Mater Misericordiæ*, que sin duda ofreció á sus labios la ternura de su corazon. Fué sepultado junto al altar de la Vírgen de la Esclavitud, conforme habia deseado, manifestando áun despues de la muerte la contínua esclavitud que la habia profesado en vida; y su memoria, honor de aquel siglo, pasó á los siguientes para edificacion de sus sucesores.—S. B.

ROOSE (Fr. Wilelmo), trinitario. Fué natural de la ciudad de Lóndres, en cuyo convento tomó el hábito de la Santísima Trinidad. Cursó las ciencias en la célebre universidad de Oxford, cuna científica de tantos distinguidos varones, y se hizo notable como hábil teólogo y elocuente predicador, recorriendo varios puntos de Inglaterra con el carácter de misionero, y logrando sacar mucho fruto de su predicacion para salud de las almas y reduccion de los pecadores. Fué ministro del convento de Hondestowe, del de Oxford, y por fin del de Lóndres. Murió en este último por el año 1470, dejando muchas y claras pruebas de su virtud y su santidad. No consta que escribiese ni publicase ninguna obra literaria.—M. B.

ROOTHAAN (Juan Felipe de), general de la Compañía de Jesus: nació en Amsterdan el 25 de Noviembre de 1789, y descendia de una familia de orígen protestante. Su abuelo abjuró el calvinismo siguiendo el catolicismo. Su padre era cirujano. Roothaan fué educado en Amsterdam, y pasó á Rusia á la edad de diez y nueve años, entrando en este país en el instituto de S. Ignacio de Loyola. Despues de dos años de noviciado pasó á estudiar teología en Polok. Ordenado de sacerdote en 1812, era ecónomo de Orszan cuando los jesuitas fueron expulsados de Rusia. Conducido á las fronteras de la Gallitzia, de donde tenia intencion de trasladarse á Francia, Gobinot, su superior en la Suiza, le mandó fijarse en Brieg en el Valais, donde se ocupó desde luego en instruir en la retórica á los novicios de su religion. Encargado despues de la predicacion de la palabra divina en diferentes misiones, acompañó al R. P. Provincial en su visita á las casas de la provincia, recorriendo con este motivo la Francia dos veces seguidas. El general de la Compañía Luis de Fortis, le propuso en 1823 para la direccion del colegio de San Francisco de Paula, fundado en Turin, donde tuvo por discípulos á

muchos jóvenes de las familias más distinguidas del reino. En 1829, á la muerte de Fortis, el vicario general Pavani le nombró vicario provincial de Italia, y en 9 de Julio del mismo año la Congregacion general le eligió general de la Compañía. Su administracion se hizo notable por la grande extension que tomó durante ella el instituto de S. Ignacio. Creó con este objeto ocho nuevas provincias; dos en Italia (Turin y Venecia), dos en Francia (Lyon y Tolosa), una en Alemania (el Austria, sin la Gallitzia), una en Bélgica, una en Holanda, y una en el Maryland (Estados Unidos). Cuando en 1846 y 47 se manifestó una violenta reaccion contra los jesuitas en Suiza y áun en Roma, Roothaan procuró salvar esta crisis con mucha reserva y habilidad. Publicó entónces diferentes declaraciones en que se presenta á su Orden como una simple asociacion religiosa, y rechaza como infundadas las acusaciones de intervencion en los asuntos temporales. Cuando la política de la restauracion venció en el continente, la Compañía de Jesus conoció tiempos mucho mejores, y la mayor parte de los gobiernos se apresuraron á llamarla á sus países de que no hacia mucho la habian expulsado. El R. P. Roothaan murió en 8 de Mayo de 1793, no sin haber presenciado grandes vicisitudes y sin poder asegurar si la Compañía ha entrado en un nuevo período ó se encuentra ya en el de su decadencia. Tuvo por sucesor al P. Juan Berch.—S. B.

ROPITELO (Fr. Juan), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula, natural de la Bretaña francesa, de cuya provincia ó más bien de cuya nacion fué *celoso*, cargo muy distinguido en esta religion y que merecia muy bien su sano ingenio y extraordinaria erudicion en las lenguas hebrea, caldea y griega, siendo además insigne predicador y muy versado en los más árduos asuntos; palabras con que da á entender la crónica sus grandes doctrinas y no comunes cualidades, que elevaron á este religioso á una altura de que hay pocos ejemplos.—S. B.

ROPODIANO (San), mártir. Recuerda la Iglesia á 3 de Mayo á este Santo en compañía de S. Diodoro; concretándose los martirologios á decir de ellos que fueron naturales de Afrodisia, ciudad de la Caria; y que sufriendo por la fe de Jesucristo muchos tormentos durante la persecucion del impío emperador romano Diocleciano, fueron por último apedreados por sus verdugos hasta que entregaron sus benditas almas á su Creador.—C.

ROQUE (S.), confesor y abogado contra la peste. Es la salud, dice un filósofo, un estado de vigor en el que el cuerpo no experimenta dolor alguno, sazona los placeres de la vida y nos mantiene en la posibilidad de llenar la mayor parte de nuestros deberes, al propio tiempo que su ausencia de nuestro cuerpo es el enemigo de nuestras afecciones sociales, pues que nos hace malcontentos, incómodos y desgraciados. Las enfermedades impiden el libre ejercicio de la razon, detienen sus progresos, y por ellas llega el hombre

á ser carga pesada para su familia é inútil á la sociedad. El mejor medio de procurarse tan precioso bien, es observar las leyes de la templanza en todo y de cuidar muy especialmente que no se turbe el alma con pasiones violentas, ni se fatigue el cuerpo con trabajos excesivos, los cuales unas veces sensible y otras insensiblemente destruyen la constitucion más fuerte y privilegiada. Si así es la salud del cuerpo tan necesaria para nuestra conservacion en el tiempo, cómo ha de ser la del alma, que nos ha de dar y mantener la conservacion en la eternidad? Sin esta salud la del cuerpo es vana en lo espiritual, y muy peligroso que no se pierda aquella, porque siendo el alma señora del cuerpo, contagiada esta, no puede menos de apartarse aquel á morir. Efectivamente, el alma es esta parte de nosotros mismos que siente, que piensa y que manda al cuerpo, la cual considerada con la facultad de sentir, llaman los filósofos corazon, y por la cualidad de pensar espíritu. Platon y Zenon creyeron ya que el alma era una llama celeste, una porcion de la Divinidad que buscaba sin tregua reunirse á su todo, y el primero decia que era indivisible y de consiguiente inmortal. El Autor de la naturaleza, dice S. Evremont, no ha querido que conozcamos lo que somos, y por lo tanto es preciso someterse á las órdenes de la Providencia. Siendo el alma parte de nuestro ser, que puede proporcionarnos el bien ó causarnos el mal, segun el estado de salud en que la tengamos, véase cuánto conviene el evitar á todo trance que enferme, porque si la dejamos corromperse, la putrefaccion pasará al cuerpo que es su alojamiento, y al paso que nos arrastrará al sepulcro, tendremos infierno en el tiempo é infierno en la eternidad. Las enfermedades del cuerpo no está muchas veces en nuestra mano evitarlas por más que lo pretendamos y prevengamos, porque si bien mucha parte de ellas proviene de nuestras pasiones á causa de tener enferma el alma, hay otras que son resultado de nuestra débil complexion, de pecados de nuestros padres, que nos dejaron una mala herencia con su sangre, y de causas extraordinarias y áun naturales á que no podemos oponernos; pero la enfermedad del alma está en nosotros evitarla, y si por descuido enferma, tambien podemos sanarla sin que necesitemos más médico que nosotros mismos y el bálsamo de nuestra decidida voluntad en ser fieles observantes de la ley de Dios, panacea universal que cura todos los males del alma por arraigados que estén, y que es el más seguro preservativo para evitar la infeccion y el más eficaz antídoto contra todo veneno mortal. De cuanto llevamos expuesto concluimos que el hombre necesita para su bienestar no solo la salud del cuerpo, si que más principalmente la del alma, que es su señora. Empero el hombre se afana en su conservacion sin cuidarse lo que debiera ni de la salud del cuerpo ni de la del alma, buscando la vida en lo que está la muerte, de manera que en vez de caminar por la senda que le conduzca al logro de su

deseo, marcha á paso redoblado á su propia destruccion. Al llegar al borde del sepulcro, agobiado de las enfermedades del alma y del cuerpo, quisiera tomar un camino nuevo, pero ya es tarde; y solo un sincero y verdadero arrepentimiento, una conformidad sin límites, y la entera confianza en la misericordia divina puede alcanzarle la salud en la eternidad. Siendo la salud tan estimable don y la enfermedad tan terrible castigo, no hay porqué extrañarse ver al hombre de más corazon tan abatido y pusilánime cuando esta le acomete, tan afligida á su familia y tan impresionados á cuantos le son cercanos por los vínculos sociales. Y cuando esta enfermedad es epidémica, en cuyo caso se considera, con razon, un azote de la justicia divina por nuestros pecados, nada debe tampoco extrañarse del pánico que se apodera de las familias y de los pueblos que se ven invadidos, porque desesperados los incrédulos, y llorando los verdaderos fieles, al paso que los primeros maldicen achacando á mil causas absurdas el mal, los otros ruegan fervientemente á Dios pidiéndole mitigue su ira y detenga el brazo del ángel exterminador, confesando sus pecados y disponiéndose á besar con humildad la segur que les ha de cortar la existencia temporal. En ocasiones tales todo es confusion, zozobra, pena, llanto y desolacion; y entónces siente el pecador más el enorme peso de sus faltas para con Dios, y si su fe es verdadera y su esperanza cual debe, busca intercesores que rueguen al Padre de las misericordias en su favor, y á ellos acude con lágrimas de corazon, ya como preservativos del contagio que pende sobre su cabeza, ya como bálsamo divino que le cure y salve si se ha apoderado de su cuerpo la infeccion. Todos los pueblos cristianos, cual más, cual ménos, han experimentado el justo azote de Dios por sus pecados, y por lo tanto todos tienen santos intercesores por medio de los que elevan al cielo sus plegarias en tan terribles catástrofes; empero hay uno cuyo nombre, particularmente en la Europa y América católica, es el universalmente aclamado por el abogado más elocuente y eficaz en casos de pestilencia, y cuya efigie, por esta razon, apénas se encontrará iglesia en que no se halle, áun cuando sea solo en estampa, estándole dedicados muchos templos y reconociéndole por patron infinidad de poblaciones; ya habrá conocido el lector que hablamos del glorioso S. Roque, el peregrino y confesor, abogado contra las epidemias, al que acuden los fieles con diarias oraciones rogándole pida á Dios nos libre de semejantes calamidades. Despues de estos preliminares, que rogamos al lector nos admita siquiera por la doctrina que encierran, vamos á hacer una ligera reseña de la vida del glorioso S. Roque, siguiendo en esta parte las noticias que se nos dan en los Martirologios y Santorales que hacen mencion de este bienaventurado. La nacion francesa tiene la suerte de contar entre la multitud de sus bienaventurados al glorioso S. Roque. Nació este, segun Croisset, en la provincia

del Langüedoc y ciudad de Mompeller, sin que nos diga la fecha de este fausto suceso, pues no puede ménos de ser muy fausto el dia que sale á luz un ser que santificando la tierra, ha de sentarse despues por una eternidad en un trono de gloria en la patria celestial. Fueron sus padres, á los que nombra, de ilustre linaje, de grandes bienes de fortuna y de posicion tan encumbrada que el autor de sus dias era señor de la expresada ciudad. Llamábase Juan y su esposa Libera, y es sensible no nos dé el expresado autor el apellido de familia tan afortunada, que por grandes que fueran los timbres de su nobleza adquirió en Roque un blason tan brillante que sus rayos no pudieron ménos de eclipsar las piezas heráldicas del escudo de sus antepasados, pues que se orló con estrellas de gracia, le dió por soportes la caridad y piedad cristiana, y le coronó con la auréola de su santidad, corona más rica y brillante en su misma humildad que la de oro macizo y ricos brillantes de la imperial mundana. Añade el referido autor que al nacer Roque salió del vientre de su madre señalado con una cruz colorada, y como este fenómeno no contradice á la naturaleza como podriamos probar, ni se opone á la omnipotencia de Dios, nada tiene de extraño saliese ya cargado con la cruz quien con tanto gusto habia de llevarla siguiendo los pasos del que la cargó sobre sus hombros y quiso morir en ella para redimirnos de la esclavitud del demonio. Muy pronto se hizo notar en Roque que habia sido elegido por Dios para vaso de santificacion, pues que empezando el lenguaje de la oracion desde la cuna, apénas tenia doce años cuando mortificaba ya su cuerpo con ayunos y penitencias, haciendo cruda guerra á sus nacientes pasiones y privándose de cuantos apetitos le presentaba el deseo y de cuantas comodidades le exigia la carne; siendo tan severo consigo mismo, que solo daba gusto á las aspiraciones de su alma que tenia siempre puesta en manos de su Criador. Muriendo sus padres en esta tierna edad, y quedando dueño absoluto de su fortuna y de su voluntad, miró á Dios con fe y como sin duda le fué comunicada su divina voluntad, vendió la mayor parte de su hacienda que pudo, y repartiendo liberalmente su importe á los pobres en cuyo acto se redujo á la extrema pobreza, y tomando el hábito de la Orden Tercera de S. Francisco, encomendó á un tio suyo el gobierno de su estado y vasallos y formó una firme resolucion de servir á Dios hasta el fin de sus dias en la condicion más humilde. Todo arreglado á medida de su deseo, se vistió de peregrino, y sin llevar nada que pudiera dar á conocer su condicion, abandonando su casa, su familia y su patria, salió de Francia y se dirigió pidiendo limosna y con la mayor pobreza á Italia, con ánimo de visitar la corte de los santos príncipes de los apóstoles, la ciudad emporio del cristianismo, Roma en fin, silla de la religion católica. Al llegar al lugar de Aquapendente encontró que la peste hacia terribles estragos en aquellos habitantes, y en-

cendiendo la caridad en su corazon una divina llama, se dirigió inmediatamente al hospital en que se hallaban los atacados del contagio, y suplicando á su administrador Vicencio le permitiese asistir á los pobres apestados, y como Dios queria manifestar su poder por medio de aquel escogido suyo que todo lo habia dejado por servirle, su presencia fué la providencia divina para aquella casa del dolor y de la muerte, pues que sin más drogas ni remedios que el hacer la señal de la cruz sobre cada uno de los apestados, todos quedaron sanos de la epidemia en el cuerpo y muchos hasta de la pestilencia que corroia sus almas. Pasó á Roma ántes de dar lugar á las manifestaciones de la gratitud, y á las que hubiera producido la admiracion por tan prodigiosas curas, demostraciones que rechazaba la humildad de Roque, y su persuasion de que todo era debido solo á Dios, y de la misma manera libró á los romanos contagiados. En Cesena, Plasencia y otras ciudades de Italia, su oracion y la señal de la cruz fueron el bálsamo salutífero tambien de los apestados. Por todas partes corrió la maravilla, y de todas se deseaba conocer al que la hacia; pero Roque huia de las alabanzas como de arma dañina que mata el alma las más veces, y que cuando ménos la enferma de tal modo que es muy difícil su curacion, y así es que parecia un ente invisible, pues que tan luego como hacia el bien desaparecia, y solo quedaban de él las memorias de los beneficios que habia hecho en los corazones agradecidos. Quiso Dios darle ocasion de ejercitar más su paciencia y nuevas armas para vencerse y hacerle más meritorio, y avisándole de que habia de ser muy atormentado y afligido, le dió una recia y maligna calentura, y permitió fuese herido de una saeta que le traspasó el muslo. Grande fué la alegría al verse acometido de una penosa enfermedad, porque le proporcionó ejercitar su paciencia, y dando á Dios gracias por lo que en su acendrada fe juzgaba un bien, aún pedia á Dios más rigores para poner más en juego su resignacion. Luego que por la misericordia de Dios sanó de este mal, determinó volver á su patria con el mismo menosprecio de sí mismo é igual pobreza que de ella habia salido, y poniéndolo en práctica, pero como en el camino le acometiese otra enfermedad en un lugar enteramente desierto, se echó debajo de un árbol preparándose á morir desconocido y olvidado de los hombres, y solo con la esperanza firme en Dios. ¿Y cómo este Señor clemente y misericordioso habia de abandonar á tan buen servidor? ¡Oh Providencia divina y cuán necio es el hombre que desconfia de tu poder y tu amor! En aquel triste estado, y cuando solo veia Roque acercarse la muerte á pasos agigantados sin que nadie le socorriese en aquella afliccion, vió llegarse á él un perro con un pan en la boca, que hacinédole mil caricias y lamiendo su herida renovada, le dejó el pan al lado para que se alimentase con él. Era aquel perro benéfico un instrumento de Dios, que tomaba el pan de la mesa

de su señor Mr. Gothard, y llevado por el instinto que le guiaba de lo alto, hacia una larga jornada para socorrer á Roque, sin que sea esta la única ocasion en que por órden de Dios han alimentado los animales á los hombres que han disfrutado por sus virtudes y santidad del favor de su Criador. Ya en estado de continuar su camino, volvió Roque á Mompeller, y hallóla alterada, y toda su patria envuelta en guerra y en turbaciones por los aragoneses que querian poseerla, y como el Santo persistiese en guardar el incógnito y se le viese en tan extraño traje, se dió en decir por algunos malévolos que era un espía, y se le encerró en la cárcel por órden del señor soberano, su tio, que no le conoció, ni él quiso descubrirse á nadie para de este modo sufrir más ultrajes que poder ofrecer á Dios. Al cabo de cinco años de prision, que sufrió con la mayor paciencia y entregado siempre á la oracion, fué atacado de pestilencia, y conociendo que se acercaba su fin pidió los sacramentos, que le fueron administrados y que recibió santamente. Antes de morir pidió á Dios con el mayor fervor que todos los que fuesen acometidos de aquel contagio y le invocasen, y tomasen por intercesor, fuesen librados de él alcanzando una perfecta salud. Murió el Santo á 16 de Agosto del año 1327 de nuestra era, á los treinta y dos años de edad, y nos dice Croisset que despues de muerto se halló junto á su cuerpo una tabla en la que estaba escrito: *Los que fueren heridos de pestilencia é imploren el favor de Roque alcanzarán su salud.* Por esta inscripcion y ayudado de la divina gracia que abrió los ojos de su alma, conoció el señor de Mompeller que aquel tenido por espía era su sobrino, verdadero señor de aquella tierra, y recogiendo su cuerpo, con muchas lágrimas y á pesar de haberle tratado tan mal, le hizo llevar con la pompa que le era debida á la iglesia, en donde le dió una honorífica sepultura, y despues le hizo edificar un solemne templo. Las gentes de Mompeller empezaron á venerarle como á santo y como en las pestes se le invocaba y encontraba alivio, su nombre se generalizó como abogado contra la peste y muy especialmente desde 1414, en que celebrándose en Constancia el concilio ecuménico, y atormentada la ciudad por una cruel pestilencia se sacó en procesion la imagen de S. Roque despues de lo cual cesó aquel terrible azote. Trasladóse á Venecia el cuerpo de S. Roque en 1485 por haberle robado los venecianos, y allí fué recibido con grandes fiestas, y edificándosele un suntuoso templo, en él están reverenciadas sus cenizas con gran veneracion (1). Debe advertirse que S. Roque, como dice Croisset, no está canonizado, ni puesto en el catálogo de los santos con la solemnidad que usa la Iglesia; pero la devocion sin embargo le ha levantado multitud de iglesias,

(1) Ya en esta época se hallaba mutilado el cuerpo, pues que en 1398 Geofroi de Boucicaut, obtuvo para la ciudad de Arlés algunas reliquias.

ermitas y oratorios, diciéndose en sus altares misas y oraciones, lo cual es una tácita canonizacion universal de la Iglesia y aprobacion de la Santa Sede, que así lo consiente hasta en la misma Roma, en donde como en todos los pueblos católicos se da culto á S. Roque. Han escrito la vida de este Santo: el cartujo Fr. Zacarías Lipelow, en su Compendio de las vidas de los santos del P. Surio; Francisco Diedo, Pedro Pino, Claudio de Bota, Pedro de Natalibus, Alberto Krantzio en su Historia Sajónica, Baillet que dice se remonta su culto hasta el dia de su muerte, Croisset y otros autores; y el Martirologio romano señala su fiesta á 16 de Agosto, dia de júbilo y romerías en su obsequio en muchos pueblos de nuestra España, de que es glorioso patron y protector.—C.

ROQUE Alvarez, franciscano español. Tomó el hábito en el colegio de misioneros apostólicos de Segorbe, donde dió pruebas de la verdad de su vocacion. Habia nacido, en efecto, para ser un verdadero misionero, pues á las necesarias circunstancias de una vida ejemplar y costumbres irreprensibles, unia notable elocuencia y erudicion, y grande celo por la salvacion de las almas; así es que apénas terminó sus estudios, se consagró constantemente á este santo ejercicio; pero con tal ardor y actividad que era la admiracion de todas aquellas comarcas. Incansable en la predicacion, deseoso de enseñar las verdades del Evangelio, de instruir en ellas á sus oyentes para que las tomasen por norma para la mejora de su vida y costumbres, y les sirvieran para labrar su felicidad en esta y en la eterna vida, no cesaba un instante en sus predicaciones, ni bajaba del púlpito sino para asistir al confesonario, donde oia gran número de penitentes, que conmovidos por sus palabras y admirados de su ejemplo, volaban á sus pies para procurar la reforma de su alma, la purificacion de sus pecados, para obtener, en fin, un bálsamo consolador á sus penas, un alivio constante en sus desgracias, un consejero y guia que les condujese con seguridad al puerto que incautamente habian abandonado. Todo lo encontraban en el P. Alvarez, que caritativo, celoso, amante del bien de las almas y decidido á desempeñar dignamente su cargo, no perdonaba instante ni medio para conseguir sus altos fines, y siempre fué un modelo, un guia constante y decidido defensor de los desgraciados. Así es que su nombre obtuvo grande celebridad en todo el país, y al recorrerle á pie pasando de pueblo en pueblo para repartir el pan de la palabra divina, se le veia siempre activo é incansable, desempeñando los mismos actos, cumpliendo las mismas obligaciones, obteniendo cada vez más celebridad, si cabe, en el ejercicio de su augusto ministerio. Cuando los años y las enfermedades le privaron de continuar en tan rudas y penosas tareas, consagróse á otras en nada diferentes, se dedicó á instruir misioneros que le sucediesen dignamente en su puesto, y pudieran terminar la empresa que él habia apénas comenzado. Hizo todavía más; con-

vencido de que sus lecciones orales no le sobrevivirian, de que trás él no quedaria nada si no lo dejaba escrito, se dedicó á la composicion de diferentes obras, por las que es hoy principalmente conocido, y á las que debe la mencion que le dedicamos en esta obra. Nombrado guardian de su colegio, desempeñó este cargo en los últimos años de su vida, coronando así dignamente la empresa que habia acometido, y publicando por entónces sus dos libros: *Concionum missionalium*, un tomo 8.° *Doctrinam ad usum missionariorum*, en 16.° —S. B.

ROQUE DE BROYS (Fr.), religioso lego capuchino en el convento de París. Este pacientísimo siervo de Dios fué notable por el conjunto de virtudes admirables de que fué inimitable modelo. Pero indudablemente en la que más sobresalió fué en una extraordinaria paciencia. Adolecia este religioso de una retencion de orina, cuyos atroces dolores y tormentos no puede apreciarlos debidamente más que el que los sufre. En este paciente varon eran contínuos, habiéndole demacrado casi del todo el desapiadado padecimiento, que ya le tenia en el último término de la vida. Pero siendo con todo eso superior la fortaleza de Fr. Roque que las fatigas de su dolencia, con ánimo constante dijo, mirando á una imágen de Cristo crucificado: «Dulcísimo Jesus, ruégote con el afecto mayor de mi corazon, que nada me quites de las angustias que me molestan. Elijo ántes, mi Dios, morir en esta cruz de dolores, que vivir lleno de regalos y de deleites. Concurrian los religiosos á su celda, á oir como á oráculo sus palabras; porque haciendo de la pobre cama en que yacia, cátedra de paciencia é igualdad de ánimo, era su ejemplo la doctrina más eficaz. Consiguió, pues, lo que habia pedido, durando sin intermision los dolores de su enfermedad todo lo que perseveró su vida, subiendo despues de la extincion de la mortal á acompañar á Cristo en el trono como le habia seguido en la cruz. —A. L.

ROQUE DE LA CRUZ (P. Fr.), religioso carmelita. Nació este virtuoso varon en Villalpando, poblacion cercana á la ciudad de Toro; fué hijo de Roque de Santa Cruz y de Leonor de Castro; profesó en el convento de Valladolid á 29 de Junio de 1584; sus concienzudos estudios, unidos á su grande celo y sobresalientes cualidades de predicador apostólico, con que el Señor le adornó, le proporcionaron ocasiones para atraer muchas almas á su verdadero servicio y conocimiento. Era tan apreciado y venerado, en los pueblos donde predicaba, que se despoblaban en cuanto tenian noticia de su venida, y salian á recibirle á los caminos. Le infundió Dios el don de que fuese tan elocuente y eficaz en su palabra, que enternecia á sus oyentes y se apoderaba de sus corazones, cuyos efectos admirables lo testifican los dos hechos siguientes: Hallándose un dia en nuestra Señora de la Sierra, imágen de gran devocion en la comarca de Calatayud, llegó á ella en procesion

la villa de Tierga; y sus regidores y el P. presentado Fr. Diego de Contreras, dominico, le rogaron les predicase aquel dia: al pronto rehusó; pero accediendo á sus reiteradas instancias, y sentado en una silla, segun refiere el P. Fr. Domingo de la Madre de Dios, su compañero entónces y despues definidor general de la reforma, tales cosas dijo é improvisó, que se conmovió y enterneció todo el auditorio, prorumpiendo en lágrimas y sollozos, golpeándose los rostros, y haciendo otras demostraciones de dolor, siendo el que más se señaló en ellas el P. presentado. El P. Fr. Roque tuvo que interrumpirse y tratar de calmarlos; pero continuando el sermon, volvieron los llantos por cinco ó seis veces, quedando todos notablemente edificados y compungidos. Habiendo el predicador vuelto á Calatayud, recibió un propio del convento de Gotor, de la órden de Santo Domingo, pidiendo al padre prior enviase con toda presteza á Fr. Roque, porque dicho presentado estaba en peligro de muerte, no sabiendo la causa de su mal, pues solo repetia que aquel padre descalzo le habia atravesado el corazon, y suplicaba le llamasen para su consuelo; pero aunque se apresuró el siervo de Dios, no llegó á tiempo de complacerle pues ya habia espirado. Habiendo invadido la peste casi toda España el año de 1599, acudieron las autoridades de Tudela al convento de Carmelitas, de cuyos superiores y religiosos hacian singular aprecio, á pedirles que hiciesen alguna pública y patente demostracion para aplacar la indignacion divina. Salieron todos los religiosos, acompañados de los habitantes de la ciudad, en procesion penitente, y puestos de rodillas delante del Santísimo Sacramento en la iglesia mayor, comenzó el P. Fr. Roque á pedir misericordia para aquella ciudad á un santo Crucifijo que llevaba en las manos, con palabras tan tiernas y devotas, que todos se derretian en lágrimas de compuncion, confesando á voces sus culpas. Viéndolos el orador tan conmovidos, les dijo con particular luz del cielo, que ayunasen el dia siguiente á pan y agua, y que por su parte les aseguraba y prometia que cesaria el contagio. Fué tan eficaz su peticion, que todos cumplieron el ayuno, correspondiendo el efecto á la promesa, cesando milagrosamente la epidemia, dejando un recuerdo imperecedero en aquella ciudad la fama de este suceso. En el ejercicio de la oracion era Fr. Roque tan constante, que se le observaba de contínuo como absorto, siendo tan familiar su trato con el Señor, como el de la amistad mas estrecha, ilustrándole y revelándole varias cosas; una de ellas fué, estando en el coro en oracion, hallarse en la iglesia un estudiante que habia de ser religioso de su hábito. Bajó en su busca, y le participó lo que habia entendido del Señor, y de tal modo influyó en su ánimo, que estando muy ajeno de aquella vocacion, aquella misma tarde lo recibió, y á su tiempo profesó, con nombre de Fr. José de los Santos. Otros efectos no menos singulares se experi-

mentaron tambien por su oracion. Predicando en Aviñon, supo que á un buen hombre le faltaban hacia ocho dias dos mulas, sin poderlas encontrar ni descubrir. Compadecido el P. Roque de su afliccion, dedicó una tarde á la oracion, pidiendo al Señor el consuelo para el desconsolado dueño. Le oyó su Divina Majestad, y por la mañana amanecieron ambas en su puerta. Este y otros muchos hechos comprueban el valor que tenian á los ojos del Señor las súplicas é intercesion del P. Roque; del mismo modo que su gracia especial para componer desavenencias, y calmar la soberbia y el ímpetu de las personas arrebatadas. En la devocion con el Santísimo Sacramento fué el P. Fr. Roque tan fervoroso, tan tierno y tan amante, que pocos reconoció iguales en su tiempo; en sus festividades derramaba muchas lágrimas de ternura. Todos los dias, áun siendo prior, gastaba tres horas en el santo sacrificio de la misa, una en prepararse, otra en decirla, y otra en dar gracias despues. Era tan exacto en este cumplimiento, que ninguna otra ocupacion, por precisa que fuese, no la emprendia hasta despues de haber celebrado con la majestad que lo ejecutaba; así es que siendo prior en Zaragoza, y avisándole que el señor virey habia venido á verle, y que le esperaba, no se apresuró de lo que era costumbre, ni áun por tan justo respeto, y despues de concluida, le dijo con la sencillez y verdad que le era característica, le dispensase, pues por no faltar á Dios, habia faltado á su excelencia; pero que por la causa podia perdonarle su detencion. Era celosísimo del bien de las almas, y tan humilde, que á nadie podia ver ejecutar algun oficio de los ínfimos, que no le ayudase, aunque tuviese que abandonar estudios y comodidades. Procuraba siempre regirse por dictámen ajeno, teniéndole por más seguro y ménos sospechoso, sabiendo bien que no hay juez que lo pueda ser en causa propia. Estaba tan seguro de conseguir el acierto, ejercitando esta santa humildad, que hasta el parecer de los hermanos legos escuchaba y seguia. Cuando terminó de ser prior de Zaragoza, se puso de rodillas delante del venerable hermano Fr. Bartolomé del Santísimo Sacramento, y le dijo: «Mándeme su caridad, hermano mio, por amor de Dios, á dónde quiere que vaya á vivir.» El santo varon le respondió, que pasase á Peñaranda, pues allí con su predicacion habia de conseguir su reverencia abundante fruto. Obedeció sin réplica, á pesar de ser aquel convento de los ménos apetecidos, y el premio fué concederle el Señor muchos logros de su apostólico celo, no solo en aquella villa, sino en toda la comarca. Le hicieron despues prior de los conventos de Osma y Avila, y en este último con gran opinion de santidad falleció en el año de 1609. Le honró el Señor en su muerte y despues de ella con muchas maravillas, siendo una la incorrupcion de su cuerpo, notándose que exhalaba grato aroma bastantes años despues cuando se abrió su sepultura. — A. L.

ROQUE DE FIGUEREDO, misionero franciscano, mencionado por Betancourt en su Teatro Mejicano, y por D. Andrés Basica en su Biblioteca Indica, como uno de los religiosos que más trabajaron en la conversion de aquel país, cuyos progresos todos fueron debidos á los Padres que consagraron su larga existencia á un apostolado tan estéril como glorioso para ellos, pero en el que debian recoger los más sazonados frutos sus sucesores. Tal es la idea cristiana, que lanzada en una tierra fecunda produce la semilla más abundante, siendo el orígen de la prosperidad y grandeza de los pueblos. Nadie más á propósito para apreciar esta semilla que los misioneros, ilustres varones cuyo despego de las cosas mundanas no puede elogiarse nunca lo suficiente, y que corren á lejanos países á exponer su vida por conseguir unos resultados de que rara vez gozan, y esto siempre en medio de toda clase de penalidades y padecimientos. Sin embargo, Méjico donde estuvo el P. Roque, parece destinado á demostrar una vez más que todo el trabajo de los misioneros suele ser inútil, cuando mal comprendido ó mal explicado el cristianismo por aquellos á quienes se predica, sacan de él consecuencias absurdas ó se dejan seducir por errores que no fueron nunca el objeto de esta santa doctrina, que tiene sus legítimos doctores, sus maestros y verdaderos custodios encargados en conservar en el arca santa intactas las verdades de la ley. Así que su aplicacion solo á ellos corresponde, solo de ellos debe beberse la doctrina que hace veinte siglos viene siendo la causa de todas las glorias y grandezas de la sociedad europea. Acudir, pues, á estos grandes hombres es un deber de todos los particulares, de todos los pueblos y de todas las naciones, pues en ello se halla vinculado su bienestar ó su desgracia. Todas las naciones han tenido sus misioneros, pues no vienen á ser otra cosa los primeros que en ellas predicaron la doctrina evangélica, que instruyeron á los fieles y los condujeron por la senda de la perfeccion. Poco despues de este período viene otro en que aquellas doctrinas recibidas por la fe deben ser sostenidas por la ciencia, y este período es en el que nos encontramos, período difícil de atravesar, pero en que son tanto más grandes las victorias, cuánto más difíciles y penosas. En este período, pues, para no errar, debemos acudir á las doctrinas de los hombres más autorizados, someternos á sus opiniones, y sin fallar, pues la fe con razon no lo permite, seguir sus pasos, seguros de que con su ejemplo obtendremos los apetecidos resultados. En uno de estos períodos fué mirado como un oráculo el Padre de que nos ocupamos, que supo fijar la atencion con su obra intitulada *Viaje al Nuevo Mejico*, de que no podemos ocuparnos por no dar más extension á esta biografía. — S. B.

ROQUE DE GÉNOVA (Fr.), religioso capuchino de la órden de Menores. Fué un ínclito sacerdote, varon muy eminente, tanto en virtudes como en

sabiduría y grande instruccion. Fué grandemente contemplativo y dotado de espíritu profético, como se comprobó con el vaticinio de diversos sucesos futuros que hizo á Francisco Botarino de Albiciola, devoto y bienhechor de la órden de Menores, los cuales se verificaron despues puntualísimamente. Era religioso sumamente estimado de todos sus superiores y compañeros, mereciendo al mismo tiempo el mayor respeto por sus acrisoladas virtudes y vida ejemplar. Admirable en su observancia y obediencia, no desdeñando jamás el ocuparse en los ministerios más humildes del convento, ántes por el contrario cuidaba con el mayor esmero de suplir cualquiera falta que se observase por negligencia ó descuido. Fué muy continuo en la oracion, y muy mortificado con rigurosos ayunos y otras austeridades. Su sueño era corto y de muy pocas horas sobre duro lecho; su silencio profundo y su caridad inagotable. Murió con la muerte de los justos el año 1589, dejando en la Orden un gran vacío difícil de llenar, y difícil de reemplazar á un sujeto de tan altas prendas y virtudes. —A. L.

ROQUE Gonzalez (Padre), religioso de la Compañía de Jesus. Este insigne mártir era natural de la Asuncion, en el Paraguay, hijo de padres nobles en sangre y costumbres, que le criaron conforme á entrambas obligaciones, correspondiendo Roque Gonzalez de Santa Cruz tanto á la crianza como á la sangre. Desde sus primeros años rayaron en él las luces de la gracia, que creciendo con ellos, habian de contribuir despues á dar luz á tantas naciones. Comenzó su innata devocion áun ántes que el desarrollo de su razon; y desde su niñez pronosticaba su vejez dichosa, siendo preludios de su gran santidad la oracion, en que se ejercitó desde niño, con admiracion de cuantos le observaban, concediéndole el Señor, áun entónces, muchos favores, como en prendas de la corona que le aguardaba. En su juventud, y en medio de la libertad de su patria, conservó la casta integridad de su alma, sacando sus vecinos más bien admiracion de esta virtud que ejemplo. Cuando se ordenó de sacerdote, quisieron que cantase la Misa con una palma en la mano, que áun desde entónces parece que querian, sin pretenderlo, darle la posesion de la que habia de alcanzar con el martirio. Rehusó esta honra la modestia del nuevo sacerdote, pero no pudo excusarse de admitir el curato de la catedral, si bien por ser cargo honroso huyó de la dignidad de provisor y vicario general que le quiso dar el obispo, y solo halló refugio de este peligro en la religion. Entró en la Compañía el año de 1609, con admiracion de la ciudad y del reino, con grande ganancia de la religion y del novicio. Aún no habia dejado de serlo, cuando su virtud suplió los años, y se le encargó por los superiores la mision de los Guaicures, gente feroz, y digna conquista de su valor religioso. Despues en el Paraná aumentó los trabajos y las virtudes, que todos iban en aumento á un paso con los

años. Su paciente constancia le hizo digno de ser el primero que evangelizó en el Uruguay, y á quien se reservaron las primeras huellas sobre aquellos campos, adonde últimamente con el precio de su sangre hizo llegar á la Iglesia, y así le llamaron algunos primer apóstol del Uruguay. Hallábase, pues, este fervoroso varon cerca del Uruguay, y no contento con las conquistas pasadas, ántes solicitado con la ganancia de ellas, se dispuso para nuevas victorias, para la corona de Cristo. Este designio, que le hacia corta toda la grandeza de la tierra, le descubrió el camino á su deseo y á su corona. Guardó Dios el premiar á este siervo suyo con la corona del martirio, hasta que dejase fundada la fe en aquella gente, conmutándole la muerte en infinitos trabajos que entre tanto padeció, y muchos riesgos de la vida, aguardándole muchas veces los indios para matarle; otras persiguiéndole y estorbándole siempre sus intentos, hasta que llegó el tiempo de recibir el premio de sus trabajos con la gloriosa auréola de mártir. Habiendo llegado de España á aquellas provincias cuarenta y cuatro religiosos de la Compañía de Jesus, se animó el fervoroso Padre á hacer otras reducciones de nuevo. Cinco leguas de la reduccion de la Candelaria, estaba un cacique en un puesto que llaman los de la tierra Caró. Procuró el P. Roque ganar para Dios á aquel bárbaro, y lo consiguió. Dió el cacique, llamado Quarobay, licencia al Padre para pasar á sus tierras, adonde en la disposicion de los montes, que es todo lo que proporciona el sustento de los indios, y en el natural de estos mismos, halló cuanto deseaba para una florida reduccion, que es el primer paso que dan estos gentiles para la entrada de la fe. Contento el P. Roque con tan feliz principio, como quien tenia ya acabada la mitad de la grande obra que emprendia, trató de pasar á Yuy, rio que desembocando en el Uruguay, dista solo tres leguas de la reduccion de S. Nicolas, pequeña distancia, pero grande en su dificultad, porque en una montaña vecina á este rio se habian fortificado algunos indios enemigos, desde donde habian hecho frontera aquel sitio contra el de las reducciones. El cacique principal de la tierra, que tenia por nombre Nezu, era muy nombrado y famoso, más por los hechizos y sorpresas mágicas con que asombraba la bárbara ignorancia de aquellos salvajes, que por el valor con que los sujetase, y el cual habia aumentado su poder con el nuevo vasallaje de quinientos indios, aumentando así el número de sus antiguos vasallos. Este cacique, muy insolente con el poder adquirido, por miedo habia concentrado su gente en poca distancia de tierra, distribuyéndola en treinta y cinco casas ó atarazanas grandes, donde se recogian tumultuariamente en cada una muchas familias, con la disposicion que en España pudieran otras tantan cabezas de ganado. No le sirvió á aquel inculto cacique su fiereza contra la afable industria del P. Roque, más bien vencido y atraido por su blandura y caridad,

bajó con el Padre á la reduccion de S. Nicolas, donde pagando al indio el viaje con el aparato de su recibimiento y aplauso, y con algunos regalos y presentes, pareció hallarse más conforme, comenzando á disponer el ánimo de sus vasallos, para que hiciesen casa en el pueblo á los Padres y á su criador. Los indios le obedecieron, y en breve le edificaron una iglesia competente, miéntras el P. Roque, por el rio arriba y á siete leguas, llegó á las tierras de Tabay, cacique famoso para tratar de nueva reduccion, que dejó bien dispuesta, como lo demuestra la fundacion que se conserva en aquel sitio y pueblo llamado San Francisco Javier. Dió el Padre la vuelta á San Nicolas, con las nuevas de estar ya construido el templo y casa, donde halló al P. Juan del Castillo, cuya fervorosa perseverancia le puso en ocasion tan gloriosa. Era natural de Belmonte, en la Mancha, y entró muy jóven en la Compañía, donde pidió con instancia ser enviado á las Indias, para donde le tenia Dios escogido. Se empleaba en S. Nicolás en la enseñanza de aquella reciente cristiandad. El P. Roque le eligió para la nueva reduccion, y así los dos partieron á tomar la posesion en nombre de Jesucristo, poniendo el título de su glorioso estandarte en las tierras de Nezu, donde el dia de la Asuncion de nuestra Señora, que dió nombre á aquel pueblo, á 15 de Agosto de 1628, vieron aquellos campos los primeros rayos del Evangelio, levantando el sagrado trofeo de las glorias de Cristo, y consagrándolos con el santo sacrificio de la misa. Y para adelantar tan buenos principios, permaneció allí algunos dias el V. P. Roque Gonzalez, dando al mismo tiempo á los indios admirables ejemplos de su benignidad, y al P. Castillo algunos documentos. Lo que este último pasó con la ferocidad intratable de aquella gente, puede juzgarlo el que considere su aislamiento, sin consuelo y sin amigo. El P. Roque, dando vuelta á aquel país y á las reducciones de aquella provincia, con nuevos trabajos se disponia para otros mayores, aumentando las fatigas sobre lo que sufrian sus años. En pocos dias llegó á Itapoa, hospedó á los nuevos misioneros de la Compañía, que habian llegado de España, distribuyéndolos en seguida, y últimamente por dar gusto á un Padre, que deseó hacer la profesion en sus manos, anduvo sesenta leguas á pie envuelto contínuamente en peligros. Halló en Itapoa al P. Alonso Rodriguez, á quien la Divina Providencia habia tambien señalado para la gloria del martirio. Era natural de Zamora, en España, entró en la Compañía muy mozo, y se le destinó al Paraguay, donde enseñó lo que habia aprendido en Castilla de las letras humanas, que supo con eminencia, como tambien teología. Solicitó el P. Alonso con el bendito P. Roque Gonzalez lo mismo que él deseaba, que le llevase á la fundacion del Caró. Partieron á la nueva reduccion provistos de algunos regalillos ó pequeños dones, especialmente cuñas de hierro, único instrumento que usan en sus labranzas aque-

llos naturales. Al principio acudió la gente con alguna frecuencia á la casa de los Padres y la iglesia. Contentísimos estos y prometiéndose responderian los fines á tan buenos principios, engañaban con esta esperanza su continuo trabajo; pero esta salió fallida, porque muy pronto mudó de parecer el jefe Nezu, que sintió en breve los efectos de la estancia de los Padres en su territorio, porque la diferencia de las costumbres le hacia forzosamente oposicion á sus vicios. Era este famoso hechicero muy soberbio, ayudado del aplauso del pueblo, que fácilmente se persuadia que reinaba en Nezu alguna deidad soberana; y él fomentaba esta idea engañosa diciendo que le obedecian las fieras, los montes, los tiempos y los cielos. Y con esta falacia ejercia la mayor tiranía, no escapándose de su lúbrica codicia cuantas mujeres de algun mérito celebraba el Uruguay. Así aumentó de tal modo el número de sus concubinas, que no cabiendo en su propia casa, tuvo en otra una multitud de ellas. Pero como el Evangelio habia de despojarle de sus vicios y torpezas, de que ya veia pronósticos en las pláticas de los Padres, encaminadas á establecer el matrimonio monógamo, trocó sus favores y benevolencia en desdenes é injurias. Con todo estaban algo reprimidos los afectos de Nezu, cuando un indio apóstata de otra reduccion, llamado Potirava, que aborrecia á los Padres, encontrándose con Nezu y aprovechándose de su tibieza en el afecto á los Padres, le habló con vehemencia y con la elocuencia que permitia su ingenio. Con aquellos razonamientos aumentó la malquerencia del lascivo cacique, y se aumentó en sumo grado, sabiendo que un muchacho confidente de los Padres habia descubierto la casa de sus mancebas; y pareciéndole poco matar al P. Juan del Castillo, que era el que vivia en su reduccion, trazó de quitar la vida al P. Roque, que entónces se hallaba en la del Caró. En este último punto habia un cacique, cuyo nombre era Caarupe, que vivia con un hermano suyo llamado Areogati, gran hechicero, y que con la misma facilidad que Nezu se tomaba el nombre de Dios del cielo y de la tierra. A este cacique y á otro llamado Caaburé, envió Nezu una embajada con Cunataraqua, persuadiéndoles matasen á los sacerdotes de su reduccion, que él lo ejecutaria tambien con el de la suya, pasando despues con sus indios á las demás reducciones, con cuyos caciques tenia ya acordado lo mismo. Determinando que los que se manifestasen omisos, les castigarian en su nombre los tigres, sobre los cuales se preciaba de tener dominio. Dispuso Caarupé su gente, entre tanto que Nezu reprendia á los que en el Yuy iban á bautizar sus niños y á cuantos seguian al Evangelio, amenazándolos con gran furia, y que los castigaria con la alteracion de los elementos, y con la esterilidad de los campos, como quien, segun decia, todo lo regia á su arbitrio. Los ilustres mártires Roque y Alonso, en ninguna cosa pensaban ménos que en aquella alevosa

traicion que preparaban, y aquella misma mañana, recogiéndose á decir misa el P. Roque con la devocion que solia, despues de haberla celebrado y dado las gracias por tan alto sacramento, salió á levantar un palo grueso, en cuya horqueta habia de fijar una campana. Entre tanto el P. Alonso se recogió á su chozuela á rezar las horas canónicas. Habia acudido mucha gente á la plaza de la iglesia, y el santo P. Roque, con sus propias manos trabajaba en aquel ministerio. Bajóse el venerable ministro de Jesucristo á atar la lengüeta de la campana. Apénas le vió Caarupé en aquella postura, cuando mandó á un esclavo suyo, que estaba ya prevenido, ejecutase el homicidio. Llevaba un arma que los indios llaman *itaiza*, que es un palo como de dos tercias, á modo de huso, que tiene por tortera una piedra con una esquina: levantó la fatal arma, y dándole al Padre en el cráneo, le hizo pedazos la cabeza, dando libertad á aquella alma dichosísima para que volase á las moradas eternas, y juntamente ánimo á los demás conspiradores, para que encrueleciéndose con aquel glorioso cadáver, le deshiciesen el rostro y gran parte del cerebro. Partió luego Caarupé con la demás gente á la casa donde estaba el P. Alonso, que con furibundas voces llegaron á él, asesinándole al punto en la misma puerta, pues Areogati, abrazándose con el Padre, mandó á un criado suyo que lo matase. Este y los demás conjurados probaron en el Padre las macanas, mas no de suerte que le rematasen; y el angelico mártir, con aquella su indecible mansedumbre, tuvo lugar de decirles: *¡Hijos, qué haceis!* Al decir estas palabras se fué acercando al cuerpo de su glorioso compañero; pero pareciéndole mejor morir adonde tantas veces renovó la memoria de la muerte de aquel Señor, por quien él daba su vida, corrió á la iglesia para ser víctima donde tantas veces fué sacerdote. Los bárbaros le atajaron los pasos, y ántes de llegar á las puertas de la iglesia le acabaron de matar. En seguida embistieron los verdugos con los sagrados cuerpos de los mártires, y partiendo por medio el del P. Alonso Rodriguez, cortándole despues por un muslo, arrastraron aquellos venerables pedazos al rededor de la iglesia, dentro de la cual lo arrojaron, para que se manifestase que habian concurrido en el martirio de los Padres las circunstancias que se requieren para que lo sea; desde allí pasaron á ultrajar los sagrados ornamentos de la iglesia, en que cebaron más su impiedad, porque rompiendo y haciendo pedazos cuanto servia á los altares, y del cáliz partido en muchas partes hicieron gargantillas. Embistieron con la cruz, y derribándola la hicieron astillas. Pero lo que más se sintió en toda aquella provincia fué el execrable destrozo que padeció una imágen de nuestra Señora. Era esta devotísima imágen la querida prenda y única alhaja del P. Roque, y como la llevó en todas sus peregrinaciones, fundaciones y conquistas, la llamaba, y con razon, la *Conquistadora*, atribuyendo á su

presencia favorable los prósperos sucesos de sus empresas. De la iglesia pasaron á la casa de los Padres, donde hicieron pedazos dos crucifijos. Quebraron los brazos al uno, que era de marfil, y luego en una grande hoguera, que para abrasar la iglesia encendieron, arrojaron á los crucifijos y á los venerables cuerpos de los Santos, para que no quedase fuera del fuego cosa buena en aquella reduccion. Pero á todo respetó el elemento destructor, porque ni áun á la otra imágen de Cristo nuestro Señor, que era de estaño, pudieron consumir las llamas. Un anciano, suegro de Carobay, cacique que dió entrada á los Padres en el Uruguay, y que no tuvo culpa ni noticia de la carnicera conjuracion; cuando llegó á la plaza y vió aquellos destrozos, no pudo ménos de reprenderlos y afearlos su ensañamiento y crueldad, propia de fieras; pero aquellos bárbaros, ébrios de sangre, sin respetar sus canas y representacion, le asesinaron de igual modo. Avisó Caarupé á Nezu de haber realizado su proyecto de dar muerte á los Padres, exigiéndole el cumplimiento de la palabra que le habia dado de matar al P. Juan del Castillo. Oyeron el recado tres muchachos de la casa de los Padres, y el uno, temiendo en los de la reduccion de la Candelaria, de donde le habian traido, igual resultado, corrió á dar aviso con mucha diligencia y peligro, y por cuya prevencion pudo guardarse la vida de los Padres de aquellas reducciones, que sin duda corrieron riesgo. Pero mayor le pasaron los dos muchachos que quedaron, porque intentando algunos darles muerte en un principio, y despues dejados libres, por ruegos de otros, no bastaron las amenazas á enfrenarles las lenguas, porque con el amor que á los Padres tenian, se opusieron á Caarupé, amenazándole con la esclavitud de los españoles, que él tanto temia. Así volvieron estos muchachos por la verdad y por la fe en su país, descubriendo que ni todos habian sido conspiradores, ni todos la aprobaban despues de cometido el crímen. Llegaron á oidos de Nezu aquellas noticias, y animado con el mal ejemplo, determinó no quedarse atrás en los hechos de sus vecinos. Para este fin acudieron muchos de los conjurados á la choza del P. Juan del Castillo, y fingiendo que iban á pedirle alguna herramienta para sus labores, como cuñas y anzuelos, el Padre generosamente les dió más que pedian, pero de repente le asieron los brazos y las manos y le ataron fuertemente. Viéndose el Padre preso, cuando más los agasajaba, y presumiendo que la codicia de los demás anzuelos y cuñas que le quedaban era la causa del daño, les ofreció liberalmente cuanto poseia, y las pobres alhajuelas de su choza, y áun á sí mismo por esclavo; pero ellos le dijeron que no querian más que darle muerte como á sus compañeros. Asegurado el Padre de que su muerte era motivada por odio á la religion que predicaba, se animo sobremanera con la consideracion de su dicha. Llevaban los traidores asido al mártir invicto, dándole fuertes bofeta-

das, y haciéndole innumerables ignominias, tratando el mártir con el mayor agrado y amor de disuadirlos, y diciéndoles si era aquella la recompensa que iban á dar á sus afanes por la salvacion de sus almas. Mas nada era capaz de apiadar á aquellos tigres, animados por Carobay. Conociendo el Padre su muerte irremisible, les pidió le llevasen á morir con sus hermanos, y le diesen siquiera aquella muestra de humanidad, mas á nada atendieron, y empezó sobre el mártir una lluvia de palos terrible, y despues atándole con una soga las manos á la cintura, le sacaron del pueblo, para darle con más dilatados tormentos la muerte, queriendo de este modo Nezú recompensar las ventajas, que en haber comenzado la traicion le llevaban los del Caró. Le arrastraron hasta un arroyo, allí le hizo Carobay tres heridas con una espada, que para animar á los suyos llevaba en la mano. Con las heridas y la falta de sangre cayó el soldado de Cristo. En seguida le arrastraron por la falda de un monte, tan áspero y con tal violencia, que á pocos pasos no le quedó de su vestido, sino una media y dos vendas con que se ataba las fuentes que tenia en los brazos por sus achaques; y desnudo le arrastraron tres cuartos de legua, desangrándole casi completamente. Los bárbaros, mas duros que las piedras que le herian, ayudaban á las piedras con su crueldad; y unos le pasaron los ijares con saetas, otros con los arcos le punzaban los ojos, y otros otras partes igualmente sensibles. En todo este gran martirio, solo salian de su boca las dulcísimas voces de Jesus y de María, y en lengua propia de los indios: *Sea por amor de Dios*, que varias veces repetia. Finalmente, con dos grandes peñas le deshicieron la cara y le molieron el cuerpo, dando con esto fin á su martirio y principio á su inmortalidad. Quisieron que el santo cuerpo sirviera para pasto de las fieras; pero estas respetaron los restos del siervo de Dios y le dejaron indemne, pero sus verdugos le quemaron. Desde allí pasaron á la iglesia, y rompiendo cuanto habia en ella, reservó Nezu para si los sagrados ornamentos, y revistiéndose con la casulla, salió á la vista de su pueblo triunfante, y haciendo traer delante de sí los niños bautizados por el Padre, él mismo con diabólicos ritos les raia le lengua y el pecho, dando á entender les borraba la divina señal que hermoseó sus almas con el bautismo, y con las exhortaciones que le dictaba su ambicion persuadia á aquella miserable gente, á que olvidando y aborreciendo como á perversas sectas los dogmas evangélicos, fuesen volviendo por la causa del demonio. Volvió despues Caarupé con su esclavo Marangoa á reconocer las hogueras en que dejaron los venerables cuerpos de los santos, y observaron que del de el P. Roque Gonzalez salia una voz bien formada que articulaba las siguientes razones, en cuya sustancia concuerdan muchos testigos: *Habeis muerto al que os ama, habeis muerto mi cuerpo y molido mis huesos,*

pero no mi alma, que está ya entre los bienaventurados en el cielo. Muchos trabajos os han de venir con ocasion de mi muerte; porque mis hijos vendrán á castigaros por haber maltratado á la imágen de la Madre de Dios. Este portento, que debiera corregir á aquellos feroces ánimos, obró en ellos mayor obstinacion, y así con nueva rabia, arremetió el cacique con el sagrado cuerpo, del que salian aquellas voces sorprendentes: queriendo como ahogarlas, mandó á Marangoa le abriese el pecho; pero áun así todavía sonaban aquellas razones. Todos buscaban los órganos de donde salian voces tan penetrantes, y coligieron no poder salir de otra parte que del corazon del mártir; se le sacaron y atravesaron con una saeta, y le echaron al fuego con los cuerpos; mas el fuego, que bastaba para consumir la casa y la iglesia, fué incombustible para abrasar aquellos cuerpos venerables, y entre todo se conservó con evidente milagro el corazon, que hoy se guarda en Roma, con la señal y punta de la flecha, que habiéndose quemado el resto, la parte introducida en el corazon quedó libre de las llamas. La profecía del mártir Roque Gonzalez, del castigo que habia de venir á los infieles, se cumplió bien presto, porque en cuanto llegó la noticia de aquella traicion á la reduccion de la *Concepcion de Uruguay*, un famoso cacique cristiano, llamado D. Nicolás Neengitu, excelente capitan y muy celoso de la fe, por volver por la causa de Dios, y desmentir la fama que Nezu habia esparcido de que todos los caciques habian de matar á los Padres, salió á campaña con doscientos soldados de su reduccion, prometiendo no volver á ella, ni ver á sus hijos ni mujer, hasta haber tomado venganza de los tiranos; se le fué reuniendo gente de todas partes, de modo que se vió con un ejército de más de setecientos hombres, quedando en todas las reducciones buena guarnicion; fué marchando para caer sobre el maldito de Nezu, que cuatro dias ántes habia huido, pero siguiéndole el rastro por un monte muy extendido, hallaron que se habian dividido los enemigos. Tomaron el rastro más trillado, y al segundo dia al amanecer, dieron con ellos; puestos en armas, los requirió D. Nicolás para que entregasen los matadores de los Padres, prometiendo á los demás no hacerles daño alguno; la respuesta fué un diluvio de flechas que dispararon; fué más que ventura el no matarle como lo hicieron á un sobrino de otro cacique que iba con él. Entónces pidiendo su arco D. Nicolás, fué el primero que los acometió, siguiéndole los suyos, haciendo en los enemigos tal estrago, que les mató más de ciento, cogiendo vivos otros tantos con grandes despojos. De la parte de D. Nicolás solo murieron tres. No estaba allí Nezu, que con otra partida de enemigos se habia huido. Mas no paró aquí el divino castigo, porque por otra parte se juntaron más indios que llegaron para favorecer á los Padres, acudiendo veloces por el amor que les tenian. Los Padres de S. Francisco acudieron tambien con gran diligen-

cia, enviando su gente. Tambien movió Dios á un capitan español, llamado Manuel Cabral, el cual con poder y comision del gobernador de Buenos-Ayres, D. Francisco de Céspedes, y de los alcaldes de la ciudad de S. Juan de Vera, y á su costa, llevó algunos soldados españoles, que reuniéndolos á los indios fué en busca de los matadores de los Santos Padres Roque Gonzalez y Alonso Rodriguez, y habiéndolos encontrado, se fortificaron en dos islas de un monte, á una de las cuales acometió el capitan Cabral, el cual antes les requirió muchas veces, que solo queria le entregasen los homicidas, que con esto aseguraba á los demás sus vidas. Respondieron con insolencias y despropósitos, y sin detenerse los acometió de hecho y matando muchos de los gentiles, cogió á los asesinos, con la buena suerte de no morir ni quedar herido ninguno de los suyos, y únicamente él salió con dos pequeñas heridas de que pronto sanó. En la otra isla cogió con la ayuda de D. Nicolás muchos de los verdugos del glorioso Padre Juan del Castillo. De todos los culpados mandó hacer justicia el capitan Cabral, mandándolos ahorcar y asaetear.—A. L.

ROQUE Mamenolius, minorita del siglo XVI, predicador distinguido, célebre por su dicha y virtudes. Habia nacido este religioso á principios del precitado siglo, y manifestó desde luego las mayores cualidades para el estudio, en que hizo notables y rápidos progresos. Su familia le envió á las universidades más célebres de Europa, creyendo llegaria á distinguirse en cualquiera de las carreras civiles, mas el que habia dado ya muestras de su inclinacion á la vida religiosa, aprovechó aquellas circunstancias para tomar el hábito de los Menores capuchinos cuando ménos lo esperaba su familia, pero contento con hacer un sacrificio que aumentaba el mérito de su entrada en la religion. En efecto, Mamenolius, que se hallaba dotado de las mejores cualidades y de todas las ventajas que proporciona el estudio y la aplicacion, hizo en la virtud más rápidos adelantos, si cabe, que en la ciencia, y llegó á adquirir esas costumbres santas y puras, que tanto acercan á la perfeccion cristiana. Devoto sin afectacion, caritativo sin hipocresía, asíduo en la oracion, penitencia y demás prácticas piadosas, su vida era mirada como ejemplar y citada como modelo no solo entre los extraños, sino áun para los mismos religiosos, que le tenian en opinion de santidad. Esto no menos que su elocuencia dió orígen á que se le nombrase predicador, cargo de grande importancia en la religion capuchina, y por lo general era el orígen de una larga y brillante carrera, si los que le ejercian tenian tiempo y vida suficiente para llegar á su término, en lo que no fué ciertamente afortunado el P. Mamenolius. Pero en la humildad jamás habia aspirado á los elevados puestos, y contento en su dorada medianía, le bastó con dar gracias á la Providencia por los favores que recibia diariamente de su poderosa mano.

Fueron estos otros triunfos contra los herejes de su época, á los que combatió desde el púlpito con los mejores resultados, obteniendo más de una conversion bien afamada por cierto. No influyó ménos en la mejora de las costumbres entre los cristianos, á que mejoró y redujo á penitencia animándolos con sus ejemplos tanto ó más que con sus máximas y preceptos. Gozó por esto de grande consideracion en su Orden, y fué destinado á muchas misiones, gastándose su vida ántes de tiempo en tan penosa ocupacion hasta que falleció con más méritos que años. Habia obtenido opinion de santidad, y se le atribuyen algunos casos extraordinarios que no sabemos hayan merecido la aprobacion de la autoridad eclesiástica. Escribió y publicó: *Conciones in Jonam*: Verdun, 1578 y 79.—S. B.

ROQUE MARTIN, notario en Vessiez, canton de Roujan, diócesis de Montpellier, abjuró el judaismo y entró en el seno de la Iglesia católica el dia del Corpus del año 1838. Su hermano, abogado en Beziers, le habia dado ya el ejemplo poco ántes de la revolucion de 1830. Esta conducta de dos personas tan notables causó grande sensacion en el país.—S. B.

ROQUE MORENO (B), confesor, religioso franciscano, natural de Cremona. Ignóranse las primeras circunstancias de su vida hasta que tomó el hábito de religioso en la provincia de S. Juan Bautista del reino de Valencia, tan célebre en la historia de la Orden seráfica por sus austeras y observantes costumbres y por el gran número de sujetos eminentes en virtud y letras que dió á la Iglesia. Moreno desde el instante en que tomó el hábito se distinguió por su vida ejemplar, piadosas y arregladas costumbres, asiduidad en la oracion, humildad, obediencia y celo de la observancia regular. Estas cualidades eran más que suficientes para elevar á cualquiera religioso á los primeros puestos de la Orden, pero en él se ve lo eran mucho más, pues iban acompañadas de un talento no vulgar y de conocimientos no comunes. Sin embargo, nunca se distinguió por su doctrina, pues aunque fué predicador afamado, hizo cuanto se hallaba en su mano para ocultar las grandes cualidades de que le habia adornado la naturaleza, negándose su humildad á brillar por ellas como en su caso hubieran hecho otros muchos religiosos: se habia propuesto vivir únicamente por Dios y para Dios; y si no lo consiguió por completo, empleó al ménos para ello los mayores esfuerzos, mereciendo honores en la Iglesia que son concedidos á muy pocos. Los buenos servicios que habia prestado á sus hermanos, y el ejemplo que constantemente les daba, le merecieron ser nombrado guardian de su convento, cargo que desempeñó repetidas veces, siempre con grande acierto y celo y atrayéndose cada vez mayores simpatías, pues como era humilde entre los humildes, tenia un verdadero placer en ejecutar lo que debia mandar, en hacer por sí mismo todo lo que se hallaba al alcance de sus débiles fuerzas·

Asi es que solo dejó de desempeñar este cargo para ser definidor de su provincia, puesto mucho más elevado todavía, y en que pudo prestar servicios mucho mayores; pero su natural humildad, lo mismo en este que en el anterior destino, no se contradijo jamás á sí misma y continuó ostentándose en toda su grandeza y esplendor hasta que vino á sorprenderle la muerte en medio de tantas virtudes en 1593, en el convento de Santa Ana, donde fué sepultado no sin grande concerrencia de fieles que venia á despedirse de él y recoger como reliquias, ya su hábito, ora los pocos objetos que habia legado á sus hermanos. La Orden seráfica celebra desde entónces la memoria de este su ilustre hijo en 1.° de Agosto.—S. B.

ROQUE DE PROSERPIO, religioso lego de la provincia de Milan en la órden de Capuchinos. Aunque sin ninguna instruccion, obtuvo en el claustro tan extraordinaria ciencia, que al oirle los varones más doctos, no podian ménos de confesar hallarse inspirado por el Espíritu Santo. Dice la crónica que todavia se conservan sus escritos, en que se hallan examinadas, explicadas y decididas materias de difícil solucion para la capacidad humana, con lo que se manifiesta claramente que se hallaba movido su espíritu por la sabiduría divina. Disponíase Fr. Roque para estos trabajos con una total abstraccion de comercio humano, con oracion contínua y un silencio tan constante que solo la caridad, mirando á la mayor gloria de Dios y utilidad del prójimo, podia moverle á tratar con ellos. Su alimento era sumamente escaso, y solo consistia en pan, y así se admiraban los religiosos que tuviese las fuerzas suficientes para ejecutar los cargos que le encomendaba la obediencia. Habiendo llegado á una edad muy avanzada, en que no podia entregarse al trabajo corporal, se consagró por completo á las tareas de la oracion y contemplacion, en la cual, despues de un breve reposo que tomaba ántes de los maitines, continuaba hasta la hora de prima entregado á místicas meditaciones, que le servian de preparacion para ayudar á todas las misas que se iban diciendo y á que asistia con grande devocion y piedad. Solia sufrir fuertes y frecuentes tentaciones, pero fortalecido del cielo el siervo de Dios conservaba su puesto con grande constancia. Llamado al fin á mejor vida, pasó á ella en el convento de Milan, de la órden de Capuchinos, sin que nos diga la crónica el año en que acaeció su muerte.—S. B.

ROQUE de S. Vicente (P. Mtro.), religioso agustino, español probablemente, pues se ignoran las primeras circunstancias de su vida, siendo únicamente mencionado cuando se hallaba ya en el país ejerciendo el cargo de catedrático de teología, prueba inequívoca de una larga carrera y de contínuos y no interrumpidos estudios, pues en las órdenes religiosas, donde habia gran número de sujetos para elegir para determinados cargos, no se concedian sino á los más aventajados y dignos al mismo tiempo por su sa-

ber y costumbres. Pero Fr. Roque no solo se hallaba versado en esta ciencia, pasando en ella por muy docto, sino que poseia conocimientos no vulgares en las matemáticas, cosa muy rara en su siglo. Su grande piedad y ejemplares costumbres le valieron ser elegido en compañía de otros religiosos para fundar el convento de Agustinos descalzos de S. José en Lima, que como capital de un vasto país reunia en su seno personas de todas clases y condiciones, necesitándose por lo tanto que los religiosos que allí viviesen y todavía más los que comenzasen una nueva fundacion, fueran personas de reconocida virtud. Adquirió tan grande fama este religioso en aquella capital, que no tardó en ser elevado á los primeros puestos de su religion, aunque los rehusó constantemente por su grande humildad. Supónese habia ido á la provincia del Perú en 1567, en compañía del P. Luis Alvarez de Toledo, y no tardó en regresar á la península con la ocasion siguiente. En el capítulo celebrado en Cuzco en 1591 quisieron los Padres de la Orden de S. Agustin elevarle á las primeras dignidades de la provincia, mas él para evitarlo prefirió pasar á España encargado de diferentes asuntos; sin embargo, añade la crónica, no pudo evitar que le acompañase á todas partes la fama de sus méritos, aunque consiguiese no recibir premio alguno por ellos. Dedúcese de aquí que se debió quedar en España huyendo los honores que no podian ménos de esperarle á su vuelta al Perú, lo que por otra parte viene á indicar tambien la crónica guardando un profundo silencio sobre sus hechos posteriores, y no indicándonos ni áun el año de su muerte que debió ser digna de su meritoria carrera.—S. B.

ROQUE DE LA SANTISIMA TRINIDAD (Fr.), trinitario. Fué natural de la villa de Trijueque, en el arzobispado de Toledo, cuatro leguas de Guadalajara. Tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Valdepeñas de la Sierra, y por sus humildes principios y escasa instruccion fué destinado á la clase de los donados. Durante su noviciado le ocurrió un lance, tal vez por permision divina, para probar su paciencia. Fué el caso, que habiéndose dispuesto trasladar el convento á otra parte, y ayudando Fr. Roque como todos los donados á los trabajos de la traslacion, uno de los empleados en ella se empeñó en ejecutar cierta cosa que el prudente religioso comprendió ser perjudicial é improcedente. Rógole al principio con buenas palabras que no lo hiciese; pero viendo que insistia, tuvo precision de detenerle por la fuerza. Algunas personas, que desde lejos presenciaban la disputa, por ocurrir en el campo, creyeron que el detener era reñir, y fueron á dar parte al superior del convento, el cual, sin procurar hacer averiguaciones, dió sentencia arbitral, quitando el hábito á Fr. Roque y echándole del convento. Llegó á su colmo la afliccion del pobre religioso al verse expelido de aquel refugio en que fundára su dicha; pero armándose de paciencia y no queriendo dar sa-

tisfaccion y gusto á la infernal serpiente, enemiga mortal del género humano, y deseando al mismo tiempo manifestar con su humildad cuán injusto era el castigo que le impusieran, no se apartó de los muros del convento, sosteniéndose con la comida que daban de limosna á los pobres, durmiendo en el duro suelo é invirtiendo todo su tiempo en la oracion, prefiriendo tan penosa y pobre vida á buscar otro género de comodidad en la que temia padeciese su conciencia. Para obligar á los religiosos, cuya compañía deseaba sobre todas las cosas del mundo, fué poco á poco volviéndose á introducir en el convento, ofreciéndose á servir en cuanto le mandaban, captándose de este modo la voluntad de los padres, y consiguiendo por fin que el prior, notando al cabo de muchos meses su silencio, su resignacion y su modestia, se compadeciese de él y tratase de hacer lo que no hiciera en un principio; esto es, recibir informacion de lo sucedido cuando se determinó expulsarle del convento. Aclarada la verdad, reconociendo que el hermano Roque habia indebidamente padecido persecucion por la justicia, fué reintegrado en su honor y vuelto á admitir en el convento con aplauso general y extraordinario placer de su alma. Empezó de nuevo su noviciado, y tanto en él como despues de profesar, se portó siempre como hombre de probidad y rectitud, no ménos que como perfecto religioso, ejercitándose particularmente en la mortificacion y en la humildad, logrando de este modo sujetar todos los ímpetus humanos, principalmente los carnales; pues con ser mozo robusto y hallarse en la edad de veinticuatro años, jamás, segun dicho de su confesor, habia experimentado el más leve impulso carnal, la más pequeña tentacion sensual, siendo por esta razon tan extremada su pureza que ni áun pecado venial dijo haber encontrado en él su mencionado confesor. Como muestra de la humildad y obediencia que siempre le guió en todo, apuntaremos el siguiente caso. Fué enviado por sus superiores desde el convento de la Solana á diferentes partes, con objeto de llevar unos despachos, y aunque el total del camino que debia andar excedia de ciento y cincuenta leguas, la única prevencion que hizo para tan largo viaje y tan molesto, puesto que debia hacerle á pie, fué proveerse de ásperas disciplinas y vestirse de un silicio. Llegó á Valladolid, despues de haber cumplido sus encargos en otros varios puntos, y á pesar de encontrarse bastante indispuesto, prosiguió su viaje á Salamanca, siendo asaltado en el camino de una recia calentura que le impedia caminar. Un viajero que marchaba en una mula, y que le vió tan fatigado y macilento, le suplicó subiese en su cabalgadura, supuesto que iba tan malo. Pero el observante religioso, anteponiendo el deber á la comodidad, y aunque por su estado pudiera muy bien separarse algo de las prescripciones de la regla, sin temor de ser reprendido, no quiso aceptar por la duda en que se hallaba acerca del capítulo de la regla que Inocencio II diera á

los frailes Trinitarios descalzos, la cual no explica terminantemente si les es permitido andar en mulas. Continuó, pues, á pie su molestísimo viaje, agravándosele cada vez más su dolencia, y llegado que hubo al convento de Salamanca y dado la cuenta de su comision, cayó en cama para no levantarse, y en el corto espacio de tres dias entregó el alma á su Criador, entre fervorosos actos de fe, esperanza y caridad, habiendo recibido con santo regocijo y uncion extremada todos los sacramentos de la Iglesia. Estaba el convento colegio de los Trinitarios de Salamanca tan en sus principios y con tan escasos recursos, que ni áun iglesia propia tenia, y fué preciso tratar de depositar el cadaver de Fr. Roque en algun otro convento. Sabida la fama de santidad del difunto, entablóse piadosa competencia entre todas las religiones, queriendo cada una ser la poseedora de aquel tesoro. Instaron con piadoso afan los PP. Trinitarios calzados por la casi identidad de órden y los religiosos del colegio de S. Agustin. El padre maestro Antolinez, catedrático de prima de teología y despues obispo de Ciudad-Rodrigo y arzobispo de Santiago, persona de altas y recomendables prendas así en virtud como en sabiduría, y muy devoto de la órden de la Santísima Trinidad, instó tanto y suplicó tanto, que al cabo venció su devocion, y el cuerpo fué trasladado al colegio de los Agustinos, donde la comunidad, con todos los PP. maestros, que los habia muy eminentes, entre ellos seis catedráticos de la Universidad, le recibió con toda la pompa debida á su clase, tan elevada en muerte por lo mismo que tan humilde fuera en vida, exponiéndole á la vista del piadoso pueblo en la iglesia, sobre un decente túmulo, alumbrado con varias hachas de cera. Quiso Dios poner de manifiesto ante los hombres la última heróica accion de su siervo para ejemplo y admiracion de sus hermanos; y al efecto dispuso que ínterin se hallaba el santo cuerpo dentro del féretro en la iglesia, entrase en ella el hombre que en el camino le ofreciera su cabalgadura, y cuyo ofrecimiento habia rehusado por creerle inconveniente y de contravencion á la regla. Conoció el pasajero al difunto, y encendido en santo celo, refirió lo sucedido, llenando de asombro á todos los circunstantes, que admirando como debian aquel raro modelo de observancia, no cesaban de bendecir al Señor que tan portentosos seres cria, besando con suma reverencia aquellos pies que habian preferido caminar por la senda del dolor ántes que faltar á ninguna de sus sagradas obligaciones. Dos dias permaneció el santo cuerpo á la espectacion pública, siendo infinitas las personas que en este espacio de tiempo le visitaron, hallándose constantemente alumbrado por muchas hachas de cera, ocurriendo el notable caso de que estas no mermasen; pues cuando fueron devueltas al cerero y pesadas para descontar el gasto, se halló que en nada se habian disminuido, conociéndose en esto que para dar una señalada muestra de su bienaventuranza, el Señor

habia querido hacer el gasto de los funerales. Llegado el momento de dar tierra al cadáver fué colocado en el entierro comun de los religiosos, y al quererle cubrir, segun costumbre, el rostro con el escapulario, uno de los padres graves sacó un pañuelo de lienzo fino y blanco y le cubrió con él el semblante. Al cabo de algunos años se abrió la sepultura para depositar en ella á otro religioso, y desde que se empezaron á dar los primeros golpes con el azadon, se dejó percibir una celestial y suavísima fragancia, que cada vez iba en aumento. Descubierta la sepultura, hallóse el santo cuerpo entero é incorrupto, y el paño con que le habian cubierto el rostro aún estaba blanco y limpio como el dia que se le pusieron. En vista de este portento reclamó el padre grave su pañuelo, que de allí en adelante, aplicado á enfermos desahuciados y moribundos, obró infinitos milagros, dando con esto seguros indicios de la bienaventuranza que el hermano Roque en la gloria disfrutaba. A la nueva de estos sucesos, la Orden Trinitaria reclamó cómo suyo el precioso cadaver; pero los religiosos agustinos, celosos de la posesion de tan rica joya, la defendieron valerosamente é hicieron valer de tal modo sus derechos, que aunque con harta pena y profundo sentimiento de los Trinitarios, vinieron á quedar en el tranquilo y pacífico goce de ella. —M. B.

ROQUE DEL SANTISIMO SACRAMENTO (Fr.), trinitario. Fue este religioso natural de la villa de Uclés, en la provincia de Toledo, y pertenecia á la ilustre familia de los Riberas. Ignóranse todas las particularidades de su vida anteriores á su entrada en la religion, así como la causa que le impulsó á tomar el hábito á la avanzada edad de sesenta años, aunque en esto vemos un motivo para alabar la grandeza del Omnipotente, que por extraños y desusados caminos llama á sí á los que han de servirle, sin distincion de edad ni sexo y sin reparar en circunstancias. Solicitó con gran fervor ser admitido á la observancia religiosa del asperísimo órden de la Santísima Trinidad, y los superiores, á quienes hizo la peticion, admirados de tan religioso entusiasmo, le concedieron el hábito de lego, que recibió en el convento de Valdepeñas. En cuanto se vió admitido en la Orden, consideró con no pequeño sentimiento, que habia venido á trabajar en la viña del Señor cuando ya tocaba á su ocaso el sol de la vida, y así procuró trabajar con asiduidad y esmero, á fin de recuperar el tiempo perdido y hacerse digno de cobrar por entero el jornal del trabajador. Empezó, pues, á manifestar entre todas sus virtudes la de la humildad con mas extension que ninguna, y la llevó tan adelante, que como decia el P. general Fr. Juan Bautista, hablando de este sujeto, parecia que Dios le habia infundido expresamente la mencionada virtud. Como era noble de sangre y humilde por conviccion, resaltaba más que en otros semejante virtud en él, porque estimando y

venerando á todos, solo se despreciaba y tenia bajo concepto de sí mismo. Su austeridad fue tambien admirable, y en el rigor de la penitencia se excedia tanto, á pesar de que por su edad pudiera ser en muchos casos dispensado, que en varias ocasiones los superiores tenian que intervenir para que no se portára tan cruelmente consigo, y con particularidad en la aplicacion de disciplinas, que eran tan frecuentes como sangrientas. En estos casos, el venerable anciano, arrebatado de santo fervor, exclamaba: «Dejadme, padres mios, que quien tanto ha ofendido á nuestro Señor en el mundo, justo es que ahora castigue y maltrate su cuerpo.» Añadido el rigor de la austeridad á algunos achaques que padecia, propios de sus muchos años, quedábase abatido y postrado, faltándole poco para espirar algunas veces. Mas en cuanto se sentia algo aliviado, volvia con el mayor ardor á sus fatigas y sus penitencias. Una noche, entre otras, quedó tan malo y tan postrado, que verdaderamente todos creyeron que se moria; pero como á la inmediata mañana le hallase el superior sano y de pie, le preguntó admirado: «¿Qué es esto, hermano mio, no os estábais muriendo anoche?—Sí, padre, contestó el humilde viejo; pero el Señor ha permitido que no muera y que permanezca aún en el mundo para servir y ayudar á los religiosos.» Adquirió tanta paz en el alma, tanta tranquilidad en el espíritu, que por muchos disgustos y penas que le ocurriesen, jamás se le vió con semblante triste ni apesadumbrado, manifestando siempre la más completa y angelical alegría. Habiéndole sobrevenido un peligroso accidente, y conociendo que se acercaba su fin, llamó al padre superior, y le dijo con la mayor entereza y como si se tratase de una segunda persona: «Ahora sí que muero de veras, padre mio, hacedme la caridad de que me suministren los santos Sacramentos, porque el Señor me llama á toda prisa para sí, á fin de darme un premio que verdaderamente no merezco.» Cumplieron su deseo, administráronle la sagrada Eucaristía, que él recibió con los mayores trasportes de gozo, y con la inefable alegría del alma que sabe va á contraer las celestiales bodas, y despues que hubo recibido la extremauncion, rindió su espíritu en manos del Señor, y fué á gozar del eterno descanso de los justos. Murió en el convento de la Solana, donde quedó depositado su santo cuerpo, causando tal admiracion su pacífica muerte, digno complemento de su corta aunque aprovechada vida religiosa, que todos los hermanos no pudieron menos de alabar al Señor, que tales ejemplos les daba y que con tanto tino y seguridad sabe buscar los humildes siervos, que han de honrarle en el mundo y glorificarle en el cielo, en todas las clases y estados de la sociedad, llamando para si ya á la cándida doncella y al tierno mancebo, como al varon provecto y al respetable varon.—M. B.

ROQUE Soberil (P. Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo. Era por-

tugués y monje profeso en el convento de Santa María de Lux. Era un varon sumamente religioso y muy instruido, de vida ejemplar, muy retraida y solitaria, entregado á una oracion casi constante y á rigurosas mortificaciones; muy sóbrio, y sus ayunos puede decirse que eran perpétuos. Escribió un tratado de no escaso mérito, que intituló en su idioma portugués: *Do milagroso aparecimiento de Nosa Senhora da Lux*, impreso en el año de 1610.—A. L.

ROQUE DE TOLEDO, franciscano español, de la provincia de Descalzos de San José, que comprendia gran parte de las dos Castillas. Nació en la ciudad de su apellido en la última mitad del siglo XVII, brillando á principios del siguiente; manifestó desde luego las mejores cualidades para el estudio y el gobierno de su Orden, en que si no llegó á ejercer cargo de importancia, los obtuvo, al ménos, de algun interés, y sobre todo de aquellos que prueban su grande influencia, no solo para con los superiores de su Orden, sino tambien en la misma corte, en la que obtuvo grande fama el P. Roque de Toledo. Provino esto principalmente de su notable celo como predicador, sus escritos como escritor y sus méritos en la enseñanza. Fué, en efecto, durante un largo período lector de sagrada teología en su Orden, cargo que desempeñó manifestando no solo su grande ciencia, sino tambien su amor á la virtud y prácticas y observancias regulares, las que procuró infundir en el ánimo de sus discípulos, despues de obtener así una abundante cosecha, que fructificando con el tiempo daria esplendor al Orden seráfico á que pertenecia. De este puesto, y despues de haber sido durante algun tiempo uno de los predicadores más afamados de la corte, fué promovido al de guardian y agente del Real convento de San Gil, que suponemos sea el que con este nombre se edificó en el reinado de Cárlos III á expensas ó por la proteccion del confesor de aquel monarca, llamado el P. Gil Virseda, si no nos equivocamos, y cuyo edificio no llegó á servir para el objeto de su destino, aunque de todas maneras si el P. Roque entendió en la fundacion de aquel edificio, y tuvo en él una parte más ó ménos activa, merece los más completos elogios, pues hubiera llegado sin duda á ser uno de los más grandes y majestuosos en su género, digno del objeto á que se consagraba y del reinado en que se edificó, célebre en todo género de obras públicas. Estas ocupaciones no impidieron que se condecorase, por entónces, á este religioso con el cargo de definidor de su Orden, puesto en que necesitaba figurar si habia de conseguir ver en el deseado término los grandes planes de que era el ejecutor. Ignóranse las demás circunstancias de su vida, y hasta el año de su muerte, suponiéndose que pasó sus últimos años consagrado á la composicion de obras piadosas, que obtuvieron despues notable fama, en cuyo caso debió morir en Madrid hácia 1740. Publicó para los que

se dedican al santo ejercicio de la oracion, un *Libro de oracion, meditacion y devocion á San Pedro de Alcántara.* Madrid: José Gonzalez, 1732, 16.°, con un apéndice intitulado: *Estacion á San Pedro de Alcántara.*—S. B.

ROQUE (Fr. Bernardino), franciscano italiano, natural de Bidisio. Nació á principios del siglo XVII, y desde los primeros años de su vida dió inequívocas muestras de lo que en lo sucesivo estaba llamado á ser. Piadoso, caritativo, amante de todo lo que á Dios le acercára, pasó su infancia sin entregarse á los juegos y diversiones propios de su edad, ántes bien siendo un modelo de tranquilidad y sosiego, de amor al estudio y á los ejercicios religiosos, para lo que frecuentaba las iglesias, ayudando á los niños de coro y á otros en sus continuas tareas. Cuando ya más entrado en edad hubo de emprender su carrera, se decidió por la religiosa, y hechos sus primeros estudios en los Menores conventuales de Palermo, pasó allí su noviciado dando muestras inequívocas de lo que estaba llamado á ser; y sus superiores le destinaron á uno de los conventos de la provincia para seguir la filosofía y la teología, indispensables para ordenarse de sacerdote. No dejó Bernardino fallidas sus esperanzas; y constante y aplicado, al mismo tiempo que dotado de nada vulgar talento, hizo los más rápidos adelantos, siendo en breve tiempo promovido al sacerdocio. En esta nueva dignidad se le dió tambien el grado de maestro de su religion, y enseñando al mismo tiempo que predicando, hacia á la vez dos grandes servicios, uno guiar á los jóvenes religiosos de su Orden por el camino de la virtud, ilustrando al mismo tiempo su ánimo y su corazon é infundiéndoles ejemplos con los que pudiesen aspirar á la perfeccion de la vida religiosa, y otro corrigiendo las costumbres públicas, enseñando á los ignorantes y guiando á todos por el camino de la salvacion. Tales fueron los objetos principales á que consagró su vida entera este buen religioso; objetos dignos y meritorios y que le hacen acreedor á la mencion que le destinamos en esta obra. Erudito y laborioso, dedicóse tambien á la confeccion de varios escritos del género ascético, que era sin duda el más adecuado á su carácter y el del hábito que vestia, sus obras, sin embargo, son poco conocidas por haberlas sustituido otras más adecuadas al carácter de los siglos que sucedieron al suyo, y quizá escritas en lengua vulgar, que buena ó malamente ha sustituido hoy en todas las naciones al idioma del Lacio. Murió el P. Bernardino despues de 1674, segun los autores que parecen mejor informados, aunque no pueda asegurarse la fecha por no habernos querido mezclar en investigaciones que nos parecen de escasa importancia. Sus obras son: *Vida y escritos de San Antonio Patavino;* Palermo, por Pedro Isola, 1654, en 4.°—*Meditationes.—Artem devotionis erga Dominicam Pasionem, ac Reginam Sanctorum omnium.*—S. B.

ROQUE (Pedro Renato María). Nació en Vannes el año 1755, é hizo en

su pueblo todos sus estudios con grande aprovechamiento; inclinándose desde luego á la carrera eclesiástica, en la cual ingresó mediante los órdenes sagrados cuando tuvo la edad competente. Desde luego se vieron en él marcadas pruebas, no solo de una verdadera vocacion, sino de una prudencia y dotes especiales para el ejercicio de su ministerio, segun acreditó despues la experiencia. Tanto por sus conocimientos nada vulgares, cuanto por su conducta irreprensible, siempre mereció de sus superiores la distinguida honra de que muy jóven todavía y recien ordenado, le pusiesen al frente de la casa recogimiento de jóvenes que habia en el mismo Vannes. Efectivamente era esta muy señalada distincion, pero no todo lo conforme que él deseaba á las miras de perfeccion que siempre se propusiera, por lo cual á pocos meses de desempeñarla con todo acierto y grande aplauso de sus superiores, y contento de sus subordinados, renunció el cargo para ingresar en la congregacion de S. Lázaro. No puede ponderarse el contento que cupo á los Lazaristas en tener por compañero á un hombre de quien tanto se podian prometer y esperar; así como de su parte, porque veia asegurado el logro de sus deseos, que nunca fueron otros sino el de caminar á la perfeccion por medio de la obediencia, virtud á la cual profesó singularísima predilección. Aun cuando la Congregacion tenia casa en Vannes, donde ingresó nuestro buen P. Roque, convino al mejor servicio de la mision mandarle á París á su seminario, y allí dió muestras de su erudicion como en su pueblo las habia dado de su celo; pues puesta á su cargo una cátedra, la desempeñó con acierto, sacando sus discípulos ópimos frutos de las excelentes doctrinas de un maestro, que á la ciencia especulativa, en que no solo no se descuidaba, sino que cultivaba con asiduidad, agregaba la ciencia práctica de las mismas virtudes que enseñaba, por lo cual arrastraba como involuntariamente en pos de sus teorías áun á aquellos que sin este atractivo tan eficaz acaso hubieran quedado rezagados en la práctica y hasta poco hubieran aprovechado en la teoría de las ciencias sagradas. Por los años de 1787 creyeron sus superiores conveniente mandarlo á la casa de estudios de su país, donde por entónces hacia falta un buen director, y con efecto le mandaron, complaciéndose muchísimo en que se les ocurriese tal eleccion; pues el buen éxito que logró bajo su direccion aquella casa de estudios, algun tanto retrasada, sin que pueda de esto culparse á nadie, acreditó que este hombre era muy á propósito para el gobierno, así como muy útil, tanto para la cátedra en que aleccionaba á los que habian de ser despues ministros del Evangelio, cuanto para la cátedra del Espíritu Santo, donde tambien logró señaladísimos triunfos, especialmente en las misiones que muchas veces dió, siempre con el éxito más completo, pues lograba convencer y mover al auditorio de manera que apénas quedaba entre sus oyentes uno á quien no to-

casen en el corazon sus palabras, y le obligáran á mudar de vida, si esta era algun tanto relajada; á alentarse más y más para buscar la perfeccion, si ya se hallaban en tan apetecible camino. Tranquila y sosegadamente se ocupaba nuestro buen P. Roque en el ejercicio de su ministerio, cuando la tormenta revolucionaria se echó encima arrollando por todo, sin respeto de ninguna especie y sin la mas mínima consideracion. Sabido es que bajo el aspecto político, la revolucion francesa de fines del siglo pasado de lo que trataba era de concluir con el principio religioso, y que los sectarios de la pretendida reforma eran los que con más ahinco se empeñaban en que por todos los medios imaginables se asegurase su triunfo; así que comenzaba en todas partes por exigir al clero un juramento puramente civil, que les separaba de las autoridades canónicamente constituidas, y que venia á poner el poder espiritual en manos de los soberanos temporales ó sus representantes, y claro es que esto no le podia satisfacer al tan ilustrado como católico clero francés: así es que con una energía que les honró muchísimo, y sin reparar en los vejámenes á que pudiera exponerlos, como los expuso en efecto, su resistencia, la mayor y mejor parte de los clérigos franceses se negaron á prestar tan indebido juramento, aunque hubieron de sufrir los rigores de una obcecacion ridícula, que no conoce ni otros principios ni otra regla de conducta que lo que se pone en su preocupada mente. Dicho se está que un hombre tan piadoso é ilustrado como el P. Pedro Renato Roque, de ninguna manera se prestaria al juramento: mas no fue esto solo lo único que hizo en favor de la causa católica, sino que alentando á algunos sacerdotes, que por ignorancia ó por timidez acaso habrian caido en el escollo que se les tendia para su ruina, les sacó de él proponiéndolos la emigracion y áun facilitándosela, para que sufrieran ménos y no tuvieran que ponerse en contradiccion consigo mismos. Es evidente que si nuestro Padre hubiera querido, habria podido marchar con otros muchos á diferentes naciones católicas, donde perfectamente recibidos sufrian una emigracion lo ménos penosa posible, porque los auxiliaban los clérigos católicos de las naciones adonde se acogieron; mas no quiso abandonar su puesto sin una necesidad apremiante, y léjos de eso, tomó á su cargo la cura de almas que Mr. Le Gall no podia desempeñar, porque se le habia obligado á salir desterrado. Cumplió bien y fielmente su ministerio, sin que le intimidasen los peligros que le rodeaban por do quiera, y de los cuales parecia salvarle el Señor de un modo portentoso, sin duda para acrisolarle más y más y disponerle al fin desastroso que tuvo segun el mundo, pero que en realidad de verdad no pudo ser más glorioso, pues que murió á manos de los enemigos de la fe y en defensa de esta. Pero no anticipemos los sucesos, y dejémosle que cumpla fiel y exactamente con su ministerio, sin perturbarse por

nada, sin que lo más mínimo le inquietáran, ni los peligros que veia amenazarle, ni los malos tratamientos que veia sufrir á otros eclesiásticos, sin más delito que el cumplir con su ministerio, sin otro motivo que el negarse á un juramento tan ignominioso como clérigos, cuanto indebido como católicos. Por supuesto que todo el tiempo que ejerció la cura de almas, y áun ántes, se empleó en hacer bien á cuantos tenian necesidad de sus socorros, sin reparar en las condiciones y circunstancias de quien imploraba ó necesitaba sus auxilios, sino mirando en todos y en cada uno á sus hermanos en Jesucristo, por lo cual para todos era igualmente benético, para todos sumamente caritativo. Uno de sus más favorecidos, á quien en más de una ocasion habia librado de los horrores del hambre y tendido su mano benéfica, le delató de que no habia prestado el juramento prescrito por las leyes del estado: apénas esto se supo, que el mismo dia de la Natividad de Jesucristo, 25 de Diciembre de 1795, se presentaron en su casa todos los agentes del gobierno para requerirle este juramento que ántes no prestára, y claro es, como el no prestarlo habia sido resultado de su íntima conviccion, tampoco entonces lo prestó, y le redujeron á prision, abusando desde luego de él con los más inícuos tratamientos. Claro es que el fallo que acerca de él se habia de dictar no era dudoso, pues aunque hubiera podido con un pretexto evadir el suplicio que se le preparaba, no quiso, porque él nunca ocultó ni su fe, ni la verdad, y por ambas cosas le parecia poco cuantos tormentos se le preparaban, pues decia, y con razon, que ellos valian mucho más. Era tal la veneracion con que todos le miraban, que áun los mismos revolucionarios tuvieron un verdadero disgusto en que le arrestáran, porque temian lo que iba á suceder, y áun alguno de ellos quiso salvarle con una estratagema; á lo cual él se negó abierta y decididamente: así es que el 3 de Marzo de 1796 se alzaba un cadalso sobre el cual dió su alma al Hacedor Supremo el esclarecido sacerdote Pedro Renato María Roque. Cuál sería su virtud, se prueba en un rasgo que no tiene muchos ejemplos en la historia: al hacer la última declaracion, que como era natural fué en favor de su madre, que aún vivia, rogaba á la señora que con el sobrante de sus bienes despues de su decorosa manutencion, socorriera al que le habia delatado, cuyas necesidades eran muchas. Por supuesto que el pueblo, lleno de indignacion, acudió á dar testimonio del aprecio y veneracion con que miraba al sacerdote que moria en la ignominia, pero que por esto mismo ceñia auréola inmortal, empapando en su sangre pañuelos y lienzos y guardándolos con la mayor veneracion como las reliquias de un mártir, que verdaderamente lo fué. Contaba Roque solo treinta y siete años cuando pasó de esta á mejor vida, y dejó escritas muchas cartas espirituales, que es lástima no se hayan publicado, porque hacian ver su dulzura y virtudes.—G. R.

ROQUE SIERRA Y HUERTA (D. Gerónimo). Nació este canónigo en el pueblo de Celadas de Aragon, provincia hoy y diócesis de Teruel, de un linaje muy conocido en el país. Dedicándose al estudio con ánimo de consagrarse á Dios en la carrera eclesiástica, obtuvo una beca en el Colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares. Su constante y bien aprovechado estudio le puso en el caso de recibir la borla de doctor en la universidad de esta ciudad, de la que fué catedrático de artes. Considerado con suficiencia para ello, fué nombrado rector de su colegio. Ya sacerdote, obtuvo una canongía de la Santa Iglesia del Pilar de Zaragoza, y en esta metropolitana se distinguió extraordinariamente por su celo religioso, por su virtud y por su ciencia. Y fué esto de tal modo, que dos veces fué nombrado prior del cabildo de esta Iglesia: la primera desde el año 1652 hasta el de 1655, y la segunda desde 1659 á 1662. Llegó la fama de su virtud á la corte, y enterado el Rey de su relevante mérito, deseando premiarle y que el premio redundase en favor de la Iglesia española, le presentó á Su Santidad en Mayo de 1655 para el obispado de Ampurias; pero este virtuoso sacerdote, cuya modestia y humildad fué excesiva, no creyéndose digno de tal merced, escribió al Rey con el mayor respeto por la consideracion que le merecia, dándole las gracias, pero renunciando la gracia; renuncia que ni el soberano, ni los demás que se empeñaban en que fuese obispo, pudieron lograr retirase. Lleno de merecimientos y agradecido de todos por sus loables cualidades y bello carácter, murió este virtuoso sacerdote el dia 19 de Agosto de 1667, y fué sepultado, como lo deseó, en su Iglesia en la santa capilla del Pilar. Se conoce de este sacerdote la obra siguiente, citada por Latasa en su Biblioteca aragonesa: *Memorial al Rey nuestro Señor*, con respuesta y advertencias á lo que se ha escrito mas notable por parte de la Santa Iglesia de San Salvador contra la catedralidad de la Santa Iglesia del Pilar, ambas de la ciudad de Zaragoza: 1658, en 4.°—C.

ROQUELAURE (Juan Armando de Besmejouls). Nació este prelado en 1721 en Roquelaure, en la diócesis de Rodes. No perteneció á la familia de los duques de Roquelaure, hoy ya extinguida, sino de una familia distinguida de Rouergue, que tenia una posesion del mismo nombre. Fué destinado desde luego al estado eclesiástico por sus padres, y recibió la borla de doctor en teología en 1747. Nombrado obispo de Senlis en 1754, se le consagró en Junio del mismo año; y en 1764 le hizo el Rey la gracia de su primer limosnero. Se le nombró consejero de estado ordinario en 1767, y comendador de la órden del Espíritu Santo en 1779. Proveyósele de la abadía de la Victoria en 1761, y de la de San Germer en 1768. Admitióle la Academia Francesa entre sus miembros el año 1770, en reemplazo de Moncrif. No se le exigió juramento alguno en 1791, porque su silla se suprimió por la Asam-

blea Constituyente; pero á pesar de esto no abandonó la Francia, y encerrado en prision durante la época del terror, fué el único de los diez y siete prisioneros de su encierro que escapó á los asesinatos de José Lebon. A la caida de Robespierre se retiró á la pequeña ciudad de Crepi en su diócesis, y en Agosto de 1797 hizo un viaje á Senlis, en donde fué muy honrosamente recibido. Ofició y dió la Confirmacion en su catedral, pero la revolucion de 18 fructidor, que aconteció despues, le obligó á condenarse otra vez al retiro. El dia 21 de Setiembre de 1801 hizo dimision de su obispado, y el año siguiente fué nombrado arzobispo de Malinas. Gobernó esta diócesis hasta el año 1808 en que le nombró el emperador Napoleon Bonaparte repentinamente para un canonicato de St. Denis. Llegó á París, en donde fijó su residencia, y en donde murió el dia 24 de Abril de 1818, á la edad de noventa y siete años. A pesar de su gran sordera, no dejó de asistir ordinariamente á las sesiones de la Academia Francesa, de la que fué por muchos años decano, conservando hasta el fin de su vida las maneras políticas y amables naturales en un prelado que habia vivido en la corte muchos años. Dice su biógrafo Mr. Picot que el discurso pronunciado en sus funerales el dia 27 de Abril por Mr. Daru, canciller de la Academia, se ha insertado en los *Anales Enciclopédicos* del mes de Junio de 1818.—C.

ROQUER (D. José), presbítero, nació por los años de 1755 en la parroquia de San Juan de Fábregas, en la diócesis y corregimiento de Vich. Despues de haber servido nueve años de vicario en el hospital de Ramon de Terradés, en la misma ciudad, y obtenido el curato de Tabertet en la citada diócesis veinticinco años, le renunció en 1818 con una módica pension. En dicho año fijó su residencia en Vich, donde no estuvo ocioso, y sí trabajando las siguientes obritas, que han sido reimpresas y muy útiles á las gentes: *Bon dia del christiá empleat en varios exercicis de pietat ab los quals se poden guanyar moltas de las indulgencias notadas per lo B. Ligori en son llibre* Glorias de María, *compost per J. R. E. R.*, cuyas iniciales se descifran así: *Joseph Roquer ex-Rector. Nova edicio notablement aumentada;* Vich, en la oficina de Ignasi Valls, 1828. — *Bona nit, empleada en piadosos exercicis y conversas familiars mols utiles per fomentar la devocio y verdadera alegria, segona edicio, imp. de Valls, any* 1834. — *Bon sempre de gloria eterna, en lo cel alcansa aquell que se exercita en meditar las penas que patexen los condemnats en lo infern, y humildement demana á Deu gracia per no esser un de aquestos desgraciats. Per gloria de Deu y bie de las ánimas fins de aquells que no saben llegir publica aquest petit quadern J. R. P.* (esto es, Joseph Roquer, Prebere), *en la matexa imp. Mars de* 1831. — *Pare nostre explicat ó besian conversas familiars sobre aquesta divina oracio que ab sa propia boca nos fen lo mateix Jesuchrist per enseyarnos á demanar ab ella tot lo que necessitam tan*

per la anima com per le cos; Vich per Ignasi Valls any 1831. — *Bona sort será per aque que no tarda á convertirse al Senyor, y luego se prepara per morir santament y ser benaventurat en lo cel, que es lo que á tots desisja y ab lo present libret procura J. R. E. R. Vich, per id.* 1834.—*Seyarse ab seny. Conversa entre un sacerdot, un artista, un pagés, y aquell onde Pelayo que parla en lo libret Bona nit. Id.* 1835. — *Mon non ó renovat; ibid.* Falleció Roquer en Abril de 1835, casi con la pluma en la mano. — A.

ROQUERRE, comerciante de Marsella, miembro del culto reformado, se convirtió é hizo su abjuracion en 6 de Agosto de 1848, en manos de Mons. de Mauzenod, en la capilla episcopal. — S. B.

ROQUES (Fr. Roberto), franciscano francés, de la provincia de Gascuña. Nacido en un suelo católico por excelencia, Roberto despues de haber recibido una educacion tan notable por la piedad como por la instruccion, tomó el hábito de la Orden Seráfica, que debia ilustrar con su vida y escritos. El jóven novicio se distinguió desde luego por su humildad, obediencia y demás cualidades propias del que abraza la vida religiosa, y procura desde su entrada en ella desnudarse de las pasiones del mundo, para avanzar con paso seguro y firme por el camino de la perfeccion, á que llegan tan pocos, por no haber puesto desde los primeros momentos los medios necesarios para adquirirla. El franciscano Roques no perdonó por lo tanto ninguno de los que se hallaban á su alcance y le aconsejaban sus superiores para llegar al deseado término, siendo constante en las prácticas de oracion, en todos los ejercicios de mortificacion y penitencia, en las obras de caridad, para con sus hermanos y los extraños, y en todos aquellos actos, en fin, que debian contribuir á su propia santificacion. No por esto descuidaba los estudios, único medio para adquirir una piedad sincera y sólida, y ser útil á los demás ilustrándolos con sus lecciones tanto como con su vida ejemplar; tales fueron los primeros pasos del franciscano Roques en la vida religiosa. Sacerdote ya, procuró seguir con el mismo fervor y celo en las costumbres adquiridas en sus primeros años para hacerse digno y llenar de una manera satisfactoria las diferentes situaciones en que le fué colocando la Providencia. Predicador primero de su provincia, desempeñó este cargo con grande aprovechamiento de las almas, procurando la mejora de las costumbres y el destierro de toda doctrina que pudiera pervertirlas. Su elocuencia ardiente y mágica, y su carácter franco y popular, le fueron muy útiles todo el tiempo que se ocupó en este género de trabajos, pues todos acudian á él seguros de encontrar medicina para sus dolores y penas, y de hallar un leal consejero que los guiase en los senderos de la vida. La reputacion que adquirió con este motivo le valió ser nombrado guardian de diferentes casas de su provincia, continuando por un largo período en esta ocupacion, en que traba-

jó mucho por su Orden, haciendo observar la regla en todo su rigor, y estableciendo aquellas reformas que le dictó su celo y larga experiencia. Agradecidos sus hermanos á los muchos beneficios que les habia prestado, le eligieron poco despues ministro de su provincia, cargo en que consiguió no quedasen defraudadas sus esperanzas, pues supo distinguirse en su desempeño. Falleció ántes de haber cesado en él, y dejó la obra siguiente: *Fiel amonestacion al cristianísimo rey de las Galias, sobre el estado de su reino*, que segun Wadingo se conservó por largo tiempo manuscrita en el convento de Tolosa. — S. B.

ROQUETA (Fr. Jaime), religioso gerónimo, profeso en el monasterio de la Murta de Belen, en la provincia de Barcelona. Este santo varon era natural de la villa de San Feliú de Guixols, en Cataluña; de edad de diez y ocho años se separó de la casa paterna, de sus hermanos y hacienda, deseoso de consagrarse al servicio de Jesucristo. Le fué concedido el hábito en el convento mencionado, despues de haber dado grandes esperanzas de su virtud y aprovechamiento, que ciertamente no salieron frustradas; profesó con el mayor fervor, cumpliéndose sus mayores deseos, haciendo de su parte las mayores diligencias para alcanzar y sobresalir en las principales virtudes, en las que palpablemente se le veia progresar. Tuvo la suerte y ventura de tener un maestro, gran siervo de Dios, llamado Fr. Benito Roseta; y en competencia de tan gran maestro y bajo su disciplina, caminaba Fray Jaime, haciendo dudar á muchos si le habia igualado en pocos años. Mortificó sus sentidos en términos que no parecia hiciese uso de ellos más que para obedecer. Desde luego fué tan amante de la pobreza, que no tenia en la celda, cuando era ya sacerdote, ni áun lo que solian tener los novicios, diciendo que la comunidad era la mayor riqueza que se podia desear, y que lo demás era innecesario y á veces perjudicial. Religioso de grande asiento, de madurez y de aspecto grave, imponia respeto á cuantos le miraban. Atendiendo á sus virtudes, méritos y altas prendas, le nombraron maestro de novicios, y poco despues vicario, oficios que únicamente se confian á religiosos probados, y ambos oficios los desempeñó por el largo tiempo de veinticuatro años de un modo inimitable. Educó en el espacio de este tiempo muchos religiosos santos, preciándose todos de haber sido sus discípulos, si bien Fr. Jaime no los llamaba más que hermanos y compañeros. Tuvo gracia especial para este ministerio, siendo gran dicha cuando se acierta con un buen maestro. Le concedió Dios un juicio tan sólido y tan penetrante para conocer las disposiciones y talento de los que pretendian tomar el hábito, que jamás se equivocaba sobre los motivos, inclinaciones y fines con que venian á la religion. Este gran conocimiento fué la verdadera causa de que todos los que recibieron el hábito en su tiempo, saliesen monjes con

completa vocacion, contribuyendo á tan buen resultado su poderosa palabra y su ejemplo, hablándoles al corazon y siendo el primero que ponia en ejercicio lo que enseñaba, no encontrando los novicios el menor motivo de censura, ni poderle tachar obra ni palabra que no fuese para el aprovechamiento de sus discípulos. Despues de tan largo ejercicio de vicario y de maestro, fué elegido unánimemente por prior, y como en todo era tan superior, del mismo modo que en los oficios anteriores, gobernó la comunidad cuatro trienios seguidos, con la aprobacion y aplauso de todos sus súbditos. Cuando concluyó su priorato la última vez, los religiosos del monasterio de Val-de-Hebron, que estaba próximo, rogaron al general de la Orden que se les diese por vicario, deseando gozar por algun tiempo de tan santo varon. Accedió el general, y les fué tan bien con su gobierno y direccion, que le eligieron prior en cuanto vacó esta dignidad. Desempeñando este oficio permitió Dios le sucediese una notable desgracia, para hacer ver la virtud de su paciencia en aquel trabajo. Solicitó el hábito en aquella santa casa un mancebo sardo, al parecer dotado de buenas partes, con muchas habilidades, letrado y músico juntamente, con una magnífica voz, que no habia más que desear. Le habló á solas el prior, como es costumbre en estas recepciones, conociendo con su penetracion durante aquella conferencia, que aquel jóven no debia tener buenas inclinaciones, y si un natural falso y revoltoso, y así manifestó á los religiosos que aunque aquel mancebo parecia tener buenas prendas, no le queria admitir, porque le parecia no probaria bien y seria perjudicial entre ellos. Sintieron mucho aquel dictámen del prior, porque se habian aficionado mucho del pretendiente, y áun sospecharon maliciosamente si le querria para su propia casa, viéndole tan hábil. A pesar de su repugnancia le rogaron le propusiese, y el prior dijo los complaceria, pues lo deseaban; pero les advertia que en el fondo de aquel mozo se encerraba algun mal grave, y que llegaria á ser el escándalo de aquella casa. No hicieron mucho caso de la profecía, ni tenian suficiente experiencia de la gran penetracion del siervo de Dios, y por lo tanto se le dió el hábito. Permaneció bien el novicio aquel año, para mal de todos, disimulando el isleño la fiereza de su condicion. En cuanto hizo la profesion, como un raudal contenido, salió y rompió atropellando por todo, descubriendo el espíritu diabólico que tenia encubierto, sacando más verdadera la profecía de Fr. Jaime de lo que todos quisieran. Inquieto, revoltoso, impaciente, malicioso, y sobre todo incorregible. Cuando el maestro ó prior le reprendian sus libertades y mal comportamiento, respondia con el mayor descoco y desvengüenza, cosa que en aquella Orden era una monstruosidad increible. Viendo tan furiosos arranques y tanta descompostura, cometiendo diariamente mil culpas de las conocidas por graves y

áun gravísimas, y que se habian ensayado todos los medios para conseguir su correccion, se juntaron el Prior y diputados para tratar de penitenciarle más gravemente; así se hizo, pero fué añadir leña al fuego ó poner fuego á la pólvora, sintió la fuerza del correctivo, como los endemoniados el conjuro, convirtiendo en ponzoña el remedio de su salud, y para que se cumpliese bien á la letra la profecía del santo varon, que habia de producir grandes escándalos en aquel convento, le entró el infame pensamiento á aquel feroz mancebo de asesinar al prior y á los diputados que le habian penitenciado. Como lo concibió, al punto lo puso por obra; se hizo con un destral ó segur, que afiló cuanto pudo para asegurar los golpes, y para si no bastasen se armó de un cortante y agudo cuchillo, armas bien ofensivas para emplearlas en tan mansos corderos. Llegada la noche de su ceguedad y malicia, cuando le pareció la mejor coyuntura, salió y fué á las celdas de los diputados y á la del maestro, siendo como las once de la noche, poco más ó ménos, hora en que generalmente todos dormian. Pero tuvieron la buena dicha de que hubiesen acertado á cerrarlas por dentro; hizo cuantos esfuerzos y diligencias pudo para abrirlas, pero no lo consiguió. En seguida se fué á la del Prior, cuya puerta permitió Dios que el Santo la tuviera abierta; entró el asesino, pero le sintió, y preguntó quién era y á qué entraba á tal hora; pero sin contestarle el tenebroso fraile, se le aproximó, y sacando una linternilla que llevaba oculta, se la pasó por los ojos para deslumbrarle y no perder el golpe, descargándole uno mortal en la cabeza, que aunque no fué enteramente de lleno, le derribó un gran pedazo del casco. El santo varon dió voces, diciendo: *Jesus*; *socorredme*, *Señor mio*. El endemoniado fraile se detuvo con la imploracion á aquel santo nombre, de manera que se le cayó de una mano la linterna y de la otra el destral, estando tan aturdido que por más que á tientas le buscaba, no pudo encontrarle, porque no quiso Dios que su fiel siervo acabase su vida á manos de aquel lobo carnicero; como se vió sin aquella arma y sin luz, echó mano de un cuchillo, que no tenia peores filos, y por acabar la obra comenzada, le arremetió de nuevo al tiento y le hizo muchas heridas; pero conociendo que no eran de muerte como él deseaba, por concluir de una vez, determinó degollarle, á cuyo efecto asió del brazo al Santo, y pensando ser en la garganta, porque prendió junto al sobaco, le pasó el cuchillo como quien degüella un cordero, y le produjo otra herida mortal. Como sintió en sus manos la sangre y ya estaba tan turbado, dió por concluido el negocio, procurando salir de la celda y ponerse en salvo; y aunque no era grande y él la conocia bien, jamás llegó á atinar con la puerta, dando lugar á que algunos religiosos, que habian sentido ruido y las primeras voces, vinieren á tiempo, y hallaron al maldito mozo tentando por las paredes, buscando salida; pero en seguida

le sujetaron. Llevaron luz, y acercándose á la cama, vieron á su santo prelado consagrado en mártir, bañado en la sangre de sus heridas. Al asesino le pusieron á buen recaudo, y muy asegurado le llevaron al monasterio de San Bartolomé de Lupiano, para que el general determinase lo que se habia de hacer de él; siendo sentenciado á cárcel perpétua, y para cumplir la sentencia le llevaron á Guadalupe, encerrándole en un sótano, donde acabó su vida. Examinadas las heridas del santo Prior por los cirujanos, y ver si podia sin peligro remediarse aquel destrozo, desesperaron de la curacion por la gravedad de las dos heridas del brazo y de la cabeza y grandes pérdidas de sangre. Hicieron cuanto pudieron y supieron, y como las heridas no habian sido más que como para prueba, Dios, que las permitió, suplió la falta del arte y de la naturaleza. Fué mejorando progresivamente, y para que recobrase su entera salud, le llevaron á su casa de la Murta de Belen, donde convaleció completamente y la recuperó de todo punto, teniendo todos por milagro aquel feliz resultado, sanando los dos, el agresor y el paciente, porque el principal ejercicio del santo Prior en toda su enfermedad fué rogar á Dios por el pobre fraile, derramando muchas lágrimas y suplicándole le inspirase el arrepentimiento. El Señor dió al ofensor una fuerte enfermedad en la cárcel, y ántes de ella, y accediendo el Señor á los deseos de Fr. Jaime, le tocó en el corazon, dando señales de arrepentimiento y llorando amargamente su culpa, rogó al prior de Guadalupe le hiciese merced de llegarse á su encierro con los religiosos. Vino, y delante de todos confesó con abundantes lágrimas la tragedia ocasionada de su desatino, ensalzando hasta el cielo la vida del santo Prior y de los demás religiosos de aquel convento, á quienes quiso asesinar con nunca vista crueldad y ferocidad, exponiendo todas las circunstancias punibles y agravantes que acompañaban á su horroroso delito, confesando al mismo tiempo, que creia y tenia por muy seguro que Dios le habia de perdonar por la intercesion y oraciones del Santo, en quien puso sus manos sacrílegas; hizo toda esta declaracion con espíritu tan fervoroso y con tan vivo sentimiento, que todos se compadecieron de su angustiosa situacion. El Prior, convencido de su arrepentimiento, le administró el sacramento de la Eucaristía, y luego la extremauncion, que recibió con increible ternura y devocion, saliendo de esta vida por tan extraño camino cual le estaba predestinado. Por cuarta vez eligieron en su monasterio por prior al bendito Fr. Jaime Roqueta, ejerciendo aquel puesto áun con superiores ventajas que ántes lo habia desempeñado: pues amaestrado con la experiencia, sus consejos y sus pláticas estaban llenas de celestial doctrina, aprovechando infinito á las almas, dirigiéndolas al buen camino; para cuya consecucion servian sobremanera sus obras y ejemplo. Tenia un don especial para consolar las aflicciones á sus

prójimos, manifestándoles su orígen y la poca importancia que debia dárseles las más de las veces. Hallándose en edad bastante avanzada, se le presentaron unas llagas en las piernas que manaban un humor hediondo y corrosivo, en cuyo padecimiento ejercitó nuevamente su mucha paciencia, y se vió tambien el gran amor que le tenian sus hijos; eran entónces veintidos en el monasterio, y á todos los habia criado y dado el hábito, teniendo contínuas porfías sobre los que habian de curarle sus hediondas llagas. Este cruel padecer se agravó con una fiebre aguda y de mal carácter, y conociendo su triste estado, y lo que de él debia esperarse, le rodearon todos los religiosos, que le amaban entrañablemente, y á los que el Santo anciano correspondia con el mayor cariño y solicitud; les exhortó fervorosamente á que se amasen y perseverasen en la fraternidad, manantial del sosiego y de la quietud que debe guardarse en toda Orden religiosa, mayormente siendo todos hijos de una fe, de una iglesia y de una religion, que era como otro nuevo nacimiento, no rompiesen, con su conducta, tantos vínculos de amor y de unidad. Dándoles estos consejos acompañados de muy santas razones, les echó su bendicion, dirigió su vista al cielo, y cruzando sus manos dijo con la mayor entereza y como si estuviese sano: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, espirando en seguida con tal apacibilidad, que más bien parecia haberse quedado dormido, que el haber dejado de existir. La memoria y virtudes de aquel siervo de Dios fueron imperecederas en aquel convento, donde constantemente se ha citado como el más perfecto modelo de ejemplar vida, santidad y celo religioso. — A. L.

ROQUETA (Fr. Vicente), religioso dominico, hijo de la ciudad y convento de Predicadores de Valencia, en el cual tomó el hábito el dia 1.° de Octubre del año de 1610. Fué un orador fácil y elocuente, muy considerado y apreciado en la religion por su profundo saber, su bello y apacible carácter, su constante virtud, observancia, austeridad y humildad. Nombrado predicador general, fué presentado de púlpito en su provincia de Aragon, y despues de haber vivido en la religion por espacio de cuarenta y seis años, siendo un modelo de religiosidad y virtudes, murió este varon sabio y ejemplar en 15 de Febrero de 1656. Dió á la estampa y publicó un *Tratado breve del modo y órden que han de tener los fieles cristianos en rezar á coros el Rosario de la Virgen Santísima, con otras devociones espirituales*. En Valencia, por Silvestre Esparza, 1644: por Vicente Cabrera, 1659, y por otros impresores varias veces, siempre en 8.°—A. L.

ROQUETAILLADE, ó en latin *de Rupe Scissa* (Juan de). Ignórase la pátria y el nacimiento de este famoso fraile franciscano. Solo se dice que fué religioso del convento de Aurillac en la diócesis de S. Flour. Por órden de su provincial fué encerrado en el convento de Figueac el año 1345 por visio-

nario sin duda. Como en la prision tuviese nuevas revelaciones, el cardenal Guillermo Custi le mandó, cuando le pusieron en libertad, que las pusiese por escrito. En 1356 fué mandado poner en prision segunda vez, y esta de órden del papa Inocencio VI, lo que se ejecutó en el castillo de Bagnols, porque excitaba al pueblo por medio de sus pretendidas profecías. Decia que la divina justicia iba á castigar el orgullo de los prelados y la tiranía de los soberanos, para lo cual se servia de algunos pasajes del Apocalipsis y de los profetas, esforzándose en que todos se persuadiesen de la verdad de sus profecías. En un libro que escribió en 1346 al salir de la prision, predecia cosas que asombraban al pueblo, amenazando á Francia con una completa desolacion. Como poco despues llegase la invasion de los ingleses, y se viese á Eduardo bajar á Normandía con un ejército poderoso, se creyó que este franciscano habia tenido alguna revelacion del cielo, ó que tenia algun conocimiento secreto de los misterios del Apocalipsi, de donde sacaba parte de sus predicciones. Se ignora si murió ó no en la prision; y en cuanto á esto, dice Nostradamus en su *Historia de Provenza*, que fué este fraile quemado en Aviñon el año 1362; pero Mr. Baluze en sus notas sobre las vidas de los papas que han tenido su silla en Aviñon, rechaza esta noticia como falsa, ateniéndose á la opinion de Santiago Fodera, que en su historia de la provincia de S. Buenaventura, de la órden de S. Francisco, que es la de Lyon, asegura que Roquetaillade fué enterrado en el convento de su Orden de Villafranca de Beaujolois. Además de las revelaciones de este religioso, tenemos de él la obra titulada: *De consideratione quintæ essentiæ rerum omnium expetendarum*, impresa en Bastle en 1561.—*De familiaritate philosophiæ. Vade mecum in tribulatione*, que se imprimió en el apéndice del *Fasciculus rerum expetendarum* publicado en Lóndres en 1690.—*Super prophetiam Cyrilli Eremitæ Presbyteri.* Cree Wadingo que murió despues del 1360, y que fué enterrado en Villafranca de Rouergue, de donde fué conventual. Vid. Bayle, *Diccion Crítico.*—C.

ROQUETTE (Enrique Manuel de). Fué este doctor de Sorbona y abad de de S. Gildas-de-Ruiz, y miembro de la Academia Francesa, sobrino del famoso obispo de Autun Roquette; pero afortunadamente no se le pareció en lo ridículo ni en su carácter. A una sana doctrina, dice su biógrafo Lamouroux, y á sus buenas costumbres, unió un bello carácter y una loable conducta. A su candor y sencillez, estimables ya por sí solas, hermanó un talento distinguido, y su pasion á la elocuencia, la cual no solo le dió una merecida reputacion, si que tambien le abrió las puertas de la Academia, como se dice en la historia de esta asociacion al hablar de sus miembros muertos desde 1700 hasta 1771, elogio hecho por D'Alembert. Miembro de los Estados de Borgoña, desplegó en ellos sus talentos oratorios hasta el

punto de granjearle el aplauso general, y el que fuese elegido muchas veces para arengar al Rey al frente de las diputaciones. En 1705 fué nombrado secretario de la Asamblea del Clero. Puesto en evidencia su mérito en varias ocasiones solemnes, llamó la atencion de la Academia Francesa, que le eligió en 1721 para reemplazar á Renaudot, y fué recibido en ella el mismo dia que Richelieu; pero disfrutó poco de esta honra literaria, pues que murió en París el dia 4 de Marzo de 1725. Además de su discurso de entrada en la Academia Francesa y de la respuesta que dió á su director J. Adan, escritos publicados en las Memorias de la Academia, se conocen de este autor las siguientes obras: *Oracion fúnebre de Jacobo, rey de Inglaterra*, pronunciada el 17 de Setiembre de 1702 en la iglesia de Religiosas de la Visitacion de Chaillat; París, 1702, en 4.° Mr. D'Alembert, á pesar de su sátira contra el destronado rey, no puede ménos de elogiar la elocuencia del orador; pero por una de esas anomalías que no se explican, consagra cuatro páginas de notas despues de las noticias que da de Roquette, no para dar á conocer los pasajes más brillantes de su oracion fúnebre, sino para hacer extensos extractos de los sermones del abad de Boismont. Está tanto ménos justificado este proceder, cuanto que los sermones del expresado abad son muy conocidos, y muy poco la *Oracion de Jacobo II. Proceso verbal de la Asamblea del Clero de Francia celebrada en París el año* 1705, París 1706 en fol. Nada más se nos dice de este elocuente orador francés. —C.

ROQUETTE (Gabriel de). Este prelado, del que dicen algunos fué el tipo del Tartufo del famoso autor dramático Moliére, nació en Tolosa el año 1626, de una familia noble y católica, de la que una de sus ramas se habia hecho protestante. Muchos de los antepasados de Roquette habian sido capitulares de la expresada ciudad. Destinado á la carrera eclesiástica, hizo sus primeros estudios en el seminario con bastante buen éxito. Dirigiéndose á París, su sagacidad le proporcionó una colocacion en el palacio de Condé, en donde supo captarse el aprecio y proteccion de la princesa viuda por medio, segun su biógrafo J. Lamouroux á quien seguimos en este artículo, de una afectada devocion, que le hacia presentir sería el mejor medio de llegar al término á que le conducia su ambicion. En las Memorias de Lenet, que publicó Petitot, se dice que Roquette ocultaba con la misma máscara con que sus intenciones, el aprecio que demostraba á algunos de la corte de la princesa, que podian contribuir á hacerle lograr sus miras, con los que se portó despues malamente. El abate Choisy, en sus curiosas y picantes Memorias, nos ha revelado otras circunstancias que acaban de dar una idea del carácter y disposiciones de este personaje. Obtuvo el abate Roquette el título de vicario mayor del príncipe de Conti, abad de Cluni, de suerte que puede decirse que á un tiempo estaba agregado á la casa de este y á la de la viuda de Condé.

Tenia, dice de Choisy, todos los caractéres que el autor del Tartufo ha representado tan perfectamente sobre el molde de un hombre falso. Una tarde que el príncipe de Conti se habia disfrazado, contra las observaciones del abate Cosnac, que le manifestó que su delicada salud no le permitia pasar una mala noche, y además que no podian ménos de conocerle en el baile por su estatura y contestura, pues que era corcovado, entró el abate Roquette en la habitacion en que se hallaba ya disfrazado el príncipe, y fingiendo no conocerle, se dirigió á él mismo diciéndole: «Sr. de Vardes, decidme cuál de estas máscaras es S. A.» lo que tambien preguntó á Cosnac. Hizo el falso cortesano de tal manera, que irritado M. Cosnac le reprendió con un tono tan severo, que el príncipe, bien porque viese bien á las claras que un jorobado no es fácil pueda pasar por otro que no lo sea, bien por otras cosas, se quitó la careta, se retiró á su cuarto y se acostó: esta escena fué la que inauguró el odio que se profesaron despues Cosnac y Roquette, y que dió ocasion á Guilleragues, amigo de Cosnac, á escribir las memorias sobre las que basó Moliére su comedia del *Falso Devoto*, cuyo escrito se insertó en las Memorias para servir á la historia de Luis XIV por el difunto abate Choisy: se imprimieron la quinta vez en Utrech el año 1722. A testimonios tan verídicos se une la autoridad de madama de Sevigné, que por medio de un rasgo de malicia femenina confirma cuanto sobre este particular se decia del abate Roquette. Volviendo esta dama á Vichy, escribió á su hija el dia 9 de Setiembre de 1677: «Es preciso ir á comer á casa del pobre hombre Mr. el Obispo de Autun;» en lo que aludia á uno de los pasajes más picantes de la comedia del Tartufo. Asistió madama de Sevigné el dia 11 de Abril de 1680 á la oracion fúnebre de la duquesa de Longueville, pronunciada por Roquette obispo de Autun, y admirándose de la gravedad del prelado en esta oracion, decia en una de sus cartas á su hija en 12 de Abril del mismo año: «Ayer pronunció Mr. Autun en los Carmelitas la oracion fúnebre de madama de Longueville, con toda la capacidad, gracia y habilidad de que puede ser capaz un hombre. En esta oracion no se veia á Tartufo, no era un *Pantalon*, era un prelado de consecuencia, predicando con dignidad y recorriendo la vida de esta princesa con increible destreza; y pasando de tal modo los puntos delicados, que supo decir lo que debia y callar cuanto importaba.» Poco tiempo ántes de la muerte de la viuda de Condé, que tuvo lugar el año 1650, Roquette habia favorecido á esta en París, en donde procuró esta señora interesar al parlamento contra el cardenal Mazarino por la detencion de los príncipes sus hijos cuya demanda no tuvo éxito. Sea que faltase genio á Roquette ó que, como dice su biógrafo, su carácter intrigante le ocupase el tiempo que debia emplear en la meditacion para escribir sus sermones, se dice que encargó la confeccion de estos al abate Nicole; y se extendió tanto esta noticia, que corrió por la

ciudad y por la corte el siguiente epigrama, cuya idea está tomada de Marcial, y que se atribuye á Boileau.

On dit que l'abbé Roquette
Prêche les sermons d'autrui;
Moi qui sais qu'il les achete
Je soutiens qu'ils sont à lui.

En las historietas de Tillemand de Reaux se ven algunas anécdotas que se refieren á este género de plagio. Se acusa á este abate de hacer escribir á otros sus obras. Dícese que el P. Hércules le habia hecho su oracion fúnebre de Mr. de Candale y se añadia: «Hé aquí una bella obra, que es uno de los trabajos de Hércules.» Marigny, uno de los cancioneros de la Fronde, compuso muchas diatribas contra Roquette, al que denominó el *Abate Papagayo*. Tallemant des Reaux nos ha conservado un diálogo en verso entre muchas damas de la Reina, entre las que se encontraba la bella de Ludres, querida pasajera de Luis XIV, cuyo diálogo, que dió mucho que reir á este monarca, termina del siguiente modo.

La señorita de Pienne.
Pour moi, je ferais mieux une oraison coquette.

El Aya.
Ce n'est pas ce qu'il faut en cette ocasion.

La Señorita de Pienne.
Allons donc où l'abbé Roquette
Va chercher sa provision.

A pesar de todo cuanto llevamos dicho, no impidió á Roquette llegar á las más altas dignidades de la Iglesia. En un principio se le proveyó de la abadía de Granselve, de la órden del Cister, y en 1666 se le concedió el obispado de Autun, del que no tomó posesion hasta los quince meses de su provision. Mucho se critica en mal sentido á este prelado por lo que respecta á la administracion de su diócesi, pero el historiador de la iglesia de Autun, que la publicó en 1774, en 8.°, dice que dictó algunas medidas útiles y que provocó la creacion de muchos establecimientos para los pobres, diciéndonos el canónigo autor, que el obispo Roquette hubiera deseado para sostener tan piadosos designios hacer personalmente la visita de su diócesi; pero que una multitud de negocios le llamaban á París, en cuya ciudad se veia obligado á perma-

necer la mayor parte del tiempo. Con respecto á la beneficencia de Roquette nos dice el duque de San Simon en sus memorias anónimas de Dangeau lo siguiente: «Recibiendo este prelado á la corte al pasar por su diócesi, y viendo admirado al arzobispo de Reims contemplando su magnífico aparador, le dijo humildemente: Monseñor, hé aquí el patrimonio de los pobres; á lo que le contestó el arzobispo: Hubierais hecho muy bien en repartírselo. Esto se dijo entónces del obispo de Autun, del que Moliére hizo su Tartufo.» Agregándose despues á la corte de S. German, se alabó de haberse curado milagrosamente de una fístula lagrimal, por la intercesion del rey de Inglaterra, y dió cuenta de ello á toda la familia real; pero como á los pocos dias volviese á aparecer la fístula, se avergonzó tanto de su mal éxito, que se volvió á su diócesi. Habia sido doméstico ordinario del cardenal Mazarino y gran servidor de los jesuitas, así se dice en la obra titulada: *Essai sur l' etablissement monarchique de Louis XIV*, por Lemontey, impresa en París en 1818. Las obras publicadas como de la composicion del obispo Roquette son las siguientes en francés: *Oracion fúnebre de Ana María Martinozzi, princesa de Conti;* París, 1672 en 4.°, cuya obra atribuye al autor de los Ensayos de morál el abate Gouget en el catálogo de las obras de Nicolo. *Ordenanzas del obispo de Autun para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica*; Autun, 1669 y 1678, en 8.° *Respuesta de Gabriel Roquette, obispo de Autun, al factum de los canónigos de Verclay;* 1668 en 4.° La oracion fúnebre del duque de Candal, y la de madama Longueville no aparecen como impresas, así cómo los sermones; y se cree que la autoridad se opuso á la impresion de la segunda oracion. Habiéndose quejado un dia á M. Harlai de que habian abandonado su sermon para ir á la comedia, le respondió que aquellas gentes habian manifestado su mal gusto abandonándole por los cómicos. El poeta Chenier aludió á Roquette en el siguiente epígrama contra otro obispo de Autun:

Roquette, au temps passé, Talleyrand dans le nôtre
Furent toux deux prélats d' Autun:
Tartuffe est le portrait de l' un
Ah! si Moliere eût connu l' autre!

Prosiguió Roquette apaciblemente su carrera hasta los ochenta y cuatro años de edad en que murió el dia 23 de Febrero del año 1707. — C.

ROQUEZ (Fr. Mariano), de la órden de Sto. Domingo. Despues de haber enseñado filosofía en la religion y trece años teología en el seminario conciliar de Tarragona, pasó á rector del de Tortosa en 1815. Escribió: *Confesion del liberal arrepentido, las nueve cartas polémicas, y apología de la religion*. Esta salió sin nota alguna de la censura del Supremo Consejo, y declarada obra clá-

sica por el mismo, se estaba imprimiendo en Madrid, y al parecer no ha acabado de ver la luz pública. Las primeras obras se imprimieron en Tortosa en 1824 por Joaquin Puigrubí.

ROQUIGNIES (Juan de), segundo abad de Premontre. Tomó su apellido de la aldea que le habia visto nacer, y manifestó desde su infancia las más felices disposiciones para las letras y para las ciencias. Se dirigió á París, donde estudió con tanto ardor como buen resultado la teología y la filosofía con el célebre Alejandro de Halés. Poco despues se recibió de doctor y luego comenzó á componer, conforme al gusto escolástico de su siglo, una obra de teología á que intituló *Summa Theológica* y que se halla dividida en libros, tratados, cuestiones y artículos. La primera dignidad eclesiástica que obtuvo fué la de abad Clairefontaine. En 1147 fué llamado á reemplazar como abad de Premontre á Clonon, que le habia protegido mucho durante sus primeros estudios. Con el objeto de favorecer á su vez la propagacion de los estudios teológicos y filosóficos que consideraba como indispensables á todos los que estan encargados de la enseñanza del pueblo, fundó en 1252 un colegio en la universidad de París, que le dotó despues ricamente. No perdonó nada para perfeccionar la disciplina de su Orden, pero trabajó todavía más con su ejemplo que con su autoridad. Sintiendo cercana su muerte, se hizo trasladar á la capilla de la Santísima Vírgen, y habiéndose postrado allí con toda la fe y humildad cristianas, dió su alma á Dios en 29 de Agosto de 1629. Dejó además de su *Suma teológica* algunas homilías sobre los Evangelios.—S. B.

RORANDO (Bienaventurado), monje benedictino del monasterio ilustrísimo de Sta. Justina de Pádua. Fué de nacion italiano, de rara capacidad y muy aventajado en cuantos estudios emprendió. Despues de haber adquirido un caudal de conocimientos nada comun, y deseoso de perfeccionarse en ellos y de tratar el punto más principal, cual es el de la salvacion del alma, le pareció lo más adecuado al objeto y á sus inclinaciones retirarse á la vida ascética y contemplativa, evitando los embates del mundo y sus contínuos peligros. Bien decidido en aquella resolucion, tomó el hábito de S. Benito en el citado monasterio, donde en seguida dió á conocer su profundidad y talento. Se ejercitó con el mayor cuidado y esmero en todas las virtudes, observando la regla sin faltar en lo mas mínimo, siendo sumamente obediente y callado, cumpliendo con todos los deberes religiosos con la mayor compostura y recogimiento, procurando ser al mismo tiempo modelo de buenas costumbres, de humildad y de observancia; así es que fué escogido y preferido como el más excelente coadjutor y compañero del venerable P. Fr. Luis Barbi en la reformacion de su Congregacion, que despues se extendió con nuevo rigor de observancia por Italia, en los monas-

terios de Monjes Negros. Despues de haber desempeñado varios y honoríficos cargos en su instituto y haberle prestado muchos servicios con sus grandes luces y extraordinario talento, enfermó gravemente, y despues de haber sido muy atendido y asistido por sus principales hermanos y recibido con ánimo fuerte y gran devocion los santos Sacramentos, dió su alma al Señor el dia 17 de Agosto del año de 1409, siendo muy sentida su falta en su Orden religiosa, por mirarle como á una de sus principales columnas.—A. L.

RORARIUS (Gerónimo). Fué nuncio de Clemente VII en la córte de Fernando, rey de Hungría. Compuso una obra notable titulada: *Quod animalia bruta ratione utantur melius homine*; Amsterdam, 1654. Pretende probar en esta obra, no solo que las bestias son animales razonables, sino que se sirven de la razon mejor que el hombre. El motivo que le obligó á escribir este libro es muy curioso y bastante singular. Encontróse en una conversacion en la que un sabio dijo que el emperador Carlos V no igualaba á los Othon, ni á Federico Barbaroja, y no fué necesario más para que Rorarius concluyese con que las bestias son más razonables que el hombre, y despues de haber soltado esta palabra se puso á escribir su obra para probarlo: esto aconteció cuando Carlos V hacia la guerra á la liga de Smalkalda. Este libro, bastante bien escrito, contiene multitud de hechos singulares acerca de la industria de las bestias y de la malicia del hombre. Dícese que Rorarius era natural de Partenone, en Italia, y que compuso una *Defensa de los ratones*, que segun Bayle en su *Diccionario crítico*, se imprimió el año 1548 en el país de los Grisones.—C.

RORENCO (Marco Aurelio), gran prior de S. Roque de Turin, nació en el valle de Lucerna, hijo del conde Juan Bautista Rorenco, en el siglo XVI. Despues de estudiar el derecho, abrazó el estado eclesiástico, y haciéndose sacerdote, fué á Roma, en donde se le confirió el priorato de Lucerna, exhortándole á que trabajase para que volviesen á la Iglesia los pretendidos reformados que la habian abandonado. Rorenco tenia mucho celo y no le faltaba instruccion; conocia los puntos controvertidos entre ambos partidos, y se encontraba en estado de sostener una disputa. A su vuelta á Lucerna, fundó en la Tour un convento de Franciscanos, que fué ocupado en 23 de Junio de 1628, haciendo cuanto bien pudo á esta casa. En 1632 escribió contra la pretendida reforma con el título de *Breve narratione*; Valerio Gros, pastor de la Iglesia de Villar, se encargó de responderle; pero los protestantes despreciaron este libro y se suprimió la acordada contestacion. Unióse entónces Rorenco á Belvedere para componer juntos las *Cartas apologéticas* que obligaron á salir á los herejes de su silencio. Pedro de Gilles, obispo de Tour, hizo contra estas cartas el escrito titulado: *Consideraciones*

sobre las Cartas apologéticas de Marco Aurelio Roreno, prior de Lucerna, y de Teodoro Belvedere, prefecto de los Monjes. Belvedere contestó en latin en su escrito: *Turris contra Damascum, id est, tutela Ecclesiæ Romanæ contra Calvinistas,* que se imprimió en 1636. Respondió Gil á esto, y Belvedere volvió á escribir en italiano el libro que despues se tradujo al francés titulado: *La luz de la verdad cristiana para conocer la verdadera Iglesia y la falsa y pretendida Reforma.* Pedro Gilles terminó la disputa con su *Torre Evangélica*, en cuarenta y ocho capítulos, de la que da un extracto en su *Historia de Vandois.* Segun Moreri, vivia aún Rorenco en 1668.—C.

RORICE ó Roricio. Asi se llamaron dos obispos de Limoges, el uno apellidado el antiguo, y abuelo del otro llamado el jóven. El primero fué conocido como obispo y como literato, ignorándose el lugar y época de su nacimiento y los detalles de su educacion, sabiéndose solo que descendia de una ilustre familia de las Galias, aliada con las antiguas de Roma. Sábese tambien que hácia el año 471 se casó con Iberta, hija de Omeracio, del órden de los patricios de Auvernia, de cuyo matrimonio nacieron muchos hijos, entre los que uno de ellos dió el ser al obispo Roricio II. Se conjetura que tuvo tambien una hija, que casó con Hespero, célebre poeta de su época. Arrastrados Roricio é Iberta por su pasion á la piedad, se retiraron del mundo á los seis ó siete años de su matrimonio, y vivieron separados practicando todas las virtudes religiosas, dedicándose Roricio, segun lo dice Fausto de Riez, su amigo, á la lectura y estudio de la Escritura santa y conocimiento de los Santos Padres. Procuróse al efecto excelentes copias de las mejores obras, y se relacionó con los mas santos y sabios prelados de su tiempo, tales como Sidonio de Clermont, Lupo de Troyes, Leoncio y Cesáreo de Arles, y el Fausto de que acabamos de hacer mencion. Créese que se hallaba vacante la silla de Limoges con motivo de la persecucion que Eurico, rey de los visigodos, príncipe arriano, ejercia en esta parte de la Galia, cuando su reputacion de ciencia y de piedad fué causa de que se le eligiese obispo hácia el año 484. Los destrozos causados por los visigodos, y las guerras que causó la fundacion de la monarquía francesa, nos han privado de manuscritos que podrian habernos dado detalles de las acciones de Roricio en su episcopado. Lo poco que nos quedó en sus cartas y en las de sus amigos nos enseña únicamente que llevó á él su gusto á la piedad que le distinguia, la práctica de todas las virtudes relativas á su estado, el amor al estudio, y un gran celo por la instruccion de su rebaño, para el que compuso diversos tratados de devocion que no han llegado, lamentablemente, hasta nosotros. San Cesáreo, que le llena de elogios en sus cartas, le invitó á los concilios de Agda, de Tolosa y de otras ciudades; pero la debilidad de su salud, sus enfermedades habituales, y su avanzada edad, no

le permitieron la asistencia á ellos. Murió este bienaventurado prelado el año 507 de nuestra era, y fué enterrado en la iglesia de San Agustin que él habia construido, á cuyo alrededor habia levantado un monasterio, que fué ocupado despues por los benedictinos, cuya casa subsistió hasta la revolucion francesa. Aun cuando el nombre de Roricio no se encuentra en los martirologios, está considerado como un santo y honrado con este título. Solo nos quedan de este santo prelado veinte y dos cartas, divididas en dos libros, que son poco interesantes, segun su biógrafo, tanto para la historia cuanto por el fondo de su doctrina; pero que respiran una sólida piedad y se hallan escritas con toda la finura y elegancia que podia pedírsele á su siglo. Al leerlas se conoce á primera vista que Roricio se habia formado con la lectura de los buenos autores; pero tambien se notan muchos errores introducidos por la negligencia ó ignorancia de los copistas. Canisio recogió estas cartas y las dió lugar en sus *Antiquæ lectiones*, de las que han pasado despues á las diversas ediciones de los Padres. Basnage las ha insertado en el primer volúmen de su edicion de la *Coleccion de Canisio*, y Balucio prometió darlas en una edicion particular, y es lástima que este sabio no haya ejecutado su propósito, porque las hubiera purgado de faltas que las desfiguran, y aclarado en las notas con que las habria ilustrado la antigua historia eclesiástica del país, tan oscura en la época en que Roricio ocupó la silla episcopal de Limoges. Sin duda que debió haber algun intervalo entre el episcopado de Roricio I y el de su nieto Roricio II. Todo lo que se sabe de este último es que no degeneró de las virtudes de su abuelo; que asistió á los concilios de Clermont el año 535, de Orleans en 541, y en 549 envió un diputado al que se celebró en esta misma ciudad. A este prelado se debe la construccion de la iglesia de San Pedro, que es la primera parroquia de la ciudad y de la diócesi. Fortunato de Poitiers, el poeta mas célebre de su siglo, consagró un notable epitafio en latin á la buena memoria de los dos Roricios, en el que se hace su elogio.—C.

RORICH (P. Juan Federico), jesuita aleman, natural de Colonia. Pertenecia á una familia tan antigua como ilustre, y desde sus primeros años manifestó las mejores cualidades para vivir en religion; educado en buenas y santas costumbres, llenaba con la mayor exactitud todos sus deberes religiosos, y sus ocupaciones, juegos y pasatiempos favoritos eran la asistencia á las iglesias y funciones en que tomaba la parte que su edad le permitia. Sus padres, aunque en buena posicion, no contradecian los deseos de su hijo, que fué así sucesivamente adquiriendo las costumbres que le debian llevar muy en breve á la Compañía. Hizo sus primeros estudios bajo la direccion de los PP. de este instituto, á quienes con este motivo tomó tanto afecto, que no sabia separarse de su laado y únicamente ambicionaba vivir

entre ellos, y encontró en un principio algunas dificultades de parte de su familia, que le destinaba á más vasto porvenir, mas todas supo vencerlas á fuerza de tiempo y constancia, hasta que viendo su familia su decision, accedió á sus deseos y entró en la Compañía, siendo aún jóven, con grande placer de sus profesores y de cuantos le conocian, que comprendiendo su carácter y buenas cualidades estaban seguros de que llegaria á ser un modelo de religiosos. Fuélo en efecto, y muy en breve comenzó este religioso á distinguirse por sus buenas costumbres, su amor á la regla y á todas las prácticas que se habia impuesto al tomar la sotana de jesuita. Sus notables adelantos en los estudios le hicieron ascender á diferentes cargos, y no tardó en ser nombrado profesor de humanidades en Fulda, adonde pasó con grande deseo de contribuir á los altos fines para que se le destinaba. Pero su asiduidad en el trabajo, su constancia y laboriosidad minaron su salud hasta tal extremo que ya no llegó á recobrarla. Fué esto sumamente sensible, pues era uno de los mejores predicadores con que contaba á la sazon la Compañía, y se habia hecho tan apreciable por su erudicion y elocuencia, que se le buscaba en las ocasiones de más empeño, estando encargado del discurso que se pronunció en Francfort en 1619 cuando fué elegido el emperador Fernando II, en cuyo acto se atrajo los aplausos de la corte, que no pudo ménos de admirar sus grandes talentos. Dedicóse á la composicion de diferentes obras, ya que sus indisposiciones no le dejaban dedicarse á la vida activa; pero quizá estos nuevos trabajos acabaron de consumir su existencia muriendo en Westfalia en 14 de Diciembre de 1635, siendo todavía jóven. Publicó: *Lucerna evangélica sobre la comunion en ambas especies.—Apología de la misma Lucerna contra Baltasar Mentzer.—Sobre el uso de los cementerios.—Sermon fúnebre en las exequias de la Ilma. Sra. Sabina Catalina, condesa y Sra. de la Frisia Oriental, pronunciado en* 1618.—S. B.

RORICON, autor de un Compendio de Historia mucho más célebre que interesante, pues es completamente desconocido. Se conviene en darle la calidad de monje; pero se carece de pruebas, y no vemos otro fundamento más que su piadoso estilo, lo que puede convenir tambien á un eclesiástico cualquiera. No hay por lo demás dificultad de mirarle, ó como clérigo, ó como monge, pues era muy raro en su siglo el que hubiese legos capaces de escribir como él lo hacia. Se conoce otro *Roricon* obispo de Laon hácia 976, que pasaba por un prelado que tenia toda clase de conocimientos: *Totius scientiæ lumen*. Pero nadie ha pensado en atribuirle el escrito de que se va á hablar, y tampoco nosotros pensamos en atribuírsele; además de que solo la identidad de nombre puede autorizar esta opinion, lo que es muy equívoco, pues un prelado tan hábil hubiera sin duda llevado á cabo con mejor éxito la ejecucion de su designio. Si se deben tomar á la letra ciertas expre-

siones de nuestro historiador, se creeria que habia sido pastor y guardado rebaños en el campo; pero es evidente que esto no es más que una ficcion que le ha parecido ingeniosa y que convenia á su carácter. Dice por otra parte, con bastante claridad, que era de la nacion de los francos. No nos da ninguna noticia exacta para saber la época en que escribia. Suponiéndose únicamente por su estilo que no lo hizo hasta el siglo IX. La base no es fundamental, pero lo que da más fuerza á esta opinion es que el autor menciona á Perpiñan, ciudad que no fué conocida hasta el siglo X. La obra de Roricon se intitula: *Gesta Francorum*: Los hechos ó hazañas de los francos; título especioso que anuncia mucho, y sin embargo la obra no es casi más que un compendio de la historia anónima que nos ha dejado otro autor con mucha mas extension sobre el mismo asunto. Roricon se propuso compendiar esta historia desde el orígen de la nacion hasta la muerte de Clovis inclusive, y la copió con todas sus fábulas y errores: dividió su obra en cuatro libros, y puso un prefacio al frente de cada uno, en el que dejó vestigios de su genio poético: á pesar de todo, el cuerpo de la obra no está mal escrito, siendo únicamente sensible que su autor no haya trabajado sobre un terreno mucho mejor. Andres du Chesne es el primero que ha impreso este compendio sobre un antiguo manuscrito de la abadía de Moissac, y parece ser tambien el primero que ha dado á Roricon la cualidad de monje. El P. Bouquet la insertó en la Coleccion de Historiadores de Francia con algunas observaciones preliminares.—S. B.

ROS, hijo de Benjamin (*Génes.* XLVI, 21).

ROS (D. Alejandro Domingo de), natural de Lérida, dean de la iglesia de Tortosa y protonotario apostólico, varon de mucha doctrina y elocuencia. Murió de repente en Madrid á 2 de Junio de 1656. Escribió las siguientes obras: *Cataluña desengañada*: *Discursos políticos*. Nápoles en la imprenta de Gil Longam en 1646, un tomo en 4.°: dedicada al rey de España Felipe IV.—*Abeja barberina*: panegírico dedicado á Urbano VIII, é impreso en Roma por Lecio Grignano en 1639, en 4.° Por esta obra fue premiado por el Papa con el deanato de Tortosa.—*Representacion á Felipe IV á nombre del principado confesando su rebelion*: pág. 121. Ms. de la Bib. Real: H. 35. *Marcillo*, pág. 293. N. A. t. II. *Bib. n.* p. 5.—A.

ROS (Fr. Andrés), religioso dominico, fué nombrado primer inquisidor de Valencia cuando la fundacion de este tribunal en aquel reino, que se verificó segun Diago de la manera siguiente: «La Inquisicion de Valencia no fué particular hasta este tiempo, ni tuvo inquisidor que lo fuese de ella sola. El que lo era de lo acá del mar y del Rosellon en Cataluña, la regia no por sí sino por lugartenientes y comisarios que nombraba ó enviaba desde allá, por cuya ausencia ó mudanza se seguian algunos inconvenientes

así en la ciudad como en el reino, en el cual habia algunos judíos y grandes universidades de sarracenos. Representáronle esos inconvenientes al santísimo pontífice Martino V el rey de Aragon D. Alonso y los jurados de la ciudad, reduciéndole juntamente á la memoria la grandeza del reino, su nobleza y amenidad maravillosa, para que se sirviese poner en él Inquisicion particular diferente de las otras, que se gobernase por inquisidor propio, y no por el que lo era de Cataluña ó por sus comisarios. Parecióle bien á Martino é hizo lo que se le pedia, estando en la ciudad de Florencia á 27 de Marzo del tercer año de su pontificado, que fué el de 1520, mandando al provincial que de allí adelante nombrase inquisidor particular para Valencia. La Bula es la siguiente: «Martino Obispo, siervo de los siervos de Dios para memoria venidera. El Romano Pontífice sucesor del celestial clavero S. Pedro y vicario de Jesucristo, examinando con paternal consideracion diligentemente por oficio que la superna disposicion le cometió, todos los climas del mundo y las utilidades de todas las naciones que en ellas moran, ordena y dispone saludablemente, persuadiéndolo razonables causas, aquellas cosas que considera ser apreciables á la Divina Majestad y tales que por ellas conserve en la puridad de la fe católica las ovejas á él encomendadas y las encamine y aumente para alcanzar los premios de la felicidad eterna. Significándonoslo nuestro carísimo hijo en Cristo D. Alonso, ilustre Rey de Aragon, habemos sabido que aunque el prior provincial de la órden de los Padres Predicadores en la provincia de Aragon, que segun la costumbre de la misma Orden lo es por el tiempo, á quien se dice que pertenece eso por indultos apostólicos, ha tenido costumbre de deputar en diversas partes en los reinos y tierras sujetas al mando del sobredicho Rey, diferentes inquisidores de la herética pravedad, que por sí y como principales ejercitan el antedicho oficio. Con todo eso en el reino de Valencia, que entre los demás dichos reinos y tierras se conoce por no pequeño miembro, y noble y ameno, jamás hasta agora ha sido deputado inquisidor, que por sí y como principal ejercitase el oficio, sino por el inquisidor que segun el tiempo lo es en el señorío del mismo Rey que está desta parte del mar y del condado de Rosellon, diferentes lugartenientes ó comisarios en diversos tiempos para regirlo y ejercitarlo en la ciudad de Valencia de la provincia Tarraconense, que es notable y populosa cabeza de dicho reino. Y que ha acontecido alguna vez que hasta agora en la ciudad y reino en que hay algunos judíos y grandes universidades de sarracenos de entrambos sexos, bajo del señorío de los fieles de Cristo, no ha sido gobernado como conviene el oficio, y que se han seguido algunos inconvenientes sobre aquellas cosas que pertenecen á su ejecucion por la ausencia ó mudanza de los mismos inquisidores ó sus lugartenientes y comisarios. Por tanto por parte del mismo Rey nos fué humildemente su-

plicado que nos sirviésemos proveer por la benignidad apostólica oportunamente en lo sobredicho, y de hacer que se rija y gobierne el oficio de semejante Inquisicion por inquisidor que en la ciudad y reino haya de ser por si y principalmente señalado. Nosotros más que grandemente deseamos que en nuestros tiempos principalmente prospere en cualquier lugar la fe católica, y que la herética pravedad se extirpe de los términos y límites de los fieles á gloria de Dios y en favor de la misma fe, para que el mismo oficio de la Inquisicion, tanto más felizmente sea propuesto en aquellas partes, cuanto con más diligencia se hará de aqui adelante en la ciudad y reino por inquisidor que allí residirá contínuamente, y será principalmente deputado: inclinados con los ruegos del dicho Rey y tambien con los amados hijos los jurados de la antedicha ciudad apostólica, que sobre esto nos han juntamente suplicado, queremos y con autoridad ordenamos que el oficio de la semejante Inquisicion en la ciudad y reino sea de aquí adelante regido y gobernado por inquisidor que para allí ha de ser deputado por el prior sobredicho, segun que á él por semejantes indultos pertenece, el cual resida allí mismo personalmente por si y principalmente, y no comisarios y lugartenientes, sin cualquier impedimento ú obstáculo delante dicho, por quien como queda dicho, acostumbraron ser deputados para allí los lugartenientes ó comisarios, ó de cualquiera otro inquisidor, dando desde agora por nulo si aconteciese intentarse de otra suerte cuanto sobre estas cosas por cualquiera con cualquiera autoridad sciente ó ignorantemente, no obstando las constituciones, ordenaciones apostólicas y estatutos y costumbres de la dicha Orden contrarias fortalecidas con juramento, confirmacion apostólica, ó con cualquier otra firmeza, y todas las demás cualesquiera cosas contrarias. A ninguno, pues, de los hombres, sea de ninguna suerte lícito romper esta página de nuestra ordinacion, constitucion y voluntad, ó ir temerariamente contra ellas. Y si alguno presumiese intentar esto, sepa que incurrirá en la indignacion del Omnipotente, y de los bienaventurados Pedro y Pablo, apóstoles suyos. Dada en Florencia á 6 de las Calendas de Abril del tercer año de nuestro Pontificado.» Tal es la Bula del establecimiento de la Inquisicion en Valencia, segun la traduce el P. Diago, añadiendo en seguida que se la dió cumplimiento desde luego, eligiendo por primer inquisidor al mencionado P. Ros, prior del convento de S. Mateo, y vicario provincial que habia sido de la provincia durante el gobierno del P. Fr. Juan Guerra, y en el capítulo general de la Orden, celebrado en Pavía en la Pascua del Espíritu Santo del año 1423, fué por definidor de la misma provincia en sustitucion del maestro del Sacro Palacio Fr. Juan de Casanova, hijo del convento de Barcelona, que fué despues cardenal, á quien habia elegido definidor el capítulo provincial reunido en Tarragona en 1422. El P. Ros tomó inmediatamente

posesion de su cargo, poniendo en todo su vigor la bula expresada, en 20 de Agosto de 1422, por medio de D. Juan Gaston, vicario general, de D. Hugo obispo de Valencia, para que hubiese memoria de ella, dice la crónica, y se entendiese que la Inquisicion de la dicha ciudad y reino era diferente de todas las otras particulares de la corona y provincia. A 26 de Noviembre del mismo año obtuvo el Inquisidor del rey D. Alonso de Aragon, que se hallaba á la sazon en el Real castillo de la ciudad de Aversa, una *Real salvaguarda* para el oficio y bienes de su Inquisicion y para todos sus oficiales desde el mayor hasta el menor, en cuyo documento llama el Rey al P. Ros su orador, y de su consejo, el cual con la bula parece se custodiaba en el archivo de PP. Predicadores del convento de Valencia. Desde este año no vuelve á haber más noticias de este religioso, siendo muy probable falleciese en breve, pues algun tiempo despues se encuentra citado ya el que le sucedió. — S. B.

ROS (Rdo. P. Fr. Antonio), religioso dominico del convento de Zaragoza y provincial de Aragon, elegido en el capítulo celebrado en Calatayud en 1458. Reunia las mejores cualidades para desempeñar este cargo, pues se distinguia mucho por sus buenas costumbres y conocimientos, habiendo explicado filosofía y teología muchos años en Barcelona y Zaragoza, y tenido discípulos que fueron despues grandes teólogos y predicadores. Además de esto era predicador y confesor del rey D. Fernando *el Católico*, quien le apreciaba mucho por sus grandes cualidades. Murió miéntras desempeñaba este cargo, á 26 de Febrero de 1504.—S. B.

ROS (P. Francisco), jesuita, natural de Gerona, varon de gran doctrina, prudencia y virtud, peritísimo en las lenguas siriaca, caldea y malabárica. Fué enviado á las Indias orientales, y se confió á su celo toda aquella provincia, la cual comprende las islas Malabares. Encargado por el rey de Portugal de una embajada á Zamorin, rey de Calasta, concertó la paz entre las dos naciones, firmándose por ambas partes. Por su gran virtud y sabiduría, fué nombrado por el Ilmo. Sr. D. Alejo de Meneses, del órden de S. Agustin y arzobispo de Goa, administrador de la iglesia y diócesis de Angamala; y despues Felipe III, á peticion del pueblo, le nombró arzobispo de la misma, eleccion que confirmó Clemente VIII suprimiendo el nombre de arzobispo y dándole el de obispo. Fué consagrado en Goa en 1601. Despues Paulo V en 1605, habiéndose mudado de la catedral desde Angamala á Crangram, le dió el título de arzobispo de esta ciudad, por muerte de su arzobispo Abraham. Escribió un *Catecismo en lengua Malavárica*, que tradujo despues en siriaco para uso de los párrocos de Angamala. Arregló tambien al uso romano un *Misal*, un *Breviario* y un *Ritual*. Marcillo: *Crisi*, pág. 319. Nieremberg: *De Viris sui Ordinis*.—A.

ROS (P. Juan), cartujo y prior de Escala Dei. Se cree que era de la familia de D. Antonio Ros de Perpiñan. Habla de él Lucio Marineo. Véase SEGURA, *Academia*, t. VI, pág. 612.—A.

ROS (Fr. Ramon). Si el apellido latino ó latinizado era *Rubens*, como se ve en la nota del Sr. Bayer (N. A. *Bib. v.*, pág. 121, t. II) el catalan deberia ser Roig ó Rubio. Fue mercenario, natural de Tárrega, y en 1320 escribió varias obras en catalan y tradujo del latin otras.—*Llaors de madona Santa María.*—*Del menysprecy del mon.* Tradujo al catalan *Purgatorium S. Patricci.* Dedicó la obra á Beatriz, mujer de D. Guillermo de Anglesola, señor de Bellpuig, y muy respetable no tanto por su alta alcurnia, por ser hija de los condes de Pallas y nieta del emperador de Grecia Teodoro Lascaris, como por su extraordinaria religiosidad y virtudes, año 1320.—*Vitæ S. Euphrasinæ, et Stæ. Marinæ, Virginum.*—*Vitæ S. Mariæ Ægiptiacæ, et Stæ. Paulæ Romanæ Bethlemiticæ.*—*Vitæ S. Ludovici Tolosatium episcopis S. Cristophori Martyris, et S. Francisci.*—*Historia de la vision que se dice revelada en el monasterio de Claraval, año 1149, en que murió su abad San Malaquías.* Todas estas obras se conservan en el Escorial.—A.

ROS Y BUSCÁ (Dr. D. Antonio Sixto), presbítero, capellan perpétuo de la iglesia parroquial del Pino de Barcelona, y natural de la misma. Fué doctor en sagrada teología y opositor á canongías de oficio. Murió en 14 de Octubre de 1821 en tiempo de la epidemia. Escribió: *Meditaciones de la Sagrada Pasion de nuestro Señor Jesucristo*, para leerse en los santos ejercicios que la venerable congregacion de la *Purísima Sangre*, fundada en la iglesia parroquial del Pino, celebra todos los jueves del año en la capilla de su instituto; Barcelona, 1824, en la imprenta de la viuda de Roca. Hoy dia se sirve de dichas *Meditaciones* la Congregacion en sus ejercicios semanales, y muchos párrocos las han adoptado.—A.

ROS DE JESUS (V. Rufina), natural de la ciudad de Orihuela, donde nació y fué bautizada, martes 5 de Febrero de 1658, en la parroquia de Santa Justa y Rufina; fueron sus padres Ginés Ros y Vicenta Martinez. Tomó el hábito de la tercera órden de S. Francisco, martes 25 de Marzo de 1681, á los veintitres años de edad. Era sobrina del V. Hermano Gerónimo Tomás de Casanova y Sanchiz, que murió en Granada, y cuya vida escribió Don José Vicente Ortí y Mayor, como dice Jimeno, tomo II de escritores valencianos, fólio 316, columna 1.ª; allí consta escribió dicho Ortí tambien la de la virtuosa religiosa Rufina. Ambas vidas existian originales manuscritas en el archivo del Real Monasterio de S. Miguel de los Reyes, cajon de papeles de la casa Real de Nápoles, etc. Esta bienaventurada vírgen fué una religiosa ejemplarísima, un modelo de virtudes, de observancia y de mortificaciones; murió en jueves 1.º de Agosto de 1697, á los treinta y nueve años

de su edad y diez y seis de claustro: fué enterrada en la iglesia del convento de S. Gregorio de religiosos Franciscos descalzos, y llevado su cadáver en hombros de sacerdotes, celebrándole exequias en la parroquial de Santa Justa y Rufina, miércoles 21 de Agosto del referido año: dijo la oracion fúnebre su director el P. Fr. Pedro Domingo, religioso francisco descalzo de la provincia de S. Juan Bautista, y se imprimió dicho año en Orihuela por Jaime Mesnier, en 4.° De órden de su director escribió *su vida*, inédita. Compuso unas poesías para expresar su afecto en la noche de Navidad, como más extensamente consta de su vida ya insinuada por D. Vicente Ortí. — A. L.

ROSA DE SANTA MARÍA Ó DE LIMA (Santa), vírgen. Gloria de España es esta santa, pues que á España se debió el descubrimiento de América, y españoles fueron los que allí llevaron la luz del Evangelio desterrando de aquellos países la idolatría; y como al empezar este artículo hayamos encontrado escrita por los autores que citaremos su vida, la vamos á dar íntegra por temor de desfigurarla con nuestro pobre pincel. «Nació esta dichosa vírgen en la ciudad de Suna, cabeza del reino del Perú, á 20 de Abril, año 1586, de padres humildes y honrados. Afirmaba su madre que no habia tenido en el parto de esta hija, los dolores y congojas que habia sentido en los partos de once hijos que habia parido; y notaron que las túnicas ó telas con que salió del vientre materno, no le servian como á los demás de fealdad, sino de hermosura y gala. En el bautismo le pusieron por nombre Isabel, y en la confirmacion le mudaron en el de Rosa, por haberle visto á los tres meses en la cuna el rostro transfigurado en una rosa hermosísima. Despues de algunos años, entendiendo la santa vírgen el suceso que la habia dado el nombre de Rosa, y temiendo como humilde y prudente ser celebrada por este nombre y el riesgo que esto le podia ocasionar, se encomendó á la Reina de los ángeles; la cual se le apareció con su hijo en los brazos y la dijo que el gusto de su Hijo era que se llamase Rosa, y le añadiese á este nombre el apellido de Santa María; y desde entónces se nombró Rosa de Santa María. Nunca la vieron llorar, siendo niña, ni en los brazos ni en la cuna, hasta que un dia queriendo llevarla su madre á la casa de una señora que se la habia pedido, empezó á llorar con tanta fuerza al salir por la puerta, sin haber medio de acallarla, que fué menester volverse á entrar en su casa; y al punto dejó de llorar, y se convirtieron en risa las lágrimas, mostrando la niña que ya disgustaba de semejantes visitas, y gustaba de estarse recogida en su casa. Desde edad de tres años obraba de manera que parecia tener uso de razon, y arrojaba las flores de las virtudes, que prometian á su tiempo copiosos frutos. Especialmente en la paciencia dió ejemplos que fueran admirables en una persona de muchos años y virtud; porque habiéndose maltratado mucho un dedo, que

despues se le apostemó, padeciendo intensísimos dolores y por muchos meses, ni al recibir el golpe, ni despues en la cura sangrienta, que causaba horror á los que la miraban, la vieron llorar, ni quejarse, ni mudar el semblante ó hacer otra señal de sentimiento. Con la misma fortaleza sufrió en otra ocasion que la cortasen la ternilla de una oreja que se le habia apostemado. Llenándosele la cabeza de empeines, la echó su madre imprudentemente polvos de soliman para atajarla el mal: abrasábasele la cabeza y padecia extraño dolor de manera que sin poderlo ella excusar le temblaba todo el cuerpo; perdió el color del rostro y se desfiguró, y con todo esto, preguntada de su madre si tenia muchos dolores, respondia que no era cosa de consideracion, hasta que descubriendo la cabeza, la hallaron llena de ampollas, postillas y llagas, pareciendo cosa milagrosa que una niña de cuatro años hubiese podido sufrir tales dolores sin quejarse. No hizo despues más sentimiento en la cura, que duró cuarenta dias; ni en un humor que se le hizo teniendo seis años en el nacimiento de la nariz, siendo necesario entrar la lanceta y sajar aquella parte; ántes parece que afligia Dios con dolores y enfermedades á la niña Rosa, para mostrar en su flaqueza la fortaleza y sufrimiento que puede dar su gracia. En edad de cuatro años rogaba á una criada india, que en un retrete de su casa la pisase, escupiese y diese golpes, y que la cargase un gran peso de adobes, ó un madero, y con él andaba en un huertecillo; cayendo muchas veces con el peso, por imitar á Cristo con la cruz á cuestas. Cuando tenía cinco años empezó á despreciar las cosas del mundo, pareciéndole vil cuanto el mundo estima: á que le ayudó un desengaño que la dió el Señor por medio de un hermanito suyo de siete años. Llenóla este un dia los cabellos de lodo: sintiólo mucho Rosa y dió quejas á su hermano; á que respondió: ¿Por qué sientes tanto ver enlodados tus cabellos? ¿No sabes que los aborrece Dios, porque son lazos con que el demonio enlaza las almas de los hombres y las echa al infierno? No eran razones estas de un niño, aunque dichas por su boca; y así lo reconoció Rosa, é hicieron tanta impresion en su alma que empezó desde entonces á aborrecer sus cabellos, y á temer el infierno y el pecado que podia despeñarle en él, y decia muchas veces: Jesus sea conmigo; Jesus sea bendito, amen: y repetíalo tantas veces que con la costumbre ni áun durmiendo dejaba de decir estas palabras. Finalmente, ilustrada con particular luz del cielo y abrasada ya del amor de Dios, y deseosa de conservar perpétuamente su pureza; á los cinco años de su edad hizo voto de virginidad, y se cortó los cabellos por no ser ocasion de culpas á ninguno. De seis años, ayunaba á pan y agua, miércoles, viernes y sábados. Era obedientísima á sus padres, áun en cosas muy dificultosas, y á que sentia gran repugnancia. Viniendo unas amigas de su madre á ver un huerto que tenia en su casa, tejieron una guirnalda de flores y pidieron á Rosa que

se la pusiese en la cabeza; rehúsolo ella por disgustarle semejantes adornos; pero mandándoselo su madre, por no dejar de obedecer y mortificarse en el mismo adorno, se clavó la corona con un alfiler grande y grueso tan fuertemente, que no pudiendo ella sacarle despues, fué menester llamar un cirujano que se le sacase, con mucho sentimiento de la niña; no del dolor que padecia, sino de ver descubierta su mortificacion. Mándola su madre una noche ponerse unos guantes para hacerla suaves las manos: y aunque Rosa se acusaba de aquel demasiado aliño, insistiendo su madre, obedeció y se puso los guantes ántes de acostarse; mas apénas se durmió, cuando empezaron los guantes á calentarse y encenderse de manera que la abrasaban las manos, y no pudiéndolos sufrir, se los quitó de priesa y los arrojó. Al arrojarlos vió que despedian de sí llamas de fuego, tan vivas y encendidas que alumbraron todo el aposento, y que al tocar los guantes en el suelo, se apagaron aquellas llamas. Contó á la mañana á su madre lo que habia pasado, por que no le obligase otra vez á semejantes artificios que desagradan á Dios, por querer añadir hermosura fingida á la natural que él ha dado. Con todo eso, la madre que no entendia este lenguaje, queria que Rosa se aderezase y adornase como las otras doncellas de su edad, mas ella con oraciones y con las razones que dió á su madre alcanzó que la dejase vestir un hábito grosero y honesto, y le trajo hasta que se vistió el de la Tercera Orden de Santo Domingo. Padeció Rosa contraccion de nervios; púsola su madre en las manos unas pieles, mandándola que no se las quitase, porque serian su remedio: túvolas cuatro dias padeciendo gravísimos dolores, sin quejarse ni hablar palabra: al fin de ellos quiso su madre ver si estaban ya sanas las manos, y hallólas hinchadas y llenas de llagas. Espantóse de que hubiese podido sufrir tanto tiempo aquellas pieles, y quejóse de que no se les hubiese quitado conociendo el daño que le hacian: y ella respondió que lo habia hecho por no desobedecerla, como le habia mandado que no llegase á ellas. La madre atribuia á simplicidad de su hija aquella prudente ceguedad, con que todas las cosas obedecia: quiso probarla, viéndola hacer unas flores en su labor; y la dijo que no iban bien hechas así, que las habia de hacer al revés; obedeció Rosa, y habiendo sacado no flores, sino borrones, la dijo su madre: ¿Qué flores son estas? ¿No conoces que esto no vale nada? ¿Para que gastas el tiempo sin provecho? A lo que le respondió Rosa: Estas son, señora las flores que me mandaste hacer, y las mejores que puedo hacer yo. Bien sé que no son flores; pero á mí bástame hacer lo que me mandas, y eso haré siempre, porque así no puedo errar. Con esto estimó más la madre á la hija, y entendió que su obediencia cuanto tenia de ciega tenia de sabia, y que parecia necia de muy discreta. No solo á sus padres obedecia Rosa con grande puntualidad, mas á todos los de su casa y mucho más á su confesor. Sabiendo

este lo poco que dormia y los achaques que le habian sobrevenido de sus largas vigilias, la mandó que durmiese cada noche á lo ménos cuatro horas. Procurólo aquella noche y no pudo cumplirlas; hizo nuevas diligencias la noche siguiente, y no pudiéndolo conseguir tuvo tanto escrúpulo de no cumplir lo que le mandaba su confesor, aunque no estaba en su mano, que por consolarla tuvo este que suspender el mandato. Socorria y sustentaba á sus padres con la labor de sus manos, en que duraba hasta la media noche, cuidando tambien de servirlos y asistirlos en todas sus enfermedades y necesidades; aunque ella estuviese enferma y necesitada de quien la sirviese y asistiese. En una ocasion se le pasmó un lado, y le faltaba la respiracion, y con todo eso estaba atareada á su labor dia y noche. Díjola una señora que mirase por su salud, y no se acabase la vida, y que descansase á lo ménos cuando estaba tan enferma, á que respondió: Yo no puedo faltar al socorro de mis padres en sus necesidades, sin grave escrúpulo de mi conciencia, aunque me esté muriendo. Como iba creciendo Rosa en la edad, trató su madre de casarla, esperando hallar tal casamiento á su hermosura y discrecion, que pudiese aliviar la pobreza de su casa; y fué así porque muchos la deseaban por esposa. Haciendo el debido aprecio de sus excelentes cualidades, una viuda noble y rica la pidió para un hijo único que tenia. Agradó mucho este casamiento á la madre y concertóle con la viuda sin saber nada Rosa; mas cuando su madre se le propuso, y vió que estaba tan adelante, sintiólo mucho y con el mejor modo que pudo, desengañó á su madre, y la dijo: que ella habia escogido á Jesucristo por esposo y que no se casaria con hombre de la tierra aunque fuera rey, porque no era justo dejar á Dios por el hombre, y al criador por la criatura. Sintió su madre sobremanera esta respuesta, viendo que se descomponian las conveniencias de su casa: tratóla muy mal de palabra y peor de obra, hasta arrastrarla por el suelo con grande impiedad. Al ruido acudieron todos los de la casa, y sabiendo la causa del disgusto se volvieron contra la santa vírgen y la dijeron mil injurias y baldones. En esta ocasion, ilustrada con superior luz, conoció que en lo restante de su vida habia de seguir los pasos de Sta. Catalina de Sena, y así la tomó por guia y ejemplar. Duró mucho tiempo la porfía de la madre y hermanos para que se casase y dejase aquel modo de vida singular que habia tomado, de tanta penitencia, retiro y oracion, llamándola embustera, hipócrita y visionaria, diciendo que habia de venir á parar en la Inquisicion y salir en auto público con deshonra de todo su linaje. Y su madre no cesaba de maltratarla de muchas maneras, padeciendo la purísima vírgen de su misma madre y hermanos con admirable paciencia este penoso y prolijo martirio, por conservar su virginidad y guardar la fe á su celestial esposo, hasta que su madre viendo que ni razones, ni malos tratamientos aprovechaban, desistió de su

intento y no quiso hablar más á su hija del casamiento. A los veinte años recibió el hábito de la tercera órden de Santo Domingo en el convento del Rosario de Lima, y con el hábito se vistió el espíritu de Sta. Catalina de Sena, cuya vida se hacia leer frecuentemente, observando las virtudes de aquella santísima vírgen, para hacerse un vivo retrato de ella. Pero juntamente le vino un escrúpulo nacido de su grande humildad, y era parecerle soberbia é hipocresía vestir un hábito tan santo siendo tan pecadora, y parecer otra en lo exterior de lo que era en lo interior, y esto la hacia dudar corrida y avergonzada y procurar ocultar el hábito, hasta que un dia haciendo oracion á la Vírgen del Rosario en su capilla, en compañía de otras beatas, fué arrebatada en espíritu, y su rostro se volvió resplandeciente, y al volver del rapto, dijo á sus compañeras con grande gozo: «Hermanas, amemos á Dios, pues se digna unirnos con estrechos lazos de amor.» Desde entónces nunca mas la acometió semejante escrúpulo ó tentacion, y concibió nuevos alientos de servir al Señor, y empezó una nueva vida que hacia parecer imperfecta la pasada con haber sido admirable. Era humildísima, despreciábase á sí y queria que otros la despreciasen y tuviesen por la cosa más vil del mundo, diciendo que merecia estar en el infierno, y que ese era su propio lugar por sus innumerables culpas; y si alguno mostraba no creerlo y tenerla por inocente, decia: «Nadie me conoce á mí, yo sola me conozco y sé lo que soy.» Si sucedia en su casa alguna desgracia, todo lo atribuia á sus culpas; y si su madre ó hermanos la decian alguna palabra afrentosa, confesaba que mucho mas merecia ella por sus grandes pecados. Cuando se confesaba, siendo tal su vida que los confesores se hallaban atajados sin saber de qué absolverla, por más que recurriese á la vida pasada, era tal su confusion, lágrimas y sentimiento de lo que á ella le parecia culpa y á ellos muchas veces digno de alabanza, como si fuera la mayor pecadora del mundo; y además de confesarse sacramentalmente muy á menudo, se iba siempre ántes de comulgar delante de una imágen de Sto. Domingo, y como padre espiritual de su alma, le decia sus culpas y le pedia remedio, y que le alcanzase de Dios gracia para enmendarlas. Ocupábase en su casa en los oficios más viles, propios de las esclavas, juzgando que nadie la habia de servir á ella y que ella debia servir á todas. A una esclava que habia en su casa, llamada Mariana, la obligaba con ruegos é importunaciones á que la dijese palabras afrentosas y la pisase y maltratase, riñéndola y reprendiéndola y tratándola como ella merecia. Estuvo tres años de huéspeda en casa de una señora principal y aficionada suya, y aquí se miraba como esclava de todos los que habia en aquella casa, hasta de las mismas esclavas, obedeciéndolas con el mismo rendimiento que si lo fuera; y nunca estaba más alegre que cuando la mandaban con imperio y la reñian con aspereza,

porque entónces juzgaba que la trataban como merecia. No habia para Rosa cosa de mayor sentimiento que verse estimar y tener en algo; y así oyendo una vez que la alababan de virtuosa, lo sintió tanto que se quedó desmayada. Alabóle las manos una mujer diciendo que no las habia visto mejores en toda su vida, y al otro dia buscando cal viva se las lavó con ella con tal fuerza que se le arrugaron y llenaron de ampollas, de manera que en más de veinte dias ni se pudo vestir ni hacer labor con ellas. Aunque ocultaba cuanto podia sus penitencias y mortificaciones por huir del aplauso, como ellas eran muchas y rigurosas, naturalmente se manifestaban en su rostro, porque la enflaquecian y quitaban el color natural, volviéndole macilento y pálido. Ofrecióselo que por aquí podria venir á ser estimada y tenida por penitente y caer en vanagloria, y rogó á Dios que de tal manera templase el color y disposicion de su rostro, que ni pareciese hermoso ni penitente, y alcanzó del Señor lo que deseaba; porque por más penitencias que hiciese no las conocia quien no conocia á la Santa; ántes tal vez fué tenida por regalada, alegrándose mucho la Santa de ser hipócrita al revés del mundo y parecer acomodada siendo mortificada. Un dia se fué tan de prisa al convento del Rosario para oir misa, que se dejó un silicio muy áspero en parte donde le podian hallar los de su casa; acordóse á la mitad de la misa y acongojóse mucho pareciéndole que por el silicio habian de descubrir su mortificacion, y dudando si dejaria la misa y volveria á su casa, al fin se determinó á quedar, y suplicó á la Santísima Vírgen, delante de cuya imágen estaba, que escondiese el silicio en parte donde no se pudiese hallar. Con esto se aquietó y prosiguió oyendo misa, y al volver á su casa halló el silicio escondido en la parte donde habia deseado y pedido á nuestra Señora. Aún con mayor cuidado ocultaba las revelaciones y favores que el Señor la hacia, y no descubriéndolas á nadie mas que á su confesor, para ser gobernada por él, y desde muy niña pedia continuamente á Dios que no permitiese llegasen á saber los hombres los favores que su majestad la hacia. Toda su vida fué muy inclinada á la penitencia; pues, como dijimos, de seis años ayunaba á pan y agua tres dias á la semana. A los quince hizo voto de no comer carne en toda su vida, sino es mandada de quien fuese superior, queriendo mortificar con la abstinencia el cuerpo y con la obediencia el alma. Convidaban algunas señoras á comer á su madre para que llevase consigo la hija: sentia mucho estos convites; y no pudiendo excusarlos, comia carne porque su madre se lo mandaba; pero en acabando de comer volvia cuanto habia comido en grandes bascas, y si le quedaba algo de estos manjares en el estómago, luego enfermaba. Mandábanla que comiese carne para sanar, pero sucedia siempre que comiendo carne empeoraba; y con su abstinencia de pan y agua sanaba y convalecia, como se experimentó en muchos casos. Habiendo ado-

lecido de una grave enfermedad, la mandó el médico comer un poco de gallina para reparar su flaqueza: comió el primer bocado y no pudo pasar el segundo, porque la dió un mortal accidente, y si no volviera luego lo que habia comido, reventára de congoja: comió pan y bebió agua, y luego lo abrazó el estómago, y sintió mejoría, y estuvo buena. Con tantas experiencias llegaron á desengañarse los de su casa, que su remedio era el ayuno; pero su madre no podia sufrir ver á su hija tan abstinente, y la reprendia ásperamente porque ayunaba tanto. Afligíase la piadosa vírgen viendo el sentimiento que ocasionaba á su madre, y no sabia lo que debia hacer; pero en esta afliccion se le apareció Cristo nuestro Señor y la exhortó á que prosiguiese en sus ayunos, que á su cuenta quedaba el cuidar de su vida. Quedó desde entónces con firme resolucion de proseguir en sus ayunos sin dejarlos por respeto alguno, aunque por esto llegó su madre á poner en ella sus manos. Mandóla su madre que comiese todos los dias á la mesa, y ella obedeció con condicion que no la mandase comer más de lo que su estómago abrazaba: dispuso con la esclava que le diese unas yerbas cocidas sin sal ni otro aderezo, y que tal vez echase en ellas algunas pasas, porque pareciese á su madre que comia algo de sustancia. Comia al parecer con gusto y sabor, pero en la verdad con padecer y tormentos; porque la misma vírgen buscaba las yerbas más desabridas y amargas que podia encontrar, y las daba á la cocinera para que las cociese y trajese á la mesa, y áun algunas veces las sazonaba con ceniza. Encontró una yerba muy amarga, y pareciéndole que era buena para su regalo, la plantó en su huerto y la cultivaba con más cuidado que á todas las demás, diciendo que era medicina para curar de muchos achaques, y entendiólo bien para las pasiones mortificando el gusto y apetito. Hizo una bebida de verbena, que es una yerba amarguísima, y de esta bebia buena cantidad todos los viernes y vísperas de comunion, en memoria de la hiel y vinagre que dieron á Cristo, y cuando esta bebida faltaba, traia en la boca una yerba muy amarga, y la mascaba y tragaba el zumo de ella. Usaba la Santa dos maneras de ayunos: uno ordinario de pan y agua, y otro extraordinario, que llamaba su ayuno, en que no comia ni bebia nada en todo el dia; y este usaba muchas veces en los últimos años de su vida. Desde la Santa Cruz de Setiembre hasta la Pascua de Resurreccion, que son ayunos de la órden de Predicadores, comia solamente pan y agua hasta la cuaresma; y en ella no comia en toda la semana sino es el viernes, y en este cinco pepitas de naranja en memoria de las cinco llagas de Cristo, y bebia con ellas hiel. El pan que comia en sus más regalados ayunos era tan poco, que enviándole una señora cada semana siete panecillos, para cada dia uno, de pan vasto y grosero, por saber que gustaba de éste comia en toda la semana un panecillo y medio, y los demás lo daba á los pobres. En una oca-

sion se estuvo cincuenta dias desde la Pascua de Resurreccion hasta la del Espíritu Santo, sin comer más que un panecillo ni beber más que un vaso de agua en todos ellos. Otra vez pasó los mismos cincuenta dias sin beber nada, comiendo solo un panecillo. Muy de ordinario ayunaba desde el jueves al sábado sin comer bocado. Otras veces estaba quince dias, y un mes, sin comer ni beber, sustentándose con solo el pan del Sacramento y las palabras que proceden de la boca de Dios. No admitia cosa de regalo ni lo abrazaba su estómago, ó por mejor decir, su espíritu. Obligáronla una vez á que probase una fruta, y un bocado tan solo que tomó la hizo tanto peso en el estómago, que la fué forzoso aliviarla de él, y por castigar ésta que llamaba glotonería, no comió ni bebió en diez dias. Pero lo que más admira es ver que con estos ayunos tenia fuerzas para trabajar y orar y hacer otras penitencias como si se sustentára con grandes regalos; ántes, como dijimos, el regalo la debilitaba y el ayuno la fortalecia, de manera que habia trocado ésta vírgen los términos á las leyes comunes, y su comida era ayunar y su ayuno era el comer. Hizo Sta. Rosa, siendo inocente, la penitencia que hicieron otros santos muy penitentes despues de muchas culpas. Desde niña usaba el silicio y la disciplina con tanto rigor, que fué menester se le moderasen los confesores, y este rigor iba creciendo con los años. Despues que tomó el hábito de tercera de Santo Domingo le parecia que estaba obligada á más penitencia, y á imitacion de su santo padre, se disciplinaba todas las noches con cadenas de hierro hasta derramar mucha sangre: y buscando nuevos motivos para afligirse, una noche se disciplinaba por sus grandes culpas, que por tales tenia las muy ligeras; otra noche por las calamidades públicas, otra por las de la Iglesia, otra por los reinos del Perú y su patria Lima, otra por las ánimas del purgatorio, otra por los que estaban en el artículo de la muerte, otra por los que estaban en pecado mortal; y de esta manera tenia repartidos todos los dias de la semana con la penitencia y caridad, y si ocurria alguna particular necesidad, entónces se afligia con mayor rigor, pidiendo á Dios el remedio de ella. Algunas personas que llegaron á entender estos rigores, la aconsejaban que los moderase, y ella decia: *Hágolo por un Señor á quien debo tanto, que aunque hiciera mucho más, no hiciera nada.* Al fin la mandó su confesor que no se disciplinase más con las cadenas de hierro; y ella alcanzó con muchos ruegos poder tomar con ellas cinco mil azotes, por reverencia de los que dieron á Cristo, en número de tantos dias: y alcanzada esta licencia, tuvo gran cuidado de no exceder de la obediencia, ni faltar á la permision; y enfermando algunos dias de los determinados, añadia en los dias que estaba sana los azotes que habia dejado por estar enferma. Cumplido el número de los azotes, aunque dejó de disciplinarse con las cadenas, no las dejó,

ántes las dobló y se las ciñó al cuerpo cerrándolas con un candado, y arrojando la llave donde no se pudiese hallar. Padecia gravísimos dolores del nuevo silicio, y habiendo durado muchos dias en esta penitencia, le fué forzoso quitarse las cadenas por una enfermedad que le sobrevino: no podia abrir el candado, y temia más que se descubriese su mortificacion, que todos los dolores que padecia; hizo oracion á Dios pidiéndole remedio, y el candado se cayó, y tambien las cadenas, que se habian entrado ya en la carne dejándola muy llagada. En sanando de las llagas, se volvió á poner la cadena, pero sabiéndolo su confesor, la mandó que se la quitase. No pensaba en otra cosa la santa Vírgen, más que en afligirse y atormentarse; porque se aborrecia con aquel odio santo que quiere Cristo nos tengamos á nosotros mismos, y así cuando le prohibian unos rigores, inventaba otros nuevos y mayores. Apretóse los brazos tan fuertemente con unos cordeles, que no podia hacer accion ni movimiento alguno sin padecer gravísimo dolor, y sembró la túnica de menudos abrojos, con que hería y ensangrentaba todo su cuerpo. Habiéndola quitado todos los silicios, la dió una persona devota un silicio de cerdas, que la cogia todo el cuerpo: estimóle más que estimáran otros un vestido muy precioso; vistiósele, y pareciéndola que era muy suave, le entretejió con gruesos y penetrantes alfileres. Causábale este silicio gran tormento, y la vino á ocasionar vómitos de sangre, por lo cual la mandaron los médicos y confesores que se le quitase. Obedeció, pero hizo otro silicio no ménos molesto, aunque ménos nocivo, de angeo crudo, y le forró de gruesísimo pelo, aunque por disimular, labró las bocas de las mangas de lienzo delgado con que parecia camisa lo que era silicio. Causábale grandísimo calor, de manera que no le podia sufrir, y pesaba tanto que no la dejaba andar; pero entónces estaba más alentado y alegre su espíritu, cuando estaba oprimido y afligido su cuerpo. Solamente la cabeza y los pies estaban exentos de estas mortificaciones, como hemos dicho; pero deseosa de imitar al Redentor, que, como dice Isaías, no habia en él sanidad desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, tambien halló para estos su particular y grande tormento. Todas las veces que se encendia en su casa el horno para cocer pan, se quitaba los zapatos, y ponia la planta de los pies en la boca del horno, para que la llama que salia por ella la abrasase. Para imitar la corona de espinas del Redentor, mandó hacer una corona de estaño ajustada á su cabeza, y con unos cordeles que entretejió en ella, puso unos pequeños clavos, y con esto coronó su cabeza, atravesando con los clavos sus sienes con el dolor que se puede imaginar. Pareciéndole despues que el estaño, por ser metal fácil, no tenia tan fijos los clavos como ella deseaba, mandó hacer una planchuela angosta de plata con tres órdenes de clavos en ella, dándole á cada órden treinta y tres, en honor de los treinta y tres

años de Cristo; y para que no embarazase el cabello que se clavasen bien los clavos en la cabeza, se lo quitó todo á navaja, dejando solo un poco de cabello sobre la frente, para encubrir la corona por aquella parte, y ocultar su mortificacion: y nunca se quitó esta corona desde el dia que se la puso hasta que murió, mudándola todos los dias para hacer nuevas heridas, y para que estuviese toda la cabeza llagada. Quiso ponerse tambien corona de espinas, pero consultando á su confesor, la mandó que no lo hiciese. Desde sus tiernos años dormia sobre unas tablas, teniendo un madero por cabecera; y acostándola su madre consigo por que no usase este rigor, esperaba que se durmiese; y luego levantando la parte del colchon que le tocaba, se echaba sobre las tablas y ponia el madero por almohada. Permitiéndola despues su madre una cama de tablas cubiertas con unas frazas, y con sus almohadas de lana; en entrando en su aposento á dormir, quitaba las mantas y ponia en lugar de almohadas, y por que las tablas no quedasen llanas, ponia debajo unas piedras que levantaban unas tablas más que otras, y sobre ellas se acostaba sin poder dormir, sirviendo la cama de cruz más que de descanso. Pareciéndole demasiado regalada esta cama, formó una de palos muy gruesos y desiguales, y puso sobre ellos unas tablas, y sobre las tablas pedazos de teja, que con sus puntas y cortes herian y atormentaban su cuerpo. Tenia á la cabecera de la cama una redoma de hiel, y bebia de ella ántes de acostarse, y temblaba de entrar en la cama, como si la pusiesen en el ecúleo ó catasta para atormentarla y desgarrarla las carnes como á los mártires. Siendo tanta la mortificacion que tenia en tomar la hiel, decia que era mucha mayor la que sentia en haberse de acostar en aquella cama. Una noche que estaba junto á ella, temerosa y sin acabarse de resolver á acostarse, se le apareció Jesucristo nuestro Señor, y la dijo: *Acuérdate que la cama que yo tuve en el calvario fué más dura y áspera que la que tú tienes.* Desapareció el Señor, y quedó la Virgen llena de gozo, pareciéndole ya la cama, no martirio, sino flores: y en esta cama durmió diez y seis años. Finalmente, parece increible la penitencia que hacia esta santísima Virgen, y su vida se puede llamar un continuado y penosísimo martirio, insoportable á las fuerzas humanas, pero posible y fácil á las que da el Señor á sus santos. Una de las mayores tentaciones que padeció la santa Vírgen fué la del sueño, porque en poniéndose de noche ó por la mañana á tener su oracion, luego la asaltaba el sueño sin poderle desechar, por más que variase posturas, poniéndose ya de rodillas, ya en pié, ya postrada. Estaba como corrida de sí misma: y unas veces estando en pié se dejaba caer de golpe, para que el dolor de la caida no la dejase dormir: otras arrimándose á la pared daba golpes en ella con la cabeza: otras se colgaba con las manos de dos escarpias de una cruz grande que tenia en su aposento, y estaba así pendiente en el

aire por mucho tiempo, hasta que el sueño huia y la dejaba orar. De esta manera venció al sueño, é hizo que su cuerpo, fatigado y afligido, se contentase con dormir dos horas, dejándole libres veintidos, de las cuales gastaba diez en la labor para sustentar á sus padres, y doce en oracion y ejercicios devotos; pero nunca perdia de vista á Dios, y muchas veces estando haciendo labor, la veian levantar los ojos al cielo, y estar suspensa por grande rato. Aun estando durmiendo la oian decir muchas veces las oraciones con el mismo órden que si estuviese despierta, de manera que cuando dormian los otros sentidos, estaban despiertos los labios para alabar á Dios. Fué muy inclinada á la oracion, y á los doce años llegó á la íntima union con Dios, creciendo cada dia en esta union; pero no es esto de admirar, pues empezó de ménos años á darse á la mortificacion y penitencia, que son dos alas con que las almas vuelan al monte de la contemplacion. Apénas se ponia de rodillas á orar, cuando se suspendia y entraba tan dentro de la Divinidad, que ningun ruido que hiciese la distraia ni inquietaba. Tres dias solia estarse en dulce contemplacion, desde jueves por la mañana hasta domingo por la mañana, sin comer ni beber ni moverse de un lugar, y ella misma decia que entrando en la contemplacion, se quedaba inmoble como si fuera un peñasco, y ni se podia poner en pie, ni moverse de donde estaba. Tenia determinadas horas cada dia para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos, y usaba otro modo de oracion, y era traer á la memoria los atributos de Dios, y dar á cada atributo la misma veneracion que al mismo Dios. Pidió á un Padre de la Compañía de Jesus, muy espiritual y gran teólogo, que le apuntase en un papel los atributos que da la Sagrada Escritura á Dios: señalóle ciento; y despues otro Padre de Santo Domingo le añadió cincuenta; y ella los redujo á un rosario, y le rezaba cada dia todo entero diciendo despues de cada diez atributos un *Gloria Patri*, y decia que habia experimentado ser este rosario de los atributos de gran terror y espanto para los demonios. Aconsejaba á todos el ejercicio de la oracion, como muy provechoso para la salvacion y perfeccion: por esto aconsejaba á todos que leyesen el libro de la Oracion y Meditacion del P. Fr. Luis de Granada, varon insigne por su santidad y escritos, y por las innumerables almas que con ellos ha ganado para con Dios. A los confesores y predicadores rogaba que á sus oyentes y penitentes les persuadiesen la oracion como remedio universal de todas las enfermedades del alma. Nunca dejó de rezar el Rosario de nuestra Señora, y decia que en él se hallaban muy bien hermanadas la oracion vocal y mental en la consideracion de los misterios de nuestra redencion. Como era Rosa tan amiga de la oracion, no lo era ménos de la soledad, que es donde habla Dios al corazon á las almas puras. Antes de tener uso de razon, y como por natural instinto, gustaba del retiro: despues

en los años de su niñez, cuando otras niñas de su edad la convidaban á jugar, ella se excusaba y retiraba á algun rincon de su casa para rezar. Hallóla un dia un hermano suyo rezando en un aposento oscuro y sucio, y riéndose de ella porque gustaba más de estar allí que jugando con las otras niñas, respondió con razones de más edad que la suya: « Déjame estar aqui á solas con mi Dios, porque yo sé que está conmigo, y no sé si gustará de estar donde estan jugando.» Siendo de más años, rogó á un hermano suyo que en su huerto le hiciese una pequeña ermita ó altar, entre unos plátanos que estaban arrimados á la cerca. Aquí se retiraba la Santa á hacer oracion, siempre que le daban lugar las otras ocupaciones. A este huerto convidaba ella á su esposo, y su esposo á ella como la esposa y esposo de los Cantares: y nunca quisiera Rosa salir de él, por no perder tan dulce conversacion. Un dia la avisó su madre por la mañana, que habian de ir á una visita á la tarde: pidióla Rosa de rodillas que no la obligase á salir de casa, y no bastando ruegos ni razones para mover á su madre, usó de un medio bien extraordinario. Estaba el horno donde cocian el pan junto á la puerta de la calle, y al salir Rosa se arrimó con disimulo á la losa que estaba en la boca del horno, y la hizo caer sobre su pie. Dióla tan gran golpe, que no pudo dar un paso adelante; y aunque padeció grandísimo dolor, fué mayor el gozo que tuvo de estorbar con él aquella salida. Despues que estuvo buena del pie, queriéndola su madre sacar de casa, tomó otro medio no ménos penoso y extraordinario, porque avisándola su madre que habia de salir, se restregaba los párpados de los ojos con pimientos, que allá son demasiado mortales y activos, con que se le hinchaban los párpados, y se encendia los ojos de manera, que causaba horror el mirarla: salia para ir con su madre, y en viéndola de aquella manera, se veia obligada á dejarla en casa. Valióse de esta estratagema muchos dias, hasta que su madre lo conoció, y la maltrató mucho por ello, diciendo que se ponia á gran peligro de perder la vista; pero respondió la Vírgen una sentencia digna de que la tuviesen todas las doncellas en la memoria: *Harto mejor me fuera á mí cegar que tener ojos para ver tantas vanidades y peligros como hay en el mundo.* Con esto se templó la madre, y la prometió de no llevarla á más visitas; y Rosa solamente salia á oir misa y á confesar al convento del Rosario: y fuera de esto, ni á procesiones ó fiestas eclesiásticas queria salir: y preguntada porqué no salia á estas fiestas, respondió que la ofendian mucho los trajes profanos de aquellos dias, y las palabras necias y cortesías vanas que se usaban en semejantes ocasiones. Aunque huia de visitar, no podia excusar el ser visitada; porque muchas señoras visitaban á la madre por ver á la hija, y no pudiendo ella excusarlo, introdujo que se hablase en estas visitas de Dios para que se sacase algun provecho de estas con-

versaciones, y se desterrasen las murmuraciones que son tan ordinario plato de las visitas. Díjola una amiga suya que ya gustaria de las visitas, pues en ellas se hablaba de Dios, á lo que respondió: «No gusto por cierto; porque aunque bueno es hablar de Dios, es mejor hablar con Dios.» Deseando retirarse del todo del trato de las criaturas, pidió licencia á su madre para hacer en su huerto una estrecha ermita, y habiéndosela negado primero, lo alcanzó despues por singular favor de la Vírgen nuestra Señora. Fabricó la ermita, que tenia cinco pies de largo, cuatro de ancho y seis de alto; y en esta sepultura de muerto, más que habitacion de vivo, se dilataba su espíritu cuando se estrechaba el cuerpo, y así, diciéndola un confesor suyo por ironía que era muy ancha la celda, y era menester estrecharla más, respondió: «Padre, aunque es estrecha la celda muy bien cabemos en ella mi Esposo y yo.» Aquí desplegaba las velas de la contemplacion, y se engolfaba en los abismos de la Divinidad: aquí la vió una señora muy espiritual arrebatada en éxtasis y cercada de resplandores. En esta celda estaba como en su centro ó como en su cielo, y llegó á ser tanto su retiro, que en el convento del Rosario la notaron que no iba á Misa todos los dias como ántes: á lo que respondió que no necesitaba salir de casa para oir Misa; porque desde su celdita veia y oia cuantas Misas se decian en el hospital de *Sancti Spiritus* y en el convento de S. Agustin. Venian ejércitos de mosquitos á la ermita, especialmente de noche, y aunque estos animalejos son tan enojosos por las picaduras y ruido que hacen, con todo eso, en entrando en la celda ninguno la picaba ni hacia ruido, como si quisieran guardarla el dulce sueño de oracion: y porque se viese que este comedimiento era respeto de la santa vírgen, si entraba la madre ú otra persona en la celda, luego se les llenaba la cara y manos de mosquitos, y les picaban y molestaban mucho. Admirábanse de ver que la vírgen Rosa no tenia señal alguna ni en la cara ni en las manos, y diciéndoselo un dia, respondió riéndose: «Cuando yo me pasé á esta celda, hicimos concierto los mosquitos y yo de que ni yo les molestaria á ellos, ni ellos me molestarian á mí: y así vivimos con tanta amistad, que ni me pican ni me embarazan: ántes con su zumbido me ayudan á alabar á Dios nuestro Señor.» Y así era, porque al abrir por la mañana la puerta y ventana de su retiro, decia á los mosquitos que se habian quedado dentro aquella noche: «Ea, amigos mios, á alabar á Dios nuestro Señor.» Y luego como si tuvieran uso de razon, salian de la celda, y en coros hacian una música apacible y concertada, hasta que los enviaba á buscar su comida, y entonces callaban y se iban: volvian á la prima noche y decíales: «Ea, amigos mios, ántes de recogernos alabad conmigo al Señor, porque os ha sustentado hoy y nos sustenta á todos; luego hacian una música semejante á la de la mañana hasta que la Santa los mandaba callar y recogerse. Vínola á vi-

sitar un dia Sor Catalina de Santa María, beata de la misma órden de Sto. Domingo; comenzaron los mosquitos á picarla, y ella mató á uno de ellos. Díjole la Santa: ¿qué haces, Sor mia, que á mis compañeros matas? Y replicando ella que mejor era llamarlos enemigos que compañeros, pues se cebaban en su sangre, dijo Rosa; ¿qué mucho es que estos animalejos se sustenten de nuestra sangre, si su Criador nos sustenta con la suya? No me mates ninguno, que yo te prometo que tengan contigo la misma paz y amistad que tienen conmigo. Y así fue, porque yendo muchas veces á ver á Rosa, nunca más la molestó ni picó mosquito alguno, como ni á otras personas á quienes mandaba la Santa que no picasen. Fuéla á vistar un dia Sor Francisca de Montoya, beata tambien de la misma: temia entrar en la celda viendo tantos mosquitos, y la Santa dijo: «No temas, hermana, á los mosquitos, que solo tres te han de picar ahora en nombre de la Santísima Trinidad; pero de hoy en adelante te aseguro que no te picará ninguno. Y así sucedió, que aquella tarde la picaron tres, y en otras muchas veces que volvió á ver á la Santa no la picó ninguno. Tambien las aves obedecian á la Santa alabando á su Criador cuando ella las mandaba cantar: y á los árboles convidaba á alabar á Dios, y ellos se inclinaban hasta la tierra, é hiriendo unas ramas con otras, hacian un apacible y consonante sonido, formando de la manera que podian una música suave, y lo mismo hacian las plantas y flores. Una de las virtudes que más resplandecieron en esta santa Vírgen, fue la caridad y misericordia. Siendo pobre, daba toda la limosna que podia á los pobres y más de lo que podia, pues la sucedió tal vez ayunar á pan y agua ocho dias por socorrer con lo que ahorraba de su comida á una persona necesitada. Otra vez, dándola su madre treinta y seis varas de lienzo para que dispusiese de ellas á su voluntad, las envió á dos personas pobres y virtuosas, quedándose ella sin nada. Riñóla su madre, porque no habia guardado siquiera parte del lienzo para sí, pues lo habia menester si la viniese alguna enfermedad; respondió: «Señora, esa es necesidad contingente, esa otra es cierta, y cuando llegue este caso, confio en Dios que no me faltará. Supo que una pobre y virtuosa doncella no iba á Misa por falta de manto, y envióla uno de los que tenia su madre, y haciendo esta juicios de quién la habria quitado el manto, confesó Rosa el hurto y la causa, y conformándose la madre, la envió Dios despues otro manto y algunos buenos socorros de donde no podia esperarlos. Más mostró su caridad en otro caso. Supo que una mujer principal, pobre y virtuosa padecia gran necesidad y tenia un cáncer debajo de un pecho, sin poder llevar á su casa los médicos y cirujanos, por ser tan pobre y vivir muy distante del comercio de la ciudad. Fuése á su casa Rosa, y díjola cómo su madre tenia un cuarto que alquilar, y le concertase y tomase, y no reparase en el precio, porque ella le pagaria y tambien á los médicos y cirujanos, y

que la proveeria de medicinas y todo lo necesario. Tomó el cuarto aquella señora, y estuvo en él cuatro meses hasta que sanó; y en este tiempo la santa Virgen buscaba limosna con todo secreto para pagar el cuarto cada mes y para las medicinas, regalo de la enferma y todo lo demás necesario. Despues la rogó que en pago de esta buena obra no la descubriese á nadie. Cuantos podia los traia á curar á su casa, y diciéndola su madre que mirase por sí, porque se la podia pegar la enfermedad y morirse, respondia que no era tan venturosa que la matase la caridad, y que mirando por los pobres miraba por sí, porque miraba por Cristo á quien servian ellos. A los enfermos vecinos á su casa servia y consolaba, y á cuantos pobres llegaban á su puerta socorria segun su posibilidad: á los llagados curaba sus llagas, á los que veia rotos remendaba los vestidos, á otros lavaba los pies, y á todos consolaba con sus palabras. Habiendo curado un dia á una enferma llagada y leprosa, se le pegó al hábito un poco de materia tan pestilente, que entrando en su casa la sintió su madre, y la reprendió porque traia á su casa tan malos olores, y respondió ella. Cuando servimos á los enfermos, somos buen olor de Cristo nuestro Señor. Asistiendo á otra enferma, la mandó el médico sangrar y que guardasen la sangre hasta que él viniese: tardó dos dias en venir, y la sangre se convirtió en podre asquerosísima y pestilente: causóle grande asco á Rosa solo el mirarla, y comenzó á inquietarse el estómago y á dar arcadas; mas ella, corrida de sí misma, pareciéndola que aquello era contra la caridad, se bebió toda la escudilla de podre y alcanzó de sí una gloriosa victoria. De quien más se compadecia, era de los que estaban en pecado mortal, por conocer con la luz que Dios la comunicaba cuán miserable era su estado. Lloraba continuamente su miseria, y rogaba á Dios que corrigiese á todos los pecadores, y áun decia que padeceria ella sola todos los tormentos del infierno, como fuese sin culpa, porque ninguno se condenase. Por esto deseaba mucho que se predicase el Evangelio á los infieles, y la penitencia á los pecadores. Ofrecióselo á un confesor suyo ir á misiones; temia el viaje por los peligros que habia en él: consultólo con la Santa y ella le dijo: «Vaya, Padre mio, y no tema; vaya á convertir esos infieles, y mire que el mayor servicio que pueden los hombres hacer á Dios, es convertirle las almas, y esta es obra propia de apóstoles.» Tenia determinado criar un niño huérfano, darle estudios y ordenarle de sacerdote, solo para inclinarle á convertir infieles, y dar á Cristo un predicador, ya que ella no podia predicar. Sentia mucho que los predicadores no buscasen el provecho de las almas en sus sermones, y así predicando en Lima con grande aplauso un fraile de Sto. Domingo, del convento del Rosario, con estilo algo florido, la santa vírgen le dijo un dia con grande modestia y eficacia. «Padre mio, mire que Dios le ha hecho su predicador para

que le convirtiera las almas : no gaste su talento ociosamente en flores, que es inútil trabajo. Pues es pescador de hombres, eche la red de manera que caigan los hombres; no para coger el aplauso, que es un poco de aire y vanidad; y acuérdese de la cuenta que le ha de pedir Dios de tan alto ministerio. Mas ya que no se le permitia, procuraba con una divina elocuencia, que Dios le habia comunicado, aficionar á cuantos trataba al amor de las virtudes y aborrecimiento de los vicios. Aficionósele un caballero locamente, y entró á hablarla en su casa con otro pretexto; pero ántes que él se declarase, le descubrió la Santa los pensamientos con que habia venido, y le exhortó á hacer penitencia con tal eficacia, que aquel caballero volvió arrepentido de su mal intento y con propósito de enmendar su mala vida, como lo hizo con raro ejemplo de toda la ciudad de Lima. Con el ejercicio de estas y otras virtudes, mereció Rosa que Dios la hiciese grandes favores, y el mayor de todos que la desposase consigo. Representósele una noche en sueños Jesucristo en traje de maestro de cantería, y preguntándola si queria ser su esposa, y respondiendo ella que sí, dándola palabra se despidió, dejando unos pedazos de mármol para que los desbastára y puliera miéntras volvia. Volvió despues, y disculpándose Rosa de no haber labrado y pulido los mármoles por su poca destreza, la dijo su Esposo: « No creas que eres tú sola la que yo ocupo en el ejercicio penoso de labrar piedras; y vió muchas mujeres vestidas de ricas y preciosas telas de oro, cortando, puliendo y labrando muchas piedras y mármoles diferentes, y luego se halló vestida de la misma manera que las demás: y su Esposo la mandó que se ocupase como las otras en aquel ejercicio. Acabóse esta vision, representándosele Cristo sin aquel traje de cantero, pidiéndola que le guardase la fe, palabra y mano que le habia dado de ser su esposa. Despertó la Santa, y á este favor se siguió otro, no ya en sueños, sino estando despierta, porque haciendo oracion en el convento del Rosario delante de la imágen de nuestra Señora, la miró el Niño que tenia la Vírgen en los brazos con rostro apacible, y risueño la dijo: *Rosa de mi corazon, tú has de ser mi esposa.* No pudo sufrir su corazon el grande gozo que sintió con favor tan singular, y así cayó desmayada en el suelo: y recobrándose algo, mirando su bajeza y la grandeza de Dios, ni acertaba á hablar ni á callar, y no cabiendo en su corazon los afectos, hablaba con un silencio elocuente y callaba con una elocuencia muda; cuando oyó que la decia la Vírgen: *Mira, Rosa, el favor que mi Hijo se digna hacerte.* Creció con esto la admiracion y el gozo más de lo que se puede decir, y bastára para quitarla la vida, si no fuera confortada de quien era favorecida. Para memoria de tan singular favor y de que era esposa de Jesucristo, determinó hacer un anillo que fuese la señal de su desposorio. Llamó á un hermano suyo, y sin descubrirle el secreto, pidió que le hiciese

una medida para que la pudiese fabricar el anillo el platero, como ella le queria, advirtiéndole que en el hueco de la piedra habia de haber un Jesus y algunas letras, que declarasen el asunto por que el anillo se hacia. Dibujóle el hermano en un papel, y despues le preguntó Rosa qué letras le parecian se podrian poner allí. A lo cual respondió el hermano las mismas que le habia dicho el niño Jesus: *Rosa de mi corazon, tú has de ser mi esposa*; de lo cual quedó atónita, atendiendo que el mismo que se las habia dicho se las habia hecho decir á su hermano. Hízose el anillo como la Santa deseaba; y al dia siguiente, que era el jueves santo, se le entregó al sacristan del Rosario para que le pusiese en la urna donde habia de estar guardado el Santísimo Sacramento. Allí estuvo hasta el dia de Pascua; y este dia por la mañana, estando la virgen Rosa en la capilla donde se habian celebrado aquellas castísimas y divinas bodas, se vino á ella el anillo y se le puso en el dedo del corazon, quedando llena de gozos celestiales, y confirmada con tantas demostraciones de que Cristo la habia escogido por esposa. Quedó desde entónces la vírgen Rosa consagrada con tan grande desposorio, no como mujer en la tierra, sino del cielo, á la cual miraba todo el cielo con especial cariño, Cristo como á esposa suya, María Santísima como á esposa de su Hijo, los ángeles y santos como á esposa de su Rey y Señor; y así en lo restante de su vida fueron muy frecuentes los favores, regalos y visitas celestiales. Cuando estaba haciendo labor para sustentar á sus padres, se le apareció muchas veces Cristo nuestro Señor en forma de niño muy pequeño, y se sentaba sobre la almohadilla; otras estando leyendo algun libro espiritual, si hallaba escrito el nombre de Jesus, se detenia y regalaba, contemplando tan dulce nombre, y veia al niño Jesus pasearse por la plana. Si algun dia no venia su dulce Esposo, se lamentaba y quejaba amorosamente porque no venia y se detenia tanto. Tenia Rosa gran esmero de cuidar unas albahacas para el servicio de los altares en las festividades del Rosario; una mañana que fué á regarlas muy temprano, las halló arrancadas y secas: entristecióse, porque las tenia alguna aficion, y al entrar por una puerta la salió Cristo al encuentro y la dijo: ¿Por qué te entristeces de ver tus albahacas secas? ¿No soy yo flor del campo y mejor para ti que todas las flores? Pues sábete que yo las he arrancado y secado para que tú pongas en mí únicamente el amor. Dicho esto desapareció, y Rosa aprendió á poner todo su amor en Dios y no partirle con ninguna criatura; y cumpliólo tan perfectamente, que reveló Cristo nuestro Señor á una religiosa santa, que él tenia á Rosa dentro de su corazon, porque Rosa le tenia en el suyo, sin admitir otra cosa. Arrobóse un dia estando la santa virgen en su celdilla, y vió el suelo todo sembrado de rosas. Aparecióse María Santísima con su Hijo en los brazos, y el niño Jesus le dijo que cogiese aquellas rosas; cogiólas Rosa y ofreciólas al niño;

pero él no quiso tomar más de una rosa, y dijo á la santa vírgen: *Tú eres esta Rosa, de ella tomo yo por mi cuenta el tener cuidado; de las demás dispon tú como quisieres.* Quedó Rosa con este favor tan soberano tan fuera de sí, como asegurada de su elevacion, de que ántes habia padecido algunos temores. Entró en duda la santa vírgen, qué haria de aquellas rosas que el niño Jesus habia dejado á su disposicion. Ofreciósele hacer de ellas una corona; púsosela al niño con gran reverencia en la cabeza, y él mostrando que la admitia gustoso, mirando á la Santa y riéndose, la echó su bendicion y desapareció. Con estos favores crecia cada dia el amor de Dios en Rosa, y con estos soplos se avivaba el fuego que abrasaba su corazon. Solia decir: «Señor ¿quién hay que no te ame? Mas ¿cuándo empezaré yo á amarte como debo?» Escribió algunos versos amorosos á su Esposo, y cantábalos con música, sin saberla, acompañando la voz con la vihuela. No la habia tocado jamás: halló una colgada y la tocó como pudiera el más diestro músico. Otra vez la halló sin cuerda ninguna, y tocó con tanta melodia como si las tuviese todas. Sentia mucho cualquiera ofensa que se hiciese á Dios por leve que fuese, y como á quien le tocaba por esposa mirar por su honra, lloraba y se afligia por las culpas, y procuraba de la manera que podia embarazarlas. Con el niño Jesus tenia especial ternura y devocion; como se le aparecia tantas veces Cristo en forma de niño, considerándole desnudo y sin abrigo en el portal de Belen, ya que por su pobreza no le podia hacer vestido material de telas, oro y plata, le hizo un vestido, que le es mucho más agradable, de las telas que ella misma dice en un papel por estas palabras: «Jesus. En el año de 1616 comienzo, con el favor y auxilio de Jesucristo y de su bendita Madre, á aparejar los vestidos á mi dulcísimo Jesus, que ha de nacer desnudo, frio y necesitado en el portal de Belen. La camisa se hará de cincuenta letanías, nueve mil rosarios y cinco dias de ayuno, en reverencia de la Encarnacion santísima; los pañales se harán de nueve estaciones al Santísimo Sacramento del altar, nueve partes del Rosario, nueve dias de ayuno por los nueve meses que estuvo en el vientre de su purísima Madre: la mantellina será de cinco dias de ayuno, cinco estaciones y cinco rosarios enteros, en honra de su glorioso nacimiento: la faja se hará de cinco dias de ayunos, cinco estaciones y cinco rosarios enteros, en reverencia de su circuncision: serán los galones, frisos y bordadura de la mantellina y de las fajas, treinta y tres sagradas comuniones, treinta y tres misas que tengo que oir, treinta y tres horas de oracion mental, y treinta y tres *Padres nuestros* y *Ave-Marías*, treinta y tres *Credos* con *Gloria Patri* y la antífona de la *Salve*. Más treinta y tres partes de Rosario, treinta y tres dias de ayuno y tres mil azotes, en veneracion y reverencia de los treinta y tres años que vivió en el mundo. Por sus tiernas niñeces, ofrezco mis lágrimas, suspiros

y actos de amor, y con todo esto mi alma y mi corazon para dárselo todo y no quedarme con cosa ninguna, porque conviene que yo no posea nada.» Maravillosa traza de vestir al niño Jesus, y con que todos, por muy pobres que sean, le pueden vestir, y por eso la he puesto aqui. A la imágen de nuestra Señora del Rosario, de la cual habia recibido singularísimos favores, hizo otros tantos vestidos semejantes. Mas no fueron todos regalos y consuelos que el Señor la comunicó: hízola beber el cáliz amarguísimo de su pasion, y lo más penoso de él y más sensible para las almas amantes de Dios, que son los desvíos, desamparos, soledades y oscuridades con que Dios suele probar á los suyos. Eran tales estos en la vírgen Rosa, que no es fácil explicarlos, porque ni ella tenia palabras para declararlos como eran. Hallábase como en una cárcel oscura y tenebrosa, donde no entra ni un rayo de luz, cercada de tinieblas, desmayos y desconsuelos. Parece que su memoria se habia olvidado de Dios, y su entendimiento no acertaba á discurrir en sus perfecciones, y su voluntad se hallaba como oprimida, sin poder levantarse á ejercitar los afectos del amor, y cuando más se esforzaba á pensar en Dios, parece que se acordaba de él como de una cosa pesada y muy antigua, y que la miraba de léjos como entre unas nubes oscuras; y al querer acercarse á ella, ponia grillos para que no lo hiciese, no dejándola llegar, ántes despidiéndola y arrojándola de su presencia. Miéntras duraron estos desconsuelos y turbaciones estuvo en un martirio tan penoso y cruel, cual nunca le inventaron los tiranos, y apénas podia determinar si estaba dentro ó fuera de sí, ó si estaba en vida ó en el infierno ó purgatorio, y ántes sufriera aquellas llamas de fuego que estos desamparos de Dios. En su mayor afliccion le decia á Cristo lo que Cristo á su Padre desde el árbol de la Cruz: *¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me has desamparado?* Pero nadie la respondia, ni áun parecia haber quien oyese sus quejas; solamente veia algunas veces una confusa luz, esperanza de que tendria fin su tormento, y sucederia algun consuelo á tanto desconsuelo. Padeció este martirio por espacio de quince años continuos, todos los dias una hora, y á veces mas, queriendo Dios nuestro Señor dar estas treguas á sus penas, para que no la quitase la vida el dolor. Si queria declarar á su confesor lo que padecia para que la diese remedio, no hallaba palabras con que explicarlo, ni ellos la entendian, aunque consultó muchos varones doctos y espirituales. De María Santísima fué Rosa muy regalada y visitada. Padeciendo un tiempo por las mañanas grandísimo sueño, y sintiéndolo mucho porque la embarazaba su oracion, pidió remedio á la Reina de los ángeles; y esta Señora venia todas las mañanas á despertarla y la decia: «Levántate á la oracion, hija mia, que ya es hora.» Una mañana respondió Rosa: «Ya me levanto, Señora:» y agravada del sueño se volvió á caer sobre la cama, y María volvió segunda vez

y la dijo: «Ea, hija, no estés perezosa, pues vengo á llamarte para tu oracion, levántate que ya es hora.» ¿Qué mayor favor y regalo puede ser que éste? Pero merecia estos favores Rosa por el entrañable amor que tenia á esta Señora, porque no sabia hablar de ella sin lágrimas; persuadia á todos su devocion, traia siempre en la mano su rosario, y no se hallaba sin él, y lo rezaba todos los dias, como dijimos, fuera de otras devociones y servicios que le hacia. Fué Rosa devotísima del ángel de su guarda, con el cual comunicaba sus penas y consultaba sus dudas. Acometióle una noche un dolor de estómago tan fuerte, que temió perder la vida: consultó con su ángel de la guarda qué remedio haria, y resolvieron que fuese el ángel á casa de D. Gonzalo de Maza, de cuya casa eran mucho los padres de Rosa, y trajese un poco de chocolate. Dentro del poco tiempo que bastaba para hacerle, vino un negro de D. Gonzalo, que traia un poco de chocolate con unos bizcochos; llamó á la puerta, y la madre de Rosa sabiendo el accidente de su hija y que el chocolate venia para ella sin haberle enviado á pedir, la pregunto quién habia avisado de su accidente en casa de D. Gonzalo y pedido el chocolate. Y Rosa, apretada de su madre, dijo que el ángel de su guarda lo habia ido á pedir. Habia de caminar cierto religioso con un prelado eclesiástico un viaje muy largo; fué á la virgen Rosa y rogóla que le encomendase á Dios para que tuviese buen viaje; prometiólo hacerlo la Santa, y el religioso se partió con el prelado y otras personas, y en el discurso de trescientas cincuenta leguas, que hay desde Lima á Potosí, les sucedió todo felizmente, como lo podian desear, aunque el camino es áspero y peligroso; mas pasando adelante en ochenta leguas, les sucedió todo lo contrario, y padecieron tantos trabajos y peligros, que estuvieron muchas veces para dejar el camino y volverse. Quejóse despues el religioso á la Santa, diciendo que parecia no haber continuado encomendándolos á Dios; pues habian padecido tan gran mudanza en el camino, á lo que respondió ella, que desde Lima á Potosí los habian acompañado los ángeles, como ella se lo habia suplicado; pero que despues los dejaron, porque precedian de otra manera desde Potosí adelante que desde Lima á Potosí; y luego le refirió al religioso cuanto les habia sucedido en el viaje, como si hubiera estado presente. Santa Catalina de Sena favoreció singularmente á Rosa, visitándola muchas veces y tratándola con tanta familiaridad como pudiera una amiga con otra, ó una hermana con otra hermana, y por sus ruegos hizo algunos milagros. No podian sufrir los demonios tanta santidad en Rosa, y rabiaban de envidia por verla tan favorecida de Dios y de sus santos y ángeles; y así la maltrataban y afligian mucho en su retiro. Una vez vino á la ermita de la Santa en figura de un alano disforme y fiero, que centelleaba fuego por los ojos. Estaba orando; y en viendo al alano, co-

noció quién era, y le despreció y perseveró sin miedo ni turbacion en su oracion. Acometióla el demonio, como para tragarla; y cogiéndola del hábito, la arrastró por el suelo, hasta que ella dijo lo del salmo: «No entregueis, Señor, á las bestias las almas que confiesan:» y con esto huyó aquella bestia vencida de una mujer. Otra noche le apareció el demonio en figura de un hombre muy fiero; y no haciendo la Santa caso de él, la dió una bofetada con mucho ruido, pero sin hacerle daño. Rióse la santa vírgen y volvióle el otro carrillo para que le diese otra; pero él desapareció no pudiendo ver tan grande humildad y mansedumbre. Otra vez vino en figura de un jayan disforme, con un peñasco en la mano; tirósele á la Santa, y aunque la derribó en el suelo y parecia la habia de hacer pedazos con el golpe, no la hizo daño ninguno; ántes se levantó luego riendo y haciendo burla de él. Llamaba al demonio por más desprecio *sarnoso;* y así cuando la queria hacer algun daño, decia: «Ya viene el sarnoso, pero no ha de llevar nada de lo que pretende.» Leia muy de ordinario la santa vírgen en las obras del P. Fr. Luis de Granada, y el demonio por darle pesar y moverla alguna impaciencia, la cogió un dia los libros y rasgó todas las hojas, y las echó en el lugar más indecente de la casa. Buscó Rosa sus libros, y hallando algunas hojas rasgadas, conoció luego el autor; pero haciendo una breve oracion, encontró sus libros limpios y enteros, sin faltarles hoja ninguna. Entrando en un aposentillo oscuro, sintió algun horror y se le erizaron los cabellos: cerró las puertas tras sí, y el demonio echó por fuera el cerrojo, y empezó á hacer ruido dentro del aposentillo; mas la Santa por vencer mejor aquel miedo, que al principio la habia asaltado, apagó una luz que llevaba, y empezó á desafiar al demonio para que atormentase su cuerpo cuanto Dios le permitiese. Apareció luego el demonio en forma de gigante y luchó con ella, apretándole entre sus brazos con tanta fuerza, que todos los huesos de su cuerpo parecian haberse desencajado y hecho pedazos; pero la Santa despreciaba todas sus valentías y fieros, y él desapareció corrido y avergonzado, quedando ella sana, aunque muy fatigada de la lucha. Más peligrosas fueron otras batallas, en que el demonio procuraba hacerla caer en alguna culpa, y más gloriosas las victorias que consiguió de él. Yendo una tarde á su ermita, vió venir hácia sí un hombre de buen talle y disposicion, que salió de entre los árboles de su huerta: asustóse la purísima vírgen viendo en tal lugar un hombre que no conocia, y mucho más cuando vió que con palabras y acciones lascivas la procuraba á mal: volvió las espaldas turbada y temerosa; y entrándose en su casa y cerrando la puerta del huerto, tomó una disciplina tan rigurosa con una cadena de hierro, que corrian arroyos de sangre de sus espaldas hasta regar el suelo. Quejábase amorosamente de su Esposo, entre los azotes, mezclando lágri-

mas con la sangre, porque la habia desamparado y dejado en tan grande riesgo, diciéndole que si él estuviera presente no se le atreviera tan fea y abominable tentacion. Aparecióseles Cristo, y díjola: «Rosa, ¿parécete que hubieras conseguido la victoria, si yo no estuviera contigo?» Y con esto desapareció, y entendió la Santa que no desampara Dios en sus aprietos á los que le sirven, ni está ausente cuando se padece la tentacion, sino cuando se le da consentimiento. De los hombres tambien padeció muchas tribulaciones y trabajos; porque fuera de los malos tratamientos de su madre, que duraron muchos años y eran muy sensibles por ser de persona tan propia, sus confesores tambien á los principios, ó por no conocer su espíritu, ó por probarle, la daban á entender que su espíritu no era seguro y sus revelaciones eran delirios, que nacian de flaqueza de cabeza por sus demasiados ayunos y penitencias. Afligian mucho y turbaban á la Santa los temores de ser engañada, y andaba muy desconsolada; pero juntamente se hallaba tan contenta con estos desconsuelos, que diciéndola una señora porqué no pedia á Santa Catalina de Sena, su devota, la alcanzase de Dios que la librase de estas tribulaciones y trabajos, respondió: «Si pidiera eso, me respondiera la santa: ¿Por qué quieres caminar tú por otro camino que el que yo caminé para llegar á la gloria? Y así no se lo quiero pedir sino imitarla en el padecer; porque si fueran mayores, los padeciera con gusto.» Despues examinaron muy de propósito su espíritu, y le aprobaron y alabaron el doctor Juan del Castillo, varon doctísimo, aún más en la teología mística que en la medicina que profesaba, cuatro padres de Santo Domingo y dos de la Compañía de Jesus, y todos sus confesores, de los cuales fueron cuatro de la Compañía de Jesus, la estimaron y veneraron como á alma escogida de Dios para obrar en ellos muchas misericordias. Llegando la vírgen Rosa á los treinta años de su edad con el colmo de virtudes y perfecciones que hemos dicho, aquel misterioso cantero la quiso labrar y perfeccionar más, como á piedra preciosísima, con nuevos golpes para colocarla en el edificio de la celestial Jerusalen: envióla una enfermedad tal que la hizo olvidar todas las enfermedades que habia padecido en su vida, con haber sido muchas y muy graves y penosas: no tenia parte en su cuerpo que no padeciese algun particular dolor y tormento: y decia ella que estaba como en una penosísima cruz, y se admiraba cómo cabia en su cuerpo tanta multitud y diferencia de dolores. Desahuciáronla los médicos, y la Santa dijo que no moriria de aquella enfermedad; pero que los más de los accidentes de ella le durarian hasta su muerte: y así fué, porque aunque los médicos se cansaban en curarla, sus males no estaban sujetos á la medicina, como ella misma dijo á su confesor, porque eran fuera de las leyes comunes de la naturaleza, y añadió que la mejor cura seria la paciencia de Job, la cual

habia bien menester. Habíale Dios revelado que moriria el dia de S. Bartolomé, y desde que lo supo celebraba con grande alegría su fiesta, y preguntada por su madre la causa, respondió que lo hacia porque habia de ser su desposorio en dia de S. Bartolomé. No lo entendió su madre entónces; pero cuando murió Rosa conoció que hablaba de las bodas con el esposo celestial. Un año ántes de su muerte, estando en casa del contador Don Gonzalo de Maza, tratando de la muerte con la mujer del contador, dijo: «Yo, señora, en esta casa tengo que morir; no en casa de mis padres.» En otra ocasion, cuatro meses ántes de su muerte, dijo á la misma mujer el tiempo que la faltaba para morir, y que los últimos dolores que la quitarian la vida serian atrocísimos, y sobre todo una sed ardiente y mortal. Tres dias ántes de su última enfermedad se retiró á su ermita, y en versos dulces, como blanco cisne, cantó los últimos anuncios de su muerte; luego al 1.° de Agosto, estando en casa de D. Gonzalo, la dió su última enfermedad que se fué agravando hasta el dia 21 de Agosto, en que recibió el viático con grande devocion y ternura, quedando desde entónces con el rostro tan agradable y risueño, que causaba admiracion á cuantos la miraban. Pidió la extremauncion, y despues hizo la protesta de la fe, y rogó á un religioso que la dijese la forma de perdonar á los enemigos: y ella, teniendo un crucifijo en las manos, repetia lo que su confesor iba diciendo, y concluyó con las palabras de Cristo en la Cruz: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.* Luego pidiendo perdon al contador del mal ejemplo que les habia dado y molestias que les habia causado con su enfermedad, diciendo que ya le faltaban solamente dos dias. Como se iba acercando su muerte, se iban aumentando los dolores, y el mayor alivio que tenia era repetir muchas veces: «Señor, abrasa, atormenta, aprieta y no perdones; que por mucho que me maltrates y atormentes, más merecen mis pecados.» Regalóla el Señor mucho en la última enfermedad, y especialmente en los tres dias últimos, manifestándola los inmensos y eternos gozos que la esperaban, le dijo á un religioso de Santo Domingo que estaba á su cabecera: «¡Ay, padre, qué cosas dijera de la gloria, regalos y delicias que me esperan si la brevedad de la vida me diera lugar!» Habia enfermado su padre en aquellos dias, y pidió que le trajesen para que la bendijese ántes de morir, y él y su madre la echaron su bendicion. Luego dió á sus hermanos buenos consejos, y rogó á los presentes que la llevaran á morir á su penitente cama, ó la pusiesen en el suelo, ó sobre unas tablas: y no pudiéndolo conseguir, pidió á un hermano suyo que la quitase á lo ménos las almohadas para arrimar la cabeza á las barandillas de la cama é imitar en algo á su esposo Jesus, que habia muerto en un madero. Víspera de S. Bartolomé, á las ocho de la noche, pareciéndole á su confesor el V. P. Fr. Juan de Lo-

renzana, de la órden de Santo Domingo, que daba treguas la enfermedad, quiso ir á su convento, y la Santa le dijo: «Sepa, mi padre, que esta noche me de ir á celebrar al cielo la fiesta de S. Bartolomé: ya del cielo me han convidado: ¿no será bueno ir, pues tengo las puertas abiertas?» Quedóse el confesor, y llegada la media noche, hizo señas que la diesen la vela bendita para salir con luz encendida al encuentro del Esposo, y luego estando diciendo la recomendacion del alma en su entero juicio, clavados los ojos en el cielo diciendo: «Jesus sea conmigo;» espiró y entró en compañía de las vírgenes prudentes á celebrar perfectamente en el cielo con su Esposo las bodas que ántes habia empezado á celebrar en la tierra, siendo de edad de treinta y dos años y poco más de cuatro meses, año de 1658. Una persona muy sierva de Dios, que asistió á su tránsito, vió cercada su cama de ángeles, y que al poner el cuerpo en el féretro, cantaban con grande armonía. Otra persona vió la sala donde pusieron el cuerpo llena de luces y resplandores celestiales. No quiso Dios que hubiese tristeza en la muerte de tan santa vírgen, y así la madre, que ántes de morir su hija estaba inconsolable, despues que murió, mudó la tristeza y lágrimas en gozo y alegría, efecto de la oracion de Rosa, que ántes habia pedido á Dios la merced de que consolase á su madre. Fué tan grande el concurso y devocion del pueblo, que luego concurrió al amanecer á venerar su cuerpo, tocar rosarios, y llevar si pudiesen alguna parte de sus reliquias, que fué necesario poner guardas para que no la despojasen de sus vestidos. Infundia su vista gozo y veneracion á cuantos la miraban, y su rostro estaba hermoso y risueño. Repararon esto mucho, y diciéndoselo al V. P. Fr. Juan de Lorenzana, que habia sido mucho tiempo su confesor, prorumpió en estas voces: «Bienaventurados los padres que te engendraron: bienaventurada la hora en que naciste: bienaventurada, hija de Santo Domingo, que ahora estás gozando de la bienaventuranza de tu Criador. Moriste, como viviste: no perdiste la gracia bautismal en todo el discurso de tu vida. Al cielo subes con la pureza misma que sacaste de las aguas del bautismo; sigue ahora, adonde quiera que fueres, al divino Cordero.» No pudieron sepultarla hasta el dia 27 de Agosto, tres dias despues de su muerte, porque el concurso del pueblo crecia con los que venian de los pueblos circunvecinos, y la devocion con muchos milagros que Dios obró por ella ántes de sepultar su cuerpo. Reveló Dios á muchas personas devotas la grande gloria de su sierva, y ella se apareció á diversas personas gloriosa y resplandeciente: y el Dr. Juan del Castillo dijo á un religioso, que habia sido confesor de la Santa, que llegarian á cincuenta las veces que se le habia aparecido despues de su muerte. Son innumerables los milagros que esta gloriosísima vírgen ha hecho despues que subió al cielo, sanando de todas enfermedades, resucitando muer-

tos y obrando otros prodigios singulares que no refiero en obsequio á la brevedad. Lo que no dejaré de decir es que despues de muerta ha hecho la Santa los milagros mayores y más agradables á Dios, que son conversiones de pecadores; y religiosos de diferentes religiones llevaron muchas limosnas á la madre de la Santa, diciendo que se las habian dado algunas personas agradecidas á su santa hija por haberlas Dios sacado por su intercesion del mal estado en que vivian. Es muy singular lo que sucedió á un pecador obstinado y entregado á todo género de vicios. Sabia un amigo suyo su mal estado, y compadecido de él, estando un dia delante del sepulcro de la vírgen Rosa, la encomendó muy de veras aquel pecador, suplicándola que le alcanzase de Dios luz para conocer sus culpas, y gracia para dejar su mal estado. Luego que el amigo hizo esta oracion, aquel hombre, como si despertára de un profundo sueño, conoció su mal estado y empezó á llorar sus culpas, y con grande arrepentimiento hizo una confesion general y se mudó de tal manera, que despues lloraba las culpas veniales como si fueran mortales, y vivió y murió santamente, siendo ejemplo de la ciudad de Lima. El P. Antonio de la Vega, de la Compañía de Jesus, decia que por las confesiones que habia hecho habia conocido que la vírgen Rosa desde el cielo habia convertido muchas almas á penitencia. Finalmente, Rosa consiguió muerta lo que habia deseado viva, que era predicar para convertir pecadores: porque desde el sepulcro (ó por mejor decir) desde el cielo, convirtió innumerables pecadores. Uno de los dones singularísimos que Dios concedió á esta gloriosa Santa fué el espíritu de profecía, porque á unos descubria lo que habian pensado en su corazon; á otros manifestaba lo oculto, y á otros decia lo que habia de suceder, de que hay en su vida muchos ejemplos, y yo traeré uno solo por venir acompañado con una milagrosa conversion, y pondrélo con las mismas palabras con que lo cuenta el P. Valdecebró en la *Vida de Santa Rosa*. «Acudia al convento del Rosario de Lima una dama tan vana, que toda su ocupacion y cuidado eran galas y nuevos usos, con nuevos gastos y lazos nuevos para el demonio, porque son verdugos de la honestidad, cuchillos del honor y muerte de muchas almas. Veíala muy de ordinario Rosa; y censurando su confesar estos excesos con la santa vírgen, le dijo á su confesor: «Vuestra Paternidad la verá algun dia sin aquellas galas y con este hábito.» Replicóle el confesor, pareciéndole imposible el suceso; y díjole lo mismo segunda vez Rosa. Ofreciósele despues hablar con la dama al confesor mismo, y díjole que le habia Rosa dicho que habia de ser beata. Enfurecióse con extremo tan grande, que decia de Rosa y del hábito dos mil desatinos, apurándose con la profecía. Murió Rosa en este tiempo, y parecióle que habia muerto tambien su profecía; pero á pocos dias comenzó á avivarse, porque desmayó en el cuidado de sus

galas, de manera que dejándolas todas de una vez, dijo á Dios, vertiendo lágrimas, lo que S. Pablo caido, sin ojos: «Señor, ¿qué quieres hacer de mí?» Parece que le respondieron con voces interiores que buscase á Rosa en su sepulcro, que ella le diria lo que debia hacer; porque luego al punto se fué al convento del Rosario, y con tierno llanto y dolor le pidió á Rosa la favoreciese con el Señor, en que la diese luz para tomar el estado que fuera de su mayor servicio. Oyóla, é inclinóse el corazon al de beata de Santo Domingo. Abrazólo con tanto gusto como veras; porque allí luego llamó á su confesor, y le dijo que sin dilacion ninguna tratasen de que le diesen el hábito de beata. Parecióle sueño al confesor; pero oyendo lo que le habia sucedido, puso en ejecucion tan santo propósito y con extraña brevedad. Ella se dispuso de manera, que sucediendo esto á las nueve de la mañana, á las cuatro de la tarde ya tenia el hábito, desengañándose de lo que va de hoy á hoy, pues á la mañana era dama desvanecida y loca, y á la tarde beata humilde y cuerda. Llamábase Doña Luisa de Barba, y se llamó Luisa de Santa María, y vivió y murió con maravilloso ejemplo.» Hasta aquí dicho autor. En la vida de Santa Rosa hay mucho que aprender y que admirar, y por que alabar al Señor, autor de lo bueno. Su penitencia es más admirable que imitable, y muestra cuánto puede la flaqueza humana ayudada de la fortaleza divina; pues una vírgen tierna é inocente fué tan ingeniosa para afligirse, como los tiranos para atormentar á los mártires, é hizo tanta penitencia, que puede competir con los santos más penitentes que han poblado los desiertos. Las vírgenes pueden aprender de esta vírgen las virtudes de que se deben adornar para no ser las vírgenes necias del Evangelio, sino las cuerdas y prudentes que esperan al Esposo tanto para celebrar las bodas; la obediencia para con sus padres, el amor para con Dios, la ternura para con María Santísima, la devocion para con los santos, el retiro en su casa, el deseo de no ser vistas, el aborrecimiento de los afeites y galas supérfluas que solo sirven de deslucir la castidad propia y arriesgar la ajena, el huir el ocio, que es orígen de todos los males, el repartir el tiempo con Marta y María, de manera que haya para la accion y no falte para la oracion. Los varones se pueden confundir viendo que se les adelanta una vírgen que sabe vencer al mundo, al demonio y á la carne, y finalmente á sí misma; cuando ellos se dejan vencer de sus deseos y pasiones como cobardes, perdiendo la corona y el cielo que arrebatan los esforzados y valerosos que saben hacerse fuerza. Válganse los pecadores de la intercesion de esta Santa para salir de sus culpas, y los justos para crecer en la justicia y santidad; y alabemos á Dios que se muestra tan admirable en sus santos, y adornó á Rosa de santos dones, pidiéndole que por sus merecimientos nos haga en esta vida imitadores de sus virtudes, y

en la otra participantes de su gloria. Amen.» Escribió la vida de esta Santa virgen en lengua castellana el Rdo. P. Presentado Fr. Andrés Ferrer de Valdecebro; y en lengua latina el P. Mtro. Fr. Leonardo de Hause, la cual tradujo en español el P. Mtro. Fr. Jacinto de Parra, todos religiosos de la sagrada órden de Predicadores. Al terminar este artículo volvemos á confesar que á los citados autores deben nuestros lectores el cuadro que hemos presentado para que conozcan esta colosal figura católica; ¿y podriamos nosotros, sin desfigurar tan bella obra, haber aumentado algo á su esplendor? No ciertamente, y hé aquí el motivo que nos movió á no poner nada de nuestra parte, más que el deseo de que se conociese este importante trabajo.—A. C.

ROSA DE VITERBO (Santa) vírgen. Más bien que hacer una biografía nueva de esta Santa, hemos preferido insertar íntegro lo que sobre la misma dice en su santorio el erudito Croisset con relacion á Bartolomé Pila, Pedro Corretin y otros autores que citaremos. Al tiempo que el emperador Federico II, cruelmente tirano y enemigo del vicario de Cristo y de toda la Iglesia, con pretexto de paz y conciliacion con el sumo pontífice Gregorio IX, á cuya falsa voz dió crédito fácilmente la insigne ciudad de Viterbo, por lo mucho que lo deseaba viendo tan oprimida la silla apostólica, pues nunca se ha visto más que en aquel tiempo, ni más abatidos los pobres cristianos con la soberbia y dominio de pérfidos herejes, siendo sola esta ciudad la que habia quedado á devocion del Pontífice; dió liberalmente entrada al tirano por ser paso para Roma, de donde dista unas cuarenta millas, que son trece leguas, con cuyo permiso tuvo ocasion el cruel emperador de apoderarse de la ciudad y dominarla, llenándola de herejes é insultos, tanto que movió al pontífice á que publicase la santa cruzada contra el dicho emperador y excomulgarlo y maldecirlo como á sacrílego y rebelde á la santa Iglesia católica. A este tiempo, pues, que era el año 1240, cuando la primavera apunta sus fragantes rosas, nació (debajo del palacio del tirano Federico, y junto al convento de Sta. María de las Rosas) de Juan y Catalina, pobres, pero nobles casados (milagrosamente, porque fueron estériles ántes y despues) la bendita Sta. Rosa, para poner freno al impío Federico y sus secuaces herejes, ejemplo á la vida religiosa, imitadora de la vida de la más divina rosa, Cristo Jesus, y admiracion á los cielos, enriqueciéndolos con las fragancias de sus olorosas y admirables virtudes. Los prodigios y maravillas que sucedieron en el nacimiento de esta Santa fueron grandes, dando anuncios de su virtud y santidad; pero en la confusion de tantas desdichas como experimentaba Viterbo con la entrada del cruel tirano Federico, toda la atencion estaba dedicada al yugo que los oprimia, y así no se observaron. No se ha podido averiguar el dia propio de su nacimiento; pero sí que en

breve fué conducida á la iglesia para que con el agua del bautismo borrase la culpa heredada de sus padres, y empezase á mostrar la justificacion que la ilustraba, de que dió maravillosos indicios desde su tierna infancia despreciando al mundo, viviendo pobremente y macerando sus delicadas carnes con ayunos, abstinencias y mortificaciones, por el amor entrañable que tenia á su esposo Jesus, á quien procuraba imitar, teniendo por dechado su paciencia y humildad, en que se ejercitó tanto, que jamás le causó tedio alguno el poco cuidado que tenian en alimentarla; pues descuidándose su madre los dias enteros en darla el pecho, era Rosa una piedra inmóvil, hallándola siempre de la suerte que la habia dejado, sin dar señales de su hambre ni hacer ruido alguno, con una santa quietud, mirando continuamente al cielo como centro de todas sus esperanzas. Las primeras palabras que se le oyeron pronunciar, fueron el dulcísimo y santísimo nombre de Jesus y María Santísima, sin pecado concebida, y despues continuamente los nombraba como quien los tenia dentro de su amante corazon. Luego que pudo dar los primeros pasos, todo era hincarse de rodillas delante de las imágenes sagradas de Jesus y María Santísima, que tenian en casa sus padres, como devotos, humildes y buenos cristianos, y como tales daban documentos á su querida Rosa, y ella los observaba con gran puntualidad. Así como la rosa nace, y es aplaudida señora entre las flores, así quiso Dios escoger á esta su sierva para que con los labios de leche, sin capacidad ni ciencia alguna, con débiles alientos, hiciese señalados prodigios para honra de su criador Jesus y exaltacion de la santa fe católica. Apénas llegaba á ver las luces del segundo año de su nacimiento, cuando empezó á descubrir el tesoro rico que acaudalaba de santidad y devocion con efectos maravillosos, pues si oia hablar de cosas divinas aplicaba una extraordinaria atencion; imitaba las buenas obras de sus padres con una santa simplicidad é inocencia, de la cual mostró Dios un patente milagro, y fué, que estando retirada en un aposento de su casa con un pedacito de pan en la mano, llegándole á las delicadas encias, entraron diversos pajarillos (cosa hasta entónces jamás vista en aquel aposento), y volando al seno de la cándida vírgen y puestos en sus brazos y manecitas, picaban las migajas de pan, que mal quebrantado desperdiciaba y caian de su boca, y la santa inocente con una mansedumbre y paz angélica, los cogia y besaba, haciéndoles mil caricias y halagos; y de esta forma estaban entrando y saliendo de la habitacion de Rosa, como si fuese su propio nido, de que admirados los que estaban presentes dieron á Dios las gracias. De aquesta suerte entretenia su tierna edad la bendita niña, prosiguiendo este prodigio de los pájaros repetidas veces, y particularmente las palomas se dejaban halagar de sus benditas manos por instantes, aunque más montaraces fuesen y que al menor ruido de otra per-

sona humana, huian. Ya en esta edad tan tierna oraba, enseñada de Jesus; el cual viendo el fragante olor de la simplicidad de Rosa, escogida para el paraiso, se compadeció, y mostró evidentes señales de su misericordia, porque viendo que suspiraba y se afligia Rosa por los desafueros de Federico y sus aliados, herejes y rebeldes todos á la Iglesia de Dios, quiso su Divina Majestad librar á Viterbo de tanto enemigo por la intercesion de esta niña. Para eso, cumplidos los dos años de su edad, habiendo muerto una tia suya, despues de estar un dia entero el cadáver en el féretro, ya cuando le querian dar sepultura, viendo la niña Rosa la afliccion de sus padres y demás parientes y circunstantes, llegándose al oscuro féretro y tocándole por imitar á Cristo, llamó en alta voz á su tia por su nombre. ¡Oh maravilla eterna de Dios! Aquella voz de leche, organizada del Espíritu Santo, hizo ahuyentar la muerte pavorosa; y abriendo los ojos la tia, cobró el espíritu vital, tornó de muerte á vida, y resucitó quedando buena y sana y viviendo despues muchos años. ¿A quién no maravillaria este milagroso prodigio? ¿Qué corazones no se enternecerian de ver una gracia tan singular en edad tan tierna? ¿Qué espíritus no se moverian á seguir el estandarte de Cristo? Tanto conmovió la voz y fama de este milagro á toda la ciudad, que bastó á que puestos en arma todos los católicos se librasen de la opresion de Federico y los suyos, dando la libertad á muchos cardenales que tenia presos y otros infinitos católicos. Así quiere el señor, entre gente incrédula y enemiga de su Iglesia santa, mostrar su divino poder con la santidad de una niña, casi de pecho, para reprimir la arrogancia herética y exaltar la fe católica. Ardia Rosa en deseos de amar á Dios y visitar sus santas iglesias: estaba delante del Santísimo Sacramento y de las imágenes tan devota y atenta, que movia á devocion y reverencia á los circunstantes. Observaba los divinos misterios, y oia la palabra de Dios con tal atencion, que acabado el sermon le repetia y decia todo, cosa que causaba admiracion en una niña de tres años aún no cumplidos, en que descubria no solo feliz memoria, sino gran juicio y prudencia, repitiendo con más fervor y afecto los buenos y saludables documentos, y aprovechándose de ellos en todas sus acciones; afrenta grande de los que van solo á notar si el predicador se equivocó, si repitió muchas veces una cosa, si tiene gracia en el decir, y otras cosas que observan los maldicientes, y que solo van á que su ociosidad se entretenga en la murmuracion, sin advertir el respeto que se debe al expositor de la palabra divina. Era Rosa hija de pobres padres, como dijimos, y andaba buscando nuevos modos de ser más pobre, y deseando ser monja y abrazar la pobreza espiritual, acaudalar riquezas celestiales y consagrarse á Cristo en entera pureza y castidad, vivia retirada en el mas pobre aposento y rincon de su casa de donde hizo celda para toda su vida, y de don-

de jamás salió sino es por obedecer á sus padres: su cuerpo traia vestido de tosco sayal á raiz de las carnes; andaba la pobre inocente con los pies descalzos pisando los abrojos y espinas con gran gozo de su alma, la cabeza siempre descubierta. Así maceraba en la ternura de tres años sus débiles y delicadas carnes, y así lo observó hasta el fin de sus dias, imitando á su amado y dulce esposo Jesus. Fué la Sta. Rosa tan hermosa, que pudiera encender su vista los más muertos apetitos; pero con tanta simpleza, modestia y honestidad en el hábito, en las costumbres, en las acciones y en todas las demás partes y calidades del cuerpo, que cualquiera que la miraba, no tan solo no le provocaba á deshonestidad, sino que quedaba edificado, recibiendo en sí una virtud de glorificar á Dios y servirle eternamente; que es lo que sucedia á los que miraban á aquella cándida rosa de las florestas del cielo y blanco lirio de la Santísima Trinidad, que siempre está fresca y hermosa, María Santísima, mi Señora, sin pecado concebida. Correspondian igualmente en Rosa las partes del espíritu á las del cuerpo, poseyendo todas las virtudes necesarias para ser una alma noble y excelente á los ojos de los hombres, y justa y santa á los de Dios. Fué vírgen toda su vida, casta, pura y santa de cuerpo, de pensamiento y de espíritu; y para conservar esta pureza, ayunaba y se disciplinaba contínua y rigurosamente, y se observó que jamás se le vió mirar al rostro á hombre mortal. Siempre fué asistida de los doce frutos del Espíritu Santo, y de las virtudes teologales y cardinales; y con estas virtudes adornaba su bendita alma. Fueron contínuos los éxtasis y raptos que tuvo: las visitas de Jesus, de María Santísima y de los ángeles, y los milagros prodigiosos, no cesando desde los primeros alientos de su vida hasta el último parasismo de ella, de publicar milagrosamente sus excelentes virtudes y santidad, y dando contínuas ocasiones de alabanzas al Criador, como de quien provenian todas estas acciones. Predicaba públicamente, en las calles, plazas é iglesias la palabra de Dios, detestando y abominando los pecados; persuadia la observancia de la fe católica, y la obediencia al papa y pastor universal de toda la Iglesia: disputaba con los herejes sus perseguidores, interpretaba los sagrados lugares y textos de los santos padres, profetas y evangelistas, declarando las cosas mas dificultosas de ellos con una doctrina celestial y tan profunda, que hacia quedar atónitos y confusos á cuantos la escuchaban; y tanto era más digna de admiracion su doctrina, cuanto sabian todos que no habia estudiado, ni sabia leer ni escribir, ni tenia edad ni posibilidad para haberlo aprendido: con que habian todos de confesar, como lo hacian, que era doctrina celestial, infusa, la suya. Su vida era un perpétuo ayuno y vigilia, y tanto que daba y causaba admiracion á todos, y parecia imposible que naturalmente pudiese vivir con las abstinencias que hacia. En

los ejercicios espirituales era incansable, y tan dada á las obras de misericordia, que no tenia reposo ni sosiego cuando no se ejercitaba en ellas. Visitaba continuamente los enfermos y encarcelados, procurando sanar á unos y librar á otros con sus penitencias y oraciones, sanando tullidos, dando vista á ciegos, oido á sordos, vida á difuntos, y haciendo otros innumerables prodigios. No es posible que criatura humana tenga palabras para ponderar y explicar la caridad de esta santa y pura virgen, pues parecia dispensera del cielo para todos los necesitados. Y así cualquiera que se veia en una afliccion, de cualquiera calidad que fuese, recurria luego á Rosa, como en quien Dios tenia puesta la virtud de la caridad. Y si bien nos acordamos, áun los pájaros volando se venian tambien á valer de este sagrado, y no con poco misterio recogian con sus picos las migajas que desperdiciaba. Pareciale al padre de la bendita Rosa, que su hija era muy liberal en dar lo que él sudaba y ganaba con tanto afan, y sentia fuese tanta su caridad; y así muchas veces la reprendió para que se abstuviese de aquel incendio amoroso, por la mucha pobreza en que se hallaban. No le faltaron palabras ni disculpas á la santa niña, inspirada del Espíritu Santo, para aquietar á su amado padre; pero habiéndola prohibido no prosiguiese más en dar lo que no trabajaba ni adquiria, y siendo ella tan obediente y observante, humildemente cedió á su voluntad, y escondiendo el poco pan que ella habia de comer, lo guardaba para los pobres, satisfaciendo su santa y piadosa inclinacion ántes que su hambre: y siendo tan corta su porcion, era bastante á satisfacer todos los pobres que á ella venian, que no eran pocos; pues así como Cristo, bien nuestro, multiplicó los cinco panes en el desierto, así nuestra bendita Rosa multiplicaba por virtud divina todos los dias su corta porcion de pan, y hacia que abundase para el socorro de muchísimos necesitados. Añadiéronse prodigios á prodigios, porque saliendo un dia apresurada con unos pedazos de pan en el seno para socorrer la necesidad de unos pobres que habia oido pasar por la calle, la encontró su padre que venia de fuera, y viéndola ir tan presurosa, y que el bulto que mostraba era pan que llevaba á los pobres, contraviniendo al mandato que le habia puesto, con rostro severo y voces impacientes la dijo que descubriese el seno y mostrase lo que llevaba en él. Púsose Rosa como una rosa, sonrosadas de su temor las mejillas; y obediente y humilde descubrió lo que llevaba. Mas, ¡maravilloso Dios! en vez del pan que habia escondido, descubrió el seno lleno de hermosísimas y odoríferas rosas de varios colores, siendo por el rigor del invierno, cuando el hielo tiene todas las plantas consumidas. Atónito el padre de este milagro, conoció claramente que quien podia trasformar el pan en rosas, sabria tambien multiplicar y pagar lo que daba á los pobres, aunque fuese quitándolo del necesario sustento, y así levantó el precepto á

Rosa, dejándola libre en la operacion de sus limosnas y demás obras de misericordia, espirituales y corporales. Hurtaron á la madre de Rosa una gallina que tenia de varios colores, por lo cual era estimada, y viendo la niña que pasaba á extremo el sentimiento que su madre hacia, llamó aparte á una mujer vecina, que con su espíritu profético supo la habia hurtado, y díjole con caridad y humildad volviese á su madre la gallina, pues ella la habia llevado, y conocia el sentimiento grande de su madre. La mujer, más airada que compungida, comenzó á dar voces y á tratar mal con palabras á la santa niña; pero apénas acabó de negar la verdad, cuando le nacieron en el rostro una multitud de plumas del mismo color que las de la gallina, pareciendo ser las mismas con asombro de los que se hallaban presentes, que eran muchos los que habian concurrido á las voces que ella habia dado llamándolos para que viesen su afrenta. Confusa y corrida la mujer, sacó la gallina de donde la tenia escondida, y la restituyó, confesando á voces su culpa, y pidiendo á Dios perdon de ella, lo cual visto por Rosa, hizo oracion á su amante Jesus para que suspendiese el castigo de aquella miserable, pues merecia el perdon por hallarse arrepentida de su culpa. Apénas la niña hizo su peticion, cuando la oyó aquel piadosísimo Señor, y libró á la mujer de aquella nota y fealdad, quedando su rostro como ántes, y su corazon compungido y enmendado, para no cometer en adelante semejantes insultos. Siendo de siete años, Rosa iba á la fuente con un cántaro de agua, sirviendo y obedeciendo en esto como en todo á su madre; rompiósele á otra muchacha que estaba junto á ella el suyo; comenzó á llorar y decir que Rosa se lo habia quebrado: acudió la madre, y creyendo á su hija, volvió como una fiera leona contra Rosa, diciéndole mil injurias y baldones, y á grandes voces culpaba á la madre de Rosa, diciendo que le consentia este y otros desórdenes con capa de hipocresía, y que hija y madre eran unas embusteras. Gustosa sufria nuestra Rosa aquellas afrentas por su esposo Jesus: mas viendo que no habia medio de aquietar á la mujer con humildes disculpas, y que á sus voces se juntaban mil almas, escogió el mejor medio para confundirla y avergonzarla, ya que sus disculpas no bastaron. Trató de volverle su cantaro entero como estaba ántes, y así recogiendo los pedazos de él, que eran innumerables y pequeños, alzó los ojos al cielo, y al instante volvió y se vió el cántaro entero y sano en las manos de Rosa, puras y santas, sin hallarse en él señal alguna de que hubiese sido roto, con que se le restituyó entero á la avara y soberbia mujer, que tanto habia ofendido y maltratado á aquella inocente y pura rosa. La mujer se fué corrida, y la multitud de gente no cesaba de dar gracias á Dios, que tal virtud habia dado á su querida Rosa. Como sus deseos eran de ser religiosa, y en Viterbo no habia por entónces más convento que el de Santa María de las Rosas, del

órden de S. Benito, donde (quizá por disposicion divina para que campease pura la virtud de Rosa) no la quisieron recibir, ó por muy niña, ó por muy pobre, ella hizo (como ya dijimos) convento de su casa, eligiendo por celda un aposentillo tan oscuro y estrecho, que solo cabia la Santa, y una tabla que tenia por cama, sin más aderezo ni ropa; allí contínuamente estaba en oracion: allí se le pasaban las semanas enteras, sin comer ni beber, viviendo de milagro: allí se daba tan crueles disciplinas con unas cadenas de hierro, cuyos remates eran unos agudos garfios, que bañaba en sangre las paredes, techo y suelo de su cueva, que no era otra cosa su habitacion, quedando algunas veces desmayada y sin fuerzas, caida en tierra revolcada en su misma sangre, que derramaba con muchas lágrimas por la conversion de los pecadores, vestida siempre de un áspero silicio, todo á fin de aplacar la divina justicia. Viéndose confundido el dragon infernal, y vencido de una inocente y purísima rosa, escogida de Dios y guardada de los ángeles, no se atrevia á mirarla; pero pensó que si Rosa llegase á tocar y padecer el castigo de la mano de Dios, que la impaciencia obraria y daria materia á que con su industria y engaños, obrasen sus insidias; pero quedó engañado al doble y confuso, porque la virtud de Rosa se perfeccionó más, y adquirió quilates de mayor valor en la enfermedad y regalo divino. Fué, pues, visitada por el Señor con una gravísima enfermedad, debilitada y afligida con sus rigurosísimas penitencias y abstinencias; mas con una singular paciencia, bendiciendo y alabando siempre á Dios, no cesaba de persistir en sus contínuas oraciones, y en los más ardientes ejercicios que le permitia su indisposicion. Aunque más la afligian sus padres, procurando disuadirla de semejantes ejercicios por considerarla moribunda, solo permitió (por obedecerlos) la sacasen de su cueva y cárcel, y pusiesen en una decente cama. Duró su enfermedad más de un año, y tocó el nono de su edad, hallándose tan empeorada en el achaque, que postrada totalmente, muerto el color, quedó sin sentido y sin habla, juzgándola todos por muerta; pero lo que pareció muerte, fué un éxtasis que le duró tres dias contínuos en que le mostró Dios la gloria, prenda que habia de gozar, y asimismo miserias del lóbrego calabozo del infierno. Volvió en sí; y abriendo los ojos, advirtió á los circunstantes (que eran muchas y devotas personas) que hiciesen penitencia de sus pecados; porque habia visto el estado de los justos y el de los condenados, nombrando y dando señas de diferentes personas que ni habia visto, ni podido ver en este mundo, por haber más de veinte años que eran muertas, ántes que ella naciese, de lo cual quedaron todos maravillados y compungidos. Gastó todo este dia en que volvió del éxtasis en predicar divinamente, sin comer ni beber cosa alguna, dando á entender en cuanto decia y obraba, que su conversacion y pensamientos no moraban en la tierra entre los mor-

tales, sino en el cielo con los bienaventurados; y así pasó toda aquella noche sin dormir un instante. Estaba en este punto S. Luis, rey de Francia, en la provincia de Sora, á vista de Damieta, dudoso y con poca esperanza de victoria; vió Rosa por virtud divina el estado de aquel ejército cristiano, y dijo en alta voz á los que la asistian: Roguemos devotamente á Dios, que conceda tanto poder y tanto valor al rey de Francia, que pueda deshacer y desunir aquella gente enemiga. Con esto se quedó en oracion tan fervorosa, que se vieron caer de sus ojos gran abundancia de lágrimas, y en aquel instante en que la Santa oraba, se rindió Damieta al santo Rey, con fuga de los enemigos del nombre de Cristo, sin haberse derramado una gota de sangre. Más de un mes despues de la revelacion de Rosa vino á Italia el aviso de la victoria, y se halló ser cierto cuanto habia dicho, y en el mismo instante y hora en que la santa niña oraba por la felicidad de las almas cristianas. Esta misma noche, que era la vigilia de S. Juan Bautista, de quien era muy devota, se le apareció la Virgen Santísima, acompañada del coro de las vírgenes, y ella como si no hubiera tenido enfermedad alguna, se levantó de la cama para recibirla y adorarla. Tuvo con ella la soberana Reina de los ángeles divinos varios coloquios, y al fin la mandó que por la mañana fuese á la iglesia, y allí se hiciese cortar el cabello y se vistiese el hábito de S. Francisco. Fué por la mañana, con asombro y admiracion de sus padres y de todas las personas que la miraban tan enferma y decaida, porque la veian tan sana y buena como si nunca hubiera tenido enfermedad. Díjola su madre, que de dónde buscaria el hábito, y ella le respondió: «Debajo de la cabecera de mi cama lo hallareis:» y así fué que sin duda se lo trajo quien tantos favores la hizo aquella noche, para que áun en la tierra adornase su cuerpo Rosa de prendas celestiales. Y habiéndose desnudado las mas ricas galas que se hallaron en Viterbo, enviadas á Rosa por las mismas señoras, juzgándose por muy dichosas en que Rosa las vistiese, cortados los cabellos, vestido su santo hábito y silicio, descalzos los pies, con un crucifijo en las manos, alabando los santísimos nombres de Jesus y de María, predicando penitencia, ablandando los diamantinos corazones de los pecadores, y causando grande admiracion y espanto á los enemigos de la fe católica, se volvió á su casa, seguida de todo el pueblo con admirable devocion. Y aunque no consiguió entrar en el monasterio de Sta. María de las Rosas, con todo se sujetó á los tres votos de castidad, pobreza y obediencia y á todas las demas obligaciones de la religion, é hizo profesion de observar la regla de Sta. Clara debajo de la del seráfico San Francisco, la cual observan ahora, á imitacion de Rosa, vistiendo su mismo pobre hábito, las religiosas que ántes no quisieron admitir, teniéndose por muy dichosas en tener despues de muerta en su poder la inestimable joya del

cuerpo de aquella que no quisieron recibir en vida, todo lo cual les profetizó la niña Rosa cuando la desecharon. Encerrada en su celda ó cueva, continuó su salud, y con ella sus antiguos rigores y penitencias, sin desnudarse jamás aquel santo hábito y silicio. Tuvo por superiores á sus padres, sin cuya licencia no salia jamás de su celda ni hacia cosa alguna. Las oraciones, abstinencias y mortificaciones que allí hacia dia y noche, fueron innumerables cuanto prodigiosas, ni oidas otras semejantes á ellas, llegando con esta penitente vida á los diez y ocho de su edad, con admiracion y aclamacion de aquel siglo. Su casa era frecuentada de infinitas almas, que por las oraciones y pláticas de Rosa se convertian á Dios. Apareciósela un dia Cristo nuestro bien, clavado en la cruz, lleno de sangre y cardenales, desfigurado, maltratado, y las carnes tan rotas y deshechas á crueles golpes, que provocaban á llanto su vista. Rosa sintió en su corazon y en su alma tanta compasion y dolor, que como si la atravesáran con crueles lanzas se halló tan dolorida y tan falta de aliento, que á grandes voces imploró el favor de la sacratísima Reina de los ángeles, y postrada á la vehemencia del dolor, cayó en tierra como muerta: mas volviendo en sí, derramando un mar de lágrimas de sus tiernos y amorosos ojos, arrancándose de dolor los cabellos é hiriendo su delicado pecho con una piedra, pronunció estas palabras: Padre y Señor mio: ¿quién ha sido el agresor de tanto daño? ¿quién os ha puesto tan lastimoso? ¿quién os ha ofendido y maltratado así? ¿quién os ha clavado en esa cruz? Y el Divino Redentor dijo: El pecado y el furor humano. Aquí, sacando Rosa del corazon inflamado ardentísimos suspiros, gritó en alta voz: Misericordia, Señor; misericordia. Y sintiendo otra vez arrancársele las entrañas de dolor, cayó en tierra desmayada y quedó como difunta. Volvió del desmayo, y bañada en sangre de los golpes que se daba, llena de lágrimas y con un Crucifijo en las manos, salió por las calles predicando penitencia, conmoviendo á todo el pueblo á que pidiese misericordia y perdon de sus culpas. Grandes fueron los martirios que esta delicada niña ejecutó en su cuerpo, por haber visto á nuestro Redentor Jesucristo tan maltratado y herido. Pero como despues de los martirios y penitencias viene el premio de la gloria con la consideracion del Señor, así la sucedió á Rosa, que despues de aquellas terribles aflicciones, estándose retirada en su acostumbrada oracion y devocion, se la apareció de nuevo Cristo Jesus, glorioso y resplandeciente, por consolarla y regalarla cómo á su amada esposa; con cuyo favor quedó Rosa tan gozosa y alegre, tanto que á todos mostraba la alegria de su alma. Escogióla su esposo Jesus para que cultivase la viña de la Iglesia dándola oficio de apóstol, en que salió admirable al mundo y agradable al cielo; pues sin haber salido jamás de su oscura celda, ni haber tenido maestro alguno, ni visto libros, como ya dijimos, la llenó de

sabiduría y espíritu divino; y así para cumplir su ministerio, iba todos los dias por las calles de Viterbo con un Crucifijo en las manos, subiéndose á los púlpitos de las iglesias, y sobre sillas y bufetes en las plazas, predicando públicamente la observancia de la fe católica, la obediencia que se debe al vicario de Cristo, la penitencia que se debe hacer por los pecados, el premio que esperan los buenos y el castigo que hay para los malos, enseñando á todos la verdad evangélica con tantos lugares de la Sagrada Escritura, tantas autoridades y exposiciones de los santos padres, y tan eficaces y vivas razones, que tenia pasmado el mundo y compungida y llorosa toda la ciudad. Y como era tan humilde y oia el universal aplauso que todos hacian á sus sermones, y que los hombres más doctos y cursados en las escuelas, con todo el pueblo la honraban; ella, bajando los ojos á la tierra, y toda mortificada, se volvia á su casa y se encerraba en su cueva, donde se disciplinaba tan cruelmente como si hubiera cometido las mayores culpas. No le iba bien al demonio con la predicacion de la inocente Rosa, pues perdia infinitas almas que ántes eran suyas, no solo por la fuerza de la verdad y palabras santas, sino por infinitos milagros con que cada dia las confirmaba el Altísimo, de que se pudiera hacer un grande volúmen; mas por abreviar, referiré uno solo por portentoso, aunque cualquiera lo era; pues daba vista á los ciegos, voz á los mudos, pies á los cojos, y hacia otros infinitos para confusion de los herejes y confirmacion de los católicos: no siendo menor el que sucedió infinitas veces; y era que como la Santa era tan niña, y acontecia muchas veces ponerse á predicar en las plazas sin prevencion de silla ó bufete, no alcanzando á verla el numerosísimo concurso de gente, lo remediaba el Altísimo levantándola en el aire sobre la piedra misma en que se hallaba, la cual permanecia así todo el tiempo que duraba el sermon, y en acabándole se volvia la piedra á su centro y la niña con ella á la tierra. Disputaba con los herejes imperiales y los confundia á todos, de lo cual, corridos y avergonzados, no pudiendo sufrir que una niña los venciese, la acusaron al presidente imperial por alborotadora del pueblo, hechicera y loca, y la llevaron á su presencia de la manera que fué llevado Cristo, bien nuestro, á la del presidente Poncio Pilato, arrastrada por los suelos, herida y maltratada, arrancando sus cabellos. ¡Qué impiedad con una niña de diez años! Y con la misma crueldad la pusieron en la cárcel, sin oir otra palabra de su inocente boca que: «Viva nuestra fe; mi Dios, socorred vuestros fieles y no permitais que prevariquen.» No pararon los herejes hasta que hicieron que el presidente sentenciase á muerte á la inocentísima Rosa, amenazándole (como los judíos á Pilato), por si no lo hacia, le acusarian al emperador Federico. Temió despues de dada la sentencia el presidente un alboroto en la ciudad, y así la mitigó con que saliese desterrada con sus

padres, pena de la vida de los tres, si no salian al instante. Con esto, los crueles herejes la llevaron, dándola muchas heridas y porrazos, fuera de la ciudad, donde la dejaron así herida y maltratada en compañía de sus padres, y cerraron las puertas. Era en el rigor de Diciembre, y caia tanta nieve y hielo, que no daban paso que no se sepultasen en ella; y finalmente, perdidos y desconsolados, los cogió la noche en la montaña, y así en la nieve y al frio la pasaron. Solo Rosa se consolaba, porque padecia por su esposo Jesus, si bien la afligia mucho el ver padecer por esta causa á sus padres. Al fin Dios, que no se olvida de los suyos y más cuando por su amor padecen, les guardó y abrigó aquella noche, y á la mañana, amaneciendo el dia claro y sereno, les señaló un camino hollado y bueno que iba á la ciudad de Sorano, distante nueve millas de Viterbo, donde llegaron á medio dia sin que se hubiese seguido el malvado intento del cruel presidente, que era que en el camino perdiese Rosa la vida. Convirtió con su predicacion toda aquella ciudad, y más confirmada la dejó en la fe cuando vieron que les profetizó la deseada muerte del tirano emperador Federico, y se siguió á los pocos dias: con que la iglesia fué poco á poco consiguiendo su paz y quietud, y el santo Pontífice, que vivia retirado en Francia, volvió pacíficamente á Italia. Redujo Rosa y convirtió con su predicacion al gremio de la santa Iglesia muchos pueblos circunvecinos y millares infinitos de almas. Pero donde más se aplicó su fervor fué donde habia más necesidad, que era en Vitorquiano, pueblo distante poco más de cuatro millas de Viterbo, donde obró el siguiente milagro. Habia en Vitorquiano una mujer diabólica, maga, herética, encantadora y hechicera, la cual debajo de esa especie de religion, con su arte mágica y engañosa tenia embaucado todo aquel pueblo, y apartado totalmente de la obediencia del Papa y de la fe católica, siguiendo la falsa y herética pertinacia de su Emperador. Vino Rosa, y viendo que con sus medios humanos y sus sermones no podia reducir á aquel pueblo engañado de aquella perversa mujer, acudió á los divinos, y así hecha oracion á su esposo Jesus, hizo muchos patentes milagros en confirmacion de lo que predicaba, y entre otros fué el dar vista á una mujer que era ciega desde su nacimiento, con solo tocarla los ojos con sus puros y delicados dedos. Hecho este milagro á vista de todo el pueblo y en pública plaza, y habiendo precedido otros muchos, no hubo persona que no confesase la fe de Jesucristo; todos obedecieron las órdenes pontificias, y por todas partes de la ciudad se veian señales evidentísimas de penitencia. Solo la maga, guiada por el demonio, quedó en su dura obstinacion, y procuraba apartar la gente de los buenos propósitos, y provocarlos con su sacrílega lengua contra la vírgen y pura Rosa. Disputó con ella la bendita Rosa diversas veces, y aunque siempre la convenció, avergonzó y confundió, jamás pudo reprimir su

temeridad, ni mover su obstinado corazon. Sentia Rosa entrañablemente la perdicion de aquella alma, y sabiendo que por ella solo daria su Esposo la vida, quiso exponer la suya, imitándole, por ganarla, viendo que otros medios no valian con ella. Rogó á los circunstantes, que eran muchos los que la oian disputar, que trajesen gran cantidad de leña en medio de la plaza, y que al son de las campanas convocasen á todo el pueblo para que supiesen qué ley habian de seguir, si la que ella predicaba ó la inventada de la hechicera mujer, porque para prueba de ello queria entrar en el fuego. Tocáronse las campanas, concurrió todo el pueblo sin faltar un alma, y habiendo hecho un monte de leña en medio de la plaza, tan grande, que tenia más de dos estados de alto, y cogia gran parte de la plaza, le pegaron fuego, cuyas voraces llamas subian á las nubes y hacian que la gente se apartase de miedo, por que su violencia no ofendiese. La sagrada vírgen Rosa, puestas las rodillas en tierra, alzó los ojos al cielo y dijo devota y humildemente estas palabras: «Señor mio Jesucristo, único refugio de mi alma, yo pobre é indigna criatura, por mi obligacion y por gloria vuestra, sin ciencia ni mérito, he hecho todo aquello que he sabido y os habeis dignado alumbrarme, para que este pueblo y esta obstinada mujer se convirtiesen á la fe de vuestra católica iglesia. Vos veis, Señor mio, la buena disposicion del pueblo y la perfidia de esta mujer; concededme tanto vigor y fuerza, que yo pueda con vuestro poder y virtud resistir al ardor de esta tremenda llama para confirmar al uno y convertir á la otra. Oid, dulcísimo Jesus mio, oid los devotos ruegos que de lo íntimo del corazon envia á vuestros pies esta vilísima sierva, y muévaos á piedad, para que todos conozcan que Vos sois el verdadero Dios, y el verdadero esposo de la Santa Iglesia. Acabadas estas razones, se levantó intrépida y animosa, y hecha la señal de la cruz, se arrojó á las llamas, y el fuego hizo tal salva al entrar, que la levantó en el aire, y la subió tanto, cuanto alcanzaban sus furiosas llamas. Gran confusion y desmayo causó esta accion á los que la miraban, pero no entendieron el misterio que se encerraba en aquella violencia, con que daba á entender el fuego que aquella criatura no era terrena, sino celestial, y así la queria llevar á su centro. Cayó pues de aquella violencia en pie sobre las ardientes llamas, donde la pura niña estuvo paseándose hácia todas partes, como si fuese entre flores, y así perseveró dentro de aquel volcan de fuego sin tener sobre su cuerpo más que silicio y túnica, descubierta la cabeza y los pies descalzos: y no fué tan poco el tiempo que gozó de este incendio, pues estuvo en él hasta que convertido en cenizas, perdió su forma ardiente, de donde salió la pura Rosa, viva y sana, sin daño alguno, ni mancha ni señal de fuego, tanto en el cuerpo cuanto en el hábito, causando maravilla increible á todo el pueblo, que postrado en tierra con

abundantísimas lágrimas, gritaba y repetia: Misericordia; y dando gracias á Dios, glorificaban su grandeza, por tan señalada gracia y tan gran milagro como habia obrado por medio y en persona de su esclarecida sierva Santa Rosa. La maga quedó con aquel milagroso espectáculo atónita, inmóvil y llena de horror, sin poder formar palabra alguna; hecha una estatua de hielo; pero la santa vírgen Rosa, llegándose á ella con humildad y caridad, la dijo: Amiga y hermana en el Señor, deja ya la incredulidad de tu corazon, y reconoce la fe de la santa madre Iglesia católica, que es la verdadera de Cristo; el cual como por su benignidad me ha librado de aquellas ardientes llamas, así tambien está pronto á recibirte en las entrañas de su misericordia. La mujer entónces, hincada de rodillas, con lágrimas en los ojos, confesó la verdad, y arrepentida de sus pecados, pidió perdon á Dios, dándole gracia á la Santa que habia sido causa de su conversion. Así esta pura y santa Rosa por su gran fe y caridad, acompañada con obras, fué patrocinada de Cristo su esposo, y guardada de sus santos ángeles, y tuvo gracia de hacer en Vitorquiano, entre otros infinitos milagros, cuatro tan señalados y portentosos: no fué ofendida de las llamas de tan terrible y horrorosa hoguera; dió vista á una ciega de nacimiento; convenció y redujo á penitencia y conocimiento de la fe católica á aquella pérfida y obstinada herética y maga, guiada y entregada ya á las manos del demonio; y convirtió juntamente todo un pueblo á la ley evangélica de Cristo, por cuya virtud obraba este milagroso prodigio de santidad tantas maravillas. Huyendo los infinitos aplausos populares, que á vista de tal portento se siguieron, y tan debidos, se salió la humildísima Rosa de Vitorquiano, y se fué á convertir otros muchos pueblos de la provincia, como lo hizo: al fin se volvió á su patria, y al encierro de su amada celda. El papa Inocencio III, habiendo vuelto de Francia á Italia, muerto Federico, oyó con mucha edificacion la maravillosa y célebre santidad de la beata vírgen Rosa, y los milagros estupendos que obraba, y el fruto que hacia y sacaba en sus sermones de los herejes por defensa de la fe católica, en virtud del divino poder, en sus pueriles años, pues aún no pasaba de los once; y despues de haber recibido de todo ciertísima informacion, para que la santa madre Iglesia, en la infelicidad de aquellos tiempos, pudiese en provecho de sus fieles gloriarse de un nuevo triunfo, el año de 1252 le concedió á la santa niña autoridad apostólica para poder predicar libremente, como lo hacia, el Evangelio de Cristo, y ordenó por bula especial al prior de Santo Domingo y al arcipreste de S. Sixto de Viterbo, que escribiese la vida y los milagros de esta sierva de Dios, y que formasen proceso de su santidad, siendo la Santa entónces de edad de doce años para poderla canonizar como se ejecutó. Este fué uno de los más singulares favores, entre tantos que la divina bondad de Dios concedió á esta su sierva, por medio de su

vicario; pues no se ha visto hasta hoy ejemplar de que viviendo aún la persona, se haga proceso de su vida y milagros para canonizarla; pero si Dios la habia declarado y canonizado por justa y santa con tantos prodigios como hemos oido, ¿qué mucho es que su vicario tambien procurase concurrir á la aprobacion de su santidad? Siendo de quince años permitió Dios para más gloria suya y honor de su sierva y querida Rosa, que su confesor y padre espiritual, como quien mejor que todos sabia su pureza y santidad, erigiese un oratorio, con título de Santa Rosa, donde se juntasen sus discípulas á oir su santa doctrina. En fin, despues de haber padecido Rosa por la fe de su amado Jesus tantas miserias, calamidades, tormentos, martirios, destierros, frios, hambres, sed y todas las demás aflicciones de este mundo, y despues que habia convertido tanta inmensidad de millares de almas á la fe de Cristo, exponiendo su vida al peligro en mil ocasiones, metiéndose en ardientes llamas, haciendo infinitos milagros, dando vista á ciegos, habla á mudos, oido á sordos, salud á mancos y cojos, habiendo sido un escudo inexpugnable de la fe, por su esposo Jesus, acreditando sus maravillas y dispensando sus favores, y despues de conocer que á la Iglesia católica la habia librado la omnipotente mano de Dios de la persecucion del tirano Federico, que estaba ya sosegada toda la Italia, la fe exaltada, consumida y aniquilada la herejía; trató de retirarse totalmente del mundo y comunicacion de las gentes. Encerrada en su cueva y voluntaria cárcel, se entregó totalmente á la contemplacion y meditacion de su muerte, que supo más de dos años ántes, y la predijo y anunció. Encerróse, pues, estos dos años á enseñarnos cómo hemos de prepararnos para morir, y no temer en aquella hora espantosa. En todo el tiempo que estuvo encerrada no tomaba alimento alguno, sino es de tres á tres dias, y á veces se le pasaban semanas enteras sin comer ni beber, olvidándose totalmente de su delicado cuerpo: los meses enteros se le pasaban sin dormir; y si alguna vez rendida, tomaba algun leve rato de descanso, era sobre una dura tabla sin cabecera. En todo este tiempo como ni el demás de su vida, tuvo sobre sus carnes más que la túnica que las cubria, y un silicio riguroso que las traspasaba: tomaba contínuas disciplinas con una cadena de acero, cuyos remates eran fieras y agudas puntas, que llegando sin reparo hasta los huesos, ponian á esta criatura formidable, arrojando arroyos de sangre; de que son fieles testigos el suelo, paredes, puertas, techo y todo cuanto contenia su corta habitacion. Este fué el sello y corona de virtudes tan altas y gracias tan señaladas, oyéndosele repetir estas palabras: «Ya, Señor, que me habeis concedido que se llegue el plazo en que vea el premio de mis trabajos; dadme tambien fuerzas para que pueda agradecer tantos favores, como de vuestra liberal mano tengo recibidos: queriendo decir que agradecia á Dios los favores con las ásperas penitencias que hacia, para que

pedia fuerzas, enseñándonos cómo hemos de retornar los agradecimientos á los divinos favores. Procuraba la bendita Rosa con los crueles martirios y ásperas penitencias que en sí hacia, pagar por los delitos de los pecadores; y como conocia se acercaba el tiempo en que los dejaba, y se apartaba para siempre de ellos, para volar á las mansiones celestiales por el amor tan grande que los tenia, se mostró tan penitente en el corto curso de su vida, que sobrepujó á lo que otros muchos santos obraron en término muy dilatado. Cumplianse los dos años del encierro y últimas penitencias de Rosa; y viéndola debilitada y casi falta de espíritu, creyeron la madre y demás doncellas y mujeres piadosas que la asistian, que ya eran los últimos alientos de su vida, y viéndolas la Santa llorar y afligirse, dijo: Cese el llanto, que si es, como creo, porque me muero, todavía no es tiempo; y tomando una piedra en la mano, hincada de rodillas, prosiguió diciendo: «Yo soy la que tengo que llorar; salgan pues de mis ojos arroyos de lágrimas en tanta abundancia, que basten á mereceros, Señor, el perdon de las ofensas que os han hecho.» Y estándose rompiendo el pecho con cruelísimos golpes, y derramando mucha sangre, cayó en tierra desmayada; y despues de gran rato, que volvió en sí, se vió un fuego tan vivo en su celda, que causó grande admiracion á todos los circunstantes; y Rosa, vuelta á hincarse de rodillas, prosiguió: «Seais, Señor, Dios y Jesus mio, alabado en los cielos y en todo el mundo; y yo, indigna sierva vuestra, os repito las alabanzas que mi ruda lengua sabe proferir; ¿pero qué gracias habrá que basten? Mi corazon teneis vos, mi Dios; en él leereis lo que yo no sé decir, obra vuestra es; pues bien, me conozco indigna de tal grandeza. ¿Vos por mí? ¿No bastaba vuestra voluntad? No, Señor, quiero ser obediente, hágase vuestra voluntad y yo la obedezca. Pidió con presteza los santos sacramentos de la Iglesia, y habiéndolos recibido con mucha devocion y atencion, tomando en las manos el santo Cristo, que siempre habia traido consigo, dijo: «Ea, Salvador mio, ya estoy pronta á vuestros mandatos; ya me hallais dispuesta á vuestras órdenes, y no por eso rehuso, Señor, vivir si conviene á vuestro servicio; no me hagais cargo, mi Jesus, de que dejo tan presto las miserables tribulaciones y penalidades de este mundo; que si es gloria vuestra que yo padezca, vengan miserias y calamidades, que serán regalos para mí, y en esto, mi Jesus, nada haré; pues Vos siendo justo y manso cordero me enseñasteis y disteis escuela despues de tantos tormentos con el que últimamente padecisteis en la cruz, dando la vida á manos de la crueldad de los hebreos, ó por mejor decir, á manos de la ingratitud nuestra. Pero si os dignais, mi Dios, de dar fin á mi vida, para que vaya á gozar vuestros favores eternamente; ¿á qué aguardais? Pronta estoy, alma mia; sal, no temas, diez y ocho años has servido al justo Dios; ¿de qué te retiras? ¿de

qué has cobrado horror? Para ahora es el brio: Dios te llama; su favor te ayuda; la Virgen sacratísima te patrocina; los santos te saludan; las vírgenes te esperan; sal, acaba.» Con esto y hacer tiernas exhortaciones á sus padres y á los circunstantes, obligando á todos á exhalarse en lágrimas, pidiéndoles dijesen con ella: *Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar, y la Virgen María purísima, S. Juan Bautista y todos los demás santos y santas de la corte del cielo para siempre jamás*; se recostó sobre su tabla, abrazada con el santo Cristo, poniendo su cara sobre la de Jesus, y se durmió en el Señor, sin más movimiento ni señal alguna. Entregó el alma dichosa entre los brazos del crucifijo y en mano de los ángeles; pues al instante mismo se vió una paloma, con tal resplandor, que quitaba la vista á los circunstantes; y de esta suerte la presentaron con fragancia increible á los pies de Jesucristo, para que adornada de su inmensa gloria, viviese eternamente entre las demás santas y puras vírgenes del celestial coro. Murió el año 1258, á 6 de Marzo, de edad de diez y siete años y diez meses. Quedó su cuerpo muerto tan bello y hermoso como si durmiese: su rostro tan encarnado y luciente, que demostraba ser rosa hermosa, tanto más que espiraba y daba un olor suavísimo. Toda la ciudad se alborotó, movidos del celestial impulso de un gran resplandor, que se vió sobre la casa de Rosa, y de oir las campanas todas de la ciudad que milagrosamente se tocaron, haciendo salva á la Santa cuando iba por los aires á gozar de la gloria. Fué enterrada luego por evitar tumultos, y que no la maltratasen por llevar sus reliquias. A los treinta meses se apareció gloriosa visiblemente al papa Alejandro IV, que á la sazon se hallaba en Viterbo, el cual la declaró y adoró por santa, y trasladó su cuerpo de la iglesia de Sta. María del Poyo, donde había sido sepultada, á la de Santa María de las Rosas, donde permanece hasta hoy entero, sano, incorrupto, hermoso, y tan palpable y tratable como si durmiera; de suerte que las religiosas suyas (que por ella se llaman hoy de Santa Rosa, visten el hábito de S. Francisco, y guardan la regla seráfica de Sta. Clara) la visten y desnudan contínuamente para mudarle ropa, como si fuera cuerpo vivo. Los milagros que Dios ha obrado y obra por ella cada dia son infinitos, tanto que para escribirlos era menester hacer un nuevo y grande libro. Quien gustare leer muchos y portentosos, lea el tratado de ellos con la traslacion de la Santa, que escribió D. Alonso de Guzman al fin de la vida de Rosa, y saciará su devocion. Celebra la fiesta de santa Rosa de Viterbo nuestra Madre la Iglesia á 4 de Setiembre, que fué el dia de su traslacion. Escribieron su vida Bartolomé de Pila, Mariano Franciscano, Bartolomé de Lisboa, y Wadingo en las crónicas de S. Francisco, Pedro Corretin de Viterbo, D. Alonso Guzman, el Martirologio Romano, Baronio en sus Anotaciones, y otros. Y porque toda esta vida es un vivo ejem-

plar de la vida de Cristo, no hago ni saco de ella más ejemplo, que ponerla á la vista.» Despues de lo expresado, creemos que el piadoso lector nos agradecerá no haberle privado de una línea de tan recomendable escrito, que de modo alguno hubiéramos podido mejorar. — A. C.

ROSA (Santa), mártir sulcitana. Fué esta Santa natural de la ciudad de Sulcis, y uno de los primeros y principales frutos que produjo la diligencia y el exquisito celo y cuidado de Meliton con su apostólica y eficacísima predicacion. Esta bienaventurada fué casada y tuvo dos hijos de su matrimonio, uno de ellos se llamó Antiogo y el otro Plátano, cuya educacion y crianza les hizo herederos de su santidad y sobresalientes virtudes. Está atestiguado y confirmado por antiquísima tradicion, derivada de padres á hijos, que estos dos hermanos fueron hijos suyos, como lo acreditan igualmente los antiguos retablos, historias mudas, á los que las más de las veces, y con justicia suele darse un verdadero crédito; así es que existen bastantes en los que se halla pintada Santa Rosa con los dos hijos, teniendo uno en un brazo junto al pecho, y al otro llevándole de la mano. Los separó del amor de su santa madre la porfiada, larga y cruel persecucion de Trajano, mandándola prender su presidente, y despues de haber acrisolado sus cristianas virtudes y firmeza por la fe católica con atroces tormentos, la mandó quitar la vida, aumentando el grande catálogo de los héroes y mártires de Jesucristo. Los cristianos la edificaron un templo en el mismo sitio donde padeció el martirio, y fué sacrificada en honra del catolicismo, y donde fué sepultada. La celebran fiesta en todo el reino, bajo el título de santa Rosa, madre de San Antíogo; y en la villa de Celarjos antiguamente habia una iglesia dedicada á esta Santa, de la que solo existen los cimientos. En la villa de Barumini hay otra antigua iglesia, que el trascurso del tiempo ha hecho perder la memoria de su dedicacion á esta ilustre y santa mártir, celebrándose en ella en la actualidad la festividad de la Virgen del Rosario; pero muchos conservan su memoria, y áun hoy dia la llaman y conocen con el nombre de santa Rosa, mártir del reino de Cerdeña, y en el término de la villa de San Víctor, inmediato á las ruinas de otra antigua poblacion llamada Orri, y en un monte próximo, habia otro templo con la advocacion de esta Santa, el cual está completamente destruido y puede decirse que ha desaparecido, y en el cual existia uno de los retablos de que viene hecha mencion. — A. L.

ROSA María Mateu (Sor), religiosa agustina. Esta virtuosísima sierva del Señor fué natural de Játiva é hija de Miguel Mateu y de Vicenta Navarro. Desde los primeros años de su infancia se echó de ver lo que con el tiempo sería, pues era notable su quietud y juicio, impropio del carácter bullicioso de los niños, su inclinacion al rezo y asistencia á la iglesia, su obe-

diencia y respeto á sus padres, y su modestia y amabilidad. Grande é inalterable fué su vocacion de dedicarse al servicio del Señor en el retiro del claustro; y prestándose gustosos sus padres á sus deseos, tomó el hábito de la tercera órden de S. Agustin en el convento de Játiva, y á su tiempo hizo la profesion en manos del P. Mtro. Fr. Nicolás Valls, prior del convento, llegando al colmo de su ambicion y de sus deseos en aquel dia tan dichoso para Sor Rosa como lo fué el 21 de Noviembre de 1666. Tuvo en la religion un hermano llamado el P. Fr. José Mateu. En el monasterio enriqueció Rosa su alma de grandes y admirables virtudes, siendo muy continua y fervorosa en la oracion, siendo tan sensible su corazon en favor de sus prójimos, que padecia extraordinariamente cuando sabia el estado de algunos desvalidos y menesterosos, por cuya razon fué muy peregrina y muy señalada en la virtud de la caridad. Era tan amante de la soledad y el retiro, que su vida únicamente podia compararse á la del más rígido anacoreta. Su modestia de niña se aumentó en sumo grado cuando adulta, continuamente velaban sus párpados sus humildes miradas siempre dirigidas al suelo; siempre con los ojos bajos. Fué admirable en la penitencia y mortificaciones, ayunaba casi cotidianamente y trataba ásperamente su cuerpo con azotes y silicios. Su frecuencia en los sacramentos era de todos los dias. Sobre todas las cosas tenia una extremada devocion con la Santísima Trinidad; y cuando cantaban en el coro el símbolo de S. Atanasio: *Quicumque vult salvus esse*, sentia en su alma un especialísimo gozo y grande placer y contentamiento, por cuya razon nunca dejaba de acudir, por ocupaciones precisas que tuviera, todos los domingos por la mañana á la iglesia del convento de S. Agustin á oirle cantar en prima, y en particular le hacian la mayor impresion aquellas palabras: *Qualis Pater, talis Filius, talis Spiritus Sanctus*, las que acostumbraba repetir muchas veces con singular consuelo y ternura de su corazon. Con la práctica y los ejercicios de estas admirables virtudes se fué disponiendo para la hora de su muerte, que la encontró tranquila y placentera despues de haber recibido con mucha ternura y la mayor devocion los santos sacramentos. Su dichoso tránsito se verificó en el dia 13 de Mayo del año 1678. — A. L.

ROSA Tamarona (Sor). Fué natural de la villa de Perpiñan y aficionada desde jóven al servicio de Dios. Creyó con razon que la manera más adecuada de dedicarse á este era abrazar el estado religioso, lo cual hizo, no sin que sus padres lo rehusáran algun tanto, en el monasterio de Santa Clara de su mismo pueblo. Era un monasterio franciscano de grande observancia, y en el cual habia número suficiente de religiosas; pero todas perfectas, todas excelentes y animadas del más vivo deseo de ser cada dia mejores; deseo que tambien se apoderó de nuestra jóven, la cual ya aunque

habia estado más obligada de lo que parecia á las cosas del mundo, por la expresa voluntad de sus padres; iba al convento habiéndose negado completamente á sí misma y échose toda de Dios, para procurar su servicio santísimo. Con tales disposiciones y previo el ejercicio de todas las virtudes que conviene á una religiosa, y que ella practicó en el siglo todo lo excelentemente que pudo; su noviciado no fué para ella sino el cumplimiento de una ritualidad necesaria, indispensable y sin la cual no era posible admitirla á la profesion; pero si no hubiera sido por esta tan atendible circunstancia, á buen seguro que hubiera podido perfectamente pasar á ser profesa casi desde el dia que entró en el convento, ó para decir mejor, desde muy pocos dias despues en que ya estuviera enterada de ciertas mecánicas y cosas que son de aprender no solo en una comunidad, pero áun en una casa particular donde se ven por primera vez. Mas dejémosla cumplir con perfeccion sus deberes de novicia llenando de satisfaccion á sus maestras, y logrando sus más vivas simpatías; y luego de profesa la veremos enteramente embebida en el amor divino, sin más aspiraciones que la de honrar á su Dios, ni otro deseo que el de servir y amar con un amor tiernísimo, con una confianza ilimitada, á aquel de quien proceden todos los dones y cuya ardentísima caridad no puede ménos de expresarse por la suma dignacion que con nosotros miserables tiene siempre su adorable grandeza. La salud de Rosa habia sido muy robusta, tanto en el siglo como en el año de noviciado; mas apénas hizo su profesion solemne, cuando sin motivo alguno ni el menor fundamento, esta salud se quebrantó; mas se quebrantó de tal modo, que no tuvo despues ni un dia en que la disfrutára completamente, teniendo por muy largas temporadas que guardar cama y sufriendo muchísimo más de lo que á todos parecia, y eso que se la veia sufrir de una manera horrible segun el cuerpo, pero admirable segun el espíritu, pues ni una sola queja, ni una impaciencia, ni un momento de mal humor se notó en ella, y eso que, como llevamos dicho, sus sufrimientos eran atrocísimos; tan atroces que solo ellos habrian acabado con cualquier otra. Mas ella al momento en que el mal hacia una pequeña tregua, se reanimaba, se veia á su espíritu adquirir nueva vida, y entónces concurria al coro con toda la comunidad, dando muy buen ejemplo á todas, pues que colocada en su asiento nadie dijera que padecia, pues estaba no solo como cualquiera otra, sino todavía más recogida y más en espíritu que la generalidad. Tambien se ocupaba siempre que podia en las cosas del servicio de la comunidad, y la producia un verdadero sentimiento cuando en atencion á sus males, ó por cualquier otro motivo, veia que sus superiores la encomendaban cargos ménos pesados, obras más fáciles, pues ella habria querido llevar, como si dijéramos, todo el peso del servicio de sus hermanas, especial-

mente en las cosas humildes, porque de todas se consideraba como sierva, y ninguna hubiera ella consentido que la sirviese en lo más mínimo, si la imprescindible necesidad no la hubiese obligado. Era enemiga declarada del locutorio, pues decia que para perder el tiempo en conversaciones que, cuando mejores son, no acercan á Dios ni un punto, vale más estar recogidas en su celda procurando los intereses del Esposo y el propio provecho; razon por la cual solo en aquellas ocasiones en que tal vez el interés de la comunidad, ó por lo ménos la expresa voluntad de la superiora, la obligaban á ir allá, pues ella de su *motu propio* ni una vez siquiera lo solicitó, despidiendo siempre que lo podia hacer sin faltar á sus superioras áun á sus más allegados parientes, á los cuales mandaba á decir cuando iban á visitarla que se hallaba bien, porque se hallaba como Dios queria, y que mucho mejor empleo se hacia del tiempo dedicándolo á orar por ellos, que no disipándolo en conversaciones que, aunque se emprendian alguna vez, ó casi siempre, con la invocacion de Dios y al parecer para su gloria, poquísimas son las ocasiones en que se concluyen sin que esta misma gloria de Dios salga, como si dijéramos, algun tanto perjudicada. Esta conducta suya tan ejemplar y tan conforme á lo que debe de ser una sierva de Cristo, en nada satisfacia á sus parientes, que la hubieran querido disipada como lo son otras, pero á ella la importaba bien poco, pues lo único que deseaba era el servicio de Dios, y asegurando éste, las demás cosas las consideraba como accesorias é insignificantes, toda vez que léjos de conducir á Dios apartaban de su augusta majestad. En órden á penitencias corporales, hubiera sido excesiva la que habria hecho esta esclarecida religiosa, si la obediencia no la hubiese precisado á tenerse á raya: porque su espíritu era muy penitente; pero en lo que podia, y sobre todo en las cosas interiores, puede asegurarse que contínua y constantemente estaba mortificada. En órden al sentido del gusto para los alimentos y viandas, además de lo ingrato que muchas veces la era su paladar por efecto de sus enfermedades, ella se le hacia mucho más por su especial cuidado en desazonar todo lo que habia de comer, pues que unas veces lo ponia más sal para que estuviera ingrato al paladar, otras lo dejaba sin ninguna, otras lo ponia como condimento ceniza y alguna vez tambien yerbas amargas, en lo cual se veia precisada á moderarse, no por otra razon, sino porque convenian unánimemente los facultativos en que esto era nocivo á su salud. En el ejercicio de la oracion era una especialidad. Por supuesto que ella tenia muy contínua presencia de Dios, y estaba siempre en su soberano acatamiento obrando en todo y por todo segun sus designios, ofreciéndose contínua y constantemente á su servicio, doliéndose de sus imperfecciones, repitiendo sus votos, haciendo en fin cuanto convenia para el servicio de su Esposo celestial; pero todo

esto era poco, pues que su espíritu necesitaba otro aliento más adecuado; para esto tenia el ejercicio de la santa contemplacion, el cual la llevaba horas y horas; pero la traia continuos favores del cielo, la traia éxtasis, arrobamientos y demás delicias; no sin hacérselas merecer con sequedades, afliccion del espíritu y otros sufrimientos los más vivos y sensibles, pero que ella daba por bien empleados para gloria del Señor. Algunas veces hubo de sufrir tambien algo por parte de sus hermanas las religiosas; pues algunas de ménos espíritu que ella, al verla pasar horas enteras puesta en cruz, la murmuraban, y otras se apiadaban con falsa piedad, llegando alguna vez hasta venir la superiora y por obediencia mandarla cesar en su piadoso ejercicio, lo cual nuestra buena religiosa hacia de buen grado, convencida, como lo estaba, de que esta obediencia la servia de mayor provecho aún que su oracion; y no siendo nunca este motivo de retraerla, ántes por el contrario lo fué de hacerla cada dia más aficionada á tan santo como provechoso ejercicio. Aun cuando, como llevamos dicho, el Señor la acrisolaba por repetidas enfermedades, quiso Su Majestad que sufriese una que la fué sumamente penosa, mucho más por el sitio donde padeció la afeccion. Se la manifestó primero un pequeño bulto y despues una grande hinchazon en un pecho, durándola más de cinco años con sufrimientos indecibles, con un sin número de aberturas, que supuraban materias y podre, siendo un tormento para ella el más atroz el haber de dejarse curar de los cirujanos y demás, y servir de sus hermanas, á quienes siempre anhelaba servir; pero en todas estas penalidades tuvo tanta paciencia, tanta resignacion, tanta conformidad á los designios de Dios, tanta humildad, y en fin tantas virtudes, que todas se prendaban de ella y se admiraban de su fortaleza y de su amor á Dios. Purificada con tantos dolores, el Señor la reveló el momento de su muerte; se preparó con la recepcion de todos los santos sacramentos; se despidió de todas sus hermanas con el mayor contento, se puso en oracion respondiendo á las de la Iglesia, que suplicó la repitieran continuamente, y de esta suerte entregó á Dios su espíritu el dia 3 de Setiembre de 1614, quedando su cadáver cual si durmiera y eterna la memoria y veneracion de sus grandes y acreditadas virtudes. — G. R.

ROSA (Fr. Alfonso), franciscano español del siglo XVIII. Habia nacido á mediados del anterior, y manifestado desde luego las mejores cualidades para el estado religioso, á que se consagró siendo muy jóven todavía. Siguió sus estudios con notable aprovechamiento, y sus superiores le destinaron á diferentes ejercicios propios de su clase, en particular al púlpito, para el que tenia muy buena disposicion. Su carácter amable y bondadoso, su vasta instruccion, su natural elocuencia y su celo por la salvacion de las almas, le valieron numerosos triunfos, que hicieron de su carrera una de las más bri-

llantes de su siglo. Elegido en ocasiones de empeño para dirigir su palabra á las personas más distinguidas de la provincia de Cartagena ó Murcia, pues con ambos nombres son conocidas en lo eclesiástico, lo hizo siempre con el mejor éxito, aumentando la reputacion que como eminente teólogo se habia adquirido, y quizá consiguió una popularidad á que no se daba entónces este nombre, pero que por lo mismo era mucho más real y efectiva. Tambien desempeñó otros cargos como el de lector de teología en su provincia, habiendo obtenido en esta facultad el grado de doctor en recompensa de sus estudios y de los méritos que habia contraido en la enseñanza. Fué en esta uno de los profesores más apreciados en su tiempo, asistiendo á su cátedra no solo los religiosos de su Orden, sino tambien otros eclesiásticos que tuvieron así ocasion de admirar sus conocimientos en una de las ciencias más difíciles que ha profundizado jamas el saber humano. En sus lecciones no olvidaba nunca la piedad, convencido de que un buen eclesiástico, aunque necesita la ciencia para brillar y distinguirse, no alcanzará jamás ningun resultado sólido ni duradero, si no se consagra al mismo tiempo al ejercicio de todas las virtudes, en cuya práctica debe distinguirse principalmente. El P. Rosa, además de estos cargos que era el principio de la carrera en su instituto de la observancia regular seráfica, no tardó en ser agraciado con otros diferentes, como el de guardian de varios conventos, y custodio, por último, de su provincia, que era uno de los más elevados á que podia aspirar religioso alguno. Desempeñóle con celo y acierto, y fué durante un largo período el oráculo de su provincia y religion, cuyas esperanzas quedaron satisfechas con los buenos resultados que obtuvo en el gobierno de súbdito tan ilustrado como piadoso. Terminado el tiempo de su empeño, y siendo ya de una edad muy avanzada, se consagró exclusivamente á sus ejercicios de piedad y devocion, preparándose como buen cristiano para la hora de la muerte. De sus obras no se conoce más que una *Oracion fúnebre en las exequias del delfin de Francia*, que habia pronunciado en la iglesia de Murcia, y se imprimió en la misma ciudad, por Jaime Mesnier, 1712, en 4.° — S. B.

ROSA (Fr. Antonio). Nació en Brescia de una familia muy distinguida, tanto por su virtud, como por su buena posicion y antecedentes; así es que nuestro jóven fué desde luego educado con el mayor esmero, fijándose la atencion de sus padres en que en nada desmereciera á sus mayores. Para cooperar á tan noble deseo, ayudaba muy mucho la excelente índole del jóven, que ni áun en sus más tiernos años hizo ninguna accion ménos digna, ni siquiera esas travesuras acerca de las cuales la edad y otras circunstancias de irreflexion excusan plenamente. Por supuesto que nunca pensó en abrazar ninguna de las diferentes carreras con que le brindaban sus parientes, y en todas las cuales habria logrado una posicion muy

brillante; él siempre pensó dedicarse al estado eclesiástico, áun cuando en un principio no manifestó si queria pertenecer al clero secular ó al regular, y se preparó para uno y otro por el estudio de materias que tan á propósito parecian y eran para ser un buen sacerdote que un buen religioso. Estudió, pues, filosofía, y luego sagrada teología, imponiéndose en la parte dogmática de tal manera, que vino á ser como tal teólogo uno de los sujetos que más valian en su época. Con este caudal de ciencia hubiera indudablemente podido ocupar algun puesto elevado en la carrera, ó cuando más no hubiera sido, desempeñar alguna cátedra, para lo que le brindaron con instancias; pero no quiso de modo alguno abrazar ni uno ni otro extremo; se presentó á los Dominicos, pidió el santo hábito, y les dijo que de allí no se movia hasta haber logrado el que se le dieran. No hubo que vencer ni dificultades ni resistencias por parte de la comunidad; todo lo contrario, se alegraron muchísimo con tal adquisicion; le pusieron desde luego en prueba, y habiéndole encontrado á propósito para el ejercicio de los importantes ministerios encomendados al cuidado de la religion de Predicadores, le permitieron emitir su profesion solemne con júbilo de su parte y de la de los religiosos con fundada esperanza de que les seria útil, por cuanto le animaba el buen deseo de trabajar en la viña del Señor. Volvió á estudios despues de profesar, segun la loable costumbre de su religion, y á todos pareció muy á propósito para el magisterio; sin embargo, el motivo no podemos explicarle, pero es lo cierto, que aunque tan á propósito no llegaron á ponerle al frente de ninguna cátedra; lo que sí hicieron fué nombrarle inquisidor general de la Lombardía y Génova, cuyos cargos desempeñó no solo con exactitud, sino con sumo acierto. Es verdad que á su grande inteligencia agregaba un constante estudio, y á ambas cosas un carácter angelical, segun el cual podia avenir á muchos para evitarles disgustos; atraer á los que estaban extraviados, y prestar al fin á todos servicios eminentes, que no hubiese podido prestar ningun otro sugeto, por más que le supongamos animado de los mejores deseos. Además habia en él otra circunstancia que le abona en gran manera para el desempeño de un tan importante cargo, y era la completa abnegacion y su siempre constante anhelo de no ser ni aparecer más que como simple religioso, sin que las dignidades que tenia, ni los honores que se le confirieron, le sirviesen nunca más que para unirle más y más á su Dios, mediante la sincera confesion de que todo se lo debia al Señor. A pesar de su importante cargo y de las muchas otras ocupaciones que le rodeaban, nuestro Padre cumplia con el importante ministerio de la predicacion con grande acierto y provecho, siendo el fruto de sus apostólicas tareas la conversion de muchos, y la utilidad de su trabajo no solo para los que vivian en su época, que fué por los años 1474 y siguientes, sino para

las generaciones futuras, pues quedó consignada su habilidad para la predicacion en la preciosa coleccion de *Sermones cuadragesimales* que publicó, y que tanto entónces como ahora y siempre se miraron y se consideran no solo como obra acabada, sino de grande mérito. Nos lamentamos mucho de que no sean más minuciosos los detalles que tenemos acerca de la vida y demás circunstancias de nuestro buen P. Fr. Antonio Rosa; pero no hemos podido hallar más, y hemos de contentarnos con consignar lo que sabemos, que es suficiente para acreditarle.—G. R.

ROSA (Fr. Diego de Santa), franciscáno español de la provincia de San Pablo de descalzos de la Observancia. Ignórase la época en que floreció este ilustre religioso, y áun el lugar de su nacimiento. Supónesele español, pues pertenecia á los Dominicos españoles; pero quizá fuese natural de Filipinas, pues en aquella provincia fué donde principalmente brilló, en la que llevó á cabo sus gloriosas hazañas en honra y fe de la religion de Jesucristo. Ilustre misionero, atravesó los mares, recorrió distantes y lejanos paises por sembrar la semilla del Evangelio, y leal obrero procuró recoger la cosecha y presentar sus frutos al Señor que le habia enviado á trabajar en la viña de bendicion. ¡Cuán grandes y gloriosas fueron sus empresas! ¡Cuán grandes y gloriosos los resultados que en ellas obtuvo, los frutos que de ellas sacó, las ventajas que obtuvo para la Iglesia católica! No contento con haber trabajado en Filipinas por largo espacio de tiempo, pasó á la China, á ese pais que tanta sangre y sudores ha costado á nuestros misioneros, y que á pesar de sus esfuerzos produce mártires todavia y promete ser por largo tiempo el campo de lucha y de combate para nuestros principales religiosos. Ignórase el tiempo de su permanencia en la China y los resultados de su mision, pero la historia de su época nos dice demasiado que debió correr grandes peligros, arrostrar toda clase de obstáculos y vencer muchas dificultades, pues todos los que en su siglo se atrevieron á emprender tan difícil tarea lo hicieron con los mismos resultados, y teniendo siempre que sostener gloriosos combates en que la misma derrota era una corona que les elevaba para siempre al grado de héroes del catolicismo. A su regreso de esta mision fué Fr. Diego nombrado comisario de la provincia de Filipinas, donde debió continuar ejerciendo al mismo tiempo su cargo de predicador apostólico. Tal vez falleció en alguno de los viajes que con este motivo hizo á Europa, si es que sus restos no descansan en aquellas remotas regiones, donde su religion brilla todavía con todo su esplendor, y obtiene cada dia nuevos triunfos y nuevas glorias. Escribió un libro intitulado: *De fructibus nostrorum misionariorum Sinensium nonnullus tractatus*; manuscrito que se conserva en aquella provincia.—S. B.

ROSA (Sor Isabel de la), dominica portuguesa, célebre por la santidad

de su vida, en que se distinguió tanto por sus virtudes, que mereció se la creyese en la hora de la muerte, cuando aseguraba hallarse á su lado S. Antonino, arzobispo de Florencia, que habia sido religioso dominico. Refieren de ella que rezaba todos los dias el oficio á este santo en la misma forma que le reza la Orden en los dias de su festividad.—S. B.

ROSA (Fr. Justo de la), religioso de la tercera Orden de S. Francisco, natural de Florencia. Floreció en el siglo XIV, y fué discípulo del Bto. Tomasino de Nucerini, de quien aprendió las virtudes que elevan al último grado de la perfeccion cristiana. Como su maestro, se distinguió Justo por sus grandes penitencias, su amor á la oracion y demás ejercicios piadosos. Acompañábale en todos sus actos, y tomaba una parte tan activa en ellos, que puede decirse que su historia es la misma, y forma uno de los episodios más gloriosos de la Iglesia en aquel siglo. Pero por no avanzar noticias que no corresponden á este lugar, nos contentaremos con referir solo lo relativo al individuo que nos ocupa. Justo desde sus primeros años dió prueba de lo que estaba llamado á ser. Constante en todas las prácticas de devocion, huyó siempre de los pasatiempos pueriles, y áun de las diversiones un tanto borrascosas que distinguian á la juventud de aquellos siglos. Todo su recreo era asistir á las iglesias, vivir con los religiosos, seguir sus costumbres, y hacerse en fin un todo para todos. Así fué como conoció al beato Nucerini. Unido desde entónces con él con los vínculos de la más estrecha amistad, sus vidas corrieron la misma suerte, fueron iguales sus costumbres, sus penitencias, sus conversaciones y demás ejercicios. Cuando murió Nucerini en 1397, Justo solo procuró seguir sus huellas, adelantando cada vez más en el camino de la perfeccion. Los recuerdos que en su alma habia dejado aquel siervo de Dios, no se borraron nunca de su corazon, y solo procuró conservarse digno de su santo compañero, por cuyo recuerdo era hasta cierto punto venerado. Amante del retiro y de la soledad, consagró los años que le quedaron de vida á escribir la historia de su compañero y maestro, lo que nadie podia hacer mejor que él, por haber sido testigo de todos sus actos, y áun ayudádole en algunos de ellos. La obra fué de consiguiente lo más completa posible y obtuvo grande exito, aunque no se publicó por entónces, sino muchos años despues, perteneciendo á los libros incunables, por lo que ha llegado á hacerse en extremo rara. Sin embargo, se encuentra en las principales colecciones agiológicas, y de estas la han tomado todas las crónicas de la religion Seráfica. Despues de terminar esta tarea, creyó Justo deber prepararse para su última hora, previendo que solo habia sobrevivido á su maestro para legar á la posteridad la memoria de sus virtudes. No tardó, en efecto, en seguirlo al sepulcro, muriendo tan santamente como habia vivido y dejando notable opi-

nion. La *Vida del Bto. Tomasino Nucerini* se publicó despues en Vicenza por Enrique de San Urso en 1500.—S. B.

ROSA (Fr. Martin de la), religioso franciscano, natural de Dalmacia. Nacido en uno de los países del Norte, donde la religion católica llegó á penetrar solo á fuerza de constancia y decision, Fr. Martin sentia arder en su alma la fe con ese celo de que solo es capaz quien comienza una nueva carrera, quien cobija en su alma una idea que acaba de nacer, á que se ha adherido para no separarse de ella jamás. Así es que desde los primeros momentos en que tomó el hábito de la Religion Seráfica, se distinguió por su fervor, su eficacia y celo en desempeñar los más difíciles y rudos ejercicios. No habia práctica religiosa, por dura y penosa que fuera, que no estuviese dispuesto á desempeñar, ni tarea árdua y peligrosa en que no se ocupára con el mayor celo, con los mejores deseos. Así es que su vida era un verdadero modelo de penitencias y mortificacion, de vigilias y abstinencias. Sus hábitos, como novicio, fueron en aumento cuando profesó, y año tras año se le veia prosperar en el camino de la virtud. Al mismo tiempo se consagraba á los estudios, que siguió con los mejores resultados, haciendo grandes y rápidos progresos, que le valieron ser nombrado lector de sagrada teología de la provincia de Ragusa, de la Observancia regular. Nadie más á propósito para enseñar á sus compatriotas que un compatricio suyo, que conocia perfectamente su carácter, sus gustos, sus costumbres, su grado de capacidad, lo que les convenia ó no aprender. Así su Orden hizo una excelente eleccion en este religioso, que supo corresponder á sus esperanzas de una manera satisfactoria. Tambien se consagró al ejercicio de la predicacion y demás propios de su profesion, hasta que nombrado definidor de su provincia hubo de abandonar todas estas ocupaciones para consagrarse á otras más elevadas, y en que podia prestar servicios más importantes; al mismo tiempo se habia consagrado á la composicion de diferentes obras poéticas, pues sintiendo arder en su alma el santo fuego de la inspiracion, que le tenia en esa contínua agitacion é inquietud, propia de todos los genios privilegiados, no pudo ménos de obedecer á sus llamamientos y dejar consignadas en otras tantas páginas sus nobles y elevadas ideas, los rasgos de su ingenio, las especies que le dictaba su imaginacion. Entre las obras de este género que compuso, las principales son las siguientes: *Breve compendium totius nationis linguæ Illyricæ, in quo breviter origo ipsius nationis ostenditur, extensio ejus copiosa, reges, fidei catholicæ totius Dalmatiæ, Bosniæ, Serviæ, atque Russiæ quas habuit. In fine vero sub umbra aquilæ magnarum alarum reipublicæ Ragussinæ feliciter quodammodo moratur;* Madrid, Francisco Martinez, 1630, en 4.° mayor.—S. B.

ROSA (Fr. Miguel de Santa), franciscano portugués. Despues de haber

tomado el hábito en su patria, marchó á las islas Azores, afiliándose en la provincia de S. Juan Bautista de la Observancia, donde por su grande erudicion obtuvo sucesivamente diferentes cargos, que desempeñó de una manera satisfactoria, haciéndose acreedor no solo al efecto de sus compañeros, sino tambien de sus superiores, que no tardaron en llamarle á su lado, para que los ayudase en sus difíciles y delicadas tareas. Ejerció en un principio el cargo de lector, que era muy necesario en un país donde por su poca civilizacion hacian falta maestros dotados de ciencia y virtud, que encaminasen á la nueva grey por las sendas de la perfeccion evangélica. Nadie más á propósito para esto que nuestro Fr. Miguel, pues dotado de no vulgares conocimientos, y al mismo tiempo de severas y graves costumbres, podia encaminar á los jóvenes educandos por las sendas que mejor conviniera á los fines de su santa religion, seguros de modelarlos con facilidad á su gusto como blanda cera. En efecto, despues de algunos años de enseñanza, sacó gran número de discípulos, á cual más aprovechados todos, que le dieron alta fama, y fueron, por decirlo así, el lustre de la religion franciscana en las islas Azores. Cuando los años no permitieron ya á Fr. Miguel desempeñar tan laborioso cargo, fué elegido definidor de la provincia, puesto más elevado, y en que su larga experiencia y práctica en los negocios fué de grande utilidad á sus superiores, teniendo la gloria de ver en el período que este religioso permaneció á su lado, elevada la provincia al apogeo de su esplendor, no solo por la exacta observancia de la regla que entónces se verificó en todo su vigor y pereza, sino tambien por el gran número de varones piadosos y sabios que en ella brillaron, y por los grandes aumentos que tuvo en la parte material, edificándose muchos conventos, mejorándose los antiguos, y dándola, en fin, grande extension en todos conceptos. El P. Santa Rosa fué uno de esos pocos seres privilegiados á quienes la Providencia concede la gracia de sobrevivir á sus obras, y de contemplarlas en su punto de perfeccion marchar por sí mismas, prometiendo larga duracion y prosperidad. En sus últimos años, retirado ya á la vida privada, se consagró á la composicion de diferentes obras, fruto de su saber, de largas investigaciones, y prueba de su incansable laboriosidad, pues áun entónces no queria permanecer ocioso, siendo útil de esta manera, ya que de otra no podia serlo, á sus contemporáneos. La única obra que de este autor ha llegado hasta nosotros es la intitulada: *Rosas univocatas*, id est, *Acta utriusque S. Rosæ Viterbiensis, ac Limensis, secundum exemplar vitæ Christi;* dos volúmenes manuscritos, que se hallaban en la biblioteca de su Orden en Lisboa. —S. B.

ROSA (Pedro de la). Fué siciliano, de Otranto, que es lugar muy próximo á lo que hoy se llama Castronuevo en el Salentino, y sus padres fue-

ron tan nobles como piadosos, razon por la cual fué completa la satisfaccion de la familia cuando el jóven, despues de haber hecho con mucho aprovechamiento los estudios de humanidades, artes, filosofía y teología, decidió ingresar en la órden de Predicadores, moviéndole á ello, por una parte, la justa y merecida reputacion de tan ilustre instituto, y por otra el que en él se lograba, al mismo tiempo que la propia santificacion, la santificacion de los demás. Cumplidas todas las prescripciones de la Orden, y llenos los requisitos que son necesarios para la solemne profesion, la hizo nuestro buen religioso á satisfaccion de todos, volviendo otra vez á estudios, á pesar de traerlos hechos, por una costumbre que siempre tuvo este sagrado religioso de Santo Domingo, y que á decir verdad ha dado los más felices resultados; porque en la escuela del colegial aprende este no tanto la doctrina, pues esta ya la trae estudiada por lo comun, pero sí el órden, el concierto que se debe dar á esta doctrina misma, y por consiguiente llega á hacerse á una marcha comun y ordenada, tanto en sus particulares estudios como en la enseñanza, si para esta es designado, y el resultado es que no todos los Dominicos sabrán lo mismo, es decir, que habia entre ellos hombres más y ménos científicos conforme las circunstancias de aplicacion, de tiempo dedicado al estudio, de capacidad, etc.; pero lo que es en órden al método todos son lo mismo, y lo mismo comenzará y mediará y se terminará el curso escolástico en una que en otra parte, y esto no cuando se trate de una nacion, pues en este caso nada más fácil, sino en todo el mundo católico donde vayan los Dominicos se dará la misma enseñanza. Pues bien, recibiendo él esta enseñanza misma, ó más bien sujetándose al método que á todos se prescribia, supo y pudo aplicarse tan bien á la doctrina de sus sabios maestros, que no vacilaron estos por un momento siquiera en manifestar á los superiores que podria servir muy bien para sus cátedras, toda vez que para ellas tenia una muy especial disposicion. Algun tanto hubieron de trabajar para obligarle á vencer la repugnancia que siempre tuvo para ponerse en público á hacer ver sus conocimientos y á demostrar su ciencia, pues áun cuando en la serie de su carrera eran necesarios los ejercicios públicos que llaman conclusiones, honra de todas las religiones, pero especialmente de esta de Predicadores, que por seguir las huellas del angélico Doctor, ponia siempre especial cuidado en tan importantes ejercicios, si le era preciso sostener algun acto, lo hacia siempre obligado y como si no pudiera desempeñarle; pero al cabo como mediaba la obediencia y en un hombre de las condiciones de nuestro P. Rosa esta virtud tenia que tener no solo inmediata aplicacion, luego que á ella se le excitaba, sino perfecta sumision en todo á los designios de sus superiores, tuvo que ponerse al frente de la cátedra, y aunque sin voluntad emprender la enseñanza, pues en ella qui-

sieron se ejercitára, y no en vano tuvieron tal deseo, porque dió á su religion muchísimo crédito con las excelentes explicaciones que hacia sobre los más árduos puntos, tanto de la teología escolástica cuanto de la moral y de los demás ramos que abraza este vastísimo estudio, á que sin disputa debiera consagrarse todo el que abraza el ministerio sacerdotal. El primer curso no concurrieron á la cátedra de Fr. Pedro de la Rosa, sino aquellos en quienes era imprescindible necesidad; y la razon era bastante obvia, Pedro de la Rosa no era conocido como maestro; verdad es que en los ejercicios literarios, que con frecuencia se tienen entre los Dominicos, habia siempre descollado y parecido de los mejores, pero nunca tuvo aspiraciones, siempre se contuvo dentro del justo límite de querer salir bien de su acto académico, así que nada, nunca se le notó la menor tendencia á escalar la cátedra, y cuando se le vió sentado en ella produjo admiracion á todos, porque nadie sabia ni quién era ni, digamóslo así, de dónde habia venido, sino que era un dominico, y ántes de oirle se presumia que sería á propósito, pues no acostumbran los superiores de esta Orden, por tantos títulos veneranda, á poner una cosa por otra en ningun lugar, y mucho ménos en la cátedra de donde depende el porvenir de la Orden y de la sociedad; porque de una doctrina inconveniente se siguen resultados fatales, y el primero que á sufrir estos resultados se expone es el que, por decirlo así, da margen á ellos, tolerando la primera causa. Conocido, pues, en el primer curso, las aulas se llenaron despues para oir su doctrina y para poder aprovecharse de su ciencia, razon por la cual tuvo cada dia que ampliar más y más sus estudios para satisfacer con su erudicion y demás las ánsias de los que no se cansaban de admirarle y de proclamarle como uno de los primeros teólogos de su época, sin que esta consideracion, en que justamente le tenian, sirviera más que para excitarle más y más á merecer este concepto, no como él decia muchas veces porque él quisiera nada, sino porque á todo era acreedora la ilustre familia que con la más viva complacencia le tenia en su seno y le condecoraba con títulos y distinciones, pues claro está que además de rector y maestro, fué honrado con los honores de superior, áun cuando nunca desempeñó prelacías, no por otra razon, sino porque para esto tenian que apartarle de la cátedra, y esto nunca lo creyó conveniente la Orden, porque veia, y con ojos bien despreocupados, que era para ella de utilidad suma este buen religioso en la cátedra, y que retirado tendria que decaer algun tanto la importancia que á los estudios daba él. Por supuesto que á pesar de su grande aplicacion al estudio para el desempeño de su cátedra, tenia, sin que sepamos como él lo hacia, tiempo para dedicarse á escribir otras cosas, que no eran teología, pero que tambien necesitaban una capacidad como la suya para hallar un desempeño como el

que él las daba. Además de las tres obras clásicas de que nos ocuparemos despues, hizo muchísimos opúsculos, todos de gran mérito, todos sobre importantes asuntos, y en ellos se le veia resolver cuestiones no solo muy difíciles, sino que al parecer del vulgo, ni áun convenia su dilucidacion al teólogo ni al filósofo; por lo cual se hacia más notable el mérito de nuestro buen P. la Rosa. Su carácter era franco, aunque nunca abusaba de nadie ni se permitia libertades de ningun género, y el grande afecto y tiernísima devocion que profesaba al angélico Dr. Santo Tomás, cuya doctrina explicó siempre, justifican el que escribiera tan largamente sobre el gran triunfo que el santo consiguió en el patronazgo de Nápoles. Pasó, pues, su vida en los libros, en la cátedra y en el cumplimiento de sus deberes, así que esperó tranquilo la muerte, que vino á trasladarle de esta á mejor vida el año 1612, despues de disponerse á tan terrible lance como su importancia exige. Fué muy sentido por lo mismo que era muy apreciado, y el vacío que dejó en la cátedra tardó en llenarse, y eso que entre sus discípulos los habia muy aventajados é hicieron heróicos esfuerzos para que la enseñanza no decayera, y lo lograron, porque se sostuvo el crédito del colegio. Vamos ahora á dar los títulos de sus tres obras clásicas, pues otra cosa no permiten las condiciones de este artículo. Fué la primera, que se imprimió en Nápoles en 1605, *La Relazione della solenne processione d'richi e nobili apparati fatta nella festa del gloriossissimo P. S. Thomaso d' Aquino, celebrata nella cittá di Napolis á 20 di Gennaro dell' anno 1605, eletto ed acclamato da tutto il popolo di quella per loro protettore, padrone é titulare.* En esta obra demuestra además de su particular afecto y el de todos los napolitanos, las prendas relevantes y singulares méritos del Santo, y viene á ser como su panegírico. La otra se tituló *Historia provinciæ Apuliæ*, y aunque autores muy graves aseguran hallarse impresa, no se encuentra ejemplar alguno de ella, sino el manuscrito de la biblioteca de los Dominicos de Roma; y la otra, que es indudablemente su obra maestra, titulada: *Celebratio capitulorum generalium é fundatione Ordinis* 1216, *et acta ab anno* 1538 *usque ad annum* 1612; obra importantísima, pero que se conserva manuscrita, y por cierto con el debido esmero y hasta con gran respeto, en la biblioteca de S. Honorato de París, obra de que todos los cronistas de la Orden se han aprovechado y que hoy entendemos se está rectificando por la comparacion de datos, para que se la quiten algunos lunarcitos, con lo cual se publicará acaso y será el gran monumento dedicado á la memoria de Fr. Pedro de la Rosa. — G. R.

ROSA (P. Pipino). El P. Pipino Rosa fué belga, y el nombre con que le conocian en su patria, que creemos sería como vulgar ó exclusivo del idioma, era Roosen. Nada se sabe ni de sus padres ni de su infancia, sino que fué al convento de PP. Dominicos de Lovaina donde tomó el santo hábito, habien-

do sido excelente religioso y muy aplicado, cuya aplicacion le sirvió para lograr el título de maestro de sagrada teología, cuyo cargo desempeñó por mucho tiempo con gran provecho de sus discípulos y con no ménos suyo, pues él tambien adelantaba mucho con la copia de conocimientos que le hacia adquirir la precision de dar á sus oyentes una leccion que no fuese lo que pudiera estar á su alcance en los libros de uso frecuente. Aun cuando en la cátedra sirviesen de mucho sus esfuerzos, y por consiguiente lograban aprovechamiento de parte de los discípulos; ni él ni sus superiores estaban contentos con que estuviese dedicado á la enseñanza, no porque no lo hiciera bien como decimos, pues en este particular no habia motivo de la menor queja, ántes por el contrario lo habia de grande elogio; sino porque las especiales condiciones y circunstancias del lugar requerian un predicador que se dejára oir con gusto, y precisamente esta era la circunstancia que concurria en nuestro P. Rosa, que apénas se sabia que predicaba, acudian con afanoso entusiasmo áun aquellos mismos que no siendo él el orador acaso hubieran salido de la iglesia por no escuchar al que predicára. Con nuestro padre Rosa sucedia todo al contrario, era tal el concurso que muchas veces no pudiendo coger la gente en las más capaces iglesias, al campo ó á la plaza ó á cualquier otro punto así público los llevaba, y allí predicaba con extraordinario fruto, tanto que los más empedernidos se ablandaban, los tibios se hacian fervorosos y todos lograban el haber aprendido algo para su bien, lo cual era un gran adelanto. Este don de la divina palabra no pudo ménos de llamar la atencion de todos, y hasta el romano pontífice hacerse cargo de que el Padre lograba ópimos frutos por este medio, y por consiguiente ellos serían mucho más abundantes si los fieles le veian investido del carácter episcopal; por cuyo motivo renunciándolo él, como lo renunció repetidas veces y por virtud de santa obediencia, fué nombrado obispo de Silembria (in partibus) y auxiliar del arzobispo de Malinas, al cual ayudó en gran manera para el desempeño de su importantísimo cometido. Incansable como lo habia sido miéntras sacerdote, iba de visita á los pueblos, por supuesto sin aparato ni más comitiva que otro religioso de su Orden que le servia de capellan y de secretario, administraba la confirmacion, instruia al pueblo veia por sí mismo las necesidades tanto materiales cómo morales de las iglesias, procuraba su remedio en cuanto estaba á su alcance, y en todo y por todo buscando siempre la mayor gloria de Dios, atraia al servicio de Su Majestad adorable á aquellos que estaban retraidos, y como verdadero pastor, queria y procuraba que todas las ovejas permanecieran dentro del redil. Algunas veces se pensó en darle diócesis propia; pero las instancias del arzobispo por una parte, y por otra la grande estimacion que le profesaban los fieles, fueron el motivo y fundamento de que permaneciera allí hasta que, acometido de su última

enfermedad y comprendiendo lo cercano de su fin, se encomendó muy de veras á las oraciones del cabildo, pidió su santa bendicion al arzobispo, y se retiró al convento de Lovaina, donde quieta y pacíficamente entregó á Dios su espíritu el año 1567, el dia 6 de Agosto; habiendo sido sus honras de las mas suntuosas que se han visto, pues muchos de los lugares del contorno concurrieron para honrar de esta manera al que merecia ciertamente honor y veneracion por sus prendas y carácter, hijo todo de su gran caridad. Escribió tres cuaresmas, á cual más apreciables, por estar tomados sus asuntos de pasajes de la Escritura de grande importancia é inmediata aplicacion, y tambien compuso una preciosísima obra de la Pasion de Jesucristo segun los cuatro evangelistas; en cuyos escritos no se sabe qué admirar más, si la piedad, ó la erudicion, ó la manera de decir, formándose de todo un conjunto inimitable, pero que admira y que dice lo mucho que valia en el órden literario el P. Pipino de Rosa, así como sus virtudes dicen lo que era como religioso y como prelado.—G. R.

ROSA (D. Sancho de la). Fué natural del lugar de la Rosa, que está á la vista de Jaca, segun el canónigo Blasco de Lanuza, en sus *Historias*, tomo I, fol. 469, col. 2, y arcipreste de la Val de Onsella de la Sta. iglesia de aquella ciudad, obispo despues de Pamplona, y fundador del hospital de Roncesvalles, que hoy permanece y es, dice, de las cosas más insignes del reino de Navarra. El abad D. Juan Briz Martinez, en su *Historia de S. Juan de la Peña*, fol. 643, col. 2, advierte que fué nombrado para aquel obispado el año 1122, que fué gran prelado y fundador del dicho hospital, que llama famoso, y asevera que es de las cosas más ilustres de toda Navarra, suponiendo que primero fué monge del Real Monasterio de S. Juan de la Peña, y que Garibay confiesa que fué natural de Aragon, sin que lo contradiga D. Fr. Prudencio de Sandoval, en el *Catálogo de los Obispos* de aquel reino, fol. 78, col. 3: este sabio sucesor en aquella mitra de nuestro D. Sancho, dice él: «que luego que entró en su Gobierno, puso los cuidados en perfeccionar las obras que D. Pedro y D. Guillermo habian hecho en su catedral, con ánimo grandioso, pidiendo á D. Alonso (llamado el Batallador), rey de Aragon y Navarra, se sirviese hallarse á la consagracion de este templo, mandando se juntasen los obispos y abades de su reino con toda la nobleza de Navarra, como se hizo en el año del Señor 1127; y que fué el obispo D. Sancho muy aficionado á la hospitalidad, teniendo ante sus ojos lo que Cristo dijo: «El que os recibe, me recibe.» Padecian, añade, grandísimo trabajo y tormentos los peregrinos que de partes remotas pasaban el puerto de S. Salvador de Ibañeta, camino de Santiago... Para reparo de estos peligros, el dicho obispo edificó un hospital junto á la capilla que llaman de Carlomagno, que aunque la que ahora hay parece ser de nuevo edi-

ficio, cayóse, segun dicen, la antigua y reedificóse en el mismo lugar donde debió ser la rota y mortandad del ejército de Carlomagno, como parece por los infinitos huesos que se recogieron en su gran silo ó carnero, y se hallan sembrados al rededor de este capilla por aquellos campos, y áun incorporados con pedazos de armas en las raíces de los árboles. Instituyó el obispo para mayor grandeza de este hospital y edificacion de los fieles, una gran cofradía en la fiesta de los Stos. mártires Ciriaco y Julita, que es á 16 de Julio, y hoy dia se hace la junta en el domingo siguiente. Edificóse una suntuosa iglesia, no junto á la antigua de Ibañeta, sino un cuarto de legua distante de ella, en sitio algo más acomodado entre unos prados; todo tan áspero y frio que casi es inhabitable, y cerca de esta iglesia se hizo una casa donde residiese un canónigo de esta santa iglesia de Pamplona, que fuese administrador del hospital, y faltando este sucediese otro, y así se observó siempre... Dotó el obispo su obra de Roncesvalles larga y magníficamente... y con tantas veras la tomó, que los peregrinos extranjeros de calidad y sangre, que pasaban por allí á visitar al apóstol Santiago, movidos de la caridad cristiana y devocion con que eran hospedados en aquella áspera y rigorosa montaña, vueltos á sus tierras hicieron gruesas donaciones á la imágen devota de la Reina del cielo, que allí se halló... Hay año que allí pasan de veinte mil raciones las que se dan de limosna, no á españoles, sino á peregrinos que de otras naciones pasan por esta casa... El obispo Don Sancho valió tanto con el rey D. Garci-Ramirez, príncipe valeroso y legítimo sucesor de los reyes antiguos de Navarra, que con su favor restauró gran parte de los bienes de la iglesia, que estaban perdidos... Murió el viernes 10 de Setiembre, año 1142, segun Garibay. Un prelado como D. Sancho, tan célebre por su piedad, letras y celo del bien del prójimo, en cuyo beneficio fundó aquel hospital, en un sitio y tránsito tan frecuente como peligroso, y con destinos tan virtuosos, no se duda que para su logro y buen regimen de esta célebre casa de caridad, ordenó y formó: —1.° *Regimiento y ordinaciones acomodadas al Hospital de Roncesvalles;* —2.° *Institucion y estatutos de la Cofradía de los santos mártires Ciriaco y Julita en este santo hospital para aumento de su instituto y lustre de él.* Es conocida la memoria de este nuestro obispo, á más de los referidos escritores, en los Regis. y libros Redom. de la santa Iglesia de Pamplona é historias de Navarra, en los de la Real Casa ó Iglesia de canónigos seglares de Sta. María de Roncesvalles, y particularmente en el mencionado catálogo de los obispos de Pamplona, donde su docto prelado D. Fr. Prudencio de Sandoval hace un completo elogio desde la pág. 78, col. 3.ª, hasta el fol. 80: en 7 columnas.—L.

ROSA (Tomás de Aquila). Escasísimas son las noticias que han llegado hasta nosotros acerca de este religioso de la Orden de Predicadores; y esto

es muy sensible, porque en sugetos como el que nos ocupa, que las pequeñas cosas que sabemos no solo sirven de edificacion, sino para hacérnoslos admirar, era muy conveniente tener más datos para poder así formar juicio más exacto acerca de ellos. Nuestro Fr. Tomás de Aquila Rosa fué bachiller en sagrada teología, y á esta ciencia no solo aficionado sino aplicadísimo, habiéndose quedado en el órden académico en este grado, que es el inferior, solo por humildad y por vencer el deseo que tenia de ascender á los de licenciado y doctor, que suponen muchísimo más. Era observantísimo, y á pesar de haber tenido sobrados méritos para ello, nunca quiso aceptar prelacía alguna, ni cargo cuyo desempeño no le permitiera ocuparse de sus amados los fieles, confesando y predicando constantemente, ya por cumplir su ministerio, ya tambien por el singular y extraordinario fruto que de ello sacaba, y esta consideracion sin duda fué la que obligó á los superiores á condescender con sus deseos de que quedára así oculto, pues de otra suerte le habrian obligado á tomar sobre sí los cargos de la Orden, en lo cual la Orden misma habria tenido complacencia, porque indudablemente era hombre que cualquiera cosa que hubiera emprendido, la habria llevado á cabo con acierto, y hasta con provecho de aquellos que se la hubieran confiado. Por supuesto que á él se encargaban los sermones de mayor empeño, y nunca quedó mal, buscando siempre no el halagar, sino el convencer, no el deleitar, sino el mover á la virtud, siendo por consiguiente su predicacion apostólica, que era el fundamento del gran fruto que lograba. Muchas instancias le hicieron para que coleccionase é imprimiera sus sermones, mas no se pudo lograr el convencerlo para que lo hiciera; solo por repetidos compromisos que le interpusieron, se pudo lograr que diese á luz el magnífico sermon cuyo título es: *Panegyricus Serenissimo principi Mauricio de Sabandia, S. R. E. Cardinali, dictus et editus Ticino, anno* 1611. Lástima es que no tengamos de Tomás de Aquila Rosa más noticias y más obras impresas, porque todas son muy buenas. —G. R.

ROSA DE CAVA (Fr. Buenaventura), franciscano italiano de la provincia de Nápoles. Tomó el hábito en el instituto de los Menores conventuales, en una de las familias en que se hallaba dividida la Orden Seráfica. Siguió allí sus estudios y carrera, y se distinguió principalmente por sus dotes poéticas. No eran estas ciertamente las más á propósito para elevar á un religioso á los primeros grados de su Orden, pero le merecian sí cierto aprecio y estimacion, que siempre ha acompañado á los favoritos de las musas. Así es que el P. Buenaventura pasó toda su vida en una dorada medianía, que pudo cambiar con gusto por las grandezas de sus superiores, por el fausto y aparato á que asistian y tomaban parte en las grandes solemnidades. Humilde y modesto franciscano, sin aspiraciones para lo presente ni para lo

futuro, pasaba sus dias, ya en la oracion, ora en la contemplacion, separado de todo lo que no fuera tranquilidad y sosiego, lo que no respirase el silencio y sosiego del claustro, á que por vocacion se habia consagrado. El trabajo llenaba una buena parte de sus dias; y agradable siempre el hacer versos, el sentir como bullen, se forman y brotan las ideas y las imágenes en la mente, quedando estampadas en el papel como otros tantos retratos de lo desconocido, de lo bello y hermoso, Fr. Buenaventura no echaba nada de ménos en aquella ocupacion, se encontraba como en su centro, jamás aspiró ni pretendió nada más. Devoto, por otra parte, y profundamente convencido de las verdades de nuestra religion, las dió siempre el debido culto, y sacrificó á ellas su existencia entera. No por esto dejó de cumplir con las obligaciones propias de su estado. El púlpito, el confesonario y demás deberes propios del sagrado hábito llenaban gran parte de sus horas, y como eran ejemplares sus costumbres y no vulgar su elocuencia, pudo desempeñar no solo con acierto y celo, sino tambien con buenos resultados, los objetos de su sagrado instituto. Era tambien en extremo amante de la observancia y de todas las prácticas religiosas, de manera que nunca tuvieron nada que corregir en él, ántes sí mucho que elogiar, sus prelados. Sus versos, por otra parte, se rozaban principalmente con asuntos sagrados, y aunque se hallan perdidos en su mayor número, los que de ellos nos han quedado, indican que no desmerecian del nombre y profesion de un buen religioso. Murió hácia 1650, habiendo publicado en Nápoles, en 1607, en 8.° en la imprenta de Juan Domingo Roncaglio, una obra intitulada: *Poema sagrado de buenos pensamientos*.— S. B.

ROSA DE VITERBO (Fr. Manuel de Santa), franciscano portugués de la Observancia regular. Nació á principios del siglo XVIII, y manifestó desde luego las grandes cualidades de que se hallaba adornado, prometiendo un brillante porvenir, fruto de su ingenio y talento. Despues de haber seguido con no vulgar aplicacion su carrera en las universidades de Portugal, tomó el hábito religioso, pues aunque hubiera podido aspirar en el siglo á superiores dignidades, su carácter modesto, su genio recogido y su excelente natural, le hacian mirar la vida del claustro como preferible á toda otra en que la fortuna pudiera ponerle en puestos encumbrados, pero por lo mismo mucho más peligrosos. Consecuente con estas cualidades, se distinguió en su noviciado por su amor á la observancia regular, sus prácticas piadosas, sus penitencias y oraciones. No por esto dejó de consagrarse con grande celo á los estudios despues de profeso, y con los conocimientos que ya habia adquirido pudo muy en breve figurar entre las personas más y mejor reputadas de su Orden. Dedicóse á la predicacion, y obtuvo mucho crédito por la solidez de su doctrina y lo vasto de su erudicion, consiguiendo al mismo

tiempo hacer no pocas conversiones, pues su vida ejemplar animaba á todos á seguir sus buenos ejemplos, y abrazarse con la cruz con que le veian abrazado. Ejercia al mismo tiempo el cargo de lector en su Orden, dando á los religiosos lecciones tan abundantes en ciencia como en virtud. Hubiera quizá obtenido superiores destinos, si no se hubiese negado constantemente á ello por su continuo retraimiento y sus numerosas devociones, á que se consagraba la mayor parte del dia y na pocas horas de la noche. Las que le quedaban libres destinábalas á la composicion de algunos pequeños tratados, fruto de su fervor religioso y escuela, en que procuraba doctrinar á los más despreocupados, seguro de que no se negarian á sus razones los que más indiferencia hubieran manifestado á sus discursos y ejemplos. Con tan buenos auspicios trabajó en la defensa de la Inmaculada Concepcion, no declarada todavía dogma de fe, y objeto por lo tanto de ardientes disputas entre los teólogos, y en particular dos religiones célebres á una de las cuales pertenecia el P. Manuel. Esta obra, que procuró imprimir ántes de su muerte, le obtuvo bastante fama, y quizá hubiera dado á luz otras, si se lo hubiera permitido el tiempo y sus muchas ocupaciones. Sin embargo, un predicador de buena fama dió á luz un *Sermon del seráfico P. Sto. Domingo*; impreso en Coimbra, por José Ferreyra: 1698, en 4.° Además de la obra arriba mencionada, que se intitula: *Horas seráficas de la Inmaculada y siempre Virgen María;* ibid., por Juan Antures, 1711.—S. B.

ROSADO (P. Fr. Pablo), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula. Fué natural de Ecija, y tomó el hábito en el convento de esta ciudad, pasando despues al de Estepa, de nueva fundacion; del que fué corrector, cargo que renunció humildemente creyendo que no podria desempeñar sus obligaciones. Distinguióse mucho por su caridad y compasion para con los pobres, siendo decidido favorecedor de todos los necesitados. Consagróse constantemente á obras de caridad, y fué en esta virtud un vivo retrato de S. Francisco de Paula. Falleció en su convento de Estepa, atribuyéndosele diferentes milagros, por lo que se le hicieron unas solemnísimas exequias.—S. B.

ROSALES (Fr. Bernabé de), religioso gerónimo del monasterio de San Miguel de los Reyes. Este convento, fundado por el duque de Calabria á principios del siglo XVI, fué poblado por veinte religiosos de la órden de S. Gerónimo, que con vivas instancias habia pedido aquel príncipe á su general. Era este prócer de grande ingenio, muy adicto á los hombres ilustrados y á la música; circunstancias que encontró reunidas en aquellos religiosos, lo que completó sus aspiraciones y deseos, si bien aquellos entendidos varones, ejercitados en la más rara modestia, huian cuanto les era dable de hacer ostentacion de su saber profundo, tanto en letras como en música.

Uno de los religiosos más sobresalientes, de sutil ingenio, y muy versado en conocimientos escolásticos y metafísicos, como tambien en el derecho canónico, era Fr. Bernabé de Rosales, que gozaba de una merecida reputacion y gran fama por su talento y virtudes. Algunos émulos y aduladores trataron de hacer desmerecer y rebajar el alto concepto que el duque habia formado y tenia de aquellos virtuosos monjes, diciéndole que los religiosos de San Gerónimo no tenian sujetos entendidos en letras, y que únicamente estaba limitada su instruccion al coro, á la música y á las divinas alabanzas. El duque, para desvanecer aquel ruin modo de pensar, se avistó con el siervo de Dios Fr. Bernabé de Rosales, rogándole encarecidamente le diese el gusto de tener un acto en las escuelas, negocio en que estaba muy empeñado, y tambien su honra, para convencer y desengañar á muchos que tenian en poco valer á los religiosos Gerónimos. Fr. Bernabé se excusó humildemente, alegando que se hallaba alejado de aquellas prácticas, y que las más de las veces aquellos actos públicos no servian más que para ostentacion y excitar la vanidad, cosas contrarias á la modestia y que repugnaba su hábito y condicion, bastando para desengaño del pueblo la mucha erudicion y doctrina de los buenos predicadores que allí tenia su excelencia, y que en todo caso podia valerse de Fr. Lucas de Casarrubios, de cuya viveza é ingenio todo se lo podia prometer. Otras muchas excusas quiso hacer valer el siervo de Dios para evitar hacer manifiesto lo mucho que sabia. Pero el duque porfió é insistió de tal suerte, que por no parecer obstinado le fué preciso el acceder. Puso, pues, unas conclusiones sobre varios puntos, y de lo más difícil que podia presentarse en las escuelas, así en la ciencia metafísica como en la moral. El acto se tuvo en el capítulo de la catedral, ó, como dicen los naturales, en la Seu de aquella ciudad. El duque mandó preparar el local con magnificencia, y en él se reunieron todos los hombres más doctos de aquellas iglesias y escuelas, autorizándolo el duque con su presencia y con una gran música. Estuvo tan discreto y tan acorde Fray Bernabé en sus respuestas, y resolvió con tanta facilidad todas las cuestiones, haciendo brillar algunas opiniones propias, que defendió con toda maestría, para ejercicio del ingenio, ó porque así lo sentia, que produjo gran sensacion, admirando á cuantos hombres doctos le arguyeron y se hallaron presentes. Ponderaron sobre manera que ninguna dificultad ni argumento le perturbó ni le sacó un punto de la compostura y comedimiento. Terminó el acto felizmente con grande gusto y satisfaccion del duque, y Fr. Bernabé, con la modestia que le era característica, afirmó que habia otros muchos religiosos escondidos en las celdas de los conventos de S. Gerónimo, que pudieran hacer aquello tan bien y áun mejor. Con este motivo cundió la fama de su profundo saber, y le estimaron y tuvieron en tanto desde en-

tónces, que era visitado con frecuencia de cuantos doctores habia de algun nombre en aquella ciudad, consultándole en los casos dificiles, porque tenia suma facilidad y gracia para aclarar puntos, principalmente en la moral. Era al mismo tiempo este sabio varon ejemplar en virtudes y santidad, y fué muy sentida su muerte verificada en el monasterio de S. Bartolomé de la Lupiana, adonde regresó despues que vino á ménos el de S. Miguel de los Reyes, falto de la proteccion y sosten que le dispensó en su vida el piadoso fundador duque de Calabria.—A. L.

ROSALES (Justo del Espíritu Santo), natural de Madrid, nació en 1568. A los veinticinco años recibió el hábito de agustino descalzo. Se limitó únicamente á servir y socorrer á los pobres, siendo él mismo el que componia la comida y fregaba. No estaba contenida su caridad dentro de los límites del convento, sino que socorrió continuamente á las viudas rodeadas de hijos y miseria. Murió en 9 de Noviembre de 1645, á los setenta y siete años de edad. Dejó escritas las obras siguientes: *Tesoro de humanidad*; Madrid, 1634, en 4.°—*Tesoro espiritual y manual eclesiástico*; *Espejo de perfeccion; Tratado de la Confesion y de la Comunion;* otro, *de la reforma con que se han de hacer los ejercicios espirituales los que caminan á la perfeccion*; otro *para alentar á los pusilánimes en el camino de la virtud; De oracion mental y mística teológica;* otro, *de remedios fáciles y eficaces para las enfermedades de los pobres*, etc.—D. de M.

ROSALES (D. Pedro de), obispo de la santa iglesia de Lugo. Fué sétimo de este nombre, y sucedió á D. Juan Velez de Valdivieso. Nació en la villa de Miranda de Ebro, y fueron sus padres Francisco de Rosales y María de Encio. Recibió el bautismo en la parroquia de S. Juan de la citada villa. Dió principio á sus estudios en la universidad de Salamanca; fué colegial de Santa Cruz de Valladolid, y tomó su hábito á 27 de Setiembre del año 1607. Se graduó de licenciado y doctor en su universidad, donde dió señaladas pruebas de capacidad y de aprovechamiento; habiendo sido catedrático de cánones en la misma universidad. Le ordenó de misa el Emmo. Cardenal D. Antonio Zapata. Fué canónigo doctoral de la santa iglesia de Toledo, y primer inquisidor y vicario general del arzobispado por el Sermo. Infante D. Fernando. Fundó en su iglesia una capellanía, y en la iglesia de Santiago de la villa de Pancorbo dotó una misa cantada en todos los lunes del año. La majestad del rey D. Felipe IV le presentó para el obispado de Lugo el año de 1641. Le consagró en el convento Real de S. Gerónimo de Madrid en 22 de Diciembre del mismo año D. Fr. Timoteo Perez de Vargas, obispo de Listria, y asistieron D. Fr. Miguel de Avellan, obispo de Siria, y D. Fernando Montero, obispo de la Nueva Segovia. Partió á su obispado, y murió dentro de muy pocos dias en el año de 1642, y su cabildo le dió sepul-

tura en su iglesia catedral. Tuvo por sucesor á D. Fr. Juan de la Serena, religioso de la órden de S. Gerónimo. — A. L.

ROSALES (Fr. Pedro), religioso de la órden de S. Gerónimo, profeso del monasterio del Parral de Segovia, prior muchas veces de esta y de otras muchas casas de la misma religion, y general, por último, de ella. Fueron sus padres naturales de Segovia, y él nació en Colmenar del Arroyo, donde pasaban aquellos algunas temporadas por tener allí sus posesiones y haciendas. Despues de haber estudiado la gramática en Segovia, determinaron sus padres enviarle á la universidad de Alcalá para que aprendiese humanidades ó artes, como se las llamaba á la sazon, movidos de la vivacidad de su ingenio, al mismo tiempo que de las buenas costumbres que manifestó desde entónces, y eran como claras muestras de lo que llegaria á ser en lo sucesivo. Portóse en la universidad con tanto acierto y aprovechamiento, que muy en breve se graduó de bachiller en artes. Murieron sus padres, y viéndose huérfano, de poco más de catorce años de edad y muy afligido por lo tanto y desconsolado, comenzó á discurrir la carrera que le convendria mejor, y le pareció que le habia tocado Dios en el corazon para que dejase el mundo y las lisonjeras esperanzas que le prometia su ingenio, acogiéndose al puerto seguro de la religion. No resistió á las inspiraciones divinas, que áun cuando de corta edad consideraba con maduro juicio, y dejando la universidad, se dirigió á Segovia, visitando diferentes monasterios, deseoso de llevar á cabo el proyecto que no dejaba un punto de revolver en su ánimo. Llegado al del Parral, puesto en la iglesia de rodillas en presencia del Santísimo Sacramento, suplicó al Señor con humildad encaminase sus pasos, manifestándole el lugar donde le sirviese. Se levantó, y guiado del Espíritu divino, entró en aquella casa, para donde le tenia reservado el celestial Padre de familias, y donde conocida por los monjes su suficiencia, no vacilaron un punto en darle el hábito. Solicitó desde luego para los buenos resultados de la carrera que comenzaba el patrocinio de nuestra Señora, de quien fué muy devoto, lo que se conoció muy bien en la rectitud y perseverancia de su celo, pues el que manifestó al principio en la obediencia, humildad y mortificacion, continuó manifestando todo el resto de su vida. Habíale quedado alguna hacienda de sus padres, y no faltaba quien le aconsejase que la reservase para sí, pero él con mejor consejo se deshizo de toda ella para correr á la felicidad que deseaba con mayor desembarazo, y cedió su importe para ornamentos y otras alhajas á la sacristía de aquel monasterio. Así, desde un principio comenzó á ser protector de su casa, en lo que nadie le igualó nunca en su Orden, manifestando que solo queria tener sus intereses en Dios, poniendo su tesoro y su corazon en él. Profesó en manos del Rmo. P. Fr. José de Sigüenza, prior que era entónces de aquella

casa, ántes de ir á profesar por segunda vez y á ser prelado en la de S. Lorenzo. Viendo el P. Sigüenza sus buenas cualidades le hizo su camarero, apreciándole mucho por su gran modestia, humildad y compostura que vió siempre en él, en que reconocia muy bien su interior religioso, leyéndose en su rostro la pureza de su corazon. Terminado su priorato, explicaba filosofía el P. Fr. José de Sigüenza en aquella casa, siendo uno de sus más aventajados discípulos este siervo de Dios, tanto que debiendo celebrarse unas conclusiones, se las recargó á él, y lo hizo de tal manera, que obtuvo grande aplauso de las personas más distinguidas de aquella ciudad, que asistieron á este acto. Enviáronle despues, aunque hubo algunas dificultades, á proseguir los estudios en el Real colegio de S. Lorenzo, donde se notó desde luego su gran desprecio hácia las cosas del mundo, vacando solo á Dios y á sus estudios, llegando á hacer tan grandes adelantos, que no tardó en obtener diferentes cátedras. Regentó la de artes, y despues la de teología en aquel y otros colegios de la Orden, por espacio de diez y ocho años, aunque no continuados, siendo de los primeros religiosos que ocuparon cátedras en el monasterio del Escorial, con grande satisfaccion del Rey y utilidad de los religiosos. Tuvo muchos discípulos en aquel colegio, lo mismo que en los de Salamanca y Sigüenza, que dieron mucho lustre á la religion, así en las letras como en los palacios y obispados, distinguiéndose él tanto por su virtud y sabiduría entre todos sus compañeros, que no se puede hacer ninguna alabanza suya, que no dé lugar á otro mayor, segun lo grande de sus merecimientos. «No solo se vió su capacidad en lo escolástico, dice la crónica, y positivo su afan digno de admiracion, sino lo moral, en cuyas esferas alcanzó cuanto se puede desear al parecer de los hombres más doctos de su tiempo, que le consultaban, y con toda satisfaccion y seguridad seguian sus decisiones. En el derecho canónico y civil hizo tambien grandes adelantos con solo su aplicacion y estudios, y en la predicacion fué de tanta elocuencia y espíritu, que hacia maravilloso efecto. Originóse de aquí el desempeñar muchas prelacías y cargos honrosos en la religion, lo que hizo con grande crédito suyo y beneficio de todos, llegando áun los extraños á participar de su luz, doctrina y ejemplo. Fué prior por espacio de veinticinco años en diferentes casas de su Orden, en la que habia profesado, en la de Salamanca, en Sigüenza, Benavente, San Miguel del Monte, y últimamente general de la religion, á cuyo cargo unió el de visitador general de Castilla en tres distintas ocasiones y otras tantas definidor en los capítulos generales, ejerciéndolos todos con tanta santidad, virtud y prudencia, que jamás pudo hacérsele el más pequeño cargo. Solo esto basta para calificarle de siervo del Señor y favorecido suyo, digno de toda veneracion. La primera vez en que fué prior de su casa de profesion,

consiguió que los marqueses de Villena hiciesen la hermosa reja que habia en la capilla mayor de la iglesia del Parral, que era una de las mejores de España. Encomendáronle estos señores algunos sermones en diferentes fiestas, que tenian la devocion de celebrar al Santísimo Sacramento y á nuestra Señora, particularmente al trasladar su imágen al altar que habian hecho en aquella iglesia, y le cobraron tan grande afecto que le miraron siempre con veneracion por su doctrina y espíritu, y por lo que llegaron á comprender y experimentar de su apostólica vida. Siendo prior del colegio de la ciudad de Sigüenza, mereció tambien la misma estimacion, por su mucha sabiduría y virtud, y por lo que obró allí Dios por medio de sus predicaciones. Pues habiendo acaecido un suceso bastante extraño en aquella ciudad con una persona que vivia de una manera harto deshonesta, refiere la crónica lo siguiente: « Tenia este siervo de Dios encomendado un sermon para el dia siguiente en la iglesia catedral; refiriéronle algunos lo que aquella noche habia sucedido, y predicó tan á propósito, con tanto sentimiento, espíritu y fuerza, ponderando aquella desgracia, y lo que se debe temer la ira de Dios ofendido, que no hubo persona apénas que no dejase de derramar lágrimas, hiriéndose los pechos sin oir otra cosa que suspiros, temiendo todos la justicia divina, que aunque disimula no es siempre ni para siempre. Entre otros efectos y frutos que hizo en este sermon, fué uno la conversion de dos personajes de cuenta, que por el camino de la lascivia iban encaminados á su perdicion. No habian bastado á detenerlos muchos avisos que les habia dado el obispo su prelado y pastor, y acabado el sermon se fueron á él, y echados á sus pies con humildad y lágrimas, le pidieron perdon, y él los recibió como padre, dando infinitas gracias á Dios porque así los habia abierto los ojos del alma; y á nuestro predicador le dió muchos abrazos, venerándole como instrumento de la divina mano, por quien habia obrado aquella misericordia con ellos.» En las demás prelacías que desempeñó no mereció ménos aplauso, tanto por su caridad para con los súbditos, como por los buenos ejemplos que les dió, siendo el primero en cumplir todas las obligaciones, en la cordura con que castigaba los defectos, en la prudencia con que arreglaba todas las diferencias y disensiones, y en la caridad con que remediaba las necesidades de los pobres. Era por tercera vez prior de su casa de profesion en ocasion que reinaba una grande hambre en toda España, y no dejó nunca de socorrer á los que acudian á su puerta, que fueron muchos, y áun algunas personas honradas de la ciudad, y no pocos conventos pobres. » Era menor, dice la crónica, la cantidad de trigo y harina que los gastadores, y diciéndoselo así el trojero, le contestó: que confiase en Dios, que su infinita misericordia lo aumentaria; y así sucedió que hubo para todos, prodigio bien notorio en aquella

comunidad. Siendo general de la Orden, fué mirado por toda ella como su principal joya, el adorno mejor de su gloria y esplendor, pues durante su gobierno impidió la relajacion, puso en todo su vigor la observancia, valiendo solo los méritos, letras y virtudes, por ser su ánimo enteramento opuesto á toda clase de ambiciones. Conociendo sus grandes cualidades los obispos de Segovia, que acostumbraban á residir largas temporadas en la casa del Parral, le nombraron y conservaron hasta que falleció en la dignidad de examinador sinodal del obispado, cuyo ministerio ejerció por espacio de cincuenta años, teniendo siempre su voto y parecer tal acogida en todos los señores obispos, que en las cosas y casos graves que se ofrecian, nunca siguieron otra opinion distinta á la suya. Cuando se le presentaba algun pobre opositor de algun beneficio, si le parecia no estaba bien dispuesto en las materias de que debia ocuparse, lleno de caridad, le mandaba ir á su celda, y le enseñaba con tanto agrado y paciencia, que era motivo de alabar á Dios, dice la crónica, verle ántes y despues de tantas dignidades como habia tenido en la Orden, tan atareado, sin más intereses que socorrer á un necesitado. A los que estaban más bien en las facultades de teología ó cánones y leyes, les argüia con tantas vivas razones que admiraba; y á unos y á otros, si los miraba necesitados, los acudia con limosnas, que no podia llevar ver padecer trabajos y no procurar lo posible el remedio.» Satisfecho de verse en su casa, libre de los cargos de religion, acostumbraba á decir, que así como los que han de hacer algun camino deben prevenirse de lo necesario para él, por que no se vean en necesidad en tiempos de miseria; así se queria él prevenir para cuando le mandase Dios partir de esta vida miserable, y así lo hacia empleándose en santísimos ejercicios, ó por mejor decir, perseverando con nuevo fervor y afecto en los que siempre habia tenido. En la celda solo se ocupaba en dos cosas, que eran la oracion y el estudio; no entraba persona en ella que no le hallase puesto de rodillas en oracion, ó con un libro en la mano, y fuera de ella no dejaba obra de piedad ni de edificacion que no ejercitase. Visitaba en la iglesia los altares, en el cementerio las estaciones; ganaba los jubileos é indulgencias que podia; iba siempre el primero en las procesiones; en el refectorio se sentaba el último, y en lo demás no quiso nunca más de las exenciones de haber sido general, sino que se trataba como si hubiera acabado de tomar el hábito; de manera que el que no le conociese, creeria que era el último de la casa. Caminaba así humilde y sencillo entre los demás, como quien tenia la vista fija en el fin, y era muy frecuente en él repetir aquellas palabras de Job: *Cunctis diebus quibus nunc milito exspecto donec veniat immutatio mea.* Escribió varios tratados sobre materias morales y de conciencia, lo que pudo hacer mucho mejor que cuantos en aquella época florecieron en esta

facultad, por su mucho estudio y larga experiencia que tenia de tantos años de examinador general y de padre de la religion. Hizo grandes limosnas á los religiosos, y fué grande bienhechor de la casa en que habia tomado el hábito, enriqueciendo la sacristía de ornamentos y ofreciendo á nuestra Señora joyas de mucho valor, que manifestaron su devocion á su soberana patrona. Blanqueó y adornó á sus expensas dos hermosas capillas, una de San Miguel y otra de Sta. Catalina; edificó una celda para los priores, que no tenia igual en toda la Orden, y reedificó el claustro alto principal, y la portería del convento, que no cesaba de adornar para mayor gloria de Dios. Enfermó casi seis años ántes de morir, ofreciendo sus padecimientos de todo corazon á nuestro Señor, diciendo con S. Agustin: *Aquí, Señor, quemad, aquí afligid y cortad, y no perdoneis aquí los dolores, porque allá me perdoneis los trabajos.* » Crecian sus congojas cada dia sin encontrar remedio, y hubo ocasion en que quedó como muerto durante seis horas, no faltando quien lo creyó así en realidad. Cuando vuelto en sí se acordaba de su anterior estado, derramaba muchas lágrimas, diciendo que le habia alargado Dios el vivir como al rey Ezequías, para hacer mejor su cuenta y arrepentirse más de sus descuidos, por lo que le daba mil gracias. Acrecentóse á este achaque una calentura que le fué consumiendo, y conocido el peligro se confesó y comulgó, lo que acostumbraba á hacer todos los dias, y diciéndole un monje que se acercaba su hora, le respondió con mucha alegría: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi*; levantando al mismo tiempo la vista y las manos al cielo, tomó un santo crucifijo, y con mucho aliento, á pesar de su grande debilidad, se heria el pecho diciciendo: *Ea, Señor, grandes son mis pecados, pero más es vuestra misericordia*; y lo repetia con tal afecto y lágrimas y suspiros, que parecia querer robar y arrebatar el cielo. Fué al fin á gozarle para siempre en 23 de Octubre de 1647, siendo de universal sentimiento la muerte de tan gran Padre en el convento y fuera de él. Hiciéronle unas solemnísimas exequias, á que asistió lo más distinguido de la ciudad, así del clero como de las religiones y pueblo, habiendo el mismo concurso al novenario, manifestando todos el afecto y veneracion que tenian á tan santo prelado. Sobre su sepultura pusieron una lápida con este epitafio:

Qui in vita theologiaque floruit, qui publicus erat in Academiis interpres, qui nulli erat secundus, R. P. M. Fr. Petrus Rosales, hujus Reg. Dom. filius; Parensque totius Hieronymianæ familiæ: heu, cecidit, brutoque recónditur isto. Obiit 20 *Oct.* 1647, *ætatis suæ* 85. S. B.

ROSALIA DE PALERMO (Santa) vírgen. Obligados estamos á rogar por

el devoto sexo de las mujeres, y con mucha razon, porque si bien una mujer, nuestra primer madre, la incauta á la par que soberbia y seductora Eva, agraviando á su Criador, haciendo caso de la falsa serpiente, se entregó al demonio y arrastró á seguirle á nuestro primer padre, infiriendo una ofensa á su Dios, ofensa que dejó desheredada de la divina gracia á su posteridad, y por la cual nacemos en pecado; otra mujer celestial, hechura tambien de Dios, pero obra perfectísima destinada á ser vaso de salvacion y á vengar las injurias de la primera, pisando la cabeza del demonio y rescatándonos de su esclavitud, libró á la humanidad de la muerte eterna, abriéndola las puertas de la gracia que aquella la cerrára, y haciéndonos verdaderos hijos de Dios y herederos de su gloria. Emancipada la mujer de la esclavitud en que se hallára ántes del cristianismo, y siendo ser racional como el hombre y no cosa únicamente creada para su servicio como pretenden otras religiones que les niegan la eternidad, á María Santísima sin mancilla, á la única criatura que despues de su divino Hijo jamás participó del pecado, fué concebida sin la manchada herencia de nuestros primeros padres, debe la mujer cristiana esa consideracion que se la guarda y por la que hasta la Iglesia católica ora por ella. Siendo esto así, véase cuán justo es que la mujer, que es todo sensibilidad, dulzura y amor, es tan devota y supera en lo general al hombre en la piedad y en todas las demás virtudes cristianas, y por la que se ven tantas heroinas, que puestos sus ojos en Dios y en su modelo María Santísima sin mancilla, sacrifican á tan caros objetos su virginidad, con desprecio al mundo y á sus pompas y vanidades, y con valor más que varonil se han presentado á millares en tiempo de las persecuciones, á despreciar los peligros, y derramar su sangre confesando á Jesucristo, ó ya no pudiendo alcanzar este segundo bautismo de sangre, se han retirado otras al yermo, deseando ser ignoradas del mundo, y dedicadas á alcanzar la bienaventuranza por medio de austeras y terribles penitencias. Entre las muchas heroinas de esta última clase con que se gloria el catolicismo, razon será contemos á la gloriosa Sta. Rosalía vírgen de Palermo, modelo de penitentes mujeres y honra y prez de su patria y familia, al propio tiempo que refulgente estrella del celestial paraiso de nuestra sacrosanta religion. Nació Sta. Rosalía en la ciudad de Palermo, capital del antiguo reino é isla de Sicilia, en el siglo XII de nuestra era, sin que el P. Croisset nos diga la fecha de su nacimiento. No fué esta rosa de bellísimos colores, gentil talle y agradable fragancia fruto del pobre huerto de una familia indigente y abatida, perteneció por el contrario al magnífico pensil de un soberano, y nació, no al ambiente de la pobreza, sino bajo dorados techos, entre las fastosas brisas de las riquezas, y rodeada de cuidadosos jardineros. Hija de Sinibaldo, príncipe descendiente de la familia

imperial de Carlomagno, fué criada en su palacio con todo el esplendor que exige el mundo de los que se mecen en cuna real y llevan sangre de soberanía. Rodeábanla mil criados y esclavos, deseosos de servirla, procurando adivinar sus gustos y caprichos para satisfacérselos sin tardanza, y lisonjeándola con todos los halagos de la adulacion, ambiente que tanto agrada á los grandes, y que llena todo el espacio en los alcázares reales, en donde se mantiene constantemente. Creció Rosalía rodeada de este ambiente, pero como habia nacido para ocupar otra region más magnífica, desde muy niña miraba con indiferencia cuanto la rodeaba, nada le parecia grande y magnífico, su propia grandeza le parecia miseria y poquedad, y tanto despreciaba las galas con que sus doncellas procuraban embellecerla, que todos los de su casa se asombraban de tanta indiferencia y tanto despego de las cosas que halagan á las mujeres, por buenas que sean. Puesta constantemente, desde que empezó á pensar, su alma en Dios, y comparando su grandeza infinita con la finita que la rodeaba, se humillaba avergonzada ante las santas imágenes, pidiendo á Dios la indicase el camino más corto que fuese capaz de conducirla á su gloria, librándola de las miserias de los tiempos. Debió oir Dios á su fiel sierva, puesto que esta princesa tomó una resolucion que solo puede concebir y llevar á cabo quien esté llamado de Dios. Decidida á huir del mundo á toda prisa y consagrar su vida entera á Dios viviendo solo en él y para él, un dia, para el que todo lo preparó convenientemente, ayudada de Dios, abandonó el principado de su padre, la corte y toda su familia, y sola, enteramente sola para no tener testigos que la impidiesen orar, ni enemigos que la vendiesen, fué buscando por los sitios más solitarios de las cercanías de Palermo un lugar apartado de toda poblacion y desierto, en donde poderse situar para hacer penitencia. Encontró por fin el sitio designado por Dios en una agreste gruta del monte Pelegrino, á tres leguas de Palermo, y léjos de todo hogar, y en un punto tan escabroso, que pocas veces le habia pisado planta humana. Gustóle á la Santa la gruta, por lo mismo que era incómoda y selvática, propia más para que se anidase en ella alguna fiera que persona racional, y mucho ménos una débil y delicada niña, criada en pañales reales y en mullidos cogines, que se prometia cambiar estos cómodos atavíos por el tosco sayal y las duras peñas que formaban la gruta. Acomodóse la jóven y hermosa Rosalía en su régio y humilde alcázar, despojándose ántes de cuanto en su traje pudiera recordar su nacimiento y posicion al mundo, y vistiendo el traje de la pobreza y manteniéndose de las yerbas y raíces que producia el monte, empezó penitente su vida, castigando su cuerpo con los más austeros rigores, como si hubiera sido el más criminal de los nacidos. Dios en su omnipotencia divina era su constante meditacion, y con la cual gozaba

su alma esas delicias celestiales que Dios envia á los que le sirven con fe, le aman con constancia y todo lo abandonan por su causa. Trabajaba diariamente con sus manos para no tener ocioso el cuerpo, y proporcionarse cuanto en aquella soledad habia menester, y empleaba la mayor parte de las horas en oracion y en cantar alabanzas al Señor, sin cuidarse de nada y para nada del mundo, pues cuando el demonio, por tentarla, la presentaba ideas mundanas ó excitaba su sensibilidad para que el cuerpo se rebelase contra su espíritu, Rosalía acudia presurosa á la penitencia y detenia los impulsos de la carne con unas punzantes disciplinas, y los del pensamiento con otras severas penitencias y con la oracion, llamando en su socorro á Dios y á su Santísima Madre, que no tardarian en prestársele, puesto que quedaba tranqaila y con lugar de vigorizarse para entrar con nuevas fuerzas en otra pelea. Despues de haber pasado cuantos trabajos causa la privacion hasta de lo indispensable, la melancólica tristeza de la más absoluta soledad, y los rigores de la austeridad más sublime y de la penitencia más cruel para sí misma, quiso Dios premiar su heroismo, y la llamó á la celestial morada para sentarla en el trono que la tenia reservado; trono imperecedero, de suerte que la que nació para adorno de un trono mundano por la humildad, llegó á otro eterno que nadie puede disputarla. Murió Sta. Rosalía el dia 4 de Setiembre de 1160, quedando su santo cuerpo en aquella gruta hasta que descubiertas sus reliquias por permision de Dios, fueron recogidas y veneradas, haciendo por ellas muchos milagros el Omnipotente, atribuyéndose á la intercesion de la Santa la cesacion de una gran peste que asoló el país. La Iglesia la celebra el dia 4 de Setiembre, y Palermo la tiene una especial devocion.—B. S. C.

ROSALINA (Santa), virgen. Celebran los anales eclesiásticos, y por lo tanto la Iglesia á esta Santa, de la cual solo encontramos en Croisset que señala su recuerdo el 17 de Enero, que fué monja cartuja, y que se ignoran las demás particularidades de su vida y muerte.—C.

ROSALIO Berrocal, presbítero. Fué natural de Cáceres, y nació en el mes de Julio del año 1720. Desde niño se mostró tan inclinado á la virtud y tan abstraido del mundo, que apartándose de los pueriles juegos y de la compañía de los demás pequeñuelos, solo encontraba recreo y distraccion en la lectura de piadosos libros, en la oracion y en la práctica de todo género de mortificaciones. Siguió con notable aprovechamiento la carrera eclesiástica, y terminada, recibió el presbiterado de manos del obispo de Coria. Era muy devoto de S. Mateo, por haber sido bautizado en la parroquia de este nombre (una de las cuatro que hay en Cáceres), y á ella se retiraba por las noches á orar y prepararse á decir misa, quedándose á dormir sobre el duro suelo, donde muchas veces le encontraba el cura, cuando iba á deshora á sacar el

santo Viático para los enfermos. La ardiente caridad con que amaba á Dios extendíase á sus prójimos, y muy especialmente á los que veia necesitados. Afligíale el desamparo en que se veian los pobres enfermos cuando sobrevenia algun mal contagioso, y para su remedio y asistencia dispuso, ya á expensas suyas, ya con el auxilio de las limosnas que le daban algunos bienhechores, una casa junto al hospital del Salvador, con varias camas, donde recibia tísicos, leprosos, contagiados y cuantos enfermos le era posible, pertenecientes á esas clases que más repugnancia ó más temor inspiran. Salia por la ciudad con la alforja al hombro á pedir para sus pobres, no descuidando por esto el socorro de todos los necesitados que á él acudian. Encontró una vez á un tísico muerto en la calle, y no hallándose quien lo quisiera enterrar, cargóle sobre sus hombros y con sus propias manos le dió sepultura. Queriendo el Ayuntamiento de Cáceres asociarse á sus benéficas tareas, ó lo que es más probable, separar el hospital del sitio en que se hallaba, porque la vecindad de él era incómoda á ciertas personas demasiado apegadas al amor de la vida y á las comodidades humanas, le cedió un terreno para que edificase en él un nuevo refugio. En esta ocasion desplegó Berrocal todos los recursos que le sugeria su caritativa eficacia. Vendió sus haciendas, cercenó sus gastos, pidió limosnas con más insistencia y trabajo como peon de albañil en la nueva fabrica, logrando, por fin, ver edificada una cómoda casa con galerías altas y bajas y las posibles dependencias para comodidad de sus amados enfermos. Agregáronsele dos ermitaños, que vivian en las cuevas de Montanchez, y que atraidos por la fama de santidad del buen sacerdote quisieron compartir con él sus trabajos, y entre los tres servian á los enfermos y llenaban todas las atenciones del servicio. Prosiguió en tan devoto ejercicio hasta que, movido de luz interior, que manifestó haber recibido, se pasó á vivir retirado al desierto del Risco, cerca de Sierra de Fuentes, en una eminencia sumamente fria. Construyó una celdilla inmediata á la ermita que allí existia, tan estrecha y reducida, que la puerta tenia tres cuartas de alto, y el interior apénas bastaba á contener los corchos que le servian de cama. En otra casilla inmediata vivian un compañero, que le asistia y que le ayudaba á la misa. Vivió en este sitio año y medio, vestido de una simple túnica negra, sin medias ni zapatos, aunque el paraje es tan frio, ejercitándose en asperísimas penitencias, tales como recias disciplinas, ayunos y austeridades de todo género, porque decia que esto y mucho más era necesario para resistir y vencer las tentaciones del enemigo. De tantas y tan rigurosas penitencias, de tantas y tan continuas privaciones, llegó á enfermar de una pierna hasta el extremo de quedar enteramente cojo. Noticioso de ello el obispo, le mandó que abandonase el desierto, y el anacoreta, aunque con harta pena suya, volvió á Cáceres cumpliendo los preceptos de la santa obedien-

cia, habiendo no obstante sacado mucho fruto de su permanencia en el desierto, porque era rarísimo el dia que no hacian confesiones generales con él los vecinos de los pueblos inmediatos y los pastores de la comarca. Reclamaron aquellas buenas gentes contra la providencia de quitarles tan ejemplar y útil ministro del Altísimo; pero no habiendo podido conseguir que se revocára el superior decreto, salieron tumultuariamente al camino para estorbarle su regreso á la ciudad. Mas el venerable sacerdote contuvo el ímpetu de su fervoroso arojo, prometiéndoles venir de tiempo en tiempo á verlos, y asegurándoles que nunca se olvidaria de su bien espiritual. Entró de noche en Cáceres, é inmediatamente se fué á parar á su refugio de enfermos, á encargarse otra vez de su asistencia. Fué tan sumamente devoto de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, que en los tres dias de semana santa en que se lee toda, no le era posible celebrar la misa, porque las lágrimas y los sollozos le embargaban hasta el extremo de quedarse como accidentado en el altar. Todos los dias, despues de celebrar el santo sacrificio, se sentaba en el confesonario, siendo tan grande la afluencia de penitentes que acudia, que por lo comun se levantaba á las doce, y entónces se desayunaba con la comida, reducida á una simple sopa como cuando estaba en el yermo. Daba luego de comer á trece niños pobres, instruyéndoles en la doctrina cristiana, y acto continuo marchaba al hospital, donde puede decirse que materialmente se hallaba concentrada su existencia, viviendo encerrado en él sin admitir visita de ningun género, porque decia que eran tiempo perdido, ni salir como no fuera á practicar alguna obra de caridad. Ni áun en los dias más hermosos del año quiso salir un momento á pasear al campo para recreo del espíritu; pues tenia tan bien distribuidas las horas entre el rezo, leccion espiritual, asistencia al templo, confesonario y hospital, que no podia salir á tomar un lícito descanso sin faltar á alguna de aquellas precisas obligaciones. Habiéndose suscitado en el año 1762 la guerra entre España y Portugal, fué ocupada la ciudad de Cáceres por un numeroso cuerpo de ejército, á quien fué preciso alojar en las casas grandes y establecimientos públicos. El hospital fundado por Rosalío fué designado para alojamiento, trasladándose los enfermos á otro punto, y yéndose el venerable director á vivir, interin duraban aquellas circunstancias, á su predilecta parroquia de S. Mateo. En esta parroquia enfermó y murió en el mencionado año 1762, siendo enterrado en la misma conforme á su última voluntad. Entre sus papeles se encontraron los votos que desde la edad de veintitres años se habia propuesto cumplir, y que eran los siguientes: *Voto de castidad; dar á una obra pia el sobrante de sus rentas; estarse en el templo los dias festivos desde las vísperas hasta las avemarías; no saciar jamás el apetito, y renunciar á aquella comida y bebida que más agradable le fuese;*

hacer contínua memoria de los Novísimos; levantarse todas las noches al toque de maitines; rezar de rodillas y en cruz el oficio divino; castigar rigorosamente la más pequeña infraccion de estos votos. Todo esto consta de la partida del entierro del venerable Berrocal, de la que en 27 de Junio de 1773 dió un testimonio D. Pedro Perez Ordiales, cura de la parroquial de S. Mateo de Cáceres, pedida por el virtuoso sacerdote D. Miguel José de Quirós, que deseando honrar la memoria del ilustre difunto, procuró investigar y recoger cuantas noticias pudo acerca de su vida, formando despues con ellas una extensa historia, que fué impresa en Madrid, y en la que entre otras muchas virtudes que enaltecieron al evangélico y piadoso siervo de Dios, Berrocal, se declara y manifiesta con pruebas convincentes, que no habia manchado la pureza de su alma con ningun pecado grave, ni perdido la gracia recibida en el bautismo. —M. B.

ROSCANO (Fr. Silvestre de), religioso capuchino de la provincia de Cosenza, y uno de los predicadores más célebres de su época. Hallábase dotado de esas grandes cualidades que distinguen á los hombres superiores, y supo hacer tan bien uso de ellas, que desde su entrada en la religion fué mirado como uno de sus miembros más ilustres. Antes y despues de profesar fue un modelo de humildad y obediencia, no hallándose nunca nada en él que reprender, ántes sí, por el contrario, mucho que elogiar, pues como siempre anduvo por el camino de la perfeccion, á que aspiró hasta en sus más altos grados, mereció se le citase como modelo, y que sus colegas deponiendo toda envidia le mirasen como tal. Obtuvo diferentes distinciones y desempeñó gran número de cargos, siendo siempre acreedor por su celo y buenas cualidades á que se le elevase á otros, como veremos despues. Pero en lo que más se distinguió, en lo que dió mejores pruebas de sí fué en el ejercicio de la predicacion, en que obtuvo tanta fama, que era mirado como un nuevo apóstol en Roma, Venecia, Nápoles y todas las principales ciudades de Italia. Su conmovedora elocuencia y su profundo saber, unidas á su vida ejemplar, le adquirieron tan glorioso renombre y le hicieron acreedor á la estimacion de sus generales y áun de los mismos pontífices, particularmente de Gregorio XIII, que le nombró para el obispado de Malta, que él se apresuró á renunciar, insistiendo en su renuncia á pesar de las instancias del Pontífice, que no por esto dejó de estimarle, ántes bien aumentó en mucho el aprecio que hácia él sentia, pues comprendiendo su verdadera humildad, creyó no debia ponerle obstáculos, ántes bien dejarle seguir libremente el camino, que le conducia á dar el mayor desarrollo é impulso á esta virtud. Pues como con esta ocasion, dice su cronista el P. Lisboa: «No quiero yo introducir aquí ó á lo ménos no podré resolver cuál de estos dos partidos tiene mayor mérito, y cuál es más digno de alabanza. S. Bernardo,

en la Epístola VIII, consultado en la ocasion y duda que tenia su grande amigo Bernardo el Cartujo, prior de las Puertas, electo y dudoso de admitir el arzobispado de Colonia, no se determinó á resolver el caso difícil por todos capítulos. El admitir prontamente puede ser efecto de propia satisfaccion y tocar en temeridad, y el resistirse puede tener el reparo de oponerse á la voluntad divina. Aquel siervo del Evangelio fué castigado, porque no negoció el talento que le confiaron, y es innegable que el negociar padece los sustos de muchos peligros. Horror, dice el mismo Bernardo, me causa considerar la dificultad, y vivió tan dudoso, que nunca quiso resolver la cuestion: yo, más atrevido, ó que penetro ménos los términos, tomaré un medio que facilite las glorias de la religion capuchina, y diré que como todas las acciones y elecciones indiferentes son capaces del bien y del mal segun los fines y motivos que las dirigen, en todo alabo y en todo venero á estos célebres capuchinos: los primeros, porque abandonando su quietud religiosa por negociar con el talento, han salido al mar tempestuoso con el cuidado del timon, y con el sustento continuo de inminentes peligros, conmutando la quietud sosegada con una perpétua tormenta; y al contrario, nadie puede negar que es laudable la humildad que prefiere el olvido y retiro de un capuchino claustro, á la autoridad de una reverenda mitra: así que para mí son igual gloria de la religion aquellos hijos que la han ennoblecido con sus mitras, que los que la han ilustrado con sus voluntarias renuncias.» En este último número se encuentra nuestro buen religioso, muy acreedor á todos los elogios que puedan tributársele, no solo por propios, sino por extraños escritores; pues el que habia recorrido toda la Italia siendo el objeto y admiracion de todos; el que tanto habia brillado por sus virtudes y elocuencia, parecia que no podria aspirar á mejor premio despues de tantos trabajos que á un obispado, en que autorizase su reputacion y acabase de sellarla con los méritos contraidos en su gobierno. Mas, por el contrario, el P. Rosano prefiere la tranquilidad y el retiro del claustro, quiere terminar sus dias en el recogimiento y la oracion, prefiriendo esta grandeza á todas las humanas. Solo los mundanos, solo los hombres apegados á sus intereses y pasiones no pueden comprender toda la grandeza, todo el heroismo de esta conducta; pero los que independientes en su interior y acostumbrados á los desengaños que tan frecuentemente se encuentran en la historia de los hombres, conocen todo su valor é importancia, no podrán ménos de apreciarla, de comprender ese verdadero mérito, añadiendo que es mucho más fácil gobernar que gobernarse á sí mismos, y que con frecuencia los hombres que se supone marchan al frente del mundo y rigen los destinos de la humanidad, son unos miserables esclavos de sus pasiones, á cuyo impulso se ven arrastrados como la nave en dia de tor-

menta en alta mar. Pero el P. Rosano, conocedor de esta verdad porque habia tenido ocasion de ver y corregir tantos ejemplos, no quiso oponerse á tan terrible situacion, supo vencerse, y murió en el claustro humilde religioso como habia vivido, pero mucho más digno de la memoria de la posteridad. — S. B.

ROSANO (Virgilio), cardenal de la santa Iglesia romana, obispo de Ischia. Nació en Spoleto en 1499, y habiendo pasado á Roma, hizo allí sus estudios y se ordenó de sacerdote, llegando á obtener la púrpura cardenalicia de manos de Paulo IV, que le elevó á esta dignidad en 1557. Confidente é íntimo amigo de este Pontífice, se vió expuesto á las iras populares por creerle los revoltosos que era consejero del Papa en las determinaciones que, no agradando al pueblo, le hicieron levantarse contra su autoridad. Murió á consecuencia de una sofocacion de sangre, por habérsele roto una vena, el dia 23 de Mayo de 1559, á la edad de sesenta años. — M. B

ROSANOBA (Fr. Luis), religioso franciscano de la provincia de Nápoles. Italia, tan célebre en todos los siglos por los grandes hombres que ha producido para honra de la humanidad, no lo fué ménos en la edad media y del renacimiento por los ilustres varones que vieron la luz en su suelo para gloria del catolicismo. Ciertamente que la historia profana no podrá registrar en sus páginas los nombres de un César, de un Pompeyo, de los Marios ni de los Silas, de Cincinato ni de otros guerreros; pero en cambio puede citar para universal asombro á un Pio V, á un Sixto, á un Leon X, á un San Cárlos Borromeo, á un S. Francisco de Sales, á S. Buenaventura y á tantos otros, que por la parte activa que tomaron en los negocios de su siglo, por la influencia que tuvieron en los de Europa, valen sin duda tanto como los Augustos, los Casios y los Escipiones, ó por sus brillantes escritos en nada desmerecen de los Cicerones, los Sénecas ó los Quintilianos. La crítica moderna, ó por mejor decir los escritores apasionados de determinados partidos, han supuesto, sin embargo, que Italia habia degenerado, que no existian en ella los grandes varones que produjo en otros tiempos. Semejante modo de presentar la historia es tan inexacto como falaz, y solo la mala fe ó la calumnia pueden atreverse á asentar semejantes asertos. El destino de Italia desde los antiguos hasta los modernos tiempos ha sido dominar el mundo, y lo ha conseguido sucesivamente con la espada ó la palabra. Cuando con Augústulo desapareció el imperio romano, fundando sobre sus ruinas el reino Lombardo el bárbaro Odoacro; cuando sobre las antiguas provincias romanas se fundaron otros tantos reinos; entónces comenzó la Iglesia á establecer para Italia un imperio de larga duracion, que aún no ha decaido, ni decaerá en mucho tiempo todavía. Entónces esa larga y brillante série de pontífices, que comenzando en S. Pedro, continua hasta el

gran Pio IX, dió orígen á esa especie de monarquía, que triunfante unas veces de sus enemigos, envuelta otras entre las desgracias y las vicisitudes de siglos más ó ménos revueltos, ha conservado siempre su poder, su gloria y su grandeza. En vano una revolucion la arroja de Roma en la edad media, en vano los monarcas franceses, que han tenido siempre la idea fija de establecer el papado en Francia, la dan un asilo en Aviñon; aquellos mismos romanos, que poco ántes la desecharon, vuelven á llamarla á su seno, y se introduce una lucha larga, terrible y hasta sangrienta entre cardenales italianos y franceses, cismontanos y ultramontanos, lucha que da lugar á repetidas intrigas políticas, á diferentes cismas y hasta mortíferas guerras. Se hace la eleccion en Italia, los cardenales franceses dicen que no han tenido libertad para votar, que los ha amenazado el pueblo, y vienen á Aviñon á elegir por segunda vez, originándose uno de los cismas más grandes y largos que han trabajado el seno de la Iglesia. Tal fué la consecuencia de haber arrojado en una ocasion al pontífice de Roma. Posteriormente el guerrero del siglo, Napoleon I, intenta traer á Francia por segunda vez el papado para aumentar el poder é influencia de esa nacion, que sin Inglaterra seria la primera de Europa; pero los Pios VI y VII, legítimos representantes del catolicismo, tan grandes como los Leones y muchos de sus antecesores á quienes la Iglesia ha colocado ya en los altares, comprenden que los intereses del catolicismo son opuestos á los de Francia, y que podrian producir un cisma como los que ligeramente hemos indicado, y con una grandeza de ánimo superior al esfuerzo bélico se oponen constantemente á las transgresiones del poder temporal, y luchan dia por dia, hora por hora, instante por instante, hasta obtener uno de esos triunfos que solo es dado conseguir á la Iglesia católica; así es como el papado ha sido siempre fecundo en hombres grandes, así es como la Italia ha abundado siempre en ilustres héroes, pronunciándose únicamente en decadencia cuando se ha querido colocar en un pedestal en que no se podian sostener á hombres como Rienzi, pobre tribuno, que queria imitar á los agitadores del pueblo romano, miéntras como Masianello, ni era capaz de formar un plan contra sus verdaderos enemigos, ni áun de comprender en los que pudiera enredarle su sagaz política. Pero no solo en varones de este género ha abundado Italia en los siglos modernos, comparables ó quizá superiores á los de los antiguos. Los ha producido en otros muchos más gloriosos quizá y cuya popularidad debia admirar y enmudecer á la historia. ¿Dónde se citarán nombres más conocidos que los de un S. Francisco de Asís ó un S. Antonio de Pádua? ¿Qué general al frente de sus ejércitos hizo conquistas tan grandes y tan rápidas como las de estos campeones de la Iglesia militante? ¿Qué político con ménos recursos ha fundado una república tan vasta y tan bien organi-

zada como la que establecieron estos grandes patriarcas, llamados así porque fueron en realidad padres de una grande y numerosa familia? Y no lo hicieron ciertamente halagando las pasiones, dando rienda suelta al pueblo en sus necesidades y deseos. Por el contrario, predicaron la pobreza, la mortificacion y la abstinencia, se opusieron á todos los placeres, á todas las vanidades, á las necesidades mismas, y llegaron sin embargo á reunir bajo sus banderas ejércitos tan numerosos y disciplinados, que á su lado solo son pálidos reflejos de lo que puede el genio del hombre los que mandaron los Escipiones y los Aníbales. Cuántos ejemplos de este género pudiéramos aducir si fuese nuestro objeto probar la equivocacion de los autores modernos; pero no lo es sino de una manera incidental, pues al hacer la relacion de los hechos de un pobre religioso, que no fué por cierto de los que más se distinguieron en su órden, solo por via de ilustracion podemos emitir estas ó semejantes consideraciones. El P. Rosanoba fué uno de tantos soldados como combatieron en las banderas de Francisco de Asís; el tiempo y las circunstancias le elevaron á jefe, pero no tenia ni el genio ni las pretensiones de colocarse á la altura de su glorioso Patriarca, ni áun de sus primeros discípulos. Estudioso y entendido, hizo rápidos progresos en los estudios, se consagró á la enseñanza durante un largo período, y obtuvo los mejores resultados. Distinguido predicador, repartió el pan de la palabra divina con tanto celo y fe, que le amó el pueblo y le apreciaron sus compañeros y superiores. Por espacio de veinticinco años estuvo consagrado á este género de trabajos, veinticinco años de sacrificio, de abnegacion, de lucha, pero que fueron coronados por el éxito más feliz. Nada, por otra parte, queria para sí el obrero de una grande empresa que, basada en el suelo, se elevaba gradualmente hasta ocultar su cabeza en las etéreas regiones. Cuando por sus méritos fué elegido definidor de su Orden, coadyuvó á estos grandes planes de su santo fundador, los dirigió en su siglo, y contento con haber puesto su óbolo en la grande obra de que era uno de los trabajadores, se retiró despues á descansar y prepararse para caminar á una nueva patria, objeto constante de sus deseos. Entónces fué cuando escribió ó publicó las siguientes obras, por que es principalmente conocido: *Sacram Elegiam pro Sancta Margarita de Cortona, gemebunda in die Parasceves.— Heroicum carmen super Scoti gesta, et doctrinam.—Prosopopeyam in laudem Excellentissimi Julii Pignatelli.—Elegia in funere Illustrissimæ Dominæ Hippolitæ Tribultiæ;* y otras muchas.—S. B.

ROSARIO (Nuestra Señora del). Vamos á ocuparnos con el alma llena de gozo y con el corazon rebosando de alegría, de uno de los afectos que más nos entusiasman; de lo que despues de Dios nos llama la atencion, de lo que más amamos y veneramos despues de aquel que vino á redimirnos á costa

de su preciosísima sangre: en fin, vamos á continuar en nuestro piadoso empeño de cantar las glorias de María. ¡De María! de la Vírgen y Madre sin mancilla del Verbo encarnado; de María, la gran Madre de Dios; de María, la preciosa estrella de Jericó, nuestra Madre, nuestra Reina, nuestra Señora, y por último nuestro bien y consuelo eterno. ¡Y qué mejor podríamos emplear nuestro tiempo que alabando á aquella que tanto merece, que tanto bien nos hace, y que tanto puede con el Criador de todas las cosas; que no teniendo principio ni fin, es El mismo el principio y fin de todo lo creado, incluso de sí mismo; que es el Todopoderoso por excelencia! Si los santos, los justos, los virtuosos y los que fueron consagrados al servicio del Señor en los altares, nos llaman la atencion para que cantemos su alabanza en esta obra, ¿quién de todos ellos ni todos juntos á la vez tendrá más méritos, ni más derechos á nuestra consideracion que la que fué, es y será Hija del Eterno Padre, Madre de Jesucristo, Esposa del Espíritu Santo, y como tal Tabernáculo sagrado de la Santísima Trinidad? Reina de todos los coros y regiones angélicas, de todos los santos del cielo y de la tierra, y Madre de Dios y de todos los hombres ¿á quién se deberá mayor veneracion y alabanza despues de la de aquel que todo lo crea, todo lo manda y todo lo puede? Ciertamente que hablar de un pueblo sin empezar por su soberano, sería una falta imperdonable del historiador, y aún sería más extraño y punible no se tuviese en cuenta tan altas personas cuando los personajes historiados son los escogidos de este pueblo. El pueblo cristiano escogido es del que se trata en esta Biografía, y escogido en su seccion católica, en esa parte del cristianismo la más querida de Dios, porque es la que no ha variado en un ápice su doctrina y ha seguido y sigue la observancia del Evangelio, ley santa que selló con su preciosa sangre y con la que nos obligó no solo á su cumplimiento, si que tambien á la gratitud. Y siendo la Vírgen María la Reina del pueblo católico, ¿cómo hablar de sus próceres y matronas sin ponerla al frente de todos como la soberana á quien todos los más santos deben amor y obediencia, y á cuyas plantas acuden todos para alcanzar por su poderosa mediacion la misericordia y la gracia de su omnipotente Padre, de su divino Hijo y de su celestial Esposo? En este deseo, y habiendo cantado ya las excelencias de la Señora de las Señoras en otras advocaciones, de las que toman sus nombres los fieles para tenerla más presente y obligarla á que los proteja, vamos á verificarlo aquí con su gloriosísimo nombre de Rosario, con que se la venera en el mes de Octubre en fiesta solemne por la Iglesia católica, en la que se esmeran los fieles devotos en obsequiar á su divina Madre, no solo en el dia consagrado por la Iglesia, si que tambien todos los dias, y muy particularmente en la aurora, al medio dia y al anochecer, horas que consagran á María llenos

de fe y entusiasmo religioso. En todas las iglesias de nuestra católica España y áun en muchas capillas y oratorios particulares, al toque de oraciones se reunen los fieles á saludar á María, como lo hizo el Arcángel, y á obsequiarla con el santo ejercicio del Rosario. ¿Y qué católico jefe de familia, de buenas y cristianas costumbres, deja de reunir una vez al dia á esta para rezar el Santo Rosario? ¿Cuántos por sí ó acompañados no se gozan en esta devocion diariamente? Con gozo lo decimos, á pesar de lo que ha cundido el indiferentismo religioso entre nosotros, y de lo que nos trabaja la impiedad, si bien por fortuna con ménos éxito que en otros pueblos, vemos acudir á los templos multitud de fieles á la hora del Rosario, y conservar á muchas familias la piadosa costumbre de rezarle; y áun sabemos de muchos, que no permitiéndoles sus ocupaciones hacerlo en reunion de la familia, ni asistir á las horas de costumbre á los templos, lo hacen caminando á sus faenas. Por nosotros podemos decir con verdad que el dia que por acaso ó por distraccion ú ocupacion en la agitada vida que llevamos, se nos pasa si haber llenado este deber religioso que nos hemos impuesto, parece que nos falta alguna cosa, y aprovechamos el tiempo que podemos en la calle misma, al retirarnos, en los puntos en que se nos obliga á esperar, ó al acostarnos, para no quedarnos sin dirigirnos á la bendita María en este santo ejercicio. ¡Y qué de placer y satisfaccion nos causa el haberlo hecho! ¿qué de gracias espirituales no debemos á la Señora por esta nuestra constancia? El que desee conocer esta nuestra satisfaccion, y experimentarla por sí mismo, que practique esta devocion con amor, con fe y con esperanza, y podrá fácilmente convencerse: seguros, segurísimos estamos de que si alguno sigue este nuestro consejo, ha de encontrar alivio á sus penas por grandes que sean, satisfaccion en su alma, gozo en su corazon, y que por lo tanto nos ha de agradecer el haberle indicado tan celestial remedio, y al hacerse esclavos voluntarios de la Vírgen de las vírgenes, jamás abandonarán el verdadero paladion de la gracia divina, y se harán un deber sagrado en recomendar el ejercicio del santo Rosario á sus hermanos.

Rosario quiere decir *Salterio*, porque consta de ciento cincuenta Ave-Marias, que corresponden á los ciento cincuenta salmos del rey profeta David. Siguiendo la opinion de algunos autores piadosos, puede decirse que la devocion del Rosario empezó al propio tiempo que la Iglesia, siendo por decirlo así su primer breviario, las primeras horas canónicas de que hizo uso. Añaden algunos que por órden de la Vírgen rezaron ya los apóstoles el Rosario, y que los primeros fieles imitaron en esto á los apóstoles, ántes que S. Ignacio mártir introdujese en la iglesia de Antioquía el Salterio de David, que fué despues recibido para alabar á Dios en la Iglesia universal. Los anacoretas egipcios y los de Nitria tomaron esta devocion de los primeros

fieles, y en estos desiertos le aprendieron y tomaron para enseñarle á los demás, S. Agustin, S. Gerónimo, S. Ambrosio, y otros varios santos padres de la Iglesia católica, mereciendo el nombre de su restaurador el venerable P. Beda, que viendo amortiguada esta santa práctica, la avivó en Inglaterra, cuyos naturales habian recibido esta devocion de sus antepasados; y desde Beda la siguieron practicando con el mayor fervor. El beato Alonso de Rupe, deseando levantar esta devocion casi olvidada en muchos puntos, se dedicó á la predicacion del santo Rosario. Cuéntase por Casiodoro, Paladio y Solsomeno que hubo un monje, llamado Paulo, que tenia la costumbre de rezar diariamente trescientas oraciones, y para que no se le pasase alguna de este número, se metia en el seno otras tantas piedrecitas que iba arrojando á medida que rezaba las oraciones, de modo que sin cuidarse de llevar la cuenta en la memoria, al arrojar la última piedrezuela conocia que se habia terminado su santa tarea. Rosario puede llamarse el que acabamos de exponer, y no lo fue ménos el del monje Ayberto, que floreció por los años 1099, el cual en tiempo del papa Pascasio II rezaba la salutacion angélica, segun Surio, cien veces al dia puesto de rodillas y cincuenta de noche postrado en tierra. Si para averiguar algun tanto la antigüedad de esta devocion con alguna proximidad mayor á nosotros, acudimos á las pias obras de las bellas artes, no dejaremos de encontrar imágenes de la Vírgen, de más de ocho siglos de construccion, en las que se ven rosarios en sus manos como los que usamos en el dia, prueba de la antigüedad de un ejercicio, que siendo tan agradable á Dios por el obsequio que en él se hace á su santa Madre, no pudo ménos de ser inspirado á los fieles desde luego por su divina gracia. A pesar de cuanto llevamos dicho, la forma, método y práctica del santo Rosario de nuestra Señora, tal y cual hoy le rezamos, se debe á la piedad española, al amor que este pueblo escogido de la Madre de Dios tiene á su Reina y Señora en gratitud de haber hecho con él lo que con otro ninguno, viniendo á visitarle en carne mortal y á mandarle levantar su primer templo: se debe, en fin, al glorioso compatriota nuestro Sto. Domingo de Guzman, á quien con razon llaman algunos autores el inventor y primer predicador del Rosario de nuestra Señora, porque este Patriarca esclarecido fué el primero, como dice un autor, «que le enseñó y predicó con el método y órden admirable de meditar los misterios de nuestra fe, repartidos en tres clases, de gozosos, dolorosos y gloriosos, que él aprendió de nuestra Señora, y de él lo recibió la Iglesia como cosa venida del cielo para provecho de todo el mundo, culto de la Madre de Dios, y gloria del mismo Dios; porque en esta utilísima devocion se eslabonan y encadenan la oracion mental y vocal, para que el alma y el cuerpo, el entendimiento y la lengua, la voluntad y los labios alaben á Dios, celebren á la Madre de Dios, y no haya

parte en el hombre que no alabe á su Criador y Redentor, y á la Madre de su Criador y Redentor; y justamente pida y merezca los favores de que necesita para su salvacion, y obligue á quien se los ha de conceder, y á la que se los ha de alcanzar con su intercesion. Por eso los hijos de Sto. Domingo, zelosísimos siempre de la salud de las almas, imitando la caridad y devocion de su incomparable Padre, han extendido y dilatado esta devocion por todo el mundo, y el Señor la ha acreditado con innumerables milagros, y los sumos pontífices la han aprobado y confirmado, y recomendado con muchos privilegios, gracias é indulgencias, que han concedido á los que rezan el Rosario ó corona de nuestra Señora, que se compone de siete Padre-nuestros y setenta y dos Ave-Marías, por los años que vivió en la tierra la Reina del cielo, segun las dos opiniones más recibidas acerca de los años que vivió con los hombres la Madre de Dios; de las cuales la más vulgar es que fueron setenta y tres años, y la que parece más probable al eximio doctor franciscano Suarez, y tiene mucha autoridad, es que fueron setenta y dos.

Aunque ha sido muy célebre esta devocion del Rosario desde el tiempo de Santo Domingo, se hizo más célebre con ocasion de la famosa batalla naval de Lepanto, que se ganó por intercesion de nuestra Señora, y particularmente por la devocion de su santo Rosario, la cual siendo tan sabida no hay para qué referirla aquí de propósito; y siendo muy propia de esta festividad no se puede callar del todo; y por eso diré la suma de ella. Despues que Selim, segundo de este nombre, gran turco, rompió las paces con la república de Venecia, viéndose señor del mar por la multitud de sus naves y soldados, se señoreó del reino de Chipre, y empezó á hacer hostilidades y estragos en los cristianos. El santísimo pontífice Pio V procuró unir todas las armas católicas contra el enemigo comun de la cristiandad, que deseaba dominarlo todo con su poder, y presumia eclipsar con sus lunas las luces clarísimas de nuestra fe. Excusáronse los otros príncipes cristianos, y solamente el rey católico Felipe II se coligó con el Papa y con la república de Venecia para oponerse á tan formidable enemigo. Dispúsose una poderosa armada, de que iba por general D. Juan de Austria, hijo del invicto emperador Cárlos V, en quien parecia herencia el valor y patrimonio el vencer. Buscó la armada católica á la turquesa, que esperaba en el golfo de Lepanto. Los turcos contaban doscientas y treinta galeras reales, con otras muchas galeras y vasos menores: los cristianos llevaban más de doscientas galeras, ochenta y una del rey de España, ciento nueve de Venecia y doce del sumo Pontífice; tres de Malta y otras de caballeros particulares. Al llegar nuestra armada á vista de la del enemigo, el viento, que para los turcos era favorable y para los cristianos contrario, amansó casi de repente, empezando ya á desfavorecerles este elemento, y el mar se sosegó, como si pretendiera ver

con reposo los dos más poderosos ejércitos del mundo disputar sobre la posesion de él. El de los turcos era muy superior en el número: el de los cristianos era mayor en el valor; los turcos presumian alistarse debajo de sus banderas la fortuna, hinchados con repetidas victorias; los cristianos sabian que venia la justicia de la causa: ambas armadas miraban presente la batalla y el riesgo, y en esperanzas la victoria y el triunfo. Pero los infieles le esperaban de su valor y los fieles del valor divino. Por esto, ya que se acercaba á tiro de cañon, mandó su alteza enarbolar un crucifijo y muchas imágenes de nuestra Señora, y todos puestos de rodillas, hicieron oracion á Dios poniendo por intercesora la Vírgen, suplicándole que no diese la victoria á los enemigos por castigar á los que confesaban y llamaban arrepentidos de sus culpas. Luego habiendo esforzado los dos capitanes á sus soldados, y dado la señal de aceptar ambas partes la batalla con dos tiros de bombarda, se acometieron las naves con increible ímpetu, y se peleó por espacio de dos horas con extraño valor, con diferentes sucesos, ya próspe-ros, ya adversos, como los lleva la guerra, sin saberse aún dónde estaba la victoria, hasta que se se reconoció en nuestra armada, y se fué declarando tanto por los cristianos, que en breve tiempo quedó desbaratada y deshecha la armada de los turcos; treinta mil con su bajá muertos, diez mil cautivos, ciento y ochenta naves presas, noventa sumergidas; quince mil cristianos libertados, casi trescientos tiros de artillería cogidos; el despojo de dineros, joyas y armas, ni tiene precio, ni número; y lo principal fué cobrar las armas católicas la reputacion perdida, y perder las mahometanas la soberbia y la confianza ganadas en muchas victorias. Murieron de nuestra parte seis mil hombres, y pocos de cuenta, por lo cual fué esta la batalla más célebre que han conseguido en el mar los cristianos, y no sé si se vió ántes primera, ó ha visto despues segunda en sus campañas el elemento del agua.

Debióse esta insigne victoria á las oraciones de S. Pio V y de la cristiandad, donde el santo Pontífice las mandó hacer: y fuera del valor de los soldados cristianos, ayudó mucho la devocion y celo con que, confesados y bien dispuestos, entraron en la batalla para morir defendiendo la fe, si Dios por nuestras culpas diese á los infieles la victoria; y principalmente se debió á la intercesion de la Sacratísima Vírgen María, nuestra Señora, singular patrona de las batallas, á quien el sumo Pontífice encomendó esta empresa, y el general y capitanes hicieron diversos votos. Consiguióse esta victoria en el primer domingo de Octubre de 1571, dia que la religion de Predicadores tenia consagrado (como todos los primeros domingos de cada mes) al culto de nuestra Señora del Rosario; y en este especialmente encomienda á Dios el buen suceso de las armas católicas, por mandado del sumo pontífice Pio V, el cual en reconocimiento de tan señalada merced como reci-

bió toda la cristiandad de la Madre de Dios, consagró este dia á su culto, con título de *Santa María de la Victoria*, y Gregorio XIII, que le sucedió, mandó que se celebrase cada año en el primer domingo de Octubre, en todas las iglesias del orbe cristiano, donde hubiese capilla ó altar de nuestra Señora del Rosario, fiesta á nuestra Señora con el título del Rosario, por haberse alcanzado esta victoria por su devocion. Confirmó esta fiesta Clemente VIII, y últimamente nuestro santísimo padre Clemente X, á instancia de la reina nuestra señora Doña Mariana de Austria, ha mandado que en todos los reinos y señoríos de la monarquía católica se celebre fiesta de nuestra Señora del Rosario, con oficio de doble mayor, por todo el clero secular y regular.

Es muy digna de ser usada de todos, y muy agradable á nuestra Señora, la devocion de su santísimo Rosario, y muy segura: porque fuera de estar aprobada y recomendada por la Iglesia, este Rosario ó salterio de nuestra Señora se compone de la oracion del *Padre nuestro* y la del *Ave María*, que son las mejores oraciones que se pueden decir á la Vírgen. Y dejando la oracion del *Padre nuestro* que es compuesta por el mismo Cristo, y en esto lleva toda su recomendacion, la oracion del *Ave María* se compuso de las palabras del arcángel S. Gabriel cuando saludó á María, y de las de Santa Isabel cuando María la saludó: aunque diremos mejor que el mismo Dios compuso esta salutacion, y nos la enseñó por boca de un ángel y de una mujer, para que tengan parte en esta salutacion los hombres y los ángeles: porque S. Gabriel, como advierte el beato Alberto Magno, no saludó á María en su nombre, sino en nombre de la Santísima Trinidad, como su embajador; y dijo aquella salutacion, no como inventada por él, sino como enseñada de Dios: y Santa Isabel, ántes de saludar á María, fué llena del Espíritu Santo, el cual le hizo decir las palabras que no habia pensado y profetizar lo que ántes no sabia, como advierte S. Gregorio. A esta salutacion añadió la Iglesia, gobernada y enseñada del mismo Espíritu Santo, las últimas palabras: *Santa María, Madre de Dios*, etc. El cardenal Baronio dice que se añadió esta parte á la salutacion angélica el año de 431, con ocasion de la herejía de Nestorio, que no queria llamar á María Madre de Dios; porque condenado este perverso heresiarca, que pretendia oscurecer la mayor gloria de María Santísima, creció más la gloria de esta soberana Señora en toda la Iglesia, la cual empezó á invocarla y predicarla perpétuamente con el nombre de Madre de Dios, muy usado de los santos Padres, y para que todos los fieles confesasen y celebrasen esta gloria de María, siempre que repitiesen la salutacion angélica, añadió aquellas palabras: *Santa María, Madre de Dios*, etc. El doctísimo P. Pedro Canisio, de la Compañía de Jesus, dice que desde el principio de la Iglesia, los sirios,

enseñados por los sagrados apóstoles, acababan el sacrificio de la Misa con el Ave María, añadiendo á la salutacion del ángel y de Santa Isabel estas palabras: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores. Amen.* Mas puédese componer esta diferencia, si decimos que lo que usaban los sirios en la Misa desde el tiempo de los apóstoles, lo empezó á usar toda la Iglesia, siempre que reza el *Ave María*, desde el año 431.

Es tan agradable la salutacion angélica á la Santísima Vírgen, que como dice S. Atanasio, los ángeles en el cielo la saludan y alaban con las palabras del arcángel S. Gabriel. Y de santa Matilde, hija muy regalada de la Madre de Dios, se escribe que oyendo un dia misa de nuestra Señora, al empezar el sacerdote á decir aquellas palabras: *Salve, sancta Parens*, le vino un deseo muy entrañable de saludar tambien á la Vírgen; y hablando con ella le dijo: «Oh Señora y Reina dulcísima, si yo hallase una salutacion la más excelente que humano entendimiento puede pensar, de muy buena gana os saludaria con ella. Luego fué arrebatada en espíritu, y vió á la gloriosísima Vírgen María cercada de innumerables ángeles y de inmensos resplandores, que traia en el pecho escrita con letras de oro la salutacion angélica, y dijo á la santa: «Nunca pudo llegar hombre á inventar semejante salutacion, ni me puedes saludar con otra que más me agrade que esta, porque con ella me saludó la Santísima Trinidad. El Padre me confirmó con su omnipotencia, para que fuese exenta de toda culpa: el Hijo me ilustró con su sabiduría, para que fuese como un astro refulgente del cielo y de la tierra; y el Espíritu Santo con la dulcedumbre de su amor, me llenó de toda gracia y me hizo tan agradable, así que todos los que buscaren por mí la gracia, la hallarán;» y dejando consoladísima á la santa vírgen, desapareció la Vírgen de las vírgenes y toda aquella maravillosa vision.

Juan Lanspergio y el abad Ludovico Blosio, en sus *Varones santos*, hablan de cuánta gloria resulta á Dios, honra á la Vírgen, agrado á los ángeles y bienaventurados, y provecho á los hombres, de la devocion del santo Rosario; y particularmente refieren que un prior de la Cartuja del monasterio de Tréveris, que por muchos años se habia ejercitado en la devocion del Rosario, siendo en una ocasion arrebatado en espíritu como solia, y subido al tercer cielo como S. Pablo, ó abiértosele como á S. Esteban, vió con los ojos del alma cómo toda la corte del cielo daba á Cristo y á su gloriosísima Madre millares de bendiciones y alabanzas por los inefables misterios que se encierran en el Rosario: que los coros de ángeles y santos, que estaban con grande atencion al tiempo que se rezaba el Rosario, y que al pronunciar el nombre santísimo de Jesus, hincaron con profundísima humildad la rodilla, y al oir el nombre dulcísimo de María, inclinaban la cabeza con grandísima reverencia; y vió juntamente que todos los celestiales

espíritus y hombres bienaventurados hacian oracion á Dios, pidiendo favores y mercedes para todos aquellos que, rezando el Rosario se ocupaban en la tierra en lo que ellos se ocupaban en el cielo, en alabar á Jesus y á María y dar gracias á Dios por los altos y soberanos misterios que con inefable y estupenda caridad firmó por la salud de los hombres, y por las grandes cosas que con inmensa liberalidad hizo en María el Todopoderoso. Vió tambien aparejadas en el cielo muchas coronas de gloria, hermosas y resplandecientes, para los que rezaban devotamente el Rosario. Supo que cada vez que alguno decia un Rosario, alcanzaba algun favor y merced, y alguna gracia y bendicion particular en esta vida por medio de la sacratísima Vírgen María, que oraba por los que rezaban su Rosario. Finalmente, entendió que en esta devocion estaba encerrado tal tesoro de gracias y bienes espirituales, que ninguno de los mortales lo podria comprender con el entendimiento, y ménos explicar con las palabras. Todo esto fué revelado á aquel varon santo; y por no ser avariento del tesoro mayor, ni defraudar á los venideros de la noticia que tanto les podia aprovechar, dejó escrito lo que habia visto, y descubrió esta mina de que podian enriquecerse todos de espirituales riquezas.

No tienen número los favores que Dios hace á los devotos del Rosario de María. Pero ¿qué maravilla es que sean tan favorecidos y consigan tantas gracias, si ruegan por ellos los bienaventurados, si suplican los ángeles, si intercede María? ¿Qué no alcanzarán tales ruegos, qué se negará á tales súplicas, qué cosa hay imposible ni dificultosa á tal intercesion? Por el Rosario los ciegos reciben vista, los sordos oidos, los mudos lengua, los mancos manos, los cojos pies, los desconsolados consuelo, los necesitados socorro, los estériles hijos, los enfermos salud y los muertos vida. ¿Qué milagros no hizo Sto. Domingo por medio del Rosario en España, Italia y Francia? ¿Qué maravillas no han hecho sus hijos en todo el mundo, donde han introducido esta devocion? ¿Qué prodigios no obró en el Oriente el apóstol de las Indias S. Francisco Javier con el Rosario en sus manos, ó en las de los niños inocentes que enviaba á curar endemoniados, sanar enfermos y á resucitar muertos? Muchas son las batallas que se han conseguido con las armas del Rosario; y fuera de la batalla naval de que hablamos ántes, es muy ilustre la que ganó Leon IV, año 854, de los enemigos de Cristo, porque viniendo á Roma un ejército de moros y bárbaros, amenazando fuego y sangre, ruinas, impiedades y sacrilegios, á aquella santa ciudad; el santísimo Pontífice, que no era ménos valeroso para la ocasion de la guerra que prudente en el tiempo de la paz, hizo gente y mudando el oficio de Aaron en el de Moisés, ó juntando en uno el cargo de sumo sacerdote y capitan general, acaudilló á los soldados hasta el puerto de Ostia, donde el ejército contra-

rio habia desembarcado: mandólos á todos confesar y comulgar, é invocar á la Madre de Dios del Rosario, y quiso que por el camino llevasen en la una mano la lanza con que habian de pelear, y en la otra el Rosario con que habian de vencer, hasta que encontrándose los dos ejércitos, el santo Pontífice echó al de los cristianos la bendicion, haciendo sobre ellos la señal de la cruz, y les animó con gravísimas palabras á morir ó vencer; pues de cualquier manera vencian, ó á los enemigos ganando la victoria, ó á la muerte muriendo en la batalla por tan justa causa. Luego dió el ejército de los cristianos en el de los infieles con tal furia, que mataron la mayor parte de ellos, y los demás huyeron á sus navíos, llenos de temor y espanto, buscando la seguridad de la fuga, y dejando á los cristianos muchos cautivos y despojos, con una insigne victoria, debida más á la oracion que al valor, y conseguida más con el Rosario de la Vírgen que con las armas de los soldados. Recibió Santo Domingo el Rosario de manos de la Vírgen para destruir la herejía de los albigenses: porque como una de las herejías de estos blasfemos herejes era poner su lengua sacrílega en la pureza de María Santísima, quiso el Señor oponer alabanzas de su Madre, á las injurias de su Madre, y por medio de su Rosario, que aconsejó Santo Domingo rezasen los capitanes y soldados del ejército católico, que gobernaba Simon de Monforte, siendo solo de ochocientos caballos y mil infantes, alcanzó una insigne victoria del ejército de los albigenses, que constaba de cien mil hombres de pelea, muriendo muchos millares de los enemigos de María, y solos siete ú ocho de los católicos que defendian su pureza y estaban debajo de su patrocinio.

¿Qué diré de las victorias espirituales que han conseguido los devotos de María Santísima, de los demonios y de los vicios y malas costumbres que se habian convertido en naturaleza. De una Magdalena pecadora, en la ciudad de Roma, hizo Santo Domingo por medio del Rosario una Magdalena penitente, ó una Santa Catalina, que este era su nombre; y merece este renombre la que mereció ser regalada de Dios, con visitas y revelaciones celestiales, con admiracion del mismo Santo Domingo, que no acababa de engrandecer la misericordia de Dios, que saca los pobres del estiercol, como dice David, para colocarlos entre los príncipes de su reino, y habia llenado de tanta gracia y santidad aquel corazon que estaba lleno de inmundicias y abominaciones. ¡Cuántos que estaban desesperados de su salvacion, han cobrado esperanzas de vida eterna rezando el Rosario! ¡Cuántos que á toda priesa caminaban por el camino de la perdicion, han tomado el camino derecho por medio de esta devocion! ¡Cuántos se han librado por el Rosario de males temporales y eternos! Para muchos pecadores ha sido principio de su felicidad eterna el haber perseverado mucho tiempo en la devocion del

Rosario; y así reveló la Vírgen al beato Alano de Rupe, segun él mismo lo escribe, que es señal probable de reprobacion tener horror, tédio y descuido de rezar el *Ave María*; y al contrario, ser devoto y cuidadoso de rezar esta salutacion es señal probable de predestinacion.

Considerando, pues, los diversos favores y mercedes que Dios hace por medio del Rosario, podemos decir que es la honda de David, con que derribó al gigante é hizo huir al ejército de los filisteos: el lazo en que quedó suspenso Aman y libre el pueblo de Dios de la muerte que le queria dar este poderoso enemigo; y aquella cinta que puso Rahab en la ventana para salvar su vida y su familia, cuando entraron los israelitas á fuego y sangre en la ciudad de Jericó. Las dos oraciones del Padre nuestro y Ave-María de que se compone el Rosario, comparan algunos á las dos alas de paloma que pedia David para volar y descansar, y á las dos alas de águila que le fueron dadas á aquella mujer del Apocalipsi, que es el alma santa, para volar al desierto, huyendo del dragon infernal; y dicen que son las mejores armas que penden de la torre de David, que es María Santísima y la Iglesia santa, con que se han de armar los fuertes para defenderse y ofender á los enemigos; y que de estas dos oraciones juntas, como de dos lados grandes, se forma la escala mística que vió Jacob en sueños, que llegaba desde la tierra al cielo. Este Rosario se compone de las rosas y flores que gusta María Santísima, y esto basta para aficionarse á su devocion. A algunos devotos suyos, que ponian á sus imágenes coronas de flores, reveló María Santísima que gustaba más de coronas compuestas de sus salutaciones; y en demostracion de esto ha sido vista tal vez coger de la boca de sus devotos, miéntras rezaban el Rosario, rosas en lugar de Ave-Marías, y azucenas en lugar de las oraciones del Padre nuestro, y formando una guirnalda de aquellas flores misteriosas, coronarse con ellas. Otros devotos del Rosario han sido coronados con guirnaldas de semejantes rosas y azucenas, miéntras le rezaban con devocion. María se compara en el Eclesiástico á las rosas de Jericó, que segun dice Alberto Magno, tienen ciento y cincuenta hojas, y el Rosario se compone de otras tantas rosas que se ofrecen en oloroso sacrificio á la Rosa de Jericó, que es la reina ó la diosa de las flores. Estas son las rosas y flores que pide María en los Cantares cuando dice: «Cercadme de flores, porque estoy enferma de amor:» con estas flores se alivia su enfermedad, y se satisface su amor. Estas son las flores que dice María en el Eclesiástico: «Mis flores son fruto de honra y honestidad.» ¿Qué cosa de mayor honra que coronarnos con las flores de María? ¿Qué cosa más honesta que coronar á María con tales flores? Todo lo es el Rosario, corona de María y corona nuestra. A María vió San Juan coronada de estrellas: y más estima María ser coronada de rosas y azucenas

de que se compone el Rosario, que de las estrellas del cielo. Si quieres, pues, coronar á María con una corona de su gusto, no busques diamantes ni piedras preciosas, sino rézala todos los dias su Rosario ó corona con mucha devocion, meditando juntamente los misterios del Rosario, gozando de los privilegios de María para que acompañe la consideracion á la voz, y no esté lejos el entendimiento de la lengua; porque así te coronará María de favores en esta vida y te alcanzará una corona de gloria en el cielo, adonde nos lleve el Señor á todos por la intercesion de su Madre. Amen.

Escriben del Rosario de nuestra Señora el beato Alano de Rupe; Fr. Juan Andres Coppestein: Fr. Andres Ganneti, Fr. Juan Lopez, obispo de Croton; Fr. Juan de Segastizabal, y Fr. Francisco Megía, de la órden de Santo Domingo; el P. Gaspar Astete de la Compañía, y otros autores, por la mayor parte de la órden de Santo Domingo. Otros muchos escriben tratados del Ave-María.

Hemos tomado mucha parte de cuanto llevamos expresado del bello artículo que en la *Leyenda de Oro*, precioso año Año Cristiano moderno impreso en estos años en Barcelona, escribió un piadoso literato amante de las glorias de nuestra Señora, porque nada podiamos decir mejor nosotros que lo que acaba de exponerse en obsequio á la Reina de los ángeles, y porque creemos que lo bueno debe repetirse muchas veces para que llegue á noticia de los más, y que no haya nadie, si es posible, que deje de participar del bien que proporciona. En vista de nuestra buena intencion, creemos que el autor del referido capítulo, cuyo nombre sentimos ignorar porque nos priva del placer que tendriamos en citarle y recomendarle á nuestros lectores, nos perdonará indulgente el haberlo copiado en tan gran parte, máxime cuando conocerá que habiéndose escrito tanto y por tan competentes personas sobre esta devocion, hemos preferido lo suyo, en prueba de lo que nos ha edificado y en el deseo que nos anima de que edifique á los demás y adquiera por este medio la Vírgen Santísima nuevos devotos que se acojan á su santa bandera para marchar en pos de ella al reino de la celestial Sion, de la que es Reina de los ángeles y de los santos y Madre santísima del Rey de los reyes.

Como queramos completar este artículo con cuanto se refiera á la Vírgen nuestra Señora, y pueda aprovechar á los fieles, hanos parecido utilísimo para estos, y hacer en ello un obsequio digno á la Vírgen sin mancilla, concluirle con el reglamento del Rosario viviente, y con la suma de indulgencias que por él se conceden, empezando por la historia de esta nueva práctica del Santo Rosario, tan extendida hoy por nuestra España y por todo el orbe católico, y lo vamos á efectuar sin omitir nada, para que los fieles tengan completo en esta obra un tratado, que aprendido puede pro-

porcionarles tantos bienes espirituales y aun temporales, porque bienes son, y muy grandes, la satisfaccion y paz que da al alma la oracion bien ordenada.

REGLAMENTO DEL SANTO ROSARIO VIVIENTE.

La piadosa costumbre de rezar el Rosario ya hemos dicho que se introdujo en el cristianismo en tiempo de Santo Domingo, y ha llegado hasta nosotros por la divina misericordia. La Francia, en donde empezó esta devocion, ha dado últimamente el ejemplo de rezar el Rosario diariamente por medio de una reunion de devotos, razon por lo que se llama á esta nueva práctica *Rosario viviente*, representando en esta asociacion por su número el mismo signo que se dignó dar la Vírgen Santísima á Santo Domingo como un precioso don de la divina misericordia.

Este método tuvo orígen en Lyon, en 1826, y no tardó mucho en propagarse á muchas diócesis de Francia, de donde pasó á España y á varios estados de Europa y de América.

Su objeto principal es mantener á Jesus y á María en el corazon de todos los fieles, primero en el de los asociados por medio de la meditacion de los misterios del santo Rosario, y despues en los de los pobres pecadores, cuya conversion no cesa de solicitar el Rosario viviente.

La asociacion del Rosario vivo, que puede considerarse un Rosario perpétuo, la componen quince personas. Reunidas estas bajo la presidencia de un celador ó celadora que lleva el catálogo, se dividen entre ellas por suerte los quince misterios del Rosario, y queda obligada cada una de ellas á rezar diariamente un Padre nuestro, diez Ave Marías y el Gloria Patri, meditando el misterio que le haya tocado en suerte, procurando practicar la virtud que le corresponde para recoger el fruto que le puede proporcionar la meditacion: la persona á quien toque el misterio de la Encarnacion debe rezar además un Credo, un Padre nuestro y tres Ave-Marías.

Por este método se simplifica el Rosario, que se reza entero todos los dias sin costar mucho á los asociados, pudiéndose aplicar á esta intencion una decena de la Corona por quien tenga la costumbre de rezarla diariamente. De este modo el rezo del Rosario viene á ser verdaderamente perpétuo, y cuando la asociacion esté formada de corazones humildes y contritos, será una fecunda fuente de gracias y bendiciones del cielo.

Quince personas reunidas á este fin forman un Rosario vivo, y la reunion de varias quincenas componen la Cofradía, cuyos miembros deben estar unidos entre sí con los vínculos de una tierna caridad y de una noble emulacion por la gloria de María. Todos los meses, si se puede, ó en una

época determinada y convenida entre las personas que componen la quincena, debe reunir el celador ó celadora dos ó tres, al ménos, de los asociados, para dividir de nuevo los misterios. Ya reunidos, cada uno de los presentes sacará para sí y para los ausentes un número de los que indican los misterios, quedando encargado de comunicarle cuanto ántes á los ausentes por quienes ó en cuyo nombre saque la suerte, á cada uno de los cuales dará la tarjeta en que esté inscrito el misterio y la virtud que le toque practicar. Los celadores y celadoras procurarán aprovecharse de estas reuniones para avivar más el fervor de los asociados presentes, exhortándolos á hacer lo mismo al entregar las tarjetas á los ausentes.

Se aconseja á los asociados que además de la expresada oracion diaria, hagan anualmente una comunion y media hora de adoracion ante el Santísimo Sacramento á nombre de la Cofradía, y una vez el Via-Crucis en sufragio de las almas de los asociados difuntos, á fin de que nuestro divino Salvador reciba adoracion en compensacion de los ultrajes que se le hayan hecho en el adorable Sacramento, y las almas de los difuntos experimenten alivio en sus penas.

No es esta, como á primera vista se advierte, una nueva devocion, sino el antiguo Rosario de Santo Domingo practicado de un modo más fácil y directo para implorar con mayor perseverancia sus felices frutos, y en especial el triunfo de la fe, la exaltacion de la santa Iglesia católica y la conversion de los pecadores, en una palabra, hacer conocer y amar á todos los sagrados nombres de Jesus y de María, con cuya intencion ruegan los asociados.

El Emmo. Sr. Cardenal Lambruschini, hallándose de nuncio de la Santa Sede en Francia, luego que se informó de los progresos que hacia esta asociacion y de los frutos que producia, dió cuenta á la Santidad del papa Gregorio XVI, que entónces regia la nave de S. Pedro, cuyo Pontífice aprobó este rezo del santo Rosario por medio del Breve que copiamos al final de este escrito.

Indulgencias concedidas á los asociados del Rosario viviente.

1.ª Indulgencia plenaria en el primer dia festivo que siga al de su admision si reciben los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía.

2.ª Todas las indulgencias concedidas hasta el dia por rezar el Rosario.

3.ª Cien dias de indulgencia por cada vez que en los dias de trabajo se rece la parte ó decena del Rosario expresada en el reglamento.

4.ª Siete años de indulgencia y siete cuarentenas cuando se rece los domingos y fiestas del año, y durante la octava de Navidad, Pascua, Ascen-

sion, Pentecostés, Corpus-Christi, Asuncion, Natividad y Concepcion de María Santísima.

5.ª Indulgencia plenaria en las fiestas de Navidad, Circuncision, Epifanía, Pascua, Ascension, Pentecostés, Trinidad, Corpus-Christi, S. Pedro, S. Pablo, y en la de Todos los Santos; así como en todas las festividades mayores y menores de la Vírgen Santísima, y en el tercer domingo de cada mes.

6.ª Todas las indulgencias plenarias son aplicables á los difuntos.

7.ª Para ganar todas las indulgencias plenarias expresadas al núm. 5, es preciso haber rezado constantemente y con devocion diariamente, al ménos durante un mes, la expresada decena, y no estando legítimamente imposibilitado, recibir los santísimos sacramentos de la confesion y de la comunion, y orar piadosamente en cualquier iglesia.

8.ª Los enfermos pueden ganar las indulgencias cumpliendo las obras que á su eleccion les prescriba su confesor. Se advierte que la práctica del Rosario viviente no obliga de modo alguno bajo pena de pecado, pues que el fervor de los asociados y su amor por María bastan á hacerles fieles observadores de las prácticas descritas en este Reglamento. Imola 19 de Abril de 1838. — Imprímase. — *Fr. Tomás Camerani*, del órden de Predicadores, Vicario del Santo Oficio. — Imprímase. — *Ae Sbarretti*, Vicario general.

El pontífice Gregorio XVI expidió la siguiente bula ó breve en favor de esta devocion, que no traducimos al castellano, tanto por no alterar su sentido en lo más mínimo, cuanto porque está en un latin tan claro que pocos dejarán de comprender cuanto dice, y además porque su principal objeto queda ya explicado suficientemente. Dice así:

Gregorius pp. xvi, *ad perpetuam rei memoriam. Benedicentes Domino totius consolationis accepimus, quæ à dilecto filio nostro Aloysio S. R. E. Presbytero Cardinali Lambruschinio Nobis perlata fuerunt de pio quodam exercitio, quod titulo Rosarii Viventis honori beatissimæ Virginis Mariæ sedula, atque industria nonnullorum pietas haud ita pridem excogitavit. Inde enim Deo bene juvante, salubriter factum iri confidimus, nedum ut precatio ad eamdem quovis loca, ac tempore sancte colendam aptissima increbescat ubique in dies magis ex facilitate ipsa sua, sed ut ex tanta supplicantium consensione majorem quodammodo vim adepta, acceptior feratur ad Deum, qui communi exoratur prece ad commiserationem flectitur, et ad gratiam. Quod quidem salutare institutum favore Pontificiæ auctoritatis commendare, atque indulgentiarum dispensatione fovere animo decrevimus libenti, repetentes memoria quidnam utilitatis res catholica universa persenserit, ubi primum coro-*

nis in honorem S. Virginis compositis præsens ipsius præsidium fidelis populus est comprecatus. Quare ad Omnipotentis Dei gloriam, atque ad Virginis Sanctissimæ Mariæ Genitricis Dei honore ex certa scientia, et de nostræ potestatis plenitudine omnibus utriusque sexus Christi fidelibus, qui inter cultores Virginis pro usu piæ precationis, quam Rosarii Viventis nuncupant, recensentur, primo festo die post susceptum pium illud opus, dummodo vere pœnitentes sacramentis Confessionis, et Eucharistiæ sese vite expiaverint, indulgentiam plenariam, quæ etiam pro defunctis applicari possit, impertimur. Insuper præter indulgentias, quas pro Rosarii recitatione Romani Pontifices Prædecessores Nostri decreverunt, centum dierum indulgentiam, quoties ferialibus diebus constituta ex pii exercitatii præscripto pars Rosarii recitetur: indulgentiam vero septem annorum cum totidem quadragenis impertimur, si id operis religiose peragatur Dominicis, et aliis per annum festis diebus, iis etiam, quibus præceptum audiendi sacrum ademptum est, ac per Octavas Nativitatis Domini Nostri Jesu Christi, Paschatis Resurrectionis, Corporis Christi, Pentecostes, et Assumptionis, Nativitatis, et Conceptionis B. Mariæ Virginis. Pro diebus autem solemnioribus Nativitatis, Epiphaniæ, Circumcisionis, Paschatis, Ascensionis et Corporis Christi, item pro Dominica Pentecostes, et pro festo Trinitatis Augustæ, item pro singulis etiam minoribus festis diebus beatæ Mariæ Virginis, item in festo Sanctorum Apostolorum Petri et Pauli, et omnium Sanctorum, in tertio cujuslibet mensis die Dominico indulgentiam plenariam, quæ pro defunctis applicari possit, impertimur, dummodo, et præstituta recitatio quotidie saltem per mensem, nisi legitima causa quis fuerit præpeditus, sedulo sancteque præcesserit, ac memoratis diebus sacramenta Confessionis, et Communionis fuerit suscepta, et piæ preces in aliqua Ecclesia factæ sint, quas tamen indulgentias eos etiam edicimus lucrari, qui vel ex infirma valetudine, vel juxta aliqua causa distensi sese conferre in Ecclesiam nequeant, alio justa confessarii beneplacitum opere subrogato. Verum eo nos contendentes, ut studio venerationis, amoris, cultusque erga Virginem Mariam impensiori omnium animi inflammentur, propositaque ideo ditissima indulgentiarum mercede stimulos vel currentibus admovere dum conamur; illud simul summopere urgemus, ut alia quoque religionis, charitatis, ac virtutum officia intente omnes obeuntes, moribusque ad christianæ disciplinæ rationem conformatis, carioris se Matri sanctissimæ exhibeant, quæ æternam vitam eos habituros pollicetur, qui ipsam elucidare studuerint. Secundos hoc pacto, atque optatos exitus nanciscentur, consilia, et vota hæc nostra, faustumque ac salutare hoc opus fideli populo accidisse gratulabimur. Decernentes has præsentes litteras semper firmas, validas, et efficaces existere et fore, suosque plenarios, et integros effectus sortiri, et obtinere debere. In contrarium faciem, non opstan. quibuscumque. Præsen. perpetuis fataris temporibus vale-

turis. Datum Romæ apud S. Petrum sub Annulo Piscatoris die XXVII Januarii 1832, Pontificatus nostri anno primo. Sumptum ex originali existen. in Secretaria Brevium collatum concordat. L. ✠ S. Pro Dno. Card. de Gregorio.= A Pichioni substitutus. Imprimatur. = J. M. Ar. Episcopus (1). Imolæ die 20 Aprilis 1838. = Hoc exemplar consonat suo authographo extante in hac Ecclesiastica Canc. Episc. Prot. N. 46.= L. ✠ S. Angelus Perdisa, Canc. Eccl.

PIADOSO EJERCICIO DEL SANTO ROSARIO VIVIENTE.

PRIMER MISTERIO.

De la Anunciacion de María Santísima y de la Encarnacion del Verbo divino.

El fruto de este misterio es la humildad.

¡Oh Jesús mio! compadecéos de mi alma y haced que mi humildad caiga en el abismo de vuestra misericordia. Buen Jesus! la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro santísimo Pastor.

LA ANUNCIACION.

El angel Gabriel fué mandado por Dios á una pequeña ciudad de Galilea, llamada Nazaret, y á una Vírgen denominada María. Entrando el angel adonde ésta estaba, la dijo: Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. A estas palabras María se turbó; pero el ángel la dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios. Hé aquí que concebirás y parirás un hijo al que pondrás por nombre Jesus: será grande, reinará eternamente y será llamado hijo del Altísimo. Entónces María dijo al ángel: El Señor hará en esto una maravilla, porque bien sabe que le he consagrado mi virginidad. El ángel la respondió: El Espíritu Santo bajará sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá, y por esto el que nacerá de ti Santo será llamado Hijo de Dios. Entónces María dijo: Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra. Y en aquel momento el Verbo se hizo carne, y tomando la forma de varon, habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad.

(1) Hoy Sumo Pontífice con el nombre de Pio IX.

SEGUNDO MISTERIO.

La Visitacion de María á Santa Isabel.

Fruto de este misterio: la caridad del prójimo.

Oh María Santísima, que llevastes á casa de Isabel más bendiciones que el arca santa en casa de Obededon; visitad mi pobre alma, y que con vuestra poderosa intercesion sea purificada de toda mancha, como lo fué el niño Juan Bautista con vuestra visita. Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor.

LA VISITACION.

Luego que por el ángel supo María la concepcion de Juan Bautista, se dirigió con presteza á la montaña, á una ciudad de Judá llamada Ebron, y entrando en casa de Zacarías, saludó á Isabel. Apénas oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó en su seno, y llena Isabel del Espíritu Santo, exclamó en alta voz: Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí tanto favor que venga á mi la Madre de mi Señor? Bendita tú porque has creido, María, porque se cumplirán las cosas á ti dichas por el Señor. Entónces María, conmovida de gratitud, entonó el sublime cántico del *Magnificat*. Estuvo tres meses en casa de Zacarías, y despues se volvió á Nazaret. ¡Oh cuán bellos son tus pasos! ¡Oh hija de príncipes!

TERCER MISTERIO.

La Natividad de nuestro Señor Jesucristo.

Fruto de este misterio: la pobreza.

¡Oh María, nuestra Madre! Obtenednos el desprecio de los bienes terrenos, á fin de que enriquecidos con nuestras privaciones, podamos contribuir al socorro espiritual y corporal del prójimo. ¡Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor!

LA NATIVIDAD.

Habiendo mandado hacer el emperador Augusto el censo de poblacion, todos sus súbditos fueron á las ciudades respectivas á hacerse inscribir, y siendo uno de ellos José de Nazaret, esposo de la Vírgen María, que se hallaba en cinta, fué con ella á Belem para cumplir el mandato. No hallando

alojamiento en la ciudad, se salieron al campo y se albergaron en un establo. Ya dentro de este humilde lugar, vinieron á María los dolores de parto, y á la media noche parió á su hijo primogénito, lo fajó y lo echó sobre un poco de heno en el pesebre. Allí cerca habia unos pastores que cuidaban de sus ganados, y apareciéndose á ellos el ángel del Señor rodeado de un esplendor divino, les dijo: No temais, vengo á traeros la nueva de un gran júbilo, porque hoy os ha nacido un Salvador, que es el Cristo del Señor, y dicho esto, se unió al ángel repentinamente una legion de la milicia celeste, que alabó á Dios diciendo: «Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Los pastores corrieron á adorar al niño Jesus y glorificaron á Dios por todo lo que habian visto y oido.

CUARTO MISTERIO.

De la Presentacion de Jesus en el templo.

Fruto del misterio: la obediencia.

¡Oh María Santísima, más bien mil veces morir que separarnos jamás de la obediencia debida al vicario de Jesucristo!

¡Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor!

LA PRESENTACION.

Llegado el tiempo de la purificacion de María, segun lo prescrito en la ley de Moises, la Vírgen bendita, en compañía de su esposo José, llevaron á Jesus á Jerusalen para presentar al Señor, segun la ley ordenaba, llevando la ofrenda que prescribia la ley, que consistia en un par de tórtolas ó dos palomas. Entónces fué cuando el anciano Simeon, movido por el Espíritu Santo, vino al templo, y cogiendo en sus brazos al divino Infante, bendijo al Señor diciendo: «Ahora, Señor, deja morir en paz á tu esclavo, segun tu palabra, porque ya mis ojos han visto al Salvador, luz de las gentes y gloria de Israel: será puesto por ruina y por resurreccion de muchos en Israel, y por blanco de la contradiccion, y tu alma, María, será traspasada por la espada del dolor.»

QUINTO MISTERIO.

Disputa del Niño Jesus en el Templo.

Fruto de este misterio: buscar á Jesus.

Oh Jesus, que me habeis buscado cuando yo huia de Vos, ¿huireis Vos de mí, ahora que yo os busco?

Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor.

JESUS EN MEDIO DE LOS DOCTORES.

José y María iban todos los años al templo de Jerusalen el dia solemne de la Pascua, para obedecer la ley que así lo prevenia y llevaban con ellos á Jesus. Yendo, segun costumbre, á aquella solemnidad, cuando Jesus tenia cerca de doce años, pasados aquellos dias se volvian á su país y el niño Jesus no siguió á sus padres y se quedó en Jerusalen. Creyendo María y José que Jesus iba delante de ellos con otros compañeros de viaje, caminaron todo el dia, pero no encontrándole entre sus parientes al terminar la jornada, volvieron á Jerusalen á buscarle. A los tres dias de inútiles pesquisas, le encontraron por fin en el templo sentado en medio de los doctores, con los que disputaba de tal modo, que todos los oyentes se quedaban admirados de la sabiduría con que preguntaba y respondia. Al verle en este puesto y de este modo, María y su esposo se maravillaron, y llamándole aparte María, le dijo: Hijo mio, ¿por qué has hecho esto? Hé aquí á tu padre y á mí que te buscabamos con la más dolorosa impaciencia. ¿Y por qué me buscabais? respondió Jesus: ¿no sabeis que debo ocuparme de las cosas de mi Padre? Ellos no comprendieron lo que les decia: se fué Jesus con sus padres, y volviendo á Nazaret estuvo sujeto á sus órdenes.

SEXTO MISTERIO.

Jesus en el Huerto de las Olivas.

Fruto de este misterio: la Contricion.

Oh Jesus, que habeis llorado mis pecados con lágrimas de sangre, concededme la gracia de aquel dolor interno, sobrenatural y sumo de contricion, sin el cual no puede ser verdad la conversion.

Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor.

AGONÍA DE JESUS EN EL HUERTO.

Terminada la cena y concluido el sermon, salió Jesus con sus discípulos de Jerusalen, y encaminándose al Huerto de las Olivas, pasó el torrente Cedron, é hizo alto en el huerto de Getsemaní. Llevando consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, ordenó á los demás discípulos se quedasen allí orando hasta su vuelta. Puesto en oracion, un poco separado de los tres discípulos, la tristeza, el espanto y el tedio inundaron su alma, y exclamó:

Mi alma está triste hasta la muerte; velad y orad conmigo, para que no caigais en tentacion: el espíritu está pronto, pero la carne está enferma. Privado de todo consuelo á la parte inferior de su alma, se postró con el rostro en tierra, y se dirigió al Eterno diciendo: *Padre, si es posible que pase de mí este Cáliz; pero hágase tu voluntad y no la mia.* Dicho esto se dirigió á sus discípulos, y encontrándolos dormidos, volvió por tres veces á hacer la misma oracion, y fué tal su conflicto, que cayendo en una mortal agonía, oraba más intensamente rompiendo en un sudor sanguinolento tan copioso, que corrió hasta la tierra. En este estado Jesus, se le apareció un ángel que le confortó, y levantándose de orar se dirigió á sus discípulos, y reuniéndoles les dijo: *Hé aquí que se aproxima el que me ha de entregar á mis enemigos; levantaos y vamos.*

SÉTIMO MISTERIO.

De los azotes que dieron á Jesus.

Fruto de este misterio: amor de la penitencia.

Nuestro amor por Vos, Jesus mio, no seria verdadero si no uniésemos á vuestros dolores los nuestros, siendo así que la mayor parte de los hombres no os conocen y os ultrajan.

Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon conserve á nuestro sumo Pontífice.

LOS AZOTES.

No pudiendo Pilato calmar el furor de los judíos, que pedian á gritos la muerte de Jesus, le hizo azotar cruelmente, á fin de excitar la compasion de sus crueles enemigos. Entregado á este fin Jesus á los gentiles, ó sea á los soldados romanos, estos le despojaron de sus vestidos, le ataron á una columna y descargaron sobre sus delicados miembros una nube de golpes por los que aquella bendita carne se abrió en multitud de surcos, por los que corria sangre en abundancia. Le vemos, dice Isaías, despreciado como el más vil de los hombres; su belleza desapareció y quedó convertido en el hombre de los dolores, casi escondido su rostro, y vilipendiado hasta el extremo. Verdaderamente tomó sobre sí nuestras flaquezas, y llevando nuestros dolores, fué llagado por nuestras iniquidades. Jesus padecia y callaba. Considerad, dice S. Bernardo, la ensangrentada púrpura de su pasion: esta es la señal de su ardiente pasion por nosotros.

OCTAVO MISTERIO.

La coronacion de espinas.

Fruto de este misterio: la mortificacion del amor propio.

Vuestra santísima voluntad ¡oh Dios mio! me dirija en todas mis acciones de tal modo, que no me obligue jamás á obrar el temor de desagradar á los hombres ni el deseo de ser estimado de ellos, sino el temor de ofenderos.

Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor.

LA CORONA DE ESPINAS.

Terminada que fué la horrible flagelacion, condujeron los soldados al pretorio al manso Cordero cubierto con un manto viejo de púrpura que pusieron sobre sus espaldas, y reunida allí toda la cohorte, hicieron una corona de largas y punzantes espinas, y clavándosela á Jesus sobre la cabeza, le pusieron en la mano una caña como si fuera un cetro, y llegándose á él doblando la rodilla, le escarnecian diciéndole: *Dios te salve, rey de los judíos,* dándole al mismo tiempo bofetadas y golpes en la cabeza con la caña. Despues de haberlo así maltratado, Pilato le mostró al pueblo diciendo: *Ecce Homo*, y el pueblo gritó á su vista: Crucifícale, crucifícale.

NOVENO MISTERIO.

De la Cruz á cuestas.

Fruto de este misterio: soportar con paciencia las penalidades del propio estado.

Acepto, Dios mio, de vuestra santa mano todas las penas anejas á mi estado, como Cruz elegida por vuestra misericordia para santificarme.

Jesus, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor.

LA CRUZ Á CUESTAS.

Pilato entregó á Jesucristo á la maliciosa voluntad de los judíos, que lo condujeron al Calvario. Salió Jesus de Jerusalen llevando sobre sus laceradas espaldas el pesado madero de la Cruz, exhausto por la efusion de tanta sangre despues de tan terrible noche. Caminaba entre dos ladrones, que debian ser crucificados con él, y cayó hasta tres veces. Temiendo sus carní-

voros enemigos que se les muriese en el camino, obligaron á un hombre de Cirene á llevar la Cruz detrás de Jesus, el cual oyendo llorar á las mujeres las dijo: *No lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos.* Y le seguia una gran multitud de gentes insensibles y frenéticas.

DÉCIMO MISTERIO.

De la Crucifixion del Señor.

Fruto de este misterio: el amor de Jesus y de María.

¡Oh Jesus! ¡Oh María! Vuestros nombres pronunciados con fe reavivan la esperanza en los más empedernidos corazones. Permitid que opongamos estos dulces nombres á la justicia divina para reparar los golpes.

Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor.

LA CRUCIFIXION.

Jesus fué desnudado en el Calvario por tercera vez á presencia de la multitud. ¡Qué triste espectáculo se vió entónces! Jesus era una sola llaga de los pies á la cabeza. Viéndole cansado, sediento y exhausto de fuerzas, le dieron vino con mirra para confortarlo, pero él no hizo más que probarle, pues no quiso beberle para padecer más. Le mandaron tenderse sobre la Cruz, y obedeciendo, ofreciendo á sus enemigos los pies y las manos, las que fijaron con gruesos clavos á la Cruz. Alzada la Cruz, apareció clavado en ella Jesus todo cubierto de sangre, con la corona de espinas clavada en la cabeza y los brazos abiertos, en medio de dos ladrones y á la vista de su santa Madre, que de pié enfrente de la Cruz, oia los insultos y las burlas de los escribas y de los fariseos. Jesus desde la Cruz rogó al Eterno Padre por sus enemigos, perdonó al buen Ladron prometiéndole el paraíso, encomendó su Santísima Madre á S. Juan, y este á su Madre. Dijo: *Tengo sed*; y por último esclamó: *¿Dios mio, Dios mio, por qué me habeis abandonado? Todo está terminado (Consummatum est).— En vuestras manos, Padre mio, encomiendo mi espíritu*; é inclinando la cabeza espiró.

UNDÉCIMO MISTERIO.

La Resurreccion de Jesucristo.

Fruto del misterio: la conversion.

Oh Jesus, herid con vuestra viva y penetrante luz á los perseguidores de la verdad como aterraste á S. Pablo en el camino de Damasco.

Jesus mio, la proteccion de vuestro Corazon divino conserve á nuestro sumo Pastor.

LA RESURRECCION.

En la mañana de la Pascua, el alma de Jesucristo acompañada de multitud de ángeles y de todos los santos del antiguo Testamento, se reunió á su santísimo cuerpo, y resucitando, salió del sepulcro sin abrirle. Dice la Escritura que Jesus se apareció á muchos, y no es posible suponer, dice San Buenaventura, que no se dejase ver de María Santísima en el instante de su resurreccion. Estaba María llorando y orando, cuando se presentó el Señor repentinamente á su vista vestido de esplendente gloria, y con faz serena y brillando en ella la belleza y la gloria. María á su vista quedó extática y dijo: *Vuestros consuelos, oh Dios mio, han alegrado mi alma á proporcion de la multitud de sus dolores.*

DUODECIMO MISTERIO.

De la Ascension del Señor.

Fruto de este misterio: el deseo de la gloria.

Detente, alma fiel, sufre aún algunos combates, sacrificios y privaciones, y despues obtendrás la corona gloriosa.

Jesus mio, la proteccion de tu divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor.

LA ASCENSION.

Llegó el instante de dejar la tierra el Salvador, lo manifestó á sus discípulos, y les mandó ir al monte de las Olivas adonde se dirigieron con María, la cual, si bien lloraba por la próxima partida de su divino Hijo, se alegraba al propio tiempo de su gloria. El divino Salvador se manifestó muy amoroso, y alzándose y bendiciéndoles con sus manos, subió al cielo por su propia virtud y poder, siguiéndole las gerarquías angélicas y los santos que componian su corte, llenando el aire con sus armoniosas alabanzas. Luego que Jesucristo fué rodeado de una blanca nube que le ocultó á la vista de todos, aún todos los apóstoles y discípulos tenian fija su vista en el cielo, cuando dos ángeles les sacaron de su éxtasis diciéndoles: Galileos ¿por qué mirais al cielo? Aquel Jesus que se ha ocultado á vuestra vista ha entrado ya en la region celeste desde la que volverá á descender un dia del mismo modo que le habeis visto subir.

DÉCIMOTERCIO MISTERIO.

De la venida del Espíritu Santo.

Fruto de este misterio: el recogimiento y la pureza.

Espíritu Santo, que sois espíritu de fortaleza y de mansedumbre, concededme estas dos virtudes, á fin de que pueda eficazmente resistir al mal y practicar el bien.

Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor.

LA PENTECOSTES.

Antes de subir al cielo Jesucristo, mandó á los apóstoles y á sus discípulos aguardasen en Jerusalen el cumplimiento de sus promesas ó sea la venida del Espíritu Santo. En el dia de Pentecostés se hallaban reunidos todos en el cenáculo haciendo oracion con María, Madre de Jesus, cuando sintieron repentinamente un ruido como de viento impetuoso que llenó toda la casa, y apareciendo sobre cada uno de ellos una llama como lengua de fuego, fueron todos llenos del Espíritu Santo, y principiaron á hablar en varias lenguas y segun la mision que les comunicó el Espíritu del Señor.

DÉCIMOCUARTO MISTERIO.

La Asuncion de Maria Santísima.

Fruto de este misterio: gracia de una santa muerte.

LA ASUNCION.

Dice S. Juan Damasceno, de quien lo tomamos, que los apóstoles se encontraban reunidos en Jerusalen, á excepcion de Tomás, y que la Vírgen Santísima murió en medio de ellos. Su sagrado cuerpo fué depositado en un sepulcro de Getsemaní, en donde permaneció por espacio de tres dias sin que en este tiempo los ángeles interrumpiesen los cánticos y armonías que entonaron en honor, alabanza y gloria de la divina Madre del Salvador. Llegó Tomás al tercer dia, y habiendo cesado el concierto angélico, abrieron los apóstoles el sepulcro en que habian depositado el sagrado cuerpo, pero ya no le encontraron, saliendo solo de aquel sitio una deliciosa fragancia, por lo cual la Iglesia, que fué instruida de esto por los apóstoles, nos hace cantar en esta fiesta.

ÚLTIMO MISTERIO.

La Coronacion de María Santísima.

Fruto del misterio: confianza en la Virgen.

Oh María Santísima, Reina del cielo y de la tierra, librad por vuestra poderosa intercesion al pueblo cristiano de males, y conservad siempre ileso el precioso depósito de la fe católica, apostólica romana.

Jesus mio, la proteccion de vuestro divino Corazon guarde á nuestro sumo Pastor.

LA CORONACION.

Al subir al cielo María Santísima, se preguntaban los ángeles: ¿Quién es esta que sube del desierto tan llena de delicias? Pero luego que reconocieron que aquella era su Reina, ¡quién es capaz de describir el gozo que experimentaron! Toda la corte celestial voló á recibirla, y la acompañaron con cánticos y aclamaciones hasta el trono de Dios. Jesus la acogió con la ternura de un hijo que era Dios al propio tiempo, y presentándosela al Eterno Padre, fué coronada por la augustísima Trinidad, reina y emperatriz del cielo y de la tierra.

¿Quién será capaz de explicar la gloria de María Santísima? Ella fué elevada sobre todos los coros de los ángeles al sublime grado de gloria que correspondia á la grandeza de sus gracias y de sus méritos, y como convenia á la dignidad de Madre de Dios y á la más humilde y fiel de las criaturas.

Al terminar nuestra agradable tarea, réstanos solo dar gracias á la gran Madre de Dios por habernos guiado y mantenido nuestra devocion á esta santa práctica, suplicándola muy de veras nos mantenga en ella miéntras nos dure la vida, y nos dé el talento y elocuencia necesaria para convencer á los fieles que no hagan diariamente este santo ejercicio, se ocupen de él, puesto que tan pingües tesoros de gracias y de consuelos espirituales puede proporcionarles en esta vida, y tan inmenso capital puede ir reuniendo en el cielo para que un dia les rinda los réditos necesarios con que obtener la verdadera gloria, en donde existe la más cierta riqueza, riqueza que jamás se pierde ni disminuye, y en cuya patria celestial, á la cual estamos destinados, se da mil por uno de ganancia á los que en este valle de lágrimas han economizado los goces terrenos para ir reuniendo un tesoro en el cielo, con cuyo caudal ponerse al abrigo de la muerte y comprar la vida eterna.—B. S. C.

ROSARIO (Fr. Antonio del), franciscano portugués. Tomó el hábito en su patria y manifestó desde luego las mejores cualidades para la predicacion y enseñanza, prendas que eran entónces muy apreciadas; pues la necesidad que obligaba á los portugueses á enviar contínuas y frecuentes misiones al Brasil, hacia que estos estimasen en gran manera á los hombres que creian convenientes para poner en práctica en aquel país sus atinados planes. El P. Rosario fué uno de los elegidos para aquellas misiones en que tanta gloria obtuvieron los religiosos portugueses. Enviado al Brasil, trabajó con acierto y celo en la evangelizacion y enseñanza de los indios, que acudian en grandes masas á recibir el bautismo, y eran en cambio doctrinados por los padres en todas las artes útiles á la vida, llegando así á formar un pueblo civilizado y tan poderoso hoy como algunos de los principales de Europa. A estos misioneros debe el Brasil el apogeo á que ha llegado de grandeza y civilizacion, y la paz y prosperidad de que hoy disfruta. Pues miéntras las demás colonias americanas se desgarran mútuamente sus miembros y viven en contínua guerra civil, el Brasil, convertido en un rico y floreciente imperio, goza de todas las ventajas que puede proporcionar una juventud robusta cuando la infancia ha sido bien dirigida y educada. El P. Fr. Antonio del Rosario fué uno de los héroes que trabajaron en esta gloriosa empresa, y á que contribuyeron no solo con sus personales fatigas, sino tambien con sus escritos. Su grande mérito le valió ser nombrado guardian del convento de San Antonio del Brasil, donde trabajó no solamente en la conversion de los indios, de que no le quedaba ya más que una direccion prudente y acertada, sino tambien en la mejora de las costumbres de los portugueses, que con sus contínuas rencillas y su desmesurada ambicion retardaban mucho la obra de los modestos misioneros. Esta parte de su vida fué mucho más laboriosa y penosa que la que habia consagrado á la predicacion, pues los pobres brasileños, modestos y sencillos, no le pusieron en los grandes peligros y dificultades que sus astutos y taimados compatriotas. Consiguió sin embargo evitar parte del mal, mereciendo el afecto de todos en la hora de su muerte. Sus obras son: *Tredecenarium S. Antonii*, en 4.° — *Sermones varios*, 4.° — *Pyxidicula nautica omni christiani*, 8.° — *Poemas Brasileños*, 4.°—S. B.

ROSARIO (Fr. Diego del). Fué portugués y perteneció á una familia de las más esclarecidas de la época, pero tuvo desde que comenzó á razonar con juicio y acierto tal despego á las cosas de este mundo, que para que se perdiese completamente su memoria, ni áun quiso conservar su apellido de nacimiento, y le sustituyó por el de Rosario, con que era conocido en su religion. Abrazó la de Padres Predicadores sin duda alguna porque ella tiene todas las condiciones apetecibles para quien busca la gloria del Señor y la

santificacion propia y del prójimo. La Religion dominicana tiene, en primer lugar, pobreza, pues está atenida siempre á los recursos que Dios nuestro Señor quiere enviarle; tiene, en segundo lugar, observancia, pues si bien es cierto que los religiosos son calzados, en ayunos, austeridades y mortificaciones igualan, si es que no aventajan, á muchas otras que pasan por más estrechas; tiene grande obediencia, pues los hijos de Domingo de Guzman estan sujetos á lo que los prelados ordinarios determinen sobre misiones y demás cargo parroquial, siendo por este concepto de suma utilidad á los fieles como de gran descanso á los prelados y párrocos. Por todas estas razones nuestro buen P. Diego prefirió sin duda este instituto á cualquier otro, y pidió y logró el santo hábito del Patriarca Sto. Domingo con mucho contento de todos los religiosos, que preveian que iba á ser para la Orden excelente adquisicion. No fué en su noviciado necesario alentarle ni excitarle á la práctica de toda especie de virtudes, al contrario, parecia que habia necesidad de contenerle, porque en su impetuoso deseo de perfeccion, habria ansiado hacerlo todo en un dia, y que se hubieren pasado en una sola hora todos los de su probacion, no por otro motivo que por hacer irrevocable y perpétua la resolucion de su entrega á Dios, por la cual anhelaba hacia ya mucho tiempo. Cumplióse el de su noviciado, emitió sus votos solemnes, y segun loable costumbre de la Orden, vino despues á estudiar; pues por muy sábios que fuesen los sugetos cuando en ella ingresaban, se les obligaba siempre á estudiar de nuevo, siquiera no fuese más que para hacerlos seguir el mismo método que todos seguian, y que hubiese perfecta uniformidad en las doctrinas, no en lo que toca al fondo, que eso sabido es que tiene que ser uniforme si no ha de apartarse de la verdad catolica, sino en la forma; y así se ve aún hoy, que todos los religiosos dominicos parecen enseñados en la misma escuela, y hasta cierto punto puede decirse que lo son; porque la misma escuela puede llamarse cuando la doctrina es tan uniforme. Con muy buen éxito y con las más ventajosas censuras hizo nuestro Diego su carrera, habiendo siempre complacido á sus maestros y jueces, tanto en cátedra como en los diferentes actos públicos que le hicieron sustentar, y en los cuales á la verdad acreditó su suficiencia. Hechos sus estudios y elevado al sagrado órden del sacerdocio, estuvo al cumplimiento de su sagrado ministerio en las casas de su Orden de Portugal todo el tiempo que á sus superiores pareció oportuno, siendo la razon de que le trajesen, como si dijéramos, de aquí para allí el ser un hombre dispuesto, á quien el trabajo no cansaba, ántes por el contrario como que servia de alivio y descanso, pues era amigo de estar ocupado siempre. Por supuesto que cuando no tenia otras tareas, los libros eran los paganos, pues decia ser muy fieles amigos, y cualquier otro que se escogiera por

confidente podia fallarnos y áun descubrir aquellas imperfecciones mismas que nosotros confidencialmente le hubiésemos manifestado. Este carácter de nuestro buen religioso, tan ensimismado sin ser desatento, tan metido en sí sin ser descortés, fué sin duda obstáculo para que brillára en la religion, porque sus méritos pasaban desapercibidos, y como no se ponia en evidencia, no se sabia cuál era su mérito y por consiguiente no se podia echar mano de él para los cargos que hubiera desempeñado perfectamente si se le hubiesen confiado; pero que como no se sabia casi que existia en la casa, nadie le habia dicho nada nunca. El estaba muy satisfecho y creyendo que nadie se apercibia de su conducta, y por consiguiente que este mismo no apercibirse nadie de él ni ocuparse de su persona era como una seguridad para que estuviese tranquilo, y sin embargo se pensaba en él, habia quien se ocupaba de él y quien decia que él era el único sugeto á propósito para estar á su lado. Efectivamente, el Ilustrísimo Sr. D. Fr. Bartolomé de los Mártires, de la órden de Santo Domingo y célebre arzobispo de Braga, pensaba en Fr. Diego del Rosario y le hizo llamar á su lado para que le sirviere en muchas cosas como en efecto le sirvió. En un principio, ó más bien ántes de saber nuestro buen P. Diego lo que era el arzobispo, vaciló algun tanto, porque si por sí era muy observante y no se creia excusado de las prácticas de la santa casa por el frívolo motivo de la asistencia al señor Arzobispo; pero luego que supo cuán observante era este respetable señor, y lo muy apegado que con razon estaba á las prácticas todas de su sagrada religion, no solo condescendió gustoso, sino que tuvo hasta cierta complacencia, porque luego se encontró con que el carácter del Arzobispo era muy semejante al suyo, y por consiguiente congeniaban muy bien. Importantísimos servicios prestó nuestro Fr. Diego á Su Ilustrísima, porque como tambien él era inflexible, corrigió, pero los corrigió sin estrépito, casi sin hablar, una porcion de defectos, no de gran monta, pero sí perjudiciales, que habia en el palacio, y que no procedian de otra causa sino de que los que habian estado anteriormente en su puesto no habian tenido la energía y fuerza de voluntad que habia tenido él para hacer que cada cual, conservando su puesto, cumpliese como era justo con su deber. Tambien estableció concierto en las limosnas del Sr. Arzobispo, que siendo sumamente caritativo, porque lo que es esa prenda tan excelente no se le puede negar, causaban muchas murmuraciones sus limosnas, porque él ni se enteraba, ni era regular que se enterase, y los demás ni ponian cuidado, ni prestaban atencion alguna, como cosa que nada le importaba. Nuestro Padre Diego procuraba en la distribucion de los socorros atender á las necesidades y nunca á las personas; así es que eran cocorridos más pobres en número y en calidad, como si dijéramos, es decir, en número y de los más

necesitados, y áun aquellos mismos que quedaban sin socorro y que no quedaban desahuciados, sino para otra vez, iban contentos, porque veian la justicia con que los otros les eran preferidos, y no cabe duda en que áun entre los pobres mismos entra la reflexion cuando se ve que la justicia y la rectitud son el único móvil de las cosas. Además de estos cargos, que podremos llamar administrativos, desempeñó otros no ménos importantes en órden al gobierno de la diócesis y al órden y concierto que debian llevar las cosas encomendadas al cuidado de Su Ilustrísima. El fué secretario de la cámara, y como tal hubo de intervenir en asuntos muy delicados, en los cuales supo no solo salir airoso, sino quedar satisfechos los deseos áun de aquellos mismos á quienes el haber de imponerles el castigo á que se hicieron acreedores, parecia una cosa que ya desprevenia acerca de ellos al secretario. El arregló por muchos años la santa visita, no solo en la parte material, que no deja en verdad de ofrecer dificultades, sino en la parte principal de ella, es decir, en los puntos sobre que debia versar y manera con que debia de hacerse, y en esto tenia muchas veces que luchar con el carácter bondadoso de Su Ilustrísima, que por una de esas caridades mal entendidas, queria algunas veces dejar pasar los defectos, por no haber de corregir á los defectuosos. En este punto era inexorable nuestro P. Diego; él tenia toda la dulzura y benignidad necesarias para comparecer, perdonar y hasta cumplir, si necesario era, la condena impuesta á quien la mereció; pero eso de dejar desapercibidos los defectos como si no ocurrieran, eso no. El mismo obligaba al Sr. Obispo á llamar á su presencia á algunos clérigos que él conocia que merecian reprension, alguna penitencia y castigo, porque conocia bien la miseria de los hombres, y que los hombres necesitan tambien de cuando en cuando el aguijon que les recuerde su deber, y que ni áun en el mundo se cometan las faltas impunemente; haciéndoles ver la tristísima verdad de que sería la mayor de sus desdichas si sus faltas quedasen impunes en este mundo, porque precisamente tendrian que alcanzar su castigo en el otro, pues no cabe medio, una vez cometida la culpa, es preciso expiarla, y la expiacion no puede ménos de ser ó temporal mediante la gracia y misericordia del Señor, ó eterna mediante los rigores de su justicia inexorable. Fué, pues, nuestro P. Diego como los pies y las manos del Ilmo. Arzobispo, y á decir verdad, desde que el Padre estuvo á su lado es desde que data su fama de gobierno, pues hasta que estuvo con él nuestro Padre solo era tenido por un hombre de virtudes, en lo cual no se le hacia sino justicia, pues era á la verdad un santo. Nuestro Fr. Diego, áun cuando tenia el tiempo muy escaso y andaba muy ocupado en su empleo cerca del Sr. Arzobispo, pudo escribir y publicó bajo los auspicios y á expensas de aquel mismo Arzobispo algunas obras, que por lo ménos una fué

apreciada muy mucho, porque fué muy importante. Daremos siquiera los nombres de ellas para que se forme idea, pues otra cosa no permite la índole de estos artículos. A la primera, que imprimió en Braga en 1563, la llamó *Sanctorum Historiæ*, y puede decirse que es una coleccion de sermones de santos, perfectamente arreglados y escritos en toda regla, sobre los principales que florecieron especialmente en los primeros siglos de la Iglesia. Fué la segunda un *Cronicon Dominicanorum Hispanum;* obra bien escrita, pero de escasa importancia, porque apénas comprende una época muy corta, y no está tampoco ajustada á la exactitud necesaria para que pueda llevar el nombre de crónica. Imprimió tambien una *Suma de casos de moral*, y sobre todo la obra más importanto que hizo fué un *Catecismo de Doctrina cristiana* para los niños, obra muy bien escrita, porque lo está con mucha sencillez, cual conviene á una de esta naturaleza, y además fué muy bien aceptada, porque la hizo por mandado de ambos cabildos, eclesiástico y secular, para satisfacer la gran necesidad que habia en Braga de una obra didáctica de esta especie. Tambien le atribuyen algunos autores un precioso manuscrito, hallado en una de las bibliotecas de los cardenales de Roma bajo el título de *Determinationes quorumdam doctorum de differentia inter Eugenium IV, P. M., et Concilium Basilense.* Nosotros, con otros autores de no ménor crédito que los que aseguran ser esta obra de nuestro autor, solo diremos que á haberla hecho, constaria en los autores que se han ocupado de los escritores de la órden de Sto. Domingo, que en verdad han sido muchos y acreditados, y ninguno la cita; sin embargo, no es imposible, porque capacidad para ello tenia el P. Diego del Rosario. —G. R.

ROSARIO (Fr Diego del), religioso dominico de la provincia de Portugal. Fué, dice la crónica, hermano lego y mancebo de grande servicio y virtud probada. Ayudaba en la portería al anciano Fr. Jordan del Espíritu Santo, aprovechándose del ejemplo y lecciones de su espíritu, y creia que solo en la buena muerte consistia todo el bien de la vida. Como tenia esta certidumbre y confiaba mucho en la misericordia divina, deseaba con ardor lo que tememos los más débiles. Estando muy enfermo, le dijo un dia el médico, que tenia mucho conocimiento de su virtud: «Buenas nuevas, hermano Fr. Sebastian, pronto estarás con Dios, el pulso me dice que no pasará de hoy. Alborozóse con esto el enfermo de tal manera, que quiso saltar del lecho y abrazarle, y le contestó con voz entera y robusta: «Pague Dios á V., mi señor doctor, las albricias que le debo por tan buenas nuevas dándole todos los bienes que desea.» Pidió luego el último sacramento, y despues de haberlo recibido con la mayor devocion, durmió en el Señor. — S. B.

ROSARIO (Fr. Francisco), religioso portugués de la Orden Seráfica. Na-

ció en Oporto hácia 1590, y aunque de una familia muy pobre pudo sin embargo ejercer desde luego la virtud de la caridad á que era en extremo inclinado. Su trabajo, suficiente apénas para sostenerse á sí mismo, le daba sin embargo recursos para sostener á los pobres y desvalidos de su ciudad natal, y nunca volvia á su casa sin haber hecho una buena obra. Tan buenas cualidades, secundadas por una piedad sincera y una devocion tierna y fervorosa, le indicaban el camino de la religion como el más á propósito para ejercer las virtudes de que le habia dotado la Providencia. Pero como carecia de toda clase de conocimientos, y solo podia prometerse en el cláustro una vida activa, contraria á sus aspiraciones contemplativas más bien y dadas á ejercitar su caridad con los prójimos, vaciló por mucho tiempo ántes de entrar en religion, y acaso no lo hubiera llevado á cabo sin una circunstancia pesada que vino á decidir de su suerte. Tratábase de enviar una mision al Brasil, y como no fuese suficiente el número de religiosos que para ella se presentaban, se buscaron entre las personas más conocidas por sus buenas inclinaciones algunas que, tomando el hábito, les acompañasen en su santa obra. Francisco comprendió que con esto sería realizada su vocacion, pues al mismo tiempo que á servir á Dios en un cláustro, podia consagrarse en beneficio de sus prójimos, trabajando en su conversion y en su civilizacion, que era el objeto principal de las misiones brasileñas; podria por otra parte adquirir algunos conocimientos, pues aunque nunca pasase de lego, y su humildad tampoco se proponia más, los legos en el Nuevo-Mundo eran dedicados á la enseñanza de los paganos, siendo quizá los obreros más fieles y activos de las misiones, de manera que siempre se los doctrinaba y se les hacia adquirir algunas nociones de los conocimientos para que pudiesen ser útiles en su profesion. Viendo, pues, realizados sus deseos, no vaciló Francisco en tomar el hábito y embarcarse para el Brasil. Destinado al convento de Nuestra Señora de las Nieves, de la ciudad de Fernambuco, de la provincia de Descalzos de San Antonio, vivió en él gran número de años, aprendiendo primero á leer y escribir, y consagrándose despues á los objetos de la mision. No carecia el P. Rosario, pues tal sobrenombre habia tomado el dia de su profesion, de vasta capacidad, agudo ingenio y otras cualidades que le hacian á propósito para los designios que sobre él tenia su provincia, y lo que él mismo se habia propuesto; así fué que desde un principio prestó grande utilidad en las misiones brasileñas. Su carácter dulce y amable, su genio caritativo y su costumbre de tratarse con personas groseras é ignorantes, le hacian muy á propósito para enseñar á los indios, no solo los deberes cristianos, sino tambien los trabajos de la agricultura á que los dedicaban los padres franciscanos, abriendo de este modo para ellos las sendas de una

nueva vida, de un porvenir para ellos desconocido. Puesto al frente de una pequeña tribu, porque estos sacerdotes eran en corto número para residir en todas las que poblaban el Brasil, el P. Rosario trabajó con el mayor celo en los santos objetos de su importante cargo, enseñando las prácticas religiosas á los indios é indias más avanzados en edad, al mismo tiempo que presidia y los acompañaba en sus faenas del campo. Pero en lo que puso especial cuidado, en lo que trabajó con todas sus fuerzas, fué en la enseñanza de los jóvenes y niños, á quienes reunia en una especie de colegio que habia establecido al lado de la iglesia, procurando aprendiesen á leer, contar y otras cosas muy propias de su edad y que le abrian un vasto y fecúndo porvenir. Habian comprendido muy bien los misioneros que el modo de que los indios llegáran á ser un dia lo que de ellos se prometia y podia esperar el país, que tantos esfuerzos y sacrificios habia empleado en conquistarlos, era acostumbrarlos desde su infancia á las costumbres de los países civilizados, hacerlos adquirir los hábitos laboriosos y los sentimientos de piedad y religion que rara vez se olvidan cuando se han adquirido una vez. Para conseguir estos objetos empleó el P. Rosario otros muchos medios además de los ya expresados, pues habiendo adquirido un completo conocimiento de la lengua brasileña, escribió diferentes obras en este idioma, propias para la enseñanza y amoldadas á la capacidad de los indios, que conocia perfectamente: sus servicios fueron sin embargo premiados con ingratitud, y en más de una ocasion estuvo á punto de ser víctima de las tribus aguerridas que perseguian constantemente á los misioneros, sacrificándolos á sus iras en venganza de los agravios que recibian con frecuencia de los portugueses, que, soldados en su mayor parte y habiendo ido al Brasil más bien con deseos de enriquecerse que con miras de civilizar y ganar para el catolicismo un pueblo entero, maltrataban á los indios, los perseguian de muerte y áun les hacian sufrir los mayores tormentos. Estos en cambio se vengaban de la manera mas horrorosa, pues conociendo exactamente el país, teniendo espías en todas partes, y siendo además por su propio carácter valientes, aguerridos y tenaces, pusieron muchas veces en peligro la dominacion portuguesa en el Brasil, y derramaron en abundancia la sangre de sus conquistadores. Pero sus excursiones quedaban por lo general reducidas á mas cortos límites, siendo esencialmente víctima suya algun misionero, ó algun portugués á quien cogian desprevenido ó era vendido por sus mismos siervos. Si el P. Rosario no hubiera sabido inspirar tanto cariño á los indios que le estaban confiados, hubiera sufrido tambien las consecuencias de su ira y cólera, pero amado de todos, acudian á su defensa, le ocultaban y le avisaban á tiempo cuando ocurria algun peligro, de modo que pudo vi-

vir por mucho tiempo tranquilo y feliz en medio de aquellos isleños. Hubo de abandonarlos, con gran sentimiento de todos, para consagrarse á otras misiones, y entónces fué cuando recorrió todo el país, observó sus usos y costumbres, vió sus monumentos, estudió su historia, reunió materiales para una obra que probablemente se ha perdido, pero que hubiese sido de grande utilidad para los estudios de los arqueólogos modernos. Este trabajo no le emprendió sin embargo hasta los últimos años de su vida, cuando retirado al convento de Bahía, en que terminó su carrera, despues de consagrar la mayor parte de las horas á ejercicios de devocion, consagraba las que le quedaban libres á trabajos literarios, únicos á que ha debido su celebridad. Una vida entera, dedicada en beneficio de la humanidad, en que además de haber trabajado contínuamente en la enseñanza de los hombres, haberlos reducido de bárbaros á civilizados, conduciéndolos por el camino de la salvacion, merece muy bien nuestros elogios, y el lugar que la destinamos en esta obra. No es ciertamente la única de su género que hemos presentado y debemos presentar; pero acaso en ninguna se hallan tan bien delineados los hechos, tan evidentes los rasgos que caracterizan á un personaje y á un siglo, que figurará siempre con gloria en los anales de la humanidad. Poco se sabe de los últimos instantes del P. Rosario, aunque consta que falleció en Bahía en 28 de Junio de 1647 en una edad bastante avanzada. De sus obras solo son conocidas las dos siguientes: *Ritos y antiguas costumbres de los Marañones.*—*Catecismo de la lengua brasileña.*—S. B.

ROSARIO (Francisco del). No se puede á la verdad dar grandes noticias acerca de este sugeto, porque son escasísimos los datos en que podemos fundarlas. Diremos, sin embargo, que no hay conformidad en la manera de conocerle, pues unos le llaman por su verdadero nombre, Francisco del Rosario, y otros le conocen por Francisco de Rosales. Esta acepcion, ó más bien este apellido, que le han dado graciosamente, no tiene fundamento alguno, pues no puede señalársele orígen en ninguna de las familias que llevan tan ilustre apellido; por lo cual para nosotros está fuera de duda que su verdadero nombre es Francisco del Rosario. Vamos ahora á examinar sus circunstancias, y á la verdad que no es mucha la luz que nos dan los autores acerca de este sugeto, que sin embargo no era despreciable, siquiera no atendamos á otra cosa sino á que mereció el ser colocado en el catálogo de los buenos escritores españoles por el juicioso crítico y erudito autor de la *Bibliotheca Vetus et Nova*, el Sr. D. Nicolás Antonio. Fué nuestro Francisco natural de Burgos, mas no sabemos siquiera si fué religioso ó secular, ni áun si perteneció al estado clerical, sin embargo, del modo de llamarse se infiere que sería dominico, sin que esto pase de una conjetura.

En lo que no cabe duda es en que no fué sacerdote, pues ni sus estudios ni sus demás circunstancias fueron de tal. Fué literato, ó más bien humanista, pero muy distinguido; pues con constante aplicacion estudió los clásicos latinos é hizo en este estudio muchos adelantos, porque pudo hacer notar á sus discípulos, que fueron muchos y muy aventajados, cuáles autores eran preferibles á cuáles, por sus bellezas, ó por su correccion, ó por cualesquiera de las circunstancias que sabemos hacen recomendable un escrito; pues no todas las obras de ingenio son ni de igual mérito ni de igual belleza. Publicó en Burgos en 1578 un tomo en 8.°, que contenia *algunas observaciones sobre los himnos del Breviario*, obra que no afecta al fondo de las composiciones de los Padres de la Iglesia, que como doctrina sabido es el crédito que merecen, pero sí á las formas, que no siempre son las mejores; y demuestra en ella la inconveniencia de ciertos metros y algunas inexactitudes, hijas del deseo de dar á las frases cierto giro extraño é inconveniente. Algunos quisieron ver en esta obra un ataque á la sagrada liturgia, mas esta apreciacion no tiene nada de exacta, ántes bien es enteramente maliciosa, porque sobre comenzar el autor su libro con una protesta de adhesion á la Iglesia y de no ménos perfecta conformidad con las opiniones de ésta acerca del fondo, es decir, de lo que en los himnos se dice tanto acerca de los misterios cuanto acerca de los sucesos de las vidas de los santos, no ataca ni directa ni indirectamente más que á las formas poéticas, y esto claro es que con rectísima intencion, pues con ménos capacidad de la necesaria, ó diremos mejor, con menos númen poético que lo que convenia, se logra por resultado el que una buena idea se pone bajo formas detestables, como por el contrario, cuando hay númen, una idea frívola, insignificante, trivial, se convierte en un verso admirable, porque en poesía las formas son el todo, como en los estudios fundamentales el todo consiste en el fondo de doctrina. Lamentámonos de nuevo de no tener noticias más ámplias acerca de D. Francisco del Rosario, pues no cabe duda que tan gran literato como se muestra en su obrita, hubo de ser distinguido en su época, que es de inferir fuese la mitad poco más del siglo XVI.—G. R.

ROSARIO (Fr. Leandro), franciscano portugués del siglo XVIII. Ignóranse las primeras circunstancias de la vida de este religioso y áun si tomó el hábito en su patria ó en la provincia de Descalzos de San Antonio del Brasil á que perteneció posteriormente. Es muy probable fuese enviado á ella como misionero, por ser grande el número de religiosos que con este objeto enviaban los portugueses á aquella su poderosa posesion, que de esta manera civilizaron y elevaron al grado de esplendor y apogeo en que la encontramos en la actualidad, superior sin duda al de ninguno de los países de América. El P. Rosario prestó en esta provincia muy notables servi-

cios, pues habiendo hecho muy buenos estudios en Portugal, le fué de grande utilidad, no solo en la enseñanza sino tambien en las consultas y dificultades que por entónces se ofrecieron. No por esto dejó de consagrarse al ejercicio de las misiones, pues ni su calidad de teólogo de la provincia, ni su carácter como lector y maestro de los demás religiosos, podia privarle de tomar parte en sus peligros y fatigas, de ocuparse en el objeto principal por que hacian aquellos religiosos el viaje al Brasil. Los indios, sin embargo, se hallaban ya mucho más civilizados que en los siglos anteriores, áun cristianos en su mayor parte, y estos padres de consiguiente solo tuvieron una pequeña parte en los trabajos y la gloria de sus predecesores, los fundadores de la provincia, como los llaman las crónicas. No por eso dejaron de cooperar con ardoroso celo y profunda fe á la obra que aquellos habian emprendido, y así se les ve aún en estos últimos tiempos caminando por montañas y bosques incultos, atravesando rápidos torrentes y caudalosos rios por buscar alguna horda indómita y salvaje que se ha ocultado en algun rincon de los seculares valles desconocidos á los portugueses, y donde no habia podido penetrar aún la cruz del cristianismo. Aquellos salvajes eran tambien mucho más temibles que sus antepasados, pues fugitivos por odio á los europeos, no perdonaban medio para hacerlos la guerra, para dañarles en todo cuanto podian, y así los misioneros, al acercarse á ellos, corrian grande peligro, pues temerosos de que fuesen á engañarlos para entregarlos despues á sus dominadores, solian amenazarlos y áun alguna vez quitarles la vida. Tal fué el trabajo á que estuvo sometido durante algun tiempo el P. Leandro, hasta que ya por los años ú otras ocupaciones, se retiró á su convento, donde falleció santamente, dejando una obra que fué impresa despues en Coimbra, en la tipografía de la Compañía de Jesus en 1729, en 4.°, con este título: *Oracion de las Cuarenta Horas.*—S. B.

ROSARIO (Sor Leonor del), dominica portuguesa, procedente de la India Oriental, de donde vino con otra hermana suya en muy tierna edad á tomar el hábito en el monasterio de las Donas, por ser ambas hijas de un hidalgo natural de la misma villa. Fué tan poco el tiempo que vivió, que apénas pasaba de diez y ocho años cuando partió para el cielo, segun opinion de todas las religiosas, por lo que se la puede muy bien aplicar la sentencia de *Consummata in brevi explevit tempora multa:* en vida corta obras de largos años. Desde la infancia comenzó á manifestar sus grandes virtudes. De dia, cuando la maestra daba alguna hora de recreo, el suyo era huir de sus compañeras, leer libros de devocion é irse al coro, con tanta constancia que la tenia para oirse llamar hipócrita, y no quejarse ni escandalizarse, ni poner mala cara. Por la noche dormia en la enfermería con otras niñas por no tener aún cama, y muchas de ellas, que se levantaban á deshora, la en-

contraron puesta de rodillas rezando delante de una imágen de nuestra Señora. Cuando se hallaba en el rezo, era tal su compostura y devocion en el modo de rezar, que era el asombro de toda la comunidad. Esto fué miéntras niña, que desde el momento en que hizo profesion, comprendiendo que habia hecho voto de pobreza, se desapropió de todas las alhajas y adornos que tenia propios de monjas, y que poseen sin contrariar el voto, ó con licencia, ó en nombre de la comunidad, por no tener valor alguno, y quiso verse libre de todo de tal manera, que hasta lo necesario regaló á su hermana, y cuando la acontecia necesitar algo, lo pedia prestado ó de limosna y nunca como cosa suya; y para profesar más completo la pobreza, ni áun quiso poseer la llave de un pobre bufete con que se habia quedado. Unia á esta pobreza otras muchas penitencias hechas con rigor, estrecha abstinencia y una obediencia muy pronta. Son los oficios de las recien profesas en la religion los más penosos de ella, para acostumbrarse bien é ir dando alivio á las más antiguas; aceptábalos y los hacia con gusto y perfeccion, y por muy cansada que quedase, nunca faltaba al coro, ni á una obligacion que se habia impuesto de rezar un salterio completo cada dia. Asistia al coro con extraordinaria puntualidad, y con no ménos cumplia la obligacion del salterio. Y casi casi no tenia momento que no fuese consagrado al Señor. Era el trabajo mucho, la edad tierna y la naturaleza flaca; fué sintiendo el peso y enfermó gravemente. Súpose con certeza que entre las cosas que pidió á Dios en la profesion, fué una que despues de profesa la acortase los dias para ir más pronto á gozar de su vision beatifica; otra que fuese su fin de manera que conociese la muerte y conservase hasta lo último su habla y juicio. Cumplióle el Señor misericordioso su peticion en todo, porque rara vez consiente que queden frustrados los santos deseos. Abrevióle el destierro y dióle la enfermedad que deseaba; púsose tísica, y fuése consumiendo lentamente, hablando y tratando con todas, viendo y comprendiendo que se iba acabando. Visitóla el médico un dia, y comprendiendo por el pulso que se la acercaba el último plazo, avisó que la diesen el último sacramento de la santa uncion. Manifestó algun sentimiento cuando se lo dijeron; acaso por su confianza en la juventud hizo alguna resistencia, y rehusaba disponerse para el sacramento. Pero como era verdadera hija de la obediencia, en el instante en que la prelada la dijo lo que convenia, no solo consintió desde luego, sino que las horas que duró despues las empleó todas en manifestar escrúpulos y pedir perdones de la dificultad que habia mostrado. Entregóse á la disposicion divina con una conformidad que parecia comunicada del cielo, dando gracias sin fin al Criador por haberla traido á la Religion y á aquella Orden y casa, y darla la muerte que deseaba y pidiera. Cuando le llegó la hora, pareció á todas las religiosas que habia te-

nido verdadero conocimiento y revelacion de ella. Porque mucho tiempo ántes pidió que llamasen á una amiga suya, y estuvo conversando con ella largo rato, y despues de despedirse pidió que la diesen la vela. Entró en la agonía, y estando ya muy quebrantada, volvió en sí con viveza y alegría é hizo señal á la madre que la tenia la vela encendida, llamándola como que queria decirla alguna cosa que veia, pero ya no tenia fuerza para satisfacer su voluntad ni formar muchas palabras, y solo se la oyó una clara y distinta, que fué: «Nuestra Señora del Rosario;» y con esta Señora en el alma y en la boca, y segun opinion de los circunstantes tambien en los ojos, pasó á mejor vida en Julio del año 1592.—S. B.

ROSARIO (P. Fr. Luis del), religioso gerónimo del Real monasterio de S. Gerónimo de Yuste. Este virtuoso varon fué natural de la villa de Ronches, en Portugal, y dejó en aquel religiosísimo monasterio grande fama de virtud y santidad. Era un religioso sumamente ejemplar y un modelo digno de imitarse en todas las acciones y actos de su vida; fué muy abstinente, rara vez llegaba á la racion que le ponian en la mesa, todas las vigilias ayunaba á pan y agua, y las de nuestra Señora tambien, de quien fué siervo devotísimo. Ofreció de su depósito un vestido á aquella santa imágen, que es el mejor que le ponen, como igualmente una joya de sumo precio, haciendo tambien para el coro un libro del oficio y misa de su Purísima Concepcion. Regularmente decia la misa al amanecer, á la hora prima, con la mayor devocion y parsimonia; en seguida oia otra, y despues se retiraba á la celda, donde se empleaba en orar y leer libros devotos. Era excelente maestro de capilla, y compuso muy buenas obras á canto de órgano para las alabanzas divinas, y ejercitó este oficio hasta pocos años ántes de su muerte, sin que jamás faltase al coro. Se vió muy acosado y afligido de graves enfermedades, asegurando que el coro no era lo que se las producia, que ántes bien salia de él siempre muy aliviado. Despues de maitines pocas veces se acostaba, tenia entónces oracion, hacia penitencias, disciplinándose con tanto rigor, que en su última enfermedad, habiendo mandado aplicarle unas ventosas en las espaldas, el cirujano que iba á hacer la operacion se quedó admirado no encontrando sitio donde fijarlas, pues toda la espalda estaba acardenalada, llena de costurones y muy lastimada. Casi siempre se mortificaba las carnes con un asperísimo silicio, y despues de su muerte se le hallaron buena porcion de ellos de diferentes géneros y hechuras. En su último padecimiento hizo confesion general, la que acostumbraba hacer en cualquiera ocasion que se hallase enfermo; recibió con singular devocion los santos Sacramentos, y poco ántes de espirar pidió el breviario para rezar los maitines, y los rezó hasta el *Te Deum laudamus*, que le dijo todo fervorosamente, y luego las siguientes palabras,

que fueron de gran consuelo á los presentes: Bueno está, ya no queda más, vamos á decir Misa; y en diciendo esto, comenzó á decir el *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum Verbum tuum in pace*, entregando el espíritu al Señor, vísperas de Año nuevo del año de 1671, entre las once y doce de la noche.—A. L.

ROSARIO (Fr. Martin del), religioso de la órden de S. Juan de Dios. Tomó el hábito en el convento y hospital de S. Diego de Lima, tomando el nombre del Rosario por la grande devocion que tenia á María Santísima invocada bajo este santo nombre. Pasó el año de la probacion con tan buen suceso, que era el ejemplo de todo el convento y de quien tenian todos mucho que imitar. Era el primero en la asistencia y servicio de los pobres, y el único para el singular amor con que los consolaba y servia. Los exhortaba á que se confesasen con frecuencia y tratáran muy de veras de salvarse, pues la enfermedad que el Señor les habia enviado, era aviso para que lo hiciesen, y que áun cuando hubiesen escapado de ella y estuvieran convalecientes, habia tanto ó mayor peligro en la convalecencia como en la misma enfermedad; «porque es tan grande nuestra miseria, añadia, que un cuerpo maltratado con los dolores y achaques, si convalece y no vive con mucho cuidado y parsimonia, un poco de aire, un poco de agua, un antojo por ligero que sea, le trae la enfermedad que se le fué. Y es constante que nuestros achaques nos los acarrean nuestros pecados, y que si hubiera ménos pecados, hubiera ménos achaques, y que el alivio mayor que podemos darles, es arrojarlos de nosotros con la confesion y enmienda de vida.» Con estas y otras razones santas los persuadia y los consolaba, y luego los preguntaba si tenian rosario; al que le tenia le encargaba mucho que le rezase todos los dias, pues el hombre más afligido no puede tener mayor consuelo en esta vida que estar en dulces coloquios con María Santísima, porque es Señora de tan grandes misericordias, que á los pobres más desamparados del mundo los ampara y favorece en la presencia de su Hijo ofendido de ellos, y trueca en amor la venganza. Daba rosario á los que no le tenian, y les suplicaba, lo mismo que á los que le tenian, que le rezasen todos los dias, exhortándolos á devocion tan santa y tan milagrosa con vivas y eficaces razones, ó con muchos ejemplos para mover los ánimos á mayor devocion. Profesó con general aplauso de todo el convento, y le encargaron luego una postulacion por la ciudad. Era muy singular la modestia y ejemplo que daba á los seglares, y así le daban grandes limosnas, las que eran tan crecidas, que tenia con ellas para socorrer á su hospital y otras muchas necesidades, lo que hacia con la mayor generosidad. Pedíanle algunos pobres limosna y se la daba de lo que le daban, diciéndoles: «Tomen, hermanos, que para todos da Dios.» Era de la opinion de su padre y patriarca S. Juan de Dios, quien

decia que la necesidad se debe remediar donde se encuentre, pues en todas partes se halla Dios por quien se remedia. Conforme iba creciendo en la virtud, crecia su caridad para con todos. Sustentaba muchas pobres viudas, huérfanos y hombres impedidos, y tenia lo suficiente para todos, sin faltar á los pobres de su hospital. Procedia esto de que habia sabido ganarse el afecto de muchos hombres poderosos y ricos, de que hay gran número en aquella ciudad, los que habian formado el mejor concepto del santo varon, y le veneraban y querian por su mucha virtud y santidad. Seguro, pues, de que habia de encontrar en ellos remedio para las muchas necesidades que tenia á su cuenta, se acercaba á ellos y les decia: «Hermanos, la hacienda que Dios os ha dado, no es vuestra tanto como de los necesitados: entended que sois despenseros de los pobres; yo os los pongo delante para justificar vuestra causa. ¿Qué sabeis si mañana sereis como uno de ellos? ¡Cuántos hombres poderosos han llegado á tanta miseria, que ni tienen para llegar á la boca, ni quien se lo dé, porque cuando tenian no lo daban! Así, hermanos, todo se acaba cuanto hay en el mundo, y las haciendas más que todo, porque quizá las más no son bien ganadas. Atesorad para el cielo, que son los verdaderos tesoros, y haced á los pobres vuestros tesoreros, que yo os aseguro de parte de Dios el cielo, si los socorreis, porque el Señor lo tiene prometido solo á quien socorre y remedia á los pobres; á lo ménos no dará otra razon de haberle dado en el dia del juicio, sino porque se remediaron y socorrieron las necesidades, que así lo hallareis en el santo Evangelio.» Otras veces decia tambien: «Hermanos, si vosotros fuerais pobres, ¿no holgárais que os socorriesen? Pues haced ahora con los pobres lo que quisiérais que hicieran con vosotros si lo fuerais.» Con estas santas y evangélicas razones ganaba los ánimos para que le diesen limosnas, y se las daban muy crecidas, con lo que socorria á los pobres generosamente, haciendo grandes beneficios. Pues el siervo de Dios miraba las necesidades y la flaqueza, y las salia al encuentro socorriendo á aquellas para que no se viese en peligro esta. Habíale dotado el Señor con especial gracia para componer los que eran enemigos, y así en habiendo algunos rencores, odios ó enemistades, las arreglaba y componia de tal manera, que á los mayores enemigos los convertia en verdaderos amigos; «y esto, dice la crónica, no lo hacia la gracia de ajustarlos, sino la gracia de la oracion que frecuentaba para que el Señor asistiese á componer los crímenes de aquellos que trataban de quitarse las vidas, y lo conseguia fácilmente, porque hoy estaban para matarse, y mañana estaban tan unidos, que perderian las vidas unos por otros. Hacia en esto muy gran servicio á Dios y á la república, porque muchas se han reducido á míseras ruinas por las enemistades y moradores. Todo era concierto en cuanto el santo varon ponia la mano, y todo nacia

del mucho concierto de su vida.» Hablaba poco, y siempre de Dios, siguiendo el consejo que dió á sus hijos la santa madre Teresa de Jesus, diciéndoles: «Que no hablasen mucho con seglares, y que lo que hablasen fuera siempre de edificacion.» Llevaba siempre un áspero sicilio á raiz de las carnes. Comia poco, dormia ménos, porque lo que le sobraba del sueño, lo empleaba todo en el santo ejercicio de la oracion. Llevaba siempre gran número de rosarios en la mano y en el pecho, para repartírselos á los que no los tenian. Dirigia breves pláticas á los que los daba, para que le rezasen todos los dias, exhortándolos á que ninguno le dejase de rezar, pues era tan breve el tiempo que en ello empleaba. Continuó constante en estos santos ejercicios por espacio de cuarenta años, con no pocos aumentos en la virtud, hasta que coronado de perfeccion fué á buscar el premio de tantos merecimientos á la gloria. Para probarle le envió el Señor una penosa enfermedad, la que se le agravó de manera, que desahuciado de los médicos, recibió los santos Sacramentos con tan grande ternura y devocion, y pidió perdon á todo el convento con singular humildad, y con entero y sano juicio entregó su espíritu á Jesucristo crucificado, teniendo en sus manos un santo crucifijo, haciendo muchos actos de amor y contricion, y dejando envidiosos á cuantos le vieron morir tan venturosamente, heridos sus corazones de dolor y sentimiento. Quedó despues de muerto como si estuviera vivo; hízosele un entierro solemne, á que asistió lo más noble de la ciudad inclusos los religiosos, y le inhumaron en sepultura señalada.—S. B.

ROSARIO (Fr. Nicolás de Sa ó del), religioso dominico del convento de Lisboa, natural de la villa de Pedrogaon. Este Padre, despues de haber estado en la India algunos años con nombre de gran predicador y vida pura y ejemplar, obtuvo licencia para volver á Portugal. Embarcóse en la nave Sto. Tomé, cuyo capitan era Esteban de Veiga, en 1588. Llegados al Cabo de Buena Esperanza, tuvieron que sufrir las tempestades de costumbre, por lo que se le llamaba en aquel tiempo el *Cabo Tormentorio* ó *Tormentoso*. Pero fueron entónces con tan grande violencia, que forzando todos á la nave con el deseo de pasar, comenzó á hacerse agua por la proa, la cual se fué aumentando con el mucho trabajo de los mares, y muy en breve llegó á un estado que no podian sacarla, ni áun con las muchas bombas. Acordóse en comun arribar á Mozambique en busca de remedio para que el mal no fuese mayor. Viraron de popa, pero el consejo fué inútil por lo tardio, pues tomado mucho ántes hubiera sido su salvacion. Antes de salir del paraje que llaman la tierra de Natal, la nave se llenó de agua hasta por encima de la cubierta. Era en medio del golfo, y no tenian esperanza de salvacion. Mandó el capitan echar el esquife al mar con guardia para salvar los que les pareciese, que no podian ser muchos. Y puesto debajo de la baranda fueron por

órden suya bajando por las cuerdas las personas de más cuenta, entre las cuales fué una el P. Fr. Nicolás. Recogidos en el esquife los pocos que cabian, acabó de cubrirse de agua la miserable nave, y comenzaron á verse los casos más lastimosos. Pero lo que más afligió á todos, áun á los que quedaban víctimas de semejante desventura, fué una niña de ocho años, hija de padres hidalgos, personas muy conocidas, que se sostuvo por algun tiempo contra las olas, lidiando con la muerte hasta que quedó ahogada entre sus esclavas que la rodeaban. En tal estado tuvo su propia madre ojos para verla y ánimo para salvarse sin ella; pero debe creerse que la fuerza del miedo de la muerte la hizo descuidar la prenda de su alma en los primeros momentos, y en los segundos se persuadió que en estando en el esquife tendria lugar para sí y para su hija, y que tendria valor para recogerla despues. Así lo pretendió despues con gritos y sollozos que quebrantaron el corazon de todos; pero en ninguno encontró piedad para darla remedio. Mas luego se vieron en el esquife otros casos, que por más desastrosos, hicieron olvidar los de la nave. Pareció la gente demasiada para embarcacion tan pequeña, tratóse de aliviarla, lo que no podia ser sin sentencia de muerte contra algunos. Fueron luego condenados y lanzados al mar muchos de los que ántes se daban parabienes por su ventura de verse, á su parecer, en salvo, quedando tantos buenos compañeros sepultados en la profundidad de las aguas. En muy pocos momentos la nave se sumergió en el mar, verificándose la traslacion al esquife. Pero en el breve espacio que dió el tiempo, manifestó Fr. Nicolás su verdadera piedad y religion, oyendo confesiones y animándolos á todos; y lo mismo hizo, aunque más de asiento, en las fatigas y peligros de la segunda navegacion, en la cual el temor de zozobrar con cualquier mar gruesa, les representaba la muerte delante de los ojos á cada momento. Al cabo de algun tiempo fué Dios servido que tomasen tierra en un paraje que llaman la Tierra de los Humos, y forma parte de la Etiopía Oriental. Enviaron á dos compañeros á descubrir si habia poblaciones y gente tratable. Tuvieron la fortuna de encontrar, á ménos de media legua, una aldea de negros cafres, de cabello escaso, como son la mayor parte de los de aquella costa; mas era gente muy amable y alegre, y tan feliz, que nunca habia visto extranjeros, lo que manifestaron en los extremos de admiracion que hacian, dándoles el nombre de hijos del Sol. Siguióse á la admiracion todo género de agasajos, y los convidaron á comer de lo que tenian, saliendo luego algunos con ellos en busca de los compañeros de la playa, mas habian desaparecido, pues viraron viento en popa y no quisieron perder el viaje, de lo que los descubridores quedaron desesperados, y por no quedarse allí expuestos á nueva y mayor perdicion, despidiéndose de sus buenos huéspedes, comenzaron á recorrer la playa por ver si daban con el es-

quife. Los cafres les consolaban dando muestras de compasion por su desgracia, y mezclando consejos á su mudo lenguaje, con los que querian manifestar que el mar era un elemento loco y furioso, y mucho más loco quien se fiaba de él; que anduviesen por la tierra como hacian los moradores de aquella aldea, y nunca tendrian de que quejarse; consejo sesudo si no viniese tarde, y en verdad que para los codiciosos ninguno llega á tiempo, como se manifestó despues en estos. Iban caminando con asaz melancolía, expuestos á quedar sepultados para siempre entre aquellos bárbaros, cuando descubrieron ámbar en la playa, de que estaba llena toda aquella costa, y cargaron de esta mercadería como hiciesen un viaje de placer, y así cargados llegaron al esquife, que encontraron surto con la fuerza del viento contrario. Hiciéronse desde allí á la vela y fueron recorriendo la costa hasta dar en una isla, que conocieron pertenecia á los estados de un rey aliado de los portugueses, llamado Inhacca, y sin hacer más diligencia prendieron fuego al esquife, por que ninguno se separase de sus compañeros, aprovechándose de él furtivamente. Fué este consejo tan precipitado, que se vieron por él á riesgo de perecer de hambre y de sed, porque la isla estaba deshabitada, y despues de haberla recorrido toda, ni encontraron agua para beber, ni nada para comer. Hallándose en aquel estado, movió Dios los corazones de unos cafres de Tierra Firme á pasar á la isla para ver cuál era la causa de unos fuegos que vieron en ella encendidos por los portugueses en la misma noche que habian llegado. Llevaban dos embarcaciones, en que pasaron los pobres náufragos á Tierra Firme, pero con nuevo miedo y trabajos, porque eran canoas demasiado pequeñas y fáciles de virar á cualquier cambio de tiempo en travesía tan grande y mares tan procelosos. Como la tierra era de un rey aliado de los portugueses, fueron caminando con el mayor descanso donde tenia su morada, en la que los agasajó con amistad y cortesía. Creyeron que habian acabado todas sus fatigas con estos agasajos, mas se engañaron mucho, porque teniendo solo dos caminos para volver á la India, que eran, ó quedarse allí esperando una embarcacion para Mozambique, ó caminar por tierra hasta la fortaleza de Sofala; los que quedaron esperando, pagaron su descanso con enfermedades pestilentes y trabajos sin remedio, con los que acabaron muchos miserablemente; y los que se atrevieron á ponerse en camino, padecieron hambres y sed y encuentros con cafres de guerra, malos y desalmados, además de las ochenta leguas de ásperos caminos que anduvieron á pie. Uno de estos fué el P. Fr. Nicolás, y le salió bien su empresa, porque encontró en Sofala un convento de Sto. Domingo y Padres de su Orden. Era allí vicario el P. Fr. Juan de los Santos, que despues escribió parte de este naufragio, oido de boca de los que le padecieron, en su *Historia varia de la Etiopia Oriental*. El P. Nicolás, apénas descansó, dejó

la fortaleza y pasó á la isla de Mozambique, que era de mejor clima. Pero como quien viste el hábito de la religion y le anima el celo propio de ella, no puede descansar; en vez de volverse á su patria ó á la deliciosa ciudad de Goa, marchó de nuevo á exponerse á las fiebres y desventuras de los rios de Guama, que se hallan en la misma costa donde se habia perdido. Acaeció esto por los años del Señor de 1592. Emprendió su viaje, dándose á conocer y estimar por el espíritu apostólico por todos los lugares por donde pasó, hasta que al fin dió su vida por Dios y por los prójimos, lo que acaeció de la manera siguiente. Apareció por este tiempo en aquellos paises un ejército de cafres llamados zimbas ó muzimbas, gente nueva y nunca vista allí, que saliendo de sus tierras recorrió gran parte de la Etiopia, como azote del cielo, destruyendo todo lo que encontraban con una brutalidad más que de fieras, porque siendo verdaderos antropófagos y comiendo carne humana, en lugar donde entraban no perdonaban ni hombre, ni animal alguno, matándolo y comiéndoselo todo. Eran en número de más de veinte mil hombres, todos sin mujeres ni hijos, y como eran tantos y no iban con intencion de buscar tierras para vivir, sino únicamente instigados por el espíritu de hacer mal, recorrian en poco tiempo mucho espacio de tierra, y como encontraban la gente descuidada y los lugares abiertos, nada les resistia, asolándolo todo. El remedio que tenian los naturales era abandonar las poblaciones, huir al monte y ocultarse en lo más espeso, ó unirse á ellos en semejante género de vida, porque solo así escapaban de la muerte. Habiendo corrido victoriosos más de trescientas leguas por la costa, se dirigieron á las tierras de Monopotapa, para enseñorearse mejor de esta provinvia; fortificaban un lugar, hacian asiento en él, y hacian salidas como salteadores. Tenian los portugueses en aquel país dos casas fuertes, situadas en las riberas del rio Zambeze, á distancia de sesenta leguas una de otra; la primera se hallaba en la poblacion de Sena, de la que era gobernador Andrés de Santiago, y la otra en la de Tete, estando á cargo de Pedro Fernandez de Chaves. Ambos gobernadores dependian del Sofala, y por lo comun eran criados suyos ó de su servidumbre, sirviéndoles las casas de factorías para el rescate del oro que es el trato principal de Sofala. Viendo Andrés de Santiago los daños que los zimbas hacian en las tierras vecinas, determinó buscarlos, pelear con ellos, y ver si podia deshacerlos ántes de que aumentase su poder y reputacion. Reunió todos los portugueses, mestizos y negros confidentes que habia en Sena, y se fué en su busca al mismo lugar de que se habian apoderado. Pero al llegar vió que la empresa era mucho más difícil de lo que habia imaginado, porque el enemigo habia cercado la poblacion por todas partes de fuertes trincheras con fosos profundos, con traveses y saeteras, todo en órden militar y no como bárbaros.

Avisó luego al capitan de Tete para que fuese á ayudarle con las mayores fuerzas que le fuesen posibles. No tardó en acudir Pedro de Chaves, porque la causa era comun, y como suponian que el cerco seria largo, suplicó al P. Fr. Nicolás, que desde algunos dias ántes residia en Tete, le acompañase en la jornada para administrar los santos Sacramentos y consolarlos á todos. No se supo negar, como se trataba del servicio de Dios y bien de las almas, y se puso con él en camino. Sabiendo los bárbaros la llegada del socorro, enviaron espias para informarse del camino que traia. Apénas lo supieron, salió de noche uno de sus mejores escuadrones y se puso emboscado en el paso de un gran monte, de espeso arbolado, por donde tenia que pasar el socorro, y el que no podia ser más á propósito para su objeto. Venian los portugueses en el mayor descuido, siendo poco más de ciento entre portugueses y mestizos, gente bien armada, pero todos tan sin cautela ni ninguna de las disposiciones que se toman en la guerra, como si no hubiera enemigos en todo aquel país. La mayor parte eran llevados en andas por sus esclavos, sin tener las armas á mano, ni la mecha encendida, ni haber ningun hombre que descubriera el campo, en fin, como gente que no temia ni estimaba al enemigo, el cual en cuanto los vió bien internados en el monte, levantando un fuerte alarido, cayó sobre ellos con tanta furia, que ántes de tener tiempo para sacar las espadas fueron degollados todos los portugueses y mestizos sin quedar ninguno. Aumentó la desventura el que los portugueses, para ir más desembarazados, caminaban media legua delante de los cafres aliados, que llevaban por compañeros en el peligro, los que eran en gran número, gente muy buena y decidida, y así cuando llegaron al valle de la emboscada, ya salian los bárbaros victoriosos. Habiendo encontrado al P. Nicolás todavía vivo, y conociendo que era religioso, le llevaron á su poblacion, los mismos que le encontraron lleno de mortales heridas; atáronle allí de pies y manos á un madero alto, y le acabaron de matar á flechazos por odio á nuestra santa religion, diciendo que los cristianos no hacian aquella guerra sino por consejo de sus cadíes, que así llaman ellos á los sacerdotes. Afírmase que sufrió la muerte con alegría y con los ojos fijos en el cielo; no solo con paciencia considerando que solo el celo de servir á sus prójimos y de cumplir con su obligacion, le habia puesto en tan duro trance. Así acabó su vida y trabajos con este merecimiento y con el que siguió despues de haber servido de pasto á aquellas fieras, de modo que puede decirse de él lo que consta de los mártires antiguos: *Obturaverunt ora leonum*, etc., siendo despues de asaetado como S. Sebastian, comido de fieras como S. Ignacio. —S. B.

ROSARIO (P. Fr. Silvestre), religioso cisterciense natural de Covillan en Portugal. Siguió la carrera de leyes en la universidad de Coimbra, donde se

graduó tambien en cánones. Desempeñó por muchos años la abogacía con muy buenos resultados. Ultimamente habiendo enviudado despues de algunos años de matrimonio, tomó el hábito en el monasterio de Alcobaza, donde murió en 15 de Marzo de 1799, dejando las obras siguientes: *Alegacion jurídica á favor de Francisco Cayetano Cabral en el pleito con la Real Corona sobre la casa de Belmonte*; Lisboa por Domingo Gonzalez; 1749, fólio. *Tragi-Comedia sobre la vida de Sta Genoveva* intitulada: *Despues de las penas triunfo y despues del triunfo penas;* Salamanca por Eugenio García de Honorato; 1755.—S. B.

ROSARIO (Fr. Tomás del), religioso dominico. Fué natural de las montañas de Oviedo, de padres nobles, é hijo de oraciones como entónces se decia, por haber vivido sus padres muchos años sin tener sucesion. Cuando se vió jóven y solo decidió dedicarse á los estudios, y renunciando su patrimonio en una hermana suya marchó á Salamanca. En muy breve tiempo aprendió la gramática y retórica con grande admiracion de sus maestros, pero más era lo que se aventajaba en la virtud, ocupando en santos ejercicios el tiempo que le quedaba libre. Como hombre dado á la oracion, frecuentaba las iglesias, oia con grande atencion los sermones, huia de las malas compañías, y buscaba solo aquellas que son á propósito para el mejor concierto de la vida. Evitaba tambien las conversaciones vanas, y si se encontraba por casualidad alguna vez donde se hablaba con libertad, y más si las conversaciones eran poco honestas, si no podia hacerlas cambiar, se marchaba, que es la mejor muestra de prudencia y virtud en un jóven, y cuando le decian que solo se hablaba de aquellas cosas para pasar el tiempo, sin que tuviesen otro fin, replicaba que por lo ménos podrian seguirse otros inconvenientes. No tardó en ser muy devoto de María Santísima; frecuentaba el Rosario con la mayor devocion, pidiendo siempre le alcanzase limpieza de alma para poder ocuparse en servicio del Hijo y de la Madre. Lo que más cuidado le daba era el deseo de saber en qué estado podria servir mejor á Dios y á la Vírgen. Presentaba siempre esta peticion deseando saberla no por medio de milagros ni de revelaciones, sino deseando obtener la gracia para ponerlo en ejecucion. Comenzó nuestra Señora á satisfacer los deseos del jóven, alcanzándole del Señor el de ser religioso de la órden de Predicadores. Convencióse desde luego, como de cosa de grande importancia, que debia huir los peligros del mundo, acogiéndose al seguro de la religion, no confiando en sus propias fuerzas al contrastar tan penosas olas en que viven los mortales, pudiendo tomar puerto ó pasar el Occéano por seguro puente. Con este pensamiento fué al convento de San Esteban de Salamanca y manifestó sus deseos al P. Prior, quien despues de un detenido exámen le envió á los padres á cuyo cargo se hallaba el enterarse de las

demás cualidades del novicio. Quedaron estos satisfechos, mas como le pareciese al prior que no tenia tanta capacidad como él quisiera, le envió al convento de Talavera, que se fundaba entónces bajo la advocacion de San Ginés con la observancia y rigor de la primitiva Orden, y del que era prior Fr. Juan Hurtado. Hallábase en su compañía el P. Fr. Tomás de Santa María, que murió en Tordesillas con el sobrenombre del provincial santo, con que fué conocido despues en la Orden. Estaba tambien allí Fr. Pedro de Soto, santo varon que fué despues confesor del emperador Cárlos V, y murió en el Concilio de Trento, enviado por el Papa con fama de santo. El P. Presentado Fr. Tomás de Guzman, hijo del convento de San Pablo de Valladolid, que reformó despues por órden del Pontífice la provincia de Aragon, donde murió; y en estos y otros sugetos no ménos notables halló favor el jóven, que acordaron darle el hábito despues de haber conocido sus buenos deseos y disposiciones. Quedó el novicio tan contento como si hiciera muchos años que vestia el hábito, y fué el Señor servido concederle que guardase toda su vida el preciosísimo don de la virtud, para lo que le parecia poco cuanto ayunaba, se maceraba, leia ó rezaba. Estaban muy atentos los padres examinando las inclinaciones y acciones del novicio, y en todo hallaban muchos motivos para elogiarle y amarle. Hizo profesion y toda la vida pasada le parecia en extremo negligente, y aunque en varias ocasiones el hacerla suele ser motivo de alguna más libertad y mayor descuido, pero en cuanto profesó comenzó á pedir gracias al Señor para aventajarse en la virtud y llevar una vida diferente á la que habia llevado hasta entónces. Prometíase seguro acierto en todo teniendo como regla la voluntad del prelado, y no acertaba á comprender todo el valor del voto de la pobreza, que le libraba de todos los cuidados que tanto atormentan á los demás hombres. Viendo el prior las buenas cualidades de este religioso, le nombró portero del convento, pues si bien lo que su Orden quiere que tengan los porteros, faltaba en los pocos años de Fr. Tomás, la virtud suplia otra cualquiera falta. Los seglares que entraban y salian quedaban edificados de sus palabras, modestia y compostura, y le estimaba todo el convento. A pesar de lo cansado que quedaba despues del desempeño de su cargo, empleaba en oracion la mayor parte de la noche contentándose con un breve rato de sueño. Acudia con presteza á todo lo que le mandaban; despertaba á maitines y decia que tenia en ello la mayor complacencia, porque creia que las faltas que cometia en el servicio de Dios se remediaban con las oraciones de aquella santa comunidad. De este cargo pasó á la sacristía, donde dió nuevas muestras de su religion y virtud: era muy afable para con todos, pero sin perder jamás un punto de la gravedad que debe tener un religioso obrando. «Predicaba, dice la crónica, Fr. Tomás en la porteria y en la sacristía y donde quiera que estaba, y lo que se puede enca-

recer muchísimo es, que en medio de estas ocupaciones, tenia siempre los pensamientos en el cielo.» Hallábase muy ajeno de creer que tenia cualidades para ser sacerdote, miéntras los padres solo deseaban que llegase á edad en que pudiese recibir las órdenes sagradas. Cuando la tuvo y supo de lo que se trataba, se arrojó con lágrimas á los piés del prior, suplicándole que no lo hiciese, porque le revelaba su conciencia que no tenia dotes para tan alto ministerio, y tambien porque seria echar sobre sus hombros un gran peso, siendo tan flacos, y tan graves las obligaciones de este cargo. Esta misma causa hizo comprender que la virtud de este religioso no era aparente sino muy bien fundada, y que adelantaria cada vez mas. Mandóle el prior por obediencia que se ordenase, y no tuvo otro recurso que obedecer este mandato. Consideraba al nuevo ministro del altar la verdad con que debia ocuparse de su nuevo y elevado ministerio, y se creia tan lleno de faltas y ajeno de virtudes, que no suponia ser de grande utilidad en su nuevo estado. Obtuvieron en aquel tiempo los padres de la provincia de Castilla la casa de Ocaña para establecer en ella la observancia que habia fundado en Talavera Fr. Juan Hurtado, y deseando proveer este convento de sujetos á propósito, eligieron entre otros á Fr. Tomás, de quien se tenia el mejor concepto en toda la provincia. Fundóse esta casa en mucha pobreza, y no teniendo los suficientes recursos, hubo que acudir á las limosnas del territorio. Enviaron con este objeto al siervo de Dios Fr. Tomás, quien obtuvo los mejores resultados, empleando para ello diferentes medios entre los que refiere la crónica como el principal el siguiente. «En los pueblos donde llegaba, enseñaba la doctrina cristiana á grandes y chicos, hacíales algunas pláticas espirituales, enseñábales á rezar el Rosario, declarándoles los misterios, referíales algunos milagros del Rosario, y los favores que la Vírgen habia hecho por este medio á muchos siervos suyos; que como sabia el buen Padre que la Orden habia heredado esta devocion de su padre Santo Domingo, y este de la Reina del cielo, él que era verdadero hijo del santo, empleábase muy en particular en persuadir este ejercicio. Algunos le iban siguiendo de pueblo en pueblo, llevaban sus hijos para que los enseñase; si sentia alguna disension en el pueblo luego la componia; si tenia noticia de alguna necesidad ó trabajo en el pueblo, como verdadero discípulo de S. Pablo era todo para todos y procuraba el remedio. En medio de estas ocupaciones no perdia un punto su recogimiento y devocion, y aunque andaba de casa en casa y de pueblo en pueblo pidiendo limosna, tenia ya la virtud tan fundada, que con el trato de tan diversas personas y tan diferentes caractéres era el mismo que estaba encerrado en las recolecciones de Ocaña y Talavera. Ganó tanta opinion el bendito Padre por todo aquel pais, que acreciendo la devocion que tenian á su doctrina, hizo Dios que se convirtiesen muchos pecadores endurecidos

que habian dejado de confesarse desde muchos años ántes; aún no tenia licencias para predicar, y todo esto lo hacia á manera de pláticas á pesar de lo cual obtenia maravillosos frutos. Comenzó á aumentarse la fama de su doctrina y celo por todo aquel país, de manera que el ayuntamiento y vecinos de uno de los principales lugares, al enviar un regalo al convento escribieron al P. Prior pidiéndole predicador para el Adviento y Cuaresma y suplicándole que fuese Fr. Tomás. Entónces fué cuando resolvieron darle las licencias, en atencion á que su virtud, ejemplo, religiosidad y fama suplian la falta de años. Predicaba con grande energía, aunque procurando siempre hablar conforme á la calidad de los oyentes. Usaba muy á menudo los ejemplos de los Santos Padres, que segun S. Agustin, aprendidos de memoria son como carbones encendidos que hacen maravillosas transformaciones en las conciencias. Habia acabado la teología, en que salió muy aventajado, pero á pesar de esto se ocupó mucho más en la lectura de la Escritura Sagrada y doctrina de los Santos Padres, de que sacaba mucho provecho y tenia siempre á mano por ser de extraordinaria memoria, que por lo general se le quedaba impreso lo que leia una sola vez, lo mismo que se refiere de Santo Tomás de Aquino, y con lo cual le quedaba mucho tiempo al siervo de Dios para no abandonar los ejercicios de devocion que tan propios eran de la suya. Hacianse grandes elogios de su persona, pero él no sabia otra lenguage que el de su abatimiento y vileza, sin que le desvaneciesen aquellos panegíricos aunque fuesen grandes, muchos y de personas calificadas. Cuando Fr. Domingo de Betanzon, á su regreso de Roma, llegó á Ocaña, y como nueva fundacion vió el rigor y ejemplo con que en ella se vivia, acudió allí á buscar hombres de espíritu, tales como los necesitaba para la conversion del Nuevo Mundo. Manifestó Fr. Domingo á aquellos Padres la situacion de la mision y las ocaciones que en ella se ofrecian para ocuparse en el ministerio para que se habia fundado la Orden. Conmovieron sus razones á algunos de los individuos de aquel convento, siendo uno de los más decididos el P. Fr. Tomás, á quien tambien tenia deseo de llevar consigo el P. Fr. Domingo. Ofrecióse, pues, para esta empresa, animado no solo por sus buenos deseos sino tambien por los excelentes religiosos que salieron del convento, que fueron el Mtro. Fr. Domingo de la Cruz y Fr. Pedro Delgado. No tardaron en emprender su viaje, y apénas llegó Fr. Tomás á su destino, sentia al pasar por los pueblos, que en aquel tiempo estaban llenos de gente, no haberse criado allí y saber su lenguaje para comenzar desde luego la predicacion. Llegó á la capital de Méjico, y como era su intento ganar almas, comenzó á informarse de las desgracias de que adolecia aquella provincia y ciudad. Predicaba restitucion de bienes mal ganados, contra los daños que causaba el mal ejemplo de los españoles, los deseos

desordenados de hacienda y otras cosas que habia comprendido perjudicaban á la conversion de los indios. La doctrina de este Padre comenzó á cambiar las cosas de manera que ya se conocia la reforma de la vida de muchos habitantes de Méjico, cesaban los malos tratamientos de los indios y se restituian los bienes usurpados, siéndolo algunos por mano del santo predicador; frecuentábanse los sacramentos y se hacia la devocion del Rosario con grande fervor. Nombráronle subprior del convento de Méjico, y despues maestro de novicios por necesitar personas de este carácter los recientemente entrados en la religion. Hizo lo que se le ordenaba como hijo de obediencia, pero su inclinacion era muy contraria á gobernar, pues le causaba miedo tener que dar cuenta á Dios de conciencias ajenas, y sentia tambien carecer del necesario tiempo para llevar á cabo la fundacion que intentaba de la Cofradía del Rosario en toda la Nueva España, y tambien perdia el poco que le quedaba para concertar con Dios y con la Vírgen en la oracion sobre lo que habia de enseñar al pueblo. Eligiéronle prior del convento de la ciudad de los Angeles, y pareciéndole que si comenzaba á andar este camino no saldria nunca de él, escribió al P. General manifestándole la mayor utilidad que podia prometer predicando, que ocupado en otros cargos. Pareció justa esta peticion, y despachó sus patentes mandando que no se le ocupase en oficios, con lo que quedó muy alegre y se consagró por completo á oir confesiones y predicar: en ambas ocupaciones trataba siempre de infundir la devocion al santo Rosario, y aunque tenia muchas consultas y otros asuntos que reclamaban todo su tiempo, le hallaban sin embargo para todo, sirviéndole la oracion de lo que á otros los libros. Su mayor cuidado era componer enemistades, remediar pobres, consolar enfermos; y á pesar de que se aumentaban sus ocupaciones, no por eso dejaba de ser cada vez mayor su propio aprovechamiento; admiraba á todos la continuacion de sus ejercicios y de sus grandes penitencias; todo en él era grande, todo devoto y verdaderamente religioso, y aunque débil, le dió el Señor fuerza para grandes empresas. Una de las cosas que más procuraba persuadir era la devocion á nuestra Señora, á cuyos pies se arrojaba suplicándole le encaminase en lo que fuera de mayor servicio suyo. Decíale con este objeto: Alcanzadme luz, Señora, y entienda yo que podré hacer algo de que vuestra grandeza se dé por bien servida; que yo, por muy grandes dificultades que se ofrezcan, pasaré por todas por no hacer falta en las cosas que fuesen de vuestro servicio. En este santo pensamiento estuvo el siervo de Dios hasta que le sobrevino una grave enfermedad, que creció de manera que los médicos desconfiaron de su vida, y aunque el mal le trabajaba mucho, era su alivio tener presente en sus pensamientos á nuestra Señora. Tenia junto á la cama una imágen suya, en la que encontraba todo su consuelo. Ibanle fal-

tando las fuerzas, y creian los religiosos que muy en breve las habia de perder por completo; velábanle con cuidado para que asistiese á su fallecimiento toda la comunidad, segun costumbre de la Orden, pero fué curado de una manera maravillosa, segun refiere la crónica en estos términos: «Acometido de una fuerte tentacion, acogióse el siervo de Dios á una imágen de la Vírgen que consigo tenia, y asiéndose del velo con que estaba cubierta, dijo: No temas, hijo Fr. Tomás, que contigo estoy, y levántate y predica mi Rosario, que yo te favoreceré;—y luego quedó el desahuciado enfermo con maravillosa salud. Con un milagro semejante á éste, que sucedió en la persona de Fr. Reginaldo, la órden de Predicadores recibió de la Vírgen el hábito que viste. Quedó el Santo sano y ungiéndole la Vírgen, que lo uno y lo otro fué principio de las grandezas de Fr. Reginaldo; y como al glorioso Padre Santo Domingo la Vírgen del cielo dió el Santo Rosario por remedio de los males grandes que con la herejía de los albigenses padecian las provincias de Italia y Francia, y por boca de la Vírgen supo que por este camino se habia de hacer gran reformacion en tan graves males, al santo Fr. Tomás en la cura de su enfermedad le hizo el favor que á S. Reginaldo; y en mandarle predicar el Rosario en provincias de idólatras, fué hacerle la merced que á Santo Domingo, viviendo entre herejes.» Apénas se vió sano, lo primero que hizo fué fundar la cofradía del Santo Rosario: presentóse con este objeto al P. Prior, que era el P. Fr. Pedro Delgado, y le convenció á que se comenzase á trabajar en esto como una de las cosas propias de la Orden. Pareció bien la propuesta al prior y religioso, y le dieron la comision para que lo hiciese como tuviere por más conveniente. Comenzó á ocuparse de esto con tal actividad, que áun las personas más indiferentes de la ciudad comenzaron á sentirse movidas de sus mismos afectos. Llamaba siempre á la Vírgen su Señora y decia: «que era su indigno esclavo,» manifestando mucha devocion cuando decia: «Soy esclavillo de la Vírgen Santa María, mi Señora.» Eran muchas las limosnas que se recogian en el convento, y en particular las que hacian para la cofradía y cera de nuestra Sra. del Rosario eran mucho mayores: «Luego, continúa la historia, el alguacil mayor de aquella ciudad y su mujer hicieron una imágen de plata, del cuerpo de una mujer grande, y el ropaje fué mucho, con muchas piedras, teniendo más de cincuenta mil reales de plata. La limosna fué muy grande; pero el convento hizo muchas diligencias por no recibirla siendo de plata, pareciendo á los frailes pobres, que en alguna manera no respondian á la pobreza que profesaron con una imágen de tanta costa y riqueza; en fin se admitió, atendiendo á la devocion del pueblo.» Comenzó la del Rosario con tanto fervor, que á los pocos dias no hubo hombre ni mujer en Méjico que no se inscribiese en la cofradía. Tenian por el mejor y más glorioso de sus títulos llamarse cofrade del Rosa-

rio, persuadiéndoles el santo predicador los favores que la Vírgen hacia á los que lo eran, con lo que continuó el santo Padre en su ejercicio, y buscaba rosarios con licencia de sus prelados, teniendo grande cantidad de ellos que iba repartiendo. Hacia copiar las constituciones, privilegios é indulgencias para que todos las tuviesen en su poder y pudieran comprender así los tesoros que posee esta cofradía. Encargó el prior á Fr. Tomás que predicára al pueblo todos los sábados y fiestas de nuestra Señora los milagros del Rosario, el que nunca dejaba de rezar todos los dias con el oficio de nuestra Señora cuando no era de obligacion en el coro. Dejó tan bien ordenada esta hermandad, dice la crónica, el bendito Padre, que con la limosna que cada año se recoge en ella, se casan ordinariamente ocho huérfanas cada año, dando á cada una para ayuda de remedio dos mil y cuatrocientos reales. Estas doncellas van en procesion el dia de Año nuevo, delante de la imágen del Rosario, cubiertas con velos de tafetan azul, y las llevan de la mano las madrinas, que es el estilo que se guarda en la memoria que el Ilmo. Fr. Juan de Torquemada, hijo del convento de San Pablo de Valladolid, dejó con renta perpétua para que por mano de Su Santidad se casasen ciertas huérfanas. En esta procesion de Méjico va la Vírgen en sus andas autorizando aquel auto, y enseñando que no son huérfanas las que se quieren valer de la Vírgen del Rosario.» Los buenos resultados que obtuvo Fr. Tomás en Méjico en la fundacion de la cofradía de nuestra Señora del Rosario le animaron á extenderla á la ciudad de los Angeles, donde lo consiguió con igual éxito. Aun cuando fué nombrado prior, continuaba en esta predicacion, que no tardó en autorizar el Señor con diferentes milagros. Aunque eran grandes los favores que parecia recibir del cielo, pudiendo por lo tanto moderar en algo el rigor de sus penitencias, no era así, porque no perdia medio de conservar la pureza de su conciencia. En los veintiseis años que vivió en la provincia de Méjico se confesaba y decia misa todos los dias; pero rezeloso siempre de sí mismo y poco confiado en sus buenas obras, tenia siempre el corazon afligido con la memoria y dolor de sus culpas para el remedio de las cuales eran los rigores de su abstinencia. Era muy templado en la comida, porque nunca quebrantó los ayunos de la Orden, y á pesar de ser tan grandes, jamás comió carne, sino obligado por alguna enfermedad ó la obediencia. Recordando la desnudez del Salvador, le gustaba vestir hábitos pobres; pasaba casi todas las noches en vigilia, siendo sus mortificaciones tan contínuas como extremadas: no se contentaba con andar á pié, sino que á pesar de sus muchos años se descalzaba á imitacion del patriarca Santo Domingo. Refiere la crónica, que caminando una vez el bendito Padre con el P. Fr. Domingo de la Anunciacion, visitando lo comarca de Jepapayecau, que es muy áspera y fragosa, caminando por una cuesta pedregosa llena de malos pasos, muy dificul-

tosa de andar, sentia la dificultad el penitente fraile, y volviéndose á su compañero Fr. Domingo, le dijo: «Hermano, buena cólacion es esta;» y cuando tropezaba ó caia con un sufrimiento extraño, decia: «Sea por amor de Dios.» Cuando fundó la cofradía del Rosario en la ciudad de Oajaca, hizo el viaje á pié, á pesar de ser ciento y sesenta leguas de ida y vuelta á Méiico. Rogábanle los Padres, que se hallaban en las casas del camino, que eran muchas, que comiese carne alguna vez, pues su mucha edad y trabajos y el largo camino le daban licencia; pero nunca lo quiso hacer. Acostumbraba á ir algunas veces á las cárceles y á los hospitales para consolar y regalar á los enfermos, y siempre les dejaba rosarios y tomaba sus nombres en la memoria para escribirlos en el libro de la cofradía, persuadiéndoles con mucha instancia la conformidad con la voluntad del Señor. Distinguióse mucho este bendito Padre en el ejercicio de la oracion, en que se ocupaba dia y noche, y cada vez adelantaba más en este ejercicio, porque por las noches, despues de haber dormido un breve rato, se levantaba á la oracion ántes que fuese la hora de maitines, y despues no volvia á dormir más, ocupándose constantemente en ella hasta el dia, lo que hacia á imitacion de Santo Domingo. Muchas veces hacia oracion de rodillas, otras veces postrado en el suelo, y otras en pié, hallando siempre en estas mudanzas nuevos afectos y nueva devocion. «De rodillas, dice la crónica, consideraba la reverencia y temor con que convenia asistir en la divina presencia, postrado lloraba sus culpas y suplicaba por el perdon, confesando que era hijo pródigo y el publicano en el templo, que confundido y avergonzado de sus yerros, no tenia ánimo para levantar los ojos al cielo; cuando estaba en pié, contemplaba la prontitud con que se han de sujetar los hombres á Dios, estando como otro Rafael presto para acompañar á Tobías. La oracion era siempre muy copiosa de lágrimas, derramadas con tanta abundancia, que ya en el convento se sabia adonde habia hecho oracion aquella noche por el rastro de lágrimas que dejaba, que era más que regar la cama con lágrimas. Era tanta la fuerza de su sentimiento en la oracion, que sin poderse ir á la mano, daba unos gemidos y suspiros que causaban gran devocion en los que los oian: ya que no podia, como los padres del yermo, irse por las espesuras de los montes á llorar; serviale de soledad el coro.» Quedábase, venido el dia, oyendo misas. Entre noche y dia iba á confesar, encareciendo mucho sus descuidos, y los confesaba con mucho sentimiento y abundancia de lágrimas. Cuando iba á comer, ó en cualquiera otro lugar en que se encontrase, estaba ocupado en levantar el corazon á Dios con las oraciones llamadas jaculatorias. Ni áun en sus enfermedades quiso aflojar en sus grandes penitencias. Despues que hubo trabajado en beneficio de los españoles con su doctrina y ejemplo, deseó consagrarse á pre-

dicar á los indios, que era el intento con que habia dejado la celda de Ocaña. Pidió licencia para ir á un pueblo donde pudiera aprender el idioma de los naturales, se la concedieron, y fué á uno donde la Orden tenia un convento, de que era vicario el P. Fr. Domingo de la Anunciacion, hombre que sabia muy bien la lengua y la enseñaba con facilidad á los religiosos. Recibió al P. Fr. Tomás con mucho placer, no solo por gozar de su compañia, sino por los grandes servicios que llegaria á prestar en el país si aprendia bien el idioma. No tardó en estar apto para emprender los nuevos ejercicios. Comenzó á predicar y confesar á los indios con singular ejemplo y edificacion de todos. Tambien se decidió en aquel lugar, como en todos los que se hallaba, á fundar la cofradía del Rosario, lo que hizo con la mayor aceptacion, de modo que los mismos indios solicitaban el cuidado del santo fraile. «Y aunque suelen ser los indios importunos y acuden con mil menudencias y quejas á los ministros, mayormente cuando sienten en el religioso que con caridad escucha, como era tan conocida la del Padre Fray Juan, le ocupaban casi todo el dia, pero no por eso se olvidaba de sus ejercicios, ni perdia punto en la observancia de su religion.» Era muy amante del silencio, y si hablaba alguna vez con los religiosos era de cosas santas, y deseaba, sin dejar de desempeñar su ministerio cerca de los indios, cumplir con las obligaciones de la religion, guardando silencio, los ayunos de la Orden y demás obligaciones de la regla. En los pueblos de indios hacia la oracion y demás ejercicios como si se hallase en el convento de Méjico. Consagrábase el Padre, bien instruido ya en la lengua, á confesar indios é indias de pueblo en pueblo, «y aunque en la confesion de las mujeres tenia singular recato y las oia, dice la crónica, puesto en un confesonario, fatigábanle continuas tentaciones que le tenian muy perplejo. Por una parte le parecia conveniente dejar de confesar mujeres, y quitar aquella ocasion, y por otra le parecia falta de celo y de caridad no acudir á su remedio. Apurado de estas congojas, resolvió, atento que ni por medio de la oracion, ni por otros, se hallaba libre de aquel trabajo, en que pues habia otros que las confesasen, no admitirlas. Vinieron un dia unas y otras importunando mucho que las confesase; no se pudo acabar con él, caminando con esta doctrina general, que los santos enseñaron y predicaron, que este género de tentaciones se han de vencer huyendo, y que es atrevimiento temerario querer á brazo partido luchar con tan poderoso enemigo.» Pero despues un sueño ó revelacion que tuvo, y que comunicó á Fr. Domingo de la Anunciacion, le animó á continuar oyendo confesiones, no negándose á confesar mujeres, concediéndole el Señor la gracia de que no volviera á sentir semejantes tentaciones. Su asiduidad en la oracion le mereció grandes favores del Señor, siendo, segun la crónica, haberle dado

particularísima gracia para componer enemistades, de que se hubieran seguido graves inconvenientes, si no los hubiera atajado con su prudencia. Decia á su confesor que habia el Señor puesto en sus manos muchas veces casos graves en que corrian riesgo vidas y honras, y lo que más importaba, condenacion de almas, que con el santo favor de Dios se habia remediado todo.» Hallándose en Méjico, tuvo noticia de que dos personas habian cometido un delito muy grave, y ellas eran de autoridad en la república, y las culpas que les atormentaban mucho, muy grandes. Comenzó á llorar el caso con muchas lágrimas, y suplicar al Señor diese á los agresores sentimiento de sus culpas perdonándoselas, ofreciéndose á recibir la pena, hecho un rey David, en el castigo que Dios queria hacer en el reino.—Por mis pecados, Señor, decia el bendito padre, ha sido esto; yo soy la causa de este daño: suplícoos que á mí me deis la pena, y con esto usais de misericordia, perdonadlos.—En esta demanda tan pia del que era santo, pasaron algunos dias, y al fin de ellos oyó una voz que dijo: Ya los he perdonado, Tomás, librando en ti la pena que merecia su culpa; por tanto procura disponerte, que has de pagar por ellos en esta vida;—y así fué, que si bien las nuevas fueron buenas para él, con todo eso comenzaron á apretarle grandes dolores de corazon sobre muchos que le fatigaban de ordinario, con que se le debilitaban mucho las fuerzas, y entendia que se le iba acabando la vida.» Sus ocupaciones, sin embargo, eran muchas é importantes. A los padres que vivian entre los indios les encargaba mucho les enseñasen tanto ó más con su ejemplo que con sus palabras. Recomendaba mucho la moderacion en la comida, bebida y conversaciones y recreo. Crecian diariamente sus enfermedades, y se lamentaba mucho de lo poco que en el servicio de Dios habia hecho en tiempo que tuvo salud. Aumentó por lo tanto sus ejercicios de oracion, porque conocia que le faltaban ya las fuerzas para otros rigores, en lo que no se engañó, porque le dió Dios una enfermedad tan grave, que no tardó en acabar su vida. Pusieron los médicos mucho cuidado en curarle, pero como conocia el siervo de Dios que se hallaba ya cerca el fin de sus dias, recibió los santos Sacramentos con la mayor devocion. El corto tiempo que le quedó aún de vida, dice la crónica que estuvo hablando, preguntando y respondiendo á la Vírgen, nuestra Señora; pediale perdon por el descuido y flojedad que habia tenido en servirla; suplicábale que con su intercesion se sirviese Dios que fuese en aumento la cofradía del Rosario. Despues de varios sucesos milagrosos que acaecieron ántes de su muerte continua su biógrafo: «El bendito santo pasó la noche encomendándose siempre á Dios y á la Vírgen su madre, y al dia siguiente, á la hora que habia predicho, dió muestras la enfermedad de que estaba vecina la muerte. Tañeron las tablas, conforme á la usan-

za de la Orden, acudieron todos á la celda del enfermo, y estando junto todo el convento, sobrevino otro mas copioso de ángeles, con que el enfermo, que estaba desmayado, y rendida la virtud, abrió los ojos para gozar la vista de la Reina del cielo, que ya venia. Mostróse muy alegre y con regocijado semblante, y brevemente tornó á cerrarlos y depositó el alma en manos de la Virgen, el año 1900.» Con la muerte de este religioso quedó muy afligida toda la comunidad, aunque se consolaban con la esperanza de su salvacion, y como si la tuviesen ya segura, se encomendaban á él. Repetian sus palabras, ponderaban sus lágrimas, admirábanse de sus abstinencias y rigores, acordábanse de cuando el virtuoso Padre Fr. Domingo de la Anunciacion habia ido el año ántes á la Florida con otros religiosos. Acordábanse que cuando este buen Padre se despidió, fué grande el sentimiento de Fr. Tomás, abrazándole con abundancia de lágrimas dos y tres veces, como quien se despedia para no volverle á ver en el mundo. Cuando se supo en Méjico que faltaba su predicador y consuelo, fueron á porfía todos los de la ciudad á ver su santo cuerpo, mirando como su último consuelo hallarse presentes á su sepultura. Lloraban hombres y mujeres en la iglesia, unos sintiendo la falta de tal religioso, rogándole otros se acordase de ellos en el cielo. En muy breve tiempo estuvo la iglesia tan llena de gente, que apénas podia la comunidad celebrar los oficios. Cuando entró el cuerpo por la iglesia fué tanto el sentimiento, lágrimas y gemidos del pueblo, que procuraban todos acercarse á las andas, y con el pretexto de besarle los piés y manos y de verle, le cortaban la ropa como si fuesen vestidos de santo canonizado. Los que pudieron asistir al entierro, importunaban al P. Prior pidiéndole reliquias del P. del Rosario, pues con tal nombre le conocian. Las personas principales querian que se les diesen algunas reliquias de la ropa vieja que usaba el santo, ó algun rosario de los que repartia, ó algun libro de los que tenia en su celda. Fué, por último, premiado su mérito con diferentes milagros, que refiere la crónica largamente, aunque lamentándose de que no se hayan averiguado todos los que se verificaron por intercesion de este siervo de Dios. — S. B.

ROSASCO (Cárlos Domingo). Nació en Frino de Vercellais el dia 18 de Noviembre de 1708. Dedicado al claustro, tomó el hábito en 1725 en la órden de Barnabitas, en cuyo tiempo se cambió el nombre en el de Gerónimo. Fué profesor de este religioso el gramático Corticelli, el cual le enseñó la lengua italiana, que despues enseñó él mismo en Florencia y en Milan. Fué nombrado secretario general de su Orden y miembro de la Academia de la Crusca. Las obras de Rosasco son muy estimadas en Italia, en donde se han hecho de ellas muchas ediciones; las principales son las siguientes: *Il Rimario Toscano di voci piarie sdruciole é tronche, tratte dal vocabolario della*

Crusca; Padua, 1775.—*Della lingua toscana, dialoghi sette*; Turin, 1777, 2 volúmenes en 8.°—*La Grammatica italiana.*—*Il fine mondo*, obra muy curiosa que compuso Rosasco en 1791 en una casa de campo en el pueblo de Montis-Becaria, en donde murió poco despues, sugun su biógrafo Mr. de Gregory.—A. C.

ROSATO (Fr. Pedro), mártir, religioso de la Orden Seráfica de S. Francisco. Era italiano y nacido en la ciudad de Milan, varon de mucho celo religioso, dotado de muchas virtudes, y modelo de obediencia, observancia, caridad, pobreza y humildad; pero sus más asiduos cuidados y su mayor esmero le tuvo en la asistencia y tratamiento de los enfermos dolientes, siendo un enfermero incomparable y contribuyendo en gran parte al alivio y restablecimiento de los mismos con sus consejos, animándolos y recomendándoles la resignacion y la esperanza de verse libres de sus padecimientos por la bondad y misericordia de Dios. Habiendo tomado por fuerza de armas el rey de Chipre D. Pedro Lusiñan á la opulentísima ciudad de Alejandría en Egipto, á peticion suya y con indulto apostólico, entraron doce relogiosos de la Orden Seráfica, entre ellos el muy recomendable y virtuoso Fr. Pedro Rosato, á predicar la fe católica y conquistar para la Iglesia la infidelidad, vencida con las armas de la luz del Evangelio. Pero aquellos bárbaros, rebeldes y obstinados en sus errores, en cuanto tuvieron ocasion y no se vieron dominados, prendieron á todos los religiosos, y encerrándolos en oscuros calabozos, cargados de cadenas, y aplicándolos varios tormentos con refinada crueldad, ingenió la misma el género de muerte con que quitaron las vidas á aquellos inocentes mártires en odio de nuestra santa fe. Unicamente reservaron de aquella horrorosa matanza al apacible y modesto Fr. Pedro Rosato, de cuya piedad en la asistencia de sus enfermos se sentian obligados, y les pareció que dándole libertad á vista del rigor con que trataban á sus compañeros, doblarian su constancia y lograrian un glorioso triunfo á su falsa fe. El varon apostólico, á quien el ejemplo de sus compañeros era mayor incendio para solicitar el establecimiento de la fe católica y levantar victorioso el estandarte de la Cruz, prosiguió en su predicacion con mayor eficacia, consiguiendo frutos maravillosos. Los infieles, viendo malogrado su designio, determinaron quitarle la vida, no en el secreto de la cárcel como á sus compañeros, sino en público, valiéndose de un medio para rematarle tan diabólico y tan atroz, que solo una gente tan bárbara y tan fiera pudiera haber concebido, que fué el serrarle el cuerpo por medio en dos mitades, arrojando despues al campo aquellos sangrientos miembros, para que sirviesen de pasto á las fieras carnívoras.—A. L.

ROSCELIN DE COMPIEGNE. Este célebre canónigo del siglo XI constituye en su doctrina una parte muy importante de la filosofía de la edad media,

por la gran parte que tomó en el famoso debate del *nominalismo* y del *realismo*, cuestion que no es absolutamente una novedad introducida en la edad media, pues que se liga con la filosofía antigua y se remonta á los mejores tiempos de la griega, si bien la aficion de los escolásticos á las disputas gramaticales exageró ménos aún su importancia, que era real, que su exclusiva parte en la ciencia. De lo que era solo una parte limitada de la lógica se hizo la base de la filosofía, y por esta razon la edad media ignoró siempre en el estudio del hombre el verdadero método, que es el fundamento de todo conocimiento. La querella del nominalismo, tan interesante porque nos da la clave de la escolástica y de su verdadero valor como ciencia, se remonta segun unos á Roscelin, canónigo de Compiegne, y segun otros á un autor poco conocido, que se cree fuera su maestro, y del que la historia no ha conservado más que el nombre de Juan el Sordo, del que hace mencion De Gerando, en el tomo IV de su *Historia comparada de los sistemas de Filosofía*. Este Juan, *Joannes Surdus*, segun Duboullay, habia sido médico del rey Enrique I. En el supuesto de su existencia, se le tiene por natural de Chartres, en donde recibiria el nombre de su enfermedad natural. En este caso se supone que enseñó la doctrina que ordinariamente se le atribuye del nominalismo, entre cuyos numerosos discípulos debió encontrarse el canónigo Roscelin. Difícil es penetrar lo que sería la doctrina de Juan el Sordo, pero puede adivinarse por las conjeturas de Mr. Cousin, en su *Introduccion á las obras de Abelardo*, que sospecha consistia en la exposicion de esta opinion: que los universales, es decir, las especies y los géneros, no eran realidades, sino ficciones del lenguaje, nombres, y de consiguiente que estos universales no eran cosa alguna por sí mismos fuera de los objetos reales, y que las ideas generales no eran más que puras concepciones del entendimiento y formas del lenguaje. No puede probarse que Juan el Sordo fuese el maestro de Roscelin, y por lo tanto debe concluirse, que si Roscelin no ha sido el autor del nominalismo, reproducido despues por los escritos lógicos de Boecio y de Porfiro, ha sido al ménos el primero que enseñó públicamente y dió á luz este sistema, como nos lo enseña su historia. Desenvolver esta opinion y erigirla en forma de doctrina y de sistema, ocupó toda la vida de Roscelin, y este fué el origen de sus desgracias y sus persecuciones. Poco próvida se presenta la historia en noticias sobre varon tan notable, y así es que frecuentemente tiene que juzgarse por conjeturas: veamos lo que nos dice. Se ha creido generalmente que nació en Bretaña, pero no se cita el lugar. Este hombre, al que llaman algunos Ruzelin, pertenece á ese suelo enérgico y fecundo en hombres de un temple extraordinario, que produjo á Pelagio, Abelardo, Descartes, Chateaubriand y Lamennais. No parece sino que esta tierra áspera y severa es la más á propósito para crear y educar ca-

ractéres poderosos propios para causar grandes revoluciones. En ella crece y se robustece el genio, pero el génio de resistencia y de lucha, ya sea por las armas de la guerra, ó por las de la elocuencia; el breton ha tenido siempre, al parecer, necesidad irresistible de combatir. Los *Anales del Aventino* dan la Bretaña por patria á Roscelin, los cuales se conforman en esto con los autorizados *Anales de la orden de S. Benito*. Fué Roscelin sucesivamente clérigo de la catedral de Chartres y canónigo de Compiegne, en cuyos cargos se distinguió desde luego por su talento y por sus grandes conocimientos; obtuvo la facultad de enseñar en la catedral, y vino á ser escolástico. Habiendo dado lecciones públicas no puede negársele el título de maestro ó de doctor de Compiegne, que se le dió por sus contemporáneos. En Compiegne, ciudad en donde florecian entónces los estudios literarios, y en donde se apreciaba el talento, fué en la que se desarrolló el de Roscelin, á cuyas lecciones se dió suma importancia. Gracias á su talento, reunió á su alrededor todos los hombres notables de su tiempo, y una multitud de jóvenes ávidos de saber vinieron á aprender la nueva filosofía. Veíanse entre sus discípulos á Adelardo de Bath, Pedro Cluni, Odon de Cambray, Guillermo de Campeaux, y al célebre Abelardo. En estas lecciones fué en las que Roscelin se apasionó á la doctrina profesada por Juan el Sordo, ó el sofista, la desarrolló y aplicó á una falsa interpretacion del misterio de la santísima Trinidad, sin cuya consecuencia extraña de sus opiniones, su doctrina no hubiera tal vez alcanzado tanta celebridad. Es preciso remontarse más en la historia para encontrar el lazo que unió á la filosofía de Roscelin con la de la antigüedad. Boecio fué uno de los autores de ella desde el renacimiento de las letras cristianas en el siglo VI; entre sus vastos trabajos emprendió la traduccion de las obras de Platon y de Aristóteles. No consiguió salir con esta tarea; pero sin la version acompañada de comentarios que emprendió y llevó á cabo de la lógica de Aristóteles, hubiésemos indudablemente perdido el *Organum* del jefe del peripatetismo. Boecio, á consecuencia de este servicio hecho á la ciencia, pudo ser el lazo intermedio entre la antigüedad y el cristianismo, debiendo á su cualidad de filósofo y mártir el haber sido largo tiempo estudiado en la edad media. Además de sus trabajos sobre Aristóteles, habia comentado tambien la introduccion de Porfiro á las famosas categorías de Aristóteles, obra elemental compuesta por el filósofo alejandrino para servir de manual al estudio de la lógica, que formaba entónces una parte tan esencial en la enseñanza de la filosofía. Porfiro habia dado, con el mal traducido nombre de *Isagoge*, una introduccion á las *Categorías de Aristóteles* que sirvió de base á la lógica de la edad media y dió origen á largas cuestiones sobre palabras. Discípulo Porfiro de Plotin, era el primer discípulo de este jefe de escuela; enseñó en el tercer siglo,

procurando completar la doctrina de su maestro, en lo que le ayudó su condiscípulo Aurelius, que escribió cien volúmenes sobre la filosofía de Plotin. Esta *Introduccion de Porfiro* contenia una frase cuyo papel en la escolástica de la edad media se extendió más de lo que pudo sospecharse en un principio, y ella por sí sola encerraba el gérmen de discusion de que Roscelin se hizo el principal intérprete. La frase de Porfirio tal cual Boecio la vertió en latin, dice traducida al castellano: « Chrisaore, pues que es necesario para comprender las Categorías de Aristóteles saber lo que es el género, la diferencia, la especie, lo propio y lo accidental y una vez que este conocimiento es útil para la definicion, y en general para la division y demostracion, voy á ensayar en un sucinto compendio, y en forma de introduccion, recorrer lo que nuestros antepasados han dicho sobre este particular, absteniéndome de entrar en las cuestiones demasiado profundas y áun deteniéndome lo ménos posible sobre las más fáciles; por ejemplo: yo no procuraré buscar ni descifrar si los géneros y las especies existieran por sí mismas ó solo en la inteligencia; ni en los casos en que existieran por sí mismas, si son corpóreas ó incorpóreas, ni si existen separadas de los objetos sensibles ó formando parte de ellos: este problema es demasiado difícil y necesita más extensas pesquisas. Por tanto, me limitaré á indicar lo que los antiguos, y sobre todo el mayor número de los peripatéticos, han dicho de más razonable sobre este punto y los precedentes. » Esto dice Cousin en la introduccion á las obras inéditas de Abelardo para servir á la historia de la filosofía escolástica en Francia, publicadas en 1836. Como se ve por lo expuesto, en esto se encuentra la excision que nos da á conocer la antigüedad entre el platonismo y el aristotelismo; porque Platon, que profesó la doctrina de que las ideas son la esencia misma de las cosas, es realista, y Aristóteles, que juzga que las ideas generales, y de consiguiente los géneros y las especies, son simples concepciones del entendimiento, es nominalista. Empezada esta disputa por un problema tan antiguo en la filosofía, se renovó en la escuela de Alejandría en el siglo IV por Proclus y Damascius; y conservado en el resúmen que nos hace la frase de Porfiro, fué de nuevo comentada por Boecio. Estos comentarios, muy estimables por otra parte para la historia de la filosofía y para las escuelas en que no se poseian en griego las obras del padre del peripatetismo, en vez de aclarar la cuestion la embrollaron nuevamente. El comentario de Boecio volvió las cosas á su verdadera acepcion; interpretó las ideas de Porfiro de dos maneras diferentes, ya siguiendo el sistema de Aristóteles, ya el de Platon, dando de este modo por doble interpretacion una doble solucion á la cuestion controvertida: sin embargo, Boecio se inclinaba á la opinion que refutaba la realidad á las ideas generales. Por otra parte, no habia comprendido esta

cuestion como Porfiro; habia convertido la de la realidad de los géneros y de las especies en otra, la de saber si los cinco términos llamados universales, es decir, el género, la especie, la diferencia, el propio y el accidente, eran por sí mismos realidades, poniendo así totalmente fuera de su lugar la discusion é introduciendo la duda en lo que no cabia de manera alguna. Preguntábase á sí mismo Porfiro, si una idea general tal como la de la humanidad ó la de la sabiduría tenia una existencia real por sí misma, ó si el individuo llamado hombre, ó el ser calificado de sabio, existe solo; y separándose Boecio del verdadero sentido de este problema ontológico, procuró ver si no era necesario realizar los cinco términos, inclinándose, ya hácia el platonismo, es decir, á un idealismo exaltado, ya hácia el aristotelismo, ó sea la predominacion del sistema individual; lo que dió lugar á un doble inconveniente cuya primera parte era el realizar todas las abstracciones lanzándose en el exceso del realismo, ó bien si se le ponia al lado los cinco universales, género, especie, diferencia, propio y accidente entre las nociones abstractas, confundir con las abstracciones del lenguaje las ideas generales de género y especie que podian no ser sencillamente palabras y tener existencia por sí mismas, y caer de este modo en un nominalismo universal, que embrollaba la cuestion. Tal era el estado de la discusion cuando apareció Roscelin en la escena, desde cuya época le seguiremos á nuestra vez. Ya en el siglo X habian estudiado estas difíciles cuestiones muchos hombres distinguidos por su talento. En este siglo y áun en el anterior, el *Organum* de Aristóteles se conocia por la traduccion de Boecio, segun dice Cousin en su introduccion á las obras de Abelardo. El problema propuesto por Porfiro habia ya excitado la atencion, y la solucion favorable á la opinion nominalista prevalecia en lo general; pero no con tanto poder que no se levantase á su lado una opinion diferente, que, no obstante no estar acreditada, no se hallaba falta de partidarios. Roscelin con su enseñanza vino á dar una nueva precision al sistema nominalista, y esta discusion, que se remontaba á la antigüedad dividida entre Platon, idealista, que asignaba á las ideas una existencia real, y Aristóteles, génio más esencialmente positivo, partidario de la doctrina de los sentidos, se despertó con nuevo vigor. Examinando Roscelin con más atrevimiento y análisis el problema que Porfiro habia dejado indeciso en su comentario sobre las categorías de Aristóteles, se dijo á sí mismo: «No, los géneros y las especies no son realidades, son únicamente palabras que expresan abstracciones. Nosotros no percibimos más que por los sentidos, no conocemos sino por ellos, lo que ellos nos dan á conocer es real; lo que ellos no nos manifiestan no tiene verdadera existencia. Nosotros vemos un indivíduo, un hombre, y no vemos ni oimos ni tocamos á una coleccion de indivíduos, la humanidad por ejemplo. Las cualidades son

como las ideas generales, abstracciones, ficciones de nuestro espíritu: vemos un cuerpo coloreado, pero nuestros sentidos nada nos enseñan del color; en consecuencia, lo universal no existe, solo existe el individuo.» Tal debió ser, si creemos los testimonios más dignos de fe, el fondo de la enseñanza filosófica de Roscelin; pero una vez aceptado tal punto de partida, era natural que la lógica llevase forzosamente aún más allá. No se limitó Roscelin á explorar como sabio el dominio de la filosofía y de la metafísica, sino que se trasportó al campo de la teología. La teología era entónces el gran negocio de moda; ocupaba todas las cabezas, y era el alimento de todas las inteligencias; y Roscelin trató de aplicarla todas sus teorías. Queriendo explicar los misterios de la fe cristiana, los trastornó. Fáltannos desgraciadamente documentos ciertos para darnos cuenta de esta cuestion religiosa, de la que sin embargo nos quedan aún bastantes datos para aclararla. A este fin tenemos la refutacion de las opiniones de Roscelin por San Anselmo en la *De Fide Trinitatis*, y una carta de Abelardo al obispo de París, sobre la doctrina del canónigo de Compiegne. Hé aquí algunas de las palabras de la *Historia eclesiástica* de Fleury, escritor imparcial que resume bastante bien el debate. «Hácia el mismo tiempo Renault, arzobispo de Reims, celebró un concilio en Compiegne, en el que se condenó el error de Roscelin, doctor famoso, pero que sabia más de dialéctica que de teología. Decia que las tres personas divinas eran tres cosas separadas como tres ángeles, pero de suerte que solo tenian entre las tres una voluntad y un poder. De otra manera, segun su opinion, debiera decirse que el Padre y el Espíritu Santo se habian encarnado; y añadia que podria decirse verdaderamente que eran tres dioses si el uso lo permitiese. Decia para autorizarse que Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, habia sido de esta opinion, y que esta era la de Anselmo, abad de Bec (1). La fuerza de las cosas debia por necesidad arrastrar á Roscelin á semejantes consecuencias, porque, segun él, no siendo nada las ideas generales, pues que solo existia el individuo, todo lo que no era individuo no debia tener para él existencia alguna real. En este concepto debia rehusar Roscelin admitir que las tres personas de la Santísima Trinidad fuesen otra cosa que tres dioses, y no un solo Dios; pues que, segun enseñaba, las partes, las cualidades y las narraciones no son nada en cuanto á su relacion con la sustancia, de lo que concluia que tres dioses haciendo parte cada uno de un todo universal, era cosa imposible segun su errada opinion: ser universal por sí mismo, opinaba que era imposible, que no existian las relaciones que unian entre sí á las tres per-

(1) Fleury: *Hist. Eccles.*; lib. LXIV, fól. 4.

sonas; que si solo existia un Dios, existia una sola persona, y que si existian tres, eran tres personas separadas: así expresan la opinion de Roscelin Rousselot en el libro I de sus Estudios sobre la filosofia de la Edad media, y Cousin en su ya mencionada introduccion á las obras de Abelardo. La doctrina de Roscelin empezó á desacreditarse de este modo en 1089: habiendo oido hablar de ella S. Anselmo, se ocupó en refutarla; Renault, arzobispo de Reims, convocó un concilio con ánimo de detener los progresos de esta nueva herejía, cuyo concilio se celebró en Soisons, en 1092, en el cuál fué solemnemente condenado el error de Roscelin. En vano trató de autorizarse suponiendo de su opinion á Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, y al abad S. Anselmo; este lo desmintió en su carta á Foulques, obispo de Beauvais, que habia sido su discípulo, y en la misma carta defendió tambien la memoria de Lanfranc injustamente acusado por el novador. Roscelin fué obligado á abjurar de su error; pero volvió en seguida á su opinion, diciendo que se habia sometido á la abjuracion por temor de ser lapidado por el pueblo si así no lo hacia. Ivo de Chartres le reprochó por semejante conducta, exhortándole á volver de buena fe al sentimiento de la Iglesia. Obligado á abandonar la Francia, donde se habia hecho pública su doctrina, se refugió el canónigo de Compiegne en Inglaterra, en donde continuó secretamente esparciendo sus opiniones, y entónces fué cuando se decidió S. Anselmo á pubicar su tratado contra él; pero ni su primera condena, ni las refutaciones de Lanfranc, ni nada pudo por entónces alterar sus convicciones, tanto puede en el pensamiento humano y tan grande es en ciertos genios el odio á la autoridad por justa y legítima que sea. Despues de estos sucesos, son muy inciertas las noticias que se tienen sobre el destino de Roscelin. La *Historia literaria de Francia* nos presenta como probable su retractacion, diciéndonos se debió á las instancias de Ivo, obispo de Chartres, y que Roscelin, reconocido de sus errores, terminó sus dias ejerciendo las funciones de canónigo de la iglesia de S. Martin de Tours. Duda Mr. el duque de Caraman, biógrafo de Roscelin, á quien seguimos en este artículo, que fuese así su conversion, pues que le encuentra tambien en oposicion con la Iglesia á causa de un *Tratado contra los desórdenes del Clero*, que publicó durante su permanencia en Inglaterra, obra que fué refutada por un francés llamado Thibaut de Etampes, que enseñaba en Oxford. El canónigo de Compiegne pretendia rehusar la entrada en las órdenes á los hijos que provenian de las uniones ilegítimas de sacerdotes. Semejante celo, por sabio que fuese en su principio, irritó al clero inglés hasta el punto de que no creyéndose seguro Roscelin en aquel país, se vió precisado á volver á Francia. Entónces fué necesario que abjurase, pues que de lo contrario no podia fijarse en su patria, y no falta autor que asegure que recibió una infamante

correccion de manos de los canónigos sus colegas. En vano Roscelin pidió un asilo á Ivo, obispo de Chartres, porque este no se atrevió á acogerle en su diócesis, temiendo que su presencia excitase graves desórdenes, y que el culpable fuese apedreado por el pueblo: le invitó á una retractacion más explícita y completa que la primera; pero Roscelin no siguió su consejo, y áun se atrevió á escribir contra Roberto de Arbrisel, persona venerada que disfrutaba de gran reputacion en la Iglesia. Desde esta época hasta 1121 no vuelve á saberse de él; pero en este año se presenta como acusador de Abelardo, cerca de Guillermo, obispo de Paris, haciéndose su adversario á causa del libro de este autor sobre la *Trinidad*. Abelardo contestó con la carta veintinueve de sus obras, exponiendo con sus propios sentimientos toda la conducta de Roscelin. «Esperaba, dice su biógrafo, reconciliarse de este modo Roscelin con la Iglesia? Esto es lo que ignoramos; pero debemos advertir que rara vez un espíritu muy independiente ha adquirido por esto más tolerancia con las opiniones de los demás; un ejemplo de esto encontramos en el siglo X, en que Scoto Erigeno, á pesar de ser ortodoxo, no escribió con ménos acritud contra el desgraciado monje Godescalco, como se ve en el tomo I, cap. V, de la *Historia de la Filosofía en Francia durante la Edad media*. No mostrándose aquí más indulgente Roscelin, Abelardo no fué ménos culpable que él. Su acusacion no fué la que hizo se condenase á Abelardo, sino la que S. Bernardo dirigió y prosiguió con tanta perseverancia.» Los últimos años de la vida de Roscelin estan rodeados de una profunda oscuridad; pero por parte alguna se ve que se hubiese manifiestamente retractado. Su filosofía solo la conocemos de una manera general, faltándonos los detalles sobre sus verdaderas opiniones por haberse perdido sus escritos, y solo el testimonio de sus adversarios puede servir para completar de alguna manera las noticias sobre este hombre singular, por lo que remitimos á los que deseen profundizar este punto de la filosofía de la Edad media al *Tratado de la fe de S. Anselmo*, y á las *Historias generales y particulares de la Filosofía*. Las obras que pueden consultarse principalmente sobre este particular son las siguientes: Rousselot, *Estudios sobre la Filosofía de la Edad media*; 1840, tres vol. en 8.°—Cousin, *Introduccion á las obras inéditas de Abelardo*.—Fleury, *Historia Eclesiástica*.—Pluquet, *Diccionario de las herejías*.—Rohrbacher, *Historia eclesiástica*.—Brucker, *Historia crítica filosófica;* tomo III; y por último, el tomo II de la *Historia de las revoluciones de la Filosofía en Francia durante la Edad media*, por el duque de Caraman, que fué el que en la *Biografía universal francesa* de Michaud escribió la biografía de Roscelin, de quien hemos tomado casi literalmente cuanto llevamos dicho en este artículo, por no haber encontrado autor que mejor reasumiese cuanto en las obras citadas se expone sobre este célebre

novista canónigo de Compiegne, al que hubiéramos colocado entre los herejes en la parte heterodoxa de esta obra, si hubiera estado más claro que sus retractaciones habian sido falsas, como parece pretender Caraman contra la opinion de otros autores: en la duda hemos preferido dejarle entre los ortodoxos.—B. C.

ROSCIANO (Fr. Anselmo de), sacerdote, religioso capuchino de la provincia de Cosenza, predicador insigne y varon de grande inteligencia, sumo estudio y gran penetracion. Su gracia y su fervorosa predicacion hacian acudiese al templo gran concurrencia, consiguiendo con su persuasion y la fuerza de sus cristianos razonamientos el que muchos tibios en el cumplimiento de los deberes de la religion católica tomasen la recta y verdadera senda para conseguir su salvacion. Por la misma razon era muy respetado y reverenciado, considerándole como un verdadero apóstol por su evangélica predicacion. Respecto á sus virtudes y costumbres irreprensibles, no puede decirse más sino que vivió santísimamente hasta una edad muy avanzada, habiendo pronosticado el dia de su muerte. Mereció el alto honor y tuvo la inapreciable dicha de ser visitado ántes de morir por la Vírgen Santísima, y saludándola con aquellas palabras: *María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo, y recíbenos en la hora de la muerte*, se partió al cielo en su compañía. Murió el año de 1607, dejando un inmenso vacío con su pérdida á su religion, á quien habia honrado con su talento y sabiduría, siendo una de las más ilustres y firmes columnas de la fe del Crucificado y sosten de la católica religion.—A. L.

ROSCIANO (Fr. Nicolás de), religioso lego capuchino en la provincia de Cosenza, fué varon ejemplarísimo, adornado de heróicas virtudes, siendo notable en la observancia de la regla, modelo de obediencia y de humildad, no desdeñando jamás ocuparse en los trabajos más rudos y groseros, deseando descargar á sus hermanos, en cuanto lo permitian sus fuerzas, de todo ejercicio oneroso y bajo; así es que tan pronto se le veia en la huerta cavando y regando, pues era muy afecto al cultivo de las plantas, como en la cocina, fregando, barriendo, conduciendo agua, etc. Siempre rígido en el ayuno, era singular su abstinencia, pareciendo imposible que el escaso alimento y de tan inferior calidad de que hacia uso, bastase para sostenerle las fuerzas de la vida. Sus mortificaciones y austeridades eran contínuas, y únicamente una naturaleza privilegiada como la suya podia sobrellevar tan largas vigilias, abstinencias y todo género de mortificaciones. Sobre todo fué muy señalado en su ferviente y continua oracion, no impidiéndole sus contínuos quehaceres para entregarse á la meditacion y consideraciones sobre la pasion y muerte del Salvador del mundo. Dios favoreció extraordinariamente su celo y excelsas virtudes, concediéndole algunos dones

sobrenaturales, y entre ellos llegó á poseer el espíritu de profecía, pronosticando muchos sucesos que con el tiempo llegaron á realizarse. Estando próximo á la muerte, sufrió algunas tentaciones, con las cuales acrisoló su mérito y virtudes, pues batallando con el comun enemigo, que le acusó quebrantaba la regla de la santa pobreza por algunos efectos insignificantes que traia en la manga, arrojándolos con el mayor desprecio, se libró de la acusacion, y descansó santamente en paz. Mucho se echó de ver su falta en el monasterio, en donde era muy querido y reverenciado por la rigidez de sus virtudes y observancia. Murió el año de 1596. — A. L.

ROSCIANO (Fr. Silvestre de), religioso de la órden de Menores Capuchinos y acreditado y célebre predicador. Era natural de Rosciano, ciudad de la llamada Magna-Grecia, en la Calabria, y fué varon ilustrísimo en prudencia y santidad, y de los más señalados que produjo la provincia de Cosenza para hónor y eterno crédito de la religion y grande utilidad de la Iglesia católica. Conocióse desde su nacimiento lo que prometia y habia de ser andando el tiempo, y áun puede decirse ántes de su nacimiento, la excelencia de los dones y mercedes que le aguardaban, pues estando su madre, cuyo nombre era Margarita, en cinta de este niño venturoso, vió una noche en sueños un venerable anciano en hábito religioso que la decia: «Margarita, en el vientre traes un hijo varon. Haz que en naciendo le llamen Nicolás, para que quede bajo el amparo y tutela de S. Nicolás, á quien está dedicada la iglesia de tu parroquia.» Margarita, que hasta entónces no habia experimentado señales de preñez é ignoraba hallarse en aquel estado, tuvo aquel aviso que miró como oráculo celestial, y en cuanto dió á luz el niño, se le puso en la pila el nombre de Nicolás conforme se le habia ordenado. El niño siguió creciendo hasta los cuatro años sin experimentar ningun contratiempo; pero al llegar á dicha edad, rodó inadvertidamente por una escalera y se fracturó un brazo de muy mala manera, ofreciéndoseles mil dificultades á los cirujanos para conseguir su consolidacion, aplicándole todos los aparatos convenientes, pero sin esperanzas de conseguir su curacion. Su madre desconsolada y desconfiando de los auxilios humanos, acudió á los divinos, y llevó su hijo al convento de Rosciano, de la órden de Capuchinos, y pidió á los religiosos se le encomendasen á Dios. Residia entónces en aquel monasterio un sacerdote de insigne virtud, llamado Fr. Gerónimo de Padulo, el cual fijando su atencion en el doliente niño, y haciéndole la señal de la cruz sobre el brazo sanó instantáneamente, y dijo con afabilidad á su madre: «Señora, criad con cuidado á este niño, y enseñadle buenas costumbres y que tema al Señor, porque ha de venir á ser un gran siervo suyo. Obedeció la madre el consejo como si fuera mandato superior y preciso, y crió al niño en tanto temor de Dios

y ejercicios tan virtuosos, que desde luego manifestó la mayor inclinacion á ser eclesiástico; y en cuanto llegó á edad conveniente, sin la menor dilacion y con los mayores deseos se ordenó de sacerdote. Doce años vivió en el siglo en su nuevo estado, siempre devoto y ejemplar; pero llamándole Dios entónces á más perfeccion, tomó el hábito en la órden de los Capuchinos con nombre de Fr. Silvestre, como es costumbre el mudarse en ella el que se tiene en el siglo. Apénas entró en la milicia Seráfica, cuando á fuer de valiente soldado, peleando con los vicios y las pasiones, alcanzó tan gloriosos triunfos de sus enemigos, y salió tan cargado de despojos de admirables virtudes, que habiendo ya estudiado teología y concedidosele el oficio de predicador, fué extraordinario el fruto que se consiguió de su predicacion evangélica en el aprovechamiento espiritual de las almas, y de cuyos grandes beneficios fueron testigos abonados las ciudades de Roma, Venecia, Nápoles, Palermo, Mesina y otras de Italia. En todas ellas predicando la palabra de Dios, arrancó la zizaña de varios vicios, discordias y enemistades que habian sembrado la relajacion y las malas costumbres, y plantando en su lugar las virtudes, instituyó hospitales, seminarios y casas de devocion. Predicó en Florencia el año de 1525, y fundó allí con tan general aplauso la cofradía de la Sangre de Cristo, que el primero que en ella quiso inscribirse fué el Gran Duque, á cuyo ejemplo no quedó hombre noble ni principal que no se inscribiese igualmente, recibiendo la cofradia en muy poco tiempo lustre é increible aumento. Tampoco debe producir admiracion el que sus sermones fueran tan fructuosos y moviesen tanto los ánimos, pues si se cree á Fr. Jácome de Manfredonia, su compañero, y á otras muchas personas, durante su predicacion vieron diversas veces una paloma de notable blancura, que posándose sobre su cabeza, le estaba asistiendo todo el tiempo que duraba el sermon, siendo de sospechar, y áun mirarse como muy cierto, que bajo de aquella figura venia á infundirle el Espíritu Santo su especial gracia. Resplandeció con divina luz en Fr. Silvestre la virtud de la castidad, como lo demostró en muchas ocasiones, en que el enemigo comun de las almas le queria hacer tropezar y caer. Predicando una vez en Mateola, ciudad de Luca, y siendo huésped de cierta viuda que pertenecia á la clase más noble y principal de la poblacion, Satanás la inflamó de tal suerte en torpes incendios de deshonestidad, que con el pretexto de tener que tratar y comunicar al santo varon un negocio secreto y devoto, se encerró con él en un aposento, y le comenzó á solicitar para que conviniese en la ejecucion de su inmundo propósito. Fr. Silvestre, que hasta entónces no habia sospechado cosa que fuese indigna, viendo una tan ciega resolucion, la reprendió asperísimamente, y dejándola confusa y avergonzada, y vencida la industria del infame autor, que sin duda

fué el que instigó á la mujer para destruir el fruto que iba consiguiendo el varon de Dios con su predicacion apostólica, abrió la puerta del aposento, y se salió con todo recato. Su caridad con los pobres era tan singular, que no contentándose con instituir hospitales para su asistencia, ni con intervenir en que se recogiesen en los ya establecidos, cuando salia fuera de su convento para ir á alguna poblacion, llevaba en las mangas y en la bolsa que solia tener el manto, cuantos pedazos de pan podian contener, para repartirlos á los pobres que se fuesen presentando. Fué varon tan esclarecido en prudencia y consejo, de un ingenio tan fácil y tan feliz para la direccion de negocios árduos y graves, que ocupó en la provincia de la Marca y en toda la Orden muchísimas veces los puestos más principales de guardian, de definidor, de provincial de aquella provincia, y finalmente, de procurador general en Roma, donde el pontífice Gregorio XIII, que ocupaba entónces la silla apostólica, le favoreció y estimó de manera, atendiendo á sus vastos conocimientos y vida ejemplar, que tuvo empeño en darle el obispado de Melito, si la humildad del siervo de Dios y el aborrecimiento que profesaba á los honores y altos cargos no le hubieran hecho desistir en su intencion. A estas excelentes virtudes unia la de una oracion perpétua, y tan fervorosa que mereció que el Señor la ilustrase con un sinnúmero de maravillas y milagros, y entre otros es notable el que se verificó en Carolcy, lugar de los Butrios, el dia en que debia colocarse la cruz para el principio de la obra para el convento de Capuchinos que el año de 1589 se empezó á edificar, solemnizando el acto un numeroso pueblo, concurriendo en procesion al sitio señalado para construir el monasterio. Pero la discordia sembró su veneno en aquella ocasion, suscitando enconos y pasiones sobre la precedencia y sitio que debian ocupar en aquel acto los diferentes vecindarios, y hubieran llegado á las manos originándose mil desgracias, si Fr. Silvestre conociendo era todo obra por sugestiones de Satanás, no tomase un hisopo de agua bendita, y formando la señal de la cruz, no desterrase de allí los espíritus infernales, que eran los promovedores de la cuestion, quedando la gente sosegada y en paz, depuestas las armas, llevándose á debido efecto la solemnidad de asentar la cruz. En Rubiliano pronosticó á una mujer llamada Diana que habia de parir un hijo varon. Se cumplió el vaticinio, pero era tan contínuo el llanto del recien nacido, que no dejaba á su madre dormir ni sosegar un momento; mas bendiciéndole Fr. Silvestre con la señal de la cruz, no volvió á llorar más en horas que molestase ni impidiese los quehaceres domésticos. Con el mismo espíritu de profecía anunció en Montalto á otra mujer, esposa de un médico llamado Fabio, que tendria pronto sucesion, siendo así que desde un mal parto muy antiguo no habia vuelto á estar en cinta, y aquel

mismo año salió de su esterilidad dando á luz un niño de todo tiempo. Siendo procurador general en Roma, y estando celebrando misa, vió á su madre que acababa de espirar en Rosciano, acompañándola á la cabecera dos capuchinos que la habian asistido ayudándola á bien morir. Y habiendo anotado el dia y la hora de la vision, coincidió puntualmente con el momento en que la difunta partió de esta vida. Llegó el siervo de Dios, en fin, al término de su peregrinacion, despues de haber trabajado sin tregua en la viña del Señor el largo período de cuarenta años. Predicando una cuaresma en Montalto, con increible utilidad y bien de los oyentes, quiso el Señor llevarle al reposo de la patria celestial para otorgarle el premio á sus virtudes y servicios; le sobrevino la postrera enfermedad y murió santamente, dejando desconsolado á aquel numeroso pueblo, que con afecto devoto y la mayor ternura acudió á sus exequias, acompañándole el clero con igual luto, pena y sentimiento. No habia su alma abandonado el cuerpo, cuando Fr. Mansueto de Corolano, religioso lego capuchino, orando un dia ántes de amanecer en el convento de Belvedere, vió una procesion de capuchinos vestidos de estolas blancas, que iban subiendo al cielo llevando en medio á Fr. Silvestre adornado del mismo modo, y todos ellos rodeados de un clarísimo resplandor. Le causó la revelacion inmenso deleite; se la refirió en seguida á los religiosos, que supieron á los dos dias la noticia de la muerte del bendito varon, el mismo dia y hora en que Fr. Mansueto habia tenido la revelacion. Tres años despues de su muerte estando Juan Pedro Greco, vecino de Rosciano, con una enfermedad peligrosa y desahuciado de los médicos, su mujer Julia envió un recado á los capuchinos pidiéndoles le encomendasen á Dios. Se pusieron en oracion, y aquella misma noche, creyendo fuese la última, no se separó de su lado la esposa, cuando á deshora vió á Fr. Silvestre, que asomándose á la puerta del aposento la llamó y la dijo: que tuviese buen ánimo y no se afligiese, que Dios por su misericordia se habia dignado concederla la vida de su marido, y que prosiguiese siendo devota y bienhechora de la Orden; desapareciendo en seguida el siervo del Señor. El enfermo empezó á mejorar con tal rapidez, que cuando vinieron los médicos por la mañana, le hallaron sin calentura y enteramente libre del padecimiento. Quedaron atónitos y admirados, pareciéndoles el caso increible, hasta que sabiendo lo ocurrido, no dudaron que habia sido obra de la virtud divina, y alabaron como debian al autor soberano de aquel prodigio. Su fama de santidad era tan constante, que así religiosos como seglares guardaban como sagradas reliquias los pedazos de su hábito, sus dedos, uñas, etc., que cada uno pudo adquirir. En el año de 1605, Fr. Marcos Rubiliano, lego capuchino, volviendo al monasterio de pedir la limosna en Montalto, encontró en el camino á una pobre anciana

afligida y llorosa, porque una hija suya, que se hallaba de parto, traia la criatura atravesada y en tan mala disposicion que los médicos opinaban no podria salir del paso. Condolido Fr. Marcos, la dió una partícula del hábito de Fr. Silvestre, asegurándola que si se la aplicaba á su hija con entera y perfecta fe, pariria felizmente y sin peligro alguno. El éxito coronó el vaticinio, dando á Dios gracias y á la intercesion de los méritos de Fr. Silvestre. Dos religiosos, Fr. Silvestre de Abruzzo, sacerdote, y Fr. Lucas de Pedaco, lego, guardaban una uña y el segundo artejo del dedo meñique, envueltos en un papel ordinario; pero era tan suave el olor que ambas reliquias exhalaban, que no habia fragancia ni aroma que pudiera comparársele. Últimamente, la eficacia de los ruegos del siervo de Dios se experimentó en un caso ilustrísimo el año de 1610. Navegaba un caballero de Montalto, y ántes de llegar al puerto, se inquietó el mar de modo, que viendo el peligro hasta los marineros se echaron á nado para tomar tierra. El caballero viéndose solo con tanto riesgo, se encomendó devotísimamente á Fr. Silvestre, y en el momento, sin ayuda de remos ni de persona alguna, el mismo barco se fué acercando al puerto, con admiracion universal de los espectadores, que observaban un prodigio tan singular y jamás visto. Murió el gran siervo de Dios y apostólico varon Fr. Silvestre de Rosciano el año de 1596. — A. L.

ROSCIO (Fr. Damian). Fué natural de Italia, mas no sabemos el motivo por el cual pasaria á Bolonia, y allí hizo no solo los estudios convenientes y necesarios para abrazar la carrera eclesiástica, sino que se prendó del instituto de los padres Predicadores de tal suerte, que pretendió y obtuvo el santo hábito y despues su profesion, no sin que á esta hubieran precedido muchas más pruebas de las acostumbradas, en razon á que siempre un extranjero, que solo por afecto pretende el hábito fuera de su país, suele ser mirado como en cierto sentido sospechoso, y no se le excusan ninguna de las pruebas y testimonios por donde se esclarezca en lo posible su llamamiento al estado que pretende. Nunca hubo por que sentir el que Roscio tomára el hábito en Bolonia; por el contrario, se complacieron mucho los religiosos de aquella casa en tener por hermano á un hombre que desde el dia en que ingresó religioso hasta el último de su vida renunció tan completamente á su propio querer, que puede asegurarse que obró constantemente por obediencia y nada más. Esta le hizo continuar los estudios hasta graduarse de doctor y subir al sagrado órden del presbiterado; ejercitarse en los ministerios de la predicacion, en cumplimiento de su santo instituto y de oir confesiones, siendo en ambos admirables los frutos que lograba y muchísimas las conversiones que por su medio se hacian, habiéndole dado el Señor tal don, especialmente para el confesonario, que era una especia-

.idad; pues podria tomar á su cargo la direccion de las religiosas más enaltecidas y perfectas en el ejercicio de la oracion; y servia tambien para dirigir las conciencias de aquellas personas, que precisadas por sus circunstancias á vivir en el mundo, no pueden abandonarlo sino en el afecto, estando en él como si en él no existieran. Le ayudaba muchísimo para poder sin cansancio, aunque muchas veces con fatiga, desempeñar los importantes cargos puestos á su cuidado, un celo ardiente por la gloria de Dios y bien y enaltecimiento de la religion de Cristo, para procurar lo cual, ni escaseaba trabajo ni nada le parecia mucho, dándose por muy satisfecho cuando lograba arrancar algun alma de las garras del fatal enemigo de los hombres, lo que conseguia, claro está, cuando lograba apartar alguna persona de una vida corrompida y relajada para traerlo á una vida de perfeccion y de virtud. Era consiguiente á estas tan favorables circunstancias que en él concurrian, el que nunca estuviese quieto en un lugar, sino que le llevára-ran de aquí para allá predicando y misionando; mas esto no le quitaba el tiempo para escribir, pues además de muchos y muy buenos opúsculos que dejó manuscritos y se conservan en la biblioteca de Bolonia, hizo una obra clásica de que despues nos ocuparemos. En 1573 fué enviado á Roma como socio del P. Fr. Pablo Constabilis, maestro del Sacro Palacio en aquella época, y estuvo á su lado dos años, sirviéndole de mucho y ayudándole en el desempeño de su cargo de tal suerte, que puede decirse que durante el tiempo que él estuvo en Roma era él el maestro, y el titular no hacia sino aquellas cosas en que su representacion era indispensable. Fuese por este motivo ó por algun otro que desconocemos, es lo cierto que á los dos años volvieron á nuestro P. Roscio á Bolonia, y allí pasó sosegado y tranquilo los dias que le restaron de vida; siempre trabajando por el bien de las almas, siempre ocupado en el desempeño de los importantes ministerios de que estaba investido. Era muy simpático, por consiguiente fué su muerte muy sentida: era muy bueno; de esperar es que su alma esté en la patria de los justos. La obra que anteriormente dijimos merecia el nombre de clásica, y se le dió muy justamente á nuestro P. Roscio, fué la que tituló: *Libri tres commodi ac utili, partim manifestandis, partim convincendis hæresibus atque hæreticis.* Estos tres libros tratan: el primero, de la distincion de las herejías, y en él se da la doctrina católica acerca de las censuras de las proposiciones herética, errónea, temeraria, escandalosa, etc. El segundo trata de los dogmas y sentencias acerca de las cuales los herejes han errado, y el tercero de las sectas, orígen, épocas é instituciones de los herejes, agregando como por apéndice un compendio de los concilios en que se condenan las herejías. Fué, como no podia ménos, perfectamente recibida esta obra, que á su vez está perfectamente desempeñada, y por

ella como por sus antecedentes ha merecido fama el P. Damian Roscio.—G. R.

ROSCIOLO DE COROMMANIS (Fr. José), franciscano italiano del siglo XVI. Fué natural de Perusa, ciudad célebre en los anales de las órdenes religiosas, pues ha dado al claustro tantos miembros distinguidos por su piedad y saber. No lo fué ménos el P. Rosciolo, varon célebre en la Orden Seráfica por sus virtudes y doctrinas y por un singularísimo suceso que referiremos despues. Desde el momento en que tomó el hábito, distinguióse por su humildad y obediencia, siendo un verdadero siervo de Jesucristo, pues no se ocupaba más que de santas obras, posponiendo en todo su voluntad á la de sus prelados, y procurando complacerles hasta en las cosas más pequeñas; así fué que no encontraron nunca nada que reprender en él, ántes por el contrario mucho que elogiar y ensalzar; pues no solo á sus superiores sino tambien á sus compañeros y á los hermanos novicios y legos, procuraba ayudar en sus tareas, creyendo estos ejercicios los más aceptos á los ojos del Señor. Unia á ellos gran número de devociones, penitencias, mortificaciones, vigilias y ayunos, siendo extremado en estos actos. No por eso descuidaba los estudios, en que salió muy aventajado, siendo uno de los oradores más célebres de su época, no solo por su vida ejemplar, sino tambien por su elocuencia y erudicion. Emprendió diferentes misiones, todas con los mejores resultados, obteniendo muchas conversiones, y algunas de ellas tan notables como la que refiere en estos ó parecidos términos la *Historia de la Religion Seráfica*: «Predicando en Venecia se le presentó una mujer, que decia sufrir el castigo del cielo por tener oculta la piedra en que fué circuncidado nuestro Señor Jesucristo. Dió parte Rosciolo del hecho á sus superiores, y pasaron á averiguar la verdad, encontrando en efecto la reliquia, que llevaron al convento de Pernna, donde se expuso desde luego á la pública veneracion, siendo trasladada despues á una capilla fundada con este objeto en la misma iglesia por la familia de Alexis.» Verificóse este acontecimiento en 1530, poco ántes de terminar su carrera el P. Rosciolo, quien continuó aún por un largo período consagrado á sus predicaciones, recorriendo diferentes ciudades de Italia, en todas las cuales cogió los mejores frutos y obtuvo notable fama, hasta el extremo de que ya por encargo de sus superiores, ora cumpliendo los deseos de las muchas personas que se complacian escuchándole, escribió en un volúmen la mayor parte de los *sermones* que habia predicado, los que quedaron manuscritos, pues aunque en diferentes épocas se trató de darlos á la prensa, no creemos haya llegado á verificarse, ó al menos no hallamos de ello noticia alguna en los autores.—S. B.

ROSE (Francisco), benedictino de la congregacion de San Mauro, que

nació en Breteuil, diócesis de Evreux, en Normandía, el año de 1648; profesó el 2 de Agosto de 1668, y murió en Laon el 28 de Octubre de 1703. Se dedicó á la poesía y nos han quedado de él algunas tragedias cristianas. Escribió tambien: *Le nouveau système par pensées sur l'ordre de la nature*, en prosa, que se imprimió en 8.° en 1696, y un folleto en el que pretendió demostrar que los conversos de la congregacion de San Mauro no son religiosos, el cual se imprimió en 12.° el año 1702, cuyo escrito revela su inteligencia y su vigor. Compuso tambien Rose un *Sistema de la Gracia* y otro de la *Gloria* por el estilo y género del de la Naturaleza, pero no se han impreso.—C.

ROSE (Guillermo). Este obispo de Senlis, apasionado defensor de la Liga, nació en 1542 en Chaumont de Bassigni, de una familia noble. Luego que terminó sus estudios en la universidad de París, recibió el año 1576 el grado de doctor en teología, y haciéndose sacerdote y dedicado al púlpito, no tardó en darse á conocer como hábil predicador, habiendo sido nombrado por el rey Enrique III, cuya confianza alcanzó, su limosnero mayor y su predicador. En un sermon que predicó á presencia del rey en 1583, le reprochó severamente el haberse paseado enmascarado por las calles el martes de carnaval: el rey se contentó con reprender la indiscrecion de su predicador, y le dió trescientos escudos diciéndole: *Compraos azúcar y miel para ayudaros á pasar la cuaresma y dulcificar vuestras demasiado ágrias palabras.* En ese mismo año obtuvo Rose la plaza de director del Colegio de Navarra, y en 1584 se le concedió el obispado de Senlis. La severidad de sus principios, dice su biógrafo Mr. Weis, no le puso al abrigo del amor, y su intriga con la hija del presidente de Nully causó algun escándalo, debilidad que no le hizo ser más indulgente con las de su real penitente. A pesar de la gratitud que debia á Enrique III fué uno de los primeros que abrazaron el partido de la Liga, y en 1589 obligó á la ciudad de Senlis á recibir las tropas de la Union. Los habitantes de Senlis á pesar de su obispo, dice Anquetil, fueron siempre fieles á Enrique III, siendo tal vez la primera que reconoció despues á Enrique IV, por medio de una solemne diputacion que le felicitó el dia segundo de su reinado, por lo que no es posible que Senlis no recibiese las tropas de la Liga sino despues del asesinato de Enrique III. Desbocóse la Rose en el templo, desde el púlpito, contra su desgraciado protector con tal encarnizamiento, que llegó á sospecharse no tuviese sana la cabeza. En su loco frenesí se atrevió á intentar justificar al regicida Santiago Clemente con pasajes sacados de la santa Escritura. Sus discursos contribuyeron poderosamente á mantener la revolucion en París contra Enrique IV. Señalóse en el sitio de esta ciudad por un celo tan ardiente, que los autores de la sátira *Menippeo* le introdujeron en la procesion de la Liga con la

cruz en una mano y partesana en la otra, funcionando como comandante y primer capitan de los revolucionarios. Secuestráronse las rentas de su obispado, y los revolucionarios quisieron reintegrarle con los despojos de la del cardenal Retz, cuya moderacion se habia hecho sospechosa al partido dominante. En medio de los desvarios de la exaltacion de su cabeza, Rose fué siempre apasionado á la ley Sálica como un principio conservador de la monarquía; y en una reunion de los jefes de la Liga, que se celebró el dia 20 de Mayo de 1593, declaró como legado, que jamás reconoceria por rey á príncipe que no descendiese de sangre francesa. Su odio á Enrique IV fué constante; la víspera de la entrada de este monarca en París, predicó con gran calor en San Andrés-des-Arcs, manifestando que el *Bearnés*, con cuya voz designaba á Enrique IV, era inhábil para suceder en el trono, y como no podia ménos, fué Rose uno de los sediciosos á quienes se mandó salir de la capital. Léjos de conmoverse este prelado al ver la clemencia de Enrique IV, no cesó de suscitarle enemigos. Sabiendo que el rey por el edicto de Nantes autorizó el libre ejercicio del culto protestante, se puso tan furioso que decia á gritos públicamente que tenia á mucha gloria haber sido uno de los primeros de la Liga, y que estaba pronto á volverla á empezar. Escamado por su conducta política, fué condenado por decreto del Parlamento de 5 de Setiembre de 1598, celebrado sobre las conclusiones de Gerónimo de Montholon, á desdecirse de cuanto habia expresado en sus discursos contra la persona del rey, y las injuriosas notas que habia escrito á la márgen del libelo de Luis de Orleans: *Expostulatio adversus unum ex sociis*. Llegó Rose á la cámara revestido con sus hábitos pontificales, que no quiso dejar, y de pié y con la cabeza descubierta repitió la declaracion que le fué dictada. La sentencia le condenaba tambien á pagar cien escudos de multa aplicados á la alimentacion de los prisioneros, y le prohibia volver en un año á su diócesis, añadiendo un autor que tambien se le prohibió predicar durante este período. Murió Rose el 10 de Marzo de 1602, y fué sepultado en el coro de su catedral, en donde su sobrino y sucesor erigió un sepulcro con un epitafio, que publicó la *Galia Cristiana*, el cual, como puede verse en ella, es un pomposo elogio de su piedad, de su elocuencia y de sus virtudes pastorales. Se considera generalmente á este prelado como autor de la obra titulada: *Liber de justâ reipublicæ christianæ in reges impios et hæreticos auctoritate*; París, 1590, en 8.°; Amberes, 1592. Esta segunda edicion lleva su nombre. A pesar de esto, el abad de Artigni pretende, por el testimonio de Pits, que esta obra es de G. Reginald, inglés muy amante de la Liga, pero como no haya tenido eco esta opinion, Rose ha quedado como el autor de uno de los libelos más sediciosos que ha creado el odio contra Enrique IV. Comparando este libro, dice Mr. Weis, con el de Juan Boucher, *De justa Henrici III abdicatione*

dice Anguetil que es la obra de un hombre de genio. A pesar de su opinion, esta obra está llena de principios peligrosos, y de palabras, calumnias é imputaciones odiosas; pero añade él que el estilo es claro y elegante. Anquetil quiso indudablemente, al criticar esta obra, dar pruebas de imparcialidad en un libelo que por cierto debiera haberse relegado al olvido; pero ya que así no ha sido, el que quiera más noticias sobre él puede consultar el tomo II de la Biblioteca histórica de Francia, en la que al número 19230, hallará cuanto puede desear.—C.

ROSE (Juan Bautista). Nació este eclesiástico literato en 1714 en Quingei, pequeña ciudad del Franco-Condado, de padres virtuosos, que pusieron todo su empeño en educarle con arreglo á la santa ley cristiana. Dedicado al estudio, en el que hizo precoces progresos, luego que estuvo en disposicion, fué revestido de la dignidad sacerdotal, y obtuvo una capellanía, que le fijó en la iglesia de su ciudad natal. Fué investido con la borla de doctor en teología; pero así como jamás obtuvo otro beneficio eclesiástico que el expresado, tampoco se valió de su grado académico para adelantar en la carrera eclesiástica ni en la civil. El cultivo de las letras, cuyo gusto le inspiró su padre, fué su pasion favorita, y á él dedicó todo el tiempo que le permitian sus deberes sacerdotales, dedicándose además al estudio de la historia, de la mineralogía y de las matemáticas. Tan modesto como instruido, se afanaba por que los sabios á quienes los comunicaba le diesen su opinion sobre sus trabajos; pero suplicándoles siempre que no los publicasen, súplica que hacia tambien á los literatos á quienes proporcionaba ayuda en sus obras ó noticias para ellas, en las que les imponia la condicion de que no habian de citarle de modo alguno. De este modo proveyó á Mr. Dupré de Saint-Maur de una porcion de noticias para su ensayo del valor comparado de la plata y de las mercancías. Recorriendo el Franco-Condado el célebre Lalande, conoció al abate Rose, y sorprendido de sus conocimientos tan extensos en matemáticas, le obligó á dedicarse á la astronomía. Consintiendo Rose en ello, se dedicó con fe al estudio de esta ciencia, y á poco tiempo empezó á mantener con Lalande una seguida correspondencia, formando parte de sus observaciones, de las que algunas se han conservado en los periódicos. La Academia de Dijon, viendo la necesidad que habia de sus obras elementales, llamó en 1766 á concurso á todos los escritores que quisiesen ocuparse en la redaccion de obras elementales de moral para el uso de los colegios. Acudió al concurso el abate Rose, á pesar de contar ya cincuenta años, y obtuvo el premio, que recibió de manos del príncipe de Condé, que le colmó y le prometió su proteccion. Alentado con tan buen éxito, y obligado por el antiguo obispo de Troyes, Poûcet de la Riviére, que era entónces abad de S. Benigno, emprendió la tarea de

completar su obra, demostrando la superioridad de la moral evangélica sobre la de los filósofos de la antigüedad, escrito que le mereció nuevas simpatías, y por el cual le obligaron sus amigos á ir á París, en donde el príncipe de Condé exigia se fijase. Ni las promesas del príncipe, ni los ruegos de la amistad, pudieron alcanzar de Rose abandonase su ciudad natal. Libre de toda ambicion, con una fortuna más que modesta, encontraba en su país el medio de satisfacer sus gustos y su aficion á los libros, y de aliviar y socorrer á los pobres, de los que fué el apoyo y un verdadero padre, y en esto cifró todas sus aspiraciones y grandezas. Un litigio que tuvo que sostener la iglesia de Quinges para poder poner á salvo sus privilegios, obligó á Rose á estudiar los títulos de su fundacion; y el órden que consiguió establecer en los archivos públicos, le proporcionó los medios de escribir la historia de Quingei á la vista de los documentos incontestables, cuya historia, que habia comunicado á sus amigos, no se encontró á su muerte entre sus escritos. En 1778 la Academia de Besanzon le admitió en el número de sus miembros, y él la pagó su tributo con un gran número de memorias y disertaciones sobre objetos relativos á la provincia. El laboriosísimo Rose dividió su tiempo entre los deberes de su estado, el estudio y los cuidados que prestaba á sus parroquianos. Escribió con gran facilidad, áun en su vejez, ocupándose siempre de muchas obras á la vez; pero daba tan poco mérito á sus producciones, que vió perdérsele muchas, sin que jamás las reclamase. En 1803 escribia á Mr. Weis, que despues fué su biógrafo, al que seguimos en este artículo: «Se me atribuye en el *Gran Diccionario teológico* una obra sobre el órden natural de la Providencia, que se dice se ha impreso en cuatro volúmenes. Es cierto que he confiado, no me acuerdo ya á quien, un manuscrito poco más ó ménos semejante, y esto es cuanto sé con relacion á esta obra, de la que jamás he visto un ejemplar.» Como tantos otros sacerdotes, abrazó en la revolucion de 1789 los principios de la reforma; pero con la moderacion propia de su carácter. A pesar de su sumision á las nuevas leyes, si no fué una de las víctimas del terror que pesó sobre la Francia, pasó todo el tiempo que duró en el más completo aislamiento, viviendo solo con sus libros. Cuando la Convencion se atuvo á principios ménos crueles, quiso salir en auxilio de la literatura, é hizo por ella cuanto pudo. Llegó, por fin, el término de sus dias, y murió casi nonagenario en Quingei, siempre estudiando, el dia 12 de Agosto de 1805. Mr. Grappin pronunció su elogio en 1810 en la Academia de Besanzon. Las obras que nos han quedado de este laborioso sacerdote son las siguientes: *Tratado elemental de Moral*, en cuya obra se ven desarrollados los principios del honor y de la virtud, y los deberes del hombre con la sociedad; Besanzon, 1767, dos volúmenes en 12.° En esta obra, coronada por la Academia de Dijon, se afana el autor en

probar que la religion es la única base de la moral, y si bien su estilo es difuso, el fondo de ella es excelente. — *Moral evangélica comparada á la de las sectas y los filósofos;* id., 1772, dos volúmenes en 12.° — *Memoria sobre una curva de doble curvatura*; id., 1779, en 4.°, con cinco láminas. Fué aprobada esta obra por la Academia de Ciencias despues del dictámen de Mr. de la Place encargado de examinarla. — *Memoria sobre los Estados generales y provinciales de Francia y de los Borgoñones;* id., 1788, en 8.°, en la cual hay noticias que revelan la erudicion del autor. — *El espíritu de los Padres comparados á los más célebres escritores sobre las materias más interesantes de la filosofía y de la religion;* id., 1790, tres volúmenes en 12.° Esta obra, segun la opinion de muchos críticos, es la mejor de las escritas por Rose. Casi toda la edicion se habia quedado en poder del autor; pero sus herederos la reprodujeron en 1823 con una nueva portada, precedida de una pequeña noticia biográfica de Rose. — *Reflexiones sobre lo que debe pensarse de la Constitucion civil del Clero de Francia*; id., 1791, en 8.°, que es una apología. Entre los manuscritos que dejó, además de su comedia el *Reencuentro de los viajeros*, pieza que el *Diccionario universal* cita equivocadamente como una obra de derecho canónico, habia un *Ensayo sobre la alta Filosofía*, en 4.°, el cual habia sido revisado despues de la aprobacion de los censores; y una *Descripcion de la gruta de Osselle*, famosa en la provincia, tanto por su extension cuanto por la belleza de sus petrificaciones; y por último, diferentes tratados sobre materias teológicas. — C.

ROSEFIO (Gregorio), jesuita aleman, nació en Landishutan, de una honrada familia, en 1538, y entró en la Compañía en Viena, en Octubre de 1559. Enviado á Roma, presidió el Colegio de los Alemanes intitulado de S. Marcelo, y á su regreso á Viena fué nombrado predicador por Pedro Canisio, adquiriendo tanta celebridad que sustituyó ventajosamente á este orador. Fué el terror y la admiracion de los herejes y la alegría de los católicos, por la facilidad que tenia en explicar las cuestiones más delicadas y difíciles. Fué muy protegido del cardenal Othon, quien le dedicó á publicar los decretos del sagrado Concilio de Trento, que hizo imprimir para uso de sus diocesanos. Prestó grandes servicios á todas las casas de su Orden en la Alemania superior, y gobernó con grande acierto y celo toda la provincia por espacio de nueve años. Fué enviado á Roma cinco veces por su provincia, y asistió á la sexta Congregacion general. Retirado de los cargos, se consagró por completo á la meditacion de las cosas divinas, de donde en breve tiempo pasó á la clara contemplacion de Dios, despues de haber sufrido los más agudos dolores, que llevó sin manifestar alteracion alguna á pesar de su avanzada edad. «Da, Señor, paciencia y aumenta el dolor, dice el padre Rivadeneira al llegar á este punto de la vida del P. Rosefio. Murió des-

pues de haber recibido los santos Sacramentos en 13 de Mayo de 1623, á la edad de ochenta y cinco años. Escribió en aleman, bajo el nombre de Cristóbal Rosseti: *Respuesta contra las amonestaciones de Osiandro sobre las falsas prácticas de los jesuitas.—Réplica y declaracion contra las mismas amonestaciones.—Apología de la trinidad de Jesus contra Osiandro.—Camino de los legados del Japon hasta llegar á la presencia del Sumo Pontífice Gregorio XIII: y otras epístolas del Japon*, que tradujo al aleman y publicó bajo el anónimo.—S. B.

ROSELL (Rdo. P. Fr. Basilio Tomás). Fué natural de Castellon de la Plana, donde nació el 14 de Junio de 1731. Estudió en Valencia artes y teología con muy buen éxito, mostrando desde luego inclinacion al estado y carrera eclesiástica, donde indudablemente hubiera brillado si hubiese permanecido en el estado secular. Parecióle desde luego que los muchos peligros que el vivir en el mundo lleva consigo, no podia superarlos si no buscaba en el claustro un asilo donde pudiera, digámoslo así, refugiarse, y en su concepto asegurarse de los peligros que por do quiera creia le rodeaban; así es que á la época misma en que se hallaba en aptitud para haber pretendido y logrado algun beneficio eclesiástico ó prebenda de oficio, pues ya habia acabado su carrera con las mejores notas, dijo que deseaba ser religioso, y que habia escogido la órden de S. Agustin como la más adecuada á sus ideas y deseos. Sus padres sintieron que tomára esta determinacion, porque preveian que le cortaba, digámoslo así, una carrera en la que seguramente habria adelantado mucho y logrado ventajosisima colocacion; mas no se atrevieron á oponerse á sus designios, ántes por el contrario contribuyeron, en cuanto estuvo de su parte, para que lograse su realizacion, porque creian y con razon que habria de ser útil en la religion agustiniana como lo habria sido en cualquier parte donde hubiese estado. Hizo su noviciado dejando plenamente satisfechas las aspiraciones de sus maestros, é inmediatamente despues de profeso, fué promovido al sagrado órden del presbiterado, confiándosele desde luego, como no podia ménos de ser, el difícil é importante cargo de predicar y confesar, que desempeñó no solo con acierto, sino con muchísimo fruto, logrando la conversion de muy endurecidos corazones y el perfeccionamiento de otros muchos cuya dureza no era tanta. Las excelentes disposiciones que en él veian, obligaron á sus superiores á confiarle cargos primero de poca importancia, como si dijéramos para probar cómo podia y queria desempeñarlos, y hallaron que su capacidad y su voluntad eran excelentes, por lo cual no habia dificultad alguna en confiarle los más delicados y difíciles. En efecto, á él le hicieron maestro de novicios, y sus discípulos eran conocidos tanto por su piedad como por su observancia, obediencia y demás virtudes que constituyen á

un religioso. Le hicieron vicario de coro, y en su tiempo y despues, porque él supo hacer que sus determinaciones fueran perpétuas en sus efectos, pues las tomó autorizándose por los superiores, el coro se llevaba con la debida solemnidad, y casi sin hacer él esfuerzo alguno asistian todos los que ántes no asistian ni por casualidad. Por último, le hicieron superior del convento de Aguas-Vivas, y puede decirse que reformó aquella santa casa, sin que por esto se vaya á entender que estaba en ella la observancia relajada, sino que animó tanto el espíritu de los moradores de aquel convento, que todos á porfía se esmeraban en ser mejores, y asi fué como todos pudieron lograr los apetecidos resultados de con la doctrina y ejemplos de unos y de otros alentarse al mejor servicio del Señor. Este fué el último cargo que desempeñó, pues durante su cumplimiento fué llamado por Dios á mejor vida; pasando de esta á la eterna en Junio de 1807, ó sea á los setenta y seis años de edad. Dejó muchos y muy importantes manuscritos, y dos obras impresas cuyos títulos son: *El Monacato ó Tardes monásticas, en que hablándose en general de las obligaciones de los monjes se desciende en particular á los de S. Agustin;* impresa en Valencia, en 1787. Esta obra es muy importante por lo que en mística enseña á todos los religiosos; y la otra la tituló: *Disertacion sobre la antigüedad y continuacion no interrumpida de la órden de S. Agustin, y sobre el verdadero lugar en que fué fundado el monasterio servitano ó setavitano;* impresa tambien en Valencia, año de 1804. Tambien esta es muy notable, tanto por las noticias críticas con que está ilustrada, cuanto porque puede considerarse como un compendio de la crónica general. Es muy lamentable que no se hayan dado á luz algunas otras de sus excelentes obras; así como el que no sepamos más pormenores acerca de tan esclarecido religioso.—G. R.

ROSELL (Fr. José). Fué catalán, hijo del mismo Barcelona y de padre muy esclarecido, como que su padre, Juan Francisco Rosell, habia adquirido muy justa celebridad como médico, no solo por los grandes servicios que habia prestado como práctico, que fué sin disputa uno de los mejores de su época, sino por los no ménos eminentes que hizo en comentar é imprimir el libro, ó mejor dicho, los libros de Galeno *acerca de las causas y diferencias de las enfermedades*; obra que para su época sirvió de mucho, y que además de su gran mérito como obra científica, tenia el no ménos de estar escrita en un latin á la par que muy correcto muy sencillo, latin que hubiera podido presentarse en los mejores tiempos de Ciceron. Mucho hubiera halagado á nuestro buen médico el que su hijo hubiera seguido la misma carrera, y de seguro hubiera brillado en ella, porque á los grandes conocimientos que su padre hubiera podido comunicarle, se habrian agregado los muchos que él hubiera adquirido, tanto por su aplicacion, que

fué constantísima, cuanto por los demás medios que sabemos proporciona cada época para los adelantos de la ciencia, mucho más cuando la obra de su padre fué para la de curar una tan notable adquisicion. Sin embargo, él no quiso nunca seguir la medicina y todas las demás carreras en las cuales su padre le ofrecia un porvenir brillante, fundando sus ofrecimientos, con razon, en que sus servicios le habian hecho tener muchos deudos, y éstos en nadie emplearian mejor su influencia que en el que habia hecho en favor suyo cuanto le sugiriera su ciencia y su aplicacion. Mas el jóven á nada de esto atendió, y puso todo su esmero en inquirir la voluntad de Dios acerca de la eleccion de su estado, y el Señor se sirvió indicarle que le queria para el estado religioso, y no como quiera bajo una regla cualquiera, sino bajo la regla más observante y austera que considera la Iglesia de Dios. Pidió, pues, á sus padres licencia para retirarse al claustro, cuya licencia le otorgaron, no de muy buena gana, sino por la conviccion íntima en que estaban de que su parecer era irrevocable, y que ó más tarde ó más temprano, ó en esta ó en otra comunidad, al fin habia de entrar, y por tal motivo le permitieron, como simple tolerancia, el ir á noviciado á la cartuja de Monte-Alegre, cerca de Barcelona. No es posible ponderar el júbilo que tuvo el hermano José cuando supo que sus deseos estaban satisfechos, ó más bien cuando se halló en medio de sus hermanos en aquel lugar solitario. No parecia en verdad un novicio recien entrado, parecia desde el primer momento un padre, digámoslo así, grave; y no se crea que habia en él la más mínima presuncion ni vanidad; léjos de eso, era tan profundamente humilde que sin dificultad alguna se consideraba y confesaba no solo el menor de la comunidad, sino el único que no merecia pertenecer á ella. Ni una sola vez durante su noviciado tuvieron sus superiores que reprenderle ni que hacerle advertencia de ningun género, ántes por el contrario, como que se complacian todos en ver perseverar á nuestro jóven para poder despues verle en el logro de sus deseos, y á su vez siendo útil á la corporacion misma que le recibia en su seno. Hizo sus votos solemnes, y segun práctica de aquella santa comunidad le examinaron para ver para qué servia, y hallaron sus superiores que en ningun ministerio estaria más en su centro que en la administracion á los fieles del pasto espiritual, por lo que le hicieron dedicarse á estudios, en los cuales adelantó muchísimo, y terminados estos con el éxito más brillante, le hicieron ascender á los órdenes sagrados hasta el sacerdocio. No se puede decir con cuán buenas disposiciones subió nuestro venerable religioso á tan encumbrada dignidad, ni tampoco cabe en expresion el indecible contento que tuvieron todos sus compañeros al recibir para que les ayudase un hermano, que sin duda les habia de ser de tanto provecho, y no se equivocaron, porque apénas comenzó á ser cono-

cido cuando de todas partes concurrian, unos á confesar con él porque tenia especial acierto para dirigir las conciencias, otros á consultarle porque tenia cierto don de consejo, que le hacia darlos tan atinados y tan á propósito que no podia ser más; y todos, en fin, á buscar en él al hombre de ciencia y de virtud, que poniendo todo su conato en enseñar esta virtud y esta ciencia á todos los que podia haber á las manos, claro es que con un celo incansable habia de procurar el bien de las almas, mediante el conocimiento de Dios y de los medios ó caminos que á él conducen. Lo que más le acongojaba allá en su corazon era ver que muchos penitentes, y áun algunos confesores, en la práctica se dejaban dominar de sus dudas ó de sus escrúpulos, y por unos ú otros caminos van, si no al error, por lo ménos á la intranquilidad de la conciencia, medio por el cual sin querer se pierde cuanto pueda, por los otros recursos que ofrece la direccion de las almas, neutralizarse este mal efecto que las dudas ó escrúpulos producen. Esta situacion de penitentes y confesores le llegaba al alma, porque en su gran inteligencia comprendia perfectamente cuán perniciosa puede ser á los unos y cuán peligrosa para los otros, por cuyo motivo, animado del mejor deseo, y habiéndolo consultado maduramente en la oracion, escribió su precioso libro que tituló: *Praxim sive Tractatum deponendi conscientiam in dubiis et scrupulis circa casus morales occurrentes.* Al principio no quiso imprimirlo, porque decia no tenia mérito alguno para ello, y solo se lo daba á algunos que se lo pedian para que sacasen copias y así pudiera lograrse mayor provecho. Llegó uno de estos ejemplares á manos de un superior general de la Orden, que residia en Leon, el cual, viendo que era una cosa no solo de mérito sino de importancia, llamó por santa obediencia á nuestro Fr. José Rosell á Leon, y le hizo allí dirigir, ó diremos con más exactitud, corregir las pruebas de la impresion que por órden y á expensas de la comunidad se hizo por Felipe Borde y Compañía en 1660. Mucha fué la aceptacion que logró este libro desde sus primeros dias, y mucho por consiguiente el crédito que alcanzó su autor. Cumplido lo que le preceptuó la obediencia acerca de la impresien del libro en Leon, sus mismos superiores creyeron conveniente volverle á mandar á Monte-Alegre, donde era esperado con ánsia y donde terminó sus dias en la mayor quietud de espíritu, procurando siempre el bien de sus hermanos, sin descuidar su propia santificacion. Muy sentida fué la muerte de Fr. José Rosell, si bien todos creyeron piadosamente que sus virtudes le alcanzarian la gloria.—G. R.

ROSELL (D. José). Escasísimas son las noticias que acerca de este contemporáneo han llegado á nosotros, pues solo sabemos que oriundo de una honrada familia catalana, quiso añadir á los títulos de aprecio que sus

mayores tenian, ya por su laboriosidad, ya por su probidad, el pertenecer sin mengua, ántes con honor, al estado eclesiástico. Hizo para ello sus estudios en la universidad de Barcelona, satisfaciendo plenamente los deseos de sus maestros y haciéndose acreedor á las más señaladas distinciones de parte de ellos. Ascendió despues á los órdenes sagrados, con contento de cuantos le conocieron y supieron su aplicacion y anhelo por llegar á un estado en el cual habia ciertamente de brillar, porque tenia dotes para ello. En efecto, apénas ordenado, recibió las licencias de predicar y confesar, y desde luego ejerció con acierto tan importantes ministerios, siendo su autorizada voz oida con muchísimo gusto y provecho, pues era persuasiva al paso que imponente, llevaba en sí el sello de la conviccion que tenia el orador de todo cuanto decia, y por consiguiente no podia ménos de mover á cuantos le escuchaban. Era muy piadoso, y le hacia gran duelo el descuido con que en nuestra desgraciada época se mira todo ó casi todo lo que dice relacion á las cosas de la religion, y esto movió su celo para tomar la pluma en defensa de ésta, escribiendo una obrita vulgar si se quiere, porque era para el vulgo, pero provechosa, porque su doctrina, explicada con suma claridad y dicha sin ningun género de pretensiones, era excelente doctrina, y por consiguiente viva, penetrante como lo es la verdad. El título de su obra, que publicó en 1841, es: *Lo amich catolich y fiel, ó despreocupació de alucinats contra la religió católica.* Se leyó mucho esta obrita en su dia y se logró por consiguiente el interés de su piadoso autor, que no fué otro sino extender más y más los conocimientos de su verdad. Fué nuestro Sr. Rosell rector de Santa Perpétua, y en el desempeño de su cargo dejó satisfechas hasta las más minuciosas exigencias que se hubieran podido presentar, pues fué tan probo como celoso y tan celoso como caritativo. Esto es todo lo que acerca de este varon apostólico hemos podido averiguar, siéndonos muy sensible el no dar más pormenores acerca de él, que de cierto tendrá en su vida cosas que merecerian saberse. — G. R.

ROSELL (Fr. Lorenzo). Nació en la villa de Fresneda en 1702, y allí fué bautizado, segun sus libros parroquiales, tomo VII. Sus padres Lorenzo Rosell y María Castelló, de muy honrados linajes, le procuraron una estimable instruccion. En la edad de veinticuatro años profesó en la órden de los Mínimos de S. Francisco de Paula, en su convento de Zaragoza, el 26 de Abril de 1722, y despues de sus estudios se hizo digno de enseñarlos, y de quien en la carrera de la oratoria evangélica obtuviese el honor de jubilado. Gobernó tambien algunas casas de su Orden, y en 1745, siendo corrector del convento de nuestra Señora de Gracia de la Fresneda, publicó la primera obra suya de que se tratará. Asímismo fué examinador sinodal del obispado de Barcelona, y desempeñó otros cargos y ministerios

propios de su profesion y de sus letras. Murió en el referido convento de Zaragoza el 19 de Marzo de 1766, dejando trabajadas las obras siguientes: 1.ª *Compendio de la vida del segundo Adan en el estado de la inocencia, San Francisco de Paula. Dedicado al Rmo. P. Fr. Francisco Sierra, Corrector general del Orden de los Mínimos;* en Zaragoza, por Juan Malo, en 1735, en 4.° de 280 páginas. —2.ª *Un librito con su novenario y gozos del glorioso S. Roque, en reverencia de la imágen del mismo Santo que se venera en la Plaza mayor de la villa de Fresneda con particular devocion;* se imprimió por dicho tiempo. —3.ª *Algunos libros de sermones, así morales como panegíricos;* pues fué muy empleado en la oratoria evangélica, habiendo predicado muchos sermones, y las cuaresmas de las santas iglesias de la Seo y de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, las de las catedrales de Huesca, Jaca, Tarazona y Tortosa. Cinco años la de los señores oidor y ministros de Barcelona, la de S. Juan del Mercado de Valencia, la de la ciudad de Fraga, la de su patria y otras iglesias, y muchos advientos. Es conocida su memoria, y particularmente alabada en una relacion manuscrita que tengo de la referida villa de Fresneda con fecha de 1782. —A.

ROSELL (Fr Miguel Angel). Fué aragonés, de la capital, y recibió desde luego una educacion esmerada, concurriendo en cuanto tuvo edad para ello á los estudios de latinidad y humanidades, en que adelantó mucho, mostrando desde luego no solo muy claro ingenio, sino una aplicacion decididísima al estudio. Hizo el de filosofía con brillantes notas, y despues se dedicó al de la sagrada teología, ya porque este ramo del humano saber habia cautivado desde luego su atencion, ya tambien porque era lo más adecuado para la carrera que pensaba emprender, que era la de la Iglesia. Por supuesto, que Zaragoza contaba, como cuenta hoy, con una universidad que si hoy es célebre y vale, no sé si digamos valía más y era más célebre en tiempo de nuestro esclarecido Rosell. Allí hizo sus estudios y los hizo con tal provecho, que al concluirlos fué designado para sustentar un ejercicio público en competencia con los que acababan su carrera en otros colegios, como eran los de las diversas órdenes religiosas que podian enseñar, y los de algunos pueblos que tenian esta facultad, y sostuvo el certámen con tanto acierto, á pesar de que se presentaron jóvenes aventajadísimos y merecedores con justicia de los elogios que se les rindieron, que los mismos catedráticos llegaron á confesar que ellos, con toda su ciencia y con toda su experiencia, no hubieran acaso puesto en juego algunos recursos de que él se valió, y que si no fueron el todo, por lo ménos contribuyeron en mucho al éxito de la empresa. Así es que el claustro de la universidad se reunió para acordar alguna demostracion en favor de Miguel Angel Rosell, no tanto para recompensar su mérito, que fué mucho, cuanto para alentar

á los demás jóvenes que pudieran hacer otro tanto, pero que precisaban estímulo, porque el estímulo tocando, por decirlo así, en la parte más viva del hombre, le sobreexcita en buena manera y como que le obliga á emprender y llevar á cabo obras de la mayor importancia, tanto en el órden literario cuanto en el material. Lo que se creyó que convenia más para premiar á un hombre de tantos méritos literarios, nada pareció mejor que conferirle el grado de doctor, dispensándole, en gracia de la conviccion en que se estaba de su capacidad, el exámen privado que era, por decirlo así, el decisivo, y dejándole la sola obligacion del exámen público y del juramento, no con otro fin, sino con el de que pudiese el público admirarle de nuevo, y él pudiera así tambien dejarse admirar y darse á conocer. En efecto, estuvo tan sublime tanto en el ejercicio como en la investidura, que á todos causó asombro el ver un jóven que acababa su carrera, hacerlo de una manera tan ventajosa y bajo auspicios tan favorables. Los catedráticos le hubieran querido contar en su número, para lo cual le brindaron por de pronto con alguna sustitucion ó regencia que le diera lo suficiente para su frugal manutencion, para en cuanto se hallase una vacante darle una cátedra en cuyo desempeño ya aseguraba un muy brillante porvenir; pero él estimando en mucho los ofrecimientos que le hacian, y diciendo á los doctores con la mayor sinceridad que estaba imposibilitado de complacerlos por tener formada resolucion de retirarse del mundo y abrazar el estado religioso, lo cual hasta entónces no habia hecho por poder ser más útil á la religion que le admitiese, teniendo hecha una carrera y recibido un grado académico, que ya de por sí significa, pero que significaba muchísimo más por las circunstancias con que á nuestro hombre se le habia conferido. No fué un pretexto, sino una realidad, lo que asegurára á sus maestros y compañeros; apénas hubo concluido de hacer las visitas indispensables para dar gracias por el especial favor que le habian hecho, cuando se presentó en el convento de Carmelitas observantes á pedir con instancia el santo hábito. Un poco repararon los Padres en condescender con sus súplicas, porque no las creian del todo sínceras, pero luego que observaron lo repetido de sus instancias, por una parte, y por otra que estaba dispuesto á entrar aunque hubiera sido como lego, le dieron el hábito alegrándose mucho por tal adquisicion, que verdaderamente lo era, un hombre de sus prendas y circunstancias. Hizo su noviciado con asombro de cuantos tuvieron ocasion de observarle, porque habia depuesto enteramente al hombre viejo, allí no habia ni rastro que demostrase al hombre de ciencia, ni una vez siquiera se le oyó decir sus antecedentes literarios, ni en una cuestion siquiera intervino en lo que fué novicio, ni siquiera se permitia responder él á las dudas que sus hermanos le proponian, pues que con profundísima humildad iba á sus

superiores y les hacia él mismo las preguntas á que cumplidamente hubiera dado respuesta mucho más satisfactoria y razonada que la que lograba de aquellos Padres reverendísimos. Pasado este tiempo de prueba, profesó, y ordenado de sacerdote, tuvo por precision que demostrar su ciencia y hacer ver el inmenso caudal de sus conocimientos, pues los superiores le obligaron, como era muy justo, á que aceptase una cátedra, dando un colegio, que se llamaba la enseñanza completa de unos cuantos alumnos que comenzaban juntos la carrera. Fué tal el provecho que lograron los que hicieron sus estudios bajo la direccion de este acreditado maestro, que ya se decidió la Orden á encargarle cátedra en propiedad, y la desempeñó por algun tiempo, hasta que otras universidades de la Orden misma le hubieron de sacar de la cátedra para llevarle á otros puestos, ni ménos importantes, ni que necesitaban ménos del acierto y prudencia que tenia para todo nuestro esclarecido P. Rosell. Por supuesto que además de emplear mucho tiempo en la enseñanza, pues no se contentaba con la leccion de la cátedra, sino que repetia esta cuantas veces era necesario á los pobres estudiantes cuya capacidad era limitada, gastaba muchísimo en el confesonario y no ménos en el púlpito, para cuyos ejercicios era no solo muy á propósito, sino una especialidad. Para el púlpito, además de muy buena voz y presencia, tenia mucho acierto en la eleccion de asuntos, por lo cual era oido con mucho gusto y aprovechamiento de los fieles. Por todas estas circunstancias tan favorables que en él se reunian, fué nombrado provincial, y desempeñó su cargo con mucho acierto, no dejando por esto el púlpito, y siendo celosísimo por el bien de sus hermanos. Ocupando este puesto le sorprendió la muerte, que fué sentida de todos, habiendo sido vanos los esfuerzos que se hicieron para obligarle á publicar sus obras, que eran muchas y buenas, habiéndolo hecho solo de un *Sermon de gracias por las victorias del imperio católico contra las armas otomanas*.—G. R.

ROSELLA (Fr. Pedro), dominico napolitano de la provincia de Santa Catalina de los Abruzos. Desde el instante de su entrada en la religion de PP. Predicadores dióse ya á conocer Rosella por su amor al estudio, la meditacion, y por la elevacion de su alma y sentimientos. No era un hombre vulgar á quien dominasen las circunstancias, y envuelto en ellas rodase de abismo en abismo hasta perderse en las insondables cataratas de la desgracia; no, era un hombre fuerte y enérgico, de elevado carácter y gran temple de alma; y más bien que huir, sabia preparar los acontecimientos, los esperaba tranquilo y confiado, y sabia vencerlos y dominarlos, lo mismo que habia sabido observarlos en su lenta marcha y tortuoso desarrollo. Hombres de esta clase se necesitaban en las órdenes religiosas, que compuestas de individuos de diferentes genios y cualidades, no siempre podian ser dominados y dirigidos

con facilidad, haciendo falta en casos extremados tambien, no el órden sino la severidad de la regla entre tan gran número de religiosos. Esto era mucho más necesario á los que se hallaban al frente de la juventud, que no abandonando siempre sus hábitos y costumbres al tomar el hábito, á la puerta del convento, solian turbar su paz con pretensiones exageradas en uno ú otro género, con deseos inmoderados, y hasta con extravagantes ilusiones. Para esta necesidad hacia falta un hombre, y este hombre lo fué en Italia Fr. Pedro Rosella, que nombrado maestro de los estudios en el colegio general de su provincia de Nápoles, desempeñó este cargo desde su nombramiento, hecho por el capítulo general reunido en Valencia en 1647, hasta su muerte ocurrida á últimos del mismo siglo, dando siempre pruebas de la buena eleccion de los que tal puesto le habian confiado. Ya en 1640 habia obtenido el grado de maestro en el capítulo celebrado por su órden en Roma, y venia distinguiéndose desde mucho ántes como orador, y por algunas obras de las que es la más notable la siguiente: *Il sacro Campidiglio, in che trionfano quindecì prodigii della miracolosissima imagine di Maria Sacratissima del Arco dell' Ordine di Predicattori, situata sotto il divotissimo casale di Sant Anastasio della gentilissima é fedelissima tierra di Somma diocesi di Nola* etc. *Opera molto utile á predicatori é ciescheduna divota persona;* Nápoles, por Roncaglioni: 1653, en 4.°—S. B.

ROSELLI (Nicolás), presbítero cardenal con el título de S. Sixto. La antigua y muy noble familia de Rossell ó Roselli, es originaria de Arezzo, en Italia, en donde se hallaba establecida de mucho tiempo, segun un autor, en el reino de Inglaterra, en el principado de Cataluña y en la isla de Mallorca. En la capital de esta isla fué donde nació Nicolás Roselli el dia 3 de Noviembre de 1314. Aunque era el más jóven de todos sus hermanos, tuvo la dicha de ser particularmente distinguido y amado de sus padres y parientes, quienes fijaron todas sus atenciones en procurarle una educacion santa y noble, correspondiente á las excelentes cualidades que en él se notaban, siendo de carácter placentero, justo, vivo, dotado de mucha penetracion, de gusto exquisito, de feliz memoria, y con tantos deseos de aprender como facilidad para concebir. Todo esto hacia admirable al jóven Roselli, mayormente en una edad en la cual apénas empieza á desenvolverse la razon en los demás niños; y esto mismo hizo que sus maestros cultivasen con el mayor esmero la instruccion tratando de enriquecer aquel tierno entendimiento con todos los conocimientos posibles. Pero la gracia influia más poderosamente en su jóven corazon, para poner todas sus esperanzas en Dios, quien le inspiró los más seguros medios para conseguir la posesion de los bienes futuros con el desprecio de todos los placeres y conveniencias con que brinda el mundo. Apénas habia entrado en los trece años de

su edad, cuando desapareció de la casa de sus padres para buscar la del Señor, que era su mayor deseo. En seguida pidió con tanto fervor como humildad el habito de Santo Domingo, que por fin le fué concedido en el convento de Mallorca el 21 de Diciembre de 1326. Sus ilustres padres lamentaron desde luego una separacion que les afligia, pareciéndoles aquella resolucion muy precipitada. Sin embargo, bien fuese por temor de Dios, ó bien por el disgusto de no poderlo impedir, concluyeron por no oponerse manifiestamente á los deseos del nuevo religioso, y este aprovechándose de aquel avenimiento, no pensó desde aquel momento en otra cosa que en adelantar en la perfeccion cristiana con el ejercicio y la práctica de todas las virtudes. Sus continuados progresos en la piedad y en las ciencias divinas y humanas le hicieron bien pronto muy célebre en todas las provincias de Aragon, en las cuales desempeñó los principales cargos con la mayor satisfaccion de sus superiores y la admiracion de todos sus hermanos, encontrándose su nombre en las actas de muchos capítulos generales. Desde el año de 1348 Nicolás Roselli fué comisionado cerca del papa Clemente VI, para negocios que segun los autores españoles fueron de grande importancia. Roselli nunca manifestó el objeto particular de que estaba encargado, pero dichos autores aseguran que este sabio religioso se condujo con tanta prudencia y habilidad, que se concilió desde luego el cariño y estimacion del santo Padre y el afecto de todos los cardenales. Seguramente, por cartas apostólicas datadas en Aviñon el 10 de Enero de 1349, Roselli fué honrado con el alto grado de doctor, y el capítulo general de su Orden, reunido el mismo año en Barcelona, le confirmó con los mayores elogios el título que Su Santidad habia concedido á sus relevantes méritos. El nuevo doctor continuó dando sus lecciones públicas de teología en las escuelas de Barcelona, al mismo tiempo que empezó á escribir algunas obras, que despues publicó y dió á luz; pero poco le duraron sus propósitos, pues se vió obligado á abandonar la primera de estas dos ocupaciones, y suspender la otra para corresponder á las intenciones y deseos de la corte de Roma y de su Orden. Un capítulo provincial, celebrado en Pamplona en el mes de Junio del año 1350, acababa de elegir á Nicolás Roselli para ponerle á la cabeza de la provincia de España; y pocos meses despues el soberano Pontífice le declaró inquisidor general de la fe en todos los estados del reino de Aragon. Aunque no tenia todavía la edad prescrita por las leyes para ejercer este árduo y difícil cargo, el vicario de Jesucristo, que tan bien conocia su capacidad y su mérito, le mando al mismo tiempo la dispensa necesaria, recomendándole expresamente el emplear todo su talento, su celo y su vigilancia para la seguridad del sagrado depósito que se le le confiaba; viéndose á la vez superior de una de las más vastas provincias, y ministro del Papa

en los reinos de Aragon, de Valencia, de Mallorca y en el principado de Cataluña; añádese que tambien era confesor de las infantas de Aragon, María y Blanca, hijas del rey D. Jaime II. Estas dos princesas tenian su estancia y asiento ordinario en Barcelona, pudiendo ser este el principal motivo por el que el siervo de Dios solia detenerse en esta ciudad todo el más tiempo que le permitian sus graves y activas ocupaciones. Sábese que estaba Roselli allí mismo en el mes de Abril de 1351, cuando Francisco Baile, guardian de los religiosos menores, predicaba en una iglesia de Barcelona el viernes santo, diciendo que la sangre de nuestro Señor Jesucristo derramada en su pasion fué separada de la divinidad, y que por consecuencia no debia ser adorada en los tres dias de la muerte del Salvador. Nicolás Roselli, aunque muy disgustado y ofendido de esta proposicion, que le parecia tan poco conforme á la sana teología y á la fe, no quiso á pesar de eso ordenar nada hasta despues de haber consultado á la Santa Sede. Escribió con este objeto al cardenal Juan de Moulins, y habiendo este prelado propuesto á Su Santidad aquella grave cuestion; Su Santidad, despues de consultar á una asamblea de cardenales el caso con toda solemnidad, mandó por sus cartas patentes al inquisidor hiciese revocar públicamente aquella proposicion, como errónea y herética, debiendo condenarla solemnemente, lo cual ejecutó y cumplió exactamente Roselli en la iglesia catedral de Barcelona. Asi es como refiere este hecho el abad Fleury, y del mismo modo Nicolás Eimerich, antiguo autor español. Pero otros muchos pretenden que no hubo entónces tales cartas patentes, ni ningun otro escrito del Papa, sino únicamente una carta del cardenal de Santa Sabina, en la que declaraba que Su Santidad habia mandado de viva voz que se obligase al predicador á que se retractase públicamente, lo que verificó en presencia del obispo de Barcelona, y de una parte de su clerecía. Poco más de un siglo despues, la misma cuestion fué nuevamente promovida y agitada con el mayor calor y animosidad entre los teólogos de la órden de Sto. Domingo y los de S. Francisco, en el pontificado de Pio II, que juzgó prudente y necesario imponer silencio á unos y otros, prohibiendo á los unos el predicar aquella doctrina y á los otros el censurarla. La activa vigilancia y celo de Nicolás Roselli pudo descubrir muchos sectarios, que dogmatizaban y enseñaban en secreto doctrinas contrarias á la Iglesia. Se conoce que por entónces empezaron á difundirse en los reinos de Valencia y Aragon los errores de los begardos, que mucho tiempo despues fueron proscriptos en el concilio de Viena. El papa Inocente, que acababa de suceder á Clemente VI, mandó al inquisidor general procediese inmediatamente en union del obispo de Valencia al exámen de las personas sospechosas, y á la condenacion de sus errores. La carta escrita con este objeto por órden de Su Santidad tiene

la fecha de 28 de Noviembre de 1533. Algunos escritores españoles é italianos han alabado y elogiado á este ministro de la fe, por haber trabajado con la mayor solicitud, vigor y firmeza para detener los progresos de la herejía, cuyo veneno, como la gangrena, iba invadiendo y comunicando insensiblemente la corrupcion que podria extenderse bien léjos. Pero todos los cuidados y atenciones que dedicaba á un asunto de tanta importancia no le impedian el cumplir al mismo tiempo los graves deberes unidos á su cargo de provincial. Las contrariedades y daños que habia experimentado los años precedentes aumentaban en gran manera sus cuidados y su celo. Tantos excelentes religiosos, cuyo ejemplo sostenia y animaba á sus hermanos, arrebatados á la vez por una mortandad casi general, habian dejado en todas las comunidades un vacío que no era muy fácil llenar. La epidemia, por otra parte, habia sido motivo, y una causa inevitable para relajar el rigor de la observancia; y por una consecuencia casi precisa, la disciplina regular habia sido debilitada considerablemente durante el contagio. Se hubiera sucumbido á una lamentable relajacion, si la firmeza y sabiduría de algunos superiores no hubiera sido un poderoso recurso para algunas provincias particulares. En la de España se poseia en la persona de Nicolás Roselli un jefe, que áun siendo todavía bastante jóven, reunia todas las cualidades necesarias á un perfecto superior, la prudencia, el celo, la dulzura, la doctrina, la experiencia y la reputacion. Durante todo el tiempo que desempeñó aquel cargo, reunió seis veces su capítulo provincial, y por la sabiduría de sus ordenaciones, tanto como por su vigilancia en las visitas, si no proporcionó á toda la provincia su primer esplendor, por lo ménos le sustuvo y aumentó al mismo tiempo, haciendo todo el bien que le fué posible desde que se hizo cargo de aquel gobierno. Corrigió muchos abusos nuevamente introducidos, y dejó á sus sucesores grandes ejemplos que imitar, para conseguir con el tiempo y llevar á su última perfeccion todo lo que no pudo dejar bien afirmado segun sus deseos en el espacio de siete años. Se conservan todavía en Barcelona muchos bellos y grandiosos monumentos, que acreditan la piedad y el celo de este ilustre provincial. A ruego de muchas personas de calidad, y con sus dádivas y ayuda, fundó en esta ciudad el célebre monasterio llamado de Monte-Sion, teniendo Roselli la dicha de establecer en él desde luego la misma regularidad que Santo Domingo habia introducido en otro tiempo en el de Prouille. Tambien hizo venir á esta primera casa de su Orden muchas religiosas de mérito, que fueron como las primicias de la nueva grey, y fueron los cimientos de las muchas religiosas observantes regulares que las siguieron con la misma vocacion. Las dos infantas de Aragon, de que ántes se hizo mencion, habian aprendido durante muchos años y bajo la direccion de Nicolás Roselli, la

práctica de todas las virtudes cristianas, y le encargaron y confiaron ántes de su muerte el cuidado de hacer ejecutar sus últimas voluntades. Se asegura que su exactitud en el cumplimiento de este deber le hizo merecer la estimacion de la corte y las bendiciones de los pueblos. Como las dos princesas habian elegido la iglesia de su órden de Barcelona para el lugar y sitio de su sepultura, el siervo del Señor, su ejecutor testamentario, las hizo erigir en dicha iglesia dos mausoleos dignos de sus virtudes, gran piedad y encumbrado nacimiento. Despues de algun tiempo, la corte de Roma aposentaba muchos sujetos descontentos del rey de Aragon. Tiénese conocimiento de esta enemiga contra dicho rey, por una carta de 27 de Noviembre de 1350, donde el Papa dice así á este monarca: «En vuestros estados, las iglesias y el clero estan oprimidos, y violada la libertad eclesiástica. Si algun encargado lleva rescriptos de la Santa Sede dirigidos á los jueces eclesiásticos, nuestras autoridades no le permiten su cumplimiento, ni á los jueces proceder á la ejecucion de nuestras órdenes. Hace algun tiempo que Bertrando Alayan, canónigo de Valencia y nuestro nuncio, pronunció una sentencia de excomunion, y algunas otras á continuacion contra los seculares sometidos á vos, que rehusaron obstinadamente pagarle lo que debian á la Cámara Apostólica. Motivo por el que ordenasteis venir á vuestra presencia al nuncio, y despues de haberle dicho muchas injurias, indignas de vuestro rango, quisisteis intimidarle con terribles amenazas, para que suspendiese y revocase sus procedimientos; pero el nuncio, dotado de santa firmeza, rehusó constantemente lo que le proponiais, y sacasteis la espada contra él, y entónces los asistentes habiendo contenido este arranque de cólera, le hicisteis conducir á una oscura prision, de la que no le sacasteis sino para tratarle con mayor crueldad.» Este breve contiene otras muchas reprensiones y quejas contra la conducta de aquel príncipe y de sus agentes, haciendo ver que los excesos contra los ministros del altar habian sido llevados al mayor extremo. Sin embargo, la corte de Aragon se quejaba de las usurpaciones y atentados de los eclesiásticos, y estas quejas recíprocas duraron todavía hasta que el papa Inocencio VI, fuese para templar la cólera del Rey, ó para recompensar el mérito de Nicolás Roselli, y que le sirviese útilmente en su ministerio, con el fin de terminar por su mediacion un tratado de acomodamiento, principiado hacia más de cinco años, comprendió al virtuoso provincial en la promocion de cardenales, que fué hecha en el mes de Diciembre de 1356. El santo Padre quiso comunicar por sí mismo esta buena nueva al rey de Aragon Pedro *el Ceremonioso*, y al nuevo cardenal á quien dirigió el breve siguiente:

«Inocencio VI, Obispo, siervo de los siervos de Dios, á su querido hijo

Nicolás, en otro tiempo provincial de los PP. Predicadores en el reino de Aragon, y al presente presbítero cardenal de la santa Iglesia Romana, salud y apostólica bendicion. —Cuando el Señor dijo por la boca de sus profetas: «Yo levantaré la casa de David que está arruinada, construiré todo lo que se haya caido, y restableceré todas las cosas como estaban ántes,» daba las instrucciones necesarias á todos aquellos que en lo futuro y en el trascurso de los tiempos tuviesen el honor de ser sus vicarios y los primeros pastores de su Iglesia: el Señor les marcaba y enseñaba el modo como debian elegir los ministros más convenientes y á propósito, y que por desgracia la condicion humana no consiente permanecer por largo tiempo en los cargos que merecieron ocupar. —Este es el motivo por el que despues de haber llenado sus últimos deberes muchos ilustres cardenales, que debieron considerarse como firmes y sostenedoras columnas de la Iglesia, si la muerte no tuviese la costumbre de reducir el número de aquellos, cuyas virtudes les hacen tan respetables y necesarios. Por lo tanto, hemos pensado sériamente en reemplazarlos con otros sabios y santos varones, capaces de llenar con el mismo honor aquel alto ministerio, sosteniendo sus cargos bajo el mismo pie é igual solicitud. Con el grande objeto que la eleccion que el Señor hace por sí mismo, como así lo creemos, y no carezca la Iglesia de sabios y prudentes consejeros que resuelvan sus dudas, ni de poderosos defensores en sus adversidades, hemos determinado que entre los sugetos elegidos y destinados á la púrpura, seais uno, habiendo pensado particularmente en vos, sabedores de las grandes virtudes y apreciabilísimas cualidades con que el cielo os ha favorecido. Nos os daremos segun costumbre el capelo y el título de vuestra dignidad, y os ordenamos que sometais humildemente vuestras fuerzas al cargo que os imponemos, no debiendo diferir vuestra presentacion delante de la Santa Sede, para que con Nos presteis vuestros servicios á la religion, segun las necesidades de la Iglesia. Dado en Aviñon á 10 de Enero del cuarto año de nuestro Pontificado.» (Es decir, el 23 de Diciembre de 1356.)

Zurita, en los *Anales de Aragon*, manifiesta que el Rey y el P. Nicolás se hallaban en Zaragoza cuando se recibieron las cartas de Su Santidad el 21 de Enero de 1357: este príncipe fué en seguida al convento de los PP. Predicadores, para tener el placer por sí mismo de colocar en las manos del nuevo Cardenal el breve del soberano Pontífice. Añádese que la impresion que esta nueva produjo en esta ocasion en uno y otro no fué la misma. El humilde religioso, que no esperaba semejante honra, no podia salir de su sorpresa. Roselli debia manifestar su gran reconocimiento á su soberano, pero su corazon no podia regocijarse con aquel cambio de situacion; así es que en la carta que escribió al Pontífice le decia que la Iglesia no veria sino

con la mayor admiracion que Su Santidad hubiese puesto los ojos sobre un sugeto, que era el más inferior de los hombres y el desprecio de las gentes, para elevarlo desde el polvo de la tierra y hacerle sentar entre los príncipes de la Iglesia. Las virtudes de este modesto Cardenal no podian hacer dudar de la sinceridad de sus sentimientos, que manifestaba con tanta verdad y sencillez. El rey de Aragon, por el contrario, no pudo ménos de hacer pública la grande satisfaccion y contento que experimentaba por esta promocion, mayormente no habiendo conocido en su tiempo que ninguno de sus súbditos hubiese sido honrado jamás con la púrpura romana: proponiéndose el dar por su mano al nuevo prelado el capelo de cardenal, y de celebrar esta ceremonia con toda la ostentacion y aparato posible, suplicó al Papa, por medio de su embajador Bernardo de Thous, enviase el capelo al cardenal Roselli en los mismos términos que le habia enviado á Pedro de la Forest, arzobispo de Ruan y canciller de Francia, que en la misma promocion acababa de ser hecho presbítero cardenal del título de los Doce Apóstoles. Pero el papa Inocencio VI respondió á S. M. que el parecer de todos los cardenales era que no se necesitaba derogar la antigua costumbre, y que el cardenal de los Doce Apóstoles no habia recibido el capelo en Ruan, pues por razones particulares se le habia enviado á Burdeos, adonde habia pasado con el carácter y cualidad de nuncio apostólico, para tratar de ajustar la paz entre la Francia y la Inglaterra. El acomodamiento que el cardenal Roselli estaba encargado de negociar entre las cortes de Roma y la de Aragon, no le permitieron diferir más su marcha. Habiendo pasado por Barcelona en ocasion que los priores de la provincia se habian reunido para la eleccion de un nuevo provincial, todos aquellos religiosos, para manifestarle de una manera más cordial lo muy satisfechos y contentos que siempre habian estado con su gobierno, tuvieron el mayor placer en poderle enviar todos sus votos, suplicándole se dignase por sí mismo de nombrar su sucesor, no dudando que el superior que recibieran de su mano, marchase por la misma senda que él habia seguido gloriosa y constantemente, para perfeccionar más y más todo el bien á que habia dado principio en esta vasta provincia tan extendida cual lo eran los estados del rey de Aragon. El Cardenal correspondió como debia á esta señalada muestra de confianza, y su sucesor no desmintió jamás la buena eleccion del cardenal. El papa Inocencio VI, habiéndole recibido en Aviñon con los mayores testimonios de bondad, le dió desde luego el capelo y el título de S. Sixto, que conservó hasta la muerte. Como tanto se le habia suplicado nombrase su sucesor en el cargo de provincial, el Santo Padre nombró igualmente para el de inquisidor general de Aragon al religioso que le designó este Cardenal, y el que juzgó más capaz y á propósito para desempeñar aquel empleo. La eleccion recayó en el sabio

Nicolás Eimerych. Pero como los intereses de la Santa Sede y los de su soberano ocupaban igualmente el corazon y vehementes deseos del cardenal de S. Sixto, para conseguir un acomodamiento feliz, trabajó con tanto celo y constancia para lograr el éxito y hacer cesar las quejas mútuas, que hacia tanto tiempo habian turbado la buena inteligencia entre las dos cortes, que por fin tuvo la gloria de llegar á un feliz resultado y á una perfecta reconciliacion. Todos los artículos del convenio fueron acordados á satisfaccion de ambas partes, y el tratado fué firmado en Gerona el 24 de Setiembre de 1359. Para enumerar y referir los hechos y laudables acciones de este piadoso y celoso Cardenal, seria preciso narrar casi la historia de los cinco últimos años del pontificado de Inocencio VI. Se sabe con la mayor certeza que este Papa le habia mandado permaneciese incesantemente cerca de su persona para trabajar juntos, haciendo uso de su talento y profundos conocimientos, para atender á las necesidades presentes de la Iglesia, y en todo lo tocante á la religion; y efectivamente esta fué la más ordinaria y frecuente ocupacion del cardenal de S. Sixto. Los cardenales que entónces existian eran muy pocos, y de estos algunos muy jóvenes, á quienes faltaba la necesaria experiencia, y la mayor parte de los demás, que habian envejecido en el servicio de la Iglesia, se encontraban generalmente empleados en diferentes legaciones. Al cardenal Roselli ciertamente no se le cometieron esta clase de negociaciones; pero por lo ménos compartia con un pequeño número de prelados el despacho de todos los asuntos de consideracion, que se mandaban á la Santa Sede. En medio de estas importantísimas ocupaciones, nunca le faltaba el tiempo necesario para dedicarse á la oracion y á sus demás ejercicios de piedad; pues áun cuando habia mudado de estado, dice un autor, no habia cambiado nada en sus costumbres y género de vida: *Mutato vero statu, pristinum vivendi genus non mutavit.* No solamente llevó siempre el hábito de su Orden, sino que observó constantemente las constituciones regulares, viviendo con la misma frugalidad, la misma modestia y recogimiento que tenia siempre en el claustro. El más dulce ocio que concedia á su espíritu, cuando podia disponer de algunos momentos, era la lectura ó la composicion de algunos libros. De todas las obras que se le atribuyen son realmente suyas las tres siguientes, que publicó despues que fué revestido con la púrpura cardenalicia. 1.° *Su Comentario sobre el Evangelio segun S. Mateo.* — 2.° *Un tratado histórico de los Pontífices romanos.* — 3.° *Otro relativo á la jurisdiccion de la Iglesia romana sobre el reino de las Dos Sicilias.* D. Nicolás Antonio, en su *Biblioteca hispana*, hace mencion de la primera de estas tres obras, y Ciaconius asegura haber visto en Roma los manuscritos de la segunda y tercera, y de los cuales se conservan algunos ejemplares en la Biblioteca del Vaticano. El contínuo trabajo y

su asídua é infatigable aplicacion á los negocios de la Iglesia alteraron la salud del piadoso Cardenal. Su enfermedad, más poderosa que los remedios, avanzaba de dia en dia; y los médicos del Pontífice juzgaron á propósito y le aconsejaron el cambio de aires y de localidad; el enfermo aprovechó aquel consejo y la ocasion para alejarse del tumulto de la corte, ménos con la esperanza de recobrar sus fuerzas y salud, que por el deseo de dedicarse más á Dios y á si mismo en el reposo de su retiro. Partió, pues, de Aviñon á fines de Noviembre de 1361, eligiendo desde luego su convento de Mallorca, donde le llamaba su afecto, su tranquilidad y sosiego. El poquísimo tiempo que tuvo el consuelo de pasar en compañía de sus hermanos, le empleó y sábiamente le aprovechó, para no ocuparse de otra cosa que de la esperanza de disfrutar los bienes futuros. Hizo distribuir á los pobres de todo cuanto podia disponer, y debia á los beneficios y munificencia del Papa y del Rey; repartió su biblioteca entre los conventos de Barcelona y Gerona. Las religiosas de Monte Sion, cuyo fundador habia sido, heredaron los efectos de su capilla, es decir, sus vasos de oro ó de plata, y sus más preciosos ornamentos. Se conserva todavía en este mismo monasterio el testamento que habia hecho en presencia de dos prelados de su Orden, Arnaud y Gregorio, el primero obispo de Urgel y el segundo de Marruecos. Este documento lleva la fecha de 28 de Marzo de 1362, pocos meses ántes de la muerte del papa Inocencio VI; y el Cardenal de San Sixto, teniendo solamente cuarenta y ocho años, terminó su gloriosa carrera, igualmente sentida en la corte de Aragon que en la de Roma, pero llorado más sinceramente y con mayor pesar por sus hermanos, á quienes siempre edificó desde su tierna infancia, y á los que constantemente se habia desvivido por procurarles todos los bienes posibles. Si bien en otro tiempo habia señalado su sepultura en el templo de los Dominicos de Barcelona, cerca del panteon de las dos infantas de Aragon, quiso en su postrera voluntad que su cuerpo fuese enterrado en el convento de Mallorca, donde se habia consagrado al Señor á la edad de trece años. Además de las obras referidas, este sabio religioso habia escrito otras varias ántes de su promocion. Dúdase que el *Tratado de la unidad de la Iglesia contra el cisma* sea suyo, pues algunos lo atribuyen á Guillermo Eysengrin. Pero se encuentra en los archivos de la Orden en Barcelona una historia compendiada de la Orden de PP. Predicadores, que lleva el nombre de Nicolás Rossell. El ilustre D. Francisco Peña, auditor de la Rota, que alguna vez cita este escrito, en muy pocas palabras hace el elogio de su autor, diciendo que se habia hecho muy célebre en los estados del rey de Aragon, por su extraordinaria erudicion y por la santidad de su vida: *Erat in regnis Aragoniæ ea tempestate, eruditione et sanctitate clarus Nicolaus Rossell. S. R. E. Cardinalis.* Fran. Peña, in Vita Nic. Eymerici.—A. L.

ROSELLÓ Y SUREDA (D. Antonio). Fué catalan, y sus padres, aunque honradísimos, bastante pobres, por lo cual no habrian podido darle la educacion tan esmerada como habrian querido, si él no se hubiese cobijado en una casa de religiosos Trinitarios de un pueblecito cerca de Barcelona. Allí hizo sus estudios con muy buen éxito, siendo desde luego muy á propósito para el púlpito, al cual le dedicaron como era consiguiente. Cuando la exclaustracion de los religiosos en España (año 1834) vino á la corte á predicar, y lo hizo con muchísimo fruto, porque á su capacidad y estudios agregaba un celo evangélico notable; así que no reparó nunca en los peligros que el decir la verdad suele llevar consigo, y alguna que otra vez tuvo disgustos por este motivo. Rigió con acierto el Oratorio de nuestra Señora de Gracia por algunos años, y luego que se celebró el Concordato entre Su Santidad y la Reina en 1852, para evitar el que le diesen una prebenda, como deseaba Monseñor Brunelli, nuncio de Su Santidad en estos reinos, se retiró á un curato pequeño del arzobispado de Toledo, donde acabó sus dias con el mayor sosiego y casi en el púlpito, pues solo cuarenta y ocho horas duró su enfermedad, contraida predicando. No tenemos más pormenores acerca de este respetable religioso. — G. R.

ROSELO (P. Fr. Juan), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula, natural de la Bretaña francesa, en cuya provincia vivió, distinguiéndose mucho como predicador. Ignóranse las principales circunstancias de su vida, aunque los autores han elogiado, y no sin razon, muchas de las cualidades que en ella le adornaron, pues á una elocuencia y erudicion no vulgares, unia una extremada virtud, que fué sin duda lo que más le distinguió é hizo brillar en los púlpitos, pues la palabra sin el ejemplo es un sonido vano, que ni produce ni puede producir los mayores efectos. Pero unidas ambas, forman ese perfecto conjunto que tanto distingue al orador y le permite llevar á cabo su designio de una manera conforme á la institucion noble y santa de que se halla encargado. Muchas fueron las conversiones que llevó á cabo este religioso, y cuya relacion se lee bastante extensamente en las crónicas; pero el estilo en que se hallan referidas, y más que todo las circunstancias que las adornan, nos impiden dar su detenido análisis, aunque lo hiciéramos con gusto y hasta con la fruicion que se experimenta al referir triunfos que puede mirar como propios el que pertenece á la religion en cuyo beneficio se obtuvieron. Prescindiremos, pues, aunque con sentimiento de ellos, que tal vez no tarde en presentársenos ocasion de hablar en general de este punto tan notable como importante. — S. B.

ROSEMBERG (Conde de), religioso cartujo, conocido en la órden de la Trapa con el nombre de Fr. Arsenio de Janson. La experiencia ha demostrado constantemente que tienen mucha ménos fuerza y valor las palabras

que los hechos para inclinar á los hombres á la práctica y ejercicio de la virtud, y que el ejemplo tiene más influencia é impresiona más intensamente os corazones que la elocuencia más pomposa y florida. Esta es la razon por la que puede considerarse como un acabado modelo la perfecta y ejemplar vida del hermano Arsenio de Janson, religioso de la Trapa, no solamente para las almas justas, sino tambien para aquellas que despues de haber renunciado al pecado, permanecen desgraciadamente con algunas dudas en el camino de la salvacion. Bastará leer con viva atencion los rasgos de la vida de este gran siervo del Señor, llevando la mira de imitar sus grandes virtudes, y se hallarán ejemplos bastantes para amar la penitencia, la humildad, la mortificacion, el desprendimiento del mundo, el afecto á la oracion y comunicacion con Dios. Secundados además por la divina gracia, podrán unir en esta lectura, á la admiracion que en sí produce el deseo de imitar las virtudes de un varon, de ménos valer por su esclarecido nacimiento, comparado con las resplandecientes virtudes que en él brillaron, con que Dios le favoreció desde el instante de su conversion. Fr. Arsenio nació en París el dia 12 de Febrero de 1635. Sus padres fueron Laureano de Fourbin y Genoveva de Brianzon, ambos desendientes de casas muy ilustres y distinguidas en Provenza. El jóven Francisco Toussaint, que fué el nombre que recibió en la pila, fué criado y educado por sus padres como verdadero cristiano, haciéndole ejercitarse en la práctica de las virtudes correspondientes á un niño de ilustre nacimiento. Desde sus más tiernos años se conoció que Dios se complacia en colmarle de su gracia y de abundantes bendiciones. En tan cortos años tenia un placer singular en dedicarse á leer la sagrada Escritura y demás libros de devocion que hallaba á mano. El beneficioso fruto que sacó de su asídua lectura, fué el de que se imprimiera en su corazon un perfecto conocimiento de las verdades del Evangelio, y un amor tan entrañable á las mismas, que conservó sin alteracion toda su vida, á pesar de haberse visto obligado á vivir algun tiempo con jóvenes de su edad y condicion, que eran bastante desarreglados. El cruel y vigilante enemigo de nuestra alma trató de destruir en Arsenio la preciosa semilla de la gracia, para retardar ó para impedir sus frutos, y desgraciadamente esta fatal tentativa no le salió mal, por lo ménos durante un período de tiempo bastante largo. Habiendo llegado á la edad de la razon, y encontrándose entre dos tan opuestos caminos, de los cuales uno le habia de conducir á la celestial Jerusalen, y el otro á los abismos de la Babilonia infernal; fatalmente, á pesar de los consejos de sus buenos padres, siempre consagrados y atentos á su bien y perfeccion, tomó la via de perdicion, abandonando la salvadora y cristiana por entregarse á los falsos placeres del mundo. Apénas habia cumplido veinte años, cuando guiado por un falso punto de honor,

despreció las leyes divinas y humanas, las censuras eclesiásticas, y áun las severas penas con que el Rey castigaba los duelos, admitiendo un combate con unos amigos suyos contra otros señores, y matando en el lance á uno de sus enemigos. Viéndose precisado, por lo tanto, á buscar un asilo ó refugio en un país extranjero, que no podia encontrar sin riesgo en su patria, se dirigió á Alemania, donde bien pronto adquirió relaciones y la amistad de muchos soberanos á quienes cautivaba con su dulzura natural, sus finos modales y su agradable y encantadora conversacion. No se tardó en conocer su inclinacion á la milicia y á los hechos de armas, y obtuvo un empleo importante en el ejército del Emperador, que estaba reunido y preparado para oponerse á las conquistas de los turcos en Hungría. En muchas ocasiones dió pruebas de su gran valor y de una extraordinaria intrepidez, y se distinguió brillantemente, cuando se hizo levantar el sitio que tenian puesto los turcos á Viena, en la toma de Buda, y en la destruccion de la flota otomana. Habiendo adoptado el ejercicio de las armas, nuestro jóven guerrero se entregó á la vez á todos los vicios que ordinariamente caminan unidos á una profesion tan azarosa para la salud. Veamos lo que él mismo dice en el particular en algunos escritos, que se han encontrado firmados de su mano, y de los cuales se han tomado apuntaciones para referir su vida compendiada. Los escribió dos años ántes de su muerte, para encontrar motivos continuos de confusion, y para crearse una especie de barrera contra el amor propio y la vanidad; si bien por entónces ya habia avanzado mucho en el camino de la perfeccion. *La ambicion*, dice, *la vanidad y el orgullo eran el principal móvil de todas mis acciones. Mi afan por los placeres, mi envanecimiento por una reputacion que no habia merecido, mi ingratitud hácia Dios, y la profanacion que hacia de las iglesias, me volvian un objeto de horror á los ojos del Criador, miéntras que al mismo tiempo los hombres me llenaban de elogios y de aplausos.* Sin embargo de lo abandonado y entregado que estaba á aquellos desórdenes, bastante frecuentes y comunes en la noble juventud dedicada á la profesion de las armas; no dejaba Dios de hablarle de cuando en cuando, y muchas veces al corazon, con advertencias de un buen padre, y alguna vez le afligia con dolencias bastante molestas. Esto fué lo que muchas veces le inclinaba á tomar la resolucion de mudar de conducta radicalmente; pero apénas se volvian á presentar las mismas ocasiones, cuando no tenia voluntad ni fuerzas para resistirlas ni huirlas. Hizo un nuevo y mayor esfuerzo para enmendarse, pero le fué tambien inútil, y desde entónces no pensó más en contenerse. Habiéndose declarado la guerra entre la Francia y el Imperio, Francisco renunció el destino que tenia en el ejército imperial, dejó la Alemania y trató de volver á Francia bajo el falso nombre de Rosemberg. Una fidelidad

tan rara hizo cerrar los ojos al rey, y aunque no le permitió se presentase á su presencia, le dió una comandancia en un regimiento aleman. Durante la primera campaña, que él hizo con la cualidad de mayor, vió caer muerto á su lado al coronel de su regimiento, y áun entonces su vida corrió un gran peligro. La Divina Providencia lo dispuso así para dar un nuevo ataque á su corazon, haciéndole comprender interiormente lo que él manifestó despues en el escrito ántes citado, y queriendo asegurar su salvacion, el único y mas importante negocio que él tenia, le era necesario separarse del mundo y retirarse á la Trapa para hacer penitencia. Pero Rosemberg, estando ya muy acostumbrado á descuidar los movimientos de la gracia, olvidó bien pronto aquella divina inspiracion. Dios, este padre tan tierno, no le abandonó á pesar de todo eso. El Señor corrió cerca de este hijo fugitivo, porque le amaba, y queria salvarle á cualquier precio que fuese, para lo cual creyó deber emplear algun castigo riguroso. El Conde recibió en Marsella muchas heridas mortales, quedando tendido entre los muertos un considerable espacio de tiempo, sin ningun conocimiento: por fin le recobró, pero encontrándose mal herido, desangrado, y sin medios para escapar y salir de aquel conflicto, esperaba la muerte por momentos. Algunos soldados del ejército enemigo, que habia sido puesto en derrota, se aproximaron á él y le despojaron completamente. Despues de amenazarle muchas veces con quitarle la vida, se la dejaron, por último, por disposicion particular, lo poco que de ella le quedaba. En este angustioso y desgraciado estado, nuestro guerrero no tuvo recuerdo ni volvió los ojos hácia su Criador. No pensó ni en pedirle perdon, ni implorar su auxilio, dejándole la Providencia envuelto en espesas tinieblas, permitiendo que este hombre ciego de los ojos del espíritu, perdiese de vista el camino del verdadero bien, á fin de que la sola mano de Dios tuviese toda la gloria de volverle la luz. Poco tiempo despues, algunos soldados de su regimiento reconocieron la lánguida voz de su mayor, que les pedia socorro en aleman; le condujeron fuera del campo de batalla, y los cirujanos encontraron que dos de sus heridas eran mortales; desesperaron de su vida, por lo que no trataron de curarle, por el temor de precipitarle la muerte. Sin embargo, y con las precauciones debidas, fué nuevamente conducido con otros heridos á Pignerol, destinándole para alojamiento el colegio de los Jesuitas. Entónces se tuvo una nueva consulta facultativa, de la que resultó, que para curarle era necesario amputarle una pierna destrozada por una bala de cañon; pero conviniendo al mismo tiempo en que no se podia practicar esta operacion por estar contraindicada por una herida mortal que tenia en la cabeza, de modo que para curarle esta era necesario trepanarle, lo que tampoco permitia el mal estado de su pierna, conclu-

yendo, por último, con que el Conde no podia escapar de una terminacion funesta. Pero el Médico Todopoderoso para quien ninguna enfermedad es incurable, como dice San Agustin, se reservó la curacion de este cuerpo abandonado de los hombres, para emprender en seguida la de su alma que le era tan cara. Un religioso de la casa donde estaba alojado comenzó á hablar al desahuciado de la eternidad y de los juicios de Dios, exhortándole á reconciliarse con él por medio del sacramento de la penitencia. El Conde consintió de boca, pero no en su corazon (como él mismo manifiesta); conservaba siempre su primitivo endurecimiento. En aquel estado, sin embargo, el Padre de las misericordias tuvo á bien arrojar sobre él la semilla preciosa que debia algun dia producir su conversion. El Conde, penetrado del espíritu del Señor, y aprovechando un pequeño intervalo de conocimiento en el cual experimentó muchos desvanecimientos, exclamó entónces más bien con el corazon que con la boca estas palabras: *Señor y Dios mio: si teneis á bien concederme la gracia de conservarme la vida, os prometo firmemente hacerme religioso de la Trapa.* Poco despues reiteró aquella promesa, que dichosamente fué escuchada. Cuando se trasportaron los demás heridos á Francia, el hermano Arsenio, con el auxilio del soberano Médico, se halló igualmente en disposicion de ser conducido á Lion, no presentando ningun peligro, en cuya ciudad recobró por completo una perfecta salud. ¡Mas quién lo creyera! El Conde favorecido y colmado de tantas mercedes por la divina clemencia, curado por un evidente milagro, no se acordó más de los beneficios recibidos, olvidando la formal promesa que habia hecho, abandonándose nuevamente á su pasion desenfrenada á los placeres del mundo. Habiéndose hecho la paz, dimitió su empleo militar, y se vino á París, para no pensar en otra cosa que en reponerse de las fatigas de la guerra, y disfrutar del bienestar y comodidades que abundantemente le proporcionaba la casa de su hermano el marqués de Janson. Su vida durante los tres años que permaneció en París no fué otra cosa que un completo olvido de Dios, y sin embargo en el colmo de su ingratitud el Padre de las misericordias, siempre lleno de amor, se ocupaba con la mayor eficacia de aquel desconocido á sus beneficios, tratando de encerrarle en el arca para evitarle un funesto naufragio, y salvarle de aquel diluvio universal, donde perecen tantas criaturas, que se pierden en la vida licenciosa del siglo. Habia llegado el momento fijado por los decretos eternos, momento en el cual debia triunfar la divina misericordia del corazon vacilante y rebelde del Conde, momento en que éste habia de conseguir sobre sí mismo una victoria sumamente admirable. Fué atacado de un dolor en sus entrañas tan vivo y tan agudo, que durante su sufrimiento acerbo, no pensaba únicamente en otra

cosa que en proporcionarse algun remedio que calmase sus tormentos. En esta ocasion fué cuando le tocó en el corazon. Este corazon obstinado y tantas veces rebelde, se volvió en un instante enternecido, contrito y humilde. Despues de haber reflexionado maduramente sobre la enormidad de sus faltas, y las infinitas misericordias que Jesucristo le habia dispensado, exclamó dolorido: *¡Quién soy yo, Señor! Si atendeis á vuestra justicia, no ha habido momento de mi vida que no merezca un infierno particular; pero contando con el poder de vuestra misericordia infinita, tened piedad de mí.* Desde aquel instante ya no fué el mismo, no pensando en otra cosa que en aprovecharse de la extremada clemencia de su Redentor. Sin detenerse, mandó buscar al Rdo. P. Massillon del Oratorio, cuya práctica y experiencia en la buena direccion de las almas era bastante conocida, y que uniendo la predicacion del Evangelio con una vida muy ejemplar, exhortaba á los pecadores á que hiciesen penitencia, tanto con su ejemplo como con sus buenos consejos. El Conde se prosternó á sus pies, descargándose por medio de una confesion humilde y sincera de la grave carga de sus pecados, reconociendo su magnitud y enormidad, y detestándolos con todo su corazon. En aquel acto sacramental fué cuando descubrió al santo confesor la promesa que tenia hecha á Dios de retirarse del mundo, ingresando en la órden de la Trapa, cuando las graves heridas que recibió en la última accion le pusieron en tan gran peligro de perder la vida. El sábio director quiso enterarse y saber bien todos los detalles y circunstancias del suceso, y despues de haber reflexionado maduramente, le manifestó que una promesa de aquella naturaleza era un verdadero compromiso contraido con Dios, que le obligaba no solamente á hacerse religioso, pues que esta determinacion exigia una particular vocacion, sino que por lo ménos era preciso se dirigiese á la Trapa, y allí implorase del cielo las luces necesarias para reconocer la voluntad de Dios. El Conde se alarmó un poco al considerar la obligacion que se le imponia, y poseido por el comun enemigo, y por el amor propio que no se habia extinguido enteramente, trató de presentar algunas dificultades al cumplimiento del consejo de su director. Este celoso padre le hizo desistir de sus reflexiones con palabras llenas de caridad, dándole reglas para arreglar su conducta, dejando para más adelante el examinar y acordar lo que debia hacerse respecto de la solemne promesa que habia hecho. A pesar de todo, el Señor, este cariñoso Padre, lleno de amor para el hijo pródigo, que por fin vino á Dios, y al que largo tiempo hacia le tenia preparada la ropa blanca y el banquete de alegría, le recibió con la mayor ternura entre sus brazos, y dió la última mano á su conversion. Entónces fué cuando el Conde comprendió que á sus grandes males debia aplicárseles remedios violentos; se llenó de temor al considerar el pe-

ligro de volver á caer en los lazos mundanos de su primer estado; reconociendo por su propia fragilidad, tantas veces puesta á prueba, que era preciso y muy necesario huir las ocasiones del siglo, y no buscar otro asilo que el claustro. La idea de la Trapa ya le inquietaba mucho ménos, por el contrario, le lisonjeaba agradablemente. Despues de hacer sólidas reflexiones sobre las vanidades del mundo y bienes terrenales, resolvió volverle la espalda para siempre, á fin de marchar con más seguridad por el camino de la salvacion, determinándose, por último, á combatir hasta la muerte bajo la santa enseña y glorioso estandarte de la Cruz. Apénas se verificó este cambio prodigioso, el nuevo soldado de Jesucristo pensó en prepararse las armas para servir en la milicia que pretendia abrazar. En la idea de hacerse el más propio para aquel nuevo estado, se dedicó desde luego con el mayor ardor á leer las obras del abate Rancé, reformador de la Trapa, y á estudiar cuidadosamente en su Tratado acerca de los deberes de la vida monástica sus saludables consejos, y todas las reglas que necesitaba saber para poner debidamente en práctica el designio que meditaba; designio mucho más importante y de más difícil ejecucion que todos los grandes proyectos de su vida pasada. Finalmente, él volvió estas nuevas armas contra sí mismo, y no pensó más que en combatir los enemigos exteriores, pero tratando de sujetar los interiores, con los cuales se habia familiarizado por tanto tiempo. Se disponia, pues, para dirigirse á la Trapa, pero no teniendo más voluntad que seguir que la que Dios se sirviese indicarle, y con el consejo del P. Massillon, al que participó con el mayor placer la victoria que habia conseguido sobre sí mismo, difirió únicamente su marcha hasta el regreso del marqués de Janson, su hermano, que en aquella época mandaba á los mosqueteros que estaban en Flandes. Tan pronto como éste volvió á París, se dirigió á casa del Padre, á quien suplicó le comunicase su última resolucion. El marqués se sorprendió notablemente al darle parte de aquella novedad, mas sin embargo, no pudo rehusarle el consentimiento que le pedia, con el temor en otro caso de oponerse á la voluntad del Señor. Rosemberg, desligado de todos los lazos que pudieran detenerle y contrariar sus firmes propósitos, abandonando á sus amigos, á sus parientes, á el mundo, y con él todo lo que podia esperar y prometerse de sus apariencias engañosas, corrió á entregarse á la penitencia más dura. Como el ciervo intranquilo suspira cerca de las fuentes, del mismo modo el Conde suspiraba en la soledad, para imitar y seguir, armado con solo la Cruz, las huellas del Salvador, y no pensar más que en mortificarse á sí mismo. Prosternado á los pies del abad de la Trapa, le declaró el motivo de su viaje, y como la gracia del Espíritu Santo obra prontamente y jamás se demora, suplicó encarecidamente el ser recibido en el acto al noviciado. El sabio prelado

acostumbrado á discernir de dónde proceden los movimientos del corazon, reconoció facilmente que este penitente era la oveja descarriada que el buen Pastor llevaba en triunfo sobre las espaldas en medio del rebaño. Por lo tanto le concedió voluntariamente lo que le pedia, derogando en esta ocasion extraordinaria la costumbre que habia, de que los postulantes se sujetasen durante algun tiempo á la prueba, y le dió el santo hábito de la religion el dia 7 de Diciembre del año de 1702, bajo la proteccion de la Santa Vírgen, á la cual habia tenido siempre el Conde especial devocion. En lugar del falso y pomposo nombre de que se habia servido en el mundo, le impuso el de Arsenio, cuyo nombre pareció comunicarle al mismo tiempo las más eminentes virtudes del santo anacoreta que le habia llevado. Arsenio, cubierto con el hábito ordinario de los novicios como de una especie de armas hechas á toda prueba, consiguió en el mismo instante la victoria más completa que puede esperarse, triunfando absolutamente de sí mismo. Por este dichoso principio dió tan grande idea de los progresos que debia hacer en la práctica de las virtudes, que no hubo ninguno de sus hermanos, ni áun de los religiosos más rígidos, que no fuesen admirablemente sorprendidos. El Padre maestro de los novicios muchas veces le quiso probar como el oro, haciéndole pasar por los límites de la humillacion, mas siempre le encontró muy puro y de buena ley. Siempre ávido de penitencias y mortificaciones, no solamente las abrazaba con placer, sino que aún iba más lejos, y delante de todo lo que parecia repugnar á la naturaleza. Siempre marchó con el Señor, gustando, en un género de vida llena de fatigas y trabajos, la plenitud de los consuelos celestiales. Al mismo tiempo no tenia lugar de admirarse, porque es imposible que en un corazon en que reina solo Dios, no encontrase con él toda la satisfaccion de una verdadera bienaventuranza. Despues de las pruebas del noviciado, se vió con general admiracion que además del cámbio sucedido en el espíritu y parte moral de Arsenio, su cuerpo habia adquirido más fuerzas y más robustez, se habia rejuvenecido, por decirlo así, en medio de las abstinencias más severas, de las vigilias, de los ayunos, del trabajo, y de una contínua mortificacion del alma y del cuerpo. La ceremonia de su profesion se hizo la víspera de la Concepcion de la Santa Vírgen, recibiendo un gran consuelo por su parte, y una igual satisfaccion de todos los demás religiosos, que parecian encantados de la adquisicion que habián hecho en este dia de un sugeto tan digno y tan lleno de virtudes. Arsenio continuó con un progreso tan admirable, que puede decirse marchaba á paso de gigante por el camino de la perfeccion; lo que dió bien á conocer en el viaje que se vió obligado á hacer el año siguiente de Francia á Toscana, para pasar de la abadía de la Trapa á la llamada de Buon-Sollazo. Este viaje se realizó hácia el año de 1704, en el que S. A. R. el

Gran Duque, poseido de aquel gran celo que le inspiraba á cada momento los medios de contribuir á la gloria de Dios, y de procurar las mayores ventajas espirituales á sus súbditos, pidió al abad de la Trapa un número suficiente de religiosos para restablecer en sus estados la nueva observancia de los Cistercienses, en una abadía de la misma Orden, situada al pié del Monte Senario. El abad queriendo secundar las santas intenciones de un príncipe tan piadoso, tenía ya elegidos los sujetos que le parecieron más propios para poner en planta aquel designio, y poniendo los ojos en nuestro Arsenio, quiso ántes de determinarse, descubrir cuál era su parecer en el particular. Pero le encontró sin voluntad propia, muerto enteramente para la misma, permaneciendo entre las manos de los superiores como la cera blanda susceptible de recibir toda clase de impresiones y formas que quiera dársela. Se vió, pues, salir de la Trapa, como un enjambre de jóvenes abejas, nueve religiosos de coro, cuatro novicios, cuatro conversos y un lego, bajo, la direccion de Dom. Malaquías, su abad, hombre de un mérito extraordinario, y muy hábil para dirigir bien las almas. Arsenio partió para Italia con sus hermanos, en medio del invierno, vestido con pobres hábitos, no llevando más que un Breviario bajo del brazo, tan tranquilo y tan sereno como si únicamente pasase de su celda al coro. Durante el alto ó descanso que estos solitarios se vieron obligados á hacer en una casa que su Eminencia el Monseñor Cardenal de Noailles les habia hecho preparar cerca de París; á pesar de estar bastante alejada del ruido de esta gran ciudad, los parientes, los amigos y algunos antiguos criados de Arsenio, se apresuraron para tener á lo ménos el consuelo de verle y de edificarse con su presencia. Más apénas los reconoció, cuando se prosternó con la cara pegada á la tierra, y no mudó de postura hasta que su superior se lo ordenó. En estas ocasiones y en otras muchas parecidas, su alma estaba tan absorbida en Dios, que como otro Bernardo, en viendo el Señor no veia otra cosa, y en escuchándole estaba sordo para todo lo demás. Así es que parecia insensible á las muestras de estimacion y de afecto que le daban sus amigos y parientes, y jamás dijo palabra sin que ántes el abad no le mandase hablar. Hallábase entre sus demás criados un turco que habia hecho prisionero en el sitio de Buda, á quien despues concedió libertad, persuadiéndole que abjurase los errores del mahometismo, y á que abrazase la verdadera religion. Este hombre se arrojó á los pies de Arsenio, que habia sido doblemente su libertador, y se los hubiera besado, si nuestro solitario no le hubiese prevenido, poniéndose de rodillas, abrazándole y diciéndole, que no debia mirarle como á su señor, sino únicamente como su hermano, y áun como su servidor. Todos presentes se enternecieron con esta accion, principalmente el marqués Averardo Salviati, embajador entónces de S. A. R. el Gran Duque cerca del

Rey. Este ministro era el más asiduo y constante compañero de los padres, no solamente para cumplir las órdenes que el príncipe su señor le habia dado para facilitarles y proporcionarles todos los servicios posibles durante su viaje, sino para satisfacer la inclinacion que siempre tuvo, bien atestiguada, á aquellos buenos religiosos, sentimientos que le habian obligado muchas veces á pasar dias en aquella soledad, tratando de contribuir á los deseos de S. A. de llevar cierto número de ellos á Toscana. Quedó tan edificado del raro ejemplo del hermano Arsenio y de las virtudes que en él brillaban, que se le oyó decir muchas veces que le envidiaba su suerte, y que deseaba á cualquier precio que fuese obtener de Dios la gracia de imitarle en una tan santa resolucion. Pero temiendo (como él se decia á sí mismo) que sus pecados no fuesen un obstáculo, habia resuelto, despues que su príncipe le relevase de aquel ministerio, buscarse un retiro cerca de Buon Sollazo para dedicarse únicamente á la ocupacion más importante, cual era la de su salvacion. Sin duda alguna lo hubiera efectuado, si una muerte prematura, pero por otra parte edificante y de un verdadero predestinado, no le hubiera interrumpido el poner en ejecucion su designio y deseos. La modestia y el recogimiento interior del hermano Arsenio fueron tan grandes en todo el viaje, que no se le vió nunca levantar los ojos. Pasando por el Delfinado y la Provenza, fué visitado muchas veces por los magistrados de las ciudades y por otras personas distinguidas, entre otras por el obispo de Marsella, primo suyo. Pero no por eso dejó de persistir en su recogimiento, no viéndosele levantar los ojos para mirar á nadie, ni abrir la boca para dar alguna muestra de sensibilidad á tanto aprecio. Cuando continuando el viaje, se le preguntó por qué no habia hablado ó contestado al obispo de Marsella, que habia venido expresamente para verle, respondió con la mayor sencillez y simplicidad que no lo habia hecho porque sus superiores no se lo habian mandado. Los piadosos viajeros se vieron precisados á detenerse en Marsella para esperar la galera que el Gran Duque les enviaba y que debia conducirlos á Liorna. Miéntras permanecieron en aquella ciudad, Fr. Arsenio recibió una carta de su madre la marquesa de Janson, retirada entónces en un convento poco distante, donde no se ocupaba esta señora más que en obras de piedad; le manifestaba en ella el gran deseo que tenia de verle, y le pedia el permiso de venir á Marsella para darle el último adios, no esperando volverle á ver en este mundo. Arsenio, para demostrar que cuando se trata del servicio de Dios deben evitarse todas las entrevistas que puedan distraernos ó afectarnos, rehusó constantemente esta última muestra de la ternura maternal, y quiso aprovechar esta bella ocasion que se presentaba de mortificarse por el amor de Jesucristo, sacrificándole aquel que tenia por su madre. No puede expli-

carse lo edificante que fué aquel grande sacrificio á los ojos de todos los que saben juzgar sanamente de las cosas. Observó durante todo el viaje un notable silencio, como si hubiese permanecido en el monasterio. Se ocupaba sin cesar en la lectura de algunos libros espirituales, ó en el ejercicio de la oracion, no perdiendo un solo momento en todo el tiempo que duró aquel viaje. Durante el curso de una larga y penosa navegacion, no se le vió jamás inquietarse, ni salir una sola vez de la cámara de popa de la galera, para tomar el aire y dar algun esparcimiento á sus sérias ocupaciones. Tampoco habia advertido á su superior que el marqués de Janson, su hermano, era gobernador de la villa y ciudadela de Antibes; así fué que se vió muy sorprendido al ver, cuando la galera entró en el puerto, los agasajos extraordinarios que hizo el comandante, el cual, despues de haber buscado y reconocido entre los demás religiosos á Fr. Arsenio, le cumplimentó y le dió todas las muestras de estimacion y de respeto que pudiera imaginar, ofreciéndole servir en todo aquello que de él dependiese. Arsenio, sordo á sus cumplidos, tenia siempre los ojos dirirgidos á la tierra y permanecia en el mismo silencio y recogimiento, conservando un exterior tan compuesto, que bastantemente indicaba que su interior se hallaba en la misma situacion. Esta conducta edificó más á todos los que se hallaban presentes, y excitó en ellos más sentimientos de compuncion que si hubiera contestado ó correspondido á sus cortesanías. Finalmente, nuestros religiosos llegaron á Toscana, y en Pisa fueron recibidos por el Gran Duque con la mayor bondad y cordialidad. Este príncipe preclaro y entendido, al punto supo distinguir entre los demás el mérito y la virtud de Arsenio; despues de haberle considerado atentamente y observado su gran compostura y recogimiento, conoció claramente por estas evidentes señales que su interior correspondia á su exterior. S. A. R. le dejó partir para su tan deseada soledad de Buon-Sollazo, y con la espezanza de ver multiplicar en sus estados estas nuevas plantas, colmó á aquellos religiosos de gracias y de beneficios. Arsenio llegó con sus hermanos á aquel sitio y renovó su acostumbrado fervor. Más inflamado que nunca de olvidar todo lo que no fuese correspondiente á Dios, parecia que únicamente su cuerpo permanecia solo en la tierra, puesto que su espíritu estaba siempre ocupado de las cosas celestiales. Miéntras que tan patente era su humildad, que no respiraba más que penitencia y mortificacion para castigar la carne que en otro tiempo la habia hecho disfrutar todas las delicias del mundo, no habia otro sentimiento en su alma que el de la alegría y satisfaccion, de modo que aquel desierto y aquella nueva soledad, por la que tanto tiempo hacia que suspiraba, con la esperanza de que le suministraria nuevas fuerzas para sufrir se encontró para Arsenio trocada en un tesoro de consuelos; esta era la

causa por la que siempre se le observaba un semblante placentero, y con solo su vista consolaba y alegraba á sus hermanos. Pocos meses ántes de su fallecimiento, hallándose un religioso dominado vivamente de una gran tentacion, se aproximó al siervo de Dios, y solamente con considerar la santa alegría que manifestaba en su rostro, se encontró enteramente libre de ella. Algunos arquitectos se apercibieron de la poca seguridad que ofrecian los cimientos de la antigua iglesia de Buon-Sollazo, y que amenazaban una ruina inminente, y fueron de parecer se construyese una nueva en sitio más sólido y firme y más conveniente. En seguida S. A. R. mandó se procediese á su construccion, pues este piadoso príncipe no permitió jamás dejar una obra imperfecta cuando se trataba de la gloria de Dios, que era el único objeto de todas sus acciones; entre tanto concedió un nuevo retiro á los religiosos en la abadía de San Sabino, cerca de Pisa. Su Eminencia el Cardenal de Janson, tio de Fr. Arsenio, se sorprendió agradablemente viendo el cambio extraordinario que la gracia habia obrado en él, tanto en beneficio de su alma completamente purificada y respirando santidad, cuanto por el cuerpo, hallándole más robusto y vigoroso. Permaneció gustosamente con el sobrino al rededor de dos horas, y tanto le encantaron las palabras abrasadas del divino fuego que salian de la boca de nuestro solitario, que no pudo contener sus lágrimas, no cesando de admirar el poder de Dios, que en un instante puede causar en un alma tan grandes resoluciones y producir maravillas tan sorprendentes. Efectivamente, es admirable que un hombre de buena cualidad y de buena posicion, acostumbrado á disfrutar de todas las comodidades imaginables, tanto en trajes como en casas y buena mesa, querido y estimado por todo el mundo y en una edad ya madura, renuncie á todas estas ventajas por el solo amor de Jesucristo y se obligue con votos solemnes á observar una perfecta pobreza, vestir un grosero hábito, alimentarse con unas pocas legumbres mal aderezadas y condimentadas, y contentarse, en fin, con habitar en una reducida y estrecha celda y tener una tabla por cama. Es igualmente digno de admirar el que un jefe militar, acostumbrado á mandar y á bañar sus manos en la sangre de sus enemigos, dé muerte á su propia voluntad sometiéndose sin la menor reserva ni contradiccion á las órdenes de un superior, exponiendo con el mejor corazon su propia existencia al martirio de la penitencia; martirio, segun el parecer del gran P. S. Bernardo, más dulce á la verdad que aquel por el cual los verdugos ejercen su sanguinario oficio, pero por otra parte más difícil de soportar, porque no concluye tan pronto. Las maravillas que aún quedan que admirar en el bendito Fr. Arsenio, son todavía mucho mayores si echamos una simple ojeada sobre las singulares virtudes con que el Señor se dignó enriquecer esta alma, para prepararla, por decirlo así, un eterno y santo descanso. Aun-

que este excelente varon las poseia todas en grado eminente, sobresalia sin embargo en la de la humildad, virtud que puede mirarse como la base y fundamento de todo el edificio espiritual. No descuidaba nada de todo lo que creia podia contribuir á aumentársela. Se ocupaba con preferencia en los oficios más viles de la casa, juzgándose incapaz de desempeñar otro empleo, y haciendo de modo con sus reiteradas instancias que el P. abad le destinase siempre á aquellos bajos oficios, siendo para él la mayor y más grande mortificacion cuando los superiores se veian obligados por sus indisposiciones á encargárselos á otro. No respiraba más que el desprecio de sí mismo, huyendo siempre de los honores y de los aplausos, considerándose como la criatura más abyecta y el mayor pecador del mundo; se creia digno y merecedor de todos los oprobios imaginables y de los más severos castigos. Durante su estancia en Marsella, se arrojó un dia á los piés de dos galeotes que habian servido en su regimiento, asegurándoles que más que ellos merecia la pena que ellos estaban cumpliendo y sufriendo, y que él los reemplazaria de buena gana á trueque de devolverles la libertad; y aunque siempre estuvo muy léjos de influir en los asuntos del siglo, siguiendo el consejo del apostol, sin embargo, su caridad y magnánimo corazon no le permitia dejar sin consuelo á estos pobres desgraciados; así fué que se interesó por ellos y consiguió obtener su libertad. Lo que principalmente le producia y sostenia estos grandes sentimientos de humildad, era la constante atencion que prestaba á tener siempre presentes sus pecados y considerar su enormidad. Penetrado de un pesar y dolor infinito de haber ofendido á la Majestad Divina, que tanto amor le habia manifestado, y del que le habia dado tan señaladas muestras, se persuadió de que no habia en el mundo otro que fuese más criminal que él. De aquí provenia el que condenase con el mayor rigor sus más pequeñas faltas, excusando siempre las de los demás. El no se apercibia ni consideraba sino todo lo bueno que notaba en sus hermanos. Ni tampoco habia para él mayor alegría que cuando sus superiores, atentos y condescendientes á secundar sus deseos, le procuraban ocasiones de merecer más, cuando le reprendian con alguna severidad en el capítulo, ó sus hermanos le nombraban por alguna falta involuntaria, y finalmente cuando alguna vez se le imponia alguna de las penitencias extraordinarias que se acostumbraban entre los cartujos. De esta humildad, como de una fuente muy pura, nacia la particular estimacion que hacia de la obediencia. Era muy exacto en la observancia de la regla, y jamás tuvo otra voluntad que la de sus superiores; acudia y llamaba á los reglamentos, que marcan hasta las menores acciones de los religiosos de la Trapa, sus armas, su fuerza y su defensa. El mismo Fr. Arsenio lo manifiesta así en un escrito suyo: «Me parece, dice, que en nuestros reglamentos es

donde Dios ha manifestado la preferencia con que nos ha tratado y nos distingue; porque nadie puede dudar que la perfeccion consiste en conocer y ejecutar la voluntad y los designios de Dios en todo tiempo y en todas las cosas; á pesar de todo, como en las observancias, áun en las más bien determinadas, hay algun número de acciones, al parecer indiferentes, que del todo no estan marcadas, ó que no lo estan por lo ménos por la manera ó modo de hacerlas, debe siempre temerse que la propia voluntad no padezca algun descuido, áun sin apercibirse de ello. Mas aquí todo está determinado, todo está ordenado, y si yo soy fiel, no hay un solo momento donde no pueda hacer á Jesucristo un sacrificio de mi propia voluntad. ¡Qué dicha! ¡qué felicidad!» Las ordenes de sus superiores no las consideraba como proferidas por la boca de un hombre, sino como si saliesen de la de Jesucristo; y por lo tanto, jamás pudo diferir por un instante su ejecucion. En esta accion solamente ponia en práctica las virtudes teologales. La fe, reconociendo la voluntad de Dios, y la verdad de las divinas palabras por las cuales declaró Jesucristo que publicaria sus oráculos por la boca de sus ministros: *Aquel que os escuche, me oirá á mí.* La esperanza, persuadiéndose que por este medio estaria siempre dirigido con una providencia particular; y finalmente, la caridad, prefiriendo la voluntad de Dios á sus propias inclinaciones. Fr. Arsenio quiso que las más pequeñas acciones, áun las más indiferentes, fuesen todas ellas prescritas y ordenadas por la obediencia. El tiempo que empleaba en la oracion, sus lecturas espirituales, la cualidad de los libros, la hora en que debia usarlos, la libertad de pasar del uno al otro, el número de veces que debia beber en la mesa, la cantidad de frutas que debia tomar segun la estacion, el más pequeño paso, el menor movimiento, todo debia estar subordinado y ser determinado por su superior; y como para satisfacerle se le mandaba todo aquello que deseaba, usaba un pequeño libro de memorias, que leia y releia de vez en cuando, para tener el consuelo y la seguridad, que en todos los instantes del dia cumplia la voluntad de Dios: tan convencido estaba, que no hay accion por pequeña é indiferente que parezca, que por la obediencia no llegue á ser meritoria á los ojos de Dios. Una obediencia tan perfecta no podia existir sin una verdadera pobreza de corazon y de afecto. «Qué puedo yo tener en el cielo, y qué puedo yo esperar sobre la tierra, si no viene de vos, Dios mio?» decia el Real profeta y con él nuestro solitario. Privado de toda clase de bienes, desnudo de las cosas que hubieran parecido necesarias á un religioso ménos mortificado y ménos afecto por la pobreza que Arsenio, aseguró sin embargo que él gozaba del céntuplo prometido á os pobres en el Evangelio. «Yo he probado, dice en el escrito referido, á la letra esta promesa del céntuplo que Jesucristo hace en su Evangelio, por-

que en lugar de lo que yo he dejado en el mundo, he encontrado en mis superiores padres de una caridad infinita, ¡y cuántos hermanos verdaderos! Jesucristo se me hace visible en la persona de nuestro R. P. Abad de la Trapa, y en la vuestra, mi tambien R. Padre. Y á mis hermanos los miro como otros tantos ángeles de la Guarda, que me aman y que me sostienen por el ejemplo y por sus oraciones. Era pobre en el mundo con bastantes bienes, y siempre lo hubiese sido por mucho que hubiera podido tener, porque mis culpables deseos no tenian límites; y aquí soy rico, teniendo abundantemente lo necesario, y por la gracia de Dios, más de lo que pudiera desear.» Su extraordinaria humildad no le permitia apercibirse, de otro modo con que el Señor le recompensaba, áun en esta vida, de todo lo que por él habia abandonado, y así juzgó que esta abundancia de dones de la gracia, estos divinos consuelos, esta paz interior del corazon, estas virtudes inestimables, este amor divino, son bienes de un precio y valor infinitamente más grande que todos los que el mundo puede prometer y hacer disfrutar á todos los que le siguen. Dios solamente era el tesoro de su alma. Sus deseos se limitaban á Jesus, pero á Jesus crucificado. Era en él tan grande el fuego del amor divino, que permanecia indiferente é insensible á los frios más rigurosos del invierno, y necesitaba una órden muy expresa de sus superiores para obligarle á aproximarse al fuego. Parecia en un todo haber olvidado absolutamente todas sus necesidades. Habia sido siempre tan sobrio en la comida, que podia mirarse como un verdadero prodigio que hubiese podido sostenerse durante más de siete años y medio que vivió en la religion. Su principal alimento era el pan y agua. Si añadia alguna vez una gota de vino, ó si lo contenia el vaso que le presentaban, no lo tomaba sino por evitar el singularizarse, y para conformarse á la voluntad de sus superiores. Por esto era, como ya viene dicho, que comia muy poco de los postres, eligiendo siempre lo que parecia más ágrio y desagradable; y esto mismo pueden atestiguar los hermanos que se encontraban cerca de Fr. Arsenio en el refectorio. Una mortificacion tan ejemplar hubiera estado privada de todo lo que podia realzarla más, si no hubiera ido acompañada de una heróica paciencia en las diferentes pruebas que tuvo que sostener, y en las cuales una virtud ménos sólida que la suya hubiera podido sucumbir. Una fiebre sumamente aguda le hizo pasar á la enfermería de Buon-Sollazo. Durante el ardor de un acceso, se encontró medio sentado sobre una silla de paja, frente á las ventanas de la alcoba que el enfermero por inadvertencia se dejó abiertas. El sol estaba entónces en toda su fuerza de calor. El pobre enfermo sostuvo durante muchas horas toda la violencia de sus rayos con una paciencia infinita. Sin embargo, este descuido le puso en el mayor peligro. Y preguntándole porqué no habia mudado de sitio y cerrado las ventanas, respondió con mu-

cha tranquilidad que él no habia creido deberlo hacer. Esto no solo lo decia con mucha paciencia, sino tambien con toda la alegría y la satisfaccion posible que él recibia de manos del Señor todo lo que estaba obligado á sufrir durante su viaje, bien fuese por el rigor de las estaciones, por las fatigas del trabajo, ó fuese por la prolongacion de las vigilias, y ayunos casi contínuos. Soportaba estas mortificaciones con un verdadero espíritu de penitencia, es decir, con un verdadero deseo de hacer manifiesta sobre sí mismo la justicia divina y de destruir en sí hasta los más pequeños restos del pecado, enemigo irreconciliable de la bondad de Dios. Su caridad para con el prójimo igualaba á sus demás virtudes. No hablaba nunca de ninguno de sus hermanos, sino en términos que se descubrian suficientemente las disposiciones de su buen corazon, lleno de ternura y de estimacion para con todos ellos. Lo que debia parecer admirable es que á pesar de aquel profundo recogimiento que le impedia ocuparse de ningun objeto que se presentase á su vista, su caridad ardiente le hacia penetrar y conocer hasta las menores necesidades de sus hermanos, aunque muchas veces estuviesen ocultas; entónces el siervo del Señor daba cuenta ó aviso á sus superiores, con el objeto de procurarles un pronto remedio. Al mismo tiempo que en tanto grado se compadecia de los trabajos, aflicciones y padecimientos de sus prójimos, atendia con el mayor interés á recomendar á Dios en la oracion sus necesidades espirituales y temporales; empleando en este santo ejercicio todo el tiempo que le permitia la observancia de la regla y la lectura de libros espirituales. El Señor le concedió muchas veces el don de verter lágrimas. En este caso lloraba sus propios pecados y los de los demás; y estas lágrimas le producian una alegría infinitamente mayor que la que pueden disfrutar las gentes del mundo con sus imaginarios placeres; lágrimas tan llenas de dulzura que se las puede llamar migajas que caen de la mesa celeste; lágrimas que hacian decir á S. Agustin con toda la efusion de su corazon: *¡Ah, Señor, pues si las lágrimas vertidas por vuestro amor producen tanta satisfaccion, cuánta no será y qué dulzura la de poseeros eternamente en el Cielo!* Todavía obtuvo del Señor en sus súplicas una gracia particular. Los demás religiosos tenian la costumbre de aprender de coro los salmos de David durante el año de su noviciado. Hacia cinco años que se ejercitaba en aprenderlos, pero su asíduo trabajo siempre le resultó inútil y estéril, á causa de su adelantada edad y de la poca disposicion de su memoria. Fr. Arsenio confesó á Dom. Malaquías, que no le quedaba otro recurso que acudir á Dios para obtener aquella gracia, pues que conocia era en vano el que se aplicase á aprenderlos durante tantos años. Oró fervorosamente y fué atendido de una manera tan sorprendente, que en seguida supo y decia de coro no solamente todos los Salmos, sino tambien los himnos, los cánticos

y antífonas que componen el oficio divino. Asistió despues, pero con tan admirable modestia y tanto recogimiento, que admiraba á todos aquellos que ponian en él los ojos. Penetrado de reconocimiento por un favor tan señalado, se dedicó con el mayor ardor al estudio de los Salmos y á desentrañar el sentido literal y el místico. Para este objeto se valia únicamente del tratado que S. Agustin habia formado sobre el particular, y por las reflexiones que dejó anotadas en algunos pasajes de esta santa obra del gran Doctor, se conoce cuán poseido estaba del espíritu de Dios que señoreaba enteramente su corazon. Tenia la costumbre de destinar media hora ántes del oficio, abandonando todas sus ocupaciones, para recordar y recorrer en este tratado los Salmos que debian cantarse. Se presentaba al parecer en el coro en alguna ocasion como triste y abatido, y otras veces con cierta alegria en el semblante, que revelaban los diferentes efectos causados, bien por el temor de los insondables juicios de Dios, ó bien por la confianza que le inspiraban sus infinitas misericordias. Así del mismo modo manifestaba alegría que compuncion, pareciendo se apropiaba los diversos sentimientos del Salmista, y que en él obraban los diferentes movimientos que animaron á aquel santo profeta. El P. Abad estaba bien persuadido que el Señor tenia extendida su poderosa mano de un modo muy singular sobre Fr. Arsenio, y creyó era llegada la ocasion de conferirle las órdenes sagradas. Le participó su designio, remitiéndole un libro para que se dispusiese á recibir las cuatro menores. Arsenio se enterneció y gimió profundamente al pensar que se queria hacerle sacerdote. El ardiente celo de que estaba animado, bien pronto le sugirió un medio para evitar aquel golpe. Para el caso trató de valerse de sus antiguos desórdenes, los hizo presentes al superior, descubriéndole toda su magnitud y enormidad, y le suplicó con tanta humildad como sinceridad le permitiese confesarse públicamente en presencia de toda la comunidad; el Abad, no queriendo inquietarle, juzgó seria lo más á propósito no volverle á hablar sobre el particular. Arsenió asistió con todos sus demás hermanos á la santa muerte del mismo P. Abad, sucedida en el mes de Agosto del año 1709, y les manifestó que envidiaba la suerte de su superior, y que esperaba igualmente que bien pronto se desprenderia de los lazos de la vida, libre de la prision del cuerpo y en estado de no ofender nunca á su Divina Majestad. Este era el único motivo que le haria desear la muerte, como nos los demuestran sus propios sentimientos. Hé aquí cómo termina su escrito de que tantas veces se ha hecho mérito: «Cuando considero que el más justo no está exento de pecado, y que yo, que no soy más que corrupcion y debilidad, no he hecho una sola accion que corresponda á mis obligaciones y que no sea digna de castigo, os confieso, mi Reverendo Padre, que siento en mi un vivo deseo de morir para no ofender

más á esta Majestad y á esta bondad infinita que me ha colmado con tanta profusion de sus gracias y favores, para ir á cantar cuanto ántes sus misericordias en la eternidad.» Poco ántes del fallecimiento del P. Abad, Arsenio le confió que esperaba no tardaria mucho tiempo en seguirle, suplicándole le obtuviese de Dios esta única gracia. Efectivamente, al principio del siguiente año se vió fuertemente acometido de una grande fluxion, producida por la contraccion violenta de un nervio. Habiendo perdido el uso de una pierna, su superior le mandó pasar á la enfermería, donde se le administraron y aplicaron todos los remedios que le propinaron el primer médico de su Alteza Real el Gran Duque y el médico de la casa, que juzgaron convenientes á su dolencia; pero no obtuvieron ningun resultado favorable para su alivio. Se encuentran con bastante frecuencia religiosos enfermos, pero pocas veces enfermos que sean religiosos. Fr. Arsenio era á la vez enfermo, religioso y penitente. Pasaba los dias enteros sentado en una silla leyendo libros piadosos, orando y meditando, no acercándose nunca á calentarse al fuego, si el superior, ó el enfermero en su lugar, no se lo mandaban. Insaciable de mortificaciones, pedia no se le concediese más descanso que el preciso, y por causa de su indisposicion, que no se le dispensase y se le permitiese continuar en la comunidad, siguiendo á sus hermanos en los ejercicios de la regla. Tanto porfió, que obtuvo á viva fuerza, por decirlo así, de sus superiores el permiso de guardar en la enfermería los ayunos prescriptos por su regla, no usando más que de viandas simples y groseras, y el levantarse por la noche á las horas que toda la comunidad. Sin embargo, su padecimiento continuaba, no habiendo ninguna esperanza de curacion. Entónces fué cuando con más vehemencia deseaba volver á la comunidad, haciendo pruebas para andar apoyado en un báculo, y tanto instó y apretó al P. Abad para que no le rehusase el consuelo de reunirse con sus hermanos, el único consuelo, decia, que podia disfrutar en este mundo, que el Abad se vió obligado á ceder á sus reiteradas instancias, viéndose á este bravo soldado de Jesucristo estropeado todo él con sus grandes penitencias, comenzar con un nuevo fervor, ideando los medios más extraordinarios para mortificar su demacrado y extenuado cuerpo. Pero en vano se fatigaba con aquel deseo; todos los medios que empleaba para conseguirlo iban acompañados de celestiales dulzuras, que se los hacian agradables. Su corazon deseaba vivamente sufrir por Jesucristo, pero el Señor no queria cederle en amor, no permitiendo que sus mortificaciones le causasen ninguna pena ó dolor; por el contrario, sus dolores se los cambiaba en placeres, y en consuelos sus abstinencias. Pueden atestiguar todos los que lo presenciaron su exactitud y su celo con que edificaba á todos sus hermanos. Para todos era vivo ejemplo del ejercicio de todas las virtudes propias de la vida mo-

nástica, siendo un libro siempre abierto en el cual los más perfectos religiosos podian estudiar sus deberes y reconocer sus faltas por la gran diferencia que resaltaba entre ellos y el siervo de Dios. Practicaba todas las reglas de la Orden durante el santo tiempo de la cuaresma, sosteniendo con su báculo á su corazon tanto de dia como de noche, prestándose con la mayor puntualidad á desempeñar el trabajo que se le designaba, á proporcion del estado en que se encontraba, asistiendo con sus demás hermanos á la mesa de la comunidad, que en este tiempo comun de penitencia á todos los cristianos era más sóbria que en el resto del año. Despues de la octava de Pascua, la fiebre vino á aumentar su dolencia, por lo que se vió precisado á volver á la enfermería, conociendo en seguida se aproximaba el momento que tan ardientemente deseaba, y que su mal se complicaba, llegando á estar de mucho peligro. Pareció muy sorprendido de que se le diese mejor alimento y los demás auxilios que el Patriarca S. Benito concede á sus religiosos enfermos; deseaba se le privase de aquellas dulzuras, y le dijo al padre Abad: «Mi Reverendo Padre, ya no queda en mí más que una pequeña chispa de mortificacion; haga vuestra Reverencia por sostenerla y animarla con el fin de que no se extinga enteramente.» El superior le contestó que recibiese sin inquietarse y con reconocimiento todo lo que le habia concedido con arreglo á su estado. Si desde su conversion fué notable su elocuencia para hablar de Dios y de los prodigios que la gracia habia obrado en él, nunca lo fué más que en esta su última enfermedad. Como sus sentimientos no fueron diferentes en este trance de los que tenia en su estado de salud, no se pueden hacer manifiestos de mejor modo que sirviéndose de sus propios términos. Despues de hacer un corto paralelo entre la vida del mundo y la del claustro, dice convencido de la eficacia de la divina gracia: «Verdad es que estamos obligados á hacer una guerra contínua á nuestros sentidos y pasiones; pero no somos nosotros quien la hacemos, es la gracia de Jesucristo quien obra en nosotros, y que combate por nosotros contra nosotros mismos, y que triunfa de nosotros y de los demonios. Ella es la que nos ocupa siempre y nos hace sean los dias muy cortos; la que nos hace permanecer en la alegría y en la paz en medio de las tentaciones y de los trabajos de la penitencia. La que cambia en nuestro favor la naturaleza de las penas y áun de la muerte misma, porque hace experimentar la alegría en los sufrimientos, y la muerte, tan terrible como la hace, la vuelve dulce y amable.» Tales eran los santos pensamientos de Arsenio cuando gozaba de buena salud, é iguales fueron todos los que tuvo durante su enfermedad, y con cuyo auxilio esperaba valerosamente la muerte, disfrutando de un placer soberano al ver que se acercaba aquel momento. Estaba plenamente convencido no solo de la aversion infinita que Dios profesa á los

pecados y á los pecadoros, sino tambien de la atroz injuria que se hace con una ofensa á la Majestad Divina, que más bien que verse expuesto á cometerlas nuevamente, peligro que es inseparable de esta vida mortal, hubiera preferido sufrir las penas del purgatorio hasta el dia del juicio universal. Comunicando muchas veces este pensamiento á su superior, se halló su corazon tan penetrado de dolor por las faltas pasadas, y de temor de cometerlas nuevamente, que se vió precisado á consolarle y distraerle de aquellas reflexiones con obras de piedad y devocion. Finalmente, con aquellos sentimientos y virtudes de humildad, compuncion, de reconocimiento y de amor á Dios, recibió el santo viático, y pocos dias despues la extremauncion. Arsenio habia ya trabajado bastante para el cielo, y era tiempo de que allí fuese á recoger el fruto de sus trabajos. Habia combatido siempre como generoso atleta y recorrido con paso de gigante la carrera que le habia sido señalada; habia, finalmente, como servidor celoso, conservado á su señor la fidelidad que le debia. Dios, que es la justicia misma, no quiso diferir más el concederle la recompensa á que se habia hecho acreedor. La fiebre, que no le abandonó un instante en el espacio de dos meses, habiéndose aumentado considerablemente, hizo presumir se hallaba muy cercano á sus últimos momentos, y miéntras imploraba la misericordia de Dios y la proteccion de la Santísima Virgen, con las dulces y expresivas palabras que proferia aún muy distintamente poco tiempo ántes de dar el alma, *Unica Spes mea Jesus, et post Jesum Virgo Maria*, el superior mandó que se le preparase la ceniza y la paja, que Fr. Arsenio habia pedido con las mayores instancias. Pero entre tanto que se disponia el altar sobre el cual se debia completar el sacrificio de esta víctima de la penitencia, su bendita alma salió de la estrecha prision del cuerpo. Murió el 21 de Junio de 1710, en los momentos en que los religiosos cantaban vísperas. El reino de los cielos se gana con ánimo esforzado, dice el Salvador, y en la vida de este siervo se ven los medios que puso en accion para conseguirlo. Esta fué la conducta que observó este ejemplar solitario para llegar á conseguir aquella importante conquista, desde el primer instante de su conversion hasta su muerte. Con su ardiente oracion obligó al Señor, y con la mortificacion se obligó á sí mismo. Así debemos todos obrar, esto es lo que deben hacer todos los pecadores que tengan un verdadero deseo de convertirse. Para los primeros se propone aquí el ejemplo de un penitente distinguido, no para entretener y distraer su curiosidad con el simple relato de su vida, sino para animarlos á imitar las virtudes. Cierto es que bastante tiempo estuvo sumergido en el pecado, pero la gracia divina habiéndole separado del vicio, supo tambien redimir sus ofensas al Señor con una penitencia tan contínua y una compuncion tan sincera, que segun el parecer de los doctores más-

ticos fué mucho más admirable en su arrepentimiento que aquellos que jamás han conocido el vicio. Terminaremos las noticias biográficas del bienaventurado Arsenio presentando al lector sus pensamientos tales como se encontraron escritos y firmados por su mano. «Despues de haber visto los horrores de mi vida pasada, mi muy Rdo. Padre, me habeis mandado os manifieste mis sentimientos y mis disposiciones desde que la misericordia de Jesucristo me ha conducido á su casa. No hay ni uno solo que no deba mirar como milagro, por la oposicion natural que en mí existia á una vida penitente; oposicion que habia llegado á ser invencible por las detestables costumbres que habia contraido. Profesaba el mayor horror á sufrir las menores penas del cuerpo y del espíritu. Jamás rehusé nada á mis sentidos; jamás hubo hombre más perezoso y más adicto á sus comodidades. Este modo de pensar pareceria desde luego como incompatible con la vida militar en que me he ejercitado bastante tiempo. Pero además de la ambicion y la vanidad que á ella me conducian, pude encontrar los medios de disminuir los trabajos y disgustos, haciéndolos servir para disfrutar mejor de los placeres que yo me procuraba. Por grande que fuese la oposicion de mi cuerpo á la penitencia, era infinitamente mayor la de mi espíritu y mi voluntad. Este espíritu tan limitado y tan lleno de tinieblas, estaba unido á los sentidos para cometer todas las faltas que pudieran imaginarse. Juzgaba soberanamente de todo, y condenaba todo aquello que no era de su agrado. Pero mi voluntad era una voluntad de hierro, incapaz de plegarse ni someterse á ningun poder, cualquiera que fuese. Reunid á todo esto un temperamento violento, atrevido, impaciente, un humor melancólico y contrariante. ¡Qué disposiciones, mi muy Rdo. Padre, para la Trapa, donde la penitencia exterior é interior es una destruccion continua de la naturaleza! ¡Pero quién podrá nunca admirar bastantemente la grandeza de la misericordia de Jesucristo y el poder de su gracia! Esta produjo en mí un cambio y una vuelta tan prodigiosa, no poco á poco y por costumbre, sino de repente y en un momento, que al principiar desde el primer dia, que fui recibido en esta santa casa, las vigilias, los ayunos, los trabajos, la sobriedad, el silencio, las humillaciones, la renuncia por completo de obrar por sus inspiraciones y su propia voluntad; esta multitud de reglas, que piden una atencion nunca interrumpida; en fin, todas las demás prácticas de penitencia, no solamente no tuvieron para mí nada de duro y de difícil, pues por el contrario me parecieron fáciles, dulces y amables. Todos los deseos de mi corazon se limitaban á que Dios me las hiciese practicar con una fidelidad que respondiese por mí á sus bondades, y ciertamente esta no ha sido una disposicion pasajera; su infinita misericordia siempre me la ha aumentado hasta la presente. He considerado, mi muy Rdo. Padre, como

uno de los más grandes efectos de esta misericordia el haberme allanado tan fácilmente todas las dificultades; porque como la debilidad de mi alma era tan extraordinaria, por tantas heridas mortales como el pecado la habia hecho; de otro modo, la menor dificultad hubiera sido capaz de hacerme desistir de mi propósito. Vi abrirse de pronto nuevos cielos, y me encontré, con un contento que no sabria explicar, en un nuevo país; en vez de aquella agitacion, de aquella turbacion é inquietud que acompañan siempre á las pasiones cuando nos dominan; en vez de esta existencia en el mundo, que es el reino de Satanás, por el amor de sí mismo, la envidia, la aversion, la disension, el desórden y la confusion; no veo aquí más que el reino de Jesucristo, la dulzura, el órden, el reposo, la paz y la caridad que hace conocer sus verdaderos discípulos. Esta caridad, de la que soy el mayor amante, porque no hay nada más contrario al espíritu del mundo; no puedo dejar de admirarme de ver todos estos hombres tan diferentes de edad, de país, de genio, que sin conocerse se sirven y se aman, con un cuidado, un ardor y un cariño, que solo el amor de Jesucristo puede producir. Yo mismo he experimentado á la letra la promesa del céntuplo que Jesucristo promete en el Evangelio, porque en lugar de todo aquello que he dejado en el mundo, he encontrado en mis superiores padres de una caridad infinita y muchos verdaderos hermanos. ¡Yo, que no habiendo jamás amado nada sino por relacion á mí mismo, merecia que todas las criaturas me hollasen con sus pies! Jesucristo me se hizo visible y se me presentó en la persona de nuestro Rdo. P. Abad de la Trapa, y en la vuestra, mi muy Rdo. Padre, y por mis hermanos, á quienes miro como á otros tantos ángeles de la guarda, que me aman y me sostienen por medio de su ejemplo y de sus oraciones. Era pobre en el mundo, teniendo bastantes bienes, y siempre lo hubiera sido, por mucho más que hubiera podido adquirir, porque mis inmoderados deseos no tenian límites; aquí es donde verdaderamente soy rico, teniendo abundantemente lo necesario, y por la gracia de Dios más de lo que pudiera desear. Dios me ha hecho mirar nuestras reglas en su aspecto verdadero, es decir, como si fuesen nuestras armas, nuestra fuerza y nuestra defensa; y paréceme, mi muy Rdo. Padre, que particularmente en nuestra regla es donde Dios ha dado á entender la preferencia con que nos mira y nos trata, porque nadie puede dudar que la perfeccion consiste en conocer y hacer la voluntad de Dios en todo tiempo y lugar, y en todas las cosas; sin embargo, como en las observancias, áun en las más minuciosas y bien dirigidas, hay cierto número de pequeñas acciones, que no estan del todo determinadas, ó por lo ménos no lo estan por el modo de ejecutarlas, es de temer que la propia voluntad no se deslice, aunque no se aperciba de ello. Pero aquí todo está determinado, todo bien ordenado,

y si soy fiel, no hay un momento en que no pueda hacer á Jesucristo un sacrificio de mi propia voluntad. ¡Qué gracia! ¡Qué dicha! Es preciso confesar, mi Rdo. Padre, que las gentes que viven en el mundo son muy desgraciadas, y que estan en grande error respecto á nuestras miras. Mirannos como personas rendidas bajo los pies de la penitencia, sin alegría y sin consuelo, mas les sería muy fácil el desengaño, si tratasen de comparar el estado en que se encuentran con el que nosotros disfrutamos, limitándome respecto de la vida presente. Buscan la dicha y el bienestar en todo lo que puede satisfacer sus pasiones y sus sentidos, no considerando que aquellos falsos placeres se desvanecen en un instante, y se trasforman en verdaderas penas, por los disgustos, las incomodidades y sus demás perniciosas consecuencias, y en este caso puede decirse que sus disgustos son de los que padecen los condenados, puesto que no producen más que las quejas, la murmuracion, la impaciencia, la cólera, la turbacion y el temor; no conociendo ni el reposo, ni la paz; y áun hallándose en el caso que tanto desean, no pueden evitar el aburrimiento y tedio que les produce. Añádase á esto el temor de la muerte, que las hace temblar al menor achaque que padezcan. Muy cierto es que estamos obligados á hacer una guerra sin tregua á nuestros sentidos y pasiones; pero tambien es cierto que no somos nosotros quien la sostenemos, es la gracia de Jesucristo quien obra en nosotros, y quien combate á nuestro favor contra nosotros mismos, facilitándonos el triunfo contra las asechanzas del demonio; es la que nos ocupa todas las horas del dia, y que estos se nos hagan demasiado cortos. La gracia nos sostiene en la paz y en la alegría, en medio de las tentaciones y los trabajos de la penitencia; es la que cambia en favor nuestro la naturaleza de los sufrimientos áun en la muerte misma, haciéndonos hallar la alegría en las mortificaciones, y hasta el terrible aspecto de la muerte nos lo presenta benigno y apacible. ¡Qué diferencia tan notable entre estos dos estados, mi reverendo Padre, áun en la vida mortal: pero cuánto mayor es respecto á la eternidad! ¡Podrá jamás desconocerse la gracia que el Señor nos dispensa, cuando nos llama á esta santa casa! Mas si debe parecer de tan gran precio á todos aquellos á quienes favorece, ¡cómo deberé considerarla, mi reverendo Padre, yo, que siendo, como sabeis, el mayor de todos los pecadores, debo ser el más indigno de este gran favor. Consuélame, empero, que por grandes que sean los pecados, es más grande la misericordia de Jesucristo para aquellos que los han cometido, pero imponiéndoles mayores deberes y obligaciones; debiendo amarle más el que ha sido más remiso, y ser mayores sus súplicas á proporcion de los favores recibidos. Por un lado veo la magnitud de mis pecados, por otro las grandes obligaciones que aquellos me imponen. ¡Qué motivos tan justos y poderosos para temblar! Pero lo que más debe

admirarnos es la grandeza de la misericordia de mi Salvador y mi Dios, pues que teniendo presentes mis terribles delitos delante de los ojos, no ha consentido jamás que padeciese turbacion, y al mismo tiempo que me hacia ver aquel abismo de corrupcion y de miserias, me confortaba poniéndome delante su infinita misericordia, beneficio inmenso que siempre ha conservado la paz en el fondo de mi corazon. Mas cuando considero que el más justo de los mortales no está exento del pecado, y que yo, que no soy más que corrupcion y debilidad, no he hecho una sola accion que corresponda á mis obligaciones, y que no sea digna del mayor castigo; os aseguro, mi reverendo Padre, que experimento en mí un vivo deseo de la muerte, para no ofender más á esta majestad, á esta bondad infinita, que me ha colmado con sin igual profusion de tantas mercedes, para ir á cantar sus misericorias en la eternidad. *Fr. Arsenio.* —A. L.

ROSEMBERG (Pedro de). Fué descendiente de una de las más distinguidas familias de Bohemia. Educado con el mayor esmero, y dando desde luego muestras de un ingenio muy claro y de una educacion poco comun, se decidió por la carrera eclesiástica, á la cual se dedicó con el mayor éxito, siendo muy dado al estudio de las letras sagradas, en el cual, como era consiguiente, adelantó muchísimo; pues no solo las estudiaba sobre los libros, sino que en el ejercicio santo de la oracion aprendia muchísimas cosas, que en verdad solo allí se pueden aprender. No sabemos porqué se ha perdido su memoria, cuáles fueron los cargos y ministerios que desempeñó en la Iglesia; pero todas las circunstancias que en él concurren, nos hacen creer que serian los más importantes y difíciles: en primer lugar, porque era muy á propósito para cualquier cosa, además de por su buena capacidad, que, como llevamos dicho, fué excelente, por su gran prudencia, pues hay pocos sugetos que miren y mediten tanto las cosas como nuestro Rosemberg, razon por la cual, y por lo muy profundo de sus estudios, indudablemente se le confiarian las más importantes y delicadas comisiones. Siempre estuvo en su país natal á la disposicion de los obispos, que fueron sucesivamente sentándose en aquella silla episcopal, pero el Papa no podia desconocer sus méritos, aunque él nunca hizo por que fuesen conocidos; así es que cuando él ménos lo esperaba, el santo padre Urbano VI, en la cuarta creacion que hizo de cardenales el dia 14 de Diciembre de 1384, lo nombró presbítero cardenal de su santa romana Iglesia. Mandáronle, como era consiguiente, las insignias cardenalicias, y despues de haber costado gran trabajo el hallarle, porque se ocultó para no aceptar tan alta dignidad, remitió al soberano Pontífice una reverentísima exposicion, en la cual le daba las más rendidas gracias por la dignacion que tuvo en nombrarle, y suplicaba á Su Santidad tuviese á bien admitirle la renuncia que desde luego hacia del cargo

que se le confiaba, por razones que exponia. El Santo Padre las halló atendibles, y con efecto le admitió la renuncia; pero nunca quiso quitarle del catálogo de los cardenales, porque decia era muy justo constase entre los nombres de tan altos dignatarios de la Iglesia el de Pedro Rosemberg, que con gran abnegacion renunció tan merecida honra.—G. R.

ROSEMBUSCH ó Rosetus (P. Cristobal), jesuita aleman del siglo XVI. Aún era muy jóven cuando entró en la Compañía este religioso, que estaba llamado á ser una de las glorias de su patria, no solo por su ciencia, sino tambien por sus virtudes. Distinguióse mucho en estas, mereciendo ser honrado con diferentes favores del cielo, pues además de su contínua oracion y penitencias, sus frecuentes vigilias y ayunos, era extremado en la caridad, en la obediencia y humildad, no reconociendo otra voluntad que la de sus superiores, á los que siempre vivió sujeto, manifestando en ello tanto placer y alegria como si se entregase á sus más predilectos ejercicios. Su humildad era ejemplar: creíase el último de los religiosos, y se complacia en que le mandasen hasta los hermanos coadjutores, creyendo servir en ellos al mismo Jesucristo, que tan recomendados ha dejado á los pobres en el Evangelio. De aquí procedia su fervorosa y ardiente caridad, pues no solo á sus hermanos cuando se hallaban enfermos, sino tambien á los extraños, cualquiera que fuese la necesidad en que se encontrasen, les servia con el mayor zelo, procurando evitar los apuros que podian ser para ellos ocasiones de la pérdida de su alma. Compadeciase en extremo al verlos en grandes necesidades, y cuando no podia por sí mismo, acudia á sus amigos y parientes, los que le proporcionaban recursos para socorrer á sus pobres, no habiendo viuda, huérfana ó desgraciado, á quien no tendiese su generosa y benéfica mano. Como pasó la mayor parte de su vida consagrado á la enseñanza de la juventud, pudo conocer muy á fondo la situacion de familias á quienes el mundo creia en estado próspero y floreciente, miéntras por el contrario se hallaban en la más adversa y precaria, y á estas era á las que el P. Rosembusch tenia una complacencia especial en socorrer en todas sus necesidades, pues conocia los peligros á que se hallaban expuestas, lo que pocuró siempre evitar por cuantos medios estaban á su alcance. Fué un excelente profesor, obteniendo discípulos aventajados, no solo en las ciencias, sino tambien en la piedad y religion, que procuró inculcar en su tierno ánimo, seguro de que este era el mejor medio de labrar su futura felicidad. En 1570 hizo los tres votos, y murió en 1598 en opinion de santidad, dejando escritas en aleman las obras siguientes: *Apologia de la Compañía de Jesus contra Lucas Osiandro*; Ingolstadt, por Sartorius, 1586, en 4.° Otras dos *Apologías* contra el mismo sugeto, y otras dos diferentes. —*Varios tratados contra herejes.* —Introduccion, escrita en lengua italiana, del *Itinerario*

de los príncipes Japoneses, y muchas *Epístolas* de los mismos. —S. B.

ROSEMBALD (P. Andrés), jesuita polaco y elegante poeta latino. Entró en la Compañía en 1620, y se distinguió desde luego por su virtud y piedad, siendo uno de los padres que más honor hicieron á aquella provincia, que tan célebre debia ser andando el tiempo en los anales del catolicismo, por sus padecimientos, su heroísmo y su abnegacion. Pero Rosembald alcanzó épocas mucho más gloriosas para la noble Polonia; vivió en un siglo en que la política no habia fijado su vista en ella, y gozaba de consiguiente de su independencia y libertad. No podia presumir que andando el tiempo tendria que sostener mortíferas luchas con sus dominadores, habia de derramar hasta la última gota de su sangre por defender una causa tan desgraciada como digna, en cuanto no ha servido de objeto á los trastornadores del órden para sus menguados planes é inicuos proyectos. La causa de la Polonia es la causa de la humanidad, es la causa del que sufre contra el que le tiene encadenado, del que vive en esclavitud contra el verdugo que le hace saborear todos los tormentos de su impotencia. Pero en medio de esto el hombre sensato, al recordar que en más de una ocasion se ha abusado doblemente de esta debilidad haciéndola entrar en lucha con la fuerza para aumentar sus dolores y hacerla llorar sus desgracias, no puede ménos de dirigir una mirada de horror hácia el espantoso cuadro en el que se ve, de una parte, al pobre desvalido maltratado por el poderoso, y al vil y al intrigante lanzando á este mismo desvalido contra aquel poderoso, que le despedazará como un juguete en el momento en que se oponga á sus deseos ó mandatos. Así, por noble, grande y santa que nos parezca la causa de Polonia, siempre rezelaremos de sus esfuerzos, siempre veremos tras sus angustias supremas una mano oculta, cuya buena fe nos es cuestionable, y cuyos impulsos no podemos ménos de condenar, pues vienen á empeorar la suerte del que ya por sí es harto desgraciado. Feliz el P. Rosembald y los que vivieron en su siglo, que no vieron sus sentimientos, los más grandes y generosos, explotados por los poderes de Europa, que no vertieron su sangre ni la de sus hijos para satisfacer la envidia de extrañas potencias, y para aumentar el poder de los unos á costa de los otros, pretendiendo hacerse libres para que los grandes del siglo hicieran más á su sabor esclavos á otros, para que en medio de su omnipotencia, proclamasen que no solo mandaban en sus estados sino tambien en los ajenos, y lanzando cual Satan una horrible sonrisa, proclamasen obra suya la obra de la destruccion y del exterminio. El P. Rosembald pudo, sin embargo, recorrer las sangrientas páginas de la historia de su patria, y ver en ellas la eterna inquietud, el inmenso desasosiego que habia agitado siempre á su raza. Conspiracion se habia sucedido á conspiracion, y asesinato á asesinato, y los pueblos que dueños de su libertad

no saben dar culto y sacrificarse por la virtud, no merecen, no pueden conservar por largo tiempo la independencia, que solo vive á expensas del más ardiente y leal patriotismo. Triste verdad, pero que se halla grabada con caractéres de sangre en la historia de todos los pueblos, y que no puede ménos de reconocer todo hombre de buena fe, que no se halle agitado por mezquinas pasiones é intereses. Asi áun cuando nuestro jesuita vivió en una época muy diferente de las que hoy afligen á la Polonia, pudo sin embargo prever en su historia lo que no debia tardar en sucederla, el triste fin que ya la habian anunciado algunos de sus monarcas. Sin embargo, el religioso poeta no quiso ennegrecer los cuadros de sus obras, en los que todo respira alegria, amor patrio, el fuego santo de que se hallaba inflamado. Elogia á los monarcas de su país, porque ve en ellos el áncora de salvacion de la Polonia; porque los mira con la bandera cuyo lema es el de la libertad, y en cuyo torno se agruparán todos los buenos para defenderla; nunca ve la traicion entre ellos, á todos los supone leales, y se admira de sus hazañas, de su valor, de su heroismo y de su grandeza. La religion, ese glorioso dogma que ha sido siempre la primera enseña de los polacos, era para el P. Rosembald lo que no podia ménos de ser para todo buen religioso, que lleno de piedad, fervor y celo, habia consagrado su vida en los altares, entregándose á toda clase de prácticas de penitencia, amor y devocion. El P. Rosembald hace, pues, de la religion su principal objeto, y en su poema la dedica las más bellas páginas, los rasgos más ardientes de su imaginacion, las más brillantes imágenes de su fantasía. Por desgracia, su poema, muy conocido en su siglo, ha pasado á ser una curiosidad bibliográfica que apénas es consultada sino por los más profundos y laboriosos eruditos; mereceria sin embargo mejor suerte, lo mismo que su autor, cuyo nombre es apénas citado más que por esta obra, aunque se elogian mucho sus virtudes y piedad. Ignóranse las principales circunstancias de su vida; su poema que publicó bajo el nombre de Juan Cerconici, se intitula: *Lauream Academiam Serenissimo Wladislao Poloniæ Regi: Carmine lirico*; se imprimió en Vilna, en 1693.—S. B.

ROSENDE (Antonio Gonzalez de). Fué clérigo regular de los Menores, hombre indudablemente de grandes prendas y circunstancias, aunque no atendamos más que á que fué nombrado predicador del Rey, y que desempeñó este cargo con un acierto extraordinario; y siendo escuchado con verdadero afan y áun ánsia por cuantos querian oir buena doctrina, pues en verdad la del P. Rosende reunia cuantas condiciones apetecibles pueden desearse. Además era muy bella su manera de decir, y á esto agregaba cierta natural firmeza y delicadeza que daba á sus sermones toda la uncion y toda la belleza que era de desear; bien es verdad, que al gran aliciente de

su palabra, excitando siempre á la virtud, se agregaba el no menor de su ejemplo, pues el Padre era observantísimo, muy celoso por la gloria de Dios y bien de las almas, y tan exacto en el desempeño de sus ministerios, que parecia hasta nimio en las cosas que con ellos se relacionaban. Muchas veces quisieron sus superiores, atendida su prudencia y demás excelentes dotes, poner á su cuidado alguno de los cargos de aquella santa religion, bien en la casa donde vivia, bien en alguna otra; mas el buen sacerdote los rehuyó siempre, nunca quiso pasar de hermano particular, y los superiores tuvieron por bien respetar esta especie de humilde confesion de una pequeñez que á la verdad no tenia, y le dejaron en su celda dedicado á sus libros y á la oracion y ejercicio de las demás virtudes, en el que á la verdad se esmeraba, siendo por todos respetado y querido, porque todos encontraban en él lo que habian menester segun sus necesidades. Era además extraordinariamente caritativo, de suerte que los pobres lo consideraban como á un padre, y nadie se atrevia á faltarle, porque inspiraban gran respeto hasta sus más insignificantes acciones. Era devotísimo de la Vírgen Santísima, y en honra y gloria de la Señora, hubiera querido él sacrificar cuanto tenia, y áun su propia vida; ponia todos sus asuntos en manos de María, y confesaba que nunca cosa alguna le habia salido mal. Tanto para mostrar su ciencia y erudicion, escribió un *Memorial por la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora*; impreso en Madrid, año 1645; obra de extraordinario mérito, porque aduce cuantos la Señora tuvo para la excelente prerogativa que la distingue entre todas las criaturas. Esto es todo lo que sabemos del P. Antonio Gonzalez de Rosende. — G. R.

ROSENDO (S.), obispo y confesor. Grandes é indisputables son los blasones de nuestra España, como nacion belicosa, fecunda en gloriosos hechos de armas consignados en la memoria de todos los pueblos de la tierra, por el denodado y jamás desmentido valor de sus hijos que nacen ya héroes dignos del laurel de Marte; hechos que recuerda la historia para que los tengan presentes sus hijos, á fin de que no desmayen nunca y se estimulen á imitarlos y áun á superarlos; y para que teniéndolos presentes las demás naciones, sepan que no se insulta al leon español impunemente, pues que se halla dispuesto siempre á desgarrar con sus invencibles garras al que lo intente, por más poderoso que pueda ser. Empero si grandes é inmarcesibles son sus laureles como pueblo heróico y esforzado, aún son más sublimes sus blasones divinos, puesto que ostenta en su primer cuartel á la Vírgen María sin mancilla, que la vino á visitar en carne mortal, ofreciéndola una proteccion que jamás puede faltarla; al apóstol Santiago, su patron, que dirige sus ejércitos, siempre vencedores contra la impiedad, y á multitud de santos nacidos en su suelo, que la protegen siendo sus celosos abogados y

procuradores diligentísimos ante el trono de Dios. Entre los muchos de esta última clase que cuenta nuestra España en el cielo, como hijos suyos, es uno de ellos el glorioso S. Rosendo, honra de Galicia y gloria de la aristocracia española, en cuya distinguida clase tiene tantos compañeros en las regiones celestes. Nació S. Rosendo en Galicia, y en el pueblo llamado Valdesalas, en esta parte pintoresca de nuestra España, en que aún hoy tiene su trono la piedad católica con más fortaleza que en muchas otras regiones, si bien la España toda puede blasonar de esta cualidad, puesto que es ya hoy la única nacion que, por dicha nuestra y á pesar de la impiedad, conserva la unidad católica. Fueron sus padres los condes de Menendez, señores en aquella tierra, que les apreciaban y honraban por los muchos beneficios que hacian á sus habitantes. Deseaban los condes que Dios les concediera un hijo. Hallábase el padre de S. Rosendo mandando como general las tropas del rey D. Alonso *el Grande* en la ciudad de Coimbra, para defenderla de los árabes que habian inundado á España, guiados por la más inaudita de las traiciones, y en tanto que él se ocupaba en la direccion de las gentes de armas, su virtuosa esposa Ilduana se ocupaba en la ciudad en prácticas piadosas y en hacer obras de caridad. Fué la devocion de esta Señora al Salvador del mundo tan grande, que muy á menudo iba á pie descalzo á hacer oracion á una ermita dedicada al Salvador, que habia en un monte cercano á Valdesalas, en donde se extasiaba orando. Un dia que se quedó dormida orando con el mayor fervor delante del altar, se la apareció un ángel (asi lo dice Croisset), y la dijo: «Ilduana, alégrate. Dios ha oido tus fervorosas oraciones; concebirás y parirás un hijo, cuyas virtudes le haran santo. Reconoció la condesa al despertar en este sueño profético un especial consuelo del cielo, y dando gracias á Dios, corrió á noticiar á su esposo el suceso. Conforme lo anunció el ángel, sucedió; concibió la condesa, y el dia 26 de Noviembre de 907 de nueva era, dió á luz un robusto niño, al que se le puso en la pila bautismal el nombre de Rosendo. Educaron los condes con el mayor cuidado á este tan deseado vástago, y fué creciendo de tal modo en la virtud, que el estudio y la devocion á Jesucristo y á su Santísima Madre fueron sus principales diversiones. Llegó precozmente á aventajar á todos sus condiscípulos en el estudio, y en el conocimiento de las cosas santas ninguno le adelantó. Su buen carácter le atrajo la aficion y amor de todos los que le trataban, y no tardó la fama en hacerse lenguas para publicar su modestia, su castidad, su piedad y su caridad para con los pobres. Como cuando llegó á mozo, la virtud y santidad de Rosendo era ya proverbial en el país, á pesar de que solo contaba diez y ocho años, el clero y el pueblo le eligieron por su obispo; resistióse tenazmente su modestia á admitir este dignidad, pero si bien pudo contrariar la

voluntad de sus paisanos, no pudo resistirse á la de Dios, que por medio de una revelacion le mandó admitirla. Ocupando la silla de la diócesi, una gran luz evangélica le iluminó desde luego; puso su conato en enseñar á sus ovejas los principios y prácticas religiosas é inculcarles el amor á las virtudes cristianas, y en especial á la caridad, que es la mayor de todas. Si bien la contínua ocupacion en que se hallaba para dirigir las almas por el recto camino de la perfeccion, no le dejaba tiempo alguno ocioso, su corazon ansiaba por vida más solitaria, á fin de entregarse mejor á la contemplacion y á la oracion. No pudiendo resistir á tan ardientes deseos, mandó construir el monasterio de Celanova, y luego que estuvo concluido, se fué á él con otros monjes á hacer vida monástica. Grande alegría tenia Rosendo al ver llenos sus deseos de vivir y poder morir en la soledad; pero Dios, que habia formado sobre él otros designios, le privó de este gozo para proporcionarle otros medios de alcanzar la vida eterna por que suspiramos. Vacó por aquellos tiempos la silla episcopal de Compostela, y S. Rosendo fué trasladado á ella con pena suya; pero no pudo ménos de obedecer la voluntad de Dios que le llamaba á aquel puesto. Emprendió el gobierno de aquella diócesi con la misma prudencia y celo que tuvo en Dumio, y bien pronto se consideraron felices sus nuevas ovejas con tan virtuoso como diestro pastor, al cual veneró toda la comarca. Ausentóse de Galicia el rey Don Sancho, y aprovechándose los normandos, que acechaban las costas del Cantábrico, de la falta de gente armada que se les opusiese por aquella parte de Galicia, la invadieron repentinamente causando mil estragos, que afligieron sobre manera el sensible corazon de S. Rosendo. Confiando el Santo en Dios más que en las fuerzas de que podia disponer, se presentó á los normandos con los fieles que quisieron seguirle, y dióles tan brusco ataque, que logró con el auxilio de Dios hacerlos abandonar la Galicia con la misma precipitacion que la habian invadido; y no contento con esto, dió contra los moros que asolaban el Portugal confinante con Galicia. Como no pudiese resistir Rosendo la idea de vivir en la soledad, á fin de conseguirlo definitivamente, hizo dimision del obispado, y se retiró á su monastario de Celanova, en el que fué modelo de pobreza, de humildad y de penitencia. Aun cuando le repugnaba el mando, y deseaba vivir siempre en la obediencia, no pudo ménos de ejercer algunos años el cargo de abad. Conociendo el Santo que se acercaba el fin de su vida, ansioso de unirse á su Dios le vió con alegría, y se dispuso á la muerte con la resignacion del justo. Murió el dia 1.° de Marzo del año 977, á los setenta años de edad. Su sepulcro fué glorificado por muchos milagros, por lo cual y por las pruebas de su santa vida, el papa Celestino III le colocó en el número de los santos, cuya fiesta celebra la Iglesia el dia 1.° de Marzo.—B. S. C.

ROSENDO (B. Fr.), religioso agustino del siglo XII, en que se distinguió mucho por sus milagros y virtudes. Habia abrazado este siervo de Dios esta Orden como la más santa y perfecta, deseoso de la mayor gloria de Dios y propia santificacion, y en efecto, demostró desde sus primeros años de hábito unas cualidades tan brillantes, que no tardó en ganarse el aprecio y estimacion de sus hermanos y áun de sus superiores. Pero anhelaba á mayor perfeccion, queria vivir de una manera más conforme á los preceptos del Crucificado, y sin desconocer la bondad de la regla que habia abrazado, anhelaba encontrar otra que conviniese mejor con sus deseos y aspiraciones. Unióse con este objeto al beato Fr. Juan Civita y á otros religiosos, y despues de haber recorrido las constituciones de todas las órdenes á la sazon existentes, viendo que no habia ninguna que llenase por completo sus aspiraciones, decidieron aumentar sus penitencias y prácticas piadosas, puesto que por entónces no podian hacer más para conseguir su objeto. Hiciéronlo asi, y transcurrido algun tiempo, comenzaron á ver en lontananza una luz que parecia guiar sus pasos hácia el deseado puerto, una luz que les indicaba habian sido oidas sus oraciones, y que al fin llegarian al punto que tanto anhelaban. El gran S. Bernardo acababa de fundar á la sazon la reforma del Cister, que no tardó en formar una congregacion separada de los antiguos Benedictinos. Esta reforma se hizo bien pronto célebre en toda la Europa, y multitud de religiosos abandonaron sus respectivas órdenes para abrazar la nueva, que les infundia nuevo ánimo para andar por los caminos del Señor. Del número de aquellos religiosos fueron el B. Rosendo y el B. Civita, que abandonaron el hábito agustino por tomar el cisterciense hácia los años 1123 ó 1133, sin que dejasen por esto los ermitaños, que reconocian por patriarca al obispo de Hipona, de contarle en el número de sus ilustres varones, cual lo merecia por sus buenas costumbres, piadosas prácticas y santas virtudes. Pero Rosendo, lo mismo que sus compañeros, pasaron en el Cister el resto de su vida, pudiéndose contar entre sus fundadores; pues fueron de los primeros hijos de S. Bernardo, aprendieron en su escuela, y siguieron sus ejemplos, contribuyendo á hacer célebre un instituto, que no tardó en extenderse por toda la Europa, y acreditarse por la santidad de los varones que en él militaron. Ignórase la época del fallecimiento de este religioso, á quien los agustinos dan el título de beato, y le veneran como tal en su Orden, á pesar de haberla abandonado, pero en reconocimiento de sus grandes y respetables cualidades.—S. B.

ROSEO (Jorge), cardenal de la santa Iglesia romana. Era aleman y obispo de Trento. Fué elevado á la púrpura cardenalicia por Juan XII, en 1411, perteneciendo al órden de los presbíteros. No existen más noticias acerca de este personaje.—M. B.

ROSETTE (Pedro), luterano, natural de Lausanna. Habia servido en el ejército y encontrádose en la batalla de Austerlitz, donde fué herido en la pierna izquierda. En los viajes que hizo á Italia, tuvo ocasion de admirar más de una vez la majestad del culto católico, la pureza de sus dogmas y las virtudes de muchas almas piadosas, y comenzó á sospechar que no pertenecia él á la Iglesia verdadera. La Providencia le proporcionó los medios de convencerse todavía más; hallándose en Parma en 1825, la herida que habia recibido en Austerlitz se abrió de nuevo, y le obligó á entrar en un hospital público para curarse. Admiróse de la caridad con que los habitantes más distinguidos de la ciudad curaban á los enfermos. Estos piadosos fieles formaban una asociacion caritativa, cuyo fundador habia sido S. Camilo de Lelis, y que se hallaba unida á su Orden de Clérigos ministros de los enfermos; iban á los hospitales y ayudaban á los enfermeros en sus trabajos, hacian los oficios más penosos, sirviendo á los enfermos y consolándolos é instruyéndolos al mismo tiempo. Estos servicios admiran todavía más en hombres que en su mayor parte se hallan educados entre comodidades, y pertenecen á las clases más distinguidas de la sociedad. Esta caridad hizo mucha impresion en Rosette, y aumentó las dudas que tenia ya. Deseó catequizarse: los piadosos asociados accedieron á ello con alegría, y le explicaron los principios de la religion. Lo que aprendió le satisfizo de tal manera, que quiso hacer su abjuracion, la que se verificó el 25 de Setiembre de 1825 en la capilla del hospital. El profesor, abate Tachini, que la recibió, dirigió al recien convertido un discurso sólido y tierno sobre la gracia que le habia hecho el Señor y sobre el modo en que debia corresponder á ella. Rosette fué admitido al santo sacramento de la penitencia y de la Eucaristía; habiéndose curado poco despues no quiso volver á Laussanna, donde con dificultad hubiese podido practicar su religion, y prefirió dirigirse á Burdeos, donde tenia para esto todos los medios que podia apetecer. Estos detalles estan tomados de las *Memorias* de Módena.—S. B.

ROSETTI (Cárlos). Este Cardenal, natural de Ferrara, fué hijo del conde Alejandro Rosetti y de Margarita de Est, toscana: nació en 1615 y fué arzobispo de Tarsis *in partibus*, de Cápua, de Alba, de Frascati, nuncio del Papa en Inglaterra, cerca de la reina Enriqueta de Francia, y despues de Colonia, en donde asistió á la muerte de María de Médicis. En 1643 le creó cardenal el papa Urbano VIII, que le dió el nombre de San Silvestre, y despues de haber sido obispo de Faenza, fué enviado de legado *à latere* cuando se hizo la paz de Munster. Murió este prelado el dia 22 de Noviembre de 1681 en su obispado de Faenza, siendo subdecano del Sacro Colegio, á la edad de setenta años. Alfonso Rosetti, su tio paterno, obispo de Comachio, habia sido sufragáneo del cardenal Luis de Est, para gobernar á la iglesia de

Ferrara, cuyo obispado obtuvo en 1583, despues de la muerte de este príncipe. — C.

ROSIER ó Rosergio (Bernardo del), arzobispo de Tolosa en el siglo XV, nació en Mas-Saint-Puelle (antiguamente Recaude), en Lautagais. A la edad de diez y ocho años fué nombrado canónigo regular de la iglesia de San Estéban de Tolosa, y despues de haber desempeñado el cargo de canciller de esta metrópoli, fué nombrado preboste. Fué doctor en ambos derechos de la universidad de Tolosa, en la que profesó teología por espacio de veinte años, al fin de los cuales se le condecoró con el título de *Comes legum* por la misma universidad. Habiendo ido á Roma, fué nombrado referendario apostólico por el papa Eugenio IV; siguiendo en este destino con el pontífice Nicolás V, distinguiéndose tanto por su profunda erudicion y grande elocuencia, que mereció el aplauso general como predicador, y en particular el de los pontífices expresados. Sostenidas ambas cualidades por una gran piedad, fué la causa principal de que se le nombrase obispo de Bazás, despues de Montauban, y de que por último se le hiciese arzobispo de Tolosa. Compuso un gran número de volúmenes sobre muchas cosas, citando Nicolas Bertrand hasta cuarenta y seis con sus títulos, de los que la mayor parte, dice, se conservaban en su tiempo en los archivos y bibliotecas de su metrópoli, asegurando lo mismo Guillermo Casel, cuando escribia sus *Memorias sobre el Langüedoc*. Murió este prelado el 18 de Marzo de 1474. Pedro Rosier, su sobrino, y preboste de San Esteban de Tolosa, fué elegido arzobispo de esta diócesis el año 1490, por la mayor y más considerable parte del capítulo; pero Hector de Bourbon, obispo de Labant, hijo natural de Juan II, duque de Borbon, le arrebató el arzobispado, á pesar de haber tenido ménos votos que Rosier, por lo que se litigó fuertemente; quedando al fin vencido éste, segun se ve en La Faille, en sus *Anales de la ciudad de Tolosa*. — C.

ROSIERES (Francisco), eclesiástico de la santa Iglesia católica; nació este antiguo arcediano de Toul en 1534, en Bar-le-Duc, de una antigua familia, establecida desde el siglo XIV en la Lorena y en el Barrois, en donde aún subsiste. Fué un hombre de excelente figura, que se distinguió mucho por su finura, por su erudicion y por su elocuencia. Abrazando el estado eclesiástico, se le dió el arcedianato de Toul, debiendo muy pronto al cardenal de Guisa otros beneficios y el título de consejero del duque de Liorna. Obligado por reconocimiento á defender los derechos de la casa de Guisa, publicó la obra titulada: *Stemmata Lotharingiæ ac Barri-Ducum*; en la que pretendió probar que los duques de Lorena descienden de Carlomagno por línea derecha, y áun de un hijo de Clodion, al que Meroveo usurpó la corona de Francia. Fué impresa esta obra en París en 1580, en fó-

lio, con privilegio, pero no tardó en descubrirse que Rosiere habia hecho uso de diplomas y documentos evidentemente falsos, que habia alterado otros, y que se habia permitido muchas alegaciones injuriosas á la dinastía reinante. A consecuencia de esta denuncia se prohibió y recogió el libro, y Rosieres fué encerrado en la Bastilla. El poder de los Guisas y la proteccion de la reina Luisa de Lorena le sacaron de este apuro. Sacado de la Bastilla el 26 de Abril de 1585, y llevado ante el consejo presidido por el Rey, confesó, poniéndose de rodillas ante el soberano, que se habia hecho culpable de un gran crímen, que merecia la muerte, y que por lo tanto solo esperaba su perdon de la clemencia de S. M. Haciéndole levantar el Rey, le permitió volver á Toul; así lo dicen en el proceso verbal inserto en las *Observaciones sobre la sátira Menippea*, edicion de Godefroy, á la pág. 406 del tomo II. En 1587 fué Rosieres uno de los comisionados encargados de escribir los estatutos de la universidad de Pont-à-Mouson, y en seguida tuvo que sostener contrariedades con el obispo acerca de la jurisdiccion que pretendia ejercer en la diócesis; en su cualidad de arcediano mayor, y á fin de sostener sus derechos, hizo un viaje á Roma. Dice el P. Benito de Toul, en su *Historia de Toul*, que Roisieres fué condenado por sentencia del Tribunal de la Rota; pero Dom. Calmet pretende lo contrario, que se quejó ante el Papa de una manera tan patética, que le absolvió; así se dice en la *Biblioteca de Lorena*. Sea de esto lo que quiera, Rosieres volvió á Toul, en donde continuó ejerciendo sus funciones hasta su muerte, que tuvo lugar en 29 de Agosto de 1607, siendo sepultado en la catedral, en donde se veia antiguamente su tumba de mármol negro, adornada de un escudo de seis cuarteles, y un epitafio que nos ha conservado Dom. Calmet. Además de su pretendida obra genealógica, que ha hecho muy rara su prohibicion, y sobre la cual puede consultarse independientemente á las bibliógrafos Vogt, Debure, Cailleau, la *Biblioteca histórica de Francia* y el *Mercurio* de Julio de 1749, se han conservado de Rosieres las siguientes obras: *Sumario ó Coleccion de las virtudes morales, intelectuales y teologales*; Reims, 1571, en 8.° —*Séis libros de política*; id., 1574, en 4.°, obra alabada por Dom. Calmet; pero mejor apreciada por Real en el tomo VIII de su *Ciencia del Gobierno*.—*Oratio panegyrica ad Clementem VIII in commendationem Camilli Burghesii, ordini Patrum purpuraturâ adscripti*; Roma, 1596, en 4.° *Oratio panegyrica ad perpetuam memoriam assumptionem Pauli papæ Vad sacræ Sedis apostolicæ culmen*; Pont-à-Mouson, 1605, en 4.° Estos dos panegíricos, que se ocultaron á las pesquisas de Dom. Calmet, se hallan en la Biblioteca del Rey, hoy Imperial, en París. Segun su biógrafo Weis, Rosieres ha dejado manuscrita su obra titulada *Six Catechesses*, en fol.—C.

ROSIERS (Abraham des), protestante de Caen, que convirtió Veron há-

cia 1630 con otros seiscientos individuos, demostrándoles que los protestantes habian falsificado la Sagrada Escritura, que condenaba su doctrina, lo mismo que los Santos Padres de los cuatro primeros siglos de la Iglesia.—S. B.

ROSIGNIOL (P. Bernardino), religioso de la Compañía de Jesus. Nació en Ulmerano, en Italia; desde sus más tiernos años fué muy inclinado á la virtud y al estudio, siendo su pasion dominante el deseo de saber y agrandar la esfera de los vastos conocimientos que llegó á adquirir con su grande aplicacion. Entró en la Compañía el año de 1563, y en ella se ejercitó en todo género de virtudes, saliendo un consumado estudiante y sobresaliente en las letras divinas y humanas. Manifestó su grande profundidad en ellas, profesándolas en Milan por espacio de once años, siendo muy celebrado y aplaudido de todos. Despues de haber desempeñado tan gloriosamente y con tanto éxito el profesorado, fué nombrado rector de varios colegios, siendo uno de ellos el Romano, atendiendo á su extraordinario mérito, singular modestia, prudencia y gran capacidad. Ultimamente fué elegido provincial de la provincia romana, Veneta y de Milan, cuyos cargos ejerció á gusto de todos, con el mayor tacto y gravedad religiosa; asistió tambien á la quinta y sexta Congregacion general. Fué varon de admirable bondad, de notable caridad, y tuvo el mayor acierto y destreza para dirigir las almas. Donde quiera que se presentaba simpatizaba y era muy amado de todos, que admiraban la vehemencia de sus palabras y su elocuente y escogida conversacion, conviniendo todos en que era el sugeto más á propósito para el gobierno de la Compañía. Murió en Turin, siendo rector de aquel colegio, el dia 5 de Julio del año 1613. El P. José Aleman, varon de santidad conocida, que estaba ausente, supo su muerte por gracia singular. Hallábase durmiendo en el momento en que espiró el P. Rosigniol, y, despertando de improviso, vió como un globo de fuego que entrando en su aposento se le acercaba; y sin temor alguno, ántes con mucho recreo de su corazon, le abrazó estrechamente, diciendo en voz alta: *Pater mi, currus Israel, et auriga ejus.* Padre mio, carroza de Israel y guia suya; y llegando de allí á poco el mensajero que traia la nueva de la muerte del P. Bernardino, le dijo que nada le decia de nuevo, porque ya tenia noticia de aquel suceso. Cinco años despues de su muerte se halló su cuerpo incorrupto é inalterable, y sus carnes tan flexibles y casi naturales, que todos los que las tocaron experimentaron la mayor admiracion, produciéndoles sumo respeto y veneracion aquel cadáver del servidor de Dios. El P. Bernardino Rosigniol fué un insigne y señalado escritor en materias espirituales. Entre varias obras escribió un libro de la enseñanza de la perfeccion cristiana para los tres estados, principiantes, aprovechados y perfectos. Además otros cinco

libros muy doctos de los Padres y Santas Escrituras, muy útiles en especial para religiosos. Otros dos libros, que se ocupan de las acciones de la virtud. Tambien escribió una epístola celebrando las virtudes de Alejandro Luciaghi, dando á luz igualmente, en nombre de Luciano Baldesano, el *Estímulo de las Virtudes*, libro provechosísimo, y la *Historia Thœbeæ*. —A. L.

ROSITEO (P. Fr. Antonio). Religioso misionero de la órden de San Francisco de Paula, tomó el hábito en 1709 en el convento de Espezano en la provincia de la Calabria superior; pertenecia á una familia noble de la villa de Cruculi en la diócesis de Rosano, y era hijo de un afamado profesor de medicina. Fué compañero en el noviciado del P. Fr. Gaspar de Toro, varon no ménos notable que él por su santidad y letras. Apénas tomó el santo hábito, comenzó á dar claros indicios de su santidad, tratándose con notable rigor y demasiadas penitencias. Fueron extraordinarios sus ayunos, no comiendo nunca mas que yerbas, pan y agua, en los sesenta años que vivió en religion; observando hasta tal punto la vida cuaresmal, que si algunas veces no se lo permitian las enfermedades, y le mandaba el médico que comiese carne y áun los prelados, se contentaba con tomar algunas frutas, con las que no tardaba en convalecer. Llevaba á raíz de la carne una túnica gruesa, y su hábito y manto eran más bien de sayal que de paño; cuando era necesario arreglarle, se le remendaba él mismo, sin quitársele nunca, lo que no hizo en toda su vida. Fué muchas veces corrector en la religion, obligado por la obediencia, que le sacaba siempre de su celda para que le sirviera en esto por la grande experiencia que se tenia del aprovechamiento espiritual y temporal de la comunidad que gobernaba, donde era todo vacar á Dios, consagrarse á los divinos oficios, tratar de recogimiento, guardar silencio y acrecentar la perfeccion en todo. Huia de las conversaciones en cuanto le era posible, y si necesitaba asistir á alguna, ya por el oficio, ya por visitas de seglares, manifestaba su maravilloso ingenio, y con rostro agradable y palabras dulces se despedia con la mayor brevedad. Procuraba que en todas las conversaciones á que asistia se tratára de cosas graves, del aumento de las virtudes y reprension de los vicios, no perdonando correccion discreta á nadie que viese la necesitaba. Fué tan amante de la santa humildad, que ora fuese prelado, ora nó, despues de haber dicho misa, lo que hacia diariamente, y despues del coro y cumplir con sus obligaciones, se iba al jardin ó la huerta, donde se estaba cavando y cultivando las flores y las plantas, juzgando, como santo y prudente varon, que ninguna cosa es tan apropósito para domar la carne como el trabajo corporal, y que nada favorece tanto el espíritu como estar siempre ocupado el cuerpo en ejercicios laudables. Hízole esto tener en su celda un gran número de instrumentos de agricultura, lo que imitándole á él hicieron tam-

bien los demás religiosos. Era de hermosa y agradable figura, y de tan excelente disposicion para reprender, que bastaba una mirada suya ó una palabra para corregir á los que le miraban. Hacia todo género de penitencias, y era muy devoto de nuestra Señora. Cayóse un grande golpe en una víspera de Navidad, de cuyas resultas fué al fin su fallecimiento, aunque á la edad de noventa años, llevando más de setenta de religion. Hallábase en el convento de Cosenza, y pidió permiso á su superior para pasar á su convento de Espezano, donde queria muriese su cuerpo, así como su espíritu habia muerto para el mundo. Concedióselo la obediencia, y no se puede encarecer su contento, pareciéndole que por ser aquel convento fundado por San Francisco de Paula, moriria en él con grande consuelo. Sucedió así á los pocos dias de estar en Espezano, y despues de haber recibido los santos Sacramentos con notable devocion. Verificóse su defuncion en 1696, sepultándose su cuerpo debajo del altar mayor, donde se le tiene en grande veneracion por su santa vida. — S. B.

ROSILLO (Don Juan Fernandez), obispo de la santa iglesia de Guatemala, sucedió á don Fr. Juan de Castro. Nació en Cartagena de Indias, y fué electo obispo de Verapaz en 5 de Marzo del año 1592, y desde esta silla fué promovido para la de Mechoacan. Este prelado fué el último que tuvo la iglesia de Guatemala, que se incorporó á la de Mechoacan atendida su proximidad. Túvose presente y en consideracion, que los indios de aquel distrito no pasaban de cinco mil, distribuidos en once pueblos que comprendia el obispado, gente pobre, sin trato, ni comercio ó granjería. Tiene la ciudad de Guatemala por tutelares suyos al apóstol Santiago el Mayor, á S. Sebastian, abogado contra la peste, á S. Dionisio Areopagita, abogado contra los temblores de tierra, á S. Nicolás de Tolentino, abogado contra la langosta, y á S. Agustin. Habiendo sido promovido D. Juan Rosillo, como se ha dicho, para la iglesia de Mechoacan, sucedió en aquel obispado á D. Fr. Andrés de Ubilla, que no llegó á tomar posesion de la silla, pues murió recien nombrado en 1602, y el obispo Rosillo fué presentado para la misma en 29 de Abril de 1605. Gobernóla año y medio, y murio en 21 de Octubre del año de 1606, siendo su sucesor don Fr. Baltasar de Covarrubias, natural de Méjico y religioso agustino, sugeto de gran prudencia, piedad y virtud.—A. L.

ROSILLO (Fr. Martin), franciscano español de la provincia de Cartagena, de la observancia regular. Célebre ha sido esta provincia en España y en los anales de la religion seráfica, por el gran número de religiosos ilustres que produjo en santidad y letras en los primeros siglos de su existencia, lo que dió orígen á una obra que gozó de bastante popularidad en su tiempo, y que hoy ha pasado á ser una preciosidad bibliográfica. Uno de estos fué el

personaje que nos ocupa, que aunque no conste en aquel libro, se halla citado en otras crónicas, y en particular en la Biblioteca franciscana del padre Fr. Juan de S. Antonio, porque dejó algunos libros ascéticos, llenos de las santas máximas de la moral más pura y evangélica. Su larga carrera, sus estudios y su vida ejemplar le hicieron acreedor á todo genero de consideraciones, desempeñando cargos por los que áun en la actualidad merece particular consideracion. Lector en un principio de su provincia, se consagró á la enseñanza con celo y esmero, procurando crear discípulos que dieran lustre á su Orden, y se distinguiesen, tanto como por sus conocimientos, por sus virtudes y ejemplos. Esta era la máxima general de todas las religiones, convencidas como con razon se hallaban, de que nada vale la ciencia sin la virtud, y de que el hombre más ilustre por su saber, si no lo demuestra con sus acciones, queda muy inferior al rudo campesino, que quizá á sus solas ejerce actos nobles y generosos, que desdeñaria la más refinada civilizacion. Siguió, pues, este principio el P. Rosillo, como todos sus compañeros, y consiguió tener alumnos un tanto distinguidos, los que en su dia y como en agradecimiento para conservarle siempre á su frente, pues le miraban como padre y director, le nombraron guardian del convento de S. Francisco de la ciudad de Molina, cargo que ejerció durante un largo período á consecuencia de diferentes reelecciones, manifestando siempre que sabia llenar con creces las esperanzas de los que para él le habian dado sus votos. Durante estos períodos, lo mismo que en los anteriores, se consagró con grande celo al santo ministerio de la predicacion, en que pudo brillar por sus no vulgares conocimientos y su grande erudicion. Uno de estos sermones, quizá el que le pareció más notable ya por su objeto, ora por sus vastas miras y el honor que hacia á su Orden, fué el que imprimió en Alcalá Francisco Garcia en 1695, en 4.°, bajo el título de *Panegírico de las sagradas llagas de nuestro seráfico P. S. Francisco.* Su otra obra está escrita en latin, y lleva el nombre *De sudore mirando cujusdam Imaginis S. Francisci tempore belli;* Zaragoza, por los herederos de M. Roman; 1712, 4.°—S. B.

ROSINI (Cárlos María). Este anticuario y filólogo italiano, hijo de un médico de Nápoles, nació en esta ciudad el dia 1.° de Abril de 1748. Desde la edad de siete años le puso su padre en el colegio de los Jesuitas, en donde no tardó en hacerse notable por la precocidad de su inteligencia y su aplicacion al estudio. Fueron tan rápidos sus progresos, que sus maestros pusieron empeño en que se quedase en la Orden, á lo cual el jóven Rosini se encontraba muy dispuesto; pero muriendo su padre, se vió precisado á volverse á su familia. En seguida obtuvo una plaza gratuita en el Seminario de Nápoles, desde donde pasó al Liceo Arzobispal. Despues de recibir las órdenes sagradas, se encargó de enseñar el griego, y desde esta cátedra pasó

á desempeñar la plaza de profesor de estudios en el mismo Seminario. Tradujo del frances, mejorándola, la Gramática griega de Port-Royal. Cuando el abate Nicolás Iñarra fué elegido preceptor del príncipe heredero, que reinó despues con el nombre de Fernando IV, sucedió Rosini en la cátedra de Santa Escritura á este sabio, del que habia sido adjunto para la interpretacion de los preciosos papyrus extraidos de las excavaciones de Herculano. Fué uno de los primeros miembros de la Academia de Arqueología de Herculano despues de su reorganizacion. Por espacio de muchos años se ocupó casi exclusivamente en descifrar los antiguos manuscritos recientemente descubiertos, publicando sucesivamente un gran número de ellos. El primero fué *Tratado de Filodemo sobre la Música*, escrito en griego, el que acompañó con notas y comentarios sumamente eruditos. Complació tanto al rey Fernando este trabajo, que dió al autor la presidencia de los Papyros durante su vida. Rosini emprendió una *Historia del Vesubio*, en la que debian escribirse todas las erupciones, ofrecer los detalles de la catástrofe que sumergió tres ciudades en el reinado del emperador Tito, las circunstancias de su descubrimiento, y los principales monumentos encontrados en sus excavaciones. Desgraciadamente solo pudo publicarse la primera parte de esta grande obra, porque Rosini, que era canónigo de Nápoles desde 1792, fué, en 1797, elevado al obispado de Puzzolo, lo que le obligó á interrumpir sus pesquisas arqueológicas para consagrarse á las penosas tareas del episcopado. Durante el reinado de Joaquin Murat, disfrutó de la estimacion particular de este príncipe, que le nombró consejero de Estado y limosnero mayor. A la vuelta de los Borbones, fué sucesivamente nombrado ministro de Instruccion pública, funciones que ejerció poco tiemoo, y presidente de la Consulta de Estado y de la Sociedad Real Borbónica. En los últimos años de su vida se vió privado Rosini del uso de las piernas, de resultas de una inflamacion continua, y murió el dia 18 de Febrero de 1836 de un ataque apoplético fulminante. Se conocen de este autor, publicadas por él, las obras siguiente: *Oratio in Adventu Josephi Zurlo, S. R. E. Cardinalis Archiepiscopi Neapolitani*; Nápoles, 1783, en 4.°—*Nuovo Metodo per apprendere la lingua greca*; id., 1784, en 8.° Esta es la traduccion de la Gramática de Port-Royal de que hemos hablado.—*De vero studiorum Secopo*; id., 1787, en 4.° *De litterarum utilitate nullo non tempore capienda*; id., 1790, en 4.°—*Vita Jacobi Martorellii*; Nápoles.—*Dissertatio Isagogica ad Herculanensium voluminum explanationem*; Nápoles, 1797, primer volúmen en fólio. Este es el principio de la *Historia del Vesubio* proyectada por el autor, en donde se trata particulamente de la erupcion que sumergió á Herculano, Pompeya y Stabia, y en el que remontándose al origen de estas ciudades, que cree fundadas por los fenicios, traza su historia con admirable erudicion, talento y crítica.—

Herculanensium voluminum quæ supersunt; Nápoles, 1793-1823, tres volúmenes en fólio. Esta coleccion, sumamente estimada por los sábios, es ya hoy muy rara.—*Epistola de locis theologicis;* se halla este escrito al final del libro titulado: *De Vita Dominici Coppolli Archiepiscopi Myrensium*; Roma, 1825. Además de estas obras, dejó Rosini inéditas las siguientes: *Sententia de conductione tacita, dissertatio academica.—Dissertatio de novissimo Paschalis dominici die.—De Baptismo novi fœderis.—De authentico Nicæni I canonum numero.—Commentarius in tit. decret. de Feriis.—Græciæ Chorographia.—Synopsis Archeologiæ græcæ.—De marmore græco suessano dissertatio.—Dissertationis isagogicæ pars altera incœpta.—Disertacion sobre el templo de Serapis en Pouzzoli*, escrita en italiano, y en fin, diferentes poesías é inscripciones griegas, latinas é italianas. Dice su biógrafo Mr. René Alby, que escribió su vida el caballero Próspero de la Rosa, á cuyos escritos debió atenerse para escribir su biografía—C.

ROSIQUE (Fr. Pedro), franciscano español de la provincia de descalzos de S. Pedro Alcántara, en el reino de Granada. Ignóranse las primeras circunstancias de la vida de este religioso del siglo XVII, en que pasó por uno de los oradores más afamados de Andalucía. Su elocuencia corria parejas con su amor al saber y á la virtud, y su erudicion era fruto sin duda de estas grandes cualidades. En el momento en que tomó el hábito manifestó la verdad de su vocacion con sus continuos ejercicios de piedad, sus rigurosas penitencias y austeridades. Era en su época tan frecuente sujetar á los novicios á un plan rigido y severo, que acostumbrados despues á él, con dificultad le abandonaban en el resto de la vida; y caso que por un momento entibiáran en sus rigores, volvian á abrazarla de nuevo como el pecador arrepentido, que al recordar, próximo al sepulcro, sus extravíos, los pesares que le han costado y le cuestan, y la dicha de que disfrutó ántes de cometerlos, vuelve á abrazar con gusto las costumbres de su inocente infancia, llorando amargamente el haberlas abandonado, y convencido que solo en ellas encontrará la dicha que desde mucho ántes habia huido de su corazon, que habia venido á turbar su conciencia y su espíritu por el amargo recuerdo de haberla perdido ligera é incautamente. Mas el P. Rosique, cuya laboriosa carrera fué consagrada por completo al estudio, no tuvo que temer estos escollos ni se le vió por un instante vacilar sometido á su maléfica influencia. Profesor de sagrada teología, se dedicó por un largo período á la enseñanza, llegando á reunir un gran número de discípulos, todos los cuales salieron en extremo aventajados en esta ciencia, que era la principal para los que debian seguir la carrera del púlpito ó del confesonario. Predicador él mismo, obtuvo grande fama y se le disputaban las principales ciudades de Andalucía. Granada, que fué donde residió por más

tiempo, tuvo la dicha de oirle con más frecuencia, y le encomendó los discursos de las principales festividades que en ella se celebraron en su tiempo. A esto debió quizá el P. Rosique sus posteriores ascensos, pues deseosos sus compañeros de corresponder á los beneficios que habia prestado á su convento y órden, y de utilizar al mismo tiempo su influencia en beneficio propio, le eligieron guardian agente del convento de S. Antonio de Granada, cuyo destino desempeñaba probablemente á su muerte, ocurrida á últimos del referido siglo XVII. Publicó: *Erudito sermon de nuestra Señora de Loreto;* Granada, por Francisco Gomez, 1645, en 4.°—*Sermon panegírico de los santos mártires Justo y Pastor;* ibid., por Antonio Torrubia, 1688, en 4.°—*Oracion fúnebre, histórico-panegírica del V. Fr. Francisco Moliner, religioso descalzo;* ibid., 1695, en 4.°—S. B.

ROSLA (P. Fr. Gerónimo), religioso de la Orden de su nombre en el Real monasterio y casa de Gandia. Era natural de la ciudad de Játiva, de la noble sangre de los Roelas, y para esmaltarla con colores de más realzada nobleza, puede asegurarse que desde que tomó allí el hábito, hasta que se enterró con él, fué un modelo de religioso humilde, caritativo, pobre y obediente. Tuvo dos oficios en el convento, el uno se ocupó de la enfermería, y el otro fué la procuracion en las casas que tenia el monasterio en la ciudad de Valencia; en uno y en otro destino manifestó bien las prendas y virtudes que poseia y de que viene hecho mérito, procediendo de tal modo, que los enfermos encontraban remedio y consuelo, y las haciendas prosperidad y abundancia. Administró por el largo espacio de treinta y cinco años con fidelidad verdaderamente religiosa dichas haciendas, mirando por ellas, y nada por sí, pues disfrutando de posicion en que podia extenderse tanto en el porte como en el trato, era tanta su modestia en el vestir, que á todos edificaba, y tal su templanza y comedimiento en su alimentacion, que era necesario que los prelados le mandasen se diese mejor trato. Jamás conservó depósito aunque allegó cantidades considerables; todo lo empleaba en servicio de la comunidad, procediendo este modo de obrar de que empleaba mucho tiempo en la oracion, y por los intereses que le comunicaba en ella el Señor, olvidaba todos los demás del mundo. Así, cuando llegó al lance inexcusable de la muerte, y de pasar á dar cuentas al tribunal de Dios, se halló sumamente tranquilo y con grande quietud, viendo sus manos y su conciencia limpias, y prevenido con entrañable amor y afecto con los santos Sacramentos, se fué á gozar el premio de la fidelidad en el seno del Señor, á los sesenta y nueve años de su edad y cuarenta y ocho de hábito.—A. L.

ROSMEER (J. Teodoro), jesuita belga, nació en 8 de Enero de 1575, dando desde su niñez inequívocas pruebas de las buenas cualidades de que

se hallaba adornado. Era en efecto Rosmeer uno de esos jóvenes de carácter severo y grave áun en la edad juvenil, de genio dulce y bondadoso áun en la época en que las pasiones nos lanzan en todas las tormentas y dificultades de la vida. Fijo su amor á Dios y las cosas divinas, no hacia caso de nada que no se refiriese á estos santos objetos, y vivia pacífico y tranquilo áun oyendo bramar en torno suyo el terrible huracan de los odios y de las venganzas, el ardiente vendaval que amenazaba consumirlo todo en la poco ántes tan católica Bélgica. ¿Más qué se le importaban á Rosmeer las diferencias que agitaban á sus compatriotas, de que ni áun queria oir hablar, que miraba con horror y que le causaban el efecto de los sangrientos crímenes que consigo llevaban? Él habia nacido para dias y edades más tranquilas, él solo aspiraba al retiro y al silencio, queriendo vivir en el fondo de un claustro, lleno de fé y de celo por el de Dios, en quien reconocia un Supremo Hacedor, la fuente de toda la gracia, el orígen de todas las cosas. Así crecia en años al paso que en virtudes, y parecia sonreirle una felicidad que estaba negada entónces en su país á los demás mortales. El P. Rosmeer, decidido pues á seguir las inspiraciones de su corazon, los instintos de su alma, no tardó en abandonar el mundo por la religion, el siglo por el claustro, y en aspirar á ser en él modelo de perfectos religiosos. Cuando ingresó en la Compañía de Jesus iba presidido de la mejor fama, y le acompañaban las más puras y santas costumbres. ¿Qué extraño, pues, que se conciliase el afecto de sus superiores, el respecto de sus compañeros y la admiracion de sus compatriotas? El humilde novicio solo respiraba obediencia, uncion y humildad; cultivaba todas las virtudes y procuraba aventajarse en todas ellas con ese celo, con ese ardor que solo es concedido á las imaginaciones ardientes y despejadas, á los hombres de vasto saber, de capacidad no vulgar. Inútil es decir que no adelantaba ménos en sus estudios, era el primero de su clase, el que servia á sus maestros para ponerle de ejemplo á sus condiscípulos, el que resolvia todas las dificultades; el que, por último, en los actos y certámenes públicos era elegido para dejar bien puesto el nombre de la Compañía y atraerse el aplauso de la numerosa concurrencia que á ellos asistia. Así es que apénas terminada su carrera y ordenado de sacerdote, fué destinado á diferentes cargos, alternando en los de la enseñanza y la predicacion. En la primera manifestó la profunda ciencia que habia adquirido, la facilidad y acierto que tenia para dirigir áun á los jóvenes más rudos y torpes, y en el púlpito dió de sí muestras mucho más notables todavía. Rosmeer, amado de sus compatriotas católicos, sabia repartir el pan de la palabra divina con esa uncion, con ese fervor propio de los antiguos Padres de la Iglesia, y convencido de que sus máximas y principios debian ser firmes é incontestables en una época de revolucion y

lucha, procuraba establecerlos de una manera que no solo no les quedase la menor duda, sino que tambien pudieran explicarlas con la misma certeza siempre que de ellas hablasen ó tratasen. Así es que su reputacion creció con extraordinaria rapidez, fué citado como un prodigio de talento, quisieron oirle los grandes y poderosos, y áun el duque de Neoburgo le eligió por confesor; cargo difícil y espinoso, pero que desempeñó satisfactoriamente, no empañando el brillo de la corte sus antiguas y sólidas virtudes, afirmándolas por el contrario cada vez más, y constituyéndole en un verdadero héroe, que sabia luchar y vencer las dificultades de la ambicion y los escollos del orgullo. No pararon aquí las distinciones que fueron concedidas á su saber y piedad, pues miéntras por una parte la Compañía le proponia los más encumbrados puestos, por otra fué nombrado superior de las misiones naval y castrense, cargo de difícil desempeño y que exigia un hombre de tanta probidad como rectitud y decision. Todas estas cualidades se hallaban reunidas en el P. Rosmeer, que habia vivido pobre en medio de las riquezas, que todo lo habia sabido sacrificar á la gloria y aumentos de la religion. Supo corregir las costumbres y los abusos, trabajó con admirable celo en la conversion de los pecadores, áun los más empedernidos, y áun á costa de increibles esfuerzos y no pocos peligros, consiguió preparar á una soldadesca desenfrenada para mirar la muerte como la gloria del mártir, como el triunfo obtenido por la religion, como el acto más importante de la vida, si se miraba como un sacrificio hecho por el más santo de los fines. Este fué el último puesto que desempeñó este Padre, muriendo á poco tiempo, despues de haber publicado: 1.° *Las Meditaciones de la Santísima Vírgen María*, compuestas por Tomás Villacastin, y traducidas á su idioma; Ambéres, por Juan Cnobbaert.—2.° *Pastorem animas curantem, seu, Instructiones ad Pastores.*—S. B.

ROSUY (Maximiliano de Bettune, marqués de), hijo del célebre ministro de Enrique X: fue convertido por el cardenal de La Rochefoucauld (siglo XVII).—S. B.

ROSPIGLIOSI (Félix). Fué este cardenal, de la nobleza de Pistoya, hermano del cardenal Santiago Rospigliosi y sobrino del papa Clemente IX. Como ya este papa habia hecho cardenal á Santiago, tuvo reparo en dar la púrpura á Félix, porque no se le criticase demasiado de nepotismo, y así es que se contentó con nombrarle vicelegado de Ferrara y de Aviñon é internuncio de Bruselas. Elegido papa Clemente X por fallecimiento de Clemente IX, le rogó cediese su lugar al cardenal de Estrées, y Félix, que no estaba muy conforme con este puesto, le cedió sin repugnancia alguna. En vista de esto Luis XIV, rey de Francia, que tanto habia instado por la promocion de Estrées, no cesó de suplicar á Clemente X por los adelantos de Félix, al

que al fin creó cardenal diácono de Santa María in Portico en su cuarta promocion, en la que solo le concedió la púrpura. Le declaró además protector de los PP. Capuchinos, y le admitió en las congregaciones del Concilio, de los Obispos y Regulares, de la Inmunidad y otras. Concurrió con su voto á la eleccion de Inocencio XI, el que por muerte de su hermano el cardenal Santiago le hizo arcipreste de la Basílica Liberiana. Una prematura muerte cortó á este Cardenal el curso de los honores en Roma, el dia 9 de Mayo de 1688, en la florida edad de cuarenta y nueve años. Sepultado, como su hermano, en el panteon de los canónigos en la misma basílica, en 1748 se puso una modesta losa que le recuerda en aquel templo. Fué Félix de carácter dulce y manso, modesto en sus palabras, moderado en sus discursos, grave en las sentencias, dotado de excelente ingenio, docto y erúdito en todo género de literatura, pero singularmente en la disciplina filosófica y matemática, á la que se aplicó con demasiada asiduidad con respecto á su delicada complexion. Entregóse tambien al estudio de los sagrados cánones, en los que fué tan entendido que se hizo un lugar sobresaliente en las congregaciones á que fué adscripto. Y en fin fué un príncipe católico digno por todos conceptos de la púrpura. — C.

ROSPIGLIOSI (Santiago). Siguiendo este cardenal, de una casa noble de Pistoya, á su tio Julio Rospigliosi, arzobispo de Tarso, á la nunciatura de Madrid, tuvo lugar de conocer su buen carácter y raro talento, y aprendió en la universidad de Salamanca las ciencias especulativas y legales; y debiendo el nuncio trasladarse á Zaragoza por graves asuntos del servicio, y detenerse allí bastante tiempo, encargó á su sobrino la vicegerencia de la nunciatura. Correspondió perfectamente Santiago á las esperanzas de su tio, y con sabiduría, habilidad y valor, desempeñó los negocios, dando pruebas evidentes de su capacidad para los más graves negocios que pudieran encomendársele. Volviendo á Roma, fué admitido en la corte del cardenal Chigi, sobrino de Alejandro VII, en calidad de maestro de cámara, en tanto que su tio fué nombrado secretario de estado, en cuyo caso le ejercitó en diversos negocios y en el estudio de las ciencias. Otro tanto hizo el cardenal Chigi, luego que advirtió la capacidad de Rospigliosi para tratar y concluir con buen éxito negocios importantes y difíciles. Despues de las famosas reyertas entre los soldados corsos y el embajador de Francia Crecqui, se le mandó á San Quirico de Toscana, adonde se habia retirado el embajador, el cual le acogió muy cortesmente, y se supo manejar con él de tal modo, que habiendo llenado los deseos del Papa, le mandó cerca de Luis XIV, rey de Francia, para que le anunciase el motivo y circunstancias por las que iba á mandarle de delegado al cardenal Chiggi. Habiendose suscitado con este motivo graves dificultades, volvió Santiago á París otras dos veces, y logró vencer-

las todas con su prudencia y destreza. Terminado este enfadoso negocio, recibió órden de dirigirse á Bruselas con el título de internuncio, en donde tuvo que vencer muchas dificultades para mantener en aquel país la autoridad de la Santa Sede, lo que consiguió con plena satisfaccion de los ministros y con el aplauso universal del pueblo, que alabó su mérito. Elegido papa su tio, noticia que recibió en el camino de regreso á Roma, emprendió el de Francia para tratar con Luis XIV en París graves negocios, en cuya ocasion esparció las semillas de aquella paz, que pocos meses despues se concluyó felizmente entre Francia y España. Recibió á Santiago con júbilo el pontífice su tio cuando llegó á Roma, y en su primera promocion de 12 de Diciembre de 1667 le creó cardenal del órden de sacerdotes, con el título de San Sixto, y confiriéndole los empleos de arcipreste de la Basílica Liberiana, la prefectura de la Signatura, el protectorado de los Mínimos á cuya iglesia donó dos ángeles de mármol esculpidos por Bernini; el protectorado de los Ministros de los enfermos, la superintendencia general del estado eclesiastico, inscribiéndole además en las principales congregaciones cardenalicias. A pesar de haberle dado su tio tan altas dignidades, Rospigliosi no se ensoberbeció, mantuvo su natural afabilidad, y se ocupó en hacer el bien, razon por la cual se captó el aprecio de la generalidad. Esto hizo que despues de la muerte de Clemente IX no fuese despreciado como sucede á muchos nepotes (sobrinos); ántes por el contrario, si la eleccion del nuevo Papa hubiera debido hacerse por los romanos, seguramente que él hubiera sucedido á su tio en la silla de San Pedro. El Sacro Colegio le manifestó tambien su aprecio en el cónclave para la eleccion de Clemente X, pues que solo le faltaron siete votos para ser elegido papa, de los sesenta y dos cardenales que se reunieron. Confirióle el nuevo Papa la abadía de Nullius de Nonantola, la cual visitó dos veces el Cardenal. Intervino tambien en el cónclave de Inocencio XI, y en el año 1675 abrió y cerró la puerta de su Basilica Liberiana con la dignidad de legado ad latere. Afecto á las monjas Salesas, dió cuatro mil escudos para introducirlas en Roma, y áun hubiera hecho más en su favor, si una prematura muerte, sentida por todos, no le hubiese privado de la vida el año 1684 en la edad de cincuenta y seis años. Su cuerpo fué sepultado en el panteon de los canónigos de la expresada basílica, en la que en 1748 se puso una simple lápida en la que se lee su epitafio.—C.

ROSSANENSIS (Fr. Silvestre de Rossano), capuchino italiano de la provincia de Cosenza, floreció en el siglo XVI, y se hizo muy notable por su espíritu apostólico y por sus contínuas predicaciones. En su época eran muy frecuentes las fundaciones de comunidades religiosas, y es casi seguro que pensó en fundar una, aunque solo lo consiguió en parte. Ya se habia dado

á conocer por su ejemplar vida y estudios; pero esto no era en Rossano más que la preparacion para ulteriores planes, dignos y justos, puesto que se encaminaban á mejorar las costumbres, á aumentar el número de convertidos, y á separar de la corrupcion y vicios, que eran entónces bastante generales, á multitud de hombres que no solo yacian en las tinieblas del pecado, sino que eran el escándalo de la sociedad, la causa de sus frecuentes y continuas recaidas, y tal vez de las grandes revoluciones que no tardaron en verificarse. Ciertamente que no tuvieron en esto pequeña parte las guerras que desde mucho ántes venian agitando á la Europa, y que acostumbraron á muchos hombres á la holganza y la disolucion, al desprecio de la propia vida, y á no perdonar medio para conseguir sus fines, seguros de que el resultado los coronaria y los justificaria siempre. ¡Triste doctrina aprendida en el campo de batalla y en la política, que ha sido, es y será causa de todas las desgracias de la humanidad. Las masas en que llegó á infiltrarse perdieron el resto de pudor que con las frecuentes desgracias les habia quedado, y de ahí la série de escándalos que no tardaron en presenciarse. Pero la religion católica, que tiene bálsamo para todas las llagas, cauterio áun para las más rebeldes, no tardó en salir al frente para cortar el mal ó evitarle al ménos en la parte que pudiera. De aquí la multitud de religiones que entónces se fundaron, y las congregaciones que sin llegar á serlo, tendian con más modestia, pero al mismo objeto, con iguales aspiraciones. Fr. Silvestre de Rossano fué uno de los varones ilustres que se lanzaron á llevar á cabo tan gloriosa obra, que intentaron realizar tan difícil como laudable empresa. Fundador de una cofradía intitulada de la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, recorrió toda la Italia en busca de compañeros y hermanos; y Roma, Venecia y Nápoles le admiraron como un nuevo apóstol, le veneraron por su ejemplar vida y santas costumbres. Sus predicaciones no tuvieron todo el resultado que esperaba; su cofradía, sin embargo, vivió algunos siglos despues, y su nombre es citado con aprecio desde su muerte, ocurrida en Montealto, en Calabria, en 1596. Dejó una obra escrita con el mismo objeto á que habia consagrado toda su vida, y que lleva por título: *Tractatum duodecim effusionibus Sanguinis D. N. Jesu Christi;* Florencia, por Juan Marescotti, 1573. —S. B.

ROSSAT (Alguiso de Roxiat). Este virtuoso varon sucedió en la sede al obispo Hugolino el año de 1250. Descendia de una honrada familia de Bérgamo, y fué algunos años canónigo en su catedral, despues que recibió el hábito de religioso en el convento de PP. Predicadores de la misma ciudad. Sus méritos, que le hicieron ascender á los diferentes cargos de la Orden, le granjearon particularmente la confianza y estimacion de los sucesores de San Pedro. Gregorio IX le honró con el empleo de su nuncio extraordinario

cerca de la república de Génova, con el fin principal de conseguir el alistar un cierto número de galeras armadas para el paso y seguridad de los prelados que este pontífice convocaba de España, Francia y de Inglaterra, con el objeto de celebrar un concilio en Italia. Sábese, que por falta, ignorancia ó presuncion de los genoveses, que contaban demasiado con la importancia de sus fuerzas, y despreciaron las de sus enemigos, no fueron felices las consecuencias de aquel convenio. A pesar de todo el nuevo nuncio adquirió en aquella negociacion la buena voluntad del Pontífice y de la corte de Roma, en la que siempre disfrutó de una singular consideracion. El capítulo de Rímini habiendo elegido á Alguiso de Rossat por su obispo, despues de la muerte de Hugolino, el papa Inocencio IV confirmó con el mayor gusto y desde luego esta eleccion; pero poco tiempo despues, juzgando que el nuevo prelado sería más útil y conveniente al pueblo de Bérgamo le trasladó á esta silla. En el breve dirigido al capítulo de esta iglesia, el Santo Padre declara: que conociendo hacia mucho tiempo los distinguidos méritos de este sugeto, la inocencia y la pureza de su vida, su erudicion, su gran talento, tanto en la direccion cuidadosa de las almas, como su actividad incansable y su celo por la religion, estaba firmemente persuadido, y todo el Sacro Colegio con él, que el propuesto era el pastor elegido de Dios para conservar en toda la diócesis de Bérgamo la fe católica y la piedad cristiana; para defender la libertad é inmunidades de la Iglesia, y procurarla toda suerte de ventajas, así espirituales como temporales. Los efectos correspondieron á las promesas y á las esperanzas. El dignísimo prelado estuvo constantemente ocupado en atender á las necesidades de la Iglesia, de su pueblo, y á los intereses de la religion. La herejía de los catharos habia dejado en toda su diócesis desgraciados restos de su ponzoña, que con el mayor celo acabó de destruirlos, velando con el mayor cuidado para impedir que aquel veneno no se infiltrase de nuevo en los espíritus. Por la misma razon no quiso nunca que se restableciesen y reparasen las ruinas de un lugar llamado *Curte-nova* en el territorio de Bérgamo. Se habia visto obligado á destruirle, porque los nuevos maniqueos la habian considerado como la fortaleza y el asilo de su secta, y desde donde partian y comunicaban á todas partes sus errores y la impiedad de sus dogmas. El prudente prelado temia con bastante razon que los hijos, demasiado parecidos á los padres, no renovasen sus antiguas prácticas si se les permitia reunirse de nuevo y fortificarse en el mismo lugar. Pero al mismo tiempo que manifestaba su entereza y firmeza contra los herejes, se mostraba siempre favorable á las familias honradas y á las buenos ministros de la Iglesia, y á todos los que le edificaban con la santidad de su vida. Muchos monasterios regulares, bien de su Orden, de Cluni, Cistercienses ó de Valleumbroso, tuvieron

muestras de su liberalidad. Despues de nueve años de episcopado, habiendo restablecido felizmente la disciplina eclesiástica y el buen órden en toda su diócesis, pidió y obtuvo de la Santa Sede el permiso para abdicar su dignidad, para retirarse á la soledad del claustro, donde constantemente ocupado con el pensamiento de la muerte, y el cuidado y esmero en purificarse más y más con los santos ejercicios de la oracion y penitencia, esperó en paz el término de su peregrinacion, que ocurrió, segun Bernardo Guidonis, el 27 de Enero de 1267. No debiendo confundir al obispo Alguiso, de quien ligeramente se hace la anterior reseña, con otro religioso de la misma Orden nombrado Alois, natural tambien de Bérgamo, pero obispo de Mántua, donde trabajó por mucho tiempo y con el mejor éxito y buen suceso en la reduccion de los herejes y extirpacion de la heregía. Asegúrase que fué muy célebre por sus disputas contra los enemigos de la fe, y mucho más recomendable todavia por sus virtudes episcopales. Segun Miguel Pie murió en olor de santidad el año de 1269, y en el despacho del obispo de Mántua se conserva su retrato. — A. L.

ROSSATI (Monseñor José). Nació en Jora, pequeño pueblo de Nápoles, el año 1770. Son desconocidos los antecedentes de su familia, solo se sabe de él que aficionado desde luego á la carrera eclesiástica y dotado de un ingenio más que mediano, hizo con aplicacion y buen éxito los estudios necesarios para poder lograr la alta dicha de ser sublimado al sacerdocio. Muy caritativo para con sus hermanos, y deseoso de cooperar en cuanto estuviera de su parte á que todos lograsen la dicha de conocer al verdadero Dios, pues en el conocimiento de este Señor se cifra la esperanza de vida eterna, creyó que tenia obligacion de ofrecerse al importante ministerio de las misiones, y para conseguir su intento se afilió á la muy floreciente religion de S. Lázaro, donde hizo su noviciado, en el cual dió pruebas no solo de verdadera vocacion sino de una abnegacion y desprendimiento de sí mismo tan completos como se necesitan para que se fundasen en él las esperanzas que desde luego fundó su querida congregacion, y que léjos de salirle fallidas, fueron siempre secundadas por él de una manera especial. Desde el momento en que fué recibido en tan respetable congregacion, se sometió enteramente á la voluntad de los superiores, y se desprendió de tal manera de la suya propia, que no hubo medio á que despues la manifestase, pues siempre que se le preguntaba, respondia que todo su querer estaba cifrado en hacer la voluntad de Dios, cuya expresion miraba en la de sus superiores fuera esta cual fuese. Ningun trabajo le parecia penoso, ninguna observancia hallaba molesta; en todo se ceñia buenamente, y no solo buenamente; sino con una complacencia imposible de expresar y difícil de comprender, si no se supiera que nada es capaz de halagar á la criatura como el cumplir los

designios del Criador, en lo cual halla sosiego, quietud y dicha, pero dicha positiva, sosiego verdadero y quietud tranquilísima, que no puede encontrar en los otros azares de la vida. Hecho su noviciado bajo los felices auspicios de que hemos hecho mérito, fué destinado á la América Septentrional para cumplir allí la grande obra de civilizacion y de conquista para la Iglesia, que hará imperecedera la memoria de los que la intentaron. Sabido es que aquellos habitantes ni habian recibido la luz del Evangelio ni los beneficios de la civilizacion, y que para que les llegáran una y otros era preciso que los que se los hubiesen de comunicar sufrieran vejámenes, privaciones, molestias; pues este era el patrimonio que se asignaba á José Rossati, patrimonio segun el mundo nada apetecible, pero segun la fe un pingüísimo y ameno campo, donde todo lo que se trabaja daria el céntuplo, pues más que el céntuplo de los trabajos del hombre es la salvacion de una sola alma, y cuántas y cuántas no salvaria con sus apostólicas tareas nuestro padre Rossati!.... Mas dejemos reflexiones que harian interminable este artículo y contentémonos con referir, que áun refiriendo y por alto, pues á la verdad no tenemos todos los detalles que serian de desear, aún hemos de encontrar admirable á nuestro Rossati y gigantesca la empresa que se ponia á su cuidado. En efecto, ¿cuán constante no sería su celo y cuán incesante su trabajo en conquistar y enseñar á aquella pobre gente, cuando llegó no solo á hacerles conocer y amar á Dios, sino á conseguir de ellos tregua y lugar para fundar en aquellas apartadas regiones una casa de Lazaristas? Y cuánto no sería su consuelo al ver establecida allí su querida congregacion? Efectivamente la vió establecida, la fomentó cuanto pudo, pero no por esto cesó ni un momento en la grande obra que tenia á su cargo, alentando él mismo en gran manera á todos sus hermanos, é instruyéndoles en las costumbres, inclinaciones y tendencias de aquellas pobres gentes, lo cual era en verdad un medio que abreviaba mucho las disposiciones prévias de los misioneros que venian, y que, claro es, con las instrucciones del Padre en mucho ménos tiempo adelantaban mucho más, y se hacian grandes conquistas de pobres infelices cuando parecia que no habia habido tiempo para conocer siquiera el terreno, y mucho ménos para estudiar la índole, inclinacion y condiciones de aquellas infelices gentes. No se puede calcular lo que anduvo el padre Rossati, pues aunque era el superior de su congregacion no conocia su superioridad sino para que en él cargase el mayor trabajo de la obra, llevándole siempre con gusto, siempre satisfecho, porque siempre veia en la obra misma la mano de Dios comunicando su proteccion á todos los trabajos de los misioneros. Efectivamente, á los veintidos años de trabajos apostólicos en aquella apartada region, la halló ya en condiciones de que se erigiese un obispado, y no mucho despues tuvo el consuelo de saber

que en Missouri se establecia el de S. Luis; si bien fué para él motivo de grande disgusto el que el obispo designado para aquella mitra era él; pues hubiese querido que á cualquier otro se hubiera confiado este cargo, porque pensaba, en su profunda humildad, que ninguno merecia ménos que él tamaña preeminencia, y que ninguno podria tampoco desempeñar este cargo con ménos acierto. Mas como Dios sabe á quién designa para las cosas, y comprende Su Majestad de qué instrumentos ha de valerse para lograr sus altos fines é importantes designios, nuestro Rossati era instrumento escogido por Dios, y con esto se ha dicho cuanto puede decirse acerca de él. Efectivamente la obediencia á sus superiores y especialmente al romano Pontífice le obligó á recibir la consagracion de manos del obispo católico que más á la mano hallase; fué en efecto consagrado y al punto se le obligó á que fuese á gobernar su diócesis. Cualquiera de los dos conceptos en que consideremos una diócesis que se funda de nuevo, ya el material por las necesidades que ha de experimentar, ya el moral porque es enteramente un estado nuevo el que se establece con relaciones nuevas, con dependencia nueva, con todas las cosas en fin de una manera de ser enteramente distinta á la que ántes tenia, es una obra que parece no puede llevar á cabo un hombre solo. Pues monseñor Rossati emprendió la fundacion de su diócesis careciendo de los recursos materiales, no teniendo organizacion moral. El hubo de ver dónde y cómo habian de fundarse las parroquias, cómo habian de distribuirse los feligreses, cómo tenian que relacionarse unas parroquias con otras y todas con el obispo; en fin, tuvo que hacerlo todo, y lo hizo; y en la parte material edificó iglesia catedral, estableció seminario, fundó hospital, dotó á su diócesis, por último, de todo cuanto habia menester para que en ella floreciese como debia la religion de Jesucristo, todo esto sin desentenderse de continuar la mision y ayudarla con todos los medios y recursos que estaban á su alcance, que ciertamente pareciera imposible que un hombre hiciese tanto si no se supiese de cuánto es capaz quien puesto en manos de Dios, á Dios deja el gobierno de todas sus obras, sin hacer otra cosa que secundar él los designios de Dios, por la más dócil sumision á ellos, y emprendiendo las obras que parezcan más árduas con completa desconfianza de sí, pero con plena seguridad de que siempre ha escogido el Señor instrumentos débiles para obras grandes, que fué la idea que animó en todo y movió siempre á obrar con el acierto y éxito con que lo hizo, á nuestro esclarecido obispo monseñor José Rosati. Y habremos de creer que con lo que hizo se daba por satisfecho? En manera alguna, por esto fué que deseoso de proveer á las necesidades que todavía habia en la diócesis, y queriendo que su palabra fuese todo lo poderosa que debia ser para lograr algunos recursos que de otro modo no se habrian logrado, vino á Roma á

principios del año 1843. Allí dió cuenta á la sagrada Congregacion de Propaganda Fide de sus trabajos y de los trabajos de los hermanos de S. Lázaro, allí manifestó lo que aún necesitaba la diócesis de S. Luis de Missouri, logró lo que deseaba; pero Dios dijo que ya era bastante lo que el habia trabajado y lo llamó para sí el dia 25 de Setiembre del mismo año 1843, á los cincuenta y tres años de edad, y cerca de treinta de tareas apostólicas. Su muerte fué muy sentida, y entre los que más manifestaron lo doloroso de esta pérdida quizás ocuparia el primer lugar la santidad de Gregorio XVI; bien es verdad que monseñor José Rosati era muy querido del Papa, porque conocia bien su mérito, pues no cabe duda que mérito tenia quien á él le merecia aprecio. Véase pues si le merece á todo el órbe católico el Obispo cuya vida hemos trazado.—G. R.

ROSSE (Fr. Hugo) trinitario. Muy escasas son las noticias que tenemos acerca de este religioso. Unicamente se sabe que era natural de Inglaterra, y que habia tomado el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Karenesburgo. Fué varon de mucha religiosidad y observancia, y sumamente recogido, poseyendo conocimientos poco comunes en sagrada teología. Floreció por los años 1318, y se hizo notable por las varias obras que escribió. Murió en el mencionado convento de Karenesburgo, del cual no habia salido nunca, el dia 31 de Marzo de año ignorado. Escribió lo siguiente: *Sobre el maestro de las Sentencias*, cuatro libros.—*De los auxilios de la gracia*, dos libros.—*Sermones para todo el año*, un libro. No se sabe si alguna de estas obras ha llegado á publicarse.—M. B.

ROSSELET (Cárlos Enrique), protestante suizo, natural del canton de Neufchatel y de edad de veintisiete años; era sargento de la primera compañía del segundo regimiento extrangero, y se convirtió y fué instruido por Mr. Fabri, rector del hospital de Rávena. Hizo su abjuracion el 1.° de Febrero de 1834 en la catedral de Rávena en presencia del Arzobispo Mons. Falcomini. El prelado le administró al dia siguiente la confirmacion, y celebró misa, al fin de la cual le dió la comunion. El conde Godrouchi-Coccoli, prolegado de Rávena, fué el padrino de Rosselet.—S. B.

ROSSELI (Annibal), religioso italiano, que nació en la Calabria hácia la mitad del siglo XVI. Entró en la órden de San Francisco, y dedicado á la enseñanza, profesó la teología, primero en Todi, y despues en Cracovia. Se conoce principalmente á este religioso por haber comentado, en seis volúmenes en fólio, que se publicaron en Colonia en 1630, el *Pœmanderó* ó Pastor, obra publicada en griego con el título de Hermes. Este comentario es una especie de enciclopedia, que apareció en 1578 por la primera vez, segun Moreri, y que se reimprimió en Cracovia en la fecha expresada.—C.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

ROSSELL (Fr. Gerónimo), hijo de D. Miguel Rossell, ciudadano honrado de Barcelona, en cuya ciudad nació en 1677. Tomó el hábito en el monasterio de Gerónimos de la Murta, á dos leguas de Barcelona, en donde vivió santamente y aplicado al estudio. Escribió en idioma catalan: *Espiritual exposició de alguns misteris de la compasiva historia de la Sagrada Passió de Christo N. R. y dolors de la sua Verge y Mare, reina del cel y terra, María Santisima, ab. unas devotas deprecacions en cada hu dels capitols molt profitosas per las nostras ánimas, dedicada á la M. R. y Ven Mare Sor Marina de Rossell y Monfar, amantisima germana del P. Fr. Geroni Rossell y Monfar, indigne monjo y sacerdot del monastir de la Murta, extramuros de la ciutat de Barcelona;* dos tomos en 4.° Fué Sor Marina de Rossell priora del convento de nuestra Señora de los Angeles de Barcelona. —*Combat espiritual de la ánima en la hora y agonía de la mort ab precaucions y defensas per aquell amarch y tremendo pas contra lo maligne esperit*; un tomo en 4.° Ms., dedicado á la noble señora doña Josefa de Celleros y de Rossell, hermana del autor.—*Vidas, hechos y felices muertes de algunos virtuosos monjes de este nuestro monasterio de San Gerónimo de la Val de Betlem, alias de la Murta.* En seguida pone la vida de veintisiete monjes. Se hallaba en la edad de sesenta y nueve años y de cuarenta y nueve de hábito, y protesta al principio su ignorancia en escribir en lengua, y pide al rector que no haga caso de las faltas de su lenguaje.—La primera vida es la del P. Fr. Damian Vicens, natural de la villa de S. Félix de Guixols, que tomó el hábito en 1584, y que pintó el retablo del altar mayor de la iglesia y los de las capillas de S. Cosme y S. Damian, de S. Estéban protomártir; el llamado del Sr. Vila; los cinco cuadros grandes del claustro principal: tuvo varios discípulos, y entre otros el P. Fr. Miguel Espinosa, valenciano; murió en 1612.—2.ª Vida del muy noble y dichoso Fr. Joseph de Corbera y Sant-Climent, baron que fué de Llinás, etc., que habiendo enviudado, tomó el hábito en 1645. Murió al fin del mismo año.—3.ª Vida del venerable P. Jaime Montaner, de la nobilísima casa de dicho nombre en Barcelona, que tomó el hábito en 1623. Era este padre muy versado no solo en teología, sino tambien en las matemáticas; de suerte que el Sr. D. Pedro de Marca, que gobernaba este principado por el rey de Francia, vino varias veces á visitarle enamorado de su ciencia y prudencia No le faltó á este gran siervo de Dios el mérito grande de la persecucion, de la cual casi ningun santo ha escapado. Fué, pues, el caso de esta manera. En una de las veces que en este monasterio le hicieron prelado, quedaron seis de los electores disgustados, y malcontentos, los cuales *zelaron* á los PP. visitadores generales, la honra y estimacion grande que el ya nombrado señor de Marca y el rey de Francia le habian hecho; y como esto habia sucedido en tiempo

que dominaba este principado la Francia, y ahora ya estaba en el dominio de la España, y ser los PP. visitadores castellanos, tomaron este *zelo* muy fuertemente, de modo que no dudaron sentenciar á este humilde é inocente Padre para que fuese desterrado á Valencia en una casa nueva, dicha de la Esperanza, de nuestra Orden. El paciente siervo de Dios, sin defenderse y sin réplica alguna, aceptó dicha sentencia de destierro considerando era regalo de Dios, animándose con lo que Cristo nuestro bien dijo á sus discípulos: *Beati qui persecutionem patitur propter Justitiam: quoniam ipsorum est regnum cœlorum.*—4.ª Vida del P. Fr. Pedro Lledó, natural de Barcelona, tomó el hábito en 1637, y murió en 1650.—5.ª Vida del P. Fr. Raimundo Fusté, natural de Barcelona, vistió el hábito en 1627, y murió en 1658.—6.ª Vida del P. Fr. Jaime Texidor, natural de Araujo de Munt; vistió el hábito en 1627, y murió en 1665.—7.ª Vida del P. Fr. Miguel Mataró, natural de la villa de Siñola, obispado de Urgel; vistió el hábito en 1638, y murió en 1668.—8.ª Vida del P. Fr. Andrés Rufies, natural de Vilanova de las Avellanas; vistió el hábito en 1650, y murió en 1670.—9.ª Vida del P. Fr. Gaspar Mayner, natural de Belbis, obispado de Barcelona; vistió el hábito en 1616, y murió en 1673.—10.ª Vida del P. Fr. Marciá Ramon, natural de Barcelona; vistió el hábito en 1639, y murió en 1675.—11.ª Vida del P. Fr. Tomás Cuquet, natural de Bagá, obispado de Solsona; vistió el hábito en 1677, y murió en 1679.—12.ª Vida del P. Fr. Miguel Granollers, natural de Hostalrich; vistió el hábito en 1634, y murió en 1681.—13.ª Vida del Ilmo. Sr. D. Fr. José Fageda, natural de Vich ó de Olot, obispo de Gerona, despues de Tortosa; vistió el hábito en 1638, y murió en 1685.—14.ª Vida del P. Fr. Pablo Soler, natural de Mataró; vistió el hábito en 1638, y murió en 1682.—15.ª Vida del P. Fr. Juan Antonio Altet, natural de Barcelona; tomó el hábito en 1678, y murió en 1687.—16.ª Vida del P. Fr. Rafael Rius, natural de Lérida; vistió el hábito en 1654, y murió en 1695.—17.ª Vida del P. Fr. Bernardo Taya, natural de Custoja, obispado de Elna, en el Rosellon; vistió el hábito en 1654, y murió en 1699.—18.ª Vida del P. Fr. Gerónimo Martin, natural de Parlabás, obispado de Gerona; vistió el hábito en 1675, y murió en 1715.—19.ª Vida del P. Fr. Jaime Grau, natural de Barcelona; vistió el hábito en 1673, y murió en 1717; pintó los cuadros que hay en los claustros de arriba y de abajo, en la enfermería, curato de Rexach y procura de Barcelona, etc.—20.ª Vida del P. Fr. José Cariten, natural de Barcelona; vistió el hábito en 1671 y murió en 1721.—21.ª Vida del P. Fr. Jaime Llorach; vistió el hábito en 1670, y murió en 1721.—22.ª Vida del P. Fr. Salvador Vivás, natural de Mataró; vistió el hábito en 1695, y murió en 1732.—23. Vida de Fr. Francisco de Santa Engracia, ó Galateus, natural

de Puerto, reino de Aragon; vistió el hábito en 1701, y murió en 1728. —24.ª Vida del venerable P. Fr. Francisco Esterx, natural de Barcelona; vistió el hábito en 1605, y murió en 1641.—25.ª Vida del P. Fr. Narciso Boncenylles, natural de Palau Tordera; vistió el hábito en 1659, y murió en 1691.—26.ª Vida de Fr. Francisco Bosch, natural de Barcelona; tomó el hábito en 1730, y murió en 1737.—27.ª Vida del P. Fr. Diego García, natural de las Cellas.—A.

ROSSELL (D. José), rector de Sta. Perpétua. Publicó en Barcelona, año de 1841: *Lo amich catolich y fiel ó despreocupacio de alucinats contra la religion católica.*—N. de A.

ROSSELL (Fr. José). Natural de Barcelona, monge cartujo en Monte-Alegre, hijo de D. Juan Francisco Rossell. *Tractatus sive praxis deponendi conscientiam in dubiis et scrupulis circa casus morales occurrentibus. Apud Philippum Borde*; 1680, en 8.° (Marcillo, pág. 336.)—A.

ROSSELL (Dr. D. Manuel). Escasísimas son las noticias biográficas que tenemos acerca de este hombre verdaderamente eminente, pues le acreditan eminente en ciencia sus escritos, que examinaremos aunque brevemente. Fué capellan de S. M. en la Real capilla de S. Isidro de esta Corte, y esto ya es un título que le realza mucho; pues que los capellanes reales de S. Isidro, llamados comunmente canónigos, han sido siempre hombres de grande ciencia y erudicion, y nunca se ha podido lograr un asiento entre aquel respetable cabildo, sino habiendo sostenido con dignidad y triunfado de sus contrarios en la lucha que necesariamente establecen los ejercicios de oposicion. Además, las prebendas de S. Isidro eran apetecibles por mil motivos, pues sobre el crédito que con justicia merecian los que las desempeñaban, y áun prescindiendo de las obvenciones que á ellas eran anejas, obvenciones muy pingües y muy bien satisfechas, apartando nuestra consideracion de la mucha estima con que eran mirados todos los canónigos de S. Isidro por sus circunstancias personales, y porque siempre habian de ser hombres de ciencia por lo ménos, influia en mucho para hacer venir á Madrid y á la colegiata lo mejor del clero español, la circunstancia de poder los señores capellanes estar en contacto con los reyes, con los magnates y demás autoridades de la nacion, lo cual les era de grande utilidad y refluia esta utilidad misma de ellos, ó bien en sus pueblos, ó bien en algunas personas á quienes tendian su proteccion, que era siempre eficaz, provechosa siempre. No sabemos más de nuestro Dr. Rossell; solo tenemos sus obras á cuyo exámen dedicaremos algunos renglones.—Aparece la primera publicada en Valencia, año de 1764, con el título de *Aurora boreal observada en Valencia en la noche del 5 de Marzo de 1764; por el Dr. D. Manuel Rossell, presbitero.* El título no puede ser más modesto; segun él únicamente se podia espe-

rar el relato de un hecho, que podia darse más ó ménos científicamente, segun la mayor ó menor capacidad del autor, y sin embargo esta obra era de mucha importancia, fué de gran trascendencia para la España científica. Se sabia algo de auroras boreales, pero equivocado, inconexo, confuso y muy inexacto: no habian llegado aún á nuestra monarquía los adelantos de la época tan aventajados en Alemania: el Dr. Rossell los vertió á nuestro idioma, é influyó poderosamente con este librito á desterrar ciertas preocupaciones en que los hombres de ciencia no incurrian; es verdad que tampoco dominaban del todo, porque el miedo indebido al necio vulgo se les presentaba como un obstáculo insuperable. Nuestro Rossell no hizo caso alguno del vulgo, ni de sus ridículas apreciaciones; buscó la verdad, la halló, y prestó el gran servicio á las ciencias exactas y sobre todo á la astronomía, de dar una segura base para que en lo sucesivo se pudiera girar sin mengua de la merecida nota de sabios con que nuestros astrónomos eran considerados fuera de España. A muchos parecia que esta obra, como de un género tan distinto á lo que parecia decir bien á su autor, no seria una cosa acabada: sin embargo, conforme la veian se admiraban, dándole por consiguiente muchísimo crédito este importante trabajo. Fuese que esta misma prevencion con que se veia una obra científica saliendo de manos de un sacerdote, llamase su atencion de tal manera que quisiese reparar la especie de inconveniencia de que queria tildársela, ó fuese que su aficion le llevára á escribir tambien en materias teológicas, y no como quiera de cualquier ramo de teología, sino de teología mística, es lo cierto que en este ramo hizo algunos trabajos importantes, y por este medio sirvió mucho á la Iglesia y á su patria. En 1778 publicó en Madrid, en la célebre imprenta de Ibarra, el *Tratado de la humildad cristiana*; *carta de S. Leon el Grande á la Virgen de Nutria, traducida del latin*: á cuyo gran libro hizo preceder un magnífico prólogo ó discurso suyo, en el cual se notan muchas circunstancias que si bien enaltecen la obra, acreditan la nada vulgar capacidad del traductor. Efectivamente, allí se hace una explicacion clara y concisa de las circunstancias del sugeto á quien la carta fué dirigida: se da noticia de la opinion infundada que atribuyó este trabajo á S. Ambrosio ó á S. Próspero, y se establece en reglas de la más sana crítica que ninguno de los dos pudo ser su autor, porque lo era S. Leon, encomiándose la oportunidad con que se escribió; y sin dejar de hacer mencion acerca de los motivos que á él le inducian á publicarla, despues que hacia algunos años la tenia para su uso particular y áun para el de alguna otra persona á quien la facilitaba. Sin duda por la buena acogida que esta su traduccion lográra, ó por procurar á los fieles otra obra ni ménos importante ni más conocida, puso tambien en lengua vulgar los *Sermones de S. Agustin, en que se explican los Salmos*, que

diariamente se cantan en las horas menores y completas: dos tomos en 8.°, imprenta de Ibarra, año de 1780. En esta obra se dejan ver á las claras los piadosos sentimientos que los Salmos que el sacerdote frecuenta más contienen, y por la época en que se hizo su traduccion se satisfizo una verdadera necesidad del piadoso pueblo español. Habíanse prohibido con justa razon las versiones en lengua vulgar de las Sagradas Escrituras, ya por el abuso que habian hecho algunos malos traductores, ya tambien por el que hacian los lectores, interpretando con bastante arbitrariedad los pasajes que ofrecen alguna duda; y claro es que por este motivo, no estando, como no podian estar, no ya los fieles, pero ni áun muchos clérigos, á la altura que se requiere en la inteligencia del latin, para comprender perfectamente el rezo, era la necesidad de quien se lo indicase tan perentoria, como se vió en la aparicion, poco despues de la época de nuestro Rossell, de una traduccion de la *Vulgata* que con muy buen éxito hizo el P. Scio de S. Miguel. Nuestro traductor de los Salmos tambien prestó muy relevante servicio, porque como no se puede sin temeridad negar la importancia que la doctrina de S Agustin tiene en la Iglesia de Dios, y todos sus sermones dicho se está que son doctrina suya, muy aceptada fué de la piedad española la obra, que sin otra mira que el fomentarla en cuanto estuviese á su alcance, le ofrecia el esclarecido Rossell. Por último, en 1787 dió en dos tomos la obra original, que tituló: *La Educacion conforme á los principios de la religion cristiana, leyes y costumbres de la Nacion española*: en tres libros dirigidos á los padres de familia, en la imprenta Real. En esta obra muestra nuestro Dr. D. Manuel Rossell, no solo su erudicion y sana moral, sino los vivos deseos que le animaban del bien de su patria, á la cual en verdad honró con este como con los demás trabajos que á su pluma merecimos, logrando al propio tiempo la justa celebridad de que gozó y goza.—G. R.

ROSSELL (Pedro). Escribió: *Epítome de la vida del bienaventurado San Juan de la Cruz, doctor místico*, primer carmelita descalzo y fidelísimo coadjutor de la seráfica madre Sta. Teresa en la fundacion de su reforma. Su autor el reverendo Pedro Rossell, presbítero y doctor en sagrada Teología. En Barcelona por Rafael Figueró, año 1675.—A.

ROSSELL y ROSSELL (D. José), presbítero catedrático de latinidad en Cervera. Escribió: *Compendio elemental de Gramática de la lengua latina* para uso de las escuelas de Cervera, en 8.°—A.

ROSSELL y VICIANO (D. Manuel), natural de Cstellon de la Plana, hermano del P. Fr. Basilio Rossell y de D. Antonio, sugetos eminentes y que disfrutaron de gran nombre. Nació en 25 de Marzo de 1755; estudió la filosofía, que empezó en 1752 en la universidad de Valencia, siendo discípulo del Dr. D. Cárlos Benito, que despues fué pavorde de aquella santa igle-

sia: en 1755 obtuvo el grado de maestro en artes, que le concedió la universidad graciosamente en obsequio de la celebridad del tercer siglo de la canonizacion de S. Vicente Ferrer; cursó la teología y matemáticas por cuatro años con el Dr. D. Vicente Capera, graduándose del grado mayor de aquella facultad. En 1763 hizo oposicion á la cátedra de filosofía: las conclusiones que para ello imprimió tienen un mérito particular, pues además de defender por preliminar todo el curso de dicha facultad, conforme se dictaba en esta universidad, expuso en seguida con extension todas las partes de ella, conforme al buen gusto que debia reinar, y estaba ya introducido en otros países fuera de la Península, defendiendo juntamente el sistema de Newton, pero como hipótesi: siendo el primero que lo hizo en esta universidad, aunque en los referidos términos. Viendo tambien cuán ciegamente erraba el vulgo en atribuir otras causas á diferentes efectos naturales de este reino; y que en él se notaban algunos que por su naturaleza merecian la atencion de un filósofo, aunque conociéndose incapaz de llenar una obra que pudiera producir estas consideraciones, aplicó todo su cuidado en juntar y reunir observaciones y noticias para ir formando una física valenciana. Con este fin revolvió varios autores regnícolas, manteniendo una larga correspondencia con sugetos hábiles de diferentes puntos de este reino, que pudieran informarle de la realidad de los hechos para formar con acierto el juicio de sus causas: con estos auxilios y una contínua observacion empezó á dar forma á la física valenciana, exponiendo en las conclusiones la natural constitucion de este reino, sus variaciones y motivos que las han ocasionado, la calidad de sus montes y piedras, su varia generacion y raras propiedades; aquellos efectos prodigiosos que el vulgo atribuye á causas no naturales, y para señalar las verdaderas se necesita de una particular inteligencia en las ciencias naturales y matemáticas. Explicó los fenómenos que se notan en aquel mar, la variedad de peces que cria, los mónstruos que ha arrojado á sus costas, como tambien asegura que no carece de la generacion de perlas y de coral; el orígen de la Albufera y propiedades de las fuentes del reino de Valencia y sus efectos particulares. Notó la calidad de la atmósfera de esta ciudad, la de los vientos que en ella soplan, los que son más saludables, las lluvias, el modo con que se forman las tempestades, con otros fenómenos que habia observado; los que pertenecen á la voz, al sonido, á los fuegos subterráneos, terremotos y toda especie de fuegos, exponiendo en todo ello varias observaciones y descubrimientos útiles á la física. Tiene D. Manuel Rossell y Viciano el gran mérito de haber sido el primer valenciano que en el teatro de aquella universidad defendió este género de conclusiones, hasta entónces tan nuevas, que fueron la admiracion de toda la ciudad de Valencia. Pero el estudio predilecto del eminente Ros-

sell fué el de las matemáticas, que aprendió con el ántes nombrado Capera, aplicándose con tal empeño, en especial en la maquinaria, que en otra de sus conclusiones expuso y áun describió un género de barco, que sin velas ni remos, pudiéndose cerrar por todas partes, resistiese la violencia del temporal y no se sumergiese, é hiciese el viaje con seguridad; lo cual aunque no haya tenido efecto, nadie le puede quitar la gloria de una invencion que tantos bienes acarrearia á la humanidad si por ventura llegase á tener efecto. Se ordenó de presbítero con una capellanía de la catedral de Segorbe, oponiéndose al canonicato doctoral de la metropolitana de Valencia, y despues en 1769, á una de las doce capellanías reales que el rey D. Cárlos III aumentó en la Real iglesia de S. Isidro con bula de Su Santidad y Real cédula, gozando el nombre y privilegio de canongías; y aunque no la obtuvo por el pronto, logró ser elegido el año siguiente para la tercera de ellas, de la que tomó posesion en 1770; permaneció en esta prebenda desempeñando las penosas tareas de asistencia de coro, confesar y predicar, segun se practicaba en dicha iglesia hasta su muerte, que fué en 19 de Julio de 1796. La Sociedad Vascongada se honraba de tenerle por su socio, y Sempere le dió lugar en su biblioteca. Ha publicado las obras siguientes: 1.ª *Aurora boreal observada en Valencia en la noche del dia 5 de Marzo del año* 1764; Valencia, por Benito Monfort, dicho año en 8.° mayor.—2.ª *Tratado de la humildad cristiana: Carta de S. Leon el Grande á la Virgen de Nutria, traducida del latin.* Precede un discurso del traductor; Madrid, por Joaquin Ibarra, 1778, en 8.°—3.ª *Sermones de S. Agustin, en que se explican los Salmos que diariamente se cantan en las horas menores y completas, traducido del latin*; Madrid, por D. Joaquin Ibarra, 1780, dos tomos en 8.°—4.ª *La Educacion conforme á los principios de la religion cristiana, leyes y costumbres de la Nacion española, en tres libros;* Madrid, imprenta Real, 1787, dos tomos en 8.° Contiene esta obra un sistema completo de educacion, dirigido por la observacion y conocimiento del hombre, empezando por el orígen del género humano hasta el estado actual: hace conocer que la razon natural no es bastante para dirigir al hombre, y es preciso valerse de la revelacion, poniéndola á cargo de los padres, repartiendo entre ellos sus oficios; les presenta una idea general de la que deben dar á sus hijos; dice cómo debe ser tratado el cuerpo y ánimo de los niños desde su nacimiento hasta el uso de la razon; explica el régimen de vida, el porte de los padres para con ellos y familias, con otras muchas máximas dignas de que todo el que desea la instruccion de su familia lea esta obra para sacar el fruto feliz de ella.—5.ª *Disertacion histórica sobre la aparicion de S. Isidro Labrador, patron de Madrid, á los Reyes de Castilla, Aragon y Navarra, y á todo el ejército cristiano ántes de la famosa batalla de las Navas de To-*

losa; Madrid, imprenta Real, 1789, en 8.°—6.ª *Apología en defensa de la aparicion de S. Isidro en la batalla de las Navas, ó demostracion de las equivocaciones que D. Juan Antonio Pellicer, Bibliotecario Real, ha padecido queriendo oscurecer su verdad;* Madrid, imprenta Real, 1791, en 8.° mayor.—7.ª *Adiciones á la disertacion sobre la aparicion de S. Isidro en la batalla de las Navas;* Madrid, imprenta Real, 1794, en 8.° mayor.—8.ª *Reglas y observaciones para entender las Santas Escrituras, especialmente el libro del Apocalipsis escrito por S. Juan. Obra póstuma*; Madrid, imprenta Real, 1798, en 8.°—A. L.

ROSSELLA (Pedro). Fué napolitano, y sin que tengamos noticia alguna de los antecedentes de su familia, nos le hacen ver las crónicas de la orden de Predicadores como alumno de ella en el convento de Sta. Catalina, en el Abruzzo. Aun cuando nada dice tampoco la crónica ni de sus estudios ni de su capacidad, deja comprender muy bien que esta no seria vulgar ni aquellos escasos, la circunstancia que nos refiere de haber sido llevado como maestro de estudiantes al colegio general de su provincia de Nápoles, llamado Sta. María ab Arca. Que en el desempeño de este cargo se portó no solo perfectamente bien, sino áun más allá de lo que por decirlo así podia esperarse y exigirse; se demuestra de una manera inconcusa en la resolucion del capítulo general, que reunido en Valencia en 1657, le condecoró con el título y honores de padre maestro de toda la Orden, en gracia del acierto con que desempeñaba la enseñanza de los estudiantes puesta á su cuidado. Aún habia más en favor de nuestro buen Rosella: ni lo molesto de su cargo, ni lo contínuo de sus ocupaciones, le quitaban el tiempo para predicar, y esto lo hacia con tanto acierto, que las gentes, digámoslo así, se desvivian por oirle; y no se crea que era mera curiosidad, no; el fundamento de este afan estaba en que veian que tocaba con todo acierto los puntos más culminantes, tanto de los preceptos, cuanto de los misterios y sacramentos, dándole instruccion completa al mismo tiempo que grandísimo aliento para la vida del espíritu. Era tambien muy buscado para consultas sobre asuntos árduos, y la razon es muy óbvia: se hallaba familiarizado con los principios tanto de moralidad como de derecho, y apénas se le llegaba uno con cualquier pregunta ó peticion, ya tenia su respuesta, y no una respuesta vaga é indeterminada, sino concreta, y tan á propósito que quedaba satisfecho aún aquel á quien le era contraria. A pesar de tantas ocupaciones, que no dejaban de ser graves, y que por consiguiente habian de absorberle mucho tiempo, le tuvo para escribir una obra, que aunque á primera vista parece hasta trivial, es de suma importancia, porque bajo un título modestísimo contiene curiosas noticias, y consigna muy acertadamente el derecho que la orden de Predicadores tiene á una de sus más importantes casas, de-

recho que alguna vez se ha querido hollar, y que ha sido sostenido apoyándolo tal vez en las noticias que nuestro autor da en su obra cuyo título es: *Il sacro Campidoglio, in che trionfano quindeci prodigii della miracollossima imagine di Maria Sacratissima del Arco, dell' ordine di Predicatori, situata sotto il devotissimo Casale di Sant' Anastasia della gentillisima e fidelissima tierra di Somma, diocesi de Nola etc. Opera molto utile a predicatori e chiaschedu-na divota persona.* Obra impresa en Nápoles con gran esmero en 1653. Además de los títulos de derecho con que asegura la posesion en que la Orden está, y de los datos que facilita acerca de muchas fundaciones piadosas, y de algunas cargas que tiene que levantar aquella santa casa, presenta, tanto en el contexto como en una lindísima advertencia, un tratado completo acerca de los milagros, suficiente para acreditar como teólogo á su autor, y en el cual se ventilan cuestiones que en épocas posteriores han ocupado la atencion de los sabios, sin que desgraciadamente se haya llegado á una solucion satisfactoria, y sin que hayan podido dar un paso más que lo que adelantó nuestro buen Rossella. — Muy de desear sería más noticias de sus obras, pues parece imposible que un hombre de su capacidad no hiciera alguna cosa, por decirlo así, séria, ó que de suyo y áun en el título llevára marcada su importancia. Sin embargo, hemos de contentarnos con nuestros buenos deseos, pues que solo la precitada obra y algunas disertaciones insignificantes por lo inconexas, es lo que tenemos de él, y es lástima, porque su obra es muy buena y no le desmerecen los demás trabajos tampoco. Sin que dejára ni un solo dia su cátedra, sus ocupaciones y su estudio, fué acometido de un accidente apoplético, que en breves horas le llevó al sepulcro, siendo su muerte tanto más sentida, cuanto que se verificó de esa manera, por decirlo así, tan violenta, pues parece que siempre queda cierto consuelo y satisfaccion cuando por pasos contados se llega al desenlace aunque este sea fatal. En fin, Dios que dispone las cosas segun sus loabilísimos designios, dispuso que acabáran así los dias de Fr. Pedro Rosella, dominico.—G. R.

ROSSELLI (Cosme). Nació en Florencia á principios del siglo XVI. Tomó en su juventud el hábito en la Orden de Predicadores de Santo Domingo, y dividió su vida entre los deberes de su estado y la cultura de las ciencias. Segun los bibliotecarios de su Orden, era muy versado en teología, filosofía y letras, y se adquirió una gran reputacion por su talento y por el púlpito. Murió el P. Rosselli en 1578, dejando muchas obras manuscritas, entre otras un tratado sobre la Memoria que su hermano Damian Roselli, dominico como él, publicó con este título: *Thesaurus artificiosæ memoriæ, concionatoribus philosophis, medicis, juristis, etc., perutilis*; Venecia, 1579, en 4.°, con figuras grabadas en madera. En esta obra tan

rara como curiosa, pero escrita con poco órden y llena de detalles extraños á su objeto, se encuentran cosas muy singulares, y en ella se ven, al fólio 138, figurada la distribucion de las diferentes facultades del entendimiento, trazadas sobre el exterior de una cabeza humana, de una manera que tiene alguna relacion con el sistema craneoscópico del doctor Gall. ¿Y no pudo esta obra ser la clave del sistema de este, ó hacerle nacer su lectura esta invencion ú observacion científica? *Nihil novum sub sole.* El autor habla muy extensamente de la *indigitacion*, y de la manera de hacerse entender por el movimiento de los dedos. ¿Y no pudo esto tambien ser reminiscencia ó copia del sistema de la enseñanza de sordo-mudos, ya descubierto en nuestra España por otro religioso? Este método, dice su biógrafo Mr. Weis, como de los antiguos, se ha desarrollado por muchos autores, de los que da la lista *Fabricius*, en su *Biblioteca Latina*, libro IV, cap. VI; pero este sábio bibliógrafo no conoció el *Tratado de Rosselli*, y añade que sobre la indigitacion debe consultarse el artículo Requeno de la *Biografía Universal Francesa* de Michaud, el que tambien recomendamos nosotros, así como las obras españolas que tratan de la enseñanza de sordo-mudos, y entre ellas las del director de la Escuela Normal de Sordo-Mudos de España, en Madrid, el Sr. D. Francisco Villabrille, nuestro buen amigo, que ha hecho importantes adelantos en este arte, español de orígen, para bien de la humanidad en esa clase de séres desgraciados. A la familia de este Rosselli perteneció Estéban Rosselli, anticuario florentino, que nació en 1598 y murió el 5 de Octubre de 1664, del que se conserva la crónica de su época desde 1643 á 1663, un *Sepultuario* florentino y otras compilaciones históricas de que se da noticia en los *Elogios de los hombres ilustres de Toscana.* —B. C.

ROSSELLÓ (José Ponce), religioso mercenario, natural de Mallorca; obtuvo el cargo de comendador en los años de 1730, 1733 y 1736; fué calificador del Santo Oficio, visitador provincial, juez ordinario del Santo Tribunal del arzobispado de Tarragona, y varon muy docto y elocuente. Con este motivo le consultaban siempre las autoridades eclesiásticas en los casos graves que se ofrecian, y le pasaban al exámen las obras que habian de imprimirse. Murió á 17 de Marzo de 1762. — *Palma mercenaria, redencion aplaudida y la mayor caridad en los cultos solemnes, aparatos festivos, y procesion general con que el muy ilustre cabildo y la muy ilustre ciudad de Palma recibió, con la asistencia de todas las parroquias, religiones y gremios, los Padres redentores con 143 cautivos de las provincias calzadas de Castilla y Andalucía, el dia 7 de Julio de 1730. Oracion panegírica, etc.* Palma: imprenta de la viuda Frau, en dicho año. —J. B. de R.

ROSSELLÓ (Miguel), observante, lector de filosofía en el convento de Palma. Ha publicado varias obritas anónimas en latin y castellano, unos

Elementos de Ideología redactados de los mejores autores, impresos por Guasp en 1824, un tomito en 8.° y un *Epítome de Diis et heroibus poeticis*, que acaba de salir de prensa.—J. B. de R.

ROSSET (P. de). Este esclarecido varon y su compañero el hermano Caberto permanecieron en el olvido por largo tiempo, hasta que los Padres Quetif y Echard, en su célebre obra *Scriptores Ordinis Prædicatorum*, dieron alguna noticia de estos dos religiosos verdaderamente eminentes. Mas como las noticias que hubieron de recoger estos Padres eran solo por lo que tradicionalmente se sabia y por lo que daba de sí la obra lucidísima, por cierto que á ellos se debe, no es extraño que sea tan escaso el conocimiento que de ellos nos proporcionan, y que apénas podamos juzgarles sino con un juicio inexacto, porque no se puede circunscribir ni detallar como es debido. No cabe duda que florecieron en el siglo XIII, y que hubo de ser por los años de 1230 á 1240; tampoco cabe duda en que moraron en el convento de Lion, de donde pasaron en muchas ocasiones á predicar á aquellas montañas, logrando siempre el apetecido fruto de sus tareas apostólicas. Grande fué desde luego la veneracion y respeto con que les miraban todos los comarcanos, pudiéndose decir que eran los árbitros componedores de muchas de las cuestiones y disgustos que se suscitaban en aquella comarca, pues por la grande autoridad que sus decisiones gozaban, por el sumo crédito con que justamente eran recibidos sus pareceres, muchos ó casi todos venian á pedirles consejo, y en general era muy raro el que alguno obrára contra él, pues no era autoritativamente como lo daban sino convenciendo, y sabido es la fuerza que lleva consigo la conviccion. Toda su vida estuvieron juntos los hermanos Rosset, de tal suerte que llegaron á identificarse de manera que parecian una sola persona. Respetó siempre la religion dominicana esa union tan estrecha que ellos establecieran, y por lo mismo que les tuvo tanto respeto, porque esta union les pareció siempre á los superiores cosa de Dios, iban á todas partes juntos, y solo ellos cumplian con las obligaciones que habrian de haber desempeñado más número de religiosos. Sin que se sepa á punto fijo la época de su fallecimiento, se cree que sucedió en el mismo convento de Lion, con ocasion de hallarse en aquella santa casa descansando de una mision para pasar á otra, pues este era su contínuo ejercicio, y quiso el Señor unirles hasta en su muerte, pues solo tres dias de diferencia se llevaron uno de otro. Gran sentimiento causó su muerte, tanto á los religiosos sus hermanos cuanto á los fieles y pueblos; aquellos porque sabian bien que perdian dos operarios de los más útiles que contaba la religion dominicana, éstos porque conocian perfectísimamente cuán necesaria les habria de ser la cooperacion de aquellos dos ministros del santuario, que estaban embebidos, por decirlo

así, en el deseo de procurarles su salud eterna. Pero vengamos, ya que hemos dado las noticias que hemos podido adquirir acerca de estos sugetos, vengamos á considerarlos como escritores y determinar, si es posible, el gran servicio que hicieron con la publicacion de una obra suya. Titulárónla: *Manuale Ecclesiæ Sistaricensis*, y si bien es verdad que lleva el modesto título de «Manual», puede considerarse y es una verdadera historia de aquella célebre diócesis. En sus primeros dias, es decir, apénas publicado, y como además de la parte narrativa, contenia la parte disciplinal, que podia á algunos parecerles algo importuna, se ocultó, digámoslo así, tan precioso trabajo, legándole casi al olvido hasta que por la favorable circuntancia de proveerse aquella mitra en la muy respetable persona de obispo D. Enrique, éste, como hábil canonista, no solo la halló muy aceptable, sino que en un sínodo provincial que á su excitacion se celebró, en una de las sesiones hizo que se leyera, discutiese y aprobase, consignándose esta resolucion en un decreto, ó sea constitucion sinodal honrosísima para los autores, y que reproduciríamos con sumo gusto si no temiéramos molestar la atencion de nuestros lectores. Esta obra, aunque tan importante y sancionada, digámoslo así, tan solemnemente como era conveniente y debido, desapareció de nuevo del orbe literario, y á la celosísima diligencia con que los PP. Martenne y Durand, monges en San Mauro, se debió el que se pudiera recuperar, sacando nuevamente copia que imprimieron en su nunca bastantemente celebrada obra. Esto es cuanto podemos consignar acerca de estos dos Padres dominicos, acreedores á ser más conocidos, pues además de sábios fueron tambien religiosos. —G. R.

ROSSI (Fr. Domingo), Fué italiano, y despues de haber hecho con provecho todos los estudios que convienen para abrazar el estado eclesiástico, se hizo religioso, escogiendo la órden de Sto. Domingo por parecerle más conforme á sus deseos, y que realizaba los dos apetecidos intentos de salud de sus hermanos mediante el ejercicio de la predicacion á que los religiosos estan obligados por instituto, y salud propia por las buenas obras que tambien reclaman se practiquen en el mismo instituto. Como era consiguiente, su residencia fué el convento de la Minerva, donde se hizo célebre como maestro, miéntras que por toda Roma corria su fama como predicador y confesor. Mucho hubiera podido servir á la Orden si se hubiese decidido á aceptar los importantes cargos de gobierno de la misma con que más de una vez le brindaron; mas él nunca quiso salir de su estado oscuro; nunca quiso abandonar la enseñanza de los jóvenes, á los que tenia extraordinario afecto, ni la predicacion y confesonario en cuyos sitios lograba ópimos frutos. En efecto, su palabra era tan persuasiva, su voz tan penetrante, que era poco ménos que imposible oirle sin conmoverse, y de aquí que

cuantos le escuchaban quedasen materialmente prendados y convencidos de lo que decia. En el confesonario, con una caridad suma, con un celo ardiente, con un tino acertadísimo, desenmarañaba la conciencia más intrincada, destruia los hábitos pecaminosos, y daba por resultado el que aquellos que habian venido á sus piés fatigados por el agobiador peso, ó de los remordimientos, ó de las dudas, ó de cualesquiera otras cosas de las que pueden perturbar el espíritu, iban tranquilos, sosegados y pacíficos, con una respuesta ó con una resolucion que daba idea completa de la gran virtud del Padre, que Dios premiaba con este don especial. El resultado de esta tan conveniente manera de administrar el santo sacramento de la penitencia fué, como no podia ménos el que adquiriera nuestro buen Rossi una gran celebridad como confesor, y de esta celebridad que adquirió resultó, entre otros muchos, un gran provecho, no solo á la religion dominicana, sino á todos los estudiantes, y áun á los españoles, por la circunstancia particular de que ahora nos haremos cargo. Es sabido que descubierta la ciudad de Cuzco, y establecida en ella una silla episcopal en justa recompensa de los trabajos sufridos por la órden de Sto. Domingo para la conquista en el órden moral é instruccion religiosa de aquellos infelices, se dió á la Orden esta mitra, con la facultad de que ella propusiera para su desempeño sujeto idóneo, que presentado por el Rey y confirmado por el Papa, pudiera allí llenar los deberes del ministerio pastoral. Nombró efectivamente la Orden Dominicana al Rdo. P. Juan Solano, malagueño, hombre de tanta erudicion como piedad, y muy á propósito para el cargo; pero que por espíritu de profundísima humildad no queria aceptarlo, y fué preciso para hacérselo tomar que mediára la autoridad de los superiores, mandándole terminantemente esto mismo. Consagróse, pues no tuvo otro medio, y emprendió su viaje, que hizo con toda felicidad, siendo recibido en su provincia eclesiástica con indecible júbilo de los moradores, que anhelaban tener un pastor que los guiára, y que no podian ménos de haber recibido vivísima complacencia al saber que el que les habia sido designado era un hombre tan á propósito. Cumplió, en efecto, muy bien con su mision durante el tiempo que regentó la mitra; pero despues, agobiado de los escrúpulos ó conociéndose mucho menor de lo que era, á consecuencia de su profunda humildad, renunció la mitra, y logró del soberano Pontífice la licencia para volver como simple religioso á un convento de la Orden. En esto no hubo dificultad ninguna, porque no habia habido un instante siquiera en que el Sr. Obispo no hubiese obrado en su diócesis como religioso, ni mucho ménos hubo ni la más leve sombra de que le viniese á la mente la idea de separarse de su querida religion, ántes por el contrario, cada vez más adicto á ella, sus triunfos le alegraban en gran manera, sus disgustos

le producian pena vivísima. Resolvieron, pues, los superiores que fuese á la Minerva, que por allí estaba más cerca del Santo Padre, y pudiera Su Santidad, que le estimaba mucho, echar mano de él cuando lo tuviese por conveniente, ya porque allí habia de ayudar á los cronistas en los importantes trabajos que estaban haciendo para arreglar la parte de la crónica que decia relacion á las misiones de que regresaba el Obispo, y sobre todo porque parecia mejor y más conforme al provecho de la Orden el que estuviera allá. Claro es que constituido en residencia fija un hombre tan timorato y tan virtuoso como el obispo Solano, lo primero que habia de procurar era un director espiritual, pues de ninguna manera era para él un simple confesor el que gobernaba su conciencia, pues con su autoridad, con su dignidad y todo, se sujetaba completamente á la más mínima de sus prescripciones, como pudiera hacerlo á las del maestro de novicios el lego que acabára de entrar en religion. Para que desempeñára este cargo de director de su conciencia, escogió el Sr. Obispo á nuestro Rossi, el cual aceptó tan delicado empeño, y le cumplió tan bien y fielmente, que ni por un momento siquiera se arrepintió el Sr. Obispo de su eleccion, ántes cada dia se alegraba más en haberla tenido tan acertada. Tambien era mucho el esmero con que Rossi cumplia su importante cometido, no porque á hacerlo tan bien le moviera ni la consideracion de que era prelado ni superior en el órden gerárquico, sino solo la idea de que esta misma superioridad, como que le obligaba más al señor á buscar su perfeccion, y al confesor á proporcionarle los medios de lograrla. Por supuesto que el Obispo, como verdadero hijo de esta obediencia, no daba un paso sin que esta se lo guiára; así que al llegar sus últimos momentos, hizo saber á la Orden, ó más bien la recordó, que él podia disponer y disponia en efecto de cuantiosos bienes, consistentes en su mayor parte en fincas de disposicion enteramente libre, por lo cual queria le permitiesen el que dispusiera de ellas para beneficio de la Orden; pero á ser posible, para alguna obra determinada, es decir, para alguna piadosa fundacion ó para sostenimiento de algunos jóvenes que estudiasen bajo los auspicios de la Orden, lo cual era de gran provecho para la Orden misma por el crédito que la resultaba; para ellos por el favor que recibian, y para la Iglesia porque se aumentaba el número de sus ministros, que por muchos que sean, nunca sobran para satisfacer las necesidades que indudablemente ha de tener. La Orden, conociendo lo recto de tales intentos, y al propio tiempo la prudencia del Sr. Obispo, le autorizó para que con entera libertad hiciese su disposicion, lo mismo que si estuviera en el siglo, bajo el bien entendido de que cualquiera que fuese el destino que diera á sus cuantiosos bienes, habia de satisfacer plenamente á la Orden, que lo confiaba todo á su acreditadísima discrecion. El no quiso, sin embar-

go, hacer por sí solo uso de este derecho que le concedian sus superiores, y consultó con su director espiritual, siendo el resultado que se fundára en el mismo convento de Minerva una especie de seminario, independiente del colegio de los religiosos, pero al cargo de profesores de la Orden; en cuyo seminario se enseñaba á los jóvenes que concurrieran filosofía en toda su extension, incluso las humanidades, que la sirvieran como de preparacion, y sagrada teología, estando reservada su cátedra de prima para un religioso español, que ó bien por su propio gusto pasase á regentarla, ó bien fuese designado por la Orden. Todo el arreglo, estatutos, constituciones y demás necesario para la ereccion de este gran colegio, cuyos discípulos han sido bien mirados y áun considerados en todas partes; fué debido á la bien cortada pluma de nuestro Rossi, el cual para esta empresa trabajó mucho, habiéndole el Señor dado el consuelo de ver bien establecido y bajo seguras bases el edificio que se fundaba, ántes de la muerte del Obispo, el cual entregó á Dios su alma en los brazos del P. Domingo Rossi, su director espiritual y amigo el más íntimo. La muerte de este respetable prelado produjo honda sensacion en el ánimo del P. Rossi, así es que comenzó á ponerse delicado, y no tuvo, puede decirse, un dia bueno, habiendo sobrevivido algun tanto acaso miéntras tuvo tiempo de escribir el opúsculo que publicó bajo el modesto título de *Compendio de la vida de Fr. Juan Solano, de la Orden de Predicadores, obispo de Cuzco;* obra en la cual se ve una grande erudicion, no menor piedad, sana crítica y todas las dotes, en fin, que constituyen un escritor, pues como tal es considerado, y con justicia, el P. Domingo Rossi, aunque no ha publicado ninguna otra obra. —G. R.

ROSSI (Fernando María de). Este noble romano, cardenal de la santa Iglesia católica, nació en Cortona el dia 4 de Agosto de 1696. Educado en el Liceo Romano, luego que terminó sus estudios, fué elegido en 1731 por compañero de Federico Marcelo Laute, despues cardenal, cuando Clemente XII le destinó á llevar las fajas benditas á Francia, al Delfin, hijo de Luis XV. Nombrado canónigo liberiano, al siguiente año se le admitió á la prelatura. En 1739 el expresado Papa le hizo arzobispo de Tarso *in partibus*, y pasados tres años, Benedicto XIV le declaró vicegerente de Roma, y en 1751 patriarca de Constantinopla. En 24 de Setiembre de 1759, Clemente XIII premió su virtud creándole cardenal del orden de sacerdotes, y en 19 de Noviembre le confirió la iglesia titular de S. Silvestre *in Capite*, como se lee en las *Memorias de Caletti*, título que cambió despues por el de Santa Cecilia. El mismo Papa le hizo inscribir en la congregacion del Santo Oficio, de los Obispos y Regulares, del exámen de Obispos, y prefecto de su iglesia en el Concilio. Hízole además protector de la órden Cisterciense reformada, de la Academia Teológica, del colegio de S. Bernardo en las Ter-

mas, de la Archicofradía de S. Juan de la Piña, de las santas Ursula y Catalina en Tor de Specchi, del Santisimo Sacramento y Jesus y María en San Simeon profeta, de los monasterios de Santa Cecilia, y de Monti de Nove, del Conservatorio de Viperesche, de algunas universidades artísticas de Spello, Massa, Lombarda, Collescipoli y Castel S. Pedro; del Colegio Lucarini de Treveris, y director perpétuo del *Via-Crucis* en el Coliseo. Intervino en el cónclave para la eleccion de Clemente XIV, y murió en su sede vacante y cónclave en Roma, el dia 4 de Febrero de 1775, á los setenta y nueve años de edad en su palacio, al que fué trasladado desde el cónclave. Con motivo de la sede vacante, se hicieron algunas variaciones en los funerales que dejó prescriptos. Expúsosele en la iglesia de su titulo de Santa Cecilia, sobre el acostumbrado lecho mortuorio; pero los acostumbrados cien cirios y cuatro antorchas que alumbraban, en vez de ser de cera del color que se pone en estos casos, lo fueron de cera blanca. En vez de un cardenal, dijo la misa de pontifical M. Horacio Matteis, arzobispo de los colosos, acompañado de capellanes cantores pontificios como siempre. Se puso en su sepulcro una modesta inscripcion compuesta por él mismo. En su testamento dispuso se dijesen siete mil misas en sufragio de su alma; constituyó heredero fideicomisario, con ilimitadas facultades, al príncipe Altieri, al que donó cinco anillos, otro á Lascariz, patriarca de Jerusalen, y otro al mencionado Mattei. Dejó á la basílica liberiana el servicio dorado de su capilla; á la iglesia de Santa Cecilia la cruz, pectoral y collar de brillantes y zafiros; al marqués Rosggi todo el mobiliario; el salario entero durante su vida á sus cuatro familiares más antiguos, y otros legados á todos los demás y á su familia.—C.

ROSSI (Iguacio de). Este jesuita filólogo nació en Viterbo, de una familia distinguida, el dia 3 de Febrero de 1740. Tomó el hábito de la Compañía de Jesus en 1755, y se distinguió por su maravillosa memoria, por su buen gusto y por su constante aplicacion. Despues de haber hecho su noviciado en Roma, se le destinó á la enseñanza, y profesó sucesivamente las humanidades y la retórica en Macerata y en Florencia. Estudió matemáticas y filosofía en Spoleto cuando se suprimió la Compañía de Jesus, acontecimiento que le obligó á volver á Roma, en donde se dedicó con pasion al estudio de las lenguas orientales. Nombrado profesor de lengua hebrea en la Universidad Gregoriana, quiso encargarse además de explicar la Santa Escritura, lo que hizo durante treinta años con mucho éxito. Sus estudios filológicos no le impidieron cultivar otros ramos de literatura, y especialmente la historia, la cronología, la numismática, la filosofía antigua y los clásicos griegos y latinos. Murió el P. Rossi en Roma, en el Colegio Romano, el dia 25 de Noviembre de 1824, habiendo publicado entre otras obras

las siguientes: *Commentationes Laertianæ;* Roma, 1778, en 8.° Esta obra es una restauracion y un comentario de los más difíciles pasajes de Diógenes Laercio, cuyo trabajo fué objeto de una relacion que se hizo de su mérito al Instituto de Francia en la seccion de historia y literatura, que valió al autor se le colocase en el rango de los críticos más distinguidos é ingeniosos, y entre los hombres más versados en historia y en el conocimiento de los sistemas antiguos de filosofía. *Etimologiæ Ægypticæ*; Roma, 1808, en 4.° *Una pequeña coleccion de escritos en prosa y verso.* El P. Rossi pronunció en 1765, en Florencia, un notable discurso sobre la importancia y uso de la metafísica para defender á la religion contra los incrédulos. Habia terminado una interpretacion latina de un manuscrito en lengua cophta, sacado de la Biblioteca angélica de Roma, y que contiene los profetas menores, aumentándola con fragmentos de los mismos profetas en dialecto tebáico, que tradujo al latin enriqueciéndolos con notas. Entre sus manuscritos, dice su biógrafo René Alby, se encontró un *Comentario* sobre la Preparacion Evangélica de Eusebio, y aclaraciones sobre inscripciones antiguas, y sobre muchos escritos griegos y latinos. Mr. Laureani, profesor del Colegio Romano, pronunció el elogio del P. Rossi, gloria de la Compañía de Jesus, que tantos ilustrados varones ha producido para bien de la religion y de la humanidad.—C.

ROSSI (Hipólito de). En la ciudad de Parma nació este Cardenal, hijo de los marqueses de S. Segundo y Barceto. Hizo sus estudios en las más célebres universidades de Italia, y pasando á Roma, provisto de ciencia y de virtud, bajo la direccion de su tio Juan Girolamo, obispo de Pavía y gobernador de Roma, el que fué encerrado en el castillo de San Angelo, y expuesto á perder la vida por la calumnia que le levantó el asesino del conde Alejandro Langoschi. Nombrado Rossi camarero secreto del pontífice Paulo IV, en 1560, Pio IV se le dió á su tio por coadjutor en el obispado, en el cual habia sido reintegrado por su amigo Julio III. Con este grado fué al Concilio de Trento, en donde la penetracion de su ingenio y profunda doctrina llamó la atencion de todos los congregados; pues que le admiraron como docto teólogo y valiente jurisconsulto. Volviendo á su iglesia, la obtuvo en propiedad el año 1564, y despues Sixto V, en 18 de Diciembre de 1585, lo creó cardenal sacerdote de Santa María *in Portico*, y despues de S. Biagio del Anello. La púrpura no hizo otro cambio en Rossi que el de aficionarle más á cumplir los deberes de su ministerio. Con sus propias manos distribuia las rentas eclesiásticas y su patrimonio entre los necesitados, con su ayuda y consejo consolaba á las viudas y á los huérfanos, por lo que se adquirió la fama de émulo é imitador de S. Cárlos Borromeo. Fundó en Pavía el seminario y el hospital, y unió al cabildo de la catedral la colegiata

de Santa María de la Pertiche, condecorando á su prefecto con el título de dean del cabildo. Deseoso de la instruccion de su rebaño, introdujo en Pavía la escuela de la doctrina cristiana, para que se enseñase los domingos en las iglesias, adonde acudia frecuentemente para estimular y animar á los fieles. Celebró diversos sínodos, visitó la diócesi y la ciudad con gran provecho de las almas, explicando por sí propio el Evangelio. Sus edictos parecieron más bien las obras de un varon encanecido y lleno de experiencia que de un jóven. En tiempo de contagio sacrificó su propia persona al servicio de los enfermos. Mostróse siempre intrépido defensor de los derechos de la Iglesia, haciéndolo ver muy principalmente en una controversia que tuvo con S. Cárlos Borromeo, el que en 1565 le invitó con sus sufragáneos al Concilio provincial. Desagradó esto á Hipólito, no solo por no depender su silla de la de Milan, sino tambien por el modo imperante de la cita, por lo que rogó con buenos modos á S. Cárlos revocase la intimacion depresiva á la antiquísima exencion que tenia su iglesia Ticinense, que por decretos del Concilio de Trento estaba en libertad de elegirse el metropolitano que le agradase, por lo cual no debia considerarse sujeto á él, pues que ni en lo civil ni en lo temporal dependia Pavía de la provincia de Milan, sobre lo que S. Cárlos fundaba sus razones. Hízole el obispo de Pavía considerar que semejante política económica estaba sujeta á variaciones segun los tiempos, ó por la guerra, ó por la conquista, lo que no sucedia en cuanto á la jurisprudencia eclesiástica ó espiritual. No queriendo San Cárlos persuadirse de estas razones, declaró Hipólito que como particular le veneraba; pero como obispo de Pavía, segun costumbre de sus predecesores, solo se reconocia sujeto á la Santa Sede, á la que apelaria con protesta y acto legal. Aun cuando los caballeros de Pavía procuraron intervenir amistosamente en esta disputa, no pudieron lograr que S. Cárlos desistiese de su empeño, por lo que tuvo que recurrirse al Papa, recordándole que una causa igual se habia juzgado el año 700 de nuestra era por el pontífice Constantino, declarando que esta silla no debia reconocer otro superior que la Santa Sede. Muerto Pio IV, tio de S. Cárlos, este se aquietó, y las cosas quedaron como estaban ántes de la controversia. Grandes sumas empleó el Cardenal en la restauracion de la catedral y sus dependencias, en la que fundó la preciosa capilla de Santa Catalina, dotándola convenientemente; y despues de haber tomado parte en los cónclaves de Urbano VII y Gregorio XIV, murió, á los sesenta años de edad, el de 1591. Fué sepultado primero en la iglesia de su título, y despues trasladado á la de S. Cárlos de los Catalinos, en donde se colocó delante del altar de Santa Ana, con elogio esculpido en la losa, que le compusieron sus amigos los cardenales Gianvincencio y Scipion Gonzaga. Este Cardenal fué digno de todo elogio por ha-

ber sido fiel y exacto observador de todas las virtudes cristianas.—C.

ROSSI (Gerónimo), obispo de Pavía. Nació en Parma, pero no hallamos la fecha en los autores consultados. Leon X le confirió la abadía de Chiaravalle en el Picentino, y el Papa sucesor Clemente VII le nombró clérigo de su Cámara, destino que dimitió en favor de Juan María de Mont, que le cedió el obispado de Pavía. Acusado poco despues de esto de haber matado á un hombre, se le arrestó y encerró en las prisiones del castillo de Santo Angelo; pero haciendo conocer su inocencia despues de tres años de prision, no solo fué repuesto en su obispado, sino que el papa Julio III le confió el gobierno de Roma. Murió Rossi en esta ciudad un dia de Abril de 1564, á la edad de sesenta y cinco años. Conócense de este autor las obras siguientes: Un tratado de *Hombres ilustres*, un *Poema*, y varias obras de *Teología* y *Derecho canónico*; pero ninguna de ellas se ha publicado, habiéndose solo impreso algunas de sus poesías, en Bolonia, en 1711.—C.

ROSSI (Juan Bautista), carmelita. Nació en Rávena (Italia) el año 1507, el dia 4 de Octubre, perteneciendo á la noble familia de aquel apellido establecida en Parma. Su nombre de pila era Bartolomé, pero al verificar su profesion le cambió por el de Juan Bautista. Su educacion en el claustro fué tan completa, que salió perfectamente instruido, tanto en las ciencias sagradas como en las profanas. Habiéndose dedicado con sumo ardor á la predicacion adquirió tan grande crédito, que el sumo pontífice Paulo III, encantado por el talento del P. Rossi á quien diferentes veces oyera, le nombró profesor del famoso colegio de la *Sapienzia* en Roma. Habiendo muerto el P. Nicolás Audelli, general de los Carmelitas, en el año 1564, el V. Rossi fué elegido para reemplazarle. Habiendo resuelto hacer una visita general á todos los conventos de la Orden, empezó por los de Italia, pasando luego á España, donde tuvo la satisfaccion de conocer y tratar á la santa vírgen Teresa de Jesus, con la cual trató muy detenidamente, y en varias largas conferencias, acerca de la reforma de la órden Carmelitana, mediante la cual intentaba la santa introducir entre sus hijas todo el rigor de la observancia primitiva. Estos dos ilustres personajes se separaron al fin, llenos de mútua estimacion y de singular aprecio. El P. Rossi pasó luego á Portugal, donde mereció la más favorable acogida, tanto por parte del soberano como por la de la nobleza del reino. Vuelto á Roma en Mayo de 1568, el papa Pio V, que reinaba entónces, le asoció á los cardenales Juan Morone, Marco Antonio, Amulco y Guillermo Sirleti, encargados de revisar y de confrontar la *Biblia Vulgata* con los textos griegos y hebreos, á fin de hacer desaparecer en cuanto fuera posible toda la alteracion asegurando su pureza. Terminado este trabajo bajo el pontificado de Gregorio XII, este envió al P. Rossi en cualidad de nuncio al duque de Ferrara, y desempeñó su mision con

sumo gusto y contento del Sumo Pontífice. Este célebre religioso murió en Roma en el año 1578, á la edad de setenta y un años, habiendo llegado á conocer en su dilatada carrera doce papas, de todos los que habia logrado obtener su benevolencia y ser colmado de favores. Fué autor de muchas obras, entre las cuales se distinguen las tituladas: *Thomæ Waldensis doctrinale cum scholiis*; Venecia, 1571; tres volúmenes en folio.—*Compendium Constitutionum B. Mariæ de Monte Carmelo*; Venecia, 1568.—*Breviarum Carmelitarum*; Venecia, el mismo año.—M. B.

ROSSI (P. Juan Bautista), jesuita italiano, natural de Monterregali, donde vió la luz primera hácia 1577. Sus piadosos sentimientos se manifestaron desde su infancia, y su familia, que era muy religiosa, le animó á seguir la senda que habia emprendido y en que tan buenos resultados debia dar despues. Juan Bautista acudia con frecuencia á la iglesia, huyendo de los niños de su edad que no querian acompañarle, y allí se entregaba á tiernas devociones y aprendia las diferentes ceremonias de los oficios divinos, pero con un celo y fervor en que se veia comprendia su fondo, parándose poco en la forma. Las iglesias que más frecuentaba eran por lo general las de los conventos de los religiosos, que por el número de estos eran tambien en las que con más solemnidad se celebraban todos los divinos misterios. Distinguíase en este punto mucho la Compañía de Jesus, y así fué que desde que Rossi asistió por primera vez á una funcion en un colegio de este santo instituto, le prefirió á las demás comunidades religiosas, pudiendo decirse desde entónces que estaba ya decidida su vocacion. Continuó su asistencia á aquella casa, tomándole cariño los Padres; comenzó á aprender bajo su direccion, y muy en breve les pidió le permitiesen ingresar entre ellos, á lo que accedieron, conocidos sus buenos antecedentes, saber y virtud. Contaba Juan Bautista á la sazon diez y seis años, y corria el de 1593. Durante su noviciado se entregó con grande ardor á todas las prácticas que imponia la Compañía á sus neófitos, en que fué extremado, siendo mirado como modelo por sus iguales y superiores. De aquellos lo fué desde un principio, de estos andando el tiempo debia llegar á serlo. Pero no fueron sus abstinencias, penitencias, vigilias, misiones y peregrinaciones las que distinguieron más al P. Rossi, estuvo llamado á brillar en otro campo y en él debia recoger abundante cosecha de laureles. Sus estudios, orígen de su carrera, le merecieron una reputacion muy superior á las mejores esperanzas. Dotado de una inteligencia clara y despejada, de una imaginacion viva y ardiente, de una laboriosidad constante y de un genio profundo y perspicaz, Rossi hizo los más rápidos adelantos, y muy en breve tiempo fué no solo la admiracion de sus condiscípulos, sino tambien de sus maestros. No habia acto público en que no figurase el primero,

certámen en que no brillase, ceremonia en que no se distinguiese; así fué que desde luego, apénas terminados sus estudios, fué dedicado á la enseñanza, que ejerció por muchos años en las principales ciudades de Italia. Eranle familiares todas las ciencias, y en la retórica, filosofía y teología moral y escolástica, que enseñó por un largo período, habia hecho progresos desconocidos hasta entónces y muy superiores al carácter y genio de su siglo. Así es que durante su carrera atrajo gran número de discípulos, todos los cuales escuchaban sus explicaciones con tanto gusto y placer como buenos resultados, atendidos los ópimos frutos que de ellas sacaban. Tuvo la gloria de contar entre sus alumnos á muchos de los Padres que fueron despues célebres en la Compañía, y que contribuyeron en gran manera á su siglo de oro, á la época en que se elevó al apogeo de su esplendor y grandeza. Inútil es decir que la ciencia no formaba el único objeto de sus lecciones; ocupábase de la piedad, y ésta, que no le era ménos familiar que aquella, dábale pábulo para largas digresiones en que enseñaba con su ejemplo lo que debe saber y practicar todo buen religioso, lo que áun en el mundo no debiera ignorar nadie, y mucho ménos dejar de ejercitar lo que seria tan útil para su bienestar presente como para su felicidad futura. Despues de que se hubo ejercitado por largo tiempo en la enseñanza, sus superiores, que conocian su profundo saber y erudicion y no desconocian sus rectas intenciones, pensaron en él para uno de los puestos más difíciles y delicados que habia en el Instituto, y para el que necesitaba un Padre de gran laboriosidad, vasto talento, generales conocimientos y áun alguna tintura del objeto por que trabajaba en union con sus hermanos. Tal era el cargo de censor en Roma de los libros de la Compañía, para que fué en efecto nombrado y desempeñó hasta su muerte; hizo fueran tan conocidos los grandes ingenios que han vestido la sotana de S. Ignacio de Loyola, las obras de primer órden que han producido en todos los siglos, su profunda ortodoxia, sus sanas intenciones y mejores deseos en favor del catolicismo, á que han defendido y sostenido áun á costa de su existencia y hasta de su reputacion, nos veriamos en el caso de encarecer la importancia del cargo para que fué nombrado el P. Rossi; pero no lo creemos necesario, bastando con decir para nuestro propósito que le desempeñó con celo y acierto, á satisfaccion de sus superiores y áun del soberano Pontífice, mereciendo elogios de todos los buenos católicos que, á su muerte lloraron su pérdida y le acompañaron hasta la sepultura. Solo se conoce una obra suya que publicó en italiano bajo el nombre de Eusebio Thepolitano, á que puso el título de *Lirio virgíneo ofrecido á la Santísima Virgen María*; Milan, 1611. Dejó inédito un *Commentarium in S. Bonaventuram in Potentia obedientiali*.—S. B.

ROSSI (Juan Bernardo de). Nació este laborioso orientalista, uno de los más sabios hebraistas de nuestros dias, en Castel-Nuovo del Piamonte, el dia 25 de Octubre de 1742. Desde sus primeros estudios dejó ver su pasion al trabajo, y tan pronto como caia en sus manos un buen libro, le extractaba con el mayor estudio. Solo descansaba de sus trabajos clásicos para dedicarse á otros estudios, y aprendiendo el dibujo se divertia en trazar cuadrantes solares. Destinado al estado eclesiástico, fué á Turin á estudiar la teología y el hebreo, y los grandes y rápidos progresos que hizo en esta lengua determinaron su vocacion. A los seis meses de haber empezado el estudio del hebreo, imprimió en versos hebráicos, de un metro muy difícil, un largo poema titulado: *Canticum seu poema hebraicum*; Turin, 1764, en 4.°, en honor de M. de Bona, que acababa de ser nombrado obispo de Ivrea. Recibióse de doctor en 1766, y ordenado de sacerdote despues, continuó con afan su favorito estudio. Aprendió por sí solo el hebreo sin puntos, el rabínico, el caldaico, el árabe y el siriaco, y dedicó en 1768 á M. de Bona, que habia sido trasladado á la silla arzobispal de Turin, sus *Carmina orientalia*, que imprimió en 4.° en Turin, é hizo grabar en madera á sus expensas para la impresion de esta obra los caractéres orientales de que carecia la imprenta Real. La continuacion de sus trabajos filológicos no le permitió limitarse á las lenguas orientales propiamente dichas; creyó deber unir á ellas el estudio de la mayor parte de las lenguas vivas, y compuso, para su uso, gramáticas inglesa, alemana, rusa y de otros pueblos. La infatigable actividad de que tantas pruebas daba, componiendo versos y otras cosas en lenguas orientales en todas las ocasiones importantes que se le presentaban, fué recompensada en 1769, empleándole en el museo dependiente de la Biblioteca Real de Turin, aneja á la universidad. En la misma época el duque de Parma, queriendo dar gran esplendor á la universidad que acababa de fundar en su capital, no descuidó cuanto podia hacer viniesen á aquel liceo profesores de mayor mérito, y Rossi fué llamado á ocupar la cátedra de lenguas orientales con muy ventajosas condiciones. Habiendo obtenido el beneplácito de su soberano, aceptó la invitacion el sabio filólogo, y durante cuarenta años desempeñó esta penosa enseñanza. Gracias al célebre impresor Bodoni, que habia establecido en Parma una fundicion de caractéres que igualaba al ménos á lo que se conocia más bello en este género en Europa, Rossi pudo desplegar de una manera más brillante su erudicion en la poligrafía oriental. Publicó en 1769 un poema, con motivo de la boda del duque de Parma, titulado *In nuptiis Ferdinandi I et Mariæ Amaliæ, poema anatolico-polyglotta*, 1769, en 4.°; y cuando se bautizó el príncipe Luis de Parma en 1774, dió veinte inscripciones en caractéres exóticos, fundidos y grabados por Bodoni. Fueron tan perfectamente recibidos estos ensayos,

que al año siguiente cuando el matrimonio del príncipe del Piamonte, que reinó despues con el nombre de Cárlos Manuel IV, publicó su *Epithalamia exoticis linguis reddita in nuptiis aug. principis Car. Emm. et Mariæ Adel. Clotild.*; Parma, en fólio, miradas áun en el dia como la obra maestra del arte tipográfico, y á los que por la dificultad de la composicion, solo podia compararse entónces el *Monumentum Romanum* hecho en honor de Peirese, con la diferencia de que este último era el fruto del trabajo combinado de un gran número de sabios, y las *Epithalamia* son enteramente obra de Rossi, á excepcion de las dedicatorias latinas que son de Paciandi. Esta obra maestra tipográfica valió á su autor una medalla de oro que le mandó el rey de Cerdeña. El Dr. Kennicott se ocupaba á la sazon de su gran coleccion de variantes del texto hebreo de la Biblia, y el profesor Rossi, que habia formado por sus propios estudios una coleccion de manuscritos de este género, más numerosa que la de las primeras bibliotecas de Europa, y que no cesaba de enriquecer diariamente, quiso manifestar que se podia aún ir más léjos que el sabio inglés en este género. En 1778 fué Rossi á Roma, en donde permaneciendo tres meses, recogió en las más ricas bibliotecas de esta ciudad una inmensa coleccion de importantes variantes que se habian escapado á los colaboradores de Kennicott. Emprendió este trabajo con un ardor infatigable, é hizo aparecer el dia 3 de Enero de 1782 el programa de las *Variæ lectiones Veteris Testamenti*, que es la única de sus obras que publicó por suscricion. Terminó esta obra en 1788, y diez años despues publicó un suplemento. Sus importantes trabajos hicieron connocer á Europa la riqueza de su biblioteca y manuscritos de la Biblia, y en ediciones hebráicas del siglo XV, pues que tenia hasta cinco ejemplares de una edicion de que se gloriaban los ingleses poseer el único que decian existir. El Emperador, el rey de España por conducto de su embajador en Roma el famoso diplomático y distinguido literato D. José Nicolás de Azara, el papa Pio VI, y sobre todo el duque de Wurtemberg, le dirigieron las proposiciones más ventajosas para adquirir tan preciosa coleccion; pero todas las ofertas fueron en vano. Queria Rossi acabar algunos trabajos que meditaba, y publicar por sí mismo el catálogo razonado de manuscritos y de los impresos de su preciosa coleccion, tesoro literario que hubiera visto con pena salir de Italia. Rehusó la cátedra de lenguas orientales en Paris, y la plaza de bibliotecario de Viena que se le ofreció, así como las de Madrid (segun su biógrafo) y de Turin. A instancias de la archiduquesa María Luisa, consintió en fin en 1816, ceder una coleccion por el valor de cien mil francos. En 1821 obtuvo su jubilacion, y recibió al propio tiempo las insignias de la Orden Constantiniana. Siguió residiendo en Parma, y en esta ciudad murió el año 1831. Las principales de las numerosas obras del ilustrado y erudito Rossi son

las siguientes citadas en la *Biografía Universal de Michaud*, por sus biógrafos René Alby y Tabaraud. *De præcipuis neglecta heb. litterarum disciplinæ;* Turin, 1769, en 4.° — *De la lengua que hablaba Cristo y los judíos de la Palestina (en francés);* Parma, 1772, en 4.°: esta es una refutacion de Diodati, que habia pretendido, en 1767, probar que el griego era la lengua de Jesucristo y de los apóstoles. — *La vaine Attente par les hébreux de leur Roi-Messie prouvée par l'accomplissement de toutes les époques;* id., 1773, en 4.° Atacada ágriamente esta obra, el autor respondió con moderacion, y es la única polémica literaria que tuvo que sostener durante su larga y brillante carrera. — *De Hebraicæ typographiæ origine, et primitiis, seu antiquis et rarissimis hebraicorum librorum editionibus sec. XV*; id., 1776, en 4.° — *De typographia hebraico-ferrariensis;* id., 1780, en 8.° — *Annales hebreo-typographiques de Sabioneta;* id., 1780, en 4.°: esta obra se tradujo en latin con notas, en Erlangen, en 1783, en 8.° — *Specimen variarum lectionum sacri textus et chaldaica Estheris addimenta.* — *De ignotis nonnulli antiquissimi, hebraici textus additionibus;* Erlangen, 1782, en 4.°: es un suplemento á la edicion de la *Biblioteca sacra de Lelong*, publicada por March. — *Variæ lectiones Veteris Testamentis ex immensa Ms. editorumque codicum congerie hauste et ad Samaritanum textum, ad vetustissimas versiones et examinatæ, cum prolegomenis*, etc.; Parma, 1784 y 1788, cuatro volúmenes en 4.°, con un suplemento titulado *Scholia critica*, publicado en 1798. El número de manuscritos coleccionados para este inmenso trabajo asciende á mil doscientos sesenta, de los que los setecientos diez formaban parte de la biblioteca de Rossi. — *Annales hebræo-typographici sec. XV;* Parma, 1795, dos volúmenes en 4.° La tipografía hebraica, que no ha sido establecida en el siglo XV más que en catorce ciudades, de las que las diez pertenecen á Italia, y de ellas han salido ochenta y ocho ediciones, y entre las mismas treinta y cinco sin fecha; pero este autor las describió todas con detalles por órden cronológico desde 1475, de que se conocia una edicion hebraica de Reggio en Calabria. Otras setenta y siete ediciones, citadas por diferentes bibliógrafos, son falsas ó al ménos sospechosas. De 1501 á 1540 cuenta el autor doscientas noventa y cuatro ediciones con fecha, cuarenta y nueve sin ella, y ciento ochenta y cinco sin pruebas suficientes. — *Bibliotheca judaica antichristiana qua editi et inediti judæorum adversus christianam religionem libri recensentur;* id., 1800, en 8.° Esta es una bibliografía tanto más curiosa, cuanto que los libros que son su objeto son sumamente raros, porque los ocultan cuidadosamente los judíos á los cristianos. — *Diccionario histórico de los autores judíos y de sus épocas;* id., 1802, dos volúmenes en 8.°; obra importante, por encontrarse en ella la indicacion de manuscritos de antiguas ediciones desconocidas á Bartolocci y á Wolf. — *Diccio-*

nario histórico de los oradores árabes más celebres y de sus principales obras; id., 1807, en 8.° Aun cuando muy abreviados, este diccionario y el anterior serían muy cómodos si los nombres hebreos, traducidos y trastornados por la ortografía italiana, no fuesen frecuentemente desconocidos á los extranjeros; en el último nada hay que no esté sacado de obras impresas. En este diccionario se halla la lista completa de las obras que Rossi habia publicado hasta entónces, que ascienden á treinta y tres. *Mss. codices hebraici bibliothecæ J. B. de Rossi accurate descripti et illustrati. Accedit Appendix Mss. cod. aliarum linguarum*; id., 1803 y 1804, tres volúmenes en 8.° El número total de manuscritos de esta coleccion se eleva á mil quinientos setenta y siete, de los que mil trescientos setenta y nueve son hebreos. — *Synopsis institutionum hebraicarum*; id., 1807, en 8.° — *Perbrevis authologia hebraica;* id. No se encuentra en esta obra más que el elogio de la sabiduría, sacado de los Proverbios y de los extractos de la historia de José. — *Los Salmos de David traducidos al italiano del texto original;* id., en 12.° — *Annales hebreo-typographicos de Cremona*; id., 1808, en 8.° El autor describió en ellos cuarenta ediciones desde 1556 á 1585, entre las que hay dos sin fecha y diez falsas ó sospechosas. — *El Eclesiastés de Salomon traducido al italiano del texto original;* id., 1809, en 12.° — *Memorias históricas sobre su vida y sus obras;* id., 1809, en 8.° A continuacion de esta biografía da Rossi la lista de sus obras inéditas en número de ochenta y siete, entre las que habia muchas concluidas hacia largo tiempo. — *Del orígen de la imprenta en planchas grabadas, y de una antigua y desconocida edicion xylográfica;* id., 1811, en 8.° La edicion xilográfica ó grabada ó cortada en madera, descrita en este opúsculo es de un pequeño libro aleman sobre las estaciones é indulgencias de las siete iglesias de Roma, que poseia Rossi en su biblioteca. — *Compendio de crítica sagrada, de los defectos é incorrecciones del texto sagrado y plan de una nueva edicion*; Roma, 1811, en 8.° — *Obras impresas de literatura sagrada y oriental de la biblioteca del Dr. J. B. Rossi, divididas por clases y con notas;* id., 1812 en 8.° Termina esta curiosa biografía una lista de cincuenta y tres manuscritos adquiridos desde la impresion del catálogo publicado en 1804. — *El libro de Job traducido al italiano del texto original*; id., 1812, en 12.° — *Las lamentaciones de Jeremías;* idem, 1813, en 12.° — *Proverbios de Salomon;* id, 1815, en 12.° — *Introduccion al estudio de la lengua hebráica*; id., 1815, en 8.° — *Introduccion al estudio de la Santa Escritura;* id., 1817, en 8.° — *Cuadros de la hermeneutica sagrada;* id., 1819, en 8.° Además de esto, segun sus expresados biógrafos, Rossi publicó muchos importantes artículos en diferentes periódicos y colecciones italianas que ambicionaban sus escritos. — C.

ROSSI (Luis). Nació este purpurado en la ciudad de Florencia el

año 1474. Fué hijo de Lionneto de Rossi y de una hermana natural de Lorenzo de Médicis. Leon X le creó cardenal en 1517; pero disfrutó poco tiempo del capelo, pues que murió suicidado el año 1519, queriendo librarse de la gota que padecia, segun lo asegura Moreri en su Diccionario histórico y geográfico universal, con relacion á Garimbert, Cabrera y otros autores.—C.

ROSSI (Quirico). Este predicador y poeta italiano nació en Lonigo, cerca de Vicenza, en 1696. Hizo sus estudios en Bolonia con los jesuitas, cuyo instituto abrazó en 1731. Despues de explicar por espacio de muchos años el texto de la Escritura en Bolonia, en Modena y en Parma, se entregó completamente á la predicacion, y logró tan buen éxito, que en esta última ciudad se le invitó á predicar una cuaresma ante el infante D. Felipe y Madama de Francia. Expresábase el P. Rossi con claridad, elegancia y concision, pareciéndole esta última cualidad la mas necesaria á un predicador. «Jamás, sino por política, decia, se queja el auditorio de la brevedad de un sermon.» Cuidaba mucho del órden de las frases, á fin de que cada palabra guardase exacta y escrupulosamente su lugar; y así es que le sucedia muchas veces, empezaba todo un período para poner en su lugar una palabra que habia desalojado de su verdadero puesto en el calor de su discurso. Esta extrema susceptibilidad nacia de su costumbre de versificar, de suerte que el oido del poeta, segun su biógrafo Mr. D'Angeli, arreglaba el discurso del orador. Murió Rossi en Parma el dia 14 de Marzo de 1760, y dejó las siguientes obras: *Lezioni sacre;* Parma, 1758, 4 vol. en 4.°—*Saggio di poesie italiane*; id., 1761; en 4.° Muchas de estas poesías se han insertado en las colecciones de Ceva y de Mazzoleni, y reproducido en el tomo LII del Parnaso Italiano.—*Prediche quaresimali;* id. 1762, en 4.°—*Panegirici, discorsi e quaresimale detto á la corte di Parma;* id., 1764, en 4.° Todas estas obras se han reimpreso en Venecia. C.

ROSSI (Nicolás). Nació este sábio bibliófilo en 1711 en Florencia, de una familia noble, antigua, pero sin bienes de fortuna. A ejemplo de su hermano mayor, que supo crearse una gran reputacion como jurisconsulto, se aplicó desde su juventud á la cultura de las letras con mucho ardor. Despues de haber estudiado humanidades de una manera brillante, estudió la filosofía, las matemáticas, y se perfeccionó en el conocimiento del hebreo y de las lenguas antiguas, frecuentando las lecciones de los sabios. A los veinte años fué á Roma, y no tardó mucho en distinguirse por sus conocimientos, lo que le proporcionó poderosos amigos. Recomendado al cardenal Alejandro Falconiere, este, que no tardó en conocer su mérito, le nombró su secretario, y admitiéndole en su intimidad, le hizo abrazar el estado eclesiástico para darle beneficios. Muerto su protector, pasó Rossi de

secretario al servicio de la noble familia de Corsini, y justificó tan perfectamente la confianza de sus nuevos patronos, que le confiaron una rica capilla que llevaba su nombre. Los deberes de sus cargos no le quitaron su pasion por el estudio. Llegando á ser émulo y amigo de los sábios, que se reunian en el palacio Cornesi, el abate Corsini los venció á todos en cuanto á erudicion bibliográfica. Limitando sus gastos á lo más indispensable, llegó á formarse una preciosa biblioteca, tanto por lo selecto de sus obras, cuanto por la buena condicion de los ejemplares. Su coleccion de autores clásicos impresos en el siglo XV fué la más numerosa que hasta él habia reunido en Roma un particular; y así es que la citan con elogio los PP. Laire y Audifredi en sus historias de la tipografía romana. Tan modesto como laborioso, el abate Rossi temia mucho que se le alabase, y solo se conservan de él algunas piezas italianas en las colecciones, si bien se sabe que habia compuesto muchos versos, particularmente en el género berniesco, y muchas obras en prosa. Débese á Rossi una buena edicion de las obras de Juan de la Casa (Roma, 1759-63, dos vol. en 8.°), enriquecidas con dos prefacios elegantemente escritos y de diferentes piezas que se hallaban aún inéditas. Proponíase tambien publicar la Aminta del Tasso, con disertaciones y un comentario que se encontró entre sus papeles. En 1780 tuvo el abate Rossi un amago de ataque de apoplejía que le privó de la mano derecha, pero con la dieta y los socorros del arte lograron su restablecimiento; mas queriendo extirpar una lupia voluminosa que tenia en la cabeza, y cuyo peso le iba siendo insoportable, esta operacion fué seguida de un segundo ataque, que le causó la muerte el dia 3 de Mayo de 1785. Su biblioteca fué comprada en trece mil escudos romanos por el duque Barthelemi Corsini, que la reunió á la del cardenal Neri, su tio, para que disfrutase de ella el público. El catálogo fué publicado por Pablo Palearini en 1786, en 8.°, en Roma, precedido de una vida en latin del abate Rossi. La primera parte indica los 415 manuscritos que poseia, la segunda la de los libros impresos distribuidos por siglos de impresion, por órden de materias y por órden alfabético de los autores; division triple muy incómoda, porque complica su manejo. Y en fin el volúmen comprende una recapitulacion por tamaños y por las principales ediciones de los clásicos griegos y latinos que contenia esta rica coleccion.—C.

ROSSIGNOL ó Rossiñol (Juan José). Nació este jesuita en 1726 en Val-Luise, diócesis de Embrum. Sintiéndose inclinado á la vida del claustro, abrazó la regla de San Ignacio, y dedicado á la enseñanza por sus superiores, profesó la filosofía sucesivamente en Marsella, Wilna, Milan y Turin; en cuyas escuelas enseñó tambien con éxito la teología. Jóven aún, dice Feller, sostuvo en Varsovia *thesis de omni scibili* con extraordinario aplauso;

pero esto no le ensoberbeció, pues no se presentó á estos actos con deseos de hacerse admirar ni por su voluntad, sino obligado por algunos polacos admirados de su saber. A su vuelta de Polonia, en donde sirvió algun tiempo en el Real Observatorio de Wilna, fué retenido por el Padre Boscovich, que necesitaba un cooperador para la edicion de sus obras en doce volúmenes en 4.° Luego que se suprimió la Compañía, se volvió á Italia, y no tardaron en agregarle al colegio de nobles de Milan, en donde enseñó, durante diez años, la física y las matemáticas con mucho éxito. Al volver á su patria, hizo cuanto pudo por su parte para reanimar las ciencias, y á este fin publicó muchos opúsculos que fijaron la atencion de los sábios. Contribuyó poderosamente á mejorar la instruccion en el colegio de Embrun. Su celo en combatir la Constitucion civil del clero, pudo costarle más de una vez la vida; y obligado al fin á abandonar la Francia, el abate Rossiñol volvió segunda vez á Italia, en donde se entregó á la composicion de diversas obras. Dotado de una gran facilidad de locucion sobre toda clase de objetos y asuntos, y sabiendo dar el aire de novedad á las cosas más comunes, se adquirió numerosos admiradores, los cuales le pedian diariamente no privase por más tiempo al público del fruto de sus estudiosas vigilias. La cortedad de su fortuna le habia obligado á reducir á las más pequeñas dimensiones cuantas publicaciones habia hecho hasta entónces; pero este obstáculo fué vencido por la generosidad del conde de Melzi, su antiguo discípulo, que en 1802 llegó á ser vice-presidente de la república italiana, el cual se encargó de hacer imprimir cuanto quisiese publicar Rossiñol. Desde entónces sus opúsculos se multiplicaron rápidamente: Soffieti, librero de Turin, anunció en 1803 una edicion general de todos los publicados y no publicados, que contenia treinta y cinco obras, de las que quince eran ya conocidas del público. En 1806 dió este librero un nuevo prospecto de las obras del mismo autor, en diez y ocho volúmenes en 8.°, y áun nueve obras no acabadas debian formar el volúmen diez y nueve. «El autor, decia sencillamente en el prospecto, se halla ocupado en terminarlas y en hacer otras, y no se sabrá el total de sus trabajos literarios hasta el dia despues de sus funerales.» El jesuita Rossiñol murió el año de 1807. El abate Miguel, amigo del autor, dice el biógrafo de éste, Mr. Weis, emprendió en 1803, con el título de *Feuille hebdomadaire de Turin*, un periódico exclusivamente consagrado á analizar los diversos opúsculos de Rossiñol: esta coleccion comprende 192 páginas en 8.°, desde 15 de Noviembre de 1803 á 1.° de Noviembre de 1804, y el último número termina con la lista de los tratados de este infatigable escritor publicados hasta entónces, y componen el número de noventa y nueve piezas. Las obras principales, por las que puede juzgarse al P. Rossiñol, son las siguientes: *Tesis genera-*

les de Teología, Filosofía y Matemáticas; 1754, en 4.° — *Tesis de Física, Astronomía é Historia natural*; 1759, en 4.° — *Elementos de Geometría*; Milan, 1774, en 12.°: esta obra se tradujo al inglés, en el año de 1781, en 8.° El autor redujo á un centenar de proposiciones todos los principios de geometría, y este es el fruto de veinte años de tentativas, de ensayos y de reflexiones, habiendo encontrado los críticos, que sin tener que decir cosas nuevas, habia hallado nuevos caminos.—*Teorías de las sensaciones*; Milan, 1774; Embrum, 1777, en 12.° —*Plan de estudios para uso de los colegios*; Embrum, 1776, en 8.°: es el programa de un curso completo de filosofía, en el que hace mencion el P. Rossiñol de su compendio de la obra del P. Becaria sobre la electricidad.—*Reflexiones filosóficas sobre la Eucaristía*; id., 1776, en 8.°; es una explicacion física de este misterio. Al dar noticia de este opúsculo el redactor del Diario Eclesiástico sospechó sobre la fe de Rossiñol, el cual se apresuró á justificarse por medio de una carta dirigida al periodista, y como rehusase éste publicarla, la hizo imprimir Rossiñol en 1777 en 12.° — *Reflexiones nuevas sobre el movimiento*; id., 1777, en 12.° El objeto del autor en esta pequeña Memoria fué probar que existe realmente un cuerpo en cada uno de los puntos que recorre, nueva teoría que no ha sido admitida.—*Segunda reflexion sobre el movimiento acelerado*; id., 1779, en 8.°; teoría que sufrió igual suerte. — *Tratado sobre la usura*, en 12.° La edicion fué quemada públicamente por los *sans-culottes* del Delfinado, y solo pudo salvar el autor dos ejemplares. Entre las sesenta y una obras ú opúsculos que forman los diez y ocho de sus obras, deben citarse como las de mayor mérito: *La Botánica elemental. — Memoria sobre los nuevos monasterios de la Trapa. — Supresion de la mendicidad. De la hacienda del Piamonte. — Cartas sobre la Val-Luise, patria del autor. Vida de San Vicente Ferrer. — Historia de las obras del autor*. Fecundo como se vé fué este ex-jesuita como escritor, en lo que igualó á otros muchos Padres de su Orden, que lanzados de sus conventos, se entretuvieron en su ostracismo, y al través de las horribles persecuciones que experimentaron, en ilustrar con sus obras á aquella inicua generacion que tan malamente pagaba los servicios que por algunos siglos venian haciendo á la instruccion para civilizar al mundo con la verdadera buena doctrina, tanto en religion cuanto en las ciencias y en las letras, de las que fueron hábiles y sabios directores, que admiraron siempre las venideras generaciones, las cuales no podrán ménos de echar en cara su ingratitud á las de los siglos XVIII y XIX, que abolieron tan santa institucion y persiguieron y áun asesinaron inhumanamente á los mejores maestros de la raza latina católica, y á los que, cultivando el árbol de la ciencia con esmero, supieron trasplantar sus trabajos á las tierras más incultas y desconocidas y hacerle producir ópimos

frutos, conquistando con su palabra más pueblos idólatras á la cristiandad, que todos los generales católicos más esforzados juntos con su espada y con sus numerosos ejércitos. La historia hará justicia un dia á los jesuitas, y presentará con sus verdaderos colores á las víctimas y á los verdugos, por tupida que sea la máscara tras la cual se hayan estos ocultado.— B. S. C.

ROSSIGNOLI ó Rossiñoli (Bernardino). Nació este jesuita piamontés en Oruses, diócesis de Alba; y no diciéndonos nada los autores consultados acerca de su juventud, solo sabemos que tomó el hábito en la Compañía de Jesus el año 1563. Aun cuando dedicado principalmente al ejercicio de las prácticas religiosas y á las reglas de su instituto, cultivó al propio tiempo las humanidades y la teología, que enseñó por espacio de once años en Milan. Su buen juicio, unido á su sábia modestia, fueron causa de que se le confiase sucesivamente la direccion de muchos colegios y las funciones de provincial en Roma, en Venecia y en Milan, en cuyos destinos desplegó su celo y habilidad. Despues de haber asistido muchas veces con sus luces á los capítulos generales de su congregacion, murió Rossiñoli de rector del colegio de Turin el dia 3 de Junio de 1613, segun Alegambe y Rossotto, cuya autoridad es preferible en este punto á la del P. Labbe. Pedro Poiret ha colocado entre los escritores místicos á Bernardino Rossignoli, cuyas obras ascéticas, que han tenido el honor de que se haga de ellas muchas ediciones, son las siguientes que tomamos del artículo biográfico que le dedica Mr. Gence en la *Biografía Universal francesa* de Michaud. *De disciplinâ christianæ perfectionis, libri V.* Ingolstadt, 1600, en 4.°; Amberes, 1603, en 8.°: Traducida del francés por Roberto Champertier; París, 1706, en 8.° Tuvo en cuenta en esta obra el piadoso autor los diversos estados progresivos del cristianismo en la via religiosa, ayudándose con máximas y doctrina de los libros santos y de los autores espirituales. — *De actionibus virtutis libri II;* Venecia, 1613; Ingolstad y Mayenza, 1600; Lion, 1604 en 8.°: son tratados y ejemplos sacados de la Escritura y de los Padres, acompañados de reflexiones. El P. Alejandro atribuye á este mismo escritor la *Historia de la Legion Thebea*, publicada en Turin en 1604 con el nombre de *Guillelmo Baldesano*, al que Rossotte restituye esta obra, teniendo á Bernardino, no obstante, como un hombre no ménos erudito que religioso. Este libre se habia ya impreso en Turin en 1879 con el nombre de *Baldesano*, y traducido al español por Sotomayor, en Madrid en 1596, en 4.° Por aquella época se inició la cuestion de antigüedad relativa á la obra *Imitacion de Jesucristo*, en la que Bernardino Rosignoli se adquirió tanta celebridad, siendo el primero que dió á conocer, en una carta dirigida á su compañero Possevin, el famoso manuscrito del libro *De Imitatione Christi*,

que llevaba el nombre de Juan Gesen ó Gersen, cuyo manuscrito habia encontrado Rossiñoli en la casa de los Jesuitas de Arone, que antiguamente perteneció á los Benedictinos, teniendo á Gersen por un monje de S. Benito. Haciendo honor á este dicho, Constantino Cajetan, á quien se comunicó el manuscrito, pretendió restituir á Juan Gersen, italiano y abad de Benedictinos, la *Imitacion de Jesucristo*, en la edicion que publicó de este manuscrito en 1616, con una disertacion que en el fondo no dice más que lo que ya habia dicho Rossiñoli. La conjetura de este buen jesuita, dice monsieur Gence, cae de su base por la declaracion que en 1617 hizo el jesuita Andrés Masolo, que afirmaba haber llevado de su casa paterna de Génova este mismo manuscrito en 1579, y habérsele dejado á los jesuitas de Arone. Sin embargo, la prevencion á que dió lugar la primera asercion, y que debiera haber destruido el testimonio de Rosweyde, se ha sostenido, y el error de Bernardino Rossiñoli fué el orígen de una opinion que se ha perpetuado hasta nuestros dias, áun cuando no haya prueba fija de la existencia de un Juan Gersen diferente del docto y piadoso Gerson, á quien se habia atribuido más generalmente la expresada *Imitacion*. Las aserciones sobre esta materia, segun la opinion de Rossiñoli, fueron renovadas por los señores Napione y Cancellieri en 1808, 1809 y 1811; habiendose confundido el último en sus *Noticias Históricas* con Cárlos Gregorio Rossignoli, que nació despues, en 1631, en Borgo Manero de la Novarese, y falleció el 5 de Enero de 1707, el cual fué autor de muchas obras que reunió Baglioni en una coleccion precedida de la vida del escritor, la que publicó en Venecia el año 1723, en tres volúmenes en 4.° El P. Caballero, continuador de Alegambe y de Southwell, hace mencion en su *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesus*, en el suplemento, pág. 45, de otro tercer jesuita del mismo nombre, el P. Pedro Francisco Rossignoli, pero nada dice acerca de la época de su muerte ni de sus obras. —C.

ROSSIGNOLI (Cárlos Gregorio). Fué natural de Borgo Manero, diócesis de Novara, hijo de padres muy distinguidos, tanto por su hidalguía cuanto por su piedad, pues contaban entre sus ascendientes, cuyas glorias en manera alguna ofuscaron, ántes por el contrario hicieron más y más conocidas, á esforzados gerreros, á acreditados juristas y á hombres que en las religiones han ocupado con sobrados méritos los puestos más encumbrados. Vaciló mucho tiempo nuestro jóven ántes de decidirse á tomar estado, no ya acerca del que habia de escoger, pues que siempre quiso el eclesiástico, sino acerca del instituto religioso al cual se adscribiria, pues todos le llamaban la atencion, en todos hallaba más ó ménos atractivos, todos le parecian muy perfectos; sin embargo, se inclinó á la Compañía de Jesus, ya porque le parecia un instituto más conforme á sus inclinaciones, pues era

para él grande cosa el renunciar totalmente á su propia voluntad, y tambien porque por la época en que nuestro Rossignoli ingresó en ella eran muchos, y todos muy importantes, los trabajos apostólicos que emprendian, tanto en misiones cuanto en los demás ministerios tan convenientes como dignos del sacerdote. Desde el momento en que ingresó en la sagrada familia de Loyola se desprendió completamente de sí mismo, y se hizo tan todo para todos, como era conveniente en quien dejaba sus padres, patria y bienes para buscar á Jesucristo. Mucho aprovechó en el tiempo que estuvo de prueba ó sea en su noviciado, y sobre todo, se cimentó tanto en la humildad y se despreció tanto á sí mismo, que nunca se le oyó ni alabarse ni procurar su enaltecimiento, ni áun excusar las faltas que le imputaban con sobrada sinrazon. Hizo, como era consiguiente, los estudios de toda la carrera de teología, y esto le aficionó más á los estudios apologéticos y místicos, en los cuales brilló sobremanera, habiéndole obligado sus superiores, en vista de las molestias que le ocasionaba el estudio y lo mucho que menoscababa su salud, á que dejase ya de aprender para difundir, digámoslo así, los conocimientos que él ya habia adquirido. Dedicáronle, pues, al confesonario, donde tenia acierto especial, siendo muy de notar, que tanto servia para dirigir con esmero á las almas á quienes Dios llamaba por un camino de extraordinaria perfeccion, como para desenmarañar, por decirlo así, las conciencias de los que, abrumados de pecados los más enormes, apénas sabian, no solo confesarlos, pero ni áun llegar á conocerlos. Como tan abundantes frutos lograba en el confesonario, ésta fué su única ocupacion, y como por su comarca era tan conocido, los superiores le mandaban como agregado á las misiones que constantemente hacian en el país, logrando, como llevamos dicho, los más abundantes frutos. Pidió, despues que se hubo restablecido, permiso á sus superiores para escribir alguna cosa siquiera, y estos se le concedieron confiando en que la obra que saliera de sus manos sería digna de él; y en efecto, en muy poco tiempo y con el extraordinario acierto que todos han conocido y declarado, escribió un preciosísimo tratado *de la eleccion de estado*. Cuánto sea el mérito de esta obra lo acredita en primer lugar la circunstancia de que en vida solo del autor se hubieron de hacer en Italia ocho numerosas ediciones, y áun entónces mismo y muchísimo más despues, se hicieron de ella numerosísimas traducciones para llevar á las diferentes naciones que lo ansiaban, no solo las ideas, sino tambien las formas, muy conformes en verdad á reglas, de tan acabada obra mística. No fué esta sola la que se debió á su pluma, sino otras varias importantísimas, entre ellas la *Instruccion práctica para los nuevos confesores*, que como es consiguiente sirvió de mucho, porque en ella supo el autor reducir á teoría y á explicacion muy determinada los muchos casos en que él tuvo, no solo

que hacer uso de gran ciencia, sino hasta consultar obras y áun personas para su mejor desempeño. El editor Baglioni publicó en Venecia, en 1723, todas las obras de nuestro célebre P. Rossignoli, y con esto prestó un gran servicio á la mística, que pudo admirar los grandes conocimientos de este hombre y aprovecharlos para la posteridad. Rossignoli falleció en 1707, á los setenta y seis años de edad, siendo en la Compañía y fuera de ella tan apreciado como merecia.—G. R.

ROSSILLION DE BERNEX (Miguel Gabriel de). Este obispo y príncipe de Génova, descendiente de una de las más antiguas é ilustres casas de Saboya, nació en Chateaublanc, cerca de Génova, el dia 16 de Noviembre de 1557, del primer matrimonio de Cárlos Amadeo, conde de Rosellon, marqués de Bernex, señor de S. Genix, Chateaublanc, Terreux etc., embajador extraordinario del duque de Baviera, capitan de la primera compañía de Guardias de Corps de su Alteza Real, gentilhombre ordinario de Cámara, capitan de la Corona Blanca de Saboya y Caballero de la Orden de la Anunciada de la promocion de 1666, con Elena de Michal de la Palu. Despreciando Rossillion, aún muy jóven, las grandezas y distinciones á que podia aspirar por su clase, tomó el habito de religioso en la órden de Canónigos regulares de S. Antonio el dia 19 de Noviembre de 1672; profesó el 21 del mismo mes del año siguiente. Distinguióse por su piedad, regularidad y austeridad, y los progresos que al propio tiempo hizo en las ciencias movieron á sus superiores á encargarle enseñase la teología en Tolosa, cargo que desempeñó con aplauso y con extraordinario buen éxito. Muriendo el P. Antonio Pain de la Jassé, abad general de la órden de S. Antonio, se encargó á Rossillion la oracion fúnebre, y despues la arenga al capítulo general que se reunió en Marzo de 1638 para la eleccion de un nuevo abad. Admiróse en este discurso la fuerza de su elocuencia y la generosa libertad que inspira el amor de la verdad y del bien público. En el mismo capítulo ejerció las funciones de secretario, y en el siguiente año fué elegido, por unanimidad del capítulo, superior de la casa de S. Antonio de Tolosa, la cual gobernó seis años con la sabiduría y prudencia que reglaba todas sus acciones. Hizo construir la casa de su órden que hoy existe, que es uno de los más bellos adornos de la ciudad, sin que por esto se interrumpiesen sus trabajos, en la iglesia, en el púlpito, en el confesionario, ni sus estudios, los que hizo florecer en su comunidad. En 1691 hizo sostener en presencia del capítulo thesis de derecho civil y canónico, que fueron muy aplaudidas. Informado Victor Amadeo, rey de Cerdeña, de su raro merito, le nombró obispo de Génova, y fué consagrado en Turin en 6 de Octubre de 1697; eleccion que fué generalmente aplaudida, y solo la sintió el nuevo prelado, que á pesar suyo habia aceptado la mitra. Propúsose por modelo al glorioso

S. Francisco de Sales, que habia ocupado la misma silla, y le imitó perfectamente en la piedad, en su amor á los pobres y en su celo por la conversion de los herejes, y en fin en todas sus costumbres, de modo que pudiera decirse se habia pasado á Rossillion en todo el espíritu del Santo. Frecuentemente se le veia orando en el sepulcro de su predecesor. Este virtuoso prelado murió en olor de santidad el dia 23 de Abril de 1734, y fué enterrado en la iglesia del primer monasterio de la Visitacion de Anneci, conforme lo habia dejado ordenado, en cuyo sepulcro se grabó la siguiente inscripcion:

MICHAEL GABRIEL DE ROSSILLION DE BERNEX
EPISCOPUS ET PRINCEPS GENEVENSIS, SANCTITATE,
VIGILANTIA, ERUDITIONE, MORUM ET GENERIS NOBILITATE,
BENEFICENTIA IN CLERUM ET PAUPERES
ALTER SALESIUS,
CHRISTO CONFIXUS ET CONGREGATURUS,
OBIIT
DIE MORTIS DOMINI 23 APRILIS ANNI 1734,
ÆTATIS 76, EPISCOPATUS 36.

Dice Moreri en su gran Diccionario histórico, que estas fechas no son muy exactas, pues que habia muerto Rossillion el año 77 de su edad, y 37 de su episcopado. Gasparini, abad general de la órden de S. Antonio, hizo el elogio de este prelado en una carta que dirigió á todos los superiores y comendadores de su Orden en Francia, Italia, España y Alemania, la cual se imprimió en el Mercurio de Francia en el mes de Junio de 1734, y Mr. Boudet, canónigo regular de la misma Orden, escribió una memoria sobre este prelado, cuya vida se imprimió con todo esmero en 1751 en un volúmen en 12.° —C.

ROSSILLON (Priscila de), de veinte años de edad, hija única de M. Rossillon, uno de los ministros protestantes más célebres de Lunel. Habiendo tenido algunas dudas que la hacian sospechar de su religion, se hizo instruir por los capuchinos de las verdades del catolicismo. Las conferencias que tuvo con ellos no se verificaron con tanto secreto que pudiesen ocultarse á este ministro. Las descubrió y pudo impedir la conversion que temia, quitándola la libertad de salir, hasta que la pudiese hacer conducir á Orange ó Genova; á pesar de lo vigilada que se hallaba consiguió fugarse, y las señoras católicas en cuyas manos se entregó, avisaron á las autoridades, siendo conducida á la iglesia, donde abrazó públicamente la religion católica en Julio de 1681. Al fin de la misa mayor se entonó el *Te Deum*, y M. de Ros-

sillon, su padre, que habia sido avisado de esta ceremonia, se presentó en ella, amaba á su hija con mucha ternura por sus buenas cualidades, y admiraba tanto su talento, que habia dicho en más de una ocasion que sentia no fuese hombre para educarlo de manera que llegase á ser uno de los ministros más célebres de Francia. Hablóla con la mayor tranquilidad, y habiendo sabido de ella que habia examinado con grande madurez lo que hacia, la protestó delante de toda la asamblea, que no la amaria ménos por haberse convertido, y la suplicó no le abandonase, asegurándola que la dejaria ir cuando quisiese á un convento de religiosas para terminar su instruccion. Algunos dias despues fué conducida á Montpellier al convento de S. Cárlos, donde Mad. de Pradel, hermana del obispo de la misma ciudad, y Mad. de S. Andrés se consagraban con un cuidado especial á las recien convertidas. Las señoritas de Nicol, hijas de Mr. Nicol, convertido tambien, se hallaban en este convento, donde su fervor era de grande ejemplo. —S. B.

ROSSIN (De), caballero protestante de Champaña, muy apreciado de todos los que le conocian por las buenas cualidades de su carácter y su talento, se convirtió é hizo abjuracion en Noviembre de 1681, en manos del Padre Alejo Dubuc, religioso teatino, tan célebre por las innumerables conversiones que hizo. —S. B.

ROSSINO (Fr. Tomás), franciscano italiano natural de Perusa. Tomó el hábito siendo muy jóven, y conforme á su vocacion manifestó las mejores cualidades para la Orden que habia abrazado. Era austero, penitente, piadoso y caritativo; sus contínuas mortificaciones le hacian parecer de mucha más edad de la que en realidad tenia, y hasta se llegó á temer por su vida, por lo que se le obligó á mitigarlas. Sus oraciones fervorosas y contínuas le ocupaban la mayor parte del dia y áun de la noche, sin que por esto descuidase sus demás obligaciones. Era muy amante y observante de su regla, que inculcaba á los demás, procurando siguiesen su ejemplo en su más perfecta observancia. Hizo grandes progresos en los estudios, y obtuvo tal fama por su erudicion no solo dentro sino tambien fuera de su Orden que mereció se le nombrase profesor público de sagrada teología en el convento de Perusa, llamado del Monte, propio de los Menores observantes, cargo que desempeñó por mucho tiempo con grande aplauso y aceptacion, mereciendo el afecto no solo de sus discípulos, que asistian llenos de admiracion á sus explicaciones, sino tambien de sus superiores que veian en él uno de los miembros más dignos de su Orden. Orador elocuente, sus sermones eran la admiracion de Perusa, que corria en masa á escucharle y á aplaudir á tan ilustre compatriota, cuyo nombre esperaba y con razon pasase á la posteridad, lo que redundaria en honor de la patria que le habia visto na-

cer, le habia animado en sus primeros pasos y conducido hasta la altura en que á la sazon se encontraba: estos méritos le valieron desempeñar diferentes cargos en su Orden, todos los cuales ejerció con celo y acierto, siendo por último nombrado definidor de la provincia de S. Francisco, en cuyo puesto tuvo ocasion de prestar importantes servicios, mereciendo las consideraciones de los que para él le habian elegido, y en el que continuó por largo tiempo hasta que la edad y las enfermedades le obligaron á retirarse á la vida privada. Dedicóse entónces á prepararse para su última hora y á la revision y publicacion al mismo tiempo de algunas obras que habia compuesto en su juventud y no habia dado todavía á la prensa. Murió en su patria en el referido convento de su Orden en 1.° de Agosto de 1676, dejando las obras siguientes: *Paradoxa prædicabilia tempore adventus*; Perusa por los herederos de Bartolomé y Angel Lorenzo: 1672.—*Concionem in laudem S. Andreæ apostoli*, predicado en el palacio de Perusa y publicado por Lorenzo Ciain, en un volúmen de *Sermones varios de Adviento*.—S. B.

ROSSIÑOL (Arnaldo), heredero de las virtudes de sus antepasados, y conservando hasta su última hora los brillantes sentimientos que habia inspirado en su corazon su ilustre tio, ha merecido Arnaldo Rossiñol ser colocado entre los célebres hijos de Mallorca, habiendo visto la luz del dia en la ciudad de Palma á mediados del siglo XIII, siendo su padre Bernardo Rossiñol de Peralada, señor del feudo y estado de Defla en Senen. Poco pueden en quien, como Arnaldo, conserva gratos recuerdos de su ascendencia los placeres y vanidades del siglo. Nadie como él pudo extender el vuelo á su ambicion; nadie como Arnaldo pudo brillar en medio de una corte esplenderosa; pero la contemplacion y la vida austera cuadraban más á su aficion. Fr. Arnaldo Rossiñol, de la familia y casa nobilísima de los Rossiñoles y Olivellas, quedó sin padres siendo muy niño; por cuyo motivo se crió en casa del Excmo. Sr. D. Bernardo de Olivella, su tio, arzobispo de Tarragona, que fué el que por los años de 1277 coronó y ungió en la iglesia de S. Salvador de Zaragoza por reyes á D. Jaime el Conquistador y á Doña Constanza su mujer; estando sede vacante la silla de S. Pedro por muerte del papa Juan XXI. Entre otras mercedes que el rey hizo al arzobispo por haberle coronado, fué una recibir á su sobrino Arnaldo Rossiñol y Olivella por paje de la reina Doña Constanza, asignándole cierta renta de una particular baronía de Cataluña. Tenia Arnaldo nueve años cuando entró en la corte por paje de la reina, y vivió en ella hasta la edad de diez y nueve años. En estos diez años que siguió la corte y sirvió á la reina, no solamente no se aficionó á la vida cortesana sino que se retiraba cuanto le era posible del bullicio: y en una edad en que enamoran las galas, los trajes, las armas, las plumas, las bandas, los colores, los paseos y demás

atractivos, y en que hierve la sangre, y las esperanzas prometen torres de viento, estaba Arnaldo disgustado de aquella vida: es verdad que sus fuerzas eran poco á propósito para los trabajos de la guerra, y ni su condicion ni genio se inclinaban á aquellos ejercicios; pero tambien lo es que Dios de este modo lo iba disponiendo para otros fines. Le incomodaban las mentiras y abominaba las lisonjas: no daba oidos á los que le hablaban de tomar el estado del matrimonio; no tenia más que los criados precisos ni le desvanecia el nombre y destino de servidor de los reyes y de paje de la reina. Por su retirada conducta, poco lujo y ninguna presuncion empezó á cobrar fama y opinion de avaro entre las damas y de hipócrita entre los caballeros de su edad, que empezaron á dejarle y á apartarse de él; pero Arnaldo miraba esto como un favor, porque nunca se hallaba mejor que cuando se veia solo. Todo era traza de Dios que lo llamaba á otro estado, y lo acabó de desengañar con el suceso siguiente. Servia en el palacio en su mismo ministerio entre otros mozos de su edad, uno de la casa y familia de Eril, de la edad de Arnaldo y tan parecido á él que muchas veces hablaban al uno por el otro. El tal mozo era estimado de una dama que servia á la reina, hija de Arnas Roger, conde de Pallás, por cuyo motivo se formó una intriga para matarlo. Con este fin lo esperaron una noche en cierta calle, por la que solia pasar, hombres pagados, y pasando por ella Arnaldo, creyendo los asesinos que era Eril por ser tan parecido, se echaron sobre él, y á no haber sido la fortuna de pasar por allí ciertos caballeros que iban á palacio y le defendieron, efectivamente le habrian muerto. Quedó no obstante con algunas heridas, aunque leves, y despues que estuvo curado de ellas, deseando saber qué motivo habia habido para asaltarlo y quererlo matar, llegó á saber la verdad de la intriga; por lo que, sin descubrir lo que sabia, empezó á reflexionar y á confirmarse en la opinion que ya tenia de la inquietud de la vida de palacio, de la confusion del trato de corte, de sus embelecos y embustes, de las lisonjas, de las mentiras, de la poca seguridad de las honras ú honores y del peligro de la vida, y revolviéndose en éste pensamiento, determinó hacer una confesion general con una persona docta y religiosa, y Dios le proporcionó un religioso mercenario, llamado Fr. Alonso de la Paz, que confesaba á las damas de la reina, porque en aquellos tiempos siempre tenia la religion mercenaria cuatro religiosos en palacio, dos con título de capellanes de los reyes y dos con el de confesores de la familia del rey y de la reina. Confesóle Fr. Alonso, y lo halló tan dispuesto y tan inclinado á tomar el hábito de caballero misionero, que no dudó que Dios lo habia destinado á la religion; comunicó en seguida su determinacion al Sr. Arzobispo su tio, pidiéndole licencia para ejecutarla y tomar aquel estado: y como su Ilma. era tan buen cristiano y tan grande prelado no se atrevió á disuadirle,

aunque sintió su resolucion, y se contentó con hacerle presente los trabajos de la vida religiosa y la diferencia que hay entre vivir en el palacio y servir á los reyes, y obedecer en la religion y vida monástica á hombres iguales y tal vez de inferior linaje ó nacimiento: le encareció tambien la pobreza de la religion, lo penoso del ejercicio de pedir limosna para los rescates, y el resignar para siempre su voluntad en la de otro hombre, quedando sujeto á servir toda la vida el que podia mandar. Como Arnaldo respondiese que todo lo llevaria con gusto; pues lo hacia por Dios y por su santísima Madre, y que mejor sería servir al Rey del cielo que á los reyes de la tierra, añadió Fr. Alfonso, que estaba presente, *que iba no á servir sino á mandar*. Profecía que se cumplió, pues fué séptimo general mercenario. Con la licencia del Arzobispo su tio fué á pedirla á la reina, que tambien se la concedió, y con cartas del rey D. Pedro y del Arzobispo pasó á Barcelona, y allí se le dió el hábito de los Caballeros de la Real y militar órden de la Merced en el convento de Sta. Eulalia con gusto de todos los religiosos que habia en él. Pasado el tiempo de noviciado ó de prueba, hizo su profesion Fr. Arnaldo Rossiñol, y luego se descubrió en él una naturaleza á propósito para mandar y gobernar; pero no obstante siempre obedecia con gusto y era el primero en todos los oficios de humildad que tocaban á los jóvenes; lo hacia todo con cierto aire de autoridad é imperio que sin desdecir la puntualidad de la obediencia, hermoseaba la humildad de la ocupacion y del ejercicio. Cuando tuvo algunos años y práctica de la religion, y antigüedad en el lugar y puesto de profeso entre los caballeros para salir á las limosnas de las redenciones, se le encomendó este oficio, el cual desempeñó á satisfaccion de toda la religion por espacio de muchos años. Pedia la limosna con una singular compostura y modestia, con una serenidad de rostro tan notable que obligaba á que se le diese lo que pedia. Jamás se conoció en él disgusto ó desabrimiento por muchas cosas que se mandaban; y cuando se le mandaban algunas que parecian incompatibles con las que le estaban mandadas, satisfacia diciendo: «Sí, padre, yo cumpliré haciendo cuanto pudiere.» Si algun seglar, cuando le pedia limosna para la redencion le hablaba desabridamente y con aspereza, «á mí, le decia, me manda esto la obediencia, y á vos no se os manda nada sino que se os suplica y se os pide por Dios.» Muchas veces llegaba cansado de pedir limosna, y la obediencia le ocupaba en cosas que pedian más aliento que el que él tenia; siempre obedecia y acostumbraba decir: «Dios da fuerzas para el trabajo.» Tambien era sumamente caritativo, de modo que algunas veces era castigado, porque encontrando personas necesitadas, no solo les daba de las limosnas que habia recogido, sino que tambien repartia sus hábitos entre los desnudos y más miserables. Sobre todo era muy compasivo con los enfermos, y los servia con gusto extraordinario.

No fué muy inclinado á las letras; pero sí al ejercicio de las obras penales del cuerpo, y las hacia con tanta suavidad y puntualidad, que siendo sus fuerzas muy flacas, parecia que para esto las tenia de gigante, de modo que los que le veian tan delicado y tan penitente, se admiraban de ver la salud tan entera de que gozaba y los trabajos á que se exponia. De este modo pasó muchos años á satisfaccion de toda la religion, y sin que hiciese cosa digna de represion. El año 1255, Berenguer de Oller, hombre sedicioso y alborotador, puso la ciudad de Barcelona á punto de perderse, y el rey D. Pedro, que se hallaba en Huesca celebrando cortes, las prorogó y acudió á la necesidad desde luego entrando en dicha ciudad á la ligera sin ser sentido; hizo prender á dicho Berenguer y lo mandó ahorcar, junto con otros siete cabecillas, y entre tanto que se ejecutaban estas sentencias se retiró al convento de Santa Eulalia, del órden de la Merced, y estuvo encerrado en él dos dias sin dejarse ver de nadie. En este tiempo Fr. Arnaldo vió algunas veces al rey, éste se informó de su vida ejemplar y supo cuán prudente era y cuán estimado de toda la religion; por cuyo motivo, á más de honrarle mucho como á hijo de caballeros tan nobles, todos criados de su real casa, añadió que se mostraria agradecido á la religion si adelantaban á Fr. Arnaldo en lo que hubiese lugar y lo ascendian en cuanto lo permitia su capacidad y disposicion. En efecto, en los años siguientes se le confiaron algunos encargos y oficios, especialmente en dos redenciones que se hicieron, la una á los reinos de Andalucía y la otra en el de Túnez, en Africa; fué la primera por compañero del P. redentor, que era Fr. Isidoro, y á la segunda por redentor; en una y otra mostró el valor de que estaba dotado, y los que pasaron con él al Africa, decian despues que los moros y judíos con quienes trataba los rescates, confesaban que tenia no sé qué Fr. Arnaldo, que obligaba á tenerle respeto y áun miedo y temor. Dió cuenta del último rescate que estuvo por su cuenta tan á satisfaccion de todos los caballeros religiosos, que habiendo vacado ántes del capitulo la encomienda de Lérida, que entónces era cosa importante, se le dió sin que hubiese voto alguno en contrario. Era tal el concepto que se tenia de él, que siendo necesario visitar los conventos del reino de Valencia y á los caballeros religiosos que vivian en ellos, se nombró para esta visita á Fr. Arnaldo Rossiñol, y la hizo con tanta igualdad y rectitud, que remedió todo lo que pedia remedio, y los mismos que fueron visitados y áun castigados se quedaron más aficionados que ántes. Los años que mediaron desde 1285 hasta 1307 fueron llenos de sucesos; murió el rey don Pedro en Villafranca del Panadés, la vigilia de S. Martin de dicho año de 1285, cuando iba á Tarragona á embarcarse para seguir la armada que iba á apoderarse de Mallorca. Le sucedió el rey D. Alfonso, que tambien murió en Barcelona el año 1291, á los veintisiete de su

edad; por éste motivo entró á reinar D. Jaime II, que entónces era rey de Sicilia, el cual se coronó el dia 24 de Setiembre en la iglesia del Salvador de Zaragoza. Estas muertes y los sucesos que ocurrieron ocasionaron muchos desasosiegos é inquietudes en el reino, y no fué pequeña la parte que de ellos cupo á la religion mercenaria, porque como era hechura de los reyes estaba como pendiente su aumento temporal y la mayor abundancia de limosnas para las redenciones ó rescates. No obstante, como Fr. Arnaldo era tan conocido de los reyes y tenia tanto valimiento en el palacio, siempre tuvieron consideracion á su persona, y acudieron á las necesidades de la religion y al aumento de los conventos, de modo que se puede decir que por su respeto le ampararon y favorecieron los reyes D. Pedro, D. Alfonso III y D. Jaime II. El año 1308, cuando Fr. Arnaldo Rossiñol y de Olivella acababa de hacer la visita de los conventos del reino de Valencia, murió Fr. Arnaldo Amerio, general de la Orden, y luego que se recibió la noticia en Barcelona, se juntaron caballeros y sacerdotes y confirmaron en maestre general de toda la Orden al doctísimo y santo varon Fr. Raimundo Alberto, que ya en otra vacante habia sido elegido, sino tambien para maestro general, al mismo tiempo que los caballeros eligieron á dicho Fr. Amerio, cuya eleccion habia sido confirmada por el Papa dejando á Fr. Alberto el priorato general. Asistieron á esta eleccion, que se hizo en Barcelona, sacerdotes y caballeros como está dicho, y la autorizó con su presencia el Sr. Obispo; pero los caballeros, aunque consintieron en ella, se salieron luego y protestando la fuerza y extorsion que por parte del Sr. Obispo se les habia hecho y acudiendo á Valencia lo más pronto que les fué posible, se juntaron con Fr. Arnaldo Rossiñol y con los demás caballeros; y aunque fué menester mucho para vencer la repugnancia y mover la entereza de Fr. Arnaldo, no obstante de tantos, y asegurada su conciencia y algunos añaden que alentado con cartas del rey D. Jaime II, convino en que se hiciese nueva eleccion, y juntándose á capítulo fué electo en maestre general el mismo Fr. Arnaldo Rossiñol que fué el sétimo y el último de los caballeros, declarando el papa Clemente V, que entónces regia la Iglesia, que Fr. Raimundo Alberto quedase prior general y Fr. Arnaldo Rossiñol maestre general de toda la Orden, y que especialmente fuese de su jurisdiccion plenaria todo lo tocante y concerniente al gobierno temporal. Duró su gobierno hasta 1317 que murió. En 16 de Enero de 1312, hallándose el rey D. Jaime II en Calatayud, en donde habia llegado un embajador de Federico, duque de Austria y Siria, hijo de Alberto, rey de Romanos, para pedir á dicho señor Rey su hija la infanta Doña Isabel para consorte de dicho príncipe austriaco. S. M. llamó al Maestre de la Merced Sr. Arnaldo Rossiñol para tratar el casamiento, su conclusion, fiestas de agasajos al embajador y otros negocios del Real servicio, con especial letra

ó carta que se halla continuada en el real registro. *Curiæ regis Jacobi II de anno* 1312 *usque* 1313, *fol.* 133. Al regresar de Calatayud á Valencia se trasladó al convento de Ntra. Sra. del Puig, en donde aunque no habia seguido la carrera de las letras, se dió en tratar de libros y estudios, y en obligar á los religiosos, no solo á sacerdotes, sino tambien caballeros, á que se dedicasen á ellas con más calor que hasta allí. Y para moverlos más, hizo él mismo un particular tratado sobre el capítulo 33 de la distincion 5.ª de la tercera parte del decreto, cuyo título es: *De quotidianis operibus monachorum*. En este tratado, valiéndose de la doctrina de S. Bernardo, S. Gerónimo y otros santos, se ocupó de la importancia de aprender á emplear bien el tiempo, comentando aquellas palabras de S. Gerónimo: *Ama al estudio de las divinas letras y olvidarás los vicios y pasiones de la carne;* mezcló aquello que dijo Séneca: *Si no nos apresuramos á conocer que el tiempo pasa, á la mejor ocasion nos dejará el tiempo y la vida; todo lo esperamos para el dia de mañana, y así siempre quedan burladas y frustradas nuestras promesas y esperanzas*; finalmente, condenó con este apreciable tratado la ociosidad y á los ociosos. Le sirvió esta ocupacion para gran utilidad de su alma, porque ocupó tambien el tiempo que le quedó de vida, que jamás tuvo un instante ocioso, de modo que á este fin tenia escrito, con una letra que se podia leer desde toda la celda, todo aquel período de S. Bernardo que escriben á los hermanos del Monte de Dios, que dice: «Si me preguntas qué harás ó en qué has de ocupar las horas del dia, lo primero es cumplir con la obligacion cotidiana del sacrificio de tus oraciones, estudio y oracion como á religioso verdadero; hecho esto, reparte otra parte del dia en el exámen de conciencia para la enmienda de tu vida y composicion de tus costumbres; y habiendo cumplido con todas estas obligaciones, que verdaderamente lo son, haz alguna labor de manos y trabaja: digo que te acomodes á tus fuerzas si no te señala la obediencia en qué has de trabajar, porque precediendo este precepto, lo primero es obedecer, y en esto ó en lo que te señale has de trabajar.» Esta era la leccion que leia y estudiaba contínuamente el maestre general Fr. Arnaldo Rossiñol, y se aprovechó tanto de ella, que compuso el hombre interior y exterior, de modo que era un verdadero retrato de la observancia y obediencia. De aquí le resultó, estando tan lleno de santas ocupaciones, encenderse un fervor caritativo, y deseoso de hacer todo el bien que pudiese á sus hermanos y prójimos; por cuyo motivo mandó hacer dos redenciones, y áun algunos dicen que fueron tres las que mandó hacer en el tiempo de su gobierno. En estas ocupaciones y santos servicios pasaba sus dias en el convento de nuestra Señora del Puig, olvidado de todas las pretensiones, de lo que era tierra y mundo, y tratando solo de aquello que se ordenaba á la salvacion de su alma y buen aumento de la religion, cuando

en la primavera del año 1317 empezáronle á dar unas calenturas lentas, que despues se manifestaron maliciosas; viendo que el mal se agravaba, se hizo llevar al convento de Valencia, en donde despues de haber padecido por espacio de un mes notables dolores y particulares accidentes, acabó su vida muy rendido y conforme á la voluntad del Señor, que le llamó para sí cuando lo tenia tan dispuesto y prevenido que las últimas razones con que acabó fué mostrarse muy gustoso con la muerte, y de lo poco que son y deben estimarse las cosas del mundo, encargando á los religiosos que estaban presentes la paz continuada y union con todos. Hemos visto su retrato en la casa consistorial de Palma, y segun dijimos al principio de esta biografía, recibe allí el premio de la honrosa distincion á que se hizo acreedor.—J. M. B.

ROSSOTTO (Andrés). Nació este bibliógrafo piamontés en Mondovi, hácia el año 1610. Entró en 1627 en la órden de los Fulenses, y fué á terminar sus estudios á Roma, en donde pasó una gran parte de su vida, y murió en su ciudad natal el año 1667. Dice su biógrafo Mr. Pillet, que murió cuando se imprimia su *Syllabus;* pero que es muy extraño que ni el editor de este libro ni el prelado Morazo, que hace mencion de su cofrade Rossotto en su *Cistercii reflorescentis*, publicado en 1690, no hayan indicado las fechas precisas de su nacimiento y muerte. Este religioso habia desempeñado muchos cargos de su Orden, y el cardenal Francisco Adriano de Céve, que murió en 1665, le habia elegido por su teólogo consultor. Además de nueve opúsculos italianos, tanto en verso como en prosa, que imprimió en Roma desde 1641 á 1651, cuyos nombres y detalles pueden verse en Niceron, que le llama equivocadamente Rossotti en sus Memorias, se han conservado de este autor las siguientes obras: *La virtud trionfanti é il vitio depresso, dialoghi moralis;* Génova, 1661, en 12.°: este libro excitó algunas críticas.—*Axiomata veræ et sacræ Philosophiæ*; id., 1660, en 12.°—*Syllabus scriptorum Pedemonti;* Mondovi, 1667, en 4.° Esta es la única de sus obras que ha sido apreciada. Encuéntranse en ella por el órden alfabético cerca de mil ochocientos artículos de escritores piamonteses, saboyanos, desde Abbas Vercellensis, que tiene un artículo con el nombre de Tomás Gallus, y de Abrahamus Vermellius, hasta Vitalis de Vitalibus, Umbertus Clericus, y Zaccharias Boverius; pero sus noticias son incompletas. Los títulos de los libros citados estan exactamente copiados cuando Rossotto los ha consultado; pero por lo comun no ha hecho más que citarlos en vista de los catálogos, por lo general poco exactos cuando los títulos se habian traducido del latin. Da el autor al principio de su obra una lista de los libros que habia consultado, en número de más de ciento ochenta, muchos de ellos manuscritos. Excúsase en su prefacio haber escogido un asunto ya tratado dos veces en italiano, por Chiesa, en 1614 y 1660, justificándose por haber dado

más detalles en su libro, en el que por otro lado se encuentran los escritores de Bressa y del Bugey, país que poseyeron los duques de Saboya hasta el 1600, y en que le ha escrito en latin, lengua más universalmente esparcida. Habiéndosele criticado haber dado lugar en su obra á escritores oscuros, que solo se habian dado á conocer por algunos sonetos ó madrigales, respondió: *Dignus est operarius mercede suâ;* pero aún fué más grave su defecto de falta de crítica y de exactitud. No solo hace nacer á Anneci entre los escritores de Pui en Velai, tales como Guillermo Tardif y Santiago David, sino que se atreve á reprender al P. Marracci de haber hecho francés á este último. La obra la terminan cuatro tablas; la primera sigue el órden alfabético de los nombres de familia, y la segunda la de los pueblos de nacimiento. Por esta se ve que solo la ciudad de Verceil habia producido ciento diez escritores, Turin ochenta, Niza setenta y ocho, y Mondovi cuarenta y ocho. En el Piamonte cita veintitres, Brescia treinta, y Saboya cincuenta y ocho. El libro de Rossotto con todos sus defectos es aún hoy el catálogo más completo de los escritores del Piamonte, y ha servido de mucho al abate Guillet para los de Saboya, que ha escrito una obra más completa y metódica en este género.— C.

ROSTAGNO (Bto.), confesor, francés, de la Orden tercera, célebre por su vida y milagros. Desde su primera juventud manifestó que se hallaba destinado á caminar á pasos agigantados por los senderos de la virtud, y en efecto, no salieron falsos los augurios de los que se lo habian vaticinado. Rostagno tenia esas cualidades tan propias para la piedad, que desde sus primeros años se le vió entregado exclusivamente á prácticas religiosas, al servicio del altar, al retiro y la oracion, y en fin al cultivo y ejercicio de todo lo que de bueno y santo podia esperarse de la vida de un jóven. Varon ya, y religioso de la Orden tercera, se distinguió por su humildad y obediencia, dotes tan necesarias en el claustro, que sin ellas ni áun podria concebirse por un momento la existencia de las órdenes religiosas. Estas virtudes forman además el fondo del corazon de una manera que le dejan preparado para recibir todas las impresiones á que se quiera someterle, y el que llega á poseerlas por completo, puede decir que ya ha obtenido lo que más podia desear en el camino de su propia perfeccion. Rostagno no dejó de avanzar por solo un instante desde el que entró en la religion; sus árduas oraciones, sus continuos ejemplos, sus frecuentes penitencias, sus ayunos y vigilias, exigirian una relacion más larga y detallada de la que en este lugar podemos consagrarle, y causarian de seguro la admiracion de nuestros lectores. Pero no debe extrañarse en su época y siglo en que las costumbres, un tanto exageradas, lanzaban con frecuencia á extremos que hoy no cree la crítica, y que sin embargo no por eso dejan de ser exactos y

verdaderos. Así es que desde luego se dice de Rostagno que se distinguió por la santidad de su vida, que fué uno de los ornatos del convento de Acq y de la provincia de Marsella, donde se le venera desde su muerte, habiendo habido gran número de revelaciones y de milagros, que son otros tantos testimonios inequívocos de su salvacion y bienaventuranza. La Orden Seráfica á que perteneció, y que celebra su memoria en 23 de Mayo, corrobora esta verdad dándole culto y citándole en este dia en su Martirologio, prueba inequívoca de que ha merecido semejante honor, y de que sus hermanos, testigos de sus hechos y virtudes, las han conservado y transmitido de generacion en generacion, habiendo llegado hasta la nuestra en indelebles caractéres. Este religioso se halla sepultado en el referido convento de Acq, donde pasó la mayor parte de su vida, y de cuya ciudad ó sus cercanías era probablemente natural, aunque no lo mencionan los autores.—S. B.

ROSTANG, monje de Cluni, no nos es conocido más que por una composicion bastante curiosa, conservada en los archivos de la abadía de Cluni, y que se ha impreso despues en la *Bibliotheca Cluniacensis* de Martin Marrier. Es una relacion muy detallada de los medios que pusieron en uso dos caballeros cruzados para robar de Constantinopla la cabeza de San Clemente papa y mártir y transportarla á Francia. Para arrebatar esta reliquia á una iglesia griega, necesitaron mucha astucia y audacia, como se va á juzgar por el análisis de la relacion. Nada más propio que esta narracion para dar una idea exacta del singular sistema moral y religioso que profesaba á la sazon una buena parte de la cristiandad, cuya ignorancia la hacia suponer que el fraude, el rapto y áun la violacion no eran ilícitos siempre que fuese objeto de ellas una reliquia cualquiera, y se creia que los santos continuaban vertiendo sus gracias sobre los raptores como sobre los legítimos poseedores de sus restos. El monje Rostang comienza su narracion por una historia compendiada de las Cruzadas, historia en la que hace, segun la costumbre de la época, numerosas citas de la Sagrada Escritura, y en particular de los profetas. El mismo parece excusarse de esta digresion diciendo á sus lectores: *Nec vos pigeat omnia me breviter epilogasse; amœnum est enim omina scire, quæ si scire desideratis, historiam Hierosolymitanam inspicite, qua luce clarius conscripta est ab eo qui omnibus his casibus interfuit.* No designa tampoco positivamente quién es este historiador presente á todos estos grandes acontecimientos que propone consultar á sus lectores. Ve en la conquista y en la reconquista de Jerusalen la causa de la traslacion de la cabeza de S. Clemente á la abadía de Cluni, y hé aquí cómo explica ó prueba esta proposicion, que parece desde luego extraña. Sábese que el marqués de Montferrat partió con muchos obispos y religiosos en 1202 á Tierra Santa, donde los ne-

gocios de la cristiandad se hallaban en situacion harto deplorable, puesto que los cruzados habian perdido á Jerusalen y una parte de sus conquistas. En el número de los guerreros que iban en su comitiva, se encontraban dos franceses, llamados el uno Dalmacio de Sercia *(Dalmatius de Serciano)*, á quien Rostang supone noble y muy ilustrado, el otro Pons de la Bussiére *(Pontius de Busseria)* que supone tambien bravo y leal. Estos fueron los que se apoderaron de la cabeza de San Clemente, y el monge Rostang interrumpe su narracion para dejar hablar al ilustrado Dalmacio de Sercia, que refiere, tanto en su nombre como en el de su compañero, todos los detalles sobre la traslacion de esta reliquia. Dice que habiéndose embarcado con su camarada para ir de Tesalónica á Jerusalen, fueron sorprendidos por una espantosa tormenta que les detuvo seis semanas en el mar. Creyéronse demasiado afortunados en poder refugiarse en el puerto de Constantinopla, donde llegaron en el más lamentable estado. Pero su mayor pena era no poder cumplir el voto que habian hecho de ir á combatir á Tierra Santa. Gemian dia y noche de su ociosidad, cuando Dalmacio de Perciac concibió la feliz idea de llevar al ménos algunas reliquias á su país. Dió parte de su proyecto á muchos religiosos, aun á algunos cardenales, entre otros á Pedro de Capua. Aprobáronlo todos unánimemente, y autorizaron al caballero á procurarse reliquias por todos los medios imaginables, siempre que no fuese por dinero, pues la ley no permite comprar ni vender los cuerpos de los mártires. Sin duda los sacerdotes de las iglesias griegas, á quienes los cruzados vencedores habian arrebatado ya un gran número de reliquias, estaban con mucho cuidado, pues necesitó Seriac todo un invierno para pensar en las medidas que emplearia en procurarlas. Pero un dia un sacerdote llamado Marcelo de Chalons, con quien estaba comiendo, le indicó una iglesia donde se hallaba la cabeza de San Clemente. Serciac le pregunta si está bien seguro que es la cabeza de este gran santo. El sacerdote disipa sus dudas, asegurándole *se vidisse baretteam chryseam, id est, laminam auream insertam capsulæ; in qua depicta erat imago sancti Clementis, et suum nomen græcé scriptum*, etc. La abadía en que se encontraba la cabeza de San Clemente era, segun Dalmacio de Serciac, una de las más notables de la la ciudad, y se llamaba *Trenta falia*, que en latin *interpretatur Rosa*. Nuestros dos cruzados se dirigieron un dia á ella con el sacerdote Marcelo y algunos otros que debian tomar parte en el santo rapto. Suplicaron á los sacerdotes de la abadía les dejasen en la iglesia. Se les permite, pero se designa á un clérigo para guia y guarda. Los caballeros hallan medio de alejar al clérigo del lugar en que estan las reliquias, haciéndose conducir á diferentes partes de la iglesia y pidiéndole explicaciones sobre las pinturas que la adornan. El sacerdote Marcelo se aprovecha de la ocasion,

se acerca no sin temor á la cabeza de S. Clemente, pero no se atreve á tomar más que la barba y las mandíbulas. *Tunc presbyter cum tremore accedens ad beati Clementi caput, non est autus totum assumere, sed mentum cum maxillis cautè avulsit capite derelicto.* Despues de esto los dos sacerdotes van á buscar á los caballeros, que se hallaban entónces cerca de la puerta de la iglesia. Serciac pregunta por lo bajo á Marcelo si ha salido bien, el que le contesta que no ha podido tomar más que la barba y las mandíbulas. El caballero se aflige y dice al sacerdote que no ha hecho nada; sin embargo, le aconseja que se marche pronto con lo que ha cogido, miéntras que él y Ponce encuentran medio de terminar el asunto. Serciac finge entónces haber olvidado sus guantes en la iglesia, y envia á Ponce á buscarlos, miéntras que se queda hablando con los monjes á la puerta. Ponce encuentra afortunadamente dormido al jóven sacerdote que le vigilaba, y se apodera sin vacilar del resto de la cabeza de S. Clemente: apénas se hallaban á algunos pasos de la iglesia, cuando los monjes, apercibiéndose del robo, lanzan grandes gritos y los persiguen por las calles; pero Ponce huye á todo correr con su botin, y por el contrario Dalmacio Serciac procura calmar á los monjes, y descubriéndoles su pecho les manifiesta que no lleva nada oculto. Así se ejecutó no sin peligro el rapto de la cabeza de S. Clemente. Lo que hay de extraño es que los dos caballeros volvieron á intentar apoderarse de otra cabeza en la misma iglesia, pero no lo consiguieron. ¿Cómo se encontraba allí la cabeza de S. Clemente? Un canónigo del Santo Sepulcro, que vivia en Constantinopla hacia quince años, no deja duda alguna sobre la antigüedad de la reliquia. Un emperador habia llevado esta cabeza á Constantinopla. Poco despues entran nuestros dos cruzados en un buque para volver á su patria. Pero una tempestad que el caballero autor de la relacion describe con las formas más poéticas, los vuelve á poner en el mayor peligro. ¿Perecerian? Tenian consigo la cabeza de S. Clemente. De rodillas ambos delante de aquella cabeza, la dirigieron una fervorosa oracion. Cálmanse en seguida las olas, y llegan felizmente á las orillas de Francia. De regreso en su patria, ofrecen su reliquia en la iglesia de Cluni, y los monjes la colocan en una caja de plata. La relacion tiene esta fecha: *Hoc factum est per gratiam Dei anno* 1206. Hemos dicho al comenzar los motivos que nos han inducido á citar algunos detalles de la historia de la traslacion de la cabeza de S. Clemente. Quizá por medios semejantes llegaron á poseer casi todas las iglesias del Occidente en aquella época un prodigioso número de reliquias arrebatadas á los egipcios: la iglesia de Langres, por ejemplo, tuvo la cabeza de S. Mamés; la iglesia de Troies la de Santa Elena y una parte de la de S. Felipe; otras iglesias la cabeza de S. Juan Bautista, de S. Jorge; otras muchas sangre de nuestro Señor Jesucristo, fragmentos de la

verdadera cruz, etc. Galon de Sarton, canónigo de S. Martin de Pequigny, fué quien en el saqueo de Constantinopla reunió mayor número de reliquias. A continuacion del relato de Rostang y de Dalmacio de Serciac sobre la traslacion de la cabeza de S. Clemente, se encuentra un himno á este santo, que debe sin duda atribuirse al monje. Si no tiene gran mérito poético, nos da al ménos á conocer á este S. Clemente, de quien conservaba las reliquias una iglesia de Constantinopla. Este Clemente es el que fué papa en el siglo I del cristianismo, que fué enviado por Trajano al Quersoneso como desterrado, pero cuyo martirio han puesto en duda los escritores más doctos. Parece sin embargo, que el autor del himno creia en el martirio, puesto que dice una estrofa:

Sprevit decreta principum
Ob hoc passus exilium,
Sed per maris supplicium
Consequutus est bravium.

Andrés Duchesne, que ha enriquecido con notas la Biblioteca de Cluni, del P. Marrier, parece atribuye al monje Rostang un sermon que tiene por titulo: *In natali S. Odonis abbatis Cluniacensis.* Pero nada prueba que este sermon, que es por otra parte una vaga declamacion escasa de todo interés, pertenezca á nuestro autor.—S. B.

ROSTRENEN (El P. Francisco Gregorio de). Ignórase la época del nacimiento de este P. Capuchino, presumiéndose que nació en Rostrenen, en las costas del Norte, y murió en Roscoff hácia la mitad del siglo XVIII. Es conocido este religioso por las obras siguientes: *Diccionario francés-céltico ó francés-breton*, necesario á cuantos quieran traducir el francés y el céltico ó el lenguaje breton para predicar, catequizar y confesar, segun los diversos dialectos de cada diócesi; útil y curioso para instruirse á fondo de la lengua bretona, y para encontrar la etimología de muchas palabras francesas y bretonas, de nombres de ciudades y de casas; Rennes, 1732 en 4.° Esta obra, dice Taillandier en el prefacio del diccionario de Mr. Lapelletier, es estimable por muchos conceptos; pero el autor no ha distinguido las palabras verdaderamente célticas de las extrañas que el uso, ó más bien el abuso, ha introducido en esta lengua. Mr. Le Brigant añade en sus observaciones fundamentales sobre las lenguas antiguas y modernas, que adoptando Rostrenen muchas ideas de Davies, ha unido á ellas muchos errores, recogidos por todas partes al tratar de perfeccionarse en el idioma de que se habia encargado hacer un diccionario. El mismo Rostrenen confiesa que su breton era muy malo y poco inteligible, á no ser en el obispado de Vannes en donde habia pasado sus primeros años, y que habia compuesto principalmente su dic-

cionario, ya para que los religiosos de su Orden aprendiesen á traducir sus sermones franceses en breton, ya para poder él mismo aprender á predicar de manera que pudiese ser entendido en todas las poblaciones de Bretaña, lo que le habia obligado á formar á su manera una porcion de locuciones francesas modernas, propias no solo para el púlpito y el confesonario, sino tambien para las artes y oficios, y especialmente para la marina. Se critica al P. Rostrenen el no haber dado unido á su diccionario un glosario breton-francés, pues empezando todos los artículos por la voz francesa, la obra es útil á medias á los naturales del país.—*Gramática francesa-céltica ó francesa-bretona*; Rennes, 1738, en 12.°; Brest, 1795, en 12.° Esta Gramática, que conocia Le Gonidec ser muy útil para la composicion de la suya, fué muy criticada por Le Brigant, que expone este juicio de bien mal gusto. «Uno de los libros más absurdos para el estudio de la lengua de nuestros padres, ha sido la última Gramática del pobre capuchino Rostrenen, que forjando trece ó catorce conjugaciones sin presentar ninguna, dice cosas tan inútiles como la barba de los Capuchinos.» Esto dijo en el prefacio ó prólogo de sus sucintos Elementos de la lengua de los celtas Gomeritas. Tambien escribió Rostrenen: *Ejercicios espirituales de la vida cristiana*, acompañados de cánticos piadosos en lengua bretona; obra publicada el año 1709, en 8.°, en S. Pol de Leon, y de la cual, segun su biógrafo Prosper Levot, se hicieron diez ediciones en ménos de veinte años.—C.

ROSTROJO (José), valenciano. Licenciado en teología y beneficiado en la iglesia parroquial de S. Pedro Mártir y S. Nicolás de aquella su patria. Fue sujeto de grande imaginacion, muy aficionado á la poesía, que cultivó con suma facilidad, cadencia y gracejo, hasta su muerte sucedida en 29 de Noviembre de 1656. Son muchas las que se hallan esparcidas en diferentes libros suyos, y son: redondillas ó vexámen, que se hallan en la página 388 del libro del Maestro Gomez, de fiestas á S. Luis Beltran; y tambien en las de la canonizacion del mismo santo, historiadas por Gaspar Aguilar; hay un soneto al autor, cancion página 302; redondillas en la 335; y en la página 342 unas estancias que fueron premiadas. En las que historió el canónigo Tárrega hechas á la reliquia de S. Vicente, hay un largo romance, que intitula *Testamento de S. Vicente*, en la página 71; soneto en la 254; estancias, página 281. En las del B. Tomás de Villanueva, por Martinez de la Vega, cancion página 486, y redondillas en la 508; en estas dice ser valenciano. Al principio del siglo II de S. Vicente hay en verso lemosin una *Carta que escriu lo Engonari de la Llonja al autor*, el que tiene mucha gracia y hermosura, tan propias del lenguaje en que está escrita.—A. L.

ROSTY (Pedro le), comerciante de Sain-Julien, aldea cerca de Caen, y su mujer fueron convertidos por Veron hácia 1630.—S. B.

ROSULA (Sta.), con otras cuatro vírgenes. Cítalas Canisio en su *Martirologio* sin expresar lugar; mas probablemente fueron alemanas. Ferrario pone su fiesta en 15 de Mayo. —S. B.

ROSULA (Sta.) mártir. Señálanos la Iglesia entre los mártires Crescencio, Victor y General, que fueron sacrificados por los gentiles en el mismo sitio y dia que fué martirizado el glorioso S. Cipriano, obispo de Cartago, á esta Santa, á la cual conmemora con sus compañeros de suplicio el dia 14 de Setiembre, sin darnos noticia alguna sobre su vida. —C.

ROSUS (Roberto). Este religioso, llamado Roseus por Sixto de Siena, fué de nacion inglesa, y tomó el hábito en la Orden Carmelitana en el convento de Norwich. Fué doctor en teología de la universidad de Oxford. Viendo sus cofrades su mucha virtud y talento, le eligieron prior del mismo convento. Ya en esta dignidad se aficionó con doble empeño al estudio de las santas Escrituras y á la predicacion, en cuyas santas ocupaciones pasó toda su vida. Escribió muchos *Comentarios sobre el Génesis*, *Exodo*, *Levítico*, *Eclesiástico*, y sobre las *Epístolas de S. Pablo á Tito*. Tambien dejó *Sermones para todo el año*, *Tratados sobre Teología*, y otro sobre *la naturaleza de los animales*; y áun dice Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, que dejó otros muchos escritos sobre la Santa Escritura. Murió este ilustrado y laborioso carmelita en su convento de Norwich el año 1420. —C.

ROSWEIDE (Heriberto), sabio jesuita, nació en Utrech en 1569, y murió en 1629. Enseñó filosofía y teología en Douay y en Amberes. Se le debe una edicion de S. Paulino; una *Historia de las vidas de los Padres del desierto;* Amberes, 1728, en fólio; *Fasti Sanctorum*, 1607. —D. de M.

ROSWIDA (Sta.), del órden de S. Bernardo. Esta esclarecida vírgen, cuyo nombre se ha conservado al través de los siglos, aunque ignorándose las circunstancias de su vida que la hicieron acreedora al distinguido título de Santa, fué natural de Alemania, y de muy corta edad, atendiendo al llamamiento del Señor, quiso consagrarse á su servicio, tomando al efecto el hábito del gran P. S. Bernardo en el monasterio de Ganderheimens. Fué en extremo doctísima y muy versada en el conocimiento de las lenguas griega y latina, hallándose tambien dotada del estro ó númen poético. Floreció por los años 980, y murió siendo abadesa del citado monasterio de Ganderheimens. Ya hemos dicho que se ignoran los motivos de considerarla como santa, aunque creemos con entera seguridad que habia razon suficiente para ello, puesto que todos los autores cronistas de la órden del Cister la declaran y nombran como tal, particularmente Enrique Grau, que en su obra tituladada *Speculum exemplorum*, la cita con notable elogio haciendo sucinta relacion de algunos portentos que la Divinidad obrára por mediacion suya, y que la hicieron digna, á la vez que por sus virtudes, de

recibir el culto merecido á los bienaventurados. Dejó escritas varias obras, así en prosa como en verso, tan interesantes y de tal importancia, que los sabios de las épocas posteriores las estimaban en alto grado, declarándolas de suma utilidad para la Iglesia y de extraordinario aprovechamiento para los fieles; y en prueba de la general estimacion que merecieron, es muy conveniente hacer notar que una de las primeras producciones que dió á luz el recien inventado y maravilloso arte de la imprenta en Alemania, fué el libro que contenia las obras de la ilustre Abadesa, del cual se hicieron varias ediciones, conservándose aún en muchas bibliotecas la publicada en el año de 1501. La órden del Cister la considera como una de sus santas, citándola como tal en sus Menologios y tributándola reverente culto el dia en que se conmemoraba su dichoso fallecimiento.—M. B.

ROSZASCO (Fr. Andrés de), hermano del conde de Roszasco, religioso capuchino, célebre por sus virtudes. Italia, la antigua reina del mundo, la que produjo algun dia los hombres más célebres por su valor y pericia militar, no fué despues ménos fecunda en varones esclarecidos por sus letras y piedad. Uno de ellos fué el individuo que nos ocupa, nacido para aspirar á las primeras dignidades, llamado á los altos destinos que en su siglo solo procuraba un elevado nacimiento, su carácter le llamó al fondo de un claustro en que consumió los dias de su vida, consagrado á la penitencia y la oracion. Elevado destino que solo es dado llenar á pocos hombres, y cuya explicacion es hoy más difícil quizá que lo era su ejecucion en la época á que nos referimos. Mas segun dice la sagrada Escritura, todo es transitorio en este mundo, y así se ve que lo que se apetecia en un tiempo como el máximum de la perfeccion humana, como el apoyo de la gloria y la fortuna á que solo era dado llegar á pocos y privilegiados varones, se mira hoy por ciertas gentes con desden é indiferencia, y ni se conoce, ni se aprecia, ni áun se quiere comprender su mérito y valor. Bendigamos á aquellas generaciones que pasaron y que más amaestradas que la nuestra en los peligros y dificultades de la vida, buscaron la felicidad en el fondo de un claustro, donde léjos del tumulto de las pasiones humanas y al abrigo de las necesidades de la vida, pudieron saborear una felicidad, obtener una dicha tranquila, que no hubieran conseguido nunca lanzados en las sendas de la ambicion, en los caminos de la insensata avaricia. El P. Andrés fué uno de estos valerosos héroes que despreciaron el nacimiento, las comodidades y todo lo que les brindaba un mundo que les rodeaba y halagaba con sus seducciones. Un rudo y grosero hábito, una vida austera, pobre y penitente, les parecieron superiores á todas aquellas grandezas, á aquellas pompas que les ofrecia la corte y sus relaciones de familia. No contento con esto, áun bajo su humilde hábito quiso distinguirse por su humildad, y

así fué extremado en sus penitencias, en sus devociones, en sus ejercicios y prácticas piadosas. Su abstinencia era contínua, prefiriendo los manjares más groseros; su caridad singular, sus vigilias tan grandes, que pasaba noches enteras en oracion; y sus costumbres las de un cenobita de la Tebaida. Hubiera querido que le permitiese su regla el trabajo necesario para consagrarse contínuamente á él ganando de esta manera su sustento con el sudor de su frente; mas ya que esto no le era permitido, consagrábase de continuo á las más duras faenas de su profesion, siendo unas veces hortelano, postulante otras y cocinero, campanero, etc. algunas. Llevaban á mal sus superiores tanta humildad, pues le creian llamado á más elevados destinos; pero él, léjos de seguir en este punto sus inspiraciones, procuraba eludirlas, previniendo sus pensamientos y sustituyendo á aquellos de sus hermanos á quienes se destinaba á los bajos oficios en que él se queria ocupar. Hubiera podido muy bien ser un orador distinguido, pues contaba con las mejores cualidades; mas siempre se negó á echar sobre sus hombros tan pesada carga, diciendo que el que apénas podia entender en su salvacion, mal podia ocuparse en procurar la de los demás. Lo mismo pensaba con respecto al confesonario, al que solo la obediencia pudo hacerle bajar en dias determinados, y en los demás elevados deberes propios de su carácter sacerdotal. En lo que más se distinguia era en el cuidado de los enfermos; largas temporadas desempeñaba este oficio, sustituyendo á los para él designados, y en ellas daba inequívocas muestras de su inagotable y ardiente caridad. No habia servicio, por bajo y humilde que fuese, que no procurase prestar á los enfermos, no separándose ni un instante de su cabecera, en que permanecia noche y dia con la mayor asiduidad. Allí rezaba sus oraciones, allí hacia sus penitencias, allí en fin pedia á Dios por la la salud de sus hermanos, y cuando alguno se hallaba próximo á la muerte, entónces redoblaba sus atenciones y sus cuidados, entónces no dormia ni descansaba un instante, procurando con el mayor celo y ardor su salvacion temporal y eterna. Enfermo él á su vez, padeció durante muchos años con suma paciencia y una alegría que era la admiracion de todos los religiosos. Pero ni sus crueles dolores ni sus frecuentes parasismos le hicieron descuidar un momento sus deberes, siendo raro el dia en que no celebraba el santo sacrificio de la Misa, en que empleaba largo espacio, ó dejaba de asistir al coro y demás prácticas de la comunidad. Oponíanse á esto sus superiores, mas él sabia convencerlos con una gracia especial de que para esto le habia dotado la naturaleza, de manera que aquellos siempre quedaban contentos y satisfechos. El mismo dia de su muerte celebró el santo sacrificio de la misa en una capilla particular, por no poder hacerlo en la iglesia, y desde el altar marchó á la enfermería, diciendo que se acercaba

su último fin, lo que se verificó pocos momentos despues. —S. B.

ROSZASCO (Fr. Domingo), conde de Roszasco y religioso capuchino. Este noble italiano, nacido en medio de todas las comodidades y goces de la vida, es uno de esos personajes que pueden citarse como modelo de las grandes virtudes que en todos los siglos han ilustrado al catolicismo. Sonrióle la fortuna desde su infancia, y dócil á sus halagos, se dejó arrastrar en sus muelles brazos, sin ver el más allá que le tenia reservado el destino. Nada bastó á satisfacer su ambicion; el lujo, los placeres, las glorias de la vida, todo parecia encadenado á su triunfante carro, y le daba el aire de un vencedor en medio de ese mundo que parece distinto de los demás mortales, para el que la tierra es únicamente un paraíso de delicias sin fin. Pero el conde de Roszasco habia recibido una educacion eminentemente piadosa, y se hallaba dotado por la naturaleza de los más nobles y delicados sentimientos, así que áun en sus mayores extravíos, en las horas en que todo parecia dormido en su corazon, vivo solo para saciar la hidrópica sed de vanidad, una voz fuerte é imperiosa resonaba sin cesar á sus oidos, y le hacia comprender el vacío que dejaba en pos de sí aquella vana y efímera existencia. Aquella voz parecia decirle: *Levanta, no te arrastres por el lodo manchando así el blason de tus mayores.* Escuchaba sin cesar Roszasco tan lúgubres acentos, que creia originados de la fatalidad. Miraba en torno suyo para adivinar los labios que los habian pronunciado, y solo veia rostros risueños, miradas halagüeñas, semblantes alegres, muestras de la felicidad que á él le estaba negada, y que hacia de aquellos hombres unos séres ó verdaderamente embrutecidos, ó dotados de unas facultades que le eran negadas al Conde. Pero uno y otro año su alegría se convertia en tristeza, su amor al placer en tédio, su jovialidad en amarga ironía; cada ronrisa le parecia un insulto, cada gesto una burla, cada invitacion para un dia de placer un sarcasmo con que se venia á amargar su dolor. Roszasco, sin embargo, no sabia á qué atribuir la pena que roia su corazon. Consultaba con sus amigos, y los unos no sabian que aconsejarle, los otros se separaban de él sin comprenderle, y algunos, por último, se reian á sus expensas. Viendo que nada conseguia, decidió huir de la sociedad, retirarse á una de sus posesiones, y allí, como el que va á curarse de una larga y penosa enfermedad, comenzar su curacion, la curacion de que tanta necesidad tenia. Puso en práctica su proyecto, y muy en breve, consultando á la naturaleza, comenzó á sentir un alivio y un descanso que jamás hasta entónces habia esperado. Pero esto no le bastaba, necesitaba algo más, y entónces buscó en la religion los consuelos que el mundo le negaba. No léjos de su quinta habia un convento de capuchinos, aislado nido de solitarios que elevaban dia y noche sus preces al Señor por la salvacion de los mortales. Dirigióse á aque-

lla venturosa mansion, donde habitaban la paz y el consuelo, y muy pronto, reanimados sus antiguos sentimientos religiosos, comenzó á disfrutar la dicha interior que tanto tiempo hacia le hubiera abandonado. Las contínuas consultas, su amistad y franqueza con aquellos siervos de Dios, le hicieron ver en lo que consistia el vacío que minaba su existencia; habia abandonado las sendas de la virtud y le perseguia la negra sombra del vicio con sus negros y fatídicos ensueños. Ensueños que eran para él tanto más terribles, cuanto que educado en la inocencia de una religion pura y sin mancha, devoraban su corazon como otras tantas víboras que hasta entónces habia alimentado en su seno. Quiso entónces rehabilitarse, deseó lavar una vida entera de desórdenes y crímenes, mas no hallaba penitencia adecuada, parecíanle pocas todas las mortificaciones, creia que le adulaban aquellos benditos Padres, porque no daban con el castigo que creia él merecer. En tal situacion y en tan horrible incertidumbre, quiso ser pobre, se propuso abandonar el mundo para ser tratado como el más miserable, y expiar así las faltas que con tanta indiferencia cometiera. Grandes dificultades encontraba su proyecto, mas no era el primer grande que habia abandonado su elevada posicion para tomar el hábito de capuchino. Tenia de ello muchos ejemplos, los conocia, podia leerlos en los libros, y no vaciló, pues creia este el único medio de recobrar su perdida felicidad. Comunicó este proyecto con sus hermanos, que admirados de su franca confesion, aplaudieron el partido que tomaba, y decidieron seguirle, pues tambien ellos habian sentido las amarguras de la vida, tambien ellos conocian el escaso valor del placer, y habian comprendido que el hombre tiene un porvenir, al que debe sacrificarlo todo con valor, con heroismo, con ciega decision, si quiere hacerse digno del título de tal. No vacilaron pues, pidieron el hábito de capuchinos con grande admiracion de los Padres, y abandonando aquel mundo que tanto les habia halagado, pero en el que tanto habian padecido, comenzaron á vivir una nueva vida, á respirar la atmósfera de la piedad, á dar ensanche á su corazon entre las obras de caridad y las prácticas de penitencia á que sin cesar se entregaron. Distinguióse el Conde entre todos; el que habia sido el más pecador debia ser tambien el más penitente; el que de todo habia abusado debia ser el ejemplo de la abnegacion, del sacrificio, de la indiferencia, del odio quizá á aquello que ántes tanto le halagaba y amaba. Referir las virtudes que desde entónces manifestó, sus grandes actos de heroismo penitente, de contínua maceracion, de vigilias y ayunos, sería quizá una vulgaridad en obra en que tanto se trata de este asunto, y en que vemos aparecer uno tras otro á todos los personajes del catolicismo, austeros, graves, severos, enemigos de las pasiones, mortificándolas, sujetándolas y convirtiéndose en cadáveres vivos, todos á cual mal grandes, á cual más ad-

mirables, valerosos y heróicos. No excedió á ninguno Fr. Domingo, pues tal nombre tomó en el claustro el conde de Roszasco; por el contrario, á todos procuró imitar confesándose indigno de llegar á ninguno de ellos; pero en su grande humildad, en su profunda obediencia, en su grande decision á mirarse como el último de sus hermanos, se comprendia muy bien que era digno de la casa donde habia sido admitido, que merecia el hábito que llevaba, y que algun dia se le contemplaria como un héroe por su santidad. Por otra parte la calma habia vuelto á su corazon, en su alma habian renacido sus antiguos sentimientos; le parecia hallarse en su infancia halagado por los cariños de su buena madre, pues como tal contemplaba á María Santisima de los Angeles, sin que le faltase un tierno, aunque severo padre, en su patriarca San Francisco de Asís. Su alma grande y generosa miraba tambien como pequeños todos los sacrificios, comprendia lo mucho que habia ganado, ignoraba cómo pagarlo, y se le hacia poco lo que aún le quedaba de vida para corresponder á la noble hospitalidad, al bienestar y á la dicha que habia encontrado en aquel convento. Por desgracia su vida fué corta para la edificacion general, pues el que en el mundo habia gozado de toda clase de comodidades, aunque supo sufrir con valor el hambre, el frio y la desnudez, aunque no desmayó ante los tormentos de las mortificaciones y los dolores de las penitencias, no pudo fortalecer á una naturaleza ya gastada, á un físico ya destruido. Pero murió con valor, con heroismo si cabe, siendo un ejemplo eterno para su país y el catolicismo de todo género de virtudes. — S. B.

ROSZASCO (Fr. Juan de), religioso capuchino hermano del anterior. Ya hemos enumerado las virtudes que fueron como el patrimonio de esta familia, que desdeñando los timbres de su heredada nobleza, solo aspiró á ganarlos para el cielo mucho más heróicos y gloriosos, mucho más dignos de la gloria de sus mayores, que consagraron en cierta manera con sus virtudes y su carácter sacerdotal. Fr. Juan, digno émulo de sus dos hermanos, tomó el hábito de la Religion Capuchina, y desde aquel momento fué un modelo de obediencia y humildad. Diéronse mano en él las prácticas más austeras, como las costumbres más piadosas, y formaron un todo que redundó siempre en su grande perfeccion. Ni durante su noviciado, ni despues de profeso, desdeñó los oficios más humildes; hacia ántes gala de ellos, procuraba igualarse al último de los religiosos, y hasta vencerle, con esa delicadeza propia de su edad, en las austeridades, en los trabajos, y en todo lo que pudiera contribuir á aumentar sus méritos y virtudes. Siguió así paso á paso las huellas que habian dejado trazadas los fundadores de su Orden, y procuró imitarlos, confesando siempre que sus fuerzas eran harto flacas para igualarlos, como hubieran sido sus deseos. Mas no por eso cejó

en sus esfuerzos, ántes por el contrario fuélos aumentando de dia en dia, refiriéndose de él casos prodigiosos y áun extraordinarios, cuya mencion necesitaria dilatado espacio. En extremo popular, consiguió gran número de conversiones, y atrajo muchas almas al camino de su salvacion. Su ardiente caridad no le dejaba tranquilo un momento, y ya en las calles, ora en las plazas, en los hospitales, en las cárceles y en todos los asilos de la desgracia ó mendicidad, que visitaba con frecuencia, dirigia su palabra á la muchedumbre, y procuraba cautivarla para su bien. Sin embargo, no le faltaron persecuciones, pues las pasiones, que combatia constantemente, se levantaron en más de una ocasion como airada furia contra él, y estuvo á punto de perder la existencia. Salvóse milagrosamente, mas no por esto cesó en su tarea, y en los últimos años de su vida quizá con más ardor que en su edad viril, hasta que la Providencia dispuso de él, llevándole, como piadosamente se supone, á las mansiones celestiales. Sus exequias fueron en extremo concurridas, y como era mirado como un santo, quisieron arrebatarle el hábito, y áun parte de sus miembros, para que sirviesen de reliquias. —S. B.

ROTA (P. Buenaventura de), religioso franciscano de la observancia regular, nació en Cava en el reino de Nápoles y se distinguió desde luego por sus buenas cualidades para la poesía. Su genio era de consiguiente un tanto abstraido y ensimismado, huia de la sociedad y le agradaban los sitios retirados. En nuestro siglo este carácter hubiera sido suficiente para atraerle todo género de desgracias, pues la exterioridad, que domina hoy en todos los actos, usos y costumbres, áun entre personas que se odian mútuamente, y por política, sin embargo, se abrazan y afectan servirse, hubiera hecho de Buenaventura una especie de ilota, que le hubiera impedido seguir ninguna carrera, distinguirse en ella, y áun que le hubiera atraido la odiosidad y todo género de peligros y dificultades, áun de sus mismos amigos. Pero en el siglo en que vivió nuestro Buenaventura las costumbres eran un tanto diferentes, y los hombres se apreciaban por su verdadero valor, sin pararse en las pequeñeces y diferencias de carácter que pudieran separarlos. Habia además un gran medio para librarse de todos estos obstáculos y vencer la suerte en cierta manera, este era tomar el hábito en una órden religiosa, donde como en un puerto podia vivir tranquilo el genio superior que no queria luchar con las dificultades de la vida. Esta es, por otra parte, una de las causas de la grandeza y esplendor de las órdenes monásticas en los siglos medios, pues convencidos todos los hombres que valen algo de su propia superioridad, y no pudiendo batirse de frente con los obstáculos que se les oponen sin perjudicar á su propia grandeza, preferian encerrarse en sí mismos y retirarse á un claustro, donde obtenian esa dicha tranquila y du-

rable, que rara vez se alcanza en el mundo. Esta fué la línea de conducta que siguió el P. Buenaventura Rota. Retirado á un monasterio, pudo consagrarse allí á sus tareas favoritas, dar ensanche á su imaginacion, y cumpliendo sus deberes religiosos, pues todo hombre de elevado corazon y de alma grande sabe toda la importancia, todo el aprecio que se debe dar á estas útiles prácticas, seguir el rumbo que su destino le habia marcado. Por desgracia se han perdido todas sus obras, y un *Poema sagrado* que de él nos queda no nos es conocido más que por el nombre, ignorándose el asunto que en él se propuso tratar.—S. B.

ROTA (Fr. Isidro de), religioso franciscano de la observancia regular. Nació en Venecia en el siglo XVII y fué uno de los predicadores mas distinguidos de Italia. Desde su juventud habia manifestado las grandes cualidades oratorias que le adornaban, y al entrar en la religion seráfica se le presentó un vasto campo donde lucirlas, un teatro muy á propósito para su fecunda y rica imaginacion. Así es que su nombre no tardó en resonar por todos los ámbitos de aquella península, de ser buscado por los principales y agasajado á su vez por los poderosos magnates y por las ciudades libres. No era entónces tan fácil brillar en aquel país como lo es en la actualidad; en los tiempos normales el conquistarse una reputacion es prueba de largos é improbos trabajos, de un genio superior y de una constancia decidida. Pero cuando la marea revolucionaria levanta al cielo sus tempestuosas olas, los más atrevidos, los séres dotados de mayor osadía, con ningun trabajo, sin instruccion alguna y sin más que su decision son lanzados al público, mirados como héroes, ensalzados como personajes de suma importancia, de que por lo general carecen y que deshace con frecuencia el más leve soplo, quedando reducida á la nada con solo la vuelta al estado normal. Así es como hemos visto aparecer y desaparecer tantos hombres que no han dejado tras de sí vestigio alguno de su ciencia y saber, que olvidará por completo la historia, y que acaso sean juzgados de una manera harto equívoca; que su mismo siglo tuvo diferentes opiniones sobre ellos; que hasta sus propios partidos los desecharon con frecuencia de su seno, y miéntras hoy los miraban como ídolos, mañana los conducian al cadalso ó al ostracismo. ¿Será esto causa de la volubilidad del pueblo, ó de los errores de sus tribunos? ¿Tendrá su orígen en esa necesidad de contínuos espectáculos y variadas alternaciones que es el carácter dominante de las masas? Creemos que no. Hay algo que las mueve, que las impele á derribar hoy los altares que levantaron ayer, á ajar y pisotear lo que poco ántes ponian sobre su cabeza y sus hombros. Este algo es la falta de mérito de sus favoritos, es que al contemplar de cerca, al poner en accion á aquel personaje que tan importante les habia parecido, ven su nulidad, su falta de valor, y caso que no

los comprometa ó frustre sus planes, es incapaz de llevarlos á cabo, carece de fuerza, de energía, de decision, de todo, en fin, lo que constituye una verdadera capacidad. Todo lo contrario acontece en los tiempos normales: el pueblo no se apasiona sino rara vez y con dificultad; sus ídolos son hombres sin grandes aspiraciones, que con frecuencia ni áun pretenden el premio que se les da en recompensa de su larga carrera y servicios; son, en fin, personas modestas y humildes que se contentan con su medianía, y que por lo general, al contrario que los otros, por lo mismo que no pretenden salir de su esfera, son verdaderamente grandes. Tal es el carácter y la diferencia entre los oradores políticos y los oradores sagrados; los unos necesitan la paz, el órden, la tranquilidad y la calma para brillar y exponer los grandes planes y designios de la Providencia sobre el hombre y el mundo; son las ruedas de una máquina que funciona regular y tranquilamente, que recibe su inspiracion de lo alto, y que marcha sin apresurar su paso hácia la tierra de promision. Los otros, viceversa, necesitan las pasiones fuertes, las grandes conmociones, los gritos en las calles, el humo y el fuego en los campos, la sangre quizá mezclada á la tranquila corriente de los arroyos: entónces es cuando exaltados por las pasiones y su propio interés ó el de sus partidos, con el que está el suyo asimilado, sienten nacer su inspiracion, pronuncian sus mejores discursos, hablan como la Pitonisa fuertemente sentada sobre el trípode sagrado y ébria por el humo de los sacrificios, la sangre de las víctimas, los coros y cánticos de los jóvenes y doncellas. Por esto sus hechos no corresponden á sus palabras, y al llegar el instante de la accion, teniendo que moverse sobre un terreno tranquilo en la apariencia, nada pueden hacer; y ó quedan convertidos en máquinas dispuestos á ser quemados ó abandonados en la oscuridad para los que los dieron ocasiones de elevarse hasta aquel puesto, ó se hunden por sí mismos manifestando su nulidad, su insuficiencia para todo lo que no sea momentáneo, casual, obra de la ventura más bien que del raciocinio y del cálculo. Esto es lo que nos dice la historia en su atento y reflexivo estudio, esto es lo que nos viene demostrando la humanidad, desde los tiempos primitivos hasta los en cierto punto agitados que corremos. Y hacemos esta salvedad, porque nuestro siglo solo es revolucionario de una manera relativa, porque en absoluto ha habido otros que le han ganado la palma. Podrán muy bien nuestros modernos tribunos, algunos escritores con más imaginacion que erudicion, suponer que hemos llegado á la plenitud de los tiempos, que nada ha habido ántes de nosotros, que tras de nosotros nada vendrá. Pobres *esprits forts*, que desde el último rincon de su provincia y acaso por la recomendacion de algun elector necio han venido á ocupar un puesto preeminente en la redaccion de algun periódico. Antes de escribir debian haber estudiado, y pri-

mero de lanzar la agitacion en las masas, de incitar las malas pasiones del populacho, haber leido el gran libro de la historia; que si son hombres de bien, si en su corazon late algun sentimiento de humanidad en beneficio de esos mismos desgraciados á quienes baja y torpemente adulan, no queriendo ser parásitos del órden, miéntras se convierten en mendicantes pretendientes del desórden y la anarquía; hubiesen adquirido al ménos la conciencia, el convencimiento de que su obra de destruccion no tendrá resultado alguno sino en perjuicio de esos á quienes ellos suponen un valor, un poder, que ni tienen, ni han tenido, ni tendrán; que abdicaron natural y necesariamente, y que abdicarán siempre, ya en un Cromwel, tirano de mal género que se asusta de su propia sombra, ora en un Robespierre, que vierte indiferentemente la sangre de amigos ó enemigos, ó cuando más en algun soldado de fortuna, contra el que en nombre de la civilizacion se levantarán todos los hombres civilizados para encadenarle al pié de una roca desde donde contempla la esterilidad de sus hechos, lo infecundo de la sangre y de las víctimas que se han sacrificado por su ambicion ó su capricho. El orador cristiano no tiene que temer á sus recuerdos ni á su conciencia; su obra, civilizadora por cierto, solo ha tenido lágrimas que enjugar, únicamente se ha dedicado á evitar desgracias, á impedir toda efusion de sangre, y ha ido más allá, ha procurado quitar toda sombra de disgusto y desórden, llevando la armonía, la tranquilidad y la paz al seno de las familias, al último rincon del hogar doméstico. No por esto ha olvidado el progreso de la ciencia, ni de las artes: dícenlo las catedrales góticas, los templos del siglo del renacimiento, obras á que no hemos llegado ni llegaremos en mucho tiempo todavía; los cuadros de Ticiano y de Rafael, la Jerusalen del Tasso, los Lusiadas de Camoens, el Infierno del Dante, la Divina Comedia de Ariosto, el Quijote de Cervantes; sin los trabajos de aquellos siglos, nada hubiera podido hacer el nuestro que les es en mucho inferior, como los venideros retrocederian sin nuestros actuales trabajos. Aplaudamos por lo tanto la obra de los oradores cristianos, admirémonos del género de vida á que se sometieron, y bendigamos su nombre y sus virtudes, porque sin ellos nada seríamos, y el siglo presente nada podria hacer si no hubiesen existido predicadores como el P. Rota, ni obras como la que él dejó, que aunque desconocidas y acaso no leidas hoy, merecen citarse siempre con encomio, como las *Oraciones panegíricas* del Ilustrísimo doctor D. Francisco Panigasola, que publicó, ilustrada con notas, en Venecia, imprenta de Juan Bautista Arti, 1599, en 8.°—S. B.

ROTA (Fr. Juan), franciscano. Ignóranse la patria y antecedentes de este religioso, que se hizo célebre por el suceso que vamos á referir, ocurrido á fines del siglo XIV. Pertenecia á la custodia de la Orden Seráfica en Ca-

taluña, y hallándose en la ciudad de Gerona por los años de 1390, predicó sobre el misterio de la Purísima Concepcion de la Santísima Virgen María, en un tiempo en que este punto era objeto de la controversia más ardiente. Adujo Rota en su discurso unos argumentos tan poderosos, razones tan convincentes y desplegó tal erudicion, fruto de sus continuados estudios, que la multitud quedó absorta y admirada. Algunas de las proposiciones que habia sentado, nuevas por su carácter y opuestas en muchos puntos á las doctrinas emitidas por el *Angel de las Escuelas*, fué citado á juicio ante los inquisidores de la órden de Santo Domingo. Rota apeló de este llamamiento ante el rey de Aragon D. Juan I, y por acuerdo del soberano se determinó celebrar un solemne y público certámen entre Rota y los dominicos. Sostuvo en él sus opiniones con gran firmeza el ilustrado franciscano, y fué tan satisfactorio el éxito de la disputa para el esclarecido hijo de la ilustre Orden propugnadora del sagrado misterio, que á la conclusion del certámen fué unánimemente aclamado, y el monarca, que habia asistido al acto, puso sobre la cabeza del religioso una corona de laurel, entretejida de flores, y haciéndole montar sobre un caballo blanco, fué llevado en triunfo por la ciudad, cubierto de honra y de aclamaciones mereciendo la alta distincion de ser saludado por los clarines, como si fuera la Real persona. Quedó el soberano tan convencido de las razones que oyera, que hizo echar en todos sus dominios un público bando, prohibiendo á cualquier clase de personas ó corporaciones, predicar ó dogmatizar, y hasta hablar públicamente contra el misterio de la Purísima Concepcion de María. Este suceso histórico se halla consignado con más pormenores en la *Antigua Leyenda Lombarda*, edicion de Argentina de 1486; de Lovaina, 1485; Basilea, 1486; La Haya, 1601; y en otros varios documentos manuscritos.—M. B.

ROTA (Fr. Pedro), capuchino italiano de la provincia de Brescia, era natural de Martinengo, y ejerció diferentes cargos, entre otros el de ministro provincial. Distinguióse mucho por su singular doctrina y sabiduría; fué predicador asiduo, fervoroso y célebre, de ejemplares costumbres, maduro juicio y prudente en cuantas consultas se le hacian; celoso del honor de Dios y salvacion de las almas, y muy notable por la perfeccion de su vida; escribió gran número de obras para la utilidad y comodidad de los predicadores, las que se imprimieron por el celo é industria del P. Lorenzo Olmo de Bérgamo, ministro provincial de la provincia de Brescia. Murió tan santamente como habia vivido en el convento de la última ciudad en 1667. Algunos de sus sermones fueron impresos tambien por Fr. Bruno Neusset, minorita, en Maguncia, en 1677. Titúlanse: *Sylva concepluum scripturalium et moralium, cum annotationibus super omnia Evangelia, qua per totum anni decursum leguntur in Ecclesia Dei;* Venecia, por Pablo Balleoni, 1664-1669.—

Sylvam conceptuum scripturalium, et moralium pro omnibus festis Sanctorum, quæ ab Ecclesia Dei per totum anni circulum celebrantur; Milan, Antonio Malatesta, 1672, dos volúmenes. —*Sermones octoginta de Augustissimo Eucharistiæ Sacramento pro tempore orationis 40 horarum*, los que dedicó al Emmo. Cardenal Barbadico; Brescia, por Ricciardi, 1666, un vol. en 4.° *Sermones duplices, et conciones super omnia Evangelia totius Quadragessimæ;* dos volúmenes en 4.°— *Conciones super Evangelia adventus Domini;* un volúmen en 4.°—S. B.

ROTA (Vicente). Nació este poeta italiano en la ciudad de Pádua el año 1703. Despues de haber hecho sus estudios en el seminario de esta ciudad, se hizo eclesiástico á pesar de que parecia carrera contraria á sus gustos é inclinaciones. Era apasionado á la poesía, á la música, y á la pintura, y fué sumamente aficionado al arte de bordar. Amigo de Tantini, este célebre músico no se desdeñó en consultarle sus mejores obras musicales. Cediendo Rota á las indicaciones del príncipe Gabrieli, su discípulo, fué á Roma, adonde por otra parte le llamaba su pasion por las artes, y despues de pasar algunos años en esta ciudad, volvió á Pádua en donde murió el dia 10 de Setiembre de 1785. Las obras que se conocen de este poeta eclesiástico son las siguientes: cinco comedias impresas en diversas épocas tituladas: *Zoccoleta pietosa — La Morta viva—Il Pastor geloso—Il Fantasma — Il Lavativo;* y las tres inéditas, *Il pisciatojo—La Balia—Il Memoriali.—L'Incendio del tempio di S. Antonio di Padova*, poema en seis cantos; Roma, 1749, en 4.° y reimpreso en Pádua en 1755.—*Una Novella* á imitacion de los cuentos de Bocaccio que publicó la primera vez el conde Ant. Mart. Borromeo, á continuacion de su *Notizia di Novellieri italiani*, edicion de Bassano de 1794.—*Salmi Penitenciali*, traducidos en tercetos, y el *Arte di disamorarsi*, traducido de Ovidio en versos libres.—*Diálogos* y *Epístolas* en latin, lengua que escribia con tanta facilidad como la suya natal.—*Memorie intorno alla vita ed agli amersi studi dell' abate Vinc. Rota*, por Fr. Fanzago; Pádua, 1798, en 8.° A. G. S. en la *Biografía universal* le menciona.—C.

ROTELLA (Fr. Serafin), franciscano, natural de Messina, en Sicilia. Floreció en el siglo XVII, y se distinguió principalmente por sus conocimientos filosóficos. Su familia, que si no de las más distinguidas era bastante ilustre en aquella isla, pudo proporcionarle una educacion literaria más que suficiente, de la que supo aprovecharse Rotella, llegando á ser un excelente profesor. Quizá le hubiera sonreido un brillante porvenir en el siglo, si su vocacion á la vida del claustro no le hubiese hecho abandonar lisonjeras esperanzas, consagrándose exclusivamente á la piedad y devocion. Pasó de consiguiente gran número de años alejado de todo comercio literario, hasta que la necesidad en que se hallaban las órdenes religiosas de tener indivi-

duos instruidos en todos los ramos del saber humano, obligó á nuestro religioso á continuar sus interrumpidos estudios. Lo mismo que habia brillado en la filosofía se distinguió en la teología, tomando el grado de doctor, que supo sostener en sus explicaciones y en sus obras á la altura de la importancia que en aquel siglo se le daba. Lector de los terciarios regulares, fué uno de los maestros que más trabajaron por restablecer los buenos estudios y desterrar para siempre las vanas disputas de palabras á que en aquel siglo habian quedado reducidas las ciencias más sublimes. No lo consiguió, porque los esfuerzos de un hombre solo son inútiles cuando no tiene en su favor el espíritu del siglo, ansioso de novedades, ó el genio de un país más susceptible de seguir los impulsos de la moda que las antiguas costumbres. En la época de Rotella se pensaba de una manera muy diferente de lo que se ha pensado despues, y una innovacion, por buena y útil que fuese, no sería aprobada con facilidad, sin que tuviese un sello que solo podia imprimirla el tiempo, y por lo tanto habia perdido ya su novedad. Lanzado por lo tanto Rotella de la lucha que venia sosteniendo, se consagró en sus últimos años exclusivamente á los ejercicios propios de su profesion, dejándose arrastrar por el corriente de las ideas dominantes á la sazon. Procuró, sin embargo, conservar las tradiciones de las buenas doctrinas, y este fué el orígen de sus obras, que ni áun se atrevió á publicar bajo su nombre, dándolas á luz con el de su hermano José Rotella, doctor en medicina y artes. Serafin, despues de haber cumplido con todos sus deberes religiosos, y procurado corresponder á los beneficios que de su Orden habia recibido, falleció en Mesina en la segunda mitad del siglo XVII, dejando tan buena opinion por sus virtudes como por su saber. Sus obras son las siguientes: *Flores in Aristotelis Organum*; Cessena, por Nesi, 1647.—*Fructus honoris in Isagogem Porphirij ad universam Aristotelis Logicam*; ibid., 1649.—S. B.

ROTERIO, historiador dado á conocer por el autor de la vida de San Severo de Agda, que la escribió segun parece á últimos del siglo VII ó en los primeros años del siguiente. Esta vida le da constantemente el nombre de Roterio tanto en los manuscritos como en los impresos; lo que no ha impedido que Guillermo Catel, en su historia latina del Langüedoc, le llame Protasio, desfigurando así su verdadero nombre. Roterio, segun el escritor que nos le ha dado á conocer, parece era natural de la Narbonesa y de la misma ciudad de Agda. Floreció á últimos del siglo VI, bajo el reinado de Recaredo, rey de España, á quien obedecian Agda y otras muchas provincias de Francia. A pesar de la ignorancia de su siglo y de la dominacion de los bárbaros, Roterio se consagró al estudio y se ejercitó en las letras divinas y humanas. Con estos preliminares emprendió un trabajo literario

que exigia grandes conocimientos y mucho juicio, y le ejecutó con tan buenos resultados, que adquirió la reputacion de un ilustre escritor. Consistia este en la historia de los reinos de diferentes naciones extranjeras, en que trataba en particular de los daños que Atila, rey de los hunnos, ó de los avaros, que ellos llaman, habia ocasionado en las Galias, y sobre todo en Agda que habia destruido por completo. En estos hechos se reconoce á un autor galo, y sobre todo de Agda más bien que de cualquiera otro lugar. Hácenlo juzgar asi las circunstancias de su obra que acaban de mencionarse. Es, por otra parte, bastante extraño que un escritor como lo fué sin duda este, sea hoy tan poco conocido. No lo es menos que no nos quede nada de su historia, que fué muy estimada, aun por las bellezas de estilo: *pretiosissimo dictamine, et in luculento sermone*, dice el autor que nos ha dado la noticia. Catel pretende que Roterio compuso tambien la vida de San Severo, que hemos citado, y en que se habla de él. Pero además de que este documento no es tan antiguo, basta leer solamente el lugar que contiene el elogio de Roterio, para no atribuírsela.—S. B.

ROTGERO, obispo de Tréveris, sucedió á Ratbodo y fué consagrado en 918. Dos años despues se vió elevado á la dignidad de gran canciller de Francia, de que despojó Cárlos el Simple á Herberto de Reims para concedérsela. Nuestro prelado la desempeñó hasta 923, en que se vió obligado por las vicisitudes de la época á reconocer á Raoul proclamado y coronado rey de Francia el mismo año. Poco tiempo ántes obtuvo del rey Cárlos la restitucion de la abadía de San Servais de Mastricht, concedida en otro tiempo á la iglesia de Tréveris por el rey Arnoul. En 921 hizo la ceremonia de inhumar el cuerpo de San Maximino, que habia quedado expuesto al aire desde su descubrimiento hecho en 898. Dedúcese de aquí, por poco que se sepa de los demás acontecimientos del episcopado de Rotgero, que le gustaba el órden y procuraba el bienestar de su diócesis. Dió otra prueba de ello por el cuidado que tuvo de restablecer el monasterio de Medeloc, que era como el seminario de la iglesia de Tréveris, y de poner en él en vigor la disciplina regular; lo que ejecutó por medio de algunos monjes á quienes hizo venir de la abadía de San Cornelio de Tude, cerca de Aix-la-Chapelle. No tenia Rotger ménos celo por los progresos de las letras, ni ménos afecto á los que las cultivan. Tenia estrechas relaciones literarias con Frodoardo de Reims, de las que supo aprovecharse nuestro prelado para comprometer á este á componer su gran coleccion de poesías sobre los triunfos de Jesucristo y de los santos; Frodoardo las dedicó á Rotger en muestra de reconocimiento, quien murió el 27 de Enero de 928, y fué enterrado en la iglesia de San Paulino, donde se conservó por largo tiempo su epitafio en la capilla de Sta. Valburga. Brower supone que su muerte

acaeció dos años despues, pero esto no es más que una simple conjetura. Tambien seria preciso suponerla en el año 932, si se da crédito á una nota marginal que se lee en el prefacio del concilio celebrado en Erford en el mismo año. Como el nombre del arzobispo de Tréveris, que asistió á él, no se halla designado más que por una *R* mayúscula, en la nota se dice que es Rotgero, á quien llama Ruitgero. Pero es incontestable que esta carta designa á Roberto ó su sucesor Ruperto. Por el contrario, Alberico de Trois-Fontaines, si su texto no está equivocado, coloca esta muerte en 924, lo que es un error manifiesto. Este cronista podia además de todo haber confundido los sucesos de la vida de Rotgero con los del episcopado de Roberto, para hacer suceder á este al otro en 921. En este caso el suceso que marca en el año 923, en la suposicion de que haya acaecido efectivamente en este año, debe referirse á Rotgero. «Hasta ahora, dice, la provincia de Tréveris estaba bajo la obediencia de los reyes de Francia; pero segun las condiciones de la paz de que fué mediador el obispo Ruperto, esta metrópoli pasó bajo el dominio de los reyes de Francia.» Sabemos por el mismo escritor, que Rotgero habia hecho una coleccion de los decretos de los concilios, sin duda sobre el modelo de otras muchas que existian ya á la sazon, y que habia dirigido á Dadon, obispo de Verdun, muerto en 923. Habiendo convocado Rotgero un concilio en Tréveris en 927, al que asistieron todos sus sufragáneos con un numeroso clero, presentó esta recopilacion á la asamblea, que la aprobó por unanimidad. No se sabe si esta obra existe en la actualidad, ni si nuestro arzobispo dejó otros escritos. Unicamente se añade que en el mismo concilio se hicieron diferentes constituciones para la reforma del clero, entre las que se distingue la anterior coleccion. El P. Calmet observa además que Brower, que refiere este último hecho, ha equivocado los nombres de muchos obispos que cuenta en esta asamblea.—S. B.

ROTH (P. Hugo), jesuita aleman, muy instruido en los idiomas latino, griego y hebreo. Explicó durante un largo período las sagradas letras, teología moral y filosofía. Dirigió diferentes colegios; fué durante muchos años padre de la tercera probacion de la Compañía en la provincia de Tirol, y maestro en las cosas espirituales. Murió desempeñando este cargo en 17 de Febrero de 1636, á la edad de sesenta y seis años y cincuenta y dos de Compañía. Fué un varon muy notable por su prudencia y maravillosas virtudes, no desdiciendo nunca sus consejos de sus acciones, estuvo lleno del espíritu de los Santos Padres por su asídua lectura; entregado completamente á la voluntad divina, jamás le turbó ningun caso adverso. Procuraba, aunque con grande dulzura, que se observase entre los suyos el rigor de la disciplina eclesiástica. Fué de profunda humildad y estuvo ador-

nado de todas las virtudes que se hallan hermanadas con ella. Tuvo tan grande paciencia, que sufrió las enfermedades más agudas sin dar la más pequeña muestra de dolor. Amó constantemente la pobreza religiosa, despreciando todo lo que se le ofrecia que indicase magnificencia ó grandeza. Anciano, no manifestó ninguna de las debilidades de la vejez, no se quejaba ni exigia muestras de aprecio de los otros, y dió señales evidentes de que sabia se le acercaba su última hora. Escribió: *Camino real de la virtud y vida espiritual, acomodado á los religiosos de todos los institutos.* Munich por Cornelio Seynen, 1649. 8.° — *Grandes dones de Dios.* —S. B.

ROTHADIO II, obispo de Soisons. Hacia ya más de treinta años que habia sucedido á otro prelado del mismo nombre, cuando presentó en el concilio de Soissons sus quejas contra el injusto procedimiento de Hincmaro, su metropolitano, que le habia depuesto por haber castigado segun los cánones á un sacerdote de su diócesis, culpable de un crimen capital. Viendo Rothadio que no se le hacia justicia en Francia, á causa del grande crédito de su adversario, apeló á la Santa Sede. Este asunto hizo mucho ruido, y valió al infeliz prelado una larga prision y otros muchos malos tratamientos de parte de su arzobispo. Halló sin embargo medio de ir á Roma, donde presentó al papa Nicolao I un escrito, que contiene en compendio los sucesos de su historia y los motivos de su apelacion. A consecuencia de este escrito, que ha pasado á la posteridad, nos hemos creido obligados á decir una palabra sobre su autor. El Papa, á quien dió mucho que hacer este negocio, habiendo oido la defensa de Rothadio, y viendo que no se presentaba nadie á deponer contra él á pesar de cuanto habia escrito á Hincmaro su enemigo, le restableció en su primer estado en Enero de 856, y le envió á su iglesia. Rothadio se encontraba en ella el año siguiente en completa tranquilidad, y asistió al Concilio reunido en su ciudad episcopal. Ignórase la época exacta de su muerte.—S. B.

ROTHE ó Routhe (David), viceprimado de Irlanda, doctor en teología de la Universidad de Douay, y obispo de Ossory. Nació en Kilkenny, ciudad principal de la diócesi de Ossory, de una familia tan rica como noble, que no descuidó medio alguno para darle una buena educacion y excelente instruccion. Aprovechándose Rothe de estas ventajas, y áun de las esperanzas que habia concebido, llegó á ser un hombre célebre tanto por la variedad de sus conocimientos, cuanto por la pureza de sus costumbres y su celo por la verdadera religion. En las turbulencias que agitaron á Irlanda, y á las demás islas británicas en el reinado de Cárlos I, tuvo mucha parte en las deliberaciones del Consejo supremo de los confederados católicos, reunidos en Kilkenni por interés de su religion y de su rey, expuesto entónces al furor del parlamento inglés. El marqués y despues duque de Osmond, virey de

Irlanda, despues de resistirse mucho tiempo á las órdenes que le dió el Rey de recibir la sumision y consentir la reunion de los católicos con las condiciones razonables que proponian, obligado á ello, en fin, por sus desgracias, se decidió en 1646 á buscar el apoyo de los católicos. El obispo de Ossory, se unió entónces á Mr. Rinuccini, obispo de Fermo, nuncio enviado por el papa Urbano VIII á Irlanda, para oponerse á un acomodo en que el marqués de Ormond no les daba la seguridad conveniente sino palabras vagas que tenian todas las apariencias de un pérfido engaño para adormecerlos. El obispo de Ossory lanzó un entredicho en esta ocasion á la ciudad y arrabales de Kilkenny, y muchos católicos lo llevaron á mal, porque creyeron que esto tendia más á detener á los católicos contra los procedimientos poco sinceros del marqués de Ormond, que á mantener el ardor de los confederados por los intereses de su rey, del que el obispo de Ossory era uno de los más celosos servidores. Estas ocupaciones, tan importantes como indispensables, no le impidieron cumplir con todas las funciones de su ministerio, ni de aplicarse al estudio que era su pasion favorita, y así es que entre las muchas personas de mérito que tenia entónces Irlanda, habia muy pocos que pudiesen comparársele por su talento natural y por las cualidades que supo adquirirse. El famoso Usher, arzobispo protestante de Armagh, no obstante ser su antagonista en materias de religion, le llama más de una vez hombre versado en las antigüedades de su patria: *Patriarum antiquitatum indagator diligentissimus*, y confiesa al propio tiempo las obligaciones que le debia en materia de erudicion y de pesquisas arqueológicas. Dice Mesingham, que Rothe era muy hábil en la mayor parte de las ciencias; que fué orador elegante, filósofo sutil, teólogo profundo, historiador exacto, y un celoso censor del vicio. Sostenia el prelado estas bellas cualidades con mucho saber y virtud, lo cual era la base de la alta veneracion que se habia conquistado, y en que le consideraba toda la Irlanda. Existen pruebas de que vivia aún este prelado el año 1650, pero hay apariencias de que fuese este el último de su vida. El obispo de Ossory era tio paterno de Mr. de Rothe, lugarteniente general del ejército Real, comendador de la órden de S. Luis, uno de los oficiales generales más distinguidos de su época por su valor, número de acciones de guerra, y de gran capacidad; por lo que gozaba de la confianza del gran príncipe de Conti, de los mariscales de Luxemburgo, de Villars y de Berwick, el cual murió en París el dia 1.° de Mayo de 1741, dejando de su matrimonio con Catalina Middleton, hija de Juan, conde de Montmouth y de Middleton, par de la Gran Bretaña, ministro y secretario del rey Jacobo II, á Cárlos de Rothe, mariscal de campo y de los ejércitos del Rey, y coronel de un regimiento de Irlandeses. El prelado que causa este artículo escribió muchas obras; pero muchos de sus

escritos no se han publicado, y otros llevan un nombre supuesto. Las obras de que nos dan conocimiento los autores como creaciones de Rothe, son las siguientes: *Analecta sacra nova et mira de rebus Catholicorum in Hibernia pro fide et religione gestis; divisa in tres partes, quarum prima continet semestrem gravaminum relationem, secundâ hac editione novis adauctam additamentis et notis illustratam: secunda Parœnesia ad martyres designatos: tertia Processum martyrialem quorumdam fidei pugilum. Collectore et relatore T. N.*; Colonia, 1617, en 8.° Las dos primeras partes de esta obra se habian seguramente impreso ántes del año indicado, pues que dedicó la segunda á Mr. Dovan, obispo de Down, que se hallaba entónces prisionero en Dublin, y condenado á muerte en 1611, año de su suplicio; pero la tercera parte no se publicó hasta 1619, en Colonia, con el título: *De processu martyriali quorundam fidei pugilum in Hibernia, pro complemento Sacrorum Analectorum; collectore ac relatore T. N. Philadelpho*; Colonia, 1619. Contiene la primera parte la relacion de las crueldades y opresiones que experimentaron los católicos, por espacio de seis meses, bajo el gobierno del lord diputado, el caballero Arturo Chichester. La tercera es una lista de los obispos, sacerdotes y demás católicos que, en odio á su religion, experimentaron los más duros tratamientos en los reinados de Isabel y de Jacobo I, como la muerte, la prision, confiscacion de bienes, etc. Hállanse allí con bastante extension las vidas y sufrimientos de dos arzobispos, de tres obispos y de un caballero distinguido, y de algunas piadosas señoras. Un inglés, llamado Tomás Rives, respondió á esta obra con otra en que acreditó su corta capacidad, y sin embargo esta pobre produccion le valió los honores de la caballería. Titúlase esta miserable obra: *Populi Anglicani defensio.* Nos queda tambien del doctor Rote la obra titulada: *Hibernia resurgens, sive refrigerium antidotale adversus morsum serpentis antiqui; in quo modestè discutitur in modesta Parechasis Thomæ Dempsteri á Muresch Scoti, de repressis Mendicabulis, et Hiberniæ Sancti sui vindicantar, ac bonâ fide asseruntur; Rothomagi*, 1621, en 8.°, y *Colonia Agrip.*, 1621, en 12.°—*De nominibus Hiberniæ tractatus.*—*Elucidationes in vitam S. Patricii á Joselino scriptam*; Estos dos escritos se hallan en el *Florilogium de Mesinggam.*—*Hierographia Hiberniæ*, ó detalle de los santos de Irlanda. El célebre Usher debió conocer esta obra manuscrita, pues que la cita con extension; pero no se ha impreso. Tampoco se escribió de Rhote su Historia eclesiástica de Irlanda en la que trabajaba cuando se publicó la tercera parte de su *Analecta*. Se ignora si dió la última mano á su obra titulada: *Brigida Thaumaturga, sive disertatio partim archaica ex sacra et antiqua historia ecclesiastica; partim etiam parœnetica ad alumnus Collegiorum, et Parisiis*; 1620, en 8.° Aun cuando el nombre del autor no aparece al frente de este libro, no puede dudarse, y así lo ase-

gura Watseus, que es del prelado Rothe. En este mismo volúmen se ve otro tratado suyo titulado: *De Scriptorum Scotorum nomenclatura á Thoma Dempstero edita præsidaneum*. Pariente cercano fué de este prelado Roberto Rothe, jurisconsulto célebre, consejero de Ormond y de Ossory, y muy afecto á los intereses que defendia. Se conocen de este jurisconsulto: *Genealogía del ilustre Tomás, conde de Ormond y de Ossory, ántes y despues de la conquista de Irlanda, y de todos sus honores, cargos y adquisiciones;* 1616. Mr. Carte, tan conocido en Francia por su edicion de Mr. de Thou, y por otras obras, confesaba haber sacado mucho fruto para sus trabajos sobre la casa de Ormond, del registro genealógico de Roberto Rothe. Watseus dice que tuvo entre sus manos una historia de esta casa, de que era autor Mr. Rothe, la cual sin duda sería la misma obra genealógica citada.—C.

ROTHELIN (Cárlos de Orleans de), abate, descendiente del bravo Dunois; nació en París en 1691, y murió en 1744. Recibió las órdenes sagradas, fué amigo del cardenal Polignac, á quien siguió á Italia; formó una hermosa coleccion de medallas, entró en la Academia Francesa (1728), en la de las Inscripciones (1732) y dejó algunos opúsculos. Se hizo notable por su buen gusto. El cardenal de Polignac le entregó al morir el manuscrito del *Anti-Lucrecio*; Rothelin le revisó con esmero, mas conociendo que se aproximaba su fin, la trasmitió á Lebeau que le publicó.—D. de M.

ROTHOMAGENSE (Fr. Arcángel), franciscano. Era su verdadero nombre Fr. Arcángel de S. Gabriel; pertenecia á la tercera Orden de la seráfica religion, y residia en el convento de la regular observancia de París. Escribió varias obras, así en latin, como en su patrio idioma, cuyos títulos son los siguientes: *Soliloquios sobre el Salmo CXVIII*; París, 1699.—*De Spiritus Sancti Evangelii*, siete libros; París, 1683.—*Condenacion de las profanaciones de las iglesias*; 1688.—*De la muerte de los elegidos y preparacion para dicha muerte*; 1684.—*Palabras de Cristo para utilidad de los seculares*; 1690.—*Soliloquios sobre los siete Salmos penitenciales*; 1690.—*Instrucciones cristianas sacadas de la Sagrada Escritura, ó Meditaciones para todo el año;* 1691.—*Ejercicios diarios*; 1696.—*Ejercicios interiores del alma penitente*; 1691.—*Exposicion de la regla de la tercera Orden de San Francisco*; 1691.—*Vida de Santa Isabel, reina de Hungría*; 1692. Además de estas obras que se conocen impresas, dejó otras manuscritas, segun consigna el P. Fr. Juan María, en su índice de escritores de la tercera Orden de nuestro P. S. Francisco, con las siguientes palabras: «Arcángel Rothomagense, francés, de la tercera Orden regular de nuestro P. S. Francisco, en la provincia de S. Ivon, dejó á la posteridad un nombre célebre por las siguientes obras que produjo.» *Verborum SS. Evangelii flos expresus*, que son unas meditaciones para todos los dias del Adviento, de la

Cuadragésima, la octava del Santísimo Sacramento, las Dominicas y todas las fiestas más solemnes del año. Otra de sus obras es la titulada *Mors Electorum* (que dejamos citada). — *Mente divina, tratado de la vida interior.* — *Triduum mistici, sive terna solitudo christiana et religiosa*, que es un tratado de las tres vidas, llamadas vulgarmente *purgativa, iluminativa y unitiva.* Finalmente, otra de sus obras, que como todas las anteriores, excepto la *Mors Electorum*, no ha llegado á publicarse, es una coleccion de diversos actos de piedad, necesarios para asistir con utilidad al santo sacrificio de la Misa, y un método para recibir dignamente el augustísimo sacramento de la Eucaristía y hacer una buena confesion. — M. B.

ROTHOMAGENSE (Fr. Josafat), capuchino. Era francés, ignorándose de qué punto, y habitaba en un convento de la provincia de Normandía, del que llegó á ser ministro. Floreció á principios del siglo XVII, y es considerado como un varon docto y adornado de las más relevantes cualidades y de la mayor pureza de costumbres. Escribió y publicó en idioma francés la obra siguiente: *Oracion pronunciada en los funerales del Rdo. P. Capuchino Honorato Bouchart, ilustre por su santidad y su gracia en hacer milagros*; cuya obra se imprimió en Paris, año de 1624. — M. B.

ROTHOMAGENSE (Fr. Miguel Angel), capuchino. Era francés, no consta de qué punto, y pertenecia á la provincia de Normandía, en la que se distinguió por su sublime elocuencia para el púlpito. Santo varon y contínuo operario en la viña del Señor, todas sus miras, todos sus intentos se encaminaban á la conversion de los herejes, y al efecto procuraba con todo el ardor de su mística fe, públicamente disputar con ellos acerca de su doctrina, logrando por fruto de su elocuencia, reducir á muchos al gremio de la católica Iglesia. Escribió dos libros en idioma francés bajo este título: *Agatha Mistica*; libro de controversia, impreso en 1659 en un tomo en 8.° — *Verdad de la fe católica*, obra tan bien admitida del público ilustrado y católico, que segun dice el autor de la *Biblioteca de los Capuchinos*, en el corto espacio de tres semanas vendió el impresor, á muy buen precio, una edicion de dos mil ejemplares. Se imprimió en 1619 y consta de un tomo en 8.° — M. B.

ROTHOMAGENSIS (Fr. Nicolás de Rouen), religioso minorita, conocido únicamente por la mencion que hizo de él Fr. Juan Evangelista Ortiz en un erudito *sermon de Santo Domingo*, impreso en Granada por Francisco Sanchez en 1652, en 4.° Consta, sin embargo, por la relacion de este religioso, que Fr. Nicolás fué uno de los oradores más afamados de su época, y que se distinguió tanto por su erudicion como por su elocuencia. Siempre ha sido muy apreciada esta cualidad, tanto en los siglos antiguos como en los modernos, y cuando como en la edad media no ha podido brillar en la tri-

buna pública, se ha retirado al fondo de los claustros, desde donde se ha hecho oir y conmovido al corazon con sus palabras ya vigorosas y enérgicas, ora tiernas y agradables como los sones de un arpa que quieren avisar al dormido peregrino de los peligros que le rodean en una mansion para él desconocida. La historia de la elocuencia es la del espíritu humano, y ya en los primitivos tiempos de los patriarcas se escuchaba con gusto al hombre que hablaba bien, y todavía sus herederos, los árabes, se sientan á la puerta de sus tiendas, situadas en el desierto, á escuchar á sus ancianos, cuyas voces, al mismo tiempo que los atraen con lo maravilloso de sus relaciones, los enseñan máximas de moral y plantan en su corazon los sentimientos más delicados y nobles. No se desconoció en la India ni el Egipto, y los griegos y los latinos la elevaron el apogeo de su esplendor y grandeza. Con la invasion de los pueblos del Norte quizá hubiese desaparecido para siempre, ó se perdiera entre la algarabía ridícula y mezquina de los sofistas del Bajo Imperio. Pero habia nacido ya la Iglesia, y la elocuencia sencilla y grave de los Apóstoles, más severa, pero tambien más grande y majestuosa, con los Santos Padres, fué la que conquistó el mundo entero al catolicismo. Los concilios la admitieron en su seno como necesaria, y el pueblo la escuchó por todas partes en boca de predicadores más ó ménos afamados. Tambien se conservó en los capítulos generales y provinciales de las órdenes religiosas, y cuando la Europa entera no se atrevia á hablar, temerosa de ver una arruga en la frente del tirano que la oprimia; un pobre fraile, sin más bienes que su roto hábito, descalzo, miserable, levantaba su voz sobre el trono de los reyes, la hacia oir por encima de la cúpula del Vaticano, y pueblos y reyes temblaban al escucharle, deponiendo los unos su poder perdido, llevando los otros la mano á su corona, que temian se les escapase de la cabeza. Tal es la historia de la elocuencia, tales son sus conservadores, entre los que debemos contar al religioso que nos ocupa, autor de un tomo de *Sermones predicables*. — S. B.

ROTHOMAGENSIS ó Rouen (Fr. Serafin), religioso francés de los Menores capuchinos de la provincia de Normandía. Fué muy erudito en las lenguas hebrea, siriaca y griega, y decidido defensor de la fe católica. Consiguió gran número de conversiones en sus sermones contra los herejes. Murió en su convento de Lyon á últimos de Agosto de 1631, á los sesenta y tres años de edad, asistiendo gran concurso de pueblo á sus funerales con el objeto de venerar su reconocida santidad. Escribió: *Tractatum de elementis linguæ hebraicæ. — Disputationem quam publicè habuit in civitate Cadomensi cum quodam ministro hæretico, in qua manifeste probat ex Sacræ Scripturæ textibus, Calvinistarum et aliorum Hæreticorum fidem pravam et spuriam esse, adeo ut illemet Minister ita convictus fuerit, ut turpi fuga ex*

illo congressu, sive consulere, coactus fuerit; impresa en Cahors 1631.—S. B.

ROTHOMAGENSIS (Fr. Vicente de Rouen), franciscano de la tercera órden regular de la Congregacion francesa. Floreció en el siglo XVII, distinguiéndose mucho por sus escritos ascéticos. Dotado de una imaginacion viva y penetrante, lleno de esas ideas de fe profunda y sincera que han hecho la felicidad de los siglos que al nuestro han precedido, Rothomagensis ó Rouen, pues tal es su verdadero apellido, procedente sin duda de la ciudad en que vió la luz primera, se consagró única y exclusivamente á los escritos religiosos que formaban la parte principal de la literatura de aquella época. Literatura que no carece de mérito y que necesita ciertas cualidades en sus autores para ser cultivada con regulares resultados. Obra de los sentimientos más puros y tiernos del corazon, producto de inspiracion luminosa, todo lo más afectuoso, lo más delicado, lo más sublime, lo más noble, forma parte de ella. Necesita tambien grande lectura y erudicion, y los símiles y figuras de la Biblia, las comparaciones tomadas de los Santos Padres y libros sagrados, de los escritores místicos y ascéticos que han tratado idénticos asuntos con un profundo é inagotable manantial á que van á beber todos los que con algun resultado quieren consagrarse á estos asuntos. Pero su fondo, su espíritu y áun sus formas se hallan en el fondo del corazon; ningun hombre frio é indiferente podrá beber sus sagradas aguas, ni sabrá expresar lo que no siente sin que luego se conozca su afectacion y caiga en el ridículo que merece. Así entre tantas obras de este género como se han escrito entre nosotros, siempre serán citadas y leidas con gusto las de Sta. Teresa, el V. Avila, Fr. Luis de Granada, S. Juan de la Cruz, el Mtro. Leon y algun otro autor ménos conocido, miéntras las demás han quedado y quedarán eternamente sumidas en el olvido, porque sus autores expresando sentimientos que sentian sí, pero con escasa vehemencia, no pudiendo imitar porque no se imita lo que solo procede del corazon, han merecido la oscuridad á que han sido condenados. No así nuestro Fr. Vicente, su nombre ha pasado á la posteridad y despues de haber sido citado por autores de tanta nota como Wadingo, Bordonio y el Veronese, es acreedor á que tomándola de ellos hagamos la siguiente enumeracion de sus obras. Escribió: *Felicem occursum seu Historiam B. Virginis Boni occursus prope Agendicum;* Tolosa, 1642, en 8.°—*Spoliationem Ægypti.*—*Meditationes in Hieremiam.*—*Conciones de Corpore Christi.*—*Amplas et perpulchras meditationes in Divina Mysteria vitæ et mortis Christi Redemptoris nostri*; en 4.°—S. B.

ROTHULFO (S.), monge y mártir. Predicó el Evangelio en Hungría, donde fué muerto en defensa de la fe. Citanle el *Martirologio Monástico*, el *Calendario Germánico*, y Tritemio, lib. III, cap. 322. Ferrario pone su fiesta en 18 de Abril.—S. B.

ROTHWEL (Guillermo), hijo de una noble familia inglesa en cuyo reino nació, florecia el año 1360, bajo el reinado de Eduardo. Tomó el hábito de la órden religiosa de Santo Domingo, é hizo sus estudios en Lóndres, en cuya universidad recibió el grado y láurea de doctor en teología. Dedicándose al púlpito, como lo exigia su órden de Predicadores, fué muy bien recibido. Compuso muchos comentarios sobre el Antiguo y Nuevo Testamento y los libros siguientes, citados por Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses: Sermonum, lib. I.—In Magistrum Sententiarum, lib. IV.—Quæstiones Scholasticæ de principiis naturæ, de potentiis sensitivis, de intelectu, etc.*—C.

ROTIER (Fr. Spiritus), del órden de Predicadores. Fué natural de Aix, ciudad de la Provenza, en Francia, donde nació á fines del siglo XV, destinado por la Providencia para ser el ornamento de la Iglesia y colmar de lustre á la órden de Predicadores, distinguiéndose notablemente entre sus más virtuosos hijos y sus más distinguidos escritores. Inclinado al estado eclesiástico, y siendo adolescente todavía, tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de la ciudad de Tolosa, haciendo su profesion el año 1507 en manos del sabio Fr. Raimundo Gosino, prior entónces del citado convento, el cual fué en adelante, á la vez que su profesor, el más verdadero amigo que tuvo el jóven religioso. Conservó éste toda su vida sumo agradecimiento á los favores que le debia y á las lecciones que recibiera, no dejando de recordarlo siempre que tenia oportunidad; y en muchos pasajes de sus obras se gloria de haberle tenido por maestro, y en una de sus luminosas epístolas dice que á este profesor le debia, no solo la instruccion, sino tambien los ejemplos de virtud y de santidad que habian contribuido á dirigirle por el camino de la salvacion y de la perfectibilidad cristiana. En otras ocasiones se complace en tributarle sus recuerdos, declarando que habia formado su gusto haciéndole conocer y apreciar las bellezas que encierran las obras de Virgilio, las oraciones de Ciceron y demás monumentos literarios que la antigüedad nos legára. Dotado de las mejores disposiciones, cultivado su ingenio con el estudio, y poseyendo admirablemente las dos lenguas matrices griegas y latina, pronto se dió á conocer en Tolosa, adquiriendo grande crédito y mereciendo los aplausos de la gente, que acudia solícita á escucharle cuando anunciaba la sagrada palabra desde la cátedra del Espíritu Santo. Por espacio de nueve años seguidos predicó en Tolosa todas las cuaresmas delante de un escogido auditorio con notable aceptacion. Su mérito y su sabiduría le elevaron en breve á los empleos de más distincion, y así en 1521 era rector de la universidad de Tolosa, y en 1523 fué elegido prior de su convento en dicha ciudad, cuyo cargo desempeñó los dos años de instituto con el mayor aplauso y provecho de sus subordinados, que bajo sus órdenes eran un modelo

de piedad, observancia y austeridad de costumbres. En 1594 fué nombrado é investido con la dignidad de vicario general de la Orden en Francia, que tampoco duraba más que dos años. En 1530, á 1.° del mes de Febrero, el inquisidor general de Tolosa Fr. Raimundo Gosino pidió que se nombrase á Rotier como coadjutor suyo con la esperanza de que fuese su sucesor. Pero no lo pudo conseguir, porque á causa de haber incurrido en la desgracia del Rey, tuvo que marchar á Roma siendo sustituido por Fray Arnaldo Badelo, que tomó posesion del cargo en 12 de Abril de 1531 por unánime aclamacion del capítulo ó municipio de Tolosa. En 1531 volvió Rotier á ser elegido prior del mencionado convento de Tolosa, y en 1533, habiendo muerto Gosino en Roma, fué por fin nombrado inquisidor de la ciudad mencionada, siendo confirmado el nombramiento por Juan de Vineas, vicario general de la Orden, en vista de las cartas dadas en Roma por Fr. Agustin Recuperato, general de la Orden. Aunque este destino le fué disputado á Rotier por Fr. Luis de Rocheto, que pretendia tener mejor derecho, y que con sus disputas y reclamaciones dió lugar á que ninguno de ellos tomase posesion; nombrándose para desempeñar el cargo á Fray Vital de Beccaria, varon distinguido y doctor en sagrada teología hácia el año 1547. Rotier obtuvo la propiedad del destino, que desempeñó hasta su muerte con la mayor intrepidez y fortaleza. Por espacio de trece años seguidos explicó en la iglesia de Aix la Sagrada Escritura, guiando á sus ovejas por el recto camino, combatiendo las máximas de la herejía y destruyendo los planes arteros de los impíos novadores; no conteniéndole ni los riesgos á que se exponia en una ciudad como Tolosa, tan infestada con la herejía, ni la avanzada edad en que se encontraba, para trabajar ardientemente en favor de las católicas creencias, ora con la palabra, ora con la pluma, resonando su elocuente voz en la cátedra y en el púlpito, siempre terrible contra los malos, siempre enérgica y persuasiva. Murió en Tolosa en año incierto, pues unos biógrafos fijan el de 1543 y otros el de 1544, aunque se sabe fijamente que el fallecimiento ocurrió el dia 15 de Febrero. Su cuerpo fué sepultado con gran pompa en las gradas del altar mayor de la catedral de Tolosa. Dejó escritas Rotier las siguientes obras: *De non vertendam Scriptura Sacra in vulgarem linguam. Deque occidente litera et vivificante spiritu disertatio.* Esta obra, que forma un cuaderno en 4.°, fué impresa en Tolosa en 1548 por Juan Dembat, y en 1661 en París, por Antonio Vitre. Esta disertacion se hizo sumamente rara, y se cree que solo exista el ejemplar que se guarda en la biblioteca Barberina en Roma.—*Parergi sive tabellæ tres similitudinum, quibus suis coloribus heretici vera ecclesia vulgaresque Sacra Scriptura traductiones describuntur.* Esta obra se imprimió en Tolosa en 1548 por Guido Baudeville.—*Responsio ad epistolam civium novæ Babylonis Gevenne á Mornero*

insigni apostata edita; un cuaderno en 4.° impreso en Tolosa en 1549.—*Præconium ac defensio quadragessimæ cui pluribus requirentibus adjunctus et sermone de ratione institutionis divinissimæ Eucharistiæ sacramentis.* Esta disertacion, que forma un cuaderno en 4.° de 88 páginas, fué impreso en Tolosa por el mencionado Guido Boudeville, y dedicada al duque de Montmorenci, par de Francia, mariscal del reino, y gobernador de la provincia tolosana, cuya obra se conservaba en la casa convento de S. Honorato de París.—*In præfatores pronosticosque futurorum eventuum divinatricemque astrologia, libros duos*; Tolosa, por Jacobo Colomer, 1552; un cuaderno en 4.° con 101 páginas.—*Confutatio errores asserentium Christum esse advocatum nostrum in cœlo per intercessionem et nihil ac eo sed ipsum petendum more scholastico agitata*; Tolosa, por Santiago Colomer.—*Adversus crucimastigas seu de magna gloria quam Christus ex cruce sibi comparavi ad solidandam fidem excitandamque charitatem oppus accommodatissimum*; Tolosa, por el antedicho Colomer; un tomo en 8.° de 252 páginas. Esta obra, escrita contra una secta de las muchas en que se hallaba dividida, y que llevaba su sacrílego furor hasta profanar y derribar las sagradas imágenes de Jesus crucificado, fué publicada despues de la muerte de su autor, conociendo las inmensas ventajas que su lectura reportaba á la causa de la verdadera religion. A fines del siglo pasado existia un ejemplar en la Biblioteca Real de París, señalado con el número 4365. Tambien publicó en idioma francés los escritos siguientes: *Antídoto y contraveneno ó régimen contra la peste de la herejía y de los errores que inficionan la pureza é integridad de la fe católica.* Contestacion á los que blasfeman de la sagrada Misa, con la refutacion de la vana y ridícula cena de los calvinistas, revisada y aumentada por su autor Fray Spiritus Rotier, inquisidor de la fe, y dean de la facultad de teología en la universidad de Tolosa. Esta obra, á la que acompaña la *Vida de Berengario, su error y su penitencia*, fué publicada en Tolosa en 1562, y en París en 1563, y se halla dedicada al rey Cárlos IX, lo cual ha hecho creer y afirmar á algunos biógrafos que el autor vivia aún en la época referida.—M. B.

ROTK (Isabel). Protestante genovesa, se convirtió é hizo abjuracion en Turin en manos del canónigo Casalis el 22 de Mayo de 1818.

ROTRON, arzobispo de Rouen. Fué hijo de Enrique, conde de Warwick, y de Margarita, hija del conde de Perche. Algunos autores le han llamado Rotron de Perche, dándole por equivocacion el nombre de su madre: sus padres le hicieron educar en el priorato de la Charité-sur-Loire, de donde salió para estudiar la teología con Gilberto de la Posée, y fue nombrado arcediano de Rouen. Su nombre se encuentra sin motivo alguno en diferentes catálogos de los obispos de Bayeux y de Lincoln: no ocupó ninguna de estas sedes ni áun la de Ely, aunque lo dice Laroque tomándolo de una crón-

ca normanda. Era arcediano de Rouen cuando en 1198, segun Orderico Vital, ó más bien en 1139, segun Roberto du Mont, fué elegido obispo de Evreux. En 1147 asistió al Concilio de Paris, que presidia Eugenio III, y que condenó á Gilberto de la Porée: en este concilio y en el de Reims en 1148, sosteniendo Gilberto la pureza de su doctrina, invocaba el testimonio de su antiguo discípulo Rotron. Parece que este hizo un viaje á Roma en 1159, como puede deducirse de una carta de Adriano IV á Luis VII, y en que el Pontífice, despues de haber excitado al príncipe á no ir á España, le suplica se atenga á lo que le dirá el prudente y virtuoso obispo de Evreux. Roton estableció en su catedral la dignidad de tesorero en 1160; asistió en 1163 al concilio de Tours celebrado por Alejandro III, y recibió de este Pontífice en 1164 la comision de reconciliar al arzobispo de Cantorbery con el rey de Inglaterra. Al año siguiente fué nombrado Rotron arzobispo de Rouen, y continuó en correspondencia con el Papa, que escribió en 1165 á él y sus sufragáneos una epístola relativa tambien al asunto de Tomás Becket. Alejandro les encargaba de recordar con energía á Enrique el respeto debido á la Iglesia romana. A principios del año 1170, Rotron y Bernardo, obispo de Nevers, recibieron del Santo Padre la órden de avistarse con el monarca inglés, y de reclamar para Becket paz, seguridad, restitucion de sus bienes y á su silla. El arzobispo de Rouen era empleado con frecuencia en estas negociaciones como súbdito de Enrique; no se queria que pudiese decir el Rey que no se le enviaban más que extranjeros, pero Bernardo tenia poderes particulares para prescindir del concurso de Rotron si se negaba este á obrar ó hablar con energía. Despues del asesinato de Becket, Rotron fué uno de los prelados comisionados por Enrique cerca de la Santa Sede para vindicarse de este atentado. El y el arzobispo de Reims recibieron por la misma época una carta de Alejandro III sobre los daños que habia sufrido el monasterio de Selincourt. Otras cartas del mismo Pontífice á Rostron se refieren á algunos asuntos particulares, y recomiendan la reforma de ciertos abusos. En 1172 coronó Rotron en Winchester al hijo del monarca inglés y á Margarita de Francia, esposa de este príncipe. El juramento de este al rey de Francia fué pronunciado en 1175 en presencia del arzobispo de Rouen. Este prelado hizo en 1178 la dedicacion de la iglesia de la abadía del Bec, y murió en 1183. Solo equivocadamente ha podido hablar Laroque de una carta dirigida á Rotron por Inocencio III, cuyo pontificado no comienza hasta 1198. Nuestro arzobispo de Rouen ha sido elogiado por Pedro de Blois con una grande profusion de epítetos y de antítesis, elogio que omitimos, y á cuya conclusion es comparado Rotron á los cuatro animales del Apocalipsi, que tienen ojos delante y detrás y en toda la superficie de su cuerpo. Los escritos que nos quedan de este arzobispo apénas bastarian para justificar

tantos elogios, áun cuando se comprendiesen en ellos las cartas que escribió en gran número, ya como actor, ya como testigo. Laroque ha publicado una veintena de ellas entre las pruebas de la historia de la casa de Harcourt. Los autores de la historia de la *Nueva Galia cristiana* no han impreso más que la relativa al monasterio de Val d'Azon, pero han indicado otras muchas en los dos artículos que han redactado sobre Rotron, uno en su *Noticia de los obispos de Evreux*, otro en la *Historia de los arzobispos de Rouen*. Distinguen particularmente la que tiene por objeto la determinacion sobre los bienes de los canónigos muertos. Las demás de estas cartas no consisten en general más que en donaciones ó concesiones á monasterios é iglesias. Tenemos quince cartas de Rotron, siete insertas en las Epístolas de la Coleccion de Sto. Tomás de Cantorbery, que se han dirigido en efecto desde 1164 hasta 1170, unas á este prelado, otras al papa Alejandro, y no tratan más que de las célebres diferencias de este prelado con su príncipe. Aunque Rotron seguia las opiniones de su siglo en lo relativo á la extension del poder eclesiástico, pedia, sin embargo, la confirmacion de los artículos de Clarendon, é invitaba al Papa á confirmarlos. Sus cartas indican adhesion á la persona de Enrique, respeto algunas veces á la autoridad Real, y un ardiente deseo siempre de ver renacer la concordia entre el trono y el altar. Hé aquí el órden cronológico de las otras ocho cartas de Rotron. La más antigua debe ser la que se halla dirigida al rey de Inglaterra sobre la educacion literaria de su hijo Gussanville, que la hace remontar á 1161; no ha tenido presente que su epígrafe dice: *Rotrodus archiepiscopus Rothomagensis*, y que en 1161 aún no era Rotron arzobispo de Rouen. No puede ser anterior á 1165, época en que el jóven de que habla tenia cerca de doce años. De todas maneras el padre de este discípulo, Enrique II, es elogiado como el príncipe más ilustrado de su época. El talento de los demás monarcas es inculto y grosero, el suyo, desarrollado por el estudio, es capaz de toda clase de observaciones y de trabajos. Debe, pues, comprender mejor que ningun otro la utilidad de una educacion liberal. ¿Es preciso gobernar, tratar, combatir? Los libros enseñan todas estas partes del arte de reinar. Un rey sin letras es un navío sin remos, un pájaro sin alas. El autor alega despues los ejemplos de Julio César y de Alejandro, y la autoridad de Ovidio y de Salomon. No nombra á Ovidio, pero copia dos de sus versos en los términos siguientes:

Adde quod ingenuas didicisse fideliter artes
Emollit mores nec sinis esse feras.

2.ª Rotron, en una epístola dirigida á sus sufragáneos, les invita á sub-

venir con contribuciones pecuniarias á las apremiantes necesidades del papa Alejandro. No ignoran lo que ha sufrido este Pontífice, lo que ha hecho por la Iglesia. Hoy es preciso que satisfaga la avidez de los romanos, que sacie su sed. No hay paz, no hay seguridad posible si el Papa no puede cubrir tantas necesidades por medio de vuestra generosidad. Alejandro III entró en Roma en 1165 y 1178. La carta es de una ó de otra fecha. Preferimos la primera á que se pueden aplicar estas palabras de la epístola: *Sane schismaticè potestatis procella, jam detumint, jam portu securiorem naviculæ Petri promitit aura clementior.*—3.ª En 1171 escribió Rotron á sus sufragáneos que no puede, aunque lo ha ordenado el Papa, poner en entredicho las tierras que posee Enrique en Normardía, habiendo prometido este príncipe dar satisfaccion por el asesinato de Tomás Becket.—4.ª Rebelado en 1173 el jóven Enrique contra su padre, es exhortado vivamente por el arzobispo de Ruan á no faltar á sus deberes. «Muy querido hijo, le dice este prelado, os dirigimos súplicas como á señor, exhortaciones como á rey, lecciones como á hijo. Dejad de afligir á vuestro pueblo, de perseguir á vuestro padre y de exponer á los daños de la guerra nuestros dominios eclesiásticos de Audelys.»—5.ª En la misma época Rotron y sus sufragáneos conjuraron á la reina Leonor á que volviese al lado de su esposo, á quien habia abandonado. «Sois, la decia, feligresa nuestra, y si continuais dando á vuestros hijos el ejemplo de la rebelion, nos veremos obligados á lanzar sobre vos las censuras eclesiásticas, aunque con dolor nuestro.»—6.ª La fecha de 1173 conviene tambien á la epístola que escriben Rotron y Arnoldo de Lisieux al rey de Inglaterra para darle cuenta de la mision de que se hallan encargados cerca del rey de Francia. Exponen las quejas de Luis VII, é invitan á Enrique II á portarse mejor; sus hijos se arman contra él; su mujer le abandona; ¿de dónde proceden tantas desgracias sino de que se sabe demasiado bien que no es bastante afecto á la Iglesia?—7.ª Por la misma época responde Rotron al prior y á los monjes de la Charité-sur-Loire, que le habian invitado á pasar algunos dias en su monasterio: No puedo hacerlo por las discordias de los reyes, por las turbaciones que agitan la Normandía. La 8.ª y última carta del arzobispo de Ruan se halla dirigida á Guillermo, arzobispo de Sens, en 1175. Es un tejido de cumplimientos y de súplicas. Guillermo es omnipotente; los corazones de los reyes estan en su mano; dispone de la voluntad pública. El juez debe proteger los bienes de las iglesias, garantirlos de las incursiones militares y preservar en particular los dominios de Audelys, recurso único de Rotron y sin el cual no puede vivir. La tercera de estas cartas se halla en una de las colecciones del P. Martenne: las otras siete se encuentran entre las epístolas de Pedro de Blois, que podria muy bien ser su autor, por haber desempeñado con otros

muchos el cargo de secretario. Rotron, colocado por Crovæus en la lista de los intérpretes de la Biblia, no ha sido conservado por el P. Lelong, y no podremos en efecto citar ningun comentario, ninguna obra, ni impresa ni manuscrita, que pueda atribuirse á este arzobispo de Rouen, sino las epístolas y las quince cartas que hemos dado á conocer. — S. B.

ROTT (Miguel), jesuita. Nació en 1721 en Illustabourg, en la Curlandia, y entrando en la Compañía de Jesus en 1757, ejerció el ministerio de la predicacion en Danebourg, siendo luego destinado como misionero á la Lithuania y á la Livonia, hoy posesiones sujetas al dominio ruso. Despues de pasar grandes trabajos y penalidades, coronadas, sin embargo, de resultados brillantes, terminó su laboriosa vida en la pequeña poblacion de Dadga, el dia 3 de diciembre de 1785, fiesta de San Francisco Javier, santo á quien siempre profesára extrema devocion, y cuyas virtudes habia procurado imitar durante su apostólica carrera. Pocos misioneros han instruido al pueblo de una manera más continuada y más sólida. El no admitia persona alguna, sin exceptuar los grandes del reino, á la confesion y comunion pascual, como no hubiesen asistido á las exhortaciones y pláticas que tenia durante la cuaresma. Los establecimientos útiles que formó; las prácticas religiosas que introdujo; las buenas obras que publicó, sobre todo para la instruccion de los fieles, son en gran número, y como dice el sabio Feller, una semilla abundante de subsistentes frutos, que las provincias donde él la sembró recogen continuamente. — M. B.

ROTTA (José). Nació en Bassano en 7 de Mayo de 1720. Habiendo seguido la carrera eclesiástica y recibido los sagrados órdenes, obtuvo la parroquia de S. Salvador de la ciudad de Bérgamo, de la cual era originario. Sumamente versado en el conocimiento de las divinas letras, se distinguió notablemente en la predicacion, cultivando al mismo tiempo con grande éxito la amena literatura. Además de algunas cartas críticas, poesías sueltas y varios discursos académicos, se tiene de él una *Traduccion en octava Rima de la Poética de Horacio*, en la que empleó el verso de once sílabas, generalmente usado por los italianos, así como por los españoles, para la poesía épica. Esta traduccion es bastante estimada, así por la belleza del estilo como por la exactitud con que se ha trasladado el original. Otra de sus obras es el *Adam*, poema en seis cantos, publicado en Bérgamo en 1778, y que podia muy bien servir de compañero al de *La Muerte de Abel* del célebre Gessner. Esta obra, que tambien se halla escrita en verso endecasílabo, formó á su autor la reputacion de buen poeta, y encuéntrase llena de imágenes nuevas, de bellos pensamientos, de un interés siempre creciente, de sentimientos tiernos y profundos, resplandeciendo á la vez por su estilo tan elegante como correcto. El abate Rotta, estimado igualmente

por sus virtudes y su talento, murió en la ciudad de Bérgamo, su pueblo natal, el dia 5 de Mayo de 1792, á la edad de setenta y dos años.—M. B.

ROTTES (Sor Catalina), franciscana. Fué natural de Murcia, y siendo muy jóven todavía, tomó el hábito de S. Francisco en el convento de Villanueva del Arzobispo. Probó Dios muy en breve su paciencia, dejándola tullida por espacio de cuarenta y dos años, sin que en tan dilatado tiempo se notára en ella la más leve señal de impaciencia ni significára el más pequeño disgusto con las enfermeras que la asistian. Para aumentar más la corona de sus sufrimientos, algunos meses ántes de espirar se cubrió su cuerpo de llagas, que la producian muchisimos dolores. Vióse tambien muy combatida por el demonio, el cual, no pudiendo vencer la fortaleza de su alma, mortificaba su cuerpo renovándola las heridas. Fué muy dada á la oracion, quedándose absorta y elevada en la contemplacion de los divinos misterios. Antes de caer enferma jamás hizo oracion sin que se colocára con las rodillas desnudas en la tierra, poniéndose siempre en parte desde donde pudiera ver el cielo. Murió en el año 1570.—M. B.

ROTTIGNI (D. Constantino), benedictino. Este sabio religioso nació en Trescorio, provincia de Bérgamo, en Italia, de una noble familia, en 23 de Marzo de 1699. Despues de haber hecho sus estudios en la mencionada ciudad de Bérgamo, tomó el hábito religioso en el monasterio de santa Justina en Pádua, perteneciente á la congregacion de Monte-Casino, donde hizo su profesion. Poseyendo un espíritu vivo y las más felices disposiciones para brillar en las ciencias, se dedicó al estudio de las sagradas letras bajo la direccion del sabio P. Benito Bachini, de la misma congregacion, entónces abad del monasterio de Reggio, y bajo la direccion de este ilustre religioso salió el P. Rottigni un sabio de primer órden. Vuelto á Bérgamo, enseñó la filosofía en el convento de santa Justina, y despues en Aversa y en Florencia. Explicó en seguida el derecho canónico en Rávena y en Roma, y fué encargado de cuidar de los novicios en diferentes monasterios, y nombrado para diversas prelacías, hasta que en 1762 fué creado abad y visitador general de las provincias cisalpinas. Agitábase en aquel tiempo con mucho ardor la cuestion *del probabilismo*, y Rottigni, tomando parte en la disputa, se distinguió notablemente por su ciencia y por su zelo contra la moral relajada. Se tienen de él las siguientes obras: *De canonibus, vulgo apostolicis... epistola critica ad reverendum P. Raymondum Missorium;* Venecia, 1734. *El Espíritu de la Iglesia en el uso de los Salmos, ó ámplia paráfrasis de estos en forma de oraciones y exhortaciones;* dos tomos en 12.° De esta obra se hicieron varias ediciones en muy poco tiempo. La cuarta, impresa en Pádua en 1750, fué revisada y considerablemente mejorada por su autor. Se ha pretendido que este, en la mencionada obra, no habia puesto gran cuidado

para evitar repeticiones; mas es forzoso tener en cuenta que escrito su libro para personas sencillas y de escasa instruccion, solo cuidaba en sus largas exhortaciones de presentar el fondo del objeto, aunque descuidase algun tanto la forma. —*Tratado de la confianza cristiana;* Venecia, 1751, que es una traduccion de la obra francesa del mismo título escrita por Fourque-vaux. —*Paráfrasis de algunos cánticos y la plegaria del Pater noster;* Pádua, 1776. —*De la necesidad del amor de Dios para reconciliarse con él en el sacramento de la penitencia;* Rovereto, 1750. Esta obra sufrió una crítica severa por parte del P. Zacarías, jesuita, á la cual contestó Rottigni con *La Concordia de la pasion de nuestro Señor Jesucristo;* Brescia, 1756. Este sabio benedictino es autor de otras muchas obras, parte impresas y parte que aún existen sin ver la pública luz. Escribió contra el P. Berruyer, tradujo el *Génesis* de Duguet, y la *Instruccion pastoral del arzobispo de Tours sobre la justicia cristiana;* y públicó, por último, una coleccion de opúsculos espirituales. Rottigni tuvo la desgracia de abrazar la doctrina de Port-Royal, y de empañar sus raras prendas por el espíritu de secta. Pero no se le debe negar el gran caudal de ciencia que poseia, el mérito de una vida austera y todas las cualidades que constituyen un perfecto religioso. Circuló la voz de que ántes de morir habia retractado algunas de sus opiniones en presencia de su superior, quien á su instancia elevó una memoria al Obispo para darle cuenta de lo sucedido. Sea esto ó no positivo, no cabe duda que los últimos momentos de este religioso fueron edificantes y llenos de las más señaladas muestras de piedad. Espiró el dia 20 de Abril de 1776, á la edad de ochenta años. Tuvo un hermano llamado José Rottigni, canónigo de extremada sabiduría, hábil teólogo, profundo canonista y elocuente predicador, que fué algun tiempo vicario general del obispo de Bérgamo, y murió por el año de 1780. —M. B.

ROTUNDA (Fr. Bautista de), religioso lego capuchino de la provincia de S. Nicolás de Bari. Este ejemplar varon era natural de Rotunda, lugar de la Calabria, siendo tal su inclinacion á consagrarse al servicio del Señor, que desde el momento en que tomó el hábito fué tal la aspereza de su vida y observancia, que era un prodigio entre todos sus hermanos. Tenia tanta aficion á la soledad y al retiro, que alcanzó licencia de los superiores para instalarse en una cueva solitaria del valle de Feleno, que estaba dentro de la clausura del convento de Grotaria, de la misma Orden; allí, absteniéndose de vino, de carne y áun de pan, era su comun mantenimiento compuesto de frutas y yerbas crudas, y solo una vez al dia, pero con tanta moderacion que jamás satisfacia el hambre, principalmente en la cuaresma, que entónces la comida tasada y de ley, se reducia á cuarenta habas mojadas en agua, sin excederse de este número. Su bebida era

siempre agua, y no de la mejor calidad, tomada de la que corria de unos arroyuelos. Correspondian á tan extraordinaria abstinencia las demás austeridades á que se habia sometido. En invierno nunca traia túnica, siempre andaba descalzo, y rarísimas veces se aproximaba á la lumbre. Era enemigo tan mortal de su cuerpo, que le fatigaba con perpétuos silicios, con disciplinas de increible rigor, con vigilias tan largas y dilatadas, que solo le permitian brevísimo sueño, y ese sobre una tabla puesta en la tierra, siendo su almohada un canto ó tosco madero. Su oracion ó contemplacion era tan contínua, y para Fr. Bautista de tan celestial deleite, que le facilitaba y hacia suaves cuantas asperezas se han referido, aunque parecian intolerables y superiores á las fuerzas de la naturaleza. Habiéndose ejercitado en ellas con sumo fervor, y retirado de la comunicacion y conversacion con los hombres por espacio de algunos años en el convento de Grotaria, pidió á Fr. Gerónimo de Monteflores, general entónces de la religion, que le permitiese ir libremente á cualquier lugar adonde le guiase su espíritu, haciendo allí vida eremítica. Concedióselo el general, y estuvo tan léjos de abusar de aquel permiso para libertad ó desahogo del ánimo, que ántes le convirtió en estímulo de nuevas virtudes; porque marchándose á un monte desierto y áspero que se hallaba á un lado de Rotunda, añadió tales rigores á los primitivos, que su alimento eran yerbas silvestres y raíces de árboles; su celda las cavernas del monte; su cama la desnuda tierra; los peñascos sus únicos compañeros, y los amigos á quienes fiaba el secreto de sus frecuentes y duros azotes, amigos tan poco callados, que con sus ecos le descubrian. En esta soledad Fr. Bautista, sin más testigos que los referidos, poblaba el aire con las voces y gemidos de su penitencia; en ella lloraba de dia y de noche la pasion de Cristo nuestro Señor, arrancando del fondo de su pecho profundos suspiros que iban envueltos en llamas de amor divino, observando, por último, una vida tan pura y tan celestial, que las fieras y las aves se le acercaban como á amigo familiar; cobrando tal fama de santidad, que eran sin número las personas que acudian á él de los lugares circunvecinos, unas á pedirle que los encomendase á Dios, otros á que los curase de molestas dolencias, y todos conseguian lo que pretendian, aquellos por medio de la oracion, y estos con hacerles la señal de la cruz, conservándose en los originales de la Orden memoria general de todos estos prodigios y maravillas. Pero cuánta fuese la excelencia de sus virtudes, y cuánto le favorecia el cielo, lo manifestó el Señor con clarísimos y comprobados testimonios. Acostumbraba todos los dias bajar del monte á oir misa á una iglesia que se hallaba situada en su falda, y al mismo tiempo comulgaba con la mayor devocion. Ocurrió un dia no haber sagrada forma que darle, diciéndole el sacerdote que tuviese paciencia y pasase aquel dia sin comunion. Fr. Bautista

no tuvo más remedio que obedecer, aunque bien á su pesar; pero habiendo llegado el sacerdote en la Misa á la primera oblacion de la hostia, halló una forma en la patena, sin haberla puesto él allí: quedó sumamente sorprendido y admirado con tal novedad; pero considerando y echando de ver que no podia ser sino providencia del cielo, para que no dejase de comulgar el siervo de Dios, la consagró y le dió á su tiempo el pan de los ángeles, por que no perdiese el dulcísimo y celestial regalo que expresamente se habia enviado para él. Estando en Flandes Escipion de Pescara, militando bajo las órdenes del marqués del Basto, su cariñosa madre, sumamente afligida por no haber tenido noticia de aquel hijo querido hacia mucho tiempo, se hallaba muy contristada y temerosa de que hubiese muerto. Envió á llamar á Fr. Bautista, cuya santidad era á todos notoria, y con muchas lágrimas le declaró la causa de su pena y cuidado; pero el siervo de Dios la consoló diciéndola, que sin razon estaba cuidadosa de la vida de Escipion su hijo, porque gozaba de perfecta salud, y que dentro de muy pocos dias tendria carta suya; y yéndose la dejó tan consolada con aquel anuncio, y salió este tan cierto, que á los cuatro dias recibió la deseada carta, en la que manifestaba su hijo hallarse bueno, sin ningun achaque ni contratiempo. Con el mismo espíritu profético desvaneció la gran pena y sentimiento que experimentó Demetrio Capucinada, por haber corrido la noticia entre algunas personas, de que su padre habia muerto de un balazo en la guerra de Flandes. Muy apesadumbrado acudió á Fr. Bautista, quien le dijo y aseguró, despues de hacer ferviente oracion para que Dios le iluminase, que su padre vivia y disfrutaba completa salud, y que brevemente recibiria una carta en que le manifestaba esto mismo. Efectivamente, no faltó la comprobacion, porque á los tres dias llegó la carta, y Demetrio vió confirmada la profecía, publicando á voces la santidad de aquel gran siervo del Señor. En otra ocasion que andaba Fr. Bautista entre unos árboles muy espesos que habia en el monte, sucedió que un pastor que habia perdido una res y venia buscándola por allí, juzgando por el ruido y el bulto que Fr. Bautista era alguna fiera, le tiró una piedra con tal tino y tambien con tanta fuerza, que acertándole en la cabeza, le hizo una herida considerable, que fué casi milagroso pudiese sanar de ella. El siervo de Dios llevó aquel fracaso con tanta resignacion y paciencia, que Satanás, que habia preparado aquel lance pensando que le proporcionaria ocasion de que se inquietase y perdiese su habitual paz interior, vino por el contrario á facilitarle el que mereciese y granjease nuevas coronas de gloria. Finalmente, habiendo vivido veinte años en la soledad, siendo un modelo de virtudes y austeridad, siendo generalmente alabado, y gozando la comun opinion de santo, entregó su espíritu al Señor en una de las cuevas del monte en el año de 1592. Cuatro dias despues se

halló su difunto cuerpo exhalando todo él un olor tan suave y tan celestial, que para los que ántes no le conocian, pudo ser esta sola y admirable circunstancia argumento y prueba de su santidad y de la bienaventuranza que poseia en el cielo.—A. L.

ROTUNDA (Fr. Tomás de), religioso lego capuchino de la provincia de Bari. Fué uno de los varones más notables de su época, de tan admirables virtudes y de tan fervorosa oracion, que varias veces estando orando experimentaba éxtasis tan extraordinarios, que le vieron elevado de la tierra sobre la cima de los árboles. Este sobrenatural acontecimiento se observó más de una vez, demostrando que sus ruegos y súplicas eran aceptas al Señor, que le favoreció con muchos dones y mercedes. En una ocasion se corrompió una gran cantidad de vino, que volvió á su primitivo estado y generosidad por virtud del santo varon. Con solo la señal de la cruz y con la eficacia de su oracion sanó á un español, nombrado Luis, que enfermó en un camino de una gravísima calentura. Tambien poseyó el espíritu de profecía, vaticinando muchos sucesos que despues se verificaron. Murió en el año de 1590, y su muerte fué acompañada de señales y prodigios, que hicieron conocer, sin género alguno de duda, que sus virtudes y santidad le habian granjeado lugar preeminente en las mansiones celestiales.—A. L.

ROTUNDO (Fr. Félix), del órden de los Menores de S. Francisco. Era italiano, sin que conste de qué punto. Hizo sus estudios con mucho aprovechamiento en la ciudad de Perusa, llegando á obtener el grado de doctor teólogo en la famosa universidad de Pádua, siendo tambien maestro general de la Orden, floreciendo á principios del siglo XIV, y dejando escritas las siguientes obras: *Enchiridion Rethorico-dialecticum*, *Sacro-prophanum*.—*Poemas sagrados*, en italiano.—*Philosophiæ contemplatricis, et moralis cursum, quo athomistas refellit, peripatheticos tuetur.* —*Tractatus theologicus in quatuor libros Sententiarum, quibus ostendit Schotum fuisse dogmaticum. Synopsim Professorum conventualium*, ó relacion de los profesores de la órden Franciscana, que desde el año 1350 hasta el de 1396, habian enseñado en la universidad de Pádua.—*Elogia virorum et mulierum Perusiæ*, ó relacion laudatoria de los indivíduos de ambos sexos pertenecientes á la órden Franciscana, dignos de mencion por su virtud, su santidad y sus hechos distinguidos.—*Varias oraciones* pronunciadas en los solemnes actos de conferir lauros académicos en la mencionada universidad Paduana.—*Prologa et dissertationes theologicas*.—M. B.

ROTZ (P. Zacarías), jesuita flamenco, predicador erudito y elocuente, muy celoso en promover la divina piedad, siendo uno de los que más trabajaron en la conversion de la ciudad de Maceka, cerca del Mosa, la que hallándose infestada de la cruel herejía, devolvió á la luz de la fe. Aunque

siempre habia sido muy celoso y activo en cuidar de la salvacion de los prójimos, al llegar á sus últimos años se aumentó en extremo esta actividad, recorriendo las ciudades, aldeas, cárceles y demás sitios públicos, donde creia era necesario su trabajo. Cuando el marqués de Spínola ocupó á Lieja, ciudad de la Frisia, se consagró completamente á purificar los templos, construir altares y devolver en la ciudad la religion cristiana á su antiguo esplendor. Queria el marqués premiar tanto zelo y servicios, pero el cielo le habia señalado ya un premio mejor, y conmutó sus trabajos en el descanso, muriendo en Noviembre de 1515. Escribió: *Catecismo en doce lecciones*, en belga y francés; Lieja, por Juan Voes, 1598. — *Doctrina cristiana*, cuatro libros, que publicó en el mismo idioma. — S. B.

ROUAULT DE GOMACHES (Felipe Augusto de), gran vicario de la diócesis de Meaux, arcediano de Brie, presidente del capítulo, nació en Nanci el 10 de Febrero de 1749, de una antigua y noble familia, aunque poco rica, é hizo sus estudios en el colegio de Santa Bárbara. Habiendo recibido el sacerdocio en 1773, fué nombrado gran vicario por Mr. Barral, obispo de Troyes, en cuyo título y destino fué confirmado más tarde por Mr. Luis Matías de Barral, sobrino y sucesor del anterior. En 1778 se proveyó en él la abadía Real de Saint-Loup de Troyes, de la que fué el último titular. Bajo el reinado del terror permaneció en el país, donde halló medio de ser útil, ejerciendo secretamente las funciones de su ministerio. Luego que vinieron tiempos más tranquilos, fué llamado á desempeñar su curato en la catedral, y en 1824 se le nombró limosnero del Rey, y cuatro años despues limosnero ordinario. La revolucion de 1830 le hizo perder esta plaza y retirarse á Versalles, donde permaneció hasta que Mr. Gallard, obispo de Meaux, le hizo entrar en el capítulo, que le eligió por su dean. En 1832 el mencionado obispo le creó gran vicario, en cuyo destino permaneció hasta su muerte, ocurrida en 14 de Abril de 1836 á la edad de ochenta y siete años. Habia tomado una parte muy activa en la redaccion del famoso *Breviario*, conocido con el nombre de *Versalles*, y publicado bajo la direcion de Mr. de Borderies. — M. B.

ROUBAND (P. José Andrés), sacerdote de Aviñon; nació en 1730 y murió en 1792: se distinguió como economista y gramático. En 1775 fué desterrado por haber censurado los abusos con demasiada osadía; pero al año siguiente le llamó Necker, y obtuvo una pension de tres mil francos sobre los economatos. Publicó entre otras obras: *Historia del Asia, del Africa y de la América*; París, 1770-1773, quince volúmenes en 12.° ó cinco en 4.° — *Nuevos sinónimos franceses*; París, 1785 y 1796, cuatro tomos en 8.° Esta obra, muy estimada, se coloca al lado de Gerard y Beauze sobre el mismo asunto. — D. de M.

ROUBAND (José María). Nació este jesuita en Aviñon en 1735, y murió en París el 26 de Setiembre de 1797, despues de haberse distinguido en la poesía latina. Luego que se extinguió su Orden fué á vivir á la capital, y volviendo á su patria en 1776 para dirigir el *Diario de Aviñon*, cuyo privilegio habia restablecido el Rey, desempeñó algun tiempo este cargo. Volviendo á París, en donde se entregó de nuevo al estudio, compuso varios *Discursos*, *Sermones* y otras obras que no se han impreso y que no han quedado en posesion de su familia. Tradujo la *Vida del Bto. Lorenzo de Brindis* y la del *Bto. Benito Labre*, compuestas en italiano por Marconi, y estas dos traducciones son muy estimadas, tanto por la elegancia del estilo, cuanto por las nuevas reflexiones con que la ha enriquecido el traductor, que podrian tenerse como originales. Fué este jesuita hermano de Pedro José Antonio Rouband, excelente literato, y de Rouband de Tresseol, abogado, nacido en Aviñon en 1740, pero que separándose del foro, al que no se manifestó muy afecto, fué excelente literato, cuyas obras se citan tanto las suyas como las de sus hermanos, en sus artículos respectivos de la *Biografía universal francesa* de Mr. Michaud. —C.

ROUCOURT (Juan). Nació este teólogo flamenco en Lovaina el año 1636, logrando por su precoz inteligencia á los diez y siete años la tercera plaza en el Colegio de Artes. Aplicóse al estudio de la teología en el colegio del papa Adriano VI, en el que hizo grandes progresos. Recibido el grado de licenciado, se le encargó en 1660 enseñar la filosofía, lo que hizo con buen éxito, aumentando esto mucho su reputacion. En 1667 se le confió en Bruselas el curato de Santa Godula, en el que fué muy útil por su zelo, su instruccion y vigilancia. Los pobres, en particular, fueron el principal objeto de su atencion y cuidados. Afligido su pueblo de una maligna enfermedad epidémica, expuso su vida como el Buen Pastor por la conservacion de sus ovejas, razon por la que ha sido siempre bendecida su memoria en Bruselas. El arzobispo de Malinas, conocedor de su mérito, le encargó la censura de los libros y le nombró examinador de confesores y de ordenandos. Murió Roucourt de una fiebre maligna en Bruselas, el 26 de Agosto de 1676, á los cuarenta años de edad. Hizo imprimir en flamenco un *Tratado sobre la Penitencia*, que el P. Gerberon, benedictino de la Congregacion de San Mauro, tradujo al francés, publicándole con el título de *Catecismo de la Penitencia*, del que se conocen varias ediciones, una en Bruselas de 1672, otra de París de 1675, etc. Valerio Andrés, en su *Biblioteca Bélgica*, edicion de 1739, hace mencion honrosa de este eclesiástico. —C.

ROUEN (Ausberto de). Fué ilustre en al siglo ántes de serlo en la Iglesia. Nació en Chausi, en el Vexin, de padres distinguidos por su nobleza; y desde su nacimiento manifestó inclinaciones que le arrastraban naturalmente

hácia la virtud. Comenzó á estudiar desde muy temprano, y con ayuda de sus buenas cualidades, hizo en las letras todos los progresos que podian hacerse en su época. Su padre Siwin, que no tenia más hijo, solo pensaba en educarle para el mundo, y le habia buscado ya un matrimonio ventajoso. Pero Dios, que tenia otros designios sobre Ausberto, frustró este proyecto con una especie de milagro. Ausberto fué, sin embargo, enviado á la corte contra su voluntad, y no tardó mucho tiempo en dar á conocer la belleza de su ingenio. Vióse elevado al cargo de secretario de su príncipe, y de guardasellos. Pero ni el brillo de esta dignidad, ni la atmósfera de la corte fueron capaces de extinguir en él su secreto deseo de no servir más que á Dios. Abandonó, pues, la corte, y se retiró á Fontenelle, donde le recibió San Vaudregirilo en el número de los monjes que dirigia. Ausberto se distinguió desde los primeros dias entre todos los demás por la práctica de las virtudes y por su aplicacion á la lectura de los buenos libros. Habiendo conocido el santo abad su mérito, le hizo ordenar de sacerdote por San Ouen, y concibió hácia él un especial cariño. No miró con ménos estimacion y afecto á Ausberto su sucesor S. Lamberto, quien se hacia un mérito de seguir sus consejos. En 678, cuando S. Lamberto fué creado obispo de Lion, fué elegido Ausberto para ocupar su puesto en Fontenelle. Como estaba muy versado en las Sagradas Escrituras, tuvo grande cuidado en enseñar esta ciencia á los que se hallaban bajo su direccion. La reputacion de su saber atraia tambien á Fontenelle gran número de personas extrañas, que iban á consultar al santo abad y á confesarle sus pecados. Este fué el orígen de las funciones episcopales que debia hacer pocos años despues en calidad de obispo de Rouen. Habiendo muerto el santo prelado de esta diócesis en 685, todos los ciudadanos eligieron á Ausberto con consentimiento del rey Thierri III, de que aquel era confesor, y le creia á propósito para llenar el vacío que habia dejado el ilustre Ouen. No quedaron frustradas sus esperanzas. El nuevo obispo despues de su consagracion, que se verificó en Chichi por Lamberto de Lion, asistido de otros prelados que celebraban entónces un sínodo, tomó posesion de su iglesia, viéndose en ella florecer desde entónces el buen órden, la doctrina y la piedad. El año quinto de su obispado reunió un concilio en Rouen, á que asistieron otros dos metropolitanos, Radberto de Tours y Régulo de Reims, con otros trece obispos, cuatro abades y gran número de sacerdotes y diáconos. Pero la incuria de los tiempos nos ha privado de las actas de esta asamblea. Sin embargo, no tardó en ser arrebatado á su iglesia su prelado, que la era tan caro como necesario. Por una falsa delacion Pipino, mayordomo de palacio, le relegó á un monasterio de Aumont en la Sambre, en el Hainaut, donde su presencia produjo efectos maravillosos. Su destierro duró cerca de tres años, al cabo de los cuales, habiéndole jus-

tificado plenamente cerca de Pipino, Rodulfo, abad de Aumont, le concedió aquel permiso para volver á su iglesia. Pero la muerte le impidió llevarlo á cabo, y el santo obispo tuvo el mérito de morir en las cadenas que llevaba por la justicia y la inocencia el 9 de Febrero de 695. Su cuerpo fué trasladado despues á Fontenelles, donde se le enterró cerca del de S. Vaudregirilo. Pocos años despues Aigrado, monje de la misma casa, escribió su vida, de la que hemos tomado lo que se nos ha referido. Durante su destierro en Aumont, compuso S. Ausberto algunos tratados de piedad para la edificacion de sus huéspedes los monjes. Alábase su utilidad, pero el autor de su vida que habla así, no nos los ha dado á conocer. La crónica de Fontenelle menciona una multitud de preguntas, dirigidas por S. Ausberto á un recluso llamado Luvin, habiendo probabilidades de que este escrito no es diferente de los tratados de piedad. Induce á creerlo que al hablar Aigrado de estos tratados, dice que fueron compuestos particularmente para las personas que vivian fuera del recinto del monasterio de Aumont, lo que conviene á los reclusos, á uno de los cuales podian ser dirigidos estos tratados. Aún existian en el siglo IX, puesto que Arduino, monje de Fontenelle, los copió por entónces. Pero en la actualidad no se encuentran. Ya se ha hecho la observacion de que tampoco existen las actas del Concilio que celebró S. Ausberto en Rouen y que presidió él, y que son por consecuencia una obra que le pertenecia más que otra ninguna. Créese, dice, que Boston atribuye á San Ausberto, abad de Fontenelle, el segundo y tercero de los sermones sobre la Asuncion de la Vírgen, que llevan el nombre de S. Ildefonso en la edicion de sus obras publicada en París en 1576 por Fevardeut. Pero no aduce pruebas para apoyar esta pretension. Solo puede sostenerse en general, que habiendo hecho S. Ausberto buenos estudios, y habiendo procurado tambien como se ha visto instruir á sus monjes en su calidad de abad, y despues al pueblo de Rouen en calidad de obispo, pudo dejar muchos sermones ú homilías, aunque no se encuentre hoy ninguna que lleve su nombre, ni en los manuscritos ni en los impresos.—S. B.

ROUEN (Esteban), llamado así del lugar de su nacimiento, era sobrino de Bernardo, que de religioso de Bec, fué creado abad de Mont-Saint-Michel en 1134 y murió en 1149. Abrazó la vida religiosa en Bec, á ejemplo de su tio, y fué elevado al órden de diácono. Empleó sus momentos desocupados en copiar libros y en componer tanto en verso como en prosa. En la biblioteca de S. German de los Prados habia un manuscrito en 8.°, obra suya, en que se hallaban muchos de sus trabajos literarios. Este ejemplar comienza con un poema fúnebre en honor de S. Valesan, conde de Menlaut, muerto en 9 de Abril de 1166. El P. Martenne ha colocado este documento en el tomo I de su grande coleccion. Se halla seguido de un compendio de

la exposicion de Haimont sobre Isaías, precedida de un largo prefacio, en que da Esteban una idea sumaria del sentido alegórico de este profeta. Sigue á esta obra un compendio de las *Instituciones oratorias* de Quintiliano, á cuyo frente ha puesto el autor un elogio en verso de este retórico, seguido de un prefacio en que se dedica á dar á conocer la obra que compendia. Viene despues la dialéctica de Marciano Capella, copiada por Esteban, con su retórica compendiada por él mismo, algunos fragmentos de las divisiones oratorias de Ciceron, algunas cartas de papas y otros personajes distinguidos. Todo lo demás del manuscrito, que es muy extenso, está lleno de poesías de nuestro autor. Hay versos de casi todas clases, exámetros, elegíacos, tetrámetros, catalectos, acrósticos, adónicos, dactílicos, sáficos etc., todos rimados. Las más notables de estas composiciones son: 1.ª Un elogio fúnebre de Godofredo *el Hermoso*, conde de Anjou, muerto en 1131, en que prodiga toda clase de elogios á su héroe, como puede deducirse de los siguientes versos:

In prosa Cicero, versu Maro cederet illi,
In logica Socrates, armis æquandus Achilli.
Huic quidquid civi patuit, credo, patuêre;
Gloria, divitiæ, sapientia tanta fuêre,
Quanta nec exponi possit, sed nec meditari.

2.ª Una elegía sobre la muerte de Tibaldo *el Grande*, conde de Champaña, acaecida en 1152.—3.ª Otra sobre la muerte de la emperatriz Matilde, que murió en 1167.—4.ª Un poema sobre la eleccion de Bernardo, tio del autor, para la abadía de Mont-Saint-Michel. Esteban nos refiere que este abad descendia de una distinguida familia de Normandía, y que siguió los estudios en París.

Hujus uterque parens præclaro, stemmate nati.
Hunc aluit natum Normannia, terra celebris;
Parisius fecit cæcis exire tenebris,
Cum casu casum docuit conjungere dudum,
Reddidit ad Socratis perplexa sophismata nudum;
Rhetoricis junxit Ciceroni et Quintiliano.

5.ª Algunos versos que el autor habia puesto en un principio al fin del tratado de los Sínodos de S. Hilario, que habia copiado por sí mismo. Habiéndolos borrado una mano envidiosa, Esteban los escribió de nuevo, lo que nos refiere en este cuarteto que se halla al frente de la composicion.

Librum de Synodis quem fecit Pictavensis
Hilarius, Stephanus conscripsit Rhotomagensis;
Illius finem decoravit versibus istis,
Quos tamen abrasit livor bona cernue tristis.

6.ª Un pequeño poema sobre la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. 7.ª Algunos versos sobre la manera de estudiar; y por último, una prosa rimada en honor de la Santísima Vírgen. Los ensayos que acabamos de presentar de la facundia de Esteban, no prueban seguramente que fuese superior al vulgo de los versificadores de su siglo. Su prosa es mucho mejor, y da á conocer los buenos estudios que se hacian á la sazon en Bec.—S. B.

ROUEN (Fulberto de), que forma el asunto de este artículo, no fué el único en su siglo que llevó este nombre en el clero de su patria. Debe reconocerse otro por lo ménos, sin hablar de un tercer Fulberto, monje de S. Ouen, que tendrá artículo aparte. Aunque Orderico Vital confunde las épocas en que han acaecido la mayor parte de los sucesos que ha conservado á la posteridad, ha marcado sin embargo, con la suficiente distincion, las épocas generales de la vida de los grandes varones del nombre de Fr. Fulberto, que fueron en este y en el siguiente siglo dos de los principales ornatos de la iglesia metropolitana de Rouen. Por no haber reparado en el largo intervalo de tiempo que pone entre ambos, se los ha confundido generalmente, y despues se ha pasado á confundirlos con otro Fulberto, monje de S. Ouen. Es muy importante disipar esta confusion y destruir el desórden que reina en la historia de aquel siglo. Orderico Vital nos presenta desde luego un Fulberto á quien no da más que el carácter de consejero del arzobispo Maurilio y el título de sofista. Desde aquí debemos darle á conocer más ventajosamente. Es preciso en efecto que este Fulberto tuviese suficientes luces y mérito para que un prelado tal como Maurilio, de quien nos ocuparemos en su respectivo lugar, le hubiese elegido para dirigirse por sus consejos. Orderico designó claramente la época en que vivia este Fulberto, colocándole en el episcopado de Maurilio, que duró doce años, desde 1055 hasta Agosto de 1067. Pero para que no hubiese lugar á error, designó una fecha más exacta, refiriéndonos que en 1096 Fulberto Amfroi, abad de Preaux, y Lanfranc, prior de Bec, con algunas otras personas distinguidas, acompañaron á Maurilio y á Hugo, obispo de Lisieux, en una visita que hicieron á la abadía de San Evroul para restablecer la paz y el órden. El historiador que nos sirve aquí de guia, no califica á este arcediano Fulberto. Pero está fuera de duda que es el mismo Fulberto que desempeñaba esta dignidad el año anterior, y cuya sumision se lee despues de las de los obispos de la provincia, al final de algunas cartas. Tampoco

nos atrevemos á asegurar que sea el mismo Fulberto que desde el año 1034 firmó en calidad de simple prelado otra carta por la que el Bto. Hellonino legaba á su nuevo monasterio la tercera parte de las tierras de Bourneville. Orderico nos da á conocer en la série de su historia, con rasgos todavía mas ventajosos, á otro Fulberto, arcediano y dean de la catedral de Rouen, que fué un gran luminar de esta iglesia, segun él nos le representa. Decimos otro Fulberto, porque la distancia que pone entre este y el anterior, no permite confundirlos por poca atencion que se ponga. Se ha visto que el primero era célebre desde 1055. El segundo, despues de haber florecido á últimos del mismo siglo y principios del siguiente, sintiéndose entónces atacado de una enfermedad mortal, tuvo la devocion de morir con el hábito de S. Benito. Le pidió con grandes muestras de piedad, y habiéndole recibido, murió efectivamente y fué enterrado en el claustro de S. Ouen, delante del capítulo, con el epitafio siguiente, en que se ve que Fulberto reunia en su persona eminentes cualidades, y que su muerte acaeció el 21 de Diciembre, pero no marca el año.

Gloria metropolis, cleri decus et diadema,
Morte tua, Fulberte, *ruit, ruit illa profunda*
Fontis inexhausti sapientia, lingua diserta
Metropolitanus fuit Archidiaconus iste,
Canonicus primum, postremo Cœnobialis;
Quarta dies erat ante diem quo clarint orbi
Virgine de Sacra Christus, *cum tanta columna*
Decidit Ecclesiæ, nulli pietate secundus.

Orderico refiere en verdad este acontecimiento el año 1094. Pero no deben tenerse en cuenta sus palabras, pues demuestra la narracion de este historiador que no acaeció realmente hasta 1126 lo más pronto, y áun quizá despues de 1128, si nuestro arcediano dean es el mismo que este Fulberto, que asistió en aquel año á un concilio de Rouen. Por esta razon los PP. Mabillon, Martenne y Pommeraye no colocan el término de su vida hasta 1130. Opinion que se halla fundada en el mismo texto de Vital, escritor contemporáneo. En efecto, habiendo referido este autor la muerte de Nicolás, abad de S. Ouen, el año 1094, aunque acaecida en el mes de Febrero de 1092, y habiendo insertado la série de sus sucesores hasta Ragenfroi ó Rainfroi inclusive, con una corta noticia de lo más notable que habia acaecido durante su gobierno, añade para dar á conocer lo que habia pasado en tiempo del último abad: *Tunc Fulbertus Archidiaconus et decanus Rotomagensis*, y los demás del suceso de que se trata. Es pues eviden-

te que fué en tiempo de Ragenfoi cuando murió el arcediano Fulberto con el hábito monástico. Sábese por otra parte que el gobierno de este abad no comenzó hasta 1126. No es pues fácil decidir positivamente cuál de estos dos Fulbertos, tan diferentes ambos como acaba de verse, aparece con la calidad de arcediano en los monumentos públicos de 1091 y 1096. Miéntras tenemos nuevas luces acerca de este punto tan oscuro de la crítica, nos parece que es el primero, ó de otro modo el Sofista, quien se halla citado en el diploma de Felipe, rey de Francia, dado en 1091. Pero no creemos que haya sobrevivido al año siguiente 1092. Así es el otro Fulberto, nombrado abad despues, quien hizo con Gilberto, obispo de Evreux, llamado la *Grulla* á causa de su elevada estatura, la promulgacion de los decretos del concilio de Rouen, celebrado en 1096. El primero hubiera sido entónces de una edad decrépita, y por consecuencia no se hubiese hallado en estado de hacerse oir por una asamblea numerosa. Además de estos dos arcedianos del nombre de Fulberto, hubo todavía un tercero por lo ménos en el curso del siglo VII, como se ve por las suscriciones al pie de las actas publicadas desde 1130 á 1150 y quizá despues. Hecha la division más clara posible de nuestros dos arcedianos, se trata ahora de saber á cuál de los dos pertenecen los escritos que llevan su nombre. Parece de lo que se ha dicho que ambos eran muy capaces de componerlos. Pero hay razones más fuertes en favor del primero, llamado el Sofista, como se va á ver por lo que sigue. Dejó una vida de S. Roman, obispo de Rouen, que murió en 639, y tuvo por inmediato sucesor á S. Ouen. Desde que los PP. Martenne y Durand han publicado la epístola dedicatoria, que se halla en el original al frente de esta vida, no se puede ménos de reconocer que es obra de un Fulberto, arcediano de la iglesia de Rouen. No solo se le nombra y califica así en el título de la obra, segun la leccion del manuscrito, sino que se nombra tambien él mismo en la inscripcion de su epístola, y se da claramente por uno de los canónigos de aquella iglesia á los que la dirige, aunque por modestia no toma más que el título de pecador. Manifiesta tambien esta modestia el extremo trabajo que le costó resolverse á escribir para el público. Instábanle con frecuencia sus colegas para que compusiese esta vida, en lo que manifestaban mirarle como un sabio y el más capaz de hacerlo de todos ellos, lo que conviene con la cualidad de sofista que le da Orderico Vital. Se decidió, por último, por una instancia mucho más viva que le hizo uno de sus colegas, su íntimo y antiguo amigo. Estas instancias de parte de los canónigos de la catedral de Rouen para tener una vida de su obispo S. Roman, y el cuidado que puso Fulberto para escribirla, supone que no tenian ya las dos vidas de este mismo santo, una en verso y otra en prosa, que habia enviado Gerardo, dean de S. Medardo de Soissons, unos

ciento cincuenta años ántes á Hugo, arzobispo de la misma iglesia. Dálo á entender así Fulberto en su epístola, y áun insinua que se ignoraba en su época que hubiesen sido escritas. Los ejemplares que habia en Rouen podian haber desaparecido efectivamente en algun incendio, ú otro acaso fortuito, poco tiempo despues de haberse recibido las primeras copias de Soissons. Pero la vida de que nos proponen dar cuenta aquí, existia algun tiempo ántes que Thierri, monje de S. Ouen, escribiese los *Anales de los arzobispos de Ouen*, es decir, ántes de 1083. Este escritor asegura que esta vida y las de S. Ouen, S. Ausberto y Gildardo se conservaban en su monasterio, y que se miraban como obras muy bien escritas, por autores de grande reputacion. Segun esta fecha de la vida de S. Roman, que se sabe por otra parte pertenecer á Fulberto, arcediano de Rouen, es más natural atribuirla al primero de los dos arcedianos del mismo nombre, llamado Sofista, que al otro por las razones cronológicas establecidas en su elogio. No hay nadie que no suscriba á esta opinion por poco uso que haga de su buen sentido. Con razon dice Thierri, historiador de los arzobispos de Rouen, que esta vida se halla muy bien escrita, si se trata del estilo que es fácil, adornado, florido, aunque un poco difuso en los rasgos de piedad de que se halla sembrada toda la composicion. El autor por lo demás se hallaba muy apartado de los tiempos del santo obispo para estar bien instruido de sus hechos; los ha suplido con palabras, adornando y embelleciendo lo poco que sabia de su historia. Dedúcese esto del órden que ha observado en su escrito y la mayor parte de los sucesos que inserta en él; como tambien, por algunas otras circunstancias, que tenia á la vista la vida del mismo Santo en verso, de que hemos dado cuenta arriba. Es sin embargo cierto que la identidad de los hechos y de las circunstancias que se hallan en ambos escritos, podia provenir muy bien de las tradiciones de la iglesia de Rouen, donde se conserva de viva voz lo que se habia leido anteriormente en sus dos leyendas, más antiguas de la que escribió nuestro arcediano. La seguridad casi positiva que da de la negligencia que habia habido en escribir la historia de este prelado, no permite juzgar de otra manera. Por otra parte, la leyenda en verso contiene muchos hechos de que no dice nada Fulberto. Tal es lo que hizo S. Roman contra los vicios de la avaricia y de la simonía. Tal es la consagracion de S. Ouen por su sucesor. Fulberto refiere tambien muchas circunstancias notables relativas á la eleccion de San Roman, de que no se habla en la obra del poeta. Se ve en la de nuestro arcediano que en su época los filósofos no alegaban otra causa del flujo y reflujo del mar, que la influencia de la luna. Nicolás Rigault es el primero, y quizá el único, que la ha impreso. Pero la epístola dedicatoria, en cuyo epígrafe se halla nombrado el autor, que falta en el manuscrito que ha copiado

este editor, ha sido causa de que mire la obra como mucho más antigua de lo que lo es en efecto. Se ha confirmado en su opinion por el modo de escribir de Fulberto, que como hombre sabio, no usa en ninguna parte de los términos de arzobispo y arzobispado, cuando habla de los tiempos de San Roman, para expresar un metropolitano y una metrópoli; porque efectivamente no se los nombraba todavía de esta manera. El P. Mabillon, por la misma causa quizá, ha tomado tambien el aserto de nuestro arcediano por la vida más antigua en prosa de S. Roman, solo la que el dean de S. Medardo de Soissons compuso la suya á últimos del siglo X. Pero habiendo publicado los PP. Martenne y Durand, como se ha dicho, la epístola de Fulberto á sus compañeros los canónigos, se han olvidado estas opiniones erróneas, y se ha devuelto la obra á su verdadero autor. La edicion que ha publicado Rigault en un volúmen en 8.°, impreso en 1609 por Rollin, Thierri y Pedro Chevalier. Hállase dedicado al canciller Brulart de Sillerí, y está muy bien acondicionada. Rigault, que ha tomado el texto de un manuscrito procedente de Inglaterra, le ha enriquecido con algunas notas, que se hallan al fin, y un largo prólogo, en que habla particularmente del famoso privilegio del bosque y casa de S. Roman, aunque ha impreso al fin del volúmen las cartas patentes del rey Luis XII que le confirman. Nómbrase así en Rouen el privilegio de libertar un criminal el dia de la festividad de la Ascension, de que goza el capítulo metropolitano. Lo cierto es que ni la vida del Santo, escrita por Fulberto, ni la leyenda en verso, que es todavía más antigua, no contiene nada que se parezca al extraordinario prodigio referido en las cartas patentes como base y origen del privilegio. Además de estos privilegios, el autor ha adornado tambien su volúmen con un compendio de la vida de S. Roman, sacado del breviario de su iglesia. Pero se han insertado en él hechos que hubieran debido omitirse, y que únicamente se han tomado del escrito de Fulberto. Por último, ha puesto un largo extracto de la historia del presidente Thou, en que este historiador da una idea ventajosa de este mismo escrito de nuestro arcediano, diciendo que no deja de ser elegante. Lo que ha dado ocasion á Thou de hablar aquí de esta vida de San Roman, es un discurso pronunciado en 1583 en presencia del Rey, sobre la reforma de la justicia por Juan de Quesle, que funda en él el referido privilegio. —2.° Tenemos una vida de S. Remigio, obispo tambien de Rouen, muerto el 19 de Enero de 771, como se manifiesta en esta misma vida, que parece otra obra de Fulberto. Si por lo demás esta opinion solo se halla apoyada en conjeturas, se va á ver que estan muy bien fundadas y que pueden mirarse como verdaderas pruebas. Es incontestable que es produccion de la pluma de un canónigo de la catedral de Rouen. Se ve en el prólogo que el autor reconoce á este Santo por patrono suyo, y que tenia á su dis-

posicion los archivos de aquella iglesia. Se representa como muy distante de la época en que vivia el Santo, y nos dice que en aquel largo espacio de tiempo se habia dejado de escribir su vida, ó si se habia escrito se habia perdido. Nuestro escritor habia hecho la de que aquí se trata, ántes que Thierri trabajase en las actas de los arzobispos de Rouen, puesto que ha usado de ella como se ha visto. Hállase confirmado esto en su mismo escrito, que concluye con la traslacion de las reliquias del Santo de la catedral de Rouen á la iglesia de S. Medardo de Soissons, sin decir una palabra de su traslacion de Soissons á Rouen, que se verificó en 1090, circunstancia que no habria olvidado ciertamente si hubiese escrito despues de esta fecha. El estilo de este escrito es el mismo que el de la vida de S. Roman, tan puro, tan florido, tan elegante. Toda la diferencia que se nota, es que es ménos difuso en la vida de S. Remigio, porque se hallaba destinado á servir al oficio nocturno, como se ve en una de las ediciones en que está dividido en nueve lecciones. Por último, el autor de esta vida, lo mismo que Fulberto en la de S. Roman, se abstiene de emplear los términos de arzobispo y arzobispado para indicar un metropolitano y una metrópoli. Trescientos años poco más ó ménos que median entre S. Remigio y su historiador, no han permitido á éste estar instruido á fondo en su historia. Lo que le ha hecho tomar el partido de limitarse á lo que ha podido saber de la tradicion, ó sacar de los documentos de su iglesia. Pero ha tenido la discrecion de limitarse á presentar los hechos sin aumentarlos más que con los adornos del discurso, acompañados de los rasgos ordinarios de su piedad. La mision del príncipe Carloman, hermano del obispo Remigio, á quien enviaron á Francia sus colegas del Monte Casino para revindicar el cuerpo del patriarca S. Benito, que es el acontecimiento en que se detiene más nuestro escritor; y debe hacerse la observacion de que no escribia este hecho histórico hasta despues de la fecha de la pretendida bula del papa Leon IX con este objeto, y que este mismo hecho se repitió poco despues en las actas de los arzobispos de Rouen. Hay dos ediciones de esta vida de S. Remigio. La primera, en que la obra se halla dividida en nueve lecciones, la ha publicado Lambecius por un manuscrito de la Biblioteca Imperial, copiado de otro de la abadía de S. Ouen. Este es sin duda el mismo que ha dado origen al escrito de los PP. Martenne y Durand, que le han publicado de nuevo por un manuscrito de la misma abadía, de más de quinientos años de antigüedad. Pero esta vida en su segunda edicion no se halla dividida de la misma manera que la otra.—3.° El P. Mabillon á continuacion de las actas de los arzobispos de Rouen ha publicado el órden y la manera de celebrar el concilio provincial y de consagrar un obispo en la misma iglesia. Esta doble recopilacion, que consiste únicamente en ritos ó ceremonias, fórmulas, profesio-

nes de fe, preguntas hechas al ordenando y en oraciones, prescrito todo para ser uniformemente observado en estas ocasiones, no ha costado mucho trabajo al que ha tomado el cuidado de dirigirlo. No se le debe ménos por esto, pues ha conseguido de esta manera conservar á la posteridad monumentos dignos de la curiosidad de los sabios, y en particular de los eclesiásticos. El editor, que los ha ilustrado con algunas palabras suyas, hace la observacion de que las ceremonias que prescriben son las mismas que se seguian entónces generalmente en toda la Iglesia de Francia en ambas ocasiones. El órden que se refiere á la celebracion del concilio, conviene en algunos puntos con los ritos prescritos en lo que se nombra el órden romano, y que Isidoro Mercator ha tomado del concilio IV de Toledo. No tenemos más que ligeros indicios para atribuir al arcediano Fulberto el cuidado de haber dirigido estas dos pequeñas colecciones. Es por lo ménos casi seguro que se hicieron en su época. Lo que se deduce del manuscrito de la catedral de Rouen, llamado Benediccional, y del que las ha tomado el P. Mabillon para publicarlas. Los documentos de que aquí se trata han sido aumentados por una mano más moderna, pero desde el arzobispado de Guillermo Bonneause ó de Juan de Bayeux, su inmediato antecesor, créese así porque se habla del Bto. Maurilio como muerto ya, y porque se dirige la palabra á los obispos de la provincia, como vivos todavía, que habian asistido al concilio celebrado por este prelado contra la herejía de Berenguer. Fulberto, como se ha dicho, era consejero del arzobispo Maurilio, y debió por este carácter tener parte en la excelente profesion de fe contra la misma herejía que se promulgó en aquel concilio. Tenia, pues, más de un motivo para interesarse en conservarla á la posteridad. Así es que se ha insertado en la primera de las dos pequeñas colecciones.—S. B.

ROUEN (Guillermo de). Nació en Normandía de una familia distinguida por su nobleza. Tuvo por padre á Radbodo, obispo despues de Seez, y era próximo pariente de Guillermo, obispo de Evreux. En su juventud se hizo recomendable por su piedad, sus buenas costumbres, su candor y un excelente carácter, que le valió el sobrenombre de buen alma. Entró muy temprano en el clero de la catedral de Rouen, donde fué educado. Su mérito le valió una canongía en la misma iglesia, y luego un arcedianato durante la administracion de Maurilio, con quien tuvo mucho crédito. Al regreso de una peregrinacion que habia hecho á Jerusalen en compañía de Gondulfo, obispo despues de Rochester, hallándose en el mar en peligro de muerte, hicieron ambos voto de tomar el hábito monástico si salian libres del peligro. Gondulfo le cumplió tan pronto como volvió á su país. Acaecia esto en 1059 como se ha visto en su historia; pero Guillermo tardó algun tiempo en hacer lo mismo. Sintiéndose, por último, con decidida vocacion de cum-

plir su voto, fué á tomar el hábito monástico en S. Estéban de Caen, de donde hacia poco que era abad el célebre Lanfranc. Pero como acababa de fundarse aquel monasterio, y no se habia establecido aún todo lo necesario para la exacta disciplina, el novicio fué enviado á Bec para formarse en la vida del claustro. Despues volvió á S. Estéban, donde el abad le nombró su prior claustral y le encargó de la direccion del noviciado. Guillermo desempeñó tan satisfactoriamente este doble empleo, que habiendo sido Lanfranc nombrado arzobispo de Cantorbery en 1070, fué elegido abad de S. Esteban en lugar suyo. Hacia cerca de nueve años que desempeñaba esta dignidad, cuando no pudiendo Juan de Bayeux, arzobispo de Rouen, desempeñar las funciones de la suya, abdicó dos meses antes de su muerte, acaecida en Setiembre de 1079. Guillermo *el Conquistador*, duque de Normandía, designó en seguida al abad de S. Esteban para ocupar su sede, y fué elegido unánimemente arzobispo de esta grande iglesia. El papa Gregorio VII se opuso en un principio á su eleccion, porque habia sabido que Guillermo era hijo de un sacerdote; pero la confirmó despues, lo que hace suponer que habia salido de un legítimo matrimonio contraido ántes del sacerdocio de su padre. Libre de este obstáculo, el prelado fué consagrado en su catedral por Gilberto, obispo de Evreux, asistido sin duda de otros obispos de la provincia. Guillermo poseia todas las cualidades requeridas para ser un gran arzobispo. Además de la experiencia que tenia ya en la direccion de las almas, estaba muy bien instruido de todas las ceremonias de la Iglesia, las amaba y tenia muy buena voz para cantar, de la que hacia uso con mucha frecuencia, complaciéndose en celebrar los oficios divinos y los santos misterios. Tambien hacia uso de sus buenas facultades para anunciar á su pueblo la palabra de Dios, tomando él mismo cuidado de instruirle. Jamás manifestó amargura ni la menor sombra de fraude ó superchería. Muy léjos de procurar hacer daño, se hallaba siempre dispuesto á obligar á los que tenian necesidad de sus servicios. Su bondad y su paciencia encantaban á todos los que se le acercaban ó vivian con él. Libre de todo sentimiento de envidia, dividia con gusto el gobierno de su diócesis con sus deanes rurales y sus arciprestes. Tenia un santo deseo de asociar á este honor á los demás buenos súbditos amigos suyos. No solo los clérigos y los monjes, sino generalmente todos sus diocesanos, tuvieron siempre en él un padre lleno de ternura y de reconocimiento. Comenzó las funciones de su pontificado por reedificar su catedral y proveerla en abundancia de todo lo que era necesario para celebrar con decencia los oficios divinos. Concluido el edificio, trasladó á él el piadoso arzobispo el cuerpo de S. Remigio, uno de sus antecesores, y trabajó despues en renovar el recinto del arzobispado, donde hizo levantar muchas casas á cual más hermosas. Tenia una especial vene-

racion hácia las reliquias de los santos, como se manifestó en otras ocasiones, en particular con respecto á las de S. Severo, obispo de Avranches, que se hallaba en la catedral de Rouen, y sobre todo con respecto á los cabellos de la santísima Vírgen que llevó de Palestina á Normandía el príncipe Bohemundo. Asistió en 1080 y desempeñó un brillante papel en la célebre asamblea de Lillebonne, que se celebró el dia de Pentecostés, y en la que se hicieron excelentes constituciones para la conservacion de la buena disciplina. Algun tiempo despues celebró la ceremonia de los funerales de la reina Matilde, duquesa de Normandía, y habiendo muerto su esposo el rey Guillermo *el Conquistador* en Rouen, en Setiembre de 1087, viéndole el tierno prelado abandonado de todos, se tomó el cuidado de hacerle trasladar á Caen, donde debia ser enterrado. Habiéndose reunido allí todos los obispos y abades de la provincia, le hizo exequias convenientes á la dignidad real. Tambien fué él quien enterró posteriormente á la duquesa Sibila, mujer de Roberto. Deseoso de dar buenos obispos á las iglesias vacantes, hallándose en este caso la de Seez en 1091, convocó Guillermo un concilio en Rouen despues de Pentecostés, en que procedió á la eleccion para esta silla. Serlon, abad de San Evron, fué elegido á este efecto y consagrado como arzobispo el 22 de Junio siguiente. A la muerte de Gilberto Manimot, obispo de Lisieux, acaecida en Agosto de 1101, habiendo sido elegido Foucher para sucederle, recibió tambien la consagracion de manos de su metropolitano en el mes de Junio del año siguiente. Pero habiendo muerto siete meses despues, esta iglesia fué presa de simoniacos por espacio de cerca de cinco años, lo que dió mucho que hacer á la solicitud pastoral del vigilante arzobispo. Para remediar el mal procuró desde luego nombrar á Guillermo, arcediano de Evreux, sugeto enteramente digno del arzobispado. Esta tentativa valió á nuestro arzobispo una bella carta gratulatoria de parte de Ivo, obispo de Chartres, que interesándose, segun se sabe, por el bien general de toda la Iglesia, le escribió despues para animarle á sostener una empresa tan laudable. El zelo del metropolitano no tuvo sin embargo otro mérito que el de la buena voluntad, su eleccion no tuvo ningun resultado; pero se consoló viendo recaer el obispado en Juan, arcediano de Seez, á quien consagró en 1107 y que fué un digno obispo. En el mes de Febrero de 1096, Guillermo habia celebrado un concilio en Rouen, en que se hicieron algunas constituciones de que se hablará despues. Las necesidades de la provincia eclesiástica le obligaron en 1108 á celebrar otro en la misma ciudad, al que asistieron todos los obispos y abades de Normandía. La asamblea duró muchos dias, pero se ignora lo que pasó en ella. A pesar de lo celoso y vigilante que era nuestro obispo, no dejó de incurrir en la pena de suspension de sus funciones, que duró por largo tiempo. No se nos refiere el

verdadero motivo. Uno de los editores de las obras de San Anselmo ha creido que procedia de que este arzobispo habia celebrado el matrimonio del rey Felipe con Bertrada. Pero sus conjeturas se hallan desmentidas por la verdad de los hechos, pues fué el obispo de Senlis quien celebró esta ceremonia. De todas maneras S. Anselmo, que continuó unido por mucho tiempo despues con el arzobispo de Rouen y Guillermo de Varelvast, obispo de Excester, que habia hecho un viaje á Roma, intercedieron con tanta eficacia cerca del papa Pascual II en favor del prelado suspenso, que el Pontífice remitió el conocimiento de esta cuestion á S. Anselmo, que se hallaba á la sazon en Normandía, casi al fin de su segundo destierro, acaeciendo este de consiguiente en 1106. Fué en su consecuencia á Rouen, y allí en una asamblea en que se arreglaron otros asuntos, levantó la suspension del arzobispo. Guillermo vivió todavía cuatro años, no habiendo muerto hasta 9 de Febrero de 1110. Era entónces de edad muy avanzada, y habia gobernado su iglesia con muy buenos resultados durante treinta y dos años. Fué inhumado en el cabildo de sus canónigos, que habia reedificado de nuevo, y donde se le puso el epitafio siguiente, que se leia en época no muy remota en la pared del lado de Oriente, y el que da una alta idea del mérito de este arzobispo.

Religio, larga manus, meditatio sancta,
Nos, GUILLERME, *tuum flere monent obitum:*
Quos pius antistes fueris, clerique benignus,
Interiora docent, exteriora probant.
Ecclesiæ lumen, decus et defensio cleri,
Circumspectus eras, promptus ad omne bonum.
Fratribus hanc ædem cum claustro composuisti,
Nec tua pauperibus janua clausa fuit.
Contulit ad victum tua munificentia fratrum
Ecclesias, decimas, rura, tributa, domos.
Exemploque suo subjectos dedocuisti
Verba pudenda loqui, turpia facta sequi.
Fine bono felix biduo ter solveris ante
Quam Pisces Solis consequeretur iter.

Entre los discípulos que formó nuestro arzobispo para el servicio de la Iglesia se ha dado á conocer ventajosamente un Guillermo, que canónigo y despues dean de la catedral de Rouen, llegó á la dignidad de obispo de Winchester. La firmeza que manifestó en negarse á que se le ordenára ilegítimamente, le hizo relegar á su primera iglesia, donde se le hicieron to-

dos los honores que merecia. Pocas son las producciones que nos restan de la pluma del arzobispo Guillermo, y no se sabe que haya dejado ningun otro escrito que mereciese pasar á la posteridad. 1.° Únicamente quedan tres cartas suyas del gran número de las que escribió en el curso de un pontificado de más de treinta años, sin hablar de las que tuvo ocasion de escribir cuando era simplemente abad, y áun anteriormente. Las que le fueron escritas en calidad de arzobispo, hacen efectivamente juzgar que escribió muchas tambien en contestacion. Cuéntanse las de los papas Urbano II y Pascual, su inmediato sucesor, seis ó siete de S. Anselmo con quien se hallaba en grande intimidad, y que menciona las que recibió suyas; por último, tres por lo ménos de Ivo de Chartres. Las tres que nos quedan de nuestro Arzobispo, y que no corresponden á ninguna de las anteriores, son muy sucintas, y estan como perdidas en algunas colecciones, lo que es un motivo para darlas á conocer. La primera en fecha se halla dirigida á Anselmo, abad de Bec, elegido arzobispo de Cantorberi á consecuencia del consentimiento que Guillermo le Roux, rey de Inglaterra, le habia pedido para sacar á S. Anselmo de su diócesis y colocarle en la silla para que le acababa de nombrar. Fué escrita por consecuencia en Marzo de 1093. El autor toma en el epígrafe, lo que es bastante raro, la calidad de Fray unida á la de arzobispo, y da á Anselmo los títulos de señor y de amigo. Como se hallaba instruido de la resistencia que hacia éste á encargarse del obispado, le manifiesta que ha hablado con frecuencia de su asunto con sus amigos comunes. Que todos, y él mismo el primero, deseaban poderle retener en Normandia, y verle sin embargo arzobispo de Cantorberi. Pero que siendo imposible aliar dos cosas tan opuestas, era preciso ceder á la voluntad divina que se acababa de manifestar. Por esta razon condena de parte de Dios y en nombre de todos sus amigos que acepte el arzobispado. Esta carta, que ha insertado Edmere en su historia, está bien escrita y dice muchas cosas en pocas palabras. Las otras dos se hallan entre las actas relativas al restablecimiento de la sede episcopal de Arras. Ambas estan dirigidas á Lamberto, nuevo obispo de esta iglesia, para recomendarle á un tal Ricardo que el autor habia ordenado sacerdote, y á un tal Gualtero, que siendo perseguido por la justicia, habia tomado el partido de retirarse á la diócesis de Arras. Estas dos cartas son muy lacónicas y se hallan concebidas en términos muy expresivos.—2.ª Es casi evidente, segun habla Orderico Vital del cuidado que tomó el arzobispo Guillermo de las exequias de Sibila, duquesa de Normandia, y de los adornos de su sepultura, y él mismo compuso el epitafio que hizo grabar en ella. La composicion que nos ha conservado el mismo Orderico es de diez versos elegíacos, que son superiores á otras muchas poesías de la misma época, ya en cuanto á los pensamientos, ya en

cuanto á la expresion y dulzura de los versos. El poeta ha conservado en verdad el genio de su siglo, que era marcar al fin de esta clase de composiciones el dia de la muerte, pero lo ha hecho de una manera ménos llana que los demás versificadores.—3.° En el concilio que convocó nuestro arzobispo en Febrero de 1096 para notificar y confirmar los reglamentos del gran concilio de Clermont del año anterior, se hicieron nuevos cánones ó decretos, que son más bien obra suya que de ninguno de los seis sufragáneos que asistieron á la asamblea con los abades y muchos señores de la provincia. Estos cánones son en número de ocho, sin contar el prefacio que se halla á su frente, y en ambos la asamblea toma el título de santo concilio. Los cuatro primeros se refieren á la famosa tregua de Dios, á que se da más extension, ya en cuanto al tiempo, los lugares ó las personas, que ninguna otra asamblea le habia dado hasta entónces. El arzobispo Guillermo tuvo tambien mucha parte en los cuarenta y siete reglamentos que se hicieron en la asamblea de Lillebonne en 1080. Pero de este punto solo podemos decir que el rey Guillermo *el Conquistador* comparte los honores con este prelado, por la razon de que siendo mista la asamblea, es decir, parlamento y concilio á la vez, este príncipe presidia á los señores legos, como el arzobispo á los obispos, abades y clérigos inferiores. Se ha dejado de trasmitirnos las cartas de otro concilio que celebró en Rouen en 1108 el arzobispo Guillermo, como se ha dicho en la historia de su vida. No sabemos más que lo que nos refiere Orderico Vital y que se ha copiado por los editores de la *Coleccion general de Concilios*. Es sensible que no se nos hayan conservado tampoco las instrucciones que dirigia á su pueblo, y de que se habla ventajosamente.—S. B.

ROUEN (Hugo de). Fué una de las lumbreras de la Iglesia en su siglo, y la gloria de la orden de S. Benito, lo mismo que su hermano Mateo, cardenal y obispo del Líbano. La Francia les sirvió de cuna, y la ciudad de Laon de escuela. En ella aprendieron ambos las bellas letras, sin duda bajo la direccion de S. Anselmo. Sin dejarse deslumbrar por la nobleza y opulencia de su familia, abrazaron el estado monástico en la abadía de Cluni. Hugo fué nombrado prior de S. Marcial de Limoges en 1113; despues lo fué de San Pancracio en Inglaterra, y luego abad de un nuevo monasterio llamado Radinge. Despues de la muerte de Godofredo, arzobispo de Rouen, acaecida en 1128, se puso en su lugar el abad Hugo; su eleccion fué aprobada por Enrique, rey de Inglaterra, y del obispo de Salisbury, en cuya diócesis estaba situado el monasterio de Radinge. Hugo fué el único que se opuso á esta eleccion. El clero de Rouen escribió al papa Honorio II, que la confirmó. Hugo no fué consagrado hasta el mes de Setiembre de 1130; tan pronto como fué instalado en la sede arzobispal de esta ciudad, le escribió S. Ber-

nardo para darle á conocer las costumbres del pueblo que iba á gobernar, y para exhortarle á ser prudente y pacífico al mismo tiempo, y moderar su zelo con la razon. Pedro de Cluni le escribió tambien otra carta para invitarle á ir á ver su comunidad, que no habia olvidado aún, dice, cuánto habia ilustrado aquella abadía con su erudicion y piedad. En 1131 asistió Hugo al concilio de Reims, donde se aprobó solemnemente la eleccion del papa Inocencio II, y fué excomulgado Pedro de Leon. Hugo presentó al Papa cartas de obediencia de parte de Enrique, rey de Inglaterra. Nombrado por Inocencio II en 1134 para examinar las diferencias entre los abades de la Chaise-Dieu y de S. Tiberi, asistió en 5 de Noviembre en Montpellier con Bernardo, arzobispo de Arles, y Arnaldo, arzobispo de Narbona, legado de la Santa Sede, y con otros muchos obispos y eclesiásticos. Los dos abades habian sido citados al concilio. Presentóse Ademar, abad de S. Tiberi, pero no compareció Esteban, abad de la Chaise-Dieu. Hugo de Rouen no dejó de hacer todas las informaciones, y despues de haber interrogado á todos los que podian tener conocimiento del hecho, dió una sentencia favorable al abad de S. Tiberi, adjudicándole la iglesia de Beran que le habia dado Berenguer, obispo de Agda, y que pretendia pertenecerle el abad de la Chaise-Dieu en virtud de una donacion hecha por el mismo obispo. El arzobispo de Rouen dió cuenta al Papa de lo que habia hecho por medio de una carta insertada en las pruebas de la nueva Historia de Languedoc, con la que Hugo escribió sobre el mismo asunto al abad de S. Tiberi, y en el apéndice del tomo VI de los Anales de S. Benito. Rogerio de Salisbury y Alejandro de Lincoln, los dos obispos más poderosos de Inglaterra, se habian hecho sospechosos al rey Estéban, á causa de las muchas fortalezas que habian hecho edificar, y este príncipe los mandó prender y se apoderó de sus castillos. La accion del Rey fué tomada de diferentes maneras. Su hermano Enrique, obispo de Winchester, la desaprobó, diciendo que estos obispos no habian podido ser despojados de sus bienes sin una sentencia eclesiástica; Hugo de Rouen tomó el partido del Rey. Tratóse este asunto en el concilio celebrado en Winchester en 9 de Agosto de 1139. El arzobispo de Rouen convino en que los obispos conservasen sus castillos si podian demostrar con los cánones su derecho á poseerlos; pero añadió, que áun suponiéndoles este derecho, debian dar como los demás señores las llaves de sus fortalezas al Rey, á causa de que los tiempos eran sospechosos; que tal era el uso de todas las demás naciones, cuando un rey hacia guerra por la seguridad comun. Los demás obispos pedian que los de Salisbury y Lincoln fueran restablecidos en la posesion de sus castillos ántes que se examinase su negocio, y se separaron en 1.° de Setiembre sin haber hecho nada. Muchos años ántes, en el de 1130, habia erigido Hugo en abadía la iglesia de

Aumale, servida anteriormente por dos canónigos, con dos condiciones: una, que el abad primero seria tomado en la comunidad de S. Luciano de Beauvais, de donde dependia Aumale; la otra que el abad hacia profesion de obediencia al arzobispo de Rouen, lo que no querian hacer la mayor parte de los abades de la diócesis. Las cartas que escribió Hugo con este motivo forman parte de la Neustria piadosa y de la nueva coleccion de los concilios de Rouen. Confirmó en 1141 los privilegios concedidos á la abadía de Bec por el arzobispo Guillermo en la época en que era abad S. Anselmo. No se reservó sobre esta abadía más que las cosas que no pueden hacerse ó administrarse sin el oficio del obispo. Orderico Vital dice que Hugo de Rouen asistió al concilio de Pisa, que fué muy útil al papa Inocencio contra Pedro de Leon, que ocupado de los negocios de la Santa Sede durante una larga morada en Italia, descuidó los de su diócesis, lo que desagradó mucho á Enrique, rey de Inglaterra, á quien pertenecia tambien la Normandía: el Papa manifestó su reconocimiento á Hugo en diferentes ocasiones. Hay una bula de este Papa dirigida á este arzobispo, en la que despues de haber elogiado su infatigable zelo en favor de la Iglesia romana y su intrepidez en sostenerla contra el antipapa Anacleto, su competidor, le concede á él y á sus sucesores en la sede arzobispal de Rouen la confirmacion de los privilegios de esta iglesia. Manifiéstale el Papa en otra carta que le envia en señal de amistad la estrella que acostumbraba á llevar, para que se la pusiese al cuello en memoria suya y por respeto á S. Pedro. A las quejas de Enrique, rey de Inglaterra, de que Hugo exigia la obediencia de todos los abades de su diócesis y que causaba otras turbaciones, le escribe Inocencio II que era preciso mitigar durante algun tiempo la severidad de los cánones con respecto á los abades, en consideracion á la proteccion que este príncipe concedia á la Iglesia, y absolver á los abades que habian incurrido en alguna censura por no haber querido prestar este homenaje. Además de rendirlos á obediencia, los obispos obligaban á los abades al bendecirlos á pagar un tributo anual, llamado de derecho sinodal, á alojarlos en sus monasterios cuando viajaban, á dejarlos celebrar misas solemnes en sus iglesias, y á reunir sínodos en ellas. Asunto que ocasionó grandes diferencias entre los obispos y abades de los siglos X, XI y XII. El Papa conocia muy bien la firmeza del arzobispo de Rouen y su zelo en llenar los deberes de su dignidad, ya con sus discursos, ya con los buenos ejemplos que daba á los pueblos, pero temia su excesiva severidad; por esta razon le suplicaba obrase en todos sus actos con dulzura y caridad, siguiendo lo prescrito por los cánones. Hugo volvió á la gracia del rey Enrique, segun se deduce de una de sus cartas al papa Inocencio II, á quien manifiesta que habiendo caido este príncipe repentinamente enfermo, le habia mandado llamar para consolarle

en el extremo en que se encontraba. Hugo pasó á su lado tres dias, le oyó en confesion, le dió todos los dias su absolucion, le administró el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, y luego la extremauncion despues que Enrique se la pidió por sí mismo: tal fué el fin de este príncipe. Hugo refiere las buenas obras que le precedieron; acaeció en 1135. Se pone el de Hugo en 10 de Noviembre de 1164. El año anterior habia inhumado solemnemente en Pontoise el cuerpo del Bto. Gualtero, que era la manera de canonizar de aquella época. Hugo gobernó la iglesia de Rouen cerca de treinta años con tanta piedad como dignidad. Fué liberal para con los pobres, protector de viudas y de huérfanos. Miéntras fué en Inglaterra abad de Radinge, se ocupó en resolver algunas cuestiones teológicas que puso en forma de diálogos, ó por preguntas y respuestas, para utilidad de los lectores. Compuso primero seis libros, que dedicó á Mateo, prior de S. Martin de los Campos en París, que le habia animado á emprender esta obra. Mateo no era aún cardenal ni obispo de Álbano. Estos diálogos fueron escritos ántes del año 1129, que es la época de la elevacion de Mateo al cardenalato, segun Ughelli; Mateo los recibió con gusto, se los comunicó á sus amigos, despues los circuló entre el público, que los recibió con grande aceptacion. Animado Hugo por esta aprobacion, corrigió su obra, procuró perfeccionarla más, ya en el fondo, ora en el estilo, y añadió un libro sétimo. En un manuscrito de Mr. Colbert se atribuye esta obra á Hugo, abad de Radinge; en otras lleva el título de *Hugo, arzobispo de Rouen*; pero debe notarse que en el manuscrito falta el libro sétimo, y que Hugo compuso los seis primeros siendo abad de Radinge en 1124: el sétimo no se escribió hasta algunos años despues, y siendo ya sin duda arzobispo de Rouen; por esta razon en otros manuscritos en que se encuentran los siete libros, es calificado Hugo de arzobispo de Rouen. El primero trata del Supremo Bien, es decir, de Dios mismo, y de las tres personas divinas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que procede de las dos primeras. Hugo encuentra estas tres personas bien designadas en el principio del ejercicio, y en otros muchos lugares del Evangelio segun San Juan; manifiesta que siendo simple la esencia de la naturaleza divina, es necesariamente una, y no es susceptible de ningun accidente; que si la razon humana no puede comprender el misterio de la Santísima Trinidad, lo sabemos por la fe, que estando fundada en la autoridad divina, es mucho más positiva que los conocimientos que adquirimos por medio de los sentidos, sujetos siempre al error. Trata despues de la Encarnacion del Verbo en los términos más ortodoxos y del pecado contra el Espíritu Santo, que dice ser el desprecio de las llaves de la Iglesia, ó del poder que ha recibido la Iglesia del Espíritu Santo, como de las otras dos personas de la Santísima Trinidad para perdonar los pecados. Pregunta en su li-

bro II ¿por qué Dios, que es la soberana caridad y que ama indiferentemente todas las cosas, castiga algunas? A lo que contesta que Dios ha dotado á la criatura razonable del libre albedrío, para que conociese y amase á su Criador; que cuando cumple este deber es recompensada con la felicidad eterna, y que cuando le olvida merece ser castigada por su ingratitud; queriéndolo así el órden de la soberana justicia, que es Dios. Hugo dice de la caridad, que es tan necesaria que todo lo que hacemos en esta vida debe ser animado por ella, pues que como Dios no hace nada más que por amor, quiere que la criatura razonable haga tambien con caridad todo lo que hace. Da una explicacion literal, alegórica y moral de los seis dias de la creacion, y del sétimo que fué el dia del reposo. Define al libre albedrío por cierto movimiento de la inteligencia razonable con poder de ejecutar lo que cree conveniente hacer. Otros decian que el libre albedrío habia sido dado al hombre para el bien como para el mal. Hugo no es de esta opinion, y cree que el libre albedrío se pierde por el pecado, y no puede ser reparado más que por la gracia, segun dijo Jesucristo: *Si el Hijo os da libertad, sereis verdaderamente libres.* Hace la aplicacion de este principio al primer hombre, que queriendo el mal ha perdido el poder de hacer bien, lo que entiende sin duda del poder cercano. Enseña que la presciencia de Dios no ha impuesto necesidad de caer á los ángeles ni al hombre, que han pecado libremente, y que aunque las cosas previstas por Dios no puedan acaecer, acaecen siempre. Explicando estas palabras del Apóstol: *Jesucristo quiere que se salven todos los hombres*, dice que es preciso entenderlas de esta manera: aquellos cuya salvacion quiere se salvan todos, pues ninguno puede salvarse si no quiere Jesucristo; de donde procede que San Pablo quiere que se pida por todos. En el libro IV trata Hugo de la caida del primer hombre, y pregunta ¿por qué Dios, que sabia que el hombre le desobedeceria, le prohibió comer del fruto del árbol de vida, y por qué permitió que fuese tentado? Responde que Dios impuso al hombre un mandato, para que supiese el hombre que habia un amo y un Señor; que si permitió Dios que fuese expuesto á la tentacion, fué por el mismo principio, es decir, para probar si el siervo queria obedecer á su dueño. Hugo no cree que el orgullo haya precedido en Adan á la tentacion, porque habia caido ántes de ser tentado: la tentacion precedió, sedujo al hombre por medio del placer, y le hizo consentir en el pecado. El libro V se refiere á la remision de los pecados, en particular del original, que es una consecuencia de el de Adan. Aunque por la gracia de la redencion nos sea perdonado en el bautismo en cuanto á la culpa, y por la misma gracia recobre nuestro libre albedrío la libertad de hacer bien, queda en nosotros la concupiscencia de la carne, que nos excita al pecado, pero cuyos movimientos no

nos son imputados cuando no consentimos en ellos; por el contrario, cuando en la revolucion de la carne contra el espíritu recurrimos á Jesucristo y lloramos la dura necesidad á que nos reduce esta rebelion, acaece por un efecto maravilloso de la gracia, que el mal se vuelve en bien por los sentimientos de humildad que nos inspira, de donde proviene que dice S. Pablo: *Si haceis morir por medio del espíritu las pasiones de la carne, vivireis.* Hugo dice, hablando de los sacramentos, que no es extraño que no sean los mismos en la ley nueva que en la antigua, habiendo Dios creido conveniente variarlos segun las diferentes circunstancias de la época; pero que la fe no ha variado jamás, no siendo posible que ninguno desde la caida del primer hombre se haya salvado sin la fe en Jesucristo: que la salvacion se dió á los niños como á los adultos en la ley antigua mediante la circuncision, y en la nueva á las personas de ambos sexos por medio del bautismo; con la diferencia de que á los niños basta con el sacramento de la fe, y que los adultos deben añadir las buenas obras. Prueba por medio de la autoridad de la sagrada Escritura, que los mártires se salvan sin haber recibido el bautismo del agua por la sangre que vierten por la fe; que los Apóstoles han sido bautizados; que el bautismo no debe repetirse aunque haya sido administrado por un indigno, porque es Dios quien da la eficacia á los sacramentos, y las malas costumbres de un ministro no son un obstáculo. Parece decir que los sacramentos conferidos por excomulgados, ó por los que estan suspensos de sus funciones, son nulos; pero su pensamiento es que se confieren ilícita aunque válidamente, y lo prueba por la conducta que la Iglesia universal ha observado con los novacianos, cuyos clérigos admitió en sus filas cuando se reunieron á la Iglesia, aunque se hallaban anatematizados. Despues de haber referido diferentes opiniones sobre el orígen del alma, establece la de la Iglesia católica, que enseña que el alma no procede de los padres por la generacion, pero que es creada por Dios en el nacimiento de cada persona. Dice que ántes de su union con la carne se halla exenta de todo pecado, pero que le contrae por su union con la carne, que ha sido corrompida por Adan, y de esta suerte explica la trasmision del pecado original. En cuanto al sacramento del altar quiere que se recurra á la fe de la Iglesia católica y apostólica, que nos enseña que por la eficacia de la palabra omnipotente, la sustancia del pan y del vino se cambia en cuerpo y sangre de Jesucristo, por el poder del mismo Verbo por quien han salido todas las cosas de la nada. Jesucristo ha operado el cambio del pan y del vino en la sustancia de su cuerpo y de su sangre, pero siendo este cambio superior á las luces de la razon humana, se pretenderia inútilmente demostrarle con razonamientos humanos; se debe creer y no probar. Lo mismo sucede con los demás sacramentos. Con respecto á los sa-

crificios y oraciones que ofrece la Iglesia por los difuntos, enseña Hugo que no tienen por objeto la remision de algunos pecados en la otra vida, sino la pena debida á los pecados por que no se ha satisfecho en esta vida, y que solo recibirán socorro de las oraciones de la Iglesia aquellos que han estado en su sumision ántes de su muerte. Dice que se da el nombre de *viático* á la Eucaristía, porque nos sostiene en el viaje que hacemos para llegar á la verdadera patria. Entre las disposiciones que exige para acercarse dignamente á la sagrada Eucaristía pone la fe, que nos hace creer interiormente que el pan y el vino que aparecen exteriormente á nuestros ojos son el cuerpo y la sangre de Jesucristo: las buenas obras, la correccion de las costumbres y la satisfaccion impuesta por los pecados pasados. El libro VI se emplea principalmente en realzar las órdenes monásticas. Hugo mira la profesion como un nuevo bautismo, y dice que lo mismo que se despoja uno de la vetustez de los pecados en el bautismo, para revestirse de la novedad, que es Jesucristo, es decir, de la inocencia: lo mismo por la bendicion monástica, abandonando el hombre viejo se reviste uno del nuevo, figurado por el hábito de la religion. Añade, que á causa del mérito de su vida, deben predicar al pueblo el reino de Dios, llamar á los pecadores, recibir á los penitentes, atarlos, desatarlos, servir asíduamente al altar y vivir de oblaciones y de diezmos. Reconoce que son del clero, y que viviendo canónicamente, es decir, regularmente, se puede llamarlos clérigos, y canónigos si no tuviesen que vivir en el silencio y en el retiro. El libro VII se halla precedido de una carta de Hugo á Mateo, prior de S. Martin y obispo despues de Albano, en que se explica sobre lo que habia dicho en los anteriores con respecto á los Padres depuestos ó excomulgados, y algunos de los cuales se habian ofendido, creyendo que los miraba como incapaces de la administracion de los sacramentos, en que su opinion fuese solo que los conferian ilícitamente. Trata en este libro de la Santísima Trinidad, de tres personas en Dios en una unidad de naturaleza; demuestra su existencia por los testimonios de la sagrada Escritura, y la hace creible con diferentes ejemplos tomados de las cosas creadas, en particular de los cinco sentidos del hombre. Cuando miramos algo, nuestra alma, que está en el interior, ve en el exterior por medio del ojo, sucediendo lo mismo con los demás sentidos por medio del alma. El P. Martenne ha unido á los siete libros de los diálogos un fragmento bastante extenso de los Comentarios de Hugo sobre la obra de los seis dias de la creacion. Habia dedicado estos comentarios á Hugo, obispo de Lisieux, á quien llama su querido hijo. Aunque Moisés se haya explicado de una manera muy clara en la descripcion de los orígenes de todas las cosas, lo que dice es, sin embargo, susceptible de otros sentidos más profundos, siendo este sentido el que Hugo se propone desarrollar, dice claramente

que se debe reconocer á Moisés por autor del *Génesis*. Su comentario sobre esta parte de la Sagrada Escritura se halla entre los manuscritos de la abadía de Claraval, dividido en tres libros: no se ha publicado todavía. Se debe al P. Martenne el conocimiento de otras dos obras de Hugo de Rouen, una que compuso siendo de edad avanzada, intitulada: *De la Memoria*; otra *sobre el Símbolo de los Apóstoles y la Oracion dominical*. El tratado de la Memoria comprende tres libros. Hugo se le dirigió á Felipe, uno de sus amigos, que se consagraba principalmente al estudio de la Sagrada Escritura. Hugo hace en pocas palabras el elogio de la memoria; pero se extiende en cosas que no debia haberlo hecho, como el conocimiento de los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion, que son objeto de nuestra fe. Hugo explica estos misterios en el libro I. Trata en el II de la penitencia de David, de la impenitencia de Judas, del pecado y de la penitencia de S. Pedro, de su primacía en el colegio de los Apóstoles y la de sus sucesores en toda la Iglesia católica á que enseñan y gobiernan. Dice que nunca ha faltado la gracia más que á los que no han querido ni abandonar el pecado, ni hacer penitencia; que lo que hemos perdido por el pecado de Adan lo recobramos por la fe, en particular por el bautismo, donde renacen y se purifican el cuerpo y el alma. El libro III comienza, como los dos anteriores, por un corto elogio de la memoria: continuando despues Hugo en tratar de las materias teológicas, manifiesta que Dios no es el autor de los males, que no proceden de él, que no se hallan en él; que los ángeles y el hombre deben y pueden unirse á Dios, á cuya imágen habian sido creados: amarle, hacerse superiores á su naturaleza siendo mejores, vivir felices y perseverar en el bien; pero que habiendo abusado de la libertad de su libre albedrío, caen en una infinidad de males, de los que no puede ser libre el hombre sino por la sangre de Jesucristo. Todos estos misterios, todos estos beneficios de Dios no deben borrarse de nuestra memoria, siendo otros tantos objetos de alegría cuando nos los presenta. En su explicacion del símbolo, dirigida al arcediano Egidio, dice sobre el artículo de la Encarnacion del Hijo de Dios, que ha tomado la naturaleza humana y no la persona, de donde procede que en Jesucristo no hay más que una persona, hallándose las dos naturalezas reunidas en él en una sola persona, sin mezcla ni confusion de estas dos naturalezas: que su alma fué separada de su cuerpo cuando espiró en la cruz, pero que la persona de Dios y del hombre no fué separada, ni del alma ni del cuerpo en aquel momento. En el artículo del Espíritu Santo enseña que no hay más que un solo Dios con el Padre y el Hijo, y que procede esencialmente de ambos de toda la eternidad, no teniendo principio las tres personas de la Santísima Trinidad, como tampoco tienen fin. Observa en cuanto á la oracion dominical, que se hacia recitar en alta voz á

los bautizados: que el pan que comemos diariamente se consume, pero que el pan vivo celestial y sobresustancial que comemos tambien todos los dias, es decir, la sagrada Eucaristía, no se consume, que queda entera y viva; que áun cuando los que se alimentan con él le coman entero no se disminuye, pero que para comerle es preciso tener el espíritu de fuerza para impedir que el demonio nos le arrebate. Hugo cita el libro sétimo de los diálogos, que habia dedicado á Mateo, obispo de Albano. A continuacion de la explicacion de la oracion dominical se ha puesto la carta de Enrique, rey de Inglaterra, de que se ha hablado arriba. El P. Martenne, que la ha publicado, siente la pérdida de la que escribió Hugo á Thierri, obispo de Amiens, con motivo de la construccion de la iglesia de S. Martin de Chartres, que menciona Roberto du Mont en su crónica, año 1144. La carta que cree perdida el P. Martenne, no parece la misma que se publicó en 1177 en la coleccion de los concilios de Rouen, que se ha reimpreso en 1739 en el tomo sexto de los *Anales de la Orden de S. Benito*, que se encuentra en el apéndice de las obras de Guiberto de Nogent y en la última página del tomo XXII de la *Biblioteca de los Santos Padres* de la edicion de Dijon en 1677; se ve en esta carta que se habia formado una sociedad de fieles en la Normandía, cuyo objeto era servir en los trabajos en la construccion de las iglesias. Llevaban piedras y las demás cargas, y cuando era necesario arrastraban tambien los carros en lugar de caballos, lo que hacian con mucha humildad y silencio; tenian un jefe, de quien dependian en todo, no siendo nadie admitido en aquella especie de Congregacion sino despues de haberse confesado y reconciliado con sus enemigos. Si habia que salir de la diócesis, obtenian el permiso del obispo, que les prohibia entrar en casa de excomulgados. El arzobispo de Rouen asegura al obispo de Amiens, que se hacian de tiempo en tiempo grandes milagros en las iglesias de su dependencia, con motivo de esta Congregacion; que volvian sanos los que habian partido enfermos é inválidos. El P. Martenne ha publicado otras dos cartas de Hugo, una en que da aviso al clero y al pueblo de Rouen, de que el conde Guido, que habia asolado esta ciudad á mano armada y la iglesia adyacente fundada en otro tiempo por Bernardo, arzobispo de Viena y dependiente de la Santa Sede, habia manifestado á los obispos reunidos en aquellos lugares el arrepentimiento de su sacrilegio, y que queria dar satisfaccion para ser absuelto. Estos obispos eran Esteban, arzobispo de Viena, Humberto de Pui, Eustaquio de Valence, Goceran de Viviers, Agrard de Maurienne, Pouce de Trois-Chateaux y Juan de Bonneval. Hugo presidió esta asamblea con legado de la Santa Sede. Su carta fué escrita hácia el año 1132, la otra es del año 1130 y está dirigida á Suger, abad de S. Dionisio, al que concede lo que le habia pedido para la iglesia de Mont-Gison hasta que celebren juntos

una conferencia sobre este asunto. Manifiesta á este abad el agravio que hacia el rey á la iglesia de Rouen, reteniendo el feudo de Gisors, que dependia de ella, y le suplica advierta á este príncipe el peligro en que se hallaba de incurrir en la excomunion y anatema que pronuncia esta iglesia todos los domingos contra los usurpadores de sus bienes. En una tercera carta, inserta en el apéndice de las obras de Guiberto de Nogent y al fin del tomo XXII de la *Biblioteca de los Santos Padres de Lion*, escribió Hugo á Alfonso, conde de Tolosa, que segun sus deseos iria á Valence el 7 de Marzo de 1143 para absolverle de la excomunion en que habia incurrido y reconciliarle con la Iglesia, á que habia prometido satisfacer. Parece que cumplió su promesa, puesto que fué absuelto el dia designado. Debemos á Hugo, arzobispo de Rouen, la vida de S. Adjutor, á quien habia conocido particularmente. Nacido en la Perche, en la ciudad de Vernon, de Juan, señor temporal de aquel lugar, y de Rosimunda de Blarn, ilustres ambos por su nobleza y la santidad de su vida, hizo la suya notable por sus asiduos ayunos, vigilias, oraciones y otras prácticas de virtud. Hallándose en edad de llevar las armas, partió para la cruzada con cerca de doscientos hombres armados. Pasando por el territorio de Antioquía, cayeron en una emboscada de mil quinientos ismaelitas: viéndose cercados por todas partes, comenzaron á desesperar de su vida; solo Adjutor permaneció tranquilo. Se prosternó en tierra segun su costumbre, dirige una oracion á Dios, promete á la bienaventurada María Magdalena, en caso de victoria sobre sus enemigos, hacer construir en Tiron una capilla en honor suyo, y dar su casa de Mont con todas sus dependencias á este monasterio; se lanza contra los ismaelitas, los pone en fuga y mata más de mil sin perder por su parte ni un solo hombre. Libre de este peligro, da gracias á Dios y á Santa María Magdalena; pero despues de diez y siete años de servicio en la expedicion de Tierra Santa fué hecho prisionero por los sarracenos, puesto en prision y cargado de cadenas. Queriendo estos bárbaros obligarle á renunciar la fe de Jesucristo, se encomendó á Dios, á la Santísima Virgen, á Sta. María Magdalena y al bienaventurado Bernardo, fundador de Tiron. Sus oraciones fueron escuchadas, rotas sus cadenas, y viendose en libertad volvió á Francia; cumplió en seguida su voto, tomó el habito monástico en Tiron y puso todos sus bienes en manos del abad Guillermo para que los distribuyese á su voluntad. El arzobispo de Rouen consagró por sí mismo la capilla á Santa María Magdalena, y los tres altares en ella erigidos. La vida que hizo Adjutor en este monasterio fué tan santa y admirable, que la ilustró el Señor con un gran número de milagros. S. Adjutor murió en el mes de Abril de 1153, su vida se encuentra en el tomo V de las *Anécdotas del P. Martenne*, á continuacion de los siete diálogos de Hugo, arzobispo de Rouen. Hácia el año 1147 y algun tiempo án-

tes de la muerte de Alberico, obispo de Ostia, compuso Hugo á instancia suya tres libros contra las herejías de su siglo. El mismo nos refiere lo que dió motivo á la composicion de esta obra en la epístola dedicatoria dirigida á Alberico. Este obispo habia sido enviado á Inglaterra en calidad de legado á Siria y despues á Tolosa, para combatir al hereje Enrique, discípulo de Pedro de Fruis. Hallándose en Nantes predicó contra otros herejes, pero ni ellos ni su jefe quisieron presentarse por el temor de ser convencidos; por esta razon animó al obispo de Rouen, que le acompañaba en este viaje, á combatirlos por escrito, lo que hizo en una obra dividida en tres libros é impresa á continuacion de la de Guiberto de Nogent en la edicion del P. Lucas d'Acheri, Paris 1661, y en el tomo XXII de la *Biblioteca de los Santos Padres de Lyon*. Parece que estos herejes eran discípulos de un caballero breton llamado Eon de l'Etoile, que decia ser el Hijo de Dios y el juez de los vivos y de los muertos, por la alusion de su nombre á la palabra latina *eum* en esta conclusion de los exorcismos: *per eum qui judicaturus est.* Este hereje fué condenado en el concilio de Reims de 1148 y puesto en una estrecha prision por órden del abad Suger, ministro á la sazon del reino, donde murió. Entregados sus discípulos al brazo seglar, prefirieron morir en el fuego á renunciar á sus errores. Antes de refutarlos, estableció Hugo por la autoridad de las divinas Escrituras la fe de la Iglesia sobre la unidad de un solo Dios en tres personas; sobre la Encarnacion del Verbo en el seno de la Vírgen Santísima y la union de las dos naturalezas, la divina y humana, en una sola persona; sobre la divinidad de Jesucristo y la redencion del género humano por la muerte que sufrió por nosotros; sobre su union con la Iglesia, que es su esposa. Enseña que es verdadero cristiano quien habiendo sido regenerado en el agua del Espíritu Santo recibe despues por la imposicion de las manos del Obispo el sacramento de la confirmacion, y luego el cuerpo y sangre de Jesucristo, que entónces se administraban todavía al mismo tiempo; que solo en la Iglesia son eficaces los sacramentos, la remision de los pecados, la gracia de los dones celestiales, la comunion de los santos, la resurreccion y la vida de los bienaventurados; que como es el Espíritu Santo quien ha inspirado la sana doctrina, la herejía y la mentira tienen por autor al demonio. La que reinaba en tiempo de Hugo de Rouen atacaba el bautismo de los niños, so pretexto de que es preciso creer ántes de recibir el bautismo, y que los niños no se hallan en estado ni de creer ni de ser enseñados. Demuestra el Arzobispo que estas palabras del Evangelio: *El que crea y sea bautizado será salvo*, no se entendian más que de los adultos, que en efecto deben dar su nombre para ser bautizados y hacer profesion de fe; que siendo general el precepto del bautismo, se refiere á los niños lo mismo que á los adultos, con la diferen-

cia de que á los niños basta la gracia santificante en el bautismo, y que á los adultos son necesarias las buenas obras; que conforme se daba á los niños el sacramento de la circuncision en la antigua ley, se les da hoy el bautismo para borrar el pecado original, y que contrayendo sin saberlo este pecado, que han recibido de Adan, reciben tambien de Jesucristo, por medio de los sacramentos, una gracia que no conocen. Los herejes objetaban que Jesucristo tenia treinta años cuando recibió el bautismo. Hugo contesta que si la conducta de Jesucristo en este punto hiciera ley, seria preciso negar el bautismo no solo á los niños, sino tambien á todos los que no tuviesen treinta años; que hay esta diferencia entre el bautismo de Jesucristo y el nuestro; que en vez de recibir la santificacion del bautismo, es Él quien ha dado á este sacramento la virtud de santificar á los que le reciban; que por esto se negaba S. Juan á bautizarle, diciéndole: *Yo soy quien tiene necesidad de ser bautizado por vos, y vos venís á mí?* Habia algunos que admitiendo la necesidad del bautismo, desechaban como inútil el sacramento de la confirmacion, diciendo: En el Antiguo Testamento se justificaba uno por solo la ley; en el Nuevo la fe unida al bautismo procura la salvacion; ¿es necesaria la imposicion de las manos del Obispo? La respuesta del Arzobispo es, que en la administracion del sacramento de la confirmacion, la Iglesia sigue el ejemplo de Jesucristo, que despues que sus discípulos hubieron sido santificados por el bautismo, les envió el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego; que los obispos hacen lo mismo con respecto á los bautizados, imponiéndoles las manos, pidiendo por ellos, haciéndoles la señal de la cruz y ungiéndoles con el santo crisma, á fin de hacer descender sobre ellos los siete dones del Espíritu Santo; que solo los obispos tienen derecho de conferir este sacramento, como se deduce de diferentes lugares de los Actos de los Apóstoles; que no se ha dado á los bautizados para santificarlos, sino para fortificarlos contra los deseos de la carne, los placeres del mundo y las tentaciones del demonio. Prueba Hugo que no es permitido á ningun cristiano abstenerse de la comunion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; que por la participacion de un misterio tan grande se opera entre Jesucristo y nosotros una union inefable; que con las palabras de la institucion consagra el sacerdote en el altar el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo; que el mismo cuerpo que está sentado á la diestra del Padre, se halla todo entero en la mano del sacerdote, en la boca del que le recibe, uno en muchos, el mismo en las diferentes personas que le comulgan, sin que sufra ni alteracion ni disminucion; que es útil á los vivos para la remision de sus pecados, á los que van á morir para la expiacion de las penas; que sirve á unos y á otros de alimento para la vida eterna. El cuarto sacramento cuya defensa toma Hugo contra los herejes es el del Orden. Recor-

re todos sus grados, en número de siete. Los obispos obran en todo el universo en nombre de Jesucristo, ocupados principalmente en edificar la casa del Señor. Sucesores de los Apóstoles tienen, como ellos, el poder de dar el Espíritu Santo por medio de la imposicion de las manos, con exclusion de los demás ministros de la Iglesia; ellos son tambien los que consagran los sacerdotes, los que reciben por su consagracion el poder de consagrar el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, y de hacer en el altar lo mismo que Jesucristo hizo en la cena pascual; por esta razon las manos consagradas para formar en el altar el cuerpo y la sangre del Salvador, son las mismas manos de Jesucristo, por cuyo medio se ofrece el Hijo al Padre. Los diáconos, que se pueden llamar los ojos de los obispos y de los sacerdotes, los sirven en el altar y en la consagracion de este sacramento; le reciben de sus manos, ya para alimentarse ellos mismos, ó para distribuirle al pueblo; estan encargados además de la dispensacion de los bienes de la Iglesia bajo las órdenes del Obispo, de reprimir á los que turban á los predicadores del Evangelio en sus funciones, de dar á conocer al Obispo las cosas interesantes para su diócesis y de cantar el Evangelio en la Misa. Hugo se extiende sobre los deberes de todos los demás ministros inferiores; manifestando en cuanto á los subdiáconos que el Obispo no los puso en la mano el cáliz en la consagracion, más que porque han prometido guardar castidad. Repite hablando segunda vez de los sacerdotes, lo que habia dicho sobre la presencia real de la Eucaristía, y añade: Jesucristo ha enseñado á sus discípulos lo relativo al sacramento de su cuerpo y de su sangre, y á todos los demás sacramentos. Los discípulos han enseñado á los suyos lo que habian aprendido del Señor, con órden de trasmitirlo todo á la posteridad para que se observe en la misma forma. Dice que la corona clerical, que es un memorial de la libertad cristiana, trae su orígen de los apóstoles, y que fué establecida por su autoridad en todas las iglesias del mundo; que todos los que la llevan tienen el nombre de clérigos; que hay tres clases de clérigos, dos de las cuales, á saber, los canónigos regulares y los monjes cenobitas, viven en comun despues de haber renunciado á la propiedad de sus bienes; la tercera comprende los que se dividen segun sus prebendas, y con el nombre de canónigos cantan juntos las alabanzas del Señor. Hugo no desaprueba las segundas nupcias, pero no encuentra más que en las primeras el sacramento de la union perpétua de Jesucristo con su Iglesia. Quiere que se repasen por la autoridad de la Santa Sede los que se han casado dentro del sétimo grado de consanguinidad ó afinidad, y que se prive de la comunion de la Iglesia á los que despues de haber hecho públicamente y en presencia de la Iglesia voto de castidad, se hayan atrevido á casarse. El último punto que trata es de la Iglesia católica, que dice ser una, aunque compuesta de mu-

chos pueblos. Quien no reconozca esta unidad ó la abandone por apostasía, ha perdido todos los bienes si no vuelve á la unidad de la Iglesia. Los Padres Pagi y Oudin atribuyen á Hugo de Rouen tres libros de los Oficios y de los ministros de la Iglesia; pero diciendo que se han impreso á continuacion de las obras de Guiberto de Nogent, es evidente que se han engañado por inadvertencia, habiendo dado á los tres libros contra los herejes, que se hallaban en efecto en las obras de Guiberto, el título de *Libros de los Oficios y ministros de la Iglesia*. El estilo de Hugo de Rouen es claro, preciso, fácil y á propósito para los asuntos que trata. Buen teólogo, vierte grande claridad sobre las verdades de la religion; resuelve las dificultades de una manera que no se resienten de la aridez de la teología escolástica que comenzaba en su siglo á estar tan en boga. Sus respuestas y sus decisiones se hallan siempre apoyadas en la autoridad de la Sagrada Escritura y de la tradicion, segun el método de los antiguos. — S. B.

ROUEN (Juan de). Una de las lumbreras de la iglesia de Normandía en su época, reunia á un elevado nacimiento un saber poco comun. Era hijo de Raoul, conde de Bayeux y de Eremberga, y tenia por tio á Ricardo I, duque de Normandía, y por hermano á Hugo, obispo de Bayeux. En su juventud se halla una cosa que era en extremo rara en aquellos siglos de ignorancia. Aunque no fuese ni clérigo ni monje, se consagró con tanto cuidado al arreglo de sus costumbres y al estudio de las letras, que su buena conducta y su saber le hicieron objeto de admiracion para todo el clero. Apénas le hubieron conocido los obispos, cuando desearon con ardor tenerle por colega. Los deseos de los obispos, y su mérito personal, indujeron al duque Guillermo *el Bastardo*, que procuraba proveer de buenos pastores á las iglesias de sus estados, á darle el obispado de Avranches, que habia quedado vacante en 1061. De manera que no entró en la promocion de Juan á las dignidades eclesiásticas ningun motivo de ambicion de su parte, ni ninguna mira humana por los que á ellas le elevaron. Gobernó su diócesis con mucho fruto por espacio de siete años y tres meses. Sus cuidados se extendieron por toda la provincia eclesiástica, viendo con dolor que se habia relajado la disciplina, en particular en lo respectivo á las ceremonias y ritos del oficio divino, por lo que emprendió, con la aprobacion de su metropolitano el beato Maurilio, redactar un ceremonial para arreglarlo todo en lo futuro de una manera uniforme. A la muerte del arzobispo Maurilio, el abad Lanfranc, á quien habia elegido la iglesia de Rouen por sucesor suyo, insistiendo constantemente en rehusar esta dignidad, empleó toda su influencia para hacer nombrar al obispo de Avranches. Este designio agradó á Guillermo, rey ya de Inglaterra, y envió á Roma á Lanfranc para hacer aprobar la proyectada traslacion. Lanfranc hizo el viaje y trajo á su regreso las

cartas de confirmacion con el *pallium* para el arzobispo nombrado. Habiéndose reunido en seguida los obispos sufragáneos de la provincia y los canónigos de la iglesia metropolitana, le eligieron por unanimidad para ocupar la sede vacante, donde fué solemnemente entronizado. La crónica de Rouen, uniendo este acontecimiento á la muerte del beato Maurilio, le coloca en el año 1067, que es la verdadera época de esta muerte. Pero las circunstancias de la entronizacion de Juan hacen juzgar que no se verificó tan pronto. Empleóse sin duda algun tiempo para procurar vencer la resistencia de Lanfranc, que el pueblo y el clero de Rouen deseaban con ardor tener por obispo. Lanfranc empleó tambien otro espacio de tiempo, y quizá muy considerable, para hacer el viaje de Roma, de que acaba de hablarse. Por cuya razon la crónica de Fecamp no pone el principio del episcopado de Juan en calidad de arzobispo hasta el año 1068. Es verdad que pone en el mismo año la muerte de su antecesor. Pero se engaña en este punto, aunque puede decir verdad en el otro. La de S. Esteban de Caen menciona el principio del episcopado el año siguiente 1069, en lo que ha sido seguida por algunos sabios modernos. Epoca por otra parte que parece apoyada en la manera con que se cuentan los años del gobierno de nuestro Arzobispo. Elevado á la sede metropolitana, Juan se armó de un nuevo vigor episcopal contra los vicios y los errores que reinaban en toda la extension de su provincia. Celebró con este objeto muchos concilios para procurar restablecer las buenas costumbres y la antigua disciplina eclesiástica. Despues se referirán los excelentes reglamentos que publicó con este propósito, los que han dado ocasion á los dos versos siguientes de un poeta que se propuso caracterizar á todos los arzobispos de la misma iglesia hasta principios del siglo XII.

Pervigil Antistes in eadem sede Johannes.
Legis Apostolicæ studuit documenta tenere.

Su amor al bien se manifestaba de muchas maneras, tanto en su conducta como en sus discursos. Declaró en particular una guerra irreconciliable á la incontinencia de los clérigos, y fué en esta materia otro Fineas, segun la expresion de uno de sus biógrafos. Viendo que los demás medios que habia empleado ya para hacerlos abandonar á sus concubinas eran inútiles, creyó debia imponer la pena de excomunion, y la pronunció en pleno concilio contra los relapsos. Pero experimentó en esta ocasion los efectos de una pasion que se recrudece con los remedios que quieren imponerla. Los clérigos culpables, sin respeto á la asamblea ni á la persona sagrada de su Arzobispo, quisieron apedrearle, y el prelado no evitó la muerte más que

con la fuga. Habiendo formado en 1075 el designio el rey Guillermo, de consagrar á Dios á su hija mayor Cecilia, quiso que nuestro Arzobispo asistiese á la ceremonia. Federico Vital y la crónica de S. Esteban mencionan este acontecimiento como acaecido en Fecam en las fiestas de Pascua. Pero se engañan en cuanto al lugar, segun aparece de un diploma de este príncipe, que supone que se verificó en Caen. En 1077, dos años despues, asistió Juan con Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, Tomás de Yorck y otros muchos prelados á la dedicacion de la iglesia de S. Esteban en Caen, á que se hallaron presentes el rey Guillermo y su esposa la reina Matilde. Habiendo muerto en el mismo año Hugo, obispo de Lisieux, hubo una diferencia entre los canónigos de su catedral y las religiosas que habia fundado, sobre quién poseeria sus restos mortales. El rey, á quien se habia tomado por juez, pronunció en favor de estas y llamó á nuestro Arzobispo, ordenando celebrar los funerales de su difunto hermano. Pero el prelado se negó con altivez, lo que era en él muy ordinario, y por un motivo que no le es honroso. Los mejores cuadros tienen sombras, y los hombres debilidades. Juan habia ya dado muestra de su ligereza y de su genio altivo en una de las solemnidades de S. Ouen, en la iglesia de este nombre en Rouen. Este suceso, que tuvo tristes consecuencias, acaeció el año 1073, y se refiere en el escrito de un autor de aquella época, de que se hablará en su lugar. Al cabo de tres años nuestro Arzobispo fué atacado de una parálisis incompleta que no le impidió del todo desempeñar las funciones episcopales; pero quedó privado por completo de este consuelo dos años ántes de su muerte, por una fatal caida que le quitó el uso de la palabra. Volviendo de ver al rey con la ocasion que se ha manifestado, cayó de su mula, que era entónces la cabalgadura propia de los obispos. Viéndole reducido á tan triste estado, le aconsejaron todos renunciase su cargo, y el mismo rey se creyó obligado á mandárselo. Hízolo por último cerca de dos meses ántes de su muerte, y se retiró á S. Filiberto, su casa de campo, donde terminó sus dias. Su cuerpo fué trasladado á la catedral, y enterrado con solemnidad en el baptisterio de la parte del Norte, en una tumba de piedra blanca en que se grabó el siguiente epitafio:

Metropolitana tuus jacet hìc, Urbs Rotomagensis,
Culmine de summo quo moriente suis.
Ecclesiæ minuuntur opes, sacer ordo tepescit,
Provida relligio quem sua constituit.
Hic neglecta diu Canonum decreta reformans,
Instituit castè vivere Presbyteros.
Dona Dei sub eo venalia nulla fuere,

Hinc et opes largas contulit Ecclesiæ.
Lingua diserta, genus, sapientia, sobria vita,
Huic fuit, exiguus quem tegit iste lapis.
Nona dies Septembris erat, cum carne JOHANNES
Expoliatus abit, sit tibi vera quies. Amen.

Segun los dos últimos versos, el arzobispo Juan murió el 9 de Setiembre, dia que habrá tomado el autor del epitafio por el que fué enterrado, segun otro escritor de la misma época. Así puede suponerse la muerte el 7 ú 8 del mismo mes, puesto que habiendo muerto en el campo, se necesitaba algun tiempo para disponer lo que era necesario á su traslacion á la capital. En cuanto al año todos los historiadores convienen que fué en 1079. Pero no convienen igualmente en los años de su administracion episcopal. Orderico Vital no la da en un lugar más que ocho años, porque sin duda no cuenta los dos últimos, durante los cuales no pudo gobernar por sí mismo á causa de estar privado del uso de la palabra. En otro lugar dice que Juan ocupó diez años la silla de Rouen, término que unido á la anterior explicacion, como acaba de verse, supone que nuestro Arzobispo no fué colocado en esta silla hasta 1069. El historiador de los arzobispos de la misma iglesia, que escribia entónces, dice por el contrario que Juan murió el año duodécimo de su pontificado. Pero es que traslada el principio al año en que fué nombrado arzobispo, lo que acaeció uno ó dos ántes de su consagracion. El padre Mabillon, que supone que se verificó en 1068, dice que Juan gobernó once años la iglesia de Rouen. Tuvo por sucesor dos meses ántes de su muerte á Guillermo, abad de S. Esteban de Caen, que ocupó dignamente su puesto. Aunque el arzobispo Juan no carecia de defectos, los que no se han ocultado, poseia tambien cualidades eminentes: á las que se han dado ya á conocer reunia una superioridad de genio, una grande inteligencia en los negocios civiles, lo que le hacia un hombre de notable consejo. En su consecuencia, se alegraba el rey Guillermo de tenerle cerca de su persona para aprovecharse de sus luces. Los que han hablado de este prelado despues de su muerte, lo han hecho de una manera muy honrosa para su memoria. Tales son, entre otros, Guillermo de Poitiers, Guillermo de Jumieges, el autor de la vida de San Gualtero de Pontoise, Orderico Vital y el historiador de los arzobispos de Rouen. Este último, es verdad, refiere con un poco de fuerza sus defectos, pero no deja por lo demás de hacer justicia á lo que en él hay de laudable; Juan, á pesar de la distancia de los lugares, tenia una estrecha amistad con Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, de quien existen cinco cartas que atestiguan estas relaciones. Vénse en ellas pruebas edificantes de la modestia y de la humildad de nuestro pre-

lado, que iba tan léjos á buscar solucion á sus dudas y á sus dificultades, al mismo tiempo que testimonios efectivos de la estimacion y del respeto que le tenia Lanfranc. Ningun bibliógrafo ha hecho entrar hasta aquí á este Arzobispo en el catálogo de los escritores. Omision que no puede atribuirse más que á una negligencia bien marcada de su parte, puesto que hay muchos escritos suyos impresos. Esta misma omision nos ha obligado á extendernos un poco sobre la historia de su persona, para darle á conocer bajo todos los rasgos que le caracterizan. Sus escritos merecen tambien ser conocidos. 1.° El más notable, que se ha impreso diferentes veces, lleva en algunos manuscritos títulos muy opuestos. En el de Tomás Radley se intitula: *Enchiridion, sive consuetudinarium; Manual ó libro de costumbres para uso de la iglesia de Rouen.* Título impropio y demasiado general, que está mucho mejor expresado en el manuscrito de la biblioteca de Dijon con estas palabras: *Liber de diversis consuetudinibus Ecclesiarum in oficiis divinis.* Pero lo más extraño es que el autor de la obra se intitula Guillermo en lugar de Juan. Lo que no puede atribuirse más que á inadvertencia del primer copista, y el P. Mabillon, que vió este manuscrito, lo creyó así. Pues está probado que su autor se llamaba Juan, y no se encuentra ningun ejemplo de que llevase juntos los dos nombres de Juan y de Guillermo. El manuscrito de la abadía Savense, que sirvió para la impresion de la primera obra, la anuncia bajo el sencillo título: *Tratado de los Oficios eclesiásticos.* Se ha tenido, sin embargo, el cuidado de advertir que Juan, que es su verdadero autor, era entónces obispo de Avranches, y que fué despues arzobispo de Rouen. Juan la dedicó á Maurilio, su inmediato antecesor en esta sede, y la somete á su censura por completo. Da tambien á entender que ha trabajado de concierto con este prelado, que era uno de los más sabios de su siglo. Viniendo despues á dar cuenta de que ha bebido en los Santos Padres y recogido los diferentes usos y costumbres de las iglesias en lo que concierne al oficio divino, y que habiendo aumentado las explicaciones místicas, ha formado una obra nueva. Tal es el fondo del tratado de nuestro Arzobispo, que contiene 87 páginas en el impreso; hállanse en él muchas antigüedades dignas de aprecio, y el autor decide la manera, el órden y el tiempo en que se debe celebrar el oficio divino, tanto en los domingos como en las grandes solemnidades y demás fiestas del año que se llaman propias del tiempo. Fija el número de los salmos para cada una de las horas canónicas, y desciende con grandes detalles á todas las ceremonias de la misa y de las demás partes del servicio divino. Las explicaciones que hace del oficio eclesiástico en general y de las ceremonias que se observan en particular no son siempre enteramente exactas ni sólidas. Pero pueden contribuir mucho á fijar la atencion de los eclesiásticos y á aumentar su piedad; lo que

parece que ha sido la mira principal del autor. Este tratado es muy interesante, en particular para la metrópoli de Rouen. Los eclesiásticos de esta provincia tienen pruebas en él de que lo que practican hoy en el oficio divino es venerable por su antigüedad. Que si se han deslizado en él algunos cambios, no recaen en lo esencial, que queda siempre intacto, en particular con respecto al sacrificio de la Misa. Obsérvase que esta obra es bastante parecida al tratado de Pedro Damian de las obras canónicas; pero que es mucho más vasta, conteniendo en detalles los oficios durante el curso del año. La obra de nuestro prelado fué impresa en 1642, en 8.°, en Rouen, en casa de Lorenzo Marony, por Jacobo Mallet y Juan Prevost, canónigos de la catedral, que la ilustraron con sus notas y adornaron con un prefacio en que dan cuenta de su trabajo. En 1679, al cabo de treinta y siete años, fué reimpresa en el mismo lugar y en el mismo tamaño por Buenaventura Le Brun. El texto de esta nueva edicion fué revisado por un manuscrito de M. Bigot, más correcto que el de Saveuse, y va acompañado con las notas de la edicion anterior, á que se unieron nuevas observaciones; se puede consultar sobre esta última edicion el *Diario de los Sabios*, de París, del mismo año, en que se halla anunciada muy ventajosamente. Ni la primera ni la segunda edicion contienen la obra completa, á pesar de todas las investigaciones de los editores para completarla. Pero á fin de suplir esta falta en cierto modo, Mr. Prevost, que dirigió una de las ediciones, la añadió el escrito de un anónimo, tomado de un manuscrito de M. Bigot, que contaba la antigüedad de quinientos años. El otro manuscrito remonta por consecuencia al siglo XII. Su autor se propone dar una explicacion espiritual de los oficios eclesiásticos y de los ornamentos de los ministros sagrados. Esta segunda parte es la que falta precisamente á la obra de Juan. Las explicaciones de este otro escritor son mucho más generales que las del obispo de Avranches. El editor ha enriquecido tambien su coleccion con otros dos pequeños escritos. El uno es una explicacion del prefacio y del cánon de la misa, en que el autor no hace más que abreviar á Amalario. El otro contiene un ceremonial de la iglesia de Rouen de más de doscientos años de antigüedad, en que se encuentra el origen de muchas ceremonias que se practican aún en la actualidad, y de otras que no estan ya en uso. El P. Martenne se ha servido de la obra de nuestro prelado para componer su coleccion de *Ritos eclesiásticos*. El P. Morin se ha servido tambien de ella para su tratado sobre la *Penitencia*. Otros escritores diferentes han tomado el prefacio ó epístola dedicatoria al Bto. Maurilio, y la han impreso en sus obras. El P. Mabillon, en particular, le ha insertado en su *Coleccion de Actas de los Santos*, y el P. Pommeraye, en la de los *Concilios de la iglesia de Rouen*.—2.° Hay tambien otros escritos del arzobispo Juan, pero le son comunes con los obis-

pos sufragáneos de la provincia de Normandía. Tales son las actas de concilios en que tuvo la parte principal, en calidad de presidente de estas santas asambleas. No nos quedan más que dos concilios, aunque hay pruebas de que Juan celebró algunos otros, y quizá cada año de su administracion, segun la laudable costumbre de los buenos obispos de la antigüedad. Las actas del primero, que fué celebrado en la iglesia catedral de Rouen el año 1072, estan comprendidas en veinticuatro decretos ó cánones sin contar el prefacio, que aunque corto, nos refiere algunos hechos muy interesantes. El arzobispo Juan, que presidia la asamblea, se propuso por modelo la conducta de los antiguos padres, y no perdonó nada con sus obispos sufragáneos de lo que pudiese redundar en beneficio de su iglesia. Estos obispos eran Odon de Baieux, Hugo de Lisieux, Roberto de Seez, olvidados ambos en las suscriciones, Miguel de Avranches y Gilberto de Evreux. Asistieron tambien gran número de respetables abades, que ilustraban entónces los monasterios de Normandía, por su vida regular. Comenzóse por discutir lo relativo á la fe de la Santisima Trinidad, y sin duda los otros puntos esenciales del dogma, y se decidió que se atendrian inviolablemente en este punto á lo que se habia decidido en los cuatro primeros concilios generales que se han nombrado. No se ha hecho mencion alguna de los errores sobre la Eucaristia, que habian ocasionado poco ántes tantas turbaciones en la Normandía. Puede deducirse de aquí que la célebre profesion de fe que los opuso el Bto. Maurilio, habia producido un efecto saludable. De manera que los cánones sobre este concilio no versan más que sobre puntos de disciplina que tienden á restablecer las buenas costumbres, y que manifiestan el zelo de nuestro Arzobispo para hacer reinar el buen órden en el clero y los monasterios de su provincia. Casi todos estos puntos de disciplina son muy importantes y merecen leerse. Puede hacerse la observacion de que el concilio prohibe los matrimonios clandestinos, y ordena que los contrayentes reciban en ayunas en su monasterio la bendicion nupcial de un sacerdote, que estará tambien en ayunas. El concilio no olvidó la simonía y la incontinencia de los clérigos, que tan comunes eran á la sazon. Limítase á pronunciar contra los clerigos incontinentes la pena de privacion de las rentas de sus beneficios. En otra asamblea lanzó nuestro prelado contra ellos la pena de anatema, como se ha dicho. Comenzábase entónces á adelantar la hora de la comida única en los dias de ayuno en la cuaresma. Prohibe el concilio por esto que sea ántes de la hora de vísperas, que no se habia tenido aún la sutileza de fijar el medio dia. Tambien se adelantaba la hora del oficio divino la víspera de pascua. Está prohibido comenzarle ántes de la hora de nona, es decir á las tres de la tarde. El arzobispo Juan cita con este motivo un tratado de los oficios eclesiásticos bajo el título de *Liber officialis*. El P. Guillermo

Bessin, que ha reimpreso estas actas en su coleccion de los concilios de Normandía, no cuenta más que veintitres cánones, porque no hace más que uno solo del sétimo y octavo. Por otra los ha aumentado con las notas del P. Angel Godin que los ilustran mucho. Las actas del otro concilio, que se celebró en la misma iglesia dos años despues, en 1074, consisten en catorce decretos ó cánones, con un pequeño prefacio del mismo género y casi en los mismos términos que en el anterior. El P. Bessin los ha publicado de nuevo á continuacion de los otros, pero sin notas. Estos cánones tienden, como los primeros, á remediar diferentes abusos que se habian introducido entre los clérigos, los monjes y los simples legos. Al proscribir la simonía se entra en mayores detalles que en el primer concilio. Se ordena tambien que se observe exactamente la regla de S. Benito en todos los monasterios de ambos sexos. Los obispos que compusieron esta asamblea fueron los mismos que habian celebrado la primera. Tambien asistió el rey Guillermo, como duque de la provincia, con muchos abades. Pero no se cita, como tampoco en la anterior, á Godofredo, obispo de Coutance, sin que se sepa la razon.—3.° Se nos han conservado otros dos pequeños documentos que pertenecen á nuestro Arzobispo y que se deben dar á conocer. Uno que fué impreso á continuacion del Penitenciario de San Teodoro, arzobispo de Cantorbery, que contiene un convenio hecho entre Juan, obispo á la sazon de Avranches, y Ramulfo, abad de Mont-Saint-Michel. Dedúcese de aquí cuáles eran las inmunidades de que gozaban los monjes de aquella abadía. El otro documento que ocasionó posteriormente una disension entre Mr. Terrise, abad comendatario de S. Victor en Eaux y vicario general de Rouen, por una parte, y los monjes de San Ouen por la otra, es una carta impresa en la *Neustria Pia* y en otras colecciones, en la que el arzobispo Juan confirma la ereccion del priorato de San Victor en abadía, bajo la dependencia, sin embargo, de la de S. Ouen. Mr. Terrise, que la publicó por sí mismo, la atacó como falsa; pero se ha establecido con tal solidez la verdad en una memoria intitulada: *Defensa de los títulos y de los derechos de la abadía de S. Ouen*, que no puede ponerla en duda ninguna persona equitativa y juiciosa.—4.° Se han perdido muchas cartas de nuestro prelado, que serían muy interesantes si hubieran llegado hasta nosotros. Supónese esto por cinco que le dirigió el Bto. Lanfranc, obispo de Cantorbery. La mayor parte de las del arzobispo de Rouen eran otras tantas consultas sobre diferentes asuntos. Dedúcese de aquí que habia una grande union entre estos dos metropolitanos, á pesar de la distancia que los separaba. El P. Bessin pretende que nuestro prelado se hallaba tambien en relaciones literarias con Hildeberto, obispo á la sazon de Maus y arzobispo despues de Tours. Da como prueba una carta de

éste escrita al otro, que es la catorce de su segundo libro. Pero el arzobispo de Rouen, á quien se halla dirigida, aunque no le nombra, no es el Juan que forma el asunto de este artículo. La razon es que habia muerto muchos años ántes que Hildeberto hubiera sido elevado al episcopado. —S. B.

ROUEN (Margarita de), protestante de Caen, convertida hácia 1630 por Veron.

ROUEN (Mauricio de). Nació en la Champaña, de padres pobres; era arcediano de Troyes cuando fué elegido obispo de Mans en 1219, lo que debe fijar la fecha de su nacimiento entre 1180 y 1190. Consagrado en Tours por su metropolitano Juan de Feuja, redactó en 1209 constituciones para su diócesis, y en 1231 le elevó el papa Gregorio IX á la sede arzobispal de Rouen. El mismo año celebró esta ciudad un concilio provincial para la reforma de las costumbres y la conservacion de la disciplina eclesiástica. Habiéndose dirigido á él en 1232 los monjes de S. Ouen para suplicarle les señalase un abad, contestó que no queria arrogarse ningun derecho contrario á la completa libertad de sus elecciones. Sin embargo, casi por la misma época excomulgaba á las religiosas de Montivilliers, porque habian desaprobado la eleccion de la nueva abadesa que les habia dado, lo que indica bastante que esta abadía no era electiva. Obligado á luchar el jóven rey Luis XI contra todos los señores de su reino en defensa de su autoridad real, habia, con el parecer de sus barones, confiscado las posesiones temporales de Teobaldo, antecesor de Mauricio en la sede arzobispal, á consecuencia de algunas disputas que habia tenido con él. Habiendo muerto Teobaldo ántes de hacer la paz con su soberano, el rey no habia levantado la confiscacion de los bienes temporales del arzobispo de Rouen. Durante el gobierno del nuevo prelado, Mauricio por via de represalias puso á su diócesis en entredicho, segun se lee en las cartas que escribió con este motivo. Estas cartas son en número de cinco. Es digna de observacion en una de estas cartas la órden dada á todos los deanes de la diócesis de bajar de sus pedestales todas las estatuas de los santos. En otra expone los motivos que le habian decidido á poner su diócesis en entredicho; siendo entre otros que el rey se negaba á dar la libertad á los prisioneros que habia hecho, á devolver los bienes que habia confiscado, á reparar los daños que habia causado; por último, que la indiferencia del rey á sus ruegos y reiteradas amonestaciones le habia obligado á poner en entredicho á las iglesias de su diócesis que eran del dominio real, exceptuando sin embargo y por consideracion las en que el rey y la reina se hallasen de paso. Por último, en otra carta á los mismos deanes declara el prelado de nuevo la necesidad en que se halla de agravar las penas que ha impuesto ya, vista

la insistencia del rey en su resolucion, y les ordena exponer al pueblo las medidas rigurosas que habia prescripto. El mismo año en que tomó posesion de su sede arzobispal (1231), Mauricio celebró un concilio provincial en Rouen, durante el cual se ocupó de la reforma de su clero: son dignas de atencion las siguientes disposiciones: prohíbese á los sacerdotes, bajo pena de excomunion, el permitir entrar las danzas en los cementerios ó iglesias; llevar cuchillos grandes ó lanzas. Hé aquí las únicas particularidades que nos restan de la vida de este prelado. Murió en el priorato de Sancense, *Salicosa*, durante la octava de la Epifanía, 10 de Enero de 1235, segun el necrologio de la iglesia metropolitana de Rouen, y recibió sepultura en aquella iglesia. La mayor parte del tiempo de su prelacía en Rouen, fué ocupado por las diferencias que tuvo con la corte de Francia, diferencias que habia heredado de su antecesor, y que continuaron porque Mauricio queria sostener los derechos de su iglesia. Sin embargo que los historiadores nos han conservado un rasgo de este prelado que nos da á conocer bastante bien su desinterés personal, para que se pueda manchar su memoria con la menor sospecha de avaricia. Se refiere, en efecto, que habiéndole manifestado un dia el mayordomo de su casa el total de las rentas de su diócesis, que se elevaban á 12000 libras: «Apartad, le dijo, dos ó tres mil para el sostenimiento de mi casa; no tengo ninguna pretension sobre el resto: son bienes de los pobres; distribuídselos. En cuanto á lo que yo conservo, usaré de ello, no como su propietario, sino como un dispensador.» Tomas de Cantimpre refiere el siguiente hecho de este prelado. «Al acercarse el invierno, Roberto, capellan del Arzobispo, dió órden al mayordomo de la casa para que le comprase una pelliza. Se la compró, y cuando se la llevaron, este capellan, que era muy avanzado en edad y de una salud débil, no la quiso, y pidió una de pieles más ligeras y finas: *Archiepiscopus, sine, inquit, me videre pellicium quod respicis nimis grossum.* Y cuando la hubo visto y tocado, añadió: *Vade et Domino Roberto subtilius emas, istud vero mihi loco pennæ sub scortocio meo ponas.* La palabra *scortocio*, que presenta alguna dificultad porque es inusitada, se halla explicada por las palabras que añade Tomás de Cantimpre: *Hoc autem Dominus Robertus audiens, multum erubuit, quod ipse capellanus pro pellicio portare noluerit, quod archiepiscopo domino suo pro supertunicali forratura suffecit.* Se sigue de aquí que las palabras *supertunicali forratura* explican lo que debe entenderse por *scortocium*. El mismo autor hace explicar tambien que Mauricio veia con dolor que sus mayordomos gastaban tres ó cuatro libras para el sostenimiento diario de su casa, y sin embargo su limosnero distribuia todos los dias diez ó doce á los pobres. De todas las tumbas que adornaban á la catedral de Rouen no existen más que seis en la actualidad,

á saber, la del duque de Rollon, de su hijo Guillermo Larga Espada, del arzobispo Mauricio, de Pedro de Brezé, gran senescal de Normandía, de Jorge de Amboise y de Luis de Brezé, esposo de Diana de Poitiers. La del arzobispo Mauricio se halla colocada detrás del coro. En ella se representa al prelado recostado en un sudario, con hábitos pontificales, de los que se distinguen todas las partes, la sotana de paño, el alba guarnecida de un rico encaje, la dalmática de orígen fenicio, y á cuya forma hacia alusion un verso de Plauto:

Sed quænam ille avis est quæ huc cum tunicis advenit?

Se la reconoce por su ancha manga, que pasa por el borde de la casulla. Esta casulla no es lisa, sin pliegues, pegada á las espaldas como la de nuestro tiempo; entónces cubria hasta las manos, y de aquí ha procedido el uso, inútil hoy, de sostenerla en el momento de la elevacion. Una de estas casullas antiguas se conservó por mucho tiempo en la cartuja de París. El *pallium*, que se distingue por la forma de la letra *T* pasando transversalmente de una espalda á otra, cae en dos bandas sobre la espalda y el pecho, y termina por una rica franja por el lado que se presenta á la vista del espectador; pero esto es solo un adorno del artista, pues en su época los arzobispos, y áun el mismo papa, no usaban mas que un *pallium* de simple lana blanca, sembrado en el mismo tejido de algunas cruces de lana negra. Las dos extremidades de las bandas estan guarnecidas de una hoja de plomo laminado. Los *pallium* que envia el Papa á los metropolitanos del catolicismo, estan tejidos con la lana de corderos criados por religiosas, y se bendicen anualmente en el altar de Sta. Inés *extramuros*. En Francia solo el obispado de Puy en Velai tiene derecho á llevar el *pallium* de los metropolitanos. Hé aquí el epitafio que se lee en la tumba de Mauricio: *D. O. M. Hìc jacet Mauritius ex-episcop. Cenomanensi ad Rothom. archiep. translatus anno* 1231. *Vitæ austeritate, liberalitate in pauperes clarus. Obiit anno* 1237.—El fanatismo con que se ha hecho en esta época guerra á los monumentos de la historia de los muertos, nos impone la obligacion de recoger con cuidado los epitafios ménos interesantes en la apariencia, pero que contienen y perpetuan las fechas más seguras.—S. B.

ROUEN (Bto. Maurilio de), uno de los prelados más santos y vigilantes de su época, nació en la diócesis de Reims, de una familia noble, á últimos del siglo X. Fué educado en la iglesia de la misma ciudad, de donde despues de haber hecho los primeros estudios, fué á perfeccionarlos á la escuela de Lieja. Hallábase esta muy floreciente á la sazon, y Maurilio aprendió en ella todas las artes liberales y las tres partes de la filosofía que se

conocian entónces. Pasó desde allí á Sajonia, y fué catedrático de la iglesia de Halberstadt, donde enseñó muchos años con distincion. Aumentando siempre, sin embargo, en su corazon el deseo de los bienes futuros, le inspiró una completa indiferencia hácia el mundo: guiado por estas piadosas disposiciones, volvió á Francia y corrió á ocultar todos sus talentos en la oscuridad de un claustro. Eligió la abadía de Fecamp, donde se consagró á Dios por medio de la profesion monástica, en tiempo del abad Guillermo, segun generalmente se cree, y de consiguiente ántes de la conclusion del año 1030. Maurilio vivió mucho tiempo y fué un modelo de todas las virtudes. Pero el deseo de mayor perfeccion le hizo abandonar aquella morada, y se retiró á Italia con el permiso de su abad. Habiéndose asociado allí con Gerberto, otro jóven tan santo como sabio, que fué despues abad de San Vaudrille, hicieron durante algun tiempo vida eremítica, trabajando con sus manos y no ocupándose más que de Dios y la patria celestial. Género de ocupacion, exclama Guillermo de Poitiers, autor contemporáneo, mucho más excelente y sublime que el del famoso Platon, puesto que hacia superiores á estos dos ilustres solitarios á todas las conveniencias humanas, y les hacia despreciar no solo las riquezas y la nobleza de su familia, con las delicias de su patria, sino tambien los estudios de una filosofía profana, que no tenia para ellos más que sinsabores y amarguras. Maurilio no pudo, sin embargo, ocultarse tan bien que no le descubriese el esplendor de su virtud. Informado de su mérito el marques Bonifacio, señor de aquel país, le dió la abadía de Santa María en Florencia, vacante por la muerte de su abad, y el siervo de Dios se vió obligado á aceptarla, á pesar de su repugnancia, por los consejos de muchas personas. El P. Mabillon sostiene, sin embargo, que no se encuentra entre los abades que gobernaron aquel monasterio en aquella época. Pero la razon que alega no puede contrabalancear la autoridad de tres escritores de aquella época que lo aseguran así. Maurilio hizo observar la regla con tanta exactitud como le fué posible, y se distinguió por su virtud entre todos los demás abades. Pero acostumbrados los monjes á la licencia de en tiempo de su antecesor, intentaron envenenarle para deshacerse de él. En aquel extremo imitó el prudente abad el ejemplo de su padre S. Benito, que se habia encontrado en igualdad de circunstancias. Abandonó á Florencia y volvió á Fecamp con Gerberto, el compañero de sus penitencias. Pensaba Maurilio terminar sus dias en el reposo de aquella soledad, pero la Providencia manifestó que tenia otras miras sobre él. Habiendo mandado el duque Guillermo deponer canónicamente á Mangero, arzobispo de Rouen, aunque tio suyo, en razon de su vida escandalosa, mandó poner en su lugar al venerable monje Maurilio. Así le calificaba este príncipe, congratulándose hasta en la hora de su muerte de aquella doble

accion, convencido de que Dios le habia enviado á Maurilio desde Florencia con este objeto. Guillermo de Jumiege coloca la deposicion de Mangero en 1094, y su opinion parece apoyarse en que fué un legado del papa Leon IX, muerto en Abril del mismo año, quien presidió el concilio de Lisieux en que fué depuesto. Pero Maurilio no le sucedió hasta últimos del año siguiente, pues habiendo muerto en Agosto de 1067, no ocupó esta sede doce años enteros. Así es que la Crónica de Rouen y la de S. Esteban de Caen, no citan su consagracion hasta 1055. La iglesia de Rouen, que gemia desde mucho ántes bajo el yugo de tres arzobispos consecutivos, que llevaban el título sin desempeñar los deberes, tenia necesidad de un pastor que la consolase y reparára sus pérdidas. Encontró en Maurilio todo lo que podia desear. Reunia en su persona, como se ha visto, el nacimiento, la pureza de costumbres, el saber, el amor á la observancia de las reglas. El episcopado no cambió nada en su género de vida, que continuó el resto de sus dias, y no sirvió más que para dar un nuevo realce á sus ayunos, sus oraciones, sus limosnas, y manifestar que sabia unir á tantas eminentes cualidades el celo, la vigilancia, la solicitud pastoral. Lo que ha dado motivo á los dos versos siguientes en que un poeta, casi contemporáneo, ha querido representar en breves palabras el carácter de su episcopado:

Præsul Maurillius doctrinæ luce refertus,
Moribus eximiis præfulsit, et actibus almis.

Maurilio comenzó desempeñando su cargo celebrando un concilio, en que todos los obispos sufragáneos suyos tomaron parte, asistiendo tambien en Rouen, donde se celebró esta asamblea, el duque Guillermo. El principal objeto de este sínodo fué procurar restablecer la continencia en el clero, y remediar otros abusos que se habian introducido en tiempo de los tres obispos antecesores suyos. El celoso prelado, atento á cuanto pasaba en toda la extension de su diócesis, fué al año siguiente á S. Evroul, acompañado de Hugo de Lisieux, obispo diocesano; de Ausfroi, obispo de Preaux. Lanfranc, prior de Bec, y otros muchos personajes de consumada prudencia, á fin de restablecer la paz entre el abad Thierri y el prior Roberto de Grentemaisnil, lo que consiguió durante algun tiempo. Todo el periodo de su episcopado fué una serie no interrumpida de cuidados y atenciones para hacer observar las reglas del Evangelio y las de la disciplina eclesiástica. En 1056 ó 1057 celebró á este efecto otro concilio, y hay apariencias de que todos los años hizo lo mismo. Asistió y presidió tambien en 1061 la célebre asamblea de Caen, á que asistió el duque Guillermo con todos los obispos, muchos abades y los señores de la provincia; al cabo de seis años, en 1065, con-

cluyó de edificar su catedral, comenzada por el arzobispo Roberto, é hizo su dedicacion asistido de todos sus sufragáneos, celebrando en seguida un concilio. El autor anónimo que seguimos con Orderico Vital, da como prueba de la época marcada el pontificado de Victor II y el reinado de Enrique I, rey de Francia. Pero estas dos circunstancias deben aplicarse al hecho anterior de que habla el mismo autor. Despues de esta doble ceremonia, á que asistió el duque Guillermo, trasladó nuestro prelado á la nueva iglesia los cuerpos de los duques de Normandía, Rollon y Guillermo *Larga Espada*. A peticion del mismo príncipe, que hacia poco habia regresado de la conquista de Inglaterra, fué Maurilio á dedicar la iglesia de la abadía de Jumiege. La ceremonia se celebró en 1.° de Julio de 1067 con un pomposo y religioso aparato. Asistieron todos los obispos de Normandía, el nuevo rey y toda su corte. Este fué uno de los últimos actos de la vida de nuestro Arzobispo, que murió en 9 de Agosto siguiente. Su muerte fué tan edificante á los ojos de los hombres, como preciosa á los de Dios. Queriendo un autor contemporáneo dar una idea de ella á la posteridad, dice que este gran prelado murió en una paz profunda, y áun con alegría, en la confianza de que iba á reinar con Jesucristo, *cum suo Rege Christo jam victurus, liber et gaudens decessit*. Hallábase á la sazon en el año XII de su pontificado, y cerca de los sesenta y siete de edad. Su cuerpo fué inhumado en su catedral, donde Ricardo, uno de sus canónigos, le compuso el epitafio siguiente:

Humani cives lacrymam nolite negare
Vestro Pontifici, MAURILIO *monacho.*
Hunc Remis genuit, Studiorum Legio Nutrix;
Potavit trifido fonte philosophiæ,
Vobis hanc ædem cœptam perduxit ad unguem,
Lætitia magna fecit et encœnia.
Cum tibi, Laurenti, vigilat plebs sobria Christi,
Transit, et in cœlis laurea fata colit.

El nombre de este piadoso arzobispo se ha insertado en los martirologios galicano y benedictino. Muchos autores antiguos y modernos le dan indiferentemente los títulos de santo y de beato. Sin embargo, ni su iglesia catedral, ni la abadía de Fecamp, que fueron testigos oculares de la santidad de su vida, decretaron culto público á su memoria. Guillermo de Malmesburi y Alberico des Trois Fontaines, mencionan con este motivo dos circunstancias muy extraordinarias, una que se refiere á la hora de su muerte, y otra posterior á su sepelio. Pero los autores contemporáneos, que hemos seguido, no le mencionan. Sábese que su órden monástica es deudora al Bto. Maurilio de

que S. Anselmo la abrazase con preferencia á otra cualquiera. Él fué tambien quien le convenció de no abandonar la dignidad de prior de Bec, prediciéndole en cierta manera que sería pronto elevado á otra mucho mayor. Verificóse como lo habia predicho, y Anselmo no tardó en llegar á abad, y despues á arzobispo de Cantorberi. La erudicion de nuestro prelado era tan conocida, que Juan, obispo á la sazon de Avranches y arzobispo despues de Rouen, autor de un *Tratado de oficios eclesiásticos*, no solo se le dedicó, sino le sometió tambien á su exámen y censura para que juzgase como maestro: *Vigilanti Magistri censura corrigere.* No se sabe, por otra parte, que consagrase Maurilio su saber á escribir para la posteridad. Únicamente hizo diferentes decretos ó estatutos de que se hablará. Es preciso recordar que apénas abrazó una vida penitente, renunció á toda ocupacion literaria para entregarse por completo al estudio de la verdadera sabiduría. Parece, sin embargo, por las expresiones del obispo ya citado, que el celo ardiente de Maurilio por la religion, cuyo enfriamiento le habia causado un vivo dolor, le hizo formar el designio de escribir alguna obra, sobre la que le habia consultado con frecuencia á fin de poder remediarlo. Pero una salud muy valetudinaria no le permitió ejecutar este laudable proyecto. Nos parece que en este sentido deben tomarse las expresiones del obispo de Avranches, más bien que atribuirlas á otros medios que nuestro celoso prelado no dejó de emplear. A pesar de todos estos inconvenientes, que nos han privado de las producciones más importantes de su pluma, ha dejado: 1.° *Algunos extractos de decretos que hizo durante la celebracion de los concilios de su provincia.* Se ha visto que tenia grande cuidado de citar con frecuencia estas santas asambleas, las más á propósito para remediar los males de la Iglesia. El fragmento más interesante que nos queda del gran número de constituciones que publicó, es una profesion de fe sobre el sacramento de la sagrada Eucaristía. Sus términos son tan claros y tan expresivos, que no encuentra efugio alguno la herejía más refinada con todos sus subterfugios. Contiene esta profesion de fe: que el pan puesto en el altar no es más que pan ántes de la consagracion, pero que entónces se cambian su naturaleza y su sustancia, por el poder inefable de Dios, en la naturaleza y la sustancia del cuerpo de Jesucristo, no de ningun otro cuerpo, sino del que siendo concebido del Espíritu Santo, nacido de la Vírgen María, colgado en la cruz, enterrado en el sepulcro y resucitado al tercero dia, se halla sentado á la diestra de Dios Padre. Se explica de la misma manera sobre el vino cambiado en sangre de Jesucristo, y pronuncia anatema contra cualquiera que ataque esta santa ciencia, que procede de los Apóstoles. Dícese en el epígrafe que esta fórmula fué hecha con ocasion de la infame doctrina de Berenguer y de sus sectarios. Hay diferentes opiniones acerca del concilio en que fué publicada:

hay autores que la atribuyen al concilio primero que celebró nuestro Arzobispo inmediatamente despues de su consagracion; otros aseguran que fué en el de 1063; pero todos convienen en que esta profesion de fe pertenece principalmente al B. Maurilio. Era más necesaria en Normandía que en ningun otro lugar, porque allí fué donde trabajó más Berenger para extender sus errores. Hízose así tan célebre en lo sucesivo, que no habia concilio en que no se repitiese. Con este motivo se ha insertado en el escrito intitulado: *La manera ú órden de celebrar el Concilio provincial en la iglesia de Rouen.* Es fácil deducir de aquí la grande pérdida que es la privacion de los demás decretos ó reglamentos de nuestro prelado. Sábese que publicó algunos contra la incontinencia de los clérigos, que habiendo sido autorizada en cierto modo por el ejemplo de los tres arzobispos inmediatos predecesores suyos, debia haber hecho horribles progresos. Los hizo tambien contra los demás abusos introducidos, para obligar á la observancia de los sagrados cánones. El P. Guillermo Bessin, que ha hecho muchas investigaciones para su nueva Coleccion de Concilios de la provincia de Normandía, inserta tres decretos que se han escapado á la incuria de los tiempos, de los que se hicieron en la célebre asamblea de Caen en 1061. Dedúcese de lo poco que queda, que el principal objeto que se propusieron fué la tranquilidad pública y las buenas costumbres, es decir, el establecimiento de lo que se llamaba la tregua de Dios. Ordénase en uno de estos decretos, lo que es tan prudente como notable, que se avisaria todas las tardes al pueblo al toque de campana que se entregase á la oracion; despues de lo cual se retiraba cada uno á su casa sin salir hasta el dia siguiente. Se ha impreso en la coleccion general de los Concilios y el P. Bessin ha insertado en su Coleccion trece reglamentos de penitencia para los que matan en la guerra. Dícese en su cabeza que fueron redactados por los obispos de la provincia de Normandía y confirmados por la autoridad de Gomenfroi, obispo de Sion en Valois, legado del papa, y que las penitencias que se prescriben en ellos, deben ser impuestas á los que habian consentido en favor del duque Guillermo sin duda en la conquista de Inglaterra en 1066. No porque la carrera militar sea un crímen, como observa muy bien S. Agustin en su homilía XIX, sobre las palabras del Señor, y que sea preciso penitenciar á todos los que la siguen, sino porque los militares pueden matar ó herir en el combate por otros motivos que los de una justa defensa del estado ó de los intereses del príncipe. Además, so pretexto de una guerra justa se lanzan algunas veces á excesos prohibidos en todos los estados, el robo, las rapiñas, las vejaciones y otros crímenes condenados por la ley de Dios. Con esta mira los sabios prelados de Normandía, á cuyo frente se hallaba entónces el Bto. Maurilio, redactaron estos cánones de penitencia, que entran en algunos detalles, con

respecto á los que habian combatido en la conquista de Inglaterra. Nuestro vigilante pastor adoptó sin duda é hizo observar en cuanto le fué posible las constituciones del arzobispo Manger, antecesor suyo, publicada en 1080 en un concilio á que asistieron únicamente dos de sus sufragáneos. Estas son en número de diez y nueve, sin contar la introduccion, en que se afectan quejas de los malos príncipes, porque Manger se hallaba en mala inteligencia con el duque Manger, sobrino suyo. Estas constituciones ó cánones tienden principalmente á reprimir las intrigas cerca de los príncipes, los ministros ó sus favoritos para obtener las dignidades eclesiásticas; las otras clases de simonía; las empresas de los clérigos y sus mútuos zelos. El octavo, que es muy notable para nuestro objeto, tiende á desterrar la ignorancia del clero, prohibiendo ordenar á ninguno que no fuese instruido. No se instituye nada contra la incontinencia de los clérigos, porque quizá el mismo Manger se hallaba en igual caso. Estos reglamentos se hallan acompañados de eruditas notas en la edicion de Bessin, las que dan mucha luz acerca de ellos. — 2.° Créense del arzobispo Maurilio los epitafios de los duques Rollon y Guillermo *Larga Espada*. Las expresiones de Orderico Vital que los refiere no permiten dudar que no sean de este prelado. Despues de haber dicho que hizo trasladar los cuerpos de esos príncipes á la nueva catedral, añade: *Et epitaphia eorum super illos litteris aureis annotavit*. El primero de estos dos epitafios tiene veinte versos, el otro catorce, todos elegíacos. Maurilio expresa en ellos muy bien el carácter de ambos duques, y ha conseguido dar una exacta noticia de sus principales hechos. La versificacion no es, por otra parte, tan mala como la de otros versificadores de su época. — 3.° Por último, dejó una carta al obispo de Evreux, uno de sus sufragáneos, que tiene tambien el nombre de Juan, abad de Fecam. Aunque corta, está bien escrita y es interesante para establecer el derecho que tienen los superiores regulares de corregir á sus súbditos, independientemente de los obispos, que segun la carta no pueden inmiscuirse. — S. B.

ROUEN (Pretestato de). No hay noticia alguna de la historia de este obispo, tenido por santo, hasta el concilio III de París celebrado en 594, al que asistió y firmó el segundo entre los metropolitanos. Créese que comenzó á gobernar la iglesia de Rouen en calidad de su obispo desde 544; pero hay probabilidades de que no ocupó esta sede hasta despues del mes de Octubre de 549. Da motivo á suponer esto el que ni él, ni nadie en su nombre, asistió al gran concilio de Orleans, que se cuenta el V, al que sin embargo asistieron todos los sufragáneos de Rouen, ó personalmente ó por medio de sus diputados. Se deduce en efecto de aquí, que esta sede metropolitana se hallaba á la sazon vacante. Pretestato fué uno de los nueve obispos que en 566 compusieron el segundo concilio de Tours y tuvo parte en la respuesta que dieron siete

de ellos á la carta de Sta Radegunda. Una complacencia mal entendida que tuvo con Brunehaut, viuda de Sigeberto, rey de Austrasia, á quien casó con Meroveo, su sobrino por parte de su marido, le costó cara en lo sucesivo. Chilperico, padre de este jóven principe, y Fredegunda, enemigos declarados ambos de Brunechilda, juraron desde entónces la pérdida de Pretestato. Hiciéronle muchas graves acusaciones, aunque falsas, y en su consecuencia convocó el Rey un concilio en Paris, de cuarenta y cinco obispos. Pretestato se presentó en él como acusado y fué muy mal defendido por sus colegas. Por último, habiéndole convencido de que hiciese una confesion de sus falsos crímenes, con la esperanza de que sería absuelto y volveria á la gracia del principe, fué condenado por el concilio y puesto en prision por órden del Rey. Pero habiendo querido fugarse, fué cogido, maltratado y relegado despues á una isla cerca de Coutance, en la Baja Normandía. Verificóse esto en 577, y Pretestato continuó en el destierro hasta 584, sin ser sin embargo depuesto del episcopado. La Providencia le dió medio de esta manera de expiar la doble falta que habia cometido, celebrando un matrimonio incestuoso y dejando de defender su propia inocencia. Despues de la muerte de Chilperico, el santo obispo fué llamado de su destierro y devuelto á su Iglesia por los ruegos y solicitudes de su pueblo, siendo expulsado el que se habia apoderado de ella. Al año siguiente 585, Pretestato asistió al concilio II de Macon y suscribió sus decretos el tercero entre los seis metropolitanos que asistieron á él. Continuó todavía gobernando su iglesia por espacio de tres años y algunos meses, sin que el destierro hubiese debilitado su valor y su constancia episcopal. Fredegunda, que no se acomodaba á esta firmeza, porque el santo Obispo no temia reprenderla sus crímenes, formó el designio de deshacerse de un censor tan importuno. Un domingo, poco tiempo ántes de la Pascua, en que el Santo habia ido muy temprano á la iglesia para oficiar, un miserable esclavo de esta cruel princesa le hirió con un cuchillo, y murió poco despues de resultas de su herida. La Iglesia honra su memoria como mártir en 24 de Febrero. San Pretestato habia compuesto en su destierro algunas oraciones, que leyó él mismo en el concilio II de Macon, á fin de someterlas al juicio de los obispos que asistieron á él. Algunos las aprobaron, pero otros, quizá la mayoría, no quedaron contentos de ellas, porque el autor no habia observado las reglas. Esta es sin duda una de las principales razones que han originado el que estas oraciones no hayan llegado hasta nosotros. El estilo sin embargo, segun S. Gregorio de Tours que parece llegó á leerlas, era tolerable y convenia en diversos lugares á las composiciones eclesiásticas. Dedúcese de aquí que el autor habia emprendido este trabajo para enriquecer la liturgia de la Iglesia Galicana. Ignórase por lo demás si dejó alguna otra obra. —S. B.

ROUEN (Tibaldo de), arzobispo de esta diócesis, tuvo grandes controversias con el jóven Luis XI, y redactó para un concilio provincial celebrado en Rouen, bajo su presidencia, el 29 de Marzo de 1223, el año segundo de su episcopado, algunos estatutos tomados de los cánones del último concilio de Letran, en que hace laudables esfuerzos para corregir las malas costumbres de los clérigos dependientes de su autoridad episcopal, y prohibe, entre muchos abusos, que los bastardos de los canónigos sean canónigos á su vez en el mismo lugar en que han nacido. Procura el 22 de Setiembre del mismo año, durante su visita á la abadía del Monte S. Miguel, inspirar al abad, por medio de una carta pastoral, un poco más de vigilancia y de severidad en la conducta de sus monjes. En el mes de Julio anterior habia convocado á Sens á sus sufragáneos para deliberar contra el antipapa de los herejes albigenses; pero este sínodo se reunió en París. En 1225 llama al legado de Avranches á la cruzada predicada por el legado de Roma. Tibaldo murió en 1229 y tuvo por sucesor á Mauricio, no ménos decidido en su lucha contra el rey de Francia. —S. B.

ROUFFEL (Fr. Adriano), minorita. Fué natural de Italia, aunque procedente de una familia francesa. Ignóranse todas las demás circunstancias y particularidades de su vida, constando solo que residia en la casa convento de PP. Franciscos de la ciudad de Mónaco, capital del pequeño estado de este nombre. Floreció á mediados del siglo XVII, y publicó un libro en idioma italiano, titulado *Optica cristiana* ó *el Verbo encarnado ante los ojos*. Este libro se publicó en Mócano en 1646, en un tomo en 4.°, y se hizo segunda edicion en 8.° en 1725. — M. B.

ROUG ó Roya (Fr. Juan), trinitario. Fué natural de Limerik, en Irlanda, sin que conste el año de su nacimiento, ni la causa de haber pasado á España; pues tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Burgos. Mostró singular aficion á las redenciones, por lo cual, aunque era extranjero, como poseia muy perfectamente el idioma castellano, le dedicaron á aquel empleo, desempeñando el cargo de procurador general de la redencion de cautivos en Castilla la Vieja, recogiendo abundantísimas limosnas en su provincia, así como en las de Leon, de Galicia y de Vizcaya. Habiendo pasado á Madrid á defender varios pleitos de la redencion, de los que salió victorioso, pareció conveniente á la Orden que permaneciese en la corte; y al efecto le nombró administrador general de la mencionada redencion. Permaneció, pues, en el convento de Madrid por espacio de algunos años, solicitando los mayores aumentos del piadoso y benéfico instituto á que pertenecia, y falleció con una santa muerte y con fama de justificado varon, el dia 3 de Marzo de 1629. — M. B.

ROUGANE (El abate), antiguo cura de Auvernia, retirado en Mont-Va-

lerien, fué una de las víctimas de los asesinatos de Setiembre de 1792. Ha dejado varios escritos contra las medidas tomadas en tiempo de la revolucion sobre los asuntos eclesiásticos, de los que citaremos algunos, tales como *Observaciones sobre varias proposiciones de Mr. Autun y sus cofrades.— El decreto de 13 de Abril mal justificado por Mr. de Autun en su respuesta al capítulo.— La máscara quitada contra la relacion de Durand de Malliane sobre los impedimentos y los matrimonios;* escrito que forma un cuaderno de 28 páginas en 8.° — *Relaciones sobre el relato de Massieu acerca de las congregaciones seculares;* 8 páginas en 8.° — *Carta á Mr. de Condorcet, escrita de órden suya;* 48 páginas en 8.° — *Dificultades puestas á Mr. Barruel y á Mr. Fontenay;* 24 páginas en 8.° Todas estas obras aparecen firmadas con el pseudónimo del *Antiguo cura de Auvernia.* Se cita como obra suya, entre otras, la opinion de que los intrusos no son cismáticos, y que se puede muy bien tratar y comunicarse con ellos. Rougane escribió tanbien un libro titulado: *Los nuevos patronos de la usura refutados, comprendiendo al último defensor de Calvino sobre el mismo objeto;* escrito dedicado á los estados generales, publicado en París el año 1789, en un cuaderno de 66 páginas en 12.° Asimismo escribió contra los opúsculos de La Foret, Rulié, Ruel y Beurrey. La refutacion del escrito de este último, publicada en 1787, fué reproducida nuevamente por Rougane en 1789, en union de una respuesta á las inculpaciones que se le habian dirigido. El abate Rougane, en el sangriento y memorable dia 10 de Agosto de 1792, tuvo el gran valor de no quererse quitar el traje de sacerdote, no obstante lo muy comprometido que era presentarse con semejante vestidura. Poseia un espíritu sumamente vivo, y un zelo extremado por los intereses del clero; pero en el estilo de sus obras se advierte un lenguaje bastante incorrecto, efecto sin duda de la precipitacion con que escribia aquellos folletos de circunstancias y producciones del momento, que no permiten detenerse para corregir y limar el estilo. — M. B.

ROUGEMONT (Francisco). Nació este jesuita en Maestrich en 1624. Abrazó siendo aún muy jóven el instituto de S. Ignacio de Loyola, y dedicado á la enseñanza despues de haber profesado las humanidades, obtuvo permiso de sus superiores para ir á predicar el Evangelio á las Indias. Partiendo el año 1656 en la mision del P. Martini, no llegó á Macao sino despues de haber pasado mil peligros. Deteniéndose en esta ciudad para reponerse de sus fatigas y prepararse al estudio, á la oracion y á los trabajos del apostolado, se dirigió despues á la provincia de la China, que es adonde le estaba destinada su permanencia. Bien pronto su zelo religioso hizo se esparciesen por el país las luces de la fe; pero levantándose una cruel persecucion contra los cristianos el año 1664, fué conducido con la mayor parte de sus hermanos á Pekin, desde donde les llevaron á Canton adonde estuvo

preso muchos años. Devolviéndole la libertad un edicto imperial, volvió el P. Rougemont á continuar sus predicaciones, y continuó en este ejercicio hasta su muerte, ocurrida en Tai-thsang-tcheou en 1676. Tuvo una parte en la paráfrasis latina de las obras de Confucio. Durante su cautividad en Canton compuso su obra: *Historia-Tartarico-Sinica, complectens ab anno* 1660 *aulicam bellicamque inter Sinas disciplinam, necnon statum ibi religionis christianæ, usque ad annum* 1668. El P. Rougemont envió esta obra á Europa para que se imprimiese; pero el P. Sebastian de Magalhaens, teniendo á la vista el manuscrito, le tradujo al portugués, y publicó su version en Lisboa el año 1672, en 4.° El original latino no se imprimió hasta el año siguiente; Lovaina, 1673 en 8.° Este trozo de historia es muy estimado por la fidelidad de los detalles y el franco lenguaje de su autor. El P. Rougemont habia tomado el nombre de Lon-jiman, que es la traduccion exacta que se puede hacer en chino de su nombre de familia; y tambien tenia el sobrenombre de *Kian-Cheou*, cuyos dos nombres se ven al frente de dos obras que compuso en lengua china, titulada la una: *Wen chi pian*, ó Cuestiones sobre las costumbres del siglo; y la otra, *Ching Kiao gao li*, ó Compendio de la Doctrina cristiana. No debe confundirse esta obra con otra que lleva el mismo título, que se debe al P. Andrés Lobeli, jesuita napolitano. Ambas obras las posee la Biblioteca Real de París, citadas segun dice el biógrafo Mr. Weis, en el catálogo hecho por Fourmont, que no conoció ni el contenido de los libros ni sus autores.—C.

ROUGNES (Fr. Gaspar), franciscano, y perteneciente á la reforma de los capuchinos. Fué natural de París, donde hizo sus estudios y tomó el hábito religioso, llegando á ser un notable predicador y muy versado en las sagradas Escrituras. Fué algun tiempo confesor y familiar del Emmo. Cardenal Antonio Barberini. Floreció en el último tercio del siglo XVII, y escribió y publicó una obrita en idioma francés, dividida en dos tomos, la cual llevaba por título: *El verdadero é ilustre capuchino, el duque de Módena, é Isabel de Saboya su esposa, ó los secretos del amor del Salvador en los corazones de los soberanos.* No existen más noticias.—M. B.

ROUILLE (Pedro Julian). En la ciudad de Tours, en Francia, el dia 11 de Enero de 1681 nació el jesuita de este nombre, el cual manifestó sus buenas disposiciones para el estudio desde sus primeros años. Habiendo hecho sus estudios con mucho éxito en el colegio de su ciudad natal, y sintiéndose inclinado á la vida religiosa, abrazó la regla de S. Ignacio. Terminado su noviciado en París, y destinado á la enseñanza por sus superiores, profesó las humanidades, la filosofía y las matemáticas por espacio de veintidos años en diferentes colegios. Como sus superiores advirtieran sus grandes disposiciones, le llamaron á París y le asociaron al P. Cotron, que se ocu-

paba en reunir materiales para escribir la historia romana, y fué un ayudante infatigable en este trabajo, sin que esto le impidiese auxiliar al padre Brumoy á terminar y revisar su historia de las revoluciones de España, que habia dejado incompleta el P. Dorleans. Encargóse tambien de la direccion del *Diario de Trevoux*, del cual fué primer redactor desde 1735 hasta Febrero de 1737. El trabajo más asiduo no pudo alterar su salud, pero la muerte del P. Cotron, su colaborador, le afectó de tal modo y cayó en una languidez tan grande, que no le permitió escribir la *Historia Romana* más que hasta Calígula; y despues de un año de sufrimientos, en que acreditó su paciencia y resignacion, murió en París el dia 17 de Mayo de 1749 á los cincuenta y nueve años de edad. Se advierte en este autor mucha erudicion, crítica y solidez en las notas con que enriqueció los veinte primeros volúmenes de la *Historia Romana*, cuya mayor parte se le debe. Entre sus papeles, segun su biógrafo Mr. Weis, se encontró una relacion del reinado de Calígula, de la que no pudo sacarse ningun partido. Solo publicó por separado un *Discurso sobre la excelencia de las Matemáticas*, que pronunció en la apertura del colegio de Caen; id. 1716. Tuvo parte en el *Poema de la Gracia* por Luis Racine; Bruselas (París), 1725, en 8.° Este opúsculo se compone de tres cartas, de las que la segunda es del P. Rouillé y las otras dos de los PP. Brumoy y Honquant. En las Memorias de Trevoux, de Febrero de 1741, se imprimió un *Elogio* del P. Rouillé, escrito por el P. Routh.—C.

ROURES (D. Fr. Francisco), religioso dominico del convento de Valencia, fué obispo de Neiopoli, coadjutor del arzobispo de Tarragona, siendo promovido á esta dignidad en 1545, segun una carta escrita por él en 3 de Enero de este año, en que da cuenta al prior y religiosos de su convento de la gracia que de esta dignidad le habia hecho el cardenal D. Cárlos Doria, arzobispo de Tarragona, pidiéndole la aceptase con grandes instancias. Al mismo tiempo impetra su permiso para conservar en su poder, como en depósito, los libros que habia tenido hasta entónces, por no ser ya suyos, sino del monasterio de donde era hijo de hábito. Gobernaba como prior el convento de Tarragona cuando se verificaron estos acontecimientos, y murió trece años despues en 24 de Mayo de 1558, siendo enterrado en la iglesia del monasterio de nuestra Señora de Poblet, de la órden de S. Bernardo, en la capilla del Crucifijo, poniendo sobre su sepultura la siguiente inscripcion:

Hic jacet Reverendissimus Dominus Frater Franciscus Roures, Ordinis Prædicatorum Episcopus Nicopolitanus, qui se et sua Populeto dicavit. Obijt. 24 mensis Madij, anni 1558. — S. B.

ROUSELIUS (P. Torantos), de la Compañia de Jesus. Era probablemente natural de Metz, en cuya catedral servia una canongía cuando en-

tró en el instituto de Loyola. Ya hacia muchos años que abrigaba en su pecho este proyecto cuando le puso en ejecucion, mas varios miramientos le habian obligado á tenerle oculto, y de consiguiente á ponerle en práctica; pero su ardiente caridad y amor divino, venciendo al fin todas las dificultades, le condujeron á las puertas del colegio de la Compañía, que le fueron abiertas de par en par, vista su decidida vocacion y los grandes méritos de que se hallaba adornado, puesto que áun en el siglo habia manifestado ya sus virtudes, siendo un modelo de religiosidad, zelo por la salvacion del prójimo, mortificaciones y penitencias. Ahora que se hallaba en el claustro donde todas estas cualidades podian manifestarse en creciente desarrollo, Rouselius procuró corresponder á los buenos antecedentes que le habian dado entrada en aquella casa, donde debia ser un espejo de súbditos, ya que en el siglo lo habia sido hasta cierto punto de superiores. Grande fué su humildad, grande su modestia, no menores sus vigilias y abstinencias; vacaba constantemente á la oracion, consagrábase á toda clase de ejercicios piadosos, y vivia como un verdadero cenobita, más bien que como un religioso. Su retiro era absoluto, su silencio sin igual, se dedicaba á las más humildes faenas, y servia á todos, áun á los últimos de sus compañeros, con un amor, con un zelo como si sirviese á Jesucristo en ellos. Jamás quiso obtener cargo alguno mirándolos como muy pesados para sus débiles fuerzas, y vivió siempre en la soledad con un placer y alegría como si hubiese estado cercado de los mayores y más amados amigos. El que habia figurado entre los sabios, que no carecia de capacidad ni talento, procuró vivir como un idiota, aparentando haber olvidado lo poco que sabia, y haciendo gala de su inutilidad en todo y para todo. Así vivió y murió este ilustre jesuita en 17 de Abril de 1597, dejando grande fama por sus virtudes. Los canónigos quisieron reclamar su cuerpo, suponiendo que les pertenecia por haber sido de su cabildo, y apreciar en mucho aquellos restos que miraban como las reliquias de un santo, mas la Compañía sostuvo sus derechos, y fué enterrado en el colegio. Antes de tomar la sotana, habia traducido del latin y publicado en 1571, la *Vida de Sta. Serena, vírgen y mártir*, que inserta Renato Benedicto en su *Historia de los Santos*, en 30 de Enero.—S. B.

ROUSIERE (La Marquesa de), convertida al cristianismo hace algunos años. —S. B.

ROUSSEAU (El abate). Fué llamado así un fraile capuchino, que se creó cierta reputacion como médico á fines del siglo XVII. Sintiéndose en su juventud inclinado á la vida penitente, y aficionado á la Seráfica Orden, abrazó la carrera religiosa, tomando el hábito en la órden de PP. Capuchinos. Destinado á las misiones de Abisinia, se resolvió á estudiar la medicina y la farmacia con la esperanza de hacerse más útil por este

medio en la mision. Aprobó su proyecto la corte de Roma, y el ministro Colbert le mandó dar habitacion en el palacio del Louvre, en donde tuvo cuanto pudo desear para seguir sus estudios y para preparar sus remedios químicos. Algunos de estos remedios, cuya importancia se exageró, dieron una gran fama al capuchino de Louvre. Y llegó á adquirir tal opinion de excelente médico y boticario, que el Rey le mandó expedir título de médico, y le nombró enviado suyo al Levante; pero á pesar de esto, Rousseau no tuvo por conveniente ponerse en viaje tan largo. Retirándose á un convento de capuchinos de Bretaña, poco tiempo despues se pasó á la órden de Cluni, en donde ejerció la medicina con el nombre del abate Rousseau. Murió este empírico, como le llama su biógrafo Mr. Weis, en 1696, víctima, segun se dijo, de su ignorancia ó de su terquedad. Su hermano llamado Grangeronge, abogado del parlamento, recogió sus manuscritos, y los publicó en francés con este título: *Secretos y remedios probados con muchos nuevos experimentos de Física y de Medicina;* Paris, 1697 y 1708, en 12.° En esta coleccion, justamente olvidada segun Mr. Weis ya citado, cuenta el autor que habiendo querido matar lentamente á un sapo encerrado en un vaso de cristal mirándole, experimento que le habia salido bien muchas veces, el animal se puso esta vez á mirarle á él, y que cayó instantáneamente en tan extraordinaria debilidad, que indudablemente hubiera muerto él mismo si no se le hubiese socorrido prontamente.—C.

ROUSSEAU, ministro protestante de la diócesis de Chartres, que se convirtió é hizo abjuracion á principios de 1684.

ROUSSEAU (Abrahan), judío, de edad de cincuenta y dos años. El primer dia de la Pascua de 1844, la parroquia de nuestra Señora des Blancs-Manteaux fué testigo de un espectáculo muy interesante. Un israelita atraido al seno de la Iglesia, un jóven arrancado del camino de la perdicion por el zelo del abate Bugnot, sacerdote de aquella parroquia, se acercaron á tomar la comunion en la Misa mayor con la fe más viva, la piedad más tierna. Hé aquí la historia de estas conversiones: A últimos de Noviembre de 1843, una piadosa y caritativa señora de la parroquia de Blancs-Manteaux se sintió conmovida interiormente á trabajar en la conversion de Rousseau, á quien tenia frecuentes ocasiones de ver. Habiendo sido coronadas por el mejor éxito sus primeras tentativas, suplicó al abate Bugnol se uniese á ella para llevar á cabo esta buena obra. Un corazon de sacerdote no puede ser insensible al pensamiento de ganar un alma para Dios. El venerable eclesiástico emprendió esta conversion con todo el ardor de su zelo. La gracia habia preparado ya maravillosamente el corazon del israelita. Hacia muchos años que frecuentaba las iglesias de la capital, y la palabra de Dios, que escuchaba con la mayor atencion, hacia en él una impresion profunda. Hé

aqui la circunstancia que le condujo á estos actos de cristianismo. Un dia escribió desde Polonia á su madre que acababa de recibir la circuncision. Desgraciado, le contestó, ¿qué has hecho? Estás bautizado! En efecto, la madre de Abrahan, que era cristiana, le habia hecho bautizar en secreto, y los documentos auténticos, atestiguando el bautismo, fueron entregados á Mr. Bugnot. Indignados de la inclinacion al cristianismo que manifestaba Abrahan, le retiraron sus correligionarios los socorros que le concedian; pero Abrahan nunca se quejó; jamás intentó reconciliarse con los israelitas, aunque su posicion hacia necesarios aquellos socorros. No tardó Abrahan en prometer al digno sacerdote de nuestra Señora des Blancs Manteaux que se convertiria, y le confesó que hacia largo tiempo habria ejecutado este grande acto, si no hubiere temido se atribuyese á miras interesadas. Temiendo el abate Bugnot que tuviese su neófito esa astucia tan comun en una raza de hombres acostumbrados á especular con todo, hasta con su conciencia, creyó debia someter á Abrahan á una larga prueba, espió su conducta, le sondeó en todos sentidos, y solo despues de haber adquirido certidumbre de su sinceridad, le admitió al sacramento de la reconciliacion. Ayudado del abate Ratisbona, catequizó durante muchos meses, con un zelo infatigable, al hombre sobre quien la Providencia tenia miras tan misericordiosas: su caridad encontró una honrosa pósicion para Abrahan, y proveyó todas sus necesidades con una solicitud verdaderamente paternal. Las instrucciones del abate Bugnot fueron oidas al mismo tiempo por un jóven, que lanzado sin guia en medio del mundo, habia llegado á la edad de veinte años sin ocuparse de su alma, sin oir hablar de religion. Su jóven corazon se manifestó dócil á las impresiones de la gracia, conmoviendo su angelical piedad á todos los que le vieron recibir el pan de los fuertes. Abrahan dió tambien un hermoso espectáculo en aquel solemne momento; no pudo contener su alegría y vertió lágrimas de felicidad. Miéntras que recogido en sí mismo daba á Dios ardorosas acciones de gracias, acercóso á él un judío, murmuró á su oido groseras injurias y le escupió en el rostro. Abrahan le contestó con la mayor dulzura: *Ojalá os ilumine el Señor*. Estos dos hombres que acababan de caer á los piés de Jesucristo, renovaron con ardor las promesas de su bautismo. La misericordia divina les ha conducido, por decirlo así, de la mano. —S. B.

ROUSSEAU (Claudio). Mr. Barbier y Mr. Querard dan á este benedictino de la congregacion de S. Mauro el sobrenombre de Francisco. Nació en Reims en 1772; profesó en S. Faron de Meaux el 7 de Marzo de 1739, y permaneciendo algunos años en la abadía de S. German de los Prados, en París, murió en S. Dionisio el dia 1.° de Marzo de 1787. Rousseau se habia encargado de componer con las observaciones de Baussonet la *Historia de*

Champagne y de Brie, y no habiendo hecho nada sobre este particular, dice su biógrafo Lacaste Foltrois, que se le ha dado sin razon el título de historiógrafo de Champagne. Publicó este religioso, escudado con el anónimo, las obras siguientes: *El Cœnobitophilo, ó sean Cartas de un religioso francés á un seglar amigo suyo sobre lo publicado contra el estado monástico*; Mont-Cassin y París, 1768, en 12.°—*Memoria para la ciudad de Reims contra su capítulo*; en 4.°—*Coleccion de cartas dirigidas á Mr. Mille, autor del Compendio cronológico de la Historia de Borgoña*; París 1712, en 8.°—A. C.

ROUSSEAU (Francisco). Este benedictino de la congregacion de San Mauro, nació en Saviñi, diócesis de Mans, en el siglo XVII. Profesó en 1680 en la abadía de Vendome; fué regente de retórica en Pont-le-Voy, y se distinguió mucho como predicador. Murió este religioso en el monasterio de S. Miguel de Tonnerre el dia 1.° de Agosto de 1731. Se ha conservado de su pluma la *Oracion fúnebre de Madama Polixena de Vibraye*, pronunciada en la iglesia de esta ciudad é impresa en Vendome.—C.

ROUSSEU (Gilberto). Este jesuita nació en Tours el año 1587, y tomando en la edad conveniente el hábito en la Compañía de Jesus, fué dedicado á la enseñanza por sus superiores, y profesó primero las humanidades y la retórica, y despues la Santa Escritura. Su capacidad le condujo á ser sucesivamente superior de los colegios de Saintes, Poitiers y de Burdeos, y despues provincial de su Orden en la de Anquitania. Entregóse tambien el P. Rousseau á la predicacion durante muchos años con gran éxito, y llamando su fama la atencion del rey, le encargó de dirigir en jefe las misiones establecidas en la Guyana francesa para la conversion de los protestantes. Murió en este empleo el dia 17 de Enero de 1666. Solo se conoce de este jesuita, segun su biógrafo De La Fontenelle, la obra en francés titulada: *Pruebas de la invocacion de los Santos en los primeros siglos de la Iglesia*; Burdeos, 1624, en 12.°—C.

ROUSSEAU (Fr. Juan Bautista). Fué natural de la provincia de Tolosa, en Francia, ignorándose de qué poblacion. Tomó el hábito de la órden de Santo Domingo en la ciudad de Tolosa, donde principió los estudios, que fué á terminar á París en el colegio de Santiago. Habiendo terminado la carrera y recibido las sagradas órdenes, regresó á Tolosa, poseyendo perfectamente la filosofía y la teología, y adornado con la notable cualidad de expresarse con suma claridad para la explicacion de las ciencias y hacerse comprender con gran facilidad por sus discípulos; por lo cual se le encargó la educacion de la juventud, cuyo destino supo cumplir con el mayor acierto y exactitud, mereciendo la general aprobacion. Manifestó siempre, unido á una suma piedad, el ferviente deseo de que todos se aprovecháran de los frutos de la gracia para alcanzar una perfecta y santa vida. Murió hácia el

año 1710, dejando escrita y publicada, aunque omitiendo su nombre, una obra en francés, bajo el siguiente título: *Avisos importantes sobre los diferentes estados de la oracion;* Paris, 1710, un tomo en 8.°—M. B.

ROUSSEAU (Juan Dionisio). Nació el año 1765 en Cinq Mars de Turena. Abrazó el estado eclesiástico y siguió la carrera de la enseñanza. Despues de haber sido profesor de la universidad, fué nombrado provisor del Real Colegio de Lyon, y en 1827, inspector de la Academia de Caen y despues de Rouen, en cuya ciudad murió el dia 12 de Noviembre de 1835. Se conservan de este sacerdote algunas obras de educacion, y entre ellas sobresalen por su mérito las siguientes, en francés: *Compendio de Geografía antigua, precedido de nociones elementales de Geografía y de Cronología*; Lyon y París, 1824 en 12.°—El *Arte poética* de Horacio, traduccion interlineal siguiendo la sintáxis francesa, precedida del texto latino con indicaciones sobre las variantes; París, 1828, en 12.°—A. C.

ROUSSEL (Adriano). Nació este religioso de la órden de Menores á fines del siglo XVI en Ornans, pequeña ciudad del condado de Borgoña. Despues de haber terminado los estudios, abrazó la vida monástica, y dividió el tiempo entre los deberes de su estado y la cultura de las ciencias. Dándole á conocer su capacidad, fué llamado á Munich por el P. Lallemand, su cofrade, y fué encargado de enseñar en el colegio de esta universidad la filosofía y las matemáticas. Supo cumplir tan perfectamente con este doble cargo, que se granjeó la estimacion de los sábios y la del duque de Baviera, que le dió pruebas de su aprecio. Dejando á Alemania el P. Roussel, fué nombrado provincial de su Orden en Saboya, y murió en Thonon el dia 26 de Julio de 1659. Se conocen de este religioso las siguientes obras: *Optica christiana, sive Verbi incarnati oculus in obscurioribus fidei divinæ mysteriis*; Munich, 1646, en 4.° Este libro es una explicacion de diferentes pasajes de la vida de Jesucristo, por las reglas de la óptica.—*La Teología mística de San Francisco de Paula, para volver el alma á Dios por el círculo del amor divino.—El retrato de S. Francisco de Paula en la persona del P. Baltasar de Avila, general de la Orden de Menores*; id. 1653, en 16.°, obra muy rara dividida en dos partes; la primera contiene una serie de odas en verso francés en alabanza del piadoso fundador de los Mínimos, y en la segunda se pretende hacer ver que el P. Baltasar de Avila tomó por modelo á S. Francisco de Paula en todas las acciones que le pusieran en el número de los santos.—*Musurgia sacra, sive ad columnas Ferdinandi III. Aug. Cæsaris immaculatæ Virginis Conceptioni erectas applicata*; 2 vol. en 4.° Es una defensa de la Inmaculada Concepcion, en la que el autor ha dado la explicacion de las pirámides levantadas en la ciudad de Viena en honor de la Santísima Vírgen. Segun M. Weis, esta obra se conservaba en la biblioteca de los Mí-

nimos de Besanzon. El P. Roussel dejó manuscritas otras obras, entre las que se cita un *Tratado de perspectiva*, otro *sobre relojes*, y el *Arte de fortificar las plazas de guerra*.—C.

ROUSSEL (Cárlos), dominico. Era francés, ignórase de qué punto, así como tambien en dónde habia tomado el hábito de la Órden. Los biógrafos nos le presentan como doctor en sagrada teología, y prior del convento de Padres Predicadores de Compiegne, donde alcanzó alguna reputacion por su elocuencia en la cátedra del Espíritu Santo. Murió en el año 1630, y dejó escrita y publicada una *Coleccion de sermones para las fiestas de la Santísima Vírgen*; un tomo en 8.°, impreso en París, año 1627, y que en el dia de hoy ha llegado á hacerse obra sumamente rara.—M. B.

ROUSSEL (Fr. Cárlos), del órden de Predicadores. Fué natural de Neustria, y habiendo ingresado en la religion del gran Patriarca Sto. Domingo, pasó á hacer sus estudios al colegio de S. Jacobo de París, obteniendo el grado de teología, cuya investidura recibió solemnemente el dia 28 de Enero de 1614, entre otros, treinta y un licenciados en la Sacra Sorbona, ocupando el vigésimo noveno lugar: dedicándose completamente á la predicacion, obtuvo notable fruto de sus trabajos en la enunciacion de la divina palabra. Falleció en el año 1648, dejando escritas las siguientes obras, todas ellas en idioma francés: *Las Maravillas de la cruz*, tratadas en veinticuatro discursos predicables; 1608, un tomo en 8.°—*La Corona de la Vírgen*; ó sea *Tratado de las perfecciones y prerogativas del santo Rosario*; 1608, un tomo en 8.°—*Justa defensa de las grandezas de la Vírgen*; 1625, un tomo en 12.°—*El primer cuadro de predestinacion donde cada uno podrá ver el estado de su alma y de su conciencia, recogido, compuesto y tratado en discursos devotos y predicables, útiles á los predicadores y á todos los que se hallan encargados del cuidado de las almas*; 1620, un tomo en 8.°—*Apertura de los siete sellos por los siete cuernos del cordero: sermones para las siete fiestas de la Vírgen, con un sermon de Sta. Ana*; 1627, un tomo en 8.°—*Exhortaciones al amor y á la devocion de la Santísima Vírgen*; 1647, un tomo en 8.°—Habia ofrecido además publicar otros dos tomos de sermones, asimismo en idioma francés, pero su prematura muerte le impidió realizar esta promesa.—M. B.

ROUSSEL (Claudio). Nació en Vitry-sur-Marne el dia 1.° de Junio de 1720, de padres pobres. Perdió al autor de sus dias á la edad de diez años. Al año siguiente empezó sus estudios bajo la proteccion de Jacobé, presidente de la alcaldía de la misma ciudad. Este estimable magistrado, al que fué deudor de su primera educacion, le mandó á París en 1739 para hacer su *quinquenio* en el seminario de S. Luis, y siempre le manifestó un verdadero cariño paternal. Luego que volvió de la capital, Roussel fué ordenado sacerdote en el seminario de Chalons, en donde enseñó la filosofía, y

salió seis meses despues de haberse ordenado para gobernar la parroquia de Cheniers, cerca de Chalons, en donde compuso su primer obra titulada *Principios de Religion ó preservativo contra la incredulidad*; que se publicó á su salida en 1751, época de la muerte de su madre. A virtud de sus grados fué nombrado al año siguiente cura de S. German de Chalons. En 1753 publicó la segunda edicion de su obra, que aumentó una tercera parte más. En el mismo año fué nombrado capellan de la antigua congregacion de la catedral de Chalons, y recibió de parte del rey una pension sobre la abadía de Saliva en Lorena. En 1759 dió al público su obra: *Principios sobre la Iglesia ó Preservativo contra la herejía*; la cual fué impresa en París. En el mismo año presentó dichas obras al papa Clemente XIII, que las acogió con bondad. Fué nombrado miembro de la Academia de Chalons en 1775. Se conservan de este autor, segun su biógrafo Jourdain, un escrito sobre la ley natural, y otro titulado: *Análisis del alma*. En las sesiones públicas de la Sociedad literaria de Chalons ha dado muchos discursos, á saber: *Sur le retrecissement de l'esprit humaine*; en 1760.—*Sobre el amor al trabajo*; 1761.—*Sobre el juicio literario*; 1763.—*Sobre lo bello*; 1766.—*Sobre el hombre social*; 1767.—*Sobre los principios de la Filosofía moderna*; 1768.—Suprimido el curato de S. German, fué encargado Roussel de dirigir las conferencias de los jóvenes seminaristas el año anterior á su ordenacion, estando encargado al propio tiempo de su direccion espiritual. Murió este estimable eclesiástico, que tuvo una facilidad pasmosa para improvisar sobre las materias de su estado, durante la revolucion, sin que nos fije su biógrafo la fecha ni el lugar en que aconteció.—C.

ROUSSEL (Claudio). Nació en la poblacion de la Vaquerie, diócesi de Amiens, hacia fines del siglo XV. Mr. Brizonnet, obispo de Meaux, le concedió en 1523 el empleo de tesorero de su catedral. Algunos monjes, cuyo celo reprimia este prelado, le acusaron al parlamento á causa de algunas proposiciones que extrajeron de sus sermones, y para librarse de caer en manos de sus enemigos, se fué á Estrasburgo con Lefebvre d'Etaples; pero no tardaron ambos en volver á París, en donde se ocuparon en traducir los comentarios de S. Juan Crisóstomo sobre las actas de los apóstoles. Predicó Roussel en 1533 la Cuaresma en el Louvre, y el fogoso Beda explicó en Sorbona algunas de sus proposiciones, que fueron proscriptas por parecer favorables al luteranismo. «Uniéndose al año siguiente, dice su biógrafo Tabaraud, los fanáticos impidieron á Roussel predicar la Asuncion en Nuestra Señora de París. Margarita de Valois le llevó á Bearne, y le dió en 1536 la abadía de Clenac y el obispado de Oleron, en cuyos cargos se distinguió por su celo, por su elocuencia y por su vigilancia pastoral, asistiendo con regularidad á las oficios, instruyendo á sus ovejas, y haciendo un santo uso de sus rentas.

Como en esta época los reformadores procurasen aumentar sus listas con nombres ilustres tachados de herejía por los católicos zelosos, áun cuando nada justificaba esta calificacion, inscribieron en ellas á Roussel, y esto atrajo contra él la animadversion de los fanáticos y de las personas que se fian demasiado fácilmente de la opinion de cualquiera. Un dia que Roussel predicaba en Mauleon, pequeña ciudad de su diócesi, un aldeano del pais destrozó el púlpito con un hacha, é hizo que cayese de él el obispo medio muerto, y que murió efectivamente de sus resultas poco despues, en 1551. Este crímen quedó impune, á pesar de que no aparece que jamás se le cogiese en error alguno á este prelado, víctima del fanatismo, ó más bien de una infernal intriga. Hácia el fin de sus dias habia compuesto una *Exposicion familiar* sobre el símbolo, el decálogo y la oracion dominical. Los doctores de París condenaron esta obra á no ver la luz pública, y sacaron de ella veinte y dos proposiciones indicadas por Argentré, pero de las que ninguna de ellas favorecia los errores de los calvinistas; pudiéndose concluir en que Roussel tenia ideas particulares sobre diversos puntos que no dañan á la fe. Se han conservado de este prelado unos *Comentarios sobre la Aritmética de Boecio*; París, 1521, en fólio.—Una *Traduccion latina de los anales de Aristóteles*; id., 1537 en 8.° Cano tomó el nombre de Gerardus Ruffus; hay autores que le han llamado tambien, ya Le Roux, ya Ruffi, ya Rousseau, que creemos su verdadero apellido.—A. C.

ROUSSEL (Fr. Francisco), minorita. Acerca de este religioso únicamente se sabe que era natural de Flandes, y que pertenecia al convento franciscano de la ciudad de Douay, donde publicó en el año 1650 la siguiente obra que habia hecho circular en forma de cartas.— *Theses generales ex Universa Theologia desumptas, ad mentem Doctoris Subtilis ac propugnatas.*—M. B.

ROUSSEL (Guillermo). Este religioso benedictino de la congregacion de S. Mauro, nació en Couches de Normandía en el siglo XVII. Profesó en 1680 en la abadía de Nuestra Señora de Lira, diócesi de Evreux. Hechos sus estudios con brillante exito, se consagró á la predicacion, pero no tardó en retirarse á la abadía de S. Martin de Pontoise, y despues á la de S. Nicasio de Reims, para ocuparse con más tranquilidad en trabajos de erudicion que era su pasion favorita. Murió este religioso el dia 5 de Octubre de 1717, á la edad de cincuenta y nueve años, en el monasterio de Argenteuil, adonde le habian llamado sus superiores. La principal obra de Roussel es una traduccion de las *Cartas de S. Gerónimo*. Se encontraba en el monasterio de S. Martin de Pontoise cuando empezó este trabajo, y sus dos primeros volúmenes aparecieron con este título: *Cartas de S. Gerónimo*, traducidas al francés en vista de las ediciones y de muchos manuscritos, con notas exactas y muchas noticias sobre los

puntos difíciles; Paris, 1704; dos volúmenes en 8.° El tomo III y último, que contiene las cartas críticas, no se publicó hasta el año 1707. Roussel habia tenido presente al traducir estas cartas, que la edicion de Martianay se publicó porque el texto de S. Gerónimo no era muy puro en las anteriores ediciones. La traduccion de Roussel, que fué la única hasta su época que no se limitaba á reproducir en francés la del P. Canisius, se acogió más bien como lo merecia. Vése en ella que el autor á la inteligencia del texto une la fidelidad y la exactitud de la traduccion, si bien al estilo de la época, parafraseando, suprimiendo y aumentando alguna vez. Bajo su pluma, generalmente calmosa, no hay casi nada de aquel calor y elocuencia que brilla en las cartas de S. Gerónimo, en las que la ardiente alma del solitario se pinta con tanta verdad. Por lo que respecta á las notas, es preciso confesar que son buenas y útiles. Esta traduccion fué reimpresa en París en 1713, en tres volúmenes en 8.°; y en 1743 en cuatro volúmenes en 12.° Consérvase aún de este benedictino un elogio de Mabillon en latin y en forma de epitafio, impreso con este título: *Immortali memoriæ clarissimi ac religiosi viri Joannis Mabillonii Epitaphium*; Reims, 1708, en 4.°; libro que está considerado como una obra maestra de elocuencia. Compuso tambien el epitafio latino grabado sobre el sepulcro del P. Herlain, fundador de la abadía de Beć en Normandía. Es el autor de la Epístola dedicatoria á Mad. de Orleans, abadesa de Chartres, que se lee al frente de las *Meditaciones sobre la regla de S. Benito*, por Morel; París, 1717, en 8.° En fin, publicó una nueva edicion corregida de la obra *Aviso y reflexiones sobre los deberes del estado religioso*; París, 1714, tres volúmenes en 12.° reimpresa en 1717 y en 1737. Roussel tenia instruccion; y Martianay en su *Continuacion del primer tratado de las Escrituras*, París, 1699, en 12.°, habla con elogio de una carta que este religioso habia escrito sobre la inspiracion de los libros sagrados, contraria á la opinion que el mismo Martianay habia expuesto sobre este grave asunto. Dejó este ilustrado benedictino inédita una *Disertacion sobre el Narsés* de que habla S. Gregorio el Grande. Habia formado el proyecto de una Historia literaria de Francia, y al efecto habia reunido materiales considerables, los cuales despues de su muerte fueron remitidos á Rivet. Tassin consagró un artículo á su cofrade Roussel, en la Historia de la congregacion de S. Mauro, y el Diario de los sábios le ha elogiado tambien. Gregorio y Collombet publicaron las *Cartas de S. Gerónimo*, traducidas en francés con el texto en frente; Lyon y París, 1836 y 37, cinco volúmenes en 8.°, y añadieron dos volúmenes de Misceláneas sacadas de las obras de este padre, y Mr. Colombet, biógrafo de Roussel en la *Biografía Universal* de Michaud, á quien hemos seguido en este artículo, escribió despues la *Historia de la vida y obras de S. Gerónimo*, en un volúmen en 8.°—A. C.

ROUSSEL (Fr. Juan Bautista), del órden de Predicadores. Fué natural de París, donde nació por los años 1644. Aficionado desde su más tierna edad al cultivo de las bellas letras, y descollando en su conocimiento, y manifestándose al propio tiempo con inclinacion al estado eclesiástico, tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de la Anunciacion de París, en donde profesó el dia 1.° de Octubre de 1664. Era como muy pocos, sumamente perito en los idiomas griego y latino, y elegante y fácil orador en dichos idiomas, distinguiéndose á la vez por la rectitud de sus costumbres y su sólida piedad; por lo cual la Orden concibió grandes y fundadas esperanzas, que una muerte prematura vino á dejar aniquiladas. Murió el dia 27 de Noviembre de 1684, sin haber cumplido aún los cuarenta años de su edad, exhalando el último suspiro entre el llanto y las oraciones de sus hermanos, que le amaban tiernamente. Dejó publicado un libro traducido con asombrosa facilidad del griego al latin, cuando aún era novicio, y que lleva por título: *Ex libro S. Theodori Grapti, de inculpata christianorum fide*, que se imprimió en París en el año 1664, y que forma un volúmen en 4.°—M. B.

ROUSSEL (Fr. Rolando), religioso dominico, natural de París, en su juventud se consagró á la literatura, y despues tomó el hábito en su patria en el convento de la Anunciacion, calle de S. Honorato, donde profesó el 19 de Octubre de 1664. Como estaba muy versado en las lenguas griegas y latina, y era un elegante orador en ambas, recomendándole tambien sus ejemplares costumbres y amor al estudio, daba las mayores esperanzas que cortó su repentina muerte. Falleció entre las oraciones y llanto de sus hermanos en 17 de Noviembre de 1684, á la edad de cuarenta años, siendo sepultado en el cementerio comun de los religiosos. Tradujo del griego al latin: *Ex libro S. Theodori Grapti de inculpata christianorum fide*, que publicó Francisco de Combefis en su *Originum rerumque Constantinopolitanarum manipulo*; París, por Simeon Piget, 1664, en 4.° — S. B.

ROUSSELET (Claudio de Francisco). Este agustino reformado nació el año 1725 en Pasmes, en el bailiato de Grai. Habiendo abrazado la vida religiosa, tomó el hábito de la órden de S. Agustin, y se mudó el nombre propio en el de *Pacífico*. Dedicado á la enseñanza, profesó la teología en diferentes casas de su Orden, y no tardó tampoco mucho en adquirir fama de buen predicador. Alternó con sus deberes el estudio de la historia y el cultivo de las letras. Fué uno de los primeros miembros de la Sociedad de Emulacion, que se estableció en Bourg, y leyó en sus sesiones públicas muchas composiciones, entre las que se cita un *Discurso sobre las cualidades del hombre de bien;* y una *Oda* de un antiguo institutor. Luego que se suprimieron las órdenes religiosas, volvió al seno de su familia, á Besanzon, en donde murió el dia 20 de Agosto de 1807. Nos queda de este autor la *Histo-*

ria y descripcion de la Real Iglesia de Brou, elevada á villa en Bresa, por Margarita de Austria, por los años de 1511, 1536; Paris 1767, y Lion 1788, en 8.° Esta obrita está llena de curiosas noticias. La iglesia de Brou, que es uno de los más bellos edificios góticos de Francia, fué construida por los planos de Andrés Colomban, arquitecto de Dijon, que merece ser más conocido que lo es de los apasionados del arte. Encierra esta iglesia los mausoleos en mármol de Margarita de Borbon; de Filiberto el *Hermoso*, duque de Saboya, su hijo, y de Margarita de Austria, esposa de este príncipe. Estos sepulcros y la mayor parte de las estatuas que los adornan, se ejecutaron por Conrado Meyl, hábil escultor suizo, que fué encargado de la direccion de los trabajos. Segun los cálculos del P. Rousselet el gasto total de la construccion de la iglesia de Brou ascendió á más de doscientos mil escudos de oro, que vienen á ser más de veintidos mil millones de la moneda francesa. Hubiera sufrido esta iglesia la destruccion que tantos otros edificios de su clase en la desastrosa irrupcion de los vándalos modernos, si no la hubiera librado de sus sacrílegas manos el celo de algunos miembros de la comision de Artes, que consiguieron se declarase monumento nacional, como puede verse en el *Diario de los Sabios* (Journal des Savants) de 1786. Puede consultarse sobre la belleza artística de este precioso templo las *Consideraciones y pesquisas sobre los monumentos antiguos y modernos del territorio de Brou*; por Th. Riboud, en la *Biblioteca Universal*, Abril y Mayo de 1823. —C.

ROUSSELET (Jorge Esteban). Nació este jesuita en Vesoul el año 1582, y fué admitido en la Compañía de Jesus á la edad de veintitres años. Despues de haber enseñado humanidades y desempeñado diferentes empleos de su Orden, se distinguió en la carrera del púlpito. Murió en Valencia del Delfinado el dia 30 de Diciembre de 1634, á la edad de cincuenta y dos años. Conócese de este autor un libro titulado: *Les Lys Sacrés*, ó *Paralelo de las lises de S. Luis y de otros reyes de Francia*, el cual fué impreso en Lion en 4.°, en 1631. A esta misma familia perteneció, segun Mr. Weis, Claudio Francisco Rousselet, agustino, de que ya nos hemos ocupado, y Francisco Rousselet, médico alquimista, que publicó la *Chrisospagirie ó sea el uso y virtud del oro*, que se imprimió en Lion en 8.°, en 1582, cuyo libro se ha hecho muy raro. — C.

ROUSSELET (Fr. Juan), jesuita francés. Nació en Reims en 1591, y se dedicó desde luego al estudio, en que hizo notables adelantos; su familia, que era bastante conocida en aquella ciudad, hubiera deseado dedicarle á la carrera del foro; mas él deseaba únicamente servir á Dios en religion, y así es que sin hacer caso del anhelo de sus padres, pidió á los diez y siete años la sotana de la Compañía, que le concedieron los superiores sin vacilar, vistas sus

buenas cualidades. Rousselet procuró desde aquel instante hacerse acreedor á la distincion que habia merecido, y ora como novicio, ya como sacerdote, manifestó hallarse dotado de todo género de virtudes. Era en extremo obediente y humilde, estando siempre pronto á obedecer no solo las órdenes de sus superiores, sino tambien las de sus iguales, á quienes miraba como verdaderos hijos de Jesucristo y su Iglesia, estando por lo tanto obligado á servirlos y reverenciarlos. No se esmeraba ménos en los demás ejercicios de penitencia y oracion, que hacia contínuamente no solo á las horas y en la forma prescrita por la regla, sino tambien á otras extraordinarias, hasta el extremo de que el rector de su colegio le mandó mitigar sus rigores. No por esto descuidaba sus estudios, siendo uno de los alumnos más adelantados de su clase, y haciendo progresos por los que con justicia se le atribuia semejante honor. Pronto fué tan grande su instruccion en todas las ciencias que habia aprendido, que se le destinó como profesor á diferentes colegios, en los que aumentó en mucho la reputacion que desde antiguo habia adquirido. Su enseñanza era profunda, al par que sencilla y acomodada al ánimo de sus oyentes, en los que procuraba infundir los principios de la ciencia con la solidez necesaria para que les sirviese de norma en toda su carrera. Arreglaba tambien sus lecciones de modo que en ellas resaltasen principalmente las máximas de la virtud, que sus discípulos estaban obligados á cultivar en primer término, y que formaban, por decirlo así, la principal parte de sus deberes. Amábanle estos y le reverenciaban como á padre más bien que como á maestro, pues merecia muy bien el nombre de tal quien estaba atento á todas sus necesidades, é influia en que estuvieran cubiertas áun en los tiempos en que el colegio se veia en algunos apuros, que en aquella época en que acababa de nacer la Compañía solian ser bastante frecuentes, á pesar de la grande capacidad de sus fundadores, y providenciales medios con que solia asistirlos la gracia. Al mismo tiempo que á la enseñanza, se hallaba consagrado al ejercicio de las misiones, en que recorrió diferentes ciudades de Francia, dando ejemplos de penitencia y mortificacion, y procurando atraer al camino de la salud á los más empedernidos pecadores. Los frutos que conseguia en estas excursiones eran la admiracion de sus compañeros, que aunque hacian los mismos esfuerzos que él, no podian comprender, sino explicándolo por un don particular de la divina Providencia, cómo eran mucho mayores los frutos que él obtenia, á pesar de los sencillos medios que en la apariencia para ello empleaba. Mas provenia esto de las cualidades especiales con que la naturaleza le habia dotado, pues á una vida ejemplar y á un saber profundo, unia una severa y majestuosa figura, un andar imponente y grave, una voz sonora y agradable, y un rostro que revelaba abstinencia y devocion. Sus palabras eran además elocuentes y

conmovedoras, grabábanse con facilidad en el ánimo de su auditorio, al que más bien que aterrar con el temor, procuraba atraer con su bondad y dulzura. Sus discursos eran al mismo tiempo á propósito para los sabios y para los ignorantes, y al revelar las más profundas verdades de nuestra religion, lo hacia con una facilidad y con una sencillez, que nada dejaban que desear y eran al mismo tiempo saludable leccion para los más instruidos, y como elementos de educacion para los que todo lo ignoraban. Así es que el Padre Rousselet fué desde luego mirado como una de las lumbreras de su Orden, y se trató de elevarle á los más encumbrados puestos en que podia servirla con utilidad y contribuir á su esplendor y fomento. Fué por lo tanto nombrado rector de diferentes colegios, y en todo desempeñó este cargo con tino y acierto y no pocas ventajas para su instituto. A esta época debe atribuirse la composicion de sus obras, que si no fueron por cierto tales como correspondia á su grande reputacion, contribuyeron sin duda á dejar su nombre inscripto en la república de las letras. Falleció siendo rector del colegio de la Compañía en Metz, despues de haber publicado las obras siguientes: *Vindicacion de los privilegios y gracias que usan legítimamente los religiosos en la gerarquía eclesiástica, tomada de los Stos. Concilios, Padres, doctores, ortodoxos y teólogos;* 1626, en 12.° Esta obra habia sido compuesta en latin por el P. Esteban Rinet, y al darla en francés unió el autor el de Juan Campani. Tambien tradujo el *Testamento del hombre cristiano*; 1624, en 16.°—S. B.

ROUSSIER (El abate Antonio). Nació hácia el año 1585 en Saint-Etienne-en-Fores, donde ejerció por casi toda su vida las elevadas funciones del ministerio sacerdotal, y particularmente las de catequista misionero. Murió en Saint-Symphorien-le-Chateau el 26 de Marzo de 1659. Cuando asistia á algun sermon, tenia la costumbre de cubrirse en señal de disgusto si el predicador nombraba en su discurso algun personaje profano, tal como Alejandro, César ó alguna falsa deidad de la mitología. Aunque la relacion de sus hechos presenta muy poco de notable, Gabriel Palerne, señor de Sardon, escribió su vida, que fué publicada en París en 1645 y forma un volúmen en 12.°—M. B.

ROUSSIER (Pedro José). Nació en Marsella en 1716, y murió en 1790 en Econis en donde era canónigo. Los redactores de la Biografía Universal francesa le consagraron un artículo en esta obra, escrito por M. de Sevelinges, por haber sido autor de algunas obras de teoría musical, que le dieron alguna reputacion en su siglo. Nacido sin disposicion alguna para la música, no conocia ni una sola nota á la edad de treinta años, cuando cayó en sus manos el Tratado de la Armonía de Rameau, y se entusiasmó tanto con el contrabajo fundamental, que se hizo el apóstol de él, como si se tratase de un nuevo misterio revelado á los hombres. Extraño á la ciencia del

calculo, lo mismo que á toda idea de física, el abate Roussier emprendió con atrevimiento la explicacion de los sonidos y de los acordes. No sabiendo leer ni una frase musical, ni descifrar un contrabajo, no temió la controversia de los más grandes maestros del arte, como Gluck y los Sacchini; pero estos le despreciaron con su silencio. Desesperado de que nadie le hiciese caso, fué un dia á buscar al abate Arnaud, excelente músico y amigo particular de Gluck, é invitó al autor de Ifigenia y de Armida á que oyese una nueva disertacion que habia escrito, pero no lo consiguió. No contento con escribir tres gruesos volúmenes sobre la música de los europeos, llevó su extravagancia el abate Roussier á disertar sobre la de los chinos; y el P. Amiot, que habia enviado desde Pekin una excelente memoria sobre la música é instrumentos de la China, acabó por adoptar una parte de las ideas sistemáticas que habia formado el abate Roussier por los mismos escritos de este célebre misionero. Consérvanse en las bibliotecas ciertas obras del abate Roussier, que solo tienen mérito, en concepto de los artistas, por hallarse llenas de noticias curiosas que requieren mucho tiempo y trabajo. Tal es, entre otras, su *Memoria sobre la música de los antiguos*, en la que sus explicaciones exceden en claridad á las de los teóricos que han escrito ántes de él sobre la misma materia. Su *Armonía práctica*, publicada en 1776, le atrajo la sátira de los críticos y la burla de las gentes de buen humor.—C.

ROUSSY (Juan de). Confunde la Francia literaria á este académico de la Rochelle y limosnero de la catedral de esta ciudad, con Santiago Bruus Roussy de Caseneuve, dean del mismo cabildo. Nació en Vigan el dia 11 de Octubre de 1705, y se conservan de él las siguientes obras: *Aurelia ú Orleans librada*, poema latino traducido al francés en 1738 en 12.°—*El Cantar de los Cantares*, idilio profético al Salmo XLIV, y la célebre profecia de Emmanuel, hijo de la Vírgen, de los capítulos 7, 8 y 9 de Isaías interpretados del hebreo en sentido literal; la Rochelle, 1747, en 8.° La primera de estas producciones está escrita en prosa poética y no en verso, como equivocadamente ha dicho Lenglet Dufresnoy. Asegura el autor en su prefacio, que existe el original latino, pero que aún no se ha publicado, asercion que es un pequeño fraude literario, segun su biógrafo Mr. Vincent-Saint-Laurent, puesto que hay duda de que el pretendido poema de Roussy ha sido compuesto en francés. Este mismo asunto fué despues tratado por Charbury en lengua latina con el título *Aurelia liberata*, vulgo Juana de Arco, 1782; pero ambas obras solo tienen de comun los acontecimientos y la heroina que celebran. La obra de Roussy ha venido á ser rara, no porque su mérito la haya hecho buscar; sino porque el autor, habiendo llegado á hacerse muy devoto, segun el expresado biógrafo, concibió escrúpulos acerca de lo que ha-

bia escrito, y haciendo comprar cuantos ejemplares pudo, los quemó. Murió este eclsiástico en la Rochelle el dia 4 de Febrero del año 1777. —C.

ROUTH (Bernardo). Este jesuita irlandés nació el 11 de Febrero de 1695. Enviado jóven á Francia, terminó allí sus estudios en un colegio de su nacion, y aficionándose á los jesuitas, abrazó la regla de S. Ignacio. Supo conciliar su amor al estudio de las letras con la exactitud en el cumplimiento de sus deberes, y no tardó en darse á conocer por medio de algunos opúsculos, que le presentaron como juicioso crítico y hombre instruido. Durante su permanencia en el colegio irlandés de Poitiers, se aplicó en particular á la historia, de la que hizo un profundo estudio. El descubrimiento de un gran número de sepulcros en piedra cerca de Civaux, le dió ocasion de publicar curiosas noticias sobre las inhumaciones de los antiguos. El buen éxito que tuvo esta obra hizo que se le llamase á París para escribir en el *Diario de Trevoux*, del que vino á ser uno de los principales redactores desde 1739 á 1743. Se le encargó en seguida continuar la Historia Romana de los PP. Catrou y Vouillé, de la que se habian publicado veinte volúmenes, y puso empeño en terminarla en otros tres volúmenes, que debian comprender la série de la historia de los Césares desde Tiberio hasta Nerva. Otras ocupaciones le apartaron de este trabajo, que dejó incompleto, pues que solo escribió un volúmen en 1748, que contiene el reinado de Calígula y una parte del de Claudio. Frecuentemente se ha dicho que el P. Routh y el P. Castel, su cofrade, despues de haber ofrecido á Montesquieu moribundo los consuelos de la religion, intentaron luego que espiró, el dia 10 de Febrero de 1775, apoderarse de sus manuscritos, pero que lo impidió con entereza Darcet; historia que ha sido formalmente desmentida por Suard, que asistió á los últimos momentos del autor del *Espíritu de las leyes*. Suprimida la Compañía de Jesus, se retiró el P. Routh á los Países-Bajos, estableciéndose en Mons, en donde fué confesor de la princesa Carlota de Lorena, y en este cargo y en la misma poblacion murió el dia 18 de Enero de 1768. Además de la continuacion de la Historia Romana, se conocen de este religioso las obras siguientes: *Versos sobre el matrimonio del rey Luis XV*, 1725.—*Cartas críticas* sobre los viajes de *Cyrus* por Ramsay; París, 1728, en 12.°—*Relacion fiel de las turbulencias del imperio de Pluton*, con motivo de la historia de Sethos, en cuatro cartas escritas desde los Campos Elíseos al abate Terrason; Amsterdam, 1731, en 12.°—*Cartas críticas sobre el Paraíso perdido y reconquistado de Milton*; París, 1731, en 12.° Estas cartas se han reproducido á continuacion de la traduccion francesa del Paraíso perdido de Dupré de S. Mauro, edicion de 1765, en 4 vol. en 12.° En la obra ya anunciada sobre la manera de enterrar de los antiguos, pretende Routh que las de muchas sepulturas encontradas en Civaux indican un antiguo cementerio

de cristianos, habiendo sido confirmada su opinion y las razones en que la apoya por el sabio abate Lebeuf. En seguida de esta obra se encuentran sus observaciones sobre el *Campus Vocladensis*, ó segun Gregorio de Tours, *Clovis vencido por Alarico*, manifestando perfectamente el P. Routh que este no puede ser Civaux, si bien confiesa que no ha podido encontrar los restos ocultos de Vouglé en las riberas del Clain.—*Carta sobre la tragedia de Osarphis*, que segun Mr. Weis se halla en el tomo III de la *Coleccion de las obras del abate Nadal*. — C.

ROUTIER (Santos), hijo de David, uno de los seiscientos protestantes convertidos en Caen por Veron hácia 1630.

ROUX (Fr. Claudio Le), del órden de Predicadores. Fué natural de la Flandes francesa, y tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de la ciudad de Leiden, desde el cual se trasladó á Paris, haciendo sus estudios en el colegio de Santiago y en la facultad de la Sacra Sorbona, donde recibió el grado de licenciado en teología en el año 1627, á 17 del mes de Noviembre. Hízose muy notable por la perfeccion con que llegó á poseer los idiomas griego y latino, á la vez que el hebreo, y por las oraciones y discursos que en accion de gracias pronunció en la universidad de la Sorbona y en el paraninfo del colegio de Sto. Tomás, las cuales fueron publicadas bajo los títulos siguientes: *Triumphata superbia Moab psalente in augusta Sorbona, Claudio Le Roux Lugdunensis.* — *Gallia Benedicta, sincerissimè fratrem Aaron, repræsentante eodem de familia Prædicatorum.* Tambien escribió, pronunció y dió á luz otra elegante y tierna oracion en idioma vulgar ó francés, titulada: *La Tortolilla gemente sobre Jerusalen*, con motivo de la profesion de Sor Isabel Angélica de Courtenay, religiosa de Sto. Domingo. Le Roux, en los últimos años de su vida, y hácia el de 1624, habiendo obtenido el título de maestro en sagrada teología, pasó á la órden de San Benito é ingresó en la facultad de teología de París. Créese, áun cuando no consta á punto fijo, que su fallecimiento ocurrió en el año de 1637 en la ciudad de París.—M. B.

ROUX (Eudo ú Odon de Chateau), cardenal, obispo de Tusculo. Un Odon de Soissons, abad de Ourcamp, en la diócesis de Noyon y obispo despues de Palestrina, en Italia, vivia á mediados del siglo XII, al que muchos biógrafos han confundido con nuestro Odon ó Eudo, y á quien se aplicaban equivocadamente las cualidades del de Soissons, del abad de Ourcamp y del obispo de Palestrina ó Preneste. Odon el soisonés habia muerto ya, y quizá desde muchos años ántes, cuando nació á últimos del siglo XII ó principios del XIII nuestro Eudo en el Berry: *Odo de Castro Rodulphi biturícensis.* Nada se sabe de la familia de este personaje; pero Guillermo de Nangis y otros historiadores de la misma época, nos refieren que despues de haberse

distinguido en las escuelas de París, fué canónigo, y en 1238 canciller de esta ciudad. Puede creerse que no conservó por largo tiempo la dignidad de canciller, pues abdicó para entrar en el órden del Cister, y habitó como simple religioso en el monasterio de Grandselve. Si fué abad ó superior de comunidad, *cœnobiarca*, no fué ciertamente en Ourcamp, pues la cronología de los abades de este convento, desde 1128 hasta 1300, no presenta más que un solo Odon en el de Soissons, que desempeñó este cargo desde 1167 y durante los tres años siguientes. Eudo habia adquirido ó conservado una reputacion tan honrosa en su retiro cisterciense, que en 1243 ó 1244 le creó cardenal Inocencio IV, y obispo de Tusculum, y no de Prenesta, á la muerte de Santiago de Vitry. Este pontífice encontró en él un hombre, segun su corazon, recomendable á la vez por sus puras costumbres, profundo saber y una madura prudencia. En el mes de Agosto de 1245 le envió á Francia con el título de legado de la Santa Sede y la mision de predicar la cruzada. Desde esta época Eudo es citado con frecuencia y hasta elogiado por los escritores de su siglo, Vicente de Beauvais, Godofredo de Beaulier, el confesor de la reina Margarita Guillermo de Nangis y Joinville, costando trabajo el concebir cómo los biógrafos modernos han cometido tantos errores y dejado pasar tantas inexactitudes en lo que han dicho de él. El historiador Fleury ha sabido preservarse de estos errores. San Luis, que se le habia pedido al Papa y que le manifestaba la mayor estimacion, reunió en París á mediados de Octubre un parlamento en que el legado reclamó la ejecucion de los decretos de los concilios de Lyon y los sacrificios necesarios para el rescate de los Santos Lugares. A estas vivas exhortaciones se unieron las del piadoso monarca, que fué el primero en cruzarse, y cuyo ejemplo no podia dejar de ser imitado por los señores de su reino. Despues de haber celebrado solemnemente en 25 de Mayo de 1248 la consagracion de la Santa Capilla de París, en que se hallaba depositada la corona de espinas, Eudo partió con Luis IX para Oriente y pasó el invierno en la isla de Chipre. Los historiadores contemporáneos nos le representan conciliando á los señores cruzados, entre los que se suscitaban algunas diferencias, absolviendo á los que habia excomulgado el arzobispo de Nicosia, y obteniendo de ellos la abjuracion de sus errores, haciendo restituir á los genoveses el navío que les habia tomado el conde de Beaumont, catequizando cincuenta y siete cautivos, bautizando á treinta, trabajando en la conversion de los infieles y procurando afirmarlos en la fe cristiana. Tuvo inmediato conocimiento de un mensaje de los tártaros al rey de Francia. La traduccion de una carta escrita en nombre del Khan, lo mismo que de la que dirigia el condestable de Armenia al rey de Chipre, se halla inserta en la epístola al papa Inocencio IV, que redactó el legado en 1249 y él fechó en miércoles

santo, y que es entre los escritos atribuidos á Eudo el más conocido y más auténtico. Se hallaba al lado de San Luis y llevaba la cruz delante de este monarca cuando se tomó tierra en Damieta, donde entró procesionalmente y celebró una misa solemne. Mandó hacer procesiones para obtener noticias del hermano del rey Alfonso, conde de Poitiers, prisionero de los sarracenos. Cuando cupo al Rey la misma suerte, Eudo escapó de las manos de los vencedores refugiándose en un navío. Pero si bien sabia evitar los peligros, no tomaba ménos parte en los trabajos comunes. Joinville dice que el legado hizo una de las tres puertas de Jaffa y un paño de la muralla. Concedia indulgencias á los que trabajaban en las fortificaciones de los campamentos y de las plazas. El fué quien recogió las opiniones de los señores que deliberaban sobre la proposicion de volverse á Francia; él tambien quien manifestó al Rey el nuevo compromiso que habia contraido el Sr. de Joinville; él, por último, quien en 1253 anuncia á Luis IX la muerte de su madre la reina Blanca. En 1254 tuvo una conversacion con Joinville que nos ha legado este historiador, añadiendo que se cumplió en parte lo que le habia profetizado. Eudo, que se quedó en Oriente con los caballeros cruzados para la defensa de los Santos Lugares, permitió al Rey cuando se embarcaba poner en su buque la sagrada Eucaristía, cosa que no se habia hecho hasta entónces. Ignórase el año en que el cardenal regresó á Europa, y cooperó en 1261 á la eleccion de Urbano IV en Viterbo. Murió el 26 de Enero de 1273 en Civita-Vechia, y fué enterrado en la iglesia de los Dominicos de esta ciudad. Los que señalan otra fecha á su muerte le confunden con un obispo de Preneste, cuyo verdadero nombre es Conon ó Conus, ó le confunden con Ordeonus, que ocupó la sede de Tusculum despues de Pedro, pontífice luego con el nombre de Juan XXI. La celebridad que Eudo tenia en su época procedia más bien de los hechos de su legacion en Francia y Oriente que de sus escritos, de que no se puede elogiar la importancia sin atestiguar la autenticidad. Se le atribuye un *Comentario sobre Jeremías*, cuyas primeras palabras son: *Quidquid mali super nos adducitur nostra peccata merentur*; y las últimas: *ad id alium ad quod meipsum*. Gabriel Naudé poseia un ejemplar manuscrito; pero Odon de Soissons, abad de Ourcamp, es el designado como autor de este comentario en el tomo II de Oudino, año 1240. Este mismo Odon, obispo de Preneste, ha pasado tambien por haber compuesto una coleccion de cuestiones, y sin embargo Oudino, en su tomo III, en el artículo de Odon, obispo de Tusculum, indica como obra de este prelado una suma de cuestiones teológicas y morales, de que existen, segun dice, dos copias manuscritas en la Biblioteca Imperial de Francia, con los títulos: *Magistri Odonis suessonensis Quæstiones theologicæ et morales*, y *Magistri Odonis Quæstiones de fide, spe et charitate*. Debe

notarse el epíteto de *suessonensis* en el primero de estos títulos, pues designa el Odon del siglo XII. Y lo que no es ménos notable, es que el mismo Oudino, al hablar de el del siglo XIII como el de que se trata, lo hace de esta manera: *Quæstiones magistri Odonis suessonensis, postea abbatis Oriscampi, tandem episcopi tusculanensis.* Esta extraña mezcla de calificaciones de dos personajes, causa un embarazo que se aumenta todavía más cuando queriendo citar las primeras líneas del prólogo de estas cuestiones, reproduce Oudino las propias palabras que en su tomo II nos ha dicho ser las primeras del *Comentario sobre Jeremías: Quidquid mali super nos?* Por fortuna estos dos libros no son de grande interés para que cause pena el ignorar cuál de los dos Odones los ha compuesto. Pero hay pocas probabilidades de que sea el de que nos ocupamos. Es autor de los dos grandes volúmenes de que se han conservado ejemplares manuscritos en el Vaticano, en casa de un canónigo de Brescia, en las bibliotecas del Cister, de Claraval y de Cremona? Se intitulan: *Conciones et homeliæ de Tempore et de Sanctis.* Son, dicen, una coleccion de ciento treinta y un discursos, el primero de los cuales comienza por estas palabras: *Tulit enim Samuel corum olei et unxit eum*, y fué pronunciado en la consagracion de Cárlos de Anjou, elevado al trono de Sicilia en 1264; y el último: *Oritur sole et occidit*, en la muerte del papa Clemente IV en 1268. Estas fechas convienen al cardenal Eudo, siendo posible que se consagrase al ministerio de la predicacion en los últimos años de su vida: sabríase mucho si los escritores de su siglo nos hubieran dejado algunas noticias, y si los bibliógrafos modernos hubieran hecho más investigaciones acerca de los títulos de estos manuscritos y de los términos en que el autor es indicado en ellos. Conócese con más exactitud la epístola que escribió en la isla de Chipre en 1249 al papa Inocencio IV. Dachery la ha publicado por un manuscrito de Balucio, en el tomo VII del *Spicilegio*, donde ocupa doce páginas. Podria ocupar el lugar de un diario de todo lo más importante que pasó en el ejército de los cruzados desde el dia de S. Lucas de 1248 hasta la semana santa del año siguiente. Michaud la ha designado en la Historia y en la Biblioteca de las Cruzadas como uno de los documentos originales relativos á la expedicion de S. Luis. Las cartas del Kan de los tártaros y del condestable de Armenia, que insertó Eudo en la suya, se han reproducido en otros muchos escritos.—S. B.

ROUX (Francisco), fraile franciscano, que nació en 1632 en la poblacion de Chagny, entre Beaume y Chalons. Fué doctor en teología, comisario general de su Orden en la provincia de Francia, visitador perpétuo de las religiosas de Santa Clara, y dos veces provincial de la provincia de S. Buenaventura. Murió en Molins el dia 7 de Octubre de 1696, á la edad de sesenta y cuatro años. El P. Lachete, su discípulo y cofrade, compuso su elo-

gio en latin, é hizo grabar el siguiente epitafio en su sepulcro sobre una lámina de cobre:

Maximus hic minor est, tumulum venerare, viator,
Et pro ter magno vota repende viro.
Lux-ero nascenti fuit illi nomen, et omen;
Voce, opere iet scriptis luxit ubique suis.
Ordo ministerii lituum, Sorbona coronam
Doctrinæ dederat, det diadema Deus.

La voz *Lux-ero* es anágrama de Le Roux. Pronunció su oracion fúnebre el P. franciscano Roussier, que tambien fué doctor de Sorbona, lo cual hizo en el definitorio de la provincia de S. Buenaventura, junto á Dijon, en 1698, imprimiéndose en 8.° en esta misma ciudad, en el expresado año. Fué autor este religioso de las siguientes obras: *Tratados espirituales de S. Buenaventura*, traducidos al francés; Paris, 1693, dos vol. en 12.°—*Tratados espirituales de los deberes interiores de piedad, que todos pueden practicar diariamente para animarse en el camino de la perfeccion;* Lion, 1707, en 12.°—*Tratado espiritual para los superiores*; en el que se trata de lo que importa tener buenos superiores para los religiosos, y cuáles son las reglas de San Buenaventura, por medio de las cuales puede llegarse á este fin; Lion, 1707, en 12.°— *Tratado espiritual para los maestros de novicios*; en el que se trata de la necesidad de tenerlos buenos y cualidades necesarias para este empleo; Lion. Dejó manuscritas las siguientes obras: Traduccion de las obras de piedad del V. P. David de Augsburgo, religioso franciscano, sacadas del tomo XV de los Padres; id. de los *Comentarios* sobre la Apocalipsis y sobre la regla de S. Francisco, explicada por S. Buenaventura. Consúltese á Papillon en su Biblioteca de autores de Borgoña.—C.

ROUX (Fr. José), religioso dominico, natural de Semovic en la Bretaña, donde tomó el hábito y profesó; fué maestro en la sagrada teología, ciencia que enseñó durante muchos años en su Orden. Tambien desempeñó el cargo de primer regente en el colegio de Tolosa, donde dió grandes pruebas de su humanidad, celo é inteligencia durante una peste que trabajó á aquella ciudad y toda la Francia. En 1710 fué elegido prior de su convento de Semovic, donde continuó por muchos años ejerciendo este cargo, falleciendo despues de 1720. Escribió y publicó con motivo de una cruel hambre que reinó en Francia: *Opinion de Sto. Tomás sobre el precepto de la limosna, probada en pocas palabras por la Sagrada Escritura, los Santos Padres y el sentido comun.* Semovic, Bartolomé Wisin, 1710, en 12.°—S. B.

ROUX (Juan). Este religioso, llamado tambien Relado, fué natural de

Inglaterra y tomó el hábito en la órden de S. Francisco en el siglo XIII; solo se sabe de él que compuso *Anales*, una *Crónica* de los Papas y otra de los emperadores, que cita Pitseus en sus *Ilustres escritores ingleses*, y en su *Historia latina* Vossius.—C.

ROUX (Luis), natural de Pont (Charenta Inferior), siendo militar, estuvo en la prision de Hauts-Murats, en Tolosa. Habia concebido hacia mucho tiempo el designio de abandonar la religion protestante en que habia sido educado. Su permanencia en la prision le dió tiempo para reflexionar en su proyecto, y se le manifestó al capellan del regimiento que se hallaba de servicio en Hauts-Murats. Este eclesiástico le exhortó á examinarse maduramente, y le hizo comprender que las consideraciones humanas no debian entrar para nada en su resolucion. El militar insistió en su propósito, y fué instruido durante muchos meses, é hizo su abjuracion en 30 de Junio de 1828 en manos del abate Roquette, canónigo honorario y capellan del 8.° de artillería, que habia recibido poderes para este efecto de la autoridad eclesiástica.—S. B.

ROUX (Luis). Este sacerdote de la Champaña, en Francia, fué diputado del Alto-Marne en la Convencion nacional en 1762, y votó la muerte del rey Luis XVI en los siguientes términos: «Un tirano que quisiera que el pueblo romano no tuviese más que una cabeza para derribarla de un solo golpe; Luis Capeto, que ha hecho cuanto ha podido para esto, yo voto por su muerte: vengador de un pueblo libre, solo me queda un sentimiento, y es que el mismo golpe no pueda herir á todos los tiranos.» En la segunda votacion dijo: «Quiero soportar solo toda la responsabilidad; he dicho que no debe conservársele la vida.» Este eclesiástico rojo, cuyos principios quedan bastante bien demostrados, trabajó mucho en los comités, y especialmente en el de Constitucion, y fué defensor del de la Salud pública. Señalóse tambien por sus discursos contra la religion en el departamento de los Ardennes y notablemente en Sedam. En la jornada del 31 de Mayo hizo que se decretasen los artículos constitucionales como el único medio de la salvacion pública. El 15 de Setiembre hizo destituir y arrestar á Leconteulx-Laneraye y á otros dos administradores del Oise, oponiéndose á la requisicion de granos. Poco despues fué enviado á este departamento para que hiciese ejecutar las leyes dadas sobre subsistencias, y extendiéndose su mision al departamento de Ardennes, quiso entrometerse en las operaciones de su colega Massien, fué denunciado y aplaudió á los jacobinos por su conducta en Sedam, en el año 1794. El 9 de Thermidor puso término á sus debates, y al llegar á los comités de gobierno, quiso vengarse de Massien y de sus partidarios. A este fin hizo decretar su arresto el 20 de Marzo de 1795, y sometió á los demás al tribunal criminal de Ardennes, el que los condenó á

muerte. Al variar las circunstancias, Roux cambió tambien de conducta, y se unió á los antiguos de la montaña cuando vió que los sediciosos de París querian ir más allá de la línea trazada por los thermidorienses. En 5 de Octubre de 1795 fué nombrado miembro de la comision de los Cinco, creada para presentar los medios de lograr la salvacion pública, y escribió mucho sobre este particular; pero derribando Thibandeau esta institucion, Roux pasó al Consejo de los Quinientos, en el que fué siempre defensor del Directorio. Salió del Consejo el 20 de Marzo de 1797, y fué empleado de subsecretario del Ministerio del Interior. La destitucion de Quinette causó la suya, y quedando cesante por algun tiempo, volvió á ser colocado en la comision de los emigrados, desde la que pasó á los archivos del Ministerio de la Policía de donde se le destituyó en cuanto dimitió Fouché. Desde esta época vivió mucho tiempo ignorado en la capital; pero volvió á reaparecer en 1815, en el Campo de Marte, y como se le comprendiese en la ley contra los regicidas, abandonó la Francia en 1816. Dice su biógrafo Mr. Beaulier, que este sacerdote murió en Hui el 22 de Setiembre de 1817, despues de haberse retractado de sus errores y de haberse reconciliado con la Iglesia, razon por la que le damos cabida en esta obra, á pesar de haberse casado durante la revolucion. Puede consultarse sobre Roux el *Amigo de la Religion y del Rey*, publicado en Francia, en el tomo XVII de dicha publicacion.—C.

ROUX (Pedro María Luis Fernando), sacerdote francés, nació en Aix (Bocas del Ródano) en 20 de Marzo de 1805, hijo de un antiguo soldado; estudió teología en el seminario de Aix, y despues de haber enseñado durante algun tiempo en Juilly, recibió en Roma las órdenes del diaconado y presbiterado en 1830. Era vicario en nuestra Señora de las Victorias en París, cuando fué nombrado en 1834 para la prefectura apostólica de la isla de Borbon; pero prefirió permanecer simple sacerdote, y estuvo sucesivamente al servicio de las parroquias de S. German de los Prados, de S. Francisco y de S. Antonio. En la revolucion de Febrero fué presidente del club de la alianza del clero y del pueblo, que abrió en el arrabal de S. Antonio, y en las jornadas de Junio expuso su vida por contener la efusion de sangre y servir de intermediario entre los insurgentes y los generales. Despues ha fundado la obra pia de S. Antonio con el objeto de proporcionar trabajo á las jóvenes pobres, institucion caritativa que ha tomado, gracias á sus esfuerzos, mucho desarrollo, y que cuenta gran número de sucursales en París, lo mismo que en algunas de las principales ciudades manufactureras de Francia.—S. B.

ROUX (Santiago). Con suma repugnancia por nuestra parte vamos á dar lugar en esta obra, siguiendo á su biógrafo Beaulieu en su artículo de la

Biografía universal francesa literalmente, á este indigno sacerdote, uno de los más repugnantes regicidas franceses en la desastrosa revolucion que conmovió á la sociedad en el siglo pasado. Este mal eclesiástico católico puede considerarse como un fenómeno de perversidad en una época en que se desenmascararon tantos caractéres atroces. El lugar de su nacimiento se ignora (por fortuna del pueblo que le produjera y de su familia); solo se sabe que era sacerdote asistente á la parroquia de S. Nicolás de París en 1789, ántes de la convocacion de los Estados generales. Entre los primeros revolucionarios no debió figurar, pues que apénas se habla de él ántes del régimen convencional. Sábese que Roux era uno de los auxiliares del célebre Marat, y que se habia titulado el predicador de los *Sans-Culottes*. El dia 10 de Agosto fué nombrado uno de los miembros de esta odiosa comunidad, de la que la misma Convencion fué el juguete y el instrumento. Santiago Roux fué el más frecuentemente designado por sus colegas para vigilar á los augustos prisioneros del Temple, eleccion que mereció por su brutalidad. Atormentado un dia el desgraciado Luis XVI por un violento dolor de muelas, rogó á Roux le mandase un dentista; pero este mal cristiano y peor sacerdote, le respondió: «No merece la pena, que ya os curarán;» y le hizo un gesto que le indicaba que no tardaria en ser guillotinado. Este miserable fué el encargado, á peticion suya, de conducir al desgraciado rey al suplicio; y hé aquí la relacion que de la ejecucion hizo en la barra de la Convencion: «Venimos á dar cuenta de la mision de que estamos encargados. Fuimos al Temple y anunciamos al tirano que habia llegado la hora de su suplicio. Pidió quedarse un poco de tiempo con su confesor, y se lo concedimos por algunos minutos. Quiso entregarnos un paquete para que os le trajésemos; pero le manifestamos que solo estábamos encargados de conducirle al cadalso, á lo que respondió: Es justo; y entregó el paquete á uno de nuestros colegas. Ha recomendado á su familia y pedido que Clery, su ayuda de cámara, siga siéndolo de la Reina. (Mentira atroz, pues lo que pidió el Rey fué que Clery siguiese cuidando al Delfin; lo que no se concedió por la Convencion, que despidiendo del Temple á Clery, entregó al príncipe á un miserable zapatero de viejo, que le atormentó, obligándole á puro golpes á trabajar en su oficio.) Levantándose precipitadamente se despidió de su mujer; despues pidió que no se abandonase á sus antiguos criados de Versalles, y dijo á Santerre: Marchemos. Atravesó á pie el primer patio, y subió al coche en el segundo. Durante el camino ha reinado el más profundo silencio, y no ha tenido ningun acontecimiento notable. Nosotros subimos al Tribunal de Marina para formar el proceso verbal de la ejecucion, y no hemos quitado la vista de Capeto hasta la guillotina. Llegó á ella á las diez y diez minutos: tardó tres en bajar del coche; quiso hablar al pueblo,

pero se lo impidió Santerre, y su cabeza cayó..... El dia 25 de Febrero de 1793 el populacho saqueó las tiendas y los almacenes de comestibles en todos los cuarteles de París, y casi todo el café, azúcares, jabones y bujías desaparecieron. Acusóse á Roux como director de este pillaje; pero la municipalidad respondió á los acusadores que habia siempre profesado los verdaderos principios, y que debia apellidarse el Marat del consejo, de suerte que la acusacion, léjos de perjudicarle, le fué provechosa. Por este tiempo se pedia á la Convencion un decreto de acusacion contra Marat por haber provocado la aplicacion de los verdaderos principios que Roux profesaba. Despues de la revolucion del 31 de Mayo, se encargó á Roux escribir su historia, y le confió la redaccion la comunidad de los cuarteles de París, así como la mision de vigilar la seccion del cuartel del Jardin del Rey denominado Finisterre, en el que se sospechaba no era muy fiel el republicanismo. El dia 25 de Junio compareció Roux en la barra de la Convencion con una diputacion de las secciones de Gravilliers, Bonne-Nouvelle, y del club de los Zapateros, y dijo tantos y tales disparates, que los mismos que lo acompañaron desaprobaron su discurso y fué echado de la barra á peticion de Legendre, apoyado por Robespierre. El dia 28 de Junio trató de justificarse con la comunidad, diciendo que estaba revestido de los poderes de las secciones y del club de los Zapateros, y viendo Chaumette que el pillaje que la comunidad habia ocultamente autorizado, era desaprobado por los mismos *Sans-Culottes*, que eran su único apoyo, se levantó contra Roux, y le dijo que su peticion habia sido el orígen de este gran desórden. En vista de esto, el club de los Zapateros desaprobó la peticion, el consejo le retiró la redaccion de los bandos de París, y declaró que habia perdido su confianza. El dia 8 de Agosto la viuda de Marat fué á la barra de la Convencion á denunciar á Roux, manifestando que deshonraba la memoria de su marido, cuya defensa tomó Robespierre con calor, declarando que la peticion de la viuda se insertaria en el *Boletin de las Leyes*. El dia 22 de Agosto fué llevado al tribunal de la policía, pero éste se declaró incompetente, y llevado por último al tribunal revolucionario, éste le condenó á muerte el dia 15 de Enero de 1794. Tan luego como supo Roux su sentencia se pegó cinco puñaladas, y fué llevado cubierto de sangre á Bicêtre, en donde espiró. Este fin tuvo este execrable eclesiástico, que tantos males causó á su patria y que tan feo borron echó en las páginas de la historia francesa, que no puede menos de contarle entre los más repugnantes regicidas. —C.

ROUXEL DE MEDAVI (Luisa), abadesa de Almenaches, en la diócesi de Séez. Fué hija de Pedro Rouxel, baron de Medavi, conde de Gracei, y de Carlota de Hautemer, heredera de Guillermo de Hautemer, señor de Ferva-

ques, mariscal de Francia. Puesta á la edad de cinco años al cuidado y direccion de la abadesa de Almenaches, se aficionó á la vida religiosa, y tomó el velo en este convento. Luego que murió la expresada abadesa, fué nombrada ella en su lugar; pero como aún era demasiado jóven para desempeñar este cargo, se nombró á Ana Rouxel, religiosa de Vigats, para que gobernase el monasterio durante su menor edad, por órden expresa del papa Clemente XIII. Fué tan extraordinario el progreso en la piedad de esta jóven abadesa, que se la juzgó capaz de que pronunciase sus votos y profesase á la edad de doce años, y un año despues se encargó del gobierno y administracion de su abadia. En cuanto estuvo en el ejercicio de sus funciones, emprendió la reforma del monasterio, la que consiguió, si bien con no pocas dificultades. Su celo y virtud aumentaron de vez en más. Fundó el priorato de nuestra Señora de Argentan, y en este monasterio murió el dia 24 de Agosto de 1652. —C.

ROVARINO (Fr. Juan Domingo), natural de Pavía, donte tomó el hábito; floreció á principios del siglo XVII, y fué aprobado como maestro en sagrada teología en el capítulo celebrado en París en 1611. Se distinguió mucho por sus conocimientos en la Sagrada Escritura, y dejó manuscritas las obras siguientes: *Vitæ illustrium virorum Ordinis, qui singulari sanctitatis nota insigniti sunt.— Conventus papiensisbrevi Chronicon.* —S. B.

ROVENIUS (Felipe). Nació este vicario apostólico de las Provincias Unidas, en Deventer, el año 1575, originario de Rooven, é hijo de Gerardo Rovenius, ó de Rooven, director que fué de las escuelas de Deventes y de Emmerick, y autor de un *Compendio de la Gramática latina*; impresa en 1574, y de la esposa de este N. Wynhoven. Hizo Rovenius los primeros estudios en su patria, y los continuó y concluyó en Lovaina, habiendo sido recibido maestro en artes en 1596 en el colegio de Faulcon. En seguida tomó el grado de licenciado en teología, y recibiendo la consagracion de sacerdote en 1599, se le nombró director del colegio de Willibrord, y de S. Bonifacio, seminario en otros tiempos para las misiones de Colonia. Habiendo tomado y sometido en 1605 Ambrosio Espinola la ciudad de Aldenzal al rey de España, que era la metrópoli de Tiven, país del Over-Issel en la baja Alemania Setentrional, Sasbold Vosmer, arzobispo de Philippes y vicario apostólico de las Provincias Unidas, mandó ir á Rovenius á Colonia, y le nombró su vicario en toda la diócesis de Deventer. Al año siguiente le nombró canónigo y dean de la iglesia colegial de S. Plechelmo, y poco despues preboste de la misma iglesia. Muriendo Sabold el dia 3 de Mayo de 1614, el Papa Paulo V, á instancias del príncipe Alberto y de la princesa Clara Eugenia, soberanos de los Países Bajos, le nombró vicario apostólico de las Provincias Unidas por su breve de 11 de Octubre del mismo año.

Seis años ejerció Rovenius este cargo sin estar revestido del carácter episcopal, que se le confirió al fin el 20 de Noviembre de 1620, en que se le dió el título de arzobispo de Philippes que habia llevado su antecesor. El archiduque Alberto y la infanta Isabel le señalaron trescientos escudos de pension anual. Fué á Roma en 1622 para defender su autoridad contra las pretensiones de los regulares, y despues fué nombrado arzobispo de Utrech, á peticion del clero y de la diócesis, en 1626, por el rey de España Felipe II. En 9 de Noviembre de 1633 dió una nueva forma al capitulo metropolitano de Utrech, con el título de *Vicariato* ó de *Senado*, para no chocar con los nuevos soberanos. Las turbulencias políticas y religiosas que vinieron despues, le expusieron á muchos y frecuentes peligros. La toma de Aldenzal y Grolle por los holandeses, no impidiéndole seguir en relaciones con el rey de España y la infanta Isabel, fueron causa de que se hiciese sospechoso á los Estados generales, á pesar de que solo se correspondia con ellos en cosas relativas á la religion. El pretor de Utrech dió contra él un decreto el 5 de Octubre de 1639 para que se le presentase sin demora; y como Rovenius no tuviese por conveniente comparecer, se le desterró de todos los pueblos á que alcanzaba el dominio de los Estados generales, «bajo la pena de castigo corporal, tal y como merecen los enemigos de la patria;» decreto que se publicó el 1.° de Marzo de 1640, al que se siguió la confiscacion de todos sus bienes. Estas persecuciones y las enfermedades que le agobiaban, hicieron necesario se le diese el mismo año por coadjutor á Santiago de la Torre, con aprobacion del clero. A pesar de todo esto, continuó sirviendo á la Iglesia con mucho celo, y en medio de mil peligros que le obligaron á vivir oculto en su propia diócesis; murió en Utrech, á la edad de setenta y tres años, el dia 11 de Octubre de 1651, en olor de santidad. A causa de las turbulencias religiosas, fué enterrado este santo prelado en una cuadra de caballerías, en donde se encontró su cuerpo, sin descomponerse, siete años despues. Escribió la vida de Rovenius Felipe Deventer; y Willebrord Rosschaerts, en su obra *De piis Frissiæ Apostolis* y Juan de Lindeborn, en su historia *Episcopatus Daventriensis*, hacen honorífica mencion de él. Se conocen de este virtuoso prelado las siguientes obras: *Tractatus de missionibus*; 1622. Cuya obra dedicó el autor á la congregacion de *Propaganda Fide*. En la cuarta parte de la apología de M. San Cyran, titulada *Respuesta particular á la memoria del obispo de Langres*; art. 26, página 82, se lee un hecho concerniente á esta obra, de que no se da noticia en la última edicion de la hecha por Valerio Andrés. Este es que M. de San Cyran hizo reimprimir este tratado en París, en 1625, que la dedicó al clero de Francia, y que haciéndole traducir al francés, se le dedicó á Mr. de Sponde, obispo de Pamiers, con una defensa de un cura párroco,

doctor de Roma, que aún se hallaba inédita, cuyo doctor fué Camilo Cesare, cura de San Juan de Arsano en Roma. Habíasele remitido á exámen este libro por el papa Urbano VIII, é hizo la defensa de él contra las acusaciones de ciertos religiosos que habian obligado al Pontífice á someter el libro á nuevo exámen. La aprobacion de Camilo Cesare dice así: *Opus est eruditissimum, pium optimorum consiliorum feracissimum, pro fidei propagatione et quæstu atque regimine animarum dignissimum quod semper præ manibus habeatur, tum ab illustrissimis cardinalibus qui præsunt congregationi de Propaganda Fide, tum ab episcopis et curam animarum gerentibus, tum denique á superioribus religiosorum.* Cita Valerio Andrés de esta misma obra una edicion hecha en Lovaina, en 1626, con el título: *Tractatus de missionibus, ad propagandam fidem et conversionem infidelium et hæreticorum instituendi, in quinque partes distributus, editio secunda, ad mentem S. Congregat. de Propaganda Fide ab auctore recognita.* Otra edicion se hizo en 1669 por G. Beyer con un *Tratado de auctoritate et necessitate episcoporum;* que se reimprimió en Metz, en 1742.—*Institutiones christianæ pietatis;* obra en cuatro libros, impresa en 1635.—*Reipublicæ christianæ, libri duo, tractantes de variis hominum statibus, gradibus, officiis, functionibus in Ecclesia Christi, et quæ in singulis amplectenda, quæ fugienda sint*; en Amberes: esta es la única de las obras de Rovenius de que habla Baile en su *Diccionario crítico* en el que nada dice del autor.—*Officia Sanctorum archiepiscopatus ultrajectensis et episcopatum suffraganeorum et cum prævia epistola pastoral*; Colonia; 1640.—*Thus Cœlum penetrans*; en lengua del país segun Revius y Valerio Andrés, cuya obra se imprimió en Bruselas.—*Decreta varia circa et mores ac disciplinam pro missione Hollandica.* Hácese mencion de este prelado en la *Batavia Sacra*, en la *Biblioteca belga* de Valerio Andrés, edicion de 1739, y en las obras de otros autores, á los que cita Moreri en su gran *Diccionario histórico y geográfico*, de quien hemos tomado estas noticias.—C.

ROVERCA (Mad. y Mlle. de), protestantes de Berna, y Mr. de Rovesca, hijo, oficial de la legion de Hohenlohe, se convirtieron al catolicismo en el siglo XIX.

ROVERE (Fr. Antonio Grosso de la). Natural de Zaragoza este religioso franciscano de Menores, fué descendiente de la ilustre familia de este apellido en la ciudad de Génova, en Italia. Sintiéndose con vocacion, tomó el hábito de religioso en la órden de Menores franciscanos de la regular observancia en Aragon, ántes de mediar su curso el siglo XVII. Ejerció varios cargos en su Orden, y siendo lector en filosofía, escribió la siguiente obra: *Lógica ó Arte de dirigir bien el discurso.* Imprimió esta obra poco ántes de su muerte, que aconteció el 15 de Setiembre de 1663, no segun lo dice la Biblioteca general franciscana en el convento de Alcañiz, sino en el de Híjar,

Súpose tambien, segun Latasa, el autor de la expresada Biblioteca, que fué este religioso doctor en ambos derechos de la universidad de Zaragoza, ántes de su recepcion en la Orden Seráfica, y de que se ignoraba su patria; pero se sabe de cierto fué natural de Zaragoza, como llevamos dicho, y que establecida en ella su familia, fué consejero de esta capital en 1659 D. Juan Antonio Grosso de la Rovere, al parecer hermano de Fr. Antonio, como lo fué tambien el P. jesuita Agustin Grosso de la Rovere, que nació en Zaragoza el dia 28 de Agosto de 1610, y murió el 4 de Diciembre de 1671 en la misma ciudad. —C.

ROVERE ó ROUVERE (Cristóbal de la). Este cardenal, arzobispo de Tarentaise, perteneció á una ilustre familia de Turin, que lleva este nombre. Fué creado cardenal el año 1477 por el papa Sixto IV, que tomó el nombre de esta familia; pero no conservó mucho tiempo esta dignidad, porque murió el 1.° de Febrero de 1479, á la edad de cuarenta y tres años, siete meses y veintinueve dias. — C.

ROVERE (Domingo de la). Fué hermano del cardenal Cristóbal. El papa Sixto V le hizo tambien cardenal en 1477 como á su hermano, y al propio tiempo arzobispo de Turin, y murió, segun Onuphrio, el año 1501. Santa Marta, en la *Francia cristiana*, hace mencion de él y de su hermano. —C.

ROVERE (Franciotti Galiot de la), cardenal de la santa Iglesia romana. Fué italiano y obispo de Luca. En 1503, su tio, el papa Julio II, le creó cardenal presbítero del título de S. Clemente, haciéndole despues obispo de Pádua, de Cremona, y arzobispo de Benevento. Murió en 1508. —M. B.

ROVERE (Francisco de la). Véase SIXTO IV.

ROVERE (Gerónimo de la), cardenal noble de Turin, de la célebre familia de Rovere, que tantos príncipes ha dado á la Iglesia romana. Aplicóse con entusiasmo en las universidades de Pádua y de París al estudio de las lenguas griega y latina, y se entusiasmó de tal modo con el de la elocuencia, que áun en la tierna edad pudo perorar públicamente y escribir poesías de muchos y diversos metros. Afirma Cardano que á los nueve años disputó en la universidad de Pádua, habiendo visto él mismo impresa la oracion que pronunció, habiendo advertido en el lenguaje conceptos, ideas y giros muy superiores á cuanto podia esperarse de su edad. Su *Coleccion de poesías latinas* fué impresa en París en 1540, y como llegase á hacerse rarísima, se reimprimió en Ratisbona en 1683. Entregándose al estudio de las leyes, llegó á ser un prodigio en todo género de literatura, y sumo y excelente orador. Encontrándose en comision del duque de Saboya en la corte de Francia, se le encargó en los funerales de Enrique II y de Cárlos IX (ó mejor Francisco II) de recitar la oracion fúnebre, ofreciéndole en recompensa el obispado de Tolon, que en 1559 le confirió Paulo IV (por esto debió ser

ántes de la muerte de Francisco II), desde el cual le trasladó Pio IV en 1564 al de Turin. En esta categoría, con el ejemplo y con la palabra extirpó los abusos, celebró el concilio provincial que hizo publicar, é introdujo la reforma conforme á lo prevenido en los decretos del Concilio de Trento, y llamó en los auxilios espirituales á los jesuitas, á los que amó especialmente, edificando por sus consejos el duque de Saboya los colegios de Turin y de Chamberi á estos Padres de la célebre Compañía de Jesus. A instancias del duque de Saboya Cárlos Manuel I, el dia 17 de Diciembre de 1586, el papa Sixto V le creó cardenal sacerdote de S. Pedro *in Vinculis*, título que valió á esta iglesia muchos ricos presentes, y el que se fabricase á su costa el palacio, que se hallaba ruinoso. Fué protector de los conventuales, y se halló en Roma en los cónclaves celebrados para las elecciones de los pontífices Urbano VII, Gregorio XIV é Inocencio IX, bajo cuyo pontificado murió el año 1592 á la edad de sesenta y cuatro años. Sepultóse en su expresada iglesia, cerca del famoso mausoleo del papa Julio II, en donde se erigió á su memoria un monumento al gusto antiguo con un honroso epitafio hecho por su sobrino Lelio ó Julio. Poseyó una escogida biblioteca, abundante de códices griegos y latinos, que vino á ser propiedad del duque de Urbino, la cual fué trasladada á Roma en tiempo del papa Alejandro VII, colocándose una parte en la Biblioteca Vaticana, y otra en la Alejandrina. Todas sus sagradas vestiduras las legó á la iglesia de Turin, y mandó distribuir gruesas cantidades entre sus familiares y los pobres. Tuvo el consuelo de que durante su gobierno la iglesia de Turin se enriqueciese con las reliquias de los santos Sidonio y Mauricio. — C.

ROVERE Gara (Sixto de la). Natural de Savona, y no de Luca como dice Ciaconio, fué hermano uterino del cardenal Franciotti y sobrino de Julio por parte de su hermana, cuyo pontífice le creó cardenal sacerdote de San Pedro *in Vinculis*, y vicecanciller de la Iglesia, con todas las rentas y riquezas que dejó el difunto Franciotti, el dia 11 de Setiembre de 1508. Confirióle tambien el priorato de Malta en Roma, y en el mismo año la iglesia de Luca, de Benevento y de Vicenza, desde la que en 1509 pasó á la de Pádua. Intervino en los concilios por Leon X, y vivió casi siempre en el campo, porque así lo exigia su constitucion física. Murió en Roma en Marzo de 1517, á los cuarenta y cuatro años de edad, y fué sepultado en la iglesia de su título. Parides de Grasis y Juan de Vigo, citados por Marini, en su *Archiatri*, tomo I, escribieron que este Cardenal no sabia leer ni escribir, que era un idiota, y que no podia andar ni ponerse en pie. — C.

ROVERE Grosso (Clemente della). Natural de Savona fué este cardenal, que nació de una hermana del papa Sixto IV. Profesó en la órden de San Francisco, desde la que obtuvo la abadía de Buonacomba, en la diócesis de

Rhodez. En 1483 el Pontífice su tio le hizo obispo de Mántua, y despues su primo Julio II, en su primera promocion de 29 de Noviembre de 1503, le creó cardenal sacerdote de los santos Doce Apóstoles, y murió á los ocho meses en Roma, sospechándose fuese envenenado. Se enterró en la basílica Vaticana en la capilla de Sixto IV. —C.

ROVERE Grosso (Leonardo de la), hermano del cardenal Clemente, nació como él en Savona, y fué sobrino del papa Sixto IV. Doctor en ambos derechos, fué nombrado canónigo de S. Pedro. En 1491, el pontífice Inocencio VIII le nombró obispo de Agen, y su primo Julio II el 1.° de Diciembre de 1503 le creó cardenal, y el 11 le publicó sacerdote de los Doce Apóstoles y penitenciario mayor. En 1511 fué nombrado arcipreste de la basílica Liberiana, y legado de la provincia del Patrimonio por solo cinco dias, pues que fué nombrado obispo de Luca, iglesia que renunció á su pariente Rafael Riaria. Entre las virtudes que le distinguieron sobresalió su grande amor por la justicia, la que observó hasta el punto de despedir á su más querido familiar por haber faltado á ella. Fué muy caritativo y cariñoso con los pobres, y murió en Roma el año 1520, despues de haber asistido á la eleccion de Leon X. Fué sepultado en su basílica Liberiana, á la que hizo algunos legados y una preciosa y costosa coleccion de libros de coro en pergamino. —C.

ROVERE (Julian de la), cardenal de la santa Iglesia romana. Véase Julio II.

ROVERE (D. Orlando de la), obispo de la Sta. Iglesia de Orense, sucedió á D. Pedro de Rixoles. Fué datario, y gozó el obispado hasta el año 1528. Este prelado era sumamente piadoso y caritativo, habiéndose adquirido las simpatías de todos sus diocesanos por su respetable carácter, trato afable y blanda condicion. En su tiempo se fundó en Orense la ermita de nuestra señora de los Remedios, como lo dice la inscripcion siguiente que se conserva intacta.

*

ESTA ERMITA FUNDÓ FRANCISCO MENDEZ MONTOTO,
AÑO MDXXII.

El obispo D. Orlando de la Rovere tuvo por sucesor á D. Fernando de Valdés.—A. L.

ROVERELLA (Aurelio), cardenal, noble ferrarés, que nació en Cesena el dia 21 de Agosto de 1648. De natural ingenio, estudió con brillante éxito la jurisprudencia en Roma. Dedicado al servicio de la Santa Sede, el pontífice Pio VI, su conciudadano, le nombró auditor de la Rota en 5 de Julio de 1785, y como se captase más su aprecio con el buen desempeño de su em-

pleo, le nombró auditor suyo en 1789. Fué creciendo de tal modo el afecto del Pontífice al ver su gran capacidad y adhesion, que en 21 de Febrero de 1794 le creó cardenal sacerdote de S. Juan y S. Pablo, afiliándole á las congregaciones del Santo Oficio, consistorial, conciliar, exámen de obispos, de cánones y de Loreto. En Febrero de 1795 le promovió á pro-datario, y como en 1797 cayese Pio VI enfermo, le concedió todas sus facultades, gracia que repitió cuando en 20 de Febrero de 1798 le llevaron prisionero á Francia. Proclamada en Roma la república, y ocupado todo el estado pontificio por los franceses, partió el cardenal de la ciudad santa, y se encontró en Venecia, cuando por muerte de Pio VI se reunió para la eleccion de su sucesor. Elegido papa Pio VII en Marzo de 1800, este Pontífice tambien compatriota suyo, le confirmó en la dignidad de pro-datario, y en 25 de Mayo le declaró uno de los tres legados *ad latere*, que mandó á Roma para gobernar hasta que él fuese. Tomando parte activa en los graves asuntos de aquella época, se adquirió una gran reputacion política. En 1808 se vió obligado á abandonar á Roma con los demás cardenales nacidos en Italia, y se restableció en Ferrara. En 17 de Marzo de 1809, Pio VII le nombró obispo de Palestrina, y sucesivamente fué nombrado superior de la Casa ó Iglesia de Jesus de Roma, protector de la congregacion de la Natividad de la Virgen, de los Conventuales, del monasterio de los Siete Dolores, del hospital de San Gallicano, de las archicofradías de Golfongene, los Agonizantes, del Nombre de María, de Sta. Anunciata, Sto. Rosario de la iglesia de Minerva, de la iglesia y hospital de Sta. María del Orta, de las monjas del Niño Jesus y de las piadosas Maestras, del conservatorio de las Mendicantes, hospital de S. Severino, y de otra porcion de asociaciones piadosas, conventos de monjas y ciudades. Sacando los franceses de Roma á Pio VII el 6 de Julio de 1809, Roverella fué conducido á Francia con otros cardenales, y asustado de la conducta que se observaba con el Papa, lisonjeado algun tanto con las consideraciones que se le tuvieron, y sobre todo temiendo el furor de los franceses, acabó por rendirse á las exigencias del Emperador, y fué uno de los cardenales que asistieron al matrimonio de Napoleon con María Luisa, habiendo redactado el breve que tanto favoreció á Napoleon como perjudicó al Pontífice, que no pudo ménos de sentir su ingratitud. Su conducta fué desaprobada por el cardenal Pacca en las Memorias históricas de Artaud, en la Historia de Pio VII, y en la Historia universal de la Iglesia por Henrion. Roverella segun algunos escritores, fué el principal autor de las imprudencias cometidas por algunos cardenales durante su permanencia en París, á los que se denominó cardenales rojos. Expedido á Savona en 1811, en donde vivia Pio VII con los cardenales José Doria, Dugnani Rufo y Latier de Bayanne, no correspondió á la distinguida opinion en que se le tenia, ni á

la confianza que Pio VII habia puesto en su saber, y tomó aquella determinacion que tantas lágrimas costó al Papa. Los cardenales Doria y Dugnani, demasiado tímidos, siguieron como monseñor Bertazzoli al cardenal Roverella, y el cardenal Latier de Bayanne, octogenario, agitado por los cortesanos obispos de su nacion, aprobó todas las resoluciones del gobierno. El cardenal Ruffo, que habia manifestado grande ingenio en el gobierno del reino de Nápoles en los cargos económicos, confesó no ser ni teólogo ni canonista. Con el famoso breve de que fué autor el cardenal Riverella, Pio VII no solo aprobaba cuanto se habia acordado por los obispos de Paris, hecho sin intervencion suya ni del legado encargado de representarle, sino que se complacia como de un feliz acontecimiento, reconociendo su fatal decreto conforme en todo con sus intenciones y voluntad, mirándole como una nueva prueba del filial obsequio de la Iglesia de Francia á la cátedra de San Pedro. Contenia el decreto en sustancia la cláusula que debia añadirse al concordato, cláusula que el Papa en el año anterior habia constantemente rechazado como ostensiblemente atentatoria á los sagrados derechos de la Santa Sede. El concilio habia pretendido que los obispados y arzobispados no podrian permanecer vacantes más que un año, y que seis meses despues de la demanda de la institucion canónica hecha al Papa, si este no la hubiese concedido, el metropolitano, y en su falta ó ausencia el más anciano de los obispos de la provincia eclesiástica, procederia á la institucion del nuevo obispo nombrado. Los obispos franceses de la precedente diputacion que fueron á Savona, mandaron por el telégrafo á París la noticia de la victoria conseguida sobre la Iglesia romana; pero permitió Dios que contra la espectacion que habia obtenido el breve, que esperaba elogios y recompensas, Napoleon no le aceptase, á causa de algunas expresiones y condiciones que no le agradaron, y más que todo, porque exigia se abandonase por el Papa y por el Sacro Colegio toda esperanza de recuperar el dominio temporal de que habian sido despojados, y se adhiriesen al nuevo órden de cosas que él queria. Acostumbrado Napoleon á triunfar en los campos de batalla, queria triunfar en esta lucha sin obstáculo alguno, completamente. Despues de haber fracasado el pretendido golpe á la Santa Sede, de que acabamos de hablar, se retiró el cardenal Roverella á los baños de Borbon en la Champaña, y en aquel sitio murió el dia 5 de Setiembre de 1812, á los sesenta y cuatro años de edad, y fué enterrado en su iglesia parroquial, segun Moroni. Pueden verse los artículos Pio VI y Pio VII en esta obra.—C.

ROVERELLA (Bartolomé). Fué este Cardenal de una nobilísima prosapia, que florecia ya en el siglo VIII, habiendo producido muchos varones ilustres. Nació en Ferrara, ó segun otros en Rovigo, saliendo de natural ingenioso, por lo que despues que hizo sus estudios llegó á ser docto legista y

teólogo profundo. Empezó por ser clérigo del obispo de Módena, de donde pasó á capellan del patriarca de Aquileya, en cuyo destino se hallaba cuando el papa Eugenio IV le hizo su secretario; en 1444 obispo de Adria; y al terminar el año siguiente, arzobispo de Rávena. Adquirió una grande autoridad en la corte pontificia, y una gran fama y reputacion en los Estados de la Iglesia y con el emperador Federico III, que llamándole amigo querido, concedió á su casa honrosos y pingües privilegios. Confióle el papa Nicolao V los gobiernos de Perugia y de Ancona, y le mandó de nuncio á Inglaterra, en donde supo adquirir tanta gloria, que Pio II en sus comentarios le celebra como hombre de suma doctrina, integridad y clarísimo ingenio, para decidir sobre los más importantes negocios de la Santa Sede; por lo que no debe extrañarse fuese creado cardenal, y que en 1460 fuese mandado de nuncio al rey Fernando I de Nápoles para promulgar la cruzada contra el turco, y recoger dinero para aquella guerra. Tambien fué nombrado gobernador de Benevento. Despues de haber llenado con universal aplauso todas estas comisiones, Pio II el dia 18 de Diciembre de 1461 le creó cardenal sacerdote de S. Clemente, y sin embargo de esto perseveró por algun tiempo en el gobierno de Benevento, porque se juzgó necesaria allí su presencia en unos tiempos tan borrascosos, en los que con su firme carácter podia mantener á raya á los revoltosos. En 1462, despues de la célebre batalla del 17 de Agosto sobre Troia, ganada por Fernando I, fué encargado de pacificar al Papa con el duque de Milan, y por su destreza y habilidad consiguió que Pio II mantuviese la corona sobre la cabeza de Fernando I. Con la fuerza de las armas recobró á Viterbo, ocupada por el conde Everso de Anguillara, y puso en Barleta en nombre del Papa la corona de Fernando I, al que auxilió contra el duque de Angió. Las provincias de Marca y la Umbría admiraron su prudencia cuando las gobernó, en cuya época bendijo las bodas de Eleonor, hija del rey Fernando I. Con su muerte, ocurrida en Roma en 1476 á los setenta años de edad, perdió la Iglesia una robusta columna; su familia un padre amoroso que la dejó heredera de todos sus bienes. Fué sepultado en un magnífico sepulcro en mármol con diversas estátuas, entre ellas la suya, vestida de pontifical. Garimberti, que dice asistió á dos cónclaves, hace de él un merecido elogio.— C.

ROVERO (Juan Bautista). Nació en Pralarmo, de noble estirpe, que era feudo de su casa en la diócesis de Asti en el Piamonte. Estudiando en Turin y en Roma, recibió la borla de doctor en la universidad de Pisa. Volviendo á Turin, fué nombrado canónigo de la metropolitana, despues arcediano y consejero del arzobispado, en donde se distinguió tanto en las causas eclesiásticas como en las civiles de la diócesis por sus acertadas decisiones. Habiendo adquirido una gran reputacion, se granjeó la gracia

de Victor Amadeo, rey de Cerdeña, que le nombró obispo de Acqui, el cual le fué confirmado por Benedicto XIII en 1727, consagrándole al efecto. Corrigió los vicios y promovió con ardor la disciplina del clero, lo que consiguió hasta el punto de haber desterrado los abusos y hacer que sus sacerdotes fuesen considerados cual lo merecian por sus virtudes. El amor á Dios y la caridad con los pobres fueron cualidades que brillaron en primer término en este prelado. Fué trasladado por Benedicto XIV en 1744 al arzobispado de Turin, concediéndole al propio tiempo el rey Cárlos Manuel III la abadía de Sta. María de Casanova. A ruegos del mismo soberano, Benedicto XIV, á 5 de Abril de 1756, le creó cardenal del órden de sacerdotes, remitiéndole el birrete cardenalicio con monseñor Millo. Luego que en 1758 murió el Papa, fué al cónclave en que quedó electo Clemente XIII, que le concedió por título la iglesia de San Crisógono, haciéndole miembro de las congregaciones de Ritos, de Obispos y Regulares, de la Inmunidad, de las Santas Reliquias y de las Indulgencias. Volvióse á su iglesia, y murió en ella el año 1766 á los ochenta y tres de su edad, siendo sepultado, segun su voluntad, en la iglesia de Carmelitas descalzos, en la que habia gastado sumas considerables para su reparacion.— C.

ROVETTA (Fr. Andrés), del órden de Predicadores. Fué natural de Brescia, en Italia, en cuya ciudad tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo, profesó é hizo sus estudios con tanto aprovechamiento y distinguiéndose tanto, que muy pronto mereció la honra de ser elegido ministro de su convento, y posteriormente de varios conventos de las dos Lombardías, de las que fué más tarde ministro provincial y luego inquisidor de la fe en la ciudad de Verona. Concluyó su carrera tan llena de méritos como de virtudes, desempeñando el cargo de prior del convento de Sta. Catalina de Formello en el reino de Nápoles. Este laborioso hijo de Sto. Domingo es digno de la más alta consideracion de los sábios de todas las épocas, por las extensas é importantes obras que dejára escritas, siendo estas tanto más apreciables, cuanto que estos trabajos literarios los llevó á cabo sin desatender ni descuidar las muchas obligaciones y los árduos negocios que sobre él pesaban, ya siendo ministro de la Orden, ya inquisidor general, mediando tambien la circunstancia de contar setenta años de edad cuando terminó la última de sus obras. Hé aquí sus títulos.—*B. F. Alarii Redivivi Rupensis, tractatus mirabilis de ortu atque progressus Psaltherii Christi et Mariæ, ejusque Confraternitatis, auctore R. P. Fr. Andrea Coppestein Mandalensi Ordinis Prædicatorum et cui in abundantiorum usum hac in tertia impressione pro memoralibus inveniendis totius Alaris operis addita fuit anima, por el R. P. Fr. Andrés Rovetta de Brescia.* Nápoles, 1665, un tomo en 8.°—*Bibliotheca chronologica illustrium virorum provinciæ Lombardiæ,*

Sacri Ordinis Prædicatorum, qui ab ordini condito ad hæc usque tempora in ortodoxa fidei deffensionem in catholicarum veritatum propugnationem, in apostolicæ Sedis exaltationem, in hereticorum depresionem in quæ Christi fidelium utilitatem respective, calamum acuere. Accedit sintaxis eorum, qui ex eadem Lombardiæ provinciæ ob eximia doctrinæ merita primis Ordinis dignitates obtinere. Bolonia, 1691, un tomo en fólio.—M. B.

ROVIER ó ROVERIUS (Pedro). Nació en Aviñon en 1573 y fué recibido en la Compañía de Jesus á la edad de diez y nueve años. Profesó la filosofía en su ciudad natal, en la que tambien enseñó la teología y la Escritura Santa, habiendo sido despues por espacio de veinticinco años prefecto de estudios en París, en cuyo destino murió el dia 8 de Julio de 1649. Sus obras son las siguientes: *Henrico IV, Franciæ et Navarræ regi augustíssimo, in instauratione Godranii Soc. Jesu Collegii, panegyricus, dictus Divione*; Paris, 1604, en 4.° Amberes, 1610, en 8.°—*Reomaus, seu Historia monasterii S. Joannis Reomaensis, in tractu Lingonensi;* París, 1637, en 4.°—*De vita et rebus gestis Francisci de La Rochefoucauld S. R. E. Cardinalis, libri tres;* París 1645 en 8.°—*De Vita Patris Petri Cotoni e Societate Jesu libri tres;* Lyon, 1660, en 8.°—El manuscrito de esta vida se halla en fólio y de muy buena escritura en la biblioteca de Lyon, y es una obra metódica y de buenísimo latin. Alegambe dice que Rovier fué tambien autor de la obra titulada *Harmonia quatuor librorum Moysis, Exodi, Levitici, Numer., Deut.*; pero no parece se haya impreso. Dice su biógrafo Collombet que se ha llamado por error Rouviere á este jesuita en la Biblioteca historica de Francia y Royer por el P. Orleans.—A. C.

ROVIRA (Sor), religiosa dominica del convento de nuestra Señora de los Angeles en Barcelona. Floreció hácia 1580. Distinguiéndose mucho por sus virtudes y piedad. Desde muy niña habia manifestado las buenas cualidades que la adornaban para el estado religioso, pues al contrario de las jóvenes de su edad, habia huido siempre de los pasatiempos y reuniones, y vivido en el retiro y la oracion. Su familia, que la destinaba á un estado muy diferente, no habia mirado de buen ojo su conducta, y la brindó con un género de vida en un todo diferente, presentándola galas, adornos y vestidos propios de su clase y mucho más propios todavía para llamar la atencion y atraerse un partido más ó ménos ventajoso. Pero precisamente es lo que no queria Rovira, que habiéndose librado hasta entónces de importunaciones contrarias á su carácter, queria evitarlas precisamente cuando en ellas tenia mayor peligro. Consiguiólo con facilidad por medio de su buena madre, que no pudo resistir á sus ruegos, lágrimas y sollozos, y desde entónces quedó decidida su vocacion. Tomó el velo á poco en el convento de los Angeles de Barcelona, y allí se distinguió por sus penitencias y austeridades.

La primera en presentarse en el coro, era la última que le abandonaba, y su oracion no era solo de aquel lugar, haciala en la celda, miéntras estaba ocupada en los oficios mecánicos, y en fin nunca cesaba de orar. Sus penitencias acompañaban siempre á sus oraciones, no habiendo práctica piadosa á que no se sometiese, procurando imitar á los santos á quienes habia elegido por patronos, y distinguiéndose siempre por su constancia y asiduidad en esta clase de ejercicios. Ayunaba la mayor parte de los dias, y aunque sus superiores deseaban mitigar sus terribles abstinencias, siempre encontraba un medio para convencerlos y seguir sus propias inspiraciones: obtuvo así grande fama tanto en vida como en muerte, y su cuerpo merece particular veneracion. Las crónicas refieren multitud de revelaciones, milagros y otros hechos religiosos con que fué favorecida del cielo, que nos abstenemos de referir, porque no estan, que sepamos, aprobados por la santa Iglesia católica, verificándose con esta religiosa lo que con muchos otros que se hallan en su caso, cuya vida ejemplar mereció la admiracion de su siglo, que creyó sin vacilar cuanto de ella se referia, habiéndose conservado despues la piadosa tradicion de sus hechos y virtudes, que no puede negar la crítica de buena fe, pero que tampoco deben exponerse con demasiada candidez, dejando al juicioso lector el decidir en el asunto, y al erudito el examinar las bases en que se funda esta tradicion.—S. B.

ROVIRA (D. Gabriel), rector de Rocafort. *Suma de temps, y altre rudiments de la Gramática ab su abecedari de noms y verbs que conte los mes perfects modos de parlar ab tota elegancia la llengua llatina, composta per lo licenciado de Valles. Traduhida en catalá ab nous aments per dit Rovira. Corregida y molt aumentada en esta cuarta edicció*; impresa en Barcelona en casa Francisco Comellas, any 1674.—A.

ROVIRA (P. Mtro. D. Manuel), religioso cisterciense natural de la ciudad de Alicante, en el obispado de Orihuela, reino de Valencia. Tomó el hábito en el monasterio de Valdigna en 15 de Julio de 1734, y siguió sus estudios en la universidad de Huesca, donde tomó el grado de doctor en teología, regentando cátedras de esta facultad, y tambien de la filosofía. Fué rector del colegio de S. Bernardo de aquella universidad, definidor de su Orden en el reino de Valencia, abad de Valdigna, y vicario general de los reinos de Aragon y Navarra, distinguiéndose mucho en todos estos cargos por su religiosidad, zelo y doctrina. Escribió: *Insinuacion histórico-canónica del derecho del abad del Real monasterio de nuestra Señora de Valdigna, al uso de la cruz pectoral dentro y fuera de su territorio, sin que le haya en el obispo de Orihuela para impedirlo;* 1758, en fól.—S. B.

ROVIRA (Pedro), jesuita en el colegio de Belen de Barcelona. En la biblioteca episcopal se conserva un tomo en 8.° Ms. con este título: *Tractatus*

de essentia Dei in quæstionem XIV divi Thomæ; auctore Petro Rovira, etc. en 8 de Octubre de 1650.—A.

ROVITO (Fr. Dionisio), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula, compañero de Fr. Paulo de Paterno, célebre por sus milagros, y cuya vida se refiere en el lugar correspondiente. Esta circustancia nos hace omitir aquí la de Rovito, pues formando las dos como una misma, creemos inoportuna su repeticion, que á nada conduciria. Además consistiendo aquella en una larga série de milagros, que ignoramos si se hallan aprobados por la Iglesia, tampoco creemos conveniente su relacion en este lugar, segun el plan que nos hemos propuesto y explicado en otra de nuestras biografías.—S. B.

ROWEL (Fr. Guillermo), del órden de Predicadores. Fué natural de Inglaterra, y pertenecia á la ilustre y antigua familia de aquel nobilísimo apellido. Tomó el hábito en el convento de Dominicos de la ciudad de Lóndres, donde hizo sus estudios, llegando á ser profundo teólogo y muy elocuente predicador. Estas son las únicas noticias que acerca de dicho religioso se tienen. Floreció por los años de 1360, y dejó escritas las siguientes obras que citan con elogio Pitseo, Altamura y otros varios historiadores bibliógrafos de la Orden. *Postillæ in libros Judicum, IV Regum, Psalmus et Ecclesiasticum.—Tum in Epistolas Pauli ab epistola ad Romanos duas usque ad Thesalonicenses inclusive.—In IV Sententiarum libros.—Quæstiones scholasticæ.—Sermones.* Tambien se asegura ser suya otra obra filosófica, titulada: *De principiis naturæ, de potentiis sensitivis, de intellectu.* Todas estas obras se conservaban en la librería del convento de Predicadores de Lóndres, sin que conste que hayan llegado á publicarse.—M. B.

ROWOLAND (Guillermo). Fué á Francia durante las turbaciones de Inglaterra, se hizo católico y se dió á conocer por algunas producciones literarias bajo el nombre de Rolando Palingenius. Escribió algunas poesías latinas en su mayor parte, otras muchas inglesas, y áun algunas en francés. Era muy apreciado y buscado por su buen humor, y murió en 1656 en los alrededores de París.—S. B.

ROXANA, hija del grande Herodes y de Fedra su octava mujer. Casó con un hijo de Feroras.

ROXAS (D. Fr. Pedro de), obispo de Astorga y de Osma. Sucedió á Don Martin Garnica en esta última iglesia, siendo Fr. Pedro religioso de la órden de S. Agustin, hijo del marqués de Poza. Estudió con aplicacion y aprovechamiento en la universidad de Salamanca, y en esta ciudad tomó el hábito de religioso en el convento de S. Agustin de aquella Orden. Siendo novicio le llegó la nueva de que habia heredado el estado de su padre, y como á su religioso y cristiano entender, el que habia escogido le prome-

tía mayor herencia, perpétua, cierta y segura que la que le anunciaban, renunció gustosamente la grandeza de la herencia paterna, que bien mirada toda la que existe en el mundo, salvando el bien que pueda hacerse con ella, su posesion no produce más que cuidados, solicitud, peligros, siendo esclavo de lo mismo que se posee. Este modesto prelado fué hombre muy docto en su Orden, siendo lector de teología en la misma, y prior de los conventos de Madrid, Sevilla y Córdoba, visitador de la provincia de Castilla y despues su provincial. Atendiendo á sus grandes méritos y circunstancias, y ser hombre tan docto y entendido, el rey D. Felipe II le dió el obispado de Astorga. Poco tiempo despues le promovió al de Osma, de cuya silla tomó posesion á principios del año 1596. Su condicion blanda su afectuoso trato, dulce conversacion y buenos procederes desde luego manifestaban su mérito y virtud. Murió á 9 de Marzo despues de haber gobernado la última iglesia seis años, en el de 1602, dando honrosa y merecida sepultura á su cuerpo en la capilla mayor de aquella santa iglesia. — A. L.

ROXAS (Bto. Simon de). Véase Simon de Roxas. — B.

ROXO (F. Antonio), franciscano español. Nació en Pinto, diócesis de Toledo, á principios del siglo XVII. Manifestó desde luego las mejores disposiciones para las letras y virtudes en que estaba llamado á brillar en lo sucesivo. Recibida una educacion en que entró por mucho la piedad, á que se sentia Roxo profundamente inclinado, comenzó con aprovechamiento sus estudios, harto ligeros conforme al espíritu de la época, pero que su genio pensador le hacia profundizar y su alta comprension conocer en su verdadera importancia. Bastante adelantado ya en ellos, y necesitando elegir carrera, dió suelta rienda á su imaginacion, y conforme sus deseos fué trasladado á Madrid, donde en vez de continuar sus estudios, como hubiera sido el deseo de su familia, tomó el hábito de la Orden Seráfica, sacrificando las vanidades mundanas á su constante y decidida vocacion. Desde aquel momento el jóven religioso fué un modelo de obediencia y humildad, manifestando así los frutos de su buena educacion; religiosísimo en sus costumbres, piadoso en todos sus actos y muy ilustrado para sus tiernos años, manifestó el jóven novicio que estaba llamado á ser algun dia la honra de su religion y el lustre de su siglo. Concluido su noviciado, le envió su órden á Toledo para terminar sus estudios hasta ordenarse de sacerdote. Breve tiempo necesitó para tan árdua tarea, pues preparado ya de antiguo con este objeto, solo le faltaba perfeccionarse en aquella parte especial á su religion, y que no se enseñaba entónces en ningun establecimiento público, siendo patrimonio particular de la regla á que se aplicaba. Pero Roxo, que en cosas más difíciles no habia encontrado inconveniente alguno, no pudo hallarle en lo que aprendia con doble aficion, pues lo hacia llevado tanto de su vocacion como

de una imaginacion que le habia hecho siempre ver lo bueno y lo mejor en aquella carrera. Apénas la hubo terminado le destinó su Orden á diferentes cargos, á cual más elevados todos y dignos de sus buenos estudios; desempeñólos con lucimiento, y en breve tiempo consiguiera elevarse á superior altura, si su amor á las ciencias no le hubiese hecho preferir el puesto de lector de sagrada teología en el convento de S. Juan de los Reyes de Toledo á cualquiera otro con que le brindasen sus superiores. Su carácter dado naturalmente al reposo y la meditacion, su genio laborioso é investigador, le hacian muy á propósito para este cargo, en que tan dignamente debia figurar. Desempeñóle por un largo número de años, siempre con la misma lucidez y acierto, haciéndose acreedor al afecto de sus discípulos, que aprendian de él con las máximas de la ciencia las más importantes de la virtud. No le apreciaban ménos sus superiores y cuantas personas le conocian por su bueno y bondadoso carácter, por sus excelentes y apreciables cualidades. La fama que adquirió al mismo tiempo como predicador, pues en este ejercicio fué uno de los más estimados en su siglo, su ejemplar vida y su fecunda erudicion le valieron no menos consideraciones del público, que concurria con grande provecho á las iglesias en que él explicaba la palabra divina, y de otras personas así eclesiásticas como seglares que le escuchaban con gusto y veian con placer el fruto que obtenia con sus predicaciones. Quizá debió á esto los cargos que obtuvo por entónces de examinador sinodal de la provincia de Castilla, de la observancia regular, y de calificador del Santo Oficio; puestos que se tenian entónces en grande estima y para cuyo desempeño se exigian siempre hombres de tanta probidad como saber. Abundaban ambas cualidades en el P. Roxo, y así lo manifestó durante toda su carrera, una de las más lucidas que se hicieron en aquella época. Al mismo tiempo que estas ocupaciones y alternando con ellas se consagraba á la composicion de diferentes obras que son hoy la causa principal de su celebridad: trata en la una de lo que él mismo vió en el capítulo general de su Orden, celebrado en Toledo en 1658, asunto importante y que merecia consignarse para que sirviese á la posteridad teniéndole presente en otras asambleas del mismo género, tan frecuentes á la sazon, y en que se decidia del esplendor y engrandecimiento de una Orden, ó de su decadencia, y tal vez de su desaparicion. La otra es uno de los sermones que habia pronunciado; y la última es la historia de S. Diego, tan célebre á la sazon, y cuyos milagros se referian con placer en toda España. Estas tareas no impidieron nunca sus hábitos de virtud, sus prácticas religiosas, su contínua asistencia al púlpito y confesonario y demás obligaciones propias de un buen religioso, cuando ya en sus últimos años tuvo que abandonar el trabajo por la debilidad de sus fuerzas, se consagró exclusivamente al estudio y devo-

cion, muriendo por último tan ejemplarmente como habia vivido. Los títulos de las obras que dejó y por que es conocido, son los siguientes: *Historia del capítulo general de la Orden Seráfica*, celebrado en Toledo en 1698; ibid. eodem anno, in 4.°—*Sermon del Santísimo Sacramento*; Alcalá, por María Fernandez, 1668, en 4.°—*Historia de S. Diego*; Madrid, Imprenta Real, 1663, en 4.°—S. B.

ROY, célebre abogado de la Rochela, pasaba por uno de los primeros ingenios de su provincia. Habiendo sostenido una polémica con él un capitan de infantería á últimos de Enero de 1682, le probó de tal manera la falsedad del calvinismo, que habiendo quedado convencido en veinticuatro horas, abjuró al dia siguiente la herejía, de modo que fué despues el ejemplo, ó por decirlo mejor, el azote de los que no querian abrir los ojos á los errores de donde él mismo habia salido.—S. B.

ROY (P. Alardo le), de la Compañía de Jesus. Nació en Bélgica en 1588, de una familia muy bien acomodada y que podia brindarle con algunas esperanzas, caso de que optase por seguir en el mundo, á lo que desde luego se manifestó poco inclinado. Abandonando todos los proyectos de sus padres, entró en el instituto en 1607, cuando apénas contaba diez y siete años de edad. Hallábase dotado de muy buenas disposiciones, y hubiera podido optar por seguir la carrera que á todos los religiosos ofrece aquella regla, pero se contentó con el humilde puesto de coadjutor espiritual, en que tuvo ocasion de prestar algunos servicios, pues en extremo caritativo, humilde y obediente, cumplia con el mayor zelo todos los deberes, y áun se apresuraba á ir más allá siempre que comprendia podria hacerlo sin perjuicio de los proyectos que pudieran tener sus superiores, á cuya voluntad se hallaba en un todo sometido. Así fué que este buen religioso no dió durante su larga carrera motivo alguno de queja, siendo muy apreciado y dedicado con fruto a los diferentes objetos á que se hallaba destinada la Compañía. Con estas tareas alternaban sus frecuentes y numerosas devociones, á que consagraba la mayor parte del dia y áun de la noche, y viendo que la devocion de un hombre aislado, por grande que sea, no produce todos los efectos deseados, pues sus ejemplos se hallan limitados á un corto número de personas, procuró ensayar diferentes medios, entre ellos el de componer varias obras espirituales, que comprendia deberian de producir el anhelado fruto. Verificóse en efecto lo que habia previsto, y vió realizadas sus esperanzas, sucediéndose una á otra publicacion, y todas con los mejores resultados. Porque en el siglo en que vivia este religioso las lecturas versaban generalmente sobre obras piadosas, con lo que las costumbres mejoraban en gran manera y se obtenian á veces algunas conversiones, resultado de los ejemplos que se habian oido y que obraban sobre la imagi-

nacion de una manera semejante á lo que lo hacen hoy nuestras novelas, cuyos tristes resultados palpamos en el estado de las costumbres corrompidas áun en clases que deberian conocer mejor los principios de la moral y las eternas leyes de la naturaleza. Pero la influencia del ejemplo es siempre de muy mal género, y todavía lo es peor la indiferencia con que se mira lo que debia ser por todos reprobado; así es que nuestras modernas lecturas producen un efecto diametralmente opuesto al de las que eran generales en el siglo del P. le Roy, el piadoso jesuita tan conocido por su *Camino seguro del cielo y modo eficaz de salvarse*, publicado en Tournai en 1621.—*La Santísima Vírgen, causa de todos los bienes y origen de la salvacion*; ibid. 1621, en 12.°—*Compendio de la vida del Bto. Francisco de Borja*; Lila 1624, y otras.—S. B.

ROY (Francisco), franciscano. Era francés, ignórase de qué punto, y únicamente se sabe que habia tomado el hábito en el convento de París. Siguió la carrera literaria y obtuvo el grado de bachiller en sagrada teología, llegando á definidor general de la Orden. Floreció á fines del siglo XVI y escribió las siguientes obras: *Expositiones super multa Aristotelis axiomata.—Formalitum seu plurium scientiarum Metaphísico*, que se imprimió en París en el año 1603.— M. B.

ROY (Guillermo le). Este piadoso varon, del que el sábio monseñor Huet, antiguo obispo de Avranches, hace un grande elogio en sus *Orígenes de Caen*, nació en esta ciudad el dia 10 de Enero de 1610. Fué hijo de David le Roy, secretario del Rey, y de Opportuna de Choisy, sobrina de monsieur Choisy, padre del canciller, tio del Rey y abuelo materno de Mr. de Canmartin, consejero de Estado, ya difunto. Llevado Guillermo en su tierna edad á París, hizo en esta ciudad todos sus estudios, y cuando se halló ya en estado, abrazó el eclesiástico, al que se sentia inclinado, y obtuvo inmediatamente un canonicato en la catedral de nuestra Señora de París, en donde recibió todas las órdenes, incluso la del sacerdocio. Siendo sumamente aficionado al estudio de la elocuencia, y encontrándose con una gran facilidad de locucion, Mr. Grillé, obispo de Uzes, muy amigo de su familia, que tenia fama en su tiempo de gran predicador, se encargó de formar su gusto para el púlpito. Con esta idea le llevó á Uzes y le enseñó cuanto sabia, pero el discípulo no tardó en apercibirse que el lenguaje y maneras del maestro eran muy anticuadas, que su saber era ya muy comun, y que le podria fácilmente superar aplicándose más que este prelado lo habia hecho al estudio de la Santa Escritura y de los PP. de la Iglesia, cuyos textos formaron los grandes predicadores de su siglo. Al volver de Uzes, Guillermo le Roy se dedicó á engrandecer su biblioteca con las obras más selectas, con ánimo de servirse de ellas, y aprovechóse mucho de la de Mr. Pereise, de la

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

cual compró muchos libros. Puso empeño en elegir por amigos á las personas más piadosas y sabias de su época, ya en la Iglesia, ya en el estado regular y en el secular, y áun entre los protestantes, como se ve por las cartas manuscritas á Mr. Conrart y por las que este le escribia frecuentemente. Fué amigo particular de Mr. Godeau, obispo de Grasse y de Vence, y llegó á tanto su intimidad, que este prelado quiso darle el primero de estos dos obispados, que se hallaban unidos á la sazon, é iba á llevarse á cabo este proyecto, cuando fracasó de una manera inesperada. Antes de leer Roy los libros de S. Agustin contra los Pelagios, y no habiendo leido más que un poco de los demás tratados de este Padre, el estudio que habia hecho de las epístolas de S. Pablo le arrastró á seguir el sistema del obispo de Hippona sobre la gracia, y desde esta época empieza la íntima amistad que conservó hasta la muerte á Mr. Arnauld. Todo cuanto pudo tomó parte en la defensa de la doctrina de S. Agustin, á cuyo fin escribió muchas obras. Su primer ensayo fué la *Oracion de la gracia ó sobre las misericordias de Dios*, que llamó él su profesion de fe sobre esta materia, la cual compuso para una de sus hermanas, que era religiosa, la que le habia pedido una oracion para solicitar de Dios la gracia de su conversion. Esta plegaria se publicó en español por el venerable Juan de Palafox, obispo de Angelópolis, en una instruccion pastoral que dió este prelado sobre el mismo asunto. Imprimióse tambien muchas veces en Bruselas, y traducida del español al francés por du Perron, que se la dedicó á la reina María Teresa poco despues del matrimonio de esta princesa. Y por último, fué traducida en latin, en italiano, en inglés y en otras lenguas. No hablaremos aquí de las demás obras de Roy, que son en gran número, pues que al fin de este artículo daremos el catálogo. Amante Roy de la soledad, empleó en los años 1653 y 1654 en adquirir una casa de campo parte de su patrimonio, y á esta se retiraba frecuentemente para ocuparse en el estudio de la Santa Escritura, de los Padres, de los Concilios y de la historia de la Iglesia. Hallábase esta casa á seis leguas de París, y se denominaba Merentais, nombre que cambiaron sus amigos por el de Merancy, que les pareció mejor y con el cual fué despues conocida. Tenia en esta casa una capilla, en la que por una inscripcion que se veia sobre la puerta, se comprendia que estaba consagrada á la meditacion, al silencio y á la penitencia. Desde esta casa escribió la mayor parte de las cartas que dirigió á Conrart, que merecian publicarse, así como las respuestas de este académico, á quien Roy amaba con toda sinceridad, y el que habia deseado entrase en el gremio de la Iglesia católica, de la que desgraciadamente estaba separado Mr. Conrart. El amor á la soledad le hizo oir en Octubre de 1653 las proposiciones de Luis Stuart, señor de Aubigny, para una permuta de la abadía de Hautefontaine, de la

orden del Cister, en la diócesis de Chalons, en Champaña, con su canonicato de la iglesia de nuestra Señora de París; permuta que se hizo ántes del 5 de Noviembre, pues que en este dia fué en el que tomó Mr. Aubigny posesion del canonicato. Conocia ya Roy la abadía de Hautefontaine, á la que habia hecho muchos viajes, y desde que tomó posesion de ella, fué en muchas temporadas á pasar algunos meses, hasta que por último se fijó en ella como diremos despues. En el mismo año de 1563 se le proveyó del priorato de Manerbe, por recomendacion de Mr. Tellier, despues canciller de Francia, como se ve por una carta de éste de 2 de Noviembre del mismo año, y por la respuesta de Roy, ambas aún inéditas. Desde el año 1661 Mr. le Roy mayor, que habia hecho grandes é importantes servicios á la corte de Francia, habia pedido y obtenido para su hermano Guillermo la abadía de S. Nicolas de Verdun, y no la de S. Pablo, como se dice en muchas cartas de Mr. Arnauld; y se ve en una larga carta manuscrita del abad, que poseia ya algunos otros beneficios con su canonicato, del que no habia aún dimitido, pluralidad que le pareció, con razon, contraria á los cánones; pero algunas cartas de Arnauld dan á entender, que áun despues de esto conservó por más tiempo sus beneficios, lo cual le reprochó amistosamente Mr. Arnauld en su carta de 1665, en donde le aconseja dimita su abadía de Verdun para consagrarse solo á la de Hautefontaine, á cuyo fin le recuerda las reglas de los concilios sobre esta materia, que le mandó extractadas. Haciendo caso Mr. Roy de este aviso, obedeció algun tiempo despues dimitiendo su abadía de Verdun en el abad Danet, que tomó posesion de ella. En 1659 fueron ya más frecuentes sus retiradas á Hautefontaine, y habiendo obtenido del abad de Clairvaux que le concediese por prior de su abadía al P. Rigoberto Leveque, maestro á la sazon de novicios en Clairvaux, que murió despues religioso de la Trapa el 14 de Noviembre de 1679, trató de fijarse definitivamente en su abadía, no solo para santificarse, sino con el fin de hacer esta casa más regular, á fin de que reinase enteramente en ella el espíritu de S. Bernardo, al que consideraba Roy como un fiel discípulo de S. Agustin, á cuyo santo tenia especial dovocion. En efecto, enviado Rigoberto á Hautefontaine á fines de 1661, le siguió le Roy, que llegó á la abadía la víspera de la Natividad del mismo año; pero no se fijó en ella hasta el año 1663, en el cual trasportó á esta santa casa su biblioteca. En el mismo año hizo un contrato con el Hôtel-Dieu de París sobre sus posesiones de Merancy, resolviendo dejar sus rentas á los pobres, rehusando las cuatro mil libras que se le ofrecieron sobre casas particulares en París; pero ocho años despues, los administradores, que fueron sabedores de esta oferta, que encontraron ventajosa para el expresado hospital, cedieron las tierras al demandante, y el Hôtel-Dieu quedó encargado de pagar la pension. Libre

ya Mr. le Roy de todo cuidado, y no teniendo otro que el de trabajar en su santificacion, se dedicó á esto y á procurar la regularidad de sus religiosos. Tenia conferencias con ellos en dias marcados, y los exhortaba en la iglesia los domingos y dias festivos. Los oia en particular, los reprendia con caridad, los exhortaba á que tuviesen amor á su estado, y él mismo les daba ejemplo de todas las virtudes cristianas y religiosas. Recibió en su celda á muchos amigos, tan ilustres por su piedad como por su ciencia, y entre ellas debemos contar á Mr. Arnauld, Nicola, Treuvé de Pontchereau y otros. Este último, que deseaba la reforma de Hautefontaine, trabajó mucho con le Roy para conseguirla. Tuvo le Roy algun tiempo en su compañía á un piadoso seglar, llamado German Willard, que le servia de secretario por amistad, el cual le sobrevivió muchos años. Fué tan completa la retirada de le Roy, que desde que se fijó en su abadía hasta su muerte, solo una vez fué á París para un asunto que requeria precisamente su asistencia, y áun salió pocas veces á las cercanías de la casa. Fué siempre apasionado á la doctrina de S. Agustin y á sus apologistas y defensores; razon por lo que estaba ligado de una manera particular á Port-Royal y á todos los amigos de esta casa. Su caridad puede decirse que no tenia límites; pagaba las pensiones á muchas religiosas de diversos monasterios, y daba limosnas á todos los pobres de las cercanías de su abadía. Estableció considerables fondos para los hospitales, y entre otros para los de Vitry y S. Dizier, cercanos á su retiro, y dejó á los benedictinos de S. Pedro de Chalons, su rica biblioca. Al fin de sus dias le asaltó la pena de que poseia una abadía en encomienda, y consultando sobre esto con Mr. Arnauld, éste le confirmó en el designio que habia formado de no morir abad comendador. Recordóle este doctor esta resolucion en una carta que le escribió en 1681, y que se ha impreso entre las cartas de Arnauld; pero á pesar de esta carta y de su escrúpulo, Mr. le Roy conservó su abadía de Hautefontaine hasta el fin de su vida, y murió en esta casa el dia 19 de Marzo de 1684 á los setenta y cuatro años de edad. Uno de sus amigos, que vivió con él veinticuatro años, que se cree fuese Mr. German Willaud, de quien ya hemos hablado, hizo grabar sobre su sepulcro el siguiente epitafio:

D. O. M.
HIC JACET
GUILLELMUS LE ROY,
OLIM INSIGNIS ECCLESIÆ PARISIENSIS
CANONICUS ET SACERDOS:
TUM HUJUS MONASTERII DE ALTO-FONTE
PER TRIGINTA CIRCITER ANNOS,

VERE ABBAS, INCOLA, ET CULTOR,
EXEMPLO CONTINUIS PRECIBUS,
LABORIBUS SACRIS,
EFFUSISSIMA IN PAUPERES LIBERALITATE,
OMNIBUS NOTUS, OMNIBUS CARUS.
HUNC ABUÊRE ASYLUM SACERDOTES
BENEFICUM ASCETÆ,
SACRÆ VIRGINES PATREM ET DUCEM,
OPRESSI DEFENSOREM,
AFFLICTI CONSOLATOREM,
SANCTI PATRES INTERPRETEM;
EVANGELICA MORUM DOCTRINA, FIDEIQUE VERITAS.
VINDICEM ACERRIMUM SIMUL ET MITEM,
NEC NON INTREPIDUM AMATOREM.
OBIIT ANNO ÆTATIS 74,
A CHRISTO NATO 1684, DIE 19 MARTII.

Dice Mr. Huet que le Roy no dejó de trabajar para el mundo, del que huia, y de instruir tanto por medio de sus escritos, cuanto por el ejemplo de su vida; pero ocultándose siempre y suprimiendo su nombre, como efectivamente veremos en la lista de sus obras, originales y traducidas, de que vamos á hacer una ligerísima reseña. Nada diremos de su *Oracion de la gracia*, puesto que ya hemos dado cuenta de ella. Tradujo le Roy un excelente *Discurso de S. Atanasio* contra los que juzgan de la verdad solo por la autoridad de la multitud, lo que hizo con reflexiones dirigidas á Dios, las cuales representan las calamidades espirituales del siglo en que escribió, que son las de todos por lo general, y la necesidad que hay de renovar á cada paso la súplica de S. Anastasio, y de imitar el zelo de este santo Padre, cuyo libro se imprimió en 4.°, en París, en 1651, con la aprobacion de los doctores; se reimprimió esta obra en 4.° en 1752, sin las expresadas reflexiones. — *Carta á Don Pedro de S. José, religioso fuldense*, enviándole el libro de las conferencias de dos filósofos molinistas en 1.° de Abril de 1650. — *Cartas á los religiosos*, enviándoles copia de la precedente de 3 de Abril de 1650. — *Carta bajo el nombre de Mr. de Tour al jesuita Adam sobre la traduccion que hizo este Padre de algunos himnos de la Iglesia en verso francés;* en 4.°, año de 1651. — *Discurso de un religioso, profesor en teología*, sobre el objeto de un viaje que se vió obligado á hacer á París, con motivo de la doctrina de la gracia, con una importante carta del cardenal Baronio sobre la opinion de Molina, jesuita; en París, 1652, en 4.° Contiene este discurso el resultado de las con-

ferencias que el P. Gaboreau, religioso recoleto de Meuse-sur-Loire, habia sostenido con los profesores de teología de diversas órdenes en París, cuyo Padre dió á le Roy sus memorias, de las que se sirvió para escribir este discurso. — *Traduccion de una carta de Esteban, obispo de Tournay*, para justificar y alentar á algunos religiosos de la órden de Grandmont que habian entrado en la del Císter, manifestando que puede pasarse de una órden ménos austera á otra que lo sea más; París, 1652, en 4.° — *Traduccion del escrito titulado: Distincion abreviada de las cinco proposiciones*, en tres columnas en 4.°, año 1653. — *Traduccion de dos cartas de Gautier Hervet*, doctor en teología, y sobre la residencia de los obispos, la una de ellas al jesuita P. Salmeron y la otra al cardenal Hosiux; París, 1650, en 4.° — *Censura de los sentimientos de los jesuitas con respecto á la doctrina de S. Agustin por la Inquisicion de Valladolid*; en 4.°, precedido de una hoja volante en la que se extracta una carta de un capuchino de Flandes de 6 de Noviembre de 1650, en la que promete la expresada censura y da algunas importantes noticias. — *Carta de un capuchino de Flandes, de 2 de Marzo de 1651*, que manifiesta ser falso el decreto atribuido á su Orden sobre la doctrina de S. Agustin, con una reflexion final. — *Traduccion de la censura de muchas proposiciones de los nuevos casuistas*, pedida á la facultad de Lovaina por Mr. Trieste, obispo de Gand, en 4.°, 1658. — *Traduccion de la censura del Catecismo de los jesuitas de Douai por la facultad de Lovaina*, en 4.° — *Sermones de S. Bernardo sobre el Salmo XC, Qui habitat*, traducidos en francés en 12.° y en 8.°, año 1658. — *Carta sobre la constancia y el valor que debe tenerse por la verdad*, con la opinion de S. Bernardo sobre la obediencia que debe observarse con los superiores, y sobre el discernimiento que debe hacerse de lo que mandan, sacado de su séptima carta, en 4.°, 1661, y reimpresa en 1700 en 12.°, en la coleccion titulada *El P. Bouhours convencido de sus antiguas y nuevas calumnias contra Mr. Port-Royal*, y reimpresa otra vez en otra coleccion en 8.° y en 4.° en 1726. — *Carta de un solitario á..... sobre la persecucion que se hacia á los religiosos de Port-Royal;* 1661, en 4.° — *Las reglas de la moral cristiana, recogidas en el Nuevo Testamento por S. Basilio el Grande;* en 12.°, París, 1661 y 1663: obligaron á le Roy á publicar esta traduccion los vicarios mayores de París, MM. de Comtes y de Hodene. — *Instrucciones recogidas en los sermones de San Agustin sobre los Salmos;* París, en 12.°, 1662, 1663, 1664 y 1665. — *Instruccion cristiana sobre lo que nos está marcado de la penitencia de David en la Santa Escritura;* París, en 12.°, 1663. — *Carta á Monseñor el arzobispo de Embrum (d'Aubusson de la Feuillade), tocante á la carta sobre la constancia y el valor que debe tenerse por la verdad*, del 22 de Julio de 1668, en 4.°, la cual se imprimió en el *P. Bouhours convencido*, y en

otras obras. — *Discurso de S. Cárlos Borromeo en sus concilios provinciales, y en su último sínodo diocesano;* Chalons, 1663, en 12.° — *Homilías de San Agustin sobre la primera epístola de S. Juan*; París, 1670, en 12.° — *Carta sobre el nombre de un sabio y santo capuchino*, con motivo de lo que aconteció en su monasterio de Etampes, durante la visita de Mons. el arzobispo de Sens, el 9 de Julio de 1672. — *Oraciones propias para obtener el don de la penitencia, de la confianza y de la fe;* París, 1660, en 24.° — *Instruccion para el Adviento*; París, 1660, en 24.° — *Prácticas é instrucciones para emplear cada dia de la semana los deberes del cristianismo, con observaciones acerca de la falsa devocion;* París, 1660. — *Reflexiones sobre un pasaje de S. Agustin (sacadas del libro III de la Doctrina cristiana) sobre la Eucaristía;* en 4.°, 1670, en Chalons. Estas reflexiones se dirigen contra los protestantes que alegan este pasaje para combatir la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. En una *Coleccion* en 16.°, impresa por la viuda de Sabreux en 1670, que empieza por las ceremonias y preces de la Iglesia, en ella hay de le Roy: *Advertencia traducida de S. Juan Crisóstomo con respecto á la modestia que debe guardarse en las iglesias; un discurso sacado del mismo Santo Padre sobre la educacion de los niños; instruccion sobre los afectos interiores, sacada de S. Agustin, con una oracion para rogar á Dios sobre este particular; discurso sobre el deber que tenemos de amar y buscar á Dios por ser quien es, sacado tambien de S. Agustin; una oracion para ofrecernos y consagrarnos á Dios; expresion de amor y fidelidad que nuestro Señor Jesucristo exige á nuestras almas en cualidad de esposo suyo; explicacion de la oracion dominical, compuesta de los mismos pensamientos y palabras de S. Agustin*; París, 1663, en 12.° Esta es una traduccion francesa de la obra latina del P. Celestino Lardenois, titulada: *Philerensi Paleologi monachi de Orationi dominica, liber ex Sententiis Sancti Augustini contextus;* en 12.°, impresa en Paris, en 1672, un año despues de la muerte de su autor. El traductor añadió un largo *Prefacio*, en el que hace elogio del autor. Mr. Flechier alaba mucho esta traduccion en una carta escrita á Mr. le Roy. — *De los deberes de las madres ántes y despues del nacimiento de sus hijos;* París, 1675, en 12.°; es una instruccion que le pidió una señora de elevada clase. — *Tratado del discernimiento de los espíritus, traducido del latin, del cardenal Bona;* París, 1675, en 12.° — *De la renovacion de votos del bautismo y de los votos de religion;* París, 1676, en 12.° *De la lectura de la Santa Escritura, traduccion del latin de Mr. Neercassel, obispo de Castoria, vicario apostólico en Holanda;* Colonia, 1680, en 8.° — *Del culto de los Santos, traducido del latin de Neercasel;* París, 1679, en 8.° *La Soledad cristiana;* tres volúmenes en 12.°, París. Es una coleccion de traducciones de los Padres y de otras concernientes á la soledad, coleccion que le atribuye M. Huet en sus *Orígenes de Caen*. Mr. Conrart da gracias á

Mr. le Roy del regalo que le habia hecho en su nombre de los dos primeros volúmenes de esta coleccion, de la que habla con elogio en una carta de 16 de Mayo de 1659, y en otra de 30 de Agosto siguiente, cuyas cartas estan aún manuscritas. El cardenal Retz, en 14 de Marzo de 1663, da gracias tambien á le Roy por la expresion que le hizo de sus obras, y entre ellas de sus dos primeros volúmenes de la *Soledad cristiana;* y en fin, el mismo le Roy habla del tercer volumen de esta obra como cosa suya, en su carta á Conrart de 21 de Febrero de 1665. La traduccion de las dos cartas de S. Euquerio, que se ven en esta coleccion, pertenece á M. Arnauld d'Andilli. El abate le Roy se habia visto obligado tambien á escribir sobre esta materia, á saber: si es práctica legítima y santa mortificar y humillar á los religiosos, por medio de ficciones, atribuyéndoles faltas que no han cometido y defectos que no se advierten en ellos. Sostuvo la negativa sobre este particular, y envió su disertacion al abad Rancé, reformador de la Trapa, que le respondió en términos muy fuertes en 1685. No aprobando le Roy esta respuesta, la apostilló en un principio con notas marginales, y despues escribió aclaraciones detalladas sobre ella. Muchas de estas piezas, y entre ellas la primera carta de le Roy y una de Rancé, se han impreso. — *Una cartita sobre las calumnias del Almanaque de los Jesuitas*, que se pone despues de la carta grande, que tambien es de le Roy. Además de todos estos escritos, se ven muchas cartas suyas en la coleccion de las de Mr. Arnauld; y entre otras, una en el primer volúmen escrita á este doctor en 1661, con motivo de una órden de los vicarios mayores de París sobre la asignatura del *Formulario*. Hállase aún mayor número de cartas del mismo, en la coleccion de las de Mr. Nicole que han aparecido solo en Holanda, las cuales versan sobre el rehuso que hizo Nicole de trabajar con Arnauld sobre las controversias que entónces agitaban á la Iglesia de Francia, y sobre su carta al arzobispo de París. Estas cartas de le Roy, largas por lo comun, vivas y vigorosas, son inferiores á las de Nicole sobre este particular. Sobre esta controversia debe verse la *Historia de la vida y obra de Nicole;* Luxemburgo, 1733, y la *Apología de Mr. Nicole*, hecha por él mismo, impresa en 1733. Se han insertado tambien muchas cartas de le Roy en la *Coleccion de escritos que no se han publicado aún sobre el formulario, bulas y constituciones de los papas;* 1754, en 12.° Con respecto á las obras manuscritas que ha dejado le Roy, las más considerables son las cartas á Mr. Conrart desde 27 de Julio de 1659 hasta 6 de Mayo de 1665; y una traduccion francesa del *Amor pœnitens*, de Mr. de Castorie. Regaló su libro á le Roy, y éste que habia tenido intencion de escribir sobre el mismo asunto, creyó, luego que le leyó, que debia contentarse con traducir esta obra al francés. Tradujo en efecto las dos primeras partes por la primera edicion, y la terminaba ya, cuando le avisó

el autor que acababa de publicar una nueva edicion tan aumentada, que en vez de un volúmen en 8.° tenia dos, lo cual obligó al traductor á no publicar su trabajo hasta que no le hiciese por la segunda edicion; pero murió ántes de ejecutarlo. En su carta á Conrart, de 16 de Diciembre de 1659, dice que habia escrito una *Instruccion sobre la santidad de Dios*, que enviaba á su amigo con una traduccion de un capítulo de Tertuliano, aún manuscrita cuando la mandó. En la misma carta dice se hallaba trabajando en justificar la creencia de los primeros fieles de la Iglesia sobre la Eucaristía; le Roy habia traducido tambien muchos libros del Antiguo Testamento, pues que así como de todos sus escritos, habla de estos á Mr. Conrart. La traduccion de la obra latina de Mr. Hamon sobre los Salmos, que se le atribuye, no es suya, y se cree sea de Mr. Pont-Chateau. Tuvo Mr. le Roy cinco hermanos y seis hermanas, nacidos todos en Caen y recomendables por su mérito. «Caen, dice Mr. Huet, se acuerda con gratitud de los contínuos é importantes servicios que en su larga carrera la hizo Mr. le Roy el mayor, primer auxiliar de los secretarios de estado MM. Serviers, des Noyers, y le Tellier, de los que fué amigo. Pocos saben, añade, que despues de la desgracia de Noyers, el rey Luis XIII le propuso en su consejo para reemplazarle, y que el príncipe de Condé, Enrique de Borbon, apoyó esta proposicion, pero sin éxito alguno favorable. Murió en Amboise el 9 de Setiembre de 1659, en la comitiva de la corte que se dirigia á Burdeos, dejando cinco hijos. Otro hermano, continúa Huet, gobernador de las torres de Tolon, murió en el sitio de Turin en Agosto de 1639, sucediéndole en el gobierno su cuarto hermano, que murió en París en 1657. El quinto hermano fué canónigo de S. Victor en París y abad de S. Eloy, cerca de Arras, en donde murió en Febrero de 1685, despues de haber gobernado su abadía más de treinta años. El más jóven de todos estos hermanos fué Mr. de Prefontaine, que despues de haber desempeñado muchos importantes destinos, fué secretario de madama la princesa, y terminó retirándose á vivir en el campo. Las seis hermanas de le Roy fueron todas religiosas. Además de las obras que dejamos citadas, pueden consultarse sobre el ilustrado le Roy: el *Juicio de los sabios* de Baillet; Dupin, al fin de la tabla de su obra *Historia eclesiástica del siglo XVII*; y las cartas de Mr. Flechier, entre las que se verán muchas de le Roy. Pocos han sido tan celosos y fecundos en la época que vivió le Roy, teniendo los cargos que él tenia por hallarse al frente de su abadía de Hautefontaine, y la multitud de comisiones y consultas á que tuvo que responder, lo cual prueba que era un portento de laboriosidad, y que poco tiempo pudo disipar en su vida. Las grandes cuestiones sobre que trató y sus importantes escritos, no podrán ménos de mantener aún por algunos siglos viva su memoria. — B. C.

ROY (Juana y Margarita le), y otra protestante del mismo nombre, abjuraron en Caen hácia 1630, convertidas por Veron.

ROY (Nicolás), de la Compañía de Jesus, nació en Langres el 12 de Marzo de 1726, y era hijo de Claudio Roy, abogado en Langres, despues consejero del Rey, y de Margarita Tarry. Fué interin hizo sus estudios un modelo de piedad, de virtud y de aplicacion al mismo tiempo. Dominado por la idea de que Dios le destinaba á llevar la luz de la fe á las naciones infieles, ingresó en la Compañía de Jesus en el año 1743, granjeándose desde luego la estimacion, el respeto, el amor y la confianza de todos. Uno de sus panegiristas hace de él el retrato siguiente. Poseia un espíritu excelente y una inteligencia ilimitada para la comprension de todas las ciencias, un corazon recto, compasivo y generoso. Sus maneras dulces é insinuantes, su aire sencillo y natural, y su aspecto angélico, prevenian en favor suyo y ganaban la voluntad de todos cuantos le trataban. Muchas veces, en medio de los negocios y de las conversaciones más interesantes, veiasele recogido en sí mismo como si se hallase en un profundo éxtasis, comunicándose con la Divinidad. Por esto, pues, las respuestas que daba en las varias consultas que le hacian, sus avisos, sus saludables consejos, donde resplandecian la pureza y la sabiduría, tomábanse por otros tantos oráculos dictados por el espíritu de Dios. Poseia un exquisito discernimiento para penetrar en el fondo de las conciencias y aprovechar los diversos movimientos de la gracia en aquellos á quienes dirigia. Maestro cuando aún era discípulo, la Providencia dirigió hácia él las almas de muchos elegidos combatidas de diversas maneras, á las cuales prestó consuelos y servicios, que solo podian proceder de un director muy experimentado. Firme en su idea de trabajar en la propagacion de la fe cristiana, el P. Roy se embarcó para la China el 29 de Diciembre de 1753, permaneciendo en aquellas apartadas regiones por espacio de catorce años, desempeñando las funciones más peligrosas y más duras del apostolado. Murió el dia 8 de Enero de 1767, á la edad de cuarenta años y diez meses. Las cartas que habia dirigido á sus parientes fueron impresas en Lion en 1822, y forman dos tomos en 12.° Todas ellas respiran el amor más puro hácia Dios, el zelo más heróico por la salud del prójimo, y el desprecio más completo respecto de sí mismo.—M. B.

ROY (Pedro). Fué limosnero del jóven cardenal de Borbon, y canónigo de la iglesia de Rouen. Compuso en verso y publicó en 1593 la sátira titulada *Menipea*, que se conoce tambien con el nombre de *Catolicon de España*. Este ingenioso escrito es muy corto y se distribuyó en hojas sueltas. En cuanto apareció se le leyó con avidez, y muchos se apresuraron á aumentarlo. Puede verse cómo se hizo esto y por quién, en la obra titulada *Melanges d'histoire et de litterature*, de Vigneul Marville, tomo I.—C.

ROY (Pedro le), religioso de la orden Trapense, conocido en la religion por el hermano Dositeo. Fué natural de Bazancourt en la diócesis de Reims. Si se ha de juzgar de la juventud de este religioso varon por las noticias que se tienen acerca de los principios de su vida, debe convenirse en que aquella fué bastante desarreglada, y que vivió complaciendo á sus deseos sin freno alguno, muy léjos de las virtudes que debian ocupar su corazon y su alma. Sin embargo, en medio de sus extravíos y libertinaje, como estaba dotado de gran talento, estudió y adquirió grande instruccion en las humanidades, pero permaneció bastante tiempo sin que aquellos conocimientos le fueran de grande utilidad, hasta que Dios permitió que obrase la reflexion, y le inspirase un gran disgusto y sentimiento aquel género de vida, y por lo mal que empleaba el tiempo; y trabajando constantemente en su imaginacion el deseo de observar una vida diferente á la que hasta entónces habia llevado, juzgó seria lo más prudente en el momento alejarse de su pais. La Providencia dirigió sus primeros pasos, encaminándole y poniéndole en contacto con un eclesiástico sabio y virtuoso, canónigo de la iglesia de París, que dirigiéndose á la Trapa le llevó consigo. El hermano Dositeo, á quien Dios habia preparado aquella ocasion, admiró cuanto veia. La soledad, el silencio y la penitencia que allí se observaba, produjéronle tan viva impresion, que formó la firme resolucion de vivir y morir en aquel estado. Manifestó al sacerdote que le habia acompañado cuando este tuvo precision de volver á París, que su designio era separarse del mundo y servir al único dueño á quien siempre debiera haber servido, permaneciendo en la Trapa, bien persuadido de que aquel era el lugar que Dios le habia señalado para conseguir la salud y salvacion de su alma. Recordó con el mayor pesar todos sus desaciertos, y todo lo que en aquel tiempo habia mirado como hechos insignificantes, los recordaba y consideraba en la actualidad como crímenes imperdonables, representándosele toda su vida pasada como un conjunto de horrores y de actos punibles, en tanto grado, que si Dios no le hubiese sostenido con su poderosa proteccion, el recuerdo de aquella época tan deplorable y tan funesta le hubiera hecho caer en el mayor desaliento y desesperacion. El Señor le inspiró tuviese confianza, haciéndole ver que la misericordia de Dios no tenia límites, no habiendo pecadores, por detestables que fueran sus delitos, que no admitiese siempre que á él se dirigiesen con un arrepentimiento profundo y sincero, y que gustaba más de dar muestras de su compasion á las almas más indignas y más extraviadas, cuando claramente veia su gran dolor por haberle ofendido, manifestando al mismo tiempo un ardiente deseo y una voluntad decidida á observar sus santas leyes, y marchar el resto de su vida por el camino contrario hasta el que entónces habia seguido. Con este consuelo no dudó un punto en adop-

tar aquel partido que le pareció tan necesario y ventajoso para conseguir su salvacion, no creyendo que hubiese otro estado que le conviniese mejor, tanto para este mundo como para el otro, y á ménos que no quisiese provocar la ira de Dios sobre su cabeza, debia abrazarle decididamente y para siempre. Dominado de este pensamiento, fué á buscar al P. abad, y en pocas palabras le hizo ver el fondo de su corazon. Le manifestó que una conducta tan estragada y perdida, y una vida tan abandonada como habia sido la suya, tenia necesidad de emplear el resto de sus dias en la penitencia, tal como se practicaba en su monasterio. Se explicó de un modo y en unos términos tan precisos, con tanto ánimo y resolucion, que el P. abad no dudó que cuanto le decia era inspirado por el espíritu del Señor, siendo el verdadero autor del designio y deseos de su nuevo siervo. Se le sujetó á las pruebas acostumbradas en aquella casa; y como viesen que sus ejercicios le servian de dulzura y consuelo para la vida que queria abrazar, y que bien léjos de producirle la menor pena ó disgusto, por el contrario, amaba el trabajo por humilde que fuese y las mortificaciones tanto exteriores como interiores, se le concedió el hábito, por cuya consecucion tanto habia suspirado con el mayor deseo y ardor. Desde aquel momento miró su regla como la palabra de Jesucristo, y todos los preceptos que aquella contenia, como las órdenes que particularmente habia mandado cumplir. Se persuadió con mucha razon que su salvacion estaba pendiente y unida á la fidelidad, con que observara los deberes que aquella le imponia, proporcionándole medios infinitos para satisfacer á la justicia de Dios á quien tan cruelmente habia ofendido, bien fuese castigando el gran número de pecados que habia cometido por el mal uso que habia hecho de sus sentidos, ó sometiendo su espíritu al bien que tan desgraciadamente habia empleado y disipado entre sus criaturas. Por lo tanto se propuso firmemente arreglar todos sus actos exteriores, segun el precepto de S. Benito, que ordena á sus discípulos se abstengan en todo tiempo de todo pecado que pueda cometerse por el uso de la lengua, de los ojos, de las manos y pies, y que velen constantemente sobre sí con tanta atencion, exactitud y diligencia que puedan evitar el ser sorprendidos y cometer nuevas faltas. Este consejo parecerá extraordinario y superior á lo que permite la humana vigilancia; pero puede asegurarse que es tan sencilla y tan poco costosa la práctica de estas virtudes, que es muy general en los hermanos cartujos el no notárseles el menor movimiento ó accion contraria á las resoluciones que una vez hubiesen tomado; y no hay nada que pueda hacer ver la posesion de Dios, y su suprema autoridad sobre la direccion de las almas, como el observar esta fidelidad tan completa y tan entera de que no pudiera creerse capaz el espíritu humano. Sus ojos estuvieron de tal modo uni-

dos á Dios, segun los términos que usa el profeta, ó mejor dicho, tan sometidos á sus órdenes, que en ningun tiempo ni en ninguna ocasion se le notó mirase ni dirigiese la vista á lo que no debia ver; la necesidad ó la precision era la que únicamente dirigia sus movimientos. Constantemente tenia sus ojos bajos y dirigidos á la tierra, segun el precepto de la regla, en toda situacion y en cualquiera postura en que se encontraba, considerándose siempre como agobiado y cargado con el peso de sus pecados, como deudor á la justicia de Dios, y por consecuencia considerándose indigno de elevarlos hácia el cielo y de dirigirlos sobre las criaturas. Sus manos las empleaba solo en los trabajos que le mandaba la obediencia, porque jamás se movia no precediendo la órden de sus superiores ó de sus hermanos; usaba de los pies con el mismo comedimiento y la misma reserva; no iba nunca sino á donde precisamente habia de ir, y su marcha jamás fué ni sobradamente lenta ni muy precipitada; no observándole nunca pereza, ni tampoco ligereza ni aturdimiento, de modo que se le consideraba como un modelo de modestia que á todos producia edificacion. Su lengua no la empleaba sino para cantar alabanzas al Señor, y para acusarse de sus faltas, pues solo los ángeles estan exentos de cometerlas, pues los hombres más justos son aquellos que creen que han cometido más; la empleaba igualmente en abrir su corazon á sus superiores, y para explicarse en las conferencias sobre las cosas de Dios, y las que miran á la salvacion, pero de una manera tan concisa, tan ajustada, tan simple y santa al mismo tiempo, que puede decirse ejecutaba á la letra este precepto del apóstol: *Si quis loquitur, quasi sermones Dei.* Si alguno hiciese uso de la palabra, que sus discursos sean del mismo Dios. Finalmente, era tal su continencia y compostura, tan concertada y tan sin afectacion ni estudio, que no podia vérsele ni encontrarle, que no cautivase y le hiciese ser querido por sus relevantes virtudes. Llegó á todo el extremo posible el poder que Dios le habia dado sobre sus sentidos, ejerciéndole igualmente en todas las austeridades, en todos los actos de penitencia que con tanto rigor se observaban en aquel monasterio, tanto en las vigilias y trabajos como en los ayunos y en la mayor simplicidad de los alimentos. Se le veia en todos estos ejercicios como un ser elevado sobre todas las cosas sensibles, como si no perteneciese á la carne y á la tierra. Siempre hacia de suerte que los trabajos más penosos recayesen sobre él, y aunque encontrase alguna dificultad en ellos, bien fuese por la rudeza de la obra, como cuando era necesario desmontar tierras, ó á causa del peso, como cuando era preciso llevar grandes fardos, ó bien por la accion de los ardorosos rayos del sol, á los cuales se vió muchas veces expuesto en medio del estío, ó en fin por el cansancio que producia su duracion; jamás llegó á creer ni figurarse que el trabajo de la obra excediese á su voluntad ó á sus fuerzas. Las vigilias le

llegaron á ser tan familiares, que hacia escrúpulo de conceder al sueño el tiempo prescrito por la regla, y muchas veces suplicaba al P. abad le permitiese acortar algunas horas al reposo. Uno de sus placeres eran los ayunos. Su alimento ordinario era el más simple y comun de que pudiera hacerse uso; se componia de algunas yerbas, legumbres y raíces cocidas con sal, pareciéndole manjar tan delicioso, que se censuraba contínuamente, pues que en lugar de ser tratado como las bestias, de quienes habia imitado la brutalidad, segun decia, se veia en la abundancia. Esta razon era la que le obligaba á limitar cuanto era posible su alimentacion, y á privarse muchas veces de las cosas que podian serle más necesarias. Dios no le trató con ménos bondad en la práctica de las virtudes interiores. Se hizo de tal modo dueño de su espíritu y de su corazon, que no se servia de uno y otro, sino para buscarle y encontrarle, para conocerle y amarle, y para unirse al Señor con un perfecto abandono de sí mismo, de suerte que nada le pudiese separar de objeto tan predilecto. El demonio, que envidiaba la perfeccion de aquella alma tan ejemplar, no podia sufrir que caminase con la ligereza del ciervo por las vias más difíciles y más espinosas, é hizo cuanto pudo para turbar su pensamiento con imaginaciones, fantasmas y caprichosas ideas. Una de las más principales era representársele sus grandes pecados, pareciéndole inflexible la justicia de Dios, y su penitencia tan desproporcionada á la gran iniquidad en que tanto tiempo habia perseverado, que sumamente afligido con estos sentimientos diferentes, no encontraba más auxilio que entregarse al llanto y á los gemidos. Dios, que permitia que el demonio le tentase, no para que le aterrase y venciese, sino para depurar su piedad, para aumentar su fe y para conservar su humildad, no le abandonó cuando hubo necesidad de sostenerle y de colocarse á su derecha mano, segun las palabras del profeta, para impedir que su confianza no fuese quebrantada. Venció la tentacion, y habiéndose disipado la tormenta, se encontró nuevamente en la calma y en la tranquilidad acostumbrada. Ejemplar en todas virtudes, era mirado como un varon perfecto, estando de tal modo dispuestas y reunidas en su persona, que le hacian ver con la mayor claridad todas sus acciones y costumbres. Basta el testimonio de todos los que le conocieron, para formar un juicio verdadero de sus grandes prendas, siendo admirable en la obediencia, en la simplicidad, humildad, candor, caridad y dulzura; estando tan en consonancia estas virtudes con la belleza de sus facciones y agraciado semblante, que le daban un aire de respeto, al mismo tiempo que de agrado, que bastaba mirarle para quererle y reverenciarle. Su oracion, que era como el conducto por el cual obtenia de Dios todas estas gracias, tenia todo lo que era necesario para ser atendida y escuchada. Este fiel discípulo oraba en la forma que previene y prescribe su padre y maes-

tro el grande S. Benito. Se presentaba á la vista de Dios con completo retraimiento de todo aquello que pudiera distraerle é impedirle el que fuese útil á su alma su ardiente súplica y amor al Señor. Ofrecia su puro corazon elevándose sobre todas las cosas terrenas, respirando apasionadamente, abandonándose sin reserva entre los brazos de Jesus; su caridad le inflamaba, se derretia en su presencia, como se funde la cera á los rayos del sol. A esto reducia todas sus aspiraciones esta alma llena de ternura, y Dios, que enteramente la poseia, dirigia y le inspiraba todos los buenos sentimientos que convenian á la santidad y perfeccion de su estado. El P. abad admirando una virtud tan superior y una separacion y un alejamiento tan completo de todas las cosas que podian afectar á sus sentidos, no gustando de otras que de aquellas que podian contribuir á hacerle eternamente dichoso, creyó firmemente que Dios le habia encaminado y dirigido, para elevarle sobre los demás de su estado, y para ser un modelo y ejemplo en todas las funciones eclesiásticas. Por lo tanto para cumplir sus designios y sus órdenes, resolvió elevarle al grado de subdiácono. Luego que se vió favorecido con este cargo, le hizo temblar por la pobre opinion que tenia de sí mismo, creyéndose incapaz de cumplir debidamente aquel ministerio; así es que habia hecho todo cuanto estaba de su parte para que el superior mudase de parecer. Con este objeto fué á buscar al maestro de novicios, con el que habia hecho una confesion general, y le instó vivamente para que fuese á declarar al abad toda su vida, sin omitir ninguna circunstancia; hizo iguales instancias al P. prior á quien habia descubierto todos los desórdenes de su juventud; y finalmente viendo que nada podia recabar, ni accedian á sus deseos, se fué á buscar al P. abad, y arrojándose á sus pies le dijo inundado en llanto: «Que no podia comprender que Jesucristo quisiese admitir por ministro á un malvado, y que un hombre tan manchado como él no podia obtener en la Iglesia otro lugar ni destino que el propio de la penitencia.» Nada olvidó absolutamente, para dar de sí la idea más desventajosa del mundo, haciendo presentes y en conjunto todas sus indignidades reales ó imaginarias, valiéndose para el caso de las expresiones y de los términos más propios para disuadir al P. abad de la resolucion que habia tomado. Pero viendo que permanecia firme en su primer pensamiento y que no podia convencerle, juzgó que la voluntad de Dios era la misma que la de su superior, y que el único partido que podia tomar era el de obedecer y someterse. Como él se presentó á las órdenes con las disposiciones que exige Dios á un sugeto para el desempeño del cargo de un ministerio tan respetable y tan santo, la gracia, que no encontraba oposicion ni entorpecimiento en una alma tan pura y tan bien preparada, se derramó en su alma con toda plenitud. Se encontró como si hubiese salido nuevamente

á la vida por un nuevo bautismo. El resto de sus dias se condujo del mismo modo, observando rigurosamente los deberes de su estado, no notándose nada en su conducta que no fuese digno de la ventajosa opinion de superioridad, que disfrutaba y tenia sobre todos sus hermanos. En cualquiera lugar, negocio ú ocupacion en que se hallase, obraba siempre con una sabiduría y una modestia que le distinguia, y le hacia muy notable entre todos los demás. El P. Le Roy amaba en el monasterio todo lo que debia amar, miraba á Jesucristo en todos sus hermanos, y jamás perdió una ocasion en que pudiese darles muestras y pruebas de sus vivos deseos de servirles, de su dependencia, de su sumision y respeto. Su grande afecto, su pasion al P. abad, sería difícil hacerla comprender tal como la sentia. No puede hallarse medio mejor para manifestarla, que valerse de sus propios términos y expresiones cuando hablaba con él. Un dia que le encontró á su paso, se arrojó á sus pies, y le expuso todo lo que Dios habia puesto en su corazon para experimentar el grande afecto que le profesaba, y despues de haberle manifestado que le debia su conversion, su salud, su dicha y bienestar; que Dios le habia dirigido á su monasterio, pero particularmente á su persona, y otras muchas cosas por el estilo, terminó diciéndole: «Yo os venero, os reverencio y os amo, siendo mi mayor placer y consuelo el de veros y el de oiros; y cuando estoy en vuestra presencia, mis ojos y mi corazon no se sacian y os devoran sintiendo la mayor fruicion y placer el alma mia.» Al cumplir el tercer año de su profesion, cayó enfermo; su padecimiento principió con una grande inapetencia y aversion á los alimentos. Como nada decia ni se quejaba, esperando que Dios le daria la fuerza necesaria para vencer una indisposicion que no le parecia muy considerable, sin embargo esta tomó creces y se aumentó en poco tiempo, acalorándose su naturaleza, y presentándosele una fiebre lenta, acompañada de una gran fluxion al pecho, que le molestaba sobremanera noche y dia. Ocultó cuanto pudo su mal á la comunidad, sin descubrirse ni descubrir á nadie su estado. Finalmente, se aumentó en tales términos, que no le fué posible ocultarle más. Su extremada palidez, la flacura y desencajamiento de su semblante, la violencia de la tos que continuamente le atormentaba, y que no le permitia momento de reposo, hizo que todos se apercibieran de su enfermedad y de la gravedad de su estado. Al punto se le dispensó de los ejercicios y de las obligaciones de regularidad más penosas. Se le prohibió usase de la alimentacion ordinaria, proporcionándole otra más conveniente á su estado. Su frecuente y penosa tos no le permitia tampoco la asistencia al coro; en fin, conociéndose que todos los cuidados y medidas que hasta entónces se habian tomado eran inútiles, sin procurar el restablecimiento del enfermo, se le condujo por órden del P. abad, contra todas sus inclinaciones y gran re-

pugnancia, á la enfermería. Hizo cuanto pudo y estuvo de su parte para no separarse del cuerpo de la comunidad, diciendo que su mal no era nada, atribuyendo á su delicadeza y falta de sufrimiento lo que le hacia incapaz de sufrir el menor trabajo. Alegaba el ejemplo de sus hermanos, diciendo que habia resistido todo género de privaciones y de mortificacion, con resolucion invencible; pero que él, como un desidioso cobarde, como un hombre sin vigor y sin firmeza, cedia á un leve é insignificante padecimiento, del cual sus hermanos no hubieran hecho el menor caso. A tal extremo llegaba el desprecio que hacia de sí mismo, y lo que le hacia decir su amor á la mortificacion y á la penitencia; y en verdad que el mal era de mucha consideracion, y solo un alma como la suya, tan favorecida por el Señor, hubiera podido soportarle, sin sucumbir, tan largo tiempo y con tanta resignacion. Entró en la enfermería con una constante y firme persuasion interior, que la Providencia le conducia á aquel paraje para que se dispusiese á la muerte, de cuyo término no estaba muy léjos. Adoró los decretos del Altísimo, aceptando el cáliz que le presentaba, con la alegría que puede disfrutar una persona que conoce se la va á sacar de una situacion aflictiva y penosa, para conducirla á un estado de eterna dicha y de un consuelo infinito. No puede ménos de manifestarse, en obsequio á la verdad, y para instruccion de todo el que leyere la historia de este siervo del Señor, que esta alma tan fuerte, tan elevada y tan superior sobre todas las de los demás, y que tanto dominaba sus inclinaciones, no dejó sin embargo de resentirse de la debilidad humana, flaqueó su firmeza, teniendo esperanzas de conseguir el restablecimiento de su salud, interesándose en los medios de procurarla y de remediar sus males; lo que no estaba conforme ni convenia á las grandes disposiciones y á la alta perfeccion con que siempre habia edificado á todos los que le habian conocido; si bien por otro lado puede dispensársele, por ser constantemente el carácter moral que preside en todas las afecciones de pecho la esperanza de la curacion. Bien es verdad que aquel pensamiento duró poco y fué muy pasajero, porque al mismo tiempo el P. abad procuraba proporcionarle todos los alivios que podian serle necesarios en su situacion, como alimentos escogidos y bien preparados; pero el enfermo le suplicó humildemente suprimiese aquellas atenciones y dulzuras de que no se creia digno. Añadia que Dios le hacia conocer que le llamaba, que sus males no eran de la condicion de aquellos que podian curarse, y que le suplicaba le dejase sujeto á las órdenes de la Divina Providencia, no pudiendo interrumpirse su curso. Las mismas instancias le hacia todas las veces que le veia, diciéndole afectuosamente, «que no encontraba ninguna disminucion en sus síntomas é incomodidades, no obstante de ser apropiado todo cuanto se le aplicaba y

administraba; la tos se le hacia cada vez más viva, rebelde é importuna; su fiebre era más ardiente, su pecho más ocupado y fatigoso, sus insomnios más prolongados y más frecuentes, habiéndosele llegado á hinchar las piernas de tal modo, que ni podia andar ni sostenerse, y que no le quedaba hacer nada aquí abajo, sino esperar el venturoso dia en que Dios le libertase de los lazos de su cuerpo, y se dignase concederle para siempre el reino de la otra vida.» Hé aquí el modo con que se expresaba; sus ideas y afectos, y la verdadera disposicion de su corazon, en la que siempre habia permanecido y jamás habia abandonado; aunque la debilidad humana tuvo algun poder, fué este momentáneo y pasajero. Fué un efecto de la bondad de Dios, que cuida y vela constantemente sobre las necesidades de sus elegidos, para preservarlos de los peligros á que pueden verse expuestos; y como el hermano Dositeo no temia ninguna cosa más sino que el diablo le tentase sobre la penitencia rigurosa que habia practicado despues de su retirada del mundo, sobre este desprendimiento de sí mismo, donde él habia salido victorioso, sobre esta vida tan pura y tan irreprensible, y puede decirse tan santa; en fin, sobre esta perfeccion que habia parecido á los ojos de sus hermanos, no pudiendo él ignorar que se habia granjeado su amistad, veneracion y estimacion, y que habia inspirado ideas tan ventajosas; no quiso que estas prendas le fuesen arrebatadas por sentimientos de orgullo y de vanagloria, todo lo que habia podido conseguir, mereciendo ser agradable delante de Dios por la simplicidad, y por la humildad de que habia hecho profesion tan edificante; sin duda quiso Dios por esta razon probarle que era hombre, y por lo tanto sujeto á dejarse llevar de afecciones puramente humanas, y de deseos que no podian ser sugeridos más que por la carne y la sangre y por un amor inmoderado de sí mismo. El hermano Dositeo se aprovechó como debia de la gracia que Dios le habia concedido. Así cuanto más veia acrecentarse sus padecimientos, más se aumentaba su alegría, entregándose todo entero á la esperanza de los bienes futuros. Como los últimos momentos no llegaban tan pronto como apetecia, para contentar su santa inquietud, idea que jamás se apartaba de sí, determinó el ensayar el poder conseguir adelantar aquel término deseado con sus súplicas y oraciones. Veia amanecer todas las mañanas con la esperanza de que el dia que comenzaba seria el último de su padecer; y cuando aquel concluia, quedaba triste y esperaba el siguiente con la esperanza de que en aquel sería más dichoso y más favorable. Dios quiso por este medio hacerle merecer con tan larga perseverancia la corona que le tenia preparada. Por último, Dios se apiadó de sus reiteradas súplicas. Sus males se exacerbaron de pronto, su pecho se cerró nuevamente con gran fatiga, la calentura se hizo más violenta, y su naturaleza sucumbia por momentos. Como

no habia conocido desde que puso los pies en el monasterio otras alegrías ni consuelos que los que le habian venido de la parte de Dios, por sus comunicaciones íntimas, despues que recibió de la Iglesia mil gracias, consuelos y auxilios especiales, pidió con las más vivas instancias se le permitiese recibir por la última vez el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, como su guia y su Salvador. Su debilidad, que era extremada, no le impidió sin embargo ir á la iglesia, donde participó de este divino misterio; hizo el siervo de Dios este acto con la piedad y devocion que pudiera desearse en un hombre en el que el mismo Dios habia destruido hasta los más pequeños movimientos de las pasiones de la naturaleza. Su corazon, lleno de reconocimiento, le puso en sus labios palabras llenas de fuego, de confianza, de agradecimiento á las bondades de Dios, por las señaladas muestras que le habia dado, haciéndole penetrar en el verdadero camino, y sobre todo, por haberle desimpresionado de todo temor y de toda inquietud sobre su destino futuro, como si Jesucristo le hubiese dicho las mismas palabras que en otro tiempo dijo al dichoso condenado, que fué testigo de su suplicio: «Yo te concedo desde hoy la posesion de mi reino: *Hodie mecum eris in Paradiso.*» El enfermo permaneció todo el dia en la misma situacion. El P. abad vino á verle á la caida de la tarde; le habló de su dicha, sirviéndose de las expresiones propias para mostrarle el estado en que Dios habia tenido á bien ponerle. El doliente le suplicó le concediese la última gracia que le faltaba todavía, que era la extremauncion, suplicándole igualmente que lo dispusiese todo de modo que tuviese el consuelo de morir entre sus brazos. El abad le dijo que no habia necesidad de tanto apresuramiento, que al otro dia por la mañana se accederia á sus deseos. Sin embargo, como observó que aumentaba su angustia y desfallecimiento, conoció no podia diferirlo y se le dió la extremauncion y las indulgencias de la Orden. Pidió tambien que se le pusiese sobre paja y ceniza, y como se aproximase al borde de su lecho para colocarse entre la paja que se le habia traido, se notó que lo hacia con sumo trabajo; y entónces se le dijeron algunas palabras para darle valor y reanimarle. «No voy despacio, sino que corro.» Rezaron á continuacion las oraciones de la Iglesia, que oyó con la mayor atencion. Concluidas todas estas santas ceremonias, llegó al colmo de sus esperanzas, se volvió del lado de sus hermanos que le asistian, y despues de haber recomendado á todos los deberes de caridad y dádoles gracias por su asistencia, inclinó la cabeza, acompañando á su semblante un aspecto, no solo de serenidad, sino de alegria, y habiendo precedido algunos suspiros entrecortados, pronunció el nombre de Jesus, y entregó su alma en sus manos. — A. L.

ROY (Fr. Tomás le), del órden de Predicadores. Fué natural de Brescia,

en Italia, aunque oriundo de Francia, segun lo indica su apellido. Ignórase el año de su nacimiento, así como todas las particularidades de su vida, y únicamente se sabe que tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en la ciudad de Douai, donde profesó el dia 22 de Mayo de 1655. Habiendo hecho sus estudios en la mencionada ciudad, recibió el grado de doctor en sagrada teología, cuya ciencia explicó más tarde á sus hermanos, distinguiéndose no ménos por su piedad que por su sólida instruccion. No se sabe la época de su fallecimiento, pero sí que aún vivia por el año de 1680. Dejó escritas las siguientes obras en idioma francés: *Compendio histórico de la Cofradía de la Santa Cruz, canónicamente erigida en la iglesia de los hermanos de S. Juan Evangelista en Verwik;* 1672, un tomo en 12.°—*Los frutos y gracias del Santísimo Rosario;* Colonia 1677, un tomo en 8.°—*Utilidad de practicar la devocion del Santísimo Rosario, con un Compendio de todas sus indulgencias, aprobadas y confirmadas por el Sumo Pontífice Inocencio XI;* 1679, un tomo en 8.°—*El culto de la sagrada Vírgen María, defendido contra las ideas de un autor anónimo;* 1674, un tomo en 8.° Este pequeño libro fué traducido al latin y publicado por Gerónimo Hennequier, tambien del órden de Predicadores.—M. B.

ROYAND ó Rousiard, Royardus ó Rousiardus (Fr. Arnaldo), franciscano francés del siglo XIV. Este ilustre religioso, muy célebre en su época, ha perdido la mayor parte de su importancia en la nuestra, tanto porque sus obras, que quedaron todas manuscritas, no han llegado hasta nosotros, como porque los asuntos de que tratan han parecido de escasa importancia á los eruditos para hacer sobre ellas largas y detenidas investigaciones. Son sin embargo un monumento del saber de su siglo, representan el genio y costumbres de la época, y forman, por decirlo asi, un eslabon en la historia de la ciencia. Al contrario del nuestro el siglo XIV creyó que Royard era hombre de distinguido mérito y acreedor á la mayor atencion, por lo que fué elevado á las primeras dignidades y puestos, y tratado por los príncipes y reyes con todo género de atenciones. Ya en Francia habia sido escuchado con grande avidez como predicador y elevado á los cargos más altos de su religion, cuando á consecuencia de ellos hubo de pasar á Italia hácia 1330. Apreciado por el soberano Pontífice, que reconoció desde luego sus talentos y buenas prendas, tuvo ocasion de servir á la Santa Sede en circunstancias harto críticas y difíciles, por lo que fué honrado con el obispado de Salerno, que gobernó por algunos años con notable acierto y zelo. Pero lo que le distinguió mucho más todavía fué la activa parte que tomó en favor de los negocios de Roberto, pretendido rey de Sicilia, que apoyado en los derechos de los monarcas franceses arrojados por los naturales de aquellas islas, queria usurparles un trono que poseian con muy legítimos derechos.

No fué ciertamente muy afortunado en esta parte el obispo de Salerno, pues si bien defendia á su señor natural, por lo que merece elogio su causa, no era la mejor, y por esto no es acreedor á él. Sus consejos y esfuerzos se vieron además frustrados repetidas veces, y murió llevando la peor parte, es decir, la derrota de su monarca y su total expulsion, que en mala hora para Sicilia habia pisado su ambiciosa raza. Pero el hombre, el religioso y el literato no deben dejar de merecer nuestros elogios, porque de ellos no sea digno el político. Su vida entera, consagrada al estudio, á la piedad y devocion, su caridad sin límites, sus buenas costumbres, deben consignarse en la historia y legarse á la posteridad, ya que de sus obras no conservamos más que los títulos que son los siguientes: *Opus Theologicum Moralium distinctionum ordine alphabetico digestum*, dedicada á Roberto, rey de Sicilia;—*Opus alterum ad eumdem Robertum de Arca Noe*;—*Super quatuor libros Sententiarum*;—*Sermones eruditos*;—*Postillam in Apocalipsim.*

ROYARD (Juan). Nació en Oudenarde, en el siglo XVI. Tomó el hábito en los Menores de la órden de S. Francisco, en la que se distinguió por su saber en teología y por su elocuencia en la predicacion. Adquirió tan grande reputacion en Amberes y en otras ciudades de Flandes, que segun expresion de Valerio Andrés, se le miraba como el fénix de su Orden en su época. Sixto de Siena le llama de Amberes; pero se engañó, pues que no fué natural de esta ciudad, si bien permaneció en ella muchos años. Fué comisario de su Orden en todo el reino de Escocia, y murió en Brujas, ciudad de la Flandes, el año 1647. Sus obras son las siguientes: *Homeliæ in Epistolas et Evangelia quadragesimalia;* Amberes 1538, París 1544 y 1554 en 8.° Hállase al fin de esta obra la *Apología contra Zelotem.*—*Soliloquium, seu formula Deum precandi.* Da razon de este religioso Valerio Andrés en la edicion de 1739, tomo II de su *Biblioteca Bélgica.*—C.

ROYE, familia de protestantes que se convirtieron al catolicismo en 1684 á 1686. El conde de Romy, hijo mayor del conde de Roye, fué instruido en las verdades de la religion católica por el obispo de Meaux, é hizo abjuracion en manos de este prelado en 1684. Tres hijos del conde de Roye se hallaban en un convento de nuestra Señora de Soissons, donde habian entrado para instruirse en las verdades católicas. El abate Huet, nombrado por el obispo de Soissons, habia sido elegido para esta comision á causa de sus vastos conocimientos; les convenció tan plenamente de la falsedad del calvinismo, que abjuraron en sus manos el 1.° de Junio de 1686, en presencia de un gran número de personas distinguidas. La piedad que manifestaron edificó en extremo á toda la asamblea. Cuatro dias despues abjuraron tambien dos de sus hermanos en manos del P. rector del colegio de Luis *el Grande.*—S. B.

ROYE (Juan Bautista), párroco de Chavannes en la diócesis de S. Claudio, fué elegido en 1789 diputado suplente del clero del bailiato de Aval en el Franco-Condado en los Estados generales. Reemplazó bien pronto al propietario, que presentó su dimision, y siguió el partido revolucionario, prestando el juramento civil. En la sesion de 14 de Noviembre de 1790 pronunció un discurso sobre los bienes del clero, que ha merecido los honores de la impresion. Nombrado poco despues obispo constitucional del Ain, fué elegido por este departamento para la Convencion, donde en el proceso de Luis XVI, votó la prision del monarca y su destierro á la par. Habiendo firmado la protesta de 6 de Junio de 1793 contra los acontecimientos de 31 de Mayo, fué uno de los setenta y tres diputados arrestados y que no fueron puestos en libertad hasta despues del 9 thermidor. Al fin de la legislatura pasó al Consejo de los Quinientos, y denunció un movimiento realista en el Alto Loira, y para poder continuar sus funciones eclesiásticas, invocó la libertad de cultos, formó parte del comité de los *reunidos*, cooperó á los *Anales de la Religion*, y asistió en 1799 al concilio nacional. Presentó su dimision, como todos sus colegas, cuando el concordato de 1802, y murió en Besanzon en 11 de Abril de 1807, á la edad de setenta y cuatro años. —S. B.

ROYE (Gui de). Fué hijo este arzobispo de Reims de Mathieu, ballestero mayor de Francia, de una antigua é ilustre casa de Picardía, que se fundó en Rochefoucauld. Nació en el castillo de Muret, cerca de Soissons, tierra que poseia su madre. Destinado por sus padres al estado eclesiástico, estudió la teología y el derecho canónico, y fué provisto, áun muy jóven, de un canonicato del cabildo de Noyon y del deanato de S. Quintin. Dándole á conocer sus talentos, fué nombrado poco despues auditor de la Rota, y mereció en el ejercicio de este cargo el afecto del papa Gregorio XI, que le nombró obispo de Verdun, de cuya silla no tomó posesion, y abandonó sus rentas para rescatar los dominios del clero que habian empeñado sus predecesores, segun se dice en la *Galia cristiana*. En 1376, cediendo Gregorio XI á las instancias de los italianos, consintió en volver á Roma la silla pontifical, adonde le siguió Gui de Roye. Luego que murió este Pontífice, los cardenales eligieron para su sucesor á Urbano VI; pero como les desagradase su severidad, anularon su eleccion, y votaron á Roberto de Génova que tomó el nombre de Clemente VII, lo que fué el orígen del gran cisma de Occidente. Gui de Roye abrazó el partido de Roberto, como el más favorable á los intereses de la iglesia de Francia, y fué á establecerse á Aviñon, en donde sentó su silla el antipapa. Queriendo el cabildo de Verdun obligar á Roye á la residencia, le amonestó de tal modo para ello, que se vió obligado á dimitir este obispado en 1378; pero en 1383 el antipapa Roberto le concedió los obispados de Castres, de Dol y el arzobispado de Tours,

al que unió en 1385 el de Sens; y en fin, en 1390 fué nombrado arzobispo de Reims, renunciando todos los otros beneficios, que dicen algunos autores que poseyó muchos á un mismo tiempo, razon por la que se le acusó de simonía. Sucediendo al antipapa Pedro de Luna, pontífice de igual anómala procedencia, se declaró por él, y rehusó asistir al concilio de París en 1404, que fué convocado para tratar de los medios de poner fin al cisma; y áun cuando no fué nombrado en las actas de este concilio, apeló de sus decisiones al juicio de la Iglesia universal. Un concilio ecuménico se anunció en Pisa en 1409, y á él fué Gui de Roye con algunos otros prelados, y el célebre Gerson, canciller de la universidad de París. A su llegada á Voltri, que está cuatro millas de Génova, su mariscal riñó con un obrero de esta ciudad y le mató. Esta muerte excitó un motin, y saliendo á la calle el arzobispo de Reims para apaciguar el tumulto, fué herido en el pecho de un tiro de ballesta, y murió de resultas de la herida el dia 8 de Junio. Trasportado su cadáver á Génova, le sepultaron con la mayor pompa. Fué este prelado muy apasionado á las letras y un decidido protector de los sabios, y á él se debe la fundacion del colegio llamado de Reims, el que estableció en 1399, cuya obra no se terminó hasta 1412. Dice Crevier, en su *Historia de la universidad*, que Gui de Roye legó por su testamento las sumas necesarias para el establecimiento del colegio de Reims: esta acta forma parte de las piezas justificativas insertas en la *Gallia christiana*, tomo X, pág. 74; pero no se hace en ella mencion alguna de este colegio, pues se refiere el prelado al codicilo que anteriormente habia puesto en manos del abad de S. Remigio, y en él sin duda es donde se encontrará esta fundacion. El testamento de Gui de Roye está fechado en Courveille el año 1400, y su codicilo era del año anterior. Legó Roye, segun su biógrafo Mr. Weis, su preciosa biblioteca para aquella época á su cabildo de Reims, al que hizo tambien otros legados, así como á las iglesias de Verdun, Dol, Tours y Sens. Se le atribuye una obra latina que no se ha impreso y de la que ninguna copia se conoce; pero que se ha traducido al francés con este título: *El libro de la sabiduría traducido del latin por un religioso de Cluni, para los sacerdotes que no entienden el latin ni las Escrituras;* Génova, 1478, el dia 9 de Octubre, en fólio; letra gótica. De esta version existen muchas ediciones del siglo XV, pero ya muy buscadas por lo raras, sobre las cuales puede consultarse el *Diccionario* de Laserna-Santander, y el *Manual del librero* por Mr. Brunet. El traductor se ha permitido añadir á la obra de Roye fábulas y anécdotas singularmente sencillas, de las que Próspero Marchand cuenta algunas en su *Diccionario histórico*, en el artículo Roye. El P. Laire confundió la obra de este prelado con el *Manipulus Curatorum de Gui de Montrocher*, error que pasó á los *Anales* de Pancer, como se ve á

la pág. 441 de su primer volúmen. *El Doctrinal de Gui de Roye* ha sido traducido en inglés por Will en Westminster en 1479, en 4.°, por el impresor Caxton, cuyas ediciones son muy raras. — C.

ROYE (Pedro de), en latin *de Roia*. Fué educado entre el clero de Noyon, donde obtuvo un canonicato, mereciendo por sus talentos la confianza y la estimacion del obispo, que le hizo su comensal. Cayó en la disipacion, é hizo una vida muy poco conforme á los cánones. En medio de sus extravíos no dejaba de hacer de tiempo en tiempo reflexiones sobre la vanidad del mundo, sobre la brevedad de la vida y sobre la incertidumbre del último momento. Estos pensamientos fructificaron en la época marcada por la divina Providencia. En sus últimos años se sintió tan vivamente conmovido al deseo de hacer penitencia, que se dirigió á Claraval para abrazar la vida monástica. Refiérenos él mismo todas estas circunstancias en una carta bastante larga que escribió durante su noviciado á C., preboste de la iglesia de Noyon. Este y otros muchos amigos de Pedro tenian gran temor de que no pudiese llevar un género de vida tan austero. Aseguróles bajo aste aspecto, manifestándoles que no habia sentido nunca alegría más pura ni más larga que la de que gozaba en aquella soledad. Les anuncia que se acerca el momento de su profesion, que debe hacer el domingo despues de la Ascension. Refiere despues la regularidad de la vida que se observaba en Claraval. «Entre estos pobres y fervorosos solitarios, dice, en medio de los cuales tengo la dicha de vivir, hay algunos que han sido obispos, otros magistrados, otros ilustres ya por sus dignidades, ya por sus talentos. Habeis conocido á Godofredo de Peronna, Rainaldo de Terouanes, G. de Saint-Omer y Gualberto de Lila. ¡Pero cuán diferentes son aquí de lo que eran en el siglo!» A esta descripcion une la de su vida pasada tal como se acaba de referir en extracto: ya se mire esta carta por la parte del sentimiento, ora con relacion al estilo y á la erudicion, se puede decir que es una de las más hermosas de su época. El mismo S. Bernardo la habia aprobado. El P. Tissier ha sido el primero que la ha dado al público en su biblioteca del Cister por un manuscrito de la abadia de Clermont. Ha vuelto á publicarse en la nueva edicion de S. Bernardo, y es la cincuenta y cuatro de sus cartas. — S. B.

ROYER (Claudio), cura de Chalons-sur-Saone. Este mal aconsejado sacerdote fué uno de los más ardientes jacobinos en 1793, y despues jurado y sustituto de Fouquier Tinville en el tribunal revolucionario francés. En una sesion de los jacobinos denunció la division del ejército revolucionario por departamentos, declarando que bastarian dos mil hombres de su temple para purgar á la Francia del último aristócrata. En otra sesion denunció la obra titulada *Homenaje católico rendido á la constitucion*. Despues del 9 thermidor hizo que los jacobinos declarasen sentir mucho haber idolatrado

á Robespierre. Dispersados los clubs, en lo que no tuvo poca parte, particularmente contra el de los jacobinos, el embajador de España, el famoso D. José Nicolás de Azara, que dió la traza para conseguirlo al Directorio, Claudio Royer se retiró renunciando al parecer á la política; y estableciéndose como agente de negocios en París, murió en este oficio algunos años despues. — A. C.

ROYER (Claudio). Así se llamó un canónigo y profesor de teología de Provins, conocido por la *Oracion fúnebre* de Luis XV que pronunció en esta iglesia, la cual se imprimió en 4.° en 1774. Fué tambien autor de otro *Discurso* pronunciado en el mismo lugar en la misa solemne celebrada el dia de la consagracion de Luis XVI, impreso en 4.° el año 1777. — C.

ROYER (Juan Bautista). Este obispo constitucional francés fué cura de Chavannes, y en esta cualidad le nombraron diputado suplente del clero del bailiato de Aval, en el Franco Condado, á los Estados generales de 1789, en los que reemplazó á Bronet, cura de Arbois, que presentó su dimision. Siguió el partido revolucionario, prestó el juramento civil y religioso, y pronunció en la sesion de 14 de Noviembre de 1790 un discurso sobre los bienes del clero, que se imprimió en 8.° Divirtió á la Asamblea en la sesion de 17 de Enero de 1791, quejándose de que el dia anterior un sacerdote no le habia querido confesar, porque habia prestado juramento constitucional. Nombrado obispo de Ain y diputado de este departamento á la Convencion Nacional, votó la detencion de Luis XVI y su destierro cuando se hiciese la paz. Habiendo firmado la protesta de 5 de Junio de 1793 contra la revolucion de 31 de Mayo, fué uno de los setenta y tres diputados arrestados que no fueron reintegrados hasta la caida de Robespierre. En 1795 pasó al Consejo de los Quinientos, y en él denunció un movimiento realista en el Alto Loira é invocó la libertad de cultos para poder conservar su obispado y llenar las funciones episcopales. Formó parte con Gregorio Desvois y Saurine del Comité de Obispos, y trabajó con ellos en los *Anales de la Religion;* concurrió á cuantas medidas se tomaron para el restablecimiento de su Iglesia, y asistió al concilio nacional de 1797. Salió del Consejo de los Quinientos en 1798, y en el mismo año fué elegido por el clero constitucional obispo de París, sobre cuya silla sucedió á Gobel. A fin de comprender lo que significaban entónces semejantes nombramientos, dice Mr. Dasance, su biógrafo, debe leerse en el *Monitor*, que era el diario más entendido y moderado de la época, la manera como fueron anunciados en 1798, cuatro años despues de la muerte de Robespierre: «No se pensaba ya existiesen diócesis en Francia. Sin embargo, se reunieron los sacerdotes católicos el dia que ellos llaman la Pentecostés en la catedral de París, y eligieron al ciudadano Boyer, que acababa de salir del Consejo de los Quinientos, para

el pretendido obispado de Sena. El ciudadano primado, ya obispo de Cambray, ha sido llamado á la silla de Lyon, y el abate Andrein, miembro de la primera legislatura y de la Convencion, ha sido hecho obispo de Quinper-Corentin.» Tomó posesion Royer de la iglesia de Nuestra Señora el dia 15 de Agosto de 1798. Poco despues se indispuso con los obispos reunidos, y no asistiendo á sus sesiones, se opuso á la convocacion del concilio en 29 de Junio de 1801, porque le miraba como inútil y peligroso. Mr. Bologne publicó muchos razonables artículos picantes y graciosos sobre las encíclicas de Boyer, y cubrió particularmento con el ridículo la carta que escribió á Bonaparte el dia 30 de Diciembre de 1799, en la que le pedia llamase á Mr. Jouigne, arzobispo de París; Royer y sus cofrades fueron obligados á dimitir sus obispados cuando se celebró el concordato, á peticion del papa Pio VII, que nunca los reconoció. Lecos, nombrado entónces arzobispo de Besanzon, que habia sido tambien obispo constitucional, deseando rodearse de eclesiásticos de este partido, acogió á Boyer en su diócesis y le hizo canónigo de su metrópoli, en cuyo destino siguió, consagrándose además al servicio de los hospitales, y despues de haber ejercido algunos años este servicio de caridad, murió en Besanzon.—A. C.

ROYER (Hermana Juana de la Natividad). Nació en 1732 en Chapelle-Sanson, cerca de Fougeres, de una familia de labradores. A la edad de diez y ocho años entró de sirvienta en el convento de religiosas Urbanistas de Fougeres, donde más tarde obtuvo se le admitiese como religiosa conversa, bajo el nombre de hermana de la Natividad. Sus progresos fueron rápidos. Creyendo tener apariciones y revelaciones, dió parte de ellas á sus confesores, que no atreviéndose á darlas crédito, la dijeron era muy expuesto discurrir sobre puntos tan delicados. Pero su último director en la Bategenet, separándose del camino seguido por sus predecesores, le afirmó en sus ideas, y escribió, bajo su direccion, lo que ella pretendia haber visto ó entendido. Luego que la revolucion la obligó á abandonar su convento, se refugió en casa de su hermano, y más tarde en la de un caritativo habitante de Fougeres, donde murió en 15 de Agosto de 1798 á la edad de sesenta y seis años. Durante su permanencia en Inglaterra, el abate Genet habia comunicado y áun distribuido copias á varias personas, que diferian acerca del grado de confianza que merecian las prediciones. A la muerte de este eclesiástico, ocurrida en 1817, sus manuscritos fueron vendidos á un librero, que los publicó el mismo año bajo el título de *Vida y revelaciones de la hermana de la Natividad*; tres volúmenes en 12.° Los dos primeros contienen la vida y las predicciones, y el tercero es una coleccion de autoridades y observaciones del abate Genet en favor de la obra, y termina con una relacion, hecha por él mismo, de los últimos ocho años de la

vida de la hermana. Una nueva edicion de esta obra apareció en 1819, aumentada con un volúmen que contiene diversos trozos dictados por la hermana á las religiosas que merecian su confianza. Uno de los redactores del *Amigo de la Religion* ha hecho análisis de esta obra en el tomo XXIII, páginas 321 á 385, y tomo XXIV, pág. 193. Un anónimo contestó á esta crítica con un folleto titulado: *Respuesta de mi Tio á la censura de las revelaciones de la hermana de la Natividad.* Las personas ilustradas convienen con el *Amigo de la Religion*, que no se deben creer todas las revelaciones de la hermana ni tenerlas implícitamente por verdaderas. En igual sentido se expresa la crónica religiosa en su tomo III, pág. 246.—M. B.

ROYERE (Juan), obispo de Castres. Nació en 1.° de Octubre de 1727, en el castillo de Bad, en Perigord, de una familia noble aunque poco rica. Sus primeros pasos en la carrera eclesiástica fueron guiados por el abate Beneguise, limosnero de la Delfina, quien despues de su promocion á la silla episcopal de Cambrai en 1752, le hizo uno de sus vicarios. En 1766 fué promovido al obispado de Trelles, donde estableció la devocion al Sagrado Corazon de Jesus. Trasladado á la diócesis de Castres, continuó dando en ella eminentes señales de su espíritu caritativo. Nombrado miembro de las asambleas del clero en 1772 y en 1780, pronunció en la primera el discurso de apertura, en el cual se trata de la union de la Iglesia y de la autoridad civil: nombrado despues diputado por el clero en los Estados generales, firmó las actas de la minoría, volviéndose despues á Castres. Pero arrojado de su palacio, se vió en la precision de salir de la poblacion. La persecucion le obligó á refugiarse en España, retirándose á Urgel, luego á Vich, y dos años despues, cuando se aproximaron las tropas francesas á este punto, marchó á Lisboa, viviendo en el convento de Alcobaza, donde murió el 24 de Mayo de 1802, despues de haber enviado al Papa su dimision que le habia sido pedida. El *Amigo de la Religion*, tomo LX, página 125, contiene una noticia acerca de este prelado, redactada por el superior del seminario de Castres.—M. B.

ROYERE (María Ana de), hija de un protestante de las cercanías de Blois, solo tenia seis años cuando Luis XIV dió órden de capturarla y conducirla al convento de las Ursulinas de Baugenci. Avisados sus padres de esta órden, trasportaron esta niña á Inglaterra, en donde casó despues con M. Rouph. No habiendo encontrado á la niña los encargados de arrebatarla, se apoderaron en su lugar de la señorita de la Royere, su hermana, que tenia unos quince años, interpretando á su modo la órden del Rey, y la llevaron á encerrar de su órden al convento expresado. Educada esta señorita en la religion católica, pero sin saber las controversias que dividian á los católicos de los protestantes, llegó á la edad de la razon, y como tuvie-

se bastante talento y un excelente corazon, quiso instruirse á fondo de la religion para procurar atraer al catolicismo á sus parientes. Proporcionóla campo vasto para esto el que muchas personas protestantes reconocieron las verdades católicas, y despues de ser perfectamente instruida en las controversias por Mr. Isaac Papin, del que era parienta y amiga, que aprendió perfectamente sus razones y su estilo, escribió seis cartas á Mad. de Rouph, cuyas cartas, fechadas en 1706, en la coleccion de las obras de M. Papin, que se publicaron en París en 1723, en 12.°, en tres volúmenes, son edificantes. Murió la señorita Royere en 1709, despues de haber edificado á las ursulinas y á cuantos la conocieron por la constancia de su fe y por la pureza de sus costumbres. El curioso debe enterarse de la advertencia escrita ántes de sus cartas en la expresada obra de Papin.—C.

ROYO (Fr. Francisco), fraile francisco. Fué este religioso aragonés natural del pueblo de Baguena, del cual solo nos dice Latasa, en su *Biblioteca Aragonesa*, que fué lector jubilado de la órden de S. Francisco de la regular observancia, predicador ordinario del Real convento de S. Francisco de Zaragoza, en donde desempeñó todos los oficios de caridad y frecuentemente las funciones de la oratoria evangélica, para lo cual le fué preciso escribir muchos sermones. Solo nos cita el expresado Latasa el sermon siguiente impreso: *Sermon panegírico de la Inmaculada Concepcion de María Santísima Madre de Dios;* Zaragoza, por Pedro Ximenez, 1727, en 4.° En la Biblioteca general franciscana se ve el nombre de este Padre.—C.

ROYO (D. Fr. Iñigo). Nació en la ciudad de Calatayud, de un linaje distinguido, á principios del siglo XVII. Profesó el monacato de S. Benito en el monasterio de Monserrat de Cataluña. Fué maestro general de su congregacion, abad de S. Vicente de Salamanca, donde se estimó su enseñanza; abad tambien de S. Juan del Poyo y de la Real casa de S. Victorian, de donde fué promovido al arzobispado de Sacer, al obispado de Jaca en 11 de Febrero de 1671, al de Albarracin, y últimamente al de Barbastro en 16 de Febrero de 1674, donde dió los últimos ejemplos de su buen gobierno. Murió en Zaragoza el año 1680, siendo diputado del reino, y en el de 1697 fué trasladado al referido monasterio de S. Victorian, y enterrado en su capilla del Rosario, de que trata, como de sus piadosas liberalidades con dicha real Casa, D. Fr. José de las Heras, en su *Columna de luz*, página 24. Ordenó y publicó: 1.° *Constituciones sinodales del obispado de Barbastro*, en la sínodo que allí celebró el 15 de Mayo de 1674. Tratan de este prelado en la *Historia de Monserrat*, páginas 484, 487, 489 y 490, bien que con alguna equivocacion en los cargos que tuvo. El arcediano Dormer en los Discursos var., páginas 242 y 243. El maestro Argaiz, tomo VII de la *Soled. Laur.*, y el maestro trinitario Fr. Pablo Ramon, en la Dedicatoria de su cartilla mo-

ral, edicion de 1676, dando tambien su escudo de armas de un castillo torreado puesto sobre un monte, y de la imágen de S. Juan Bautista, con las peñas y sierra de Monserrat sobre el escudo.—L.

ROYO (Fr. Joaquin), del orden de Predicadores. Este ilustre mártir, uno de los esclarecidos hijos de Sto. Domingo, que zelosos defensores de la fe de Jesucristo pasaron gozosos á ofrecer su vida en aras de la religion, y en las apartadas regiones del Asia, fué natural del reino de Aragon, y vió la luz del dia en un pueblo de la diócesis de Teruel en el año 1690. Habiéndose inclinado al estado religioso, tomó el hábito de la ilustre orden de Santo Domingo; y cuando no habia cumplido aún veintitres años de edad, fué destinado á las misiones del Asia. Partió á las islas Filipinas en el año 1713, en compañía de otros veintitres religiosos, y bajo la direccion del venerable Padre, tambien mártir, Fr. Pedro Mártir Sanz, obispo luego de Mauricastro. Llegado á Manila, recibió las órdenes del sacerdocio, aunque algunos biógrafos aseguran que no se le confirió la sagrada investidura hasta que hubo llegado á la ciudad de Canton en la China. Habiendo, pues, residido algun tiempo en la mencionada ciudad de Manila, con objeto de instruirse en el idioma del pais donde iba á predicar las eternas verdades y á difundir las claras luces de la verdadera religion, salió para la China á principios de la cuaresma del año 1715, en compañía del P. Eleuterio Guelda, de su misma Orden, que iba destinado á las misiones del reino de Tonkin. Despues de haber sufrido en la travesía una horrorosa tempestad, que les puso en riesgo de perecer, llegaron á Canton donde se quedó Royo, prosiguiendo Guelda su viaje al interior del imperio. Comenzó el P. Joaquin á ejercer las funciones de su ministerio en dicha ciudad de Canton, donde permaneció hasta el año 1722, que fué llamado á la provincia de Fo-kieu, en la cual estuvo el largo espacio de veinticuatro años, trabajando con el mayor celo por la propagacion de la fe, sin reparar en las inmensas fatigas que aquel cargo le proporcionaba, pues hubo veces que se encontró solo para atender al cuidado de sus convertidos y procurar la conversion de otros nuevos, siendo más recomendable esta conducta, cuanto que le tocó desempeñar su espinoso destino en un tiempo de persecucion y de tribulaciones para la Iglesia cristiana de Oriente. Cuando en 1728 el V. P. Fr. Pedro Mártir, obispo de Mauricastro, fué llevado á las prisiones de Canton, donde permaneció hasta 1732 en que tuvo lugar su glorioso martirio, muriendo degollado en la ciudad de Macao, en compañía de otros varios religiosos; el P. Royo continuó prestando sus servicios á los cristianos de Fogan, ménos temeroso del peligro á que contínuamente se veia expuesto, que compadecido del estado de afliccion en que advertia sumido á aquel pueblo, siempre firme y siempre constante en la fe sin embargo de las persecuciones de que contínuamente

era objeto. El Señor, que habia dotado á Royo de la suficiente fuerza para sobrellevar tantas fatigas en aquellas críticas circunstancias, se valió de su ministerio para estorbar la caida de algunos y procurar la conversion de otros muchos, pues por sus exhortaciones y su ardiente zelo religioso, se vió en un tiempo en que eran más vivamente perseguidos los cristianos, abrazar á infinitos gentiles la verdadera religion. Llególe por fin su turno al V. P. Francisco de padecer por el Señor, y habiendo sido preso en compañía de otros cuatro hermanos suyos, en que se hallaba el V. P. Fr. Francisco Serrano, sucesor de Fr. Pedro Sanz en el obispado de Mauricastro, padeció con estos esclarecidos confesores de la fe católica los mayores tormentos, angustias y penalidades, sepultados en los inmundos calabozos de Ukuan y de otros varios puntos, á que fueron trasladados durante la terrible persecucion suscitada en el año 1747, trabajos que padeció con todo el valor y heroismo que se refiere de los antiguos mártires, cuya suerte habia de sufrir, muriendo al fin degollado en union de sus compañeros á principios del año 1748. Las circunstancias del martirio de estos bienaventurados Padres, que no consignamos aquí, porque siendo comunes á cuatro individuos, pudieran dar lugar á enfadosas repeticiones en otros artículos, pueden verse muy extensamente en la Historia de las misiones, donde remitimos á los curiosos.—M. B.

ROYO (Fr. José), religioso dominico natural de la ciudad de Valencia, é hijo de hábito del convento de Predicadores de esta ciudad, donde hizo su profesion en 23 de Setiembre de 1667. Varon sumamente entendido y virtuoso, fué bibliotecario de su comunidad por espacio de muchos años, y murió en 17 de Setiembre de 1718, dejando concluido en dos tomos en folio el *Indice* de su copiosa librería, dividido por materias, obra de un inmenso trabajo que manifiesta la laboriosidad del autor, y que lleva este titulo: *Maremagnum materiarum sive Index universalis alphabeticus cui incorporantur omnes voluminum tituli hujus Bibliothecæ.* Manuscrito.—A. L.

ROYO (Fray Juan Bautista), natural de la ciudad de Valencia, religioso carmelita calzado, en cuyo nombre se publicó una obra, acerca de la cual fué opinion muy recibida en Valencia que no era suya, como lo atestigua Rodriguez en su *Biblioteca Valentina*, sino de otro religioso de mucha graduacion de esta ciudad y de su mismo habito, que queriendo conservar el incógnito, no quiso publicarla en su nombre; pero sea verdadera ó falsa esta opinion, lo cierto y verdadero es que se publicó en nombre del P. Royo, con este título: *Vida y milagros de S. Alberto, carmelita observante, sol de Sicilia. Con unos avisos espirituales, dirigidos por medio de una buena vida para alcanzar el fin de una descansada muerte.* En Valencia por Francisco Ciprés, año de 1668, en 8.°—A. L.

ROYO (Pedro), natural de la villa de Onteniente, discípulo de Vicente Blas García. Estudió artes en aquella universidad (Valencia) y la sagrada teología con los pabordes Trelles, Soriano y Rocafull. Fué familiar del ilustrísimo D. Miguel de Espinosa, obispo auxiliar del venerable señor patriarca. Poseyó un beneficio en la iglesia parroquial de Santo Tomás de Valencia; y despues de haber residido pocos años, obtuvo la vicaría de la iglesia de S. Miguel de Onteniente, segun todo consta de lo que él dice de sí en varios manuscritos, que dejó concluidos con los títulos siguientes: 1.° *Memoria de lo que es práctica, any* 1606, *en la ereccio de la Academia de Nostra Senyora de la Sapiencia.*—2.° *Traslacion del cuerpo del ilustre D. Diego de Covarrubias, vicecanciller, desde Madrid á Valencia, año de* 1607. Habia erigido este caballero una magnífica capilla á honor del glorioso mártir S. Sebastian en la santa iglesia metropolitana de esta ciudad, y quiso ser trasladado á ella, y puesto en un suntuoso sepulcro de marmol, que aún permanece enfrente de otro de igual magnificencia donde descansa su mujer.—3.° *Breve y compendiosa relacion de la expulsion de los moriscos de toda España, y particularmente del reino de Valencia, hecha en el año* 1609.—4.° *Descripcion de la entrada que hizo en Valencia, dia 4 de Noviembre de* 1612, *su ilustrísimo arzobispo D. Fray Isidoro Aliaga.*—5.° *Memoria del terremoto, que se sintió en la villa de Onteniente el año de* 1615. Todas estas obras, escritas de letra del autor, estan en un tomito en 8.° en la librería del doctor Sales, el cual tenia otras tres *oraciones*, en que solian ejercitarse algunos otros discípulos del mencionado Vicente Blas García, una de *Juan Vicente Roqueta*, y otra de *Gerónimo Navarro*, y otra de *Gerónimo Martinez*, tambien manuscritas en 8.°—Fuster añade á las noticias que da Jimeno de Pedro Royo, que estudió artes con el doctor Cristobal Nadal, á quien en la *Memoria de lo que es practicá any* 1606, citada por Jimeno bajo el número 1, llama *Mestre* y *Senyor meu*, el cual predicó en el dia que cantó misa el citado autor, que fué en la iglesia parroquial de Sto. Tomás de Valencia el 27 de Diciembre de 1610; siendo padrinos el doctor José Vicente Corder, y el doctor Francisco Gavaldán, rector de dicha iglesia, con D. Gerónimo Valeriola. En la referida memoria dice: «A 13 de Noviembre me salí del servicio de monseñor el obispo de Marruecos, no más que porque le hice una falta una noche, contra mi voluntad, me despidió de su casa. Estuve en su servicio desde 18 dias del mes de Febrero hasta los dichos 13 de Noviembre de 1607.»—El obispo de Marruecos no se llamaba Miguel, como dice Jimeno, sino Tomás. Todas sus obras, que cita este autor, pararon originales en la librería del canónigo D. Juan Antonio Mayans.—A. L.

ROYO Y TABUENCA (D. Fray Cayetano). Solo sabemos por Latasa de este religioso y caballero Sanjuanista, que fué aragonés, natural de la poblacion

de Ambel muy aplicado á la oratoria. Tomó el habito de caballero profeso sacerdote en la antigua é inclita órden de San Juan de Jerusalen, ántes de Malta y de Rodas, en la lengua de Aragon, una de las dos que posee en la Orden nuestra España, y de la cual es hoy jefe como Gran Castellan de Amposta, el serenísimo señor Infante D. Francisco de Paula Antonio de Borbon, padre del Rey consorte de la Reina Doña Isabel II; siendo el jefe de la de Castilla el Sermo. Sr. Infante D. Sebastian Gabriel de Borbon y de Braganza, á quien tenemos la honra de servir como caballero de la expresada Orden, de la que S. A. es Gran Prior, como Gentilhombre de Cámara de S. M. la Reina y como su bibliotecario y cronista de Cámara. Floreció Royo en el siglo XVIII en la oratoria evangélica, siendo prior de la orden en Añon por nombramiento de la sacra asamblea de Aragon, y en el púlpito lucieran sus dotes oratorias para bien de la religion y honor de la Orden. Escribió varios sermones y entre ellos se imprimieron los siguientes: *Sermon de la solemnidad con que la muy ilustre y venerada asamblea de caballeros y religiosos de la inclita y sagrada religion del señor S. Juan Bautista de Jerusalen, celebró la traslacion del Santísimo Sacramento al nuevo templo de su patron S. Juan de los Panetes de Zaragoza, en el mismo dia de su feliz nacimiento. Dedicado al muy ilustre señor Frey D. Gaspar de la Figuera, dignísimo Gran Castellan de Amposta, que concluyó la dicha iglesia, comenzada por el muy ilustre señor Castellan Frey D. Vicente de Oña;* Zaragoza, por los herederos de Diego de Larumbe, 1720, en 4.° Hállase en la dedicatoria de esta obra un discurso genealógico de la casa y noble antigua familia aragonesa de la Figuera, así en el reino de Aragon como en el de Valencia, en cuyas provincias subsisten aún en el dia nobles varones que sostienen con dignidad tan ilustre nombre. — *Oracion evangélica en la solemne accion de gracias que ofreció á nuestra Señora del Castillo su obrero y limosnero D. Manuel Quartero, beneficiado de Fuen de Xalon, por la conclusion, ornato y dedicacion de su templo, que dijo en 25 de Mayo de* 1723; Zaragoza, herederos de Pedro Jimenez, en 4.°, escrito muy alabado por sus censores. Fué deudo de este religioso sanjuanista D. Agustin Royo, dean de Tarazona en el siglo XVII, poeta agudísimo del que se vé un elegantísimo soneto á la muerte del rey Felipe IV, en un tomo de poesías de la librería del canónigo Turmo, que vió y cita Latasa. — B. S. C.

ROYON (El abate Tomás María) periodista, nació en Quimper en 1741, y murió en 1792; cuñado de Freron, desempeñó veinte años la cátedra de filosofía del colegio de Luis el Grande, tuvo parte en *El Año literario*, y fundó en 1790 *El Amigo del Rey*, diario que defendia con vigor la causa monárquica y que le atrajo muchas persecuciones. Murió en 1799. Se le debe: *El mundo de vidrio reducido á polvo;* es una refutacion muy bien hecha de

las *Epocas de la naturaleza*, por Mr. de Buffon; París, 1780.—D. M.

ROYSETH (Fr. Rogerio), franciscano inglés, de quien nos quedan escasas noticias, pues apénas se sabe la época en que vivió, ni áun puede inferirse con certidumbre por lo que de él nos dicen los autores. Fué, sin embargo, uno de esos religiosos, que convencidos de la verdad y de los sagrados deberes de su vocacion, procuraron vivir en la tierra apartados de todas las vanidades mundanas, de todo lo que pudiera perjudicar ó marchitar sus nobles instintos y sus elevadas aspiraciones. La oracion y la penitencia le ocupaban contínuamente, y la composicion de algunos libros á que se consagraba con buenos deseos, alternaban con las tareas propias de su profesion y de su carácter religioso. Ignórase dónde siguió sus estudios; es muy probable que en Oxford, donde los franciscanos tenian uno de los colegios más afamados de Inglaterra, y en el que brillaron eminentes varones que fueron la gloria y esplendor de la Gran Bretaña en sus épocas de celo y fervor por el catolicismo, que tan injusta como ligeramente abandonó despues. En su larga carrera Royseth desempeñó los cargos de predicador, á que se dedicaban en la Orden Seráfica todos los que contaban con las cualidades necesarias, y en que sobresalió este Padre por su elocuencia, erudicion y buenas costumbres, no ménos necesarias en este sagrado empleo que unos conocimientos, que si bien agradan á los sabios, y áun al vulgo, no siempre obtienen el deseado fruto, siendo este más bien resultado de los buenos ejemplos y puras costumbres. Brillaban estas en alto grado en el P. Royseth, y de aquí su grande fama, sus numerosas conversiones, y la popularidad de que siempre gozó en Inglaterra. Mas esta fama, que fué únicamente temporal, no le privó de quedar en el olvido, donde quizá hubiera permanecido sin un manuscrito á que debe hoy toda su celebridad. Es un pequeño tratado teológico sobre los Santos Padres, escrito conforme á la costumbre de su siglo, y en que los sabios encontrarán poco que admirar, pues únicamente pertenece á la bibliografía. Parece que habia escrito otras muchas obras, mas todas se perdieron, ya por incuria de los tiempos, ora porque dejaron de citarlas en sus catálogos los escritores que le sucedieron, ó bien, por último, porque en las muchas revoluciones, particularmente religiosas, que han agitado posteriormente á la Gran Bretaña, los manuscritos de los conventos han sido quemados ó destrozados, y muchos de ellos abandonados por completo por los protestantes, que los creian inútiles y áun dañosos para sus designios. Hoy ha comenzado la reaccion, y es de esperar de la Providencia los mejores resultados. La obra que se conoce de Rogerio Royseth son unos *Commentarios super Sententias*. — S. B.

ROYUELA (Fr. Pedro), religioso carmelita, natural de Villobela, en la diócesis de Osma, muy distinguido por su piedad y doctrina, gobernó en

tres distintas ocasiones la provincia de su Orden en Castilla, y murió en Madrid en 1603, dejando las siguientes obras: *Breve Suma de la antigüedad, gracias é indulgencias de la órden del Carmen y de su Cofradía;* Madrid, 1585, en 8.°; Toledo, 1588; Madrid, por Guillermo Dioli, 1590; Zaragoza, 1596; *De laudibus Deiparæ Virginis;* Zaragoza, 1596.—S. B.

ROZ (P. D. Francisco), arzobispo de Cranganor y religioso de la Compañía de Jesus. Fué natural de Gerona, ciudad del principado de Cataluña, varon muy señalado en doctrina y notable prudencia, no siendo menor en todo género de virtudes, pero principalmente fué una notabilidad considerado como políglota orientalista: era peritísimo en las lenguas siriaca, caldea y malabárica, asistió muchos años á los cristianos malabares, á los cuales en la India Oriental llaman tomeos, por su apóstol Sto. Tomé, donde con una enseñanza maravillosa y un grande ejemplo de humildad y caridad con que predicaba y catequizaba, y con la que y con gran paciencia enseñaba á los niños en los idiomas sirio y caldeo, adelantando con sus esfuerzos y solicitud grandemente la gloria de Dios y la salud espiritual de aquellos naturales, no perdonando diligencia alguna, ayudando á aquellos fieles con su ejemplo y doctrina, como tambien con obras, palabras y escritos. Escribió una *Doctrina cristiana* en idioma malabar. Los ritos del bautismo, extremauncion y matrimonio, los puso en lengua siríaca para uso de los párrocos angamalenses. Tambien trasladó en caldeo los misales, breviarios, rituales y otros libros eclesiásticos del uso romano. Miéntras que con gran vigilancia acudia á obras de tal importancia, fué llamado y enviado por embajadar á Zamorin, potentísimo rey de Calecut, para que con justas y equitativas condiciones capitulase las paces entre este rey y los portugueses, cuyo negocio dirigió y terminó con tan igual gusto de ambas partes, que á ninguna de ellas parecia podian darle las gracias que merecia por haberlo llevalo á tan feliz resultado. Quedó el rey Zamorin sumamente prendado del P. Francisco Roz, haciendo tanto aprecio de su talento y consejo, que le consultaba los más árduos y espinosos asuntos que se le ofrecian, poniéndole siempre en primer lugar entre los príncipes de su corte, y mandaba le acompañase siempre una escolta de soldados de toda su confianza, para que nadie le ofendiese; aunque no pudo excusar, á pesar de todo este recato y prevenciones todos los peligros que rodeaban al Padre, porque miéntras eficazmente negociaba para que Zamorin se sostuviese firme en lo capitulado con los portugueses, tratando de evitar el pernicioso influjo de las maliciosas sugestiones del rey de Cochin y los Naires, que son los príncipes de aquel reino; estos indignados y resentidos de la influencia del P. Roz con Zamorin, trataron de asesinarle, acometiéndole un dia con las espadas desnudas con ánimo decidido de concluir con un sugeto que tan poderosamente les hacia la contra en

sus maquinaciones, y llevados de su gran odio, sin duda lo hubieran conseguido, si afortunadamente el hijo del Rey no hubiera impedido la ejecucion, deteniéndolos, ya con amenazas, ya con súplicas. Fuera de este suceso, habiendo muerto Abrahan, arzobispo Angamalense, de cuya jurisdiccion ó diócesis son los tomeos, el arzobispo de Goa D. Alejo de Meneses, de la órden de S. Agustin, teniendo comision del Sumo Pontífice para señalar á aquella iglesia pastor católico, hizo al P. Roz administrador y vicario únicamente miéntras buscaba pastor legítimo para dirigir aquellas ovejas. Pero habiéndose ofrecido y presentado graves dificultades contra este consejo y resolucion, el mismo D. Alejo de Meneses, que con el mayo celo y fervor solicitaba lo que era más digno para la gloria de Dios, visitó personalmente todo el obispado, á pesar de ser esta diócesis tan extendida, padeciendo en la visita de tan explayados términos increibles trabajos y molestias; pero muy aliviado en tan grave carga, por haber llevado por compañero de su viaje y de sus cuidados al P. Francisco Roz; y habiendo descubierto en estos viajes la insigne prudencia y otras virtudes de que Dios le habia dotado para todo género de gobierno, el mismo D. Alejo de Meneses, y juntamente aquellos pueblos, le pidieron por pastor de aquel arzobispado, y el rey D. Felipe III, queriendo á un mismo tiempo gratificarlos y ayudar á consulta tan importante, le presentó á Clemente VIII, sumo pontífice, para que expidiese las bulas en su persona; y el papa Clemente tuvo á bien hacer lo que el Rey deseaba, por más que lo resistiese la Compañía, y solo permitió se alterase la eleccion, accediendo á que fuese obispo y no arzobispo, para que estuviese sujeto al arzobispo de Goa, primado del Oriente. Consagróse en Goa el P. Francisco Roz el año 1601, y luego sin dilacion partió á apacentar sus ovejas. Fué recibido con universal aplauso, dándose mútuamente unos á otros mil parabienes por haber conseguido tan buen pastor, y súbitamente se restituyó á aquella iglesia su admirable paz y serenidad. Poco tiempo despues, en el año de 1605, el papa Paulo V, mudando á Cranganor la iglesia catedral, le dió la dignidad de arzobispo, de donde viene la diferencia con que le nombran los escritores, pues unos le llaman Arzobispo Angamalense, otros Serrense, y otros de los Tomeos, porque habitan estos aquellos montes ó sierras; y últimamente los más Arzobispo Cranganorense. Escribió de este siervo de Dios Pedro Yarrico y Felipe Alegambe. —A. L.

ROZADO (Fr. Antonio), del órden de Predicadores. Fué natural de Portugal y tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de Batalha, donde hizo sus estudios, en los que salió notablemente distinguido. Brilló en la Orden por su piedad, su sabiduría, y por el afan que demostraba en que todos se instruyesen. Fué comisario y visitador del Santo Oficio en la ciudad

de Oporto, en donde regentó tambien por los años 1622 una cátedra de teología moral. Ignórase el año en que falleció. Dejó escritas las siguientes obras, todas ellas en idioma portugués: *Cinco sermones y seis tratados del Santísimo Rosario, y sobre el cántico de nuestra Señora;* Oporto, 1622, un tomo en 4.° — *Destruccion de Jerusalen;* obra que no llegó á publicarse, y de la que se tiene noticia por haberla citado el arzobispo de Braga D. Rodrigo de Acuña, en el capítulo XXVII, pág. 127 de la obra titulada: *De Prim. Bracharensis.* — M. B.

ROZADO (Hermano Juan), jesuita portugués, natural de la villa de Mertola, en el arzobispado de Evora. Llamáronse sus padres Domingo Rozado y Brita Nuñez; de la buena educacion que dieron á su hijo se infiere que eran muy virtuosos. Desde sus primeros años fué muy inclinado siempre á los ejercicios de las virtudes, y le gustaba tratar con aquellos que se hallaban adornados de ellas. En las cuaresmas acostumbraban algunos padres de la Compañía á decir misa en Mertola; el virtuoso estudiante los ayudaba y casi no podia separarse de ellos; acompañando á los que iban á predicar á los montañeses en los lugares cercanos, y buscándoles en la ciudad aquellas cosas que no podian los Padres hacer por sí mismos, en órden al menaje doméstico; siempre con tan singular prudencia y modestia, que más bien parecia á todos los de la villa religioso, que estudiante seglar. Los Padres que iban á predicar y confesar allí en las cuaresmas, cuando volvian al colegio de Evora, hacian notables elogios de la inocencia y virtud que resplandecia en él, los cuales se vió despues que eran muy bien fundados, cuando fué á estudiar en la universidad de Evora, en que el padre que escribió su vida le confesó muchas veces, y por las noticias que tuvo de sus virtudes en la confesion, vió que tenian todos razon en elogiarle como estudiante de virtud muy distinguida. Entró en Evora en el colegio de los Porcionistas, fundado por el infante cardenal despues de la ereccion de la universidad, en el que se educaba gente muy noble pagando una pension, de donde procede su nombre. El cardenal cedió á la Compañía su gobierno espiritual, el temporal estaba á cargo de otras personas. Distinguióse tanto Juan Rozado entre sus compañeros de colegio, que dice el padre que era rector á la sazon del colegio, que de ciento que habia en él, ninguno daba iguales esperanzas que las que prometia él en las letras. No por esto manifestaba el menor género de orgullo, ántes era muy sumiso y obediente á todos, y por esto bienquisto y amado generalmente. Se confesaba y comulgaba con frecuencia, preparándose para estos sacramentos en la misma forma que lo haria un perfecto religioso; temia mucho cometer cualquiera pecado venial, por lo que se vigilaba con tanta cautela, que causaba admiracion ver á un estudiante tan bien inclinado á la virtud y contrario á todos

los vicios. Dijo el P. que le confesaba, que hablando con este estudiante en la confesion ó fuera de ella, creia hacerle Dios especiales favores, particularmente en la virtud de la pureza, que conservó como si fuera un ángel. De este tenor de vida se deduce claramente que este siervo de Dios fué destinado providencialmente para la religion en que profesó; y que obedeciendo á la inspiracion que le llamaba, comenzó á pretender entrar en la Compañía; no dejaron de poner algunas dificultades sus padres y hermanos, pero todas se vencieron con la gracia de Dios, y entró en la Compañía en el noviciado de Evora á 8 de Enero de 1579, á la edad de diez y seis años. Con el nuevo estado no tardaron en aumentarse sus virtudes, decia muchas veces que no queria saber más que lo que habia de hacer para ponerlo por obra, y cumplir en todo sus obligaciones, y asi dicen los que le conocieron siempre en la Compañía, que no vieron en él falta alguna, ni cosa que se asemejase. La virtud de la modestia, tan propia de los religiosos y más de los de la Compañía, parece que nació con él, y con él iba creciendo: no solo en él estado de novicio servia á todos de singular ejemplo, sino tambien, concluido su noviciado, muchos del colegio se le proponian como modelo para sus adelantos en la virtud, y en vista suya, como si fuera su espejo, arreglaban sus acciones como lo confesaron ellos mismos: sintieron esta utilidad más particularmente sus condiscípulos, los cuales para tenerle presente en las disputas y en la clase, cercenaban no pocas veces algunas distracciones de las que les ofrecia la oracion. Seis años hacia ya que estaba en la Compañía, y por ver en él tanta modestia, preguntaban los estudiantes de fuera si aquel Padre era aún novicio. La perfeccion con que observaba esta virtud en su semblante, se veia tambien en sus palabras; nunca se oyó en su boca ninguna que le fuese ofensiva ú ofendiese á alguien. En argumentar y responder, aunque era de grande habilidad, se manifestaba inferior á todos. En todo el tiempo que estuvo estudiando ántes, la palabra que salió de su boca más desordenada, si podemos explicarnos así, fué decir á un condiscípulo suyo que le argüia: *Non probatur intentum*. Y esto con motivo de decirle el que le argüia que no respondiese fuera de forma. Tenia grande recato en el oir, y solo con grande modestia asistia á las pláticas de fuera del colegio, lo que no hubiera querido hacer; si podia hacerlo sin nota, se tapaba los oidos de manera que no entrase en ellos palabra alguna de las que hacian disonancia á su recogimiento. Dijeron algunos religiosos, que siendo estudiante fueron compañeros suyos y le trataban con frecuencia, que sus pláticas y palabras eran siempre tan razonables y modestas como las del más púdico religioso, y que muchas veces no se atrevian á hablarle, por el respeto que les inspiraba su presencia. Vióse con especialidad esta circunstancia de su carácter en su última enfermedad, que fué terrible, porque nunca descubrió pie

ni mano, ni se movió con desenvoltura, ántes bien lo hacia todo con aquel dominio de sí mismo que lo hubiera hecho si estuviese libre de la violencia del mal. Amaba tambien mucho la virtud del silencio, como quien trataba más con Dios que con las criaturas; nadie le veia detenido en los lugares públicos, sino cuando le obligaban la necesidad ú obediencia, excepto en el coro donde hacia casi continuamente oracion. No hablaba ni áun de paso, sino de las cosas más necesarias, y entónces respondia con brevedad á lo que se le preguntaba y siempre en latin. Era muy enemigo de hablar de asuntos seglares, y no se le oyó ni una vez en sus respuestas contar cosas extrañas, sino una que le habian dicho y era un desprecio y vituperio de su persona. Un religioso de su época, haciendo estudio especial del modo que tenia en tratar á los de fuera, para imitarle dijo que solo una vez le habia visto hablar con un estudiante seglar, y que segun habia oido, porque aquel estudiante le habia ido á comunicar los deseos que tenia de entrar en la Compañía. No hablaba sino cuando era preguntado ó le daban otros lugar, no mezclándose en nada ni hablando nunca el primero. Nacia esta circunspeccion del recogimiento interior que conservaba en todas las ocasiones, considerando que tenia á su lado á Jesucristo nuestro Señor, á la vírgen Madre y á otros santos de quienes era devoto, y eran como testigos de todo lo que hacia y hablaba. Tenia grande concepto de todos, pero nunca alabó á ninguno en presencia suya, por no dar con esto ocasion á nada que pudiera redundar en su propia vanidad. La gracia de Dios, que le queria así retraido, hacia que su trato y conversacion fuese á todos alegre, y siendo naturalmente melancólico, era tenido por alegre y apacible; cuando se tomaba parte en alguna conversacion en las horas de descanso, que no era conforme á las cosas y materias de que se permitia hablar, mudaba con mucha destreza el discurso de un modo tan suave, que no se advertia haberlo hecho de propósito: porque lo hacia por medio de alguna pregunta, que en la apariencia provenia del fondo de la conversacion. Nótese que estaba tan acostumbrado á hablar con cautela, que áun cuando desvariaba en sus enfermedades, nunca decia palabra alguna en que manifestase poco decoro. No dió menores ejemplos en la humildad; algunas veces le preguntó un Padre cuál era el que sabia más de todos sus condiscípulos, y nunca pudo sacar de él otra palabra, sino que todos sabian mucho, y que él era el que ménos sabia. Alegrábase mucho cuando se hacia poco caso de sus cosas, lo mismo que cuando le decian ó que no argüia bien, ó que no habia dado solucion al argumento que se le habia puesto. A un hermano que le dijo en chanza que no fuese hipócrita, agradeció tanto el concepto que manifestaba tener de él, que desde allí en adelante se le mostró muy aficionado, ofreciéndose á servirle con especial amor y alegría. Por ser tan aplicado,

se le designó para las conclusiones que debian defenderse en la universidad en la pascua del Espíritu Santo, de lo que se excusó con todas veras diciendo: que sus condiscípulos, y no él, eran á propósito para desempeñar aquel acto con todo esplendor; no accedieron sus superiores, y todos sus condiscípulos manifestaron el grande placer que tenian de ver lo mucho que sabia el hermano Rozado, que tanto procuraba encubrir sus cualidades con su humildad. Para adelantar en esta virtud, deseaba que todos le despreciasen, y que le impusiesen ocupaciones en que no teniendo tiempo para estudiar la leccion, se la preguntase el maestro en la clase, y no sabiéndola, le reprendiese y le confundiese delante de todos. Acostumbraba figurarse que era un despreciable leproso, de quien todos tenian horror y asco, diciendo, que si los hermanos hablaban y trataban con él era solo por caridad y por mortificarse, y que al leproso convenian solo los oficios bajos y abatidos, y el vestido más pobre y peor de la casa, naciendo de aquí alegrarse increiblemente con las cosas usadas y viejas que le daban para su uso. Siendo tan grande su humildad, para conservarla se tenia por soberbio en su reputacion y se perseguia como tal; si le hacian alguna cosa, aunque fuese de poco momento, que recayese en honra suya, como si le daban una ropeta nueva ó cosa semejante, recurria luego á Dios para que no le desamparase y que tuviese de él misericordia, con tanto fervor y espíritu, como si le acometiese alguna grave tentacion. De esta humildad con que se juzgaba indigno de todo bien que le hacian, nacia el ser muy agradecido, ya con los hermanos novicios que le asistian en sus enfermedades ó con algun hermano coadjutor. Considerábase para esto como cautivo y esclavo del Señor de todos, diciendo, que así como el esclavo respeta y se manifiesta agradecido al bien que le hacen los hijos de su señor, así él debia á todos grande respeto como á hijos de su señor. Deseaba y procuraba servir á todos; si se trasladaba alguno de una celda á otra, pedia él mismo licencia al superior para ayudarle, tomando siempre á su cargo lo que era más penoso. Generalmente pedia á los hermanos rogasen á Dios le diese conocimiento de su vileza y perdon de sus pecados, y tambien que le perdonasen sus malos ejemplos, y esto mismo pidió á todos en su última enfermedad. Cada cuarto de hora acostumbraba á hacer algunos actos de virtud por quien le humillase y mortificase, y de cierto en cierto tiempo rezar algunas oraciones, comer el pan de los pobres, pedir reprensiones en el refectorio y cosas semejantes. Al compas de las demás virtudes era la de la mortificacion; ocupándole muchas veces en las horas del estudio, nunca se quejó de que le ocupasen en tal ocasion. Poco despues de entrar en la Compañía, siguiendo los ejercicios de S. Ignacio, echaba agua fria sobre la carne para quitarla el sabor. Por lo comun dejaba de comer lo más apetitoso, tomando de aquello á que

sentia mayor repugnancia. Servia la segunda mesa siendo el último que salia del refectorio, empleando allí casi todo el tiempo de descanso, y diciéndole muchas veces el refitolero que se marchase, le daba muchas razones, escogitadas todas por su caridad y mortificacion. Cuando iba á peregrinar, si le acontecia alguna incomodidad ó falta de lo necesario, se alegraba mucho diciendo: *Dominus regit me, et nihil mihi decrit.* En una palabra, basta decir, que en cuanto podia se ponia contra su apetito ó contra su cuerpo; siendo esto tan notorio, que desde el noviciado comenzaron á mandarle mitigar sus mortificaciones, y despues andaban siempre los superiores con vigilancia para hacerle que las moderase. Con este deseo de mortificarse conservaba una grande sujecion á los superiores, teniendo su voluntad por regla de la suya. Cuando le preguntaban si podia hacer esta ó aquella cosa, la contestacion era que no habia porqué preguntarle si podia, porque él podia todo lo que le ordenase la santa obediencia. En toda su vida dió grandes ejemplos de esta virtud y mayores en la enfermedad de que falleció. Todos los medicamentos que le mandaban tomar, y le mandaban muchos y muy agrios, los aceptaba como si tuviesen el mejor gusto, y sin manifestar en esto repugnancia, porque lo habia ensayado muy bien cuando estaba sano. Por dos consideraciones se animaba á padecer y vencer la repugnancia de la naturaleza: la primera, el pensar que la mortificacion y victoria sobre sí era un mandato que le habia impuesto Dios: por eso cuando la naturaleza manifestaba la repugnancia que se suele sentir en ocasiones, se airaba santamente y se avergonzaba diciendo contra sí mismo: *Calicem quam dedit mihi Pater nonvis ut bibam illum?* La segunda consideracion era suponer como cosa cierta, que por sus pecados le estaba designado ya lugar en el infierno, y que Dios con su infinita misericordia le habia conmutado aquel castigo eterno por estas mortificaciones temporales, las cuales, para satisfacer á esta merced, aceptaba y debia aceptar con buena voluntad, aunque fuesen tan dificultosas, que hubiese por ello de perder su salud y vida; tales eran las palabras con que se explicaba el mismo siervo de Dios. En la castidad, dice el Padre que le confesó muchas veces ántes y despues de entrar en la Compañía, era como un ángel, y la conservó siempre con aquella entereza que es posible á un mortal. A pesar de la gracia especial con que le habia adornado el Señor en esta materia, desconfiaba siempre de sí y se recataba de todas las ocasiones. Cada cuarto de hora dirigia peticiones al Señor acerca de esta virtud, y para conservarla hacia especiales devociones á nuestra Señora y á su Angel de la Guarda, á Sta. Catalina de Sena, á Sta. Ursula y demás vírgenes compañeras suyas y á S. Bernardo. En la pobreza fué en extremo ejemplar, cuando le daban una cosa nueva para vestir, se entristecia y se ponia en secreto de rodillas, pidiendo á Dios tuviese miseri-

cordia de él, y que no le desamparase, como si el darle una cosa nueva fuera indicio de que le queria Dios castigar. Acostumbraba á no pedir cosa que pudiese excusar, naciendo de aquí tener grande cuidado los superiores en obrar contra él, por ser notorio el descuido con que en todo se trataba. Miraba las cosas que usaba como propias de Cristo nuestro Señor, y las guardaba como alhajas y joyas muy preciadas de tan gran Rey, teniendo cuando le atacó la última enfermedad un relicario y algunas cuentas benditas á su cabecera, pidió que las quitasen al punto de allí y las llevasen al superior para que dispusiese de ellas como mejor le pareciese, porque queria morir sin ninguna cosa de esta vida. Su exactitud en la obediencia, lo manifiesta bien el concepto que tenia formado de sus superiores, y era que cuando ellos le mandaban ó le mandaba el mismo Dios en persona, ó lo que le ordenaba era por órden suya, naciendo de aquí no escudriñar ni juzgar sobre lo que se le mandaba, y tenia grande temor de esto, porque creia que era juzgar y escudriñar los juicios de Dios. No esperaba ni permitia que se le mandase la misma cosa dos veces, porque la órden que se le daba y su ejecucion venian á ser casi lo mismo. Imaginaba ser esclavo de la santa obediencia, y que sus obras se hallaban marcadas con el hierro de la esclavitud. Tambien se miraba como un pedazo de hierro en la mano del artífice, que hace de él lo que le parece, y como un cuerpo muerto, diciendo que así como este no puede hacer obra humana por no tener alma, así él no la podia hacer; deducia de aquí, que pues no tenia alma para hacer lo que le ordenaba la obediencia, habia de pedir á Dios le diese espíritu, el cual moviese á su cuerpo muerto para obrar, y que este habia de ser espíritu angélico de obediencia, pues así como el cuerpo muerto entrando en él un ángel y moviéndole, no habia de cansarse ni fastidiarse del trabajo, aunque fuese contínuo, así él con ningun trabajo se habia de incomodar. De estas consideraciones se servia para hacerlo todo por obediencia, lo mismo se tratase de recreos que de mortificaciones. En su última enfermedad fueron muchos los ejemplos que dió de esta virtud, obedeciendo á los que tenian cuidado de él con la mayor exactitud. Tenia tanta resignacion en la voluntad de los superiores y médicos, que bastaba le indicasen era órden suya para vencer toda la dificultad que sentiria en tomar estos ó aquellos remedios. Preguntándole muchas veces los superiores, si deseaba alguna cosa, contestaba siempre que no le faltaba nada, y como fuese tan contínua esta respuesta, le mandó el superior que dijese terminantemente lo que apetecia de comer; díjolo y se lo dieron, y despues de comerlo, quedó tan avergonzado, que dijo un hermano que si tuviera salud, fuera para él grande mortificacion haberle dado lo que apetecia. Preguntóle en una ocasion un Padre, qué virtud pedia todos los dias á Dios con más eficacia; respondió

con grande seguridad que la obediencia á los superiores y sujecion á los hermanos, de todo le cual se infiere bien cuán natural le era esta virtud, pues siempre la tenia por delante. Puede decirse que era contínuo en el ejercicio de la oracion, porque en la clase, en los claustros, en el campo, en las horas de reposo y de recreo, se portaba siempre como quien sabe que está en presencia de Dios. Tenia escritas sus devociones en un papel que le servia de registro en el libro que leia por la noche la meditacion del dia siguiente; miraba si las habia cumplido, y si veia haberle faltado alguna, la cumplia luego. Siempre que veia el reloj, hacia consideraciones sobre sí mismo, dirigiendo á Dios todas las obras que habia de hacer. Cada cuarto de hora pedia á Dios alguna virtud especial. Visitaba con frecuencia al Santísimo Sacramento, á quien tenia especial devocion, y todos los dias pasaba hora y media en oracion delante del mismo Señor sacramentado; esto además de la hora que tiene toda la comunidad por la mañana y el exámen y otras devociones, que eran muchas. Por mucho que tuviese que hacer, nunca cercenaba nada de sus ejercicios espirituales. Hablaba con grande fervor y devocion del Santísimo Sacramento, especialmente en las vísperas y dias de comunion en que los hermanos fervorosos se entusiasmaban con las pláticas de este siervo de Dios, y amigo suyo muy querido. En el libro que usaba en la clase tenia una imágen de nuestra Señora, á que dirigia con frecuencia la vista y el afecto; lo que leian sus discípulos en su semblante; y si advertia que era observado, como acontecia muchas veces, disimulaba recorriendo las hojas como quien busca alguna cosa. En los tiempos de ferias, en que no hay estudios, casi todos los pasaba en comunicar en la oracion con Dios, y ordinariamente delante del Santísimo Sacramento, y creian todos que con el mucho ejercicio, la oracion en vez de darle trabajo le causaba grande placer. Si no se hallaba en la celda, era ya voz comun que le fuesen á buscar al coro delante del Santísimo Sacramento, que de seguro estaba allí, si la obediencia no le tenia ocupado en alguna parte. Del trato que tenia con Dios sentia nacer en sí grandes deseos de que le tratasen todos familiarmeute por el santo ejercicio de la oracion. Descubria á sus superiores hasta lo más recóndito de su conciencia, manifestando cuanto pasaba en ella con todas las circunstancias que acaecia; como si fuese una confesion, pues su fidelidad rayaba en extremo de que pueden citarse pocos casos. Aceptaba sus respuestas como si procediesen inmediatamente de Dios. En su última enfermedad y ántes en sus desvaríos, todo era trato con Dios; cuando estaba en su sano juicio, de Dios eran sus pláticas; y cuando ya estaba tan débil que no podia llegar al fin de las palabras de Dios, pedia le ayudasen á pronunciarlas. Dictó una letanía de los santos de su devocion, y pidió á su confesor que cuando le faltase á él la memoria ó no

la pudiese ya pronunciar por causa de su debilidad, le fuese ayudando. Sus santos coloquios y amorosas jaculatorias con Dios y nuestra Señora eran contínuos, siendo tan grande el sentimiento que tenia de sus culpas y dando tales muestras de él, que lloraban los presentes muchas lágrimas de consuelo de ver á un jóven, tenido de todos como angélico, dolerse como si hubiera sido el mayor pecador del mundo: viendo llorar á los demás, llamó á un Padre para que le confesase, y le dijo con palabras ya desfallecidas: «Vea, Padre, cuán seco estoy, pues llorando todos, solo yo no puedo derramar una lágrima de mis ojos.» Cuando le comenzaron los delirios en que los enfermos suelen sin culpa suya decir palabras desconcertadas, nunca salió de su boca una sola que manifestase habia en él especies de cosas profanas y seculares: todo eran devociones y cosas de Dios. Si algun Padre comenzaba algun salmo ó himno, él le continuaba hasta el fin: pedia que le ayudase á hablar con Dios. Abrazábase con un crucifijo y le daba muchos ósculos llenos de ternura y afecto. Mandó el superior llamar á algunos cantores, y preguntándole qué queria que entonasen, respondió que cantasen el Salmo *In exitu Israel de Ægipto*. Todo esto sucedia cuando estaba con los desvaríos, en los cuales respondia tan á propósito en las cosas santas y espirituales, que se persuadieron muchos que se hallaba en su cabal juicio. Preguntóle un Padre el dia ántes de morir qué era lo que en aquella hora le daba mayor alegría, respondió con señales de gran consuelo que el morir en la Compañía; y lo repitió muchas veces saboreándose en decirlo. Y como todas estas respuestas eran en ocasion en que se hallaba fuera de su juicio, quiso el Padre saber si habian sido acaso, y volvió á repetir en diferentes ocasiones las mismas preguntas, y siempre contestó con las mismas palabras. Poco ántes de morir le dijo un hermano que se alegrase, pues aquella era la hora en que habia entrado en la Compañía, y que diese á Dios gracias por la merced que le hacia; alegróse mucho oyendo esto, y levantando la voz, dijo que deseaba que todas las criaturas presentes, pasadas y futuras, alabasen y sirviesen á nuestro Señor por tan grande favor como era aquel. En el tiempo de esta enfermedad descubrió á un hermano ántes de morir, que pedia á Dios con frecuencia que le llevase para sí, como lo alcanzó. El dia ántes de morir le dijo un Padre: «Consolaos asimismo que hoy os vereis con Dios en el cielo;» y contestó en seguida con grande seguridad: «Hoy no, mañana sí.» Todo lo cual se cumplió, y de esta respuesta y otras conjeturas ó indicios, coligieron muchos que Dios nuestro Señor le reveló el dia de su dichosa muerte. Miéntras vivió este siervo de Dios tuvo siempre grande temor de este último trance de su vida, rezelando de las tentaciones del demonio, y de que careciendo de habla no podia descubrirlas á sus confesores y superiores para que le aplicasen ó hiciesen los remedios conve

nientes; y tambien porque perdiendo el uso del oido, no percibiria los santos nombres de Jesus y de María, ni oiria otras palabras santas. Por esta causa puso toda su vida el mayor cuidado en granjearse para esta hora la amistad del Señor. Y en premio de estos temores quiso el Señor que oyera bien durante su enfermedad todo lo que le decian y respondiese á lo que le preguntaban. Volvió á su cabal juicio en la noche del 22 de Junio, y en él continuó todo el dia siguiente, hablando siempre de cosas santas, con una alegría y una paz que no concede el Señor más que á los que fueron y son sus amigos. En la quinta feria dió señales de su próximo fallecimiento y fueron los religiosos segun costumbre para ayudarle con sus santas oraciones y coloquios, y á las ocho y cuarto entregó su feliz espíritu en manos de aquel Señor á quien tan fielmente habia servido. Murió á 21 de Junio de 1584 en el colegio de Evora. Fué su muerte de gran consuelo á todos, por ser tan santa, y de grande sentimiento por ser un hermano tan ejemplar. Este sentimiento no fué solo de sus colegas, sino tambien de los estudiantes de la universidad, que en todos aquellos dias no hablaban más que de sus virtudes, refiriendo cada uno lo que en él se habia observado. De todas las clases asistieron á su entierro, que se celebró con tanta devocion como sentimiento. Así fué la santa vida y muerte del hermano Juan Rosado, que en cinco años de religion consiguió más virtudes que algunos en cincuenta. Sus memorias constan en un manuscrito del colegio de la Compañía en Evora, y se cree que es original del confesor de este siervo de Dios. En el libro de los óbitos de aquel colegio dice que fué enterrado en la capilla de S. Sebastian. El Agiologio lusitano le menciona en el dia de su muerte, desde el que figura este religioso entre los santos y beatos que han ilustrado con sus virtudes el vecino reino de Portugal. — S. B.

ROZAS (D. Rodrigo Gutierrez de). Fué natural de Madrid é hijo de García Gutierrez y de María Rozas Manrique. Aunque su verdadero apellido era Gutierrez, le ocultó de tal manera, que solo el reconocer los documentos necesarios para colocarle en los altos puestos que ocupó, pudo descubrirle, pues de lo contrario nunca se habria sabido que tal era, pues la generalidad de los que le conocian, áun sus deudos y parientes, Rozas y nada más le llamaban, y él se firmaba así tambien, sin que podamos penetrar la razon. Dotado de un muy claro ingenio, se decidió desde luego por seguir estudios, seguro de que en ellos habia de aprovechar muy mucho, y escogió para hacerlos el colegio de S. Ildefonso de Alcalá de Henares, colegio mayor muy célebre y del cual salian colegiales brillantísimos que acreditaban más y más la enseñanza que se daba en aquella casa. En 1627 fué nombrado catedrático de artes y rector de la muy célebre universidad de Alcalá, y tanto en el desempeño de la cátedra como en el de la rectoral, acreditó

grandemente su capacidad, pues para oirle acudian de todas partes, porque sus lecciones eran eruditísimas; bien es verdad que su aplicacion fué constante y sus desvelos contínuos para desempeñar con honor y llenar sin mengua los importantes destinos que se le confiaron, y que á no dudarlo debieron serle dados á consecuencia de encontrar en él dotes especiales, pues habia sugetos de muchísimo valer de quien haber echado mano, sin que esto de manera alguna rebaje el mérito de nuestro Rozas, ántes por el contrario le enaltece grandemente. Luego que hubo desempeñado por algun tiempo la cátedra de artes, fué puesta á su cuidado la de teología de Escoto, y en esta puede decirse que se excedió á sí mismo para su desempeño, pues fué todo lo sublime que podia ser su doctrina, y al mismo tiempo adaptada á las capacidades más vulgares. Como era consiguiente, habia abrazado el estado eclesiástico, y en 1631 habia hecho oposicion y logrado la canongía magistral de S. Justo y Pastor del mismo Alcalá, prebenda que si bien no era más que iglesia magistral, suponia gran ciencia en quien la lograba, porque además del título de doctor en Alcalá, ó en Bolonia, condicion indispensable para sentarse siquiera en aquel coro, necesitaba la gran prueba de una oposicion muy concienzuda, á que tenian que someterse todos los que habian de lograr algunos de estos puestos eclesiásticas. Algunos años disfrutó de este beneficio eclesiástico, muy contento tanto él como los demás capitulares y el pueblo; mas tuvo precision de pasar de canónigo á Cuenca, pues este ascenso se le vino á la mano, sin apénas él pensarlo, y no podia ménos de aceptar para no hacer desaire á la corona que le habia nombrado en atencion á sus méritos y prendas. Sumamente tranquilo y muy contento con su nueva prebenda, pues era hombre que á todo se hacia, estaba nuestro Rozas cumpliendo bien y fielmente cuantos cargos esta le imponia y sin aspiracion de ningun género, sin el menor deseo, y no recordando siquiera el que fuera posible ascenderle más, ni el que de él pudiera nadie ocuparse, cuando un motivo bien extraño por cierto hubo de sacarle de aquel sosiego y paz en que estaba tan satisfecho, para constituirle en un muy zozobroso estado de inquietud y desasosiego; primero por pensar en el gran peso que se le venia encima, luego porque este mismo peso se dejó caer en verdad sobre él plenamente y en todas sus consecuencias. D. Francisco de Villanueva, obispo de Canarias, acababa de lograr del Rey, á fuerza de instancias, el retiro para Madrid; y nuestro Don Rodrigo fué el propuesto para sustituirle. Por su parte agotó cuantos recursos estuvieron en su mano para no ser sublimado á tan alta dignidad, pues el romano Pontífice, de acuerdo con el rey de España, convinieron en que habia de ir éste, y si bien hubo alguna detencion para la venida de las bulas, no consistió en otra cosa sino en que el dimisionario queria so-

bre la mitra una pension que á Roma le pareció exorbitante, y hasta que se hubieron compuesto las diferencias que con este motivo surgieron, nada se pudo hacer por nuestro Rozas; pero avenido el Sr. Villanueva á que cuatro mil ducados fuesen lo que á él se le diera, vinieron las bulas, Rozas fué consagrado, y en esta solemnidad se desplegó toda la suntuosidad posible y marchó á su destino, llegando á Gando de Canaria en Marzo de 1652. Tuvo una navegacion penosísima, pues que la embarcacion se halló en varias ocasiones á punto de sumergirse; llegaron allá, y fué el señor Obispo recibido por su cabildo y por las corporaciones civiles, no con aquel entusiasmo con que se recibe al prelado, sino con cierta frialdad é indiferencia y de cierta manera, que en un hombre que se hubiese preciado de exterioridades hubiera sido de muy mal efecto, pero que en nuestro Rozas le sirvió de disgusto como no podia ménos, pero no pasó de ahí. Creyó que su ciencia y prudencia serían suficientes á conjurar aquella tormenta, que desde luego se levantaba contra él; pero se equivocó grandemente. Sin motivo alguno, pues que sus determinaciones fueron acertadas hasta más no poder, se enojaron contra él todos los canónigos, á los cuales quiso poner á raya por los medios canónicos que estaban á su disposicion; y léjos de conseguirlo, lo único que hizo fué exasperarlos más, hacer que pusieran en juego sus relaciones é influencias, y por consecuencia de esto se volvieron contra este señor Obispo los regidores, los inquisidores, todos, todos, hasta dos oidores que para aquella chancillería le habian venido acompañando. No fué ya la cuestion entre Obispo y cabildo, se hizo cuestion de gobierno civil y autoridad eclesiástica, y hubo, como era consiguiente, protesta de partes de unos contra otros, y desobediencias mútuas á los respectivos mandatos con un desacato grande á ambas autoridades, sobre todo á la eclesiástica, que, como más débil hasta cierto punto, hubo de sufrir las consecuencias de esta su misma debilidad. ¡Cuál sería el carácter conciliador del Obispo, y cuán excelentes sus dotes, así como cuán injusta la oposicion del gobierno, que los mismos canónigos y clero que ántes habian estado tan en contra de su prelado, luego se pusieron á su favor y conocieron la injusticia de la autoridad temporal, poniendo desde luego medios para hallar una avenencia entre ambos poderes el eclesiástico y el secular; aquel muy ofendido por los improcedentes recursos de éste, éste algun tanto desairado por la necesidad en que aquel estaba de sostener su derecho! Despues de pensar mucho en la manera de cortar tales escándalos, se encontró buscando para provisor del Obispo un clérigo, que se aviniese á sufrir un destierro, y resolviéndose el Obispo á venir á Madrid para ventilar en la corte los asuntos pendientes, y que la resolucion de dicha corte se lográra formase, como era debido, estado, y este estado consolidase la

paz necesaria en todas partes, pero mucho más aún en países tan remotos de su centro como Canarias lo está de nosotros. Mandaron con efecto las autoridades desterrado á Londres al provisor, y el prelado se embarcó para Madrid; llegó y no halló los ánimos muy dispuestos á favor suyo; pero sea la claridad con que expuso los casos de discordia entre ambas autoridades, sea la franqueza con que á su vez hizo espontánea manifestacion de los motivos por los cuales pudiera la autoridad civil estar un tanto enojada con el prelado, ó sea en fin lo que quiera, es lo cierto que en la corte los ánimos más tranquilos, y ménos exasperadas esas pasioncillas de honra mal entendida, se logró no solo que se sancionáran por bien hechas las cosas que el Obispo habia determinado, sino que se estableciera la mútua union que era debida entre este y los superiores en el órden civil para el más acertado gobierno de aquella isla. Hízoles saber el Obispo el feliz éxito de sus pretensiones, y les manifestó desde luego su viva complacencia en que se hubiese llegado á un término tan digno y conveniente; y Canarias recibió con entusiasmo tan feliz nueva, de suerte que se apresuraron á disponer un espléndido regalo para el Obispo, que dijo desde luego que iba á emprender su viaje tan pronto como le fuera posible para ponerse al frente de su querida grey. Empero un suceso imprevisto le hace detenerse en Madrid, y en este corto tiempo contrae una peligrosísima enfermedad que desde luego amenazaba arrebatarle de este mundo. Todos los recursos de la ciencia fueron inútiles; así es que falleció en Madrid mismo en el año de 1658, siendo su pérdida muy sentida, no solo en la corte, sino tambien en Canarias. —G. R.

ROZCISZEUSKI (P. Alberto), jesuita polaco natural de Borkovo, que es una aldea de Masovia en el Palatinado, entró en la Compañía á la edad de trece años en 1586, y se consagró al estudio de la teología con tan buenos resultados, que despues de haber enseñado públicamente humanidades, y explicado teología, enseñó tambien esta divina ciencia con grande elogio. Dirigió durante algun tiempo el colegio de Lublin, pero se dedicó casi exclusivamente al ejercicio de la predicacion, para lo que se hallaba dotado de las mejores cualidades, y continuó en él miéntras tuvo fuerzas y salud, desempeñándole en la Posnania, Lublin y Cracovia. Luchó felizmente contra la herejía, tanto de palabra como por escrito, y murió sexagenario ya en Seudomisia á 7 de Enero de 1619. Publicó ya con su nombre ó bajo el velo del anónimo, algunos opúsculos en defensa de la fe católica y de la Compañía, los que se intitulan de la manera siguiente: *Contra venenatum libellum Ministri cujusdam Calviniani, qui contendebat Pontificem Maximum à dæmone missum;* escrito que produjo tan buenos resultados, que impuso silencio á los cómplices de aquel ministro.—*Disputationem de Ecclesia haud inutilem esse*, contra Fausto Socino Ariano; obra publicada bajo el nombre

de Andrés Medzybozij. —*Responsionem ad calumnias cujusdam, qui patrocinium Torunensium contra jesuitas susceperat.—Orationem ad Senatum Equitesque Polonos, in qua refelluntur ea, quæ in conventu tum Proszeizensi, tum Schedensi Torunenses Jesuitis objecerant.—Orationem alteram contra Andream Volanum Sacramentarium*; publicóla bajo el nombre de Juan Bobolac.—*Defensa del calendario Gregoriano contra el matemático Letorio*, al que citó con un epígrama intraducible á nuestro idioma, porque consiste en la diferente significacion de una misma palabra.—S. B.

ROZE (Juan). Nació este jesuita en Tours, hácia el 1670, segun su biógrafo Mr. Louis Le Sourd, de un fabricante de telas de seda, cuya familia sostuvo su rango en la expresada ciudad. Hizo sus estudios en el colegio dirigido por los jesuitas, y tomó el hábito en la Compañía de Jesus el año 1688. Enviado por sus superiores á Saintes, profesó en aquella casa las humanidades. Pasó á Burdeos, y en esta ciudad publicó su obra de la educacion de los pájaros titulada: *Aviarium, seu de educandis avibus, carmen*; Burdeos, 1700, en 12.° Este poema, que le da á conocer, y que contiene cuatrocientos ventiocho versos, fué digno de entrar en la coleccion titulada: *Poemata didascalica*, en el tomo II. La versificacion es elegante y fácil, y está imitando á las Geórgicas como casi todos los demás poemas didácticos latinos; pero el autor se encerró en más estrechos límites que los que debia, pues que pudiera haber variado y extendido más los episodios, reproche que puede hacerse á pocos autores, pues que la generalidad han pecado por cartas de más. Acabó, como su compatriota Rapin en su poema de los Jardines, con una imitacion de Virgilio. Los siguientes últimos versos del P. Roze nos dan á conocer que compuso este poema hallándose aún en el convento de Saintes:

Hæc super alituum cantu culluque canebam
Santonicas juxta colles, et amena Carantæ
Littora, pinguis ubi et superis carissima tellus
Mitibus ipsa suis fer omnia sponte colonis.

Se ignora el lugar y época de este poeta jesuita, que es de sentir no se dedicase á escribir otras obras, lo que tal vez le impediria el haberse consagrado á estudios más sérios y á la meditacion de la religion.—C.

ROZEAL (Isabel), señora inglesa, célebre por los padecimientos que tuvo que sufrir en tiempo de la revolucion religiosa que agitó á aquel país, los que han hecho decir á su biógrafo Hilarion de Corte: «No se encuentra ninguna entre las damas inglesas que sea más digna de un eterno elogio que Isabel Rozeal, hermana política del Dr. Guillermo Alan, llamado Alanus, quien tuvo tres hijas, á saber, Elena, Catalina y María Alan, dignas sobri-

nas de aquel gran defensor de la religion católica y de la Santa Sede, que fué primero canónigo de York en Inglaterra, despues de Reims, profesor de teología en la universidad de Douay, y maestro de los seminarios ingleses tanto en Francia como en Flandes, creado por último cardenal por Sixto V, y arzobispo de Malinas. Estas tres generosas niñas, de las que la mayor apénas tenia quince ó diez y seis años, hicieron frente con su madre Isabel Rozeal al comisario Edmundo Traford, furioso calvinista, que habia sido enviado por el consejo ó parlamento de Inglaterra para afligir y maltratar á los católicos de los paises de Lancaster, York y otras provincias. Tan pronto como Isabel y sus hijas tuvieron la noticia de que este capital enemigo de los católicos romanos se apresuraba á ir á su provincia, con el objeto de perseguir á todos los fieles, y en particular á los de su casa, tanto porque era la más notable é ilustre del país, como porque tenian el honor de pertenecer á la familia del doctor Alan, á quien odiaban de muerte todos los herejes á causa de que era rector y maestro de los seminarios, y en razon tambien de sus libros y buenos escritos, en los que refuta sus errores, cuando se prepararon decididamente á recibir á los enemigos de nuestra santa religion. Para sostener con más resolucion y valor los ataques de este enemigo de Dios y de su Iglesia, se fortificó y armó Isabel de Rozeal con las armas espirituales, oyó Misa, y se acercó con fervor y devocion á los sacramentos de la confesion y comunion, temiendo no poder hacerlo despues; retiróse á un lugar que creia seguro, y dejó á sus tres hijas en su casa, la que fué poco despues de su partida robada y saqueada por los herejes, lo mismo que todos sus demás bienes. Habiendo encontrado aquellos fanáticos entre los muebles de esta buena señora el retrato de Alanus, le hicieron más de cien pedazos que arrojaron al fuego, manifestando en este acto, lleno de rabia y de barbarie, la aversion que tenian á aquel grande hombre, que escribió tan doctamente en defensa de la Iglesia católica, sola y única esposa del Hijo de Dios, en particular en su respuesta al libro intitulado: *La Justicia británica*, en que manifiesta evidentemente el objeto que movió al papa Gregorio VIII á establecer y fundar los seminarios, además de otros muchos que dió á luz en grande número, de que algunos autores han formado una larga lista, en particular los que han compuesto el catálogo de los libros escritos por los cardenales eminentes en saber é ilustres por su doctrina y sus obras. Despues que las tres nobles niñas de la casa de Alans ó Elans vieron quemar el retrato de su tio paterno, fueron interrogadas acerca del lugar donde se encontraba su madre, pero no quisieron descubrirlo nunca, y guardaron inviolablemente la promesa que la habian hecho á su partida, y manifestaron que eran capaces de guardar un secreto. Viendo cuatro dias despues que no salian de su casa Traford ni sus soldados, y temien-

do verse obligados á declarar dónde se hallaba su madre, despues de haberse encomendado al Señor, tomaron la resolucion de huir de noche, lo que hicieron poco despues partiendo sin ser conocidas; pasaron un rio, y caminaron por espacio de catorce dias, hasta que llegaron felizmente á la morada donde se hallaba su madre, que tenia mucho cuidado por su salud y salvacion. Su fuga sirvió de título al comisario de Traford para apoderarse de todos sus bienes; lo que no causó el menor disgusto á la generosa y constante Isabel Rozcal, viendo que al perder la tierra ganaba el cielo. Despues de sufrir otras muchas penas y fatigas pudo llegar á orillas del mar, donde se embarcó dirigiéndose á Reims con el doctor Alan, su cuñado, que era entónces rector de aquel seminario. Allí dieron repetidas acciones de gracias al Señor que las habia hecho el beneficio de sacarlas de tan grandes y extremos peligros, y las habia llevado felizmente á Francia, donde podian no solo entregarse sin temor al culto de la religion verdadera, sino tambien con toda la satisfaccion que podian apetecer. Tales son las noticias que en la historia de las persecuciones de los protestantes se dan acerca de esta señora, añadiendo el autor: «Se necesitaria no uno, sino muchos volúmenes, si se quisiera elogiar á todas las damas inglesas que en estos últimos siglos se han hecho recomendables por su piedad, su zelo y su valor en defensa de la religion católica, tanto contra los sectarios de Lutero, como los de Calvino, en los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI é Isabel, durante los cuales se ha visto á muchas señoras ancianas y jóvenes llevar y sufrir con grande valor muchas penas y suplicios por la verdadera religion. Los escritores de historia natural nos refieren que los leones perdonan á sus hembras, y tienen á menos, tanta es su magnanimidad, combatir con ellas; pero los leones *leopardados* ingleses, ó por mejor decir los herejes puritanos y otros sectarios de aquel reino, más malos que los tigres, no teniendo nada de humano ni de generoso, nunca las han perdonado. Cuando floreció la piedad cristiana en Inglaterra durante los reinados de los Enriques, Eduardos y otros reyes católicos de aquellas islas, las prisiones solo eran ocupadas por las mujeres perversas y corrompidas; pero desde que el cisma y la herejía comenzó á dominar en aquel país, tan afecto anteriormente de la verdadera y única religion, fuera de la cual no hay salvacion, solo sirven para encerrar señoras nobles y honradas.» Tal es el cuadro que se nos hace de los primeros tiempos de la reforma en Inglaterra, en que vivió Isabel Rozeal.—S. B.

ROZEMONT (Agustin de), protestante de la diócesis de Orleans, convertido al catolicismo hácia 1675.

ROZIERT (Viuda de), hija de Bufroy, protestante de Caen, convertida hácia 1630.

ROZIER (El abate Juan). El abate Juan Rozier, uno de los más célebres agrónomos del siglo XVIII, nació en Lyon en 1734. Miembro de una familia numerosa y poco favorecida de la fortuna, Rozier fué destinado desde muy niño á seguir la carrera eclesiástica, y manifestó tambien desde muy jóven su inclinacion al estudio de las ciencias naturales. Consagró su vida á este estudio adquiriendo en este género conocimientos casi universales, que no cesó de aplicar á la agricultura, ilustrando en cuanto pudo hacerlo la teoría con la práctica. Sin embargo, sus escritos, segun la opinion de los inteligentes, descubren más el hombre de estudio que el hombre de la experiencia. Los trabajos y la instruccion tan variada como extensa de este sábio, le aseguraron medios brillantes de existencia y las ventajas temporales de la fortuna. Fué sucesivamente jefe de la escuela de veterinaria establecida en Lyon por Bourgelat; propietario y redactor de una *Coleccion de observaciones sobre la Física, sobre la Historia y las Artes*; prior de Nauteville-de-Haudouin, rico beneficio que vino á quitarle despues la revolucion de 93; y por último, miembro de la Academia leonesa, y profesor y director del vivero provincial. Murió en su cama, aplastado por una bomba, en la noche del 29 de Setiembre de 1793 cuando la ciudad de Lyon estaba cercada por el ejército de la Convencion Nacional. Las principales publicaciones debidas á este infatigable escritor son, despues de la coleccion de que acabamos de hablar, su *Demostracion elemental de Botánica*, dos volúmenes en fólio, impresion de Lyon en 1766, en donde los sábios reconocieron una feliz combinacion del sistema de Tournefort con el de Linneo: su *Curso completo de Agricultura*, la más famosa y la más extendida de sus obras. Solo pudo publicar de ella ocho volúmenes, porque la muerte vino á sorprenderle de la manera que hemos dicho, y este curso no ha sido terminado sino despues de la muerte del autor. Ha servido de base á otros trabajos del mismo genero, y á pesar de los progresos actuales de las ciencias agronómicas, se le consulta hoy con fruto como una especie de enciclopedia rural. El método de exposicion del abate Rozier se recomienda por el órden y la claridad. Una elegante facilidad es el mérito general de su estilo, que se eleva y toma calor cuando el autor combate peligrosos errores. Una franqueza, algunas veces llevada hasta la rudeza, es el distintivo principal de su carácter. El abate Rozier, de una conducta irreprensible, honró tanto á la Iglesia como sacerdote, cual brilló en las ciencias por sus grandes y extensos conocimientos.—C. de F.

FIN DEL TOMO XXIII.

ESTANTE 18
Tabla 7.ª
N.º 1

1

BIOGRAFIA

ECLESIASTICA

23

13.531

R